INDICE

3 - A Secreto agravio, secreta venganza
72 - Amado y aborrecido
156 - Amar después de la muerte
241 - Amor, honor y poder
301 - Antes que todo es mi dama
426 - Casa con dos puertas mala es de guardar
450 - Céfalo y Pocris
530 - Celos aun del aire matan
615 - Comedia Famosa de El Purgatorio de San Patricio
704 - Con quien vengo vengo
773 - Darlo todo y no dar nada
863 - Eco y Narciso.
962 - El Alcalde de Zalamea
1028 - El castillo de Lindabridis
1103 - El escondido y la tapada
1437 - El Faetonte
1521 - El galán fantasma
1595- El jardín de Falerina
1655 - El maestro de danzar
1759 - El mágico prodigioso
1828 - El mayor encanto, amor
1982 - El mayor monstruo del mundo
2074 - El Medico de su honra
2140 - El monstruo de los jardines
2221 - El Príncipe constante
2279 - El sitio de Breda
2379 - En esta vida es todo verdad y todo mentira
2506 - Fieras afemina amor
2624 - Guárdate del agua mansa
2745 - La Aurora en Copacabana
2849 - La Dama Duende
2924 - La devoción de la cruz
3008 - La fiera, el rayo y la piedra
3138 - La gran Cenobia
3172 - La puente de Mantible
3204 - La purpura de la rosa
3254 - La sibila del Oriente y gran reina de Saba
3332 - Lances de amor y fortuna
3367 - Las armas de la hermosura
3447 - Las cadenas del demonio
3503 - Las fortunas de Andrómeda y Perseo

3601 - Las tres justicias en una
3665 - Los cabellos de Absalon
3782 - Los hijos de la fortuna Teagenes y Cariclea
3908 - Luis Pérez El Gallego
3970 - Mañanas de abril y mayo
4027 - Nadie fie su secreto
4107 - Ni amor se libra de amor
4215 - No hay burlas con el amor
4284 - No hay cosa como callar
4385 - No siempre lo peor es cierto

Pedro Calderón de la Barca

A secreto agravio, secreta vengaza.

Personas

EL REY DON SEBASTIAN.
DON LOPE DE ALMEIDA.
DON JUAN DE SILVA.
DON LUIS DE BENAVIDES.
DON BERNARDINO, *viejo.*
EL DUQUE DE BERGANZA.
DOÑA LEONOR, *dama.*
SIRENA, *criada.*
MANRIQUE, *criado.*
CELIO, *criado.*
UN BARQUERO.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.
La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

Jornada primera

Vista exterior de una quinta del Rey

Escena primera.

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, *acompañamiento*

DON LOPE — Otra vez, gran señor, os he pedido
esta licencia, y otra habéis tenido
por bien mi casamiento;
mas yo que siempre, a tanta luz atento,
vivo en vuestro semblante, vengo a daros
cuenta de mi elección, y a suplicaros
que en vuestra gracia pueda
colgar las armas, y que Marte ceda
a Amor la gloria, cuando en paz reciba,
en vez de alto laurel, sagrada oliva.
Yo os he servido, y solamente espero
esta merced por galardón postrero,
pues con esta licencia venturosa
hoy saldré a recibir mi amada esposa.

REY. — Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,
y me alegro de vuestro casamiento;
y a no estar ocupado
en la guerra que en Africa he intentado,
fuera vuestro padrino.

DON LOPE. — Eterno dure ese laurel divino
que tus sienes corona.

REY. — Estimo en mucho yo vuestra persona.
(V ase el Rey y el acompañamiento.)

Escena II

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE. — Contento estás.

DON LOPE. — Mal supiera
la dicha y la gloria mía
disimular su alegría
¡Felice yo, si pudiera
volar hoy!

MANRIQUE. — Al viento igualas.

DON LOPE. — Poco aprovecha; que el viento
es perezoso elemento.
Diérame el amor sus alas,
volara abrasado y ciego;
pues quien al viento se entrega,
olas de viento navega,
y las de amor son de fuego.

MANRIQUE. — Para que desengañanne
pueda, creyendo que tienes
causa, dime a lo que vienes

con tanta prisa.
DON LOPE. A casarme.
MANRIQUE. ¿Y no miras que es error,
digno de que al mundo asombre,
que vaya a casarse un hombre
con tanta prisa, señor?
Si hoy, que te vas a casar,
del mismo viento te quejas,
¿qué dejas que hacer, qué dejas
cuando vayas a enviudar?

Escena III

DON JUAN DE SILVA, *en traje pobre*, DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN. *(Para sí.)* ¡Cuán diferente pensé
volver a ti, patria mía,
aquel infelice día
que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Pues siempre mejor ha sido,
adonde no es conocido,
vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razón
verme en el mal que me veo.
DON LOPE. Aguárdate. No lo creo.
¿Si es verdad? ¿Si es ilusión?
¡Don Juan!
DON JUÁN. ¡Don Lope!
DONLOPE. Dudoso
de tanta dicha, mis brazos
han suspendido sus lazos.
DON JUAN. Deteneos, que es forzoso
que me defienda de quien
tanto honor y valor tiene;
que hombre que tan pobre viene,
don Lope amigo, no es bien
que toque (oh suerte importuna!)
pecho de riquezas lleno.
DON LOPE. Vuestras razones condeno,
porque si da la fortuna
humanos bienes del suelo,
el cielo un amigo da
como vos: ¡ved lo que va
desde la fortuna al cielo!
DON JUAN. Aunque hacéis que aliento cobre,
en mí mayor mal está.
¡Mirad cuán grande será

mal que es mayor que ser pobre!
Y porque mi sentimiento
algún alivio prevenga,
si es posible que le tenga,
escuchad, don Lope, atento.
A la conquista famosa
de la India, que eligió
para su tumba la noche
y para su cuna el sol,
amigos, y tan amigos,
pasamos juntos los dos,
que asistieron en dos cuerpos
un alma y un corazón.
No codicia de riqueza,
sino codicia de honor
obligó nuestros deseos
a tan atrevida acción,
como tocar con bajeles
la provincia que ignoró
por tantos años la ciencia,
nunca creída hasta hoy.
La nobleza lusitana
de su fortuna fió
naves, que ciertas exceden
las fingidas de Jasón.
Dejo esta alabanza a quien
pueda con más dulce voz
contar los famosos hechos
desta invencible nación;
porque el gran Luis de Camoens,
escribiendo lo que obró,
con pluma y espada muestra
ya el ingenio y ya el valor
en esta parte. Después,
Don Lope invicto, que vos,
por muerte de vuestro padre,
volvisteis, me quedé yo,
bien sabéis con cuánta fama
de amigos y de opinión,
que ahora perdidos hacen
el sentimiento mayor.
Pero en efecto es consuelo.
¡Ved si desgraciado soy,
que nunca le di, malquisto,
a la fortuna ocasión!
Había en Goa una señora,

hija de un hombre a quien dio
grande cantidad de hacienda
codicia y contratación.
Era hermosa, era discreta;
que, aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.
Servíla tan venturoso,
que merecí algún favor;
pero ¿quién ganó al principio,
que a la postre no perdió?
¿Quién fue antes tan felice,
que después no declinó?
Porque son muy parecidos
juego, fortuna y amor,
Don Manuel de Sosa, un hombre
(hijo del gobernador
Manuel de Sosa) por sí
de mucha resolución,
muy valiente, muy cortés,
bizano y cuerdo (que yo,
aunque le quite la vida,
no he de quitarle el honor),
de Violante enamorado
(que éste es el nombre que dio
ocasión a mi ventura
y a mi desdicha ocasión),
en Goa públicamente
era mi competidor.
Poco cuidado me daba
su amorosa pretensión;
porque siendo, como era,
el favorecido yo,
la pena del despreciado
hizo mi dicha mayor.
Un día, que el sol hermoso
saliera (¡pluguiera a Dios,
sepultara eterna noche
su continuo resplandor!),
salió con el sol Violante:
bastaba pedirle yo
que aun el uno no saliera,
para que salieran dos.
De criados rodeada
a la marina llegó
donde estaba mucha gente,

porque en aquella ocasión
había llegado una nave
al puerto, y su admiración
ido causa a aqueste concurso,
y a mi desdicha la dio.
Estábamos en un corro
de mucha gente los dos,
todos soldados y amigos,
cuando a la vista pasó
Violante. Iba tan airosa,
que allí ninguno dejó
de poner el alma en ella,
porque su planta veloz
era el móvil que llevaba
tras sí la imaginación.
Dijo un capitán: -¡Qué bella
mujer! -A quien respondió
don Manuel: -Y como tal
ha sido la condición.
-Será cruel. -No por eso
lo digo (le replicó),
sino por ver que ha escogido,
como hermosa, lo peor.-
Yo entonces dije: -Ninguno
sus favores mereció,
porque no hay quien los merezca;
y si hay alguno, soy yo.
-Mentís (dijo). Aquí no puedo
proseguir, porque la voz
muda, la lengua turbada,
frío el cuerpo, el corazón
palpitante, los sentidos
muertos y vivo el dolor,
quedan repitiendo aquella
afrenta. ¡ Oh tirano error
de los hombres! ¡Oh vil ley
del mundo! ¡Que una razón,
o que una sinrazón pueda
manchar el altivo honor
tantos años adquirido,
y que la antigua opinión
de honrado quede postrada
a lo fácil de una voz!
¡Que el honor, siendo un diamante,
pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)
abrasarle y consumirle,

y que siendo su esplendor
más que el sol puro, un aliento
sirva de nube a este sol!
Mucho del caso me aparto,
llevado de la pasión.
Perdonad, vuelvo al suceso.
Apenas él pronunció
tales razones, don Lope,
cuando mi espada veloz
pasó de la vaina al pecho,
tal que a todos pareció
que imitaron trueno y rayo
juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre,
muerto en la arena cayó,
cuando para mi defensa
tomé una iglesia, a quien dio
en aquel sitio lugar
la sagrada religión
de Francisco; que por ser
su padre el gobernador,
me fue forzoso esconderme
con tanto asombro y temor,
que tres días un sepulcro
habité vivo. ¿Quién vio
que siendo el contrario el muerto,
fuese el sepultado yo?
Al cabo de los tres días,
por amistad y favor,
el capitán de la nave
que a nuestro puerto llegó,
y que a Lisboa venía,
en ella me recibió
una noche, cuyo manto
fue de mi vida ocasión.
En esta nave escondido
estuve, hasta que el veloz
monstruo del viento y del agua
los piélagos dividió
de Neptuno. ¡Injusto engaño
de la vida! O su pasión
no dé por infame al hombre
que sufre su deshonor,
o le dé por disculpado
si se venga; que es error
dar a la afrenta castigo,

y no al castigo perdón.
Hoy he llegado a Lisboa,
adonde tan pobre estoy,
que no osaba entrar en ella.
Éstas mis fortunas son,
ya no tristes, sino alegres,
pues me dieron ocasión
de llegar a vuestros brazos.
Éstos mil veces os doy,
si un hombre tan infelice
puede merecer de vos,
¡oh gran don Lope de Almeida!,
tal merced, honra y favor.

DON LOPE. Atentamente escuché,
don Juan de Silva, las quejas,
que en lágrimas anegadas
dais desde el pecho a la lengua,
y atentamente he pensado
que no hay opinión que pueda,
por más sutil que discurra,
tener dudosa la vuestra.
¿Quién, en naciendo, no vive
sujeto a las inclemencias
del tiempo y de la fortuna?
¿Quién se libra, quién se excepta
de una intención mal segura,
de un pecho doble, que alienta
la ponzoña de una mano
y el veneno de una lengua?
Ninguno. Sólo dichoso
puede llamarse el que deja,
como vos, limpio su honor
y castigada su ofensa.
Honrado estáis: negras sombras
no deslustren, no oscurezcan
vuestro honor antiguo, y hoy
en nuestra amistad se vea
la virtud de aquellas plantas,
tan conformemente opuestas,
que una con calor consume,
y otra con frialdad penetra,
siendo veneno las dos,
y estando juntas, se templan
de suerte, que son entonces
salud más segura y cierta.
Vos estáis tristes, yo alegre:

partamos la diferencia
entre los dos, y templando
el contento y la tristeza,
queden en igual balanza
mi alegría y vuestra pena,
mi gusto y vuestro dolor,
mi ventura y vuestra queja,
porque el pesar o el placer
matar a ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
por poder, con la más bella
mujer... (Mas para ser propia
es lo menos la belleza).
Con la más noble, más rica,
más virtuosa y más cuerda
que pudo en el pensamiento
hacer dibujos la idea.
Doña Leonor de Mendoza
es su nombre, y hoy con ella
don Bernardino mi tío
llegará a Aldea Gallega,
donde salgo a recibirla
con tan venturosas muestras
como veis; y un bello barco
tan venturoso la espera,
que juzga por perezosas
hoy del tiempo las ligeras
alas; porque el bien que tarda
no llega bien cuando llega.
Ésta es mi dicha, mayor
por ver cuánto la acrecienta
vuestra venida don Juan.
No os dé temor, no os dé pena
venir pobre; rico soy;
mi casa, amigo, mi mesa,
mis caballos, mis criados,
mi honor, mi vida, mi hacienda,
todo es vuestro. Consolaos
de que la fortuna os deja
un amigo verdadero,
y que no ha tenido fuerza
contra vos quien os quitó
ese valor que os alienta,
esa alma que os anima,
y este brazo que os defienda.
No me respondáis, dejad

las cortesanas finezas,
entre amigos excusadas,
y venid adonde sea
testigo vuestra persona
de la dicha que me espera;
que hoy en Lisboa ha de entrar
mi esposa, y estas tres leguas
de mar (para mí de fuego)
hemos de venir con ella;
que de esotra parte está
sin duda.

DON JUAN. Pues no pretenda
con mi humildad deslucirse,
don Lope, vuestra nobleza,
porque el mundo, no la sangre,
sino el vestido, respeta.

DON LOPE. Ése es engaño del mundo,
que no ve ni considera
que al cuerpo le viste el oro,
pero al alma la nobleza.
Venid conmigo. *(Ap.)* Suspiros,
ofreced viento a las velas,
si es que en los mares del fuego,
bajeles de amor navegan.
(Vanse los dos)

MANRIQUE. Yo me quiero adelantar
en alguna barca destas,
que llaman muletes, y hoy,
siendo cojo con muletas,
pediré a mi nueva ama
las albricias de que llega
su esposo; que el primer día
da las albricias cualquiera,
porque sale de forzada,
si es lo mismo que doncella. *(Vase.)*

Campo cercano a Aldea Gallega.

Escena IV

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA

D. BERNARDINO. En la falda lisonjera
deste monte coronado

de flores, donde ha llamado
a cortes la primavera,
puedes descansar, en tanto,
bella Leonor, que dichoso
llega don Lope tu esposo.
Y perdona al dulce llanto,
aunque no es gran maravilla
que con sentimiento igual,
a vista de Portugal
te despides de Castilla.

DOÑA LEONOR. Ilustre don Bernardino
de Almeida, mi tierno llanto
no es ingratitud a tanto
honor como me previno
la suerte y la dicha mía.
Viendo tan cercano el bien,
gusto ha sido; que también
hay lágrimas de alegría.

D. BERNARDINO. Cuerdamente te disculpa
la discreción lisonjera;
y aunque por disculpa fuera,
te agradeciera la culpa.
Yo quiero dar más lugar
a divertir la porfía
de aquesta melancolía.
Aquí puedes descansar,
venciendo el rigor aquí
del sol, que en sus rayos arde.
El cielo tu vida guarde. *(Vase.)*

Escena V

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR. ¿Fuese ya, Sirena?
SIRENA. Sí.
DOÑA LEONOR. ¿Óyenos alguien?
SIRENA. Sospecho que estamos solas las dos.
DOÑA LEONOR. Pues salga mi pena (¡ay Dios!)
de mi vida y de mi pecho.
Salga en lágrimas deshecho
el dolor que me provoca,
el fuego que al alma toca,
remitiendo sus enojos
en lágrimas a los ojos,

y en suspiros a la boca.
Y sin paz y sin sosiego
todo lo abrasan veloces,
pues son de fuego mis voces
y mis lágrimas de fuego.
Abrasen, cuando navego
tanto mar y viento tanto,
mi vida y mi fuego cuanto
consume el fuego violento,
pues mi voz es fuego y viento,
mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA. ¿Qué dices, señora? Advierte
en tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR. ¿Tú que sabes mi dolor,
tú que conoces mi muerte,
me reportas desta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA. Tu inútil queja escuchando
estoy.

DOÑA LEONOR. ¡Ay Sirena! ¿Cuándo
son inútiles las quejas?
Quéjase una flor constante
si el aura sus hojas hiere
cuando el sol caduco muere
en túmulos de diamante;
quéjase un monte arrogante
de las injurias del viento
cuando le ofende violento;
y el eco, ninfa vocal,
quejándose de su mal,
responde el último acento.
Quéjase, porque amar sabe,
una hiedra, si perdió
el duro escollo que amó;
y con acento suave
se queja una simple ave
del que la cogió a traición,
y en la dorada prisión
así aliviarse pretende,
que al fin la queja se entiende,
si se ignora la canción.
Quéjase el mar a la tierra,
cuando en lenguas de agua
toca los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra

rayos, que al mundo hacen guerra:
¿qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento,
si se quejan monte, piedra,
ave, flor, eco, sol, hiedra,
tronco, rayo, mar y viento?

SIRENA. Sí, mas ¿qué remedio así
consigues desesperada?
Don Luis muerto y tú casada,
¿qué pretendes?

DOÑA LEONOR. ¡Ay de mí!
Di, Sirena amiga, di,
don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó,
me verás en esta calma,
sin gusto, sin ser, sin alma,
muerta sí, casada no.
Lo que yo una vez amé,
lo que una vez aprendí,
podré perderlo, ¡ay de mí!,
olvidarlo no podré.
¿Olvido donde hubo fe?
Miente amor. ¿Cómo se hallara
burlada verdad tan clara?
Pues la que constante fuera,
no olvidará si quisiera,
no quisiera si olvidara.
¡Mira tú lo que sentí
cuando su muerte escuché,
pues forzada me casé
sólo por vengarme en mi!
Ya la vez última aquí
se despida mi dolor.
Hasta las aras, amor,
te acompañé; aquí te quedas,
por que atreverte no puedas
a las aras del honor.

Escena VI

MANRIQUE. -DOÑA LEONOR, SIRENA

MANRIQUE. ¡ Dichoso yo que he llegado,
venturoso yo que he sido,
felice yo que he venido,
refelice yo que he dado
el primero labio mío
a la estampa dese pie,

que, lleno de flores,
fue primavera del estío!
Y pues he llegado a vos,
beso y vuelvo a rebesar
cuanto se puede besar,
sin ofender a mi Dios.

DOÑA LEONOR. ¿Quién sois?

MANRIQUE. El menor criado
de don Lope, mi señor
(mas no el hablador menor),
que veloz me he adelantado
por albricias de que viene.

DOÑA LEONOR. Descuido fue, bien decís,
tomad. Y ¿de qué servís
a don Lope?

MANRIQUE. Hombre que tiene
este humor, ¿ya no os avisa
que es gentilhombre su nombre?

DOÑA LEONOR. ¿Y de qué sois gentilhombre

MANRIQUE. De la boca de la risa.
Criado, a quien le prefieren
a los mayores cuidados,
y es pendanga de criados,
hecha del palo que quieren:
cuando guardo, mayordomo;
cuando algún vestido espero
de mi amo, camarero;
maestresala, cuando tomo
para mí el mejor bocado;
secretario, poco amigo,
cuando sus secretos digo;
caballerizo extremado,
cuando por no andar a pie,
con achaque de pasealle,
salgo a caballo a la calle;
cuando alguna cosa fue
tal que se guarda de mi,
soy entonces su vedor,
y después su contador;
pues a todos desde allí
lo cuento, a todos lo aviso;
cuando hurto lo que quiero
de la plaza, repostero;
despensero, cuando siso;
soy valiente cuando huyo;
y soy su cochero el día

que sus amores me fia;
y asi claramente arguyo
que soy por tan varios modos,
sirviéndole siempre así,
cada oficio de por sí,
y mnurándole, todos.
(*Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.)*

Escena VII

DON BERNARDINO, DON LUIS *y* CELlO, *que se quedan lejos de*
DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE

DON LUIS. Soy mercader, y trato en los diamantes,
que hoy son piedras, y rayos fueron antes
del sol, que perficiona y ilumina
rústico grano en la abrasada mina.
Paso desde Lisboa hasta Castilla,
y en esta aldea vila maravilla
del cielo, reducida en una dama
que acompañáis; y luego de la fama
supe que va casada o a casarse.
Y como suele en todas emplearse
este caudal más bien, porque las bodas
en la gala y la joya empiezan todas,
enseñaros quisiera algunas dellas,
que no son más lucientes las estrellas,
por ver si la ocasión con el deseo
hacen en el camino algún empleo.

D . BERNARDINO . La prevención y la advertencia ha sido
acertada. A buen tiempo habéis venido,
pues yo, por divertirla y alegrarla
(que está triste), unajoya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero a
prevenirla.

DON LUIS . Pues ahora quiero
que la llevéis, señor, para bastante
prueba de mi verdad, este diamante:
(Dásele.)
que visto su valor y su excelencia,
no dudo yo, señor, que os dé licencia
de llegar a sus pies.

D. BERNARDINO. ¡Es piedra rara!
¡ Qué fondo ! ¡ Qué caudal! ¡ Qué limpia y
clara!
Aquí, divina Leonor. *(Llégase a ella.)*
Ha llegado un mercader,

en cuya mano has de ver
joyas de grande valor,
ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar;
que yo te quiero feriar
lo que te agrade dellas.
Este diamante, farol
que con luz hermosa y nueva,
para su limpieza prueba
ser luciente hijo del sol,
viene por testigo aquí.
Toma el diamante. *(Dásele.)*

DOÑA LEONOR. *(Ap.)* ¿Qué veo?
¡Cielos!

D. BERNARDINO. Dime...

DOÑA LEONOR. *(Ap.)* Aún no lo creo.

D. BERNARDINO. Si ha de llegar.

DOÑALEONOR. *(Ap.)* (¡Hay de mi!
Este diamante es el mismo...)
Dile que llegue. - ¡ Sirena!
(*Apártase Don Bernardino).*
(Ap.) (Sáqueme amor desta pena,
deste encanto, deste abismo.)
Este diamante que ves,
luz que con el sol la mides,
di a don Luis de Benavides.
Prensa mía y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
o es el mismo. Hoy sabré yo
cómo a mis manos volvió.

SIRENA. Disimula, que ya llegan.
(Llega Don Luis).

DON LUIS. Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR. *(Ap.)* Alma de la pena mía,
cuerpo de mi fantasía.

SIRENA. *(Ap. a ella.)* Disimula y calla ahora;
que ya veo la razón
que tienes para admirarte.

DON LUIS. Yo soy quien en esta parte
piensa lograr la ocasión,
habiendo a tiempo llegado
en que pueda mi deseo
hacer el feliz empleo
tantos años esperado.
Traigo joyas que vender

de innumerable riqueza;
y entre otras, una firmeza
sé que os ha de parecer
bien; porque della sospecho
que adorne esa bizarría,
si es que la firmeza mía
llega a verse en vuestro pecho.
Un Cupido de diamantes
traigo de grande valor;
que quise hacer al amor
yo de piedras semejantes,
porque labrándole así,
cuando alguno le culpase
de vario y fácil, le hallase
firme solamente en mí.
Un corazón traigo, en quien
no hay piedra falsa ninguna:
sortijas bellas, y en una
unas memorias se ven.
Una esmeralda que había,
me hurtaron en el camino,
por el color, imagino,
que perfecto le tenía.
Estaba con un zafiro;
mas la esmeralda llevaron
solamente, y me dejaron
esta azul piedra que miro;
y así dije en mis desvelos:
«¿Cómo con tanta venganza
me llevasteis la esperanza
para dejarme los celos?»
Si gusta vuestra belleza,
descubriré, por más glorias,
el corazón, las memorias,
el amor y la firmeza.

D. BERNARDINO. El mercader es discreto.
¡Qué bien a las joyas bellas,
para dar gusto de vellas,
las fue aplicando su efeto!

DOÑA LEONOR. Aunque vuestras joyas son
tales como encarecéis,
para mostrarlas habéis
llegado a mala ocasión.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
contento hubiera tenido,
si antes hubierais venido;

pero habéis venido tarde.
¿Qué se dijera de mi,
si cuando casada estoy,
si cuando esperando estoy
a mi noble esposo, aquí
pusiera, no mi tristeza,
sino mi imaginación
en ver ese corazón,
ese amor y esa firmeza?
No los mostréis; que no es bien
que, tan sin tiempo miradas
agora, desestimadas
memorias vuestras estén.
Y tomad vuestro diamante;
que ya sé que pierdo en él
una luz hermosa y fiel,
al mismo sol semejante.
No culpéis la condición
que en mí tan esquiva hallasteis;
culpaos a vos, que llegasteis
sin tiempo y sin ocasión.
(Ruido dentro).

MANRIQUE. *(Mirando dentro.)* Ya don Lope mi señor
llega.

DON LUIS. *(Ap.)* ¿Habrá en desdicha igual
mal que compita a mi mal,
ni dolor a mi dolor?

DOÑA LEONOR. *(Ap.)* ¡Qué veneno!

DONLUIS. *(Ap.)* ¡Qué crueldad!

D. BERNARDINO. A recibirle lleguemos. *(Vase.)*

MANRIQUE. Callen todos, y escuchemos
la primera necedad;
porque un novio a quien le place
la dama y a verla llega,
como necedades juega,
es tahúr que dice y hace. *(Vase.)*

Escena VIII

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELlO

DON LUIS. ¿Qué me podrás responder,
mujer tan fácil, liviana,
mudable, inconstante y yana,
y mujer, en fin, mujer,
que pueda satisfacer
a tu mudanza y olvido?

DOÑA LEONOR. Haber tu muerte creído,
haber tu vida llorado
causa a mi mudanza ha dado,
que a mi olvido no ha podido;
pues cuando te llego a ver,
a no estar ya desposada,

vieras hoy determinada
si soy mudable o mujer.
Desposéme por poder.

DON LUIS. Y bien por poder se advierte:
por poder borrar mi suerte,
por poder dejarme en calma,
por poder quitarme el alma,
por poder darme la muerte.
Ésta dices que creíste,
y no fue yana apariencia;
que si creíste mi ausencia,
es lo mismo: bien dijiste.

DOÑA LEONOR. No puedo, no puedo, ¡ay triste!,
responder; que está conmigo,
no mi esposo, mi enemigo.
Mas porque me culpas fiel,
lo que le dijere a él,
también hablaré contigo.
(*Retirase Don Luis a un lado.)*

Escena IX

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR, SIRENA; DON LUIS *y* CELlO, *retirados.*

DON LOPE. Cuando la fama en lenguas dilatada
vuestra rara hermosura encarecía,
por fe os amaba yo, por fe os tenía,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira, suspensa y elevada
el alma que os amaba y os quería
culpa la imagen de su fantasia,
que sois vista mayor que imaginada.
Vos sola a vos podéis acreditaros.
¡Dichoso aquel que llega a mereceros,
y más dichoso si acertó a estimaros!
Mas ¿cómo he de estimaros ni ofenderos?
Que quien antes de veros pudo amaros,

mal os podrá olvidar después de veros.

DOÑA LEONOR. Yo me firmé rendida antes que os viese,
y vivo y muerto sólo en vos estaba,
porque sola una sombra vuestra amaba;
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba
la vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
y cobarde mi amor, llegó a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podéis quejaros,
pues aunque yo os estime como a esposo,
es imposible, como sois, amaros.

DON LOPE. Ahora, tío y señor,
me dad los invictos brazos.

D. BERNARDINO. Y serán eternos lazos
de deuda, amistad y amor.
Y porque no culpe ahora
la dilación, a embarcar
nos lleguemos.

DONLOPE. Hoy el mar
segunda Venus adora.

MANRIQUE. Y pues que con tanta gloria
dama y galán se han casado,
perdonad, noble Senado,
que aquí se acabe la historia.

(Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino, Manrique y Sirena.)

Escena X

DON LUIS, CELlO.

CELlO . Señor, pues que desta suerte
hallaste tu desengaño,
vuelve en ti, repara el daño
de tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
que tú debas elegir.

DON LUIS. Sí hay, Celio.

CELlO. ¿Cuáles?

DON LUIS. Morir,
que es el último remedio.
Muera yo, pues vi casada

a Leonor, pues que Leonor
dejó burlado mi amor
y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
si los celos me han dejado
con vida? Aunque mi cuidado
me pretende consolar
dándome alguna esperanza;
pues cuando a su esposo habló,
conmigo se disculpó
de su olvido y su mudanza.

CELlO . ¿Cómo disculpar contigo?
A mil locuras te pones.

DON LUIS. Éstas fueron sus razones,
mira si hablaba conmigo:
Yo me firmé rendida antes que os viese
y vivo y muerto sólo en vos estaba,
porque sola una sombra vuestra amaba;
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba
la vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo cuando temeroso
y cobarde mi amor, llego a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos y no de mí, podéis quejaros,
pues, aunque yo os estime como a esposo,
es imposible, como sois, amaros.
Y puesto que así me ha dado
disculpa de su mudanza,
sea mi loca esperanza
veneno y puñal dorado.
Si ha de matarme el dolor,
mejor es el gusto, ¡cielos!,
y si he de morir de celos,
mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
su fin contra tanto honor,
porque he de amar a Leonor,
aunque me cueste la vida.
(Vase.)

Jornada segunda

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

Escena primera

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE. Sirena de mis entrañas,
que para aumentar mi pena
eres la misma Sirena,
que enamoras y engañas:
duélate ver el rigor
con que tratas mis cuidados;
que también a los criados
hiere de barato amor.
Dame un favor de tu mano.

SIRENA. Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE. Mucho puedes; pero no
quiero bien más soberano
que aquese verde listón,
con que yaces declarada
por dama de la lazada
o fregona del tusón.

SIRENA. ¿Una cinta quieres?

MANRIQUE. Sí.

SIRENA. Ya aquese tiempo pasó,
que un galán se contentó
con una cinta.

MANRIQUE. Es así;
pero si yo la tuviera,
desparramando concetos,
mil y ciento y un sonetos
hoy en tu alabanza hiciera.

SIRENA. Por yerme tan soneteada
te la doy; y vete ahora,
porque viene mi señora.
(*Vase Manrique.)*

Escena II

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

DOÑA LEONOR. Ya vuelvo determinada.
Esto, Sirena, es forzoso:
declárese mi rigor,
porque mi vida y mi honor
ya no es mío, es de mi esposo.
Dile a don Luis, que pues es
principal, noble y honrado,
por español y soldado

obligado a ser cortés,
que una mujer (no Leonor,
porque le basta saber
a una noble que una mujer)
le suplica que su amor
olvide: que maravilla
cuidado en la calle tal,
y no sufre Portugal
galanteos de Castilla:
que con lágrimas bañada
vuelvo a pedirle se vuelva
a Castilla, y se resuelva
a no hacerme mal casada;
porque fiera y ofendida,
si no lo hace, vive Dios,
que podrá ser que a los dos
nos venga a costar la vida.

SIRENA. Desa suerte lo diré,
si puedo verle y hablarle.

DOÑA LEONOR. ¿Cuándo falta de la calle?
Mas no hables en ella, ve
a buscarle a la posada.

SIRENA. Mucho, señora, te atreves.
(Vase.)

Escena III

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR.

DON LOPE. *(Ap.)* ¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN. Ya se acerca la jornada.

DON LOPE. No queda en toda Lisboa
fidalgo ni caballero,
que ser no piense el primero
que merezca eterna loa
con su muerte.

MANRIQUE. Justo es;
mas no pienso desa suerte
tener yo loa en mi muerte,
ni comedia ni entremés.

DON LOPE. ¿Luego tú no piensas ir
al Africa?

MANRIQUE. Podrá ser
que vaya; mas será a ver,
por tener más que decir;
no a matar, quebrando en vano
la ley en que vivo y creo;

pues allí explicar no veo
que sea moro ni cristiano.
No matar, dice. Y los dos
esto me veréis guardar;
que yo no he de interpretar
los mandamientos de Dios.

DON LOPE. ¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR. ¡Esposo mío!
¿Vos tanto tiempo sin yerme?
Quejoso vive el amor
de los Instantes que pierde.

DON LOPE. ¡Qué castellana que estáis!
Cesen las lisonjas, cesen
las repetidas finezas.
Mirad que los portugueses
al sentimiento dejamos
la razón, porque el que quiere,
todo lo que dice quita
de valor a lo que siente.
Si en vos es ciego el amor,
en mí es mudo.

MANRIQUE. Y desa suerte
en mí endemoniado ha sido.

DON LOPE. Siempre, Manrique, parece,
que al paso que yo estoy triste,
tú estás contento y alegre.

MANRIQUE. Y dime, ¿cuál es mejor,
en pasiones diferentes,
la alegría o la tristeza?

DON LOPE. La alegría.

MANRIQUE. Pues ¿qué quieres?
¿Que deje yo lo mejor
por lo peor? Tú, que tienes
la tristeza, que es la mala,
eres quien mudarte debes,
y pasarte a la alegría;
pues será más conveniente,
que el ir yo de alegre a triste,
venir tú de triste a alegre. *(Vase.)*

Escena IV

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR. ¿Vos estáis triste, señor?
Muy poco mi pecho os debe
o yo le debo muy poco,
pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE. Forzosas obligaciones
heredadas dignamente
con la sangre, a quien obligan
divinas y humanas leyes,
me dan voces y recuerdan
desta blanda paz y deste
olvido, en que yacen hoy
mis heredados laureles.
El famoso Sebastián,
nuestro rey, que viva siempre,
heredero de los siglos
a la imitación del fénix,
hoy al Africa hace guerra.
No hay caballero que quede
en Portugal; que a las voces
de la fama nadie duerme.
Quisiérale acompañar
a la jornada; y por verme
casado, no me he ofrecido
hasta que licencia lleve
de tu boca, Leonor mía.
Esta merced has de hacerme,
en este caso has de honrarme,
y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR. Bien con esas prevenciones
fue menester que me hicieseis
oraciones que me animen,
y discursos que me alienten.
Vos ausente, dueño mío,
y por mi consejo ausente,
fuera pronunciar yo misma
la sentencia de mi muerte.
Idos vos sin que lo diga
mi lengua; pues que no puede
negaros la voluntad
lo que la vida os concede.
Mas porque veáis que estimo
vuestra inclinación valiente,
ya no quiero que el amor
sino el valor me aconseje.
Servid hoya Sebastián,
cuya vida el cielo aumente;
que es la sangre de los nobles
patrimonio de los reyes;
que no quiero que se diga
que las cobardes mujeres

quitan el valor a un hombre,
cuando es razón que le aumenten.
Esto el alma os aconseja,
aunque como el alma os quiere;
mas como ajena lo dice,
si como propia lo siente. *(Vase.)*

Escena V

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE. ¿Habéis visto en vuestra vida
igual valor?
DON JUAN. Dignamente
es bien que lenguas y plumas
de la fama la celebren.
DON LOPE. Y vos, ¿qué me aconsejáis?
DON JUAN. Yo, don Lope, de otra suerte
os respondiera.
DONLOPE. Decid.
DON JUAN. Quien ya colgó los laureles
de Marte, y en blanda paz
ciñe de palma las sienes,
¿para qué otra vez, decidme,
ha de limpiar los paveses
tomados de orín y polvo
en que hora yacen y duermen?
Yo fuera justo que fuera,
a no estar por esta muerte
retirado y escondido;
y no es razón ofrecerme,
porque a los ojos del rey
llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa a mí,
bastante disculpa tiene
quien soldado fue soldado.
No os vais, amigo, y creedme,
aunque un hombre os acobarde
y una mujer os aliente. *(Vase.)*

Escena VI

DON LOPE. ¡Válgame Dios!, ¡quién pudiera
aconsejarse prudente,
si en la ocasión hay alguno
que a sí mismo se aconseje!
¿Quién hiciera de sí otra
mitad, con quien él pudiese
descansar? Pero mal digo:

¿quién hiciera cuerdamente
de sí mismo otra mitad,
porque en partes diferentes,
pudiera la voz quejarse
sin que el pecho lo supiese?
¡Pudiera sentir el pecho
sin que la voz lo dijese!
¡Pudiera yo, sin que yo
llegara a oírme ni a verme,
conmigo mismo culparme,
y conmigo defenderme!
Porque unas veces cobarde,
como atrevido otras veces,
tengo vergüenza de mí.
¡Que tal diga!, ¡que tal piense!,
¡que tenga el honormil ojos
para ver lo que le pese,
mil oídos para oírlo,
y una lengua solamente
para quejarse de todo!
Fuera todo lenguas, fuese
nada oídos, nada ojos,
porque oprimido de verse
guardado, no rompa el pecho,
y como mina viviente.
Ahora bien, fuerza es quejarme;
mas no sé por dónde empiece;
que, como en guerra y en paz
viví tan honrado siempre,
para quejarme ofendido,
no es mucho que no aprendiese
razones; porque ninguno
previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
qué tengo?... Lengua, deténte,
no pronuncies, no articules
mi afrenta; que si me ofendes,
podrá ser que castigada,
con mi vida o con mi muerte,
siendo ofensor y ofendido,
yo me agravie y yo me vengue.
No digas que tengo celos...
Ya lo dije, ya no puede
volverse al pecho la voz.
¿Posible es que tal dijese
sin que, desde el corazón

al labio, consuma y queme
el pecho este aliento, esta
respiración fácil, este
veneno infame, de todos
tan distinto y diferente,
que otros desde el labio al pecho
hacer sus efectos suelen,
y éste desde el pecho al labio?
¿A qué áspid, a qué serpiente
mató su propio veneno?
A mi, ¡cielos!, solamente,
porque quiere mi dolor
que él me mate y yo le engendre.
Celos tengo, ya lo dije.
¡Válgame Dios! ¿Quién es este
caballero castellano
que a mis puertas, a mis redes
y a mis umbrales clavado,
estatua viva parece?
En la calle, en la visita,
en la iglesia atentamente
es girasol de mi honor,
bebiendo sus rayos siempre.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
darme Leonor fácilmente
licencia para ausentarme,
y con un semblante alegre,
no sólo darme licencia,
sino decirme y hacerme
discursos tales, que aun ellos
me obligaran a que fuese,
cuando yo no lo intentara?
Y ¿qué será, finalmente,
decirme don Juan de Silva
que ni me vaya ni ausente?
¿En más razón no estuviera
que aquí mudados viniesen
de mi amigo y de mi esposa
consejos y pareceres?
¿No fuera mejor, si fuera
que se mudaran las suertes,
y que don Juan me animase
y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor.
Pero ya que el cargo es éste,
hablemos en el descargo:

vaya, que el honor no quiere
por tan sutiles discursos
condenar injustamente.
¿No puede ser que Leonor
tales consejos me diese,
por ser noble como es,
varonil, sagaz, prudente,
porque quedándome yo,
mi opinión no padeciese?
Bien puede ser pues me dice
que da en consejo, y lo siente.
¿No puede ser que don Juan,
que me quedase dijese
por parecerle que estaba
excusado, y parecerle
que es dar disgusto a Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
ser también que este galán
mire a parte diferente?
Y apretando más el caso,
cuando sirva, cuando espere,
cuando mire, cuando quiera,
¿en qué me agravia ni ofende?
Leonor es quien es y yo
soy quien soy; y nadie puede
borrar fama tan segura
ni opinión tan excelente.
Pero sí puede (¡ay de mi!)
que al sol claro y limpio siempre,
si una nube no le eclipsa,
por lo menos se le atreve,
si no le mancha, le turba,
y al fin, al fin le oscurece.
¿Hay, honor, más sutilezas
que decirme y proponerme?
¿Más tormentos que me aflijan,
más penas que me atormenten,
más sospechas que me maten,
más temores que me cerquen,
más agravios que me ahoguen
y más celos que me afrenten?
No. Pues no podrás matarme,
si mayor poder no tienes;
que yo sabré proceder
callado, cuerdo, prudente,
advertido, cuidadoso,

solicito y asistente,
hasta tocar la ocasión
de mi vida y de mi muerte:
y en tanto que ésta se llega,
¡valedme, cielos, valedme! *(Vase.)*

Calle con puerta de casa de Don Lope.

Escena VII

SIRENA, *con manto;* MANRIQUE, *tras ella.*

SIRENA. Escaparme no he podido
de Manrique, para entrar
en casa: todo el lugar
hoy siguiéndome ha venido.
¿Qué haré?

MANRIQUE. Tapada de azar,
que mira, camina y calla,
con el arte de batalla
y el tallazo de picar,
la de entrecano picote,
que con viento en popa vuelas,
con el manto de tres suelas
y chilenas de anascote,
habla y descúbrete, y sea
desengaño tu fachada;
porque callando y tapada,
dice boba sobre fea.
Aunque en tu brío, confieso
que indicio en todo das.

SIRENA. ¿No dice más?

MANRIQUE. No sé más.

SIRENA. ¿Y a cuántas ha dicho eso?

MANRIQUE. Antes soy muy recatado.
No he hablado, a fe de quien soy,
sino cinco en todo hoy;
que ya estoy muy reformado.

SIRENA. ¡Gracias al cielo que veo
un hombre firme y constante!
Yo tampoco soy amante
de más que nueve.

MANRIQUE. Sí creo;
y porque me creas a mí,
de todas mostrarte quiero
un favor. Sea el primero *(Sácalos.)*
el moño que sale aquí.

Este moño pecador
su papel un tiempo hizo,
y de rizado y postizo
fue mártir y confesor.
No es de aljófar lo ensartado;
liendres son con que me alegro,
que desde lejos mirado,
parece un penacho negro
de blancas moscas nevado.
Aquesta sutil varilla
es barba de la ballena
sacada de una cotilla,
que fue entregar a mi pena
lo mismo que una costilla.
Vara es de virtudes llena,
que hace bueno el pecho y buena
la espalda más eminente;
que ya todo talle miente
por la barba de ballena.
La zapatilla que estás
mirando ahora en mis manos,
casa fue, donde sabrás
que vivieron dos enanos
sin encontrarse jamás.
Éste es un guante, y no hay duda
de que, como ruiseñor,
mucho tiempo estuvo en muda;
pregúntaselo al olor:
sebo de cabrito suda.
Esta cinta es de una dama
de gran porte; pero yo
no la quiero.

SIRENA. ¿Por qué no?

MANRIQUE. Porque sé que ella me ama.
¿No es causa bastante?

SIRENA. Sí.

MANRIQUE. La que yo tengo de amar,
me ha de mentir, engañar,
y se ha de burlar de mí,
dar celos cada momento,
maltratarme, despedirme,
y en efecto ha de pedirme,
que es la cosa que más siento;
porque si al fin es costumbre
en ellas, tengo por justo
hacer desde luego gusto

lo que ha de ser pesadumbre.
SIRENA. ¿Y es hermosa esa señora?
MANRIQUE. No, pero es puerca.
SIRENA. En verdad
que es muy buena calidad.
MANRIQUE. Arrope un ojo la llora,
y otro aceite.
SIRENA. ¿Es entendida?
MANRIQUE. Cuanto dice entiendo yo;
mas cuanto la dicen, no,
que es entendida, entendida.
SIRENA. Por muestra de que es verdad,
que amarle a su gusto espero,
este listón sólo quiero.
MANRIQUE. De muy buena voluntad
SIRENA. ¡Ay triste de mí!
MANRIQUE. ¿Qué ha sido?
SIRENA. Mi marido viene allí;
váyase presto de aquí,
que es un diablo mi marido.
Dé vuelta a la calle presto,
que en tanto, señor, que él pasa,
le esperaré en esta casa.
MANRIQUE. En buen sagrado te has puesto;
que aquí vivo yo, y vendré
en estando asegurada. *(Vase.)*
SIRENA. A un bellaco, una taimada. *(Vase.)*

Sala en casa de Don Lope.

Escena VIII

SIRENA.

SIRENA. Bien dentro de casa entré
sin que fuese conocida.
Lindamente le he engañado,
aunque él más, pues me ha dejado
tan afrentada y corrida.
Que dijera que era fea
no importaba, aunque lo fuese,
ni importaba que dijese
que necia y que sucia sea;
pero ¡aceite un ojo a mí,
y otro arrope! No, por Dios.
Y aun si lloraran los dos
una cosa, entonces sí
que callara; mas ¿que tope

un picarón, un taimado,
que mis ojos han llorado
uno aceite y otro arrope?

Escena IX

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR. Sirena.
SIRENA. Señora mía.
DOÑA LEONOR. ¡ Cuánto tu ausencia me cuesta!
¿Hablástele?
SIRENA. Y la respuesta
en este papel te envía;
y de palabra me dijo,
que si él una vez te hablara,
él se fuera y te dejara.
DOÑA LEONOR. Con mayor causa me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?
SIRENA. Para traerte el papel.
DOÑA LEONOR. *(Ap.)* ¡Ay, pensamiento cruel,
qué fácil entrada hallaste
en mi pecho!
SIRENA. Pues ¿qué importa
que le tomes y le leas?
DOÑA LEONOR. ¿Eso es bien que de mi creas?
La voz, Sirena, reporta,
con abrasarle y romperle.
(Ap.) Entiéndeme, necia, y sea
rogándome que le vea;
que estoy muerta por leerle.
SIRENA. ¿Qué culpa tiene el papel
que viene mandado aquí,
señora, para que así
vengues tu cólera en él?
DOÑA LEONOR. Pues si le tomo, verás
que es sólo para rompelle.
SIRENA. Rómpele después de lêlle.
DOÑA LEONOR. *(Ap.)* Eso sí, ruégame más.
Pesadaestás, y por ti
rompo la nema y le leo,
por ti sola.
SIRENA. Ya lo veo.
Abrele, pues.
DOÑA LEONOR. Dice así:

(*Abre el papelDoña Leonor, y lee.)*

«Leonor, si yo pudiera obedecerte,
»y pudiera olvidar, vivir pudiera:
»fuera contigo liberal, si fuera
»bastante yo conmigo a no quererte.
»Mi muerte injusta tu rigor me ad-vierte,
»si mi vida en amarte persevera,
»¡pluguiera a Dios! y de una vez muriera
»quien de tantas no acierta con su muerte,
»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo
»despreciado olvidar y aborrecido?
»¿No ha de quejarse del dolor el labio?
»Quiéreme tú; que si obligado quedo,
»yo olvidaré después, favorecido;
»que el bien puede olvidarse, no el agravio.»

SIRENA. ¿Lloras, leyendo el papel?
Son, en fin, pasadas glorias.

DOÑA LEONOR. Lloro unas tristes memorias
que vienen vivas en él.

SIRENA. Quien bien quiere, tarde olvida.

DOÑA LEONOR. Como el que muerte me dio
está presente, brotó
reciente sangre la herida.
Este hombre ha de obligarme,
con seguirme y ofenderme,
a matarme y a perderme
(que aun fuera menos matarme),
si no se ausenta de aquí.

SIRENA. Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo?

SIRENA. Oyéndole, que él dice
que en oyéndole una vez,
se ausentará de Lisboa.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo, Sirena, podré?
Que a trueco de que se vaya,
imposibles sabré hacer.
¿Cómo vendrá?

SIRENA. Escucha atenta:
Ahora es el anochecer,
que es la hora más segura,
porque ni temprano es
para que a un hombre conozcan,
ni tarde para temer
que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
que nunca viene a esta hora.

Don Luis, no dudo que esté
en la calle; podrá entrar
a esta sala, donde habléis
los dos, y entonces podrás
decirle tu parecer.
Óyele lo que dijere,
y obre fortuna después.

DOÑA LEONOR. Tan fácilmente lo dices,
que no le dejas que hacer
al temor, ni aun al honor
que dudar ni que temer.
Ve ya por don Luis. *(Vase Sirena.)*

Escena X

DOÑA LEONOR. Amor,
aunque en la ocasión esté,
soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
la que a esta ocasión me puso;
ella me ha de defender;
que cuando ella me faltara,
quedara yo, que también
supiera darme la muerte,
si no supiera vencer.
Temblando estoy; cada paso
que siento, pienso que es
don Lope, y el viento mismo
se me figura que es él.
¿Si me escucha? ¿Si me oye?
¡Qué propio del miedo fue!
¡Que a tales riesgos se ponga
una principal mujer!

Escena XI

SIRENA y DON LUIS, -DOÑA LEONOR.

SIRENA. Ésta es Leonor.

DONLUIS. ¡Ay de mí!
¡Cuántas veces esperé
esta ocasión! Ya quisiera
no haberla llegado a ver.

DOÑA LEONOR. Ya, señor don Luis, estáis
en mi casa, ya tenéis
la ocasión que habéis deseado.
Hablad aprisa, porque
os volváis; que temerosa
de mí misma, tengo al pie

grillos de hielo, y el alma
de mi aliento puede hacer
al corazón un cuchillo
y a la garganta un cordel.

DON LUIS. Ya sabéis, Leonor hermosa,
(si es que olvidado no habéis
pasados gustos, y ya
ignoráis lo que sabéis)
que en Toledo, nuestra patria,
(perdonadme) os quise bien,
desde que en la Vega os vi
un día al amanecer,
que aumentando nuevas flores
al campo hermoso, tal vez
lo que las manos robaron,
restituyeron los pies.
Ya sabéis...

DOÑA LEONOR. Esperad, yo
seré más breve. Ya sé
que muchos días rondasteis
mi calle, y a mi desdén
constante siempre tuvisteis
amor firme y firme fe,
hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado a vencer
lágrimas de amor, que lloran
los hombres que quieren bien?
Y favorecido ya,
siendo tercera fiel
la noche (¡qué no consiguen
una reja y un papel?),
tratábamos de casarnos,
cuando os hicieron merced
de una jineta, y fue fuerza
iros a servir al rey.
Fuisteis a Flandes...

DONLUIS. Sí fui
(que aqueso ya lo diré),
donde dimos un asalto,
y murió valiente en él
un don Juan de Benavides,
caballero aragonés.
La equivocación del nombre
dio causa para entender
que fuese yo el muerto: ¡ Cuánto
una mentira se crê!

Llegó la nueva a Toledo...

DOÑA LEONOR. Eso diré yo más bien,
que sin vida la sentí,
y con la vida lloré;
pero callo aquí, aunque aquí
os pudiera encarecer
los sentimientos que hice,
las tristezas que pasé.
En efecto, persuasiones
de muchos pudieron ser
bastantes a que en Toledo
me casare por poder.

DON LUIS. Yo lo supe en el camino,
y pensando deshacer
el casamiento, corrí
hasta que os vi y os hablé,
con equívocas razones,
en traje de mercader.

DOÑA LEONOR. Estaba casada ya;
y pues os desengañé,
¿a qué habéis venido aquí?

DON LUIS . Sólo he venido por ver
si hay ocasión de quejarme;
que si culpando tu fe
descanso, iré luego a Flandes,
donde una bala me dé,
porque la pólvora cumpla
lo que me ofreció otra vez.

SIRENA. Gente sube la escalera.

DOÑA LEONOR. ¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?
Oscura está aquesta sala;
que aquí te quedes es bien,
porque a ti sólo te hallen;
y habiendo entrado quien es,
podrás irte, no a Castilla;
que ocasión habrá después
para acabar de quejarte.

SIRENA. Yo voy contigo también. *(Vanse las dos.)*

Escena XII

DON LUIS. ¿Qué confusión es ésta,
que a mi desdicha iguala?
Oscura está la sala,
y la noche funesta,

ya de sombra cubierta,
baja. No sé la casa ni la puerta;
que otra vez no he llegado
aquí. ¡Forzosa pena!
Temerosa Sirena
y Leonor, me han dejado
confuso y sin sentido.

Escena XIII

DON JUAN, *que andando a oscuras, se encuentra con* -DON LUIS.

DON JUAN. ¿A estas horas, no hubieran encendido
una luz? -Mas ¿qué es esto?
¿Quién es? ¿No me responde?
DON LUIS. *(Ap.)* ¡Halle puerta por donde
salir!
DON JUAN. Responda presto,
o ya desenvainada,
lengua de acero, lo dirá mi espada.

(*Al entrarse don Luis por la puerta que va al cuarto de doña Leonor, alcanzado por don Juan, saca la espada y la cruza con él, retirándose luego.)*

Escena XIV

DON LOPE y MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE. ¡ Ruido de cuchilladas,
y oscuro el aposento!
DON JUAN. Aquí los pasos siento.
MANRIQUE. Voy por luz. *(Vase.)*
DON LOPE. ¡Aquí espadas!
Ya es fuerza que me asombre.
DON JUAN. Ya le he dicho otra vez que diga el
nombre.
DON LOPE. ¿Quién mi nombre pregunta?
DON JUAN. Quien, porque habléis, sospecho
que abrirá en vuestro pecho
mil bocas con la punta
deste acero.

Escena XV

DOÑA LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. -DON LOPE,
DON JUAN.

DOÑA LEONOR. *(Dentro.)* ¡ Luz, presto! **(** *Salen Doña Leonory Sirena, y Manrique con luz.)*

DONLOPE. ¡Don Juan!
DONJUAN. ¡Don Lope!
DOÑA LEONOR. ¡Ay cielos!
DON LOPE. Pues ¿qué es esto?
DON JUAN. En esta cuadra entraba,
cuando un hombre salía.
DOÑA LEONOR. Algún hombre sería que robarla intentaba.
DONLOPE. ¡Hombre!
DON JUAN. Sí, y preguntando
quién era, la respuesta dio callando.
DON LOPE. *(Ap.* Disimular conviene,
no crea que yo puedo
tener tan bajo miedo,
que mi valor condene.)
¡Bueno fuera, a fe mía,
mataros! Yo era el mismo que salía;
que (tan desconocida
la voz) viendo que un hombre
me preguntaba el nombre
en mi casa, ofendida
la paciencia y turbada,
callando doy respuesta
con la espada.
SIRENA. ¡Por cuánto aquí se viera
un infeliz suceso!
DON JUAN. ¿Cómo puede ser eso,
si el que yo digo que era
dentro está, cosa es cierta,
que no pudo salir por esa puerta,
que vos entrasteis?
DONLOPE. Digo
que era yo.
DON JUAN. Es cosa extraña.
DON LOPE. *(Ap.* ¡Oh cuánto a un hombre daña
un ignorante amigo!
¡Que no puedan los cuerdos, los más sabios,
celar de un necio amigo los agravio s!)
Pues si por cosa cierta
tenéis que dentro ha entrado,
fuerte y determinado
guardadme aquella puerta,
en tanto, si eso pasa,
que yo examino toda aquesta casa.
DON JUAN. Pues no saldrá por ella.
Mirar seguro puedes.

DON LOPE. Mira que en ella quedes,
y no te apartes della. *(Vase Don Juan.)*
(Ap. Hoy seré cuerdamente,
si es que ofendido soy, el más prudente,
y en la venganza mía
tendrá ejemplos el mundo,
porque en callar la fundo.)
Ea, Manrique, guía
con esa luz.

MANRIQUE. No oso,
que yo de duendes soy poco goloso.

(*Quiere Don Lope entrar en un aposento, y detiénele Doña Leonor.)*

DOÑA LEONOR. No entréis, señor, aquí: yo soy testigo
que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE. *(A Manrique.)* Pues ¿de qué tienes miedo?

MANRIQUE. De todo.

DON LOPE. *(A Doña Leonor.)* Suelta, digo.-
(A Manrique.) Y tú vete de aqui...
(Ap. Que antes es dicha
que falte otro testigo a mi desdicha.)
(*Toma la luzy entra, yManrique se vapor otra puerta.)*

Escena XVI

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR. ¡Ay, Sirena! ¿Qué suerte
es ésta tan airada?
Estoy, desesperada,
por darme aquí la muerte;
pues ya es fuerza que tope
a don Luis escondido, ¡ay Dios!,
don Lope.
Él pensó que salía
por la puerta que entraba
a mi cuarto: allí estaba.
¿Mas por qué mi porfía
duda lo que ha pasado?
Ya le ha visto don Lope, ya le ha
hablado.
¿Qué haré? Irme no puedo;
porque en desdichas tantas,
oprimidas las plantas,
cadenas pone el miedo
de cobardes prisiones.

Toda soy confusión de confusiones.

Escena XVII

DON LUIS, *que sale con la espada desnuda y embozado, y tras él* DON LOPE, *con la espada desnuda y luz.*

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE. No os encubráis, caballero.

DON LUIS. Detened, señor, la espada;
que en la sangre de un rendido
más que se ilustra se mancha.
Yo soy de Castilla, donde
por los celos de una dama,
di a un caballero la muerte
cuerpo a cuerpo en la campaña.
Vine a ampararme a Lisboa,
donde estoy por esta causa
de Castilla desterrado.
He sabido esta mañana
que aquí un hermano del muerto
cautelosamente anda
encubierto, por vengarse
con traición y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
por esta calle pasaba,
cuando tres hombres me embisten
a las puertas desta casa.
Viendo que (aunque el corazón
algunas veces engaña)
era imposible defensa
contra tres de mano armada,
subíme por la escalera;
y ellos, o por ver que estaba
en sagrado, o por no hacer
tan dudosa la venganza,
no me siguieron, y estuve
en esa primera sala
esperando a que se fuesen,
y sintiendo sosegada
la calle, bajarme quise;
pero al salir de la cuadra,
hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
que eran mis propios contrarios,

no le respondo palabra.
De una sala en otra, entré
hasta aquí. Ésta es la causa
de haberme hallado, señor,
escondido en vuestra casa.
Ahora dadme la muerte;
que como yo dicho haya
la verdad, y no padezca
alguna virtud sin causa,
moriré alegre, rindiendo
el ser, la vida y el alma
a un honrado sentimiento,
y no a una infame venganza.

DON LOPE. *(Ap.* ¿Pueden juntarse en un hombre
confusiones más extrañas?
¿Tantos asombros y miedos,
penas y desdichas tantas?
Si en la calle este hombre, ¡cielos!,
tantos pesares me daba,
¿qué vendrá a darme escondido
dentro de mi misma casa?
Basta, basta, pensamiento;
sufrimiento, basta, basta,
que verdad puede ser todo;
y cuando no, aquí no hay causa
para mayores extremos:
sufre, disimula y calla.)
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya
sido contra una traición
sagrado vuestro mi casa.
En ella, a ser hoy soltero,
os sirviera y hospedara:
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.
Lo que podré hacer por vos,
será acudiros en cuantas
ocasiones se os ofrezcan,
porque a ese lado mi espada,
contra tres mil, no os suceda
otra vez volver la espalda.
Y ahora, por que salgáis
más secreto de mi casa,
podréis salir del jardín
por aquella puerta falsa...
Yo la abriré . . . y también hago

prevención tan recatada,
porque criados, que al fin
son enemigos de casa,
no cuenten que os hallé en ella,
y sea fuerza que vaya
a todos satisfaciendo
de cuál ha sido la causa.
Porque aunque es cierto que nadie
dude una verdad tan clara,
y yo de mi mismo tengo
la satisfacción que basta,
¿quién de una malicia huye?
¿quién de una sospecha escapa?,
¿quién de una lengua se libra?,
¿quién de una intención se guarda?
Y si llegara a creer...,
¿qué es a creer?, si llegara
a imaginar, a pensar
que alguien pudo poner mancha
en mi honor. . . , ¿qué es mi honor?,
en mi opinión y en mi fama,
y en la voz tan solamente
de una criada, una esclava,
no tuviera, ¡vive Dios!,
vida que no le quitara,
sangre que no le vertiera,
almas que no le sacara;
y éstas rompiera después,
a ser visibles las almas.
Venid, iréos alumbrando
hasta que salgáis.

DON LUIS. *(Ap.)* Helada tengo la voz en el pecho.
¡Qué portuguesa arrogancia!
(Vanse los dos.)

Escena XVIII

DOÑA LEONOR, SIRENA; *después* DON LOPE.

DOÑA LEONOR. Aún mejor ha sucedido,
Sirena, que yo esperaba.
Sola una vez sino el mal
menor que el que se esperaba.
Ya puedo hablar, y ya puedo
mover las heladas plantas.
¡Ay, Sirena, en qué me vi!
Vuelva a respirar el alma.

(Vuelve Don Lope.)

DON LOPE. Leonor.
DOÑA LEONOR. Señor, pues ¿qué intentas?
¿Ya no supiste la causa
con que él entró? Ya supiste
que yo no he sido culpada.
DON LOPE. ¿Tal pudiera imaginar
quien te estima y quien te ama?
No, Leonor, sólo te digo
que ya aquí se declara
con nosotros...
DOÑA LEONOR. ¿Ya él no dijo
que aquí de Castilla estaba
ausente por una muerte?
Pues yo, señor, no sé nada.
DON LOPE. No te disculpes, Leonor.
Mira. . . , mira que me matas.
Tú, Leonor pues ¿de qué habías
de saberlo? Pero basta
que él se fie de nosotros,
para que de aquí no salga.
Y tú, Sirena, no digas
lo que entre los tres nos pasa
a ninguno, ni a don Juan.

Escena XIX

DONJUAN. -DICHOS.

DON JUAN. *(Ap.)* Tanto don Lope se tarda,
que me ha dado algún cuidado.
DON LOPE. ¡Por Dios, don Juan, linda gracia
es hacerme andar así
mirando toda la casa,
siendo cierto que fui yo!
Tomad otro poco el hacha,
Y andadla vos.
DONJUAN. ¿Para qué,
si ya aquí me desengaña
el saber que fuisteis vos?
Ya conozco mi ignorancia.
DON LOPE. Con todo habemos los dos
segunda vez de mirarla.
DOÑA LEONOR. *(Ap.)* ¡Qué prudencia tan notable!
DON JUAN. *(Ap.)* ¡Qué valor y qué arrogancia!
SIRENA. *(Ap.)* ¡ Qué temor!
DON LOPE. *(Ap.)* Desta manera,

el que de vengarse trata,
hasta mejor ocasión,
sufre, disimula y calla.

Jornada tercera

Atrio de un palacio del rey en Lisboa.

Escena primera

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN. ¿Dónde está don Lope?
MANRIQUE. Cuando
entró en palacio, yo aquí
me quedé.
DON JUAN. Búscale, y di
que yo le estoy esperando.
(Vase Manrique.)

Escena II

DON JUAN. Quedaréme imaginando
a solas, sin mí y conmigo,
el dudoso fin que sigo,
y la obligación que tiene
quien a hacer discursos viene
en la opinión de un amigo.
Yo de don Lope lo soy
tanto, que no ha celebrado
amigo más obligado
la antigüedad hasta hoy.
Huésped en su casa estoy,
su hacienda gasto, y es mía,
su vida y su alma me fia:
pues ¿cómo, ¡cielos!, podré
ser ingrato a tanta fe,
amistad y cortesía?
¿Podré yo ver y callar
que su limpio honor padezca,
sin que mi vida le ofrezca
para ayudarle a vengar?
¿Podré yo ver murmurar
que este castellano adore
a Leonor, que la enamore,
y le dé lugar Leonor,
y padeciendo su honor,
yo lo sepa y él lo ignore?

No podré; pues si él quedara
satisfecho, siendo mía
la venganza, en este día
al castellano matara.
A él sin él yo le vengara,
prudente, advertido y sabio;
mas de la intención del labio
satisfacción no se alcanza,
si el brazo de la venganza
no es del cuerpo del agravio.
Yo a don Lope le diré
clara y descubiertamente
que no hable al rey ni se ausente.
Mas si me dice por qué,
¿cómo le responderé
la causa? Duda mayor
es ésta; que al que el valor
eterno honor le previene,
quien dice que no le tiene
es quien le quita el honor.
¿Qué debe hacer un amigo
en tal caso, pues entiendo
que si le callo, le ofendo
y le ofendo si lo digo,
oféndole si castigo
su agravio? Yo fui su espejo:
¿por qué bien no le aconsejo?-
Mas él mismo viene allí.
No ha de quejarse de mí.
Él me ha de dar consejo.

Escena III

DON LOPE, MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE. Vuélvete, Manrique, y di
que luego a la quinta voy;
que esperando a hablar estoy
al rey.

MANRIQUE. Don Juan está allí,
y viene a hablarte. *(Vase.)*

DON LOPE. *(Ap.* ¡Ay de mí!
¿Qué puede haber sucedido?
¿A qué puede haber venido?)
Don Juan, pues ¿qué hay por acá?-
(Ap. ¡Oh, cómo un cobarde está
siempre a su temor rendido!)

DON JUAN. Don Lope, amigo, yo vengo

(si estamos solos los dos)
a aconsejarme con vos
en una duda que tengo.

DON LOPE. *(Ap.* Ya para oír me prevengo
alguna desdicha mía.)
Decid.

DON JUAN. Un caso me envía
un amigo a preguntar,
y quiérole consultar
con vos.

DON LOPE. ¿Y es?

DON JUAN. Jugando un día
dos hidalgos, se ofreció
una duda, en caso tal
forzosa, sobre la cual
uno a otro desmintió.
Con las voces, no lo oyó
entonces el desmentido;
un amigo lo ha sabido,
y que se murmura dél;
y por serlo tan fiel,
esta duda se ha ofrecido:
¿si éste tendrá obligación
de decirlo claramente
al otro, que está inocente;
o si dejar es razón
que padezca su opinión,
pues él no basta a vengalle?
Si lo calla es agravialle,
y si lo dice es error
de amigo. ¿Cuál es mejor,
que lo diga, o que lo calle?

DON LOPE. Dejadme pensar un poco.
(Ap. Honor, mucho te adelantas;
que una duda sobre tantas
bastará a volverme loco.
En otro sujeto toco
lo que ha pasado por mí.
Don Juan pregunta por sí:
luego alguna cosa vio.
¿Haré que la diga?, no;
pero que la calle, sí.)
Don Juan, yo he considerado,
si es que mi voto he de dar,
que no puede un hombre estar
ignorante y agraviado.

Aquel que ha disimulado
su ofensa por no vengalla,
es quien culpado se halla;
porque en un caso tan grave,
no yerra el que no lo sabe,
sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
que si un amigo cual vos
(siendo quien somos los dos)
tal me llegara a decir,
tal pudiera presumir
de mí, tal imaginara,
que el primero en quien vengara
mi desdicha, fuera en él;
porque es cosa muy cruel
para dicha cara a cara,
y no sé que en tal rigor
haya razón que no asombre
y que se le pueda a un hombre
decir: «No tenéis honor.»
¡Darme el amigo mayor
el mayor pesar!- Testigo
es Dios (otra vez lo digo),
que si yo me lo dijera,
a mí la muerte me diera,
y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.

Ya quedo ahora de vos
enseñado. Eso diré,
y a este amigo avisaré
que calle. Quedad con Dios. *(Vase.)*

Escena IV

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos
pasa el caso que ponía
en tercero, y que sabía
que Leonor matarme intenta?
Pues el que supo mi afrenta,
sabrá la venganza mía.
Y el mundo la ha de saber.
Basta, honor; no hay que esperar;
que quien llega a sospechar,
no ha de llegar a creer,
ni esperar a suceder
el mal; y pues su mudanza
logra tan baja esperanza,

volveré donde contemplo
que dé su traición ejemplo,
y escarmiento mi venganza.

Escena V

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. -DON LOPE.

REY. Aunque en la quinta, que *del Rey* la llama
el vulgo en la quinta, que
el vulgo, aquesta noche duerma, digo
que no me he de quedar hoy en Lisboa.
Esté la gente toda prevenida,
que desde allí saldrá la más lucida
a competir con plumas y colores
del Sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE. *(Ap.* Cobarde al rey me llego;
que esta pena, esta rabia y este fuego
tan cobarde me tiene, que sospecho,
con verguenza, dolor y cobardía,
que todos saben la desdicha mía.)
Dame tus pies; será feliz mi boca,
si con su aliento esas esferas toca.

REY. ¡Ah don Lope de Almeida! Si tuviera
en Africa esa espada, yo venciera
la morisca arrogante bizarría.

DON LOPE. Pues ¿pudiera quedar la espada mía
en la paz, en la que se os muestra,
cuando vos, gran señor, sacáis la vuestra?
Con vos voy a morir, ¿Qué causa hubiera
que en Portugal, señor, me detuviera
en aquesta ocasión?

REY. ¿No estáis casado?

DON LOPE. Sí, señor; mas no el serlo me ha estorbado
el ser quien soy; porque antes hoy me llama
tener mayor honor a mayor fama.

REY. ¿Cómo, recién casada,
quedará como vuestra esposa?

DONLOPE. Muy honrada
en ver que os ha ofrecido
a esta empresa un soldado en su marido;
que es noble, es varonil, y más sintiera
que a vuestro lado, gran señor, no fuera;
pues si antes por mi fama os acudía,
ahora por la suya y por la mía.
Y no es inconveniente a mi deseo
el ausentarme della.

REY. Así lo creo;
que yo lo dije porque no era justo
descasaros tan presto, y desto gusto;
que en vuestra casa, aunque la empresa es alta
podréis hacer, don Lope, mayor falta.
(Vase el Rey y el acompañamiento.)

Escena VI

DON LOPE. ¡Válgame el cielo, ¿qué es esto
por que pasan mis sentidos?
Alma, ¿qué habéis escuchado?
Ojos, ¿qué es lo que habéis visto?
¿Tan pública es ya mi afrenta,
que ha llegado a los oídos
del rey? ¿Qué mucho, si es fuerza
ser los postreros los míos?
¿Hay hombre más infelice?
¿No fuera mejor castigo,
¡cielos!, desatar un rayo,
que con mortal precipicio
me abrasara, viendo antes
el incendio que el aviso,
que la palabra del rey,
que grave y severo dijo
que yo haré falta en mi casa?
Pero ¿qué rayo más vivo,
si fénix de las desdichas,
fui ceniza de mí mismo?
Cayeran sobre mis hombros
esos montes y obeliscos
de piedra, fueran sepulcros
que me sepultaran vivo.
Menos peso fueran, menos,
que esta afrenta en que he caído,
a cuya gran pesadumbre
ya desmayado me rindo.
¡Ay, honor, mucho me debes!
Júntate a cuentas conmigo.
¿Qué quejas tienes de mí?
¿En qué, dime, te he ofendido?
Al heredado valor,
¿no he juntado el adquirido,
haciendo la vida en mí
desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte a riesgo,

toda mi vida no he sido
con el humilde, cortés,
con el caballero, amigo,
con el pobre, liberal,
con el soldado, bienquisto?
Casado, ¡ay de mí!, casado,
¿en qué he faltado?, ¿en qué he sido
culpado? ¿No hice elección
de noble sangre, de antiguo
valor? Y ahora a mi esposa,
¿no la quiero?, ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te ocasionen,
con ignorancia o con vicio,
¿por qué me afrentas?, ¿por qué?
¿En qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?
¿Sentencias hay sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas, ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre, que por sí hizo
cuanto pudo para honrado,
no sepa si está ofendido!
¡Que de ajena causa ahora
venga el efecto a ser mío
para el mal, no para el bien,
pues nunca el mundo ha tenido
por las virtudes de aquél
a éste en más! Pues ¿por qué (digo
otra vez) han de tener
a éste en menos, por los vicios
de aquella que fácilmente
rindió alcázar tan altivo
a las fáciles lisonjas
de su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
que es tan frágil? ¿Y quién hizo
experiencias en redoma,
no habiendo experiencia en vidrio?
Pero acortemos discursos;
porque será un ofendido
culpar las costumbres necias,
proceder en infinito.
Yo no basto a reducirlas

(con tal condición nacimos),
yo vivo para vengarlas,
no para enmendarlas vivo.
Iré con el rey, y luego
volviéndome del camino
(que ocasión habrá), también
la tendré para el castigo.
La más pública venganza
será que el mundo haya visto.
Sabrá el rey, sabrá don Juan,
sabrá el mundo, y aun los siglos
futuros, ¡cielos!, quién es
un portugués ofendido. *(Vase.)*

Orillas del mar.

Escena VII

Oyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN, *riñendo con unos*

SOLDADOS; *después,* DON LOPE.

DON JUAN. Cobardes, el satisfecho
soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO. Huye, que es rayo su espada.

(Entranse Don Juan y sus contrarios.)

DON LOPE. *(Dentro.)* ¿No es don Juan aquel que miró? A
vuestro lado me halláis. *(Sale.)*

OTRO. *(Dentro.)* ¡Muerto soy!

DON JUAN. *(Volviendo.)* Si estáis conmigo,
poco fuera el mundo.

DONLOPE. Ya huyeron. Decid qué ha sido,
si la ocasión que tenéis
no nos obliga a seguirlos.

DON JUAN. ¡Ay don Lope, muerto estoy!
Hoy nuevamente recibo
la afrenta, que en la venganza
pensé que estaba en su olvido.
Mas, ¡ay de mí!, ha sido engaño,
porque bastante no ha sido
la venganza a sepultar
un agravio recibido.
Cuando me aparté de vos,
llegué hasta este propio sitio
que bate el mar, con el fin
que vos propio habéis venido,
que es de volver a la quinta

adonde habéis reducido
vuestra casa, previniendo
vuestra ausencia. Divertido
llegué, pues, y en esta parte
estaban en un corrillo
unos hombres, y al pasar
el uno a los otros dijo:
«Aqueste es don Juan de Silva.»
Yo, oyendo mi nombre mismo,
que es lo que se oye más fácil,
apliqué entrambos oídos.
Otro preguntó: -¿Y quién es
este don Juan? -¿No has oído
(le respondió) su suceso?
Pues éste fue desmentido
de Manuel de Sosa. Yo,
que ya no pude sufrirlo,
saco la espada, y a un tiempo
tales razones le digo:
«Yo soy aquel que maté
a don Manuel, mi enemigo,
tan presto, que de mi agravio
la última razón no dijo.
Yo soy el *desagraviado,*
que no soy el *desmentido;*
pues con su sangre quedó
lavado mi honory limpio.»
Dije, y cerrando con todos,
siguiéndolos he venido
hasta aquí porque me huyeron
luego; que es usado estilo
ser cobarde el maldiciente;
y así ninguno se ha visto
valiente, que todos hacen
a las espaldas su oficio.
Ésta es mi pena, don Lope,
y, ¡vive Dios!, que atrevido,
que loco y desesperado,
de aquí no me precipito
al mar, o con esta espada
mi propia vida me quito,
por que me mate el dolor.
«¡Éste es aquel desmentido»,
dijo, «no aquel satisfecho!»
¿Quién en el mundo previno
su desdicha? ¿No hizo harto

aquel que la satisfizo?
¿Aquel que puso su vida
desesperado al peligro,
por quedar muerto y honrado
antes que afrentado y vivo?
Mas no es así; que mil veces,
por vengarse uno atrevido,
por satisfacerse honrado
publicó su agravio mismo,
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo. *(Vase.)*

Escena VIII

DON LOPE.

«Porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo».
Luego si me vengo yo
de aquella que me ofendió,
la publico: claro está
que la venganza dirá
lo que la desdicha no.
Y después de haber vengado
mis ofensas atrevido,
el vulgo dirá engañado:
«Éste es aquel ofendido»,
y no «aquel desagraviado».
Y cuando la mano mía
se bañe en sangre este día,
ella mi agravio dirá,
pues la venganza sabrá
quien la ofensa no sabía.
Pues ya no quiero buscalla
(¡ay cielos!) públicamente,
sino encubrilla y celalla;
que un ofendido prudente
sufre, disimula y calla.
Que del secreto colijo
más honra, más alabanza:
callando mi intento rijo,
porque dijo la venganza
lo que el agravio no dijo.
Pues de don Juan, que atrevido
su honor ha restituido,
no dijo el otro soldado:
«Éste es el desagraviado»,
sino «éste es el desmentido».
Pues tal mi venganza sea,

obrando discreto y sabio,
que apenas el sol la vea,
porque el que creyó mi agravio,
me bastará que la crea.
Y hasta que pueda logralla
con más secreta ocasión,
ofendido corazón,
sufre, disimula y calla.
¡ Barquero!

Escena IX

UN BARQUERO . -DON LOPE.

BARQUERO. Señor.
DON LOPE. ¿No tienes un barco aprestado?
BARQUERO. Sí,
no faltará para ti,
aunque en una ocasión vienes,
que siguiendo a Sebastián,
nuestro rey, que el cielo guardé,
hasta su quinta esta tarde
los barcos vienen y van.
DON LOPE. Pues prevénle, porque tengo
de ir hasta mi quinta yo.
BARQUERO. ¿Ha de ser luego?
DONLOPE. Pues ¿no?
BARQUERO. Al momento le prevengo. *(Vase.)*

Escena X

DON LUIS, *que sale leyendo unpapel –*
DON LOPE. DON LUIS. *(Para sí.)* Otra vez quiero leer
letras de mi vida jueces;
porque ya es placer dos veces
el repetido placer.
(Lee.)
«Esta noche va el rey a la quinta: entre la gente
podéis venir disimulado, donde habrá ocasión para
que acabemos, vos de quejaros, y yo de
disculparme. Dios os guarde. -Leonor.»
¡Que no haya un barco en que pueda
pasar! ¡Oh suerte importuna!
¡Plegue a Dios que la fortuna
nunca un gusto me conceda!
DON LOPE. *(Ap.)* Leyendo viene un papel
quien mi venganza previene.
¿Y quién dudará que viene

leyendo mi afrenta en él?
¡Qué cobarde es el honor!
Nada escucho, nada veo que ser mi pena no creo.

DON LUIS. *(Ap.)* Don Lope es éste.

DONLOPE. *(Ap.)* Rigor,
disimulemos, y dando
rienda a toda la pasión,
esperemos ocasión
sufriendo y disimulando;
y pues la serpiente halaga
con pecho de ofensas lleno,
yo, hasta verter mi veneno,
es bien que lo mismo haga.)
En muy poco, caballero,
mi ofrecimiento estimáis,
pues que nada me mandáis,
cuando serviros espero.
Yo quedé tan obligado
de vuestra gran cortesía,
discreción y valentía,
que en Lisboa os he buscado
para que a vuestro valor
servir mi espada pudiera,
cuando otra vez pretendiera
vengarse el competidor,
que aquí os busca aventajado,
y tanto, que desta suerte
pretende daros la muerte
cuando estéis más descuidado.

DON LUIS. Yo, señor don Lope, estimo
merced que pagar espero;
mas hoy, como forastero,
a pediros no me animo
que en esta ocasión me honréis,
por no empeñaros, señor,
con ese competidor
de quien vos me defendéis:
fuera de que ya los dos
que estamos amigos creo;
pues ya le hablo y le veo
del modo que estoy con vos.

DON LOPE. Créolo; pero mirad
vuestro riesgo con cuidado;
que amistad de hombre agraviado
no es muy segura amistad.

DON LUIS. Yo, al contrario, siento y digo

cuando su amistad procuro,
¿de quién no estaré seguro,
si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE. Aunque argüiros podía
con razón o sin razón,
seguid vos vuestra opinión,
que yo seguiré la mía.
Y decidme, ¿qué buscáis
por aquí?

DON LUIS. Un barco quisiera;
en que hasta la quinta fuera
del rey.

DON LOPE. A tiempo llegáis:
que os podré servir creed,
que ya le tengo fletado.

DON LUIS. Ocasión la gente ha dado
a recibir tal merced,
que siendo tanta, no ha habido
en qué pasar; y yo quiero
ver facción que considero
que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE. Pues conmigo iréis. *(Ap.* Llegó
la ocasión de mi venganza.)

DON LUIS. *(Ap.)* ¿Cuál hombre en el mundo alcanza
mayor ventura que yo?

DON LOPE. *(Ap.)* A mis manos ha venido,
y en ellas ha de morir.

DON LUIS. *(Ap.)* ¡Que me viniese a servir
de tercero su marido!

Escena XI

EL BARQUERO. -DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO. Ya el barco ha llegado.

DONLOPE. *(Albarquero.)* Entrad
vos en el barco primero,
porque yo a un criado espero.
Pero no, vos le esperad,
pues conocéis al criado;
que al barco nos vamos ya.

BARQUERO. No entréis en él, porque está
solo y a una cuerda atado,
que no estará muy segura.

DON LOPE. Buscad al criado vos,
que allí esperamos los dos.

DON LUIS. *(Ap.)* ¿Quién ha visto igual ventura?

Él me lleva desta suerte
adonde a su honor me atrevo.

DON LOPE. *(Ap.)* Yo desta suerte le llevo
donde le daré la muerte . *(Vanse los dos.)*

BARQUERO. El criado no vendrá
en mil horas, según creo.
Mas ¿qué es aquello que veo?
¡Desasido el barco está,
rompida la cuerda! Dios
sólo los puede librar;
que sin duda que en el mar
tendrán sepulcro los dos. *(Vase.)*

Otro punto de la playa a vista de la quinta de Don Lopa

Escena XII

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE. Sirena, cuyo mirar
suspende, enamora, encanta,
¿vienes acaso a escuchar
a su orilla cómo canta
la sirena de la mar?
Oye un soneto oportuno,
heroico, grave y discreto:
no te parezca importuno,
porque éste es el un soneto
de los mil y ciento y uno.
(*Saca Manrique un pape ly lee.)*
«Cinta verde, que en término sucinta,
su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto
en sangre, que gobierna el globo quinto,
para que Venus estuviese en cinta:
La primavera tus colores pinta,
por quien yo traigo en este laberinto,
tamaño como pasa de Corinto,
el corazón, más negro que la tinta.
Hoy tu esperanza a mi temor junte,
porque en su verde y amarillo tinte
amor flemas y cóleras barrunte;
que como a mí de su color me pinte,
no podrá hacer, aunque en arpón me apunte,
que mi esperanza no se encaraminte.»

SIRENA. ¡ Qué lindo soneto has hecho!
Pero enseña a ver si es verde
la cinta.

MANRIQUE. *(Ap.* En bien se me acuerde

lo que la cinta se ha hecho.
¡Ah! Sí.) Estaba cierto día
junto al Tajo, en su frescura
contemplando tu hermosura,
Sirena, y la dicha mía.
Saqué aquella cinta bella
para aliviar mi esperanza,
y culpando tu mudanza,
empecé a llorar con ella.
Besábala con placer,
y un águila que me vio
llegarla al labio, pensó
que era cosa de comer.
Bajó de una piedra viva,
y con gran resolución
arrebatóme el listón,
y volvió a subir arriba.
Yo, aunque con gran ligereza
subir a su nido quiero,
no pude hallar un caldero
que ponerme en la cabeza.
Con esta ocasión se pierde
de tu listón la memoria.
Ésta es, Sirena, la historia
llamada la cinta verde.

SIRENA. Pues óyeme lo que a mí
después acá me pasó.
Estando en el campo yo,
volar un águila vi,
que era la misma; pues viendo
no ser cosa de comer,
la cinta dejó caer
junto a mí; y yo, acudiendo
a ver lo que había caído,
hallé entre las flores puesta
la cinta; mira si es ésta.

MANRIQUE. ¡Notable suceso ha sido!

SIRENA. Más notable será ahora
la venganza.

MANRIQUE. Mejor es
dejarlo para después,
que sale al campo señora. *(Vase.)*

Escena XIII

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

DOÑA LEONOR. Sirena.

SIRENA. Señora.
DOÑA LEONOR. Mucha
es mi tristeza.
SIRENA. Pues ¿no
sabré qué es la causa yo?
DOÑA LEONOR. Ya la sabes; pero escucha.
Desde la noche triste
que en tantas confusiones, abrasada
Troya a mi casa viste,
quedando yo de todos disculpada,
don Juan más engañado,
libre don Luis, don Lope asegurado;
después que por la ausencia
que quiere hacer, en esta hermosa quinta
adonde la excelencia
de la naturaleza borda y pinta
campaña y monte altivo,
más estimada de don Lope vivo;
perdí, Sirena, el miedo
que a mi propio respeto le tenía;
pues si escaparme puedo
de lance tan forzoso, la osadía
ya sin freno me alienta;
que peligro pasado no escarmienta.
A aquesto se ha llegado
ver a don Lope más amante ahora;
porque desengañado,
si algo temió, su desengaño adora,
y en amor le convierte.
¡Oh cuántos han amado desta suerte!
¡Oh cuántos han querido,
recibiendo por gracias los agravios!
Deste error no han podido
librarse los más doctos, los más sabios;
que la mujer más cuerda,
de haber amado, amada no se acuerda.
Cuando don Luis me amaba,
pareció que a don Luis aborrecía;
cuando sin culpa estaba,
pareció que temía;
y ya (¡qué loco extremo!)
ni amo querida, ni culpada temo;
antes amo olvidada y ofendida,
antes me atrevo, cuando estoy culpada,
y pues para mi vida
hoy sigue al rey don Lope en la jornada,

escribo que don Luis a verme venga,
y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

Escena XIV

DONJUAN. -DICHAS.

DON JUAN. *(Ap.)* ¡No sé cómo el corazón
tan grandes rigores sufre,
sin que se rinda a los golpes
de una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR. Señor don Juan, pues ¿no viene
con vos don Lope?

DON JUAN. No pude
esperarle, aunque él me dijo
que antes que en el mar sepulte
el sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo puede, si ya cubren
al mundo pálidas sombras,
y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN. A mí me tuvo violento
un gran disgusto que tuve,
y esperar no puede a nadie
el que de sí mismo huye.

DON LUIS. *(Dentro.)* ¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR. ¿Qué voz
tan lastimosa discurre
el viento?

DON JUAN. En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR. En las ondas se descubre
del mar un bulto, que ya
siendo trémulas las luces
del día, no se determina
quién es.

DON JUAN. Osado presume
escaparse; pues parece
que hacia nosotros le induce
piedad del cielo. Lleguemos
donde valientes le ayuden
nuestros brazos. *(Vase.)*

Escena XV

DONLOPE. -DICHOS.

DON LOPE. *(Dentro.)* ¡Ay de mí!

DON JUAN. *(Dentro.)* ¡Llega!

DON LOPE. *(Dentro.)* ¡Oh, tierra, patria dulce
del hombre!

(Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la

mano.)

DON JUAN. ¡Qué es lo que veo!
¡Don Lope!

DOÑA LEONOR. ¡Esposo!

DONLOPE. No pude
hallar puerto más piadoso,
que el que en tal favor acude
a mi fatiga. ¡Oh Leonor!
¡Oh mi bien!, no es bien que dude
que el cielo me ha prevenido
con sus favores comunes
tan grande dicha, en descuento
de tan grande pesadumbre.
¡Amigo!

DON JUAN. ¿Qué ha sido esto?

DON LOPE. La mayor lástima incluye
aquesta ventura mía,
que vio el mundo,

DOÑA LEONOR. Como ayude
el cielo mis esperanzas,
y vivo estéis, no hay quien culpe
a la fortuna, aunque usase
de su trágica costumbre.

DON LOPE. Hablé al rey, busquéos a vos,
y como hallaros no pude,
fleté un barco. Estando ya
para hacer que el agua surque.
a mí un galán caballero,
cuyo nombre apenas supe,
(que pienso que era un don Luis
de Benavides) acude
diciéndome que por ser
forastero, a quien se suple
un cortés atrevimiento,
me ruega que no le culpe
el pedirme que en el barco
le traiga; que es bien procure
ver en la quinta del rey
la gente cuando se junte.
Obligóme a que le diese
un lugar; y apenas hube
entrado con él, y el barco
de los dos el peso sufre
(que el barquero aún no había entrado),
cuando al cabo, a quien le pudren
las mismas aguas del mar,

falta, porque le recude
una onda reciamente,
a cuyo golpe no pude
resistir, aunque tomé
los remos. Al fin no tuve
fuerza, y los dos en el barco
entrando por las azules
ondas del mar, padecimos
mil saladas inquietudes.
Ya de los montes de agua
ocupé las altas cumbres,
ya en bóveda de zafir
sepulcro en sus arcos tuve;
al fin guiado a esta parte,
a vista ya de las luces
de tierra, chocando el barco,
de arena y agua se cubre.
El gallardo caballero,
a quien yo librar no pude,
por apartarnos la fuerza
del golpe, sin que se ayude
a sí mismo, se rindió
al mar, donde le sepulte
su olvido.

DOÑA LEONOR. ¡Ay de mí ! *(Cae desmayada.)*

DONLOPE. ¡Leonor,
mi bien, mi esposa, no turbes
tu hermosura! ¡Ay cielo mío!
Un hielo manso discurre
por el cristal de sus manos.
¡Ay, don Juan!, la pesadumbre
de verme así, no fue mucho
que la rindiese: no sufren
corazones de mujer
que estas lástimas escuchen.
Llevadla al lecho los dos.
(Llévanla entre Don Juan y Sirena.)

Escena XVI

DON LOPE. ¡Qué bien en un hombre luce
que callando sus agravios,
aun las venganzas sepulte!
Desta suerte ha de vengarse
quien espera, calla y sufre.
Bien habemos aplicado,

honor, con cuerda esperanza,
disimulada venganza
a agravio disimulado.
¡Bien la ocasión advertí
cuando la cuerda corté,
cuando los remos tomé
para apartarme de allí,
haciendo que pretendía
acercarme! Y ¡bien logré
mi intento, pues me maté
al que ofenderme quería
(testigo es este puñal),
al agresor de mi afrenta,
a quien di en urna violenta
monumento de cristal!
¡Bien en la tierra rompí
el barco, dando a entender
que esto pudo suceder
sin sospecharse de mí!
Pues ya que conforme a ley
de honrado, maté primero
al galán, matar espero
a Leonor: no diga el rey,
viendo que su sangre esmalta
el lecho que aún no violó,
que no vaya, porque yo
en mi casa no haga falta.
Pues esta noche ha de ver
el fin de mi desagravio,
medio más prudente y sabio
para acabarlo de hacer.
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,
bella como licenciosa,
tan infeliz como hermosa,
ruina fatal de mi honor;
Leonor, que al dolor rendida,
y al sentimiento postrada,
dejó la muerte burlada
en las manos de la vida,
ha de morir. Mis intentos
sólo los he de fiar,
porque los sabrán callar,
de todos cuatro elementos.
Allí al agua y viento entrego
la media venganza mia;
y aquí la otra mitad fia

mi dolor de tierra y fuego;
pues esta noche mi casa
pienso intrépido abrasar.
Fuego al cuarto he de pegar,
y yo, en tanto que se abrasa,
osado, atrevido y ciego
la muerte a Leonor daré,
porque presuman que fue
sangriento verdugo el fuego.
Sacaré acendrado dél
el honor que me ilustró,
ya que la liga ensució
una mancha tan cruel;
y en una experiencia tal,
por los crisoles no ignoro
que salga acendrado el oro
sin aquel bajo metal
de la liga que tenía
y su valor deslustraba.
Así el mar las manchas lava
de la gran desdicha mía:
El viento la lleve luego
donde no se sepa della:
La tierra ande por no vella,
y cenizas la haga el fuego;
porque así el mortal aliento,
que a turbar el sol se atreve,
consuma, lave, arda y lleve
tierra, agua, fuego y viento. *(Vase.)*

Escena XVII

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE. Pensando el mar que dormía
segundo sol en su esfera,
mansamente retrató
a sus ondas las estrellas.

REY. Vine, duque, por el mar;
que aunque pude por la tierra,
me pareció que tardaba,
cuanto por aquí es más cerca.
Y habiendo estado las aguas
tan dulces y lisonjeras,
que el cielo, Narciso azul,
se vio contemplando en ellas,
ha sido justo venir
donde tantos barcos vea,

cuyos fanales parecen
mil abrasados cometas,
mil alados cisnes, pues
formando esta competencia,
unos con las alas corren,
y otros con los remos vuelan.

DUQUE. A todo ofrece ocasión
la noche apacible y fresca.

REY. Entre la tierra y el mar
deleitosa vista es ésta;
porque mirar tantas quintas,
cuyas plantas lisonjean
ninfas del mar, que obedientes
con tanta quietud las cercan,
es ver un monte portátil,
es ver una errante selva;
pues vistas dentro del mar,
parece que se menean.
Adiós, dulce patria mía,
que en él espero que vuelva
(puesto que es la causa suya),
donde ceñido me veas
de laurel entrar triunfante
de mil victorias sangrientas,
dando a mi honor nueva fama,
nuevos triunfos a la Iglesia,
que espero ver...
(Voces dentro.)
¡Fuego, fuego!

REY. ¿Qué voces, duque, son ésas?

DUQUE. Fuego, dicen; y hacia allí
la quinta, que está mas cerca.
Y si no me engaño, es
la de don Lope de Almeida,
se está abrasando.

REY. Ya veo
en ímpetu salir della,
hecha un volcán de humo y fuego,
las nubes y las centellas.
Grande incendio, al parecer,
de todas partes la cerca:
parece imposible cosa
que nadie escaparse pueda.
Acerquémonos a ver
si hay contra el fuego defensa.

DUQUE. ¡ Señor! ¿Tal temeridad?

REY. Duque, acción piadosa es ésta,
no temeridad.

Escena XVIII

DON JUAN, *medio desnudo.* -DICHOS.

DON JUAN. Aunque
cenizas mi vida sea,
he de sacar a don Lope,
que es su cuarto el que se quema.
REY. Detened aquese hombre.
DUQUE. Desesperado, ¿qué intentas?
DON JUAN. Dejar en el mundo fama
de una amistad verdadera.
Y pues que presente estás,
es bien que la causa sepas.
Apenas, oh, gran señor,
nos recogimos, apenas,
cuando en un punto, un instante,
creció el fuego de manera,
que parece que tomaba
venganza de su violencia.
Don Lope de Almeida está
con su esposa, y yo quisiera
librarlos.

Escena XIX

MANRIQUE. -DICHOS.

MANRIQUE. Echando chispas,
como diablo de comedia,
salgo huyendo de mi casa,
que soy desta Troya Eneas.
Al mar me voy a arrojar,
aunque menor daño fuera
quemarme, que beber agua.

Escena XX

DON LOPE, *medio desnudo, que saca a* DOÑA LEONOR, *muerta.*

DICHOS.

DON LOPE. ¡Piadosos cielos, clemencia,
porque, aunque arriesgue mi vida,
escapar la suya pueda!
¡Leonor!
REY. ¿Es don Lope?
DONLOPE. Yo
soy, señor, si es que me deja

el sentimiento, no el fuego,
alma y vida, con que pueda
conoceros, para hablaros,
cuando vida y alma atentas
a esta desdicha, a este asombro,
a este horror, a esta tragedia,
yacen postradas y mudas.
Esta muerta beldad, esta
flor en tanto fuego helada,
que sólo el fuego pudiera
abrasarla, que de envidia
quiso que no resplandezca,
ésta, señor, fue mi esposa,
noble, altiva, honrada, honesta,
que en los labios de la fama
deja esta alabanza eterna.
Ésta es mi esposa, a quien yo
quise con tanta terneza
de amor, porque sienta más
el no verla y el perderla
con una tan gran desdicha,
como en vivo fuego envuelta,
en humo denso anegada;
pues cuando librarla intenta
mi valor, rindió la vida
en mis brazos. ¡Dura pena!
¡Triste horror! ¡Fuerte suceso!
Aunque un consuelo me deja,
y es, que ya podré serviros;
pues libre desta manera,
en mi casa no haré falta.
Con vos iré, donde pueda
tener mi vida su fin,
si hay desdicha que fin tenga.
Y vos, valiente don Juan, *(Ap. a él)*
decid a quien se aconseja
con vos, cómo ha de vengarse
sin que ninguno lo sepa;
y no dirá la venganza
lo que dijo la alienta.

REY. ¡Notable desdicha ha sido!

DON JUAN. Pues óigame Vuestra Alteza
aparte; porque es razón
que sólo este caso sepa.
Don Lope sospechas tuvo,
que pasaron de sospechas

y llegaron a verdades;
y en resolución tan cuerda,
por dar a *secreto agravio*
también *venganza secreta*,
al galán mató en el mar,
porque en un barco se entra
con él sólo: así el secreto
al agua y fuego le entrega,
porque el que supo el agravio
sólo la venganza sepa.

REY. Es el caso más notable
que la antigüedad celebra;
porque secreta venganza
requiere secreta ofensa.

DON JUAN. Ésta es verdadera historia
del gran don Lope de Almeida,
dando con su admiración
fin a la tragicomedia.

Fin de «A secreto agravio, secreta venganza».

Pedro Calderón de la Barca

AMADO Y ABORRECIDO

Personas que hablan en ella:

- **DANTE, galán**
- **AURELIO, galán**
- **LIDORO, galán**
- **REY de Chipre**
- **MALANDRÍN, gracioso**
- **AMINTA, dama, hermana del rey**
- **IRENE, dama, infanta de Egnido**
- **FLORA, dama**
- **NISE, dama**
- **LAURA, dama**
- **CLORI, dama**
- **DIANA, diosa**
- **VENUS, diosa**
- **CRIADO**
- **MÚSICA**
- **Acompañamiento**

JORNADA PRIMERA

Salen por una parte DANTE, y por otra AURELIO

AURELIO: ¿Dónde queda el rey?
DANTE: Detrás
de esos ribazos le dejo,
en el alcance empeñado

de un jabalí, cuyo riesgo
veloz Aminta su hermana
sigue también.

AURELIO: Según eso,
ocasión será de que
concluyamos nuestro duelo,
con la novedad que está
citado.

DANTE: Para ese efecto
esperando estaba a vista
de este edificio soberbio.

AURELIO: Pues llegad; solos estamos.

DANTE: ¡Ah del soberano centro
donde aprisionada vive
toda la región del fuego!

AURELIO: ¡Ah de la divina esfera
del sol más hermoso y bello
que, a pesar de opuestas nubes,
abrasa con sus reflejos!

DANTE: ¡Ah del alcázar de amor!

AURELIO: ¡Ah del abismo de celos!

DANTE: ¡Patria de la ingratitud!

AURELIO: ¡Monarquía del desprecio!

AURELIO y DANTE: ¡Ah de la torre!

En lo alto salen NISE y FLORA

FLORA y NISE: ¿Quién llama...

NISE: ...tan sin temor...

FLORA: ...tan sin miedo
a estos umbrales?

DANTE: Decid
a vuestro divino dueño...

AURELIO: Decid a la soberana
deidad de ese humano templo...

DANTE: ...que a ese mirador se ponga.

AURELIO: ...que salga a esa almena.

IRENE: ¡Cielos!
¿Quién para tanta osadía
ha tenido atrevimiento?
¿Quién aquí da voces?

AURELIO y DANTE: Yo.

IRENE: Ya con dos causas, no menos
que antes extrañé el oíros,
habré de extrañar el veros,
no tanto porque del rey
atropelléis los decretos,
no tanto porque de mí
aventuréis el respeto,
rompiendo el coto a la línea
de mi espíritu soberbio,
cuanto porque acrisoléis
la ingratitud de mi pecho,
que a par de los dioses juzga
lograr mármoles eternos.
Si de por sí cada uno,

aun en callados afectos
que apenas a estos umbrales
llegaron, cuando volvieron
castigados y no oídos,
examinó mis desprecios,
¿qué hará, unido de los dos,
ahora el atrevimiento?
¿Qué pretendéis? ¿Qué intentáis?
Y ¿con qué efecto, en efecto,
llegáis aquí? ¿Para qué
me dais voces?

AURELIO y DANTE: Para esto.

Sacan las espadas

AURELIO: Que si de ambos ofendida
estás, ambos pretendemos,
con librarte de una ofensa,
ganar un merecimiento.

DANTE: Y porque de su valor
quede el otro satisfecho,
queremos que seas testigo
tú misma de nuestro esfuerzo.

AURELIO: Ya partido el sol está,
pues el sol nos está viendo.

DANTE: Yo, porque no esté partido,
lidiaré por verle entero.

Riñen

IRENE: Tened, tened las espadas;
templad los rayos de acero;
mirad que aun el vencedor
la esgrime contra sí mesmo,
pues no es menor el peligro
de vivir que quedar muerto.

Siguen riñendo

AURELIO: ¡Qué valor!

DANTE: ¡Qué bizarría!

IRENE: Llamad quien de tanto empeño
el riesgo excuse.

NISE: ¡Ah del monte!

FLORA: ¡Cazadores y monteros
del rey!

Dentro

VOZ: De la torre llaman.
Acudid, acudid presto.

AURELIO: ¡Que no acabe con tu vida!

DANTE: ¡Que dures tanto!

Salen el REY y gente

REY: ¿Qué es esto?
AURELIO y DANTE: Nada, señor.
IRENE: (Las almenas **Aparte**
dejaré. Y pues al rey tengo
tan cerca de mí, han de hablarle
claros hoy mis sentimientos.)

Vase

REY: ¿Qué es esto?, digo otra vez;
y no ya porque pretendo
que afectado el disimulo
desvelar quiera el intento,
sino porque ya empeñado
estoy en que he de saberlo.
¿Qué es esto, Dante?
DANTE: Señor,
no lo sé.
REY: ¿Qué es esto, Aurelio?
AURELIO: Tampoco sabré decirlo.
REY: ¡Oh, qué recato tan necio
y tan fuera de que llegue
a conseguirse! Y, supuesto
que lo he de saber, mirad
que casi toca el silencio
en especie de traición.
DANTE: A esa fuerza...
AURELIO: A ese precepto...
DANTE: ...la causa, señor...
AURELIO: ...la causa...
REY: Decid.
DANTE: ...es amor.
AURELIO: ...son celos.
REY: Aunque celos y amor sea
respuesta bastante, puesto
que ellos son de acciones tales
culpa disculpada, quiero
más por extenso informarme
de la causa porque, siendo,
como sois, en paz y en guerra
los dos polos de mi imperio,
con quien igual he partido
la gravedad de su peso,

A DANTE

valeroso tú en las armas,

A AURELIO

político tú al gobierno,
no es justo, habiendo llegado
yo, dejar pendiente el duelo
para otra ocasión; y así
he de informarme, primero
que le ajuste, de la causa
que tenéis.

DANTE: Yo fío de Aurelio
tanto, señor --porque al fin,
sobre ser quien es, le tengo
por competidor y mal,
sin ser noble, podía serlo--,
que lo que él diga será
la verdad; y así te ruego
la oigas dél, pues cuando no
estuviera satisfecho
de su valor y su sangre,
por no decirla yo, pienso
que me dejara vencer,
aun en lo dudoso, a precio
de que mi voz no rompiera
las cárceles del silencio.

AURELIO: Cuando no me diera Dante
licencia de hablar primero,
la pidiera yo, porqué
tan obediente al precepto
de tu voz estoy que, al ver
que tú gustas de saberlo,
aunque es mi afecto tan noble
como el suyo, hiciera menos
en callarlo que en decirlo.
Y es fácil el argumento,
pues en materias de amor
siempre calla un caballero
y no siempre un rey pregunta.

DANTE: Dices bien, y yo me alegro
que en callar y hablar los dos
tan de un parecer estemos
que, hablando tú y yo callando,
quedemos los dos bien puestos.

AURELIO: Un día, señor...

Salen AMINTA y damas

AMINTA: Hermano,
¿qué es la causa que te ha hecho
dejar la caza y venir
otra novedad siguiendo?

REY: De Aurelio, Aminta, lo oirás,
pues que llegas a buen tiempo.

DANTE: (No llega sino a bien malo.) **Aparte**

REY: Prosigue, pues.

AURELIO: Oye atento.
Un día, señor, que a caza
saliste a este sitio ameno,
y yo contigo, llamado

de la ladra de sabuesos
y ventores, que lidiaban
con un jabalí en lo espeso
del monte, di de los pies
a un veloz caballo, a tiempo
que impacientes dos lebreles,
por llegar a socorrerlos,
antes que de la traílla
les diese suelta el montero,
le arrastraban por las breñas,
de suerte libres y presos
que, con cadena y sin tino,
iban atados y sueltos.
Pasaron por donde estaba
y, enredándose ligeros
entre los pies del caballo,
desatentado y soberbio
con ellos lidió, hasta que,
mal desenlazado de ellos,
el eslabón a un collar
rompió, y la obediencia al freno,
tal que de una en otra peña,
sin darse a partido al tiento
de la rienda, disparó,
hasta que, chocando ciego
con lo espeso de unas jaras,
perdió, con el contratiempo,
tierra tan dichosamente
que, él embazado y yo atento,
desamparamos iguales
yo la silla y él el dueño.
Aquí, al cobrarle la rienda,
se enarboló en dos pies puesto
y, llevándome tras sí,
partimos los elementos,
pues el mar de mi sudor
y de su cólera el fuego,
dejándome con la tierra,
le vieron ir con el viento.
Solo y a pie en la espesura,
ni bien vivo ni bien muerto,
sin saber dónde, quedé.
Preguntarásme a qué efecto,
hablándome tú en mi amor,
te respondo yo en mi riesgo.
Pues escucha; que no acaso
te he contado todo esto;
porque, hallándome, según
dirá después el suceso,
dentro del vedado coto
que tienes, gran señor, puesto
a la libertad de Irene,
fue justo decir primero
la disculpa con que yo
romperle pude, supuesto
que fue por culpa de un bruto;
que no pudieran con menos

violento acaso quebrar
mis lealtades tus preceptos.
Solo y a pie, como he dicho,
sin norte, sin guía, sin tiento,
me hallé en la inculta maleza,
las vagas huellas siguiendo
de las fieras que, perdidas
tal vez, tal cobradas, dieron
conmigo en la verde margen
de un cristalino arroyuelo
que, del monte despeñado,
descansaba en un pequeño
remanso, y para correr
paraba a tomar esfuerzo.
¡Oh cómo sin elección
del humano entendimiento
sabe mostrarse el peligro,
sabe sucederse el riesgo!
Dígalo yo; pues llevado
de mí sin mí, discurriendo
al arbitrio del destino
--que homicida de sí mesmo,
sin saber dónde guía, sabe
dónde está el peligro, haciendo
de las señas del escollo
seguridades del puerto--,
me vi, cuando juzgué a vista
de los descansos, oyendo
de no sé qué humana voz
los mal distintos acentos,
y tan lejos del alivio
que, áspid engañoso el eco,
en las lisonjas del aire
escondía su veneno.
Estaba en la verde esfera
del más intrincado seno,
tejido coro de ninfas
como guardándole el sueño
a una deidad, recostada
en el apacible lecho
que de flores, yerba y rosa
estaba el aura mullendo.
No te quiero encarecer
su perfección; sólo quiero,
para disculpa, que sepas
que vi y amé tan a un tiempo
que, entre dos cosas no pude
distinguir cuál fue primero,
pues juzgo que volví amando
aun antes de llegar viendo.
Apenas entre las ramas
el templado ruido oyeron
de las hojas que movía
la inquietud de mi silencio
cuando todas asustadas
por las malezas huyeron
del monte. Quise seguirlas,

mas no pude; que, resuelto
delante un guarda me puso
el arcabuz en el pecho,
diciéndome que me diese
a prisión, por haber hecho
contra las órdenes tuyas
tan notable atrevimiento
como haber roto la línea
de aquese vedado cerco.
Dije quién era y la causa,
a cuya disculpa atento,
disimulando conmigo,
guïó mis pasos, diciendo
lo que yo le dije a Dante
después, de cuyo secreto
vino a originarse en ambos
la ocasión de nuestro duelo,
que fue que aquel bello asombro,
aquel hermoso portento,
era Irene.

REY: Calla, calla,
no prosigas; que no quiero
saber que traidor tu engaño
adora lo que aborrezco.
Mujer, enemiga mía,
sangre aleve de quien... (Pero **Aparte**
¿a mí puede destemplarme
tanto ningún sentimiento?)
¿Es ella, Dante, también
la que tú adoras?

DANTE: Supuesto
que yo el secreto no he dicho,
poco importa del secreto
que diga la circunstancia.
Sí, señor, pero advirtiendo...
(Perdone Aminta.) **Aparte**

AMINTA: (¡Ay de mí! **Aparte**
¿Qué escucho?)

DANTE: ...que fue primero...

AMINTA: (¡Ah, ingrato amante!) **Aparte**

DANTE: ...mi amor...

REY: ¿Qué?

DANTE: ...que tu aborrecimiento.

REY: ¿Primero tu amor? Prosigue.
¿De qué suerte?

DANTE: Escucha atento.
Lo que por mayor supiste
sabrás por menor; que temo,
por obligar lo que adoro,
enojar lo que aborrezco.

AMINTA: (¡Oh, quiera Amor que yo pueda **Aparte**
reprimir mis sentimientos!)

DANTE: Lidógenes, rey de Egnido,
tributario del imperio
de Chipre, que largos años

te deje gozar el cielo,
en campaña contra ti
puso sus armas, diciendo
que no había de pagarte
aquel heredado feudo
que a tu corona tributan
los avasallados reinos
que el Archipiélago baña,
porque el de Egnido era esento
a causa de no sé qué
mal honestados pretextos,
que no me toca argüirlos,
aunque me tocó vencerlos.
Tú indignado preveniste
tus armadas huestes, siendo
yo su general, a quien
honraron con este puesto
siempre, señor, tus favores
más que mis merecimientos.
Con ellas, pues, salí en busca
de tu enemigo; y, supuesto
que sabes que le vencí,
sólo en esta parte quiero,
por lo que al suceso toca,
eslabonar el suceso.
Y así diré solamente
que aquel día en que vi puesto
de la fortuna al arbitrio
todo el poder de tu imperio,
fauto para mí e infausto
fue, pues me vi a un mismo tiempo
ser vencedor y vencido,
cuando, en fuga el campo puesto
de Lidógenes, que iba
desbaratado y deshecho,
entre el bélico aparato
de tanto marcial estruendo,
tanto militar asombro
reconocí un caballero
que a todos sobresalía
por ser su arnés un espejo
en quien se miraba el sol,
que, blandiendo herrado el fresno,
la sobrevista calada,
en un bruto tan ligero
que pareció que volaba
con las plumas de su dueño,
de las desmandadas tropas
que iban por el campo huyendo
el desorden reducía,
valiente, animoso y diestro,
solicitando rehacerlas
para empeñarlas de nuevo,
por ver si así mejoraba
de fortuna en el reencuentro.
Puse en él los ojos y él,
adivinando mi intento,

que a veces el corazón
habla de parte de adentro,
saliéndome al paso, hizo
elección de mejor puesto,
ocupando de un ribazo
la loma, cuyo terreno,
algo pendiente, le hacía
ventajoso, donde habiendo
proporcionado a su juicio
la distancia del encuentro,
pasó de la cuja al ristre
la lanza con tal denuedo
que, hecho a la mano el caballo,
sin esperar el acuerdo
de la espuela, para mí
partió tan galán, tan diestro
que diera miedo a cualquiera
que hubiera de tener miedo.
Yo, que sobre el mismo aviso
estaba, habiendo primero
reparado mi caballo,
por ganarle algún aliento,
al verle partir, partí
tan igual con él que entiendo
que, a haber medio entre los dos,
el choque dijera el medio.
Entre baberol y gola
el asta me rompió, a tiempo
que yo de la gola arriba
la mía rompí, subiendo
en átomos, no en astillas,
tal altos entrambos fresnos
que, de la región del aire
pasándose a la del fuego,
por encenderse, tardaron
en caer o no cayeron.
Mal afirmado en la silla
quedó un rato porque, haciendo
en las grabazones presa
el trozo último del cuento
se llevó con el penacho,
falseando el tornillo al yelmo,
la sobrevista tras sí,
de manera que, volviendo
a recobrarse en el torno,
empuñanado el blanco acero,
a buscarme y a buscarle,
le vi el rostro descubierto,
en cuya rara hermosura,
en cuyo semblante bello
suspendido y admirado,
juzgué que, Adonis con celos
de Marte, pretendía dar
satisfacciones a Venus
de que lo hermoso no sólo
es en las cortes soberbio.
Embistióme, pues, segunda

vez, en cuyo trance creo
que quedara victorioso,
según yo estaba suspenso,
si, tropezando el caballo
--quizá fue en mi pensamiento,
pues yo se le eché delante--,
con él no diera en el suelo,
de cuyo acaso gozando,
me hallé vencedor en duelo
tan dudoso que quedamos
uno de otro prisionero,
él de mi esfuerzo, mas yo
de su hermosura y su esfuerzo.
Retiráronle a mi tienda,
y fui el alcance siguiendo
hasta que, ya coronado
de despojos y trofeos,
canté la victoria, y más
cuan[d]o, a mis reales volviendo,
supe al entrar en mi tienda
que el hermoso prisionero
que en ella estaba era..

Salen IRENE, CLORI y LAURA

IRENE: Yo,
que llegar, señor, no temo
a tus pies, gozando de esta
ocasión que hoy me da el cielo,
porque sé que en tus enojos
nada aventuro, supuesto
que no aventuro la vida,
porque es la que yo no tengo.
Y así, pues he de morir
sepultada en mi silencio,
muera anegada en mi llanto,
y débate por lo menos,
en albricias de mi muerte,
el estarme un rato atento.

Hija soy de Lidógenes de Egnido
isla del Archipiélago que, ufana,
como ésta a Venus consagrada ha sido,
aquélla consagrada fue a Dïana,
de cuyo opuesto rito ha procedido
entre las dos la enemistad tirana
que las mantiene en iras y rencores,
hija de olvidos una, otra de amores.
A aquesta causa aborrecidos creo
que siempre unos isleños de otros fuimos;
y así no hay que buscarle nuevo empleo
a nuestra enemistad, pues siempre vimos
que, opuesto el culto, opuesto está el deseo;
con que unos y otros al nacer hicimos
callados homenajes en la cuna

de aborrecer nuestra mejor fortuna.
   Este, pues, heredado horror, que vario
el tiempo no borró de la memoria,
engendró en nuestra gente el temerario
pretexto de negarte aquella gloria
de que su rey te fuese tributario;
y aunque declare el cielo la victoria
en tu favor, nos queda por consuelo
creer que tuvo otro motivo el cielo.
     Pues no siempre sus orbes celestiales,
no siempre sus luceros, sus estrellas,
árbitros de los bienes y los males,
lo mejor distribuyen que hay en ellas,
porque importa tal vez que desiguales
los dioses oigan mal nuestras querellas
y, siendo su instrumento el enemigo,
injusticia parezca el que es castigo.
   Y así, dejando aparte que tuviese
otra razón mi padre, pues ninguna
es mayor que pensar cuánto le pese
ver mejorada en algo tu fortuna,
voy --o ya fuese justa o no lo fuese
la guerra-- a si hay alguna ley, alguna
razón para que, siendo prisionera,
en una torre emparedada muera.
   Si yo en los ejercicios de Diana,
por ser a su deidad más parecida,
tan altiva nací, viví tan vana
que, siendo de las fieras homicida,
quise llegar con ambición ufana,
quise pasar con fama esclarecida
a serlo de los hombres, porque vieras
cuánto son para mí los hombres fieras
   --a cuyo efecto vine gobernando
del ejército el trozo que postrero
se puso en fuga, ¡ay infelice!, cuando
contra mí el hado articuló severo
la infausta voz que el enemigo bando
victoria apellidó, y por eso infiero
   que rigor a rigor añadir miras,
crüeldad a crüeldad, iras a iras--,
   ¿de cuándo acá en los reyes ha durado
desde un día rencor para otro día?
¿De cuándo acá la indignación del hado,
fiera al vencer, no es en venciendo pía?
Si mi valor te puso en tal cuidado,
mi valor es también el que debía
ponerte en el de honrarme, pues ha sido
gloria del vencedor la del vencido.
     Y ya que esta razón en ti no alcanza
piedad, por tantas causas merecida,
acaba de una vez con tu venganza;
de una vez, no de tantas se despida,
porque de aquestos pies, sin esperanza
de mi muerte, no digo de mi vida,
no me he de levantar, donde en despojos
las lágrimas consagro de mis ojos.

Y porque afable esa deidad humana
responda al sacrificio que la adora,
no soy de armadas huestes capitana,
no infanta soy de Egnido vencedora,
no soy sacerdotisa de Dïana,
pues sólo soy una mujer que llora,
tan modesta en pedir que aun de esta suerte
no pido más de que me des la muerte.

REY: Levanta, Irene, del suelo;
y pues en público acusas
mi majestad de tirana,
para que serlo no arguyan,
ni tú, ni cuantos oyeron
las hermosas quejas tuyas,
aunque lo sienta, he de darte
en público la disculpa.
El día que tuve aviso
de aquella batalla, en cuya
victoria estribó el honor
de mi majestad augusta,
hice sacrificio a Venus,
cuya hermosa deidad suma,
tutelar de Chipre, siempre
velando está en guarda suya.
Ella, al tiempo que sus aras
religioso fuego ahuma,
a mi culto agradecida,
por su oráculo articula
que vencerían mis armas,
pero tan a costa suya
que el mejor despojo de ellas
sería...

Dentro ruido grande

LIDORO: Asombros y furias
nos combaten.
UNO: ¡Iza!
OTRO: ¡Amaina!
OTRO: ¡Qué pena!
OTRO: ¡Qué ansia!
OTRO: ¡Qué angustia!
LIDORO: ¡Piedad, dioses!
TODOS: ¡Piedad, cielos!
REY: Cuanto iba a decir pronuncia
por mí el aire, pues en quejas
la voz a mis labios hurta.
IRENE: No, señor, en los acasos
el constante varón funda
agüeros; lamentos son,
cuantos hoy tu acento usurpan,
de un derrotado bajel
que, sin norte y sin aguja,

antes de tomar el puerto,
está corriendo fortuna.

AMINTA: Es verdad, pues, contrastado
de dos violentas injurias,
con los vientos y las ondas
a brazo partido lucha.

NISE: Ya de ambas sañas movido,
no sabe a qué parte sulca.

FLORA: Embates de mar y tierra
le zozobran y le asustan.

AURELIO: Y tanto que desbocado
choca con las peñas duras.

DANTE: En ellas cascado el pino,
su todo en partes menudas
desata, de suerte que
ya el que fue bajel es tumba.

Dentro

LIDORO: ¡Piedad, Dïana!

DIANA: A mí siempre
me fue contraria la espuma,
que es de la deidad de Venus
primer patria y primer cuna.

LIDORO: ¡Piedad, Venus!

VENUS: No hay piedad
con quien estos puertos busca,
en sus entrañas trayendo
tan grande traición oculta.

TODOS: ¡Piedad, dioses! ¡Piedad, cielos!

IRENE: ¡Qué pena!

AMINTA: ¡Qué ansia!

TODOS: ¡Qué angustia!

REY: Esperad aquí las dos,
siendo paréntesis una
desdicha de otra, entre tanto
que hoy el primero yo acuda
a socorrer en la orilla
los que náufragos fluctúan.

Vase

DANTE: Ociosa piedad será,
que, hidrópica la sañuda
sed del mar, ni aun un fragmento
arroja a tierra.

Vase

AURELIO: En cerúleas
bóvedas el mar dio a todos
pira, monumento y urna.

Vase

IRENE: Aunque la piedad, Aminta,
no es prenda de la hermosura,
puesto que en humano pecho
nadie las vio vivir juntas,
la de esta mísera ruina
será bien que aquí reduzca
a tus pies --bien que a pesar
de mi altivez-- mi fortuna
te suplica que intercedas
con tu hermano que concluya
con mi vida, dando fin
a una prisión tan injusta.

AMINTA: Los motivos de mi hermano,
que estorbó esa desventura
decir, hasta ahora nadie
sabe, pero está segura
que, si estuviera en mi mano
tu libertad, es sin duda
que desde un instante acá,
según el verte me angustia,
estuvieras ya, no digo,
Irene, en la patria tuya,
pero aun donde no pudieras
volver a estas islas nunca.

IRENE: De tu generosa sangre
lo creo, y está segura
tú también que, cuando no
fuera felicidad suma
la libertad, por no verme
donde atrevido presuma
Dante halagar con finezas
los ceños de mis injurias,
lo estimara.

AMINTA: Según eso,
¿verte amada te disgusta
de Dante?

IRENE: Y tanto...

AMINTA: (¡Alma, albricias!) **Aparte**

IRENE: ...que el incendio de mi furia
no ha de apagarse hasta que
sea con la sangre suya.

AMINTA: (Primero con su poder **Aparte**
todo el cielo te destruya.)

IRENE: ¿Qué dices?

AMINTA: Nada. (¡Ay, amor, **Aparte**
siempre mi pesar procuras,
primero por si le amaba
y agora porque le injuria!)

Salen el REY, DANTE y AURELIO

REY: No se ha visto igual estrago;
apenas la saña bruta
de ese monstruo dio a la arena

ni aun la seña más menuda
de su naufragio.

AMINTA: Pues ya
que, como dices, es una
pena paréntesis de otra,
no venzan ambas y suplan
noticias de la primera
lástimas de la segunda.

REY: Dices bien, y así mi voz
en lo que empezó discurra,
diciendo que al tiempo que
religioso fuego ahuma
--aquí quedamos-- las aras
de Venus, su voz pronuncia
que vencerían mis armas,
pero tan a costa suya
que trocaría el despojo
en desdicha la ventura.
Veniste tú prisionera
y, viendo cuánto se aúnan
vaticinios que amenazan
ruinas, tragedias e injurias
con bellezas que aun después
de verse vencidas triunfan,
hurtarte quise a los ojos
de mis gentes. ¡Qué locura!
¡Buscar medios que embaracen
donde hay estrellas que influyan!
Dígalo el ver que, aun guardada
en las entrañas incultas
de estos montes, has podido
dar principio a las futuras
ansias que temí, poniendo
en campal ardiente lucha
los héroes que de mi imperio
son las más fuertes colunas.
Y pues infalible el hado
ni se estorba ni se excusa,
pues antes busca su efecto
quien su impedimento busca,
entre tu llanto y mi miedo
partir pretendo la duda,
y que ni libre ni presa
quedes.

IRENE: ¿De qué suerte?

REY: Escucha,
y escuchad todos. Irene,
en cuya rara hermosura
la de nuestra diosa Venus
no quiere sufrir segunda,
no ha de volver a su patria,
pues su persona asegura
la invasión de estos estados,
siendo a la contraria furia
de sus movimientos freno,
y de su cerviz coyunda.
Quedarse como se estaba,

viendo que así no se excusan
los riesgos, es miedo inútil.
Si aun guardada nos perturba,
darla libertad tampoco;
pues será poner sin duda
en su libertad al hado.
A todo lo cual se junta
a muerte estar condenados
los dos. Pues haya una industria
que disculpe mis crueldades
y que repare las suyas.
Esta ha de ser; que en mi estado
tome estado, con que ajustan
mis recelos que a su patria
volverse no pueda nunca,
siendo su alcaide su esposo;
con que también se asegura
que su sucesión vasalla
la ley de mi imperio sufra.
Y puesto que éste ha de ser
uno de los dos, con cuya
satisfacción el delito
de romper esta clausura
queda también honestado,
cada uno consigo arguya
quién querrá esposa con quien
Venus desdichas le anuncia,
el hado, ruinas, y todo
el cielo penas y angustias;
advirtiendo que ha de ser
la primera a que se ajusta
perder mi corte y mi gracia,
pues lo que aborrezco busca,
y sangre enemiga mía
hacerla su esposa gusta.
Y pues os doy a escoger,
brevemente lo discurra
vuestro amor, que habéis de darme
respuesta luego, y presuma
cualquiera que de esta ley,
o sea justa o no sea justa,
no será la culpa mía,
puesto que es la elección suya.

IRENE: Mira, señor, que sin mí
esa nueva ley promulgas
y, en vez de librarme, a más
estrecha prisión me mudas.
¿Yo la mano...?

REY: Esto ha de ser.

Vase

AURELIO: Pues si eso ha de ser, escucha;
que yo que pensar no tengo.

Perdóneme una hermosura,
porque no ha de ser mi amor
árbitro de mi fortuna.

Vase

AMINTA: Dante, en la elección que hicieres,
mira bien lo que aventuras,
que pierdes al rey y pierdes...
pero prosíganlo mudas
penas, que dichas son pocas
y calladas serán muchas.

Vase

IRENE: Dante, porque no por mí
desperdicies tu ventura;
la gracia del rey conserva,
en ella tu aumento funda;
que yo, que no he de pagarte
rendidas finezas nunca
con amor, con desengaños
intento que uno a otro supla;
porque desde el día que fuiste
de mi tragedia importuna
el principal instrumento,
te aborrecí con tan suma
aversión que, si me hicieses
reina del mundo absoluta,
antes de darte mi mano
ni que llegara a ser tuya,
volviera, no digo sólo
a aquesa prisión inculta,
pero a vivir desde luego
las entrañas de una gruta,
donde a este vivo cadáver
sirviese de sepultura
o la pira de ese monte
o de ese risco la tumba.

Vase

DANTE: ¡Ay, infelice! ¿Quién vio
atropellarse tan juntas
en dos iguales bellezas
los favores y las furias,
las finezas y las iras,
las sañas y las blanduras,
las lágrimas y las penas,
las quejas y las injurias?

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¿Era hora, señor, de hallarte?
¿Dónde están los que te buscan?
Que hasta uno o dos yo haré que
no te ofendan; y es sin duda,
pues, huyendo yo, tras mí
irán, con que te aseguras
de ellos, para que se vea
que no hay pendencia ninguna
donde no sirva de algo
un camarada, aunque huya.
¿Qué pendencia ha sido ésta?
¡Ah, señor!

DANTE, divertido, da un golpe a MALANDRÍN al decir las siguientes palabras

DANTE: ¡Oh suerte dura!
MALANDRÍN: ¡Y cómo que lo es, y está
tu suerte en la mano tuya!
¡Oigan, qué sesgo se queda!
¿Quién vio suspensión tan muda?
Vamos por estotra mano,
por si es más quieta la zurda.
¡Ah, señor!

DANTE, divertido, le da otro golpe

DANTE: ¡Válgame el cielo,
y qué crueldad tan injusta!
MALANDRÍN: Por muy injusta que es,
bastantemente se ajusta
a cuánto es pedir de boca.

DANTE repara en MALADRÍN

DANTE: ¿Quién está aquí?
MALANDRÍN: ¿Ahora lo dudas?
Pues ¿no lo dudaras antes
de las dos manifacturas?
DANTE: ¿Qué manifacturas?
MALANDRÍN: ¡Bueno!
¿Por tan liberal te juzgas
que de lo que das te olvidas?
DANTE: Deja, Malandrín, locuras;
que no estoy de burlas.
MALANDRÍN: Pues
¿quién está, señor, de burlas
si ya no es que sean de manos,
tan pesadas como tuyas?
Pero ¿qué es esto? ¿Qué tienes?
¿Qué suspiras? ¿Qué murmuras
entre ti? Dime tus penas.
DANTE: ¡Ay, infeliz, que son muchas!
MALANDRÍN: Pues no me las digas todas;

que hartas habrá con algunas.

DANTE: Aurelio, como a su amigo,
fiándome la pena suya,
me dijo que a Irene adora.

MALANDRÍN: Pues ¿qué importa?

DANTE: ¿Hay tal locura?

MALANDRÍN: La locura es importar
entre amigos. ¿Que se pudra
un hombre de que otro quiera
lo que él quiere?

DANTE: Si no escuchas,
no diré que de este acaso
en nuevo duelo resulta
reñir los dos, y que el rey
a partido nos reduzca
de que el que case con ella
pierda...

MALANDRÍN: ¿Qué?

DANTE: ...la gracia suya.

MALANDRÍN: Pues ¿hay más de no casarse?
¿Vale tanto una hermosura,
señor, como una privanza?

DANTE: Y aun es de tantas fortunas
no la menor...

MALANDRÍN: ¿Qué?

DANTE: ... que Aminta
generosamente acuda
a vengar sus sentimientos.

MALANDRÍN: Por cierto que tú te asustas
de una cosa que no sé
en qué discreción la fundas;
pues cuando está más celosa
es cuando está más segura
una dama. ¿Por qué piensas
que en este tiempo es cordura
tener un hombre dos damas,
sino porque, si la una
falta, quede la otra que
la cátedra sustituya?
Y así soy de parecer
que a Irene dejes y suplas
a la una con la otra,
y a la otra con la una.

DANTE: Calla, loco, no prosigas;
que el oírte me disgusta,
cuando, al ver que una me obliga
al paso que otra me injuria,
temo que desesperado
al mar me arrojen mis furias,
donde en el último aliento
digan lástimas tan justas...

Dentro

LIDORO: ¡Ay infelice de mí,
contra cuya suerte dura

todo el poder de los hados
tiranamente se aúna!

DANTE: Aguarda. ¿Qué voz es ésta?

MALANDRÍN: Pues ¿a quién se lo preguntas?
¿Sélo yo?

DANTE: A lo que se deja
ver, entre ruinas caducas
que el mar a la tierra arroja,
de las ondas, con quien lucha,
parece que un hombre escapa
la vida casi difunta.

LIDORO: ¡Si aun no estás vengada, Venus,
de tu cólera sañuda,
no me des puerto en la tierra,
pero dame sepultura!

MALANDRÍN: Lo de "morir a la orilla"
se dijo por él sin duda.

Sale LIDORO como arrojado y desnudo

DANTE: Infelice peregrino
del mar, si de tu fortuna
la última línea no tocas,
el perdido aliento ayuda,
que otro infelice en sus brazos
te recibe, porque acuda
a quien fluctúa en el mar
quien en la tierra fluctúa.

LIDORO: Si vuestra piedad... No puedo
proseguir; que la voz muda,
dentro del pecho anegada,
todos mis sentidos turba.
¡Ay infelice de mí!
¡Muerto soy!

Desmáyase

DANTE: ¡Qué desventura!
¿Si ha espirado?

MALANDRÍN: No, señor,
que aun agonizando pulsa.

DANTE: Llévale a aquesa cercana
población.

MALANDRÍN: ¿Quién?

DANTE: Tú; y procura
que con algún beneficio
los alientos restituya.

MALANDRÍN: Juro a Baco que es el dios
por quien los pícaros juran,
que tal no lleve. ¡Por cierto,
linda comisión!

DANTE: ¿Qué dudas?

MALANDRÍN: Andar con un muerto a cuestas
por aquestas espesuras.

DANTE: Llévale; que yo no puedo.

MALANDRÍN: Ni yo tampoco. Sin duda,
que a lo que infiero era...
DANTE: ¿Qué?
MALANDRÍN: Amante de sola una,
porque es necio tan pesado
que las costillas me abruma.

Vase MALANDRÍN, llevándolo a cuestas a LIDORO

DANTE: En efecto no hay desdicha
de quien no es otra mayor
consuelo.

Salen el REY, AURELIO, AMINTA e IRENE

REY: ¡Dante!
DANTE: ¿Señor?
REY: ¿Has consultado, por dicha,
la respuesta que has de dar?
Que ya la de Aurelio sé.
DANTE: Óigala yo, para que
a ella responda.
AURELIO: Que estar
contra Irene conjurado
el poder de las estrellas
y que su destino en ellas
infausto nos diga el hado
no acobarda mi amor
la resolución gallarda,
porque sólo la acobarda
perder la gracia y favor
del rey, a quien, dando indicio
de mis lealtades, rendida
pongo a sus plantas mi vida
en humano sacrificio
que de ella hago a Irene bella;
pues, muriendo de dolor,
habrá cumplido mi amor
con él, conmigo y con ella.
DANTE: Pues yo, señor...
AMINTA: (¡Ay de mí! **Aparte**
¡Con qué de temores lucho!)
IRENE: (Dos veces muero, si escucho **Aparte**
desaires de un no y un sí.)
DANTE: Pues yo, señor, asentado
que esto no toca en lealtad,
supuesto que es voluntad
tuya, digo que del hado
las amenazas no temo;
pues cuando precisas fueran,
y no contingentes, vieran
mis desdichas el extremo,
con que el miedo les perdía;

pues no es posible, señor,
que haya desdicha mayor
que no ser Irene mía.
   Y siendo así, me prefiero,
tras el temor de los hados,
a perder puestos y estados;
porque, si hoy sin ella muero,
     todo se pierde al perdella;
y quiero de aqueste modo,
perdiéndolo en ella todo,
perderlo todo y no a ella.
   Y así, a tus plantas rendido,
la doy la mano.

REY: Detente,
loco, bárbaro, imprudente,
necio y desagradecido;
   que, aunque licencia te di
para que elección hicieras,
viendo que preferir quieras
tu amor a mi gracia así,
   tanto el desdén he sentido,
puesto que no sea traición,
que, en castigo de esa acción,
no has de ser tú su marido;
   sin todo te has de quedar.--

A AURELIO

Y en premio de que tú fueses
quien más mi favor quisieses
que no adquirir y lograr
     una hermosura, has de ser
quien la merezca; de modo
que venga a perderlo todo
quien nada quiso perder.--

A DANTE

   De mi corte desterrado
al punto, Dante, saldrás,
sin más honores, sin más
hacienda ni más estado
   que la vida.-- Y para que
sea el dolor más tirano,

A AURELIO

dale tú a Irene la mano
delante de él; que yo haré
   ser tan dichoso con ella
que desmienta mi favor
el ceño de su rigor
y el influjo de su estrella.
   Dale la mano.

AURELIO: Hoy verás,
Irene, que no temía
tu suerte, sino la mía.
IRENE: Espera; que aun falta más.--

Al REY

Señor, aunque el hado impío
a ti me tiene rendida,
eres dueño de mi vida,
pero no de mi albedrío.
Y cuando su dueño fueras,
que es lo que en ninguna acción
aun los dioses no lo son,
obligarme no pudieras
a que le diera la mano
a quien, sabiendo que es mía,
lograrla no anteponía
al mayor favor humano.
A Dante no se la diera
tampoco, aunque lo mandaras;
porque cuantas luces claras
contiene del sol la esfera
no pudieran hacer, no,
habiendo --¡ay infeliz!-- sido
el que a tus pies me ha traído,
que no le aborrezca yo.
Con que hoy a morir me ofrezco,
antes que darme al partido
ni de uno que me ha ofendido,
ni de otro a quien aborrezco.
Y así, de ninguno yo
he de ser; que, a ti rendida,
podrás quitarme la vida,
mas forzarme el alma no.
Pues cuando no baste estar
segunda vez sepultada,
me has de ver desesperada
echar de esa torre al mar.

Vase

REY: ¡Oye, aguarda! --Ven conmigo,
Aurelio; que hoy has de ser
su esposo.-- Y tú agradecer
puedes que templo el castigo
de tu ingratitud villana.
Y así, sin puesto ni estado,
de mi vista desterrado
parte al instante.

Vase

AURELIO: ¡Qué ufana

la Fortuna me previene
dichas, pues por justa ley
gozo la gracia del rey
y la hermosura de Irene!

Vase

AMINTA: ¡Dante!
DANTE: (¡Sólo hoy a mi vida
faltaba, desesperada,
tras desprecios de una amada,
quejas de una aborrecida!)
AMINTA: Bien pensarás que quejosa
me tiene tu libertad,
Dante; pues sea o no verdad,
no me he de vengar celosa
de ti, ni de tus desvelos;
que soy quien soy, para que
mi sentimiento se dé
al partido de los celos.
Sin la gracia del rey vas
de su corte desterrado,
sin dama, hacienda ni estado.
No sé quién lo sienta más.
La dama no podré dalla,
que no es mía; mas podré
hacienda y estado, en fe
de que tan noble se halla
mi voluntad que ofendida
aun sabrá volver por sí.
Espérame, Dante, aquí;
que para que de tu vida
repares la ruina, es bien
que yo --corrida lo digo--
parta mis joyas contigo.
Llévete el cielo con bien,
y dondequiera que fueres,
sepa yo, Dante, de ti.

Vase

DANTE: ¡Qué bien te vengas de mí!
Mas eres al fin quien eres,
y no te puedes negar
la estimación que te debes.
¡Que digan que no hay aleves
influjos para forzar
un albedrío! Es quimera;
porque ¿cómo puede ser
que quiera yo no querer,
y que quiera aunque no quiera,
sin que aquel desdén mitigue
este amor, y sin poder
que éste me obligue a querer,
ni aquél a olvidar me obligue?

Miente el astro que ha influido
tan varios efectos hoy
que me hace, entre amor y olvido,
feliz e infeliz, pues soy
amado y aborrecido.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen LIDORO y MALANDRÍN

MALANDRÍN: Será para mi señor
vuestra salud linda nueva,
según quedó lastimado
de vuestra infeliz tragedia.
Y así, a que me dé en albricias
algún vestido que pueda
suplir el que yo os he dado,
a buscarle iré; pues cierta
cosa será que uno y otro
me lo estime y agradezca.
Pues no dudo que, a no estar
obligado a la asistencia
del rey que, como ya os dije,
anda a caza, él mismo fuera
quien os trajera en sus brazos.

LIDORO: Su vida el cielo y la vuestra
guarde, para que la mía
en igual fortuna pueda
desempeñar generosa
la obligación y la deuda.

MALANDRÍN: ¿Cómo igual fortuna? Eso
es lo mismo que se cuenta
de un hombre que estaba malo;
y, viendo la gran fineza
con que le asistía un amigo,
le dijo en voz lastimera:
"Plegue a Dios que me veáis
sano, amigo, y que yo os vea
morir a vos, para que
conozcáis de mi asistencia
lo agradecido que estoy
a la mucha piedad vuestra."
Vos así...

LIDORO: No la malicia
apliquéis; que bien se deja
ver adónde va a parar.

Y, aunque es fácil la respuesta,
con que no sólo en los mares
corren los hombres tormenta,
no la he de dar; mas supuesto
que vais a buscarle, es fuerza
acompañaros, porqué
mi vida a sus pies ofrezca.

MALANDRÍN: Pues venid conmigo.

LIDORO: En tanto
que damos con él, quisiera
que me dijerais quién es,
par que advertido sepa
la estimación con que debo
llegar a hablarle.

MALANDRÍN: Bien se echa
de ver que sois extranjero,
pues no os han dicho las señas
de su casa y su familia,
que es...

Dentro voces y ruido

UNOS: ¡Qué desdicha!

OTROS: ¡Qué pena!

AMINTA: ¡Socorro, cielos, piedad!

LIDORO: ¿Qué ruido y qué voz es ésta?

MALANDRÍN: Un caballo que del monte
desbocado se despeña
con una mujer.

LIDORO: ¿Qué aguarda
el valor que en mí se engendra
que no socorre su vida?
Pues basta que mujer sea
para que la suya un hombre
aventure en su defensa.

Vase

MALANDRÍN: ¡Qué veloz el extranjero
por lo intrincado atraviesa
del bosque para salirle
al paso! ¡Qué airoso llega
y, poniéndose delante
con la espada, pasar deja
al bruto a distancia que,
cortándole entrambas piernas,
convierte en fácil caída
su desbocada violencia!
¡Famosa suerte! El caballo
le den, pues le desjarreta.
Ya en sus brazos la recibe.
¡Oh qué acción! ¡Que no supiera
yo que hacerla no tenía
más dificultad que hacerla!

Sale LIDORO con AMINTA en los brazos

LIDORO: Perdonad, divino asombro,
que a vuestra deidad me atreva;
que no se aja en el peligro
el respeto, ni se cuenta
en número de dichoso
el que es dichoso por fuerza;
y alentad, que ya segura
estáis.
AMINTA: A tanta fineza
deudora soy de la vida.
LIDORO: Si errar vuestra voz pudiera,
vuestra voz, señora, errara
en reconocer la deuda,
que no sois vos quien la debe.
AMINTA: Pues ¿quién?
LIDORO: Toda la luz bella
del sol que, sin vos, estaba
ya en vuestro desmayo muerta;
y mal pudiera yo...

Salen el REY, NISE y criados

REY: Aminta,
mil veces en hora buena
te hallen mi vista y mis brazos
con la vida que desean.
AMINTA: Para que a tus pies, señor,
una y mil veces la ofrezca.
REY: Retírate a aquesa torre;
que, aunque es prisión de una fiera,
el acaso nunca elige.
AMINTA: No hay para qué; yo estoy buena.
NISE: A todas nos da, señora,
tu mano a besar.
FLORA: Y sea
tan dichosa la desdicha
que, quebrando el ceño en ella
de la fortuna, se quede
en el amago suspensa.
AMINTA: Dios os guarde; que a no ser
por el brío o la destreza
de ese joven que atajó
del caballo la soberbia,
a más pasara el peligro.
MALANDRÍN: Guarde Dios a Vuestra Alteza,
por las honras que me hace.
REY: ¿Fuisteis vos?
MALANDRÍN: No, mas pudiera
haber sido. Y por sí o no,
es justo que lo agradezca.
Fuera de que si a priori
el argumento se empieza,
yo fui quien le dio la vida.

REY: ¿Cómo?
MALANDRÍN: Como llevé a cuestas
a quien a ella se la dio,
después que de la tormenta
mi amo le entregó en mis brazos.
Y es precisa consecuencia
que él no diera vida a Aminta
si yo a él no se la diera.
Y así, si ella por él vive,
por mí viven él y ella.
REY: ¿Vos derrotado del mar
salisteis a aquestas selvas?
LIDORO: Sí, señor; que no hay desdicha
que para dicha no venga.
REY: ¿De dónde era aquella nave?
LIDORO: (Desmentir de dónde es fuerza.) **Aparte**
De Abido, que a Alejandría
de Egipto pasaba, llena
de riquezas y esperanzas.
Mas ¿quién a agua y viento entrega
a menos costa, señor,
esperanzas y riquezas?
Pues, de la náutica hablando,
dijo un cuerdo que no era
maravilla que los hombres
en la mar hallasen senda,
sino que osasen hallarla
para no más que perderla.
REY: Y ¿qué érades de la nave:
mercader o patrón de ella?
LIDORO: Ni uno ni otro; que lo más
a que se extendió mi estrella
fue, señor, a ser un pobre
marinero; de manera
que, con escapar la vida,
escapé toda mi hacienda.
REY: Poned los ojos en qué
haceros mercedes pueda;
que a más de la obligación
vuestras fortunas me dejan
compadecido.
LIDORO: Tus plantas
beso humilde, aunque por esta
acción, para no pedir
merced, me has de dar licencia.
REY: ¿Por qué?
LIDORO: Porque, si grosero
la pongo, señor, en venta,
será desairar la dicha
de haber merecido hacerla.
En otra ocasión podrás
honrarme; que es acción necia
que a vista de tal servicio
pida el premio.
MALANDRÍN: Pues lo yerras;
que si en la ocasión un hombre
que sirve no se aprovecha,

en pasándose, maldito
de Dios el que dél se acuerda.
Y yo conozco a quien tiene
muerto de hambre esta modestia.

NISE: No es muy necio el extranjero.

FLORA: Más que su voz dice muestra
su traje y su estilo.

MALANDRÍN: Ya
querrán ustedes que sea
algún príncipe encubierto
que viene de lejas tierras,
enamorado de alguna
de ustedes; pues evidencia
tengo de que es hombre ruin,
de vil y baja ralea.

NISE y FLORA: Y ¿qué es?

MALANDRÍN: Que le viene bien
el vestido que le presta
un hombre de mi pretina,
y no hay mayor experiencia
de pobretón que ver que
vestido de otro le venga.
Sea chico o grande su talle,
dél se ajusta de manera
que con los gordos engorde,
con los flacos enflaquezca,
con los enanos enane
y con los crecidos crezca.

REY: Yo con este azar, Aminta,
dejar la caza quisiera;
si bien me embaraza Irene
a hacer de este monte ausencia.

AMINTA: ¿Por qué?

REY: Porque, viendo ya
frustrada la diligencia
del cuidado que la asiste
y pública la sospecha
del hado que la amenaza,
no es bien que libre ni presa
quede, y más cuando segunda
vez en la torre se encierra,
a no casar en mi estado
determinada y resuelta.
Dime tú, ¿qué haré?

AMINTA: Señor,
no en un instante se aciertan
motivos que traen consigo
tantas razones opuestas.
Y, pues que dar tiempo al tiempo
fue siempre la acción más cuerda,
para darle, me parece
(¡Oh Amor, mi discurso alienta!) **Aparte**
que estará mejor conmigo,
puesto que, con mi asistencia
tenerla a la vista es
ni librarla ni prenderla.

REY: Dices bien; y porque al fin
favor mío no parezca,
disponlo a tu gusto tú;
que, para que mejor puedas,
yo me adelanto a la quinta.--

A LIDORO

Y tú, marinero, piensa
en qué el servicio de hoy
podrá tener recompensa.

LIDORO: Yo gozaré de esa dicha
cuando otra ocasión se ofrezca.

REY: Pues yo te ofrezco la gracia
que me pidieres.

Vase. A AMINTA

NISE: ¿Qué intentas
llevando contigo a Irene?

AMINTA: Nise, asegurarme de ella;
pues dicen que hacen los celos
menos mal desde más cerca.

MALANDRÍN: Habéis de venir conmigo;
que buscar a mi amo es fuerza.

LIDORO: Claro está; pero un instante
esperad.

MALANDRÍN: ¿Qué hay que os detenga?

LIDORO: Sucesos de mi fortuna.
(Y es verdad, que, si no fueran **Aparte**
ellos tales, no llegara
con tanto temor a verla.)

FLORA: ¿Y has de llegar a la torre?

AMINTA: No; que temo que parezca
poca autoridad o mucho
deseo. Y así quisiera
que alguno de parte mía
la llamara.

NISE: No hay quien pueda
ir; que con el rey, señora,
todos o los más se ausentan,
creyendo que tú le sigues,
y aquí solamente quedan
el marinero y crïado
de Dante.

AMINTA: Nadie pudiera
Más al propósito mío.
¿Traes, Flora, contigo aquellas
joyas que te dije?

FLORA: Sí.

AMINTA: Pues con una diligencia
dos cosas haré, que son
que el uno vaya por ella
y poder hablar al otro.
¡Hola!

LIDORO y
MALANDRÍN: ¿A quién llama tu alteza?

A LIDORO

AMINTA: A vos. Llegad a esa torre,
y decid a una belleza
infeliz, que en ella vive,
que a la margen lisonjera
de aqueste arroyo la aguardo,
que con vos a verme venga.
LIDORO: A servirte iré. (¡No vi **Aparte**
más soberana belleza!)

Vase

MALANDRÍN: ¡Cuerpo de Apolo! Pues ¿no
estaba yo aquí, que fuera
tan presto como él? ¿A mí
tal desaire? Bien se echa
de ver que no está mi dueño
en tu gracia.
AMINTA: Porque veas
que antes ha sido favor,
dale a Malandrín aquesas
joyas, Flora.
MALANDRÍN: ¡Plegue a Dios
que vivas cuatro mil dueñas,
unas sobre otras, y luego
te den la supervivencia
de otros cuatrocientos mil
cuñados, suegros y suegras!
Si bien para mí excusada
estaba aquesta fineza,
porque, con eso y sin eso,
dijera lo que supiera
de mi amo, desde el día
que vino.
AMINTA: Ya no desea
mi cuidado saber más
de lo que sé.
MALANDRÍN: Pues ¿qué intentas?
AMINTA: Que le digas que una dama,
viendo que pobre se ausenta,
tan en desgracia del rey,
sin puesto, estado ni hacienda,
este pequeño socorro
ahora le envía; y que crea
que, dondequiera que él fuere,
tendrá su correspondencia.
MALANDRÍN: Luego ¿no son para mí?
NISE: ¿Para ti habían de ser, bestia?
MALANDRÍN: Pues ¿para quién son las dichas,
sino sólo para ellas?
AMINTA: Búscale presto, y adiós;

que no quiero, ya que llega
el marinero a la torre,
que con él Irene venga
y te halle aquí.

MALANDRÍN: Yo iré, pero
a mi pesar, con tal nueva.

AMINTA: ¿Por qué?

MALANDRÍN: Porque no merece
un ingrato estas finezas.

AMINTA: ¿Ahora sabes que es lograrlas
razón de no merecerlas?

A sus damas

Venid conmigo [las] dos;
hagamos tiempo por esta
verde estancia.

Vanse. Sale LIDORO

LIDORO: ¡Ah de la torre!

Dentro

CLORI: ¿Quién es quien llama a esta puerta?

Salen CLORI y LAURA, y detrás IRENE

LIDORO: Decidle a una deidad que
vive aquí que hay quien desea
de parte de Aminta hablarla.

IRENE: ¿A mí?

LIDORO: A vos, si sois aquélla
que aquí... (Mas ¿qué es lo que miro?) **Aparte**

IRENE: (¡Cielos! ¿Qué ilusión es ésta?) **Aparte**

LIDORO: (¿Si es fantasía del deseo?) **Aparte**

IRENE: (¿Si es delirio de la idea?) **Aparte**

LIDORO: ...infeliz vive.

IRENE: Yo soy;
que, si infeliz traéis por señas,
mal podré yo desmentirlas;
si bien más duda a ser llega
traer vos recado de Aminta
que no el enviaros ella.

CLORI: ¿De qué turbada has quedado?

LAURA: ¿De qué has quedado suspensa?

IRENE: No sé...de oír de Aminta el nombre,
y ver que de mí se acuerda;
y así otra vez y otras mil
es bien que a informarme vuelva.
(Mejor a desengañarme **Aparte**
diré.) Pues ¿qué es lo que intenta?

LIDORO: Que vais a hablarla, que al margen

de aquese arroyo os espera.
Y no os admiréis de que
yo con el aviso venga,
puesto --¡ay de mí!-- que no es
novedad tan grande ésta
que no haya la fortuna,
señora, podido hacerla.

IRENE: No lo dudo; pero extraño
que la dicha me suceda
de que vos me dais aviso.

LIDORO: Pues no lo extranéis, si es ésa
la causa; porque no es dicha
el venir yo que no tenga
de desdicha mucha parte.

IRENE: ¿Cómo?

LIDORO: Como a esa ribera
derrotado me echó el mar,
sólo para que merezca
serviros a vos y a Aminta.

Aparte a IRENE

Y si es que tengo licencia,
hablaré más claro.

IRENE: No;
que no hay nadie que no sea
guarda mía.

LIDORO: Pues dejemos
esta plática suspensa
para mejor ocasión.

IRENE: El dejarla será fuerza,
y más al ver que llegamos
ya de Aminta a la presencia.

Salen AMINTA, NISE, y FLORA

AMINTA: Dame los brazos, Irene.

IRENE: Admirada, Aminta bella,
de que te acuerdes de mí,
he extrañado de manera
el favor, que aún hasta ahora
estoy dudosa y suspensa
sobre si le debo dar
crédito a lo que me cuenta.

AMINTA: Yo, Irene, siempre he estimado
tu persona, y si pudiera
decirte cuánto me tiene
lastimada tus tragedias,
te admiraras; pues sin duda
es mucho lo que me cuestan
de cuidado tus desdichas
y de envidia tu belleza.
Mas nunca tuve ocasión
de mostrarlo; y porque veas,
hoy que puedo, cuánto siento

de tu prisión la extrañeza,
quiero que a vivir, Irene,
conmigo a la corte vengas;
que, aunque mi hermano no dé
para esta piedad licencia,
yo la he de tomar.

IRENE: Tu mano
beso humilde, pero deja,
si por mi bien solicitas
esta mudanza, que muera
en aquestas soledades
antes que en la corte sea
objeto de los agüeros
del rey, y darme pretenda
estado a que no me inclino;
y más si es que, atento a aquella
primera palabra suya,
de ganarme el que le pierda,
más desenojado vuelve
a que Dante...

AMINTA: Espera, espera;
que yo te doy la palabra,
cuando en eso a hablarte vuelva,
de ser la primera yo
que esto estorbe y que esto sienta.

IRENE: Será la merced mayor
que hacerme en tu vida puedas;
pues de sólo ver que es él
quien está al paso, quisiera
que me dieras de volverme
a aquella prisión licencia.

Sale DANTE a la puerta, y viéndola, se detiene

AMINTA: (Él es el que al paso está. **Aparte**
El alma al mirarle tiembla.
Si es su homicida, ¿qué mucho
que sangre la herida vierta?)

Danse las manos AMINTA e IRENE

Eso no; conmigo ven,
y de sus enojos piensa
que vas conmigo segura.--

A NISE

A la gente que me espera
manda llegar las carrozas
a la falda de la cuesta.

Vase NISE. Hablan aparte IRENE y LIDORO

IRENE: Lidoro, a la corte voy;
no de la vista me pierdas.
LIDORO: Claro está que he de seguirte,
pues sigo en ti de mi estrella
el nuevo rumbo.
DANTE: (¿Quién vio, **Aparte**
en unida competencia,
darse las manos jamás
a su próspera y su adversa
fortuna, y que a un mismo tiempo
hoy en maridaje prenda
la ingratitud y el amor?)

Quiere acompañarlas DANTE

AMINTA: ¡Dante!
DANTE: ¿Qué manda tu alteza?
AMINTA: Que os quedéis.
DANTE: Ya sé, señora,
que no es justo que se atreva
quien de su destierro tiene
intimada la sentencia
a ver a persona real;
mas como al destierro atiendas,
es de la corte y, ya ausente
el rey, no es la corte ésta.
AMINTA: Es verdad; mas no es por eso
mandaros que hagáis ausencia.
DANTE: Pues ¿por qué?
AMINTA: Porque va Irene
conmigo, y pretendo hacerla
este primero agasajo
de que ni os hable ni os vea.
Y así, yendo ella conmigo,
no es bien que vais vos con ella.
DANTE: ¡Qué bien dicen que el contagio,
y no la salud, se pega!
AMINTA: ¿Cómo?
DANTE: Como Irene pudo
pegarte a ti su extrañeza
y tú no a ella tu agrado.
IRENE: Ni todo el cielo pudiera;
pues no podrá todo el cielo
hacer que no os aborrezca.
DANTE: Ni hacer que te olvide yo.

Vanse AMINTA, IRENE, CLORI, Y FLORA. [Salen DIANA y VENUS, en el aire]

[DIANA]: Ya de nuestra competencia
está a la vista el examen.
[VENUS]: Pues la primera experiencia,
siendo en los montes, sea mía.

[Vanse DIANA y VENUS]

DANTE: (¿Quién vio acciones tan opuestas **Aparte**
y que ni amar ni olvidar
un hombre a su gusto pueda?
Pues se ha de olvidar y amar
sólo al gusto de su estrella.)

LIDORO: (¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas **Aparte**
en un instante me cercan!
Y sobre todo, con ser
tantas hoy y tan diversas,
ninguna se hace --¡ay de mí!--
más lugar en mí que aquella
heredada y adquirida
saña que mi pecho engendra
contra Dante; pues él siempre
es y ha sido en paz y en guerra
el móvil de mis desdichas.
Pues ¿qué aguarda, pues qué espera
mi furor, cuando tan solo
ha quedado en la aspereza
de este monte? Empiece, pues,
mi venganza, sin que sea
infamia sobre seguro
matarle; que no es bajeza
en quien no viene a reñir,
sino a matar, que lo emprenda
como pudiere.

[Va a darle a DANTE, pero] sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¿Es, señor,
hora de hallarte?

LIDORO: (Suspensa, **Aparte**
no sin nuevo asombro, el alma,
atrás mis intentos vuelva.)

DANTE: ¿Era hora de parecer
tú?

MALANDRÍN: Pues yo ¿por todas estas
montañas he hecho otra cosa
que buscarte? Y de eso sea
buen testigo el camarada
a quien tú sacaste a tierra,
pues a no mal tiempo el cielo
aquí le ha traído. --Llega,
por tu vida; di a mi amo
cuánto ha que andamos por esta
soledad en busca suya.

LIDORO: (Ya es otra confusión ésta.) **Aparte**
¿Dante es vuestro dueño?

MALANDRÍN: Sí.
Pues ¿qué maravilla es ésa?

LIDORO: ¿Y es él quien me dio la vida?

MALANDRÍN: Claro está.

LIDORO: (Desdicha fiera, **Aparte**
¿adónde has de ir a parar,

si a cada paso te aumentas?)
El y yo os hemos buscado,
señor, y así no os parezca
culpa en él, ni en mí omisión
llegar a las plantas vuestras
tan tarde quien de su vida
viene a conocer la deuda.

DANTE: Alzad, y creed que a mí
me doy yo la enhorabuena
de vuestra salud, según
llegó a lastimarme el verla
tan postrada que me hubiese
menester; porque no hay prueba
de un infeliz como ver
que de otro a valerse venga.
Y ya que en tierra y en mar
corremos los dos tormenta
tan a un mismo tiempo, ved
si la semejanza nuestra,
condiscípulos del hado,
algún cariño os engendra
para seguir mi fortuna;
que no quiero que se entienda
que mis puertas cierro a quien
el cielo arrojó a mis puertas.

LIDORO: El os guarde por tan grandes
mercedes y honras. (¡Que quieran **Aparte**
los dioses que beneficios
a mi enemigo agradezca!)
Pero para no admitirlas
os pido, señor, licencia,
que yo he de seguir la corte;
porque quizá tengo en ella
pretensión que a vos... Mas nada
os digo. (Calle la lengua **Aparte**
hasta que hable el corazón
con la voz de la experiencia.)
Quedad con Dios.

DANTE: El os guarde.

Vase LIDORO

¿Has visto igual extrañeza
de palabras y de acciones?
Apenas formó su lengua
razón con razón.

MALANDRÍN: Pues agua
había bebido. Aquí espera.

DANTE: ¿Dónde vas?

MALANDRÍN: Tras él.

DANTE: ¿A qué?

MALANDRÍN: A que el vestido me vuelva
quien de desagradecido
ha dado la primer muestra.

DANTE: Déjale y vente conmigo
a disponer cómo pueda

salir de la corte, cuando
sin puesto, estado ni hacienda
de un instante a otro me veo.

MALANDRÍN: Pues, di, señor, ¿qué me dieras
por todas aquestas joyas?

DANTE: Pues ¿quién...?

MALANDRÍN: ¿Quién quieres que sea?
Aminta.

DANTE: No me lo digas;
Deten, Malandrín, la lengua;
que es cargarla de razón
contra mí. Mas muestra, muestra;
que no vienen a mal tiempo,
si yo pudiese con ellas,
sin que sepa que yo soy
el dueño de la fineza,
socorrer a Irene; que,
fuera de su patria, es fuerza
no tener, yendo a la corte,
con que lucirse.

MALANDRÍN: ¿Eso piensas
ahora? Pues dime, ¿es bien
que una lealtad agradezcas
con un agravio, y que pagues
con un favor una ofensa?
¿No basta que, siendo tú
Dante, Irene te aborrezca,
cosa tan nueva en los "dantes";
y que "tomante" te quiera
Aminta, cosa también
en los "tomantes" tan nueva,
para que de agradecido
y quejosa...?

DANTE: Deja, deja
de argüirme; que ya sé
lo que yerra y lo que acierta
mi destino, mas no puedo
hacerle yo resistencia.
Altas deidades, que ignoro
si allá en la sagrada esfera
tiene acaso mi fortuna
superior correspondencia,
declaraos, ¿a qué fin
mis desdichas se conciertan?

Dentro cantan dos COROS de música

CORO 1: *"A fin de que venza Amor."*

CORO 2: *"A fin de que el desdén venza."*

DANTE: ¿Qué voces son las que el viento
lisonjeramente lleva?

MALANDRÍN: ¿Voces ahora se te antojan?

DANTE: Oye, a ver si su respuesta
acaso vuelve otra vez.
¿A qué fin, deidades bellas,
en dos contrarios afectos

mi ruina el hado concierta?
CORO 1: *"A fin de que venza Amor."*
CORO 2: *"A fin de que el desdén venza."*
DANTE: ¿Y ahora no las oíste?
MALANDRÍN: ¿He de oír lo que tú sueñas?
DANTE: Aplica bien el oído.
MALANDRÍN: Así aplicara mi hacienda.
DANTE: ¿A qué fin, tercera vez
vuelve a pregunta mi lengua,
disponéis...?

Dentro ruido y voces

TODOS: ¡Guarda el león!
UNO: ¡Al monte!
OTRO: ¡Al valle!
OTRO: ¡A la selva!
MALANDRÍN: Aqueste es otro cantar
que oigo bien.
DANTE: ¿Qué voz es ésta?
MALANDRÍN: ¿Qué ha de ser? Pese a mi alma,
sino que el monte atraviesa
un león como un león.
DANTE: Aun la desdicha no es ésa,
sino que Aminta e Irene
Aun no han tomado --¡qué pena!--
la carroza y por el monte,
bien que por contrarias sendas,
desamparadas de todos,
van huyendo.
MALANDRÍN: ¡A Dios pluguiera
fuera mujeriego el dicho
león y, yéndose tras ellas,
a nosotros nos dejara!
DANTE: ¡Oh quién a un tiempo pudiera
seguir a entrambas!
MALANDRÍN: ¡Oh quién
estuviera a dos mil leguas
de cualquiera de las dos!

Dentro

AMINTA: ¿Nadie hay que me favorezca?
DANTE: Aquélla es la voz de Aminta;
fuerza es ir a socorrerla.

Dentro

IRENE: ¿No hay quien ampare mi vida?
DANTE: La voz de Irene es aquélla;
fuerza es que a ampararla vaya.
AMINTA: ¡Piedad, cielos!
DANTE: Pero vuelva
adonde Aminta peligra;

IRENE: ¡Dioses, piedad!
DANTE: Pero atienda
adonde peligra Irene.
MALANDRÍN: No es mala fullería ésa
de dudar, en ocasión
que la duda al riesgo ofrezca.
DANTE: Pues ¿qué he de hacer, si me llaman
a un tiempo?
MALANDRÍN: No responderlas,
sino dudar, hasta ver
cuál, más que a las dos, es fuerza
amparar.
DANTE: ¿A quién?
MALANDRÍN: A mí,
que te sirvo más que ellas.
IRENE: ¡Piedad, cielos!
AMINTA: ¡Favor, dioses!

Dentro

TODOS: ¡Al monte, al valle, a la selva!

Sale AMINTA por una parte, en lo alto de un monte, y en la otra parte IRENE

AMINTA: ¿En todas estas montañas
no hay quien mi vida defienda?
DANTE: Sí; que yo la mía, señora,
perder sabré en tu defensa.
IRENE: ¿No hay quien defienda mi vida?

Dentro

TODOS: ¡Al monte, al valle, a la selva!
DANTE: Sí; que yo pondré la mía,
primero que a ti te ofenda.

Dentro

TODOS: ¡Guarda el león!
MALANDRÍN: Malo es esto;
que --¡vive Dios!- que se acerca.
AMINTA: Pues ¿qué es esto, Dante? ¿A mí
en el peligro me dejas?
DANTE: Dices bien; tuya es mi vida.
IRENE: ¿Y de mí, Dante, te ausentas?
DANTE: Dices bien; también es tuya,
y ha de estar en tu defensa.
AMINTA: ¿Así a mi obligación faltas?
DANTE: Más te debo a ti que a ella,
es verdad; pierda la vida,
pero la fama no pierda.
IRENE: ¿Lo que quieres desamparas?

DANTE: También es verdad aquélla;
piérdase todo, mas no
lo que se quiere se pierda.
AMINTA: ¿De mí huyes?
DANTE: No; que contigo
me has de hallar.
IRENE: ¿De mí te alejas?
DANTE: No; que contigo has de verme.
MALANDRÍN: Si a propósito se hubiera
buscado un león que diese
lugar a su competencia,
¿se hubiera en el mundo hallado
otro de tanta paciencia?
Mas parece que lo oyó,
que camina con más priesa
hacia acá.
AMINTA: ¿Qué determinas?
IRENE: Di, ¿qué resuelves?
MALANDRÍN: ¿Qué intentas?
DANTE: Cumplir dos obligaciones,
sin que amor ni desdén pueda
decir que venció ninguno.
AMINTA e
IRENE: ¿Cómo?
DANTE: De aquesta manera.--
Bruto rey de estas montañas,
en mí tu saña ensangrienta;
que yo hago en ti sacrificio
de mi vida a dos bellezas;

A AMINTA

a ti, porque te la debo;

A IRENE

a ti, porque me la debas.

Vase

MALANDRÍN: ¡Por Dios, que se va al león,
como si a un lobo se fuera!
AMINTA: ¡Oye, espera, escucha, aguarda!
IRENE: ¡Aguarda, oye, escucha, espera!
AMINTA: Que yo, a riesgo de tu vida,
te perdono la fineza.

Vase

IRENE: Yo no; que sólo tu muerte
será lo que te agradezca.

Vase

MALANDRÍN: ¿No digo yo que el león
es león hechizo? Apenas
se puso mi amo delante
cuando, tomando la vuelta,
a él le deja, y hacia mí
se viene.

Sale un león

Usted se detenga,
señor león; uñas tiene
la dificultad, que empieza
a argüir conmigo, y la arguye
muy bien, aunque es una bestia.
¿Así a tu mejor cofrade,
Baco, en el peligro dejas?

Vuélvese a entrar el león

Apenas le invoqué cuando,
aunque brumado, me deja.
Yo iré luego a darle gracias.

Aparecen en el aire VENUS y DIANA

VENUS: Nada dijo mi experiencia,
Diana, pues quedan iguales
amor y desdén en ella.
Veamos qué dirá la tuya.
DIANA: Pues atiende; que he de hacerla,
si tú en tierra, yo en el aire.
VENUS: ¿Cómo?
DIANA: De aquesta manera.

Suena un terremoto, y desaparecen VENUS y DIANA

MALANDRÍN: ¡Esto solo me faltaba,
que ahora un terremoto venga!
El demonio me metió
en andar por estas selvas.

Vase. Salen el REY y AURELIO

REY: ¿Qué nueva lid de elementos
confunde los horizontes
y, estremeciendo los montes,
va desatando los vientos?
AURELIO: De un instante a otro se mueve
tan violenta que el mar sube
a inquirir si es onda o nube

la que brama o la que llueve.
REY: Con mil pálidos desmayos,
de asombros los aires llenos,
nos están diciendo a truenos
que presto vendrán los rayos.
AURELIO: Dicha fue que de la quinta
estemos tan cerca ya.
REY: Y fuerza también será,
pues he de esperar a Aminta,
el pasar la noche en ella.
AURELIO: Dices bien; pues no imagino
que dé señas del camino
la menos brillante estrella,
según pálida la luna,
que entre sombras se obscurece,
de algún eclipse parece
que está corriendo fortuna.
REY: Qué arguya de esto no sé;
y ¿sabes lo que he pensado
de estas cóleras? Que el hado
que influjo de Irene fue
se ofende de que yo quiera
sacarla de la prisión;
y estas las premisas son
de la ruina que me espera.
AURELIO: No estos excesos, que son
causa de naturaleza,
hagan con tanta tristeza
caso en tu imaginación.
REY: No siempre lo que adivina
humana ciencia es verdad,
y no siempre una deidad
lo infalible vaticina.
AURELIO: Tú has hecho bien en sacalla
de la prisión, pues así
más lugar das; y si a mí,
ya que en esto no se halla
la majestad ofendida,
me haces de su vida dueño,
yo quiero oponerme al ceño
que ha amenazado su vida.
REY: Yo, Aurelio, no he de forzar
las leyes de un albedrío,
porque ese empeño no es mío.
Lo más que te puedo dar
es la esperanza de que
solicite que sea tuya,
antes que Dante me arguya,
con que de mí le aparté
ofendido, que un amor
valga más que una privanza.
AURELIO: ¡Vuelva a vivir mi esperanza
otra vez!

Dentro

UNO: ¡Para!

Salen AMINTA, IRENE y todos los demás

AMINTA: ¡Señor!
REY: Seas, Aminta, bien venida.
Con cuidado me ha tenido
la tempestad.
AMINTA: Aun no ha sido
ése el riesgo de mi vida;
que otro me dio que sentir
más, pues...
REY: Aguarda. ¿Quién viene,
Aminta, contigo?
AMINTA: Irene.
REY: ¿Cómo, sin que yo a decir
llegara que la trajeses?
AMINTA: Como fío de tu amor
que perdonarme, señor,
mi atrevimiento pudieses.
De su tristeza movida,
de su hermosura obligada,
de su...
REY: No me digas nada.
Pero ya que de su vida
hacerte cargo has querido,
considera, Aminta bella,
que me has de dar cuenta de ella.

A IRENE

Y tú mira cuál ha sido
de tu presagio el rigor,
y no me culpes a mí,
pues cuando a tu prisión vi
romper el margen, de horror
vestida la soberana
antorcha de Diana está.
¡Mira Venus lo que hará,
si aun lo ha sentido Diana!

Vase

IRENE: Ya veo que el infelice
la culpa de todo tiene,
aunque no la tenga.
AMINTA: Irene,
no, pues tu aflicción lo dice,
llores siempre; que el llorar
son armas de la belleza.
IRENE: Si llorara la terneza,
me pudieras consolar;
mas cuando llora la ira,
está de más el consuelo;

que, aunque airado todo el cielo
contra mi suerte se mira,
no aquestas lágrimas son
causadas de sus enojos,
sino rayos que los ojos
arrancan del corazón.

AMINTA: Ya por lo menos vencida
la primer dificultad,
será paso a la piedad.

IRENE: Tarde la espera mi vida,
y si la verdad te digo,
lo más que me aflige es...

AMINTA: ¿Qué?

IRENE: Que, en aquel riesgo en que fue
cómplice el monte y testigo,
no me arrojase a morir
antes que a Dante llamase
a que mi vida guardase.
¿Yo a Dante pude pedir
amparo? ¿Yo a Dante que
a socorrerme viniera?
¿Yo que me favoreciera?

AMINTA: Contrario mi afecto fue;
que, si en mi mano estuviera,
de mi parte le pagara
aquella fineza rara.
(¡Oh si algún color hubiera **Aparte**
de pedir al rey que atento...!
Mas no sé cómo prosiga.)

IRENE: Por mucho que tu voz diga,
más dice tu sentimiento.

Sale LIDORO

LIDORO: Hermosísima deidad
de Chipre, aunque nunca fue
el repetir beneficios
de constante pecho, bien
tal vez se puede suplir
esta culpa, si tal vez
no es para darlos en cara
y para lograrlas es.
Y así, con este pretexto,
me atrevo a echar a tus pies,
pidiéndote, hermosa Aminta,
que intercedas con el rey,
que de la palabra suya
me cumpla aquella merced
que me ofreció en la primera
gracia que le pedí.

AMINTA: ¿Qué es?

LIDORO: Una libertad, señora.

IRENE: (¿Qué es esto que llegué a ver? **Aparte**
¿Lidoro viene a pedir,
con razones que no sé,
al rey una libertad?

La mía debe de ser.)
LIDORO: Y tú aquesta pretensión
hoy has de favorecer
por quien eres, no por mí.
AMINTA: Yo lo haré. Prosigue, pues.
¿Qué he de pedirle?
LIDORO: El perdón
es del destierro...
AMINTA: ¿De quién?
LIDORO: De Dante.
AMINTA: ¿De Dante?
LIDORO: Sí.
IRENE: (¡Oh aleve, fiero y crüel! **Aparte**
¿El perdón de tu enemigo
solicitas tú?)
AMINTA: (Eso es **Aparte**
pretender que yo te deba
la vida segunda vez.)
Esperad aquí; que yo
vuestra pretensión diré
a mi hermano, y plegue al cielo
que la despache tan bien
como deseo. (¡Ay, amor, **Aparte**
sólo tú pudiste hacer
que con tan buena ocasión
pueda yo pedir por él.)

Vase

IRENE: Cobarde, loco, atrevido,
infiel a tu patria, infiel
a tu sangre y a tu honor,
a tu fama y a tu ley,
¿qué es lo que puede obligarte
a ser tan traidor, a ser
tan vil que de tu enemigo
procedas amigo fiel?
Cuando pensé que venías
en el disfraz que te ves
sólo a darle muerte y darme
a mí libertad, ¿te ven
mis ojos con tan trocados
afectos que venga a ser
su libertad la que pides
y a mí la muerte me des?
Pero si fue quien te puso
en fuga aquel día cruel,
tan infausto para mí
y tan fausto para él,
¿qué mucho --¡ay de mí!--, qué mucho
que el temor te dure y que
le pagues ahora aquella
puente de plata?
LIDORO: Detén
la voz, Irene; que ignoras
muchas cosas, y no es

justo que a cerrados ojos
quieras penetrar y ver
lo íntimo de un corazón,
sin desplegarle el doblez.
Y respondiendo al primero
baldón, ¿quién ignora, quién,
que no en manos del valor
vinculado está el vencer?
Que es muy dama la fortuna,
y ha de suplirse el desdén.
Vencióme, pero no huyendo,
y quizá el no morir fue
porque igual pesar no quiso
que tuviera igual placer.
A librarte disfrazado
vine y a matarle a él,
con una industria que el tiempo
quizá te dirá después.
A vista del puerto --¡ay triste!--
fortuna corrió el bajel,
dando entre aquesos peñascos,
cascado el pino, al través.
La vida le debí a Dante,
pues Dante en la playa fue
quien me acogió y albergó,
y pagarle ahora es bien
un beneficio con otro
por ponerme en paz con él,
para que al primer rencor
airoso pueda volver
y darle la muerte.

IRENE: Aguarda;
que ahora me resta saber
qué introducción con Aminta
tienes hoy, para poder
por medio suyo pedir
aquese perdón al rey?

LIDORO: Haberla dado la vida.

IRENE: ¿Tú fuiste...?

LIDORO: Sí; aunque no sé
si se la di o la perdí;
porque en llegándola a ver...
Pero esto ahora no es del caso.

IRENE: Oye, oye, que sí es.

LIDORO: ¿Cómo así?

IRENE: Como hidra nuestra
fortuna debe de ser,
que de una cerviz cortada
nacen dos.

LIDORO: ¿Por qué?

IRENE: Porqué,
cuando haces una hidalguía,
Lidoro, a tu parecer,
haces dos ruindades.

LIDORO: ¿Cómo?

IRENE: Como a ninguna está bien
que a vista mía y de Aminta

vuelva un alevoso a quien...
LIDORO: Prosigue.
IRENE: ...yo quiero mal
y Aminta...
LIDORO: Di.
IRENE: ...quiere bien.

Vase

LIDORO: Antes de nacer, amor,
ya eres infeliz. Mas ¿qué
me admiro, si todo tiene
su estrella antes de nacer?
¡Oh nunca --ay de mí-- llegara,
piadosamente cruel,
a tomar tierra en los brazos
de Dante, a tomar después
cielo en los brazos de Aminta,
pues sólo ha venido a ser
el vivir para morir
y para cegar el ver!

Sale AMINTA

AMINTA: Dame, marinero, albricias.
LIDORO: ¿De qué, señora?
AMINTA: De que
el rey la gracia te ha hecho
para que pueda volver
Dante a palacio.
LIDORO: (Desgracia **Aparte**
hubieras dicho más bien.)
AMINTA: Yo encarecí de mi parte,
cuanto pude encarecer,
tu pretensión como mía.
LIDORO: Ya yo, señora, lo sé,
pues me lo dice el efecto
tan claro.
AMINTA: Búscale, pues,
y dile de parte mía
que venga al punto...
LIDORO: Sí haré.
AMINTA: ... a ti y a mí agradecido,
a besar la mano al rey.
Mas no le digas que a mí,
pues basta que a ti lo esté;
que yo por ti y por mí solo
lo hice, pero no por él.

Vase

LIDORO: ¿Quién creerá que me haga mi tristeza
hoy del agravio cargo de fineza,
y que, cuando de amor rendido muero,

de mi enemigo venga a ser tercero?
Pero ¿qué temo, si enemigo digo?
Pues todo cesa, siendo mi enemigo,
supuesto que, en habiendo ya pagado
el favor que le doy al que me ha dado,
con él en paz en esta parte quedo,
con que volver a mis rencores puedo.
¿Quién, cielos, para darle
el aviso, supiera dónde hallarle,
pues ha de resultar dar de una suerte
esta mano el favor y ésta la muerte.

Salen DANTE y MALADRÍN

DANTE: Esto ha de ser y, pues la noche obscura,
vestida del color de mi ventura,
tan triste, tan medrosa,
tan lóbrega, confusa y temerosa
baja que solamente
la luz de los relámpagos consiente,
bien puedo a sombra de ella,
aunque estrella no hay, seguir mi estrella.
Y así, mezclando el ánimo y el iedo,
de aquesta quinta en el umbral me quedo,
mientras tú entras a ver qué cuarto tiene
en los acasos de esta noche Irene,
por si yo puedo vella
y despedirme con la vista de ella.

MALANDRÍN: ¡Oh tú que criado fuiste a ser criado,
Dios te libre de un amo enamorado!
Yo entraré, pues tu amor a eso me obliga;
pero mal haya yo, si se lo diga,
aunque la vea patente.
De aquella breve antorcha que arde enfrente
entrar puedo guïado,
tan alumbrado como deslumbrado.
Mas por cumplir con él, a aquéste quiero
preguntar. (¡Vive el sol, que el marinero **Aparte**
es! Mejor que mejor.) Oídme, os ruego,
ya que a tiempo de veros aquí llego,
¿qué cuarto es el de Irene?

LIDORO: No sé, aunque a tiempo vuestra duda viene,
que con otra pagárosla prevengo.
¿Dónde está vuestro amo, porque tengo
que darle aviso de una
dicha?

MALANDRÍN: No será poco en su fortuna;
y, aunque tema enojarle, si lo digo,
lo he de decir, que en fin vos sois su amigo.
Aquél es.

Va LIDORO hacia DANTE

LIDORO: (¡Qué mal finge mi cuidado!) **Aparte**
Aunque el embozo os tenga recatado,

perdonad; que una nueva
de gusto da licencia a quien la lleva
para entrarse (¡oh qué mal de fingir trato!) **Aparte**
sin llamar por las puertas de un recato.
Sabed que el perdón vuestro le he pedido
al rey, que me le ha dado, habiendo sido
de esta merced Aminta la tercera.
Adiós; que el rey os llama, y ella espera.

DANTE: ¡Oíd, escuchad!

LIDORO: No puedo.

DANTE: Ved que ofendido y obligado quedo.

LIDORO: Pues hacedme merced, sólo esto os pido,
de no estarme obligado ni ofendido,
sabiendo, por si importa en algún día,
que os pagué el beneficio que os debía.

Vase

DANTE: ¿Has visto extremo igual? Siempre asustado,
siempre confuso, siempre embelesado
este hombre está.

MALANDRÍN: Yo pienso que sería
que aquel susto incapaz le dejaría,
como suele el perdón al casi ahorcado.

DANTE: No es la hidalguía que conmigo ha usado
de hombre incapaz.

MALANDRÍN: Luego ¿haslo tú creído?

DANTE: Yo sí.

MALANDRÍN: Yo no; y si ha sido
engañosa quimera,
vamos tras él.

DANTE: En confusión tan fiera
no sé lo que te diga;
mucho a pensar y discurrir me obliga.

MALANDRÍN: Pues ¿qué has de hacer?

DANTE: No sé.--Deidades bellas,
que el uso gobernáis de las estrellas,
¿qué queréis de una vida
que, de tantos contrarios combatida,
toda es delirios, toda es ilusiones,
toda fantasma, toda confusiones?

Suenan truenos y terremoto

Mas ¡cielos! ¿qué ruido es éste?

MALANDRÍN: ¿Qué ha de ser? ¡Pese a mi alma,
que el cielo se viene abajo!

DANTE: ¡Gran terremoto!

MALANDRÍN: Ya escampa.

Dentro

UNOS: ¡Fuego, fuego!

OTROS: ¡Agua, agua!

MALANDRÍN: ¡Vino
para el susto!
DANTE: Espera, aguarda;
que de tantos rayos uno
en esa torre más alta
ha dado, y entre humo y polvo
de su fábrica gallarda
la trabazón viene al suelo,
con dos acciones tan varias
que, al tiempo que cae con ruinas,
en volcanes se levanta,
siendo de un instante a otro
pirámide el que fue alcázar.

Dentro IRENE y AMINTA

IRENE: ¡Que me abraso!
AMINTA: ¡Que me ahogo!
MALANDRÍN: Si se ahogan y se abrasan,
mas que se abrasen y ahoguen.

Suena la tempestad

DANTE: Irene y Aminta llaman
tan a un tiempo que no dejan
ni aun aquella duda al alma
de elegir. Pero ¿qué tiene
que dudar por dónde vaya
quien, con ir por donde pueda,
habrá cumplido con ambas?

Vase. Sale el REY, y AURELIO como deteniéndole

AURELIO: Lo primero es, gran señor,
guardar tu vida.
REY: ¿Si llama
Aminta, y está en el riesgo?
AURELIO: Yo basto solo a librarla;
no me estorbes. Mas ¿qué veo?
A pesar de tantas llamas,
un hombre al cuarto de Aminta
entra despechado.

Dentro

DANTE: ¡Caigan
sobre mí montes de fuego,
que todos ellos no bastan
a que no saque, a pesar
de la ruina y de la llama,
en mis brazos mi fortuna.

Sale DANTE con IRENE y AMINTA en brazos

REY: Hombre, ¿quién es a quien sacas?
DANTE: A Irene, señor, y a Aminta;
que entre las dos, cosa es clara,
que no sacara a ninguna,
si no las sacara a entrambas.
Desmayadas las hallé,
racionales salamandras
de aquel fuego, y a despecho
suyo, he podido librarlas.
REY: ¡Dante!
DANTE: ¿Gran señor?
REY: Los brazos
me da.
DANTE: Y dame a mí las plantas;
que, viniendo perdonado
de ti...
REY: No prosigas; basta
que sepa que sólo tú
hicieras acción tan alta.
Ya libres las dos, a menos
riesgo, mientras que restauran
los alientos, acudamos
al riesgo todos.

Vase

AURELIO: (¡Contraria **Aparte**
Fortuna, ¿siempre ha de ser
mi competidor quien haga
lo mejor?)

Vase

MALANDRÍN: ¿No me dirás,
señor, mientras que descansas,
las músicas que se hicieron?
DANTE: Como de lejos cantaban,
porque sonasen mejor,
huyeron, porque a su cuadra
no llegó el fuego.
MALANDRÍN: Me alegro
de saberlo, y que no haya
curioso que lo pregunte.
Pero yo te doy palabra,
si fuere algún día poeta,
--¡no me dé Dios tal desgracia!--
hacer de ti una comedia,
y tengo de intitularla
"El leonicida de amor"
y "El Eneas de su dama".

Vase

DANTE: Desmayadas hermosuras,
no le quitéis a mi fama
el haber dado dos vidas.
Volved a cobrar el alma.
¡Aminta! ¡Irene! ¡Señoras!

Vuelven en sí AMINTA e IRENE

AMINTA: ¡Ay de mí!
IRENE: ¡El cielo me valga!
AMINTA: ¿Dónde estoy?
IRENE: ¿Quién está aquí?
DANTE: Estáis donde aseguradas
vivís del pasado riesgo.
Y está aquí quien dél os guarda.
IRENE: Luego ¿tú eres quien me libra?
AMINTA: Luego ¿tú eres quien me ampara?
DANTE: Sí; que si otra vez airoso
estuve, dejando a entrambas,
hoy, a entrambas acudiendo,
lo estoy también, porque haya
en iguales experiencias
dos acciones tan contrarias
como socorrer dos vidas
del fin que las amenaza,
con dejarlas una vez
y otra vez con no dejarlas.
IRENE: ¡Oh nunca yo te debiera
fineza, Dante, tan rara!
AMINTA: ¡Oh siempre estuviera yo
debiéndote acción tan alta!
IRENE: Yo lo digo porque sé
que no tengo de pagarla.

Vase

AMINTA: Yo, porque sé que la tengo
de pagar con vida y alma.

Vase

DANTE: ¡Oh nunca y oh siempre yo
viva mezclando en mis ansias
de amado y aborrecido
las dos pasiones contrarias,
hasta que declare el cielo
quién mayor victoria alcanza:
quien ama a quien le aborrece
o aborrece a quien le ama!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen por una parte DANTE y por otra LIDORO

LIDORO: (¡Que nunca tenga ocasión **Aparte**
mi venganza de lograrse!)
DANTE: (¡Que nunca le deba darse **Aparte**
a partido mi pasión!)
LIDORO: (Mas cuando yo la tuviera, **Aparte**
aun no sé si la lograra...)
DANTE: (Pero cuando me llegara, **Aparte**
aun no sé si la admitiera...)
LIDORO: (...porque, si de mi venganza **Aparte**
se me ha de seguir mi ausencia...)
DANTE: (...porque, si de su violencia **Aparte**
se alimenta mi esperanza...)
LIDORO: (...¿cómo ausentarme podré **Aparte**
sin llevar conmigo a Irene...?)
DANTE: (...¿cómo sin Irene tiene **Aparte**
tan vil afecto mi fe...?)
LIDORO: (...¿y cómo podré vivir **Aparte**
ausente de Aminta bella...?)
DANTE: (...¿y cómo podrá mi estrella **Aparte**
del amor de Aminta huir...?)
LIDORO: (...¿y más cuando ya informado **Aparte**
estoy que a Dante ha querido?)
DANTE: (...¿y más cuando aborrecido **Aparte**
lo siento menos que amado?)
LIDORO: (Cuando más causa no hubiera, **Aparte**
por mis celos le matara.)
DANTE: (Cuando dos causas no hallara, **Aparte**
con una sola muriera.)
LIDORO: (Amor, celos y venganza **Aparte**
de imposibles me mantienen.)
DANTE: (¡En qué confusión me tienen **Aparte**
amor, desdén y esperanza!)
¡Celio!
LIDORO: ¿Señor?
DANTE: A ventura
tengo el hallaros aquí.
LIDORO: Siempre será para mí
la mejor y más segura
el estar a vuestros pies.
DANTE: Confieso que un forastero,
a quien el hado severo
a tierra arrojó, después
que echó su hacienda en el mar,
fuera de su patria y pobre,
no hay razón que no le sobre
para vivir con pesar.
Pero, advirtiendo también
que a quien la vida le queda

no hay fortuna que no pueda
vencer viviendo, y más quien
   tiene las partes que vos,
siento veros afligido
siempre y siempre suspendido.
Habladme claro, por Dios,
   ¿qué habéis menester? ¿Queréis
a vuestra patria volveros?
Que embarcación y dineros
todo de mí lo tendréis.
   ¿Queréis quedaros aquí?
Pues sabed que en este día
de ese puerto la alcaidía
vacó y que me toca a mí
   su provisión, y he querido,
pues hoy en mi cargo estoy
por vos, que sepáis que os doy
premisas de agradecido.
   Si la admitís, bien con ella
lo podréis aquí pasar,
y con tiempo al tiempo dar
vado a vuestra injusta estrella.
   Advertid, si os está bien,
que ando, cierto, deseoso
de que viváis más gustoso
de lo que parece.

LIDORO: ¿Quién
   satisfaceros podrá
ese afecto, esa merced,
sino callando?

DANTE: Creed
que es cuidado el que me da
   vuestra persona. Y pasando
al cargo, ¿qué respondéis?

LIDORO: Digo, señor, que me hacéis
notables favores cuando,
   siendo extranjero, fiáis
de mí de la corte el puerto.
Yo le acepto; y estad cierto
de que servido seáis
   en él de la atención mía.
(Bueno es darme la ocasión **Aparte**
envuelta en la obligación.)

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¡Señor!

DANTE: ¿Qué hay, loco?

MALANDRÍN: ¡Gran día!

DANTE: ¿Qué ha sucedido?

MALANDRÍN: Sintiendo
el rey la extraña tristeza
que padece la belleza
de su hermana, y pretendiendo
   aliviarla, ya has sabido
las diligencias que ha hecho.

Y, aunque no son de provecho
las más de ellas, ha querido
que aquesos jardines bellos
sean teatros del día,
y de música y poesía
haya un gran festín en ellos.

DANTE: ¿Y eso te alegra?

MALANDRÍN: Pues ¿no?
Si los premios han de dar
las damas, ¿no he de lograr
el mejor de todos yo?

DANTE: ¿Por qué?

MALANDRÍN: Porque, aunque discretas,
nunca yerran su elección,
y sabe su discreción
que de todos los poetas
ninguno de mejor gana
las sirve.

DANTE: ¿Es memorial?

MALANDRÍN: Ya
se ve, y más hoy, que quizá
las he menester mañana.

DANTE: Calla, loco.--Acudid vos
por los despachos después;
que ahora forzoso es
asistir al rey. (Si en dos **Aparte**
afectos mi vida tiene
hoy lo que olvida y desea,
¿qué importa que a Aminta vea,
a precio de ver a Irene?)

LIDORO: (¿Quién --¡ay infeliz!-- creerá **Aparte**
de mi confusa pasión
que me quita la ocasión
cuando la ocasión me da?)

MALANDRÍN: ¿Por qué despachos habéis
de acudir, Celio?

LIDORO: Hame hecho,
de mi lealtad satisfecho,
del puerto alcaide.

MALANDRÍN: Gocéis
tan gran merced. ¡Que sea cierta
cosa que, en siendo extranjero,
ha de hallar uno portero,
y puerto, portada y puerta!
¡Y que, habiéndome portado
yo en mi porte bien, por cierto,
no aporte a puerta ni a puerto
que no le encuentre cerrado!

Pero aquesto no es de aquí.
Ya el rey a la alegre vista
del jardín baja, con toda
la gala y la bizarría
de la corte.

Dentro instrumentos

LIDORO: Retirado
será forzoso que asista;
que, aunque soy quien soy, no tengo
lugar.
DANTE: Deidades divinas,
acabad de declararos
por Irene o por Aminta.

Salen la MÚSICA con instrumentos, el REY, AURELIO, AMINTA, IRENE, NISE, FLORA, LAURA y CLORI

AURELIO: (Aquí está Dante. Perdí **Aparte**
la esperanza que traía
de lucir, porque me tiene
siempre ganada la dicha.)
REY: No hay cosa que no imaginen
por ti las finezas mías,
ni cosa que sienta tanto
como tu melancolía.
AMINTA: Ya, señor, con experiencias
siempre amantes, siempre finas,
sé que de galán y hermano
te debo entrambas caricias.
REY: ¿Es posible que no sepa
yo lo que te da alegría?
AMINTA: Nada, pues de mis pesares
tus cariños no me alivian.
IRENE: Desde que de aquella fiera
y aquel incendio en un día
padeció los sustos, no
es mucho, señor, la aflija
de ellos la memoria.
AMINTA: Es
verdad, que a los dos rendida,
se apoderaron de suerte
del corazón ambas iras
que hasta ahora dudando estoy
si fue muerte o si fue vida
la que, crüel o piadoso,
me dio el que de ellos me libra.
REY: Dante, dueño de esa acción,
lo dirá.
DANTE: ¿Yo, qué hay que diga,
sino que en doblados riesgos
fueron dobladas las dichas?
AMINTA: Ya sé que fueron dobladas,
pues también a Irene obligan.
IRENE: Eso es querer que a mi parte
me muestre yo agradecida.
AMINTA: No es, porque una dama, Irene,
públicamente servida,
como tú lo estás de Dante,
[b]asta que el servicio admita
sin que lo agradezca.

AURELIO: (¡Cielos, **Aparte**
muriéndome estoy de envidia!)
LIDORO: (Sufra este desaire el alma, **Aparte**
pues es fuerza quien soy finja.)

Siéntanse el REY en medio, a su mano derecha AMINTA, y a la otra IRENE, FLORA y LAURA al izquierdo suyo, y NISE y CLORI donde AMINTA; AURELIO y DANTE apartados, la MÚSICA al paño

REY: Ponga la música paz
a vuestras cortesanías.
CLORI: ¿Por qué tono empezaremos?
FLORA: Sea el de aquella letrilla
que, por grave o triste, suele
ser de más agrado a Aminta.
MÚSICA: *"¿Cuál más infelice estado*
de amor y desdén ha sido;
amar, siendo aborrecido,
o aborrecer, siendo amado?"
REY: La música da ocasión,
pues que pregunta entendida
para responder; y así
volvamos todos a oírla.
MÚSICA: *"¿Cuál más infelice estado*
de amor y desdén ha sido;
amar, siendo aborrecido,
o aborrecer, siendo amado?"

Dentro un clarín

REY: Esperad; ¿qué salva es ésta?

Sale un CRIADO

CRIADO: Un bajel, que a nuestra isla
de paz llega a tomar puerto.
REY: Pues salga quien le reciba,
y sepa de dónde viene,
qué gente y qué mercancía
trae.
DANTE: Id, Celio, pues os toca
hacer de todo pesquisa.
REY: ¿Por qué a Celio?
DANTE: Porque yo,
atento al favor de Aminta
más que al mío, con licencia
tuya, le di el alcaidía
del puerto y su atarazana.
REY: Ha sido elección muy digna.
LIDORO: Beso tus pies.
IRENE: (¿Quién creyera **Aparte**
que a esto Lidoro venía?)
AMINTA: Ésta es la primera acción
que os debo de agradecida.

REY: Id, pues, y con la respuesta
volved; y en tanto repita
la letra la duda, puesto
que da ocasión a argüirla.

Vanse LIDORO y el CRIADO

MÚSICA: *"¿Cuál más infeliz estado*
de amor y desdén ha sido,
amar siendo aborrecido,
o aborrecer siendo amado?"
REY: Diga la primera Irene.
IRENE: Aunque excusarme podía
de cuestiones amorosas
mi inclinación, más bien vista
que del ocio de la paz
del furor de la milicia,
con todo eso la cuestión
tanto se me facilita
que me atrevo a entrar en ella;
y digo que es la desdicha
mayor, el más infeliz
estado en su monarquía
aborrecer siendo amado.
REY: ¿Y tú qué dices, Aminta?
AMINTA: Yo no sé de amor tampoco;
pero, a saberlo, diría
que amar siendo aborrecido
es la mayor tiranía
de sus imperios.
REY: ¿Tú, Flora?
FLORA: La opinión de Irene tira
mi afecto al aborrecer.
REY: ¿Nise?
NISE: Al ser aborrecido.
REY: ¿Tú, Laura?
LAURA: Yo sigo a Irene.
REY: ¿Tú, Clori?
CLORI: Yo sigo a Aminta.
MALANDRÍN: (¡Gran cosa es ser rey de Chipre! **Aparte**
¡Con qué llaneza platica
las cosas de amor y celos,
casero con su familia!)
REY: ¿Y tú, Aurelio, qué eligieras?
AURELIO: Siendo forzoso que elija,
amar siendo aborrecido,
dijo su alteza, y sería,
sabiendo yo su opinión,
poca atención no seguirla.
REY: ¿Y tú, Dante?
DANTE: En el ingenio
nunca la atención peligra;
y así, con aquesta salva,
no importa que la otra siga;
aborrecer siendo amado,
no hay cosa que tanto aflija.

MALANDRÍN: Pues a hombres de placer
ningún lugar se les priva,
esperad, que mi humor falta
decir a lo que se inclina.
Aborrecer siendo amado
es una ruindad indigna;
amar siendo aborrecido,
grandísima bobería.
Y así es mi opinión, guardando
a toda dama justicia,
que se aborrezca y se ame,
tratándolas cada día,
a la fea como a fea,
y a la linda como a linda.
AURELIO: ¡Quita, loco!
DANTE: ¡Aparta, necio!
REY: Para la cuestión repitan
la copla toda, y estén
los coros siempre a la mira,
para que a las opiniones
las glosas a un tiempo sigan.
M&Uaccute;SICA: *"¿Cuál más infeliz estado
de amor y desdén ha sido,
amar siendo aborrecido,
o aborrecer siendo amado?"*

IRENE: Entre amar y aborrecer
no hay comparado ejemplar,
pues trae dentro de su ser,
quien aborrece, al pesar;
pero quien ama, al placer;
luego, si el que ama está hallado,
y el que aborrece penado,
bien de ambos, no sólo infiero
cuál sea el estado, pero
cuál más infeliz estado.
MÚSICA: *"Desdichado
del que aborrece, si infiero,
no sólo a otro comparado,
cuál sea el estado, pero
cuál más infeliz estado."*
AMINTA: Quien, siendo amado, aborrece
ya el ser amado le aplace;
mas quien ama y no merece
de amor la persona es que hace,
del desdén la que padece;
luego, si aquél ha tenido
un mal, el aborrecido
dos, pues sin despique siente,
y maltratado igualmente
de amor y desdén ha sido.
MÚSICA: *"¡Ay del perdido
que sin dicha alguna siente
verse postrado y rendido,
y maltratado igualmente
de amor y desdén ha sido!""Afligido*

viva entre desdén y amor
el que aborrece querido,
pues le estuviera mejor
amar siendo aborrecido."

AURELIO: *Supuesto que el deber no*
es culpa, en que desmerece
mi amor, y mi amor faltó,
siéntalo quien lo padece,
que no he de sentirlo yo;
y pues es rigor del hado
aborrecer obligado,
digo que es mejor partido,
entre amar aborrecido
o aborrecer siendo amado.

MÚSICA: *"Culpe al hado*
quien infelice ha nacido
y se ve en el peor estado
entre amar aborrecido
o aborrecer siendo amado."

AMINTA: *"¡Culpe al hado*
quien infelice ha nacido
y se ve en el peor estado
entre amar aborrecido
o aborrecer siendo amado."

Levántase AMINTA, como furiosa

REY: *¿Qué es esto, Aminta?*

AMINTA: *No sé.*
En mis penas divertida,
me arrebató un sentimiento,
una pasión, una ira.
Dejad, dejad las canciones;
que si a divertirme miran,
más me matan que divierten.

REY: *¡Hermana!*

TODOS: *¡Señora!*

IRENE: *¡Aminta!*

AMINTA: *Dejadme todos, dejadme;*
nadie --¡ay infeliz!-- me siga;
mejor estoy a mi solas,
pues mi mejor compañía
sólo puede ser mi pena.

REY: *Seguidla todos, seguidla.*
¿Qué mortal pasión, Irene,
es ésta?

IRENE: *No sé qué diga,*
si no es que a quien está triste
poco la música alivia,
pues antes dicen que aumenta
más la pasión.

REY: *Por su vida*
no sé, Irene, lo que diera.

Sale LIDORO

LIDORO: *Bien puedo pedirte albricias.*
REY: *¿De qué?*
LIDORO: *De que ese bajel,*
nao marchante de la India
oriental, cargado viene
de plata, oro y piedras ricas,
a hacer empleo en los frutos
que esta tierra fertilizan,
con que ha de exceder tu reino
a las comarcanas islas.
REY: *Yo las albricias te mando,*
que llega a ocasión que es dicha,
pues puedo hacer, con su empleo,
que a la de Egnido se siga
la guerra; que he de morir
o acabar de destruirla.

Vase

LIDORO: *(¡Qué al contrario ha de salirle* ***Aparte***
el empleo que imagina!)
AURELIO: *Aunque de paso, no puedo*
dejar, Irene divina,
de decir que mi esperanza
aun vive.
IRENE: *Mucho me admira*
que aun para decirme eso
al rey le perdáis de vista.
Id tras él, que importa más
que mi amor.
AURELIO: *Bien me castigas.*

Vase

IRENE: *No mucho, pues que te dejo*
aquesa esperanza viva.
(Allí Lidoro ha quedado. ***Aparte***
¡Oh, si las ferias del día
diesen ocasión de hablarle!)
LIDORO: *(Allí quedó Irene. Dicha* ***Aparte***
fuera que hablarla pudiera,
porque pudiera decirla
de dónde la nao viene.
MALANDRÍN: *¿Ves estas penas de Aminta?*
Pues tú, señor...
DANTE: *Ya lo sé,*
ya lo sé, no me lo digas;
que pues nada me remedia,
no es bien que todo me aflija.
¿Ves aquel afecto? ¿Ves
aquella pasión que obliga
a sentimiento a las piedras?
Pues menos tras sí me tira
que aquel helado desdén;

tanto que, en una acción misma,
quiero oír más aquí rigores
que allí ponderar caricias--
Bellísima Irene, ¿cuándo,
cuándo, apacible homicida,
has de acabar de pagar
con una muerte dos vidas?
¿Cuándo podrá el rendimiento
de un triste...?

IRENE: *No, no prosigas;*
que para saber que nunca
han de ser menos mis iras
no es menester que me tome
más tiempo en que te lo diga.

DANTE: *¿Es posible que no puedan*
hallar tantas ansias mías
lugar en tu pecho?

IRENE: *No.*

DANTE: *Pues ¿qué haré yo en que te sirva?*

IRENE: *Irte, sin decirme nada.*

Hace DANTE una reverencia y se va a hablar con LIDORO

MALANDRÍN: *(¡Qué obediencia tan rendida!* ***Aparte***
No hiciera un novicio más.)

DANTE: *¡Celio!*

LIDORO: *¿Qué me mandas?*

DANTE: *Mira,*
amigos somos los dos,
tus fortunas me lastiman,
lastímente mis fortunas.
A esa fiera, a esa enemiga,
a esa esfinge, a esa sirena,
áspid de esta nueva Libia,
ya que me cierra los labios,
la dirás de parte mía
que no me agradezca tanto
el mirarse obedecida,
a vista de su desdén,
cuanto del amor de Aminta.

Vase

MALANDRÍN: *Y yo ¿puedo decir algo?*

IRENE: *Menos vos; idos aprisa.*

Hace MALANDRÍN una reverencia y se va hacia LIDORO

MALANDRÍN: Decid a aquesa señora,
Celio, tan desvanecida,
que eso se merece quien
en el bosque y en la quinta
no la dejó en fiera y fuego
ser vianda o ser ceniza.

Vase

LIDORO: Grande dicha ha sido, Irene,
que los cielos me permitan
lugar de hablarte.
IRENE: Mía es,
si es que es de alguno, la dicha,
para que pueda también
en ti aprovechar mis iras.
LIDORO: ¿Iras?
IRENE: Sí.
LIDORO: Pues ¿con qué causa
conmigo también te indignas?
IRENE: Dijísteme que a este puerto
hecho mercader venías
de joyas y de pinturas,
unas bellas, si otras ricas,
a fin de reconocer,
siendo tú propio tu espía,
el modo de mi prisión,
para ver cómo podrías,
con el valor o la industria,
o conquistarla o abrirla.
Añadiste a esto que a Dante,
autor de nuestras desdichas,
venías a dar la muerte.
Dejo aparte aquella ruina
del bajel, dejo que fuese
él quien te ampare y te asista,
dejo que le hayas pagado
el favor con más altiva
fineza, cuanto va a ser
generosa una, otra pía;
y voy a que, si ya en paz
te han puesto sus hidalguías
con él, y queda el rencor
airoso, ¿cómo no aspiras
a vengarte, cómo, en vez
de darle muerte, te humillas
a recibir beneficios?
¿Tú alcaide suyo?
LIDORO: Oye, mira;
que si el poco tiempo que hay
en quejas le desperdicias,
hará falta a lo que importa.
Sabe, Irene, sabe, prima,
que ese bajel que ha llegado
es tu padre el que le envía.
Por cabo dél viene Libio,
con aquella intención misma
que traje yo; que sabiendo
mi pérdida, solicita
el rey, que me juzga muerto,
que otro en mi lugar te asista.
Preñado caballo griego

de máquinas exquisitas
de fuego, es Etna del mar
que, afectado por encima
de la nieve del contrato,
encubre dentro la mina
que ha de reventar en Chipre
pasmo, horror, asombro y grima,
si ya no vence la industria
antes que las armas. Mira
ahora si te está mal
que yo las llaves admita
del puerto, y...

AMINTA dentro

AMINTA: Dejadme todos;
no me siga nadie.
LIDORO: Aminta
viene allí.
IRENE: No poder siento
responder agradecida
a la nueva y, pues el mar
con los jardines confina
del palacio, y tú en él tienes
dominio, a que no resistan
las guardas, aquesta noche
en un esquife a su orilla
ven; que yo te esperaré,
como acaso divertida
en ellos, donde tratemos,
antes que de la conquista,
de la fuga. Y sea la seña
que te doy, porque podría
ser que otras damas estén
en los jardines...
LIDORO: ¿Qué? Dila.
IRENE: Porque sea más callada,
y de la noche más vista,
tener un lienzo en la mano;
y así, la que a la marina
más se acercare con él
soy yo.

Sale AMINTA al paño

LIDORO: Ya llega.
IRENE: Imagina,
atrevido forastero,
que el no quitarte la vida
por mis manos es porque
no es tu bárbara osadía
capaz de tan gran castigo,
de tan noble muerte digna.
AMINTA: ¿Qué es esto?
IRENE: Nada, señora.

AMINTA: Yo he de saber qué te obliga
a dar esas voces.
IRENE: Oye,
si saberlo solicitas.
Dile a quien tan atrevido
ese recado me envía
que procure su intención
lograrla, mas no decirla;
porque no la logrará,
habiendo de ella noticia.

Vase

AMINTA: Menos lo he entendido ahora.
LIDORO: Pues no está obscura la cifra.
Crïado de Dante soy,
con sus favores me obliga
a que de su parte a Irene
--no sé dónde voy-- la diga
que intención es al rey
para su esposa pedirla,
si ella da licencia. A que
me respondió enfurecida
que procure su intención
lograrla, mas no decirla;
porque no la logrará,
habiendo de ella noticia.
AMINTA: Dice bien, porque soy yo
fiadora de que ofendida
no ha de ser de esa violencia,
cuando mi hermano la admita.
Así lo decid a Dante,
y añadid de parte mía
que hace bien en pretender
con otros medios, si mira
cuán poco los rendimientos
a un ingrato pecho obligan.
LIDORO: Yo lo diré, aunque no sé,
señora, cómo lo diga.
AMINTA: ¿Por qué?
LIDORO: Tampoco lo sé.
AMINTA: Pues ¿vos me habláis con enigma?
LIDORO: Si lo es mi vida, ¿qué mucho
que de lo que es mío me sirva?
AMINTA: No os entiendo.
LIDORO: Yo tampoco.
AMINTA: Hablad más claro.
LIDORO: Otro día.
AMINTA: ¿Por qué no ahora?
LIDORO: Porque
soy extraño en estas islas.
AMINTA: ¿Para hablar importa?
LIDORO: Sí.
AMINTA: ¿Cómo?
LIDORO: Como el fin peligra
de quien ignorado habla;

que la razón más bien dicha,
por entendida que sea,
se halla sin ser entendida.

Vase

AMINTA: ¡Extraño estilo! No sé
qué presume, qué imagina
el corazón, que parece
que con recelos me avisa
que aqueste extranjero es,
si atiendo a la bizarría
de su acción primera, y luego
a la de amistad tan fina,
más de lo que dice. Pero
que lo sea o no, ¿qué quita
ni qué pone a mi dolor?

Sale DANTE

DANTE: (Fuése Irene y quedó Aminta. **Aparte**
Mas si ambas son mis estrellas,
¿qué me espanta, qué me admira
que la feliz sea la errante
y la no feliz la fija?)

AMINTA: Dante, ¿cómo a este jardín,
cuando ya la sombra pisa
la falda a la luz, entráis?

DANTE: Como la luz de tu vista
desmiente tanto la noche
que aun pienso que todo es día.

AMINTA: Del academia debió
de sobrar esa poesía,
y como cosa sobrada
la gastáis conmigo.

DANTE: Indigna
presunción de un rendimiento...

AMINTA: ...que casarse solicita
todavía con Irene,
a cuyo efecto la envía
a tomar de ella licencia,
para que el rey se la pida.

DANTE: Hartas causas de quejaros
os han dado mis desdichas.
¿Para qué, si las hay ciertas,
os valéis de las fingidas?
Tal licencia no he pedido.

AMINTA: Luego ¿causa hay que la finja
entre Irene y Celio?

DANTE: No
os entiendo.

AMINTA: No me admira;
que yo tampoco me entiendo.
Mas para cuando él os diga
lo que yo le dije a él,

ved que en confïanza mía
está Irene, y que palabra
la he dado de que yo impida
que el rey sin gusto la case;
y no juzguéis, por mi vida,
--¡mal juramento!-- que son
mis celos los que me obligan,
sino la estimación vuestra;
que es mi voluntad tan fina,
tan hidalgo mi dolor,
tan noble la pena mía,
que, porque ella no os desprecie
tan cara a cara a mi vista,
quiero yo que de mejor
aire su desdén se vista,
y no obligue una violencia
a lo que un amor no obliga.

Vase

DANTE: Sin duda que convino
a la gran providencia
de los dioses hacer en mí experiencia
de cuánto el alto Júpiter previno
extender los imperios del destino,
pues con aqueste amor presagios tales
me hizo objeto de bienes y de males;
sin que puedan jamás males ni bienes
lograr favores ni decir desdenes.
¡Oh tú, estrella divina,
oh tú, sagrada estrella,
primavera que en campos del sol huella
la esfera cristalina,
en cuyo influjo Venus predomina!
¡Oh tú, trémula hermana
del sol, oh imagen ya de la fortuna,
que en el cóncavo espacio de tu luna
incluyes soberana
el no pisado alcázar de Dïana!
Hoy con vuestras centellas,
en quien el sol parece que ha quedado
a pedazos quebrado,
pues vuestras lumbres bellas
nunca son más que un sol quebrado a estrellas;
decidme cada una,
o todas me decid, si a todas toca,
¿cuál es aquella --¡ay triste!-- que provoca,
siempre infiel, siempre vil, siempre importuna,
el ceño contra mí de mi fortuna?
No quiero que enemiga
deje de ser; no quiero
que favorable contra el hado fiero
se muestre; sólo quiero que me diga
por qué un amor a aborrecer me obliga.
¿Por qué un desdén me obliga a que le adore?
Mas ¡ay! que aun ella es fuerza que lo ignore;

que aun a amantes querellas
nunca razón han dado las estrellas.
Salir del jardín quiero.
¿Qué es lo que miro? En otra duda muero,
si no tan rigurosa,
no ya menos penosa,
si el riesgo en que me miro considero.
¡Ay de mí! El jardinero
la puerta me ha cerrado;
que, creyendo que nadie sin el día
aquí estar osaría,
su misma confianza le ha engañado;
igual es el escándalo al cuidado.
Si a propósito un hombre dispusiera
esta ocasión, ¿pudiera
llegar nunca a logralla?
No; que sólo se halla
lo más dificultoso a cada paso
dispuesto en los descuidos de un acaso.
Si llamo, inconveniente
es; si no llamo...Pero allí anda gente,
aun para discurrir tiempo me falta,
y mi sombra --¡ay de mí!-- me sobresalta.
Fuerza es que recatado
espere a ver lo que dispuso el hado.

Salen IRENE, AMINTA, CLORI, FLORA, NISE y LAURA

IRENE: ¿A estas horas al jardín
vuelves, Aminta?
AMINTA: El silencio
de la noche me convida,
de las hojas y los vientos,
a cuyo compás el mar,
tranquilamente sereno,
responde en blandos embates
la media razón del eco.
Parece que divertida
a las lisonjas del fresco
entre las flores y el agua
me tienen mis sentimientos.
IRENE: (¡Oh, plegue a Dios que Lidoro **Aparte**
no venga --¡ay de mí!-- tan presto!)
DANTE: (Aminta, Irene y las damas **Aparte**
son. Recáteme el recelo
de ser sentido, y que piensen
que ha sido el acaso intento.)
FLORA: Pues ya que de aqueste sitio
te agrada el divertimiento,
quieres que cantemos?
AMINTA: No;
que en la música no tengo
alivio alguno; antes, Flora,
de mi tristeza el extremo
se aumenta con la dulzura

de sus cláusulas.
IRENE: Lo mesmo
de las cláusulas del agua
dicen los que ese secreto
observaron; y así harás
bien en retirarte presto,
pues la experiencia es la misma.
AMINTA: Yo por contraria la tengo,
pues aquélla me entristece,
y ésta me divierte.
IRENE: (¡Cielos, **Aparte**
sola esta noche la han dado
el mar y el jardín contento!)
NISE: Pues ya que aquí de la noche
aliviada estás, ¿qué haremos
para divertirte?
AMINTA: Una
cosa no más apetezco.
FLORA: Di, ¿qué es?
AMINTA: Que me dejéis sola;
porque si llorar pretendo
y suspirar, para el llanto
y para el suspiro es cierto
que el mar y el viento me bastan,
pues son de mis sentimientos
el mejor amigo el mar,
la mejor lisonja el viento.
IRENE: No quedas bien aquí sola.
AMINTA: Nunca yo sola me quedo;
mis penas quedan conmigo.
IRENE: Yo a dejarte no me atrevo;
(y es verdad, por no dejarte **Aparte**
en las manos de mi riesgo)
que sola, triste y de noche,
es dar al dolor esfuerzo.
AMINTA: Pues quédate tú conmigo.
LAURA: Nosotras nos retiremos,
ya que gusta de eso Aminta.

Vanse CLORI, FLORA, LAURA y NISE

DANTE: (Aminta e Irene --¡cielos!-- **Aparte**
solas han quedado, y yo
testigo de sus afectos.)
AMINTA: Ya que has gustado quedarte
conmigo, darte pretendo
cuenta de mi mal; que, aunque
tú no lo ignoras, sospecho
que comunicado pueda
aliviar mi sentimiento.

Saca AMINTA un lienzo, como llorosa

IRENE: ¿Lloras?
AMINTA: Sí, por que lo digan,

Irene mía, primero
mis lágrimas que mis voces.

IRENE: Quita, por Dios, quita el lienzo
de los ojos, ni en la mano
le tengas por instrumento
de esa flaqueza. (¡Ay de mí! **Aparte**
Que si viniera a este tiempo
Lidoro, y viera la seña,
todo estaba descubierto.)

AMINTA: No hay cosa, Irene, que más
alivie a un rendido pecho
que el llanto; y, pues has quedado
a servirme de consuelo,
no del consuelo me prives.
Pero bien haces, si advierto
que eres tú de mis pesares
la causa...

IRENE: Mucho lo siento;
pero no sé en qué, porque,
si es Dante acaso el objeto
de tus tristezas, segura
puedes de mí estar, supuesto
que sabes que no le estimo.

AMINTA: Y aun ése es mi sentimiento,
ver que lo que estimo yo
nadie trate con desprecio.
¿Hay quien merezca tu amor
mejor que él?

IRENE: Nunca vi celos
que se abatiesen a ser...

AMINTA: Irás a decir "terceros
de su agravio." No lo digas;
porque no lo son, supuesto
que el sentir yo su desaire
es nobleza de mi afecto.

IRENE: Pues habrás de perdonarme,
que, aunque lo sientas, no puedo
dejar de decir que a Dante
con vida y alma aborrezco.

DANTE: (¿Que digan que mi albedrío **Aparte**
es mío y usar dél puedo,
cuando no puedo pagar
este amor ni aquel desprecio?)

AMINTA: No digo yo que le quieras,
pero --¡ay de mí!-- que no tengo
aliento para decirlo.

Pónese el lienzo en los ojos

IRENE: ¿Otra vez al llanto has vuelto?

AMINTA: No, que nunca le he dejado.

Salen LIDORO y LIBIO

LIDORO: ¡Silencio, Libio!

LIBIO: Al silencio
de la noche se lo di;
que yo piso con tal tiento
que los pasos del valor
parece que los da el miedo.
LIDORO: Con el esquife a la orilla
solo te queda, y los remos
fuera del agua, porque
no hagamos ruido con ellos,
en tanto que yo por esta
playa en los jardines entro,
a ver qué dispone Irene,
de quien ya la seña tengo.
LIBIO: En la orilla, dado cabo
a mi misma mano, espero,
porque no pueda el esquife
apartarse.
LIDORO: Hacia allí veo
dos bultos y, si diviso
a los trémulos reflejos
de la escasa luz la seña,
Irene es, pues con el lienzo
parece que está llamando.
IRENE: (Que venga Lidoro temo, **Aparte**
y con la seña se engañe.)
LIDORO: ¿Qué, para llegar, recelo?
Que el estar acompañada,
puesto que la seña ha hecho,
será de alguien que se fía.--
No dirás que tarde vengo;
pero ¿qué mucho...
AMINTA: ¡Ay de mí!
IRENE: ¡Y de mí también!
LIDORO: ...si el viento
me trajo de mis suspiros?
AMINTA: (¡Apenas a hablar acierto!) **Aparte**
¿Qué es esto, Irene?
IRENE: Pues yo,
señora, ¿qué sé?
AMINTA: (¡El aliento **Aparte**
me falta!)
DANTE: (Un hombre salir **Aparte**
del mar a la playa veo.)
AMINTA: Hombre, ¿quién eres? ¿O cómo
aquí has entrado? ¿Qué es esto?
IRENE: (No sé cómo --¡ay de mí!-- pueda **Aparte**
poner a este mal remedio.)
LIDORO: ¿De qué, Irene, tan turbada
me recibes, cuando llego
llamado de ti?
AMINTA: No soy
Irene y, pues que ya advierto
que hay aquí más intención,
cobre mi desdicha aliento.
Hombre, ¿quién eres?
LIDORO: No sé.
(¡Aminta es, viven los cielos, **Aparte**

la que con la seña estaba!)

DANTE: (A salir no me resuelvo, **Aparte**
hasta averiguar mejor
de todo el lance el empeño.)

AMINTA: ¡Traición, traición! ¡Flora, Nise,
Laura, Clori!

IRENE: A tus acentos
pon silencio, si no quieres
perder la vida a este acero. --
Lidoro, ya declarados
estamos y descubiertos.

DANTE: (¿Lidoro dijo? ¿Qué escucho?) **Aparte**

IRENE: No hay sino que el valor nuestro,
a pesar de la fortuna,
apele al último esfuerzo,
y lo que ha de ser mañana,
mejor será que sea luego.
Y pues el esquife está
en la playa, y en el puerto
el bajel, no hay que esperar,
sino dar la vela al viento.

LIDORO: Dices bien; y porque nada
los dos por hacer dejemos,
Aminta ha de ir con nosotros.

AMINTA: ¿No hay quien me socorra, cielos?

DANTE: Sí; que aquí está quien defienda
tantos traidores intentos.

LIDORO: ¿De dónde, Dante, has salido
a estorbar mi dicha?

DANTE: El centro
de la tierra me ha arrojado
para ser castigo vuestro.

Sale LIBIO

LIBIO: Fiado el esquife a la arena,
a hallarme a tu lado vengo.

LIDORO: Entre tú e Irene, Libio,
mientras yo el paso defiendo
a Dante, llevad a Aminta
al esquife.

AMINTA: ¡Piedad, cielos!

IRENE: Ven, ingrata; que has de ser
mi prisionera otro tiempo.

AMINTA: ¡Flora, Nise, Clori, Laura!

IRENE: Pondréte en la boca el lienzo
que te pusiste en los ojos;
sirva de algo en mi provecho,
pues tanto sirvió en mi daño.

Llevan IRENE y LIBIO a AMINTA

DANTE: Hoy verás, Lidoro o Celio,

castigadas tus traiciones.

Riñen los dos. Dentro dicen

IRENE
y AMINTA: ¡Piedad, dioses!
LIDORO: ¿Qué es aquello?

Sale LIBIO

LIBIO: Que el esquife, desasido
del cabo que le di a tiento,
se ha alejado de la orilla,
e Irene y Aminta dentro
solas, corriendo fortuna,
fluctúan sin vela y remo.

Dentro

IRENE
y AMINTA: ¡Socorro, dioses!
UNOS: ¡Traición!
OTROS: ¡Acudid, acudid presto!
DANTE: ¿Cómo a socorrer sus vidas
yo no me arrojo, supuesto
que, donde ellas son lo más,
todo lo demás es menos?

A LIDORO

No huyo de tu riesgo, pues
voy a buscar mayor riesgo.

Vase. Salen el REY, AURELIO, CLORI, NISE, LAURA, FLORA y criados con hachas

LIBIO: Al mar se arroja.
LIDORO: Tras él
me echaré.
LIBIO: Tente.
REY: ¿Qué es esto?
LIDORO: No lo sé, señor; que yo,
al ruido también saliendo
a correr las centinelas
del balüarte del puerto,
hasta aquí llegué, y lo más
que haber terminado puedo
es que Aminta, Irene y Dante
en un esquife pequeño
se han echado al mar.
AURELIO: Yo de estas
embarcaciones me atrevo

a tomar una y seguirlos.

Vase

LIDORO: Yo también haré lo mesmo.
Ven, Libio; que si una vez
el bajel cobro, y del puerto
salgo, cobraré el esquife.

Vanse LIDORO y LIBIO

REY: No en vano, no en vano, cielos,
en sus estatuas me dijo
el oráculo de Venus
que vendría a ser Irene
escándalo de mis reinos.
Ya lo vi, pues que ya vi
fieras, diluvios e incendios
contra Aminta conjurados,
y ahora los elementos;

Ruido de tempestad

pues, embravecido el mar,
reconociéndola dentro,
el cielo a escalar se atreve,
montes sobre montes puestos.
¿Qué es esto, hermosas deidades?
¿Hermosas luces, qué es esto?

Hablan en lo alto DIANA y VENUS

DIANA y VENUS: Nada las dos experiencias
dijeron de tierra y fuego,
y queremos ver si dicen
más las del agua y del viento.
REY: Ecos --¡ay cielo!-- en el aire
oigo; y pues no los entiendo,
los sacrificios alcancen
qué quiere decirme el cielo;
que pues nada la experiencia
ha dicho de tierra y fuego,
solicito que me diga
más la del agua y del viento.

Vanse. Descúbrese un bajel, y en él IRENE, AMINTA y DANTE

IRENE: ¡Piedad, dioses soberanos!
AMINTA: ¡Socorro, dioses inmensos!
IRENE: ¡Que, embravecidos los aires...
AMINTA: ¡Que, sañudo el mar soberbio...

IRENE: ...de este mísero bajel...
AMINTA: ...de este errado frágil leño...
IRENE: ...la quilla toca a la arena!
AMINTA: ...y la gavia al firmamento!
DANTE: Sola esta vez vino bien
encarecido el proverbio,
puesto que por las dos anda
el que anda el mar por los cielos.
Ni por ti pude hacer más,
Irene, ni por ti menos,
Aminta, que despechado
arrojarme a socorreros.
Y pues al borde del barco
llegué --¡ay infelice!-- a tiempo
que, amotinadas las ondas,
una es nube y otra es centro,
ya que no puedo vencer,
ya que contrastar no puedo
ni los embates del mar
ni las ráfagas del viento,
con morir entre las dos
habrá cumplido mi afecto.
IRENE: Por más, Dante, que te mueva
en mi favor ese aliento,
y, a pesar de mis traiciones,
tu fineza haga ese esfuerzo,
no has de obligarme; y no tanto
de esta tormenta me alegro
porque amenaza mi vida,
que más que a ti la aborrezco,
cuanto porque sé que, ya
que muero a su desdén, muero
no dejándote a ti vivo.
AMINTA: Yo, Dante, al contrario siento,
pues el riesgo de mi vida
ni le estimo ni le temo.
¡Pluguiera al cielo que en mí
quebrara la suerte el ceño
y vivieras tú, por quien
gustosa mi vida ofrezco
en humano sacrificio
a la gran deidad de Venus.
IRENE: Yo a la deidad de Diana,
porque muramos a un tiempo,
y sea el mar de mí y de Dante
sacrílego monumento.
AMINTA: ¡Piedad, dioses!
IRENE: ¡Iras, dioses!
AMINTA: ¡Piedad, cielos!
IRENE: ¡Iras, cielos!

Suenan instrumentos y terremoto

DANTE: Iras pedís y piedades,
y a ambas parece que oyeron
dioses y cielos, pues, cuando

brama el mar y gime el viento,
dulces instrumentos suenan.
¿Quién vio en un instante mesmo
cláusulas tan desiguales
como dulzura y lamento?

MÚSICA: *"Dante, si quieres que el mar*
mitigue el furor soberbio,
una de aquesas dos vidas
has de arrojar a su centro.
Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."

DANTE: Voz que, entre tormenta y calma,
oráculo eres tan nuevo
que nunca se vio de dos
contrariedades compuesto,
si de humano sacrificio
está Neptuno sediento,
y ha de ser víctima humana
su culto, la mía te ofrezco.
Viva Irene y viva Aminta;
muera yo, que librar pienso
a la una porque me quiere,
a la otra porque la quiero.

MÚSICA: *"Una ha de ser de las dos*
la que elijas, por decreto
de los hados destinada."

DANTE: ¿No hay remedio?

MÚSICA: *"No hay remedio.*
Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."

DANTE: ¡Ay infelice de mí!
¡En qué confusión me veo,
entre aquel desdén que adoro
y aquel amor que aborrezco!

IRENE: ¿En qué confusión te ves,
si es tan fácil la elección,
cuando de mi inclinación
sabes el afecto? Y, pues
tanto te aborrezco que es
quererte dolor más fuerte
que la muerte, dame muerte
y cúmplase en mí el destino,
porque no te quiero fino
a trueco de no quererte.

AMINTA: ¿En qué confusión estás,
si la elección facilitas
cuando ves que en mí te quitas
lo que tú aborreces más?
Dame a mí muerte y verás
que, cuando me mates, trato
quererte, sin que el contrato
altere mi amor; pues fiel
¿qué hará en querete cruel
la que te ha querido ingrato?

DANTE: De dos afectos [no] infiero,

cielo, cuál a cuál prefiere.
Dar muerte a la que me quiere
es un desaire grosero;
pues dar muerte a la que quiero
es un tirano rigor.
¿Qué harán mi amor y mi honor
cuando en tal duda se ven?
Dilo, amor.

MÚSICA: Viva el desdén.

DANTE: Dilo, honor.

MÚSICA: Viva el amor.

IRENE: Darme a mí la vida es
tan baja y tan vil acción
como ver la obligación
al lado del interés.
El tuyo es mi vida, pues
la quieres y, siendo así,
nada recibo de ti,
aunque la vida reciba,
pues el querer que yo viva
no es hacer nada por mí.

AMINTA: ¿Quién, cuando pudo obligar
de lo que quiso el rigor,
tuvo en su mano el amor
y echó su amor en el mar?
Decir que te pude dar
nota de infamia en tu fama
es error; porque a quien ama
todos airoso le ven,
pues sólo está airoso quien
está airoso con su dama.

DANTE: En dos mitades partido
siempre el corazón ha estado,
de un desdén enamorado,
de un amor agradecido;
mas nunca --¡ay de mí!-- ha tenido
las dudas en que hoy le ven
los hados. ¿Quién, cielos, quién
me dirá, en tanto rigor,
qué elija...?

MÚSICA: *"Viva el amor."*

DANTE: ¿...qué escoja?

MÚSICA: *"Viva el desdén."*

IRENE: Si es que a obligarme te mueves,
¿quieres templar mi fineza?

AMINTA: ¿Quieres con una fineza
pagarme lo que me debes?

DANTE: Sí.

IRENE: Pues, en discursos breves,
dame la muerte.

DANTE: Eso no;
que amor tu ira me debió.

AMINTA: Dámela a mí, si a ella quieres.

DANTE: Eso no; porque tú eres
a quien se le debo yo.

IRENE: Poco en mí vas a lograr.

AMINTA: Nada en mí vas a perder.

IRENE: Siempre te he de aborrecer.
AMINTA: Nunca yo te he de olvidar.
IRENE: Tu honor se ofende en dudar.
AMINTA: En dudar tu amor también.
IRENE: Muerte tus ansias me den.
AMINTA: Muerte me dé tu rigor.
Muera yo, y viva el amor.
IRENE: Muera yo, y viva el desdén.
AMINTA e
IRENE: *"Y para que estén*
cielo y tierra suspensos..."
AMINTA, IRENE y
MÚSICA: *"Resuélvete, y sea presto,*
para que el mar serene y calme el viento."

DANTE: ¿A qué me he de resolver,
partido entre dos extremos,
si la que más razón tiene,
la que tiene más derecho,
es la postrera que escucho
y la primera que veo?
¿Puedo yo arrojar a Irene,
que es la vida en quien aliento?
No. Perdona, Aminta hermosa.
Mas no perdones tan presto;
que, aunque resuelvo ser fino,
ser ingrato no resuelvo.
¿Puedo yo arrojar a Aminta,
a quien tantas ansias cuesto?
No. Perdona, Irene bella.
Pero tú tampoco --¡ay cielos!--
me perdones; que, por ser
cortés, no he de ser sangriento.
Perder a Irene es venganza;
perder a Aminta es desprecio.
Amor, desdén, de una vida
os doled, dadme consejo.
MÚSICA: "*Resuélvete, y sea presto,*
para que el mar serene y calme el viento."
IRENE: ¿Qué esperas, Dante?
AMINTA: ¿Qué aguardas?
IRENE: Si estás notando...
AMINTA: ....estás viendo...
AMINTA e
IRENE: ...que, porque una no se pierda,
pierdes a las dos a un tiempo.
DANTE: Pues, ya que he de resolverme,
aquí piadoso, allí fiero,
muera yo de enamorado
y no viva de grosero.
Perdóname, Irene; que antes
es mi honor que mi tormento.
IRENE: ¿Esto es lo que me has querido?

Llora

DANTE: ¿Tú no me aconsejas esto?
IRENE: Sí; pero hay consejos que
no los dan los sentimientos
para que se tomen; y una
cosa es, contingente el riesgo,
aconsejar yo, y es otra
que tú tomes el consejo.
DANTE: Ésta es la primera vez
que vi terneza en tu pecho.
¿Llorar sabes? Mucho sabes,
pues lo guardaste a este tiempo.
Perdona, Aminta, que llora
Irene.
AMINTA: Yo te agradezco
que, aun para matarme, vuelvas
a mí. Y pues no me arrepiento
del consejo que te he dado,
échame al mar; que más quiero
morir alegre que ver
a Irene triste, supuesto
que tú has de sentir su llanto.
DANTE: ¿Quién vio tan trocado afecto
como ver, en un instante
pasando de extremo a extremo,
quien por mí riyó llorando,
quien por mí lloró riyendo?
Mucho supo la hermosura
que supo llorar a tiempo,
y aun la que supo reír,
a fe que no supo menos.
De amado y aborrecido
las dos pasiones padezco.
Aborrecido de muchas
puedo ser, ¿quién duda? Pero
pocas hallaré que me amen.
Y así al amor me resuelvo
a coronar, no al desdén;
y digan de mí los tiempos
que falté a mi conveniencia,
mas no a mi agradecimiento.
Admite, pues, en tu espuma,
o sacra deidad de Venus,
la ingrata víctima humana
de Irene; sepulte el centro
en ella la ingratitud,
porque no haya humano pecho
que juzque a mejor vivir
amando que aborreciendo.

Al ir a arrojarla, salen VENUS y DIANA en lo alto

VENUS: ¡Oye!
DIANA: ¡Aguarda!
VENUS: ¡Escucha!
DIANA: ¡Espera!

DANTE: ¿Qué quiere decirme el viento?
MÚSICA: *"¡Victoria por el amor!*
¡Viva la deidad de Venus!"
VENUS: Como no ha querido más
de nuestra cuestión el duelo
que llegar a la experiencia
de si es el más noble afecto
de una hermosura el amor,
pues que es suyo el vencimiento.
Y así, serenado el mar,
vuelve al abrigo del puerto,
donde mi oráculo ya
ha prevenido el suceso,
para que, en vez de castigo,
el rey, al perdón atento,
de Aminta esposo te haga
festivos recibimientos,
que ya desde aquí se escuchan,
diciendo a voces el eco:
MÚSICA: *"¡Victoria por el amor!*
¡Viva la deidad de Venus!"
DANTE: Felice mil veces yo,
que no solamente veo
tranquilo el mar, de su espuma
bellísima deidad, pero
el mar de mis confusiones
también tranquilo y sereno.
AMINTA: La felicidad es mía.
IRENE: Y mío sólo el tormento.
DANTE: ¡A tierra, a tierra! Y digamos
todos con la voz a un tiempo:
MÚSICA: *"¡Victoria por el amor!*
¡Viva la deidad de Venus!"

Ocúltase el bajel con los tres y descienden de lo alto VENUS y DIANA

DIANA: Confieso que me has vencido;
pero no, Venus, confieso
de una errada elección
la razón del vencimiento.
Y para que no imagines
que por desaire lo tengo,
yo la primera he de ser
que guíe de estos festejos,
con que el rey recibe a Dante,
la máscara que han dispuesto
para las bodas de Aminta
las damas, mientras prevengo
otra experiencia, en que quede
victoriosa.
VENUS: Yo te acepto
la lisonja ahora, y después
la competencia; y, supuesto
que ayudar quieres, empieza
con la música diciendo:

Salen dos damas con máscara y hachas, tómanlas también VENUS y DIANA, y mientras danzan y cantan la copla que se sigue, salen por una parte el REY, AURELIO, MALANDRÍN, LIDORO y LIBIO, y por otra IRENE, AMINTA Y DANTE

MÚSICA: *"¡Victoria por el amor!*
¡Viva la deidad de Venus!
Aves, fuentes, plantas, flores,
decidme en los ecos de vuestros amores,
para triunfar más segura
una divina hermosura
¿qué afecto será mejor?
Amor;
pues él es el superior
y el que al fin le está más bien.
¡Viva el amor y muera el desdén;
muera el desdén y viva el amor!"

DANTE: A tus plantas...
REY: No me digas
nada; ya de todo tengo
noticia, favorecido
del oráculo de Venus;
y pues ella favorable
te es, ya en mí es fuerza el serlo.
A Aminta le da la mano.
AMINTA: Logró mi fineza el cielo.
DANTE: Dichoso yo.
MALANDRÍN: ¿Que ésa es dicha?
¿Casar con quien quieres menos?
DANTE: Sí; que para dama es buena,
Malandrín, la que yo quiero;
para esposa, la que a mí
me quiere.

A IRENE

REY: Y tú, hermoso bello
prodigio de ingratitud,
con quien, prisionera, tengo
la paz de Egnido segura,
pues ves que de tus intentos
las traiciones no consigues,
y Lidoro, a mis pies puesto,
impedido de la diosa,
no pudo salir del puerto,
A Aurelio le da la mano;
que has de vivir en mi reino
siempre prisionera.
IRENE: ¿A quien
tuvo mi favor en menos
que su fortuna he de dar
la mano? Pero ¿qué temo,
si quien a desprecios mata,

es bien que muera a desprecios?

LIDORO: Malogré de mi intención
y de mi amor el efecto.

DIANA: Pues para que se prosigan
las músicas y los versos,
a que de embozo asistimos,
a aplazarte otra lid vuelvo
de ingratitud y de amor.

VENUS: Venceréte también. Pero
¿dónde ha de ser?

DIANA: En la Arcadia.

VENUS: ¿Quién ha de ser el sujeto?

DIANA: Amarilis, ninfa mía.

VENUS: ¿Adónde?

DIANA: A este sitio mesmo.

VENUS: ¿Juez?

DIANA: Este mismo auditorio.

VENUS: ¿Pluma?

DIANA: La de tres ingenios.

VENUS: Pues yo acepto el desafío,
fïada en que también tengo
en Arcadia un Pastor Fido
que ha de dar nombre a ese ejemplo.

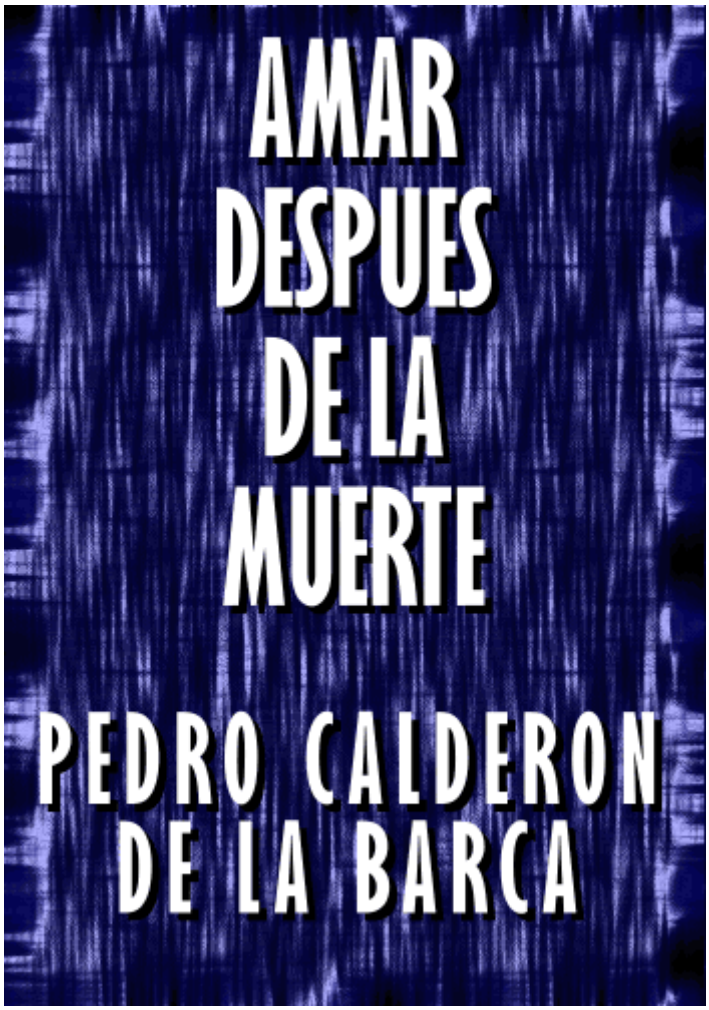
DIANA: Pues en tanto que se llega
de aquella experiencia el tiempo,
pidamos perdón ahora,
con la música diciendo:

MÚSICA: *"¡Victoria por el amor!*
¡Viva la deidad de Venus!"

FIN DE LA COMEDIA

Amar después de la muerte

Pedro Calderón De la Barca



PERSONAJES

DON ÁLVARO TUZANÍ.

DON JUAN MALEC, *viejo*.

DON FERNANDO DE VÁLOR.

ALCUZCUZ, *morisco*.

CADÍ, *morisco viejo*.

DON JUAN DE MENDOZA.

EL SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA.

DON LOPE DE FIGUEROA.

DON ALONSO DE ZÚÑIGA, *corregidor*.

GARCÉS, *soldado*.

DOÑA ISABEL TUZANÍ.

DOÑA CLARA MALEC.

BEATRIZ, *criada*.

INÉS, *criada*.

UN CRIADO.

MORISCOS Y MORISCAS.

SOLDADOS CRISTIANOS.

SOLDADOS MORISCOS.

La escena es en Granada y en varios puntos de la Alpujarra.

Jornada primera

Sala en casa de Cadí, en Granada.

Escena I

MORISCOS, **con casaquillas y calzoncillos, y** MORISCAS **con jubones blancos e instrumentos**; CADÍ **y** ALCUZCUZ.

CADÍ ¿Están cerradas las puertas?
ALCUZCUZ Ya el portas estar cerradas.
CADÍ No entre nadie sin la seña
y prosígase la zambra.
Celebremos nuestro día,
que es el viernes, a la usanza
de nuestra nación, sin que
pueda esta gente cristiana,
entre quien vivimos hoy
presos en miseria tanta,
calumniar ni reprender
nuestras ceremonias.
TODOS Vaya.
ALCUZCUZ Me pensar hacer astilias,
sé también entrar en danza.
UNO **(Canta.)** *Aunque en triste cautiverio,*
de Alá por justo misterio,
llore el africano imperio
su mísera ley esquiva...
TODOS **(Cantando.)** *¡Su ley viva!*
UNO *Viva la memoria extraña*
de aquella gloriosa hazaña
que en la libertad de España
a España tuvo cautiva.
TODOS *Su ley viva.*
ALCUZCUZ **(Cantando.)** *Viva aquel escaramuza*
que hacer el jarife Muza,
cuando darle en caperuza
al españolilio antigua.
TODOS *¡Su ley viva!*

(Llaman dentro muy recio.)

CADÍ ¿Qué es esto?
UNO Las puertas rompen.

CADÍ Sin duda cogernos tratan
en nuestras juntas; que como
el rey por edictos manda
que se veden, la justicia,
viendo entrar en esta casa 35
a tantos moriscos, viene
siguiéndonos.

(Llaman.)

ALCUZCUZ Pues ya escampa.

Escena II

DON JUAN MALEC.-**Dichos**.

MALEC **(Dentro.)** ¿Cómo os tardáis en abrir
a quien desta suerte llama?
ALCUZCUZ En vano llama a la puerta 40
quien no ha llamado en el alma.
UNO ¿Qué haremos?
CADÍ Esconder todos
los instrumentos, y abran
diciendo que sólo a verme
vinisteis.
OTRO Muy bien lo trazas. 45
CADÍ Pues todos disimulemos.
Alcuzcuz, corre: ¿qué aguardas?
ALCUZCUZ Al abrir del porta, temo
que ha de darme con la estaca
cien palos el alguacil 50
en barriga, e ser desgracia
que en barriga de Alcuzcuz
el leña, y no alcuzcuz haya.

(**Abre** ALCUZCUZ, **y sale** DON JUAN MALEC.)

MALEC No os receléis.
CADÍ Pues, señor
don Juan, cuya sangre clara 55
de Malec os pudo hacer
veinticuatro de Granada,
aunque de africano origen,
¡vos desta suerte en mi casa!
MALEC Y no con poca ocasión 60
hoy vengo buscándôs: basta
deciros que a ella me traen
arrastrando mis desgracias.

CADÍ **(Aparte a los moriscos.)**
Él sin duda a reprendernos
viene.
ALCUZCUZ Eso no perder nada. 65
¿Prender no fuera peor
que reprender?
CADÍ ¿Qué nos mandas?
MALEC Reportaos todos, amigos,
del susto que el verme os causa.
Hoy entrando en el cabildo, 70
envió desde la sala
del rey Felipe segundo
el presidente una carta,
para que la ejecución
de lo que por ella manda, 75
de la ciudad quede a cuenta.
Abrióse, empezó en voz alta
a leerla el secretario
del cabildo; y todas cuantas
instrucciones contenía, 80
todas eran ordenadas
en vuestro agravio. ¡Qué bien
pareja del tiempo llaman
a la fortuna, pues ambos
sobre una rueda y dos alas, 85
para el bien o para el mal
corren siempre y nunca paran!
Las condiciones, pues, eran
algunas de las pasadas
y otras nuevas que venían 90
escritas con más instancia,
en razón de que ninguno
de la nación africana,
que hoy es caduca ceniza
de aquella invencible llama 95
en que ardió España, pudiese
tener fiestas, hacer zambras,
vestir sedas, verse en baños,
ni oírse en alguna casa
hablar en su algarabía, 100
sino en lengua castellana.
Yo, que por el más antiguo,
el primero me tocaba
hablar, dije que aunque era
ley justa y prevención santa 105
ir haciendo poco a poco
de la costumbre africana
olvido, no era razón
que fuese con furia tanta;

y así, que se procediese 110
en el caso con templanza,
porque la violencia sobra
donde la costumbre falta.
Don Juan, don Juan de Mendoza,
deudo de la ilustre casa 115
del gran marqués de Mondéjar,
dijo entonces: «Don Juan habla
apasionado, porque
naturaleza le llama
a que mire por los suyos, 120
y así, remite y dilata
el castigo a los moriscos,
gente vil, humilde y baja.-
Señor don Juan de Mendoza
(dije) cuando estuvo España 125
en la opresión de los moros
cautiva en su propia patria,
los cristianos, que mezclados
con los árabes estaban,
que hoy mozárabes se dicen, 130
no se ofenden, ni se infaman
de haberlo estado, porque
más engrandece y ensalza
la fortuna al padecerla
a veces, que al dominarla. 135
Y en cuanto a que son humildes,
gente abatida y esclava,
los que fueron caballeros
moros no debieron nada
a caballeros cristianos 140
el día que con el agua
del bautismo recibieron
su fe católica y santa;
mayormente los que tienen,
como yo, de reyes tanta.- 145
Sí; pero de reyes moros,
dijo.- Como si dejara
de ser real, le respondí,
por mora, siendo cristiana
la de Valores, Cegríes, 150
de Venegas y Granadas.»
De una palabra a otra, en fin,
como entramos sin espadas,
unos y otros se empeñaron...
¡Mal haya ocasión, mal haya, 155
sin espadas y con lenguas,
que son las peores armas,
pues una herida mejor

se cura que una palabra!
Alguna acaso le dije 160
que obligase a su arrogancia
a que (aquí tiemblo al decirlo)
tomándome (¡pena extraña!)
el báculo de las manos,
con él... pero hasta esto basta; 165
que hay cosas que cuesta más
el decirlas que el pasarlas.
Este agravio que en defensa,
esta ofensa que en demanda
vuestra a mí me ha sucedido, 170
a todos juntos alcanza,
pues no tengo un hijo yo
que desagravie mis canas,
sino una hija, consuelo
que aflige más que descansa. 175
Ea, valientes moriscos,
noble reliquia africana,
los cristianos solamente
haceros esclavos tratan;
la Alpujarra (aquesa sierra 180
que al sol la cerviz levanta,
y que poblada de villas,
es mar de peñas y plantas,
adonde sus poblaciones
ondas navegan de plata, 185
por quien nombres las pusieron
de Galera, Berja y Gavia)
toda es nuestra: retiremos
a ella bastimentos y armas.
Elegid una cabeza 190
de la antigua estirpe clara
de vuestros Abenhumeyas,
pues hay en Castilla tantas,
y haceos señores, de esclavos;
que yo, a costa de mis ansias, 195
iré persuadiendo a todos
que es bajeza, que es infamia
que a todos toque mi agravio,
y no a todos mi venganza.

CADÍ Yo para el hecho que intentas... 200
OTRO Yo para la acción que trazas...
CADÍ Mi vida y mi hacienda ofrezco.
OTRO Ofrezco mi vida y alma.
UNO Todos decimos lo mismo.
UNA MORISCA Y yo en el nombre de cuantas 205
moriscas Granada tiene,
ofrezco joyas y galas.

(**Vanse** MALEC **y varios** MORISCOS.)

ALCUZCUZ Me, que sólo tener una
tendecilia en Vevarambla
de aceite, vinagre e higos, 210
nueces, almendras e pasas,
cebolias, ajos, pimentos,
cintas, escobas de palma,
hilo, agujas, faldriqueras
con papel blanco e de estraza, 215
alcamonios, agujetas
de perro, tabaco, varas,
caniones para hacer plumas,
hostios para cerrar cartas,
ofrecer lievarla a cuestas 220
con todas sus zarandajas,
porque me he de ver, si llegan
a colmo mis esperanzas,
de todos los Alcuzcuzes
marqués, conde o duque.
UNO Calla, 225
que estás loco.
ALCUZCUZ No estar loco.
OTRO Si no loco, es cosa clara
que estás borracho.
ALCUZCUZ No estar,
que jonior Mahoma manda
en su alacran no beber 230
vino, y en mi vida nada
lo he bebido... por los ojos;
que si alguna vez me agrada,
por no quebrar el costumbre,
me lo bebo por la barba. 235

(Vanse.)

Sala en casa de MALEC.

Escena III

DOÑA CLARA, BEATRIZ.

DOÑA CLARA Déjame, Beatriz, llorar
en tantas penas y enojos;
débanles algo a mis ojos
mi desdicha y mi pesar.

Ya que no puedo matar 240
a quien llegó a deslucir
mi honor, déjame sentir
las afrentas que le heredo,
pues ya que matar no puedo,
pueda a lo menos morir. 245
¡Qué baja naturaleza
con nosotras se mostró,
pues cuando mucho, nos dio
un ingenio, una belleza
adonde el honor tropieza, 250
más no donde pueda estar
seguro! ¿Qué más pesar,
si a padre y marido vemos
que quitar su honor podemos,
y no le podemos dar? 255
Si hubiera varón nacido,
Granada y el mundo viera
hoy, si con un joven era
tan soberbio y atrevido
el Mendoza, como ha sido 260
con un viejo... Y por hacer
estoy que llegue a entender
que no por mujer le dejo;
pues quien riñó con un viejo,
podrá con una mujer. 265
Pero es loca mi esperanza.
Esto es solamente hablar.
¡OH si pudiera llegar
a mis manos mi venganza!
Y mayor pena me alcanza 270
verme ¡ay infelice! así,
porque en un día perdí
padre y esposo, pues ya
por mujer no me querrá
don Álvaro Tuzaní. 275

Escena IV

DON ÁLVARO.-DOÑA CLARA, BEATRIZ.

DON ÁLVARO Por mal agüero he tenido,
cuando ya en nada repara
mi amor, haber, bella Clara,
mi nombre en tu boca oído;
porque si la voz ha sido 280
eco del pecho, sospecho
que él, que en lágrimas deshecho

está, sus penas dirá:
luego soy tu pena ya,
pues que me arrojas del pecho. 285

DOÑA CLARA

No puedo negar que llena
de penas el alma esté,
y andas tú en ellas, porque
no eres tú mi menor pena.
De ti el cielo me enajena: 290
¡Mira si eres la mayor!
Porque es tan grande mi amor,
que tu mujer no he de ser,
porque no tengas mujer
tú, de un padre sin honor. 295

DON ÁLVARO

Clara, no quiero acordarte
cuánto respeto he tenido
a tu amor, y cuánto ha sido
mi respeto en adorarte;
sólo quiero en esta parte 300
disculparme de que así
haya entrado hoy hasta aquí,
antes de haberte vengado;
porque haberlo dilatado
es lo más que hago por ti. 305
Que aunque en las leyes del duelo
con mujer no se ha de hablar,
y aunque puedo consolar
tu pena y tu desconsuelo
con decir a tu desvelo 310
que no llore y que no sienta;
porque la acción que se intenta
sin espada (mayormente
cuando hay justicia presente)
ni agravia, ofende ni afrenta; 315
de uno ni otro me aprovecho,
mas de otra disculpa sí,
y es decir que entrarme aquí
antes de haber satisfecho
(pasando al Mendoza el pecho) 320
a tu padre, acción ha sido
cuerda; porque recibido
está que no se vengó
bien del ofensor, si no
le dio muerte el ofendido, 325
si no es que su hijo sea
o sea su hermano menor:
y así, para que su honor
hoy imposible no vea
la venganza que desea, 330
una fineza he de hacer,

que es pedirte por mujer
a don Juan: y así, colijo
que en siendo una vez su hijo,
le podré satisfacer. 335
Sólo a esto, Clara, he venido;
y si me tuvo hasta aquí
cobarde en pedirte así,
haber tan pobre nacido;
hoy que esto le ha sucedido, 340
sólo le pida mi labio
su agravio en dote: y es sabio
acuerdo dármele, pues
ya sabe el mundo que es
dote de un pobre un agravio. 345

DOÑA CLARA Ni yo, don Álvaro, espero
acordarte, cuando lloro,
la verdad con que te adoro
y la fe con que te quiero.
No intento decir que muero 350
hoy, dos veces ofendida,
no que a tu afición rendida,
no que en amorosa calma
eres vida de mi alma
y eres alma de mi vida; 355
que sólo dar a entender
quiero en confusión tan brava,
que quien fuera ayer tu esclava,
hoy no será tu mujer;
porque si cobarde ayer 360
no me pediste, y hoy sí,
no quiero yo que de ti,
murmurando el mundo, arguya
que para ser mujer tuya,
hubo que suplir en mí. 365
Rica y honrada pensé
yo que aún no te merecía;
mas como era dicha mía,
solamente lo dudé:
Mira cómo hoy te daré 370
en vez de favor castigo,
haciendo al mundo testigo
que fue menester, señor,
que me hallases sin honor
para casarte conmigo. 375

DON ÁLVARO Yo lo intento por vengarte.
DOÑA CLARA Yo lo excuso por temerte.
DON ÁLVARO Esto, Clara, ¿no es quererte?
DOÑA CLARA ¿No es esto, Álvaro, estimarte?
DON ÁLVARO No has de poder excusarte... 380

DOÑA CLARA Darme la muerte podré.
DON ÁLVARO Que yo a don Juan le diré
mi amor.
DOÑA CLARA Diré que es error.
DON ÁLVARO Y eso ¿es lealtad?
DOÑA CLARA Es honor.
DON ÁLVARO Y eso ¿es fineza?
DOÑA CLARA Esto es fe; 385
pues a los cielos les juro
de no ser de otro mujer,
como mi honor llegue a ver
de toda excepción seguro.
Sólo esto lograr procuro. 390
DON ÁLVARO ¿Qué importa si...?
BEATRIZ Mi señor
sube por el corredor
con mucho acompañamiento.
DOÑA CLARA Retírate a este aposento.
DON ÁLVARO ¡Qué desdicha!
DOÑA CLARA ¡Qué rigor! 395

(**Vanse** DON ÁLVARO **y** BEATRIZ.)

Escena V

DON ALONSO DE ZÚÑIGA, DON FERNANDO DE VÁLOR **y** DON JUAN MALEC.-DOÑA CLARA; DON ÁLVARO, **oculto**.

MALEC Clara...
DOÑA CLARA Señor...
MALEC (**Aparte**. ¡Ay de mí!
¡Con cuánta pena te encuentro!)
Éntrate, Clara, allá dentro.
DOÑA CLARA **(Aparte a su padre.)**
¿Qué es esto?
MALEC Oye desde ahí.

(Vase DOÑA CLARA **al cuarto donde está** DON ÁLVARO, **quedándose tras la puerta entreabierta**.**)**

DON ALONSO Don Juan de Mendoza preso 400
queda en el Alhambra ya;
y así preciso será,
en tanto que este suceso
se compone, que lo estéis
vos en vuestra casa.
MALEC Aceto 405
la carcelería, y prometo

guardarla.
VÁLOR No lo estaréis
mucho; que pues me ha dejado
el señor corregidor
(porque en el duelo de honor 410
nunca la justicia ha entrado)
a mí hacer las amistades,
yo las haré, procurando
el fin.
DON ALONSO Señor don Fernando
de Válor, con dos verdades 415
se sanea una malicia;
pues que no hay agravio, es ley,
ni en el palacio del rey
ni en tribunal de justicia.
Todos lo somos allí, 420
y allí no le puede haber.
VÁLOR El medio pues ha de ser
éste...
DON ÁLVARO **(Aparte a doña Clara.)**
¿Óyeslo todo?
DOÑA CLARA Sí.
VÁLOR Que en este caso no hay medio
que le sanee mejor. 425
Escuchadme.
MALEC ¡Ay del honor
que se cura con remedio!
VÁLOR Don Juan de Mendoza es
tan bizarro caballero
como ilustre, está soltero, 430
y don Juan de Malec, pues,
en quien sangre ilustre dura
de los reyes de Granada,
tiene una hija celebrada
por su ingenio y su hermosura. 435
A nadie toca tomar,
si satisfacción desea,
la causa, sino a quien sea
su yerno. Pues con casar
a don Juan con doña Clara, 440
estará cierto...
DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Ay de mí!
VÁLOR Que no pudiendo por sí
vengarse la ofensa rara,
pues habiendo a un tiempo sido
interesado en su honor, 445
como tercero ofensor,
y como su hijo ofendido;
en no teniendo de quien

estar ofendido pueda,
por la misma razón queda 450
seguro. Don Juan también,
no habiendo de darse muerte
a sí mismo en tanto abismo,
vendrá a tener en sí mismo
su mismo agravio: de suerte 455
que no pudiendo agraviarse
un hombre a sí, haciendo sabio
dueño a don Juan del agravio,
no tiene de quien vengarse,
y queda limpio el honor 460
de los dos, pues en efeto
no caben en un sujeto
ofendido y ofensor.

DON ÁLVARO **(Aparte a doña Clara.)**
Yo responderé.

DOÑA CLARA Detente,
no me destruyas, por Dios. 465

DON ALONSO Eso está bien a los dos.

MALEC Hay mayor inconveniente,
pues toda nuestra esperanza
que Clara deshaga entiendo...

DOÑA CLARA **(Aparte.)** El cielo me va trayendo 470
a las manos la venganza.

MALEC Que mi hija, no sabré
si hombre que aborreció ya
con tanta ocasión, querrá
por marido.

(**Sale** DOÑA CLARA.)

DOÑA CLARA Sí querré; 475
que importa menos, señor,
si aquí tu opinión estriba,
que yo sin contento viva,
que vivir tú sin honor.
Porque si fuera tu hijo, 480
la ira me estaba llamando,
bien muriendo o bien matando;
y siendo tu hija, colijo
que en el modo que pudiere
te debo satisfacer, 485
y así, seré su mujer:
de cuyo efecto se infiere
que estoy tu honor defendiendo,
que estoy tu fama buscando.
(**Aparte**. Y pues no puedo matando, 490
quiero vengarte muriendo.)

DON ALONSO Vuestro ingenio sólo pudo
en un concepto cifrar
conclusión tan singular.
VÁLOR Y ya el efecto no dudo. 495
Escríbase en un papel
esto que aquí se trató,
para que le lleve yo.
DON ALONSO Ambos iremos con él.
MALEC **(Aparte.)** Quiero usar de aqueste medio, 500
mientras empieza el motín.
VÁLOR Todo esto tendrá buen fin,
pues estoy yo de por medio.

(Vanse los tres.)

DOÑA CLARA Ahora que a un aposento
se han retirado a escribir, 505
podrás, Álvaro, salir.

Escena VI

DON ÁLVARO.-DOÑA CLARA.

DON ÁLVARO Sí haré, sí haré, y con intento
de no volver a ver más
alma tan mudable en pecho
tan noble; y el no haber hecho, 510
cuando la muerte me das,
un notable extremo aquí,
no fue respeto, no fue
temor, gusto sí, porque
mujer tan baja...
DOÑA CLARA ¡Ay de mí! 515
DON ÁLVARO Que a un tiempo, con vil intento,
fe injusta, estilo liviano,
ofrece a un hombre la mano
y a otro tiene en su aposento,
no me está bien que se diga 520
que nunca la quise bien.
DOÑA CLARA La voz, Álvaro, detén,
a que un engaño te obliga;
que yo te satisfaré
con el tiempo.
DON ÁLVARO Éstas no son 525
cosas de satisfacción.
DOÑA CLARA Podrán serlo.
DON ÁLVARO ¿No escuché
yo que la mano darías

hoy al de Mendoza?
DOÑA CLARA Sí;
pero no sabes de mí 530
el fin de las ansias mías.
DON ÁLVARO ¿Qué fin? Darme muerte. Advierte
si hay disculpa que te cuadre,
pues él agravió a tu padre
y a mí me ha dado la muerte. 535
DOÑA CLARA El tiempo, Álvaro, podrá
desengañarte algún día
que es constante la fe mía,
y que esta mudanza está
tan de tu parte...
DON ÁLVARO ¿Quién vio 540
tan sutil engaño? Dí,
¿no le das la mano?
DOÑA CLARA Sí.
DON ÁLVARO ¿No has de ser su mujer?
DOÑA CLARA No.
DON ÁLVARO Pues ¿qué medio puede haber...
DOÑA CLARA No me preguntes en vano. 545
DON ÁLVARO Clara, entre darle la mano
y entre no ser su mujer?
DOÑA CLARA Darle la mano, quizá
será traerle a mis brazos,
con que le he de hacer pedazos. 550
¿Estás satisfecho ya?
DON ÁLVARO No; que si él muere en tus lazos,
dejará ¡ay Dios! al morir
muy desvalido el vivir,
porque son, Clara, tus brazos 555
para verdugos muy bellos.
Pero antes que (ya que sea
ése tu intento) él se vea
ni aun para morir en ellos,
curaré de mis desvelos 560
yo con su muerte el rigor.
DOÑA CLARA Eso ¿es amor?
DON ÁLVARO Es honor.
DOÑA CLARA Esa ¿es fineza?
DON ÁLVARO Son celos.
DOÑA CLARA Mira, mi padre escribió.
¡Quién detenerte pudiera! 565
DON ÁLVARO ¡Qué poco menester fuera
para detenerme yo!

(Vanse.)

Sala en la Alhambra.

Escena VII

DON JUAN DE MENDOZA, GARCÉS.

MENDOZA Nunca en razón la cólera consiste.
GARCÉS No te disculpes. ¡Qué! Muy bien hiciste
en ponerle la mano; 570
que no por viejo el que es nuevo cristiano
piense que inmunidad el serlo goza
de atreverse a un González de Mendoza.
MENDOZA Hay mil hombres que en fe de sus estados
son soberbios, altivos y arrojados. 575
GARCÉS Para aquestos traía el condestable
don Íñigo (el acuerdo era admirable)
en la cinta una espada,
y otra que le servía de cayada.
Preguntándole un día, 580
que dos espadas a qué fin traía,
dijo: «La de la cinta se prefiere
para aquel que en la cinta la trajere;
estotra, que de palo me ha servido,
para quien no la trae y es atrevido.» 585
MENDOZA Muy bien mostró deber los caballeros
traer para dos acciones dos aceros.
Ya que el triunfo ha salido
de espadas, dame aquesa que has traído,
porque a cualquier suceso 590
no me halle sin espada, aunque esté preso.
GARCÉS Yo me agradezco haber la vuelta dado
hoy a tu casa en tiempo que a tu lado
puedo servirte, si enemigos tienes.
MENDOZA Y ¿cómo de Lepanto, Garcés, vienes? 595
GARCÉS Como quien ha tenido
fortuna de haber sido
en ocasión soldado,
que haya en facción tan grande militado
debajo de la mano y disciplina 600
del hijo de aquel águila divina,
que en vuelo infatigable y sin segundo
debajo de sus alas tuvo al mundo.
MENDOZA ¿Cómo el señor don Juan llegó?
GARCÉS Contento
de la empresa.
MENDOZA ¿Fue grande?
GARCÉS Escucha atento. 605
Con la liga...
MENDOZA Detente, porque ha entrado

tapada una mujer.
GARCÉS Soy desdichado,
pues a quínola puesto de romance,
me entra figura con que pierdo el lance.

Escena VIII

DOÑA ISABEL TUZANÍ, **tapada**.-**Dichos**.

DOÑA ISABEL Señor don Juan de Mendoza, 610
¿podrá una mujer que viene
a veros en la prisión,
saber de vos solamente
cómo en la prisión os va?
MENDOZA Pues ¿por qué no? -Garcés, vete. 615
GARCÉS Mira, señor, que no sea...
MENDOZA En vano dudas y temes;
que ya el habla he conocido.
GARCÉS Por eso me voy.
MENDOZA Bien puedes.

(**Vase** GARCÉS.)

Escena IX

DOÑA ISABEL, DON JUAN DE MENDOZA.

MENDOZA En igual duda los ojos 620
y los oídos me tienen,
porque de los dos no sé
cuál dijo verdad o miente:
porque si a los ojos creo,
no pareces tú lo que eres; 625
y si creo a los oídos,
no eres tú lo que pareces.
Merezca pues ver corrida
la sutil nube aparente
del negro cendal, porque 630
si una vez la luz la vence,
digan mis ojos y oídos
que hoy amaneció dos veces.
DOÑA ISABEL Por no obligaros, don Juan,
a que dudéis más quién puede 635
ser quien os busca, es razón
descubrirme; que no quieren
mis celos que adivinéis
a quién la fineza deben.

Yo soy...
MENDOZA ¡Isabel, señora! 640
Pues ¡tú en mi casa, y tú en este
traje, fuera de la tuya!
¡Tú a buscarme desta suerte!
¿Cómo era posible, cómo
que vanas dichas creyese? 645
Luego fue fuerza dudarlas.
DOÑA ISABEL Apenas cuanto sucede
supe, y que aquí estabas preso,
cuando mi amor no consiente
más dilación en buscarte; 650
y antes que a casa volviese
don Álvaro Tuzaní
mi hermano, he venido a verte
con una criada sola
(mira ya lo que me debes) 655
que a la puerta dejo.
MENDOZA Pueden
hoy con aquesta fineza,
Isabel, desvanecerse
las desdichas, pues por ellas...

Escena X

INÉS, con manto, asustada-DICHOS

INÉS ¡Ay, señora!
DOÑA ISABEL Inés, ¿qué tienes? 660
INÉS Don Álvaro mi señor
viene aquí.
DOÑA ISABEL ¿Si conocerme
pudo, aunque tan disfrazada
vine?
MENDOZA ¡Qué lance tan fuerte!
DOÑA ISABEL Si me siguió, yo soy muerta. 665
MENDOZA Si estás conmigo, ¿qué temes?
Éntrate en aquesa sala
y cierra; que aunque él intente
hallarte, no te hallará,
si antes no me da la muerte. 670
DOÑA ISABEL En grande peligro estoy.
¡Valedme, cielos, valedme!

(Escóndense las dos.)

Escena XI

DON ÁLVARO.-DON JUAN DE MENDOZA; DOÑA ISABEL, **escondida**.

DON ÁLVARO Señor don Juan de Mendoza,
hablar con vos me conviene
a solas.
MENDOZA Pues solo estoy. 675
DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
¡Qué descolorido viene!
DON ÁLVARO **(Aparte.)** Pues cerraré aquesa puerta.
MENDOZA Cerradla. (**Aparte** ¡Buen lance es éste!)
DON ÁLVARO Ya pues que cerrada está,
escuchadme atentamente. 680
En una conversación
supe ahora cómo vienen
a buscaros...
MENDOZA Es verdad.
DON ÁLVARO A esta prisión...
MENDOZA Y no os mienten.
DON ÁLVARO Quien con el alma y la vida 685
en aquesta acción me ofende.
DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
¿Qué más se ha de declarar?
MENDOZA **(Aparte.)** ¡Cielos!, ya no hay quien espere.
DON ÁLVARO Y así, he querido llegar
(antes que los otros lleguen, 690
queriendo efectuar con esto
amistades indecentes)
en defensa de mi honor.
MENDOZA Eso mi ingenio no entiende.
DON ÁLVARO Pues yo me declararé. 695
DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
Otra vez mi pecho aliente;
que no soy yo la que busca.
DON ÁLVARO El corregidor pretende,
con don Fernando de Válor,
de don Juan Malec pariente, 700
hacer estas amistades,
y a mí sólo me compete
estorbarlas. La razón,
aunque muchas darse pueden,
yo dárosla a vos no quiero; 705
y en fin, sea lo que fuere,
yo vengo a saber de vos,
por capricho solamente,
si es valiente con un joven
quien con un viejo es valiente. 710
Y en efecto, vengo sólo
a darme con vos la muerte.

MENDOZA Merced me hubiérades hecho
en decirme brevemente
lo que pretendéis, porque 715
juzgué, confuso mil veces,
que era otra la ocasión
de más cuidado, porque ese
no es cuidado para mí.
Y puesto que no se debe 720
rehusar reñir con cualquiera
que reñir conmigo quiere;
antes que esas amistades
que decís que tratan, lleguen,
y que os importa estorbarlas 725
por la ocasión que quisiereis,
sacad la espada.
DON ÁLVARO A eso vengo;
que me importa daros muerte
más presto que vos pensáis.
MENDOZA Pues campo bien solo es éste. 730

(Riñen.)

DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
De una confusión en otra,
más desdichas me suceden.
¿Quién a su amante y su hermano
vio reñir, sin que pudiese
estorbarlo?
MENDOZA **(Aparte.)** ¡Qué valor 735
DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Qué destreza!
DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
¿Qué he de hacerme?
Que veo jugar a dos,
Y deseo entrambas suertes,
porque van ambos por mí,
si me ganan o me pierden... 740

(**Tropezando en una silla, cae** DON ÁLVARO; **sale** DOÑA ISABEL **tapada y detiene a** DON JUAN.)

DON ÁLVARO Tropezando en esta silla,
he caído.
DOÑA ISABEL ¡Don Juan, tente!
(**Aparte**. Pero ¿qué hago? El afecto
me arrebató desta suerte.) (**Retírase**.)
DON ÁLVARO Mal hicisteis en callarme 745
que estaba aquí dentro gente.
MENDOZA Si a daros la vida estaba,
no os quejéis; que más parece

que estar conmigo, reñir
con dos, si a ampararos viene. 750
Aunque hizo mal, porque yo
de caballero las leyes
sé también; que habiendo visto
que el caer es accidente,
os dejara levantar. 755

DON ÁLVARO Ya tengo que agradecerle
dos cosas a aquesa dama:
que a darme la vida llegue,
y llegue antes que de vos
la reciba, porque quede, 760
sin aquesta obligación,
capaz mi enojo valiente
para volver a reñir.

MENDOZA ¿Quién, don Álvaro, os detiene?

(Riñen.)

DOÑA ISABEL **(Aparte al paño.)**
¡OH, quién pudiera dar voces! 765

(Llaman dentro a la puerta.)

DON ÁLVARO A la puerta llama gente.

MENDOZA ¿Qué haremos?

DON ÁLVARO Que muera el uno
y abra luego el que viviere.

MENDOZA Decís bien.

DOÑA ISABEL **(Saliendo.)**
Primero yo
abriré, porque ellos entren. 770

DON ÁLVARO No abráis.

MENDOZA No abráis.

(**Abre** DOÑA ISABEL)

Escena XII

DON FERNANDO DE VÁLOR, DON ALONSO; **después**, INÉS.-DOÑA ISABEL, **tapada**; DON ÁLVARO, DON JUAN DE MENDOZA.

DOÑA ISABEL Caballeros,
los dos que miráis presentes
se quieren matar.

DON ALONSO Teneos,
porque hallándôs desta suerte
riñendo a ellos y aquí a vos, 775

se dice bien claramente
que sois la causa.

DOÑA ISABEL **(Aparte.)** ¡Ay de mí!,
que me he entregado a perderme,
por donde entendí librarme.

DON ÁLVARO Porque en ningún tiempo llegue 780
a peligrar una dama
a quien mi vida le debe
el ser, diré la verdad
y la causa que me mueve
a este duelo. No es de amor, 785
sino que como pariente
de don Juan Malec, así
pretendí satisfacerle.

MENDOZA Y es verdad, porque esa dama
acaso ha venido a verme. 790

DON ALONSO Pues que con las amistades
que ya concertadas tienen,
todo cesa, mejor es
que todo acabado quede
sin sangre, pues vence más 795
aquel que sin sangre vence.

(Sale Inés.)

Idos, señoras, con Dios.

DOÑA ISABEL **(Aparte.)** Sólo esto bien me sucede.

(Vanse las dos.)

Escena XIII

DON ALONSO, DON ÁLVARO, DON JUAN DE MENDOZA, DON FERNANDO DE VÁLOR.

VÁLOR Señor don Juan de Mendoza,
a vuestros deudos parece 800
y a los nuestros, que este caso
dentro de puertas se quede
(como dicen en Castilla),
y que con deudo se suelde,
pues dando la mano vos 805
a doña Clara, la fénix
de Granada, como parte
entonces...

MENDOZA La lengua cese,
señor don Fernando Válor;
que hay muchos inconvenientes. 810

Si es el fénix doña Clara,
estarse en Arabia puede;
que en montañas de Castilla
no hemos menester al fénix,
y los hombres como yo 815
no es bien que deudos concierten
por soldar ajenas honras,
ni sé que fuera decente
mezclar Mendozas con sangre
de Malec, pues no convienen 820
ni hacen buena consonancia
los Mendozas y Maleques.

VÁLOR Don Juan de Malec es hombre...

MENDOZA Como vos.

VÁLOR Sí, pues desciende
de los reyes de Granada; 825
que todos sus ascendientes
y los míos reyes fueron.

MENDOZA Pues los míos, sin ser reyes,
fueron más que reyes moros,
porque fueron montañeses. 830

DON ÁLVARO Cuanto el señor don Fernando
en esta parte dijere,
defenderé yo en campaña.

DON ALONSO Aquí de ministro cese
el cargo; que caballero 835
sabré ser cuando conviene;
que soy Zúñiga en Castilla
antes que justicia fuese.
Y así, arrimando esta vara,
adónde y cómo quisiereis, 840
al lado de don Juan, yo
haré...

Escena XIV

UN CRIADO.-Dichos.

CRIADO En casa se entra gente.

DON ALONSO Pues todos disimulad;
que al cargo mi valor vuelve.
Vos, don Juan, aquí os quedad 845
preso.

MENDOZA A todo os obedece
mi valor.

DON ALONSO Los dos os id.

MENDOZA Y si desto os pareciere
satisfaceros...

DON ALONSO A mí
y a don Juan, donde eligiereis... 850
MENDOZA Nos hallaréis con la espada...
DON ALONSO Y la capa solamente.

(Vase DON ALONSO, **y** DON JUAN DE MENDOZA **va acompañándole**.**)**

VÁLOR ¡Esto consiente mi honor!
DON ÁLVARO ¡Esto mi valor consiente!
VÁLOR Porque me volví cristiano, 855
¿este baldón me sucede?
DON ÁLVARO Porque su ley recibí,
¿ya no hay quien de mí se acuerde?
VÁLOR ¡Vive Dios, que es cobardía
que mi venganza no intente! 860
DON ÁLVARO ¡Vive el cielo, que es infamia
que yo de vengarme deje!
VÁLOR ¡El cielo me dé ocasión...
DON ÁLVARO ¡Ocasión me dé la suerte...
VÁLOR Que si me la dan los cielos... 865
DON ÁLVARO Si el hado me la concede...
VÁLOR Yo haré que veáis muy presto...
DON ÁLVARO Llorar a España mil veces...
VÁLOR El valor...
DON ÁLVARO El ardimiento
deste brazo altivo y fuerte... 870
VÁLOR ¡De los Válores altivos!
DON ÁLVARO ¡De los Tuzanís valientes!
VÁLOR ¿Habéisme escuchado?
DON ÁLVARO Sí.
VÁLOR Pues de hablar la lengua cese
y empiecen a hablar las manos. 875
DON ÁLVARO Pues ¿quién dice que no empiecen?

Jornada segunda

Sierra de la Alpujarra.-**Cercanías de Galera**.

Escena I

Tocan cajas y trompetas, y salen SOLDADOS, DON JUAN DE MENDOZA **y** EL SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA.

DON JUAN
Rebelada montaña,
cuya inculta aspereza, cuya extraña
altura, cuya fábrica eminente,
con el peso, la máquina y la frente
fatiga todo el suelo, 5
estrecha el aire y embaraza el cielo;
infame ladronera,
que de abortados rayos de tu esfera
das, preñados de escándalos tu senos,
aquí la voz y en África los truenos. 10
Hoy es, hoy es el día
fatal de tu pasada alevosía,
porque vienen conmigo
juntos hoy mi venganza y tu castigo;
si bien corridos vienen 15
de ver el poco aplauso que previenen
los cielos a mi fama;
que esto matar, y no vencer se llama,
porque no son blasones
a mi honor merecidos 20
postrar una canalla de ladrones
ni sujetar un bando de bandidos:
Y así, encargue a los tiempos mi memoria
que la llamo castigo, y no vitoria.
Saber deseo el origen deste ardiente 25
fiero motín.

MENDOZA
Pues oye atentamente.
Ésta, austral águila heroica,
es el Alpujarra, ésta
es la rústica muralla,
es la bárbara defensa 30
de los moriscos, que hoy,
mal amparados en ella,
africanos montañeses,
restaurar a España intentan.
Es por su altura difícil, 35
fragosa por su aspereza,
por su sitio inexpugnable
e invencible por sus fuerzas.
Catorce leguas en torno
tiene, y en catorce leguas 40
más de cincuenta que añade
la distancia de las quiebras,
porque entre puntas y puntas
hay valles que la hermosean,
campos que la fertilizan, 45
jardines que la deleitan.
Toda ella está poblada
de villajes y de aldeas;

tal, que cuando el sol se pone,
a las vislumbres que deja, 50
parecen riscos nacidos
cóncavos entre las breñas,
que rodaron de la cumbre,
aunque a la falda no llegan.
De todas las tres mejores 55
son Berja, Gavia y Galera,
plazas de armas de los tres
que hoy a los demás gobiernan.
Es capaz de treinta mil
moriscos que están en ella, 60
sin las mujeres y niños,
y tienen donde apacientan
gran cantidad de ganados;
si bien los más se sustentan
más que de carnes, de frutas 65
ya silvestres o ya secas,
o de plantas que cultivan;
porque no sólo a la tierra,
pero a los peñascos hacen
tributarios de la yerba; 70
que en la agricultura tienen
del estudio, tal destreza,
que a preñeces de su azada
hacen fecundas las piedras.
La causa del rebelión, 75
por si tuve parte en ella,
te suplico que en silencio
la permitas a mi lengua.
Aunque mejor es decir
que fui la causa primera, 80
que no decir que lo fueron
las pragmáticas severas
que tanto los apretaron,
que decir esto me es fuerza
si uno ha de tener la culpa, 85
más vale que yo la tenga.
En fin, sea aquel desaire
la ocasión, señor, o sea
que a Válor al otro día
que sucedió mi pendencia, 90
llegó el alguacil mayor
dél, y le quitó a la puerta
del Ayuntamiento una
daga que traía encubierta;
o sea que ya oprimidos 95
de ver cuánto los aprietan
órdenes que cada día

aquí de la corte llegan,
los desesperó de suerte,
que amotinarse conciertan: 100
para cuyo efecto fueron,
sin que ninguno lo entienda,
bastimento, armas y hacienda.
Tres años tuvo en silencio
esta traición encubierta 105
tanto número de gentes:
cosa que admira y eleva,
que en más de treinta mil hombres
convocados para hacerla,
no hubiera uno que jamás 110
revelara ni dijera
secreto de tantos días.
¡Cuánto ignora, cuánto yerra
el que dice que un secreto
peligra en tres que le sepan! 115
Que en treinta mil no peligra,
como a todos les convenga.
El primer trueno que dio
este rayo que en la esfera
desos peñascos forjaban 120
la traición y la soberbia,
fueron hurtos, fueron muertes,
robos de muchas iglesias,
insultos y sacrilegios
y traiciones, de manera 125
que Granada, dando al cielo
bañada en sangre las quejas,
fue miserable teatro
de desdichas y tragedias.
Preciso acudió al remedio 130
la justicia; pero apenas
se vio atropellada, cuando
toda se puso en defensa:
trocó la vara en acero,
trocó el respeto en la fuerza, 135
y acabó en civil batalla
lo que empezó en resistencia.
Al corregidor mataron:
la ciudad, al daño atenta,
tocó al arma, convocando 140
la milicia de la tierra.
No bastó; que siempre estuvo
(tanto novedades precia)
de su parte la fortuna:
de suerte, que todo era 145
desdichas para nosotros.

¡Qué pesadas y qué necias
son, pues en cuanto porfían,
nunca ha quedado por ellas!
Creció el cuidado en nosotros, 150
creció en ellos la soberbia
y creció en todos el daño,
porque se sabe que esperan
socorro de África, y ya
se ve si el socorro llega, 155
que el defenderle la entrada
es divertirnos la fuerza:
además, que si una vez
pujantes se consideran,
harán los demás moriscos 160
del acaso consecuencia;
pues los de la Extremadura,
los de Castilla y Valencia,
para declararse aguardan
cualquier victoria que tengan. 165
Y para que veáis que son
gente, aunque osada y resuelta,
de políticos estudios,
oíd cómo se gobiernan;
que esto lo habemos sabido 170
de algunas espías presas.
Lo primero que trataron
fue elegir una cabeza;
y aunque sobre esta elección
hubo algunas competencias 175
entre don Fernando Válor
y otro hombre de igual nobleza,
don Álvaro Tuzaní;
don Juan Malec los concierta
con que don Fernando reine, 180
casándose con la bella
doña Isabel Tuzaní,
su hermana. (**Aparte**. ¡OH cuánto me pesa
de traer a la memoria
el Tuzaní, a quien respetan, 185
ya que a él no le hicieron rey,
haciendo a su hermana reina!)
Coronado, pues, el Válor,
la primer cosa que ordena,
fue, por oponerse en todo 190
a las pragmáticas nuestras,
o por tener por las suyas
a su gente más contenta,
que ninguno se llamara
nombre cristiano, ni hiciera 195

ceremonia de cristiano:
y porque su ejemplo fuera
el primero, se firmó
el nombre de Abenhumeya,
apellido de los reyes 200
de Córdoba, a quien hereda.
Que ninguno hablar pudiese,
sino en arábiga lengua;
vestir sino traje moro,
ni guardar sino la secta 205
de Mahoma: después desto,
fue repartiendo las fuerzas.
Galera, que es esa villa
que estás mirando primera,
cuyas murallas y fosos 210
labró la naturaleza,
tan singularmente docta,
que no es posible que pueda
ganarse sin mucha sangre,
la dio a Malec en tenencia; 215
a Malec, padre de Clara,
que ya se llama Maleca.
Al Tuzaní le dio a Gavia
la Alta, y él se quedó en Berja,
corazón que vivifica 220
ese gigante de piedra.
Ésa es la disposición
que desde aquí se penetra;
y ésa, señor, la Alpujarra,
cuya bárbara eminencia, 225
para postrarse a tus pies,
parece que se despeña.

DON JUAN Don Juan, vuestras prevenciones
son de Mendoza y son vuestras,
que es ser dos veces leales. 230

(Tocan dentro.)

Pero ¿qué cajas son éstas?

MENDOZA La gente que va llegando,
pasando, señor, la muestra.

DON JUAN ¿Qué tropa es ésa?

MENDOZA Ésta es
de Granada, y cuanto riega 235
el Genil.

DON JUAN ¿Y quién la trae?

MENDOZA Tráela el marqués de Mondéjar,
que es el conde de Tendilla,
de su Alhambra y de su tierra

perpetuo alcaide.
DON JUAN Su nombre 240
el moro en África tiembla.

(Tocan.)

¿Cuál es ésta?
MENDOZA La de Murcia.
DON JUAN ¿Y quién es quien la gobierna?
MENDOZA El gran marqués de los Vélez.
DON JUAN Su fama y sus hechos sean 245
corónicas de su nombre.

(Tocan.)

MENDOZA Éstos son los de Baeza,
y viene por cabo suyo
un soldado, a quien debiera
hacer estatuas la fama, 250
como su memoria eterna
Sancho de Ávila, señor.
DON JUAN Por mucho que se encarezca,
será poco, si no dice
la voz que alabarle intenta, 255
que es discípulo del duque
de Alba, enseñado en su escuela
a vencer, no a ser vencido.

(Tocan.)

MENDOZA Aqueste que ahora llega,
el tercio viejo de Flandes 260
es, que ha bajado a esta empresa
desde el Mosa hasta el Genil,
trocando perlas a perlas.
DON JUAN ¿Quién viene con él?
MENDOZA Un monstruo
del valor y la nobleza, 265
don Lope de Figueroa.
DON JUAN Notables cosas me cuentan
de su gran resolución
y de su poca paciencia.
MENDOZA Impedido de la gota, 270
impacientemente lleva
el no poder acudir
al servicio de la guerra.
DON JUAN Yo deseo conocerle.

Escena II

DON LOPE DE FIGUEROA.-**Dichos**.

DON LOPE Voto a Dios, que no me lleva 275
en aqueso de ventaja
un átomo vuestra alteza,
porque hasta verme a sus pies,
sólo he sufrido a mis piernas.
DON JUAN ¿Cómo llegáis?
DON LOPE Como quien, 280
señor, a serviros llega
de Flandes a Andalucía;
y no es mala diligencia,
pues vos a Flandes no vais,
que Flandes a vos se venga. 285
DON JUAN Cúmplame el cielo esa dicha.
¿Traéis buena gente?
DON LOPE Y tan buena,
que si fuera el Alpujarra
el infierno, y estuviera
Mahoma por alcaide suyo, 290
entraran, señor, en ella...
Si no es los que tienen gota,
que no trepan por las peñas,
porque vienen...

Escena III

UN SOLDADO, GARCÉS, ALCUZCUZ.-**Dichos**.

UN SOLDADO **(Dentro.)** Deteneos.
GARCÉS **(Dentro.)** Tengo de llegar: afuera. 295

(Sale GARCÉS **con** ALCUZCUZ **a cuestas.)**

DON JUAN ¿Qué es esto?
GARCÉS De posta estaba
a la falda desa sierra,
sentí ruido entre unas ramas,
Paréme hasta ver quién era,
Y vi este galgo que estaba 300
acechando detrás dellas,
que sin duda era su espía.
Maniatéle con la cuerda
del mosquete, y porque ladre
qué hay allá, le traigo a cuestas. 305
DON LOPE ¡Buen soldado, vive Dios!

¿Esto hay acá?
GARCÉS ¡Pues!, ¿qué piensa
vueseñoría que todo
está en Flandes?
ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡Malo es ésta!
Alcuzcuz, a esparto olelde 310
el nuez del gaznato vuestra.
DON JUAN Ya os conozco: no me cogen
estas hazañas de nuevas.
GARCÉS ¡Oh, cómo premian sin costa
príncipes que honrando premian! 315
DON JUAN Venid acá.
ALCUZCUZ ¿A mé decilde?
DON JUAN Sí.
ALCUZCUZ Ser gran favor tan cerca.
Bien estalde aquí.
DON JUAN ¿Quién sois?
ALCUZCUZ (**Aparte**. Aquí importar el cautela.)
Alcuzcuz, un morisquilio, 320
a quien lievaron por fuerza
al Alpujarro; que mé
ser crestiano en me conciencia,
saber la trina crestiana,
el Credo, la Salve Reina, 325
el pan nostro, y el catorce
mandamientos de la Iglesia.
Por decir que ser crestiano,
darme otros el muerte intentan;
yo correr, e hoyendo, dalde 330
en manos de quien me prenda.
Si me dar el vida, yo
decilde cuanto allá piensan,
y lievaros donde entréis
sin alguna resistencia. 335
DON JUAN (**Aparte a** MENDOZA.)
Como presumo que miente,
también puede ser que sea
verdad.
MENDOZA ¿Quién duda que hay muchos
que ser cristianos profesan?
Yo sé una dama que está 340
retirada allá por fuerza.
DON JUAN Pues ni todo lo creamos
ni dudemos. Garcés, tenga
ese morisco por preso...
GARCÉS Yo, yo tendré con él cuenta. 345
DON JUAN Que en lo que luego dijere,
veremos si acierta o yerra.
Y ahora vamos, don Lope,

dando a los cuarteles vuelta,
y a consultar por qué sitio 350
se ha de empezar.

MENDOZA Vuestra alteza
lo miren bien, porque aunque
parece poca la empresa,
importa mucho; que hay cosas,
mayormente como éstas, 355
que no dan honor ganadas,
y perdidas dan afrenta:
y así, se debe poner
mayor atención en ellas,
no tan para ganarlas, 360
cuanto para no perderlas.

(**Vanse** DON JUAN DE AUSTRIA, DON JUAN DE MENDOZA, DON LOPE **y** SOLDADOS.)

Escena IV

GARCÉS, ALCUZCUZ.

GARCÉS Vos ¿cómo os llamáis?

ALCUZCUZ Arroz;
que si entre moriscos era
Alcuzcuz, entre crestianos
seré arroz, porque se entienda 365
que menestra mora pasa
a ser crestiana menestra.

GARCÉS Alcuzcuz, ya sois mi esclavo:
decid verdad.

ALCUZCUZ Norabuena.

GARCÉS Vos dijisteis al señor 370
don Juan de Austria...

ALCUZCUZ ¿Que aquél era?

GARCÉS Que le llevaríais por donde
entrada tiene esa sierra.

ALCUZCUZ Sí, mi amo.

GARCÉS Aunque es verdad
que él a sujetaros venga 375
con el marqués de los Vélez,
con el marqués de Mondéjar,
Sancho de Ávila y don Lope
de Figueroa, quisiera.
Yo que la entrada a estos montes 380
sólo a mí se me debiera:
llévame allá, porque quiero
mirarla y reconocerla.

ALCUZCUZ (**Aparte**. Engañifa a este crestiano
he de hacerle, e dar la vuelta 385
al Alpujarra.) Venilde
conmigo.
GARCÉS Detente, espera;
que en ese cuerpo de guardia
dejé mi comida puesta
cuando salí a hacer la posta, 390
y quiero volver por ella;
que en una alforja podré
(porque el tiempo no se pierda)
llevarla, para ir comiendo
por el camino.
ALCUZCUZ Así sea. 395
GARCÉS Vamos, pues.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** Santo Mahoma,
pues tú selde mi profeta,
lievarme, e a Meca iré,
aunque ande de ceca en meca.

(Vanse.)

Jardín en Berja.

Escena V

MORISCOS **y** MÚSICOS; **y detrás**, DON FERNANDO DE VÁLOR **y** DOÑA ISABEL TUZANÍ.

VÁLOR A la falda lisonjera 400
dese risco coronado,
donde sin duda ha llamado
a cortes la primavera,
porque entre tantos colores
de su república hermosa 405
quede jurada la rosa
por la reina de las flores,
puedes, bella esposa mía,
sentarte. Cantad, a ver
si la música vencer 410
sabe la melancolía.
DOÑA ISABEL Abenhumeya valiente,
a cuya altivez bizarra,
no el roble del Alpujarra.
dé corona solamente, 415
sino el sagrado laurel,
árbol ingrato del sol,

cuando llore el español
su cautiverio cruel:
No es desprecio de la dicha 420
deste amor, desta grandeza,
mi repetida tristeza,
sino pensión o desdicha
de la suerte; porque es tal
de la fortuna el desdén, 425
que apenas nos hace un bien,
cuando le desquita un mal.
No nace de causa alguna
esta pena (**Aparte**. ¡A Dios plugiera!),
sino sólo desta fiera 430
condición de la fortuna.
Y si ella es tan envidiosa,
¿cómo puedo yo este miedo
perder al mal, si no puedo
dejar de ser tan dichosa? 435

VÁLOR Si la causa de mirarte
triste tu dicha ha de ser,
pésame de no poder,
mi Lidora, consolarte;
que habrá tu melancolía 440
de ser cada día mayor
pues que tu imperio y mi amor
son mayores cada día.
Cantad, cantad, su belleza
celebrad, pues bien halladas, 445
siempre traen paces juradas
la música y la tristeza.

MÚSICA *No es menester que digáis*
cúyas sois, mis alegrías;
que bien se ve que sois mías 450
en lo poco que duráis.

Escena VI

MALEC, **que llega a hablar a** DON FERNANDO, **hincada la rodilla; y a los lados**, DON ÁLVARO **y** DOÑA CLARA, **que salen en traje de moros, y se quedan a las puertas**; BEATRIZ. **-Dichos.**

DOÑA CLARA **(Aparte.)** «No es menester que digáis
cúyas sois, mis alegrías...»

DON ÁLVARO **(Aparte.)** «Que bien se ve que sois mías
en lo poco que duráis.» 455

(Siempre suenan los instrumentos, aunque se represente.)

DOÑA CLARA **(Aparte.)** ¡Cuánto siento haber oído
ahora aquesta canción!
DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Qué notable confusión
la voz en mí ha introducido!
DOÑA CLARA **(Aparte.)** Pues cuando mi casamiento 460
a tratar mi padre viene...
DON ÁLVARO **(Aparte.)** Pues cuando dichas previene
amor, a mi amor atento...
DOÑA CLARA **(Aparte.)** Glorias mías, escucháis...
DON ÁLVARO **(Aparte.)** Escucháis, mis fantasías... 465

MÚSICA; **y** ELLOS, **aparte. Que bien se ve que sois mías en lo poco que duráis**.

MALEC Señor, pues entre el estruendo
de Marte el amor se ve
tan hallado, bien podré
decirte cómo pretendo
dar a Maleca marido. 470
VÁLOR Quién fue tan feliz, me di.
MALEC Tu cuñado Tuzaní.
VÁLOR Muy cuerda elección ha sido,
pues uno y otro fiel
a preceptos de su estrella, 475
él no viviera sin ella,
y ella muriera sin él.
¿Adónde están?

(**Llegan** DON ÁLVARO **y** DOÑA CLARA.)

DOÑA CLARA A tus pies
alegre llego.
DON ÁLVARO Y yo ufano,
para que nos des tu mano. 480
VÁLOR Mil brazos tomad, y pues
en nuestro docto alcorán,
ley que ya todos guardamos,
más ceremonias no usamos
que las prendas que se dan 485
dos, dele a Maleca divina
sus arras el Tuzaní.
DON ÁLVARO Todo es poco para ti,
a cuya luz peregrina
se rinde el mayor farol; 490
y así temo, porque arguyo
que es darle al sol lo que es suyo,
darle diamantes al sol.
Aqueste un Cupido es,
de sus flechas guarnecido; 495
que aun de diamantes Cupido,

viene a postrarse a tus pies.
Ésta una sarta de perlas,
de quien duda quien ignora
que las llorara el aurora, 500
si tú habías de cogerlas.
Ésta es un águila bella,
del color de mi esperanza;
que sólo un águila alcanza
ver el sol que mira ella. 505
Un clavo para el tocado
es este hermoso rubí,
que ya no me sirve a mí,
pues mi fortuna ha parado
estas memorias... Mas no 510
las tomes; que en tales glorias,
quiero que tengas memorias
tú, sin traértelas yo.

DOÑA CLARA
Las arras, Tuzaní, aceto,
y a tu amor agradecida, 515
traerlas toda mi vida
en tu nombre te prometo.

DOÑA ISABEL
Y yo os doy el parabién
de aqueste lazo inmortal.
(**Aparte**. Que ha de ser para mi mal.) 520

MALEC
Ea pues, las manos den
albricias al alma.

DON ÁLVARO
Puesto
a tus pies estoy.

DOÑA CLARA
Los brazos
conformen eternos lazos.

LOS DOS
Yo soy feliz...

(Al darse las manos, tocan cajas dentro.)

TODOS
Mas ¿qué es esto? 525

MALEC
Cajas españolas son
las que atruenan estos riscos,
que no tambores moriscos.

DON ÁLVARO
¿Quién vio mayor confusión?

VÁLOR
Cese la boda, hasta ver 530
qué novedad causa ha sido...

DON ÁLVARO
¿Ya, señor, no lo has sabido?
¿Qué más novedad que ser
dichoso yo? Pues el sol
mira apenas mi ventura, 535
cuando eclipsan su luz pura
las armas del español.

(Vuelven a tocar.)

Escena VII

ALCUZCUZ, **con unas alforjas al hombro.-Dichos**.

ALCUZCUZ ¡Gracias a Mahoma y Alá,
que a tus pies haber llegado!
DON ÁLVARO Alcuzcuz, ¿dónde has estado? 540
ALCUZCUZ Ya todos estar acá.
VÁLOR ¿Qué te ha sucedido?
ALCUZCUZ Yo
hoy de posta estar, e aposta
liego aquí, aunque por la posta,
quien por detrás me cogió, 545
lievóme con otros dos
un don Juan, que ahora es venido;
crestianilio fingido,
decirle que crêr en Dios.
No me dio muerte; cativo 550
ser del soldado crestiano,
que no se labará en vano:
a éste apenas le apercibo
qué senda saber por dónde
poder la Alpojarra entrar, 555
cuando la querer mirar.
De camaradas se esconde,
e aquesta forja me dando
donde venir su comida,
por una parte escondida 560
entrar los dos camenando.
Apenas sólo le ver,
cuando, sin que seguir pueda,
fui por monte, e se queda
sin cativo o sin comer; 565
porque aunque me seguir quiso,
una trompa que salir
de moros, le hacer huir:
e yo venir con aviso
de que ya muy cerca dejo 570
don Juan de Andustria en campaña,
a quien decir que acompaña
el gran marqués de Mondejo
con el marqués de Luzbel,
y el que frenáticos doma, 575
don Lope Figura-roma,
y Sancho Débil con él:
Todos hoy a la Alpojarra
venir contra ti.

VÁLOR No digas
más, porque a cólera obligas 580
mi altivez siempre bizarra.
DOÑA ISABEL Ya desde esa excelsa cumbre
donde tropezando el sol,
o teme ajar su arrebol
o teme apagar su lumbre, 585
ni bien ni mal se divisan
entre varias confusiones
los armados escuadrones
que nuestros términos pisan.
DOÑA CLARA Grande gente ha conducido 590
Granada a aquesta facción.
VÁLOR Pocos muchos mundos son,
si a vencerme a mí han venido,
aunque fuera el que sujeta
ese hermoso laberinto, 595
como hijo de Carlos Quinto,
hijo del quinto planeta;
porque aunque estos horizontes
cubran de marciales señas,
serán su pira estas peñas, 600
serán su tumba estos montes.
Y pues se viene acercando
ya la ocasión, advertidos,
no ya desapercibidos
nos hallen, sino esperando 605
todo su poder; y así,
su puesto ocupe cualquiera.
Malec se vaya a Galera,
vaya a Gavia Tuzaní,
que yo en Berja me estaré, 610
y a quien Alá deparare
la suerte, que Alá le ampare,
pues suya la causa fue.
Id a Gavia; que la gloria
que hoy es de amor interés, 615
celebraremos después
que quedemos con victoria.

(**Vanse** DON FERNANDO DE VÁLOR, DOÑA ISABEL, MALEC, MORISCOS **y** MÚSICOS.)

Escena VIII

DON ÁLVARO, DOÑA CLARA; ALCUZCUZ **y** BEATRIZ, **retirados**.

DOÑA CLARA **(Para sí.)** «No es menester que digáis

cúyas sois, mis alegrías...»
DON ÁLVARO **(Para sí.)** «Que bien se ve que sois mías 620
en lo poco que duráis.»
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Alegrías mal logradas,
antes muertas que nacidas...
DON ÁLVARO **(Para sí.)** Rosas sin tiempo cogidas,
flores sin sazón cortadas... 625
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Si rendidas, si postradas.
a un ligero soplo estáis...
DON ÁLVARO **(Para sí.)** No digáis que el bien gozáis...
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Pues siendo para perder,
que sintáis es menester... 630
DON ÁLVARO **(Para sí.)** *No es menester que digáis.*
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Alegrías de un perdido,
aborto sois de un cuidado,
puesto que habéis espirado
primero que habéis nacido. 635
Si acaso, si yerro ha sido
hallarme vuestras porfías
por otra, no estéis baldías
conmigo un rato pequeño:
dejadme, y buscad el dueño 640
cúyas sois, mis alegrías.
DON ÁLVARO **(Para sí.)** Por gran maravilla os toca,
dichas: luego bien moristeis;
que si maravillas fuisteis,
fuerza fue vivir tan poco. 645
De contento estuve loco,
y ya de melancolías:
¡Qué bien, qué bien, alegrías,
se ve que sois de otro a quien
buscáis! Y ¡ay, penas, qué bien, 650
qué bien se ve que sois mías!
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Aunque si ser pretendéis
alegrías, bien hicisteis...
DON ÁLVARO **(Para sí.)** Pues que dos veces fuisteis,
en una que os deshacéis. 655
DOÑA CLARA **(Para sí.)** Dos veces desde hoy seréis
venturosas.
LOS DOS **(Para sí.)** Lo mostráis
en la prisa con que os vais
cuando a mi alivio acudís...
DON ÁLVARO **(Para sí.)** En lo tarde que venís... 660
DOÑA CLARA **(Para sí.)** *En lo poco que duráis.*
DON ÁLVARO Hablando estaba conmigo
a solas, porque no sé
si en tantas penas podré
hablar, Maleca, contigo. 665
Cuando era mi amor testigo

desta victoriosa palma,
vuelve a suspenderse en calma
y así calla, porque es mengua
que quiera alzarse la lengua 670
con los afectos del alma.

DOÑA CLARA El hablar es libre acción,
pues puede un hombre callar;
el oír no, porque ha de estar
eso en ajena razón; 675
y es tanta mi suspensión,
que ocupada del sentir,
no oiré lo que has de decir:
¿Qué mucho en tanto pesar
que tú no estés para hablar, 680
si yo no estoy para oír?

DON ÁLVARO El rey a Gavia me envía,
tú a Galera vas, y amor,
luchando con el honor,
se rinde a su tiranía: 685
Quédate ahí, esposa mía,
y piadoso el cielo quiera
que el cerco que nos espera,
que el poder que nos agravia,
me vaya a buscar a Gavia, 690
porque te deje en Galera.

DOÑA CLARA ¿De suerte, que no podré
verte, hasta ver acabada
esta guerra de Granada?

DON ÁLVARO Sí podrás; que yo vendré 695
todas las noches, porque
dos leguas que hay en rigor
de allí a Gavia, será error
no volarlas mi deseo.

DOÑA CLARA Mayores distancias creo 700
que sabe medir amor.
Yo en el postigo estaré
esperándote del muro.

DON ÁLVARO Y yo, dese amor seguro,
cada noche al muro iré. 705
Dame los brazos, en fe.

(Cajas.)

DOÑA CLARA Cajas vuelven a tocar.
DON ÁLVARO ¡Qué desdicha!
DOÑA CLARA ¡Qué pesar!
DON ÁLVARO ¡Qué padecer!
DOÑA CLARA ¡Qué sentir!
¿Esto es amar?

DON ÁLVARO Es morir. 710
DOÑA CLARA Pues ¿qué más morir que amar?

(Vanse los dos.)

Escena IX

BEATRIZ, ALCUZCUZ.

BEATRIZ Alcuzcuz, llégate aquí,
pues solos hemos quedado.
ALCUZCUZ Zarilia, aquese recado
¿ser al alforja, o a mí? 715
BEATRIZ ¡Que siempre has de estar de gorja,
aunque todo sea tristeza!
Escúchame.
ALCUZCUZ Esa fineza
¿ser a mí, o ser al alforja?
BEATRIZ A ti es; pero ya que así 720
ella mi amor atropella,
tengo de ver qué hay en ella.
ALCUZCUZ Luego ser a elia, e no a mí.
BEATRIZ Esto es tocino... y condeno

(Va sacando lo que dicen los versos.)

traerlo tú deste modo. 725
Este es vino. ¡ay de mí! Todo
cuanto traes aquí es veneno.
Yo no lo quiero tocar
ni ver, Alcuzcuz: advierte
que puede darte la muerte 730
si lo llegas a probar.

(Vase.)

Escena X

ALCUZCUZ ¿Todos de voneno llenos
estar? Sí: ya lo creer,
pues Zara decir, que ser
sierpe e saber de vonenos. 735
Y aún otra razón más clara
es de que el voneno vio
Zara, que no le probó,
con ser tan golosa Zara.
El crestianilio sin duda 740

matar a Alcuzcuz quería.
¡Ay tan gran beliaquería!
Mahoma librarme pudo,
porque a Meca le ofrecer
ir a ver el zancarrón. 745

(Cajas.)

Más cerca escochar el son,
y ya de divisos ver
en trompas el monte lieno.
Seguir quiero al Tozaní.
¿Haber alguien por ahí 750
que querer deste voneno?

(**Vase.)**

Cercanías de Galera.

Escena XI

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE DE FIGUEROA, DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS.

MENDOZA Desde aquí se dejan ver
mejor las señas, al tiempo
que ya declinando el sol,
está pendiente del cielo. 755
Aquella villa que a mano
derecha, sobre el cimiento
de una dura roca ha tantos
siglos que se está cayendo,
es Gavia la alta; y aquélla 760
que tiene a su lado izquierdo,
de quien las torres y riscos
están siempre compitiendo,
es Berja; y Galera es ésta,
a quien este nombre dieron 765
o porque su fundación
es así, o ya porque vemos
que a piélagos de peñascos
ondas de flores batiendo,
sujeta al viento, parece 770
que se mueve con el viento.

DON JUAN Destas dos fuerzas la una
se ha de sitiar.

DON LOPE Pues miremos
cuál tiene disposición

más al propósito nuestro, 775
y manos a la labor;
que pies no están para eso.
DON JUAN Aquel morisco rendido
me traed, y dél sabremos
si trata verdad o no 780
en lo que fuere diciendo.
¿Dónde está Garcés, a quien
se le di por prisionero?
MENDOZA No le he visto desde entonces.

Escena XII

GARCÉS.-**Dichos**.

GARCÉS **(Dentro.)** ¡Ay de mí!
DON JUAN Mirad qué es eso. 785

(Sale GARCÉS **herido, cayendo.)**

GARCÉS Yo soy; que a tus plantas no
llegara menos que muerto.
MENDOZA Garcés es.
DON JUAN ¿Qué ha sucedido?
GARCÉS Tu alteza perdone un yerro
por un aviso.
DON JUAN Decid. 790
GARCÉS Aquel morisco, aquel preso
que me entregaste, te dijo
que venía con intento
de entregarte el Alpujarra:
Yo, señor, con el deseo 795
de saber el paso, y ser
el que la entrase el primero
(que aun la ambición del honor
no es ambición de provecho),
dije que me la enseñara. 800
Seguíle a solas por esos
laberintos donde el sol
aun se pierde por momentos,
con andarlos cada día.
Apenas entre dos cerros 805
él se vio conmigo, cuando
por los peñascos subiendo,
dio voces, y ya a sus voces
o a las que le hurtaba el eco,
respondieron unas tropas 810
de moros, que descendiendo,

a la presa se avanzaban
como quien son, como perros.
Inútil fue la defensa,
y en fin, en mi sangre envuelto, 815
discurrí el monte a ampararme
de las hojas, cuando veo
debajo de las murallas
de Galera, donde llego,
abierta una boca, un 820
melancólico bostezo
del peñasco sobre quien
estriba, que con el peso
del edificio, sin duda
gimió, y por quedar gimiendo 825
siempre, no volvió a cerrarle,
y se le dejó entreabierto.
Aquí pues me eché, y aquí,
o bien porque no me vieron,
o porque ya sepultado 830
me dejaron como muerto,
de aquesta manera estuve
el sitio reconociendo;
y en fin, Galera minada
de los ardides del tiempo 835
(que para sitios de peñas
es el mejor ingeniero)
está; y como tú sobre ella
te pongas, podrás con fuego
volarla, como esta boca, 840
que es muy posible, ganemos
sin esperar lo prolijo
de sitiarla; y yo te ofrezco
hoy por una vida, cuantas
Galera contiene dentro; 845
sin que pueda con mi rabia,
sin que valgan con mi acero,
ni en los niños la piedad,
ni la clemencia en los viejos,
ni el respeto en las mujeres, 850
que con esto lo encarezco.

DON JUAN Retirad ese soldado.

(**Llévanle**.)

Ya tomo por buen agüero,
don Lope de Figueroa,
saber de Galera esto; 855
que desde que oí que había
en el Alpujarra pueblo

que Galera se llamaba,
la quise poner el cerco,
por ver si, como en el mar, 860
dicha en las galeras tengo
en la tierra.

DON LOPE Pues ¿qué aguardas?
Vamos a ocupar los puestos;
que ésta es la hora mejor,
pues de noche, sin estruendo 865
podremos llegarnos más.-
A Galera marche el tercio.

UN SOLDADO Pase la palabra.

OTRO Pase.

SOLDADOS A Galera.

DON JUAN Dadme, cielos,
fortuna, como en el agua, 870
en la tierra, porque opuestos
aquella naval batalla
y este cerco campal, luego
pueda decir que en la tierra
y en la mar, tuve en un tiempo 875
dos victorias, que confusas,
aun no distinga yo mesmo
de un cerco y una naval,
cuál fue la naval o el cerco.

(Vanse.)

Muros de Galera.

Escena XIII

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ; **después**, DOÑA CLARA.

DON ÁLVARO Vida y honor, Alcuzcuz, 880
hoy a tu cuidado dejo;
pues ya ves que si se sabe
que falto de Gavia y vengo
a Galera, honor y vida
en solo un instante pierdo. 885
Con esa yegua te queda,
mientras yo en el jardín entro;
que luego salgo, y es fuerza
que hemos de volvernos luego
a entrar en Gavia antes que 890
en Gavia nos echen menos.

ALCUZCUZ Sempre a te servir me obligo;
y aunque con tal prisa vengo

que aún no me diste lugar
de dejalde en mi aposento 895
este alforja, sin menear
aquí haliar en este puesto.

DON ÁLVARO Si de aquí faltas, la vida
te he de quitar, vive el cielo.

(**Sale** DOÑA CLARA **por un postigo**.**)**

DOÑA CLARA ¿Eres tú?

DON ÁLVARO Pues ¿quién pudiera 900
ser tan fiel?

DOÑA CLARA Entra presto;
no acierten a conocerte,
si en el muro te detengo.

(Vanse.**)**

Escena XIV

ALCUZCUZ; **después**, SOLDADOS.

ALCUZCUZ ¡Vive Alá, que me dormir!
pesado estar, sonior suenio. 905
No haber oficio tan malo
como el de ser alcahuetos,
porque todos los oficios
trabajar para si mesmos,
e alcahueto para el otros.- 910
Jó, yegua. -A mi cuento vuelvo;
que vencer el suenio así.
Tal vez se hacer zapatero
zapatos, tal vez se hacer
el sastre el vestido nuevo, 915
el cocinero probar
si estar el guisado bueno,
hacer el pastel hechizo
e comerle el pastelero:
En fin, alcahueto sólo 920
no es para sí de provecho,
pues ni calzar lo que cose
ni probar lo que está haciendo.
Jó...-¡Que se tomó, ¡ay de mé!,
el yegua, e se me ir corriendo! 925

(Éntrase corriendo, y dice dentro.**)**

Jó, yegua, detente e hacer

esto que te estar pidiendo;
que yo hacer por ti otra cosa
que me pedir tú. No puedo
alcanzar...-¡Ay, Alcuzcuz! 930

(Sale.)

¡Muy buena hacienda haber hecho!
¿En qué volverse mi amo?
Que él me ha de matar, ser cierto,
pues ser forzoso que a Gavia
no poder liegar a tiempo. 935
He aquí que sale e decir:
«Dar el yegua. -No le tengo.
¿Qué le hacer?-Fuéseme el yegua.-
¿Por dónde?-Por esos cerros.-
Mataréte.» ¡Zas!... e dame 940
con el daga por el pecho.
Pues si habemos de morer,
Alcuzcuz, con el acero,
y hay mortes en que escoger,
murámonos de voneno; 945
que es morte más dolce. Vaya,
pus que ya el vida aborrezco.

(Saca una bota de la alforja, y bebe.)

Mejor ser morer así,
pues no morer por el menos
bañado un hombre en su sangre. 950
¿Cómo estar? Bueno me siento.
No ser el voneno fuerte;
e si es que morer pretendo,
más voneno es menester. **(Bebe.)**
No ser frío, a lo que bebo, 955
el voneno, ser caliente:
sí, pues arder acá dentro.
Más voneno es menester. **(Bebe.)**
que muy poco a poco muero.
Ya parece que se enoja, 960
pues que ya va haciendo efecto;
que los ojos se me turbian
e se me traba el cerebro,
el lengua ponerse gorda
e saber el boca a herro. 965
Ya que muero, no dejar **(Bebe.)**
para otro matar voneno,
será piedad. ¿Dónde estar
me boca, que no la encuentro?

(Cajas dentro.)

SOLDADOS **(Dentro.)** Centinelas de Galera,
al arma.
ALCUZCUZ ¿Qué ser aquesto?
Mas si relámpagos hay,
¿quién duda que ha de haber truenos?

Escena XV

DON ÁLVARO **y** DOÑA CLARA, **asustados**.-ALCUZCUZ.

DOÑA CLARA Las centinelas, señor,
hacen de las torres fuego.
DON ÁLVARO Sin duda el campo cristiano
en el nocturno silencio
amparado de las sombras,
sobre Galera se ha puesto.
DOÑA CLARA Vete, señor; que ya ves
todo el castillo revuelto.
DON ÁLVARO ¿Y será gloriosa acción
que digan de mí que dejo
sitiada a mi dama...
DOÑA CLARA ¡Ay triste!
DON ÁLVARO Y que las espaldas vuelvo?
DOÑA CLARA Sí; que en defender a Gavia
está tu honor de por medio,
y quizá han ido sobre ella:
también es de advertir esto.
DON ÁLVARO ¿Quién vio mayor confusión
que yo en un punto padezco?
Mi honor y mi amor están
dándome voces a un tiempo.
DOÑA CLARA Responde a las de tu honor.
DON ÁLVARO Antes responder pretendo
a las dos.
DOÑA CLARA ¿De qué manera?
DON ÁLVARO En llevarte me resuelvo
conmigo; que si en dejarte
y en no dejarte me pierdo,
corra mi honor y mi amor
una fortuna y un riesgo.
Vente conmigo: una yegua,
veloz injuria del viento,
nos llevará.
DOÑA CLARA Con mi esposo
voy: nada aventuro en esto.

Tuya soy.
DON ÁLVARO ¡Hola, Alcuzcuz!
ALCUZCUZ ¿Quién llama?
DON ÁLVARO Yo soy, trae presto
la yegua.
ALCUZCUZ ¿El yegua?
DON ÁLVARO ¿Qué aguardas?
ALCUZCUZ Aguardo el yegua, que luego
me decir que volvería. 1010
DON ÁLVARO Pues ¿dónde está?
ALCUZCUZ Fuese huyendo;
mas yegua es de su palabra,
e volver luego al momento.
DON ÁLVARO ¡Viven los cielos, traidor!...
ALCUZCUZ No tocar a mé, teneros, 1015
porque estar avonenado,
e matar con el aliento.
DON ÁLVARO Que tengo de darte muerte.
DOÑA CLARA Detente. ¡Ay de mí!

(Va a detenerle, y se hiere la mano.)

DON ÁLVARO ¿Qué es eso?
DOÑA CLARA Por detenerte, la mano 1020
me corté con el acero.
DON ÁLVARO Cueste esa sangre una vida.
DOÑA CLARA Pues por la mía te ruego
que no le mates.
DON ÁLVARO ¿Qué en mí
no podrá ese juramento? 1025
¿Es mucha la sangre?
DOÑA CLARA No.
DON ÁLVARO Apriétate a ella ese lienzo.
DOÑA CLARA Y pues ves que no es posible
seguirte ya, vete presto:
que no siéndolo en un día 1030
ganar la villa, yo ofrezco
irme mañana contigo,
pues nos queda el paso abierto
siempre por aquesta parte.
DON ÁLVARO Con esa esperanza acepto 1035
el partido.
DOÑA CLARA Alá te guarde.
DON ÁLVARO ¿Para qué, si yo aborrezco
vivir ya?
ALCUZCUZ Pues aquí haber
para la perder remedio:
que a mí me sobrar un poco 1040
de dolcísimo voneno.

DOÑA CLARA Vete, pues.
DON ÁLVARO ¡Qué triste voy!
DOÑA CLARA Y yo ¡qué afligida quedo!
DON ÁLVARO Por saber qué opuesta estrella...
DOÑA CLARA Por saber qué hado severo... 1045
DON ÁLVARO Es éste que entre mi amor...
DOÑA CLARA Es el que entre mis deseos...
DON ÁLVARO Siempre se pone...
DOÑA CLARA Está siempre...
DON ÁLVARO A mis desdichas atento.
DOÑA CLARA Puesto que un arma cristiana 1050
nos estorba por momentos.
ALCUZCUZ ¿Esto es dormer o morer?
Mas todo diz que es el mesmo,
y ser verdad, pues no sé
si me muero o si me duermo.

Jornada tercera

Cercanías de Galera.

Escena I

DON ÁLVARO, **sin ver a** ALCUZCUZ, **que está durmiendo en el suelo**.

DON ÁLVARO Noche pálida y fría,
a tu silencio dignamente fía
mi esperanza su empleo,
mi amor su dicha, mi alma su trofeo;
pues en ti (aunque a pesar de tanta estrella) 5
dará más noble luz Maleca bella,
cuando redes y lazos
robada finja entre mis dulces brazos.
En alas del cuidado,
como a un cuarto de legua ya he llegado 10
de Galera. Esta parte
donde naturaleza obró sin arte
cerrados laberintos
de hojas, ni bien confusos ni distintos,
nocturno albergue sea 15
del caballo; y, pues, nadie hay que me vea,
quede a ese tronco atado,
más seguro a las riendas hoy fiado
un bruto, que al cuidado ayer de un hombre,

(Tropieza en Alcuzcuz.)

que... Mas no hay accidente que no asombre 20
un pecho enamorado.
Si bien este accidente
con justa causa mi valor le siente,
pues cuando al muro ya a acercarme empiezo,
en un cadáver mísero tropiezo. 25
Todo cuanto hoy he visto, todo cuanto
he hallado, es asombro, horror y espanto.
¡Ay infelice, ay triste,
oh tú, que monumento el monte hiciste!
Mas no... ¡Ay dichoso, oh tú, que con la muerte 30
mejoraste las ansias de tu suerte!
¡Con qué de sombras lucho!

(**Despierta** ALCUZCUZ.)

ALCUZCUZ ¿Quién es que me pisar?
DON ÁLVARO ¡Qué veo! ¡Qué escucho!
¿Quién va? ¿Quién es?
ALCUZCUZ Alcuzcuz,
que aquí esperar le mandaste 35
con el yegua, y aquí estar,
sin que me haber visto nadie.
Si haber de volver a Gavio
hoy, ¿cómo salir tan tarde?
Mas siempre haber al partirse 40
gran perecilia entre amantes.
DON ÁLVARO Alcuzcuz, ¿qué haces aquí?
ALCUZCUZ ¿Cómo preguntar qué haces
a Alcuzcuz, si te esperar
desde que por porta entraste 45
del muro a ver a Maleca?
DON ÁLVARO ¿Quién vio cosa semejante?
Pues ¿desde anoche, que fue
eso, estás aquí?
ALCUZCUZ ¿Qué hablalde
desde anoche, si no haber 50
que me dormir un instante
con un mal voneno que
tomar porque me matase,
de miedo de que la yegua
ir por esos andurriales? 55
Mas, pues, ya es el yegua vuelta
y voneno no matarme
(que Alá mejorar el horas),
vamos, pues.
DON ÁLVARO ¡Qué disparates!
Tú estabas borracho anoche. 60
ALCUZCUZ Si hay vonenos que emborrachen,

sí estar... y creerlo ahora
en que el boca a hierro sabe,
estar el lengua e los labios
secos como pedernales, 65
ser de yesca el paladar,
saberme todo a venagre.

DON ÁLVARO
Vete de aquí; que no es bien
que ya otra vez me embaraces
la dicha, pues por ti anoche 70
perdí la ocasión más grande;
y no quiero que por ti
aquesta también me falte.

ALCUZCUZ
No tener el culpa, Zara
sí, porque ella asegorarme 75
que era voneno, e beberle
por morirme.

(Ruido dentro.)

DON ÁLVARO
Hacia esta parte
siento gente. Entre estas ramas
esperemos a que pasen.

(**Vanse**.)

Escena II

GARCÉS, SOLDADOS.

GARCÉS
Ésta de la mina es 80
la boca que al muro sale:
llegad, llegad con silencio,
pues no nos ha visto nadie.
Ya está dada fuego, y ya
esperamos por instantes 85
que reviente el monte, dando
nubes de pólvora al aire.
En volándose la mina,
ninguno un minuto aguarde,
sino ir a ocupar el puesto 90
que ella nos desocupare,
procurando mantenerle
hasta llegar lo restante
de la gente que emboscada
en esa espesura yace. 95

(Vanse.)

Escena III

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ; **después**, MORISCOS **y** DON LOPE.

DON ÁLVARO ¿Oíste algo?
ALCUZCUZ Nada oír.
DON ÁLVARO ¿Quién duda que es ronda que ande
corriendo el monte? Por eso
puse cuidado en guardarme.
¿Fuéronse?
ALCUZCUZ ¿Ya no lo ves? 100
DON ÁLVARO Ya es bien al muro acercarme.

(Disparan dentro.)

Mas ¿qué es esto?
ALCUZCUZ No haber boca
que más claramente hable
que la boca de una pieza,
aunque se ignora el lenguaje. 105

(Explosión de una mina.)

MORISCOS **(Dentro.)** ¡Valedme, cielos!
ALCUZCUZ ¡Valedme,
Mahoma!, así Alá te guarde.
DON ÁLVARO Parece que se desquicia
de sus ejes inmortales
todo el orbe de cristal 110
todo el globo de diamante.
DON LOPE **(Dentro.)** Ya voló la mina; todos
a la batería que hace.

(Cajas.)

DON ÁLVARO ¿Qué Etnas, qué Mongibelos,
qué Vesubios, qué volcanes 115
en su vientre concibieron
los montes, que así los paren?
ALCUZCUZ ¿Qué monjiles, qué besugos,
qué leznas ni qué alacranes?
Que todo ser humo y fuego. 120
DON ÁLVARO ¿Quién vio más terrible trance?
En confusos laberintos
de armas ya la villa arde,
y para abortar horrores,
víbora de alquitrán y áspid 125
de pólvora, hecha pedazos,

todas las entrañas abre.
Estrago de España es éste.
Ni soy noble, pues, ni amante,
si a socorrer a mi dama 130
al fuego no me arrojare,
trepando al muro y rompiendo
sus almenas de diamante;
que como yo entre mis brazos
a Maleca hermosa saque, 135
Galera y el mundo todo
más que se queme y se abrase.

(Vase.)

ALCUZCUZ Ni ser amante ni noble,
si en confusión tan notable
quedar Zara. Mas ¿qué importa 140
no ser yo noble ni amante?
Hartos amantes y nobles
haber: y como escaparme
yo, que Zara y que Galera
más que se queme y se abrase. 145

(Vase.)

Ruinas de Galera.

Escena IV

DON JUAN DE MENDOZA, DON LOPE DE FIGUEROA, GARCÉS, SOLDADOS; **después**, MALEC, MORISCOS **y** DOÑA CLARA.

DON LOPE No quede persona a vida:
llévese a fuego y a sangre
la villa.
GARCÉS A pegarla fuego
entraré. **(Vase.)**
SOLDADO 1.º Yo a aprovecharme
del saco.

(**Salen** MALEC **y** MORISCOS)

MALEC Yo basto solo, 150
puesto por muro delante,
a defenderla.

(**Batalla.**)

MENDOZA Señor,
éste es Ladin el alcaide.
DON LOPE Ríndete ya.
MALEC ¿Qué es rendirme?
DOÑA CLARA **(Dentro.)** ¡Ladin, señor, dueño, padre! 155
MALEC **(Aparte.)** Maleca es: ¡oh, quién pudiera
hoy dividirse en dos partes!
DOÑA CLARA **(Dentro.)** Que me da un cristiano muerte.
MALEC Pues a mí estotros me maten
sin defenderme, y a un tiempo 160
tu vida y mi vida acaben.
DON LOPE Muere, perro, y a Mahoma
da un recado de mi parte.

(**Éntranse los** CRISTIANOS, **retirando a los** MORISCOS)

Escena V

Después de haberse concluido la batalla dentro, salen SOLDADOS, GARCÉS, DON LOPE **y** DON JUAN DE MENDOZA.

SOLDADO 1.º No se ha hecho presa tal
de joyas y de diamantes. 165
SOLDADO 2.º Rico quedo desta vez.
GARCÉS Ninguna vida hoy se guarde
que a mi acero, por hermosa
o por caduca se escape:
sólo me falta de hallar 170
aquel morisquillo infame,
para volver bien vengado.
DON LOPE Pues toda Galera arde,
manda retirar la gente
antes que su incendio llame 175
el socorro.
MENDOZA A retirar.
Pase la palabra.
SOLDADOS Pase. **(Vanse.)**

Escena VI

DON ÁLVARO; **después**, DOÑA CLARA.

DON ÁLVARO Por entre montes de llamas,
entre piélagos de sangre,
tropezando en cuerpos muertos, 180
quiso mi amor que llegase
a la casa de Maleca,

estrago ya miserable,
pues del acero y del fuego
pavesa dos veces yace. 185
¡Ay esposa!, presto yo
moriré, si llego tarde.
¿Dónde Maleca estará?
Que ya no se mira a nadie.

DOÑA CLARA **(Dentro.)** ¡Ay de mí!

DON ÁLVARO Esta voz que el viento 190
lastimosamente esparce
de mal pronunciadas quejas,
de bien repetidos ayes,
es rayo que me penetra.
¿Quién vio desdicha más grande? 195
A las luces que confusas
ya cebado el fuego hace,
miro una mujer que está
apagándolas con sangre...
¡Y es Maleca! ¡Oh santos cielos! 200
O dadla vida o matadme.

(Entra, y saca a DOÑA CLARA, **suelto el cabello, sangriento el rostro, y medio vestida.)**

DOÑA CLARA Soldado español, en quien
ni piedad ni rigor cabe:
piedad, pues, que ya me heriste,
rigor, pues, no me acabaste, 205
vuelve a mi pecho el acero:
mira que es rigor notable
que tus acciones no sean
ni rigores ni piedades.

DON ÁLVARO Deidad infeliz (que ya 210
hay infelices deidades,
pues de ti lo aprenden cuantas
de humanas fortunas saben),
el que en sus brazos te tiene,
no solicita matarte; 215
que antes quisiera su vida
dividir en dos mitades.

DOÑA CLARA Bien dicen esas razones
que eres africano alarbe;
y si por mujer y triste, 220
dos veces puedo obligarte,
una fineza te deba.
En Gavia está por alcaide
el Tuzaní, esposo mío:
pártete luego a buscarle, 225
y este estrecho último abrazo
le llevarás de mi parte;

y dirásle que su esposa,
bañada en su propia sangre,
a manos de un español, 230
de sus joyas y diamantes
más que de honor ambicioso,
hoy muerta en Galera yace.

DON ÁLVARO El abrazo que me das,
no, no es menester llevarle 235
a tu esposo; que por ser
fin de sus felicidades,
él le sale a recibir;
que no hay desdicha que tarde.

DOÑA CLARA Sola una voz, ¡ay bien mío!, 240
pudo nuevo aliento darme,
pudo hacer feliz mi muerte.
Deja, deja que te abrace.
Muera en tus brazos y muera... **(Expira.)**

DON ÁLVARO ¡Oh cuánto, oh cuánto ignorante 245
es quien dice que el amor
hacer de dos vidas sabe
una vida!, pues si fueran
esos milagros verdades,
ni tú murieras, ni yo 250
viviera; que en este instante,
muriendo yo y tú viviendo,
estuviéramos iguales.
Cielos, que visteis mis penas;
montes, que miráis mis males; 255
vientos, que oís mis rigores;
llamas, que veis mis pesares;
¿cómo todos permitís
que la mejor luz se apague,
que la mejor flor se os muera, 260
que el mejor suspiro os falte?
Hombres que sabéis de amor,
advertidme en este lance,
decidme en esta desdicha,
¿qué debe hacer un amante 265
que viniendo a ver su dama
la noche que ha de lograrse
un amor de tantos días,
bañada la halla en su sangre,
azucena guarnecida 270
de más peligroso esmalte,
oro acrisolado al fuego
del más riguroso examen?
¿Qué debe aquí hacer un triste,
que el tálamo que esperarle 275
pudo, halla túmulo, donde

la más adorada imagen,
que iba siguiendo deidad,
vino a conseguir cadáver?
Mas no, no me respondáis, 280
no tenéis que aconsejarme;
que si no obra por dolor
un hombre en sucesos tales,
mal obrará por consejo.
¡Oh montaña inexpugnable 285
de la Alpujarra, oh teatro
de la hazaña más cobarde,
de la victoria más torpe,
de la gloria más infame.
¡Oh nunca, oh nunca tus montes, 290
oh nunca, oh nunca tus valles
hubieran visto en su cumbre,
hubieran visto en su margen
la más infeliz belleza!
Mas ¿de qué sirve quejarme, 295
si las quejas, con ser quejas,
aun no son prendas del aire?

Escena VII

DON FERNANDO DE VÁLOR, DOÑA ISABEL TUZANÍ, MORISCOS.- DON ÁLVARO; DOÑA CLARA, **muerta**.

VÁLOR Aunque con lenguas de fuego
Galera en su ayuda llame,
tarde hemos llegado.
DOÑA ISABEL Y tanto, 300
que ya sus plazas y calles
son abrasadas cenizas,
que en llamas piramidales
se oponen a las estrellas.
DON ÁLVARO No os admire, no os espante 305
venir tan tarde vosotros,
si yo también vine tarde.
VÁLOR ¡Oh qué presagio tan triste!
DOÑA ISABEL ¡Qué asombro tan miserable!
VÁLOR ¿Qué es esto?
DON ÁLVARO Ésta es la mayor 310
pena, éste el dolor más grande,
la desdicha más cruel,
la desventura más grave;
que ver morir y morir
tan triste y tan lamentable- 315
mente lo que se ama, es

la cifra de los pesares,
el colmo de las desdichas
y el mayor mal de los males.
Maleca, ¡ay triste!, mi esposa, 320
es (¡qué pena tan notable!)
la que (¡qué dolor tan triste!)
pálida (¡qué duro trance!)
y sangrienta (¡qué cruel!)
estáis mirando delante. 325
Aleve mano en su pecho
hizo herida penetrante
entre el fuego. ¿A quién no admira,
a quién no asombra que apague
fuego a fuego, y que al acero 330
se dé a partido un diamante?
Todos sois testigos, todos,
del más sacrílego ultraje,
la más fiera acción, el más
triste horror, costoso examen 335
del amor y la fortuna;
y así, desde aqueste instante,
todos lo habéis de ser, todos,
de la mayor, la más grande
y la más noble venganza 340
que en sus corónicas guarde
la eternidad de los bronces,
la duración de los jaspes;
pues a esta beldad difunta,
flor truncada, rosa fácil, 345
que al fin maravilla muere
como maravilla nace,
hago juramento, hago
firme amoroso homenaje
de vengar su muerte; y puesto 350
que Galera, a quien no en balde
dieron este nombre, ya
zozobrando sobre mares
de púrpura que la anegan,
de llamas que la combaten, 355
se va a pique despeñada
desde esta cumbre a ese valle;
pues ya de los españoles
apenas se escucha el parche,
y pues se van retirando, 360
yo iré siguiendo el alcance,
hasta que al mismo entre todos
homicida suyo halle:
vengaré, si no su muerte,
a lo menos mi coraje; 365

porque el fuego que lo ve,
porque el mundo que lo sabe,
porque el viento que lo escucha,
la fortuna que lo hace,
el cielo que lo permite, 370
hombres, fieras, peces, aves,
sol, luna, estrellas y flores,
agua, tierra, fuego, aire
sepan, conozcan, publiquen,
vean, adviertan, alcancen 375
que hay en un alarbe pecho,
en un corazón alarbe
amor después de la muerte,
porque aun ella no se alabe
que dividió su poder 380
los dos más firmes amantes.

(Vase.)

VÁLOR Detente, espera.
DOÑA ISABEL Primero
harás que un rayo se pare.
VÁLOR Retirad esa belleza
infeliz. No os acobarde 385
ver que esa bárbara Troya
ese rústico homenaje
caiga en horror a la tierra,
vuele en cenizas al aire,
moriscos de la Alpujarra, 390
si para venganzas tales,
vuestro rey Abenhumeya
no ciñe este acero en balde.

(Vase.)

DONA ISABEL (**Aparte.)** ¡Pluguiera al cielo sus montes,
que son soberbios Atlantes 395
del fuego que los consume,
del viento que los combate,
ya titubear se viesen,
ya caducar se mirasen,
porque dieran fin en ellos 400
tantas infelicidades!

(Vanse.)

Campo inmediato a Berja.

Escena VIII

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS.

DON JUAN
Ya que rendida Galera
en rüinas se eterniza,
y que en su propria ceniza
es el fénix y la hoguera; 405
ya que del ardiente esfera,
entre el escándalo sumo,
un fragmento la presumo
adonde voraz y ciego
es el Minotauro el fuego 410
y es el laberinto el humo;
no tenemos que esperar,
sino antes que la aurora
cuaje las perlas que llora
sobre la espuma del mar, 415
empiece el campo a marchar
a Berja; que mi atrevido
corazón, nunca vencido,
descanso no ha de tener
hasta a Abenhumeya ver 420
a mis pies muerto o vencido.

DON LOPE
Si quieres, señor, que hagamos
de Berja lo que hemos hecho
de Galera, satisfecho
estás de tus armas: vamos. 425
Pero si el orden miramos
del rey, no fue su intención
destruir gentes que son
sus vasallos, sino dar
escarmientos, y templar 430
el castigo y el perdón.

MENDOZA
Yo lo que don Lope digo:
piadoso y cruel te crean,
y la cara al perdón vean,
pues vieron la del castigo. 435
Sea su perdón testigo
de tus piedades, señor:
témplese ya tu rigor,
pues más se suele mostrar
el valor en perdonar, 440
porque el matar no es valor.

DON JUAN
Mi hermano (es verdad) me envía
a que esto apacigüe yo;
mas rogar sin armas, no
sabe la cólera mía. 445
Pero ya que de mí fía

castigo y perdón, me obligo
a que el mundo sea testigo
que uso en cualquiera ocasión
con las armas del perdón, 450
con los ruegos del castigo.
Don Juan...

MENDOZA Señor...

DON JUAN Vos iréis
a Berja, donde está hoy
Válor, y que a Berja voy,
de mi parte le diréis. 455
Público el perdón le haréis
y el castigo, y con igual
providencia al bien y al mal,
le diréis que si rendido
se quiere dar a partido, 460
daré perdón general
a todos los rebelados,
con que vuelvan a vivir
con nosotros y asistir
en sus oficios y estados; 465
que de los daños pasados
hoy mi justicia severa
más satisfacción no espera;
que se rinda al fin, porque
si no, a Berja soplaré 470
las cenizas de Galera.

MENDOZA A servirte voy.

(Vase.)

Escena IX

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, SOLDADOS.

DON LOPE No ha habido
saco jamás que haya dado
más provecho: no hay soldado
que rico no haya venido. 475

DON JUAN ¿Tanto tesoro escondido
dentro de Galera había?

DON LOPE Dígatelo la alegría
De tus soldados.

DON JUAN Yo quiero,
porque presentar espero 480
a mi hermana y reina mía
desta guerra los trofeos,
a los soldados feriar

cuanto fuere de enviar.
DON LOPE Con esos mismos deseos 485
hice yo algunos empleos,
y esta sarta que he comprado
a un hombre que la ha ganado,
te ofrezco por la mejor
joya para dar, señor. 490
DON JUAN Buena es; y no es excusado
tomarla, por no excusar
lo que me habéis de pedir.
Enséñeos yo a recibir,
pues vos me enseñáis a dar. 495
DON LOPE El precio es más singular
que os sirváis della y de mí.

Escena X

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ.-**Dichos**.

DON ÁLVARO **(Sin ver a don Juan.)**
Hoy, Alcuzcuz, sólo a ti
quiero en la empresa que sigo
por compañero y amigo. 500
ALCUZCUZ Muy bien te fiar de mí;
aunque tu esfuerzo, no sé
qué ser lo que acá procura.
(**Aparte a** DON ÁLVARO. **Más quedo; que éste es su altura.)**
DON ÁLVARO ¿Aqueste es don Juan?
ALCUZCUZ Sí a fe.
DON ÁLVARO Con atención le veré, 505
por su fama y su opinión.
DON JUAN ¡Qué iguales las perlas son!
DON ÁLVARO **(Aparte.)** Y ya, aunque yo no quisiera
con atención verle, fuera
precisa en mí la atención. 510
Aquella sarta ¡ay de mí!
que en su mano ¡ay alma! ves,
bien la he conocido, es
la que yo a Maleca dí.
DON JUAN Vamos, don Lope, de aquí. 515
¡Qué admirado este soldado
de mirarme se ha quedado!
DON LOPE Pues ¿quién, señor, no se admira,
cada vez que el rostro os mira?

(**Vanse** DON JUAN, DON LOPE **y** SOLDADOS.)

Escena XI

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ.

DON ÁLVARO Suspenso y mudo he quedado. 520
ALCUZCUZ Ya, señor, que solo estás,
¿porqué has bajado, decir,
de la Alpujarra, y venir
aquí?
DON ÁLVARO Presto lo sabrás.
ALCUZCUZ Me no querer saber más 525
de que hasta aquí haber venido,
para ser arrepentido
de seguirte.
DON ÁLVARO Pues ¿por qué?
ALCUZCUZ Escuchar, e lo diré.
Me, sonior, cativo he sido 530
de un cristianilio soldado,
que si en el campo me ver,
matar.
DON ÁLVARO ¿Cómo puede ser,
si vienes tan disfrazado,
conocerte? Y pues mudado 535
el traje los dos traemos,
pasar entre ellos podemos,
sin sospecha averiguada,
por cristianos, pues en nada
ya moriscos parecemos. 540
ALCUZCUZ Tú, que bien el lengua hablar,
tú, que cativo no ser,
tú, que español parecer,
seguro poder pasar;
me, que no sé pronunciar, 545
me, que preso haber estado,
me, que este traje no he usado,
¿cómo excusar el castigo?
DON ÁLVARO Hablando sólo conmigo,
pues en fin, en un criado 550
ninguno reparará.
ALCUZCUZ ¿E si alguien quiere saber
de mé algo?
DON ÁLVARO No responder.
ALCUZCUZ ¿Quién no responder podrá?
DON ÁLVARO Quien mire cuánto le va. 555
ALCUZCUZ Mahoma solamente pudo
hacerme por fuerza mudo,
siendo tan grande hablador.
DON ÁLVARO Necios extremos de amor,

no dudo ¡ay de mí! no dudo 560
que acuséis mi atrevimiento,
pues idólatra gentil
de un sol puesto, en treinta mil
un soldado hallar intento
a quien sigo por el viento, 565
pues ni señas ni razón
traigo dél; más confusión
por admiración me das:
¿Qué importa un prodigio más,
adonde tantos lo son? 570
Bien sé, bien, que no es posible
hallar mi venganza, no;
mas ¿qué hiciera yo, si yo
no intentara lo imposible?
Pero aunque bien infalible 575
vi la primer seña, en vano
la creo, porque está llano
que es quien es, y es cosa clara
que un noble no ensangrentara
en una mujer la mano; 580
porque valor no asegura,
porque no arguye nobleza,
quien no admira una belleza,
quien no adora una hermosura
que en sí misma está segura: 585
luego no es suyo el rigor.
Mienten sus señas, amor
tus indicios han mentido;
que otro ha sido, que otro ha sido
el vil, el fiero, el traidor. 590

ALCUZCUZ ¿Ser eso a que haber venido?

DON ÁLVARO Sí.

ALCUZCUZ Pues presto nos volver,
porque ¿cómo puede ser,
sin haberle conocido,
hallarle?

DON ÁLVARO Cuando el efeto 595
no alcance, me lo prometo.

ALCUZCUZ Ésas el cartas serán
de «En la corte a mi hijo Juan,
que andar vestido de prieto».

DON ÁLVARO A ti no te toca más... 600

ALCUZCUZ Ya saber, que hablar por señas
en alguien viniendo.

DON ÁLVARO Sí.

ALCUZCUZ Ponga Alá tiento en mi lengua.

Escena XII

SOLDADOS.-**Dichos**.

SOLDADO 1.º La ganancia está partida
bien así, pues el que juega, 605
aunque vaya por dos, siempre
algo de ribete lleva.
SOLDADO 2.º ¿Por qué no ha de ser igual
la ganancia, si lo fuera
la pérdida?
SOLDADO 3.º Eso sí que es justo. 610
SOLDADO 1.º Mirad; yo nunca quisiera
tener con mis camaradas
por intereses pendencias:
haya solamente un hombre
que diga que es razón ésa, 615
y yo no hablaré palabra.
SOLDADO 2.º ¿Mas que lo dice cualquiera?
¡Ah soldado!...
ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡A mé decir,
e no responder! ¡Paciencia!
SOLDADO 2.º ¿No respondéis?
ALCUZCUZ Ha, ha, ha. 620
SOLDADO 3.º Mudo es.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡Si bien lo supieran!
DON ÁLVARO (**Aparte**. Éste ha de echarme a perder,
si yo no salgo a la enmienda.
Divertirlo importa.) Hidalgos
perdonad por vida vuestra, 625
si no entiende ese criado
lo que le mandáis, pues muestra
bien que es mudo.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** No ser mudo;
mas ser en casión como esta
pique, repique y capote, 630
pues que no tiene respuesta.
SOLDADO 2.º Lo que decirle quería,
ha sido suerte que pueda
mejorarse en vos, que es duda.
DON ÁLVARO Yo holgara satisfacerla. 635
SOLDADO 1.º Yo he ganado por los dos
entre el dinero una prenda,
que es este Cupido...
DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Ay triste!
SOLDADO 1.º De diamantes.
DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Ay Maleca!
Las joyas son de tus bodas 640
despojos de tus exequias.

¿Cómo he de vengarla, cómo,
si van tomando las señas
los extremos, pues alcanza
desde un soldado a una alteza? 645

SOLDADO l.º Al partir pues la ganancia,
le doy el Cupido en cuenta
en lo que yo le gané;
dice él que no quiere prendas:
Mirad si habiendo ganado 650
yo, no es justo que prefiera
en la partición.

DON ÁLVARO Yo quiero
componer la diferencia,
ya que he llegado a ocasión,
dando el dinero por ella 655
en que estuviere jugada;
pero con una advertencia,
que he de saber yo primero
quién la trajo, porque sea
segura.

SOLDADO 2.º Seguras son 660
todas cuantas hoy se juegan;
porque todo se ha ganado
en el saco de Galera
a esos perros.

DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Que yo, cielos,
tal escuche y tal consienta! 665

ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡Qué mé, ya que no matar,
no poderle hablar siquiera!

SOLDADO 1.º Yo os pondré con quien la trajo;
que él me contó aquí, por señas,
que entre sus joyas quitado 670
la había a una morisca bella,
a quien dio muerte.

DON ÁLVARO **(Aparte.)** ¡Ay de mí!

SOLDADO 1.º Venid: de su boca mesma
lo oiréis.

DON ÁLVARO (**Aparte**. No oiré; que primero,
como una vez quién es sepa, 675
le mataré a puñaladas.)
Vamos.

(**Vanse**.)

Vista exterior de un cuerpo de guardia.

Escena XIII

SOLDADOS; **y luego**, GARCÉS, DON ÁLVARO **y** ALCUZCUZ.

SOLDADOS **(Dentro.)** Deténganse.
OTROS **(Dentro.)** Afuera.

(Riñen dentro.)

UN SOLDADO **(Dentro.)** Tengo de darle la muerte,
aunque el mundo lo defienda.
OTRO SOLDADO Con nuestro enemigo es. 680
OTRO Pues, amigo, muera, muera.
GARCÉS **(Dentro.)** Si yo estoy solo, ¿qué importa
que todos contra mí sean?

(**Salen riñendo** GARCÉS **y** SOLDADOS, **y deteniéndolos** DON ÁLVARO; **detrás** ALCUZCUZ.)

DON ÁLVARO Tantos a uno, soldados,
es infamia y es bajeza. 685
Deténganse, o haré yo,
vive Dios, que se detengan.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡A bonas cosas venir,
a no hablar, e a ver pendencias!
UN SOLDADO Muerto soy. **(Cae dentro.)**

Escena XIV

DON LOPE, SOLDADOS.-**Dichos**.

DON LOPE ¿Qué es esto?
UN SOLDADO Muerto 690
está: huyamos, no nos prendan.

(Huyen todos los que reñían.)

GARCÉS **(A don Álvaro.)** La vida os debo, soldado:
yo, yo os pagaré la deuda. **(Vase.)**
DON LOPE Deteneos.
DON ÁLVARO Ya lo estoy.
DON LOPE De los dos las armas vengan: 695
Quitadle la espada.
DON ÁLVARO (**Aparte.** ¡Ay cielo!)
Mire usiría y advierta
que a poner la paz la saqué,
sin ser mía la pendencia.
DON LOPE Yo sólo sé que en el cuerpo 700
de guardia os hallo, con ella
desnuda y un hombre muerto.

DON ÁLVARO **(Aparte.)** Imposible es mi defensa.
¿A quién habrá sucedido
que a matar a un hombre venga, 705
y por darle vida a otro,
en tal peligro se vea?
DON LOPE Y vos, ¿no dais esa espada?
¡Bueno!, ¿hablador sois de señas?
Pues yo os he visto otra vez 710
hablar, si bien se me acuerda.
En ese cuerpo de guardia
presos aquestos dos tengan,
mientras sigo a los demás.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** Dos cosas me daban pena, 715
pendencia, e caliar; ya ser
tres, si bien hacer el cuenta.
Una, dos, tres: sí, tres ser,
prisión, caliar e pendencia.

(Llévanlos.)

Escena XV

DON JUAN DE AUSTRIA.-DON LOPE; **después**, DON JUAN DE MENDOZA.

DON JUAN ¿Qué ha sido aquesto, don Lope? 720
DON LOPE Fue, señor, una pendencia
en que un hombre muerto ha habido.
DON JUAN Pues si cosas como ésas
no se castigan, habrá
cada día mil tragedias; 725
mas usarse ha con templanza
de la justicia.

(**Sale** DON JUAN DE MENDOZA.)

MENDOZA Tu alteza
me dé sus pies.
DON JUAN ¿Qué hay, Mendoza?
¿Qué responde Abenhumeya?
MENDOZA Sorda trompeta de paz 730
toqué a la vista de Berja,
y muda bandera blanca
me respondió a la trompeta.
Entré con seguro dentro,
llegué al dosel o a la esfera 735
de Abenhumeya... Bien dije,
si estaba con él la bella
doña Isabel Tuzaní,

que hoy es Lidora, y su reina.
A la usanza de su ley 740
en una almohada me sienta,
gozando de embajador
en todo la prêminencia,
(**Aparte.** ¡Ay, amor, qué neciamente
dormidos gustos despiertas!) 745
y él de rey la autoridad.
Di tu embajada; y apenas
se divulgó que hoy a todos
dabas perdón, cuando empiezan
por las plazas y las calles 750
a hacer alegrías y fiestas.
Pero Abenhumeya, hijo
del valor y la soberbia,
encendido en saña, viendo
cuánto alborota y altera 755
a sus gentes el perdón,
esto me dio por respuesta:
«Yo soy rey de la Alpujarra;
y aunque es provincia pequeña,
a mi valor, presto España 760
se verá a mis plantas puesta.
Si no quieres ver su muerte,
dile a don Juan que se vuelva,
y si algún baharí morisco
gozar dese indulto piensa, 765
llevátele tú contigo
a que sirva en esa guerra
a Felipe, porque así
haya ése más a quien venza.»
Con esto me despidió, 770
dejando ya en arma puesta
la Alpujarra, porque toda,
ya civiles bandos hecha,
unos «España» apellidan,
otros «África» vocean; 775
de suerte que su mayor
ruina, que su mayor guerra
hoy, parciales y divisos,
tienen dentro de sus puertas.

DON JUAN

Nunca tiene más asiento, 780
más duración ni más fuerza
un rey tirano, porque
los primeros que le alientan
al principio, son al fin
los primeros que le dejan, 785
quizá bañado en su sangre.
Y pues hoy desa manera

la Alpujarra está, antes que ellos
víboras humanas sean
que se den muerte a sí mismos, 790
marche el campo todo a Berja,
y venzámoslos nosotros
primero que ellos se venzan:
no hagamos suya la hazaña,
si hacerla podemos nuestra. 795

(Vanse.)

Prisión en el cuerpo de guardia.

Escena XVI

ALCUZCUZ **y** DON ÁLVARO, **con las manos atadas**.

ALCUZCUZ El rato que estar aquí
solos los dos e poder
hablar, quijera saber,
sonior Tozaní, de ti,
ya que Alpojarra dejar 800
e a aquesta terra venir,
si fue a matar, o a morir.
DON ÁLVARO A morir, y no a matar.
ALCUZCUZ Quien poner en paz pendencia,
el peor parte ha lievado. 805
DON ÁLVARO Como yo no era culpado,
no me puse en resistencia;
que este corazón gentil
puesto en defensa, mil presto
me dejaran.
ALCUZCUZ Con todo esto, 810
yo me atener a los mil.
DON ÁLVARO En fin, ¿yo dejé de ver
al que infame se alabó
de que las joyas quitó,
dando muerte a una mujer? 815
ALCUZCUZ No ser eso lo peor,
si no estar mandados ya
confesar. Mas ¿qué será
ver venir al confesor,
creyendo crestianos ser? 820
DON ÁLVARO Ya que todo lo he perdido,
me he de vender bien vendido.
ALCUZCUZ Pues ¿qué pensar ahora hacer?
DON ÁLVARO Con un puñal que escondido
en la cinta me quedó, 825

que siempre debajo yo
de la casaca he traído,
dar a esa posta la muerte.

ALCUZCUZ ¿Con qué manos?

DON ÁLVARO ¿No podrás
con los dientes por detrás 830
romper ese lazo fuerte?

ALCUZCUZ Por detrás... y dientes... no
estar muy limpia la traza.

DON ÁLVARO Llega, rompe o desenlaza
el cordel...

ALCUZCUZ Sí haré.

DON ÁLVARO Que yo 835
veré si te ven.

ALCUZCUZ **(Desátale.)** Ya estar:
romper tú el mío.

DON ÁLVARO No puedo;
que entra gente.

ALCUZCUZ Así me quedo
con cordel y sin hablar.

(Retíranse.)

Escena XVII

UN SOLDADO, **que hace la posta**; GARCÉS, **con prisiones**.-**Dichos**.

SOLDADO (**A** GARCÉS.) Aquel vuestro camarada 840
y un criado suyo mudo,
que animoso sacar pudo
a vuestro lado la espada,
son los que veis.

GARCÉS Aunque es fuerza
sentir que me hayan prendido 845
tantos como me han seguido,
en una parte me esfuerza
no sentirlo el librar
a quien la vida me dio,
pues en su descargo yo 850
me tengo de declarar.
Vos a don Juan mi señor
de Mendoza le decí
cómo preso quedo aquí:
que merced me haga y favor 855
de verme, para que pida
mi vida al señor don Juan,
pues mis servicios serán
los méritos de mi vida.

SOLDADO Yo le diré que aquí os vea, 860
en acabando de hacer
la posta.
DON ÁLVARO (**Aparte a** ALCUZCUZ.)
Tú puedes ver,
como al descuido, quién sea
el que con la posta ha entrado
en la prisión.
ALCUZCUZ Sí veré.- 865
¡Ay de mí! (**Repara en** GARCÉS.)
DON ÁLVARO ¿Qué tienes?
ALCUZCUZ ¿Qué?
El haber aquí llegado...
DON ÁLVARO Prosigue.
ALCUZCUZ Estar de horror lleno.
DON ÁLVARO Habla.
ALCUZCUZ De temor no vivo.
DON ÁLVARO Di.
ALCUZCUZ Ser de quien fui cautivo, 870
ser a quien corrí el voneno.
Sin duda saber que aquí
estar... Mas por sí o por no,
el cara guardaré yo,
para que no me vea, así. 875

(Échase como que quiere dormir.)

GARCÉS (**A** DON ÁLVARO.**)** Puesto que sin conoceros
ni haberos servido en nada,
me dio vida vuestra espada,
bien crêréis que siento el veros
desa suerte. Si pudiera 880
tener mi prisión consuelo,
el libraros, vive el cielo,
sólo mi consuelo fuera.
DON ÁLVARO Guárdeos Dios.
ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¿Preso venir,
y el de la pendencia ser? 885
Sí; que entonces no le ver
con la prisa del reñir.
GARCÉS En fin, hidalgo, no os dé
cuidado vuestra prisión;
que yo, por la obligación 890
en que entonces os quedé,
la vida pondré, primero
que vos, siendo mía, paguéis
la culpa que no tenéis.
DON ÁLVARO De vuestro valor lo espero; 895
si bien mi prisión no ha sido

lo que más siento, por Dios,
sino que perdí por vos
la ocasión que me ha traído
a esta tierra.

SOLDADO No tenéis 900
que temer los dos morir,
pues siempre he oído decir,
y aun vosotros lo sabéis,
que si de una muerte son
dos los cómplices, no habiendo 905
más de una herida, y no siendo
caso pensado o traición,
uno muera solamente,
y que éste que muere sea
el de la cara más fea. 910

ALCUZCUZ **(Aparte.)** El que tal decir revente.

SOLDADO Y así, el tal mudo este día,
de todos tres, morirá.

(Vase.)

Escena XVIII

DON ÁLVARO, GARCÉS, ALCUZCUZ.

ALCUZCUZ **(Aparte.)** Claro estar, porque no habrá
cara peor que la mía 915
en el mundo.

GARCÉS De vos creo
que aquesta merced me haréis,
ya que obligado me habéis.

ALCUZCUZ **(Aparte.)** ¡Ley ser morir el más feo!

GARCÉS Quizá yo os podré decir 920
dél. ¿Cómo se llama?

DON ÁLVARO No
lo sé.

GARCÉS ¿En qué tercio llegó
a esta ocasión a servir?

DON ÁLVARO No lo sé.

GARCÉS ¿Qué señas tiene?

DON ÁLVARO No sé.

GARCÉS Pues bien le hallaréis, 925
si su nombre no sabéis,
ni señas, ni con quién viene.

DON ÁLVARO Pues sin saberle las señas,
nombre, ni con quién está,
le he tenido hallado ya. 930

GARCÉS No son enigmas pequeñas

las vuestras; pero no os dé
cuidado, pues en sabiendo
su alteza este caso, entiendo
que me dé vida, porque 935
me tiene a mí obligación
tan grande, que si no fuera
por mí, no entrara en Galera;
y esa perdida ocasión
hallar podremos los dos; 940
que de quien sois obligado,
he de estar a vuestro lado
al bien y al mal, vive Dios.

DON ÁLVARO En efecto, ¿que vos fuisteis
el que entrasteis en Galera? 945

GARCÉS ¡Pluguiera a Dios no lo fuera!

DON ÁLVARO ¿Por qué, si esa hazaña hicisteis?

GARCÉS Porque desde que yo en ella
el primero puse el pie,
no sé qué influjo, no sé 950
qué hado, qué rigor, qué estrella
me persigue, que no ha habido
cosa que a la suerte mía,
desde aquel infausto día
mal no me haya sucedido. 955

DON ÁLVARO ¿De qué os nace ese recelo?

GARCÉS No sé, sino es de que allí
muerte a una morisca di,
y se ofendió todo el cielo,
porque su hermosura era 960
su traslado.

DON ÁLVARO ¿Tan hermosa
era?

GARCÉS Sí.

DON ÁLVARO (**Aparte** ¡Ay perdida esposa!)
¿Cómo fue?

GARCÉS Desta manera.
Estando de posta un día,
entre unas espesas ramas, 965
que a los lutos de la noche
iban pisando las faldas,
prendí a un morisco. No quiero
(que éstas son cosas muy largas)
deciros que me engañó, 970
llevándome entre unas altas
peñas, adonde sus voces
convocaron la Alpujarra;
que huyendo dél, me escondí
en una gruta; pues basta 975
decir que ésta fue la mina,

que en una peña cavada,
monstruo fue que concibió
tanto fuego en sus entrañas.
Yo fui quien noticia della 980
traje al señor don Juan de Austria,
y yo fui quien al ingenio
la noche estuve de guardia,
yo quien de la batería
mantuve siempre la entrada 985
a la otra gente, y yo en fin
quien por medio de las llamas
penetré la villa, siendo
su racional salamandra,
hasta que llegué, pasando 990
globos de fuego, a una casa
fuerte, que sin duda era
de la gente plaza de armas,
pues por allí se avanzó toda.-
Pero parece que os cansa 995
mi relación, y que no
tenéis gusto en escucharla.

DON ÁLVARO
No es sino que divertido
acá en mis penas estaba.
Proseguid.

GARCÉS
Llegué, en efecto, 1000
lleno de cólera y rabia,
a la casa de Malec
(que era en fin toda mi ansia
el palacio o casa fuerte),
al tiempo que ya su alcázar 1005
don Lope de Figueroa,
lustre y honor de su patria,
rendido tenía y sitiado
del fuego por partes varias,
y muerto al alcaide. Yo 1010
que entre el aplauso buscaba
el provecho, aunque mal juntos
provecho y honor se hallan,
ambiciosamente osado
discurrí todas las salas, 1015
penetré todas las piezas,
hasta que llegué a una cuadra
pequeña, último retrete
de la más bella africana
que vieron jamás mis ojos. 1020
¡Ah!, ¡quién supiera pintarla!,
mas no es tiempo de pinturas.
Confusa, al fin, y turbada
de verme, como si fueran

las cortinas de una cama 1025
de una muralla cortinas,
detrás se esconde y ampara.-
Pero con llanto en los ojos,
y sin color en la cara
os habéis quedado.

DON ÁLVARO Son 1030
memorias de mis desgracias,
muy parecidas a ésas.

GARCÉS Tened, tened confianza,
si es por la ocasión perdida:
quien no la busca, la halla. 1035

DON ÁLVARO Decís verdad. Proseguid.

GARCÉS Entré tras ella, y estaba
tan alhajada de joyas,
tan guarnecida de galas,
que más parecía que amante 1040
prevenía y esperaba
bodas que exequias. Yo viendo
tal belleza, quise darla
la vida, como al rescate
saliese fiadora el alma. 1045
Apenas, pues, me atreví
a asirla una mano blanca,
cuando me dijo: «Cristiano,
si es más ambición que fama
mi muerte, pues con la sangre 1050
de una mujer más se mancha
que se acicala el acero,
estas joyas satisfagan
tu hidrópica sed, y deja
limpio el lecho, la fe intacta 1055
de un pecho, donde se encierran
misterios que aún él no alcanza.»
-Llegué a los brazos...

DON ÁLVARO Espera:
escucha, detente, aguarda,
no llegues a ellos. -¿Qué digo? 1060
Mis discursos me arrebatan
la voz. Proseguid; que a mí
eso no me importa nada.
(**Aparte** ¡Pluguiera a amor, pues más siento
ya el quererla que el matarla!) 1065

GARCÉS Dio voces en la defensa
de su vida y de su fama:
Yo, viendo que ya acudía
otra gente, y que ya estaba
perdida la una vitoria, 1070
no quise perderlas ambas,

ni que los otros soldados
conmigo a la parte entraran;
y así, trocando el amor
entonces en la venganza 1075
(qué fácilmente el afecto
de un extremo al otro pasa),
arrebatado no sé
de qué furia, de qué saña
que me movió el brazo entonces 1080
(aun repetido es infamia),
o por quitarla una joya
de diamantes y una sarta
de perlas, dejando todo
un cielo de nieve y grana, 1085
la atravesé el pecho.

DON ÁLVARO ¿Fue
como ésta la puñalada?

(Saca un puñal y hiérele.)

¡Ay de mí!

ALCUZCUZ Aquesto estar hecho.

DON ÁLVARO Muere, traidor.

GARCÉS ¿Tú me matas?

DON ÁLVARO Sí, porque esa beldad muerta, 1090
esa rosa deshojada,
el alma fue de mi vida,
y hoy es vida de mi alma.
Tú eres el que busco, tú
tras quien me trae mi esperanza 1095
a vengar a su hermosura.

GARCÉS ¡Ah, que me coges sin armas
y con traición!

DON ÁLVARO Nunca consta
de términos la venganza.
Don Álvaro Tuzaní, 1100
su esposo, es el que te mata.

ALCUZCUZ Y yo ser perro cristiano,
Alcuzcuz, que en la pasada
ocasión llevar alforja.

GARCÉS ¿Para qué vida me dabas 1105
si me habías de dar muerte?-
¡Ah posta, posta de guardia! **(Muere.)**

Escena XIX

DON JUAN DE MENDOZA, SOLDADOS.-DON ÁLVARO, ALCUZCUZ; GARCÉS, **muerto**.

MENDOZA **(Dentro.)** ¿Qué voces son éstas? Abre
la puerta; que Garcés llama,
a quien yo vengo a buscar. 1110

(**Salen** DON JUAN DE MENDOZA **y** SOLDADOS.)

¿Qué es esto?

(Quita DON ÁLVARO **la espada a un soldado.)**

DON ÁLVARO Suelta esa espada.
Señor don Juan de Mendoza,
yo soy, si el verme os espanta,
Tuzaní, a quien apellidan
el rayo de la Alpujarra. 1115
A vengar vine la muerte
de una beldad soberana;
que no ama quien no venga
injurias de lo que ama.
Yo en otra prisión a vos 1120
os busqué, donde las armas
iguales los dos medimos,
cuerpo a cuerpo y cara a cara.
Si en esta prisión venís
a buscarme vos, bastaba 1125
venir solo, pues que sois
quien sois; que esto sólo basta.
Pero si es que habéis venido
acaso, nobles desgracias
defiendan los hombres nobles: 1130
hacedme esa puerta franca.
MENDOZA Yo me holgara, Tuzaní,
que en ocasión tan extraña
con reputación pudiera
guardaros yo las espaldas; 1135
mas ya veis que hacer no puedo
al servicio del rey falta,
y es su servicio mataros
cuando en su ejército os hallan:
y así, he de ser el primero 1140
que os mate.
DON ÁLVARO No importa nada
que la puerta me cerréis,
que yo la haré a cuchilladas... **(Acuchíllanse.)**
UN SOLDADO Muerto soy. **(Huye, y cae dentro.)**
OTRO De los abismos
es furia que se desata. 1145
DON ÁLVARO Ahora veréis que soy

el Tuzaní, a quien la fama
apellidará en sus triunfos
el vengador de su dama.

(Huyen los soldados.)

MENDOZA Primero verás tu muerte. 1150
ALCUZCUZ Pregunto: el de mala cara,
¿es ley morir?

Escena XX

DON JUAN DE AUSTRIA, DON LOPE, *y* SOLDADOS.-DON ÁLVARO, DON JUAN DE MENDOZA, ALCUZCUZ; GARCÉS, **muerto**.

DON LOPE ¿Qué es aquesto?
¿Quién este alboroto causa?
DON JUAN Don Juan, ¿qué es esto?
MENDOZA Es, señor,
una cosa bien extraña. 1155
Es un morisco que viene
solo desde la Alpujarra
a matar un hombre, que
dice que mató a su dama
en el saco de Galera, 1160
y le ha muerto a puñaladas.
DON LOPE ¿Tu dama había muerto?
DON ÁLVARO Sí.
DON LOPE Bien hiciste.-Señor, manda
dejarle; que este delito
más es digno de alabanza 1165
que de castigo; que tú
mataras a quien matara
a tu dama, vive Dios,
o no fueras don Juan de Austria.
MENDOZA Mira que es el Tuzaní, 1170
y que será de importancia
prenderle.
DON JUAN Date a prisión.
DON ÁLVARO Aunque tu valor lo manda,
no estoy dese parecer;
y por tu respeto basta 1175
que la defensa que intento
sea volverte la espalda.

(Vase.)

DON JUAN Seguidle todos, seguidle.

(Éntranse todos siguiendo a DON ÁLVARO.**)**

Vista exterior de los muros de Berja.

Escena XXI

DOÑA ISABEL **y** SOLDADOS MORISCOS **en el muro; después,** DON ÁLVARO, DON JUAN DE AUSTRIA **y** SOLDADOS.

DOÑA ISABEL — Haz con esa seña blanca
llamada al campo cristiano. 1180

(**Sale** DON ÁLVARO)

DON ÁLVARO — Entre picas y alabardas
he rompido, hasta llegar
a los pies desta montaña.
UN SOLDADO — **(Dentro.)** Antes que entre en la espesura,
un mosquete le dispara. 1185
DON ÁLVARO — Todos sois pocos: cercadme.
UN MORISCO — A Berja subid.
DOÑA ISABEL — Aguarda.
¡Tuzaní, señor!
DON ÁLVARO — Lidora,
toda esa gente, esas armas
tras mí vienen.
DOÑA ISABEL — Pues no temas. 1190

(Vanse del muro ella y los moriscos.)

DON JUAN — **(Dentro.)** Tronco a tronco y rama a rama
talad el campo hasta hallarle.

(**Salen** DON JUAN DE AUSTRIA **y soldados, y por otro lado** DOÑA ISABEL **y** MORISCOS.)

DOÑA ISABEL — Generoso don Juan de Austria,
hijo del águila hermosa
que al sol mira cara a cara, 1195
todo ese monte que ves
rebelde a tus esperanzas,
una mujer, si la escuchas,
viene a ponerle a tus plantas.
Doña Isabel Tuzaní 1200
soy, que aquí tiranizada,
viví morisca en la voz

y católica en el alma.
Mujer soy de Abenhumeya,
cuya muerte desdichada 1205
ensangrentó su corona
con su sangre y con sus armas;
porque viendo los moriscos
que general perdón dabas,
trataron rendirse: tal 1210
es de un vulgo la inconstancia,
que los designios de hoy
intentan borrar mañana.
Y viendo que Abenhumeya
con valor les afeaba 1215
su cobardía, al entrar
la compañía de guardia,
su capitán le tomó
las puertas, y hasta la sala
del dosel, entró diciendo: 1220
«Date por el rey de España.
-¿Prenderme a mí?», dijo entonces,
y al ir a empuñar la espada,
diciendo a voces la gente:
«¡Viva el sacro nombre de Austria!» 1225
Un soldado en la cabeza
empleó la partesana;
que como de la corona
juzgó vivir adornada,
fue capaz sujeto a un tiempo 1230
de la dicha y la desgracia.
Cayó en la tierra, y cayeron
con él tantas esperanzas
como suspenso tenían
el mundo con sus hazañas; 1235
que al amago antes que al golpe,
pudo titubear España.
Si el venir, señor, adonde,
puesta a tus heroicas plantas
del valiente Abenhumeya 1240
la corona ensangrentada,
te merecen un perdón, puesto
que hoy a los demás alcanza;
goce de su indulto el noble
Tuzaní; que yo postrada 1245
a tus pies, más que el ser reina
estimara ser tu esclava.

DON JUAN

Poco has pedido en albricias:
hermosa Isabel, levanta.
Viva el Tuzaní, quedando 1250
la más amorosa hazaña

del mundo escrita en los bronces
del olvido y de la fama.

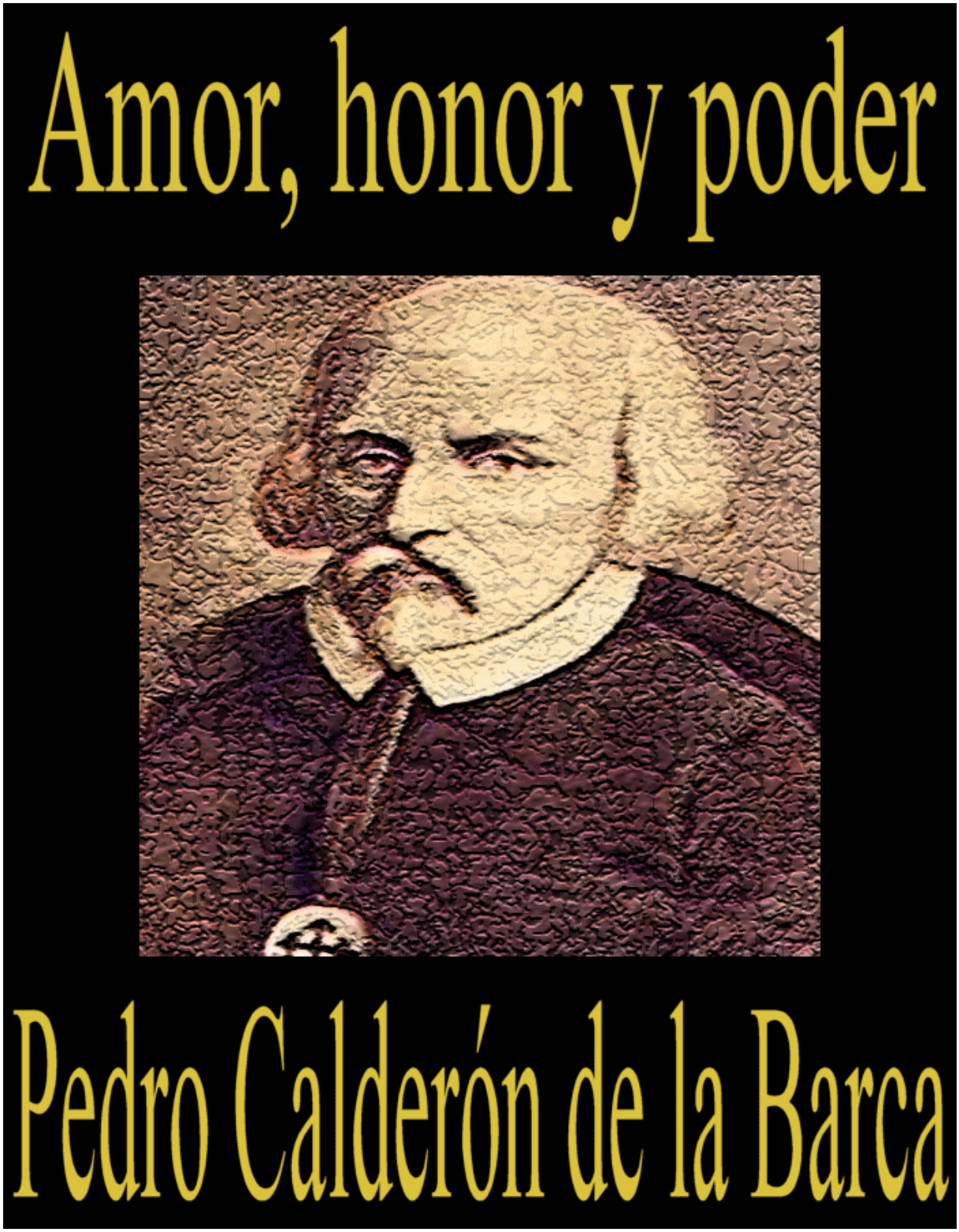
DON ÁLVARO Dame tus pies.

ALCUZCUZ Y mé ¿estar
perdonado?

DON JUAN Sí.

DON ÁLVARO Aquí acaba 1255
Amar después de la muerte
y el sitio de la Alpujarra.

Amor, honor y poder
Pedro Calderón de la Barca



Personas que hablan en ella:

EL REY.
TEOBALDO.
EL CONDE.
LUDOVICO.
ENRICO.
ESTELA.
INFANTA.
UN CAZADOR.
TOSCO, *villano*.

Jornada I

Salen ENRICO **y** ESTELA.

ENRICO No salgas, Estela, al monte,
vuélvete al castillo, hermana,
que por estos campos hoy
ha salido el Rey a caza.
No te vea de la suerte 5
que en las soledades andas,
causando a Venus desprecio,
dando envidias a Dïana,
cuando Diosa destos montes,
que miden veloz tus plantas, 10
o son las cumbres de Chipre
o son las selvas de Arcadia.
Por tu gusto, Estela, vives
en Salveric retirada
del aplauso de la corte, 15
del adorno de sus galas.
Aquí un hermano te sirva,
aquí un padre te acompaña
y aquí un monte te obedece,
que reina suya te llama. 20
No te vea el Rey y piense,
viendo la humildad que tratas, [221v]
que lo que es sobra del gusto,
viene a ser del honor falta.
Por tu vida que te quedes 25
en Salveric y no salgas
hoy al monte.
ESTELA No saldré,
que ser gusto tuyo basta.
Desde aquí al castillo vuelvo
a obedecer lo que mandas. 30
ENRICO Yo, hermana, te lo suplico,

queda a Dios.
UNA VOZ **(Dentro.)** ¡Aparta, aparta!
ENRICO ¿Qué voz es esta?
UNA VOZ **(Dentro.)** Poned
delante dellas espadas.
Tente indómito caballo. 35
ESTELA Desde aquellas cumbres altas
un caballo se despeña
con una mujer.
ENRICO Hoy baja
despeñado otro Faetonte.
Poco le debo, si aguarda 40
más ocasión mi valor,
para mostrarse, pues basta
el ser mujer. **(Vase.)**
ESTELA En el viento
apenas pone las plantas,
porque un volante que al sol 45
le vuelve otro sol de plata,
lleno del viento que deja
le va sirviendo de alas.
Tan igualmente ligeros
los pies y manos levanta, 50
que parece que a los cielos
tira la yerba que arranca,
tan bañado en sus espumas,
que parece que un mar pasa
y que pegado en los pechos 55
el mar a pedazos saca.
Firme la dama le oprime
y aunque sean tan contrarias
la de un bruto y la de un sol,
son dos cuerpos con un alma. 60
Ella cobarde se anima
y animosa se desmaya,
que es el peligro forzoso,
donde la fuerza es tan flaca.
Pero ya Enrico, mi hermano, 65
saliendo al paso le aguarda,
aunque un monte es imposible
esperarle cara a cara.
Atravesado se arroja
y el tiro al bocado agarra 70
y asiendo el freno en la mano,
se le opuso a su arrogancia.
Con la izquierda en un sujeto
el viento y el fuego para,
y con la derecha a un punto 75
por el arzón mismo saca
a la dama, que en los brazos
sin aliento y desmayada,
el sobresalto al peligro,
lo que le debe le paga. 80
Y tirando el freno, cuando

a la silla el brazo alarga,
volvió el caballo, parece
que a mirar lo que llevaba,
porque envidioso de verse 85
dueño de gloria tan alta,
quiso con bárbaro intento,
sino perderla, robarla.
Mas ya con ella en los brazos
al valle mi hermano baja, 90
que parece que del sol
harto su esplendor la llama.

(Sale ENRICO **con la** INFANTA **en los brazos**.**)**

ENRICO ¡Hermana, Estrella! Volando
trae de aquesa fuente agua
o entra por ella al castillo. 95
ESTELA Yo voy presto; aquí me aguarda. **(Vase**.**)**
ENRICO Trae el agua, que mis ojos
no me darán la que basta,
porque será breve el mar
para vencer fuerza tanta. 100
¡Qué mucho, si el mismo sol,
aunque con luz eclipsada,
hoy en sus rayos me quema,
hoy en sus rayos me abrasa!
¿Quién ha visto, quién ha visto, 105
aunque por suertes contrarias,
desgraciada la ventura,
venturosa la desgracia?
¡Señora, señora! Apenas
oye mi voz y turbada 110
la color, en un compuesto
mezcló la nieve y el nácar.
Y dichosamente unida,
nieve roja o rosas blancas,
se vio purpúrea la nieve 115
y la púrpura nevada.
No sé qué deidad oculta
a su adoración me llama,
que de tan forzoso efeto
no determino la causa. 120
¡Señora!
INFANTA ¡Válgame el cielo!
ENRICO ¡Albricias, cielos, que habla!
¡Alma, albricias!
INFANTA ¿Dónde estoy?
ENRICO ¡Ah señora!
INFANTA ¿Quién me llama?
ENRICO Quien del alma la mitad, 125
hoy a tu vida consagra
y por no dejar de verte,
no te ofrece toda el alma.
Aquel caballo, sin duda,

es el Júpiter que anda 130
enamorado y tomó
forma en apariencia rara,
para que tú fueras, cuando
le oprimieras las espaldas,
Europa de Inglaterra, 135
y él el caballo de España.
¿Cómo te sientes?

INFANTA Mejor.
Mas ¿quién eres tú, que amparas
mi vida?

ENRICO Soy quien la tuya
también ofrece a tus plantas. 140

INFANTA ¿La vida te debo?

ENRICO Es cierto;
mas procedes tan tirana,
que cuando te doy la vida,
en satisfación me matas.

INFANTA (**[Aparte**.**]** Agradecida le escucho, 145
que del honor fuera falta
la ingratitud a quien debo
la vida.) ¿Cómo te llamas?

ENRICO Enrico de Salveric,
que vivo en estas montañas, 150
en el castillo famoso
que es mi apellido y mi casa.
Aquí podrás descansar.
Yo quisiera que el alcázar
fuera del sol. Mas ¿quién eres? 155

INFANTA Yo soy...

(Sale el REY, LUDOVICO, TEOBALDO **y acompañamiento**.**)**

LUDOVICO Aquí está la Infanta.

REY Hermana, dame tus brazos.
¿Cómo te sientes?

INFANTA No es nada
el dolor, aunque no puedo
estar en pie.

REY Pues llevadla 160
a ese castillo y en él
descanse lo que le falta
al día, que ya con sombras
negras la noche amenaza.

TEOBALDO ¡Dichoso quien llega a verte 165
con vida, porque presaga
el alma de tus desdichas,
temió tu muerte temprana!
¡Vida te dio mi deseo!

INFANTA Yo procuraré pagarla, 170
que a quien me ha dado la vida,
no es mucho que le dé el alma. **(Vase**.**)**

ENRICO (**[Aparte**.**]** ¡Ay arrogantes deseos!
¡Ay humildes confïanzas!

¡Ay cobardes presunciones! 175
¡Ay satisfaciones falsas!
¡Ay esperanzas perdidas!
La Infanta, ¡cielos!, la Infanta
es a la que di la vida
y la que me quita el alma.) 180
Vuestra Majestad me dé
a besar sus Reales plantas,
si de la tierra que piso
merezco tocar la estampa.

REY ¿Quién eres?

ENRICO Enrico soy. 185
de Salveric, que mi casa
es hoy, pues a honrarla vienes,
venturosa en tal desgracia.

REY ¿Cómo retirado vives
de la corte?

ENRICO Porque halla 190
mi padre en la soledad
más quietud a su edad larga.

REY ¿Vive todavía el Conde?

ENRICO Sí señor.

REY Fue la privanza
de mi padre. ¿Y solo tú 195
su soledad acompañas
o vive también Estela
con vosotros?

ENRICO **[Aparte.]** ¡Cosa extraña
que no pudiese encubrirlo!
Aquí está, señor, mi hermana, 200
que también del campo gusta.

REY Mucho le debe a la fama.
¿Qué dicen, que es muy hermosa?

ENRICO Siempre la opinión se alarga,
que no es muy hermosa Estela, 205
el no ser fea le basta.

REY Dícenme que es muy discreta.

ENRICO Sabe, señor, cosa es clara,
lo que tiene obligación
una mujer en su casa. 210

REY Mucho me holgara de verla.

ENRICO No es el traje en que ella anda,
digno, señor, de tus ojos;
y esta sola fue la causa
para excusar de que tú 215
la vieras.

(**Sale** ESTELA.)

ESTELA Aquí está el agua.
Mas ¡qué miro!

ENRICO Estela es esta,
que cuando cayó la Infanta
fue por agua y viene agora.

REY Mejor dijeras que el alba, 220
vestida de resplandores
o de rayos coronada,
otra vez al campo sale
y que entre sus manos blancas
trae congelado el rocío, 225
que por lágrimas derrama.
ESTELA Vuestra Majestad, señor,
disculpando la ignorancia
que me permite este traje,
me dé sus manos.
REY Levanta, 230
no me acuse la soberbia
que tuve un cielo a mis plantas
porque si otras hermosuras
un mundo pequeño llaman,
tú eres un cielo pequeño. 235
ENRICO ¡Qué bien la humildad ensalzas!
El cielo aumente tu vida.
REY (**[Aparte.]** ¡Oh lo que este hermano habla!)
¡Ah Ludovico!
LUDOVICO Señor.
REY No sé qué siento en el alma, 240
que con decirme que es mía,
ya como ajena me trata.
LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Ay Estela! ¡Quién creyera,
que cuando a verte llegara,
vencieran celos de un rey 245
el contento que me causas!)
¿Qué sientes?
REY Siento temor,
con el amor en batalla
y cuanto el amor me anima
tanto el amor me acobarda. 250
Estela me da contento
y aqueste hermano me cansa.
LUDOVICO Échale de aquí, que todo
es invenciones quien ama.
REY Bien me aconsejas.
LUDOVICO **[Aparte.]** ¡Ay cielos! 255
¡Oh mal haya, amor, mal haya
el que contra sí aconseja!
ENRICO Su Alteza, Estela, está en casa
y pues ha sido ventura
nuestra, tan gran desgracia, 260
aunque como en monte sea
ve a servilla y regalarla.
Vuestra Majestad, señor,
dé licencia. Vete hermana,
que la agua no es menester. 265
REY Mejor será que tú vayas,
que aunque yo no haya caído
aquí es menester el agua.
El cansancio y el calor,

pensión propia de la caza, 270
me tienen con sed y quiero
beber. Vete, pues, ¿qué aguardas?

ENRICO **[Aparte.]** Mi muerte decir pudiera,
pues voy, por suertes contrarias,
de tu hermana enamorado 275
y celoso de mi hermana. **(Vase.)**

REY Turbado a tu vista llego,
que cuando amor me provoca,
teniendo el agua en la boca,
bebo por los ojos fuego. 280
Si entre sus rayos me anego,
como en sus ondas me abraso
de un extremo al otro paso.
¿Quién ha visto efecto igual,
que esté en la mano el cristal 285
y esté la llama en el vaso?
Cuando el sol sobre la nieve
su rubio esplendor desata,
hace una nube de plata
que del monte al valle llueve. 290
Uno corre y otro bebe.
Y ansí en efectos tan llanos,
de tus ojos soberanos
la luz en las manos dio
y ese cristal desató 295
de la nieve de tus manos.
Yo, a tu luz turbado y ciego
busco el agua; pero ya
mal mi fuego templará,
si está en el agua mi fuego. 300
Abrásome, pero luego,
que el cristal hermoso pruebo,
el agua a los ojos llevo,
que en tan confusos enojos,
tienen sed labios y ojos. 305

ESTELA Bebed ya.

REY Pues ya ¿no bebo?

ESTELA Lisonjera, libre, ingrata,
dulce y süave una fuente,
hace apacible y corriente
de cristal y undosa plata. 310
Lisonjera se dilata,
porque hablaba y no sentía,
süave, porque fingía,
libre, porque murmuraba,
dulce, porque lisonjeaba, 315
y ingrata, porque corría.
Aquí, Vuestra Majestad,
podrá templar el rigor
de tanto fuego, mejor,
porque tanta claridad 320
quizá ofende por verdad.
Y si este cristal deshecho

abrasa y yela, sospecho
que en mi pecho se ha de hallar
el yelo para templar 325
el fuego de vuestro pecho.
Bebed, templad los enojos
de tan sedientos agravios.

REY Ya doy el agua a los labios,
teniendo el fuego en los ojos. 330

ESTELA De tan contrarios despojos
la causa a decir me atrevo.

REY A la boca el agua llevo
y mis ojos me la dan,
que ya con más sed están. 335

ESTELA Bebed ya.

REY Pues ya ¿no bebo?
Pero este cristal pretende
acabarme con cautela.
Si fuego, ¿cómo me yela?
Si yelo, ¿cómo me enciende? 340
Si libre, ¿cómo pretende?
Si apacible, ¿cómo daña?
¡Oh cómo me desengaña
el agua, si es lisonjera!
¡Oh cómo en pena tan fiera, 345
siendo tan clara, me engaña!

ESTELA Claro y ardiendo pretende
experiencia tan extraña,
como claro desengaña
y desengañando enciende. 350
Si vuestra intención me ofende,
dándome el cristal consejo,
en él la respuesta dejo
y es fuerza desengañar,
si para hacerlo ha de estar 355
en mis manos un espejo.
Vuestra Majestad me dé
licencia.

REY Un instante espera.
(**[Aparte.]** ¡Ay, Ludovico! quisiera...)

LUDOVICO ¿Qué quisieras?

REY No lo sé. 360
Toda mi vida pensé
que amor cuando un rey se atreve,
flechas de oro y rayos mueve.
Mas ¿qué resistencia aguardo,
si para el fuego en que ardo 365
hoy vibra rayos de nieve?
Mil cosas decir quisiera
de mi desdicha importuna
y apenas he dicho alguna,
cuando vuelvo a la primera. 370
Mis extremos considera,
pues cuando llego a sentir
el fuego en que he de morir

y le pretendo contar,
me contento con mirar 375
y se quedan sin decir.
Tú eres discreto y sabrás
la ocasión de mi cuidado,
y al fin, desapasionado
mucho mejor le dirás, 380
que no puedo sufrir más
el incendio que sentí.
Di que libre vine aquí,
di que ya tendido lloro,
di que su rigor adoro 385
y al fin dila que la vi. **(Vase.)**

LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Yo le diré tus desvelos
y seré, mas ofendido,
el primero que haya sido
el tercero de sus celos.) 390
Estela, oye, el Rey, ¡ah cielos!
como desapasionado,
aqueste amor me ha fïado.
¡Qué mal su daño advirtió,
si está enamorado, y yo, 395
celoso y enamorado!
Que te diga, me ha mandado,
lo que yo mismo dijera,
si enamorado me viera
no tengo la culpa yo, 400
pues él la ocasión me dio.
Si cuando a mirarte llego
me abraso en el mismo fuego,
no es nuevo el mal que resisto,
que ya en el mundo se ha visto 405
guiar un ciego a otro ciego.
Díjome, que no sabía
encarecerte su pena,
que la diga como ajena
y dígola como mía. 410
Estela, si te quería,
pregúntaselo a los cielos,
testigos de mis desvelos.
Pero en confusión tan brava,
si otro en los celos acaba, 415
mi amor se empieza en los celos.

ESTELA El Rey de una misma suerte
a ti te ha dado ocasión
para decir tu pasión
y a mí para responderte. 420
Dile al Rey cuán mal advierte
en mi honor siempre fïel.
Ser noble, no es ser crüel,
pues dices lo que a él le obliga,
dirasle al Rey que te diga 425
lo que le respondí a él. **(Vase.)**

LUDOVICO ¿Quién en el mundo se ha hallado,

cuando tal rigor me ofreces,
enamorado dos veces
y dos veces despreciado? 430
Celoso y enamorado,
con propio y ajeno amor,
llegué a pedirte un favor.
Si el desprecio solicitas
por los celos que me quitas, 435
yo te perdono el rigor. **(Vase.)**

(Sale un CAZADOR **por una puerta**, **y** TOSCO **villano por otra y dicen dentro primero.)**

CAZADOR ¡Hola, hao, pastor!
TOSCO ¿A quién
dan estas voces?
CAZADOR A vós.
TOSCO Yo no só hola, juro a Dios,
y avísole que habre bien. 440
CAZADOR ¡Hola! ¿Una palabra sola
a un cazador no dirás?
TOSCO Él es el hola no más,
porque aquí no hay otra hola.
¿Piensa el lacayo que está 445
con otra hola como él,
que solo es su nombre aquel
de hola acá y hola acullá?
¿Que no hay de aquestos crïados,
¡mirad qué dichosa gente! 450
quien muera sópitamente,
pues todos mueren oleados?
No debe de hablar conmigo.
CAZADOR Dime el camino en que estoy,
que [ni][(4)] sé por dónde voy, 455
ni sé la senda que sigo.
Corriendo el monte venía
con otros monteros yo
y en el monte me cogió
el crepúscolo del día. 460
TOSCO ¡Lleve Barrabás el nombre!
¿El qué le cogió, señor?
CAZADOR El crepúsculo.
TOSCO ¿Es traidor
o es encantado ese hombre?
¿Y cómo le cogió? ¡Hay tal! 465
¿Aquesto en el monte había?
¿Crepúsculo tiene el día?
Y diga, ¿no le hizo mal?
CAZADOR (**[Aparte.]** El Villano se ha creído,
que es alguno que hace daño 470
y ha de quedar con su engaño.)
En fin, hasta aquí he venido
huyendo de aquese hombre.
TOSCO Diga, ¿los hechos son buenos

de aquese que por lo menos 475
tiene peligroso nombre?

CAZADOR (**[Aparte.]** Con esto engañarle puedo,
pues con esta industria mía
lo que no la cortesía,
habrá de obligalle el miedo.) 480
Un hombre se traga entero
si está con hambre, dos
juntos-.

TOSCO ¡Oh güego de Dios!
¿Tan güerte tiene el guargero?
Yo le llevaré, ¡pardiez!, 485
hasta el castillo, que allí
el Rey está; ¡pese a mí
dos se zampa de una vez!,
que esta noche se ha quedado
en Salveric, como digo. 490
Yo apostraré que conmigo
no tiene para un bocado.
Yo vine por leña y vo
sin ella, hablalle no puedo.

CAZADOR **[Aparte.]** Él va temblando de miedo. 495

TOSCO Si él me agarra, muerto só.

(Vanse.)
(**Sale** TEOBALDO **y la** INFANTA.)

TEOBALDO No salga Vuestra Alteza,
que un bárbaro accidente,
descortés, no consiente
respeto a la belleza, 500
cuando en muertos colores
halló el campo la vida de las flores.

INFANTA El riesgo, más que el daño,
amenazó mi vida
y al peligro rendida, 505
temí el rigor extraño.
Ya estoy más descansada,
menos mortal y más enamorada.

TEOBALDO Descanse Vuestra Alteza.

INFANTA **[Aparte.]** Pero ¡qué es lo que veo! 510
Llevome mi deseo.
Otra al caer tropieza,
pero al revés ha sido,
yo tropecé después de haber caído.
Muy bien podré ir en coche. 515

TEOBALDO Porque tu Alteza pueda
descansar, aquí queda
el Rey aquesta noche.

INFANTA Debo a Enrico la vida.
[Aparte.] Enamorada estoy y agradecida. 520

TEOBALDO **[Aparte.]** ¡Oh quién fuera el dichoso
que la vida te diera!
¡Oh quién Enrico fuera!

¡Mil veces venturoso,
quien por extraños modos, 525
hoy da la vida a quien la quita a todos!

(Salen LUDOVICO, **el** REY, **el** CONDE, ENRICO **y acompañamiento**.**)**

CONDE De la suerte que sale
el sol resplandeciente,
que con su luz ardiente
no hay cosa que no iguale, 530
cuando con rayos baña,
ya el techo, ya la rústica cabaña.
Ansí noble Rey mío,
alégrese esta casa
que a serlo del sol pasa, 535
de cuya luz confío,
que será eterno al día,
por tuya celestial, noble por mía.
REY Alzad, Conde, del suelo,
dadme, dadme los brazos. 540
CONDE Será, con tales lazos,
poco llegar al cielo.
REY Mirad, que porque tardan,
envidiosos los míos os aguardan.
CONDE De tu padre heredaste 545
honrar la humildad mía.
¡Cuántas veces solía
el Rey, mi señor...!
REY Baste,
que como los blasones,
heredé de mi padre obligaciones. 550
Ya sois de mi Consejo
de Estado[(6)].
CONDE Señor, mira...
REY Vuestra razón me admira.
CONDE Que estoy cansado y viejo.
REY Conde, yo sé que tengo 555
necesidad de vós.
CONDE Ya no prevengo
disculpa, aunque pudiera.
Que suplas te suplico
esta ignorancia.
REY Enrico,
agradecer quisiera 560
de la Infanta la vida.
ENRICO Con dársela ha quedado agradecida
y no hay en mi cuidado
cosa que satisfaga.
Solo quiero por paga 565
el habérsela dado
y de nuevo la mía,
que el monte no gastó la cortesía.
REY Galán andáis, Enrico,
y aunque en esto no os pago, 570

de mi cámara os hago...
ENRICO Ya los labios aplico
a la tierra que doras.
REY Porque entréis donde estoy a todas horas.
La Infanta hará mercedes 575
a Estela de su mano.
CONDE Tantos honores gano,
que ya Alejandro excedes.
REY **[Aparte.]** Pues en un mismo día,
su vida halló donde perdí la mía. 580
INFANTA ¿Qué merced hacer puedo
a Estela, o qué favores,
si ya con los mayores
corta y corrida quedo?
Por la de Enrico, beso 585
tus pies.
ENRICO **[Aparte.]** ¡Amor, yo he de perder el seso!
No te despeñes, tente.
¿Hasta dónde has llegado?
No mueras abrasado,
pues solo es bien que intente, 590
estar viendo y amando,
vivir muriendo, por morir callando.)
REY [**A** LUDOVICO.] Hoy, Ludovico, muero
amante desdichado,
he me desesperado 595
y amando desespero.
En fin, ¿qué te responde?
LUDOVICO Al honor más que al gusto corresponde.
REY Esta noche he quedado
aquí, por ver si puedo, 600
atropellando el miedo,
ciego y desesperado,
entrar donde está Estela.
LUDOVICO Haces bien, que el amor todo es cautela.
REY Por esto, sin que haya 605
razón de haberle honrado,
hoy al Conde he obligado
a que a la corte vaya.
LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Cuántas honras hay dadas,
que van con sus infamias disfrazadas!) 610
La industria solo ha sido
hija de la fortuna,
ya no espero ninguna.
CONDE [**Al** REY.] Como no prevenido,
hoy a tener disponte 615
cama de campo y cena como en monte.
REY A aqueso solo vengo,
que si gustos quisiera,
en palacio estuviera.
Ya, Conde, me prevengo 620
a penas y desvelos.
ENRICO **[Aparte.]** Y yo rabio de amor, vivo de celos.

(Vanse.)

INFANTA

Determinad pensamiento,
si tan confuso rigor
ha nacido del amor 625
o del agradecimiento.
Con dos efectos me siento
a una inclinación rendida,
si Enrico me dio la vida,
si ver a Enrico me agrada, 630
¿es estar enamorada
o es estar agradecida?
Quisiera darle un favor,
que es darle vida, excediera,
porque de mi pecho fuera 635
la satisfación mayor.
En pagándole el valor
no estuviera tan rendida,
mi voluntad es fingida,
satisfacer no es amar. 640
Luego tanto desear,
es estar agradecida.
Pero aunque no me ofreciera
vida, pienso, y con razón,
que lo que es obligación 645
voluntad entonces fuera.
Determinarme quisiera,
yo estoy a Enrico inclinada,
más rendida que obligada.
Amar no es satisfacer, 650
luego tanto padecer
es estar enamorada.
Anímame un noble intento,
acobárdame un temor.
Alma, ¿qué es aquesto? Amor. 655
¿Y aquello? Agradecimiento.
Defenderme en vano intento,
deseo, ya estoy vencida,
respeto, ya estoy rendida.
Luego estar tan obligada 660
es estar enamorada
y es estar agradecida.

(**Sale** ENRICO.)

ENRICO

¡Qué bien la gentilidad
llamaba Dios al amor,
pues el más humilde honor 665
iguala a la Majestad!
¿Para cuándo es la lealtad
sino cuando es menester
saberse un hombre vencer?
Yo moriré sin hablar, 670
mas ¿cómo podrá callar

quien habla solo con ver?
¡Ay Flérida! ¿No tuviera
yo tan venturosa suerte,
que dándome a mí la muerte 675
a ti la vida te diera?
Dichoso mil veces fuera,
pero mi felice estrella
me ofrece gloria tan bella,
porque es muy cierto, ¡ay de mí! 680
que yo la ocasión perdí,
pues yo me quedé sin ella.
A tu presencia he llegado
y como el alma la vio,
para hablar se me olvidó 685
cuanto tuve imaginado.
En este cuarto ha mandado
su Majestad, que tu Alteza
esté, ¡qué rara belleza!
Ojos, lengua, deteneos, 690
basta la ocasión, deseos,
que hay lealtad donde hay nobleza.

INFANTA (**[Aparte.]** Disimular me conviene,
sin mirarle le hablaré,
porque de los ojos sé 695
el daño que al alma viene.)
Grande es, y sabe, y tiene
majestad que al sol admira.
[Aparte.] Cobarde el alma suspira.

ENRICO **[Aparte.]** ¡Mal mi deseo se entabla! 700

INFANTA **[Aparte.]** ¡Ay cielos, aún no me habla!

ENRICO **[Aparte.]** ¡Ay cielos, aún no me mira!

INFANTA **[Aparte.]** Quiero apurar el temor,
haciendo a los celos jueces,
que son los ojos a veces, 705
intérpretes del amor.

ENRICO **[Aparte.]** Ya va faltando el valor.

INFANTA ¿Adónde Teobaldo está?

ENRICO (**[Aparte.]** Faltó el sufrimento ya.)
Con el Rey quedó. (**[Aparte.]** ¡Cruel hado! 710
Callar pude enamorado,
mas celoso, ¿quién podrá?)
Eternos años aumente
el cielo la sucesión
de tan generosa unión. 715
(**[Aparte.]** No le pesa.)

INFANTA **[Aparte.]** No lo siente.

ENRICO De un siglo a otro siglo cuente,
pues el cielo le previene
aquesta gloria que tiene
por suya Teobaldo. ¡Ay cielos! 720
No estima quien me da celos.

INFANTA No ama quien celos no tiene,
Enrico, Enrico, no des.
(**[Aparte.]** Declarándome voy mucho.)

Parabién...
ENRICO ¿Qué es lo que escucho? 725
INFANTA A quien casada no ves.
ENRICO Mas que en tu vida lo estés,
si no ha de ser con tu gusto.
¿Qué es esto, tormento injusto?
INFANTA Basta Enrico, bien está, 730
que con mi gusto será,
pues sabes que deso gusto.
ENRICO Si del parabién te ofendes,
yo lo que el mundo publico.
INFANTA **[Aparte.]** ¡Qué mal me entiendes, Enrico! 735
ENRICO **[Aparte.]** Flérida, ¡qué mal me entiendes!
INFANTA ¿Darme parabién prendes?
Pesar me fuera mejor.
ENRICO Declárate.
INFANTA Tengo honor.
ENRICO Habla.
INFANTA Prometí secreto. 740
ENRICO ¡Mal haya tanto respeto!
INFANTA ¡Mal haya tanto valor!

(Vanse.)
(**Sale** TOSCO **con luz**, **y** ESTELA.)

ESTELA ¿Cerraste la puerta?
TOSCO Sí,
con dos trancas la cerré.
ESTELA Ten cuenta della.
TOSCO Sí haré. 745
ESTELA Y pon esa luz aquí.
TOSCO Mandasme que della tenga
cuenta, a mi cargo lo tomo,
el cerrar la puerta, como
el crepúsculo no venga. 750
ESTELA Antes que venga te irás.
TOSCO ¿Antes que venga me he de ir?
[Aparte.] Él sin duda ha de venir.
¿Qué tengo de saber más?
ESTELA **[Aparte.]** Alerta está el enemigo, 755
el verla, honor, me conviene.
TOSCO **[Aparte.]** Yo apostaré que si viene,
topa primero conmigo.
ESTELA **[Aparte.]** Entremos en cuenta honor,
¿cómo podré defenderme? 760
TOSCO **[Aparte.]** No es el peor el comerme.
El mascarme es lo peor.
ESTELA **[Aparte.]** El poder de un rey es rayo[(10)]
que lo más alto abrasó.
TOSCO **[Aparte.]** Si aquesto supiera yo, 765
me pusiera el otro sayo...
ESTELA **[Aparte.]** La industria y el nombre valga,
pues no hay resistencia ya.
TOSCO **[Aparte.]** Que este es el nuevo y saldrá

muy manchado cuando salga. 770

ESTELA **[Aparte.]** Direle que he de pagar
lo que a mi mismo honor debo.

TOSCO **[Aparte.]** Diré, que es el sayo nuevo,
que me deje desnudar.

ESTELA **[Aparte.]** Si en su apetito se ciega, 775
dareme muerte.

TOSCO **[Aparte.]** No hay más,
seré un segundo Juan Bras
del vientre de la Gallega,
pero mejor será ir
donde no me halle jamás. 780

ESTELA Pues Tosco, ¿dónde te vas?

TOSCO Tengo un poco que dormir,
duerme tú por vida mía.

ESTELA Yo no dormiré, ¡ay de mí!,
porque me ha de hallar así 785
el crepúsculo del día.

TOSCO ¡Pésete quien me parió!
¿Qué es lo que dices, señora,
con eso sales ahora?
[Aparte.] No en vano le temo yo. 790

ESTELA Soy de mi honor centinela
y a no dormirme me obligo,
que está cerca el enemigo
y importa pasarla en vela.

(Llaman.)

TOSCO A la puerta siento ruido. 795

ESTELA No abras sin saber a quién.

TOSCO El crepúsculo es sin duda.

ESTELA Enrico debe de ser.

(Llaman.)

TOSCO Otra vez vuelve a llamar.

ESTELA Abre la puerta.

TOSCO Voy pues. 800
[Aparte.] Pero si este es el ladrón,
y me zampa, ¿qué he de her?
Porque hoy só Tosco y mañana
Dios sabe lo que seré.

(Sale LUDOVICO **y el** REY **rebozados.)**

TOSCO ¡Señora Estela, señora!, 805
él es, y tan descortés,
que se ha entrado sin licencia.

LUDOVICO ¡Qué atrevido es el poder!
Ni pone límite al miedo,
ni guarda al respeto ley. 810
Aquí está Estela.

ESTELA ¡Ay de mí!

¿Qué es lo que miro? ¿Quién es
quien desta suerte se atreve...?
Hombre, ¿quién eres?

REY — El Rey.

ESTELA — ¡Qué mal hice en preguntarlo!, 815
que si no fueras tú, ¿quién
tuviera este atrevimiento?

REY — Óyeme Estela.

ESTELA — Detén
el paso y mira que ofendes[11]
el vasallo más fiel, 820
el honor más invencible
y la más constante fe.

TOSCO — **[Aparte.]** Acercándose va a ella,
él la zampa desta vez,
antes de haberme comido, 825
pienso que no huelo bien.
¿Por dónde podré escaparme
mientras la come? Pues yo,
que en mí por diferenciar
hará lo mismo después. **(Vase.)** 830

REY — Estela, nunca he querido
con imperios ofender
de tu hermosura el respeto
de quien hago al cielo juez.
Obligarte y persuadirte, 835
siempre mi deseo fue,
más amante con finezas,
que tirano con poder.
De amor es mi atrevimiento,
que más atrevido es 840
un humilde enamorado
que no poderoso un rey.
Y porque veas que soy
pues todo lo vengo a ser,
como señor generoso 845
y como galán cortés,
dispón de todos mis reinos,
que solamente ha de ser
el poder para servirte,
usa generosa dél. 850
El cetro y corona de oro,
que con bello rosicler
ciñe mis dichosas sienes
en el supremo dosel.
Y cuando en campaña armado, 855
envidia del sol tal vez,
es Marcial cetro un bastón,
rica corona un laurel,
todo a tus pies lo consagro.
Y porque veas también 860
que soy rey y soy amante,
mírame humilde a tus pies.

LUDOVICO — **[Aparte.]** Temiendo estoy y dudando.

¿Quién ha padecido, quién,
mayor tormento de celos, 865
o quién ha llegado a ver
más claramente su engaño?
Hablando, hablando está el Rey,
y está oyéndole, ¡ay de mí!
Amor, no consideréis 870
que es, si queréis que yo viva,
él señor y ella mujer.

ESTELA Señor Vuestra Majestad
mire quién soy y quién es,
pues lo que por sí se debe, 875
me debe por mí también.
No se atreva poderoso,
que si en un vasallo fiel
no hay contra el poder espada,
hay honor contra el poder. 880

LUDOVICO (**[Aparte.]** Dejadme, celos, un rato,
no apretéis tanto el cordel
que en el tormento de amor
confieso que quiero bien.
¡Quién supiera lo que dicen! 885
¡Qué amigos son de saber
los celos! No puedo más.)
¡Señor!

REY ¿Qué queréis?

LUDOVICO No sé.
¿Cómo Estela te responde?

REY ¿No lo supieras después? 890
Con desprecio a mis regalos,
a mis ruegos con desdén,
con rigor a mis amores,
con honor a mi poder.

LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Buenas nuevas te dé Dios!) 895
¿Eso responde? ¿Quién cree
tal rigor... ni tal ventura?
Vuelve a hablarla. **[Aparte.]** Y volveré,
aunque más desesperado
a sufrir y padecer. 900

REY Estela.

ESTELA Señor advierte
que soy...

REY Estela, mi bien,
quien me da la muerte y puede
darme la vida. ¿Por qué
a un rey desprecias que humilde 905
te adora?

ESTELA (**[Aparte.]** ¡Cielos! ¿Qué haré?
Porque al más leal vasallo
ofendes, que tuvo rey.)

REY No tiene término amor.

ESTELA Ni el honor tiene interés. 910

LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Qué mal sosiega un celoso!
¡Quién vio encontrados el ver

y el oír en un sujeto!
Y pues que los ojos ven
su agravio supla el oído 915
su pesar con su placer.)
Señor, ¿cómo va?

REY Muy mal.

LUDOVICO **[Aparte.]** Mejor dijeras muy bien.

REY Nunca ha sido más ingrata.

LUDOVICO **[Aparte.]** Nunca más hermosa fue. 920

REY Porque no preguntas más
más ingrata y más crüel,
dice que aunque su rey soy,
en honor no hay interés.

LUDOVICO (**[Aparte.]** Eso sí, partid oídos 925
con los ojos este bien
y disimulad amor.
¡Hay más constante mujer!)
No la obligues ya con ruegos,
mézclale el decir y hacer, 930
con desprecio en los favores
y enfádate.

REY ([**A** LUDOVICO.] Dices bien.
Pero en mirando sus ojos,
no sé cómo puede ser.)
Mas, Estela, ya faltó 935
el sufrimiento, porque
un poderoso ofendido,
es ira, si favor fue.
Cierra, Ludovico, luego
esa puerta.

LUDOVICO **[Aparte.]** Y cerraré 940
los ojos a mis desdichas.

ESTELA (**[Aparte.]** ¡Piadosos cielos! ¿Qué haré?
Si doy voces y despiertan
a Enrico, será poner
en contingencia su vida, 945
venza la industria al poder.)
¡Qué presto, señor, te ofendes
de la esperanza! ¡Qué bien
sufrieras amante firme
las dilaciones de un mes! 950
Presto del honor te ofendes,
todos los hombres queréis
fáciles mujeres antes,
pero Lucrecias después.
Obligarte con honor 955
siempre mi deseo fue,
pero si fácil te obligo
espérame aquí veré
qué gente hay en esta sala
para que tú entres después, 960
adonde mi amor te espera. **(Vase.)**

REY Aquí espero, porque dé
esta breve dilación

por pensión a tanto bien.
¡Ah Ludovico!

LUDOVICO Señor, 965
¿qué hay de nuevo?

REY Que llegué,
vi y vencí, ya Estela hermosa
se ha declarado.

LUDOVICO **[Aparte.]** ¡Ah crüel!

REY Por no disgustarme fácil,
todo su desprecio fue. 970
Pero ya me espera.

LUDOVICO **[Aparte.]** ¡Ay cielos!
Mas ¿qué me espanto? Es mujer.

(Golpe dentro.)

REY ¿Cerraron la puerta?

LUDOVICO Sí.

(**Dentro** ESTELA.)

ESTELA ¡Eduardo!

REY Llegaré
a ver quién me llama.

ESTELA Entra. 975

REY Está cerrado.

ESTELA Esta es
la industria contra la fuerza
y el honor contra el poder.

REY Vengose de mi porfía,
hoy con mis ojos pondré 980
fuego al Castillo.

LUDOVICO (**[Aparte.]** Volvió
el alma a su propio ser.)
Sosiégate.

REY ¿Cómo puedo?
¿De qué me sirve ser rey,
si hay contra la fuerza industria 985
y hay honor contra el poder?

Jornada II

Sale el REY, TEOBALDO, LUDOVICO **y** ENRICO.

TEOBALDO La esperanza en el amor
es un dorado veneno,
puñal de hermosuras lleno,
que hiere y mata en rigor.
Es en los dulces engaños 5
edad de las fantasías,
donde son las horas días,
donde son los meses años,
un martirio del deseo,
y una imaginada gloria, 10
verdugo de la memoria.
REY Basta, Teobaldo, yo creo
que es amando la esperanza,
luz que de noche se ofrece
que desde lejos parece 15
que a cada paso se alcanza,
cuando engañado de vella
aquel que la va buscando,
piensa que se va ausentando
o que se va huyendo ella. 20
TEOBALDO Pues siendo así que el que espera
muere en el mismo favor,
como tú sabes mejor.
REY ¡Pluguiera a Dios no supiera!
TEOBALDO Mira el tiempo que he vivido 25
del pensamiento engañado,
de mil deseos burlado
y en mi amor desvanecido.
Llamado desta esperanza,
vine, señor, desde Hungría, 30
por ver si la suerte mía
tan grande ventura alcanza.
Tú después me has ofrecido
efetuar el concierto
y de la esperanza muerto, 35
con la esperanza he vivido.
No es bien que más tiempo aguarde
ni de esperar me entretenga,
que bien por presto que venga,
no dejará de ser tarde. 40
REY Que yo he tratado, es verdad,
este casamiento justo
y yo te ofrecí mi gusto,
pero no su voluntad.
A la Infanta dije yo 45
mi intención y en ella vi,
ni bien concedido el sí,

ni bien declarado el no.
Desta manera han pasado
muchos días y te dan 50
con favores de galán,
licencias de desposado.
Hoy quiero verla y hablarla
y aunque su obediencia sé,
aconsejarla podré, 55
pero no podré forzarla.

TEOBALDO Pues si tú has de hablarla es vano
el favor que me prometo,
pues te ha de tener respeto
por su rey y por su hermano 60
y aunque tenga voluntad
ha de negártela a ti,
que fuera el decirte sí
al parecer libertad.
Que la hable, te suplico 65
de mi parte y con tu intento,
quien sepa mi pensamiento.

REY Presente está Ludovico
y Enrico, en los dos advierte,
quien puede hablarla mejor. 70

TEOBALDO Uno de los dos, señor.

LUDOVICO Su Alteza ha venido a verte.

REY Pues quédese ansí y después
se verá mejor.

ENRICO **[Aparte.]** ¡Ay cielos!
¡Tan adelantados celos! 75
¡Qué cierto mi daño es!

(**Sale la** INFANTA.)

INFANTA Oí decir que no tenía
salud vuestra Majestad
y vine a verle.

REY Es verdad,
una gran melancolía 80
me aflige.

INFANTA ¡Qué injusta ley!
¿En qué la pena consiste?
¿De que un rey puede estar triste?

REY ¿No es hombre también el Rey?
¡Ay, hermana, si supieras, 85
cuando en tus manos me ofrezco,
templar el mal que padezco,
qué fácilmente pudieras!

INFANTA ¿Pues eso dudas, señor?
Si importa a tu bien mi vida, 90
mírala a tus pies rendida.

REY Retiraos todos; mejor
se remedia mi mortal
pena.

INFANTA Contarla procura,

que ningún médico cura 95
sin informarse del mal.

REY Ya sabes, Flérida bella,
que a caza al monte salí,
el día que, despeñada,
para todos fue infeliz. 100
Donde tú hallaste la vida,
yo la libertad perdí
y mil veces la perdiera,
si la rescatara mil.
Si pretendiera pintarte 105
lo que en el monte advertí,
fuera contar las estrellas
en el celestial zafir.
No dieran a su hermosura
varias colores matiz, 110
a tantas orejas tabla,
ni lengua, pincel sutil.
No hubiera en el campo flores,
porque el clavel, su carmín
escureciera en sus labios 115
bello engaste de marfil.
Quien pintar quisiera al viento,
le pintara en el jazmín.
Azucenas de cinco hojas
eran sus manos y al fin 120
vi al alba hermosa, vi al sol...
Pero, ¿qué mucho si vi,
¡ay hermana!, si vi a Estela,
Condesa de Salveric?
Por deidad de aquellos montes 125
la veneré y la ofrecí
el alma por sacrificio,
que amor hasta hoy es gentil.
Llegué a hablarla, tan turbado,
que yo pude presumir 130
que era mudo y que los ojos
sin duda hablaron por mí.
Pero no los entendió,
que su lenguaje sutil
no le sabe, hermana, hablar, 135
quien no le sabe sentir.
A su padre y a su hermano
cargos y oficios les di
porque a la corte vinieran,
mas poco importa el venir, 140
pues después que en ella vive
mas crüel, sin advertir
en mi poder, me desprecia,
tiranamente feliz.
En su cuarto entré de noche, 145
sin temer, sin advertir,
ni rigor, ni honor, mas fue
mi atrevimiento infeliz.

No tengo lugar de hablarla
y pues hoy ha de venir 150
a verte, dile las penas
que por su causa sentí.
Que yo turbado y rendido,
solo te sabré decir,
que al principio de mi amor 155
estoy de mi vida al fin.

INFANTA

Agradecida te escucho
y pues te fías de mí,
aunque ignorante de amor,
en él te quiero servir, 160
dando a tu tristeza causa.
Baja esta tarde al jardín
y escóndete entre la fuente
de Venus, donde el buril
quiso, dando al mármol alma, 165
los pinceles descubrir
y escondido en la belleza
de la pared del jazmín,
al descuido, con Estela,
yo pasaré por allí 170
y la dejaré en la fuente.
Tú entonces podrás salir
y hablarla, que si te oye,
tendrá lástima de ti;
porque a lágrimas de amor, 175
¿quién se podrá resistir?

REY

¿Qué divino entendimiento
iguala al tuyo sutil?
Déjame besar tus manos,
tuyo he de ser hoy por ti. 180
Vivo, tú me das la vida.
Quédate Flérida aquí
mientras a la fuente voy,
no demos que presumir
a su hermano si hoy me vengo, 185
poco importa prevenir
la industria contra la fuerza,
también hay industria en mí,
porque contra el honor
no hay poder, industria sí. **(Vase.)** 190

TEOBALDO

Hoy, Flérida, si pudiera
hacer lengua el corazón,
mejor mi pena dijera,
si ya sus alas no son
a tantos rayos de cera, 195
que si al mismo sol te igualas
casta Venus, bella Palas,
de esperanza y favor falto,
quien ha de volar tan alto,
forzoso es prevenir alas. 200
En mí un esclavo tenéis,
de quien servida seréis,

si yo os merezco.
INFANTA Mirad,
que se va su Majestad.
TEOBALDO ¿Y aqueso me respondéis? 205
Pero no ha sido en mi daño
el fin de tan dulce engaño,
tu desprecio no es rigor,
que ya merece un favor,
quien alcanza un desengaño. **(Vase.)** 210
INFANTA **[Aparte.]** Remedio me pide a mí
mi hermano y yo le doy medio
a sus desdichas aquí,
que es muy propio el dar remedio,
quien no le halla para sí. 215
Aquí Enrico se ha quedado,
¡quién pudiera hablarle, quién
manifestarle un cuidado
y revelarle también
celos que a mi amor ha dado! 220
ENRICO ¡Qué miro! Ya el Rey se ha ido
y yo en mis dulces antojos
he quedado divertido,
que puesta el alma en los ojos
son imanes del sentido. 225
Mal hago en quejarme ansí,
pues no es razón que se sientan
mis deseos, ¡ay de mí!
Mas ellos de mí se ausentan
y ellos me tienen aquí. 230
Amor, ¡tanto os atrevéis!,
desta suerte os venceréis.
INFANTA Espera Enrico.
ENRICO Mirad,
que se va su Majestad.
INFANTA ¿Y aqueso me respondéis? 235
ENRICO Yo, señora, he respondido
lo que...
INFANTA Ya tengo entendido.
ENRICO **[Aparte.]** No tengo esperanza ya.
INFANTA No se va; que ya se ha ido.
Y supuesto que llegáis 240
agora a buena ocasión,
quiero que me deshagáis,
Enrico, una confusión
que a todo Palacio dais.
Mis damas han reparado, 245
en que sois siempre el primero,
que con más firme cuidado
os mostráis en el terrero.
Mas galán y enamorado
siempre divertido os ven 250
y en las acciones mostráis
efetos de querer bien
y como no os declaráis,

desean saber a quién.
No se os conocen colores, 255
nunca pretendéis lugar,
siempre publicáis rigores,
solo salís a danzar,
a nadie pedís favores.
Todas quisieran que fuera 260
quien el secreto supiera,
bien podéis decirme quién,
que si yo quisiera bien,
desta suerte lo dijera.

ENRICO

Al sol, con vanos antojos 265
y con arrogancia loca,
ofrecí el alma en despojos,
que no negará la boca,
ambicioso de mi bien,
hasta el cielo me atreví. 270
Verdad es que quiero bien,
pero qué fuera de mí
si tú supieras a quién.
No lo diré, que si fuera
posible que el mundo hallara 275
otro yo no lo dijera,
que aun a mí me lo negara,
porque yo no lo supiera.
El que satisfecho adora,
contando su mal mejora, 280
porque algún placer alcanza.
Quien quiere sin esperanza,
presto el desengaño llora.
Si yo te quisiera a ti,
pongo al caso, y lo dijera, 285
¿no te ofendieras de mí
y en aquel punto perdiera
lo que estoy gozando aquí?
Pues no he de buscar mi daño,
sino vivir con mi engaño. 290
Yo he de morir y callar,
porque más quiero esperar
la muerte que un desengaño.
Callando el alma, procura
una gloria tan segura. 295
Pero agora solo siento
mi pequeño atrevimiento,
no mi pequeña ventura.
Pues si yo dijera aquí
esta desdicha importuna, 300
dos culpas hubiera en mí,
el decirlo fuera una
y otra el decírtelo a ti.
Pues cuando supiera ella
tanto querer, tanto amar, 305
siendo tercera tan bella,
pienso que fuera buscar

con todo el sol una estrella.
INFANTA Mal a estos tiempos conviene
tanto amoroso rigor, 310
pues el galán que a ellos viene,
no solo dice amor,
pero dice el que no tiene.
No digo que os declaréis,
pero que no la neguéis, 315
si es la dama que sospecho.
ENRICO Yo lo diré, satisfecho
de que no la nombraréis.
INFANTA ¿Es Belisarda?
ENRICO No es ella,
ni de sus luces centella. 320
INFANTA ¿Y Celia?
ENRICO Es más su hermosura.
INFANTA ¿Es Jacinta por ventura?
ENRICO Es más discreta y más bella.
INFANTA ¿Es Flora o Laura?
ENRICO ¡Por Dios!,
no es ninguna de las dos. 325
INFANTA ¿Es Arminda?
ENRICO No os canséis,
porque no la nombraréis,
sino es que os nombréis a vós;
que entonces, aunque sería
tan grande mi atrevimiento, 330
presumo que él se diría
y no por el sentimiento,
sino por la cortesía.
INFANTA Yo quiero hacer un favor
a quien también sabe amar. 335
Tomad, Enrico, esta flor,
con ella habéis de enseñar
a quien tenéis tanto amor,
con aquesta seña bella
vuestro dueño me diréis, 340
porque en quien llegare a vella
es señal que la queréis.
ENRICO Pues vós os quedad con ella,
que si tanta gloria gano
y aquesa rosa me obliga 345
para que mi dueño diga,
muy bien está en vuestra mano.
No la quiero, por hüir
la ocasión que viene a vella.
En vuestra mano ha de ir, 350
que si ha de volver a ella
mejor será no salir.
Porque si yo os la volviera
después de haberla tomado,
grande atrevimiento fuera 355
pues con habérosla dado,
quien es mi dueño dijera.

Si tan desdichado soy
que de aquesto os ofendéis,
disculpado en todo estoy 360
pues vós la rosa tenéis,
que yo mismo no os la doy.

INFANTA Tomad la rosa, por ver
a quién la vais a ofrecer.

ENRICO Pues no os habéis de ir, 365
que ya lo quiero decir.

INFANTA Ya no lo quiero saber. **(Vase.)**

ENRICO Oye, Flérida, ya es ida.
Ya me determino tarde,
la ocasión perdí y la vida. 370
Mas ¡qué propio es del cobarde
llorar la ocasión perdida!
Si en ventura tan segura
el tiempo y lugar me sobran,
ni los pierdo, ¿qué procura 375
mi amor, si nunca se cobran,
tiempo, lugar y ventura?
¿No estaba, Flérida, aquí?
¿Y ella no me preguntó
a quién adoraba? Sí. 380
¿Pues de qué me quejo,
si yo la ocasión perdí?
Ninguno tan necio ha sido,
que para haberla perdido
la ocasión ha procurado, 385
que para haberla gozado
muchos hay que la han tenido.
Vuelve, Flérida y sabrás
de mi amor las penas fieras;
mas dígolas si te vas, 390
y pienso, que si volvieras
no acertará a decir más.
Mira lo que me has debido,
yo solo amando he callado,
yo solo amando he sufrido, 395
que amar, muchos han amado,
pero pocos han sabido.
Toma tú la rosa bella
que en tus manos está bien,
vuelve a tu cielo esta estrella. 400
Tú eres a quien quiero bien,
pues mi amor digo con ello.
Mas ¿qué es esto?, ¡hay tal locura!
Mis penas la digo, cuando
no las oye a su hermosura. 405
Muera quien no sabe amando
gozar de la coyuntura.

(Sale TOSCO **villano con capa y calza.)**

TOSCO ¿No es Enrico aquel que está

hablando consigo? Sí,
señor.
ENRICO ¿Cómo entraste aquí? 410
TOSCO Todos estamos acá,
por Dios hasta acá me he entrado,
a pesar de los porteros,
de las bardas y albarderos.
ENRICO ¿Y hasta el jardín has llegado? 415
¿Pues qué tengo de decir,
si te ven adónde estás?
TOSCO ¿Pueden obligarme a más
de que me vuelva a salir?
Pasé por los aposentos 420
que estaban todos vestidos,
tan galanes, tan pulidos,
que el verlos daba contento
y de imaginarlo alegra.
ENRICO Salte del jardín, acaba. 425
TOSCO En uno vi un reis que estaba
habrando con una negra,
que el que a la puerta está,
dijo: «Estos tapices son
la historia del rey Salomón, 430
y la reina que se va».
ENRICO Sabá y Salomón.
TOSCO No es justo
tener tal conversación,
dije, y el reis Salmerón
tiene muy bellaco gusto. 435
ENRICO ¡Hay ignorancia mayor!
TOSCO Mire, estaba el Rey sentado
y vestida de brocado
toda la Reina, señor,
y cuando a mirar me pongo 440
un rey de aquella manera,
le pregunté, que si era
aquel rey de Monicongo.
Él dijo: «Rey es también»,
aunque al revés lo decía, 445
del fin del Ave María.
ENRICO ¿Cómo?
TOSCO De Jesús, amén.
ENRICO De Jerusalén dirás.
TOSCO ¡Bueno es aqueso, pardiez!
¿Es mucho errarse una vez? 450
Pero en el jardín vi más.
ENRICO Vete de aquí.
TOSCO He de decillo
y en diciéndolo me iré,
en una huente miré
una fulana de ovillo. 455
ENRICO Fábula de Ovidio.
TOSCO Sí,
fábula de olvido era,

y pasó desta manera.
ENRICO **[Aparte.]** Diviértete amor ansí,
suspende tanto pesar. 460
TOSCO Yo le dije al hortelano:
«Contadme lo que es, hermano,
que yo os lo quiero pagar».
Él dijo: «De buena gana
destos dos que miras son 465
la historia del rey Antón,
y de la Diosa doña Ana».
ENRICO La diosa Diana diría,
y el rey Anteón.
TOSCO ¡Pardiez!
¿Es mucho errarse una vez? 470
Eso o esotro sería.
ENRICO El Rey es este.
TOSCO ¡Ay de mí!
ENRICO Hoy has de echarme a perder.
TOSCO ¿Qué es lo que tengo de her?
ENRICO Escóndete, Tosco, allí 475
y mira que no te vea.
TOSCO Eso de ver o no ver
él es el que lo ha de hacer.

(**Salen** LUDOVICO **y el** REY.)

LUDOVICO **[Aparte.]** ¿Quién hay que tu intento crea?
REY Alguna esperanza gano. 480
¿Enrico?
ENRICO A tus pies estoy.
REY **[Aparte.]** ¡Que a ninguna parte voy,
donde no tope este hermano!
LUDOVICO ¿Qué harás?
REY Echarle de aquí.
LUDOVICO Será darle más sospechas. 485
REY Causa habrá.
LUDOVICO ¡Bien te aprovechas
de la lición que te di!
REY Enrico, mucho me he holgado
de hallarte agora.
ENRICO Señor,
¿en qué te sirvo?
REY Mi amor 490
parece que te ha llamado.
ENRICO El mío me trajo aquí.
[Aparte.] Bien digo, amor me obligó.
REY **[Aparte.]** Bien digo, amor te llamó
para apartarte de mí. 495
ENRICO ¿Qué me mandas?
REY Hoy confío
de tu cordura un secreto
y de mi gusto el efecto,
de tu entendimiento fío.
Teobaldo y la Infanta agora, 500

la ocasión has de notar.
ENRICO ¿En fin, él se ha de casar
con la Reina mi señora?
REY Tratado está el casamiento
y no efectuado en rigor. 505
ENRICO ¿Y será cierto, señor,
el fin de tan justo intento?
REY Yo tuviera gusto en esto
y pienso que le tendrá.
ENRICO Sí, ¿mas sabes si se hará 510
el casamiento tan presto?
REY Si me dejases decir,
el preguntar te excusara.
ENRICO Yo también, señor, callara,
si me dejaras sentir. 515
REY Por quitarte la ocasión
de tantas preguntas fieras,
quise, Enrico, que supieras
de la Infanta la intención.
Ve a hablarla y dila el intento, 520
que para aquesto me obliga,
que su voluntad te diga,
su gusto y su pensamiento,
que solo su gusto sigo
en lo que quiero intentar 525
y que si se ha de casar,
que me responda, contigo.
Tú con aquesto sabrás
el fin de lo que procuro
y yo estaré más seguro 530
que no lo preguntarás.
ENRICO Bien el intento has fïado,
señor, de mi amor fïel,
porque ninguno más que él
el saberlo ha deseado. 535
Y ansí de la lealtad mía
solo se puede fïar,
que era solo preguntar
lo mismo que yo sabía;
y como al alma le toca, 540
como tan propio tu gusto,
por no preguntarlo, es justo
que lo sepa de su boca.
Yo iré a saberlo y me obligo
ser feliz, si al preguntar 545
si se pretende casar,
te respondiere conmigo. **(Vase.)**
REY ¿Fuese ya?
LUDOVICO Sí, ya se ha ido.
Bien le supiste engañar.
REY Vete, que aquí he de esperar 550
en esta fuente escondido.
LUDOVICO Mira...
REY Ya mi gusto es ley

y no hay temor que me asombre.
Mas ¡qué miro! ¿No es un hombre?
TOSCO **[Aparte.]** Mírame de zaino el Rey. 555
REY ¿Quién eres?
TOSCO Tosco, señor.
REY ¿Y el nombre?
TOSCO Tosco.
REY ¿Qué quieres?
TOSCO Quiero lo que tú quisieres.
REY ¡Traidor!
TOSCO Só Tosco traidor.
REY ¿Qué haces?
TOSCO (**[Aparte.]** ¡Muerto só! ¡Ay de mí!) 560
Irme, que a esto he venido.
REY ¿Y por qué te has escondido?
¿Cómo aquí entraste?
TOSCO Hoy vi
el palacio y engañado
de los ojos he venido 565
hasta aquí, y me he escondido,
porque mi amo me ha mandado
que me escondiera de ti
y fue porque no me vieras
con aquestas pedorretas. 570
REY ¿Quién es tu amo?
TOSCO (**[Aparte.]** ¡Ay de mí!
¡Solo en verle me desmayo!)
Enrico, que allá, señor,
era Tosco labrador,
y acá só Tosco lacayo. 575
¿No me ve que no me tapa
esta capa la calcilla?
Si otro es capa de capilla,
esta es capilla de capa.
Y siempre tan cortés hue 580
que a ninguna se igualó,
pues aunque me siente yo,
ella se me queda en pie.
REY ¿De Enrico eres?
TOSCO Lo seré,
si no te disgustas desto. 585
REY ¿Dónde está Estela?
TOSCO Muy presto
con la respuesta vendré.
REY No te has de ir sin que me digas
en que está agora ocupada.
TOSCO Diré lo sin faltar nada, 590
que eres rey y a mucho obrigas.
Estela es coja y mulata,
aunque tan branca la ves,
zurda y tuerta, porque es
el ojo izquierdo de prata. 595
Seis dedos en una mano
tiene y con tormento eterno,

sabañones el invierno
y suda mucho el verano.
Una sarna la acompaña, 600
tanto, que nunca la deja,
y aunque aquesta es tacha vieja,
tiene una potra tamaña.
Los dientes, aunque esto pasa,
señor, como cosa poca, 605
son vecinos de su boca,
que se mudan a otra casa.
Estar trópica no es nada,
teniendo tan gran barriga,
que no hay nadie que no diga: 610
«Doña Estela está preñada».
Levanta una costilla
hacia la mano derecha,
aunque poco le aprovecha
ponerse una almohadilla, 615
con que llevará una cruz,
pues queda sin cabellera
que parece la mollera
el huevo de un avestruz.
Y cuando por su trabajo 620
el moño se está poniendo,
pienso que le está diciendo
el cabello que está abajo:
«Tú que me miras a mí
mártir de rizado aseo, 625
no te caigas, tente en ti,
que cual tú te ves me vi,
veraste como me veo».
Y con esto, si me das
licencia, me quiero ir, 630
que yo volveré a decir
cuatrocientas cosas más.

REY — Vete, que ya el alba hermosa,
entre azucenas y lirios,
baja a dar vida a las flores 635
coronada de jacintos.
Diosa de amor, Venus bella,
si con mis quejas te obligo,
por amante me socorre,
ayúdame por rendido, 640
escóndeme entre tus jaspes
y acuérdate cuando hizo
trofeos a tu hermosura,
bello Adonis, Marte altivo.
(Escóndese el REY **entre los ramos**.**)**

(**Sale la** INFANTA **y** ESTELA.)

INFANTA — ¿Qué te parece el jardín? 645

ESTELA — Que adelantarse en él quiso
el arte a lo natural,

a lo propio el artificio.
¡Qué hermosamente se ofrece
a la vista un laberinto 650
de rosas, donde confuso
vario se pierde el sentido!
¡Qué bien cruzan en las flores
los arroyos cristalinos,
que a las galas del abril 655
son guarniciones de vidrio!
Cuando de las fuentes bajan
hacen verdes pasadizos
de los cuadros, siendo espejo
de esmeraldas guarnecidos. 660
A Diana en esta fuente
me parece que la miro,
bañándose en los cristales
de su perfección testigos.
Y cuando inquietas las ondas 665
de su movimiento miro,
imaginándola viva,
que ella las mueve imagino.
Tan vivo el mármol parece
que si ya no se ha movido, 670
pienso que es porque en las ondas
se está contemplando él mismo.

INFANTA No es la mejor esta fuente,
aunque el cincel peregrino
se esmeró en[(14)] su perfección. 675

ESTELA Como nunca la había visto...

INFANTA Vesme tan de tarde en tarde...

ESTELA Que disculpes te suplico,
esta culpa, si la tengo.

INFANTA Ven poco a poco conmigo 680
hacia la fuente de Venus.

ESTELA Los ojos tan divertidos
están en la variedad
de la belleza que admiro,
que en cada cuadro quisiera 685
entretenerme. El rüido
desta fuente me llevó
el alma tras el oído.

INFANTA Parece melancolía.

ESTELA Triste estoy.

INFANTA Ese es indicio 690
de amor. ¿Quieres bien, Estela?
Bien puedes hablar conmigo.

ESTELA Dijéralo a ser verdad,
mas ni quiero, ni he querido
bien en mi vida.

INFANTA ¡Ay Estela! 695
¡Tan neciamente has vivido!
Ven a la fuente de Venus,
quizá viendo su artificio,
te obligará a querer bien

un Adonis escondido. 700

REY **[Aparte.]** Ya Estela llega la fuente
y yo trabado imagino
varias máquinas, mas luego
unas con otras olvido.

(Sale ENRICO **y dice.)**

ENRICO (**[Aparte.]** Si mis labios, si mis ojos, 705
con lágrimas y suspiros
no doblan la esfera al viento
y no hacen mares los ríos,
poco sentimiento tengo,
poco mi mal significo. 710
Mas mi sentimiento es tanto,
que me deja sin sentido.
¡Ay, Flérida! ¿Yo he de ser
quien oiga de ti, yo mismo,
la sentencia de tu boca? 715
¿Cuándo en el mundo se ha visto
al inocente culpado
dar sentencia sin delito?
Mas es por darme en tu boca
disimulado el castigo.) 720
Buscando te vengo.

REY **[Aparte.]** ¡Ay cielos!
Al paso le salió Enrico.
Con lo que pensé ausentarle
es la causa con que vino.

ENRICO Escucha.

INFANTA **[Aparte.]** ¡Ay de mí! ¿Si acaso 725
este mi amor ha entendido
y se declarase agora
estando el Rey escondido?

ENRICO Si no te han dicho mis ojos,
Flérida, si no te han dicho 730
mi turbación lo que veo...

INFANTA **[Aparte.]** Él se declara conmigo.

ENRICO Escúchame atento un rato.
El Rey...

ESTELA **[Aparte.]** ¡Ay cielo divino!
Por el Rey turbado empieza. 735
¿Qué puede haber sucedido?

ENRICO El Rey trata de casarte
y por honrarme a mí, quiso,
(**[Aparte.]** o por matarme), que yo
te diese el dichoso aviso. 740
Díjome que yo supiese
de ti tu gusto. **[Aparte.]** Que impío
el cielo quiere que sea
de mis desdichas testigo.

INFANTA (**[Aparte.]** Él se declara, ¿qué haré? 745
Si donde está el Rey le digo,
será darle más sospechas

y es fuerza atajarle.) Enrico,
si el Rey pretende casarme...

ENRICO Óyeme.

INFANTA Ya te entendido. 750
Dirasle al Rey que no tengo
más gusto que su albedrío.

ENRICO ¿Eso respondes? ¡Ay cielos!
¡Cómo no pierdo el sentido!
¿Y sabes ya que es Teobaldo[(15)] 755
el que te dan por marido?

INFANTA Ya lo sé.

ENRICO Pues ya, señora,
del Rey el recado he dicho
y soy otro del que era,
escucha un recado mío. 760
Esta flor...

INFANTA (**[Aparte.]** El Rey lo escucha,
¿qué he de hacer?)
Vente conmigo,
Enrico, si hablarme quieres.

ENRICO Pues, Estela, yo te pido, 765
por ser negocio que importa,
te quedes aquí.

ESTELA En el rico
adorno de aquesta fuente,
que con bellos artificios
de cristal riega las rosas 770
de esmeraldas guarnecidas,
me hallarás entretenida.

REY **[Aparte.]** Ninguna cosa he entendido,
sino rey y casamiento,
que la está hablando imagino 775
en lo que yo le mandé.
Mas ya con discreto aviso
se va apartando la Infanta
llevándole divertido,
y deja a Estela. ¡Qué ingenio 780
iguala al suyo divino!

INFANTA Aquí me puedes hablar
que estamos solos.

ENRICO Pues digo
que esta flor, a quien abril
dio color, aunque marchito 785
con el fuego de mis ojos
y el llanto de mis suspiros,
es tuya y será razón,
que prenda que tuya ha sido
solamente la merezca 790
quien es de tu mano digno.
Dala a Teobaldo, que yo
no soy tan desvanecido
que me juzgue digno della.
Y pues de tu boca he oído 795
que quieres casarte, toma

la flor, en cuyos hechizos
el alma bebió el veneno
que ha de quitarme el jüicio.

INFANTA — Esta flor te di, es verdad, 800
por señas de que ella ha sido
quien claramente mi agravio
y tu atrevimiento ha dicho.
¿No te dije que la dieras
a aquella en cuyo servicio 805
te mostrabas tan amante?
Pues ¿cómo te has atrevido
a dármela a mí, si della
tu atrevimiento adivino?
Si había de verla en tu dama, 810
¿cómo en mis manos la miro?
¡Qué buena ocasión te ha dado
el casamiento fingido
para volvérmela!

ENRICO — Mira,
señora, que nada finjo. 815

INFANTA — ¿Tú me dices que me quieres?

ENRICO — Yo, Flérida, no lo digo.
Pero si ansí lo entendiste,
señora, lo dicho dicho.

(Vanse.)

REY — **[Aparte.]** Ya se perdieron de vista. 820
¡Oh qué bien la Infanta hizo
en apartarle de aquí!

ESTELA — Sobre molduras y frisos
hermosas basas se asientan
de mármol y jaspes lisos. 825
(**[Aparte.]** Allí entre aquellos laureles
parece que hacen ruido
y es el Rey, que por las redes
de los jazmines le he visto.
Disimular me conviene 830
y pues me escucha ofendido,
direle mi sentimiento,
como que a Venus le digo.)
Hermosa madre de amor,
que aun entre mármoles fríos 835
gozas de Adonis los brazos,
con tantos nudos lascivos.
Dile, que ese niño Dios,
si te obedece por hijo,
que yo sola, a su pesar, 840
de sus engaños me libro.
Porque si fuera posible,
que me quisiera el Rey mismo,
si el Rey quisiera intentar
cosa contra el honor mío, 845
que no es posible que ofenda

al honor más claro y limpio.
Al mismo Rey le dijera,
que en más que su Reino estimo,
y más que el mundo, mi honor. 850

(**Sale el** REY.)

REY (**[Aparte.]** Parece que habla conmigo,
ya no parece la Infanta.)
Si a un mármol helado y frío
cuentas tus males, escucha
pues eres mármol, los míos. 855
Escucha, Estela, mis quejas,
no diga el amor que has sido
tú conmigo más ingrata,
que lo es un mármol contigo.
¿No tienen amor las flores? 860
¿No es este cárdeno lirio
el que en las selvas de Arcadia
fue enamorado Jacinto?
¿No es eclipse esta flor del sol,
y este ciprés Cipariso? 865
¿No es Adonis esta planta,
y este narciso, Narciso?
Pues si en la tierra las flores,
si los peces en los ríos
aman, ¿para qué te precias 870
de libre con pecho altivo?
Mira que es en el soberbio
siempre mayor el castigo.
ESTELA Porque de mí no se queje,
ni culpe el intento mío, 875
Vuestra Majestad, señor,
que me escuche le suplico.
REY Si es culparme ya bastan tus enojos.
No culpes tú mi amor, culpa tus ojos,
ellos la caüsa han sido, 880
solo por adorallos me he perdido.
ESTELA Si Vuestra Majestad verme quería,
¿por qué más descubierto no venía?
No se encubriera, si mi amor buscara,
que nunca el que hizo bien huye la cara, 885
que ningún bien ha habido,
que no guste de ser agradecido.
REY Tu gusto solo es, (**[Aparte.]** ¡qué blanca mano!),
Estela, el que deseo.
ESTELA Suelta la mano.
REY Si en mis labios veo 890
su nieve hermosa y bella.
ESTELA Suelta.
REY Tápame con ella
la boca y callaré.

(**Sale** ENRICO.)

ENRICO Fuese ofendida,
Flérida bella y yo quedé sin vida.
Y si alguna tuviera, 895
pienso que en este instante la perdiera.
¿Qué es lo que miro? ¡Cielos!
¿Si en los celos de amor da el honor celos?
Pero erraron los labios,
que estos ya no son celos, sino agravios. 900
ESTELA Suelta, suelta la mano,
que viene, ¡ay de mí triste!, allí mi hermano.
REY Mal mi pena resisto.
ENRICO **[Aparte.]** ¡Oh quién no hubiera visto
su agravio! Mas si es grave 905
infamia en el honor, ¿quién no la sabe?
pues tan injustamente
culpa el mundo también al inocente.
¡Tirana ley!, doblada infamia hallara,
si, mirando mi agravio, me tornara. 910
ESTELA Tu Majestad se esconda.
REY Yo no puedo,
amor pudo esconderme, mas no el miedo.
ESTELA Escóndete por mí.
REY Solo pudiera.
ese ruego alcanzar que me escondiera.
(Escóndese.)
ENRICO (**[Aparte.]** El Rey se ha retirado, 915
confesose culpado,
ya que de la razón la füerza hallo,
pues teme el Rey a tan leal vasallo.
¿Que el Rey, que el Rey ha sido?
Otro no fuera. Pero ¿soy marido? 920
Sí, que no está casada,
corte la lengua donde no la espada.)
Hermana, ¿qué miras en estas fuentes,
con tantos artificios diferentes,
mármores y figuras? 925
ESTELA Estaba contemplando sus pinturas.
ENRICO Es propio de los Reyes
estas grandezas tales.
Bultos hay que parecen naturales,
uno vi, que quisiera... 930
Mas no quisiera nada. (**[Aparte.]** ¡Mal resisto!)
Yo pienso, hermana, que el mejor no has visto,
llega y verasle.
ESTELA **[Aparte.]** ¡Ay cielos! Él se atreve
a descubrir al Rey y él no se mueve.
ENRICO Este es del Rey tan natural retrato 935
que siempre que su imagen considero,
llego a verle quitándome el sombrero
con la rodilla en tierra.
Y si el Rey me ofendiera,
de suerte que en la honra me tocara, 940
viniera a este retrato y me quejara

y entonces le dijera,
que tan cristianos reyes,
no han de romper el límite a las leyes,
que miraste que tiene sus Estados, 945
quizá por mis mayores conservados,
con tu sangre adquiridos,
también ganados, como defendidos.

REY ¡Qué arrogante y soberbio atrevimiento!
Ya a mi cólera falta sufrimiento. 950

(**Sale** TEOBALDO **y** LUDOVICO.)

TEOBALDO Aquí está el Rey.

LUDOVICO **[Aparte.]** ¡Ay cielos!
Vengo a morir donde me matan celos.

ENRICO Aqueste atrevimiento tuyo ha sido.

REY Fuiste desvergonzado y atrevido.
(Dale un bofetón.)

ENRICO Ofenderme pudiste, no afrentarme 955
y pues en ti no puedo,
que eres mi rey, vengarme,
satisfaré mi ofensa en los testigos.

TEOBALDO Todos somos, Enrico, tus amigos.

(**Saca la espada y hiere a** TEOBALDO.)

¡Oye Enrico! ¡Ay de mí triste! 960

ENRICO ¡Muere, infeliz, pues mi desdicha viste!

REY ¿Tú para mí la espada?

ENRICO Rendida está a tus plantas y arrojada,
no quiera el cielo que en tu ofensa sea,
ni que infame se vea 965
con tu sangre manchada.
Si ofenderme pudieras,
mi agravio hubiera sido
solamente el haberme defendido.
Un rayo he sido de arrogancia lleno, 970
que en mi rostro causó tu mano el trueno
y respondiendo el fuego de mi pecho,
le dejé en otra muerte satisfecho.
Un arcabuz, cuando la llama toca,
el fuego le responde por la boca. 975
Diste a mi rostro el fuego
y rebentó por los sentidos luego.
No puede, aunque bárbaro, inhumano
detuviese la mano.
Mas ya que tales mis desdichas fueron, 980
pude hacer atrevido
que no las digan ya los que las vieron,
que si la sangre lava
esta desdicha brava,
eres mi rey, no puede con la tuya, 985
y fue fuerza lavarla con la suya.
No puedes afrentarme y esto ha sido,

señor, haberme dado
más honor. Que si haberle defendido,
a ejecución tan bárbara obligado, 990
ninguno mi desdicha habrá sabido
que no sepa primero por qué ha sido
y que aquesto me obliga a ser honrado.

(**Sale el** CONDE.)

CONDE ¿Quién a Teobaldo hirió, señor? ¿Qué es esto?
¿Pues Vuestra Majestad tan descompuesto, 995
con la mano en la espada
y la de Enrico, ¡ay cielos!,
toda ensangrentada?
REY Enrico hirió a Teobaldo.
Sustanciad el delito y castigadlo. **(Vase.)** 1000
CONDE Pues Enrico, ¿qué es esto?
ENRICO Es la desdicha en que el honor me ha puesto.
CONDE Yo, Enrico, he de prenderte.
ENRICO Piadoso juez serás en darme muerte.
CONDE No he de saber qué ha sido ni ha pasado, 1005
que no quiero escucharte apasionado.
Ven preso.
ENRICO Ya lo estoy.
CONDE Y yo estoy loco.
ENRICO Contra el poder, honor importa poco.

Jornada III

Salen LUDOVICO, ENRICO **y** TOSCO **villano**.

LUDOVICO El obedecer es ley,
por su mandado he venido.
ENRICO ¡Gracias al cielo que ha sido
en algo piadoso el Rey!
LUDOVICO Mandome que yo asistiese 5
y no sé con qué ocasión,
a vuestra injusta prisión,
y que vuestro alcaide fuese.
Sabe Dios si me ha pesado
de daros este pesar. 10
Mas no me puedo excusar.
Su Majestad ha mandado,
que mientras estéis ansí,
ninguna persona os vea,
que solo un crïado sea 15
quien os acompañe aquí,
y que este no salga fuera.
Sino que, juntos los dos,
tan preso esté como vós.
TOSCO Preguntar, señor, quisiera, 20
¿qué delito cometí,
para que su Jamestá
con tanta regulidá
se acuerda también de mí?
¿Para qué me quiere preso? 25
A ser mi hermana muy bella
yo sirviera al Rey con ella,
sin enojarme por eso.
Si Enrico se descubrió,
estando escondido allí, 30
también me descubrió a mí
y no tomé enojo yo.
LUDOVICO Pues no es bien que desa suerte,
vós mismo os quitéis la vida.
ENRICO Ella fuera bien perdida 35
y bien hallada mi muerte,
cuando a este punto viniera,
que el temor no me acobarda.
Pero presumo que tarda,
por no serme lisonjera. 40
LUDOVICO El jüez más riguroso,
que habéis, Enrico, tenido,
es vuestro padre.
ENRICO Y ha sido
en eso padre piadoso.

LUDOVICO Ya Teobaldo de la herida 45
convaleció y ha quedado
con salud.
ENRICO Hubiera dado,
en albricias de su vida,
la que no tengo.
LUDOVICO Con esto
y con que mañana ha de ir 50
Estela misma a pedir
vuestra vida al Rey, supuesto
que sin riesgo alguno está,
será fácil el perdón.
¿De qué los extremos son? 55
ENRICO Faltó el sufrimiento ya.
¿A pedir mi vida ha de ir,
Estela, al Rey sin mirar
lo que se obliga a pagar,
quien facilita el pedir? 60
¡Ay Ludovico! ¡Ay amigo!
¡Quién estorbarla pudiera,
que ni le hablara, ni[(17)] viera!
LUDOVICO Si hay remedio, yo me[(18)] obligo
ayudar tan justo intento. 65
ENRICO ¿Qué remedio puede haber,
si no es...? Mas no puede ser.
LUDOVICO ¿Por qué? Yo también lo siento.
Pedid: ¿qué queréis que os doy
palabra de hacer aquí 70
cuanto quisiereis de mí?
ENRICO Pues que tan dichoso soy,
que aquese consuelo gana
la pena mía; tomad
aquesta llave y entrad 75
en el cuarto de mi hermana,
ella os abrirá la puerta.
Y mirad, que de vós fío
no menos que el honor mío,
con esperanza muy cierta 80
de que miraréis por él
y decid que no le pida
mi vida al Rey, que mi vida
será muerte más crüel,
si ella a pedirla ha de ir, 85
que no sé cómo ha de hallar
dificultad para dar
quien facilita el pedir.
No os cause injusto temor
el de mi seguridad, 90
fïad, pues, la libertad,
de quien os fía el honor.
Pues no es mucho, cuando pasa
doblada la obligación,
que vós abráis la prisión, 95
a quien os abre la casa.

¿De qué os habéis suspendido?
¿En qué estáis imaginando?
Sin duda que estáis pensando,
que es mucho lo que he pedido, 100
pues no lo hagáis y no estéis
triste.

TOSCO Mientras Ludovico
piensa y repiensa, os suplico,
señor, que a mí me escuchéis.
Si con tan necia porfía, 105
te cansa tu vida a ti,
déjame vivir a mí,
que aún no me cansa la mía.
Si ya tu vida perdida,
no quieres que medio haya, 110
déjala a Estela que vaya
a pedir al Rey mi vida.
Diga Estela al Rey que yo
só Tosco de buena ley.
Si tú descubriste al Rey, 115
él a mí me descubrió.
Que esto por aquello sea
y estemos en paz.

LUDOVICO (**[Aparte.]** ¡Hay cosa
en amar más venturosa!
¿Quién hay que mis dichas crea? 120
Hoy no solamente gano
la ocasión que he pretendido.
Pero tan dichoso he sido,
que me la ofrece su hermano.
Y en tanta gloria me veo, 125
cuando él me llega a rogar,
que la tengo de obligar
con lo mismo que deseo.)
Enrico, lo que he pensado,
no es haberos ofendido, 130
que ni mi daño he temido,
ni vuestro honor he dudado.
Yo iré, porque no penséis,
que fue temor o dudar,
las guardas he de quitar. 135

ENRICO Con eso me las ponéis,
que la confïanza es
prisión del alma.

LUDOVICO Las puertas
todas se quedan abiertas.

ENRICO Tomad esa llave, pues, 140
y decid que si rendida
a pedir mi vida ha de ir,
porque no haya que pedir,
yo me quitaré la vida.

LUDOVICO Yo le diré que el honor 145
más que la vida estimáis.

ENRICO Vos pienso que me le dais.

(**Vase** LUDOVICO.)

TOSCO Ya se fue. Solos estamos
y de par en par las puertas,
sin guardas están y abiertas. 150
ENRICO Pues ¿qué quieres?
TOSCO Que nos vamos.
ENRICO ¡Viven los cielos, villano,
bajo, vil, que si no fuera
afrenta mía, te diera
hoy la muerte con mi mano! 155
¿Yo ofender, siendo testigo
el mundo, tanto valor,
la confïanza al honor
y la lealtad a un amigo?
¿Ese consuelo me ofreces? 160
¿Aqueso me has de decir?
TOSCO Sí, señor, porque el morir,
no es burla para dos veces.

(Sale la INFANTA, **con hábito de hombre**, **de noche**.**)**

INFANTA Pasos de un amor cobarde
y de un ánimo valiente, 165
sin luz guiados. ¿Adónde
me llevas de aquesta suerte?
¿Ansí imposibles se allanan?
¿Ansí respetos se pierden?
¿Ansí honras se atropellan 170
y obligaciones se vencen?
Mas ¡ay, que el amor vencido,
tan ajeno de sí viene,
a dar a un cuerpo dos vidas,
que una es suya y otra debe! 175
¡Sin guardas están las puertas
y abiertas todas! ¿Qué puede
haber sucedido? Aquí
hay luz y con ella gente.
Quiero llegar. ¿Es Enrico? 180
ENRICO Helo sido, que el que muere
ya no es, porque la vida
no es vida cuando es tan breve.
INFANTA Enrico.
TOSCO **[Aparte.]** No habla conmigo,
porque Enrico solamente 185
ha dicho: ¡Plegue a los cielos
que nunca de mí se acuerde!
INFANTA Lo primero que has de hacer
es que no has de responderme,
ni preguntarme mi nombre. 190
TOSCO **[Aparte.]** Castillo encantado es este.
INFANTA Si esta palabra me das,
diré a lo que vengo.

ENRICO Excede
mi confusión a mi espanto.
Pues ¿qué puede haber que intentes 195
callando el nombre y guardando
el rostro? Si acaso vienes
a darme muerte y te encubres
por blasonar de clemente,
palabra te doy aquí 200
de no querer conocerte,
aunque me importe la vida.
TOSCO **[Aparte.]** ¡Por San Pito, que parecen
aventuras, que en los montes
a los andantes suceden! 205
Mas no va hasta aquí muy malo,
pues no hay quien de mí se acuerde.
INFANTA Ya, Enrico, que del valor
estoy satisfecho, advierte
de una amistad el ejemplo 210
en el peligro más fuerte.
Toma dineros y joyas,
bastante para ponerte
en el reino más extraño,
que ve el sol desde el Oriente. 215
A la puerta del castillo
está un caballo que excede
al viento en la ligereza
y el temor hará que vuele.
Sin guardas están las puertas 220
y cuando muchas tuviese,
no temas, que al son del oro
las más vigilantes duermen.
Vete, pues y quiera el cielo,
que algún día más alegre, 225
pues debo lo que te pago,
me pagues lo que me debes.
TOSCO **[Aparte.]** ¡Vive Cristo, que el mancebo
el tiple a la voz suspende
sin acordarse de mí! 230
Yo apostaré que no tiene
ni un borrico para Tosco.
Ya Enrico del sueño vuelve,
veamos qué le responde.
Mas, ¿qué dice que no quiere? 235
ENRICO Si supiera a qué venías,
no ofreciera neciamente
la palabra, porque solo
deseo saber quién eres,
que arguye poca nobleza 240
y casi infame procede,
quien satisfecho no obliga
y obligado no agradece.
¿Cuándo en el mundo se vea
encubrirse? Quien ofende 245
se encubre, quien hace bien,

casi imposible parece.
Pero respondiendo agora,
perdóname, si se atreve
mi respeto a tu amistad, 250
porque es forzoso ofenderte. [237v]
Con seguras confïanzas
preso un amigo me tiene,
que la libertad del alma
son las prisiones más fuertes. 255
No puedo romper la fe
y aun es bien, que consideres,
que no puede ser traidor
quien tiene amigos tan fieles.
Él la libertad me fía, 260
tú la libertad me ofreces
y acudir al mayor daño
es menor inconveniente.
Vete y déjame rendido
en las manos de la muerte, 265
que ya me sobran los males,
cuando no aceto los bienes.
Pero si noble y piadoso
darme la vida pretendes,
con más lícitos favores 270
y con medios más decentes,
busca a Teobaldo y dirasle
que noble y piadosamente
le pida mi vida al Rey,
que mire, que considere, 275
que fue error quien me obligó,
regido el brazo dos veces
del agravio y de los celos.
Que si este rigor suspendes,
harás, que el tiempo te alabe, 280
que la fama te celebre,
que la memoria retenga
y el olvido te respete.

TOSCO **[Aparte.]** ¿No lo dije yo? ¡Que haya
hombre tan impertinente, 285
que no tan sola la vida,
pero que el oro desprecie!

INFANTA Enrico, si tú supieras
lo que a pedirme te atreves,
sospecho, que te pesara. 290
Mas la que tan noble quieres
corresponder al honor,
pues sabes lo que me debes,
una palabra has de darme.

ENRICO Ya mi discurso previene 295
imposibles y el mayor
llano y fácil me parece.
¿Pero qué puedes pedir
a un hombre que apenas tiene
vida?

TOSCO **[Aparte.]** ¿Y a un hombre que está 300
sin tabardillo a la muerte?
INFANTA Que si acaso te perdona
el Rey y libre te vieres,
no has de serme nunca ingrato.
ENRICO Más que me obligas, me ofendes. 305
INFANTA ¿Esa palabra me das
con la mano?
ENRICO Y si rompiere
la fe que te juro, el cielo
me falte, mas tú...
INFANTA ¿Qué sientes?
ENRICO No sé, no sé qué blandura, 310
qué suavidad diferente
de la mía está en tu mano,
con que los sentidos mueve,
pues siendo de fuego el tacto,
¡es a la vista de nieve! 315
Tu presencia me enamora,
tus razones me suspenden,
tu entendimiento me alegra
y me regocija el verte,
sino temiera enojarte, 320
dijera, que era...
INFANTA ¡Detente!
¿Conócesme ya?
ENRICO Sí y no.
Que no sé qué responderte.
INFANTA Enrico, Flérida soy,
que ahora vengo a ofrecerte 325
el fruto de aquella flor,
siempre en mi esperanza alegre.
No te espantes deste extremo,
que si un amor se resuelve,
no hay respeto que no venza, 330
temores que no atropelle.
Mira lo que quieres más,
o que a Teobaldo le ruegue,
que pida tu vida al Rey.
ENRICO Cuanto antes que te viese 335
no conocerte sentía,
siento ahora el conocerte.
Ya no paga mi lealtad
la que a Ludovico debe,
sino la que debe al Rey, 340
siempre leal, noble siempre.
Si al servir al Rey mi hermana
en tal peligro me tiene,
¿con qué razones pudiera
a la del Rey atreverme? 345
¡Bueno fuera que quisiera
tan en mi favor las leyes,
que las observase el Rey
para que yo las rompiese!

Vete Flérida y el cielo 350
tanto tus gustos aumente,
que pensiones de tu justo
sean mayores placeres.
Teobaldo te goce, ¡ay cielos!,
pues él solo te merece, 355
cuando envidioso en tus brazos
con mil regalos alegres,
como marido te estime,
como galante requiebre,
que yo envidioso y contento 360
mientras espero mi muerte,
solamente lloraré
hallarte para perderte.

INFANTA No te arrepientas después,
mira Enrico, que no vuelve 365
la ocasión a quien la deja,
ni la halla quien la pierde.
Quien desprecia enamorado
es que no estima o no quiere,
no hagas del favor desprecio, 370
mira que me voy.

ENRICO Pues vete.

INFANTA Enrico, adiós.

ENRICO Él te guarde.

TOSCO ¡Ah señor, que no hay, advierte
dos infantas, ni dos vidas!

INFANTA ¿Que no me llamas?

ENRICO ¿Que vuelves? 375

INFANTA Pues aunque me llames ya,
no tengo de responderte. **(Vase.)**

ENRICO Yo nunca te llamaré.
¿Fuese ya Flérida?

TOSCO Fuese.

ENRICO ¡Oye, Flérida!

TOSCO A buena hora. 380

ENRICO ¡Ay honor, lo que me debes!
Dos vidas quisiste darme,
porque dos vidas me cuestes.

(Vanse.)
(**Salen el** CONDE **y** ESTELA.)

CONDE Solo tu quietud procuro,
pues viéndote el Rey casada, 385
estarás más respetada,
y tu valor más seguro.
Porque si tu hermano ha sido
quien guardó tu honor, es llano
que la ausencia de un hermano 390
podrá suplir un marido.
Su padre he sido y jüez,
porque en confusión tan fiera,
primero mil veces muera

para matarle una vez. 395

ESTELA Aumente mi pena el llanto,
pues él aumenta el dolor,
la vida costáis honor,
no sé yo si valéis tanto.
Un nuevo aliento me llama, 400
para dar con mayor gloria,
dilatando mi memoria,
eterno asunto a la fama.
Ireme a los pies del Rey,
a ver si puedo ofendida 405
romper, pidiendo su vida
los límites a la ley.
Mas si el Rey airado y fuerte
rompiere los de la fe,
con mis manos me daré 410
en su presencia la muerte.

CONDE De tu valor satisfecho,
solo puedo en trance tal,
dar la sangre y el puñal,
pero tú la vida y pecho. 415
Y estos extremos no son
contra el valor que en ti veo,
que la justicia deseo,
pero no la ejecución. **(Vase.)**

ESTELA Afligido pensamiento, 420
que en tan confusos enojos,
haciendo lenguas los ojos,
decís vuestro sentimiento.
¿Qué es lo que busco?, ¿qué intento
cuando del Rey ofendida, 425
me quita el llanto la vida?
¡Cielos!, ¿cómo puede ser
que haya en el mundo mujer,
que llore el verse querida?
Casarme mi padre intenta 430
para resistir mejor
al Rey; porque el honor
con mayores fuerzas sienta
menos el peso al afrenta.
Pero no ha considerado, 435
que en tan felice estado
son sus deseos perdidos;
porque muchos ofendidos
son menos que un agraviado.
A Ludovico quisiera, 440
sin saber cómo avisar,
que me pretenden casar,
porque él el primero fuera,
que a mi padre me pidiera,
que si tanto amor ha sido 445
verdadero y no fingido,
las finezas que él hacía
cuando amante me ofendía,

podrá obligarme marido.

(**Sale** LUDOVICO.)

LUDOVICO **[Aparte.]** Hasta su cuarto he llegado, 450
según las señas que veo,
guiado de mi deseo
y de la noche ayudado.
Hoy mi amor se ha levantado
a la mayor esperanza, 455
¡mas siento en mí una mudanza!,
que quisiera haber venido,
si amor me hubiera traído,
pero no la confïanza.
La ocasión que en mí se emplea, 460
ya me acobarda y anima
y pienso que no se estima,
porque ya no se desea.
Mi valor es bien se vea.
Estela es esta.
ESTELA ¡Ay de mí! 465
¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?
LUDOVICO No te alborotes.
ESTELA ¿Quién eres?
LUDOVICO ¿No me conoces?
ESTELA ¿Qué quieres?
¿No eres Ludovico?
LUDOVICO Sí.
ESTELA Sin duda que te ofrece 470
formado el pensamiento,
puesto que imaginado,
parece que te veo.
¿Pues cómo te atreviste
a entrar aquí, rompiendo 475
las puertas a mi cuarto
y a la noche el silencio?
LUDOVICO Escucha Estela, escucha,
sabrás a lo que vengo
y verás que te obligo, 480
si piensas que te ofendo.
Tu hermano me ha traído
que aqueste atrevimiento
dice la confïanza
que a su amistad le debo. 485
Él hizo que viniera
a decir que primero
que le pidas tu vida
al Rey airado y fiero,
dará cüello a un lazo, 490
un puñal a su pecho.
Que jamás al Rey hables,
que morirá contento,
sin que su vida compres
con tu honor. Y con esto 495

quédate satisfecha
de que me voy huyendo,
porque el amor no venza
la lealtad y el respeto.

ESTELA — Escucha, Ludovico. 500

LUDOVICO — Perdona, que no puedo,
que no vengo a escucharte,
a hablarte solo vengo.
Sabe amor, si me pesa
de la ocasión que pierdo, 505
mas donde honor es más
es el amor lo menos. **(Vase.)**

ESTELA — Ludovico, no hagas
de la ocasión desprecio,
que nunca a quien la deja 510
volvió el suelto cabello.
Mujer es la ocasión
y ansí nos parecemos,
rogadas despreciamos,
despreciadas queremos. 515
En estas confusiones,
no sé lo que sospecho,
que a lo que amor no pudo,
me obliga el sentimiento.
¡Qué villanas que somos, 520
pues para hacer extremos,
no bastaron finezas
lo que pudo un desprecio!
Mas temeroso Enrico
de mi valor, ha puesto 525
duda en la confïanza
y en la constancia miedo.
Iré a los pies del Rey,
porque vea que tengo
valor para intentar 530
el más heroico hecho,
que la fama publique,
que solemnice el tiempo,
que respete el olvido,
que siempre juzgue el suelo, 535
que la tierra sustente,
que alumbre ardiente el cielo,
que comunique el mar
y que suspenda el viento. **(Vase.)**

(**Salen la** INFANTA **y** TEOBALDO.)

INFANTA — Aquesto has de hacer por mí. 540

TEOBALDO — Verás cómo al Rey suplico
que le dé la vida a Enrico,
pues ha de vivir por ti.
Que si el perdonar ha sido
debida y piadosa ley 545
y solo a pedirlo al Rey

de aquesta suerte he venido,
en confusiones tan fieras,
como mi amor advirtió,
quisiera pedirla yo 550
y que tú no la pidieras.

INFANTA Débole a Enrico la vida.

TEOBALDO Pues bien es que satisfagas,
si lo que debes le pagas.

INFANTA Ha de ser encarecida 555
con el Rey la petición.

TEOBALDO Y tú misma la verás,
puesto que presente estás.

INFANTA Él llega a buena ocasión.

TEOBALDO No sé qué llego a sentir, 560
que, si mi temor repara,
quisiera que el Rey negara
lo que le llego a pedir.
Vuestra Majestad, señor,
me dé por ventura tanta 565
a besar los pies.

(**Sale el** REY.)

REY Levanta,
¿Cómo te sientes?

TEOBALDO Mejor.
Que pensé he convalecido
y por solo haber llegado
a tus pies, se ha adelantado 570
la salud.

REY ¿Qué ha sucedido?
Álzate del suelo y di,
¿qué quieres?

TEOBALDO Hasta tener
lo que pido, me has de ver
rendido a tus pies ansí. 575
Una cólera, señor,
nunca previene razones,
ni son suyas las acciones
y más tocando al honor.
Cuando está más disculpado, 580
si de sentimiento lleno,
vive a la razón ajeno
y a la prevención negado.
Y pues te suplica ya,
quien más agraviado[(19)] es, 585
señor, que la vida des,
¿mira Enrico?

REY ¿Bien está?

INFANTA Yo, señor, agradecida
en tan trágicos enojos,
con lágrimas de mis ojos 590
vengo a pedirte una vida.
Testigo fuiste, señor,

cuando con valientes modos,
desamparándome todos,
me dio vida su valor. 595
Justo será que le dé,
teniendo por mí el perdón,
la suya en satisfación,
¿mira Enrico?

REY Ya lo sé.

TEOBALDO Licencia el honor te dio, 600
si no es que de ti te olvidas,
para que su vida pidas,
para que le llores no.

(**Sale** LUDOVICO.)

LUDOVICO Una dama a quien el manto
cubre el rostro y cuya voz, 605
con suspiros divididos
rompe el viento con temor,
a solas te quiere hablar.

REY Dejadme solo.

INFANTA **[Aparte.]** ¡Ay amor!
¡Lo que me debes me pagas! 610
¡Amorosa confusión! **(Vase.)**

TEOBALDO **[Aparte.]** Si ya creíste los celos,
¿por qué dudas el rigor?

LUDOVICO Ya en la sala entra la dama.

(Sale ESTELA **con un manto.)**

REY Sombra que de luz vistió 615
este cuarto, aunque eclipsado
su divino resplandor.
¿Quién eres que el alma alegre
palpitando el corazón,
ella se viene a la boca 620
y él se previene a la voz?
¿Qué quieres? ¿A qué veniste?
Que viendo por nube el sol,
su tristeza me entristece,
deme dolor su dolor. 625
¿Por qué los rayos escondes?
Dime, ¿quién eres?

ESTELA **(Descúbrese.)** Yo soy.

REY Tú solamente pudieras
causar tal admiración
al alma, que como tuya, 630
sin verte te conoció.
Y como la imagen eres
a quien se rinde el amor,
por la fe detrás del velo,
como deidad te adoró. 635
¡Ay Estela! ¿Más que el ruego,
pudo vencerte el rigor,

la amenaza más que el llanto,
más que el alma la pasión?
¿Tanto luto para un vivo? 640
Si no es que yo el muerto soy,
que de tus ojos, Estela,
es el milagro mayor.
Por la vida de tu hermano
vienes, que es justa razón, 645
que se la dé humilde, quien
soberbia se le quitó.
En tu mano está su vida,
escoge, pues tengo yo
la justicia en la una mano 650
y en la otra mano el perdón.
No soy Rey de Inglaterra,
tu rey y tu amante soy
y he de vencer con rigores,
lo que con regalos no. 655
¿Cómo podrás defenderte?
Solos estamos los dos,
hasta aquí el rigor fue cuerdo,
pero ya es necio el rigor.

ESTELA

Eduardo generoso, 660
Tercero de Inglaterra,
de las tres lucientes rosas,
luz, norte, amparo y defensa.
Tú, que en alas de la fama
siempre celebrado vuelas, 665
ocupando en tus memorias,
voz, aplauso, trompa y lengua.
Yo soy Estela infelice
y de Salveric Condesa,
por heredar de mi casa 670
nombre, honor, lustre y nobleza.
En Salveric retirada
viví, donde la aspereza
en la soledad me dieron,
prados, montes, valles, selvas. 675
Vísteme en el campo un día,
¡pluguiera a Dios no me vieras,
o que allí fuera a tus ojos
áspid, bruto, tigre o fiera!
¡Negárame el sol la luz 680
y sepultándome en ella,
fuera el claro día noche,
parda, obscura, triste y negra!
Desde aquel punto empezaste
a hacer amorosas muestras, 685
resistiendo con honor,
gusto, amor, poder y fuerza.
¿Qué peña en el viento sorda?
¿Qué roca en el mar opuesta
a soplos y olas, que libres 690
baten, gimen, braman, suenan

como yo a suspiros tuyos,
como yo a lágrimas tiernas
he sido, y al agua y viento,
risco, monte, roca y peña? 695
¿Qué esperanzas tienes mías,
para que ansí te prometas
menos rigor? Pues porque
veas, notes, oigas, sepas
que la vida de mi hermano 700
no es bastante a que yo pierda
un átomo de honor, siendo
pasmo, horror, miedo y tragedia.
Con este acero que miras
me daré muerte yo mesma, 705
si acaso la afrenta mía
buscas, quieres, ves e intentas.
Si tienes hoy en tus manos
la justicia y la clemencia
y buscas para su agravio 710
muerte, horror, miedo y afrenta,
yo también tengo en las mías,
con resolución más cierta,
viviendo y muriendo honrada,
vida, honor, lauro y defensa. 715
Yo por la vida de Enrico
vine o a volver sin ella,
puesto que ha sido la mía,
culpa, causa, miedo y pena.
Para que la alma infelice, 720
en su misma sangre envuelta,
pida justicia, bañando
fuego, viento, mar y tierra.
Y conmoviendo a piedad,
siendo sola su inocencia 725
y en cada gota mezclando
voz, gemido, llanto y pena.
Porque en poblado los hombres,
porque en el monte las fieras,
porque en el aire las aves, 730
cielo, sol, luna y estrellas,
aves, peces, brutos, gentes,
astros, signos y planetas,
digan, vean y publiquen,
oigan, miren, noten, sepan, 735
que hay honor contra el poder,
que hay industria contra fuerza
y que hay en mujeres nobles
vida, honor, lauro y defensa.

REY Esconde, Estela, el riguroso acero, 740
no te vean con él, que hacer espero
inmortal esta hazaña[(21)].
¿Quién está aquí?

ESTELA ¡Severidad extraña!

(**Salen** LUDOVICO, **la** INFANTA **y** TEOBALDO.)

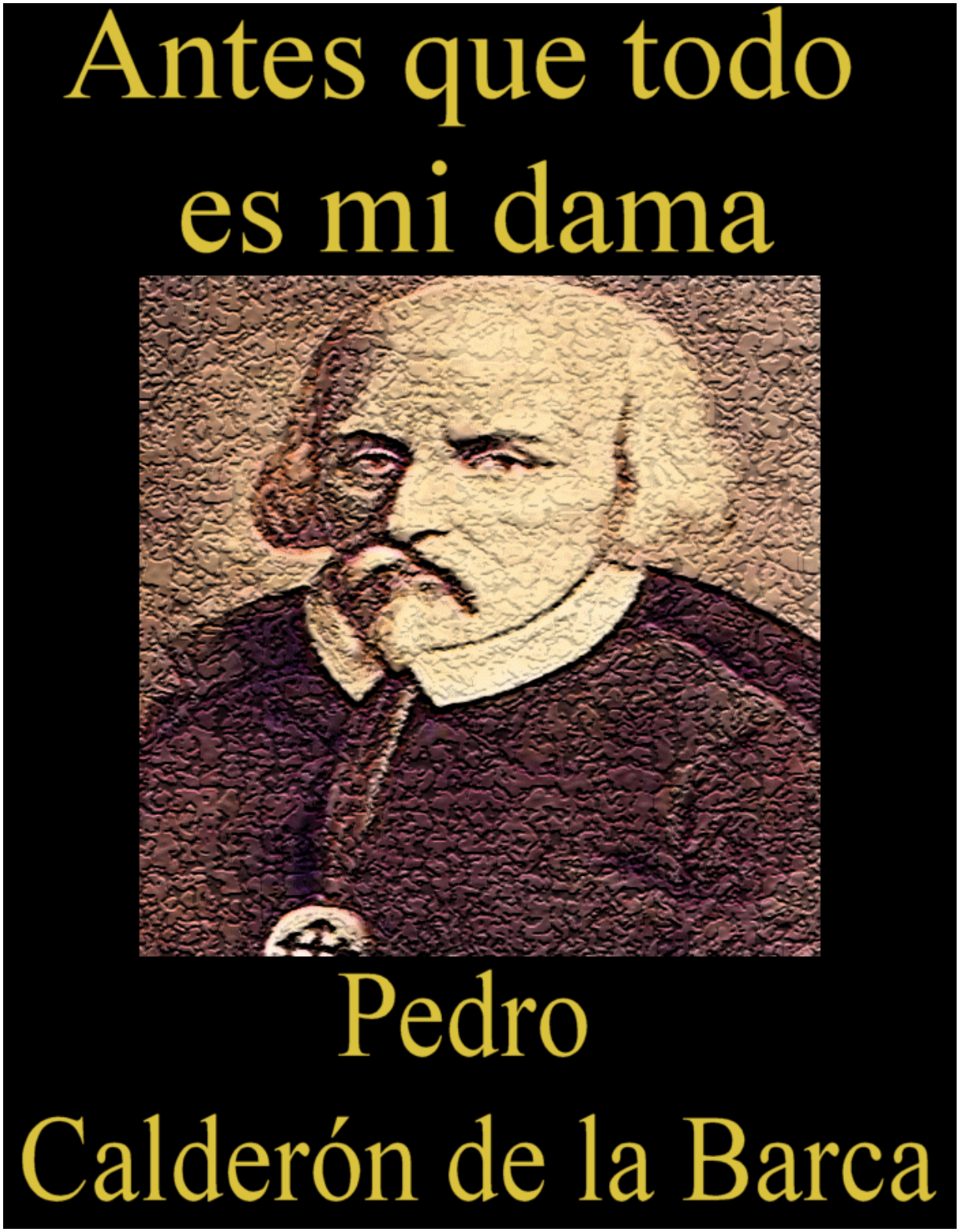
TODOS ¿Qué mandas?
REY Ludovico,
llámame al Conde, tú Teobaldo a Enrico. 745
INFANTA **[Aparte.]** ¡Estela con el Rey! Ya sus enojos
claros se ven en los airados ojos.
REY **[Aparte.]** ¡Que una mujer ha sido
tan noble, que el poder haya vencido!
Callen Porcia y Lucrecia, que ofendidas 750
despreciaron las vidas.
Pero no desta suerte,
por honor se atrevieron a la muerte.
Yo solamente he sido,
quien vencedor se coronó vencido. 755

(Salen LUDOVICO **y el** CONDE **por una puerta y por otra** TEOBALDO, ENRICO **y** TOSCO **villano.)**

ENRICO Vós, Teobaldo, ¿venís por mí?
TEOBALDO Quisiera
ser quien la vida y libertad os diera.
LUDOVICO Llama el Rey.
CONDE ¿Qué hay de nuevo, Ludovico?
LUDOVICO Aquí está el Conde ya.
TEOBALDO Y aquí está Enrico.
ENRICO Si a escuchar mi sentencia me has traído, 760
habiéndote de ver, piadosa ha sido,
pues la piedad declara,
que nadie muere viendo al rey la cara.
TOSCO Yo también quiero vella,
por no morir. Por cierto que es muy bella. 765
LUDOVICO **[Aparte.]** Su Majestad se sienta
y a su lado la Infanta.
ENRICO **[Aparte.]** El Rey airado,
¡con gravedad admira!
severo y grave a todas partes mira.
REY Caballeros, mis deudos y vasallos, 770
leales, nobles y amigos,
a vuestro bien habéis de ser testigos,
pues por satisfaceros
tantas hazañas, que en el mundo han sido
término al tiempo, límite al olvido, 775
hoy quiero lisonjearos,
con una reina, que pretendo daros.
Estela es quien merece
partir conmigo la Imperial Corona,
que luciente en mis sienes resplandece, 780
porque veáis en tan felice estado,
vencido mi poder, su honor laureado.
No repliquéis, sentaos en esta silla,
que es solo merecisteis ocupalla,
siendo del mundo espanto y maravilla. 785
ESTELA No merezco esos pies.

REY Y cuando fuera
del mundo emperador, lo mismo fuera.
CONDE Pues a mi Reina quiero
besar la mano, siendo yo el primero
que le dé la obediencia. 790
TEOBALDO Y todos esperamos tu licencia,
para deciros ya con voz altiva,
¡Viva Edüardo con Estela, viva!
REY ¿Pues no llegáis, Enrico?
ENRICO No he llegado,
que ninguno a su rey mira culpado, 795
mas si culpa en mi inocencia abonas,
yo llegaré contento,
pues con darme licencia, me perdonas.
REY En días de mis bodas,
quiero que sean alegrías todas. 800
Dé Flérida la mano
a Teobaldo.
TEOBALDO Yo soy quien gano.
INFANTA Pues, ¿no es bien que te asombre
mano de quien lloró por otro hombre?
TEOBALDO Yo la culpa he tenido. 805
INFANTA Y licencia te pido
para darla, señor, a quien me ha dado
causa de que por él haya llorado.
REY Yo la doy y contento
de que así queda satisfecho Enrico. 810
ENRICO Que me dejes besar tus pies suplico,
porque a tus plantas puesto,
poder, amor y honor den fin con esto.

Antes que todo es mi dama
Pedro Calderón de la Barca



Fiesta que se representó a sus Majestades en el Coliseo del Buen Retiro.

Personas que hablan en ella.

DON FÉLIX DE TOLEDO, galán.
LISARDO, galán.
DON ANTONIO, galán.
DON ÍÑIGO, viejo.
HERNANDO, lacayo.
LAURA, dama.
DOÑA CLARA, dama.
BEATRIZ, criada.
LEONOR, criada.
MENDOZA, lacayo.

Jornada I

Sale HERNANDO, con dos maletas, y MENDOZA.

HERNANDO ¿Dónde tengo de poner
estas maletas que traigo,
que son recámara y son
guardarropa de mi amo?
¿Cómo se ha de acomodar 5
la vivienda de su cuarto?
¿Y cuándo vendrá, si dijo?

MENDOZA Responder a todo aguardo.
¿Dónde pondrá las maletas?
En aquesta sala en tanto 10
que abren su aposento. ¿Cómo?
Arrimándolas a un lado.
¿Cuándo ha de venir? Muy presto,
que él y mi señor quedaron
aquí cerca. Conque he dicho 15
el dónde, el cómo y el cuándo.

HERNANDO ¿Ha sido vuesa merced
lógico?

MENDOZA ¿Viene borracho?

HERNANDO No hice hasta ahora por qué;
pero, ¿de qué se ha enfadado? 20

-518-
MENDOZA No soy amigo de apodos.

HERNANDO «Lógico» es apodo sabio
y no debiera ofenderle.

MENDOZA ¿Por qué?

HERNANDO Porque así llamamos
los doctos a los que en forma 25
responden.

MENDOZA Yo no sé tanto,
que solo sé, en no entendiendo
algo, dar a uno con algo.

HERNANDO No fuera dificultoso,
según soy de cortesano; 30
pero aunque yo me dejara
(costosísimo agasajo)
dar con algo en cortesía,
sé que, aun después de enterrado,
no quedará uced bien puesto. 35

MENDOZA ¿Después de enterrado?

HERNANDO Es claro.

MENDOZA ¿Cómo?

HERNANDO Ve aquí que me da
vuesarced un hurgonazo,
que es lo más que puede hacer;
que yo en el suelo me caigo, 40
que es lo menos que hacer puedo,
confesión pidiendo en altos
alaridos. ¿No era fuerza
venir a esta voz volando,
antes que un confesor, dos 45
alguaciles? Sí, que en casos

semejantes siempre fue
el confesor el llamado
y el alguacil el venido,
que es muy puntual el diablo. 50
Uced huye, ellos le siguen
juzgando más necesario
el hacer causa a su cuerpo
que el hacer de mi alma caso.
Agárranle luego al punto, 55
que esto de ponerse en salvo
es don concedido a pocos,
y ucé es muchos. Conque, en tal
que yo me muero, ya está
puesto en la reja de palo. 60
Tómale la confesión
que no me dio el escribano
y échanle a cuestas la ley
del garrotillo de esparto.
Conque pruebo que no queda 65
ucé, aun después de enterrado
yo bien puesto, claro es pues
no habrá maestre de campo
que, viendo a un ahorcado, firme
que está bien puesto el ahorcado. 70

MENDOZA ¿A un hombre como yo habían
de ahorcar por un hombre bajo?

HERNANDO La ley no tiene estatura.

MENDOZA Veámoslo.

HERNANDO No lo veamos,
sino hagamos otra cosa 75
que sea nueva en los teatros.

MENDOZA ¿Qué es?

HERNANDO Que seamos amigos
pues que lo son nuestros amos,
que es muy viejo esto de andar
de pendencia los criados 80
toda la vida.

MENDOZA De ser
leal amigo doy la mano.

HERNANDO También yo, y de nuestras casas
la alianza juro, dando
por fiador...

MENDOZA ¿A quién?

HERNANDO A Lepre, 85
un tabernero estremado
que vive aquí cerca.

MENDOZA Soy
contento.

(Salen LISARDO y DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Mendoza...

LISARDO Hernando,
¿trajiste ya las maletas?

HERNANDO Más ha de una hora que aguardo 90
con ellas aquí.

DON FÉLIX ¿Tú fuiste
a traer aquel recado?

MENDOZA Sí, señor. Mas la joyera
que volviese de aquí a un rato
dijo por ello, porque 95
aún no lo tenía acabado.
Pues habla al huésped y mira
cuál ha de ser nuestro cuarto:
haz que se aderece.

DON FÉLIX Tú
vuelve, y antes de llevarlo, 100
tráelo aquí, que quiero verlo.

MENDOZA Voy corriendo.
(Vase.)

HERNANDO Yo volando.
(Vase.)

LISARDO Ya, don Félix, que yo he sido
tan dichoso que he llegado
a teneros en Madrid, 105
y ya que habéis vós gustado
que, hallándonos forasteros
en dos posadas, hagamos
en la una compañía
de la soledad de entrambos; 110
ya, en fin, que a vivir con vós
he venido, suplicaros
quiero una fineza, que
pagar con la misma aguardo.
Los días que me habéis visto 115
y que yo os he visitado
por mayor nos dimos cuenta
de nuestros sucesos varios:
que de Granada venisteis,
me habéis dicho, disgustado 120
a solo dar en Madrid
tiempo a un pesar, y en llegando
a hablar en él, siempre hicisteis
sus discursos muy de paso.
Fuera desto, la tristeza 125
que me encarecéis con cuanto
rigor os aflige ha sido
testigo bien abonado
de que es tragedia de amor
la vuestra; yo, pues, llegando 130
a ver hoy en vós el mismo
mal que padezco, he intentado
aliviar con vós mi pena,
porque no hay mejor reparo
a un accidente, don Félix, 135
que el hablar a todos ratos
del accidente con quien
le padezca, que los daños,
ya que su mal es sentirlos,
su cura es comunicarlos. 140
Y así, os suplico me hagáis
merced de que hablemos claro:
contadme vuestras fortunas;
yo haré lo mismo, y templado
el accidente, veremos 145
en saliéndose a los labios.

DON FÉLIX ¡Ay, Lisardo, qué bien dijo
un discreto cortesano
que era contagio el amor,
pues en la acción más acaso 150
su veneno comunica
o más o menos templado!
Vós lo decid, pues que vós,
con solo haber reparado
en mis acciones, habéis 155
conocido el mal que paso.
Huélgome de que haya sido
por estar también tocado
vós, Lisardo, de la misma
malicia de mi contagio, 160
pues con eso podré yo
hablar con vós, confiado
de que os compadecerá
mi dolor, que, aunque es adagio
vulgar que nadie se cure 165
con médico enfermo, es falso
que no haya alivio el enfermo
de los consejos del sano.
Pensaréis que mi destierro
y mi pena se ha causado 170
de un suceso, y que los dos

-520-
vienen dados de la mano.
Pues no: distintos han sido,
porque sea mi cuidado
mayor, embistiendo a un tiempo 175
por dos partes el contrario.
El suceso de Granada
por quien estoy desterrado
no importará no decirle,
supuesto que no hace al caso; 180
pero, porque no penséis
que nada en mi pecho guardo,
le habré de contar: un día,
estando, amigo, jugando,
una duda se ofreció 185
sobre juzgar una mano;
yo, que había estado en ella,
juzgué desapasionado
lo que vi, y un forastero,
que al pleito de un mayorazgo 190
pienso que estaba en Granada,
o amigo o interesado
del perdidoso no quiso
pasar por ella1, afirmando
que no había sido así; 195
yo, que siempre advertí cuánto

más fácil sana una herida
que no una palabra, saco
la espada; partida, pues,
la conversación en bandos, 200
al lado del forastero
unos y otros a mi lado,
todo era voces; no mucho
duró la cuestión, que, dando
una estocada en su pecho, 205
de parte a parte le pasó;
cayó en el suelo; yo, entonces,
a toda prisa me salgo
de la casa y en la más
cercana iglesia sagrado 210
tomé; buscome mi padre
en ella y, como enfadado
estuviese de que yo
pretensiones de soldado
hubiese puesto en olvido, 215
la ocasión aprovechando,
me hizo venir a Madrid
a pretender, porque, en tanto
que él del herido asistía
a la cura y al regalo, 220
yo, para volverme a Flandes,
tratase de mis despachos.
Un mes en Madrid viví,
siendo estación de mis pasos
las gradas de San Felipe 225
y las losas de Palacio,
y en este intermedio supe
que, convalecido y sano
el caballero, no admite
la amistad. En este estado, 230
delincuente y pretendiente
en Madrid estaba cuando
la segunda causa, ¡ay, cielos!,
de las tristezas que paso
facilitó mi fortuna, 235
a cuyo suceso raro
segunda vez os suplico
que me estéis atento un rato.
En esta misma posada
donde ahora, Lisardo, estamos, 240
de las traiciones de amor
vivía bien descuidado
cuando, ofendido quizás
de mis donaires, tomando
venganza vibró a mi pecho 245
no una flecha, sino un rayo.
En esta casa de enfrente2
vivía un caballero anciano
a quien dio el cielo una hija
para Jordán de sus años. 250

que Madrid ha visto, harto
os lo encarezco, supuesto
que es el más noble teatro
adonde están la hermosura, 255
discreción, aliño y garbo
continuamente de amor
tragedias representando.
No vio el sol igual belleza
por cuantos rumbos, por cuantos 260
círculos, campeón de luces,
corre esferas de alabastro.
Vila, Lisardo, y amela
tan a un tiempo que dudando
quedé si fue haberla visto 265
primero que haberla amado.
Tan fuera de mí me hallé
al ver prodigio tan raro
que a mí mismo por mí mismo
me pregunté de allí a un rato. 270
La ocasión en que la vi
fue una mañana que acaso
estaba yo a esa ventana
y ella, Lisardo, en su cuarto.
Recateme porque ella 275
no lo hiciese y, acechando,
a sus acciones atento,
solo un postigo entreabro.
Juzgando no estar mirada,
o estar mirada juzgando, 280
que amor no supo hasta agora
si fue descuido o cuidado,
cara a cara hacia la luz,
fiada en el fácil recato
del cristal de una vidriera, 285
se puso a tocar. ¡Oh, cuánto
diera yo agora por ser
buen retórico! Aunque en vano
lo deseo, que aunque fuera
el mejor, más celebrado 290
del mundo, fuera, al pintarla,
cada lisonja un agravio.
Pero, aunque esté mal hallada
su perfección en mis labios,
he de decir un soneto 295
que hice estándola mirando
por deciros de una vez
su belleza y mi cuidado.
Viendo el cabello, a quien la noche puso
en libertad, cuán suelto discurría, 300
con las nuevas pragmáticas del día
a reducirle Cintia se dispuso.

Poco debió al cuidado, poco al uso,
de vulgo tal la hermosa monarquía,
pues no le dio más lustre que tenía 305
después lo dócil que antes lo confuso.
La blanca tez, a quien la nieve pura
ya matizó de nácar al aurora,
de ningún artificio se asegura.
Y pues nada el aliño la mejora, 310
aquella solamente es hermosura
que amanece hermosura a cualquier hora.
Este, que fue de mi afecto
corta línea y breve rasgo,
fue de mi afecto también 315
primer tercero, Lisardo,

que aunque hoy el dar un soneto
no está en uso, dispertando
las ya dormidas memorias
del Boscán y Garcilaso, 320
acompañado de otro
papel sin batir, dorado,
por medio de una criada
pudo llegar a sus manos.
Declarado ya una vez, 325
amante seguí sus pasos,
galán festejé sus rejas,
fino idolatré sus rayos,
leal padecí sus iras,
tierno lloré sus agravios 330
y, al fin, pródigo granjeé
sus criadas y criados
hasta que Amor3, convencido
de mi ruego o de mi llanto,
trocó en favor el desprecio, 335
mudó el desdén en agrado.
Supo quién era y, oyendo
más piadoso su recato
el lícito fin que pudo
osarme a vuelo tan alto, 340
con los honestos favores
permitidos a su estado
ostentó lo agradecido
a despecho de lo ingrato.
Desta manera vivía, 345
felicemente gozando
hurtos de Amor4, de quien fue
cómplice el obscuro manto
de la noche, permitiendo
que por la reja que a un patio 350
caía la hablase. Alegre
con esto pasaba cuando,
por alguna conveniencia,
se fue su padre a otro barrio.

Aquesta mudanza, pues, 355
mi tristeza ha ocasionado
no porque a ella la distancia
mudase, que lo sagrado
al espacio no se muda
aunque se mude el espacio, 360
sino porque estar no puedo
su hermosura idolatrando
a todas horas, si bien
una cosa ha granjeado
la mudanza, que es licencia 365
para entrar hasta su cuarto
no estando en casa su padre.
Este, en fin, es el estado
en que me veis, esta es
la nueva dicha que alcanza 370
y esta, Lisardo, es la causa
de las tristezas que paso,
que, aunque para estar alegre
tengo ocasión, pues me hallo
favorecido, sería 375
mi amor grosero en estarlo,
porque no ha de estar contento
jamás un enamorado.

LISARDO Tan parecido es, don Félix,
mi cuidado a ese cuidado, 380
mi deseo a ese deseo,
que, aunque me ofrecí a contaros
mis fortunas, de las vuestras,
haciendo lícito el cambio,
no tengo ya para qué, 385
porque, habiéndoos escuchado,
inútilmente sería
repetirlo y no contarlo.
De Flandes, donde los dos
tanta amistad profesamos, 390
a Madrid, don Félix, vine
de la esperanza llamado
de mis servicios. Mas esto
no importa; vamos al caso.
Una mañana de abril, 395
a mis pretensiones dando

treguas, que no ha de estar siempre
tirante al pesar el arco,
al prado bajé y en uno
de esos jardines del prado 400
acaso entré, si es que Amor5
hacer supo nada acaso.
En él una mujer vi,
a quien por reina juraron

de las flores y las fuentes 405
los cristales y los cuadros,
saludando su hermosura
todo el florido aparato
de los cristales con risa,
de las flores con halagos, 410
de los cielos con reflejos
y de las aves con cantos,
hoja a hoja, perla a perla,
tono a tono y rayo a rayo.
Nunca la gentilidad 415
mintió con crédito tanto
de las diosas y [de]6 las ninfas
las fábulas, pues yo, dando
a mi discurso la rienda,
estuve suspenso un rato, 420
casi persuadido ya
si no a creerlo, a dudarlo.
Pero, ¿qué mucho, don Félix?
Si vi en más amenos campos
que los Elisios a Venus 425
lascivamente jugando
con las flores, a quien todas
igualmente confesaren
deber su temprana vida
al breve hermoso contacto 430
de sus pies, la blanca tez
de su hermosura a sus manos,
el esplendor a sus ojos
y la púrpura a sus labios.
Con noble envidia de todas 435
las rosas, que eran ornato
del bellísimo vergel,
una que aún no había sacado
del verde botón las hojas
y, al parecer, acechando 440
estaba para salir
si corría cierzo o austro;
una que, como garzota,
colocada en lo más alto
de la copa, coronaba 445
la cimera del penacho,
cortó. No hice yo soneto,
que no tengo ingenio tanto,
pero, acordándome de uno
hecho quizá al mismo caso, 450
desta manera la dije
(ved cuán puntual os pago):
  ¿Ves esa rosa que tan bella y pura
amaneció a ser reina de las flores?
Pues, aunque armó de espinas sus colores, 455
defendida vivió, mas no segura.
  A tu deidad enigma sea no obscura,
dejándose vencer, porque no ignores

que, aunque armes tu hermosura de rigores,
no armarás de imposibles tu hermosura. 460
Si esa rosa gozarse no dejara,
en el botón donde nació muriera
y en él pompa y fragrancia malograra.

-524-
Rinde, pues, tu hermosura y considera
cuánto fuera rigor que se ignorara 465
la edad de tu florida primavera.
Dije y risueña pagó
con dulce apacible agrado
la lisonja. Repetiros
no quiero, por no ser largo, 470
que, a despecho de mis penas
y a pesar de mis cuidados,
la seguí, su casa supe
y su calidad; pues cuanto
yo puedo deciros es 475
lo que vós en este caso
habéis dicho, porque, al fin,
papeles, dádivas, pasos,
finezas, ruegos, promesas,
rendimientos, ansias, llantos... 480
lugares comunes son
de cualquier enamorado.
Solo en una cosa, Félix,
los dos nos diferenciamos,
que es en estar triste vós 485
y estar yo alegre, culpando
vuestra ingratitud, porque
por mayor grosería hallo
que den [más]7 tristeza favores
que alegría, pues es claro 490
que triste y favorecido
son dos opuestos contrarios,
y así yo alegre y contento,
feliz, gozoso y ufano
con los favores estoy 495
del bellísimo milagro
que adoro, del sol que sigo
y la deidad que idolatro.

(Sale HERNANDO por una puerta y por otra MENDOZA con un azafate, y en él una banda y un tocado.)

HERNANDO Ya queda, señor, compuesto
y aderezado tu cuarto. 500

MENDOZA Ya el azafate está aquí
con la banda y el tocado.

DON FÉLIX Llega, que quiero que vea
si es de buen gusto Lisardo.

LISARDO ¿Qué es esto?

DON FÉLIX Un tocado es 505
que la envío porque, estando
ayer con ella, me dio
una flor.

LISARDO Es estremado,
y la banda es de buen gusto.

DON FÉLIX Parte, Mendoza, a llevarlo. 510

LISARDO Tú, Hernando, vente conmigo.

DON FÉLIX ¿Dónde vais?

LISARDO A ver si alcanzo
ocasión de ver mi dueño
su calle, Félix, pasando.

DON FÉLIX Disculpado estaré yo 515
en no ir a acompañaros,
pues la misma ocupación
a voces me está llamando.

LISARDO A Dios, pues.

DON FÉLIX El cielo os guarde.

LISARDO [Aparte.]

Poco ofendo tu recato, 520
amor, pues, aunque publico
el favor, el nombre callo.
(Vase con HERNANDO.)

DON FÉLIX [Aparte]

Pues no digo quién es dueño
de la ventura que gano,
poco su decoro ofendo, 525
poco su respeto agravio.

(Vase con MENDOZA.)

(Salen BEATRIZ y LAURA.)

LAURA No me aconsejes, Beatriz.

BEATRIZ Yo no te aconsejo agora,
pero dígote, señora,
que adviertas cuán infeliz 530
será tu amor si, por dicha,

-525-
algo llegase a entender
tu padre.

LAURA Pues, ¿qué he de hacer
si ya esta fue mi desdicha?
Ya al principio resistí 535
constante, ya desprecié
firme al principio una fe;
si después la agradecí,
culpa mi estrella atrevida,
pues, siendo en un hombre el ser 540
culpa ingrato, en la mujer
lo es el ser agradecida.

BEATRIZ Yo no te digo que no
ames, señora, que fuera,
cuando aquesto te dijera, 545
no tener discurso yo.
Solo te digo procures
que esto con recato sea:

que no te hable, ni te vea,
porque tu honor no aventures, 550
don Félix dentro de casa;
ya sabes que es mi señor
tan estremeño de honor
que, aun sin saber lo que pasa,
vive con recelos tales 555
que es una copia, un traslado
bien y fielmente sacado
del celoso Carrizales.

LAURA Confieso la condición
yo de mi padre, y confieso 560
también, Beatriz, el exceso
de mi tirana pasión;
pero, a cada inconveniente
más que discurro, sabrás
que es dar otra llama más 565
al fuego que el alma siente,
que es materia tan violenta,
tan voraz y tan activa
que con suspiros se aviva
y con llanto se alimenta. 570
Pero, ya que hemos llegado
a hablar en aquesto, ¿qué es
lo que yo aventuro? Pues
cuando llegue mi cuidado
a saberse, se sabrá 575
que he querido a un caballero
de quien ser esposa espero.

BEATRIZ Concedo que lo será.
Pero, ¿de qué lo has sabido
más que de decirlo él? 580

LAURA De que mi pecho fiel
lo ha escuchado y lo ha creído.
Y en eso no se dejara
engañar, pues conociera
el alma por la vidriera 585
del semblante de la cara,
que la nobleza jamás
miente, luego se descubre.

BEATRIZ Como eso Madrid encubre,
yo me río de los más. 590

LAURA Cuando empeñada me ves,
¿ríes cuentos semejantes?

BEATRIZ ¿No es mejor reírlos antes
que no llorarlos después?

LAURA Que llaman, mira, a esa puerta. 595

BEATRIZ A ver quién llama saldré.
(Vase.)

LAURA Y yo entre tanto diré,
cuando estoy de amores muerta...
¿Qué genero de ardor es el que llego
hoy a sentir que más parece encanto? 600
Pues luciendo tan poco, abrasa tanto,
y abrasando tan mudo, arde tan ciego.
¿Qué género de llanto es, sin sosiego,
este que a tanto incendio no da espanto?

-526-
Pues al fuego apagar no puede el llanto 605
ni al llanto puede consumir el fuego.
Donde materia no hay, no se da llama;
mas, ¡ay!, que, sin materia en el abismo,
una y otra aprehensión es quien la inflama.
Luego cierto será este silogismo: 610
si fuego de aprehensión tiene quien ama,
amor y infierno todo es uno mismo.

(Sale BEATRIZ con un azafate y un pliego de cartas.)

BEATRIZ A nuestra puerta han llamado
a un tiempo dos: el primero
era, señora, un cartero; 615
el segundo era el criado
de don Félix. Recibí
de los dos, y envielos luego,
para mi señor un pliego
y un regalo para ti. 620

LAURA Pues, ¿no dijeras que entrara
de don Félix el criado?

BEATRIZ Si lo que trae ha dejado,
¿para qué?

LAURA Hablarle gustara
para saber dónde queda 625
su señor. Si no se ha ido,
dile que entre.

BEATRIZ ¿Has prevenido
que venir mi señor pueda?

LAURA ¿Tanto se ha de detener?

(Sale MENDOZA.)

MENDOZA Esperando esa licencia 630
no hice de la puerta ausencia
hasta llegar a saber
si mandabas algo.

LAURA Di,
¿dónde tu señor quedó?

MENDOZA En casa le dejé yo 635
cuando yo della salí.
Mandome que te trajera
esas flores y, aunque ser
desaire puede el traer
flores a la Primavera, 640
aceté la comisión.

DON ÍÑIGO [Dentro.]

Esperadme, Fabio, aquí.
Presto escribiré.

LAURA ¡Ay de mí!

BEATRIZ Mi señor.

MENDOZA ¡Qué confusión!

LAURA Beatriz, guarda este azafate.

BEATRIZ Que el azafate te asombre
estando ahí tan grande un hombre
como el mismo disparate
de hacerle entrar...

(Sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO ¿Qué buscáis
aquí, hidalgo?

MENDOZA Yo he venido
a traer.

DON ÍÑIGO ¿Qué habéis traído?

BEATRIZ Esta carta.

DON ÍÑIGO ¿Y qué esperáis?

MENDOZA El porte.

BEATRIZ Es verdad, porque
yo dinero no tenía
y entré por él.

DON ÍÑIGO [A su hija.]

¿No podía
más afuera esperar?

LAURA ¿Qué
culpa tengo yo?

MENDOZA Creí

que me había dicho que entrara
por él, que, si no, esperara
en el portal.

LAURA [Aparte.]

¡Ay de mí! 660

BEATRIZ [Aparte.]

Si más le apura, infeliz
soy.

MENDOZA [Aparte.]

Yo espero gran castigo.

DON ÍÑIGO [Lee.]

«Porte, un real». Tomad, amigo.
Idos con Dios.
(Dale el porte.)

MENDOZA [Aparte.]

¡Oh, Beatriz!
No en vano por ti me muero. 665
(Vase.)

BEATRIZ [Aparte.]

La mentira que he fingido
al viejo mentira ha sido

-527-
a pagar de su dinero.

LAURA [Aparte.]

De estraño susto salí.

DON ÍÑIGO [Aparte.]

La carta de mi pesar 670

es quien me ha de asegurar
si es engaño. Dice así:
[Lee.]

«La confianza que debo tener de vuestra amistad me asegura las finezas que della puedo prometerme. Don Félix, mi hijo, está en esa corte, así por la asistencia de sus pretensiones como por la ausencia de sus travesuras. Suplícoos me hagáis merced de buscarle en la posada que dice el sobrescrito de esa carta y ponerla en su mano, que, porque va en ella un aviso que importa, no he querido fiarla de menor cuidado. Don Diego de Toledo».

¡Por Dios que estimo infinito
mi desengaño! ¡Y que esté
aquí don Félix! Veré 675
dónde dice el sobrescrito.
[Lee.]

«A don Félix de Toledo, mi hijo, en la calle del Carmen, en la posada de unas casas nuevas».

Bien sé la posada, que es
frente de donde vivía.

LAURA ¿De qué es, señor, la alegría?
Dame della parte, pues 680
tenerla por propria puedo.

DON ÍÑIGO De Granada he recibido
aqueste pliego, que ha sido
de don Diego de Toledo,
un caballero de quien 685
en mis mocedades fui
amigo y a quien debí
la vida y honor también
en ciertas adversidades.
([Aparte.]

De que el silencio sea juez, 690
que se corre la vejez
de escuchar sus mocedades.)
Pídeme que busque aquí
a un don Félix de Toledo
hijo suyo a quien hoy puedo 695
pagar lo que a él le debí,
y aunque me puedo acordar
dél muy poco, nada haré
en hallarle, porque fue
la posada en que ha de estar, 700
según dice el sobrescrito,
frente de la misma casa
que dejé. Esto es lo que pasa.

LAURA Y yo me huelgo infinito

hoy de nueva semejante 705
por lo que a ti te ha alegrado.

DON ÍÑIGO Solo siento que ocupado
me halle para que al instante
no le busque. Pero yo
presto escribiré.
(Vase.)

LAURA Beatriz, 710
¿ves si mi amor es feliz,
pues desengaños me dio
adelantados de que
el ser Félix caballero
no lo hace el ser forastero? 715

BEATRIZ Verdad cuanto dijo fue.

LAURA ¡Quién avisarle pudiera!

BEATRIZ ¿Quién quieres tú que a avisarle
vaya si ha de ir a buscarle
luego? Que si no, yo fuera. 720
De la banda y el tocado
que tanto susto nos dio,
¿qué es lo que hemos de hacer?

LAURA Yo
ponérmela he deseado.
Mas no me atrevo, porque 725
es tan rica, estraña y bella
que es fuerza repare en ella
mi padre.

-528-
BEATRIZ Yo te daré
un arbitrio con que puedas
ponerla, que es lo que hacía 730
otra ama a quien yo servía
con telas, joyas y sedas.

LAURA ¿Qué es?

BEATRIZ Enviársela a una amiga

que con ella venga a verte
puesta, industriada de suerte 735
que, cuando tu voz la diga
«¡Qué linda banda!» delante
de tu padre, diga ella:
«Haste de servir con ella
sin que nada sea bastante 740
a que la vuelva a llevar,
pues te ha parecido bien».

LAURA Y tú lo has dicho tan bien
que así se ha de ejecutar:
a nuestra vecina Clara 745
la llevas y di que al instante
venga, porque es importante,
a visitarme; y repara
en que no alcance que ha sido
prenda que nadie me ha dado, 750
porque no sepa el cuidado
lo que ha de hacer el descuido
para que así venga ella
al punto.

BEATRIZ Volando voy,
que para mentiras hoy 755
predomina buena estrella.

LAURA ¿De qué lo infieres?

BEATRIZ Lo infiero
de que, aunque tan listo anda
mi señor, que pague espero
como el porte del cartero 760
el retorno de la banda.

(Vanse.)

(Salen LISARDO y HERNANDO.)

LISARDO Mil veces paso esta calle
sin que logre mi esperanza

el ver a Clara.

HERNANDO Es muy justo,
pues no mereces lograrla. 765

LISARDO ¿Cómo?

HERNANDO ¿Cómo estando abierta
toda esta puerta, te andas
paseando la calle una
y otra vez? Éntrate en casa
y verasla, porque aquesto 770
de enamorar de fantasma
ya espiró y el desde afuera
es destreza poco usada,
desde que la conclusión
se ha introducido en España. 775

LISARDO ¿Cómo me puedo atrever
a entrar yo si ella me manda
que de día no atraviese
los umbrales de su casa?

HERNANDO Pues, ¿de qué agora te quejas 780
si con condiciones amas?

LISARDO De que dure tanto el día.

HERNANDO ¿No es una mujer tapada
la que de su casa sale?

LISARDO Sí.

HERNANDO ¿Qué haces?

LISARDO Llegar a hablarla. 785

HERNANDO ¿Para qué?

LISARDO Para saber
qué es lo que hace doña Clara.

HERNANDO Es decir: tu amor a quien
no conoces.

LISARDO Bien reparas.

(Sale BEATRIZ.)

BEATRIZ [Aparte.]

Grande gusto es embustir. 790
Ya doña Clara industriada
queda de lo que ha de hacer
sin ser preciso rogarla,
que decir por una amiga
una mentira obra es santa, 795
porque nos depare Amor8
quien por nosotras lo haga.

LISARDO ¿Quién esta mujer será?

HERNANDO Qué sé yo. Alguna criada
de una amiga: una que quite 800

-529-
vello, una que mudas haga,
una que muela cacao,
una que distile aguas,
una que venda perfumes,
una que aderece enaguas, 805
una que rice guedejas,
una que eche las habas,
una que dineros lleve,
una que recados traiga
y una...

LISARDO Calla. No prosigas, 810
que ya siento que se vaya
sin conocerla.

[BEATRIZ se entra en su casa.]

HERNANDO Aun bien que
ha entrado en esotra casa
de más abajo y vecina
de la misma doña Clara; 815
y si quieres conocerla,
podrás cuando della salga.

LISARDO Ya no es tiempo, porque sale
sola con una criada
doña Clara de la suya 820
y es fuerza llegar a hablarla.

(Salen DOÑA CLARA y LEONOR con mantos, y DOÑA CLARA trae puesta la banda.)

LEONOR ¿Dónde vas?

CLARA A visitar
a nuestra vecina Laura,
porque agora me envió
decir que a verla vaya 825
y que aquesta banda lleve
puesta solo para darla.

LISARDO Hallándome yo en la calle
cuando vós de vuestra casa
salís, mal podré, señora, 830
pensar que disculpa haya
de no iros sirviendo.
[Aparte.]

¡Cielos!
¿Qué miro? ¿Esta no es la banda
que envió don Félix?

CLARA Y yo,
Lisardo, cortesía tanta 835
os estimo.

LISARDO [Aparte.]

Sí, ella es,
que no pudiera tan rara

labor mentir

CLARA Mas mirad
que no es razón ostentarla
en publicidad. A ver 840
voy a una amiga a esta casa
vecina; por eso salgo
hoy tan poco acompañada.
Quedaos aquí porque no
os vean conmigo, pues basta 845
la licencia que tenéis
en mi pecho y en mi casa
de noche sin que de día
demos que decir.

LISARDO Aunque haya
tan lícito inconveniente 850
como vuestro honor y fama,
perdonadme, que no puedo
dejar de hablar, ¡pena estraña!,
ahora en mis penas, que nunca
segundo término aguardan. 855
Y para esto, hasta la noche
es un siglo lo que falta
y ya el dolor me habrá muerto
de haber visto...

CLARA ¿Qué?

LISARDO ... esa banda
que, puesta en el pecho, más 860
le descubre que le guarda,
pues descubre tus traiciones.

CLARA Yo, Lisardo, no sé nada
de lo que decís.

LISARDO Pues, ¿quién
esa banda te dio, ingrata? 865

CLARA Una amiga ahora.

LISARDO Detente,
que es disculpa muy usada,
pues para vuestras disculpas
jamás una amiga falta.

CLARA Digo que me la envió... 870

LISARDO ... quien, antes que te la enviara,
me contó favores tuyos.
Ya sé todo lo que pasa:
ya sé que otro dueño tienes
coronado de esperanzas; 875
ya me ha dicho cuanto está
admitido de ti.

CLARA Basta,
Lisardo, que pienso que
dudas que soy con quien hablas.

LISARDO No dudo, que bien sé que eres 880
mudable, engañosa y falsa.
Si a don Félix quieres bien,
si dueño suyo te llamas,
si sus favores admites,
di: ¿para qué a mí me engañas? 885
Di.

CLARA Lisardo, bueno está,
que si os di licencia para
que me pidáis celos, no
para que me digáis tantas
locuras y desatinos, 890
que ya los límites pasan
de corteses galanteos
y cuerdas desconfianzas.
¿Qué es aqueso de otro dueño,
otro amor y otra esperanza? 895
Las mujeres como yo
no aman, o la vez que aman
es para que su amor sea
carácter fijo del alma,
y aunque a los principios quise 900
dar satisfaciones claras
del engaño que padecen
tan pequeñas circunstancias,
ya por castigar estilos
de vuestra loca arrogancia 905
y dejaros con la duda
no lo he de hacer, que se agravia
ofendido mi respeto
en imaginar que haya,
si satisfación os doy, 910

delito sobre que caiga.
Si estáis, Lisardo, enseñado
a mujeres que se pagan
de esos despechos, medid
más atento la distancia 915
y aprended a pedir celos
con quejas más cortesanas,
que no somos damas todas,
aunque todas somos damas.

(Vanse DOÑA CLARA y LEONOR.)

HERNANDO Bien doña Clara te ha dado 920
a entender que es doña Clara
del gran Conde Claros hija
y nieta de Claridiana,
bisnieta de Claridante
y chozna de una garnacha 925
clarísima de Venecia,
según lo claro que habla.

LISARDO ¿Qué es lo que pasa por mí?

HERNANDO Lo que por cualquiera pasa
el día que una mujer 930
el enojo desenvaina.

LISARDO Muerto estoy, entre mí y Félix
cercado de dudas varias.

HERNANDO ¿Cómo?

LISARDO Como Félix dijo
que tenía padre su dama, 935
y esta no le tiene.

HERNANDO Esa
cosa es de poca importancia,
que bien puede una mujer
que a dos admite y engaña,
con una madre en el cuerpo, 940
mentir un padre en el alma.

LISARDO ¿Pudo la banda ser otra?

HERNANDO Pudo, pero muy estrañas
son las señas.

LISARDO ¿Qué he de hacer
en tanta pena?

HERNANDO Dejarla. 945

(Salen DON FÉLIX y MENDOZA.)

DON FÉLIX ¿Aqueso te sucedió?

MENDOZA Yo pienso que no escapara
de allí vivo si no fuera
por Beatriz y por la carta.

DON FÉLIX ¿Lisardo por estos barrios? 950

LISARDO Aqueso no os preguntara
yo a vós, que ya sé que en ellos
tenéis que hacer.

DON FÉLIX Cosa es clara,
pues del sol que adoro es
hoy breve esfera esta casa 955
y a ella vengo como a centro
donde mi vida descansa.
En ella, Lisardo, está
la deidad a quien el alma
adora y...

LISARDO Todo lo sé, 960
y puesto que amistad tanta
los dos profesamos, Félix,
hablémonos cara a cara,
que esto de andar dos amigos
engañados de una dama 965

es bueno para que dure
entretenida una farsa,
mas no para que suceda.

DON FÉLIX Pues, ¿qué os turba?, ¿qué os espanta?,
¿qué tenéis?

LISARDO Hoy me dijisteis 970
cuánto vuestro pecho ama
una hermosura, de quien
favor vuestro amor alcanza.
Hoy también os dije yo
que adoro una soberana 975
beldad, admitido della.
Pues una misma son ambas.

DON FÉLIX ¿Qué decís?

LISARDO Que la belleza
que buscáis en esta casa,
a quien la banda enviasteis 980
y tiene puesta la banda,
es la misma que yo adoro
y que a los dos nos engaña.

DON FÉLIX Ved lo que decís, Lisardo.

MENDOZA Hablad quedo, que de casa 985
su padre sale.

DON FÉLIX ¿Es la hija
deste caballero, Laura,
vuestra dama?

LISARDO Para mí
Clara, y no Laura, se llama;
para mí no tiene padre, 990
sino un hermano que falta
de Madrid, y en todo miente.

(Sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO Aunque de escribir me falta
un pliego, volveré en dando
a este don Félix la carta. 995
(Vase.)

DON FÉLIX Mirad, Lisardo, que a veces
aun el mismo sol engaña,
tomando de los colores
reflejos y luces varias.

LISARDO ¿Vuestra dama no ha de estar 1000
dentro desta misma casa?
¿La banda no la enviasteis
y tiene puesta la banda?
Pues la misma es que yo quiero.

DON FÉLIX Afirmáis con veras tantas 1005
vuestros celos y mis celos,
vuestras ansias y mis ansias,
que me haréis vencerlos, pero
no con la primera causa.
Amigos somos los dos; 1010
vós tenéis una ventaja,
que es estar desengañado:
dejad que lo mismo haga
yo, y en estándolo, luego
veremos qué medio haya 1015

-532-
para proceder los dos
con cordura y con templanza,
finos con nuestra amistad
y airosos con nuestra dama.

LISARDO Decís bien.

DON FÉLIX Allí esperad 1020
mientras que yo subo a hablarla.

LISARDO Pues si es la que tiene puesta,
como digo, vuestra banda,
es una misma.

DON FÉLIX A eso voy.

LISARDO En el portal os aguarda 1025
con la respuesta mi pecho.

MENDOZA Y los dos, si aquesto para
en riña, ¿qué hemos de hacer?

HERNANDO ¿Qué? Guardar una alianza.

LISARDO Idos a casa y en ella 1030
esperad.

HERNANDO De buena gana.

(Vanse.)

(Salen LAURA, con la banda puesta, DOÑA CLARA, BEATRIZ y LEONOR.)

LAURA Pésame que hayas venido
a verme tan disgustada.

CLARA Si Beatriz no me dijera,
Laura, cuánto te importaba 1035
que delante de tu padre
viniese a darte esa banda,
como lo hice, no hubiera
salido en todo hoy de casa,
que no estoy buena.

LAURA Aunque eches 1040
a la salud que te falta
la culpa, otra he presumido
que es de tu pena la causa.

CLARA Si he de decir la verdad,
yo me estoy muriendo, Laura, 1045
por escribir un papel
que me desahogue.

LAURA Saca
la escribanía, Beatriz,
de ese tocador.

CLARA Aguarda,
que mejor es que yo entre 1050
a escribir.
[Aparte.]

En fin, tirana
pasión, ¿te sales con todo?
Veré si el pecho descansa
diciéndole por escrito
lo mismo que de palabra. 1055
(Vase.)

LAURA ¿Qué tiene tu ama, Leonor?

LEONOR No sé qué tiene mi ama.
Voy a ver si manda algo.
[Vase.]

BEATRIZ Don Félix hasta esta cuadra
se ha entrado.

(Sale DON FÉLIX.)

LAURA ¿Qué es esto, Félix? 1060
Pues, ¿no miras, no reparas
que a estas horas...?

[Vase BEATRIZ.]

DON FÉLIX No, que ya
ni miro ni advierto nada.

LAURA ¿Qué traes?

DON FÉLIX Si sé tus traiciones,
¿qué quieres, fiera, que traiga? 1065
Quédate a Dios, que no vine
más que a ver aquesa banda
en tu cuello para ver
cuánto eres fingida y falsa.

LAURA Pues, esta banda, ¿tú mismo 1070
no me la enviaste?

DON FÉLIX Sí, ingrata.

LAURA Pues, ¿qué te ofende?

DON FÉLIX Traella.

LAURA Yo pensé que era estimarla
por tuya.

DON FÉLIX Ya solo es mía
en que verdades me trata. 1075

LAURA ¿Qué verdades?

DON FÉLIX Tus traiciones;
mira si son harto claras.
Ya sé que Lisardo es dueño
de tu amor, ya sé que alcanza

-533-
tus favores, si lo son 1080
los que no alivian y agravian.

LAURA ¿Qué dices, Félix? ¿Quién es
Lisardo?

DON FÉLIX El galán que amas,
el que cuenta tus finezas
y ya llora tus mudanzas. 1085

LAURA ¡Viven los cielos, don Félix,
que te engañas!

DON FÉLIX Tú me engañas,
que él verdad me dice.

LAURA ¿Cómo
puede serlo quien con tantas
traiciones osa ofender 1090
los átomos de mi fama?

DON FÉLIX Si quieres que él te lo diga
a ti misma cara a cara,
sí hará, que tomar no habemos
él ni yo mayor venganza 1095
de ti que es averiguar
tus traiciones.

LAURA Pues, ¿qué aguardas?

DON FÉLIX Solo que él llegue hasta aquí.
Yo le traeré.

LAURA ¡Cielos! Salga
de tan grande laberinto. 1100

(Vase DON FÉLIX, y salen DOÑA CLARA y LEONOR.)

CLARA Toma este papel y a casa
te ve, y si Lisardo fuere
a ella, dásele. Y no salgas
por ahí, que mejor es
por esotra puerta.

(Vase LEONOR.)

Laura, 1105
¿de qué lloras?

LAURA De que soy
infelice y desdichada;
y más en que sea forzoso
que tú sepas mis desgracias,
pues ya no puedo escusarlo. 1110

(Salen DON FÉLIX y LISARDO.)

DON FÉLIX Agora veremos, Laura,
quién dice verdad. Lisardo,
¿es la dama de la banda
la que me habéis dicho?

LISARDO No,
que en mi vida vi esta dama. 1115

LAURA Pues, ¿cómo habéis dicho que
yo engaño vuestra esperanza?

CLARA [Aparte.]

¡Cielo! ¿Qué es esto que escucho?

LISARDO ¡Cómo los ojos se engañan!9

LAURA Aunque basta esta disculpa, 1120
este castigo no basta.
¿Qué causa os dio esa osadía?

LISARDO No puedo decir la causa
sin que licencia me dé
la señora doña Clara, 1125
en cuyo pecho primero
vi, señora, aquesa banda.

DON FÉLIX Sin decirla, la habéis dicho.
Perdóname, hermosa Laura,
mi temor.

LISARDO Tú, Clara hermosa, 1130
mi necia desconfianza.

LAURA De albricias del desengaño
te perdono ofensa tanta.

CLARA Yo no, que aún dura en mi pecho
el...

[Salen LEONOR y BEATRIZ.]10

LEONOR Señora...

CLARA ¿Qué hay?

LEONOR Que en casa 1135
en este instante se apea
tu hermano, que de Granada
viene.

BEATRIZ Y mi señor también
la escalera sube.

(Dentro ruido.)

DON FÉLIX ¡Estraña
confusión!

LISARDO ¿Qué hemos de hacer? 1140

CLARA Yo estoy muerta.

LAURA Yo turbada.

BEATRIZ Pues ni te turbes, ni mueras,
sino atended a esta traza:
los dos aquí os esconded

y las dos a esotra sala 1145
salid. Tú di a mi señor...

-534-
LAURA ¿Qué?

BEATRIZ ... que con Clara se vaya
para que su hermano entienda
la visita donde estaba,
y así podré yo entretanto 1150
darles lugar a que salgan.

DON FÉLIX Bien dice.

BEATRIZ Pues a esconderos
los dos; y las dos, cobradas
del susto, a engañar al viejo.

LISARDO Vamos, don Félix.

CLARA Ven, Laura. 1155

BEATRIZ Sin mí, los cuatro no valen
sus mentiras llenas de agua.

Jornada II

Salen MENDOZA y HERNANDO con una luz.

HERNANDO Mata esa luz, pues que ya
la del día en casa entra
con tal desvergüenza que
no aguarda a pedir licencia.

MENDOZA Hernando, ¿has visto en tu vida 5
superchería como esta
que nuestros amos han hecho
con nosotros?

HERNANDO ¿Qué te quejas?

MENDOZA ¿Qué me he de quejar? ¿No basta
que al amanecer no vengan 10
a acostarse y que vestidos
hasta estas horas nos tengan,
grullas de capa y espada?

HERNANDO Pluguiera a Dios eso fuera
cada noche.

MENDOZA ¿Cada noche 15
no [acostarse]11?

HERNANDO Pues, ¿hubiera
cosa de más gusto que,
sin tener uno pereza,
hallarse cada mañana
vestido? Porque, ¿hay paciencia 20
para dispertar un hombre
en camisa y mirar llenas
todas sus sillas de alhajas
que ha de acomodar por fuerza?
Resuélvese en que ha de ser, 25
y por el jubón empieza:
saca una pierna y por un
calzón de lienzo la entra,
y después de haberla puesto
su escarpín y su calceta 30
y su media y su zapato
y su liga, a la tarea
de calceta, de escarpín,
de liga, zapato, media

y calzón, sacrificada 35
vuelve a sacar la otra pierna;
item más, otros calzones:
átales las bocas, tienta
las ligas y halla que siempre
una está floja, otra aprieta; 40
con siete nudos y siete
lazadas, siete agujetas
se ataca, tres y tres y una.
Ya en calzón y en jubón llega
peine y escobilla, jueces 45
del copete y las guedejas;
lávase manos y cara,
pónese una bigotera
y encájase en cuello y manos
una golilla y dos vueltas, 50
una ropilla, una daga,
una pretina y, tras ella,
espada, capa y sombrero.
¿Y para qué es toda esta
cáfila de alhajas? Para 55
quitárselas con la mesma
orden a la noche. ¿Y hay
quien dormir vestido sienta
ahorrando el dormir vestido
de tantas impertinencias? 60

MENDOZA Deja locuras y dime

-535-
si habrá parado en pendencia
el suceso de la banda.

HERNANDO Aun bien que los dos con buena
reputación nos venimos, 65
no tan solo con licencia,
pero con orden, Mendoza,
de que hiciésemos ausencia
de la casa y de la calle.

MENDOZA Cuanto valgo y tengo diera 70
por saber en qué ha parado.

HERNANDO Ya lo sabrás, que ya llegan
juntos los dos.

(Salen LISARDO y DON FÉLIX.)

¿Es buena hora
de venir a casa esta?

DON FÉLIX Si es buena o mala, no habemos 75
de darte, Hernando, la cuenta.

HERNANDO ¡Mala noche y parir riña!

MENDOZA Calla, Hernando.

DON FÉLIX ¿Habrá paciencia,
Lisardo, que me consuele
en confusión como esta? 80

LISARDO Ello fue cosa imposible
el prevenir que volviera
de llevar a doña Clara
el padre con tanta priesa
que no pudiéramos, Félix, 85
salir antes que nos viera;
mas vós tuvisteis la culpa,
que os quedasteis en aquella
sazón hablando.

DON FÉLIX Beatriz
me tuvo diciendo que era 90
justo avisarme de que
su amo, por la estafeta,
había tenido un pliego;
y antes que más me dijera,
sentimos la voz, de suerte 95
que, sin que el caso supiera
a qué me detuvo, hubimos
de ocasionar la sospecha
de su padre.

LISARDO Ella no es grande,
pues solo nos vio a la puerta 100
de la calle y no del cuarto.

DON FÉLIX Si su condición no fuera
tan terrible, no importara;
mas, aunque tan leve sea
la ocasión, temo que Laura 105
un grande disgusto tenga.

LISARDO Si eso nos tuvo en la calle
toda la noche y ni en ella
ni en su casa hemos sentido
ruido alguno, bien pudiera 110
tanto silencio quietaros.

DON FÉLIX No es posible.

LISARDO Lo que desta
pesadumbre saco yo
es sentir tanto la vuestra
que no me deja lugar 115
para que la mía sienta.

DON FÉLIX Pues, ¿qué pesadumbre vós
tenéis?

LISARDO ¿Paréceos pequeña
haber venido un hermano,
que ha de embarazar por fuerza 120
las ocasiones de ver
a Clara?

DON FÉLIX Si bien se acuerda
mi memoria, la criada
que entró tan turbada y muerta
a decir que había venido 125
de Granada dijo.

LISARDO Es cierta
cosa, que en Granada estaba
en el pleito de una herencia.

DON FÉLIX ¿Cómo se llama? Quizás
le conoceré.

LISARDO Aunque quiera 130
decíroslo, no lo sé,
que nunca me dijo ella
más de que tenía un hermano.

HERNANDO ¿En toda una noche entera
no habéis tenido lugar 135
de hablar, que con tanta flema

os ponéis a hablar agora?

-536-
¿No fuera mejor...?

DON FÉLIX No fuera.
Déjanos, Hernando.

HERNANDO ¿Sabes
lo que iba a decir?

LISARDO Que sea 140
lo que fuere es necedad.

HERNANDO Yo niego la consecuencia,
pues es...

LISARDO ¿Qué?

HERNANDO ... que os acostéis.

DON FÉLIX Ningún descanso me espera.
Descansad, Lisardo, vós, 145
que yo doy luego la vuelta.

LISARDO ¿Dónde vais?

DON FÉLIX Por tantas partes
hoy mi desdicha me cerca
que, eslabonando pesares,
unos tras otros se lleva. 150
No tuve cartas ayer
de mi padre, y creo que vengan
en pliego de un hombre que es
de Granada; así quisiera,
antes que de casa salga, 155
hablarle, Lisardo, en ella.

LISARDO Id con Dios.

DON FÉLIX Vamos, Mendoza.

(Vanse.)

HERNANDO Señor, por Dios, que yo sepa
qué ha sido esto.

LISARDO Nada ha sido;
pero quien ama, se altera 160
de poco. Cuando subimos
los dos a saber si era
Clara a quien había enviado
la banda que tenía puesta,
vimos que había sido trueco, 165
engañándome las señas.
Contentos, en fin, los dos
de que nuestra competencia
cesase estábamos cuando
dos criadas juntas entran: 170
una a decir que el hermano
de Clara a aquella hora mesma
de Granada había venido,
y otra a decir que a la puerta
llamaba el padre de Laura. 175
Trazose que le dijera
Clara que la acompañase
para que, en su breve ausencia,
nos saliésemos nosotros;
hízose desta manera. 180
Pero como están las casas
de Clara y Laura tan cerca
y él no debió de hacer más
que llevarla hasta la puerta,
en un instante que Félix 185
se detuvo en la escalera
a oír no sé qué que Beatriz
le decía, ya por ella
el viejo subía y hubo
de dar con los dos por fuerza. 190
«¿Quién va?», dijo. Respondimos:
«Gente de paz». «Pues, ¿qué intentan
aquí?», replicó. Yo entonces
le dije: «¿Es la casa esta,
señor, donde un caballero 195
en este instante se apea?».
«No es aquesta», respondió
dando voces que trajeran
luz, que había de conocernos.
Los dos, como aquello no era 200
lance de duelo, a la calle
salimos, y el viejo a ella

tan brioso tras nosotros
que, por no hacerlo pendencia,
hubimos de retirarnos 205
dando a la calle la vuelta.
Siguionos, pero no pudo
alcanzarnos, de manera
que, recelando don Félix
algún riesgo en Laura bella, 210
toda la noche se ha estado
hecho estatua de su puerta

-537-
hasta que el sol nos echó
de sus umbrales y...

HERNANDO Espera,
que, o me engaño, o es el padre 215
de Laura el que en casa entra.

LISARDO ¿En casa? Sí, ¡vive Dios!
Él es. ¿Cuánto va que llega
a haber sabido que Félix
el de anoche fue y intenta 220
o tomar satisfaciones
o darle prudentes quejas?

HERNANDO ¿Quién le habrá dicho que él fue,
viéndole a obscuras?

LISARDO ¡Qué necia
duda es aquesa sabiendo 225
que hay criadas que lo sepan!

HERNANDO Quizá buscara otra cosa.

LISARDO Puede ser.

HERNANDO Hasta aquí se entra.

(Sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO [Aparte.]

Aunque las sombras de anoche
con tal cuidado me tengan, 230
no han de obligarme a que falte
a justas correspondencias.
Este cuarto me dijeron
ayer que el de Félix era.

LISARDO ([Aparte.]

Que le he conocido habré 235
de disimular por fuerza.)
Caballero, ¿qué mandáis?

DON ÍÑIGO Si sois vós, saber quisiera,...

LISARDO ¿Quién?

DON ÍÑIGO ... don Félix de Toledo.

LISARDO (Aparte.)

No fue vana mi sospecha. 240

HERNANDO (Aparte.)

De todo viene informado.

LISARDO (Aparte.)

Pero aunque noticia tenga
del nombre, de la persona
no, pues preguntando llega
si soy yo don Félix. Haga 245
mi amistad una fineza,
que es prevenir y escusar
con cordura y con prudencia
a don Félix un disgusto,
pues si prevenirle intenta 250
que no le mire en su casa,
cuando yo aquí se le ofrezca
le hago buen tercio a don Félix,
siendo yo con quien él tenga
para adelante el cuidado. 255

DON ÍÑIGO ¿No merezco más respuesta?

LISARDO No os espantéis de que dude
por causas que a ello me fuerza
el decir que soy don Félix;
pero por muchas que tenga, 260
una cosa es encubrirlo
y otra es negarlo a quien llega
a preguntarlo. Yo soy
don Félix.

HERNANDO [A su amo.]

Señor, ¿qué intentas?

LISARDO Deshacer una desdicha. 265

HERNANDO Más parece que es hacerla.

DON ÍÑIGO Corrido estoy que no hayan
díchomelo antes las señas
de vuestra gran bizarría,
don Félix, que la voz vuestra. 270
No os alborotéis, que no
importa que yo lo sepa.
Y agora dadme los brazos,
que son generosa deuda
del cuidado con que vengo 275
buscándoos.

HERNANDO (Aparte.)

¿Qué historia es esta?
Cuando pensé que al nombrarse
con una daga le diera,
¿tan cariñoso le abraza?

DON ÍÑIGO Sentaos, sentaos, que quisiera 280
hablar con vós muy despacio.

LISARDO Sentaos vós. Y agora sepa
quién tanta merced me hace.

DON ÍÑIGO Quien vuestra salud desea
y vuestra quietud, don Félix, 285

aun más que la suya mesma,
por muchas obligaciones
que tiene a la sangre vuestra.

HERNANDO [Aparte.]

Suegro de paz es; no es poco
cuando son suegros de guerra 290
todos cuantos hay.

LISARDO (Aparte.)

Él tiene
gran valor o gran prudencia.

DON ÍÑIGO Don Íñigo soy de Lara,
para serviros. Apenas
estas cartas recebí 295
ayer cuando, con presteza,
vine a esta posada. No
tuve dicha de que en ella
os hallase, y así vengo
tan de mañana a traerlas; 300
de vuestro padre, don Félix,
son: en la mía me ordena
que os busque y os dé este pliego,
que importa la diligencia
de un aviso que en él viene. 305
Leedle.

HERNANDO [A su amo.]

Señor, no le leas,
que esto de dar una carta
y una estocada con ella
es treta usada, y el viejo
es zaino.

LISARDO ([Aparte.]

Fuerza es leerla, 310
ya empeñado en que soy Félix.)
Leo, pues me dais licencia.
(Lee.)

«El señor don Íñigo de Lara, que pondrá esta en vuestras manos, es a quien mi vida confiesa grandes obligaciones. No me he valido de las finezas de su amistad hasta ahora, por no tener certeza de que estuviese en esa corte, pero, habiéndome informado de que reside en ella, os

escribo por su orden, así por el riesgo que puede tener vuestro nombre en los sobrescritos como por la seguridad de que lleguen a vuestras manos. Aquel caballero convaleció ya de sus heridas, salió con su pleito y va a esa corte; y así, en cualquier estado que estén vuestras pretensiones, las dejad y volveos a Granada. Dios os guarde».

DON ÍÑIGO Cuanto ahí el señor don Diego
encarece las finezas
de mi amistad es un breve 315
rasgo, una línea pequeña
de lo que debo acudir
a serviros.

LISARDO Bien lo muestra
el cuidado, Dios os guarde,
por la breve diligencia 320
del aviso, que no dudo
de cuánta importancia sea.

DON ÍÑIGO Pues, ¿qué fue aquesto?

LISARDO Un pesar
que me obligó a hacer ausencia
de Granada.

DON ÍÑIGO No me espantan 325
mocedades como esas:
por ellas pasamos todos.
Yo me acuerdo que en las nuestras
vuestro padre y yo salimos
de cierta honrada pendencia 330
muy airosos. ¡Qué valiente,
galán y entendido era!

LISARDO Vós le hacéis merced.

(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Lisardo,
buscándoos vuelvo con nueva
pesadumbre.
(Aparte.)

Mas, ¿qué miro? 335
¿Don Íñigo aquí? ¿Qué intenta?

LISARDO Pues perdonad y un instante
esperad.

DON FÉLIX Que os obedezca
es justo.
[Al criado.]

¿Qué es esto, Hernando?

HERNANDO Pues, ¿hay alguien que lo sepa? 340

DON ÍÑIGO ¿Cómo aqueste caballero

-539-
que tan deslumbrado entra
os llama Lisardo?

LISARDO Como
el disgusto de mi ausencia
me obligó a mudar el nombre, 345
por el riesgo que pudiera
tener el ser conocido;
y esta fue la causa mesma
porque dudé antes de agora
decirle.

DON ÍÑIGO Prevención cuerda. 350
Mas, ya que esa prevención
tuvisteis, ¿cómo en aquesta
posada, viniendo yo
ayer a veros en ella,
preguntando por don Félix... 355

DON FÉLIX ¿Qué mandáis?

HERNANDO [Aparte.]

Detente, espera,
que hay otro don Félix ya.

DON ÍÑIGO ... me dijeron que este era
vuestro cuarto?

LISARDO Como, aunque
quise que no se supiera, 360
no lo pude conseguir,
que personas de mi tierra,
con quien no pude fingirle,
deshicieron la advertencia;
y así Félix y Lisardo 365
me llaman a un tiempo en esta
posada, y yo no he querido,
por no engendrar más sospecha,
advertirles que me nieguen
a nadie que a verme venga. 370

DON FÉLIX [A HERNANDO.]

¿Qué secreto es este, Hernando?

HERNANDO El demonio que lo entienda.

DON ÍÑIGO Con todo eso, es gran descuido
el vivir de esa manera,
y más agora teniendo 375
de vuestro enemigo nuevas.

LISARDO Yo procuraré guardarme.

DON ÍÑIGO Sabe Dios cuánto me pesa
de no poder ofreceros
mi casa para que della 380
vais desde luego a serviros;
pero dilatarlo es fuerza,
señor, hasta que acomode
el modo de la vivienda,
que luego habéis de ir a honrarla. 385
Y ahora, porque no quisiera
que ese caballero espere,
quedad con Dios.

LISARDO Mi defensa
no os ponga en tanto cuidado,
pues basta que yo merezca 390
saber dónde os he de hallar
para que os pague esta deuda.

DON ÍÑIGO Yo vivo, porque sepáis

para cuanto se os ofrezca,
donde tenéis un criado, 395
en la calle de las Huertas.

LISARDO Para acudir a serviros
usaré de esa licencia.

DON ÍÑIGO Quedad con Dios.

LISARDO Él os guarde.

DON ÍÑIGO [Aparte.]

¡Qué brío! ¡Qué gentileza! 400
De su padre es un retrato.
 (Vase.)

DON FÉLIX Lisardo, por Dios, que sepa
desta novedad la causa.
¿Qué es esto?

LISARDO Todo se encierra
en que hay amigos que matan, 405
por ignorancia, con buena
intención, y yo os he muerto
hoy, don Félix, por tenerla.

DON FÉLIX ¿Cómo?

LISARDO Tomad esta carta
de vuestro padre y en ella 410
veréis la amistad que tiene
con don Íñigo. A traerla
vino y yo, cuando por vós
preguntó, entrando en sospecha
de que os buscaba, quejoso 415

-540-
por satisfacer la ofensa,
creyendo que por alguna
de sus criadas hubiera
sabido el nombre, por dar
a vuestro amor franca puerta, 420
quebrándose en mí el enojo,
fingí vuestro nombre en prueba

de mi amistad, escusándoos
o el aviso o la pendencia.

DON FÉLIX Bien decís, Lisardo, que 425
ha sido acción como esta
matar con buena intención,
pues me quitasteis que sea
huésped dichoso de Laura,
a quien adoro.

LISARDO Paciencia, 430
y persuadiros a que
fue yerro de mi fineza.

DON FÉLIX Esta, sin duda, es la carta
de que quiso Laura bella
anoche avisarme.

LISARDO Y no 435
en eso el disgusto cesa,
pues vuestro padre os envía
aviso, Félix, en ella
de que ya vuestro enemigo
viene a Madrid.

DON FÉLIX Aunque venga 440
a solo darme la muerte,
no podrá, pues de manera
me tienen muerto mis ansias
que será inútil la ofensa.
Venid, Lisardo, conmigo: 445
veremos cómo se pueda
aquesto enmendar, porque
quiero también daros cuenta
de un papel que me ha enviado
Laura, en que dice la vea 450
esta tarde, porque importa
su vida y honor que sepa
el estado en que la tiene
mi amor.

LISARDO Pues, ¿de qué manera
en su casa habéis de entrar? 455

DON FÉLIX Pues ella lo dice, ella
lo habrá mirado.

LISARDO El empeño
es grande.

DON FÉLIX Cuando lo sea,
¿qué importa si es cierto que
no quiere el que no se arriesga? 460

(Vanse.)

(Salen DOÑA CLARA y DON ANTONIO.)

DON ANTONIO Haz hoy esto por mí, hermana.

CLARA ¿Qué imposible cosa hubiera
que por ti mi amor no hiciera?
Pero es tu esperanza vana.

DON ANTONIO ¿Cómo?

CLARA Como es tan tirana 465
de Laura la condición,
tan libre la presunción,
tan altiva la estrañeza,
tan discreta la belleza,
tan bella la discreción, 470
que temo que tu cuidado
desairado ha de quedar.

DON ANTONIO Nunca un hombre por amar
quedar puede desairado,
pues el que más despreciado 475
llora uno y otro desdén,
más olvidado de quien
más adora, en duelo tal,
no es posible quedar mal,
pues queda queriendo bien. 480
Demás de que nada ha habido
de tan grave rebeldía
que a la industria o la porfía

no se haya dado a partido.
Nace el mármol escondido 485
de un monte y no está seguro
del sincel; de un centro obscuro
nace el bronce y del buril
no escapa, siendo sutil
basto bronce y mármol duro; 490
nace el oro hijo del sol
en la más oculta mina

-541-
y a una experiencia divina
le hace tratable el crisol;
émulo al mayor farol 495
nace el diamante constante,
solo a sí tan semejante
que no se deja labrar
hasta que viene a cortar
un diamante otro diamante. 500
¿Y quieres que un temor vil
niegue a mi pena cruel
lo porfiado de un sincel,
lo prolijo de un buril
y del crisol lo sutil, 505
del diamante lo constante?
No, que mi amor arrogante,
mármol, jaspe, oro, arrebol,
ha de ablandar al crisol,
sincel, buril y diamante. 510

CLARA Notable estremo de amor
el tuyo es. Ayer veniste,
esta mañana la viste,
¿y ya con tanto rigor
la vecindad de su ardor 515
te abrasa? Si ya no fuese
aspirar a que se hiciese
por ti el tono que decía:
«Junto a mi casa vivía
porque más cerca muriese». 520

DON ANTONIO No es tan liviano mi afecto,
tan fácil mi voluntad,
que por solo vecindad
se atreviese a su respeto.
Días ha que mi alma objeto 525
fue de sus rayos ardientes
y que Amor12, los accidentes
trocando a nuestras pasiones,
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes. 530
Antes, Clara hermosa, que

me ausentase, la serví,
de su padre amigo fui
y a entrambos los visité,
ausente la idolatré 535
en el sol, que, como él
a un laurel adoró fiel
y yo a una Laura, creía
que darme nuevas podía
de mi Laura su laurel. 540
Confieso que despreciado
siempre viví de su amor
y que la amé con temor,
porque no hay más triste estado
que el de un pobre enamorado. 545
Mas, ya que en favor ha sido
el pleito con que he salido,
es justo que el suyo aguarde,
porque no hay rico cobarde
como no hay pobre atrevido. 550
Y así, viendo que podré
con su padre declararme,
hermana, y para casarme
pedírsela, mal haré
en malograr tanta fe, 555
si bien obligarla quiero
antes.

CLARA Haces bien, si infiero
cuán necio en el mundo es
quien osa gozar después
lo que no agradó primero. 560
Pero déjame admirar
que una ausencia y una herida,
que a lo último de tu vida
te tuvo, para olvidar
no bastasen.

DON ANTONIO Mi pesar 565
no me renueves, porque
si en él me hablas, no tendré
en ira el alma ocupada,
gusto para hablar en nada,
hasta que vengado esté. 570

CLARA Pues hablemos en tu amor,

si aquesto te da disgusto,
que, siendo, hermano, tan justo,
fuera no ayudarte error.
¿Qué podré hacer en favor 575

de tu pena?

DON ANTONIO Visitar
hoy a Laura, con que entrar
podré, buscándote y ver
su beldad.

CLARA Si la vi ayer,
¿cómo hoy tengo de tornar 580
a verla?

DON ANTONIO Pues dame, hermana,
de tu parte algún recado
con que yo entre disculpado.

CLARA Eso haré de mejor gana.
Dila que yo he de ir mañana 585
a dar cierto parabién,
y así que me preste es bien
sus joyas, y que no envío
criado porque no me fío
de uno que es nuevo.

DON ANTONIO Está bien. 590
Quédate con Dios, que ya
muero por llegar a vella.
¡Ay, Laura divina y bella!
Una esperanza me da,
que bien merecida está 595
de tanto amar y sentir.
(Vase.)

CLARA Aunque debiera advertir
a mi hermano del amor
de Laura y Félix, error
el llegárselo a decir 600
tan presto fuera, pues queda
tiempo antes que por mujer
la pida, que eso ha de ser
cuando ya callar no pueda,
si bien siento que conceda 605
con tanta seguridad
a Laura su libertad
sabiendo yo que ella adora
otro amante. ¡Oh, cuánto ignora
rendida una voluntad! 610
Pues si así ha compadecido

galán que ignorando está
que otro admitido es, ¿qué hará
galán que lo haya sabido,
y enamorado y rendido 615
pasa por sus desconsuelos?
Pero mal he dicho, ¡cielos!,
que lástima no merece
galán tan vil que se ofrece
voluntarioso a sus celos. 620

(Sale LEONOR.)

LEONOR Al tiempo que ya de casa
don Antonio, mi señor,
sale, ostentando su amor
Lisardo la calle pasa.

CLARA Leonor, el pecho se abrasa 625
por hablarle, y pues que va
mi hermano donde estará
divertido, hablarle aguardo.
Haz una seña a Lisardo,
dile que suba.

LEONOR Será 630
aventurarte, señora.

CLARA Pues, ¿qué querías que amara
yo si nada aventurara?
Y supuesto que es agora
buena ocasión, ve, Leonor, 635
dile que entre. Corazón,
no temas, que no es razón,
si amor te llega a valer,
porque ser Dios y temer
implica contradición. 640

(Vanse.)

(Sale[n] LAURA, BEATRIZ y DON FÉLIX.)

LAURA Sabiendo que ocupado
hoy mi padre estaría,
don Félix, todo el día
en un negocio, he dado
lugar a que esta tarde 645
entres aquí, que amor nunca es cobarde.

-543-
DON FÉLIX Del papel advertido,
para el riesgo llamado,
por la ocasión buscado
y al tiempo agradecido, 650
a verte vengo, Laura;
con mi peligro tu temor restaura.

LAURA Beatriz desde esa puerta,
pues no ha de estar cerrada,
de una seña avisada 655
está por si alguien viene.

BEATRIZ ¡Yo estoy muerta!
(Vase.)

LAURA Tantas penas me ofrece
a un tiempo mi fortuna
que, atenta a cada una,
no sé por cuál empiece, 660
don Félix, que cualquiera
pretende, por mayor, ser la primera.

DON FÉLIX Detente y más no llores,
que en vender fuera necio
mis finezas a precio 665
de lágrimas que son perlas y flores,
pues mayo y sol, al verlas,
uno las hace flores y otro perlas.
No ha de costar tan caro
lo que tú me pidieres. 670
Dime, pues, lo que quieres,
y aun es mi amor tan raro
que solo siente agora
el que hayas de decírmelo, señora,
que aun una vez quisiera 675
que el verte obedecida no costara.

¡Oh, quién adivinara!
¡Quién astrólogo fuera
para saber el fin de tus enojos
mirado en el eclipse de los ojos! 680

LAURA Don Félix, yo he pensado
el más lícito medio
que pueda ser remedio
de uno y otro cuidado,
si es verdad que me quieres. 685

DON FÉLIX ¿Cuál es?

-544-

LAURA Pues que mi padre quién tú eres
sabe y de tu nobleza
está tan informado,
que no dudo que ya te haya buscado
para darte unas cartas su fineza 690
(que era lo que decía
Beatriz anoche, cuando ya él volvía),
declárate con él, que, declarado
una vez, trataremos,
sin que sean tan costosos los estremos, 695
de los medios, quedando asegurado
mi honor, Félix, mi padre agradecido,
mi amor logrado y mi deseo cumplido.

DON FÉLIX Dices bien, y mil veces
agradezco el partido que me ofreces. 700
La causa, Laura, de que al mismo instante
tus leyes no obedezca
y a tu padre me ofrezca
será porque primero es importante,
porque él se satisfaga 705
de quién soy, que un engaño se deshaga.

LAURA ¡Ay de mí! Pues, ¿qué engaño
puede haber en quien eres?

DON FÉLIX No te asustes ni alteres,
que bien fácil es, Laura, el desengaño. 710

LAURA Pues dime, ¿tú no has sido
para quien unas cartas han venido?

DON FÉLIX Sí, hermosa Laura mía.

LAURA ¿Y ya no te ha buscado?

DON FÉLIX En mi posada ha estado, 715
amaneciendo en ella con el día.

LAURA Pues, ¿qué engaño en quien eres haber puede?

DON FÉLIX Oye y sabrasle.

LAURA Un mal a otro sucede.

DON FÉLIX Buscándome...

(Sale BEATRIZ.)

BEATRIZ Señora...

LAURA ¿Qué hay, Beatriz?

BEATRIZ Que a la puerta llega agora 720
don Antonio, el hermano
de doña Clara, y dice que conviene
hablarte, que a un recado suyo viene.

-545-
LAURA Di que mi padre no está en casa.

BEATRIZ En vano
será, que ya hasta esta 725
sala se entró sin esperar respuesta.

LAURA Don Félix, no te vea.

DON FÉLIX No entre y no me verá, que quien no sea
tu padre, Laura, a mí no ha de obligarme
hoy a esconderme dél ni a retirarme. 730

LAURA Pues mi honor, ¿no te debe
más atención?

DON FÉLIX Él mismo a esto me mueve,
que tu honor es el mío.

LAURA Que he de deberte esta fineza fío.
Éntrate a ese aposento; 735
yo le despediré luego al momento.

BEATRIZ Ved que entra.

LAURA Haz por mí esto.

DON FÉLIX ¡Oh, dulce encanto
del hombre! ¿Qué no puede vuestro llanto?

(Escóndese DON FÉLIX y sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO Sin licencia, señora,
de un recado que ahora 740
me dio mi hermana a entrar aquí no osara.

LAURA Qué manda la señora doña Clara
me decid brevemente,
y perdonad, que el tiempo no consiente
que en visita os reciba 745
no estando aquí mi padre.

DON ANTONIO Tan esquiva
como os dejé os he hallado.

BEATRIZ [Aparte.]

¿Mas que el recado pone a mal recado
aqueste caballero?

LAURA Solo a lo que venís es lo que espero. 750

(Sale DON FÉLIX al paño y repara en DON ANTONIO.)

DON FÉLIX [Aparte.]

¡Cielos! ¿Qué es lo que miro?
Él es. Con nueva causa ya me admiro
de mis sucesos.

LAURA ¿Qué mandáis?

DON ANTONIO Mi hermana
un parabién que dar tiene mañana
y, por ir más gallarda, hermosa y rica, 755
que la deis vuestras joyas os suplica
para lucir con ellas,
que, al fin, joyas del sol serán estrellas.

LAURA ¿Un criado no había

-546-
que trajera el recado?

DON ANTONIO No le envía, 760
señora, con criado
que de uno que tiene no ha fiado
porque ha poco que en casa
está, tanto interés.

LAURA Pues si eso pasa,
por aquesa ventana de su cuarto 765
que cae a mi jardín, ¿no me mandara
que algún criado mío las llevara?

DON ANTONIO Si había de venir un criado suyo
o ir uno vuestro, justamente arguyo
que hizo que como suyo aquí viniese 770
para que como vuestro allá volviese,
pues claramente muestro
que lo fui suyo para serlo vuestro.

LAURA (Aparte.)

Solo ahora le faltaba a mi cuidado
que este me hablase en el amor pasado. 775

DON FÉLIX [Aparte.]

Solo ahora les faltaba a mis desvelos
que mi enemigo se vengase a celos.

LAURA Beatriz, saca al instante
de aquese tocador las joyas mías.

DON ANTONIO Si salen de la esfera de los días, 780
rayo será de luz cada diamante.

LAURA ¿Qué aguardas?

BEATRIZ Voy volando.

(Entra BEATRIZ donde está DON FÉLIX.)

DON ANTONIO No la deis tanta prisa, que, esperando,
más contento estaré.

LAURA Conviene esto,
que venga presto, porque os vais vós presto. 785

DON ANTONIO Pues si tan breve, señora,
es el espacio que tengo
de vida, que por minutos
me la está contando el tiempo,
mal haré en desperdiciarle, 790
que fuera ignorante o necio
el que un momento perdiera
cuando vive por momentos.
Aunque vengo a llevar joyas,
mejor dijera que vengo 795
a traerlas, pues que traigo
la firmeza de mi pecho.

LAURA [Aparte.]

¡Cielos! ¿Qué es esto que oigo?

DON FÉLIX [Aparte.]

¿Qué es esto que escucho, cielos?

DON ANTONIO Bien os acordaréis, Laura, 800
de cuán rendido mi afecto
os adoró y...

LAURA No digáis
más, que de nada me acuerdo,
sino de que un tiempo fuisteis...

DON FÉLIX [Aparte.]

Oigamos qué fue.

LAURA ... el objeto 805
de mis altivos rigores,
de mis desdenes severos.

DON FÉLIX [Aparte.]

Eso sí.

DON ANTONIO Y eso es lo mismo

-547-
que yo iba a decir; que, atento
a tantos agravios, quise 810
haceros memoria dellos
porque en aquesta ocasión,
encontrados los estremos,
vós volváis a repetirlos
y yo vuelva a padecerlos. 815

(A la puerta BEATRIZ y DON FÉLIX.)

DON FÉLIX ¿Quién tendrá paciencia para
escuchar que esté diciendo
otro amores a su dama
aunque ella diga desprecios?
¡Vive Dios!
(Quiere salir.)

BEATRIZ [A DON FÉLIX, deteniéndolo.]

Señor, ¿qué haces? 820

DON FÉLIX ¡Beatriz, suelta!

BEATRIZ Estate quedo,
que ya yo saco las joyas
con que se irá.
[Sale.]

DON ANTONIO ¿Qué es aquello?

LAURA [Aparte.]

¡Ay de mí!

BEATRIZ Yo, que en la puerta
tropecé deste aposento. 825
Ya están las joyas aquí.

LAURA Estas son cuantas yo tengo.
Si esto es a lo que venisteis,
veislas aquí y idos luego,
señor don Antonio.

DON ANTONIO Yo, 830
perdonad mi atrevimiento,
no me tengo de ir, señora,
sin que vós oigáis primero,
que no solo a aquesto vine.

LAURA Si yo no quiero saberlo, 835
¿de qué servirá el decirlo?

DON ANTONIO De cumplir yo con afecto.

LAURA Hacedme merced de iros.

DON FÉLIX [Aparte.]

Ya que le dé Laura siento
prisa. ¿Si será porque 840
no descubra algún secreto?

DON ANTONIO En diciendo de una vez,
Laura, todo cuanto siento.

LAURA Decid, pues, que no podéis
decir más, que os aborrezco. 845

DON ANTONIO Yo, hermosa Laura, jamás
tener pude atrevimiento
de miraros, si no es
con el decoro y respeto
que vuestro estado y mi sangre 850
permiten a mis deseos,
a cuya cuenta sufrí
iras y desdenes vuestros.
Acobardábame más
que vuestro rigor severo 855
mi fortuna, porque un pobre
homicida es de sí mesmo.
Para alentarme a serviros...
no, señora, a mereceros,
con un noble mayorazgo 860
hoy rico y honrado vuelvo:
todo es poco para vós.
Mas lo que fuere os ofrezco,
advirtiéndoos que no os pido
licencia, que no la espero, 865
para pediros, señora,
a vuestro padre por dueño,
sino que os aviso solo
desta esperanza que tengo,
porque me tratéis con más 870
rigores, pues todos ellos
serán honras de un marido
si son de un galán desprecios.

DON FÉLIX [Aparte.]

Ya para oír más no hay
ni valor ni sufrimiento. 875

LAURA Mi padre os responderá,
señor don Antonio, a eso
cuando vós le habléis y yo,
cuando él lo diga. Ahora os ruego
que aquestas joyas toméis 880
y os vais con Dios.

DON ANTONIO Cuando llego
de vuestra mano a tomarlas,

-548-
que es joya cristal pienso.
Y así, pues tomo las joyas,
también podré...

(Al ir a tomarle la mano, sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Deteneos, 885
que esa mano ni tomada
ni pedida ha de ser.

LAURA ¡Cielos,
muerta estoy!

DON ANTONIO ¿Qué es lo que miro?
De que vós seáis me huelgo
quien lo estorbe, por tomar 890
ambas venganzas a un tiempo.

BEATRIZ [Aparte.]

Muertes de hombres ha de haber.

DON FÉLIX Si vós, por el lance nuestro,
ocasión para matarme
tenéis, yo también la tengo: 895
vós, porque yo os di una herida;
yo porque vós me dais celos.
Y pues yo, con mayor causa,
me reporto, haced lo mesmo,

que el estrado de una dama 900
no es campaña para el duelo.

DON FÉLIX Decís bien: fuera salgamos,
donde los dos cuerpo a cuerpo
nos veamos.

DON FÉLIX Ya os sigo yo.

LAURA Mirad...

DON ÍÑIGO (Dentro.)

¿Cómo está aquí abierto? 905

BEATRIZ [Aparte.]

¿No lo dije yo que haría
diez aqueste padre nuestro?

LAURA Llenose el número, ¡ay, triste!,
de mis penas y tormentos.
Caballeros, pues lo sois, 910
y en los que son caballeros
antes que todo es la dama,
ved mi peligro.

LOS DOS Sí haremos.

DON FÉLIX Por su honor y por su vida
aquí a retirarme vuelvo. 915
Valeos vós de la disculpa
de esas joyas, que al momento
que él se asegure saldré
a la calle.

(Escóndese DON FÉLIX y sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO Pues, ¿qué es esto,
señor don Antonio? ¿Aquí 920
qué mandáis?

DON ANTONIO ([Aparte.]

Paciencia, cielos,
que soy quien soy y no es bien
vengarme por bajos medios.)
A pedir aquestas joyas
de parte...

LAURA [Aparte.]

¡Yo estoy muriendo! 925

DON ANTONIO ... de doña Clara mi hermana
he venido.

LAURA Y a ese efecto
las sacaba ahora Beatriz
del tocador, porque entiendo
que quiere honrarlas en un 930
parabién de cumplimiento.

DON ANTONIO Por no haber criado en casa
vine yo.

DON ÍÑIGO Mucho me alegra
de que en la mía haya cosa
con que serviros.

DON ANTONIO El cielo, 935
señor, os guarde mil años;
y pues desta casa llevo
más que vine a pedir, dadme
licencia ya.

DON ÍÑIGO Deteneos
y esperad a que una luz 940
saquen, que va anocheciendo.
Beatriz, trae luces.

BEATRIZ Aquí
están.

DON ANTONIO ¿Dónde vais?

DON ÍÑIGO Sirviéndoos.

DON ANTONIO Quedaos, señor.

DON ÍÑIGO Esto es justo.

DON ANTONIO Por no porfiar, lo consiento. 945

DON ÍÑIGO La escalera es por aquí.

DON ANTONIO [Aparte.]

Iré a mi casa corriendo
por un jaco y un broquel
y, a dos venganzas atento,
le mataré cuando salga. 950

[Se van DON ÍÑIGO, DON ANTONIO y BEATRIZ. Sale DON FÉLIX.]

LAURA Don Félix, ¿qué es lo que has hecho?

DON FÉLIX Lo que tuve obligación,
porque me debieras menos

-549-
en que callara que no
en que me arriesgara, viendo 955
que a tu mano se atrevía.

LAURA Tu temeridad me ha muerto.

DON FÉLIX No en vano antes, ¡oh, enemiga!,
que te conociese el pecho
le pasé, astrólogo entonces, 960
por sacarte de allá dentro.

LAURA Solo me faltaba agora
el que me pidieses celos.

DON FÉLIX No pediré, porque solo
pedirán mis sentimientos 965
que diviertas a tu padre
y a Beatriz digas que luego
me saque de aquí, porque...

(Sale BEATRIZ.)

BEATRIZ Buena hacienda habemos hecho.
No ha quedado puerta en casa 970
que no esté cerrando el viejo,
escarmentado de anoche.

DON FÉLIX Yo he de salir, ¡vive el cielo!,
aunque por un balcón sea.

(Sale DON ÍÑIGO y retírase DON FÉLIX.)

DON ÍÑIGO [Aparte.]

Corazón, disimulemos 975
el disgusto que me ha dado
haber hallado aquí dentro
a don Antonio, pues son
las joyas disculpa dello,
que no lo han de llevar todo 980
hasta el fin mis sentimientos.

LAURA (Aparte.)

¡Muerta estoy!

DON ÍÑIGO Laura...

LAURA ¿Señor?

DON ÍÑIGO Un grande cuidado tengo

que comunicar contigo
para pedirte un consejo. 985

LAURA ¿Consejo a mí tu prudencia?

DON ÍÑIGO Tanto fío de tu ingenio.
Ya te dije que tenido
había de Granada un pliego
con una carta que viene 990
a un don Félix de Toledo.

LAURA Sí, señor.

DON ÍÑIGO Aunque encarezca
la obligación que le tengo,
no es posible. Fui y hablele
en su posada, y leyendo 995
la carta que le llevé
tenía un aviso que presto
vendría aquí un su enemigo;
y a mi obligación atento
le quisiera asegurar 1000
la vida, que te prometo
que debo a su padre cuanto
ser, honor y vida tengo;
y él lo merece, porque
es el mejor caballero 1005
que en toda mi vida he hablado:
¡qué gala!, ¡qué entendimiento!

LAURA [Aparte, al paño.]

¡Qué bien suena a quien bien quiere
la alabanza de su dueño!

DON FÉLIX [Aparte.]

¡Qué infeliz fui, pues Lisardo 1010
me ganó todo este afecto!

DON ÍÑIGO No le he ofrecido mi casa
por hablarte a ti primero,
que eres el inconveniente
y te he de hacer el remedio. 1015

LAURA Pues, ¿qué inconveniente yo

puedo ser si tú eres dueño
de todo? Venga, señor,
a casa ese caballero,
que yo le serviré.

DON ÍÑIGO ¡Oh, cuánto 1020
esa obediencia agradezco!
Pero mira, él no ha de verte,
que lo que rogarte quiero
es que tú a estar te reduzgas
en mi cuarto, y componiendo 1025
esta sala, que se mande
por otro recibimiento;
le diré que venga a ella,
pues por aqueste aposento

-550-
puerta se le puede dar 1030
a la escalera. Entra dentro:
verás dónde se ha de abrir.

DON FÉLIX [Aparte, al paño.]

Llegó mi pena a su estremo.

BEATRIZ [Aparte.]

Dimos al traste con todo.

(Quiere entrar DON ÍÑIGO y detiénele LAURA.)

LAURA Detente, que ya yo entiendo 1035
lo que me quieres decir
y ahora es escusado el verlo.
Trae a tu huésped, señor,
que yo me obligo, y te ofrezco
estarme tan retirada 1040
dentro de tu cuarto mesmo
que no me vean entonces
más que ahora me están oyendo.

DON ÍÑIGO Así lo creo de ti.
Ven conmigo porque hablemos 1045
cómo se ha de disponer
aqueste hospedaje.

LAURA (Aparte.)

¡Cielos!
Salga yo bien desta noche,
que lo demás no lo temo,
si Félix viene a ser huésped 1050
de mi casa y de mi pecho.

(Vanse.)

(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX ¡Cé, Beatriz!, pues tu señor
va a su cuarto, di si puedo
salir ya.

BEATRIZ Pues, ¿no has oído
que cerró las puertas? Pero 1055
a un traidor, dos alevosos:
quiero decirte un secreto.
El postigo de la calle,
aunque echen la llave, es cierto
que se puede abrir con solo 1060
que le metas los dos dedos
detrás de la cerradura
y el pestillo tires luego,
porque no muerde en las guardas
o muerde poco, que es viejo. 1065
Yo lo sé, pues yo lo digo.

DON FÉLIX El aviso te agradezco.

BEATRIZ No lo agradezcas, porque
si la verdad te confieso,
diera por verte en la calle 1070
ya cuanto tengo y no tengo.
Ven conmigo y, por si haces
tú algún ruido, al mismo tiempo
cerraré yo esas ventanas.

DON FÉLIX [Aparte.]

Don Antonio, por lo menos, 1075
no podrá decir mi honor,
que pude salir más presto.

BEATRIZ Baja delante.

(Vanse.)

(Salen a una ventana en lo alto DOÑA CLARA y LISARDO.)13

CLARA Lisardo,
esto has de hacer.

LISARDO Yo no tengo
de dejarte en riesgo a ti 1080
por asegurar mi riesgo.

CLARA Aquí no hay otro mayor
que el hallarte a ti aquí dentro
mi hermano, que, como he dicho,
sin color, turbado y muerto 1085
a casa ha venido y solo
se ha cerrado en su aposento,
y previniéndose queda.
Por el resquicio pequeño
de la llave lo he mirado; 1090
no dudo que es causa desto
alguna sospecha que
le dio el no abrirle tan presto.
Y si ha de mirar la casa,
¿qué desengaño más cierto 1095
que no hallar en ella nadie?
Y así, llorando te ruego
que por aquesa ventana,
que de doña Laura a un huerto
cae, te arrojes, pues sin ti 1100
yo libre y segura quedo
y tú allá podrás hallar
muchas disculpas.

LISARDO No es eso

-551-
lo que reparo, que yo
soy quien siempre importa menos, 1105
sino el no dejarte, que
si te sucediese luego
una desdicha, sería
desdicha muy sin consuelo
para mi amor y mi honor. 1110

CLARA Si tú te vas, nada temo.

LISARDO Yo lo haré, aunque a mi pesar.

(Échase él por la ventana y cierra LAURA.)

CLARA Y yo la ventana cierro,
que estando Lisardo fuera
no hay que temer.
(Vase.)

(Suena dentro ruido.)

DON ÍÑIGO (Dentro.)

¿Qué es aquello? 1115

LISARDO [Entra por el balcón.]

Ya me han sentido.

LAURA (Dentro.)

Señor,
detente.

DON ÍÑIGO [Dentro.]

¡Hola, acudid presto
todos!

LISARDO De algo servirá
de Félix el fingimiento,
pues disculpándome yo 1120
con decir que vine huyendo
de la justicia, hallaré
en don Íñigo remedio.
Mas como no sé la casa,
no sé por dónde más presto 1125
dé con él. Puerta es aquesta:
entraré por aquí dentro.

(Escóndese donde estaba DON FÉLIX y salen DON ÍÑIGO con la espada desnuda, LAURA deteniéndole y criados con luces y espadas desnudas.)

LAURA Mira, señor...

DON ÍÑIGO ¡Suelta, Laura!
¡Ver toda la casa tengo!

(Sale BEATRIZ por otra puerta.)

BEATRIZ [Aparte.]

Si ya no hubiera salido 1130
Félix, hubiéramos hecho
linda necedad. ¡Oh, quién
avisara a Laura dello
porque perdiera el temor
de que le hallen!

DON ÍÑIGO Recorriendo 1135
id toda la casa.

LAURA (Aparte.)

¿Habrá
más infeliz mujer, cielos?

DON ÍÑIGO Este aposento mirad.

BEATRIZ [Aparte.]

Mas, si no le hubiera puesto
de paticas en la calle... 1140

LAURA No mires este aposento,
señor, sin que antes me oigas
lo que prevenirte quiero.

BEATRIZ [Aparte.]

Ella ha de echarse a perder
por pensar que está aquí dentro. 1145

DON ÍÑIGO ¿Qué he de oír?

LAURA Estoy turbada.

DON ÍÑIGO Habla.

LAURA Fáltame el aliento.

DON ÍÑIGO Di.

LAURA La voz se me ha embargado.

DON ÍÑIGO Prosigue.

LAURA Toda soy yelo.

DON ÍÑIGO Pues déjame entrar.

LAURA Escucha 1150
de mi amor atrevimientos.

Señor, tú mismo me has dicho
cuán ilustre caballero,
cuán galán, cuán entendido
es don Félix de Toledo: 1155
tercerías son que deben
desenojarte más presto.
Él es mi esposo, señor,
y él está en este aposento.
Agora dame la muerte, 1160
que habiendo dicho primero
que es mi esposo, moriré
contenta, pues por lo menos
curo la facilidad,
llegándote en tanto aprieto 1165
antes la satisfación
que no la ofensa, el remedio
que el dolor, la paz que el susto,

la triaca que el veneno.

DON FÉLIX [Aparte.]

Fortuna, ya es este lance 1170
muy otro que era. Y supuesto
que el haber caído en don Félix
ha sido piedad del cielo,
no le quiero ser ingrato:
acudamos al remedio. 1175
[Llégase a la puerta del cuarto donde está LISARDO.]14

Señor don Félix, salid,
que aunque yo quejarme puedo
que tan justas conveniencias
traten tan injustos medios,
todo os lo perdono, todo, 1180
en albricias de suceso
tan feliz para mi casa.

LAURA Bien se ha logrado mi intento.

DON ÍÑIGO Salid, pues.

BEATRIZ ¿Qué ha de salir
si ya no hay nadie allá dentro? 1185

(Entra LAURA y saca a LISARDO.)

LAURA Llegad, señor, pues mi padre
nos perdona.
[Aparte.]

Mas, ¿qué veo?

LISARDO [Aparte.]

¿A quién habrá sucedido
lo que me está sucediendo?

LAURA [A LISARDO.]

Hombre, ¿quién eres o cómo 1190
estás aquí?

BEATRIZ (Aparte.)

¡Santos cielos!

LAURA (Aparte.)

Ahora mi padre me da
muerte, que no es Félix viendo.

DON ÍÑIGO Señor don Félix, llegad,
dadme los brazos, que quiero 1195
que aún no os cueste a vós agora
la vergüenza que yo tengo,
advirtiéndoos que no pudo
acaecer este suceso
por quien no fuérades vós, 1200
que ya no le hubiera muerto.

LISARDO (Aparte.)

(¿Qué he de hacer? Desengañarle
de quién soy no es a buen tiempo,
pues, si me avisa que solo
a Félix sus sentimientos 1205
disimularan la ofensa,
será empeñarme de nuevo
el decir que no lo soy.
Aquí no hay otro remedio
que esperar a otra ocasión.) 1210

Fuerza fue turbarme al veros,
mas cuanto os ha dicho Laura
de nuevo, señor, lo ofrezco
y aseguro que sea esposa
de don Félix de Toledo. 1215

DON ÍÑIGO Solo eso pudiera ser
de mis penas el consuelo.

LAURA [Aparte.]

Y solo eso de las mías
pudiera ser de aumento
si este es Félix y no el otro. 1220

DON ÍÑIGO Pues ha de ser, en efecto.
No habéis de salir de aquí
sin desposaros primero,
y mañana yo traeré
la licencia.

LISARDO (Aparte.)

¡Estraño empeño! 1225
¿Yo con dama de mi amigo?

LAURA (Aparte.)

¿Yo con galán, ¡qué tormento!,
de mi amiga?

LISARDO (Aparte.)

¿Yo con quien
no amo...

LAURA (Aparte.)

¿Yo con quien no quiero...

LISARDO [Aparte.]

... y está enamorada de otro? 1230

LAURA [Aparte.]

... y está a otra dama queriendo?

LISARDO [Aparte.]

Mejor es que se declare
de una vez todo el despecho.

LAURA [Aparte.]

Pues yo tengo de morir,
mejor es morir más presto. 1235

LISARDO Señor...

LAURA Señor...

DON ÍÑIGO ¿De qué entrambos
habláis agora suspensos?

LISARDO Oye...

LAURA Escucha...

(Cuchilladas dentro.)

DON ANTONIO (Dentro.)

Aquí verás
de qué manera me vengo.

-553-
DON FÉLIX [Dentro.]

Tú de qué modo castigo 1240
osados atrevimientos.

DON ÍÑIGO ¿Qué es aquello?

LISARDO La voz es
de un amigo.

DON ÍÑIGO ¡Deteneos!
No habéis de salir de aquí.

LISARDO Pues, ¿cómo, oyéndola, puedo 1245
dejar de salir?

CLARA (Dentro.)

¡Señor
don Íñigo! ¡Acudid presto,
que dan la muerte a mi hermano!

LISARDO [Aparte.]

¡De Clara es esta voz, cielos!
¡«Hermano» y «muerte» entendí, 1250
su vida corre gran riesgo!
¿Qué he de hacer cuando me llaman
mi amigo y mi dama a un tiempo?
Mas, ¿qué dudo? En todo trance
mi dama ha de ser primero. 1255
(Vase.)

DON ÍÑIGO Salgamos todos.

LAURA ¿Hay más
desdichas?

BEATRIZ [Aparte.]

¿Hay más enredos?

DON ÍÑIGO [Aparte.]

No le dejaré del lado.
(Vase.)

LAURA ¿Qué es esto, Beatriz?

BEATRIZ ¿Qué es esto?
Que el Amor y la Fortuna 1260
están hechos unos cueros
y hacen dos mil disparates
que no es posible entenderlos.

Jornada III

Salen DON FÉLIX y LISARDO, MENDOZA y HERNANDO.

LISARDO Pues hemos llegado a casa
sin que nadie nos siguiese,
el uno y otro, a pesar
de tantos inconvenientes,
salíos los dos allá fuera 5
y mirad que nadie entre
sin avisarnos en tanto
que aquí hablamos yo y don Félix.

HERNANDO Juro a Dios no te sirviera
una hora más si supiese 10
medrar, con ser caso hoy
negado a todo sirviente.
Porque, ¿qué cosa es que os vais
a pesares y a placeres
los dos sin algún criado 15
que los murmure y los cuente,
que vengáis tan tarde a casa,
coléricos e impacientes
y alborotados, y que...?

DON FÉLIX Bueno está. Déjanos, que este 20
de burlas no es tiempo, Hernando.

HERNANDO Estas son veras.

LISARDO Advierte
que se pierde un siglo en cada
instante que aquí se pierde.

DON FÉLIX Llévale de aquí, Mendoza. 25

MENDOZA ¿No basta que yo me lleve
a mí?

HERNANDO Juro a Dios que antes
he de servir a un hereje
que a un enamorado, aunque
con algún premio le trueque. 30

(Vanse MENDOZA y HERNANDO.)

DON FÉLIX Ya, Lisardo, estamos solos.
Y aunque mis sucesos pueden
darme tanto que pensar
y que temer, no me tienen
tan rendido las fortunas 35
de sus varios accidentes
como vuestras prevenciones,
según la lengua encarece
lo que importa darme cuenta
de un suceso.

LISARDO Sí, don Félix. 40
Pero, porque la mayor
parte dél agora pende
de las mismas cuchilladas
en que yo os halle, conviene
saber yo la causa dellas 45

-554-
antes porque se encadene
de un suceso otro suceso.

DON FÉLIX Yo os lo diré brevemente:
en Granada un hombre herí
forastero.

LISARDO Sí.

DON FÉLIX Pues este 50
hermano es de doña Clara,
vuestra dama, y pretendiente
de doña Laura, la mía,
que a uno estorba y a otro ofende.

LISARDO Aún no le he visto la cara 55
yo ni sé qué señas tiene.
Mas, ¿qué mucho, si ayer vino
y le he andado huyendo siempre?

DON FÉLIX Estaba con Laura yo...
Mas no importa que no os cuente 60

más de que allí nos hallamos
y que, al tratar que no fuese
nuestra campaña su sala,
vino el padre, que parece
que parlera la fortuna 65
le trae maliciosamente.
En fin, a su honor atentos
dejamos allí pendiente
el lance, escondime yo,
él se disculpó y, en breve, 70
aunque me cerró las puertas,
salí a la calle, valientes
nos embestimos los dos,
alborotose la gente
de todo el barrio a las voces 75
de Clara y a los crueles
golpes de las dos espadas,
rayos de acero, de suerte
que, de la gente y la luz
despartidos, no consienten 80
ni que él vengue sus heridas
ni que yo mis celos vengue.
Entre los que allí vinieron
fuisteis vós, que noblemente
os pusisteis a mi lado 85
diciéndome que me ausente
de la calle porque importa
que faltemos igualmente
della los dos. Esto es
todo lo que me sucede 90
a mí. Decid vós qué ha habido.

LISARDO No sé ya por dónde empiece.
Estando en casa de Clara,
su hermano llamó; esconderme
fue fuerza, que parecidos 95
son en cualquiera accidente
los lances de amor. ¿Qué mucho
si son uno mismo siempre?
Turbose Clara, Leonor
se embarazó; finalmente, 100
tardando en abrirle, entró
haciendo estremos crueles.
Encerrose en su aposento
y, por un resquicio breve,
Clara (que, en efecto, no hay 105
temeroso que no aceche)
le vio de no sé qué armas
prevenirse y componerse.
No le culpo, si ahora infiero
cuán justa disculpa tiene 110
para cualquier prevención
el que vengarse pretende,

porque una cosa es reñir
y otra es satisfacerse.
Clara, pues, viéndole armar, 115
se persuadió justamente
a que el tardar en abrirle
en sospecha le pusiese
y que aquellas prevenciones
para ver la casa fuesen. 120
Pidiome que me arrojase
por la ventana que tiene
su cuarto, que al jardín cae
de Laura. Hícelo. ¡Ah, mujeres!

-555-
¡Y cuántas cosas ha errado 125
seguir vuestros pareceres!
Al ruido de mi caída...

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO Aunque os enojéis, no puede
dejar mi voz de deciros
que aquí don Íñigo viene 130
buscando a Félix. Mirad
a cuál le toca hoy ser Félix.

LISARDO ¿Tú qué le has dicho?

HERNANDO Yo nada.

LISARDO No espero que en nada aciertes.

HERNANDO (Aparte.)

Que estaba aquí dije; 135
pero negarelo, pues lo siente.

LISARDO A mí me busca; y en tanto
que yo lo demás no os cuente,
importa que no me vea.
Despedidle brevemente. 140
 (Escóndese).

DON FÉLIX Sí haré. ¡Oh, cuántas ilusiones
mi imaginación padece!

(Sale DON ÍÑIGO.)

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

DON ÍÑIGO Hablar al señor don Félix
quisiera.

DON FÉLIX Agora salió
de casa; mas, si pudiere
suplir yo su ausencia, puedo
afirmar seguramente
que yo soy don Félix.

DON ÍÑIGO Bien
de vuestra amistad se infiere;
pero hablarle me importaba,
y estraño que se saliese
tan de mañana de casa.

DON FÉLIX Los que pretensiones tienen
no tienen hora segura.

DON ÍÑIGO Direisle que vine a verle
cuidadoso de que anoche
de mi lado se perdiese
en las cuchilladas que hubo
en mi calle, que solo este
cuidado tan de mañana
me trae a buscarle.
(Aparte.)

(Miente
mi voz, que mayor cuidado
me trae. ¡Grave pena! ¡Fuerte
dolor! ¡Que le halle en mi casa,
que ser esposo confiese
de Laura, que salga al ruido,
que de mi lado se ausente
y que se me niegue agora!)
Direisle, en fin, que se deje
ver, pues sabe que ha de ir
desde hoy a ser mi huésped.
(Aparte.)

Mucho hago en disimular.

DON FÉLIX Yo lo diré de esa suerte.

DON ÍÑIGO Hareisme mucha merced. 175

DON FÉLIX Serviros solo pretende
mi amistad.

DON ÍÑIGO Pues si es tan grande,
hablémonos claramente,
quitémonos los embozos
y escuchadme, que no puede 180
mi pecho, porque es volcán
que arde cubierto de nieve,
estorbar, que tanto fuego
por la boca no reviente.
Y puesto que sois su amigo 185
y es fuerza que él os lo cuente,
nada aventuro yo en que
hoy vuestra amistad le lleve
un recado, que, aunque en cosas
de honor ninguno hablar debe, 190
yo fío tanto del mío
y de mi valor que en este
caso no ha de embarazarme
el hablar, porque el que siente
de sí que sabrá vengarse 195
cada razón que dijere
más será otro empeño más
que le anime a que se vengue.

-556-
DON FÉLIX En cuanto vós me mandéis,
os serviré noblemente. 200

HERNANDO [Aparte.]

Gloria a Dios, que ya oiré algo.

DON ÍÑIGO Pues mandad, antes que empiece,
que este criado se vaya
allá fuera.

DON FÉLIX Hernando, vete.

HERNANDO [Aparte.]

La inquisición es de amor 205
esta casa, porque siempre
se hacen las causas secretas.
(Vase.)

DON FÉLIX Ya estáis solo.

DON ÍÑIGO Pues direisle
a don Félix que yo anoche
le hallé en mi casa y prudente 210
conveniencia hice el agravio
por ser quien es, pues, si fuese
otro cualquiera en el mundo,
allí le diera la muerte,
y aun a él si Laura misma 215
ser su esposo no dijese
y él mismo lo asegurase;
y decidle finalmente
que la prisa del salir
a la calle, que el perderse 220
en ella, el no estar agora
en casa... Esto solamente
siento decir sospechoso,
esto. ¡Basta! Que no tiene
para qué ausentarse, pues 225
cuando o imagine o piense
dilatar solo un instante
el casarse, como llegue
yo a saber que lo dilata,
aunque después él lo intente, 230
no querré yo, porque antes
que yo con Laura le ruegue,
sabré restaurar mi honor
dándola a Laura la muerte,
y entre su sangre bañada 235
obligarle a que remedie
su difunto honor haciendo,
cuando la mano la entregue,
tálamo el sepulcro que
cadáveres los albergue. 240

DON FÉLIX Escuchad... Mirad, señor...

DON ÍÑIGO A nada mi enojo atiende.
Nada me habléis hasta darme

la respuesta que él os diere.
(Vase.)

DON FÉLIX ¿Qué es lo que pasa por mí, 245
cielos? ¿Qué encanto es aqueste?

(Sale LISARDO.)

LISARDO Bien claro se deja ver,
pues lo que dejó pendiente
mi voz prosiguió la suya,
que al ruido que hice me siente 250
y...

DON FÉLIX No prosigáis, que ya
todo lo demás se entiende.
¡Ay, Lisardo! Vós me habéis
quitado ya de dos veces
la dicha: una, cuando pude 255
ser de Laura feliz huésped;
y otra, cuando pude ser
su esposo, porque de suerte
el lance se ha barajado
que no es posible que llegue 260
ya a enmendarse.

LISARDO ¿Cómo no
si el desengaño no tiene
peligro, Félix, ninguno
en el estado presente?
Que el haberle dilatado 265
hasta aquí fue porque siempre
hubo riesgo en declararme:
una vez, porque no hiciese
concepto de que tomé
vuestro nombre inútilmente 270
y entrase en mayor sospecha
habiendo la antecedente
noche seguido a los dos;
y otra porque, en fin, el verme
dentro de su misma casa 275
cerrado, después de haberle

dicho Laura el nombre, y no
era ocasión conveniente

de desengañarle. Agora
sí, puesto que puede hacerse 280
con toda seguridad.

DON FÉLIX ¿De qué suerte?

LISARDO Desta suerte:
yo le escribiré un papel
diciendo que quiero verle
en una parte, y allí 285
le contaré claramente
todo el suceso, supuesto
que el fin peligro no tiene,
pues si con don Félix él
casar su hija pretende, 290
cesará el enojo viendo
que se casa con don Félix.

DON FÉLIX Eso tiene un riesgo solo.

LISARDO ¿Cuál es?

DON FÉLIX Yo he juzgado siempre
el ajeno corazón 295
por el mío y me parece
que, si escondido en mi casa
hallado algún hombre hubiese,
satisfacer mi opinión
con aquel quisiera siempre, 300
mayormente habiendo en él
todas las partes que pueden
ponerle en mayor codicia.

LISARDO No hablemos en ellas, Félix,
sino volvamos al caso: 305
¿hay más que satisfacerle
contándole yo la causa,
aunque en esto se atropelle
el secreto de mi amor,
y decirle de qué suerte 310
entré en su casa?

DON FÉLIX Ya, ¿qué importa
que por ajeno amor fuese?
Que la ajena conveniencia
jamás a la propria excede.
Y, en fin, si por esta causa, 315

o porque ya de vós tiene
tan agradado el afecto,
o por sentir el haberse
engañado, no viniera
en que yo el esposo fuese 320
de Laura, ella ¿no es forzoso
que expuesta a las iras quede
de su enojo y, como ha dicho,
en ella su ofensa vengue?

LISARDO No decís mal, y así fuera, 325
Félix, lo más conveniente
ponerla en salvo primero.

DON FÉLIX Pues eso mi amor intente.
Escribid vós el papel
a don Íñigo y con ese 330
resguardo iré yo a su casa,
pues me dijo que le lleve
la respuesta; y entretanto
que él fuere con vós a verse
podré yo en casa de Laura 335
entrar más seguramente.
Direla todo el suceso;
vistos los inconvenientes
de nuestro amor, dispondrá
lo que mejor la estuviere. 340

LISARDO Pues a escribir el papel
quiero ir.

DON FÉLIX Cumplan lo que deben,
Laura, mi amor y mi honor,
pues la obligación que tiene
un amante caballero 345
en todos los accidentes
del tiempo y de la fortuna,
de la vida y de la muerte,
del amor y de la honra,
es saber que ha de ser siempre 350
antes que todo la dama,
y como ella no se arriesgue

y se asegure, después
que venga lo que viniere.
[Vase.]

(Salen LAURA y BEATRIZ.)

LAURA Si opinión es recibida
que penas saben dar muerte,
¿cómo una pena tan fuerte
no acaba con una vida?
No lo sé, que desmentida
en mí yace esta opinión,
porque si homicidas son,
¿cómo la mía este día
no mata, siendo la mía
de amor, riesgo y opinión?
De amor, porque enamorada
me llego a mirar de un hombre
que ha tomado ajeno nombre
para dejarme burlada;
de riesgo, porque postrada
la vida a mi padre estoy;
y de opinión pues, si hoy
juzga la suya ofendida,
mi opinión, mi amor, mi vida
dirán cuán infeliz soy.
Yo no me puedo casar
con hombre que me engañó
fingiendo el nombre, ni yo
la mano tengo de dar
a otro porque acertó a estar,
sin saber cómo, escondido.
Si no me quita el sentido,
poco debo a mi cuidado.

BEATRIZ Que habiendo, señora, echado
fuera yo al Félix fingido
se viniese el verdadero
a entrar allí cosa es
que, si se escribe después,
no se ha de creer.

LAURA Si infiero
mi suerte, bien considero
que sola ella pudo ser
bastante a eso. ¿Qué he de hacer?

BEATRIZ Si mi consejo valiera,
yo bien sé lo que yo hiciera.

LAURA ¿Qué?

BEATRIZ Ausentarme por no ver
mi muerte.

LAURA Pues el morir, 395
¿no es mejor, sufriendo agora,
que, huyendo, vivir?

BEATRIZ Señora,
no hay cosa como vivir.

LAURA Solo para conseguir
la venganza de un traidor 400
quisiera en tanto rigor
la vida, Beatriz, guardar.

(Sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO ¿Hame venido a buscar
alguien aquí?

BEATRIZ No, señor.

DON ÍÑIGO (Aparte.)

En efecto, no parece 405
don Félix. ¡Cielos! ¿Qué haré
en tal desdicha? No sé
de cuantos medios me ofrece
la confusión que padece
mi pecho para vengar 410
tan infelice pesar
cuál elija.

LAURA [Aparte.]

Apenas puedo,
o de vergüenza o de miedo,
atreverme hoy a mirar
su rostro.

DON ÍÑIGO ¿Tú estás aquí? 415

LAURA Y siempre humilde a tus pies
aguardando a que me des
muerte no porque, ¡ay de mí!,
culpada la merecí,
sino engañada, señor. 420

DON ÍÑIGO Vete de aquí, que el dolor
que me obligue no quisiera
a algún despecho, que fuera
añadir error a error.
Retírate a tu aposento. 425

LAURA Ya, señor, que convencida
no intento guardar mi vida,
guardar tu opinión intento.

-559-
Escúchame, pues, atento.

DON ÍÑIGO No quiero escucharte, no. 430

LAURA Mira...

DON ÍÑIGO ¿Qué engaño buscó
ya en tu disculpa tu culpa?

LAURA Yo no busco mi disculpa.
Mas sabe que es Félix...

(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Yo
vengo, señor,...

LAURA (Aparte.)

¡Hay más tristes 435
penas!

DON FÉLIX ... a buscaros...

BEATRIZ (Aparte.)

¡Qué
osadía!

DON FÉLIX ... porque hallé
la respuesta que pedistes.
(Dale un papel.)

DON ÍÑIGO Muy grande favor me hicistes.
Retiraos las dos.

LAURA [Aparte.]

¡Que así 440
se entre este traidor aquí!

(Retíranse las dos al paño.)15

DON FÉLIX [Aparte.]

¡Con qué de temores lidio!

BEATRIZ [Aparte.]

La desvergüenza le envidio.
¡Oh, cuál era para mí!

DON ÍÑIGO (Lee.)

«Para ajustar ciertas conveniencias entre los dos, me importa hablaros, así en la disculpa de haberme ausentado anoche como en la satisfación de no haberos buscado hoy, a cuyo efecto os espero en la Lonja de San Sebastián. Dios os guarde».

Mucha merced me habéis hecho. 445
Decidle a don Félix que
esto que me manda haré.

DON FÉLIX Pues id presto.
(Vase.)

LAURA [Aparte, al paño.]

Ya sospecho
muchas desdichas.

DON ÍÑIGO Mi pecho
todo es confusión. ¿Hablarme 450
quiere don Félix y darme
satisfación? No la habrá
para mí, no, si no está
dispuesto a desenojarme
con ser hoy de Laura esposo. 455
Si esta plática divierte,
le tengo de dar la muerte.
A hablarle iré cuidadoso,
y puesto que en tan forzoso
lance el amigo con él 460
está, que trajo el papel,
mal haré en ir solo yo;
y pues socorro le dio
anoche mi pecho fiel
a don Antonio y ha sido 465
mi amigo y es caballero,
dél acompañarme espero.
(Vase.)

[Salen del cuarto LAURA y BEATRIZ.]

LAURA Beatriz, ¿qué puede haber sido
esto?

BEATRIZ Yo nada he entendido,
y mi confusión es mucha. 470

LAURA ¿Qué temor conmigo lucha?
Cuanto valgo, Beatriz, diera
a quien esto me dijera.

(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Si quieres saberlo, escucha.

LAURA Aunque por saberlo muero,
no lo he de saber de ti,
que verdad no dirá quien
está tan hecho a mentir.

DON FÉLIX Por salvar esa opinión
que tienes, Laura, de mí
y asegurar hoy tu vida,
que corre peligro, en fin,
aquesta ocasión busqué
que le obligase a salir
de casa a tu padre. Oye
agora.

LAURA ¿Qué puedo oír
de un amante tan traidor,
de un caballero tan vil,
de un pecho tan alevoso
y de un trato tan ruin
que con nombre ajeno engaña

-560-
a una mujer infeliz?
Ya quién eres sé, o ya sé,
mejor pudiera decir,
quién no eres, que, en efecto,
esto no sé, aquello sí.
Pero para no creerte
es argumento sutil
que el que toma nombre de otro
mal contento está de sí,
y el que a sí se miente, ¿cómo
me dirá verdad a mí?

DON FÉLIX Hasta que me escuches quiero
esos baldones sufrir,
porque el repetir agora
cada cosa fuera aquí
gastar el tiempo, que importa
más a tu vida; y así,
solo te digo que nunca
nombre o calidad mentí.

Don Félix soy de Toledo,
que si alguien pudo fingir
ajeno nombre, señora,
el otro fue, yo no fui.
¿Qué más testigo de abono? 515

LAURA Ponte a esa puerta, Beatriz.

BEATRIZ Si es para avisar, señora,
que tu padre ha de venir,
siendo el padre general,
desde ahora digo que sí. 520

DON FÉLIX ¿Qué más testigo de abono,
vuelvo, Laura, a repetir,
de ser yo quien soy que el verme
con don Antonio reñir
nombrándome por mi nombre 525
porque en Granada le herí?
Y cuando tú no me creas,
no importa ahora, pues, en fin,
yo no digo que te fíes
en esta parte de mí, 530
solo digo que procures
asegurarte. Elegir
puedes tú el medio, señora,
que te esté mejor; y si
no dijere el desengaño 535
cuanto yo te digo aquí,
no me veas en tu vida,
que ese será para mí
el mayor castigo, pues
de amor me verás morir. 540

LAURA Señor don Félix, o quien
sois, en vano persuadís
eso a mi honor, que yo tengo
el pecho tan varonil,
el espíritu tan noble, 545
el esfuerzo tan gentil,
que, si mil muertes hubiera
de padecer y sufrir
por un átomo de honor,
aun fueran pocas las mil. 550
Constante quiero esperar
lo que suceda, y así
idos con Dios, que ni un punto
de mi casa he de salir.

DON FÉLIX Mira...

LAURA Aquí no hay que mirar. 555

DON FÉLIX Advierte...

LAURA No hay que advertir.

DON FÉLIX ... que Lisardo...

LAURA Nada escucho.

DON FÉLIX ... está...

LAURA No hay que persuadir.

DON FÉLIX ... esperando...

LAURA Pues, ¿qué importa?

DON FÉLIX ... para llegarte a decir 560
el desengaño.

LAURA Por eso
le quiero esperar yo aquí:
si es verdad, porque lo es;
y si no, porque os creí.

DON FÉLIX Pues, si irritado tu padre 565
vuelve, ¿qué has de hacer?

LAURA Morir.

-561-
DON FÉLIX ¿Que no has de ausentarte?

LAURA No.

DON FÉLIX ¿Que quieres esperar?

LAURA Sí.

DON FÉLIX Pues tengo que agradecer
lo que tengo que sentir 570
viendo al riesgo de la vida
el del honor preferir.
A la mira del suceso
estaré, con que decir
podré que, estando avisada 575
antes, ¡oh, Laura!, de mí
y socorrida después,
con mi obligación cumplí.

LAURA Y yo con la mía, si eres
don Félix, con admitir 580
tu mano; y si no, con darme
muerte, porque te creí.

DON FÉLIX Yo lo soy.

LAURA Quiéralo el cielo.

BEATRIZ Acabad ya. ¿No advertís
que será mal hecho un día 585
que ha dejado de venir
el padre plana a renglón
estaros los dos así?

LAURA Yo no acierto a despedirle.

DON FÉLIX Y yo no me acierto a ir. 590

BEATRIZ A ver si yo acierto. Vete
por aquí y tú por allí.

LAURA Duélase de mí el honor.
(Vase.)

DON FÉLIX Duélase el amor de mí.
(Vase.)

BEATRIZ Y de mí también se duela 595
no el honor, que es un gentil,
no el amor, que es un hereje,
sino el miedo, que es, en fin,
un católico cristiano,
y hasta ver él destos chismes 600
que andan en esta casa
sobre si es Félix o Lisardo
este hombre que queremos,
pendiente el alma de un hilo
está a las iras de un tras 605
puesta la vida en un tris.
[Vase.]

(Salen DON ANTONIO y DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO Después de haber sabido
que en el lance de anoche no ha tenido
segunda novedad vuestro cuidado,
el mío, don Antonio, os ha buscado 610
porque os ha menester.

DON ANTONIO Pues bien agora
decir podéis lo que mandáis.

DON ÍÑIGO No ignora
vuestro valiente pecho,
de sus obligaciones satisfecho,
la que a un noble le corre 615
cuando otro de su esfuerzo se socorre,
y más cuando haya sido
trance de honor el que a esto le ha movido.

DON ANTONIO Bien mi valor alcanza
todo eso.

DON ÍÑIGO Pues en esa confianza 620
en un caso que tengo
de honor hoy a valerme de vós vengo:
anoche hallé en mi casa
un caballero (el alma se me abrasa)

escondido. ¡Oh, si fuera 625
posible que sin mí yo lo dijera!
Quísele dar la muerte
cuando Laura me advierte
quién es y que es su esposo; yo, mirando
que la venganza no es remedio cuando 630
lo puede ser, ¡ay, Dios!, la conveniencia,
ferié toda la cólera a prudencia.

DON ANTONIO (Aparte.)

Este es Félix, supuesto que escondido
yo le dejé en su casa.

DON ÍÑIGO Prevenido
de cordura y de agrado, 635
sentimiento y dolor disimulado,
le hablaba cuando oímos
vuestro ruido en la calle y a él salimos.

DON ANTONIO (Aparte.)

Ya no es Félix, supuesto
que él conmigo reñía. ¿Amor, qué es esto? 640
¿Uno riñendo, ¡ah, cielos!,
y otro escondido? ¿Celos hay de celos?

DON ÍÑIGO Entre la gente y ruido
se me perdió. Busquele y, atrevido,
se me negó en su casa. 645
Yo, viendo lo que pasa,
enviele un recado
con un amigo suyo. Hame enviado
a decir que le vea
aquí, en San Sebastián, porque desea 650
satisfacerme a todo; mas yo, viendo
que no hay satisfación, darle pretendo
la muerte si se escusa
de casarse con Laura o lo rehúsa.
No dudo que con él esté el amigo 655
que el papel me llevó; y así, conmigo
que vós vais os suplico, satisfecho
de la sangre y valor de vuestro pecho.

DON ANTONIO Vamos donde quisiereis, que en aquesta
plática haber no puede otra respuesta. 660
Pero, aunque es asentada

opinión en buen duelo que de nada
se ha de informar cualquiera que llamado
va de su amigo, importa a mi cuidado

-563-
saber quién es el hombre.

DON ÍÑIGO ¿Cómo puedo 665
negarlo? Él es don Félix de Toledo,
un noble caballero:
no le conoceréis, que es forastero.

DON ANTONIO Antes, por conocelle
tan bien, es fuerza hacelle 670
otra pregunta a vuestro sentimiento.

DON ÍÑIGO Decid, que a todo responder intento.

DON ANTONIO ¿En vuestra casa no decís que estaba
escondido don Félix cuando andaba
acá en la calle el ruido 675
de las espadas?

DON ÍÑIGO Sí.

DON ANTONIO Pues advertido
estad de que no pudo
ser don Félix.

DON ÍÑIGO Aqueso no lo dudo,
que le conozco bien.

DON ANTONIO ¿Cómo podía
don Félix ser si él era el que reñía 680
en la calle conmigo?

DON ÍÑIGO ¡Qué engañado
estáis!

DON ANTONIO Más lo estáis vós.

DON ÍÑIGO De ese cuidado
bien presto ahora saldremos,

supuesto que en la lonja le hallaremos.

DON ANTONIO ¿Cómo estar escondido a un tiempo mismo 685
pudo y reñir conmigo? Ciego abismo
es.
(Aparte.)

Y no menos ciego
si al lado de don Íñigo ahora llego
a verme yo con él, ¡estraña duda!,
pues no sé a qué intención primero acuda, 690
de su empeño o el mío.

DON ÍÑIGO Que os desengañaréis bien presto fío.

(Salen HERNANDO y LISARDO.)16

LISARDO Pues él acompañado
de otro viene, allí espera retirado
por lo que sucediere. 695

HERNANDO Y si acaso este lance se viniere,
puesto que es rucio el que le trae, rodado,
¿qué he de hacer?

LISARDO ¿Qué? Ponerte tú a mi lado.

HERNANDO Mientras llegan quisiera
hacerte una pregunta: si esto fuera 700
un sarao, un convite, un cumplimiento,

-564-
un acompañamiento,
señor, ¿en esto todo
daríasme tu lado?

LISARDO No.

HERNANDO De modo
que al mísero criado 705
¿solo para reñir da el amo el lado?

DON ÍÑIGO Esperad, que aquel es el caballero.

DON ANTONIO ¿Aquel?

DON ÍÑIGO Sí.

DON ANTONIO Pues yo vuelvo a lo primero,
que aquel...

DON ÍÑIGO ¿Qué?

DON ANTONIO ... ni es don Félix ni lo ha sido. 710

DON ÍÑIGO ¡Ah, sí! Agora he caído
en la causa que os tiene, bien lo infiero,
en ese engaño: aqueste caballero,
vós no podéis saberlo, de Granada
vino porque dio a un hombre una estocada, 715
y por asegurarse
mejor el nombre le obligó a mudarse;
y así, aquí no os asombre
que no le conozcáis vós por su nombre.

DON ANTONIO Mal, don Íñigo, hiciera 720
si, viniendo con vós, os encubriera
nada. A quien dio esa herida
don Félix en Granada, y cuya vida
a tanto riesgo estuvo,
soy yo. Ved cómo puedo, si esto hubo, 725
dejar de conocelle,
don Íñigo, llegando agora a velle.

DON ÍÑIGO A tanto desengaño
ya recela mi vida nuevo engaño
y no dudo que ha sido 730
esta la causa con que aquí ha querido
satisfacerme. Pero
satisfación ninguna, ¡ay de mí!, espero.
Aquí aguardad, que de cualquiera suerte
que aventure mi honor le he de dar muerte. 735

DON ANTONIO Con vós a todo vengo.

LISARDO Ya para el desengaño me prevengo.

(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX [Aparte.]

Pues Laura no ha querido
dejar su casa, a todo prevenido,
deste umbral amparado 740
he de estar viendo el fin de mi cuidado.
[Éntrase en un portal.]17

DON ÍÑIGO Mucho he estrañado, señor

-565-
don Félix, que el que en mi casa
pudiera hablarme me llame
aquí por papel.

LISARDO De tanta 745
confusión y pena como
esa novedad os causa
en oyéndome saldréis,
siendo la primer palabra
que os diga que vuestro honor 750
peligrar no puede en nada,
porque sobre este principio
cualquier desengaño caiga.

DON ÍÑIGO No hube menester oírle
jamás yo, pues no dudara 755
yo jamás que nunca
pudo mi honor peligrar; es clara
cosa teniendo vós vida
y yo, don Félix, espada.

LISARDO Ni yo lo dudo tampoco. 760
Y así, en esa confianza,
la primera cosa que
vós habéis de saber...

DON ÍÑIGO [Aparte.]

¡Rara
confusión!

LISARDO ... es que no soy
don Félix yo. ¿Qué os espanta? 765

DON ÍÑIGO Nada me espanta, que solo
me admira que un hombre me haya
hecho un engaño y que yo
no vengue.
(Empuña la espada.)

LISARDO Tened la espada,
don Íñigo, que no dudo 770
que, en sabiendo vós la causa
del engaño y de la ofensa,
veáis distintamente y clara
no ser ofensa ni engaño.

DON FÉLIX [Aparte.]

¡Oh! ¡Quiera el cielo que salga 775
bien Lisardo deste empeño!

DON ÍÑIGO Si cuando os hallo en mi casa
me dice Laura que sois
su esposo y Félix os llama
y vós convenís en ello 780
después de tomar las cartas
que yo os llevé. A esta evidencia
ninguna disculpa aguarda
mi valor. A mí y a ella
vuestra lengua nos engaña, 785
y si entonces yo previne
el remetir en mis ansias
la venganza a la cordura,
agora es fuerza que haga
lo contrario y que remita 790
la cordura a la venganza.

LISARDO ¿Vós podéis pretender más
de que se case con Laura
don Félix?

DON ÍÑIGO Sí, pues a vós
dentro os hallé de mi casa; 795

y si por ser otro a quien
tengo obligaciones tantas
hice el dolor conveniencia,
no siéndolo todas faltan.

LISARDO ¿Y si haberme hallado en ella 800
un acaso fue en que Laura
ni yo tuvimos la culpa?

DON ÍÑIGO ¿Cómo es posible escusarla
si ella os nombra antes de veros
y vós estáis en su sala? 805

DON FÉLIX [Aparte.]

Sin duda que las disculpas
admiten, pues tanto hablan.

LISARDO Oídme y dadme luego muerte,
que, como me oigáis, la espada,
el ser, la vida y honor 810
veréis, señor, a esas plantas
para que os venguéis, si os queda
acción de vengaros.

DON ÍÑIGO Nada
por mi honor dejar de hacer
quiero. Decid.

LISARDO Pues la causa 815
de que yo...

DON ÍÑIGO Tened, que habiendo
yo, lleno de penas y ansias,
hecho capaz a ese amigo
de mi ofensa, es bien le haga
de vuestra satisfación 820
capaz también porque vaya

-566-
enterado de mi honor
quien lo vino de mi rabia.

LISARDO Llamadle, que nada escusa
quien dice verdades claras. 825

DON ÍÑIGO [A DON ANTONIO.]

Llegad, que quiero que oigáis
cuanto aquí entre los dos pasa.

DON ANTONIO ¿Dice que es don Félix?

DON ÍÑIGO No.

DON ANTONIO Ved cuál de los dos se engaña.

DON FÉLIX [Aparte.]

Al hombre que retirado 830
estaba aquí los dos llaman.
Quién será no sé, porque
siempre le tuve de espaldas.

HERNANDO [Aparte.]

A mí me toca el llegarme,
pues se llega el camarada. 835

[Llegan DON ANTONIO y DON ÍÑIGO a LISARDO.]18

LISARDO Caballero, aunque yo a vós
no os conozco, a mí me basta
para lo que he de fiaros
la segura confianza
del valor que tendrá quien 840
a don Íñigo acompaña.
Él tiene de mí dos quejas:
una, que tomado haya
de un amigo el nombre; y otra,
que anoche me halló en su casa 845
escondido y yo pretendo
hoy satisfacerle a entrambas;
y por obligarle a que
me escuche con más templanza
hasta el fin, quiero empezar 850
por lo de más importancia,
que oída la causa primera
por que yo escondido estaba

en su casa quedará
su pasión más desahogada 855
para la causa segunda.

DON ÍÑIGO Decid.
(Aparte.)

Quiera el cielo que haya
satisfación a mi pena.

LISARDO Yo sirvo a una hermosa dama 860
vecina suya.

DON ANTONIO (Aparte.)

¿Qué escucho?

DON ÍÑIGO [Aparte.]

Ya va recelando el alma
nuevo empeño.

LISARDO Anoche yo
con ella en su cuarto estaba
cuando su hermano llamó, 865
y yo por una ventana
que cae de Laura al jardín...

DON ANTONIO ¿Ya mi colera qué aguarda?
Caballero, si lo sois,
nunca deben ser buscadas 870
las disculpas en ofensa
de ninguna ilustre dama.
Si disculparos queréis
con don Íñigo, no a tanta
costa ha de ser de otra honra, 875
de otra virtud y otra fama,
de cuya satisfación
me toca a mí la demanda.

(Sacan las espadas.)

DON FÉLIX ([Aparte.]

Las espadas han sacado
y, aunque sea padre de Laura, 880
antes que todo es mi amigo.)
Lisardo, a tu lado me hallas.

DON ANTONIO Este, don Íñigo, es
don Félix. Ya con más causa
me toca reñir con ambos. 885

DON ÍÑIGO [Aparte.]

¿Quién se vio en confusión tanta?
Infamia es el defenderle
y el ofenderle es infamia.
[Riñen.]

(Salen algunos.)

ALGUNOS ¡Paz! ¡Ténganse, caballeros!

HERNANDO [Aparte.]

¿Que por fuerza que me haga 890
para reñir nunca pueda
conmigo acabarlo? Basta,
que debo de ser gallina.
¡Jesús, qué bulla de espadas
se ha juntado en un instante! 895
Pero lo que más me espanta
es que bárbaros que riñan
en un cimenterio haya

-567-
sin que allí el memento mori
de las calaveras haga 900
su operación en el pecho.
Mas no habrá muchas desgracias,
pues la gente que ha llegado
a unos tiene, a otros aparta,
sin que los dejen reñir. 905

DON ÍÑIGO [Aparte.]

Pues desengaño o venganza
conseguir no puedo agora,
lo mejor es ir a casa
y sacar a Laura della
porque el temor no la haga 910
hacer cosa que resulte
contra mi honor y su fama.
(Vase.)

(Éntranse riñendo [los demás]19.)

[Salen DON FÉLIX y HERNANDO.]

DON FÉLIX ¡Oh, mal haya el hombre que
saca en público la espada,
pues solamente hace ruido 915
sin ejecución! La causa
misma que nos apartó
anoche sin hacer nada
a don Antonio y a mí,
a mí hoy y a Lisardo aparta. 920

HERNANDO ¿Adónde a mi señor dejas?

DON FÉLIX Como fue la gente tanta
que llegó, nos dividimos
en aquesa encrucijada
de la calle de las Huertas 925
y del Prado, porque el alma,
atenta a Laura, no quiso
un solo instante dejarla.
Y así, en tanto que yo llego
de todo a informar a Laura, 930
entra y dila a Clara tú
lo que con su hermano pasa.

MENDOZA Con más miedo que vergüenza
entraré, señor, a hablarla.

(Vase HERNANDO y sale MENDOZA.)

DON FÉLIX Yo sin recato ninguno 935
tengo de entrar en la casa
de Laura y hacer...

MENDOZA Señor...

DON FÉLIX ¿Qué hay, Mendoza?

MENDOZA Gran desgracia:
viniendo yo por la calle
del Prado arriba, bajaba 940
Lisardo, que al parecer
había algunas cuchilladas
tenido; alcanzole allí
la justicia, que las armas
le pidió y que fuese preso; 945
él no quiso dar la espada
ni dejarse prender quiso,
cuya resistencia para
en que quedan sobre él
más de cuatrocientas almas 950
acuchillándole.

DON FÉLIX ¿Qué es
lo que mi amistad aguarda?
Antes que todo es mi amigo.
Iré.

(Salen DOÑA CLARA, con manto, y HERNANDO.)

CLARA Si una desdichada
mujer en los caballeros 955
siempre amparo y favor halla,
pues lo sois, señor don Félix,
hállele en vós mi desgracia.
Ese criado me ha dicho
que Lisardo cara a cara 960
a mi hermano le ha contado
que anoche conmigo estaba.
Si viene, me ha de dar muerte.

Acompañadme a la casa
de un deudo que por sagrado 965
elijo.

DON FÉLIX Divina Clara,
yo lo hiciera; mas Lisardo
al mismo tiempo me llama:
su persona está en peligro
y en él no puedo dejarla. 970

CLARA Tampoco podéis dejarme
a mí, siendo yo su dama,
y más ahora que mi hermano

-568-
me ha visto. No os digo nada.
Ved vós lo que habéis de hacer. 975
Mujer soy y desdichada,
noble sois, mi hermano viene,
a riesgo estoy: esto basta.

DON FÉLIX ¿Quién en el mundo se vio
en confusión tan estraña? 980
Dejar yo de socorrer
a mi amigo será infamia
y infamia será dejar
de socorrer a una dama,
y más suya. Y pues ahora 985
él su vida aventurara
por su dama, haciendo yo
lo que él hiciera no falta
mi valor. Con vós me quedo:
poneos a mis espaldas 990
y id los dos a socorrer
a Lisardo en pena tanta.

HERNANDO [A MENDOZA.]

Muy buen socorro le envía
tu señor en nuestra espada
a mi amo, pero de aquí 995
nos vamos, pues él lo manda.

(Vanse y sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO Saliendo, señor don Félix,
de la pendencia pasada,
por huir de la justicia
tomé la vuelta tan larga. 1000
Esa dama pude ver
que salía de mi casa,
y habiendo entrado en recelo
de que aumente mi desgracia
su ausencia, he de conocerla, 1005
y si es quien pienso, llevarla
conmigo.

DON FÉLIX A aquesta señora
yo no la he visto la cara
ni sé quién es. Pero sea
quien fuere, debo ampararla, 1010
ya que de mí se ha valido.

DON ANTONIO Pésame de que tan raras
sean las pendencias nuestras
que siempre suceder hayan
en la calle, donde hallemos 1015
gente que pueda estorbarlas.

DON FÉLIX De aqueso no tiene culpa
el valor. Mas si eso os cansa,
solos estamos agora
y detrás de Atocha hay tapias. 1020

DON ANTONIO Aunque aceto el desafío,
es con una circunstancia:
que aquesa dama he de ver
primero que al campo salga.

DON FÉLIX Es volver a lo primero, 1025
porque tengo de guardarla.

LAURA (Dentro.)

¡Ay, infelice de mí!

DON FÉLIX Aquella voz es de Laura.
Alla iré.

CLARA ¿Habéis de dejarme
en tanto riesgo empeñada? 1030

LISARDO (Dentro.)

Aunque me hagáis mil pedazos,
yo no he de entregar la espada.

DON ÍÑIGO (Dentro.)

Con tu sangre he de sacar
de mi honor la primer mancha.

DON ANTONIO Aquesa dama he de ver 1035
y conmigo he de llevarla.

DON FÉLIX (Aparte.)

¿Quién en el mundo se ha visto
lleno de dudas tan varias?
Allí a un amigo dan muerte,
aquí una mujer se ampara 1040
de mi valor, mi enemigo
contra mí empuña la espada
y mi dama dando voces
está dentro de su casa.

DON ANTONIO Aunque hablando en desafío, 1045
sacar yo agora la espada
es especie de temor;
matar tengo a quien me agravia.

DON FÉLIX Yo tengo de defenderla.

LISARDO (Dentro.)

Félix, ¿agora me faltas? 1050

-569-
CLARA Félix, mi riesgo mirad.

DON ANTONIO Félix, en vano la guardas.

LAURA (En una ventana.)

Félix, pues es mi ventura

ver que en la calle te hallas,
sabe que mi padre agora, 1055
porque sacarme intentaba
de mi casa y repliqué,
sacó para mí la daga.
Huyendo en el breve espacio
que con él Beatriz se abraza, 1060
me cerré en este aposento
y él, lleno de furia y rabia,
está rompiendo la puerta.
Deste peligro me saca.

DON ANTONIO Ya nuevamente me animan 1065
honor, celos y venganzas
hoy contra su pecho.

DON FÉLIX Ya
entro a socorrerte, Laura.

CLARA Pues, ¿cómo quieres dejarme
en este trance empeñada? 1070

LAURA Si soy la dama que quieres,
atropella cuanto haya
por mí.

CLARA De ti me he amparado.
En faltándome a mí, faltas
a tu obligación.

LAURA La puerta 1075
rompe mi padre. ¿Qué aguardas?

(Sale LISARDO.)

LISARDO Apenas con la justicia
mi honor se desembaraza
de un riesgo cuando da en otro.
Félix, a tu lado me hallas. 1080

DON FÉLIX ([A LISARDO.]

Lisardo, pues has venido
a tan buen tiempo, repara
en que doña Clara es esta.
Su hermano intenta matarla;
mi enemigo es, con quien tengo 1085
ocasión por otras causas
para reñir, pero todas
las he de dejar por Laura.)
Bien sé que mi obligación
es valeros, bella Clara, 1090
porque de mí os amparasteis;
bien sé que, en esta demanda,
mi obligación, don Antonio,
es no volveros la espalda;
bien sé, Lisardo, que sois 1095
mi amigo y que os hago falta.
Mas mi amigo, mi enemigo
y la dama que se ampara
de mí, todos me perdonen,
que antes que todo es mi dama. 1100
(Vase.)

LISARDO Si uno te deja, verás
que otro tienes que te guarda.

DON ANTONIO Quien no sea su marido,
siendo esa dama mi hermana,
no ha de guardarla de mí. 1105

LISARDO Pues yo, si solo eso falta,
lo soy. Para merecerla
sangre tengo ilustre y clara.
Luego, ¿ampararla podré?

DON ANTONIO Sí, y con aquesa palabra 1110
a socorrer es forzoso
que yo a don Íñigo vaya.

(Va a entrar, y salen DON FÉLIX, LAURA y BEATRIZ.)

DON FÉLIX Venid, señora; conmigo
segura vais.

(Sale DON ÍÑIGO.)

DON ÍÑIGO De mi casa
no ha de llevar a mi hija 1115
quien su esposo no se llama.

DON ANTONIO Para eso tenéis mi acero.

LISARDO Para eso está aquí mi espada.

DON ÍÑIGO Pues, ¿cómo vós defendéis
que otro lleve a quien aguarda 1120
ser esposa vuestra?

LISARDO Como
don Félix, que es quien la ama,
es su esposo y es mi amigo.

-570-
DON FÉLIX Y quien se rinde a esas plantas
asegurando que soy 1125
don Félix, y que la causa
de que Lisardo tomase
mi nombre siempre fue Laura.

DON ÍÑIGO ¿Si yo en mi casa le hallé?

DON FÉLIX Como yo me satisfaga 1130
siendo su esposo, ¿qué importa?
Aquesta es mi mano, Laura.

LAURA Dichosa yo, que llegué
al fin de venturas tantas.

DON ANTONIO Pues porque de lo que dijo 1135
Lisardo duda no haya
ya de Clara en la opinión,
está casado con Clara.

LISARDO Es así.

CLARA Felice he sido.

LISARDO Solo lo que agora falta 1140
es que don Antonio y Félix
sean amigos, pues no agravia
una herida que se dio
sin traición y sin ventaja.

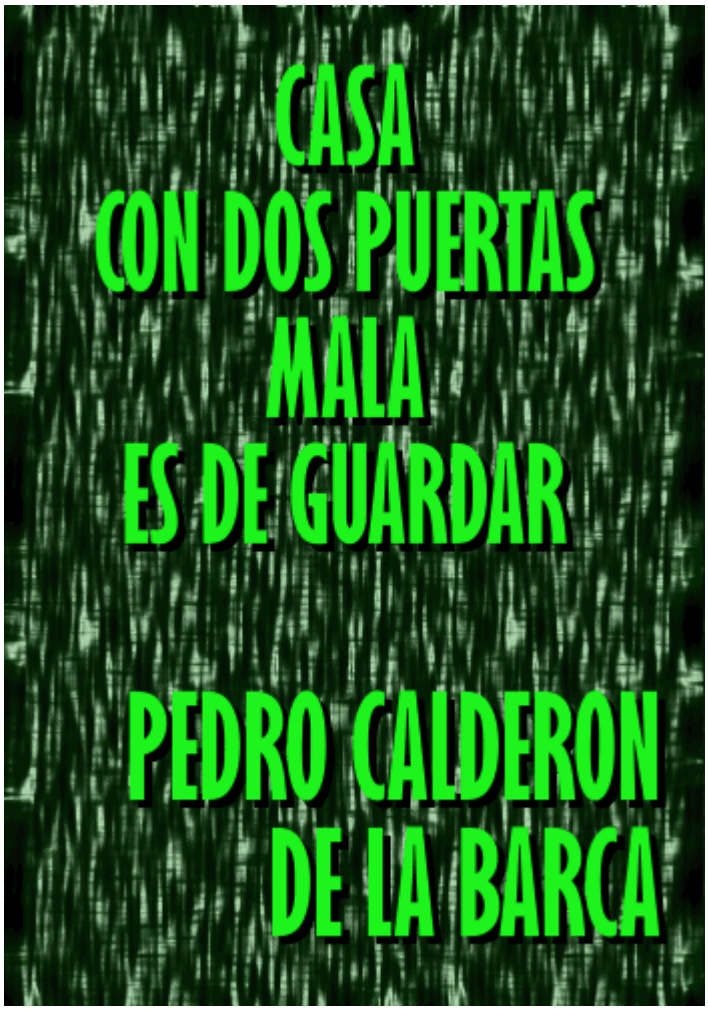
DON ANTONIO Yo lo soy vuestro.

DON FÉLIX Yo y todo. 1145

BEATRIZ Pues demos al cielo gracias
de que nos sacó de tantos
enredos con... Lengua, calla;
no digas con bien, porque,
si la comedia no agrada, 1150
con mal nos habrá sacado.
Pero perdonad las faltas.

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR

PEDRO CALDERON DE LA BARCA



PERSONAJES

LISARDO, *galán*.
DON FÉLIX, *galán*.
CALABAZAS, *criado*.
UN ESCUDERO.
FABIO, *viejo*.
MARCELA, *dama*.
LAURA, *dama*.
SILVIA, *criada*.
CELIA, *criada*.
LELIO, *criado*.

Jornada I

Salen MARCELA **y** SILVIA **en corto con mantos**, **como recelándose**, **y detrás** LISARDO **y** CALABAZAS.

MARCELA ¿Vienen tras nosotras?
SILVIA Sí.
MARCELA Pues párate. -Caballeros,
desde aquí habéis de volveros,
no habéis de pasar de aquí,
porque si intentáis así 5
saber quien soy, intentáis
que no vuelva donde estáis
otra vez, y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplico que os volváis. 10
LISARDO Difícilmente pudiera
conseguir, señor, el sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera.
Difícilmente quisiera 15
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara,
y el imán difícilmente
intentara, que obediente
el acero le dejara. 20
Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía,
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor, 25

acero mi ardor severo.
Pues ¿cómo quedarme espero,
cuando veo que se van,
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero? 30

MARCELA A esta flor hermosa y bella,
términos el día concede,
bien como a esa piedra puede
concederlos una estrella,
y pues él se ausenta, y ella, 35
no culpéis la ausencia mía;
decid a vuestra porfía,
piedra, acero o girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de día. 40
Y quedaos aquí, porque
si este secreto apuráis,
y a saber quién soy llegáis,
nunca a veros volveré
a aqueste sitio, que fue 45
campaña de nuestro duelo;
y puesto que mi desvelo
me trae a veros aquí,
creed de mí que importa así.

LISARDO De vuestro recato apelo, 50
señora a mi voluntad,
y supuesto que sería
no seguiros cortesía,
también será necedad.
Necio o descortés, mirad 55
cuál mayor defecto es,
veréis [que]- el de necio, pues
no se enmienda, y así a precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés. 60
Seis auroras esta aurora
hace que en este camino
ciego el amor os previno
para ser mi salteadora:
tantas ha que a aquella hora 65
os hallo a la luz primera,
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera. 70
Vós me llamastis, primero
que a hablaros llegara yo;
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero, 75

áspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuistes; pues
áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores. 80
Dijístisme que volviera
otra mañana a este prado,
y puntüal mi cuidado
me trujo como a mi esfera.
No adelanté la primera 85
ocasión, porque bastante
no fue mi ruego constante,
a que corriese la fe,
que adora lo que no ve,
ese velo de delante: 90
viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero a mí deberme yo
lo que a vuestra luz no debo:
y así a seguiros me atrevo, 95
que hoy he de veros, o ver
quien sois.

MARCELA Hoy no puede ser,
y así dejadme por hoy,
que yo mi palabra os doy
de que muy presto saber 100
podáis mi casa, y entrar
a verme en ella.

CALABAZAS [**A** SILVIA.] ¿Y a ella
doncella desa doncella
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infernar 105
mi alma) hay cosa que le obligue
a taparse?

SILVIA Y si me sigue,
tenga por muy cierto.

CALABAZAS ¿Qué?

SILVIA Que me persigue, porque
quien me sigue me persigue. 110

CALABAZAS Ya sé el caso vive Dios.

SILVIA ¿Qué va que no le declaras?

CALABAZAS Muy malditísimas caras
debéis de tener las dos.

SILVIA Mucho mejores que vós. 115

CALABAZAS Y está bien encarecido,
porque yo soy un cupido,

SILVIA Cupidos somos yo y tú.

CALABAZAS ¿Cómo?

SILVIA Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS No me está bien el partido. 120

MARCELA [**A** LISARDO.]
Esto os vuelvo a asegurar
otra vez.
LISARDO Pues ¿qué fïanza
le dejáis a mi esperanza
de las dos que he de lograr?
MARCELA **(Descúbrese.)**
La de dejarme mirar. 125
LISARDO Usar desa alevosía
para turbar mi osadía,
ha sido traición, pues ya
viéndoos, ¿cómo os dejará
quien sin veros os seguía? 130
MARCELA Quedad, pues, de mí seguro
de que muy presto sabréis
mi casa, y entenderéis
cuánto serviros procuro,
esto otra vez aseguro. 135
LISARDO Ya en seguiros soy de hielo.
MARCELA Y yo sin ningún recelo
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.
LISARDO Id con Dios.
MARCELA Guárdeos el cielo. 140

(Vanse las dos.)

CALABAZAS ¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla hasta saber
quién ha sido una mujer
tan embustera.
LISARDO Es error
Calabazas, si en rigor 145
ella se recata así,
seguirla.
CALABAZAS ¿Eso dices?
LISARDO Sí.
CALABAZAS Vive Dios, que la siguiera
yo, aunque hasta el infierno fuera.
LISARDO ¿Qué me debe, necio, di, 150
de haber cuatro días hablado
conmigo en este lugar,
para darle yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?
CALABAZAS Debe el haber madrugado 155
estos días.
LISARDO Ya que estamos
solos, ya que así quedamos
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer,

discurramos.
CALABAZAS Discurramos. 160
Dime tú, ¿qué has presumido
de lo que has visto y notado?
LISARDO De estilo tan bien hablado,
de traje tan bien vestido,
lo que he pensado y creído, 165
es, que esta debe de ser
alguna noble mujer,
que donde no es conocida,
disimulada y fingida,
gusta de hablar y de ver, 170
y por forastero a mí
para este efeto eligió.
CALABAZAS Mucho mejor pienso yo.
LISARDO Pues no te detengas, di.
CALABAZAS Mujer que se viene así 175
a hablar con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera y importuna,
que me maten si no es una
muy discretísima fea, 180
que por el pico ha querido
pescarnos.
LISARDO ¿Y si la hubiera
visto yo, y un ángel fuera?
CALABAZAS ¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido, 185
que volver a vivir quiere.
LISARDO Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.
CALABAZAS ¿Luego crees que vendrá
mañana?
LISARDO Si no viniere, 190
poco, o nada habrá perdido
la necia esperanza mía.
CALABAZAS El madrugar a otro día
¿poca pérdida habrá sido?
LISARDO El negocio a que he venido 195
a madrugar me ha obligado,
no le debo a este cuidado.
CALABAZAS Cerca de casa vivió,
pues de vista se perdió
cuando a casa hemos llegado. 200
LISARDO Y tarde debe de ser.
CALABAZAS Sí, pues vistiéndose sale
quien a los dos nos mantiene,
sin ser los dos justas reales.

(Salen DON FÉLIX **y el** ESCUDERO **como vistiéndose.)**

LISARDO Don Félix, bésoos las manos. 205
DON FÉLIX El cielo, Lisardo, os guarde.
LISARDO ¿Tan de mañana vestido?
DON FÉLIX Un cuidado, que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descanse. 210
Pero vós, que os admiráis
de que a esta hora me levante,
¿no me dijistes anoche,
que a dar unos memoriales
habíais de ir a Aranjuez? 215
¿Pues cómo a Ocaña os tornastis
desde el camino?
LISARDO Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden; 220
y puesto que a mi pregunta
fue la respuesta más fácil
un cuidado de la vuestra,
otro cuidado me saque,
que es el que a Ocaña me ha vuelto. 225
DON FÉLIX ¿Apenas ayer llegastes,
y hoy tenéis cuidado?
LISARDO Sí.
DON FÉLIX Pues por obligaros antes
que me obliguéis a decirle:
este es el mío, escuchadme. 230 [29]
CALABAZAS En tanto que ellos se pegan
dos grandísimos romances,
¿tendréis, Herrera, algo que
se atreva a desayunarse?
ESCUDERO[(2)] Vamos hacia mi aposento, 235
Calabazas, que al instante
que entréis vós en él,
no faltará algo fiambre.

(Vanse los dos.)

DON FÉLIX Bien os acordáis de aquellas 240
felicísimas edades
nuestras, cuando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordáis también
del libre, el glorioso ultraje
con que de Venus y Amor 245
traté las vanas deidades
de su hermosura y sus flechas,
tan a su pesar triunfante,

que de rayos y de plumas
coroné mis libertades. 250
¡Oh, nunca hubiera, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse,
O hubiera sido su golpe, 255
puesto que a todos alcance,
por costumbre solamente,
flecha disparada al aire,
y no por venganza flecha
bañada en venenos tales, 260
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazón,
donde se alimenta áspid!
La primer vez que sentí 265
este golpe penetrante,
que sabe herir sin matar,
y aun esto es lo más que sabe,
en la juventud del año
una tarde fue agradable 270
del abril, pero mal dije,
al alba fue. No os espante
ser por la tarde y al alba,
que con prestados celajes,
si bien me acuerdo, aquel día 275
amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí a caza, y empeñado,
llegué de un lance a otro lance 280
al sitio de Aranjüez,
que como poco distante
está de Ocaña, él es siempre
nuestro prado y nuestro parque.
Quise entrar a sus jardines, 285
sin saber qué me llevase
a ver lo que tantas veces
había visto; que esto es fácil,
todo el tiempo que no asisten
al sitio sus Majestades. 290
En el de la Isla entré:
¡oh, cómo, Lisardo, sabe
la desdicha prevenirse,
el daño facilitarse!
Pues como la mariposa, 295
que halagüeñamente hace
tornos a su muerte, cuando
sobre la llama flamante

las alas de vidro mueve,
las hojas de carmín bate. 300
Así el infeliz, llevado
de su desdicha al examen,
ronda el peligro, sin ver
quién al peligro le trae.
Estaba en la primer fuente, 305
que es un peñasco agradable,
donde temiendo el diluvio
de sus cruzados cristales,
parece que van viniendo
a él todos los animales, 310
una mujer recostada
en la siempre verde margen
de murta, que la guarnece,
como cenefa o engaste
de esmeralda, cuyo anillo 315
es toda el agua diamante,
tan divertida en mirar
su hermosura en el estanque
estaba, que puso en duda,
sobre ser mujer, o imagen, 320
porque como ninfas bellas
de plata bruñida hacen
guarda a la fuente, tan vivas,
que hay quien espere que anden,
y ella miraba tan muerta, 325
que no pudo esperar nadie,
que se pudiese mover.
La naturaleza al arte,
me pareció que decía,
«No blasones, no te alabes 330
de que lo muerto desmiente
con más fuerza en esta parte,
que yo desmiento lo vivo,
pues en lo contrario iguales,
sé hacer una estatua yo, 335
si hacer tú una mujer sabes,
o mira un alma sin vida,
donde está con vida un jaspe».
Al ruido que en las hojas
hice, ¡ay de mí!, por llegarme 340
a mirarla de más cerca
del éxtasis agradable,
no fuese de amor, volvió
con algún susto a mirarme.
No me acuerdo, si la dije, 345
que ufana no contemplase
tanta beldad, por el riesgo
de ser de sí misma amante;

que donde hubo ninfa y fuente,
no fue posible escaparme 350
del conceto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
sin responderme, volvió
la espalda, y siguió el alcance
de una tropa de mujeres 355
que andaba más adelante,
midiendo de los jardines,
ya los cuadros, ya las calles,
hasta que su pie llegó
a hacer a todos iguales, 360
porque el pequeño contacto
flores produjo fragrantes
tantas la arena, que ya
no pudo determinarse,
si eran calles, o eran cuadros 365
el jardín por todas partes,
pues fueron rosas después
las que eran veredas antes.
El traje que se vestía,
era un bien mezclado traje, 370
ni bien de corte, ni bien
de aldea, sino a mitades,
de señora en el aliño,
de aldeana en el donaire.
En un airoso sombrero 375
llevaba un rizo plumaje,
a quien tuvieron acción
la tierra después y el aire,
por el matiz o la pluma,
sobre si era flor o ave. 380
Seguila hasta que llegó
a la cuadrilla, que errante
coro tejido de ninfas
a los templados compases
de hojas, pájaros y fuentes 385
sonoramente süaves.
Cada paso era un festín,
cada descuido era un baile,
a todas las conocía
en fin, como a naturales 390
de Ocaña, y solo ignoré
quién era de mis pesares
la ocasión, que ya lo era:
porque desde el mismo istante
que la vi, sentí en el alma 395
todo lo que hoy siento: nadie
diga, que quiso dos veces,
que aunque aquí mire, allí hable,

aquí festeje, allí escriba,
aquí pierda, y allí alcance, 400
no ha de querer más que una,
que no pueden ser iguales
en el mundo dos efetos,
si de una causa no nacen.
De algunas de las que iban 405
con ella pude informarme
de quién era, y hallé en ella
más calidad por su sangre,
que por su beldad. La causa
de no haberla visto antes, 410
fue por haberse crïado
en la corte con su padre,
hasta que a Ocaña se vino,
porque viva donde mate.
No os digo que la serví 415
feliz, y dichoso amante,
porque dichas que se pierden
son las desdichas más grandes.
Solo digo que obligada
a mis finezas constantes, 420
a mis servicios corteses,
y a mis afectos leales,
merecí que alguna noche
por una reja me hablase
de un jardín, donde testigos 425
fueron de venturas tales,
la noche y jardín, que solos
a los dos quise fïarme;
porque al jardín y a la noche,
que son el vistoso alarde, 430
ya de flores, ya de estrellas,
hiciera mal de negarles
a las unas lo que influyen,
y a las otras lo que saben;
puesto que estrellas y flores 435
siempre en amorosas paces
enlazadas unas de otras,
eran terceras de amantes.
Desta suerte, pues, teniendo
la fortuna de mi parte 440
viento en popa del amor,
corrí los inciertos mares,
hasta que el viento mudado
levantaron huracanes
de una tormenta de celos, 445
montes de dificultades.
Tormenta de celos dije,
ved si alguna vez amastis,

¿qué esperanzas hay del piloto?
¿qué seguro de la nave? 450
Bien creeréis, Lisardo, bien,
cuando así escuchéis quejarme
de los celos, que soy yo
quien los tiene, no os engañe
el afecto de sentirlos 455
desta süerte, porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efetos tales,
que me matan dados, como
tenidos pueden matarme. 460
¡Oh! ¿A qué nacen los que a ser
dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,
a quien yo rendido amante
festejé un tiempo; esta, pues, 465
por darme muerte, y vengarse,
se ha declarado con ella,
fingiendo finezas grandes
que a mi amor debe: ¡Ay Lisardo,
qué prontamente, qué fácil 470
en los celos las mentiras,
sientan plaza de verdades!
Con esto se han retirado,
tal, que aun para disculparme
no permite que la vea, 475
no me deja que la hable.
Mirad, pues, si este cuidado
consentirá que descanse,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males, 480
muerto de tantos disgustos,
lleno de tantos pesares;
y finalmente teniendo
sin culpa ofendido un ángel,
pues el padecer sin culpa 485
es la desdicha más grande.

LISARDO

Don Félix, aunque los celos
de quien así os quejáis, basten
a dar pesadumbre dados,
en no ser tenidos traen 490
anticipado el consuelo;
que el dolor es tan distante,
desde darlos a tenerlos,
cuanto hay de ser un amante
la persona que padece, 495
o la persona que hace.
Con lástima empecé a oíros
cuando los celos nombrastis,

mas cuando dijistis que era
engaños, y no verdades, 500
la lástima se hizo envidia,
porque no hay gusto tan grande,
cuando hay desengaños, como
hacer damas y galanes,
o paces para reñir, 505
o reñir para hacer paces.
Id a ver a vuestra dama,
que yo sé, aunque más se guarde,
pues ella tiene los celos,
que ella está en aqueste instante 510
más que vós desengañada,
deseando desengañarse.

(Salen MARCELA **y** SILVIA, **abriendo una puerta que estará tapada con una antepuerta**, **y deténiense detrás della**.**)**

MARCELA [**Aparte a** SILVIA.]
Por esta puerta, que al cuarto
de mi hermano, Silvia sale,
desde el mío a verle vengo, 515
porque aunque él esté ignorante
de que he salido hoy de casa,
con esto he de asegurarle.
SILVIA Detente, que está con él
el tal huésped, y ya sabes 520
que no quiere mi señor
que llegue a verte, ni hablarte.
MARCELA Y aun esa fue mi desdicha,
oigamos desde esta parte.
LISARDO Y si en tanto que este gusto 525
llega, queréis que yo trate
de divertiros, pues fue
concierto que os escuchase
un cuidado, y [que os] dijese
el mío, oídme, escuchadme. 530
MARCELA Oye.
LISARDO Después que troqué
el hábito de estudiante
al del soldado, la pluma
a la espada, la süave
tranquila paz de Minerva 535
al sangriento horror de Marte,
la Escuela de Salamanca
a la Campaña de Flandes,
y después, en fin, que hube,
sin valedor que me ampare, 540
merecido una jineta,
premio a mi servicio grande,

por haberme reformado
entre otros capitanes,
ya la campaña acabada, 545
que no me viniera antes,
pedí licencia, y partí
a España, por ver si honrarme
merezco el pecho con una
de las cruces militares, 550
que sobre el oro del alma
son el más noble realce.
Con esta pretensión vine,
y su Majestad, que guarde
el cielo para que sea 555
Fénix de nuestras edades,
remitió mi memorial,
a tiempo que a desahogarse
de molestias cortesanas,
vino a Aranjuez, admirable 560
dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
de serlo, si la más bella,
la más pura, más fragante
flor, la flor de lis, la reina 565
de las flores, tras si trae
cuantas a envidia del sol,
rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la corte, traído
más de mi afecto constante, 570
que de mi necesidad,
porque de ministros tales
hoy el Rey se sirve, que
no es al mérito importante
la asistencia, porque todos 575
acudir a todo saben.
Gracias al cielo de aquel,
con quien el peso reparte
de tanta máquina, bien
como Alcides con Atlante. 580
Llegué en efeto a Aranjuez,
donde vós me visitastis
en una posada, y viendo
tan incómodo hospedaje,
como tienen en los bosques 585
escuderos y pleiteantes,
que me viniese con vós
a Ocaña me aconsejastis,
pues los días de la audiencia,
dos leguas era tan fácil 590
andarlas por la mañana,
y volverlas a la tarde.

Yo por vuestro gusto, más
que por mis comodidades,
obedecí. Todo esto, 595
ya vuestra amistad lo sabe,
pero importa haberlo dicho,
para que de aquí se enlace
la más extraña novela
de amor que escribió Cervantes. 600

MARCELA **[Aparte.]**
Aquí entro yo agora.

LISARDO Un día,
que madrugué vigilante,
por llegar antes que el sol
nuestro horizonte rayase,
junto a un convento, que está 605
de Ocaña poco distante,
entre unos álamos verdes
vi una mujer de buen aire.
Saludela cortésmente,
y ella, antes que yo pasase, 610
por mi nombre me llamó.
Volví en oyendo nombrarme,
y diciendo a Calabazas
que con el rocín me aguarde,
llegué diciendo: «Dichoso 615
el forastero a quien saben
su nombre las damas»; y ella,
con más cuidado en taparse,
me respondió a media voz:
«Caballero desas partes 620
no es forastero en ninguna»;
y añadió favores tales,
que me obliga la vergüenza,
por mí mismo, a que los calle;
porque no sé cómo hay hombres 625
tan vanos, tan arrogantes,
que de que ha habido mujeres
que los buscaron se alaben.

SILVIA **[Aparte.]** Él cuenta nuestro suceso.

MARCELA ¡Oh quien pudiera estorbarle, 630
antes que en Félix las señas
alguna malicia causen!

DON FÉLIX Proseguid.

LISARDO Ella, en efeto,
siempre embozado el semblante,
me despidió con decirme, 635
que como no examinase
quién era, ni la siguiese,
otro día estaría a hablarme.
Seis veces, pues, corrió el sol

las cortinas orientales, 640
sumiller el alba, y seis
tapada halló entre unos sauces
esta mujer. Yo, enfadado
de recato semejante,
determiné de seguirla 645
hoy cuando a Ocaña tornase;
pero no pude, porque
volviendo ella por instantes,
me vio y no quiso pasar
de la vuelta desta calle. 650

SILVIA ¿De esta calle?

LISARDO Y a la cuenta
vive hacia aquí, que al instante
la perdí de vista. Aquí
me dijo que la dejase
otra vez, porque su vida 655
aventuraba mi examen.

DON FÉLIX ¡Extraña mujer!

MARCELA **[Aparte.]** Ya es fuerza
que las señas me declaren

(Sale CELIA **con manto.)**

DON FÉLIX Proseguid.

LISARDO Yo pues...

CELIA Don Félix,
¿podrá una mujer aparte 660
hablaros?

DON FÉLIX ¿Pues por qué no?

MARCELA **[Aparte.]**
¡Oh, a qué buen tiempo llegaste,
mujer o ángel para mí!

DON FÉLIX Luego irá el cuento adelante,
permitid ahora, por Dios, 665
que con esta mujer hable,
que es crïada de la dama
que os dije.

LISARDO Pues que me maten,
si ello no es lo que yo he dicho.
Ved el recado que os trae, 670
y adiós, porque para estotro
no importa que tiempo falte. **(Vase.)**

DON FÉLIX ¿Era hora, Celia, de vernos?

CELIA No te admires, no te espantes,
que no me atreva a venir 675
a verte, porque si sabe
mi señora que te he visto,
no habrá duda que me mate.

DON FÉLIX ¿Tan crüel conmigo está?

CELIA Viniendo yo hacia esta parte 680
a un recado, no he querido
dejar de verte, ni hablarte.
DON FÉLIX ¿Y qué hace tu hermoso dueño?
CELIA Sentir, es lo más que hace,
tu ingratitud.
DON FÉLIX ¡Plegue a Dios 685
si la ofendí, que él me falte!
CELIA ¿Por qué a ella no se lo dices?
DON FÉLIX Porque no quiere escucharme.
CELIA Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera a llevarte 690
donde la hablaras.
DON FÉLIX ¡Ay Celia,
no habrá mármol que así calle!
CELIA Pues vente agora conmigo;
yo haré una seña si sale
mi señor, y dejaré 695
la puerta abierta; tú entrarte
hasta su cuarto podrás.
DON FÉLIX Dasme nuevo aliento, dasme
nueva vida.
CELIA Aquesta es
la hora mejor, mas no aguardes, 700
vente tras mí.
DON FÉLIX Tras ti voy.
CELIA **[Aparte.]**
¡Ay bobillos, y que fácil
a la casa de su dama,
es de llevar un amante!

(Vanse los dos.)

MARCELA ¡Yo salí de lindo susto! 705
SILVIA Pues ¿cómo afirmas que sales,
si luego han de verse, luego
proseguirá el cuento?
MARCELA Antes
lo habré remediado.
SILVIA ¿Cómo?
MARCELA Escribiéndole que calle, 710
hasta que se vea conmigo,
y esto ha de ser esta tarde.
SILVIA ¿Declarada por quién eres?
MARCELA ¡Jesús, el cielo me guarde!
SILVIA Pues ¿qué has de hacer?
MARCELA ¿No es mi hermano 715
de Laura, mi amiga, amante?
¿No sabe lo que es amor?
Pues hoy he de declararme

con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el más extraño lance 720
de amor, porque yo fingida...,
pero no quiero contarle,
que no tendrá después gusto
el paso contado antes.

(Vanse.)
(Salen LAURA **dama y** FABIO **viejo.)**

FABIO Notable es la tristeza 725
que el rosicler, tumba de tu belleza.
¿Qué tienes estos días,
que entregada, ¡ay de mí!, a melancolías
tales, a todas horas
triste suspiras y rendida lloras? 730
LAURA Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal, (**[Aparte.]** A Dios pluguiera
no la supiera tanto),
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces el sabella 735
el primero aforismo de vencella;
pero la pena mía,
es, señor, natural melancolía,
y así el efeto hace,
sin que llegue a saber de lo que nace; 740
que esta distancia dio naturaleza
en la melancolía y la tristeza.
FABIO No sé lo que te diga,
sino que a tanto tu dolor obliga,
que riguroso y fuerte 745
padeces tú el dolor, y yo la muerte,
pues ya vivir no espero
mientras tan triste a ti te considero. **(Vase.)**
LAURA ¿Qué haré yo, que rendida,
a pesar de mi vida, 750
vivo? ¿Qué es esto, cielos?
Más bien se deja ver, que estos son celos,
porque una ardiente rabia
el sentimiento agravia,
una rabiosa ira 755
que la razón admira,
un compuesto veneno
de que el pecho está lleno,
una templada furia
que el corazón injuria; 760
¿qué áspid, qué monstruo, qué animal, qué fiera
fuera, ¡ay Dios!, que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos
la hidra de los celos?

Pues ellos solos son a quien los mira, 765
furia, rabia, veneno, injuria, y ira,
¡Oh, quien antes supiera
aquella feliz voluntad primera
tuya, que no empeñara
tanto la mía, que hasta el fin llegara! 770
Pues aunque no sabía
de amor cuando tan libre, ¡ay Dios!, vivía,
tampoco no ignoraba
que tarde o nunca el que lo fue se acaba;
quiere a Nise en buen hora, 775
pero déjame a mí morir.

(Sale CELIA **arrugando el manto**.**)**

CELIA ¿Señora?
LAURA ¿Qué hay Celia?
CELIA Que ya he hecho
mi papel y sospecho
que no muy mal, ¡así tu beldad viva!
Entré en su casa, díjele que iba 780
a un recado, y que acaso
pasando por su calle, aunque de paso
le quise ver. Con un suspiro entonces,
que ablandara los mármoles y bronces,
me preguntó por ti turbado y ciego. 785
Encarecile luego
tu enojo, y que si a caso tú supieras
que le había ido a ver, muerte me dieras,
y como que salía
de mí, le dije, ¿por qué no venía 790
por instantes a darte
satisfacciones y desenojarte?
Dijo que porque estabas
tal, que no le escuchabas,
díjele que viniera, 795
que yo, aunque a tanto riesgo me pusiera,
hasta tu mismo cuarto le entraría,
con tal que no dijese en ningún día,
que yo le había traído.
Juró el secreto, y muy agradecido 800
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña, voyla a hacer, pues no está en casa
mi señor. Esto es todo lo que pasa. **(Vase**.**)**
LAURA Llámale, pues, que aunque de Nise creo 805
los celos que me da, tanto deseo
ver cómo se disculpa,
que quiero hacerle espaldas a la culpa,
pues la que más celosa

se muestra, más colérica y furiosa, 810
más entonces desea
satisfacciones, aunque no las crea,
que es dolor el de los celos tan extraño,
que se deja curar aun del engaño,
pues cuando el desengaño no consiga, 815
conseguiré a lo menos que él lo diga,

(**Salen** CELIA **y** DON FÉLIX.)

CELIA [**Aparte a** DON FÉLIX.]
Fuera está de casa Fabio,
mi señor, el tiempo es este
mejor para entrar a hablarla.
DON FÉLIX Vida y ventura me ofrece. 820
CELIA Disimula que llamado
de mí a entrar aquí te atreves,
Señor don Félix, ¿qué es esto?
¿Cómo os entráis...?
DON FÉLIX Celia, tente.
CELIA ¿Hasta aquí?
DON FÉLIX Celia, por Dios, 825
que calles.
LAURA ¿Qué ruido es ese?
CELIA ¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
se ha entrado el señor don Félix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese 830
mi señor, tú...
LAURA Caballero,
¿pues qué atrevimiento es este?
¿cómo en mi casa, en mi cuarto
os entráis de aquesa suerte?
DON FÉLIX Como a quien morir desea 835
nada mira, nada teme,
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir a tus ojos
por hacer feliz mi muerte. 840
LAURA [**A** CELIA.] Tú tienes la culpa desto.
CELIA ¿Yo señora?
LAURA Si tuvieses
cerrada esa puerta tú...
CELIA Cerrada estaba.
DON FÉLIX No tienes
que reñir a Celia, que ella 845
de mi error, ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa;
ríñeme a mí solamente;
castígame solo a mí,

sino es ya que a reñir llegues 850
a Celia, por la costumbre
con que la inocencia ofendes.

LAURA Dices bien; error es mío
de que me he dejado siempre
llevar, pues no habiendo tú 855
escrito a Nise papeles,
no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ella ido a verte
a la tuya, yo crüel,
colérica e impaciente, 860
inocente te persigo,
que eres tú muy inocente,
y siendo así, que yo soy
tan injusta, tan aleve,
tan desigual, tan mudable, 865
¿qué me buscas?, ¿qué me quieres?

DON FÉLIX Solo quiero persuadirte
al engaño que padeces
de tus celos.

LAURA ¿Quién te ha dicho
que yo tengo celos, Félix? 870

DON FÉLIX Tú misma te contradices.

LAURA ¿De qué suerte?

DON FÉLIX Desta suerte;
o tienes celos, o no:
si dices que no los tienes,
¿para qué finges enojos, 875
Laura, de lo que no sientes?,
si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
celoso la espalda vuelve?, 880
luego para disculparme,
o para satisfacerte,
si los tienes has de oírme,
o hablarme si no los tienes.

LAURA Si fuera argumento tal, 885
que negarse no pudiese,
quien está enojada, está
celosa, muy sutilmente
argüirás; mas si no
se sigue precisamente, 890
pues puedo estar enojada,
sin que a estar celosa llegue,
ni yo tengo que escucharte
ni tú que decirme tienes.

DON FÉLIX Pues, ¡vive Dios!, que has de oírme 895
antes que de aquí me ausente,
celosa o quejosa.

LAURA ¿Iraste
si te oigo?
DON FÉLIX Sí.
LAURA Pues di, y vete.
DON FÉLIX Negarte que yo he querido,
Laura, a Nise.
LAURA Oye, detente, 900
¿y es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, cuando esperaba
mil rendimientos corteses,
mil finezas amorosas, 905
fuesen verdad o no fuesen,
que hay duelo de amor adonde
queda bien puesto el que miente,
decirme en mi misma cara,
que a Nise has querido? Advierte 910
que aun con lo mismo que piensas
que desenojas, ofendes.
DON FÉLIX Si no me oyes hasta el fin...
LAURA ¿Desto disculparte puedes?
DON FÉLIX Sí.
LAURA **(Aparte.)** ¡Plegue a amor!
DON FÉLIX Oye pues. 915
LAURA ¿Iraste?
DON FÉLIX Sí.
LAURA Pues di, y vete.
DON FÉLIX Negarte que yo he querido,
Laura, a Nise, fuera error:
mas pensar tú que este amor
es como el que te he tenido, 920
mayor error, Laura, ha sido;
pues si a Nise un tiempo amé,
no fue amor, ensayo fue
de amar tu luz singular,
que para saber amar 925
a Laura, en Nise estudié.
LAURA A ciencias de voluntad
las hace el estudio agravio;
porque amor para ser sabio
no va a la universidad, 930
porque es de tal calidad,
que tiene sus libros llenos
de errores propios y ajenos,
y así en su ciencia verás,
que los que la cursan más, 935
son los que la saben menos.
DON FÉLIX Pues explíqueme mejor
otro ejemplo: nace ciego
un hombre, y discurre luego

cómo será el resplandor 940
del sol, planeta mayor
que rumbos de zafir gira;
y cuando por fe le admira,
cobra en una noche bella
la vista; y es una estrella 945
la primer cosa que mira.
Admirando el tornasol
de la estrella, dice: «Sí,
este es el sol, que yo así
tengo imaginado al sol»; 950
pero cuando su arrebol
tanta admiración le ofrece,
sale el sol y le escurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá
una estrella que se va 955
a todo un sol que amanece?
Yo así, que ciego vivía
de amor, cuando no te amaba,
como ciego imaginaba
cómo aquel amor sería. 960
Adoraba lo que vía,
presumiendo que era así
el amor; mas, ¡ay de mí!,
que no vi al sol, vi una estrella,
y entretúveme con ella 965
hasta que el sol mismo vi.

LAURA
Eso no, pues si me doy
por entendida contigo,
que Nise fue mi sol digo,
y que yo su estrella soy. 970
Pruébolo; pues si yo estoy
contigo la noche fría,
y ella de día te envía
a llamar, y estás con ella.
¿Quién será el sol o la estrella? 975
¿Cúya es la noche o el día?

DON FÉLIX
¡Vive Dios, Laura, que son
engaños tuyos, y plegue
al cielo, que si la he visto,
que un rayo me dé la muerte, 980
desde que a Ocaña veniste!
¿Qué más desengaños quieres
de lo que cuenta de mí,
que escuchar que ella lo cuente;
pues es el mayor desaire 985
del duelo de las mujeres,
confesar sus celos donde
lo escucha de quien los tiene?

LAURA
Yo sé que han sido verdades,

y no engaños aparentes. 990
DON FÉLIX ¿De qué lo sabes?
LAURA De que
es mal que a mí me sucede,
y no puede ser mentira:
porque de los males suele
decirse, Félix, que fueron 995
astrólogos excelentes,
porque siempre adivinaron,
y dijeron verdad siempre.
DON FÉLIX Por lo menos ya confiesas
que son celos, y los sientes.
1000
LAURA Si me estás dando tormento,
¿es mucho que los confiese?
DON FÉLIX Si tanto aprietan fingidos,
ciertos, ¿qué...?
CELIA Mi señor viene:
LAURA Vete por aquesa puerta
1005
de esotro cuarto, pues tiene
puerta a la calle.
DON FÉLIX Di ¿cómo
quedamos?
LAURA Como quisieres.
DON FÉLIX Yo querré desenojada.
LAURA A verme esta noche vuelve,
1010
que quiero verte esta noche
aunque de Nise me acuerde.
DON FÉLIX ¡Ah, Laura, cuánto te engañas!
LAURA ¡Ay, cuánto me agravias, Félix!
CELIA ¡Ay, cuánto nos sirve una
1015
casa que dos puertas tiene!

Céfalo y Pocris

Pedro Calderón de la Barca

Fiesta que se representó a Sus Majestades día de carnestolendas, en el Salón Real de Palacio.

Personas que hablan en ella:

EL REY, *viejo.*
ANTISTES.
POLIDORO.
CÉFALO.
ROSICLER.
TABACO.
POCRIS.
AURA.
FILIS.
CLORI[(1)], *dueña*.
LESBIA, *dueña*.
NISE, *dueña*.
LAURA, *dueña*.
PASTEL.
UN GIGANTE.
PASQUÍN.
UN CAPITÁN.
FLORA[(2)].

Jornada I

Habrá en el teatro una gruta. **Sale** PASQUÍN **y**, **llegando junto a ella**, **representa**.

PASQUÍN Príncipe soterrado,
a quien tiene el amor contraminado

y a quien, zahorí, su dama le hace guerra
siete estados debajo de la tierra:
advierte que ya el día 5
repite la luciente bobería
de vestirse temprano,
sin saber si es invierno o si es verano.

(Sale POLIDORO **por la boca de la gruta.)**

POLIDORO Pasquín, ¿aquí das voces?
¿No echas de ver que te daré de coces? 10
¿Dónde el pollino tienes?
PASQUÍN Allí está, con jamugas de borrenes.
POLIDORO Por eso traigo yo espuelas secretas,
que en efecto es pollino de corvetas.
Vamos de aquí.
PASQUÍN Parece que aturdido 15
vienes: ¿qué hay?
POLIDORO Que dos dueñas me han sentido,
una peor que otra.
PASQUÍN Eso no lo ignores,
que las mejores dueñas son peores;
pero... diraslas algo si son dueñas.
POLIDORO Ya se lo di, mas díselo por señas. 20
PASQUÍN Ay, señor, mejor fuera de contado;
que en Castilla el que es adelantado,
vive con alegría,
porque es señor de Dueñas y Buendía.
POLIDORO ¡Gran daño el alma llora! 25
Mas vámonos, que es hora de ser hora.
PASQUÍN Eso es lo que yo quiero.

(Dentro Uno.)

[UNO] ¡Amaina, amaina, pícaro cochero!
OTRO **(Dentro.)** En vano por salir a tierra anhelas,
que apaga las cortinas, sin ser velas, 30

el aire en travesía.

CÉFALO **(Dentro.)** ¡Mal haya alcoba que en cortinas fía!

POLIDORO ¿Qué es aquello?

PASQUÍN Que, en esos hondos mares,
tormenta corre como en Manzanares,
dando al través un coche. 35

POLIDORO Aqueso tiene el caminar de noche.

PASQUÍN Cosa será perfeta
lo que trae, pues por mar viene en carreta.

POLIDORO Pues vámonos pasico, sin mirallo,
como que no lo vemos.

ROSICLER **(Dentro.)** ¡Jo, caballo! 40

POLIDORO ¿Qué voz es esta que escuché a otro lado?

PASQUÍN Un borrico es que viene, desbocado,
despeñando del monte a un caballero.

POLIDORO No subiera él en bruto tan ligero.
¿A los dos no daremos dos consuelos? 45

PASQUÍN ¿Cuáles?

POLIDORO Ven a pensarlos.

(**Vanse por la gruta** POLIDORO **y** PASQUÍN.)

TODOS ¡Piedad, cielos!

ROSICLER Bruto veloz que vas con ansia fiera,
sin ser media, tomando esta carrera:
dime si la pespuntas o la coses...

TODOS ¡Que nos vamos a vuelco! ¡Piedad, dioses! 50

UNO **(Dentro.)** Puesto que aquí delante
un bergantín no hay, haya un bergante.

CÉFALO **(Dentro.)** Llega; yo te daré para buñuelos.

ROSICLER **(Dentro.)** ¡Jo, pollino!

CÉFALO **(Dentro.)** ¡Harre, hombre!

TODOS ¡Piedad, cielos!

UNO ¡Ya a tierra habéis salido! 55

(**Saca Uno en hombros a** CÉFALO.)

CÉFALO ¡Oh humano bergantín! Agradecido
confieso que he quedado:
tomad la oncena parte de un ducado.

(Sale ROSICLER **en un pollino**.**)**

ROSICLER ¡Que a despeñarme un bruto así me traiga!
¿Qué piedra habrá mullida en que yo caiga? 60
Mas quiérome matar hacia esta parte;
ahora no habrá quien pueda ya menearte.
CÉFALO ¿Qué tierra será esta?
ROSICLER ¿Si habrá pastor en toda esta floresta?
CÉFALO Voy de hoja en hoja.
ROSICLER Voy de rama en rama. 65

(**Dentro** PASTEL.)

[PASTEL] Céfalo.
TABACO **(Dentro**.**)** Rosicler.
CÉFALO ¿Quién es?
ROSICLER ¿Quién llama?

(Salen TABACO **y** PASTEL, **por distintas partes**.**)**

PASTEL Yo soy.
TABACO Yo llamo.
CÉFALO ¿Cómo has escapado
de aquese inmenso ciénago?
PASTEL Mojado.
ROSICLER ¿Cómo hasta aquí llegaste?
TABACO Despeñásteme tú y te despeñaste; 70
que señores menguados
se despeñan a sí y a sus crïados.
PASTEL Pues ya que tú escapar puedes
hollando húmidas arenas,
no aquí parado te quedes 75
en vil retrete que apenas

se divisan las paredes.

TABACO El susto al consuelo trueca;
y, andando de Ceca en Meca,
pisen tus huellas bizarras 80
campo inútil de pizarras,
ribera agostada y seca.

CÉFALO No sé si gente hallaré
por el desierto que sigo.

PASTEL Pues, ¿no me dirás por qué? 85

CÉFALO **(Canta.)** Yo que lo sé, que lo vi, te lo digo;
yo que lo digo, lo vi y me lo sé.

ROSICLER Mal a buscar persüades
ni palacios ni retiros,
pues aún no cantan abades 90
aquí donde mis suspiros
pueblan estas soledades.

PASTEL Van once maravedís
que a mis voces, en un tris,
gente hay arriba y abajo. 95
¡Hola, pastores del Tajo
que a Manzanares venís!

TABACO ¿Oyes voz?

ROSICLER Y aunque imagines,
no será delito feo,
que ha sido voz de maitines 100
cantando los serafines
el *Gloria in excelsis Deo*.
Responde tú, dando al viento
otros suspiros más claros,
para que escuchen tu acento. 105

TABACO Otra vez vuelvo a templaros,
desacordado instrumento.
¡Pastores destos apriscos,
aliviad vuestros pesares,
que la suerte entre estos riscos 110
trasladó de Manzanares
milagros y basiliscos!

CÉFALO Ya hemos hallado socorro,
pues si con la vista corro
al pie de aquel monte altivo, 115
cabizbajo y pensativo
estaba el pastor Chamorro.

(Hasta aquí han representado como sin verse, y ahora reparan unos en otros.)

TABACO ¿Ves si ya las voces mías
tuvieron algo de bueno?
ROSICLER Sí, pues allí junto a Olías 120
mirando estaba Fileno,
del Turia las aguas frías.
PASTEL Caballero es.
CÉFALO Sus pisadas
dicen que lo determines,
pues tienen aderezadas 125
borceguíes marroquines
y espuelas de oro calzadas.
TABACO Marinero es.
ROSICLER No lo temo,
antes me alegro en extremo,
pues así dará a mi enfado 130
de esperanza y de cuidado
poca vela y mucho remo.
CÉFALO Dél, pues, sabré mi venida
dónde fue.
ROSICLER De mi caída
sabré dónde me hice el daño. 135
CÉFALO Dígasme tú, el ermitaño,
que haces la santa vida,
qué ciudad, qué pueblo o villa
hay en estos horizontes
que, sin poder descubrilla, 140
pasaba a extranjeros montes
una bella pastorcilla.
ROSICLER Lo mismo en los mismos males

preguntaron mis destinos,
pues que voy en dudas tales, 145
de día por los caminos,
de noche por los jarales.
Extranjero, gimo y lloro,
pues saliendo a este horizonte
el alba entre rayos de oro, 150
y con ella un fuerte moro
semejante a Rodamonte,
que soy yo, con tal rigor
se hizo mi caballo astillas
que no corrieron mejor 155
cüando corren las füentecillas
riyendo y saltando de flor en flor.
Y así, sobre estos tapetes
que abril supo dibujallos,
quedamos los dos pobretes 160
entre los sueltos caballos
de los vencidos jinetes.

CÉFALO Yo, no con menor mancilla,
iguales fortunas siento;
pues que me arrojó a la orilla 165
fatigada navecilla
que al mar se entrega, y al viento.
Uno y otro dura guerra
me hicieron, con tal extremo,
que estaba viendo esta sierra 170
con las manos en el remo
y los ojos en la tierra.
Viendo, pues, que perecían
todos al rigor de Eolo,
a un gran bergante me fían, 175
dejándome venir solo
las gentes que me seguían.

ROSICLER Aliento vuestro mal cobre
pues, para ejemplo, el mío sobre;
y ese monte que el olvido 180

le dejó por escondido,
o le perdonó por pobre,
examinemos.

CÉFALO — Mi ofensa
no hallará otra recompensa.

ROSICLER — Nuestras amistades digan
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.

TABACO — ¿Oís, escudero?

PASQUÍN — Decid,
¿qué me mandáis?

TABACO — Advertid
que solo saber espero
quién es este caballero
que a mis puertas dijo: «Abrid».

PASQUÍN — Príncipe es (porque no troven
sus señas y me le roben)
de Trapobana arrogante,
el más venturoso amante
y el más desdichado joven.
¿Quién es esotro?

TABACO — Escuchad:
rey Picardía le jura,
y busca Su Majestad
muchos siglos de hermosura
en pocos años de edad.

CÉFALO — Ya aquí no puede romper
la maleza mi deseo;
y solo se dejan ver
montañas, sin ser recreo
del hombre ni la mujer.

ROSICLER — ¡Qué notable desconsuelo!
Altos montes de Aranjuez,
cumbres con cuya altivez
también saltean el cielo
gigantes segunda vez:
¡sacadnos de aqueste horror!

(Suena dentro un almirez.)

CÉFALO Escuchad: ¡un instrumento!
TABACO Y el más sonoro y mejor, 215
porque no iguala a su acento
clarín que rompe el albor.

(Vuelven a tocar el almirez y cantan.)

MÚSICA San Cristóbal estaba a la puerta
con su capillita cubierta,
y rogando y suplicando 220
a las monjas del perdón
que le digan la oración.
CÉFALO ¡Qué süave melodía!
PASQUÍN ¿Dónde será donde cantan?
ROSICLER Canónigo, aqueste monte 225
lleva arrastrando la falda;
y en ella, si no me engaño,
la provincia de La Mancha
cae.
TABACO Siempre aquesa provincia
cae en las cosas que arrastran. 230
CÉFALO ¡Un palacio se descubre
tan grande como una casa!
PASQUÍN ¡Torres son sus chimeneas!
ROSICLER ¡Son importantes alhajas
de un palacio!
TABACO Y más si tienen 235
humos de verse tan altas.
CÉFALO Andemos hacia él, pues él
hacia nosotros no anda,
y tomaremos noticia.
ROSICLER Si es que nos la dan barata; 240
que príncipes distraídos
suelen caminar sin blanca.

TABACO Escucha, que a cantar vuelven.
POCRIS **(Dentro.)** Pícara, idos de mi casa.
AURA **(Dentro.)** ¿Adónde?
POCRIS A espulgar un galgo. 245
AURA No espulgo bien galgos.
TODAS **(Dentro.)** Basta.
POCRIS Si no espulgáis galgos bien,
id a buscar la gandaya,
idos a buscar la vida,
idos a Turra o a Jauja; 250
harto os doy en que escoger;
y si no, idos noramala.
AURA Para quien oye esa afrenta
no hay consuelo, ¡ay desdichada!
CÉFALO ¿Cantar y llorar tan junto? 255
¿Cúyo será aqueste alcázar?
TABACO De un tahúr, que ellos a un tiempo
son los que lloran y cantan.
ROSICLER Adelantaos los dos
a buscar la puerta falsa. 260
CÉFALO Sí, que viniendo a escondidas
no es justo entrar a las claras.
TABACO Ven, Pastel.
PASTEL ¿Mi nombre sabes?
TABACO Desde ayer.
PASTEL No me acordaba
de que ayer fuimos los mismos. **(Vase.)** 265
CÉFALO Diligencia ha sido vana
enviarlos, que esta es la puerta.
ROSICLER Pues llamad a ella.
CÉFALO ¡Ha de casa!
GIGANTE **(Dentro.)** ¿Quién es?
CÉFALO Dos príncipes somos,
como quien no dice nada. 270

(Sale un GIGANTE, **con la maza al hombro.)**

GIGANTE ¿Príncipes a mis umbrales?
Abro la puerta. ¡*Deo gracias*!
LOS DOS Por siempre jamás, amén.
ROSICLER ¡Ay cielos, figura extraña!
¡Qué monstruo de tan mal cuerpo! 275
CÉFALO Sí, mas monstruo de buen alma
según devoto responde.
GIGANTE Siendo yo fuego, ¿quién llama
a esta puerta?
CÉFALO Aquel.
ROSICLER Aquel.
CÉFALO Mama, coco.
ROSICLER Coco, taita. 280
GIGANTE No temáis; que cuando mucho
os daré con esta maza.
Llegad.
CÉFALO Necesarias fueron
en todo tiempo mis calzas;
pero después que te vi 285
son dos veces necesarias.
PASQUÍN Las mías no, y así me voy
en aquese monte a echarlas
de mí.
CÉFALO Yo también.
GIGANTE ¡Yo os juro
que no os vais, por estas barbas! 290
¿Quién sois?
CÉFALO Dos andantes somos
caballeros de importancia.
ROSICLER Y ya somos dos 'patantes',
a saber lo que nos mandas.
GIGANTE Si sois caballeros, ¿cómo 295
teméis?
CÉFALO Por la misma causa;
que tenemos que perder
muchísimo en nuestras casas.
ROSICLER Y estamos sin herederos;

y así, este temor nos guarda 300
de las vidas.

GIGANTE ¿Dónde vais
por aquí?

CÉFALO Buscando maulas.

GIGANTE ¿Tú quién eres?

CÉFALO Yo, señor,
de Picardía monarca.

GIGANTE ¿Es gran provincia?

CÉFALO No es 305
muy grande, pero es muy ancha.

GIGANTE ¿Y tú?

ROSICLER En Trapobana[(3)] fui
nacido de mí y mi dama,
y de este parto quedamos
yo, el 'trapo', y ella, la 'vana'. 310

GIGANTE ¿Venís más?

CÉFALO Dos escuderos
a los dos nos acompañan.

ROSICLER Y estos nos traen los escudos
de paciencia y no de armas.

GIGANTE ¿Cómo ha nombre el tuyo?

CÉFALO El mío 315
Pastel.

GIGANTE Ya lo adivinaba;
que en Picardía el pastel
escudero es de importancia.
¿Y el tuyo?

ROSICLER Tabaco.

GIGANTE Bueno,
también era cosa clara 320
que a trapos y vana sirva
esa sucísima alhaja.
¿Dónde fueron?

CÉFALO Por ahí.

GIGANTE Pues, ¿cómo por aquí tardan?

ROSICLER Gigante, mucho preguntas. 325

GIGANTE Esto es más fuerza que maña.
Pena de muerte los cuatro
tenéis.
CÉFALO ¿Por qué?
GIGANTE Por nonada;
y así, yo quiero mataros,
pero ahora no tengo gana. 330
Idos de este monte, idos;
porque en este inmenso alcázar
soy guardadamas tan fiero
como cualquier guardadamas.
No os burléis conmigo ahora, 335
porque no gusto de chanzas. **(Yéndose.)**
CÉFALO A fe que si no volviera
tan aprisa las espaldas...
GIGANTE ¿Qué? **(Vuelve.)**
ROSICLER Que habíamos de volverlas
nosotros.
GIGANTE ¡Príncipes mandrias! 340

(Amágalos y vase, y ellos caen.)

ROSICLER Céfalo.
CÉFALO Rosicler.
ROSICLER ¿Tienes
miedo?
CÉFALO Tengo el que me basta
para mí.
ROSICLER Yo el que me sobra
para mí y un camarada.

(**Salen** PASTEL **y** TABACO.)

PASTEL No hemos hallado otra puerta 345
que la de Guadalajara.
CÉFALO Nosotros sí, la del Sol,
pero hicímosla Cerrada.

TABACO ¿Qué hacéis en el suelo?
ROSICLER Atunes
somos de capa y espada. 350
CÉFALO A aquesta estancia llegamos...
ROSICLER Venimos a aquesta estancia...
CÉFALO ...adonde un ruin gigantillo...
ROSICLER ...hijo de enano y giganta...
CÉFALO ...nos puso de vuelta y media. 355
ROSICLER ...puso en nosotros las patas.
PASTEL Calla, cobarde, ¿eso dices?
TABACO Medroso, ¿eso dices? Calla.
PASTEL ¡Las hazañerías que hacen!
TABACO Pues sigamos las hazañas 360
nosotros. ¡Caiga esa puerta!
TODOS **(Dentro.)** ¡Échala fuera!
PASTEL No caiga.
CÉFALO Jácara piden adentro,
pues «échala fuera» claman.
ROSICLER Ya sale sola quien es. 365

(Sale AURA, **llorando y cantando.)**

AURA ¡Ay belleza desdichada!
¡Ay malograda hermosura!
¡Nunca Dios me diera gracia
para enamorar infantes
ni para servir infantas! 370
Caballeros, si os merezco
piedad, piedad a mis ansias.
CÉFALO Si es tu hermosura santera,
dinos ya de qué demanda;
que quien canta mal sus males, 375
muy mal sus males espanta.
ROSICLER Dinos ya de quién te quejas
con música tan amarga.
AURA **(Cantando.)** Tinaja es aqueste reino,
que dizque ayer fue Trinacria; 380

Tebandro, baldado rey,
le tiene, mas no le manda.
Diole dos hijas el cielo:
a la una Pocris llaman
y a la otra llaman Filis, 385
si bien poco filis gasta.
Su padre, el Rey, es tan diestro
en esto de echar las habas,
que las ha echado a perder
solamente por ganarlas. 390
No sé qué le dijo un día
un cedacico en su estaca,
unos berros en su artesa,
una candela en su ara,
un chapín en sus tijeras, 395
en su orinal una clara
de huevo, y en fin, de ahorcado
una soga en su garganta;
pues, sin más ni más, ¿qué hizo?
Naciendo de un parto entrambas, 400
de un parto las desnació;
de modo que aquesta casa
de las niñas de Loreto[(4)]
es, porque hay muchas y pasan
extrema necesidad 405
de ingenio, hermosura y gracia.
Dejemos aquí a las dos;
que en todo tiempo encontradas,
siendo en todo tiempo autoras
de mil competencias vanas, 410
yacen silbándose una
a otra, culebras humanas;
y vamos a mí, que entre ellas
estoy vendida y comprada:
yo soy hija de Luis López... 415
(Representa.) Mas, ¡ay de mí, qué ignorancia!
¡Hablar en montes ajenos

como si fuera en mi casa!
(Canta.) Hija soy de Antistes, que hoy
tiene del Rey la privanza; 420
y pues él es el privado,
su hija será la privada.
(Representa.) Mi nombre es María... ¡Qué digo!
Es Aura, que estoy turbada.
(Canta.) El príncipe Pollodeoro 425
por mis amores se abrasa,
que príncipes de mal gusto
hay en infinitas farsas.
He aquí que lo sabe el Rey,
he aquí mi padre lo alcanza, 430
y que el uno dice «¡tate!»
cuando el otro dice «¡vaya!,
encerremos esta moza»;
dicho y hecho: aquí me enjaulan.
El Príncipe, enamorado, 435
buscó modos, halló trazas
de hablarme. Y viéronle dos
destas señoras urracas
que traen los alones negros
y traen las pechugas blancas; 440
destas que velando siempre
duermen en Valdevelada,
y comiendo en Buenavista,
van a merendar a Parla.
Dijéronlo y...

(Sale el CAPITÁN **y otros con linternas.)**

CAPITÁN ¡La justicia, 445
caballeros!
AURA ¡Qué desgracia!
CAPITÁN Abrid aquesas linternas.
TABACO ¿Linternas con luz tan clara?
CAPITÁN Pues, ¿qué se os da a vós? ¿No es

mi cera la que se gasta? 450
¿Es bueno escandalizando
estar aquí con jácaras
la vecindad?

PASTEL Pues, ¿quién es
vecino desta montaña?

CAPITÁN Aquel risco. Quién son digan. 455

ROSICLER Son dos príncipes que vagan
el mundo.

CAPITÁN ¿Vagamunditos
son? Pues a la cárcel vayan:
¡prendedlos!

TODOS ¡Las armas vengan!

CÉFALO Esta, señor, es mi espada; 460
que no puedo en trance tal
daros mejor memorial
que a ella de sangre bañada.

CAPITÁN Y ella, ¿qué habla aquí con cuatro
hombres?

AURA ¿De cuatro se espanta? 465

CAPITÁN Prendedla.

AURA ¿Por qué?

CAPITÁN Por fea,
que es precisa circunstancia,
pues es fea, ser prendida.
Ponedlos carantamaulas
porque nadie los conozca. 470

(Pónenlos mascarillas.)

Y tú, ahora, a todos los ata,
y tiremos.

UNO ¡Hola, hao!
¡San Pedro!

PASTEL ¡Gentil redada!

TABACO Aun si fuéramos besugos
iríamos a la plaza. 475

OTRO ¡San Francisco! ¡Hola, hao!
CAPITÁN De aquesta manera vayan.
AURA ¡Ay infeliz padre mío,
qué malas nuevas te aguardan!
ROSICLER ¡Los príncipes forasteros
por qué de indecencias pasan!
CÉFALO Eso no será en mis días. **(Quiere huir.)**
SOLDADO 1.º ¡Uno de la red se escapa!
TODOS ¡Resistencia!

(Llévanlos.)

CAPITÁN Tras él yo
iré.
CÉFALO ¡San Martín me valga!
CAPITÁN No valdrá.
CÉFALO Sí hará.
CAPITÁN Por qué
di.
CÉFALO Porque Dios ve las trampas.
(Húndese por un escotillón.)
CAPITÁN ¿Qué dïablos se hizo dél?
Hombre, ¡mira que te matas!
(**[Aparte.]** Debió como un pajarito
de quedarse, pues no habla
ni paula, que es mucho menos,
tampoco. Aunque me hagas rabias,
para esta sí te has muerto;
que no me has de ver la cara
alegre en toda tu vida.)
¡Qué hombre era de tan buen alma!

(Vanse llevando presos a los demás, y salen LESBIA **y** CLORI, **dueñas.)**

LESBIA Ya basta, Clori, ya basta:
cese la cólera fiera,
que la paciencia se gasta;

y si fuera yo frutera,
te diera con la banasta.
Bueno es que tan zahareña
me riñas lo que parlé,
cuando la razón enseña 505
que dueña que calla...

CLORI ¿Qué?

LESBIA No sabe lo que se dueña.

CLORI Eso, ni lo riño, no,
ni en mi dueñez fuera justo;
solo mi pecho sintió 510
que me quitases el gusto.

LESBIA ¿De qué?

CLORI De parlarlo yo.
Y aun otra cosa que hiciste...

LESBIA ¿Cuál? Llégamela a advertir.

CLORI ¿Lo que viste no dijiste? 515

LESBIA Sí.

CLORI Pues debieras decir
aquello que nunca viste.

LESBIA Pues, ¿tú no echas de ver, boba,
que me llevara el demonio?

CLORI La dueña que más se arroba, 520
levantar un testimonio
puede, aunque pese una arroba,
con buena conciencia, a efeto
de enredar y de lucir
las tocas sin su buleto. 525
¿Nunca has oído decir
desta quintilla el soneto?
(Canta.) Guardaos todos de una Urganda
que con blandas tocas anda,
porque de sus tocas sé 530
que en el mar donde se ve,
son todas velas de Holanda.

LESBIA Es engaño manifiesto;
y algún ingenio molesto

ese romance escribió, 535
y he de sacártele yo
de la memoria.

(Salen POCRIS, FILIS **y las damas**.**)**

POCRIS y FILIS ¿Qué es esto?
LESBIA Clori, que riñe endueñada
porque, como dueña honrada,
te dije yo lo que vi. 540
POCRIS ¿Por qué, Clori?
CLORI Porque sí.
POCRIS Esa es razón extremada.
CLORI Y por esto y por aquello
y por lo otro, la decía
que ya que llegaba a vello 545
era gran bachillería
que no se mirase en ello.
FILIS Decía bien.
POCRIS No decía tal,
sino muchas veces mal.
FILIS Pues, sepa la causa yo 550
por que reñís.
CLORI Porque no.
LESBIA Llamome una tal por cual.
POCRIS Yo, pues honrada me llamo,
haré que con un cordel,
cuando vuelva aquí al reclamo, 555
le den.
FILIS ¿Qué?
POCRIS Un pote con amo.
FILIS ¿Cómo?
POCRIS Como para él.
Que, pues a Mari Aura eché
de palacio, vengaré
mi enojo en este atrevido 560
que a mi jardín ha venido

tan sin qué ni para qué;
que sabiendo que vivía
yo en él, saliese y entrase,
sin que aun solo en cortesía 565
ni las manos me besase,
diciendo esta boca es mía.

FILIS La resolución alabo;
mas, si ausente a ella la advierto,
no se le dará a él un clavo 570
de entrar, y es al asno muerto
poner la cebada.

POCRIS Al cabo
de tu concepto estoy ya;
no le expreses, que será
muy inmundo a mis orejas. 575
Yo sabré vengar mis quejas
por aquí o por acullá;
y así, cuando aquesta noche
la sombra se desabroche,
le tengo de hacer cascar. 580
Sin 'coche', no hay acabar
la copla: pues digo 'coche'. **(Vase.)**

FILIS ¡Qué notables son mis penas!

NISE Diviértate este pensil,
pues te ofrece a manos llenas 585
las flores de mil en mil.

FLORA Haz de aquestas berenjenas
un ramillete.

NISE Arreboles
allí hacen, con blando son,
tulipanes y fasoles. 590

FILIS ¿Qué son estas?

FLORA Coles son.

FILIS Y yo el alba entre las coles.
¡No vi más cultos jardines!

CLORI Ven; divertirante ahora
del estanque los confines; 595

verás en ellos, señora,
cómo nadan los rocines.

FILIS La gala ahora del nadar
aumentará mis pasiones.

NISE Pues ven hacia el palomar, 600
que hay cría y verás sacar
de sus huevos los lechones.

FILIS Nada me dará placer;
todo, ¡ay amigas!, me enfada.

FLORA No es mucho, llegando a ver 605
que una mujer encerrada
es la más libre mujer.

FILIS Aquí, que el mayor farol
hiere con blando arrebol,
me siento.

FLORA ¿Cantarán?

FILIS Sí; 610
y tú...

CLORI ¿Qué?

FILIS Espúlgame aquí,
porque sirva de algo el sol.

(Siéntanse FILIS **y** CLORI, **que hace como que la espulga**, **y cantan**.**)**

MÚSICA Al sol, porque se durmiera,
le espulga Amor la mollera,
alumbrándole otro sol; 615
y fue girasol de un sol otro sol
para que nadie los viera.

(Sale CÉFALO **por la boca de la gruta**.**)**

CÉFALO ¡Ce!

CLORI ¿Quién llama?

CÉFALO A esa divina
beldad que despierta está,
decid que es mucha mohína 620

que duerma, que es hora ya
de salir yo de la mina.

NISE — Ya lo ha oído y se enternece.

CLORI — No cantéis más, que parece
que ya al sueño corresponde. 625

FLORA — Pues vámonos, porque adonde
el Rey no está, no parece.

(**Vanse las dueñas**. **Queda** FILIS **dormida y canta** CÉFALO.)

CÉFALO — Que una boca me trague
y otra me escupa.
¿Quïén creyera, madre, 630
tan gran ventura?
¿Qué jardín es aqueste
donde he llegado?
Pero, ¿qué gana tengo
de averiguarlo? 635
Sea donde se fuere,
¿no basta hallarme
orillitas del río
de Manzanares?
Y aún mayores prodigios 640
mis ojos hallan
en el alamedita,
que no en el agua.
¿Qué deidad es aquesta,
cielos, que miro, 645
al pasar el arroyo
del Alamillo?
Porque sus ojos bellos
mi alma no abrasen:
aires de mi tïerra, 650
venid, llevadme.
¿Si será deidad muerta
o mujer viva?
Venga el padre del alma

que me lo diga. 655
¡Válgame el amor mismo
con qué donaire
duerme y ronca mi niña
y enjuga el aire!

(Canta FILIS **como en sueños**.**)**

FILIS Acechando si duermo 660
y a ver si ronco,
hétele por dó viene
mi Juan Redondo.
CÉFALO Entre süeños canta
y a ella me llego, 665
porque vaya más cerca
del bien que dejo.
FILIS Cautelosos ahora
son mis ojuelos,
que parece que duermen 670
y están despiertos.
CÉFALO Puesto que no te sirven
de nada amores,
préstame tus ojuelos
para esta noche. 675
FILIS Acercándose viene
para mirarme;
hácelo de valiente,
Dios es mi padre.
CÉFALO Con las liendres parecen 680
sus rubias trenzas
de color de silicio,
blancas y negras.
Iris es de colores
su hermosa cara, 685
amarillas y verdes
y coloradas.
Y en las perfecciones

de toda ella,
como tiene la cara 690
la pascua tenga.
Brujuleados descubren
bellos celajes;
la calceta caída,
la pierna al aire. 695
¿Qué haré yo por servirte,
prodigio hermoso?

FILIS Hágame una valona
de requilorio.

CÉFALO ¿Qué es 'valona'? Trairete 700
de todos cortes
rábanos y lechugas
y alcaparrones.

(**Sale** POCRIS.)

[POCRIS] Tiende presto tu manto,
medrosa noche, 705
que me importa la vida
matar a un hombre.
[Aparte.] Pero, ¡qué miro! ¡Cielos!
¿Si este lo ha oído?
Más valiera callarlo 710
que no decirlo.

CÉFALO Matar hombre dijeron...
Mas, ¡qué hermosura!,
púsoseme el sol,
saliome la luna. 715

POCRIS Pues, ¿qué hacéis, señor hidalgo,
aquí, y Filis a la mu?

CÉFALO Esperar solo a que tu
belleza me dé con algo.

POCRIS Mal de mi aliento me valgo; 720
que al veros, de asombro llena,
¡qué horror!, ¡qué espanto!, ¡qué pena!,

si me diérades lugar,
me quisiera desmayar. **(Desmáyase.)**

CÉFALO Desmayaos en hora buena. 725

FILIS ¿Desmayose esta señora?

CÉFALO Sí.

FILIS Pues, si se desmayó,
quiero ahora despertar yo.

CÉFALO Despertad muy en buen hora.

FILIS ¿Qué entrada ha sido, traidora, 730
esta?

CÉFALO Si el saberlo os toca,
allá me tragó una boca
y acá me echó un agujero.

FILIS Digerido caballero
del vientre de aquesa roca, 735
¿cómo aquí entrasteis?

CÉFALO Así. **(Paséase.)**

FILIS Así, no importa: si hubiera
sido entrar de otra manera,
os acordarais de mí.

CÉFALO Al sueño, señora, os vi 740
tan dulcemente rendida
que el alma, a vós ofrecida,
en viendo otra entre las dos
me quedé, como si no os
hubiera visto en mi vida. 745

FILIS Por cierto, que obliga
tanto esa lisonja,
caballero, como
si fuera otra cosa.
Y así, agradecerla 750
es lo que me toca,
con aconsejaros
que escurráis la bola;
porque si en sí vuelve
esa regañona, 755
que en la condición

es una demonia,
hará que un gigante
os pegue en la chola.
Y si os da una vez, 760
aqueso, *per omnia*;
porque es el mayor
pariente de todas
las nobles familias
de Mazas y Porras. 765
Y aunque hayáis venido
a ver a Aura hermosa,
quiero perdonaros
el venir por otra
estando yo aquí, 770
que no a todas horas
me duermo en las pajas;
harto he dicho, y sobra.
Idos norabuena;
temed que a deshora, 775
en estos jardines,
os halle la ronda
de aqueste gigante,
ya que mi piadosa
cortesía os dice 780
a voces sonoras:
(Canta.) Caballero de capa y gorra[(5)],
guardaos de la...

CÉFALO Acorta,
cesa, no prosigas;
que cuando yo ahora, 785
por ti que lo mandas,
no huyera, señora,
solo huyera por
guardar mi persona;
porque dizque tengo 790
una vida sola,
y no hay quien me venda

en la tienda otra.
En cuanto a que busco
dama más hermosa 795
es, por esta cruz,
mentira tan gorda.
Y así, agradecido
a vuestras lisonjas,
quiero obedeceros, 800
que es lo que me toca. **(Vase.)**

FILIS Excusad al eco
que otra vez responda:
(Canta.) Caballero de capa y gorra,
guardaos de la...

POCRIS Acorta 805
el falso discurso;
pues, libidinosa,
la traición que haces...

FILIS Tú eres la traidora,
pues que te desmayas 810
y mayas a solas.

POCRIS ¿Quién era el que estaba
aquí?

FILIS ¿Qué te enojas?
Ahí era un amigo
de cierta persona. 815

POCRIS ¿Era hombre?

FILIS No sé;
porque no me informa
del juego que tiene,
si bien sé que roba.

POCRIS Dime, ¿qué se hizo? 820

FILIS Fuese a cazar zorras.

POCRIS Lesbia, Clori, Laura,
Flora, Nise, ¡hola!

FLORA **(Dentro.)** Pocris nos holea.

(Salen todas.)

CLORI Deidad de estas rocas, 825
¿qué mandas?
LESBIA ¿Qué quieres?
FLORA ¿Qué hay en la parroquia?
POCRIS Un hombre que andaba
aquí, ¿qué es dél?
NISE Sombras
en el aire miras. 830
FLORA Berros se te antojan.
CLORI ¿Hombre aquí? Pluguiera
a nuestra...
FILIS Está loca;
no hagáis caso de ella.
POCRIS Todas mentís, todas. 835
Yo le vi; conmigo
no ha de haber tramoyas;
por señas que estaba
(¡ay Dios, qué zozobra!)
dando (¡qué desdicha!) 840
con (¡qué carambola!)
un dardo (¡qué susto!)
en mí (¡qué pandorga!)
como (¡qué presagio!)
si diera (¡qué historia!) 845
en real de enemigo. **(Vase.)**
LESBIA Infanta...
LAURA Señora...
CLORI El juicio ha perdido.
FILIS (**Aparte** [**a** CLORI].)
No ha sido mamola.
Un hombre aquí ha estado 850
por señas notorias,
Clori; que los hombres
son lindas personas.

Jornada II

Salen EL REY, ANTISTES **y criados**.

REY ¡Qué grande carga es reinar!
ANTISTES Séneca dijo que era
el rey palanquín, pues come
de traer cargas a cuestas.
REY Y más yo, que a cuestas traigo, 5
o a la silla de la reina
o a la gigantilla, todo
el gran lío de mis ciencias.
CAPITÁN **(Dentro.)** ¡Plaza, plaza!
REY ¿Qué es aquello?
FLORA Yo, señor, te lo dijera, 10
a saberlo; pero no
lo sé, en Dios y en mi conciencia.

(**Sale el** CAPITÁN.)

[CAPITÁN] Dame tu mano a besar.
REY Toma como me la vuelvas;
porque esta es con la que como. 15
CAPITÁN Sí haré.
REY Pues dame algo en prendas.
CAPITÁN Estos presos.
REY No lo valen.
CAPITÁN Pues doyte encima esta presa.
(Saca a los cuatro presos.)
REY Tanto me darás, que diga:
«Arrebózate con ella». 20
CAPITÁN En tu nombre, gran señor,
eché la red.
REY ¿Barredera?
CAPITÁN Sí, pues que pescó basuras.
REY ¡Vós sois una gentil pesca!
Las cáscaras de las caras 25

les quitad, que quiero verlas.
AURA No veas, señor, la mía.
REY ¿Pues por qué?
AURA Porque es vergüenza.
ANTISTES Y aun desvergüenza. Mari Aura,
¿vós como galeota presa 30
entre aquestos calafates[(6)]?
ROSICLER Honradme de otra manera;
que puesto que puedo hablar
con la cara descubierta,
sabed que de Picardía 35
rey soy.
REY No le vilipendas,
que aquí es menester valor.
ANTISTES Aquí es menester prudencia.
REY ¿Tú de mis reinos adentro?
ANTISTES ¡Tú de mis puertas afuera! 40
ROSICLER Sí señor, que por capricho
camino de tierra en tierra
como mujer desdichada.
AURA Yo como hombre sin vergüenza
a la flor del berro ando. 45
REY ¡Qué sentimiento!
ANTISTES ¡Qué pena!
ROSICLER Un borrico en que venía,
por venir a la ligera,
sin saber lo que se hizo
se desbocó entre unas peñas. 50
REY No me espanto, porque son
los borricos unas bestias.
AURA Pocris, solo porque supo
que el Príncipe sale y entra
en su palacio, me echó 55
dél, sin querer hacer cuentas
del tiempo que la he servido.
ANTISTES Las Pocris son unas puercas.
REY ¿El Príncipe en el palacio

a ti ha entrado a verte?

AURA *Etiam*. 60

REY ¿Y tú la hallaste en el monte?

ROSICLER Concedo la consecuencia.

REY Grande mal hay aquí, Antistes,
en un tris Aura está puesta.

ANTISTES Pues el médico en un tras 65
de cámara a verte venga.

REY ¿Adónde el Príncipe está?

CAPITÁN No parece.

REY Que parezca;
pregónenle y den de hallazgo
diez maravedís de renta, 70
o sáquensele por hurto
a cualquiera que le tenga;
y en pareciendo, le pongan
una corma en cada pierna
porque otra vez no se vaya 75
por novillos a la dehesa.

CAPITÁN Pasquín dirá dél.

(**Sale** PASQUÍN.)

[PASQUÍN] Mejor
lo dirá Aura, pues con ella
le dejé anoche.

AURA Es mentira;
y aquí la coartada entra, 80
que anoche me vieron todos
remendar unas soletas,
por no llegar despeada,
gran señor, a tu presencia.

REY ¡Qué virtud!

ANTISTES Desde chiquita 85
supo hacer bien sus haciendas.

REY ¿Es esto así?

TODOS Sí, señor.

REY Pues, ¡sus! y hacia otra materia.
Volvamos a la maraña:
¿por dónde entra y sale apriesa 90
el Príncipe en el palacio?
AURA Por la bocamanga entra,
y por el cabezón sale,
si es que es camisa una cueva.
REY Con eso tendrá unos flatos, 95
y gastaré yo mi hacienda
en curarle. Mas, ¡ay! ¡Que hay
más mal en el aldehuela
que suena! Pasquín...
PASQUÍN Señor...
REY ¿Anoche el Príncipe a verla 100
entró?
PASQUÍN Y no salió.
REY Según
eso, allá está.
PASQUÍN Por la cuenta.
REY ¡Qué desdicha si él ha visto
que son sus hermanas hembras
tan bellas! Ir en persona 105
me importa al instante.
FLORA Espera.
¿Qué carrüaje pondrán?
¿El chirrión o la litera?
REY No estoy para carrüaje;
quien va con cólera y priesa, 110
bastarale ir pian, pian.
Cantando desta manera
las tres anaditas, madre,
pienso llegar a sus puertas
en un santiamén. Seguidme 115
todos dejando suspensa
esta acción para después.
Venga conmigo Tu Alteza.
ROSICLER No señor, no he de pasar.

REY Es obligación y deuda; 120
que una cosa es ir a pie
y otra no ir con la decencia
que a príncipes extranjeros
se debe.
ROSICLER Esto es obediencia.
TABACO Defectos somos los dos 125
desta gente hoy.
PASQUÍN ¿De qué, bestia,
lo has inferido?
TABACO De que
nadie de los dos se acuerda

(Vanse.)

REY Antistes...
ANTISTES Señor...
REY Vuestra hija
la causa es de toda esta 130
carambola.
ANTISTES Ya lo veo.
REY Pues dadla...
ANTISTES ¿Qué?
REY Una fraterna.
ANTISTES En la comedia de ayer
no se hizo.
REY Que se haga en esta.
¿Hay más de pedir prestado 135
ese paso a otra comedia?

(Éntrase EL REY **y criados.)**

ANTISTES Las palabras de los reyes
son balas de pieza gruesa:
pues fraterna y a ello. Aura,
¿dónde vas?
AURA Voy a irme.

ANTISTES Espera, 140
hija aleve, ingrata hija,
hija en efecto de aquella
bellaca, tu santa madre,
que Dios en el cielo tenga;
que primero que te vayas 145
he de hacer una experiencia
yo de cuánto valgo yo.
AURA ¿Qué haces?
ANTISTES Cerrar esta puerta.
Bien ves las revoluciones
que ha causado tu belleza... 150
AURA Pues, ¿qué hay para eso?
ANTISTES Hay
tomarte la residencia
del tiempo que has gobernado
del Príncipe las ausencias.
¿Qué hay aquí?
AURA Que como había 155
de dar...
ANTISTES ¿En qué?
AURA En comer tierra,
dio en quererme.
ANTISTES ¿Y tú en qué diste?
AURA En amarle.
ANTISTES Tómate esa.
AURA Hame dado una palabra.
ANTISTES ¿Qué te ha quitado por ella? 160
AURA Solo el honor.
ANTISTES ¿No más?
AURA No.
AURA Me cautiva esa modestia;
que si hubiera hecho contigo
alguna cosa mal hecha,
vive Dios que hiciera... Pero, 165
¿qué sé yo lo que me hiciera?
Y así, aunque indignado estaba,

tanto mi cólera templas
que te he de dar a escoger
si quieres morir con esta 170
daga o con este veneno.

AURA ¿Dónde está?

ANTISTES En la faltriquera.

AURA ¿Tan prevenido venías?

ANTISTES ¿Qué padre que honor sustenta
y tiene sangre en el ojo, 175
pelo en pecho y canas peina,
puede andar sin un veneno
teniendo una hija doncella
que la pesa el serlo tanto
que parece que se huelga? 180

AURA Padre, señor, yo... si... cuando...

ANTISTES No me hagas ya pataletas
ni carantoñas ni esguinces,
sino escoge como en peras,
en muertes. Dime pues, ¿qué 185
te agrada?

AURA Ninguna dellas;
porque ninguna es airosa.

ANTISTES Luego airosa muerte esperas.
Ya eso es mucha golloría;
y al caballo del rey, piensa, 190
que no hacen más que ponelle
delante el manjar; alienta,
que no te hemos de rogar
nosotros que tú te mueras:
daga o veneno *me fecit*. 195

AURA ¿No hay remedio?

ANTISTES Ni remedia.

(Saca ANTISTES **un frasco pequeño**, **se le da**, **y ella hace que bebe**.**)**

AURA Pues padre y señor, si tanto
la dificultad aprietas,

brindo a la muerte.

ANTISTES Yo haré
la razón cuando se ofrezca. 200
Mas, ¡ay de mí! ¿Lo bebiste
todo?

AURA Todo.

ANTISTES ¡Ha, galamera!

AURA ¡Y me voy muriendo ya!

ANTISTES No hayas miedo que te veas
en ese espejo; que solo 205
un poco de hipocrás era
que yo para mi regalo
tomé ahora de una despensa.

AURA Pues, ¿es bueno andar haciendo
burla de mí?

ANTISTES Hícelo, necia, 210
por hacerte regañar,
que no porque tú merezcas
morir de veneno; y pues
hemos llegado a esta selva...

AURA ¿A qué selva? ¿No quedamos 215
en palacio y esa puerta
cerraste?

ANTISTES ¿No basta ser
tan golosa y tan resuelta,
sino poner objeciones,
tan crítica y bachillera? 220
¿Quién os mete en eso a vós?
Para llegar donde quiera,
¿no basta que yo lo diga?

AURA Perdona mi inadvertencia.

ANTISTES Pues hemos llegado, digo, 225
con el Rey hasta las puertas
de palacio, desde aquí
veamos la escarapela
en qué para; que si el daño
que has hecho no tiene enmienda, 230

o tengo de andar yo a zurdas
o tú has de andar a derechas.

(Salen EL REY **y los demás.)**

REY ¡Que canse el andar a pie!
ROSICLER En mi vida lo creyera.
REY Pues creedlo de aquí adelante. 235
ROSICLER Tendrelo por cosa cierta.
ANTISTES Todos estamos acá.
REY Antistes, ¿con tanta priesa?
ANTISTES Como Aura anda despacio,
tomamos la delantera. 240
REY ¡Fuerte razón! ¿Vós sois Aura?
AURA Sí, señor.
REY Pues para esta.
Todos allí os retirad;
llegaré solo a esas puertas.
¿Ha del palacio?

(GIGANTE **dentro**.)

GIGANTE ¿Quién llama? 245
REY *Atollite*[(7)] *portas vestras.*
GIGANTE El Rey es que, como es docto,
sabe latín. *Bene venias.*
REY Pues no vengo sino malo.
GIGANTE ¿Qué traes?
REY Ando de pendencia. 250
GIGANTE Gran señor...
REY Chico gigante...
GIGANTE ¿Con quién?
REY Con vós.
GIGANTE Pues, ¿qué queja
tienes de mí?
REY Dos o tres.
GIGANTE ¿Cuáles son?

REY Es la primera
esta, y la segunda la otra, 255
y la tercera es aquella.
GIGANTE Ahora echo de ver que tiene
la razón notable fuerza.
REY Mal guardas mi honor.
GIGANTE Así
guardara los días de fiesta. 260
REY Pues, ¿cómo un hombre está ahí dentro?
GIGANTE No está, que anoche entró apenas
a buscar el aleluya
cuando halló el *requiem eternam*.
REY ¿Qué dices, bárbaro?
GIGANTE Digo, 265
señor, que esta maza mesma
fue su maza doctoral,
pues le batané con ella.
REY ¿No viste que era mi hijo?
GIGANTE Estaba a escuras, Su Alteza. 270
REY ¡Grande descuido de mozo
fue entrar sin una linterna!
GIGANTE De noche todos los reyes
son pardos.
REY Esa sentencia
te disculpa. Pero, ¿cómo 275
le diste?
GIGANTE Desta manera.
(Levanta la maza.)
REY La noticia me bastara
sin llegar a la experiencia.
Mas, ¿cómo yo no me muero?
GIGANTE Como tienes la mollera 280
más cerrada que tu hijo.
REY Es verdad; que como era
mi hijo príncipe faldero,
siempre se la tuvo abierta.
[Alto.] Vasallos, mi hijo murió 285

anoche.

TODOS Sea enhorabuena.

REY La lealtad os agradezco
con que sentís mis tristezas.
[**Al** GIGANTE.]
¿Dónde le echaste?

GIGANTE A perder
le eché por entre esas breñas. 290

REY Buscadle, mas no le echéis
la corma ya, aunque parezca.

AURA ¿El Príncipe ha muerto?¡Ay triste!

ANTISTES ¿Qué es esto, Aura?

AURA La cabeza
se me anda.

ANTISTES El hipocrás 295
se te habrá subido a ella.

(Cae desmayada.)

Desmayose entre mis brazos.

REY ¿Qué es esto?

ANTISTES Una borrachera
en que ha dado esta rapaza;
y así, con vuestra licencia, 300
la quisiera despeñar.

REY Pregunto yo, ¿es mi hija o vuestra?
Vós podéis de vuestra hija
hacer un sayo...

ANTISTES Pues ea,
muerte quiero darla airosa 305
porque todo el mundo vea
mi valor. Yo te la entrego,
aire, para que se entienda
que los castigos de un padre
siempre en el aire se quedan. 310

(**Hace que la arroja**, **y vuela** AURA.)

REY ¿Hasla despeñado ya?
ANTISTES Sí, señor.
REY Pues id apriesa
a detenerla.
ANTISTES Es en[(8)] vano,
pues ya desollando queda
la zorra porque otra vez 315
a enojaros no se atreva.
REY Muy bien empleado está;
mas buscadla porque tenga
sepulcro.

(**Sale el** CAPITÁN.)

CAPITÁN Muertos ni vivos
no parecen tu hijo ni ella. 320
REY ¡Qué se me da a mí! Mas, quiero
que se me dé. Deidad bella
de doña Ana, ¿qué se han hecho
los dos?
[UNA][(9)] **(Dentro.)** Ya te doy respuesta.
MÚSICA **(Dentro.)** Vengan noramala, 325
noramala vengan,
a ser jazmín él
y a ser aire ella;
que pues quiere Ovidio
que aquesto suceda, 330
vengan noramala,
noramala vengan.
REY Todo es prodigios el día.

(Dentro Unos.)

[UNOS] ¡Viva Pocris!
OTROS **(Dentro.)** ¡Pocris beba!
REY ¿Qué es eso? ¿Hase convertido 335

otro a la fe destas selvas?
¿Qué hay, Flora?

(**Sale** FLORA.)

[FLORA] Escúchame atento.
REY Ya vendrás con una arenga.
FLORA El pueblo, viendo que falta...
REY No me quebréis la cabeza. 340
¿Es más de que pide el pueblo
que estas dos hijas doncellas
es hora que salgan deste
San Juan de la Penitencia
a tomar estado?
FLORA No. 345
REY Pues callad y estadme alerta:
buscadme el hombre más rico
que todo el concurso tenga
de la gente que me escuche.
FLORA Allí miro a un grande bestia 350
rascarse hacia los calzones;
yo le traeré a tu presencia.
CAPITÁN Si dice «el hombre más rico»,
¿no echas de ver cuánto yerras?
FLORA Pues, ¿qué más rico que aquel 355
que tanta gente sustenta,
y el día que la despide
hace en la uña la cuenta?
REY Lo entendiste.
[**Al** CAPITÁN.]
Ve tú y trayle
en camisa.
CAPITÁN Está muy puerca. 360
REY ¿Hase de acostar conmigo?
CAPITÁN No señor, pero pudiera. **(Vase.)**
ANTISTES Cosas son estas que miro
que pienso que no son estas.

REY Tú, gran rey de Picardía, 365
libre estás con toda entera
tu familia.
PASTEL Familiar
soy suyo por mar y tierra.
TABACO Yo también.
ROSICLER ¿Por qué, señor,
tan sin tiempo ahora me sueltas? 370
REY Siempre suelto yo sin tiempo.
ROSICLER Dios te guarde.
CAPITÁN Aquí está. [**A** CÉFALO.] Llega.

(Saca el CAPITÁN **a** CÉFALO **medio desnudo**.**)**

CÉFALO ¿Qué delito es espulgarse
uno, para que le prendan?
¿Ser piojicida es pecado? 375
¿Tengo de llevar camuesas
yo, ni priscos ni bellotas?
¿Quién mandó que me prendieran?
REY Yo.
CÉFALO ¿Por qué?
REY No me faltaba
más que daros a vós cuenta 380
de mi galante capricho.
TABACO ¿Por qué quién es no revelas?
ROSICLER Porque la mosca, Tabaco,
en boca cerrada no entra.
PASTEL Mi amo es; pero callaré. 385
REY Ponedle a ese hombre una venda
en los ojos.
CAPITÁN No la hay.
REY Sea una banda.
FLORA ¿Qué es della?
REY Dad vós un pañuelo.
ROSICLER Está
mi ropa en la lavandera. 390

REY Venga el vuestro.
ANTISTES Siempre yo
me sueno desta manera.
(Suénase con los dedos.)
REY En fin, ¿he de dar yo el mío
aunque tan delgado sea?
Tomad, cubridle la cara. 395
FLORA Grande es, pues ya está cubierta.
REY Retiraos todos. ([**Al** GIGANTE.] Y tú,
monstruo horrible, inculta fiera,
no te vea más). [**A** CÉFALO.] Tú, ven
conmigo.
CÉFALO ¿Dónde me llevas? 400
REY ¿No lo ves? A jugar un
rato a la gallina ciega.

(**Vanse** EL REY **y** CÉFALO.)

GIGANTE ¿Que desprecie mis servicios
el Rey de aquesta manera?
ROSICLER Y aun que los vacía parece 405
mucho más que los desprecia;
que no hueles bien, Gigante.
GIGANTE Quien huele más es[(10)] quien tiembla.
ROSICLER Pues yo debo de ser ese,
que tiemblo al ver tu presencia. 410
GIGANTE Todos habéis de temblar
a puto el postre, que empieza
mi cólera a enfurecerse. **(Da tras ellos.)**
ROSICLER ¡Huye, Tabaco!, ¿qué esperas?
CAPITÁN ¡Huye, Pastel!
FLORA Pasquín, ¡huye! 415

(Vanse.)

ANTISTES Para el diablo que le tenga. **(Vase.)**
PASTEL ¿Qué es hüir? ¡A defenderos!

TABACO No huyen hombres de mis prendas.
GIGANTE Llevado por cortesía
soy gigante de la legua; 420
y así, adiós, hasta más ver.
LOS DOS Pues adiós, hasta la vuelta.

(**Vanse**, **y salen** POCRIS **y** FILIS.)

POCRIS El Rey a palacio vino,
y sin ver nuestros regalos
se fue.
FILIS ¿Sabes qué imagino? 425
Que al ánsar de Cantimpalos
le sale el lobo al camino;
y sin duda a él le salió
pues sin vernos se volvió.
POCRIS Aunque esa es razón aguda, 430
quien se muda Dios le ayuda;
y él, así como llegó,
no viendo la puerta abierta,
a volverse se resuelve
por no hacer, es cosa cierta, 435
más que el diablo, pues a puerta
cerrada el diablo se vuelve.
FILIS Con todo eso, que él ahora
sin vernos se vaya, es bien
sentir.
POCRIS ¿Por qué?
FILIS Eso se ignora; 440
porque a ojos que no ven,
hay corazón que no llora.
POCRIS Yo me holgara que informado
fuera que al enamorado
de Aura zurré la badana, 445
pues que vino aquí por lana
para volver trasquilado.
FILIS Yo sintiera que a saber

llegara su proceder.
POCRIS Yo me holgara.
FILIS ¿Por qué necia? 450
POCRIS Porque, en quien de rey se precia,
más vale saber que haber.
FILIS Luego, ¿tú de aquesta historia
mal contenta estás?
POCRIS Es cierto,
porque al principio es notoria 455
cosa que se hace el pan tuerto.
FILIS Y al fin se canta la gloria.
Yo estoy triste de esa extraña
tragedia.
POCRIS Hablemos las dos.
FILIS Callar toca a la maraña. 460
POCRIS A quien no habla, no oye Dios.
FILIS Quien calla, piedras apaña.
POCRIS Pues aunque ocultos están,
tus pesares se sabrán.
FILIS No harán, si mi llanto enjugo. 465
POCRIS Yo vi azotar al verdugo.
FILIS Yo, enterrar al sacristán.

(**Salen** CLORI, LESBIA, NISE **y** FLORA.)

CLORI El Rey, señora, ha venido.
LESBIA El Rey, señora, ha llegado.
NISE El Rey aquí se ha metido. 470
FLORA El Rey hasta aquí se ha entrado.
POCRIS Catorce de reyes pido.
CLORI El Rey viene a verte hoy.
LESBIA El Rey por nuevas te doy
que llega.
FLORA El Rey está aquí. 475
NISE El Rey...
LESBIA Calla, que sin ti
a treinta con rey estoy.

(Sale EL REY **con** CÉFALO, **vendado el rostro**.**)**

CÉFALO ¡Oh, yo estoy sin juicio y loco
dentro de alguna espelunca!
REY Tarde estos umbrales toco. 480
POCRIS Más vale tarde que nunca.
FILIS Nunca mucho costó poco.
REY ¿Cómo estáis las dos?
POCRIS Señor,
con salud y sin dolor.
FILIS Claro está, con vuestro amparo. 485
REY Pues como todo esté claro,
dos higas para el dotor.
CÉFALO Aunque ciego aqueste lazo
me tiene con embarazo,
bien veo dónde estoy yo; 490
que harto ciego es el que no
ve por tela de cedazo.
POCRIS ¿Qué intento ha sido traer
vendado este hombre contigo?
FILIS ¿No lo podemos saber? 495
REY De ver y creer soy amigo;
y así, hijas, ver y creer:
viendo que carnestolendas
son para que se hagan rajas
estas tocas reverendas, 500
por quitarlas de barajas
y meterlas en contiendas,
que le corran a carreras
como a gallo destas eras,
quiero.
TODAS ¿Nosotras?
REY Vosotras; 505
pero entre aquestas ni esotras,
hijas, ni en burlas ni en veras
le veáis las dos. Con osado

brío jugad, que retirado
yo espero.
FILIS ¿Qué solicita 510
tu intento?
REY Ver que quien quita
la ocasión, quita el pecado.
POCRIS No te entendemos, señor.
REY Vencer pretende mi amor
de vuestro hado los influjos: 515
no os metáis ahora en dibujos
y manos a la labor.

(Vase EL REY, **toman Todas reguiletes y dan carreras**.**)**

LESBIA Tomad las dos, y dejada
la altivez, de fiesta va.
POCRIS Va, aunque estoy algo estropeada. 520
TODAS ¡Al gallo, al gallo!
CÉFALO Eso es a
moro muerto gran lanzada.
CLORI La que tú puedas coger,
llegándola a conocer,
se quedará en tu lugar. 525
CÉFALO Pues esta quiero agarrar.
NISE ¿Quién soy?
CÉFALO Déjamelo ver.
POCRIS Por señas ha de ser eso.
CÉFALO Pues que ya lo sé confieso:
dueña es.
LESBIA ¿Qué razón te enseña, 530
si estás vendado, que es dueña?
CÉFALO Las tocas, ¿qué hay para eso?
POCRIS Hombre, verte determino.
FILIS Yo también, aunque seas feo.
POCRIS ¿Sabes quién somos, mezquino? 535
CÉFALO **(Quítase la venda del rostro**.**)**
Lo que con los ojos veo

con el dedo lo adivino.

POCRIS ¿Qué es lo que llego a mirar?
¿No eres el que hice matar
anoche?

CÉFALO No, reina mía, 540
que no es para cada día
morir y resucitar.

FILIS Luego así, ¡ventura rara!,
no te dieron en la cholla,
volviendo aquí a ver mi cara. 545

CÉFALO No, porque cada día olla,
señora, el caldo amargara.

POCRIS Tu vista me causa horrores.

FILIS A mí, gustos.

CÉFALO Los cuidados
templad; que hacer son errores 550
de un camino dos mandados
ni servir a dos señores.
Si la una al verme se muere
y si la otra me quiere,
repartid el bien y el mal, 555
y tome cada una al
pecador como viniere.

(**Sale** EL REY.)

[REY] (**[Aparte.]** ¡Ya le han visto y él las vio!)
¿Cómo, habiendo dicho yo
que no le veáis?

FILIS Oye...

REY Di. 560

FILIS Amor me dice que sí
y tú me dices que no.

REY (**Aparte**. Esto es lo que pretendí,
mas reñirelo.) ¿Que así
guardáis lo que mando yo? 565

POCRIS Pues el amor me engañó,

duélete, mi bien, de mí.

REY — Dolerme quiero, y venir
podréis conmigo a llorar,
pero quiéroos advertir 570
que una cosa es el salir
y otra cosa es el entrar.
A que os den los aires vamos.

POCRIS — ¡Qué contento!

FILIS — ¡Qué pesar!

REY — Cantad.

LESBIA — Mucho de oíros holgamos. 575

CLORI — Pues, ¿qué habemos de cantar?

REY — Aquel tono de los gamos.

(Vanse EL REY **y los demás**, **y cantan dentro**.**)**

MÚSICA — Madre la mi madre:
guardas me ponéis;
que si yo no me guardo 580
mal me guardaréis.

(**Salen** ANTISTES, **el** CAPITÁN, ROSICLER, PASTEL **y** TABACO.)

ANTISTES — ¿Cuando esperábamos llantos,
cantos se oyen en las rocas?

ROSICLER — Aqueso no os cause espantos:
deben de salir las locas 585
pues salen tirando cantos.

CAPITÁN — Ya el Rey y sus hijas bellas
se ven.

PASTEL — ¿Si serán doncellas?

TABACO — Su confesor lo sabrá.

PASTEL — Mi amo también, porque está 590
hecho siempre un perro entre ellas.

ROSICLER — ¿Cómo, alma, no solemnizas
ver la que pudo abrasarme
hecho el corazón cenizas?

Pero para declararme 595
más días hay que longanizas.

(Vuelve EL REY **y Todos.)**

REY Vasallos, deudos y amigos,
cuya lealtad y virtud
canta el sol por fa, mi, re,
la fama por ce, fa, ut; 600
ilustre nobleza y plebe,
que al brindis de mi salud
agotárades ahora
aun la cuba de Sahagún:
Pocris y Filis, mis hijas, 605
son esta luz cuya luz
hoy se sale a dar un verde
con todo ese cielo azul.
La causa por que las tuvo
mi doctísimo testuz 610
encerradas hasta ahora
en aquesa esclavitud
escuchad todos atentos,
con silencio y con quietud,
sin hablar y sin chistar 615
y sin decir tus ni mus.
Ya sabéis que yo inclinado
fui desde mi juventud
a las letras, estudiando
todo el ban, ben, bin, bon, bun, 620
hasta el Arte de Nebrija
y las tablas del Talmud,
sin dejar astro con quien
no anduviese a tú por tú.
Esa república hermosa 625
de estrellas patria común,
obediente a mis preceptos,
hace a mis líneas el buz,

sin quedarme estrella en todo
ese azulado betún 630
que al andar las suertes no
me tenga por su tahúr.
Pues siendo así, el infelice
día que nacieron de un
parto aquestas doncellitas, 635
entre mí dije: «Ahora ¡sus!,
sepamos qué es de su vida».
Y con gran solicitud
por levantar la figura
mayor que mi ingenio sup, 640
me levanté de la cama
y fuime a caza al Paúl,
en cuya gran soledad,
al pie de un almoraduz
que a su sombra alimentaba 645
juncias, berros y orozuz,
me aproveché de mis ciencias,
que con grande prontitud
me dijeron todo esto
(memoria, ayúdame tú): 650
«Esas dos bellezas raras
u han de morir presto u
por ellas sucederán
grandes daños en Irún;
porque la una al primero 655
hombre que en su juventud
vea le ha de dar las llaves
de su viviente baúl;
y la otra, al primero que a ella
la vea con su inquietud 660
amorosa, le ha de hacer
que hable el buey y diga 'mu'.
No parando aquí el agüero
pues pasa su ingratitud
a que, siendo una Jarifa, 665

muerte la dé su Gazul;
y Angélica, la otra, mate
su Medoro Ferragús».
Yo, pues, viendo que nacía
tan fatal su dinguindux, 670
que era su vista primera
para sus designios flux,
dije, como jugador
de manos: «Quirlinquimpuz,
¿veislas? Pues ya no las veis». 675
Y en las orillas del sur
las hice de cal y canto
ese dorado ataúd;
porque en fin es menor daño
de mis desdichas y sus 680
influjos que mueran vivas
que no que en mi senectud,
diciendo el cuervo «cras-cras»,
diga el cuquillo «cu-cu».
Con este intento, guardadas 685
las tuvo mi rectitud
donde nada las faltó;
dígalo la promptitud
de su servicio: ¿qué tortas[(11)]
no las traje de Gandul?, 690
¿qué melones de Guadix?,
¿qué conejos de Adamuz?,
¿qué perdices de Berfox?,
¿qué miel de Calatayud?,
¿qué esperiegas de Aranjuez 695
ni qué pimienta de Ormuz?
¡Hasta traerlas de Argel
alcotanes y alcuzcuz!
Pero ya que la Fortuna,
deidad sin consejo algún, 700
ha dispuesto los acasos
de suerte que ese avestruz

digirió a mi hijo, quedando
tendido como un atún,
al convertirle en jazmín 705
sin poder en altramuz,
quiero los inconvenientes
de las dos sanear según
buen arte de medicina;
y es que, pues vino aquí a espul- 710
garse[(12)] este hombre y vio a las dos,
le demos ahora una zurr,
pues muerto él, las dos se quedan
seguras de no ser pu-
ercas. Pero, ¡tente lengua!, 715
que en lo infiel eres Dragut.

CÉFALO ¿Y es justo, señor, que muera
un inocente por un
galante capricho?

REY Sí.

CÉFALO ¿Jurado a Dios?

REY Y a esta cruz. 720
¡Llevadle de aquí!

FILIS Esperad,
señor. Fía en mi virtud,
que sin que cueste una vida
aseguras tu quietud:
seré desde aquí una santa. 725

REY Ya te conozco, que tú
lo dices mas no lo haces;
a perro viejo no hay tus.

POCRIS Bien dices: muera, señor.
¡Despeñadle, multitud, 730
adonde se haga pedazos
pero no otro daño algún!

CÉFALO En fin, ¿me han de dar la muerte?

REY ¿Preguntara más Artús?
Pues, ¿qué queríais que os dieran, 735
alfajores y alajú?

Idos a morir si no
queréis que os maten.
CÉFALO Voy pues
no tengo quien me defienda.
ROSICLER ¡Sí tienes! Plebe común, 740
¡dejadle!
REY ¿Quién es aquel
que se me opone?
ROSICLER *Ego sum*.
REY Pues, ¿quién te mete a ti en eso?
ROSICLER Haber nacido andaluz
y estar en mí todo Osuna. 745
CÉFALO Pues con ese archilaúd,
entonando por natura,
cantando por ce, fa, ut,
mueran estos, que no son
gigantes.
REY ¡Jesús, Jesús, 750
qué bobería! ¡Matadlos!
TODOS ¡Mueran los dos! **(Llévanlos.)**[13]
CÉFALO Poco tus
barahúndas nos dan pena.
PASTEL Señor, mira que este albur
que salió a tierra del mar 755
en un delfín o laúd
es el rey de Trapobana.
REY Pues no los matéis.
FILIS Ve tú
a socorrerlos.
REY Ya voy.
POCRIS No vayas.
REY No voy aún. 760
FILIS ¡Dales vida!
POCRIS ¡Dales muerte!
REY Conformaos; que estoy un sus
de creer que sois, las dos,
dos hijas de Bercebú.

Jornada III

Salen EL REY, CÉFALO, POCRIS, FILIS, ROSICLER **y los criados**.

REY — Ya que el pasado alboroto
a paces se ha reducido,
pues ando rotivestido,
andar quiero manirroto
con vós. Y aunque el ser, creed, 5
piadoso es virtud moral,
hoy quiero hacerla 'peral':
como en peras escoged
entre esas dos hijas bellas;
y dando al amor tributo, 10
vaya el diablo para puto
y casaos con una de ellas.

CÉFALO — Con eso todo el enojo
me quitáis, andando franco;
pero mi discurso es manco 15
con aquella que no es cojo.
Y así, porque de mi arrobo
no se quejen, ni de vós
ad invicem, con las dos
me casaré...

REY — ¡Cómo, bobo! 20

CÉFALO — ...para que ninguna caiga
en el desaire que tray
dejarla.

REY — Para eso no hay
dispensación.

CÉFALO — Que la hayga.

REY — No es posible: una en rigor, 25
y brevemente, escoger
podéis.

CÉFALO — ¿Y no podrá ser

especialmente, señor?
¿Qué hombre compra una tinaja
que antes de dar lo que vale 30
no la mire si se sale?
¿Qué hombre a una bodega baja
a concertar algún vino
que antes que a casa le lleve
si es bueno o malo no pruebe? 35
Melón compra y es pepino
el que calarle no quiera.
Y en fin, ¿quién da su dinero
por un potro que primero
no repase la carrera? 40

REY — Decís bien: despacio vellas
es acertado consejo.
Vamos de aquí. Ahí os las dejo:
avenías bien con ellas. **(Vase.)**

ROSICLER — Antes que escojas, contigo 45
tengo un empeño.

CÉFALO — ¿Cuál es?

ROSICLER — Yo te lo diré después.

CÉFALO — Tu Inés soy.

ROSICLER — Eres mi amigo. **(Vase.)**

CÉFALO — A veros me quedo; y
digo que nadie se enoje. 50

POCRIS — ¡Ay de mí si a mí me escoge!

FILIS — ¡Ay si no me escoge a mí!

CÉFALO — Según la razón me enseña
en una duda tan honda,
Filis es carirredonda, 55
Pocris es cariaguileña.
Y si el moño, que tal vez
suele engañar, no me engaña,
Filis es pelicastaña
y Pocris es pelinuez. 60
En sus barnizados mapas
tienen los ojos ingratos,

la una de arrebatagatos,
la otra de arrebatacapas.
Uno mismo es el barniz 65
que la superficie toca,
cada una tiene su boca
y cada una su nariz.
Los talles ambos son buenos,
chico con grande. Tú estás 70
diciendo: «Del bien, el más».
Tú dices: «Del mal, el menos».
Esto está visto: ¡hola aquí!,
¡ropa fuera!

POCRIS ¡Error crüel!

FILIS Pues, qué es lo que intentas di. 75

CÉFALO Regatearos hasta el
último maravedí.

POCRIS No puede eso hacerse.

FILIS Yo
digo que se puede hacer.

CÉFALO ¿O me dan o no a escoger? 80
¿O me he de casar o no?
Los adornos más nocivos
siempre de la voluntad
son mentira, y la verdad
ha de andar en cueros vivos: 85
la verdad quiero saber.

FILIS Yo te la diré.

POCRIS No yo.

CÉFALO ¿O me he de casar o no?
¿O me dan o no a escoger?

POCRIS Desde el punto que te vi 90
te aborrecí de manera
que, porque es blanca, no diera
mi mano por todo ti.
Filis es más cariñosa:
ella la duda concluya; 95
que para ser cosa tuya

es buena; mas yo no es cosa.
FILIS Basta, basta, Pocris bella,
que no está en corte ni en villa
mi hermosura en la capilla 100
para demandar por ella;
que si el alma como boba
le di a Céfalo, sabré
quitársela ahora aunque
me naciese una corcova. 105
POCRIS Yo no quiero que me quiera.
FILIS Yo sí quererle, que es más.
POCRIS Para mí es un fierabrás.
FILIS Para mí es un 'bras sin fiera'.
POCRIS Pocris soy, y porquería 110
será el elegirme hoy.
FILIS Por eso que Filis soy,
y será filatería.
CÉFALO ¿No miran vuestros pesares
que entre damas de copetes 115
no hubo dimes y diretes
sino dates y tomares?
Arañaos y no os habléis
las dos de tales maneras;
que parecéis verduleras. 120
POCRIS Decís bien.
FILIS Razón tenéis.
POCRIS Hoy tengo de ser tu parca.
FILIS Veámoslo.
CÉFALO Esperad, que quiero
medir las armas primero.
Estas son uñas de marca; 125
estas algo más garduñas.
FILIS Presto a cortarlas me obligo.
POCRIS ¿Con quién?
FILIS Contigo.
POCRIS Conmigo
nadie se corta las uñas.

Y esa es otra nueva queja: 130
ya el dolor las mías aguza.

CÉFALO ¡Ea Pocris!, ¡zuza!, ¡zuza!
¡Ea Filis, a la oreja!

FILIS Llega, pues.

POCRIS Llegaré, pues.

(**Repélanse**, **quitándose los moños**, **y sale** PASTEL.)

PASTEL ¿Dos infantas se han de asir? 135

CÉFALO Déjalas, que esto es reñir
cada uno como quien es.

POCRIS Aqueste es tu moño, infanta.

FILIS Este es el tuyo, princesa.

CÉFALO Mucho de veros me pesa 140
a las dos en Calva-Danta.

POCRIS Pues reñimos en cuartel,
los prisioneros volvamos.

FILIS Alafia dellos hagamos.

POCRIS Pues tal por tal.

FILIS Él por él. 145

(Truécanlos.)

POCRIS Y ahora, ¿qué hemos de hacer?

FILIS Pues que bien hemos quedado,
cada una irse por su lado.

POCRIS Adiós.

FILIS Adiós.

(Vanse.)

CÉFALO A más ver.

PASTEL ¿De qué son las confusiones? 150

CÉFALO ¿Bastantes causas no son
tener hoy el corazón
pasado de dos arpones?

Tanto que, si un fraile pasa
de San Agustín, sospecho 155
que se entre al ver en mi pecho
el escudo de su casa.

PASTEL Pues, ¿qué hay ahora?

CÉFALO Hay que Filis
me quiere; hay que no la quiero;
hay que yo por Pocris muero; 160
hay que Pocris es busilis,
para mí, crüel y ingrato;
y hay que anda el ciego Dios
hoy conmigo y con las dos
como tres con un zapato. 165

PASTEL Señor: quiere a quien te quiere.

CÉFALO En eso hay poco que hacer;
lo primoroso es querer
a la que me aborreciere:
¡viva Pocris!

PASTEL Bobería. 170

CÉFALO Pues si tú por tal la sientes:
¡viva Filis! ¿Hay más?

PASTEL Mientes.

CÉFALO Tú mentirás otro día
y te lo diré yo a ti.

POCRIS Que me has vencido confieso. 175

(**Sale** ROSICLER.)

[ROSICLER] Queda solo.

PASTEL Según eso,
yo me escurro.

ROSICLER Escucha.

CÉFALO Di.

ROSICLER En la grande Trapobana...

CÉFALO ¿Con un romance os venís?

ROSICLER Pues si es viejo el ser romance, 180
¿hay más de que sea latín?

In Trapobana mea patria
rex illustris natus fui,
et amor unam sagittam
tiravit mihi vel mi. 185
Non sagitta fuit vulgaris,
attamen sagitta fuit
quæ penetravit ad almam
cum verbo illo volo, vis.
Vidi calceamentum unum 190
Filidis...

CÉFALO Tened, oíd,
¿veis cuánto decís? Pues no
entiendo cuanto decís.

ROSICLER ¿En qué idioma os he de hablar
si el romance y el latín 195
no os agradan?

CÉFALO Mal por mal,
en romance lo decid.

ROSICLER Digo que de Filis bella
un día un zapato vi,
el cómo llegó a mis manos 200
es muy largo de decir;
que le vi basta saber,
y que a su breve y sutil
aliño me rindió Amor,
en solo un cerrar y abrir 205
de ojo, el alma a zapatazos;
que como suelen decir:
«Zascandil con vaina y todo,
con la vaina del jazmín
de su pie, me dio el rapaz 210
a traición el zascandil.»
(Saca un zapato muy grande.)
Mas, ¿para qué os lo encarezco
si en menos que hacer así
podéis verlo? Esta es la concha
de aquella perla: advertid 215

cómo la perla será
cuando la concha es así.
Y si así huele el zapato,
¿cómo olerá el escarpín?
Desta alhaja enamorado, 220
de mi patria me salí
en busca suya, y llegué
a este encantado país
con animo de sacarla
por el vicario de allí. 225
Pues, ¿qué cédula mayor
que este zapato? Y en fin,
viendo que hoy está mi vida
de vós pendiente en un tris,
vengo a valerme de vós 230
y a suplicaros que, si
vós no la habéis menester,
que me la dejéis a mí,
porque la he menester yo
para cierta cosa. Y 235
si habiéndooslo suplicado
con las ternezas que oís,
de bien a bien no lo hacéis,
os lo tengo de pedir
de mal a mal; porque un hombre 240
que viene buscando aquí
la horma de su zapato,
fuera desaire muy vil
que se volviera sin ella;
no seáis, pues, para mí, 245
Céfalo, mi 'hazme llorar',
pudiendo mi 'hazme reír'.

CÉFALO

Yo confieso, caballero,
que os estoy muy obligado,
que la vida me habéis dado, 250
que tal cual así la quiero;
pero esto de voluntad

ya sabéis que no está en mano
de un católico cristiano,
aunque tenga caridad. 255
A Filis no he de elegir
porque quiere que la quiera
mi crïado, de manera
que yo no os puedo servir
con ella.

ROSICLER Pues fuerza es, 260
siendo eso así, que riñamos.

CÉFALO Riñamos, pero que estamos
borrachos dirán después,
viendo una lid tan reñida
por princesa semejante, 265
pues ella hallará otro amante
y nosotros no otra vida.

ROSICLER Mirad: bien decís; y yo
he hallado en mis pareceres
gusto en reñir con mujeres 270
pero por mujeres no;
y así, mi cólera brava
otro medio elegir quiere.
Dela Amor a quien quisiere:
juguémosla.

CÉFALO ¿A qué?

ROSICLER A la taba. 275

CÉFALO ¿Traeisla vós?

ROSICLER Y bien raída
aunque es de hoy; que el despensero
en gigote de carnero
me la sirvió a la comida.
(Saca una tabaquera.)[(14)]

CÉFALO Vaya... Pues, no es esa.

ROSICLER Espera: 280
yo la sacaré. ¿No ves
que esta es la 'taba que es'
y esotra la 'tabaquera'?

CÉFALO ¡Oh, gane yo una vez sola!

(Juegan.)

ROSICLER Por mano echo.
CÉFALO Tira, acaba; 285
mas, ¡hola!, alza bien la taba,
no tengamos tabaola.
REY Carne.
CÉFALO Chuca.
ROSICLER Mía es
la mano.
CÉFALO Pues, ¿quién trabuca
que es mejor carne que chuca? 290
Un cuarto te paro, pues,
de Filis.
ROSICLER ¿Un cuarto?
CÉFALO Es llano.
ROSICLER A parar más te acomoda.
CÉFALO ¿Qué quieres?, ¿que pare toda
una infanta en una mano? 295
¿No será razón que atiendas
que, aunque amantes somos tiernos,
jugamos a entretenernos
y no a perder las haciendas?
Un cuarto paro.
ROSICLER Yo topo; 300
pero asentemos primero
si es trasero u delantero.
CÉFALO Esa es fábula de Isopo;
¿toda no se ha de jugar?
ROSICLER Podrá ser que el juego pare; 305
y el cuarto que yo ganare
se le he de descuartizar.

(Juegan.)

Taba: un cuarto gano.
CÉFALO ¡Oh, cuánta
es mi desdicha! Otro paro.
ROSICLER Taba: otro gano.
CÉFALO Era claro. 310
ROSICLER Ya es mía la media infanta.
CÉFALO Es verdad, pero ya he dicho
que bornea poco o nada
la taba.
ROSICLER Muy bien borneada
está, y sobre ese capricho 315
me mataré.
CÉFALO Yo también;
que una cosa es no reñir
por Filis, y otra sufrir
que tragantonas me den.
ROSICLER Acabemos de jugar 320
como quien somos, que hacemos
mil bajezas.
CÉFALO Acabemos
y pelitos a la mar.

(**Sale** AURA.)

[AURA] Pues en aire convertida
me han hecho creer que estoy, 325
sin que estos me vean, voy
buscando la prevenida
venganza de Pocris. Puesta
está Filis en aprieto,
y he de embarazar su efeto. 330
CÉFALO Paro.
ROSICLER Topo.
AURA Voyla a esta.
(Quítales la taba y desaparece.)
CÉFALO ¿Adónde echasteis la taba?
ROSICLER Fuerza es que también lo ignore,

pues nos la quitó en el aire
el mismo aire.

CÉFALO — Buenas noches. 335

ROSICLER — Aquí hay misterio mayor,
pues los dioses nos la esconden.

CÉFALO — Sin duda, alguna deidad
pretenden jugar los dioses
y la llevaron; que como 340
ellos carnero no comen,
valdrá un ojo de la cara
cualquiera taba en los orbes.

ROSICLER — Bien que dos cuartos de infanta
ganando estoy; y quien ose 345
mirarla de medio arriba
le hará este acero gigote.

CÉFALO — Ganáis mucha calabaza.

ROSICLER — Yo he ganado, como noble,
media infanta; y esa media 350
ha de ser mía esta noche.

CÉFALO — ¡Más nonada!

AURA — **(Dentro.)** Oídos hay;
chitón, no deis tantas voces.

ROSICLER — ¿Qué portero del Consejo
nos notifica chitones? 355

CÉFALO — No veo a nadie.

ROSICLER — Yo tampoco.

CÉFALO — ¡Gran misterio aquí se esconde!
Deidad auxiliar de Filis,
ya que el juego nos estorbes,
di tú: ¿quién quieres que viva 360
en mi pecho?

MÚSICA — ¡Viva Pocris!

ROSICLER — Los cielos quieren que sea
Pocris tuya, ¿no los oyes?

REY — Pues, ¿hay más de que sea mía?
Nunca peores cepos tope 365
adonde echar la limosna.

¡Pocris viva!

TODOS ¡Viva Pocris!

(Salen Todos.)

REY ¿Resolviose la postema
de tu duda?

CÉFALO Antes se rompe
y da materia a la fama, 370
para que diga su bronce
que Pocris es la hermosura
a quien he de dar de coces.

REY Dale antes, si te parece,
la mano que el pie.

CÉFALO A 'sus soles' 375
tengo que hablar 'a mis solas'.

POCRIS Eternos años me goces.
Filis, Amor te consuele.

FILIS Sí hará. ¡Diablos sois los hombres!

CÉFALO No me culpes.

FILIS Calla; no 380
me digas oste ni moste.

REY Supuesto que estáis casados,
no es bien que nadie os estorbe;
que en bulla y conversación
no suenan bien los amores. 385
Vamos a hacerles la causa
a esta dama y a este joven.

FLORA ¿Qué es la causa?

REY ¿No entendéis
metáforas? ¡Legos hombres!
¿'Hacer la cama' no dicen, 390
procesales escritores,
al hacer la causa?

TODOS Sí.

REY Pues yo digo, ignorantones,
hacer la causa a la cama,

que es metáfora *in utroque*. 395
Caballeros, ¡despiojad!

ANTISTES Bien importante es el orden.

FILIS Muriéndome voy.

LESBIA ¿De qué,
señora?

FILIS De celos, López.

CLORI ¿Diré que doblen por ti? 400

FILIS No, amiga; di que desdoblen.

ROSICLER Señora Filis, a falta
de un picardesco consorte,
aquí está otro trapobano.

FILIS Nada me habléis.

ROSICLER ¿Por qué?

FILIS Porque 405
estoy hecha de mil hieles.

ROSICLER Pues no me habléis con rigores,
que tengo en vós de vivienda
dos cuartos.

FILIS Pues, ¿quién los diote?

ROSICLER Mi suerte. Un alto y un bajo 410
porque acomodado more:
en el alto cuando enere,
en el bajo cuando agoste.

FILIS Pues cuando tenga la suerte
libro de aposentadores, 415
este es hecho a la malicia
y ningún huésped acoge. **(Vase.)**

ROSICLER Llore Amor, pues no a mejillas
enjutas Filis se cogen. **(Vase.)**

CÉFALO Pues solos hemos quedado, 420
hermosa divina Pocris,
para entretener el día
mientras se llega la noche:
digámonos uno a otro
tantísimos de favores. 425

POCRIS Nunca en tal me vi; mas vaya:

direlos a troche y moche.

CÉFALO ¿Ves esta fragante rosa
vestida de nieve y grana
que, estrella de la mañana, 430
brilla ardiente y luce airosa,
a quien las flores por diosa
aclaman, viéndola aquí,
ya esmeralda o ya rubí,
de aljofares coronada? 435
Pues contigo comparada,
no se le da esta de ti.

POCRIS ¿Ves aquel bello narciso
que en el margen de esa fuente
parece que aun ahora siente 440
el amor con que se quiso,
pues sin cordura ni aviso
se está requebrando allí,
enamorado de sí,
galán esplendor del prado? 445
Pues contigo comparado,
no se le da esto de ti.

CÉFALO ¿Ves esas parleras aves
que cantando dulcemente
al compás de esa corriente, 450
ya bulliciosas ya graves,
cláusulas forman süaves?
Pues a la aurora que dora
estos campos, su canora
música, sus celestiales 455
ecos van, porque no vales
tú un comino para aurora.

POCRIS ¿Ves esos sauces, del viento
movidos, dar a su tropa
un órgano en cada copa, 460
en cada hoja un instrumento?
Pues su armonioso acento
que añade en cada renuevo

un verde ruiseñor nuevo,
a Febo aclaman iguales, 465
no a ti, porque tú no vales
un rábano para Febo.

CÉFALO ¡Qué dulce gloria es oír
encarecidos amores
un hombre de lo que adora! 470

(Sale AURA **tapada**.**)**

AURA ¡Ce, caballero!

CÉFALO Ceceome
allí una mujer tapada.

AURA Véngase conmigo.

CÉFALO ¿Adónde?

AURA Eso es mucho preguntar.
Donde dicen esas voces. 475

MÚSICA **(Dentro**.**)** Deja, deja el regazo
de tu consorte;
pues que no dejas nada,
Porquis por Porquis.

CÉFALO Escucha, deidad, aguarda... 480

POCRIS ¿Con quién hablas?

CÉFALO ¿Tú no oyes
una süave pandorga
que dulce los aires rompe?

POCRIS Yo no.

CÉFALO Yo sí y eso basta
a que del todo me informe; 485
que alguna deidad su juicio
pierde por mí; y así voyme.

POCRIS ¿Dónde?

CÉFALO Por ahí.

POCRIS ¿Eso dices?

CÉFALO Pues, ¿por qué no?

POCRIS Es gran desorden.

CÉFALO Ya eres mi propria mujer: 490

contigo fueran errores
tener cumplimientos, pues
del matrimonio los toques
nunca llegan a ser cabes
porque van con condiciones; 495
y más cuando una deidad
me llama diciendo a voces...

ÉL y MÚSICA
Deja, deja el regazo
de tu consorte;
pues que no dejas nada, 500
Porquis por Porquis.

(Vase con AURA, **y si pareciere**, **vuelen.)**

POCRIS
¡Hay tan gran maridería!
Tenedle, si sabéis, flores,
tener algo de provecho;
poneos delante, montes, 505
si os sabéis poner delante
alguna vez que no estorbe.

(Sale FILIS **y las dueñas.)**

FILIS
¿De qué te quejas?

POCRIS
De que
Amor conmigo anda a coces:
de mis mismísimos brazos 510
huyó Céfalo. No llores
que no te eligiese a ti,
porque es, hermana, un ruin hombre
que no sabe tener fe
con mujeres de mi porte. 515
Pensé que no le quería,
y cátame aquí, ¡oh rigores
tiranos!, con unos celos
que me han venido de molde.
De quién los tengo, no sé; 520

mas sé que con pies veloces
la he de seguir. Y así, Dios
mis graves culpas perdone,
que si encuentro a esta picaña
deidad que me le concome, 525
que tal golpe la he de dar
que no parezca que es golpe.

FILIS ¿Estás loca?

POCRIS Claro está.

LESBIA Mira...

POCRIS Miren los mirones.

CLORI Tente.

POCRIS Tengan los tenientes. 530

NISE Oye...

POCRIS ¡Oigan los oidores!
Dejadme todas; que estoy
por ir a hacerme gigote. **(Vase.)**

FILIS Cuál estaré yo, ¡ay de mí!;
porque si ella ve visiones, 535
yo a las visiones y a ella,
conque son mis celos dobles.
¡Ay Céfalo, que dos veces
ultrajes mis pundonores,
mis altiveces sobajes, 540
y con espada y estoque,
a Pocris pases de punta
y a mí me tires de corte!

LAURA ¿Tú también?

FILIS Pues, ¿soy yo menos
que la otra para dar voces? 545

LESBIA Considera...

FILIS Consideren
los necios murmuradores.

CLORI Repara...

FILIS Repare el que
esgrime.

NISE Nota...

POCRIS Que noten
los curiosos.
LESBIA Ve...
FILIS Vea el que 550
por esquinas[15] y cantones
a ciegas anda; que estoy
del amor a los virotes,
de enojos hasta el gollete,
de celos de bote en bote. 555

(Vanse.)

(**Salen** CÉFALO **y** AURA.)

CÉFALO ¿Dónde me llevas tras ti,
tapadísima deidad?
AURA A perder.
CÉFALO ¿A perder?
AURA Pues,
¿dónde llevan las demás?
¿Habéis oído que alguna 560
tapada lleve a ganar?
CÉFALO No, mas temo que se diga,
al ver que vós me sacáis
de los brazos de mi esposa,
que por esta soledad 565
a caza sale el marqués
danés Urgel el Leal.
AURA Escuchad, sabréis quién soy
y mi intento.
CÉFALO Comenzad.
AURA Oíd aparte, no nos oigan. 570

(**Retíranse a hablar y sale** POCRIS.)

POCRIS Hablando los dos están
en secreto, aunque hasta ahora
no es secreto natural.

En la espesura se meten
guiando ella; y él, detrás, 575
allá va a buscar la caza
a las orillas del mar.

AURA ¿Habeisme entendido?

CÉFALO Sí.

AURA Pues dadla, sin más ni más,
muerte a esa fiera.

CÉFALO ¿Con qué? 580

AURA Esta ballesta tomad **(Dásela.)**
de bodoques que os envía
Dïana. Adiós.

CÉFALO Esperad.

AURA Tengo otras cosas que hacer. **(Vase.)**

CÉFALO ¿Con cuánta velocidad 585
por las riberas del Po
la caza buscando vas?
¡Airosa ninfa, detente!

POCRIS Él se queda, ella se va,
sin comerlo ni beberlo; 590
aunque en aqueste lugar,
estando los dos a solas,
ella dama y él galán,
vïandas aparejadas
traían para yantar. 595

CÉFALO ¿Por qué tan solo me dejas
en este monte? ¿No hay más
de decir «mata una fiera»?
¿Tan fáciles de matar
son?

POCRIS Aquí quiero esconderme 600
de aqueste jazmín detrás,
para saber en qué para.

CÉFALO O lo hace Barrabás
o mis oídos lo fingen
o al pie de aquel arrayán, 605
en la espesura del monte,

gran ruido oyeron sonar.
¡Tiro!

POCRIS ¡No tires!

CÉFALO ¿Por qué?

POCRIS Hijo, porque me darás.

CÉFALO Pues, ¿quién eres?

POCRIS Tu mujer. 610

CÉFALO Y, ¿qué haces aquí?

POCRIS Acechar.

CÉFALO ¿Mujercita acechadora
tengo? Por eso verás
que apunto mejor.

POCRIS ¿Qué haces?

CÉFALO Tirar.

POCRIS ¿Tirar? ¿A qué?

CÉFALO A dar. 615

POCRIS Tira y mira, no me yerres.

CÉFALO Yo procuraré acertar.

(Tira; **y ella**, **fingiéndose herida**, **cae**.**)**

POCRIS ¡Ay infeliz, que me has muerto!

CÉFALO (**[Aparte**.**]** Como ella diga verdad
y no se queje de vicio, 620
sin duda que la hice mal.)
Pocris, señora, mi bien...

POCRIS Céfalo, señor, mi mal.

CÉFALO ¿Dite?

POCRIS Y como que me diste
un bodocazo fatal 625
ventidoseno, porque
ya delante y ya detrás,
veinte y dos heridas tengo
que cada una es mortal.

CÉFALO ¡Oh mal haya la ballesta! 630
Mas puédeste consolar,
mi bien, que esta es la primera

cosa que acerté jamás.

POCRIS ¡Buen consuelo nos dé Dios!

CÉFALO ¿Para qué veniste acá? 635

POCRIS Para apurar mis recelos.

CÉFALO ¿Y es justo, por apurar
recelos, aguar venturas?
¡Qué condición infernal
de mujer!

POCRIS Ríñeme ahora, 640
que no me faltaba más.

CÉFALO Pues muérete si no quieres
que te riña.

POCRIS De esta va
el alma por esos cerros. **(Muere.)**

CÉFALO ¡Expiró el mayor fanal 645
del día! ¡Vino la noche!
República celestial,
aves, peces, fieras, hombres,
montes, riscos, peñas, mar,
plantas, flores, yerbas, prados: 650
venid todos a llorar.
Coches, albardas, pollinos,
con todo vivo animal;
pavos, perdices, gallinas,
morcillas, manos[(16)], cuajar: 655
¡Pocris murió! Decid, pues:
«¡Su moño descanse en paz!»

TODOS Que descanse en paz, decimos.

(Salen EL REY, FILIS, **las Dueñas**, **y todos los demás.)**

REY Pocris bella, ¿dónde estás?

DUEÑA ¿Dónde estás, señora mía, 660
que no te duele mi mal?

CÉFALO Señor, si buscando vienes
tu hija, vesla ahí donde está.

REY No la despertéis.

PASTEL No duerme.
REY ¿Qué hace?
ANTISTES Está muerta.
REY ¿Eso más? 665
¿Quién la mató?
CÉFALO Yo.
REY ¿Por qué?
CÉFALO Porque me vino a acechar.
REY ¿Quién la metió en ser curiosa?
¡Muy bien empleado está!
FILIS ¿Eso dices?
REY Esto digo. 670
ROSICLER Muera quien muerte la da.
REY No le matéis; que antes quiero
que esté conmigo de hoy más
porque me vaya matando
a toda mi vecindad, 675
pues que mata a los que acechan.
Ese cadáver llevad

(Llévanla.)

y a su merecida muerte
sea pompa funeral
una grande mojiganga; 680
que no se ha de celebrar
esta infelice tragedia
como todas las demás.
TODOS ¿Mojiganga?
REY Mojiganga;
y yo la he de comenzar 685
por daros ejemplo a todos.
Una guitarra me dad.
ROSICLER ¿Guitarra aquí?
REY ¿Por qué no?
ANTISTES Porque no la hay.
REY Sí la hay.

FILIS ¿Dónde?

REY Colgada de un sauce 690
u de otro árbol estará;
que cada día las cuelgan
los pastores.

CÉFALO Es verdad,
que aquí hay guitarra.

REY Ahora bien,
todos de aquí os retirad; 695
y como os vaya llamando
os id arrojando acá.

(Éntranse Todos. **Quedan** FILIS **y** ANTISTES, **y** EL REY **toma la guitarra**.**)**

FILIS ¿Que esto hagas?

REY Esto hago.
Y porque todos veáis,
cuánto me remoza esto, 700
en un instante mirad
cuántas canas se me quitan
en comenzando a cantar.

(**Empieza a cantar**, **y por un arambre le quitan las barbas y cabellera cana al** REY.)

(Canta.**)** Vaya, vaya de mojiganga,
de alegría y de pesar; 705
que quien llora con placer,
siente bien cualquiera mal.

TODA LA MÚSICA Vaya, vaya, [de mojiganga,
de alegría y de pesar;
que quien llora con placer, 710
siente bien cualquiera mal.]

REY **(Canta**.**)** El Gigante con las dueñas
salga el guineo a bailar.

(**Salen las Dueñas y el** GIGANTE.)

DUEÑAS Mejor fuera una endiablada.
REY Pues bailen con Barrabás. 715

(Salen Todos.)

TODOS Para eso bailemos todos.
REY Pues repitan a compás...
TODOS Vaya, vaya de mojiganga,
[de alegría y de pesar;
que quien llora con placer, 720
siente bien cualquiera mal.]

(Hacen un torneo en forma de matachines y dan fin.)

FIN

Celos aun del aire matan

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella.

DIANA.
POCRIS.
FLORETA.
MEGERA.
ALECTO.
TESÍFONE.
CÉFALO.
ERÓSTRATO.
CLARÍN.
RÚSTICO.
CORO DE NINFAS.
CORO DE ZAGALES.
[AURA.]

Jornada I

Sale por una parte un CORO DE NINFAS**, y** POCRIS**, trayendo en medio de todas a** AURA**, cubierto el rostro, y por otra parte** DIANA**, con venablo, y las demás, con flechas.**

POCRIS

Esta, hermosa Diana,
cuya incauta belleza
baldón es de tus montes
y oprobio de tus selvas,
es Aura, a quien tus ninfas, 5
al sacro culto atentas,
del puro amor que ensalzas,

del torpe que desprecias,
presentan ante ti.

CORO

Y en forma de querella
de su amante delito
te piden la sentencia.

AURA

¡Ay, infeliz de aquella
que hizo verdad haber quien de amor muera!

POCRIS

Eróstrato, un pastor
a quien por su soberbia
todos los moradores
destos confines tiemblan,

-260-

de noche, tras sus ansias,
de día, tras sus fieras,
por ella de tus cotos
la línea sale y entra
disfamando de todas.

CORO

La votada pureza
con que tu templo sirven
tus aras reverencian.

AURA

¡Ay, infeliz de aquella
que hizo verdad haber quien de amor muera!

POCRIS

Anoche, cuando en sombras
la luz del sol envuelta
dejó la de la luna
bañada en nubes densas,
porque también tuviese
Prometeo su esfera,
que sus rayos robase
entre sus flores bellas,
hurtos de amor lograba.

CORO

Y como a él no puedan
seguirle nuestras plantas,
prendimos solo a ella.

AURA

¡Ay, infeliz de aquella

que hizo verdad haber quien de amor muera!

DIANA

Descubridla la cara,
que quiero que me vea,
porque antes que mi ira
la mate su vergüenza.
Sacrílega hermosura
que torpemente ciega,
de mi deidad no solo
el sacro honor desdeñas,
pero de mi enemiga,
Venus, el triunfo aumentas,
haciendo que mis aras
sirvan a tus ofensas.
¿Cómo, atrevida, intentas
que reine amor donde el olvido reina?

AURA

¿Yo? Si cuando...

DIANA

Suspende
la voz, el labio sella,
que hay delitos que crecen
la culpa con la enmienda.
A ese tronco la atad,
las manos atrás vueltas,
y pues es de mis ritos
establecida pena,
quien flechas del amor
indignamente sienta,
sienta no indignamente
de mi rencor las flechas,
examine las vuestras,
y al impulso que vive, al mismo muera.

POCRIS

Ven, fiera.

CORO

Ven, tirana.

AURA

¿Tú, Pocris, que antes eras
mi más amiga, más
contraria te me muestras?

POCRIS

Sí, que por más amiga
me toca más tu ofensa.

AURA

O plegue a Amor o plegue
a Venus que padezcas
lo que padezco, en ti
vengadas sus ofensas, 80
la primera de todas.

POCRIS

Yo le doy la licencia
de ser, como me vea
Amor amar, su indignación primera.

DIANA

¡Atadla! ¿Qué esperáis? 85

(Atan a AURA **al tronco.)**

AURA

¡Soberanas esferas!
¡Poderosas deidades!
¡Cielo, sol, luna, estrellas,
fuentes, arroyos, mares,
montañas, cumbres, peñas, 90
árboles, flores, plantas,
aves, peces y fieras!
¡Compadeceos de mí!
¡Tened de mí clemencia!

-261-
No permitáis que digan 95
aire, agua, fuego y tierra:
«¡Ay, infeliz de aquella
que hizo verdad haber quien de amor muera!»

(Dentro, CÉFALO **y** CLARÍN**.)**

CÉFALO

Gemido es de mujer,
que afligida lamenta. 100

CLARÍN

Si ella obró noramala,

quéjese norabuena
y sigue tu camino.

CÉFALO ¿Cómo, oyendo sus quejas,
podrá el valor de un noble 105
no ir a favorecerla?

CLARÍN Yendo por otra parte.

CÉFALO Conmigo, Clarín, llega.

CLARÍN Pues fue de todas sombra.

(Sale CÉFALO **y** CLARÍN**.)**

CÉFALO ¿Qué villana violencia 110
se atreve a hacer a una mujer ofensa?
¿Pero qué es lo que miro?

CLARÍN Una banda de bellas
señoras cupidillas,
que están en bandas puestas 115
contra una, a un tronco atada.

CÉFALO No sé cómo obre cuerda
acción, que ofendo a muchas
en una que defienda.

DIANA ¡Oh tú, estranjero joven, 120
que quiero creer las señas
del traje, por no hacer
tu culpa más grosera
en haberte atrevido
a penetrar la senda, 125
que este sagrado guarda,
que este sitio reserva,
tanto que nadie a él llega
que no escriba su muerte con su huella.
Sin que más examines 130
y sin que más entiendas
del duelo en que nos hallas,

trance en que nos encuentras,
vuelve atrás y agradece
a la deidad suprema 135
que estos montes habita,
que quiere que se sepan
sus iras, y por esto,
sin que cómplice seas
de errores que castiga, 140
permite que te vuelvas.
Vete pues, si no esperas
que la voz del indulto se arrepienta.

CÉFALO

En cuanto a que, estranjero,
no sé qué estancia es esta. 145
Lo que el traje te dijo,
no desdirá la lengua,
pero en cuanto a que oí
míseras voces tiernas
de mujer, cuyo acento 150
a discurrir me empeña
lo inculto destos montes,
¿cómo, llegando a verla,
della llamado, puedo
dejar de socorrerla? 155

DIANA

Viendo que más arriesgas
en que me enoje yo, que en
morir ella.

CÉFALO

Reconozco el peligro
de tu ceño, mas piensa
que nobles culpas hacen 160
amigas las ofensas.
Pues aunque ahora te enojes,
podrá ser que agradezcas
tú mesma mi despecho,
después contra ti mesma 165
que hidalgos procederes
tienen tal encomienda
en lo ilustre de un alma,
que obligan, aunque ofendan.

DIANA

Según eso, ¿aun intentas
contra mí proseguir en su defensa?

CÉFALO

En su defensa sí,
contra ti no.

DIANA

¿No echas
de ver que es imposible
mantener la propuesta?
Porque, ¿cómo, si a darla
la muerte estoy resuelta,
y tú a darla la vida,
quieres que se convengan
dos acciones que están
tan cara a cara opuestas?

CÉFALO

No sé, si no me vale
una industria.

DIANA

¿Qué es?

CÉFALO

Esta:
(Pónese CÉFALO **delante de** AURA**.)**
La templada cuchilla,
que blandida en tu diestra,
a tus ojos les pide
para matar licencia,
contra mí arbola, y todas
vosotras, ninfas bellas,
tremolad contra mí
las embebidas cuerdas,
que de su vida escudo
mi vida, a esos pies puesta,
muriendo yo primero
que a ella morir la vea.
Cumpliré entrambas deudas,
pues ni me opongo a ti, ni falto a ella.

DIANA

Por más que generoso
facilitar intentas,
o rendido mi saña,
o altivo tu soberbia,
no has de poder. Aparta.

CÉFALO

Advierte, considera,
que no es querer que viva
pedirte yo que muera. 205

CLARÍN

Apártate, señor,
y que la tiren deja.
Tendrás un lindo rato.

CÉFALO

¿Eso, vil, me aconsejas?

CLARÍN

Pues dime: ¿Hubiera fiesta 210
como ver asaetear todas las hembras,
cuanto más una?

DIANA

Aparta,
digo otra vez.

CÉFALO

Espera.

POCRIS
y el CORO

¿Qué hay que esperar?

AURA

Los dioses
mi vida favorezcan. 215

DIANA

¿Cuál podrá contra mí?

AURA

El que, al ver mi tragedia,
porque tú no blasones
que contra Amor hay fuerza,
no bastando la humana 220
que trajo a socorrerla,
usó de la divina.

CORO

¿Cómo?

CORO 2.º

(Dentro.)

Desta manera.

(Vuela el tronco con AURA**.)**

AURA

¡Ay infeliz de aquella
que hizo verdad haber quien amor muera! 225

CORO

En aire convertida,
desvanecida vuela
los diáfanos espacios.

DIANA

¿Quién duda que las ciegas
fantasías de Amor, 230
cuando más se defiendan,
en aire se consuman
y en humo se conviertan?

POCRIS

Como Venus del agua,
nació para que sea 235
fuego el amor, y el aire
de agua y fuego mezcla.
Los imperios de Venus,
que ambos estremos median,
el aire son, y así, 240
la trasladó a su esfera,
para que sin que tú
la mates, viva eterna
ninfa del aire Aura,

-263-

diciendo lisonjera... 245

AURA

(Dentro.)
No ya infeliz de aquella
que hizo verdad haber quien de amor muera.

DIANA

Este aleve estranjero,
que a tan mal punto llega
a embarazar mis iras, 250
que da aliento a que puedan
volar a ella sus voces,
de mi cólera fiera
será despojo.

CÉFALO

En vano
temor ponerme intentas, 255
que heroicos pechos no
matan sin resistencia.

DIANA

No es matar ventajosa

el castigar severa,
y así, de mi violenta 260
saña tu vida el desempeño sea.
(Cáesele el venablo de la mano, al ejecutar el golpe.)
¿Pero qué es esto? ¡El dardo
que acerado cometa
tan siempre fue del bosque,
que despedido apenas 265
de mi mano salió,
cuando a mis plantas puestas
vio tantas brutas ruinas,
sin que sañuda fiera,
o ya la garra armada, 270
o ya la armada testa,
por veloz se redima,
por feroz se defienda,
me falta! ¡Qué tristeza!
¡Qué asombro, qué terror, qué ansia, qué pena! 275

(Vanse DIANA **y las ninfas, dejándose el venablo; cógele** CÉFALO**, y** POCRIS **se le quiere quitar, y luchan los dos.)**

CÉFALO De tanto misterioso
pasmo, testigo sea
en el templo de Marte
este venablo.

POCRIS Suelta,
que prenda de Dïana 280
es tan sagrada prenda,
que aun dejada, no hay
mortal que la merezca.

CÉFALO ¡Diana!

POCRIS Sí.

CÉFALO Aunque oír
su nombre me estremezca, 285
para llevarle, más

que me impides, me alientas.
¿A quién, beldad divina,
despojo de tan nueva
lid toca, sino a quien 290
con la campaña queda?

POCRIS A quien debe cobrarlos,
por de su dueño.

CÉFALO Deja,
ya que vuelvo dichoso,
que honrado también vuelva. 295

POCRIS No en vano lo pretendas.

CÉFALO No en vano tú quitarme el honor quieras.

POCRIS No has de llevarle.

CÉFALO No hagas
que tan alta presea
aventure el respeto 300
ajado de la fuerza.

POCRIS ¿Qué es ajado? Primero
que por tuyo le tengas,
con él has de quitarme
la vida.

CÉFALO Advierte.

POCRIS Suelta. 305
(Hiérese con el venablo.)
Mas, ¡ay de mí, infelice!

CÉFALO ¿Qué has hecho?

POCRIS Con la ciega
cólera, no advertí
que en la cuchilla puesta
la mano tenía, y tanto 310
al herirme con ella
la púrpura del rojo
coral que la ensangrienta,

me estremece, me yela,
me desmaya, me aflige y me atormenta, 315
que ni aliento, ni vivo,
y en ofuscada idea
de sombras que me asaltan,
de horrores que me cercan,
no sé, no sé de mí. 320
¡Detente, aguarda, espera!
No, no me mates.

CÉFALO Yo...
Cuando... si...

POCRIS Cesa, cesa.
¿Pero qué es lo que digo?
¿Yo a un acaso sujeta? 325
¿Yo a un delirio postrada?
¿Yo a un frenesí suspensa?
¡Qué fantasía tan necia!
¡Qué ilusión! ¡Qué delirio! ¡Qué quimera!
(Vase.)

CÉFALO Bello prodigio aguarda, 330
hermoso asombro espera.

CLARÍN Pues va muy bien servida
para que se detenga.

CÉFALO No quiero más, ¡ay, triste!,
sino solo que sepa 335
que el nácar que, purpúreo,
manchó la nieve tersa,
al ver que los jazmines
en claveles se vuelvan,
herido el corazón 340
en el pecho me deja,
como diciendo en muestras
de mi dolor...

[GENTE]

(Dentro.)

¡Al monte, a la ribera!

CLARÍN

Ruido de cazadores
a estotra parte suena, 345
y pues no has de seguirla,
busquemos por la selva
los caballos, que sueltos
se quedaron en ella,
y vamos donde vamos. 350

CÉFALO

Dices bien. ¡Quién pudiera
siguiendo ir su belleza!
(Vase.)

[GENTE]

(Dentro.)
¡Al monte, al prado, al valle, a la ribera!

(Sale ERÓSTRATO**.)**

[ERÓSTRATO]

Ya que dejo esparcida
por toda la campaña la batida, 355
cuyas confusas voces,
que son mi seña, es fuerza que veloces
hayan la soberana
esfera penetrado de Dïana,
en el inculto soto 360
que desta línea a su vedado coto
divide el linde, quiero
recatado esperar al jardinero,
de quien mi amor fiado
sus términos rompió, porque el cuidado 365
de que anoche sentido
fuese de alguna gente, cuyo ruido
me obligó a que saliese
veloz, porque con Aura no me viese,
me tiene con recelo 370
de si fui visto o no.

(Sale RÚSTICO**.)**

[RÚSTICO] Válgame el cielo,
en que cosas se mete

-265-
el que se mete. Consonante, vete,
pues nombre es más pulido, 375
agente de negocios de Cupido.
Dígalo yo, testigo
de tantos sustos, pues.

ERÓSTRATO ¡Rústico, amigo,
muy bien venido seas!

RÚSTICO Y tú muy mal hallado.

ERÓSTRATO Si deseas 380
sacarme de un cuidado,
dime de anoche acá lo que ha pasado.

RÚSTICO Aunque la historia es mucha,
toda la he de decir.

ERÓSTRATO Empieza.

RÚSTICO Escucha:
Persiguiendo fieras, 385
dicen que un día
con un coro encontraste
de hermosas ninfas.
Viste entre ellas a Aura,
y el que te incline 390
es razón, pues la estrella
ni da, ni pide.
De explicarte buscamos
medios y fuimos,
si ella la paraninfa, 395
yo el paraninfo.
Dejo aparte billetes,
jardines, noches,
ingredientes comunes

de otros amores, 400
y voy solo a que todas
sus compañeras
la acusaron, quejosas
de no ser ella.
Viéronte, y aunque fueron 405
razones tales,
si siempre muy civiles,
hoy criminales,
porque a Aura acusaron,
de cuyo enojo 410
resultó que doña Ana
la atase a un tronco.
Pocris, su más amiga,
fue la primera
que la diera la muerte, 415
si no viniera
no sé quién a ampararla;
mas sin efeto,
porque solo quien pudo,
diz que fue Venus, 420
que mostrando que aquestas
son cosas graves
en doña Ana, y en ella
son cosas de aire,
convertida en aire 425
se llevó a Aura,
adonde...

ERÓSTRATO No prosigas,
villano, calla.
Calla, que no quiero oír
que con piadosas crueldades, 430
a mí me convierta en estragos de fuego
quien a ella convierte en halagos de aire.

RÚSTICO ¿Pues tengo la culpa yo,
di, para que te lo pague?

ERÓSTRATO Tampoco la tengo yo, y tengo la pena. 435

RÚSTICO ¡Agentes de amor, veis aquí vuestros gajes!

ERÓSTRATO Desvanecida hermosura,
que vagamente constante,
dejando de ser lisonja a las flores,

-266-
a ser te trasladas lisonja a las aves. 440
A llorarte voy perdida,
y no me atrevo a llorarte,
porque a la tierra las lágrimas corren,
y no está en la tierra aun caduca tu imagen.
Y así, en suspiros presumo, 445
que mejor mi fee te halle,
puesto que el aire merece tu sombra,
y son los suspiros alhajas del aire.
¿Mas cómo en lástima, cielos,
se convierten mis pesares? 450
¿Desde cuándo en Eróstrato ha sido
o dócil la queja, o la lágrima fácil?
¿Habiendo iras y rigores,
apelan a las piedades
mis sañas, mis penas, mis ansias, mis furias? 455
¡Mal haya el dolor que me hizo cobarde!
¡Viven los cielos, villano...!

RÚSTICO Vivan, sin que a mí me mates.

ERÓSTRATO Que hoy han de ver mi venganza, no solo
los troncos, los riscos, los montes, los mares, 460
pero Diana y sus ninfas,
padeciendo los ultrajes
del abrasado despecho de un loco,
que ya para serlo bastó el ser amante.
Y esa Pocris, esa fiera 465
que más amiga mostrarse
debiera, verá que si un elemento
de aquella hermosura la pompa deshace,
otro elemento la venga.
Y pues tan presto se abren 470
las puertas del templo, y en su sacrificio
a todos es dado tocar sus altares,
yo... Mas el tiempo lo diga.
Ea, Eróstrato, si grande

tu fama no puede hacerte, hoy eterno, 475
veamos si eterno hoy tu infamia te hace.
(Vase.)

RÚSTICO Furioso va, y no sé cierto
por qué, que muchos galanes,
aun no convertirá en aire su dama,
por solo adorarla, adoran el aire. 480

-267-
Mas como vivo me deje,
por aquí pienso quedarme,
y así, la deshecha haciendo de que
en cuanto ha pasado estoy ignorante,
me volveré al jardín, pero 485
mi mujer con Diana sale.
De aquí he de escuchar el intento que lleva,
y ver lo que a solas al campo la trae.

(Retírase RÚSTICO **al bastidor, y salen** DIANA **y** FLORETA**.)**

DIANA Tú, Floreta, has de decirme
la verdad, pues tú la sabes. 490

RÚSTICO **[Aparte.]**
Será la primera que ha dicho en su vida.

FLORETA Sí haré, que soy boca de muchas verdades.

DIANA ¿Quién es el que en los jardines
a deshora cierra y abre?

RÚSTICO **[Aparte.]**
Seguro estoy que lo sepa, si es fuerza 495
que porque no diga verdad se lo calle.

DIANA ¿No respondes?

FLORETA **[Aparte.]**
¿Qué diré?

RÚSTICO **[Aparte.]**

¿Mas, que echa la culpa a alguien?

DIANA ¿Qué esperas, pues? Prosigue.

RÚSTICO **[Aparte.]**
Ella está
pensando un embuste con que disculparme. 500

FLORETA Yo, señor... Cuando... Si...

DIANA ¿Qué te turbas?

FLORETA No te espantes,
porque decirte que Rústico ha sido
el vil, el traidor, el pícaro infame,
que por interés o miedo 505
a Eróstrato espaldas hace.
No lo he de decir, porque es mi marido,
y no has de saberlo de mí, aunque me mates.

RÚSTICO **[Aparte.]**
¡Oh, mujer mía!, mintió
contigo la más constante, 510
con el valor que resiste el decirlo.

DIANA No me lo digas, que hoy he de vengarme
de un villano con su muerte,
mas darle muerte es desaire,
que no merece castigo tan noble 515
el rústico objeto de un pecho cobarde.
A Acteón mudé la forma
en venganza de otro ultraje,
y a aqueste he de hacer que nadie le vea,

-268-
que en forma distinta de bruto no le halle. 520
Padezca lo que es, pues es
ocasión que Venus cause
este rencor, que entre muertas cenizas
parece que yela, y no es sino que arde.
(Vase.)

FLORETA Ella pensó que era boba, 525
y que había de sacarme

que Rústico fue quien tuvo la culpa;
pues no, que no soy de engañar yo tan fácil.

(Sale RÚSTICO **del bastidor, con una cabeza de cuatro caras diferentes, y vestido de pieles.)**

RÚSTICO — Ya que Diana se fue,
hermosa Floreta, dame 530
los brazos.

FLORETA — ¡Ay triste! ¿Qué es esto que miro?

RÚSTICO — ¿Por qué te retiras?

FLORETA — Cruel león, no me mates.

RÚSTICO — ¿Yo león? ¿Estás borracha,
mujer? ¿Cuando a que te pague
mi amor la fineza de no haber contado 535
que fui el agresor de culpa tan grande
vengo como un corderito,
león te parezco?

FLORETA — ¡Amparadme,
cielos!

RÚSTICO — Espera.

FLORETA — ¡Ay qué garras, qué dientes!

RÚSTICO — ¿Pues qué hay que yo muerda, ni que hay que yo arañe? 540

(Sale POCRIS**.)**

POCRIS — ¿De qué, Floreta, das voces?
Mas, ¿qué mucho que te espantes,
mirando, ¡ay de mí!, un oso tan fiero?

RÚSTICO — Pues ella por león me tenía de antes.

LAS DOS ¿No hay quien de tan bruta fiera 545
nos favorezca, y ampare?

(Sale CÉFALO **con el venablo, y** CLARÍN**.)**

CÉFALO Sí, pues mi destino, a solo seguir
hoy voz de mujer perdido me trae.

CLARÍN Tente, señor.

CÉFALO No temáis,
que solo para este trance 550
no en vano perdió su venablo Diana,
y tú le dejaste en mi mano no en balde.

CLARÍN ¿Que quieras con un hambriento

-269-
lobo meterte en combate?

RÚSTICO Aún más lisonjero el delirio es de aqueste, 555
pues lobo, animal de su especie me hace.

CÉFALO Manchado tigre, conmigo
embiste; puesto delante
me hallarás de la dama, por quien
ya intento este acero bañar con tu sangre. 560

RÚSTICO Vive Dios, que va de veras,
y si se le antoja darme
con el venablo, lo hará. Mientras pasa
su frenesí, mejor es que yo escape.
(Vase.)

CÉFALO Sin el trofeo de haber 565
llegado a aquesta ocasión,
no has de irte.

POCRIS No le sigas,
pues vuelve huyendo veloz.

CÉFALO Aunque vengarte del susto

fuera mi aplauso mayor, 570
me para tu vista, más
imperiosa que tu voz,
a que entre aparte el cuidado
de aquel pasado dolor.

POCRIS

No le tengas, y dejando 575
el acaso y la ilusión,
no el haberte detenido
atribuyas a favor,
que es bien, si tú un riesgo impides,
que impida otro riesgo yo, 580
por eso que no siguieses
dije a esa fiera.

CÉFALO

Aunque son
piedades, y no caricias,
perdóneme tu rigor,
que yo me he de persuadir 585
a lo que me está mejor.
Y ya que no soy dichoso,
darme a entender que lo soy.

POCRIS

Persuadirte a lo imposible
es una gloriosa acción. 590

CÉFALO

Darse por vencido antes
del riesgo, poco valor.

POCRIS

El que su bien anticipa,
peligra en la presunción.

CÉFALO

¿Qué importa que no lo sea, 595
para que lo piense yo?

CLARÍN

Y usted en aqueste alcázar,
¿no me dirá quién es?

FLORETA

Soy
ninfa de escalera abajo.

CLARÍN

La norabuena me doy. 600

FLORETA

¿La norabuena de qué?

CLARÍN

De que por lo menos no

llegara a sus acesorias
desalentado mi amor.

FLORETA — Antes sí, que en las sirvientes 605
corre contraria razón,
que las de escalera abajo
de desván arriba son.

(AURA **sale en lo alto sobre un águila.)**

AURA — Ya que alada hija de Venus,
dejando en nuestra mansión 610
de ser de los bosques ninfa,
ninfa de los vientos soy,
a cuyo suave aliento
han de vivir desde hoy,
de Aura inspirados, la planta, 615
la ave, el cristal y la flor,
en flor, cristal, ave y planta,
no haya música o verdor
que amor no publique; y pues
debí a Céfalo el favor, 620
y el rencor le debí a Pocris,
y se hallan juntos los dos,
a lograr los dos asumptos

-270-
del favor y del rigor,
inspire suave el aura de amor. 625

POCRIS — ¡Qué muerta voz! ¡Ay de mí!

CÉFALO — ¡Ay de mí! ¡Qué viva voz!

LOS DOS — Hacia la parte del alma
hablando está al corazón.

POCRIS — Mas con cerrar al encanto 630
el oído, libre estoy.

CÉFALO — Mas con mirar al hechizo,

cumpliré mi obligación.

POCRIS ¿Dónde vas?

CÉFALO Asegurando
el pasado riesgo voy. 635

POCRIS No, no has de pasar de aquí.

CÉFALO Perdone esta vez tu voz,
que no la he de obedecer
como antes.

POCRIS ¿Por qué no?

CÉFALO Porque mandarme quedar 640
en la pasada ocasión,
cuando a no mirarte iba
tras aquel bruto feroz,
no es lo mismo que mandarme
quedar, cuando a verte voy. 645

POCRIS Quien solo al riesgo obedece,
poco debe a su pasión,
que obedecer contra el gusto
es la fineza mayor.

CÉFALO Porque veas que no es 650
interés, sino atención,
vete en paz.

POCRIS En paz te queda.
(Hace que se va.)

AURA Aunque se aparten los dos,
inspire suave el aura de amor.

POCRIS ¿Porque digo que se quede 655
no más, se queda? ¿Quién vio
tan mal mandada obediencia?

CÉFALO ¿Porque me diga que no
la siga, temo? ¿Quién, cielos,
vio en la ciega confusión 660
del temor y la osadía
tan bien mandado al temor?

AURA Inspire suave el aura de amor.

POCRIS Pero si se fue, veré.

CÉFALO Mas veré si se ausentó. 665

POCRIS ¿A qué vuelves?

CÉFALO ¡Yo qué sé!
¿Tú a qué vuelves?

POCRIS ¡Qué sé yo!

AURA Inspire suave el aura de amor.

POCRIS Yo a decirte que si quedas
en toda aquesta región, 670
supuesto que de estranjero
ya el indulto se acabó,
corre peligro tu vida.

CÉFALO Yo a decirte que corrió
ya, pues le tengo a dos luces, 675
si me quedo y si me voy.

POCRIS Pues si te dan a escoger,
ausentarte es el mejor.

CÉFALO Si el mejor es ausentarme,
¡ay Dios!, ¿cuál será el peor? 680

POCRIS A mí, que el que fuere sea.
Vete pues; no vuelva yo
a hallarte aquí cuando vuelva.

CÉFALO Esto es decirme que no
me vaya, si has de volver. 685

POCRIS Esa es locura.

CÉFALO Yo doy
que sea locura, pero
locura puesta en razón.

POCRIS ¿No te vas?

CÉFALO Si tú te vas.

POCRIS ¡Qué pena!

CÉFALO ¡Qué confusión! 690

POCRIS Pero yo sabré vencerla...

CÉFALO Más sabré seguirla yo...

POCRIS Por más que ignorado acento...

CÉFALO Por más que ignorada voz...

POCRIS En mi oprobio...

CÉFALO En mi desdicha... 695

POCRIS En mi injuria...

CÉFALO En mi temor...

POCRIS En mi ofensa...

CÉFALO En mi fortuna...

POCRIS En mi agravio...

CÉFALO En mi favor...

-271-

POCRIS Me este diciendo al oído...

CÉFALO Diciendo esté al corazón... 700

LOS DOS y AURA Inspire suave el aura de amor.

(Vanse los dos.)

CLARÍN ¿Y los dos en qué quedamos?

FLORETA En que los dos a otros dos.

CLARÍN Con que diremos cantando
de nuestros amos al son. 705

LOS DOS Inspire suave el aura de amor.

Jornada II

Dentro grita de pastores, y salen cantando todos los músicos, y detrás dellos CÉFALO**,** ERÓSTRATO **y** CLARÍN**, de villanos, con dones en las manos, excepto** CLARÍN**, que no le trae.**

CORO DE HOMBRES

Venid, moradores de Lidia, venid,
venid, que hoy de marzo la luna se cumple,
en que partidos el día y la noche,
iguala Diana las sombras y luces.
Venid, y trayendo de rosas y flores, 5
de fieras y aves los dones comunes,
las unas sus rizos coronen guirnaldas,
las otras sus aras adornen perfumes.

TODOS

Venid, que hoy de marzo la luna se cumple.

ERÓSTRATO

Pues ya el día amaneció 10
en que estos montes saluden
de Diana el templo, a cuyo
fin tantas gentes concurren.
Bien entre ellos mi rencor
disfrazado me introduce, 15
haciendo que este villano
traje encubra y disimule,
persona y intento, pues
como entre todos me oculte,
verán Venus, Amor y Aura 20
que si hay quien su pompa injurie,
hay quien sus agravios vengue;
y así, con todos procure
mezclarme, diciendo, a fin
de que mi error ejecute. 25
Venid, y tejiendo con blancos azares
los rojos claveles, violetas azules,
las unas, sus rizos coronen guirnaldas,
las otras, sus aras adornen perfumes.

TODOS

Venid, que hoy de marzo la luna se cumple, 30
en que partidos el día y la noche

iguala Diana las sombras y luces.

(Vanse todos, y quedan CÉFALO **y** CLARÍN**.)**

CÉFALO Sigue, Clarín, esa tropa.

CLARÍN El juicio que nunca tuve,
tus cosas quitarme intentan. 35

CÉFALO ¿Pues qué hay hoy que en ellas culpes?

CLARÍN Noble en Tinacria naciste,
y como nunca se unen
de la fortuna y la sangre
las vanas solicitudes, 40
cansando al mundo vivías,

-272-
por lo mal que en él se sufren
sobre escaseces de pobre
las vanidades de ilustre.
Quiso Dios y tu ventura, 45
que en este estado te acude
la herencia de un tío, que en Lidia
mataron sus senectudes,
con cuyas nuevas alegre,
por estar puesto en costumbre 50
que se regocije el vivo
de lo que el muerto se pudre,
a tomar la posesión
venías, cuando en la cumbre
de aquese monte los cielos 55
quisieron que el eco escuches
de una desmayada voz,
y que de oírla resulte
que una ninfa pague en sangre
lo que otra en aire consume. 60
Volvimos, porque no sea
la relación pesadumbre,

a buscar nuestros caballos,
que por esos cerros huyen,
cuando otra vez nos llamó, 65
sin saber para qué use
de voces contigo Amor,
pues en lo tierno y lo dolo
de tu condición, no dudó
cuanto es diligencia inútil, 70
quien siempre tuvo buen pleito,
ver que a voces le reduce.
Segunda vez a esta ninfa
viste, y en vez de que busques
los caballos y te vayas 75
donde acomodado triunfes,
veo que en una alquería
te albergas, y en ella el lustre
de tu esplendor, disfrazado
en tosco sayal encubres. 80
¿Qué es esto, señor?

CÉFALO

Clarín,
es un destino que induce,
es un hado que domina
y es una estrella que influyes.
En busca de los caballos, 85
para que seguir procure
mi viaje, llegué a ese
pobre albergue, donde supe
que la luna, en que a Diana
la rústica muchedumbre 90
destas comarcas celebra,
en este día se cumple,
y que en su solemnidad
eran a todos comunes
los umbrales de su templo, 95
para que todos tributen
a sus ninfas las ofrendas,
que en tibia trémula lumbre
sacrifican para que,
cuando sus aras ahúmen, 100
suban al cielo en pavesas,

cuyas condensadas nubes,
como Elcino dice, la hacen
deidad de sombras y luces;
y siendo así, que por pocos 105
días, más o menos, pude
de tanta celebridad
lograr el día, no acuses
quedarme en aqueste traje
en que mis dichas dispuse, 110
pues, si la verdad te digo,
bien que tú te la presumes,
no solo curiosidad
me mueve, pues no es bien dudes
que con aquesta ocasión 115
logren mis solicitudes
el volver a ver aquella
que, con divinas vislumbres,
luciendo a par de Diana,
a par de los cielos luce. 120
Y así, ven tras esa tropa,
que ya del templo descubre
del dorado chapitel

-273-
almenas y balaústres.
Mas no vengas sin ofrenda; 125
de esas bellas flores pule
siquiera algún ramillete,
y tras mí con todos sube,
pues yo, para disfrazar
el alto intento que truje, 130
iré diciendo con todos
para que su aplauso ayude:
«Venid», y mezclando de fieras y aves
matices que halaguen, lisonjas que adulen,
las unas sus rizos coronen guirnaldas, 135
las otras sus aras adornen perfumes.
(Vase CÉFALO**.)**

CORO 2.º Venid, que hoy de marzo la luna se cumple.

CLARÍN Ya que habiendo de seguir

la tropa, es fuerza procure
llevar ofrenda de aquesta 140
huerta, algunas frutas hurte.

(Sale RÚSTICO **con máscara de lebrel, y collar y pieles.)**

RÚSTICO (**[Aparte]**
¿Si se habrán cansado ya
todos del pasado embuste
de hacerme creer que soy
monstruo? En aqueste lo apure.) 145
¡Ha, pastor!

CLARÍN ¡Ay infelice!
¡Qué perro tan fiero acude
a guardarlas!

RÚSTICO ¡Ha, pastor!

CLARÍN No, señor mastín, aguce
contra mí las presas, que 150
no he tocado una legumbre
tan sola en toda su huerta.

RÚSTICO ¡Oye, aguarda!, ¿de quién huyes?

CLARÍN ¡Ay, cómo ladra rabioso!

RÚSTICO No ya el cordelejo dure. 155
Basta, pastor, y di quién
a aquesta burla te induce.

CLARÍN Fiestas hace y no me muerde,
y si es que el discurso arguye
que a una deidad cazadora 160
un perro es don de gran fuste,
se le he de llevar. ¡Tus, tus,
Cito!

RÚSTICO Por más que me atufe,
nada enmiendo; y pues no hay
perro que con amo ayune, 165

dejarme llevar de aqueste
quiero.

CLARÍN — Tus, tus. ¿Cuál acude?
¡Y luego dirán que no hay
a perros viejos tus tuses!
Traílla he de hacer de la honda. 170
Ir conmigo no rehúses.

RÚSTICO — No haré, si a comer me llevas.

CLARÍN — Con todos ahora pronuncie:
Venid, moradores, etc.

(Vanse.)

(Descúbrese el templo; salen por una puerta los hombres y por otra las mujeres, DIANA **está en el trono, y sale** ERÓSTRATO**,** CÉFALO**,** CLARÍN **y** RÚSTICO**.)**

TODOS — Venid, moradores de Lidia, venid, 175
venid, que hoy de marzo la luna se cumple,
en que partidos el día y la noche,
iguala Diana las sombras y luces.

CORO 1.º — Venid, y trayendo de rosas y flores,
de fieras y aves los dones comunes, 180
las unas sus rizos coronen guirnaldas,
las otras sus aras adornen perfumes.

TODOS — Venid, que hoy de marzo la luna se cumple.

-274-

DIANA — Rústicos moradores
destos campos de Lidia, 185
para que más la envidia
de vuestros sacros loores
ofenda a la deidad de los amores
(pues para mí no ha habido

ni dádiva ni ofrenda, 190
sino la que pretenda
publicar que este ha sido
contra el amor empleo del olvido),
id vuestros altos dones
dando a mis ninfas bellas, 195
y alternando con ellas
las músicas canciones,
decid para blasón de mis blasones...

CORO 1.º

Pues la vitoria mayor
vencerse a sí mismo ha sido, 200
muera el amor y viva el olvido,
viva el olvido y muera el amor.

ERÓSTRATO

(**[Aparte.]**
Mi soberbia el primero
a la ofrenda me lleva.
La voz el labio mueva, 205
no el corazón, si espero
lograr postrado lo que altivo muero.)

(Llega a una NINFA **con el arco y flecha.)**

Si el arco de Amor, ¡oh, bella
deidad!, el mayor trofeo
para Venus es, bien creo 210
que este vengue a Diana bella,
pues su estrella
verá que a esta media luna
no hay ninguna
fiera que no sea inferior, 215
y más cuando su esplendor
diga, de su flecha herido:
¡Muera el amor y viva el olvido!
¡Viva el olvido y muera el amor!

(Llega CÉFALO **a** POCRIS**, con un ramillete o guirnalda.)**

CÉFALO Cobarde a hablarla llego. 220
¿Cómo podré, divino
amor, si a tu destino
los influjos no niego,
de yelo hablar y padecer fuego?

POCRIS ¡Cielos!, ¿qué es lo que miro? 225
¿No es este el estranjero?

CÉFALO Turbado, al verla muero.

POCRIS Muerta, al verla respiro.

CÉFALO (**[Aparte.]**
¡Oh, si hablara sin voces el suspiro!)
Azucena y rosa ves 230
en iris, cuya belleza
símbolo es de la pureza
y sangre de Venus es,
y así, a tus pies,
rosa y azucena, infiero 235
lisonjero
don, pues una es del candor
imagen y otra el verdor
dice, en púrpura teñido:
¡Muera el amor y viva el olvido! 240

TODOS ¡Viva el olvido y muera el amor!

POCRIS De azucena y rosa fuera
acepto el don que me das,
si la blancura no más
sin la púrpura viniera. 245

CÉFALO Mal pudiera,
si la vi en sangre teñida.

POCRIS ¡Ay de mi vida,
si se acuerda del dolor!

CÉFALO ¡Y ay de la mía!, al rigor 250
de haber de decir rendido:
¡Muera el amor y viva el olvido!

TODOS ¡Viva el olvido y muera amor!

CLARÍN Estrafalaria beldad,
que ni turba ni embraza. 255
Este lebrel para caza,

-275-
en nombre mío tomad.

RÚSTICO ¡Qué maldad!
¿Yo lebrel de mi mujer?

FLORETA Agradecer 260
debo el don por el mejor.

CLARÍN Es famoso cazador.

RÚSTICO ¿De qué lo habéis vós sabido?

CLARÍN ¡Muera el amor y viva el olvido!

TODOS ¡Viva el olvido y muera el amor! 265

CORO 2.º Todos de nuestro ejercicio
las primicias dedicamos.

CORO 1.º Y todas las acetamos
de Diana en sacrificio.

DIANA Yo, propicio 270
a vuestro justo desvelo,
culto y celo,
os ofrezco mi favor,
que no es el oro el valor,
sino el haber repetido: 275

(Dentro AURA**.)**

AURA ¡Viva el amor y muera el olvido!
¡Muera el olvido y viva el amor!

DIANA Esperad, que nueva voz,
sacrílegamente infiel,

en los coros de Diana 280
cláusula de Venus es.

TODOS A nadie vemos, y solo
sentimos, al parecer,
un viento que blando inspira.

DIANA Pues te oyen y no te ven, 285
¿quién eres? ¡Oh, tú del aire
veloz vaticinio!

(Vase AURA **en el aire, en un carro tirado de dos camaleones, y cantando baja al tablado, atravesándole por delante de todos, y vuelve a subir por la otra parte, con el último verso.)**

AURA ¿Quién,
perturbando en tus aplausos
la ingratitud de tu fee,
sin que la impidas la entrada, 290
penetrar puede y romper
las claraboyas al templo,
y las cercas al vergel,
entre amor y olvido,
publicando que 295
no enmienda al amar
el aborrecer?
No, pues, de ingrata blasones,
que bien puede una mujer
mantenerse en ser constante, 300
sin pasar a ser crüel,
y es darle tiempo al estremo,
querer no haya medio, pues
entre el favor de su agrado
y el odio de su desdén, 305
puede partirse el camino,
a cuya causa hay quien fiel,
penetrando tus umbrales,
repita una y otra vez
que contra el olvido 310

amor viva, pues
no enmienda al amar
el aborrecer.
(Vase.)

DIANA

Traición en el templo hay
de algún amante, por quien 315
quiere Júpiter que el viento
estas noticias me dé.

ERÓSTRATO

¡Ay de mí, si me conoce!,
pues en llegando a saber
el intento con que vine, 320
¿qué disculpa he de tener?

CÉFALO

¡Ay de mí, si en mí repara!,
pues es fuerza conocer
que la intención que me trajo,
afecto del amor fue. 325

CLARÍN

¡Ay de mí, si ve que quiero
a esta maldita mujer!

RÚSTICO

¡Ay de mí, si se le antoja,
que el perro que rabia es!

-276-

DIANA

A todos miro, y en nadie 330
el alma penetro. ¿Qué
poder soberano hay
que se oponga a mi poder?
¿Yo de Júpiter segunda
hija no soy? ¿No soy quien 335
en mayorazgos de luz
parte al sol el rosicler?
¿No soy la que con tres rostros,
siendo mis imperios tres,
Diana en la verde selva, 340
luna en el azul dosel
y Proserpina en el negro
centro, los mortales ven
tal vez presidir opuesta,
y favorable tal vez? 345
Y dejando la deidad

aparte, ¿no soy la que
de los montes de la Luna
predomina la altivez,
cuyas venenosas plantas, 350
inficionadas, hacer
prodigios se miran, cuantos
al hombre mudan el ser?
Pues madre de horror y miedo,
les trueco el semblante, bien 355
empañándole a él la faz,
como a todo el día la tez.
¿Pues cómo, oh deidad, oh maga[2],
no alcanzo, ¡ay de mí!, a saber
quién me ofende, quién me injuria, 360
ni quién me ultraja, ni quién
la luz de mi penetrar,
la fuerza de mi entender
impide? Mas, ¡ay de mí!,
vuelvo a decir otra vez, 365
que si contra iras de amor
hizo bando mi esquivez,
¿qué mucho, cielos, qué mucho
que todos contra mí estén
banderizados los dioses, 370
pues perturbada la ley,
cuando de mí recusados,
están sobornados dél?
Mal hubiesen una lluvia
de oro, una adúltera red, 375
y en los caistros de un cisne,
los verdores de un laurel.
Esos profanados dones
dejad, arrojad, romped,
que con sospechas de alguno, 380
ninguno he de agradecer.
Salid, pues, salid, villanos,
del templo, y todas después
cerrad sus puertas, que más
no se han de abrir, hasta que 385
deste oprobio, este baldón
el fin sepa, y ay de aquel

por quien el aire me avisa,
tras cuyos ecos iré;
pues aunque todos los dioses 390
favor a algún traidor den
contra mí, no contra mí
han de mantenerle, al ver
que penetrando el supremo
solio, subo a proponer 395
a Júpiter mi querella,
aunque recele, y aunque
tema que de su delito,
siendo reo, le haga juez,
que en Júpiter aun no es fácil 400
obrar mal y juzgar bien,
y más cuando voy
a alegar contra él,
que enmienda al amar
el aborrecer. 405

POCRIS

Sube al sacro solio, sube,
sube al supremo dosel,
y pues a todas nos toca,
de parte de todas ve.

TODAS

Y sepa que va 410
a alegar contra él,

-277-

que enmienda al amar
el aborrecer.

(Huyen todos y desaparécese DIANA**.)**

CORO 2.º

Huyamos todos.

RÚSTICO

Huyamos.

CLARÍN

Eso no, señor lebrel, 415
que pues no vuelven los dones,
ha de ir conmigo usted.

(Vase RÚSTICO**, y** CLARÍN**.)**

ERÓSTRATO Aunque su enojo me dio
qué dudar y qué temer,
perdido en su ausencia el miedo, 420
detrás de aqueste cancel
me he de quedar escondido,
que no tengo de perder
la ocasión de mi venganza,
por si no la hallo otra vez. 425
(Vase.)

CORO Pues hemos quedado solas,
el templo a cerrar volved.
No en ausencia de Diana
esté abierto.

(Vanse las NINFAS**.)**

POCRIS Decís bien.

CÉFALO No dicen, si no le cierran 430
al aire, que dijo...

POCRIS ¿Qué?

CÉFALO Que puede una ser constante,
sin pasar a ser crüel.

POCRIS ¿Qué importa eso?

CÉFALO Mucho.

POCRIS ¿Por qué? Di.

CÉFALO Porque 435
no enmienda al amar
el aborrecer.

POCRIS Sí, mas vós, ¿cómo aquí solo
os quedáis?

CÉFALO Como no sé
la senda que me desvía 440
de vós.

POCRIS ¿Aquesa no es?

CÉFALO Sí debe de ser.

POCRIS Pues ¿cómo
viéndola no la sabéis?

CÉFALO ¿Quién quita verla los ojos
y no acertarla los pies? 445

POCRIS Por eso os la enseño yo.
Idos, forastero; ved
que el templo se ha de cerrar
y que empieza a anochecer.

CÉFALO Sí haré, pero permitidme 450
que estrañe que, al tiempo que
vós me mandáis que me vaya,
que me quede me mandéis.

POCRIS ¿Yo, que os quedéis? ¿Cuándo?

CÉFALO Cuando
decís que me vaya.

POCRIS Pues 455
el advertiros que os vais,
¿es deciros que os quedéis?

CÉFALO Sí, que el oír es criado
tan mal mandado del ver,
que todo lo que le dicen 460
siempre lo entiende al revés.
Y así, entre veros y oíros,
perdonad si descortés
abandona el corazón
lo que oye por lo que ve. 465

POCRIS Perdonadme vós a mí,

que no me atrevo a entender
plática que a mis oídos
llega la primera vez.

CÉFALO ¿No visteis estrellas?

POCRIS Sí. 470

CÉFALO ¿No visteis flores?

POCRIS También.

CÉFALO ¿No oísteis aves?

POCRIS Sí oí.

CÉFALO ¿Cristales no escuchasteis?

POCRIS Sí escuché;
mas con la plática, estrellas o flores,
cristales o aves, ¿qué tienen que ver? 475

CÉFALO Preguntádselo al ardor
de aquella primera estrella;
veréis que en blando rumor
del aire que inspira, responde por ella...

-278-

(Atraviesa AURA **en un carro por el tablado.)**

AURA ¿Qué estrella no influye afectos de amor? 480

CÉFALO Al verde botón que esconde
de aquella flor el matiz
lo preguntad; veréis dónde,
dudando si nace, el aire responde...

AURA ¿Qué flor no es de amor un concepto feliz? 485

CÉFALO Al tierno dulce clamor
lo preguntad de aquel ave;
veréis como a su dolor
el aire responde, diciendo suave...

AURA ¿Qué cláusula no es un gemido de amor? 490

CÉFALO Preguntádselo al sonido
de aquese cristal, que herido
baja del monte al vergel;
veréis que responde el aire por él...

AURA Aquí esta el amor, pues aquí se hace el ruido. 495

POCRIS ¿Qué importa que ame la bella
luz, ni que amen, ¡ay de mí!,
matiz, rumor, y querella,
si nunca han de ser ejemplar para mí
el ave, el cristal, ni la flor, ni la estrella? 500
Idos, pues, que siento ruido.

CÉFALO Yo, ¡ay infelice!, me iré,
mas con una condición.

POCRIS ¿Que os adivino cuál es?

CÉFALO No haréis mucho, que es muy fácil. 505

POCRIS Pues decidla.

CÉFALO No diré
hasta que vós la digáis,
por ver si el alma me veis.

POCRIS Esto es querer cortesano
decir que es ella después. 510

CÉFALO Pues digámoslo a la par.

POCRIS Es que advirtáis...

CÉFALO Es que notéis...

POCRIS Que siendo constante...

CÉFALO Y no siendo cruel... 515

LOS DOS No enmienda al amar
el aborrecer.

POCRIS Es verdad.

CÉFALO Verdad es.

POCRIS Que todo mi mal...

CÉFALO Que todo mi bien... 520

POCRIS Está en que entendáis...

CÉFALO Está en que penséis...

LOS DOS Que siendo constante
y no siendo cruel,
no enmienda al amar 525
el aborrecer.

(Vanse.)

(Sale FLORETA**.)**

FLORETA El templo cierran, y yo,
como no soy ninfa dél,
fuera he quedado, y no acaso,
si para discurrir es, 530
¿qué se habrá Rústico hecho,
que día de tal placer
no ha parecido? Hacia dónde
vaya a buscarle no sé.

(Salen CLARÍN **y** RÚSTICO**.)**

CLARÍN ¿Por dónde mi amo echaría? 535
Conmigo a buscarle ven.
¡Cito, to, pues ya tu amo
soy!

RÚSTICO Y se le echa de ver

que es amo, pues solo cuida
del mandar y no el comer. 540
Mas sígole, porque otro
en otra tema no dé.

CLARÍN Mas, ¡qué miro!

FLORETA Mas, ¡qué veo!

CLARÍN ¿No es aquella...?

FLORETA ¿No es aquel...?

CLARÍN ¿La ninfa de mala mano? 545

FLORETA ¿El lacayuelo de a pie?

CLARÍN Dígame uced, reina mía,
si sabe por dónde fue

-279-
un amo que Dios me dio.

FLORETA Dígame si sabe usted 550
de un maridillo que a mí
me dio el diablo.

RÚSTICO Yo sé dél,
por señas de que a estas horas,
sin saber cómo o por qué,
me dice que está hecho un perro. 555

FLORETA Sal aquí.

(Vase RÚSTICO**.)**

CLARÍN No le peguéis,
que para los jabalíes
es una pieza de rey,
y pues maridos y amos
no son prendas de perder, 560
de nuestras cosas hablemos
y busquémoslos después,

y así, Floreta, sabrás
que él se ha quedado, por ver
a una ninfa de retorno; 565
yo me he quedado con él
tan solo por verte a ti.

FLORETA Y diga, amante novel,
¿cómo es eso de retorno?
¿Soy yo mula de alquiler? 570

CLARÍN Hazte tú de propriedad;
y si he hablado descortés,
enmiéndenlo.

FLORETA ¿Quién?

CLARÍN Los brazos...

FLORETA ¿Cómo?

CLARÍN Así.
(Abrázala.)

(Sale RÚSTICO**, con cabeza de jabalí.)**

RÚSTICO ¿Qué llego a ver?
No ha de pasar ante mí 575
de tal abrazo la fee.

LOS DOS ¿Qué es esto?

RÚSTICO El perro que rabia.

FLORETA ¡Qué jabalí tan crüel!

CLARÍN Jamás mayor puerco vi.

RÚSTICO Eso es por honrarme usted. 580
(**[Aparte.]**
Jabalí me han hecho. ¿Pero
de qué me quejo?, ¿de qué?,
si en no haberme hecho venado,
me han hecho mucha merced.

Mas vengarase en los dos 585
mi furia, empezando en él.)

CLARÍN ¡Ay, qué Adonis del trapillo!
¿Sin por qué, ni para qué
me da muerte un jabalí?

FLORETA Tu perro te ayude, pues 590
él, para los jabalíes,
es una pieza de rey.
(Vase.)

(Vase RÚSTICO**, y sale** CÉFALO**.)**

CLARÍN ¡Perro mío, de hoy acá
a darme la vida ven!

CÉFALO Clarín, ¿de qué das voces? 595

CLARÍN ¡Ay, es un puerco que me ha muerto a coces!

CÉFALO ¿Estás borracho o loco?

CLARÍN Lo uno no merecí, lo otro tampoco.

CÉFALO Cobra aliento y sentido.

CLARÍN ¿Coces a mí, que lacayuelo he sido? 600

CÉFALO ¿De qué nace ese yerro?

CLARÍN De que un perro me ha dado pan de perro,
pues huyendo se aleja
de un jabalí, y en su poder me deja.

CÉFALO ¿Quién?, que aquí no hay persona. 605

CLARÍN ¿Coces a mí, galán de una fregona?

CÉFALO Deja aquesas locuras.

CLARÍN Sí haré, en dejando tú tus aventuras,
con que en las selvas eres

-280-
amante de novela.

CÉFALO ¿Cómo quieres 610
que me ausente de aquella
que, imperioso destino de mi estrella,
no solamente el día
en estos montes, mas la noche fría,
cual ves, me tiene en calma, 615
rémora de la vida, imán del alma,
y con mortal despecho,
un Etna el corazón, volcán el pecho,
siempre que a verla llego
todo es decirme, ¡ay, triste!...

(Dentro TODOS**.)**

[TODOS] ¡Fuego, fuego! 620

CÉFALO Pero, ¿qué confusas voces
son estas que, de los vientos
adivinadas, las hurta,
antes de oírlas, el eco?

CLARÍN No sé, pero a aquella parte 625
se ve un pavoroso incendio
que de la noche desmiente
la obscuridad.

CÉFALO Hacia el templo
es de Diana.

CLARÍN Y aun él
el que se abrasa, pues dentro 630
es donde se oye el confuso
clamor decir...

(Dentro TODOS**.)**

[TODOS] ¡Fuego, fuego!

CÉFALO ¿Quién nos dirá lo que ha sido?

CLARÍN ¿Quién lo ha de decir más cierto
ni claro que el fuego mismo? 635

(Sale ERÓSTRATO**.)**

ERÓSTRATO Logrose mi atrevimiento;
la llama que de sus aras,
en sagrado culto ardiendo,
era su mayor aplauso,
será su mayor desprecio. 640

CÉFALO ¿Quién va? ¿Quién es?

ERÓSTRATO No lo sé,
que ese asombro, ese despecho,
esa desesperación,
ese escándalo, ese estruendo
me ha dejado tan sin mí 645
de mí, ¡ay de mí!, tan ajeno,
que de quien soy olvidado,
de lo que fui no me acuerdo.
Pero ese estrago lo diga,
cuando de su saña huyendo, 650
a los montes a ampararme
voy de mí contra mí mesmo.
¡Aura!, ya que de los aires
tienes el veloz imperio,
anima la llama tú, 655
que yo encendida la dejo.

(Vase, y sale AURA **en lo alto, sobre una salamandra.)**

AURA Sí haré, que si de amor y ira

partimos los dos estremos,
es bien que de ira y amor
partamos los elementos, 660
y pues el fuego te toca
que encendió tu atrevimiento,
y a mí el aire que le avive,
arda todo.

[GENTE] **(Dentro.)**
¡Fuego, fuego!

CÉFALO El templo es el que se abrasa, 665
que en humo y llamas envuelto
de más cerca se divisa.
Conmigo ven.

CLARÍN ¿A qué efecto?

CÉFALO De socorrer a quien pueda.

CLARÍN Ve tú, que eres caballero. 670
Que los socorros jamás

-281-

tocan a los lacayuelos.

CÉFALO Entra conmigo, cobarde.

CLARÍN Por sola una cosa quiero
entrar, y es por ver si hallo 675
quemadas cuantas hay dentro.

(Vanse los dos, y descúbrese la perspectiva del incendio, y AURA **volando sobre el fuego, y van pasando las ninfas, y se entran, como van diciendo los versos.)**

NINFA 1.ª Moradores destos riscos...

NINFA 2.ª Pastores destos desiertos...

NINFA 3.ª Cazadores destas selvas...

TODOS Acudid, acudid presto. 680

UNO — El gran templo de Diana,
abrasado Mongibelo,
arde en pavesas.

OTRO — Vesubio
su gran fábrica se ha vuelto.
¡Fuego!

VOZ 1.ª — ¡Que me abraso, fuego! 685

VOZ 2.ª — ¡Que me quemo!

UNOS — ¡Piedad, dioses!

AURA — Arda todo.

OTRO — ¡Piedad, cielos!

UNA — Al altar.

OTRO — Al chapitel.

OTRO — A la torre.

OTRO — Al claustro.

OTRO — Al templo.

AURA — Aunque más acudáis todos, 690
en vano será el intento,
si fénix de tanta hoguera,
yo con mis alas le enciendo.

(Salen CÉFALO **y** CLARÍN**.)**

CÉFALO — Entre las caducas ruinas
que ya el voraz elemento 695
unas de su centro arranca
y otras reduce a su centro,
he de arrojarme...

CLARÍN — Yo no.
(Vase.)

CÉFALO — Por si venturoso puedo,
aunque sobre mí se venga 700
toda su máquina al suelo,
socorrer alguna vida.

VOZ 1.ª — ¡Que me abraso! ¡Fuego!

VOZ 2.ª — ¡Que me muero! ¡Fuego!

VOZ 3.ª — ¡Que me quemo! ¡Fuego! 705

VOZ 4.ª — ¡Que me ahogo! ¡Fuego!

UNAS — ¡Piedad, dioses!

OTRAS — ¡Piedad, cielos!

AURA — A pesar de sus clamores,
¡arda todo!

TODOS — ¡Fuego, fuego!

(Sale POCRIS**, tropezando, y dice antes de salir:)**

POCRIS — ¡Ay, infelice de mí! 710

CÉFALO — Hacia allí se oyó el acento.
Si fuera el báratro, entrara
su abismo.

(Ahora sale POCRIS**.)**

POCRIS — ¡Válgame el cielo!
¿Cómo, donde todo es llama,
en solo sombras tropiezo? 715
¿De qué me sirven las luces,
si a ver, ¡ay de mí!, no acierto?

CÉFALO — No temas, pues, mariposa.
Yo por ti de amor no temo

la llama, por más que activa 720
quiera abrasarme.

POCRIS ¿Quién? Pero
ni el aliento, ni la voz,
la vida, ni el alma puedo
usar. ¿Qué mucho, si faltan
alma, vida, voz y aliento? 725
(Cae desmayada.)

CÉFALO En mis brazos ha caído;
¿pues qué aguardo?, ¿pues qué espero?
Y si solo en esta vida
logradas mis dichas llevo,
arda el templo de Diana. 730

(Vase, llevándola en los brazos.)

AURA Sí arderá; mas no por eso
Pocris dejará de arder,
pues va de uno en otro incendio,
donde su lamento diga,
cifrando esotros lamentos... 735

VOZ 1.ª **(Dentro.)**
¡Que me abraso! ¡Fuego!

VOZ 2.ª ¡Que me muero! ¡Fuego!

-282-

VOZ 3.ª ¡Que me quemo! ¡Fuego!

VOZ 4.ª ¡Que me ahogo! ¡Fuego!

TODOS ¡A la torre, al claustro, al templo! 740

AURA Arda todo.

TODOS ¡Piedad, dioses!

AURA Todo acabe.

TODOS ¡Piedad, cielos!

Jornada III

Estando puesto el teatro del bosque, que fue con el que se cubrió el incendio, sube el peñasco con cuatro personas, DIANA **en lugar eminente,** MEGERA **en un lado,** TESÍFONE **en otro, y** ALECTO **a los pies, vestidas de velillo negro, el de** DIANA **con estrellas de oro y el de las tres con algunas llamas de oro.**

DIANA

Ya que aqueste peñasco
en ya esmeralda bruta,
pedazo desasido
del venenoso monte de la Luna,
es mi trono, después
que ni pompa más suma,
ni dosel más excelso
ha de tener mi majestad augusta,
hasta que a su esplendor
el templo restituya,
que sacrílego fuego,
en pardas ruinas convirtió caducas.
Desde él, de mi venganza
las leyes distribuya,
que tribunal es digno
un risco a quien delitos brutos juzga.
Y pues, como a deidad
de la esfera nocturna,
vino a mi invocación
en alas el terror de las tres Furias;
supuesto que de Aura,
a quien Venus ayuda,
los dioses no me vengan
más que en verla volar golfos de pluma.
En Eróstrato el ceño
empiece, tú le busca
en los montes, adonde
le retiró el asombro de su culpa.
¡Oh, Megera inhumana,
fiera le obliga a que huya
de las gentes, sintiendo

ansias, fatigas, coleras y angustias.
Tú, Alecto, pues que Pocris
con Céfalo me injuria;
pues apóstata mía, 35
con él de amor en las delicias triunfa.
En su rendido pecho
harás que se introduzgan
de los celos el áspid,
que entre las flores del amor se oculta. 40
Tú, Tesífone, a él
los sentidos perturba,
para que mi venablo,
de quien ahora tan ufano usa,
le haga yo instrumento 45
de sus tragedias, cuya
lástima sea baldón
de deidad, que a ser llama nació espuma.
Y porque un vil castigo
no piensen que en mí dura, 50
a vista destos, cobre
Rústico la primera forma suya.

LAS TRES

Tú verás que, obedientes
a las órdenes tuyas,
hacemos que las tres 55
padezcan, penen, giman, lloren, sufran.

DIANA

Pues antes que del día,

-283-

que a mi pesar madruga,
del monte y del alcázar,
corone el chapitel, dore la punta, 60
cada una por su parte
a su ejercicio acuda.

MEGERA

Pues a los riscos, donde
a las gentes Eróstrato se hurta.

TESÍFONE

A los bosques, en que 65
Aura a Céfalo busca.

ALECTO

A los palacios, donde

Pocris de Amor la vanidad ilustra.

DIANA — A la sagrada esfera,
desde donde yo influya
rigores, que los tres...

TODAS — Padezcan, penen, giman, lloren, sufran.

ALECTO — Y pues soy la primera
que de Pocris va en busca,
desde esta parte haga
que el palacio en que habita se descubra.

(Divídese el peñasco en cuatro partes, desapareciéndose las cuatro, y descúbrese a este tiempo el salón regio, con los fondos de retretes y jardines, y salen CÉFALO **con el venablo y** POCRIS **deteniéndole, y** CLARÍN **y** FLORETA**.)**

POCRIS — Mi bien, mi señor, mi esposo, mi dueño,
supuesto que Amor supo usar contra mí
tal vez de la sangre, del fuego tal vez,
haciéndome a sangre y fuego la lid
(de aqueste venablo el presagio lo diga,
bien como de aquel incendio el ardid),
no ya que feliz dos acasos me hicieron,
permitas que me haga un cuidado infeliz.

CÉFALO — Pues mi esposa, mi cielo, mi gloria,
mi dueño, mi bien, ¡cuidado tú!

POCRIS — Sí.

CÉFALO — Adviérteme dél y verás cuán atento
procuro enmendarle.

POCRIS — Pues óyele.

CÉFALO — Di.

POCRIS — Del desmayo, del susto, del miedo,
a cuyo pavor el sentido perdí,
de un fuego a otro fuego escapando mi vida,
apenas cobrada en tus brazos me vi,

cuando deudora, ¡ay triste!, al amparo,
y aun más que al amparo deudora, ¡ay de mí!,
a la blanda querella del llanto, 95
si torpe en la voz, en los ojos sutil,
me dejé vencer de tu ruego,
siguiéndote donde estoy tan feliz
como en tu lustre publican las pompas

-284-
desde este palacio hasta ese jardín, 100
y más al cumplirme aquella palabra
que fue la disculpa con que me rendí,
pues sin ajar sumisiones de amante,
imperios de esposo, uno y otro te di.
Hasta aquí confieso la dicha, 105
pero prosiga el temor desde aquí,
pues cuando contigo me miro más vana
es cuando más triste me miro sin ti.
De la caza, el afán generoso
tanto estos días te lleva tras sí, 110
que, envidiosa del monte, trocara
el techo dorado al verde pensil.
Apenas el alba corona risueña
los riscos de rosa, clavel y jazmín,
cuando por ella me dejas, gustando 115
de verme llorar, por verla reír.
Del lecho mi amor apela a la mesa,
y apenas el sol transciende el cenit,
cuando en vez que esta alfombra te albergue,
te alberga el ardor de un pajizo país. 120
La tarde declina, y pasas la tarde
talando del bosque uno y otro confín,
y aun las noches, pues muchas me ferias
peñascos de enero a catres de abril.
Con que las cuatro edades del día 125
muriendo las vivo, pues son para mí
la aurora, la siesta, la tarde y la noche,
penar y temer, llorar y gemir.

CÉFALO

Hermosa Pocris mía,
vive tu fee, tu halago, tu belleza, 130

que desde el primer día
que mi amor al crisol de tu fineza
se examinó tan ciego,
que le sobró para acendrarse el fuego,
te adoro tan postrado, 135
tan fino, tan rendido y tan gozoso,
que sin haber sulcado
los golfos que hay desde galán a esposo,
con el amor primero
galante amo, que esposo te venero. 140

-285-

Lo mismo que me culpa,
me absuelve de tu queja, Pocris bella,
¿pues qué mayor disculpa
que haber, siguiendo el rumbo de mi estrella,
buscado mis desvelos, 145
diversión que no pueda darte celos?
Confieso que estos días
la caza más que otros me divierte;
y es que las ansias mías,
lograr en brutos triunfos veo de suerte, 150
que apenas hago tiro,
cuando no hay fiera que a mis pies no miro.
Si cansado me siento,
feliz a la fatiga el ocio iguala,
pues un templado viento 155
me consuela, me alivia, me regala
con delicias tan sumas,
moviendo suave las rizadas plumas.
Las aves le acompañan
con tan sonoras cláusulas veloces, 160
que mil veces me engañan,
si son, o no, de alguna deidad voces
que a grande fin me llaman,
según tal vez recrean, tal inflaman.
Virtud quizá divina 165
contiene este venablo de Diana,
y pues él me destina,
sin duda, a alguna empresa, en quien ufana
mi fama se corone,

hasta hallarla, tu queja me perdone; 170
que he de seguir el monte,
en quien hoy anda una ignorada fiera,
que horror deste horizonte,
escándalo es del monte y la ribera,
y he de ver si consigo 175
su trofeo. Clarín, vente conmigo.
(Vase.)

POCRIS Escucha, Clarín, primero
que a él le sigas.

CLARÍN ¿Qué me mandas?

POCRIS Saber de ti lo que dél
no deben saber mis ansias, 180
porque no es justo que en propria
mujer escrúpulos haya,
que aventuren su respeto
al ver mi desconfïanza.
Y si las disculpas suyas, 185

-286-
o bien ciertas o bien falsas,
bastan para mi decoro,
para mi temor no bastan.
Y así, tú me has de decir
qué vientos, qué aves, qué cazas 190
son estas, que días y noches
tanto a Céfalo le arrastran.

CLARÍN Yo, señora, soy crïado,
y si supiera la causa,
por decirla, la dijera. 195
Solo sé que en la campaña
se retira de nosotros
a la más inculta estancia
del monte, donde a sus solas
lo más de las siestas pasa 200
en las músicas suspenso
de unos pájaros que cantan
como con humana voz,
cuya dulce consonancia,

una vez que quise oírla, 205
no pude, porque una estraña
fiera atravesó la senda,
que es la que dijo que espanta
hoy el valle, y para mí
algún sátiro es, que anda 210
en busca de alguna ninfa,
pienso que su nombre es Laura,
porque a modo de bramido
oí que dijo en voz alta:
«¡Laura es mi pena, Laura es 215
la que me yela y me abrasa!»
¿Pero esto a ti qué te importa?,
y puesto que poco o nada,
adiós, que Céfalo espera.
(Vase.)

POCRIS Espera tú, infame, aguarda. 220

FLORETA ¿Por qué te enojas con él?

POCRIS ¡Ay Floreta!, que no alcanza
lo rústico de tu pecho
a lo sutil de mis ansias.
Mas ya que de una fortuna, 225
cómplices en la pasada
ruina del templo quedamos,
por vivas cenizas ambas,
siendo Céfalo y Clarín
los que nos libraron, haga 230
la necesidad virtud,
haciendo la confïanza
de ti, que no puedo de otra,
¡ay infelice!, de cuantas
de Céfalo en los palacios 235
me asisten y me acompañan.

FLORETA Bien puedes fïar de mí,
porque a mí, di qué me falta,
sino solo entendimiento,
para ser tu secretaria. 240

(Sale ALECTO **con mascarilla en la cara y pone a** POCRIS **la mano en los pechos.)**

ALECTO Ya es tiempo que de los celos
la parte esparciendo vaya,
que le ha tocado a mi furia.

FLORETA ¿Qué tienes, pues?

POCRIS Una ansia,
una pena, una congoja, 245
que a ser huéspeda del alma
entra, como que es eterna,
y sale como que es rabia;
en fin, es un no sé qué
que sobre mis miedos causan 250
aquestas noticias.

FLORETA ¿Cómo?

POCRIS Como si voy a apurarlas,
hallo...

(ALECTO **canta bajo, al oído, y ella repite con despecho lo mismo, de modo que para la música son dos, y para la representación no es más que uno, porque lo uno ha de ser repetición de lo otro.)**

ALECTO Que Céfalo ya
de sus finezas se cansa.

POCRIS Que Céfalo ya 255

-287-
de mis finezas se cansa.

ALECTO Pues por un monte te deja.

POCRIS Pues por un monte me deja.

ALECTO Que a sus solas se recata
en lo oculto dél. 260

POCRIS Que a sus solas se recata
en lo oculto dél.

ALECTO Adonde...

POCRIS Adonde...

ALECTO Blandos vientos le regalan...

POCRIS Blandos vientos le regalan... 265

ALECTO Tiernas voces le divierten...

POCRIS Tiernas voces le divierten...

ALECTO Dulces pájaros le cantan...

POCRIS Dulces pájaros le cantan...

ALECTO Cuando otro a una Laura busca. 270

POCRIS Cuando otro a una Laura busca.
¿Por cuánto pudiera? (¡Oh, vaga
fantasía del temor,
cuánto el discurso adelantas!)
¿Por cuánto, vuelvo a decir, 275
pudiera ser que el buscarla,
fuera celoso de que
con Céfalo...? La voz falta...
¿Pero qué mucho, qué mucho?
Que no hay decentes palabras, 280
si no hay decentes pasiones
que se atrevan a explicarlas.
Y puesto que es el decirlas
aun peor que imaginarlas,
ven conmigo, que he de ver 285
(si otro traje me disfraza,
y sin ser dél conocida,
sigo de embozo sus plantas)
qué aves, qué vientos, qué voces,
qué ilusiones, qué fantasmas, 290
qué delirios, qué quimeras
son estas que le arrebatan
tanto el sentido y, en fin,
quién es esta Laura.

ALECTO Aura.

POCRIS ¿Aura, no dijeron?

FLORETA Sí,
mas, ¿qué admiras? Mas, ¿qué estrañas
que el eco a ti te responda,
cuando tú la voz levantas?

POCRIS Dices bien; mas, ¡ay, que hace
sentido el eco a mis ansias!
No sin razón me estremece,
me asusta y me sobresalta;
y más si en Aura me acuerda
la prometida amenaza
de que Venus y Amor tomen
en mí de su error venganza,
a cuyo fin Aura es
la que a Céfalo le encanta
en el monte.

FLORETA No, señora,
caso del acaso hagas.
¿Aura ya no es aire?

POCRIS Sí,
pero sepa tu ignorancia
que si el aire diere celos,
celos aun del aire matan.
Sígueme, pues.

ALECTO ¡Ay de ti!

POCRIS ¡Ay de ti!

FLORETA ¡Ay de ti!

ALECTO Pocris, si a saber alcanzas...

LAS DOS Pocris, si a saber alcanzas...

(Toda la música.)

TODOS Que si el aire diere celos... 320

(Dentro, y las tres.)

TODOS Celos aun del aire matan.

(Vanse.)

(Sale ERÓSTRATO**, vestido de pieles, huyendo)**

ERÓSTRATO Que si el aire diere celos,
celos aun del aire matan.
Según lo que a mí me pasa,
amante del aire, pues 325
Aura es mi pena, Aura es
la que me yela y me abrasa,
conmigo debe de hablar,
sin duda, esta aleve voz,
que discurriendo veloz, 330
no hay intrincado lugar

-288-
que no me busque, ¡ay de mí!,
por más que el centro me esconde
de aquestos peñascos, donde
de la llama que encendí 335
me deslumbra el resplandor
tanto que aun mi misma sombra
me atemoriza y me asombra.
No me bastaba el terror
con que transcendiendo esferas 340
de unos a otros horizontes,

ciudadano de los montes,
compañero de las fieras,
voy de las gentes huyendo,
sino el terror, ¡ay de mí!, 345
de que me siga hasta aquí
esta armonía, diciendo
por ver si más se dilatan
mis sacrílegos recelos.

CORO — Que si el aire diere celos, 350
celos aun del aire matan.

ERÓSTRATO — ¿Quién duda, pues mal pudiera
en tanto mortal desdén
dar celos al aire quien
galán del aire no fuera, 355
que habla conmigo? ¡Oh, si más
se declarara! ¿Es a mí,
Eco, la amenaza?

(Sale MEGERA**, atravesando el tablado.)**

MEGERA — Sí.

ERÓSTRATO — ¿Cómo?

MEGERA — Presto lo sabrás.

ERÓSTRATO — Nuevas furias me arrebatan. 360

MEGERA — Viendo al seguir mis anhelos.

ELLA y MÚSICOS — Que si el aire diere celos,
celos aun del aire matan.
(Vase.)

ERÓSTRATO — Hacia allí la voz se oyó,
y aunque con nuevas injurias 365
de iras, ansias, rabias, furias,
ciego el eco me dejó;
seguirle tengo.[3]

(Sale RÚSTICO**.)**

RÚSTICO
En efeto,
no me atrevo a parecer
entre gentes, por no ser 370
animal más imperfeto
del que me han hecho hasta aquí,
y así a los montes me vengo.

(Anda ERÓSTRATO **a ciegas, y se abraza con** RÚSTICO**.)**

ERÓSTRATO
Pues en mis brazos te tengo,
sombra cuya voz seguí, 375
he de saber qué me quieres,
y lo que tu voz me dice.

RÚSTICO
¿Qué monstruo es, ¡ay infelice!,
el que me agarra?

ERÓSTRATO
¿Quién eres?

RÚSTICO
Imagine su mercé 380
en cuánta alimaña hay hoy
la que quiere, que esa soy,
esa he sido, esa seré,
sin más dilación, pues tales
son mis varios atributos, 385
que hecho pericón de brutos
y pendanga de animales,
del manjar que va a buscar
al punto le serviré;
pero no me coma, aunque 390
le dé a escoger el manjar.

ERÓSTRATO
¡Rústico!

RÚSTICO
Eso es bueno.

ERÓSTRATO Espera.

RÚSTICO ¿Rústico yo?

ERÓSTRATO ¿Qué hay que asombre?

RÚSTICO Ser para las fieras hombre
y para los hombres fiera. 395

ERÓSTRATO ¿Qué quieres decir? Detente.

RÚSTICO Que ninguno hay que me vea
que alimaña no me crea,
no quitando lo presente,
sino su mercé.

ERÓSTRATO ¿Que aún no 400
me has conocido?

RÚSTICO En quien es
a caer no me atrevo.

ERÓSTRATO ¿Pues

-289-
no soy Eróstrato yo?

RÚSTICO Agora lo conocí,
y ya no me admira el traje, 405
que no es mucho ver salvaje
al que enamorado vi.
Mas dime qué es lo que pasa.

ERÓSTRATO Desde que Aura el aura es
de Venus, es mi ansia, pues 410
Aura me yela y me abrasa.
Dime tú si acaso oíste
una voz y dónde fue.

RÚSTICO Ni yo la oí, ni lo sé.

ERÓSTRATO Pues yo he de seguirla, ¡ay triste!, 415
hasta ver en qué rematan,
publicando sus desvelos,
(Él y la música.)
que si el aire diere celos,

celos aun del aire matan.
(Vase.)

RÚSTICO
Vaya norabuena,
que yo, habiendo visto
gente a aquella parte,
aunque le haya oído
llamarme mi nombre,
pretendo escondido
que quien son no vuelvan
al primer delirio.

(Escóndese RÚSTICO**, y salen** CÉFALO **y** CLARÍN**.)**

CÉFALO
Aquí, Clarín, queda,
pues al verde sitio
desde inculto seno
no has de entrar conmigo.

CLARÍN
¿Posible es que encubras
que hay aquí escondido
de mí, conociendo
cuán leal te sirvo?

CÉFALO
Porque no presumas
que de ti no fío
lo que a Pocris callo,
verás que lo digo.
Aquella beldad
a quien todos vimos
convertida en aire,
conservando el mismo
nombre de Aura, es quien
en el cristalino
imperio de Venus
hoy goza el dominio.
Esta, agradecida
a cuando mi brío
intentó librarla

en aquel peligro;
viéndome una siesta
del ardiente estío
postrado al cansancio,
partió con los rizos, 455
ya que no a cendales,
el fuego a suspiros,
mullidos a fuer
de rosas los riscos,
vi lechos, en quien 460
fue el sueño mi alivio,
en que o mal despierto,
o no bien dormido,
en humana voz
su deidad me dijo... 465

(Canta AURA **dentro.)**

AURA

Siempre que ansioso el afán
de la caza te fatigue,
llama a Aura que le mitigue,
a cuyas voces verán
tus congojas cuánto están 470
en tu favor los favores
de aquella que hoy entre albores
poner puede, de su mano
en los hombros del verano,
el imperio de las flores. 475

CÉFALO

Aun ahora parece
que suena en mi oído,
y pues de su agrado
paso divertido
las treguas que da 480

-290-

el noble ejercicio,
logrando dichoso

sin que yerre tiro
los altos trofeos
de aqueste divino 485
arpón de Diana;
¿qué mucho que altivo
busque aquella fiera
que tantos han visto,
y yo nunca encuentro; 490
y más cuando miro
que en esto no agravio
el tierno cariño
con que a Pocris bella
adoro y estimo? 495
Y así, pues no es
la caza desvío,
bien ambos empleos
lograr solicito
de monte y regazo, 500
siendo a un tiempo mismo
Pocris por quien muero,
Aura por quien vivo.

(Vase CÉFALO**, y sale** POCRIS **de villana, y** FLORETA**, oyéndole.)**

POCRIS «¿Pocris por quien muero,
Aura por quien vivo?» 505
¡Oh, nunca Floreta
le hubiera seguido
hasta donde haciendo
cancel de ese risco,
llegara a ocasión 510
en que hubiera oído:
«¿Pocris por quien muero,
Aura por quien vivo?»
¡Espera, amante traidor!,
mira que es mucho rigor, 515
doblándome los recelos,
que tú me mates de celos,

y yo me muera de amor.
Si mi vida te estorbó,
no tú quitármela trates, 520
que yo lo haré, pues que no
es menester que me mates,
para que me muera yo.
Déjame con los consuelos
de que yo te hice el favor; 525
pues no me deja el dolor
que tú me mates de celos,
si yo me muero de amor.
Mas ¿qué es lo que hago?
Mas ¿qué es lo que digo? 530
Las lágrimas cesen,
cesen los suspiros;
y ya hecho el empeño,
beber solicito
la ponzoña al vaso, 535
y al aire el hechizo.
Y así, tú, Floreta,
porque menos ruido
haga una en su acecho,
en aqueste sitio 540
te queda, entre tanto
que sola le sigo,
hasta que mis penas
vean si averiguo
qué Aura es aquesta, 545
por quien él ha dicho:
«Pocris por quien muero,
Aura por quien vivo.»
Que aunque cobarde el temor,
flores pise y sienta celos, 550
nada aventuro, en rigor,
en que él me mate de celos,
si yo me muero de amor.
(Vase.)
(Quédanse FLORETA**,** CLARÍN**, y** RÚSTICO**.)**

CLARÍN Dos zagalas venían,
y a la espesura, 555

como apuesta se ha entrado
de dos la una.

FLORETA

Yo y Clarín bien mostramos
que los sirvientes,

-291-

como malas espadas 560
se vuelven siempre.

RÚSTICO

Ya no hay ruido, yo salgo;
pero no es tiempo,
que el azar estos días
está al encuentro. 565

CLARÍN

Pues usted, reina, espera
cuando yo espero,
hagamos la esperanza
divertimiento.

FLORETA

¿Quién será tan grosero, 570
tan vano, que haga
su divertimiento
de su esperanza?

RÚSTICO

Si es discreto y requiebra,
tendré buen rato; 575
y mejor, si requiebra
y es mentecato.

CLARÍN

Primoritos fueran
en gente baja,
guarnecer alcorcones 580
con filigrana;
y así, solo a mi modo
decirla intento...

FLORETA

¿Qué?

CLARÍN

Que nos querramos
por pasatiempo. 585

FLORETA

Si Floreta lo oyera,
saltara ahora.

CLARÍN De Floretas se hacen
las cabriolas.
Pero tú, ¿de qué sabes 590
que yo la quiero?

RÚSTICO De saber lo que había
de no saberlo.

FLORETA Ella me lo ha dicho.

CLARÍN ¡Ve aquí, señores, 595
como su remedio
pierden los hombres!
Andarase alabando,
porque de balde,
ninfa del baratillo, 600
la amé una tarde.

FLORETA Pues infame, picaño,
loco, atrevido,
¿es esta cara, cara
del baratillo? 605
(Descúbrese FLORETA**.)**

CLARÍN Conocido te había.
¡Tente, Floreta!

RÚSTICO (**[Aparte.]**
Ya eso es viejo. Por Baco,
que ella es por ella;
y animal más o menos, 610
hacerles tengo
que me tiemblen.) ¡Ya basta!

FLORETA ¿Qué es lo que veo,
mi marido no es este?

CLARÍN Villano, aparta. 615

RÚSTICO ¡Oiga!, ¿qué hacen ustedes,
que no se espantan?

CLARÍN ¿Pues por qué ha de espantarme
ver un villano?

FLORETA ¿Ni a mí, cuando te busco, 620

ver que te hallo?

RÚSTICO ¿Luego yo soy yo mismo?

FLORETA ¿De qué lo dudas?

RÚSTICO Qué animal soy sepamos;
baste la burla. 625
Denme el nombre y huyan,
que es gran contento
el ver al enemigo
cuando va huyendo.

FLORETA ¿Qué locura es aquesta, 630
Rústico mío?

CLARÍN Diga el tonto...

RÚSTICO Ahora veo
que soy yo mismo.

CLARÍN ¿Qué es lo que aquí quiere?

RÚSTICO Que me conozca 635
por el menor marido
desta señora.

FLORETA ¿Pues por qué, temblando,
decirlo estrañas?

RÚSTICO Por si león me hacías, 640

-292-
traigo cuartanas.

FLORETA ¿Qué torpeza es aquesta?

RÚSTICO Por si soy oso.

FLORETA ¿Pues por qué a mí me riñes?

RÚSTICO Ya estoy muy otro. 645

FLORETA ¿Cómo tan asqueroso
y tan sucio andas?

RÚSTICO Desde que fui tigre,
todo soy manchas.

FLORETA Dime: ¿qué te has hecho?, 650
¿dónde has estado?

RÚSTICO El señor te lo diga,
que vendió el galgo.

FLORETA No te entiendo, habla claro.

CLARÍN Yo de Floreta 655
sepa que siempre he sido...
(Dentro.)
Guarda la fiera.

RÚSTICO Pero de aquestas voces
la gritería,
pues por mí no lo dicen, 660
por mí lo digan.

FLORETA ¿Cómo por ti? Espera;
que aquestas voces
acosando una fiera
bajan del monte. 665

RÚSTICO Yo me entiendo.

CLARÍN A esta parte
viene furiosa.

FLORETA ¿Qué haces?

CLARÍN Huyo.

FLORETA ¿Pues quieres
dejarme sola?

RÚSTICO ¿Esa es cortesía? 670

CLARÍN Sí, que hasta hallarte,
solo tuve yo ausencias
y enfermedades.
(Vase.)

RÚSTICO Pues por mí no es justo;
yo me iré, vuelva, 675
que a usted enfermedades
falten y ausencias.
(Vase.)

FLORETA Oye, espera; ¿me dejas
sola en el riesgo?
¿Qué haré?

[GENTE] **(Dentro.)**
Guarda la fiera. 680

FLORETA ¡Lindo consejo!
Mas el ser liviana
no es ser ligera,
según voy tropezando.

[GENTE] **(Dentro.)**
Guarda la fiera. 685

(Sale CÉFALO**.)**

[CÉFALO] Pues por gozar tu favor
no voy tras aquellas voces
que, discurriendo veloces,
apellidan mi valor,
a templar el resplandor 690
del sol, el bello desdén.
Ven, Aura, ven.

(Sale a una parte POCRIS**, oyéndola.)**

POCRIS ¿Ven, Aura, ven, dijo? Sí,
ya el equívoco acabó...
Aura es a quien llamó. 695
No en vano dudé y temí
que Aura, vengada de mí,
quiera perturbar mi bien.

CÉFALO Ven, Aura, ven.
Ven, y en cromáticos tales 700
den alivio a mis congojas

los pasajes de las hojas,
las pausas de los cristales,
que sustenidos mis males,
haciendo pausas estén. 705
Ven, Aura, ven.

(AURA **en lo alto.)**

AURA ¿Ven, Aura, ven? Aunque oí
su voz, no respondo a ella,
que oyéndola Pocris bella,
sorda he de estar, porque así, 710
al ver que me llama a mí,
más penas sus penas den.

CÉFALO Ven, Aura, ven.
Ven, y con cláusulas sumas
muevan trinados primores 715
inquietos golfos de flores,
blandos embates de plumas.
Tus penachos las espumas
sean, y el ámbar también.
Ven, Aura, ven. 720

-293-

POCRIS «Ven, Aura, ven», una y mil
veces repite; y aunque
de celos muriendo esté,
hasta averiguar su vil
traición, ea, varonil 725
dolor, paciencia prevén.

CÉFALO
Ven, Aura, ven.
Ven, y porque la armonía
con que esta mansión desierta
oye que el día despierta, 730
oiga que se duerme el día;
una y otra fantasía
faltas con la aurora estén.
Ven, Aura, ven.

AURA
«Ven, Aura, ven», repitió, 735
mas sufra Pocris y pene.

POCRIS
¿Ven, Aura, ven, y no viene?
No soy a quien llama yo.

AURA
¿Quién el favor dilató?

POCRIS
¿A quién tardó el mal, a quién? 740

CÉFALO
Ven, Aura, ven.
Ven, y jurando en tu esfera
al mayo rosas y mieses
por rey de los doce meses,
por dios de la primavera, 745
diga el sol...

VOCES
Guarda la fiera.

LOS TRES
Ya, que no prosiga, es bien.
Ven, Aura, ven.

UNOS
(Dentro.)
De lo fragoso del monte
se favorece y ampara. 750

OTROS
En vano ha de ser su fuga.
Seguidle todos.

(Sale ERÓSTRATO**.)**

ERÓSTRATO
¡Qué ansia!
Aun hasta aquí, donde más

se tejen y se enmarañan
con lo arisco de las breñas 755
lo escabroso de las plantas,
siguiéndome vienen. ¡Cielos!,
si son iras de Diana,
bien podrán lograr castigos,
pero no tomar venganzas; 760
que cuando mi diligencia
o su centro no me valga,
me sabré desesperar
desde la peña más alta
al piélago más profundo, 765
muerto a manos de mi rabia,
antes que a las de su ira.

CÉFALO

Bruto horror destas montañas;
pues que de tantos el cielo
para mi triunfo te guarda. 770
Yo solo, deste sagrado
venablo blandida el asta,
en fee de su dueño, pude
conseguir empresa tanta.
Muere a su impulso.

ERÓSTRATO

Detente, 775
gallardo joven, no hagas
fiera haciendo a un hombre,
que envilecida la hazaña,
con humana sangre borre
tus aplausos.

CÉFALO

Si me daba 780
en lo horroroso, en lo fiero
del aspecto, antes del habla
por ver tu vista, tu voz
mas que a pavor se adelanta.

AURA

¿Quién creerá q[ue] siendo el dueño 785
de mi amor y mi venganza
Eróstrato, no sea él
quien mis favores arrastra,
sino Céfalo? Mas, ¿quién
no lo creerá, si repara 790

que el que está sin sí, no está
capaz de favores de Aura?

CÉFALO ¿Hombre humano eres?

ERÓSTRATO Sí.

(Sale TESÍFONE**.)**

TESÍFONE Ahora
lo que a mi furia se encarga,

-294-
es perturbar sus sentidos. 795

CÉFALO Mientes, mientes, y me engaña
o tu semblante o tu voz,
pues a tan poca distancia,
ni te percibo las señas,
ni te averiguo las ansias. 800
Y pues lo que me aseguras
desdice a lo que me espantas,
muere a este arpón, otra vez
digo.

ERÓSTRATO Si el ser no me salva
hombre, sálveme el ser fiera, 805
apelando a las entrañas
de los montes, tan sañuda,
tan ciega y desesperada,
que a más no poder, de aquella
alta roca despeñada 810
caiga al mar.
(Vase.)

AURA Lo más que puedo
es ofrecerte mis alas.

CÉFALO Mal huirás, si este de fresno
áspid, víbora de plata,
relámpago sin rumor 815

y rayo sin luz, te alcanza.

TESÍFONE **[Aparte.]**
Sí alcanzará; ¿pero a quién
le destina soberana
deidad, que de tus sentidos
privar el uso me manda? 820

POCRIS **[Aparte.]**
Porque tan horrible monstruo
no siga, al paso le salga.

CÉFALO De vista le perdí, pero
allí se mueven las ramas.
(Dispara el venablo hacia POCRIS**.)**

POCRIS ¡Ay, infelice de mí! 825

CÉFALO Logré la empresa más alta;
¿pero cuándo ha errado tiro
el venablo de Diana?

AURA Presto lo verás y pues,
cómplice de tu desgracia, 830
en el todo de ser tuya
a mí la parte me alcanza,
vuelta en lástima la ira,
muestre, intentando enmendarla,
que más allá de la muerte 835
no llegan nobles venganzas.

CÉFALO Agora, pues ya la fiera
cayó herida, a rematarla
de aqueste puñal el filo
acuda.

(Sale POCRIS **herida, cayendo.)**

POCRIS ¡El cielo me valga! 840

CÉFALO ¡Pero qué miro, ay de mí!
¿Qué transformación tan rara

es la que, hiriendo a la noche,
en púrpura tiñe el alba?
Si monstruo de hombre y de fiera 845
fue el que destas verdes ramas
se amparó, ¿cómo mujer,
la que con mortales bascas,
destiñendo los verdores
a estas brutas esmeraldas, 850
lechos que la admiten nieve,
la van convirtiendo en nácar?
¿Si ilusión, si devaneo,
si delirio, si fantasma
es de los ojos? ¡Mas ay!, 855
(Mírala al rostro.)
no es sino de toda el alma.
No sé si otra vez me atreva
a verla, por si otra guarda
aparentes señas, que
en tupidas sombras pardas 860
de la idea, como objeto
que en mí vive, me retrata
la imagen de... Pero a verla
me atrevo, y no a pronunciarla.

POCRIS

De Pocris, ¿qué te recelas, 865
qué dudas, ni qué recatas,
si en mi muerte, no el defecto
alteras, sino la causa;
pues no mudando la esencia
mi muerte, la circunstancia 870
muda solo en que tu acero

-295-

mate a quien tus celos matan.
Y así, mi esposo, mi dueño,
mi bien, mi señor, mi alma,
(y si no digo mi vida 875
es porque no digo nada)
no sientas, no, deste influjo
la constelación tirana;
pues es dicha, ya que muero,

morir a mejores armas. 880

CÉFALO

Pocris bella, Pocris mía,
dulce dueño, esposa amada,
que a fuerza de tu hermosura
debió de ser tu desgracia...
¿Tuya dije?, digo mía. 885
¿Tú celosa? ¿De quién?

POCRIS

De Aura,
a quien buscas, a quien sigues,
a quien quieres y a quien llamas.

CÉFALO

¿Aura no es aire?

POCRIS

Sí, ¿pero
qué enmienda (el aliento falta) 890
ser (el pecho se estremece)
Aura (el corazón se arranca)
aire (la voz titubea),
si (el espíritu desmaya)
en quien (la vida se rinde) 895
quiere (el ánimo se pasma),
como (la razón delira)
quiero, consecuencia es clara,
que si el aire diere celos,
celos aun del aire matan. 900

(Cae muerta en el peñasco de la apariencia.)

CÉFALO

Espiró la luz pura
del sol, sin espirar la de su esfera,
en cuya peña dura
la hermosura naciera,
si naciera sembrada la hermosura. 905
¿Cómo en el desconsuelo
de todos, más por vuestro que por mío,
del día el azul velo
deste cadáver frío
no hace en exequias que...? ¡Válgame el cielo! 910

(Cae desmayado, y dicen dentro las Furias y DIANA**.)**

TESÍFONE Deidad de nubes y estrellas...

ALECTO Diosa de selvas y bosques...

MEGERA Reina de sombras y abismos...

DIANA Aquesos son mis tres nombres.

(Salen las cuatro.)

Ya sé lo que me queréis; 915
y así, atended a mis voces.
¡Ninfas, que de aquella ruina
perdonaron los horrores!
¡Zagales destas montañas,
destas selvas moradores! 920

(Salen todas las NINFAS**, y** ZAGALES**,** CLARÍN **y** RÚSTICO**.)**

NINFAS ¿Qué nos mandas?

ZAGALES ¿Qué nos quieres?

RÚSTICO ¿Qué es lo que miro, señores?

CLARÍN Cumplido el refrán que dice:
«Quien escucha, su mal oye.»

DIANA Que de tres venganzas mías 925
supliquéis los tres blasones,
una y mil veces conmigo
diciendo en ecos acordes:
Viva la deidad...

TODOS Viva la deidad... 930

DIANA Que a los corazones...

TODOS Que a los corazones...

DIANA Que prende el amor...

TODOS Que prende el amor...

DIANA Los grillos les rompe... 935

TODOS Los grillos les rompe...

(Repiten, y aparécese AURA **en lo alto.)**

AURA ¡Suspended, suspended los acentos!,
¡los ecos parad!, ¡parad las canciones!,

-296-
que aunque son nobles también las venganzas,
tal vez blasonadas desdicen de nobles. 940
Y pues que, ninfa del aire,
puedo hacer que se transforme
la escena en nubes y estrellas
que me ilustren y me adornen,
sabed que a Céfalo atenta, 945
quise, ofendida de Pocris,
que ella me pagase en celos
lo que él me debió en favores.
Pero a lástima pasando
lo infeliz de sus amores, 950
solicito que sus yerros
el aura de amor los dore,
que aunque son nobles también las venganzas,
tal vez blasonadas desdicen de nobles.
Y así, Venus a mi ruego, 955
y a ruego de Venus Jove,
mandan que de fino amor
la tragedia se mejore
sin el horror de tragedia,
con que Pocris se coloque 960
sobre el orbe de la luna[4],
de los astros en el orbe,
y Céfalo, conservando
la cláusula de su nombre,
cuando por Céfalo aire, 965

nombre de Céfiro tome.
Estrella y aliento ambos,
ya en soplos, ya en resplandores,
como en prodigios de amor,
inspiren castos amores. 970
Subid, pues, restituidos
a mejor ser, donde dioses,
astros, planetas y signos,
sol, luna y estrellas noten
que, aunque son nobles también las venganzas, 975
tal vez blasonadas desdicen nobles.

(Van subiendo CÉFALO **y** POCRIS**, hasta juntarse con** AURA**, y suben todos tres.)**

CÉFALO Feliz yo, feliz, pues quiere
Júpiter que a verte torne.

POCRIS Feliz yo, Céfalo, pues
quiere Aura, que este bien logre. 980

AURA Subid conmigo los dos
al supremo solio, donde
a Júpiter deis las gracias,
diciendo en ecos veloces...

LAS TRES Que aunque son nobles también las venganzas, 985
tal vez blasonadas desdices de nobles.

DIANA Una vez vengada yo,
poco importa que blasones
de estrella y aire.

TODOS Con que
diremos todos conformes: 990
«Si celos del aire matan,
también del aire favores
dan vida», porque se vea
en Aura, en Céfalo y Pocris
que aunque son nobles tal vez las venganzas, 995
tal vez blasonadas desdicen de nobles.

FIN

Comedia Famosa del Purgatorio de S. Patricio

De D. Pedro Calderón de la Barca,
y representada por Andrés de la Vega

Personas que hablan en ella:

Egerio, rey de Irlanda.	*Leogario*.
Un Capitán.	*Polonia*.
Patricio.	*Lesbia*.
Ludovico.	*Philipo*.
Paulín, villano.	*Locía, villana*.
Un hombre embozado.	*Un Ángel bueno*.
Dos Canónigos Reglares.	*Un Ángel malo*.
Un viejo, de villano.	*Dos villanos*.

PRIMERA JORNADA

[CUADRO I]

Salen Egerio, rey de Irlanda, vestido de pieles; Leogario; un Capitán; Polonia y Lesbia, deteniéndole.

Rey. Dejadme dar la muerte.
Leogario. Señor, detente.
Capitán . Escucha.
Lesbia. Mira.
Polonia. Advierte.

Rey. Dejad que desde aquella
punta vecina al sol, que de una estrella
corona su tocado, 5
a las saladas ondas despeñado,
baje quien tantas penas se apercibe:
muera rabiando quien rabiando vive.

Lesbia. ¿Al mar furioso vienes?

Polonia. Durmiendo estabas; di, señor, ¿qué tienes? 10

Rey. Todo el tormento eterno
de las sedientas furias del infierno,
partos de aquella fiera
de siete cuellos que la cuarta esfera
empaña con su aliento. 15
En fin, todo su horror y su tormento
en mi pecho se encierra,
que yo mismo a mí mismo me hago guerra
cuando, en brazos del sueño,
vivo cadáver soy; porque él es dueño 20
de mi vida, de suerte
que vi un pálido amago de la muerte.

Polonia. ¿Qué soñaste, que tanto te provoca?

Rey. ¡Ay, hijas! Atended: que de la boca
de un hermoso mancebo 25
—aunque mísero esclavo, no me atrevo
a injuriarle, y le alabo—;
al fin, que de la boca de un esclavo
una llama salía,
que en dulces rayos mansamente ardía, 30
y a las dos os tocaba,
hasta que en vivo fuego os abrasaba.
Yo, en medio de las dos, aunque quería
su furia resistir, ni me ofendía,
ni me tocaba el fuego. 35
Con esto, pues, desesperado y ciego,
despierto de un abismo,
de un sueño, de un letargo, un parasismo,
tanto mis penas creo,
que me parece que la llama veo, 40
y, huyendo a cada paso,
ardéis vosotras, pero yo me abraso.

Lesbia. Fantasmas son ligeras
del sueño, que introduce estas quimeras

al alma y al sentido. 45

Tocan una trompeta.

Mas, ¿qué clarín es éste?

Capitán. Que han venido
a nuestro puerto naves.

Polonia. Dame licencia, gran señor, pues sabes
que un clarín, cuando suena,
es para mí la voz de la sirena; 50
porque a Marte inclinada,
del militar estruendo arrebatada,
su música me lleva
los sentidos tras sí; porque le deba
fama a mis hechos, cuando 55
llegue en ondas de fuego navegando
al sol mi nombre, y con veloces alas
allí compita a la deidad de Palas.
([*Ap*.] Aunque más parte debe a este cuidado,
el saber si es Filipo el que ha llegado.) *Vase*.60

Leogario. Sal, señor, a la orilla
del mar, que la cabeza crespa humilla
al monte, que le da, para más pena,
en prisión de cristal, cárcel de arena.

Capitán. Divierta tu cuidado 65
este monstruo nevado,
que en sus ondas dilata
a espejos de zafir, marcos de plata.

Rey. Nada podrá alegrarme.
Tanto pudo el dolor enajenarme 70
de mí, que ya sospecho
que es Etna el corazón, volcán el pecho.

Lesbia. Pues, ¿hay cosa a la vista más süave
que ver quebrando vidrios una nave,
siendo en su azul esfera, 75
del viento pez, y de las ondas ave,
cuando corre veloz, surca ligera,
y de dos elementos amparada,
vuela en las ondas y en los vientos nada?
Aunque agora no fuera 80

su vista a nuestros ojos lisonjera,
porque el mar alterado,
en piélagos de montes levantado,
riza la altiva frente,
y sañudo Neptuno, 85
parece que, importuno,
turbó la faz y sacudió el tridente.
Tormenta el marinero se presuma,
que se atreven al cielo
montes de sal, pirámides de yelo, 90
torres de nieve, alcázares de espuma.

Sale Polonia.

Polonia. ¡Gran desdicha!
Rey. Polonia,
¿qué es eso?
Polonia. Esa inconstante Babilonia,
que al cielo se levanta
—tanta es su furia y su violencia tanta— 95
con un furor sediento
—¿quién ha visto con sed tanto elemento?—
en sus entrañas bárbaras esconde
diversas gentes, donde
a consagrar se atreve 100
sepulcros de coral, tumbas de nieve
en bóvedas de plata;
porque el dios de los vientos los desata
de la prisión que asisten;
y ellos, sin ley y sin aviso, embisten 105
a ese bajel, cuyo clarín sonaba,
cisne que sus exequias se cantaba.
Yo, desde aquella cumbre,
que al sol se atreve a profanar la lumbre,
contenta le advertía, 110
por ver que era Filipo el que venía;
Filipo, que en los vientos, lisonjeras
tus armas, tremolaban sus banderas;
cuando su estrago admiro
y, cada voz envuelta en un suspiro, 115
desvanecí primero sus despojos,

efeto de mis labios y mis ojos,
porque dieron veloces
más agua y viento en lágrimas y voces.

Rey. Pues, dioses inmortales, 120
¿cómo probáis con amenazas tales
tanto mi sufrimiento?
¿Queréis que suba a derribar violento
ese alcázar azul, siendo segundo
Nembrot, en cuyos hombros 125
pueda escaparse el mundo,
sin que me caüse asombros
el ver rasgar los senos
con rayos, con relámpagos y truenos?

Dentro Patricio.

Patricio. ¡Ay de mí!
Leogario. Triste voz.
Rey. ¿Qué es eso?
Capitán. A nado 130
un hombre se ha escapado
de la crüel tormenta.
Lesbia. Y con sus brazos dar la vida intenta
a otro infelice, cuando
estaba con la muerte agonizando. 135
Polonia. Mísero peregrino,
a quien el hado trujo, y el destino,
a tan remota parte,
norte vocal, mi voz podrá guiarte
si me escuchas, pues por animarte hablo: 140
llegad.

Salen mojados Patricio y Ludovico, abrazados los dos, y caen saliendocada uno a su parte.

Patricio. ¡Válgame Dios!
Ludovico. ¡Válgame el diablo!
Lesbia. A piedad han movido.

Polonia. Si no es a mí, que nunca la he tenido.

Patricio. Señores, si desdichas
suelen mover los corazones dichas, 145
sucedidas no espero
que pueda hallarse corazón tan fiero
a quien no ablanden. Mísero y rendido,
piedad por Dios a vuestras plantas pido.

Ludovico. Yo no, que no la quiero; 150
que de los hombres ni de Dios la espero.

Rey. Decid quién sois; sabremos
la piedad y hospedaje que os debemos.
Y porque no ignoréis quién soy, primero
mi nombre he de decir; porque no quiero 155
que me habléis indiscretos,
ignorando quién soy, sin los respetos
a que mi vista os mueve,
y sin la adoración que se me debe.
Yo soy el rey Egerio, 160
digno señor deste pequeño imperio;
pequeño porque es mío,
que hasta serlo del mundo desconfío
de mi valor. El traje,
más que de rey, de bárbaro salvaje 165
traigo porque quisiera
fiera ansí parecer, pues que soy fiera.
A dios ninguno adoro,
que aun sus nombres ignoro,
ni aquí los adoramos ni tenemos, 170
que el morir y el nacer sólo creemos.
Ya que sabéis quién soy, y que fue mucha
mi majestad, decid quién sois.

Patricio. Escucha:
mi propio nombre es Patricio,
mi patria Irlanda o Hibernia, 175
mi pueblo Emptor, por humilde
y pobre sabido apenas.
Este, entre el setentrión
y el occidente, se asienta
en un monte, a quien el mar 180
ata con prisión estrecha,
en la isla que llamaron,
para su alabanza eterna,

gran señor, isla de santos:
tantos fueron los que en ella 185
dieron la vida al martirio
en religiosa defensa
de la fe; que ésta en los fieles
es la última fineza.
De un caballero irlandés, 190
y de una dama francesa,
su casta esposa, nací,
a quien debí en mi primera
edad—fuera deste ser—
otro de mayor nobleza, 195
que fue la luz de la fe
y religión verdadera
de Cristo, por el carácter
del santo bautismo, puerta
del cielo como primero 200
sacramento de su iglesia.
Mis piadosos padres, luego
que pagaron esta deuda
común que el hombre casado
debió a la naturaleza, 205
se retiraron a dos
conventos, donde en pureza
de castidad conservaron
su vida hasta la postrera
línea fatal; que rindieron, 210
con mil católicas muestras,
el espíritu a los cielos
y el cadáver a la tierra.
Huérfano entonces quedé
debajo de la tutela 215
de una divina matrona,
en cuyo poder apenas
cumplí un lustro o cinco edades
del sol, que en doradas vueltas
cinco veces ilustró 220
doce signos y una esfera,
cuando mostró Dios en mí
su divina omnipotencia;
que de flacos instrumentos
usa Dios porque se vea 225
más su majestad, y a El solo

se atribuyan sus grandezas.
Fue, pues—y saben los cielos
que no es humana soberbia,
sino celo religioso 230
de que sus obras se sepan,
el contarlas yo—, que un día
un ciego llegó a mis puertas,
llamado Gormas, y dijo:
«Dios me envía aquí, y ordena 235
que en su nombre me des vista».
Yo, rendido a su obediencia,
la señal de la cruz hice
en sus ojos, y con ella
pasaron restituidos 240
a la luz, de las tinieblas.
Otra vez, pues, que los cielos,
rebozados entre densas
nubes, con rayos de nieve
hicieron al mundo guerra, 245
cayó tanta sobre un monte
que, desatada y deshecha
a los rigores del sol,
inundaba de manera
las calles que ya las casas, 250
sobre las ondas violentas,
eran naves de ladrillo,
eran bajeles de piedra.
¿Quién vio fluctuar por montes?
¿Quién vio navegar por selvas? 255
La señal de la cruz hice
en las aguas y, suspensa
la lengua, en nombre de Dios
les mandé que se volvieran
a su centro y, recogidas, 260
dejaron la arena seca.
¡Oh, gran Dios! ¡Quién no te alaba!
¡Quién no te adora y confiesa!
Prodigios puedo deciros
mayores, mas la modestia 265
ata la lengua, enmudece
la voz y los labios sella.
Crecí, en fin, más inclinado
que a las armas a las ciencias;

y sobre todas me di 270
al estudio de las letras
divinas y a la lección
de los santos, cuya escuela,
celo, piedad, religión,
fe y caridad nos enseña. 275
En este estudio ocupado,
salí un día a la ribera
del mar con otros amigos
estudiantes, cuando a ella
llegó un bajel, y arrojando 280
de sus entrañas a tierra
hombres armados, cosarios
que aquestos mares infestan,
nos cautivaron a todos;
y por no perder la presa, 285
se hicieron al mar, y dieron
al libre viento las velas.
General deste bajel
Filipo de Roqui era,
en cuyo pecho se hallara, 290
a perderse, la soberbia.
Este, pues, algunos días
tierras y mares molesta
de toda Irlanda, robando
las vidas y las haciendas. 295
Sólo a mí me reservó;
porque me dijo que, en muestra
de rendimiento, me había
de traer a tu presencia
para esclavo tuyo. ¡Oh, cuánto, 300
ignorante, el hombre yerra,
que, sin consultar a Dios,
intentos suyos asienta!
Dígalo en el mar Filipo,
pues hoy, a vista de tierra, 305
estando sereno el cielo,
manso el aire, el agua quieta,
vio en un punto, en un instante,
sus presunciones deshechas,
pues en sus cóncavos senos 310
brama el viento, el mar se queja,
montes sobre montes fueron

las ondas, cuya eminencia
moja el sol, porque pretende
apagar sus luces bellas. 315
El fanal junto a los cielos
pareció errado cometa,
o exhalación abortada,
o desencajada estrella.
Otra vez, en lo profundo 320
del mar tocó las arenas,
donde, desatado en partes,
fueron las ondas funestas
monumentos de alabastro
entre corales y perlas. 325
Yo—a quien el cielo no sé
para qué efeto conserva,
siendo tan inútil—pude,
con más aliento y más fuerza,
no sólo darme la vida 330
a mí, pero aun en defensa
deste valeroso joven
aventurarla y perderla;
porque no sé qué secreto
tras él me arrebata y lleva, 335
que pienso que ha de pagarme
con grande logro esta deuda.
En fin, por piedad del cielo,
salimos los dos a tierra,
donde espera mi desdicha, 340
o donde mi dicha espera,
pues somos vuestros esclavos.
Que nuestro dolor os mueva,
que nuestro llanto os ablande,
nuestro mal os enternezca, 345
nuestra aflicción os provoque,
y os obliguen nuestras penas.

Rey. Calla, mísero cristiano,
que el alma, a tu voz atenta,
no sé que afecto la rige, 350
no sé qué poder la fuerza
a temerte y adorarte,
imaginando que seas
tú el esclavo que en un sueño
vi respirando centellas, 355

vi escupiendo vivo fuego,
de cuya llama violenta
eran mariposas mudas
mis hijas, Polonia y Lesbia.

Patricio. La llama que de mi boca 360
salía es la verdadera
dotrina del evÁngelio;
ésta es mi palabra, y ésta
he de predicarte a ti
y a tus gentes, y por ella 365
cristianas vendrán a ser
tus dos hijas.

Rey. Calla, cierra
los labios, cristiano vil;
que me injurias y me afrentas.

Lesbia. Detente.

Polonia. ¿Pues tú, piadosa, 370
te pones a su defensa?

Lesbia. Sí.

Polonia. Déjale dar la muerte.

Lesbia. No es justo que a manos muera
de un rey. ([*Ap*.] No es sino piedad
que tengo a cristianos ésta.) 375

Polonia. Si este segundo Joseph,
como Joseph interpreta
sueños al Rey, de su efeto
ni dudes, señor, ni temas;
porque si el quemarme yo 380
es imaginar que pueda
ser cristiana, es imposible
tan grande como que vuelva
yo misma segunda vez
a vivir después de muerta. 385
Y porque a tan justo enojo
el sentimiento diviertas,
oigamos quién es esotro
pasajero.

Ludovico. Escucha atenta,
hermosísima deidad, 390
porque así mi historia empieza.
Gran Egerio, rey de Irlanda,

yo soy Ludovico Enio,
cristiano también, que sólo
en esto nos parecemos 395
Patricio y yo, aunque también
desconvenimos en esto,
pues después de ser cristianos
somos los dos tan opuestos,
que distamos cuanto va 400
desde ser malo a ser bueno.
Pero, con todo, en defensa
de la fe que adoro y creo,
perderé una y mil veces
—tanto la estimo y la precio— 405
la vida. Sí, ¡voto a Dios!,
que pues le juro le creo.
No te contaré piedades
ni maravillas del cielo
obradas por mí; delitos, 410
hurtos, muertes, sacrilegios,
traiciones, alevosías
te contaré; porque pienso
que aun es vanidad en mí
gloriarme de haberlas hecho. 415
En una de muchas islas
de Irlanda nací, y sospecho
que todos siete planetas,
turbados y descompuestos,
asistieron desiguales 420
a mi infeliz nacimiento.
La Luna me dio inconstancia
en la condición; ingenio
Mercurio—mal empleado,
mejor fuera no tenerlo—; 425
Venus lasciva me dio
apetitos lisonjeros,
y Marte, ánimo crüel:
¿qué no darán Marte y Venus?;
el Sol me dio condición 430
muy generosa, y, por serlo,
si no tengo qué gastar,
hurto y robo cuanto puedo;
Júpiter me dio soberbia
de bizarros pensamientos; 435

Saturno, cólera y rabia,
valor y ánimo resuelto
a traiciones; y a estas causas
se han seguido los efetos.
Mi padre, por ciertas cosas 440
que callo por su respeto,
de Irlanda fue desterrado.
Llegó a Perpiñán, un pueblo
de España, conmigo, entonces
de diez años poco menos, 445
y a los diez y seis murió:
¡téngale Dios en el cielo!
Huérfano, quedé en poder
de mis gustos y deseos,
por cuyo campo corrí 450
sin rienda alguna ni freno.
Los dos polos de mi vida
eran mujeres y juegos,
en quien toda se fundaba:
¡mira sobre qué cimientos! 455
No te podrá referir
mi lengua aquí por extenso
mis sucesos, pero haré
una breve copia dellos.
Por forzar a una doncella, 460
di la muerte a un noble viejo,
su padre; y, por su mujer,
a un honrado caballero
en su cama maté, donde
con ella estaba durmiendo, 465
y entre su sangre bañado
su honor, teatro funesto
fue el lecho, mezclando entonces
homicidio y adulterio.
Y, al fin, el padre y marido 470
por su honor las vidas dieron,
que hay mártires del honor:
¡téngalos Dios en el cielo!
Huyendo deste castigo,
pasé a Francia, donde pienso 475
que no olvidó la memoria
de mis hazañas el tiempo,
porque asistiendo a las guerras

que entonces se dispusieron
entre Ingalaterra y Francia, 480
yo, debajo del gobierno
de Estéfano, rey francés,
milité, y en un encuentro
que se ofreció me mostré
tanto que me dio por premio 485
de mi valor el Rey mismo
una bandera. No quiero
decirte si le pagué
aquella deuda. Bien presto
volví a Perpiñán honrado, 490
y entrando a jugar a un cuerpo
de guardia, sobre nonada
di un bofetón a un sargento,
maté a un capitán, herí
a unos tres o cuatro dellos. 495
A las voces acudió
toda la justicia luego,
y sobre tomar iglesia,
ya en la resistencia puesto,
a un corchete di la muerte 500
—algo había de hacer bueno
entre tantas cosas malas—:
¡téngale Dios en el cielo!
Toméla, en fin, en un campo,
en un sagrado convento 505
de religiosas que estaba
fundado en aquel desierto.
Allí estuve retirado
y regalado en estremo,
por ser allí religiosa 510
una dama, cuyo deudo
la puso en obligación
deste cuidado. Mi pecho,
como basilisco ya,
trocó la miel en veneno; 515
y pasando despeñado
desde el agrado al deseo,
monstruo que de lo imposible
se alimenta, vivo fuego
que en la resistencia crece, 520
llama que la aviva el viento,

disimulado enemigo
que mata a su propio dueño,
y, en fin, deseo en un hombre
que, sin dios y sin respeto, 525
lo abominable, lo horrible
estima por sólo serlo,
me atreví ... Turbada aquí
—si desto, señor, me acuerdo—
muda fallece la voz, 530
triste desmaya el acento,
el corazón a pedazos
se quiere salir del pecho,
y, como entre obscuras sombras,
se erizan barba y cabellos, 535
y yo, confuso y dudoso,
triste y absorto, no tengo
ánimo para decirlo,
si le tuve para hacerlo.
Tal es mi delito, en fin, 540
de detestable, de feo,
de sacrílego y profano
—harto ansí te lo encarezco—
que, de haberle cometido,
alguna vez me arrepiento. 545
En fin, me atreví una noche,
cuando el noturno silencio
construía a los mortales
breves sepulcros del sueño;
cuando los cielos tenían 550
corrido el escuro velo,
luto que ya, por la muerte
del sol, entapiza el viento,
y en sus exequias las aves
nocturnas, en vez de versos, 555
cantan caï stros, y en ondas
de zafir, con los reflejos,
las estrellas daban luces
trémulas al firmamento;
en fin, esta noche entré 560
por las paredes de un huerto,
de dos amigos valido,
que para tales sucesos
no falta quien acompañe,

y, entre el espanto y el miedo, 565
pisando en sombras mi muerte,
llegué a la celda—aquí tiemblo
de acordarme—donde estaba
mi parienta, que no quiero
por su respeto nombrarla, 570
ya que no por mi respeto.
Desmayada a tanto horror,
cayó rendida en el suelo,
de donde pasó a mis brazos,
y, antes que vuelta en su acuerdo 575
se viese, ya estaba fuera
del sagrado en un desierto,
adonde, si el cielo pudo
valerla, no quiso el cielo.
Las mujeres, persuadidas 580
a que son de amor efetos
las locuras, fácilmente
perdonan, y así, siguiendo
al llanto el agrado, halló
a sus desdichas consuelo; 585
aunque ellas eran tan grandes,
que miraba en un sujeto
escalamiento, violencia,
incesto, estupro, adulterio
al mismo Dios como esposo, 590
y, al fin, al fin, sacrilegio.
Desde allí, en efeto, en dos
caballos, hijos del viento,
a la huerta de Valencia
fuimos, adonde, fingiendo 595
que era mi mujer, vivimos
con poca paz mucho tiempo;
porque yo, hallándome—ya
gastado el poco dinero
que tenía—sin amigos, 600
ni esperanza de remedio
de aquestas necesidades,
para la hermosura apelo
de mi fingida mujer.
(Si hubiera de cuanto he hecho 605
tener vergüenza de algo,
sólo la tuviera desto,

porque es la última bajeza
a que llega el más vil pecho,
poner en venta el honor, 610
y poner el gusto en precio.)
Apenas, desvergonzado,
a ella le doy parte desto,
cuando cuerda me asegura,
sin estrañar el intento. 615
Pero, apenas a su rostro,
señor, las espaldas vuelvo,
cuando, huyendo de mí, toma
sagrado en un monasterio.
Allí, por orden de un santo 620
religioso, tuvo puerto
de la tormenta del mundo,
y allí murió, dando ejemplo
su culpa y su penitencia:
¡téngala Dios en el cielo! 625
Yo, viendo que a mis delitos
ya les viene el mundo estrecho,
y que me faltaba tierra
que me sufriese, resuelvo
el dar la vuelta a mi patria, 630
porque en ella, por lo menos,
estaría más seguro,
como mi amparo y mi centro,
de mis enemigos. Tomo
el camino y, en fin, llego 635
a Irlanda, que como madre
me recibió; pero luego
fue madrastra para mí,
pues al abrigo de un puerto
llegué, buscando viaje, 640
donde estaban encubiertos
en una cala cosarios,
y Filipo, que era dellos
general, me cautivó,
después, señor, de haber hecho 645
tan peligrosa defensa
que, aficionado a mi esfuerzo,
Filipo me aseguró
la vida. Lo que tras esto
sucedió, ya tú lo sabes; 650

que fue que, enojado el viento,
nos amenazó crüel
y nos castigó soberbio,
haciendo en mares y montes
tal estrago y tal esfuerzo, 655
que éstos hicieron donaire
de la soberbia de aquéllos.
De trabucos de cristal
combatidos sus cimientos,
caducaron las ciudades 660
vecinas, y por desprecio,
tiraba el mar a la tierra,
que es munición de sus senos,
en sus nácares las perlas
que engendra el veloz aliento 665
del aurora con rocío,
lágrimas de fuego y hielo.
y, al fin, para que en pinturas
no se vaya todo el tiempo,
sin bóvedas de alabastro, 670
sin salados monumentos,
se fueron todas sus gentes
a cenar a los infiernos.
Yo, que era su convidado,
también me fuera tras ellos, 675
si Patricio—a quien no sé
por qué causa reverencio,
mirando su rostro siempre
con temor y con respeto—
no me sacara del mar, 680
cuando ya rendido el pecho,
iba bebiendo la muerte,
agonizando en veneno.
Esta es mi historia, y agora,
ni vida ni piedad quiero, 685
ni que mis penas te ablanden,
ni que te obliguen mis ruegos,
sino que me des la muerte,
para que acabe con esto
vida de un hombre tan malo, 690
que a penas podrá ser bueno.

Rey. Ludovico, aunque hayas sido
cristiano, a quien aborrezco

con tantas veras, estimo
tanto tu valor, que quiero 695
que en ti y Patricio se vea
mi poder a un mismo tiempo;
pues, como levanto, humillo,
y como castigo, premio.
Y así, a ti te doy los brazos 700
para levantarte en ellos
a mi privanza, y a ti

Arrójale en el suelo a Patricio, y pónele el pie.

te arrojo a mis plantas puesto,
significando a los dos
las balanzas deste peso. 705
Y porque veas, Patricio,
cuánto estimo y cuánto precio
tus amenazas, la vida
te dejo. Vomita el fuego
de la palabra de Dios, 710
para que veas en esto
que ni adoro su deidad,
ni sus maravillas temo.
Vive, pues, pero de suerte
pobre, abatido, y sujeto, 715
que has de servir en el campo,
como inútil; y así, quiero
que me guardes los ganados
que por esos valles tengo.
A ver si, para que salgas 720
a derramar ese fuego,
siendo mi esclavo, te saca
tu Dios de ese cautiverio. *Vase.*

Lesbia. A piedad Patricio mueve.

Polonia. Sino a mí, que no la tengo; 725
y a moverme alguno, antes
fuera Ludovico Enio. *Vanse.*

Patricio. Ludovico, cuando humilde
en tierra estoy y te veo
en la cumbre levantado, 730

mayor lástima te tengo
que envidia. Cristiano eres,
aprovéchate de serlo.

Ludovico. Déjame gozar, Patricio,
de los aplausos primero 735
que me ofrece la fortuna.

Patricio. Una palabra—si puedo
esto contigo—te pido.

Ludovico. ¿Cuál es?

Patricio. Que vivos o muertos,
en este mundo otra vez 740
los dos habemos de vernos.

Ludovico. ¿Tal palabra pides?

Patricio. Sí.

Ludovico. Yo la doy.

Patricio. Y yo la aceto. *Vanse.*

[CUADRO II]

Salen Filipo y Locía, villana.

Locía. Perdonad si no he sabido
serviros y regalaros. 745

Filipo. Más tengo que perdonaros
de lo que os ha parecido,
pues, cuando os llego a mirar,
entre un pesar y un placer,
os tengo que agradecer, 750
y os tengo que perdonar:
que agradecer la acogida,
que perdonar un mal fuerte,
pues me habéis dado la muerte
y me habéis dado la vida. 755

Locía. A tan discretas razones,
ruda y ignorante soy;
y así los brazos os doy
por quitarme de quistiones.

Ellos sabrán responder, 760
callando, por mi deseo.

Sale Paulín, villano, y velos abrazados.

Paulín. ([*Ap*.] ¡Ay, señores, lo que veo!,
que abrazan a mi mujer.
¿Qué me toca hacer aquí?
¿Matarlos? Sí, yo lo hiciera, 765
si una cosa no temiera,
y es que ella me mate a mí.)

Filipo. Bella serrana, quisiera,
para pagar la posada,
que esta sortija estremada 770
estrella del cielo fuera.

Locía. No me tengáis por mujer
que atenta al provecho vivo,
mas por vuestra la recibo.

Paulín. ([*Ap*.] ¿Y aquí qué me toca hacer? 775
Pero si marido soy,
y sortija miro dar,
lo que me toca es callar.)

Locía. Otra vez el alma os doy
en los brazos, que no tengo 780
otra joya ni cadena.

Filipo. Y la prisión es tan buena,
que la memoria entretengo
con vos de tantos pesares
como, en sucesos tan tristes, 785
me causaron, ya lo vistes,
esos cristalinos mares.

Paulín. ([*Ap*.] ¡Ay, otra vez la abrazó!
¡Ah, señor!, ¿no echa de ver
que es aquésa mi mujer?) 790

Filipo. Vuestro marido nos vio.
Quiero retirarme dél;
luego vendré. ([*Ap*.] Si esto vieras,
Polonia, quizá sintieras
que mi desdicha crüel 795
me trujese a tal estado.
¡Oh, mar, al cielo atrevido!,

¿en qué entrañas han cabido
las vidas que has sepultado?) *Vase.*

Paulín. ([*Ap.*] Ya se fue, bien puedo habrar 800
alto.) Esta vez, mi Locía,
cogíte, por vida mía,
y esta tranca me ha de dar
venganza.

Locía. ¡Qué malicioso!
¡Oh, fuego de Dios en ti! 805

Paulín. Si yo los abrazos vi,
¿es malicia o es forzoso
lance que no pudo ser
malicia?

Locía. Malicia ha sido,
que no ha de ver un marido 810
todo aquello que ha de ver,
sino la mitad no más.

Paulín. Yo digo que soy contento,
y la condición consiento;
y pues dos abrazos das 815
a ese diablo de soldado
que el mar acá nos echó,
no quiero haber visto yo
más del uno, y si he pensado
darte cien palos por dos 820
abrazos, hecha la cuenta,
al uno caben cincuenta.
Y así juro a non de Dios,
que pues la sentencia das
y la cuenta está tan clara, 825
que has de llevarlos, repara,
cincuenta palos no más.

Locía. Ya es mucha maridería
ésa; y aunque más lo sea,
basta que un marido vea 830
la cuarta parte.

Paulín. Locía,
yo aceto la apelación;
paciencia y aparejarte,
que también la cuarta parte
veinte y cinco palos son. 835

Locía. No ha de hacer eso quien quiere
la paz.
Paulín. ¿Pues qué?
Locía. Entre los dos,
no creer lo que veis vos,
sino lo que yo os dijere.
Paulín. Para eso mijor es, 840
Locía de Bercebú,
que tomes la tranca tú,
y que con ella me des.
Estarás contenta, sí,
dando en amorosos lazos, 845
al otro los dos abrazos,
y los cien palos a mí.

Sale Filipo.

Filipo. ([*Ap*.] ¿Si se habrá el villano ido?)
Paulín. A buen tiempo habéis llegado.
Oídme, señor soldado: 850
yo estoy muy agradecido
al gusto que me habéis hecho
hoy en quereros valer
de mi choza y mi mujer.
Y aunque estoy muy satisfecho 855
por tantas causas de vos,
ya que os halláis bueno y sano,
tomá el camino en la mano,
y a la bendición de Dios;
porque no quiero esperar 860
que, haciendo en mi casa guerra,
salga a ser carne en la tierra,
quien fue pescado en el mar.
Filipo. Malicia es que habéis tenido,
sin culpa y sin ocasión. 865
Paulín. Con razón o sin razón,
o soy o no soy marido.

Salen Leogario, y un villano viejo, y Patricio de esclavo.

Leogario. Esto se os manda, y que esté
sirviendo con gran cuidado
siempre en el campo ocupado. 870

Viejo. Ya digo que así lo haré.

Leogario. Que no dejéis que se ausente,
que es gusto del Rey que esté
aquí sirviendo ...

Viejo. Sí haré.

Leogario. ... pobre y miserablemente. 875
Mas ¿qué es lo que miro allí?
Filipo sin duda es.
Gran señor, dame tus pies.

Paulín. ¿Gran señor le llamó?

Locía. Sí;
agora me pagarás 880
aquí, Paulín, los porrazos.

Filipo. Leogario, dame los brazos.

Leogario. Honor en ellos me das.
¿Es posible que te veo
con vida?

Filipo. Aquí me arrojó 885
el mar proceloso; y yo,
siendo mísero trofeo
de la fortuna, he vivido
de villanos hospedado,
hasta haberme reparado 890
de las penas que he sufrido.
Y fuera de eso, también
el temer la condición
del Rey, porque su ambición,
¿a quién se rinde?, o ¿a quién 895
con agrados escuchó
tragedias de la fortuna?
Sin esperanza ninguna
he vivido, hasta que yo
hallase quien sus enojos 900
templase en mi triste ausencia,

y el Rey me diese licencia
para llegar a sus ojos.

Leogario. Ya la tienes conseguida,
porque de tu muerte está 905
tan triste, que te dará,
en albricias de la vida,
la gracia. Vente conmigo,
que ya sucesos advierte
de la fortuna, y volverte 910
a su privanza me obligo.

Paulín. De mi pasado magín
pedir perdón me anticipo.
Ya sabrá el señor Filipo,
que yo soy un Juan Paulín. 915
Perdóneme su mesté,
si mi cólera le aflige,
que yo en todo cuanto dije,
por boca de ganso habré.
A servirle me acomodo, 920
y aquí estamos noche y día
mi cabaña, yo y Locía,
y sírvase Dios con todo.

Filipo. Yo voy muy agradecido
al hospedaje y espero 925
pagarle.

Paulín. Pues lo primero
que allá os la llevéis os pido,
pues con sólo esto se sella
un grande gusto en los dos:
a ella porque va con vos, 930
y a mí por quedar sin ella.

Vanse Filipo y Leogario.

Locía. ¿Hay amor tan desdichado
como el mío, que ha nacido
en los brazos del olvido?

Viejo. Paulín, ya que hemos quedado 935
solos, dad los brazos luego

a este nuevo labrador
que tenemos.

Patricio. Yo, señor,
soy un esclavo y os ruego
que como a tal me tratéis. 940
Para servir vengo aquí
al más humilde, y así
os suplico me mandéis
como a esclavo, pues lo soy.

Viejo. ¡Qué modestia!

Paulín. ¡Qué humildad! 945

Locía. Y ¡qué buen talle! En verdad,
que enficionándome voy
a su cara.

Paulín. ¿Habrá llegado
—aquí para entre los dos—
aquí alguno de quien vos 950
no os hayáis inficionado,
Locía?

Locía. Sois un villano,
y en queriéndome celar,
me tengo de enamorar
de todo el género humano. *Vase*. 955

Viejo. Paulín, de tu ingenio fío
una cosa en que me va
la vida.

Paulín. Decí, pues ya
sabéis el pergeño mío.

Viejo. Este esclavo que aquí ves, 960
sospecho que no es seguro,
y yo guardarle procuro
por lo que sabrás después.
A ti te hago guarda fiel
de su persona, y así 965
te mando que desde aquí
nunca te me apartes dél. *Vase*.

Paulín. Buena comisión me han dado.
Vuestra guarda cuidadosa
soy, y vos la primer cosa 970
que en mi vida habré guardado.
Gran cuidado he de tener,

ni he de comer ni dormir;
por eso, si os queréis ir,
muy bien lo podéis hacer 975
desde luego: y aún me haréis
un gran bien, pues despenado
quedaré deste cuidado.
Idos, por Dios.

Patricio. Bien podéis
fiaros de mí, que no soy, 980
aunque esclavo, fugitivo.
¡Oh, Señor, qué alegre vivo
en las soledades hoy!,
pues aquí podrá adoraros
el alma contemplativa, 985
teniendo la imagen viva
de vuestros prodigios raros.
En la soledad se halló
la humana filosofía,
y la divina querría 990
penetrar en ella yo.

Paulín. Decidme, ¿con quién habláis
agora de aquese modo?

Patricio. Causa primera de todo
sois, Señor, y en todo estáis. 995
Estos cristalinos cielos
que constan de luces bellas,
con el sol, luna y estrellas,
¿no son cortinas y velos
del Impíreo soberano? 1000
Los discordes elementos,
mares, fuego, tierra y vientos,
¿no son rasgos desa mano?
¿No publican vuestros loores,
y el poder que en vos se encierra, 1005
todos? ¿No escribe la tierra
con caracteres de flores
grandezas vuestras? El viento
en los ecos repetido,
¿no publica que habéis sido 1010
autor de su movimiento?
El fuego y el agua luego,
¿alabanzas no os previenen,

y para este efeto tienen
lengua el agua y lengua el fuego? 1015
Luego aquí mejor podré,
inmenso Señor, buscaros,
pues en todo puedo hallaros.
Vos conocisteis la fe
que es de mi obediencia indicio: 1020
esclavo os servid de mí;
si no, llevadme de aquí
adonde os sirva.

En una apariencia un Ángel que trae un espejo en el escudo y una carta.

Ángel. ¡Patricio!
Patricio. ¿Quién llama?
Paulín. Aquí no os llamó
nadie. El hombre es divertido. 1025
Poeta debe haber sido.
Ángel. ¡Patricio!
Patricio. ¿Quién llama?
Ángel. Yo.
Paulín. El habla y a nadie veo;
mas hable, que no me toca
a mí guardalle la boca. *Vase.* 1030
Patricio. Mis grandes dichas no creo,
pues una nube mis ojos
ven de nácar y arrebol,
y que della sale el sol,
cuyos divinos despojos 1035
son estrellas vividoras,
que entre jazmines y flores
viene vertiendo esplendores,
viene derramando auroras.
Ángel. ¡Patricio!
Patricio. Un sol me acobarda. 1040
¿Quién sois, divino señor?
Ángel. Patricio, amigo, Víctor
soy, el ángel de tu guarda.

Dios a que te dé, me envía,
esta carta.

Dale una carta.

Patricio. Nuncio hermoso, 1045
paraninfo venturoso,
que en superior jerarquía
con Dios asistís, a quien
en dulce, en sonoro canto
llamáis santo, santo, santo, 1050
¡gloria los cielos os den!

Ángel. Lee la carta.

Patricio. Dice aquí:
«A Patricio» ¿Mereció
tal dicha un esclavo? No.

Ángel. Ábrela ya.

Patricio. Dice así: 1055
[*Lee*] «Patricio, Patricio, ven;
sácanos de esclavitud».
Incluye mayor virtud
la carta, pues no sé quién
me llama. Custodio fiel, 1060
mi duda en tus manos dejo.

Ángel. Pues mírate en este espejo.

Patricio. ¡Ay, cielos!

Ángel. ¿Qué ves en él?

Patricio. Diversas gentes están,
viejos, niños y mujeres, 1065
llamándome.

Ángel. Pues no esperes
tanto a redimir su afán.
Esta es la gente de Irlanda,
que ya de tu boca espera
la dotrina verdadera. 1070
Sal de esclavitud, que manda
Dios que prediques la fe
que tanto ensalzar deseas,
porque su legado seas,

apóstol de Irlanda. Ve 1075
a Francia a ver a Germán,
obispo; de monje toma
el hábito; pasa a Roma,
donde letras te darán,
para conseguir el fin 1080
de tan dichoso camino,
las bulas de Celestino;
y visita a san Martín,
obispo en Tours. Y ven
conmigo ahora arrebatado 1085
en el viento, que ha mandado
Dios que noticia te den
de una empresa que guardada
tiene el mundo para ti,
y conmigo desde aquí 1090
has de hacer esta jornada.

Sube la apariencia hasta lo alto, y sin cubrirse.

SEGUNDA JORNADA
Del Purgatorio de S. Patricio

[CUADRO I]

Salen Ludovico y Polonia.

Ludovico. Polonia, aquél que ha querido
desigualmente emplearse,
no tiene de qué quejarse
si llega a ser preferido 1095
de otro amor, porque éste ha sido
su castigo. ¿Quién subió,
soberbio, que no cayó?
Y así, mi amor anticipo
a Filipo, que Filipo 1100
es mucho mayor que yo

en la nobleza que aquí
le dio la naturaleza,
mas no en aquella nobleza
que ha merecido por sí. 1105
Yo sí, Polonia, yo sí,
que por mí mismo he ganado
más honor que él ha heredado.
Testigo este imperio ha sido,
a quien han enriquecido 1110
las vitorias que le he dado.
Tres años ha que llegué
a estas islas—que fue hoy
me parece—, y tres que estoy
en tu servicio, y no sé 1115
si referirte podré
presas que tu padre encierra,
ganadas en buena guerra,
que Marte pudo envidiar,
siendo escándalo del mar, 1120
siendo asombro de la tierra.

Polonia. Ludovico, tu valor,
o heredado o adquirido,
en mi pecho ha introducido
una osadía, un temor, 1125
un, no sé si diga, amor,
porque me causa vergüenza,
cuando mi pecho comienza
a sentir y padecer,
que me rinda su poder, 1130
ni que su deidad me venza.
Sólo digo que ya fuera
tu esperanza posesión,
si la fiera condición
de mi padre no temiera. 1135
Mas, sirve, agrada y espera.

Sale Filipo.

Filipo. ([*Ap*.] Si es que mi muerte he de hallar,
¿por qué la vengo a buscar?
Pero, ¿quién podrá tener

paciencia para no ver 1140
lo que le ha de dar pesar?)

Ludovico. Pues, ¿quién fía que serás
mía?

Polonia. Esta mano.

Filipo. Eso no,
que sabré estorbarlo yo,
que no puedo sufrir más. 1145

Polonia. ¡Ay de mí!

Filipo. ¿La mano das
a un advenedizo?—¡ay, triste!
Y tú, que al sol te atreviste,
para que la pompa pierdas,
¿por qué, por qué no te acuerdas 1150
de cuando mi esclavo fuiste,
para no atreverte así
a mi gusto?

Ludovico. Porque hoy
me atrevo por lo que soy,
cuando no por lo que fui. 1155
Esclavo tuyo me vi,
es verdad, que no hay quien pueda
vencer la inconstante rueda;
pero ya tengo valor
para que iguale tu honor, 1160
si no para que te exceda.

Filipo. ¿Cómo excederme? Atrevido,
infame…

Ludovico. En cuanto has hablado,
Filipo, te has engañado.

Filipo. No engañé.

Ludovico. Pues si no ha sido 1165
engaño…

Filipo. ¿Qué?

Ludovico. …habrás mentido.

Filipo. Fuiste desleal.

Dale un bofetón.

Polonia. ¡Ay, cielos!
Ludovico. ¿Cómo, a tantos desconsuelos,
no tomo satisfación,
cuando mis entrañas son 1170
volcanes y mongibelos?

Sacan las espadas. Salen Egerio, rey, y soldados, y todos se ponen de la parte de Filipo.

Rey. ¿Qué es esto?
Ludovico. Un tormento eterno,
una desdicha, una injuria,
una pena y una furia
desatada del infierno. 1175
Ninguno por su gobierno
me llegue a impedir, señor,
la venganza, que el furor,
ni a la muerte está sujeto,
y no hay humano respeto 1180
que importe más que mi honor.
Rey. ¡Prendelde!
Ludovico. Llegue el que fuere
tan osado que se atreva
a morir, porque le deba
a su esfuerzo el ver que muere 1185
a tus ojos.
Rey. ¡Que esto espere!
¡Seguilde!
Ludovico. Desesperado,
en roja sangre bañado,
pienso proceder un mar,
por donde pueda pasar, 1190
buscando a Filipo, a nado.

Acuchíllalos a todos y queda Egerio solo.

Rey. Esto sólo me faltó
tras las nuevas que he tenido,

y es que el esclavo atrevido
que de la prisión huyó, 1195
de Roma a Irlanda volvió,
y predicando la fe
de Cristo, tan grande fue
el número que ha seguido
su voz, que ya dividido 1200
el mundo en bandos se ve.
Dícenme que es hechicero,
pues, a muerte condenado
de otros reyes, se ha librado
con escándalo tan fiero, 1205
que ya atado en un madero
estaba, cuando la tierra
—que tantos muertos encierra
en sus entrañas—tembló,
gimió el aire, y se eclipsó 1210
el sol, que en sangrienta guerra
no quiso dar a la luna
luz, que en su faz resplandece;
que este Patricio parece
que tiene, sin duda alguna, 1215
de su mano a la fortuna.
Esto he sabido, y que cuantos,
entre prodigios y espantos,
admiraron su castigo
le siguieron, y hoy conmigo 1220
viene a probar sus encantos.
Venga pues, e intentos vanos
examine entre los dos;
veremos quién es el Dios
que llaman de los cristianos. 1225
Muerte le darán mis manos,
a ver si della se escapa,
en este sucinto mapa,
esfera de mi rigor,
este obispo, este pastor, 1230
que viene en nombre del Papa.

Salen todos con Ludovico.

Capitán. Ludovico viene aquí
preso, después que mató
tres de tu guarda y hirió
a muchos.

Rey. Cristiano, di, 1235
¿cómo no tiemblas de mí,
viendo levantar la mano
de mi castigo? Aunque en vano
siento estas desdichas yo,
porque esto y más mereció 1240
quien hizo bien a un cristiano.
No castigo, premio sí
mereces tú, porque es bien
que a mí el castigo me den
de haberte hecho bien a ti. 1245
Preso le tened aquí
hasta su muerte. Ya vano
es mi favor soberano.
Muere a mi furor rendido,
no por cristiano atrevido, 1250
sino sólo por cristiano.

Vanse todos y queda Ludovico.

Ludovico. Si por eso muero, harás
mi infeliz muerte dichosa,
pues morirá por su Dios
quien muriera por su honra. 1255
Y un hombre que vive aquí,
entre penas y congojas,
debe agradecer la muerte,
última línea de todas,
pues cortará su guadaña 1260
el hilo a vida tan loca,
que hoy empezara a ser mala,
fénix de mortales obras,
pues naciendo en las cenizas
de mi agravio y mi deshonra, 1265
mi vista fuera veneno,
mi aliento fuera ponzoña,
que en Irlanda derramara

sangre vil en tanta copia
que se borrara con ella 1270
de mi afrenta la memoria.
¡Ay, honor!, rendido yaces
a una mano rigurosa.
Muera yo contigo, y juntos
los dos no demos vitoria 1275
a aquestos bárbaros. Pues
un breve rato le sobra
a mi vida, este puñal
tome en mí venganza honrosa.
Mas, ¡válgame Dios!, ¿qué aliento 1280
endemoniado provoca
mi mano? Cristiano soy,
alma tengo, y luz piadosa
de la fe. ¿Será razón
que un cristiano intente agora, 1285
entre gentiles, acciones
a su religión impropias?
¿Qué ejemplo les diera yo
con mi muerte lastimosa,
sino que antes desmintieran 1290
las de Patricio mis obras?
Pues dijeran los que aquí
sólo sus vicios adoran
y el alma niegan eterna
a la pena y a la gloria: 1295
«Que nos predique Patricio
el alma inmortal, ¿qué importa,
si Ludovico se mata
cristiano? También ignora
que es eterna, pues la pierde.» 1300
Y con acciones dudosas,
fuéramos aquí los dos,
él la luz y yo la sombra.
Baste que tan malo sea,
que aún no me arrepiento agora 1305
de mis cometidas culpas,
y que quiera intentar otras.
Pues, ¡vive Dios!, que mi vida,
si fuese posible cosa
escaparse hoy, fuera asombro 1310
del Asia, Africa y Europa.

Hoy empezara a tomar
venganza tan rigurosa,
que en estas islas de Egerio
no me quedara persona 1315
en quien no satisfaciera
la pena, la sed rabiosa
que tengo de sangre. Un rayo,
antes que la esfera rompa,
con un trueno nos avisa, 1320
y después, entre humo y sombras,
de fuego fingiendo sierpes,
el aire trémulo azota.
Yo así, el trueno he dado ya
para que todos le oigan, 1325
el golpe del rayo falta.
Mas, ¡ay de mí!, que se aborta
y antes que a la tierra llegue
es de los vientos lisonja.
No, no me pesa morir 1330
por morir muerte afrentosa,
sino porque acabarán,
con mi edad temprana y moza,
mis delitos. Vida quiero
para empezar desde agora 1335
mayores temeridades,
no, cielos, para otra cosa.

Sale Polonia.

Polonia. (*Ap*. Yo vengo determinada.)
Ludovico, en las forzosas
ocasiones, el amor 1340
ha de dar muestras heroicas.
Tu vida está en gran peligro;
mi padre airado se enoja
contra ti, y de su furor
hüir el peligro importa. 1345
Las guardas que están contigo,
liberalmente soborna
mi mano, y al son del oro
yacen sus orejas sordas.

Escápate, porque veas 1350
cómo una mujer se arroja,
cómo su honor atropella,
cómo su respeto postra.
Contigo iré, pues ya es fuerza
que contigo me disponga 1355
ya a vivir, o ya a morir;
que fuera mi vida poca
sin ti, que en mi pecho vives.
Yo llevo dinero y joyas
bastantes para ponernos 1360
en las Indias más remotas,
donde el sol yela y abrasa,
ya con rayos, ya con sombras.
Dos caballos a la puerta
esperan, diré dos onzas, 1365
hijas del viento, aunque más
del pensamiento se nombran.
Son tan veloces que, aunque
hüidos vamos agora,
nos parecerá que vamos 1370
seguros en ellos. Toma
resolución. ¿Qué imaginas?
¿Qué te suspendes? Acorta
los discursos. Y porque
fortuna, que siempre estorba 1375
al amor, no desbarate
finezas tan generosas,
yo iré delante de ti.
Sal, en tanto que, ingeniosa,
divierto guardas y doy 1380
espaldas a tu persona.
Aun el sol nos favorece,
que, despeñado en las ondas,
para templar su fatiga
los crespos cabellos moja. *Vase*. 1385

Ludovico. A las manos ha venido
la ocasión más venturosa,
pues sabe el cielo que fueron
las finezas amorosas
que con Polonia mostré 1390
fingidas, porque Polonia
conmigo se fuese donde,

valiéndome de las joyas
que llevase, yo saliese
de la infeliz Babilonia; 1395
porque, aunque en ella vivió
estimada mi persona,
era al fin esclavitud,
y mi vida libre y loca
la libertad deseaba, 1400
que ya los cielos me otorgan.
Mas para el fin que deseo,
ya me embaraza y estorba
una mujer, porque en mí
es amor una lisonja 1405
que no pasa de apetito,
y, éste ejecutado, sobra
luego al punto la mujer
más discreta y más hermosa.
Y pues que mi condición 1410
es tan libre, ¿qué me importa
una muerte más o menos?
Muera a mis manos Polonia,
porque quiso bien en tiempo
que nadie estima ni adora, 1415
y como todas viviera
si quisiera como todas.

Vase y sale el Capitán.

Capitán. Con orden vengo del Rey
a que Ludovico oiga
la sentencia de su muerte. 1420
Mas la puerta abierta y sola
la torre, ¿qué puede ser?
¡Soldados! ¿No hay quien responda?
¡Ah, guardas! ¡Traición, traición!

Salen el Rey, y Filipo, y Leogario.

Rey. ¿Qué das voces? ¿Qué pregonas? 1425
¿Qué es esto?

Capitán. Que Ludovico
falta, y que las guardas todas
han hüido.

Leogario. Yo, señor,
aquí vi entrar a Polonia.

Filipo. ¡Ay, cielos! Sin duda que ella 1430
le dio libertad. No ignoras
que la sirve, y que mis celos
me incitan y me provocan
a seguillos. Hoy será
Hibernia segunda Troya. *Vase*. 1435

Rey. Dadme un caballo, que quiero
seguirlos por mi persona.
¿Qué dos cristianos son éstos
que, con acciones dudosas,
uno mi quietud altera, 1440
y el otro mi honor me roba?
Mas los dos serán despojos
de mis manos vengadoras,
que de mí no está seguro
aun su pontífice en Roma. *Vanse*. 1445

[CUADRO II]

Sale Polonia huyendo herida, y Ludovico con una daga.

Polonia. Ten la sangrienta mano,
ya que no por amante, por cristiano.
Lleva el honor y déjame la vida,
piadosamente a tu furor rendida.

Ludovico. Polonia desdichada: 1450
pensión de la hermosura celebrada
fue siempre la desdicha,
que no se avienen bien belleza y dicha.
Yo, el verdugo más fiero
que atrevido blandió mortal acero, 1455
con tu muerte procuro

mi vida, pues con ella voy seguro.
Si te llevo conmigo,
llevo de mis desdichas un testigo
por quien podrán seguirme, 1460
hallarme, conocerme y perseguirme.
Si te dejo con vida,
enojada te dejo, y ofendida,
para que seas conmigo
un enemigo más—¡y qué enemigo!—. 1465
Luego, por buen consejo,
hago mal si te llevo y si te dejo.
Y así el mejor ha sido
que, fiero, infame, bárbaro, atrevido,
desleal, inhumano, 1470
sin ley ni Dios, te mate por mi mano,
pues aquí sepultada
en las entrañas rústicas, guardada
desta robusta peña,
quedará mi desdicha, no pequeña; 1475
y también, porque alcanza
mi furia un nuevo modo de venganza,
quedando satisfecho
de que mato a Filipo si en tu pecho
vive, y, porque me cuadre, 1480
no a Filipo no más, sino a tu padre.
Causa primera fuiste
de mi deshonra triste,
y así has de ser primera
causa también de mi venganza fiera. 1485

Polonia. ¡Ay de mí, que he querido
mi muerte fabricar! Gusano he sido
que labró por su mano
su sepulcro. ¿Eres hombre? ¿Eres cristiano?

Ludovico. Demonio soy: acaba, dando indicio 1490
de todo.

Polonia. El dios me valga de Patricio.

Cae dentro.

Ludovico. Cayó sobre las flores,
sembrando vidas, derramando horrores.
Así más libremente
escaparme podré, pues suficiente 1495
hacienda me acompaña
para poder vivir rico en España
hasta que, disfrazado,
con el tiempo mudado,
vuelva a satisfacerme 1500
de un traidor; que el agravio nunca duerme.
Mas, ¿dónde desta suerte
voy, pisando las sombras de la muerte?
El camino he perdido,
y quizá voy por donde inadvertido, 1505
huyendo de tiranos,
por escaparme, dé en sus propias manos.
Si la vista no engaña,
albergue pobre y rústica cabaña
es ésta. En ella quiero 1510
informarme.

Llama y responden dentro Locía y Paulín.

Locía. ¿Quién es?
Ludovico. Un pasajero,
perdido, triste y ciego,
¡oh, labrador!, impide tu sosiego.
Locía. ¡Ah, Juan Paulín! Despierta,
que parece que llaman a la puerta. 1515
Paulín. Yo estoy bien en la cama.
Mira quién llama tú, pues por ti llama.
¿Quién es?
Ludovico. Un caminante.
Paulín. ¿Es caminante?
Ludovico. Sí.
Paulín. Pues, adelante,
que aquesta no es posada. 1520
Ludovico. Ya del villano la malicia enfada.
Derribaré la puerta.
Cayó en el suelo.

Locía. ¡Ah, Juan Paulín, despierta!
Mira que han derribado
la puerta.

Paulín. Ya de un ojo he despertado, 1525
mas del otro no puedo.
Sal tú conmigo allá, que tengo miedo.

Salen desnudos.

¿Quién es?

Ludovico. Callad, villanos,
si morir no queréis hoy a mis manos.
Perdido en este monte 1530
a tu casa he llegado. Así, disponte
a enseñarme el camino
de aquí al puerto, por donde yo imagino
que hoy escaparme pueda.

Paulín. Pues, venga y vaya, y tome esta vereda, 1535
y luego a esotra mano
suba, si hay monte, y baje donde hay llano;
y en llegando, esté cierto,
cuando en el puerto esté, que allí es el puerto.

Ludovico. Mejor es que tú vengas 1540
conmigo. Y no prevengas
disculpa, o, ¡vive el cielo!,
que con tu sangre has de esmaltar el suelo.

Locía. ¿No es mejor, caballero,
pasar aquí la noche hasta el lucero? 1545

Paulín. ¡Qué piadosa os mostráis para nonada!
¿Ya estáis del caminante inficionada?

Ludovico. Lo que te agrada escoge:
o morir o guiarme.

Paulín. No se enoje,
que escojo, sin demandas y respuestas, 1550
ir, y aun llevaros, si queréis, a cuestas,
no tanto por temer la muerte mía,
como por no le dar gusto a Locía.

Ludovico. ([*Ap*.] Este, porque no diga
por dónde voy a alguno que me siga, 1555

del monte despeñado
ha de morir en el cristal helado
del mar.) Que os recojáis a vos os pido,
que luego volverá vuestro marido. *Vanse*.

[CUADRO III]

Salen el Rey Egerio y Lesbia y Leogario y el Capitán.

Lesbia. No hay rastro ninguno dellos. 1560
Todo el monte, valle y sierra,
se ha examinado hoja a hoja,
rama a rama y peña a peña,
y no se ha hallado evidente
indicio que nos dé muestra 1565
de sus personas.

Rey. Sin duda
los ha tragado la tierra
para guardarlos de mí;
que en el cielo no estuvieran
seguros, no, ¡viven ellos! 1570

Lesbia. Ya el sol las doradas trenzas
estiende desmarañadas
sobre los montes y selvas,
para que te informe el día.

Sale Filipo.

Filipo. Vuestra Majestad atienda 1575
a la desdicha mayor,
más prodigiosa y más nueva
que el tiempo ni la fortuna
en fábulas representa.
Buscando a Polonia vine 1580
por esas incultas selvas,
y habiendo toda la noche
pasado, señor, en ellas,
a la mañana salió

la aurora medio despierta, 1585
toda vestida de luto
con nubes pardas y negras;
y con mal contenta luz
se ausentaron las estrellas,
que sola esta vez tuvieron 1590
por venturosa la ausencia.
Discurriendo a todas partes,
vimos que las flores tiernas
bañadas en sangre estaban,
y, sembrados por la tierra, 1595
despojos de una mujer.
Fuimos siguiendo las señas
hasta que llegamos donde,
a las plantas de una sierra,
en un túmulo de rosas, 1600
estaba Polonia muerta.

Está sobre una peña Polonia, muerta.

Vuelve los ojos: verás
destroncada la belleza,
pálida y triste la flor,
la hermosa llama deshecha; 1605
verás la beldad postrada,
verás la hermosura incierta,
y verás muerta a Polonia.

Rey. ¡Ay, Filipo, escucha, espera!
Que no hay en mí sufrimiento 1610
con que resistirse puedan
tantos géneros de agravios,
tantos linajes de penas,
tantos modos de desdichas.
¡Ay, hija infeliz! ¡Ay, bella 1615
prenda por mi mal hallada!

Lesbia. El sentimiento no deja
aliento para quejarme.
¡Infeliz hermana, sea
compañera en tus desdichas! 1620

Rey. ¿Qué mano airada y violenta
levantó sangriento acero
contra divinas bellezas?
Acabe el dolor mi vida.

Dentro Patricio.

Patricio. ¡Ay de ti, mísera Hibernia! 1625
¡Ay de ti, pueblo infelice!,
si con lágrimas no riegas
la tierra, y días y noches
llorando ablandas las puertas
del cielo, que con candados 1630
las tuvo tu inobediencia.
¡Ay de ti, pueblo infelice!
¡Ay de ti, mísera Hibernia!

Rey. ¿Qué voces, cielo, tan tristes
y lastimosas son éstas, 1635
que me traspasan el pecho,
que el corazón me penetran?
Sabed quién de mi dolor
impide así la terneza.
¿Quién sino yo llora así, 1640
y quién sino yo se queja?

Leogario. Aquéste es, señor, Patricio,
que, después que dio la vuelta,
como tú sabes, a Irlanda,
de Roma, y después que en ella 1645
le hizo el Pontífice obispo,
dignidad y preeminencia
superior, todas las islas
discurre desta manera.

Patricio. ¡Ay de ti, pueblo infelice! 1650
¡Ay de ti, mísera Hibernia!

Sale Patricio.

Rey. Patricio , que mi dolor
interrompes y mis penas
doblas con voces doradas
en falso veneno envueltas, 1655
¿qué me persigues? ¿Qué quieres,
que así los mares y tierras
de mi estado, con engaños
y novedades alteras?
Aquí no sabemos más 1660
que nacer y morir. Esta
es la doctrina heredada
en la natural escuela
de nuestros padres. ¿Qué Dios
es éste que nos enseñas, 1665
que vida después nos dé,
de la temporal, eterna?
El alma, destitüida
de un cuerpo, ¿cómo pudiera
tener otra vida allá, 1670
para gloria o para pena?

Patricio. Desatándose del cuerpo,
y dando a naturaleza
la porción humana, que es
un poco de barro y tierra, 1675
y el espíritu subiendo
a la superior esfera,
que es centro de sus fatigas,
si en la gracia muere; y ésta
alcanza antes el bautismo, 1680
y después la penitencia.

Rey. Luego esta beldad, que aquí
en su sangre yace envuelta,
¿allá está viviendo agora?

Patricio. Sí.

Rey. Dame un rasgo, una muestra 1685
de esa verdad.

Patricio. ([*Ap*.] Gran Señor,
volved vos por la honra vuestra.
Aquí os importa mostrar
de vuestro poder la fuerza.)

Rey. ¿No me respondes?

Patricio. El cielo 1690
querrá que responda ella.
En nombre de Dios te mando,
yerto cadáver, que vuelvas
a vivir, restitüido
a tu espíritu, y des muestras 1695
desta verdad, predicando
la dotrina verdadera.

Polonia. ¡Ay de mí! ¡Válgame el cielo!
¡Qué de cosas se revelan
al alma! ¡Señor, Señor, 1700
detén la mano sangrienta
de tu justicia! ¡No esgrimas
contra una mujer sujeta
las iras de tu rigor,
los rayos de tu potencia! 1705
¿Dónde me podré esconder
de tu semblante, si llegas
a estar enojado? Caigan
sobre mí montes y peñas.
Enemiga de mí misma, 1710
hoy estimara y quisiera
esconderme de tu vista
en el centro de la tierra.
Mas, ¿cómo, si a todas partes
que mi desdicha me lleva 1715
llevo conmigo mi culpa?
¿No veis, no veis que esa sierra
se retira, que ese monte
se estremece? El cielo tiembla,
desquiciado de sus polos, 1720
y su fábrica perfeta
a mí me está amenazando
con su eminente soberbia.
El viento se me escurece,
el paso a mis pies se cierra, 1725
los mares se me retiran;
sólo no me huyen las fieras,
que para hacerme pedazos
parece que se me acercan.
¡Piedad, gran Señor, piedad! 1730
¡Clemencia, Señor, clemencia!
El santo bautismo pido,

muera en vuestra gracia, y muera.
Mortales, oíd, oíd:
Cristo vive, Cristo reina, 1735
y Cristo es Dios verdadero.
¡Penitencia, penitencia! *Vase*.

Filipo. ¡Gran prodigio!

Lesbia. ¡Gran milagro!

Capitán. ¡Qué admiración!

Leogario. ¡Qué grandeza!

Rey. ¡Gran encanto, grande hechizo! 1740
¡Que esto sufra, esto consienta!

Todos. ¡Cristo es el Dios verdadero!

Rey. ¡Que tenga un engaño fuerza,
pueblo ciego, para hacer
maravillas como éstas, 1745
y no tengas tú valor
para ver que la apariencia
te engaña! Y para que aquí
quede la vitoria cierta,
yo quiero rendirme como 1750
arguyendo me convenza
Patricio. Atended, que así
nuestra disputa comienza.
Si fuera inmortal el alma,
de ningún modo pudiera 1755
estar sin obrar un punto.

Patricio. Sí, y esa verdad se prueba
en el sueño, pues los sueños,
cuantas figuras engendran,
son discursos de aquella alma 1760
que no duerme, y como quedan
entonces de los sentidos
las acciones imperfetas,
imperfetamente forman
los discursos, y por esta 1765
razón sueña el hombre cosas
que entre sí no se conciertan.

Rey. Pues, siendo así, aquel instante,
o estuvo Polonia muerta,
o no. Si es que no lo estuvo, 1770
y fue un desmayo, ¿qué fuerza

tuvo el milagro? No trato
desto; mas, si estuvo muerta,
en uno de dos lugares
estar aquel alma es fuerza, 1775
que son o cielo o infierno:
tú, Patricio, nos lo enseñas.
Si en el cielo, no es piedad
de Dios que del cielo vuelva
ninguno al mundo, y que luego 1780
éste condenarse pueda,
habiendo estado una vez
en gracia: verdad es cierta.
Si es que estuvo en el infierno,
no es justicia, pues no fuera 1785
justicia que el que una vez
pena mereció, volviera
donde pudiera ganar
gracia, y es fuerza que sean
en Dios, justicia y piedad, 1790
Patricio, una cosa mesma.
¿Pues dónde estuvo aquel alma?

Patricio. Oye, Egerio, la respuesta.
Yo concedo que del alma
bautizada, centro sea 1795
o la gloria o el infierno,
de donde salir no pueda
por el especial decreto,
hablando de la potencia
ordinaria, pero hablando 1800
de la absoluta, pudiera
Dios del infierno sacarla.
Pero no es la cuestión ésta.
Que va a uno de dos lugares
el alma, es bien que se entienda, 1805
cuando se despide el alma
del cuerpo en mortal ausencia
para no volver a él,
mas, cuando ha de volver, queda
en estado de viadora, 1810
y así se queda suspensa
en el universo, como
parte dél, sin que en él tenga
determinado lugar,

que la suma omnipotencia 1815
antevió todas las cosas
desde que su misma esencia
sacó esta fábrica a luz
del ejemplar de su idea,
y así vio este caso entonces, 1820
y seguro de la vuelta
que había de hacer aquel alma,
la tuvo entonces suspensa,
sin lugar y con lugar.
Teología sacra es ésta, 1825
con que queda respondido
a tu argumento. Y aún queda
otra cosa que advertir:
que hay más lugares que piensas,
de la pena y de la gloria 1830
que dices, y es bien que sepas
otro, que es el purgatorio,
donde el alma a purgar entra,
habiendo muerto en la gracia,
las culpas que dejó hechas 1835
en el mundo, porque nadie
entra en el cielo con ellas,
y así allí se purifica,
se acrisola, allí se acendra,
para llegar limpia y pura 1840
a la divina presencia.

Rey. Esto dices tú, y no tengo
muestra ni señal más cierta
que tu voz. Dame un amago,
dame un rasgo, una luz de esa 1845
verdad, y tóquela yo
con mis manos, porque vea
que lo es. Y pues que puedes
tanto con tu Dios, impetra
su gracia. Pídele tú 1850
que, para que yo le crea,
te dé un ente real, que todos
le toquen; no todos sean
entes de razón. Y advierte
que sólo un hora te queda 1855
de plazo, y en ella hoy
me has de dar señales ciertas

de la pena y de la gloria,
o has de morir. Vengan, vengan
los prodigios de tu Dios 1860
donde los tengamos cerca.
Y por si no merecemos
nosotros glorias ni penas,
dénos ese purgatorio,
que ni uno ni otro sea, 1865
donde todos conozcamos
su divina omnipotencia.
La honra de tu Dios te va,
dile a El que la defienda.

Vanse todos.

Patricio. Aquí, Señor inmenso y soberano, 1870
tus iras, tus venganzas, tus castigos
rompan los escuadrones enemigos
de una ignorancia, de un error profano.
No piadoso procedas, pues en vano
a tus contrarios tratas como amigos, 1875
y, ya que a tu poder buscan testigos,
rayos esgrima tu sangrienta mano.
Rigores te pidió el celo de Elías,
y la fe de Moisés pidió portentos,
y, aunque suyas no son las voces mías, 1880
penetrarán el cielo sus acentos,
pidiéndote, Señor, noches y días,
portentos y rigores, porque atentos
a glorias y a tormentos,
por sombras, por figuras, sea notorio 1885
al mundo, cielo, infierno y purgatorio.

Baja un Ángel Bueno, y sale otro Malo.

Ángel Malo. Temeroso de que el cielo
descubra a Patricio santo
este prodigio, este encanto,
mayor tesoro del suelo, 1890

quise, de rigores lleno,
como ángel de luz, venir
a turbar y prevenir,
vertiendo rabia y veneno,
su petición.

Ángel Bueno. No podrás, 1895
monstruo crüel, porque soy
quien en su defensa estoy.
Enmudece, no hables más.
Patricio, tu petición
oyó Dios, y así ha querido 1900
dejarte favorecido
con esta revelación.
Busca en estas islas una
cueva, que es en su horizonte
la bóveda de ese monte 1905
y el freno de esa laguna,
y el que entrare osado a vella
con contrición, confesados
antes todos sus pecados,
tendrá el purgatorio en ella. 1910
En ella verá el infierno,
y las penas que padecen
los que en sus culpas merecen
tormentos de fuego eterno;
verá una iluminación 1915
de la gloria y paraíso,
pero dase cierto aviso:
que aquél que sin contrición
entrare, por sólo ver
los misterios de la cueva, 1920
su muerte consigo lleva,
pues entrará a padecer
mientras que Dios fuere Dios;
el cual, por favor segundo,
de las fatigas del mundo 1925
hoy te sacará, y los dos
os veréis en la región
del empíreo soberano,
subiendo a ser ciudadano
de la celestial Sión, 1930
dejando el mayor indicio
del milagro más notorio

del mundo, en el purgatorio
que llamen de san Patricio.
  Y en prueba de que es verdad 1935
un milagro tan divino,
aquesta fiera que vino
a profanar tu piedad
  llevaré al obscuro abismo,
prisión, calabozo y centro, 1940
porque se atormenten dentro
su envidia y veneno mismo.

Cúbrese la apariencia.

Patricio. ¡Gloria los cielos te den,
inmenso Señor, pues sabes
con maravillas tan graves 1945
volver por tu honor tan bien!
¡Egerio!

Salen todos.

Rey. ¿Qué quieres?
Patricio. Ven
por este monte conmigo,
y cuantos vienen contigo
me sigan, y en él verán 1950
imágenes donde están
juntos el premio y castigo.
  Verán un amago breve
de un prodigio dilatado,
un milagro continuado, 1955
a cuya grandeza debe
admiración quien se atreve
a descifrar su secreto;
verán un rasgo perfeto
de maravillas que están 1960
guardadas aquí; y verán
infierno y gloria en efeto.

Rey. Mira, Patricio, que vas
entrando a una parte donde
aun la luz del sol se esconde, 1965
que aquí no llegó jamás.
El monte que viendo estás,
ningún hombre ha sujetado,
que su camino intrincado,
en tantos siglos no ha sido 1970
de humana planta seguido,
de inculta fiera pisado.

Filipo. Los naturales que aquí
largas edades vivimos,
a ver no nos atrevimos 1975
los secretos que hay ahí,
porque se defiende a sí
tanto la entrada importuna
que no hay persona ninguna
que pase por su horizonte 1980
los peñascos de ese monte,
las ondas de la laguna.

Rey. Sólo con agüeros graves
oímos, por más espanto,
el triste, el funesto canto 1985
de las más noturnas aves.

Filipo. De penetralle no acabes.

Patricio. No os cause el temor desvelos,
que tesoro de los cielos
se guarda aquí.

Rey. ¿Qué es temor? 1990
¿Pueden a mí darme horror
volcanes y mongibelos?
Cuando con asombro sumo
llamas los centros suspiren,
rayos las esferas tiren, 1995
diluvios de fuego y humo,
de mi valor no presumo
que me dé temor.

Sale Polonia.

Polonia. Detente,
pueblo bárbaro, imprudente
y osado. Con paso errante 2000
no pases más adelante,
que está tu desdicha enfrente.

Huyendo de mí misma, he penetrado
deste rústico monte la espesura,
cuyo ceño, de robles coronado, 2005
amenazó del sol la lumbre pura,
porque en su oscuro centro, sepultado
mi delito, viviese más segura,
hallando puerto en seno tan profundo
a los airados piélagos del mundo. 2010

Llegué a esta parte, sin haber tenido
norte que me guï ase, porque es tanta
su soberbia que nunca ha consentido
muda impresión de conducida planta
su semblante intrincado y retorcido, 2015
que visto admira, que admirado espanta,
causando asombros con inútil guerra:
misterio incluye, maravilla encierra.

¿No ves ese peñasco que parece
que se está sustentando con trabajo, 2020
y con el ansia misma que padece
ha tantos siglos que se viene abajo?
Pues mordaza es que sella y enmudece
el aliento a una boca, que debajo
abierta está, por donde con pereza 2025
el monte melancólico bosteza.

Esta, pues, de cipreses rodeada,
entre los labios de una y otra peña,
descubre la cerviz desaliñada,
suelto el cabello, a quien sirvió de greña 2030
inútil yerba, aun no del sol tocada,
donde en sombras y lejos nos enseña
un espacio, un vacío, horror del día,
funesto albergue de la noche fría.

Yo quise entrar a examinar la cueva 2035
para mi habitación. Aquí no puedo
proseguir, que el espíritu se eleva,
desfallece la voz, crece el denuedo.
¡Qué nuevo horror, qué admiración tan nueva
os contara, a no ser tan dueño el miedo, 2040

helado el pecho y el aliento frío,
de mi voz, de mi acción, de mi albedrío!
Apenas en la cueva entrar quería,
cuando escucho en sus cóncavos, veloces
—como de quien se queja y desconfía 2045
de su dolor—, desesperadas voces.
Blasfemias, maldiciones sólo oía,
y repetir delitos tan atroces,
que pienso que los cielos, por no oíllos,
quisieron a esa cárcel reducillos. 2050
Llegue, atrévase, ose el que lo duda;
entre, pruebe, examine el que lo niega;
verá, sabrá y oirá, sin tener duda,
furias, penas, rigores, cuando llega;
porque mi voz absorta, helada y muda, 2055
a miedo, espanto, novedad se entrega,
y no es bien que se atrevan los humanos
a secretos del cielo soberanos.

Patricio. Esta cueva que ves, Egerio, encierra
misterios de la vida y de la muerte; 2060
pero falta decirte cuánto yerra
quien en pecado su misterio advierte.
Pero el que confesado se destierra
el temor, y con pecho osado y fuerte
entrare aquí, su culpa remitida 2065
verá y el purgatorio tendrá en vida.

Rey. ¿Piensas, Patricio, que a mi sangre debo
tan poco, que me espante ni me asombre,
o que como mujer temblando muero?
Decid, ¿quién de vosotros será el hombre 2070
que entre? ¿Callas, Filipo?

Filipo. No me atrevo.

Rey. Tú, capitán, ¿no llegas?

Capitán. Sólo el nombre
me atemoriza.

Rey. ¿Atréveste, Leogario?

Leogario. Es el cielo, señor, mucho contrario.

Rey. ¡Oh, cobardes, oh, infames, hombres viles, 2075
indignos de ceñir templado acero,
sino de sólo adornos mujeriles!
Pues yo he de ser, villanos, quien primero
los encantos estraños y sutiles

deslustre de un cristiano, un hechicero. 2080
Mirad en mí, con tan valiente estremo,
que ni temo su horror, ni a su Dios temo.

Aquí se ha descubierto una boca de una cueva, lo más horrible que se pueda imitar, y dentro della está un escotillón, y en poniéndose en él Egerio, se hunde con mucho ruido, y suben llamas de abajo, oyéndose muchas voces.

Polonia. ¡Qué asombro!
Leogario. ¡Qué prodigio!
Filipo. ¡Qué portento!
Capitán. Llamas el centro de la tierra espira. *Vase.*
Leogario. Los ejes rotos vi del firmamento. *Vase.* 2085
Polonia. El cielo desató toda su ira. *Vase.*
Lesbia. La tierra se estremece y gime el viento. *Vase.*
Patricio. La mano vuestra, gran Señor, admira
vuestros contrarios. *Vase.*
Filipo. ¿Quién será el sin juicio
que entre en el purgatorio de Patricio? *Vase.* 2090

TERCERA JORNADA
Del Purgatorio de S. Patricio

[CUADRO I]

Salen Paulín y Ludovico.

Paulín. Algún día había de ser,
pues fue fuerza que llegase,
el que yo te preguntase
lo que pretendo saber.
Ve conmigo. Yo salí 2095
de mi cabaña a enseñarte

el camino, y a la parte
donde te embarcaste fui.
  Allí otra vez me dijiste:
«a mi mano has de morir 2100
o conmigo has de venir»,
y, como a escoger me diste,
  escogí del mal el más,
que fue venirme contigo,
a quien como sombra sigo 2105
en cuantas provincias has
  discurrido: Italia, España,
Francia, Escocia, Ingalaterra;
y, en efeto, no hubo tierra
que, por remota y estraña, 2110
  se te escapase. Y, al fin,
después de haber caminado
tanto, la vuelta hemos dado
a Irlanda. Yo, Juan Paulín,
  confuso de ver que vienes 2115
barba y cabello crecido,
mudando lengua y vestido,
pregunto, ¿qué causa tienes
  para hacer estos disfraces?
No sales de la posada 2120
de día, y en la noche helada
mil temeridades haces,
  sin advertir que llegamos
a una tierra donde todo
está trocado, de modo 2125
que nada, señor, dejamos,
  como lo hallamos: Egerio,
desesperado murió,
y Lesbia, su hija, quedó
heredera deste imperio, 2130
  porque Polonia …

Ludovico. Prosigue,
sin que a Polonia me nombres.
No me mates, no me asombres
con suceso que me obligue
  a hacer estremos. Ya sé 2135
que Polonia al fin murió.

Paulín. El huésped me lo contó,
y me dijo cómo fue
el hallarla muerta y …

Ludovico. Calla,
porque no quiero saber 2140
su muerte, pues no ha de ser
para sentilla y lloralla.

Paulín. Al fin, me dijo que acá,
dejando errores profanos,
todos son buenos cristianos, 2145
porque un Patricio, que ya
murió …

Ludovico. ¿Patricio murió?

Paulín. El huésped lo dice así.

Ludovico. ([*Ap*.] Mal mi palabra cumplí.)
Prosigue.

Paulín. Les predicó 2150
la fe de Cristo, y en prueba
de que es divina verdad
del alma la eternidad,
aquí descubrió una cueva.
¡Y qué cueva! Atemoriza 2155
el oíllo.

Ludovico. Ya lo sé,
que otras veces lo escuché
y el cabello se me eriza,
porque aquí los moradores
ven prodigios cada día. 2160

Paulín. Como tu melancolía,
entre asombros y temores,
no te deja hablar ni ver
a nadie, y siempre encerrado
estás, señor, no has llegado 2165
a ver, oír y saber
estas cosas; pero aquí
es lo que menos importa;
mi prolija duda acorta
y a lo que venimos di. 2170

Ludovico. Quiero a todo responderte.
De tu casa te saque,
y mi intento entonces fue

darte en el campo la muerte.
  Mas parecióme mejor 2175
que, llevándote conmigo,
mi compañero y amigo
fueses, quitando el temor
  que me causaba llegar
a hablar a nadie, y, en fin, 2180
yendo conmigo, Paulín,
me pudiste asegurar.
  Varias tierras anduvimos,
nada en ellas te faltó.
Y respondiéndote yo 2185
agora a lo que venimos,
  sabe que es a dar la muerte
a un hombre, de quien estoy
ofendido, y así voy
encubriendo desta suerte 2190
  el traje, la patria, el nombre.
Y de noche este fin sigo,
por ser mi fuerte enemigo
el más poderoso hombre
  desta tierra. Ya que a ti 2195
fío todo mi secreto,
escucha para qué efeto
hoy me has seguido hasta aquí.
  Tres días ha que llegué
a esta ciudad disfrazado, 2200
y dos noches que embozado
a mi enemigo busqué
  en su casa y en su calle,
y un hombre que a mí llegó,
embozado, me estorbó 2205
por dos veces el matalle.
  Este me llama y, después
que voy, se desaparece
tan veloz que me parece
que lleva el viento en los pies. 2210
  Hete esta noche traído
porque, si acaso viniere,
escapar de dos no espere,
pues entre los dos cogido
  le podremos conocer. 2215

Paulín. ¿Y quién son los dos?

Ludovico. Tú y yo.
Paulín. Yo no soy ninguno.
Ludovico. ¿No?
Paulín. No, señor, ni puedo ser
uno ni medio en notorios
peligros con que me asombras. 2220
¿Yo con las señoras sombras
y señores purgatorios?
En mi vida me metí
con cosas del otro mundo,
y en justa razón me fundo. 2225
Mandadme, señor, a mí
que con mil hombres me mate,
que en esta ocasión yo sé
que de todos mil huiré,
y aun del uno, que es dislate 2230
digno del hombre más loco
que haya quien morirse quiera
por no dar una carrera,
cosa que cuesta tan poco.
Estimo en mucho mi vida; 2235
déjame, señor, aquí,
y después vuelve por mí.
Ludovico. Esta es la casa. Homicida
de Filipo hoy he de ser.
Veamos si el cielo pretende 2240
defenderle y le defiende.
Aquí te puedes poner.
Paulín. No hay para qué, que ya allí

Sale un hombre embozado.

un hombre viene.
Ludovico. Dichoso
soy, si llega la ocasión 2245
en que dos venganzas tomo
—pues esta noche no habrá
a mis rigores estorbo—,
dando muerte a este embozado
antes que a Filipo. Solo 2250

viene; él es, que ya las señas
por el talle reconozco,
o porque me atemoriza
el miralle, y me da asombro.

Embozado. ¡Ludovico!

Ludovico. Ya ha dos noches, 2255
caballero, que aquí os topo.
Si me llamáis, ¿por qué huís?
y, si me buscásteis, ¿cómo
os ausentásteis?

Embozado. Seguidme,
sabréis quién soy.

Ludovico. Tengo un poco 2260
que hacer en aquesta calle
y impórtame el quedar solo,
porque en matándoos a vos
tengo que matar a otro.
O saquéis o no la espada, 2265
desta manera dispongo
dos venganzas. ¡Vive Dios,

Saca la espada y acuchilla el viento.

que el aire acuchillo y corto
y no otra cosa! Paulín,
ataja tú por esotro 2270
lado.

Paulín. Yo no sé atajar.

Ludovico. Pues he de seguiros todo
el lugar hasta que sepa
quién sois. En vano propongo
darle muerte, ¡vive Dios!, 2275
que rayos de acero arrojo
y que de ninguna suerte
le ofendo, hiero ni toco.

Vase tras él acuchillándole y sale Filipo.

Paulín. Vayan en buen hora. Ya
salió de la calle y otro 2280
se viene a mí. Más tentado
estoy que algún san Antonio
de figuras y fantasmas.
En esta puerta me escondo
en tanto que aquéste pasa. 2285

Filipo. Amor atrevido y loco,
con los favores de un reino
me haces amante dichoso.
Fuese Polonia al desierto,
donde entre peñas y troncos, 2290
ciudadana de los montes,
isleña de los escollos,
vive, renunciando en Lesbia
el reino. Yo, codicioso
más que amante, a Lesbia sirvo, 2295
a la majestad adoro.
De hablarla vengo a una reja,
donde mil finezas oigo.
Mas, ¿qué es esto? Cada noche
un hombre a mis puertas topo. 2300
¿Quién será?

Paulín. ([*Ap*.] Hacia mí se viene;
¿mas que hay para mí y todo
fantasmita?)

Filipo. Caballero.

Paulín. ([*Ap*.] A este nombre no respondo.
No habla conmigo.)

Filipo. Esa es 2305
mi casa.

Paulín. Yo no os la tomo;
gocéisla un siglo sin huésped
de aposento.

Filipo. Si es forzoso
estar en aquesta calle
—que eso ni apruebo ni toco—, 2310
dadme lugar a que pase.

Paulín. ([*Ap*.] Cortés habló y temeroso.
También hay sombras gallinas.)
Yo tengo mucho o un poco
que hacer; entrad norabuena, 2315

que a ningún señor estorbo
que se entre a acostar, ni es justo.

Filipo. Yo la condición otorgo.
([*Ap*.] Bravas sombras esta calle
tiene. Cada noche noto 2320
que delante de mí viene
un hombre, y, más cuidadoso,
reparo que se me pierde
en estos umbrales propios,
pero a mí ¿qué me va en esto?) *Vase*. 2325

Saca la espada.

Paulín. Ya se fue. Agora es forzoso
esto: ¡Aguarda, sombra fría,
si eres sombra o si eres sombro!
No le alcanzo, ¡vive Dios!,
que el aire acuchillo y corto. 2330
Mas si es éste el caballero
que en el sereno nosotros
esperamos, ¡vive Dios!,
que él es un hombre dichoso,
pues ya se ha entrado a acostar. 2335
Mas otra vez rüido oigo
de cuchilladas y voces.
Allí son; por aquí corro.

Vase, y sale Ludovico y el embozado.

Ludovico. Ya salimos, caballero,
de la calle. Si era estorbo 2340
reñir en ella, ya estamos
cuerpo a cuerpo los dos solos.
Y pues mi espada no ofende
vuestra persona, me arrojo
a saber quién sois. Decidme, 2345
¿sois hombre, sombra o demonio?
¿No habláis? Pues he de atreverme
a quitaros el embozo.

Descúbrele y está debajo una muerte.

y saber … ¡Válgame el cielo!
¿Qué miro? ¡Ay, Dios, qué espantoso 2350
espectáculo! ¡Qué horrible
visión! ¡Qué mortal asombro!
¿Quién eres, yerto cadáver,
que deshecho en humo y polvo
vives hoy?

Embozado. ¿No te conoces? 2355
Este es tu retrato propio:
yo soy Ludovico Enio.

Desaparece.

Ludovico. ¡Válgame el cielo! ¿Qué oigo?
¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Sombras y desdichas toco: 2360
muerto soy.

Cae en el suelo y sale Paulín.

Paulín. La voz es esta
de mi señor. El socorro
le llega a buen tiempo en mí.
¡Señor!

Ludovico. ¿A qué vuelves, monstruo
horrible? Ya estoy rendido 2365
a tu voz.

Paulín. ([*Ap*.] El está loco.)
Que no soy el monstruo horrible;
Juan Paulín soy, aquel tonto
que sin qué ni para qué
te sirve.

Ludovico. ¡Ay, Paulín! De modo 2370
estoy que ignoro quién eres.
Pero, qué mucho, si ignoro
quién soy yo. ¿Viste, por dicha,
un cadáver temeroso,
un muerto con alma, un hombre 2375
que en el armadura sólo
se sustentaba, la carne
negada a los huesos broncos,
las manos yertas y frías,
y el cuerpo desnudo y tosco, 2380
de sus cóncavos vacíos
desencajados los ojos?
¿Por dónde fue?
Paulín. Pues si yo
le hubiera visto, forzoso
fuera que no lo dijera, 2385
pues en ese instante propio
cayera de esotro lado
más muerto que él.
Ludovico. Y aun yo y todo,
pues la voz muda, el aliento
triste, el pecho pavoroso 2390
visten de yelo el sentido,
calzan a los pies de plomo.
Sobre mí he visto pendiente
la máquina de dos polos,
siendo de tanta fatiga 2395
breves Atlantes mis hombros.
Parece que se levanta
de cada flor un escollo,
de cada rosa un gigante,
porque, sus cóncavos rotos, 2400
quiere arrojar de su vientre
los muertos que guarda en polvo.
Yo vi a Ludovico Enio
entre ellos. ¡Cielos piadosos,
escondedme de mí mismo, 2405
y en el centro más remoto
me sepultad, no me vea
a mí pues no me conozco!
Pero sí conozco, sí,
pues sé que fui yo aquel monstruo 2410

tan rebelde que a Dios mismo
se atrevió soberbio y loco;
aquél que tantos delitos
cometió, que fuera poco
castigo que Dios mostrara 2415
en él sus rigores todos,
y que, mientras fuera Dios,
padeciera rigurosos
tormentos en los infiernos.
Mas, después desto, conozco 2420
que son hechos contra un Dios
tan divino y tan piadoso,
que puedo alcanzar perdón
cuando arrepentido lloro.
Yo lo estoy, Señor, y en prueba 2425
de que hoy empiezo a ser otro
y que nazco nuevamente,
en vuestras manos me pongo.
No me juzguéis, justiciero;
pues son atributos propios 2430
la justicia y la piedad,
juzgad misericordioso.
Mirad vos qué penitencia
puedo hacer, que yo la otorgo,
que será satisfación 2435
de mi vida.

Dentro música.

Dentro. El purgatorio.

Ludovico. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
Acentos son sonorosos,
iluminación parece
del cielo, que misterioso 2440
da auxilios al pecador.
Y pues en él reconozco
lo que Dios inspira, quiero
entrar en el purgatorio
de Patricio, y cumpliré, 2445
sujeto, humilde y devoto,
la palabra que le di,

viendo—si tal dicha toco—
a Patricio. Si este intento
es terrible, es riguroso, 2450
porque no hay humanas fuerzas
que resistan los asombros,
ni que sufran los tormentos
que ejecutan los demonios,
también fueron rigurosas 2455
mis culpas. Médicos doctos,
a peligrosas heridas
dan remedios peligrosos.
Vente conmigo, Paulín,
verás que a los pies me postro 2460
del obispo, y que confieso
allí mis pecados todos
a voces, por más espanto.

Paulín. Pues, para eso, vete solo,
que no ha de ir acompañado 2465
un hombre tan animoso.
Y no he oído que ninguno
vaya al infierno con mozo.
A mi aldea me he de ir,
allí vivo sin enojos, 2470
y fantasma por fantasma,
bástame mi matrimonio. *Vase*.

Ludovico. Públicas fueron mis culpas,
y así públicas dispongo
las penitencias. Iré 2475
dando voces, como loco,
publicando mis delitos.
Hombres, fieras, montes, globos
celestiales, peñas duras,
plantas tiernas, secos olmos, 2480
yo soy Ludovico Enio,
temblad a mi nombre todos,
que soy monstruo de humildad
si fui de soberbia monstruo,
y tengo fe y esperanza 2485
que me veréis más dichoso,
si en nombre de Dios, Patricio
me ayuda en el purgatorio. *Vase*.

[CUADRO II]

Sale en lo alto del monte Polonia, y baja al tablado.

Polonia. Quisiera, ¡oh, Señor mío!,
que en estas soledades, 2490
una y mil voluntades
os diera mi albedrío,
y liberal quisiera
que cada voluntad un alma fuera.
Quisiera haber dejado, 2495
no un reino humilde y pobre,
sino el imperio sobre
quien, siempre coronado,
ilumina y pasea
el sol en cuantos círculos rodea. 2500
Esta humilde casilla,
tan pobre y tan pequeña,
parto de aquesa peña,
octava maravilla
es, cuyo breve espacio 2505
la majestad excede del palacio.
Más precio ver la salva
del día cuando llora
blando aljófar la aurora
en los brazos del alba, 2510
y el sol, hermoso en ellas,
sale con vanidad borrando estrellas;
más precio ver que baña,
al descender la noche,
su luminoso coche 2515
en las ondas de España,
pudiendo la voz mía
alabaros, Señor, de noche y día,
que ver las majestades,
con soberbia servidas, 2520
siempre desvanecidas
con locas vanidades,
siendo—¿a quién no le asombra?—
la vida—yo lo sé—caduca sombra.

Sale Ludovico.

Ludovico. ([*Ap*.] Yo voy constante y fuerte, 2525
mi espíritu me lleva
buscando aquella cueva
donde el cielo me advierte
la salud conocida,
teniendo en ella purgatorio en vida.) 2530
Dígasme tú, divina
mujer, que este horizonte
vives, siendo del monte
moradora vecina,
¿qué camino da indicio 2535
para ir al purgatorio de Patricio?

Polonia. Dichoso peregrino,
que así buscando vienes
de los más ricos bienes
el tesoro divino, 2540
bien podré yo guiarte,
que para eso no más vivo esta parte.
¿Ves ese monte?

Ludovico. ([*Ap*.] Y veo
mi muerte en él.)

Polonia. ([*Ap*.] ¡Ay, triste!
Alma, ¿qué es lo que viste?) 2545

Ludovico. ([*Ap*.] ¿Si es ella? No lo creo.)

Polonia. ([*Ap*.] ¿Si es él? No certifico.)

Ludovico. ([*Ap*.] ¿Esta es Polonia?)

Polonia. ([*Ap*.] ¿Aquél es Ludovico?)

Ludovico. ([*Ap*.] Pero ilusión ha sido,
porque a volver me obligue 2550
de mi intento.) Prosigue.

Polonia. ([*Ap*.] ¿Si vencerme ha querido
el común enemigo?
con sombras?)

Ludovico. ¿No prosigues?

Polonia. Ya prosigo.
Pues este monte tiene 2555

ese prodigio dentro,
a cuyo escuro centro
nadie por tierra viene,
y así por agua llega,
que esa laguna en barcos se navega. 2560
([*Ap*.] Con la venganza lucho,
con la piedad me venzo.)

Ludovico. ([*Ap*.] Nuevas dudas comienzo,
pues la miro y escucho.)

Polonia. ([*Ap*.] Peleando estoy conmigo.) 2565

Ludovico. ([*Ap*.] Muerto estoy.) ¿No prosigues?

Polonia. Ya prosigo.
Esa laguna cerca
todo el monte eminente,
y así, más fácilmente,
por ella está más cerca 2570
un convento sagrado,
en medio de la isla fabricado.
Canónigos reglares
le habitan, y a su cargo
está el discurso largo 2575
de avisos singulares,
de misas, confesiones,
ceremonias y muchas prevenciones
que debe hacer primero
quien padecer quisiere 2580
en vida. ([*Ap*.] Pues no espere
este enemigo fiero
vencerme.)

Ludovico. ([*Ap*. Mi esperanza
no ha de tener aquí desconfianza
viendo el mayor delito 2585
presente. Aunque me ofrece
culpas en que tropiece,
vencerme solicito.)

Polonia. ([*Ap*.] ¡Con qué fuerte enemigo
me veo!)

Ludovico. ¿No prosigues?

Polonia. Ya prosigo. 2590

Ludovico. Pues el discurso acorta,
porque el alma me avisa
que importa el irme aprisa.

Polonia. A mí también me importa
que te vayas.

Ludovico. Pues sea 2595
diciéndome, mujer, por dónde vea
el camino.

Polonia. Ninguna
persona de aquí pasa acompañada,
y así la esfera helada
de esa breve laguna, 2600
en un barco pequeño
has de pasar, siendo absoluto dueño
de tus acciones. Llega,
que en la orilla está atado,
y en sólo Dios fiado, 2605
los cristales navega
de ese piélago presto.

Ludovico. A mí también me va la vida en esto,
y así al barco me entrego.
¡Qué horror al alma ofrece! 2610
Un ataúd parece,
y yo, solo, navego
por esta nieve fría.

Éntrase dentro.

Polonia. Pues no vuelvas atrás, sigue y confía.

Ludovico. Vencí, vencí, Polonia, 2615
pues que no me ha rendido
tu vista.

Polonia. Yo he vencido,
en esta Babilonia
confusa, enojo y ira.

Ludovico. Tu fingido semblante no me admira, 2620
aunque tomases forma
para que yo dejase
el fin que sigo y que desconfïase.

Polonia. Mal el temor te informa,
de ánimo pobre y de temores rico, 2625
porque yo soy Polonia, Ludovico.
La misma a quien tú diste
muerte, que venturosa
hoy vive más dichosa
en este estado triste. 2630

Ludovico. Pues ya el alma confiesa
su culpa, y más de tu rigor le pesa,
mis errores perdona.

Polonia. Sí hago, y tu intento apruebo.

Ludovico. Mi fe conmigo llevo. 2635

Polonia. Esta sola te abona.

Ludovico. Adiós.

Polonia. Adiós.

Ludovico. Él su rigor aplaque.

Polonia. Y El con vitoria de ese horror te saque. *Vanse.*

[CUADRO III]

Salen dos Canónigos Reglares.

Can. 1º. Las ondas de la laguna
se mueven sin el veloz 2640
viento; sin duda a la isla
llegan peregrinos hoy.

Can. 2º. Vamos a la orilla a ver
quiénes tan osados son,
que se atreven a tocar 2645
nuestra obscura habitación.

Sale Ludovico.

Ludovico. Ya el barco fie a las ondas,
diré, el ataúd, mejor.
¿Quién navegó en sus sepulcros,

nieve y fuego, sino yo? 2650
¡Qué ameno sitio que es éste!
Aquí pienso que llamó
a cortes la primavera
la noble y plebeya flor.
¡Qué triste monte es aquél! 2655
Tan disformes son los dos,
que les hace más amigos
la contraria oposición.
Allí cantan tristes aves
quejas que causan temor, 2660
aquí pájaros alegres
enamoran con su voz.
Allí bajan los arroyos
despeñados con horror,
y aquí mansamente corren 2665
dándole espejos al sol.
En medio desta fealdad
y esta hermosura, sacó
la frente un grave edificio:
miedo me causa y amor. 2670
Mostrando pena y contento,
en este lugar estoy.

Can. 1º. Venturoso caminante
que te has atrevido hoy
a llegar a estos umbrales, 2675
mil parabienes te doy.
Llega a mis brazos.

Ludovico. Al suelo
que pisas será mejor,
y llévame, por piedad,
agora a ver al prior 2680
que este convento gobierna.

Can. 1º. Aunque indigno, yo lo soy.
Habla, prosigue, ¿qué dudas?

Ludovico. Padre, si dijera yo
quién soy, temiera que, oyendo 2685
de mí, le diera temor
mi nombre, porque mis obras
tan abominables son
que por no verlas se cubre
de luto ese resplandor. 2690

Soy un abismo de culpas
y un piélago de furor;
soy un mapa de delitos,
y el más grave pecador
del mundo; y para decillo 2695
todo en sola una razón
—aquí me falta el aliento—,
Ludovico Enio soy.
Vengo a entrar en esta cueva
donde, si hay satisfación 2700
a tantas culpas, lo sea
su penitencia. Yo estoy
absuelto, ya que el obispo
de Hibernia me confesó,
e informado de mi intento, 2705
con agrado y con amor,
me consoló, y para ti
aquestas cartas me dio.

Can. 1º. No se toma en sólo un día
tan gran determinación, 2710
Ludovico, que estas cosas
muy para pensadas son.
Estad aquí algunos días
huésped, y después los dos
lo veremos más despacio. 2715

Ludovico. No, padre mío, eso no,
que no me he de levantar
desta tierra hasta que vos
me concedáis este bien.
Auxilio fue, inspiración 2720
de Dios la que aquí me trujo,
no vanidad, no ambición,
no deseo de saber
secretos que guarda Dios.
No pervirtáis este intento, 2725
que es divina vocación.
Padre mío, piedad pido:
dad a mis penas favor,
dad a mis ansias consuelo,
dad alivio a mi dolor. 2730

Can. 1º. Tú, Ludovico, ¿no adviertes
que pides mucho, y que son

los tormentos del infierno
los que has de pasar? Valor
no tendrás para sufrirlos. 2735
Muchos, Ludovico, son
los que entraron, pero pocos
los que salieron.

Ludovico. Temor
no me dan sus amenazas,
que yo protesto que voy 2740
sólo a purgar mis pecados,
cuyo número excedió
a las arenas del mar
y a los átomos del sol.
Firme esperanza tendré 2745
puesta siempre en el Señor,
a cuyo nombre, vencido
queda el infierno.

Can. 1º. El fervor
con que lo dices me obliga
que abra las puertas hoy. 2750
Esta, Ludovico, es
la cueva.

Abren la boca de la cueva.

Ludovico. ¡Válgame Dios!

Can. 1º. ¿Ya desmayas?

Ludovico. No desmayo;
asombro el verla me dio.

Can. 1º. Aquí otra vez te protesto: 2755
no entres por causa menor
que por pensar que así alcanzas
de tus pecados perdón.

Ludovico. Padre, ya estoy en la cueva.
Aquí atiendan a mi voz 2760
hombres, fieras, cielos, montes,
día, noche, luna y sol,
a quien mil veces protesto,
a quien mil palabras doy,
que entro a padecer tormentos, 2765

por ser tan gran pecador
que tan grande penitencia
es poca satisfación
de mis culpas, y pensar
que está aquí mi salvación. 2770

Can. 1º. Pues entra, y siempre en la boca
lleva, y en el corazón,
de Jesús el nombre.

Ludovico. Él sea
conmigo. Señor, Señor,
armado de vuestra fe, 2775
en el campo abierto estoy
con mi enemigo; este nombre
me ha de sacar vencedor.
La señal de la cruz hago
mil veces. ¡Válgame Dios! 2780

Aquí entra en la cueva, que será como se pudiere hacer más horrible, y cierren con un bastidor.

Can. 1º. De cuantos aquí han entrado,
nadie tuvo igual valor.
Dádsele, justo Jesús;
resista la tentación
de los demonios, fi ado, 2785
divino Señor, en vos. *Vanse*.

[CUADRO IV]

Salen Lesbia, Filipo, Leogario, Capitán, y Polonia.

Lesbia. Antes, pues, que lleguemos
donde nos lleva tu valor, podemos
decir a qué venimos
todos a verte, puesto que trujimos 2790
determinado intento.

Polonia. Decid andando vuestro pensamiento,
y siguiendo mi paso,
porque os llevo a admirar el mayor caso
que humanos ojos vieron. 2795

Lesbia. Pues nuestras pretensiones éstas fueron:
Polonia, tú veniste
a este monte, y en él vivir quisiste,
haciéndome heredera,
en vida, de un imperio; yo quisiera 2800
darte en mi intento parte,
y así de todo aquí vengo a informarte.
Mi voluntad te dejo,
preceptos pido, hermana, no consejo.
Una mujer no tiene 2805
valor para el consejo, y le conviene
casarse.

Polonia. Y es muy justo,
y si es Filipo el novio, ése es mi gusto,
pues con eso he podido,
Lesbia, dejarte el reino y el marido, 2810
porque todo lo debas
a mi amor.

Filipo. Las edades vivas nuevas
del sol, que cada día muere y nace,
y fénix de sus rayos se renace.

Polonia. Pues ya que habéis logrado 2815
vuestro intento los dos, este cuidado
con que aquí os he traído
quiero que todos escuchéis qué ha sido.
Con fervientes estremos,
vino un hombre, a quien todos conocemos, 2820
buscando de Patricio
la cueva, para entrar en su ejercicio.
Entró en ella y hoy sale,
y porque aquí la admiración iguale
al temor y al espanto, 2825
os truje a ver este prodigio santo.
No os dije allá lo que era,
porque el temor cobarde no impidiera
el fin que osada sigo,
y así os truje conmigo. 2830

Lesbia. Ha sido intento justo,
que yo con el temor mezclaré el gusto.

Filipo. Todos saber deseamos
la verdad de las cosas que escuchamos.

Polonia. Si el valor le ha faltado, 2835
y dentro de la cueva se ha quedado,
por lo menos veremos
el castigo; y si sale, dél sabremos
de aquí lo misterioso,
si bien, sale el que sale, temeroso 2840
tanto, que hablar no puede,
y huyendo de las gentes, se concede
solo a las soledades.

Leogario. Misterios son de grandes novedades.

Capitán. A buen tiempo llegamos, 2845
pues que los religiosos que miramos,
en lágrimas bañados,
con silencio a la cueva van guï ados
para abrirle la puerta.

Salen los más que pudieren, y llegan a la cueva, de donde sale Ludovico como asombrado.

Can. 1º. La del cielo, Señor, tened abierta 2850
a lágrimas y voces.
Venza este pecador esos atroces
calabozos, adonde
de vuestro rostro la visión se esconde.

Polonia. Ya abrió.

Can. 1º. ¡Qué gran consuelo! 2855

Filipo. Ludovico es aquél.

Ludovico. ¡Válgame el cielo!
¿Es posible que he sido
tan dichoso que, ya restitüido,
después de tantos siglos, me he mirado
a la luz?

Capitán. ¡Qué confuso!

Leogario. ¡Qué turbado! 2860

Can. 1º. A todos da los brazos.

Ludovico. En mí serán prisiones, que no lazos.
Polonia, pues te veo,
ya mi perdón de tus piedades creo;
y tú, Filipo, advierte 2865
que un ángel te ha librado de la muerte
dos noches que he querido
matarte; que perdones mi error pido.
Y dejadme que, huyendo
de mí, me esconda el centro; así pretendo 2870
retirarme del mundo,
que quien vio lo que yo, con causa fundo
que ha de vivir penando.

Can. 1º. Pues de parte de Dios, Enio, te mando
que digas lo que has visto. 2875

Ludovico. A tan santo precepto no resisto,
y porque al mundo asombre,
y no viva en pecado muerto el hombre,
y a mis voces despierte,
mi relación, grave concurso, advierte: 2880
Después de las prevenciones,
tan justas y tan solenes,
como para tanto caso
se piden y se requieren,
y después que yo de todos, 2885
con fe y ánimo valiente,
para entrar en esa cueva
me despedí tiernamente,
puse mi espíritu en Dios,
y repitiendo mil veces 2890
las misteriosas palabras
de que en los infiernos temen,
pisé luego sus umbrales,
y esperando a que me cierren
la puerta, estuve algún rato. 2895
Cerráronla al fin, y halléme
en noche obscura, negado
a la luz tan tristemente
que cerré los ojos yo,
propio afecto del que quiere 2900
ver en las obscuridades,
y, con ellos desta suerte,
andado fui hasta tocar

la pared que estaba enfrente,
y, siguiéndome por ella, 2905
como hasta cosa de veinte
pasos, encontré unas peñas,
y advertí que, por la breve
rotura de la pared,
entraba dudosamente 2910
una luz que no era luz,
como a las auroras suele
el crepúsculo dudar
si amanece o no amanece.
Sobre mano izquierda entré, 2915
siguiendo con pasos leves
una senda, y al fin della
la tierra se me estremece
y, como que quiere hundirse,
hacen mis plantas que tiemble. 2920
Sin sentido quedé, cuando
hizo que a su voz despierte
de un desmayo y de un olvido,
un trueno que horriblemente
sonó, y la tierra en que estaba 2925
abrió el centro, en cuyo vientre
me pareció que caí
a un profundo, y que allí fuesen
mi sepultura las piedras
y tierra que tras mí vienen. 2930
En una sala me hallé
de jaspe, en quien los cinceles
obraron la arquitectura
docta y advertidamente.
Por una puerta de bronce 2935
salen y hacia mí se vienen
doce hombres que, vestidos
de blanco conformemente,
me recibieron humildes,
me saludaron corteses. 2940
Uno, al parecer entre ellos
superior, me dijo: «Advierte
que pongas en Dios la fe,
y no desmayes por verte
de demonios combatido, 2945
porque si volverte quieres,

movido de sus promesas
o amenazas, para siempre
quedarás en el infierno
entre tormentos crüeles.» 2950
Ángeles para mí fueron
estos hombres, y de suerte
me animaron sus razones,
que desperté nuevamente.
Luego, de improviso, toda 2955
la sala llena se ofrece
de visiones infernales
y de espíritus rebeldes,
con las formas más horribles
y más feas que ellos tienen, 2960
que no hay a qué compararlos,
y uno me dijo: «Imprudente,
loco, necio, que has querido
antes de tiempo ofrecerte
al castigo que te aguarda 2965
y a las penas que mereces.
Si tus culpas son tan grandes
que es fuerza que te condenes,
porque en los ojos de Dios
hallar clemencia no puedes, 2970
¿por qué quisiste venir
tú a tomarlas? Vuelve, vuelve
al mundo, acaba tu vida,
y, como viviste, muere.
Entonces vendrás a vernos, 2975
que ya el infierno previene
la silla que has de tener
ocupada eternamente.»
No le respondí palabra,
y, dándome fieramente 2980
de golpes, de pies y manos
me ligaron con cordeles;
y luego, con unos garfios
de acero, me asen y hieren,
arrastrándome por todos 2985
los claustros, adonde encienden
una hoguera, y en sus llamas
me arrojan. «Jesús, valedme»,
dije. Huyeron los demonios,

y el fuego se aplaca y muere. 2990
Lleváronme luego a un campo,
cuya negra tierra ofrece
frutos de espinas y abrojos
por rosas y por claveles.
Aquí el viento que corría 2995
penetraba sutilmente
los miembros, aguda espada
era el suspiro más debil.
Aquí, en profundas cavernas,
se quejaban tristemente 3000
condenados, maldiciendo
a sus padres y parientes.
Tan desesperadas voces,
de blasfemias insolentes,
de reniegos y por vidas, 3005
repetían muchas veces,
que aun los demonios temblaban.
Pasé adelante, y halléme
en un prado, cuyas plantas
eran llamas, como suelen 3010
en el abrasado agosto
las espigas y las mieses.
Era tan grande, que nunca
el término en que fenece
halló la vista. Y aquí 3015
estaban diversas gentes
recostadas en el fuego.
A cuál pasan y trascienden
clavos y puntas ardiendo;
cuál los pies y manos tiene 3020
clavados contra la tierra;
a cuál las entrañas muerden
víboras de fuego; cuál
rabiando ase con los dientes
la tierra; cuál a sí mismo 3025
se despedaza, y pretende
morir de una vez, y vive
para morir muchas veces.
En este campo me echaron
los ministros de la muerte, 3030
cuya furia al dulce nombre
de Jesús se desvanece.

Pasé adelante, y allí
curaban, de los crüeles
tormentos, a los heridos 3035
con plomo y resina ardiente,
que echados sobre las llagas
eran cauterios más fuertes.
¿Quién hay que aquí no se aflija?
¿Quién hay que aquí no se eleve, 3040
que no llore y no suspire,
que no dude y que no tiemble?
Luego, de una casería,
vi que por puerta y paredes
estaban subiendo rayos, 3045
como acá se ve encenderse
una casa, en quien el fuego
revienta por donde puede.
Esta, me dijeron, es
la quinta de los deleites, 3050
el baño de los regalos,
adonde están las mujeres
que en esotra vida fueron,
por livianos pareceres,
amigas de olores y aguas, 3055
unturas, baños y afeites.
Dentro entré, y en ella vi
que en un estanque de nieve
se estaban bañando muchas
hermosuras excelentes. 3060
Debajo del agua estaban
entre culebras y sierpes,
que de aquellas ondas eran
las sirenas y los peces.
Helados tenían los miembros 3065
entre el cristal trasparente,
los cabellos erizados,
y traspillados los dientes.
Salí de aquí y me llevaron
a una montaña eminente, 3070
tanto que, para pasar,
de los cielos con la frente
abolló, si no rompió,
ese velo azul celeste.
Hay en medio desta cumbre 3075

un volcán que espira y vierte
llamas, y contra los cielos
que las escupe parece.
Deste volcán, deste pozo,
de rato en rato procede 3080
un fuego, de quien salen muchas
almas, y a esconderse vuelven,
repitiendo la subida
y bajada muchas veces.
Un aire abrasado aquí 3085
me cogió improvisamente,
haciéndome retirar
de la punta, hasta meterme
en aquel profundo abismo.
Salí dél, y otro aire viene, 3090
que traía mil legiones,
y a empellones y vaivenes
me llevaron a otra parte,
donde agora me parece
que todas las otras almas 3095
que había visto juntamente
estaban aquí, y, con ser
sitio de más penas éste,
miré a todos los que estaban
allí con rostros alegres. 3100
Con apacibles semblantes,
no con voces impacientes,
sino clavados los ojos
al cielo, como quien quiere
alcanzar piedad, lloraban 3105
tierna y amorosamente;
en que vi que este lugar
el del purgatorio fuese,
que así se purgan allí
las culpas que son más leves. 3110
No me vencieron aquí
las amenazas de verme
entre ellos, antes me dieron
valor y ánimo más fuerte.
Y así, los demonios, viendo 3115
mi constancia, me previenen
la mayor penalidad,
y la que más propiamente

llaman infierno, que fue
llevarme a un río que tiene 3120
flores de fuego en su margen,
y de azufre es su corriente:
monstruos marinos en él
eran hidras y serpientes.
Era muy ancho y tenía 3125
una tan estrecha puente,
que era una línea no más,
y ella tan delgada y débil,
que a mí no me pareció
que, sin quebrarla, pudiese 3130
pasarla. Aquí me dijeron:
«Por ese camino breve
has de pasar; mira cómo
y para tu horror advierte
cómo pasan los que van 3135
delante». Y vi claramente
que otros, que pasar quisieron,
cayeron donde las sierpes
les hicieron mil pedazos
con las garras y los dientes. 3140
Invoqué de Dios el nombre,
y con él pude atreverme
a pasar de esotra parte,
sin que temores me diesen
ni las ondas ni los vientos, 3145
combatiéndome inclementes.
Pasé al fin y en una selva
me hallé, tan dulce y tan fértil
que me pude divertir
de todo lo antecedente. 3150
El camino fui siguiendo
de cedros y de laureles,
árboles del paraíso,
siéndolo allí propiamente.
El suelo, todo sembrado 3155
de jazmines y claveles,
matizaba un espolín
encarnado, blanco y verde.
Las más amorosas aves
se quejaban dulcemente 3160
al compás de los arroyos

de mil repetidas fuentes.
Y a la vista descubrí
una ciudad eminente,
de quien era el sol remate 3165
a torres y chapiteles.
Las puertas eran de oro,
tachonadas sutilmente
de diamantes, esmeraldas,
topacios, rubíes, claveques. 3170
Antes de llegar se abrieron,
y en orden hacia mí viene
una procesión de santos,
donde niños y mujeres,
viejos y mozos venían, 3175
todos contentos y alegres.
Ángeles y serafines
luego en mil coros proceden
con süaves instrumentos
cantando dulces motetes. 3180
Después de todos venía,
glorioso y resplandeciente,
Patricio, gran patriarca,
y, dándome parabienes
de que yo antes de morirme 3185
una palabra cumpliese,
me abrazó, y todos mostraron
gozarse en mis propios bienes.
Animóme y despidióme,
diciéndome que no pueden 3190
hombres mortales entrar
en la ciudad excelente,
que mandaba que a este mundo
segunda vez me volviese.
Y al fin por los propios pasos 3195
volví, sin que me ofendiesen
espíritus infernales;
llegué a tocar finalmente
la puerta, cuando llegásteis
todos a buscarme y verme. 3200
Y pues salí de un peligro,
permitidme y concededme,
piadosos padres, que aquí
morir y vivir espere,

para que acabe con esto 3205
la historia que nos refiere
Dionisio, el gran cartujano,
con Enrique Salteriense,
Mateo, Jacobo, Ranulfo,
y Cesario Esturbaquense; 3210
Mombrisio, Marco Marulo,
David Roto, el prudente,
primado de toda Hibernia;
Belarmino, Beda, Serpi
—fray Dimas—, Jacob, Solino, 3215
Mesingano; y, finalmente,
la piedad y la opinión
cristiana que lo defiende;
porque la comedia acabe
y su admiración empiece. 3220

CON QUIEN VENGO VENGO

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **OCTAVIO, galán**
- **Don JUAN, galán**
- **Don SANCHO, galán**
- **URSINO, viejo**
- **CELIO, criado**
- **GOBERNADOR**
- **Un CRIADO**
- **Doña LISARDA, dama**
- **Doña LEONOR, dama**
- **NISE, criada**
- **Gente**

PRIMER ACTO

Salen doña LISARDA y doña LEONOR
asidas de un papel

LEONOR: No le has de ver.
LISARDA: Es en vano
defenderle ya.
LEONOR: Resuelta
estoy antes a hacer...
LISARDA: Suelta.
LEONOR: ...un exceso en él villano.
LISARDA: Ya el papel está en mi mano.
¿Cómo has de excusarte agora
de que le vea?
LEONOR: Señora,
hermana, Lisarda, advierte...
LISARDA: Esto ha de ser de esta suerte.
LEONOR: ¿Quién mis desdichas ignora?

Lee

LISARDA: "Amor, señor don Juan, que de amor
no pasa a atrevimiento, indignamente
adquiere el nombre. Dígalo el mío;
pues me atreve a tanto que, sin mirar
el riesgo de mi vida, el temor de mi
hermano ni el recelo de Lisarda, os
suplico, vengáis esta noche por el
jardín, donde entraréis a hablarme;
y venga con vos el criado, porque,
cuando yo aventuro mi vida, trato
de asegurar la vuestra."

(¡Notable resolución! **Aparte**
Más mal hay del que pensé;
pues donde sólo busqué
una sombra, una ilusión,
hallo un engaño, una acción
tan grave. No sé qué intente;
mas ya importa cuerdamente
disimular el agravio;
que parecer muda el sabio,
consejo toma el prudente.)

LEONOR: ¿Estás ya contenta, di,
de haberlo sabido?

LISARDA: No;
porque de estas cosas yo
no he de estarlo, triste sí.

LEONOR: ¿Mil veces no te advertí
que no llegases a ver
el papel, que había de ser
de disgusto y de pesar?
Pues quien no lo ha de estorbar
¿por qué lo quiere saber?
Mira lo que has conseguido,
que, andando yo con secreto,
con recato y con respeto
huyendo de ti, has querido
perder el que te he tenido.
Pues cuando tú no entendiste
mi amor, respetada fuiste,
y ya que lo sabes, no;
porque no he de olvidar yo,
porque tú mi amor supiste.

LISARDA: Sin prudencia y sin consejo,
dudosa, Leonor, estoy;
y cuando a un discurso voy,
más del discurso me alejo.
Dos veces de ti me quejo,
de parte de nuestro honor
una, y otra de mi amor;
que amar y callar te ofreces,
para ofenderme dos veces
con una culpa, Leonor.
Cuando tú te aconsejaras
conmigo, para querer,
la primera había de ser
que dijera que no amaras.
Mas si a decirme llegaras
que amaste una vez, yo fuera
la primera y la tercera

que echara el manto al amor;
que si aquello fuera honor,
estotro cordura fuera.

LEONOR: Has nacido sin empeño
en palabras y en acciones,
tan dueño de tus pasiones,
de tus discursos tan dueño
que no vi en ti el más pequeño
afecto a mi pena igual,
para que en desdicha tal
te descubriese la mía;
y hace mal quien su mal fía
a quien no sabe del mal.
¿Quién en libertad se vio
que se duela del cautivo?
¿Quién, estando sano y vivo,
se acuerda del que murió?
¿Quién en la orilla rogó
por el que en el mar fallece?
¿Quién del dolor se entristece
que a otro aflige y desalienta?
Nadie; que nadie hay que sienta
las penas que otro padece.
Yo así, esclava, no te hablé,
porque en libertad te vi;
muerta, no me llegué a ti,
porque con vida te hallé;
desde el mar no te llamé,
porque en la orilla vivías;
doliente en las ansias mías,
no te pedí que sintieras,
porque sé que no supieras
sentir lo que no sentías.
Pero ya que yo no he sido
quien te ha dicho mi cuidado,
y que la ocasión me ha dado
el lance que se ha ofrecido,
sabe que amor he tenido
y sabe que fue don Juan
Colona a quien lugar dan
mis favores en secreto,
por ilustre y por discreto,
por valiente y por galán.
Dos años ha que festeja
mi calle; dos años ha
que asido hasta el alba está
a los hierros de mi reja.
Al ruego, al llanto, a la queja
roca, monte y fiera fui.
Pero ¿quién pudo--¡ay de mí!--
resistirse tiempo tanto
a la queja, al ruego, al llanto
de un hombre que llorar vi?
Vida, hacienda y honra gano
con tal dueño; esto previno
mi esperanza, cuando vino
de la guerra nuestro hermano.
Y viendo que ya es en vano
hablar por la reja, quiero
que entre al jardín. No el primero

será mi amoroso error
que le enmiende otro mayor;
en él esta noche espero.
Mas pues te ha dicho el papel
a lo que mi amor llegó,
no es bien que te diga yo
lo que ya te ha dicho él.
Ésta es la causa crüel
de mi gran melancolía,
éste el fin de mi alegría;
y pues que tu hermana soy,
y humilde a tus pies estoy,
no estorbes la suerte mía.

LISARDA: Aunque es verdad que pudiera
ofenderme de tu amor,
estás resuelta, y error
notable el reñirte fuera,
pues sé que con eso hiciera
mayor tu amor y tu fe
de lo que al principio fue;
que aunque de amor no he sabido,
que crece más resistido
amor, como es fuego, sé.
Cuentan que se hallan dos fuentes
cuyos templados cristales,
naciendo juntos e iguales,
son varios y diferentes;
pues contrarias las corrientes,
iris de oro, nieve y plata,
que una montaña desata,
contienen tanto rigor
que la una mata de ardor
y la otra de hielo mata.
Yo, que aborrezco el amor,
yo, que ni estimo ni quiero,
soy la de hielo; pues muero
a manos de mi rigor.
Tú, que adoras su sabor,
y tu mismo daño adquieres,
eres la opuesta; pues mueres
llena de ardor y de fuego.
Juntémonos, porque luego,
si soy hielo y fuego eres,
templaremos de manera
nuestra condición nociva,
que el cargo del amor viva,
y el de la opinión no muera.
Dime, pues, ¿quién es tercera
de tu amor?

LEONOR: Nise avisada
está de abrirle a la entrada.

LISARDA: ¡Oh, qué infeliz a ser vienes,
Leonor, supuesto que tienes
que te calle una crïada!
Mas oye lo que he pensado
para asegurarme a mí
y no embarazarte a ti
la esperanza de tu estado.
En traje disimulado
yo tu crïada he de ser

de noche, porque he de ver
si es tan honesto el empleo
de tu amor y tu deseo
como me das a entender.
Seis cosas así consigo;
ser con nuestro honor leal,
ser contigo liberal,
y ser honrada conmigo;
dar a tu amor un testigo
que temas enamorada,
suspender después la espada
de don Sancho cuando venga
y excusar el fin que tenga
que callar una crïada.
Envía, pues, el papel,
y empiece el engaño hoy.
LEONOR: Esperando un criado estoy
que aquí ha de venir por él
agora, y aun es aquél.
LISARDA: Aunque de don Juan oí
la fama, nunca le vi,
ni a él conozco ni al crïado.
Dale el papel, con cuidado
de que te guardas de mí.

Salen NISE y CELIO

CELIO: No faltará una cautela;
que a los audaces, sin duda,
dicen que Fortuna ayuda,
y a los tímidos repela.
NISE: Ya te vio.
CELIO: ¡Triste de mí!
¡Y qué ojos!
LISARDA: ¡Gentilhombre!
CELIO: Ése, señora, es mi nombre.
LISARDA: ¿Cómo os atrevéis así
a entraros aquí?
CELIO: No sé
qué respuesta daros pueda;
término se me conceda
el de la ley, para qué
en tan estupendo exceso
halle de disculpa indicio;
y así digo que al oficio
de la querella el proceso
se lleve, porque mejor
fulminado el caso esté,
y que yo responderé
allá por procurador.
LISARDA: No de burlas respondáis,
cuando de veras os hablo.
CELIO: (¡Esta mujer es el diablo!) **Aparte**
LISARDA: Decid presto ¿a quién buscáis?,
o haré que por atrevido
mil palos, villano, os den
dos esclavos.
CELIO: No harán bien
en darme lo que no pido.

Mi conciencia acomodada
corre, porque de esto gusta,
siempre abierta y nunca justa,
por no verse empalizada.
Y tanto se sutiliza
el temor que de mi casa
no salgo el día que pasa
por ella Mons de Paliza.
Y así, porque revoquéis,
diosa Palas, la paluna
sentencia, ved que ninguna
causa contra mí tenéis.
Buscando vengo al cajero
de don Nicolás Ursino,
este genovés vecino,
para que me dé el dinero
que de una libranza resta.
Dijéronme que vivía
pared en medio, y creía
que fuese la casa ésta.
Y así por ella me he entrado,
como quien viene a pedir;
mas con volverme a salir
se enmienda todo lo errado.

Quiere irse CELIO

LISARDA: Llámale y dale el papel,
Leonor, sin que yo lo vea.
LEONOR: Oíd, soldado. Quien desea
castigar hoy tan crüel
vuestra osadía ha mandado
que os diga que aquí, advertid,
no volváis más.

Dale el papel

CELIO: Pues decid
que yo lo pondré en cuidado
y, cumplida mi esperanza,
no vendré más donde estoy,
pues, Dios bendito, me voy
sin palos y con libranza.

Al irse CELIO, sale don SANCHO y le detiene

SANCHO: ¿Qué libranza?
CELIO: (Esto es peor **Aparte**
lance; no me voy sin palos.)
SANCHO: ¿Qué buscáis?
CELIO: (Indicios malos.) **Aparte**
No busco nada, señor.
SANCHO: ¿De quién sois crïado vos?
CELIO: De Dios.
SANCHO: ¡Lindo desenfado!
CELIO: Si Dios todo lo ha crïado,
¿quién no es crïado de Dios?

Y si argumentos tan buenos
no os dejan asegurado,
pruebo que soy su crïado
en que es a quien sirvo menos.
Y al cabo, por yerro entré
aquí, y ya me he disculpado
del yerro y de haber entrado.
No te lo digo, porqué
es contra el arte decir
alguna cosa dos veces.
Mas si a saberlo te ofreces,
mejor lo podrás oír
de esas damas, a quien yo
lo he dicho ya, y mi capricho
se atiene a "lo dicho, dicho".

Vase CELIO

LISARDA: Déjale; que aquí se entró
preguntando si sabía
de un vecino a quien él viene
buscando; y tal humor tiene
que estuviera todo el día
oyéndole, según es
de entendido y sazonado.
SANCHO: Con todo eso, no me agrado
yo de estas cosas. Después,
oh Lisarda, que dejé
la guerra, y vine a vivir
en la paz, para asistir
más a vuestro lado, hallé
en la calle alguna vez
a este hombre, y no quisiera
que ocasión mi honor me diera
para que, haciendo jüez
al mundo de mi valor,
algún loco pensamiento
fuera trágico escarmiento
de las fortunas de amor.
LISARDA: El que te oyere decir
razones tan ponderadas,
tan graves y tan cansadas,
muy bien podrá presumir
que una de las dos previene
asuntos de tu temor,
cuando en buena ley de honor
no sólo quien no le tiene
lo ha de pensar, pero quien
lo tiene debe pensar
que el sol le pudo engañar,
que es lo que le está más bien.
Y así, del aire no arguyas,
don Sancho, ilusiones vanas;
que al fin somos tus hermanas,
y aunque no por serlo tuyas
debiéramos proceder
bien, por ser nosotras sí;
pues no aprendimos de ti
ni de tus celos el ser

ni el lustre con que nacimos,
ni nos estuviera bien
el aprenderle de quien
viles hazañas oímos.
Y así el valor y la fama
de que al cielo haces testigos,
guárdale para el amigo
a quien quitaste la dama.

Vase doña LISARDA

SANCHO: Escucha, Lisarda, espera.
LEONOR: ¿Para qué te ha de escuchar?
SANCHO: Para que, ya que a culpar
llegó tan altiva y fiera
hoy mis acciones, también
sepa, Leonor, que ha mentido
el coronista fingido
de mis celos.
LEONOR: Está bien;
pero allá podrá mejor,
que no aquí, tu pensamiento
ver el trágico escarmiento
de las fortunas de amor.

Vase doña LEONOR

SANCHO: Oye tú también, aguarda.
Yo sabré en desdicha igual
quién ha informado tan mal
de mí a Leonor y a Lisarda.

Vase don SANCHO. Salen don JUAN y OCTAVIO

JUAN: Grave melancolía
es, Octavio, la vuestra; todo el día
no hacéis, aquí encerrado,
sino dejar las riendas al cuidado,
dando con mil enojos
voz y llanto a los labios y a los ojos.
Si es tanto sentimiento,
corrido del humilde alojamiento
que en mi casa se os hace,
poco tanto dolor se satisface
con tan pequeña queja,
pues agraviado el sentimiento deja.
Hacedme a mí testigo
de vuestros sentimientos.
OCTAVIO: ¡Ay amigo!
No hagáis tan grande agravio
a la amistad de Octavio,
pensando que podía
vuestra casa aumentar la pena mía;
pues, como veis, es fuerza
no verme el sol, mi sentimiento fuerza
el estar solo y triste;
más que en la causa, en la pasión consiste.

JUAN: Aunque yo de un amigo
nunca a saber ni a preguntar me obligo
más de lo que él quisiere
decirme, aquí la ley así prefiere
la voluntad que quiero
que me acuse la parte de grosero,
suplicándoos merezca mi cuidado
saber la causa con que habéis llegado
encubierto a Verona,
recatada del sol vuestra persona,
haciendo mi aposento
voluntaria prisión.

OCTAVIO: Estadme atento.
Bien os acordáis, don Juan,
de aquel venturoso tiempo
que en las escuelas famosas
de Bolonia, patria y centro
de las artes y las ciencias,
fuimos los dos compañeros,
viviendo un cuerpo dos almas,
y dando un alma a dos cuerpos.
Bien os acordáis también
de que en un mismo correo
de vuestro padre y el mío
tuvimos juntos dos pliegos,
en que el señor don Ursino
os mandaba que al momento
viniésedes a Verona
a descansarle del peso
de vuestro estado, porque
os tenían sus deseos
de una principal señora
tratado ya el casamiento.
En el mío me mandaba
a mí mi padre que luego
trocase plumas y libros
por las galas y el acero.
Vos a casaros y yo
a la guerra en un día mesmo
fuimos llamados; si bien
no de contrarios efectos,
porque la guerra y casarse
todo es uno es este tiempo.
Al despedirnos los dos,
en el abrazo postrero
palabra los dos no dimos
que habíamos de valernos
el uno al otro, y llamarnos
para cualquiera suceso;
sobre cuya confïanza
a buscaros, don Juan, vengo,
para probar que soy yo
más vuestro amigo, supuesto
que yo de vuestra amistad
soy quien se vale primero.
Doblemos aquí la hoja,
y a los discursos pasemos
de mi vida, que son tales
que imagino, dudo y temo
que yo los pueda decir

si no los dice el silencio.
Salí de Bolonia, pues,
para Milán, donde, luego
que llegué, senté la plaza
y ventajas en el tercio
del señor duque de Lerma,
aquel Escipión mancebo,
en quien Adonis, Mercurio
y Marte tiene imperio.
A mi discurso volvamos,
que huele a lisonja esto;
mas sus proezas son tales
que, aunque callarlas deseo,
es fuerza volver a ellas,
antes que acabe el suceso.
Asenté en su compañía
la plaza, y mientras el tercio
estuvo en Milán, en él
divertí los pensamientos
de la patria y los amigos
entre mujeres y juego.
¡Oh cuánto en mi relación
algún amoroso extremo
tarda ya, porque sin él
está frío cualquier cuento!
Amor al fin, que no teme
los escándalos y estruendos
de Marte, que desde niño
le tiene perdido el miedo,
como se crió en sus brazos,
depuesto el arco y depuesto
el arpón, quiso tal vez
matar con armas de fuego,
y en unos divinos ojos
introdujo tanto incendio
que hicieron Troya las almas,
aun antes de verse dentro.
Vi y amé tan igualmente
que, viendo y amando a un tiempo,
hubo después competencia
sobre cuál sería primero.
Por no cansaros--aunque
con gusto me estáis oyendo--
lo que es lugares continuos,
ventanas, calles, terrero,
señas, papeles, crïados,
noches, embozos, paseos,
ya es hábito del amor
gozar más quien vale menos.
También sabréis cómo hallaron
buen sagrado mis deseos;
creció amor comunicado,
y de un lance a otro siguiendo
al incendio de la vista,
por vecindad, el incendio
del alma, pasó el que era
breve pavesa entre hielo
a ser llama que ya daba
tornasoles y reflejos,
a ser Etna, a ser Volcán,

abismo de luz inmenso,
el que era Volcán y Etna
a ser esfera, a ser centro,
oficina y obrador
de los rayos y los truenos;
tanto que, aunque desigual,
si bien no el nacimiento,
sino en la hacienda, la di
palabra de casamiento;
cuya llave, que es maestra
para hacer a cualquier pecho
de mujer, me ofreció hacerme
de tantas venturas dueño.
Di parte de esto a un amigo...
¿A un amigo dije? Miento;
porque un amigo traidor,
con capa de verdadero,
es el mayor enemigo;
que al fin no fuera el veneno
del áspid tan ponzoñoso
si no matara encubierto.
¡Oh fementido, oh aleve,
oh falso, oh mal caballero!
Pero quédese esto aquí.
Ufano, alegre y contento
esperé que el dios de Dafne,
entre sombras y bosquejos
de la noche sepultase
su luz, siendo monumento
todo el mar a todo el sol,
cuando llegase a su centro.
Quiso el cielo el mismo día
--¡qué tasado que anda el tiempo
en las penas!--que mandó,
de honor y prudencia lleno,
el marqués de los Balvases
que fuese marchando el tercio
al casal de Monferrato,
abrasando y destruyendo
cuandos lugares hubiese
confinantes, que, aunque abiertos,
no les faltaban defensas.
¡Ah ley dura, ah duro fuero
de honor! ¿Qué no pararás,
si sabes parar deseos?
Yo, atento a la disciplina,
yo, a la milicia sujeto,
con mi compañía salí;
que es al noble caballero
la religión más estrecha
de cuantas admira el tiempo
la milicia. A Pontostura
llegamos, donde el esfuerzo
de nuestro maestre de campo
hizo alarde de su aliento;
pues porque tardó un crïado
con su arnés, desnudo el pecho
se entró por la batería.
Debió de tener por cierto
que la obediencia del plomo

había de guardar respeto
a un Sandoval y a un Padilla;
y bien lo dijo el efecto;
pues, hallándole una bala
desarmado y descubierto,
cayó sin hacerle mal,
hecha una plancha en el suelo,
dejando, como por firma
que dijese: "no me atrevo
a pasar más adelante";
un cardenal en el pecho,
ganó a Pontostura, pues;
a Rofinar puso cerco
luego y rindió a Rofinar,
a San Jorge y otros pueblos
del Monferrato, dejando
para mayores empleos
descubierta la campaña.
Mas ¿qué va que estáis diciendo
agora entre vos: "¿Este hombre
dónde va con este cuento,
que ha dejado tanto cabos
para su novela sueltos?
Porque él tiene introducidos
una dama por quien muerto
de amores está, un amigo
de quien se queja con celos,
un duque a quien encarece,
y a mí, a quien tiene propuesto
que le tengo de valer."
Pues de la farsa que emprendo
todos somos personajes,
todos nuestra parte hacemos.
Y para que lo veáis,
a mi discurso me vuelvo.
Cuando a San Jorge llegó
del duque de Lerma el tercio,
Mons de Toral le esperaba
con los caballos ligeros
del suyo, de un montecillo
amparado y encubierto.
Descubrióle nuestra gente,
y en arma los campos puestos,
empezó a escaramuzar
la caballería y el tercio
de españoles y franceses,
tan valientes como diestros.
No me quiero detener
a repetir por extenso
la guerra, que voy muy largo;
sólo detenerme quiero
a contar en esta parte
lo que importa a nuestro intento.
El fin de la escaramuza
fue que, vencido y deshecho
el Toral, se retiró
al casal, y hasta que dentro
de él estuvo pertrechado,
le dieron caza los nuestros.
Y cuando ya nuestra gente

volvía a ocupar los puestos,
escuchamos una voz
que entre los franceses muertos
salía, y vimos también
que se levanta entre ellos
un hombre herido y desnudo,
de polvo y sangre cubierto.
Éste, en mal formadas voces,
que apenas concibió el eco,
dijo en idioma francés:
"Españoles caballeros,
cualquiera que haya ganado
por despojo, triunfo y premio
de su valor un joyel
que traje pendiente al pecho,
véngale a dar por rescate,
si quiere joyas de precio
más subido; y si no quiere,
deme la muerte primero
que yo viva imaginando
que aun pintada es de otro dueño
la bellísima Madama
que lleva por huésped dentro."
Dijo el francés, y aunque allí
por las señas creí cierto
no poder determinar
ser noble, por los afectos
sí; que quien noble no fuera
no tuviera sentimiento
tan hidalgo. Llegó a él
el duque, y con muchos ruegos
corteses le persuadió
que fuese su prisionero.
Rindióse el francés al duque,
y mandó curarle luego.
Ordenó que a Milán fuese,
porque desmintiese el riesgo
de su vida con mayor
cura, regalo y aseo.
Ya tenemos en la farsa
otra persona de nuevo;
pues ninguna está de más.
Echóse un bando, diciendo
que aquel soldado que hubiese
adquirido en el encuentro
un joyel con un retrato,
le diese a rescate luego.
Prometióse cien escudos
por él, pareció al momento
en el poder de un soldado
manchego, y por mucho menos
le diera. Diósele al duque,
y a mí--que siempre en su pecho
tuve piadoso lugar--
me dio el retrato, diciendo,
"Partid, Octavio, a Milán
en alas de mis deseos,
y decidle de mi parte
a aquel francés caballero
que en generoso rescate

de su dama sólo quiero
que tome su libertad;
y así, que se vaya luego."
Ya veréis, si volvería
alegre a Milán con esto;
pues, obedeciendo yo
a mi superior y dueño,
iba donde me llevaban
a voces mis pensamientos;
con lo cual veréis también
que no es lisonja ni afecto
el haber introducido
dama, amigo, guerra, encuentros,
duque y francés, porque todo
cuanto referí primero,
para volver a Milán,
fue necesario en el cuento.
Volví, pues, a Milán. ¡Nunca
volviera a Milán! ¡Primero,
pluguiera el cielo, una bala
rémora de mis deseos
fuera, parándome el curso
en el mar de mis tormentos!
Pues embajador apenas
de amor cumplí con el feudo
cuando, partiendo a la casa
de mi dama, hallé...El aliento
aquí me falta, y aquí
la voz, desde el labio al pecho,
es un tósigo, un puñal,
es un cordel, un veneno
que me aflige, que me hiere,
que me abrasa y deja muerto;
porque hallé...

Sale URSINO

URSINO: ¡Don Juan!
JUAN: ¿Señor?
OCTAVIO: (Interrumpióme a buen tiempo, **Aparte**
para que vuelva a tomar
en mis desdichas aliento.)
JUAN: ¿Tú en este cuarto?
URSINO: A buscarte,
muy quejoso de ti, vengo.
JUAN: ¿Tú de mí quejoso?
URSINO: Sí.
JUAN: ¿En qué disgustarte puedo,
si como a señor te aclamo,
como a padre te obedezco?
URSINO: En haberme dilatado
una dicha tanto tiempo
como ha que el señor Octavio
está en casa. ¿No merezco
tener parte yo de un huésped
que a honrarnos viene? ¿No debo
dar gracias a la Fortuna
de este gusto, de este aumento?
JUAN: Con causa te quejas; digo,

que te ofendió mi silencio
neciamente; pero fue
gusto de Octavio.
OCTAVIO: Yo beso
tus plantas por la merced
que me haces; que como vengo
a sola una diligencia
a Verona de secreto,
no quise darte cuidado,
porque he de volverme luego
a Milán.
URSINO: Mucho agraviaste
obligaciones que tengo,
Octavio, a tu sangre.
OCTAVIO: Soy
tu esclavo.
URSINO: Pues ya que puedo,
informado de mi dicha,
hablar libremente, quiero
que un cuarto se te aderece
que, por ser al parque, creo
que te diviertas; que son
sus vistas por todo extremo.
JUAN: Con tu licencia, señor,
no saldrá de mi aposento;
porque los dos lo pasamos
bien aquí, y el cuarto creo
que, al venir tarde o temprano,
te dé ruido.

Sale CELIO

CELIO: (¿Aquí está el viejo? **Aparte**
¿De cuándo acá nos visita?
Escondo el papel.)
URSINO: No quiero
embarazar vuestros gustos;
pues solamente pretendo
que sepáis, señor Octavio,
que sé que en mi casa os tengo.
OCTAVIO: Los años vivas del sol.

Vase URSINO

CELIO: Octavio, yo te agradezco
que no dijeses "del fénix",
arrendador de lo eterno.
Y si quien trae buenas nuevas
y quien las dice de presto
albricias nuevas merece,
papel hay, venga dinero;
y si no, no habrá papel.
JUAN: Daca.
CELIO: ¿Qué es "daca"? Primero
he de "tomacar".
JUAN: ¡Qué loco
estás! Proseguid; que tengo,
hasta saber en qué para,
pendiente el alma del cuento.

OCTAVIO: Leed primero el papel;
que buenas nuevas no creo
que es bien, don Juan, dilatarlas.
JUAN: Con vuestra licencia leo.

Lee para sí

OCTAVIO: Contento leéis. ¿Podré
daros parabienes?
JUAN: Creo
que será agraviar, Octavio,
tanta ventura con ellos.
Ya os he contado otra vez
que el tratado casamiento,
para que entonces mi padre
me llamó, no tuvo efecto;
ya os dije cómo pensaba
casarme a mi gusto, haciendo
a una dama, a quien adoro,
del alma y la vida dueño;
ya os conté cómo la hablaba
de noche y que por respeto
de un hermano que ha venido,
con quien amistad profeso,
con este intento no más,
pues le visito y le veo,
y apenas sabe mi casa
ni conoce, según creo,
a mi padre, por agora
se puso a mi amor silencio.
Pues leed; veréis que escribe
que hablarla esta noche puedo
dentro de su misma casa.

Toma don OCTAVIO el papel y lee para sí

¿Qué os parece?
OCTAVIO: ¡Grande extremo
de amor!
JUAN: Hora es ya de ir.
Perdonadme; que si pierdo
la ocasión, pierdo la vida.--
Tú, dame la capa presto
y un broquel.-- Adiós, Octavio.

Vase CELIO

OCTAVIO: Aguardad, don Juan, teneos;
porque habéis de hacer por mí
una fineza que quiero
suplicaros.
JUAN: ¿Qué mandáis?
OCTAVIO: Esta dama os pone a un riesgo
notable, y os da licencia
que para el seguro vuestro
llevéis un crïado.
JUAN: Sí.

OCTAVIO: Pues en cualquiera suceso
¿cuánto es mejor un amigo
de satisfacción y esfuerzo?
Yo, como vuestro crïado,
he de ir con vos, pues es cierto
que yo para todo trance
os seré de más provecho.
JUAN: Claro está que lo seréis,
y aunque os estimo el consejo,
hay una dificultad;
que le nombran a él, y temo
que se disgusten.
OCTAVIO: ¿Hay más
que decir que soy el mesmo?
Que yo sabré recatarme.
JUAN: Y si os hablasen--que a Celio
le tienen allá por hombre
de humor y de pasatiempo--
¿qué habéis de hacer?
OCTAVIO: Pediré
licencia a mis sentimientos,
y diré mil disparates;
que para todo hay remedio.
JUAN: Sois mi amigo.

Sale CELIO

CELIO: Aquí está ya
capa, broquel y sombrero.
OCTAVIO: Dame tú la tuya a mí,
y quédate.
CELIO: Lo consiento
sin más notificación.
JUAN: Vamos, Octavio.
OCTAVIO: Aunque llevo
tantos pesares conmigo,
como sabéis, algún tiempo
he de gastar buen humor,
mientras soy crïado vuestro.

Vanse. Salen doña LEONOR, y doña LISARDA en traje de criada

LEONOR: Huélgome de que seas
testigo de mi amor, para que veas
desde cerca el intento
con que se atreve al sol mi pensamiento;
que si me recataba
de ti, Lisarda, fue porque pensaba
que cuerda me quitases
la ocasión, pero no porque llegases
a examinarla y verla
como tú no me quites el tenerla.
LISARDA: Yo estimo el haber dado
tan buen corte a tu gusto y mi cuidado
que, conformando extremos
tan contrarios, Leonor, las dos estemos
gustosas de una suerte.

Mas sólo un punto que me falta advierte:
el día que llegare
a pensar --¿qué es pensar?-- que imaginare
que yo soy la que ha hecho
espaldas a tu amor y de tu pecho
en esto tuve parte,
Leonor, te persuade que es quitarte
la ocasión.
LEONOR: El callarlo te prometo,
aunque yo sea mujer y él sea secreto.
LISARDA: Pues que ya recogida
está la casa y yo vengo vestida,
sin que oro brille y sin que cruja seda
que informar a don Juan de quién soy pueda,
vete a hacer la deshecha,
para que se desmienta la sospecha,
con aquella crïada
que para abrir la puerta está avisada.
LEONOR: Ya dije que has sabido
tú la ocasión, Lisarda, que ésta ha sido
la causa de dejalla,
con que no es menester aseguralla.
LISARDA: ¿Y vino nuestro hermano?
LEONOR: No vino. Pero aquése es temor vano;
porque del nuestro tiene
su cuarto muy distante, y cuando viene,
se entra en él, sin que sea
fuerza que este jardín mire ni vea.

Hacen ruido dentro

LISARDA: ¿Qué es aquello?
LEONOR: Es la seña.
Ve a abrir la puerta, pues.
LISARDA: Con no pequeña
turbación.
LEONOR: Pues ¿de qué, di, vas turbada?
LISARDA: ¿No ves que hago el papel de la crïada?
¿Don Juan?

Llega a abrir. Salen don JUAN y OCTAVIO

JUAN: Sí, Nise bella;
yo soy quien busca al sol con una estrella.
LISARDA: Pisa quedo; que, aunque está
su hermano fuera de casa,
Lisarda no duerme.
JUAN: Escasa
de luz la noche, no da,
Nise, solo un rayo.
LISARDA: Ya
en presencia de Leonor
será luz y resplandor
la tiniebla oscura y fría.
JUAN: Dices bien; que todo es día
con el sol.
LEONOR: ¡Don Juan, señor!
JUAN: ¡Leonor, señora, mi bien!

Deja que en honestos lazos
supla la fe de los brazos
lo que los ojos no ven.
LEONOR: ¿Cómo se atreviera quien
no te estimara a una acción
semejante?
JUAN: Deudas son
que a tu recato prevengo,
y solo a pagarlas vengo.
LEONOR: ¡Nise!
LISARDA: ¿Señora?
LEONOR: Atención
has de tener con el cuarto
de Lisarda, no despierte
y a echarnos menos acierte.
LISARDA: Yo tendré cuidado harto
de Lisarda.
OCTAVIO: Yo me aparto
hacia la puerta a mirar
que nadie salir ni entrar
pueda.
LEONOR: ¿Es Celio?
OCTAVIO: Leonor, sí.
(Mi crïanza empieza aquí.) **Aparte**
LEONOR: Pues ¿cómo, no hay más hablar?
OCTAVIO: No hay más hablar, porque más
callar viene más a cuento;
que el primero mandamiento
de amor es: no estorbarás.
No fui tan necio jamás
que jugué con quien supiese
más que yo, ni que esgrimiese
con amigo que estimase,
que con mi amo me burlase,
que con mi moza riñese;
ni con necios porfïé,
ni con sabios argüí,
ni con señor competí,
ni de dama me confié,
ni con celos me ausenté,
ni tuve al fin por favores
cintas, cabellos ni flores;
ni en sucesos semejantes
me puse entre dos amantes
que se están diciendo amores.

Hablan aparte don JUAN y don OCTAVIO

JUAN: Bien el modo has imitado
de Celio....mas oye.
OCTAVIO: Di.
JUAN: Puesto que has de estar aquí,
divierte un poco el enfado
con el humor de crïado.
Con esto conseguirás
dos cosas; y es que estarás
con Nise bien divertido,
y, siendo Celio fingido,
él mismo parecerás.

OCTAVIO: Yo voy; pero no quisiera
echarlo a perder.
LISARDA: (No sé **Aparte**
cómo hablar con él, porqué
el callar más yerro fuera.
Mas sea de esta manera...
¡Ah, Celio!
OCTAVIO: ¿Nise?

Siéntanse don JUAN y doña LEONOR, don OCTAVIO llega a hablar con doña LISARDA

LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**
Que me entretengas aquí
quiero.
OCTAVIO: ¿Entretenerte quieres?
Por ventura, Nise, ¿eres
la mujer de Montení?
LISARDA: Tu buen humor me convida.
OCTAVIO: Pues miente mi buen humor,
como un mal convidador
que conozco en esta vida,
el cual para una comida
tres amigos convidó
de falso, y cuando llegó
del convite el aplazado
día, él muy descuidado,
sin esperarlos, comió.
Entraron, cuando ya estaba
al ***"Ite, comida est",***
y colérico después
a su despensero echaba
la culpa, con que no hallaba
que comer; y uno, a quien llama
segundo Apolo la fama,
al tal convite movido,
antes muerto que nacido,
hizo este breve epigrama:

"Tiene Fabio al parecer
despensero a su medida,
que al que convida se olvida
de traerle que comer.
Si en convidar, Fabio amigo,
gastas tan poco dinero,
préstame tu despensero,
y vente a comer conmigo."

LISARDA: Bueno el epigrama es.
OCTAVIO: Consiento el llamarle bueno,
porque he dicho que es ajeno.
LISARDA: (Bien va sucediendo, pues **Aparte**
no me conoce.)
OCTAVIO: (¡Que des, **Aparte**
oh Amor--tu deidad te abona--,
nombre y voz de otra persona!)
LISARDA: (En verdad que es extremado **Aparte**
el pícaro del crïado.)
OCTAVIO: (No huele mal la fregona.) **Aparte**

LEONOR: ¿Tanto estimas el tener
esta ocasión?
JUAN: Sí; y agora
que duerme la blanca aurora
en lecho de rosicler,
oh Leonor, quisiera ser
de toda esa esfera dueño
o, con el opio y beleño
que da el monte de la luna,
infundir en la fortuna
del orbe silencio y sueño.
LEONOR: Aunque en mi mano tuviera
el orden del cielo yo,
hoy el curso del sol no
parara ni detuviera;
antes más prisa le diera,
por sentir el verte ausente;
que quien ama firmemente,
don Juan, que trocara sé
las glorias de lo que ve
a penas de lo que siente.
LISARDA: (Ya que más segura estoy **Aparte**
en lo que sé, le he de hablar;
pues así no podré errar.)
¿Y cómo saliste hoy
de con Lisarda?
OCTAVIO: (Aquí doy **Aparte**
al través. Mas la voz mía
por mayor responda.) ¿Había,
hermosa Nise, de hacer
caso yo de esa mujer?
Todo al fin fue niñería.
LISARDA: No mucho, porque yo sé
que es mujer que cumplirá
lo que dijere.
OCTAVIO: No hará.
LISARDA: ¿Por qué?
OCTAVIO: Yo me sé por qué.
LISARDA: Ella es fiera.
OCTAVIO: Ya yo sé
que ella es fiera averiguada.
LISARDA: Como nunca enamorada
se vio, y nunca quiso bien,
no tuvo duelo de quien
lo está.
OCTAVIO: Ella es una menguada.
LISARDA: ¿Menguada?
OCTAVIO: Y un argumento
lo podrá probar mejor.
LISARDA: ¿Y es...?
OCTAVIO: Que quien no tiene amor...
LISARDA: ¿Qué?
OCTAVIO: No tiene entendimiento.
LISARDA: Ése es falso fundamento.
OCTAVIO: No es sino fino.
LISARDA: Es error
dar a amor tan superior
grado.
OCTAVIO: Pues oye, y sabrás
que no se apartan jamás

entendimiento y amor.
Es amor una pasión
del alma, tan firme en ella,
que a duración de una estrella
se mide su duración;
un carácter o impresión
fija que lleva la palma
al tiempo, una dulce calma
que al alma suspensa tiene,
tan alma suya, que viene
a ser el alma del alma.
Que como si uno se atreve
fuego y nieve a mezclar, luego
vendrá la nieve a ser fuego
o el fuego vendrá a ser nieve;
porque a la unión se le debe
tomar el hielo o ardor;
así amor y alma, en rigor,
juntándose en una calma,
o el amor ha de ser alma
o el alma ha de ser amor.
Luego, si es en mi argumento
al amor el alma igual,
y del alma principal
potencia el entendimiento,
también del amor, atento
a que ya es alma el amor,
y él, como parte inferior
del alma, le ha de asistir,
que el criado ha de servir
al huésped de su señor.
El amor lleva tras sí
al alma, lleva después
al entendimiento, que es
parte del alma; y así
queda bien probado aquí
que pecho en quien no halló asiento
amor, y quedó violento,
no fue porque fue crüel,
sino porque no halló en él
ni alma ni entendimiento.

LISARDA: (Bachiller es el crïado.) **Aparte**
Diga contra esa opinión
la experiencia una razón.
Yo vi un necio enamorado;
luego es error haber dado
al entendimiento fama
que dueño de amor se llama,
pues amar un pensamiento
no está en el entendimiento,
supuesto que un necio ama.
Y apura más mi razón.
¿Cuántos, por haber querido,
su entendimiento han perdido?
Pues estos efectos son
de una amorosa pasión,
¿cómo, dime, puede ser
entendimiento el querer?
Que amor de su mismo asiento
no echara al entendimiento

si le hubiera menester.
OCTAVIO: (Bachillera es la señora.) **Aparte**
Cualquiera que un arpa mida,
hace que responda herida,
no que responda sonora.
Con esto te he dicho agora
que un necio amará también;
mas no sabrá amar; que quien
ama sin entendimiento
sonar hace el instrumento
pero no que suene bien.

Dentro ruido

LISARDA: ¡Escucha, ay de mí!
OCTAVIO: ¿Qué es esto?
LISARDA: La puerta abren del jardín.
OCTAVIO: La cuestión tuvo mal fin.
LISARDA: ¡Señora!
LEONOR: ¿Nise?
LISARDA: Huye presto;
que la suerte nos ha puesto
en gran mal. Tu hermano viene
por el jardín, como tiene
llave de él.
LEONOR: ¡Triste de mí!
LISARDA: Huyamos presto de aquí.
A los dos salir conviene
por las tapias.
JUAN: Saltad vos.
OCTAVIO: Tente, señor; que no es bien;
que hasta que libres estén,
no hemos de salir los dos
de aquí.
LEONOR: Pues adiós.
JUAN: Adiós.

Vanse doña LEONOR y don JUAN

OCTAVIO: Pues no vuelven a hacer ruido
agora me iré, advertido
de que quedas sin cuidado.
LISARDA: ¡Válgate Dios por crïado
tan valiente y entendido!

SEGUNDO ACTO

Salen doña LEONOR y doña LISARDA

LEONOR: ¡Notable melancolía
es la tuya! ¿No pudiera,
para ayudarte a sentirla,
tener parte en tus tristezas?
Descansa conmigo a solas.
¿Qué sientes?
LISARDA: Si yo supiera
decir, Leonor, lo que siento,
no fuera mi mal, no fuera
grave mi dolor; porque
no es posible que se sienta
más que se dice; y aquello
que se llora y que se cuenta
no es mucho; que antes el mal
con eso se lisonjea.
Y yo estoy tan bien hallada
con el mío que quisiera
que durara sin matarme,
porque las desdichas nuevas
de morir aquel instante
no me tuviesen contenta.
LEONOR: Ésa no es melancolía,
es frenesí, es rabia, es fuerza
de mayor causa; y, supuesto
que decírmela no quieras,
no me la niegues, si yo
la supiere.
LISARDA: (¡Yo estoy muerta! **Aparte**
¿Si mis extremos la han dicho
la ocasión?) Como la sepas
tú, yo no la negaré.
LEONOR: ¿Es, por ventura, tu pena
corrida de lo que has hecho
conmigo, siendo tercera
estas noches de mi amor?
LISARDA: Aunque alguna parte es ésa,
no toda. Di, si imaginas
otra cosa.
LEONOR: Sólo ésta
me daba cuidado.
LISARDA: Pues
persuádete que no es ésa;
y, supuesto que mi mal
comunicarse no deja,
no apures mi sufrimiento.
LEONOR: Dime, ¿en qué alegrarte pueda?
LISARDA: En dejarme; porque un triste
consigo solo se alegra.
LEONOR: Obedecerte deseo.
Contigo, hermana, te queda.
(¡Gran pasión es ésta, cielos! **Aparte**
¡Quiera Dios que por bien sea!)

Vase doña LEONOR

LISARDA: Ya estoy sola, ya bien puedo
dejar al dolor la rienda,
dar al aliento la voz,
soltar al llanto la presa
y, en mal pronunciadas voces
y en lágrimas mal deshechas,
dar corrientes y suspiros
a los ojos y a la lengua.
Salgan, pues, salgan del pecho
tantas desdichas y penas.
Mas no salgan; que, aunque estoy
sola, es tan grande la afrenta
que padezco que, al decirlas,
aun de mí tengo vergüenza.
Y, antes que mi agravio diga,
el primer acento sea
la disculpa, como aquél
que en una prisión espera
morir de veneno, y toma
primero la contrayerba.
Tres peligros tiene amor;
uno el que la voz alienta,
otro el que la vista admite,
y otro el que el oído engendra.
Conociendo el de los ojos,
les dio la naturaleza
párpados, porque no fuese
disculpa el ver una ofensa.
En la lengua puso luego,
como a monstruo, como a fiera
terrible, mayores guardas
de candados y de puertas,
tras canceles de coral,
otras murallas de perlas.
Pues, siendo así que previno
para los ojos defensa,
defensa para la voz,
¿cómo olvidó que tuviera
defensa el oído, siendo
el que aprende más apriesa?
Pues de lo que hace y ve
un hombre menos se acuerda
que de lo que oye; y no sólo
no hay guardas que le defiendan,
pero tiene, porque vaya
la voz más sonora y cierta,
quien la recoja, pues son
arcaduces las orejas.
Y, apurado este discurso,
llevada de mis tristezas,
de lo que miran mis ojos,
ya con esta recompensa,
lo que lloran ellos mismos
de sus agravios se vengan;
de lo que la lengua dice
con suspiros la consuela;
mas el oído no tiene
ni consuelo ni defensa.

Dígalo yo que, engañada
oí la falsa sirena
de un hombre...Pero aquí el llanto
anegue la voz, y sea
mar de desdichas mi pecho,
adonde corra tormenta.
¿A un hombre--aquí me suspende
segunda vez la vergüenza--
de humilde estado, de poca
estimación y de prendas
tan bajas, pudo el oído
tanto que la voz sujeta
y el pecho que ha sido el centro
de altivez y de soberbia?
¿Yo--¡cielos!--yo a una pasión
tan rendida y tan resuelta
que me desvele un crïado,
un pícaro? La paciencia
me falta. ¡Oh qué bien, amor,
de mis desdichas te vengas!
Un solo camino hallo
de vencer esta inclemencia
del cielo, que es verle presto;
que el verle de día refrena
la pasión que de escucharle
de noche nace. Con esta
intención le dije anoche
que a verme a estas horas venga,
pensando que Nise soy,
y estoy esperando atenta;
que si, viéndole de día
con tal traje y tales señas
de hombre bajo, mi furor
tras sí me arrastra y despeña,
tengo de darle la muerte,
porque con su vida mueran
tantos abismos de males,
tantos piélagos de afrentas,
tantos Etnas de desdichas,
tantos Volcanes de afrentas,
tantos montes de peligros,
tantos mares de sospechas,
tantos linajes de agravios,
tantos géneros de penas.

Sale CELIO sin verla

CELIO: (Octavio y don Juan me dicen **Aparte**
que a buscar a Nise venga,
que ella dirá que me quiere,
y que la otorgue y conceda
cuanto me dijere. Yo
no sé qué enigmas son éstas.
Ellos se vienen de noche
con disfraces y cautelas
sin mí, que ya no parezco
escudero de comedia,
según que no me hallo en todo;
y, siendo así que recelan

de mí no sé qué secretos,
que allá entre los dos conciertan,
me dicen que hable con Nise.
Pero Lisarda es aquesta.)

LISARDA: (¡Qué presto vino! ¡Que un hombre **Aparte**
tal con cuidado me tenga!)
¿A qué efecto me nombraste?

CELIO: Por mi devoción; que es buena
la que con Santa Lisarda
tengo, que yo no pudiera
con otro efecto nombraros;
y, si es que os nombrara, fuera
por diosa de la hermosura,
por ninfa de la belleza,
emperatriz de la gala,
y de la discreción reina,
archiduquesa del garbo,
de lo prendido duquesa,
marquesa de lo parlado
y del aseo condesa,
y vizcondesa de nadie;
que no ha de ser vizcondesa,
Lisarda, si en la demanda
perder un ojo me cuesta;
que menos importará,
para lo de Dios, que sea
yo, hermosa señora mía,
bizco que vos vizcondesa.

LISARDA: (¿Que tan frías necedades, **Aparte**
que frïaldades tan necias
como éstas a una mujer
como yo cuidado cuestan?
¡Castigo del cielo ha sido!)

CELIO: (¡Mucho la vista pasea **Aparte**
por mi estatura; sin duda
que los palos me tantea,
quizá porque los esclavos
los den por razón y cuenta.)

LISARDA: (En esto el remedio hallo; **Aparte**
que no hay cosa que aborrezca
más que a este hombre, si le miro.
Mas disimular es fuerza,
si así tengo de sanar.)
¿No os dije yo que no os viera
aquí otra vez?

CELIO: Sí, señora,
de lo dicho se me acuerda;
pero como son esclavos
los que han de hacer la faena,
trayendo al cuerpo del guardia
de mis costillas su leña,
no me dio mucho cuidado;
que no hay ninguno que sea
más vuestro esclavo que yo;
y, siendo yo esclavo, es fuerza
que como a prójimo suyo
ni me toquen ni me ofendan.

LISARDA: (¡Donaire de la amenaza **Aparte**
hace! Claramente muestra
el valor con que le he visto

alguna noche a mi puerta,
al lado de su señor,
sobre espadas y rodelas
desembarazar la calle,
para quedar solo en ella,
y es valiente. Mas ¿qué importa,
si es quien es?)
CELIO: (Diome otra vuelta. **Aparte**
Yo pienso que me retrata,
según me mira de atenta.)
LISARDA: (¡Qué mal talle! Pues la cara, **Aparte**
¡qué fealdad!)
CELIO: (Haré una apuesta **Aparte**
que está diciendo entre sí,
"¡Qué generosa presencia!"

Dentro don SANCHO

SANCHO: Ten, Fabricio, ese caballo.
LISARDA: Don Sancho es el que se apea.
CELIO: Siempre con don Sancho tuve
azar, y aquí no quisiera
que me hallara; que es un Cid.
LISARDA: Que una desdicha suceda
temo, y más siendo la causa
yo de que ahora a verme venga.
Excusarla me conviene.
En este aposento entra.
CELIO: ¿Qué es aposento, señora?
En un desván me metiera.

Vase CELIO

SANCHO: ¿Estás sola?
LISARDA: Si no son
compañía las tristezas,
sola estoy.

Cierra la puerta don SANCHO

¿Qué es lo que haces?
SANCHO: Cierro, Lisarda, la puerta;
que quiero quedar contigo
a solas.
LISARDA: (La puerta cierra. **Aparte**
Él le ha visto.)

Sale CELIO al paño

CELIO: (Malo es esto; **Aparte**
todos vustedes me sean
testigos, por si me mata,
de que protesto la fuerza,
para que pueda pedir
después entre la sententia
la nulidad de mi muerte.)

LISARDA: (¡Ya cerró, yo quedo muerta!) **Aparte**
SANCHO: Muchas veces deseé
que ocasión se me ofreciera
de hablar contigo, Lisarda,
y ninguna es como aquesta;
que si algún crïado mío
te informó de la manera
que suelen, lo que me trajo
de Milán quiero que sepas.

Yo vi en Milán una mujer tan bella...
no digo bien mujer... yo vi una diosa,
en los cielos de abril fragante estrella,
en los campos de sol luciente rosa,
tan entendida, tan sagaz, que en ella,
como de más estaba el ser hermosa,
que parece formó Naturaleza
entre la discreción tanta belleza.
Tal fue que, habiendo a mi desvelo dado
más de alguna ocasión y habiendo sido
agradecido imán de mi cuidado
y no ingrata prisión de mi sentido,
habiendo, pues, a mi temor librado
necios favores que borró el olvido,
con nueva voluntad, con nuevo empeño,
mudable me dejó por otro dueño.
Súpelo yo después de una crïada
que me dijo que ciega pretendía
aquella misma noche dar entrada
en su casa al galán que la servía;
pero que ella, a mis ansias obligada,
no a mis dádivas, dijo me ofrecía
venderme la ocasión. ¡Oh cuántas famas
las crïadas vendieron de sus amas!
Agradecí el aviso; que un celoso
le debe agradecer, aunque le pese;
y esperaba la noche cauteloso,
para que paso a mis traiciones diese,
cuando, viniendo a verme su penoso
amante, sin saber que yo lo fuese,
contándome sus dichas y desvelos,
creció más la congoja de mis celos.
Confieso que, si entonces me dijera
lo que yo en los amores ignoraba,
quedar secreto a su amistad debiera,
morir primero a mi lealtad tocaba;
mas si yo de su amor tan capaz era
que lo supe antes que él me lo contaba,
ni niego la fineza del efeto;
que lo que dos me dicen no es secreto.
Abrióme, pues, la puerta la crïada,
guiándome a su cuarto, donde aquella
deidad de la inconstancia profanada
estaba, tan mudable como bella.
La crïada a la luz fingió turbada
desconocerme, y más turbada ella,
sin fingirlo, quedó sin que supiese
cuál la verdad, cuál lo fingido fuese.
Dio voces, bajó gente, y mis venganzas
probaron en algunos los rigores.

Si estorbé de su amor las esperanzas,
si olvidé de mi olvido los favores,
si burlé de una fiera las mudanzas,
si castigué de un áspid los errores,
dilo tú, aunque ignorante me castigas,
pero no es de tu estado; no lo digas.
Esto te he dicho porque no imagines
de mí que hacer, sin gran disculpa, puedo
cosa indigna de mí, ni determines,
si yo bien puesto o si mal puesto quedo;
que no es bien que me arguyas ni examines,
para poner a mis acciones miedo
y disculpar lo que en mi casa pasa;
que, Argos de honor, he de velar mi casa.

Vase don SANCHO

LISARDA: (¿Hay cosa como pensar **Aparte**
mi hermano, como me vio
tan de su parte, que yo
fuese la que dio lugar
a aquel crïado, y que he sido
la que, admitiendo al crïado,
la pendencia ha ocasionado?
Aun si le hallara escondido,
con más razón lo dijera;
pues es verdad que yo soy
quien le dio la ocasión hoy
de que a buscarme viniera.
Mas ya que el temor resisto
y él se fue, bien empleado
ha sido el susto pasado,
a trueco de haberle visto;
pues verle sólo será
remedio.) ¡Ah, Celio!

Sale CELIO

CELIO: ¿Señora?
LISARDA: Bien podéis salir agora,
que mi hermano se ha ido ya;
pero mirad lo que os digo,
que no atribuyáis la acción
que habéis visto a otra ocasión
estorbar vuestro castigo
a mis ojos.
CELIO: No se crea
tal de mí, ni tal se espere;
y si tal atribuyere,
que atribüido me vea
a los ojos del Señor,
y con esto y con besar
aquese pie singular,
cifra que asienta el amor,
pie que a persona se atreve,
pie que en mi pie lugar toma,
pie que un notario de Roma
le despachó por lo breve,
pie duende, pues en rigor

no se sabe si es verdad,
y pie tan menor de edad
que le pueden dar tutor;
me iré con compás de pies,
alegre y agradecido,
avisado y advertido
de tu pie-dad.

LISARDA: Oye pues.

CELIO: Otrosí, ¿qué mandas?

LISARDA: Mando
que no me vuelvas aquí
otra vez.

CELIO: Harélo así,
"Las tres ánades" cantando.

LISARDA: (Mas ¿por qué me quito yo **Aparte**
el remedio de mi mal,
si es que con seguro igual
amor mi remedio halló?)
Celio, oye.

CELIO: No me detengas,
de todo estoy avisado;
que no venga me has mandado.

LISARDA: Pues ya te mando que vengas.
Licencia, Celio, te doy;
ven a verme, porque el verte
sólo ha de excusar mi muerte.
(Mas ¿qué digo? ¡Loca estoy!) **Aparte**

Vase doña LISARDA

CELIO: ¡Cielos! ¿Quién ha de entender
la cifra de aqueste enfado?
Mas, pues solo me han dejado,
un soliloquio he de hacer.
Recibirme melindrosa
Lisarda, hablarme turbada,
advertirme recatada
y guardarme generosa,
enfadarse y desdecirse,
quererme ir y enfadarse,
despedirme y retractarse,
mandar que venga y partirse
¿no me está diciendo aquí
--que no es otra cosa, no--
"Necio, entiéndeme; que yo
me estoy muriendo por ti?"
¡Pues alto, esperanza vana!
No hay en esto duda alguna;
que el que es de buena fortuna,
lo que no envida no gana.
Desde hoy tengo de asistir
noche y día; desde hoy
su eterna figura soy;
pues que yo puedo rendir,
con mi buen arte y con mi
buen ingenio y mi gallarda
presunción, una Lisarda
de las más lindas que vi.

Vase CELIO. Salen don JUAN, URSINO, y don OCTAVIO, de noche

OCTAVIO: Los dos, señor, contigo
sirviéndote hemos de ir.
URSINO: Ya, Octavio, os digo
que es conmigo excusado
afectar ese honor, ese cuidado.
JUAN: ¿Has de ir solo a esta hora?
URSINO: Pues ¿quién me ha de ofender?
OCTAVIO: Ninguno ignora
que es rayo tu cuchilla,
que del rebelde ha sido maravilla;
mas no porque lo fueses
nos excusa a los dos de descorteses
si, habiéndote aquí hallado,
te dejamos ir solo.
URSINO: Ya habéis dado
en eso, y lo consiento
de vos, Octavio, porque Juan, atento
a la obediencia mía,
no os deje solo, porque más querría
ser hoy con vos grosero
yo, que no que él lo sea.
OCTAVIO: Sólo quiero
responder a ese agravio,
muda la voz y suspendido el labio.
JUAN: ¿Dónde vas?
URSINO: Aquí a casa
de César, donde se divierte y pasa
la noche en tener juego,
conversación y rifas, e irme luego.
Ésta es la casa, despediros puedo;
idos con Dios, que yo seguro quedo.
JUAN: ¿Entraremos contigo?
URSINO: No; que no quiero yo que sea testigo
de si juego o no juego,
para alentar tus inquietudes luego.

Vase URSINO

OCTAVIO: Bien vuestro padre ha andado,
propio despejo de tan gran soldado:
reñir con bizarría.
JUAN: Pues no quisiera hoy la suerte mía
que haber andado bien hubiese sido
en eso.
OCTAVIO: Pues ¿en qué?
JUAN: En haber venido,
ya que le acompañamos,
al barrio de Leonor, pues nos tardamos
por haberle asistido.
OCTAVIO: Antes, don Juan, más presto hemos venido
que otras noches.
JUAN: No creo
que vive en vos la fe de mi deseo,
pues temprano os parece.
OCTAVIO: Aunque es verdad que el alma no padece

el ansia ni el afecto,
digno de un alto y singular sujeto,
por Dios, que no ha dejado
de traerme mi poco de cuidado.
Sabed que la crïada
parla excelentemente.
JUAN: Es extremada.
OCTAVIO: No vi en toda mi vida
pícara tan gustosa y entendida.
Pues ¿qué diré del modo
con que se hace estimar? Calle aquí todo.
Decidme si es hermosa.
JUAN: ¿Pudiera haber pregunta más ociosa?
Si vos decís que tan discreta sea,
¿no estáis diciendo a voces cómo es fea?
Pero ya que llegamos,
la seña, Octavio, en esta reja hagamos.
OCTAVIO: ¿Qué va que no responden,
pues poco ha que se esconden
del sol las luces bellas,
dejando por virreinas las estrellas?
JUAN: Fuerza es, pues, que esperemos;
aquí este rato divertir podemos.
Ved qué queréis que hagamos.
Mas pues solos estamos,
sin el impedimento
que os estorbó otras veces, va de cuento.
OCTAVIO: Con el retrato de aquella
madama...--aquí me parece
que quedamos--
JUAN: Es verdad.
OCTAVIO: ...cuya hermosura excelente
con vida y con alma estaba
en el joyel, de tal suerte
que, mirándola y hablando
otra dama diferente,
quise responder a ella,
presumiendo que ella fuese.
Llegué a Milán, y a la casa
de Monsiur de Orliens, pariente
muy cercano de los duques
de Orliens, cuyos intereses
quizá le empeñaron tanto
que, pasando de valiente
a temerario, le hicieron
deudor de tantas mercedes,
dile el recado del duque,
y, en la lámina viviente
absorto, en muy grande rato
no habló; pero en sólo verle
dijo más que si dijera;
que es el silencio elocuente.
Luego, con mil ceremonias
de rendimientos corteses,
me dijo, "Monsiur, al duque
mi señor le decid que este
esclavo y rendido suyo
le besa los pies mil veces.
Y así, que por no tomar
contra mi dueño excelente

las armas, me volveré
a Francia, pues me concede
la vida y la libertad,
sin que a ello el rey me fuerce."
He querido decir esto
por no dejaros pendiente
ningún cabo, porque todos
los de la novela queden
atados, si ya no es
porque, advertida y prudente,
rodeos busca la lengua,
para que el dolor no llegue.
Pero en fin, por no huir
el semblante a los desdenes
de la Fortuna, supuesto
que la confianza más fuerte,
cuanto más se recatea,
tanto más se aviva y crece,
que es otra desdicha aparte
la desdicha que se teme;
llegué a la casa--¡ay de mí!--
de Flérida hermosa--que éste
es el nombre--y, cuando en ella
pensé lograr los placeres
perdidos... ¡Qué necedad,
que tal mi pecho creyese,
pues es cierto que ninguno
después de perdido vuelve!
Hallé la casa, que abierta
estaba, sin que me diesen
los adornos seña alguna
de que la habitase gente,
toda desierta, y en toda
una suspensión; que a veces
aun las desdichas se hacen
de rogar, si les parece
que son de provecho. El huerto,
cuyas flores fueron jueces
de mi amor, secas y mustias,
y algunas, sin que naciesen
claveles, lo parecían,
pero sangrientos claveles.
Vi que hacia una parte estaba
la turca alfombra excelente
trocada en funesto lecho
que hacía sombra a unos cipreses.
Todo me puso pavor,
todo tristeza, y de suerte
vi tras mi imaginación
arrebatarse y perderse
el discurso, que temí
dentro en mí mismo perderme.
¿Viste a cóleras del Noto
deshojarse y deshacerse
los nevados tornasoles
de aquel árbol que amanece
a ser alba del verano,
por su rizado copete,
que apenas al mundo vive
cuando maravilla muere?

¿Viste, a violencia de un rayo,
en la campaña celeste
del estío, que son ruina
los árboles y las mieses?
¿Viste océano terrible
que montes de espuma mueve
a los embates de un río,
soberbio con su corriente?
Tal la casa parecía,
ruina que se desvanece
al viento, al rayo, a las ondas,
deshace, desluce y pierde
beldad, pompa y hermosura,
humilde, postrado y débil.
No previniendo la causa
del no pensado accidente,
pensé morir; pero un hombre,
que acaso allí estaba, en breve
informado de mis dudas,
me respondió de esta suerte,
"Aquí vivía una dama,
rica sólo de los bienes
de naturaleza, a quien
amó un caballero; éste,
la noche que salió el tercio
de Milán, habrá dos meses,
por la puerta del jardín
entró; no sé quién le abriese;
sólo sé que la mujer
dio voces, y que la gente
de su casa acudió, y él,
como atrevido y valiente,
en su defensa mató
un hombre; y según parece,
debió de quedar aquí;
mas las señas lo desmienten.
Salió en fin y ella, turbada,
viendo que a todos los prenden,
se fue a un monasterio, donde
librarse, señor, pretende."
Nombróme el nombre al fin; era
aquel fiero, aquel aleve
amigo, en quien por mis males
deposité tantos bienes.
Ved qué penoso dolor,
ved qué confusión tan fuerte;
y más cuando de la dama
tuve un papel que me advierte
que por mí su hacienda, vida
y reputación padecen;
que volviese por su honor;
pues es tan cierto que tiene
obligación de pagar
la deuda el que no la debe,
como en su nombre se pida,
y a todo el nombre se preste.
Con esto, pues, empeñado
en matarle o en prenderle,
le busqué, y supe que estaba
en Verona...

JUAN: Oye, detente;
no prosigas, hasta tanto
que haya pasado esta gente.

Salen don SANCHO y gente

SANCHO: Ellos son; ya no hay que hacer,
sino esperar a que entren.

Vanse don SANCHO y la gente

OCTAVIO: Armas lleva y prevenciones.
JUAN: La esquina a la calle vuelven;
y otro hombre por esta parte
mirando las rejas viene.

Sale CELIO con capa rica

CELIO: (¡Qué mal un enamorado **Aparte**
descansa, come ni duerme,
si a los umbrales no está
de la dama a quien bien quiere!
Aquí me ha de hallar el día
adorando estas paredes.
¡Ay bellísima Lisarda,
qué de suspiros me debes!
Yo quiero hacer una seña.)
OCTAVIO: ¿Si son éstos los valientes
de la otra noche y nos echan,
por ocasionarnos, éste?
JUAN: ¿De qué suerte lo sabremos?
OCTAVIO: Yo os lo diré; de esta suerte.

Llégase a CELIO

Caballero, a mí me importa
sola que esta calle deje.
Y así os ruego que se vaya,
o haráme que se lo ruegue
a cuchilladas.
CELIO: No hará;
porque el pedir de esa suerte
es lo mismo que pedir
limosna con pistolete.
OCTAVIO: Pues váyase de aquí al punto.
CELIO: Dónde es el punto, conviene
a saber, si he de ir allá;
si no es que decirme quiere
que irme al punto es irme al punto.
OCTAVIO: No del vocablo me juegue,
sino váyase.
CELIO: No quiero.
OCTAVIO: Yo le haré que quiera.
CELIO: ¡Tente,
señor!
OCTAVIO: ¿Es Celio?

CELIO: Yo soy.
Milagro fue el conocerte,
porque si no, ésta es la hora
que eres un atún de requiem.
OCTAVIO: ¿Qué capa es ésta?
CELIO: Una tuya.
OCTAVIO: Pues ¿qué disfraz es aquéste?
CELIO: Disfraz de hombre enamorado;
que no hay cosa en que se eche
de ver más, cuando lo están,
que en andar limpias las gentes.
OCTAVIO: Nise lo habrá así trazado.
CELIO: Nise fue mi remoquete
un tiempo; mas ya no es Nise,
Ni-se dice, Ni-se puede
decir, porque al fin fue amor
de medio mogate ése,
y éste es de mogate entero.
JUAN: ¡Ea, vete de aquí, vete!
CELIO: No puedo, porque he de estar,
hasta que el alba despierte,
clavado en estos umbrales,
dosel poco, esfera breve
de mejor sol, pues el sol
la luz de Lisarda aprende.
JUAN: ¿Estás loco?
CELIO: Cuerdo estoy;
porque quien el juicio pierde
por tal causa, cuerdo está.
OCTAVIO: Ésa es ser loco dos veces.

Sale doña LISARDA al paño

LISARDA: ¡Celio! ¡Celio!
JUAN: ¿Llaman?
CELIO: Sí.
Aguárdate tú, no llegues;
que "Celio" dijeron; y es
Lisarda que a hablarme viene,
enamorada de mí.
JUAN: Necio estás; mira no quedes
en la calle. --Nise, ¿es hora?
LISARDA: Sí, entra. Mas ¿Celio no viene
contigo?
JUAN: ¡Celio!
CELIO y OCTAVIO: ¿Señor?
CELIO: No respondas tú, detente.
JUAN: Entra, ¿qué esperas?
OCTAVIO: Pensar
que he de pasar fácilmente
del monte de mis pesares
al jardín de tus placeres.
LISARDA: ¡Oh, Celio, seas bien venido!
OCTAVIO: Claro está, si vengo a verte,
que bien venido seré.
LISARDA: Entra presto, porque cierre.
OCTAVIO: Entro, porque cierres presto.
LISARDA: (¡Ay, amor, mucho me debes, **Aparte**
pues, asegurando el riesgo,
quiere amor que a perder eche

de noche con escucharle
lo que mejoré con verle!)

Vanse don JUAN, doña LISARDA y don OCTAVIO

CELIO: ¿Qué me toca hacer a mí,
viendo en la ocasión presente
que a Lisarda, a quien conozco
por la voz distintamente,
como aquél que de la suya
y de la de Nise tiene
más noticia, me ha llamado
por mi nombre, viendo que entre
Octavio a gozar las dichas
que sólo mi amor merece;
pues cuanto de día granjeo,
porque el verme la divierte,
viene él a gozar de noche?
¡Fiero amigo! ¡Ingrato huésped!
¡Vive Dios, que va de veras
el sentir celos tan fuertes!
Pero ¿qué mucho, si veo
de veras también que llegue
a rendirse una mujer
de su calidad, de suerte
que me viese y que me llame?
Mas ¿ya qué remedio tiene,
si al que ha de ser desdichado,
aun la vida le da muerte?

Vase CELIO. Salen don JUAN, doña LEONOR, doña LISARDA y don OCTAVIO

LEONOR: En la alfombra lisonjera
de este cuadro, que es dosel
de la hermosa primavera,
pues las rosas que hay en él
estrellas son de otra esfera,
cuyos muertos resplandores
a las estampas y huellas
del sol dicen entre olores,
si esta noche sois estrellas,
mañana seremos flores,
puedes sentarte.
JUAN: Y aquí
puedes tú darme del día
cuenta. ¿En qué has pasado? Di.
LEONOR: En que la memoria mía
siempre está pensando en ti.
A la aurora desperté,
la mañana te escribí,
a la tarde te esperé,
de noche, don Juan, te vi
y a todas horas te amé.
OCTAVIO: Y tú, Nise, ¿en qué has pasado
el día?
LISARDA: No me he acordado
de ti.

OCTAVIO: Tú has hecho muy bien;
que ¡por Dios! que yo también
tuve ese mismo cuidado,
y desde hoy te he de querer
por finezas tan extrañas.
LISARDA: ¿Qué finezas?
OCTAVIO: ¿Pueden ser
mayores, pues desengañas
a un hombre, siendo mujer?
En ninguna mi cuidado
desengaño hubiera hallado.
LISARDA: ¿Por qué?
OCTAVIO: Porque en todas son
la lengua y el corazón
un reloj desconcertado.

Ruido dentro

LISARDA: ¿Cómo...? Mas ¿qué ruido es éste?
LEONOR: ¡Ay de mí!
JUAN: ¡Válgame el cielo!
LISARDA: El cuarto abren de mi hermano.
LEONOR: Luz sacan.
LISARDA: (Aquí me pierdo, **Aparte**
si en este traje me ven,
y si conocida quedo
de don Juan y su crïado.)
JUAN: ¿Qué he de hacer?
LISARDA: Arrojaos presto
por las tapias; que nosotras
seguras quedamos.
JUAN: Celio,
ven tras mí.
OCTAVIO: Sí, antes que lleguen,
saltar las tapias podemos,
será mejor.
LEONOR: Dices bien.
OCTAVIO: Ea, pues, salta primero.

Vanse don JUAN y don OCTAVIO. Escóndese doña LEONOR. Sale don SANCHO con gente

SANCHO: Guardad las puertas vosotros,
pues ya vimos que está dentro.
LISARDA: (¡Ay infelice de mí!) **Aparte**
LEONOR: (¡Muerta estoy!) **Aparte**
SANCHO: Acudid presto.
LISARDA: ¿Qué ruido es éste? ¿Qué buscas
con tantas armas y estruendo?
LEONOR: (A mí no me ve don Sancho; **Aparte**
segura escaparme puedo,
e irme a mi cuarto.)
SANCHO: ¿Qué haces
aquí a estas horas?
LISARDA: (¡Hoy muero!) **Aparte**
Bajé al jardín de esta forma
a sólo tomar el fresco.
SANCHO: ¡Oh aleve infame!

Sale un CRIADO

CRIADO: Señor,
acude a las tapias presto;
que ha saltado un hombre, y otro
va a salir.
OCTAVIO: ¡Válgame el cielo! **Dentro**
Cayó la tapia, y yo estoy
enterrado antes que muerto.
SANCHO: Presto lo estarás.

Sale don OCTAVIO

OCTAVIO: No haré;
porque es un rayo este acero
desatado. Mas ¿qué miro?
¿No es éste don Sancho? ¡Cielos!
SANCHO: ¡Cielos! ¿Éste no es Octavio?
LISARDA: Don Juan es éste que veo;
el que saltó fue el crïado.
Pues no le conozco, es cierto.
OCTAVIO: Traidor, ahora verás
que de esta suerte me vengo
de los pasados agravios.
SANCHO: Villano y mal caballero,
si es que a buscarme has venido,
¿no era más hidalgo hecho
vengarte de mí en mi vida,
que ella te ofendió, primero
que en mi honor? ¿No era mejor
darme muerte cuerpo a cuerpo
en el campo que matarme
disfrazado y encubierto?
Mas antes que del jardín
hagas teatro funesto,
tomaré de dos agravios
dos venganzas; el primero
de mi honor y de esta hermana
he de remediar el riesgo,
haciendo que de marido
la mano la des, y luego
dándote muerte porque,
a dos agravios atento,
ya que en mi honor y en mi vida
quisiste vengarte fiero,
tomen mi vida y mi honor
satisfacciones a un tiempo.
Dale la mano.
CRIADO: Las puertas
quiebran.

Dentro golpes

SANCHO: Todos estad quedos.
OCTAVIO: (Ésta es Leonor; la crïada **Aparte**
era la que se fue huyendo.

¿Habráse visto jamás
otro hombre en mayor empeño?
En casa de mi enemigo,
sin saber cómo, me veo;
cercado de armas y gente
estoy, con indicios ciertos
de amante de la que es dama
del amigo con quien vengo.
¿Cómo he de salir de aquí?
Pues si callo, lo confieso,
y si digo la verdad,
la ley de amistad ofendo.
Mas remítolo al valor;
mejor es matar muriendo.)
Traidor don Sancho, aunque aquí
me ves agora encubierto,
no vengo a ofender tu honor;
a darte la muerte vengo.
Esas paredes salté
sólo con aqueste intento,
ni yo conozco a esa dama,
ni sé si es ¡viven los cielos!
tu hermana; y esta respuesta
me debes por su respeto.

LISARDA: (Don Juan y don Sancho deben **Aparte**
de haber reñido antes de esto.
Esforcemos su disculpa.)
¡Bueno es que tú, loco o necio,
hagas por allá locuras
que obliguen a tanto extremo
como buscarte en tu casa,
y quieras, viniendo a eso,
echarme la culpa a mí,
cuando te busca resuelto!

SANCHO: ¡Qué mal, ingrata, pretendes
disculparte, cuando tengo
desengaños yo de todo,
que ha días que los pretendo!
Él ha de darte la mano,
y morir después.

OCTAVIO: Primero
que se la dé, he de morir.

SANCHO: Pues mueran los dos.

LISARDA: (¡Ay cielos!) **Aparte**
Caballero, por mujer
me amparad, si es que os merezco
esta fineza.

OCTAVIO: Hoy será
muralla vuestra mi pecho.

Acuchíllanse, y retíranse hacia una puerta don OCTAVIO y doña LISARDA

SANCHO: Sí, pero poca muralla.

LISARDA: (Mucho una desdicha temo.) **Aparte**

SANCHO: En vano el valor se alienta.

OCTAVIO: La ventaja te confieso,
pero he de morir matando.

SANCHO: Pues yo he de matar muriendo.

OCTAVIO: El umbral de aquesta puerta
sea el sagrado postrero
de mi vida.
SANCHO: Tu sepulcro
ha de ser este aposento,
porque no tiene salida.
LISARDA: De tu vida es el remedio.
SANCHO: ¿De qué suerte?
LISARDA: De esta suerte.

Éntrase don OCTAVIO retirando, y cierra la puerta doña LISARDA

CRIADO: Cerró la puerta.
SANCHO: En el suelo
la echaré.
CRIADO: ¿Cómo es posible,
que son dos personas dentro
que la guardan y defienden?
OCTAVIO: Yo así mi vida defiendo **Dentro**
por morir para matarte.
SANCHO: (Cobarde soy, pues no intento **Aparte**
derribar aquestas puertas.
No en vano--¡vil pensamiento!--
supo Lisarda que yo
dejaba en Milán--¡ah cielos!--
quejoso de mí un amigo,
si él lo dijo.) Mas ¿qué es esto?
CRIADO: Que han trepado por las rejas.

Baja don JUAN por una reja que habrá

SANCHO: ¿Quién va?
JUAN: Un hombre que resuelto
viene así a morir al lado
de un amigo.
SANCHO: Yo agradezco,
oh don Juan, como es razón,
la fineza y el deseo,
pues no dudo que el oír
en mi casa aqueste estruendo
os habrá obligado a hacer
por mi amistad tal extremo.
JUAN: Don Sancho, aquí soy testigo
de la obligación que tengo,
y he de acudir a la parte
que es más forzosa primero.
Perdonadme.
SANCHO: ¿Que os perdone
decís, cuando os agradezco
venir así? Y pues se llega
siempre en desdichas a tiempo,
las mías sabed, que pongo
en vuestras manos. Yo tengo
dentro de mi casa un hombre
que a matarme entró resuelto,
y aun dos muertes; que si ha sido
en los generosos pechos

vida del alma el honor,
el alma también me ha muerto.
Con una de mis hermanas
ha hecho fuerte ese aposento.
Si le doy muerte atrevido,
de mi hermana el honor pierdo;
y si le dejo con vida,
vivo un enojo me dejo.
¿Qué he de hacer en tales dudas?

JUAN: (¿Habráse visto suceso **Aparte**
semejante? ¿Con don Sancho
era de Octavio el empeño?
Yo le he traído a esta casa;
mal haré si aquí le dejo.
Si un amigo hace de mí
confianza, y si le ofendo,
las esperanzas de ser
de Leonor esposo pierdo.
A librar a Octavio vine,
y cuando librarle intento,
me dicen que está encerrado
con Leonor, para ser dueño
de su amor.)

OCTAVIO: Aquella voz **Dentro**
conozco; salir pretendo.

LISARDA: No hagas tal. **Dentro**

OCTAVIO: ¡Aparta! **Dentro**

LISARDA: Yo **Dentro**
de aquí a salir no me atrevo.

Abre la puerta, sale don OCTAVIO, y vuelve a cerrar doña LISARDA

OCTAVIO: (Miedo de mujer cerró. **Aparte**
Mas ¿cómo conformes veo
tanto a don Juan y a don Sancho?
¿Cosa que fuese concierto
haberme traído ...? Mas ¿cómo
tal de un amigo sospecho?)
¡Don Juan!

SANCHO: Pues ¿de qué os conoce
(¡peor esto se va poniendo!) **Aparte**
a vos, don Juan, mi enemigo?

OCTAVIO: Ya de que acudáis es tiempo
a la obligación que os puse,
cuando os conté mi suceso.
Don Sancho es el enemigo.

SANCHO: Don Juan, que acudáis espero
a mí; pues honor y vida
en vuestras manos he puesto.
El enemigo es Octavio.

JUAN: ¿Quién se vio en igual aprieto?
Pero ¿qué temo, qué dudo,
si dice la ley del duelo
para casos semejantes...

SANCHO Y OCTAVIO: ¿Qué?

JUAN: ...que con quien vengo vengo.
Don Sancho, dadnos lugar;
porque por mares de acero

hemos de salir los dos.
SANCHO: Pues ¿tú contra mí? ¿Qué es esto?
JUAN: Es cumplir mi obligación.
SANCHO: ¿Y en la que yo te había puesto?
JUAN: Llegó muy tarde.
SANCHO: ¿Por qué?
JUAN: Porque con quien vengo vengo.
SANCHO: "¿Con quien vengo vengo?" Aquí
se oculta mayor misterio.
Mas no importa, pues que yo,
que honor de mi parte tengo,
y vengo a cobrarle aquí,
dándoos la muerte primero,
diré al lado de mi honor
también con quien vengo vengo.
¡Mueran los dos!

Riñen

TODOS: ¡Los dos mueran!
OCTAVIO: Hay mucho que hacer en eso,
que sois pocos.
CRIADO: ¡Ay de mí!
SANCHO: ¡Muerto soy! ¡Válgame el cielo!

Cae don SANCHO. Vanse corriendo los CRIADOS

OCTAVIO: Don Sancho cayó en las flores
y los crïados huyeron.
JUAN: Y como sin luz nos dejan,
por donde salir no acierto.
Pero ¿dónde está Leonor?
OCTAVIO: Cerrada en ese aposento.
JUAN: Abre aquí, yo soy, bien puedes.

Sale LISARDA

LISARDA: Por conocerte, me atrevo.
JUAN: Ven conmigo; que no es bien
que te deje en ese riesgo.
LISARDA: Mira que no soy...
JUAN: Ya sé
quién eres, pues que te llevo.
Segura conmigo vas.
LISARDA: (Ya todo está descubierto, **Aparte**
pues me conoce, y me ampara
por cómplice de este yerro.)

Vanse. Sale URSINO

URSINO: Fácil está de verse que he perdido,
pues del juego no salgo acompañado,
ni a un mirón reverencias he debido,
ni luz al garitero le he costado;
y aun mejor despaché que he merecido,
pues que las escaleras no he rodado,

bien del garito al tiempo no hay distancia,
pues sólo medra el que anda de ganancia.
¡Vive Dios...!

Ruido de espadas dentro

SANCHO: Aun se anima en esta mano **Dentro**
noble acero en defensa de mi vida
y mi honor.
URSINO: Esto ¿qué es?
SANCHO: Vuelve, tirano, **Dentro**
y no seas dos veces mi homicida.
URSINO: En esta casa riñen.
OCTAVIO: Ya es en vano **Dentro**
esperar mi venganza conseguida
y tu muerte.

Salen don JUAN, don OCTAVIO y doña LISARDA

LISARDA: ¡Ay de mí!
OCTAVIO: Ved dónde iremos.
JUAN: A casa, porque allí lo dispondremos.
URSINO: En esta casa fue la cuestión, ¡cielos!,
y después de la voz y del rüido,
dos hombres entre asombros y desvelos,
y una mujer con ellos, han salido,
desnudas las espadas, mil recelos
al alma y la razón han ocurrido.
SANCHO: ¡Triste de mí! Sin confesión me muero! **Dentro**
URSINO: Ni hombre humano seré ni caballero
si dejo a aquesta voz de dar ayuda,
cuando pronuncia en lamentable acento
afectos religiosos lengua muda.
Entrar adentro a socorrerle intento.

Sale don SANCHO

SANCHO: Mal el valor se alienta, mal se ayuda,
cuando de sangre propia está sediento
el corazón, y en bárbaros enojos
le lloran las heridas y los ojos.
Vuelve, vuelve, enemigo, y esa espada
muerte me dé para mayor exceso.
URSINO: Quien así os busca no os ofende en nada,
mas os viene a ayudar en tal suceso.

Sale doña LEONOR

LEONOR: Yo bajo en llanto y en dolor bañada.
Que estoy mortal a mi dolor confieso.
¿Dónde voy? ¡Ay de mí! que en esta calma
miente la vida y se desdice el alma.
SANCHO: Decid ¿quién sois?
URSINO: Quien de piedad movido,
llora vuestras desdichas.

SANCHO: Caballero,
bien la piedad lo dice, pues ha sido
de la sangre el blasón más verdadero;
perdonadme el no haberos conocido;
que aunque en mi patria estoy, soy extranjero
en ella; y así ignoro vuestro estado;
que extranjero en su patria es el soldado.
En el último aliento de mi vida
lucho a brazo partido con la muerte,
y por la infausta boca de una herida
el alma los espíritus divierte.
No quiero, no, que sea socorrida
mi vida desas canas en tan fuerte
desdicha, el honor sí. Dejadme, os ruego,
y esa dama poned en salvo luego.
No es mi dama, señor, hermana es mía;
así lo fuera la que abrió primero
puerta para tan grande alevosía,
despojo infame del rigor severo.
Sólo en vuestro valor mi honor se fía,
porque os juzgo señor y caballero.
Mirad por ella, y quede en vos segura
pobre nobleza y huérfana hermosura.
URSINO: Infeliz caballero, ya que el cielo
a esta ocasión mis pasos ha traído,
¿quién duda que haya sido por consuelo
de vuestro pecho honrado y afligido?
En mis brazos venid, alzad del suelo;
llamaré quien os cure, y advertido
vivid de que tendrá esta hermosa dama
segura su opinión, cierta su fama.
Ursino soy, si basta; y a Dios juro
de no faltar jamás de vuestro lado,
hasta que de la vida estéis seguro,
y del honor estéis desagraviado.
Con vos me habéis de hallar, porque procuro
ya como propio el bien de un desdichado.
Venid los dos.
SANCHO: Esa palabra aceto.
URSINO: Otra vez con el alma os la prometo.

TERCER ACTO

Salen don JUAN, doña LISARDA y don OCTAVIO

JUAN: Éste es mi cuarto, señora;
y aunque en él quedáis a obscuras,
importa, mientras que voy
a preveniros alguna
parte donde retirada
estéis, con los dos, segura
de la justicia, que hoy tiene
la vara de la Fortuna.
LISARDA: En vuestras manos, don Juan,
estoy; vos tenéis la culpa
de estos sucesos, supuesto
que vuestro amor--suerte injusta!--
me puso en esta ocasión;
y así os toca--oh pena dura!--
sacarme de ella y mirar
que mi riesgo no se excusa.
JUAN: Octavio, vente conmigo.
OCTAVIO: ¿Dónde vas?
JUAN: ¿Eso preguntas?
A prevenir donde estemos
de suerte que, si nos buscan,
no nos hallen, y de suerte
que, si falta quien presuma
contra nosotros, no pueda
hacernos daño la fuga.
Pues con estos dos intentos,
Octavio, tengo, entre muchas
partes que se me ofrecieron,
hecha elección de la una,
que es un cuarto de esta casa
que ni se vive ni ocupa;
y con estarnos allí
los dos y Leonor oculta,
no nos salimos de casa
ni la ven; y si procuran
buscarnos, él tiene puerta
al mar, que bate su espuma
unos jardines adonde
corresponde su hermosura;
y con hacer que esté siempre
puesta a tiempo una faluca,
podemos, libres las vidas,
echar al mar.
OCTAVIO: Pues ¿qué dudas,
si dentro de casa tienes
comodidad tan segura?
JUAN: Si Leonor está conmigo,
vengan desdichas.

Vanse don JUAN y don OCTAVIO

LISARDA: Fortuna,
¿quién en una noche sola
vio tantas desdichas juntas?

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Yo, que fui la que de industria
negué la deidad a amor,
sin darle obediencia nunca,
fui la que más examina
sus violencias, sus injurias?
¿Fuera de mi casa yo?
¿Yo en casa de un hombre--¡injusta
suerte!--galán de mi hermana,
que como tal me asegura
y me libra, por haber
conocido--¿quién lo duda?--
que fui de su amor tercera,
y primera de mi culpa?
Parecerá impropiedad
que, cuando en tantas angustias,
tantas penas, tantos llantos,
quiera el cielo que discurra,
me acuerde de otra pasión;
sin mirar el que esto culpa
que las desdichas y penas
se eslabonan y se juntan
de suerte que salen todas,
en tirándose de una.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto
que el alma y sentidos burla?
Después que vi este don Juan,
galán de mi hermana, en cuya
casa estoy --¡pluguiera al cielo
que yo no le viera nunca!--
¿tan bien me pareció, cuando
volvió, volcán de sus furias,
desde la tapia? ¿Tan bien,
cuando dijo, por disculpa
de su amor, que le traía
allí otra venganza justa?
¿Qué es esto? ¿El amo y crïado
hoy contra mí se conjuran,
el uno cuando se ve
y el otro cuando se escucha?
Tanto que, igual el afecto,
uno en veras, otro en burlas,
con ser dos personas, pienso
que son en el alma una.

Sale CELIO con luz

CELIO: (¿Habrá lacayo de bien **Aparte**
que no se aflija y se pudra,
viendo que su amo anda
con máquinas, con industrias?
¿Irse sin mí a sus amores,
donde con mi nombre hurta
otro la ocasión que yo
merecí por mi ventura?
¿Venirse a casa después
y, aposentándose a obscuras,
probar llaves de otro cuarto,
sin saber lo que procura?

¿A mí hay caso reservado?
No quedaré, por ninguna
cosa del mundo, con él,
porque--¡aquí de Dios!-- ¿quién gusta,
aunque se muera de hambre,
de servir, si no murmura?
Mas no moriré; que al fin
tengo quien me contribuya;
porque ¿para qué enamora
un pobre hombre a una hermosura
tan rica como Lisarda
sino para que--no hay duda--
le traiga como un Narciso?)

LISARDA: Ya no es posible me encubra.

CELIO: ¿Quién está aquí?

LISARDA: Yo soy, Celio.

CELIO: ¡Jesús!

LISARDA: Pues ¿de qué te turbas?

CELIO: Pues ¿no tengo de turbarme,
viendo tan grande aventura?

LISARDA: No; que el que, como tú, tiene
buen entendimiento, nunca
se ha de turbar de sucesos
que por sí no dificulta
el entendimiento; y puesto
que no es la primer fortuna
esta del amor, no es bien
te turbes; y más si apuras
que, como es rayo, se lleva
tras sí más de lo que busca.

CELIO: Pues ¿cómo has venido aquí?

LISARDA: El error tuvo la culpa
de un hombre en traje de Celio.

CELIO: (Ella conoció la industria **Aparte**
con que, trocándose el nombre
Octavio, su amor procura;
y viendo que no era yo,
a tales horas me busca.
Siempre mi abuela me dijo
que era de buena ventura.)
Señora, aunque es bien que dé
las gracias a mi fortuna
de esta dicha, mejor fuera
dar las quejas, pues son justas,
de que no me haya hecho un hombre
poderoso; pero suplan
afectos de voluntad
de mi bajeza las culpas.
Una ración mal pagada,
una cama no muy dura
no puede faltar; y en fin,
logrando dicha tan suma,
seré alfombra de tus plantas
y seré como se usan,
pues yo soy tan mal cristiano
que seré tu alfombra turca.

Sale don OCTAVIO

OCTAVIO: (Quiere don Juan que a Leonor **Aparte**
lleve yo al cuarto en que oculta
ha de estar, mientras él queda
haciendo espaldas seguras
a su padre; y temeroso
llego a mirar su hermosura,
porque entre tantas desdichas
se hizo mayor lugar una
en el alma. ¿Cómo, lengua,
traidoramente pronuncias
razones tan mal formadas
que el mismo aliento las duda?
¿Por qué se atrevió a decirlas,
sin tener licencia suya,
el alma, siendo mi pecho
del silencio sepultura?)

¡Celio!
CELIO: ¡Señor! ¿Que aquí estés?
LISARDA: (Éste es don Juan. ¡Qué desdicha!) **Aparte**
OCTAVIO: Salte; que importa a mi dicha.
CELIO: No quiero, ni es justo, pues
esta dama que aquí ves
huyendo viene de ti,
señor, a buscarme a mí,
supuesto que no te quiere,
y que yo soy por quien muere.
OCTAVIO: Loco estás; vete de aquí.

Vase CELIO

(¿Cómo--¡ay de mí!-- llegaré **Aparte**
a hablarla, sin que los ojos
den paso a tantos enojos
como padezco?)
LISARDA: (¿Qué haré **Aparte**
para que el alma no dé
lugar en tanto rigor
a otra desdicha mayor?)
OCTAVIO: (Diré al amor...) **Aparte**
LISARDA: (Yo a mi fama...) **Aparte**
OCTAVIO: (...que es Leonor de don Juan dama.) **Aparte**
LISARDA: (...que es amante de Leonor.) **Aparte**
OCTAVIO: Señora, ya prevenido
sobre el mar un cuarto queda
que ser el ocaso pueda
dese sol recién nacido.
Fortuna y amor han sido
los que hospedaje os han dado,
porque ya que habéis llegado
a esta breve esfera, es bien
que en el mar se hospede quien
sacó del mar su traslado.
Ocasión sólo se espera
para que podáis pasar,
sin que os vean, a lograr
las perlas de su ribera;
pues no habrá ruda venera
en las márgenes de Flora,

si sobre sus conchas llora
las auroras que en vos nacen,
porque las perlas se hacen
de lágrimas de la aurora.
No os aflijáis, no lloréis;
que en casa, señora, estáis
donde servida seáis,
si no como merecéis,
como vos misma veréis
en el gusto y el cuidado
de quien constante os ha dado
la libertad que perdió.

LISARDA: (En toda mi vida yo **Aparte**
vi tan amante cuñado,
mas, del silencio vencido,
muera en mi pecho mi agravio.)

OCTAVIO: (Antes que salga del labio, **Aparte**
muera mi amor a mi olvido.)

LISARDA: (Un rayo la voz ha sido.) **Aparte**

OCTAVIO: (Sus ojos son un volcán.) **Aparte**

LISARDA: (A más mis desdichas van.) **Aparte**

OCTAVIO: (¡Oh, qué furia!) **Aparte**

LISARDA: (¡Oh, qué rigor! **Aparte**
Mas es galán de Leonor.)

OCTAVIO: (Mas es dama de don Juan.) **Aparte**

Sale don JUAN

JUAN: Segura la casa está;
bien podéis pasar agora
a esotro cuarto, señora,
que os está esperando allá.
(Mas ¿qué es esto?) **Aparte**

OCTAVIO: Pues ¿qué os da,
que así os turbáis?

LISARDA: (Éste ha sido **Aparte**
el amigo que ha venido
a don Juan.)

JUAN: (¡Válgame el cielo!) **Aparte**

OCTAVIO: ¿Qué tenéis?

JUAN: Todo soy hielo.

OCTAVIO: Pues ¿de qué?

JUAN: (Pierdo el sentido.) **Aparte**
¿Cómo vos, señora...yo
...aquí...? (¡Estoy muerto y turbado!) **Aparte**

OCTAVIO: Pues ¿qué tenéis? ¿Qué os ha dado?

LISARDA: (De mirarme se turbó **Aparte**
el amigo que llegó.)

OCTAVIO: Decidme ya, ¿qué tenéis?
Mas luego me lo diréis.
Ahora a esotro cuarto vamos,
y la ocasión no perdamos
de pasar.

JUAN: (Ojos, ¿qué veis?) **Aparte**

Vanse hacia la puerta. Sale CELIO

CELIO: Mi señor viene, señor.

OCTAVIO: El paso cogió.
LISARDA: ¡Ay de mí!
JUAN: Si él la ve pasar de aquí,
será otro nuevo rigor.
OCTAVIO: Mata la luz.
LISARDA: ¡Qué temor!
OCTAVIO: Y así, sin que vista quede,
ir entre nosotros puede.

Matan la luz, y va doña LISARDA entre los dos

CELIO: No es la tramoya muy mala.
¿Qué pena a mi pena iguala?
¿Qué mal a mi mal excede?

Salen URSINO y doña LEONOR tras él

URSINO: Mucho me huelgo que esté
sin luz el portal agora.
Mas segura estás, señora;
así entrar podrás, porqué
nadie te ha de ver.
LEONOR: No sé
por dónde voy.
URSINO: ¿Quién va allá?
JUAN: Yo soy, señor.

Encuéntranse URSINO y don JUAN, y cada uno hace como que no quiere que el otro encuentre con la dama que lleva, y apártanse, hasta igualarse las damas; y ellos volviendo a guiarlas, por tomar la suya, agarran la del otro, de manera que se truecan

URSINO: (Como está **Aparte**
la casa sin luz, no veo.
Y está como yo deseo.)
LEONOR: (Nueva maravilla ya **Aparte**
admiro. De don Juan fue
aquella voz.)
URSINO: (Yo sintiera **Aparte**
mucho que don Juan me viera
con esta mujer. ¿Qué haré?
Pero yo la ocultaré.)
No sois vos, señora?
LISARDA: Sí,
yo soy.
URSINO: Pues venid tras mí.
LISARDA: Turbada, señor, os sigo.
URSINO: Don Juan, ¿quién está contigo?
JUAN: Octavio sólo está aquí.
URSINO: Pues ¿cómo sin luz estáis
en este portal?
JUAN: (Agora **Aparte**
entramos los dos.)
OCTAVIO: Señora,
venid; que segura vais.

LEONOR: Sí haré; pues vos me guiáis.
URSINO: (Lindamente ha sucedido; **Aparte**
que vengo solo ha creído.)
OCTAVIO: ¡Celio!
CELIO: ¿Señor?
OCTAVIO: Pues aquí
tu señor no te oyó a ti,
ni te ha visto ni sentido,
al cuarto que sabes lleva
esa dama; que yo quiero
quedarme...
CELIO: (¡Qué dicha espero!) **Aparte**
OCTAVIO: ...por la deshecha.
JUAN: (¡Oh, qué nueva **Aparte**
confusión mi vida lleva!)
URSINO: (Lindamente la he escapado, **Aparte**
y hasta mi cuarto guïado.)

Vase URSINO con doña LISARDA

OCTAVIO: (Lindamente se libró, **Aparte**
pues ni la vio ni sintió;
logróse nuestro cuidado.)
JUAN: ¡Octavio!
OCTAVIO: ¿Don Juan?
JUAN: ¿Sois vos?
OCTAVIO: Ya vuestro padre se ha ido.
Dicha fue no haber pedido
luz, que viera con los dos
a Leonor.
JUAN: ¡Pluguiera a Dios
que luz, Octavio, pidiera!
Yo me holgara, como viera
a Leonor.
OCTAVIO: ¿No la veréis
en el cuarto, si queréis?
JUAN: Menor mi desdicha fuera,
si eso fuera así.
OCTAVIO: Quiero irme,
pues Leonor en él aguarda.
JUAN: No, Octavio, sino Lisarda,
más soberbia y menos firme.
OCTAVIO: ¿Qué decís?
JUAN: Que he de morirme
en pena tan inhumana.
OCTAVIO: ¿Quién es Lisarda?
JUAN: Es la hermana
de Leonor.
OCTAVIO: No puede ser.
JUAN: Si yo lo acabo de ver,
¿puede mi esperanza vana
engañarme? ¡Vive Dios,
que a Lisarda hemos sacado
del riesgo, y que hemos dejado
a Leonor!
OCTAVIO: ¿Estáis en vos?
JUAN: Volvamos allá los dos.
OCTAVIO: ¡Vive el cielo, que estoy loco!
Esperad, don Juan, un poco.

JUAN: ¿Qué tengo ya que esperar,
si en las orillas del mar
mayores peligros toco?
OCTAVIO: ¿No oiréis un instante?
JUAN: No.
OCTAVIO: Decid: la que estaba allí
con vos ¿era Leonor?
JUAN: Sí.
OCTAVIO: Pues Leonor fue a la que yo
libré su vida, y aun vio
que yo la vi; y si ella fue
la que estaba con vos, sé
que es la que ahora está con vos,
porque nunca hubo allí dos;
o decidme...
JUAN: No sabré.
OCTAVIO: ¿...cómo se pudo trocar?
JUAN: Como fue desdicha mía,
fácil, Octavio, sería
de suceder un pesar.
OCTAVIO: No hallo razón de dudar
de que es la misma.
JUAN: Sí,
que distintamente vi
a Lisarda.
OCTAVIO: ¡Vive Dios,
que pierda mi juicio! ¿Vos
hablasteis con Leonor?
JUAN: Sí.
OCTAVIO: Pues Leonor es la que va
a vuestra casa.
JUAN: Confieso
que queréis que pierda el seso.
OCTAVIO: ¿No es más fácil ir allá
a verla?
JUAN: Cosa será
excusada.
OCTAVIO: Pues, en vella
¿qué perdéis?
JUAN: Ver que no es ella.
OCTAVIO: (Tanto bien me hiciera amor, **Aparte**
que ella no fuera Leonor
y fuera mi prenda bella.)

Vanse. Salen por una puerta URSINO con luz y doña LISARDA como turbada

URSINO: Este cuarto, que apartado
está, y por él no se manda,
será el sagrado mejor
que puedan hallar tus ansias;
pues aquí, sin que lo sepa
persona alguna de casa,
sino aquellos de quien yo
hiciere tal confïanza,
estarás servida, en tanto
que el cielo camino abra
a tus desdichas. Y aquí
otra vez te doy palabra

de que no saldrás, señora,
si no es contenta y honrada,
si en defensa de tu sangre
sé morir en la demanda.
Y con aquesta advertencia
quédate a Dios; que me llama
el deseo de saber
en qué los sucesos paran
de tu hermano.

Vase URBINO cerrando la puerta

LISARDA: ¡Santos cielos!
¿Qué es esto que por mí pasa?
Que la atención más prudente
y la acción más acertada,
el discurso más atento,
la imaginación más alta
se hubiera perdido, siempre
corriendo fortunas tantas.
¿Yo, de don Juan conocida,
no me di ya por hermana
de Leonor? ¿No me sacó
del peligro de mi casa?
¿A la suya no me trajo,
cuando Celio me guïaba,
para llevarme a otra parte?
O el sentido ya me falta,
o sigo a otro hombre. Pues ¿cómo
éste que sigo no halla
novedad en mi inquietud,
mis penas y mis desgracias?
Don Juan, si hasta aquí me trajo,
¿cómo se fue? ¡Cielos, basta!
Pues confieso que ya estoy
rendida, tened las armas.
¿Qué cuarto será este solo?
Estas señas no señalan
de que habite gente en él.
Iré por todas las salas
a ver si sé dónde estoy,
absorta, ciega y turbada,
que apenas tantas desdichas
pueden sustentar las plantas.

Vase. Salen por otra puerta CELIO y doña LEONOR

CELIO: Éste es el cuarto, señora,
que para esfera os aguarda.
Aquí don Juan, mi señor,
que yo os trajese me manda.
Gracias a Dios que hay en él
luz, y podré cara a cara
ver el sol de vuestros ojos,
que a rayos de celos matan.
Mas ¿qué es esto? ¡Santo cielo!
LEONOR: ¿Eres Celio?

CELIO: ¡Cosa extraña!
LEONOR: Bien en la voz que escuché
convienen señas tan claras.
Dime, Celio, ¿qué es aquesto?
Que estoy de verte admirada.
CELIO: Dime tú primero a mí
quién te hizo a ti Lisarda,
y responderéte yo
al tenor de la demanda.
LEONOR: ¿Qué Lisarda?
CELIO: ¿Tantas hay?
LEONOR: Pues ¿dónde Lisarda estaba?
CELIO: En ti; pues tú te has vestido
de su talle y de su cara.
LEONOR: No te entiendo.
CELIO: Yo tampoco;
uno por otro se vaya.
LEONOR: Un anciano caballero
hoy me sacó de mi casa
y me trajo hasta la suya,
debajo de la palabra
que dio a mi hermano, y en ella
entré tras él; y, guïada
de sus pasos, me ha traído
hasta aquí. ¿Qué es lo que pasa
por mí? ¿Cómo estoy contigo?
CELIO: La pregunta es extremada;
pues, si eso supiera yo,
no estuviera en dudas tantas
para dar un estallido.

Salen don JUAN y don OCTAVIO

OCTAVIO: (¡Plegue a Dios que sea Lisarda!) **Aparte**
CELIO: Señor, aquí está Leonor
esperándote.
JUAN: ¿Que hagas
tú también burla de mí?
CELIO: La burla es no darme nada
de albricias.
LEONOR: ¡Don Juan, señor!
JUAN: Leonor, agradezca el alma
esta dicha, pues es suya.
OCTAVIO: Aquí dio fin mi esperanza,
pues desengañado ya
tan tiernamente la abraza,
y porfiaba que no es ella.
Mas ¡vive Dios!, que porfiaba
bien; que no es ésta la misma
que yo vi; más dudas faltan
de averiguar. ¡Celio, Celio!
CELIO: ¿Señor?
OCTAVIO: ¿Dónde está la dama
que te dije que trajeses,
cuando Ursino vino a casa,
a este cuarto?
CELIO: Vesla allí.
OCTAVIO: No es aquélla.
CELIO: Yo jurara

lo mismo; mas yo no tengo
otra aquí ni en Alemania.
Aquella misma te vuelvo
libre, segura y sin tacha.
OCTAVIO: ¡Vive el cielo, que te mate,
si no me dices la causa
de este trueco!
CELIO: Di, ¿qué trueco?
Dos mil demonios la valgan,
si con premio ni sin premio
la troqué. Mas ¿qué te espantas
de haber visto en este tiempo
una mujer con dos caras?
JUAN: No estamos bien aquí cerca
de la puerta; entra a otra cuadra,
Leonor, donde más segura
estés.

Vase doña LEONOR

Octavio, yo estaba
loco, por Dios; pero antes
ya confieso mi ignorancia.
Leonor era, la verdad
me dijisteis.
OCTAVIO: Cuando acaba
vuestra duda, la mía empieza.
Que era Leonor porfiaba,
y ya, que no era Leonor
la que en el jardín estaba
con vos.
JUAN: Si vos mismo, Octavio,
volviendo desde las tapias,
la socorristeis, si vos
la tuvisteis encerrada,
si vos mismo la sacasteis
de su casa, y a mi casa
la trajisteis, y está aquí,
bien claro nos desengaña
que fue una siempre, pues nunca
hubo otra con quien trocarla.
Si a mí me lo pareció,
como esas veces se engañan
los ojos, yo estuve ciego.

Vase don JUAN

CELIO: Aquí lindamente encaja
lo de "no sois vos, Leonor"
y aquello de "mal tocada."
OCTAVIO: (Él con las mismas razones **Aparte**
que me convence, me mata.
Mas no es mucho en este caso
ver que las de otro no alcanza
el que no alcanza las suyas.
¿Quién vio cosa más extraña?
Rendido a mi pena estoy.
¡Ya basta, cielos, ya basta!)

Sale doña LISARDA

LISARDA: (La casa anduve, y en ella **Aparte**
no he visto a nadie y, guiada
de la luz, me vuelvo a ver
en esta primera sala.
Mas ¿quién está aquí?)

Tropieza con CELIO

CELIO: ¡Jesús!
OCTAVIO: ¿Qué es esto?
CELIO: Aquí que no es nada.
La que en este mismo instante
era Leonor, ya es Lisarda.
Huiré de ella cielo y tierra.
OCTAVIO: ¿Eres sombra, eres fantasma,
mujer, que así los sentidos
turbas?
LISARDA: Pues ¿de qué te espantas,
si tú mismo me trajiste
desde mi casa a tu casa,
de que esté en ella?
OCTAVIO: De verte
cada vez en formas varias.
¿Quién te trajo aquí?
LISARDA: Tu padre.
OCTAVIO: ¿Mi padre? Otra vez me matas.
LISARDA: Él me guió aquí, don Juan.
OCTAVIO: (Con don Juan piensa que habla. **Aparte**
¿Si me parezco a don Juan?
Que, según las cosas andan,
no será mucho.) Leonor,
¿cómo viéndome te engañas?
LISARDA: Tú solo te engañas.
OCTAVIO: ¿Yo?
LISARDA: Sí; pues que Leonor me llamas.
¿No me conoces? ¿No sabes,
don Juan, que yo soy Lisarda?
¿Como tal no me trajiste,
desde mi casa a tu casa?
OCTAVIO: Cielos, ¿qué escucho? ¿Tú misma
no eres aquélla que estabas
en el jardín?
LISARDA: ¿Quién lo duda?
OCTAVIO: Pues ¿cómo, si a don Juan hablas
en él, ignoras, que es
el mismo que quieres y amas?
LISARDA: Porque yo nunca le quise;
que allí estuve disfrazada
como crïada; mas tú,
si la quieres, ¿cómo agravias
su amor y no la conoces,
siendo el que con ella hablabas?
OCTAVIO: No fui; que como crïado
guardé a don Juan las espaldas.

LISARDA: Luego ¿tú eres aquel Celio
que entendidamente habla?
OCTAVIO: Luego ¿eres tú aquella Nise
de tan buen ingenio y gracia?
LISARDA: Luego ¿no eres tú el galán
de Leonor?
OCTAVIO: Luego ¿la dama
no eres tú de don Juan?
LISARDA: Yo
fui Nise, siendo Lisarda.
OCTAVIO: Y yo Celio, siendo Octavio.
LISARDA: ¿Eso es verdad?
OCTAVIO: Cosa es clara.
CELIO: Gracias al cielo que ya
llegamos a la posada.
OCTAVIO: Sepan don Juan y Leonor
esto que a los dos nos pasa.
LISARDA: ¿Dónde están?
OCTAVIO: En este cuarto.
LISARDA: ¿Cómo?
OCTAVIO: Es historia muy larga.
LISARDA: ¿Quién trajo a Leonor?
OCTAVIO: No sé.
LISARDA: Prosigue, pues.
OCTAVIO: Temo...
LISARDA: Acaba.
OCTAVIO: Que no tengo que saber,
sabiendo que tú eres...
LISARDA: ¡Basta!
OCTAVIO: "Nise" iba a decir.
LISARDA: ¿Por qué?
OCTAVIO: Por no perder a tu fama
el respeto.
LISARDA: Bien está,
"Celio".
OCTAVIO: ¿Por qué así me llamas?
LISARDA: Porque así...
OCTAVIO: Dilo.
LISARDA: Es muy presto;
vamos a ver a mi hermana.
¡Válgate el cielo por Celio!
OCTAVIO: ¡Válgate Dios por Lisarda!

Vanse todos. Salen URSINO y un CRIADO

URSINO: ¿Qué dices?
CRIADO: Lo que es cierto.
URSINO: Cuando temía que le hallase muerto,
¿dices que levantado
está?
CRIADO: Tanto le anima su cuidado,
fuera de que la herida
nunca le puso a riesgo de la vida,
que falta fue de sangre, a lo que entiendo.
URSINO: Y agora, di, ¿qué hace?
CRIADO: Está escribiendo
un papel. Mas él sale.

Sale don SANCHO

URSINO: Con los brazos
os doy el parabién.
SANCHO: Porque sus lazos,
a quien valor, nobleza y sangre esmalta,
suplan en mí la fuerza que les falta.
URSINO: ¿Cómo os sentís?
SANCHO: Sin vida, sin sosiego,
hasta abrasar, señor, a sangre y fuego
este fiero homicida
de mi honor, de mi fama y de mi vida.
URSINO: Yo, don Sancho, a buscaros
vengo para serviros y ayudaros,
hasta que libre estéis de vuestro agravio.
Disponed la venganza como sabio.
SANCHO: Por eso he prevenido
el remedio que oiréis. Vamos, os pido,
a vuestra casa.
URSINO: En el camino espero
saberlo.
SANCHO: Mi enemigo es forastero,
y no sé dónde pueda
hallarle; y así el alma en duda queda.
Hablar a Leonor quiero, que es mi hermana,
que en vuestra casa está, deidad humana
de virtud y belleza;
ella quizás podrá con más certeza
de Lisarda informar; no son errores
pensar que ella sabía sus amores.
Si dice dónde puedo
hallarle yo, desengañado quedo;
iré de allí a matalle;
si no me dice dél iré a buscalle,
sabiendo de un su amigo
que por librarle se empeñó conmigo.
De suerte que primero
buscar, señor, al agresor espero;
y de no hallarle, al cómplice; que llanos
discursos dicen que, si yo a las manos
el principal no tengo,
me vengo, si en el cómplice me vengo;
y han de diferenciarse,
que una cosa es reñir y otra es vengarse.
Y así, si no me vengo de uno altivo,
este papel para el segundo escribo,
donde en el parque digo que le espero.
URSINO: Bien pensáis; replicar en nada quiero.
Y pues hemos llegado
a mi casa, entrad dentro recatado,
porque ninguno os vea,
y la ocasión que os trae sospeche y crea.
SANCHO: Ya vuestros pasos sigo.
URSINO: Entrad; que bien seguro estáis conmigo.

Vanse don SANCHO y URBINO. Salen doña LEONOR y doña LISARDA

LISARDA: Ya que fue piedad del cielo

--¡ay Leonor!--haberme dado
compañía en tal cuidado,
y en tal desdicha consuelo,
estando juntas las dos,
en tanto que fuera están
del cuarto Octavio y don Juan,
te he de decir... Mas--¡ay Dios!--
la puerta de Ursino es
la que abren.
LEONOR: Pues a mí
no me vea.

Vase. Salen URSINO y don SANCHO

URSINO: Espera aquí;
que no es justo que le des
tan buena nueva con susto;
que también sabe matar
un gusto como un pesar,
cuando no se espera el gusto.--
Señora, ya que no tengo
digno albergue en que hospedaros,
serviros y regalaros,
una buena nueva vengo
a daros, para que así
supla el error de ofenderos.
Vuestro hermano viene a veros.
LISARDA: (¡Válgame el cielo!) **Aparte**
SANCHO: (¡Ay de mí! **Aparte**
¿No es Lisarda ésta?)
URSINO: Llegad,
ved, don Sancho, vuestra hermana.
SANCHO: Pues ¿cómo, infame, villana...
LISARDA: Señor, mi vida amparad.
URSINO: ¿Aquí entráis con ese intento?
SANCHO: ¿Delante de mí te atreves
a vivir?
LISARDA: En vano mueves
contra mí mano y aliento.
URSINO: Estando yo aquí, ¿qué es esto?
SANCHO: Es, Ursino, castigar
y la vil mancha sacar
que en esta ocasión me ha puesto.
URSINO: Mirad, don Sancho, que aquí
vuestra hermana a cuenta vive
de mi espada; y si recibe
alguna ofensa, de mí
ha de ser vengada.
SANCHO: Pues
¿palabra no me habéis dado
de ayudar siempre a mi lado
mi pretensión? Tiempo es
de mostrar tan noble empeño.
Dejad lograr...
LISARDA: ¡Ay de mí!
SANCHO: ...mi venganza.
URSINO: Idos de aquí.

Vase doña LISARDA

También me hice entonces dueño
del honor de vuestra hermana,
de libralla y defendella;
y así he de morir por ella.
SANCHO: No fue por esa inhumana,
sino por la que, señor,
yo mismo os di y os fié.
URSINO: Pues ¿ésta misma no fue
la que me disteis?
SANCHO: ¡Qué error
tan notable!
URSINO: El yerro es vuestro;
que ésta fue la que yo vi
en el jardín, y hasta aquí
la he guardado, y ésta os muestro,
para que os informéis de ella,
no para que la ofendáis.
Y si con traición pensáis
que habéis venido a ofendella,
quejaréme yo de vos,
pues que me traéis engañado
a castigar vuestro enfado
en mi casa.
SANCHO: ¡Vive Dios,
que a verla vine y saber
lo que de ella pretendí!
Mas no es ésta la que aquí
busco.
URSINO: ¿Cómo puede ser,
si yo mismo la he traído?
SANCHO: No es ella, tras todo eso.
URSINO: Haréisme que pierda el seso.
SANCHO: Vos, que yo pierda el sentido.
Y el fin de esta confusión
es solamente pensar
que dos se pueden errar,
aunque dos tengan razón.
Y pues que no he conseguido
el haberme aquí informado,
y es vuestra casa sagrado
de quien tanto me ha ofendido,
sólo un remedio me queda.
Aqueste papel tomad,
y a quien él dice buscad;
que yo espero a la alameda
del parque. Si ése saliere
solo, solo espero allá;
mas si, por dicha, que irá
el otro amigo dijere,
id vos también; que esto os pido
por no ofenderos; que fuera
mal hecho que a otro eligiera,
habiendo con vos venido,
y llevando el papel vos.
Dad luego al punto el papel,
y en el parque espero dél
la respuesta. Adiós.
URSINO: Adiós.

Vase don SANCHO

¿Qué confusión es aquesta
tan extraña y tan crüel?
Pero quizás del papel
sabré mejor la respuesta.
¿Quién será aquesta persona
a quien tengo de buscar?
¡Cielo, añade otro pesar,
porque a don Juan de Colona
dice! ¡Vive Dios, que es
mi hijo agresor de su agravio,
y que el amigo es Octavio!
Ponderar conviene, pues,
qué he de hacer en este caso;
que perder el juicio temo
si de un extremo a otro extremo
y de una duda a otra paso.
Si doy a mi hijo el papel,
cierto su riesgo será;
si no, don Sancho dirá
que es cobarde. ¡Qué crüel
duda padezco! Mas ¿quién
abre a este cuarto la puerta
que corresponde a la huerta
del parque? Él es. Ya se ven
más dudas. Pues ¿qué querrá
en este cuarto? ¿Y qué ha sido
el haber desconocido
don Sancho a su hermana?
Que no sé de mí, confieso,
ni pensar ni discurrir;
y así mejor será ir
al atajo del suceso.

Salen don JUAN, don OCTAVIO y CELIO

JUAN: Mi padre está aquí.
CELIO: Por Dios,
que él ha cogido la trampa.
OCTAVIO: Mucho lo siento.
CELIO: Ya escampa
la Fortunilla.
URSINO: Pues ¿vos
en este cuarto?
JUAN: Venía
a enseñar el cuarto a Octavio.
URSINO: (No hace poco el que un agravio **Aparte**
disimula.) No querría
le viese agora, que está,
como no se habita en él,
descompuesto. Y así dél
os salid; que tiempo habrá
de verle otro día.
JUAN: (Él aquí **Aparte**
por Lisarda defendió

la entrada.)
OCTAVIO: (¿Si a Leonor vio?) **Aparte**
JUAN: (No sé; esto ha de ser así.) **Aparte**

Don JUAN hace que se va

URSINO: Ven acá; que me olvidaba
de un recado que me han dado
para ti, que aquí un crïado
de un amigo te buscaba,
para darte este papel,
sobre no sé qué dinero
del juego, y dártele quiero,
sin mirar lo que hay en él,
por no obligarme a pagar
porte; que dicen, es bien
que pague los portes quien
abre la carta. Tomar
puedes el papel; y advierte
que, si es algo que has perdido
lo que en él se te ha pedido,
lo cumplas, aunque la muerte
te den, por cumplir, don Juan,
lo que prometido hubieres;
que los nobles, como eres,
cuando empeñados están,
han de salir del empeño,
aunque les cueste la vida.
Ninguna cosa te impida,
pues de mi hacienda eres dueño.
No quede yo con sospecha;
que os mataré--¡vive Dios!--
si me dijeren de vos
cosa que no sea bien hecha.
Con esto, salíos afuera;
que cerrar aquí es razón.
(Cumpla con su obligación, **Aparte**
y ¡mas que en el campo muera!)

Vase URSINO

OCTAVIO: Con tan preñadas razones
a discurrir nos provoca.
CELIO: Con la barriga a la boca
están todos.
JUAN: Mis pasiones
de nuevo empiezan; ¿qué haremos?
CELIO: Pues ¿aquí ya qué hay que hacer,
don Juan, sino abrir y leer
el papel? Dél lo sabremos.

Lee

JUAN: "Por no haber sabido dónde hallar Octavio,
os busco a vos, como más conocido y no menos
culpado. Decidle de mi parte que venga al
parque, donde le espero; si solo, solo, y si

con vos, con un amigo. Dios os guarde."

Pésame de haber leído
recio el papel.
CELIO: (A mí no; **Aparte**
que a trueco de saber yo
lo que en él se ha contenido,
lo doy por bien empleado;
que no me había de andar
todo el año a adivinar,
siendo astrólogo crïado.)
JUAN: Aquesto dice.
OCTAVIO: Ya aquí
no tenemos que pensar.
¿No sale esta puerta al mar?
JUAN: Sí.
OCTAVIO: Pues guïad por ahí
al parque, porque si agora
en las razones advierto
de vuestro padre, es muy cierto
que nada del caso ignora;
porque estar dentro del cuarto,
echarnos a los dos dél,
darte él mismo el papel,
¿qué más desengaño?
JUAN: Harto
me dijo; y así me atrevo
a hacer lo que él me mandó;
pues dice que pague yo,
vengo a pagar lo que debo.

Vanse don JUAN y don OCTAVIO

CELIO: ¿Desafïados los dos?
Supuesto que yo lo supe,
la Virgen de Guadalupe
hará las paces. Adiós.

Vase. Salen URSINO y don SANCHO

SANCHO: Presto a buscarme venís.
¿Qué hay?
URSINO: Fui de vuestra parte
al caballero, y leyó
vuestro papel sin turbarse,
ni dar muestras de disgusto
en la voz ni en el semblante.
Dice que hará lo que en él
le decís. Si solo sale,
reñiréis solo con él;
si con otro, habéis de hallarme
a vuestro lado.
SANCHO: Cumplís,
señor, en empresas tales,
con la sangre que tenéis.
URSINO: ¿Sabéis vos cuál es mi sangre?
SANCHO: Sé que sois Ursino, y basta.
URSINO: Pues no lo soy; no os engañe

el nombre, que mi apellido
es otro.
SANCHO: Bien engañarme
puedo.
URSINO: Bien se echa de ver,
supuesto que aun ignorasteis
que soy Ursino Colona,
y que soy de don Juan padre.
Pero ya estamos acá;
bien será que solo os halle,
por si acaso viene solo.
(¡Vive Dios, que, si no sale, **Aparte**
que yo le he de dar la muerte!)

Salen don JUAN y don OCTAVIO

OCTAVIO: ¿Don Sancho?
SANCHO: Sí.
OCTAVIO: El cielo os guarde.
SANCHO: Sólo el término le pido
que he de tardar en vengarme.
OCTAVIO: En buena ocasión estáis,
pues no lo estorbará nadie;
que el amigo con quien yo
vengo es a quien enviasteis
el papel; y por saber
que hay otro que nos aguarde,
venimos los dos.
URSINO: Es cierto;
pues sois dos los que llegasteis,
dos somos; que a venir solo,
solo estuviera.
SANCHO: A esta parte
conmigo os poned.
JUAN: Señor,
pésame de que así agravies
la sangre que tengo tuya.
Tú me la diste, y tú sabes
que supiera yo pagar,
como tú me aconsejaste,
mis deudas, y ya me ofendes,
si a darme tu ayuda sales.
URSINO: Caballero, yo no sé
lo que decís; y admirarme
debo de que me tratéis
con respeto semejante.
Yo soy un hombre que vengo
al lado de quien me trae;
no conozco otro en el mundo
de quien yo deba acordarme;
que, estando en esta ocasión,
yo nunca conozco a nadie.
Haced vos lo que debéis,
sin que os turbe ni embarace
nada; que yo me holgaré
de veros en esta parte
cumplir las obligaciones
que decís; que en semejante
caso un noble caballero

debe reñir con su padre.
JUAN: No debe, ni hay ocasión
que a eso pueda obligarle.
SANCHO: ¿Qué escucho? ¡Perdido estoy!
URSINO: ¿Qué receláis?
SANCHO: De mirarte,
sintiendo dentro de mí
que ya es forzoso dejarme.
URSINO: ¡Vive Dios, que, si no fuera
por dar fuerza al infame
escrúpulo vuestro, aquí
en ese pecho ignorante
manchara este blanco acero!
Con vos vengo, no os espante
nada.
JUAN: Perderé mil vidas
primero, Octavio, que os falte.--
Señor, pues vienes al lado
de don Sancho, y me llevaste
el papel tú mismo, y yo
llamado vengo a la parte
también al lado de Octavio,
y es fuerza en empeños tales
sacar los dos las espadas,
si ellos las sacan, pensarse
debe algún medio que excuse
entre los dos este lance.
URSINO: Cuando al lado de otro hombre
el que es caballero sale,
no ha de dar medio ninguno,
porque él para nada es parte.
Con don Sancho vengo aquí;
yo no soy mío este instante;
bien dicho estará y bien hecho
cuanto hiciere y cuanto hablare;
si él riñere, he de reñir;
haré paces si hace paces;
que yo con quien vengo vengo,
y aquí no conozco a nadie.
SANCHO: De suerte vuestro valor
pudo, señor, admirarme,
que, por no empeñaros tanto,
mi honor quisiera que hallase
un modo que el duelo excuse
más extraño y más notable
que ha visto el sol hasta hoy.
URSINO: Eso vos habéis de darle,
yo no; y si aquí permitiere
que algún partido se trate,
será porque estoy bien puesto;
vos, que sois el que llamasteis,
ved si os volvéis sin reñir,
porque no hay medio importante
para que de reñir deje,
cuando otro a reñir me saque,
llamado por un papel.
JUAN: Cuerdamente me avisaste
de la obligación que tengo,
pues soy quien tuvo esta tarde
el papel; y así me toca

a mí el reñir, por hallarme
empeñado en ser llamado.
Saca la espada, y acabe
la duda; que como yo
contra el pecho no la saque
de mi padre, no rehuso
la ocasión, pues así iguales
cumplo yo de parte mía,
y él cumplirá de su parte.

Van a reñir don JUAN con don SANCHO, y don OCTAVIO con URSINO; pero don OCTAVIO se vuelve contra don SANCHO

OCTAVIO: Eso no me está a mí bien;
que, aunque el papel enviasteis
a don Juan, fui yo el llamado.
URSINO: Él también riñe, bien haces;
pues que te llamó conmigo,
riñe tú.
JUAN: Fuerza es que halle
disculpa, pues he de hacer
lo que con quien vengo hace.

Riñen don JUAN y URSINO. Salen doña LEONOR y doña LISARDA, por un lado con mantos, y por el otro CELIO, el GOBERNADOR, y gente

CELIO: Llegad presto; que los cuatro
dieron las hojas al aire.
GOBERNADOR: Pues ¿qué es esto, caballeros?
Mirad que estoy yo delante.
URSINO: Vueseñoría pudiera
solamente reportarme,
como al fin gobernador
que es de Verona.
GOBERNADOR: Admirarme
debo de ver en dos bandos
contrarios a hijo y padre.
URSINO: A aquesto obliga el honor
de quien a campaña sale
con otro; que este es precepto
de la ley del duelo.
GOBERNADOR: Baste
para ejemplo del valor
de vuestra invencible sangre;
pero a los cuatro es forzoso
dar una torre por cárcel,
en tanto que se averigua
la ocasión.
LISARDA: Todo es muy fácil
con saber que de don Juan
es Leonor, que está delante,
esposa, y de Octavio yo;
pues las dos por esta parte
desde la casa de Ursino
llegamos en este instante;
y que hagan los casamientos
hoy, señor, las amistades

entre don Sancho, mi hermano,
y Octavio, pide más grave
lugar, porque son sucesos
dignos de elogio más grande.

SANCHO: Como mi honor se remedie,
yo le perdono la parte
de mi vida, que es lo menos
de mi ofensa; como case
con Lisarda, soy su amigo
y hermano.

JUAN: Pues, señor, sabe
que el principio de su amor
fue por sólo acompañarme.

GOBERNADOR: Si tan conforme amistad
hizo entre los cuatro paces,
yo soy padrino de todos.

OCTAVIO: Para que con esto acabe
la comedia, perdonando
sus defectos, aunque grandes,
siquiera porque el autor
humilde a esas plantas yace.

DARLO TODO Y NO DAR NADA

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAS:

- ALEJANDRO
- DIÓGENES
- CHICHÓN, gracioso
- EFESTIÓN
- ESTATIRA, infanta
- SIROÉS, su hermana
- CAMPASPE, dama
- APELES, pintor
- ZEUXIS, pintor
- TIMANTES, pintor
- Un SACERDOTE de Júpiter
- NISE, dama
- CLORI, dama
- SOLDADOS

PRIMER ACTO

Suenan por una parte cajas, y por otra instrumentos músicos, y mientras dicen los primeros versos, sale DIÓGENES, viejo venerable, vestido pobremente, con una botija de barro en la mano

UNOS: *El grande Alejandro viva...* **Dentro**
MÚSICA: *Viva el gran Príncipe nuestro...*
UNOS: *cuyos lauros...*
MÚSICA: *cuyos triunfos...*
UNOS: *siempre invictos...*
MÚSICA: *siempre excelsos...*
UNOS: *a voces van diciendo...*
MÚSICA: *que a su imperio le viene el mundo estrecho.*
TODOS: *s todo el mundo es línea de su imperio.*
ALEJANDRO: Haga el ejército alto **Dentro**
en estos campos amenos,
a vista de Atenas, griega
patria de ciencias e ingenios.
UNO: Haga repetida salva **Dentro**
la música, confundiendo
en instrumentos sonoros
militares instrumentos.

Toca la caja

UNOS: Alto, y pase la palabra.
OTROS: Alto, y prosigan los versos.
TODOS: El grande Alejandro viva,
viva el gran Príncipe nuestro.
DIÓGENES: ¡Qué contrarias armonías,
en no contrarios acentos,
aquí de estruendos marciales,
aquí de dulces estruendos,
la esfera del aire ocupan,
hasta penetrar el centro
deste pobre albergue, donde
yo, reino y rey de mí mesmo,
habito sólo conmigo,
conmigo solo contento!
Mas ¿quién me mete en dudarlo,
sea lo que fuere, puesto
que no me puede añadir
ni gusto ni sentimiento
el saber con qué razón
su media razón del eco
suena en su cóncavo espacio
una y otra vez diciendo:

Cantan DIÓGENES y TODOS

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo estrecho,*
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Por esta parte me dicen
que una fuente hay, y aunque tengo
trabada lid con el agua
por haber mi casa hecho
alïanza con el vino,
la he de buscar con todo eso;
que el cansancio con que entramos
en Grecia marchando, muertos
de sed y calor, bien puede
honestar la tregua, siendo
en Grecia agua mi socorro
mientras no hallo vino greco.
¿Por dónde irá la bellaca?
Pero aquí hay gente. -- Buen viejo,
decidme hacia dónde corre
una fuente, que deseo,
por más que corra, alcanzarla,
bien que dudando y temiendo,
cuando la busco rabiando,
el que la he de hallar riendo.
DIÓGENES: Venid conmigo, que yo
allá voy, a cuyo efecto
me halláis, ya lo veis, cargado
deste rústico instrumento.
CHICHÓN: *"Moza de cántaro"* ya
dijo no sé qué proverbio;
viejo de cántaro, no
lo dijo hasta hoy; pues ¿qué es esto?
¿No hay quien venga en vuestra casa
por agua sino vos?
DIÓGENES: Necio
debéis de ser.
CHICHÓN: ¿Y de qué
lo inferís?
DIÓGENES: De que, si puedo
servirme yo a mí, culpéis
que otro no me sirva, puesto
que sólo está bien servido
el que se sirve a sí mesmo.
CHICHÓN: ¿Mal fardado y sentencioso,
pobretón y circunspecto?
¿Sois filósofo?
DIÓGENES: No sé
más de que quisiera serlo.
CHICHÓN: Pues, en tanto que llegamos,
decid, ansí os guarde el cielo,
¿cómo, cuando estas campañas
están con tantos diversos
aplausos de paz y guerra
cubiertas, vos, acudiendo
a tan civil ejercicio,
vais penetrando lo espeso
destos montes, apartado
de tanto heroico comercio,
sin que la curiosidad
os lleve siquiera a verlo?
DIÓGENES: Pues ¿qué hay que ver?

CHICHÓN: ¿Qué hay que ver?
Cuando no fuera el inmenso
aparato, con que vuelve,
coronado de trofeos,
un ejército triunfante
de toda Persia, trayendo
prisioneras a las hijas
de Darío, su supremo
rey, que, puesto en fuga, él solo
escapó su vida huyendo;
cuando no fuera el aplauso
con que le recibe el pueblo
en estas montañas, donde
ha de alojarse este invierno;
¿el ver no más a Alejandro
no bastaba, a cuyo esfuerzo,
como estas canciones dicen,
viene todo el mundo estrecho,

Cantan CHICHÓN y la MÚSICA

pues todo el mundo es línea de su imperio?

DIÓGENES: Necio te llamé una vez,
y ahora a llamártelo vuelvo.
¿Alejandro es más que un hombre,
tan vanamente soberbio,
que llora que hay sólo un mundo
para verle a sus pies puesto?
Pues ¿por qué me he de mover
a verle, cuando mi afecto
más fuera, si fuera un hombre
tan sabio, prudente y cuerdo
que llorara que no había
otros muchos mundos nuevos,
sólo para despreciarlos,
más que para poseerlos?
Pero esta filosofía
no es para ti, a lo que infiero
de tu traje y tus razones.
CHICHÓN: ¿Por qué?
DIÓGENES: Porque al culto atento
de ese humano dios aplaudes
su ambición, no conociendo
que con cuanto puede, no
puede enmendar un defecto
con que, para desengaño
de lo poco que es su imperio,
le dio la naturaleza
en los ojos.
CHICHÓN: Yo confieso
que, atravesados, es grande
la fealdad que tiene en ellos,
mayormente encarnizado
y lagrimoso el izquierdo,
sobre cuyo hombro derriba
la cabeza quizá el peso
del laurel; pero ¿qué importa
ser horroroso su aspecto,

si no le pasan al alma
imperfecciones del cuerpo?
DIÓGENES: Sí; mas debiera sin ellas
pasar al conocimiento
de que es todo su poder
caduco y perecedero;
pues con cuanto puede, no
puede enmendarse a sí mesmo.
Y dejando para otra
ocasión el argumento
(que no acaso este principio
quizá a mejor fin asiento),
aquésta es la fuente; toma,
este vaso es cuanto puedo
ofrecerte.
CHICHÓN: ¿Para qué?
DIÓGENES: Para que bebas, cogiendo
el agua con más descanso.
CHICHÓN: Mano con que beber tengo.

Llega a un lado del tablado, donde habrá una fuente, y bebe con la mano

Mi señora doña Clara,
cuyo corriente despejo
entre esotras flores vierte,
buscando la flor del berro,
en forma de besamanos,
como suelen desde lejos
los que afectan cortesías,
a usted saludo y protesto
la nulidad de la fuerza
que la sed me hace, advirtiendo
que no sirva de ejemplar
para otra vez.
DIÓGENES: ¿Qué es aquello?
Con la mano al labio sirve
el cristal. Al fin, es cierto
que no hay loco de quien algo
no pueda aprender el cuerdo;
pues si la naturaleza
me dio más noble instrumento
que el deste barro, de quien
servirme pueda, no quiero
ofenderla más, pues basta
el agravio que la he hecho
en no saberlo hasta ahora.

Quiebra el barro

CHICHÓN: Yo he bebido. Mas ¿qué es eso?
DIÓGENES: Romper ese inútil barro.
CHICHÓN: Pues ¿por qué?
DIÓGENES: Porque no tengo
de tener nada que sea
para la vida superfluo.
Si puedo vivir sin él,
ya que de tu sed lo aprendo,

¿para qué le quiero yo?
CHICHÓN: ¿De suerte que de provecho
no es lo que no es tan forzoso
que no se viva sin ello?
DIÓGENES: Claro está; pues para sola
una vida que tenemos
cuanto en ella está de más
está en el juicio de menos;
y ya que de ti enseñado
hoy en una parte quedo,
vélo tú en otra de mí,
considerando, advirtiendo
qué caso hará de Alejandro,
ni de todos sus anhelos,
sus aplausos, sus victorias,
sus conquistas y trofeos,
quien se embaraza con sólo
un tosco vaso grosero,
el día que llega a ver
que no tenerle es lo mesmo
que tenerle. Y porque más
se esmere el conocimiento
desta verdad, di a Alejandro
que Dïógenes, un viejo
mísero y pobre que en estas
soledades vive atento
más a saber que a adquirir,
no sólo va a verle, pero
por no verle, al tiempo que
con tanto heroico festejo,
según esas voces dicen,
viene atravesando al templo
de Júpiter (donde yace
el hadado nudo ciego
de Gordio), huyendo su vista,
va penetrando lo espeso
destas rústicas montañas.
Y añade que, si él es dueño
del mundo, lo soy yo más;
pues, en contrarios extremos,
él lo es porque le estima
y yo, porque le desprecio;
por más que esas voces digan
una y otra vez al viento . . .

Cantan DIÓGENES y TODOS

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo estrecho,*
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Vase DIÓGENES

CHICHÓN: Extrañas borracherías
son las de todos aquestos
filósofos; pues por sólo
haber dicho muy severo
cuanto en la vida es más
está en el juicio de menos,

se andará toda la vida
por aquesos vericuetos
con su filosofía a cuestas,
padre conscripto del yermo.

Ruido dentro

Pero ¿qué ruido es aquél
que hacen al umbral del templo
Alejandro y un anciano
sacerdote, a lo que veo,
de un yugo asidos los dos?

Salen ALEJANDRO y un SACERDOTE, asidos de un yugo, enredadas las coyundas, y Gente

SACERDOTE: Advierte...
ALEJANDRO: Yo nada advierto.
SACERDOTE: El agüero teme.
ALEJANDRO: Aparta;
que para mí no hay agüero.
SACERDORTE: Pues óyeme, y haz después
tu gusto.
ALEJANDRO: Di; ya te atiendo.
SACERDOTE: Grecia, esta parte del Asia,
sin rey se vio mucho tiempo,
sujeta a las sediciones,
parcialidades y encuentros
de tiranos que querían,
alegando los derechos
de las armas, serlo a costa
de robos, muertes e incendios;
en cuyo común desorden,
necesitado el consejo,
más que corregido, vino
a este inhabitado templo
de Júpiter a pedirle
en tantas ruinas remedio.
él, o agradecido al voto
o compadecido al ruego,
en voz de su estatua dijo
que entregasen el gobierno
de Asia al que en un monte hallasen
labrando el inculto seno
de sus bárbaras entrañas,
dos blancos novillos puestos
en el yugo de su arado;
por señas que en medio dellos
un águila abatiría
su más remontado vuelo.
¡Tan antiguo es en el mundo
el dar el águila imperios!
Sucedió así; pero apenas
los que le buscaban, viendo
el oráculo cumplido
en Gordio, un galán mancebo,
a sus plantas se arrojaron,
las señas obedeciendo,

cuando los novillos, que antes
el yugo arrastraban tiernos,
embravecidos lidiaron
por arrojarle violentos
de sus cervices; que un bruto
aun se desdeña de serlo
el día que llega a ver
con majestad a su dueño;
si ya no fue que al jurarle
rey, el yugo sacudieron,
como quien dice: "Más le has
menester para otros cuellos,
pues ya los de un vulgo debes
domar, antes que los nuestros."
Rompidas, pues, las coyundas,
dellas este nudo hicieron,
tan sin principio en sus lazos,
tan sin fin en sus extremos,
que no fue posible que
se les desatase. Y siendo
así, que a sacrificarlos
entraron con él al templo,
segundo oráculo en él
dio el gran simulacro inmenso;
pues en segunda voz dijo
que el que deshiciese el ciego
nudo, no sólo del Asia
tendría el dilatado imperio,
pero de la ignota parte,
que impide el peloponeso
monte descubrir, sería
monarca también, rompiendo
lo impenetrable de tanto
altivo, tanto soberbio
escollo armado de hiedra,
como se le pone en medio.
Con esta noble codicia
muchos, de ser los primeros
que abriesen el arduo paso
para esotro mundo nuevo,
el ciego nudo intentaron
deshacer osados; pero
no sólo de su ambición
consiguieron el efecto,
mas de su ambición quedaron
castigados; pues es cierto
que nadie lo intentó que,
a pesar de su despecho,
no quedase desde allí
a mil desdichas expuesto,
como en venganza de tanto
sacrílego atrevimiento.
Tradición es que ninguno
vivió feliz, y que muertos
con violencia fueron todos,
ya a la ira del acero,
ya a la ruina del acaso,
o a la traición del veneno.
Y así a tus plantas postrado,
humildemente te ruego

adviertas que...
ALEJANDRO: ¡Calla, calla!
Que de escucharte me ofendo.
Por el mismo caso que
es tan repetido el riesgo,
le he de despreciar.

Hace fuerza a desatar el nudo

En vano,
en vano (¡ay de mí!) lo intento,
si ya no es que haga la industria
lo que la fuerza no ha hecho. --
¿Dijo el oráculo más
que el que deshaga este ciego
nudo será vencedor
de ignotas gentes?
SACERDOTE: Es cierto.
ALEJANDRO: Pues yo lo seré, pues yo
dejaré el nudo deshecho.

Saca la daga y rompe la coyunda

SACERDOTE: ¿Qué haces?
ALEJANDRO: Cortarle, pues tanto
monta, para deshacerlo,
cortar, como desatar.
CHICHÓN: Yo también me hiciera eso.
¡Miren qué dificultad,
que la hace cada día un maestro
de niños, cuando el muchacho
se da nudos!
SACERDOTE: ¡Oh, el inmenso
Júpiter quiera que sea
desde hoy verdad el proverbio
del "tanto monta"!
ALEJANDRO: Sí hará;
y para que llegue a verlo
el mundo, apenas descanso
cobrará, cobrará aliento
mi ejército en Grecia, cuando
romperé a ese corpulento
gigante de piedra, que
con su frente abolla el cielo,
con su peso hunde la tierra,
con su bulto estrecha al viento,
el paso, hasta desmentir
estos fatales agüeros
que amenazaron a tantos;
porque ¿para quién el cielo
guarda un mundo, sino para
Alejandro?
CHICHÓN: Bueno es eso
para un recado que yo
te traigo.
ALEJANDRO: ¿De quién?
CHICHÓN: De un viejo,
dialéctico a todo trance,

filósofo a todo ruedo,
que por no verte, señor,
como había, de ti huyendo,
de echar por aquesos trigos,
echó por aquesos cerros,
diciendo a voces que es más
monarca del mundo entero
que tú.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
CHICHÓN: Como él
hace del mundo desprecio,
cuando tú ganas el mundo.
ALEJANDRO: No dice mal, si eso es cierto.
Pero dime, ¿por no verme
fue por otra parte huyendo
de mi vista?
CHICHÓN: Sí, señor.
ALEJANDRO: Pues no ha de lograr su intento;
que si él, por altivo, no
quiere verme a mí, yo quiero
verle a él, por desengañado.
¿Adónde es su albergue?
CHICHÓN: Pienso
que a la falda dese monte.
ALEJANDRO: Llévame allá; que deseo
ver quién es dueño del mundo,
él dejando o yo adquiriendo.
CHICHÓN: Yo te guiaré, aunque otra vez
encuentre con quien me ha muerto.
ALEJANDRO: Pues ¿quién te ha muerto?
CHICHÓN: Una fuente
que al paso a todos saliendo
no sólo mata la sed,
pero la sed y el sediento.

Sale EFESTIÓN con un pliego

EFESTIÓN: Dame, gran señor, tus plantas.
ALEJANDRO: Esperad, después iremos;
que antes es esto que todo.--
Efestión, ¿qué hay de nuevo?
EFESTIÓN: Que ya Rojana, de Chipre
reina, heredera de Venus
tanto que igual la sucede
en la hermosura y el reino,
es tu esposa; en éste vienen
confirmados los conciertos.
ALEJANDRO: Los brazos toma en albricias;
que, si la verdad confieso,
desde que vi su retrato,
de amor vivo y de amor muerto
quedé a su vista, sin que
de Marte el rigor violento
borrado de mi memoria
su memoria haya. Mas esto
no hará novedad a quien
sepa que Amor, niño tierno,
en brazos creció de Marte
desde la cuna, teniendo

sus estragos por arrullos
y sus iras por gorjeos.
EFESTIÓN: Con unas armas presumo
que quiere entrambos afectos
Amor confrontar.
ALEJANDRO: Di, ¿cómo?
EFESTIÓN: Como si abrasó tu pecho
con un retrato, con otro
quiere en ella hacer lo mesmo,
que la envíe el tuyo sólo
me mandó. Y yo, previniendo
no perder espacio alguno,
hice sacar en pequeño
a tres pintores, que en Grecia
concurren, en este tiempo
los más famosos, de una
estatua que está en un templo
de Júpiter, tres retratos;
y traigo a los tres con ellos,
porque tienen variedad
en ideas y bosquejos,
porque elijas tú el que ha de ir.
ALEJANDRO: Mucho me holgaré de verlos.
EFESTIÓN: Timantes, Zeuxis y Apeles
son los tres.

Salen TIMANTES, ZEUXIS y APELES

CHICHÓN: (¿Qué es lo que veo? **Aparte**
¿Aquí Apeles? ¿Si osaré
hablarle?)
ALEJANDRO: Noticias tengo
de la elegancia con que
los tres sutiles y diestros
ejercéis el mejor arte,
más noble y de más ingenio.
TIMANTES: Si los príncipes le honraran,
señor, como vos, bien creo
que se adelantaran más
sus artífices.
ZEUXIS: Y es cierto,
pues sus estudios tuvieran
vuestros honores por premio.
APELES: Mayormente cuando fuera,
como ahora, su heroico empleo
vuestra persona; pues ella
hiciera su hombre eterno.
ALEJANDRO: Veamos el vuestro, Timantes.
TIMANTES: Huélgome que sea el primero,
porque, habiendo visto esotros,
no hiciérades déste aprecio.

Dale un retrato

ALEJANDRO: Esto no es retrato mío.
TIMANTES: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como en él no veo
esta mancha que borrón

es de mi rostro, poniendo
en disimularla todo
su primor el pincel vuestro.
Lisonjero habéis andado
en no decírmela, siendo
casi traición que en mi cara
me mintáis. Infame ejemplo
da ese retrato a que nadie
diga a su rey sus defectos.
Pues ¿cómo podrá enmendarlos
si nunca llegó a saberlos?
Tomad, tomad el retrato,
castigado el desacierto
de la lisonja, con que
perezca, por lisonjero.

Rómpele

TIMANTES: Señor...
ALEJANDRO: No más. --Dadme, Zeuxis,
el vuestro vos.
ZEUXIS: (Por lo menos **Aparte**
yo en él no le callo nada.)

Dale un retrato

ALEJANDRO: Más parecido está el vuestro;
pero no menos culpado.
ZEUXIS: ¿En qué, señor?
ALEJANDRO: En que viendo
estoy mi defecto en él
tan afectado que pienso
que en decírmele no más
todo el estudio habéis puesto;
con que igualmente ofendido
déste, que desotro, quedo;
pues lo que en uno es lisonja
es en otro atrevimiento.
Tampoco aqueste ejemplar
quede al mundo, de que necio
nadie le diga en su cara
a su rey sus sentimientos;
que, si especie de traición
el callarlos es, no es menos
especie de desacato
decírselos descubiertos.
Y así perezcan entrambos,
breves átomos del viento,
el uno por mentiroso
y el otro por verdadero.

Rómpele

Apeles, vuestro retrato
veamos.
APELES: Con temor le ofrezco.

Dale un retrato

ALEJANDRO: ¿Por qué? si al verle, me dais
a entender prudente y cuerdo
que sólo vos sabéis cómo
se ha de hablar a su rey, puesto
que a medio perfil está
parecido con extremo;
con que la falta ni dicha
ni callada queda, haciendo
que el medio rostro haga sombra
al perfil del otro medio.
Buen camino habéis hallado
de hablar y callar discreto;
pues, sin que el defecto vea,
estoy mirando el defecto,
cuando el dejarle debajo
me avisa de que le tengo,
con tal decoro que no
pueda, ofendido el respeto,
con lo libro del oírlo,
quitar lo útil de saberlo.
Este retrato ha de ir;
que, aunque haya de saber luego
Rojana esta imperfección,
por ahora por lo menos,
si viere que se la finjo,
no verá que se la miento.
Y para que quede al mundo
este político ejemplo
de que ha de buscarse modo
de hablar al rey con tal tiento
que ni disuene la voz
ni lisonjee el silencio,
nadie, sino Apeles, pueda
retratarme desde hoy, siendo
pintor de cámara mío.
APELES: Humilde tus plantas beso.

A EFESTIÓN

ALEJANDRO: Y tú a Zeuxis y a Timantes
haz que les den al momento
el precio de sus retratos;
que, porque yerre un ingenio
tal vez, no se han de pagar
los estudios con desprecios.
Y para que en mi servicio
entre con más lucimiento
Apeles, haz que le den
al punto medio talento
por este retrato.

A ALEJANDRO

EFESTIÓN: ¿Sabes
lo que monta?

ALEJANDRO: No, por cierto.
EFESTIÓN: Veinte mil escudos son.
ALEJANDRO: ¿No más? Pues dale otro medio.
EFESTIÓN: Mira que es precio excesivo
para Apeles.
ALEJANDRO: Calla, necio;
que si él es Apeles, yo
soy Alejandro y, midiendo
la distancia desde mí,
nada es excesivo precio.
APELES: Otra vez beso tus plantas;
y a tantas honras me atrevo
a suplicarte que una
añadas.
ALEJANDRO: Yo te la ofrezco.
¿Qué es?
APELES: Licencia de volver
a mi casa el breve tiempo
que tarde en traer mi familia.
ALEJANDRO: Ve, mas has de volver presto. --

A CHICHÓN

Vos, soldado, mientras yo
abro en mi tienda este pliego,
aquí esperad; que hemos de ir
a aquella visita.
APELES: ¡Cielos,
gran dicha ha sido la mía!
TIMANTES: Corrido voy.
ZEUXIS: Yo voy muerto.
EFESTIÓN: Mientras a su tienda vuelve
el César, id repitiendo:
TODOS: *¡El gran Alejandro viva!*
¡Viva el gran Príncipe nuestro!

Vanse todos menos APELES y CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque hablarte había dudado,
no me sufre el corazón
no besar tus pies.
APELES: ¿Chichón?
Tú seas muy bien hallado.
¿Por qué no hablarme querías,
viéndome hoy aquí?
CHICHÓN: Porque,
como tu casa dejé,
pensé que de mí tendrías
queja.
APELES: Cuando esclavo fueras,
cuanto más crïado, no
tuviera esa queja yo;
pues si bien lo consideras,
hago a Júpiter testigo
que este brazo me cortara,
si este brazo imaginara
que no estaba bien conmigo.
CHICHÓN: No era estar contigo mal;

pensar que estaría, señor,
siendo soldado, mejor;
bien que de discurso tal
te han vengado mis sucesos;
pues fueron necios errores,
por no moler tus colores,
venirme a moler mis huesos.
Locamente me dejé
llevar de la vanidad,
pensando que era verdad
esto de la guerra, y que
a cuatro días sería
por lo menos general.
Hanme dicho el dado mal,
tanto que la suerte mía
de mochillero no pasa;
y así, ya que aquí has venido,
haz que aqueste pan perdido
se vuelva otra vez a casa.
Ya de Alejandro criado
eres, y un talento tienes
de hacienda, con que a ser vienes
el más rico de tu estado.
Fuerza es que has de recibir
quien te sirva; pues ¿a quién
como a mí, sabiendo bien
lo mal que te he de servir?
APELES: ¿Y ésa es conveniencia?
CHICHÓN: Pues,
¿qué conveniencia mayor
que ver desde ahora, señor,
lo que has de pasar después?
¿Sería mejor que entrara
a servirte un mogigato,
que a dos días de beato
el tercero te robara?
¿Cuánto más bien te está que
yo entre, con conocimiento
que te quitaré el talento,
mas no te le robaré?
APELES: ¿Aun todavía te estás,
Chichón, de aquel mismo humor?
CHICHÓN: Humores locos, señor,
no convalecen jamás.
Pero dime, ¿en qué quedamos?
APELES: En que yo nunca podré
negarte mi casa.
CHICHÓN: Pie
y mano te beso.
APELES: Vamos
a saber lo que es servir
CHICHÓN: Si no lo sabes, sospecha
que es religión bien estrecha.

Dentro instrumentos

APELES: ¿Cómo? Mas ¿qué es lo que a oír
llego?
CHICHÓN: Un templado instrumento.

APELES: Y al compás suyo, parece
que sonora voz ofrece
nuevas cláusulas al viento
desde aquella quinta.
CHICHÓN: Aquí,
si no miente el juicio mío,
prisioneras de Darío,
que están las hijas oí.
Y como consigo tienen
las beldades soberanas
de tantas damas persianas
como en su servicio vienen,
querrán aliviar su pena.
APELES: No es novedad en su esquivo
hado cantar el cautivo
con el son de la cadena.
Oye; que la simpatía
tras sí arrastrarme procura
que tienen con la pintura
la música y la poesía.

Cantan dentro en lo alto a un lado

VOZ 1: *Sobre los muros de Roma,*
de quien es espejo el Tíber,
prisionera de Aureliano,
Cenobia al aire repite:
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos extranjeros sola y triste!

Dentro

ESTATIRA: *¡Ay de aquella que vive*
en campos extranjeros sola y triste!

CHICHÓN: No conforman tono y letra
mal a su estado, pues son
de Cenobia a la prisión.
APELES: ¿Qué sentido no penetra
la música?
CHICHÓN: En la batalla
suele Alejandro mandar
a sus músicos cantar
para animarse.
APELES: Oye y calla.

Al otro lado en lo alto cantan

VOZ 2: *Aquella ilustre matrona*
que no se rindió invencible
a tantas armadas huestes,
a sólo un dolor se rinde.
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos estranjeros sola y triste!

Dentro

SIROÉS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos estranjero sola y triste!

APELES: Sus penas dan que sentir.
CHICHÓN: Por eso debe de ser
Alejandro no las ver.
APELES: Ni yo las quisiera oír.

VOZ 1: *Y como el llanto tal vez*
templa lo que el mal aflige...
VOZ 2: *en lágrimas y suspiros*
al aire y al agua dice...
LAS DOS: *¡Ay de aquélla que vive...*
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive...*
LAS DOS Y TODAS: *en campos extranjeros sola...*

Dentro ruido de espadas, y dice dentro CAMPASPE lastimada

CAMPASPE: *¡Ay triste!*

Dentro

SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: ¡Oye, espera!
¿Qué es lo que llego a escuchar?
CHICHÓN: Aquéste es otro cantar.
CAMPASPE: ¡Ay de mí!
SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: De unos soldados seguida,
de aquel monte, al parecer,
una montaraz mujer
baja, en su sangre teñida,
defendiéndose valiente
de todos.

Quiere ir adentro

CHICHÓN: ¿Adónde vas?

Detiénele

APELES: ¿Cómo eso dudando estás?
A socorrerla...
CHICHÓN: ¡Detente!
APELES: desos cobardes villanos.
CHICHÓN: ¿De qué sabes que lo son?
APELES: De que con infame acción
ponen en mujer las manos.
CHICHÓN: Ya no podrás; que en un vuelo,
de sus armas acosada,
desde el monte despeñada
da a tus pies.

Sale CAMPASPE cayendo, vestida de cazadora rústica, con la

espada en la mano, ensangrentado el rostro

CAMPASPE: ¡Válgame el cielo!
APELES: Hermosa deidad del monte,
que con despeñado ultraje,
a no desmentirlo el traje,
te tuviera por Faetonte,
pues te traes la luz tras ti
de toda esa azul esfera,
vive, porque ella no muera.
CAMPASPE: ¡Ay, infelice de mí!
Si acaso, joven gallardo,
desdichas de mujer mueven
tu pecho y piedad le deben,
que me defiendas aguardo
desa gente, que hoy espera
prenderme o matarme.
APELES: En mí
tendrás quien te ampara aquí.
CHICHÓN: En mí no.

Salen los Soldados que pudieren

SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: ¿Qué es prenderla ni matarla,
habiendo llegado donde
mi valor, que corresponde
a su obligación, guardarla
sabrá, sin que de su muerte
ni de su prisión logréis
el intento que traéis?
SOLDADOS: ¿De qué suerte?
APELES: De esta suerte.
--Ponte, Chichón, a mi lado.

Riñen

CHICHÓN: ¿No basta que sea Chichón,
sino también coscorrón?
SOLDADO 1: Muera quien libre y osado
ampara una delincuente.
APELES: Huye, señora; que yo
te guardo el paso.
CAMPASPE: Eso no;
que, restándote valiente
tú por mí, no he de dejarte.
En este umbral te mejora.

Pónese a una puerta

CHICHÓN: Marimacha es la señora.
SOLDADO 1: Ni guardarla es ni guardarte.
APELES: ¡Ay de mí!

Cae

CAMPASPE: ¿Qué estoy mirando?
APELES: Matar a un tiempo y morir.

Dentro

MUJERES: No salgas.
ESTATIRA: He de salir.

Pásase CHICHÓN contra CAMPASPE

CHICHÓN: Pásome acá, que van dando.
SOLDADO 2: ¿Ya qué defensa hay que aguardes?
Date, pues que no hay más plazos,
a prisión.
CAMPASPE: Hecha pedazos.

Salen ESTATIRA, SIROéS, CLORI, NISE y SOLDADOS

ESTATIRA: ¿Contra una mujer, cobardes?
SOLDADOS: Advierte...
ESTATIRA: No digáis nada.
Ese joven retirad;
y si no ha muerto, cuidad
de su salud, albergada
en vuestra guardia. --Y ahora
vosotros esta mujer
dejad, pues se llega a ver
en mi amparo.
SOLDADOS: Ya, señora,
tu respeto nos ha puesto
freno.
ESTATIRA: Retiraos de aquí.

CAMPASPE

CAMPASPE: ¿Qué es lo que pasa por mí?

Retírase. Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN

EFESTIÓN: Aquí es el ruido.
ALEJANDRO: ¿Qué es esto?
SOLDADO 1: Esto es...
ESTATIRA: No prosigáis, no,
villanos; que no ha de osar
nadie a hablar ni a respirar
adonde estuviere yo.

A ALEJANDRO

EFESTIÓN: (Que son las infantas mira.)
ALEJANDRO: (Ya hablarlas cosa es forzosa.)
¿Qué es esto, Siroés hermosa?

¿Qué es esto, bella Estatira?
Que ya mi valor aplica
la venganza a vuestros pies.
CHICHÓN: ¿Estatira y Siroés?
¿Son infantas de botica,
donde todo es jerigonza?
NISE: Así una y otra se llama.
CHICHÓN: Pues dadme désa una drama,
que ésta ella dará una onza.
ESTATIRA: Esto es el poco decoro
que debe a tu Majestad
la sagrada inmunidad
de la guerra, pues no ignoro
que, si a mi hermana y a mí
prisioneras nos tratara
conforme a la ilustre y clara
real sangre nuestra, no así
sus soldados se atrevieran
a profanar desleales
el respeto a estos umbrales;
pero si ellos consideran
el despego con que no
quiso hablarnos, quiso vernos,
desde que llegó a tenernos
en su campo, hasta que dio
esta ocasión el acaso,
¿qué mucho que a su ejemplar
el tumulto popular
no haga de nosotras caso?
Sin ver que el ser prisioneras
no es ser esclavas, pues una
cosa es mostrar la fortuna
en nosotras sus severas
iras, y otra no tener
en la ley de la prisión
el trato y la estimación
que no perdió nuestro ser
con la libertad, el día
que padre y patria perdió;
que, aunque a Júpiter juró
que libres no nos vería,
a cuyo efecto en rescate
nuestro tan grande tesoro
pidió en piedras, plata y oro,
que no es posible se trate
cumplir; no por eso había
yo de dejar de ser yo.
Y para que vea si dio
ejemplar a la osadía
de sus soldados, habiendo
oído en mi cuarto el rumor,
vi desde ese mirador
un infeliz defendiendo,
su esposa o su dama sea,
la vida de una mujer,
que lo mismo viene a ser
cuando en su amparo se emplea,
para cumplir con su fama;
pues consecuencia es forzosa
que no defienda a su esposa

quien no defiende a su dama.
Robársela pretendían,
sin duda; pues al llegar,
que la habían de llevar
en altas voces decían.
él, mirándose acosado,
para resguardo tomó
esta puerta, donde no
le valió el noble sagrado,
pues en ella y a mis pies,
aun defendiéndole yo,
herido o muerto cayó.

ALEJANDRO: Una y otra queja es
muy digna de ti; y ahora,
respondiéndote, primero
que te desenoje, quiero
satisfacerte, señora,
a la primera que das
de no haberte visto; pues
piedad, no despego, es
huir tu vista; que si estás
de mis armas prisionera,
¿para qué te había de ver?
Puesto que no había de ser
que la libertad te diera.
Ver yo presa una beldad,
para dejármela presa,
es cosa en que no interesa
crédito mi autoridad;
y más si llorara, siendo
así que vivo temblando
más a una mujer llorando
que a un ejército venciendo.
Si a Júpiter le ofrecí
no libraros, noble indicio
fue del mayor sacrificio
que hacer pude; y si pedí
perlas de tan gran valor,
fue de mi estimación muestra,
pues aun una esclava vuestra
valiera precio mayor;
y pues piadoso mi acción
ya en aquesta parte deja
hoy respondida la queja,
paso a la satisfacción.

A SOLDADOS

--¿Cómo, cobardes villanos,
hacéis de delitos tales
cómplices estos umbrales?
¡Por los dioses soberanos,
que vuestras vidas...

SOLDADO: Señor,
no, mal informado, des
crédito al enojo, pues
no es tan ciego nuestro error
como imaginas; que aquella
mujer que hasta aquí llegó

y aquel joven defendió,
no era por ser dueño della,
sino porque altivo y fuerte
se empeñó, habiendo intentado
prenderla, por haber dado
a Teágenes la muerte.

ALEJANDRO: ¿Quién muerte a Teágenes dio?

SOLDADO: La mujer que seguí fue.

ALEJANDRO: ¿Muerta a Teágenes? ¿Por qué?

Sale CAMPASPE

CAMPASPE: Eso he de decirlo yo.

Invicto Alejandro, a cuyo
valor son materia fácil,
si a tu duración aspiras,
el bronce, el mármol y el jaspe;
pues a tu sagrado nombre
apellidan inmortales
esculpidas letras de oro
en láminas de diamante:
tú, que desde los primeros
años de tantas campales
lides saliste bien, como
brazo derecho de Marte,
siendo en la tierra tus huestes
y siendo en el mar tus naves
siempre vencedor de todos,
nunca vencido de nadie;
hijo del grande Filipo
(esto que te diga baste,
pues no hay que ser más que ser
hijo de Filipo el grande):
a tus plantas delincuente
hoy una mujer se vale,
más en la fe de tus iras
que no en la de tus piedades.
No, pues, generoso quiero
que me escuches, sino antes
severo; porque es mi culpa
tan heroicamente amable
que, a precio de que la sepas,
no rehuso que la mandes
castigar, como el padrón
diga en mi huesa: "Aquí yace
quien osó morir valiente,
porque osó vivir constante."
Hija soy de Timoclea,
griega matrona, a quien hacen,
como a deidad destos montes,
sacrificios estos valles.
Difunto su ilustre esposo,
conmigo, en años infante,
a llorar su viudedad
se vino a estas soledades,
donde una hermosa alquería
que en la cerviz dese Atlante,
verde pedazo de cielo,

registra montes y mares,
fue su albergue y fue mi cuna,
sin que nunca a ver llegase
ni más políticas gentes
ni más pobladas ciudades
que estos riscos y estas breñas;
en cuyas austeridades
crecí, tan hijos del campo
mis afectos montaraces
que, pirata de la selva,
que, bandolera del aire,
[en dos elementos] reina
de las fieras y las aves,
el nombre de Timoclea,
último don de mi madre,
no sin jactancia al oírle,
me trocó en el de Campaspe,
como quien dice, campestre
deidad de uno y otro margen.
Pero ¿qué mucho? si como
yo el venablo desembrace,
como yo la flecha vibre,
no hay en términos distantes
pluma que el abril matice
ni piel que el diciembre manche
que por feroz se redima
ni que por veloz se salve,
hasta que ala o testa en
boreal venatorio examen
a mis umbrales no sea
adorno de mis umbrales;
tanto, que el que peregrino
a ellos llega con pie errante,
al ver colgadas las armas
en su frontispicio sabe
que, como reina de montes,
tengo guarda de animales.
Parece que del fracaso
que hoy a tus plantas me trae
la digresión me retira;
pues no; que, para que pasen
mis desdichas a su extremo,
es fuerza prevenir antes
que caen sobre sujeto
tan fiero y tan intratable
como el mío, porque hay
delitos menos culpables
en unos sujetos que otros;
y para haber de juzgarse
conviene que el juez distinga
sobre qué sujeto caen,
porque tiene no sé qué
prerogativas aparte,
para ser tal vez altiva,
la que nunca ha sido fácil.
Y así, asentado que yo
siempre en ejercicios tales
ignoré de Flora y Venus
las dos profanas deidades,
tanto, que amor a mi oído,

si acaso le nombra alguien,
me suena como ruidoso,
pero no como süave,
voy a que, habiendo tu gente
alto hecho en ese admirable
país de Grecia, porque en él
de tantas marchas descanse,
una desmandada tropa
destos soldados, que infames
califican lo que es hurto
con nombre de que es pillaje,
como si mudara especie
la ruindad por mudar frase,
a mi alquería llegó
(vergüenza es que en esto hable,
mas mejor están desnudas
que vestidas las verdades),
donde vilmente enconados
en robar dos recentales,
se trabaron de cuestión
con los bárbaros gañanes
que mis labranzas cultivan
y que mis ganados pacen.
A este ruido, pues, llegamos,
casi a concurrir iguales,
yo, que del monte venía,
y uno de tus capitanes,
cuyo nombre no le supe,
hasta oír aquí nombrarle.
Saludámonos corteses,
y acudiendo a reportarles,
retiré mi gente yo
y él la suya, sin que pase
más adelante su duelo
que no pasar adelante.
¿Quién creerá que nuestras guerras
naciesen de nuestras paces?
Hasta dejarme en mi quinta
me fue acompañando. Nadie
en lo galante se fíe,
porque suele lo galante
afeitar a lo traidor
la tez, bien como sagaces
las astucias de las flores
las asechanzas del áspid.
Despidióse de mí; y cuando
tranquilas seguridades
de la paz de mis sentidos,
ociosamente agradables,
me adormecían, al son
de unos sonoros cristales
que en un jardín entonaban
en bien templados compases
la natural armonía
de las copas de los sauces,
sentí ruido y vi por una
pared de hiedra arrojarse
un hombre al jardín, rompiendo
la muda clausura al parque.
Turbóme no conocido

primero; pero al instante
que distinguí de más cerca
el rostro, persona y traje,
conocido me turbó,
por dar de ladrón señales,
que por las paredes entre
el que ya las puertas sabe.
"¿Qué es esto?" dije y no pude
proseguir, porque a la cárcel
de mis ya presos alientos
torció el corazón la llave.
Lo mismo debió (¡ay de mí!)
de sucederle y pasarle
a él, porque, aunque hablar quiso,
fue solo con el semblante;
de suerte que, por algún
espacio los dos iguales
hablamos como por señas,
él suspenso y yo cobarde,
hasta que, ya prorrumpida
en mal troncadas mitades
la voz, vino a decir una
para mí tan disonante
que él pensó que era lisonja
y yo pensé que era ultraje.
"Amor" fue, como quien pone,
cuando algún volumen hace,
la inscripción en el principio,
para que ninguno extrañe
la materia o la cuestión
que ha de tratar adelante.
No le di yo tanta espera,
porque al ir a pronunciarle,
veloz la espalda volví,
mas no tanto que en mi alcance
no le valiese la acción
lo que la voz no le vale.
La mano me echó y yo, viendo
(¡oh, aquí el aliento me falte!)
que libertades no dichas
eran hechas libertades,
dictada no sé de quién,
de mi honor o mi coraje,
me hallé su espada en la mano,
sin saber quién se la saque
de la cinta; bien que ahora
lo sé, pues, para acordarme
que fue él, el corazón,
al ver que en dudar le agravie,
como quien dice "yo fui",
en mudos impulsos late.
él, haciendo licencioso,
con risueñas falsedades,
de mi amenaza desprecio,
de mi cólera donaire,
segunda vez a mi mano
la mano osó, pero en balde,
pues cuando pensó que eran
mujeriles ademanes,
la esmeralda de las flores

tiñó de su rojo esmalte.
"¡Muerto soy!" dijo; y al eco
de sus repetidos ayes
los que de escolta tenía
a golpes la puerta abren.
Furiosos entran y, viendo
el desangrado cadáver,
conmigo embisten. Yo, entonces,
por un postigo que cae
al monte, me puse en fuga;
ellos tras mí al monte salen.
Tal vez lidio y tal vez corro,
hasta que, sin que me amparen
valor ni fuga, cayendo
vine desde el monte al valle,
donde un generoso joven,
o de honrado o de arrogante,
puesto en mi defensa, impide
que me prendan o me maten,
tan a toda costa que
fue su vida mi rescate;
de suerte que, de dos vidas
deudora, a tus plantas reales,
de dos muertes delincuente,
me arrojo, para que pague,
no la muerte que yo hice,
sino la que esotros hacen;
pues más culpada en aquésta
que en esotra soy, si añades
al blasón de la primera
de la segunda el desastre.

De rodillas

Con que a tus plantas, señor,
poniendo a un tiempo delante
sobre la sangre de uno
de otro la espada y la sangre,
humilde te pido (así
del Peloponeso pases
las siempre intrincadas breñas,
cuyo nevado turbante
sobre sus penachos vea
tremolar tus estandartes,
bien como el gran César vio
teñir de púrpura el Ganges,
trascendiendo desde el Tigris
su lábaro hasta el Eufrates)
que acabes, señor, conmigo,
para que conmigo acaben
tantas ansias, tantas penas,
tantas iras, tantos males,
tantos estragos y tantos
escándalos y pesares
como amenazan mi vida
y como mi alma combaten.

ALEJANDRO: Con llanto y valor a un tiempo
los dos extremos tomaste
a mi inclinación, mujer,

sin saber determinarme
si me obligues porque lloras
o porque matas me agrades.
--Prended a aquesos soldados.

Prenden a los SOLDADOS, y quieren llevar a CHICHÓN

CHICHÓN: A mí no, que yo a esperarte
estaba para ir a aquella
visita.
ALEJANDRO: Es verdad; dejadle
a ése solo.
CHICHÓN: Tus pies beso.
(El demonio que aquí aguarde **Aparte**
ni diga que es su criado,
o muera Apeles o sane.)
ALEJANDRO: Mira, Estatira, si fueron
o rigores o piedades
las que usé contigo, pues
lo hice por no obligarme
a sentir, si tú sintieses,
ni a llorar, si tú llorases.
Y pues con este ejemplar
respondo a las dos iguales,

A CAMPASPE

de parte de mi justicia,
si no te sigue otra parte,
perdonada estás, mujer;
y para de aquí adelante
o no mates, ya que llores,
o no llores, ya que mates.
--Ven, Efestïón.
EFESTIÓN: ¿Qué llevas?
Que dice mucho el semblante.
ALEJANDRO: No sé; pero mucho temo
llanto y valor de Campaspe.

Van ALEJANDRO y EFESTIÓN

ESTATIRA: Aunque parezca que no
es cortesano hospedaje
el que una presa se atreva
a convidar con su cárcel,
si el horror de vuestra casa
o de aquestas soledades
el riesgo en tiempo de guerras
permiten, ya que llegasteis
aquí, que os quedéis conmigo
será para mí de grande
lisonja.
CAMPASPE: Vuestros pies beso.
Y pues que no puede nadie
pagar, si no es recibiendo,
el favor que se le hace,
le admito hasta que de aquestos

soldados asegurarme
pueda.
ESTATIRA: Con nada pudisteis
mejor el deseo pagarme.
Venid. --¡Siroés!
SIROÉS: ¿Qué llevas?
Que dices mucho, aunque calles.
ESTATIRA: No sé; pero mucho temo,
imaginándole antes
tan fiero a Alejandro, ver
a Alejandro tan afable.

Vanse ESTATIRA y SIROéS

NISE: Dicha ha sido para todas
tal huéspeda.
CLORI: De mi parte
yo me doy la norabuena.
CAMPASPE: ¡El cielo a las dos os guarde!
(Oh, ¡qué de cosas, fortuna, **Aparte**
llevo que comunicarte!
¡Quiera Júpiter, no sea
a las futuras edades
la tragedia de aquel joven
asunto a la de Campaspe!)

SEGUNDO ACTO

Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y SOLDADOS

ALEJANDRO: Y, en fin, ¿qué supiste?
EFESTIÓN: Supe
que piadosamente bella
se compadeció Estatira
de sus contadas tragedias
y que, porque no volviese
por ahora a una desierta
alquería donde estaba,
mientras la gente de guerra
en estos montes se aloja,
a tantos riesgos expuesta,
la rogaba se quedase
en su compañía, y ella
lo aceptó, de suerte que
donde hoy Campaspe se alberga
es la quinta de Estatira.
ALEJANDRO: Ambas anduvieron cuerdas,
una en ofrecerlo y otra
en aceptarlo, aunque fuera
mejor para mí, que no
anduviesen tan atentas.
EFESTIÓN: Pues ¿por qué?
ALEJANDRO: Porque en su casa
me fuera más fácil verla,

pues no faltara ocasión
para entrar tal vez en ella
con achaque de la caza.
EFESTIÓN: Quizá está la conveniencia
en la dificultad.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
EFESTIÓN: Como las correspondencias
aun más prendadas se gastan
con la lima de la ausencia;
pues siendo así, ¿qué será
la aun no prendada?
ALEJANDRO: Eso fuera
en otro, pero no en mí.
EFESTIÓN: ¿Por qué?
ALEJANDRO: Porque mi violenta
condición, bien como rayo,
se irrita en la resistencia.
Sólo porque inconveniente
ya en el primer paso encuentra,
nace con mayor instancia
y crece con mayor fuerza.
Pero dime, ¿quién a ti
te contó lo que me cuentas?
EFESTIÓN: Tienen Siroés y Estatira
consigo mil damas bellas
que a fuer de palacio tratan
la prisión, y no desdeñan
los públicos galanteos
de algunos amantes. Destas
Nise, una de las que cantan,
porque tal vez se diviertan,
a título que llevaba
un papel mío una letra
para cantar (que los versos
suelen tener dos licencias),
me la dio de hablarla hoy;
y de una en otra materia
me dijo lo que te he dicho.
ALEJANDRO: Pues tú, para que yo sepa
de Campaspe, has de asistir
desde hoy con mayor fineza
a esa dama, y disponer
que nos sirva de tercera.
EFESTIÓN: ¿Tanto la primera vista
de una montaraz belleza,
y más cuando ya Rojana
dicen que embarcada queda,
pudo rendirte?
ALEJANDRO: ¿Qué quieres,
si, como ya dije, al verla
una vez matando altiva,
otra vez llorando tierna,
a mi ánimo y mi piedad
supo tomar las dos sendas;
de suerte que el albedrío
no tiene por donde pueda
escapar, pues a ambas partes
halla cerrada la puerta?
EFESTIÓN: Mejor medio hay.
ALEJANDRO: ¿Qué es?

EFESTIÓN: Que ya
que de Estatira la queja
logró tus satisfacciones,
las prosigas; pues con verla
verás con ella a Campaspe.
ALEJANDRO: Bien a mi amor aconsejas;
y así, en viendo ese prodigio,
que es oráculo de Atenas,
a quien por curiosidad
aun antes de la primera
luz, porque no huya de mí,
vengo buscando a esta selva,
me pasaré por la quinta.
EFESTIÓN: De la boca de una cueva
que a la falda de aquel risco
melancólica bosteza,
ya el soldadillo, que fue
a buscarle, sale.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Llega,
señor; que en casa está el viejo.
ALEJANDRO: ¿Dijístele que a sus puertas
estaba Alejandro?
CHICHÓN: Sí.
ALEJANDRO: Pues ¿cómo no sale a ellas,
habiendo mi nombre oído,
a recibirme siquiera?
CHICHÓN: Como dice que es temprano,
porque el sol aun no calienta;
que, en saliendo el sol, saldrá.
ALEJANDRO: Y ¿qué hacía?
CHICHÓN: En una media
tinaja, llena de lana,
metido hasta la cabeza
estaba, que parecía
degollado de comedia,
sin que haya en todo el espacio
más cama, silla ni mesa
que un candil y cuatro libros.
ALEJANDRO: Hombre que en tanta miseria
vive, de saber que yo
vengo a verle ¿ni se altera
ni se sobresalta más?
CHICHÓN: Y porque mejor lo veas,
oye, que vuelvo a llamarle.
--Señor Diógenes, advierta
que viene a verle Alejandro.

Dentro

DIÓGENES: ¿Hele dicho yo que venga?
Pues si yo no se lo he dicho,
que se espere o que se vuelva.
ALEJANDRO: No hay más que decir.
EFESTIÓN: O mucha
constancia o locura es ésta.

ALEJANDRO: Sea lo que fuere, ya
hice capricho de verla;
si es constancia, por aprecio,
y si es locura, por fiesta.
--Bien podéis salir, que ya
el sol sus rayos despliega.

Sale DIÓGENES

DIÓGENES: Pues a ver el sol saldré;
que, al fin, es el que me alienta,
me anima y me vivifica.
ALEJANDRO: ¿De suerte que, si no fuera
por el sol, lo que es por mí
no salierais?
DIÓGENES: Lo que hiciera
no sé; mas sé que él me trae
en la regular tarea
de las noches y los días
esta luz hermosa y bella,
y que vos no me traéis nada.
ALEJANDRO: Sí traigo.
DIÓGENES: ¿Qué?
ALEJANDRO: La respuesta
de un recado que me dio
vuestro ese soldado.
DIÓGENES: ¿Qué era?
Que como cosa de poca
sustancia no se me acuerda.
ALEJANDRO: ¿De poca sustancia es
decir que en mi competencia
sois vos más dueño del mundo
que yo?
DIÓGENES: Ah sí, ya se me acuerda,
es verdad, yo se lo dije.
Y si de escucharlo os pesa,
perdonad, lo dicho dicho.
ALEJANDRO: Antes me huelgo, y por esa
razón vengo a visitaros;
pues es justo que a ver venga
Alejandro a un igual suyo.
DIÓGENES: Pues como entre iguales sea
la visita. Ahí hay un tronco,
sentaos; que yo en esta peña
procuraré acomodarme.

Siéntanse, y CHICHÓN hace que quita un piojo a DIÓGENES

ALEJANDRO: Agradezco la licencia. --
¿Qué es eso?
CHICHÓN: Deste monarca
la caballería ligera
que en desmandadas patrullas
va saliendo a pecorea
con el día.
DIÓGENES: Quita, necio.
CHICHÓN: Ya quito.

ALEJANDRO: Locuras deja. --
Y pasando, como amigos,
del cumplimiento a la queja,
dícenme que, por no verme,
echasteis por otra senda.
DIÓGENES: También me dicen que vos,
por verme, echasteis por ésta.
ALEJANDRO: ¿Y es la misma razón huir
vos que yo buscar?
DIÓGENES: La mesma;
pues ni otro huyera de vos,
sino yo, ni otro viniera,
sino vos, a verme a mí;
y así es clara consecuencia
que, haciéndolo por hacer
los dos lo que otro no hiciera,
ni en vos hay queja ni en mí
culpa.
ALEJANDRO: Y eso ¿en qué se prueba?
DIÓGENES: En que esto de los caprichos
más quiere maña que fuerza.
ALEJANDRO: No decís mal. Pero vamos
a saber de qué manera
sois vos más dueño del mundo
que yo.
DIÓGENES: Pues ¿no es evidencia
que es más rico el que le sobra
que el que le falta la hacienda?
ALEJANDRO: Claro está.
DIÓGENES: Luego si a vos
sola una parte pequeña
que os falta os trae desvelado,
y no veis la hora de verla
debajo de vuestro imperio,
y a mí nada me desvela,
porque no se me da nada
que sea mía o no lo sea,
más rico soy yo que vos;
pues a vos os falta esa
parte que deseáis, y a mí
me sobran todas aquéllas
que no deseo. Y si no,
pasemos a la experiencia
a cuál está más contento:
¿vos con toda esa grandeza,
majestad y pompa, o yo
con toda aquesta miseria,
hambre y desnudez?
ALEJANDRO: No quiero
aventurar el apuesta.
Pero la posteridad
de una heroica fama eterna
¿será vuestra o será mía?
DIÓGENES: Será mía y será vuestra.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
DIÓGENES: Como quien dijere
que vino Alejandro a Grecia
dirá cómo visitó
a Dïógenes en ella;
con que en la historia vendremos

a correr los dos parejas,
vos por hacer la visita
y yo por no agradecerla.
Fuera de que, ¿qué me importa
que fama o no fama tenga,
si un aliento de la vida
hoy calladamente suena
más que después todo el ruido
de sus trompas y sus lenguas?
ALEJANDRO: Pues siendo así que la vida
es lo que se goza della,
vos no la gozáis, yo sí.
Y para que lo veáis, sea
éste también mi argumento,
para que a escuchar no vuelva
que no vengo a traeros nada.
¿Qué queréis que mi grandeza
os dé?
DIÓGENES: Con que no me quite
mi vanidad se contenta..
ALEJANDRO: Con que no os quite... ?
DIÓGENES: Sí.
ALEJANDRO: Pues
decidme, por que lo sepa.
¿Qué es lo que yo os quito?
DIÓGENES: El sol
que va tomando la vuelta.
Y así pasaos aquí, no
me quitéis, por vida vuestra,
lo que no me podéis dar.
ALEJANDRO: Yo os estimo la advertencia.
Y pues que ya os doy el sol,
daros lo demás quisiera.
¿Qué queréis que por vos haga?
DIÓGENES: A tan general promesa,
liberal y generosa,
darme por vencido es fuerza.
Ahora bien, haced por mí . . .
ALEJANDRO: Decid, nada os enmudezca.
¿Qué queréis que haga por vos?

Levanta DIÓGENES una flor del suelo

DIÓGENES: Sola otra flor como ésta.
ALEJANDRO: Eso fuera ser criador;
no cabe en la humana esfera
tan soberano atributo.
DIÓGENES: Pues ¿qué hay que os desvanezca?
Si vuestro poder no basta
a hacer una inútil yerba,
que da el prado tan de balde
que la pace cualquier fiera,
que cualquier ave la pica
y la aja cualquier huella,
id con Dios; y a los que estudian
las desengañadas ciencias
que en ese azul libro y ese
verde libro nos enseñan
ya caracteres de flores

y ya imágenes de estrellas,
porque aprendamos a un tiempo
divinas y humanas letras,
investigando ingeniosos
aquella causa primera
de todas las otras causas,
no vengáis a hacerles pruebas
de qué quieren o qué estiman;
que no hay que estimen ni quieran,
sino sólo desengaños.
Y porque mejor se vea
cuál es más rico tesoro,
la majestad o la ciencia,
ya que la primera huisteis,
vaya la segunda apuesta:
a cuál necesita antes
o yo de vuestras riquezas
o vos de mis ciencias.

ALEJANDRO: Yo
quiero, porque no parezca
que ambas apuestas rehuso,
entrar satisfecho en ésta
de que nunca necesite
de vos.

Dentro

UNOS: ¡Al valle!
OTROS: ¡A la selva!
ALEJANDRO: Mirad qué ruido es aquése.

Vase un SOLDADO

DIÓGENES: ¿Y qué perderá el que pierda?
ALEJANDRO: Darse por vencido al otro.
DIÓGENES: Norabuena.
ALEJANDRO: Norabuena.
DIÓGENES: Pues, adiós.
ALEJANDRO: Adiós.
EFESTIÓN: ¿Posible
es que has tenido paciencia
para sufrir este loco?
ALEJANDRO: Mal, Efestión, le afrentas;
que si hubiera de dejar
de ser quien soy, y estuviera
en mí elegir lo que había
de ser, ten por cosa cierta . . .
EFESTIÓN: ¿Qué?
ALEJANDRO: Que, no siendo Alejandro,
ser Dïógenes quisiera.
EFESTIÓN: En los bronces de la fama
vivirá en el mundo eterna
esa sentencia.
CHICHÓN: Y quizá
habrá en el mundo poeta
que della se ría, diciendo
que es delirio y no sentencia
que celebra el lisonjero.

Dentro

UNOS: ¡Al monte!
OTROS: ¡Al valle!
OTROS: ¡A la selva!

Sale el SOLDADO

SOLDADO: Estatira y Siroés,
como ya mandaste, al verlas,
aliviarlas la prisión,
usando de la licencia,
al coto que de su estancia
las altas paredes cerca,
dicen que a caza han salido.
ALEJANDRO: ¿Si habrá salido con ellas
Campaspe?
EFESTIÓN: Pues ¿quién lo duda
y que suya, señor, sea
toda aquesa montería
y a enseñar el monte venga?
ALEJANDRO: Pues un caballo me dad;
que como acaso quisiera
salirles al paso. (Amor,
guía mis plantas, y emplea
tus dos mejores alhajas
en los dos, el arco en ella,
pues cazadora es, y en mí,
pues que voy ciego, la venda.)

Vanse todos y queda CCHICHÓN

TODOS: ¡A la selva, al valle, al monte!

Dentro

CHICHÓN: ¡Que haya en el mundo quien tenga
inclinación a la caza,
y se ande buscando fieras,
habiendo rubias y romas!
Pero ahora que se me acuerda
de un amo que Dios me dio
y me quitó a la hora mesma,
¿qué se habrá hecho? Porque
como con tan grande priesa
mandó a su guarda Estatira
quitarle de su presencia,
y ellos allá le llevaron,
a tiempo que en la pendencia
yo había vuelto la casaca,
y disimular fue fuerza
ser mi amo, nunca más
supe dél. ¿Qué diligencia
haré? Pero ¿quién me mete

en que publique el hacerla
mi ruindad? Si hubiere muerto,
no hayan miedo que acá vuelva
a acusar la rebeldía,
ni a tomar la residencia;
y si no, no faltarán
disculpas, cuando parezca.
Y así es lo mejor no darme
por entendido.

Vase. Dentro

UNOS: ¡A la selva!
OTROS: ¡Al valle!
OTROS: ¡Al monte!

Sale CAMPASPE con arco y flechas

CAMPASPE: Fortuna,
ya que a mi patria me vuelvas,
pues son mi patria los montes,
permite (¡ay de mí!) que sea
para que halle, como
en mi propia esfera,
piedad en sus riscos,
blandura en sus peñas.
En tanto que la batida
hacia los puestos se acerca,
que todas las damas ya
tomado, aunque parezca
que contra mi mismo
natural me mueva
a emplear mis desdichas
antes que mis flechas,
en esta escondida parte
desahogar quiero la fuerza
de una prisión voluntaria
que a todas horas me niega
poder aun conmigo
hablar. ¡Ay de aquélla
que siente, sintiendo
que el sentir se sienta!
Y pues tan a todas horas
los testigos que me cercan
no me dejan respirar,
¿qué mucho (¡ay de mí!) que vengan
buscando mis ansias,
buscando mis penas
para mis suspiros
aires de mi tierra?
Troncos, riscos, plantas, flores,
brutos, aves, peces, fieras,
cristales, fuentes, arroyos,
cielo, sol, luna y estrellas,
decidme, pues visteis
todas mis violencias,
si tuve yo culpa
o desgracia en ellas?

Pues siendo así que desgracia
tuve y no culpa, ¿qué idea,
qué aprehensión, qué fantasía,
qué ilusión, qué sombra es ésta
que a cualquiera parte
que los ojos vuelva
vaga me persigue,
vana me atormenta?
De aquel infelice joven
que vi muerto en mi defensa
tan vivas las señas traigo
que a todas partes las señas
que están me parece
con la faz sangrienta
diciéndome...

Dentro

ALEJANDRO: ¡Dioses,
piedad!
TODOS: ¡Qué tragedia!
CAMPASPE: ¿Qué voces (¡ay infelice!)
las que iba a alentar alientan,
porque en el decirlas yo
aun ese alivio no tenga?
ESTATIRA: ¡Acudid volando!
SIROéS: ¡Socorred apriesa!
ALEJANDRO: ¡Cielos!
TODOS: ¡Qué desdicha!
ALEJANDRO: ¡Piedad!
TODOS: ¡Qué violencia!

Sale ESTATIRA con arco

ESTATIRA: ¿No hay quien su vida socorra?
CAMPASPE: Qué es esto, Estatira bella?
ESTATIRA: Que dentro de la batida
cayó sitiada una fiera
déstas que los griegos montes
en sus entrañas engendran,
salpicada a manchas,
cuya ligereza
nunca trae ociosas
ni garras ni presas.
Los sabuesos y ventores
que las traíllas sujetan,
porque se lograsen antes
que sus lides nuestras flechas,
tomaron el viento
de la tigre apenas
cuando a los collares
rompieron las cuerdas.
Entre estos, pues, dos lebreles,
atados a una cadena,
salieron juntos a tiempo
que en un caballo atraviesa
la senda Alejandro
y, hollando la senda,

a los pies del bruto
se enlazan y enredan,
de suerte que, alborotado
se desboca y desatienta,
sin que el freno le corrija
ni le gobierne la rienda,
llevándole, al choque
de una y otra pega,
a dar donde [el] bruto...

CAMPASPE: Oye, aguarda, espera;
que primero que él peligre,
sabré peligrar yo, atenta
a la piedad que conmigo
usó.

ESTATIRA: ¡Júpiter lo quiera!
Que, aunque es mi enemigo,
ya en más noble guerra,
[de] su vida el alma
es [la] prisionera.
Veloz entre las dos lides
de los canes y la fiera,
y del caballo y los canes
su agilidad interpuesta,
el arpón dispara
de suerte que, hecha
blanco de sus plumas
una mancha negra
que entre el codillo y la espalda
señala, bien como en muestra
de que está allí el corazón,
le hiere en él. ¿Quién creyera,
viviendo con alas
el corazón, que ella
le dé al corazón
alas con que muera?
A cuyo tiempo acudiendo
al bruto que desalienta
la enredada lid, le corta
entrambos pies; de manera
que el que amenazado
precipicio era
dispone que en fácil
caída se resuelva.
Y tan fácil que en los brazos
le recibe, porque tengan
los celos siquiera un día
alguien que los agradezca,
o dígalo yo
que agradezco verla.

Sale CAMPASPE con un cuchillo de monte en la mano, y ALEJANDRO cayendo

ALEJANDRO: ¡El cielo me valga!

CAMPASPE: Descansa y alienta;
que ya de entrambos peligros
seguro estás.

ALEJANDRO: ¿Quién pudiera,
sino tu deidad, Campaspe,

ser quien dos vidas me ofrezca?
¿No bastaba altiva,
no bastaba tierna,
sino liberal,
para que no tenga
retirada el albedrío?

Salen SIROÉS, NISE y CLORI, todas con arcos y flechas

TODAS: Aquí está Alejandro.
SIROÉS: Sean
las albricias de la vida
tus pies.

Arrodíllanse todas

ALEJANDRO: Alzad de la tierra.
ESTATIRA: A todas nos toca,
a tus plantas puestas,
darla a ella las gracias
y a ti norabuenas.

Sale EFESTIÓN

EFESTIÓN: Ya que seguir del caballo
no pude la ligereza,
dame, gran señor, tus plantas,
bien que llego con vergüenza
al ver que, a vista de tantos,
te socorra y favorezca
una mujer.
ALEJANDRO: No fue tal,
sino una deidad suprema
que, en oposición de otras,
su divinidad ostenta,
haciendo que el mal
en bien se convierta.
Mas ¿quién sino el sol
venciera una estrella?
El nudo rompí gordiano,
cuya osadía violenta
me dispuso a lo fatal
del agüero que en sí encierra;
y pues que ya la amenaza
frustrada y vencida queda,
¿quién duda que es deidad quien
le quita al hado las fuerzas? --
Y así, en hacimiento noble
de gracias, Campaspe bella,
tu retrato en ese templo
colgaré, para que sea
padrón a los siglos
que diga a sus puertas
que él sólo la tabla
fue de mi tormenta.
CAMPASPE: En menos costa, señor,

la vanidad mía quisiera
que la deuda me pagarais,
si la obligación es deuda.
ALEJANDRO: ¿En qué? Que palabra os doy
que no haya en mi obediencia
dificultad imposible.
CAMPASPE: En que os vais a vuestra tienda
a repararos; porque
no habrá para mí fineza
sino en la seguridad,
señor, de la salud vuestra.
ALEJANDRO: Aunque lo que pedís es
tan a costa de la ausencia,
esto es cumplir mi palabra.
--Dios guarde a Vuestras Altezas.

Vase

EFESTIÓN: Hermosa Nise, pues ves
que ir tras Alejandro es fuerza,
acuérdate de mi amor.
NISE: No haré tal; que será ofensa.
EFESTIÓN: ¿Ofensa acordarte?
NISE: Sí;
pues se olvida el que se acuerda.

Vase EFESTIÓN

ESTATIRA: Bien puedes, Campaspe (¡ay cielo!)
de tan noble acción como ésta
estar muy desvanecida.
SIROÉS: Y más si en el templo llegas
a ver tu retrato.
CAMPASPE: A mí
nada hay que me desvanezca,
sino merecer el nombre
de una humilde esclava vuestra.
Pero ya que de mi poca
política he dado muestras,
diciendo cuán ruda hija
soy destos troncos y peñas,
no por vanidad, sinó
por noticia...
ESTATIRA: Di.
CAMPASPE: Quisiera
saber qué cosa es retrato.
SIROÉS: ¿Nunca ha visto tu rudeza
el primor de la pintura?
CAMPASPE: Pintura ya sé qué sea;
que en el templo he visto tablas
que, de colores compuestas,
ya representan países,
ya batallas representan,
siendo una noble mentira
de la gran naturaleza;
pero retrato no sé
qué es.
ESTATIRA: Pues que es lo mismo piensa,

con la circunstancia más
de que la copia parezca
al original de quien
se saca.

CAMPASPE: ¿Y de qué manera
se saca?

ESTATIRA: Veráslo cuando
a hacer el retrato vengan.
Y ahora quédate aquí,
para que a la quinta puedas
guiar la gente, mientras yo
doy a la quinta la vuelta. --
¡Clori! ¡Nise!

CLORI Y NISE: ¿Qué nos mandas?

ESTATIRA: Para templar mis tristezas,
los instrumentos bajad
a los jardines.

SIROÉS: ¿Qué llevas?

ESTATIRA: ¿Qué me andas preguntando
siempre? Lo que fuere sea.

Vase

SIROÉS: ¡Qué notable condición!

Vase

NISE: Ven, probaremos la letra,
Clori, de aquel cortesano
antes de cantarla.

CLORI: Fuerza
es, Nise, que tú la aplaudas,
pues eres tú a quien celebra.

NISE: La cortesanía me mueve
más que la lisonja, fuera
[de que] ser querida, Clori,
a ninguna mujer pesa.

Vase

CLORI: Ni ninguna de ver que otra
es la querida se huelga.

Vase

CAMPASPE: Ya que segunda vez, cielos,
sola en mis montes me dejan,
paréntesis a mis ansias
lo que ha sucedido sea;
y demos, discurso,
segunda vez vuelta
a aquella memoria
que tanto me cuesta.
¿Qué aprehensión, qué fantasía,
qué ilusión, sombra o idea
(aquí quedé) es ésta que

a cada paso me cerca,
sin que el claro día
ni la noche negra
o la luz me alumbre
o el sueño me venza?
Parece (¡ay de mí!) que al dar
al día y la noche quejas
de lo que la una me aflige,
lo que la otra me desvela,
una y otra quieren
hoy satisfacerlas,
pues que mis sentidos
turban y potencias.
Permite, infelice joven,
que horroroso representas
siempre tu sombra a mi vista,
siquiera un instante treguas
a tantos horrores;
que no te hago ofensa,
pues son muerte y sueño
una cosa mesma.
Y puesto que ya la gente
toda a la quinta se acerca,
y yo no hago falta, oh tú,
intrincado seno, alberga
vivo un cadáver.

Duérmese. Sale APELES

APELES: Fortuna,
¿adónde mis pasos llevas,
sin saber qué puerto
elijan ni tengan
tantas ansias, tantas
desdichas y penas?
¿Quién creerá que haber caído
tan sin sentido, en defensa
de aquel prodigio, que hallarme
sin saber a quién le deba
la piedad adonde
la humilde miseria
de un cuerpo de guardia
herido me tenga;
que haber callado mi nombre,
porque Alejandro no sepa
que reñí con sus soldados;
que, mal cobradas las fuerzas,
salga a ver el día,
siguiendo esta senda
sin guía, sin rumbo,
sin norte, ni estrella:
nada me aflige, ni nada
me turba ni desconsuela,
sino sólo no saber
qué mujer, cielos, fue aquélla
que el verla (¡ay de mí!),
pagándome en verla,
hizo mi fortuna
próspera y adversa?

Decidme, montes, pues fuisteis
testigos de mis tragedias,
decidme, aves, fieras, plantas,
flores, troncos, riscos, peñas,
si hallaré, pues mi hado
perdido no encuentra
quien de mí me diga,
quien me diga della?

¿Murió en faltándola yo?

Habla entre sueños CAMPASPE

CAMPASPE: No...
APELES: ¿Tuvo, cuando ausente estuve,...
CAMPASPE: tuve...
APELES: quien venciese en su disculpa?
CAMPASPE: la culpa...
APELES: ¿Qué eco a mi voz respondió?
CAMPASPE: yo.
APELES: ¡Cielos! ¿Si es verdad o no
que el aire me ha respondido?
Pues ha sonado en mi oído...
LOS DOS: "no tuve la culpa yo."
APELES: ¿Si oí bien o mal habrá quien...
CAMPASPE: Bien...
APELES: me diga, y si verdad fue...
CAMPASPE: que...
APELES: que en mi desdicha fue dicha?
CAMPASPE: la desdicha...
APELES: ¿Tuvo amparo cuando anduve?
CAMPASPE: tuve.
APELES: Otra vez fuerza es que hube
de dudar, si es que colijo
que el eco otra vez me dijo...
LOS DOS: "bien que la desdicha tuve."

APELES: Mas no, ilusión es ligera;
que el eco no habló en lo hueco;
pues no me dijera el eco
lo que yo no le dijera;
y así por toda esta esfera
desta voz iré buscando
el dueño. ¿Qué estoy mirando?
¿Cómo es posible que, siendo
ella la que está durmiendo,
sea yo el que estoy soñando?
¿Cómo puede ser, o bella
deidad, si eres mi homicida,
que yo te busque con vida
y que tú te halles sin ella?
Si a mí me tocó el perdella
y a ti el haberla guardado,
¿cómo sin ella te he hallado?
Vuelve, vuelve en tu sentido;
que el haberla tú perdido
no es haberla yo ganado.
¿Si la despertaré? Sí,
aunque su enojo me asombre;

que mujer que ha muerto un hombre,
no es justo que duerma así.
--¡Bella deidad!

Despiértala, y ella huye de él, al verle

CAMPASPE: ¡Ay de mí!
¿Qué miro?
APELES: ¡Qué mal anduve!
CAMPASPE: Sombra, ilusión...
APELES: Necio estuve.
CAMPASPE: No me des muerte, pues no,
no tuve la culpa yo,
bien que la desdicha tuve.
Déjame, pues, no el empeño
crezcas a mi fantasía,
pasando a la luz del día
las negras sombras del sueño.
APELES: Hallado y perdido dueño
de un alma que te ha buscado
tan a costa del cuidado
que a un mismo tiempo ha venido
a hallar lo que había perdido
y a perder lo que había hallado,
no de mí huyas...
CAMPASPE: ¡Ay de mí!
APELES: que no soy ilusión yo.

Cóbrase un poco CAMPASPE

CAMPASPE: Luego ¿no eres sombra?
APELES: No.
CAMPASPE: Luego ¿estás con vida?
APELES: Sí.
CAMPASPE: ¿No te mataron?
APELES: No fui
tan dichoso.
CAMPASPE: ¿Dicha fuera?
APELES: Morir por ti, claro era.
CAMPASPE: ¿Pues yo no te vi a mis pies
muerto?
APELES: Ahora también me ves
aun más que la vez primera.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como allá la herida
del cuerpo me dejó en calma,
y aquí la herida del alma,
o bellísima homicida,
ha vuelto a darme la vida,
para que de una manera
aquí viva y allá muera,
sin morir y sin vivir.
CAMPASPE: ¡Quién te pudiera decir
lo que en albricias te diera
de las nuevas que me das!
APELES: ¿De cuál dellas? ¿De que muero
u de que vivo?

CAMPASPE: No quiero
declararme, joven, más;
baste decir que jamás
tuvo mi hado siempre esquivo
más gozo del que recibo
al oír ambas nuevas bellas.
APELES: Sí, mas dime de cuál dellas:
¿de que muero u de que vivo?
CAMPASPE: No sé. Pero gente allí
hay; no contigo me vea.
APELES: ¿Será posible lo sea
el volver a verte?
CAMPASPE: Sí.
APELES: ¿Dónde he de buscarte?
CAMPASPE: Aquí.
APELES: ¿Vendrás?
CAMPASPE: (Hablad, alma, vos.) **Aparte**
APELES: ¿Qué dices?
CAMPASPE: Que sí.
APELES: A los dos
un hombre se va acercando.
CAMPASPE: Pues quédate tú.
APELES: ¿Hasta cuándo?
CAMPASPE: Hasta otra alba.
APELES: Adiós.
CAMPASPE: Adiós.

Vase. Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque de lejos te vi,
las señas no me mintieron.
¿Es posible que volvieron
mis ojos a verte?
APELES: ¿Así,
traidor, infame, villano,
me recibes, después que
tan poca tu lealtad fue
que, dejándome... ?
CHICHÓN: La mano
ten; que no me pagas bien,
después que herido te vi,
lo que he pasado por ti.
APELES: ¿Tú por mí?
CHICHÓN: Yo por ti. ¿Quién,
al verte en sangre teñido,
como un león embistió
con todos tres sino yo?
¿Quién, dejando a éste partido
por medio, de un tajo tal
que puso en puntos al arte,
pasó a éste de parte a parte,
a tiempo que en diagonal
círculo aquél me embistió?
¿Quién, dando al otro un hurgón,
la herida de conclusión
hizo al que se le seguía?
¿Y quién, tomando a destajo
que nadie le quede a vida,
le dio a éste la zambullida

y a aquél la de uñas abajo?
APELES: ¡Oye, aguarda! ¿De qué modo
son, si todos eran tres,
ya seis los muertos?
CHICHÓN: ¿No ves
que maté sombras y todo?
En fin, tropezando (¡extraña
desdicha es la del tropiezo!),
las garras me echó al pescuezo
el barrachel de campaña;
en un cepo me metió,
donde he estado hasta este día,
que un amigo que tenía
la cuartada me probó.
APELES: ¿La cuartada? ¿Cómo así,
si a tantos diste?
CHICHÓN: Porque
fue fácil el probar, que
los di sin estar allí.
De no verte noche y día
fue la causa mi prisión.
APELES: Calla; ya sé cuáles son
tu locura y cobardía.

Hablan los dos aparte. Salen EFESTIÓN y ALEJANDRO

EFESTIÓN: En fin, ¿vuelves?
ALEJANDRO: ¿Qué he de hacer,
si estoy fuera de mi centro
donde a Campaspe no encuentro?
¿Cómo podría saber
por dónde iría?
EFESTIÓN: Hacia allí
dos hombres, señor, están;
ellos quizá lo sabrán.
ALEJANDRO: Oye; ¿no es Apeles?
EFESTIÓN: Sí.
ALEJANDRO: Ventura es haber venido
a tan buen tiempo.
APELES: Crueles
son tus locuras.
ALEJANDRO: ¡Apeles!
APELES: Las plantas, señor, te pido.
ALEJANDRO: Aunque de lo que has tardado
queja pudiera formar,
los brazos te quiero dar,
por el tiempo a que has llegado.

A CHICHÓN

APELES: (Pues él no sabe de mí
más de que me tuvo ausente
su licencia, nada cuente
tu voz.)
CHICHÓN: (No haré.)
APELES: Feliz fui,
ya que en la vuelta tardé,

en venir en ocasión
que ella me alcance el perdón
de la tardanza.
ALEJANDRO: No sé
cómo encarecerte cuánto
estimo el llegarte a ver
día en que te he menester.
APELES: Mucho, gran señor, me espanto,
cuando ser tu esclavo trato,
que me recibas así.
¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Por mí
hoy has de hacer un retrato
de tan hermoso sujeto
que no hayas menester,
como en el mío, poner
perfil a ningún defeto.
APELES: Muy poco haré en eso yo
para lo mucho que escucho.
ALEJANDRO: Aunque es poco, importa mucho,
que todo tu estudio no
perdone al arte este día
la elegancia con que sueles
esmerar de tus pinceles
la gala y la valentía.
Una mujer has de ver,
y ésta me has de retratar
con tal alma, que el hablar
la falte, por no querer;
bien que en esta parte no
vendrá a ser tuya la palma;
pues si la vieres con alma,
es que se la he dado yo.
APELES: Digo, señor, que pondré
al retrato tal cuidado
que, aunque en el lienzo pintado,
tan fuera del lienzo esté,
que llegue tu amor feliz
a persuadirse, no en vano,
que echarla puede la mano
entre el cuadro y el matiz.
CHICHÓN: Y yo, que ya soy crïado
de Apeles, la moleré
más que a los matices.
ALEJANDRO: ¿Qué
te obliga a no ser soldado?
CHICHÓN: Haber dado una menguada
en pensar que es peor estado
el ser moza de soldado
que ser moza de soldada.
ALEJANDRO: Pues bien puedes prevenir
pinceles, tabla y colores;
aunque mejor a las flores
se los pudieras pedir,
pues todas los dieran fieles,
mezclando a tan altos fines
entre rosas y jazmines
azucenas y claveles.
--Y pues que ya no está aquí,
¿quién duda en la quinta está?

Llévale, Efestión, allá,
y de mi parte les di
a Estatira y Siroés
que a hacer el retrato envío
del templo, aunque mi albedrío
no sé lo que hará después.

A APELES

--Y tú, porque sea mejor
el primor de tu pintura,
píntame a mí su hermosura
y píntala a ella mi amor.

Vase

EFESTIÓN: Venid conmigo, porque
lo que importa prevenir
se disponga antes de ir.
APELES: En todo obedeceré
vuestras órdenes.
EFESTIÓN: Con ella
podrá ser veáis otra dama
de no menor lustre y fama,
y quizá, Apeles, tan bella.
APELES: Mucho me holgaré, aunque en mí
nada llenará mi idea;
que no es posible que sea
igual a la que yo vi.

Vanse. Salen ESTATIRA, CLORI, NISE y MÚSICOS con instrumentos

ESTATIRA: Vuelve, Nise, a repetir
la letra; que hacerte quiero
esta lisonja, si infiero
que se debió de escribir
por ti.
NISE: Muchas hay, señora,
de mi nombre; no sería
por mí, que la humildad mía
no se halla merecedora
deste aplauso.
ESTATIRA: ¿Cúya es?
NISE: De un discreto cortesano
cuyo ingenio soberano
goza el más alto interés
del crédito y la opinión
por galán, noble y discreto.
ESTATIRA: Bien lo dice en su conceto
el aire de la canción.
NISE: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

Salen al paño EFESTIÓN y APELES

EFESTIÓN: Esperad, no interrumpamos
esta voz que dulcemente,
por la letra y quien la canta,
me ha suspendido dos veces.
APELES: Ya hice yo reparo en uno
y otro, que son muy parientes
música, poesía y pintura;
y a lo que a mí me parece,
si se hubiera de glosar
la canción, no fácilmente
se le hallaran dos sentidos.
EFESTIÓN: Escuchad, que a cantar vuelven.

MÚSICOS: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

EFESTIÓN: Ya que han cesado, esperad,
que a pedir licencia llegue.
ESTATIRA: ¿Quién es quien se entra hasta aquí?
EFESTIÓN: Quien con dos disculpas tiene
seguro que vuestro enojo
sus sagradas iras temple.
La primera es la dulzura
con que este canto suspende,
tanto que no deja acción
para que otra acción se acierte;
y la segunda, venir
de parte de quien merece
vuestra audiencia a cualquier hora.
ESTATIRA: ¿Quién en vuestro juicio tiene
ese mérito?
EFESTIÓN: Alejandro.
ESTATIRA: (¡Si tan feliz mi amor fuese, **Aparte**
que lograse en su memoria
algún alivio mi suerte!)
Pues bien, ¿qué manda Alejandro?
EFESTIÓN: Que deis licencia que llegue
a retratar a Campaspe;
que ya sabéis cómo tiene
ofrecido su retrato
a las sagradas paredes
de Júpiter el no igual
arte del divino Apeles.
ESTATIRA: Esto y lo que yo pensaba
todo es uno. Decid que entre.

Entra APELES

APELES: A vuestras plantas, señora,
antes de veros, alegre,
feliz, contento y ufano
venía, por parecerme
que había de conseguir
el empeño a que me atreve

la obediencia de mi dueño;
mas después de veros, vuelve
atrás mi esperanza.

ESTATIRA: ¿Cómo?

APELES: Como pintarse no pueden
las perfectas hermosuras,
sin que el crédito se arriesgue.
Cuando en un rostro hay lunar
o desproporción que acuerde,
cuando se mira el retrato,
de su dueño las especies,
es fácil el retratarle;
mas cuando es tan excelente
que no hay término en sus partes
que desigualado deje
especies a la memoria,
no se imita fácilmente.
Y así habréis de perdonarme
cuando el retrato no acierte,
si está en vuestra perfección
y no en mí el inconveniente.

ESTATIRA: Cortesano sois, pintor,
y es preciso que me pese
que vuestra cortesanía
tenga más peligro que ése.

APELES: ¿Por qué?

ESTATIRA: Porque no soy yo
la del retrato; y si viene
a estar en lo más hermoso
el riesgo al no parecerse,
es más hermosa que yo,
conque vuestro empeño tiene
más que vencer. Y porque
lo veáis, yo haré que en breve
venga a veros más airosa
y más prendida que suele,
porque tenga en sus adornos
yo alguna parte. (Esto es verme
obligada a no mostrar
la envidia que el alma siente;
y para hacer la deshecha
mejor, esto ha de ser.) Venme,
Nise, cantando ese tono,
y vosotros desde ese
cenador cantad, en tanto
que la pintan, porque temple
la penalidad de estar
suspensa el tiempo que fuere
necesario.

CLORI: Porque sea
todo a propósito, puede
ser el tono que cantemos
el del retrato de Irene.

Vanse los MÚSICOS

NISE: Fuerza es que tras ella vaya.

A EFESTIÓN

--Esperad; que, si pudiere,
volveré a veros.
APELES: Yo en tanto
voy a ver si Chichón viene
con el bastidor, el lienzo,
los matices y pinceles.

Vase

ESTATIRA: ¿No cantas, Nise?
NISE: Pues ¿cuándo
no es mi oficio obedecerte?
ESTATIRA: (Oh, ¡cuán a costa del alma **Aparte**
finge la que calla y siente!)

NISE: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

Éntranse ESTATIRA y NISE cantando

EFESTIÓN: Por si no volviere Nise,
como me ha ofrecido, hacedme
merced de decirla, Clori,
cuánto el alma la agradece
el que haya hecho tanto aprecio
de cortesanía tan leve
como aquel mote.
CLORI: ¿Por qué
que le cante os desvanece?
EFESTIÓN: Porque es su ingenio el que adoro,
y así estimo que el mío precie.
CLORI: ¿Y es galantería o locura
alabar, cuando eso fuese,
una dama a otra?
EFESTIÓN: No sé;
pero si es locura, tiene
disculpado frenesí.
CLORI: Pues sabed que a las mujeres,
sin que nos importe nada,
la ajena alabanza ofende.
EFESTIÓN: Groserías de rendido
groserías son corteses;
que no os quita a vos el ser
discreta y hermosa el verme
menos bien empleado en Nise
que estuviera en vos.

Sale NISE

NISE: ¿No puede
ser fino con una dama
un hombre, sin que sea aleve
con otra?

EFESTIÓN: Yo ...Ni...con Clo...
si...cuando...
CLORI: ¿Qué te enmudece?
NISE: ¿Qué te turba?
EFESTIÓN: No saber,
pues una y otra se ofende,
de lo que quiero y no quiero,
cuál me olvida o cuál me quiere.
CLORI: ¿Yo, por qué había de olvidarte?

Vase

NISE: ¿Yo, por qué había de quererte?

Vase

EFESTIÓN: Oye, Nise; escucha, Clori.

Salen CHICHÓN, con todo aderezo de pintar, y APELES

CHICHÓN: Ya están aquí caballete,
pinceles, lienzo, paleta,
colores, piedra y aceite.
APELES: Ponlo aquí, que hay buena luz;
--Y avisad vos, que ya puede
salir la dama.
EFESTIÓN: ¡Ay de mí!
APELES: ¿Qué es lo que ahora os suspende?
EFESTIÓN: Dijisteis que no era fácil
la glosa de aquel motete;
y ya se ha facilitado
con lo que aquí me sucede,
después que de aquí salisteis.
APELES: ¿De qué suerte?
EFESTIÓN: Desta suerte.

APELES: *A Nise adoro y, aunqué...*

EFESTIÓN: Hablando de Nise bella
con Clori, me preguntó:
¿qué inclinaba más mi estrella?
a que mi amor respondió
que el ingenio que hay en ella;
conque no sólo mostré
que adoro a Nise, sinó
lo que en ella adoro, en fe
de que se sepa que yo
adoro a Nise; y, aunqué ...

APELES: *la dije mi frenesí...*

EFESTIÓN: Clori, al parecer quejosa,
que no hay mujer que otra quiera
que sea discreta ni hermosa,
o de vana o de celosa,
un loco me dijo que era.

Yo el serlo la concedí,
pues por Nise el juicio pierdo;
mas de tal locura en mí,
por lo menos, que era cuerdo
la dije mi frenesí.

APELES: *ni sé si me quiere, ni...*

EFESTIÓN: Oyendo nuestras cuestiones,
Nise llegó y yo quedé
tan turbadas mis acciones
que, cuanto desde allí hablé
fueron troncadas razones.
Ni-, dije, por verme si-
conti-, a Clo- tengo quejo-;
y así entre las dos parti-
ni sé si me olvida Clo-,
ni sé si me quiere Ni-.

APELES: *por qué ha de quererme sé.*

EFESTIÓN: Ambas, riéndose al ver
mi turbación singular,
falsas quisieron saber
por qué una me ha de olvidar,
por qué otra me ha de querer.
Yo respondí: si amor fue
fino y necio en declararme,
bien de una y otra la fe,
pues sé por qué ha de olvidarme,
por qué ha de quererme sé.

Mas quédese aquí la tema
de si puede o si no puede
glosarse; y vamos a que
ya hacia aquí la dama viene
que habéis de retratar.
APELES: ¿Cuál
es?
EFESTIÓN: La que miráis presente.

Sale CAMPASPE vestida de gala

APELES: (¿Qué miro? [¡ay de mí infelice!]
Aparte
¿No es ésta [¡cielos, valedme!]
en la pendencia y el monte
la de mi vida y mi muerte?)
CAMPASPE: Hasta ver lo que es retrato,
el alma traigo pendiente.

A EFESTIÓN

¿Sois el pintor?
EFESTIÓN: No, señora.
El que miráis es Apeles.
CAMPASPE: (¿El del monte y la pendencia **Aparte**
[¡valedme, cielos!] no es éste?)

APELES: Yo soy, señora (no acierto
a hablar) el que a copiar viene
vuestra hermosura; porque
como el que una carta teme
que se pierda y la duplica,
yo así es forzoso que intente
duplicar vuestra hermosura,
con temor de que se pierde.
CAMPASPE: No os entiendo, ni sé cómo,
si el duplicarse es hacerse
de una dos, en la pintura
se pierda, porque se aumente.
APELES: Fuera fácil con saber
que en mi desdichada suerte
quizá el hacer de una dos
es porque os pierda dos veces.
CAMPASPE: Vuelvo a decir que no sé
por qué lo decís.
APELES: No puede
explicarse más el alma.
CAMPASPE: Pues dejad la voz pendiente
hasta otra alba, como os dije.
APELES: Ya no es posible que espere
esa luz.
CAMPASPE: ¿Por qué?
APELES: Porque
tanto el orden se pervierte
de todo en mí que aun el alba
desde ahora me anochece.
CAMPASPE: Tercera vez no os entiendo.
Pero sea lo que fuere;
mirad que es fuerza acudir,
siquiera por los presentes,
a lo que venís.
APELES: Traed
en que esta dama se siente.
CHICHÓN: Aquí un taburete está,
y es dicha ser taburete,
porque quepa el guardainfante,
ya que ellos son solamente
los que medran, no teniendo
brazos.
[APELES: Sentaos aquí enfrente,
para que a la mejor luz
el primero rasgo empiece;
¿quién creerá que contra mí
yo mi misma acción aliente?]

Siéntase ella, y él pone el bastidor, toma la paleta, y CHICHÓN muele los colores, y pinta APELES

CAMPASPE: (¿Qué hago yo aquí, para que él **Aparte**
desde allí les represente
a otros mi imagen?)
APELES: No hagáis
mudanza, para que llegue
a coger más fijo el aire.
CAMPASPE: ¿Que no haga mudanza quieres?
APELES: Es fuerza que, si la hacéis,

todo lo que pinte yerre.
CAMPASPE: Buen arte es el que no admite
mudanzas en las mujeres.
CHICHÓN: Por eso otras, que se pintan
de matices diferentes,
no sólo se mudan, pero
se enmudan con los afeites.
APELES: Calla tú y muele, Chichón.
CHICHÓN: ¿Cuándo callan los que muelen?
CAMPASPE: Pues ¿qué hace aquél allí?
CHICHÓN: Un chiste
te lo dirá brevemente:
a una mozuela la dije,
repartiendo unos cachetes
un día entre sus mejillas
y sus labios y sus dientes,
"mi oficio es moler colores,
hija mía, no te quejes."
APELES: O vete allá fuera o calla.
CHICHÓN: Por más fácil tengo el "vete."

Vase

EFESTIÓN: En tanto que vos pintáis,
voy a ver si hablar pudiese
a Nise en esos jardines.

Vase

APELES: Pues solo he quedado, atiende
que, cumpliendo de pintor
y de crïado las leyes,
pintaré al olio tus gracias,
y mis desgracias al temple.

Dentro

MÚSICOS: *Condición y retrato*
teman de Irene,
que ha de dar muerte a todos,
si la parece.

APELES: Hermosísima deidad,
que árbitro absoluto eres
de mi muerte y de mi vida,
¿cómo dices que no entiendes
mi dolor, si mi dolor
hablando tan claramente
está en mis mismas acciones,
cuando hay poder, que me fuerce
a que le lleve tu imagen,
porque en tu imagen le lleve
el ídolo de su amor,
en cuyas aras... ?
CAMPASPE: Suspende
la voz; que te entiendo menos,
cuando a tu dolor parece

que se explica más. ¿Qué imagen,
qué ídolo, qué amor es ése?

MÚSICOS: *Cuando libre el cabello*
no la obedece,
como a un negro le trata,
pues que le prende.

APELES: La imagen deste retrato,
el ídolo al ofrecerle
Alejandro en sacrificio
a su amor, pues que pretende
que viva a sus ojos vayas,
con el alma que él te ofrece.
CAMPASPE: ¿A mí Alejandro?
APELES: ¿Eso dudas?
Pues ¿qué a pintarte le mueve?
CAMPASPE: Darle al templo por memoria
de que la vida le diese.

MÚSICOS: *Quien se abrasa y no sabe*
dónde hallar nieve,
sepa dónde ella vive,
que allí está enfrente.

APELES: ¡Ay, que no es eso! Porque
¿qué culto fuera decente
el dar al templo tu imagen,
si dirán cuantos la vieren
(más que honrando tus acciones,
disfamando tus desdenes)
que, si a él le diste la vida,
a mí me diste la muerte?
Porque te adora (¡ay de mí!)
te retrata.
CAMPASPE: Pues ¿qué adquiere
para un amor un retrato?
APELES: Mentir las horas de ausente.

MÚSICOS: *Arcos son sus dos cejas,*
triunfales siempre,
pues celebran las ruinas
de los que vence.

CAMPASPE: ¡Qué mal has hecho en decirme...
APELES: ¿Qué?
CAMPASPE: ... que Alejandro me quiere!
APELES: ¿Por qué?
CAMPASPE: Porque lo ignoraba,
si tú no me lo dijeses.
APELES: Antes bien, porque al dolor
en algo le lisonjee
ser yo quien lo diga.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como la herida más fuerte,
si propia mano la cura,
menos que la ajena duele.

MÚSICOS: *Son sus ojos preciados*
tan de valientes

que, al mirarlos, entre ojos
traigo mi muerte.

APELES: Fuera de que ¿cómo puedo
yo excusarlo, si hay quien fuerce...
CAMPASPE: ¿A qué?
APELES: ... a que aquesta vez hable,
porque calle para siempre?
CAMPASPE: Con todo, que has hecho mal
otra vez digo, si atiendes
que no hay mujer que no quiera
ser querida; con que viene
a ser ruindad de tu parte
la que de mi parte puede
ser vanidad.
APELES: Antes bien,
que el que rendido padece,
cuanto más padece, goza;
y así es fineza que pienses
que quiero padecer yo
lo que a ti te desvanece.

MÚSICOS: *Un pleito a sus mejillas*
mayo y diciembre
ponen, porque les hurta
púrpura y nieve.

CAMPASPE: Bien puede ser que fineza
sea; mas no lo parece
interponer un respeto
que declarado no deje
albedrío a la esperanza.
APELES: Eso será en quien la tiene.
Pero ¿qué esperanza ya
es posible que le quede
a quien Alejandro fía
su amor, y no solamente
fía su amor, mas le hace
instrumento de que llegue
a su noticia? ¡Mal haya
habilidad tan aleve
que, traidoramente noble,
contra su dueño se vuelve!

Arroja los pinceles, y ella se levanta

CAMPASPE: ¿Qué habilidad?
APELES: ésta mía.
CAMPASPE: ¿Contra ti? Pues ¿de qué suerte?

MÚSICOS: *Si se enoja, y sus labios*
rigores vierten,
allá van los jazmines
con los claveles.

APELES: Siendo áspides para mí
las puntas de los pinceles
que, entre flores de matices,

su mortal veneno vierten.
¡Mal haya, digo otra vez,
habilidad que me fuerce
a que estudie tus facciones
para que en cada uno encuentre
otra perfección que diga
cuán bella, oh Campaspe, eres
ya dos veces a mis ojos,
porque te pierda dos veces!
CAMPASPE: ¿Dos veces?
APELES: Sí.
CAMPASPE: ¿De qué modo?
APELES: Verdadera y aparente.
CAMPASPE: ¿Aparente y verdadera?
¿De qué suerte?
APELES: Desta suerte.
Mírate, para que veas
lo que pierde el que te pierde.

MÚSICOS: *Condición y retrato*
teman de Irene;
que ha de dar muerte a todos
si la parece.

CAMPASPE: ¿Qué es lo que miro? ¿Es por dicha
lienzo o cristal trasparente
el que me pones delante,
que mi semblante me ofrece
tan vivo que aun en estar
mudo también me parece?
Pues al mirarle la voz
en el labio se suspende,
tanto que aun el corazón
no sabe cómo la aliente.
¿Soy yo aquélla o soy yo yo?
Torpe la lengua enmudece,
quizá porque el alma, en medio
de las dos dudando teme
dónde vive o dónde anima,
no sabiendo a un tiempo, entre
una y otra imagen mía,
de cuál de las dos es huésped.
¿Esta habilidad tenías?
¿Segundo ser darle puedes
a un cuerpo? Pues ¿cómo, cómo,
si tan divino arte ejerces,
tan bajamente le empleas,
que para otro dueño engendres
la copia de lo que dices
que amas? Vete de aquí, vete;
que en una parte me admiras,
y en otra parte me ofendes.
APELES: Esto es fuerza.
CAMPASPE: No es sino
bajeza.
APELES: Es desdicha fuerte.
CAMPASPE: No es sino culpa.
APELES: Es violencia.
CAMPASPE: Es ruindad.
APELES: Es dura suerte.

CAMPASPE: Es infamia.
APELES: Es tiranía.
CAMPASPE: Es poco ánimo.
APELES: Es decente
respeto.
CAMPASPE: Es indigna acción.
APELES: Es obediencia.
CAMPASPE: Es aleve
vasallaje.
APELES: Es rendimiento.
CAMPASPE: Es...
APELES: Es...
LOS DOS: Ira, rabia y muerte.
CAMPASPE: Gente viene a nuestras voces.
APELES: No entienda nada esta gente.
CAMPASPE: ¿En qué quedamos?
APELES: En que
dueño de mi dueño eres.
Para siempre adiós, Campaspe.
CAMPASPE: Para siempre adiós, Apeles.

TERCER ACTO

Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque llamado de ti
vengo, los pies no te pido.
ALEJANDRO: ¿Por qué?
CHICHÓN: Porque los darás,
según liberal te miro,
y estará mal despeado
un monarca tan invicto.
ALEJANDRO: Supla de los pies la falta
desta sortija el zafiro.
CHICHÓN: ¡Oh, mal haya el asonante,
que ser "diamante" no quiso!
ALEJANDRO: Alza del suelo; que quiero,
pues sé que estás en servicio
de Apeles, saber de ti
qué extraño accidente ha sido
éste que oigo que le ha dado.
CHICHÓN: Pues ¿quién bastará a decirlo,
si nadie basta a saberlo?
Lo primero, anda aturdido
tanto que con nadie habla,
señor, que no sea consigo;
lo segundo, si se viste,
es con tan gran desaliño
que ni es él ni su figura;
lo tercero, su retiro
son estas montañas, donde

sólo se sale a dar gritos;
su llanto es cosa de risa,
su risa cosa de vicio,
su comer cosa de juego,
su llorar cosa de niños,
su dormir cosa de locos,
y nada cosa de juicio.
ALEJANDRO: ¿No le hacen remedios?
CHICHÓN: Cuantos
físico el arte previno
a su curación se han hecho;
pues, como un poeta dijo,
le han puesto mil cataplasmas,
cataplastos, cataplistos;
y no basta, aunque le pongan
cata-Francia-Montesinos,
para saber qué mal tiene.
ALEJANDRO: Pésame, porque le estimo
de suerte, que de mi imperio
diera el medio por su alivio;
pues cuando no le tuviera
la inclinación que publico
por primoroso en su arte,
por el retrato que hizo
de Campaspe le quedara
sumamente agradecido.
Ve y dile que venga a verme.
CHICHÓN: Yo iré, si en eso te sirvo;
pero tú verás en él
un mal tan fuera de estilo
que, una vez "hipo-con-dría"
y otra vez "dría-con-hipo,"
revienta de que es discreto,
y apenas es entendido.
EFESTIÓN: ¿Verle quieres?
ALEJANDRO: Sí; que, puesto
que a su salud solicito
medios, uno que he pensado
me ha de decir lo escondido
de su pecho.
EFESTIÓN: ¿Y qué es el medio?
ALEJANDRO: Acudir a los motivos
de la filosofía; pues
es su principal oficio
de las causas naturales
investigar los principios.
Y así a Diógenes mandé
que me llamasen al mismo
tiempo que también a Apeles
llamo; porque compasivo
en una parte y en otra
curioso, ver determino
cómo uno siente sus penas
y otro hace dellas juicio.
EFESTIÓN: ¿Dónde a Diógenes mandaste
que viniese?
ALEJANDRO: A este distrito
que hay de mi tienda a la quinta
de Estatira, porque he oído
que todas estas mañanas

sale a su apacible sitio
con sus damas, donde hacen
músicas y regocijos
suave la prisión, y quiero
ver si ver puedo el divino
sol de Campaspe, buscando
algún ingenioso arbitrio
para apartarla de esotras;
y si la verdad te digo,
no sé qué diera, porque
hallase el amor camino
de reducirla a mi tienda.

EFESTIÓN: Uno mi ingenio previno.

ALEJANDRO: ¿Qué es?

EFESTIÓN: Fingir que llegó al campo
de Teágenes un hijo,
pidiendo justicia della
por el pasado homicidio;
y no pudiendo a la parte
tú dejar de dar oídos,
llevártela presa.

ALEJANDRO: Eso
es valernos de un delito.
Pero después lo veremos
mejor, porque ahora miro
a Diógenes y a Apeles
venir donde les han dicho.

Sale por una puerta DIÓGENES y por otra APELES

DIÓGENES: (¿A mí Alejandro? Pues ¿qué **Aparte**
tiene Alejandro conmigo?)

APELES: (¡Quiera Amor, no me declaren **Aparte**
de una vez mis desvaríos!)

DIÓGENES: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

APELES: ¿En qué, gran señor, te sirvo?

A DIÓGENES

ALEJANDRO: Escúchame tú primero;

A APELES

después hablaré contigo.
Bien, Diógenes, ¿te acuerdas
de aquella apuesta que hicimos
de quién necesitaría
antes, tú de mi dominio
o yo de tu ciencia?

DIÓGENES: Sí.

ALEJANDRO: Pues yo me doy por vencido,
confesando que primero
de tu ciencia necesito
que tú de mi poder.

DIÓGENES: Pues,
¿no era uno y otro preciso,

si el rico sin ella es pobre
y el pobre con ella es rico?
ALEJANDRO: Aun por eso quiero ver
lo que en la tuya consigo.
Ese joven, a quien yo
por inclinación estimo,
favoreciéndole el astro
de algún benévolo signo,
padece un grave accidente;
y tal que, siendo entendido,
hábil, galán y discreto,
en pocos días le admiro
alterada la razón,
prevaricado el sentido,
necio, inútil, desairado,
sin discurso y sin aliño.
Nadie de su mal conoce
la causa, ni él ha sabido
decirla a nadie; de suerte
que, dándose por vencidos
de la sabia medicina
los más doctos aforismos,
le dejan morir, sin que
le hagan ningún beneficio.
Yo, viendo la obligación
en que te pone el retiro
que profesas, de saber
los secretos escondidos
de la gran naturaleza,
quiero ver cómo haces juicio
deste accidente; y así
que le asistas determino
unos días, para que,
si averiguas el principio
de su mal, sepa que sabes;
y si no, sepa que ha sido
locura tu ciencia, pues
para nada es de servicio.
DIÓGENES: Que es el corazón del hombre
animal de pliegues dijo
Aristóteles, mostrando
que es un color si encogido
está y, si está dilatado,
de muchos; con que previno
que, en queriendo averiguarle,
no se le da punto fijo;
pues al irle desdoblando
todo es colores distintos.
Siendo así, locura fuera
decir yo desvanecido
que entenderé el suyo; pero
no por eso desconfío
de saberlo. Háblale tú,
sin darte por entendido,
porque no esté con cuidado,
viendo que con él le asisto.
ALEJANDRO: Pues disimula. --¿Dónde ibas,
Apeles, cuando te dijo
aquel soldado que yo
te llamo?

APELES: Si verdad digo,
a decir mis sentimientos
a estas peñas, a estos riscos,
árboles, plantas y flores
que, como fieles testigos,
saben lo mejor y ignoran
lo peor.
ALEJANDRO: No te he entendido.
APELES: Es que saben escucharlos

Suspira

y es que no saben decirlos.
ALEJANDRO: Pues ¿y no fuera mejor
comunicarlos rendido
a quien sentirlos supiera?
APELES: No, señor; que fuera alivio;
y yo estoy tan bien hallado
con ellos y ellos conmigo,
que ellos y yo no queremos
partir con nadie el sentirlos.

Esto y lo demás deste género dice DIÓGENES a ALEJANDRO aparte

DIÓGENES: El primer color de que
muestra el corazón teñido
es melancólico humor.
ALEJANDRO: Descansa, Apeles, conmigo.
¿Qué tienes?
APELES: No sé qué tengo.
ALEJANDRO: ¿Es faltarte en mi servicio
el cariño de tu patria?
APELES: No está en mi patria el cariño.
ALEJANDRO: ¿Necesitas de algo?

Con algún despecho

APELES: Sólo
de mi muerte necesito.
DIÓGENES: Ya de cólera y de ira
despliega el segundo viso.
ALEJANDRO: Pues ¿de mí no le fiarás,
sabiendo lo que te estimo?
APELES: ¿A quién pudiera mejor?

Turbado

Pero humilde te suplico,
no conjures mi silencio;
que es mi mal tan exquisito,
tan intratable mi pena,
tan sin uso mi martirio,
que, embargando el corazón
acá dentro los suspiros,
aunque decirlo quisiera,

no puedo.
DIÓGENES: De algún nocivo
veneno parece que
da aquesta congoja indicio.

Cobrándose algo

APELES: Fuera de que, si adelanto
el tormento con que vivo,
aunque pudiera decirle,
no le dijera, si miro
que fuera avivar la llama...
DIÓGENES: Todo esto parece hechizo.
APELES: ... al incendio de que muero,
si viera...
DIÓGENES: Ya esto es delirio.
APELES: ... que alguno piadoso hacía
tan grande crueldad conmigo
como quitarme el dolor.
DIÓGENES: Ya esto es rabia.
APELES: Pues le admito,
como conveniencia, tanto
que, a faltarme él, imagino...
DIÓGENES: Ya esto es desesperación.
APELES: ... que me faltara un amigo
tan del alma que, sin él,
me diera muerte a mí mismo.
DIÓGENES: De desordenado amor
parece este afecto hijo.
ALEJANDRO: ¿No hay remedio?
APELES: No hay remedio;
que mi mortal parasismo
no consta de mí, porque
consta de ajeno albedrío.
DIÓGENES: Ya lo confirman los celos.

A DIÓGENES

ALEJANDRO: ¡Oh, qué de cosas has visto
en un instante!
DIÓGENES: ¿Qué quieres,
si va desplegando a giros
dobleces el corazón,
cuyos afectos distingo
a partes, y del primero
en el postrero me afirmo.
ALEJANDRO: ¿Cómo quieres que amor sea,
si ser melancolía has dicho,
ira, cólera, veneno,
desesperación, delirio,
hechizo y rabia?
DIÓGENES: Pues ¿quién
sino amor hubiera sido,
como conveniente, amando
con no ordenado apetito
su daño, melancolía,
ira, cólera, nocivo
veneno, delirio y rabia,

desesperación y hechizo?

Con terneza

APELES: Y así otra vez y otras mil
humilde, señor, te pido,
no apures mis sentimientos;
porque el mal que lloro y gimo
no tiene definición.
Y pues cuando más me explico
es cuando me explico menos,
concede a mis desvaríos
la licencia de callarlos;
que, aunque yo quiera decirlos,
no me es posible, porque...

Dentro MÚSICA

VOZ: *Sólo el silencio testigo*
ha de ser de mi tormento.
APELES: Ya aquesa voz te lo ha dicho,
aunque no bien; que si dice
que sólo ha de ser testigo
de su tormento el silencio,
hay más que decir que dijo;
porque aun el silencio no
es capaz del dolor mío;
pues cuando el silencio quiera,
o crüel o compasivo,
lo que no digo decir,
no podrá; porque al decirlo...
VOZ: *Aun no cabe lo que siento*
en todo lo que no digo.
DIÓGENES: Vuelvo a afirmarme, señor...
ALEJANDRO: ¿En qué?
DIÓGENES: En que lo dicho dicho.
Este hombre está enamorado.
ALEJANDRO: No disuenan los indicios;
pero quédese ahora así,
con orden de que advertido
has de averiguarlo más,
mientras yo otro afecto sigo,
si no tan crüel, no menos
poderoso. --Ven conmigo,
Efestión; que, si hablar
a Campaspe no consigo,
quizá podrá ser, me valga
de aquel tu pasado arbitrio.

Vanse ALLEJANDRO y EFESTIÓN

DIÓGENES: (¡Buena comisión me queda! **Aparte**
Mas ya que Alejandro hizo
capricho el examinarme,
también yo he de hacer capricho
el satisfacerle a él.)
En fin, ¿no es posible, amigo,

que sepamos vuestras penas?
APELES Y MÚSICA: *Sólo el silencio testigo*
ha de ser de mi tormento.
DIÓGENES: Pues advertid que ya ha habido
silencio tan bachiller
que dijo lo que no dijo.
APELES: Pues éste no lo dirá.
DIÓGENES: ¿Por qué?
APELES: Porque enmudecido...
APELES Y MÚSICA: *Aun no cabe lo que siento*
en todo lo que no digo.
DIÓGENES: Pues guardaos de mí; que yo
he de saber lo escondido
de vuestro pecho, después
no digáis que no os lo aviso.
APELES: No haréis tal; que yo sabré,
homicida de mí mismo,
darme la muerte, primero
que nadie sepa que ha sido
con las honras de Alejandro
mi amor tan vil asesino
que da la muerte pagado,
hecho usura el homicidio.
¡Oh, nunca me honrara tanto
que es fuerza que, agradecido
de alimentos mi dolor,
viva de sus beneficios!
¿Cómo puedo ser yo ingrato,
arrojándome atrevido
a competirle su amor,
si cuando (¡ay de mí!) me animo
sólo a amar, me sale al paso,
demás del respeto digno
a la majestad, demás
de la confianza que hizo
de mí, fiándome su amor,
su deseo tan benigno
que, intentando mi salud
por tan extraños caminos,
un cariño me baraja
la suerte de otro cariño?
¿Y tanto que, aunque Campaspe,
que al alba esperaba, dijo,
ni a ella ni al alba vi, haciendo
de su favor desperdicio?
Pues ¿qué remedio?

Dentro

CAMPASPE: Morir
será mi menor peligro.
APELES: Infausto oráculo, ¿quién
es con quien hablas?

Dentro

ALEJANDRO: Contigo
moriré yo.

APELES: ¿Otro temor?
CAMPASPE: No he de oír.
ALEJANDRO: Bello prodigio,
espera.

Sale CAMPASPE huyendo, ALEJANDRO tras ella; y en viendo a APELES, se detiene

CAMPASPE: Ya he dicho que antes
moriré.
ALEJANDRO: También he dicho
yo que contigo mi muerte
me ha de hallar.
APELES: (¡Qué veo!) **Aparte**
CAMPASPE: (¡Qué miro!) **Aparte**
APELES: (Campaspe son y Alejandro
mis fatales vaticinios.)
CAMPASPE: (Apeles es quien su vista
rémora a mi planta ha sido.)
ALEJANDRO: ¿Por qué, divina Campaspe,
cuando apartada te he visto
desa dulce alegre tropa,
que con aplausos festivos
al alba saluda, y, hecho
humano girasol, sigo
los siempre lucientes rayos
de tus dos soles divinos,
de mí huyes?
CAMPASPE: Porque sé
que no es tu afecto tan digno
como debiera.
ALEJANDRO: Pues ¿quién
le ha malquistado contigo?
CAMPASPE: Apeles, que no aquí en balde
trajo el cielo por testigo.
(Así he de hablar con entrambos.)
APELES: (Ofendida de mi olvido,
sin duda de mí se venga.)
ALEJANDRO: ¿Apeles? ¿Qué es lo que he oído?
APELES: ¿Yo, Campaspe?
CAMPASPE: Tú; pues tú,
haciendo el retrato mío,
me dijiste que me amaba
y que no era el sacrificio
a Júpiter, sino a Amor;
con que mi honor, advertido
de su peligro, es forzoso
que huya de su peligro;
de suerte que tú eres causa
de que él sienta mis desvíos;
pues si no fuera por ti,
quizá dél no hubiera huido,
porque yo no lo supiera
si tú no lo hubieras dicho.
APELES: (Pues con dos sentidos habla,
responderé en dos sentidos.)
Si yo te ofendo, Campaspe,
es porque otro dueño sirvo,
que su amor y tu hermosura

mandó pintar a dos visos;

A ALEJANDRO

y pues para ella es ofensa
lo que para ti es servicio,
agradéceme este enojo.
ALEJANDRO: No te disculpes conmigo,
pues las señas de culpado
resultan en las de fino;
y ya que mi amor te debe
en este primer aviso
vencer las dificultades
de dar a un amor principio,
débate ahora, pidiendo
licencia a tus desvaríos,
que intercadentes parece
que dan treguas al sentido,
avisar si viene gente,
mientras a Campaspe digo
lo menos de lo que siento.
APELES: (¿Esto más, cielos impíos?)
CAMPASPE: (¿Esto más, hados crüeles?)
APELES: (¡Qué violencia!)
CAMPASPE: (¡Qué conflicto!)

Retírase APELES al paño, oyendo lo que los dos hablan

ALEJANDRO: Desde el instante, divina
Campaspe, que de tu brío
y de tu llanto fue objeto
la piedad del pecho mío,
tan postrado a tu altivez,
a tu queja tan rendido
quedó mi afecto...

Sale APELES

APELES: Señor,
Siroés viene hacia este sitio.
ALEJANDRO: Saldréla al paso, porque
no llegue a verme contigo.

A APELES

No la dejes ir tú, en tanto
que yo vuelvo.

Vase

APELES: ¿Quién ha visto
tal género de tormento,
tal linaje de martirio?

Hablan bajo, apriesa y a hurto, como recelándose de ALEJANDRO

CAMPASPE: Quien cobarde complaciendo
al lisonjero artificio,
no quiso a su dama tanto
como a su privanza quiso.
APELES: Si yo tuviera elección
entre aquesos dos cariños,
el elegido me diera
contra el desdeñado alivio;
pero si me he de morir
a manos del elegido,
¿qué me culpa el desdeñado?
CAMPASPE: El temor con que, remiso,
no sabiendo entre dos muertes
elegir la de más brío,
se deja morir de humilde,
pudiendo morir de altivo.
APELES: Es lealtad.
CAMPASPE: Es cobardía.
APELES: Eso es volver al principio.
CAMPASPE: No es sino llegar al fin.
APELES: No es, si...
CAMPASPE: Sí es, si..

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: A nadie miro
en todo el monte.
APELES: Debió
de echar por otro camino.
ALEJANDRO: Vuelve a avisar si viniere.

Vuélvese APELES al paño

Y tú, hermoso dueño mío,
acuérdate que me diste
la vida.
CAMPASPE: ¿Y ése es motivo
para obligarme a quererte?
ALEJANDRO: Claro está; porque quien hizo
un beneficio quedó
obligado al beneficio.
Dar una cosa y quitarla,
una vez dada, es estilo
muy villano. ¿Por qué piensas
que vive cuanto ves vivo?
Porque los dioses, que fueron
quien les dio la vida, han sido
los que a su conservación
se obligaron.

Sale APELES

APELES: Señor...

ALEJANDRO: Dilo.
APELES: Estatira hacia allí viene.
ALEJANDRO: Irla al paso determino.
Y pues yo a lo mismo vuelvo,
vuelve también tú a lo mismo.

Vase

CAMPASPE: ¿Quién en igual confusión
de dos amantes se ha visto?
APELES: Si de haberle dado vida
te hace cargo tan preciso,
¡cuánto más que haberla dado
es haberla recibido!
Si él te la debe a ti, tú
me la debes a mí; indicio
más noble; que el de obligado
fue siempre el de agradecido.
CAMPASPE: Es verdad, mas ¿cómo puedo
serlo yo, si desperdicio
se hace el agradecimiento?
APELES: Sabe el cielo si le estimo.
CAMPASPE: ¿En qué he de verlo yo?
APELES: En sola
una cosa que te pido.
CAMPASPE: ¿Qué es?
APELES: Que, porque más no pierda
que lo que pierdo en oírlo . . .
CAMPASPE: Di.
APELES: Ningún favor me hagas;
que yo me doy a partido
de que nada en mí sea amor,
porque todo en ti sea olvido.
Tan a nadie quieras, que
ni a mí me quieras.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: No he visto
por aquí a nadie.
APELES: Debió
de echar por otro camino.
ALEJANDRO: No es sino que yo estoy loco,
pues de otro loco me fío.
Retírate de aquí, y no
me vuelvas con otro aviso.
APELES: (¿Quién creerá que el desdeñado
ausente al favorecido?)

Vase

ALEJANDRO: Volviendo a cobrar, Campaspe,
de aquel mi discurso el hilo,
que no es baja frase, puesto
que es frase de laberinto...
ESTATIRA: Mudad de tono y de letra.

Dentro a una parte

SIROÉS: Mudad de letra y sentido.

Dentro a otra parte. Sale APELES

APELES: Estatira y Siroés
por aquí vienen.
ALEJANDRO: ¿No he dicho
que mis delirios me bastan
sin creer a tus delirios,
y que aquí no vuelvas?
APELES: Yo
pienso que en eso te sirvo.
ALEJANDRO: Loco está, no hagas dél caso.
Y así, segunda vez digo
que por más que ingrata acudas
a tus desdenes esquivos,
siendo escollo a los embates
de lágrimas y suspiros,
he de esperar tus favores
sin que me dé por vencido,
a que no ha de haber mudanza
pues que por algo se dijo...

Lejos

CORO: *Escollo armado de hiedra,*
yo te conocí edificio.
CAMPASPE: No está tan loco, señor,
como a ti te ha parecido
Apeles, pues es verdad
que hacia aquí Estatira vino.
Y pues te debo el reparo
de que no te vean conmigo,
débate la ejecución.
Vete, llevando sabido
que, aunque a siglos tu deseo
mida el tiempo amante y fino,
en mí no ha de haber mudanza;
que no ha de ser mi albedrío...

Lejos

CORO: *Ejemplo de lo que acaba*
la carrera de los siglos.
APELES: Mira si hacia esotra parte
Siroés viene.
ALEJANDRO: Irme es preciso,
por no despertar sospechas.
(¡Viven los cielos divinos,
que, aunque delito parezca
valerme de otro delito,
que, pues no me vale el ruego,
ha de valerme el arbitrio!)

Vase

CAMPASPE: Y los dos ¿en qué quedamos?
APELES: En que leal determino
que, siendo tú lo que pierdo,
piensen todos que es el juicio.
CAMPASPE: Aunque de tu amor me ofendo,
quizá de tu honor me obligo,
viendo que, de puro noble,
sin razón y sin aviso...

Más cerca

CORO: *De lo que fuiste primero*
estás tan desconocido.
APELES: ¿Qué mucho todos por loco
me tengan, si yo lo afirmo
siempre que a mi pensamiento
"No me estés cuerdo," le digo,
"trayéndome a la memoria
el favor, sino el olvido,
para que dél muera, pues
sólo el instante eres mío..."

Más cerca

CORO: *Que de ti mismo olvivdado,*
no te acuerdas de ti mismo.
CAMPASPE: Muchos se acercan; tampoco
a ti te vean.
APELES: No miro
por donde escapar; que tienen
tomados ambos caminos.
CAMPASPE: Entre estas ramas te esconde
mientras pasan.
APELES: Imagino
que tú me descubras.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como, alumbrando este sitio...
COROS 1 y 2: *Ya fuiste lisonja al sol*
y de sus rayos registro.
CAMPASPE: Escóndete, que no haré;
que arden muy lentos, muy tibios
rayos que no abrasan.
APELES: Sí hacen,
sino que están a impedirlos
muchas nubes.
CAMPASPE: Mira que
llegan ya.
APELES: Desde este sitio
seré, mirando tus ojos,
en sus hojas escondido,
si cortesano del bosque,
de las estrellas vecino.

Escóndese. Salen ESTATIRA, SIROÉS, CLORI, NISE y MÚSICOS

ESTATIRA: Campaspe, ¿qué soledad
es ésta?
SIROÉS: ¿Tanto retiro
de nosotras?
CAMPASPE: Un discurso
ocupado y pensativo
en sus penas sólo halla
en la soledad asilo.
ESTATIRA: Pues ¿qué tienes?
CAMPASPE: ¿La memoria
de mi casa no es preciso
que me deba algún cuidado?
Y así a las dos os suplico
me deis licencia de que
a ella vuelva, pues ya miro
aquel pasado suceso
tan entregado al olvido
que nadie se acuerda dél.
ESTATIRA: Como el irte haya nacido
de tu conveniencia, y no
del poco agasajo mío,
tuya es la elección.
CAMPASPE: El cielo
sabe que en el alma imprimo
vuestros favores, ansiosa
de que no pueda serviros;
pero sabré agradecerlos,
siempre que a vuestro servicio
mi vida importe.
SIROÉS: Los brazos
nos da, y adiós.

Al paño

APELES: (Hado impío,
¿qué ausencia será ésta? ¡Quién
alcanzara sus designios!)
CAMPASPE: (Esto es hurtarme a Alejandro;
no ha de saber dónde asisto.)

Al entrarse, salen unos SOLDADOS con armas

SOLDADO 1: Hermosa Campaspe, espera.
CAMPASPE: ¿Qué queréis?
SOLDADO 1: Fuerza es decirlo,
bien que a mi pesar.
ESTATIRA: Soldados,
¿qué armas, qué gente, qué ruido
es aquéste?
SOLDADO 1: Perdonadme,
señora; que a haberos visto
aquí, no llegara; pero
ya que llegué, me es preciso
decir el orden que traigo.
De Teágenes un hijo
a pedir justicia viene

de Campaspe; y como ha sido
justo a la segunda parte
guardar el segundo oído,
aunque de Alejandro ya
tiene el perdón conseguido,
para que dé sus descargos
es fuerza parecza en juicio.
Presa me mandan llevarla.
APELES: (¡Qué oigo!)
CAMPASPE: ¡Qué escucho!
ESTATIRA: ¿Advertidos?
¿No fuera bien que esperarais
que no estuviera conmigo,
para intimarla esa orden?
SOLDADOR 1: Sí, señora, mas ya he dicho
que no os vi.
ESTATIRA: Pues ya me veis,
y si no tratáis de iros . . .
CAMPASPE: No, señora, hagáis empeño
por mí; que de mi delito
la razón me pondrá en salvo.
(La hora de irme no miro,
por no empeñarle otra vez.)
Y así a cuantos me oyen pido,
desde la cumbre del monte
hasta la falda del risco,
nadie en mi defensa salga;
que, aunque voy presa, yo fío
que voy en mi libertad,
pues voy yo misma conmigo.

Vanse CAMPASPE y SOLDADOS. Sale APELES

APELES: Espera;
que no sabes el peligro,
Campaspe, a que vas.
SIROÉS: ¿Qué es esto?
APELES: Correr a mi precipio,
viendo a Campaspe en poder
de Alejandro y sus ministros.
CLORI: (Descubrióse la maraña.) **Aparte**
NISE: (Dio la tramoya consigo **Aparte**
en tierra.)
ESTATIRA: Pues ¿cómo vos
osáis estar escondido
en esta parte?
APELES: No sé;
mas sabrélo, si la libro
del riesgo a que va.
ESTATIRA: Teneos;
que lo que yo no consigo
por mí, queriendo ella ir presa,
por vos no he de conseguirlo.
APELES: No os importa tanto a vos
como a mí.
ESTATIRA: Aunque me hayan dicho
su despecho en no empeñaros,
vuestro arrojo en descubriros;
que, aunque al vivo la pintáis,

pintáis su amor más al vivo.

Sale DIÓGENES y, viendo gente, se detiene

DIÓGENES: (Vuelvo a buscar aquel joven
para ver si algo averiguo.)
ESTATIRA: Tengo de saber qué es esto.
APELES: Ya de vista se ha perdido.
DIÓGENES: (Con unas damas está.
¡Quién hallara un indicio!)
ESTATIRA: No habéis de seguirla.
APELES: ¡Cielos,
en vano al dolor resisto!
ESTATIRA: ¿Qué es esto? digo otra vez.
APELES: Yo otra vez y otras mil digo
que es que voy a ver, y ciego,
que es que voy a hablar, y gimo.
ESTATIRA: ¿Ahora enmudeces? ¿Ahora
calláis? ¿Ahora suspendido
las articuladas voces
trocáis en mudos gemidos?
¿Qué pasmo fue, qué letargo
el que yerto, helado y frío
os ha dejado?
APELES: ¡Ay de mí!
¿Qué es esto que mis sentidos
ha turbado de manera
que ni oigo, ni hablo ni miro?
¿Qué espero? Piérdase todo,
pues que todo se ha perdido.
¡Fuego, fuego, que me abraso,
que me ahogo, que me aflijo!

Arroja los vestidos

TODOS: ¿Qué hacéis?
APELES: Arrojar la ropa,
viendo arder en tan activo
incendio de mi cadáver
todo el humano edificio.
¡Piedad, cielos divinos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.
SIROÉS: Él está loco; huye dél.

Vase

CLORI Y NISE: Todas haremos lo mismo.

Vanse

ESTATIRA: Llegó a su extremo el furor.

Vase

DIÓGENES: Atiende, discurso mío,
quizá dirá su locura
lo que su razón no dijo.
APELES: ¡Piedad, cielos divinos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Si no me engañan los ecos,
hacia aquí la voz he oído.--
Señor, ¿es hora de hallarte?
¿Cómo desnudo te miro?
¿Has jugado a la pelota?
¿Vienes de nadar del río,
o vas a esgrimir?
APELES: No es,
no es, sino que en el navío
que en el mar de amor sulcaba
rizados campos de vidrio,
tormenta corrí de celos,
y en sus ruinas encendido,
Etna soy, rayos aborto,
volcán soy, llamas respiro.
¡Piedad, divinos cielos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.
CHICHÓN: ¿Qué navío ni qué haca?
¿Qué mar ni qué desatino?
¿Qué tormenta ni qué alforja?
Vuelve a cobrar tus vestidos,
espada, capa y sombrero;

Recoge los vestidos

Pero no cobres el juicio,
que diz que está bien hallado
quien le tiene bien perdido.
APELES: Pues nadie mejor que yo,
y porque lo creas, ¿has visto
a Campaspe?
CHICHÓN: Sí, señor.
APELES: ¿Dónde estaba?
CHICHÓN: En mi vestido;
que como para picaños
el peinador no se hizo,
al peinarme esta mañana
todo de caspa teñido
le vi, a modo de nevado,
pero no a modo de limpio.
APELES: Calla, calla; que no entiendes
mi dolor. Lo que te digo
es que si has visto a Campaspe
en poder de un dueño impío
que, no valiéndole el ruego,
el engaño le ha valido?
CHICHÓN: (Seguirle quiero el humor.) **Aparte**

¿No quieres que la haya visto,
si ella y ese ingrato dueño,
haciéndose mil cariños,
él iba a caza de mirlas
y ella a caza de chorlitos?
APELES: Mientes, mientes; porque presa
la tienen.
CHICHÓN: Pues ¿no es lo mismo
estar presa que ir a caza?
APELES: ¡Viven los cielos divinos,
que te ha de costar la vida,
villano, el no haberla visto!
CHICHÓN: No costará, porque yo
huir sé desde tamañito.

Al ir huyendo de APELES, y él siguiéndole, da con DIÓGENES

Mas ¿quién está aquí?
DIÓGENES: Yo soy.
APELES: Pues ¿qué hacéis aquí escondido
vos, viejo honrado?

Cógele del brazo

CHICHÓN: Eso sí;
rínele muy bien reñido;
que es mucha filosofía
acechar, sin ser vecino.
(Quiero entretanto llamar
gente para reducirlo
a casa.)

Vase

DIÓGENES: ¿Yo, señor, cuándo...?
APELES: No, no tenéis que eximiros.
DIÓGENES: (¿Quién me metió en venir, cielos,
de la quietud en que vivo
a dar en manos de un loco?)
APELES: ¿Pensáis que no os he entendido?
¿Que queríades saber
que el sol que idólatra sigo
es Campaspe? ¿Y que es Campaspe
a quien Alejandro quiso,
a cuya causa, por no
ofender al dueño mío,
entre un amor y un respeto,
falso amante, criado fino,
me dejé morir, trocando
sus favores a desvíos,
sus agrados a desdenes,
y sus memorias a olvidos?
Pues no, no habéis de saberlo,
porque yo no he de decirlo.
¡Piedad, cielos divinos!

Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.
DIÓGENES: Bien esperé que el furor
dijera lo que no dijo
el dolor. Y pues acaso
a las manos se me vino
el desengaño de todo,
diré yo que lo he sabido
por mis ciencias a Alejandro;
pues contra achaques del siglo
hasta la ciencia es forzoso
valerse del artificio.

Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN

EFESTIÓN: Estas dos nuevas, señor,
a un mismo tiempo han venido.
ALEJANDRO: Ambas de pesar han sido,
y no sé cuál es mayor.
¿Rojana murió?
EFESTIÓN: El furor
del mar, como la presuma
Venus de Chipre, con suma
violencia, quiso en su esfera
que una de la espuma muera,
si otra nace de la espuma.
A esto se llega enviar
Darío cuanto pediste,
porque imposible creíste
que lo pudiese juntar
en rescate singular
de sus hijas; con que ha sido
fuerza, habiendo prometido
que libres no se han de ver,
o tu palabra romper
o faltar a lo ofrecido
al gran Júpiter.
ALEJANDRO: Y di,
entre uno y otro pesar,
¿sabes si han ido a buscar
a Campaspe?
EFESTIÓN: ¿Tanto en ti
puede una pasión que así
todo lo olvidas por ella?
ALEJANDRO: ¿Qué te admiras, si mi estrella
tan poderosa es que no
pierdo nada, como yo
no pierda a Campaspe bella?
En llegando a amar, no hay fama,
no hay aplauso, no hay blasón,
honor, vida, alma ni acción
que no sea de la dama
que por entonces se ama;
y así, aunque frustrados veo
un fin y otro, en este empleo
de ambos el despique fundo.
EFESTIÓN: ¿Quién creerá que cabe un mundo
donde no cabe un deseo?

Salen al paño CAMPASPE y SOLDADOS

SOLDADO 1: Aquí has de esperar; que aquí
la audiencia ha de ser.

Vanse los SOLDADOS

CAMPASPE: Sí haré,
pues de mi justicia sé
que ella volverá por mí.
ALEJANDRO: Pero ¿no es aquélla?
EFESTIÓN: Sí.
ALEJANDRO: Pues por si, al llegarse a ver
engañada en mi poder,
acudiere su pasión
a las lágrimas, que son
las armas de la mujer,
harás, porque no se entienda
el menor eco del llanto,
que de la música el canto
suene al umbral de la tienda,
cuyas cláusulas pretenda
la armonía acompañar
del estruendo militar,
pues sin dar sospecha, han sido
salvas que ya han divertido
otras veces mi pesar.

Vase EFESTIÓN

¡Divina Campaspe bella!
CAMPASPE: Dame, gran señor, tus pies.
ALEJANDRO: ¿Tú aquí? Pues ¿qué es esto?
CAMPASPE: Es
sobre el rigor de mi estrella,
la fuerza de una querella
que, aunque ya tu perdón vi,
presa me trae.
ALEJANDRO: ¿Presa?
CAMPASPE: Sí.
ALEJANDRO: Engáñaste, que es error.
CAMPASPE: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como, siendo amor
quien se querella de ti,
no hay que temer la crueldad
de la prisión suya; pues
de quien él querella, es
de quien está en libertad,
no de quien su voluntad
presa tiene; y siendo así,
que tú eres la libre aquí
y yo el preso, tu temor
en mí está, no en ti.
CAMPASPE: Es error;
pues si un temor (¡ay de mí!)
pierdo, otro cobra mi fama,
al ver traición la prisión.

ALEJANDRO: Lo que en paz fuera traición
ardid de guerra se llama.
CAMPASPE: Traición es cuanto disfama
las sacras leyes de amor.

Canta la MÚSICA a un lado, suenan las cajas y trompetas a otro lado, y los dos representan, todo a un tiempo

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal,
que el traidor es el leal
y el leal es el traidor.

ALEJANDRO: Bien por mí te ha respondido
voz que publica constante
que no ha sido leal amante
el que a vencer un olvido
traidor amante no ha sido.
CAMPASPE: Antes respondió tan mal
que me ha dejado mortal
oír que en odio del honor...

La caja

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal...
ALEJANDRO: Ya son tus quejas en vano.

Quiere asirle la mano

CAMPASPE: Deten la mano; porque,
si antes mi delito fue
el dar la muerte a un tirano
en defensa de mi mano,
ahora lo será, señor,
no dársela.
ALEJANDRO: Tu rigor
baste, pues en lance igual...

La caja

MÚSICA: *El traidor es el leal*
y el leal es el traidor.

Como luchando los dos

CAMPASPE: ¡Advierte!
ALEJANDRO: ¿Qué he de advertir?
CAMPASPE: ¡Mira!
ALEJANDRO: ¿Qué puedo mirar?
CAMPASPE: Que ayer me libró el matar,
y hoy me librará el morir.

Quiere sacarle la espada, y él lo impide

ALEJANDRO: No hará.
CAMPASPE: ¡Válgame el pedir
a cielo y tierra favor!
ALEJANDRO: Su voz confunda el rumor.

La MÚSICA y las cajas y la representación todo a un tiempo

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal,
que el traidor es el leal
y el leal es el traidor.

CAMPASPE: Ni eso te valdrá tampoco.

Dentro

APELES: ¡Mentís todos!
TODOS: ¡Guarda el loco!
UNOS: ¡Teneos!
DIÓGENES: He de entrar.

Sale EFESTIÓN

EFESTIÓN: ¡Señor!
ALEJANDRO: ¿Qué es eso, Efestión? ¿Qué voces
a una y otra parte varias,
demás de las que he mandado
de instrumentos y de cajas,
son las que se oyen?
EFESTIÓN: Apeles,
a quien furioso llevaban
a su albergue unos soldados,
escuchando lo que cantan,
diciendo, embistió con todos,
que es mentira, que no haya
lealtad en amor, a tiempo
que Diógenes la entrada
de su tienda solicita,
sin que le impida la guarda.
ALEJANDRO: Retírate tú a esta puerta,

A CAMPASPE

hasta que sepa qué causa
a los dos mueve.

Retírase CAMPASPE al paño

CAMPASPE: (¡Fortuna,
quién--¡ay infelice!--hallara
por donde escapar! En vano
lo intento, porque cerrada

está por aquí la tienda.
Fuerza es esperar.)

Sale DIÓGENES

DIÓGENES: Las plantas
me da, señor, en albricias
de que ya mi ciencia alcanza
el accidente de Apeles.
ALEJANDRO: Si en otra ocasión llegaras,
fueras más bien recibido.
Mas ya que llegaste, habla,
di, ¿qué accidente es?
DIÓGENES: Amor.
ALEJANDRO: Si no dices más, no basta
para que te crea, pues esa
fue la primera palabra
que dijiste, y no por eso
fue cierto; y como no añadas
más, lo mismo será ahora.
DIÓGENES: ¿Bastará decir la dama
y el competidor?
ALEJANDRO: Sí.
DIÓGENES: Pues
si eso es todo lo que falta
al crédito de mis ciencias
y a sus conjeturas sabias,
aunque yo no la conozco,
perdone esta vez su fama.
La dama es Campaspe, y tú
el que de celos le mata;
de suerte que amor y celos
son de sus penas la causa.
ALEJANDRO: ¿Qué dices? ¡Ay infelice!
CAMPASPE: (¡Cielos, la suerte está echada!)
DIÓGENES: Que es Campaspe a quien adora.
ALEJANDRO: No prosigas, calla, calla;
que en ti, porque me lo dices,
más que en él, porque me agravia,
pues ya es cómplice al dolor
quien el dolor adelanta,
tengo de vengar mis celos.

Empuña la daga, y detiénele
EFESTIÓN

EFESTIÓN: Advierte, señor.
DIÓGENES: ¡Bien pagas
su fineza y mi fineza!
ALEJANDRO: ¿Qué fineza, si tirana
tu voz, su intención traidora,
me han dado la muerte ambas?
CAMPASPE: ¡Ay de quien sobre sí, cielos,
todo este escándalo aguarda!
DIÓGENES: La suya, pues, es tan grande,
tan noble, tan leal, tan rara,
que, a despecho del favor
que quizá en Campaspe halla,

se deja morir, por no
ofender la confïanza,
respeto y decoro que
tan a su costa te guarda.
La mía, pues que te pongo
en ocasión de que hagas
una acción tan generosa
como agradecer las ansias
del que, en abono de todos
los que encarecen que aman,
diciendo que amantes pierden
por su dama el juicio, anda
tan fiel contigo y con ella
que, en las desdichas que pasa,
pierde por la dama el juicio
y por ti el juicio y la dama.

ALEJANDRO: No con razones me arguyas
sofísticamente falsas;
que no hay en celos razón
mayor que el que no la haya.
Y así en ti ahora, y después
en él, si es que ella le ama,
que yo lo sabré, mis celos
vengaré.

CAMPASPE: ¡Qué oigo!

EFESTIÓN: Repara.

DIÓGENES: Buena ocasión se ofrecía
de volver a la pasada
cuestión de cuál de los dos
es más invicto monarca.

ALEJANDRO: ¿Cómo?

DIÓGENES: Como si antes de ahora
no creía a quien contaba
que, esclavo de tus pasiones,
la destemplanza te agrava,
la lascivia te posee,
y la ira te arrebata,
ahora lo creo, al mirar
lo que una afición te arrastra;
y siendo así que esa ira,
ambición y destemplanza,
lascivia y envidia yo
esclavas traigo a mis plantas,
¿cuál será más poderoso:
yo, que mando a quien te manda,
o tú, que sirves a quien
me sirve a mí? Con tan clara
consecuencia logra ahora
mi muerte; pero a[l] lograrla
mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas.

Híncase de rodillas

EFESTIÓN: A tanta osadía no tengo
de impedirte ya.

CAMPASPE: (Él le mata.) **Aparte**

ALEJANDRO: (¿Mira quién eres, pues eres **Aparte**
esclavo de mis esclavas?

¿Tanto una ciega pasión
desluce el decoro, ultraja
el respeto, que ocasiona
a que pueda cara a cara
atrevérsele la voz
de un mísero, en confianza
de que, diciendo verdad,
la muerte no le acobarda?
Pues no ha de ser, no ha de ser;
que no ha de decir la fama
que dijeron a Alejandro
de Dïógenes las canas:
"Mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas,"
sin que tratase enmendar
de sus defectos la causa.)
Alza, Diógenes, del suelo.
CAMPASPE: (¿Cómo tan afable le habla?)
ALEJANDRO: Y dime otra vez, ¿por mí
Apeles muere con tanta
fineza que, leal y noble,
aunque Campaspe le ama,
a Campaspe olvida?
CAMPASPE: (Él
mi amor averiguar trata.)

Dentro

VOCES: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!
DIÓGENES: Esas voces lo declaran
mejor que yo.
ALEJANDRO: Dejad que entre.

Salen APELES desnudo, CHICHÓN con los vestidos, y otros deteniéndole

APELES: Par diez, aunque lo estorbara
todo el mundo, entrara yo,
sin que tú me lo mandaras;
porque al que pide justicia
no ha de haber puerta cerrada.
CHICHÓN: Y más cuando una locura
le sabe falsear las guardas.
ALEJANDRO: Pues ¿de quién justicia pides?
APELES: Desos que infieles te cantan
que en repúblicas de amor
la política es tan mala
que el traidor es el leal;
porque yo sé que te engañan,
y que hay lealtad en amor
tan grande... Pero eso basta;
que no quiero que la sepas,
porque parece que falta
a la fineza el que hace
la fineza con jactancia.
ALEJANDRO: Repórtate; y pues está
tu queja tan bien fundada,
yo te guardaré justicia.

(¡Ea, valor! La más alta
victoria es vencerse a sí;
no diga de ti mañana
la historia, que toda es plumas,
el tiempo, que todo es alas,
que tuvo en su amor Apeles
más generosa constancia
que yo. Si él por mí se deja
morir con lealtad tan rara,
¿por qué, pudiendo él hacerla,
no he de poder yo pagarla?)
¡Campaspe!
CAMPASPE: (Sin duda en él
y en mí se venga.) ¿Qué mandas?
ALEJANDRO: Que seas heroico asunto
que, en láminas de oro y plata,
de mis liberalidades
corone las esperanzas.
Alábense otros que dieron,
ya a las letras, ya a las armas,
coronas, reinos, provincias,
ciudades, templos y estatuas;
que no ha de alabarse alguno
que sacrificó a las aras
de la lealtad mayor triunfo,
ni dio más, pues dio su dama,
el día que en su poder,
o gustosa o no, la halla.
Dale, pues, la mano a Apeles,
porque, esposa suya, vayas
donde no te vean mis ojos.

A DIÓGENES

Tú, Dïógenes, repara
en la dádiva mayor,
si soy esclavo de esclavas
o si soy dueño de mí.

A APELES

Y tú mira la distancia
que hay de tu amor a mi amor,
pues tú me la das pintada
y yo te la vuelvo viva,
pues di la mitad del alma.
CAMPASPE: (Esto es querer apurar
si es verdad que enamorada
estoy de Apeles. Yo haré
que mal la experiencia salga.)
APELES: (¡Qué escucho! ¿Campaspe es mía?
¿Quién, cielos, con tan extraña
novedad en mis sentidos
me restituye a la clara
luz del día? ¿Cómo estoy
aquí así?) --Dame la capa,
dama la espada, Chichón;

A ALEJANDRO

--Y tú, gran señor, las plantas;
que no en vano te apellida
dios la voz de tantas varias
naciones, pues dar un cielo
no es don de humano monarca;

A CAMPASPE

--Y tú, Campaspe, la hermosa
blanca mano me da.
CAMPASPE: Aguarda.
ALEJANDRO: ¿No se la das?
CAMPASPE: No.
ALEJANDRO: ¿Por qué?
CAMPASPE: Porque no quiero que haga
ferias de mi libertad
tu vanagloria. (¡Mal haya
temor que, de puro fino,
quiere que parezca ingrata!)
Dejo aparte que yo a Apeles
no amo; mas cuando le amara,
no dejara de sentir
el desaire con que tratas
a lo que dices que quieres;
que somos todas tan vanas
que aun de lo que aborrecemos
nos hace el cariño falta.
¿De cuándo acá fue el amor
prenda para enajenada?
¿De cuándo acá el albedrío
de un dueño a otro dueño pasa?
¿Es inquilino el afecto
para andar mudando casas,
vecino ayer de una gloria
y huésped hoy de una infamia?
¿Es joya la inclinación?
¿Es la voluntad alhaja?
¿Es el deseo presea,
ni menaje la esperanza
para hacer dádiva dellas,
tan bajamente contraria,
que da con un baldón, yendo
a buscar una alabanza?
Liberalidad bien puede
ser que sea el dar la dama;
pero liberalidad
tan neciamente villana,
que piensa que lo da todo,
siendo así, que es cosa clara,
que no da nada; porqué
el día que no da el alma
¿qué da en lo demás? Con que,
si presumes que le pagas
de lo vivo a lo pintado
el logro a Apeles, te engañas;
pues si él dio un retrato, no

le vuelves más que una estatua;
porque el que sin albedrío
con una mujer abraza
logra, pero no merece,
consigue, pero no alcanza;
de suerte que, no pudiendo,
cuando la fuerza te valga,
darle ni el alma ni el gusto,
darle sin gusto y sin alma
todo lo que puedes es
darlo todo y no dar nada.

APELES: (¡Qué escucho, cielos! ¿Campaspe
así mis finezas trata?)

CHICHÓN: Paréceme que bien puedes
volverme capa y espada,
y volverte a jugador
de pelota; pues es clara
cosa que de borra y viento
ya está el pelotero en casa,
siendo de borra tu amor
y de viento tu esperanza.

ALEJANDRO: Por más que deslucir quieras
mi acción, noblemente vana,
no has de poder; que una cosa
es hacerla, otra lograrla.
Y así, para haberla yo hecho,
¿qué importa que tú... ?

Dentro

SOLDADOS: ¡Plaza!

ALEJANDRO: ¿Qué es aquello?

EFESTIÓN: Que a tu tienda
llegan con todas sus damas
Estatira y Siroés.

Vase

ALEJANDRO: Ya como libres se tratan,
en fe del rescate; fuerza
es que a recibirlas salga.
Después diré lo que iba
a decir.

A DIÓGENES

--Tú no te vayas,
hasta ver el fin.

Vase

DIÓGENES: No haré,
aunque de mi pobre estancia
la ausencia siento.

Vase

CHICHÓN: ¿Qué mucho,
si quedó allá la tinaja?
Que, aunque no es de vino hoy,
haberlo sido ayer basta
para que haga compañía.
Mas ¡miren aquí qué caras!
Bien se ve que están reñidos,
pues que se han quitado el habla.
Veamos por cuál de los dos
quiebra.
APELES: ¿Para qué, tirana... ?
CHICHÓN: Luego vi que era él lo más
delgado.
APELES: ¿Para qué, ingrata,
traidoramente apacible,
cariñosamente falsa,
alentaste tantas veces,
ya amorosa y ya enojada,
mis esperanzas, si habías,
el día que de pagarlas
tuvieses más ocasión,
de engañar mis esperanzas?
¿Qué victoria te promete
un rendido, para que hagas
suertes en él tan ociosas
como restituirle el alma,
para que con ella sienta
más tu rigor? Y así, ingrata,
o vuélveme mi locura
o tómate tu mudanza.
CAMPASPE: Que me baldones permito
de mudable, de liviana
y de inconstante (¡ay Apeles!)
porque alcanzo que no alcanzas
que quizá ha sido fineza
el desdén de que te agravias.
APELES: ¿Qué fineza, si no es más
que, al verte de un rey amada,
haber hecho fantasía
del gusto, mostrando vana
el que el ruido del poder
suena siempre en consonancia?
CAMPASPE: Si supieras que él quería,
por tomar de ti venganza
y de mí, saber no más
si te amo o no, no culparas
que hubiese sido cautela
contra cautela la traza
que halló mi amor, a pesar
de mi amor.
APELES: Pues ¿no importara
menos que él me diera muerte
que dármela tú? ¿Qué gana
mi vida, di, si, porqué
el no me mate, me matas?
CAMPASPE: Luego ¿fuera más fineza,
a todo trance empeñada,
arriesgarlo todo?

APELES: Sí;
que mejor le está a una dama
ser fina que cautelosa.
CAMPASPE: Cautela hay menos culpada
de lo que fuera quizá
la fineza.
APELES: Es ignorancia.
CAMPASPE: No es sino atención. ¿Querías
que mi amor le confesara
y te diera muerte?
APELES: Sí;
que el día que mi honor salva
ver que, el día que seas mía,
no toca a mi confïanza
interpretar los sentidos,
sino entender las palabras.
Fuéraslo (¡ay de mí!) el instante
que en darme muerte tardara;
muriera feliz, no triste.
CAMPASPE: Pues si eso es lo que te agrada,
a tiempo estás, que la mano
que no te di... Pero aguarda...

Ruido dentro

que vuelven todos.
APELES: ¡Oh, cuánto
perezosa se dilata
siempre la dicha!
CHICHÓN: Hecho un bobo
me estoy oyéndolos. ¿Que haya,
habiendo amor de obra gruesa,
quien gasta el de filigrana,
todo retruécanos, todo
tiquismiquis?

Salen todos

ESTATIRA: Tu palabra
es ley y cumplirla debes.
ALEJANDRO: Quien, por cumplir una, falta
a otra, no yerra; y así
es bien que el camino parta
entre las dos.
SIROÉS: ¿De qué suerte?
ALEJANDRO: Que libre, Siroés, vayas,
llevando a Persia el tesoro
que era rescate de entrambas;

A ESTATIRA

--y tú te quedes en Grecia.
ESTATIRA: ¿Yo en Grecia?
ALEJANDRO: Sí; mas no esclava,
sino esposa mía, supuesto
que murió en el mar Rojana.
ESTATIRA: La ventura agradeciera,

puesta, señor, a tus plantas,
a no saber que Campaspe
te tiene cautiva el alma;
y entrar tropezando en celos
justamente me acobarda.
ALEJANDRO: Habérsela dado a Apeles
ese temor satisfaga.
Y, porque lo veas, volviendo,
Campaspe, a la acción pasada,
a Apeles le da la mano.
CAMPASPE: Sí haré, de muy buena gana
ahora, que es porque yo quiero
y no porque tú lo mandas.
ALEJANDRO: Aunque deslucir mi acción
intentes, no estés muy vana;
que nada le das tampoco.
CAMPASPE: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como, si le amabas,
es dar lo que ya era suyo
darlo todo y no dar nada.
Y pues esto ha sido un solo
paréntesis de las armas,
prosiga al Peloponeso
el ejército la marcha;
que he de cumplir el agüero,
venciendo naciones varias.
ESTATIRA: Con esa satisfacción
a tus pies estoy.
ALEJANDRO: Levanta.
NISE: Yo he de quedarme contigo.
ALEJANDRO: Con Efestïón casada.
DIÓGENES: Y yo volverme a mi monte,
donde te ruego que no vayas,
ni me llames otra vez;
que no sabes lo que cansa
esto de andar componiendo
de amor y celos las ansias.
SIROÉS: Dichosa yo, que la vuelta
daré a mi padre y mi patria.
ESTATIRA: Más dichosa yo, que quedo
al logro de mi esperanza.
APELES: Dichoso yo, que he alcanzado
ver el fin de penas tantas.
CHICHÓN: Más dichoso yo, que libre
quedo, cuando otros se casan.
Y pues más desocupado
estoy, humilde a esas plantas
seré quien pida por todos
el perdón de nuestras faltas;
aunque es darnos lo que es nuestro
darlo todo y no dar nada.

Eco y Narciso

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAS

ECO.
NARCISO.
FEBO.
SILVIO.
ANTEO.
SILENO.
MÚSICA.
LIRÍOPE.
LAURA.
NISE.
SIRENE.
SILVIA.
BATO.
ACOMPAÑAMIENTO.

Jornada I

Sale SILVIO **de pastor de gala**.

SILVIO — Alto monte de Arcadia, que eminente
al cielo empinas la elevada frente,
cuya grande eminencia tanto sube,
que empieza monte y se remata nube,
siendo de tu copete y de tus huellas
la alfombra rosas y el dosel estrellas...

FEBO — Bella selva de Arcadia, que florida
siempre estás de matices guarnecida,
sin que a tu pompa, a todas horas verde,

el diciembre ni el julio se acuerde, 10
siendo el mayo corona de tu esfera,
y su edad todo el año primavera...

SILVIO Pájaros, que en el aire fugitivos,
sois matizados ramilletes vivos,
y añadiendo colores a colores, 15
en los árboles sois parleras flores...

FEBO Ganados, que en el monte divididos,
música sois de esquilas y balidos,
y en la margen de aquese arroyo breve,
cándidos trozos de cuajada nieve... 20

SILVIO A pediros albricias mi alegría
viene de las venturas deste día,
pues Eco, en él, zagala la más bella
que vio la luz de la mayor estrella,
de humana da floridos desengaños, 25
un círculo cumpliendo de sus años.

FEBO Pésames viene a daros mi tristeza,
de que la rara y singular belleza
de Eco, desengañada de que ha sido
inmortal, un círculo ha cumplido 30
de sus años, que aunque de dichas llenos,
cada año más es una gracia menos.

(**Sale** BATO.)

[BATO] Selvas de Arcadia, bello excelso monte,
ganados y aves, pues, deste horizonte,
a pediros albricias he venido 35
y a daros hoy un pésame cumplido:
las albricias, porque Eco a la florida
fiesta hoy de sus años nos convida,
y con su vanidad hacer promete
a todas un opíparo banquete; 40
y el pésame, porque (¡dolor extraño!)
otro no nos hará de hasta aquí a un año.

FEBO ¡Oh Silvio!

SILVIO ¡Oh Febo!
BATO ¡Oh Bato!
FEBO ¿Tú mismo a ti te nombras, mentecato? [26v]
BATO Pues si no hay quien me nombre, 45
¿qué he de hacer? Y este estilo no os asombre,
que el tiempo está tan necio e importuno,
que es menester honrarse cada uno.
FEBO Silvio, pues ¿dónde bueno?
SILVIO De gusto vengo y de alborozo lleno 50
a esta hermosa cabaña,
que dos veces pajiza el sol la baña.
FEBO Yo también a ella vengo,
y de verte a ti en ella celos tengo;
que ya mi amor está desengañado 55
de que vives de Eco enamorado.
SILVIO ¡Oh qué temprano, cielos,
antes que con mi amor, di con mis celos!
BATO ¡Qué falsos, con esfuerzos semejantes,
están unos con otros los amantes! 60
FEBO ¿Por qué lo dices?
BATO Aunque ya quisiera
decirlo, no pudiera,
porque toda esta música, este ruido,
dice que Eco ha salido
de todos los zagales festejada. 65
SILVIO Darela el parabién con voz turbada,
hasta que hablen más claro mis desvelos.
FEBO ¿Quién vio en villano amor tan nobles celos?

(Salen MÚSICOS, SILENO, ANTEO, NISE, SIRENE, ECO **detrás.)**

MÚSICOS A los años felices de Eco,
divina y hermosa deidad de las selvas, 70
feliz los señale el mayo con flores
ufano los cuente el sol con estrellas.
SILVIO Eco hermosa, en quien cifró
la sabia naturaleza

la más singular belleza 75
que jamás la Arcadia vio;
el círculo que cumplió
la aurora en tus luces bellas,
tanto mayores que en ellas
unos y otros resplandores... 80

[ÉL y MÚSICOS] Feliz los señale [el mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.] (1)

FEBO Tu florida primavera
el invierno ignore frío,
ardiente ignore el estío, 85
porque dure lisonjera
en su verdor, de manera
que de la muerte las huellas
no tronquen sus rosas bellas,
sino sus claros albores... 90

[ÉL y MÚSICOS] Feliz los señale [el mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.]

BATO Mi lengua no te aconseja
vivir tanto; que es error,
que morir moza es mejor 95
que no llegar a ser vieja.
Y así las edades deja,
que en pasándosete aquella
de la hermosura más bella,
los matices y colores... 100

[ÉL y MÚSICOS] Feliz los señale [el mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.]

ECO Estoy muy agradecida [27]
al festejo que me hacéis,
y para que me mandéis, 105
solo estimaré esa vida
en la canción repetida;
pero quejarme también
debo este tiempo, de quien
con extremos más extraños 110
en la fiesta de mis años

no me ha dado el parabién.

ANTEO Si es que lo dices por mí,
yo soy rústico pastor.
Nunca hablar supe en amor; 115
luchar con las fieras, sí;
y ya que he callado aquí,
en tu nombre al monte iré,
cuanto cace traeré;
y así, con acción más alta, 120
lo que en palabras me falta,
en obras te lo diré.

SILENO Si por mí también ha sido,
Eco, la queja que has dado,
no extrañes que mi cuidado 125
me tenga tan suspendido.
Años también han cumplido
hoy mis mayores enojos;
y así, en rendidos despojos,
no te ofrecen mis agravios 130
las lisonjas de los labios,
sino el llanto de los ojos.
Doce años ha que faltó
Liríope, mi hija bella,
destos valles, y que della 135
no tuve noticia yo:
hoy los cumple, y así, no
admires ver en mis daños
sentimientos tan extraños,
pues el día (¡oh suerte dura!) 140
que cumple años tu hermosura,
cumple mi desdicha años.

BATO Hoy no es de lágrimas día.

SIRENE No nos quite la extrañeza
de tu notable tristeza 145
nuestra común alegría.

NISE Vuelva a la dulce armonía
a poblar los vientos.

ECO Hoy
al templo ofrecida estoy
de Júpiter, que en lo oculto 150
yace deste monte inculto,
pues acompañada voy
de todos, cumplirle quiero
ahora, que mal pudiera
sola yo, sin que temiera 155
el horrible mostruo fiero
que en él se esconde.
FEBO Aunque infiero
cuánto es grave pesadumbre
querer penetrar la cumbre
donde ese templo se asienta, 160
pues su fábrica violenta
del sol escala la cumbre,
vamos, que yendo contigo,
la dificultad mayor
hará fácil el amor. 165
SILVIO Y yo lo mismo te digo.
BATO Yo no, que a ir no me obligo
adonde un monstruo encantado
muestas gentes y ganado
tantas veces asombró. 170
SIRENE Vuelva la música, y no
quede pastor en el prado
que no vaya.
SILVIO Yo también
llegar hasta el templo quiero,
por si en él piedad espero. 175
NISE Pues prosiga el parabién.
FEBO ¡Ay, Eco divina, quién
obligara tu rigor!
SILVIO ¡Quién lograra tu favor!
ECO ¡Quién querida no se viera! 180
SILENO ¡Quién su llanto divirtiera!
BATO ¡Quién no tuviera temor!

LA MÚSICA A los años felices de Eco,
divina y hermosa deidad [de las selvas,
feliz los señale el mayo con flores, 185
ufano los cuente el sol con estrellas.] [27v]

(Vanse, **y sale** LIRÍOPE, **y** NARCISO **de pieles**, **y** LIRÍOPE **con arco y flechas**, **y** NARCISO **sin él**.**)**

LIRÍOPE No has de pasar de aquí.
NARCISO ¿Cómo
quieres tú que me detenga,
si esos pájaros que escucho
forman tan extraña y nueva 190
música para mi oído,
que arrebatado me llevan
tras sus acentos? Jamás
voces escuché tan tiernas,
aunque escuché tantas veces 195
las aves que al sol despiertan.
LIRÍOPE Esas voces que has oído,
y que tú ser aves piensas,
no lo son.
NARCISO Pues ¿qué son, madre?
LIRÍOPE No conviene que lo sepas, 200
porque los hados han puesto
tu mayor peligro en ellas.
NARCISO ¿Qué peligro, si el mayor
será no escucharlas? Deja
que las siga: sepa quién 205
tan süavemente alienta
los acentos de su voz,
diciendo en cláusulas tiernas...
ÉL y MÚSICOS A los años felices de Eco,
divina y hermosa deidad de las selvas... 210
LIRÍOPE **[Aparte**.**]** Naturalmente llevado
del afecto, los remeda.
ÉL y MÚSICOS Feliz los señale el mayo con flores,

ufano los cuente el sol con estrellas.

LIRÍOPE ¡Que en tantos años no haya 215
quien a discurrir se atreva
esta intrincada espesura,
y hoy con tal música vengan!

NARCISO Permíteme, madre mía,
que los siga.

LIRÍOPE ¡Tente!

NARCISO Suelta, 220
que ¿cómo he de detenerme
hoy en lo que a decir vuelvan?

ÉL y MÚSICOS Feliz los señale el mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.

LIRÍOPE ¿Ya no sabes que no puedes 225
llegar más que hasta esta peña,
que es pardo cancel que cubre
los umbrales de esa cueva
donde vivimos los dos?
Pues ¿cómo romper intentas 230
los fueros de mi precepto,
las leyes de mi obediencia?

NARCISO Como aquella novedad
me ha dado, madre, licencia,
no para que intente solo 235
quebrantarlas y romperlas,
mas para que intente hablarte
más claro, escúchame atenta.
Yo, desde aqueste peñasco,
que es raya donde me ordenas 240
que pueda llegar, he visto
de la gran naturaleza
varios efectos. Un día
sobre aquella parda sierra
vi una ave, que es sin duda 245
de todas las otras reina,
según lo ufana que vive,
y según lo alto que vuela.

Esta, sobre un verde nido
hecho de pajas y yerbas, 250
unos polluelos tenía,
a quien con su boca mesma
mantenía en cuanto estaban
desnudos de pluma. Apenas
vestidos los vio y con alas, 255
cuando, las piedades vueltas
en rigores, los echó
del nido, para que fuera
del discurso de su vida
la necesidad maestra. 260
Entre aquellos dos peñascos
(aun allí dura la quiebra)
una leona crïaba
sobre pieles de otras fieras [28]
unos cachorros, a quien 265
desangrada su fiereza
por los pechos mantenía,
hasta que cobrando fuerzas
los arrojó de sí misma,
tratándolos con soberbia, 270
para que ellos conociesen
lo que les daba en herencia.
Pues si una fiera y una ave
del lecho y el nido echan
a sus hijos, para que ellos 275
a vivir sin madre aprendan,
¿por qué tú, viéndome ya
con las alas que en mí engendra
el discurso y con el brío
que mi juventud ostenta, 280
no me despides de ti?
¿No me has contado tú mesma
que hay más mundo que estos montes,
más casas que aquesta cueva,
más gente que aquestos brutos, 285

más población que estas selvas?
Pues ¿por qué, madre, me quitas
la libertad, y me niegas
don que a sus hijos conceden
una ave y una fïera, 290
patrimonio que da el cielo
[al que ha nacido en la tierra][(2)]?

LIRÍOPE De que discurras, Narciso,
tan malamente me pesa,
porque me obligas a darte 295
de esas dudas la respuesta.
Yo lo haré, pero no ahora;
que antes que el sol se oscurezca,
a cazar que comas quiero
salir: en dando la vuelta, 300
los peligros te diré
que amenazan tu belleza,
y las causas porque así
te he crïado; que pues llegas
a tener ya entendimiento, 305
tú sabrás guardarte dellas.
Solo lo que ahora mi voz
con mis lágrimas te ruegan
es que no salgas de aquí
hasta que yo a verte vuelva. 310

NARCISO Yo te lo ofrezco con una
condición, y es que no venga
otra vez[(3)] a mis oídos
aquella voz lisonjera
que escuché, porque será 315
mucho no irme tras ella,
si vuelve nadie a decir
con voz tan süave y tierna...

ÉL y MÚSICOS A los años felices de Eco,
divina y hermosa deidad de las selvas... **(Vase.)** 320

LIRÍOPE Llegó el día que temí,
pues ya declarar es fuerza

a Narciso los sucesos
de mi vida y de su estrella.
Dioses, dad ventura hoy 325
a las puntas de mis flechas;
que nunca más me importó
dar presto al albergue vuelta.

(Entran por una puerta, y sale ANTEO **por otra con venablo.)**

ANTEO Solo un día que ha querido
cazar con más diligencia 330
el deseo, no ha topado
caza ninguna, aunque sea
penetrando las entrañas
desta confusa maleza,
que tarde o nunca ha sentido 335
de humanas plantas la huella,
no he de volver al lugar,
sin topar alguna presa
que se pueda dar a Eco,
pues vine en su nombre.

(Vuelve LIRÍOPE **a salir.)**

LIRÍOPE Apenas 340
tímido conejo hoy corre,
cobarde perdiz hoy vuela.
Nunca viene más despacio
que cuando se busca apriesa [28v]
la caza.
ANTEO Entre aquellas ramas 345
ruido he sentido.
LIRÍOPE Entre aquellas
hojas rumor he escuchado.
ANTEO En cualquier cosa que sea
la cuchilla he de dejar
deste venablo sangrienta. 350

LIRÍOPE En lo que fuere he de ver
manchado el hierro a mis flechas...
pero un hombre es. ¡Ay de mí!
No dispares, tente, espera.
ANTEO Bien ha sido menester 355
oír pronunciar tu lengua
voz humana, para que
la acción al brazo suspenda.
LIRÍOPE Y bien menester ha sido
verte a ti tan descubierta- 360
mente, para que el impulso
afloje al arco la cuerda.
ANTEO Humano monstruo, ¿quién eres?
LIRÍOPE Soy una ignorada fiera
destos montes; y así, antes 365
que aquí más noticias tengas
de mí, vuélvete, porque
si dar otro paso intentas,
desde mi aljaba a tu pecho
verás volar las saetas 370
tan veloces, que ellas solas
se embaracen a sí mesmas.
ANTEO Si las señas no me mienten,
conocido he por tus señas
que eres el prodigio a quien 375
toda esta comarca tiembla.
Y así, aunque dos muertes juntas
aquí mi recelo tema,
la una de tus arpones,
la otra de tu extrañeza, 380
he de atropellarlas ambas;
porque no solo ya intenta
mi admiración apurar
quién, extraño monstruo, seas,
pero llevarte conmigo; 385
que he hecho a una zagala ofrenda
de lo que hoy cacé en el monte,

y será notable empresa
el ofrecerte a sus plantas,
y el asegurar la tierra. 390

LIRÍOPE No desesperado intentes
tan grande acción, porque arriesgas
tu vida.

ANTEO Ya no es posible
dejar de intentarlo.

LIRÍOPE Piensa
a lo que te atreves antes. 395

ANTEO No hay nada a que no me atreva
yo.

LIRÍOPE Pues será a tanto riesgo
como el de morir.

ANTEO ¿Qué esperas?
Dispara.

LIRÍOPE Sí haré. Mas ¡cielos!
Con la sobrada violencia 400
que alentar el tiro quise,
al arco rompí la cuerda.

ANTEO Sin duda, que yo consiga
esta victoria desean
los dioses.

LIRÍOPE Pues si has vencido 405
mis desdichas, no mis fuerzas,
mil pedazos te haré antes
que segunda vez me venzas.

(Luchan los dos.)

ANTEO Mal sabes quién es el joven
que te lidia; que aunque fueras 410
leona destas montañas,
humillara tu soberbia.

LIRÍOPE ¡Ay infelice de mí!
Ya que a tu valor sujeta
estoy, no me lleves sola; 415

que lleve conmigo deja
la otra mitad de mi vida.
¡Narciso!

ANTEO Los labios cierra.
No llames a quien te ampare,
porque, sin que te defiendan, 420
he de lograr esta dicha.

LIRÍOPE ¡Narciso!

ANTEO ¡Calle tu lengua!

(**Vanse los dos luchando**, **y sale** NARCISO.)

NARCISO La voz de mi madre he oído, [29]
que tristemente se queja
llamándome. Si ella misma 425
que no salga de la cueva
me manda, ¿cómo me llama?
(**Lejos** LIRÍOPE.)

LIRÍOPE ¡Narciso, adiós! Que me ausentan
de ti mis hados.

NARCISO ¿Qué escucho?
Pues, ¿cómo, madre, me dejas, 430
diciéndome desde lejos,
sin que yo donde estás sepa,
que los hados han dispuesto
hacer de mi amor ausencia?
El día que te esperaba 435
mi alma y vida más contentas,
porque esperaban saber
quién soy, y cómo me niegas
la libertad, ¡solamente
vuelven tus voces, y aun esas 440
no cabales, pues el viento
me está quitando las medias!
(**Lejos** LIRÍOPE.)

LIRÍOPE ¡Narciso, adiós!

NARCISO ¡Ay de mí!

¿Qué he de hacer sin ti en aquestas
montañas solo, ignorando 445
quién soy, y qué modo tengan
de vivir los hombres, pues
nada sino hablar me enseñas?
Y aun eso te perdonara
ahora, porque no tuvieran 450
en su abono las desdichas
el consuelo de las quejas.
Mi bien, mi madre, señora,
vuelve, vuelve a mí; no seas
tan ingrata que me dejes 455
a vivir entre estas peñas,
compañero de los troncos,
de sus brutos y sus fieras.
¿Qué enojo te he dado yo,
para que desta manera 460
huyas de mí? ¿No he vivido
siempre atento a tu obediencia?
¿Sé yo más de lo que tú,
madre, has querido que sepa?
Pues ¿para qué me castigas 465
con tan extraña sentencia?
¡Ay de mí! ¿Qué haré? La voz
hacia allí se oyó. Tras ella
iré, que no dudo que
mis lágrimas la detengan. 470
Ea, ¡adelantaos suspiros!,
decid que ya el llanto llega,
que le aguarde un breve instante,
que solo va a enternecerla.
Mas ¡ay triste!, que no sé 475
si el discurso acierta o yerra
en la elección de mis pasos,
que como es la vez primera
que de la cueva he salido,
no sé si yerra o acierta. 480

Dioses, mis plantas guiad;
cielos, socorred mis penas;
sol, alumbra mis sentidos;
inclinad mi arbitrio, estrellas;
fieras, doleos de mí; 485
aves, repetid mis quejas;
montañas, dadme salida;
troncos, decidme la senda,
pues a un infeliz, a quien
su misma madre le deja, 490
justo será que le amparen
dioses, cielos, sol, estrellas,
fieras, pájaros, montañas,
troncos, peñascos y selvas.

(**Vase**, **y salen** FEBO, **y** SILVIO **asidos de una cinta**, **y** SILENO, **y los** MÚSICOS, **y** ECO **deteniéndolos**, **y** LAURA, **y** SIRENE[(4)], **y** LIBIA.)

FEBO Antes perderé la vida 495
que no la cinta.
ECO Mirad
que estoy hoy aquí.
SILVIO Tu beldad
me perdone, y no me impida
el quedar con el listón, [29v]
ya que habiéndose caído 500
de tu cabello, yo he sido
el que en aquella ocasión
le llegó a alzar el primero.
FEBO Amor nunca en sus favores
gradúa los acreedores; 505
y aunque llegase postrero,
le he de llevar.
BATO ¿No advertís...
FEBO ¿Qué?
BATO ...que es muy civil contienda
por un listón que en la tienda

a veinte maravedís 510
vale la vara, luchar?

SILENO Si los dos habéis culpado
que mi prolijo cuidado
hoy me acuerde mi pesar,
diciéndome que no es día 515
de lágrimas el que veis,
¿cómo convertir queréis
en tristeza el alegría,
con que del templo volvemos?

SILVIO Como en cualquiera ocasión 520
los celos disculpas son,
aun de mayores extremos.

ECO Oídme a mí, sin que tengáis
más contienda ni porfía.
Si el listón, por prenda mía, 525
tanto los dos estimáis,
advertid que no merece
hasta ahora esta estimación,
pues no es favor un listón
que el viento acaso os ofrece 530
de mi cabello volado;
que aunque yo no entiendo nada
de amor, la ocasión tomada
ha de ser, y el favor dado.
Y así, hasta que yo le dé, 535
no le tengáis por favor;
volvérmele a mí es mejor
que yo después le daré
de mi mano a quién quisiere,
que con mi gusto le tenga. 540

FEBO Aunque mi temor prevenga
que nunca esa dicha espere,
el listón te restituyo.
(Dásele.)

SILVIO Yo también, aunque no creo
que jamás vuelva el deseo 545

a verse con favor tuyo.

BATO Si habértele vuelto aquí
es para que tú le des
al más galán, venga pues,
que claro es que es para mí. 550

SIRENE ¿Tú el más galán?

BATO ¿Por qué no?
¿Qué me falta para sello,
sino que caigan en ello
hoy los demás como yo?

SILVIO Ya que a ti restitüido 555
ese iris de colores,
que con tantos resplandores
lisonja del viento ha sido,
habemos los dos, te pido
que cumpla tu beldad rara 560
hoy su palabra. Declara
para cuál de los dos es,
como ofreciste.

FEBO No des
igual sentencia, y repara
que si yo te le volví, 565
por obedecerte fue
solamente, y no porque
merecerle presumí
jamás; y siendo esto así,
que no le des te prevengo, 570
que a ser tan infeliz vengo
en amar y padecer,
que aun temo que he de perder
la esperanza que no tengo.

SILVIO Yo tampoco la he tenido, 575
que el haber yo deseado
ver mi dolor declarado,
más desconfïanza ha sido,
que si a una duda rendido
tengo de morir, que acuda 580

es mejor mi fe desnuda [30]
de su desengaño el daño,
por morir del desengaño
si he de morir de la duda.

FEBO — Duda o desengaño infiero
hoy precisos; y pues no
es posible tener yo
la ventura que no espero,
vivir hoy dudoso quiero
antes que desengañado,
pues en mi infelice[(5)] estado
es lance menos penoso
el ser en duda dichoso,
que de cierto desdichado.

SILVIO — Poco ama aquel que, en su engaño
consolado, de su dama
no ama el favor.

FEBO — Menos ama
quien no teme un desengaño.

SILVIO — La duda es dolor extraño.

FEBO — Ese quiero padecer.

SILVIO — Querer dudar no es querer.

FEBO — Querer saber no es amar.

SILVIO — Pues yo no quiero dudar.

FEBO — Pues yo no quiero saber.

ECO — Vós que me declare, y vós
que calle solicitáis,
y yo en la duda en que estáis
he de igualar a los dos.
(**[Aparte.]** Deme, pues, el ciego dios
industria para que aquí
hable y calle. Solo así
el callar y hablar se infiere.)
El listón daré al que hiciere
mayor fineza por mí.

FEBO — Yo aceto la condición,
y solamente pudiera

ser esa la que pusiera
alas a mi presunción.
Fundolo en esta razón;
el merecer no está en mí, 620
y en mí está el servir; y así
puedo esperanza tener,
pues no está en mí el merecer
y el hacer finezas sí.

SILVIO Yo la condición no acepto, 625
porque si tan feliz fuera
que hacer finezas pudiera,
no las guardara a este efecto.
Nada un amor que es perfecto
reservó: siendo esto ansí, 630
bien la condición temí;
pues mi corazón constante
no podrá hacer adelante
más de lo que ha hecho hasta aquí.

(**Salen** ANTEO **y** LIRÍOPE.)

ANTEO Eco hermosa, a quien el cielo 635
dotó de tantos favores;
bellas zagalas, pastores,
honor del arcadio suelo,
vivid, vivid sin recelo
de aquel monstruo que con tantas 640
penas os asombró, que tantas
veces le visteis, pues ya
humilde y tendido está
besando de Eco las plantas.
En su nombre al monte fui, 645
y en el monte le encontré;
no es la admiración el que
os le haya traído aquí;
no el verle cubierto así
de cabello, no el andar 650

es lo que os ha de admirar;
sino el oírle hablar, que tiene
nuestra humana voz, que viene
a hacerle más singular.
Preguntadle, hablad con él, 655
que a todos responderá.

ECO Si hablar sabes, dinos ya
quién eres, monstruo crüel.

FEBO Respóndanos tu horror fiel
cuánto su esclavitud siente. 660

SILVIO ¿De qué especie diferente
eres?

SILENO ¿Sabes dónde estás?

LIRÍOPE Pues no puedo callar más,
escuchadme atentamente. [30v]
Yo, pastores de la Arcadia, 665
no soy, como presumís,
monstruo irracional, que soy
una mujer infeliz;
si bien no ha sido el engaño
muy notable, si advertís 670
que solo para ser monstruo
de la fortuna nací.
Estos valles, que están siempre
de un matiz y otro matiz
llenos, porque todo el año 675
no saben más que el abril,
fueron mi primer cuna:
¡pluguiese[(6)] a ese azul viril,
que tumba, y [no][(7)] cuna, hubiesen
sido entonces para mí! 680
Joven, mi hermosura apenas
empezaba a descubrir
en mis primeras auroras
algún agrado gentil,
cuando a descubrir también 685
empezó (esto permitid

que diga) que no vio el sol
una hermosura feliz.
Céfiro, un galán mancebo
(hijo del viento sutil, 690
por el nombre, que su padre
debió de llamarse así),
me vio en el prado una tarde,
y enamorado de mí,
a entender me dio su amor 695
cortésmente; que el carmín
respondió de mis mejillas,
parlero no, mudo sí.
Desde allí mi sombra fue,
y yo su luz desde allí, 700
pues no hice más que abrasar,
y él no hizo más que seguir.
¡Oh cuántas veces, oh cuántas
dar a los vientos le vi,
suspiros de ciento en ciento, 705
lágrimas de mil en mil,
sin que el buril ni la lima
del porfiar y el asistir,
pudiesen labrar mi pecho,
porque era diamante, en fin 710
defendido aun a las mellas
de la lima y del buril!
Desesperado su amor
de no poder conseguir
mi amor, y desesperado 715
de padecer y sentir,
una tarde que al ejido
apacentando salí
una manada de blancos
corderillos, que entre sí 720
retozando celebraban
la libertad del redil,
a mi Céfiro llegó,

y abrazándose de mí,
bien como al muro la yedra, 725
bien como al olmo la vid,
dijo: «Lo que no han podido
rendimientos conseguir,
consíganlo las violencias».
Y en este instante (¡ay de mí!) 730
el Céfiro arrebató
a los dos con tan sutil
movimiento, que a las nubes
volar sin alas me vi;
que como era padre suyo, 735
por no mirarle morir
de amor, le prestó sus alas:
¡Mirad qué piedad tan vil!
¿Quién vio contienda de amor
tan nueva, pues bien así 740
volábamos los dos como
la temerosa[(8)] perdiz
en las garras del azor,
la garza en las del neblí?
Viéndome desvanecer 745
al solicitar medir
la distancia de la tierra,
los ojos cerré, y me así [31]
al traidor hijo del viento.
¡Ah, qué abrazo es tan rüin 750
el que la necesidad
hace dar y no sentir!
Desta suerte, pues, conmigo
llegó el velero adalid
del yate a esa cumbre altiva, 755
a quien todo ese turquí
globo con su peso está
agobiando la cerviz.
Hay en sus duras entrañas
una oscura cueva. Aquí 760

de los piélagos vacíos
el humano bergantín
tomó puerto, a quien salió
un anciano a recibir.
Después os diré quién era, 765
porque ahora es fuerza decir
que honestando la traición
con la disculpa civil
de amor, que aun el enojar
es en nosotras servir, 770
llegó... Entendedlo vosotros,
y a mi vergüenza suplid
cosas, que para saberse
no se han menester oír.
¿Quién creerá que tan extraño 775
principio de amor su fin
tan cerca tuviese, que
su nacer fue su morir?
Todos lo creed; que apenas
coronada de jazmín 780
salió otra aurora, (no sé
si a llorar o si a reír),
cuando, ausente de mis brazos,
más a Céfiro no vi.
¿Qué hay que esperar del que finge 785
si el que ama procede así?
En poder de aquel anciano
caduco quedé... Ahora oíd
con más atención, porque
empieza otro caso aquí 790
no menos extraño. Este
Tiresias era el sutil
mágico que tantas veces
habréis oído decir
que asombraba con su ciencia 795
a los dioses, pues así
a ese encuadernado libro

de once hojas de zafir
le leía los secretos,
que muchas veces le vi 800
los futuros contingentes
anunciar y presumir.
¡Cuántas veces eclipsó
al sol puesto en su cenit,
y cuántas resplandecer 805
le hizo desde su nadir!
¡Cuántas a la blanca luna
la vistió de carmesí,
y cuántas a las estrellas
las vistió el oro de Ofir! 810
Porque se quiso igualar
a Júpiter, él allí
ciego y preso le tenía.
Consideradme ahora mí
presa allí y ciega también, 815
aborreciendo el vivir,
y las lástimas veréis,
con que mis penas sentís.
Sola una utilidad pudo
mi soledad adquirir, 820
que fue saber los sucesos
que de su ciencia aprendí,
principalmente en las causas
naturales a quien fui
más inclinada. No hay piedra, 825
flor, yerba ni hoja, que en fin
su naturaleza niegue...
Pero esto no es para aquí.
Un día, pues, aquel caduco
esqueleto me habló así: 830
«Yo he hallado por mis estudios
que ya el término cumplí [31v]
de mis alientos: hoy es
cuando tengo de morir.

No tengo que te dejar, 835
¡oh compañera gentil!,
de mis fortunas, si no es
lo que te voy a decir.
Encinta estás, un garzón
bellísimo has de parir. 840
Una voz y una hermosura
solicitarán su fin
amando y aborreciendo;
Guárdale de ver y oír».
Yo, viendo del vaticinio 845
ya los anuncios cumplir
en el parto y la belleza,
todo lo demás temí:
y así, sin querer jamás
de aquella cueva salir, 850
asegurando a Narciso
de sus peligros, viví
criándole, sin que llegase
a saber ni a discurrir
más de lo que quise yo 855
que él alcanzase, y en fin,
sin que otra persona viere
humana, sino es a mí.
Esta es la causa porque
viéndome tal vez huir 860
por el monte los pastores,
escándalo suyo fui.
Mas ya que ha querido el cielo
mis secretos descubrir,
rendida de aqueste joven, 865
todos conmigo venid
por mi hijo, pues es fuerza
ya entre vosotros vivir.
Fuera de que ya el discurso
suyo le empieza a afligir 870
y no dudo que su pena

le acabe al verse sin mí.
Y para que me creáis
todo cuanto os repetí,
por si oístis alguna vez 875
mi suceso referir,
y hay alguna entre vosotros
que ahora se acuerde de mí;
yo, que en los inquietos mares
de la fortuna corrí 880
tan graves tormentas; yo,
que al nunca mudo clarín
de la fama voladora
tantos asuntos le di;
yo, que al teatro del mundo 885
cómica tragedia fui;
yo, ejemplo del padecer;
yo, epílogo del sentir;
yo, cifra del suspirar,
del llorar y del gemir, 890
la hija soy de Sileno,
Liríope la infeliz.

SILENO ¡Ay hija del alma mía!
Deja que una vez y mil
tu cuello enlace. Yo soy 895
Sileno, y pues merecí
a la que muerta lloré,
viva abrazar, ver y oír,
venga la muerte, pues ya
no tengo más que vivir. 900

LIRÍOPE Humilde a tus pies estoy,
aunque la vergüenza aquí
me embaraza mucha parte
del contento que hay en mí.

ECO Los brazos albricias vean 905
de suceso tan feliz.

FEBO Aquí más dice el callar
que el decir puede decir.

SILVIO Con bien, Liríope, vuelvas
a esta campaña gentil. 910
BATO Yo, hasta veros desollada
del pellejo que vestís,
aún no me atrevo abrazaros.
ANTEO Dichoso mil veces fui,
pues traer tanta alegría 915
puede al valle conseguir. [32]
LIRÍOPE Mayor será cuando todos
veáis a mi hijo, en quien sutil
esmeró naturaleza
sus perfecciones. Venid 920
conmigo a la cueva donde
me espera: hallaréis allí
bruto el más bello diamante,
y tosco el mejor rubí.

(Salen.)

[SILENO][(9)] Guía, Liríope mía. 925
ECO Todos habemos de ir
juntos.
FEBO ¿Quién se quedará
sin ver deste caso el fin?
BATO Yo, que si no hay que fïar
de una mujer mansa, di, 930
¿qué habrá que fïar de aquesta
tan montaraz y cerril?
SILVIO Vamos todos.
TODOS Vamos todos.
LIRÍOPE Vamos, mis pasos seguid.
Narciso, no te entristezca 935
mi ausencia, ya voy tras ti.

Jornada II

Salen todos los del templo que acabaron la primera jornada.

LIRÍOPE Mil veces infeliz fui.
FEBO Oye.
SILENO Aguarda.
ECO Escucha.
SILENO Espera.
NISE Mira.
ANTEO Advierte.
SIRENE Considera.
LIRÍOPE No hay consuelo para mí,
habiéndome sucedido 5
una desdicha tan nueva,
pues Narciso de la cueva
falta. Jamás ha salido
della, sino solo hoy,
y ya su muerte recelo. 10
¡Narciso! ¡Narciso! Al cielo
en vano estas voces doy.
Sin duda, el haber tardado
tanto el venir aquí yo,
de la cueva lo sacó. 15
¡Oh, máteme mi cuidado!
ANTEO No te aflijas, que pues él
en este monte ha de estar,
yo te lo sabré buscar.
TODOS Todos iremos.
LIRÍOPE Crüel 20
fortuna ha sido la mía.
¡Narciso! Yo estoy mortal.
SILENO ¡Ay dioses!, ¿cuándo cabal
sucederá una alegría?
SILVIO Discurriendo el monte vamos 25
llamándole, pues será
cierto el responder.
LIRÍOPE No hará;
porque si así le buscamos,

él, que nunca gente vio,
más es fuerza que se esconda, 30
que no a las voces responda.
Mas oíd lo que pensó
mi ingenio: para que venga
buscándonos, ha de haber
una industria.

TODOS ¿Qué ha de ser? 35

LIRÍOPE No hay cosa que con él tenga
más fuerza para atraelle,
que oír[(10)] música; y siendo así
divididos desde aquí,
cantando para movelle 40
todos id.

FEBO Con Laura esta
falda al monte correré.

SILVIO Y yo con Sirene iré
penetrando esta floresta.

ANTEO Yo con Silvia, hasta la cumbre 45
de ese monte he de subir.

SILENO Yo con Eco he de medir
su más alta pesadumbre.

BATO Y yo con Nise también,
he de entrar a ese jaral, 50
y si cantáremos mal,
por Eco aullaremos bien.

LIRÍOPE Yo sin ley y sin aviso
por todas partes iré.
Cada uno cante lo que 55
sepa. ¡Narciso! ¡Narciso! [32v]

LAURA **(Canta.)**
Pues del monte la falda tocó a mis voces,
díganme de Narciso, fuentes y flores.

NISE **(Canta.)**
Pues a mí de las selvas tocó lo alegre,
de Narciso me digan flores y fuentes. 60

SIRENE **(Canta.)**

Pues tocó a mi acento medir la cumbre,
díganme de Narciso sombras y luces.

ECO **(Canta.)**
Y pues a mi afecto los riscos tocan,
de Narciso me digan luces y sombras.

LAURA ¡A la falda!

NISE ¡A la selva!

SIRENE ¡A la cumbre!

ECO ¡Al risco!

LIRÍOPE Oiga a todos y todas decir... ¡Narciso![11]

MÚSICA ¡Narciso! ¡A la falda, a la selva, a
la cumbre, al risco!

(**Vanse y sale** NARCISO.)

NARCISO Aunque la süave voz
de mi madre me parece
que oigo, sombra es que me ofrece
sin cuerpo el aire veloz;
pues hallarla no he podido,
por más que al monte he bajado.
Ya el aliento me ha faltado,
aquí moriré rendido
al cansancio, aunque no es
él el que más me fatiga,
sino la sed; y así diga
de aquella agua el ruido, pues
para darme alivio, diciendo corre...

LAURA **(Canta.)**
Díganme de Narciso fuentes y flores.

NARCISO Pero ¿qué voz es esta que me suspende?

NISE Díganme de Narciso flores y fuentes.

NARCISO Como ya en dos partes quiere que escuche...

SIRENE De Narciso me digan sombras y luces.

NARCISO Y aun en tres, supuesto que dice esotra...

ECO Díganme de Narciso luces y sombras.

NARCISO Por seguir a todas ninguna sigo.

TODOS ¡A la falda, a la selva, a la cumbre, al risco!
LIRÍOPE Oiga a todos y todas decir: ¡Narciso!
NARCISO ¿Cómo, si a mí me llamáis,
sonoras hermosas voces,
volvéis huyendo veloces, 95
y no solo no le dais
un alivio a mi sentido,
mas trocándole en agravio,
me embarazáis el del labio,
por irme tras del oído? 100
Y pues de vosotras mal
puedo percibir las señas,
el ruido que entre estas peñas,
no menos dulce el cristal
hace, su aliento me dé, 105
siendo la primera vez[(12)] esta
que afán el llegar me cuesta
al agua; pues no dejé
nunca la cueva hasta hoy,
donde un alcornoque era 110
taza menos lisonjera
de la que mirando estoy
guarnecida de yerbas y flores, donde...
LAURA Díganme de Narciso fuentes y flores.
NARCISO Mas la voz a pararme, diciendo vuelve... 115
NISE De Narciso me digan flores y fuentes. [33]
NARCISO Si es que a mí me buscas, ¿por qué me huyes?
SIRENE Díganme de Narciso sombras y luces.
NARCISO Pues que no me alivias, ¿por qué me estorbas?
ECO Díganme de Narciso luces y sombras. 120
LIRÍOPE Repitiendo a un tiempo tonos distintos,
oiga a todos y a todas decir: ¡Narciso!
NARCISO Pues a todos escucho, y a nadie veo,
vuelvo al agua. Mas ¿cómo si oigo este acento?
LAURA **(Canta.)**
Es el engaño traidor, 125
y el desengaño leal,

el uno dolor sin mal
y el otro mal sin dolor.

NARCISO Solo aquella voz pudiera
ser rémora de un sediento. 130
Seguir quiero de su acento
la música lisonjera.

NISE **(Canta.)**
Si acaso mis desvaríos
llegaren a tus umbrales,
la lástima de ser males 135
quite el horror de ser míos.

NARCISO Pero más cerca desta suena,
aunque una y otra me encanta;
y aquella tan dulce canta,
mas esotra me enajena 140
de mí mismo, porque tiene
más agrado y más dulzura.
Por esta verde espesura
el buscarla me conviene.

SIRENE **(Canta.)**
Ven, muerte, tan escondida 145
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva a dar la vida.

NARCISO En lo alto de aquellas peñas
otra dulce voz sonó, 150
que nuevamente borró
de las pasadas las señas.

ECO **(Canta.)**
Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento 155
en todo lo que no digo.

NARCISO ¡Válgame el cielo! Esta sí
que es reina de todas ellas,
que aunque por dulces y bellas
juzgué las que hasta ahora oí, 160

con más fuerza ha suspendido
esta con mayor empeño.
¡Qué hermoso será su dueño,
pues vence por el oído
dos afectos, que en rigor 165
son con fuerza desigual...!

LAURA **(Canta.)**
El uno dolor sin [mal,
y el otro mal sin dolor.]

NARCISO Voz que postrando mis bríos,
mis males creces mortales... 170

NISE **(Canta.)**
La lástima de ser males,
[quite el horror de ser míos.]

NARCISO No quisiera ver rendida
la vida a tanto sentir...

SIRENE **(Canta.)**
Porque al placer [del morir 175
no me vuelva a dar la vida.]

NARCISO Lo que siento, mal me obligo
a que lo diga mi aliento...

ECO **(Canta.)**
Y aun no cabe [lo que siento
en todo lo que no digo.] 180

NARCISO En mil partes divididos
mis cuidados, son despojos
del viento. Ved algo, ojos,
o no escuchéis tanto, oídos.

(**Canta cada uno su copla**, **y sale** ECO.)

ECO Hacia aquesta parte yo 185
he de penetrar lo ameno
destas intrincadas breñas,
una y otra vez diciendo...
(Canta.)
Solo el silencio testigo

[ha de ser de mi tormento, 190
y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.]

NARCISO Pájaro destas montañas,
que con süaves acentos
tan sonoramente eres 195
dulce confusión del viento;
si entre el oído y el labio,
dudoso, absorto y suspenso [33v]
me vi, sin saber quién es
mi más poderoso afecto, 200
pues el oír el cristal
que me llamaba sediento,
sediento también me llama
el aire que a beber vuelvo.
¿Cómo de una sed y otra 205
tanto has trocado el afecto,
que en vez que labios y oídos
beban agua y aire, has hecho
que beban fuego los ojos,
y tan venenoso fuego, 210
que para explicarle es fuerza
pensar que en tu estilo mesmo...

ECO Solo el silencio testigo
[ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento 215
en todo lo que no digo.]
Bruto diamante, que mal
pulido de ese grosero
tosco traje, brillar dejas
el alma que ocultas[(13)] dentro; 220
no menos suspensa yo
quedé al mirarte, supuesto
que absorta, helada y confusa,
solo a responderte acierto
con lo mismo que cantaba. 225
(Canta.)

Y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

NARCISO Parecidas, según eso,
son nuestras dos suspensiones,
tanto, que los dos diremos, 230
tú, por si a mí me respondes,
yo, por si a ti me parezco...
(Cantan los dos.)
Solo el silencio [testigo
ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento 235
en todo lo que no digo.]

NARCISO ¿Quién eres?

ECO Una mujer.

NARCISO La segunda eres que veo,
y aun la primera pudiera
decir, pues a lo que entiendo 240
no era mujer para mí
la primera que vi, puesto
que en mi pecho no encendió
nunca tan activo fuego
como tu voz y tu vista 245
han encendido en mi pecho.
¿Adónde vas por aquí?

ECO A solo buscarte vengo,
y con desear hallarte,
estimara, a lo que pienso, 250
no haberte hallado, porque
hoy en ti, más que hallo, pierdo.

NARCISO ¿Conocíasme?

ECO Yo no.

NARCISO Pues ¿cómo en este desierto
a quien no conoces buscas? 255
¿Úsase en el mundo eso
de que busquen las mujeres
a quien no conocen?

ECO Presto

la causa que me ha traído[(14)]
sabrás.

NARCISO Dila, pues.

ECO ¡Sileno![(15)] 260

NARCISO ¿A quién llamas? ¿Qué pretendes?

ECO ¡Febo, Bato, Silvio, Anteo!

NARCISO Tú quieres matarme, como
si ya no me hubieras muerto.

ECO ¡Sirene, Liríope, Nise! 265
Venid todos a este puesto,
que ya yo he hallado a Narciso.

(Salen todos.)

SILVIO Llamado de tu voz vengo.

ANTEO De tu voz vengo traído.

SILENO Alas me ha dado tu acento. 270

FEBO Aquí Eco hermosa llamaba.

SIRENE Pues todos llegan, lleguemos.

NARCISO ¿Tanta gente hay en el mundo?

LIRÍOPE ¡Felice yo que te veo!

NARCISO Pues ¿cómo, madre, a buscarme 275
vienes con todos aquestos?

SILENO Pedazos del corazón,
dadme los brazos.

NARCISO Teneos,
y si me ha de abrazar alguien,
sea aquella que estoy viendo, 280
quien es, me di, y lo que intentas,
madre, porque estoy suspenso,
tan notables diferencias
de rostros y trajes viendo.

LIRÍOPE Despacio sabrás tu historia. 285

SILENO Dices bien, que ahora no es tiempo
de detenernos[(16)] aquí. [34]
Juntos al valle bajemos:
allá mudarás de traje

y oirás todos tus sucesos, 290
hermoso Narciso mío.

FEBO Perdonadme mi atrevimiento,
Sileno, y dadme licencia
para dar al zagalejo,
mientras vós le hacéis vestido, 295
un pellico, que por nuevo
irá con mejor disculpa.

SILENO La merced os agradezco.

FEBO Yo me adelanto a envïarle,
y desocupado desto, 300
amor, intenta finezas
que hacer por su hermoso dueño. **(Vase.)**

SILVIO Dadme liciones de cómo
obligue un desdén, deseos. **(Vase.)**

SILENO ¡Dichoso yo, que he vivido 305
hasta haber mirado esto! **(Vase.)**

ANTEO Dicha he tenido en ser yo
deste acaso el instrumento. **(Vase.)**

LIRÍOPE Sigue, Narciso, mis pasos,
que ya no es patria el desierto. 310

NARCISO Muchas cosas he admirado,
pero una sola me he muerto. **(Vase.)**

ECO Mas, que según son las penas
que dentro del alma siento,
vienen a ser nueva historia 315
del mundo Narciso y Eco. **(Vase.)**

BATO ¡Ah Sirene!

SIRENE ¿Qué me quieres?

BATO Algo es lo que te quiero,
para que sepas en algo
el mal gusto que yo tengo. 320

SIRENE Peor le tuviera yo,
si te quisiera a ti.

BATO Niego
que, cada cosa en su tanto,
todo es malo y nada es bueno.

Pero esto aparte, entre tanto 325
que a nuestros amos siguiendo
vamos; ¿tú no me dirás
una verdad?

SIRENE Yo la ofrezco.

BATO No la cumplirás, que no
estás enseñada a hacerlo. 330
Pero vaya. Yo, Sirene,
soy muy grande majadero.

SIRENE Grandísimo.

BATO ¡Voto al sol,
que ahora he caído en ello,
desde que estó viendo cosas, 335
que son cosas que estó viendo
sin entenderlas, Sirene!

SIRENE ¿Qué cosas?

BATO Pues, ¿hay suceso
tan extraño, como haberse
hallado hoy mi amo Sileno 340
aquí una hija salvaje,
con un salvajito nieto,
y haberme de ir yo ahora
a casa a vivir con ellos?

SIRENE Pues eso ¿qué importa?, di. 345

BATO Tú no sabes, según eso,
lo que [es][(17)] tratar con salvajes.

SIRENE Bato, no lo son aquestos,
sino una mujer y un hombre.

BATO Esos, a lo que yo entiendo, 350
son los peores salvajes,
la vez que llegan a serlo.

SIRENE Pues ¿has visto tú en tu vida
garzón más hermoso y bello
que Narciso?

BATO Ya estarás 355
caprichosa; mas no es nuevo
agradarse de salvajes

las mujeres.

SIRENE ¡Oh mal fuego
en tu lengua! ¿Qué mujer
se ha llegado agradar dellos? 360

BATO ¿Qué mujer? Todas aquellas
que iré, Sirene, diciendo.
Mujer hay que se enamora
de un disciplinante, viendo
que es tan gran salvaje que 365
a sí mesmo se da recio.
Mujer hay que se enamora
de un volatín, no atendiendo
que es tan gran salvaje que
anda en aire habiendo suelo. 370 [34v]
Mujer hay [que] se enamora
de un toreador, advirtiendo
que es tan gran salvaje que
espera a otro cuerpo a cuerpo.
Mujer hay que se enamora 375
de un danzante, conociendo
que es tan gran salvaje que
se muele a compás los huesos.
Mujer hay que se enamora
de uno que esgrima, sabiendo 380
que es tan gran salvaje que
pone sus ojos a riesgo.
Mujer hay que se enamora...

SIRENE Tente, que saber no quiero
más.

BATO Pues ahora empezaba. 385

SIRENE Divertidos, en efecto,
con tus locuras, al valle
hemos llegado.

BATO Y habiendo
dejado en casa a los dos,
se va el acompañamiento. 390

SIRENE Cada uno a su ganado

querrá acudir.

BATO Si no es Febo,
que a la soledad se vuelve.

(**Sale** FEBO.)

[FEBO] Sirene, a buscarte vengo.
SIRENE ¿En qué puedo yo servirte? 395
BATO Yo por no estorbar me ausento,
y también por ir a ver
qué hacen los huéspedes nuevos.
FEBO Pues nadie, Sirene, ignora
en el valle la firmeza, 400
con que la rara belleza
de Eco mi atención adora,
no habré menester ahora
repetirle, y pues aquí
estabas cuando (¡ay de mí!) 405
un favor depositó
para una fineza, yo
le pienso ganar por ti,
Sirene, supuesto que eres
hoy tú la zagala a quien 410
Eco ha querido más bien,
y en tu gracia te prefieres,
si dar vida a un muerto quieres,
procura saber en qué
más agradarte podré; 415
que las finezas no son
de mayor estimación,
por grandes, Sirene, que
por la ocasión en que llegan.
SIRENE No tienes que decir más. 420
Cuanto yo sepa, verás
que mis labios no te niegan.
FEBO Eso mis ansias te ruegan.
SIRENE Ya te digo que lo haré,

y nada te callaré. **(Vase.)** 425

FEBO ¿Quién mayor tormento alcanza,
que el que ama sin esperanza
a una hermosura sin fe?
Apenas el invierno helado y cano
este monte con nieves encanece, 430
cuando la primavera le florece,
y el que helado se vio, se mira ufano.
Pasa la primavera, y el verano
los rigores del sol sufre y padece.
Llega el fértil otoño, y enriquece 435
el monte de verdores, fruta el llano.
Todo vive sujeto a la mudanza.
De un día y otro día a los engaños
cumplen un año, y este al otro alcanza. [35]
Con esperanza sufre desengaños 440
un monte, que a faltarle la esperanza,
ya se rindiera al poso de los años.

(**Sale** LIRÍOPE **y** NARCISO.)

LIRÍOPE ¿Has estado atento?

NARCISO Sí,
y todo cuanto me has dicho
en la memoria lo tengo 445
y en el corazón escrito.
Y para que lo conozcas,
el haber, madre, nacido
en los montes, y el haber
criádome en tal retiro, 450
todo para en que yo tengo
en las estrellas previsto
que una voz y una hermosura,
con efectos distintos,
amando y aborreciendo, 455
son mis mayores peligros.

LIRÍOPE Pues haz por guardarte[(18)] dellos,

considerando, Narciso...

NARCISO ¿Qué?

LIRÍOPE Que tú solo no más
podrás guardarte a ti mismo. 460

NARCISO De todo advertido ya,
licencia, madre, te pido
para ir a ver por el valle,
lo que otras veces he visto.
Sepa yo de los pastores 465
los diversos ejercicios,
el modo de apacentar
los ganados, el estilo
de las labranzas del campo;
y ya que libre me miro, 470
débales algo a los ojos
hoy mi natural instinto,
que no todas las noticias
deber tengo a los oídos.

LIRÍOPE Aunque con algún temor 475
la licencia te permito;
mas porque no vayas solo,
quiero que vaya contigo
un crïado de mi padre,
que te informe y te dé aviso 480
de todo. ¡Bato!

(**Sale** BATO.)

[BATO] Señora.

LIRÍOPE Hoy de tu despejo fío
mi temor. Narciso quiere
ir a ver todo el ejido,
y conocer los pastores 485
de aqueste valle vecinos.
Llévale por ahí, y dél
no te apartes. Advertido
escucha, Bato, lo que

a solas aquí te digo. 490
No le dejes con ninguna
zagala hablar.

BATO No me obligo
a esto solo, porque es
muy desapacible oficio
el estorbador, y yo 495
a lo contrario me inclino.
Mas en fin es hacer gusto,
y muero por ser bienquisto.

LIRÍOPE Tú harás lo que yo te encargo.
¡Mejorad, dioses divinos, 500
del hado las amenazas! **(Vase.)**

BATO Buena comisión ha sido
la que tu madre me ha dado.
¿Quién en el mundo habrá visto
que los Batos ayos sean? 505

NARCISO Ea, vamos, Bato amigo,
discurriendo todo el valle.

BATO Discurramos.

NARCISO ¿Qué edificio
es aquel?[(19)]

BATO ¿Aquel? Un templo
de Apolo, eminente y rico. 510

NARCISO Es muy justo que los dioses
tengan lugar más altivo,
que aun en lo material deben
ser al hombre preferidos.
El haber mirado estimo 515
el edificio dorado
entre los demás pajizos.

ANTEO **(Dentro.)**
Yo os pondré en paz, voto [al sol][(20)] [35v]
si la honda me desciño.

NARCISO ¿Qué es aquello?

BATO Están lidiando 520
allí dos fuertes novillos

de Anteo, y él los desparte
con la honda y con el silbo.

NARCISO ¿Quién es Anteo?

BATO Un zagal
el más valiente que ha habido 525
en toda Arcadia.

NARCISO ¿Y qué es
ser valiente?[(21)]

BATO Haberlo él dicho.

NARCISO ¿Cúyo ha sido aquel rebaño?

BATO Si has de matarme, Narciso,
a pescudas, ¿no es mijor 530
tomar aqueste cochillo
y degollarme con él,
que con el de palo?

NARCISO Digo
que no preguntaré más.[(22)]
¿Cúyo aquel rebaño ha sido, 535
que de ese monte a ese valle
desciende en tan excesivo
número, que tras sí trae
descabellados los riscos?

BATO De Febo, que es el pastor 540
más discreto y entendido
que tiene toda la Arcadia.

NARCISO ¿Y en qué, dime, ha consistido
el ser entendido un hombre?

BATO En dar otros en decirlo, 545
porque una misma razón
dicha de dos, ya se ha visto
ser en el uno agudeza
y en el otro desatino.

NARCISO ¿Y aquel ganado que llega, 550
amenazándole al río,
que ha de agotar su corriente?

BATO ¿Quién me ha encontrado contigo?
De Silvio, que es el pastor

más galán.

NARCISO ¿Y en qué ha caído 555
ser galán?

BATO En parecerlo,
siendo al uso talle y brío.

NARCISO Pues ¿hay usos en los talles?

BATO Sí. Yo me acuerdo haber visto
usarse un año a los pechos 560
y otro año a los tobillos:
y esto no es mucho, que en fin
consistía en los vestidos.
Mas en las caras me acuerdo
el tener usos distintos 565
las mujeres.

NARCISO ¿En las caras,
qué naturaleza hizo
uso?

BATO Un tiempo que se dieron
en usar ojos dormidos,
no había hermosura despierta, 570
y todo era mirar bizco.
Usáronse ojos rasgados
luego, y dieron en abrirlos
tanto, que de temerosos,
se hicieron espantadizos. 575
Las bocas chicas, entonces,
era de lo más valido,
y andaban por estas calles
todos los labios fruncidos.
Dieron en usarse grandes, 580
y en aquel instante mismo,
se desplegaron las bocas,
y dejando lo jarifo
de lo pequeño pusieron
su perfección en limpio 585
de lo grande, hasta enseñar
dientes, muelas y colmillos.

ECO **(Canta.)**
Pues el sol y el aire
turban mi color,
hécelo de envidia 590
el aire o el sol.
NARCISO ¿Quién es esta, que un rebaño
trae de blancos corderillos,
dando a entender que se dejan
apacentar los armiños? 595
BATO Esta es Eco, la más bella
zagala que el sol ha visto.
NARCISO ¿Qué será que al verla yo
pierdo todos mis sentidos,
y este pesar que me hace 600 [36]
se le agradezco y estimo,
dejándome engañar dél,
creyendo que es regocijo?
BATO A la fe, que esos extremos
de amor son. De resistirlos 605
trata al principio, porque
solo podrás al principio.
ECO **(Canta.)**
Pues el sol y el aire
[turban mi color,
hécelo de envidia 610
el aire o el sol.]
NARCISO Si una voz y una hermosura
me amenazan con castigo,
de su hermosura y su voz
huyamos, Bato.

(**Sale** ECO **y** SIRENE.)

ECO Narciso... 615
NARCISO Hermosa zagala.
ECO Mucho
verte en este traje estimo.

¿Cómo te parece el valle?
¿No es más ameno este sitio
que el monte donde naciste? 620

NARCISO Si en él tu belleza admiro,
no solo mejor que el monte,
mejor será que el Eliseo.
Mas quédate. Adiós.

ECO ¿Por qué
te vas tan presto?

NARCISO Imagino 625
que me importa el ausentarme.

ECO ¿Cómo?

NARCISO Como habiendo sido
una voz y una hermosura
mis dos mayores peligros,
y concurriendo en ti entrambos, 630
el huir de ti es preciso;
que es un encanto tu voz
y tu hermosura un hechizo. **(Vase.)**

BATO Criarse quiere este muchacho.

ECO Sirene, ¿qué es lo que miro? 635
¿Zagal hay que, al darle yo
ocasión, tiemblo el decirlo,
de hablar conmigo, se ausenta,
huyendo de hablar conmigo?
Y aun no extraño tanto, no, 640
que él pueda, pierdo el sentido,
consigo acabarlo, como
que yo no pueda conmigo,
viéndole ausentar de mí,
acabar de no sentirlo. 645
Yo, que la más celebrada
pastora soy que ha tenido
la Arcadia; yo, que de tantos
idolatrada me he visto,
¿al desaire de un rapaz, 650
tan grosero como lindo,

tantas vanidades postro,
tantas altiveces rindo,
que confiese que lo siento?
Mas, ¡ay de mí!, ¿de qué me aflijo? 655
Que ninguna siente más
los desaires que la hizo
la libre condición de uno,
que quien ufana ha rendido
la esclava pasión de todos, 660
porque en efecto es preciso
que todo estilo se extrañe,
cuando es extraño el estilo.

SIRENE No de esa manera sientas
un acaso sucedido 665
tan acaso.

ECO Si supieses
lo que siente el pecho mío,
¡ay Sirene!, no culparas
estos extremos que has visto.
Desde el instante que vi 670
la hermosura de Narciso,
vivo pensando que muero,
muero pensando que vivo.

(**Salen por los dos lados** SILVIO **y** FEBO.)

FEBO ¡Qué escucho, cielos! ¿Tú quejas?

SILVIO ¿Tú extremos? Cielos, ¡qué miro! 675

FEBO ¿Tú llanto?

SILVIO ¿Tú sentimiento?

FEBO ¿Tú lagrimas?

SILVIO ¿Tú suspiros?

ECO Esto solo me faltaba.

SILVIO Mirando que sus divinos
ojos más perlas congelan, 680
que no del alba el rocío,
al cielo pediré albricias.

FEBO Yo al ver que en dos bellos hilos [36v]
de aljófar hoy se desata
todo el campo del Olimpo, 685
el pésame daré al cielo.
SILVIO Alegre a su voz me rindo,
porque este apacible llanto
con sus ternezas me ha dicho
que sabe sentir su pecho. 690
FEBO Triste hoy a sus pies me humillo,
porque me ha dicho este llanto
que hay algo que ella ha sentido.
ECO ¡Oh qué mal contento, amor,
eres, pues que no ha podido 695
despicarte de un amado,
tener dos aborrecidos!
SILVIO Si en el desear, ¡oh Febo!
hacer finezas compito
con tu amor, en esta acción 700
más Eco[(23)] a mí me ha debido.
FEBO ¿De qué suerte?
SILVIO Desta suerte.
Oye, pues es tuyo el juicio.
ECO Por disimular mis penas
habré por fuerza de oírlo. 705
SILVIO Tan rara es, tan peregrina
de Eco la belleza ufana,
que no creyéndola humana,
la adoré como divina.
Hoy, pues, que al[(24)] llanto se inclina, 710
mayor esperanza alcanza
mi amor; luego en confianza
tal debe mi pensamiento
estimar su sentimiento,
pues dél nace mi esperanza. 715
FEBO Yo desde el punto que vi
a Eco, siempre la adoré
como divina, y aunque

llorar ahora la vi,
humana no la creí, 720
con que persuadirme intento,
que siente mi atrevimiento,
porque a ser divina alcanza;
luego debe mi esperanza
morir de su sentimiento. 725

SILVIO Suceder en el amor
lo que en un enfermo suele,
que ninguno dél se duele,
si no sabe qué es dolor.
Luego sentir fuera error 730
el verla sentir aquí;
pues viendo que siente así,
podrá más piadosamente
obligarla lo que siente
a que se duela de mí. 735

FEBO Que solo se compadece
el que padece un dolor,
concedo; y así, mi amor
del suyo se compadece.
Si a ti su dolor te ofrece 740
alivio, porque de ti
se duela, yo al revés fui,
pues es más justo que yo
me duela della, que no
que ella se duela de mí. 745

SILVIO Si yo remediar pudiera
con mi dolor su dolor,
el no hacerlo fuera error.

FEBO Yo de cualquiera manera
sentir su dolor quisiera. 750

SILVIO Hacer no es contra decoro
dél conveniencia.

FEBO Ello ignoro,
¿qué mayor inadvertencia,
que el hacer yo conveniencia

del dolor de lo que adoro? 755

ECO Atentamente he escuchado
de uno y otro la importuna
competencia, y que ninguna
se declara en mi cuidado.
En ti ni en ti he estimado 760
consuelo ni compasión,
y puesto que iguales son
del que estima y del que llora
los afectos, hasta ahora
no es de ninguno el listón. **(Vase.)** 765

SILVIO ¡Plegue amor, pues ofendida
dél en mi agravio te empleas, [37]
que de quien amas te veas
quejosa y aborrecida! **(Vase.)**

FEBO Eso a los cielos no pida 770
mi voz; mejor es que así
aborrezcas, pues aquí
quieren más mis penas fieras,
a trueco que a nadie quieras,
que me aborrezcas a mí. 775
¡Ay, Sirene! ¿Qué haré yo,
me di, si es que algo has sabido,
que en el mar de mis desdichas
me pueda[(25)] servir de alivio?

SIRENE Sola una cosa.

FEBO ¿Cuál es? 780

SIRENE Olvidar.

FEBO Sin duda has visto
desahuciada mi esperanza,
pues la recetas olvido,
que es sepulcro del amor.

SIRENE Mal haré si no te digo 785
lo que sé, ya que has fiado
tu dolor del pecho mío.
Eco no puede quererte,
y no tan común ha sido

su desdén, que no le haya 790
postrado...

FEBO ¿A quién?

SIRENE ...a Narciso.

FEBO ¡Ay, Sirene! Mal has hecho...

SIRENE ¿En qué?

FEBO En habérmelo dicho.

SIRENE Tú ¿no me has preguntado?

FEBO Sí, mas por aqueso mismo 795
no decírmelo debieras;
pues cuando un celoso quiso
saber, quiso no saber;
y pues no estaba en mi arbitrio
no preguntarlo, estuviera 800
en el tuyo no decirlo.

SIRENE Aunque tarde esa lición
me das, Febo, solicito
pagártela yo con otra.
Nunca lo que está escondido 805
de mujer, quieras saberlo,
si has de sentir el oírlo. **(Vase.)**

FEBO Flores deste ameno valle,
troncos destos altos riscos,
aves deste manso viento, 810
fieras deste monte altivo,
pastores destas riberas,
ganados destos apriscos,
hermosuras destos campos,
cristales de aquestos ríos, 815
pues todos testigos fuisteis
del venturoso amor mío,
de mis desdichados celos
sed ahora también testigos.

(**Quédese suspenso sobre el cayado**, **y sale** BATO **y** NARCISO.)

BATO ¿Dónde vuelves?

NARCISO No lo sé; 820
que por más que me resisto,
no puedo más. A ver vuelvo
la beldad que en este sitio
dejé.
BATO Pues ya no está aquí.
NARCISO Dígasme, pastor amigo, 825
que sobre el cayado estribas
tan confuso y suspendido,
si a Eco, honor destas montañas,
por estos valles has visto.
FEBO Respóndate aqueste acero 830
(Vale a dar.)[(26)]
en tu púrpura teñido.
Pero no, que no he de hacerte
yo infeliz, porque te hizo
feliz tu amor. Vive, joven,
ufano y desvanecido; 835
que yo no quiero tomar
más venganza que en mí mismo,
pues tú no tienes la culpa
de querer a quien te quiso,
y yo sí de haber amado 840
a la que me ha aborrecido. **(Vase.)**
NARCISO ¿Qué es esto, Bato?
BATO ¿Qué quieres
que sea, si inadvertido[(27)]
preguntas por Eco a quien
a Eco adora?
NARCISO ¿Qué esquivo 845
veneno en esta palabra
me has dado por el oído,
que ha corrido al corazón [37v]
tan vario, que a un tiempo mismo
me abraso y tiemblo, alternando[(28)] 850
yelo ardiente y fuego frío?
BATO El que tú a Febo le diste.

NARCISO Y Febo, di, Bato amigo,
¿es de Eco querido?
BATO No,
antes siempre aborrecido 855
vivió.
NARCISO La mitad del peso
has quitado a mis sentidos;
que aunque arde el yelo, es templado,
y aunque yela el fuego, es tibio.

(**Sale** ECO.)

[ECO] (**[Aparte**.**]** Mejor es que de una vez 860
se declare el dolor mío.)
Narciso, a buscarte vengo.
NARCISO (**[Aparte**.**]** Ya el ver que a buscarme vino,
me quitó la otra mitad;
pues si no hubiera venido 865
a buscarme, fuera yo
a buscarla.) ¿En qué te sirvo?
ECO En escucharme. (**[Aparte**.**]** Cantando
lo diré, por si le obligo
más con mis voces.)
BATO Yo quiero 870
dar a Liríope aviso
de aquestos extremos, pues
yo no basto a resistirlos. **(Vase**.**)**
ECO **(Canta**.**)**
Bellísimo Narciso,
que a estos amenos valles, 875
del monte en que naciste,
las asperezas traes.
Mis pesares escucha,
pues deben obligarte,
cuando no por ser míos, 880
solo por ser pesares.
Amor, sabes con cuánta

vergüenza llego a hablarte,
y no dudo ni temo
que tú también lo sabes. 885
Si atiendes los colores
que en el rostro me salen,
la púrpura y la nieve
variada por instantes;
porque cada suspiro, 890
que en efecto son aire,
camaleón de amor
se muda mi semblante.
Desde el primero día
que al monte fui a buscarte, 895
y te hallé la primera
entre sus soledades,
mi vida a tu hermosura
rindió sus libertades.
Haciendo tu extrañeza, 900
de mi altivez donaire,
que aunque estaba tan bruto
entonces el diamante
de tu pecho, ya daba
muestra de sus quilates. 905
Eco soy, la más rica
pastora destos valles;
bella decir pudieran
mis infelicidades;
que de amor en el templo, 910
por culto a sus altares,
de felices bellezas
pocas lámparas arden.
Todo aquese océano
de vellones, que hace 915
con las ondas de lana
crecientes y menguantes,
desde aquella alta roca
hasta esta verde margen,

esmeraldas paciendo 920
y bebiendo cristales,
todo es mío; no hay
pastores que la guarden,
que a mi sueldo no vivan
atentos y leales. 925
Todo a tus pies ofrezco,
y no porque a rogarte[(29)]
lleguen hoy mis ternezas,
imágines que nacen
en la constancia mía 930
de usadas liviandades,
supuesto, bello joven, [38]
que no puede obligarme,
sino es de ser tu esposa,
a que mi amor declare, 935
porque tengas en mí
siempre firme y constante
un alma que te adore,
un pecho que te ame,
una fe que te estime, 940
un nudo que te enlace,
atención que te sirva,
amor que te regale,
deseo que te obligue,
cuidado que te agrade. 945
Y si estos rendimientos
no pueden obligarte,
triste, confusa, ciega,
muda, absorta, cobarde,
infelice, afligida, 950
me verás entregarme
tanto a mis sentimientos,
que en quejas lamentables
el aire, confundido
de mis voces, se alabe 955
porque Eco enamorada

se ha convertido en aire.

NARCISO Hecho había tu rigor
experiencias en tu pecho,
con que te iba mejor; 960
mal, Eco divina, has hecho
en declararme tu amor;
pues tan claramente arguyo,
que postrado mi albedrío,
yo ahora a despecho suyo 965
te dijera el amor mío,
si hubieras callado el tuyo.
Al buscarte a ti mi airada
pena, la tuya te tray,
con que ya, la acción mudada 970
ve las distancias que hay
de rogar a ser rogada,
sin reparar en el hado,
mi amor iba a ti rendido;
y en su riesgo he reparado, 975
que veo favorecido,
mas que vía despreciado.
Y así, no me digas, no,
tu amor, ni en tu vida esperes
ver que su luz me abrasó, 980
pues con saber que me quieres,
viviré contento yo.

ECO Oye, aguarda, espera, ten
el paso.

NARCISO Suelta la mano.

(**Sale** SILVIO.)

[SILVIO] **[Aparte.]** ¿Qué es lo que mis ojos ven? 985

ECO Escúchame.

NARCISO Será en vano.

ECO Narciso, mi amor, mi bien...

NARCISO No he de oírte.

SILVIO ¿Cómo así
sufro mis ofensas yo?
NARCISO Déjame.
ECO ¿De mí huyes?
NARCISO Sí. 990
SILVIO **[Aparte.]** ¿Quién mayor desdicha vio?
ECO Véngueme el cielo de ti.
SILVIO Si tú le pides al cielo
que dél te vengue (¡ah crüel!),
ya con mayor desconsuelo 995
pedir puede mi desvelo
que me vengue de ti y dél.
Y supuesto que él aquí
a ti, fiera, te ofendió,
y tú y él junto a mí, 1000
dél me vengaré, pues no
me puedo vengar de ti.
Advenedizo zagal,
que de ese monte eminente,
a solo aumentar mi llama, 1005
hijo del viento, desciendes.
Aunque no es tuya la culpa
de que Eco a amarte llegue,
sino suya, y aunque tengo
en parte que agradecerte, 1010
al ver cuán dueño de ti
tanta ventura desprecies,
tan fuera de la razón
las leyes los celos tienen,
que mandan que muera quien 1015 [38v]
es querido, y no quien quiere.
Sin duda que fue mujer
quien introdujo esas leyes,
pues condenó el instrumento
y no al que con él ofende. 1020
Y así, pues ya recibido
está en uso que se venguen

en los hombres los agravios
que nos hacen las mujeres,
fuerza es el vengarme en ti, 1025
aunque es fuerza que me pese
que seas tan tierno joven,
que no haga nada en vencerte.

ECO Silvio, mira... **[Aparte.]** ¡Muerta estoy!

NARCISO ¡Ay de mí, infeliz!

ECO Advierte... 1030

SILVIO Para matarle me irritas
más cuanto más le defiendes.

NARCISO Pues no me defiendas más,
deja que a mis brazos llegue,
que valor hay en mis brazos 1035
que sabrán, Eco, vencerle.

(Luchan.)

SILVIO ¿Cómo, si a mis plantas ya
estás? Por dichoso muere;
que es delito ser dichoso
en los amantes.

(Va a sacar la daga, y sale FEBO **y le detiene.)**

FEBO Detente, 1040
no le mates.

SILVIO ¿Tú lo estorbas?

FEBO Sí.

SILVIO Será porque no tienes
noticia de la ocasión,
Febo; que si la tuvieses,
me ayudaras a matarle. 1045

FEBO No hiciera, que por saberle,
antes que por ignorarle,
le guardo; que no merece
morir por verse querido.

SILVIO ¡Oh qué infames celos tienes, 1050
pues mil muertes no deseas
a hombre que a tu dama quiere!
FEBO Antes son mis celos nobles,
pues desengañar pretenden
hoy al mundo del error 1055
que en esa parte padece.
Querer lo que quiero yo,
casi lisonja a ser viene,
pues aprueba mi buen gusto;
ser más dichoso en que llegue 1060
a ser más querido, es
donativo de la suerte:
pues ¿por qué al que el cielo hizo
más venturoso, he de hacerle
yo más desdichado? Fuera 1065
de que es tan sagrado siempre
para mí (extráñelo el gusto,
yerre yo en esto o acierte)
cuanto es gusto de mi dama,
que tengo de defenderle, 1070
por no hacerle ese pesar
de ofender lo que ella quiere.
SILVIO En amor, Febo, no hay
sofisterías..., y advierte
que en celos nunca hay nobleza: 1075
lo que se siente se siente.
Y así, tengo de matarle,
porque esa se favorece,
aunque tenga que estimarle
el ver que él a Eco desprecie. 1080
FEBO ¿Él despreciar a Eco?
SILVIO Sí.
FEBO Ahora le daré yo muerte,
porque a lo que quiero yo
no ha de haber quien lo desprecie.
SILVIO Ahora lo defenderé 1085

yo, si advierto que le tiene
esa obligación mi amor.

FEBO ¡Oh qué villano amor tienes,
pues lo que Eco quiere matas,
y guardas lo que a Eco no quiere! 1090
Y a ti es fuerza que aquí
de ese desaire la vengue.

SILVIO Yo por él he de guardarle.

FEBO El que de los dos venciere,
siga después su opinión. 1095 [39]

(Luchan.)

ECO ¿Quién vio confusión más cierta?
Pastores desta montaña,
venid a favorecerme,
estorbando una desdicha
que hoy a mis ojos sucede. 1100

(Salen todos.)

ANTEO ¿Qué es aquesto? Silvio, Febo,
teneos, que estoy presente.

SILENO Narciso, ¿tan presto ya
pendencia en el valle tienes?

NARCISO Y aun dos, pues dos enemigos 1105
aquí matarme pretenden.

LIRÍOPE ¡Qué presto empiezan los hados
a declararnos que tienes
tu riesgo en una hermosura!

BATO Yo, sin que astrólogo fuese, 1110
lo dijera, porque ¿quién
no tuvo su riesgo siempre
en una hermosura, y aun
en una fealdad mil veces?

SILENO ¿Qué es esto, Eco hermosa?

ECO Ser 1115

desdichada solamente. **(Vase.)**

ANTEO ¿Qué es esto, Silvio?

SILVIO Ser yo
infeliz: Febo os lo cuente. **(Vase.)**

LIRÍOPE ¿Qué es esto, Febo?

FEBO No sé;
Narciso decirlo puede. **(Vase.)** 1120

SILENO Narciso, ¿qué es esto?

NARCISO Yo
no sé lo que me sucede. **(Vase.)**

ANTEO Bato, pues fuiste a llamarnos,
dinos tú más claramente,
¿qué es esto?

BATO Ser desdichado. 1125
Ahí os lo dirá esa gente. **(Vase.)**

SILENO Sigámoslos, porque no
vuelvan otra vez a verse,
antes que amigos se hagan. **(Vase.)**

ANTEO Vamos, aunque me parece 1130
que el serlo será imposible
donde una dama interviene;
que amistades sobre celos
hanse visto pocas veces. **(Vase.)**

LIRÍOPE Cielos, pues ya me vais dando 1135
indicios tan evidentes,
en la hermosura de Eco
del peligro que previenen
vuestros astros a Narciso,
dadme valor con que enmiende 1140
los amagos, antes que
las ejecuciones lleguen.
Válgame lo que he aprendido,
para que el daño remedie,
pues primero que le vea 1145
sucedido, he de ponerle
mil embarazos al paso,
si sé altiva, osada y fuerte

transformar todos los globos
de esa máquina celeste, 1150
viéndola a prodigios míos
desplomada de los ejes. **(Vase.)**

Jornada III

Salen FEBO, SILVIO **y** ANTEO.

ANTEO Eso habéis de hacer por mí,
pues ocasión no tenéis
de no ser amigos.
FEBO Mal
sabes lo que es querer bien,
pues dices que no tenemos 5
ocasión para no ser
los dos amigos, amando
los dos un mismo desdén.
SILVIO ¿Cómo es posible que sea
un hombre amigo de quien 10
quiere lo que él quiere, siendo
ira los celos?
ANTEO Aunque
entiendo poco del duelo
de amor; a mi parecer,
cuando igualmente los dos 15
aborrecidos os veis,
y ninguno es preferido,
podéis ser amigos, pues
lo que al sentimiento obliga
en cualquier amante es 20
que la esperanza o favor
que yo pierdo, gane aquel. [39v]
Mas sin favor ni esperanza
el uno y otro es querer
estirar el duelo a más 25

de lo que manda la ley.

FEBO Esa es bastante razón
para no reñir con él;
mas no para ser su amigo.

SILVIO Febo ha respondido bien; 30
que una cosa es amistad
y otra es competencia.

ANTEO Pues
en aquesa diferencia,
yo me contento con que
enemigos no seáis, 35
si amigos no queréis ser.

FEBO De eso aun la palabra doy,
a mi pesar.

SILVIO Yo también.
Pero advierte que se queda
el mayor disgusto en pie, 40
porque yo le doy a Anteo,
en cuanto a Febo, que es
igual conmigo en mis penas,
no en cuanto a Narciso, pues
si Eco le quiere, yo tengo 45
de vengarme della en él.

FEBO Yo, no porque ella le adore,
que es dicha y no culpa es;
porque él la desdeña[(30)], sí;
que yo no tengo de ver, 50
que ninguno trate mal
a lo que yo quiero bien.

ANTEO Antes de hablar a los dos,
con ese zagal hablé,
y me ofreció de estorbar 55
las ocasiones en que
disgustar pueda a ninguno
ni en despreciar ni en querer.
Y puesto que en esta parte
estáis[(31)] compuestos los tres, 60

ved que queda sobre mí
vuestra competencia, y ved
que el que la rompa, conmigo
habrá de reñir después. **(Vase.)**

SILVIO ¿Quién llegó a mayor desdicha
que el galán que llegó a ver
cara a cara un desengaño...?

FEBO ¿Quién llega a más dicha, quién,
que el amante que llegó
un desengaño a tener...?

SILVIO ...Pues cuanto vivió engañado,
vivió contento, porque
una cosa es ignorar,
y otra cosa es padecer.

FEBO ...Pues cuanto engañado amó,
fue desdichado, porque
no hay mal como el que encubierto
mata, sin saberse dél.

SILVIO ¡Oh quién engañado amara
toda su vida...

FEBO Y, ¡oh quién
hubiera este desengaño
tenido antes...

SILVIO ...para que
nunca sintiera el dolor!

FEBO ...para que siempre el crüel
dolor hubiera sentido!

SILVIO ¡Que en un amor...

FEBO ¡Una fe...

SILVIO ...no hay cosa como ignorar!

FEBO ...no hay cosa como saber!

(**Sale** ECO.)

[ECO] **[Aparte.]** Silvio y Febo están aquí.
¡Cuánto siento que otra vez
su cansada competencia

a escuchar he de volver!

FEBO **[Aparte.]** Eco es la que ven mis ojos.

SILVIO **[Aparte.]** Eco la que miro es.

FEBO **[Aparte.]** Dadme valor, sentimientos, 95
para dejarla de ver.

SILVIO **[Aparte.]** Para no llegar a hablarla,
quejas, esfuerzos haced.

FEBO Eco, los dioses te guarden. **(Vase.)**

SILVIO Vida los cielos te den. **(Vase.)** 100

ECO ¿Cómo los dos, sin hablarme,
se van desta suerte? ¿Quién
creerá que sentí al hallarlos
aquí, cuando aquí llegué,
porque temí que me hablaran 105
en su amor, y que después [40]
he sentido que se ausenten
los dos, sin hablarme en él?
Pero ¿qué mucho, qué mucho,
si en efecto a la mujer 110
que más ha olvidado, más
ha llegado a aborrecer,
aun de lo que quiere mal,
le suena la queja bien?
Que es una ceremoniosa 115
vanidad verle querer,
que se desestima antes,
y se echa menos después.

(**Sale** BATO **y** NARCISO.)

BATO ¿Dónde vas?

NARCISO A caza al monte
voy, Bato, que quiero ver 120
si con la ausencia mejor
venzo esta pasión crüel,
porque a Eco en toda mi vida
tengo de escuchar ni ver;

que está en ella mi peligro. 125

ECO **[Aparte.]** Él viene aquí, ¿qué he de hacer?

NARCISO **[Aparte.]** Ella esta aquí, huyamos antes
que llegue a hablarme.

ECO (**[Aparte.]** Mas ¿qué
lo que he de hacer dudo yo?
¿Aquí a sentir no llegué 130
que se fuesen sin hablarme
los dos que aborrecí? Pues
lo que fue veneno en ellos
será medicina en él.
Esfuérzate, corazón, 135
vence siquiera una vez.)
Narciso.

NARCISO ¿Qué quieres, Eco?
(Vase hacia el paño.)

ECO Que vida el cielo te dé.

NARCISO ¿Cómo sin decirme más
te vas?

BATO Andando en los pies. 140

NARCISO ¿Luego ya no siente, Bato,
que desengaños la dé,
pues ella no me da quejas?

BATO Paréceme que no.

NARCISO ¿Quién
habrá llegado a sentir 145
lo que llegó a pretender?

BATO Quien pretendió lo que había
de sentir.

ECO **[Aparte.]** ¿Esto es querer?
Sí. Mas por disimular,
y porque piense también 150
que nada siento, cantando
la deshecha quiero hacer.
Si espanta su mal quien canta,
¿cómo yo espanto mi bien? **(Vase.)**

NARCISO Mas ¿qué importa que se vaya? 155

BATO Nada, si se mira bien.
NARCISO Pues no importa sino mucho.
BATO Importe..., y la mano ten.
ECO **(Dentro canta.)**
Si en los que bien quieren
todo es padecer,
y no hay dicha alguna
en el bien querer,
¡fuego de Dios en el querer bien!
NARCISO Amén.
BATO Amén.
Pero ¿de qué te amohínas?
NARCISO De que cante.
BATO Dices bien;
que es el cantar muy mal hecho,
despreciada una mujer.
NARCISO Huyamos, Bato, de aquí;
que si la escucho otra vez,
tras sí me llevará.
BATO Dices
lindamente; al monte ven.
ECO **(Dentro.)**
¡Fuego de Dios en el querer bien!
NARCISO ¡Amén!
BATO ¡Amén!
NARCISO Detente, que aquella voz
un clarín del amor es,
que a mis oídos deseos
ha tocado a recoger.
Dejarme sin hacer caso
de mí, tan fiera y crüel,
cantar tan alegre y libre,
fuerza es que lo sienta. Ven
conmigo, que de mis quejas
testigo te quiero hacer.
BATO ¿Pues dónde hemos de ir?
NARCISO Tras ella. [40v]

BATO ¿Qué te obliga ahora?

NARCISO No sé,
pero estando triste yo,
al ver que ella alegre esté,
porque canta la siguiera,
cuando no cantara bien. 190
Eco hermosa, espera, escucha...

(Al entrarse, **sale** LIRÍOPE **y le detiene**.**)**

LIRÍOPE La voz y el paso detén,
Narciso.

NARCISO ¿Cómo es posible,
cuando decir escuché...?

(ECO **dentro**, **y** NARCISO **repiten la copla**.)

LOS DOS Si en los que bien quieren 195
todo es padecer,
y no hay dicha alguna
en el bien querer,
¡fuego de Dios en el querer bien!
¡Amén, amén! 200

LIRÍOPE ¿Es posible que, sabiendo
que está en ese azul dosel
escrito con plumas de oro
y letras de rosicler
el influjo de tus hados 205
que te amenaza crüel,
sus hojas quieras abrir,
y sus capítulos leer?
¿No sabes que esa hermosura
y esa voz alguna vez 210
a declararse empezaron
contra ti, cuando a los pies
de dos celosos amantes
te llegan a defender

del un peligro en el otro? 215
Pues allí el aviso cree,
agradeciendo a los cielos,
que tan de tu parte estén,
que escuches la voz del trueno
antes que el rayo te dé. 220

NARCISO Yo te confieso que es justo
el recelar y el temer;
pero vencerse a sí mismo,
di, ¿quién ha podido?

LIRÍOPE Quien,
antevisto el daño, huyó. 225

NARCISO Pues si eso basta, yo huiré.
Al monte me voy a caza,
y al valle no he de volver
hasta que vuelva olvidado
desta tan dudosa fe, 230
que un día todo es amar,
y otro día aborrecer.
Y así, ya en otro sentido,
diciendo con ella iré...
Si en los que bien [quieren 235
todo es padecer,
y no hay dicha alguna
en el bien querer,
¡fuego de Dios en el querer bien!
¡Amén, amén!] **(Vase.)** 240

LIRÍOPE Aun hasta en eso hoy el cielo
te da el aviso más fiel,
pues aborrecer y amar
destino es tuyo también.
Ve con él, Bato.

BATO Ya voy. 245
Mas mala comisión es
la de andarse tras su amo
que pesar da y quiere bien. **(Vase.)**

LIRÍOPE Cielos, ya está declarada

la suerte, y pues ya llegué 250
del peligro de Narciso
la causa a reconocer,
¿de qué, si no la remedio,
me habrá servido, de qué,
cuanto aprendí de Tiresias, 255
cuanto leí y estudié
en aquella soledad?
Aprovechémonos, pues,
del saber; que no aplicado,
de nada sirve el saber. 260
De Eco en la voz y hermosura
sus dos peligros se ve;
pues destruyamos el uno,
para que quede después
el otro imperfecto. Yo 265
entre las cosas que sé
de la gran naturaleza,
sé un veneno, el más crüel
que produjo la abundancia
de su infinito poder. 270 [41]
Este entorpece la lengua
de tal manera, que aquel
a quien se le da, incapaz
queda del hablar, porque
de las razones no usa, 275
sin pronunciar ni aprender,
sino solo lo que oye,
y aun eso la última vez.
Ese, pues, tan poderoso,
torpe veneno; este, pues, 280
parto del opio y beleño,
letargo de Eco ha de ser.
Tan eficazmente hiere,
que no será menester
que la beba; que se pise 285
bastará, para correr

brevemente al corazón
por el contacto del pie.
Conficionado le tengo,
y al paso se le pondré 290
de aquella senda que pisa.
Muera de Eco la voz, pues
la voz de Eco es la que pudo
tanto a Narciso mover;
que, pues conseguir no pude 295
crïarle sin ver mujer,
de otra suerte he de guardarle.
Y si esto no basta hacer
el efecto que deseo,
de la tierra dejaré 300
los secretos producidos,
y hasta ese claro dosel
de los cielos mis portentos
subirán. Desclavaré[(32)]
de su epiciclo los astros, 305
y esta gran caterva fiel
de estrellas y de luceros
perderá su rosicler.
La faz mancharé a la luna,
turbarele al sol la tez, 310
y titubeando del cielo,
desde un ej hasta otro ej,
la gran república hermosa,
ruina amenazar la haré
sobre el globo de la tierra, 315
tanto, que temiendo esté,
si se cae o no se cae
a un vaivén y a otro vaivén.

(**Vase**, **y sale** NARCISO **y** BATO.)

BATO Sigue aquel corzo que, herido
de una flecha, al viento iguala. 320

NARCISO ¿Cómo en ave convertido,
el volar con sola una ala
tan igualmente has podido,
oh corzo, y con tan mortal
herida vuelves la espalda, 325
cuando con presteza igual,
cuanto pisas esmeralda
lo vas dejando coral?

BATO En la espesura se ha entrado,
para morir desangrado 330
en aquel arroyo.

NARCISO Ve
tú, remátale, porque
yo, rendido y fatigado,
no puedo pasar de aquí.

BATO Ni yo, y agora creí 335
que verdad debe de ser...

NARCISO Di, ¿qué?

BATO Que cansa el correr,
porque me ha cansado a mí.

NARCISO Entre aquellas ramas bellas
un poco estemos, pues ellas 340
impiden el arrebol
del sol, en tanto que al sol
late el can del cielo estrellas.

BATO Dices muy bien. Descansemos
aquí un poco, que el lugar 345
convida; y pues que nos vemos
sin otra cosa en que hablar,
¿de la caza no hablaremos?
¿Hay bobería mayor
que con este resistero 350
seguir un gamo, señor,
que a la sombra un despensero [41v]
le caza mucho mejor,
y más descansado?

NARCISO No,

porque el gusto de matalle, 355
es lo que aquí se estimó.

BATO Que era el gusto, pensé yo,
el cocelle o empanalle.

NARCISO Que es el escucharte, piensa,
de un noble ejercicio ofensa. 360

BATO Tú, que no hay, imagina,
selva como una cocina,
bosque como una despensa.

NARCISO De la caza la porfía
deja[(33)].

BATO ¿En qué, si esto te pesa, 365
hablarás?

NARCISO De Eco quería,
pues también es caza esa.

BATO Y aun caza de montería.

NARCISO ¡Que siempre...! Pero ¿qué ruido
es este?

BATO Que el corzo herido, 370
de espuma y sangre bañado,
por esta parte ha tornado.

NARCISO Cóbrale tú, que rendido
yo no puedo.

BATO Yo lo haré,
señor, y a cobrarle iré, 375
como él pagárseme quiera.

(Vase, y descúbrese la fuente.)[(34)]

NARCISO Yo a la margen lisonjera
deste arroyo esperaré[(35)],
¿atrevereme a beber
los cristales de su fuente, 380
sin recelar y temer,
que segunda vez intente
mis sentidos suspender
quizá a la ninfa que está

en ella? Pero no hará; 385
que ofensa no puede ser
llegar yo en ella a beber,
si ella brindándome está.
¡Oh, qué ignorante nací!
¡Oh, qué necio me crié!, 390
pues nunca de nadie oí
si ofensa o lisonja fue
de las ninfas el que así
se atrevan a su cristal.
Mas si es deidad lisonjera 395
para remediar mi mal,
forzoso es ser liberal.
¡Oh tú, que eres la primera
ninfa del agua, a quien yo
sediento a pedir llegué 400
alivio y consuelo, no
te ofendas ahora de que
a ti me atreva! ¿Quién vio
jamás igual hermosura
de la que aquí a mirar llego, 405
pues su ninfa (¡qué ventura!)
flechando está puro fuego
dentro de la nieve pura?
No sin espanto y recelo
a ver llegan mis temores 410
en otro mundo de yelo
otros árboles y flores,
otros montes y otro cielo.
(Asómase a la fuente.)
(Como mis voces oyó,[(36)]
a responderme salió.) 415
Bellísimo asombro, a quien
la vida y el alma es bien
que ya sacrifiqué yo,
dime si podré (¡ay de mí!)
con el cristal que tú estás 420

guardando, templar yo aquí
mi sed. Ya dice que sí,
aunque por señas no más;
bien que las entienden fío,
mi discurso y mi albedrío; 425
duda en ellas no se halla,
pues aunque al hablarla calla,
se ríe cuando me río.
No vi hermosura jamás
tan divina. Beberé, 430
pues tú licencia me das.
Cuanto al cristal me acerqué,
tanto ella se acercó más.
Vestida, ¡qué admiración! [42]
Como yo está su belleza. 435
Dos árboles, con razón,
se visten de una corteza,
si tienen corazón.
Beberé, pues..., pero enojos,
porque en sus claros despojos 440
hallo contrarios agravios.
¿Cómo lo que es en los labios
yelo, es incendio en los ojos?
¿Cómo cuando al agua llego,
en mí tal fuego se fragua? 445
¿Cómo (estoy mudo, estoy ciego)
si al fuego le mata el agua,
aquí el agua enciende al fuego?
Desde el punto que te vi,
¡oh beldad!, morirme siento; 450
solo viene bien aquí
aqueste encarecimiento
de «quiérote como a mí»,
puesto que a mí no me quiero
más que a ti, pues por ti muero. 455
¿Por qué no hablas ni respondes?
Pero de la voz que escondes

segunda ventura infiero,
porque si mi suerte dura,
en voz y hermosura atroz, 460
fin a mi vida procura,
el no tener tú una voz
es tener otra hermosura.
¿Quieres darme aquesa mano?
¡Vive amor, que la acercó! 465
Hoy altos favores gano.
Mas, ¡ay de mí!, que es en vano
que tal bien consiga yo,
porque al ir (¡hay pena igual!)
a asirla, de amores loco, 470
su luz turbó celestial;
y yo solo el cristal toco
y no el alma del cristal.

(**Quédase divertido en la fuente**, **y sale** ECO.)

ECO De la compañía del valle
que más que divierte, cansa, 475
a la soledad del monte,
huyendo vienen mis ansias.
A llorar vengo a esta fuente,
en cuya apacible estancia,
suelen mis melancolías 480
divertirse, porque el agua
instrumento es de los tristes,
y esta en dulce consonancia
con cuerdas de vidro hiere
trastos de oro y lazos de ámbar. 485
Muchas veces vine aquí
a divertir mis desgracias;
pero de todas (¡ay cielo!)
ninguna con mayor causa;
que inquietamente confusa 490
no sé qué siento en el alma,

que a golpes dentro del pecho
el corazón se me arranca.
Pero... **[Aparte.]** ¡Qué miro! Narciso
suspenso en ella con tanta 495
atención está, que creo
que es ya de la fuente estatua.
A que le he seguido yo
no quiero que le persuada;
y así, me he de recatar 500
entre aquestas verdes ramas.

NARCISO Como tú, hermoso prodigio,
solo me miras y callas,
yo no hago más que mirarte,
y callar; pero esto basta, 505
porque como yo te vea,
¿qué más dicha?

ECO **[Aparte.]**
¿Con quién habla
que la está diciendo amores?
¿Los desprecios no bastaban,
sino los celos también? 510
Mas celos, ¿a qué amor faltan?
Acercarme quiero más;
que puesto que está de espaldas,
no me verá; que no duda
mi necia desconfianza 515
que de la otra parte esté [42v]
alguna hermosa zagala,
con quien habla.

NARCISO ¡Qué divina
eres, deidad soberana!
Bella me pareció Eco 520
antes que a ti te mirara;
pero después que te vi,
aun no es tu sombra.

ECO **[Aparte.]** ¿Qué aguarda
mi sufrimiento, que ya

a voces no se declara, 525
viendo cuán a costa mía
guarnece las alabanzas
de otra? Pero a nadie veo;
y pues mi vista no alcanza
desde aquí, por detrás dél 530
he de procurar mirarla,
si es que me deja valor,
quien lentamente me mata.

(Asómase ECO **por detrás de** NARCISO **a la fuente**.**)**

NARCISO Bella es Eco, pero tú...
¡Ay de mí, triste! Al nombrarla, 535
al lado de la que adoro
se puso. ¿Dentro del agua
Eco está? ¿Cómo es posible?
Mas, ¡ay de mí!, mis desgracias
a sus palacios habrán 540
facilitado la entrada,
o sus celos. No la creas
lo que en mi ofensa te habla
al oído, porque en todo
cuanto te dice, te engaña. 545
ECO No engaña, Narciso.
NARCISO ¡Cielos!
¿Quién se ha visto en dudas tantas?
¿Cómo, si el cuerpo está allí,
aquí suena la voz? Rara
confusión en este caso 550
es la que padece el alma.
¿Cómo estás aquí, si estás
en el cristalino alcázar
desta fuente? ¿A un mismo tiempo
dos cuerpos tienes? Turbada 555
mi vista verte en dos partes,
con admiración se espanta.

ECO Escucha.

NARCISO Déjame... Pero
en vano mi voz te agravia:
Eco, hermosura de mis ojos, 560
si me quieres, si me amas,
si a buscarme al monte vienes,
muestra tus finezas altas
en decirme cómo entraste
a ese palacio de plata, 565
y cómo tan presto dél
saliste, para que vaya
yo por donde tú saliste
a ver la soberana
deidad desta fuente.

ECO Espera, 570
Narciso, detente, aguarda;
que con ser tanta mi pena,
aun es mayor tu ignorancia.
¿A quién ves en esa fuente?
¿Con quién a esa fuente hablas, 575
si cuanto está dentro della
solo es una sombra falsa,
que a nuestros ojos ofrece
la reflexión en el agua,
porque, como es un cristal 580
que nuestros cuerpos retrata,
finge ese objeto a la vista?

NARCISO Ya sé, Eco, que me engañas,
porque disuadirme intentas
de mi amor y mi esperanza. 585
Yo he visto la ninfa hermosa
de esa fuente, a cuya rara
perfección dio el monte nieve,
el clavel púrpura, y nácar
la rosa, el jazmín candor, 590
hermoso arrebol del alba,
el sol mismo trenzas de oro,

y el cristal manos de plata.
No es sombra fingida, no;
que ella en su profunda estancia, 595
entre otras selvas y cielos,
otros montes y otras plantas [43]
se ha dejado ver de mí.
Llega tú, llega a mirarla,
que aún aquí está todavía. 600

ECO ¡Oh, si un dolor me dejara
aliento con que pudiera
desengañar tu ignorancia,
para tomar de una vez
de tu vanidad venganza! 605
Mas sí dejará[(37)], que yo,
a despecho de su saña,
sabré vencerle. Narciso,
esa deidad que en el agua
viste... ¡qué deidad! No sé 610
lo que iba a decir, ¡extraña
pena! Para que prosiga,
acuérdame tú en qué hablaba.

NARCISO En la deidad de esa fuente.

ECO Ah sí. Esa sombra, que vana 615
tu fantasía presume
que es la ninfa que la guarda,
es..., ¿cómo lo diré yo?
Una explicación me falta...
Lo mismo en que estoy hablando, 620
dudo con presteza tanta...
Y no tan solo el concepto,
pero también las palabras.
¿Quién eres tú que aquí estás?

NARCISO ¿Qué preguntas si me hablas? 625
Yo soy Narciso.

ECO Narciso.

NARCISO Sí. ¿Qué te espantas?

ECO ¿Espantas?

NARCISO Pues, ¿no he de espantarme yo,
al ver en ti tal mudanza?
¿Qué ibas diciendo?
ECO ¿Diciendo? 630
NARCISO Sí, no calles nada.
ECO Nada.
[Aparte.] Pero miento, que mil cosas
voy a decir, y turbada
la lengua solo pronuncia
lo que oye.
NARCISO ¡Confusión rara! 635
Eco...
ECO Eco.
NARCISO ¿Qué es esto?
ECO Esto.
NARCISO Sí, ¿qué sientes? Habla.
ECO Habla.
NARCISO (**[Aparte.]** Sin duda que, como quiso
ofender la soberana
deidad de esa fuente, ella 640
ha tomado esta venganza,
embargándola la voz.
Ya me da asombro el mirarla.
De ella huiré. Ella me tiene,
y solo en señas declara 645
su dolor. El corazón
con su misma mano arranca.)
¿Qué es lo que quieres?
ECO ¿Qué quieres?
NARCISO ¿Tú me detienes y llamas?
Dímelo tú a mí.
ECO Tú a mí. 650
NARCISO Suelta.
ECO Suelta.
NARCISO Basta.
ECO Basta.

(**Sale** BATO.)

BATO No he podido volver antes,
porque... Mas no habré hecho falta,
si tan bien entretenido
estabas, señor.
NARCISO No estaba 655
sino mal, porque no sé
qué es lo que a mi vida pasa.
Habla con Eco; quizá
podrá aquí menos turbada
que conmigo hablar contigo; 660
y estórbala que no vaya
tras mí, que voy a buscar
por todas esas montañas
músicos, que a cantar vengan
a la ninfa soberana 665
de esa fuente, a quien rendí
el ser, la vida y el alma. **(Vase.)**
BATO ¿Ya tenemos otra historia?
¿Qué ninfa o qué calabaza,
señora, es aquesta?
ECO ¿Aquesta? 670
BATO Sí.
ECO Sí.
BATO ¡Linda flema gastas!
No le sigas.

(Quiere irse ECO **detrás de** NARCISO **y él la detiene.)**

ECO No le sigas.
BATO No le sigas tú y tu alma;
que yo harto quedo me estoy. [43v]
Un instante aguarda.
ECO Aguarda. 675
BATO ¿Qué es, di, señora?
ECO Señora.

BATO (**[Aparte**.**]** ¿Señora yo? Está borracha.)
Di lo que sientes.
ECO ¿Qué sientes?
BATO Yo no siento nada.
ECO Nada.
BATO ¿Lo que oyes dices? ¿De cuándo 680
acá tú eres papagaya?
Notables extremos hace.
Llena de mortales ansias
se hiere el pecho. El temor
della ya me aparta.
ECO Aparta. 685
(**[Aparte**.**]** Por de dentro, hacia mí misma,
sin articular palabra
hablar puedo, pues conozco,
que pronunciar bien le falta
al órgano de mi voz, 690
aunque no sé por qué[(38)] causa.
En mi vida me verán
humanas gentes la cara.
Huyendo de los poblados
a las ásperas montañas. 695
iré, y escondida en ellas,
las más cóncavas estancias
viviré, triste y confusa,
repitiendo a cuantos pasan
últimos acentos solo. 700
Ásperos montes de Arcadia,
de Arcadia apacibles selvas,
nobles pastores, zagalas,
hermosos blancos rebaños,
verdes troncos, fuentes claras: 705
Eco, vuestra compañera
ya de entre vosotros falta.
No la busquéis, porque oculta
en las ásperas montañas
de los montes va a vivir 710

de Narciso enamorada.
Mas si queréis saber della,
desde los valles habladla;
que de responder a todos
desde aquí os doy la palabra, 715
llorando con los que lloran,
cantando con los que cantan. **(Vase.)**

BATO Señores, ¿qué ha sido esto
que a Eco ha dado, que no habla
sino solo lo que oye? 720
¡Oh, quién supiera la causa
para venderla, porque
cuántos hombres me pagaran
a peso de oro, si hay oro,
que sus mujeres y damas, 725
por mucho que ellos hablasen,
no hablasen una palabra,
solamente todo el día!
¡Y cuántas mujeres, cuántas
también pagaran[(39)] la cura, 730
porque los hombres no hablaran
más de lo que ellas quisieran!

(**Sale** SIRENE.)

[SIRENE] Aquí dijeron que estaba
Eco, y a buscarla vengo.

BATO (**[Aparte.]** ¡Oh, si hubiera la desgracia 735
hoy tenido tan buen gusto,
que hubiera quitado el habla
también a Sirene!) ¿Qué hay,
Sirene?

SIRENE **[Aparte.]** ¡Oh, cuánto me cansa
este necio! Hablar no quiero, 740
porque me deje y se vaya.

BATO ¿Pues no me respondes? ¿No?
¿Y por señas? ¿Qué?, ¿no hablas?

¡Linda cosa! ¡Albricias, hombres,
todas las mujeres callan 745
desde hoy! Peste general
ha venido por sus hablas.

SIRENE ¡Malos años para vós!
Que por tardes y mañanas,
ha de hablar.

BATO Ya me espantaba 750
yo de que era tan dichoso.

(**Sale** FEBO.)

[FEBO] (**[Aparte.]** ¿Dónde me llevan mis ansias
tras un divino imposible,
sin dicha y sin esperanza?)
¡Bato!

BATO ¿Qué hay, Febo? [44]

FEBO Por dicha 755
entre aquestas intrincadas
espesuras que tejió
rústicamente la varia
naturaleza, que a veces
es sin el arte más sabida: 760
¿viste a la divina Eco?

BATO No vi sino a la Eco humana,
porque si fuera divina,
no padeciera desgracias.

FEBO ¿Qué desgracias?

BATO La más grande 765
que pudo, Febo, a zagala
ninguna suceder.

FEBO ¿Cómo?
¿Fue alguna fiera tirana
sangriento horror de su vida?

BATO Mayor.

FEBO ¿De esas peñas altas 770
se ha despeñado?

BATO Mayor.
FEBO ¿Fue monumento de plata
suyo el caudal de ese río?
BATO Mayor.
FEBO ¿Mayor que anegada,
que despeñada y herida? 775
BATO Sí.
FEBO ¿Qué fue?
BATO Faltole el habla,
que en mujeres más que todo.
FEBO ¡Una y mil veces mal hayas!
Pues ¿ahora me hablas de burlas?
BATO Muy de veras ahora hablaba, 780
porque sin poder decir
más que sola una palabra,
aquí la vi.
FEBO Sus tristezas
de aqueso habrán sido causa.
BATO Pero no te aflijas mucho, 785
también Sirene callaba
agora, y habló al instante
más que cuatro mil urracas;
y lo mismo será de Eco,
porque si el hablar es falta 790
en las hembras, no se pierde
tan presto una mala maña.
FEBO Sin darte crédito, voy
por este monte a buscarla.
¿Pero qué es esto?
SIRENE Notable 795
(Ruido dentro de música.)
ruido de músicas varias
hacia aquí viene.
FEBO No quiero
tenerme a saber la causa;
porque, cuando lloro yo,
me afligen más los que cantan. 800

SIRENE ¿A qué propósito hoy
habrá, Bato, fiesta tanta?
BATO En albricias de que calle
una mujer: ¿qué más causa?

(**Sale** NARCISO **y** MÚSICOS.)

NARCISO Aquí, amigos, ha de ser 805
la música; que esta clara
fuente es la esfera de un sol
que a su luz de yelo abrasa.
No lleguéis hasta que yo
llegue a la fuente a llamarla; 810
porque hasta que ella esté allí,
no es bien que música haya.
BATO Narciso, ¿qué es esto?
NARCISO Ya,
cuando con Eco quedabas,
de paso, ¿no te lo dije? 815
BATO Pues dímelo ahora de estancia.
NARCISO A la ninfa desta fuente
rendido mi pecho ama.
Llegando a beber la vi,
diome licencia de amarla 820
por señas, porque la voz
no suena dentro del agua.
Una música la traigo,
Bato, para festejarla,
y voy a ver si está aquí. 825
BATO ¡Cuánto de verla me holgara!
Porque aunque he oído decir
que ninfas y duendes haya,
ni duende ni ninfa he visto[(40)].
NARCISO Tente, que podrá enojarla 830
el que tú llegues a verla,
y aun podrá ser que no salga. [44v]
Déjame llegar a mí,

y si a mi voz que la llama
saliere, llegarás tú 835
secretamente a miralla.
Deidad cristalina, a quien
mi corazón idolatra,
sal a mis voces.

BATO ¿Salió?

NARCISO Sí. No sabré decir cuánta 840
es mi alegría de ver
que tan presto a mi voz salgas.
Una música te traigo,
y a saber lo que te agrada,
te trujiera cuantos dones 845
producen en estas campañas.
¿No agradeces el deseo?
Di que sí... esa seña basta.

BATO ¿Podré llegar ya?

NARCISO Entre tanto
que a decir que canten vaya 850
a los músicos, podrás
verla, Bato. Mas repara
que llegues tan quedo, que
no te sienta. Soberana
belleza, a decir que lleguen 855
los músicos voy. Aguarda.
Llega, que ahí queda.

BATO Ya llego
con harto miedo y con harta
vergüenza; que es la primera
vez que a fuente llego. Tanta 860
ha sido la antipatilla
que he tenido con el agua,
y fe[(41)] que he guardado al vino.
(Mírase en la fuente.)
¡Qué malditísima cara
de ninfa! La mía no puede 865
ser peor ni aun ser tan mala.

NARCISO Llegad, desde aquí decid
de mi bien las alabanzas.
¿Hasla visto?
BATO Ya la he visto.
NARCISO ¿No es su belleza extremada? 870
BATO Mucho, señor, si tuviera...
NARCISO Prosigue, ¿qué?
BATO ...hecha la barba,
porque tiene más que yo
debo de tener.
NARCISO ¡Qué extraña
es tu simpleza! Cantad. 875
Oye, mi bien, lo que cantan.
MÚSICOS Las glorias de amor...
ECO **[Dentro.]** Amor.
MÚSICOS ...tienen en los celos...
ECO **[Dentro.]** Celos.
MÚSICOS ...libradas las penas...
ECO **[Dentro.]** Penas.
MÚSICOS que en el alma siento.
ECO **[Dentro.]** Siento. 880
MÚSICOS ¡Ay, que me muero de celos
y amores! ¡Ay que me muero!
ECO **[Dentro.]** ¡Ay que me muero!
NARCISO Oíd, ¿qué segunda voz
repetida de los vientos, 885
duplica vuestros acentos,
rompiendo el aire veloz?
BATO No sé, que admirado yo,
con harto miedo la oía.
NARCISO ¿Cómo la letra decía, 890
que vuestro tono canto?
MÚSICOS Las glorias de amor...
ECO **[Dentro.]** Amor.
MÚSICOS Tienen en los celos...
ECO **[Dentro.]** Celos.
MÚSICOS Libradas las penas...

ECO **[Dentro.]** Penas.
MÚSICOS Que en el alma siento.
ECO **[Dentro.]** Siento. 895
ECO y MÚSICOS ¡Ay que me muero de celos
y amores, ay que me muero!
ECO ¡Ay que me muero!
NARCISO De suerte que repetidos
esos versos los finales, 900
alguien lamenta sus males,
diciendo en otros sentidos:
«Amor, celos, penas siento.
¡Ay que me muero!»
BATO ¿Quién será?
SIRENE Alguna deidad, 905
porque quien deidad no fuera,
no hablara sin que se viera.
NARCISO Pues segunda vez cantad.

(**Sale** LIRÍOPE.)

Vamos...
LIRÍOPE No cantéis más.
¿A quién, Narciso, en aquesta 910
siempre apacible floresta
aquesta música das? [45]
NARCISO A la mayor hermosura
que jamás el cielo vio,
en quien de los hados yo 915
tengo mi vida segura;
porque si mi fin atroz,
en voz y hermosura están,
aquí los cielos me dan
la hermosura sin la voz. 920
LIRÍOPE Sin duda que amar procura
a Eco, pues Eco, infelice,
ya solo lo que oye dice,
y está sin voz su hermosura.

NARCISO La deidad de aquesta fuente 925
es, madre, la que yo adoro.
Dentro della está, y no ignoro
que agradezcas noblemente
tan alto empleo.
LIRÍOPE Pues ¿cuándo
la deidad viste?
NARCISO Al beber 930
su cristal la puede ver
dentro del agua abrasando,
y tanto me favorece,
conociendo el amor mío,
que se ríe si me río, 935
y si lloro se entristece.
LIRÍOPE Tu ignorancia te ha tenido
por las señas que me has dado,
de ti mismo enamorado.
NARCISO ¿Cómo eso puede haber sido? 940
LIRÍOPE Llega al cristal, lo verás,
para que desengañado
te burles de tu cuidado
y no te diviertas más.
NARCISO Llega tú, que ella está aquí. 945

(**Llega a la fuente** NARCISO.)

LIRÍOPE ¿Estoy en el agua yo
ahora, Narciso?
NARCISO No.

(**Ahora llega** LIRÍOPE.)

LIRÍOPE Y ahora ¿estoy en ella?
NARCISO Sí,
y equívoco mi deseo
extraños discursos fragua, 950
cuando en la tierra y el agua

a un mismo tiempo te veo.

LIRÍOPE Pues desa misma manera
que a mí me miras, te ves.
La que juzgas deidad es 955
sombra tuya. Considera
si ha sido tu amor locura,
pues a sí mismo se amó.

NARCISO ¡Válgame el cielo!, ¿que yo
tengo tan rara hermosura, 960
y que no puedo, ¡ay de mí!,
siendo quien puede tenerla,
aspirar a merecerle?
¡Cielos!, ¿es aquesto así?

ECO **[Dentro.]** Sí.

NARCISO ¿Quién a mi voz respondió? 965

LIRÍOPE Eco, a quien el monte esconde,
que a cuanto escucha responde.

NARCISO ¿Y a sí no perdonó?

ECO **[Dentro.]** No.

NARCISO Pues, Eco, oye. Aunque tú mueras...

ECO **[Dentro.]**
Mueras...

NARCISO ...celosa, yo enamorado... 970

ECO **[Dentro.]**
Enamorado...

NARCISO ...no me he acordar de ti.

ECO **[Dentro.]**
De ti...

NARCISO Mas, ¡ay, cielos!, que si aquí
junto las voces que oí,
¡oh, madre!, y las consideras,
en tres voces dijo: «Mueras 975
enamorado de ti».
Y temo que la oiga el cielo.

ECO **[Dentro.]**
El cielo...

NARCISO Pues es fuerza que me dé...

ECO ...me dé...

NARCISO De mí mismo a mí venganza.

ECO ...venganza.

NARCISO Y más ahora que alcanza 980
a ver mi desconfianza,
que lo último repitiendo
de mi acento, está diciendo:
«El cielo me dé venganza».
Esta imposible hermosura... 985

ECO **[Dentro.]**
Hermosura...

NARCISO Y aquella hermosura y voz... [45v]

ECO **[Dentro.]**
...y voz...

NARCISO A un mismo tiempo me han muerto.

ECO **[Dentro.]**
Muerto...

NARCISO Pues tan claramente advierto
que oráculo del desierto,
cuando a mis penas compite, 990
Eco conmigo repite:
«Hermosura y voz me han muerto».
¡Ay de mí, infeliz, que muero!

ECO **[Dentro.]**
Muero...

NARCISO Y mi misma sombra amando...

ECO **[Dentro.]**
...amando...

NARCISO Una voz aborreciendo... 995

ECO **[Dentro.]**
...aborreciendo...

NARCISO ...con que se está averiguando
que el hado va ejecutando
sus amenazas. Huir quiero
de mí mismo, pues ya «muero
aborreciendo y amando». **(Vase.)** 1000

LIRÍOPE Oye, Narciso, detente.

BATO Al monte se ha entrado huyendo.
LIRÍOPE ¡Oh qué en vano los mortales
quieren entender al cielo!
Todos los medios que puse 1005
para estorbar los empeños
hoy de su destino, han sido
facilitarlos más presto;
pues la voz dello le aflige,
y por venir della huyendo, 1010
muerte le da su hermosura:
con que ya cumplido veo
que hermosura y voz le matan,
amando y aborreciendo.

(**Sale** FEBO **y** SILVIO.)

FEBO Asombro de aquestos valles... 1015
SILVIO De aquestos montes portento...
FEBO ...que habiendo fiera venido...
SILVIO ...alto príncipe te has vuelto...
FEBO ¿Qué hechizo es el que a Eco has dado...
SILVIO ¿Qué tósigo, qué veneno... 1020
FEBO ...que huyendo las gentes, muere...
SILVIO ...loca por esos desiertos...
LIRÍOPE ¡Qué tósigo ni qué hechizo,
ni qué veneno más fiero,
que su proprio amor! Él es, 1025
zagales, el que la ha muerto.
FEBO Mientes, que tus magias ciencias...
SILVIO Con sus nocivos alientos...
LOS DOS ...juicio y vida la han quitado.
LIRÍOPE Si ellas bastaran a eso, 1030
bastaran a que Narciso
no le pasara lo mesmo[(42)]:
y pues él muere a otro amor
no menos extraño, es cierto
que no ha sido efecto mío. 1035

FEBO Sí ha sido, pues ese efecto
es venganza de los dioses,
que en él tus atrevimientos
han castigado.

SILVIO Y yo en ti
a ella he de vengar y a ellos. 1040

FEBO Primera de mis razones
será despojo.

(**Sale** ANTEO.)[43]

ANTEO Teneos,
que corre a cuenta esta vida
del que aquí la trajo.

FEBO Anteo,
no la defiendas, pues ves 1045
las razones que tenemos.

SILVIO Y porque mejor lo digas,
vuelve a ver furiosa a Eco,
cómo buscando las grutas,
va de los montes huyendo. 1050

LIRÍOPE Vuelve también, para ver
la poca culpa que tengo,
no menos loco a Narciso.

(**Sale** ECO.)

[ECO] ¿Dónde ocultarme pretendo
de mí misma aborrecida, 1055
si a mí conmigo me llevo?

(**Sale** NARCISO.)

[NARCISO] De mí mismo enamorado
a verme en la fuente vuelvo.

ANTEO Si fueran suyos, no fueran
iguales los sentimientos. 1060

FEBO Ya que defiendes su vida,
verás que yo otra defiendo;
pues lo noble de mi amor, [46]
a la salud acudiendo
de Eco, intentaré curarla. 1065

SILVIO Lo altivo, sañudo y fiero
del mío, más que a su cura,
a su venganza resuelto,
la muerte dará a quien fue
la causa de sus despechos. 1070

LIRÍOPE **[Aparte.]** ¿Para cuándo son, fortuna,
de mi magia los efectos?
Perturbe de sus acciones
el encanto los intentos.

FEBO Bella Eco...

SILVIO Infeliz joven... 1075

FEBO ...darte la vida pretendo.

SILVIO ...y darte la muerte yo.

ECO ¿Para qué, si la aborrezco?

NARCISO Tarde llegas, puesto que
ya mis desdichas me han muerto. 1080

ECO Y para que no lo logres,
desesperada a ese centro
me he de arrojar.

NARCISO Y porque
nunca sea tu trofeo,
me despeñaré esas ondas. 1085

FEBO Ven conmigo.

ECO Es vano intento...

SILVIO Muere a mi acero.

NARCISO Es en vano...

LIRÍOPE ¿Qué aguardan los elementos?

ECO Que yo, de mí aborrecida,
de mí en mí vengarme intento. 1090

NARCISO Que yo, de mí enamorado,
moriré de mi amor mesmo.

FEBO Detendrete yo.

SILVIO Darete
yo la muerte.[(44)]
TODOS Mas ¿qué es esto?
ANTEO Que el sol empañando el día 1095
en pardas sombras se ha vuelto.
SILVIO ¡Qué asombro!
FEBO ¡Qué maravilla!
LIRÍOPE ¡Qué prodigio!
ANTEO ¡Qué portento!
TODOS ¿Qué ha sido esto?
FEBO Que Eco en aire
entre mis brazos se ha vuelto. 1100
SILVIO Y Narciso en sus cristales,
antes que a mi saña, ha muerto.
TODOS En cuyas obsequias hacen
cielo y tierra sentimiento.
LIRÍOPE Cumplió el hado su amenaza, 1115
valiéndose de los medios,
que para estorbarlo[(45)] puse;
pues ruina de entrambos fueron
una voz y una hermosura,
aire y flor entrambos siendo. 1120
BATO ¡Y habrá bobos que lo crean!
Mas sea cierto o no cierto,
tal cual la fábula es
esta de Narciso y Eco.
Perdonad sus muchas faltas 1125
del que, a vuestras plantas puesto,
siempre acuerda la disculpa
del que yerra obedeciendo.

EL ALCALDE DE ZALAMEA

Personas que hablan en ella:

- **El REY, don Felipe II**
-
- **Don LOPE de Figueroa**
-
- **Don ÁLVARO de Atayde, capitán**
-
- **Un SARGENTO**
-
- **SOLDADOS**
-
- **REBOLLEDO, soldado**
-
- **La CHISPA, soldadera**
-
-
- **Pedro CRESPO, labrador**
-
- **JUAN, hijo de Pedro Crespo**
-
- **ISABEL, hija de Pedro Crespo**
-
- **INÉS, prima de Isabel**
-

- **Don MENDO, hidalgo gracioso**
-
- **NUÑO, criado de don Mendo**
-
- **Un ESCRIBANO**
-
- **VILLANOS**

JORNADA PRIMERA

Salen REBOLLEDO, la CHISPA, y algunos SOLDADOS

REBOLLEDO: ¿Cuerpo de Cristo con quien
de esta suerte hace marchar
de un lugar a otro lugar
sin dar un refresco!
TODOS: ¡Amén!
REBOLLEDO: ¿Somo gitanos aquí,
para andar de esta manera?
¿Una arrollada bandera
nos ha de llevar tras sí
con una caja...
SOLDADO 1: ¿Ya empiezas?
REBOLLEDO: ...que este rato que calló
nos hizo merced de no
rompernos estas cabezas?
SOLDADO 2: No muestres de eso pesar,
si ha de olvidarse, imagino,
el cansancio del camino
a la entrada del lugar.
REBOLLEDO: ¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá
sabe mi Dios si será
para alojar; pues es cierto
llegar luego al comisario
los alcaldes a decir,
que si es que se pueden ir,
que darán lo necesario.
Responderle lo primero
que es imposible, que viene
la gente muerta; y, si tiene
el concejo algún dinero,
decir, "Señores, soldados,
orden hay que no paremos;
luego al instante marchemos."
Y nosotros, muy menguados,
a obedecer al instante
orden, que es, en caso tal,
para él orden monacal,
y para mi mendicante.
Pues, ¡voto a Dios!, que si llego
esta tarde a Zalamea,
y pasar de allí desea
por diligencia o por ruego,
que ha de ser sin mí la ida;

pues no, con desembarazo
será el primero tornillazo
que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1: Tampoco será el primero,
que haya la vida costado
a un miserable soldado;
y más hoy, si considero,
que es el cabo de esta gente
don Lope de Figueroa,
que, si tiene tanta loa
de animoso y de valiente
la tiene también de ser
el hombre más desalmado,
jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del más amigo,
sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO: ¿Ven ustedes todo eso?
Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2: ¿De eso un soldado blasona?

REBOLLEDO: Po mí muy poco me inquieta;
sino por esa pobreta
que viene tras la persona.

CHISPA: Seor Rebolledo, por mí
vuecé no se aflija, no;
que bien se sabe que yo
barbada el alma nací;
y ese temor me deshonra,
pues no vengo yo a servir
menos, que para sufrir
trabajos con mucha honra;
que para estarme, en rigor,
regalada, no dejara
en mi vida, cosa es clara,
la casa del regidor,
donde todo sobra, pues
al mes mil regalos vienen;
que hay regidores, que tienen
menos regla con el mes;
y pues a venir aquí
a marchar y perecer
con Rebolledo, sin ser
postema, me resolví,
por mí ¿en qué duda o repara?

REBOLLEDO: ¡Viven los cielos, que eres
corona de las mujeres!

SOLDADO 2: Aquesa es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO: ¡Reviva!
Y más, si, por divertir
esta fatiga de ir
cuesta abajo y cuesta arriba,
con su voz al aire inquieta
una jácara o canción.

CHISPA: Responda a esa petición
citada la castañeta.

REBOLLEDO: Y yo ayudaré también.

Sentencien los camaradas
todas las partes citadas.
SOLDADO 1: ¡Vive Dios, que han dicho bien!

Cantan REBOLLEDO y la CHISPA

CHISPA: "Yo soy tiritiritaina,
flor de la jacarandana.
REBOLLEDO: "Yo soy tiritiritina,
flor de la jacarandina.
CHISPA: "Vaya a la guerra el alférez,
y embárquese el capitán.
REBOLLEDO: "Mate moros quien quisiere;
que a mí no me han hecho mal.
CHISPA: "Vaya y venga la tabla al horno,
y a mí no me falte pan.
REBOLLEDO: "Huéspeda, máteme una gallina,
que el carnero me hace mal."

SOLDADO 1: Aguarda; que ya me pesa
--que íbamos entretenidos
en nuestros mismos oídos---,
caballeros, de ver esa
torre, pues es necesario
que donde paremos sea.
REBOLLEDO: ¿Es aquélla Zalamea?
CHISPA: Dígalo su campanario.
No sienta tanto vusté,
que cese el cantico ya;
mil ocasiones habrá
en lograrle; porque
esto me divierte tanto,
que como de otras no ignoran,
que a cada cosa lloran,
yo a casa cosica canto,
y oirá ucé jácaras ciento.
REBOLLEDO: Hagamos aquí alto, pues
justo, hasta que venga, es
con la orden el sargento,
por si hemos de entrar marchando
o en tropas.
SOLDADO 2: Él solo es quien
llega ahora. Mas también
el capitán esperando
está.

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Señores soldados,
albricias puedo pedir;
de aquí no hemos de salir,
y hemos de estar alojados
hasta que don Lope venga
con la gente, que quedó
en Llerena; que hoy llegó

orden de que se prevenga
toda, y no salga de aquí
a Guadalupe, hasta que
junto todo el tercio esté,
y él vendrá luego; y así
del cansancio bien podrán
descansar algunos días.

REBOLLEDO: Albricias pedir podías.

TODOS: ¡Vítor nuestro capitán!

ÁLVARO: Ya está hecho el alojamiento.
El comisario irá dando
boletas, como llegando
fueren.

CHISPA: Hoy saber intento,
por qué dijo, voto a tal,
aquella jacarandina;
"Huéspeda, máteme una gallina;
que el carnero me hace mal."

Vanse todos, y quedan el CAPITÁN y el SARGENTO

ÁLVARO: Señor sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí
que me tocan?

SARGENTO: Señor, sí.

ÁLVARO: ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO: En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar, de quien después
he oído, que es el más vano
hombre del mundo, y que tiene
más pompa y más presunción,
que un infante de León.

ÁLVARO: Bien a un villano conviene
rico aquesa vanidad.

SARGENTO: Dicen, que esta es la mejor
casa del lugar, señor;
y si va a decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer...

ÁLVARO: Di.

SARGENTO: ...como una hija suya.

ÁLVARO: Pues,
¿por muy hermosa y muy vana
será más que una villana
con malas manos y pies?

SARGENTO: ¡Que haya en el mundo quien diga
eso!

ÁLVARO: ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO: ¿Hay más bien gastado rato
--a quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más--
que el de una villana, y ver,

que no acierta a responder
a propósito jamás?

ÁLVARO: Cosa es que en toda mi vida,
ni aun de paso, me agradó;
porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una mujer, me parece
que no es mujer para mí.

SARGENTO: Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece.
Vamos allá; que por Dios,
que me pienso entretener
con ella.

ÁLVARO: Quieres saber
¿cuál dice bien de los dos?
El que una belleza adora,
dijo, viendo a la que amó,
"Aquella es mi dama," y no,
"Aquella es mi labradora."
Luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya,
que en una villana está
vendido el nombre de dama.

Mas, ¿qué ruido es ese?

SARGENTO: Un hombre,
que de un flaco rocinante
a la vuelta de esa esquina
se apeó, y en rostro y talle
parece aquel Don Quijote
de quien Miguel de Cervantes
escribió las aventuras.

ÁLVARO: ¡Qué figura tan notable!

SARGENTO: Vamos, señor; que ya es hora.

ÁLVARO: Lléveme el sargento antes
a la posada la ropa,
y vuelva luego a avisarme.

Vanse. Salen don MENDO, hidalgo de figura, y [NUÑO, su] criado

MENDO: ¿Cómo va el rucio?

NUÑO: Rodado,
pues no puede menearse.

MENDO: ¿Dijiste al lacayo, di,
que un rato le pasease?

NUÑO: ¡Qué lindo pienso!

MENDO: No hay cosa
que tanto a un bruto descanse.

NUÑO: Aténgome a la cebada.

MENDO: ¿Y que a los galgos no aten,
dijiste?

NUÑO: Ellos se holgarán
mas no el carnicero.

MENDO: Baste;
y pues que han dado las tres,

cálzome palillo y guantes.
NUÑO: ¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?
MENDO: Si alguien,
que no he comido un faisán,
dentro de sí imaginare,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
lo sustentaré.
NUÑO: ¿Mejor
no sería sustentarme
a mí que al otro, que en fin
te sirvo?
MENDO: ¡Que necedades!
En efecto, ¿que han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?
NUÑO: Sí, señor.
MENDO: Lástima da el villanaje
con los huéspedes que espera.
NUÑO: Más lástima da y más grande
con los que no espera...
MENDO: ¿Quién?
NUÑO: La hidalguez, y no te espante;
que, si no alojan, señor,
en casa de hidalgos a nadie,
¿por qué piensas que es?
MENDO: ¿Por qué?
NUÑO: Porque no se mueran de hambre.
MENDO: En buen descanso esté el alma
de mi buen señor y padre,
pues en fin me dejó una
ejecutoria tan grande,
pintada de oro y azul,
exención de mi linaje.
NUÑO: Tomáramos que dejara
un poco del oro aparte.
MENDO: Aunque, si reparo en ello,
y si va a decir verdades,
no tengo que agradecerle
de que hidalgo me engendrase;
porque yo no me dejara
engendrar, aunque él porfiase,
sino fuera de una hidalgo,
en el vientre de mi madre.
NUÑO: Fuera de saber difícil.
MENDO: No fuera, sino muy fácil.
NUÑO: ¿Cómo, señor?
MENDO: Tú en efecto
filosofía no sabes,
y así ignoras los principios.
NUÑO: Sí, mi señor, y aun los antes
y postres, desde que como
contigo; y es, que al instante
mesa divina es tu mesa,
sin medios, postres ni antes.
MENDO: Yo no digo esos principios.

Has de saber que el que nace
sustancia es del alimento,
que antes comieron sus padres...

NUÑO: ¿Luego tus padres comieron?
Esa maña no heredaste.

MENDO: ...esto después se convierte
en su propia carne y sangre;
luego si hubiera comido
el mío cebolla, al instante
me hubiera dado el olor,
y hubiera dicho yo, "Tate,
que no me está bien hacerme
de excremento semejante."

NUÑO: Ahora digo que es verdad.

MENDO: ¿Qué?

NUÑO: Que adelgaza la hambre
los ingenios.

MENDO: Majadero,
¿téngola yo?

NUÑO: No te enfades;
que, sino la tienes, puedes
tenerla; pues de la tarde
son ya las tres, y no hay greda,
que mejor las manchas saque,
que tu saliva y la mía.

MENDO: Pues, ¿esa es causa bastante
para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes;
que no somos todos unos;
que a un hidalgo no le hace
falta el comer...

NUÑO: ¡Oh quién fuera
hidalgo!

MENDO: Y más no me hables
de esto, pues ya de Isabel
vamos entrando en la calle.

NUÑO: ¿Por qué, si de Isabel eres
tan firme y rendido amante,
a su padre no la pides?
Pues con esto tú y su padre
remediaréis de una vez
entrambas necesidades;
tú comerás, y él hará
hidalgos sus nietos.

MENDO: No hables
más Nuño, calla. ¿Dineros
tanto habían de postrarme,
que a un hombre llano por fuerza
había de admitir?

NUÑO: Pues antes
pensé, que ser hombre llano
para suegro era importante;
pues de otros dicen, que son

tropezones, en que caen
los yernos; y si no has
de casarte, ¿por qué haces
tantos extremos de amor?

MENDO: ¿Pues no hay, sin que yo me case,
Huelgas en Burgos, adonde
llevarla, cuando me enfade?
Mira, si acaso la ves.

NUÑO: Temo si acierta a mirarme
Pero Crespo.

MENDO: ¿Qué ha de hacer,
siendo mi crïado, nadie?
Haz lo que manda tu amo.

NUÑO: Sí, haré. Aunque no he de sentarme
con él a la mesa.

MENDO: Es propio
de los que sirven, refranes.

NUÑO: Albricias que, con su prima
Inés, a la reja sale.

MENDO: Di que por el bello oriente,
coronado de diamantes,
hoy, repitiéndose el sol,
amanece por la tarde.

Salen a la ventana ISABEL e INÉS, labradoras

INÉS: Asómate a esa ventana,
prima, así el cielo te guarde,
verás los soldados, que entran
en el lugar.

ISABEL: No me mandes,
que a la ventana me ponga,
estando ese hombre en la calle,
Inés, pues ya, en cuánto el verle
en ella me ofende, sabes.

INÉS: En notable tema ha dado
de servirte y festejarte.

ISABEL: No soy más dichosa yo.

INÉS: A mi parecer, mal haces
de hacer sentimiento de esto.

ISABEL: Pues, ¿qué había de hacer?

INÉS: Donaire.

ISABEL: ¿Donaire de los disgustos?

[MENDO habla] a ISABEL

MENDO: Hasta aqueste mismo instante
jurara yo a fe de hidalgo,
--que es juramento inviolable--
que no había amanecido;
mas, ¿qué mucho que lo extrañe,
hasta que a vuestras auroras
segundo día les sale?

ISABEL: Ya os he dicho muchas veces,

señor don Mendo, cuán en balde
gastáis finezas de amor,
locos extremos de amante
haciendo todos los días
en mi casa y en mi calle.

MENDO: Si las mujeres hermosas
supieran, cuanto las hace
más hermosas el enojo,
el rigor, desdén y ultraje,
en su vida gastarían
más afeite, que enojarse.
Hermosa estáis, por mi vida;
decid, decid más pesares.

ISABEL: Cuando no baste el decirlos,
don Mendo, el hacerlos baste,
de aquesta manera: Inés,
éntrate allá dentro, y dale
con la ventana en los ojos.

Vase [ISABEL]

INÉS: Señor caballero andante,
que de aventurero entráis
siempre en lides semejantes,
porque de mantenedor,
no era para vos tan fácil,
Amor os provea.

Vase [INÉS]

MENDO: Inés,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren. ¡Nuño!

NUÑO: ¡Oh qué desairados nacen
todos los pobres!

Sale Pedro CRESPO, labrador

CRESPO: (¡Que nunca **Aparte**
entre y salga yo en mi calle,
que no vea a este hidalgote
pasearse en ella muy grave!)

NUÑO: Pedro Crespo viene aquí.

MENDO: Vamos por esta otra parte,
que es villano malicioso.

Sale JUAN, su hijo

JUAN: (¡Que siempre que venga halle **Aparte**
esta fantasma a mi puerta,
calzado de frente y guantes!)

NUÑO: Pero acá viene su hijo.

MENDO: No te turbes ni embaraces.

CRESPO: Mas Juanico viene aquí.
JUAN: Pero aquí viene mi padre.
MENDO: Disimula. Pedro Crespo,
Dios os guarde.
CRESPO: Dios os guarde.

Vanse don MENDO y NUÑO

(Él ha dado en porfïar **Aparte**
y alguna vez he de darle
de manera que le duela.)
JUAN: (Algún día he de enojarme.) **Aparte**
¿De adónde bueno, señor?
CRESPO: De las eras; que esta tarde
salí a mirar la labranza,
y están las parvas notables
de manojos y montones,
que parecen al mirarse
desde lejos montes de oro,
y aun oro de más quilates
pues de los granos de aqueste,
es todo el cielo el contraste.
Allí el bieldo, hiriendo a soplos
el viento en ellos süave,
deja en esta parte el grano
y la paja en la otra parte;
que aun allí lo más humilde
da el lugar a lo más grave.
¿Oh, quiera Dios, que en las trojes
yo llegue a encerrarlo, antes
que algún turbión me lo lleve
o algún viento me la tale!
Tú, ¿qué has hecho?
JUAN: No sé cómo
decirlo, sin enojarte.
A la pelota he jugado
dos partidos esta tarde,
y entrambos los he perdido.
CRESPO: Naces bien, si los pagaste.
JUAN: No los pagué; que no tuve
dineros para ellos; antes
vengo a pedirte, señor...
CRESPO: Pues escucha antes de hablarme;
dos cosas no has de hacer nunca,
no ofrecer los que no sabes
que has de cumplir, ni jugar
más de lo que está delante,
porque, si por accidente
falta, tu opinión no falte.
JUAN: El consejo es como tuyo,
y por tal debo estimarle;
y he de pagarte con otro:
en tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero.
CRESPO: ¡Bien te vengaste!

Sale el SARGENTO

SARGENTO: ¿Vive Pedro Crespo aquí?
CRESPO: ¿Hay algo que usté le mande?
SARGENTO: Traer a casa la ropa
de don Álvaro de Atayde,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.
CRESPO: No digáis más, esto baste;
que para servir al Rey,
y al Rey en sus capitanes,
están mi casa y mi hacienda.
Y en tanto, que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
e id a decirle que venga,
cuando su merced mandare,
a que se sirva de todo.
SARGENTO: Él vendrá luego al instante.

Vase [el SARGENTO]

JUAN: ¡Que quieras, siento tú rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto!
CRESPO: Pues, ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?
JUAN: Comprando una ejecutoria.
CRESPO: Dime por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No, por cierto.
Pues, ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? No, es dislate.
Pues, ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco o seis mil reales;
y esto es dinero y no es honra;
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial
un ejemplillo escucharme?
"Es calvo un hombre mil años,
y al cabo de ellos se hace
una cabellera. Éste,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No.
Pues, ¿qué dicen al mirarle?
Bien puesta la caballera
trae fulano." Pues, ¿qué hace,
si, aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN: Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,
y redimir vejaciones
del sol, del hielo y del aire.

CRESPO: Yo no quiero honor postizo
que el defecto ha de dejar
en casa. Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.
Llama a tu hermana.

JUAN: Ella sale.

Salen ISABEL e INÉS

CRESPO: Hija, el Rey, nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va a Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño;
a cuyo efecto, marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares
hasta bajar a Castilla
el tercio viejo de Flandes
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir a casa
soldados, y es importante,
que no te vean. Así, hija,
al punto has de retirarte
en esos desvanes, donde
yo vivía.

ISABEL: A suplicarte
me dieses esta licencia
venía yo. Sé que el estarme
aquí es estar solamente
a escuchar mil necedades.
En ese cuarto mi prima
y yo estaremos, sin que nadie
ni aun el sol mismo, no sepa
de nosotras.

CRESPO: Dios os guarde.
Juanico, quédate aquí.
Recibe a huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con qué regalarles.

Vase [Pedro CRESPO]

ISABEL: Vamos, Inés.

INÉS: Vamos, prima.
(Mas tengo por disparate **Aparte**
el guardar una mujer
si ella no quiere guardarse.)

Vanse [ISABEL e INÉS]. Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

SARGENTO: Ésta es, señor, la casa.
ÁLVARO: Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
toda mi ropa.
SARGENTO: Quiero
registrar la villana lo primero.

Vase [el SARGENTO]

JUAN: Vos seáis bien venido
a aquesta casa; que ventura ha sido
grande venir a ella un caballero
tan noble como en vos le considero.
(¡Qué galán y alentado!
Aparte
Envidia tengo al traje de soldado.)
ÁLVARO: Vos seáis bien hallado.
JUAN: Perdonaréis, no estar acomodado;
que mi padre quisiera
que hoy un alcázar esta casa fuera.
Él ha ido a buscaros
que comáis, que desea regalaros,
y yo voy a que esté vuestro aposento
aderezado.
ÁLVARO: Agradecer intento
la merced y el cuidado.
JUAN: Estaré siempre a vuestros pies postrado.

Vase [JUAN] y sale el SARGENTO

ÁLVARO: ¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto
a la tal labradora?
SARGENTO: ¡Vive Cristo!
Que con aquese intento
no he dejado cocina ni aposento
y que no la he topado.
ÁLVARO: Sin duda el villanchón la ha retirado.
SARGENTO: Pregunté a una crïada
por ella, y respondióme que ocupada
su padre la tenía
en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá, que es muy celoso.
ÁLVARO: ¿Qué villano no ha sido malicioso?
De mí digo, que, si hoy aquí la viera,
caso de ella no hiciera;
y sólo porque el viejo la ha guardado,
deseo, vive Dios, de entrar me ha dado
donde está.
SARGENTO: Pues, ¿qué haremos,
para que allá, señor, con causa entremos,
sin dar sospecha alguna?

ÁLVARO: Solo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.
SARGENTO: Aunque no sea
de mucho ingenio para quien la vea
hoy, no importará nada;
que con eso será más celebrada.
ÁLVARO: Óyela pues ahora.
SARGENTO: Di, ¿qué ha sido?
ÁLVARO: Tú has de fingir... Mas no, pues que ha venido
ese soldado, que es más despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

Salen REBOLLEDO y la CHISPA

REBOLLEDO: Con este intento vengo
a hablar al capitán, por ver si tengo
dicha en algo.
CHISPA: Pues háblale de modo
que le obliges; que en fin no ha de ser todo
desatino y locura.
REBOLLEDO: Préstame un poco tú de tu cordura.
CHISPA: Poco y mucho pudiera.
REBOLLEDO: Mientras hablo con él, aquí me espera.

[Habla REBOLLEDO] a don ÁLVARO

Yo vengo a suplicarte...
ÁLVARO: En cuanto puedo
ayudaré, por Dios, a Rebolledo,
porque me ha aficionado
su despejo y su brío.
SARGENTO: Es gran soldado.
ÁLVARO: Pues, ¿qué hay que se le ofrezca?
REBOLLEDO: Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido
y he de tener, porque de pobre juro,
en presente, en pretérito y futuro.
Hágaseme merced de que por vía
de ayudilla de costa aqueste día
el alférez me dé...
ÁLVARO: Diga, ¿qué intenta?
REBOLLEDO: El juego del boliche por mi cuenta;
que soy hombre cargado
de obligaciones y honbre al fin honrado.
ÁLVARO: Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que este es mi gusto.

[La CHISPA habla aparte]

CHISPA: (Bien le habla el capitán. ¡Oh si me viera
llamar de todos ya la bolichera!)
REBOLLEDO: Daréle ese recado.

ÁLVARO: Oye. Primero
que le lleves, de ti fïarme quiero
para cierta invención que he imaginado,
con que salir intento de un cuidado.
REBOLLEDO: Pues, ¿qué es lo que se aguarda?
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
en hacerse.
ÁLVARO: Escúchame. Yo intento
subir a ese aposento
por ver sien él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.
REBOLLEDO: Pues, ¿por qué no le subes?
ÁLVARO: No quisiera,
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más; y así, fingiendo
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba. Yo entonces enojado
la espada sacaré. Tú muy turbado
has de entrarte hasta donde
esta persona que busque se esconde.
REBOLLEDO: Bien informado quedo.
CHISPA: (Pues habla el capitán con Rebolledo
hoy de aquella manera,
desde hoy me llamarán la bolichera.)

[Habla REBOLLEDO]en alta voz

REBOLLEDO: ¡Voto a Dios que han tenido
esta ayuda de costa, que he pedido,
un ladrón, un gallina y un cuitado,
y ahora que la pide un hombre honrado,
¿se la dan?
CHISPA: (¡Ya empieza su tronera!)
ALVARO: Pues, ¿cómo me habla a mí de esa manera?
REBOLLEDO: ¿No tengo de enojarme
cuando tengo razón?
ÁLVARO: No, ni ha de hablarme;
y agradezca que sufro aqueste exceso.
REBOLLEDO: Ucé es mi capitán, sólo por eso
callaré. Mas, ¡por Dios!, que si yo hubiera
la bengala en mi mano...
ÁLVARO: ¿Qué me hiciera?
CHISPA: ¡Tente, señor! (Su muerte considero.)
REBOLLEDO: ...que me hablara mejor.
ÁLVARO: ¿Qué es lo que espero,
que no doy muerte a un pícaro atrevido?
REBOLLEDO: Huyo, por el respeto que he tenido
a esa insignia.
ÁLVARO: Aunque huyas,
te he de matar.
CHISPA: (Ya él hizo de las suyas.)
SARGENTO: ¡Tente, señor!
CHISPA: ¡Escucha!
SARGENTO: ¡Aguarda, espera!
CHISPA: (Ya no me llamarán la bolichera.)

Éntrale acuchillando y salen JUAN con espada y Pedro CRESPO

JUAN: ¡Acudid todos presto!
CRESPO: ¿Qué ha sucedido aquí?
JUAN: ¿Qué ha sido aquesto?
CHISPA: Que la espada ha sacado
el capitán aquí para un soldado,
y esa escalera arriba
sube tras él.
CRESPO: ¿Hay suerte más esquiva?
CHISPA: Subid todos tras él.
JUAN: Acción fue vana
esconder a mi prima y a mi hermana.

Éntranse y salen REBOLLEDO huyendo, e ISABEL e INÉS

REBOLLEDO: Señoras, si siempre ha sido
sagradoel que es templo, hoy
sea mi sagrado aqueste,
pues es templo del Amor.
ISABEL: ¿Quién a vos de esa manera
os obliga?
INÉS: ¿Qué ocasión
tenéis de entrar hasta aquí?
ISABEL: ¿Quién os sigue o busca?

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Yo;
que tengo de dar la muerte
al pícaro, ¡vive Dios!
Si pensase....
ISABEL: Deteneos,
siquiera porque, señor,
vino a valerse de mí;
que los hombres, como vos,
han de amaparar las mujeres,
si no por lo que ellas son,
porque son mujeres; que esto
basta, sindo vos quien sois.
ÁLVARO: No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza;
por ella vida le doy.
Pero mirad, que no es bbien
en tan precisa ocasión
hacer vos el homicidio,
que no queréis que haga yo.
ISABEL: Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.

Que dejéis este soldado
os suplico; pero no
que cobréis de mí la deuda
a que agradecida estoy.

ÁLVARO: No sólo vuestra hermosura
es derara perfección,
pero vuestro entendimiento
lo es también; porque hoy en vos
alïanza están jurando
hermosura y discreción.

Salen Pedro CRESPO y JUAN, las espadas desnudas

CRESPO: ¿Cómo es eso, caballero?
¿Cuando pensó mi temor
hallaros matando a un hombre,
os hallo...

ISABEL: (¡Válgame Dios!) **Aparte**

CRESPO: ...requebrando a una mujer?
Muy noble sin duda sois,
pues que tan presto se os pasan
los enojos.

ÁLVARO: Quien nació
con obligaciones debe
acudir a ellas; y yo
al respeto de esta dama
suspendí todo el furor.

CRESPO: Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.

JUAN: (¡Vive el cielo **Aparte**
que todo ha sido invención,
para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
de que piensen, que me engañan,
y no ha de ser.) Bien, señor
capitán, pudierais ver
con más segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este disgusto.

CRESPO: ¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Que disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no había de ir tras él?
Mi hija os estima el favor
del haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

ÁLVARO: Claro está, que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN: Yo lo veo
muy bien.

CRESPO: Pues, ¿cómo habláis vos
así?

ÁLVARO: Porque estáis delante,
más castigo no le doy
a este rapaz.
CRESPO: Detened,
señor capitán; que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y vos no.
JUAN: Y yo sufrirlo a mi padre,
mas a otra persona no.
ÁLVARO: ¿Qué habíais de hacer?
JUAN: Perder
la vida por la opinión.
ÁLVARO: ¿Qué opinión tiene un villano?
JUAN: Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán
sino hubiera un labrador.
ÁLVARO: ¡Vive Dios, que ya es bajeza
sufrirlo!
CRESPO: Ved que yo estoy
de por medio.

Sacan las espadas

REBOLLEDO: ¡Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgón!
CHISPA: ¡Aquí del cuerpo de guardia!
REBOLLEDO: ¡Don Lope, ojo avisor!

Sale don LOPE con hábito, muy galán, y bengala

LOPE: ¿Qué es aquesto? ¿La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabdo de llegar,
ha de ser una cuestión?
ÁLVARO: (¡A qué mal tiempo don Lope
Aparte
de Figueroa llegó!)
CRESPO: (¡Por Dios, que se las tenía **Aparte**
con todos el rapagón!)
LOPE: ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
Hablad, porque, ¡votos a Dios!,
que a hombres, mujeres y casa
eche por un corredor!
¿No me basta haber subido
hasta aquí, con el dolor
de esta pierna, que los diablos
llevarán, amén, si no
no decirme, "Aquesto ha sido"?
CRESPO: Todo eso es nada, señor.
LOPE: Hablad, decid la verdad.
ÁLVARO: Pues es que alojado estoy
en esta casa; un soldado...
LOPE: Decid.
ÁLVARO: ...ocasión me dio

a que sacase con él
la espada. Hasta aquí se entró
huyendo. Entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras, y su padre
o su hermano--o lo que son--
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

LOPE: Pues yo
a tan buen tiempo he llegado,
satisfaré a todos hoyt.
¿Quién fue el soldado, decid,
que a su capitán le dio
ocasión de que sacase
la espada?

REBOLLEDO: (¡A que pago yo **Aparte**
por todos!)

ISABEL: Aquéste fue
el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE: Denle dos tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Tras... ¿Qué me han de dar, señor?

LOPE: Tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Yo hombre
de estos tratos no soy.

CHISPA: (De esta vez me lo estropean.) **Aparte**

ÁLVARO: (¡Ah, Rebolledo, por Dios, **Aparte**
que nada digas! Yo haré
que te libren.)

[REBOLLEDO habla] aparte a él

REBOLLEDO: (¿Cómo no
lo he de decir, pues si callo,
los brazos me pondrán hoy
atrás, como mal soldado?)

A don LOPE

El capitán me mandó
que fingiese la pendencia,
para tener ocasión
de entrar aquí.

CRESPO: Ved ahora,
si hemos tenido razón.

LOPE: No tuvisteis, para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar.
¡Hola! Echa un bando tambor:
--Que al cuerpo de guardia vayan
los soldados cuantos son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy--
Y para que no quedéis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,

y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento;
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que a Guadalupe no voy
donde está el Rey.

ÁLVARO: Tus preceptos,
órdenes precisas son
para mí.

Vanse los soldados

CRESPO: Entraos allá dentro.

Vanse ISABEL, INÉS y JUAN

Mil gracias, señor, os doy
por la merced, que me hicisteis
de excusarme una ocasión
de perderme.

LOPE: ¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO: Dando muerte a quien pensara
ni aun el agravio menor.

LOPE: ¿Sabes, ¡voto a Dios!, que es
capitán?

CRESPO: Sí, ¡voto a Dios!,
y aunque fuera él general,
en tocando a mi opinión
le matara.

LOPE: A quien tocara
ni aun al soldado menor
sólo un pelo de la ropa,
¡por vida del cielo!, yo
le ahorcara.

CRESPO: A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
¡por vida también del cielo!,
que también le ahorcara yo.

LOPE: ¿Sabéis que estáis olbigado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO: Con mi hacienda,
pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

LOPE: ¡Juro a Cristo!, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO: Sí, ¡juro a Cristo!, porque
siempre la he tenido yo.

LOPE: Yo vengo cansado, y esta
pierna, que el diablo me dio,
ha menester descansar.

CRESPO: Pues, ¿quién os dice que no?
Ahí me dio el diablo una cama,
y servirá para vos.
LOPE: ¿Y dióle hecha el diablo?
CRESPO: Sí.
LOPE: Pues a deshacerla voy,
que estoy, ¡voto a Dios!, cansado.
CRESPO: Pues descansad, ¡voto a Dios!
LOPE: (Testarudo es el villano; **Aparte**
también jura como yo.)
CRESPO: (Caprichoso es el don Lope **Aparte**
no haremos migas los dos.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen don MENDO y NUÑO, su criado

MENDO: ¿Quién os contó todo esto?
NUÑO: Todo esto contó Ginesa,
su crïada.
MENDO: ¿El capitán,
después de aquella pendencia,
que en su casa tuvo, fuése?
¿Ya verdad o ya cautela,
ha dado en enamorar
a Isabel?
NUÑO: Y es de manera,
que tan poco humo en su casa
él hace, como en la nuestra
nosotros. Él todo el día
no se quita de su puerta.
No hay hora, que no le envíe
recados; con ellos entra
y sale un mal soldadillo,
confidente suyo.
MENDO: ¡Cesa!
Que es mucho veneno, mucho,
para que el alma lo beba
de una vez.
NUÑO: Y más no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirle.

MENDO: Hablemos
un rato, Nuño, de veras.
NUñO: ¡Pluguiera a Dios fueran burlas!
MENDO: ¿Y qué le responde ella?
NUñO: Lo que a ti; porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
a cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra.
MENDO: ¡Buenas nuevas te dé Dios!

Dale [a NUÑO] un bofetón

NUÑO: A ti te dé mal de muelas,
que me has quebrado dos dientes.
Mas bien has hecho, si intentas
reformalos por familia,
que no sirve ni aprovecha.
¡El capitán!
MENDO: ¡Vive Dios,
si por el honor no fuera
de Isabel, que lo matara!
NUÑO: Más mira por tu cabeza.

Salen don ÁLVARO, el SARGENTO y REBOLLEDO

MENDO: Escucharé retirado.
Aquí, a esta parte, te llega.

Retíranse [don MENDO y NUÑO]

ÁLVARO: Este fuego, esta pasión
no es amor solo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.
REBOLLEDO: ¡Oh nunca, señor, hubieras
visto a la hermosa villana,
que tantas ansias te cuesta!
ÁLVARO: ¿Que te dijo la crïada?
REBOLLEDO: ¿Ya no sabes sus respuestas?

[Don MENDO habla aparte] a NUÑO

MENDO: Esto ha de ser; pues ya tiende
lo noche sus sombras negras,
antes que se haya resuelto
a lo mejor mi prudencia,
ven a armarme.
NUÑO: Pues, ¿qué tienes
más armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre elmarco de la puerta?
MENDO: En mi guardarnés presumo
que hay para tales empresas

algo que ponerme.

NUÑO: Vamos,
sin que el capitán no sienta.

Vanse [don MENDO y NUÑO]

ÁLVARO: ¡Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible!

SARGENTO: Éstas, señor,
no de los hombre se prendan
como tú. Si otro villano
le festejara y sirviera,
hiciera más caso de él.
Fuera de que con tus quejas
sin tiempo. Si te has de ir
mañana, ¿para qué intentas,
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?

ÁLVARO: En un día el sol alumbra
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
perdida y victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;
en un día nace un hombre
y muere; luego pudiera
en un día ver mi amor
sobra y luz, como planeta;
pena y dicha, como imperio;
fente y brutos, como selva;
paz e inquietud como mar;
triunfo y ruina, como guerra;
vida y muerte, como dueño
de sentidos y potencias.
Y habiendo tenido edad
en un día su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un día
de hacerme dichoso? ¿Es fuerza
que se engendren más despacio
las glorias que las ofensas?

SARGENTO: ¿Verla una vez solamente
a tanto extremo te fuerza?

ÁLVARO: ¿Qué más causa había de haber,
llegando a verla, que verla?
De sola una vez a incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
fulgúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo

que destruye cuanto encuentra;
de una vez escupe horror
la más reformada pieza.
De una vez amor, ¿qué mucho,
fuego de cuatro maneras,
mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase, asombre y hiera?

SARGENTO: ¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?

ÁLVARO: Y aun aquesa confïanza
me mató; porque el que piensa
que va a un pelligro, ya va,
prevenido a la defensa;
quien va a una seguridad
es el que más riesgo lleva,
por la novedad que halla
siacaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad, ¿no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura. ¡Ay, Rebolledo,
no sé qué hiciera por verla!

REBOLLEDO: En la compañía hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaida
del boliche, es la primera
mujer en jacarear.
Haya, señor, jira y fiesta
y música a su ventana;
que con esto podrás verla
y aun hablarla.

ÁLVARO: Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.

REBOLLEDO: Pues donLope,
¿cuándo duerme con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa
si se entiende,será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

ÁLVARO: Aunque tenga
mayores dificultades,
pase por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche,
mas de suerte que no entiendan
que yo lo mando. ¡Ay, Isabel,
qué de cuidados me cuestas!

Vanse don ÁLVARO y el SARGENTO, y sale la CHISPA

CHISPA: ¡Téngase!

REBOLLEDO: Chispa, ¿qué es eso?

CHISPA: Ahí un pobrete que queda
con un rasguño en el rostro.
REBOLLEDO: Pues, ¿por qué fue la pendencia?
CHISPA: Sobre hacerme alicantina
del barato de hora y media
que estuvo echando las bolas,
teniéndome muy atenta
a si eran pares o nones.
Canséme y dílo con ésta.

Saca la daga

Mientras que con el barbero
poniéndose en puntos queda,
vamos al cuerpo de guardia
que allá te daré la cuenta.
REBOLLEDO: ¡Bueno es estar de mohina,
cuando vengo yo de fiesta!
CHISPA: ¿Pues qué estorba el uno al otro?
Aquí está la castañeta.
¿Qué se ofrece que cantar?
REBOLLEDO: Ha de ser cuando anochezca,
y música más fundada.
Vamos y no te detengas,
Anda acá al cuerpo de guardia.
CHISPA: Fama ha de qiedar emtera
de mí en el mundo, que soy
Chispilla, la bolichera.

Vanse. Salen don LOPE y Pedro CRESPO, y algunos criados

CRESPO: En este paso, que está
más fresco, poned la mesa
al señor don Lope.

[CRESPO habla] a don LOPE

Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de agosto
no tienen más recompensa
que sus noches.
LOPE: Apacible
estancia en extremo es ésta.
CRESPO: Un pedazo es de jardín
do mi hija se divierta.
Sentaos. Que el viento süave,
que en las blandas hojas suena
de estas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás de esta fuente,
cítara de plata y perlas,
poreque son en trastes de oro

las guijas tmepladas cuerdas.
Perdonad, si de instrumentos
solos la música suena,
de músicos que deleiten
sin voces que os entretengan;
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertidd
esa continua dolencia.

LOPE: No podré; que es imposible,
que divertimiento tenga.
¡Válgame Dios!

CRESPO: ¡Valga, amén!

LOPE: ¡Los cielos me den paciencia!
Sentaos, Crespo.

CRESPO: Yo estoy bien.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais.

Siéntase

LOPE: ¿No sabéis qué he reparado?
Que ayer la cólera vuestra
os debió de enajenar
de vos.

CRESPO: Nuna me enajena
a mí de mí nada.

LOPE: Pues,
¡cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
aun en la silla primera?

CRESPO: Porque nome lo dijisteis,
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo. La cortesía
tenerla con quien la tenga.

LOPE: Ayer todo erais reniegos,
porvidas, votos y pesias;
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

CRESPO: Yo, señor, siempre respondo
en el tono y en la letra,
que me hablan. Ayer vos
así hablabais, y era fuerza
que fuera de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
y es aquesto de manera
que en toda la noche pude

dormir en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas;
que, porno errar la que os duele,
si es la izquierda o la derecha,
me dolieron a mí entrambas.
Decidme, ¡por vida vuestra!,
cuál es y sépalo yo
porque una sola me duela.

LOPE: ¿No tengo mucha razón
de quejarme, si ha ya treinta
años que asistiendo en Flandes
al servicio de la fuerra,
el invierno con la escarcha
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé
y no he sabido qué sea
estar sin dolor un hora?

CRESPO: ¡Dios, senor, os dé paciencia!

LOPE: ¿Para qué la quiero yo?

CRESPO: ¡No os la dé!

LOPE: Nunca acá venga,
sino que dosmil demonios
carguen conmigo y con ella.

CRESPO: ¡Amén! Y sino lo hacen
es por no hacer cosa buena.

LOPE: ¡Jesús mil veces, Jesús!

CRESPO: Con vos y conmigo sea.

LOPE: ¡Voto a Cristo, que me muero!

CRESPO: ¡Voto a Cristo, que me pesa!

Saca la mesa JUAN

JUAN: Ya tienes la mesa aquí.

LOPE: ¿Cómo a servirla no entran
mis crïados?

CRESPO: Yo, señor,
dije, con vuestra licencia,
queno entraran a serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones; que a Dios gracias,
pienso, que no os falte en ella
nada.

LOPE: Pues, que no entran crïados,
hacedme favor que venga
vuestra hija aquí a cenar
conmigo.

CRESPO: Dile que venga
tu hermana al instante, Juan.

Vase JUAN

LOPE: Mi poca salud me deja
sin sospecha en esta parte.

CRESPO: Aunque vuestra salud fuera,

señor, la que yo os deseo,
me dejara sin sospecha.
Agravio hacéis a mi amor
que nada de eso me inquieta;
que el decirle que no entrara
aquí fue con advertencia
de que no estuviese a oír
ociosas impertinencias;
que si todos los soldados
corteses, como vos, fueran,
ella había de acudir
a servirlos la primera.

LOPE: (¡Qué ladino es el villano! **Aparte**
¡Oh, cómo tiene prudencia!)

Salen INÉS e ISABEL [y JUAN]

ISABEL: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

CRESPO: El señor don Lope intenta
honraros. Él es quien llama.

ISABEL: Aquí está una esclava vuestra.

LOPE: Serviros intento yo.
(¡Qué hermosura tan honesta!) **Aparte**
Que cenéis conmigo quiero.

ISABEL: Mejor es, que a vuestra cena
sirvamos las dos.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Sentaos. Haced lo que ordena
el señor don Lope.

ISABEL: Está
el mérito en la obediencia.

Tocan guitarras [dentro]

LOPE: ¿Qué es aquello?

CRESPO: Por la calle
los soldados se pasean,
cantando y bailando.

LOPE: Mal
los trabajos de la guerra,
sin aquesta libertad
se llevarán; que es estrecha
religión la de un soldado,
y darle ensanchas es fuerza.

JUAN: Con todo eso es linda vida.

LOPE: ¿Fuérades con gusto a ella?

JUAN: Sí, señor, como llevara
por amparo a vueselencia.

Dentro [dicen y luego cantan]

UNO: Mejor se cantará aquí.

REBOLLEDO: Vaya a Isabel una letra.
Para que despierte, tira
a su ventana una piedra.

CRESPO: (A ventana señalada **Aparte**
va la música. ¡Paciencia!)

MÚSICOS: "La flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
y mañana serán miel."

LOPE: (Música, vaya. Mas esto **Aparte**
de tirar es desvergüenza.
¡Y a la casa donde estoy
venirse a dar cantaletas!...
Pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.)
¡Qué travesuras!

CRESPO: Son mozos.
(Si por don Lope, no fuera, **Aparte**
yo les hiciera...)

JUAN: (Si yo **Aparte**
una rodelilla vieja
que en el cuarto de don Lope
está colgada, pudiera
sacar...)

[JUAN] hace que se va

CRESPO: ¡Dónde vais, mancebo?

JUAN: Voy a que traigan la cena.

CRESPO: Allá hay mozos que la traigan.

TODOS: Despierta, Isabel, despierta.

ISABEL: (¿Qué culpa tengo yo, cielos, **Aparte**
para estar a esto sujeta?)

LOPE: Ya no se puede sufrir,
porque es cosa muy mal hecha.

Arroja don LOPE la mesa

CRESPO: Pues, ¡y cómo si lo es!

Arroja Pedro CRESPO la silla

LOPE: Llevéme de mi impaciencia.
¿No es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?

CRESPO: De eso mismo hablaba yo.

LOPE: Pensé que otra cosa era.
Como arrojasteis la silla...

CRESPO: Como arrojasteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa yo más cerca.
(¡Disimulemos honor!) **Aparte**

LOPE: (¡Quién en la calle estuviera!) **Aparte**
Ahora bien, cenar no quiero.
Retiraos.
CRESPO: Enhorabuena.
LOPE: Señora, quedad con Dios.
ISABEL: El cielo os guarde.
LOPE: (A la puerta **Aparte**
de la calle, ¿no es mi cuarto?
Y en él, ¿no está una rodela?)
CRESPO: (¿No tiene puerta el corral, **Aparte**
y yo una espadilla vieja?)
LOPE: Buenas noches.
CRESPO: Buenas noches.
(Encerraré por de fuera **Aparte**
a mis hijos.)
LOPE: (Dejaré **Aparte**
un poco la casa quieta.)
ISABEL: (¡Oh, qué mal, cielos, los dos **Aparte**
disimulan que les pesa!)
INÉS: (Mal el uno por el otro **Aparte**
van haciendo la deshecha.)
CRESPO: ¡Hola, mancebo!
JUAN: ¿Señor?
CRESPO: Acá está la cama vuestra.

Vanse [todos]. Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, la CHISPA y REBOLLEDO, con guitarras, y soldados

REBOLLEDO: Mejor estamos aquí,
el sitio es más oportuno;
tome rancho cada uno.
CHISPA: ¿Vuelve la música?
REBOLLEDO: Sí.
CHISPA: Ahora estoy en mi centro.
ÁLVARO: ¡Que no haya un ventana
entreabierto esta villana!
SARGENTO: Pues bien lo oyen allá dentro.
CHISPA: Espera.
SARGENTO: Será a mi costa
REBOLLEDO: No es más de hasta ver quién es
quien llega.
CHISPA: ¿Pues qué? ¿No ves
un jinete de la costa?

Salen don MENDO con adarga, y NUÑO

MENDO: ¿Ves bien lo que pasa?
NUñO: No,
no veo bien; pero bien
lo escucho.
MENDO: ¿Quién, cielos, quien
esto puede sufrir?
NUÑO: Yo.
MENDO: ¿Abrirá acaso Isabel
la ventana?

NUÑO: Sí, abrirá.
MENDO: No hará, villano.
NUÑO: No hará.
MENDO: ¡Ah celos, pena crüel!
Bien supiera yo arrojar
a todos a cuchilladas
de aquí; mas disimuladas
mis desdichas han de estar
hasta ver, si ella ha tenido
culpa de ello.
NUÑO: Pues aquí
nos sentemos.
MENDO: Bien. Así
estaré desconocido.
REBOLLEDO: Pues ya el hombre se ha sentado
--si ya no es, que ser ordena
algún alma que anda en pena
de las cañas que ha jugado
con su adarga a cuestas. Da
voz al aire.
CHISPA: Ya él la lleva.
REBOLLEDO: Va una jácara tan nueva,
que corra sangre.
CHISPA: Sí hará.

Salen don LOPE y Pedro CRESPO a un tiempo, con broqueles. [Canta la CHISPA]

CHISPA: "Érase cierto Sampayo
la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte,
y el jaque de mayor lustre;
éste, pues, a la Chillona
topó un día..."
REBOLLEDO: No le culpen
la fecha, que el consonante
quiere que haya sido en lunes.
CHISPA: "Topó, digo, a la Chillona,
que, brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de los azumbres.
El Garlo, que siempre fue
en todo lo que le cumple
rayo de tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada, y a un tiempo
un tajo y revés sacude."

Acuchíllanlos don LOPE y Pedro CRESPO

CRESPO: Sería de esta manera.
LOPE: Que sería así no duden.

Métenlos a cuchilladas y sale don LOPE

LOPE: ¡Gran valor! Uno ha quedado
de ellos, que es el que está aquí.

Sale Pedro CRESPO

CRESPO: Cierto es que el que queda ahí
sin duda es algún soldado.
LOPE: Ni aun éste no ha de escapar
sin almagre.
CRESPO: Ni éste quiero
que quede sin que mi acero
la calle le haga dejar.
LOPE: ¿No huís con los otros?
CRESPO: ¡Huid vos,
que sabréis hüír más bien!

Riñen

LOPE: ¡Voto a Dios, que riñe bien!
CRESPO: ¡Bien pelea, voto a Dios!

Sale JUAN

JUAN: (¡Quiera el cielo, que le tope!) **Aparte**
Señor, a tu lado estoy.
LOPE: ¿Es Pedro Crespo?
CRESPO: Yo soy.
¿Es don Lope?
LOPE: Sí, es don Lope.
¿Que no habíais, no dijisteis,
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?
CRESPO: Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hicisteis.
LOPE: Aquesta era ofensa mía,
vuestra no.
CRESPO: No hay que fingir;
que yo he salido a reñir
por haceros compañía.

Dentro, los SOLDADOS

SOLDADO 1: A dar muerte nos juntemos
a estos villanos.

Salen don ÁLVARO y todos

ÁLVARO: Mirad...
LOPE: ¿Aquí no estoy yo? Esperad.
¿De qué son estos extremos?
ÁLVARO: Los soldados han tenido,
porque se estaban holgando

en esta calle cantando
sin alboroto y rüido,
   una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

LOPE: Don Álvaro, bien entiendo
vuestra prudencia; y pues hoy
   aqueste lugar está
en ojeriza, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y pues amanece ya,
   orden doy, que en todo el día,
para que mayor no sea
el daño, de Zalamea
saquéis vuestra compañía.
   Y estas cosas acabadas,
no vuelvan a ser, porque
la paz otra vez pondré,
¡voto a Dios!, a cuchilladas.

ÁLVARO: Digo que aquesta mañana
la compañía haré marchar.
(La vida me has de costar, **Aparte**
hermosísima villana.)

Vanse don ÁLVARO y los SOLDADOS

CRESPO: (Caprichudo es el don Lope; **Aparte**
ya haremos migas los dos.)

LOPE: Veníos conmigo vos,
y solo ninguno os tope.

Vanse [todos]. Salen don MENDO y NUÑO herido

MENDO: ¿Es algo, Nuño, la herida?

NUÑO: Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida,
y mucho más que quisiera

MENDO: Yo no he tenido en mi vida
   mayor pena ni tristeza.

NUÑO: Yo tampoco.

MENDO: Que me enoje
es justo. ¿Que su fiereza
luego te dio en la cabeza?

NUÑO: Todo este lado me coge.

Tocan

MENDO: ¿Qué es esto?

NUÑO: La compañía
que hoy se va.

MENDO: Y es dicha mía,
pues con este cesarán
los celos del capitán.

NUÑO: Hoy se ha de ir en todo el día.

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Sargento, vaya marchando,
antes que decline el día,
con toda la compañía,
y con prevención que, cuando
se esconda en la espuma fría
del océano español
ese luciente farol,
en ese monte le espero,
porque hallar mi vida quiero
hoy en la muerte del sol.

SARGENTO: Calla, que está aquí un figura
del lugar.

MENDO: Pasar procura,
sin que entiendan mi tristeza.
No muestres, Nuño, flaqueza.

NUÑO: ¿Puedo yo mostrar gordura?

Vanse [don MENDO y NUÑO]

ÁLVARO: Yo he de volver al lugar,
porque tengo prevenida
una crïada a mirar
si puedo por dicha hablar
a aquesta hermosa homicida.
Dádivas han granjeado,
que apadrine mi cuidado.

SARGENTO: Pues, señor, si has de volver,
mira que habrás menester
volver bien acompañado,
porque al fin no hay que fïar
de villanos.

ÁLVARO: Ya lo sé.
Algunos puedes nombrar
que vuelvan conmigo.

SARGENTO: Haré
cuanto me quieras mandar.
Pero, ¿si acaso volviese
don Lope, y te conociese
al volver?

ÁLVARO: Ese temor
quiso también que perdiese
en esta parte mi amor;
que don Lope se ha de ir
hoy también a prevenir
todo el tercio a Guadalupe;
que todo lo dicho supe,
yéndome ahora a despedir
de él; porque ya el Rey vendrá,
que puesto en camino está.

SARGENTO: Voy, señor, a obedecerte.

ÁLVARO: Que me va la vida, advierte.

Vase [el SARGENTO] y salen REBOLLEDO y la CHISPA

REBOLLEDO: ¡Señor, albricias me da!
ÁLVARO: ¿De qué han de ser, Rebolledo?
REBOLLEDO: Muy bien merecerlas puedo,
pues solamente te digo...
ÁLVARO: ¿Qué?
REBOLLEDO: ...que ya hay un enemigo
menos a quien tener miedo.
ÁLVARO: ¿Quién es? Dilo presto.
REBOLLEDO: Aquel
mozo, hermano de Isabel.
Don Lope se le pidió
al padre, y él se le dio,
y va a la guerra con él.
En la calle le he topado
muy galán, muy alentado,
mezclando a un tiempo, señor,
rezagos de labrador
con primicias de soldado.
De suerte que el viejo es ya
quien pesadumbre nos da.
ÁLVARO: Todo nos sucede bien,
y más, si me ayuda quien
esta esperanza me da
de que esta noche podré
hablarla.
REBOLLEDO: No pongas duda.
ÁLVARO: Del camino volveré;
que ahora es razón que acuda
a la gente, que se ve
ya marchar. Los dos seréis
los que conmigo vendréis.

Vase [don ÁLVARO]

REBOLLEDO: Pocos somos, vive Dios,
aunque vengan otros dos,
otros cuatro y otros seis.
CHISPA: Y yo, si tú has de volver
allá, ¿qué tengo de hacer?
Pues no estoy segura yo,
si da conmigo el que dio
al barbero que coser.
REBOLLEDO: No sé qué he de hacer de ti.
¿No tendrás ánimo, di,
de acompañarme?
CHISPA: ¿Pues no?
Vestido no tengo yo;
ánimo y esfuerzo, sí.
REBOLLEDO: Vestido no faltará;
que ahí otro del paje está
de jineta, que se fue.
CHISPA: Pues yo a la par pasaré

con él.
REBOLLEDO: Vamos, que se va
la bandera.
CHISPA: Y yo veo ahora
porque en el mundo he cantado...

Canta [la CHISPA]

"...que el amor del soldado
no dura un hora."

Vanse y salen don LOPE, Pedro CRESPO, y JUAN

LOPE: A muchas cosas os soy
en extremo agradecido;
pero, sobre todas, ésta
de darme hoy a vuestro hijo
para soldado, en el alma
os la agradezco y estimo.
CRESPO: Yo os le doy para crïado.
LOPE: Yo os le llevo para amigo;
que me ha inclinado en extremo
su desenfado y su brío,
y la afición a las armas.
JUAN: Siempre a vuestros pies rendido
me tendréis, y vos veréis
de la manera que os sirvo,
procurando obedeceros
en todo.
CRESPO: Lo que os suplico
es que perdonéis, señor,
si no acertare a serviros;
porque en el rústico estudio,
adonde rejas y trillos,
palas, azadas y bieldos
son nuestros mejores libros,
no habrá podido aprender
lo que en los palacios ricos
enseña la urbanidad
política de los siglos.
LOPE: Ya que va perdiendo el sol
la fuerza, irme determino.
JUAN: Veré si viene, señor,
la litera.

Vase [JUAN] y salen INÉS e ISABEL

ISABEL: ¿Y es bien iros
sin despediros de quien
tanto desea serviros?
LOPE: No me fuera sin besaros

las manos y sin pediros
que liberal perdonéis
un atrevimiento digno
de perdón, porque no el precio
hace el don, sino el servicio.
Esta venera que, aunque
está de diamantes ricos
guarnecida, llega pobre
a vuestras manos, suplico
que la toméis y traigáis
por patena en nombre mío.

ISABEL: Mucho siento que penséis,
con tan generoso indicio,
que pagáis el hospedaje,
pues, de honra que recibimos,
somos los deudores.

LOPE: Esto
no es paga, sino cariño.

ISABEL: Por cariño, y no por paga,
solamente la recibo.
A mi hermano os encomiendo,
ya que tan dichoso ha sido
que merece ir por crïado
vuestro.

LOPE: Otra vez os afirmo
que podéis descuidar de él;
que va, señora, conmigo.

Sale JUAN

JUAN: Ya está la litera puesta.

LOPE: Con Dios os quedad.

CRESPO: El mismo
os guarde.

LOPE: ¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRESPO: ¡Oh, señor don Lope invicto!

LOPE: ¿Quién nos dijera aquel día
primero que aquí nos vimos,
que habíamos de quedar
para siempre tan amigos?

CRESPO: Yo lo dijera, señor,
si allí supiera, al oíros,
que erais...

LOPE: Decid por mi vida.

CRESPO: Loco de tan buen capricho.

Vase [don LOPE y habla Pedro CRESPO] a JUAN

En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,
ante tu prima y tu hermana,
escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio,
más que el sol, pero villano.

Lo uno y otro te digo;
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brío,
que dejes, desconfïado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
a ser más; lo otro, porque
no vengas desvanecido
a ser menos. Igualmente
usa de entrambos designios
con humildad; porque, siendo
humilde, con cuerdo arbitrio
acordarás lo mejor
y como tal, en olvido
pondrás cosas, que suceden
al revés en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
algún defecto consigo,
le han borrado por humildes;
y cuántos, que no han tenido
defecto, se le han hallado,
por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobre manera;
sé liberal y partido,
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos;
y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo, y que consume el mar,
como ser uno bienquisto.
No hables mal de las mujeres;
la más humilde, te digo,
que es digna de estimación;
porque al fin de ellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa;
que cuando en los pueblos miro
muchos, que a reñir se enseñan,
mil veces entre mí digo:
"Aquesta escuela no es
la que ha de ser". Pues colijo
que no ha de enseñarse a un hombre
con destreza, gala y brío
a reñir, sino a por qué
ha de reñir; que yo afirmo
que, si hubiera un maestro solo
que enseñara prevenido,
no el cómo, el por qué se riña,
todos le dieran sus hijos.
Con esto y con el dinero
que llevas para el camino,
y para hacer, en llegando
de asiento, un par de vestidos,
al amparo de don Lope
y mi bendición, yo fío
en Dios, que tengo de verte
en otro puesto. Adiós, hijo;
que me enternezco en hablarte.

JUAN: Hoy tus razones imprimo

en el corazón, adonde
vivirán, mientras yo vivo.
Dame tu mano. Y tú, hermana,
los brazos; que ya ha partido
don Lope mi señor, y es
fuerza alcanzarlo.

ISABEL: Los míos
bien quisieran detenerte.

JUAN: Prima, adiós.

INÉS: Nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan a la voz su oficio.
Adiós.

CRESPO: ¡Ea, vete presto!
Que cada vez que te miro,
siento más el que te vayas,
y ha de ser, porque lo he dicho.

JUAN: El cielo con todos quede.

Vase [JUAN]

CRESPO: El cielo vaya contigo.

ISABEL: ¡Notable crueldad has hecho!

CRESPO: Ahora,que no le miro,
hablaré más consolado.
¿Qué había de hacer conmigo
sino ser toda su vida
un holgazán, un perdido?
Váyase a servir al Rey.

ISABEL: Que de noche haya salido,
me pesa a mí.

CRESPO: Caminar
de noche por el estío,
antes es comodidad,
que fatigo; y es preciso
que a don Lope alcance luego
al instante. (Enternecido **Aparte**
me deja, cierto, el muchacho,
aunque en público me animo.)

ISABEL: Éntrate, señor, en casa.

INÉS: Pues sin soldados vivimos,
estémonos otro poco
gozando a la puerta el frío
viento que corre; que luego
saldrán por ahí los vecinos.

CRESPO: (A la verdad, no entro dentro **Aparte**
porque desde aquí imagino
como el camino blanquea
veo a Juan en el camino.)
Inés, sácame a esta puerta
asiento.

INÉS: Aquí está un banquillo.

ISABEL: Esta tarde diz que ha hecho
la villa elección de oficios.

CRESPO: Siempre aquí por el agosto
se hace.

Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, REBOLLEDO, la CHISPA y soldados

ÁLVARO: Pisad sin rüido.
Llega, Rebolledo, tú,
y da a la crïada aviso
de que ya estoy en la calle.
REBOLLEDO: Yo voy. Mas, ¿qué es lo que miro?
A su puerta hay gente.
SARGENTO: Y yo
en los reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel, imagino,
ésta.
ÁLVARO: Ella es; mas que la luna,
el corazón me lo ha dicho.
A buena ocasión llegamos.
Si ya, que una vez venimos,
nos atrevemos a todo,
buena venida habrá sido.
SARGENTO: ¿Estás para oír un consejo?
ÁLVARO: No.
SARGENTO: Pues ya no te lo digo.
Intenta lo que quisieres.
ÁLVARO: Yo he de llegar y atrevido
quitar a Isabel de allí.
Vosotros a un tiempo mismo
impedid a cuchilladas
el que me sigan.
SARGENTO: Contigo
venimos y a tu arden hemos
de estar.
ÁLVARO: Advertid, que el sitio
en que habemos de juntarnos
es ese monte vecino
que está a la mano derecha,
como salen del camino.
REBOLLEDO: ¡Chispa!
CHISPA: ¿Qué?
REBOLLEDO: Ten estas capas.
CHISPA: Que es del reñir, imagino,
la gala, el guardar la ropa,
aunque del nadar se dijo.
ÁLVARO: Yo he de llegar el primero.
CRESPO: Harto hemos gozado el sitio.
Entrémonos allá dentro.
ÁLVARO: Ya es tiempo. ¡Llegad, amigos!
ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor! ¿Qué es
esto?
ÁLVARO: Es una furia, un delirio
de amor.

Llévanla

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor!
CRESPO: ¡Ah, cobardes!
INÉS: ¡Señor mío,
yo quiero aquí retirarme!

Vase [ISABEL]

CRESPO: Como echáis de ver, ¡ah, impíos!,
que estoy sin espada, aleves,
falsos y traidores!
REBOLLEDO: Idos,
si no queréis que la muerte
sea el último castigo.
CRESPO: ¿Qué importará, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo?
¡Ah, quién tuviera una espada!
Cuando sin armas te sido
es imposible. Ya airado
a ir por ella me animo.
¡Los he de perder de vista!
¿Qué he de hacer hados esquivos
que de cualquiera manera
es uno solo el peligro?

Sale INÉS con la espada

INÉS: Ésta, señor, es tu espada.

Vase [INÉS]

CRESPO: A buen tiempo la has traído.
Ya tengo honra, pues ya tengo
espada con que seguirlos.
Soltad la presa, traidores
cobardes, que habéis traído,
que he de cobrarla o la vida
he de perder.

Riñen

SARGENTO: Vano ha sido
tu intento, que somos muchos.
CRESPO: Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí.
Pero la tierra que piso
me ha faltado.

Cae [Pedro CRESPO]

REBOLLEDO: ¡Dale muerte!
SARGENTO: Mirad, que es rigor impío
quitarle la vida y honor;

mejor es en lo escondido
del monte dejarle atado,
porque no lleve el aviso.

Dentro [ISABEL]

ISABEL: ¡Padre y señor!
CRESPO: Hija mía!
REBOLLEDO: Retírale, como has dicho.
CRESPO: Hija, solamente puedo
seguirte con mis suspiros.

Llévanle y sale JUAN

ISABEL: ¡Ay de mí!
JUAN: ¡Qué triste voz!
CRESPO: ¡Ay de mí!
JUAN: ¡Mortal gemido!
A la entrada de este monte
cayó mi rocín conmigo,
veloz corriendo, y yo ciego
por la maleza le sido.
Tristes voces a una parte,
y a otra míseros gemidos
escucho, que no conozco,
porque llegan mal distintos.
Dos necesidades son
las que apellidan a gritos
mi valor; y pues iguales,
a mi parecer, han sido,
y uno es hombre, otro mujer,
a seguir ésta me animo;
que así obedezco a mi padre
en dos cosas que me dijo:
"Reñir con buena ocasión,
y honrar la mujer." Pues miro
que así honro a la mujer,
y con buena ocasión riño.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Sale ISABEL como llorando

ISABEL: Nunca amanezca a mis ojos
la luz hermosa del día,
porque a su sombra no tenga
vergüenza yo de mí misma.
¡Oh tú, de tantas estrellas
primavera fugitiva,
no des lugar a la aurora,
que tu azul campaña pisa,
para que con risa y llanto
borre tu apacible vista!
Y ya que ha de ser, que sea
con llanto, mas no con risa.
¡Detente, oh mayor planeta,
mas tiempo en la espuma fría
del mar! Deja que una vez
dilate la noche fría
su trémulo imperio; deja
que de tu deidad se diga,
atenta a mis ruegos, que es
voluntaria y no precisa!
¿Para qué quieres salir
a ver en la historia mía
la más enorme maldad,
la más fiera tiranía,
que en venganza de los hombre
quiere el cielo que se escriba?
Mas, ¡ay de mí!, que parece
que es fiera tu tiranía;
pues desde que te rogué
que te detuvieses, miran
mis ojos tu faz hermosa
descollarse por encima
de los montes. ¡Ay de mí,
que acosada y perseguida
de tantas penas, de tantas
ansias, de tantas impías
fortunas, contra mi honor
se han conjurado tus iras!
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?
Si a mi casa determinan
volver mis erradas plantas,
será dar nueva mancilla
a un anciano padre mío,
que otro bien, otra alegría
no tuvo, sino mirarse
en la clara luna limpia
de mi honor, que hoy desdichado
tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo, por su respeta
y mi temor afligida,
de volver a casa, dejo
abierto el paso a que diga
que fui cómplice en mi infamia;
y ciega e inadvertida
vengo a hacer de la inocencia
acreedora a la malicia.

¡Qué mal hice, qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
más que su cólera altiva
me diera la muerte, cuando
llegó a ver la suerte mía?
Llamarle quiero, que vuelva
con saña más vengativa,
y me dé muerte. Confusas
voces el eco repita,
diciendo...

Dentro [Pedro CRESPO]

CRESPO: Vuelve a matarme,
serás piadoso homicida;
que no es piedad, no, dejar
a un desdichado con vida.
ISABEL: ¿Qué voz es ésta, que mal
pronunciada y poco oída,
no se deja conocer?
CRESPO: Dadme muerte, si os obliga
ser piadosos.
ISABEL: ¡Cielos, cielos!
Otro la muerte apellida,
otro desdichado hay
que hoy a pesar suyo viva.
Mas, ¿qué es lo que ven mis ojos?

Descúbrese CRESPO atado

CRESPO: Si piedades solicita
cualquiera que aqueste monte
temerosamente pisa,
llegue a dar muerte... Mas, ¡cielos!
¿Qué es lo que mis ojos miran?
ISABEL: Atadas atrás las manos
a una rigurosa encina...
CRESPO: Enterneciendo los cielos
con las voces que apellida...
ISABEL: ...mi padre está.
CRESPO: ...mi hija viene.
ISABEL: ¡Padre y señor!
CRESPO: ¡Hija mía!
Llégate, y quita estos lazos.
ISABEL: No me atrevo; que si quitan
los lazos, que te aprisionan,
una vez las manos mías,
no me atreveré, señor,
a contarte mis desdichas,
a referirte mis penas;
porque, si una vez te miras
con manos y sin honor
me darán muerte tus iras,
y quiero ante que las veas

referirte a mis fatigas.

CRESPO: Detente, Isabel, detente.
No prosigas; que desdichas,
Isabel, para contarlas
no es menester referirlas.

ISABEL: Hay muchas cosas que sepas,
y es forzoso que al decirlas
tu valor se irrite, y quieras
vengarlas antes de oírlas.
Estaba anoche gozando
la seguridad tranquila,
que al abrigo de tus canas
mis años me prometían,
cuando aquellos embozados
traidores, que determinan
que lo que el honor defiende
el atrevimiento rinda,
me robaros; bien así,
como de los pechos quita
carnicero hambriento lobo
a la simple corderilla.
Aquel capitán, aquel
huésped ingrato, que el día
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pendencias y rencillas,
fue el primero que en sus brazos
me cogió, mientras le hacías
espaldas otros traidores,
que la bandera militan.
Aquese intricado, oculto
monte que está a la salida
del lugar, fue su sagrado.
¿Cuándo de la tiranía
no son sagrados los montes?
Aquí ajena de mí misma
dos veces me miré, cuando
aun tu voz, que me seguía,
me dejó, porque ya el viento
a quien tus acentos fías,
con la distancia, por puntos
adelgazándose iba;
de suerte, que las que eras
antes razones distintas,
no eran voces sino ríos;
luego en el viento esparcidas,
no eran voces, sino ecos
de una confusas noticias;
como aquel que oye un clarín,
que, cuando de él se retira,
le queda por mucho rato,
si no el ruido, la noticia.
El traidor pues, en mirando
que ya nadie hay quien le diga,
que ya nadie hay que me ampara,
porque hasta la luna misma

ocultó entre pardas sombras,
o crüel o vengativa,
aquella, ¡ay de mí!, prestada
luz, que del sol participa,
pretendió--¡ay de mí otra vez
y otras mil!--con fementidas
palabras buscar disculpa
a su amor. ¿A quién no admira
querer de un instante a otro
hacer la ofensa caricia?
¡Mal hay el hombre, mal haya
el hombre que solicita
por fuerza ganar un alma!
Pues no advierte, pues no mira,
que las victorias de amor
no hay trofeo en que consistan,
sino en granjear el cariño
de la hermosura que estiman;
porque querer sin el alma
una hermosura ofendida,
es querer una belleza
hermosa pero no viva!
¡Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de altiva,
no le dije! Pero en vano;
pues--¡calle aquí la voz mía!--
soberbio--¡enmudezca el llanto!--
atrevido--¡el pecho gima!--
descortés--¡lloren los ojos!--
fiero--¡ensordezca la envidia!--
tirano--¡falte el aliento!--
osado--¡luto me vista!...
y si lo que la voz yerra,
tal vez el acción explica.
De vergüenza cubro el rostro,
de empacho lloro ofendida,
de rabia tuerzo las manos,
el pecho rompe de ira.
Entiende tú las acciones;
pues no hay voces que lo digan.
Baste decir que a las quejas
de los vientos repetidas,
en que ya no pedía al cielo
socorro sino justicia,
salió el alba, y con el alba,
trayendo a la luz por guía,
sentí ruido entre unas ramas.
Vuelvo a mirar quién sería,
y veo a mi hermano. ¡Ay cielos!
¿Cuándo, cuándo, ah suerte impía,
llegaron a un desdichado
los favores con más prisa?
Él, a la dudosa luz
que, si no alumbra, domina,
reconoce el daño antes
que ninguno se lo diga
--que son linces los pesares

que penetran con la vista--.
Sin hablar palabra, saca
el acero, que aquel día
le ceñiste. El capitán,
que el tardo socorro mira
en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla.
Cierra el uno con el otro;
este repara, aquel tira;
y yo, en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste,
que mi hermano no sabía
si tenía culpa o no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa, la espalda
vuelvo, y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa,
que no hiciese de unas ramas
intricadas celosías;
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huía.
A poco rato mi hermano
dio al capitán una herida.
Cayó. Quiso asegurarle...
cuando los que ya venían
buscando a su capitán
en su venganza se incitan.
Quiere defenderse; pero
viendo que era una cuadrilla,
corre veloz. No le siguen,
porque todos determinan
más acudir al remedio
que a la venganza que incitan.
En brazos al capitán,
volvieron hacia la villa,
sin mirar en su delito;
que en las penas sucedidas
acudir determinaron
primero a la más precisa.
Yo, pues, que atenta miraba
eslabonadas y asidas
unas ansias de otras ansias,
ciega, confusa y corrida,
discurrí, bajé, corrí,
sin luz, sin norte, sin guía,
monte, llano y espesura,
hasta que a tus pies rendida,
antes que me des la muerte,
te he contado mis desdichas.
Ahora, que ya las sabes,
generosamente anima
contra mi vida el acero,
el valor contra mi vida;
que ya para que me mates
aquestos lazos te quitan

mis manos; alguno de ellos
mi cuello infeliz oprima.

Desátale

Tu hija soy, sin honra estoy,
y tú libre; solicita
con mi muerte tu alabanza,
para que de ti se diga
que, por dar vida a tu honor
diste la muerte a tu hija.

Arrodíllase

CRESPO: Álzate, Isabel, del suelo;
no, no estás más de rodillas;
que a no haber estos sucesos
que atormenten y persigan,
ociosas fueran las penas,
sin estimación las dichas.
Para los hombres se hicieron,
y es menester que se impriman
con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa;
demos la vuelta a mi casa;
que este muchacho peligra,
y hemos menester hacer
diligencias exquisitas,
por saber de él, y ponerle
en salvo.

ISABEL: (¡Fortuna mía, **Aparte**
o mucha cordura o mucha
cautela es ésta!)

CRESPO: Camina.
(¡Vive Dios que si la fuerza **Aparte**
y necesidad precisa
de curarse hizo volver
al capitán a la villa,
que pienso que le está bien
morirse de aquella herida
por excusarse de otra
y otras mil, que el ansia mía
no ha de parar hasta darle
la muerte!) ¡Ea! Vamos, hija,
a nuestra casa.

Sale el ESCRIBANO

ESCRIBANO: ¡Oh, señor,
Pedro Crespo! ¡Dame albricias!

CRESPO: ¿Albricias? ¿De qué, escribano?
ESCRIBANO: En concejo aqueste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy.
La primera es la venida
del Rey, que estará hoy aquí,
o mañana en todo el día
según dicen. Es la otra,
que ahora han traído a la villa
de secreto unos soldados
a curarse con gran prisa
aquel capitán que ayer
tuvo aquí su compañía.
Él no dice quién le hirió;
pero si esto se averigua
será una gran causa.
CRESPO: (¡Cielos, **Aparte**
cuando vengarte imaginas,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia!
¿Cómo podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen a mí por juez
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa.)
En extremo agradecido
estoy a quien solicita
honrarme.
ESCRIBANO: Vení a la casa
del concejo y, recibida
la posesión de la vara,
haréis en la causa misma
averiguaciones.
CRESPO: Vamos.

A ISABEL

A tu casa te retira.
ISABEL: (¡Duélese el cielo de mí!) **Aparte**
Yo he de acompañarte.
CRESPO: Hija,
ya tenéis el padre alcalde,
él os guardará justicia.

Vanse. Salen don ÁLVARO con banda, como herido, y el SARGENTO

ÁLVARO: Pues la herida no era nada,
¿por qué me hicisteis volver
aquí?
SARGENTO: ¿Quién pudo saber
lo que era antes de curada?

ÁLVARO: Ya la cura prevenida,
hemos de considerar,
que no es bien aventurar
hoy la vida por la herida.

SARGENTO: ¿No fuera mucho peor
que te hubieras desangrado?

ÁLVARO: Puesto que ya estoy curado,
detenernos será error.
Vámonos, antes que corra
voz de que estamos aquí.
¿Están ahí los otros?

SARGENTO: Sí.

ÁLVARO: Pues la fuga nos socorra
del riesgo de estos villanos,
que, si se llega a saber
que estoy aquí, habrá de ser
fuerza apelar a las manos.

Sale REBOLLEDO

REBOLLEDO: La justicia aquí se ha entrado.

ÁLVARO: ¿Qué tiene que ver conmigo
justicia ordinaria?

REBOLLEDO: Digo,
que hasta aquí ha llegado.

ÁLVARO: Nada me puede a mí estar
mejor, llegando a saber
que estoy aquí, y no temer
a la gente del lugar;
que la justicia es forzoso
remitirme en esta tierra
a mi consejo de guerra;
con que, aunque el lance es penoso,
tengo mi seguridad.

REBOLLEDO: Sin duda se ha querellado
el villano.

ÁLVARO: Eso he pensado.

Dentro

ESCRIBANO: Todas las puertas tomad,
y no me salga de aquí
soldado que aquí estuviere;
y al que salirse quisiere,
matadle.

Salen Pedro CRESPO con vara, el ESCRIBANO, y los que puedan

ÁLVARO: Pues, ¿cómo así
entráis? Mas... ¿qué es lo que veo?

CRESPO: ¿Cómo no? A mi parecer
la justicia ha menester
más licencia, a lo que creo.

ÁLVARO: La justicia, cuando vos
de ayer acá lo seáis,
no tiene, si lo miráis,
que ver conmigo.

CRESPO: Por Dios,
señor, que no os alteréis;
que sólo a una diligencia
vengo, con vuestra licencia,
aquí, y que solo os quedéis
importa.

A los soldados

ÁLVARO: Salíos de aquí.

Al ESCRIBANO y los otros

CRESPO: Salíos vosotros también.

Al escribano

Con esos soldados ten
gran cuidado.

ESCRIBANO: Harélo así.

Vanse [el ESCRIBANO, los soldados, y los labradores]

CRESPO: Ya que yo, como justicia,
me valí de su respeto,
para obligaros a oírme,
la vara a esta parte dejo,
y como un hombre no más
deciros mis penas quiero.

Arrima la vara

Y puesto que estamos solos,
señor don Álvaro, hablemos
más claramente los dos
sin que tantos sentimientos
como tiene encerrados
en las cárceles del pecho
acierten a quebrantar
las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien;
que a escoger mi nacimiento,
no dejara, es Dios Testigo,
un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambición de mi deseo.

Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto.
De mí hacen estimación
el cabildo y el concejo.
Tango muy bastante hacienda,
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador más rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca. Mi hija
se ha crïado, a lo que pienso,
con la mejor opinión,
virtud y recogimiento
del mundo. Tal madre tuvo
--téngala Dios en el cielo!--
...Bien pienso que bastará,
señor, para abono de esto,
el ser rico, y no haber quien
me murmure, ser modesto,
y no haber quien me baldone;
y mayormente viviendo
en un lugar corto, donde
otra falta no tenemos
más que decir unos de otros
las faltas y los defectos;
y pluguiera a Dios, señor,
que se quedara en saberlos.
Si es muy hermosa mi hija,
díganlo vuestros extremos,
aunque pudiera, al decirlos,
con mayores sentimientos
llorar. Señor, ya esto fue
mi desdicha. No apuremos
toda la ponzoña al vado;
quédese algo al sufrimiento.
No hemos de dejar, señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para encubrir sus defectos.
Éste ya veis si es bien grande,
pues aunque encubrirle quiero,
no puedo; que sabe Dios,
que a poder estar secreto
y sepultado en mí mismo,
no viniera a lo que vengo;
que todo esto remitiera,
por no hablar, al sufrimiento.
Deseando pues remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio a mi afrenta,
es venganza, no es remedio;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto,
que a mí me está bien y a vos
no mal; y es, que desde luego
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo, a quien yo

traeré a echar a los pies vuestros,
reserve un maravedí,
sino quedarnos pidiendo
limosna, cuando no haya
otro camino, otro medio
con que poder sustentarnos.
Y si queréis desde luego
poner una S y un clavo
hoy a los dos y vendernos,
será aquesta cantidad
más del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo,
que desluzcáis vuestro honor
porque los merecimientos,
que vuestros hijos, señor,
perdieren, por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, con ser hijos vuestros.
En Castilla, el refrán dice
que el caballo--y es lo cierto--
lleva la silla. Mirad,

Híncase de rodillas

que a vuestros pies os lo ruego
de rodillas y llorando
sobre estas canas que el pecho,
viendo nieve y agua, piensa,
que se me estás derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
que me quitasteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no os pido
lo que es mío, sino vuestro.
Mirad, que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me los deis.

ÁLVARO: (¡Ya me falta el sufrimiento!) **Aparte**

Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte a mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis
no andar con vos más crüel
a la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.

CRESPO: ¿Que en fin no os mueve mi llanto?

ÁLVARO: Llantos no se han de creer
de viejo, niño y mujer.

CRESPO: ¿Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo?
ÁLVARO: ¿Qué más consuelo queréis,
pues con la vida volvéis?
CRESPO: Mirad que echado en el suelo
mi honor a voces os pido.
ÁLVARO: ¡Qué enfado!
CRESPO: Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.
ÁLVARO: Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción. Es consejo
de guerra enviará por mí.
CRESPO: ¿Es eso os resolvéis?
ÁLVARO: Sí,
caduco y cansado viejo.
CRESPO: ¿No hay remedio?
ÁLVARO: El de callar
es el mejor para vos.
CRESPO: ¿No otro?
ÁLVARO: No.
CRESPO: Pues, ¡juro a Dios,

[Levántase y] toma la vara

que me lo habéis de pagar!
¡Hola!

Salen el ESCRIBANO y los villanos

ESCRIBANO: ¿Señor?
ÁLVARO: ¿Qué querrán
estos villanos hacer?
ESCRIBANO: ¿Qué es lo que manda?
CRESPO: Prender
mando al señor capitán.
ÁLVARO: ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
en servicio del Rey, no
se puede hacer.
CRESPO: Probaremos.
De aquí, si no es preso o muerto,
no saldréis.
ÁLVARO: Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.
CRESPO: ¿Soy yo acaso alcalde [tuerto]?
Daos al instante a prisión.
ÁLVARO: (No me puedo defender **Aparte**
fuerza es dejarme prender.)
Al Rey de esta sinrazón
me quejaré.
CRESPO: Yo también
de esa otra; y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
a los dos. Dejar es bien
esa espada.

ÁLVARO: No es razón,
que...
CRESPO: ¿Cómo no, si vais preso?
ÁLVARO: Tratad con respeto.
CRESPO: Eso
está muy puesto en razón.

Al ESCRIBANO

Con respeto le llevad
a las casas en efeto
del concejo, y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena, y tened
con respeto gran cuidado,
que no hable a ningún soldado.
Y a todos también poned
en la cárcel, que es razón,
y aparte, porque después
con respeto a todos tres
les tomen la confesión.

Aparte a don ÁLVARO

Y aquí, para entre los dos
si hallo harto paño, en efeto
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, ¡juro a Dios!
ÁLVARO: ¡Ah, villanos con poder!

Llévanle preso. Vanse. Salen REBOLLEDO, la CHISPA, el ESCRIBANO y CRESPO

ESCRIBANO: Este paje, este soldado,
son los que mi cüidado
sólo ha podido prender;
que otro se puso en hüida.
CRESPO: Éste el pícaro es que canta.
Con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.
REBOLLEDO: ¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?
CRESPO: Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que cantéis mejor.
Resolveos a decir...
REBOLLEDO: ¿Qué?
CRESPO: ...cuanto anoche pasó...
REBOLLEDO: Tu hija, mejor que yo
lo sabe.
CRESPO: ...o has de morir.
CHISPA: Rebolledo, determina
negarlo punto por punto;
serás, si niegas, asunto

para una jacarandina
que cantaré.

CRESPO: ¿A vos, después,
quién otra os ha de cantar?

CHISPA: A mí no me pueden dar
tormento.

CRESPO: Sepamos, pues,
por qué.

CHISPA: Esto es cosa asentada,
y que no hay ley que tal mande.

CRESPO: ¿Qué causa tenéis?

CHISPA: Bien grande.

CRESPO: ¡Decid, cuál!

CHISPA: Estoy preñada.

CRESPO: (¿Hay cosa más grande? **Aparte**
Mas la cólera me inquieta.)
¿No sois paje de jineta?

CHISPA: No, señor, sino de brida.

CRESPO: Resolveos a decir
vuestros dichos.

CHISPA: Sí, diremos
y aún más de los que sabemos;
que peor será morir.

CRESPO: Eso excusará a los dos
del tormento.

CHISPA: Si es así,
pues para cantar nací,
he de cantar, ¡vive Dios!

Cantan

"¡Tormento me quieren dar!"

REBOLLEDO: "Y, ¿qué quieren darme a mí?"

CRESPO: ¿Qué hacéis?

CHISPA: Templar desde aquí
pues que vamos a cantar.

Vanse. Sale JUAN

JUAN: Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él, porque
llegaron tantos, volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y a mi hermana no he encontrado.
En efecto, me he atrevido
a venirme hasta el lugar
y entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
a mi padre he de contar.
Veré lo que me aconseja
que haga, cielos, en favor
de mi vida y de mi honor.

Salen ISABEL e INÉS

INÉS: Tanto sentimiento deja;
que vivir tan afligida,
no es vivir, matarte es.
ISABEL: Pues, ¿quién te ha dicho, ¡ay Inés!,
que no aborrezco la vida?
JUAN: Diré a mi padre... ¡ay de mí!
¿No es ésta Isabel? Es llano,
pues, ¿qué espero?

Saca la daga

INÉS: ¡Primo!
ISABEL: ¡Hermano!
¿Qué intentas?
JUAN: Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.
ISABEL: ¡Advierte!...
JUAN: Tengo de darte la muerte,
¡viven los cielos!

Sale Pedro CRESPO [con la vara]

CRESPO: ¿Qué es esto?
JUAN: Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa, y castigar...
CRESPO: Basta, basta; que es error
que os atreváis a venir...
JUAN: (¿Qué es lo que mirando estoy?) **Aparte**
CRESPO: ...delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte un capitán.
JUAN: Señor, si le hice esa ofensa,
que fue en honrada defensa
de tu honor.
CRESPO: ¡Ea, basta, Juan!
¡Hola!

Salen los labradores

¡Llevadle también
preso!
JUAN: ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?
CRESPO: Y aun a mi padre también
con tal rigor le tratara.
(Aquesto es asegurar **Aparte**
su vida, y han de pensar
que es la justicia más rara

del mundo.)

JUAN: Escucha por qué.
Habiendo un traidor herido,
a mi hermana he pretendido
matar también...

CRESPO: Ya lo sé.
Pero no basta sabello
yo como yo, que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
información sobre ello;
y hasta que conste, qué culpa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
(Yo le hallaré la disculpa.) **Aparte**

JUAN: Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya
prendes a quien te la da,
guardando a quien te la quita.

Llévanlo preso [a JUAN]

CRESPO: Isabel, entra a firmar
esta querella que has dado
contra aquél que te ha injuriado.

ISABEL: ¿Tú, que quisiste ocultar
nuestra ofensa, eres ahora
quien más trata publicarla?
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora.

CRESPO: Que ya que,como quisiera
me quita esta obligación,
satisfacer mi opinión
ha de ser de esta manera.

Vase [ISABEL]

Inés, pon ahí esa vara;
pues que por bien no ha querido
ver el caso conclüido,
querrá por mal.

Dentro

LOPE: ¡Para, para!

CRESPO: ¿Qué es aquesto? ¿Quién,
quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero, ¿quién se ha entrado aquí?

Sale don LOPE

LOPE: ¡Oh, Pero Crespo! Yo soy,
que volviendo a este lugar

de la mitad del camino
donde me trae--imagino--
un grandísimo pesar,
   no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo.

CRESPO: ¡Guárdeos Dios!
Que siempre tratáis de honrarme.

LOPE: Vuestro hijo no ha parecido
por allá.

CRESPO: Preso sabréis
la ocasión. La que tenéis,
señor, de haberos venido,
   me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.

LOPE: La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
   Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
   ¡Que estoy perdido, os confieso,
de cólera!...

CRESPO: Proseguí.

LOPE: ...que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso;
   y, ¡voto a Dios!, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada
si no es hoy, que me ha impedido
   el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Voto a Jesucristo, que
al grande desvergonzado
   a palos le he de matar!

CRESPO: Pues habéis venido en balde;
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

LOPE: Pues dárselos sin que deje
dárselos.

CRESPO: Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
   ¿Sabéis por qué le prendió?

LOPE: No; mas sea lo que fuere
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
   degollar si es necesario.

CRESPO: Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

LOPE: ¿Será más de un villanote?

CRESPO: Un villanote será
que, si cabezudo da,
en que ha de darle garrote,
   ¡par Dios!, se salga con ello.

LOPE: No se saldrá tal, ¡par Dios!,

y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decidme dó vive o no.

CRESPO: Bien cerca vive de aquí.

LOPE: Pues a decirme vení
quién es el alcalde.

CRESPO: Yo.

LOPE: ¡Voto a Dios, que lo sospecho!

CRESPO: ¡Voto a Dios, como os le he dicho!

LOPE: Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO: Pues, señor, lo hecho hecho.

LOPE: Yo por el preso he venido
y a castigar este exceso.

CRESPO: Pues yo acá le tengo preso
por lo que acá ha sucedido.

LOPE: ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO: ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?

LOPE: ¿Vos sabéis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?

CRESPO: ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

LOPE: ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO: ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz y no la quiere?

LOPE: Que os entráis no es bien, se arguya,
en otra jurisdicción.

CRESPO: Él se me entró en mi opinión
sin ser jurisdicción suya.

LOPE: Yo os sabré satisfacer
obligándome a la paga.

CRESPO: Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me pueda hacer.

LOPE: Yo me he de llevar el preso;
ya estoy en ello empeñado.

CRESPO: Yo por acá he sustanciado
el proceso.

LOPE: ¿Qué es proceso?

CRESPO: Unos pliegos de papel,
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.

LOPE: Iré por él
a la cárcel.

CRESPO: No embarazo
que vais, solo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.

LOPE: Como a esas balas estoy
enseñado yo a esperar...
(Mas no se ha de aventurar **Aparte**
nada en el acción de hoy.)
¡Hola, soldado!

Sale un SOLDADO

Id volando,
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

SOLDADO 1: No fue menester llamar
la gente; que habiendo oído
aquesto que ha sucedido
se ha entrado en el lugar.

LOPE: Pues, ¡voto a Dios!, que he de ver
si me dan el preso o no.

CRESPO: Pues, ¡voto a Dios!, que antes yo
haré lo que se ha de hacer!

Éntranse. Tocan cajas y dicen dentro

LOPE: Ésta es la cárcel, soldados,
adonde está del capitán.
Si no os le dan al momento,
poned fuego y la abrasad.
Y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO: Ya, aunque rompan la cárcel,
no le darán libertad.

LOPE: ¡Mueran aquestos villanos!

CRESPO: ¿Que mueran? Pues, ¿qué? ¿No hay
más?

LOPE: Socorro les ha venido.
¡Romped la cárcel, llegad,
romped la puerta!

Salen el REY, don LOPE y los soldados, Pedro CRESPO, y los villanos. Todos se descubren

REY: ¿Qué es esto?
Pues, ¿de esta manera estáis
viniendo yo?

LOPE: Ésta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vio el mundo.
Y, ¡vive Dios!, que a no entrar
en el lugar tan aprisa,
señor, Vuestra Majestad,
que había de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.

REY: ¿Qué ha sucedido?

LOPE: Un alcalde
ha prendido un capitán
y viniendo yo por él

no le quieren entregar.
REY: ¿Quién es el alcalde?
CRESPO: Yo.
REY: ¿Y qué disculpas me dais?
CRESPO: Este proceso, en que bien
probado el delito está,
digno de muerte por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.
LOPE: Éste es el alcalde, y es
su padre.
CRESPO: No importa en tal
caso; porque, si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí. ¿Pues qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese, si está bien hecha
la causa; miren, si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está algo escrito demás
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.
REY: Bien está
sustanciado. Pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid al preso.
CRESPO: Mal
podré, señor, remitirle;
porque, como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquier sentencia que hay
la ejecuta ella; y así
ésta ejecutada está.
REY: ¿Qué decís?
CRESPO: Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vello.
Aqueste es el capitán.

Aparece dado garrote en una silla don ÁLVARO

REY: Pues, ¿cómo así os atrevisteis?
CRESPO: Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia,
luego esto no está hecho mal.
REY: ¿El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?
CRESPO: Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre
que esta otra había de matar?
¿Y qué importa errar lo menos
quien acertó lo demás?
REY: Pues ya que aquesto sea así,
¿por qué, como a capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?
CRESPO: ¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar;
y ésa es querella del muerto,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca a los demás.
REY: Don Lope, aquesto ya es hecho,
bien dada la muerte está;
no importa error lo menos
quien acertó lo demás.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto a Portugal.

[A CRESPO]

Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.
CRESPO: Sólo vos a la justicia
tanto supierais honrar.

Vanse el REY [y su acompañamiento, soldados, y labradores]

LOPE: Agradeced al buen tiempo
que llegó Su Majestad.
CRESPO: ¡Par Dios!, aunque no llegara
no tenía remedio ya.
LOPE: ¿No fuera mejor hablarme,
dando el preso y remediar
el honor de vuestra hija?
CRESPO: Un convento tiene ya
elegido y tiene esposo

que no mira en calidad.
LOPE: Pues dadme los demás presos.
CRESPO: Al momento los sacad.

Salen REBOLLEDO y la CHISPA

LOPE: Vuestro hijo falta; porque
siendo mi soldado ya,
no ha de quedar preso.
CRESPO: Quiero
también, señor, castigar
el desacato que tuvo
de herir a su capitán;
que, aunque es verdad que su honor
a esto le pudo obligar,
de otra manera pudiera.
LOPE: Pero Crespo... ¡bien está!
Llamadle.

Sale JUAN

CRESPO: Ya él está aquí.
JUAN: Las plantas, señor, me dad;
que a ser vuestro esclavo iré.
REBOLLEDO: Yo no pienso ya cantar
en mi vida.
CHISPA: Pues, yo sí,
cuantas veces a mirar
llegue al pasado instrumento.
CRESPO: Con que fin el autor da
a esta historia verdadera.
Los defectos perdonad.

FIN DE LA COMEDIA

EL CASTILLO DE LINDABRIDIS

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **Rey LICANOR**
- **FEBO, galán**
- **ROSICLER, galán**
- **MERIDIÁN, galán, hermano de Lindabridis**
- **FLORISEO, galán**
- **FAUNO**
- **MALANDRÍN, criado**
- **LINDABRIDIS, dama**
- **SIRENE**
- **ARMINDA**
- **CLARIDIANA, dama disfrazada de caballero**
- **COROS**
- **Acompañamiento de DAMAS**
- **Acompañamiento de CRIADOS**

PRIMER ACTO

Dentro ROSICLER, FLORISEO, FAUNO y CRIADOS

ROSICLER: ¡Talad de este horizonte
la rústica cerviz!
FLORISEO: ¡Al valle!
CRIADO: ¡Al monte!
FLORISEO: ¡A la cumbre!
CRIADO: ¡A lo llano!
FAUNO: Muchos cobardes sois, pero es en vano
temer yo tanto número de gente;
que mil cobardes no hacen un valiente
para lidiar conmigo.

Sale FAUNO, vestido de pieles y con un bastón grande y nudoso, lo más extraño y feroz que pueda, y tras él don ROSICLER con espada desnuda

ROSICLER: Yo solamente, bárbaro, te sigo;
porque tengo tu vida
a mi fama ofrecida,
y he de quitar de este gitano imperio
la esclavitud que todo su hemisferio
padece, a tus rigores enseñado.
FAUNO: ¿Sabes que soy el Fauno endemoniado,
hijo feroz, como mi ser lo avisa,
de un espíritu y de una pitonisa,
compuesto de hombre, de demonio y fiera,
escándalo del mar y de la esfera,
vivo horror de esta lóbrega montaña
y escollo vivo de esa azul campaña?
ROSICLER: Sé que son tus prodigios singulares
peligro de estos montes y estos mares.
FAUNO: Si tanto aliento tienes
que ya lo sabes y a matarme vienes,
atrévete, infelice caballero,
a hacer campo conmigo. Yo te espero
en esta cueva oscura,
donde--partida, no la lumbre pura
del sol, que hermoso alumbra,
sino la oscuridad, sino la sombra
de la noche importuna,
jeroglífico ya de la Fortuna--
harás campo conmigo.
ROSICLER: ¿Qué esperas? Ya te sigo.
FAUNO: Pues ya la infausta boca,
de quien mordaza fue una dura roca,
está abierta, entra, pues. (Así pretendo **Aparte**
que entren todos tras él, porque, saliendo
yo por la gruta que desotra parte
obró naturaleza sin el arte,
se pierdan todos dentro,
y sea su sepulcro el triste centro
desta bóveda oscura.
Tendrán a un tiempo muerte y sepultura.)

Vase

ROSICLER: Hoy sabrás que no puedo
ver yo el semblante pálido del miedo.

Sale don FLORISEO

FLORISEO: ¿Dónde vas de esa suerte?
ROSICLER: A dar al Fauno en esa cueva muerte.
FLORISEO: Entremos, pues.
ROSICLER: Yo solo le haré guerra.
FLORISEO: Sin mí tú no has de entrar.

Luchan los dos sobre cuál ha de entrar, suenan dentro cajas, clarines y voces, y los dos, al oírlo, se suspenden

VOCES: ¡A tierra, a tierra!
ROSICLER: ¿Qué repetidas voces
desacordadas suenan y veloces?
FLORISEO: Tierra dicen, mas es en la montaña,
que a ser la parte que Neptuno baña,
ser bajel era cierto
que aportaba a la paz deste desierto.
ROSICLER: Pues sea lo que fuere,
déjame entrar.

Vuelven a luchar

FLORISEO: Sin mí jamás lo espere
osado tu valor; y más si creo
el gran prodigio que en el aire veo.

Descúbrese el castillo

ROSICLER: ¡Gran maravilla encierra!
¡Santos cielos! ¿Qué es esto?
VOCES: ¡A tierra, a tierra!
ROSICLER: Con más causa me admiro
cuando el horror, que no encareces, miro;
pues la estación vacía,
claraboya dïáfana del día,
es mar que con asombros
sufre un bajel de piedra, y en sus hombros
a errar tan veloz llega
que sobre golfos de átomos navega.
FLORISEO: Un castillo eminente
es la proa del cubo de la frente;
ondas de vidrio corre;
árbol mayor es una excelsa torre,
jarcias son las almenas,
de banderolas y estandartes llenas,
popa una cristalina galería,
hermoso espejo en que se toca el día.

El farol es un sol que en arreboles
duplica rayos, multiplica soles;
y, en fin, todo portento,
es pájaro del mar y pez del viento.
Mas, por dejar la admiración pasmada,
sin plumas vuela, sin escamas nada,
con presunción tan grave
que, atendido mejor, ni es pez ni es ave.

ROSICLER: ¡Oh tú, ciudad movible,
si eres tu dueño tú o inaccesible
el timón te gobierna o el piloto
que halló camino en rumbo tan remoto,
abate, abate el vuelo,
y déte abrigo este gitano suelo,
si ya el mar no te espera,
que tú tendrás el mar por tu ribera!
Pues quien sulca en el viento,
¿quién duda que en el mar tendrá su asiento?

Baja el castillo

FLORISEO: A tus voces parece
que el castillo se humilla o se agradece,
pues, posado en la roca
que a la cueva del Fauno abrió la boca,
le deja sepultado,
seguro el monte ya, y a ti vengado.

Asiéntase en tierra el castillo y abren la puerta

ROSICLER: Un pasmo a otro sucede, pues, abiertas
del castillo veloz las altas puertas,
un escuadrón de ninfas se me ofrece.

FLORISEO: La isla del Fauno isla del sol parece.

Salen todas las damas que puedan, SIRENE, ARMINDA y LINDABRIDIS, vestidas ricamente, y traerá ARMINDA una rodela, y en ella un cartel

LINDABRIDIS: Si una mujer peregrina
hallar piedad es posible,
por peregrina y mujer,
en vuestros pechos, decidme,
¿qué tierra es ésta que toco?
¿Qué montes los que se miden
con las estrellas? ¿Qué mares
los que su esmeralda ciñen?
Porque me importa saber,
antes que su arena pise,
qué clima es y quién la habita,
qué tierra es y quién la rige.

ROSICLER: Huéspeda hermosa del aire,
porque mis voces te obliguen
a pagar también en voces
esa deuda que me pides,
escúchame. Este caduco

homenaje que resiste
embates de mar y viento,
con dos enemigos firme,
es el Cáucaso eminente.
Esta isla, donde asiste
el endemoniado Fauno,
albergue fue oscuro y triste
a quien ese muro ya
de monumento le sirve.
La corona de este imperio
es Menfis, y quien la rige
es el magno Tolomeo,
dueño del alma de Euclides.
Yo soy Rosicler de Tracia,
hermano soy invencible
del caballero del Febo.
El que a tu deidad se rinde
don Floriseo es de Persia.
A tan remotos países
nos trajo ambición de honor;
que éste en nuestros pechos vive.
A vencer vine un prodigio,
a cuya empresa me sigue
Floriseo; que los dos
profesamos las insignes
leyes de caballería;
y si mi intento consigue
vencer la duda, que ya
dentro del alma reside,
con mayor causa diré,
agradecido y humilde,
venciendo mis confusiones,
que a vencer prodigios vine.

LINDABRIDIS: Tartaria, aquella provincia
que sobre las dos cervices
de África y Asia se sienta,
rica, hermosa y apacible,
aquélla que dos mitades
del orbe abraza y divide,
línea de plata el Orontes,
pauta de cristal el Tigris,
es mi patria. Hija soy noble
de Brutamonte, felice
rey de Tartaria. Mi nombre,
en ofensa de Floripes,
de Angélica y Bradamante,
es la sin par Lindabridis,
heredera de su imperio,
si el hado no me lo impide;
pues a esta instancia discurro
el orbe. Y porque os admire
el oírme como el verme,
con más atención oídme.
Es de mi patria heredada
costumbre que no apellide
el pueblo príncipe augusto,
ni le adore, ni se humille
al hijo mayor del rey;
que sólo hereda y preside
el que él en su testamento

a la hora de morirse
deja en sus hijos nombrado;
que así el imperio consigue
altos reyes, porque todos,
por llegar a preferirse
a sus hermanos, se crían
magnánimos y sutiles,
doctos en ciencias y en armas,
sin que ley tan sola olvide
las hembras, pues no lo es
que el ser mujeres nos quite
la acción de reinar. En fin,
atentos a la sublime
dignidad, yo y Meridián
mi hermano, segundo Ulises,
nos crïamos en Tartaria.
Bien os acordáis que dije
que la elección heredaba,
porque el nacer era libre;
pues, rendido Brutamonte,
humano sol, a su eclipse
--¡oh violencia, qué no postras!
¡oh humanidad, qué no rindes!--
llegó el caso de nombrar
sucesor--¡lance terrible!--
entre mí e Meridián;
y al tiempo que "Herede", dice,
"este imperio...", perdió el habla,
dejando confuso y triste
el reino; y pasando entonces
a mejor vida, pues vive
al lado del sol, adonde
lucero añadido asiste,
dejó en duda la elección
y en bandos parcial y libre
la plebe que, alborotada,
por las calles se divide
diciendo unos "Meridián
viva" y otros "Lindabridis".
Llegó la pasión a extremos
tales que en guerras civiles
la Tartaria ardió. Ya eran
las campañas apacibles
de Flora selvas de Marte,
pues, variados los matices,
tal vez murieron claveles
los que nacieron jazmines.
Un día que frente a frente
los dos campos se compiten,
haciendo aceros y plumas
de un abril muchos abriles,
delante yo de mi gente,
ocupaba la invencible
espalda a una turca alfana,
que entre el copete y las crines
se ocultaba de tal forma
que, con las ondas que finge,
dio a entender que sus espumas
iba cortando en un cisne.
En otra parte mi hermano

un persa hipogrifo oprime,
tan fiero que, despreciando
su especie, osado y terrible,
se manchó de espuma y sangre;
gustando él que le salpiquen
por desmentirse caballo
con los remiendos de tigre.
Ya con el marcial estruendo
aun no dejaban oírse
lo robusto de las cajas,
lo dulce de los clarines,
cuando mi hermano, arbolando
un blanco estandarte, pide
licencia de hablar; y así
a dos ejércitos dice,
"Tártaros fuertes, si acaso
la cólera se permite
a la razón, y el orgullo
os deja el discurso libre,
paréntesis de la muerte
sean mis voces; oídme.
Lidie la razón primero
que la sinrazón hoy lidie.
Las heredadas costumbres
de este imperio se dirigen
a que su príncipe sea
en letras y armas insigne.
Pues si en mí los dos extremos
de ingenio y valor se miden,
¿por qué me desheredáis
tiranamente insufribles?
Mas porque de mi persona
los méritos se examinen,
rindámonos a un partido
para todos apacible.
Halle mi hermana un esposo
que, si me excede o compite
en valor, ingenio y gala,
desde aquí quiero rendirme
a sus plantas, y que él ciña
la corona que me quiten,
con calidad que, si ella,
en el tiempo que describe
el sol un círculo entero,
plateando de perfiles
los vellones del Ariete
y las escamas del Piscis,
no le hallare, quede yo
quieto, pacífico y libre
en la posesión. Con esto
vuestros deseos consiguen
a menos riesgo un rey;
y yo cuantos ella envíe
esperaré en Babilonia
para que en entrambas lides
viva, tártaros, quien venza,
pues siempre quien vence vive."
Dijo Meridián, y yo,
aunque responderle quise,
no pude, porque las voces

entre los aplausos viles
se perdieron. En efecto,
las condiciones le admiten,
volviendo yo a mi palacio
confusa, afligida y triste.
Aquí , pues, contando el caso
al docto, al mágico Antistes,
ayo mío, y de los cielos
el prodigio más sublime,
aquél cuya voz el sol
respeta y en los viriles
de once cuadernos azules
leyó letras de rubíes,
me dijo, "Si has de buscar
un príncipe que te libre
de ese empeño, que discurras
el orbe es fuerza, y que animes
con tu hermosura el valor;
que no hay cosa que le incite
tanto; y porque más segura
todo el mundo peregrines,
hoy quiero lograr en ti
los más admirables fines
de mis mágicos estudios.
Este castillo en que asistes,
alcázar portátil sea,
sea palacio movible
que, a obediencia de tus voces,
ya se eleve o ya se incline.
Parte en él, porque en él lleves
las grandezas con que vives,
las galas que te hermosean,
y las damas que te sirven."
Pronunció el acento apenas
último cuando ya gime
la torre, ya tiembla y ya
de la tierra se divide;
y, elevados en el viento
muros, campos y jardines,
de tan nueva Babilonia
todos éramos pensiles.
Ese pájaro que, cuando
vuela, los aires aflige;
ese pez que, cuando nada,
los crespos mares oprime;
ese monstruo que los montes,
cuando los habita, rinde;
ese escollo que navega,
ese monte que describe,
esa fábrica que nada,
ese, en fin, portento horrible
que miráis, es el famoso
castillo de Lindabridis.
Si sois, como lo mostráis
y vuestras personas dicen,
príncipes que de trofeos
habéis de orlar vuestros timbres;
si en defensa de las damas
vuestros aceros se visten,
ya con la espada en la mano,

ya con la lanza en el ristre,
buena ocasión se os ofrece.
A vuestras plantas se rinde
una hermosura que os ame,
un reino que os apellide,
una empresa que os ilustre,
una lid que os acredite,
una mujer que os adore
y un honor que os eternice.

Vase LINDABRIDIS

ROSICLER: Espera, mujer.
SIRENE: Detente;
estos umbrales no pises,
aunque la ocasión te llame,
aunque tu valor te anime,
si la acción perder no quieres
de las empresas que sigues.

Vase SIRENE

FLORISEO: Escucha...
ARMINDA: Si estos aplausos
deseas, firma invencible
ese cartel y no intentes
violar su muro, aunque mires
arderse el castillo en fuego.
Esto importa.

Vase, dejando fijo el cartel

FLORISEO: Que le firme
no dudes. Este puñal
mi nombre en bronce describe.
ROSICLER: No harás; porque estas empresas
son mías.
FLORISEO: Contigo vine
a vencer un monstruo, a quien
ya todo ese monte oprime,
no a dejar tan alto empleo.
ROSICLER: Pues ¿tú conmigo compites?
FLORISEO: Desistir un hombre noble
a tal causa es imposible.
No compito a quien excedo.
ROSICLER: Como la lengua lo dice,
¿no lo dijera el acero?
FLORISEO: Sí hiciera.
ROSICLER: Pues calla y riñe.

Sacan las espadas y riñen. Dentro
CLARIDIANA

CLARIDIANA: Ten el caballo, que al pie
de aquel castillo arrogante,
que en competencia de Atlante
coluna del cielo fue,

los repetidos aceros
de dos jóvenes valientes
me llaman.

Dentro MALANDRÍN

MALANDRÍN: Señor, no intentes
meter paces.

Sale CLARIDIANA, en traje de hombre

CLARIDIANA: Caballeros,
si del duelo comenzado
tiene acaso en mi valor
apelación el favor,
lógrese el haber llegado
en una ocasión tan fuerte
quien vuestros riesgos impida.
FLORISEO: No podréis; porque una vida
vive a costa de otra muerte.
ROSICLER: Viviendo yo, no pudiera
vivir quien me compitió;
y, para que viva yo,
es forzoso que otro muera.
Y así, joven, cuyo brío
mostráis bien, pues no podéis
ser nuestro adalid, seréis
juez de nuestro desafío.
Vednos, pues, y, ya que advierto
en vos valor tan altivo,
dad luego un caballo al vivo
y una sepultura al muerto.
FLORISEO: Esto los dos os pedimos;
y, sin esperar respuesta
que no admite más ley que ésta,
la causa por que reñimos.
CLARIDIANA: Cuanto me pedís haré.

Salen a la ventana del castillo LINDABRIDIS, SIRENE y ARMINDA

SIRENE: Grande estruendo de armas suena.
LINDABRIDIS: Desde esta dorada almena
del castillo los veré.
CLARIDIANA: ¡Qué bien mostráis que es de amor
lance tan duro y crüel!
Y así os presido, porque él
no admite medio mejor
que morir matando. ¡Ea, pues,
reñid los dos igualmente;
que, habiendo de estar presente
yo a este duelo, cierto es
que no habrá engaño o traición,
ventaja o alevosía.
Yo os hago seguro el día,
el campo y la ejecución.

Riñen FLORISEO y ROSICLER

ARMINDA: Los dos riñen que testigos
de tus relaciones fueron.
LINDABRIDIS: ¿Tan presto pasar pudieron
desde amigos a enemigos?
FLORISEO: No has de ser conquistador
de esta aventura, viviendo
este brazo.
ROSICLER: Yo defiendo
que la merezco mejor.
FLORISEO: Que la merezcas o no,
yo he de firmar el cartel.
SIRENE: Por ti es el campo crüel.
LINDABRIDIS: Pues remediarélo yo.--
¡Ah del monte!

Dejan de reñir

FLORISEO: Alma y acción
son ya despojos del viento.
ROSICLER: En su mismo movimiento
se ha helado la ejecución.
CLARIDIANA: ¡Bella mujer!
LINDABRIDIS: Si el trofeo
de la encantada aventura
hoy vuestro esfuerzo procura,
que así del aire lo creo,
y sobre firmar aquí
el cartel habéis reñido,
seña es de no haber leído
su condición.
ROSICLER: Es así.
LINDABRIDIS: Pues ¿quién por firmar se mata,
sin ver lo que ha de firmar?
FLORISEO: Quien de sólo conquistar
tan nuevos aplausos trata;
que el que lee la condición
de la dicha que pretende
su mismo valor ofende
y agravia su estimación;
pues da a entender que, no siendo
la condición a su gusto,
no admite la dicha injusto
temor. Y, como pretendo
yo esta dicha conquistar,
con cualquiera de esta suerte
por firmar, me doy la muerte,
sin ver lo que he de firmar.
ROSICLER: Yo, de esa voz advertido,
confieso que pude errar
en atreverme a firmar
condición que no he leído;
y así he de leer el cartel
para aumentar mis blasones,
sabiendo las condiciones
con que cae mi firma en él;
pues más valor muestra quien

a reñir osa salir,
sabiendo que va a reñir,
que no, aunque riña también,
el que en la ocasión se halló,
pues uno y otro valiente,
aquél ve el inconveniente
que atropella y éste no.
Veamos, en duda tan grave,
cuál más valor muestra ahora,
quien firma riesgos que ignora
o quien firma los que sabe.

Lee el cartel

"El caballero diestro y animoso
que en el certamen muestre la osadía,
y a Meridián prefiera generoso
en la gala, el ingenio y valentía,
será rey de Tartaria, será esposo
de Lindabridis, cuya monarquía
le aclama en posesión quieta y segura,
rey de un imperio, dios de una hermosura.
Aquél, empero, que, al amor rendido,
al castillo los términos profane,
en cuanto, de los céfiros movido,
montes pise, ondas sulque, aires allane,
quedará de la acción desposeído,
ni consiga laurel, ni precio gane,
que ha de vagar, de este peligro esento,
páramos de cristal, golfos de viento.
Aquel también osado caballero
que por celos, por ira y por venganza
en los términos dél saque el acero,
pierda el triunfo, el laurel y la esperanza.
Y no, porque a firmar llegue primero,
impida que otro firme, pues alcanza
más aplauso, más fama, más victoria
quien corona de méritos la gloria.:

No leo más; y, pues no impide
mi fe otro competidor,
porque veáis que mi amor
con mi obediencia se mide,
vuelvo a la vaina el acero;
que no tengo yo de hacer
hazañas para perder
dichas que ganar espero.

FLORISEO: Cese entre los dos aquí
la lid, pues así tendrás
tú en mí una victoria más
y yo un triunfo más en ti.
Y en tan firme competencia,
siendo la pluma un puñal
que en el papel de metal
escriba sin resistencia,
firma tu nombre.

ROSICLER: Sí haré.

Firma

FLORISEO: Y yo al cielo haré testigo
de pleitear y ser tu amigo.

Firma

ROSICLER: Eso no hago yo.
FLORISEO: ¿Por qué?
ROSICLER: Porque en pleitos de afición
es vil la conformidad,
y celos sobre amistad
muy infames celos son.
Ni sé yo que honor y fama
puedan acabar conmigo
que tenga yo por amigo
a quien pretende a mi dama.
Y así hemos de ser los dos
contrarios desde este día;
que en amor no hay cortesía.
FLORISEO: Dices bien; adiós.
ROSICLER: Adiós.

Vanse FLORISEO y ROSICLER

ARMINDA: Bizarros han procedido.
SIRENE: Valiente es el Rosicler
de Tracia.
ARMINDA: Pudiera ser
habérmelo parecido,
si el competidor no fuera
el persiano Floriseo.
LINDABRIDIS: Ninguno a mis ojos creo
que ese afecto les debiera,
mientras tuviesen delante
al gallardo caballero
que, llegando a ser tercero,
tan cortés como arrogante,
fue primero en el valor,
el brío y el desenfado.
SIRENE: ¡Qué suspenso se ha quedado,
estatua viva de amor!

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: Ya, señor, que se ausentaron
los dos que a reñir vinieron
y que, si no lo riñeron,
por lo menos lo parlaron,
me atrevo a llegar aquí;
que, si la cuestión durara,
en mi vida no llegara;
porque yo en mi vida fui
amigo de meter paz,
desde un día que llegué,
riñendo dos, y el que fue
el riñón más pertinaz

me abrió un geme de cabeza,
por abrirla a su enemigo;
y luego, cortés conmigo,
me dijo con gran tristeza,
cuando ya estaba en poder
de la quirurga impiedad,
"Caballero, perdonad;
que yo no lo quise hacer."

CLARIDIANA: ¿Que de burlas, Maladrín,
vienes a darme la muerte?

MALANDRÍN: Pues ¿qué tenemos?

CLARIDIANA: Advierte
que hoy es de mi vida el fin.
Aquesa fábrica bella
que escalar el cielo ves
la de Lindabridis es,
y Lindabridis aquélla
que, con hermoso arrebol,
da a los campos alegría,
sin que le haga falta al día
irse ya poniendo el sol.
¡Qué hermosa es! ¡Valedme, cielos!
Pero mírola celosa;
que quizá no es tan hermosa
a quien la mira sin celos.

MALANDRÍN: ¡Válgame el cielo! ¿Ésta es
aquella ligera torre
que en el mundo vuela y corre,
sin tener alas ni pies?
¿Y ésta la que día y noche
--de verla me maravillo--
dice, "Pónganme el castillo,"
como si dijera "el coche,"
cuya caja es cal y canto
que por un encanto rueda?
Aunque en esto a otros no exceda,
pues no hay coche sin encanto,
diciendo muy sin cuidado,
"Anda al reino del Mogor"
como "a la Calle Mayor,
a las vistillas o al Prado."
Y, caminando ligero,
que el sol no puede igualallo,
ni se le manca un caballo,
ni se emborracha un cochero.
Éste...

CLARIDIANA: Calla ya.

MALANDRÍN: ¡Ay de mí!
No hablaré más que un jumento.

CLARIDIANA: (Dame, amor, atrevimiento, **Aparte**
y empiece tu engaño aquí.)

Si el respeto o el temor
con que a los umbrales llego
de este encantado prodigio,
fábula hermosa del tiempo,
puede merecer, señora,
cortés aplauso en un pecho
que labró amor de diamante,
dad licencia a un caballero

que, cortesano del mar,
que, ciudadano del viento,
batió, hasta llegar a verte,
las alas de sus deseos.
Sagrado voto de amor...
(¡Mejor dijera de celos!) **Aparte**
...a su templo me trae, donde
rendido, humilde y sujeto
os sacrifico en sus aras
un alma y mil pensamientos;
y aun son pocos, cuando a vos
os adoro y os respeto
por ídolo de su altar,
por imagen de su templo.
No sé si el voto cumplí,
hermoso encanto, con esto;
pues quien va a cumplir un voto
se suele tener por cierto
que va a dejar las prisiones,
y yo por prisiones vengo.
El príncipe Claridiano
soy, de Trinacria heredero;
mis vasallos son el Etna
el Volcán y el Mongibelo.
¿Veis cuánto fuego os he dicho?
Pues muy poco os lo encarezco;
que es bien que un príncipe amante
vasallos tenga de fuego.
Para creencia los traigo
conmigo, el Etna en el pecho,
el Mongibelo en el alma,
y el Volcán en el aliento.
Dad, pues, licencia a que escriba
con el buril de este acero
mi nombre; no porque entienda
que, galán, valiente y cuerdo,
pueda merecer, señora,
de esa hermosura el imperio,
sino porque entienda sólo
que morir amando puedo;
pues yo, con morir amando,
cumpliré con mis afectos.
Mirad a cuán poco aspiro,
mirad cuán poco me atrevo,
pues licencia de morir
os pido de cumplimiento.
Y ésta sólo porque diga
en mi sepulcro un letrero,
"Aquí yace aquel amante
que quiso morir primero
que ver al dueño que amó
en los brazos de otro dueño."
Y es verdad--pues a estorbarlo
desde la Trinacria vengo--
que si tengo de morir
de estorbarlo o de saberlo,
mejor será de estorbarlo;
que es muy cobarde o muy necio
el que se deja morir
del mal y no del remedio.

No me entenderéis; no importa;
que soy un enigma ciego,
tal que, apostando conmigo,
aun yo mismo no me entiendo.
Mas porque nunca os quejéis
de que os engañé, os advierto
que en todo cuanto os he dicho
os digo verdad y os miento.

LINDABRIDIS: Príncipe trinacrio ilustre,
cuyo valor, cuyo ingenio
dirán bien espada y pluma,
competidas a un tiempo,
licencia para firmar
las condiciones del duelo
tenéis; que en pública lid
a ningún aventurero
se ha negado. A los demás
ni respondo ni me atrevo;
que, si vos no os entendéis,
en mí no será defecto
el no entenderos a vos.
Mas por hablar en el mesmo
estilo vuestro, os respondo
que el venir os agradezco,
pero no el haber venido,
pues lo estimo y lo aborrezco;
porque también soy enigma
yo, que a dos sentidos tengo
dos luces. Si no entendéis,
no importa; que yo me entiendo.
(¡Válgate el cielo por joven! **Aparte**
¡En qué confusión me has puesto!)

Éntranse LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, y las otras damas

MALANDRÍN: ¡Cielos, qué de disparates
atinados y compuestos
os habéis dicho! Y habrá
quien diga que son conceptos,
sin haberlos entendido.

CLARIDIANA: ¡Oh, qué cansado y qué necio
estás riyendo y hablando,
cuando yo amando y muriendo!

MALANDRÍN: Ya los dos estamos solos,
nadie nos oye; bien puedo
hablar contigo, señora.
Si vienes con este intento
determinada a estorbar
el amor o los deseos
de aquel descortés amante,
el caballero del Febo,
que a estas aventuras vino,
y hallaste para este efecto
ese arrogante caballo
--tan desbocado y soberbio
que, cuanto más le corrige
la disciplina del freno,
tanto más corre, y se para

cuando siente sobre el cuello
suelta la rienda--si, en fin,
volando en él tanto viento,
tanta tierra y tanto mar,
has dado en este desierto
con el castillo; si en él
ha empezado tu deseo
tan felizmente, ¿qué temes?

CLARIDIANA: Que soy desdichada temo.
A competir he venido
--es verdad, yo lo confieso--
al Febo en esta aventura,
porque en ciencias y armas tengo
experiencias y noticias,
con que aventurarme puedo
a salir con la victoria;
y, siendo yo sola dueño
de Lindabridis, dejar
burlados sus pensamientos;
pero cuanto--¡ay de mí triste!--
atrevida vine, luego
que la vi, quedé cobarde;
que éste es natural secreto
que trae consigo el temor.
Bien en los campos del viento
lo dice la garza, aquella
nave de pluma que, haciendo
proa el pico, vela el ala,
timón la cola, el pie remo,
sulca grave, vuela altiva,
hasta que se pasa al fuego
a ser mariposa en él,
por vivir otro elemento;
pues aunque al paso le salgan
mil pájaros bandoleros,
que son ladrones del aire,
de ninguno tiene miedo,
sino de aquél solamente
de quien ha de ser trofeo;
y así, erizada la pluma
y el copete descompuesto,
tiembla y huye, hasta que deja
la vida a sus manos, siendo
flor después de haber caído,
la que fue estrella cayendo.

MALANDRÍN: Sobre los afectos reina
la razón.

CLARIDIANA: Bien dices; quiero
firmar el cartel y dar
principio al fin. Mas ¿qué es esto?
La primera firma dice,
"El caballero del Febo."
¡Dadme paciencia, cielos,
si puede haber paciencia donde hay celos!
¡Ay ingrato! ¿Para mí
firmas en arena fueron
tus palabras, que duraron
a la discreción del viento?
¿Para Lindabridis bella
firmas en bronce y acero,

que vivirán inmortales
a la duración del tiempo?
¿Para mí escribiste en agua
tantos perdidos requiebros,
y para ella en bronce escribes
la constancia de tu pecho?
¿A ella fineza, a mí olvido?
¿A ella agrado, a mí desprecio?
¿A ella firme, a mí mudable?
¿A ella apacible, a mí fiero?
¡Dadme paciencia, cielos,
si puede haber paciencia...!

Dentro FEBO

FEBO: ¡Fuego, fuego!
CLARIDIANA: ¿Qué voz es tan temerosa
la que en repetidos ecos
quitó el impulso a mi acción,
hurtó el número a mi acento?
MALANDRÍN: Sobre el campo de Neptuno
un Etna, señora, veo
que, brotantdo llamas, hace
guerra de dos elementos.
CLARIDIANA: ¿Quién vio jamás--¡oh qué horror!--
en campos de nieve ardiendo
montañas de humo? ¿Quién vio
abortar el agua fuego?
MALANDRÍN: Bajel es.
CLARIDIANA: No dices bien;
porque, alumbrando su incendio,
todo el bajel es farol,
antorcha ya de sí mesmo.
Oh, Neptuno, si eres dios,
¿cómo sufres que en tu reino
jurisdicción de otra esfera
esté abrasando, en desprecio
de tus ondas? ¿No te corres
que tu contrario soberbio
entre en los términos tuyos,
tiranizando tu imperio?
MALANDRÍN: Norte vocal sean mis voces.
¡A tierra!

Sale FEBO cayendo

FEBO: ¡Valedme, cielos!

Se desmaya

CLARIDIANA: Mísero aborto que el mar,
por despojo de esa guerra,
dio de barato a la tierra,
ya bien puedes respirar.
Vuelve en ti, vuelve a alentar.
Mas ¡ay!, que sangrienta y dura
el agua su fin procura;

y así a la tierra la advierte,
"Pues que yo le di la muerte,
dale tú la sepultura."

Pónese CLARIDIANA una banda al rostro, y llega a FEBO

MALANDRÍN: Es verdad; que yerto y frío
yace.
CLARIDIANA: Y yo, de asombros lleno,
tropiezo en el mal ajeno,
y voy cayendo en el mío.
De mi muerte desconfío,
porque mi vida me asombre,
y porque infeliz me nombre.
Detente, no espires, sol;
deja, deja un arrebol
compadecido a tu nombre.
Que Febo...--¡mísera suerte!--
...es...--¡tragedia lastimosa!--
...el que...--¡pena rigurosa!--
...arrojado...--trance fuerte!--
...del mar...--¡miserable muerte!--
...llegó...--¡tirano rigor!--
...a mis pies...--¡fiero dolor!--
...porque así...--¡valedme, cielos!--
...cuando él me mata de celos,
le vea yo muerto de amor.
Bien digo; pues sus rigores
es razón que yo presuma
que los castigó la espuma,
que es madre de los amores.
Ya son mis penas mayores.
Llorad, ojos; sentid, labios;
no os acordéis, poco sabios,
de ofensas hechas y dichas;
que es vil quien en las desdichas
se acuerda de los agravios.
Cesen, pues, venganzas fieras,
y haga finezas mi fe.
Vivieras, oh Febo, aunqué
en otros brazos vivieras.
Estas son las verdaderas
muestras de quien quiere y ama.
¡Oh mar, oh bajel, oh llama,
ya es occidente crüel
tu teatro, pues en él
murió Febo!

Vuelve en sí FEBO

FEBO: ¿Quién me llama?
¿Dónde estoy, piadosos cielos?
CLARIDIANA: ¡Albricias, alma! (Mas no; **Aparte**
que si él vuelve a vivir, yo
volveré a morir de celos.
Mas viva él, y mis desvelos
vivan. Si en tan breves plazos,

oh Amor, ataste sus lazos,
y mi fe milagros labra,
no me tomes la palabra
de que viva en otros brazos.)

FEBO: ¿Quién eres tú, que con llanto
la voz en el aire quiebras
y mis exequias celebras?

CLARIDIANA: Quien sintió tu muerte cuanto
siente ya tu vida, tanto
es mi asombro duro y fuerte,
que en tu vida y muerte advierte
una pena dividida,
pues muerto te diera vida
quien vivo te dará muerte.
Y así, pues pasó el severo
rigor, y pues vivo estás,
no tengo que esperar más;
cobra ese perdido acero;
que cuerpo a cuerpo te espero
donde a mi honor dé esta palma.

FEBO: Hombre que en tan triste calma
para mi desdicha has sido
un enigma con sentido,
un laberinto con alma,
¿cómo mi muerte sentiste,
si de darme muerte tratas?
¿Cómo viviendo me matas,
si muriendo no lo hiciste?
Si piadoso entonces fuiste,
¿cómo ahora eres tirano,
y tienes, crüel e inhumano,
siendo amigo y enemigo,
en una mano el castigo
y el favor en otra mano?

CLARIDIANA: Como, cuando muerto estabas,
tu muerte, Febo, sentía;
cuando estás vivo, la mía.
Que tú la muerte me dabas.
Muerto, lástima causabas;
vivo, causas pena; así
puedes argüir aquí
mis desdichas, pues es cierto
que tú, ni vivo ni muerto,
no eres bueno para mí.

FEBO: Si vivo ni muerto espero
vencer rigor tan esquivo,
si te he de enojar si vivo,
si te he de ofender si muero,
defender mi vida quiero.
Siente el verme vivo, pues
medio para los dos es
hacer que el rigor dilates,
y que ahora no me mates,
si me has de llorar después.
Una herida, que he sacado
del mar, no importa.

CLARIDIANA: ¡Ay de mí!
¿Herido estás, Febo?

FEBO: Sí.
Mas ¿qué cuidado te ha dado?

CLARIDIANA: Lo que es piedad no es cuidado.
FEBO: Pues si piedad sola ha sido,
riñe.
CLARIDIANA: Soy tan atrevido
que con ventaja no quiero.
Cúrate y cobra primero
sangre y fuerza que has perdido;
que yo te buscaré.
FEBO: Pues
guíame a esa torre bella.
CLARIDIANA: Eso no; no has de ir a ella.
FEBO: ¿Por qué?
CLARIDIANA: Porque el sitio es
de Lindabridis.
FEBO: Tus pies
mil veces me da a besar.
Piadosos son fuego y mar.
CLARIDIANA: ¿Mucho?
FEBO: Sí.
CLARIDIANA: Pues el acero
esgrime; que ya no quiero
que te vayas a curar.
FEBO: Pues ya no quiero reñir
yo; que, a su vista, es perder
las esperanzas de ser
su dueño; y pues argüir
puedo, a medio discurrir,
que celos la causa son
de tu pena y tu pasión,
no me puedes obligar
a reñir hasta llegar
del duelo la ejecución;
que cuando hay tiempo aplazado,
no es mengua de un caballero
tener cortés el acero.
CLARIDIANA: Bien la ocasión has dado
de mi pena y mi cuidado,
porque celos me han traído
amante y favorecido
de Lindabridis...
FEBO: (¡Ay cielos!) **Aparte**
CLARIDIANA: (Tenga celos quien da celos.) **Aparte**
...a estorbar que tú atrevido
intentes esta aventura.
FEBO: ¿Doyte yo más que temer
que todos?
CLARIDIANA: Tú no has de ser
el dueño de su hermosura.
FEBO: Pues tu temor ¿qué asegura?
CLARIDIANA: Tantos favores lograr
como tengo.
FEBO: (¡Oh qué pesar!) **Aparte**
¿Muchos?
CLARIDIANA: Sí.
FEBO: Pues el acero
sacaré; que ya no quiero
yo tampoco irme a curar.
CLARIDIANA: Ni yo reñir; que, advertido,
no he de perder la esperanza.
FEBO: Pues tiempo habrá a tu venganza.

CLARIDIANA: Por estar aquí y herido,
hoy la dilato, y te pido
tomes ese bruto, en quien
irte a curar; porque es bien
cuidar, Febo, de esa herida.
FEBO: ¿Qué te importa a ti mi vida?
CLARIDIANA: Mucho.
FEBO: ¿Y mi muerte?
CLARIDIANA: También.
FEBO: No te entiendo.
CLARIDIANA: Yo me entiendo.
Toma el caballo.
FEBO: Sí haré.
CLARIDIANA: (Mis celos estorbaré; **Aparte**
pues, en el bruto corriendo,
de aquí ausentarle pretendo;
deje el campo a mi dolor.
FEBO: (¡Oh, qué rabia!) **Aparte**
CLARIDIANA: (¡Oh, qué rigor!) **Aparte**
FEBO: (¡Qué desdicha!) **Aparte**
CLARIDIANA: (¡Qué desvelos!) **Aparte**
Vete ya.
FEBO: (A morir de celos.) **Aparte**
Quédate.
CLARIDIANA: (A morir de amor.) **Aparte**

SEGUNDO ACTO

Suena dentro música, y sale
MALANDRÍN

MALANDRÍN: Después de la salpicada,
mil instrumentos oí.
Si fuera comedia, aquí
acabara mi jornada.
Mas, puesto que no lo es,
y que prosiguiendo va,
la música suplirá
ausencias del entremés.
Por lo menos extrañeza
será de ingenio saber
que hoy todo cuanto hay que ver
es cortado de una pieza.
Y esto aparte--¡vive Dios!--
que él se ha puesto en el caballo
--ya nunca podrá parallo--
y a un mismo tiempo los dos
y el sol me dejan a obscuras
en un monte. ¿Ya qué espero?
No fuera andante escudero,
a no verme en aventuras.

Salen FLORISEO y CORO

FLORISEO: Pues que ya la noche fría
temerosamente asombra,
y baja la negra sombra
pisando la falda al día,
cantad. Tenga una vez salva
la negra noche al bajar;
que no siempre ha de envidiar
a los músicos del alba.
Decid al segundo sol,
que da al primero desmayos,
que, en ausencia de sus rayos,
soy humano girasol.

Salen ROSICLER y CORO por el otro lado

ROSICLER: Pues Lindabridis permite,
hasta el fin de tanto empleo,
lo que es cortés galanteo
y estas licencias admite,
mientras yo digo llorando
mi mal, pues yo lo sentí,
quien no le siente, por mí
le podrá decir cantando.

Cantan

CORO 1: "Bellísima Lindabridis,
¿para qué tus ojos buscan
nuevos encantos, teniendo
el mayor en la hermosura?"
CORO 2: "¿Para qué buscas más rayos,
si sale la aurora tuya
compitiendo con las selvas,

cuando las flores madrugan?"

FLORISEO: Desotra parte del monte
sonoras voces se escuchan.
ROSICLER: Éste es Floriseo, que así
dichas que yo pierdo busca.
MALANDRÍN: Vísperas son a dos coros;
no será muy mala industria,
en tanto que cantan ellos
la copla, hacer yo la fuga.

Vase hacia ROSICLER

CORO 1: "Despojos son de tu planta
bellas flores, fuentes puras,
porque ambicioso el abril
para tu adorno las junta."
CORO 2: "Y porque el aire no esté
celoso de su ventura,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma."

ROSICLER: Bajeza es que un hombre noble
declarados celos sufra;
mas es nueva ley de amor;
la obediencia me disculpa.
MALANDRÍN: (Por esta parte se acerca **Aparte**
a mí un bulto o una bulta
que no sé si es hembra o macho;
Y sólo sé que se junta
más de lo que yo quisiera.
Ánimo, todo es fortuna;
quizá será otro gallina
como yo, y en esta duda
seamos valientes de miedo.)
Caballero, a mí me injurian
esas voces que al aurora
destas montañas saludan;
y así mandadles que callen.
ROSICLER: (Este hombre viene, sin duda, **Aparte**
a reconocerme y darme
ocasión con que mi furia
pierda el derecho de ser
acreedor de esta aventura.
Venceréle con callar,
vengando mi pena injusta
en que canten, pues le ofenden.
De cuantos una hermosura
hizo valientes, a mí
me hizo cobarde, no hay duda;
pues por no perderla siempre,
haga lo que no hice nunca.)

CORO 1: "¡Ay Lindabridis bella, hermosa y pura,
milagro del amor y la hermosura!"
CORO 2: "¡Ay Lindabridis pura, hermosa y bella,
que eres del cielo flor, del campo estrella!"

Retírase ROSICLER

MALANDRÍN: (¡Vive Apolo, que se vuelve! **Aparte**
¿Esto es ser valiente a oscuras?
No hay cosa más fácil. Otro
de esta parte está; pues dura
el susto, dure el remedio.)
Esas voces que se escuchan
a un celoso amante ofenden,
caballero, y le disgustan;
callen, si acaso hay remedio
para que callen en bulla
músicos, que cantan mal.
FLORISEO: (Ésta es cautela o industria **Aparte**
de Rosicler, que ocasiona
mi valor, porque desnuda
la espada, las esperanzas
pierda de dicha tan suma;
pues no ha de lograr su intento.
Hoy amor al valor supla;
que huir de amante en la ocasión,
más que bajeza, es cordura.)

Retírase

MALANDRÍN: ¡Viven los cielos, que son
gallinas, sin duda alguna!
Que si esperaran un poco
sin hüir--¿hay tal locura?--
huyera yo.
FLORISEO: Cantad siempre.

Vase

ROSICLER: No dejéis de cantar nunca.

Vase

CORO 1: "Suspiros son de un amante
cuantos el eco pronuncia;
lágrimas son de un celoso
cuantas las flores inundan."
CORO 2: "Porque así fuentes y flores
con sonora voz y muda,
de su belleza engañados,
por aurora la saludan."
CORO 1: "¡Ay Lindabridis bella, hermosa y pura,
milagro del amor y la hermosura!"
CORO 2: "¡Ay Lindabridis pura, hermosa y bella,
que eres del cielo flor, del campo estrella!"

MALANDRÍN: ¿Dueño yo de la campaña
y músicos? ¿Hay tal burla?
O está todo el mundo loco,
o borracha la Fortuna.
Si me valiera la hazaña
en esta ocasión alguna

alhaja manducativa,
fuera notable ventura. Ä
¡Ah del castillo! Si non
yace la infanta desnuda,
catadla, que a un agujero
asome su fermosura.
Malandrín de Trapobana
soy, de allén que vengo en fucia,
si ella es la vana, e yo el trapo,
de facer dos almas una.
Si non cuida de salir,
salga cualque dama suya,
e si non dama pulgare,
menina su ausencia supla,
ya de la cámara sea,
magüer que non de la ayuda.
¿Non la hay? Pues sea mondonga;
que ¿a quién mondongas no escuchan?
O si no, salga una dueña;
que dueñas non faltan nunca.
¿Non hay dueña? Yo dichoso,
iréme por la espesura
a buscar quien me socorra,
fablando vegadas muchas,

Canta

"quien no tiene ventura
aun dueñas no hallará, si dueñas busca."

Vase. Ábrese el castillo y salen, como a un jardín que estará fingido dentro de él, LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, y las damas, dejando abierta la cueva del FAUNO

CORO 1: "Amorosos sacrilegios
esta novedad disculpan,
porque en su misma belleza
están la culpa y disculpa."
CORO 2: "Pues, cuando deidad la adoran,
y cuando beldad la juran,
mirando sus ojos bellos,
quedan vanos de su culpa."
CORO 1: "¡Ay Lindabridis bella, hermosa y pura,
milagro del amor y la hermosura!"
CORO 2: "¡Ay Lindabridis pura, hermosa y bella,
que eres del cielo flor, del campo estrella!"

SIRENE: Bien los dos competidores
cortesanamente usan
de la licencia de amantes,
celebrando tu hermosura
en dulces versos.
LINDABRIDIS: Bien dices;
pero yo no supe nunca
que gallardos caballeros,
que andan buscando aventuras,
con músicos caminasen.

SIRENE: Quien de hacer obsequios gusta
jamás le falta ocasión;
en cualquier parte la busca;
cerca está Constantinopla.
Y como las leyes tuyas
les dan licencia de amarte
y no de verte, procuran
que donde no entran sus ojos,
entren sus penas ocultas
y disfrazadas.
LINDABRIDIS: ¡Qué bien
al compás suyo murmuran
las fuentes de estos jardines,
que el canto a las aguas hurtan!
SIRENE: Esta alfombra, que tejió
de mastranzos y de juncia
el abril, formando en ella
un florido catre, a cuya
belleza corona es
el pabellón de una murta,
trono será de la aurora,
si tú su dosel ocupas.
LINDABRIDIS: Desde aquí se oyen mejor
dulces canciones, que anuncian
anticipada la guerra.

Siéntase, y queda como dormida

SIRENE: Y ella por verte madruga.
ARMINDA: Pues la princesa se queda
aquí, Sirene, segura,
ven donde oigas tono y letra
mejor.
ROSICLER: Vamos, si tú gustas.

Vanse SIRENE y ARMINDA. Sale FAUNO por la cueva

FAUNO: Cuando de la opuesta boca,
por quien bosteza esta gruta,
aborto fui, con intento
de que la cobarde turba,
siguiéndome, se quedara
sepultada en las obscuras
entrañas de aqueste monte,
que los sirviese de tumba,
y vuelvo a escuchar gemido,
penas, lástimas y angustias,
me informan voces sonoras
que a la obscuridad nocturna,
como si ella fuera el alba,
alegremente saludan.
Y aun no paran mis sentidos,
contentos con una duda;
pues extrañan lo que ven
mucho más que lo que escuchan.
¿A la boca de mi albergue
fábricas de arquitectura

tan hermosa que las piedras,
aun más que la luz, alumbran?
¿Aquí fuentes y jardines,
espejos, cuadros, pinturas?
¿Duermo o velo, sueño o vivo?
Mas ¿qué dudo que en confusas
imágenes haga el sueño
estas sombras y figuras? Ä
Bárbaros dioses de un Fauno
que a las sangrientas y duras
aras vuestras consagró
cuantos mortales la inculta
playa de esta isla tocaron,
dadme favor, dadme ayuda;
que una admiración me ciega,
que una deidad me deslumbra,
una beldad me suspende,
y todo un cielo me turba.
¿Si es la diosa que este templo
habita? Sí; ¿quién lo duda?
No en vano, pues, la adurmieron
voces que los vientos sulcan,
fuentes que las flores mojan,
arroyos que el prado cruzan,
copas que el aire detienen,
auras que mansas murmuran,
hojas que apacibles suenan,
flores que sus plantas buscan;
pues voces, fuentes, arroyos,
copas, vientos y hojas mudas,
todos dicen que ésta es
la diosa de la hermosura.
Mas otra duda me queda;
¿si es viva o si es escultura,
adorno de estos jardines?
Que para todo hay disculpa;
para estar viva, en dar muerte
a quien a su luz se junta;
para estar muerta, en dar vida
a quien sus milagros busca.
Luego si da vida y mata,
si da muerte y asegura,
para dar vida y dar muerte
estará viva y difunta.

Llega a tomarle la mano a LINDABRIDIS

¿Atreveréme a tocar
la blanca mano que injuria
la nieve? Sí. Mas--¡ay cielos!--
que me abrasa su blancura.
Mujer, deidad, o quien eres,
¿qué veneno es el que oculta
este áspid de jazmín?

Despierta LINDABRIDIS

LINDABRIDIS: ¿Quién

me llama? ¡Ay de mí!
FAUNO: No huyas.
LINDABRIDIS: No podré, porque el temor
con prisión de hielo anuda
mis pasos. Fiera u hombre
silvestre, deidad inculta,
¿cómo te atreviste, cómo,
a profanar la clausura
de un castillo donde el sol,
si entra, entra con la disculpa
de que viene a traer el día,
y entra en él porque le alumbra?
FAUNO: Como yo soy más que el sol
atrevido; y si él se excusa
de tu enojo por traer
la luz, yo con menos culpa,
porque vengo a traer la sombra;
que esa bóveda profunda
es el seno de la noche,
y yo quien su seno ocupa.
LINDABRIDIS: ¡Arminda, Sirene, Flora!

Salen ARMINDA y SIRENE

SIRENE: ¿Qué das voces? ... ¡Suerte injusta!
ARMINDA: ¿Qué mandas? ... ¡Horror extraño!
SIRENE: ¡Grave mal!
ARMINDA: ¡Desdicha suma!
FAUNO: ¿Son éstas las que han de darte
el favor? Porque la duda
queda en pie, ¿quién ha de darles
favor a ellas? Llama, junta
muchos enemigos de estos,
será mejor la fortuna
de morir a tales manos,
aunque ya lo esté a las tuyas.
Todas son bellas; mas tú
te avienes con su hermosura,
como el clavel con las flores,
como las estrellas puras
con los claveles, los signos
con las estrellas, la luna
con los signos, y con ella
el sol, que a todos sepulta.
Deja, deja que a beber
vuelva la sed, que me angustia
este tósigo de nieve.
LINDABRIDIS: Antes seré de tu furia
breve despojo. ¡Dad voces!
SIRENE: Yo estoy turbada.
ARMINDA: Yo muda.
LINDABRIDIS: ¡Caballeros, al castillo!
Que a manos de la sañuda
fiera de estos montes muero.
¡Dadme favor, dadme ayuda!
SIRENE: ¡Al castillo, caballeros!
Que vuestra gloria difunta
a manos de un monstruo yace.

Dentro ROSICLER y FLORISEO

ROSICLER: Sirena, las voces tuyas
no me engañarán, que atado
al árbol de la fortuna
estoy.
FLORISEO: Cocodrilo aleve,
que voz humana pronuncias,
no me vencerá tu encanto.
LINDABRIDIS: ¡Ah leyes de honor injustas!
¿Cuál es la dama que ver
cobarde a su amante gusta?
FLORISEO: Responded cantando siempre.
ROSICLER: No dejéis de cantar nunca.
ARMINDA: ¡Al castillo, caballeros!
FAUNO: Escaparte no presumas.
LINDABRIDIS: ¿Cómo están sordos los cielos
a mi voz?
FAUNO: Como en mi injuria
los cielos no oyen.
LINDABRIDIS: ¿Los montes
cómo no se descoyuntan?
FAUNO: Son los montes mis vasallos.
LINDABRIDIS: ¿Las fieras?
FAUNO: Temen mi furia.
LINDABRIDIS: ¿Los hombres?
FAUNO: No se me atreven.
LINDABRIDIS: ¿Los rayos?
FAUNO: Mi voz los turba;
que soy rayo, muerte y fiera.
LINDABRIDIS: Yo rabia, veneno y furia.
¡Caballeros, al castillo!
Romped las leyes injustas.
¡Al castillo, caballeros!

Éntranse LINDABRIDIS, ARMINDA y SIRENE, y síguelas FAUNO. Sale CLARIDIANA

CLARIDIANA: ¿Mi valor qué dificulta,
que no entra a ver qué ocasión
el monte de horror ocupa?
¿Qué aventuro en esto yo?
¿Las esperanzas futuras
de Lindabridis qué importan,
si yo no las tuve nunca?

Vase. Vuelven a salir FAUNO, LINDABRIDIS, CLARIDIANA y las damas

LINDABRIDIS: ¡Que estén sordos los cielos!
¿Qué mucho, si el amor lo está y los celos?
CLARIDIANA: No así al amor ofendas,
ni deslucir su vanidad pretendas;
que yo por él satisfacerte espero.
FAUNO: (¡Qué bello joven!) **Aparte**
CLARIDIANA: (¡Qué galán tan fiero!) **Aparte**
LINDABRIDIS: (¡Qué desdichada suerte, **Aparte**

si mi vida redimo con su muerte!)
FAUNO: (No sé qué nuevas ansias he sentido **Aparte**
de que éste en su favor haya venido,
que de un veneno tengo el pecho lleno,
y se hace más lugar otro veneno.)
CLARIDIANA: Semidiós de estos montes
que, llenando de horror sus horizontes,
por no ser fiera y hombre en una esfera,
dejaste de ser hombre y no eres fiera,
esa belleza vive
a cuenta de este acero. Así apercibe
el nudoso bastón, que partir quiero
contigo el sol.
FAUNO: Pues yo llevarle entero;
que si es sol la belleza
de esta excelsa deidad, fuera bajeza
partirle ni aun un rayo; y más contigo,
que eres, puesto conmigo,
átomo comparado
al sol, cárdeno lirio cotejado
al ciprés eminente,
mendigo arroyo al rápido corriente
del Nilo, sombra pálida y pequeña
a la inmensa estatura de esta peña.
CLARIDIANA: No, barbaro, blasones,
ni de ajenos aplausos te corones;
que, si eres sol, soy luna,
a cuyo eclipse mengua tu fortuna;
si ciprés, soy la muerte,
que en fúnebre arrebol hoy le convierte;
si Nilo, mar sediento que le bebe,
si montaña, homenaje soy de nieve,
que su eminencia inclina,
cuando a rayos de hielo le fulmina.
FAUNO: Acis, mancebo de esta Galatea,
si soy el Polifemo vuestro, sea
este bastón, ya que no aquella roca,
urna mucha, pirámide no poca.

Riñen, dale FAUNO con el bastón a CLARIDIANA, y cae

CLARIDIANA: ¡Muerto soy!
LINDABRIDIS: ¡Ay de mí!
FAUNO: ¿De qué te espantas?
Mira, mira a tus plantas
flor, arroyo, cristal, jardín y fuente,
salpicados de púrpura caliente;
y, si fiero y sangriento no te obligo,
cortés amante quiero ser contigo.
Cuanto metal se encierra
en las pardas entrañas de la tierra,
y cuantas piedras cría
ese luciente aparador del día,
pondré a tu pie de nieve,
que hidrópica esa cueva se las bebe,
porque registro fue del peregrino
que, hallando puerto aquí, perdió camino.
Un breve instante espera

y en tanto ese cadáver considera,
porque admires, teniéndole delante,
valiente y rico a este tu nuevo amante.

Vase

LINDABRIDIS: Muda, cobarde, helada,
confusa y admirada,
no sé lo que hacer puedo,
que no me deja qué elegir el miedo.
Aquí--¡oh qué horror!--un triste me suspende,
allí--¡oh qué pena!--un bárbaro me ofende,
aquí--¡qué pasmo!--un joven agoniza,
allí--¡qué llanto!--un monstruo atemoriza,
aquí--¡qué desconsuelo!--
deshojado un clavel, salpica el suelo,
allí--¡qué desventura!--
amante un bruto--¡ay Dios!--mi fin procura,
y yo, sin quien me valga en este abismo,
a manos muero de mi encanto mismo.
¿Qué haré, piadosos cielos?
Pero apelen a mí mis desconsuelos.
Fuera está del castillo, y en su cueva
la fiera horrible; pues eleva, eleva
--oh espíritu oprimido
del mágico conjuro--el atrevido
vuelo; mi amparo y mi sagrado sea
el viento, que esta fábrica posea;
llevemos de este bárbaro desierto
un alma viva en un cadáver muerto.

Entra y cierra el castillo, que desaparece, y queda el teatro como antes estaba. Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¡Ah, volador castillo! ¡Espera, espera!
¿No hay más hablar? ¿Se va de esa manera?
Que se lleva a mi amo;
sea cortés y responda, pues le llamo.

Sale FAUNO con algunas cajas de joyas

FAUNO: Ya, Lindabridis bella,
que eres del cielo flor, del campo estrella,
podrás llenar las manos y los ojos
en estos...¡Ay de mí! "Ricos despojos"
iba a decir, y mudo,
con ser desdichas, las desdichas dudo.
MALANDRÍN: (¡Qué salvaje tan fiero es el que veo! **Aparte**
Con ser desdichas, las desdichas creo.)
FAUNO: ¿Adónde, adónde tanto alcázar sube?
¡Oh fábrica eminente, si eres nube
que bajaste del trono de Faetonte
por granizos de piedras a este monte,
mira que son prodigios que me elevan,
ser tú la nube y que mis ojos lluevan.
¡Aguarda, aguarda!
MALANDRÍN: (Si de noche fuera, **Aparte**
fuera valiente yo.)

FAUNO: ¡Detente, espera!
Mas ¿quién está testigo a mis ultrajes?
MALANDRÍN: Un servidor de todos los salvajes,
que por su devoción los ha buscado
para servir.
FAUNO: ¿Quién eres?
MALANDRÍN: Un menguado.
FAUNO: ¿Viste...
MALANDRÍN: ¿La cueva? Sí, y estuve en ella.
FAUNO: ...aquel alma feliz que a ser estrella
sube a mejor esfera?
MALANDRÍN: ¡Y cómo que la vi!
FAUNO: Pues di, ¿quién era?
MALANDRÍN: Lindabridis se llama,
que anda buscando al hombre de más fama,
al más valiente y de mejor persona;
que, aunque es infanta, ha dado en ser buscona.
Pero esto a nadie espanta;
porque ya ¿qué buscona no es infanta?
FAUNO: Pues si al de más valor viene buscando,
dile que yo lo soy.
MALANDRÍN: Si va volando,
decírselo no puedo.
FAUNO: Sí podrás; porque yo--no tengas miedo--
asiéndote de un brazo,
te haré volar del aire tanto plazo
que, cayendo del mar a esotro cabo,
llegues primero que ella.
MALANDRÍN: El saque alabo,
pero ¿quién hará luego
conmigo desde allá otro pasajuego
que me vuelva a la losa
con la respuesta? ¿No es más fácil cosa
que paso a paso a Babilonia vamos,
donde en la lid a todos los venzamos?
Que yo con este escudo y esta espada
a tu lado me ofrezco a no hacer nada.
FAUNO: Bien dices; una balsa, bajel breve,
a los dos ese piélago nos lleve,
con violencia tan suma
que aun no aje los rizos de la espuma.
Desde hoy serás mi guía; ven conmigo.
Lindabridis, espera; ya te sigo.
MALANDRÍN: Venme aquí en un instante
hecho escudero de un salvaje andante;
y aun con él más contento la siguiera,
si Lindabridis "lindo brindis" fuera.

Vanse. Baja FEBO en un caballo, atravesando el teatro de un lado a otro

FEBO: Hipogrifo desbocado,
parto disforme del viento,
¿dónde te cupo el aliento
para haber atravesado,
ya en la carrera, ya a nado,
tanta tierra y tanto mar?
Hijo o monstruo singular
del tiempo debes de ser,

pues que te enseñó a correr
y no te enseñó a parar.
  Mas no; que si tu ambición,
cuando las riendas te di,
haciéndote dueño a ti
de mi desesperación,
se paró, no fue esta acción
del tiempo; ya tu violencia
de la fortuna fue herencia,
pues pudo en tanto fracaso
contigo más el acaso
que pudo la diligencia.
  ¿Qué escuela, di, te ha instruido?
¿Qué lección, di, te ha enseñado,
que te desboques llamado
y te detengas herido?
Mas si en un concepto has sido
tiempo y en otro después
fortuna, ya mejor es
hacer dos sentencias una,
pues eres tiempo y fortuna
en andar siempre al revés.
  ¿Cuál fue tu dueño, me di,
que con mi vida fïel
y con mis desdichas crüel,
me quiso ausentar así?
Mas ¿qué discurro--¡ay de mí!--
cuando me llego a mirar
en tan remoto lugar,
lleno de penas y enojos,
con los míseros despojos
que escapé de fuego y mar?
  ¿Dónde iré? Pero ¿qué veo?

Cajas

Al caer de esta montaña
que el mar proceloso baña,
una vega fértil veo
que adorna el marcial trofeo,
pues en varios resplandores
al monte hacen sus colores
una hermosa emulación,
las tiendas las peñas son
y las plumas son las flores.
  De la mayor--que es esfera
en los rasgos y bosquejos,
en la luz y los reflejos
del sol y la primavera--
sale un joven que pudiera
dar cuidado a Venus, pues
en sólo un sujeto es
bello Adonis, Martes fiero.
Aquí retirado espero
saberlo todo después.

Escóndese con el caballo entre los bastidores. Se descubre una tienda de campaña, de donde sale MERIDIÁN armado, con acompañamiento, y por

otro lado el rey LICANOR, viejo, y hacen al salir unos y otros
salva de caja y clarín

MERIDIÁN: Invicto Licanor, a quien aclama
y en cuanto el sol midió con veloz llama,
siendo una vez sepulcro y otra cuna,
no compitió ninguna con tu fama,
con tu deidad no compitió ninguna,
atiende, atiende, y en tu real presencia
hoy para protestar me da licencia.
LICANOR: Prosigue, Meridián.
MERIDIÁN: Azul esfera,
rápido Eufrates, áspera montaña,
sagrado muro, bárbara ribera,
gente, ya propia sea, ya sea extraña,
testigos sed que Meridián espera
de sol a sol armado en la campaña,
tomando testimonio cada día
de que a sus enemigos desafía.
Sed testigos de cómo no ha faltado,
desde que se fijó el cartel del duelo,
de la tela y el sitio señalado,
constante al sol, al agua, nieve y hielo;
que a caballo o a pie, desnudo o armado,
con armas o sin ellas, hoy al cielo,
puesta la mano sobre el pomo, jura
que Licanor las armas le asegura.
Testigos sed también que tiene armada
tienda y familia a todo aventurero;
y que desde que entrare en la estacada,
le proveerá de armas y dinero;
y que en defensa de la celebrada
Lindabridis no ha entrado un caballero
a presentarse, y que por tantos días
Tartaria y la campaña están por mías.

Tocan cajas y sale FEBO a pie

FEBO: Ínclito rey del babilonio muro,
que fue de tanto idioma primer fuente,
cuando aquel edificio mal seguro
empinó al orbe de zafir la frente,
hoy que la novedad deste seguro
a tu patria conduce tanta gente
que parece, según la que a ella corre,
que aun la fábrica dura de la torre;
da licencia que un pobre aventurero
a Meridián en tu presencia diga
que tiene Lindabridis caballero
que su justicia a defender se obliga;
y que, si no se presentó primero,
fue porque el precio del honor consiga
el tiempo que ha tardado, pues entiendo
que el que es César de amor llegue venciendo.
LICANOR: Si de ese aventurero generoso
sois escudero, y por seguro envía
para entrar en la tela, licencioso
habéis andado en la presencia mía.

MERIDIÁN: No te enojes, señor, porque animoso
vuelva a su dueño y tenga yo este día
a quien vencer.
FEBO: (¿Quién vio fortunas tantas?) **Aparte**
LICANOR: Decid que llegue, pues.
FEBO: Ya está a tus plantas.

Arrodíllase

LICANOR: ¿Quién es?
FEBO: Yo.
LICANOR: Loco estás, sin duda alguna.
FEBO: Nada al varón magnánimo le asombre,
que de los accidentes de la luna
desigualdades participa el hombre.
Al honor acrisola la fortuna,
no le consume. Así os diré yo el nombre
que el traje os ha callado. Yo soy Febo,
que al sol el nombre como el lustre debo.
De Rosicler hermano...Mas no es justo
que piense yo que me ignoráis, pues creo
que ya de mi valor y esfuerzo augusto
lenguas y plumas son vulgar trofeo.
Supe el campo que haces y, a disgusto
de una dama que adoro, mi deseo,
eclipse desde entonces de tu gloria,
anhelo fue en la sed de esta victoria.
En África alcancé aquel prodigioso
castillo que a su arbitrio se pasea,
porque los elementos litigioso
pleito tuvieron sobre cúyo sea.
El fuego le examina luminoso,
la tierra sus campañas hermosea,
en su estancia le ven mares y vientos;
y así le traen por lid cuatro elementos.
En sus planchas de bronce fui el primero
que su nombre imprimió; así le imprimiera
en un pecho de cera dulce y fiero.
Mas ¿quién dudara nunca o quién creyera
que a los arpones dos de oro y acero
se enterneciese el bronce y no la cera?
Yo lo dudara, pues a mi despecho
va mi nombre en el bronce y no en el pecho.
Seguirle quise, y sobre riza espuma,
huésped ya del cerúleo pavimiento,
viví un bajel que, sin escama y pluma,
águila fue del mar, delfín del viento.
Mas porque Amor de ciego no presuma,
a la venganza Júpiter atento,
fuego introdujo ardiente en nieve fría,
y el bajel Volcán de agua parecía.
Los marineros, viendo que Neptuno
no tomaba el desprecio con enojos,
a llorar empezaron, cada uno
por valerse del agua de sus ojos,
pero lo que apagó el llanto importuno,
de la voz encendieron los despojos.
¡Oh cuánto el riesgo en su favor ignora!
Pero ¿quién no suspira cuando llora?

Con tanto enojo sus venganzas fragua
el flamígero dios que, osado y ciego,
ni al fuego pudo mitigar el agua,
ni al agua pudo consumir el fuego.
El que el bajel, ya roto, al mar desagua,
vuelve a la llama a socorrerse, y luego
que ve la llama, vuelve al mar, de suerte
que dio esta vez en que escoger la muerte.
Tan uno el humo con el mar se vía,
tan uno el viento con el mar estaba
que, si el incendio ahogaba, el mar ardía;
y si el agua encendía, el viento ahogaba.
Dígalo aquel que el fuego se bebía,
dígalo aquel que llamas respiraba,
u yo lo diga, pues, a todo atento,
a la sala apelé de otro elemento.
Rompí, pasé y vencí la ardiente llama;
vencí, pasé y rompí la espuma luego;
y, logrando opinión, ventura y fama,
la amada tierra mido, toco y llego.
Tomé, tuve, logré sepulcro y cama,
donde confuso, absorto, helado y ciego,
ira y amor, piedad y rigor hallo
en el dueño feliz de ese caballo.
En él vine hasta aquí y, si haber perdido
por fortuna en el mar armas y hacienda,
causa bastante a mi desprecio ha sido,
yo haré que el mundo el desengaño entienda.
Haz sin armas el campo que te pido,
porque no me hagan falta, y yo defienda,
que ser merece Lindabridis bella
reina en el mundo, y en el cielo estrella.

LICANOR: Febo, de vuestro valor
no dudo, y es bien se crea
de un osado caballero
mayores fortunas que éstas.
Sucesos tristes o alegres,
suertes prósperas o adversas
ni deslucen, ni dan fama;
que el sol no de serlo deja
por nieblas que se le opongan,
por nubes que se le atrevan.
Pero, esto aparte, os respondo
que yo soy quien hace buena
esta campaña y no puedo
alterar las leyes de ella.
Caballero que perdió
--en buena o en mala guerra,
en buena o mala fortuna--
el escudo, que es su empresa,
hasta que por su persona
otro gane, el duelo excepta.
Y así, aunque yo sea el primero
que vuestras desdichas crea,
seré el primero también
que guarde a la ley la fuerza.
Fuera de esto, no se admite
caballero que no entrega
testimonio de que es él
el mismo que se presenta.

Éste es pleito, yo soy juez,
y no basta que lo sepa
yo, si vos no lo probáis.
Y así, Febo invicto, es fuerza
que yo, conforme a lo visto,
haya de dar la sentencia.
Ganad armas y volved
con testimonio y certeza
de que sois el que decís;
que Meridián os espera
y yo os haré bueno el día,
partiendo con vos la tierra,
el aire, el polvo y el sol.

Vase

FEBO: Sí haré; y porque no padezca
ese escrúpulo mi fama,
mi opinión esa sospecha,
un breve instante, un minuto,
y sólo con una empresa
dé el testimonio de mí,
y gane las armas, sean
éstas las de Meridián,
porque digan él y ellas
que soy yo y que las gané.
Salga donde...

MERIDIÁN: Sí saliera,
si me tocara el salir;
mas quien tiene a su defensa
un duelo o está llamado
no hay nueva causa que pueda
hacerle acudir a otro;
y así no respondo. Intenta
ganar armas y volver;
que aquí me hallarás. No temas
que falte de aquí; porque,
aunque todo el mundo venga,
no me hará dejar el puesto;
y así en él, oh Febo, es fuerza,
pues quedo cuando te vas,
que aquí me halles cuando vuelvas.

Vase, y ocúltase la tienda de campaña

FEBO: ¿Hay hombre más infeliz?
¿Aun no bastó la tormenta
del mar, sino que también
la he de correr en la tierra?
¿Yo exceptuado del honor
que dio más plumas y lenguas
a los tiempos que quedaron
de estas fábricas? ¿Yo fuera
del número de los nobles,
porque en batalla sangrienta
perdí de dos elementos
mi escudo? Mas justa es esta

infamia, este deshonor;
pues que no cuidé que fuera
menor defecto morir
con las armas que perderlas.
Bien nos lo enseña el decreto
del honor, bien nos lo enseña
la ley de caballería,
pues en sus fueros ordena
que para morir se arme
el caballero, y que muera
de todas armas guarnido,
y el manto mortaja sea,
dando a entender que primero
pierda la vida que pierda
las armas, que del cadáver
aun son adorno en la huesa.
Pues ¡vive Dios!, que esta injuria,
este enojo, esta violencia
del mar, del viento y del fuego
hoy me ha de pagar la tierra,
pues hoy de sangre manchada
se ha de mirar, de manera
que este monte y aquel muro
ciudad fundada parezca
sobre el rubio mar; el sol
ha de mirar su belleza
en espejo de escarlata
que el sangriento humor le ofrezca;
tal que, dejando al morir
llena de flores la selva
y hallándola de corales
al nacer, piense que yerra
el día, y le yerre entonces,
dando a otra parte la vuelta.
Dos montañas, que columnas
son de las nubes, estrechan
este paso, que es por donde
se ha de pasar a las telas.
No ha de entrar aventurero
alguno desde hoy en ellas
sin hacer campo conmigo
y dejar su escudo. Sea
esta línea, pues, la valla
que el paso a todos defienda.
Verá Licanor, verá
Meridián, verá la esfera
superior, el sol, la luna,
los astros, signos y estrellas,
hombres, brutos, flores, plantas,
agua, viento, fuego y tierra
que el caballero del Febo
así sus desprecios venga.

Baja el castillo

Mas ¿qué es esto? ¡Vive el cielo,
que entre los dos montes cierra
el paso otro monte hermoso
que hace a los dos competencia!

Sin duda el orbe de Marte
de sus polos se despeña,
de sus quicios se trastorna,
murado cielo de almenas,
porque no gane otras armas
que las suyas; bien lo muestra
la máquina desasida
y desplomada la esfera,
que aun no pronunció el gemido
de los ejes y las ruedas.
Pero--¡ay de mí!--ciego estoy,
pues no percibo las señas
de este encantado castillo,
a cuya frente soberbia
se abolla el viril del cielo,
por no decir que se quiebra.
Como del año fatal
está el número tan cerca,
los campos de Babilonia
serán su estancia primera.

Abren las puertas del castillo

Sólo este testigo--¡ay triste!--
les faltaba a mis ofensas,
les sobraba a mis desdichas
para que...Pero las puertas
se abren. ¿Qué he de hacer? Dejar
este puesto ya es bajeza,
habiendo jurado en él
mi venganza. Que me vea
Lindabridis es desaire.
Pues de irme y quedarme sea
medio el esconderme; así
ni ella me ve ni hago ausencia.
Retirado esperaré
hasta que el primero venga.
Haz breve sepulcro a un vivo,
oh monte, de hojas y peñas.

Escóndese. Salen LINDABRIDIS y SIRENE como acechando

LINDABRIDIS: Pues sin estruendo ni ruido
el castillo tomó tierra
en Babilonia, Sirene,
con intento de que pueda
--antes que la novedad
despierte las gentes de ella--
salir ese hermoso joven
que la piedad y clemencia
del cielo restituyó
a la vida, considera
si hay en este inculto monte
gente alguna que le vea.
SIRENE: Sólo son mudos testigos
estos troncos y estas selvas
de nuestra venida.
LINDABRIDIS: Pues

sal, Claridiano; ¿qué esperas?

Sale CLARIDIANA

CLARIDIANA: La sentencia de mi muerte;
que es de mi muerte sentencia
notificarme, señora,
tu voz, tu llanto o tu lengua
que me ausente de tus ojos.
¡Oh nunca, oh nunca volviera
yo a vivir, pues allí, viva
el alma y la vida muerta,
no daba tiempo de estar
sin ti, y es feliz quien llega
a morirse de una dicha
sin el temor de perderla!
La ausencia es muerte del alma,
muerte del cuerpo es la pena;
pues si allí el cuerpo moría
y aquí el alma, considera
que lo que hay del cuerpo al alma
hay de la muerte a la ausencia.
LINDABRIDIS: Si, para morir de ausente,
viviste de amante, deja
el necio argumento, pues
también quien muere se ausenta.
Y ya que, por no dejarte
--después que amor a mis quejas
movido, te dio la vida--
en una playa desierta
solo, triste y mal curado,
te traje hasta aquí, no quieras,
rebelde a leyes de honor,
usar mal de mis finezas.
Ya estamos en Babilonia;
valor tienes, armas llevas,
y si dan dicha favores
--¡turbada estoy y suspensa!--
favores llevas también;
las campañas son aquéllas,
tribunal de Amor y Marte;
armadas están las tiendas,
precio soy de la victoria,
hazte tu fortuna mesma,
lábrate tu misma dicha;
y a Dios, que con bien te vuelva.
El te libre y él te guarde,
Claridiano, en su violencia.
Adiós, adiós. Vete pues.
CLARIDIANA: No--¡ay cielos!--con tanta priesa
me despidas. ¿No darás
siquiera al dolor licencia
para saber que se parte?
LINDABRIDIS: Temo...
CLARIDIANA: ¿Aquí ya qué hay que temas?
LINDABRIDIS: ...que te vean...
CLARIDIANA: Di.
LINDABRIDIS: ...salir
del castillo, y que no pierdas

las esperanzas...
CLARIDIANA: Prosigue.
LINDABRIDIS: Esto basta.
CLARIDIANA: No, no quieras
dejar pendiente la voz.
LINDABRIDIS: No dudo yo que me entiendas.
CLARIDIANA: Ni yo dudo que te entiendo.
LINDABRIDIS: Pues, si me entiendes, ¿qué esperas?
CLARIDIANA: Que me lo digas.
LINDABRIDIS: ¿Por qué?
CLARIDIANA: Porque hay una diferencia
entre el saber y el oír
uno las dichas que espera;
que es dicha aparte el oírlas,
muchos después de saberlas.
LINDABRIDIS: Pues temo, si eso te agrada,
que las esperanzas pierdas
de ser mi dueño, por verte
en el castillo.
CLARIDIANA: No quieras
más afecto de mi fe,
sino que otra vez lo oyera.
LINDABRIDIS: Dices bien; porque si Amor
no tuviera preeminencia
de hacer nuevas cada vez
las razones, ¿qué tuviera
que hablar al segundo día
con su dama? Mas ¿qué esperas?
Vete, vete.
CLARIDIANA: ¿Acordaráste
de mí, señora, en mi ausencia?
LINDABRIDIS: No; que no me olvidaré.
CLARIDIANA: ¿Serás mía?
LINDABRIDIS: Amor lo quiera.
CLARIDIANA: Porque veas de mi fe
las más declaradas muestras,
sólo con que no seas de otro
me contento.
LINDABRIDIS: Esa promesa
cumpliré con darme muerte
el día que tú me pierdas.
CLARIDIANA: ¿Quién lo asegura?
LINDABRIDIS: Mi fe.
CLARIDIANA: ¿Será firme?
LINDABRIDIS: Será eterna.
CLARIDIANA: Pues, adiós.
LINDABRIDIS: Adiós.
CLARIDIANA: Conmigo
vas.
LINDABRIDIS: Y tú conmigo quedas.
(¡Qué ardiente el rayo es de amor!) **Aparte**

Éntrase, y cierra el castillo

CLARIDIANA: ¡Qué frías son las finezas
que se dicen sin el alma!

Sale FEBO

FEBO: (¡Qué rigurosa es la fuerza **Aparte**
de los celos, pues se hace
lugar entre tantas penas!
Éste es el dueño--sí, él es--
de la desbocada bestia
que aquí me trajo. No en vano
me dijo entonces que él era
el dueño de Lindabridis;
bien el efecto lo muestra;
pues, ofendido y celoso,
hoy vengaré dos ofensas.
Mis celos me den valor
y mis desdichas paciencia.)
CLARIDIANA: ¡Oh Babilonia! Tus muros
saludo y beso la tierra
que ha de ser teatro donde
la fortuna representa
del poder y del amor
la mayor de sus tragedias.
A ti vengo.

Pónese la banda

FEBO: Caballero,
el de la blanca cimera,
que, mariposa de plumas,
en el sol las alas quema,
no des otro paso más;
no te arrojes, no te atrevas
a pisar aquesa raya,
porque su línea postrera
es línea que hizo la muerte,
como quien dice, "Aquí tengan
término y coto las vidas,
que osaren pasar por ella."
CLARIDIANA: (¡Válgame el cielo! Este es Febo. **Aparte**
¿Qué nueva fortuna es ésta?)
Disfrazado aventurero,
albricias darte pudiera
de los riesgos que me avisas,
pues me alegraré que sea
ley de la muerte esta línea,
y que rompida su fuerza
por mí, cuantos amenaza
vivan después a mi cuenta.
FEBO: Pues con dejar ese escudo
vivirán, porque así cesa
mi rigor, y tu piedad
consigue lo que desea.
De ganar escudo tengo
a mi honor hecha promesa
al primer aventurero.
CLARIDIANA: Mucho ofreces, mucho intentas,
porque la tengo hecha yo
de defenderle.
FEBO: Pues sea
ésta una lid a dos luces;
que, si no mienten las señas,

eres el que ya otra vez
solicitaste esta empresa.
CLARIDIANA: Bien dices, ingrato Febo.
Pero ¿cómo se te acuerda
esa ofensa, y se te olvida
el beneficio y la deuda
de haberte dado un caballo
en que a estas campañas vengas?
Pero dirás que es defecto
de nuestra naturaleza
dar el beneficio al agua
y dar al bronce la queja.
FEBO: No presumo yo ni creo
que hay piedad que te agradezca
en darme el caballo a mí,
pues no hubiste--es cosa cierta--
menester para volar
entonces su ligereza;
luego, sin que ya de ingrato
puedas argüirme, es fuerza
ganar tu escudo.
CLARIDIANA: También
lo es en mí que le defienda;
pero no ha de ser a vista
del castillo, si te acuerdas
que es ley que pierda la acción
el que a desnudar se atreva
su acero aquí.
FEBO: Ley también
es suya que la acción pierda
quien entrare en el castillo,
y tú, sin temerla, entras;
luego tú sólo eres quien
rompes la ley y la quiebras;
rómpela en tu daño y no
jurista del amor seas
que en su daño y su provecho
una ley misma interpreta.
CLARIDIANA: Pues si estás desengañado...
(¡Qué buena ocasión es ésta!) **Aparte**
...de que favores que entonces
te dije son ciertos, deja
la pretensión de esta dama;
pues es ruindad y bajeza
reñir por dama que a otro
quiere, estima, adora y precia.
FEBO: Hoy no riñe aquí el amor,
riñe el honor, porque entiendas
que el que en la ocasión se halla,
aunque a la dama no quiera,
debe por ella reñir,
si le da la ocasión ella.
CLARIDIANA: Pues yo no quiero de ti
más satisfacción que ésa.
FEBO: Ésta no es satisfacción,
ni yo a ninguno la diera,
sino decir solamente
que es obligación primera
la obligación del honor.
Ya estoy restado a esta empresa

por empeños de mi honra,
ganando armas con que vuelva
a vista de Licanor.
Mira, advierte y considera,
si ya una vez declarado
que estoy sin honor...
CLARIDIANA: La lengua
suspende. (¡Ay de mí! ¿Qué escucho?) **Aparte**
¿Tu honor, Febo, en contingencia?
¿Tu opinión en opiniones?
Calla, calla; no te atrevas
a pronunciarlo; que el alma
con cada acción me penetras,
con cada acento me hieres,
con cada voz me atraviesas.
FEBO: Suspenso otra vez me tiene,
absorto otra vez me deja
ver que aumentes mis desdichas
y que mis desdichas sientas.
CLARIDIANA: (Ya, cielo, éste es otro caso; **Aparte**
ya es, cielo, otra duda ésta.
A Febo le va el honor
en que yo ahora le pierda;
en que yo no tenga vida
me va el que Febo la tenga;
si le doy las armas, doy
armas contra mí, pues ellas
le darán a Lindabridis;
si las defiendo, me dejan
la pena de su opinión.
¡Denme los cielos paciencia!
Mas si al fin he de quererle,
que le gane o que le pierda,
en tan grandes confusiones
su honor viva y mi amor muera.)
Febo, si la obligación
de tu honor es la primera,
la mía también; y así
ganarme el escudo intenta,
que yo le arrojo en el suelo,
porque le lleve el que venza.

Echa el escudo en el suelo, y sacan las espadas

FEBO: Por no errar en lo que diga,
con la espada--que es la lengua
de un caballero--respondo.
CLARIDIANA: ¡Qué gran ventaja me llevas.
Febo!
FEBO: Di en qué.
CLARIDIANA: En que, si tú
aquí matarme deseas,
yo deseo que me mates;
y es la primera pendencia
en que se ha visto reñir
dos sobre una cosa mesma.
FEBO: No vi más templado pulso.
CLARIDIANA: No vi más notable fuerza.

La banda se me ha caído
del rostro.

Cáesele la banda

FEBO: Y a mí con ella
las alas del corazón,
y en su ejecución suspensa
el alma, no determino
si está viva o si está muerta.
CLARIDIANA: Pues en tanto que lo dudas,
que lo imaginas y piensas,
vive honrado y muera yo.
Ahí el escudo te queda
que, a costa del honor mío,
quiero, Febo, que le tengas.

Vase

FEBO: ¡Espera, espera!
CLARIDIANA: Soy rayo.
FEBO: ¡Oye, oye!
CLARIDIANA: Soy cometa.
FEBO: Seguiréte, aunque a las nubes
subas.

Dentro el rey LICANOR

LICANOR: ¿Qué voces son éstas?

Salen LICANOR, MERIDIÁN, y gente

FEBO: (Guardar mis penas importa, **Aparte**
si hay lugar adonde quepan.)

Son llamar a un caballero
que en buena guerra ha dejado
este escudo; y pues ganado
hoy por mi espada le adquiero,
ya en la tela entrar podré,
libre del baldón injusto.
LICANOR: De vuestro valor augusto
yo nunca, Febo, dudé.
Dadme los brazos, y luego
ved que llegan Rosicler
y Floriseo a vencer
--cada cual de amores ciego--
esta empresa.
FEBO: Fuerza es
lidiar, hermanos los dos.
MERIDIÁN: Dadme ahora los brazos vos,
que han de vencerme después.
FEBO: Yo callo, por no ofenderte.
LICANOR: Ya que tanta bizarría
disfraza en la cortesía
los semblantes de la muerte,

y tan conformes extremos
hoy en todos maravillo,
vamos todos al castillo,
porque juntos visitemos
a Lindabridis; veamos
este encanto que ha tenido
todo el mundo suspendido
con admiraciones.
TODOS: Vamos.

Vanse. Suena música, ábrese el castillo, como primero, y salen LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, y las damas

LINDABRIDIS: Pues mi hermano y Licanor
aquí a visitarme vienen,
hoy manifestar se tienen
las pompas de mi valor.
Vean todas las riquezas
con que el orbe discurrí,
no diga el tiempo de mí
nunca menores grandezas.
Haced, pues, que se prevengan
músicas, saraos, festines,
para que aquí con dos fines
dos admiraciones tengan.

Salen LICANOR, MERIDIÁN, ROSICLER, FEBO y todos

LICANOR: Cómo saludarte dudo,
prodigio hermoso, y no sé
si--con un sabio--diré
que la copia me hace mudo.
Ven en felice ocasión
a honrar el suelo en que estás;
Yo enmudecí, lo demás
te diga la admiración.
LINDABRIDIS: Si una suspensión forzosa
es en el que se turbó,
dos habré de tener yo,
de turbada y de dichosa.
MERIDIÁN: Dadme vuestra mano, hermana,
y seáis muy bien venida
a dar muerte y a dar vida
a quien os pierde u os gana.
Y, pues el gusto de veros
todos esperando están,
y a mí licencia me dan
de hablar estos caballeros,
todos por vos han venido
en alas de sus cuidados;
muchos fueron los llamados,
¡dichoso del escogido!
LINDABRIDIS: A todos responderé
con el alma, que quisiera
que capaz de un cielo fuera,
para agradecer mi fe.

Sentaos, señor, y tomad
todos lugares.

Vanse sentando cada uno junto a una dama [FLORISEO con SIRENE, ROSICLER con ARMINDA, y FEBO con LINDABRIDIS]

FLORISEO: Aquí,
Sirene, me toca a mí.
SIRENE: Pidiólo mi voluntad.
ROSICLER: Yo junto a vos, dama bella,
me abrasaré a su arrebol.
ARMINDA: Ya que no me cupo el sol,
por lo menos sois su estrella.
CABALLERO 1: Como a luz de aquella esfera,
gozaré este resplandor.
CABALLERO 2: Yo os adoro, como a flor
que sois de otra primavera.
FEBO: Yo, el más dichoso en efeto,
por mí aqueste lugar gano.
LINDABRIDIS: ¿No veis que es favor en vano?
FEBO: Si queréis que del conceto
me aproveche, bien sé yo
quién es la que en vano quiere,
pues por una sombra muere.
LINDABRIDIS: Yo no os he entendido.
FEBO: ¿No?

Sale CLARIDIANA

CLARIDIANA: (Aquí me traen mis desvelos **Aparte**
otra vez a morir. Sí,
pues mis celos miro allí,
y aun no conozco mis celos.)
LINDABRIDIS: (Ya Claridiano se ofrece. **Aparte**
¡Oh quién excusar pudiera
sus celos! ¡Oh, si entendiera...!)
¡Hola! La música empiece,
porque yo logre el deseo
de festejar en mis reales
palacios huéspedes tales.
LICANOR: Maravillas dudo y creo.
CLARIDIANA: (Esto ya es morir.) Si alcanza **Aparte**
tal licencia un caballero,
empezar el festín quiero,
por hacer una mudanza.
Tocad. (¡Oh, si a ver lograda **Aparte**
llego la acción que emprendí!)
SIRENE: ¡Atención, que desde aquí
empieza la otra jornada!

Puso el autor aquí este sarao, para que, dilatándose en las mudanzas lo que pareciere, sirva de sainete, en lugar del que se estila hacer entre las dos jornadas

TERCER ACTO

Dividida la música en CORO 1 y CORO 2,
cantan, saliendo a danzar caballeros y damas, como lo dicen los versos

CORO 1: "Dama divina,
danza conmigo,
que no vivo, no,
si ajena te miro."
CORO 2: "Mirad a otra parte,
galán caballero,

que todos verán
lo mucho que os quiero."

CLARIDIANA: Si en esta amorosa calma
se deja tratar el cielo,
merezca tan alta palma,
pues, la rodilla en el suelo,
reverencia os hace el alma.
LINDABRIDIS: Logre vuestro atrevimiento
su deseo en la fe mía.

A FEBO

Dadme vos licencia, atento
a que en mí es la cortesía
reina de mi pensamiento.

Sale a danzar

FEBO: Salid, señora, a danzar.
Muy poco envidio el favor,
porque sé que es adorar
una sombra del amor,
por ídolo de su altar.
MERIDIÁN: Mientras en pie la contemplo,
respetaré su luz pura.

Pónense todos en pie

LICANOR: Reveréncienla a mi ejemplo,
si es templo éste de hermosura,
por imagen de su templo.

CORO 1: "Cuando entráredes, caballero,
en mi castillo inmortal,
vestido de blanco acero,
bien dirán que mucho os quiero,
cuantos conozcan mi mal."

Danzan CLARIDIANA y LINDABRIDIS

CORO 2: "Cuando entráredes, dama hermosa,
en el templo del amor,
deidad de jazmín y rosa,
bien dirán que sois mi diosa,
cuantos vean mi dolor."

FLORISEO: (¿Qué más ocasión aguarda **Aparte**
mi pena? ¿Qué me acobarda?)
Dadme otro lugar a mí,
pues yo también vine aquí
por vos, princesa gallarda.

Ase de la mano a LINDABRIDIS

CORO 1: "Si quisiéredes ser mi amante,
caballero, yo os querré,
como cortés y galante
me mostréis siempre constante
dulce amor y firme fe."

SIRENE le coge de la mano a FLORISEO, y vuelven a danzar CLARIDIANA y LINDABRIDIS

SIRENE: (Ya la venganza prevengo **Aparte**
del que necio me dejó;
así mis desaires vengo.)
Si fe buscáis de amor, yo
la fe verdadera tengo.

CORO 2: "Si os quejáredes, dama bella,
que no supe agradecer,
culpad a sola mi estrella,
pues que solamente es ella
la que me enseñó a querer."

CABALLERO 1: (No introducirme es error, **Aparte**
para dar de mi ardimiento
muestras.) Perdonad, señor,
que para este atrevimiento
licencia ha dado el amor.

Toma de la mano a LINDABRIDIS

CORO 1: "Cuando entráredes, caballero,
en mi castillo inmortal,
vestido de blanco acero,
bien dirán que mucho os quiero,
cuantos conozcan mi mal."

ARMINDA: Si amor da liencia, quiero
tomarla yo en tu presencia;
que esto podrá--bien lo infiero--
una dama, si hay licencia
de que pueda un caballero.

Tómale la mano ARMINDA a él

CORO 2: "Cuando entráredes, dama hermosa,
en el templo del amor,
deidad de jazmín y rosa,
bien dirán que sois mi diosa,
cuantos vean mi dolor."

ROSICLER: Pues si en la opinión o fama
de quien más estima y ama
esta ocasión toca, ya
hablar cualquiera podrá
en el sarao a su dama.

Pónese a una punta del tablado

FEBO: Yo desde esta parte intento,
adorando esa hermosura,
siempre a la ocasión atento,
pues que cada cual procura
decirla su pensamiento.

Pónese a la otra punta

CORO 1: "Si quisiéredes ser mi amante,
caballero, yo os querré,
como cortés y galante
me mostréis siempre constante
dulce amor y firme fe."
CORO 2: "Si os quejáredes, dama bella,
que no supe agradecer,
culpad a sola mi estrella,
pues que solamente es ella
la que me enseñó a querer."

Estarán trabados los lazos, danzando en medio los más que puedan, y en las cuatro esquinas ROSICLER, FEBO, MERIDIÁN, y LICANOR en pie; y empiezan todos otra diferencia de tañido

CORO 1: "A la sombra de un monte eminente,
que es pira inmortal,
se desangra un arroyo por venas
de plata torcida y hilado cristal."
CORO 2: "Sierpecilla escamada de flores,
intenta correr,
cuando luego detienen sus pasos
prisiones suaves de rosa y clavel."
CORO 1: "Detenido en los troncos, suspende
el curso veloz
y, adquiriendo caudales de nieve,
malogra la rosa y tronca la flor."
CORO 2: "A las ondas del Nilo furioso
se arroja a morir,
y parece su espuma una línea
que labra dibujos de plata y marfil."
CORO 1: "¡Ay de las lágrimas mías,
que, siendo tú arroyo y fuente,
las entregué a tus cristales,
y en el mar de amor se pierden."
CORO 1: "Lindabridis, Lindabridis,
que deidad humana eres,
atiende a mis voces, ya
que a mis lágrimas no atiendes."
COROS 1 y 2: "Por ti, dama hermosa,
por ti, bella fénix,
por ti, dulce encanto,
Amor vive y muere."
CORO 1: "Suspiros son de un amante
cuantos los aires suspenden,
lágrimas son de un celoso
cuantas los cristales beben."
CORO 2: "Quejas son de un ofendido

cuantas las flores divierten,
voces son de un desdichado
cuantas al eco enmudecen."
COROS 1 y 2:: "Por ti, nuevo encanto,
por ti, bella fénix,
por ti, dama hermosa,
Amor vive y muere."

LINDABRIDIS: Muera de amor el que adora,
muera el que suspira y llora.

Llega hacia donde está FEBO

FEBO: ¿Queréis que yo muera?
LINDABRIDIS: No.
FEBO: ¡Qué dichoso fuera yo,
si quisiésedes, señora!

COROS 1 y 2: "Muera de amor el que adora,
muera el que suspira y llora."

LINDABRIDIS: Amor, el mejor maestro,
muriendo enseña a vivir.

Llega hacia donde está ROSICLER

ROSICLER: Mi obediencia en eso muestro;
pues ¿qué más dulce morir,
que por el servicio vuestro?

COROS 1 y 2: "Amor, el mejor maestro,
muriendo enseña a vivir."

LINDABRIDIS: ¿Cómo, si de amor sentís,
siempre muriendo vivís?

Llega hacia otro de los que danzan

CABALLERO 1: Quiere amor que me perdone
la muerte, hasta que os corone
en la plaza de París.

COROS 1 y 2: "¿Cómo, si de amor sentís,
siempre muriendo vivís?"

LINDABRIDIS: Precio, laurel y trofeo
de vuestra victoria soy.

Llega hacia donde está CLARIDIANA

CLARIDIANA: Para lograr mi deseo,
pluguiese al Amor que hoy
se celebrase el torneo.

COROS 1 y 2: "Precio, laurel y trofeo

de vuestra victoria soy."

Dentro golpes y ruido, y dicen FAUNO y MALANDRÍN

FAUNO: Rompe con un pie el castillo.
MALANDRÍN: No soy nada rompedor;
que sólo rompen mis pies
zapatos, castillo no.
MERIDIÁN: ¿Qué alboroto es éste, cielos?
LINDABRIDIS: ¡Qué asombro!
CLARIDIANA: ¡Qué confusión!
FEBO: ¡Qué atrevimiento!
FLORISEO: ¡Qué furia!
LICANOR: ¿Quién da aquellas voces?

Salen FAUNO y MALANDRÍN, vestido de pieles ridículo

FAUNO: Yo.
Y me espanto que no haya,
generoso Licanor,
dicho en el eco mi acento,
dicho en el aire mi voz,
que es trueno, hijo de este rayo,
que es rayo, hijo de este sol,
pues con mi voz y mi vista
trueno, llama y rayo soy.
Esa divina hermosura,
norte felice de amor,
buscando vengo, porque
es mía y su dueño soy
desde que fui de su amante,
a leyes de este bastón,
homicida y heredero;
joven, a quien trasladó,
nuevo Adonis, en estrella
la majestad de algun dios,
porque era hecho ya otra vez
lo de convertirle en flor.
MALANDRÍN: Y todo cuanto dijere
el salvaje, mi señor,
está bien dicho; que al fin
con quien vengo, vengo.
ROSICLER: Horror
de la gitana ribera,
a cuya inmensa ambición
sepulcro fue y monumento,
que el cielo te destinó
todo este castillo, cuando,
huyendo de mi valor,
urna funesta fue el centro
que engendra miedo y pavor,
¿qué fiera segunda vez
de sus senos te abortó?
Si ya no de tus cenizas
renaciste, si ya no
moriste y a vivir vuelves

a ruegos de mi valor,
para que vuelva a matarte.
FLORISEO: ¡Oh tú, inculto semidiós
de las orillas del Nilo,
de cuyo engaño aprendió
el cocodrilo traiciones,
remedo de humana voz!
Si tanto sentiste, tanto
que no te matase yo
que me vienes a buscar,
por lograr este blasón,
hazte al campo; en él te espero.
FEBO: Hombre o fiera o lo que sois,
si morir a nobles manos
fue ya vuestra pretensión,
yo soy quien os ha de hacer
esa lisonja, pues soy
Febo, y podrá la soberbia
--si de gigante intentó
blasonar--decir después
que fue vencida del sol.
MERIDIÁN: A nadie le toca aquí
hablar sino a mí, pues yo
mantengo este paso y debo,
como al fin mantenedor,
responder a todo trance;
y así en respuesta te doy
la vida, hasta que te mate.
Vive, siquiera por hoy.
FAUNO: Si tanta ilustre soberbia,
tanta noble presunción
sucede al acero como
a la lengua sucedió,
no dudaré que en venceros
adquiera yo algún blasón.
Pero tampoco creeré
que darme pueda temor
quien con instrumentos dulces
ensaya guerras de amor,
cuando de cajas y trompas
les está llamando el son.
Si sois enemigos todos,
si competidores sois
de una dama, ¿cómo estáis
conformes? Bien que desde hoy
a cualquiera que intentare
mirar sólo un arrebol
de esa luz le daré muerte;
que mal sufrirá el valor
mío que otro esté logrando
lo que esté adorando yo.
Porque, aunque partir las dichas
es la más ilustre acción,
las dichas del amor tienen
privilegio de que no
se partan; y esto se prueba
por una razón de dos;
o porque amor es avaro,
o porque dichas no son.
MALANDRÍN: Y a todo cuanto dijere

el salvaje, mi señor...

LICANOR: Bárbaro, la mayor muestra
es de constancia y valor
la estimación con que debe
tratarse al competidor.
¿Qué más nobleza, qué más
grandeza, qué más blasón
que darse muerte mañana
los que se festejan hoy?
A tu política ruda
esta respuesta le doy;
y en cuanto a la lid que aplazas,
no ha lugar tu pretensión;
que éste no es circo de fieras,
ni aquesas campañas son
anfiteatros que muestran
espectáculos de horror,
haciendo duelo los brutos
y los hombres.

FAUNO: ¿Cómo no?
¡Vive Lindabridis, viven
sus ojos, que el tornasol
del mayor planeta agravian,
que he de ser conquistador
de su hermosura! Si noble
debo ser, tan noble soy
que en la maga Pitonisa
espíritu me engendró
angelical. A ese monte
a esperar a todos voy;
aunque el ver que no osarán
a salir es mi dolor,
como ya otra vez no osaron
a entrar. ¡Ay de uno que entró,
pues que, rendido a mis manos,
la saña y furia probó
de otra fiera, aunque haya sido
civil castigo de un dios!

Vase

MALANDRÍN: Y a todo cuanto dijere
el salvaje, mi señor...

Vase

FLORISEO: Espérame, ya te sigo.

Vase

FEBO: Aguarda, que tras ti voy.

Vase

ROSICLER: En alas de mis deseos
he de correr más veloz.

Vase

LICANOR: Remediaré tantos daños.

Vase

MERIDIÁN: De toda esta confusión
la causa fue tu hermosura;
no te lo perdone Amor.

Vase

CLARIDIANA: (A toda esta novedad **Aparte**
no me he declarado yo,
porque no dijese el Fauno
que a quien dio la muerte soy.
¿Qué he de hacer, ya conocida
de Febo una vez? Mejor
será mudar de consejo,
dejando la pretensión
de la guerra, y acudiendo
a las lágrimas, que son
las armas de las mujeres,
pues que ya no puedo, no,
conseguir el fin que traje.
Vamos a otro caso, Amor.
LINDABRIDIS: Aquí se quedó. Mirad
esas puertas.

Vanse SIRENE, ARMINDA y las otras damas

Gracias doy
a mi dicha, oh Claridiano,
de haberme dado ocasión
para hablarte.
CLARIDIANA: ¡Ay enemiga!
La primera que ofendió
amando eres tú.
LINDABRIDIS: ¿Qué es esto,
mi bien, mi dueño y señor?
CLARIDIANA: ¿Qué ha de ser? Morir de celos.
¿Qué ha de ser? Morir de amor.
LINDABRIDIS: ¿Qué tienes?
CLARIDIANA: ¿Qué he de tener?
¿No es bastante ver--¡ay Dios!--
a Febo contigo?
LINDABRIDIS: Dime,
¿pudiera pensarlo yo?
CLARIDIANA: Sí pudieras.
LINDABRIDIS: ¿Cómo?
CLARIDIANA: ¿Cómo?
No haciendo a Febo favor.
LINDABRIDIS: Yo, Claridiano, por vida...
--tuya, iba a decir, mas no
me atrevo--que no hice tal;

porque él fue el que pretendió
aquel lugar junto a mí.
CLARIDIANA: ¿Él mismo?
LINDABRIDIS: Él mismo.
CLARIDIANA: (¡Ay traidor!) **Aparte**
¿Y, habiéndome conocido?
LINDABRIDIS: Él fue el que solicitó
hablarme.
CLARIDIANA: Calla.
LINDABRIDIS: ¿Por qué?
¿No es satisfacerte?
CLARIDIANA: No,
no es sino darme la muerte.
LINDABRIDIS: ¿Qué dices?
CLARIDIANA: No sé.
LINDABRIDIS: Ni yo
sé de cuál tienes los celos,
de él o de mí.
CLARIDIANA: De los dos;
porque, aunque un bárbaro dijo
que él tuviera por error
"sufrir que otro esté mirando
lo que esté queriendo yo",
no siento tanto el que te ame
como el perderte mi amor.
LINDABRIDIS: Sí; pero sientes que él dé
la causa.
CLARIDIANA: Oye la razón.
Si tú me dieras la causa,
dejara de amarte yo;
porque amor sobre un agravio
es desaire del valor;
pues yo sufriera un desdén,
un enojo y un rigor,
mas no un agravio; que agravios
tocan a la estimación.
Y así, si él te busca a ti,
no es causa bastante, no,
para olvidarte, y lo es
para sentir mi pasión;
luego si, amándote él,
tengo de sentirlo yo,
y no tengo de dejarte,
es la desdicha mayor
que tú no me des los celos
y él sí, pues entre los dos,
nunca quitada la causa,
siempre durará el dolor.
Y así quédate...
LINDABRIDIS: Detente.
CLARIDIANA: ...donde él te sirva...
LINDABRIDIS: Es rigor.
CLARIDIANA: ...solicitando...
LINDABRIDIS: Es agravio.
CLARIDIANA: ...de hablarte y verte ocasión.
LINDABRIDIS: Plegue a Dios , si no aborrezco
su vista, porque es feroz
a mis ojos su presencia.
CLARIDIANA: Tampoco no quiero, no,
que digas mal de él.

LINDABRIDIS: Por qué?
CLARIDIANA: Porque es mi competidor.
Suelta.
LINDABRIDIS: No has de irte.
CLARIDIANA: Es en vano.

Ásele de la banda LINDABRIDIS

LINDABRIDIS: Preso estás.
CLARIDIANA: Limaré yo
la cadena.

Quédase con la banda LINDABRIDIS

LINDABRIDIS: Al fin me dejas
prenda.
CLARIDIANA: Es violento. (¡Ay rigor! **Aparte**
Vamos a probar fortuna
en otra trasformación.
¿Qué ha de ser? ¿Morir de celos?
¿Qué ha de ser? ¿Morir de amor?)

Vase

LINDABRIDIS: El primer amante ha sido
que huye la satisfacción,
pues muchos agradecieran,
aunque supieran que son
mentirosas, escucharlas.
Corrida y confusa estoy.
No en vano, pues, me dijiste
la primera vez que yo
te vi que eras un enigma,
pues mil sentidos te doy,
y no pueden descifrarte
oído, vista ni voz.
Mas no ha de quedarse así;
despéñeme mi pasión,
porque amor sin desatinos
es muy descortés amor.
Iréme tras él.

Sale SIRENE

SIRENE: Señora,
advierte...
LINDABRIDIS: Es, Sirene, error
aconsejar a quien corre
tras la desesperación.
SIRENE: ¿Y es razón...?
LINDABRIDIS: No; pero ¿cuándo
hay pena puesta en razón?
Yo le tengo de seguir.
SIRENE: Piensa otro medio mejor.
LINDABRIDIS: ¿Qué medio?
SIRENE: Pues que tenemos

para todo prevención,
con algún disfraz, señora,
encubriendo rostro y voz,
para salir del castillo,
el medio busca mejor,
pues estando la campaña
de diversas gentes hoy
cubierta, no hay qué temer.
LINDABRIDIS: Dices bien; y en mi favor
llevaré esta banda, siendo
metamorfosis de amor.
Ven a vestirme, Sirene.
SIRENE: ¿Qué es esto en tu presunción?
LINDABRIDIS: ¿Qué ha de ser? Morir de celos.
¿Qué ha de ser? Morir de amor.

Vanse. Salen por un lado FAUNO y MALANDRÍN, y síguenlos FEBO, MERIDIÁN, ROSICLER y FLORISEO, CABALLERO y el rey LICANOR deteniéndolos

FAUNO: Yo no entiendo, yo no sé
las políticas del duelo;
sólo sé manchar el suelo
de humana sangre, porqué
sedienta no haya una flor.
Sígame el que verlo quiere.

Vase

MALANDRÍN: Y en todo cuanto dijere
el salvaje, mi señor,...
LICANOR: Ninguno pase de aquí
ni siga ese monstruo ya.
MERIDIÁN: Tened a éste.
MALANDRÍN: ¿Cuánto va
que esto llueve sobre mí?
CABALLERO 1: Llegad.
LICANOR: ¿Quién sois?
MALANDRÍN: Haga tregua
tu enojo, y muda consejo;
que soy un Fauno de viejo,
un semidiós de la legua,
una fiera del castillo,
un sátiro remendón,
un bruto de bodegón
y un monstruo del baratillo;
que viendo, señor, un día
la madre que me parió
que era tan salvaje yo
que aun el serlo no sabía,
como el que aprende a fullero,
que dice "Bueno es saber",
así la buena mujer
me dijo, "Ponerte quiero
de un salvaje al pupilaje,
porque, si en decir y hacer
al fin salvaje has de ser,
aprendas a ser salvaje."

FEBO: (¿No es Malandrín éste? Sí. **Aparte**
¿Qué discurro ni imagino?
El con Claridiana vino.)
LICANOR: Llevadle luego de aquí
y ahórquenle a un árbol, porqué
a ese bruto horrible y fuerte
le dé escándalo su muerte.
MALANDRÍN: No, señor, no hay para qué;
vivo se le daré yo,
y ahorraré de ahorcarme aquí
la costa.
FEBO: Señor, a mí
de escudero me sirvió
este hombre, y es un loco;
suplícote le perdones.
LICANOR: Basta, Febo, que le abones.
FEBO: Libre estás.
MALANDRÍN: Mil veces toco
la tierra que pisas. Ya
siempre he de andar a tu lado
de salvaje reformado.
LICANOR: Pues, cubierto el campo está
hoy de tanto aventurero
que a esta empresa concurrió,
ya no hay más que esperar, yo
asistir al duelo quiero
luego; no la bizarría
de tanto joven valiente
con nuevos riesgos aumente
ocasiones cada día.
Idos a prevenir, pues,
porque luego el campo sea.

Vase

MALANDRÍN: Yo haré allá que el mundo vea
quién mayor salvaje es.
MERIDIÁN: Ya, príncipes, la ocasión
que pide nuestra esperanza
se cumple hoy, pues hoy alcanza
el premio tanta opinión.
Valiente, bizarro y sabio
el vencedor ha de ser;
de tres tiempos ha de hacer
muestra sin pasión ni agravio;
sabio en la empresa que escriba;
galán en la luz que aumente
rayos al sol; y valiente
cuando a tantos riesgos viva.
Hoy, en efeto, es el día
de mostrar vuestro valor;
la fortuna y el amor
a campaña os desafía.
Generosa es la aventura,
sus esperanzas pregona
el precio de una corona
y el laurel de una hermosura.
Con esto así animar quiero
el valor que he de vencer;

que bien lo habréis menester,
pues yo soy el que os espero.

Vase

FLORISEO: Muy poco podrá vivir
con aplauso ni opinión
esa altiva presunción,
si soy yo el que ha de salir.

Vase

ROSICLER: Ya que a este trance la suerte,
oh Febo, nos ha traído,
sola una cosa te pido,
antes que me des la muerte.
FEBO: ¿Y es?
ROSICLER: Que enemigos seamos
y hermanos.
FEBO: ¿Cómo?
ROSICLER: Los dos
al mundo, al cielo y a Dios
jura y homenaje hagamos,
que el que perdiere la empresa,
desistido de ella ya,
luego al otro ayudará
con sus armas.
FEBO: Siendo ésa
tan justa acción, este día
así lo prometo y juro.
ROSICLER: Pues si de ti estoy seguro,
Lindabridis será mía.

Vase

FEBO: Malandrín, ya que he quedado
contigo en esta ocasión,
rescata mi confusión
de las manos de un cuidado.
¿Qué fortuna os ha traído
aquí, Malandrín? ¿Qué es esto?
¿Quién en tal lance os ha puesto?
MALANDRÍN: De tu razón he inferido
que sabes ya que está aquí
Claridiana.
FEBO: Sí lo sé,
y, en una ocasión que fue
bien apretada, la vi;
pero quedé tan turbado
de verla que no llegó
el desengaño. Allí yo
la siguiera despechado,
si al paso no me saliera
gente. En efecto, no fue
posible, y disimulé,
porque ella entonces no fuera
conocida. En el festín

otra vez me ocasionó
a descubrirla, si yo
no me reportara allí.
Desde entonces no he podido
hablarla, aunque lo deseo.
Llévame a verla; que creo
he de perder el sentido,
hasta saber qué es su intento.
MALANDRÍN: Eso yo te lo diré;
competirte aquí, porqué,
dándola su atrevimiento
a Lindabridis, no sea
tuya; y en cuanto a que yo
te lleve a verla, eso no
podré, aunque amor lo desea;
porque no sé dónde esté;
que yo no vine con ella
aquí, ni aquí pude vella,
porque tan tirana fue
conmigo que me dejó
aprendiz de monstruo fiero,
y en el castillo ligero
de Lindabridis voló.
FEBO: ¿Qué haremos para buscarla?
MALANDRÍN: Ir el campo discurriendo.
FEBO: Ven, que por aquí pretendo,
aunque se disfrace, hallarla.

Sale LINDABRIDIS en traje de hombre, con la banda de CLARIDIANA

LINDABRIDIS: (De esta suerte me he atrevido **Aparte**
de mi castillo a salir
disfrazada, para ir,
sin ley, razón ni sentido,
a buscar a Claridiano
y a darle satisfacción
de que vanos celos son
los que le afligen en vano.
Gente hay aquí. No parece
que me mira nadie hoy
que ya no sepa quién soy.
Sombras que el temor ofrece.)
FEBO: Malandrín, di, ¿será aquélla
Claridiana o son mis ojos
cómplices de estos antojos?
MALANDRÍN: No, señor, sino que es ella;
porque la bordada banda
yo la conozco muy bien
y fuera de eso, también
el cuidado con que anda
lo dice; que, aunque haya estado
tan disimulada, ha sido
porque--a buena fe--no ha habido
quien la mire con cuidado
las paticas. ¿No la ves?
Llega a hablarla, mas no esperes;
que demonios y mujeres
se conocen por los pies.

FEBO: Caballero rebozado,
quitar la banda podéis
al rostro; porque, si es ciego
Amor, no la ha menester.
Ya estáis conocido, ya
por demás el disfraz es,
que embozado el sol descubre
los rayos del rosicler.
LINDABRIDIS: (¡Yo estoy muerta! Conocióme **Aparte**
Febo. Pero callaré
a todo, porque la voz
no lo confirme.
FEBO: No estéis
tan falso conmigo ya,
caballero, pues sabéis
que os conozco; y si gustáis
de que más señas os dé,
sois una enigma de amor
que una cosa parecéis
y sois otra, dos sentidos
entre el favor y el desdén.
Disfraz de celos--si celos
pueden disfrazarse--es
el traje; a un dueño buscáis
que, porque amado se ve,
trata tan mal el favor.
Mas ¿quién en el mundo, quién
no trata sus dichas mal,
si las ve logradas bien?
LINDABRIDIS: (¿Ya qué hay que dudar? Las señas **Aparte**
bien claro dan a entender
quién soy; mas con todo intento
fingir callando, porqué
lo que hay de callar a hablar
hay de dudar a creer.)
FEBO: No os vais; porque si no bastan
tantas señas como veis
para mayor desengaño,
las del amante os diré.
LINDABRIDIS: (Claridiano ya sin duda **Aparte**
se ha declarado con él;
sí, pues dice mis amores.)
FEBO: De su misma boca sé
que el amar a Lindabridis
bizarría y valor es...
LINDABRIDIS: (¿Qué escucho?) **Aparte**
FEBO: ...pero no amor;
porque fuera injusta ley
de su ardimiento faltar
su firma de este cartel;
y que otro en el mundo fuera
dueño de tanto interés
y le ganase por armas,
viviendo en el mundo él.
Esto me ha dicho, que ha sido
causa de venir a ver
y servir a Lindabridis,
pero no el quererla bien.
LINDABRIDIS: (¿Desprecios de mí le ha dicho? **Aparte**
¡Ah, Claridiano crüel!

¿Bizarría fue tu amor
y bizarría tu fe?

Sale CLARIDIANA en traje de dama

CLARIDIANA: (Con nuevo disfraz de amor, **Aparte**
ya que posible no fue
llevar el intento mío
tan al fin como pensé,
a Febo vengo buscando;
que, conocida una vez,
no es justo, no, que me vea
en traje indecente, a quien
como a su dueño le mira,
como a su esposo le ve.
No me ha de quedar fineza
alguna. Mas ¿no es aquél?
Sí. Hablando está con un hombre;
que esté solo esperaré.
FEBO: ¿Para qué, señora, andamos
por rodeos? ¿Para qué?
Hablemos claro, mi dueño,
mi cielo, mi gloria y bien;
de estas finezas deudor,
humilde estoy a tus pies.
Sabe el cielo que te adoro;
cese ya, cese el desdén.
LINDABRIDIS: (Él se declara conmigo **Aparte**
ya, porque sola me ve,
de Claridiano ofendida.
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?)
CLARIDIANA: (¿Ya qué esperan mis desdichas? **Aparte**
¡Vive el cielo, que es mujer!
Y, si en la banda reparo,
Lindabridis--¡ay Dios!--es.)
FEBO: Yo te adoro, tú eres sola
dueño mío; siempre fiel
pagaré tan gran fineza.
Y, si me has venido a ver
en este traje hasta aquí,
¿por qué me tratas, por qué,
de esta suerte?
LINDABRIDIS: (Peor es esto; **Aparte**
juzga que vine por él.)
CLARIDIANA: (Buenas andamos las dos; **Aparte**
una se empieza a poner
el traje que la otra deja.
Saldré furiosa, saldré,
y entre mis brazos... Mas no;
que no hace una mujer bien
que se pone a pedir celos
delante de otra mujer.
Su conversación--¡ay triste!--
con industria estorbaré,
y a cada uno de por sí
sabré matarle después.)

Vase

FEBO: Si no es posible negar
ya quién eres, si te ves
declarada, ¿por qué dura
tu rigor? Cese el desdén,
quítate la banda, y deba
una palabra a tu fe.

Dentro CLARIDIANA

CLARIDIANA: ¡Febo, Febo!
FEBO: ¿Quién me llama?
CLARIDIANA: ¡Que me dan la muerte! Ven
a socorrerme.
MALANDRÍN: ¿Qué es esto?
FEBO: Aquella voz ¿cúya es,
Malandrín?
MALANDRÍN: Pues ¿qué sé yo?
FEBO: ¡Vive Dios, que juraré
que es la misma que está aquí!
MALANDRÍN: Pues si a eso va, yo también.

Dentro

CLARIDIANA: ¡Mira que me dan la muerte,
Febo, por quererte bien!
FEBO: ¿Qué es esto, cielos? ¿Aquí
el cuerpo hermoso se ve
y allí la lengua pronuncia?
¿Aquí la forma fiel
calla y allí habla la voz?
¿Que la vida aquí se esté
y que allí el alma se escuche?
¿Qué es esto?
MALANDRÍN: Pues yo ¿qué sé?
CLARIDIANA: ¡Acude a darme la vida!
FEBO: Alma sin cuerpo, sí haré.
Perdona, cuerpo sin alma,
porque en dos riesgos es bien
acudir a quien me llama;
y esto no es ser descortés,
pues te dejo a ti por ti.

Vase

MALANDRÍN: Pues también yo acudiré
a mí por mí en este caso,
huyendo de aquí, porque
alguno de estos encantos
a mí por mí no me dé.

Vase

LINDABRIDIS: ¿Qué confusiones son éstas?
Pero ¿qué pregunto, qué,
si estamos en Babilonia,

que patria de todas fue?

Sale CLARIDIANA

CLARIDIANA: Mejor dijeras, "si estamos
donde una fácil mujer,
aunque no está en Babilonia,
tiene en el alma un Babel."
LINDABRIDIS: ¿Claridiano?
CLARIDIANA: ¿Lindabridis?
LINDABRIDIS: ¿Qué traje, qué disfraz es
ése?
CLARIDIANA: ¿Qué disfraz, qué traje
es esotro?
LINDABRIDIS: Ya lo sé.
CLARIDIANA: Como uno que dicta a dos,
con sola una voz que dé,
escriben dos un concepto,
así hizo el amor también;
mas con una diferencia,
a mí para entrarte a ver
y a ti--¡ay Dios!--para salir
a ver a Febo.
LINDABRIDIS: Di; ¿a quién?
CLARIDIANA: A Febo. ¿Yo no lo he visto?
Que eres falsa, eres crüel,
eres mudable, eres fiera,
eres--¿dirélo?--mujer;
pues con tener hoy prestado
el traje, yo estoy en él
tan mudada en un instante
que no has de volverme a ver.
LINDABRIDIS: Bien te curas en salud
de traiciones tuyas, bien
ganas de mano a la queja,
pues, fiero y mudable, pues
ingrato y desconocido,
tratas mi amor. Ya lo sé,
que es vanidad solamente
de ese fijado cartel
lo que te obliga a engañarme,
y que eres traidor, sin fe,
sin respeto, sin decoro,
sin honor, sin Dios, sin ley;
hombre, al fin; que aqueste traje
prestado un instante es
y me enseña a ser traidor;
tanto que estoy por creer
que es verdad que soy mudable
después que me adorna él.
Pero basta que te diga
que no has de volverme a ver.
CLARIDIANA: Ni yo quiero que me veas
en tu vida; porque quien
vino a buscar a otro así
¿para qué, di , para qué
quiero yo verla ni oírla,
si ha de engañarme crüel?
LINDABRIDIS: Buena disculpa has hallado

a un término descortés.
CLARIDIANA: No es disculpa, sino queja.
LINDABRIDIS: A ti te venía yo a ver,
aunque estaba con él.
CLARIDIANA: Mira,
Lindabridis, otra vez
si a uno buscas y a otro hablas,
trueca a los dos el papel;
estáte hablando conmigo
y venle a buscar a él.
LINDABRIDIS: Y tú, otra vez que a una dama
hayas de servir y hacer
alarde de tu valor,
acude sólo al cartel
y no al engaño.
CLARIDIANA: Yo vi
esto.
LINDABRIDIS: Yo estotro escuché.
¡Ay traidor!
CLARIDIANA: ¡Ay enemiga!
LINDABRIDIS: Eres falso.
CLARIDIANA: Eres infiel.
LINDABRIDIS: Eres ingrato.
CLARIDIANA: Eres fiera.
LINDABRIDIS: Eres hombre.
CLARIDIANA: Eres mujer.
LINDABRIDIS: Yo...
CLARIDIANA: Yo...
LINDABRIDIS: No te digo más.
CLARIDIANA: Ni yo, porque no podré.

Sale FEBO

FEBO: No hallé en el monte del eco
el dueño. Pero ¿qué ven
mis ojos? ¿Tú en este traje?
¿Tú en esotro? Decid; ¿qué es?
LINDABRIDIS: De ese galán disfrazado,
Febo, lo podrás saber.

Vase

CLARIDIANA: Esa dama disfrazada,
Febo, os lo dirá más bien.

Vase

FEBO: ¡Oye, aguarda, escucha, espera!
¿Cuál de las dos seguiré?
Deten, Claridiana, el paso;
que ya voy tras ti. Detén
el curso tú, Lindabridis;
ya te sigo. ¿Qué he de hacer?
Que, por alcanzar a dos,
no sigo a ninguna; bien
como el acero entre imanes
que, si llamado se ve

de dos impulsos, se queda
en solo el aire después.
Y así yo, que entre dos soles
me siento abrasar y arder,
ni sé a quién le dé la vida,
ni a quién el alma le dé.
Oye tú, prodigio hermoso;
oye tú, asombro crüel.

Sale el FAUNO

FAUNO: ¿Asombro y prodigio dijo?
Yo soy. ¿Quién me llama?
FEBO: Quien
diligenciara su muerte
en tus brazos, a tener
licencia para morir;
mas no lo quiere el desdén
de mi fortuna; y así
a mi pesar viviré,
huyendo de ti. ¡Mal haya
tan necia e injusta ley!
¿Cuándo fue el amor cobarde,
ni temió el que quiso bien?

Vase

FAUNO: Buena disculpa es ésa,
cuando el temor a voces se confiesa.
No os habéis atrevido
nunca a salir y, lo que miedo ha sido,
lo tenéis a valor; mas no me espanto
que tanto tema quien se atreve a tanto,
cuando a mi brazo fuerte
licencia de matar pidió la muerte.

Sale CLARIDIANA

CLARIDIANA: Apenas me resuelvo
a ausentarme de aquí, cuando aquí vuelvo.

Sale LINDABRIDIS

LINDABRIDIS: ¡Cuánto, oh cielo divino,
arrastra a un desdichado su destino!
CLARIDIANA: Aquí quedó.
LINDABRIDIS: Que aquí he de hallarle creo.
FAUNO: Mujer es peregrina
la que hacia mí los pasos encamina.
Muerto de amor de una beldad me veo,
y he de curar con otra mi deseo,
aunque aplicarle una al que otra ama,
será matarle el humo, no la llama.
¡Mujer...!
CLARIDIANA: ¡Ay de mí triste!
FAUNO: ...en tu favor...

CLARIDIANA: ¿Qué miro alli?
FAUNO: ...consiste
mi vida.
LINDABRIDIS: Ya ¿qué espero?
Con esta obligación ceñí el acero.
Fiera...
FAUNO: ¿Qué es lo que veo?
Verdades dudo, si ilusiones creo.
¿Tú, hermosa sombra fuerte,
no eres aquélla a quien le di la muerte?
Y tú, deidad fingida,
¿no eres aquélla a quien le di mi vida?
Pues ¿cómo tú mudanzas del ser haces?
¿Tú mueres joven y mujer renaces?
¿Tú, dime, entre mis brazos
--nudos de Venus, y de Marte lazos--
entonces no te viste?
¿Tú en su defensa entonces no moriste?
Pues ¿cómo aquí, con una acción trocada,
ciñes tú la hermosura y tú la espada?
¿Y yo confuso ignoro
a quién la muerte doy y a quién adoro?
No sé lo que hacer debo,
ni encantos tales a apurar me atrevo,
si, trocando la suerte,
a ti te adoro, a ti te doy la muerte.
Adoraré una sombra
en ti, que viva admira, y muerta asombra;
y daré en ti la muerte a una luz pura
que mañana será nueva hermosura.
Y así, sombras fingidas,
que a trueco os dais las muertes y las vidas,
confusas ilusiones,
que os prestáis las bellezas y blasones,
huyendo os venceré, porque pretendo
el primer monstruo ser que venza huyendo.
Vivid, vivid, y máteme a desmayos
el dios de los relámpagos y rayos.
¡Qué pena, qué dolor, qué horror tan fuerte!
¡Qué vida tan cruel, qué hermosa muerte!

Éntrase, y tocan caja y clarín

CLARIDIANA: Aunque el caso pudiera
darme ocasión a que el ingenio hiciera
varios discursos, cuantos solicita
esta ocasión la brevedad me quita
del tiempo, que me llama
con voces de metal a ganar fama.
Quédate a Dios; que, aunque tu amor lo impida,
voy a ganarte a precio de mi vida.

Vase

LINDABRIDIS: Y yo a tu lado quiero
acreditar este valiente acero,
que no le ceñí en vano;
y, ganándome a mí mi propia mano,

darme yo a mi albedrío.
¡Vive Amor, que ha de ser mi imperio mío!

Vase. Tocan cajas y trompetas, y salen SIRENE, ARMINDA, y las DAMAS

SIRENE: Pues no vuelve Lindabridis
al castillo, y excusada
está de acudir al duelo,
por decir que en esta causa
lidia su sangre y su amor,
y que fuera acción ingrata
mirar ella a quien por ella
hoy con su hermano se mata,
salgamos todas a ver
las telas y la campaña;
que es morir vivir sin ver
una mujer lo que pasa.

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¡Oh quién tuviera boleta
para ver de una ventana
toda la fiesta! Aunque a mí
muy poco de ver me falta.
SIRENE: ¡Soldado!
MALANDRÍN: ¿Qué me mandáis,
las bellísimas madamas?
SIRENE: Que nos digáis si por dicha
se extiende a esta voz la fama,
quién son los aventureros
que han de entrar en la estacada.
MALANDRÍN: Habéis hallado con quién,
sin que falte una palabra,
os lo diga; porque he andado,
ya que no de rama en rama,
de tienda en tienda, mirando
quién son y qué empresas sacan;
porque soy relacionero,
y ésta he de imprimir mañana,
si la tinta no me miente
o si el papel no me falta.
Y, para que me creáis
cuanto os diga, breves Gracias,
va de relación; que es fuerza,
entretanto que se arman,
dar tiempo al tiempo. En efecto,
amaneció esta mañana
cubierto el sitio de tiendas
de damasco, tela y grana;
era un monte levadizo
que, para engañar al alba,
nieve y flores le vestían
las plumas sobre las armas.
Listadas de azul y oro
se vieron todas las vallas,
que presumió el sol que era
la eclíptica que él abrasa.

No la hicieron salva, no,
los músicos que la aguardan;
que otros pájaros canoros
de metal la hicieron salva.
El mantenedor valiente,
al son de trompas y cajas,
dio un paseo, y por empresa
pintó una horrible borrasca.
Y así, en medio de las olas
y combatido de cuantas
iban y venían, a todas
resistía en las espaldas
de un delfín que hasta la orilla
le aportó, bajel de escama.
La letra en su nombre dice,
como que al delfín le habla,
"Temeroso voy del-fin,"
que brevemente declara
que en tempestades de honor,
donde le combaten tantas,
resistiendo a todas él,
no sabe el fin que le aguarda.
El segundo que yo vi
era Rosicler de Tracia,
joven valiente. En su escudo
sacó una áncora pintada,
jeroglífico e insignia
que le dan a la esperanza.
Bien pareció grosería
que espere nadie que ama;
mas la letra le disculpa,
pues dice en breves palabras,
"Llevo esperanza, porqué
es fuerza que en mal tan grave
o me acabe a mí o se acaba."
Floriseo, arpón de Amor
que disparó de su aljaba,
persa ilustre, joven fuerte,
acreedor de su alabanza,
sacó por divisa un muerto;
empresa desesperada
pareció, pero fue cuerda,
pues escribió en la mortaja,
"Por no temer,
voy cual sé que he de volver."
El caballero del Febo,
aquel fénix que la fama
renace a instantes la vida,
emulación del de Arabia,
dando a entender que entre dos
pretensiones tiene un alma,
y que no sabe de cuál
ha de decir su esperanza,
un camaleón sacó
que sobre la verde grama
era verde, y sobre el mar
azul, colores contrarias,
pues nunca comieron juntos
los celos y la esperanza.
La letra lo significa

mejor, breve, aguda y clara,
"No sé cuál color es mía;
que no la tiene
quien del aire se mantiene."
Síguese un gran personaje
que quiere entrar en la danza,
a fuer de caballería,
viendo que ha de dar las armas
a Lindabridis. Éste es
el Fauno...mas, lengua, calla;
que es el Fauno tu señor,
su yerba has comido y basta.
Es la empresa como suya;
en una grosera tabla,
pintado trae un demonio
que en el infierno se abrasa,
y dice la letra luego,
que está escrita entre las llamas,
"Más penado, más perdido,
y menos arrepentido."
El príncipe Claridiano
de Sicilia--en su alabanza
quisiera gastar dos coplas,
si es que las coplas se gastan;
pero es tarde, voy al caso--
sacó un barco sobre el agua
que siempre se está moviendo
con tormenta y con bonanza;
y, significando que él
ni sosiega ni descansa,
dice la letra, mostrando
que aun no hay quietud en la calma,
"Éste ni yo no podemos
descansar,
por placer ni por pesar."
Otro aventurero hay,
a quien nadie vio la cara,
ni sabe quién es; yo solo
sé que en su talle y sus galas
excede a todos, supuesto
que, en competencia o venganza,
Adonis le dio el despejo,
y Marte le dio las armas.
Éste una víbora fiera
pintó que, cuando le cansa
su veneno, a sí se muerde
y, esto diciendo, se mata,
"¡Oh qué veneno tan fuerte!
Por vivir me doy la muerte."

Tocan dentro

Muchos pudiera contaros,
mas los clarines y cajas
dicen que ya llega al puesto
el mantenedor, y armadas
están las damas, por quien
hice relación tan larga.
Todo valiente esté alerta;

que si ellas una vez bajan
armadas, será peor
que Inglaterra y Holanda.

Tocan de nuevo

Ya vuelve otra vez el son
y, si la vista no engaña,
el rey, en su sitio ya,
preside al duelo y las armas.
Esto es hecho; yo no puedo
esperar más; que si falta
de allá mi persona, entiendo
que será la fiesta aguada,
porque yo las hago puras.
Adiós, bellísimas damas,
aunque, si queréis venir,
no nos faltará en la plaza
un sitio en que nos dé el sol,
y en que nos vacíen el agua
de cantimploras de otros,
o una tudesca alabarda,
que las costillas nos muela,
que en ninguna fiesta faltan.

Vase. Descúbrese el rey LICANOR en un trono; sale MERIDIÁN de su tienda, y hacen la entrada por el palenque FEBO, FLORISEO, el FAUNO, ROSICLER, CLARIDIANA y LINDABRIDIS, todos con armas, y delante CRIADOS con los escudos, como han dicho los versos; y, en llegando delante de LICANOR, hacen reverencia y ocupan sus puestos

LICANOR: Tantos a tantos el duelo
se ha de hacer, y al que su fama
dejare solo en el puesto
por señor de la campaña,
a un golpe de pica sólo,
y luego a muchos de espada,
hoy será de Lindabridis
esposo y rey de Tartaria.
MERIDIÁN: ¿Qué esperáis? Ya Meridián,
aventureros, aguarda.

Repártense a un lado LINDABRIDIS, CLARIDIANA y MERIDIÁN; a otro ROSICLER, FEBO y FLORISEO, y el FAUNO en medio

FAUNO: La victoria está por mía.

Llega CLARIDIANA y derriba el FAUNO a sus pies

CLARIDIANA: No está, pues que ya a mis plantas
caíste.
FAUNO: ¿Quién me venciera,
si amor no me derribara?

Cae

TODOS: El príncipe Claridiano
viva, pues al Fauno mata.
LICANOR: Tuya ha de ser Lindabridis;
cese el duelo, que esto basta.

Baja LICANOR del trono

CLARIDIANA: ¡Dichoso yo, que merezco
su hermosura celebrada!
LINDABRIDIS: Ahora me descubriré,
si Claridiano me gana.
FEBO: No hace; porque Claridiano
es la hermosa Claridiana,
esposa mía, y señora
de los estados de Francia.
LINDABRIDIS: Burlóme el amor.
CLARIDIANA: Supuesto
que eres mía, tu esperanza
lograrás con Rosicler
mi hermano y fénix de Tracia,
porque, siendo yo señora
de Francia, a Febo le basta,
y quédese Meridián
por rey invicto en Tartaria.
MALANDRÍN: Porque así todos contentos
digamos que aquí se acaba
el encantado Castillo
de Lindabridis. Sus faltas
perdonad; porque el ingenio
lo ruega humilde a esas plantas.

Pedro, Calderón de la Barca

El escondido y la tapada

El escondido y la tapada

Pedro Calderón de la Barca

Personas

D. CÉSAR

D. FÉLIX

D. JUAN

D. DIEGO

MOSQUITO

CASTAÑO

OCTAVIO

OTÁÑEZ

ESCRIBANO

ALGUACILES

LISARDA

CELIA

BEATRIZ

INÉS

Acto primero

Sala: puertas laterales y al fondo; una ventana.

Escena primera
CELIA, INÉS.
CELIA

¿Estás enterada, Inés?
INÉS
Estoy, señora, enterada.
CELIA
Si es de noche una palmada,
sonará; si de día es
con la cara recatada
tocarán quedo a la puerta.
INÉS
¿Segura estas que vendrán?
CELIA
Sí.
INÉS
Descuida, estaré alerta.
Pero, mi magín no acierta
quienes son...
CELIA
Presto tu afán
voy a calmar: hoy espero
a D. César.
INÉS
¿Qué me dices?,
y Mosquito su escudero
¿con él vendrá?.
CELIA
Así lo infiero.
INÉS
¡Nuevas hubo!
CELIA
Y muy felices.

INÉS
¡Oh, qué dicha! y yo por ti
aún mas que por mí me alegro.
CELIA
Con mi amante frenesí,
anhelo endulzar así
Inés, su destino negro.
INÉS
Y aquí, ¿seguro le crees?,
¿y si tu hermano volviera?
CELIA
Sin duda muerte le diera;
mas esto no temo, Inés,
pues él en la guerra fiera
de Italia, glorias de un Cid
conquista; no vendrá, no.
INÉS
Mas rondas hay en Madrid,
y aunque en noble y franca lid,
al cabo a un hombre mató
D. César.
CELIA
¡Oh, y para tal
daño, dile yo ocasión!
INÉS
¿No estuviera en Portugal
más seguro?
CELIA
En el portal

gente suena.
INÉS
Sí, ¿ellos son?(Desde la ventana.)
CELIA
Llamaron.(Llaman.)
INÉS
Dos hombres.
CELIA
¿Ves
su rostro?
INÉS
¿Qué, aún no malicias
que ellos son?
CELIA
Ve pronto, Inés.(Vase INÉS.)
Tal ventura ilusión es.
¡Albricias, amor albricias!
Escena II
CELIA, D. FÉLIX, D. JUAN, INÉS.
FÉLIX
Celia.(Desembozándose.)
JUAN
Guardeos Dios.
CELIA
¡Mi hermano!
FÉLIX
¿No llegas?
CELIA
Mis brazos ten.(Se abrazan fríamente.)
FÉLIX
Mas, ¿por qué tiembla tu mano?

CELIA
¡El gozo! (sino tirano)
JUAN
La sorpresa...
CELIA
¿Y llegas bien?
Nada en tus cartas vi yo
que me anunciara tu vuelta.
¿D. Juan lo sabía?
JUAN
No.
Vile ahora, que se apeó.
FÉLIX
Fue, hermana, cosa resuelta
tan de pronto mi partida,
que no te pude avisar.
JUAN
Pues ya os di la bienvenida,
Voime.
CELIA
Inés, estoy sin vida.(Ap. a Inés.)
JUAN
Que vos querréis descansar.
FÉLIX
Quedaos, D. Juan, un momento.
CELIA
¡Viene airado!(Ap.)
FÉLIX
Está alterada.(Ap.)
CELIA
A aderezar tu aposento

voy.
FÉLIX
¿Aún tiemblas?
(Acompañándola hasta la puerta, cogiéndola la mano.)
INÉS
El contento...
¿Qué traerá?, no me habló nada.(Ap.)
CELIA
(Vamos, que desfallecer(Ap. a Inés.)
me siento.) Que os guarde Dios.(a D. Juan.)
JUAN
Es un ángel.
FÉLIX
Podrá ser.
pero al cabo es...
CELIA
¿Qué?
FÉLIX
Mujer.
CELIA
Vuelvo, dispensad los dos.
(Éntrase con INÉS.)
Escena III
D. FÉLIX, D. JUAN.
FÉLIX
Dadme de nuevo los brazos
D. Juan.
JUAN
Y también con ellos
el alma; que estos abrazos
a nuestros antiguos lazos

de amistad ponen los sellos.

Pero quién aquí os creyera

hoy, que sus reinos agranda

nuestro rey, cuya bandera

rendida Namur, se espera

que ondee triunfante en Holanda.

Hoy, que aguardan al valor

los premios.

FÉLIX

Tened el labio.

Que a aclarar dudas de honor

vine.

JUAN

¿Y osó a su esplendor

la sombra de algún agravio?

FÉLIX

Agravio secreto fue,

y hoy mismo le he de aclarar.

JUAN

Contad conmigo.

FÉLIX

Si haré.

Mas decid, que nada sé

de vos: ¿pudisteis calmar

al fin el ceño altanero

de Lisarda?

JUAN

Sí: y dichoso

con su cariño sincero,

no más la dispensa espero

para llamarme su esposo.

Antes casado me hubiera

a no suceder la muerte

de su hermano, que en lid fiera...

FÉLIX

Nada supe. (¡Ay Dios! si él fuera).

¿Cómo pasó?

JUAN

De esta suerte:

Ya sabéis que era esforzado

D. Alfonso, y rondador.

De una dama, enamorado

se sintió, mas desdeñado

viose; vencer su rigor

se propuso, y en su empeño

do quier su amor la decía;

sin calmar nunca su ceño,

de noche veló su sueño,

siguió sus pasos de día.

Y aunque desdeñó su queja,

él, con mil bandas y flores

empavesaba su reja,

rondando, incesante abeja,

el panal de sus amores.

Una mañana de abril

al parque bajó la dama;

llegose a ella, quejas mil
a darla; cuando un gentil
caballero, a quien ella ama,
acercose, y cortésmente
reprendiole su osadía;
mas D. Alfonso imprudente
sin reparar en la gente
que a la pendencia acudía
sacó el acero atrevido.
D. César, que ese el nombre es
del galán favorecido,
a él fue, y le dejó tendido
de una estocada a sus pies.
FÉLIX
Mas, ¿la dama?...
JUAN
Se escapó
entre la gente embozada.
FÉLIX
¿No se supo el nombre?
JUAN
No.
FÉLIX
(¡Si fue Celia!) ¿Y quién vengó
la muerte?
JUAN
Aún no está vengada
que marchose a Portugal
D. César; mas yo he jurado

su muerte; aunque es un cabal

hidalgo, audaz, liberal...

Pero, su porte enojado

me tiene también, porque

a Lisarda enamoró.

FÉLIX

Y, ¿cómo vengaros?

JUAN

Sé

que hoy llega aquí, nueva fue

que un amigo me escribió.

FÉLIX

Pues ved, que también a mí

el hallarle me interesa.

JUAN

Yo, ya las órdenes di

de buscarle.

FÉLIX

(¡Ella fue, sí!)(Llamándola desde la puerta.)

Celia. (En el alma me pesa

esta duda.)

Escena IV

D. FÉLIX, D. JUAN, CELIA, INÉS, a la puerta.

CELIA

¿Qué?

FÉLIX

Al momento

el manto te pon, y ven

conmigo.

CELIA
¡Qué raro intento!
Inés, ve que tu aposento
(Se acerca INÉS, saca el manto y se lo pone a CELIA.)
está aderezado.
INÉS
Ten.(Poniéndola el manto.)
FÉLIX
Es que intento descansar
de una vez.
CELIA
¿No puedes hoy?
FÉLIX
Aún no.
CELIA
¿Loco estás?
FÉLIX
Sí, estoy.
JUAN
¡Qué misterio!...(Ap.)
FÉLIX
He de apurar
mis dudas.(Ap.)
CELIA
Muriendo voy.(Ap. vanse.)
Escena V
INÉS.
¿A dónde irán?, enojado
vino D. Félix. Siquiera
una palabra me dijo.

No vi desdichas como estas;

pues si D. César viniese.

Mas dos hombres a la acera

llegan de enfrente; ¿serán

ellos?... Y uno me hace señas,

¡Mosquito es!, que le abra dice.

Y mi alma también le abriera.

Escena VI

D. CÉSAR, MOSQUITO, INÉS.

INÉS

¡Mosquito!

MOSQUITO

¡Inés!

CÉSAR

Dios te guarde.

(Se desemboza.)

INÉS

Y él os guarde a vos D. César.

¿Cómo os atrevisteis?

CÉSAR

Luego

lo sabrás: ¿dónde está Celia?

INÉS

Ahora salió.

CÉSAR

¡No está en casa!,

¿Cómo?

INÉS

¡Ay!, en mal hora llegas

señor, que ha poco su hermano

vino.
CÉSAR
¿Qué?
INÉS
Y salió con ella.
MOSQUITO
Tú te chanceas, Inés.
CÉSAR
¡Su hermano!
INÉS
¡Ah, sí!
CÉSAR
¡Habrá más penas!
INÉS
Llegó con faz enojada:
ademán frío, las cejas
fruncidas, el labio incierto,
así... como el que recela,
y sin entrar en su cuarto
ni descansar, que siguiera
sus pasos mandó a su hermana.
Esta venida me inquieta.
CÉSAR
¿No fue a la guerra de Italia?
MOSQUITO
Sí, pero diz que la guerra,
la música y la pintura
no deben verse de cerca.
CÉSAR
Vamos, que estar no podemos

aquí ni un instante.
MOSQUITO
¡Vuelta
a viajar!
CÉSAR
¿Y quien pensara
que aquí el hermano volviera,
cuando hace tan pocos días
que yo en Lisboa, de Celia
recibí una carta que
dice?..., mas la carta es ésta.(Ve.)
Si yo bien satisfecha no estuviera
de que vos con justicia hais disculpado
la poca parte que en la causa fiera
tuve de vuestro mal, mi vida fuera
la segunda que hubiérades quitado.
Mi hermano ausente está como sabéis.
A mi casa venid, seguro estáis,
qué mejor retraimiento no tendréis;
y secreto estaréis cual deseáis
sino servido así cual merecéis.
INÉS
No os marchéis, aquí esperad
a que mi señora venga.
CÉSAR
¿Y su hermano?
INÉS
Yo os pondré

en sitio donde no os vea.
CÉSAR
No, que la expongo...
MOSQUITO
Señor,
¡por una noche siquiera!...
A más, deja que las mulas
descansen, y tú a un lado echa
el embozo por un rato.
Que con las caras cubiertas
nosotros, y ellas tan flacas
parecemos ya sobre ellas
nosotros el carnaval,
y las mulas la cuaresma.
CÉSAR
¿Seguro estaré?
INÉS
Seguro.
CÉSAR
Partiré apenas la vea.
INÉS
Yo avisaré cuando asomen
por la calle.
CÉSAR
Sí, está alerta.
(Vase INÉS a la ventana.)
CÉSAR
¿Y bien, Mosquito?
MOSQUITO
Señor,

¿habrá locuras como estas?
CÉSAR
Luego, ¿los dos somos locos?
MOSQUITO
Concedo la consecuencia,
mas con una distinción.
CÉSAR
¿Cuál?
MOSQUITO
Tú por naturaleza
y yo por concomitancia;
que es por lo que se me pega
de andar contigo.
CÉSAR
Aquí pues
que hay, ¿qué locura sea?
MOSQUITO
Sin mirar inconvenientes
dimos a Madrid la vuelta
y dices, que qué locura
hay aquí. No consideras
que no hay alcalde de corte
que no esté echando centellas
por aquella boca.
CÉSAR
Es cierto
que aquí mi vida se arriesga.
MOSQUITO
Y la mía.
CÉSAR

Pero donde
mi vida trae una pena
misma, habiendo de morir
en Lisboa de una ausencia,
o en Madrid de mis desdichas,
ya que dos muertes me cercan,
y que me dan a escoger
el modo de morir, deja
que muera contento, donde
Lisarda hermosa lo vea.
MOSQUITO
¿Qué culpa tengo de que
tú a morir contento vengas,
para traerme de arreada?
CÉSAR
Pues dime, tú ¿qué recelas,
si tú en nada estás culpado,
ni te hallaste en la pendencia?
MOSQUITO
Pues si un triunfo matador
arrastra los que se encuentra,
un amo matador, dime,
¿no arrastrará, cosa es cierta,
cualquiera triunfo criado?
CÉSAR
¡No vi locura más necia!
MOSQUITO
Y esto a una parte, señor,

qué razón hay de que sea
tan cerrado tu capricho,
que ya que me traes, no sepa
a qué me traes; dime, pues,
¿qué es lo que en Madrid intentas?
CÉSAR
Eso te diré, no tanto,
Mosquito, porque lo sepas,
como por descansar yo
con decirlo, que las penas
no tienen otro consuelo,
sino el rato que se cuentan,
que como mujeres son,
se despican con la lengua.
Lisarda, raro milagro,
donde la naturaleza
para modelo compuso
de una hermosura perfecta
la belleza, y el ingenio,
haciendo paces en ella,
que hasta allí estaban reñidos,
el ingenio, y la belleza;
fue, ya lo sabes, del templo
de amor la deidad más bella.
Desvalido amante, pues,
deste hermoso hechizo, desta
hermosa mujer, mi vida

a tanto esplendor atenta,
la clicie fue de sus rayos,
y el imán de sus estrellas;
viendo, pues, que a todo un sol
alas fiaba de cera,
dispuse olvidarla, como,
(¡qué error!) como si estuviera
el olvidar en la mano
de quien no estuvo el quererla:
y por hacerme, en efecto,
contraveneno a mis penas,
venciendo amor con amor,
puse los ojos en Celia.
Celia, que fuera milagro
de hermosura, si no fuera
porque Lisarda se alzó
con todo el imperio della.
Si donde amé fui infelice,
y los afectos se truecan,
donde no amé, ¿qué sería?,
saca tu la consecuencia.
De aquella, pues, despreciado,
y favorecido desta,
engañado en esta el gusto
con la memoria de aquella,
neutral estaba mi vida,

cuando en esta competencia
sucedió, que D. Alonso,
hermano infeliz de aquella
bellísima ingratitud,
que no ablandaron mis quejas,
a Celia sirvió. Ya sabes
que le dí muerte sangrienta,
y esta carta me ha obligado
a que hoy a Madrid me venga;
pues no hay retraimiento donde
seguro un hombre estar pueda,
Mosquito, como una casa
particular, y desde ella
podré de noche salir
a las cosas de mi hacienda,
y de mi composición;
pues no negocia en ausencia
el pariente, ni el amigo
lo que el mismo dueño: fuera
de que si he de hablar verdad,
ni esto, ni aquello me fuerza
tanto, como parecerme,
que podré adorar las rejas
de Lisarda alguna noche,
ya que dispuso mi estrella
que, dando muerte a su hermano,

toda la esperanza pierda
de merecer su hermosura:
pues la que adorada era
cruel conmigo, ¿qué será
ofendida?, la que fiera
procedía a los halagos,
¿qué ha de hacer a las ofensas?
Esto a Madrid me ha traído,
pues para adorar en ella
las paredes de Lisarda,
estaré en casa de Celia.
MOSQUITO
Siempre fui de parecer,
que, por lo menos, tuviera
dos damas un hombre, porque
de dos la una, como apuesta,
no se puede errar el tiro;
Beatrizilla, e Inés sean
testigos también, pues siendo
las dos de Lisarda, y Celia
un algo más que fregonas,
y algo menos que doncellas,
por si se pierde la una
que la otra no se pierda
las traigo en el corazón
duplicadas como letras:
pero dime, ¿qué papel

me toca en esta comedia

del caballero escondido?

CÉSAR

Pues no estás culpado, fuera

te quedarás a avisarme

de todo lo que suceda.

MOSQUITO

¿Y si mientras se averigua

si lo estoy, o no me pescan?

INÉS

Ahí viene un coche.(Ruido de un coche.)

CÉSAR

¿Y ellos

MOSQUITO

podrán ser?

¿Me escondo?

INÉS

Espera,

de paso va; mas, ¿qué miro?

¡Qué en los escombros de aquella

casa, tropezando el coche

para vacilante... y vuelca!

LISAR.

¡Tente!(Dentro.)

BEATRIZ

¡Socorro!, ¡ay, borracho!(Id.)

MOSQUITO

A mí me llaman ahí fuera.

CÉSAR

Según las voces que aquí

pidiendo socorro llegan,

mujeres son: y esa voz

dentro del alma resuena.

Caballero soy, fuerza es

acudir a socorrerlas.

MOSQUITO

Mas, a ti ¿quien te socorre

si la justicia te encuentra?

CÉSAR

Recatareme el semblante,

y allá voy, pese a mi estrella.(Vase).

MOSQUITO

Dios te haga caballero

parante por excelencia,

que harto tiempo has sido andante,

dos damas sacan, y bellas.

¡Beatricilla es, vive Dios,

la que sacaron primera!

¡Sin duda está aquí su ama!(Ap.)

¡Abre, Inés mía! Si, es ella(Ap.)

socórrelos.

INÉS

Es muy justo.

MOSQUITO

Dios la caridad ordena.

INÉS

Entrar, señoras, podéis.

(Desde la puerta, que abre.)

Escena VII

LISARDA, BEATRIZ, INÉS, CÉSAR, MOSQUITO, OTÁÑEZ.

BEATRIZ

¡Ay de mí, yo salgo muerta

roto el manto, la basquiña

rasgada, y en la cabeza

más de cuatro mil chichones!

OTÁÑEZ

¡Vive Dios!

(INÉS saca agua, y ayuda a colocar en una silla a LISARDA desmayada, que trae D. CÉSAR.)

BEATRIZ

Otáñez, buena

cuenta has dado de nosotras.

OTÁÑEZ

Aquesta es la vez primera

que me ha sucedido.

BEATRIZ

Cierto

que si de esta suerte empieza

que dentro de un año puede

a mi ver, poner escuela

de volcar coches.

INÉS

Parece

que toda su vida entera

no hizo otra cosa, según

el primor con que los vuelca.

BEATRIZ

Gracias, señor...(A CÉSAR embozado.)

CÉSAR

Aún no vuelve.
BEATRIZ
¡Somos la desdicha mesma,
pues hoy el día pasamos
en una campestre fiesta,
y al volvernos, a mi amo
se le desbocó la yegua,
y solas nos dejó, huyendo
como exhalación ligera!
CÉSAR
¡Cuánta es mi dicha!
BEATRIZ
Lisarda...
(Llamándola y aplicándola una esencia.)
CÉSAR
¡No vuelve!... mas si vinieran
y de esta suerte me hallaran
aquí D. Félix y Celia.
¡Él se matara conmigo,
y ella de celos muriera!
MOSQUITO
¡No me vio aún Beatriz!
BEATRIZ
¡Mosquito!
¿Qué es esto?
MOSQUITO
Es larga respuesta.
BEATRIZ
¿Y tu señor?
MOSQUITO

Vedle allí.
BEATRIZ
Pues, ¿cómo de esta manera?
MOSQUITO
¿Qué sé yo?, mas lo que importa
es, Beatriz, atar la lengua.
CÉSAR
Ya vuelve; si Inés repara...
Oye Inés, ponte a la reja,
y avisa si vienen.
INÉS
Mucho
hablas, Mosquito, con ella.
MOSQUITO
Es... caridad.
INÉS
Pero dicen
que bien entendida empieza
por nosotros. Allí vienen...
CÉSAR
¡Qué!
INÉS
No son.
MOSQUITO
Yo muero de esta.
CÉSAR
Bien de océano español
blasonar podrá la esfera,
pues acaba su carrera
despeñado en ella el sol:

cobre en su bello arrebol
el nácar, no triunfe así,
hoy de tan bello rubí,
ay Lisarda, y ¿quién pensara
que yo en mis brazos llegara
a verte?, mas ¡ay de mí!,
que como estás sin sentido,
estoy sin ventura yo;
pues tú con sentido, no
me lo hubieras consentido,
desdichada dicha ha sido
la que tanto bien me ha dado,
pues ya me cuesta el cuidado
de verte así, que es forzoso
que esté, aun cuando más dichoso,
desdichado el desdichado.
El cielo y campañas bellas
sin luz están, ni arrebol,
anocheced, si sois sol,
pero dejadnos estrellas.
LISAR.
¡Ay de mí, infeliz!
CÉSAR
Ya en ellas
hay nueva luz, pues volvió
en sí; mi dicha acabó;
mi desdicha digo, esquiva,

que a precio de que ella viva,

no importa que muera yo

LISAR.

¿Qué es lo que pasa por mí?

CÉSAR

Cielos, pues se ha de ofender

de verme, no me ha de ver.

(Cúbrese el rostro.)

LISAR.

¿Qué es esto?, ¿quién está aquí?

CÉSAR

Quien viendo, señora, allí

que su vereda el sol ciego

errada llevaba, luego

llegó a enmendar el acaso,

que no era aquel digno ocaso

de tan esplendente fuego.

LISAR.

Pues, ¿cómo habiendo vos sido

quien mi vida ha restaurado,

la voz habéis recatado,

el rostro habéis escondido?

Lo que decís no he creído,

o son medios poco sabios;

que esconder semblante, y labios,

ni han sido, ni son oficios,

de quien hace beneficios

sino de que quien hace agravios.

CÉSAR
Quien sirve por merecer,
no merece por servir,
pues ya se da a presumir,
que se lo han de agradecer.
LISAR.
Tan hidalgo proceder
ya es otro mérito, en quien
hace suspensión el bien:
decid quien sois.
CÉSAR
No haré tal.
LISAR.
¿Y he de proceder yo mal,
porque vos procedáis bien?
No, y así he de ver ahora
quién sois.
CÉSAR
Pues no lo veáis,
si agradecer deseáis
este secreto, señora.
LISAR.
Duda el alma, el pecho ignora
porqué.
CÉSAR
Porque, si me veis,
de verme os ofenderéis,
y así, el decirlo dilato,
por no perder este rato

que en duda lo agradecéis.
LISAR.
¿Ofenderme yo de veros?
CÉSAR
Como holgarme yo de hablaros.
LISAR.
¿Pesarme a mí de miraros?
CÉSAR
Sí, como a mí de perderos.
LISAR.
¿Yo sentir el conoceros?
CÉSAR
Como yo el riesgo en que estoy.
LISAR.
Pues yo tengo de ver hoy
porque el pesar ha de ser,
el sentir, y el ofender.
CÉSAR
Porque señora, yo soy.(Descúbrese.)
LISAR.
Bien dijisteis, sí, que había
de ofenderme el veros; bien
que el conoceros también
pesar para mí sería;
bien que la ventura mía
había de sentir hablaros;
pues ya sólo por sacaros
verdadero, siento veros,
me pesa de conoceros,
y me ofendo de miraros.

¿Cómo, cómo habéis tenido

atrevimiento de estar

en tan público lugar?

CÉSAR

¿Cuándo no fui yo atrevido?

LISAR.

¿Cómo hasta aquí habéis venido?

CÉSAR

Como igualando a los dos,

si por darle muerte (¡ay Dios!)

A vuestro hermano, me fuí,

bien volví, pues que volví

por daros la vida a vos.

LISAR.

Tanto a sentir he llegado

verla de vos defendida,

que he de aborrecer mi vida,

por habérmela vos dado.

CÉSAR

Lisonja de mi cuidado

será ver tratar así

vuestra vida desde aquí,

pues consuelo me parece

que quien su vida aborrece,

¿por qué ha de quererme a mí?

BEATRIZ

Mi señor, que se alejó

de nosotros veloz, viene

hacia acá.

CÉSAR
¿Qué haré?
LISAR.
Conviene(Ap.)
proceder yo como yo:
D. César, no penséis, no,
que, en mí más poder alcanza
de mi enojo la esperanza,
que la de mi rendimiento,
obre el agradecimiento
primero que la venganza;
yo le tendré, idos de aquí.
CÉSAR
Sí haré, pues vos lo mandáis.
LISAR.
Y si una vida me dais,
ya mi obligación cumplí;
pero advertid desde aquí,
que no estáis libre en lugar
ninguno.
CÉSAR
Considerar
debéis, que aqueso es decir.
LISAR.
¿Qué?
CÉSAR
Que os busque.
LISAR.
El despedir,

¿cómo puede ser llamar?
CÉSAR
Piérdese una noche oscura
en un monte un caminante,
y cuando con planta errante
hallar la senda procura,
mas se ofusca en la espesura:
el can, que despierto está,
siente el ruido, y hacer va
que huya dél con pies veloces,
llamándole con las voces
que para que huya, le da.
Yo así confuso, y perdido,
camino, ni senda sé;
bien, que no veo, se ve,
pues a tus pies he venido;
tú despierta siempre al ruido
del desdén velando estás,
voces, porque huya, me das;
mas como perdido estoy,
donde oyendo la voz voy,
me voy acercando más.
LISAR.
Vamos.(A BEATRIZ.)
CÉSAR
Permitid que vaya
si no a vuestro lado, cerca.
LISAR.

Eso no, adiós; gracias mil(a INÉS.)

por tan cumplidas finezas.

BEATRIZ

Lo mismo os repito.

INÉS

Dios

la caridad nos ordena.

(Vanse LISARDA y BEATRIZ.)

CÉSAR

Vuelvo luego.

MOSQUITO

Adiós hermana.

CÉSAR

Yo haré desde allí esta seña.

(Da una palmada.)

Para que abras, por si en tanto

llega con su hermano Celia.(Vanse.)

Escena VIII

INÉS

¿Quién esa dama será

que D. César acompaña?

Ya tanto interés me extraña,

y Mosquito ¿por qué irá

también? Ya tan excesivos

de ambos los cuidados fueron...

Vive el cielo, que volvieron

por demás caritativos.

Llaman. Mis amos.(Asómase y sale a abrir.)

Escena IX

CELIA, FÉLIX, INÉS.
FÉLIX
Inés,
cuidado, que estén cerradas
día y noche, cuantas rejas
puertas y boardillas haya
en esta casa, y las llaves
entrégame sin tardanza.
(Entra INÉS y saca las llaves.)
CELIA
¿A qué efecto?
FÉLIX
Lo sabrás;
mas primero deja, hermana,
que asegure bien y cierre,
las puertas y las ventanas.(Vase.)
Escena X
CELIA, INÉS.
INÉS
Oye.
CELIA
Di.
INÉS
D. César vino.
CELIA
¿Dónde está?
INÉS
Salió.
CELIA
¿Y aguarda

fuera de aquí?
INÉS
No.
CELIA
¿Pues vuelve?
INÉS
Sí.
CELIA
¿Cuándo?
INÉS
Presto.
CELIA
En la estancia
secreta, ¿por qué, di Inés,
no le ocultaste?
INÉS
Una dama
desmayose a nuestra puerta
que su coche volcó.
CELIA
Acaba.
INÉS
Pidió socorro, entró aquí,
volvió en sí, y fue a acompañarla.
CELIA
¿Quién era?
INÉS
No sé.
CELIA
¡Y dejome
a mí por la desmayada!

INÉS
No tal, que en ti sólo adora;
es muy caballero y...
CELIA
Calla
que entre zozobras y celos
está agonizando el alma.
INÉS
¿No me dirás donde fuiste?
CELIA
Fui... mi hermano llega, aparta.

Escena XI
CELIA, FÉLIX, INÉS.
CELIA
¿No me dirás, por qué apenas
aquí pusiste la planta
a casa de nuestro tío
me llevaste, y en la sala
a solas con él, tuviste
aquella secreta plática?
¡Que de esto, ni de tu vuelta
del desdén con que me hablas,
ni de aquestas prevenciones
que me ofenden y rebajan,
aún la razón no me diste,
¿por qué, dime, ofensas tantas?
Extraña es tu condición.
FÉLIX
¿Por qué no ha de ser extraña,

si tú para que lo sea,
Celia, me has dado la causa?
CELIA
¿Yo la causa para que
de la guerra donde estabas,
te hayas venido a Madrid,
a sólo hacer en la casa,
donde me mata tu ausencia,
y donde viviendo me hallas,
prevenciones de cerrar
las puertas, y las ventanas,
de modo, que en los tejados
aun no has dejado una guarda
sin reja? Pues, ¿a qué efecto,
siendo yo, Félix, tu hermana,
sin mirar que en mi respeto
tu mismo respeto agravias,
tan neciamente me celas,
tan locamente me guardas?
FÉLIX
Celia, no puedo negar,
que es necedad asentada
la desconfianza, es cierto,
pero no habiendo ventanas
es menor, pues en efecto,
si no asegura, descansa.
CELIA

Buena disculpa has hallado
de haber dado desde Italia
vuelta a Madrid, tan a costa
de tu opinión, y tu fama:
partístete de la corte,
lleno de plumas, y galas,
no te debió de sonar
bien el ruido de las casas
ni oler la pólvora bien,
echando menos el ámbar,
y vienes haciendo extremos,
por dar disculpa a tu...
FÉLIX
Basta,
Celia: salte tú allá fuera
Inés.
INÉS
Desta vez descansa
su corazón.(Vase INÉS.)
Escena XII
FÉLIX Y CELIA.
FÉLIX
Pues baldonas
mi honor con soberbia tanta,
diré lo que he pretendido
disimular, aunque es baja
acción, que celos de honor
se pidan tan cara a cara.

En Italia estaba, Celia,
cuando la loca arrogancia
del Francés sobre Valencia
del Po... pero, ¡qué ignorancia,
ponerme contigo a hablar
yo de guerras, ni de armas!
En Italia estaba, digo,
cuando recibí una carta
de alguno, que interesado
en el honor desta casa,
me escribió, Celia, que un día
de los que el Abril traslada
al parque toda la corte,
tú saliste disfrazada,
y D. Alonso tras ti;
y que habiendo, ¡suerte ingrata!
llegado al parque con él,
sacó otro galán la espada,
y le dio la muerte, siendo
dicha entonces, ¡pena extraña!,
no ser conocida, pues
a serlo allí, cosa es clara,
que tu honor en opiniones
con la justicia quedara.
Estas cosas, y otras, Celia,
causa han sido de que haya

vuelto; porque ¿qué me importa
que yo gane honor, y fama,
si tú en mi ausencia los pierdes?
¿Qué me importa que yo haga
acciones, que generosas
soliciten mi alabanza,
si me las desluces tú
con acciones tan livianas?
No decir pensé mis penas,
callar presumí mis ansias;
pero ya que tú me obligas
a que de los labios salgan,
advierte, Celia, que sólo
una diligencia falta,
y es enmendar con las obras
lo que erraron las palabras.
CELIA
Pensarás que convencida
me dejan tus amenazas,
pues no, Félix, porque donde
la proposición es falsa,
no se sigue el argumento:
¿Yo he salido al parque al alba?,
¿yo seguida de ninguno?,
¿yo ocasión de cuchilladas?
Quien dices que lo escribió,
te mintió, y yo...

Escena XIII.
DICHOS, y INÉS.
INÉS
Aquí te llama
D. Juan de Silva, tu amigo.
FÉLIX
Celia, no entienda Inés nada
desto, que no es menester,
que lo que entre los dos pasa,
lo sepan de ningún modo
ni criados, ni criadas;
y retírate a tu cuarto,
porque entre en aquesta sala
D. Juan.(Vase D. FÉLIX.)
Escena XIV
INÉS y CELIA.
INÉS
¿Refiere, señora,
que una plática tan larga
haya tenido?
CELIA
D. Félix
ha sabido cuanto pasa.
INÉS
¿Y lo del tabique?
CELIA
No,
eso sólo se le escapa:
por si hablan los dos de mí,

escuchemos lo que hablan.(Se entran.)

Escena XV

D. JUAN y D. FÉLIX.

FÉLIX

Venís D. Juan alterado.

¿Algún lance os ha ocurrido?

JUAN

Gran dicha hallaros ha sido.

FÉLIX

¿De qué venís tan turbado?

JUAN

Ya sabéis, que de Lisarda

amante, y primo, adoré

la hermosura, mientras que

la dispensación que hoy tarda,

viene a hacerme tan dichoso,

que premiando mi constante

amor, de primo, y amante,

me llega a llamar esposo.

Pues yendo al sol que conquisto

a sacrificar mi vida,

de mi primo al homicida

me pareció que había visto

cruzar por su puerta; yo

lo quise reconocer;

mas siendo al anochecer,

no fue posible, y por no

errarlo, si no era él,

todo el lugar le seguimos
ese criado, y yo, y vimos
que entraba, ¡pena cruel!
adonde a ver si es, o no es,
quiero que vamos los dos,
y que entréis delante vos,
porque no se esconda, pues
de vos no se ha de guardar:
esto habéis de hacer por mí,
ya que de vos me valí,
pues es forzoso amparar
un amigo a un caballero,
cuando no lo fuera yo
a cualquiera que...
FÉLIX
No, no
digáis más; si considero,(Ap.)
aunque hoy no es mucho el error,
que si ésta la muerte fue
por Celia, así vengaré
con otra causa mi honor:
que ya sé que es recibida
necedad, que sin dudar,
ni saber, ni preguntar,
ofrezca un hombre su vida
a quien le llama; y así,
ahorrad pláticas conmigo,

y guiad, que ya yo os sigo.
JUAN
Menos de vos no creí;
vamos, veréis, vive el cielo,
si el venir mi honor castiga.
FÉLIX
¡O a qué de cosas obliga
esta necia ley del duelo!(Vanse.)
Escena XVI
CELIA, INÉS.
CELIA
¡Ay Inés, esto he escuchado!
INÉS
¿De qué me hubiera servido
servir, si no hubiera sido
de saber cuanto han hablado?
CELIA
A César van a buscar,
¡pena injusta!, ¡dura suerte!
para darle los dos muerte:
¿quién pudiera imaginar,
que yo a D. César llamara
a que en mi casa viviera,
que antes mi hermano viniera,
que él, y él mismo le buscara
para matarle, y así
satisficiera mi hermano
sus celos, pues es tan llano

que fue la muerte por mí?
INÉS
No des por hecho, señora,
lo que para haber de ser,
aún faltan por suceder
más de mil cosas ahora.
Aunque es cierta su venida,
¿no lo es que le haya de hallar
luego, y luego le han de dar
por la tetilla la herida?
CELIA
Bien mi temor desconfía,
porque es tirana mi estrella.
(Suena una palmada.)
INÉS
Aguárdate, ¿no es aquella
la seña, que antes solía
D. César hacer?
CELIA
Sí.
INÉS
Dios
mejora los días.
CELIA
Pues
métele tú en casa, Inés,
mientras le buscan los dos.(Vase INÉS.)
Que hoy verá César, es llano,
como mi ingenio le guarda

de su padre, de Lisarda,

de su primo, y de mi hermano.

Escena XVII

DICHAS, D. CÉSAR y MOSQUITO.

CÉSAR

Hasta llegar a tus brazos,

hermosa Celia, no sé

si tuve vida; y así,

pues que mis ojos te ven,

darme, señora, a besar

suelo en que pisan tus pies.

MOSQUITO

Y a mí todo el ponleví

de tus zapatos, Inés.

CELIA

Seas, D. César, bien venido

a aquesta casa, que aunque

no pueda servirte en ella

hoy, como yo imaginé,

por causa de haber venido

mi hermano...

CÉSAR

La voz detén;

que lo sé todo.

CELIA

Ignorando,

su vuelta, no te avisé,

que no te enviara a llamar,

a no saberlo después.
CÉSAR
¿No estaba en la guerra?
CELIA
Sí,
y lo que le hizo volver
tan presto, fue, haberle escrito
el suceso tuyo.
CÉSAR
Pues,
según eso, en mayor riesgo
en tu casa estoy.
CELIA
¿Por qué?
CÉSAR
Porque no es posible estar
un punto en ella.
CELIA
Sí es,
que pueden, D. César, mucho,
amor, ingenio y mujer;
¡amor dije! Si a pesar
de que apenas hoy el pie
en esta casa pusiste,
te fuiste no sé con quien.
CÉSAR
Fue acción hidalga, soy noble...
CELIA
No te quiero tan cortés.
CÉSAR

¿Dudas de mi fe?
CELIA
No dudo;
pero teme el que ama fiel.
Oye D. César, yo tengo
prevenido donde estés,
si no bien acomodado,
seguro, a lo menos, bien.
CÉSAR
¿De qué suerte?
CELIA
Desta suerte:
aquesta casa, que ves,
tiene dos cuartos, el bajo,
y el alto, que es este en que
yo vivo, porque en esotro
vive un milanés, a quien
vienen despachos de Roma.
El dueño, por si alquiler
para toda ella encontraba,
hizo esa escalera, que
comunica los dos cuartos,
aunque condenada esté,
por ser los huéspedes dos:
la puerta del milanés,
el día que por mi carta
a mi casa te llamé,

cerrar hice la escalera
por acá arriba muy bien,
tabicando sobre tabla
una puerta, que no fue
difícil tomar el yeso
sobre tomiza, o cordel;
de suerte, que no quedó,
ni aun señal en la pared;
mayormente, que la cuadra
donde cae, sirve también
de tocador mío, y la tengo
colgada toda, con que
está más disimulada:
aquí estarás, César, bien
todo el tiempo que mi hermano
dentro de casa no esté;
y en estando en casa, dentro
desta escalera.
MOSQUITO
Pardiez
que hará lindo San Alejo.
CÉSAR
¿Qué dices?
CELIA
¿Qué hay que temer?
CÉSAR
Mil inconvenientes, Celia.
CELIA

Di, ¿cuáles son?
CÉSAR
Vamos, pues,
salvando dificultades:
¿es posible no saber
tu hermano, que esa escalera
estaba aquí?
CELIA
Sí, porque
en ausencia suya yo
aqueste cuarto alquilé;
y así, no sabe D. Félix
todos los secretos dél.
CÉSAR
Yo estimo, Celia, en el alma
el cuidado, y la merced;
mas ya que vino tu hermano
a este tiempo, ¿para qué
hemos de estar con cuidado
tan grande?, y así, me iré
contento de haberte visto:
quédate con Dios.
CELIA
Detén
los pasos, César, que no
de aquí has de salir, ni es bien,
que está a gran riesgo tu vida.
CÉSAR

¿De qué suerte?
CELIA
Has de saber,
que en la posada que estás
te van a matar.
CÉSAR
Pues quién,
quisiera saber.
CELIA
D. Félix,
que aquí se lo dijo a él
D. Juan: pero, ¿qué, llamaron?
(Llaman dentro.)
INÉS
Sí; y mi señor mismo es.
CELIA
Pues ya no puedes salir,
por fuerza te has de esconder.
INÉS
El tabique sirva ahora,
ya que no sirva otra vez.
CÉSAR
Por tu opinión solamente
me escondo ahora; mas después
que se haya acostado, Celia,
he de salir.
CELIA
Presto ve,
mientras allá abren la puerta,

y en esta escalera, Inés,

encierra a los dos.

MOSQUITO

¿A mí

han de encerrarme también?

INÉS

Claro está; y no abras, en tanto

que recogida no esté

la casa, y en lo más bajo

estad sin ruido.

CÉSAR

A poder

de la fortuna, mi vida

acabe ya de una vez.

(Éntranse por la puerta secreta.)

Escena XVIII

CELIA, D. JUAN y D. FÉLIX.

FÉLIX

Ya estoy en mi casa, idos

D. Juan.

JUAN

Pues de ella os saqué

y os conocieron a vos

y a mí no, hasta que quedéis

seguro, no he de dejaros.

CELIA

Pues viene D. Juan con él,

sin duda a buscar a César(Ap.)

vienen los dos.

FÉLIX
Sí ha de ser:

¿hola?(Sale un criado.)

Escena XIX
D. FÉLIX, D. JUAN y CRIADO.
CRIADO
¿Señor?
FÉLIX
Esta hacienda

toda en salvo la poned

abajo en el cuarto de ese

caballero milanés,

en tanto que hablo a mi hermana.
JUAN
Yo el primero a todo iré.

(Vanse D. JUAN y el CRIADO.)

Escena XX
CELIA y D. FÉLIX.
CELIA
La casa van despojando,

buscarle, sin duda, es.(Ap.)
FÉLIX
¿Hermana?
CELIA
Félix, ¿qué traes?
FÉLIX
Traigo una pena cruel.
CELIA
Los dos han sabido allá,

que aquí D. César esté.

FÉLIX

Llamome D. Juan de Silva
para que fuera con él
a buscar a su enemigo,
(dijera al mío más bien)(Ap.)
al fin, llegué a la posada,
y al huésped le pregunté,
donde un forastero estaba,
que hoy después de anochecer
llegó a su casa; y dos mulas
dejole, y fuese después;
esperándole estuvimos
largo rato en el dintel
hasta que un hombre llegó
de color, y al parecer
de D. Juan, que yo jamás
le vi, dijo que era él:
embestímosle los dos,
desembarazose bien;
y al ruido de las espadas
llegó justicia a querer
conocernos, y D. Juan
dio con el dúo a sus pies.
Resistímonos, en fin,
hasta que no faltó quien
entre las voces decía:

D. Félix de Acuña es.

Habiéndome conocido,

apelamos a los pies,

a riesgo traigo la vida,

porque es una muerte, y es

en resistencia; y así,

pues ausentarse ha de ser

fuerza, no has de quedar, Celia,

donde me escriban después

alguna cosa de ti,

que no le está a mi honor bien.

Y así, conmigo al instante

en casa de mi tío ven,

donde quedarás guardada

de su cuidado, porque

no he de ausentarme yo, en tanto

que tú segura no estés.

CELIA

D. Félix.

FÉLIX

No hay que decirme.

CELIA

Advierte.

FÉLIX

Aquesto ha de ser;

no hay, Celia, que replicar.

Escena XXI

DICHOS, INÉS y DOS CRIADOS.

INÉS

En un instante se ve

mudada toda la casa;

¿qué es lo que intentan hacer?

CRIADO 1.º

Baja tu aquese escritorio.

CRIADO 2.º

Tira deste brocatel,

que hasta las camas están

ya desarmadas también

abajo, y no quede aquí

solo un clavo en la pared.

(Quitan las colgaduras, y queda debajo una pared con dos puertas a los lados, y en medio una disimulada.)

FÉLIX

Celia, vamos, que esto es fuerza;

vente con tu ama, Inés.

CELIA

¿A quien, cielos, en el mundo

esto pudo suceder?(Ap.)

INÉS

Mas que a los de la escalera

los han de mudar también.(Ap.)

Escena XXII

DICHOS, y D. JUAN.

JUAN

No se quede aquí ninguno,

salid, y cerrad después.(Vanse.)

Escena XXIII

D. CÉSAR, y MOSQUITO, abriendo la puerta de en medio.

CÉSAR
Más de media noche es ya.
MOSQUITO
¿Si se habrá olvidado Inés
de que nos tiene escondidos?
CÉSAR
Pues ya tan quieta se ve
la casa, abre aquesa puerta,
despega un poco el cancel,
que teniendo colgadura
encima de la pared,
no nos podrán ver, sabremos
qué ruido el que han hecho es.
MOSQUITO
¿Donde está la colgadura?
CÉSAR
Llama a Inés.
MOSQUITO
Inés, ce, ce.
CÉSAR
Que no te vean, ni oigan.
MOSQUITO
¿Quién nos ha de oír, ni ver,
si estamos en el desierto?
Por Dios, que a mi parecer,
alemanes han entrado
en esta casa.
CÉSAR
¿Por qué
lo dices?

MOSQUITO
Porque ha quedado
desbalijada.
CÉSAR
¿Que estés
tan loco, que digas eso?
MOSQUITO
Más lo estás tú en buena fe,
si dices esotro; sal,
y verás, que no hay que ver;
pues para que tú lo veas,
sin dudar si es, o no es,
sólo han dejado una luz
por descuido, o por merced;
ni una silla, ni un bufete,
ni un cuadro, ni un almirez,
ni un baúl, ni un escritorio,
ni un puchero, ni un cordel,
ni un jergón, ni una cortina,
ni una Celia, ni una Inés
nos han dejado.
CÉSAR
¿Qué es esto?
que aunque yo el ruido escuché,
los golpes, sin las palabras,
no se daban a entender:
gran novedad habrá sido
la que a esto ha obligado.

MOSQUITO
Aun bien,
que viviremos más anchos;
pero pudieran haber
Inés, y Celia dejado
siquiera un pan, dos o cien.
CÉSAR
¡Que estés ahora de gracia!
MOSQUITO
Esto de desgracia es.
CÉSAR
Y así, viendo lo que ha sido,
y lo que aquí importa hacer,
es irnos, porque si Félix
ha llegado ya a entender,
que por causa de su hermana
a D. Alonso maté,
y que hoy estoy en Madrid,
¿quién duda que aquesto es
por vengarse?
MOSQUITO
Pues, ¿por dónde
hemos de salir?, ¿no ves
cerradas todas las puertas?
CÉSAR
Por las ventanas.
MOSQUITO
También
son todas rejas.

CÉSAR
Por una

guarda del tejado; ven

conmigo.
MOSQUITO
Yo ruego a Dios,

que una gatada no dé.
CÉSAR
Cielos, semejante caso

¿a quién pudo suceder?
FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo

La misma sala del primer acto.

Escena primera
Salen por una de las dos puertas D. CÉSAR y MOSQUITO.
MOSQUITO
Esta es la casa; sin duda,

que aquel famoso extremeño

Carrizales fabricó

a medida de sus celos;

pues no hay puerta, ni ventana,

guarda, patio, ni agujero

por donde salga un mosquito,

dígalo yo.
CÉSAR
Si el ingenio

quisiera inventar un caso

extraño, ¿pudiera hacerlo
con mayores requisitos
fingidos, que verdaderos
están presentes?, ¿habrá
quien crea que es verdad esto?
Venir llamado de Celia,
no tener aviso a tiempo
de que su hermano venía,
hacer con tanto secreto
este tabique, llegar
Félix a Madrid primero
que yo, esconderme por fuerza;
y en estando una vez dentro,
mudarse toda la casa,
dejarme aquí; y en efecto,
no haber por donde salir:
cosas son, viven los cielos,
que han menester más paciencia
que la mía.
MOSQUITO
Pues no es eso
lo peor.
CÉSAR
Pues, ¿qué será,
si esto no es?
MOSQUITO
Que no tenemos

que comer, porque el gigote
que se olvidó en un puchero
a la lumbre, el medio pan
de la alacena, ya dieron
fin: y así, es fuerza rendirnos
por hambre, porque no hay dentro
del sitio para dos horas
munición, ni bastimento.
CÉSAR
Que tuviese yo una llave
maestra de casa, al tiempo
que, ausente su hermano entraba
a hablar a Celia, y que luego
se la volviese el día que
de aquí me ausenté, mas esto
¿quién lo pudo prevenir
con humano entendimiento?
MOSQUITO
Ya mal distinta la luz
en los distintos reflejos
se va declarando: en fin,
¿qué piensas hacer?
CÉSAR
Un medio
solamente se me ofrece.
MOSQUITO
¿Y es, señor?
CÉSAR

Escucha atento:

En este cuarto de abajo

a Celia oí, que un extranjero,

hombre de negocios, vive;

a este declararme pienso,

que menos importará

que sepa uno más aquesto

que dejarme matar, pues

no dudo que es el intento

este de haberse mudado

D. Félix.

MOSQUITO

Y, ¿cómo haremos

para llamarle?

CÉSAR

Dar golpes

por la escalera.

MOSQUITO

Yo apuesto

que piensan, que andan ladrones

al primer golpe que demos,

y que nos matan a palos

antes de oírnos.

CÉSAR

No creo

que hay otra cosa que hacer;

voy a llamar: mas, ¿qué es esto?

(Al ir a llamar él, llaman de adentro.)

MOSQUITO
El extranjero de abajo,
que llama antes que llamenos
nosotros; mas, ¿cuánto va
que nos mudaron a un tiempo,
y estando una vez cerrado,
ha pensado allá lo mesmo?(Llaman.)
CÉSAR
Esto es llamar a la puerta.
MOSQUITO
¿Quién es?
CÉSAR
Tente, ¡qué haces, necio!
MOSQUITO
Responder a quien nos llama,
que la llave no tenemos,
que vaya por ella.
CÉSAR
Espera,
que responder no es acierto.
MOSQUITO
Déjame sólo llegar
a ver por el agujero
de la llave quién es.
CÉSAR
Mira.
MOSQUITO
Buena hacienda habemos hecho,
¡ay, señores!
CÉSAR

¿Qué hay, Mosquito?
MOSQUITO
La justicia por lo menos
es quien llama.
CÉSAR
¿La justicia?
MOSQUITO
Si, señor.
CÉSAR
Por Dios que es cierto,
¿quién presumiera, que así
se vengara un caballero?
MOSQUITO
Celia, señor, te ha vendido.
(Golpe con martillo.)
CÉSAR
Vive Dios, que aún no lo creo
de Celia.
MOSQUITO
Yo sí; ya escampa.
CÉSAR
¡No es descerrajar aquesto!
MOSQUITO
Sí; ya conozco los golpes,
que estos son los golpes mesmos,
que al empezar las comedias,
se dan en los aposentos.
CÉSAR
¿Qué hemos de hacer?
MOSQUITO
Confesarnos

es el más útil remedio.
CÉSAR
Por si acaso es otra cosa

lo mejor es escondernos,

y no sea lo de anoche,

oír el ruido, y no el suceso.

(Éntranse en la escalera.)

Escena II
OCTAVIO, ALGUACILES y gente.
OCTAVIO
¿Para qué es romper la puerta?,

que pues yo las llaves tengo,

yo abriré; y ya que lo está,

díganme sobre qué es esto

vuesas mercedes, que yo,

a los golpes que he oído, vengo

desde ese cuarto en que vivo.
ALGUACIL
Buscamos un caballero,

D. Félix de Acuña es

su nombre, por haber muerto

anoche un hombre en mi calle.
OCTAVIO
¿Aquí importa el fingimiento,(Ap.)

D. Félix de Acuña?
ALGUACIL
Sí.
OCTAVIO
Pues ya ha más de mes y medio

que no vive en esta casa,

y que yo las llaves tengo

del cuarto, para alquilarle

con poderes de su dueño,

cuyo paradero ignoro.

ALGUACIL

Tarde venimos.

ESCRIBANO

Debemos

poner esta diligencia

por escrito.

Escena III

Dichos y OTÁÑEZ.

OTÁÑEZ

Aquí D. Diego,

mi señor, viene a saber

que hay de aquel despacho.

OCTAVIO

Necio,

que estoy ahora, no veis,

con estos señores. Luego

bajaré, que en mi escritorio

me espere.(Vase OTÁÑEZ.)

Escena IV

Dichos, menos OTÁÑEZ.

ALGUACIL

Aquí no tenemos

que hacer; vuesarced se quede

con Dios.
ESCRIBANO
Si hubiéramos hecho
anoche la diligencia,
quizás no se hubiera puesto
en salvo.
ALGUACIL 2.º
Nadie nos dijo,
aunque se anduvo inquiriendo
anoche, adonde vivía.
(Vanse los ALGUACILES.)
Escena V
OCTAVIO, D. DIEGO y OTÁÑEZ.
DIEGO
Señor Octavio, viniendo
tan de mañana a saber
si había venido en el pliego,
que anoche llegó de Italia,
la dispensación que espero,
para casar a mi hija
con su primo, que deseo
salir ya deste cuidado;
y esperando, por saberlo
allá abajo, vi bajar
justicia: y así, me atrevo
a subir acá, por ver
si en algo serviros puedo.
OCTAVIO

En cuanto a vuestros despachos
muy bien las albricias puedo
pediros, que ya han venido.
DIEGO
Mil años os guarde el cielo.
OCTAVIO
En esto de la justicia,
es, que un noble caballero
aseguró su persona,
y su hacienda, que él atento
a su honor, dejar no quiso
sola a su hermana, y diciendo
estaba, que no vivían
ya aquí.
DIEGO
¡Ay de mí, lo que siento
el traer a la memoria,
a vista deste suceso,
mis penas!, siempre son muchas,
cada instante que me acuerdo
de la muerte de mi hijo,
y que el que le mató, huyendo
también se libró de mí,
que yo le hiciera...
OCTAVIO
En efecto,
¿nunca de él habéis subido?
DIEGO

Hásele tragado el centro
de la tierra; mas dejadme,
y no hablemos más en esto.
OCTAVIO
Yo hablo, porque hablabais vos,
vamos: mas, ¿qué tan atento
miráis en aqueste cuarto?
DIEGO
En que he venido a hacer, pienso,
de un camino, como dicen,
dos mandados; porque habiendo
la dispensación venido,
he de traer desde luego
a mi sobrina a mi casa;
y la que yo ahora tengo
no es capaz de más, que ha un mes
que ando buscándola, y creo
que este cuarto, por el barrio,
y vecindad, será bueno.
OCTAVIO
Yo me holgaré que os agrade,
por lo mucho que intereso.
DIEGO
¿Qué más vivienda, que aquesta,
tiene?
OCTAVIO
No sé; que os prometo,
que aunque días ha que vivo

aquí, es hoy el primero

que en él he entrado.

(Entran por una puerta, y salen por la otra.)

DIEGO

En verdad

que me agrada, sí por cierto;

mayormente por tener

estos dos cuartos diversos,

pues en éste, hasta casarse,

estará D. Juan, y luego

yo estaré, dejando esotro,

que es el mayor, para ellos:

¿qué gana este cuarto?

OCTAVIO

Gana

dos mil reales.

OTÁÑEZ

Es gran precio,

que están baratas las casas.

DIEGO

Decidme quién es el dueño,

porque lo vaya con él

a concertar.

OCTAVIO

Para eso

haced cuenta que yo soy,

pues de un amigo es, que a un pleito

está en Granada, y poder

para sus negocios tengo;

y así, conmigo no más

se ha de tratar.

DIEGO

Según eso

ya queda el cuarto por mío

porque yo con vos no tengo

de regatear; y así, haced

porque vengan al momento

a colgarle, que las llaves

se den.

OCTAVIO

Si ha de ser tan presto,

mejor es que os las llevéis,

porque hoy una holgura tengo

en el campo, y en mi casa

no queda nadie; bajemos

donde la dispensación

os dé, y las llaves.

DIEGO

Contento

voy del cuarto.

OCTAVIO

No creeréis

cuanto en que lo estéis me huelgo.

DIEGO

Tendréis un criado en mí,

y en Lisarda un ángel bello

por vuestra, que es muy hermosa.

(Vanse cerrando.)

Escena IV

D. CÉSAR y MOSQUITO.

CÉSAR

¿Haslo entendido?

MOSQUITO

Algo de ello.

CÉSAR

¿Habrá más, y más acasos?,

¿habrá más, y más sucesos,

que eslabonen mis desdichas,

que logren mis sentimientos?

Un hombre mató D. Félix.

MOSQUITO

Alquilar un hombre un cuarto

con ropa, y servicio, vemos

en la corte cada día;

pero el alquiler más nuevo,

es alquilar uno un cuarto

con amo, y criado dentro.

Más bien, que en estos acasos

de pesar, hay de consuelo

otros.

CÉSAR

¿Cuáles son?

MOSQUITO

No haber

Octavio visto antes desto

esta escalera, y estar

desta casa ausente el dueño,

pues si él viniera a alquilarla,

su escalera echara menos,

y fuera fuerza el hallarnos

escalerados D. Diego.

CÉSAR

En fin, para haber de ser

un tan extraño suceso,

no hay inconveniente alguno,

según todo se ha dispuesto:

pero no se ha de rendir

hoy el valor de mi pecho

a fáciles imposibles.

(Saca la daga, para abrir la puerta.)

MOSQUITO

¿Qué haces?

CÉSAR

Desclavar pretendo

con esta daga la puerta,

y salir de aquí primero

que mi enemigo me cierre

hoy el paso, aunque sea al riesgo

de que en la primera calle

me prendan, que ya no quiero

vida, casada Lisarda,

con D. Juan no quiero (¡ay cielos!)

esperar a ser testigo

yo del daño que me ha muerto.

MOSQUITO

Dices bien, Señor, salgamos

de aquí, aunque descerrajemos

la puerta.

CÉSAR

No he de esperar

más desdichas. Mas, ¡qué veo!

por la parte de allá fuera

abren.

MOSQUITO

Pues al retraimiento.

CÉSAR

Por si es D. Diego, es forzoso.

MOSQUITO

Mucho nos quiere D. Diego,

pues que nos guarda con llave.

CÉSAR

¡Qué viniese a tan mal tiempo!

MOSQUITO

Según todo se hace apriesa,

que sea el padre, pienso.

(Escóndense los dos.)

Escena VIII

LISARDA, BEATRIZ y OTÁÑEZ.

LISARDA

¿Aquesta es la casa?

OTÁÑEZ

Sí.

BEATRIZ
Santíguome, y entro a vella
con el pie derecho en ella;
malo es abrirse hacia aquí
la puerta, y los escalones
toman la vuelta al revés,
bien, o mal; una, dos, tres,
y las vigas no son nones:
Otáñez, vuelva a señor,
y diga, que si no ha dado
el dinero adelantado
desta casa, será error,
si al dueño no se le obliga
a mudar la puerta, es llano,
la escalera hacia esta mano,
y añadir aquí una viga.
OTÁÑEZ
Mala mano te dé Dios,
y mala viga también;
mas esto del mal, y el bien,
esto de la una, y las dos,
el pie derecho por guía,
mirar puertas, y escalones,
son por tu vida lecciones
de la dueña de tu tía?
BEATRIZ
Claro está; ¿qué pensáis vos?

como eso, cuando acá estaba,
cada día me enseñaba,
porque era un alma de Dios.
LISARDA
Notable priesa ha tenido
mi padre, pues ha querido
mudarse sin dilación,
y que venga la primera
yo a ver la casa, y mandar
cómo se ha de aderezar.
OTÁÑEZ
Tal huésped en ella espera.
BEATRIZ
Muy cuerdo mi señor anda
en que tu vengas ahora,
pues no agrada a una señora,
sino solo lo que manda;
que si yo hubiera empezado
a poner algo, sospecho
que de cuanto hubiera hecho,
nada te hubiera agradado.
LISARDA
Dime, Beatriz, ¿no estuvimos
ayer aquí?
BEATRIZ
Yo tal creo.
LISARDA
Ya en vano pagar deseo
el favor que recibimos.

Buena la casa parece.
OTÁÑEZ
En este cuarto ha de estar
D. Juan, hasta efectuar
las dichas que amor ofrece.
BEATRIZ
Acudid, Otáñez, vos
a ver apear la ropa
del carro.
OTÁÑEZ
Si en esto topa,
ya acuden: ¡válgame Dios!
LISARDA
No me traigan nada aquí,
pues esta pieza ha de ser
tocador, no es menester
colgarla.
BEATRIZ
Guárdate allí
del polvo.
LISARDA
¡Oh, qué triste estoy!
BEATRIZ
Hoy que pedirte quisiera
albricias, de esa manera
suspiras?
LISARDA
Sí, porque hoy
mirando mis penas voy.
BEATRIZ

¿Quién, señora, las causó?
LISARDA
Oye; D. Juan.

Escena VIII
Dichos y D. JUAN.
JUAN
Feliz yo,

que a tan buen tiempo llegué,

que en tus labios escuché

mi nombre.
LISARDA
¿Y no pudo, no,

ser dicha, o desdicha, sí,

el acordarme de vos?
JUAN
No, que siempre es dicha.
LISARDA
¡Ay Dios!
JUAN
Que tú te acuerdes de mí:

pues aunque haya sido aquí

en daño mio, sospecho,

que en el alma, satisfecho

estoy, que el reloj veloz

obedece con la voz

al artificio del pecho.
LISARDA
Sí; pero ninguno ignora,

que con otro tal indicio

muestra un hora el artificio,

y da la voz otra hora.

JUAN

Pues, ¿por qué, prima, y señora,

hoy tanto rigor?

LISARDA

No sé,

que a vos os lo callaré

por el autoridad mía,

yo a Beatriz se lo decía,

y a Beatriz se lo diré.

Beatriz, mi primo D. Juan,

sin duda alguna, ha creído,

que el entrar a ser marido,

es salir de ser galán:

poco cuidado le dan

finezas, poco cuidado

festejos; pues olvidado

está va, de que se infiere,

que no quiere el que no quiere

un poco desconfiado.

Ayer al campo salí,

y a D. Juan en él no hallé,

en la calle peligré,

y de otro amparada fui:

y si a aquél agradecí

la fineza de mi vida,

a este, que de mí se olvida,
castigarle puedo, pues
no es con este cruel, quien es
con aquel agradecida.
Vine a casa, como viste,
y D. Juan no pareció
en toda la noche: yo,
que ya sé que esto consiste
en este festejo, triste,
no celosa, estoy, por ver
que D, Juan, antes de ser
mi esposo, verme dilata,
y que desde ahora me trata
ya como propia mujer.
JUAN
Si supieras la razón,
tú me disculparas ya;
buenos testigos, quizá,
aquestas paredes son;
digan ellas la ocasión,
digan ellas.
LISARDA
¿Para qué,
si yo con Beatriz hablé,
me respondéis?
JUAN
Culpa es mía;

yo a Beatriz se lo decía,
y a Beatriz se lo diré.
Bajando anoche a encontrar
a mi prima, vi al que dio
muerte a D. Alfonso, y yo
con ánimo de vengar
mi pena, le fui a buscar,
llevando en mi compañía
a Félix, el que vivía
en esta casa, llegamos
donde a César esperamos,
hasta que la rabia mía
me hizo embestir a otro hombre
por él: la ronda llegó,
conocernos pretendió;
y uno quedó, no te asombre,
muerto, cuando oímos el nombre
de D. Félix repetido,
y viéndose conocido,
fuerza el ausentarse fue:
esta es la causa, porque
de honrado y de agradecido
yo, no le pude dejar,
hasta que en salvo estuviese
él y su casa, e hiciese
diligencias de alcanzar

si de mí llegaba a hablar

la justicia; se ha sabido

que yo no fui conocido;

con lo cual me he asegurado,

que mal pudo otro cuidado

tenerme a mí divertido.

BEATRIZ

Pues yo, que he sido la oidora

en sala de competencia,

fallo por la mi sentencia,

que pues el uno a otro adora,

os deis por buenos ahora.

JUAN

Yo obedezco; y si hay disculpa,

cese el rigor que me culpa.

LISARDA

Yo creo que así será,

que para nada me está

bien, que vos tengáis más culpa.

JUAN

Ya que estás desenojada,

de la caída de ayer

la sangría...

LISARDA

Eso es querer

volver a verme enojada.(Vase)

JUAN

Será para una criada:

Castaño, dale a guardar

aqueso a Beatriz.(Vase.)

Escena IX

BEATRIZ y CASTAÑO.

BEATRIZ

El dar,

tanto el ánimo recrea,

que aunque para mí no sea,

lo tomaré, por tomar.

Y pues tan revuelta está

la casa toda, en aqueste

aposento, que ha de ser,

o tocador, o retrete

de mi señora, poniendo

ve, Castaño, sutilmente,

no sé qué, que a mi ama traes.

CASTAÑO

Son más de mil no sé que es;

espera, irelos trayendo,

que aquí unos mozos los tienen.

BEATRIZ

Para ponerlos mejor,

pongamos aquí un bufete.

(Sacan un bufete, y desde la puerta van tomando azafates cubiertos.)

CASTAÑO

Estos son de Portugal

dulces.

BEATRIZ

Di dulces dos veces,

pues dos veces lo serán

por dulces y portugueses.
CASTAÑO
Chocolate de Guajaca
esto, y estos que aquí vienen,
tocados, cintas, y medias,
guantes, pastillas, pebetes,
faldriquetas, zapatillas,
y bolsos estos.
BEATRIZ
Bien huelen.
CASTAÑO
Toda esta salsa, Beatriz,
han menester las mujeres,
para que no huelan mal,
y más las propias.
BEATRIZ
Tú mientes.
CASTAÑO
Esto es cuanto a esto, que aquí
vienen joyas excelentes
en este contador, que hoy
es contador de mercedes.
BEATRIZ
Bien está; pero aquí falta
una alhaja.
CASTAÑO
¿Qué es?
BEATRIZ
Atiende:

Un cierto vestido mío,
que destas bodas alegres
de ribete se me da.
CASTAÑO
Forzoso era que lo fuese,
porque ya, Beatriz, di, ¿cuál
vestido no es de ribete?,
mas no le quise traer,
que hay un grande inconveniente.
BEATRIZ
Di, ¿cuál?
CASTAÑO
A mí me han parlado,
que de un bergantón ausente,
que por colada, y tizona
era Mosquito dos veces,
fuiste, sin ser la violada,
Violante de Navarrete,
de sus botones ojal,
y de sus cintas ojete.
Hame dado pesadumbre
el caso, y no me parece
que será puesto en razón
que de Castaño se cuente,
que con él te vistes, y con
otro te desnudas.
BEATRIZ
Tente:

pues, ¿dasme el vestido tú?
CASTAÑO
No; pero hasta el traerle,
que es como dar por tablilla
a la bola que está enfrente.
BEATRIZ
Aun siendo eso, no hay razón,
que Mosquito solamente
fue en hacer faltas con él,
pelota de mi trinquete.
Y si va a decir verdad,
tú solamente me debes
más lágrimas en un hora
que Mosquito en treinta meses,
que de lástima le quise
solo por ser buen pobrete,
mientras hallaba otra cosa.
CASTAÑO
Tanto cuanto me enterneces:
este es, Beatriz, el vestido,
hecho, y derecho, y aqueste
el manto.
BEATRIZ
Y este un abrazo.
CASTAÑO
En fin, ¿solo a mí me quieres?
BEATRIZ
No está en uso querer solo
a nadie, basta quererte;

y pues con tu amo hoy

en casa vives, advierte,

que si hay dares, y tomares,

habrá dimes, y diretes,

y a Dios por ahora, que es bien

que aqueste aposento cierre

con llave, porque ninguno

aquí no salga, ni entre.

CASTAÑO

Adiós.(Vase.)

BEATRIZ

Quédese el vestido

con lo demás: ¡quién sirviese

un ama que fuera novia,

cada mes una, u dos veces!(Vase.)

Escena X

CÉSAR y MOSQUITO a la puerta.

MOSQUITO

Vive Dios, que he de salir.

CÉSAR

¿Dónde has de salir?, detente.

MOSQUITO

Si hemos oído cerrar

la puerta deste retrete,

y que han dejado en él dulces,

¿cómo podrás detenerme,

cuando, aunque fueran amargos,

me supieran lindamente?

CÉSAR

No hagas ruido.
(Saca la mano y arroja él un azafate, al tomar otro, y derriba el bufete.)
MOSQUITO
¿Cómo no,
si no me deja el bufete
abrir la trampa?, ya alcanzo
un azafate: ¡oh, si fuese
el de los dulces!, los guantes
son, el demonio los lleve:
a echar vuelvo la redada.
CÉSAR
¿Qué has hecho?
MOSQUITO
Ruido.
CÉSAR
¿Tú quieres
destruirme?
MOSQUITO
Comer quiero,
como tú.
CÉSAR
Darete muerte;
que es veneno para mí
todo lo que está presente.
MOSQUITO
Morir de veneno, o hambre,
muere a lo más conveniente.
CÉSAR
Harasme que todo junto,
lo arroje, lo rompa, y queme

con el fuego de mi pecho;

o que lo inunde, y anegue

con el llanto de mis ojos.

MOSQUITO

¡Si tanto fuego tuvieses,

y si tanta agua llorases,

que hacer pudiéramos este,

chocolate! ¡Oh, Jesús mío!

CÉSAR

¡Qué darse quejas oyese

D. Juan, y Lisarda, cielos,

ella con dulces desdenes,

él con amantes finezas,

y yo escucharlo pudiese!

MOSQUITO

Pues si a eso va, yo también

he escuchado claramente

pisar al Frisón Castaño,

y a la Beatricilla en este

pesebre de amor; empero.

digan lo que se dijeren,

que de lástima me quiso,

sea buen pobrete, o riquete,

y coma yo lo que él trae,

que otro despique no tienen

celos, sino valer algo,

porque sabe lindamente

CÉSAR

lo que otro compra.

En efecto,

ya aquí lo más conveniente

es dejar anochecer,

o despechado, o valiente

determinarme a salir.

MOSQUITO

Si tú en la calle tuvieses

prevenidos para todo

tus amigos, y parientes,

fuera seguro el empeño.

CÉSAR

Tú, Mosquito, que no eres

conocido, bien pudieras,

pues hoy anda tanta gente

revuelta en aquesta casa,

a salir de aquí atreverte.

MOSQUITO

Por salir a beber algo,

no habrá cosa que no intente.

CÉSAR

Tú has de salir, y avisar

desto a quien yo te dijere.

MOSQUITO

Yo si hiciera; pero temo.

CÉSAR

¿Tu, aunque te vean, qué temes?

MOSQUITO

Ser tan Rey, que en la capilla

me diga misa un bonete;

pero algo he de hacer por ti;

y una cosa se me ofrece

para salir encubierto,

que no puedan conocerme.

El vestido de Beatriz

me disfrazará; a ponerle

ayuda.

CÉSAR

La puerta abren.

MOSQUITO

Ya, aunque al demonio le pese

hay que comer, y vestir,

venga ahora lo que viniere.

(Éntranse los dos en la escalera.)

Escena XI

BEATRIZ y LISARDA, a la puerta.

BEATRIZ

Digo que en toda mi vida

no he visto tan excelentes

y aliñados azafates.

LISARDA

Verelos, porque no piense

Don Juan, que no los estimo;

pero, ¿qué estrago es aqueste?

BEATRIZ

Esto ya es hecho, porque es

paso de la Dama Duende,

y no he de pasar por él.
LISARDA
¿Quién entró, que desta suerte
lo ha puesto, Beatriz?
BEATRIZ
Ninguno
pudo entrar, porque yo siempre
tuve la llave conmigo.
LISARDA
Pues siendo eso así, tú tienes
la culpa, que lo dejaste
de modo, que se cayese.
BEATRIZ
¿Cómo pudo?
LISARDA
¿Quién querías
que para esto solo abriese?
BEATRIZ
Quien no abrió para esto solo:
¡hay más desdichada suerte,
señores!
LISARDA
Pues, ¿qué más falta?
BEATRIZ
Mi vestido, y sin ponerle.
LISARDA
¿Qué vestido?
BEATRIZ
El que me dio(Llorando.)
D. Juan.

Escena XII
Dichos, D. DIEGO y OTÁÑEZ.
DIEGO
¿Qué ruido es aqueste?
BEATRIZ
Y el manto también.
LISARDA
Aquí
puso Beatriz todo este
regalo, que envió D. Juan,
y le hallamos desta suerte,
y falta un vestido suyo.
BEATRIZ
Ay señor, y sin ponerle.
OTÁÑEZ
Sí, pero no sin quitarle:
si una viga más tuviese
esta casa, no faltara,
Beatriz, tu vestido.
DIEGO
Siempre
en las mudanzas de casas
aquestas cosas suceden.
Id cogiendo todo eso,
y trata de recogerte
en tu cuarto, porque el tiempo
que aquí D. Juan estuviere
sin desposarse, ha de ser
el que menos ha de verte.

LISARDA
Tanto obedecerte estimo,
que porque a verme no entre
de noche en mi cuarto, quiero
estar recogida; venme
a desnudar, Beatriz.
BEATRIZ
Quien
me ha desnudado a mí, puede,
que sabrá mejor, que yo.
LISARDA
No llores, que fácilmente
se remediará; aunque he dicho
que tengo de recogerme,
no lo he de hacer, hasta ver
a qué hora D. Juan viene:
trae luz, Beatriz.
¡Ay señores,
mi vestido, y sin ponerle;
notable descuido ha sido!(Vanse las dos.)
Escena XII
DIEGO y OTÁÑEZ.
OTÁÑEZ
Ha estado aquí tanta gente
hoy, que no es mucho que falte
aun más que esto.
DIEGO
¿Otáñez, tiene

prevenido ya su cuarto

D. Juan?

OTÁÑEZ

Y curiosamente

aderezado.

DIEGO

Id a ver

si en él falta algo, y ponedle

luces, porque ya la noche

cerrando baja. ¡Oh qué alegre

día fuera para mí,(Vase OTÁÑEZ)

si mi hijo viera este!

¡Oh si me viera vengado

del traidor que le dio muerte!,

mas no quiso mi fortuna

tantas dichas concederme,

que llegase.

Escena XIII

Dicho y CELIA con manto.

CELIA

Caballero,

si al amparar las mujeres,

heredada obligación

es de todos los que tienen

noble sangre, pues con ella

nacieron a ser corteses,

amparad una mujer,

ya que la trajo su suerte

a vuestros pies, que no en vano
esta dicha he de deberle.
Un hombre, que de mi honor
le hicieron dueño las leyes
de la sangre, hacia aquí airado
siguiéndome, ¡ay de mí!, viene
y está en que no me conozca
el honor suyo, y mi muerte;
haced, por quien sois, señor,
que hasta aquí, ¡ay cielos!, no entre;
porque yo, sino...
DIEGO
Callad,
no digáis más, que no deben
escuchar los caballeros
más razón a las mujeres,
para ampararlas, que verlas
afligidas; a tenerle
saldré, y aun a desvelarle
las sospechas que trajere;
y a no poder con razones,
podré con la espada, que este
pecho volcán es, que ostenta
dentro fuego, y fuera nieve.
Aquí esperad; mas de aquí
no habéis de pasar, que en este
cuarto una hija mía vive,

y no quiero yo que llegue

a saber, que hoy en el mundo

aquestas cosas suceden.(Vase.)

Bien hasta aquí ha sucedido

este atrevimiento; déme

fortuna amor, si es que amor

fortuna para sí tiene.

Acercareme al tabique

de la escalera.

Escena XIV

CELIA, D. CÉSAR, y MOSQUITO vestido de mujer.

CÉSAR

Ahora puedes

salir mejor, porque siendo

ahora cuando anochece,

antes que se enciendan luces

podrá ser salir sin verte,

que yo, hasta que eche de ver

que estás fuera, por si vuelves,

no me quitaré de aquí,

a todo trance valiente.

MOSQUITO

Dios vaya conmigo, amén.

CÉSAR

La seña, Mosquito, advierte,

que ha de ser, cuando en la calle

estés con armas, y gente

disparar una pistola,

porque a mi noticia llegue,

para que yo salga.

MOSQUITO

Salga

yo ahora, que es lo que conviene.

CELIA

Un bulto se va acercando

a mí.

MOSQUITO

Un bulto hacia mi viene.

CELIA

No podré llamar a César,

en tanto que no se fuere.

(Cambian de lugares CELIA y MOSQUITO.)

MOSQUITO

Él no me ha visto, pues no

me habla nada.

¡Oh, si se fuese!

MOSQUITO

¡Oh, si encontrase la puerta!

Escena XV

Dichos y D. DIEGO acercándose a MOSQUITO.

DIEGO

Señora, seguramente

podéis salir, que en la calle

no hay un hombre que os espere.

MOSQUITO

Es grande merced que me hacen.

DIEGO

Este portal, el de enfrente,

y todos están seguros.
MOSQUITO
Lindamente me parece:
si hay ángeles entrecanos,(Ap.)
el de mi guarda es aqueste.
DIEGO
Venid conmigo, que yo
hasta donde vos quisiereis
iré con vos.
MOSQUITO
Que me place:
si esto ahora me sucede(Ap.)
por un vestido inhumano,
que a media pierna me viene,
yo juro de no traer
otro traje eternamente.
Bien hayan los tres Poetas,
que piadosos, y corteses
sacaron a luz los pri-
vilegios de las mujeres.
DIEGO
Pobre señora afligida,
aun a hablarme no se atreve.(Vanse.)
Escena XVI
CELIA y D. CÉSAR.
CELIA
Ya se van los que allí hablaban;
razón no pude entenderles:

ahora por la noticia

desta casa, en pasos breves

llegaré hasta la escalera:(Llega.)

César, señor.

CÉSAR

¿Por qué vuelves,

Mosquito?

CELIA

No soy quien juzgas,

D. César.

CÉSAR

¿No?, pues, ¿quién eres?

CELIA

Detente, no te alborotes,

Celia soy.

CÉSAR

¿Celia?

CELIA

Sí, que este

extremo de amor, no más

que Celia supiera hacerle.

Dejete anoche y mandé

a Inés, para que te diese

aquella llave maestra,

con que tú salir pudieses

de aquí, donde a tus desdichas

les fuera más conveniente:

halló la justicia aquí,

volvió después, ¡dura suerte!

y halló alquilada la casa
a tu enemigo en tan breve
tiempo; mas, ¡cuándo desdichas
gastaron más tiempo que este!
No se atrevió a entrar en ella;
yo viéndote en tan urgente
peligro, aunque en casa estoy
de quien guardada me tiene,
della he salido, no importa
el cómo, basta que puede
mi ingenio haber hecho, que
el mismo D. Diego fuese
quien me trajese hasta aquí
y a esta causa detenerme
no puedo; la llave es esta,
con ella, cuando pudieres,
saldrás; y a Dios, César, que
si donde me dejó, vuelve
D. Diego, y no me halla allí,
podrá ser que algo sospeche.
CÉSAR
Oye, escucha.
CELIA
No es posible,
y más ahora, que viene
con luz; cierra tú esa puerta,
porque a ti no puedan verte,

que a mí no importa, supuesto

que aquí D. Diego me tiene;

pues el llegar hasta aquí,

disculpará fácilmente

mi mismo temor.

CÉSAR

Ay Celia,

mucho mi vida te debe:

amor, déjame pagar

obligaciones tan fuertes.(Cierra.)

Escena XVII

OTÁÑEZ, D. JUAN y D. DIEGO, salen con luz.

DIEGO

No quiso, en fin, la mujer,

que acompañándola fuese

más, que a esa primera calle.

JUAN

¡Extrañas cosas suceden!

CELIA

No llego a hablar a D. Diego,

hasta que solo se quede.

DIEGO

Llevad esa luz al cuarto

de D. Juan, ya que merece

mi casa desde este día

tan noble, y honrado huésped.

JUAN

La dicha, señor, es mía.

DIEGO

Que yo he de quedarme en éste.(Vase.)

Escena XVII

CELIA y D. JUAN.

CELIA

Pues, ¿cómo sin acordarse

D. Diego de que me tiene

aquí en su cuarto se ha entrado?

Sin duda, volviendo a verme

adonde me dejó, y viendo

que faltaba, le parece

que me fui, sin esperarle.

JUAN

Hoy tengo de recogerme

temprano, porque Lisarda

no se enoje.

CELIA

Si ha de verme

D. Juan, mejor es contarle

lo que ha pasado, no lleguen

a echarme menos en casa,

que es ya muy tarde.

Escena XIX

Dichos, y CASTAÑO.

CAST.

Aquí viene

un caballero a buscarte.

JUAN

¿A estas horas? Dile que entre.

CAST.

Entrad.

Escena XX

Dichos, y D. FÉLIX.

FÉLIX

A solas me importa

hablaros.

CELIA

Mi hermano es este.

JUAN

Salios los dos, y dejad

la luz sobre ese bufete.

(Vanse OTÁÑEZ, y CASTAÑO.)

Escena XXI

CELIA, D. FÉLIX y D. JUAN.

CELIA

En extraño aprieto estoy;

ni a salir puedo atreverme,

ni estar aquí; aquí me escondo,

hasta que se vaya Félix.

JUAN

Ya estáis solo; ¿qué traéis?

hablad.

FÉLIX

Sí haré, si pudiere.

JUAN

Apasionado venís;

mejor estaréis en este

cuarto, entrad donde os sentéis.

CELIA

¡Ay de mí, si llega a verme!

FÉLIX
No he venido tan despacio;
escuchad, yo seré breve.
D. Juan, si sois mi amigo,
y si de que lo soy vuestro, es testigo
aquesta casa, donde (voz no tengo),
vos me buscasteis, y a buscaros vengo,
que en un día no más están trocados
en los dos con la casa los cuidados:
oídme, aunque parezca villanía,
venir tan puntual la pena mía
a cobrar una deuda, a que obligado
estáis.
JUAN
A todo estoy determinado:
decidme, ¿qué mandáis?
FÉLIX
Una fineza
digna de ese valor, y esa nobleza.
JUAN
Decid, pues, ¿qué queréis?
FÉLIX
Que si habéis hecho
más diligencias, como yo sospecho,
de saber de D. César, homicida,
que a vuestro primo le quitó la vida;
si habéis rastreado, ¡ay cielos!, o sabido
dónde en todo Madrid está escondido,

pues le habéis de buscar determinado.
JUAN
¿Qué?
FÉLIX
Que habéis de llevarme a vuestro lado.
JUAN
Eso, Félix, yo había
de pedíroslo a vos.
FÉLIX
La pena mía
esto os ruega, porque, ¡desdicha fuerte!,
me importa más que a vos darle la muerte.
JUAN
Pues, ¿qué os ha sucedido
con él de anoche acá, que os ha movido
a salir solo a esto?
Yo os dijera
la causa, si la causa lo sufriera;
que pronuncian de un noble, ¡ay Dios! los labios
o mal o tarde, o nunca los agravios.
FÉLIX
Yo tengo duda, ¡ay Dios!, como lo diga,
una aleve, una fiera, una enemiga,
una injusta tirana,
una, ¿qué sirven frases?, una hermana:
Esta, pues, causa fiera
de que yo desde Italia me viniera,
en Madrid me ha tenido,
hermano, con cuidado de marido:

mal haya parentesco tan injusto,
que es tan todo al pesar, tan nada al gusto;
en fin, anoche a Celia, ya lo visteis,
llevé a una casa, vos testigo fuisteis,
pues hoy della ha faltado, ¡ay enemiga!
diciendo que iba a ver a cierta amiga,
y volviendo por ella,
no estaba de visita ya con ella.
La amiga, pues, turbada
dijo, que de su casa muy tapada
salió, porque la dijo ser su intento
el irme a ver a mí al retraimiento,
y que importaba mucho sola fuese,
porque al verla, de mí nadie supiese.
Diréis que esta desdicha ¿en qué ha tocado
a César?, pues dél nace su cuidado:
cuando en la guerra yo de paz gozaba,
el dueño de la casa en que hoy estaba,
me escribió que la muerte,
que a vuestro primo dio César, ¡oh, fuerte
dolor!, por ella fue, y yo, si he inferido
que habiendo ayer, ¡ay Dios!, César venido,
y hoy mi hermana faltado,
no te dé aquella causa este cuidado:
y así, pues a vos hoy en esto alcanza
un enojo venganza,

y en mí mi desagravio,

cuerdo solicitad, e inquirid sabio

donde está, deudos tiene, amigos tiene,

y buscarle entre todos nos conviene;

que yo desesperado,

ya que tan claramente aquí os he hablado,

me voy huyendo, porque en tanto abismo

aún yo tengo vergüenza de mí mismo.(Vase.)

Esperad, que no tengo de dejaros

ir solo, y es preciso acompañaros;

cerrad, hola, esta puerta,

y hasta que vuelva yo, a nadie esté abierta.(Vase.)

Escena XXII

CELIA.

¿Habrá, cielos, más desdichas?,

¿habrá, cielos, más temores,

que en mi agravio se conjuren,

que en mi daño se convoquen?:

¿qué he de hacer aquí?

Escena XXIII

LISARDA, y BEATRIZ, salen medio vestidas.

LISARDA

¿Qué dices,

Beatriz?

BEATRIZ

Digo lo que oyes.

LISARDA

¿D. Juan ha vuelto a salir

de casa a la media noche?
BEATRIZ
Sí, señora.
CELIA
Mas, ¡qué dudo!
estas ciegas confusiones
sino: mas, ¡ay de mí!
LISARDA
Aguarda.(Repara en CELIA.)
BEATRIZ
Pues, ¿qué hay, que así te alborote?
LISARDA
¿Quién eres?
CELIA
Una mujer.
LISARDA
¿A quién buscas aquí?
CELIA
A un hombre.
LISARDA
Descúbrete.
CELIA
No haré.
BEATRIZ
Esta(Da voces.)
es sin duda.
LISARDA
No des voces.
BEATRIZ
La que me hurtó mi vestido.
LISARDA
Huyendo de mí se esconde.

BEATRIZ
No entres allá, sin llamar
gente.
LISARDA
¡Qué poco conoces
de celos!, toma esa luz,
donde hay celos, no hay temores.
(Éntranse las dos tras CELIA.)
Escena XXIV
D. CÉSAR.
Ya que tan quieta la casa,
ruido ninguno se oye,
saldré, pues que tengo llave
con que abrir, para ir adonde
repare el daño de Celia,
¡qué escuché!, ¿ahora estáis torpes,
pues? mirad, que las desdichas
tienen pasos de ladrones.
La puerta hallé ya; a Dios, pues,
infelices confusiones
de un desdichado: ¡ay, Lisarda!,
goza feliz tus amores,
sin verlo yo.
Escena XXV
Dicho, D. JUAN.
JUAN
¿Quién va allá?
CÉSAR

¡Ay de mí!
JUAN
¿Quién es?
CÉSAR
Un hombre.
JUAN
¿Qué hombre en esta casa?
CÉSAR
Uno,
que si el mundo se le opone,
ha de salir, sin que nadie
le conozca, ni lo estorbe.
JUAN
Sí hiciera, a no ser yo quien
a estorbarlo se dispone.
Escena XXVI
Dichos, CELIA, y LISARDA, tras ella.
LISARDA
Tengo de verte la cara.
CELIA
No harás, aunque a eso te arrojes.
LISARDA
¿Cómo has de estorbarlo?
JUAN
¿Cómo has de estorbarlo?
CÉSAR
Así.
CELIA
Así.
(Mata CELIA la luz, y sacan D. CÉSAR, y D. JUAN la espada, y riñen.)
BEATRIZ

(Dentro.) Ruido de espadas se oye.
CÉSAR
Alborotada la casa
está, vuelvo a entrarme donde
no me vean.
LISARDA
Hola, luces.
CELIA
El mismo secreto logré,
escondiéndome en él.
JUAN
No
te siguen mis pies veloces,
por no dejar esta puerta.
LISARDA
Porque la puerta no tomes,
della no me he de apartar.
JUAN
Traed luces.
LISARDA
¿Nadie me oye?
CÉSAR
¿Quién va?
CELIA
¿César?
CÉSAR
Entra Celia,
y en la escalera te esconde.
LISARDA
¡Aquí, Beatriz!
JUAN

¡Luces, luces!

Escena XXVII

Dichos, BEATRIZ, y OTÁÑEZ, por distintas puertas con luces.

LISARDA

¡Cielos!

JUAN

¡Cielos!

JUAN

¡Marchose!

LISARDA

¿Dónde la tapada ocultas?

JUAN

¿Dónde al embozado escondes?

¿Yo una tapada, traidora!

LISARDA

¡Yo aleve!, ¡ocultar a un hombre!

JUAN

¡Yo le encontraré!

LISARDA

¡De poco

han de servir tus traiciones,

que yo he de hallarla!, ¡Beatriz,

por aquese lado corre

que hemos de verla!...

JUAN

¡Castaño!,

de esa puerta me responde

que he de matarle!

BEATRIZ

¡Serán

ladrones!

LISARDA

¡Sí, sí!, ¡ladrones

de mi amor!

JUAN

¡Y de mi honra!

¡Ay!, ¡qué mujeres!

LISARDA

¡Ay!, ¡qué hombres!

(Vanse por distintos lados BEATRIZ delante, y OTÁÑEZ queda con la luz en una mano, y la espada en otra guardando la puerta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero

Escena primera

CÉSAR sale de la escalera y saca a CELIA desmayada.

CÉSAR

Apenas, sin reparar

mis desdichas en la ociosa

murmuración del que diga,

que no está bien a la honra

de Celia haberse ocultado,

iré pasando por todas

estas calumnias injustas,

atento a su vida sola.

Desmayada, o muerta, en fin,

ha estado apenas una hora;

y aunque rendida ya al susto

de que a su hermano le oiga,
que la ha de dar muerte; ya
a la pasión rigurosa
de verse en ajena casa,
donde sus peligros nota;
y a mirar que medio pueden
darme mis ansias dudosas.
Llamar a quien con piedad
la vida a Celia socorra,
no es posible; pues dejarla
morir sin remedio, y sola,
será crueldad: si de cuantos
oyeren después mi historia,
alguno ha de haber, que diga,
que tuve que hacer, no esconda
su ingenio, sino anticipe
el consejo a la congoja.
Irme y dejarla, es bajeza,
y más, habiendo ella propia
venido a darme la vida;
declararme, es acción loca.
Si a darme la libertad
has venido, o Celia hermosa,
como eres tú misma, ¿cómo
la que me la quita ahora?,
¿en quién hallaré consuelo?,

mas a una persona sola
me puedo fiar; Beatriz,
en quien mi pena amorosa
halló favor, o le hallaron
mis dádivas generosas
valerla podrá, que en fin
cualquier mujer es piadosa,
y de la que está afligida
el mejor médico es otra:
yerre o acierte, a ella quiero
declararme, que aunque ponga
a riesgo todo el secreto,
¿a qué más riesgo, que ahora,
puede estar entonces?, haga
leal a mi pena traidora:
este medio elijo, pues
no me dan otro que escoja;
y pues aclarando el día
viene en brazos de la aurora,
a buscar voy un remedio;
ya vuelvo, Celia, perdona.
(Déjala sentada, vase y vuelve ella en sí.)
Escena II
CELIA.
¡Ay de mí!, mi propio aliento
es el que hoy más me ahoga;

pues, aun para respirar,
le niega al pecho la boca:
sin vida estoy, y con alma
toda viva, y muerta toda,
¿a quién dieron sus desdichas
en aire a beber ponzoña?
César, si acaso: ¿qué es esto?,
fuera del tabique, y sola
estoy, sin hablar con nadie,
que me escuche y me responda:
¿César, César?, me ha dejado,
hase ido, es cierta cosa;
pues él de aquí no saliera
con tal riesgo su persona,
sino para irse: ¿qué dudan
mis desdichas, o qué ignoran?
pues, dos veces serán ciertas
por ser desdichas, y propias.
¡Ay, ingrato!, que primero,
que a mí, tú en salvo te pongas,
¿qué he de hacer?, si hablo a Lisarda,
estando de mí celosa,
es error: si a D. Juan hablo,
siendo D. Juan quien hoy toma
a cargo el honor de Félix,
es aventurarme loca:

solo a D. Diego pudiera
decir menos temerosa
todo el suceso, que al fin
es noble, y solo a la sombra
de las canas el honor
seguramente reposa.
Esto es, si no lo mejor,
lo menos malo, aunque ahora
ejecutarse no pueda;
porque ya una puerta, y otra
de Lisarda, y de D. Juan
abren, otra vez me esconda
este sepulcro; que yo
al rigor de mis congojas,
como gusano de seda,
fabriqué para mí propia.
(Éntrase en la escalera.)

Escena III

LISARDA, BEATRIZ, D. JUAN y CASTAÑO por las puertas de los lados.

LISARDA

Mira si está ya vestido
mi padre: ¡triste cuidado!

JUAN

Mira si está levantado
D. Diego: ¡pierdo el sentido!

BEATRIZ

En su aposento hay ruido.

CASTAÑO

Ruido en su aposento oí.
LISARDA
Contarele lo que vi.
JUAN
Sin declararle por qué,
licencia le pediré.
LISARDA
¿Es D. Juan?
JUAN
¿Lisarda?
LISARDA
Sí.
JUAN
¿Qué es esto?, ¿tan desvelada
te tiene aquel embozado?
LISARDA
¿Tan necio a ti te ha dejado
aquella dama tapada?
JUAN
¿Qué a estas horas levantada
estás?
LISARDA
¿Qué me hables así?
JUAN
Yo digo lo que yo vi.
LISARDA
Yo digo lo que vi yo.
JUAN
¿Y eso no es mentira?
LISARDA
No,

pero, ¿esotro es verdad?
JUAN
Sí.
LISARDA
Mira no me hagas, D. Juan,
perder el juicio, por Dios.
JUAN
Perderémosle los dos,
si en eso tus cosas dan.
LISARDA
Pues que presentes están
sólo los que han entendido
todo lo que ha sucedido,
hablemos con más acuerdo.
JUAN
¿Cómo he de hablar, cuando pierdo
de imaginarlo el sentido?
LISARDA
Pues, ¿qué viste?
JUAN
Un hombre vi,
que deste cuarto salía,
y con una llave abría.
LISARDA
Pues escucha ahora.
JUAN
Di.
LISARDA
Si ayer, D. Juan, vine aquí,
¿qué tiempo tuve, D. Juan,

para dar a ese galán
llave del cuarto?, ¿no ves
cuanto mejor pensar es,
que son ladrones, que están
más hechos a esos excesos?
JUAN
No son en las ocasiones
tan valientes los ladrones.
LISARDA
Valientes hacen sucesos,
y ayuda también a esos
discursos haber habido
un hurto, si ya no ha sido,
que quieres decir también,
que mi galán era quien
hurtó a Beatriz el vestido.
BEATRIZ
Y nuevo.
LISARDA
Más fundamento
hubiera en lo que vi aquí.
JUAN
¿Qué viste?
LISARDA
Una mujer vi
recogida en tu aposento.
JUAN
¿Fuera tal mi atrevimiento,
que yo a tu casa trajera

mujer la noche primera

que era huésped?

LISARDA

Quien le tiene

tal, que a media noche viene,

tenerle en todo pudiera.

JUAN

Si de una a otra queja pasa,

ambas las he de amparar:

¿qué había de ir a buscar,

si estaba mi dama en casa?

Luego en suerte tan escasa,

bien claro te da a entender

el que yo tuve que hacer

otra cosa, o que no ha sido

mi dama la que he escondido,

pues que fuera la iba a ver,

sino soy tan infeliz,

y tengo tan mala fama,

que presumas, que mi dama

le hurtó el vestido a Beatriz.

BEATRIZ

Y sin ponerle.

LISARDA

Un matiz

viste con igual porfía

tu queja y la mía este día,

porque haya quien arguya,

para creída la tuya,

para dudada la mía.

JUAN

Porque no tiene en la ira

tan grande facilidad

el decir una verdad,

como oír una mentira;

fuera de que si se mira

igual la queja al dolor,

aun en lo igual es mayor

la mía, apurar es justo,

que la tuya toca al gusto,

Lisarda, y la mía al honor.

LISARDA

Bien sabe mi vanidad,

que de tal hombre no sé.

JUAN

Verdad cuanto dije fue.

LISARDA

Será de otra calidad

tu verdad de mi verdad.

JUAN

Sí, que en mí duda el honor.

LISARDA

En mí acredita el valor.

JUAN

Yo sé que un hombre he encontrado.

LISARDA

Yo que una tapada he hallado.

Escena IV
Dichos, D. DIEGO.
DIEGO
¿Qué es esto?
LOS DOS
Nada, señor.
DIEGO
¿Tan presto los dos, ¡ay Dios!,
levantados? D. Juan, pues
tan mal hospedaje es
esta casa para vos,
y aun para ti, que los dos
estáis a esta hora vestidos?
JUAN
Disimulen mis sentidos:(Ap.)
¿no miras que desvelados
mal amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?
LISARDA
Si a mí me estuviera bien,
la misma respuesta diera.
JUAN
¡Oh, quién creerla pudiera!
LISARDA
¡Oh, quién no dudarla, quién!
DIEGO
La disculpa está muy bien
fundada; y porque veáis
si en obligación me estáis,
para sacar madrugué

una licencia, con que
hoy desposaros podáis,
de las amonestaciones
supliendo la dilación.
JUAN
Yo estimo, como es razón,
las muchas obligaciones
en que cada día me pones;
pero basta haber traído
la dispensa, que ha suplido
el parentesco, y no es bien
hacer dispensar también
el tiempo que.
LISARDA
Y yo te pido,
que lo dilates, señor,
todo cuanto tú pudieres.
DIEGO
Si esto pides, y esto quieres,
aun nunca será mejor;
pero paréceme error
madrugar para tan vana,
tan inútil, tan liviana
pretensión; y en fin, si no
queréis hoy casaros, yo
quizá no querré mañana.
JUAN
Yo, señor, siempre.

LISARDA
¡Ay de mí!
JUAN
Me tendré por muy dichoso
en ser de mi prima esposo,
excusarte pretendí
nuevos cuidados; y así.
DIEGO
Claro está, que no habrá sido
otra la causa que ha habido,
porque, aquí para los dos;(Ap.)
ni me la dijerais vos,
no, ni vo la hubiera oído.(Vase.)
Escena V
LISARDA, D. JUAN y BEATRIZ.
LISARDA
Bien ves cuán necio has estado
JUAN
¿Has tu acaso, por tu vida,
estado más entendida?
LISARDA
Sí, pues he disimulado
tanta parte a mi cuidado.
JUAN
Yo no sé disimular
a mi costa mi pesar,
y hasta que sepa después
quién el embozado es,
no me tengo de casar.(Vase.)

Escena VI
LISARDA y BEATRIZ.
LISARDA
Cielos, ¿habrá sufrimiento
para tanta sinrazón?,
¡sospechas en mi opinión!,
¡en mi fe, deslucimiento!,
cuando mi honor siempre atento
a su vanidad ha sido
risco del mar combatido,
roble del viento azotado,
donde uno y otro cuidado
se quedaron con el ruido.
BEATRIZ
Sentir, señora, es error,
las cosas con tanto extremo.
LISARDA
A nadie más, que a mí, temo.
BEATRIZ
Entra en este tocador
a aderezarte, es mejor,
que ya de ir a misa es hora,
LISARDA
Poco gusto tengo ahora
de tocarme; así me iré;
dame tú el manto, porque
no he de ir tarde así.
BEATRIZ
Señora,

el manto está aquí, que yo

limpiándole, ahora estaba.

LISARDA

Ponle, y ponte el tuyo, acaba,

y llama a Otáñez. ¿Quién vio

más pesares? ¡En mí halló

entrada indicio tan grave!,

mas, ¡ay!, que no hay quien se alabe

de que se libró a esta ofensa,

donde es vicio que se piensa

más, que virtud que se sabe.

Hombre en mi casa escondido,

¿qué pudo dar tal cuidado?

Escena VII

D. CÉSAR, LISARDA, que se sienta en una silla y queda suspensa.

LISARDA

Ocasión de hablar no he hallado

a Beatriz; pero harto ha sido

no ser de nadie sentido,

y vuelvo, ¡ay Dios!, por qué no

a Celia, que aquí quedó

desmayada, hallen aquí:

¿todavía estás así,

mi bien?

LISARDA

¿Quién me habla así?

CÉSAR

Yo.

LISARDA
Pues, ¿tú, D. César?
CÉSAR
¡Qué azar!
LISARDA
¿En mi casa?
CÉSAR
¡Qué temor!
LISARDA
¿Tú en mi cuarto?
CÉSAR
¡Qué rigor!
LISARDA
Responde.
CÉSAR
No acierto a hablar,
porque helado...
LISARDA
¡Qué pesar!
CÉSAR
El labio.
LISARDA
¡Qué sinrazón!
CÉSAR
Enmudece.
LISARDA
¡Qué traición!
CÉSAR
Y al verte.
LISARDA
¡Qué atrevimiento!
CÉSAR

Le falta aliento al aliento,
y razón a la razón.
LISARDA
¿Cómo, di, el rostro encubierto
tuviste, ¡ay, cielos!, tuviste
cuando la vida me diste,
y no ahora que me has muerto?
Erradas, César, advierto,
tus acciones, por indicios
de trocados ejercicios;
pues hacen tu voz, tus labios
cara a cara los agravios,
pero no los beneficios.
Si cuando más me adoraste,
de mí más dejado fuiste;
si del todo me perdiste,
cuando a mi hermano mataste:
baste ya, D. César, baste
la porfía, que ésta fue
tu estrella, ya me casé,
ya no te queda esperanza:
si no vienes por venganza,
di, ¿por qué vienes, por qué?
Hable tu temeridad.
CÉSAR
¿Cómo la he de responder?(Ap.)
pues cuando vo quiera hacer

virtud la necesidad,

echando a su voluntad

la culpa, para moverla;

Celia, pues no llego a verla,

cobrada al desmayo, está

sin duda, oyéndome ya:

¡Oh, que tirana es mi estrella!

LlSARDA

¿Qué dices?

CÉSAR

Si yo supiera

decir a lo que he venido,

mi discurso enmudecido,

¡qué buen retórico fuera!,

solamente considera,

pues que yo mismo lo ignoro,

pues no lo digo, y lo lloro,

que vendré en mal tan severo,

o a vivir con lo que quiero,

o a morir con lo que adoro.

Si está en esta casa el bien

que yo adoré, y yo perdí.

LISARDA

César, no me hables así,

que ya no es justo ni es bien;

cobarde la voz detén,

y dime si anoche fuiste

el que a esta casa viniste

a darme la muerte?

CÉSAR

No.

LISARDA

Pues dete dos vidas yo,

por una que tú me diste:

vete ya de aquí, porque

si mi padre, o si mi primo,

a quien como esposo estimo,

ya uno, o ya otro te ve,

es fuerza que yo les dé

satisfacción.

CÉSAR

¡Qué esto haya!(Ap.)

parad desdichas, a raya,

LISARDA

Vete antes que a verte lleguen.

CÉSAR

¿Quién creerá que ya me rueguen

que me vaya, y no me vaya?,

pues no he de dejar en tal(Ap.)

peligro a Celia.

Escena VIII

Dichos, BEATRIZ, alborotada.

BEATRIZ

¡Ay, señora!,

¿esto tenemos ahora?

LISARDA

¿Qué hay Beatriz; es otro mal?
BEATRIZ
Pendencia hay en el portal,
y en las voces y el rumor
es...
LISARDA
¿Quién?
BEATRIZ
D. Juan, mi señor,
con un hombre que ha encontrado
en la calle.
CÉSAR
Mi cuidado(Ap.)
siempre viene a ser mayor.
LISARDA
¡Ay de mí! si ve salir
de aquí a D. César D. Juan,
a evidencias pasarán
sus sospechas: pues decir
que él se ha atrevido a venir,
sin mí, a estar aquí conmigo
haciendo a mi honor testigo
otra sospecha es cruel,
pues no se viniera él
en casa de su enemigo
a no tener ocasión
mayor, que a esto le obligara.
CÉSAR
Déjame salir.

LISARDA
Repara
que estoy en gran confusión,
mi opinión por mi opinión
hoy aventurar intento,
llévale tú a tu aposento.
CÉSAR
Más seguro aquí estaré,
déjame aquí.
LISARDA
¿Para qué?
que esto es público a mi intento
CÉSAR
Si le descubro el secreto,(Ap.)
no sé después lo que hará
por librarse; y pues está
libre Celia de este aprieto,
callarle quiero en efecto.
BEATRIZ
Ya sube por la escalera
D. Juan con otros.
LISARDA
¿Qué espera
tu vida?, escóndete, pues,
por mi honor, hasta después.
CÉSAR
Sólo por tu honor lo hiciera.
(Vase con BEATRIZ.)
Escena IX

OTÁÑEZ, CASTAÑO que traen agarrado a MOSQUITO, D. JUAN.
JUAN
Traedle los dos desa suerte,
hasta que en este aposento
diga donde está su amo.
MOSQUITO
Séame testigo el cielo
de que se ha hecho justicia;
sin vara y sin mandamiento,
¿cómo me pueden prender
vuesas mercedes?
LISARDA
¿Qué es esto?
MOSQUITO
Dos alguaciles, señora,
porfían, a lo que entiendo,
por no decir que hacen punta,
pues a estocadas me han muerto,
en traerme aquí, sin saber
porqué.
LISARDA
¡Ay de mí!, ya sospecho(Ap.)
la causa: aqueste es criado
de César, cuando aquí dentro
entró, se quedó en la calle,
adonde le conocieron.
JUAN
Yo te diré lo que ha sido:
este hombre que traemos

es de D. César criado.
LISARDA
Bien discurrí yo en lo cierto,
JUAN
Pasaba por esta calle
mirando, y reconociendo
esta casa; y es sin duda
que estando aquí de secreto
César, y habiendo sabido
que yo le busco resuelto,
envía a saber mi casa
para matarme, y yo quiero
que este criado me diga
dónde está su amo.
LISARDA
Hoy muero,(Ap.)
si él lo dice.
JUAN
Porque yo
madrugue, y mate primero:
metile en este portal,
donde amenazas y ruegos,
no han torcido su lealtad;
y así, por fuerza pretendo
que me lo diga, pues hoy
he de matarle, si luego
no dice dónde está César.
MOSQUITO

Yo lo dijera bien presto,(Ap.)

si no me hubieran traído

donde él mismo me está oyendo.

JUAN.

¿Dónde está tu amo?, dilo.

MOSQUITO

Si diré.

LISARDA

¡Válgame el cielo!,

hoy acabará mi vida,

si dice que está aquí dentro.

MOSQUITO

No está muy lejos de aquí,

y es verdad.

LISARDA

¡Ay de mí!(Ap.)

JUAN

Ea, presto;

dilo, pues.

MOSQUITO

En Portugal

entretenido le dejo

en ver unos solijones,

que le dan mucho contento.

JUAN

Si yo sé que está en Madrid,

y que ha venido encubierto

tres días há, que se apeó

en una posada, y luego

sé que Celia está con él,
¿cómo solicitas, necio,
encubrirlo?
MOSQUITO
Pues, ¿hay más
de que me den un tormento?
¿Quién querrá hacerse verdugo,
ya que los demás se han hecho,
sin más títulos?
JUAN
Yo sé
lo que se ha de hacer en esto;
palabra a Félix he dado,
que en público, ni en secreto
no haré diligencia alguna,
sin darle cuenta primero,
como más interesado
en la venganza que emprendo:
y así me importa avisarle
de que a este criado tengo
en mi poder; y entretanto
que aquí con D. Félix vuelvo,
que en un coche será fácil,
quedará en este aposento,
o retrete, que al fin es
más recogido y secreto,
pues que sólo tiene paso

a mi cuarto; y así cierro,

porque hasta hablar a mi amigo,

el lance apurar no puedo.

LISARDA

Quiera el cielo que se vaya,(Ap.)

porque pueda en este tiempo

echar a César de casa:

D. Juan, en todo obedezco.

JUAN

Dejadle solo los dos,

y a que nadie salga atentos,

no os quitéis de ese portal.

CASTAÑO

En él, señor, estaremos;

para que ninguno entre,

ni el bergante salga.

MOSQUITO

Quedo,

que prender pueden ustedes,

mas no hablar mal, caballeros.

JUAN

Que si la verdad no dices,

morirás; solo te dejo

a que pienses lo mejor,

aconséjate a ti mesmo,

o el secreto descubrir,

o dar la vida a este acero.

(Vanse todos cerrando la puerta.)

Escena X
MOSQUITO.

Dar a este acero la vida

o descubrir el secreto,

y aconséjate contigo:

aqueste es, viven los cielos,

un lance muy apretado;

pero qué dudo, ni temo,

si la cárcel donde estoy

es la misma que le dieron

a mi amo sus desdichas,

y que él lo sabe ya es cierto;

pues esperando estará

la diligencia que dejo

hecha para aventurarse

a salir, llamarle quiero:

¿ha de la escalera?, bien

puedes salir sin recelo,

que yo solo estoy aquí,

porque no es nadie mi miedo.

Escena X
Dicho, CELIA, tapada.
CELIA

Fuerza es abrir, porque no

dé más golpes este necio,

y porque razón me falta.

MOSQUITO

Señor, pues, ¿qué ha sido esto?,
¿has hurtado otro vestido
para salir encubierto
como yo?, has hecho muy bien,
que vive aquí un señor viejo,
que anda sacando mujeres
con grandísimo respeto,
ni una mano me tendió;
pero las burlas dejemos,
¿has sabido lo que pasa?,
habla, vive Dios, ¿qué es esto?
CELIA
¡Ay de mí!
MOSQUITO
La voz también
has hurtado, a lo que entiendo,
con el vestido; ¿has estado
acaso en muda este tiempo?,
porque yo te dejé bajo,
y tiple, señor, te encuentro:
mas cuánto va que Lisarda,
agradecida a aquel tiempo
que la quisiste, te ha dado.
CELIA
Calla, que aqueso me ha muerto.
MOSQUITO
¡Santo Dios, mujer es esta!,
yo mil veces he oído un cuento

de una monja, a quien salió
una escupidura, haciendo
una fuerza, y que de monja
quedó monje en un momento:
pero de un galán hacerse
una dama, no me acuerdo
haberlo visto en mi vida.
CELIA
Calla, sino quieres, necio,
que te dé muerte mi rabia.
MOSQUITO
¿Celia?
CELIA
Sí.
MOSQUITO
Pues, ¿qué es aquesto?
CELIA
Es haber venido a ver,
de mi honor, y vida al riesgo
la mayor traición de un hombre;
harto así te lo encarezco.
César, a quien vine a dar
la vida, en pago me ha muerto,
que sabiendo que yo estaba
en tan riguroso aprieto,
me dejó, por declararse
con Lisarda, donde, ¡ay cielos!,
le oí decir, que era su amor

el que le trajo a este puesto:

salir quise, cuando oí

las gentes que te trajeron,

y disimulé, a pesar

de mi amor y de mis celos,

hasta que tú me llamaste.

MOSQUITO

¿Y mi amo?

CELIA

Estará a este tiempo

dando quejas a Lisarda.

MOSQUITO

¿De qué?

CELIA

De su casamiento:

mas, porque no se dilaten

los inconvenientes nuestros,

he de decir la verdad

a voces, porque con esto,

desengañado D. Juan

de sus bien fundados celos,

y asegurada Lisarda

los mire César más presto.

MOSQUITO

¿Ahora de celos te acuerdas,

ni de amor?, cuando tenemos

más cosas a que acudir

que agentes con muchos pleitos?

CELIA
Pues dime tú, ¿cómo fue
el venir tú aquí?
MOSQUITO
Encubierto
salí de aquí, a D. Rodrigo,
de César amigo, y deudo,
avisé de todo el caso,
porque viniese resuelto
a guardarle las espaldas
esta noche; él para hacerlo,
me dijo, que le enseñase
la casa en que estaba, pero
que no pasásemos juntos
por ella los dos; con esto
venimos por las dos ceras,
y yo quedémela viendo,
porque él reparara en ella;
pasó adelante: a este tiempo
D. Juan venía a su casa,
conociome, y muy soberbio
en su portal me metió;
negar quise, y en efecto,
él, y todos sus criados
a esta parte me trajeron,
donde pensé que él estaba
todavía, y donde al juego

desta escalera he jugado,

mete ruin, y saca bueno.

CELIA

¿Y qué hemos de hacer ahora

los dos aquí?

MOSQUITO

¡Qué sé de eso!

CELIA

Antes que mi hermano venga,

llamar a esta puerta quiero,

y descubrirme a Lisarda

de una vez, porque D. Diego

en casa no está a estas horas,

que Lisarda, por lo menos,

es mujer noble, y será

piadosa.

MOSQUITO

Y es lo más cierto.

(Llama CELIA a la puerta, y responde BEATRIZ.)

BEATRIZ

Mosquito, no puedo abrirte,

sabe Dios si lo deseo,

porque se llevó D. Juan

la llave; mas, lo que puedo

asegurarte, es, que César,

que ahora está en mi aposento

con mi ama hablando, no quiere

irse, dejándote dentro.

MOSQUITO

Esta es Beatriz, la criada

de Lisarda.

CELIA

¿Nada, cielos,

he de escuchar, y he de ver,

que no sea otro tormento?

MOSQUITO

Mira si puedes abrirme.

BEATRIZ

Ya te he dicho que no puedo;

mucho me pesa de verte

en tan riguroso aprieto,

pero no puedo llorar.

MOSQUITO

Y yo, pícara, lo creo,

porque yo soy un pobrete,

a quien de lástima un tiempo

quisiste.

BEATRIZ

A eso respondiera,

pero no me toca hacerlo

a quien encerrado garla.

CELIA

Cerró el paso a mi remedio

llevarse D. Juan la llave,

y abriole a mi sentimiento.

BEATRIZ

Encomiéndate, Mosquito,

a Dios, que D. Juan ha vuelto

con aquel amigo suyo

que le buscó anoche.

CELIA

Cielos,

mi hermano es.

MOSQUITO

Aquí, señora,

lo mejor es escondernos;

vivamos un rato más

mientras buscan el secreto.

CELIA

Dices bien: mas, ¡ay de mí!

que tropezando, y cayendo

voy.

MOSQUITO

Cerraré yo la trampa;

pues que no llegas a tiempo.

CELIA

Hombre ruin, en fin.

(Cae CELIA, éntrase MOSQUITO, dejándola fuera.)

Escena XII

CELIA, D. JUAN y D. FÉLIX.

JUAN

Aquí,

como os he dicho, le tengo

encerrado.

FÉLIX

Pues cerrad

la puerta ahora por dentro,

y quedémonos con él

solos, que viven los cielos,

que ha de decir de su amo,

o hemos de dejarle muerto.

JUAN

Ya veis el riesgo en que estáis,

hidalgo: pero, ¿qué es esto?,

donde un criado dejé,

¿tapada una dama encuentro?

FÉLIX

¿No me dijisteis, que estaba

cerrado en un aposento

el criado, y que no había

por dónde salir?

JUAN

Y es cierto.

FÉLIX

No mucho, pues él se ha ido,

y una dama es la que vemos.

JUAN

Vive el cielo, que la llave

llevé conmigo.

FÉLIX

Apuremos

de una vez el desengaño.

(D. FÉLIX se queda junto a la puerta y llega D. JUAN a hablar a CELIA.)

JUAN

Señora, aunque es el respeto

alma de un noble, tal vez

rompe a las leyes el fuero

la necesidad.

CELIA

¡Ay triste!(Ap.)

JUAN

Hoy es fuerza conoceros,

saber cómo estáis aquí,

con qué fin, o con qué intento,

que me costáis dos pesares

ya, si sois la que sospecho,

y he de saber de un criado,

que aquí quedó, qué se ha hecho,

cómo se fue, y vos entrasteis:

descubríos, o grosero

me haréis ser con vos.

CELIA

Huir

ya no puedo; deteneos,

señor D. Juan, y advertid,

que me debéis más respeto

por quien sois, y por quien soy.

JUAN

No os conozco, ni os entiendo:

¿quién sois?, ¿cómo estáis aquí?,

¿dónde el criado?, ¿qué es esto?

CELIA

Tres cosas me preguntáis,

y a dos he de responderos:

Yo he venido a buscaros,
D. Juan, porque me importa mucho hablaros:
entrando en esta casa, vi que había
en este cuarto un hombre, y dél salía;
presumiendo que fuera algún criado
vuestro le pregunté por vos; turbado
me dijo el tal: aquí vendrá al momento,
si le habéis de esperar, a este aposento
entrad, dejome en él, y por de fuera
volvió a cerrar la puerta; de manera,
que la llave, que él tuvo, acaso ha sido
causa de quedar yo, y haberse él ido;
con que respuesta he dado
al cómo estoy aquí, y él ha faltado:
quien soy, y a lo que vengo,
no lo puedo decir.
JUAN
Pues de eso tengo
más deseo, y es tanto,
que no he de ir a buscarle, aunque he sabido,
que de casa no puede haber salido;
y así, quitad el manto
del rostro.
CELIA
Ved, D. Juan...
JUAN
Quitad el velo.

(Descúbrese CELIA.)
CELIA
Lo que hacéis, que soy yo.
JUAN
¡Válgame el cielo!
CELIA
Para haceros hoy dueño
de mi honor os busqué; de aqueste empeño
me sacad, que ya veis que si he venido
aquí, sólo en confianza vuestra ha sido,
nada deciros quiero,
mi hermano es, mujer yo, y vos caballero.
JUAN
¡Cielos, en qué me miro!
FÉLIX
Nuevo semblante ya en D. Juan admiro;
¿quien será esta embozada,
que le asombra tapada y destapada?
JUAN
¿Qué debo yo hacer aquí(Ap.)
en tan fiera, en tan tirana
ocasión como me vi?
Celia, de Félix hermana,
viene a valerse de mí;
Félix, buscando a un traidor,
para alentar con valor
su venganza, y mi venganza,
puso en mí la confianza
de su vida, y de su honor.

FÉLIX
Grande confusión ha sido
la que hoy en vos ha infundido
esa dama.
JUAN
Sí lo es,
y tan grande, que después
de haberla vos prevenido,
la habéis de hallar, os prometo,
mayor que la imagináis,
porque no cabe en concepto
humano lo que miráis,
que sólo cabe en su efecto.
FÉLIX
Pueda yo, D. Juan, tener
parte en tal pena, por ver
si en ella os puedo servir.
JUAN
Ni yo os lo puedo decir,
ni vos lo podéis saber.
FÉLIX
¿No soy vuestro amigo?
JUAN
Sí.
FÉLIX
¿Y no soy noble?
JUAN
También.
FÉLIX
Pues fiaos, D. Juan, de mí.

CELIA
D. Juan, mirad que no es bien
que yo...(Ap. a él.)
DIEGO
(Dentro.)Abrid, D. Juan, aquí.
JUAN
Este es D. Diego.
DIEGO
Abrid, pues.
JUAN
Fuerza es preguntar quién es
esta dama; y si la mira
Lisarda, hará su mentira
verdad; con esto después,
si satisfacerla quiero
con decir quién es; (hoy muero,
que está su hermano delante)
seré, por ser buen amante,
ahora mal caballero.
Y así, nadie la ha de ver:
D. Félix, esta mujer
he de encubrir de Lisarda,
que este aposento la guarda
a nadie deis a entender:
entraos, mi señora, ahí.
CELIA
Duélase el cielo de mí.
(Éntrase CELIA.)
FÉLIX

¿Queréis que entre

a estarme yo con ella?

JUAN

No, por Dios, no,

D. Félix.

DIEGO

¿No abrís aquí?

JUAN

Ya está abierto.

Escena XIII

Dichos, D. DIEGO, y CRIADOS.

DIEGO

¿Qué es aquesto,

D. Juan?, ¿qué todavía andas

lleno de locos discursos?,

¿de imaginaciones varias?,

¿dónde está aqueste criado?

JUAN

Señor, cuando le buscaba

aquí, se había ya salido

con alguna llave falsa.

DIEGO

Tú te disculpas con eso,

por no empeñarme a mí en nada;

y haces mal, porque de nadie

puedes fiarte con tanta

satisfacción: perdonad,

caballero, que aunque haya

de fiarse de vos D. Juan,

puedo con tal confianza

hablar.

FÉLIX

Podéis con razón,

y nadie verdad tan clara

negará, pero el buscarme

D. Juan es por otras causas,

que a mí en hallar a D. César

también hoy, señor, me alcanzan.

DIEGO

Pues decid, qué habéis sabido

los dos, que ya es excusada

diligencia aquí encubrirme

el criado.

JUAN

Si mi palabra

te doy de que cuando entré

a buscarle, aquí no estaba.

DIEGO

¿Cómo, si aquesos criados

nunca de la puerta faltan,

pudo salir? Id a ver

si se oculta dentro en casa

por esa puerta, y nosotros

por esotra.

(Vanse los CRIADOS.)

FÉLIX

Tente.

JUAN
Aguarda.

Escena XIV
Dichos, LISARDA, y BEATRIZ.
LISARDA
En fin, ¿no quiere salir?
BEATRIZ
No, señora, porque estaban

los criados a la puerta

con mil prevenciones, y armas.
LISARDA
¡Oh, permita la fortuna,

que bien deste empeño salga!:

si así teme una inocente,

¿cómo teme una culpada?
DIEGO
Vive Dios, que he de ser yo

aquí el primero que haga

diligencias de saber.
JUAN
¿Quién dice que no las hagas?,

mas ya este cuarto está visto,

miremos toda la casa.
LISARDA
¿Mirar la casa?, ¡ay de mí!
DIEGO
Sin duda, a saber alcanza(Ap.)

algo, apuremos el caso:

señor, ¿tú das voces tantas?
DIEGO

¿A qué has venido tú aquí?
LISARDA
A ver qué es esto en que andas.
DIEGO
En busca de un hombre.
LISARDA
¡Ay cielos!(Ap.)
DIEGO
y este aposento me guardan
más que todos, y he de verle.
JUAN
No has de entrar aquí.
FÉLIX
Repara,
que...
DIEGO
Los dos me lo estorbáis,
por conseguir la venganza
sin mí: apartaos, por Dios;
¡qué resistencia tan vana!,
¿Quién está aquí?
Escena XV
Dichos, CELIA.
CELIA
Una mujer
infeliz, y desdichada:
aquí, cielos soberanos,
echó el resto mi desgracia.
FÉLIX
Muriendo estoy, por saber

quién es aquesta tapada,
DIEGO
Por cierto, señor D. Juan,
que no os merece mi casa
tan poco respeto, como
guardáis en ella a Lisarda:
una mujercilla dentro
de su cuarto, enhoramala,
¿harto Madrid no tenéis?
JUAN
¿Yo mujer?, señor, repara.
LISARDA
Mira, D. Juan, si fue todo
cuanto dije verdad clara.
Tú no has visto, por lo menos,
en vano se alienta el alma(Ap.)
al Escondido que dices,
y yo he visto la Tapada.
JUAN
Ni hablar puedo, ni callar.
LISARDA
Señora, el embozo basta,
que he de saber quién me hace
este pesar en mi casa.
JUAN
Pues no lo perdamos todo;
tente, que no has de mirarla.
LISARDA
¿Tú la defiendes?

JUAN
Es fuerza.
CELIA
¡Hay mujer más desgraciada!
CASTAÑO
(Dentro.) Toma esa puerta, porque
por ella, Otáñez, no salga.
CÉSAR
(Dentro.)Sí saldré.
JUAN
¿Qué ruido es este
en el cuarto de Lisarda?
DIEGO
Con un empeño se olvida
otro, según los que andan.
Escena XVI
Dichos y OTÁÑEZ.
OTÁÑEZ
Señor, el hombre que buscas
hallamos; sacó la espada,
para hacer paso con ella
por donde a la calle salga.
Escena XVII
Dichos y D. CÉSAR, cubierto el rostro con la capa, la espada desnuda.
DIEGO
Dime, ¿es aqueste, D. Juan,
el criado que buscabas?
JUAN
No, señor, otro hombre es este,
bien el talle, el brio, las galas

dan a entender, que no es el

que encerrado quedó en casa.

CELIA

Este es D. César: señor,

mi vida, y la tuya ampara.

DIEGO

Hombre, que de tanto honor

la reputación agravias,

¿quién eres?

CÉSAR

Un hombre soy.

DIEGO

Quita del rostro la capa.

CÉSAR

No puedo, porque encubierto

sin que me veas la cara,

me has de dar la muerte aquí,

en la defensa bizarra

desta mujer; ella, y yo

habemos de aquesta casa

de salir, si con mi muerte

mis intentos no se atajan.

DIEGO

¿Qué mujer?

CÉSAR

Esta mujer,

que yo no digo Lisarda,

ni la conozco, ni sé

quién es: y si esto no basta

para que segura quede,

habré de llevarme a entrambas.

DIEGO

Hombre, demonio, o quien eres

aunque en algo satisfagas

esta sospecha, conviene,

para que quede asentada,

el que sepamos quién eres.

CÉSAR

Aquesa es pretensión vana

por ahora.

JUAN

También lo es

que sea tal tu arrogancia,

que pienses que entre nosotros

te has de llevar esa dama,

sin que sepamos por qué,

y cómo en aquesta casa

estáis tú y ella.

CÉSAR

No puedo

decirlo.

FÉLIX

Pues las espadas

harán bocas en tu pecho,

por donde la verdad salga.(Disparan dentro.)

LISARDA

¿Qué pistola es ésta, cielos?,

¿aún los sustos no se acaban?

CÉSAR
Esta es la seña que espero,
ninguno allá fuera salga;
deteneos, caballeros:
hombre, yo te doy palabra
de ampararte, y de valerte
si de estas dudas me sacas.
CÉSAR
¿Dasme esa palabra?
DIEGO
Sí.
CÉSAR
D. César soy; ¡qué os espanta!
DIEGO
¿Tú diste muerte a mi hijo?
FÉLIX
¿Tú me robaste a mi hermana?
JUAN
¿Tú en casa estás de mi prima?
CÉSAR
Sí, pero a ninguno agravia
mi valor: si a D. Alfonso
di muerte, fue cara a cara;
riñendo solo con él:
si en casa estoy de Lisarda,
es, porque me dejó Celia
oculto en aquesta sala:
y si esto de Celia digo,
es porque no importa nada

que casado estoy con ella,

que es esta misma Tapada:

y si estas satisfacciones

para tus quejas no bastan,

yo he de salir, que ya tengo

quien me guarde las espaldas,

que esa pistola es la seña

de la gente que me aguarda.

FÉLIX

Cuando no hubiera ninguno,

César, yo solo bastara,

que siendo mi hermano ya,

es obligación hidalga.

JUAN

Yo soy, D. Félix, tu amigo,

más de D. Diego mi espada.

DIEGO

Yo la palabra le dí,

y he de cumplir mi palabra:

mas decid, ¿dónde estuvisteis

escondido en esta casa?

Escena XVIII

Dichos y MOSQUITO, saliendo de la escalera.

MOSQUITO

Eso yo lo he de decir,

aquí estuvo.

DIEGO

¡Cosa extraña!

BEATRIZ

¿Hurtásteme tú el vestido?
MOSQUITO
Y el azafate y las cajas.
DIEGO
Daros la muerte pudiera;
pero fuera acción villana:
yo os perdono, si de Celia
acudís noble a la fama.
CÉSAR
Mi esposa es.
CELIA
¡Gracias al cielo!
JUAN
Perdón te pido Lisarda
por mis celos.
DIEGO
Ambas bodas
celebraranse en mi casa.
BEATRIZ
¿Y mi vestido?
MOSQUITO
Guardado.
BEATRIZ
¿Me lo daréis?
MOSQUITO
Luego, calla.
LISARDA
Pues dichoso fin tuvieron
al cabo congojas tantas,
no por nosotros, tan sólo
por Calderón de la Barca

un aplauso piden el

Escondido y la Tapada.

FIN DEL ACTO TERCERO.

El escondido y la tapada

Pedro Calderón de la Barca

Personas

D. CÉSAR
D. JULIÁN ROMEA

D. FÉLIX
D. ANTONIO LOZANO

D. JUAN
D. FLORENCIO ROMEA

D. DIEGO
D. PEDRO LÓPEZ

MOSQUITO
D. MARIANO FERNÁNDEZ

CASTAÑO
D. EUGENIO FERNÁNDEZ

OCTAVIO
D. PATRICIO SOBRADO

OTÁÑEZ
D. MANUEL SOTO

ESCRIBANO
D. FERNANDO GUERRA

ALGUACILES
D. JUAN GASPAR

LISARDA
D.ª MATILDE DIEZ

CELIA
D.ª BARBARA LAMADRID

BEATRIZ
D.ª JOSEFA NORIEGA

INÉS
D.ª FRANCISCA TUTOR

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullón, como dueño de la Galería titulada EL TEATRO.

Acto primero

Sala: puertas laterales y al fondo; una ventana.

Escena primera
CELIA, INÉS.
CELIA
¿Estás enterada, Inés?
INÉS
Estoy, señora, enterada.
CELIA
Si es de noche una palmada,

sonará; si de día es

con la cara recatada

tocarán quedo a la puerta.
INÉS
¿Segura estas que vendrán?
CELIA
Sí.
INÉS
Descuida, estaré alerta.

Pero, mi magín no acierta

quienes son...

CELIA
Presto tu afán
voy a calmar: hoy espero
a D. César.
INÉS
¿Qué me dices?,
y Mosquito su escudero
¿con él vendrá?.
CELIA
Así lo infiero.
INÉS
¡Nuevas hubo!
CELIA
Y muy felices.
INÉS
¡Oh, qué dicha! y yo por ti
aún mas que por mí me alegro.
CELIA
Con mi amante frenesí,
anhelo endulzar así
Inés, su destino negro.
INÉS
Y aquí, ¿seguro le crees?,
¿y si tu hermano volviera?
CELIA
Sin duda muerte le diera;
mas esto no temo, Inés,
pues él en la guerra fiera
de Italia, glorias de un Cid
conquista; no vendrá, no.

INÉS
Mas rondas hay en Madrid,
y aunque en noble y franca lid,
al cabo a un hombre mató
D. César.
CELIA
¡Oh, y para tal
daño, dile yo ocasión!
INÉS
¿No estuviera en Portugal
más seguro?
CELIA
En el portal
gente suena.
INÉS
Sí, ¿ellos son?(Desde la ventana.)
CELIA
Llamaron.(Llaman.)
INÉS
Dos hombres.
CELIA
¿Ves
su rostro?
INÉS
¿Qué, aún no malicias
que ellos son?
CELIA
Ve pronto, Inés.(Vase INÉS.)
Tal ventura ilusión es.
¡Albricias, amor albricias!

Escena II
CELIA, D. FÉLIX, D. JUAN, INÉS.
FÉLIX
Celia.(Desembozándose.)
JUAN
Guardeos Dios.
CELIA
¡Mi hermano!
FÉLIX
¿No llegas?
CELIA
Mis brazos ten.(Se abrazan fríamente.)
FÉLIX
Mas, ¿por qué tiembla tu mano?
CELIA
¡El gozo! (sino tirano)
JUAN
La sorpresa...
CELIA
¿Y llegas bien?
Nada en tus cartas vi yo
que me anunciara tu vuelta.
¿D. Juan lo sabía?
JUAN
No.
Vile ahora, que se apeó.
FÉLIX
Fue, hermana, cosa resuelta
tan de pronto mi partida,
que no te pude avisar.
JUAN

Pues ya os di la bienvenida,

Voime.

CELIA

Inés, estoy sin vida.(Ap. a Inés.)

JUAN

Que vos querréis descansar.

FÉLIX

Quedaos, D. Juan, un momento.

CELIA

¡Viene airado!(Ap.)

FÉLIX

Está alterada.(Ap.)

CELIA

A aderezar tu aposento

voy.

FÉLIX

¿Aún tiemblas?

(Acompañándola hasta la puerta, cogiéndola la mano.)

INÉS

El contento...

¿Qué traerá?, no me habló nada.(Ap.)

CELIA

(Vamos, que desfallecer(Ap. a Inés.)

me siento.) Que os guarde Dios.(a D. Juan.)

JUAN

Es un ángel.

FÉLIX

Podrá ser.

pero al cabo es...

CELIA

¿Qué?

FÉLIX
Mujer.
CELIA
Vuelvo, dispensad los dos.

(Éntrase con INÉS.)

Escena III
D. FÉLIX, D. JUAN.
FÉLIX
Dadme de nuevo los brazos

D. Juan.
JUAN
Y también con ellos

el alma; que estos abrazos

a nuestros antiguos lazos

de amistad ponen los sellos.

Pero quién aquí os creyera

hoy, que sus reinos agranda

nuestro rey, cuya bandera

rendida Namur, se espera

que ondee triunfante en Holanda.

Hoy, que aguardan al valor

los premios.
FÉLIX
Tened el labio.

Que a aclarar dudas de honor

vine.
JUAN
¿Y osó a su esplendor

la sombra de algún agravio?

FÉLIX
Agravio secreto fue,
y hoy mismo le he de aclarar.
JUAN
Contad conmigo.
FÉLIX
Si haré.
Mas decid, que nada sé
de vos: ¿pudisteis calmar
al fin el ceño altanero
de Lisarda?
JUAN
Sí: y dichoso
con su cariño sincero,
no más la dispensa espero
para llamarme su esposo.
Antes casado me hubiera
a no suceder la muerte
de su hermano, que en lid fiera...
FÉLIX
Nada supe. (¡Ay Dios! si él fuera).
¿Cómo pasó?
JUAN
De esta suerte:
Ya sabéis que era esforzado
D. Alfonso, y rondador.
De una dama, enamorado
se sintió, mas desdeñado

viose; vencer su rigor
se propuso, y en su empeño
do quier su amor la decía;
sin calmar nunca su ceño,
de noche veló su sueño,
siguió sus pasos de día.
Y aunque desdeñó su queja,
él, con mil bandas y flores
empavesaba su reja,
rondando, incesante abeja,
el panal de sus amores.
Una mañana de abril
al parque bajó la dama;
llegose a ella, quejas mil
a darla; cuando un gentil
caballero, a quien ella ama,
acercose, y cortésmente
reprendiole su osadía;
mas D. Alfonso imprudente
sin reparar en la gente
que a la pendencia acudía
sacó el acero atrevido.
D. César, que ese el nombre es
del galán favorecido,
a él fue, y le dejó tendido
de una estocada a sus pies.

FÉLIX
Mas, ¿la dama?...
JUAN
Se escapó
entre la gente embozada.
FÉLIX
¿No se supo el nombre?
JUAN
No.
FÉLIX
(¡Si fue Celia!) ¿Y quién vengó
la muerte?
JUAN
Aún no está vengada
que marchose a Portugal
D. César; mas yo he jurado
su muerte; aunque es un cabal
hidalgo, audaz, liberal...
Pero, su porte enojado
me tiene también, porque
a Lisarda enamoró.
FÉLIX
Y, ¿cómo vengaros?
JUAN
Sé
que hoy llega aquí, nueva fue
que un amigo me escribió.
FÉLIX
Pues ved, que también a mí
el hallarle me interesa.

JUAN
Yo, ya las órdenes di
de buscarle.
FÉLIX
(¡Ella fue, sí!)(Llamándola desde la puerta.)
Celia. (En el alma me pesa
esta duda.)
Escena IV
D. FÉLIX, D. JUAN, CELIA, INÉS, a la puerta.
CELIA
¿Qué?
FÉLIX
Al momento
el manto te pon, y ven
conmigo.
CELIA
¡Qué raro intento!
Inés, ve que tu aposento
(Se acerca INÉS, saca el manto y se lo pone a CELIA.)
está aderezado.
INÉS
Ten.(Poniéndola el manto.)
FÉLIX
Es que intento descansar
de una vez.
CELIA
¿No puedes hoy?
FÉLIX
Aún no.
CELIA

¿Loco estás?
FÉLIX
Sí, estoy.
JUAN
¡Qué misterio!...(Ap.)
FÉLIX
He de apurar
mis dudas.(Ap.)
CELIA
Muriendo voy.(Ap. vanse.)
Escena V
INÉS.
¿A dónde irán?, enojado
vino D. Félix. Siquiera
una palabra me dijo.
No vi desdichas como estas;
pues si D. César viniese.
Mas dos hombres a la acera
llegan de enfrente; ¿serán
ellos?... Y uno me hace señas,
¡Mosquito es!, que le abra dice.
Y mi alma también le abriera.
Escena VI
D. CÉSAR, MOSQUITO, INÉS.
INÉS
¡Mosquito!
MOSQUITO
¡Inés!
CÉSAR

Dios te guarde.

(Se desemboza.)

INÉS

Y él os guarde a vos D. César.

¿Cómo os atrevisteis?

CÉSAR

Luego

lo sabrás: ¿dónde está Celia?

INÉS

Ahora salió.

CÉSAR

¡No está en casa!,

¿Cómo?

INÉS

¡Ay!, en mal hora llegas

señor, que ha poco su hermano

vino.

CÉSAR

¿Qué?

INÉS

Y salió con ella.

MOSQUITO

Tú te chanceas, Inés.

CÉSAR

¡Su hermano!

INÉS

¡Ah, sí!

CÉSAR

¡Habrá más penas!

INÉS

Llegó con faz enojada:

ademán frío, las cejas

fruncidas, el labio incierto,

así... como el que recela,

y sin entrar en su cuarto

ni descansar, que siguiera

sus pasos mandó a su hermana.

Esta venida me inquieta.

CÉSAR

¿No fue a la guerra de Italia?

MOSQUITO

Sí, pero diz que la guerra,

la música y la pintura

no deben verse de cerca.

CÉSAR

Vamos, que estar no podemos

aquí ni un instante.

MOSQUITO

¡Vuelta

a viajar!

CÉSAR

¿Y quien pensara

que aquí el hermano volviera,

cuando hace tan pocos días

que yo en Lisboa, de Celia

recibí una carta que

dice?..., mas la carta es ésta.(Ve.)

Si yo bien satisfecha no estuviera

de que vos con justicia hais disculpado

la poca parte que en la causa fiera
tuve de vuestro mal, mi vida fuera
la segunda que hubiérades quitado.
Mi hermano ausente está como sabéis.
A mi casa venid, seguro estáis,
qué mejor retraimiento no tendréis;
y secreto estaréis cual deseáis
sino servido así cual merecéis.
INÉS
No os marchéis, aquí esperad
a que mi señora venga.
CÉSAR
¿Y su hermano?
INÉS
Yo os pondré
en sitio donde no os vea.
CÉSAR
No, que la expongo...
MOSQUITO
Señor,
¡por una noche siquiera!...
A más, deja que las mulas
descansen, y tú a un lado echa
el embozo por un rato.
Que con las caras cubiertas
nosotros, y ellas tan flacas
parecemos ya sobre ellas
nosotros el carnaval,

y las mulas la cuaresma.
CÉSAR
¿Seguro estaré?
INÉS
Seguro.
CÉSAR
Partiré apenas la vea.
INÉS
Yo avisaré cuando asomen
por la calle.
CÉSAR
Sí, está alerta.
(Vase INÉS a la ventana.)
CÉSAR
¿Y bien, Mosquito?
MOSQUITO
Señor,
¿habrá locuras como estas?
CÉSAR
Luego, ¿los dos somos locos?
MOSQUITO
Concedo la consecuencia,
mas con una distinción.
CÉSAR
¿Cuál?
MOSQUITO
Tú por naturaleza
y yo por concomitancia;
que es por lo que se me pega
de andar contigo.
CÉSAR

Aquí pues

que hay, ¿qué locura sea?

MOSQUITO

Sin mirar inconvenientes

dimos a Madrid la vuelta

y dices, que qué locura

hay aquí. No consideras

que no hay alcalde de corte

que no esté echando centellas

por aquella boca.

CÉSAR

Es cierto

que aquí mi vida se arriesga.

MOSQUITO

Y la mía.

CÉSAR

Pero donde

mi vida trae una pena

misma, habiendo de morir

en Lisboa de una ausencia,

o en Madrid de mis desdichas,

ya que dos muertes me cercan,

y que me dan a escoger

el modo de morir, deja

que muera contento, donde

Lisarda hermosa lo vea.

MOSQUITO

¿Qué culpa tengo de que

tú a morir contento vengas,

para traerme de arreada?

CÉSAR

Pues dime, tú ¿qué recelas,

si tú en nada estás culpado,

ni te hallaste en la pendencia?

MOSQUITO

Pues si un triunfo matador

arrastra los que se encuentra,

un amo matador, dime,

¿no arrastrará, cosa es cierta,

cualquiera triunfo criado?

CÉSAR

¡No vi locura más necia!

MOSQUITO

Y esto a una parte, señor,

qué razón hay de que sea

tan cerrado tu capricho,

que ya que me traes, no sepa

a qué me traes; dime, pues,

¿qué es lo que en Madrid intentas?

CÉSAR

Eso te diré, no tanto,

Mosquito, porque lo sepas,

como por descansar yo

con decirlo, que las penas

no tienen otro consuelo,

sino el rato que se cuentan,

que como mujeres son,
se despican con la lengua.
Lisarda, raro milagro,
donde la naturaleza
para modelo compuso
de una hermosura perfecta
la belleza, y el ingenio,
haciendo paces en ella,
que hasta allí estaban reñidos,
el ingenio, y la belleza;
fue, ya lo sabes, del templo
de amor la deidad más bella.
Desvalido amante, pues,
deste hermoso hechizo, desta
hermosa mujer, mi vida
a tanto esplendor atenta,
la clicie fue de sus rayos,
y el imán de sus estrellas;
viendo, pues, que a todo un sol
alas fiaba de cera,
dispuse olvidarla, como,
(¡qué error!) como si estuviera
el olvidar en la mano
de quien no estuvo el quererla:
y por hacerme, en efecto,
contraveneno a mis penas,

venciendo amor con amor,
puse los ojos en Celia.
Celia, que fuera milagro
de hermosura, si no fuera
porque Lisarda se alzó
con todo el imperio della.
Si donde amé fui infelice,
y los afectos se truecan,
donde no amé, ¿qué sería?,
saca tu la consecuencia.
De aquella, pues, despreciado,
y favorecido desta,
engañado en esta el gusto
con la memoria de aquella,
neutral estaba mi vida,
cuando en esta competencia
sucedió, que D. Alonso,
hermano infeliz de aquella
bellísima ingratitud,
que no ablandaron mis quejas,
a Celia sirvió. Ya sabes
que le dí muerte sangrienta,
y esta carta me ha obligado
a que hoy a Madrid me venga;
pues no hay retraimiento donde
seguro un hombre estar pueda,

Mosquito, como una casa
particular, y desde ella
podré de noche salir
a las cosas de mi hacienda,
y de mi composición;
pues no negocia en ausencia
el pariente, ni el amigo
lo que el mismo dueño: fuera
de que si he de hablar verdad,
ni esto, ni aquello me fuerza
tanto, como parecerme,
que podré adorar las rejas
de Lisarda alguna noche,
ya que dispuso mi estrella
que, dando muerte a su hermano,
toda la esperanza pierda
de merecer su hermosura:
pues la que adorada era
cruel conmigo, ¿qué será
ofendida?, la que fiera
procedía a los halagos,
¿qué ha de hacer a las ofensas?
Esto a Madrid me ha traído,
pues para adorar en ella
las paredes de Lisarda,
estaré en casa de Celia.

MOSQUITO
Siempre fui de parecer,
que, por lo menos, tuviera
dos damas un hombre, porque
de dos la una, como apuesta,
no se puede errar el tiro;
Beatrizilla, e Inés sean
testigos también, pues siendo
las dos de Lisarda, y Celia
un algo más que fregonas,
y algo menos que doncellas,
por si se pierde la una
que la otra no se pierda
las traigo en el corazón
duplicadas como letras:
pero dime, ¿qué papel
me toca en esta comedia
del caballero escondido?
CÉSAR
Pues no estás culpado, fuera
te quedarás a avisarme
de todo lo que suceda.
MOSQUITO
¿Y si mientras se averigua
si lo estoy, o no me pescan?
INÉS
Ahí viene un coche.(Ruido de un coche.)
CÉSAR

¿Y ellos
MOSQUITO
podrán ser?
¿Me escondo?
INÉS
Espera,
de paso va; mas, ¿qué miro?
¡Qué en los escombros de aquella
casa, tropezando el coche
para vacilante... y vuelca!
LISAR.
¡Tente!(Dentro.)
BEATRIZ
¡Socorro!, ¡ay, borracho!(Id.)
MOSQUITO
A mí me llaman ahí fuera.
CÉSAR
Según las voces que aquí
pidiendo socorro llegan,
mujeres son: y esa voz
dentro del alma resuena.
Caballero soy, fuerza es
acudir a socorrerlas.
MOSQUITO
Mas, a ti ¿quien te socorre
si la justicia te encuentra?
CÉSAR
Recatareme el semblante,
y allá voy, pese a mi estrella.(Vase).
MOSQUITO

Dios te haga caballero

parante por excelencia,

que harto tiempo has sido andante,

dos damas sacan, y bellas.

¡Beatricilla es, vive Dios,

la que sacaron primera!

¡Sin duda está aquí su ama!(Ap.)

¡Abre, Inés mía! Si, es ella(Ap.)

socórrelos.

INÉS

Es muy justo.

MOSQUITO

Dios la caridad ordena.

INÉS

Entrar, señoras, podéis.

(Desde la puerta, que abre.)

Escena VII

LISARDA, BEATRIZ, INÉS, CÉSAR, MOSQUITO, OTÁÑEZ.

BEATRIZ

¡Ay de mí, yo salgo muerta

roto el manto, la basquiña

rasgada, y en la cabeza

más de cuatro mil chichones!

OTÁÑEZ

¡Vive Dios!

(INÉS saca agua, y ayuda a colocar en una silla a LISARDA desmayada, que trae D. CÉSAR.)

BEATRIZ

Otáñez, buena

cuenta has dado de nosotras.
OTÁÑEZ
Aquesta es la vez primera
que me ha sucedido.
BEATRIZ
Cierto
que si de esta suerte empieza
que dentro de un año puede
a mi ver, poner escuela
de volcar coches.
INÉS
Parece
que toda su vida entera
no hizo otra cosa, según
el primor con que los vuelca.
BEATRIZ
Gracias, señor...(A CÉSAR embozado.)
CÉSAR
Aún no vuelve.
BEATRIZ
¡Somos la desdicha mesma,
pues hoy el día pasamos
en una campestre fiesta,
y al volvernos, a mi amo
se le desbocó la yegua,
y solas nos dejó, huyendo
como exhalación ligera!
CÉSAR
¡Cuánta es mi dicha!

BEATRIZ
Lisarda...
(Llamándola y aplicándola una esencia.)
CÉSAR
¡No vuelve!... mas si vinieran
y de esta suerte me hallaran
aquí D. Félix y Celia.
¡Él se matara conmigo,
y ella de celos muriera!
MOSQUITO
¡No me vio aún Beatriz!
BEATRIZ
¡Mosquito!
¿Qué es esto?
MOSQUITO
Es larga respuesta.
BEATRIZ
¿Y tu señor?
MOSQUITO
Vedle allí.
BEATRIZ
Pues, ¿cómo de esta manera?
MOSQUITO
¿Qué sé yo?, mas lo que importa
es, Beatriz, atar la lengua.
CÉSAR
Ya vuelve; si Inés repara...
Oye Inés, ponte a la reja,
y avisa si vienen.
INÉS
Mucho

hablas, Mosquito, con ella.
MOSQUITO
Es... caridad.
INÉS
Pero dicen
que bien entendida empieza
por nosotros. Allí vienen...
CÉSAR
¡Qué!
INÉS
No son.
MOSQUITO
Yo muero de esta.
CÉSAR
Bien de océano español
blasonar podrá la esfera,
pues acaba su carrera
despeñado en ella el sol:
cobre en su bello arrebol
el nácar, no triunfe así,
hoy de tan bello rubí,
ay Lisarda, y ¿quién pensara
que yo en mis brazos llegara
a verte?, mas ¡ay de mí!,
que como estás sin sentido,
estoy sin ventura yo;
pues tú con sentido, no
me lo hubieras consentido,
desdichada dicha ha sido

la que tanto bien me ha dado,

pues ya me cuesta el cuidado

de verte así, que es forzoso

que esté, aun cuando más dichoso,

desdichado el desdichado.

El cielo y campañas bellas

sin luz están, ni arrebol,

anocheced, si sois sol,

pero dejadnos estrellas.

LISAR.

¡Ay de mí, infeliz!

CÉSAR

Ya en ellas

hay nueva luz, pues volvió

en sí; mi dicha acabó;

mi desdicha digo, esquiva,

que a precio de que ella viva,

no importa que muera yo

LISAR.

¿Qué es lo que pasa por mí?

CÉSAR

Cielos, pues se ha de ofender

de verme, no me ha de ver.

(Cúbrese el rostro.)

LISAR.

¿Qué es esto?, ¿quién está aquí?

CÉSAR

Quien viendo, señora, allí

que su vereda el sol ciego

errada llevaba, luego

llegó a enmendar el acaso,

que no era aquel digno ocaso

de tan esplendente fuego.

LISAR.

Pues, ¿cómo habiendo vos sido

quien mi vida ha restaurado,

la voz habéis recatado,

el rostro habéis escondido?

Lo que decís no he creído,

o son medios poco sabios;

que esconder semblante, y labios,

ni han sido, ni son oficios,

de quien hace beneficios

sino de que quien hace agravios.

CÉSAR

Quien sirve por merecer,

no merece por servir,

pues ya se da a presumir,

que se lo han de agradecer.

LISAR.

Tan hidalgo proceder

ya es otro mérito, en quien

hace suspensión el bien:

decid quien sois.

CÉSAR

No haré tal.

LISAR.

¿Y he de proceder yo mal,

porque vos procedáis bien?

No, y así he de ver ahora

quién sois.

CÉSAR

Pues no lo veáis,

si agradecer deseáis

este secreto, señora.

LISAR.

Duda el alma, el pecho ignora

porqué.

CÉSAR

Porque, si me veis,

de verme os ofenderéis,

y así, el decirlo dilato,

por no perder este rato

que en duda lo agradecéis.

LISAR.

¿Ofenderme yo de veros?

CÉSAR

Como holgarme yo de hablaros.

LISAR.

¿Pesarme a mí de miraros?

CÉSAR

Sí, como a mí de perderos.

LISAR.

¿Yo sentir el conoceros?

CÉSAR

Como yo el riesgo en que estoy.

LISAR.

Pues yo tengo de ver hoy

porque el pesar ha de ser,

el sentir, y el ofender.

CÉSAR

Porque señora, yo soy.(Descúbrese.)

LISAR.

Bien dijisteis, sí, que había

de ofenderme el veros; bien

que el conoceros también

pesar para mí sería;

bien que la ventura mía

había de sentir hablaros;

pues ya sólo por sacaros

verdadero, siento veros,

me pesa de conoceros,

y me ofendo de miraros.

¿Cómo, cómo habéis tenido

atrevimiento de estar

en tan público lugar?

CÉSAR

¿Cuándo no fui yo atrevido?

LISAR.

¿Cómo hasta aquí habéis venido?

CÉSAR

Como igualando a los dos,

si por darle muerte (¡ay Dios!)

A vuestro hermano, me fuí,

bien volví, pues que volví

por daros la vida a vos.
LISAR.
Tanto a sentir he llegado
verla de vos defendida,
que he de aborrecer mi vida,
por habérmela vos dado.
CÉSAR
Lisonja de mi cuidado
será ver tratar así
vuestra vida desde aquí,
pues consuelo me parece
que quien su vida aborrece,
¿por qué ha de quererme a mí?
BEATRIZ
Mi señor, que se alejó
de nosotros veloz, viene
hacia acá.
CÉSAR
¿Qué haré?
LISAR.
Conviene(Ap.)
proceder yo como yo:
D. César, no penséis, no,
que, en mí más poder alcanza
de mi enojo la esperanza,
que la de mi rendimiento,
obre el agradecimiento
primero que la venganza;

yo le tendré, idos de aquí.
CÉSAR
Sí haré, pues vos lo mandáis.
LISAR.
Y si una vida me dais,
ya mi obligación cumplí;
pero advertid desde aquí,
que no estáis libre en lugar
ninguno.
CÉSAR
Considerar
debéis, que aqueso es decir.
LISAR.
¿Qué?
CÉSAR
Que os busque.
LISAR.
El despedir,
¿cómo puede ser llamar?
CÉSAR
Piérdese una noche oscura
en un monte un caminante,
y cuando con planta errante
hallar la senda procura,
mas se ofusca en la espesura:
el can, que despierto está,
siente el ruido, y hacer va
que huya dél con pies veloces,
llamándole con las voces

que para que huya, le da.

Yo así confuso, y perdido,

camino, ni senda sé;

bien, que no veo, se ve,

pues a tus pies he venido;

tú despierta siempre al ruido

del desdén velando estás,

voces, porque huya, me das;

mas como perdido estoy,

donde oyendo la voz voy,

me voy acercando más.

LISAR.

Vamos.(A BEATRIZ.)

CÉSAR

Permitid que vaya

si no a vuestro lado, cerca.

LISAR.

Eso no, adiós; gracias mil(a INÉS.)

por tan cumplidas finezas.

BEATRIZ

Lo mismo os repito.

INÉS

Dios

la caridad nos ordena.

(Vanse LISARDA y BEATRIZ.)

CÉSAR

Vuelvo luego.

MOSQUITO

Adiós hermana.

CÉSAR
Yo haré desde allí esta seña.

(Da una palmada.)

Para que abras, por si en tanto

llega con su hermano Celia.(Vanse.)

Escena VIII
INÉS
¿Quién esa dama será

que D. César acompaña?

Ya tanto interés me extraña,

y Mosquito ¿por qué irá

también? Ya tan excesivos

de ambos los cuidados fueron...

Vive el cielo, que volvieron

por demás caritativos.

Llaman. Mis amos.(Asómase y sale a abrir.)

Escena IX
CELIA, FÉLIX, INÉS.
FÉLIX
Inés,

cuidado, que estén cerradas

día y noche, cuantas rejas

puertas y boardillas haya

en esta casa, y las llaves

entrégame sin tardanza.

(Entra INÉS y saca las llaves.)
CELIA
¿A qué efecto?

FÉLIX
Lo sabrás;
mas primero deja, hermana,
que asegure bien y cierre,
las puertas y las ventanas.(Vase.)
Escena X
CELIA, INÉS.
INÉS
Oye.
CELIA
Di.
INÉS
D. César vino.
CELIA
¿Dónde está?
INÉS
Salió.
CELIA
¿Y aguarda
fuera de aquí?
INÉS
No.
CELIA
¿Pues vuelve?
INÉS
Sí.
CELIA
¿Cuándo?
INÉS
Presto.
CELIA

En la estancia

secreta, ¿por qué, di Inés,

no le ocultaste?

INÉS

Una dama

desmayose a nuestra puerta

que su coche volcó.

CELIA

Acaba.

INÉS

Pidió socorro, entró aquí,

volvió en sí, y fue a acompañarla.

CELIA

¿Quién era?

INÉS

No sé.

CELIA

¡Y dejome

a mí por la desmayada!

INÉS

No tal, que en ti sólo adora;

es muy caballero y...

CELIA

Calla

que entre zozobras y celos

está agonizando el alma.

INÉS

¿No me dirás donde fuiste?

CELIA

Fui... mi hermano llega, aparta.

Escena XI

CELIA, FÉLIX, INÉS.

CELIA

¿No me dirás, por qué apenas

aquí pusiste la planta

a casa de nuestro tío

me llevaste, y en la sala

a solas con él, tuviste

aquella secreta plática?

¡Que de esto, ni de tu vuelta

del desdén con que me hablas,

ni de aquestas prevenciones

que me ofenden y rebajan,

aún la razón no me diste,

¿por qué, dime, ofensas tantas?

Extraña es tu condición.

FÉLIX

¿Por qué no ha de ser extraña,

si tú para que lo sea,

Celia, me has dado la causa?

CELIA

¿Yo la causa para que

de la guerra donde estabas,

te hayas venido a Madrid,

a sólo hacer en la casa,

donde me mata tu ausencia,

y donde viviendo me hallas,

prevenciones de cerrar

las puertas, y las ventanas,
de modo, que en los tejados
aun no has dejado una guarda
sin reja? Pues, ¿a qué efecto,
siendo yo, Félix, tu hermana,
sin mirar que en mi respeto
tu mismo respeto agravias,
tan neciamente me celas,
tan locamente me guardas?
FÉLIX
Celia, no puedo negar,
que es necedad asentada
la desconfianza, es cierto,
pero no habiendo ventanas
es menor, pues en efecto,
si no asegura, descansa.
CELIA
Buena disculpa has hallado
de haber dado desde Italia
vuelta a Madrid, tan a costa
de tu opinión, y tu fama:
partístete de la corte,
lleno de plumas, y galas,
no te debió de sonar
bien el ruido de las casas
ni oler la pólvora bien,
echando menos el ámbar,

y vienes haciendo extremos,

por dar disculpa a tu...

FÉLIX

Basta,

Celia: salte tú allá fuera

Inés.

INÉS

Desta vez descansa

su corazón.(Vase INÉS.)

Escena XII

FÉLIX Y CELIA.

FÉLIX

Pues baldonas

mi honor con soberbia tanta,

diré lo que he pretendido

disimular, aunque es baja

acción, que celos de honor

se pidan tan cara a cara.

En Italia estaba, Celia,

cuando la loca arrogancia

del Francés sobre Valencia

del Po... pero, ¡qué ignorancia,

ponerme contigo a hablar

yo de guerras, ni de armas!

En Italia estaba, digo,

cuando recibí una carta

de alguno, que interesado

en el honor desta casa,

me escribió, Celia, que un día
de los que el Abril traslada
al parque toda la corte,
tú saliste disfrazada,
y D. Alonso tras ti;
y que habiendo, ¡suerte ingrata!
llegado al parque con él,
sacó otro galán la espada,
y le dio la muerte, siendo
dicha entonces, ¡pena extraña!,
no ser conocida, pues
a serlo allí, cosa es clara,
que tu honor en opiniones
con la justicia quedara.
Estas cosas, y otras, Celia,
causa han sido de que haya
vuelto; porque ¿qué me importa
que yo gane honor, y fama,
si tú en mi ausencia los pierdes?
¿Qué me importa que yo haga
acciones, que generosas
soliciten mi alabanza,
si me las desluces tú
con acciones tan livianas?
No decir pensé mis penas,
callar presumí mis ansias;

pero ya que tú me obligas

a que de los labios salgan,

advierte, Celia, que sólo

una diligencia falta,

y es enmendar con las obras

lo que erraron las palabras.

CELIA

Pensarás que convencida

me dejan tus amenazas,

pues no, Félix, porque donde

la proposición es falsa,

no se sigue el argumento:

¿Yo he salido al parque al alba?,

¿yo seguida de ninguno?,

¿yo ocasión de cuchilladas?

Quien dices que lo escribió,

te mintió, y yo...

Escena XIII.

DICHOS, y INÉS.

INÉS

Aquí te llama

D. Juan de Silva, tu amigo.

FÉLIX

Celia, no entienda Inés nada

desto, que no es menester,

que lo que entre los dos pasa,

lo sepan de ningún modo

ni criados, ni criadas;

y retírate a tu cuarto,

porque entre en aquesta sala

D. Juan.(Vase D. FÉLIX.)

Escena XIV

INÉS y CELIA.

INÉS

¿Refiere, señora,

que una plática tan larga

haya tenido?

CELIA

D. Félix

ha sabido cuanto pasa.

INÉS

¿Y lo del tabique?

CELIA

No,

eso sólo se le escapa:

por si hablan los dos de mí,

escuchemos lo que hablan.(Se entran.)

Escena XV

D. JUAN y D. FÉLIX.

FÉLIX

Venís D. Juan alterado.

¿Algún lance os ha ocurrido?

JUAN

Gran dicha hallaros ha sido.

FÉLIX

¿De qué venís tan turbado?

JUAN

Ya sabéis, que de Lisarda

amante, y primo, adoré
la hermosura, mientras que
la dispensación que hoy tarda,
viene a hacerme tan dichoso,
que premiando mi constante
amor, de primo, y amante,
me llega a llamar esposo.
Pues yendo al sol que conquisto
a sacrificar mi vida,
de mi primo al homicida
me pareció que había visto
cruzar por su puerta; yo
lo quise reconocer;
mas siendo al anochecer,
no fue posible, y por no
errarlo, si no era él,
todo el lugar le seguimos
ese criado, y yo, y vimos
que entraba, ¡pena cruel!
adonde a ver si es, o no es,
quiero que vamos los dos,
y que entréis delante vos,
porque no se esconda, pues
de vos no se ha de guardar:
esto habéis de hacer por mí,
ya que de vos me valí,

pues es forzoso amparar

un amigo a un caballero,

cuando no lo fuera yo

a cualquiera que...

FÉLIX

No, no

digáis más; si considero,(Ap.)

aunque hoy no es mucho el error,

que si ésta la muerte fue

por Celia, así vengaré

con otra causa mi honor:

que ya sé que es recibida

necedad, que sin dudar,

ni saber, ni preguntar,

ofrezca un hombre su vida

a quien le llama; y así,

ahorrad pláticas conmigo,

y guiad, que ya yo os sigo.

JUAN

Menos de vos no creí;

vamos, veréis, vive el cielo,

si el venir mi honor castiga.

FÉLIX

¡O a qué de cosas obliga

esta necia ley del duelo!(Vanse.)

Escena XVI

CELIA, INÉS.

CELIA

¡Ay Inés, esto he escuchado!
INÉS
¿De qué me hubiera servido
servir, si no hubiera sido
de saber cuanto han hablado?
CELIA
A César van a buscar,
¡pena injusta!, ¡dura suerte!
para darle los dos muerte:
¿quién pudiera imaginar,
que yo a D. César llamara
a que en mi casa viviera,
que antes mi hermano viniera,
que él, y él mismo le buscara
para matarle, y así
satisficiera mi hermano
sus celos, pues es tan llano
que fue la muerte por mí?
INÉS
No des por hecho, señora,
lo que para haber de ser,
aún faltan por suceder
más de mil cosas ahora.
Aunque es cierta su venida,
¿no lo es que le haya de hallar
luego, y luego le han de dar
por la tetilla la herida?
CELIA

Bien mi temor desconfía,

porque es tirana mi estrella.

(Suena una palmada.)

INÉS

Aguárdate, ¿no es aquella

la seña, que antes solía

D. César hacer?

CELIA

Sí.

INÉS

Dios

mejora los días.

CELIA

Pues

métele tú en casa, Inés,

mientras le buscan los dos.(Vase INÉS.)

Que hoy verá César, es llano,

como mi ingenio le guarda

de su padre, de Lisarda,

de su primo, y de mi hermano.

Escena XVII

DICHAS, D. CÉSAR y MOSQUITO.

CÉSAR

Hasta llegar a tus brazos,

hermosa Celia, no sé

si tuve vida; y así,

pues que mis ojos te ven,

darme, señora, a besar

suelo en que pisan tus pies.
MOSQUITO
Y a mí todo el ponleví
de tus zapatos, Inés.
CELIA
Seas, D. César, bien venido
a aquesta casa, que aunque
no pueda servirte en ella
hoy, como yo imaginé,
por causa de haber venido
mi hermano...
CÉSAR
La voz detén;
que lo sé todo.
CELIA
Ignorando,
su vuelta, no te avisé,
que no te enviara a llamar,
a no saberlo después.
CÉSAR
¿No estaba en la guerra?
CELIA
Sí,
y lo que le hizo volver
tan presto, fue, haberle escrito
el suceso tuyo.
CÉSAR
Pues,
según eso, en mayor riesgo

en tu casa estoy.
CELIA
¿Por qué?
CÉSAR
Porque no es posible estar
un punto en ella.
CELIA
Sí es,
que pueden, D. César, mucho,
amor, ingenio y mujer;
¡amor dije! Si a pesar
de que apenas hoy el pie
en esta casa pusiste,
te fuiste no sé con quien.
CÉSAR
Fue acción hidalga, soy noble...
CELIA
No te quiero tan cortés.
CÉSAR
¿Dudas de mi fe?
CELIA
No dudo;
pero teme el que ama fiel.
Oye D. César, yo tengo
prevenido donde estés,
si no bien acomodado,
seguro, a lo menos, bien.
CÉSAR
¿De qué suerte?
CELIA

Desta suerte:
aquesta casa, que ves,
tiene dos cuartos, el bajo,
y el alto, que es este en que
yo vivo, porque en esotro
vive un milanés, a quien
vienen despachos de Roma.
El dueño, por si alquiler
para toda ella encontraba,
hizo esa escalera, que
comunica los dos cuartos,
aunque condenada esté,
por ser los huéspedes dos:
la puerta del milanés,
el día que por mi carta
a mi casa te llamé,
cerrar hice la escalera
por acá arriba muy bien,
tabicando sobre tabla
una puerta, que no fue
difícil tomar el yeso
sobre tomiza, o cordel;
de suerte, que no quedó,
ni aun señal en la pared;
mayormente, que la cuadra
donde cae, sirve también

de tocador mío, y la tengo

colgada toda, con que

está más disimulada:

aquí estarás, César, bien

todo el tiempo que mi hermano

dentro de casa no esté;

y en estando en casa, dentro

desta escalera.

MOSQUITO

Pardiez

que hará lindo San Alejo.

CÉSAR

¿Qué dices?

CELIA

¿Qué hay que temer?

CÉSAR

Mil inconvenientes, Celia.

CELIA

Di, ¿cuáles son?

CÉSAR

Vamos, pues,

salvando dificultades:

¿es posible no saber

tu hermano, que esa escalera

estaba aquí?

CELIA

Sí, porque

en ausencia suya yo

aqueste cuarto alquilé;

y así, no sabe D. Félix

todos los secretos dél.

CÉSAR

Yo estimo, Celia, en el alma

el cuidado, y la merced;

mas ya que vino tu hermano

a este tiempo, ¿para qué

hemos de estar con cuidado

tan grande?, y así, me iré

contento de haberte visto:

quédate con Dios.

CELIA

Detén

los pasos, César, que no

de aquí has de salir, ni es bien,

que está a gran riesgo tu vida.

CÉSAR

¿De qué suerte?

CELIA

Has de saber,

que en la posada que estás

te van a matar.

CÉSAR

Pues quién,

quisiera saber.

CELIA

D. Félix,

que aquí se lo dijo a él

D. Juan: pero, ¿qué, llamaron?

(Llaman dentro.)
INÉS
Sí; y mi señor mismo es.
CELIA
Pues ya no puedes salir,
por fuerza te has de esconder.
INÉS
El tabique sirva ahora,
ya que no sirva otra vez.
CÉSAR
Por tu opinión solamente
me escondo ahora; mas después
que se haya acostado, Celia,
he de salir.
CELIA
Presto ve,
mientras allá abren la puerta,
y en esta escalera, Inés,
encierra a los dos.
MOSQUITO
¿A mí
han de encerrarme también?
INÉS
Claro está; y no abras, en tanto
que recogida no esté
la casa, y en lo más bajo
estad sin ruido.
CÉSAR
A poder

de la fortuna, mi vida

acabe ya de una vez.

(Éntranse por la puerta secreta.)

Escena XVIII

CELIA, D. JUAN y D. FÉLIX.

FÉLIX

Ya estoy en mi casa, idos

D. Juan.

JUAN

Pues de ella os saqué

y os conocieron a vos

y a mí no, hasta que quedéis

seguro, no he de dejaros.

CELIA

Pues viene D. Juan con él,

sin duda a buscar a César(Ap.)

vienen los dos.

FÉLIX

Sí ha de ser:

¿hola?(Sale un criado.)

Escena XIX

D. FÉLIX, D. JUAN y CRIADO.

CRIADO

¿Señor?

FÉLIX

Esta hacienda

toda en salvo la poned

abajo en el cuarto de ese

caballero milanés,

en tanto que hablo a mi hermana.
JUAN
Yo el primero a todo iré.
(Vanse D. JUAN y el CRIADO.)
Escena XX
CELIA y D. FÉLIX.
CELIA
La casa van despojando,
buscarle, sin duda, es.(Ap.)
FÉLIX
¿Hermana?
CELIA
Félix, ¿qué traes?
FÉLIX
Traigo una pena cruel.
CELIA
Los dos han sabido allá,
que aquí D. César esté.
FÉLIX
Llamome D. Juan de Silva
para que fuera con él
a buscar a su enemigo,
(dijera al mío más bien)(Ap.)
al fin, llegué a la posada,
y al huésped le pregunté,
donde un forastero estaba,
que hoy después de anochecer
llegó a su casa; y dos mulas
dejole, y fuese después;

esperándole estuvimos
largo rato en el dintel
hasta que un hombre llegó
de color, y al parecer
de D. Juan, que yo jamás
le vi, dijo que era él:
embestímosle los dos,
desembarazose bien;
y al ruido de las espadas
llegó justicia a querer
conocernos, y D. Juan
dio con el dúo a sus pies.
Resistímonos, en fin,
hasta que no faltó quien
entre las voces decía:
D. Félix de Acuña es.
Habiéndome conocido,
apelamos a los pies,
a riesgo traigo la vida,
porque es una muerte, y es
en resistencia; y así,
pues ausentarse ha de ser
fuerza, no has de quedar, Celia,
donde me escriban después
alguna cosa de ti,
que no le está a mi honor bien.

Y así, conmigo al instante

en casa de mi tío ven,

donde quedarás guardada

de su cuidado, porque

no he de ausentarme yo, en tanto

que tú segura no estés.

CELIA

D. Félix.

FÉLIX

No hay que decirme.

CELIA

Advierte.

FÉLIX

Aquesto ha de ser;

no hay, Celia, que replicar.

Escena XXI

DICHOS, INÉS y DOS CRIADOS.

INÉS

En un instante se ve

mudada toda la casa;

¿qué es lo que intentan hacer?

CRIADO 1.º

Baja tu aquese escritorio.

CRIADO 2.º

Tira deste brocatel,

que hasta las camas están

ya desarmadas también

abajo, y no quede aquí

solo un clavo en la pared.

(Quitan las colgaduras, y queda debajo una pared con dos puertas a los lados, y en medio una disimulada.)

FÉLIX

Celia, vamos, que esto es fuerza;

vente con tu ama, Inés.

CELIA

¿A quien, cielos, en el mundo

esto pudo suceder?(Ap.)

INÉS

Mas que a los de la escalera

los han de mudar también.(Ap.)

Escena XXII

DICHOS, y D. JUAN.

JUAN

No se quede aquí ninguno,

salid, y cerrad después.(Vanse.)

Escena XXIII

D. CÉSAR, y MOSQUITO, abriendo la puerta de en medio.

CÉSAR

Más de media noche es ya.

MOSQUITO

¿Si se habrá olvidado Inés

de que nos tiene escondidos?

CÉSAR

Pues ya tan quieta se ve

la casa, abre aquesa puerta,

despega un poco el cancel,

que teniendo colgadura

encima de la pared,

no nos podrán ver, sabremos

qué ruido el que han hecho es.
MOSQUITO
¿Donde está la colgadura?
CÉSAR
Llama a Inés.
MOSQUITO
Inés, ce, ce.
CÉSAR
Que no te vean, ni oigan.
MOSQUITO
¿Quién nos ha de oír, ni ver,
si estamos en el desierto?
Por Dios, que a mi parecer,
alemanes han entrado
en esta casa.
CÉSAR
¿Por qué
lo dices?
MOSQUITO
Porque ha quedado
desbalijada.
CÉSAR
¿Que estés
tan loco, que digas eso?
MOSQUITO
Más lo estás tú en buena fe,
si dices esotro; sal,
y verás, que no hay que ver;
pues para que tú lo veas,
sin dudar si es, o no es,

sólo han dejado una luz
por descuido, o por merced;
ni una silla, ni un bufete,
ni un cuadro, ni un almirez,
ni un baúl, ni un escritorio,
ni un puchero, ni un cordel,
ni un jergón, ni una cortina,
ni una Celia, ni una Inés
nos han dejado.
CÉSAR
¿Qué es esto?
que aunque yo el ruido escuché,
los golpes, sin las palabras,
no se daban a entender:
gran novedad habrá sido
la que a esto ha obligado.
MOSQUITO
Aun bien,
que viviremos más anchos;
pero pudieran haber
Inés, y Celia dejado
siquiera un pan, dos o cien.
CÉSAR
¡Que estés ahora de gracia!
MOSQUITO
Esto de desgracia es.
CÉSAR
Y así, viendo lo que ha sido,

y lo que aquí importa hacer,

es irnos, porque si Félix

ha llegado ya a entender,

que por causa de su hermana

a D. Alonso maté,

y que hoy estoy en Madrid,

¿quién duda que aquesto es

por vengarse?

MOSQUITO

Pues, ¿por dónde

hemos de salir?, ¿no ves

cerradas todas las puertas?

CÉSAR

Por las ventanas.

MOSQUITO

También

son todas rejas.

CÉSAR

Por una

guarda del tejado; ven

conmigo.

MOSQUITO

Yo ruego a Dios,

que una gatada no dé.

CÉSAR

Cielos, semejante caso

¿a quién pudo suceder?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo

La misma sala del primer acto.

Escena primera

Salen por una de las dos puertas D. CÉSAR y MOSQUITO.

MOSQUITO

Esta es la casa; sin duda,

que aquel famoso extremeño

Carrizales fabricó

a medida de sus celos;

pues no hay puerta, ni ventana,

guarda, patio, ni agujero

por donde salga un mosquito,

dígalo yo.

CÉSAR

Si el ingenio

quisiera inventar un caso

extraño, ¿pudiera hacerlo

con mayores requisitos

fingidos, que verdaderos

están presentes?, ¿habrá

quien crea que es verdad esto?

Venir llamado de Celia,

no tener aviso a tiempo

de que su hermano venía,

hacer con tanto secreto

este tabique, llegar

Félix a Madrid primero

que yo, esconderme por fuerza;

y en estando una vez dentro,

mudarse toda la casa,

dejarme aquí; y en efecto,

no haber por donde salir:

cosas son, viven los cielos,

que han menester más paciencia

que la mía.

MOSQUITO

Pues no es eso

lo peor.

CÉSAR

Pues, ¿qué será,

si esto no es?

MOSQUITO

Que no tenemos

que comer, porque el gigote

que se olvidó en un puchero

a la lumbre, el medio pan

de la alacena, ya dieron

fin: y así, es fuerza rendirnos

por hambre, porque no hay dentro

del sitio para dos horas

munición, ni bastimento.

CÉSAR

Que tuviese yo una llave

maestra de casa, al tiempo

que, ausente su hermano entraba

a hablar a Celia, y que luego

se la volviese el día que

de aquí me ausenté, mas esto

¿quién lo pudo prevenir

con humano entendimiento?

MOSQUITO

Ya mal distinta la luz

en los distintos reflejos

se va declarando: en fin,

¿qué piensas hacer?

CÉSAR

Un medio

solamente se me ofrece.

MOSQUITO

¿Y es, señor?

CÉSAR

Escucha atento:

En este cuarto de abajo

a Celia oí, que un extranjero,

hombre de negocios, vive;

a este declararme pienso,

que menos importará

que sepa uno más aquesto

que dejarme matar, pues

no dudo que es el intento

este de haberse mudado

D. Félix.

MOSQUITO

Y, ¿cómo haremos

para llamarle?
CÉSAR
Dar golpes
por la escalera.
MOSQUITO
Yo apuesto
que piensan, que andan ladrones
al primer golpe que demos,
y que nos matan a palos
antes de oírnos.
CÉSAR
No creo
que hay otra cosa que hacer;
voy a llamar: mas, ¿qué es esto?
(Al ir a llamar él, llaman de adentro.)
MOSQUITO
El extranjero de abajo,
que llama antes que llamenos
nosotros; mas, ¿cuánto va
que nos mudaron a un tiempo,
y estando una vez cerrado,
ha pensado allá lo mesmo?(Llaman.)
CÉSAR
Esto es llamar a la puerta.
MOSQUITO
¿Quién es?
CÉSAR
Tente, ¡qué haces, necio!
MOSQUITO

Responder a quien nos llama,

que la llave no tenemos,

que vaya por ella.

CÉSAR

Espera,

que responder no es acierto.

MOSQUITO

Déjame sólo llegar

a ver por el agujero

de la llave quién es.

CÉSAR

Mira.

MOSQUITO

Buena hacienda habemos hecho,

¡ay, señores!

CÉSAR

¿Qué hay, Mosquito?

MOSQUITO

La justicia por lo menos

es quien llama.

CÉSAR

¿La justicia?

MOSQUITO

Si, señor.

CÉSAR

Por Dios que es cierto,

¿quién presumiera, que así

se vengara un caballero?

MOSQUITO

Celia, señor, te ha vendido.

(Golpe con martillo.)
CÉSAR
Vive Dios, que aún no lo creo
de Celia.
MOSQUITO
Yo sí; ya escampa.
CÉSAR
¡No es descerrajar aquesto!
MOSQUITO
Sí; ya conozco los golpes,
que estos son los golpes mesmos,
que al empezar las comedias,
se dan en los aposentos.
CÉSAR
¿Qué hemos de hacer?
MOSQUITO
Confesarnos
es el más útil remedio.
CÉSAR
Por si acaso es otra cosa
lo mejor es escondernos,
y no sea lo de anoche,
oír el ruido, y no el suceso.
(Éntranse en la escalera.)
Escena II
OCTAVIO, ALGUACILES y gente.
OCTAVIO
¿Para qué es romper la puerta?,
que pues yo las llaves tengo,
yo abriré; y ya que lo está,

díganme sobre qué es esto

vuesas mercedes, que yo,

a los golpes que he oído, vengo

desde ese cuarto en que vivo.

ALGUACIL

Buscamos un caballero,

D. Félix de Acuña es

su nombre, por haber muerto

anoche un hombre en mi calle.

OCTAVIO

¿Aquí importa el fingimiento,(Ap.)

D. Félix de Acuña?

ALGUACIL

Sí.

OCTAVIO

Pues ya ha más de mes y medio

que no vive en esta casa,

y que yo las llaves tengo

del cuarto, para alquilarle

con poderes de su dueño,

cuyo paradero ignoro.

ALGUACIL

Tarde venimos.

ESCRIBANO

Debemos

poner esta diligencia

por escrito.

Escena III

Dichos y OTÁÑEZ.

OTÁÑEZ
Aquí D. Diego,
mi señor, viene a saber
que hay de aquel despacho.
OCTAVIO
Necio,
que estoy ahora, no veis,
con estos señores. Luego
bajaré, que en mi escritorio
me espere.(Vase OTÁÑEZ.)
Escena IV
Dichos, menos OTÁÑEZ.
ALGUACIL
Aquí no tenemos
que hacer; vuesarced se quede
con Dios.
ESCRIBANO
Si hubiéramos hecho
anoche la diligencia,
quizás no se hubiera puesto
en salvo.
ALGUACIL 2.º
Nadie nos dijo,
aunque se anduvo inquiriendo
anoche, adonde vivía.
(Vanse los ALGUACILES.)
Escena V
OCTAVIO, D. DIEGO y OTÁÑEZ.
DIEGO

Señor Octavio, viniendo
tan de mañana a saber
si había venido en el pliego,
que anoche llegó de Italia,
la dispensación que espero,
para casar a mi hija
con su primo, que deseo
salir ya deste cuidado;
y esperando, por saberlo
allá abajo, vi bajar
justicia: y así, me atrevo
a subir acá, por ver
si en algo serviros puedo.
OCTAVIO
En cuanto a vuestros despachos
muy bien las albricias puedo
pediros, que ya han venido.
DIEGO
Mil años os guarde el cielo.
OCTAVIO
En esto de la justicia,
es, que un noble caballero
aseguró su persona,
y su hacienda, que él atento
a su honor, dejar no quiso
sola a su hermana, y diciendo
estaba, que no vivían

ya aquí.
DIEGO
¡Ay de mí, lo que siento
el traer a la memoria,
a vista deste suceso,
mis penas!, siempre son muchas,
cada instante que me acuerdo
de la muerte de mi hijo,
y que el que le mató, huyendo
también se libró de mí,
que yo le hiciera...
OCTAVIO
En efecto,
¿nunca de él habéis subido?
DIEGO
Hásele tragado el centro
de la tierra; mas dejadme,
y no hablemos más en esto.
OCTAVIO
Yo hablo, porque hablabais vos,
vamos: mas, ¿qué tan atento
miráis en aqueste cuarto?
DIEGO
En que he venido a hacer, pienso,
de un camino, como dicen,
dos mandados; porque habiendo
la dispensación venido,
he de traer desde luego

a mi sobrina a mi casa;

y la que yo ahora tengo

no es capaz de más, que ha un mes

que ando buscándola, y creo

que este cuarto, por el barrio,

y vecindad, será bueno.

OCTAVIO

Yo me holgaré que os agrade,

por lo mucho que intereso.

DIEGO

¿Qué más vivienda, que aquesta,

tiene?

OCTAVIO

No sé; que os prometo,

que aunque días ha que vivo

aquí, es hoy el primero

que en él he entrado.

(Entran por una puerta, y salen por la otra.)

DIEGO

En verdad

que me agrada, sí por cierto;

mayormente por tener

estos dos cuartos diversos,

pues en éste, hasta casarse,

estará D. Juan, y luego

yo estaré, dejando esotro,

que es el mayor, para ellos:

¿qué gana este cuarto?

OCTAVIO
Gana
dos mil reales.
OTÁÑEZ
Es gran precio,
que están baratas las casas.
DIEGO
Decidme quién es el dueño,
porque lo vaya con él
a concertar.
OCTAVIO
Para eso
haced cuenta que yo soy,
pues de un amigo es, que a un pleito
está en Granada, y poder
para sus negocios tengo;
y así, conmigo no más
se ha de tratar.
DIEGO
Según eso
ya queda el cuarto por mío
porque yo con vos no tengo
de regatear; y así, haced
porque vengan al momento
a colgarle, que las llaves
se den.
OCTAVIO
Si ha de ser tan presto,

mejor es que os las llevéis,

porque hoy una holgura tengo

en el campo, y en mi casa

no queda nadie; bajemos

donde la dispensación

os dé, y las llaves.

DIEGO

Contento

voy del cuarto.

OCTAVIO

No creeréis

cuanto en que lo estéis me huelgo.

DIEGO

Tendréis un criado en mí,

y en Lisarda un ángel bello

por vuestra, que es muy hermosa.

(Vanse cerrando.)

Escena IV

D. CÉSAR y MOSQUITO.

CÉSAR

¿Haslo entendido?

MOSQUITO

Algo de ello.

CÉSAR

¿Habrá más, y más acasos?,

¿habrá más, y más sucesos,

que eslabonen mis desdichas,

que logren mis sentimientos?

Un hombre mató D. Félix.

MOSQUITO
Alquilar un hombre un cuarto
con ropa, y servicio, vemos
en la corte cada día;
pero el alquiler más nuevo,
es alquilar uno un cuarto
con amo, y criado dentro.
Más bien, que en estos acasos
de pesar, hay de consuelo
otros.
CÉSAR
¿Cuáles son?
MOSQUITO
No haber
Octavio visto antes desto
esta escalera, y estar
desta casa ausente el dueño,
pues si él viniera a alquilarla,
su escalera echara menos,
y fuera fuerza el hallarnos
escalerados D. Diego.
CÉSAR
En fin, para haber de ser
un tan extraño suceso,
no hay inconveniente alguno,
según todo se ha dispuesto:
pero no se ha de rendir
hoy el valor de mi pecho

a fáciles imposibles.

(Saca la daga, para abrir la puerta.)

MOSQUITO

¿Qué haces?

CÉSAR

Desclavar pretendo

con esta daga la puerta,

y salir de aquí primero

que mi enemigo me cierre

hoy el paso, aunque sea al riesgo

de que en la primera calle

me prendan, que ya no quiero

vida, casada Lisarda,

con D. Juan no quiero (¡ay cielos!)

esperar a ser testigo

yo del daño que me ha muerto.

MOSQUITO

Dices bien, Señor, salgamos

de aquí, aunque descerrajemos

la puerta.

CÉSAR

No he de esperar

más desdichas. Mas, ¡qué veo!

por la parte de allá fuera

abren.

MOSQUITO

Pues al retraimiento.

CÉSAR

Por si es D. Diego, es forzoso.

MOSQUITO
Mucho nos quiere D. Diego,
pues que nos guarda con llave.
CÉSAR
¡Qué viniese a tan mal tiempo!
MOSQUITO
Según todo se hace apriesa,
que sea el padre, pienso.
(Escóndense los dos.)
Escena VIII
LISARDA, BEATRIZ y OTÁÑEZ.
LISARDA
¿Aquesta es la casa?
OTÁÑEZ
Sí.
BEATRIZ
Santíguome, y entro a vella
con el pie derecho en ella;
malo es abrirse hacia aquí
la puerta, y los escalones
toman la vuelta al revés,
bien, o mal; una, dos, tres,
y las vigas no son nones:
Otáñez, vuelva a señor,
y diga, que si no ha dado
el dinero adelantado
desta casa, será error,
si al dueño no se le obliga
a mudar la puerta, es llano,

la escalera hacia esta mano,

y añadir aquí una viga.

OTÁÑEZ

Mala mano te dé Dios,

y mala viga también;

mas esto del mal, y el bien,

esto de la una, y las dos,

el pie derecho por guía,

mirar puertas, y escalones,

son por tu vida lecciones

de la dueña de tu tía?

BEATRIZ

Claro está; ¿qué pensáis vos?

como eso, cuando acá estaba,

cada día me enseñaba,

porque era un alma de Dios.

LISARDA

Notable priesa ha tenido

mi padre, pues ha querido

mudarse sin dilación,

y que venga la primera

yo a ver la casa, y mandar

cómo se ha de aderezar.

OTÁÑEZ

Tal huésped en ella espera.

BEATRIZ

Muy cuerdo mi señor anda

en que tu vengas ahora,

pues no agrada a una señora,

sino solo lo que manda;

que si yo hubiera empezado

a poner algo, sospecho

que de cuanto hubiera hecho,

nada te hubiera agradado.

LISARDA

Dime, Beatriz, ¿no estuvimos

ayer aquí?

BEATRIZ

Yo tal creo.

LISARDA

Ya en vano pagar deseo

el favor que recibimos.

Buena la casa parece.

OTÁÑEZ

En este cuarto ha de estar

D. Juan, hasta efectuar

las dichas que amor ofrece.

BEATRIZ

Acudid, Otáñez, vos

a ver apear la ropa

del carro.

OTÁÑEZ

Si en esto topa,

ya acuden: ¡válgame Dios!

LISARDA

No me traigan nada aquí,

pues esta pieza ha de ser

tocador, no es menester

colgarla.

BEATRIZ

Guárdate allí

del polvo.

LISARDA

¡Oh, qué triste estoy!

BEATRIZ

Hoy que pedirte quisiera

albricias, de esa manera

suspiras?

LISARDA

Sí, porque hoy

mirando mis penas voy.

BEATRIZ

¿Quién, señora, las causó?

LISARDA

Oye; D. Juan.

Escena VIII

Dichos y D. JUAN.

JUAN

Feliz yo,

que a tan buen tiempo llegué,

que en tus labios escuché

mi nombre.

LISARDA

¿Y no pudo, no,

ser dicha, o desdicha, sí,

el acordarme de vos?

JUAN

No, que siempre es dicha.
LISARDA
¡Ay Dios!
JUAN
Que tú te acuerdes de mí:
pues aunque haya sido aquí
en daño mio, sospecho,
que en el alma, satisfecho
estoy, que el reloj veloz
obedece con la voz
al artificio del pecho.
LISARDA
Sí; pero ninguno ignora,
que con otro tal indicio
muestra un hora el artificio,
y da la voz otra hora.
JUAN
Pues, ¿por qué, prima, y señora,
hoy tanto rigor?
LISARDA
No sé,
que a vos os lo callaré
por el autoridad mía,
yo a Beatriz se lo decía,
y a Beatriz se lo diré.
Beatriz, mi primo D. Juan,
sin duda alguna, ha creído,
que el entrar a ser marido,

es salir de ser galán:
poco cuidado le dan
finezas, poco cuidado
festejos; pues olvidado
está va, de que se infiere,
que no quiere el que no quiere
un poco desconfiado.
Ayer al campo salí,
y a D. Juan en él no hallé,
en la calle peligré,
y de otro amparada fui:
y si a aquél agradecí
la fineza de mi vida,
a este, que de mí se olvida,
castigarle puedo, pues
no es con este cruel, quien es
con aquel agradecida.
Vine a casa, como viste,
y D. Juan no pareció
en toda la noche: yo,
que ya sé que esto consiste
en este festejo, triste,
no celosa, estoy, por ver
que D, Juan, antes de ser
mi esposo, verme dilata,
y que desde ahora me trata

ya como propia mujer.
JUAN
Si supieras la razón,
tú me disculparas ya;
buenos testigos, quizá,
aquestas paredes son;
digan ellas la ocasión,
digan ellas.
LISARDA
¿Para qué,
si yo con Beatriz hablé,
me respondéis?
JUAN
Culpa es mía;
yo a Beatriz se lo decía,
y a Beatriz se lo diré.
Bajando anoche a encontrar
a mi prima, vi al que dio
muerte a D. Alfonso, y yo
con ánimo de vengar
mi pena, le fui a buscar,
llevando en mi compañía
a Félix, el que vivía
en esta casa, llegamos
donde a César esperamos,
hasta que la rabia mía
me hizo embestir a otro hombre

por él: la ronda llegó,
conocernos pretendió;
y uno quedó, no te asombre,
muerto, cuando oímos el nombre
de D. Félix repetido,
y viéndose conocido,
fuerza el ausentarse fue:
esta es la causa, porque
de honrado y de agradecido
yo, no le pude dejar,
hasta que en salvo estuviese
él y su casa, e hiciese
diligencias de alcanzar
si de mí llegaba a hablar
la justicia; se ha sabido
que yo no fui conocido;
con lo cual me he asegurado,
que mal pudo otro cuidado
tenerme a mí divertido.

BEATRIZ

Pues yo, que he sido la oidora
en sala de competencia,
fallo por la mi sentencia,
que pues el uno a otro adora,
os deis por buenos ahora.

JUAN

Yo obedezco; y si hay disculpa,

cese el rigor que me culpa.
LISARDA
Yo creo que así será,
que para nada me está
bien, que vos tengáis más culpa.
JUAN
Ya que estás desenojada,
de la caída de ayer
la sangría...
LISARDA
Eso es querer
volver a verme enojada.(Vase)
JUAN
Será para una criada:
Castaño, dale a guardar
aqueso a Beatriz.(Vase.)
Escena IX
BEATRIZ y CASTAÑO.
BEATRIZ
El dar,
tanto el ánimo recrea,
que aunque para mí no sea,
lo tomaré, por tomar.
Y pues tan revuelta está
la casa toda, en aqueste
aposento, que ha de ser,
o tocador, o retrete
de mi señora, poniendo

ve, Castaño, sutilmente,

no sé qué, que a mi ama traes.

CASTAÑO

Son más de mil no sé que es;

espera, irelos trayendo,

que aquí unos mozos los tienen.

BEATRIZ

Para ponerlos mejor,

pongamos aquí un bufete.

(Sacan un bufete, y desde la puerta van tomando azafates cubiertos.)

CASTAÑO

Estos son de Portugal

dulces.

BEATRIZ

Di dulces dos veces,

pues dos veces lo serán

por dulces y portugueses.

CASTAÑO

Chocolate de Guajaca

esto, y estos que aquí vienen,

tocados, cintas, y medias,

guantes, pastillas, pebetes,

faldriquetas, zapatillas,

y bolsos estos.

BEATRIZ

Bien huelen.

CASTAÑO

Toda esta salsa, Beatriz,

han menester las mujeres,

para que no huelan mal,

y más las propias.

BEATRIZ

Tú mientes.

CASTAÑO

Esto es cuanto a esto, que aquí

vienen joyas excelentes

en este contador, que hoy

es contador de mercedes.

BEATRIZ

Bien está; pero aquí falta

una alhaja.

CASTAÑO

¿Qué es?

BEATRIZ

Atiende:

Un cierto vestido mío,

que destas bodas alegres

de ribete se me da.

CASTAÑO

Forzoso era que lo fuese,

porque ya, Beatriz, di, ¿cuál

vestido no es de ribete?,

mas no le quise traer,

que hay un grande inconveniente.

BEATRIZ

Di, ¿cuál?

CASTAÑO

A mí me han parlado,

que de un bergantón ausente,
que por colada, y tizona
era Mosquito dos veces,
fuiste, sin ser la violada,
Violante de Navarrete,
de sus botones ojal,
y de sus cintas ojete.
Hame dado pesadumbre
el caso, y no me parece
que será puesto en razón
que de Castaño se cuente,
que con él te vistes, y con
otro te desnudas.
BEATRIZ
Tente:
pues, ¿dasme el vestido tú?
CASTAÑO
No; pero hasta el traerle,
que es como dar por tablilla
a la bola que está enfrente.
BEATRIZ
Aun siendo eso, no hay razón,
que Mosquito solamente
fue en hacer faltas con él,
pelota de mi trinquete.
Y si va a decir verdad,
tú solamente me debes

más lágrimas en un hora

que Mosquito en treinta meses,

que de lástima le quise

solo por ser buen pobrete,

mientras hallaba otra cosa.

CASTAÑO

Tanto cuanto me enterneces:

este es, Beatriz, el vestido,

hecho, y derecho, y aqueste

el manto.

BEATRIZ

Y este un abrazo.

CASTAÑO

En fin, ¿solo a mí me quieres?

BEATRIZ

No está en uso querer solo

a nadie, basta quererte;

y pues con tu amo hoy

en casa vives, advierte,

que si hay dares, y tomares,

habrá dimes, y diretes,

y a Dios por ahora, que es bien

que aqueste aposento cierre

con llave, porque ninguno

aquí no salga, ni entre.

CASTAÑO

Adiós.(Vase.)

BEATRIZ

Quédese el vestido

con lo demás: ¡quién sirviese

un ama que fuera novia,

cada mes una, u dos veces!(Vase.)

Escena X

CÉSAR y MOSQUITO a la puerta.

MOSQUITO

Vive Dios, que he de salir.

CÉSAR

¿Dónde has de salir?, detente.

MOSQUITO

Si hemos oído cerrar

la puerta deste retrete,

y que han dejado en él dulces,

¿cómo podrás detenerme,

cuando, aunque fueran amargos,

me supieran lindamente?

CÉSAR

No hagas ruido.

(Saca la mano y arroja él un azafate, al tomar otro, y derriba el bufete.)

MOSQUITO

¿Cómo no,

si no me deja el bufete

abrir la trampa?, ya alcanzo

un azafate: ¡oh, si fuese

el de los dulces!, los guantes

son, el demonio los lleve:

a echar vuelvo la redada.

CÉSAR

¿Qué has hecho?

MOSQUITO
Ruido.
CÉSAR
¿Tú quieres
destruirme?
MOSQUITO
Comer quiero,
como tú.
CÉSAR
Darete muerte;
que es veneno para mí
todo lo que está presente.
MOSQUITO
Morir de veneno, o hambre,
muere a lo más conveniente.
CÉSAR
Harasme que todo junto,
lo arroje, lo rompa, y queme
con el fuego de mi pecho;
o que lo inunde, y anegue
con el llanto de mis ojos.
MOSQUITO
¡Si tanto fuego tuvieses,
y si tanta agua llorases,
que hacer pudiéramos este,
chocolate! ¡Oh, Jesús mío!
CÉSAR
¡Qué darse quejas oyese
D. Juan, y Lisarda, cielos,

ella con dulces desdenes,

él con amantes finezas,

y yo escucharlo pudiese!

MOSQUITO

Pues si a eso va, yo también

he escuchado claramente

pisar al Frisón Castaño,

y a la Beatricilla en este

pesebre de amor; empero.

digan lo que se dijeren,

que de lástima me quiso,

sea buen pobrete, o riquete,

y coma yo lo que él trae,

que otro despique no tienen

celos, sino valer algo,

porque sabe lindamente

CÉSAR

lo que otro compra.

En efecto,

ya aquí lo más conveniente

es dejar anochecer,

o despechado, o valiente

determinarme a salir.

MOSQUITO

Si tú en la calle tuvieses

prevenidos para todo

tus amigos, y parientes,

fuera seguro el empeño.
CÉSAR
Tú, Mosquito, que no eres
conocido, bien pudieras,
pues hoy anda tanta gente
revuelta en aquesta casa,
a salir de aquí atreverte.
MOSQUITO
Por salir a beber algo,
no habrá cosa que no intente.
CÉSAR
Tú has de salir, y avisar
desto a quien yo te dijere.
MOSQUITO
Yo si hiciera; pero temo.
CÉSAR
¿Tu, aunque te vean, qué temes?
MOSQUITO
Ser tan Rey, que en la capilla
me diga misa un bonete;
pero algo he de hacer por ti;
y una cosa se me ofrece
para salir encubierto,
que no puedan conocerme.
El vestido de Beatriz
me disfrazará; a ponerle
ayuda.
CÉSAR
La puerta abren.

MOSQUITO
Ya, aunque al demonio le pese
hay que comer, y vestir,
venga ahora lo que viniere.
(Éntranse los dos en la escalera.)
Escena XI
BEATRIZ y LISARDA, a la puerta.
BEATRIZ
Digo que en toda mi vida
no he visto tan excelentes
y aliñados azafates.
LISARDA
Verelos, porque no piense
Don Juan, que no los estimo;
pero, ¿qué estrago es aqueste?
BEATRIZ
Esto ya es hecho, porque es
paso de la Dama Duende,
y no he de pasar por él.
LISARDA
¿Quién entró, que desta suerte
lo ha puesto, Beatriz?
BEATRIZ
Ninguno
pudo entrar, porque yo siempre
tuve la llave conmigo.
LISARDA
Pues siendo eso así, tú tienes
la culpa, que lo dejaste

de modo, que se cayese.
BEATRIZ
¿Cómo pudo?
LISARDA
¿Quién querías
que para esto solo abriese?
BEATRIZ
Quien no abrió para esto solo:
¡hay más desdichada suerte,
señores!
LISARDA
Pues, ¿qué más falta?
BEATRIZ
Mi vestido, y sin ponerle.
LISARDA
¿Qué vestido?
BEATRIZ
El que me dio(Llorando.)
D. Juan.
Escena XII
Dichos, D. DIEGO y OTÁÑEZ.
DIEGO
¿Qué ruido es aqueste?
BEATRIZ
Y el manto también.
LISARDA
Aquí
puso Beatriz todo este
regalo, que envió D. Juan,
y le hallamos desta suerte,

y falta un vestido suyo.
BEATRIZ
Ay señor, y sin ponerle.
OTÁÑEZ
Sí, pero no sin quitarle:
si una viga más tuviese
esta casa, no faltara,
Beatriz, tu vestido.
DIEGO
Siempre
en las mudanzas de casas
aquestas cosas suceden.
Id cogiendo todo eso,
y trata de recogerte
en tu cuarto, porque el tiempo
que aquí D. Juan estuviere
sin desposarse, ha de ser
el que menos ha de verte.
LISARDA
Tanto obedecerte estimo,
que porque a verme no entre
de noche en mi cuarto, quiero
estar recogida; venme
a desnudar, Beatriz.
BEATRIZ
Quien
me ha desnudado a mí, puede,
que sabrá mejor, que yo.

LISARDA
No llores, que fácilmente
se remediará; aunque he dicho
que tengo de recogerme,
no lo he de hacer, hasta ver
a qué hora D. Juan viene:
trae luz, Beatriz.
¡Ay señores,
mi vestido, y sin ponerle;
notable descuido ha sido!(Vanse las dos.)
Escena XII
DIEGO y OTÁÑEZ.
OTÁÑEZ
Ha estado aquí tanta gente
hoy, que no es mucho que falte
aun más que esto.
DIEGO
¿Otáñez, tiene
prevenido ya su cuarto
D. Juan?
OTÁÑEZ
Y curiosamente
aderezado.
DIEGO
Id a ver
si en él falta algo, y ponedle
luces, porque ya la noche
cerrando baja. ¡Oh qué alegre

día fuera para mí,(Vase OTÁÑEZ)
si mi hijo viera este!
¡Oh si me viera vengado
del traidor que le dio muerte!,
mas no quiso mi fortuna
tantas dichas concederme,
que llegase.

Escena XIII

Dicho y CELIA con manto.

CELIA

Caballero,
si al amparar las mujeres,
heredada obligación
es de todos los que tienen
noble sangre, pues con ella
nacieron a ser corteses,
amparad una mujer,
ya que la trajo su suerte
a vuestros pies, que no en vano
esta dicha he de deberle.
Un hombre, que de mi honor
le hicieron dueño las leyes
de la sangre, hacia aquí airado
siguiéndome, ¡ay de mí!, viene
y está en que no me conozca
el honor suyo, y mi muerte;
haced, por quien sois, señor,

que hasta aquí, ¡ay cielos!, no entre;
porque yo, sino...
DIEGO
Callad,
no digáis más, que no deben
escuchar los caballeros
más razón a las mujeres,
para ampararlas, que verlas
afligidas; a tenerle
saldré, y aun a desvelarle
las sospechas que trajere;
y a no poder con razones,
podré con la espada, que este
pecho volcán es, que ostenta
dentro fuego, y fuera nieve.
Aquí esperad; mas de aquí
no habéis de pasar, que en este
cuarto una hija mía vive,
y no quiero yo que llegue
a saber, que hoy en el mundo
aquestas cosas suceden.(Vase.)
Bien hasta aquí ha sucedido
este atrevimiento; déme
fortuna amor, si es que amor
fortuna para sí tiene.
Acercareme al tabique
de la escalera.

Escena XIV
CELIA, D. CÉSAR, y MOSQUITO vestido de mujer.
CÉSAR
Ahora puedes
salir mejor, porque siendo
ahora cuando anochece,
antes que se enciendan luces
podrá ser salir sin verte,
que yo, hasta que eche de ver
que estás fuera, por si vuelves,
no me quitaré de aquí,
a todo trance valiente.
MOSQUITO
Dios vaya conmigo, amén.
CÉSAR
La seña, Mosquito, advierte,
que ha de ser, cuando en la calle
estés con armas, y gente
disparar una pistola,
porque a mi noticia llegue,
para que yo salga.
MOSQUITO
Salga
yo ahora, que es lo que conviene.
CELIA
Un bulto se va acercando
a mí.
MOSQUITO
Un bulto hacia mi viene.

CELIA
No podré llamar a César,
en tanto que no se fuere.
(Cambian de lugares CELIA y MOSQUITO.)
MOSQUITO
Él no me ha visto, pues no
me habla nada.
¡Oh, si se fuese!
MOSQUITO
¡Oh, si encontrase la puerta!
Escena XV
Dichos y D. DIEGO acercándose a MOSQUITO.
DIEGO
Señora, seguramente
podéis salir, que en la calle
no hay un hombre que os espere.
MOSQUITO
Es grande merced que me hacen.
DIEGO
Este portal, el de enfrente,
y todos están seguros.
MOSQUITO
Lindamente me parece:
si hay ángeles entrecanos,(Ap.)
el de mi guarda es aqueste.
DIEGO
Venid conmigo, que yo
hasta donde vos quisiereis
iré con vos.
MOSQUITO

Que me place:

si esto ahora me sucede(Ap.)

por un vestido inhumano,

que a media pierna me viene,

yo juro de no traer

otro traje eternamente.

Bien hayan los tres Poetas,

que piadosos, y corteses

sacaron a luz los pri-

vilegios de las mujeres.

DIEGO

Pobre señora afligida,

aun a hablarme no se atreve.(Vanse.)

Escena XVI

CELIA y D. CÉSAR.

CELIA

Ya se van los que allí hablaban;

razón no pude entenderles:

ahora por la noticia

desta casa, en pasos breves

llegaré hasta la escalera:(Llega.)

César, señor.

CÉSAR

¿Por qué vuelves,

Mosquito?

CELIA

No soy quien juzgas,

D. César.

CÉSAR
¿No?, pues, ¿quién eres?
CELIA
Detente, no te alborotes,
Celia soy.
CÉSAR
¿Celia?
CELIA
Sí, que este
extremo de amor, no más
que Celia supiera hacerle.
Dejete anoche y mandé
a Inés, para que te diese
aquella llave maestra,
con que tú salir pudieses
de aquí, donde a tus desdichas
les fuera más conveniente:
halló la justicia aquí,
volvió después, ¡dura suerte!
y halló alquilada la casa
a tu enemigo en tan breve
tiempo; mas, ¡cuándo desdichas
gastaron más tiempo que este!
No se atrevió a entrar en ella;
yo viéndote en tan urgente
peligro, aunque en casa estoy
de quien guardada me tiene,
della he salido, no importa

el cómo, basta que puede
mi ingenio haber hecho, que
el mismo D. Diego fuese
quien me trajese hasta aquí
y a esta causa detenerme
no puedo; la llave es esta,
con ella, cuando pudieres,
saldrás; y a Dios, César, que
si donde me dejó, vuelve
D. Diego, y no me halla allí,
podrá ser que algo sospeche.
CÉSAR
Oye, escucha.
CELIA
No es posible,
y más ahora, que viene
con luz; cierra tú esa puerta,
porque a ti no puedan verte,
que a mí no importa, supuesto
que aquí D. Diego me tiene;
pues el llegar hasta aquí,
disculpará fácilmente
mi mismo temor.
CÉSAR
Ay Celia,
mucho mi vida te debe:
amor, déjame pagar

obligaciones tan fuertes.(Cierra.)

Escena XVII

OTÁÑEZ, D. JUAN y D. DIEGO, salen con luz.

DIEGO

No quiso, en fin, la mujer,

que acompañándola fuese

más, que a esa primera calle.

JUAN

¡Extrañas cosas suceden!

CELIA

No llego a hablar a D. Diego,

hasta que solo se quede.

DIEGO

Llevad esa luz al cuarto

de D. Juan, ya que merece

mi casa desde este día

tan noble, y honrado huésped.

JUAN

La dicha, señor, es mía.

DIEGO

Que yo he de quedarme en éste.(Vase.)

Escena XVII

CELIA y D. JUAN.

CELIA

Pues, ¿cómo sin acordarse

D. Diego de que me tiene

aquí en su cuarto se ha entrado?

Sin duda, volviendo a verme

adonde me dejó, y viendo

que faltaba, le parece

que me fui, sin esperarle.

JUAN

Hoy tengo de recogerme

temprano, porque Lisarda

no se enoje.

CELIA

Si ha de verme

D. Juan, mejor es contarle

lo que ha pasado, no lleguen

a echarme menos en casa,

que es ya muy tarde.

Escena XIX

Dichos, y CASTAÑO.

CAST.

Aquí viene

un caballero a buscarte.

JUAN

¿A estas horas? Dile que entre.

CAST.

Entrad.

Escena XX

Dichos, y D. FÉLIX.

FÉLIX

A solas me importa

hablaros.

CELIA

Mi hermano es este.

JUAN

Salios los dos, y dejad

la luz sobre ese bufete.

(Vanse OTÁÑEZ, y CASTAÑO.)

Escena XXI

CELIA, D. FÉLIX y D. JUAN.

CELIA

En extraño aprieto estoy;

ni a salir puedo atreverme,

ni estar aquí; aquí me escondo,

hasta que se vaya Félix.

JUAN

Ya estáis solo; ¿qué traéis?

hablad.

FÉLIX

Sí haré, si pudiere.

JUAN

Apasionado venís;

mejor estaréis en este

cuarto, entrad donde os sentéis.

CELIA

¡Ay de mí, si llega a verme!

FÉLIX

No he venido tan despacio;

escuchad, yo seré breve.

D. Juan, si sois mi amigo,

y si de que lo soy vuestro, es testigo

aquesta casa, donde (voz no tengo),

vos me buscasteis, y a buscaros vengo,

que en un día no más están trocados

en los dos con la casa los cuidados:

oídme, aunque parezca villanía,
venir tan puntual la pena mía
a cobrar una deuda, a que obligado
estáis.
JUAN
A todo estoy determinado:
decidme, ¿qué mandáis?
FÉLIX
Una fineza
digna de ese valor, y esa nobleza.
JUAN
Decid, pues, ¿qué queréis?
FÉLIX
Que si habéis hecho
más diligencias, como yo sospecho,
de saber de D. César, homicida,
que a vuestro primo le quitó la vida;
si habéis rastreado, ¡ay cielos!, o sabido
dónde en todo Madrid está escondido,
pues le habéis de buscar determinado.
JUAN
¿Qué?
FÉLIX
Que habéis de llevarme a vuestro lado.
JUAN
Eso, Félix, yo había
de pedíroslo a vos.
FÉLIX
La pena mía

esto os ruega, porque, ¡desdicha fuerte!,

me importa más que a vos darle la muerte.

JUAN

Pues, ¿qué os ha sucedido

con él de anoche acá, que os ha movido

a salir solo a esto?

Yo os dijera

la causa, si la causa lo sufriera;

que pronuncian de un noble, ¡ay Dios! los labios

o mal o tarde, o nunca los agravios.

FÉLIX

Yo tengo duda, ¡ay Dios!, como lo diga,

una aleve, una fiera, una enemiga,

una injusta tirana,

una, ¿qué sirven frases?, una hermana:

Esta, pues, causa fiera

de que yo desde Italia me viniera,

en Madrid me ha tenido,

hermano, con cuidado de marido:

mal haya parentesco tan injusto,

que es tan todo al pesar, tan nada al gusto;

en fin, anoche a Celia, ya lo visteis,

llevé a una casa, vos testigo fuisteis,

pues hoy della ha faltado, ¡ay enemiga!

diciendo que iba a ver a cierta amiga,

y volviendo por ella,

no estaba de visita ya con ella.

La amiga, pues, turbada
dijo, que de su casa muy tapada
salió, porque la dijo ser su intento
el irme a ver a mí al retraimiento,
y que importaba mucho sola fuese,
porque al verla, de mí nadie supiese.
Diréis que esta desdicha ¿en qué ha tocado
a César?, pues dél nace su cuidado:
cuando en la guerra yo de paz gozaba,
el dueño de la casa en que hoy estaba,
me escribió que la muerte,
que a vuestro primo dio César, ¡oh, fuerte
dolor!, por ella fue, y yo, si he inferido
que habiendo ayer, ¡ay Dios!, César venido,
y hoy mi hermana faltado,
no te dé aquella causa este cuidado:
y así, pues a vos hoy en esto alcanza
un enojo venganza,
y en mí mi desagravio,
cuerdo solicitad, e inquirid sabio
donde está, deudos tiene, amigos tiene,
y buscarle entre todos nos conviene;
que yo desesperado,
ya que tan claramente aquí os he hablado,
me voy huyendo, porque en tanto abismo
aún yo tengo vergüenza de mí mismo.(Vase.)

Esperad, que no tengo de dejaros

ir solo, y es preciso acompañaros;

cerrad, hola, esta puerta,

y hasta que vuelva yo, a nadie esté abierta.(Vase.)

Escena XXII

CELIA.

¿Habrá, cielos, más desdichas?,

¿habrá, cielos, más temores,

que en mi agravio se conjuren,

que en mi daño se convoquen?:

¿qué he de hacer aquí?

Escena XXIII

LISARDA, y BEATRIZ, salen medio vestidas.

LISARDA

¿Qué dices,

Beatriz?

BEATRIZ

Digo lo que oyes.

LISARDA

¿D. Juan ha vuelto a salir

de casa a la media noche?

BEATRIZ

Sí, señora.

CELIA

Mas, ¡qué dudo!

estas ciegas confusiones

sino: mas, ¡ay de mí!

LISARDA

Aguarda.(Repara en CELIA.)

BEATRIZ
Pues, ¿qué hay, que así te alborote?
LISARDA
¿Quién eres?
CELIA
Una mujer.
LISARDA
¿A quién buscas aquí?
CELIA
A un hombre.
LISARDA
Descúbrete.
CELIA
No haré.
BEATRIZ
Esta(Da voces.)
es sin duda.
LISARDA
No des voces.
BEATRIZ
La que me hurtó mi vestido.
LISARDA
Huyendo de mí se esconde.
BEATRIZ
No entres allá, sin llamar
gente.
LISARDA
¡Qué poco conoces
de celos!, toma esa luz,
donde hay celos, no hay temores.
(Éntranse las dos tras CELIA.)

Escena XXIV
D. CÉSAR.

Ya que tan quieta la casa,

ruido ninguno se oye,

saldré, pues que tengo llave

con que abrir, para ir adonde

repare el daño de Celia,

¡qué escuché!, ¿ahora estáis torpes,

pues? mirad, que las desdichas

tienen pasos de ladrones.

La puerta hallé ya; a Dios, pues,

infelices confusiones

de un desdichado: ¡ay, Lisarda!,

goza feliz tus amores,

sin verlo yo.

Escena XXV
Dicho, D. JUAN.
JUAN
¿Quién va allá?
CÉSAR
¡Ay de mí!
JUAN
¿Quién es?
CÉSAR
Un hombre.
JUAN
¿Qué hombre en esta casa?
CÉSAR
Uno,

que si el mundo se le opone,

ha de salir, sin que nadie

le conozca, ni lo estorbe.

JUAN

Sí hiciera, a no ser yo quien

a estorbarlo se dispone.

Escena XXVI

Dichos, CELIA, y LISARDA, tras ella.

LISARDA

Tengo de verte la cara.

CELIA

No harás, aunque a eso te arrojes.

LISARDA

¿Cómo has de estorbarlo?

JUAN

¿Cómo has de estorbarlo?

CÉSAR

Así.

CELIA

Así.

(Mata CELIA la luz, y sacan D. CÉSAR, y D. JUAN la espada, y riñen.)

BEATRIZ

(Dentro.) Ruido de espadas se oye.

CÉSAR

Alborotada la casa

está, vuelvo a entrarme donde

no me vean.

LISARDA

Hola, luces.

CELIA

El mismo secreto logré,

escondiéndome en él.
JUAN
No
te siguen mis pies veloces,
por no dejar esta puerta.
LISARDA
Porque la puerta no tomes,
della no me he de apartar.
JUAN
Traed luces.
LISARDA
¿Nadie me oye?
CÉSAR
¿Quién va?
CELIA
¿César?
CÉSAR
Entra Celia,
y en la escalera te esconde.
LISARDA
¡Aquí, Beatriz!
JUAN
¡Luces, luces!
Escena XXVII
Dichos, BEATRIZ, y OTÁÑEZ, por distintas puertas con luces.
LISARDA
¡Cielos!
JUAN
¡Cielos!
JUAN
¡Marchose!

LISARDA
¿Dónde la tapada ocultas?
JUAN
¿Dónde al embozado escondes?
¿Yo una tapada, traidora!
LISARDA
¡Yo aleve!, ¡ocultar a un hombre!
JUAN
¡Yo le encontraré!
LISARDA
¡De poco
han de servir tus traiciones,
que yo he de hallarla!, ¡Beatriz,
por aquese lado corre
que hemos de verla!...
JUAN
¡Castaño!,
de esa puerta me responde
que he de matarle!
BEATRIZ
¡Serán
ladrones!
LISARDA
¡Sí, sí!, ¡ladrones
de mi amor!
JUAN
¡Y de mi honra!
¡Ay!, ¡qué mujeres!
LISARDA
¡Ay!, ¡qué hombres!

(Vanse por distintos lados BEATRIZ delante, y OTÁÑEZ queda con la luz en una mano, y la espada en otra guardando la puerta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero

Escena primera

CÉSAR sale de la escalera y saca a CELIA desmayada.

CÉSAR

Apenas, sin reparar

mis desdichas en la ociosa

murmuración del que diga,

que no está bien a la honra

de Celia haberse ocultado,

iré pasando por todas

estas calumnias injustas,

atento a su vida sola.

Desmayada, o muerta, en fin,

ha estado apenas una hora;

y aunque rendida ya al susto

de que a su hermano le oiga,

que la ha de dar muerte; ya

a la pasión rigurosa

de verse en ajena casa,

donde sus peligros nota;

y a mirar que medio pueden

darme mis ansias dudosas.

Llamar a quien con piedad

la vida a Celia socorra,
no es posible; pues dejarla
morir sin remedio, y sola,
será crueldad: si de cuantos
oyeren después mi historia,
alguno ha de haber, que diga,
que tuve que hacer, no esconda
su ingenio, sino anticipe
el consejo a la congoja.
Irme y dejarla, es bajeza,
y más, habiendo ella propia
venido a darme la vida;
declararme, es acción loca.
Si a darme la libertad
has venido, o Celia hermosa,
como eres tú misma, ¿cómo
la que me la quita ahora?,
¿en quién hallaré consuelo?,
mas a una persona sola
me puedo fiar; Beatriz,
en quien mi pena amorosa
halló favor, o le hallaron
mis dádivas generosas
valerla podrá, que en fin
cualquier mujer es piadosa,
y de la que está afligida

el mejor médico es otra:
yerre o acierte, a ella quiero
declararme, que aunque ponga
a riesgo todo el secreto,
¿a qué más riesgo, que ahora,
puede estar entonces?, haga
leal a mi pena traidora:
este medio elijo, pues
no me dan otro que escoja;
y pues aclarando el día
viene en brazos de la aurora,
a buscar voy un remedio;
ya vuelvo, Celia, perdona.
(Déjala sentada, vase y vuelve ella en sí.)

Escena II

CELIA.

¡Ay de mí!, mi propio aliento
es el que hoy más me ahoga;
pues, aun para respirar,
le niega al pecho la boca:
sin vida estoy, y con alma
toda viva, y muerta toda,
¿a quién dieron sus desdichas
en aire a beber ponzoña?
César, si acaso: ¿qué es esto?,
fuera del tabique, y sola

estoy, sin hablar con nadie,
que me escuche y me responda:
¿César, César?, me ha dejado,
hase ido, es cierta cosa;
pues él de aquí no saliera
con tal riesgo su persona,
sino para irse: ¿qué dudan
mis desdichas, o qué ignoran?
pues, dos veces serán ciertas
por ser desdichas, y propias.
¡Ay, ingrato!, que primero,
que a mí, tú en salvo te pongas,
¿qué he de hacer?, si hablo a Lisarda,
estando de mí celosa,
es error: si a D. Juan hablo,
siendo D. Juan quien hoy toma
a cargo el honor de Félix,
es aventurarme loca:
solo a D. Diego pudiera
decir menos temerosa
todo el suceso, que al fin
es noble, y solo a la sombra
de las canas el honor
seguramente reposa.
Esto es, si no lo mejor,
lo menos malo, aunque ahora

ejecutarse no pueda;

porque ya una puerta, y otra

de Lisarda, y de D. Juan

abren, otra vez me esconda

este sepulcro; que yo

al rigor de mis congojas,

como gusano de seda,

fabriqué para mí propia.

(Éntrase en la escalera.)

Escena III

LISARDA, BEATRIZ, D. JUAN y CASTAÑO por las puertas de los lados.

LISARDA

Mira si está ya vestido

mi padre: ¡triste cuidado!

JUAN

Mira si está levantado

D. Diego: ¡pierdo el sentido!

BEATRIZ

En su aposento hay ruido.

CASTAÑO

Ruido en su aposento oí.

LISARDA

Contarele lo que vi.

JUAN

Sin declararle por qué,

licencia le pediré.

LISARDA

¿Es D. Juan?

JUAN

¿Lisarda?

LISARDA
Sí.
JUAN
¿Qué es esto?, ¿tan desvelada
te tiene aquel embozado?
LISARDA
¿Tan necio a ti te ha dejado
aquella dama tapada?
JUAN
¿Qué a estas horas levantada
estás?
LISARDA
¿Qué me hables así?
JUAN
Yo digo lo que yo vi.
LISARDA
Yo digo lo que vi yo.
JUAN
¿Y eso no es mentira?
LISARDA
No,
pero, ¿esotro es verdad?
JUAN
Sí.
LISARDA
Mira no me hagas, D. Juan,
perder el juicio, por Dios.
JUAN
Perderémosle los dos,
si en eso tus cosas dan.
LISARDA

Pues que presentes están

sólo los que han entendido

todo lo que ha sucedido,

hablemos con más acuerdo.

JUAN

¿Cómo he de hablar, cuando pierdo

de imaginarlo el sentido?

LISARDA

Pues, ¿qué viste?

JUAN

Un hombre vi,

que deste cuarto salía,

y con una llave abría.

LISARDA

Pues escucha ahora.

JUAN

Di.

LISARDA

Si ayer, D. Juan, vine aquí,

¿qué tiempo tuve, D. Juan,

para dar a ese galán

llave del cuarto?, ¿no ves

cuanto mejor pensar es,

que son ladrones, que están

más hechos a esos excesos?

JUAN

No son en las ocasiones

tan valientes los ladrones.

LISARDA

Valientes hacen sucesos,
y ayuda también a esos
discursos haber habido
un hurto, si ya no ha sido,
que quieres decir también,
que mi galán era quien
hurtó a Beatriz el vestido.
BEATRIZ
Y nuevo.
LISARDA
Más fundamento
hubiera en lo que vi aquí.
JUAN
¿Qué viste?
LISARDA
Una mujer vi
recogida en tu aposento.
JUAN
¿Fuera tal mi atrevimiento,
que yo a tu casa trajera
mujer la noche primera
que era huésped?
LISARDA
Quien le tiene
tal, que a media noche viene,
tenerle en todo pudiera.
JUAN
Si de una a otra queja pasa,
ambas las he de amparar:

¿qué había de ir a buscar,
si estaba mi dama en casa?
Luego en suerte tan escasa,
bien claro te da a entender
el que yo tuve que hacer
otra cosa, o que no ha sido
mi dama la que he escondido,
pues que fuera la iba a ver,
sino soy tan infeliz,
y tengo tan mala fama,
que presumas, que mi dama
le hurtó el vestido a Beatriz.
BEATRIZ
Y sin ponerle.
LISARDA
Un matiz
viste con igual porfía
tu queja y la mía este día,
porque haya quien arguya,
para creída la tuya,
para dudada la mía.
JUAN
Porque no tiene en la ira
tan grande facilidad
el decir una verdad,
como oír una mentira;
fuera de que si se mira

igual la queja al dolor,

aun en lo igual es mayor

la mía, apurar es justo,

que la tuya toca al gusto,

Lisarda, y la mía al honor.

LISARDA

Bien sabe mi vanidad,

que de tal hombre no sé.

JUAN

Verdad cuanto dije fue.

LISARDA

Será de otra calidad

tu verdad de mi verdad.

JUAN

Sí, que en mí duda el honor.

LISARDA

En mí acredita el valor.

JUAN

Yo sé que un hombre he encontrado.

LISARDA

Yo que una tapada he hallado.

Escena IV

Dichos, D. DIEGO.

DIEGO

¿Qué es esto?

LOS DOS

Nada, señor.

DIEGO

¿Tan presto los dos, ¡ay Dios!,

levantados? D. Juan, pues

tan mal hospedaje es

esta casa para vos,

y aun para ti, que los dos

estáis a esta hora vestidos?

JUAN

Disimulen mis sentidos:(Ap.)

¿no miras que desvelados

mal amorosos cuidados

consienten ojos dormidos?

LISARDA

Si a mí me estuviera bien,

la misma respuesta diera.

JUAN

¡Oh, quién creerla pudiera!

LISARDA

¡Oh, quién no dudarla, quién!

DIEGO

La disculpa está muy bien

fundada; y porque veáis

si en obligación me estáis,

para sacar madrugué

una licencia, con que

hoy desposaros podáis,

de las amonestaciones

supliendo la dilación.

JUAN

Yo estimo, como es razón,

las muchas obligaciones

en que cada día me pones;

pero basta haber traído

la dispensa, que ha suplido

el parentesco, y no es bien

hacer dispensar también

el tiempo que.

LISARDA

Y yo te pido,

que lo dilates, señor,

todo cuanto tú pudieres.

DIEGO

Si esto pides, y esto quieres,

aun nunca será mejor;

pero paréceme error

madrugar para tan vana,

tan inútil, tan liviana

pretensión; y en fin, si no

queréis hoy casaros, yo

quizá no querré mañana.

JUAN

Yo, señor, siempre.

LISARDA

¡Ay de mí!

JUAN

Me tendré por muy dichoso

en ser de mi prima esposo,

excusarte pretendí

nuevos cuidados; y así.

DIEGO

Claro está, que no habrá sido

otra la causa que ha habido,

porque, aquí para los dos;(Ap.)

ni me la dijerais vos,

no, ni vo la hubiera oído.(Vase.)

Escena V

LISARDA, D. JUAN y BEATRIZ.

LISARDA

Bien ves cuán necio has estado

JUAN

¿Has tu acaso, por tu vida,

estado más entendida?

LISARDA

Sí, pues he disimulado

tanta parte a mi cuidado.

JUAN

Yo no sé disimular

a mi costa mi pesar,

y hasta que sepa después

quién el embozado es,

no me tengo de casar.(Vase.)

Escena VI

LISARDA y BEATRIZ.

LISARDA

Cielos, ¿habrá sufrimiento

para tanta sinrazón?,

¡sospechas en mi opinión!,

¡en mi fe, deslucimiento!,

cuando mi honor siempre atento

a su vanidad ha sido

risco del mar combatido,

roble del viento azotado,

donde uno y otro cuidado

se quedaron con el ruido.

BEATRIZ

Sentir, señora, es error,

las cosas con tanto extremo.

LISARDA

A nadie más, que a mí, temo.

BEATRIZ

Entra en este tocador

a aderezarte, es mejor,

que ya de ir a misa es hora,

LISARDA

Poco gusto tengo ahora

de tocarme; así me iré;

dame tú el manto, porque

no he de ir tarde así.

BEATRIZ

Señora,

el manto está aquí, que yo

limpiándole, ahora estaba.

LISARDA

Ponle, y ponte el tuyo, acaba,

y llama a Otáñez. ¿Quién vio

más pesares? ¡En mí halló

entrada indicio tan grave!,

mas, ¡ay!, que no hay quien se alabe

de que se libró a esta ofensa,

donde es vicio que se piensa

más, que virtud que se sabe.

Hombre en mi casa escondido,

¿qué pudo dar tal cuidado?

Escena VII

D. CÉSAR, LISARDA, que se sienta en una silla y queda suspensa.

LISARDA

Ocasión de hablar no he hallado

a Beatriz; pero harto ha sido

no ser de nadie sentido,

y vuelvo, ¡ay Dios!, por qué no

a Celia, que aquí quedó

desmayada, hallen aquí:

¿todavía estás así,

mi bien?

LISARDA

¿Quién me habla así?

CÉSAR

Yo.

LISARDA

Pues, ¿tú, D. César?

CÉSAR

¡Qué azar!

LISARDA

¿En mi casa?

CÉSAR

¡Qué temor!

LISARDA

¿Tú en mi cuarto?

CÉSAR

¡Qué rigor!
LISARDA
Responde.
CÉSAR
No acierto a hablar,
porque helado...
LISARDA
¡Qué pesar!
CÉSAR
El labio.
LISARDA
¡Qué sinrazón!
CÉSAR
Enmudece.
LISARDA
¡Qué traición!
CÉSAR
Y al verte.
LISARDA
¡Qué atrevimiento!
CÉSAR
Le falta aliento al aliento,
y razón a la razón.
LISARDA
¿Cómo, di, el rostro encubierto
tuviste, ¡ay, cielos!, tuviste
cuando la vida me diste,
y no ahora que me has muerto?
Erradas, César, advierto,
tus acciones, por indicios
de trocados ejercicios;

pues hacen tu voz, tus labios
cara a cara los agravios,
pero no los beneficios.
Si cuando más me adoraste,
de mí más dejado fuiste;
si del todo me perdiste,
cuando a mi hermano mataste:
baste ya, D. César, baste
la porfía, que ésta fue
tu estrella, ya me casé,
ya no te queda esperanza:
si no vienes por venganza,
di, ¿por qué vienes, por qué?
Hable tu temeridad.
CÉSAR
¿Cómo la he de responder?(Ap.)
pues cuando vo quiera hacer
virtud la necesidad,
echando a su voluntad
la culpa, para moverla;
Celia, pues no llego a verla,
cobrada al desmayo, está
sin duda, oyéndome ya:
¡Oh, que tirana es mi estrella!
LlSARDA
¿Qué dices?
CÉSAR

Si yo supiera
decir a lo que he venido,
mi discurso enmudecido,
¡qué buen retórico fuera!,
solamente considera,
pues que yo mismo lo ignoro,
pues no lo digo, y lo lloro,
que vendré en mal tan severo,
o a vivir con lo que quiero,
o a morir con lo que adoro.
Si está en esta casa el bien
que yo adoré, y yo perdí.
LISARDA
César, no me hables así,
que ya no es justo ni es bien;
cobarde la voz detén,
y dime si anoche fuiste
el que a esta casa viniste
a darme la muerte?
CÉSAR
No.
LISARDA
Pues dete dos vidas yo,
por una que tú me diste:
vete ya de aquí, porque
si mi padre, o si mi primo,
a quien como esposo estimo,

ya uno, o ya otro te ve,

es fuerza que yo les dé

satisfacción.

CÉSAR

¡Qué esto haya!(Ap.)

parad desdichas, a raya,

LISARDA

Vete antes que a verte lleguen.

CÉSAR

¿Quién creerá que ya me rueguen

que me vaya, y no me vaya?,

pues no he de dejar en tal(Ap.)

peligro a Celia.

Escena VIII

Dichos, BEATRIZ, alborotada.

BEATRIZ

¡Ay, señora!,

¿esto tenemos ahora?

LISARDA

¿Qué hay Beatriz; es otro mal?

BEATRIZ

Pendencia hay en el portal,

y en las voces y el rumor

es...

LISARDA

¿Quién?

BEATRIZ

D. Juan, mi señor,

con un hombre que ha encontrado

en la calle.

CÉSAR
Mi cuidado(Ap.)
siempre viene a ser mayor.
LISARDA
¡Ay de mí! si ve salir
de aquí a D. César D. Juan,
a evidencias pasarán
sus sospechas: pues decir
que él se ha atrevido a venir,
sin mí, a estar aquí conmigo
haciendo a mi honor testigo
otra sospecha es cruel,
pues no se viniera él
en casa de su enemigo
a no tener ocasión
mayor, que a esto le obligara.
CÉSAR
Déjame salir.
LISARDA
Repara
que estoy en gran confusión,
mi opinión por mi opinión
hoy aventurar intento,
llévale tú a tu aposento.
CÉSAR
Más seguro aquí estaré,
déjame aquí.
LISARDA

¿Para qué?

que esto es público a mi intento

CÉSAR

Si le descubro el secreto,(Ap.)

no sé después lo que hará

por librarse; y pues está

libre Celia de este aprieto,

callarle quiero en efecto.

BEATRIZ

Ya sube por la escalera

D. Juan con otros.

LISARDA

¿Qué espera

tu vida?, escóndete, pues,

por mi honor, hasta después.

CÉSAR

Sólo por tu honor lo hiciera.

(Vase con BEATRIZ.)

Escena IX

OTÁÑEZ, CASTAÑO que traen agarrado a MOSQUITO, D. JUAN.

JUAN

Traedle los dos desa suerte,

hasta que en este aposento

diga donde está su amo.

MOSQUITO

Séame testigo el cielo

de que se ha hecho justicia;

sin vara y sin mandamiento,

¿cómo me pueden prender

vuesas mercedes?
LISARDA
¿Qué es esto?
MOSQUITO
Dos alguaciles, señora,
porfían, a lo que entiendo,
por no decir que hacen punta,
pues a estocadas me han muerto,
en traerme aquí, sin saber
porqué.
LISARDA
¡Ay de mí!, ya sospecho(Ap.)
la causa: aqueste es criado
de César, cuando aquí dentro
entró, se quedó en la calle,
adonde le conocieron.
JUAN
Yo te diré lo que ha sido:
este hombre que traemos
es de D. César criado.
LISARDA
Bien discurrí yo en lo cierto,
JUAN
Pasaba por esta calle
mirando, y reconociendo
esta casa; y es sin duda
que estando aquí de secreto
César, y habiendo sabido
que yo le busco resuelto,

envía a saber mi casa

para matarme, y yo quiero

que este criado me diga

dónde está su amo.

LISARDA

Hoy muero,(Ap.)

si él lo dice.

JUAN

Porque yo

madrugue, y mate primero:

metile en este portal,

donde amenazas y ruegos,

no han torcido su lealtad;

y así, por fuerza pretendo

que me lo diga, pues hoy

he de matarle, si luego

no dice dónde está César.

MOSQUITO

Yo lo dijera bien presto,(Ap.)

si no me hubieran traído

donde él mismo me está oyendo.

JUAN.

¿Dónde está tu amo?, dilo.

MOSQUITO

Si diré.

LISARDA

¡Válgame el cielo!,

hoy acabará mi vida,

si dice que está aquí dentro.

MOSQUITO
No está muy lejos de aquí,
y es verdad.
LISARDA
¡Ay de mí!(Ap.)
JUAN
Ea, presto;
dilo, pues.
MOSQUITO
En Portugal
entretenido le dejo
en ver unos solijones,
que le dan mucho contento.
JUAN
Si yo sé que está en Madrid,
y que ha venido encubierto
tres días há, que se apeó
en una posada, y luego
sé que Celia está con él,
¿cómo solicitas, necio,
encubrirlo?
MOSQUITO
Pues, ¿hay más
de que me den un tormento?
¿Quién querrá hacerse verdugo,
ya que los demás se han hecho,
sin más títulos?
JUAN
Yo sé

lo que se ha de hacer en esto;
palabra a Félix he dado,
que en público, ni en secreto
no haré diligencia alguna,
sin darle cuenta primero,
como más interesado
en la venganza que emprendo:
y así me importa avisarle
de que a este criado tengo
en mi poder; y entretanto
que aquí con D. Félix vuelvo,
que en un coche será fácil,
quedará en este aposento,
o retrete, que al fin es
más recogido y secreto,
pues que sólo tiene paso
a mi cuarto; y así cierro,
porque hasta hablar a mi amigo,
el lance apurar no puedo.
LISARDA
Quiera el cielo que se vaya,(Ap.)
porque pueda en este tiempo
echar a César de casa:
D. Juan, en todo obedezco.
JUAN
Dejadle solo los dos,
y a que nadie salga atentos,

no os quitéis de ese portal.
CASTAÑO
En él, señor, estaremos;
para que ninguno entre,
ni el bergante salga.
MOSQUITO
Quedo,
que prender pueden ustedes,
mas no hablar mal, caballeros.
JUAN
Que si la verdad no dices,
morirás; solo te dejo
a que pienses lo mejor,
aconséjate a ti mesmo,
o el secreto descubrir,
o dar la vida a este acero.
(Vanse todos cerrando la puerta.)
Escena X
MOSQUITO.
Dar a este acero la vida
o descubrir el secreto,
y aconséjate contigo:
aqueste es, viven los cielos,
un lance muy apretado;
pero qué dudo, ni temo,
si la cárcel donde estoy
es la misma que le dieron
a mi amo sus desdichas,

y que él lo sabe ya es cierto;

pues esperando estará

la diligencia que dejo

hecha para aventurarse

a salir, llamarle quiero:

¿ha de la escalera?, bien

puedes salir sin recelo,

que yo solo estoy aquí,

porque no es nadie mi miedo.

Escena X

Dicho, CELIA, tapada.

CELIA

Fuerza es abrir, porque no

dé más golpes este necio,

y porque razón me falta.

MOSQUITO

Señor, pues, ¿qué ha sido esto?,

¿has hurtado otro vestido

para salir encubierto

como yo?, has hecho muy bien,

que vive aquí un señor viejo,

que anda sacando mujeres

con grandísimo respeto,

ni una mano me tendió;

pero las burlas dejemos,

¿has sabido lo que pasa?,

habla, vive Dios, ¿qué es esto?

CELIA
¡Ay de mí!
MOSQUITO
La voz también
has hurtado, a lo que entiendo,
con el vestido; ¿has estado
acaso en muda este tiempo?,
porque yo te dejé bajo,
y tiple, señor, te encuentro:
mas cuánto va que Lisarda,
agradecida a aquel tiempo
que la quisiste, te ha dado.
CELIA
Calla, que aqueso me ha muerto.
MOSQUITO
¡Santo Dios, mujer es esta!,
yo mil veces he oído un cuento
de una monja, a quien salió
una escupidura, haciendo
una fuerza, y que de monja
quedó monje en un momento:
pero de un galán hacerse
una dama, no me acuerdo
haberlo visto en mi vida.
CELIA
Calla, sino quieres, necio,
que te dé muerte mi rabia.
MOSQUITO

¿Celia?
CELIA
Sí.
MOSQUITO
Pues, ¿qué es aquesto?
CELIA
Es haber venido a ver,
de mi honor, y vida al riesgo
la mayor traición de un hombre;
harto así te lo encarezco.
César, a quien vine a dar
la vida, en pago me ha muerto,
que sabiendo que yo estaba
en tan riguroso aprieto,
me dejó, por declararse
con Lisarda, donde, ¡ay cielos!,
le oí decir, que era su amor
el que le trajo a este puesto:
salir quise, cuando oí
las gentes que te trajeron,
y disimulé, a pesar
de mi amor y de mis celos,
hasta que tú me llamaste.
MOSQUITO
¿Y mi amo?
CELIA
Estará a este tiempo
dando quejas a Lisarda.

MOSQUITO
¿De qué?
CELIA
De su casamiento:
mas, porque no se dilaten
los inconvenientes nuestros,
he de decir la verdad
a voces, porque con esto,
desengañado D. Juan
de sus bien fundados celos,
y asegurada Lisarda
los mire César más presto.
MOSQUITO
¿Ahora de celos te acuerdas,
ni de amor?, cuando tenemos
más cosas a que acudir
que agentes con muchos pleitos?
CELIA
Pues dime tú, ¿cómo fue
el venir tú aquí?
MOSQUITO
Encubierto
salí de aquí, a D. Rodrigo,
de César amigo, y deudo,
avisé de todo el caso,
porque viniese resuelto
a guardarle las espaldas
esta noche; él para hacerlo,

me dijo, que le enseñase
la casa en que estaba, pero
que no pasásemos juntos
por ella los dos; con esto
venimos por las dos ceras,
y yo quedémela viendo,
porque él reparara en ella;
pasó adelante: a este tiempo
D. Juan venía a su casa,
conociome, y muy soberbio
en su portal me metió;
negar quise, y en efecto,
él, y todos sus criados
a esta parte me trajeron,
donde pensé que él estaba
todavía, y donde al juego
desta escalera he jugado,
mete ruin, y saca bueno.
CELIA
¿Y qué hemos de hacer ahora
los dos aquí?
MOSQUITO
¡Qué sé de eso!
CELIA
Antes que mi hermano venga,
llamar a esta puerta quiero,
y descubrirme a Lisarda

de una vez, porque D. Diego
en casa no está a estas horas,
que Lisarda, por lo menos,
es mujer noble, y será
piadosa.
MOSQUITO
Y es lo más cierto.
(Llama CELIA a la puerta, y responde BEATRIZ.)
BEATRIZ
Mosquito, no puedo abrirte,
sabe Dios si lo deseo,
porque se llevó D. Juan
la llave; mas, lo que puedo
asegurarte, es, que César,
que ahora está en mi aposento
con mi ama hablando, no quiere
irse, dejándote dentro.
MOSQUITO
Esta es Beatriz, la criada
de Lisarda.
CELIA
¿Nada, cielos,
he de escuchar, y he de ver,
que no sea otro tormento?
MOSQUITO
Mira si puedes abrirme.
BEATRIZ
Ya te he dicho que no puedo;
mucho me pesa de verte

en tan riguroso aprieto,

pero no puedo llorar.

MOSQUITO

Y yo, pícara, lo creo,

porque yo soy un pobrete,

a quien de lástima un tiempo

quisiste.

BEATRIZ

A eso respondiera,

pero no me toca hacerlo

a quien encerrado garla.

CELIA

Cerró el paso a mi remedio

llevarse D. Juan la llave,

y abriole a mi sentimiento.

BEATRIZ

Encomiéndate, Mosquito,

a Dios, que D. Juan ha vuelto

con aquel amigo suyo

que le buscó anoche.

CELIA

Cielos,

mi hermano es.

MOSQUITO

Aquí, señora,

lo mejor es escondernos;

vivamos un rato más

mientras buscan el secreto.

CELIA

Dices bien: mas, ¡ay de mí!

que tropezando, y cayendo

voy.

MOSQUITO

Cerraré yo la trampa;

pues que no llegas a tiempo.

CELIA

Hombre ruin, en fin.

(Cae CELIA, éntrase MOSQUITO, dejándola fuera.)

Escena XII

CELIA, D. JUAN y D. FÉLIX.

JUAN

Aquí,

como os he dicho, le tengo

encerrado.

FÉLIX

Pues cerrad

la puerta ahora por dentro,

y quedémonos con él

solos, que viven los cielos,

que ha de decir de su amo,

o hemos de dejarle muerto.

JUAN

Ya veis el riesgo en que estáis,

hidalgo: pero, ¿qué es esto?,

donde un criado dejé,

¿tapada una dama encuentro?

FÉLIX

¿No me dijisteis, que estaba

cerrado en un aposento

el criado, y que no había

por dónde salir?

JUAN

Y es cierto.

FÉLIX

No mucho, pues él se ha ido,

y una dama es la que vemos.

JUAN

Vive el cielo, que la llave

llevé conmigo.

FÉLIX

Apuremos

de una vez el desengaño.

(D. FÉLIX se queda junto a la puerta y llega D. JUAN a hablar a CELIA.)

JUAN

Señora, aunque es el respeto

alma de un noble, tal vez

rompe a las leyes el fuero

la necesidad.

CELIA

¡Ay triste!(Ap.)

JUAN

Hoy es fuerza conoceros,

saber cómo estáis aquí,

con qué fin, o con qué intento,

que me costáis dos pesares

ya, si sois la que sospecho,

y he de saber de un criado,

que aquí quedó, qué se ha hecho,

cómo se fue, y vos entrasteis:

descubríos, o grosero

me haréis ser con vos.

CELIA

Huir

ya no puedo; deteneos,

señor D. Juan, y advertid,

que me debéis más respeto

por quien sois, y por quien soy.

JUAN

No os conozco, ni os entiendo:

¿quién sois?, ¿cómo estáis aquí?,

¿dónde el criado?, ¿qué es esto?

CELIA

Tres cosas me preguntáis,

y a dos he de responderos:

Yo he venido a buscaros,

D. Juan, porque me importa mucho hablaros:

entrando en esta casa, vi que había

en este cuarto un hombre, y dél salía;

presumiendo que fuera algún criado

vuestro le pregunté por vos; turbado

me dijo el tal: aquí vendrá al momento,

si le habéis de esperar, a este aposento

entrad, dejome en él, y por de fuera

volvió a cerrar la puerta; de manera,

que la llave, que él tuvo, acaso ha sido

causa de quedar yo, y haberse él ido;

con que respuesta he dado

al cómo estoy aquí, y él ha faltado:

quien soy, y a lo que vengo,

no lo puedo decir.

JUAN

Pues de eso tengo

más deseo, y es tanto,

que no he de ir a buscarle, aunque he sabido,

que de casa no puede haber salido;

y así, quitad el manto

del rostro.

CELIA

Ved, D. Juan...

JUAN

Quitad el velo.

(Descúbrese CELIA.)

CELIA

Lo que hacéis, que soy yo.

JUAN

¡Válgame el cielo!

CELIA

Para haceros hoy dueño

de mi honor os busqué; de aqueste empeño

me sacad, que ya veis que si he venido

aquí, sólo en confianza vuestra ha sido,

nada deciros quiero,

mi hermano es, mujer yo, y vos caballero.

JUAN
¡Cielos, en qué me miro!
FÉLIX
Nuevo semblante ya en D. Juan admiro;
¿quien será esta embozada,
que le asombra tapada y destapada?
JUAN
¿Qué debo yo hacer aquí(Ap.)
en tan fiera, en tan tirana
ocasión como me vi?
Celia, de Félix hermana,
viene a valerse de mí;
Félix, buscando a un traidor,
para alentar con valor
su venganza, y mi venganza,
puso en mí la confianza
de su vida, y de su honor.
FÉLIX
Grande confusión ha sido
la que hoy en vos ha infundido
esa dama.
JUAN
Sí lo es,
y tan grande, que después
de haberla vos prevenido,
la habéis de hallar, os prometo,
mayor que la imagináis,
porque no cabe en concepto

humano lo que miráis,

que sólo cabe en su efecto.

FÉLIX

Pueda yo, D. Juan, tener

parte en tal pena, por ver

si en ella os puedo servir.

JUAN

Ni yo os lo puedo decir,

ni vos lo podéis saber.

FÉLIX

¿No soy vuestro amigo?

JUAN

Sí.

FÉLIX

¿Y no soy noble?

JUAN

También.

FÉLIX

Pues fiaos, D. Juan, de mí.

CELIA

D. Juan, mirad que no es bien

que yo...(Ap. a él.)

DIEGO

(Dentro.)Abrid, D. Juan, aquí.

JUAN

Este es D. Diego.

DIEGO

Abrid, pues.

JUAN

Fuerza es preguntar quién es

esta dama; y si la mira

Lisarda, hará su mentira
verdad; con esto después,
si satisfacerla quiero
con decir quién es; (hoy muero,
que está su hermano delante)
seré, por ser buen amante,
ahora mal caballero.
Y así, nadie la ha de ver:
D. Félix, esta mujer
he de encubrir de Lisarda,
que este aposento la guarda
a nadie deis a entender:
entraos, mi señora, ahí.
CELIA
Duélase el cielo de mí.
(Éntrase CELIA.)
FÉLIX
¿Queréis que entre
a estarme yo con ella?
JUAN
No, por Dios, no,
D. Félix.
DIEGO
¿No abrís aquí?
JUAN
Ya está abierto.
Escena XIII
Dichos, D. DIEGO, y CRIADOS.
DIEGO

¿Qué es aquesto,

D. Juan?, ¿qué todavía andas

lleno de locos discursos?,

¿de imaginaciones varias?,

¿dónde está aqueste criado?

JUAN

Señor, cuando le buscaba

aquí, se había ya salido

con alguna llave falsa.

DIEGO

Tú te disculpas con eso,

por no empeñarme a mí en nada;

y haces mal, porque de nadie

puedes fiarte con tanta

satisfacción: perdonad,

caballero, que aunque haya

de fiarse de vos D. Juan,

puedo con tal confianza

hablar.

FÉLIX

Podéis con razón,

y nadie verdad tan clara

negará, pero el buscarme

D. Juan es por otras causas,

que a mí en hallar a D. César

también hoy, señor, me alcanzan.

DIEGO

Pues decid, qué habéis sabido

los dos, que ya es excusada

diligencia aquí encubrirme

el criado.

JUAN

Si mi palabra

te doy de que cuando entré

a buscarle, aquí no estaba.

DIEGO

¿Cómo, si aquesos criados

nunca de la puerta faltan,

pudo salir? Id a ver

si se oculta dentro en casa

por esa puerta, y nosotros

por esotra.

(Vanse los CRIADOS.)

FÉLIX

Tente.

JUAN

Aguarda.

Escena XIV

Dichos, LISARDA, y BEATRIZ.

LISARDA

En fin, ¿no quiere salir?

BEATRIZ

No, señora, porque estaban

los criados a la puerta

con mil prevenciones, y armas.

LISARDA

¡Oh, permita la fortuna,

que bien deste empeño salga!:

si así teme una inocente,

¿cómo teme una culpada?

DIEGO

Vive Dios, que he de ser yo

aquí el primero que haga

diligencias de saber.

JUAN

¿Quién dice que no las hagas?,

mas ya este cuarto está visto,

miremos toda la casa.

LISARDA

¿Mirar la casa?, ¡ay de mí!

DIEGO

Sin duda, a saber alcanza(Ap.)

algo, apuremos el caso:

señor, ¿tú das voces tantas?

DIEGO

¿A qué has venido tú aquí?

LISARDA

A ver qué es esto en que andas.

DIEGO

En busca de un hombre.

LISARDA

¡Ay cielos!(Ap.)

DIEGO

y este aposento me guardan

más que todos, y he de verle.

JUAN

No has de entrar aquí.

FÉLIX
Repara,
que...
DIEGO
Los dos me lo estorbáis,
por conseguir la venganza
sin mí: apartaos, por Dios;
¡qué resistencia tan vana!,
¿Quién está aquí?
Escena XV
Dichos, CELIA.
CELIA
Una mujer
infeliz, y desdichada:
aquí, cielos soberanos,
echó el resto mi desgracia.
FÉLIX
Muriendo estoy, por saber
quién es aquesta tapada,
DIEGO
Por cierto, señor D. Juan,
que no os merece mi casa
tan poco respeto, como
guardáis en ella a Lisarda:
una mujercilla dentro
de su cuarto, enhoramala,
¿harto Madrid no tenéis?
JUAN
¿Yo mujer?, señor, repara.

LISARDA
Mira, D. Juan, si fue todo
cuanto dije verdad clara.
Tú no has visto, por lo menos,
en vano se alienta el alma(Ap.)
al Escondido que dices,
y yo he visto la Tapada.
JUAN
Ni hablar puedo, ni callar.
LISARDA
Señora, el embozo basta,
que he de saber quién me hace
este pesar en mi casa.
JUAN
Pues no lo perdamos todo;
tente, que no has de mirarla.
LISARDA
¿Tú la defiendes?
JUAN
Es fuerza.
CELIA
¡Hay mujer más desgraciada!
CASTAÑO
(Dentro.) Toma esa puerta, porque
por ella, Otáñez, no salga.
CÉSAR
(Dentro.)Sí saldré.
JUAN
¿Qué ruido es este
en el cuarto de Lisarda?

DIEGO
Con un empeño se olvida

otro, según los que andan.

Escena XVI
Dichos y OTÁÑEZ.
OTÁÑEZ
Señor, el hombre que buscas

hallamos; sacó la espada,

para hacer paso con ella

por donde a la calle salga.

Escena XVII
Dichos y D. CÉSAR, cubierto el rostro con la capa, la espada desnuda.
DIEGO
Dime, ¿es aqueste, D. Juan,

el criado que buscabas?
JUAN
No, señor, otro hombre es este,

bien el talle, el brio, las galas

dan a entender, que no es el

que encerrado quedó en casa.
CELIA
Este es D. César: señor,

mi vida, y la tuya ampara.
DIEGO
Hombre, que de tanto honor

la reputación agravias,

¿quién eres?
CÉSAR
Un hombre soy.

DIEGO
Quita del rostro la capa.
CÉSAR
No puedo, porque encubierto
sin que me veas la cara,
me has de dar la muerte aquí,
en la defensa bizarra
desta mujer; ella, y yo
habemos de aquesta casa
de salir, si con mi muerte
mis intentos no se atajan.
DIEGO
¿Qué mujer?
CÉSAR
Esta mujer,
que yo no digo Lisarda,
ni la conozco, ni sé
quién es: y si esto no basta
para que segura quede,
habré de llevarme a entrambas.
DIEGO
Hombre, demonio, o quien eres
aunque en algo satisfagas
esta sospecha, conviene,
para que quede asentada,
el que sepamos quién eres.
CÉSAR
Aquesa es pretensión vana

por ahora.
JUAN
También lo es
que sea tal tu arrogancia,
que pienses que entre nosotros
te has de llevar esa dama,
sin que sepamos por qué,
y cómo en aquesta casa
estáis tú y ella.
CÉSAR
No puedo
decirlo.
FÉLIX
Pues las espadas
harán bocas en tu pecho,
por donde la verdad salga.(Disparan dentro.)
LISARDA
¿Qué pistola es ésta, cielos?,
¿aún los sustos no se acaban?
CÉSAR
Esta es la seña que espero,
ninguno allá fuera salga;
deteneos, caballeros:
hombre, yo te doy palabra
de ampararte, y de valerte
si de estas dudas me sacas.
CÉSAR
¿Dasme esa palabra?
DIEGO

Sí.
CÉSAR
D. César soy; ¡qué os espanta!
DIEGO
¿Tú diste muerte a mi hijo?
FÉLIX
¿Tú me robaste a mi hermana?
JUAN
¿Tú en casa estás de mi prima?
CÉSAR
Sí, pero a ninguno agravia
mi valor: si a D. Alfonso
di muerte, fue cara a cara;
riñendo solo con él:
si en casa estoy de Lisarda,
es, porque me dejó Celia
oculto en aquesta sala:
y si esto de Celia digo,
es porque no importa nada
que casado estoy con ella,
que es esta misma Tapada:
y si estas satisfacciones
para tus quejas no bastan,
yo he de salir, que ya tengo
quien me guarde las espaldas,
que esa pistola es la seña
de la gente que me aguarda.
FÉLIX
Cuando no hubiera ninguno,

César, yo solo bastara,

que siendo mi hermano ya,

es obligación hidalga.

JUAN

Yo soy, D. Félix, tu amigo,

más de D. Diego mi espada.

DIEGO

Yo la palabra le dí,

y he de cumplir mi palabra:

mas decid, ¿dónde estuvisteis

escondido en esta casa?

Escena XVIII

Dichos y MOSQUITO, saliendo de la escalera.

MOSQUITO

Eso yo lo he de decir,

aquí estuvo.

DIEGO

¡Cosa extraña!

BEATRIZ

¿Hurtásteme tú el vestido?

MOSQUITO

Y el azafate y las cajas.

DIEGO

Daros la muerte pudiera;

pero fuera acción villana:

yo os perdono, si de Celia

acudís noble a la fama.

CÉSAR

Mi esposa es.

CELIA

¡Gracias al cielo!
JUAN
Perdón te pido Lisarda
por mis celos.
DIEGO
Ambas bodas
celebraranse en mi casa.
BEATRIZ
¿Y mi vestido?
MOSQUITO
Guardado.
BEATRIZ
¿Me lo daréis?
MOSQUITO
Luego, calla.
LISARDA
Pues dichoso fin tuvieron
al cabo congojas tantas,
no por nosotros, tan sólo
por Calderón de la Barca
un aplauso piden el
Escondido y la Tapada.
FIN DEL ACTO TERCERO

Comedia famosa

El Faetonte

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

FAETÓN.
EPAFO.
BATILLO[(1)].
TETIS.
AMALTEA.
DORIS.
SILVIA.
ADMETO.
ERIDANO.
APOLO.
CLIMENE.
[GALATEA].
NINFAS.
Unos embozados.
Tres coros de música.
Soldados y acompañamiento.

Jornada I

Salen FAETÓN **y** EPAFO, **vestidos de villanos**.

FAETÓN ¡Hermosas hijas del Sol,
bellas náyades, a quien
ninfas de fuentes y ríos
Neptuno ha dado el poder
en los minados cristales, 5
que de su centro se ven
anhelando por salir
y anhelando por volver!

EPAFO ¡Bellas hijas del Aurora,
dulces dríades, en quien 10
ninfas de flores y frutos

depositó el rosicler
de sus primeros albores
en la iluminada tez,
que dio la nieve al jazmín 15
y la púrpura al clavel!

CORO 1.º ¿Quién nos busca?

CORO 2.º ¿Quién nos llama?

FAETÓN Quien pretende que le deis...

EPAFO Quien que le deis solicita... [164]

FAETÓN ...un felice parabién. 20

EPAFO ...una alegre norabuena.

CORO 1.º [Y] 2.º ¿De qué, sepamos?

FAETÓN De que
la divina Tetis, hija
de Neptuno, que el dosel
tal vez de nácar trocó 25
a la copa de un laurel.

EPAFO De que Tetis, hija bella
de Anfitrite, que tal vez
trocó su nevado alcázar
a este divino vergel. 30

FAETÓN A cuya deidad rendí.

EPAFO A cuya beldad postré.

FAETÓN Desde que la vi una aurora
estos campos florecer.

EPAFO Desde que un alba la vi 35
estos cristales vencer.

FAETÓN Ser, vida, alma y libertad.

EPAFO Libertad, vida, alma y ser.

FAETÓN Hoy, o miente aquel escollo
que su triunfal carro es, 40
costeando viene la orilla.

EPAFO Hoy, si no es que miente aquel
peñasco que su marina
carroza otras veces fue,
viene arribando a la playa. 45

FAETÓN Y puesto que la debéis
vasallajes de cristal.

EPAFO Y puesto que aumentar veis
la copia de vuestras manos
al contacto de sus pies. 50

FAETÓN En muestras del alborozo.

EPAFO En albricias del placer.

FAETÓN Su belleza saludad.

EPAFO Salva a su hermosura haced.

GALATEA Sí haremos; pues cuando no 55
fuera, Eridano, por ser
deidad nuestra, por deidad
tuya lo hiciéramos, que
en las hijas del Sol tienes

(la oculta causa no sé) 60
tan ganados los afectos,
que hemos de favorecer
siempre tus hados.

AMALTEA Sí haremos,
por ella, Epafo, y porque
en las hijas del Aurora 65
afecto adquieras tan fiel,
que han de valerte. **[Aparte.]** Y más yo,
que de Eridano crüel,
contigo el amor de Tetis
tengo de desvanecer. 70

FAETÓN Pues ya, divinas deidades,
que hacéis vuestro mi interés.

EPAFO Pues ya, divinas deidades,
que tanto favor me hacéis.

FAETÓN Lógrese, al ver que en el mar 75
allí descollar se ven.

CORO 1.º Cuatro o seis desnudos hombres
de dos escollos o tres.

(Descúbrese el mar con el escollo cerrado.)

EPAFO Lógrele, al ver que en la tierra
los riscos que acercar veis. 80

CORO 2.º Hurtan poco sitio al mar,
y mucho agradarle en él.

FAETÓN ¿Escucháis desotra parte...

EPAFO ¿Desotra parte atendéis...

FAETÓN ...otros coros?

EPAFO ...otras voces? 85

GALATEA Dríades[(2)] deben de ser,
que al concepto de sus hojas
la saludarán también.

AMALTEA Al compás de sus cristales
náyades serán, que hacer 90
querrán silva a su hermosura.

(Ábrese el escollo donde está TETIS **sobre un pescado**, **y** DORIS **en tercero de ninfas.)**

FAETÓN Pues aunque en favor estén
de Epafo, mi opuesto hermano,
cantad vosotras; porque
celosas ya de su ausencia, 95
viendo el peñasco mover.

CORO 1.º Cuando lo sienten las ondas,
batido lo diga el pie. [164v]

EPAFO Pues aunque Eridano sea
a quien sus favores den, 100

proseguid; porque la espuma
de envidia se vuelve al ver.

CORO 2.º — Que por boca de las piedras,
la agua repetida es.

FAETÓN — Y pues ya mirar se deja, 105
volved al acento.

EPAFO — Y pues
ya se permite mirar,
a la música volved.

CORO 1.º — Cuatro o seis desnudos hombres
de dos escollos o tres. 110

CORO 2.º — Hurtan poco sitio [al mar,
y mucho agradarle en él.][(3)]

FAETÓN — No ceséis porque ellas canten.

EPAFO — Porque canten, no ceséis.

CORO 1.º y 2.º — Cuánto lo sienten las ondas, 115
batido lo diga el pie,
que por boca de las piedras
la agua repetida es.

TETIS — Ya que de fuentes y flores
las hermosas ninfas veis, 120
de Amaltea conducidas
y de Galatea romper
el aire en sonoro aplauso
de mi vista, responded
a sus[(4)] canciones.

DORIS — Sí haremos, 125
y más al reconocer
que para ser norte tuyo,
de aquel monte en la altivez.

CORO 3.º — Modestamente sublime,
ciñe la cumbre un laurel. 130

(Bajan al tablado y ciérrase el mar.)

TETIS — Pues a su falda salgamos,
obligadas de que esté.

CORO 3.º — Coronando de esperanzas
al piloto que le ve.

EPAFO — Ya que a mi ruego, divina 135
Tetis, viendo amanecer
hoy al sol del mar, y que hoy
en ti nace el día al revés;
ya que a mi ruego, divina
Tetis, te pido otra vez, 140
con sus ninfas Amaltea
ufana, llega a ofrecer
sus triunfos; por ella, y no
por mí, los admite, en fe
de que corridas las flores 145

apenas se atreven; pues,
como huyendo de tus labios.

CORO 2.º Al sagrado de tus pies,
confusas entre los labios
las rosas se dejan ver. 150

EPAFO Bien que a tu vista pudieran
atreverse a parecer.

CORO 2.º Bosquejando lo admirable
de su hermosura crüel.

FAETÓN No, que al revés sale el día, 155
yo, bella Tetis, diré,
que donde amaneces tú,
es solo el amanecer;
mas diré que, al ruego mío,
agradecida también 160
Galatea, sus cristales
te rinde en tributo, bien
como alma de sus países,
en quien cada arroyo es.

MÚSICA Sierpe de cristal, vestida 165
escamas de rosicler.

FAETÓN O aquel lo diga, que huyendo
de la nieve de tu pie.

CORO 1.º Se escondía ya en las flores
de la imaginada tez. 170

TETIS Vuestras dos nobles lisonjas
igual admito; que aunque
en agradecer a dos
peligra el agradecer,
no en mí se entiende, que siendo 175
quien soy, no puede correr
riesgos de ser dividida
la reconocida fe.
¡Pluguiera a Amor!; pero esto
es mejor para después, 180
que si respondiendo a entrambos,
qué a tierra me trae, diré. [165]

CORO 3.º Nubes rompiendo de espuma
alado lino bajel.

TETIS Risco fácil, solo a dar 185
sin favor y sin desdén.

CORO 3.º Señas de serenidad,
si al arco de Amor se cree.

EPAFO Quien sabe que no merece,
merece en no merecer. 190

FAETÓN Harto espera en esperar
quien no espera merecer.

EPAFO Conque a mi humildad le basta.

FAETÓN Conque le sobra a mi ser.

EPAFO Que digan por mí las flores. 195

FAETÓN Por mí las fuentes también.
CORO 1.º Confusas entre los lirios
las flores se dejan ver,
bosquejando lo admirable
de su hermosura crüel. 200
CORO 2.º Sierpe de cristal, vestida
escamas de rosicler,
se escondía ya en las flores
de la imaginada tez.
TETIS Hasta acompañaros[(5)], yo 205
os puedo favorecer;
y así, en obsequio de tanta
dulce salva, estimad que...
CORO 3.º[(6)] Modestamente, sublime,
ciñe la cumbre un laurel, 210
coronando de esperanza
al piloto que le ve.
EPAFO Con tal favor alentad.
FAETÓN A tal dicha responded.
TETIS Sea uniendo a sus dos coros 215
la armonía de los tres.

(Todos los coros cantan.)

COROS Cuatro o seis desnudos hombres
de dos escollos o tres
hurtan poco sitio al mar,
y mucho agradable en él, 220
cuando rompiendo de espumas,
velero, sino batel.
[VOCES] **(Dentro.)**
¡Al monte, al valle, a la selva!
TODAS ¿Qué ruido es este?

(Salen huyendo BATILLO, SILVIA **y villanos.)**

BATILLO Corred,
pastores.
SILVIA Corred, zagales. 225
[VOCES] **(Dentro.)** ¡Al risco, al valle!
FAETÓN Detén,
Batillo, el paso.
EPAFO Tú, Silvia,
detén la planta también.
SILVIA Yo lo hiciera, a no llevar
otra gran cosa que her, 230
que importa más.
UNOS ¿Qué es?
SILVIA Hüir.
BATILLO Yo lo hiciera, a no tener

otra gran cosa, que es más
mijor que esa.
OTROS ¿Qué es?
BATILLO Correr.
TODOS No os habéis de ir sin decirlo. 235
SILVIA Batillo, si ello ha de ser,
si ves que turbiada estó,
ayúdame tú.
BATILLO Sí haré.
SILVIA Ya sabéis que en este monte.
BATILLO Monte en este ya sabéis. 240
SILVIA Pudo verse, ha muchos días.
BATILLO Muchos se pudo ha días ver.
SILVIA Una crüel fiera horrible.
BATILLO Fiera horrible una crüel.
SILVIA Que es dél el mortal asombro. 245
BATILLO El mortal asombro[(7)] que es dél.
SILVIA Ques sabiendo su terror.
BATILLO Su terror sabiendo, pues.
SILVIA Admeto, rey de Tesalia.
BATILLO Tesalia Admeto de rey. 250 [165v]
SILVIA De su valor persuadido.
BATILLO Su valor suadido per.
SILVIA Por ver si hay más que matalla.
BATILLO Matalla si hay más por ver.
SILVIA Fue al amanecer a caza. 255
BATILLO Fue a caza al amanecer.
SILVIA A la primer, pues, batida.
BATILLO Pues batida a la primer.
SILVIA En la red cayó la fiera.
BATILLO Cayó en la fiera la red. 260
SILVIA Romperla pudo feroz.
BATILLO La pudo feroz romper.
SILVIA Y correr, sin que ninguno.
BATILLO Ninguno, y sin que correr.
SILVIA La dé, ni dar pueda alcance. 265
BATILLO Alcance, ni darla dé.
SILVIA Y haciendo cien mil estragos.
BATILLO Tragos mil haciendo, y cien.
SILVIA En cuantos a ver alcanza.
BATILLO Alcanza en cuantos a ver. 270
SILVIA Se entró al monte, con que ambos.
BATILLO Ambos al monte, con que.
SILVIA Mos los dejamos allá.
BATILLO Por siempre jamás, amén.
[VOCES] **(Dentro.)**
¡Al monte, a la cumbre, al llano! 275
ADMETO Talad, penetrad, romped
su centro, que he de seguirla.
EPAFO Hasta morir o vencer,

ya que las blandas delicias
de tierra trocar se ven 280
en escándalos, pasando
a ser pesar el placer,
vuélvete, señora, al mar.

TETIS Cuantas veces escuché
de aquesta fiera el horror, 285
tantas entre mí pensé
el ser quien libre a Tesalia
de sus asombros; y pues
me halla hoy en tierra el acaso
de haberla visto, no sé 290
si el no conseguirlo pueda
acabar con mi altivez.
Diana a Delfinio mató
en el mar, que de hombre y pez
era monstruoso aborto; 295
y si allá en las ondas fue
tridente el venablo, hoy tengo
en su oposición de ver
si el tridente también mío
venablo en sus selvas es. 300
Y pues por aquella parte
la va acosando el tropel,
al guarecerse por esta,
la he de salir al través.
La que pudiere me siga. **(Vase.)** 305

TODAS ¿Quién ha de dejarte?

BATILLO Quien
se estuviere queditito[8]
como yo.

SILVIA Y aun yo también.

EPAFO Vivo escudo de su riesgo
delante della seré 310
a todo trance.

FAETÓN Y yo y todo.

AMALTEA No harás tal.

FAETÓN Suelta.

AMALTEA Detén,
el paso aleve; que no has
de seguirla tú.[9]

FAETÓN Si ves
que es empeño y cariño, 315
¿cómo me he de detener
cuando otro hacia el riesgo va?

AMALTEA ¡Ha falso! ¡ha fiero! ¡ha crüel!
¡Que a no ser cariño antes,
no fuera empeño después! 320

FAETÓN Mal haces en apurar
a quien se disculpa, que es

querer que pase a grosero,
no mantenerle cortés.

AMALTEA ¿Quién te ha dicho que no son 325
grosería de peor ley
cortesías afectadas?

FAETÓN Pues siendo así que a perder
yo nada voy, suelta, suelta.

AMALTEA Sí haré, villano, sí haré; 330 [166]
que no es tuya, no, ¡ay de mí!,
la culpa, sino de aquel
que encontrándote sin más
padres que la desnudez
de hijo espurio de los hados, 335
piadosamente crüel
te crió con tantas alas,
como dicen la esquivez
con que desdeña deidad,
a quien Júpiter después 340
del imperio de las flores
dio la copia.

FAETÓN Dices bien,
y pues de las flores fruto
somos los dos, yo al nacer
y tú al vivir, aprendamos 345
de ellas.

AMALTEA ¿Qué hemos de aprender?

FAETÓN Yo, que pueden ser mañana
pompas las que hoy sombras ves;
y tú, que hoy puedes ver sombras
las que eran pompas ayer. **(Vase.)** 350

SILVIA Aprended flores de mí,
nunca encajara más bien.

BATILLO No todo se ha de glosar.

AMALTEA ¡Oh, plegue al cielo, crüel,
falso, fementido, aleve, 355
sin lustre, honor, fama y ser,
villano al fin, mal nacido,
que esa soberbia altivez
de tu presunción castigue
su mismo espíritu!, y que 360
della despeñado, digas...

(**Dentro** ADMETO.)

ADMETO ¡Ay de mí, infeliz!

AMALTEA Mas ¿quién
mis sentimientos prosigue?

ADMETO Diana, yo te ofrezco hacer
sacrificio de la fiera, 365
como tú amparo me des.

SILVIA Un hombre, a quien su caballo,
rompiendo al freno la ley,
de sí arroja.
BATILLO En el estribo
mal engargantado el pie, 370
le arrastra.
SILVIA Eridano, puesto
delante, le hace torcer.
BATILLO Con que embazado en las matas
el bruto, carga con él
en brazos.
AMALTEA Tan noble acción 375
ver no quiero, por no ver
que de quien me trate mal
nada me parezca bien.

(Vase y sale FAETÓN **con** ADMETO **en los brazos.)**

FAETÓN (**[Aparte.]** Perdone esta detención
Tetis, que primero es 380
el primer riesgo.) Ya estáis
en salvo; alentad, volved
en vós. Pero sin sentido
ha quedado. Socorred,
Bato, Silvia, aquesta vida 385
en tanto que yo a correr
en el alcance de Tetis
al monte vuelvo. Crüel
fortuna, no haya perdido,
por un rigor una vez 390
y otra por una piedad,
la ocasión de merecer
algo en su servicio.
BATILLO ¡Buena
carga nos deja, pardiez!
SILVIA ¿Qué hemos de her con él, Batillo?[(10)] 395
BATILLO ¿Pues qué hay, Silvia, más que her[(11)]
con un muerto, que dejalle
en la tierra?
SILVIA Dices bien, [166v]
y aun otra razón hay más.
BATILLO ¿Qué es?
SILVIA Que nunca he visto que esté 400
de humor un difunto para
entretenerse con él.
[VOCES] **(Dentro.)**
Aquel ribazo atraviesa
la fiera.
SILVIA ¿Aquesto más?
BATILLO Ven

conmigo.
SILVIA Vamos.
LOS DOS Seor muerto, 405
guarde Dios a su merced.

(**Vanse y sale** EPAFO.)

TODOS ¡Al monte, a la cumbre, al llano!
UNO Todos sus cotos corred,
que se ha perdido de vista
entre la maleza el Rey. 410
TODOS ¡Al llano, a la cumbre, al monte!
EPAFO En la enmarañada red
de troncos, peñas y jaras
a Tetis perdí: no sé
qué senda en su alcance siga. 415
ADMETO ¡Ay de mí, infeliz!
EPAFO Mas, ¿qué
triste mísero lamento
me suspende?
ADMETO Socorred,
cielos, mi vida.
EPAFO ¿Qué miro?
La venerable vejez 420
de un anciano caballero
allí yace, al parecer
fallecida; ¿qué valor
no se mueve a socorrer
a un afligido?

(**Dentro** TETIS.)

TETIS De mí 425
mal te podrán defender,
ni por lo veloz la planta,
ni por lo feroz la piel.
EPAFO Mas ¿no es de Tetis aquella
voz? Tras sus ecos iré. 430
ADMETO ¡Qué mal me aliento, ay de mí!
EPAFO Pero llamado otra vez
de aquel gemido, mal puedo
dejar de acudir a él.
TETIS Seguirte tengo, horroroso 435
monstro.
EPAFO Empeñada se ve,
tras ella iré.
ADMETO ¡Ay infelice!
EPAFO Mas ¿cómo puedo no ser
piadoso con un anciano,
siendo así que no escuché 440

voz en mi vida que más
me haya podido mover?

TETIS Dioses, aliento me dad.

ADMETO Cielos, mi vida valed.

EPAFO Sí harán, pues en dos balanzas 445
de amor y lástima, el fiel,
a pesar de amor, declina
a la lástima.

ADMETO Ya sé,
valiente joven, que os debo
la vida; que aunque al caer 450
perdí el sentido, no tanto
que no advertí, no noté
vuestro socorro.

(**Dentro** ERIDANO.)

ERIDANO El caballo
despeñado está allí.

UNO Y él
de un villano en brazos.

(Sale ERIDANO **y otros**.**)**

TODOS Danos 455
a todos, señor, los pies.[(12)]

ERIDANO ¿Qué ha sido esto?

ADMETO Haber debido
la vida a este joven; pues
me despeñara, si no
hubiera sido por él. 460

EPAFO Mi valor no ha de jactarse
de acción que suya no fuese, [167]
y así, señor, advertid
que a mí nada me debéis,
sino haberme detenido. 465
Y pues ya seguro os veis
con mejor favor que el mío,
perdonad; que voy a ver
dónde otro empeño me llama.

ADMETO Oíd, que hasta en no querer 470
que le agradezca la acción,
generoso el joven es;
sabed quién es.

ERIDANO[(13)] Hasta eso,
yo, señor, os[(14)] lo diré.
Hijo es mío, y es verdad, 475
pues son Eridano y él
hijos míos desde el día
que con ellos consolé

la pérdida de Climene.
Pero, ¡ah memoria!, no es 480
esto para aquí.

ADMETO Esperad
de mí, él y vós tal merced,
que iguale al servicio.

ERIDANO Solo
la que os quisiera deber,[15]
es, señor, que a repararos 485
en mi pobre albergue entréis,
si no por el más capaz,
por el más cercano.

ADMETO Quien
le debió a un hijo la vida,
que os debe a vós será bien 490
el hospedaje. Guiad,
ya que es forzoso hacer
del monte ausencia, hasta tanto
que pueda tornar a él
en demanda de esa fiera, 495
que no tengo de volver
sin ella a la corte.

ERIDANO Creo
que ya de ese empeño estés
libre a estas horas.

ADMETO ¿Cómo?

ERIDANO Como a un villano escuché, 500
que de los montes venía.

ADMETO ¿Qué?

ERIDANO Que Tetis bella, al ver
que vós la seguíades, quiso
seguirla, señor, también,
y de su valor no dudo 505
la alcance y la mate.

ADMETO Pues
si ella se empeñó por mí,
dejarla yo a ella no es bien.
¡Al monte otra vez, monteros!

TODOS ¡Al monte, al monte!

(Vanse, **y sale** TETIS, **y** CLIMENE **de pieles con bastón**.**)**

TETIS Otra vez 510
vuelvo a decir que de mí
librarte no has de poder,
ni por lo fiero el semblante,
ni por lo ligero el pie.

CLIMENE Pues ya que hacer has querido, 515
Tetis, empeño, hasta que
el desaliento me obliga

a lidiar y no correr,
llega a embestirme. ¿Qué esperas?
¿Qué aguardas?

TETIS No sé, no sé; 520
que más que fiera asombrabas,
me has asombrado mujer,
y al ver el rostro y oír
humana voz, cuanto fue
valor, es pasmo.

CLIMENE Ya es tarde 525
para pesarte de haber
tanto acosado mi vida.
Pues por lo mismo que ves
quién soy, me importa que no
puedas decirlo. Prevén 530
el tridente, y no me yerres,
que en el punto que a perder
su arpón llegue el tiro, esta
cuchilla verás romper
tu pecho, y el corazón 535
sacarte, porque después
de muerta, quedar no pueda
tan grande secreto en él.

TETIS Primero deste acerado
rayo el golpe... Pero ¿quién 540
del labio me hurta la voz
y de la mano el poder?
Del desaliento, del pasmo [167v]
o la novedad del ver
más terror del que creí, 545
me obligan a estremecer.
Vista, voz perdí y acción.

CLIMENE Pues muere a mi mano.

(**Sale** FAETÓN.)

FAETÓN Ten
el golpe, fiera.

TETIS ¡Ay de mí!

FAETÓN Que primero que a ofender 550
a Tetis llegues, sabrá
morir Eridano.

CLIMENE ¿Quién?

FAETÓN Eridano, y haber dicho
mi nombre estimo, porque,
sabido quién soy, no pueda 555
atrás el valor volver.

CLIMENE ¿Tú eres Eridano?

FAETÓN Sí.

CLIMENE ¿Tú, a quien la anciana vejez

crió de Eridano, aquel río,
en cuya margen se ven 560
los ganados que guardó
Apolo, de Admeto rey
le dió el nombre que él te dio?

FAETÓN Sí, yo soy, ¿qué admira?

CLIMENE Ver
a quien es todo mi mal 565
y a quien es todo mi bien.

FAETÓN Escándalo destos montes,
si asombras a quien te ve,
¿qué harás a quien te ve y oye?
Y más llegando a crecer 570
tanto la admiración, cuanto
en humano parecer,
no solo la voz anima,
pero el enigma también.
¿Yo tu bien, y yo tu mal? 575

CLIMENE Sí.

FAETÓN Pues ¿quién eres?

CLIMENE No sé.

FAETÓN ¿Cómo así...

CLIMENE Nada preguntes.

FAETÓN ...vives?

CLIMENE No he de responder
sino solo que tú solo
hoy pudieras suspender 580
mi furor, pues solo en ti
no tiene mi ira poder.
Y pues por ti vivo y muero
en aquesta desnudez,
este pasmo, este terror, 585
este ceño, este desdén
del hado y de la fortuna,
cansancio, afán, hambre y sed,
no procures saber más;
que harto sabes en saber 590
que tú eres todo mi mal
y tú eres todo mi bien. **(Vase.)**

FAETÓN Oye, escucha, espera, aguarda,
que tan confusa preñez
de ideas y de ilusiones 595
imposibles de entender,
no es para no averiguado.
Y pues más el riesgo no es
de Tetis sin ti, tras ti
tengo de ir.

(**Vase y sale** EPAFO.)

EPAFO Hacia aquí fue 600
donde de Tetis la voz
se oyó... Mas ¿qué llego a ver?
A manos sin duda, ¡ay cielos!,
del fiero asombro crüel,
muerta yace; ¡ay infeliz! 605
Tetis.
TETIS ¿Quién me nombra?
EPAFO Quien
mil vidas diera en albricias
hoy de la tuya.
TETIS Ya sé,
¡oh, joven! lo que te debo;
pues aunque ciega quedé 610
a tanto espanto, bien vi
en la breve luz de aquel
crepúsculo de mi vida
que pudiste interponer
entre su acero y mi pecho 615
tu valor y...
EPAFO Advierte que
yo esta fineza no hice.
TETIS Eso es volverla a hacer,
que duplica el obligar
quien corta el agradecer. 620
EPAFO Cuando llegue.
CLIMENE Bien está. [168]
Y aun estuviera más bien
si quien me hubiera amparado
fuera Eridano, y no él.

(**Salen por dos partes mujeres y hombres**, **y** ADMETO **y** FAETÓN.)

NINFAS **(Dentro.)** Hacia allí Tetis está. 625
HOMBRES **(Dentro.)** Llegad todos.
ADMETO Detened
el paso, porque primero
llegue yo.
FAETÓN **(Aparte.)**[(16)] Pues ya observé
dónde se ocultó, volvamos
a donde a Tetis dejé. 630
TODOS Con bien te hallemos, señora.
TETIS Y todas vengáis con bien.
FAETÓN **(Aparte.)**[(17)] Mas toda la gente en busca
suya viene; hasta después
calle, pues por ahora basta 635
el que tan cobrada esté.
ADMETO Sabiendo, hermosa y bella
deidad del mar, que tu divina huella
la tierra florecía;

mas ¿cuándo el mar no es arbitrio del día?, 640
en tu busca he venido,
a tanto altivo aliento agradecido,
como haber penetrado
lo oculto, lo horroroso, lo intrincado
desta caduca esfera, 645
en heroica demanda de esa fiera
que sus cotos espanta.

TETIS A tanta honra, señor, a merced tanta,
no respondo cual debo agradecida,
hasta saber a quién; que inadvertida, 650
no es bien que sin estilos de la tierra
yerre la voz lo que la acción no yerra.

ERIDANO Admeto el rey es de Tesalia.

TETIS Ahora
que mi atención no ignora
con quién habla, los brazos 655
me dé tu Majestad, de cuyos lazos
será el nudo tan fuerte,
que no le pueda desatar la muerte.

ADMETO Infelice la mía,
si de un caballo, que me vi arrastrado, 660
muerto quedara, sin haber logrado
la suprema ventura
de llegar a adorar tanta hermosura.
Gracias a quien, valiente, de su ira
me pudo rescatar.

FAETÓN Hacia mí mira, 665
conociome al caer; ¿quién ganó fama
de que a su rey dio vida y a su dama?

ADMETO Que fue aquel joven; que deber confieso
no menor deuda. [168v]

FAETÓN Humilde tus pies beso
por la merced, señor, de haberte dado 670
por servido de mí, cuando del hado
fue la dicha, y no mía.

ADMETO ¿Quién os dijo ser vós quien yo decía?

FAETÓN Pues ¿quién?, si... cuando... yo...

ADMETO Quitad, villano.
Llegad vós a mis brazos.

EPAFO Si mi hermano 675
el dueño fue desta feliz fortuna,
a él, señor, le premiad; que a mí ninguna
razón me asiste para que él no sea
quien preferido en vuestro honor se vea,
pues él pensad que es quien os dio vida. 680

ADMETO Hasta en esto mostráis cuánto lucida
la acción hacer queréis, partiendo ufano
la fama en vós, y el premio en vuestro hermano.
Yo le honraré también, mas no por eso

dueño le hagáis de tan feliz suceso. 685
EPAFO Yo.
ADMETO Bien está.
FAETÓN ¿Habrá hado más impío?
TETIS Pues no menos feliz, señor, fue el mío,
que siguiendo ligera
las veloces estampas de la fiera,
no sé si por desdicha o por ventura, 690
con ella cuerpo a cuerpo en la espesura
me hallé, con el terror de ver con rostro
humano, humana voz, tan fiero monstro,
sobre mi desaliento,
turbó la vista y perturbó el acento, 695
tanto que fallecida,
estrago fuera de su horror mi vida,
si ese joven...
FAETÓN Como esto no se pierda,
piérdase lo demás.
TETIS Según concuerda
hallarle allí con lo que vi primero, 700
entre mis devaneos y su acero
no interpusiera osado
en mi defensa su valor.
FAETÓN Si el hado
movido de mi queja,
ya que aquel bien me quita, este me deja, 705
piadoso anda conmigo.
TETIS Pues ¿quién os dijo que por vós lo digo?
FAETÓN Quien sabe...
TETIS En todo introduciros vano [169]
queréis. ¿Por qué os vais vós?
EPAFO Porque mi hermano,
sin que yo me atribuya 710
fineza que no es mía, sino suya,
logre también...
TETIS Pues nadie ha ignorado
quién de una y otra es dueño, es escusado
tanta modestia en vós.
ADMETO Y mal fundada en vós tanta locura. 715
FAETÓN ¡Hay más pena!
ADMETO Y volviendo a la ventura,
bella Tetis, de hallarte
en estos montes, he de suplicarte
que dejando el horror para otro día,
se convierta el de hoy en alegría. 720
Ven, pues, donde celebre mi grandeza
la huéspeda feliz de tu belleza.
TETIS Tus honras recibiera,
si de volver al mar hora no fuera;
que ya declina el sol, y así te pido 725

licencia de ausentarme.
ADMETO Habiendo sido
esa tu voluntad, no he de impedilla;
mas téngala de ir hasta la orilla
sirviéndote, Amaltea
divina, soberana Galatea, 730
logren vuestros primores
las músicas de fuentes y de flores.
AMALTEA Sí haré. En albricias yo de cuán dichoso,
Eridano has quedado y cuán airoso.
GALATEA Sí haré. En albricias yo de cuán dichoso, 735
Eridano has quedado y cuán airoso.
ERIDANO Que anduvieras tan necio no creyera:
dejaras la ventura a cuya era.
FAETÓN Solo esto me faltaba.
TETIS Vamos, que el Sol ya su carrera acaba. 740
ADMETO Cantad, pues, venid, y tú a mi lado,
joven, no ya por ser quien me haya dado
vida a mí, sino a Tetis; pues por ella
crece la inclinación hoy de tu estrella,
tanto, que al verte, cada vez sospecho 745
que un nuevo corazón le das al pecho.
EPAFO Si la suerte porfía, [169v]
diciendo yo cúya es, ha de ser mía,
gócela; que traición no habiendo alguna,
no he de echar en la calle mi fortuna. 750
FAETÓN Poca envidia me diera
aquel engaño, si este no temiera.
TETIS Pues quedaos, que no quiero
oír aquel ni este, cuando considero
cuán poco honor arguye. 755
Y a poder detenerme, hubiera sido
solo a deciros lo que habéis perdido;
pero esto baste, Doris, con tu coro
acompaña a los dos.
DORIS Que sea no ignoro
la letra que acompañe esos extremos. 760
TODAS Empieza tú, que todas seguiremos.
DORIS **(Cante.)** Los casos dificultosos.
TODAS Los casos dificultosos.
DORIS Con razón son envidiados.
TODAS Con razón son envidiados. 765
DORIS Inténtanlos los osados.
TODAS Inténtanlos los osados.
DORIS Y acábanlos los dichosos.
TODAS Y acábanlos los dichosos.

(**Éntranse todos cantando**, **queda** FAETÓN.)

FAETÓN ¿Los casos dificultosos 770

y con razón envidiados,
inténtanlos los osados
y acábanlos los dichosos?

(**Salen** BATILLO **y** SILVIA.)

SILVIA Pues ves, Bato, cuánto Dios
mejoras las horas, puesto 775
que todo antes era espantos,
y ahora todo es contentos,
vamos hancia allá los dos,
para saber qué hay de nuevo
que obligue a trocar asombros 780
en músicos instrumentos,
ya de la fiera olvidados.
BATILLO Ve tú, que para saberlo,
no he menester yo ir allá.
SILVIA ¿Pues sábeslo tú?
BATILLO Y que es cierto. 785
SILVIA ¿Y qué es causa?
BATILLO ¿No andaban
por aquesos vericuetos
todos tras la fiera?
SILVIA Sí.
BATILLO Pues dime, boba ¿quién, viendo
las hermosas, no se olvida 790
de las fieras?
SILVIA Calla, necio,
y si no quieres venir,
quédate, que yo iré a verlo.
BATILLO Eridano, que aquí solo
quedó lo dirá: yo llego. 795
SILVIA Galán Eridano, dinos,
por otra tal... Mas sospecho
no me oye.
BATILLO En pie, como mula
de alquiler, se está durmiendo.[(18)]
Mire lo que le decimos. 800
LOS DOS ¡Hola! ¡aho![(19)]
FAETÓN ¡Valedme, cielos!
que a tanta pena no hay ya
ni valor ni sufrimiento.
SILVIA ¡Ay, que me ha despachurrado!
BATILLO ¡Ay, que a mí no más me ha muerto! 805
FAETÓN ¿Quién está aquí?
SILVIA Quien quisiera
no estarlo.
BATILLO Ni oírlo ni verlo.
FAETÓN Silvia, Batillo, ¿qué hacíais [170]
aquí?

BATILLO Ponernos a tiro
de tus puñadas.
FAETÓN ¿No fuisteis[20] 810
los dos, hoy muero, los que
visteis que yo fui el que dio
la vida a Admeto al caer
del caballo?
BATILLO ¡Y cómo!
SILVIA Por aquestos ojos mesmos. 815
FAETÓN Pues ¿cómo, villanos, cómo
no le dijisteis oyendo
que a Epafo se atribuía?
BATILLO La disculpa que tenemos
de no haberlo dicho, es. 820
FAETÓN ¿Qué es la disculpa?
BATILLO Que viendo
detrás los dos de unas ramas
escondidos y encubiertos,
que diste la vida a Tetis,
entra ella y la fiera puesto, 825
tampoco no lo dijimos,
y fuera gran desacierto
decir lo uno sin lo otro.
SILVIA Y de que no lo diremos
esté seguro, por más 830
que nos lo pescuden.
FAETÓN Buenos
testigos me dio mi dicha.
¡Ha infames, viles!, ¿qué espero
que no os hago mil pedazos?
LOS DOS El que acá queramos serlo. 835

(**Sale** EPAFO.)

EPAFO Eridano.
FAETÓN ¿Qué me quieres?
EPAFO Ansioso a buscarte vengo,
en tanto que Admeto y Tetis
con festivos cumplimientos
se despiden.
FAETÓN ¿Y a qué fin? 840
EPAFO De que sepas que [no][21] puedo
consolarme de tener
prestados merecimientos,
que hizo míos el acaso,
que mal pudiera el intento; 845
pues no fue ni fuera mío,
cuando sé que es argumento
de que no los tiene propios[22]
quien usa de los ajenos.

No tener uno una dicha 850
no es culpa del valor; pero
tenerla mal adquirida,
es fiar poco de su esfuerzo.
Y así, dejando a una parte
el que compitamos necios 855
un amor tan desigual,
que lo alto deste empleo
no pasa de adoración,
en cuyo común obsequio,
viendo de balde, aun no 860
paga la esperanza el viento.
Vamos a que hermanos somos,
y desairar no podemos
uno a otro; y si el acaso,
como antes dije, lo ha hecho 865
sin la intención, mira cómo...

FAETÓN No prosigas, que no quiero
de ti ninguna hidalguía;
y antes que goces me huelgo
estos desperdicios míos. 870
Y adelante, te aconsejo
que no me pierdas de vista,
para que, como yo haciendo
vaya heroicos hechos, tú
te vayas honrando dellos. 875

EPAFO No merece esa respuesta
esta atención.

FAETÓN Ya yo veo
que si hubiera de tener
la que merece el grosero,
falso trato tuyo, fuera... 880

EPAFO ¿Qué fuera?

FAETÓN Rómpete el pecho
tan en átomos, que fueras
vil desprecio del viento.

EPAFO Si hasta aquí con mi modestia
cumplido he con lo que debo, 885
no sufriré desde aquí
de tu siempre altivo, fiero
espíritu otro desaire.

FAETÓN Pues ha de ser el postrero, [170v]
sea haciéndote pedazos. 890

LOS DOS Que se matan.

(**Sale** ERIDANO.)

[ERIDANO] ¿Qué es aquesto?

LOS DOS Que se matan.

FAETÓN ¿Qué ha de ser?

Acabar mis sentimientos
de una vez con todo.
ERIDANO Tente,
tente tú.
EPAFO Ya yo obedezco. 895
FAETÓN Yo no, y aqueste puñal...

(Saca FAETÓN **a** ERIDANO **el puñal que trae en la cinta**.**)**

LOS DOS Que se matan.
ERIDANO Tente, fiero.
FAETÓN Será quien me dé venganza.
LOS DOS Que se matan.
ERIDANO El acero
suelta.
FAETÓN No haré.
EPAFO Sí harás tal. 900
LOS DOS Que se matan.
[ADMETO][(23)] **(Dentro.)** ¿Qué es aquello?
ERIDANO Ved que el Rey, dejando a Tetis
ya en el mar, viene a los ecos
de esos bárbaros villanos.
FAETÓN Antes que llegue.
TODOS ¿Qué es esto? 905
LOS DOS Que Eridano con su padre
y hermano riñe.

(Salen ADMETO, AMALTEA, GALATEA **y gente**.**)**

ADMETO Teneos.
GALATEA Quiera el amor que resulte
contra Eridano el estruendo.
AMALTEA Que resulte contra él 910
la culpa, quieran los cielos.
ADMETO Villano, atrevido, loco.
¡Vós, con tanto atrevimiento,
puñal contra vuestro padre!
ERIDANO No, señor, que antes es cierto 915
que el puñal es mío.
ADMETO Soltad
todos, que en mi mano quiero
que quede depositado,
como previsto instrumento
de mi justicia, cuando él 920
sea quien divida el cuello
de quien se atrevió a su padre;
y así en mi poder, ¡qué veo!
ha de quedarse, ¡qué miro!
guardado. Sí, él es, es cierto, 925
que no me engañara a mí

la anagrama de Peleo.
¿Cúyo es aqueste puñal?
ERIDANO Mío, señor.
ADMETO ¡Válgame el cielo!
¿Quién os le dio?
ERIDANO Una mujer. 930
ADMETO ¿Dónde está?
ERIDANO Días ha que ha muerto.
ADMETO ¿Dónde os le dio?
ERIDANO En la plaza.
ADMETO ¿En qué ocasión?
ERIDANO En un riesgo.
ADMETO ¿Quién era?
ERIDANO No sé quién era.
ADMETO ¿Qué os dijo al darle?
ERIDANO Secreto 935
se quedó lo que me dijo.
ADMETO ¿Cómo?
ERIDANO Como a un mismo tiempo
fue darme aquese puñal
y dar el último aliento.
ADMETO ¿Quién la trujo aquí?
ERIDANO Un barquillo. 940
ADMETO ¿De dónde venía?
ERIDANO No puedo
decirlo.
ADMETO Pues ¿cómo fue
verla y hablarla?
ERIDANO Oye atento.
A esa procelosa orilla
del Eridano soberbio, 945
vasallo del mar, que baja
a darle en Tesalia el feudo;
a esa procelosa orilla,
otra vez a decir vuelvo,
del Eridano, de quien, 950
por los frutos que a ella tengo,
o porque de Diana en ella
soy ministro de su templo,
tomé el nombre, que también
en Eridano conservo; 955 [171]
corriendo llegó fortuna,
cascado, roto y deshecho
un destrozado barquillo,
que sin vela, jarcia o remo,
encallado en las arenas, 960
tomó, como pudo[(24)], el puerto.
Yo, que había aquella aurora,
si ahora la verdad confieso,
salido a buscar a Apolo,

por ser en el mismo tiempo 965
que del cielo desterrado
Júpiter le tenía, a efecto
de castigar la osadía
de haber sus cíclopes muerto.
Y yo solamente era 970
dueño de tanto secreto,
como que pastor guardase
tus ganados, por quien luego,
perdonado, se llamó
sagrado pastor de Admeto. 975
En fin, saliendo una aurora
que ahora no importa esto,
puse en el barco los ojos,
como bajel extranjero
destas playas, pues no era 980
pescador alguno nuestro.
Y cuando más discursivo
le estaba desconociendo,
oí que tímidos se oían
mortales gemidos dentro. 985
Curiosidad o piedad
o inspiración de los cielos,
que a nosotros no nos toca
averiguar sus intentos,
me hicieron que en otro barco 990
a bordo llegase; y viendo
que una mujer sola era,
con un bello infante tierno
en los brazos, la afligida
alma de todo aquel cuerpo, 995
entré en él, diciendo: «Triste
susto del hado, ¿qué es esto?
Ser infeliz, respondió:
y pues en vós, noble viejo,
los dioses la apelación 1000
otorgan de mis lamentos,
este puñal y este niño
tomad; que quizá habrá tiempo
que no os pese, con uno
y otro vais...»; y a decir esto, 1005
espiró, con que no supe
a quién, cómo, cuándo, siendo
jeroglífico la barca[(25)]
del nacer y el morir, puesto
que constaba de un cadáver, 1010
un infante y un acero.
En esta pues confusión,
lo que hice fue dar atento
al cadáver sepultura,

al infante crianza, y dueño 1015
al acero, que fui yo;
pues desde aquel punto mesmo
no le quité de mi lado,
como esperando que el cielo,
si hay misterio en estas cifras, 1020
que yo ni alcanzo ni entiendo,
en su grabazón talladas,
diga cuál es el misterio.

ADMETO Sí dirá, si hay para qué
decilo; que si no, menos 1025
importa que esté callado:
y así, decid lo primero
si ese infante vive.

ERIDANO Sí,
señor, y aun lo está oyendo
sin saber que lo es.

ADMETO Pues antes 1030
que yo lo sepa, oíd atentos.
En las guerras que Tesalia
tuvo con la isla de Lemnos,
en un trance de fortuna
quedé, ¡ay de mí!, prisionero 1035
yo de Anfión su rey, en cuya
tiranía más consuelo
no tuve que los favores [171v]
(¡con cuánto dolor me acuerdo!)
de Erífile, bella hija 1040
suya, a quien di de secreto,
porque Anfión nunca quiso
con el aborrecimiento
de nuestro heredado odio
dar plática al casamiento, 1045
fe y mano de esposo. En este
estado supo que fiero
darme la muerte intentaba
su padre con un veneno,
para invadir más seguro 1050
sin mí de Tesalia el reino,
y restaurando el peligro,
en el nocturno silencio
puesta una escala en la torre,
y en el mar un barco puesto, 1055
me dijo: «Salva la vida,
señor, que en mi desconsuelo
me basta que en mis entrañas
me quede un retrato vuestro.
Si el cielo le diera la luz, 1060
y amparado del secreto
escapare de otras iras,

a vós irá, por acuerdo
de la deuda en que vós vais,
y el peligro en que yo quedo». 1065
Dejemos aquí ternezas,
ansias, penas, sentimientos,
que a la vista de las canas,
como perdidos, es cierto
que se avergüenzan los años 1070
de haber pasado tan presto;
y vamos a que no tuve,
pobre allí, afligido y preso,
otra prenda más a mano,
ni de más valor ni precio 1075
que ese puñal, para seña
(que por ser de extraño maestro,
no fácil de contrahacer,
aseguraba otros riesgos)
de que quien con él viniese, 1080
traía escrita en sus aceros
la carta de más creencia
para mi conocimiento.
Ausenteme, y confidentes
después, ¡ay de mí!, escribieron 1085
que el hurto de amor sabido
de su padre, en el primero
horóscopo de la vida
del mísero infante tierno,
con lo agravante de ser 1090
yo de su esclavitud dueño,
y ella de mi libertad,
creció el aborrecimiento
tanto, que a su vista entrambos,
dando a un barquillo un barreno, 1095
mandó echar al mar, en cuyo
(no culpéis que me enternezco)
conflito no se olvidó
de mí; dígalo el efeto
de haber sacado el puñal 1100
por penate de su incendio.
Y pues el cielo ha querido
que a mis manos haya vuelto
por tan no esperado acaso,
¿quién duda que quiere el cielo 1105
que no pague el inocente
yerros del culpado, atento
quizá que los del amor
son los más dorados yerros?
¿Dónde pues esta ese joven? 1110

ERIDANO Antes que lo diga, al cielo
hago testigos, y a cuantos

dioses contienen su imperio,
astros, sol, luna y estrellas,
aire, agua, tierra y fuego, 1115
de que diré la verdad,
o fáltenme todos ellos.
Y así, Eridano...

ADMETO **[Aparte.]** ¿Quién duda
que era yo?

ERIDANO Aunque en mis afectos
fue el preferido, perdone; 1120
que de ese puñal el dueño
Epafo es.

ADMETO Ya lo había dicho [172]
el corazón acá dentro,
desde el punto que me dio
la vida su noble esfuerzo. 1125
Llégate, Epafo a mis brazos.

EPAFO Aun tus plantas no merezco.

FAETÓN **[Aparte.]** ¡Esto más, fortuna mía!

ADMETO ¡Cuánto de que él sea me huelgo!

GALATEA **[Aparte.]** ¡Y cuánto me pesa a mí 1130
de que él no sea!

ADMETO Y supuesto
que con más solemnidad
que el teatro de un desierto,
te han de admitir mis vasallos
por mi hijo y mi heredero, 1135
conmigo a la corte ven,
donde te aclame mi reino
príncipe suyo, trocando
de Epafo el nombre en Peleo,
que es el que en este puñal 1140
la grabazón tiene impreso,
como nombre de mi padre,
que fue su primero dueño.
Ven, pues, y todos decid:
¡viva el príncipe Peleo! 1145

SILVIA ¿A ser príncipe le llevan?

BATILLO Pues ¿de qué es el sentimiento?

SILVIA ¿Qué sé yo si es bueno o malo?

BATILLO Tan bueno es y tan rebueno,
que un príncipe basta a ser 1150
alborozo de su reino.

SILVIA Si es así, digamos todos:
¡viva el príncipe Peleo!

EPAFO Conmigo, Eridano, ven,
que aunque ya otro padre tengo 1155
siempre hijo de tu amor
he de ser.

ERIDANO Así lo creo

de tu valor.
EPAFO Ven tú, hermano,
conmigo.
FAETÓN No quiero.
Goza tus dichas sin mí. 1160
AMALTEA Bien haces en no ir a objeto
ser de la envidia.
FAETÓN Pues ¿quién
te ha dicho que yo la tengo?
Cuando pienso que soy más,
me valgo yo mí mesmo. 1165
AMALTEA Pensamiento de amor propio
no pasa de pensamiento.
FAETÓN Sí pasa, cuando se funda
en altos merecimientos.
AMALTEA ¿Dónde están?
GALATEA En él, y cuando 1170
no estén, ¿es estilo cuerdo
afligir al afligido?
AMALTEA Pues ¿quién te mete a ti en eso?
GALATEA Natural amor no más,
que hijas del Sol, le tenemos 1175
las náyades; que no nace
este generoso afecto
de otra causa, como nace
ese odio de otros premios.
AMALTEA Mísera deidad de vidro, 1180
sujeta a prisión de yelo.
GALATEA Caduca deidad de flores,
sujeta a embates del cierzo.
AMALTEA ¿Tú competencias conmigo?
GALATEA Dices bien que no puedo 1185
competirte, que no es
competencia el vencimiento.
AMALTEA Pues llega a mis brazos.
GALATEA Llega
a los míos.
FAETÓN Deteneos[(26)].
AMALTEA Este acero.
GALATEA Este puñal. 1190
LAS DOS Dirá.
FAETÓN Mal podrá, que en medio
he de ser blanco de entrambas.
AMALTEA Ya lo eres de mis desprecios.
GALATEA Ya lo eres de mis favores.
FAETÓN Veo.
LAS DOS Aparta.
FAETÓN ¿No habrá, ¡cielos!, 1195
quien entre opuestas deidades
a quien odio y amor debo,

el duelo divida?
MÚSICA Sí,
hasta que se llegue el tiempo
de saber si es tu fortuna 1200
amor o aborrecimiento.
GALATEA ¿Quién me arrebata? Mas ¿cuándo
no fue vapor mi elemento? [172v]
AMALTEA ¿Quién me lleva? Pero yo
¿cuándo al aire no obedezco? 1205
FAETÓN Sin saber quién las divide,
faltan: ¿hasta cuándo, ¡cielos!,
mi vida ha de ser prodigios?
Mas, que me respondió el eco
que a ellas aparta, pues dijo... 1210
ÉL [y] CORO 3.º Hasta que se llegue el tiempo.
MÚSICA De saber si es mi fortuna
amor [o][(27)] aborrecimiento.

Jornada II

Salen TETIS, DORIS **y las ninfas**.

DORIS Desde el día que de Admeto,
señora, en esta ribera
te despediste, tan triste
que no has tenido en su ausencia
hora de alivio, juzgara 5
que no volvieras a ella
jamás.[(28)]
TETIS Bien juzgarás, Doris,
y más si con mi tristeza
consultaras la razón
que tengo de aborrecerla, 10
pero no siempre se sale
el valor con lo que intenta.
DORIS Eso y lo que yo imagino,
casi es una cosa misma.
TETIS ¿Qué imaginas?
DORIS Que no puedes 15
acabar con la suprema
altivez de tu constancia
el no volver a estas selvas,
corrida de no haber dado
muerte a la sañuda fiera, 20
ya que con ella te viste
cuerpo a cuerpo en la desierta
campaña del monte, a cuya
causa, sin otra grandeza

que el silencio con que hoy 25
llegar a su falda intentas,
dejas el mar, como dando
a entender que no se sepa
tu venida, porque nadie
te acompañe, ni se deba 30
a otro que a ti tu trofeo.

TETIS ¡Ay, Doris mía! Aunque fuera
esa mi mayor razón,
mi mayor razón no es esa.
A esta playa vuelvo solo 35
a divertir mis tristezas,
por ver si donde ganarlas
pude, pudiese perderlas.
No de la fiera el empeño
me trae, que no fácil fuera 40
sin más batida encontrarla;
y puesto que sola es esta
la causa, cogiendo vamos
de las doradas arenas,
nácares y caracoles, 45
corales, conchas y perlas.

UNA ¿Quieres, pues solo es, señora,
la diversión de tus penas
asunto de tu venida,
que algún tono te divierta? 50

TETIS Sí, cantad, y por aquí
vamos tomando la vuelta,
iré yo al compás, ¡ay triste!,
de las blandas voces vuestras,
glosando con mis suspiros 55
las cláusulas. ¿Quién creyera
que a mí me diera cuidado?
¿Cuidado? Errolo la lengua,
pesar... Pero ¿qué es pesar?
Enfado, ahora lo acierta. 60
Y ya que di con el nombre,
¿quién creyera que me diera
enfado que a socorrerme
no fuera Eridano, y fuera
Epafo? Y enfado tal, 65
que a pesar de mi soberbia,
mi presumpción, mi arrogancia,
me obliga que a buscar venga
ocasión (por eso dije
que canten; porque se sepa 70
que estoy aquí) de decirle,
ya que entonces en presencia [173] (29)
de tantos no pude, ¿cuánto
me dio en rostro la bajeza

de querer hurtar la dicha, 75
o por lo menos ponerla
en duda de deslucirla,
sin la ventura de hacerla?
Pero si esto solo es
un enfado, acción es necia 80
pensar tanto en él. Cantad,
y tras mí venid.

DORIS ¿Qué letra
quiere que cante, señora?

TETIS Vuelve a repetir aquella
de osados y de dichosos, 85
que no hay otra que convenga
más a mi intento, pues vi
que uno ose y otro merezca. **(Vase.)**

UNA No la dejemos, en tanto
que Doris la lira templa. 90

DORIS Ya yo os sigo.

(Sale FAETÓN **y** BATILLO, **de soldados.)**

FAETÓN Ya, Batillo,
que por mí la patria dejas,
y en hábito de soldado
seguir mi fortuna intentas,
desas pajizas cabañas, 95
miserables cunas nuestras,
desde aquí nos despidamos
a nunca volver a verlas,
no volviendo sino llenos
de triunfos, trofeos y empresas 100
por nuestro valor ganados.

BATILLO Linda cosa será esta
de no volver sin rellanos
de tufos, tresfeos y prensas,
ganado por nueso olor. 105

FAETÓN Ingrata patria primera,
a quien apenas debí
el nacer, pues nací apenas.

BATILLO Ingrata pata[(30)] segunda
de Silvia, a quien más de treinta 110
mil patadas te debí.

FAETÓN A mi última voz atenta.

BATILLO Atenta a mi última coz.

FAETÓN Oye de mí esta protesta.

BATILLO De mí esta por esta oye. 115

FAETÓN Palabra doy a tus selvas.

MÚSICA **(Dentro.)**
Los casos dificultosos.

FAETÓN Pero ¿qué música es está?

MÚSICA Y con razón envidiados.
BATILLO Hancia aquella parte suena. 120
MÚSICA Inténtanlos los osados.
FAETÓN La voz conozco y la letra.
MÚSICA Y acábanlos los dichosos.
FAETÓN Pero qué mucho ser ella,
si es un torcedor del alma, 125
que repetida me acuerda
adonde otra vez caí,
para que otra vez la sienta.
BATILLO Y porque nos da las voces
la que a muchos oídos llega, 130
mas también a muchos ojos
las que les chillan.
FAETÓN Con ellas
Tetis viene, a cuya vista,
por una parte me alienta
mi verdad, por otra parte 135
me acobarda la vergüenza
de lo que creyó de mí.
¡Oh quién a un tiempo pudiera
hablarla, ay Dios, sin hablarla,
y verla, ay de mí, sin verla! 140
BATILLO Pues uno y otro es bien záfil.
FAETÓN ¿Cómo?
BATILLO Hablándola por señas,
sin hablarla la hablarás,
y viéndola por vidriera
que no sea cristalina, 145
también la verás sin verla.
FAETÓN Calla, loco.

(Vuelven TETIS **y las Músicas**.**)**

TETIS Repetid
la canción; pero suspensa
(no me ha sucedido mal)
la dejad, hasta que vea 150
quién tan atrevido al paso [173v][31]
está.
FAETÓN Quien no es la primera
vez que el acaso le trueque
las venturas en ofensas.
TETIS ¿Vós sois? Desconocí el traje, 155
por eso os extrañé. Vuelva
el tono, que no es quien puede
merecer ni aun la advertencia
de si estaba aquí o no estaba.
FAETÓN Vuelva el tono norabuena, 160
que ninguno dirá más

por mí lo que yo dijera,
que él mismo.

TETIS ¿Que él mismo?

FAETÓN Sí,
señora.[32]

TETIS ¿De qué manera

FAETÓN De la pena.

TETIS Cantad, no 165
presuma que yo le atienda.[33]

MÚSICA Los casos dificultosos.

FAETÓN De la pena y la alegría,
de la vida y de la muerte
medir las líneas un día 170
quiso el hado; y en la suerte
se logró de Epafo y mía,
viendo cuánto rigurosos
para mí, para él piadosos,
en deslucir y premiar 175
se saben facilitar.

MÚSICA y TODOS Los casos dificultosos.

UNA VOZ Y con razón envidiados.

FAETÓN Al rayo del sol se mira
ser la vista ceguedad, 180
pues ¿quién en el hombre admira
que peligre una verdad,
si aún hay en el sol mentira?
Ya a otra luz nuestros hados
se miraron confundidos, 185
siendo méritos trocados
de mí sin razón tenidos.

TODOS Y con razón envidiados.

UNA SOLA Inténtanlos los osados.

FAETÓN Tenidos, pues dueño fui 190
suyo; envidiados, pues vi
pasar a otro con que infiero
que soy el hombre primero
que tuvo envidia de sí.
Y si méritos buscados 195
no son premios de una fe,
y merecen más hallados
que adquiridos, ¿para qué...

TODOS Inténtalos los osados.

UNA SOLA Y acábanlos los dichosos. 200

FAETÓN No es la razón que me aflige
porque vós lo agradezcáis,
sino porque yo lo dije.
Y pues a la mira estáis
de lo que un error colige, 205
dadme albricias, perezosos
de amor: favores divinos

hoy tan felizmente ociosos,
que los empiezan los finos.
TETIS Y acábanlo los dichosos. 210
FAETÓN Y pues mi intento no es más,
señora, de que se crea
que puedo ser desdichado
y no ruin, dadme licencia
de que (pues con vós no hablaba, 215
sino con mi patria) pueda
proseguir lo que decía
cuando llegasteis.
TETIS Pues esa
¿vós no la tenéis sin mí?
FAETÓN Sí, mas hay gran diferencia, 220
que tenerla concedida
es algo más que tenerla.
TETIS ¿Qué falta la mía os hará,
si os bastaba antes la vuestra?
FAETÓN La de cierta circunstancia, 225
que quizá pasará a esencia.
Ingrata patria, decía,
que fuiste cuna primera
de quien apenas nació
de ti, cuando nació apenas. 230
BATILLO Yo también, ingrata pata[(34)],
decía.
FAETÓN Apartarte, y espera
allí. [174]
BATILLO Como entré en la danza,
pensé que entraba en la cuenta.
FAETÓN Si espurio aborto del hado 235
me arrojaron a las puertas
de quien piadoso me dio
de hijo el nombre, sin que sepa
de mí más de que nací,
en cuya fortuna mesma 240
naciendo Epafo, la dicha
la halló en un puñal envuelta,
y tan grande, que admirada
lo oyó Tetis en su esfera,
que ya, príncipe Peleo, 245
la da el reino la obediencia;
¿qué mucho que yo, mirando
mi suerte a la suya opuesta,
ya que no la tengo hallada,
buscada intente tenerla, 250
porque a los ojos de Tetis?
TETIS Detén, villano, la lengua.
FAETÓN ¿De qué te ofendes, señora?
TETIS ¿De qué quieres que me ofenda

sino de que hablarme a mí 255
tan libremente te atrevas?

FAETÓN ¿Yo a ti? con mi patria hablando
me hallas, has dicho tú mesma
que para hablar con mi patria
yo me tengo la licencia. 260

TETIS Pues si es a ella y no a mí,
proseguid, hablad con ella.

FAETÓN Y pues hijos de fortuna
fuimos próspera y adversa,
ya que no la espero hallada, 265
buscada he de pretenderla,
porque a los ojos de Tetis
tan airoso algún día vuelva,
que se decida en los dos
la argüida competencia 270
que hay del hacerse la dicha
uno, al hallársela hecha.
Y así la palabra os doy,
fuentes, ríos, mares, selvas,
montes, prados, cumbres, valles, 275
plantas, flores, riscos, peñas,
de no volver a tus ojos
hasta que por mí merezca
que Tetis se desengañe
de que quien por sí se alienta 280
a adquirir eterna fama
no se achacará la ajena.

TETIS ¿Eso es hablar con la patria?

FAETÓN Claro está.

TETIS Pues si por ella
soy yo quien la escucha, dadme 285
licencia a mí de que sea
la que por ella responda.

FAETÓN ¿Vós no os la tenéis?

TETIS Quisiera
que el tenerla concedida
fuera algo más que tenerla. 290

FAETÓN ¿Qué falta os hace la mía,
si vós os tenéis la vuestra?

TETIS Ignorado hijo del viento,
que solo a tanta soberbia
él pudiera dar las alas, 295
no me amenace tu ausencia;
que si vas a ganar fama,
¿por qué de Tetis esperas
el más descuidado aprecio?
Es en vano, y...

FAETÓN Ten la lengua, 300
no desahucies la esperanza [35]

de un infeliz que no lleva
otro caudal ni otro alivio.

TETIS ¿Quién te ha dicho que yo sea
quien la desahucié, puesto 305
que es voz de mi patria esta,
y no mía?

FAETÓN Pues si es suya,
no tengo por qué temerla:
prosigue.

TETIS Pues cuando más
el hado te favorezca, 310
poco mérito te añade;
que las deidades supremas
de una misma suerte miran
al valle que la eminencia.
Tan lejos del sol está 315
el que en la cumbre se asienta, [174v]
como el que en la falda yace,
porque la distancia mesma
es átomo el monte, que
ni la alarga ni la abrevia. 320
Y cuando de la fortuna
huelles la cerviz suprema,
del sol no estarás por eso
ni más lejos ni más cerca.

FAETÓN ¿Mi patria dice eso?

TETIS Sí. 325

FAETÓN Nunca la vi lisonjera
si no es[(36)] hoy.

TETIS Pues ¿qué lisonja
halláis en esta respuesta?

FAETÓN Que aunque me imposibilita,
por lo menos me aconseja 330
que no me ausente, que es como
decirme que hay quien lo sienta.

TETIS Mirad que habláis conmigo,
no con la patria, y aun esa
razón no la dije yo 335
como yo, porque si hubiera
yo como yo de decirla,
fuera...

FAETÓN ¿Qué?

TETIS No sé qué fuera.

FAETÓN Mirad vós también que habláis
ahora como vós mesma, 340
y me dejáis en la duda
de que...

MÚSICA Venga norabuena,
norabuena venga.

TETIS ¿Qué ruido es aquel?

BATILLO Del monte
viene de música y fiesta 345
una tropa.
GALATEA Por no oírlo,
huyendo iré.
TETIS Galatea,
¿qué es esto?
GALATEA Que al monte a caza
en demanda de esa fiera
que a tantos atemoriza 350
y que tan pocos encuentran,
viene el príncipe Peleo,
que ayer destos montes era
Epafo, pastor; y tanto
todos de verle se huelgan 355
en tan grande majestad,
fausto, pompa, honra y grandeza,
que coronados de flores,
rosas, lirios y azucenas,
bien como auxiliado alumno 360
de las ninfas de Amaltea,
vienen hacia aquesta parte,
diciendo en voces diversas.
[MÚSICA] **(Dentro.)** Venga norabuena,
[norabuena venga.] 365
FAETÓN De tu concepto, señora,
se ha reducido a experiencia
el sentido, pues estoy
en el centro de la tierra,
cuando él puesto está en la cumbre 370
de la fortuna, se muestra
sol en no olvidar el valle,
porque alumbráis la eminencia.
Y adiós, que yo no me atrevo
a verlo ni que él me vea, 375
si ya no es seguir del sol
la metáfora, en que sean
esos aplausos el día
de la noche de mi ausencia.
Adiós, quedad.
TETIS Id con Dios. 380
FAETÓN Retírate entre estas peñas.
BATILLO Pues ¿no he de bailar si bailan?
FAETÓN ¿No ves que no es bien te vean
en el traje de soldado,
y que vas conmigo sepan? 385
BATILLO Pues ¿no bailan los soldados?
FAETÓN Retírate, que ya llegan.
Y tú, porque veas sin verme,
hazme espaldas, Galatea.

GALATEA Sí haré, ya que por haber 390
oculta deidad suprema
que nuestros duelos impida,
pues arrastradas por fuerza
habemos de divertirnos,
no te sirvió en que Amaltea 395
me pague el rencor de estar
siempre a tu fortuna opuesta.
AMALTEA Pues ya que a vista llegamos
de Tetis, para que sea
más de Peleo el aplauso, 400
la música y baile vuelva. [175]
MÚSICA El Príncipe nuestro
es con su presencia
lustre de los montes,
honor de las selvas. 405
Venga norabuena.
SILVIA Norabuena venga,
que hoy me tengo de hacer rajas,
alegre, ufana y contenta,
tanto por aqueso como 410
porque Bato no parezca.
Gracias a Dios, que me veo
sin él.
BATILLO ¡Ha pícara! Espera.
FAETÓN ¿Dónde vas?
BATILLO Solo a pegarla
dos bofetás siquiera, 415
y vuelvo.
FAETÓN ¿Eso habías de hacer?
BATILLO Pues los soldados ¿no pegan
a las Silvias?
FAETÓN No.
BATILLO ¿Ni bailan?
FAETÓN Menos.
BATILLO Pues ¿cuándo se huelgan?
MÚSICA Todos estos montes 420
le den la obediencia,
y ciña de rosas
su frente Amaltea.
Venga norabuena.
EPAFO Hasta que de tu hermosura, 425
bello imán de mi deseo,
fue mi ventura trofeo,
no conocí mi ventura;
ahora sí que segura
por tal la conozco, pues 430
el más glorioso interés,
el honor más soberano
no fue adorno de mi mano

hasta serlo de tus pies.
Bien que al verle en ellos, toco 435
nuevas dudas con que lucho,
pues para mi mano es mucho
y para tus pies es poco.
Cuerdo el rendimiento y loco
el alborozo también, 440
porque al crisol del desdén,
de tanto sol celestial,
lo que el uno diga mal,
el otro asegure bien.

TETIS Cuanto a la suma alegría 445
que gocéis de aplausos llena,
recibid la norabuena,
que en vuestra suerte la mía,
toca a la cortesanía;
pero en cuanto a que ella os dé 450
presumpción de que se ve
a mi sol acrisolar,
licencia me habéis de dar
de suplicaros se esté
en menor predicamento 455
que aun del que ella se tenía;
que si en la galantería
desde el no merecimiento
a quien da cierta licencia,
puesta en salvo la eminencia 460
de soberana deidad,
ya desde la autoridad
corre riesgo la decencia.
Y así puesto que al crisol
del sol probar mi desdén, 465
sabed que ahora, no sé a quien
diciendo estaba que al sol
no se mide el arrebol,
y que tanto de su cumbre
dista la alta pesadumbre 470
como el valle. Y siendo así,
que desde el valle os oí,
no os iré desde la cumbre,
que si en la desigualdad
corrió libre la licencia, 475
ya paró en la reverencia
que debo a la majestad.

EPAFO Advertid.

TETIS Aquí os quedad,
no habéis de pasar de aquí.

EPAFO Si porque dichoso fui 480
a ser vengo desdichado,
no piadoso, cruel el hado

habrá sido para mí.
TODOS Hasta que al valle lleguemos,
la música y baile vuelva. 485 [175v]
SILVIA Y hasta que parezca Bato,
que hasta entonces todo es fiesta.
BATILLO ¡Vive Dios!
FAETÓN Detente, loco.
BATILLO ¿Ni dar, ni bailar? Paciencia.
MÚSICA El Príncipe nuestro 490
es con su presencia.
EPAFO Callad, villanos, callad,
cesen las músicas vuestras;
pues que toda su alegría
ha parado en mi tristeza. 495
Idos de aquí todos, idos,
ni oiga, ni escuche, ni vea
acento que no sea llanto,
festejo que no sea obsequia.
SILVIA Pues si esta letra le cansa, 500
¿hay más de mudar la letra?
Venga noramala, noramala venga.
EPAFO Idos, villanos, de aquí.
AMALTEA Pues ¿de qué te desesperas?
EPAFO De que el permitido agrado 505
que mereció en la belleza
de Tetis, tosco el sayal,
la púrpura desmerezca;
mas ¿cuándo amor y fortuna
se dieron las manos?
AMALTEA Deja 510
la de tu dicha en las mías,
que mi industria y tu asistencia
han de vencer imposibles.

(**Sale** ERIDANO.)

ERIDANO Ya señor está dispuesta
por el monte la batida, 515
y es la hora, que a las siestas
la fiera a una fuente baja.
EPAFO No me habléis de esa manera,
mientras que no esté delante
mi padre. Alzá de la tierra, 520
que el respeto y el cariño
de haberlo sido no cesa
en mí; ¿cómo no me ve
Eridano?
ERIDANO La extrañeza
de su condición.
EPAFO Mal hace 525

con su príncipe en tenerla.
Ve, y haz que la gente esté
prevenida, mas no puesta;
que no sé si iré al monte.

(**Vase** ERIDANO.)

AMALTEA En dilatarlo aciertas, 530
pues con eso tomas plazo
para que con la deshecha
de la caza haya ocasión
de lograr tu amor.
EPAFO Tú alientas
solamente mi esperanza. 535
AMALTEA Vame más de lo que piensas.

(Vanse.)

GALATEA ¿Haslo oído? Despreciada
una mujer, ¿qué no intenta?
Pero también de mí fía
la mejora de tus penas, 540
que no he de ser del Sol hija,
o he de verte en las estrellas. **(Vase.)**
FAETÓN Ya que hemos quedado solos,
ven por esta inculta senda,
y ayúdame a discurrir. 545
BATILLO Eso muy en hora buena,
y nadie mejor, porque
discurro como una bestia.
FAETÓN ¿Qué será que habiendo yo
nacido en tanta miseria, 550
espíritu tan altivo
tenga, que adorar me atreva
tan alta deidad?
BATILLO Será
tener...
FAETÓN Di.
BATILLO Poca vergüenza,
que es lo que tienen los que 555
como nacen no se acuerdan.
FAETÓN ¿Qué será que habiendo visto
príncipe a[(37)] Epafo en tan nueva
dignidad, no me persuada
a que mejor que él no sea? 560
BATILLO Será, pues cochillos y horcas
exprican las perminencias,
querer que si a él fue el cochillo
que a ti la horca te venga.
FAETÓN Amaltea, ¿qué será, 565

ninfa de las flores bellas,
que lo que un tiempo fue agravio
haya trocado en ofensas? [176]

BATILLO Será que como los pobres
todos son flores, sospecha 570
que le has de gastar las suyas.

FAETÓN ¿Qué será que Galatea,
de las fuentes ninfa hermosa,
tan solo me favorezca?

BATILLO Será, como tus achaques 575
son vagidos de cabeza,
haberte ordenado fuentes,
y que son las suyas piensa.

FAETÓN ¿Qué será, por mí empeñadas,
que ambas se desparezcan? 580

BATILLO Que algún tramoyero dios
se andaba haciendo apariencias,
pero entre estas y entre estrotas,
que es como entre estrotras y estas,
¿dónde vamos penetrando 585
las más intrincadas breñas?

FAETÓN A dar principio a una vida
que toda ha de ser tragedias.
A buscar la fiera voy.

BATILLO ¿La fi... qué, señor?

FAETÓN La fiera. 590

BATILLO Pues aquí el rocín soldado
tuerce al tornillo la vuelta,
adiós.

FAETÓN ¿Dónde vas?

BATILLO A casa,
que fiera, señor, por fiera,
allá me tengo yo a Silvia. 595

FAETÓN Ya el volver será bajeza.

BATILLO Agrandarla y será altura.

FAETÓN Si mi espíritu se empeña
en buscar riesgos, ¿será
bien a patrias extranjeras 600
pase, sin que de la mía
primero el asombro venza?
Fuera desto, ¿será bien
que Epafo o Peleo se venga
al monte donde yo habito 605
a hacer suya la fineza
para con Tetis? El cielo
vive, que yo he de ponerla
primero a sus pies.

BATILLO Yo no.
Y pues tú has de ir por ella, 610
tú has de buscarla y hallarla,

tú has de lidiar y vencerla,
y llevarla y presentarla;
¿qué he de hacer yo?

FAETÓN Más que piensas.
Mira: un día la seguí 615
deste centro en la aspereza
más inculta, y por dejar
ni bien viva ni bien muerta
a Tetis, no registré
las entrañas de una cueva, 620
adonde me pareció
se había entrado. Las señas
volví observando, y ahora
la voy buscando por ellas,
con intento de que a ti 625
puesto a la boca te vea,
y cuando a despedazarte
salga...

BATILLO ¡Linda diligencia!

FAETÓN Yo, que estaré entre unas matas,
que recatado me tengan, 630
de través saldré a rendirla
o matarla.

BATILLO Esa es la cuenta
de los que desde un tablado
socorren al que torea,
que cuando llega el socorro 635
le ha dado el toro cien vueltas.
No, señor, vamos por otra
traza, que aquesa no es buena.

FAETÓN ¡Ay, si supieras, Batillo,
lo que me importa vencella! 640

BATILLO ¡Ay, si el que no sea conmigo,
lo que me importa supieras!

FAETÓN Porque sabrás que me dijo,
huyendo de mí, que era
yo su bien y su mal.

BATILLO Luego 645
¿la bestia habla?

FAETÓN Sí, no temas
tanto, que habla y es humana.

BATILLO Pues ahora hay más que tema,
que humanas bestias que hablan,
son, señor, las peores bestias. 650 [176v]

FAETÓN No hagas en las ramas ruido,
porque ya llegamos cerca
de las señas de la gruta.

BATILLO Malditas sean las señas,
y el alma que no dijere. 655

[VOCES] **(Dentro.)**

¡Al monte, al valle, a la selva!
FAETÓN A mal tiempo la batida
a correr el monte empieza,
que al ruido no saldrá.
BATILLO ¿Y ese es mal tiempo?
UNO A la ribera. 660
OTRO A la fuente.
OTRO Hacia su margen.
EPAFO Corre antes que en la aspereza[38]
se pueda ocultar, seguidla,
ya que os adelanta el verla.
TETIS Ya que a las voces volví, 665
antes que enfrascarse pueda
en la aspereza, atajadla.
TODOS ¡Al monte, al valle!
CLIMENE ¡Clemencia,
Cielos! Doleos de una vida
de tantas desdichas llena[39]. 670
FAETÓN De aquel risco a este ribazo
acosada se despeña.
BATILLO Hace muy mal.
CLIMENE ¿Hasta cuándo,
¡oh Apolo!, contra tus fuerzas,
ha de haber ira en Dïana, 675
y no en Júpiter clemencia?
¿Hasta cuándo contra mí
de ambos la ojeriza opuesta
han de apurar a los astros
el resto de las violencias, 680
tanto, que un poco de agua
que da de balde la tierra
a todos, a mí no menos
que vida y alma me cuesta?
FAETÓN ¿Quién creyera que el asombro 685
en lástima se convierta?
Llega a socorrerla, Bato.
BATILLO ¿Qué llama usted socorrerla?
FAETÓN Del hado enigma primera,
pues entre el ser y no ser, 690
para fiera, eres mujer,
para mujer, eres fiera.
Cobra aliento, persuadida
aquí, que en tan triste suerte,
viviendo, te diera muerte, 695
muriendo, te diera vida.
Alienta, pues.
CLIMENE ¡Ay de mí!
FAETÓN Llega, Bato, ya volvió
en sí.
BATILLO Y aun por eso yo

vuelvo en no, porque ella en sí. 700

CLIMENE ¿Quién eres, oh tú, el primero
que en toda mi vida vi
tener lástima de mí?

FAETÓN Tu bien y tu mal, si infiero
de lo que antes me dijiste, 705
cifradas las dudas hoy.

CLIMENE ¿Eridano?

FAETÓN Sí, yo soy.
Que a saber en qué consiste
vengo tan alto secreto,
no como otros, como fiera 710
a matarte.

CLIMENE ¡Oh, quién pudiera
revelarle, solo a efecto
de mejorar tu fortuna!
Pero ¡ay!, que aventurara
no ver del sol la luz clara, 715
que opuesta a la de la luna,
con el eclipse mayor
amenaza al mundo el día
que de tu suerte y la mía
se sepa: y pues el temor 720
me obliga a vivir cual ves,
y ves cuánto inconveniente
es que me alcance esa gente,
te suplico que me des
paso a esa entreabrierta roca, 725
de quien, como entre en su centro,
un risco, que por de dentro
es mordaza de su boca,
de que me hallen me asegura.
Y pues por lo menos, ya 730
sabes que en mi voz está
tu desdicha o tu ventura, [177]
bien a ampararme te mueves;
y más si en ansias como estas,
aún es más lo que me cuestas, 735
si es mucho lo que me debes.

FAETÓN Aunque a una dama he ofrecido
que te tengo[(40)] de llevar
por su víctima al altar
de las aras de Cupido, 740
el deseo de saber
ese enigma, o el deseo
de no sé qué que en ti veo
que me obliga a defender
tu vida, el paso te da. 745
Vete, pues, que ruido siento.

CLIMENE Deme sus alas el viento.

(**Sale** TETIS.)

TETIS Ya contra mí no podrá,
pues desatada del yelo
que antes me pudo embargar, 750
llego a ocasión de acabar
nuestro comenzado duelo.
Llega a embestirme.
CLIMENE ¡Ay de mí!
Caí por correr más ligera.
TETIS Pues muere a mi mano.
FAETÓN Espera, 755
no la mates.[41]
TETIS ¿Contra mí
la defiendes?[42]
FAETÓN No lo creas.
TETIS ¿Cómo no cuando lo advierto?
FAETÓN Como eres deidad, y es cierto
que igual en tus obras seas. 760
Y pues no creíste que fui
quien a ti te libró della
tampoco creerás que a ella
la libro ahora de ti.
TETIS Cuando eso fuese verdad, 765
ya ¿qué crédito he de darte
es ocasión de vengarte?
FAETÓN No es venganza la piedad.
TETIS Aparta.
FAETÓN No has de matalla.
TETIS No haré, pero he de prendella. 770
FAETÓN Aun deso he de defendella.
TETIS ¿Contra mí?
FAETÓN Empeñada se halla
mi fe y has de perdonarme
use sus sañas esquivas.
TETIS ¿Es esta la fama que ibas 775
a ganar para obligarme?
FAETÓN Es ser infeliz. De aquí huye.
TETIS ¿A una fiera tú me igualas?
CLIMENE El viento me dé sus alas.

(**Sale** EPAFO.)

EPAFO Ya no podrá contra mí, 780
y pues en mi mano has dado.
FAETÓN Ser quien de ti triunfe intente;
no has de matarla, detente.
EPAFO ¿Tú contra mí tan osado
en defensa de una fiera? 785

TETIS ¿Qué te admira, qué te ofende,
si aun contra mí la defiende?
EPAFO Pues a nuestras manos muera.
FAETÓN No a eso os arrojéis.
CLIMENE ¡Ay Dios!
FAETÓN Que quien la amparó hasta aquí 790
de cada uno de por sí
la amparará de los dos.
TETIS ¿Conmigo tanta osadía?
EPAFO ¿Conmigo tanto descuello,
que aun viéndolo, dudo creello? 795
FAETÓN ¿Qué no hará la suerte mía?
TETIS Librarte de mí no hará.
EPAFO Ni de mí, ya una vez puesto,
en...[43]

(Sale ADMETO **y soldados**.**)**

ADMETO Llegad todos, ¿qué es esto?
EPAFO Señor, ¿tú aquí?
ADMETO Cuando está 800
tu persona tan despacio,
que es su centro este horizonte,
y vuelto al amor del monte,
¿no te acuerdas de palacio?
¿Qué mucho que haya venido, 805
cuidadoso de que fuera
algún riesgo de la fiera
quien te hubiera detenido
tanto?
EPAFO No; solo, señor,
causa aquesta fiera es, 810 [177v]
cuando postrada a tus pies
las miras por el valor
de Eridano, que este día
seguirla pudo y postrar.
(Aparte.**)**[44] Esto es, villano, pagar 815
la deuda que te debía,
cuando entre los dos se arguya
que a deberte no quedé
una acción que mía no fue,
con otra que no fue tuya. 820
FAETÓN ¿Villano a mí, Epafo? Cielos,
¿a que más llegar pudiera
mi desdicha?
ADMETO Humana fiera,
que con tantos desconsuelos
toda esta patria has tenido; 825
¿quién eres?
CLIMENE No sé quién soy.

ADMETO ¿Cómo este monte hasta hoy
bárbaramente has vivido?
CLIMENE No sé.
ADMETO ¿Cuál la causa fue
que a esto te pudo obligar? 830
CLIMENE No sé.
ADMETO ¿Qué te forzó a dar
tanto escándalo?
CLIMENE No sé.
ADMETO Pues si nada sabes, yo
sé que a Dïana ofrecí,
cuando por seguirte a ti, 835
el caballo me arrastró,
sacrificarte en su templo,
como a diosa de las fieras,
no presumiendo que fueras
humana, y aunque contemplo 840
que fue error el ofrecer
sin saber lo que ofrecía,
ya fue voto, y este día
víctima suya has de ser.
Retiradla.
CLIMENE En fin, concluyo 845
con vida tan inhumana,
vuelta al templo de Dïana,
a ser sacrificio suyo. **(Llévanla.)**
ADMETO Tú ahora, puesto que has sido
quien el bruto trofeo 850
de ese horrible monstro feo
la mayor parte has tenido,
ve, Eridano, a prevenir
a tu padre, pues que fue
su sacerdote, que esté 855
a las puertas para abrir
el templo, y que prevenida
tenga el ara, acero y fuego.
FAETÓN Cielo, si os obliga el ruego
de la más infeliz vida, 860
doleos de mí, que he perdido
hoy de Tetis la esperanza,
de Peleo la venganza,
y del enigma el sentido. **(Vase.)**
TETIS Aunque de Dïana fui 865
en otra ocasión opuesta,
no tengo de serlo en esta,
que habiéndome hallado aquí,
será justo acompañarte
hasta hacer el sacrificio. 870
ADMETO Es de tu piedad indicio.
Y cuantos en esta parte

libres de su horror os veis,
instrumentos prevenid,
y a vuestra usanza venid 875
donde sus himnos cantéis
a la diosa sobre el ara. **(Vase.)**

TETIS ¿Quién de Eridano creyera,
que en defensa de una fiera
contra mí se declarara? **(Vase.)** 880

EPAFO ¿Quién creyera que podía
de Eridano el ciego error
ser tercero de mi amor? **(Vase.)**

BATILLO ¿Quién creyera que yo había
de callar tan grande rato? 885
Mas cualquiera lo creyera,
si por de dentro supiera
el miedo que gasta un Bato.
Desde que a la fiera vi,
tan pasmado me quedé 890
que el aliento no cobré
hasta que a ella la perdí.
Ahora bien, vamos a ver
del sacrificio la fiesta. [178]

(**Sale** SILVIA.)

SILVIA Seor soldado...

BATILLO **[Aparte.]** Silvia es esta. 895
Que no me vea he de hacer,
siempre de medio perfil.

SILVIA Ya sabe que en la mujer
el deseo de saber.

BATILLO Es una alhaja civil. 900

SILVIA Dícenme que aquí han pasado
grandes cosas, y quisiera
que vuested me las dijera.

BATILLO Sí diré, a fe de soldado.
La fiera encontraron dos, 905
que estaba en cierto pradillo
merendándose un Batillo.

SILVIA Buenas nuevas te dé Dios.

BATILLO Cuando ya despedazado
le tenía, de través 910
llegaron ambos.

SILVIA ¿Y eso es
verdad?

BATILLO A fe de soldado.
Acudió gente a sus voces,
y hallándole hecho pedazos...

SILVIA De albricias doy mil abrazos. 915

BATILLO Y yo de hallazgo mil coces.

SILVIA ¿Que seas tan gran menguado,
que el no conocerte yo
pensaste?
BATILLO Por sí o por no.
SILVIA ¿Aún das?
BATILLO Sí, a fe de soldado. 920
SILVIA Mira que te conocí,
aunque en este traje estabas.
BATILLO ¿Y cuando sin mí bailabas,
porque bailabas sin mí?,
¿conocíasme?
SILVIA El enfado 925
basta Bato, ya.
BATILLO No basta
hasta que te muela.
SILVIA ¿Hasta
molerme?
BATILLO A fe de soldado.
SILVIA ¿No hay quién me ampare? ¡Ay de mí!
BATILLO Agradece a los acentos 930
de esos dulces instrumentos
el que no vaya tras ti;
porque a ver voy en qué para
la que nuestro asombro fue,
ya que desde aquí se ve 935
templo, sacerdote y ara. **(Vase.)**

(Salen ADMETO, EPAFO, TETIS, GALATEA, AMALTEA, MÚSICA **y otros.)**

EPAFO Al templo inmortal de la sacra Diana.
MÚSICA Al templo inmortal [de la sacra Diana].
EPAFO Hermosa y gentil.
MÚSICA Hermosa y gentil. 940
EPAFO Moradores de aquestas riberas.
MÚSICA Moradores [de aquestas riberas].
EPAFO Venid, venid.
MÚSICA Venid, venid.
AMALTEA Como a diosa divina, Amaltea. 945
CORO 2.º Como a diosa [divina, Amaltea].
AMALTEA De selvas y bosques.
CORO 2.º De selvas y bosques.
AMALTEA A sus sienes ofrezca guirnaldas.
CORO 2.º A sus sienes [ofrezca guirnaldas]. 950
AMALTEA De rosas y flores.
CORO 2.º De rosas y flores.
GALATEA Como a diosa de ríos y fuentes.
CORO 1.º Como a diosa [de ríos y fuentes].
GALATEA También Galatea. 955
CORO 1.º También Galatea.
GALATEA En despojos ofrezca a sus plantas.

CORO 1.º En despojos [ofrezca a sus plantas].
GALATEA Cristales y perlas.
CORO 1.º Cristales y perlas. 960
TETIS Hasta las ninfas de el mar este día.
CORO 3.º Hasta las [ninfas de el mar este día].
TETIS Pisando su playa.
CORO 3.º Pisando [su playa].
TETIS El coturno lo argente de nieve. 965
CORO [3.º] El coturno [lo argente de nieve].
TETIS Aljófar y nácar.
CORO 3.º Aljófar y nácar.
ADMETO El sacro voto de Admeto.
MÚSICA El sacro voto de Admeto. 970
ADMETO Las tres concurrís.
MÚSICA Las tres concurrís.
ADMETO Ante la estatua os postrad de la diosa.
MÚSICA Ante la [estatua os postrad de la diosa]. [178v]
ADMETO Y todos decid. 975
MÚSICA Y todos [decid].
TODOS Al templo inmortal de la sacra Diana
hermosa y gentil,
moradores de aquestas riberas
venid, venid. 980
FAETÓN Para todos es aplauso
lo que es penas para mí.
Pero es forzoso a pesar
de mis ansias, asistir.
ADMETO Sacerdote de Dïana, 985
yo en un peligro ofrecí
sacrificar esta fiera
en sus altares, y allí
para que cumplas el voto,
te la entrego.
CLIMENE ¡Ay infeliz! 990
ERIDANO Yo en nombre suyo la aceto,
mas no puedo recibir
víctima, sin ver primero
lo que recibo; y así,
antes que la llegue al ara, 995
la tengo de descubrir.
¡Válgame el cielo!, ¿qué veo?
¿Es dilirio, es frenesí,
fantasía o ilusión?
Racional fiera, en quien vi 1000
de unas difuntas memorias
las cenizas revivir,
¿quién eres?
CLIMENE ¿Quién piensas soy[(45)]?
ERIDANO Mira que pienso, ¡ay de mí!,
imposibles.

CLIMENE No lo son. 1005
ERIDANO ¿Luego eres?
CLIMENE Digo que sí,
que no menos imposibles
facilita el hado en mí.
ERIDANO ¡Ay hija del alma mía!
mejor diré, ¡ay infeliz!, 1010
será una vez para todos,
y dos veces para mí.
FAETÓN ¿Hija dijo?
HOMBRE ¡Qué portento!
MUJER ¡Qué admiración!
ADMETO ¿Cómo, di,
ya que tan no imaginado 1015
caso a todos turba, así
debiste si eras su hija?
TETIS ¿Cómo, al verte perseguir,
no declarabas quién eras?
GALATEA ¿Cómo escándalo vivir 1020
del orbe te tolerabas?
AMALTEA ¿Cómo destinada a vil
asombro te reducías?
EPAFO ¿Cómo callabas, en fin,
dejándote dar la muerte? 1025
BATILLO ¿Cómo a merendarme a mí
te atrevías?
TODOS ¿Cómo ahora
aún no respondes?
CLIMENE Oíd:
de Eridano, sacerdote
de Dïana, hija nací, 1030
en sus claustros me crié
y en sus altares crecí
una de sus ninfas, cuando
por la escandalosa lid
de los cíclopes, a quien 1035
dio muerte, sin advertir
que a Júpiter le forjaban
para vibrar y blandir,
la munición de los rayos,
del celeste azul zafir 1040
desterrado estaba Apolo,
bien lo pudieran decir
esos ganados de Admeto,
en cuya guarda asistir
le vio de enero la escarcha, 1045
le vio el verdor el abril.
Viome un día en este templo,
no digo que yo a él le vi,
débaos el que lo entendáis

el color... Mas ¡ay de mí!, 1050
¡en qué poco se embaraza
la vergüenza, siendo así
que para mayor empeño
la he menester prevenir!
Y pues es fuerza que diga 1055
que al ver se siguió el sentir, [179]
al sentir el suspirar
y al suspirar el gemir,
al gemir el esperar
y al esperar inquirir 1060
medios; ¿a quién le faltaron
tercero, noche y jardín?
Bien pensareis que acallada
la licencia que pedí
a la vergüenza[(46)], estará 1065
con lo que he dicho hasta aquí,
pues aun más la he menester.
¡Oh, tuviera algún sutil
ingenio inventado frase
para decir sin decir! 1070
Excusárame de que,
volviéndose él a asistir
el imperio de las luces,
hubo noche en que me vi
obligada a que en los mimbres 1075
de un canastillo sutil,
bien como áspid del amor,
entre uno y otro matiz,
fïase del jardinero
de quien antes me valí, 1080
no sé qué reciente flor,
por lo pálido alhelí,
por lo enamorado lirio
y por lo tierno jazmín.
Súpolo Diana, y saliendo 1085
a ese intrincado país
a lidiar fieras, me dio
la investidura, ¡ay de mí!,
de su imperio, destinada
no solo a ser desde allí 1090
fiera más fiera de fieras,
pues me dijo en su confín,
echando voz de que a manos
de una dellas perecí,
a la merced de su honor, 1095
sin que ni escapar ni huir
pudiese, siendo de un duro
tronco a que atada me vi
a un lazo, esposa la rama,

y a otro, grillo la raíz. 1100
Apolo, que tenía a un tiempo
indignados contra sí
a Júpiter y a Dïana,
o no me pudo asistir
o no quiso, que sería 1105
lo más cierto, si advertís
cuánto vive el olvidar
vecino del conseguir.
Solo el mágico Fitón,
que ya sabéis que era allí 1110
su estancia, llegó a mis voces
y albergándome en la vil
bóveda suya, queriendo
della otra aurora salir
a investigar mi fortuna, 1115
me dijo: ¡Triste de ti
el día que dese centro
salgas, Climene, a vivir
en oprobio de Dïana,
pues este se irá tras ti 1120
cruel el hado, que a su templo
te ha de llevar a morir!
Y no es tu daño esto solo,
sino el haber de decir
por qué mueres: con que el hijo 1125
se sabrá; que aunque es así
que le halló envuelto en las flores
del castillo y del pensil
en que le echó el jardinero,
quien... (**[Aparte.]** El nombre iba a decir, 1130
pero noto, si reparo,
aunque él me lo dijo a mí.)
Quien como su hijo le cría;
el día que él sepa de sí
y quién es, será del mundo 1135
la ruina, el estrago, el fin,
tanto que Faetón por nombre
tendrá, que es como decir
fuego o lumbre, o llama o rayo.
Consideradme ahora a mí 1140 [179v]
entre estos dos vaticinios:
el de Diana, a quien temí,
y el del hijo a quien guardé,
obligándome a vivir
racional humana fiera. 1145
Mas ¡ay! que aunque pretendí
heredera de Fitón,
de su cueva no salir,
la hambre y la sed me obligaba:

con que el verme discurrir 1150
con estas pieles (de quien
me fue forzoso vestir)
el monte, dio a los pastores
que temer y que sentir
tanto que hasta Admeto y Tetis 1155
se movieron contra mí.
¡Oh vulgo, qué no sabrás
encarecer y mentir!
Y supuesto que ya el cielo
cumplió el que cuando a salir 1160
del monte, al templo me traigan
a dar a mi vida el fin,
¿qué espera el acero? ¿Qué
la llama? Tiña el rubí
a esa pira, de mi cuello 1165
el desatado carmín.
Conseguirá dos efectos:
uno, que venganza di
a Dïana; y otro, que
el horror que concebí, 1170
muriendo en mí mi secreto,
no pueda saber de sí.

FAETÓN
Ni uno ni otro efecto ya
has de poder conseguir:
el de morir, porque yo 1175
te libraré del morir;
y el de no decir quién es
de Apolo hijo, pues te oí,
que soy tu bien y tu mal,
y que padeces por mí 1180
tanta deshecha fortuna;
a que se añade el decir
Amaltea por baldón
que de unas flores nací,
en que Eridano me halló: 1185
y de uno y otro inferir
debo, y todos lo debéis,
que yo el hijo del Sol fui.

ADMETO
Este es loco, cuanto hay
se quiere a sí atribuir. 1190

FAETÓN
Ya sabido, habla más claro.

CLIMENE
¿Quién pudiera prevenir
que lo que allá dicho, hubiese
de ser consecuencia aquí?
Pero yo lo enmendaré. 1195
Lo que yo te dije...

FAETÓN
Di.

CLIMENE
Fue engañarte, por el miedo
de verme libre de ti.

AMALTEA Y lo que yo dije fue
un acaso.
FAETÓN Ambas mentís. 1200
ADMETO ¿No digo yo bien que es loco?
Arrojadle, echadle de ahí.
TODOS Vaya el loco, vaya el loco.
FAETÓN Loco o no, he de presumir
desde hoy de hijo del Sol. **(Vase.)** 1205
GALATEA El afecto que hay en mí
ayuda a su presunción. **(Vase.)**
ADMETO Eridano, ya cumplí
el voto: ahí le dejo, o viva
o no, no me toca a mí. **(Vase.)** 1210
TETIS Ni a mí más que llevar, ¡cielos!,
que pensar y discurrir. **(Vase.)**
EPAFO Ni a mí más que a todas luces
el sol que adoro seguir. **(Vase.)**
ADMETO Ni a mí más que el ilustrar 1215
a uno y a otro deslucir. **(Vase.)**
ERIDANO A mí consultar la diosa
lo que debo hacer de ti. **(Vase.)**
CLIMENE A mí llorar hasta que
se duela el cielo de mí. **(Vase.)** 1220
SILVIA ¿Y a ti qué te toca, Bato?
BATILLO Pegar, ver, callar y oír.

Jornada III

Dentro voces de hombres a una parte y de mujeres a otra, y salen como arrojados, cayendo por una parte FAETÓN **y por otra** CLIMENE.

HOMBRES **(Dentro.)** Vaya el loco y no nos pare
en todo el valle, vaya.
MUJERES **(Dentro.)** Vaya fuera, en nuestro templo
no quede.[47]
LAS DOS ¡El cielo me valga!
FAETÓN ¡Climene!
CLIMENE ¡Eridano!
FAETÓN ¿Qué 5
ha sido eso?[48]
CLIMENE Que aún no acaban
conmigo mis penas; y eso,
¿qué es?[49]
FAETÓN Que ahora empiezan mis ansias.
CLIMENE En el templo me quedé
esperando a ver qué manda 10
de mí hacer la diosa, cuando
en tanto que consultaba

el oráculo mi padre,
sus ninfas, contra mí airadas,
desdeñándose de mí, 15
hasta este monte me arrastran.

FAETÓN Persuadida a que yo estoy
loco con tema tan alta
como ser hijo del Sol,
también toda esa villana 20
plebe, del valle y de sí
me arroja; mas no me espanta
tanto su error como el tuyo,
pues das a un tiempo, tirana,
causa a mí de que lo crea, 25
y a ellos de no creerlo causa.

CLIMENE ¡Yo!

FAETÓN Sí, pues a mí me dices
cifras que quién soy declaran,
y las descifras a ellos
con que de miedo me engañas. 30

CLIMENE ¡Ay, Eridano, si hubiera
quién entre los dos juzgara
tu razón y mi razón!

FAETÓN Sí habrá. Las náyades llama
de esas fuentes, que por hijas 35
del Sol son interesadas,
puesto que para no ser
o para ser mis hermanas,
harán más atento el juicio.

CLIMENE Dices bien: ¡ha de la clara 40
música de los cristales
que el aire sulca!

CORO 1.º ¿Quién llama?

CLIMENE Quien de vosotras desea
la sentencia de una instancia.

CORO 1.º Para árbitros no somos 45
buenas, adelante pasa,
que nunca a gusto responden
cristales que desengañan.

FAETÓN Antes sí, pues quien os busca,
es para que en todos haya 50
un desengaño.

(Sale GALATEA **y su coro.)**

GALATEA A esa voz
responded.[50]

CORO 1.º ¿Qué es lo que mandas?

GALATEA Habiéndote conocido,
de la cristalina estancia
que en urnas de vidro alberga 55

mi deidad, fuerza es que salga:
¿qué quieres?

FAETÓN — Climene a mí
me dijo en esa montaña
enigmas (ya lo escuchaste
en el templo, mas no hagas 60
molestia el que lo repita),
que evidentemente claras,
hijo del Sol me coronan;
y cuando empeñado me halla
en entenderlas, las niega. 65

CLIMENE — O fueron ciertas o falsas
las que dije sin pensar
que nunca a examen llegaran.
Si falsas, ¿no será error
ahora que te amenaza 70
otro segundo? Si ciertas,
¿no será rigor que ingrata
le facilite el influjo [180v]
del astro que le amenaza,
en que el día que se sepa 75
ha de ser por su desgracia?

FAETÓN — Para mí ya yo lo sé,
y si saberlo yo basta,
al astro, ¿no será injuria
vivir sujeto a sus sañas 80
sin sus honores? ¿Quién dijo
que porque al riesgo no vaya,
venga a mí el riesgo?

CLIMENE — No esté
solo en ti la circunstancia,
sino en los demás.

FAETÓN — ¿Y no hay 85
razón que los astros manda?

CLIMENE — Cuando deje a la razón
el furor de la amenaza,
¿dejará de ser ya, en cuantos
me vieron ayer negarla 90
sospechosa hoy la verdad?,
pues ¿qué enmienda el que deshaga
hoy[51] lo que hice ayer?

FAETÓN — En fin,
en estas dudas nos hallas,
con que en ti comprometidas, 95
queremos que tú nos valgas
en callarlas o en decirlas.

GALATEA — Habiendo atendido a entrambas
no me atrevo a si es mejor
el decirlas que el callarlas: 100
y así, a mayor tribunal

pasad. La hora en que descansa
de las tareas del día
el Sol, dejando fïada
la rienda a Flegón y Etonte, 105
se acerca ya, y de su alcázar,
que a nadie le toca más
el decidir una causa.

FAETÓN Sí, mas para que a él subamos,
¿quién nos ha de dar las alas? 110

GALATEA La ninfa del aire, Iris,
debe sus visos al agua,
pues reverberando en ella
el sol entre sombras pardas,
en bosquejos que la fingen 115
al aire en colores varias,
y a mi ruego no dudéis
que volante nube traiga
que a sus palacios os lleve.

CLIMENE Pues ¿qué esperas?

FAETÓN Pues ¿qué aguardas? 120

GALATEA Si a eso os atrevéis vosotros
acompañadme a llamarla:
¡ha de la esfera del aire!

CORO 1.º ¡Ha de la esfera del aire!

GALATEA Bella república vaga. 125

CORO 1.º Bella república vaga.

GALATEA De cuyo imperio es la Iris.

CORO 1.º De cuyo imperio [es la Iris].

GALATEA La embajatriz [52] soberana.

CORO 1.º La embajatriz soberana. 130

GALATEA Decidla que Galatea.

CORO 1.º Decidla que Galatea.

GALATEA La ruega que a su voz salga.

CORO 1.º La ruega [que a su voz salga].

(Viene bajando una nube cerrada.)

GALATEA Que necesita de que. 135

CORO 1.º Que necesita [de que].

GALATEA Hoy sus favores la valgan.

CORO 1.º Hoy sus favores la valgan.

(Ábrese la nube, y vese dentro IRIS **sentada, y canta.)**

IRIS Ya a tu acento y de tu coro
a las dulces voces blandas, 140
deudora que a tus cristales
el arco de paz le esmaltan,
cuando a los reflejos suyos,
desvaneciendo borrascas,

alistado se ilumina 145
de verde, pajizo y nácar.
El aire ilustra, rompiendo
de su vagarosa estancia
la raridad que le ofusca
entre mudas sombras pardas, 150
y desplegando las hojas
de la nube que la guarda,
el tiempo que no se esparce [181]
el rubí, oro, esmeralda.
A tu invocación atenta, 155
amanece sin el alba,
pues a media tarde viene
a saber lo que la encargas.

GALATEA De Eridano y de Climene
las tristes fortunas varias 160
en obligación me han puesto
de que pretenda ampararlas.
Al sacro solio de Apolo,
con no menos noble causa
que la ambición de hijo suyo, 165
Iris, me importan que vayan.

IRIS **(Canta.)**[53] Pues haz que de los vapores
que tus cristales levantan,
y meteoros al aire
en tupidas nubes cuajan, 170
uno a la media región,
donde yo llego los traiga,
hasta que de aquesta nube
los puedan valer las alas;
que yo de Apolo me ofrezco 175
a ponerlos en la sala,
donde, hasta el afán del día,
la noche el sueño le guarda.

(Suben los dos hasta la nube de IRIS, **y luego suben todos tres.)**

GALATEA Ya, hasta igualarse contigo,
en pirámides de plata, 180
a que el congelado humor
les va sirviendo de basa,
suben los dos.

CLIMENE No sin suma
admiración.

FAETÓN No sin rara
suspensión.

CLIMENE De tocar tanto 185
pasmo.[54]

FAETÓN Maravilla tanta.

IRIS **(Canta.)**

Ya que de la esfera tuya
a pisar mi esfera pasan,
y te ves obedecida,
en paz te queda. **(Desaparecen.)**

GALATEA — En paz vayas, 190
y repitan unidas
vientos y aguas.

TODA LA MÚSICA — Y repitan unidas
vientos y aguas.

GALATEA — Al compás que forman 195
cristales y auras.

MÚSICA — Al compás [que forman
cristales y auras].

GALATEA — De unos y otros acentos
las consonancias. 200

MÚSICA — De unos y otros acentos
[las consonancias].

GALATEA — Para hacer al palacio
del Sol la salva.

MÚSICA — Para hacer al palacio 205
[del Sol la salva].

TODOS — Y repitan unidos
[vientos y aguas].

(**Desaparecen**, **vase** GALATEA **oyendo la música**, TETIS **y** DORIS.)

TETIS — ¿De unos y otros acentos
las consonancias, 210
para hacer al palacio
del Sol la salva?
Quédense todas, tú sola,
bella Doris, me acompaña,
que de esas sonoras voces, 215
de esa dulce consonancia,
no sé qué infieren mis dudas
y solicito apurarlas,
por ver si es verdad un eco
que suena dentro del alma. 220

DORIS — De tus tristezas, señora,
y del salir a esta playa
más continuo que solías,
crecen las desconfïanzas,
de lo poco que mi amor 225
ha merecido en tu gracia.
¿Qué tienes, dime, qué es esto?

TETIS — Aunque no lo preguntaras
tú, Doris, te lo dijera
yo, porque al tropel de tantas 230
confusiones, por vencido
se da el silencio, y no basta

que a él le sobre la razón
si a mí la razón me falta.
Eridano, ese pastor 235
que a mi deidad soberana [181v]
en permitidos festejos
atrevió las esperanzas,
mereció que consiguiesen
no sé qué atención sus ansias, 240
que sin holgarme de oírlas,
no me pesó de escucharlas.
Dejo si él me socorrió
o no, dejo que empeñada
con la que juzgamos fiera, 245
osó contra mí ampararla;
dejo también las noticias
de sus fortunas extrañas
que el sacrificio impidieron,
que es lo que todos alcanzan. 250
Y voy a lo que yo sola
dudé, que es la circunstancia
con que, ¡ay infeliz!, se dio
por entendido que hablaban
con él las señas de ser 255
hijo del Sol, cuya causa
confieso que es la que hoy
de mí y mi esfera me saca.
Pues siendo así que quedaron
pendientes cosas tan varias, 260
esta sola es el deseo
de saber en lo que para.
Con que, habiendo oído esas voces
que al palacio del Sol hablan,
curiosa vengo a saber 265
de que novedad se causan.
¿A quién lo preguntaremos
que nos responda?

SILVIA **(Dentro.)** ¡Mal haya
ambición, diré mil veces,
que a más que lo que es se ensalza! 270

TETIS ¿Qué voz es esta que suena
a oráculo?

DORIS Una villana
riñendo con un soldado
del monte a esta parte pasan,
no del acaso hagas caso. 275

TETIS ¿Cómo quieres no le haga,
si al preguntar qué habrá nuevo,
a responder se adelanta?

BATILLO **(Dentro.)** Quien no sabe lo que pide,
¿qué mucho, Silvia, que caiga 280

o tarde o nunca en la cuenta?
TETIS Otra vez parece que habla
con nosotras.
DORIS Para que
de aquese escrúpulo salgas,
llamarlos tengo. ¡Ah soldados! 285

(**Salen** SILVIA, BATILLO, **y retírase** TETIS.)

BATILLO Ese soy yo, por la gracia
de Marte.
DORIS ¡Ah villana!
SILVIA Yo esa,
de Martes por la desgracia.
LOS DOS ¿Qué mos queréis?
DORIS ¿Qué pendencia
es esa?[(55)]
BATILLO Yo he de contarla. 290
SILVIA No sino yo.
BATILLO Como digo
de mi cuento.[(56)]
SILVIA Bato, calla.
Sabrá Dios y norabuena,
que esta bestia...
BATILLO Ella es mi albarda.
SILVIA Palabra me dio de esposo, 295
y por seguir temas raras
de Eridano, otro villano
que da en que hijo del Sol nazca,
se va y me deja, con que
a voces dije: «¡Mal haya 300
ambición que a un majadero
a más de lo que es le ensalza!»
BATILLO Si la palabra la di,
y la dejo la palabra,
¿qué la debo? Con que yo 305
dije al tenerla y cobrarla:
«quien no sabe lo que pide
que nunca en la cuenta caiga».
DORIS ¿Ves cómo todo, señora,
acaso ha sido?
TETIS ¿Qué tardas 310
en preguntar qué hay de nuevo?
DORIS Y ese pastor, ¿en qué para?
SILVIA En que por loco le tengan,
y en que arrojado le hayan [182][(57)]
del valle como a furioso. 315
DORIS ¿Y Climene?
BATILLO En Doñana,
como allá probó la fuerza,

volver al monte la mandan.
DORIS ¿Y qué voces eran estas
que ahora hacia aquí sonaban? 320
SILVIA Ese es nuevo pescudar.
BATILLO Algunas ninfas que cantan,
porque cantan solamente.

(**Sale** EPAFO.)

EPAFO Pastores destas montañas,
decidme si a sus orillas 325
ha salido hoy... Pero nada
quiero ya que me digáis,
pues todo cuanto esperaba
saber, me han dicho estas flores,
reverdeciendo a sus plantas. 330
TETIS ¿Qué hubo de verme?
EPAFO Divina
Tetis.[58]
BATILLO Miren lo que traza
el diablo. ¿Acá estaba Tetis?
SILVIA Con justa razón te espantas,
pues nadie tuvo hasta ahora 335
las tetas a las espaldas.
EPAFO No, porque ya de la fiera
cesó la engañosa caza
que tras ella nos traía,
cese el venir yo a buscarla; 340
mas con una diferencia
tan opuesta y tan contraria,
como que antes fue el anhelo
tan solo una fiera humana
y hoy una divina era 345
que tan ventajosa mata,
cuanto hay de ser homicida
del cuerpo a serlo del alma.
En hora dichosa vine
a esta florida campaña, 350
pues viene a ocasión de que
de tu huella a las estampas,
estas arenas de oro,
la nieve las trueque a plata,
igualándoles los precios 355
con el precio de pisarlas.
SILVIA Más que príncipe Poleo,
parece en la que derrama,
príncipe juncia.
BATILLO ¿Tú has vido
lo que el principar ensalza? 360
TETIS Señor príncipe Peleo,

afectos que desengañan,
aunque les falte la dicha,
la estimación no les falta.
Yo hago de vós la que debo, 365
pero con la circunstancia
de la que me debo a mí;
y así os suplico se añada
a finezas del amor
las de la desconfïanza. 370
A poder favoreceros,
yo lo hiciera interesada
en méritos tan ilustres
con unas prendas tan altas.
Mas esto de los influjos, 375
jurisdición reservada
es a los astros tan suya,
que aun deidades no la mandan.
Desengaños tan corteses
admitid, porque obligada 380
no esté a usar de los groseros,
si los corteses no bastan. **(Vase.)**

EPAFO Oye, espera.

SILVIA En vano es
el seguirla, que no alcanza
planta que por tierra corre, 385
deidad que vuela por agua.

EPAFO ¡Infeliz de quien la adora...

BATILLO Pues ¿hay más de no adorarla?

EPAFO ...tan sin esperanza!

BATILLO ¿Hay más
de comprar una esperanza? 390

EPAFO Si hubiera feria de ellas,
bien, villano, aconsejabas
a mi desesperación.

BATILLO Luego ¿no la hay? Tome y vaya
al terrero de palacio, 395 [182v]
(59)

verá cuán de lance la halla,
que allí a cualquiera le sobra,
porque ninguno la gasta.

EPAFO Calla, rústico atrevido,
villano.

BATILLO Calla, villana; 400
rústica atrevida.

SILVIA ¿Date
esotro, y de mí te enfadas?

BATILLO Cada uno da donde puede
en descargo de su alma.
Y pues ves que vienen dando, 405
¿qué esperas? Da de puñadas

tú a ese tronco que te sigue.

SILVIA Más vale a ti.

BATILLO Si me alcanzas.

(Vanse.)

EPAFO Hermosas lucientes flores,
que deste monte en la falda 410
la senda por donde huyó
me estáis ostentando ufanas,
más por lo que la florece
que no por lo que la aja.
Decid a la deidad vuestra 415
que Peleo es quien la llama,
que a la voz de mis suspiros
del florido albergue salga,
donde a las tardes reposa
en la mullida fragrancia 420
de los ocios que guarnecen
catres de oro y lechos de ámbar.

(**Sale** AMALTEA.)

AMALTEA Aunque es verdad que esta tarde
la mansión en que descansa
la vanidad de las flores 425
adormecida hasta el alba,
no cuando iras la despiertan
del cierzo que la abrasa,
bien como el de tus suspiros,
tras cuyos embustes anda 430
desvanecida su pompa,
al ver cuán poco tus ansias
favorece. ¿Qué me quieres?

EPAFO Ver si pudiese templarlas
con decirlas, que así un mal 435
que no se vence se aplaca.
Sabrás...

AMALTEA Ya lo sé: que Tetis
cortesanamente ufana,
que es lo mismo que dorarte
el puñal con que te mata, 440
te despide; que a la mira,
desde que supe que estabas
en el monte, te he seguido.
Y pues del ruego se cansa,
entre a alcanzar la violencia 445
lo que el mérito no alcanza.
Todas aquestas auroras,
yo no sé lo que la traiga,

mas sin saberlo lo temo,
tan sola sale a esta playa, 450
que Doris, valida suya,
no más es quien la acompaña.
Ven con gente, que encubierta
detrás de unas verdes ramas,
que yo haré crecer la noche 455
y florecer la mañana,
en esas quiebras que hace
en los riscos la resaca
del mar, el paso la impida,
cuando huyendo de ti vaya 460
a guarecerse en las ondas:
con que en la florida estancia
de una gruta que acabó
mi artificio en las entrañas
del monte, sin que lo sepa 465
nadie, podrás ocultarla.
Hurta esta deidad al mar,
Plutón de su centro, y...

EPAFO Basta,
no prosigas: y supuesto
que acciones tan temerarias 470
es lo de menos decirlas,
pues fue lo de más pensarlas;
hacer la deshecha quiero,
al ver que la noche baja, [183]
de que me vuelvo a la corte, 475
y de secreto mañana
vendré a este puesto con gente,
de quien con más confïanza
pueda fïar del secreto.

AMALTEA Dices bien, vete, ¿qué aguardas? 480

EPAFO Solo arrojarme a tus pies.

AMALTEA No hay que agradecerme nada;
y es verdad, vete.

EPAFO Ninguno
esta acción acuse, hasta
que sea tan desdichado, 485
que adore sin esperanzas. **(Vase.)**

AMALTEA Y es verdad, digo otra vez,
que no hay que agradecer nada
a quien por sí lo obra todo.
Y más hoy con mayor causa, 490
pues una música, ¡qué ira!
que antes escuche, ¡qué rabia!
a las flores, ¡qué veneno!
saludando al Sol, ¡qué ansia!
de parte, ¡qué confusión! 495
de la tarde, ¡qué ignorancia!

me ha puesto en duda de que
le dejan que hacer al alba.
Y más cuando este tirano,
que con vanidades tantas 500
desperdició mis favores,
aunque por loco le tratan
todos, para mí no sé
qué razón tiene en que haya
su madre (si es que lo es) 505
con equívocas palabras
díchole antes en enigmas
cosas, que él une y engaza
con hallarle entre las flores.
Y así, antes que a luz salga 510
el embrión destas sombras,
por si contrario se halla
de hijo de Apolo, no pueda
adelantar la esperanza
para con Tetis, importa 515
que procure adelantarla
hoy yo para con Peleo,
tanto es lo que me acobarda[(60)],
lo que me aflige, me angustia,
me asusta y sobresalta 520
aquel canto. Mas ¿qué mucho
aun ahora parece que anda
sonándome en los oídos
como susurro que aguarda
por algún rato el rumor? 525
O díganlo esas lejanas
cláusulas que van diciendo
en voces dos veces altas.

ELLA y MÚSICA
Y repitan unidos
vientos y aguas, 530
al compás que forman
cristales y auras,
de unos y otros acentos
las consonancias,
para hacer del palacio 535
del Sol la salva.

(**Descúbrese el teatro de las estrellas**, **y en el aire** CLIMENE **y** FAETÓN. **Dentro arriba** IRIS.)

IRIS
Ya a las puertas os dejo
del palacio del Sol.

FAETÓN
Bien el reflejo
sin tu voz lo dijera,
que en estrellas la noche reverbera. 540

CLIMENE
Mejor la humana planta

que grave estremeció fábrica tanta.
FAETÓN Ya en nítidos fulgores[(61)],
declarándose van los resplandores.
¡Qué común alegría! 545 [183v]
CLIMENE Son del primer crepúsculo del día,
y de sus luces bellas
se van obscureciendo las estrellas,
en cuya muchedumbre
una lumbre se apaga de otra lumbre, 550
ya con llama más pura
del alcázar se ve la arquitectura,
y en su todo y su parte
poder y estudio obrar tan sin miseria,
que la materia sobresale al arte, 555
y al arte sobresale la materia.
FAETÓN Bien la fatiga seria
ya del buril, ya del cincel lo diga;
pues hallo la fatiga
en su menor esconce 560
salido al vidro y familiar al bronce.
CLIMENE Ya habiendo de la luz rasgos primeros,
desvanecido estrellas y luceros,
entre líneas descubre las perfectas
imágenes de signos y planetas. 565
FAETÓN Y ya rasgando los cerúleos velos,
coluros ilustrando y paralelos
en regio solio en que a dormir declina,
el sol hacia el zodíaco camina,
en cuya faja bella 570
la senda de la eclíptica es su huella.
CLIMENE ¡Qué joven se mantiene!
Pero ¿qué mucho si en su mano tiene
del día la continua monarquía,
siendo para él toda la edad un día? 575
FAETÓN Antes que del bizarro
trono trascienda al pórtico del carro,
como extrañando el peso que padece
su gran mansión, que quiere hablar parece.
CLIMENE Será sin duda en métrica alegría, 580
que aquí cuanto se escucha es armonía.
MÚSICA Aves, pues llora el Aurora,
decidle al Sol que madrugue;
porque con solo cendales de oro,
es justo que llanto de perlas se enjugue. 585
APOLO ¡Oh vosotros, a quien Iris
en alas de viento sube
sobre piras de vapores
en pedestales de nubes! [184]
¿Cómo os habéis atrevido, 590
sin que ni el aire os asuste,

sin que ni el fuego os asombre
ni el esplendor os deslumbre,
a pisar, estremeciendo
almenas y balaustres, 595
destos dorados retretes
los pavimientos azules?
¿Cómo os habéis atrevido,
segunda vez lo pronuncie,
deste reservado solio, 600
que yo solo es bien que ocupe,
la línea tocar sin ver
que su inmensa pesadumbre
es el taller destos rayos
y oficina destas luces? 605
Pero ya al reconoceros
cese el enojo, y rehúse
al sentimiento el amor.
¿Qué queréis?

LOS DOS — Que nos escuches.

CLIMENE — Sagrado dios de Delo. 610

FAETÓN — Alma de el mundo.

CLIMENE — Corazón de el cielo.

FAETÓN — Vida de las humanas monarquías.

CLIMENE — Árbitro de las noches y los días.

FAETÓN — Espíritu admirable.

CLIMENE — De racional, sensible y vegetable. 615

FAETÓN — Esplendor de esplendores.

CLIMENE — Aliento de los frutos y las flores.

FAETÓN — Anhélito süave.

CLIMENE — Del bruto, de la fiera, el pez y el ave.

FAETÓN — Padre común del hombre, 620
padre dije, ¡qué bien me sonó el nombre!

CLIMENE — Hoy a tus plantas derrotada viene
la fortuna de Eridano y Climene.

APOLO — Antes que me digas más,
no Eridano le pronuncies, 625
Faetón es su nombre, en muestra
que el fuego al fuego produce.
Y si es vuestra pretensión
que por hijo le divulgue,
ya lo está, pues lleva el nombre 630
que es carácter de mi lumbre.
Y no haberlo dilatado
hasta aquí, Climene, acuses,
que a Júpiter y a Dïana
airados hasta ayer tuve, 635
sin poderlo declarar,
porque uno ni otro no juzgue
que blasonando el delito
segunda vez los injurie.

Pero ayer, viendo cuán fiero 640
el hado su influjo cumple,
a revocarte mis ansias
tan rendidamente acuden,
que la apelación de entrambos
me admitieron, con que hoy pude, 645
con su desenojo, hacer
que hijo mío le intitules.
Con que batiendo otra vez
Iris las alas que pulen
rosa y jazmín, con los dos 650
los golfos del aire sulque,
que me dan prisa las aves,
diciéndome que madrugue.

MÚSICA Porque con solo cendales de oro,
es justo que llanto de perlas se enjugue. 655 [184v]

FAETÓN Aunque llevo en tus honores
cuanto pretendido truje,
Climene ha dado ocasión
a que ser verdad se dude.

CLIMENE Dice bien, y si no lleva 660
una seña que le ilustre,
tan por loco como antes
has de ver que le presumen.

APOLO ¿Qué seña quieres?

FAETÓN Si una
a que mi altivez me induce, 665
a que mi aliento me llama
y mi soberbia me infunde
me otorgaras, ella fuera
su desengaño y mi lustre.

APOLO Nada habrá que tú me pidas 670
que otorgarte no procure,
en desagravio del tiempo
que hizo el temor que te oculte.

FAETÓN ¿Que lo cumplieras?, premite
que te pida que lo jures. 675

APOLO ¿Qué importa jurarlo quien
aun lo que no jura cumple?
Mas porque no te acobardes
en pedir, ni de mí dudes,
por la gran laguna Estigia, 680
juramento indisoluble[(62)]
de los dioses, cumplir yo
juro cuanto tú pronuncies.

FAETÓN Pues déjame que tu carro
hoy rija, para que triunfe 685
tan de todos de una vez
que todos de mí se alumbren.
Galatea, Amaltea y Tetis,

vean, puesto que traslucen
las deidades de tu alcázar, 690
las más lejanas vislumbres,
que hijo tuyo me acredita
tu mismo esplendor, y suple
tu persona la mía, puesto
que como las tres lo anuncien, 695
duda a los demás no queda
para que desde hoy me encumbre
en las aras que por hijo
tuyo merecidas tuve.

APOLO Mucho me pides, Faetón, 700
que el regir mi carro incluye
más dificultoso examen
que tus pocos años sufren.
Tan precisa es mi carrera
por la línea que la incluye, 705
que desmandada verás
que más abrasa que luce.
Si se elevara, encendiera
esta celeste techumbre,
y si declinara, toda 710
la tierra hiciera que ahúme.
Si a diestra o siniestra se hacen,
sin que a la rienda se ajusten
los dos, Etonte y Flegón,
caballos que le conducen, 715
los signos desbarataran
en no usadas inquietudes,
todo el orden de la tierra
viviera contra costumbre,
y al descender presumieras 720
que todo el cielo se hunde.
Y así de mi juramento
el voto absuelve, no impugne
que tú pidas lo que ignoras
y yo ignore lo que jure. 725

FAETÓN A mi espíritu valiente
no hay recelo que le turbe,
ya yo pedí y tú juraste.

CLIMENE Y yo su intención ayude.
Si es justo que en tu memoria 730
aquella obligación dure,
con que por tu amor a riesgo
vida, alma y ser, honor puse,
rija tu carro Faetón.

FAETÓN Y sepa el mundo que hube... 735

CLIMENE Yo en tus ojos gracia.

FAETÓN Yo
en tu gracia, honor y lustre.[63]

CLIMENE No receles.
FAETÓN No recates.
CLIMENE No resistas.
FAETÓN No rehúses. [185]
CLIMENE Cuando aclamando tu luz. 740
FAETÓN Le dan priesa a que madrugue.
ELLOS y MÚSICA Porque con solo cendales de oro
es justo que llanto de perlas se enjugue.
APOLO Ya lo juré, y pues no puedo
revocarlo, al eje sube, 745
en que deste trono al carro
pasa, para que dél uses.
FAETÓN A él y a tus puertas me eleva
más la ambición que la nube.
CLIMENE Y yo a la tierra desciendo, 750
donde sus dichas promulgue.
APOLO Con temor voy de que tanto
esplendor no perturbe.
FAETÓN Con ansia voy de que vea
todo el orbe que dél triunfe. 755
CLIMENE Con deseo voy de que
por hijo del Sol le juzguen.
LOS TRES Cuando vean que por él,
y no por el Sol se escuche.
ELLOS y MÚSICA Aves, pues llora el Aurora, 760
decidle al Sol que madrugue,
porque con solo cendales de oro
es justo que llanto de perlas se enjugue.

(**Desaparecen los tres y cúbrese la Luna**, **y salen** BATILLO **y** SILVIA.)

SILVIA En fin, ¿porfías en que
has de irte a ser soldado? 765
BATILLO Si no basta lo rezado,
cantando te lo diré.
(Canta.)
¡Ay que me vo, que me vo, que me vo,
si te diere el aire en la cara
sospiros son que los envío yo! 770
Mira si es bien claro o no;
y adiós, que ir a buscar quiero
a mi campitán.
SILVIA Primero
también he de cantar yo.
¡Ay que me quedo, me quedo, me quedo, 775
si te diere un garrote en la espalda
palabras son que van dando y pidiendo!
BATILLO **(Canta.)**
De palabras no hagas
aprecio, boba,

que es de mercadantes 780
cumplir parola.

SILVIA Llévame contigo,
que más me agrada
moza ser de soldado
que de soldada. 785

BATILLO Baste en mi partida
que llores, Silvia.

SILVIA Y que diga yo sobra,
gentil partida.

BATILLO Y pues no hay remedio, 790
los brazos, y adiós.[(64)]
¡Ay que me vo, que me vo, que me vo![(65)]

SILVIA Toma, y yo prosiga,
pues no hay remedio.[(66)]
¡Ay que me quedo, me quedo, me quedo! 795

BATILLO Si te diere el aire en la cara.

SILVIA Si te diere un garrote en la espalda.

BATILLO No dudes, no,
suspiros son que los envío yo.

SILVIA Ten tú por cierto, 800
palabras son que van dando y pidiendo.

(Salen AMALTEA, EPAFO **y unos enmascarados.)**

AMALTEA Aquellas recientes ramas
que entre la ola y el escollo
parece que a luz nacieron
y no fueron sino aborto, 805
es la celada en que habéis
de estar ocultos vosotros.
Tú en la quiebra de ese risco
también lo has de estar a estotro
lado, mientras la deshecha 810
hago yo de que lo ignoro,
con mi coro al Sol cantando.
Y cuidado con el tono,
porque él te ha de dar aviso
si Tetis saliere.

UNO En todo 815 [185v]
verás que te obedecemos.

EPAFO Y yo, que soy cauteloso
áspid hoy de amor verás,
pues en las flores me escondo.

(Pasan los embozados por delante, y EPAFO **se esconde.)**

AMALTEA Y yo veré si impedir 820
de Eridano el amor logro,
y una vez perdida Tetis,

mas que sea hijo de Apolo. **(Vase.)**

SILVIA ¿Qué embozos son estos, Bato?

BATILLO Yo no entiendo bien de embozos; 825
pero si un tonto me era,
me he quedado hecho dos tontos.
Retirémonos aquí,
y no peguen con nosotros.

(**Al entrarse sale** CLIMENE **y** GALATEA.)

SILVIA ¿Aún no acabamos con fieras 830
y ya empezamos con monstruos?

BATILLO No muy acabado, Silvia,
pues al decirlo me topo
ella por ella con ella.

SILVIA No temas, pues es notorio 835
que es mujer.

BATILLO Peor que peor,
que mujer fiera es lo propio
que si se pusiera uno
basilisco sobre otro.

(Vanse.)

GALATEA ¿Qué me dices?

CLIMENE Lo que pasa, 840
hoy jurado hijo de Apolo,
le verás regir el día.

GALATEA No fue en vano el amoroso
afecto que le tuvimos
las náyades, en fin, como 845
hermanas suyas. ¡Oh si
ya amaneciese[(67)] a mis ojos!

TETIS **(Dentro.)** Pues ya las cumbres del monte
rayándose van, a bordo
el risco llegad, que hoy quiero 850
dejar por la playa el golfo.

CLIMENE No menos para mí es,
Galatea, el alborozo
de que antes que él salga, Tetis,
en el peñasco vistoso 855
que ya otras veces la vimos,
venga a estos verdes contornos,
para que si fue testigo
de mis pasados enojos,
de mis venturas lo sea. 860

(Descúbrese el mar con TETIS **y ninfas.)**

GALATEA Veo y verás que convoco

mis ninfas, y para que hoy
hagan salva con más gozo
que nunca al Sol.

(Vanse las dos y bajan ellas al tablado.)

TETIS — Por no hacer,
Doris mía, sospechoso 865
el salir las dos a tierra
solas, tantas veces, tomo
por partido el volver hoy
con todo el primer adorno,
si bienes de mi cuidado 870
siempre el intento aquel propio
de saber en qué paró
el suceso prodigioso
del templo, y qué se habrá hecho
Eridano, que por loco 875
echaron dél.

DORIS — Quiera el cielo
que Peleo, riguroso
como otras veces, no sean
de nuestra venid estorbo.

TETIS — Por eso, Doris, salir 880
antes hoy que el Sol dispongo,
pues no es hora de que él
aquí esté.

(Sale AMALTEA **con su coro.)**

AMALTEA — Pues ya noto
que está Tetis en la playa,
ya es hora que nuestro coro 885
dé aviso a Peleo, y más cuando
el Sol parece que, prompto [186]
para salir, esperaba
a que ella saliese solo.

CORO 2.º — Bellos triunfos de Amaltea, 890
a quien inspira el Favonio,
avisad a quien le aguarda,
que ya está el Sol con vosotros.

(**Sale** EPAFO.)

EPAFO — Bellos triunfos de Amaltea,
a quien inspira el Favonio, 895
avisad a quien le aguarda,
que ya está el Sol con vosotros.
Conmigo esta letra habla,
y es verdad, si reconozco

allí a Tetis; pues ¿qué espero? 900

(Sale a otro lado GALATEA **y su coro.)**

GALATEA Pues que sus hermanas somos,
cantad, que a nadie más toca
saludar sus rayos rojos.

CORO [1.º] No al ver hoy al Sol corráis
cristales tan presurosos, 905
parad, tened y veréis
que parece uno y es otro.

EPAFO No al ver al Sol corráis
cristales tan presurosos,
parad, tened y veréis 910
que parece uno y es otro.
¿Qué me detenga me avisan?
Pues dijo que con el coro
me hablaría. Otro sin duda
está al paso, atrás me torno. 915

TETIS Pues que flores y cristales
hacen salva con sonoros
acentos al Sol, hagamos
nosotras también lo propio.

CORO 3.º Marinas ninfas de Tetis, 920
saludad al Sol hermoso,
pues no menos luz le deben
que las campañas, los golfos.

AMALTEA No me ha entendido o mis ecos
ha confundido con otros. 925
Volved a llamar, que allí
Galatea importa poco.

CORO 2.º Bellos triunfos de Amaltea,
a quien inspira el Favonio,
avisad a quien le aguarda 930
que ya está el Sol con vosotros.

EPAFO Que ya está el Sol con vosotros,
ya vuelve a decir que llegue.

GALATEA No esté vuestro canto ocioso.

CORO 1.º No al ver hoy al Sol corráis 935
cristales tan presurosos,
parad, tened, y veréis
que parece uno y es otro.

EPAFO Pero otra vez que no salga,
dice.

TETIS Repetid el tono. 940

CORO 3.º Hermosas ninfas de Tetis,
saludad al Sol hermoso,
pues no menos luz le deben
que las montañas, los golfos.

(**Descúbrese el carro con** FAETÓN.)

EPAFO
No sé lo que me resuelva,
mas que a suspenderme absorto.

FAETÓN
Más en la gran majestad
de tanto esplendor heroico
el solio me desvanece,
que no la altura del solio.
La seguridad lo diga
con que etéreos campos corro,
siendo en piélagos de plata
luciente bajel de oro.
Cuando a los dos movimientos
discurro el celeste globo,
con el natural a giros
y con el rápido a tornos;
¡oh cuánto mundo descubro!,
más ostentándose hermoso
con el desaliño a partes,
que a partes con el adorno.
Las poblaciones lo digan
de los montes en contorno,
en quien campea no menos
lo pulido que lo bronco.
¡Qué bien parecen los mares,
de toda la tierra fosos, [186v]
redutos siendo los ríos
y surtidas los arroyos!
¡Qué bien la visten las plantas,
en cuyo vulgo frondoso
son las flores la nobleza
y los villanos los troncos!
La variedad de los brutos,
¡qué bien la adorna, si noto
cuán distintos unos vuelan,
otros corren, nadan otros!
Tras de tanto inmenso objeto
(perdóneme esta vez todo)
de Tesalia el horizonte,
que ya descubierto doro,
de mis vanidades es
el más luciente alborozo;
que al fin no es dichoso quien
no es en su patria dichoso;
y más cuando en Tetis veo
un sol que desde otro adoro,
a Galatea diviso
y a Amaltea reconozco.
¿Cómo hiciera yo que en mí
repararan, pues sus ojos

bien como deidades, pueden
vencer luces?, que no logro
en mis vanidades, sino 995
me ven.

GALATEA Ya en el regio trono
se deja ver.[68]

TETIS Pues ya sale
el Sol.[69]

AMALTEA Aunque escuche sordo,
volved a cantar.

GALATEA No cese
la voz.[70]

TETIS La vuestra tampoco. 1000

CORO 1.º Bellos triunfos [de Amaltea,
a quien inspira el Favonio,
avisad a quien le aguarda,
que ya está el Sol con vosotros].

CORO 2.º No al ver hoy [al Sol corráis 1005
cristales tan presurosos,
parad, tened y veréis
que parece uno y es otro].

CORO 3.º Marinas ninfas [de Tetis,
saludad al Sol hermoso, 1010
pues no menos luz le deben
que las campañas, los golfos].

EPAFO Babel de música es
el valle, a salir no oso,
ni estarme oculto, que a un tiempo 1015
mucho escucho y nada oigo.

(**Sale** CLIMENE.)

[CLIMENE] Bello prodigio del mar,
de las flores bello asombro,
del cristal portento bello,
y bellos lustres de todo. 1020
Volved los ojos al día,
que saluda tan sonoro
vuestro canto, de los tres
confundidos vuestros coros,
y veréis, pues podéis verlo, 1025
que ese plaustro luminoso
del Sol conducido viene
del que tuvisteis por loco.
Faetón, no Eridano ya,
le trae, como hijo de Apolo, 1030
sed testigos de su honor,
pues lo fuisteis de su oprobio.

FAETÓN O escuchen o no; ¡ha del mundo!,
repara en mí, y mira cómo

dueño de la luz del día, 1035
la sombra a la noche rompo.

LAS TRES y TETIS ¡Qué maravilla!

LAS TRES y AMALTEA ¡Qué asombro!

LAS TRES y GALATEA ¡Qué admiración!

EPAFO ¿Qué es lo que oigo?
Faetón, Eridano ¡cielos!,
pues perdóneme el decoro, 1040
que si atendí enamorado
no puedo atender celoso.
¿Qué admiras, Tetis?

TETIS A un tiempo
de Faetón el triunfo heroico
y el atrevimiento tuyo, 1045
pues no menos ambicioso,
si él se atreve al Sol, tú a mí.
Y pues ya no es él el loco,
sino quien el desengaño
quiere escuchar como enojo, 1050
¿qué me quieres?

EPAFO Que me escuches.

TETIS Es en vano, pues que solo
conseguirás que de ti
huyendo me vuelva al golfo.

(Al irse al mar salen los embozados.)

UNO Mal podrás, porque sabremos 1055 [187]
tu paso impedir nosotros.

TETIS ¿Qué traición es esta?

EPAFO Es
un desesperado arrojo
que empezó el amor y acaban
los celos.

TETIS ¡Cielos piadosos! 1060
¡Traición!

TODAS ¡Qué horror!

EPAFO Ven conmigo.
Vea Faetón que me nombro,
si él el Sol, yo su Proteo,
pues su mejor luz le robo.

(Vanse con ella.)

FAETÓN ¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí! 1065
Traidor Epafo, alevoso,
robada a Tetis se lleva.

TODOS Acudid, acudid todos.

(Sale ADMETO **por una parte y** ERIDANO **por otra.)**

ADMETO Cada vez que al monte vuelvo
en busca de Peleo, topo 1070
una confusión.
ERIDANO ¿Aún no
hemos, hado riguroso,
acabado con mis penas?
LOS DOS ¿Qué será aqueste alboroto?
SILVIA Sepamos qué es esto, Bato. 1075
BATILLO Sepamos.
TETIS ¡Cielos, socorro!
LOS DOS ¿Qué es esto?
TODOS Peleo robada
lleva a Tetis.[(71)]
ADMETO Presurosos
le sigamos, no cometa
tan grande delito.
AMALTEA Poco 1080
importa, si una vez yo
en mis albergues le escondo.
SILVIA ¿No vamos tras ellos, Bato?
BATILLO Sí, mas vamos poco a poco.
FAETÓN ¡Valedme, cielos!, que es 1085
de vuestros claustros desdoro
que a ellos los celos se atrevan,
o perdonadme si rompo
de la carrera la línea,
alterando el orden todo 1090
del día, que he de seguirle
o morir en su socorro.
Mas, ¿qué es esto? Los caballos
desbocados y furiosos,
viéndose abatir al suelo, 1095
soberbios extrañan otro
nuevo camino... Y no, ¡ay triste!,
en esto resulta solo
el desmán, sino en que ya
la cercanía del solio, 1100
(Del teatro del fuego aparece.)
del ardiente luz de tantos
desmandados rayos rojos
montes y mares abrasa.
TODOS ¡Clemencia, cielos piadosos!
UNOS ¡Piedad, Júpiter divino! 1105
EMBOZADO ¿Dónde vamos con el robo,
si más nos importa huir
de incendio tan riguroso?
TETIS De cuantas veces el agua
vengó del fuego el destrozo, 1110
el del agua hoy venga el fuego.

EPAFO Si es castigo, en tu socorro,
de mi atrevimiento, aplaca
la ira, que a tus pies me postro,
y no ya para tu agravio, 1115
para tu amparo en mis hombros.

TETIS ¡Ay de estado tan terrible!

FAETÓN ¿Quién creerá que en tanto asombro
yo abrase al mundo y a mí?
Mas ¿qué mucho, si a mis ojos 1120
a Tetis, ¡ay infeliz!,
llego a ver en brazos de otro?
Y así perdido lo más,
ni tienda que airado arrojo,
ni el curso que ciego pierdo, 1125
podrán hacer que sea estorbo
de no despeñarme al mar,
y pues yo ardo, arda todo.

SILVIA ¿Qué es esto, Bato?

BATILLO No es nada,
que el cielo sobre nosotros 1130
se cae y no más.

LOS DOS Los ejes
del cielo caducan todos.

AMALTEA ¡Júpiter, pïedad!, que hoy [187v]
de plantas, flores y troncos
el verde ornato perece. 1135

GALATEA ¡Piedad, Júpiter!, que undoso
el cristal perece, secos
los ríos, fuentes y arroyos.

CLIMENE Que sería su desdicha
cumplió el hado riguroso, 1140
el saber Faetón quién era.

TODOS ¡Clemencia, cielos piadosos!

ERIDANO Ya Júpiter aceptó
vuestros lamentos piadosos,
pues cortando con un rayo 1145
el brío de su ambicioso
espíritu, que abrasando
iba el mundo, en el undoso
Eridano, que la cuna
le dio, y el mauseolo. 1150

EPAFO Si lo que te ofendí amante
puedo restaurar esposo,
sea el temor de sus iras
de Júpiter desenojo[(72)].

TETIS Ya en tu poder y en tus brazos 1155
me vi, débame el decoro
que con esto el desagravio
del pasado agravio compro.

ADMETO Felice él y feliz yo.

AMALTEA Y yo, pues venganzas logro. 1160
CLIMENE Solo para mí no hay
consuelo en mal tan penoso.
GALATEA Ni para nosotras, puesto
que apenas hermanas somos
de Faetón, cuando obligadas 1165
a lágrimas y sollozos
quedamos.
TETIS Climene, todas
las náyades al asombro
inmóviles han quedado.
ADMETO Y aun convertidas en troncos. 1170
AMALTEA De álamos negros serán
desde hoy sus suspiros roncos,
que las lágrimas distilen
de el ámbar.
BATILLO Con que los bobos
lo creerán, y los discretos 1175
sacarán cuán peligroso
es desvanecerse, dando
fin Faetón, hijo de Apolo.

El galán fantasma

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

ASTOLFO, *primer galán*.
CARLOS.
EL DUQUE.
JULIA, *primera dama*.
ENRIQUE, *barba*.
CANDIL, *gracioso*.
LAURA, *dama*.
LEONELO.
OTAVIO.
PORCIA, *criada*.
LUCRECIA, *criada*.

Jornada I

Salen JULIA, **dama**, PORCIA, **criada**, **con mantos**, **y detrás** ASTOLFO.

ASTOLFO

De vuestras señas llamado,
de vuestra voz advertido,
hasta el campo os he seguido
ciego, confuso y turbado.
Sacad, pues, deste cuidado, 5
señora, el discurso mío:
si es por dicha desafío,
ya estamos en buen lugar;
bien podéis desenvainar
el garbo, el donaire, el brío, 10
que son las armas que vós
habéis contra mi desvelo
de esgrimir en este duelo.
Solos estamos los dos.
¡Descubríos ya, por Dios! 15
Sepa quién sois, que no es bien
matar con ventaja a quien
de vós se ha fïado hoy.

JULIA Pues no dudéis más, yo soy.
ASTOLFO Julia, señora, mi bien, 20
¿tú en este traje?, ¿tú aquí?
¿Qué dicha o desdicha es mía?
Que si una duda tenía
sin verte, cuando te vi
son infinitas. ¿Tú así 25
has salido de tu casa?
El corazón se me abrasa.
¡Dime, por Dios, lo que ha sido!
¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?
JULIA Oye y sabrás lo que pasa. 30
Astolfo, en quien la fortuna
y el amor vieron iguales, [51][(1)]
por descubrirse uno a otro
los gustos y los pesares,
no la novedad te admire, 35
no la extrañeza te espante
de verme, siendo quien soy,
venir en aqueste traje;
porque importando a tu vida
el verte, ¡ay de mí!, el hablarte, 40
no hay respeto que no venza,
no hay decoro que no allane.
Tu vida importa, tu vida,
que hoy te vea y hoy te hable;
y así pasando al oído 45
la admiración del semblante,
oye el peligro en que vives,
aunque mezcle en un instante
las desventuras que miras,
con las venturas que sabes. 50
Dos años ha, Astolfo mío,
que firme y rendido amante
de mi hermosura que quiero
confesarla en esta parte,
fuiste de día y de noche 55
la estatua de mis umbrales,
el girasol de mis rayos
y la sombra de mi imagen,
tantos ha que agradecida
y que obligada a las partes 60
de lo sutil de[(2)] tu ingenio,
de lo galán de tu talle,
de lo airoso de tu brío,
de lo ilustre de tu sangre,
respondí menos ingrata 65
que debiera aconsejarme
del decoro de mi amor,
el respeto de mi padre;

si bien decoro y respeto
no pudieron agraviarse 70
de que torpes sacrificios
sus sagradas aras manchen,
siendo yo tu esposa, pues
la causa de dilatarse
nuestra boda fue el rigor 75
de aquellas enemistades
que a mi padre le costaron
tanto, que largas edades
enterrado antes que muerto,
tuvo su casa por cárcel, 80
adonde preso murió.
Pero esto en silencio pase,
y volvamos a enlazar
discursos de amor; no hallen
digresiones mis desdichas 85
que su remedio embaracen.
Agradecida, en efeto,
de tus finezas constantes,
cómplice a la noche hice
de hurtos de amor agradables, 90
y cómplice hice un jardín,
que a los dos quise fïarme;
porque al jardín y a la noche,
que son el vistoso alarde,
ya de estrellas, ya de flores 95
hiciera mal en negarles
a las unas lo que influyen
y a las otras lo que saben.
Viento en popa nuestro amor
navegaba hermosos mares 100
de rayos y de matices,
quieto el golfo y manso el aire.
¿Quién duda, quién, que han de ser
los celos los huracanes
que la tormenta despierten, 105
que la mareta levanten?
El gran duque Federico
de Sajonia, que Dios guarde,
o que no le guarde Dios,
si ha de ser para quitarme 110
mi media vida en la tuya,
acaso me vio una tarde,
que al mar a verte salí:
barbarismo de amor grande, [51v] (3)
salir a ver y ser vista, 115
pues mal gramático sabe
persona hacer que padece
de la persona que hace.

Viome, en fin, y desde entonces
firme, rendido y constante, 120
si de día me visita,
de noche ronda mi calle.
Hartos enojos te cuesta
su cuidado vigilante;
mas como querido, en fe 125
de mis disculpas, trocaste
tus celos a mis favores,
no es mucho, si otros galanes,
por llegar al desenojo,
pasaran por el desaire. 130
Viendo el Duque que mi pecho
a los continuos embates
de lágrimas y suspiros
era roca de diamante,
pasando de enamorados 135
a celosos sus pesares,
averiguó que te quiero.
No sé a quién la culpa darle:
a sus celos o a mi amor,
pues ellos dos fueron parte 140
a decirlo, que no hay
amor ni celos que hallen.
En fin, sabiendo, ¡ay de mí!,
que eres tú, ¡desdicha grande!,
la ocasión de sus desprecios, 145
la causa de mis desaires,
para vengarse de mí
en ti pretende vengarse,
matándome a mí en tu pecho.
¡Oh duelo de amor cobarde, 150
disponer que un hombre muera
porque una mujer agravie!
Poderoso y ofendido,
¿quién ignora, quién no sabe
que es rayo oprimido, que es 155
pólvora encerrada que hace
en la mayor resistencia
la batería más grande?
Los avisos destos días,
que tan confuso te traen, 160
diciéndote que te ausentes,
diciéndote que te guardes,
suyos son; pero sabiendo
que dellos desprecios haces,
esta misma noche, esta 165
te esperan para matarte.
Y así te ruego que no
vayas a verme, ni pases

cubierto ni descubierto
la esfera de mis umbrales. 170
Deja que por unos días,
sin que allí puedan toparte,
se desmienta en la sospecha,
salga su recelo en balde.
Y, pues, que yo vengo así 175
a persuadirte, a rogarte
Astolfo, que no me veas,
esposo, que no me hables,
menos harás tú en hacerlo;
y pues en extremos tales 180
yo ruego lo más difícil,
concede tú lo más fácil.

ASTOLFO

No sé cómo responder,
que no sé en acciones tales
si tengo que agradecerte, 185
o tengo de qué quejarme.
De una venenosa yerba
escriben los naturales
que donde hay llaga, la cura,
y donde no la hay, la hace. 190
Este mismo efecto, este
quieres que en mi pecho cause
tu voz; pues si cuando estoy
herido de tantos males
suele curarme el dolor 195
solamente el escucharte; [52]
hoy que tuve sano el pecho,
le hieres, para que labre
tu voz ahora la herida
que hubieras curado antes. 200
Adonde hay celos, las curan,
donde no las hay, las hacen;
y si quieres darme vida,
no de darme celos trates;
pues son piadosos rigores, 205
o rigurosas piedades,
darme tú misma la muerte
porque otro no me mate.
Dejarasme morir, Julia,
a su acero penetrante, 210
no a tu penetrante voz,
viviera más el instante
que hay de tu voz a su acero,
que no es, no, piedad afable,
porque su espada no llegue 215
que la tuya se adelante.
Fuera de que no remedias
nada tú en aconsejarme

que no te vea, supuesto
que el decirme que no pase 220
de noche por tus jardines,
ni de día por tu calle,
es decirme que no salga
dellas un punto, un instante.
¡Vive Dios que he de saber 225
si el cuidado que te trae
a que tu casa no vea,
y a que tu jardín no ande,
es porque de tu jardín
y de tu casa las llaves 230
rendiste a mayor poder,
y a mayor fuerza entregaste!
Perdona desconfïanza,
Julia mía, tan cobarde,
siendo quien eres, y siendo 235
yo quien soy; y no te espante
que esto de andar desvalido
lo augusto, Julia, lo grande,
es bueno para las farsas
españolas, donde nadie 240
vio querido al poderoso.
Nada llega a aventurarse
en esto, pues o es mentira
o es verdad dolor tan grave.
Si es mentira, ¿qué aventuras 245
tú en que yo me desengañe?
Y si es verdad, ¿qué aventuro
yo en que allí el Duque me halle?
Pues el que me diere celos
no importará que me mate. 250

JULIA
Astolfo, señor, bien mío,
¿que de esa manera agravies
las finezas de mi amor?

ASTOLFO
Quererte no es agraviarte.

JULIA
¿Quién te ha dicho que es quererme 255
el querer aventurarte?

ASTOLFO
¿Quién dice que no hay peligro
que a los celos acobarden?

JULIA
Pues ¿qué viene esta fineza
a deberte?

ASTOLFO
No olvidarte. 260

JULIA
Cuanto más me obligas, más
me obligas a que te guarde,
y aquesto has de hacer por mí.

ASTOLFO
Detente, Julia, y no en balde
tantas perlas desperdicies 265
y tanto aljófar derrames,
que yo quiero obedecerte.

Digo que saldré esta tarde
de Sajonia, antes que el sol,
que ya entre pardos celajes 270
se desvanece, en las ondas
su dorado coche bañe.
Será la mayor fineza
volver la espalda, pues nadie
es más valiente que aquel 275
que con celos es cobarde.
¿Quieres más, Julia?

JULIA Ni tanto, [52v]
que no quiero yo que pase
de extremo a extremo tu amor.

(**Dentro** CARLOS.)

CARLOS Echa por aquesta parte. 280

JULIA ¡Ay de mí, que viene gente,
y no es bien que aquí me hallen!

ASTOLFO Pues vete, que yo me quedo
a que no te siga nadie;
pero dime, ¿en qué quedamos? 285

JULIA En quererte mis pesares
retirado, mas no ausente.

(**Vase** JULIA.)

ASTOLFO ¿Habrá quien nivele y tase
las acciones de un celoso,
los discursos de un amante? 290

(**Salen** CARLOS **y** CANDIL.)

CANDIL Aquí está mi señor.

CARLOS Dadme los brazos,
que de eterna amistad han de ser lazos
que ciñan nuestros cuellos.

ASTOLFO Y el alma y vida en ellos.

CARLOS Díjome ese crïado, 295
preguntando por vós, cómo llamado
de una tapada fuisteis,
y que tras ella a este lugar salisteis;
y como receloso
estoy de vuestra vida y cuidadoso 300
por las necias porfías
de los muchos avisos destos días,
loco buscándoos vengo.

ASTOLFO Es nueva obligación, Carlos, que os tengo;
mas aunque os trae tras mí vuestro cuidado 305
con tanta priesa, tarde habéis llegado

a este verde desierto
a darme vida, porque ya estoy muerto.

CANDIL ¿Estás por dicha herido?

ASTOLFO ¡Pluguiera a Dios!

CARLOS Pues ¿qué os ha sucedido? 310

ASTOLFO Haber, Carlos, llegado
a estar de mi temor desengañado,
haber sabido mi infelice suerte
quién es quien solicita, ¡ay Dios!, mi muerte.

CARLOS Más debiera, si llega a descubrirse, 315
aqueso agradecerse que sentirse.

ASTOLFO ¡Ay Carlos! No debiera
si es tal el golpe que mi pecho espera,
que sin defensa alguna
se ha de dejar llevar de su fortuna. 320 [53]

CARLOS Ahora estoy más dudoso.
¿Quién es el enemigo?

ASTOLFO Un poderoso.

CARLOS Y el rigor que procura,
¿quién le ha dado ocasión?

ASTOLFO Una hermosura.

CARLOS O mienten mis recelos, 325
o esto es de Julia amor, del Duque celos.

ASTOLFO Fácil era el sentido
de mi confusa enigma: el Duque ha sido
quien de Julia celoso,
y quien de mí envidioso, 330
de süerte ausentarme ha procurado,
y Julia temerosa me ha mandado
que los avisos de mi muerte crea,
que ni la hable ni vea
porque ya es imposible 335
que entre en su casa yo, ¡pena terrible!,
sin que entre, ¡trance fuerte!,
tropezando en las sombras de mi muerte.

CARLOS Pues, ¿quién le ha descubierto
amor tan recatado y encubierto, 340
que solo ese crïado
y yo le hemos sabido?

ASTOLFO A un desdichado,
¡ay Carlos!, ¿quién averiguarle puede
por dónde la desdicha le sucede?

CARLOS Una pregunta quiero 345
haceros.

ASTOLFO Yo satisfacerla espero.

CARLOS Julia, ¿qué os ha mandado?

ASTOLFO Que no la vaya a ver, por el cuidado
que ya a sus puertas Federico tiene.

CARLOS Quedar solos los dos aquí conviene, 350
porque quiero fïaros un secreto

que me habéis de guardar.

ASTOLFO — Yo lo prometo.
Candil, vuélvete a casa,
y en ella esperarás.

CANDIL — **[Aparte.]** ¿Qué es lo que pasa?
¿De mí se han recatado 355
el día que está el Duque declarado?
Sin duda que han sabido
que yo quien le contó su amor ha sido; [53v]
mas no, que no estuvieran
tan apacibles hoy, si lo supieran. 360

(**Vase** CANDIL.)

ASTOLFO — En fin, todas mis penas y recelos
es que el paso han tomado ya los celos
del Duque.

CARLOS — De manera
que si de ver a Julia modo hubiera,
y pudierais entrar a hablalla y vella, 365
y de día y de noche estar con ella,
sin que el Duque celoso,
aunque siempre ofendido y cuidadoso
a la puerta estuviera,
ni os viera ni os sintiera, 370
aquí vuestro cuidado
tuviera fin.

ASTOLFO — Confuso y admirado,
esa proposición, Carlos, me tiene,
y divertir a un triste no conviene
ansí con lo imposible, 375
pues no es posible hacerme a mí invisible.

CARLOS — Oidme, Astolfo, y veréis la amistad mía,
cuánto de vós por daros vida fía.
Ya sabéis los grandes bandos,
Astolfo, que largo tiempo 380
todo el orbe alborotaron
con civiles guerras, siendo
Güelfo y Gebelino, dos
hermanos, cabezas dellos,
por quien dividida Italia 385
en domésticos encuentros,
fueron todos los linajes
ya gebelinos, ya güelfos.
Ya sabéis cómo a Sajonia
llegó este marcial incendio, 390
inficionando las casas
más nobles, a cuyo efeto
la heredada enemistad
aún hoy dura en nuestros pechos,

por ruina de aquel estrago, 395
por ceniza de aquel fuego.
Crotaldo, padre de Julia,
que es el divino sujeto
que adoráis, en quien juraron,
si de otros bandos me acuerdo, 400
aun más imposibles paces
la hermosura y el ingenio,
tomó la voz de una parte,
y de la otra parte Arnesto,
un deudo mío. No dudo 405
que sepáis a cuánto extremo
llegó este enojo en los dos;
mas aunque lo sepáis, quiero
referirlo, porque todo
importa para el suceso. 410
El día que a Federico,
generoso duque nuestro,
juró Sajonia por duque,
sobre el ocupar los puestos
de aquel acto, procurando 415
ser cada uno el primero.
En esa eminente plaza
se encontraron, cuyo extremo
llegó a ser público agravio
de uno de los dos, y puesto 420 [54]
que yo tiemblo de dezillo,
y aun de imaginallo tiemblo;
bien se deja ver que fue
el agraviado mi deudo.
¿Para qué [lo][(4)] disimulo, 425
si balbuciente el afecto,
lo que callare la voz
lo dirá con el silencio?
Diole un bofetón Crotaldo,
¡ay de mí!, al anciano Arnesto, 430
en cuya gran confusión,
en cuyo notable estruendo,
aunque cumplió por entonces
desesperado y resuelto,
no quedó, a su parecer, 435
para después satisfecho;
necedad que hizo el valor
mal entendido, pues vemos
que no hay agravio delante
del que es soberano dueño. 440
Y ya se sabe, que adonde
es tal el príncipe, no hay duelo
que la satisfación obligue;
mas vive el honor compuesto

de una codicia tan fácil, 445
que en su opinión, su concepto,
bastó haber imaginado
que fue agravio para serlo.
El Duque, que aún no tenía
bien fundado su derecho, 450
disimuló, porque ha sido
política de los reinos
entrar en ellos piadoso
para conservarse en ellos.
Y así, por quietar no más 455
las opiniones del pueblo,
envió a su casa a Crotaldo,
adonde le tuvo preso
con tantas guardas, que nadie
le vio más desde el suceso 460
deste día, o porque fue
la prisión con tanto aprieto,
o porque el temor le tuvo
tan guardado y tan secreto.
De cuantas desdichas, cuantas 465
miserias, cuantos tormentos
padece un hombre infeliz,
a ninguno, Astolfo, tengo
mayor lástima que a un noble
ofendido, en quien contemplo 470
amancillado el honor,
mal valido del esfuerzo.
Por Arnesto, en fin, lo digo,
pues imaginando Arnesto
varios modos de venganzas, 475
entró en mil trajes diversos
dentro de su misma casa,
pero nunca con efeto.
Y para que admiréis cuánto
dicta un agravio, dispuesto 480
se vio hacer paso a su honor,
o penetrando o rompiendo
las entrañas de la tierra
por conseguir su deseo,
a pesar de las murallas 485
que se le ponían enmedio.
Un ingeniero buscó,
que en minar la tierra diestro,
facilitase su agravio
lo imposible de su acero. 490
Y fiándose de mí,
por estar mi casa en puesto
más vecino a su esperanza,
más conveniente a su intento,

el hombre empezó desde ella 495
a designar los modelos
con que tocase una mina
a su mismo cuarto; que esto
era en él fácil, porque
era de nación flamenco, 500
escuela donde el valor
pelea con el ingenio. [54v]
Y nivelando de día
las líneas y los tanteos,
las cavábamos de noche 505
con recato y con secreto.
¿Quién creerá que trabajando
en el más obscuro centro,
se enterrase el ofendido
por ver a su ofensor muerto? 510
Llegó la mina a su fin,
pero no llegó a su efeto;
pues el día de la noche
que este horrible monstruo griego,
para abortarlos en rayos 515
preñado estaba de acero,
por las calles y las plazas
confusamente se oyeron,
todos hablando en Crotaldo,
nuevas de que se había muerto. 520
Quedaron con este caso
frustrados nuestros intentos,
malogradas nuestras sañas,
postrados nuestros deseos;
porque el[(5)] ofendido, ya 525
sin ofensor, conociendo
que en una hija no era
la venganza de provecho,
murió de melancolía
dentro de muy poco tiempo: 530
de suerte que, sin que nadie
pueda llegar a saberlo,
desde mi casa a la casa
de Julia una mina tengo,
tan fácil hoy de romperse, 535
que como avisada dello
esté Julia y sus crïadas,
y con recato y secreto
la boca della se oculte,
que podréis entrar es cierto 540
y salir desde mi casa
hasta su mismo aposento,
que es adonde va a tocar,
sin que el amor ni los celos

del Duque causen temor. 545
Pero ha de ser, advirtiendo,
que ha de ser esto con gusto
de Julia, porque no quiero
que se diga que en su honor
infamemente me vengo 550
dando paso a su deshonra.
Que como allanéis vós esto,
aquí está mi casa, aquí
mi vida, Astolfo, y mi pecho;
pues para todo es quien es 555
amigo tan verdadero.

ASTOLFO Dadme mil veces los brazos,
y si mudo os agradezco
tanto bien, es porque el caso
mudo me tiene y suspenso. 560
Yo hablaré a Julia, y de Julia
traer licencia os ofrezco,
y pues ya la noche obscura
extiende su manto negro,
iré a avisarla.

CARLOS Mirad 565
lo que os aventuráis.

ASTOLFO Luego
han de matarme esta noche,
siendo la última que espero
ponerme en esta ocasión.

CARLOS ¿Cómo?

ASTOLFO Como si yo llego 570
a pedir licencia a Julia
de abrir esa mina, es cierto
que ha de darla o no ha de darla:
si la da, ¿para qué efeto
he de volver a arriesgarme, 575
teniendo seguro el riesgo?
Si no la da, pensaré
que está su amor de concierto
con el Duque, pues me quita
esa ocasión, y iré huyendo 580
de mis celos, si es que hay donde
no sepan de mí mis celos.

CARLOS A todo he de acompañaros. [55]
[Aparte.] Y estas finezas y extremos
tome por su cuenta amor, 585
pues el que yo a Laura tengo,
hermana de Astolfo, es
el que ha franqueado en mi pecho
secreto que tantos días
tuvo el honor el silencio. 590

(Vanse los dos.)
(Salen ENRIQUE **viejo leyendo un papel**, **y** LAURA **su hija.)**

ENRIQUE ¿Quién te dio aqueste papel?
LAURA Una mujer me le dio,
tapada, que aquí llegó.
ENRIQUE ¡Hay desdicha más crüel!
¿No preguntaras quién era? 595
LAURA Ya, señor, lo pregunté,
mas solo me dijo que
en tu mano te le diera,
que una limosna pedía
y volvería al instante. 600
ENRIQUE ¿Quién ha visto semejante
confusión como la mía?
LAURA ¿Parece que te ha traído
el papel algún cuidado?
ENRIQUE Y tan grande, que ha causado 605
mil penas a mi sentido,
y habrá de morir en ellas.
LAURA ¿No sabré yo la ocasión?
ENRIQUE Cosas de tu hermano son,
¿para qué quieres sabellas? 610
LAURA Para sentillas fïel,
ya que no puedo servir
más, señor, que de sentir.
ENRIQUE Pues oye, Laura, el papel:
(Lee.) Importa que esta noche con prudencia estorbéis a Astolfo que no salga de casa, porque le va no menos que la vida.
LAURA Justos fueron tus enojos, 615
bien compuesto de crüel
rejalgar, es el papel
el veneno de los ojos.
ENRIQUE Días ha que desvelado
la tristeza me ha traído 620
de Astolfo, y sin duda ha sido
nacida deste cuidado.
Y no siento, no, ni es bien
su riesgo ni mi pesar,
sino que se ha de guardar 625
sin que le digan de quién.
Que, ¡vive Dios!, si supiera
quien es, que se le sacara
yo al campo, y que cara a cara
el disgusto concluyera. 630
Mas decirme que le guarde,
sin que de quién se me diga,
bien a presumir me obliga
que es su enemigo cobarde.
Y esto más mi pecho siente 635

que lo que ha de suceder,
porque más se ha de temer
a un cobarde que a un valiente.
¡Oh, quién supiera, ay de mí,
de quién se debe guardar! 640

(**Sale** CANDIL.)

CANDIL **[Aparte.]** Aquí me manda esperar
mi amo en tanto... Mas aquí
está el viejo, fruncir quiero
el semblante, dando indicio
de beato y de novicio. 645

LAURA Bien dese crïado espero
que te informes, él quizá
advertirá tu dolor.

ENRIQUE Dices bien, Candil.

CANDIL Señor.

ENRIQUE ¿Dónde vuestro amo está? 650

CANDIL Hacia el parque le he dejado
con Carlos, su grande amigo.

ENRIQUE Siempre el cielo me es testigo,
os tuve por leal criado. [55v]

CANDIL El *fidus Acates* fue 655
puesto conmigo, un bellido.

ENRIQUE Decidme, pues, ¿qué ha tenido
Astolfo que yo no sé,
qué humor inquieto y severo
andar tan triste le hace? 660

CANDIL Yo lo diré, todo nace
de tener poco dinero.
Perdió ayer el que tenía,
que, a imitación de las gentes,
hay barajas maldicientes 665
y dicen mal cada día.
Si bien ya cosas se ven,
que esto no es lo principal,
pues a las que dicen mal
hay quien las haga hablar bien. 670
Yo me acüerdo cuando era
agravio el decirle a un hombre
fullero, porque era nombre
que escucharse no debiera
sin mentís; pero después 675
que a ser llegó habilidad,
agravio es con más verdad
decirle que no lo es.
Flores se descubren hartas,
sin ser mayo, cada día: 680
¿qué más que haber fullería

al juego de sacar cartas?
ENRIQUE Decidme, pues, ¿ha tenido
por el juego algún disgusto?
CANDIL Sí, señor, muy grande y justo. 685
ENRIQUE Pues, ¿qué fue?
CANDIL Haber perdido,
que otro no lo supe yo,
y si a él le sucediera,
es cierto que le supiera;
que de nadie, en fin, fió 690
con más razón que de mí
sus disgustos, por saber
cuánto le suelo valer
en ellos.
ENRIQUE ¿Cómo? Si oí
que alguna vez que riñó, 695
y que presente estuvistes,
vós las espaldas volvistes.
CANDIL Por eso lo digo yo,
pues corrió tras mí un tropel
con que la vida le di, 700
pues los que fueron tras mí
no le tiraron a él.
ENRIQUE Decidme, ¡oh quieran los cielos
que este desengaño vea!
¿sirve Astolfo, galantea 705
a alguna dama, son celos
los que triste le han tenido
estos días?
CANDIL ¡Qué sutil!
Viendo que yo soy Candil,
de mí alumbrarte has querido. 710
Y así oye cuanto pasa,
si a callarlo te reduces;
porque quiero hacer dos luces
a la calle y a la casa.
Astolfo una dama ama, 715
y tiene un competidor
poderoso[(6)], y en rigor
hoy la calle de la dama
con uno y con otro amante
ya moro, ya paladín, 720
la esfera de su jardín
hizo campo de Agramante.
Traidor fuera, si callara,
sabiendo el riesgo en que está
mi señor.
ENRIQUE Llévame allá, 725
pues ya de luces avara
y triste la noche fría,

en eclipsado arrebol,
las exequias hace al sol
alma y corazón de día. 730
Tú, Laura, si aquí viniere
mientras yo le busco, di [56]
que no se salga de aquí,
que mando yo que me espere.

LAURA Sí haré. (**Esto dice a** CANDIL.) Si a Carlos halláis 735
con él, decid que me vea.

ENRIQUE ¡Ay hijos, quien os desea
no sabe lo que costáis!

(Vanse todos.)
(Sale el DUQUE, LEONELO, OCTAVIO **y criados.)**

DUQUE En esta noche fría,
émula hermosa de la luz del día, 740
de mi venganza espero
ver el fin, muera Astolfo, pues yo muero.

LEONELO Mal hace vuestra Alteza
en dar tanto lugar a una tristeza.

DUQUE ¿Es mejor que ofendido 745
yo de un vasallo, llore aborrecido?

LEONELO Quien una hermosa dama
sin estrella, señor, festeja y ama,
no porfíe en querella,
que no hay ventura donde falte estrella. 750

DUQUE ¡Qué error tan recibido
de la opinión común, Leonelo, ha sido
decir que las estrellas
de amor terceras son, y que está en ellas,
oh necio desvarío, 755
la primera elección del albedrío!

OTAVIO Pues, ¿quién puede negallo?

DUQUE Yo, que razones y aun ejemplos hallo
contra aquese conceto.

LEONELO Di uno solo.

DUQUE Despreciado de Dafnes hable Apolo, 760
si estrella fuera amor, sin él viviera,
¿cómo del sol aborrecido fuera
de las estrellas soberano dueño?
Luego bien claro enseño
que amor no vive en ellas, 765
pues el sol se quejó de las estrellas.

LEONELO Y, en fin, di: ¿qué has pensado?

DUQUE No fïar de mi estrella mi cuidado,
sino de mi poder y el valor mío,
que ellos los polos son de mi albedrío. 770
Y así tengo ganada,
como el criado de Astolfo, una crïada

de Julia, que ha de abrir aquesta puerta, [56v]
que para Astolfo suele estar abierta.
Y ya que es hora creo 775
de que la seña hurtada a mi deseo
haga seguro el paso
a este ardor, a este fuego en que me abraso.
(Da en la reja.)

LEONELO La puerta abren, señor.

(**Sale** PORCIA.)

PORCIA Y vuestra Alteza sea bien venido, 780
que Julia, conociendo
la seña de su amante, presumiendo
que él fuese, me ha mandado
abrir la puerta, con que se ha cerrado
el temor de tu intento y de mi culpa, 785
pues su mismo precepto me disculpa.

DUQUE Los dos os retirad, y con cuidado
esa calle guardad.

(**Éntranse el** DUQUE **y** PORCIA.)

LEONELO Bien has fïado
de los dos tu deseo.

(**Salen** ASTOLFO **y** CARLOS.)

ASTOLFO ¡Ay Carlos!, ¿si es verdad esto que veo, 790
por la puerta no ha entrado
un hombre, y otros dos se han retirado?

CARLOS No sé si engaño ha sido,
pero a mí que es verdad me ha parecido.

ASTOLFO ¿Para esto, ingrata fiera, 795
fue decirme que a verte no viniera?
¡Vive Dios que he de entrar, y...!

CARLOS Deteneos,
que eso es embarazar vuestros deseos,
pues siéndolo estorbar vuestros agravios,
no lo han de hacer las manos ni los labios 800
desde aquí; pues no es medio ni es venganza,
si otro el favor en el jardín alcanza,
reñir los dos con estos dos afuera.

ASTOLFO Pues, ¿qué he de hacer en ocasión tan fiera?
Mas ya sé qué he de hacer; allí una reja 805
paso a un balcón me deja,
que es de una galería
del jardín, guardad vós la espalda mía [57]
mientras me arrojo a él desesperado.

CARLOS Advertid no sea el Duque ese que ha entrado. 810

ASTOLFO Pues eso, ¿qué remedia mis desvelos,
los duques no dan celos?
Fuera de que si yo lo he presumido,
de oírlo a Julia ha sido,
y puedo presumir, y justamente, 815
que quien miente el amor, el galán miente.

CARLOS Con vós vengo, y después de preveniros
el riesgo, a todo trance he de seguiros.

ASTOLFO Pues yo en el jardín entro. **(Éntrase.)**

CARLOS Nadie entrará mientras estáis vós dentro. 820

(**Salen el** DUQUE **y** PORCIA.)

PORCIA Ponte, señor, sobre el rostro
el rebozo de la capa,
porque pueda hacer mejor
el papel de la turbada.
Aquí, señora, está Astolfo. 825

(**Sale** JULIA.)

JULIA ¿Cómo es posible que haya,
Astolfo, en un pecho noble
tan necia desconfianza?
A mi casa apenas vuelvo
de pedirte que a mi casa 830
no vengas por el temor
del Duque, cuando a ella llamas.
¡Qué necios celos!

DUQUE No son
muy necios, Julia. **(Descúbrese.)**

JULIA Turbada
estoy, ¡ay Porcia!, ¿qué es esto? 835

PORCIA Yo, señora, no sé nada.
A la seña abrí la puerta,
si a ti la seña te engaña,
¿qué mucho que a mí me engañe?

JULIA ¡Ay de mí, qué [he][(7)] de hacer!

DUQUE Basta, 840
¡oh Julia!, la turbación,
que yo solo he sido causa
a este engaño, porque amor
todo es ardides y trazas.
No quise más que saber 845
si puerta que tan cerrada
está a una fe verdadera
se abría a una seña falsa.
Ya no me podréis negar,
testigos son estas plantas, 850
que sobre tantos avisos

Astolfo mi gusto agravia.
JULIA Señor, señor, esa culpa,
aunque hoy esté averiguada,
mía es, que no es de Astolfo, 855
pues creyendo que él llamaba,
yo le mandé abrir la puerta.
Luego en las dos, cosa es clara,
si fuera el llamar su culpa,
y mía hacer que le abran, 860
ya estoy culpada y él no,
pues yo le abro y él no llama,
que desde el primero día,
señor, que por mi desgracia
me visitastes, no ha entrado 865
más aquí.

(**Entra cayendo** ASTOLFO.)

ASTOLFO ¡El cielo me valga!
DUQUE Pues, ¿qué es esto?
JULIA ¡Muerta estoy!
PORCIA ¡Qué desdicha!
ASTOLFO **[Aparte.]** Vida y alma,
perdámonos de una vez, [57v]
y no muramos de tantas. 870
DUQUE ¿Quién va?
ASTOLFO Un hombre solo.
DUQUE ¿Cómo
desta suerte en esta casa
entráis?
ASTOLFO Como vós de esotra.
DUQUE ¿Sabéis quién soy?
ASTOLFO No sé nada,
que a estas horas y a estos celos 875
todas las sombras son pardas.
DUQUE Pues vuelve por donde entraste.
ASTOLFO Celos no vuelven la espalda.
DUQUE Haré que las vuelvas, y...

(Riñen.)

JULIA ¡Señor, Señor!
DUQUE Suelta, aparta. 880

(Dentro ruido de espadas.)

PORCIA En la calle, al mismo tiempo,
se oyen también cuchilladas.

(**Dentro** ENRIQUE.)

ENRIQUE Yo he de entrar en el jardín.

(**Dentro** CARLOS.)

CARLOS Mi brazo esta puerta guarda.
JULIA Da voces, Porcia.
DUQUE Hoy verás 885
que es rayo ardiente mi espada.
ASTOLFO ¡Oh! Que estás favorecido
y riñes con gran ventaja.

(**Dentro** ENRIQUE.)

ENRIQUE La puerta echaré en el suelo.

(**Dentro** CARLOS.)

CARLOS Guardola yo.
JULIA ¡Pena rara! 890

(**Dentro** LEONELO.)

LEONELO Yo te sabré hacer pedazos.
PORCIA Luces traeré desta sala.
JULIA Acudid todos.
ASTOLFO ¡Ay cielos!
Muerto soy.
(Cae en el suelo herido y desmayado.)
PORCIA ¡Desdicha extraña!
DUQUE Que aquí no me conocieran 895
fuera de grande importancia.

(Entran todos.)

ENRIQUE Julia, ¿qué [es][(8)] esto?
JULIA No sé,
tu desgracia y mi desgracia.
Tu hijo Astolfo, ¡muerta estoy!,
es, ¡qué pena tan tirana!, 900
el que, ¡rigurosa estrella!,
sobre, ¡el aliento me falta!,
esas flores, ¡qué rigor!,
caducas ya, ¡qué desgracia!,
hizo, ¡terrible desdicha!, 905
que con su púrpura y nácar
se conviertan en rubís
las que fueron esmeraldas.
El brazo, ¡ay Dios!, que te ofende,
el acero que te agravia, 910

no le sepas, no le sepas,
que sepa doblar las ansias,
ver posible la desdicha
y imposible la venganza.

ENRIQUE ¿Cómo imposible, ¡ay de mí!, 915
si este acero y estas canas
Etna de fuego y de nieve
serán[(9)]?

JULIA Tente, espera, aguarda,
no le ofendas que es el Duque.

DUQUE Enrique, Enrique, ya basta. 920

ENRIQUE Pues vuestra Alteza, señor,
¿tanto enojo, furia tanta?

DUQUE Así mi valor castiga
a quien mi valor agravia, **(Vase.)**
y si mil veces viviera, 925
le[(10)] diera muerte otras tantas.

LEONELO ¡Qué lastimosa tragedia!

OTAVIO ¡Qué rigurosa desgracia!

CARLOS ¡Qué amigo tan infeliz! [58]

JULIA ¡Qué mujer tan desdichada! **(Vase.)** 930

CANDIL De todo tuve la culpa,
tener la pena me falta.

PORCIA Temblando estoy de temor
por ser de su muerte causa. **(Vase.)**

ENRIQUE ¡Ay infelice de mí! 935
En pena, en desdicha tanta,
pues que me falta en la tierra,
denme los cielos venganza.

(**Éntrase metiendo el cuerpo de** ASTOLFO.)

Jornada II

Salen ENRIQUE, **viejo y** LAURA.

LAURA Hasta que te vi, señor,
turbada estuve y suspensa,
pendiente el alma de un hilo,
ni bien viva ni bien muerta.
¿Cómo vienes? ¿cómo fue 5
este prodigio? ¿qué intentas?
¿qué pasó? ¿qué sucedió?
No con tal duda me tengas,
porque es otra pena aparte
vivir dudando una pena. 10

ENRIQUE ¿Estás sola?

LAURA Sola estoy,
pero cerraré esta puerta.

ENRIQUE

No la cierres, que podrán
escucharnos detrás della,
que el que quiere decir, Laura, 15
cosas, y más como estas,
adonde importa el secreto
tanto hace mal si la cierra,
pues no sabe quién le escucha,
mejor es dejarla abierta; 20
que yo veo desde aquí
a quien sale y a quien entra.
Ya te acuerdas de la noche
que, tantas veces funesta
para mí, desde la casa 25
de madama Julia bella
truje a la mía a tu hermano
en mis hombros; ya te acuerdas
que, entre tu sangre bañado
volvió del desmayo apenas, 30
cuando... Mas ¿por qué mi voz
repetirte, Laura, intenta
lo que es justo que no olvides,
lo que es preciso que sepas?
Pues dijo un sabio que solo 35
arte de memoria era
estudiar uno desdichas,
que, como una vez se aprenda,
nunca saben olvidarse.
Y pues acordarte es fuerza, 40
paso ahora a lo que ignoras,
porque todas las adviertas.
Apenas el sol anoche
vencido de las tinieblas,
caerse dejó en el mar, 45
sustituyendo su ausencia
las estrellas y la luna,
porque abrasadas virreinas
de la majestad del sol,
son la luna y las estrellas; 50
cuando, poniendo reparos
a la sagrada violencia
del rayo del poderoso,
dispuse contra su fuerza
mi ingenio, bien como aquel 55
jeroglífico lo enseña
de la encina y de la caña,
que una fácil y otra opuesta
a las ráfagas del viento
del raudal a las violencias, 60
coronaron la humildad,
a vista de la soberbia.

Al tiempo, pues, que Sajonia
celebraba sus exequias
de Astolfo, salimos yo 65 [58v]
y... mas turbada la lengua
no se atreve a pronunciarlo,
que aun de imaginarlo tiembla.

LAURA No importa, ya sé quién dices.

ENRIQUE En una oculta maleza 70
de ese monte, tan guardada
de las hojas y las peñas,
que no echó menos el día,
porque siempre para ella
es noche, pues no ve al sol 75
que amanezca o no amanezca;
prevenidos dos caballos
tuve, cuya ligereza
el viento calzó de pluma,
tan hijos suyos, que fuera 80
la espuela manchar en ellos
desprecio y no diligencia.
Aquí, pues, la voz, aquí
en mil suspiros envuelta,
en mil lágrimas bañada, 85
dije... Pero gente llega,
luego, Laura, lo sabrás.

(**Salen** LUCRECIA **y** CANDIL.)

LUCRECIA Don Carlos está a la puerta.

CANDIL Dice, si para besar
tus manos, le das licencia. 90

ENRIQUE Amigo de Astolfo fue.

LAURA **[Aparte.]** Y enemigo mío, pues llega
a darme tantos cuidados.

ENRIQUE Decid que entre en hora buena.

(Hace que se va LUCRECIA, **y vuélvese a estar.)**

Pero decidme primero, 95
Candil, ¿qué venida es esta,
servís a Carlos?

CANDIL Señor,
desde aquella noche mesma,[(11)]
que trujiste herido a Astolfo
a casa, y como si fuera 100
tu familia tu homicida,
con enojo y con afrenta
a todos nos despediste.
Sirvo a Carlos.

ENRIQUE No me pesa,

decid que entre; mira, Laura, 105

(**Vase** CANDIL.)

que importa que nada entienda.

LAURA **(Aparte.)** Eso díselo a mis ojos,
porque, si son mudas lenguas
del alma, no callarán
a Carlos nada que sepan. 110

(**Salen** CARLOS **y** CANDIL.)

CARLOS Aunque fuera desta casa,
dando de mi amistad muestra,
recibo el pésame yo,
el darle aquí será fuerza.
Si bien de una circunstancia 115
hoy mis ojos me reservan,
que es encareceros cuánto
siento la infeliz tragedia
de Astolfo, pues si perdistes
un hijo y hermano en ella, 120
yo perdí un amigo, y no
es pérdida más pequeña,
que es parentesco sin sangre
una amistad verdadera.

ENRIQUE Bésoos, don Carlos, las manos, 125
que bien tenemos por ciertas
de vuestra noble amistad
tantas generosas muestras.
Bien lo dice mi cuidado,
pues el no dejar que os viera 130
Astolfo en su enfermedad,
por excusarle la pena
fue que llevó de perderos.

CARLOS Mis lágrimas solo sean
hoy testigos de la mía. 135

LAURA Mal en tratarlas hicieras
como ajenas, siendo propias.

CARLOS Nunca estas fueron ajenas.

CANDIL ¡Ay! **(Hace que llora.)**

LUCRECIA Pues ¿tú lloras también? [59]

CANDIL ¿Y cómo, no consideras 140
estas lágrimas de tinta?

LUCRECIA Pues, ¿hay cosa que tú sientas?

CANDIL No.

LUCRECIA Pues, necio, ¿por qué lloras?

CANDIL Por hacer compañía, necia.

(Sale un criado.)

CRIADO[(12)] Aquel hombre que te habló 145
endenantes, está ahí fuera.

ENRIQUE Un negocio es, yo saldré
a hablarle, tú aquí me espera,
Carlos; que quiero después
besar la mano a su Alteza, 150
y que me acompañes quiero,
porque notes, porque adviertas
que dar gracias por agravios
es la mayor diligencia.

(**Vase** ENRIQUE.)

CARLOS ¿Atreveranse mis voces, 155
pidiendo al llanto licencia,
validas de la ocasión
que ningún tiempo desprecia,
a mezclar, hermosa Laura,
amores a un tiempo y penas? 160
Pues entre penas y amores
hay tan poca diferencia,
que no salgo del conceto,
pues son una cosa mesma.

LAURA Bien podrás, Carlos, y bien 165
podré yo decir, atenta
a tus labios y a mis ojos,
que no es posible que sea
buen cortesano el amor,
pues de ninguna manera 170
habla más que una cosa,
mezclando gusto y tristeza.

CARLOS Por no distinguir los tiempos
ni las personas, se cuenta
que de un árbol mismo cortan 175
la muerte y amor sus flechas.
Y así, pues, amor y muerte
quiere el cielo que me hieran
tan a un tiempo que podrán,
cuando ir a cobrar pretendan 180
las saetas de mi pecho,
equivocar las saetas.
Bien podré, herido dos veces,
decir...

CANDIL Ya mi señor entra.

CARLOS Pues ya no podré decirlo. 185

LAURA Sí podrás, por una reja
de mi jardín esta noche.

(**Sale** ENRIQUE.)

ENRIQUE Perdonad, por vida vuestra,
la tardanza.
CANDIL **[Aparte.]** Más tendrá
que perdonar en la priesa. 190
ENRIQUE Y vamos [a ver][13] al Duque.
CARLOS Vamos.
ENRIQUE Laura, adiós te queda.
LAURA El cielo, señor, te guarde.
CARLOS No te olvides, Laura bella,
de que en la reja tu sol 195
esta noche me amanezca.
LAURA No haré, Carlos, que me va
la vida en que tú la tengas. **(Vase.)**
CARLOS Tú, vete a casa, y prevén
espada, capa y rodela. 200
[Aparte.] ¡Oh, quién de un suspiro al día
el achaque apagar pudiera,
pues está, que viva un dios,
en que solo una vez muera!
CANDIL Fuera razonable el soplo: 205
¿oyes qué digo, Lucrecia?
Está avisada, que mi amo
hablar a tu ama concierta,
porque estés tú a hablarme a mí.
LUCRECIA ¿De cuándo acá esa fineza? 210
Habiendo vivido en casa
tantos días, ¿hoy te acuerdas
de enamorarme?
CANDIL Es porque es
costumbre inmemorial esta,
ad perpetuam rei memoria, [59v]
entre los crïados hecha, 215
que no es porque yo te quiero,
mas podrá ser que te quiera,
por solo hacer compañía.
LUCRECIA Allá con Porcia se avenga,
no es Lucrecia para burlas. **(Vase.)** 220
CANDIL Dos romanas de la legua
enamoro, y ¡vive Dios!,
que he de ser en medio dellas,
pues fui de la Porcia Bruto,
Tarquino desta Lucrecia. **(Vase.)** 225

(**Salen el** DUQUE, LEONELO **y** OTAVIO.)

DUQUE Esta pena, esta furia,
doméstico enemigo que me injuria;
esta ansia, este veneno,
áspid ingrato que abrigué en mi seno;

esta ira, esta rabia 230
que el corazón, que es dueño suyo agravia,
no es posible que sea
amor, deidad en mí mayor emplea,
con enojo más fuerte,
pena, furia, veneno, rabia y muerte; 235
pues son tantos desvelos
las cabezas de la Hidra de los celos.

LEONELO Yo no sé de qué suerte los previenes,
pues tienes celos, y de quién, no tienes.

DUQUE Por respuesta, que puedo, te prevengo, 240
tenerlos, pues de quien tenerlos tengo.
Tú mismo a un hombre viste
que un jardín aquella noche, ¡ay triste!,
ciego y desesperado
entró, a quien yo, ofendido y enojado, 245
quité la vida, sin quitar la vida;
pues primero murió, que de la herida
de los celos que tuvo.
¡Qué fino amante, qué cortés anduvo!
Pues murió, averiguados los recelos, 250
a vista de su dama y de sus celos.

OTAVIO Si tú mismo confiesas desos modos
que murió, y es verdad que anoche todos
su entierro vimos, ¿cómo en esta parte
un muerto puede darte 255
celos?

DUQUE Como no mueren con la muerte
los celos.

LEONELO ¿De qué suerte?

DUQUE Desta suerte. [60]
De contrarios efectos esta llama,
de contraria razón esta centella
de celos nace en una causa bella, 260
o bien porque es amada, o porque ama.
Ni ser amada, pues, ni amar la dama
consiente amor, tasándole su estrella;
mas entre ser amada o amar ella,
lo uno disgusta, pero lo otro infama. 265
Luego si ya de Astolfo ser querida
no puede Julia, y yo en su llanto advierto
que ella puede quererle sin la vida,
de los dos daños el mayor es cierto,
y pues Julia de un muerto no se olvida, 270
bien puedo yo tener celos de un muerto.

OTAVIO Sutil sofistería
de amor.

DUQUE Pues mi mortal melancolía
della nace, y yo muero,
porque remedio a mi dolor no espero. 275

LEONELO Como tenerle quiera
tu Alteza, le tendrá.
DUQUE ¿De qué manera?
LEONELO Ovidio dice, hablando del remedio
de amor, cuál es el medio:
oye el verso.
DUQUE Holgareme de sabelle. 280
LEONELO «Para vencer amor, querer vencelle».
DUQUE Pues yo quiero y no puedo: luego ¿miente
Ovidio, o aconseja neciamente?
Y pues la pena mía
tan obstinada en mi dolor porfía, 285
con otra industria he de poder vencella.
OTAVIO ¿Qué pretendes hacer?
DUQUE Fïarme della
sin resistirme, a ver lo que hacer quiere
de mí, lléveme, pues, donde quisiere.
Prevenídos los dos para esta noche, 290
que el sol apenas hoy desde su coche
lid de rayos y olas
verá sobre las ondas españolas,
cuando a la calle yo de Julia vaya,
solo a ver sus umbrales, porque haya 295 [60v]
menos entre mi amor y su belleza.

(**Salen** ENRIQUE **y** CARLOS.)

ENRIQUE Deme a besar las plantas vuestra Alteza.
DUQUE **[Aparte.]** Solo esto le faltaba a mi castigo,
quejas de un padre y quejas de un amigo.
ENRIQUE Si algún día os mereció 300
mercedes, señor, mi fe,
dadme hoy albricias.
DUQUE ¿De qué?
ENRIQUE De que ya Astolfo murió.
Aunque pido mal, que yo
y mi honor al gusto vuestro 305
las debemos, bien lo muestro
con tan alegre albedrío,
pues fue el muerto un hijo mío,
que no fue un esclavo vuestro.
De aquella infelice herida 310
la ocasión aprovechó
porque hiciera mal, si no
muriera a tal homicida.
Su muerte, pues, y su vida
que en mí son uno, es muy cierto, 315
pues si ya vengado advierto,
señor, vuestro enojo esquivo,
para mí está Astolfo vivo,

cuando está para vós muerto.

DUQUE — Bien, Enrique, han hecho alarde 320
los esfuerzos del dolor,
de la sangre y del valor.
¡Dios os guarde, Dios os guarde!

(Vanse el DUQUE **y criados**.**)**

CARLOS — Confuso el Duque, cobarde
y turbado ha respondido. 325

ENRIQUE — Piedad de su pecho ha sido.
Adiós, adiós, Carlos.

CARLOS — Yo
he de ir con vós.

ENRIQUE — Eso no,
(Aparte.**)** bien hasta aquí ha sucedido. **(Vase**.**)**

CARLOS — Si decir uno el dolor 330
que padece, no enternece
sino al que el dolor padece,
bien podré decir mi amor
al sol, pues su bello ardor
un laurel siguió fïel, 335
y no dudo yo que él
con sombras el yerro dore
de que yo una Laura adore,
pues él adoró un laurel.
¡Oh tú, planeta luciente, 340
mide en tu pena la mía,
y haz hoy síncopa del día
el ocaso y el oriente!
Apague el azul tridente
tu luz, arder no presuma, 345
y nazca mi amor, en suma,
de espuma y sombra entre horror,
pues siempre nace el amor
de la sombra y de la espuma.
Ya parece que obediente 350
a mi voz noble y bizarro
guia el pértigo del carro
por los campos de Occidente:
sombra y luz confusamente
hacen que el atado broche 355
de sombra y luz desabroche
el sueño, ya perezoso,
equivocando el dudoso
rubricano de la noche.
Y pues ya se ha declarado 360
triunfante la niebla fría
de las campañas del día,
y yo a mi casa he llegado,

quiero, de traje mudado,
ir donde Laura me espera, 365
luciente sol desta esfera. [61]

(**Sale** CANDIL.)

CANDIL ¡Vive Dios, no pare aquí
un instante!
CARLOS ¿Candil?
CANDIL Sí.
CARLOS ¿Dónde vas desta manera?
CANDIL Huyendo.
CARLOS Loco pareces; 370
¿qué hay?
CANDIL No lo sabré decir,
ni aun pienso que sabré huir,
con haberlo hecho más veces.
CARLOS Nuevas sospechas me ofreces;
¿qué es lo que te ha sucedido? 375
CANDIL Yo...
CARLOS Prosigue.
CANDIL Estoy perdido;
¿viene alguien?
CARLOS No.
CANDIL Te esperaba,
cuando sentí que a la aldaba
de las puertas hacen ruido.
Fui a ver quien era, y hallé 380
un hombre, que rebozado
me mató la luz, turbado
quién era le pregunté,
y muy quedo dijo que
te buscase, mas no habló. 385
Dentro de casa se entró,
y del último aposento
cerró las puertas, atento
a que no le viera yo:
allí está, en fin, encerrado. 390
Ni sé quién es, ni qué quiere.
CARLOS Calla, y más tiempo no espere.
Trae luz, que determinado
yo haré que de ese cuidado
salgas.
CANDIL **(Entra y saca luz.)**
Aquí tienes ya 395
la luz.
CARLOS ¿Dónde es dónde está?
CANDIL Aquí.
CARLOS La puerta abriré.

(Abre ASTOLFO **la puerta y no sale**.**)**

Pero ella abrir se ve:
¡quienquiera que es salga acá!
¿No sale? Entra tú.

CANDIL Si fueras 400
a caballo, me tocara
ir delante, mas repara
yendo a pie, ¡cuán mal hicieras
si delante me trajeras!

CARLOS Suelta la luz.

CANDIL Eso haré 405
fácilmente.

CARLOS Yo veré
quien está dentro.

(Entra CARLOS **con la luz y la espada desnuda**.**)**

CANDIL Cerró
la puerta, así como entró
Carlos, quienquiera que fue.
¿Qué me toca hacer aquí 410
por la ley del duelo, siendo
criado?, ¿criado dice? Entiendo
que solo mirar por mí.
Y pues tanto ha que no vi
a Porcia, a verla iré en tal 415
duda, afectos de leal
ningún cuidado me den,
porque nunca me hará bien
si yo no le sirvo mal.

(Vase, **y salen** PORCIA **con luces y** JULIA **con luto**.**)**

JULIA Pon en ese cenador 420
las luces sobre un bufete,
porque no estemos a escuras
en este trágico albergue
las dos solas.

PORCIA Ya están puestas,
y en él prevenido tienes 425
un tapete y una almohada,
para que al fresco te sientes,
ya que de estar aquí gustas.

JULIA Ningún descanso apetece
mi vida, en tanto que triste, 430
entre laberintos verdes,
cercos ya de la fortuna,
y teatros de la suerte,
lloro, Porcia, mis desdichas,

imitadoras del Fénix 435 [61v]
tanto, que en cuna y sepulcro
unas nacen y otras mueren;
que a las desdichas siempre
otras desdichas hay que las hereden.
Triste, funesto jardín, 440
tú, que en tiempo más alegre,
si pompa del amor fuiste,
ruina ya del amor eres;
donde al cielo que lo admira
y a la tierra que lo atiende, 445
representó la fortuna
tragedias de amor, que pueden
tanto a las flores mover,
tanto ablandar a las fuentes,
que a las fuentes y a las flores, 450
de piadosas y corteses,
corren por perlas corales,
dan por jazmines claveles.
Oye mis desdichas, pues
lugar a mis dichas deben 455
tus cristales y tus rosas
por lo que se les parecen;
que mis dichas son flores y son fuentes,
o por lo fugitivo o por lo breve.
Yo vi, yo vi coronado 460
en este jardín alegre,
de vitorias al amor.
¡Cuánto engaña, cuánto miente,
quien deidad le llama, pues
una desdicha le vence! 465
Dígalo a voces la aurora
que en estas hojas se mueve
quejosa, porque mis voces
con sus cláusulas concierten;
díganlo a señas las plantas 470
manchadas, que en este albergue,
para ser tálamo nacen,
y siendo túmulo, mueren;
pues el aura, y pues las plantas,
de tratarme a mí y de verme[(14)], 475
solo suspiros estudian,
solo lágrimas aprenden;
y podrán mejor que yo,
a quien turban y enmudecen
las penas, porque en efeto 480
las padezca y no las cuente;
que el que decirlas puede,
más las alivia, Porcia, que las siente.

PORCIA ¿El campo de la fortuna

dejas correr de esa suerte 485
al discurso? No podrás
pararle cuando lo intentes:
haz treguas, señora, un rato
con las lágrimas que viertes,
que así morirás de triste. 490

JULIA Pues ¿qué dicha más alegre?
Déjame, Porcia, llorar;
pues todos dicen que es este
el mejor bien de los males
y el mejor mal de los bienes. 495
Pero ¿quién se entra hasta aquí?

(**Sale** CANDIL.)

CANDIL Un muerto Candil, que viene
a las luces de tus ojos
a quemarse, y no a encenderse.

JULIA Desde que Astolfo murió, 500
Candil, no has venido a verme.

CANDIL Don Carlos, mi nuevo dueño,
tan ocupado me tiene,
que no he tenido lugar.

PORCIA Muy anciano chiste es ese, 505
dar por disculpa a los amos
de la culpa que no tienen;
di que Lucrecia, y dirás
bien.

CANDIL El diablo me lucrecie,
que es mucho más, Porcia mía, 510
que decirle que me lleve,
si yo...

JULIA ¿Qué es eso?

CANDIL Pregunto,
¿y qué haces desta süerte?
¿No te da miedo este sitio?

JULIA No, que quien ama no teme, 515 [62]
como el can que de su dueño
sobre el sepulcro fallece,
de la lealtad y el amor
jeroglífico excelente,
yo sobre aquestas caducas 520
plantas, monumento débil
de Astolfo, pues aquí fue
adonde cayó, estoy siempre
con voces y con suspiros
gimiendo y llorando a veces. 525

PORCIA ¿Quieres que, por divertirte,
cante?

JULIA Él solo consiente

mi dolor, por ser así
que la música entristece.

(Dan golpes debajo.)

Oye, detente; ¡ay Candil!, 530
¡ay Porcia! ¿Qué ruido es este?
CANDIL Yo no entiendo bien de ruidos.
PORCIA Ni yo tampoco.
JULIA Parece
que en el centro de la tierra
sepulcros se abren crüeles. 535

(Vuelven a dar golpes.)

Vuelve a escuchar...
PORCIA ¿Tan buen son
es?
JULIA A ver si el ruido vuelve.
CANDIL Sí vuelve, porque es un ruido
muy puntual.
JULIA [Ya es bien me acerque.][(15)]
[PORCIA] No yo, que temiendo estoy 540
desde el perico al juanete.
CANDIL Yo, que no tengo perico,
temo desde el pie a la frente.

(Dan golpes.)

JULIA Dad voces.
PORCIA Yo no, no puedo.
CANDIL Ni yo, que fuera indecente 545
dar voces en casa ajena.
JULIA Preñada la tierra quiere,
rasgándose las entrañas,
que nazcan o que revienten
prodigios. ¿No veis, no veis 550
cómo toda se estremece?
¿No veis las plantas y ramos
o sacudirse o moverse?
PORCIA ¡Pluguiera a Dios no lo viera!
CANDIL ¿Qué es esto que hoy me sucede? 555
¿Allá embozados y aquí
dan golpecitos?
JULIA Valedme,
¡cielos!, que ya no hay valor.

(Ábrese un escotillón y sale ASTOLFO **lleno de tierra.)**

Pues Astolfo, ¡ay de mí!, es este,

que aborto del centro nace 560
en la parte donde muere.

PORCIA Válgame San Verbo caro.

CANDIL San Dios, San Jesús mil veces.

PORCIA ¿Adónde estaré segura? **(Vase.)**

CANDIL Tratar quiero de esconderme. 565

ASTOLFO Quédate, Carlos, aquí,
por lo que me sucediere,
que hasta recorrer la casa
yo entraré solo.

JULIA ¡Detente,
Astolfo!

ASTOLFO Julia, no temas. 570

JULIA ¿Qué me afliges? ¿Qué me quieres?
¡Déjame, déjame!

ASTOLFO Julia,
oye, escucha, mira, advierte;
sobre las flores cayó,
donde, rendida parece 575
la deidad que en este templo
aras de púrpura y nieve
dan a estatuas de jazmines,
dan a imagen de claveles.
¡Oh, qué mal hice, ¡ay de mí!, 580
en romper, sin que estuviese
Julia avisada, esta mina!
Pero, ¿qué habrá que yo acierte?
¿Y quién pudo prevenir
que aquí, a estas horas, la viese? 585
¡Mira, oh cielo, que no es justo,
ya que por muerto me tiene,
que siendo yo el muerto, sea
Julia el cadáver! Advierte
que expira en su luz el día, 590
de tantas flores te duele, [62v]
huérfanas sin su hermosura.

PORCIA[(16)] **(Dentro.)** ¡Al jardín, crïados, gente!

CANDIL **(Dentro.)** Id[(17)], a socorrer a Julia.

DUQUE **(Dentro.)** Nada, Leonelo, receles. 595
Voces dan, rompe esas puertas.

ASTOLFO Ya en el jardín entra gente.
¿Qué he de hacer, que unos de otros
nacen los inconvenientes?

(Golpes dentro.)

Si me echo a la mina, dejo 600
abierta la boca, y pueden
averiguar contra Carlos
y contra mí fácilmente

el intento; si la cierro
con ramas, porque no lleguen 605
a verla, no tengo luego
por donde salir, de suerte
que en irme, Carlos y yo
padecemos igualmente;
y en quedarme y ocultarme, 610
yo solo, pues yo me quede
empeñado y asegure
a Carlos. Mas, pues me ofrece
tan casual instrumento

(Cubre la boca con una almohada.)

esta almohada, ella cierre, 615
y fiando a la fortuna
algo en desdicha tan fuerte,
me encerraré en esta cuadra.
¡Valedme, cielos, valedme!

(**Escóndese y salen** PORCIA, **el** DUQUE, **criados y** CANDIL.)

DUQUE A tu voz rompí esas puertas. 620
¿Qué es esto, Porcia? ¿Qué tienes?
PORCIA No sé, señor.
DUQUE Di, Candil,
¿qué es lo que a los dos sucede?
Pero no me lo digáis,
ya veo que a un accidente, 625
en el mismo sitio adonde
a Astolfo le di la muerte,
Julia yace desmayada.
¡Julia hermosa!
JULIA ¿Qué me quieres?
¡Déjame, Astolfo!
DUQUE No soy, 630
sino yo. ¿Qué es esto?
JULIA Atiende.
En este, ¡ay Dios!, no sé (no tengo aliento)
como diga, jardín o monumento;
en este, ¡ay Dios!, no sé (desdicha dura)
como diga, sepulcro de hermosura... 635
Mas ¿qué dudo, luchando yo conmigo?
Monumento, señor, y jardín digo.
Mas ¿qué digo, conmigo batallando?
Hermosura y sepulcro digo, dando
la rienda a mis enojos, 640
aportaban los labios a los ojos
a lágrimas y voces,
que igualmente veloces

corrían cada cual a su elemento,
el llanto al agua y el suspiro al viento: 645
si no es que desatados
iban todos al fuego, que abrasados
tanto salían de mi helado pecho
lágrimas y suspiros, que sospecho
que monstruo el fuego sea, 650 [63]
cuando compuesta de contrarios vea
su esfera, porque luego
cuanto temí y lloré, todo era fuego;
pues por donde el suspiro y llanto pasa,
el llanto quema y el suspiro abrasa. 655
Aquí, en mis fantasías,
crueldades tuyas, o desdichas mías,
estaba, pues, llorando,
cuando, ¡ay infeliz!, cuando
alterada la tierra, 660
que los tesoros pálidos encierra
de muertos, con extrañas
lides rasgar quería las entrañas,
echando de su centro
los prodigios que ya no caben dentro 665
de mudos golpes, pues flores y plantas,
informadas, ¡ay Dios!, en penas tantas,
a temblar empezaron.
Que también las raíces que miraron
del céfiro las hojas sacudidas, 670
no es mucho, mas que tiemblen hoy heridas
las hojas con embates infelices
al céfiro que hiere las raíces,
son iras, son congojas
que ignoran las raíces y las hojas. 675
En efeto, al gemido, que no pudo
articular el viento, porque mudo
dentro del seno estaba,
cuando solo por señas se quejaba,
tembló el jardín, y tanto le provoca, 680
que para respirar abrió la boca.
No así el Vesubio fïero,
que, baluarte rústico de acero,
contra los cielos vomitar presumo
bombas de füego y pólvora de humo, 685
comunero del sol, al sol se atreve,
de cuyo incendio es la ceniza nieve;
como esta tierra, esta que ves, herida,
de sus mismas entrañas desasida,
a las estrellas estrella sube 690
pirámide de polvo, densa nube, [63v]
a empañar importuna
los trémulos cristales de la luna.

Yo vi aquí, desmayada
la voz, torpe la acción, la lengua helada, 695
erizado el cabello,
en el pecho un puñal, un nudo al cuello,
equívoca la vida,
al corazón la sangre retraída,
embargado el aliento, 700
muerto el sentido, vivo el sentimiento...
No puedo hablar... Yo vi, yo vi bañado
en sangre y polvo a Astolfo, que abortado
de su sangre nacía.

DUQUE — Detente, que tu gran melancolía, 705
que tus vanos desvelos
en ti fueron temores y en mí celos;
pues cuanto causa ha sido
de que tú esa ilusión hayas tenido,
con el mismo argumento 710
lo es de que tenga yo este sentimiento.
¿Adónde está esa boca que te asombra,
adónde, que te aflige está esa sombra,
sino es en tu deseo?
Y pues que vivo en tu memoria veo 715
a quien muerto me ofende,
vengarse dél aquí mi amor pretende.
No hablarte imaginaba
jamás, aunque tus prendas adoraba,
mas pues un muerto a mí me da desvelos, 720
vivo yo, a él le tengo de dar celos.
Y no será la pena, no, fingida,
que si el alma no muere con la vida,
bastarale en tal calma,
para que tenga celos, tener alma. 725
Salíos todos afuera.

JULIA — Mira, señor, advierte, considera...

DUQUE — No llores, que es en vano.

JULIA — Que a los cielos ofendes.

DUQUE — Soy tirano.

JULIA — Manchadas estas flores, 730
¿no te ponen horror?

DUQUE — Desprecio flores,
y antes, que has de ver, piensa, [64]
que con tu sangre se manchó su ofensa.

(**Escondido al paño** ASTOLFO.)

ASTOLFO — **[Aparte.]** No verá, que primero
moriré yo otra vez; ¿cielos, qué espero? 735
Pero si a verme llega,
el paso a mi esperanza se le niega,
que querer que de verme aquí se asombre,

es temor de mujer, no es temor de hombre.
Pues el remedio sea, 740
que estorbe la ocasión y él no me vea.

DUQUE Pues viste a Astolfo, di que a defenderte
llegue.

(Sale ASTOLFO **por parte que no le vea el** DUQUE, **mata la luz**.**)**

ASTOLFO Sí llegará, de aquesta suerte.

DUQUE La luz han muerto y una voz escucho.

JULIA De Astolfo es esta voz.

DUQUE Cobarde lucho 745
con mi asombro y contigo.

JULIA Mira si fue temor cuanto yo digo.

DUQUE Temor fue, que primero
que al espanto me rinda, hacer espero
de mi valor alarde, 750
que nada a mí me puede hacer cobarde.

ASTOLFO **[Aparte**.**]** Ya, ¡cielos!, que sin verme
estorbé su rigor, vuelvo a esconderme.

DUQUE ¿Adónde, voz, te escondes?
Si me llamas, ¿por qué no me respondes? 755

(**Sale** CARLOS.)

CARLOS **[Aparte**.**]** A las voces, espadas y ruido,
del puesto que aguardaba me he salido,
que, ya Astolfo empeñado,
con él he de morir puesto a su lado,
que es lo que a mí me toca, 760
y como estaba dejaré esta boca.

JULIA ¡Muerta estoy, cielos!

DUQUE Ilusión o sombra,
ni tu aspecto me espanta ni me asombra.
¡Hola, Leonelo, Otavio!

(Salen todos con luz.**)**

LEONELO ¿Qué es aquesto? [64v]

CARLOS **[Aparte**.**]** En grandes confusiones estoy puesto. 765

DUQUE ¿Qué miro? ¿Carlos?

CARLOS Sí.

DUQUE ¿Cómo has entrado
aquí?

CARLOS Del ruido entré, señor, llamado.

LEONELO ¿Por dónde, si la puerta
guardamos?

CARLOS Por las tapias de la huerta.

CANDIL Pues muy presto has venido, 770
para dejarte en casa y escondido.

DUQUE ¿Viste a Carlos, Leonelo? ¿Otavio viste
a Astolfo? ¡Penas tristes!
CARLOS ¿A Astolfo? Considera que sería
ilusión de tu ciega fantasía. 775
DUQUE Si el miedo engaña, ¿puedo
yo engañarme, si yo no tengo miedo?
Yo he escuchado su voz, su forma he visto
al matarme esas luces; mal resisto
la cólera.
JULIA ¿Y es cierto? 780
CANDIL Él anda en pena aquí después de muerto.
LEONELO Pues para asegurar tales extremos,
todo este jardín examinemos.
CARLOS **[Aparte.]** ¡Ay de mí, si por dicha
le hallan!

(ASTOLFO **al paño como escondido**.)

ASTOLFO ¡Qué cierta es, cielos, mi desdicha! 785
DUQUE Abierta está esta cuadra.
CARLOS Yo a miralla
el primero entraré.
ASTOLFO Pues, Carlos, calla.
CARLOS Sí haré, nadie hay aquí.
OTAVIO Ni aquí tampoco.
DUQUE Pues no fue sueño lo que miro y toco.
Yo le he visto y oído, 790
verdad, Leonelo, ha sido,
¡qué desdicha tan fuerte,
en el lugar donde le di la muerte! **(Vase.)**
PORCIA Este galán fantasma, ¿qué pretende?
CANDIL Que tenga esposo...
PORCIA ¿Quién?
CANDIL La dama duende. **(Vase.)** 795
JULIA ¿Quién mis penas ignora?
CARLOS Julia, escucha, aunque ver vuelvas ahora
a Astolfo, no te espantes, porque vivo
está, y a verte viene. Esto apercibo
de paso a tu belleza; 800 [65]
que no puedo dejar de ir con su Alteza.
[Aparte.] Y no es sino ir a ver si amor restaura
tan tarde la ocasión de ver a Laura.
JULIA Carlos, escucha, detente,
no dejes tan presuroso 805
por virrey en mis sentidos
un asombro de otro asombro.
Astolfo, ¿cómo es posible
que vive, cómo, di, Astolfo
viene a verme, cómo puede 810
ser verdad?

(**Sale** ASTOLFO.)

ASTOLFO Escucha cómo,
ya que avisada de Carlos,
imposible dueño hermoso,
estás, y el temor nos deja
en aqueste jardín solos. 815
Bien te acuerdas que a esta esfera,
y aun aqueste sitio proprio,
celoso una noche entré
y salí muerto. No toco
si fue lo mismo el salir 820
muerto que el entrar celoso,
puesto que celos y muerte
dicen muchos que es lo propio.
En los brazos de mi padre,
que me lloraba piadoso, 825
a pesar de mi dolor
el perdido aliento cobra,
de la derramada sangre
bañado cabello y rostro,
tanto que corriendo al pecho 830
en dos humanos arroyos
los ojos y las heridas
equivocaron lo rojo;
porque para que dudase
si la vierto o si la lloro, 835
de envidia de las heridas
lloraban sangre los ojos.
En el último aposento,
donde apenas temeroso
entró el sol deshecho en rayos, 840
entró el aire envuelto en soplos,
me encerraron; y la cura
de la herida fue de modo
que ni amigo ni crïado
entró a verme; porque solos 845
mi padre y mi hermana fueron
asistiendo cuidadosos,
los práticos obedientes
de un grande físico docto,
que entraba a verme a deshora 850
recatado y temeroso.
Con este estudio en mi padre,
en mi hermana estos ahogos,
este silencio en mi casa
y esta ceremonia en todos, 855
convalecí, por hacer
a mis celos este oprobrio

de no morir de mis celos,
o por darles este enojo
a mis dichas, pues vivir 860
un desdichado no es poco.
Apenas, pues, nueva vida
mal restituido cobro,
cuando mi padre de aquel
voluntario calabozo 865
me saca una noche a escuras,
al mismo tiempo que oigo
en otro cuarto en mi casa
tristes exequias y lloros.
Los umbrales de una puerta 870
pavorosamente toco,
cuando de la otra sale
un entierro suntuoso:
«¿quién es el muerto?», pregunto
a mi padre, y él, dudoso: 875
«Tú eres aquel mismo», dijo.
Y aunque de escuchalle absorto,
conocí un gozo entre penas,
y vi una pena entre gozos,
de suerte que en un instante 880 [65v]
breve, en un espacio corto,
vivo y muerto por dos puertas
me miré sacar yo propio.
Era la estación que ya
el planeta luminoso, 885
dejándonos en la noche
llevaba el día a otro polo.
Seguí a mi padre hasta un monte,
de cuyo seno medroso
disformemente nacía 890
el hurto, el sueño y el ocio.
Aquí, pues, en una oculta
parte, murada de troncos,
tanto que aún no penetraba
el inculto sitio umbroso 895
el aire que por defuera
le andaba acechando solo,
como para hacer silencio,
ceceando en suspiros roncos.
La lengua muda mi padre, 900
mal desatada en sollozos,
me dijo: «Yo he pretendido
no ver ni llorar, Astolfo,
tu muerte segunda vez,
porque dolor tan penoso 905
no es dolor para dos veces,
sin osar ponerle estorbos.

Ofendido al Duque tienes,
violencias de un poderoso
vénzalas, hijo, la industria, 910
cuando el valor puede poco.
Al rayo que de la nube
preñada es fatal aborto,
no le aborta aquella torre
que es cimera de un escollo, 915
revellín contra los rayos,
está al reparo de todos,
que aquella cabaña, aquella
que, en lo ignorado del soto,
apenas el sol la sabe, 920
sí que burla los enojos;
porque lo ignorado más
seguro está del destrozo
que lo altivo, que está cerca
lo eminente de ser polvo. 925
Húrtale el cuerpo a la ira,
pues yo el miedo dispongo
tan nuevo que abrazo vivo
al que muerto lloran todos.
Desfigurado cadáver 930
es el que por ti supongo,
en quien del Duque la ira
quiebra, y llegue el desenojo,
que más allá de la muerte
no sabe pasar lo heroico. 935
De lo mejor de mi hacienda,
reducido a joyas y oro,
la mayor parte te entrego;
el céfiro es perezoso
con este caballo, en él 940
sube, y pon tu vida en cobro».
Dijo, y callando la lengua
calló, y hablando los ojos
dio de los pies al caballo,
dejándome puesto en otro. 945
Yo, que en medio de tan nuevos,
tan raros, tan portentosos
sucesos, dejé lugar
para ti, que fuera impropio
defeto que las desdichas 950
se levantasen con todo,
me acordé de que tenía
Carlos hecho para otro
fin una mina en tu casa...
Tu enemigo fue, no ignoro 955
que adivines el intento,
pues valiéndome animoso

de su amistad y mi amor,
sin tu licencia la rompo,
que es esta, por cuya boca 960
(Descubre la cueva.)
bosteza la tierra asombros. [66]
Por ella he venido, Julia,
a desengañarte solo
de que vivo, si es que vivo
hoy en tu pecho amoroso, 965
y pues tu riesgo y mi riesgo
si me estimas, lugar propio
te da el carro del amor
entre sus triunfos famoso.
Yo no puedo ya vivir, 970
a que ausentarme es forzoso,
y más habiendo causado
ya en tu casa este alboroto.
Vente conmigo, vivamos
libres del rayo, que como 975
viva yo contigo, Julia,
tendré a la fortuna en poco.
No desprecies la ocasión,
que a Dios te iguala en un modo,
pues está en tu mano hacer 980
de un desdichado un dichoso.
Y si no, desengañado
de que han valido tan poco
contigo, ¡oh hermosa Julia!,
estas lágrimas que lloro, 985
estos suspiros que lanzo
y estas razones que formo,
me iré donde nunca tengas
noticia de mí, pues solo
habrá servido el venir 990
a verte de un breve, un corto
paréntesis de mi muerte,
y de tu rigor quejoso,
dejándote a que del Duque
seas sagrado despojo, 995
volveré a cerrarle, haciendo
verdad mi fin lastimoso,
que si de una vez la muerte
el tuyo ha acertado a todos,
a mí ya de dos la una; 1000
¿cómo podrá errarme, cómo?

JULIA

Astolfo, señor, mi bien,
dulce dueño, amado esposo,
y... Pero todo lo he dicho
con solo decir Astolfo, 1005
a mis ojos las albricias

de tu vida no perdono,
si bien no te pueden dar
más que lágrimas mis ojos.
Asombro tuve y temor 1010
de verte tan prodigioso,
y aunque el temor he perdido,
aún no he perdido el asombro,
que no es posible que sean
verdad las dichas que toco, 1015
que cuanto las sé, por vellas,
por ser dichas, las ignoro.
Tú vivas feliz los años
que vive el pájaro solo,
que es en hogueras de pluma 1020
hijo y padre de sí propio;
y si para que los vivas
algo a tu lado te importo,
llévame contigo, y sea
patria mía el más remoto 1025
clima, donde el sol apenas,
nudo luciente del globo,
se deja acechar del día,
o adonde con rayos rojos
no deja triunfar la noche, 1030
que ya en estos, y en esotros,
viviré siempre contenta,
que no quiero más abono
para la felicidad
que poder llamarte esposo. 1035
Y así, en tanto que animosa
mi hacienda y joyas dispongo,
vive en la casa de Carlos,
que aunque por casos honrosos
es mi enemigo, también 1040
es tu amigo, y bien conozco
que si en balanzas iguales
aclaman un pecho heroico [66v]
venganza y piedad, irá
a la piedad generoso, 1045
y no a la venganza. ¿Quién
fuera ya prudente y loco
a la infame, cuando está
al paraje de lo heroico?
Y yo, para asegurarte 1050
tiempo, que será tan poco
que aun a ti te lo parezca,
hoy con estudio ingenioso
haré cubrir esta boca
con una trampa, del modo 1055
que con las plantas y flores

continuando los adornos
del jardín, engañar puedan
al austro, al cierzo y al noto.
Por aquí a hablarme vendrás 1060
de noche, sabiendo solo
un jardinero el secreto,
a quien fïarle dispongo.
Con esto y con el temor,
que ya publicado noto, 1065
tendré cerrado el jardín
todo el día, porque solo
para ti de noche abierto
esté. Pero ruido oigo:
vete, Astolfo, no te vuelva 1070
a ver.

ASTOLFO Pésame, que el poco
tiempo no me da lugar
de agradecerte dichoso
estas finezas.

JULIA No esperes
más.

ASTOLFO A la mina me arrojo. 1075

JULIA Ya no me da espanto el verla.

ASTOLFO Viéndote a ti, a mí tampoco.

JULIA Y es justo...

ASTOLFO ¿Qué?

JULIA Que antes ya
la venere.

ASTOLFO ¿Por qué modo?

JULIA Porque es bien que de prodigios 1080
use amor tan prodigiosos.

ASTOLFO ¿Eslo el tuyo?

JULIA Y lo será.

ASTOLFO Digno es de lo que te adoro
ese extremo.

JULIA El ruido vuelve.

ASTOLFO Adiós, Julia.

JULIA Adiós, Astolfo. 1085

Jornada III

Salen LEONELO **y** ENRIQUE **viejo**.

LEONELO Presto saldrá aquí su Alteza,
aquí podéis esperar,
que tiene a solas que hablar
con vós.

ENRIQUE ¡Extraña tristeza

es la mía! ¿No diréis, 5
si vuestra atención lo infiere,
qué es lo que el Duque me quiere?

LEONELO De su boca lo sabréis.

(**Vase** LEONELO.)

ENRIQUE En notable confusión
este recato me ha puesto, 10
¿qué puede ser, ¡cielos!, esto
que con tanta prevención
le obliga al Duque a llamarme?
¡oh, cómo siempre el temor
camina hacia lo peor! 15
Mas no hay de qué recelarme.
Si quejoso me imagina
de su rigor, ¿no será
más cierto pensar que ya
hacerme honras determina 20
que disculpen su rigor?
Sí, pues que no puede ser
otra cosa, cuando a ver
llego que de mi temor
el reparo he conseguido 25
tan cuerda y secretamente,
que de Astolfo, ¡ay de mí!, ausenten
aún yo propio no he sabido.
Pues si ya en salvo su vida
con su muerte está en mi extremo, 30
¿qué recelo ni qué temo?
Nada a mi valor impida:
A tus pies estoy, llamado [67] (18)
de ti, a servirte he venido.

(**Salen** LEONELO, OTAVIO **y el** DUQUE.)

DUQUE Es verdad, que yo he querido, 35
Enrique, de un gran cuidado
con vós a solas hablar.

ENRIQUE ¿Cuidado y conmigo?

DUQUE Sí,
y tan extraño.

ENRIQUE **[Aparte.]** ¡Ay de mí!

DUQUE Que si le llego a pensar, 40
decirle, Enrique, no puedo,
bien que le puedo sentir,
ni vós le podréis ya oír
o sin asombro o sin miedo;
y así, previniendo el pecho 45
de que me habéis de escuchar

un suceso singular,
oíd[(19)].

ENRIQUE Mil cosas sospecho,
y ya, aunque mal, las resisto.

DUQUE Pues de una vez las publique. 50
Yo he visto a Astolfo, yo, Enrique.

ENRIQUE ¿Qué decís?

DUQUE Que yo le he visto.

ENRIQUE (**[Aparte.]** ¿Esta fue, ¡ay cielos!, qué haré,
la ausencia, Astolfo, que hiciste?)
¿Dónde fue, dónde le viste? 55

DUQUE En casa de Julia fue,
donde cada noche va,
que desde la que le vi,
ninguna falta de allí
y toda Sajonia está 60
llena desto, que si vós
no la sabéis, habrá sido
porque a vós nadie ha querido
decirlo.

ENRIQUE ¡Válgame Dios!
(**[Aparte.]** Mas ¿qué me acobarda tanto? 65
Todo mi delito fue
que dar vida procuré
a un hijo, pues, ¿qué me espanto,
si el estilo y el secreto
con que lo dispuse, ha sido 70
haber guardado y tenido
temor al Duque y respeto?
Pues siendo así, ¿qué me admira
su enojo? Lo mejor es
decir, echado a sus pies, 75
la verdad desta mentira.)
Grande es el pesar, señor,
y tan grande, que no sé
qué disculpa, ¡ay de mí!, os dé
que os pueda sonar mejor 80
que la verdad. Padre soy
y vasallo vuestro, así
como todo procedí
entre los dos; mas ya estoy
a vuestros pies.

DUQUE No me espanto 85
que esos extremos hagáis,
si hablar en esto llegáis.

ENRIQUE Pues si no os espanta el llanto,
muevaos también, y el perdón
de Astolfo, para que tenga 90
quietud, de esas manos venga.

[DUQUE] Solo con esa ocasión,

Enrique, os envié a llamar;
porque su quietud deseo.
[ENRIQUE] Dame tus pies, que bien creo 95
de ti un bien tan singular.
DUQUE Y así, para que proceda
hoy cuerda y piadosamente
como príncipe prudente,
decidme vós en qué pueda 100
mostrar mi piedad, ¿dejó
deudas Astolfo? ¿ha tenido
obligaciones, que han sido
de restitución? Que yo
a todo quiero salir, 105
todas las quiero pagar,
porque vaya a descansar.
ENRIQUE **[Aparte.]** ¿Qué es esto que llego a oír?
De un recelo a otro más grave
discurro. Pues habla así, 110
solo sabe que anda allí;
pero que vive no sabe.
Pues quédese tan secreto
como estaba mi cuidado, [67v]
que ya, de todo avisado, 115
enmendarlo[(20)] me prometo
segunda vez, si es que alguna
consejo admite el amor.
DUQUE ¿Qué decís?
ENRIQUE Digo, señor,
que es infeliz mi fortuna; 120
pero ya que generoso
su quietud solicitáis,
ved que palabra me dais,
como príncipe piadoso,
de hacer prudente y discreto 125
cuanto a ella convenga hoy.
DUQUE Una y mil veces la doy.
ENRIQUE Una y mil veces la aceto.
DUQUE Quietud, descanso y perdón
tendrá Astolfo. Decid, ¿qué 130
he de hacer?
ENRIQUE Yo os lo diré
en llegando la ocasión,
que la quiero examinar,
por no embarazaros, no,
sino solo[(21)] en lo que yo 135
no pudiere remediar. **(Vase.)**
LEONELO No sé si lo has acertado,
señor, en haber creído
tan fácilmente una sombra,
tan vanamente un delirio, 140

que te obligue a que des parte
a Enrique; pues yo imagino
que de sola una ilusión
este escándalo ha nacido.

DUQUE ¡Oh, qué necio estás, Leonelo! 145
Si es verdad que yo le he visto,
si es verdad que los crïados
de Julia dicen lo mismo;
porque desde aquella noche
el espanto, repetido 150
todas las demás, le ven
venir a aquel propio sitio,
¿cómo es posible que sea
ilusión?

(**Sale** CANDIL.)

CANDIL Y yo testigo,
que a la primera pregunta 155
de las generales, digo
que no me tocan, por cuanto
ni soy muerto ni lo he sido,
ni quisiera jamás serlo.
Y a la segunda confirmo, 160
que vi a Astolfo ocularmente,
cuando el dicho Astolfo vino
al dicho jardín, que estaba
la dicha Julia, y el dicho
Candil lo firmó, so cargo 165
del juramento que fizo.

DUQUE ¡Oh necio! Con tus frialdades
¡a qué mal tiempo has venido!

CANDIL Siempre vengo yo a mal tiempo,
pues ha tanto que te sirvo 170
de *parlier*, y nunca medro.

DUQUE Calla y prosigue.

CANDIL Prosigo,
que en mentira de fantasmas
nada en mi vida he creído,
y para no serlo esta, 175
escucha un discurso mío.
Todas las noches que viene
esta sombra que has creído,
dicen que Julia al jardín
baja, habiendo recogido 180
su casa, donde hasta el alba
está, que aquesto he sabido
de Porcia y de otros que están
en su casa a tu servicio.
Pues ¿cómo es, señor, posible 185

que el amor haya rompido
al más feminil temor
las prisiones y los grillos,
tanto que hable una mujer
con un muerto? Doy que ha habido 190
muertos que pidan sufragios:
¿es de sufragios camino
irse a parlar con su dama
un muerto enamoradizo? [68]
¡Vive Dios, que aquí hay engaño! 195

DUQUE Bien a tus razones rindo
la razón; pero no puedo
los ojos con que le he visto.

LEONELO Pues doy que vino a buscarte.
¿Cómo solamente vino 200
al jardín, y no a palacio?
Que si por el homicidio
te asombrara, él estuviera
en cualquier parte contigo.

DUQUE No, sino que allí es adonde 205
repetir quise el delito,
y allí se me apareció.

LEONELO Y las noches que ha venido
sin que el delito repitas,
¿a qué vino? Yo te digo 210
que si tú a Julia tuvieras
fuera de su jardín mismo,
que nunca el muerto viniera.

DUQUE Ya que estás tan discursivo,
deste horror[(22)] que miran todos, 215
¿qué imaginas?

LEONELO Que imagino
que, por ponerte pavor,
Julia esta sombra ha fingido
dentro, señor, de su casa,
pues con esto ha conseguido 220
que tú la dejes en ella.
Y si no, haz que escondido
me tenga en el jardín Porcia,
que yo solo a entrar me obligo
a averiguarlo; y haz tú 225
que en aqueste tiempo mismo
falte Julia del jardín,
verás si es cierto o fingido,
pues ni él vendrá si ella falta
ni irá donde hubiere ido. 230

DUQUE Yo puedo formar discursos,
pero no temer peligros,
y viendo tú que es engaño
en mi ofensa concebido,

nadie le ha de examinar, 235
Leonelo, sino yo mismo.
Ve tú a Porcia y dile a Porcia
(**Esto dice a** CANDIL.)
que del jardín el postigo
me tenga abierto a la noche.

CANDIL Y ¿con quién hablas?

DUQUE Contigo. 240

CANDIL Yo no puedo entrar en casa
de Julia.

DUQUE ¿Por qué?

CANDIL Reñido
estoy, señor, con un muerto,
por no sé qué que me dijo,
le puse en la calavera 245
estos mandamientos cinco:
jurómela con un hueso
y temo que haya venido
este muerto, rey de armas,
a aplacarme el desafío. 250

DUQUE Tú has de hacer lo que te mando.
Yo me quedaré escondido,
y mientras que planta a planta
todo el jardín examino,
los dos me retiraréis 255
a Julia, a ver si atrevida
desprecia mi amor portentos,
arrastra mi amor prodigios.

OTAVIO Porque lo más importante
no se nos olvide, dinos, 260
si acaso a Julia sacamos
deste hermoso laberinto,
¿dónde la hemos de llevar?

DUQUE ¿Dónde? A algún jardín vecino
de su casa, porque menos 265
sea el escándalo y ruido,
y este será el de Florencio,
el de Carlos o Fabricio.

(Vanse todos.)
(**Salen** LUCRECIA, LAURA **y** CARLOS.)

LUCRECIA Mi señor sube, señora.

LAURA ¡Ay de mí!

CARLOS Yo estoy perdido, 270
que una vez que me atreví
a verte, haya sucedido
tan mal, ¿qué haré?

LAURA Retirarte [68v]
a aqueste retrete mío.

CARLOS ¡Ah cielos! ¡Qué juntos andan 275
la ventura y el peligro!
(Éntrase al retrete.)

(**Sale** ENRIQUE.)

ENRIQUE Laura.
LAURA Señor.
ENRIQUE ¿Quién está
aquí?[23]
LAURA Solo está conmigo
Lucrecia.
ENRIQUE Salte allá fuera.
LUCRECIA **[Aparte.]** ¡Ay de todos si le he visto! 280

(**Vase** LUCRECIA.)

LAURA (**[Aparte.]** ¡En qué ciega confusión
están todos mis sentidos!
¡Mi padre llorando, ay triste,
cuando Carlos escondido!
Por no morir de cobarde, 285
a hablarle me determino.)
Señor, ¿qué tristeza es esta?
Tú con dolor repetido
das lágrimas a la tierra,
das a los vientos suspiros, 290
¿qué es esto, señor, qué tienes?
ENRIQUE Tengo penas, tengo un hijo,[24]
y cada uno para un padre
sois cuidados infinitos.
Cuando pensé que de todos 295
con Astolfo había salido,
vuelvo a padecer de nuevo
cuidados de padre dignos.
LAURA ¿Qué cuidados?
ENRIQUE Pues ¿no basta
saber, Laura, que escondido...? 300
Déjame, que hablar no puedo.
LAURA **[Aparte.]** A declararse conmigo
iba, y al[25] decir que sabe
que Carlos está escondido,
le volvió a atajar el llanto. 305
CARLOS **[Aparte.]** ¡Qué he de hacer, cielos benignos!
ENRIQUE En fin, Laura, ¿no es bastante
ver que amor haya podido
traer en casa de su dama
un traidor que me ha ofendido 310
en la vida y el honor?
LAURA **[Aparte.]** ¡Qué escucho, cielos!

CARLOS **[Aparte.]** ¡Qué miro!
LAURA Señor, tu honor siempre está
más que el sol luciente y limpio,
que nadie pudo atreverse 315
a turbarle el menor viso.
ENRIQUE No está, Laura, pues Astolfo
me pone a tanto peligro.
LAURA ¿Quién, señor?
ENRIQUE Astolfo, que
enamorado ha venido 320
a la Corte, y en su casa
le tiene Julia escondido,
donde le han visto mil gentes,
y el Duque propio le ha visto.
LAURA **[Aparte.]** Eso sí, vuelva mi aliento 325
otra vez al pecho mío.
CARLOS **[Aparte.]** ¡Gracias, oh cielo, te doy,
que ya sin temor respiro!
ENRIQUE Y aunque es verdad que por muerto
los que le ven le han tenido, 330
es fuerza desengañarse
de tan ciego desatino.
Y así aquesta noche a hablar
a Julia me determino,
y decir que si le quiere, 335
que le excuse del peligro,
que restar lo que se ama,
más que fineza es delirio,
que quien quiso para el daño,
muy groseramente quiso. 340
LAURA Aunque yo no te aconsejo,
lo que me parece digo,
y es que no es, señor, razón
que enojado y ofendido
llegues a hablar una dama 345
en cosa de amor tú mismo,
pues la vergüenza podrá
negarte lo que has sabido,
que hay delito que el decirle
más que el hacerle es delito. 350 [69]
ENRIQUE ¿Qué he de hacer, dejarlo así?
LAURA Las mujeres nos decimos
más fácilmente a nosotras
todo aquello que sentimos.
Yo iré a visitar a Julia, 355
y a darle de todo aviso,
que no dudo que ella quiera
más tenerle ausente vivo,
que verle presente muerto
otra vez.

ENRIQUE Muy bien has dicho, 360
ve a visitarla y sea luego,
porque aunque ya anochecido,
no importa ir a aquestas horas,
que será tiempo perdido
todo lo que se dilate, 365
y yo, Laura, iré contigo
por estar siempre a la mira.
En tanto que yo apercibo
la silla, ponte tú el manto.
De buena habemos salido. **(Vase.)** 370

CARLOS ¿Cómo, que era vivo Astolfo,
nunca, Laura, me habías dicho?

LAURA Porque nunca hubo ocasión.

(**Sale** LUCRECIA.)

LUCRECIA Señor está divertido,
ahora podrás salir. 375

CARLOS Adiós.

LAURA Adiós, dueño mío.

CARLOS De todo aquesto conviene
ir a dar a Astolfo aviso.

(**Vanse todos y salen** PORCIA **y** CANDIL.)

CANDIL Porcia, que todo este nombre
no sé cómo cabe en ti, 380
porque el cuerpo es muy cristiano
para nombre tan gentil.

PORCIA Candil, tan sin garabato
en el hacer y el decir,
que siendo Candil, no eres 385
de garabato candil;
a estas horas a esta casa,
¿a qué vienes?

CANDIL Oye.

PORCIA Di.

CANDIL Ya tú sabes que sirviente
soy neutral, como país 390
de esguízaros, pues estoy
a devoción de cien mil.
A Carlos sirvo, porque
se quiso servir de mí
por Laura, de quien crïado 395
por concomitancia fui.
Al Duque sirvo por Julia,
u de espía, u de adalid,
y a Julia porque, en efeto
a Astolfo un tiempo serví, 400

cuando éramos desta casa
él Beltrán y yo el mastín.
Pues siendo así que a los cuatro
servil soy, y siendo así
que en siendo servil un hombre, 405
ello se dice, es ser vil,
de parte del Duque vengo
solamente a te decir
(que es lo mismo que decirte)
que tengas deste jardín 410
la puerta abierta esta noche,
porque pretende venir
a examinar el encanto
que le dicen que anda aquí.

PORCIA Pues dile, Candil, al Duque 415
que en cuanto a falsear y abrir
la puerta, que soy crïada,
con que te digo que sí.
Pero en cuanto a venir, dile
que es venir a repetir 420
aquel asombro; porque
desde la noche infeliz
que vimos todos a Astolfo,
a la misma hora, en fin,
todas las demás le vemos 425
pasear en el jardín.

CANDIL Debe de cenar cazuela
en la otra vida, y así
se pasea en acabando [69v]
de cenar. Adiós, que en fin 430
yo cumplo con avisarte,
tú cumplirás con abrir,
que no quiero a sus cazuelas
echarlas yo el perejil.

JULIA **[Dentro.]** Porcia.

PORCIA Mi señora llama. 435

CANDIL Pues yo me voy, porque aquí
no me vea, que no quiero,
pues el Duque ha de venir,
que en ningún tiempo presuma
de vernos hablar así, 440
la malicia.

PORCIA Has dicho bien,
mas no podrás por ahí
irte sin verte.

CANDIL ¿Qué haré?

PORCIA Así podrás...

CANDIL ¿Cómo así?

PORCIA Detrás desta puerta estando, 445
y volviéndote a salir

en pasando ella.
CANDIL Me place.
Pero ¿dónde va, me di,
esta puerta?
PORCIA Al jardín va,
donde Astolfo ha de venir. 450
CANDIL Oye, escucha...

(**Entra** CANDIL **y ciérrale** PORCIA.)

PORCIA Desta suerte
hoy me he de vengar de ti,
y los celos que me has dado
con Lucrecia.

(**Sale** JULIA.)

JULIA ¿Porcia?
PORCIA Sí.
JULIA Apaga esa luz, que quiero 455
mis tristezas divertir
en el jardín, pues ya es hora
que esté Astolfo en el jardín.
PORCIA Rehilándome las piernas
están de oírtelo decir. 460
¿Cómo es posible que tengas
esfuerzo tan varonil,
que, enamorada de un muerto
le vayas a hablar?
JULIA En mí
no hay temor, porque hay amor. 465
PORCIA Pues en mí, señora, sí,
no hay amor, porque hay temor.
Mas solo aquesto me di:
¿son cariñosos los muertos?
JULIA (**Aparte**. Como a nadie descubrí 470
el secreto de la mina,
todos se admiran de mí
y cuanto es ahora espanto,
si se llega a descubrir,
será risa, que así todas 475
las fantasmas son en fin.)
Vete, Porcia, que yo quedo
bien segura en el jardín
con un muerto, porque vive
con el alma que le di. 480
PORCIA La puerta cierro, dejando
entre puertas a Candil,
y voy por esotro cuarto
la de esotra calle a abrir

al Duque; pero ¿qué veo? 485
¿Quién en casa se entra así
a visita a aquestas horas?

(Entran LAURA **y** ENRIQUE, **su padre**.**)**

LAURA A quien le importa venir
a estas horas, Porcia amiga.
ENRIQUE Porque no me vean a mí 490
en la calle, Laura, espero;
no tengo que te advertir,
ya sabes lo que has de hacer.

(**Vase** ENRIQUE.)

PORCIA ¿Tú eres, mi señora?
LAURA Sí.
¿Adónde está Julia?
PORCIA No 495
te lo quisiera decir.
LAURA Pues sin que lo digas basta,
dila que yo estoy aquí.
PORCIA Eso es más dificultoso
el decírselo yo, en fin, 500
en el jardín entró ahora.
LAURA Pues entra tú en el jardín,
y dila que yo la espero,
que la importa mucho, di.
PORCIA No sabes lo que allí anda, 505 [70]
pues quieres que yo ande allí.
LAURA Antes porque lo sé, vengo
a ver a Julia; ¡ay de mí!
PORCIA Pues si tú vienes por eso,
mejor es ver y advertir 510
por lo que vienes, señora.
Entra tú y déjame a mí.
LAURA Dices bien. (**[Aparte.]** Mejor sucede
que yo pude prevenir,
pues no me podrá negar, 515
si yo llego a verle allí,
la verdad, con que pondré
a tantos temores fin.)
Yo entraré, Porcia.
PORCIA Esta es
la puerta, y aunque de aquí 520
al cenador hay buen trecho,

(**Éntrase** LAURA.)

la hallarás. Voy ahora a abrir

la de esotra calle al Duque.
A fe que ha de descubrir
de aqueste jardín ahora 525
lo que hay en este jardín,
hallándose Julia y Laura[26],
Leonelo, el Duque y Candil. **(Vase.)**

(**Sale** JULIA.)

JULIA Flores y estrellas, que hermosas
rayo a rayo competís, 530
de noche para alumbrar,
de día para lucir;
pues sois del amor más raro
mudos testigos, decid,
ya que sola el temor deja 535
la esfera deste jardín,
si aquel venturoso amante,
si aquel joven infeliz,
fénix vuestro, pues le visteis
todas morir y vivir, 540
me está esperando a que haga
la seña para salir
deste sepulcro, que cubre
una losa de jazmín,
con tan buen arte dispuesta[27], 545
que se ha engañado el abril,
creyendo que él le engendró
el sobrepuesto matiz,
que sobre la tierra es cuadro
y sobre el viento es pensil. 550
Decidme, flores, si oyó
esta muda seña.

(Asómase ASTOLFO **por el escotillón.)**

ASTOLFO Sí,
que yo respondo por ellas,
que puesto que les debí
a estas flores alma y voz, 555
bien, hermoso serafín
destos jardines, por ellas
podré hablar, podré sentir.
JULIA ¡Oh, nunca, señor! ¡Oh, nunca
las cortinas de carmín 560
corriera la aurora al sol
del pabellón de zafir,
porque nunca hubiera día!
¡Fuera noche para mí
todo el año, pues las sombras 565

son mi estación más feliz!
ASTOLFO No dicen, ¡oh dueño hermoso!,
esas finezas que oí
con los descuidos que veo.
JULIA ¿Qué descuidos?
ASTOLFO Oye.
JULIA Di. 570
ASTOLFO Yo, Julia hermosa, por verte,
una muerte ya vencida,
tal pesar hice a mi vida,
que la dispuse a otra muerte.
No repito de que suerte 575
te vi y te desengañé,
de mi fe milagro fue
que ya a tu deidad consagro,
porque fuese este milagro
de tu deidad y mi fe. 580
Allí a las lágrimas mías,
que pudieron obligarte, [70v]
dijiste que a cualquier parte
del mundo me seguirías,
pasan noches, pasan días 585
sin que te vea llegar.
Si es que pudiste olvidar
verme llorando pedir,
vuélvete, Julia, a sentir
que yo volveré a llorar. 590
JULIA No importa, ¡ay Astolfo!, no,
que en pensar, que en rigor tanto
tú me repitas el llanto,
para que le acuerde yo.
¿Oíste que el cielo dotó 595
un peñasco de tan fuerte
seno, que el cristal que vierte,
dando en una peña, es tal
que, apartándole cristal,
luego en piedra se convierte? 600
Pues este, cuyos despojos
la experiencia nos enseña,
mi pecho tuvo por peña,
cuando por fuentes, tus ojos;
porque si lloras enojos, 605
bien de mi llanto sospecho
que en mí el mismo efecto ha hecho
para que dure inmortal,
pues tú le lloras cristal,
y es de diamante en mi pecho. 610
ASTOLFO No es, pues no puede durar,
según a mi amor parece,
pues ya el escándalo crece,

y nos le han de averiguar.
Si arrepentido de dar 615
esta palabra se ve
tu honor, no receles que
yo la palabra te pida,
que muerto toda mi vida
desta suerte te querré. 620
Por mí no ha de faltar, no,
mi amor, por ti, Julia sí;
vénzate el peligro a ti
para que le venza yo.
Si en ti el afecto faltó, 625
en mí eterno persevera.
¿Quieres ver de qué manera
en los dos un füego es?
Pues persuádete a que ves
una antorcha y una hoguera, 630
un mismo fuego las prende,
arden las dos en su abismo,
y luego un suspiro mismo
una apaga y otra enciende;
que una antorcha no defiende 635
lo que defendió una hoguera.
Si breve luz tu amor era,
el mío una llama altiva,
no es mucho que el mío viva
del soplo que el tuyo muera. 640

JULIA — El haberte dilatado
esa palabra, no ha sido
haber tu llama crecido
ni haber la mía expirado,
que como me ha asegurado 645
el ver al Duque tan quieto,
el verte a ti tan secreto,
sin que esta mina se entienda,
no he querido de mi hacienda
atropellar el efecto. 650

ASTOLFO — ¿Luego el Duque no ha venido
desde aquella noche?

JULIA — No,
ni papel ni criado yo
más de su parte he tenido.

(**Salen** LAURA **y** CANDIL.)

LAURA — **[Aparte.]** El jardín he discurrido... 655

CANDIL — **[Aparte.]** Por todo el jardín he andado...

LAURA — **[Aparte.]** Y a Julia en él no he topado.

CANDIL — **[Aparte.]** Y hallar puerta dificulto.

LAURA — **[Aparte.]** Aquí hay gente.

CANDIL **[Aparte.]** Un negro bulto
viene por esotro lado. 660
LAURA (**[Aparte.]** Un hombre es este que veo,
dél informarme me importa, [71]
que pues está aquí, sabrá
de Julia, a quien busco absorta.)
¿Quién va?
CANDIL (**[Aparte.]** Sin duda que viene 665
esta fantasma de ronda.)
Gente de paz.
LAURA ¿Hacia dónde
está Julia?
CANDIL **[Aparte.]** Cierta cosa
que esta es el alma, el Astolfo,
pues que de Julia se informa. 670
LAURA ¿No respondéis?
CANDIL Nunca he sido
respondón a tales horas.
LAURA Oídme.
CANDIL Tampoco fui oidor.
LAURA Mirad.
CANDIL Ni mirón, señora.

(**Sale por otra parte el** DUQUE.)

DUQUE Ya está abierto, entrad pisando 675
con plantas tan temerosas
que aun las sombras no nos sientan,
con ir pisando las sombras.
ASTOLFO Escucha, Julia.
JULIA ¿Qué tienes,
qué te turba y alborota? 680
ASTOLFO ¡Vive Dios, que en el jardín
por una parte y por otra
ha entrado gente!
JULIA ¿Qué esperas?
A aquesa mina te arroja.
ASTOLFO Yo no me tengo de ir, 685
dejándote, Julia, sola.
JULIA No importa que a mí me vean,
y a ti sí.
ASTOLFO ¿Cómo no importa?
Si es el Duque, y si pretende...
JULIA Mira...
ASTOLFO Nada me propongas, 690
que he de esperar, ¡vive Dios!,
con resolución heroica,
cara a cara a la fortuna,
antes que te deje. Toma
por sagrado mis espaldas. 695

JULIA Estas ramas y estas hojas
nos oculten, hasta ver
con qué intento se ocasionan.
LAURA ¿No me respondéis?
CANDIL Dejadme,
fantasmal preguntadora. 700
¡Qué diera yo por estar
cautivo en Constantinopla!
DUQUE A la escasa luz que apenas
nos da esa trémula antorcha,
veo acercarse dos vultos, 705
y si bien la vista informa,
son una mujer y un hombre.
No hay que esperar otra cosa;
del modo que está trazado,
todo al punto se disponga. 710
Retirad los dos a Julia,
mientras que yo reconozco
al hombre. Ya sabéis dónde
la habéis de llevar.
LEONELO Ahora
asistirémoste a ti. 715
DUQUE Solo obedecer os toca,
encanto deste jardín.
LAURA **[Aparte.]** ¡Ay de mí!
ASTOLFO **[Aparte.]** Julia, oye y nota.
DUQUE ¡Vive Dios que he de saber
si eres cuerpo o si eres sombra! 720
CANDIL Ni soy sombra ni soy cuerpo.
OTAVIO Lleguemos los dos ahora.
LEONELO Ven tú tras nosotros.

(**Cogen los dos a** LAURA.)

LAURA ¡Cielos
piadosos!
OTAVIO Ponla en la boca
un lienzo, porque no pueda 725
dar voces.
DUQUE Muy bien se logra,
pues ya se llevan a Julia.
ASTOLFO **[Aparte.]** No llevan.
CANDIL A mí me importa
escaparme.
DUQUE No podrás,
aunque en el centro te escondas. 730

(Huye CANDIL **y cae en la cueva.)**

CANDIL ¡Ay, que me llevan los diablos,

o se ha errado la tramoya!
DUQUE ¡Válgame el cielo! [71v]
ASTOLFO **[Aparte.]** En la mina
ha caído una persona.
DUQUE Tragole la tierra, y puedo 735
distinguir mal una boca.
¡Hola, traed unas luces!
¿No hay nadie que me responda?
Yo iré por ella, y vendré
a ver qué es lo que me asombra. 740
ASTOLFO Mira si hubiera hecho bien
en dejarte, Julia, sola,
pues de aquí alguna crïada,
que quizás entró curiosa,
presumiendo que eras tú, 745
de nuestros ojos la roban,
y un hombre ha de descubrir
la mina.
JULIA Estoy temerosa.
ASTOLFO Esfuerza en tanto peligro,
pues si el desengaño tocan, 750
volverán por ti.
JULIA Yo iré
donde un retrete me esconda;
vete tú, y cierra tras ti
con esa trampa esa boca,
y al que cayó, con el ruego 755
haz que el secreto no rompa.
ASTOLFO Yo no tengo de dejarte.
JULIA Pues, ¿qué has de hacer?
ASTOLFO Cuando importa
poner en salvo tu vida,
piérdase la hacienda toda. 760
Vente conmigo.
JULIA ¿Por dónde,
si ya los pasos nos toman?
ASTOLFO Por esta mina.
JULIA ¿Yo?
ASTOLFO Sí.
¡Mal haya acción tan medrosa!
Perdona que las desdichas 765
no saben de ceremonia.
Hágase todo tu aseo,
tu adorno se descomponga.
Ya vuelve, tente, entra aprisa,
y esta violencia perdona, 770
Julia, porque no hay respeto
adonde hay peligro. Ahora

(Entra ella primero y él tras ella cerrando la boca con la trampa.)

que yo saqué mis reliquias,
quédese abrasando Troya.

(Sale por una parte ENRIQUE **y por otra el** DUQUE **con una luz.)**

DUQUE ¿Quién va? ¿Quién es?
ENRIQUE Yo, señor. 775
DUQUE Pues ¿qué haces aquí a estas horas?
ENRIQUE Busco el prodigio que buscas,
toco el encanto que tocas.
DUQUE ¿Viste un hombre que en la tierra,
desvaneciendo la sombra, 780
se escondió, dejando abierta
una gruta temerosa?
ENRIQUE No, señor, ilusión fue
cuanto de Astolfo pregonas.
(Aparte.) ¡Quién divertirle pudiera! 785
DUQUE **[Aparte.]** Bien de la verdad me informa
ver que nadie a Julia ampara,
cuando mis gentes la roban,
y pues que ya en mi poder
está Julia, y mi amor logra 790
tal engaño y desengaño,
cante el amor la vitoria.

(**Vase el** DUQUE.)

ENRIQUE Ni a Julia ni a Laura veo,
ni en casa quedó persona.
Pues para salir de tantas 795
penas, de tantas congojas,
buscando a Laura, ¡ay de mí!,
seguir al Duque me importa. **(Vase.)**

(**Sale** CARLOS.)

CARLOS Por presto que he venido
a avisar de cuanto hoy me ha sucedido 800 [72]
a Astolfo, habrá pasado
al jardín de su dama enamorado.
Mas ya está en su aposento,
supuesto que ya en él el ruido siento.
Vós seáis bien llegado... 805

(Va a entrar y al entrar sale CANDIL **y encuéntranse, y vuelven los dos al tablado.)**

CANDIL Mejor fuera decirme mal llegado.
CARLOS ¿Candil?
CANDIL Señor.

CARLOS De verte aquí me espanto.
CANDIL También me espanto yo, tanto por tanto,
de entrar a este aposento.
CARLOS ¿Cómo, loco, has tenido atrevimiento, 810
habiendo dicho yo que en él no entraras,
ni quien estaba en él examinaras?
CANDIL Solo que ahora me riñas me ha faltado.
Yo, aunque dél he salido, en él no he entrado,
porque no sé por dónde aquí he venido, 815
y no sé como he entrado ni he salido,
porque en aqueste instante, ¡pena brava!,
en el jardín de Julia, ¡ay Dios!, estaba,
y con trabajo siempre aqueste atajo;
porque, al fin, no hay atajo sin trabajo, 820
pues la vida me cuesta la venida.
CARLOS Y si lo dices, costará otra vida.
CANDIL Yo callaré.
CARLOS ¿Qué habrá allá sucedido?
Pero, ¿qué ruido es este? ¿Este qué ruido?
CANDIL A un tiempo a las dos puertas han llamado. 825
CARLOS ¡Cuál, cielos, he de abrir! Estoy turbado,
pero esta sea primero,
porque Astolfo, que llame aquí, no quiero,
cuando hay gente de fuera.
A cuanto vieres, calla.

(**Abre** CARLOS **la puerta donde llama** ASTOLFO.)

CANDIL ¡Quién pudiera! 830

(**Salen** ASTOLFO **y** JULIA.)

ASTOLFO ¿Carlos?
CARLOS Sí, ¿qué ha sucedido?
ASTOLFO Vengo amigo, mortal, vengo perdido.
¿Algún hombre, por dicha, aquí ha pasado?
CARLOS Sí, Candil.
ASTOLFO Si era él, perdí un cuidado.
CANDIL **[Aparte.]** Y yo hallé dos.
ASTOLFO Ahora detenerme 835
no puedo, que es preciso, ¡ay Dios!, volverme, [72v]
por si he dejado mal cerrada acaso
la mina, que a mi vida ha dado paso,
y a ver si alguien me sigue,
porque a poner en cobro a Julia obligue. 840
En tanto que a inquirirlo me resuelvo,
tened a Julia aquí, que luego vuelvo. **(Vase.)**
CANDIL **[Aparte.]** Ellos, para pasar, solo imagino
que esperaron que abriera yo el camino.
CARLOS Pues, ¿qué es esto, señora? 845

JULIA Carlos, desdichas mías, ¿quién lo ignora?,
que mi estrella concierta.

(Llaman a la puerta.)

Yo... Mas mirad quién llama a aquella puerta.
CARLOS[28] No os receléis de nada.
CANDIL[29] Recelaos de todo.
CARLOS Retirada 850

(Esconde a JULIA **y abre donde llamaron.)**[30]

estad, ¿quién ha llamado
así?[31]

(Entran LEONELO **y** LAURA **cubierta con un manto y tapada.)**

LEONELO Yo, Carlos soy, con un cuidado
que conmigo os envía
el Duque, que de vós no más le fía;
porque habiéndome dicho que trujera 855
a Julia, a quien robó, donde estuviera
más segura y mejor, mientras que pasa
el ruido, yo he eligido vuestra casa,
entre las que nombró, por ser soltero,
su crïado, mi amigo y caballero. 860
Y mientras a buscarle me resuelvo,
tened a Julia aquí, que luego vuelvo.
CARLOS Oíd...
LEONELO No puedo.

(**Entrándose diciendo el verso**. **Dentro por el postigo**, JULIA.)

JULIA ¿A Julia, dijo? ¡Cielos!
CANDIL ¿Dos Julias hay?
LAURA **[Aparte.]** En tantos desconsuelos
no puedo hablar, y aun con temor respiro. 865
CARLOS (**[Aparte.]**
En que gran confusión, ¡ay Dios!, me miro,
a un tiempo de dos Julias entregado.)
Mudo estoy, ciego estoy.
CANDIL Y endemoniado.
CARLOS (**[Aparte.]** Una de mi amistad Astolfo fía,
otra Leonelo de la lealtad mía, 870
y cuando con las dos ansí me veo
la una a mis ojos solamente creo, [73]
que es la que manifiesta su hermosura,
no la que oculta aquella nube obscura,
y viendo así a las dos, bien he creído 875
que el cuerpo con la sombra me han traído;

pues si esta es Julia, y esta se lo nombra,
este es el cuerpo, sí, y esta es la sombra.)
¿Quién eres tú, que a darme temor vienes?

LAURA **(Descúbrese.)**
Yo, Carlos, soy la que en tu casa tienes. 880

CARLOS ¿Laura?

LAURA Sí. Si eres noble, eres amante,[(32)]
socórreme en desdicha semejante,
pues debes a tu fama
en todo trance socorrer tu dama.

JULIA ¿Quién aquella será? Pierdo el sentido. 885

LAURA Por yerro, de la casa me han traído
de Julia, hablar no pude, muda estaba.
Lo que has de hacer, de discurrir acaba.

CARLOS **[Aparte.]** Mal mi pena resisto;
¿quién en tal confusión jamás se ha visto? 890
Si a Julia al Duque entrego,
a Astolfo lo que él mismo me dio niego.
Pues Laura, a quien yo quiero,
no la he de dar o he de morir primero.

JULIA ¿Qué es lo que estás pensando? 895

LAURA ¿Qué estás imaginando?

JULIA Con mi esposo he venido,
con él he de volver.

LAURA Mi amante has sido,
contigo he de librarme.

JULIA Al Duque tú no puedes entregarme. 900

LAURA Al Duque tú no puedes ofrecerme.

CARLOS ¡Vive Dios, que no sé lo que he de hacerme!

(**Sale** ASTOLFO.)

ASTOLFO Carlos, seguro está todo,
ninguno en el jardín anda.

LAURA **[Aparte.]** ¿Cielos, este no es mi hermano? 905
Penas a penas se llaman.

CANDIL Él desde esta a la otra vida
va y viene como a su casa.

ASTOLFO Nadie nos sigue, y pues es
la presteza de importancia, 910
haznos poner dos caballos;
que antes que amanezca el alba
con Julia he de estar en tierras
del gran César de Alemania
y Candil se ha de ir conmigo. 915

CANDIL Antes me iré noramala.

ASTOLFO No hay noche, no más segura. [73v]
Ven presto.

CARLOS Detente, aguarda
porque empiezan tus desdichas

en el término que acaban, 920
y hay nuevos pesares ya
en un instante que faltas.

LAURA [**Aparte a** CARLOS.]
¿Cómo nunca me dijiste,
que estaba Astolfo en tu casa?

CARLOS Como nunca hubo ocasión... 925

ASTOLFO Pues, ¿cómo en decirlo tardas?

CARLOS Crïado del Duque, al tiempo
que tú llamaste, llamaban
a otra puerta, para un fin
con dos acciones contrarias. 930
Fuiste te, y entraron ellos
a entregarme aquesta dama,
diciéndome que era Julia,
que la trajeron robada.
No quisieron escucharme, 935
y sin mirarla a la cara[(33)],
me hicieron depositario
de otra Julia duplicada.
¿Cómo es posible que yo
de tan gran empeño salga? 940

ASTOLFO Con darles la que te dieron,
no estás obligado a nada,
y, pues, yo solo te pido
la que te entregué, así basta
dar a ellos la que te entregan. 945
Llore engaños quien se engaña,
mas no los llore quien trajo
desengaños a tu casa.

CARLOS Bien pensarás que con eso
todas tus desdichas paran. 950
Yo lo haré, mas considera,
Astolfo, lo que me mandas,
pues por reservar a Julia
quieres que entregue a Laura.

(**Descúbrese** LAURA.)

Mira ahora si te está bien 955
que le dé al Duque a tu hermana.

ASTOLFO ¡Caiga el cielo sobre mí,
pues ya la tierra me falta!
Laura, ¿tú aquí?

LAURA Yo, viniendo
a buscarte, hermano, en casa 960
de Julia...

CARLOS ¿Qué hemos de hacer,
porque ya a la puerta llaman?

ASTOLFO Morir antes que yo entregue

a Julia, Carlos, ni a Laura;
que una hermana, y otra esposa, 965
son dos mitades del alma,
son dos todos del honor,
y he de defender a entrambas.

CARLOS ¿Qué disculpa he de dar yo,
si aun la que me dan les falta, 970
y es añadir riesgo a riesgo
defenderlas tú en mi casa?

ASTOLFO ¡Oh, cuánto, Carlos, tu vida
aquí las manos me ata!
Pero dime, ¿qué he de hacer 975
en ocasión tan extraña?

CARLOS Dejar a Laura, en quien hoy
no está la ofensa tan clara,
pues desengañado el Duque,
supuesto que no la ama, 980
la dejará y si quisiere,
por tomar de ti venganza,
ofender tu honor, entonces
muramos en su demanda.
De suerte, que en esto vamos 985
a vivir con esperanza,
y en esotro, desde luego,
a morir.

ASTOLFO ¡Que un lance haya
tal, que es el menor peligro
aventurar una hermana! 990
Mas cuando bien nos suceda,
damos término a las ansias,
pues de ahora para luego
remitimos la desgracia.

(**Escóndese** JULIA **y** ASTOLFO.)

CANDIL Yo estoy hecho treinta bobos, 995

(Abre CARLOS **la puerta y entran**.**)**

que uno solo no me falta. [74][(34)]

(Salen el DUQUE **y criados**.**)**

LEONELO ¿Ves, señor, ves cómo era
todo engaño la fantasma,
pues nadie a Julia defiende?

DUQUE De haberla traído a casa 1000
de Carlos, ¡qué bien hiciste!

CARLOS Yo estoy, señor, a tus plantas.

DUQUE ¿Dónde, [Carlos][(35)], está Julia?

CARLOS A quien le dan una carta,
dicen que no ha de saber 1005
si está escrita o está blanca.
Esta dama me entregaron,
yo pago con esta dama;
si es Julia o no, no lo sé,
que no osó romper mi fama 1010
la sutil nema del manto,
que la ha cubierto la cara.
DUQUE Ni yo te pregunto más,
pues tú con esta me pagas.
Ya, Julia, de tus rigores 1015
ha llegado la venganza.
¿Dónde está el muerto fingido,
que te defiende y te guarda?

(**Descúbrese** LAURA.)

LAURA Antes que hable más tu Alteza,
sepa, señor, con quién habla, 1020
porque no soy Julia yo.
DUQUE ¡Hay confusiones más raras!
Pues, ¿qué nuevo engaño es este,
Leonelo?
LEONELO Carlos te engaña,
que yo a Julia le entregué, 1025
a quien traje de su casa.
Porque fue amigo de Astolfo,
por esconderla y librarla,
otra mujer ha supuesto.
LAURA No ha supuesto, que yo estaba 1030
en los jardines de Julia.
CARLOS Tu malicia o tu ignorancia
te convenza, pues si dices
que mi amistad eso traza,
dime si fuera amistad, 1035
por reservarle la dama,
Leonelo, a un amigo muerto,
no reservarle la hermana.
LEONELO Sí, pues en ella no hay riesgo,
pues el Duque no la ama. 1040
En fin, yo te entregué a Julia,
y tú la escondes y guardas.
[OTAVIO] Pues si él la tiene escondida,
mientras tú al Duque buscabas,
guardé la puerta, y ninguno 1045
salió.
DUQUE Pues mirad la casa.
CARLOS ¿Señor, yo?
DUQUE Tu turbación

es la evidencia más clara.
LEONELO Yo entraré a verla. **(Entra.)**
CARLOS **[Aparte.]** ¡Ay de mí!
LAURA **[Aparte.]** ¡Sin duda que a Astolfo hallan! 1050
CANDIL **[Aparte.]** ¡Cuál han de salir, si topan
adentro con la fantasma!

(**Sale** ENRIQUE.)

ENRIQUE **[Aparte.]** Siempre a la mira del Duque,
llena de asombros el alma
he andado, y no puedo ya 1055
vivir sin ver lo que pasa,
que tengo el alma pendiente
de un hilo, hasta ver a Laura.

(**Dentro** LEONELO.)

[LEONELO] ¡Válgame el cielo!
DUQUE ¿Qué es esto?

(**Sale** LEONELO.)

LEONELO ¡Ay, señor, mi vida ampara! 1060
DUQUE ¿Qué tienes?
LEONELO Julia, ¡ay de mí!,
está dentro desta sala.
DUQUE ¿Teniendo a Julia escondida,
tú con esotra me engañas?
Mas ¿qué os asombra?
LEONELO Detente, 1065
no entres, no entres a mirarla,
porque a su lado, señor,
está Astolfo que la guarda.
Verdad es que el cielo quiere
de ti, señor, ampararla, 1070 [74v]
pues aquí no puede ser
fingimiento la amenaza.
ENRIQUE **[Aparte.]** Aquí está Astolfo, ¿qué haré,
si el Duque de verle trata?
DUQUE ¡Vive Dios, que yo he de verlo, 1075
que nada a mí me acobarda!
CARLOS No entres, señor, no examines
secretos que el cielo guarda.
DUQUE ¿Cómo no, si a mi valor
nada le admira ni espanta? 1080
ASTOLFO No me detengas, que ya
no hay que reparar en nada.
Detente, señor, y mira
que, soberbio, al cielo agravias.

DUQUE Absorto de verte, apenas 1085
puedo ya mover las plantas.
¿Qué me quieres, qué me quieres?
ENRIQUE Que le cumplas la palabra
que me has dado, que es hacer
diligencias con que vaya 1090
ya perdonado por ti.
DUQUE Ya la di, y no he de quebrarla,
aunque ofendido pudiera
quejarme de injurias tantas,
me advierte y me desengaña, 1095
valgo yo más que yo mismo.
Del suelo, Astolfo, levanta;
y porque si siempre que vea
tu persona, es fuerza que haga
la memoria deste caso 1100
en el semblante mudanza,
con Julia casado quiero
que de mi Corte te vayas.
CARLOS Yo, que hice por un amigo,
¡oh señor!, finezas tantas, 1105
que para su amor di paso
desde mi casa a su casa,
merezca de ti perdón.
DUQUE ¿Dándole la mano a Laura?
CANDIL Yo, que pasé tantos sustos, 1110
no quiero de nadie nada,
sino de los mosqueteros
el perdón de nuestras faltas,
para que con esto fin
demos al Galán[36] Fantasma. 1115

El jardín de Falerina

Pedro Calderón de la Barca

Fiesta que se representó a sus majestades

Personas que hablan en ella:

LISIDANTE.
REINALDOS.
OLIVEROS.
MARFISA.
DAMA 1ª.
FLOR DE LIS.
FALERINA.
DAMA 2ª.
JAQUES.
RUGERO.
MÚSICA.
CARLOMAGNO.
DAMA 3ª.
BRADAMANTE.
ROLDÁN.
EL DELFÍN.
[ZULEMILLA.]
[ARGALÍA.]
[DURANDARTE.]
[MARSILIO.]

Jornada I

Sale por una puerta MARFISA, **vestida de mora**, **y por otra** LISIDANTE**, ambos con plumas y bengalas**, **y representando cada uno aparte sin ver al otro**.

LISIDANTE ¡Oh tú, de aquestos montes
que el mar en desiguales horizontes

une y desune, oráculo divino...
MARFISA ¡Oh tú, destas montañas peregrino
ídolo humano, a cuyo docto anhelo 5
es el abismo intérprete del cielo...
LISIDANTE Tú, que sabia la gran piromancía
escribes en pirámides de fuego.
MARFISA Tú, que en el aire a tus conjuros ciego,
das a las aves la heteromancía... 10 [164]
LISIDANTE Tú, que en sepulcros la nigromancía
ejecutas...
MARFISA Y en agua
la hidromancía, en quien fragua
su asombro.
LISIDANTE En quien esmera su portento...
MARFISA El cielo.
LISIDANTE El mar...
MARFISA La tierra.
LISIDANTE El fuego.
MARFISA El viento. 15
LISIDANTE Tú, que a líneas divides
los ámbitos del sol, que a dedos mides...
MARFISA Tú, que a rumbos las sombras de sus huellas
le pisas a la luna, y las estrellas
le cuentas una a una... 20
LISIDANTE Anticipada voz de la fortuna...
MARFISA Futuro[(1)] vaticinio de la fama...
LOS DOS ¡Mágica Falerina!

(Sale FALERINA **vestida de pieles**.**)**

FALERINA ¿Quién me llama?
LISIDANTE Quien, bien en fe de un corazón amante...
MARFISA Quien, en fe bien de un ánimo constante..., 25
LISIDANTE ...de ti a valerse, ¡oh sabio asombro!, viene.
MARFISA ...en ti, bello prodigio, hallar previene
la paz de sus sentidos.
FALERINA Para nadie piadosos mis oídos,
galán joven, hermosa dama, fueron 30
de cuantos deste escollo trascendieron
piélagos y montañas,
al duro corazón de sus entrañas,

donde de amor la amenazada ira,
quizá más que mi estudio, me retira... 35
Pero esto no es de aquí, y así prosigo.
Para nadie, otra vez y otras mil digo,
mis oídos piadosos se mostraron
de cuantos en mi busca penetraron
estos peñascos, más que para aquellos 40
(o remediallos sea, o no temellos)
cuyos estragos han de amor nacido;
y pues mis sañas solo a este partido
se dan, sepa quién sois, que daros quiero
mi favor. ¿Qué esperáis?

LISIDANTE Que hable primero 45
esa dama; que fuera infiel locura
negar su preeminencia a la hermosura. [164v]

MARFISA Esa cortés licencia que os permito,
no por hermosa, por mujer, la admito.

(**Retirándose** LISIDANTE.)

¿Adónde os retiráis?

LISIDANTE A no escucharos; 50
que si en fueros de amor llega a costaros
vergüenza mi atención, a ser vendría
curïosidad, y no cortesía.

MARFISA Oíd, esperad, no os vais; que mis pasiones
son tan mías, tan mías mis acciones, 55
que podréis vós oíllas,
supuesto...

LISIDANTE ¿Qué?

MARFISA Que puedo yo decillas.
Tan hija de la fortuna
vi la luz desde el primero
horóscopo de mi siempre 60
triste, infausto nacimiento,
que no conocí más padres,
ni aun otros los[(2)] conocieron.
Según, después que ilustrado
en las escuelas del tiempo 65
empezó a dar al discurso
lición el entendimiento,

me informaron las noticias
de los que solo supieron
de mí, ser un inconstante 70
aborto del mar y el viento.
Un barco, pues, derrotado,
sin vela, jarcia ni remo,
supe que fue mi primera
cuna, entregada al inquieto 75
arbitrio de olas y embates:
tan infeliz, desde luego,
que ráfagas y bramidos
del mar y del aire fueron
idioma de mis arrullos 80
y frase de mis gorjeos.
Combatida de las ondas
flutuaba...[(3)] ¡Oh no pequeño
bien del mar, nacer un triste
tan en las manos del riesgo, 85
que sepa dél el sentido,
y no sepa el sentimiento!
Combatida de las ondas
flutuaba, a decir vuelvo,
cuando, de unos pescadores 90
socorrida, me trajeron
a la orilla en tan felice
ocasión, que en sus desiertos
Aglante, rey africano,
andaba a caza, y oyendo 95
el no prevenido acaso
de tomar a sus pies puerto
tan contrastada inocencia,
que se hallaba en un momento,
sin saberlo, desdichada, 100
y dichosa sin saberlo,
me llevó a su corte, adonde
me crió. Quédese esto
aquí por ahora, y vamos
a otra cosa mientras crezco. 105
Este día, o ya que no
este, pocos más o menos,
trajeron al rey por rara

maravilla, sus monteros
una parida leona 110
que encontraron en lo espeso
del bosque, abrigando entre otros
cachorros suyos un bello
infante, a quien como a hijo
alimentaba a sus pechos. 115
Temiendo que peligrase [165]
humana vida entre ellos,
el día que más crecidos
quisiesen cobrar soberbios
en su alimento lo que él 120
les quitó de su alimento,
le pusieron tales lazos,
que sin peligro pudieron
robársele; mas fue tal
de la fiera el sentimiento, 125
que rotas redes y lazos,
les siguió a la corte, haciendo
con domesticado instinto
tan cariñosos extremos,
que el rey, conmovido aún más 130
que a la piedad al portento,
curiosamente, no sé
si diga piadoso o fiero,
mandó que los otros hijos
la trujesen, y a un pequeño 135
albergue las retirasen
con el infante, poniendo
a mí por el mar «Marfisa»
en nombre, y a él, por los fieros
rugidos de la leona 140
el día que le echó menos
«Rugier», de suerte que, iguales
en hados y en nacimientos,
en influjos, en destinos,
en fortunas y sucesos, 145
«ambos nos criamos juntos»;
y como dice el proverbio,
«amor en nuestras niñeces,
(para seguir el concepto)

hirió nuestros corazones»; 150
pero no prosigo el verso,
«con arpones diferentes»;
pues fue el arpón uno mesmo;
bien que templado en tan dulce
yerba, en tan blando veneno, 155
que confesándole amor,
no sé qué linaje nuevo
de amor le confiese; pues
entre cariño y respeto,
era amor sin esperanza, 160
esperanza sin deseo,
deseo sin presunción,
y presunción sin afecto
de más que amar por amar;
tanto, que asegurar puedo, 165
porque no se alabe el gusto,
que hubo interés de por medio,
que amándole para todo,
para esposo le aborrezco.
En esta confrontación 170
de estrellas crecimos, siendo
mi ocupación la asistencia
de Argalía, asombro bello
sobre un espíritu altivo
de la beldad y el ingenio, 175
hija de Aglante, y la suya,
la del militar manejo
de las armas en que iguales
también corrimos un mesmo
rumbo; pues yo merecí 180
de Argalía el valimiento,
y él el de Aglante en las lides
que poco antes se movieron
entre él y Carlos de Francia;
mas ¿qué mucho, si su esfuerzo 185
mereció regir sus tropas
con el claro nombre excelso
del Paladín Africano,
en oposición de aquellos
que con Carlos en la mesa 190

redonda tienen asiento?
Pero como en la fortuna
no hay punto fijo, pues vemos
de un instante a otro mudar
la serenidad en ceño. 195
Quiso, cansada de haber [165v]
contra sus estilos hecho
de un desdichado un dichoso,
sin hacer al mismo tiempo
de un dichoso un desdichado, 200
que en un atacado encuentro,
muerto el caballo, quedase
de las armas prisionero
de Francia: a cuya ocasión
uno y otro rey, atentos 205
a sus razones de Estado,
trataron treguas, viniendo
a una suspensión de armas,
en cuyo espacio, no habiendo
plática de un campo a otro, 210
no se han tratado los medios
de su rescate o su canje:
su rescate, porque precio
no hay a Rugero en el mundo,
y su canje, porque preso 215
tampoco hay en él de igual
suposición; conque habiendo
la tregua cumplido el plazo,
y en él faltado el rey nuestro,
vuelve Francia a la campaña, 220
no sin vanidad, creyendo
que por quedar Argalía
heredera de su reino
será fácil la victoria,
sin atender que no menos 225
belicosa ella que Aglante,
sabrá salirle al encuentro.
Dígalo el que persuadida
de su generoso aliento,
pasar a Trinacria[(4)] quiso, 230
donde los incultos senos

de los campos de Agramante,
que han sido el alojamiento
y cuartel de sus armadas
huestes, vean que no ha hecho 235
falta Marte donde queda
Palas para su gobierno.
Embarcose, pues, y apenas,
sacra emulación de Venus,
la vio el mar en sus espumas, 240
cuando, dudando o creyendo
que era el que iba a litigar
de la hermosura el imperio,
en favor de su deidad
amotinó su elemento, 245
tan sañudamente airado,
tan airadamente fiero,
que los campos de cristal,
gigantes Flegras de yelo,
se vieron en un instante 250
montes sobre montes puestos.
Tal vez vimos su fanal,
estrella del firmamento,
tal pavesa del abismo,
hasta que, piadoso el cielo, 255
quiso que el pardo celaje
deste obelisco soberbio,
que entre Caribdis y Scila
se deja descollar, siendo
nuestro norte y nuestra aguja, 260
nos diese prestado puerto,
en tanto que no serene
las arrugas de su ceño
el enojado Neptuno.
Y siendo así que, sabiendo 265
antes de ahora de la fama,
y agora de los groseros
moradores deste escollo,
ser tu albergue, a verte vengo
desmandada de las tropas, 270
por si pudiese mi ruego
obligarte a que me digas,

hermoso, sabio portento,
si Rugero muere o vive,
qué modo de tratamiento 275
ha tenido en la prisión, [166]
si está afligido o contento,
y, en fin, si de mí se acuerda,
y qué caminos, qué medios
pondré a su libertad, pues 280
no dudo con tu consejo
y mi fineza, que sean
en los anales del tiempo
prodigiosas las fortunas
de Marfisa y de Rugero. 285

FALERINA Antes que a ti te responda,
prosigue tú, por si puedo,
habiendo escuchado a entrambos,
a entrambos satisfaceros.

LISIDANTE Lisidante de Asia, hijo 290
de Menodante, supremo
soldán, suyo soy; mi padre,
de Carlos parcial, sabiendo
que con Aglante rompía
la guerra, entre otros opuestos 295
que auxiliares le dispuso,
quiso que fuese el no menos
estimable mi persona,
revalidando los fueros
a la jurada alianza 300
conmigo de amigo y deudo.
Honrome Carlos, sentado
a su mesa, con que excelso
par de Francia me juró.
Si le pagué o no igual premio, 305
la fama lo diga en cuantas
ocasiones se ofrecieron
hasta la firmada tregua,
en cuyo ocioso intermedio
no fue para mí la corte 310
campaña de menos riesgo
que la de Agramante, pues
pasó tan de extremo a extremo

la distancia de una a otra,
cuanto va de vivo a muerto, 315
de vencedor a vencido,
y de libre a prisionero.
Bradamante de Arles, hija
de sus duques, fue el objeto
en quien lidiaron mis ansias 320
aquel repetido duelo
a que siempre están retados
amor y aborrecimiento;
pero como la hermosura,
potentada de su imperio, 325
labra contra sí las armas
de su desdén, pues es cierto
que da armas contra sí
la que desdeñosa al mesmo
que escasea los favores 330
crece los merecimientos;
no desconfiado a costa
de ansias, penas y desvelos,
siendo gala en ella usarlos,
y gala en mí padecerlos. 335
Duraba, no en mi esperanza,
sino en mi dolor, a tiempo
que despedidas las tropas
a causa de los pretextos
de la tregua, me fue fuerza 340
volver a mi patria centro.
¿Quién creerá que hubo quien vuelva
a vivir en él violento?
Si el que más favorecido
se ausenta, peligra, puesto 345
que ausencia es muerte de amor,
¿qué peligrará el que ajeno
de favor se ausenta? Bien
que le aventaja el consuelo
de no perder la ventura 350
que no tuvo, con que creo
que, ausente y aborrecido,
llegué a vivir más contento
que favorecido, ausente

viviera, pues por lo menos 355
es sin aquel sobresalto,
aquel recato, aquel miedo
de que tengo que perder [166v]
la esperanza que no tengo.
Hasta aquí fue fuerza darte 360
cuenta de mis sentimientos,
mas ya desde aquí será
prolija relación, puesto
que desde aquí son tan unos
de Marfisa los sucesos 365
y los míos, que el contarlos
no importa para saberlos.
La mesma cumplida tregua
que a ella tray en seguimiento
de Argalía, es la que a mí 370
me tray al pasado empeño;
bien que ahora forzado más[(5)]
del amor que del esfuerzo.
El mesmo temporal que a ella
trajo abrigar a este puerto, 375
me trajo a mí. El mismo informe
de huir tú estos desiertos,
que a ella la obliga, me obliga
también a buscarte, y siendo
así que lo que ella dijo 380
y yo dijera, es lo mismo,
séalo también saber
si en esta ausencia otro afecto
supo servirla mejor;
y ya que a sus ojos vuelvo, 385
qué género de agasajos,
qué especie de rendimientos,
qué linaje de finezas
en su servicio hacer puedo
que más la obliguen, y en fin, 390
si por acaso o por yerro,
alhajas de desdichados
a Bradamante la debo,
ya que no para favores,
memoria para desprecios. 395

FALERINA Ya os dije que de amorosas
fortunas me compadezco,
y aun di a entender que tenía
altas causas para hacerlo.
Y no habiendo de salir 400
aquestas jamás del pecho,
porque, gusanos del alma,
se han de morir a acá dentro;
sus afectos[(6)] salgan, no
diga amor que le reservo, 405
avarienta de sus triunfos,
las causas y los efectos.
Ya así, obediente a los dos,
y a mí obedientes aquellos
espíritus que heredados 410
de Merlín, padre y maestro,
cuyo cadáver, aunque
yace en los campos amenos
de Agramante, desde aquí
me escucha; rasgue sus senos 415
este risco, y en sus duras
entrañas descubra, dentro
de su pavoroso[(7)] espacio
de Bradamante y Rugero
la acción en que agora se hallan 420
entrambos.

(Dentro ruido de terremoto.)

MERLÍN Ya te obedezco.
LISIDANTE ¡Qué asombro!
MARFISA ¡Qué confusión!

(Con terremoto dentro se corre la cortina, y queda con segunda colgadura el teatro; se ven en él sentados en sillas CARLOS **y** FLOR DE LIS. **Luego, por una banda y otra, Damas y Caballeros en ellas sentadas en almohadas, y ellos hincada la rodilla. La primera, al lado derecho, es** BRADAMANTE **con** RUGERO, **y los Músicos, en ala, detrás de todos.)**

FALERINA ¿Qué veis?
LISIDANTE El salón excelso
del gran palacio de Carlos,

que de gala y de festejo, 425
como suele en reales bodas
está, lugares teniendo
los galanes con las damas,
de cuyos altos sujetos,
después de Carlos, Carloto 430
y Flor de Lis, al derecho [167]
lado sigue Bradamante,
con quien está un caballero,
a quien solamente no
conozco de todos ellos; 435
bien que de verle tal vez,
como entre sombras, me acuerdo.

MARFISA Si es que a contraria razón
valer suele el argumento,
el que desconoces tú, 440
el que yo conozco es, puesto
que el que con la primer dama
está en lugar, es Rugero;
bien que yo también debiera
desconocerle, si atiendo 445
que del africano traje
el noble adorno depuesto,
la francesa moda viste.

LISIDANTE ¿No nos dirás a qué efecto
es el festín?

MARFISA ¿Y a qué causa, 450
cuando le juzgaba preso,
triste y afligido, está
tan alegre, tan contento,
y tan hallado en París?

LOS DOS ¿No nos respondes?

FALERINA No puedo, 455
que si habéis visto vosotros
vuestras desdichas, no menos
he visto yo mis desdichas;
y pues que suspensa quedo
más que vosotros, de mí 460
no hay que esperar el saberlo;
pues mejor os lo dirá
su gozo que mi tormento,

cuando pasando al oído
de los ojos el portento, 465
a las músicas de allá
repitan aquí los ecos...

MÚSICA Reinando en Francia Carlos el primero,
y entrando a ser esposo, sin salir de amante,
así al lado feliz de Bradamante, 470
vencido de su amor, dijo Rugero.

RUGERO Ya, Magno Carlos, ya, invicto,
heroico Delfín excelso,
soberana Flor de Lis,
bellas damas, caballeros 475
ilustres, que mi fortuna,
mejorando a un mismo tiempo
de religión y de estado,
mereció, sin merecerlo,
de prisionero de Marte 480
pasarme a ser prisionero
de amor en la esclavitud
del más soberano dueño,
que sin yerros que dorar
doró a mi prisión los yerros; 485
dadme licencia a que empiece
yo el festín.

CARLOS Si consiguiendo
de paladín africano
antes el renombre eterno,
el de francés paladín 490
hoy conseguís, y el empleo
de mi sobrino, ¿quién puede
competiros ese puesto?

RUGERO Con esa licencia, bien
humildemente soberbio, 495
y soberbiamente humilde,
decir podré, a sus pies puesto...
(Sácala a danzar.)

ÉL y MÚSICA Reverencia os hace el alma,
gloria de mi pensamiento...

(Los instrumentos suenan siempre, aunque se represente.)

BRADAMANTE Si dispensara el decoro 500
osadías al respeto,
y hubiera de hablar la voz
donde ha de hablar el silencio,
también os dijera yo
que os veneraba mi afecto... 505 [167v]
ELLA y MÚSICA Por ídolo de su altar,
por imagen de su templo.

(Danzan todos.)

RUGERO No excediérades, señora,
los límites a que atento
[ha][(8)] de vivir el recato 510
cuando lo dijerais, puesto
que pagarais una fe
verdadera; pues yo, es cierto...
ÉL y MÚSICA Por vós, francesa gallarda,
la fe verdadera tengo. 515

(Culebrilla.)

BRADAMANTE No deslucir la fineza
con no conocerla, quiero;
sino antes agradecida
estimaros que de extremo
a extremos pasáis el día 520
que pasáis de preso a preso.
ELLA y MÚSICA Y de caballero moro
sois cristiano caballero.
RUGERO Vós, hermosa Flor de Lis,
no tengáis a atrevimiento 525
el suplicaros, honréis
de mis bodas el festejo;
pues para que a danzar saque
al más divino sujeto...
ÉL y MÚSICA Licencia ha dado el amor 530
que pueda un aventurero.
BRADAMANTE Vós, príncipe generoso,
no por mí, mas por vós mesmo
el festín honrad, y sea

vuestro el agradecimiento; 535
que darle a un gallardo joven
ocasión de parecerlo,
ya es lisonja, pues darle
causa a que pueda discreto...

ELLA y MÚSICA — En el sarao a su dama 540
decirla su pensamiento.

FLOR DE LIS — Cuando por mi prima no
tuviera razón de hacerlo,
por vós, Rugero, saliera,
pues desde hoy el honor vuestro 545
a cuenta corre de todos.

DELFÍN — Y a la mía obedeceros,
no por mi interés, sino
por vuestro gusto, creyendo
que mayores obediencias 550
intentaran mis deseos...

ÉL y MÚSICA — Si quisiéredes, señora,

([Danse las][(9)] manos.)

que por el servicio vuestro.

DAMA 1ª. — Ya, los príncipes en pie,
todos estarlo debemos. 555

(Por de dentro.)

ROLDÁN — Mas quisiera mi valor,
para llegar a deberos
algún agrado, señora,
merecido del esfuerzo
y no de la gala, que hoy 560
al son de otros instrumentos...

ÉL y MÚSICA — En la plaza de París
se celebrase un torneo.

REINALDO — No le pesará a mi fama,
pues cuando suceda el verlo... 565

ÉL y MÚSICA — Yo seré el mantenedor,
y sustentaré que puedo,
atento a vuestros desdenes,
merecer no merecerlos.

DAMA 2ª. La desconfianza estimo. 570
RUJERO Mayor hiciera el empeño
yo entonces, pues sustentara
que soy solo el que merezco...
ÉL y MÚSICA Tener el cielo en mis brazos
después que fuistes mi cielo. 575
DURANDARTE Para cuando se disponga [168] (10)

(Tres cruzados.)

trocar el sarao en duelo...
ÉL y MÚSICA Dadme vós vuestras colores,
y veréis qué galán entro.
DAMA 3ª. Las que al rostro me salen 580

(Corros.)

como asentara primero
una condición.
DAMA 4ª. ¿Qué fuera?
OLIVEROS Que me deis cuantos diversos
matices significaron
ansias, penas y tormentos. 585
ÉL y MÚSICA Como no me deis azul,

(Cara a cara.)

porque significa celos.
LAS DAMAS A esa condición a todas
nos tocará responderos.

(Por defuera.)

LOS CABALLEROS Y a todos el preguntaros 590
¿cómo?
LAS DAMAS Como el satisfecho...
ELLA y MÚSICA Galán que sin celos ama,
o no quiere bien, o es necio.
GALANES ¿Por qué se debe culpar

(Paradetas.)

desear huir sin ellos? 595

ELLA y MÚSICA Porque la desconfianza
es madre de los discretos.

(Dentro suenan cajas y trompetas.)

[GENTE][(11)] **(Dentro.)** ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

UNOS ¡Qué horror!

OTROS ¡Qué asombro!

CARLOS ¿Qué estruendo
es este?

ROLDÁN Hacia el campo es 600
de Agramante.

CARLOS Acudid presto
todos, y queden por hoy
festín y boda suspensos.

TODOS Vamos todos.

[GENTE] **(Dentro.)** ¡Arma, arma!

RUJERO Aunque la dilación siento 605
de mi dicha, mi valor
quizá agradece el empeño,
por darme un mérito más.

BRADAMANTE No sea ventura menos.

(Tocan las cajas y las trompetas, y corre la cortina.)

VOCES **(Dentro.)** ¡Arma! ¡Guerra! 610

LISIDANTE Bello prodigio, ¿qué es esto?

MARFISA ¿Qué es esto, divino asombro?

FALERINA Esto es vengar vuestros celos,
(mejor dijera los míos)
espíritus infundiendo 615
en Marsilio, que es quien hoy
desde que fue Aglante[(12)] muerto,
hasta que llegue Argalía
tiene el militar gobierno
de las tropas africanas; 620
solicitando con eso
que se suspendan las bodas,
para que ambos tengáis tiempo

de llegar, quizá, a impedirlas.
LISIDANTE ¡Cuánto el favor te agradezco! 625
MARFISA ¡Cuánto el amparo te estimo!
FALERINA **[Aparte.]**
¡Ay!, que no sabéis que tengo
más causas para estorbarlas
yo que vosotros, pues fieros
mis hados dieron conmigo, 630
cuando iba a buscar los vuestros.
ARGALÍA **(Dentro.)** Marfisa.
MARFISA Esta es Argalía,
que viene en mi seguimiento.
OTROS **(Dentro.)** ¡Lisidante!
LISIDANTE Y los soldados
que a mí me buscan, son estos. 635
FALERINA Pues ya, serenado el mar,
podéis sulcar. Al encuentro
cada uno a su gente salga,
no a mí me vean.
LISIDANTE ¡Voy muerto...
MARFISA ¡Confusa voy... [168v][(13)]
LISIDANTE ...de haber visto 640
en los brazos de otro dueño
a Bradamante! **(Vase.)**
MARFISA ...de haber
visto el rostro a sentimientos,
que no pensé tener nunca! **(Vase.)**
FALERINA Tampoco pensé tenerlos 645
yo jamás, y me han venido
a buscar donde más lejos
dellos pensaba ocultarme.
¿Quién creerá que mis agüeros,
para hallarlos como propios, 650
los buscase como ajenos?
Mas, ¡ay!, que cuantos caminos
intenta el arbitrio[(14)] nuestro,
para apartar el influjo,
tantos son precisos medios 655
de adelantarle los pasos.
Dígalo el infausto sueño
en que vi un gallardo joven

que ensangrentaba en mi pecho
el dorado arpón de aguda 660
flecha, y escapaba huyendo,
tras quien yo, despavorida,
intenté correr, a tiempo
que a las temerosas voces
de mi mal cobrado aliento, 665
en los brazos de mi padre
despierta me hallé, que oyendo
la aprehensión del sueño, dijo:
«¡Nunca ese galán mancebo
llegues a ver, plegue al hado! 670
Pues ese día los ceños
conjurarás contra ti,
del amor y de los celos
en que solo, ¡desdichada!,
te amenazan los soberbios 675
hados en la esclavitud
de su más tirano imperio.
Si quieres asegurarlos,
pues dicen que tiene el cuerdo
en las estrellas dominio, 680
huye a los montes soberbios;
que en ellos no te hallará,
si no le buscas tú en ellos;
y más mientras dure el pacto
que comprometido tengo 685
en Malgesí, y no descubra
cierta lámina un secreto.»
Tan fija con el asombro,
con el horror, con el miedo,
se grabó en mi fantasía 690
su imagen, que al ver, ¡ay cielos!,
hoy a Rugero, jurara
estar otra vez durmiendo.
Y pues no me bastó, ¡ay triste!,
venir a este risco huyendo, 695
para que, sin que él me busque,
le busque yo, hallando el riesgo
tan no imaginadas sendas
de ejecutar sus decretos;

suelte la rienda al destino, 700
y corra tras él, haciendo,
ya que el verle tan gallardo
y de dos damas a un tiempo
tan querido es torcedor
de tan contrario veneno, 705
que entrando a matar en pasmo,
viene acabar en incendio,
que, pues los míos perdí,
no consigan sus deseos,
ni una en amorosos lazos, 710
ni otra en amantes afectos.
Y así, valida de mí,
pues yo a mí me basto, tengo
de ver si... Pero mejor
será que lo diga el tiempo, 715
cuando sol, luna y estrellas,
aire, agua, tierra, fuego,
hombres, aves, peces, fieras,
montes, valles, cumbres, puertos,
hados, influjos, destinos, 720 [169] (15)

vean que a todos opuesto
el valor de Falerina
sabe turbar a portentos,
el amor de Bradamante,
de Marfisa y de Rugero. **(Vase.)** 725

(Tocan arma, y sale por una parte ZULEMILLA **moro, y por otra** JAQUES **francés, armados redículamente.)**

VOZ **(Dentro.)**
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
JAQUES ¿Adónde podré ocultarme...
ZULEMILLA ¿Dónde esconderme poder...
JAQUES ...mientras la batalle pase...
ZULEMILLA ...mientras durar el batalia... 730
JAQUES ...que las iras no me alcancen...
ZULEMILLA ...que no me alcanzar el furias...
JAQUES ...destos morillos infames...
ZULEMILLA ...destos fames cristianilios,
JAQUES ...que embisten como unos canes? 735

ZULEMILLA ...que terar como unos perros?
JAQUES Pero allí la boca abre...
ZULEMILLA Pero hacia allí abrir el boca...
JAQUES ...una gruta, a quien mi hambre
está diciendo «comedme»[(16)]. 740
ZULEMILLA ...un cuva, que estar bastante
para me tragar.
JAQUES En ella
me esconda.
ZULEMILLA En elia
me ampare.

(Al entrar los dos, se ven, y tienen miedo uno de otro.)

JAQUES **[Aparte.]** Mas ¡ay!, que viene tras mí...
ZULEMILLA Mas ¡ay!, que venir mi alcance... 745
JAQUES **[Aparte.]** ...un morillo como un monte.
ZULEMILLA **[Aparte.]** ...un francés como un gigante.
JAQUES Señor moro, buen cuartel.
ZULEMILLA Monsiur bugre, bon pasaje.
JAQUES **[Aparte.]** ¡Vive el Cielo, que me teme! 750
ZULEMILLA **[Aparte.]** ¡Por Mahoma, que temblarme!
JAQUES Háblame claro, morillo.
ZULEMILLA Cristianilio, claro hablalde.
JAQUES ¿Eres por dicha gallina...
ZULEMILLA ¿Estar acaso cobarde... 755
JAQUES ...que aquí vienes á esconderte?
ZULEMILLA ...que aquí venir a escaparte?
JAQUES Si tú me dices que sí,
yo diré que sí al instante.
ZULEMILLA ¿Para qué decerlo el voz, 760
si el temor decirlo antes?
JAQUES Pues cállate tú, y callemos.
ZULEMILLA Pues caliemus tú, y calialde.
JAQUES Y a escondernos...
ZULEMILLA Y a ocultarnos...
JAQUES ...donde el furor no nos halle. 765
ZULEMILLA ...donde Marte no poder
nos pegar con la del martes.
JAQUES Pase usted señor morillo...
ZULEMILLA Seor cristianilio, osted pase...

LOS DOS — Que sin capitulaciones 770
firman dos gallinas paces.

TODOS — ¡Arma, arma! ¡Guerra!

(**Salen** CARLOS, ROLDÁN, OLIVEROS, DURANDARTE, REINALDOS **y** RUGERO, **deteniéndolos** CARLOS.)

CARLOS — No le sigáis el alcance
supuesto que se retiran,
y que ya la noche esparce 775
sus sombras; que puede ser
que con la fuga nos llamen,
y que siendo aquestos montes
como son, tan formidables,
sea ardid, y que en alguna 780
emboscada nos aguarden;
que el recato en la milicia,
siempre fue acuerdo importante,
y es pensar lo que yo hiciera,
prevenir lo que ellos hacen. 785
Y así, a retirar, amigos,
que mañana en los celajes
primeros del alba, pienso
en sus cuarteles pagarles
la visita: no se diga 790
que vinieron a buscarme
y no fui a buscarles yo.

(Caja y clarín.) [169v][(17)]

TODOS — A retirar toca.

(**Sale** LISIDANTE.)

LISIDANTE — Dame
tus pies, pues soy tan dichoso,
que al primer paso te halle 795
en estos montes, que el mar
repetidamente bate,
donde pudo mi fortuna
tomar tierra.

CARLOS Lisidante,
¿qué venida es esta?
LISIDANTE Habiendo 800
sabido que ya se acaba
la tregua, vuelvo al honor
de ser tu soldado, y darte
noticias de que Argalía
casi en el mismo paraje, 805
desde Escila, en que corrimos
unos mismos temporales,
viene a reclutar sus tropas;
tan altiva y arrogante,
que es en valor y hermosura 810
hija de Venus y Marte.
CARLOS Eso habrá más que vencer.
Llegad a todos y dadles[(18)]
los brazos, pues todos son
en fineza semejante 815
interesados, teniendo
vuestro esfuerzo de su parte.
LISIDANTE Roldán invicto, famoso
Oliveros, Durandarte,
Reinaldos, dadme los brazos. 820
ROLDÁN Seáis muy bien venido.
OLIVEROS Edades
eternas viváis.
DURANDARTE Los cielos
con bien os traigan.
REINALDO Y os guarden.
RUGERO Aunque a mí, al lado del César,
vuestras noticias me extrañen, 825
por las que yo de vós tengo,
no daré ventaja a nadie
en ser vuestro servidor.
CARLOS Rugero ya de los pares
es uno más: el general 830
del ejército de Aglante,
fue a quien prisionero vós
en esta torre dejastes...
LISIDANTE Agora reparo en él.
CARLOS Que de los duques de Arles, 835

antiguos alcaides suyos,
es heredado homenaje;
y a quien han sacado della
dos venturas, y tan grandes,
como ser paladín mío 840
y esposo de Bradamante.

LISIDANTE Uno y otro parabién
os doy. **[Aparte.]** ¿Qué yo, ¡ay de mí!, abrace
a mi enemigo, sin que
entre mis brazos le mate? 845

RUGERO Siempre me tendréis por vuestro.

CARLOS Los acentos militares
a retirar toquen. Pero

(Cajas y trompetas. **Salen** DELFÍN, FLOR DE LIS, BRADAMANTE, **y damas**.**)**

¿a quién nueva salva hacen
de cláusulas llenando el aire vano? 850

DELFÍN Permíteme tus pies...

FLOR DE LIS Dame tu mano.

CARLOS ¡Delfín! ¡Flor de Lis bella!
Pues ¿qué venida es esta?

FLOR DE LIS De mi estrella
el influjo seguir, con la disculpa
de que nunca el valor pudo ser culpa. 855
Corriendo ya la voz de que venía
a gobernar su ejército Argalía, [170][(19)]
no es justo que blasone
una mujer que a tu poder se opone,
sin que otra mujer sea 860
la que a tus pies sus altiveces vea,
no menos que ella heroicamente ufana.

DELFÍN Ya por los dos te respondió mi hermana;
pues tampoco no fuera
justo quedarme yo sin que viniera, 865
señor, a acompañarla.

BRADAMANTE Con que no menos disculpado se halla
el generoso espíritu de cuantas
a su ejemplo llegamos a tus plantas,
trocando el lisonjero 870

espejo de cristal al del acero.

CARLOS — El amor la fineza os agradece,
mas no el temor, que por instantes crece
al veros en campaña.
Pero, al fin, sois mis hijos, y no extraña 875
vuestro heroico valor mi fama altiva.
Venid.

UNOS — ¡Viva el Delfín!

OTROS — ¡Flor de Lis viva!

(Entrándose todos al son de cajas y trompetas.)

LISIDANTE — **[Aparte.]** ¡Ah tirana! Los cielos
tiempo me den en que vengar mis celos. **[Vase.]**

RUGERO — ¡Ay bella Bradamante! 880
¿Quién creerá que el amor que fue bastante,
tal vez algún cobarde hacer valiente
al contrario hoy en mí trocar intente
extremos[(20)]?

BRADAMANTE — ¿Cómo?

RUGERO — Como mi despecho
tiembla al saber que tú vas en mi pecho 885
y por guardarte, temo...

BRADAMANTE — No tienes qué, pues a contrario extremo,
si en ti fallece, en mí se aumenta el brío
al conocer que tú vas en el mío,
y después de aquel día que en la torre 890
de mi antiguo homenaje te vi, corre
el amor nuestro una fortuna. Vamos
donde juntos vivamos o muramos.

(Vanse, y dice FALERINA **dentro.)**

FALERINA — Eso será mas cierto
si a ese fin tomo en vuestros montes puerto. 895 [170v] [(21)]

Sobre aquesta oscura cueva,
que oculta el grande cadáver
de Merlín, llega esta noche
el encanto a fabricarse
del jardín de Falerina. 900

(**Salen**, **como a escuras**, ZULEMA **y** JAQUES.)

JAQUES Camarada, ¡qué de lance
me dio el miedo!
ZULEMILLA Cumorada,
¿que darme el tumor de balde?
JAQUES ¿Dónde estás?
ZULEMILLA Alá saber.
¿Dónde estar tú?
JAQUES Aunque me halles 905
no me hallarás, que no estoy
en mí, pues desde el instante
que entramos en esta cueva
y vimos que solo guarde
un sepulcro, pienso que 910
me fui a huir a otra parte.
ZULEMILLA El mesmo a mí soceder,
e más, si añadir el grande
romor con que el noche el paso
cerrar con oscoridades. 915

(Tópanse los dos.)

Mas ¡ay triste Zolemilla!
JAQUES Mas ¡ay desdichado Jaques!
ZULEMILLA ¿Qué estar eso?
JAQUES ¿Qué sé yo?
Pero algún dragón me ase,
según que las garras tiene. 920
ZULEMILLA A mé algún lobón rapante,
según que tener él presas.
JAQUES Señor dragón, no me trague,
porque aunque gallina soy,
no soy buen gigote de ave. 925
ZULEMILLA Ni mé estar bon alcoscuz,
aunque tener calbezate.
JAQUES Mas ¡qué miro!
ZULEMILLA ¡Que el primera
luz del sol nos desangañe!
JAQUES ¡Zulemilla!

ZULEMILLA ¡Jaqueciños! 930
JAQUES ¿Tú eres?
ZULEMILLA ¿Ser tú?
JAQUES Que te abrace
deja en albricias.
ZULEMILLA Mé y todo.

(Al abrazarse los dos sale un salvaje y pónese en medio, y abraza a los dos.)

SALVAJE Eso ha de ser a mí antes.
JAQUES ¡San Jaco!
ZULEMILLA ¡San Zancarrón!
¿Quién ser vós, que nos despartes? 935
JAQUES ¿Quién puede entre dos amigos
meterse, sino un salvaje?
SALVAJE Miserables hombrecillos...
JAQUES Conmigo no habla, que antes
soy en esta ocasión un 940
perdido que un miserable.
ZULEMILLA Con mé sí, pues que no dar
por mi vida cuatro reales.
SALVAJE ¿Cómo a entrar os atrevisteis,
cómo a penetrar osasteis 945
deste encantado palacio
los reservados umbrales?
JAQUES ¿Qué palacio es una cueva?
[**Aparte a** ZULEMILLA.]
Borracho está este gigante.
ZULEMILLA ¿Qué gegante no lo estar? 950
Y si no él, el que le trae.
SALVAJE El que veréis, en abriendo
esas puertas de diamante
que están dentro de la cueva.
(**[Aparte.]** Esto es llevar a encerrarles, 955
porque estando los jardines
sobre ella, no es bien que pasen
por ellos, y lo que vieren
lo puedan decir a nadie.)
Entrad, pues, porque lleguéis 960
a besar las plantas reales
de su reina Falerina, [171]

y ver qué castigo os mande
dar por estar aquí dentro.

ZULEMILLA ¿Dónde estar el majestades 965
della reina bailarina?

SALVAJE Allá lo veréis.

JAQUES Agrajes,
no digas más.

SALVAJE Entrad presto
si no queréis que os arrastre.

LOS DOS **[Aparte.]** ¿Quién vio más penas que estar 970
a obediencias de un salvaje?

(Vanse.)

Jornada II

Salen por una puerta mirando a lo lejos algunos moros, y detrás MARSILIO, MARFISA **y** ARGALÍA. **Y por la otra** CARLOS EL DELFÍN **y** FLOR DE LIS, BRADAMANTE, LISIDANTE, RUGERO **y los cuatro paladines**.

ARGALÍA Ya que la primera luz
del sol sus rayos esparce...

CARLOS Ya que el alba rompe el velo
de sus primeros cendales.

ARGALÍA Y en buena ordenanza, Carlos 5
manda que su campo marche
al nuestro, porque sin duda
que le gobierno no sabe,
pues no le he puesto en temor...

CARLOS Y el africano arrogante, 10
en fe quizá de Argalía,
al opósito nos[(22)] sale...

ARGALÍA No hay que esperar: las primeras
tropas de vanguardia avancen.

CARLOS No hay que perder la ocasión. 15

UNOS Brame el bronce.

OTROS Gima el parche.

TODOS ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(Trábase la batalla, y éntranse peleando.)

MARFISA ¡Oh, quiera el cielo que halle
en la batalla a Rugero!
Y para que no recate
entrar en duelo conmigo,
destos tapidos cendales
tengo de cubrir el rostro.
(Cúbrese y vase.)

LISIDANTE ¡Oh, si la ocasión hallase
de dar a Rugero muerte! **(Vase.)**

RUGERO De tu vida, Bradamante,
mi pecho será el escudo. **(Vase.)**

BRADAMANTE Del tuyo, pavés mi imagen. **(Vase.)**

TODOS **(Dentro.)**
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(**Salen por dos partes** ARGALÍA **y** FLOR DE LIS.)

FLOR DE LIS Ya que en lid los campos arden,
¡ah, si fuese tan dichosa
mi suerte, que me encontrase
con ella. ¡Argalía! ¡Argalía!

ARGALÍA El nombre acudir me hace
donde me llaman. ¿Quién eres,
que de tu riesgo ignorante,
a mí me buscas?

FLOR DE LIS Porque
solo con la voz te espante,
y antes que con el acero
con el sonido te mate,
Flor de Lis soy yo.

ARGALÍA ¡Ay de ti
infelice! Que no sabes
que la espada de Argalía
templada está en yerbas tales,
que a sus golpes derribó
cuanto se puso delante.
Muere a mis manos.

(**Riñen y cae** FLOR DE LIS.)

FLOR DE LIS ¡Ay triste!
ARGALÍA ¡Soldados!

(Salen MARSILIO **y otros.)**

MARSILIO ¿Qué hay que nos mandes?
ARGALÍA Que a Flor de Lis retiréis,
y hoy para triunfo nos baste, 50
pues con ella la vitoria
segura está de mi parte.
Y así, a retirar.
FLOR DE LIS ¡Piadosos [171v]
cielos, valedme, amparadme!

(Llévanla.)

CARLOS **(Dentro.)**
A la voz de Flor de Lis 55
allí todo el grueso carguen.
BRADAMANTE **(Dentro.)**
Sígueme, Rugero.
TODOS **(Dentro.)**
Moriremos en su alcance.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(Tocan cajas, y salen riñendo RUGERO **y** MARFISA.)

MARFISA Ya que de uno en otro trance 60
barajada la batalla,
a la voz de Bradamante
te reconocí, y llamado
de mí a singular combate
has tenido a esta, del monte 65
la más retirada parte,
vuelve a la lid.
RUGERO Bien creerás
no excusarla de cobarde,
sino de atento, al mirar
en mujer valor tan grande. 70
MARFISA ¿Por qué?

RUGERO Porque si te venzo
dirán que es vitoria fácil
los que tu valor ignoran;
y si me vences, desaire
mi rendimiento; y así, 75
pues no es posible que gane,
ni vencedor ni vencido,
te suplico que dilates
conmigo el duelo, y me digas
¿qué te ha obligado a buscarme 80
a mí más que a otro?
MARFISA Ser tú
el más vil, el más infame
de los hombres, más traidor

(**Sale** BRADAMANTE.)

a ti, tu patria y tu sangre.
BRADAMANTE Yendo presa Flor de Lis, 85
y viendo que en semejante
empeño falta Rugero,
con temor vuelvo a buscarle;
pues no es posible que vivo,
a mí y a su opinión falte. 90
Hacia esta parte fue adonde
de vista le perdí[(23)]: dame,
montes, dél noticia. Pero
con una africana aparte
retirado está.
RUGERO Por más 95
que me injuries y me ultrajes,
no has de obligarme a la lid,
porque solo has de obligarme
a saber quién eres.
MARFISA ¿Cómo?
RUGERO Desta suerte. **(Descúbrela.)**
MARFISA ¿Que dudases, 100
¡ah cruel!, que era yo a quien
le tocaban más que a nadie
tus sinrazones?
RUGERO Marfisa,

mi bien, mi cielo...

MARFISA No trates
desenojar con lisonjas 105
a quien matas con pesares.

BRADAMANTE ¡Qué escucho!

MARFISA ¿Tú eres aquel
paladín abencerraje,
que en real alimento tuvo
una leona por madre? 110
Pues ¿cómo desde prodigio
tan presto has pasado a ultraje,
que de tu patria y tu ley
y mi amor olvido haces,
tan del todo, que...?

RUGERO Marfisa, 115
no me culpes de inconstante;
que aunque mudé religión
por más superior dictamen,
de amor no mudé; que el tuyo
es en el alma carácter. 120
Como te quise, te quiero,
y que no te quise, sabes,
para esposa. [172]

BRADAMANTE Dama era
suya sin duda.

MARFISA No baste
aquesa satisfación; 125
que celos son unos males
tan fáciles de nacer,
que de cualquier amor nacen.
Cuando no me ofenda el gusto
¿puede el olvido dejarme 130
de ofender, con que abandonas
tu fama, pues que la abates
al ciego amor de...?

BRADAMANTE Detente,
no a decir su nombre pases,
africana; que no es 135
sujeto tan relevante
para los labios de quien
se da a partido tan fácil,

que en que la aman se consuela,
sin que para esposa la amen. 140

MARFISA Quizá es más decoro que
ni aun para eso me mirase
su esperanza, por no haber
tenido primero amante
en quien me perdiese el miedo, 145
como alguna en Lisidante.

RUGERO ¿Qué escuché, cielos?

BRADAMANTE A ser
servida una dama, no hace
consecuencia a los favores,
cuando constan las crueldades. 150
Y así, aunque no me desluzga
tu voz, que me enoje baste,
para que ya que no vengue,
castigue...
(Va a embestirla.)

RUGERO Ten, Bradamante,
la espada.

BRADOMÍN ¿Tú la defiendes? 155

MARFISA Quita, y deja que la mate.

RUGERO Ten el acero, Marfisa.

MARFISA ¿Tú la amparas?

RUGERO ¿Habrá alguien
tenido entre dos afectos
poderosamente iguales, 160
el corazón dividido
en tan enteras mitades,
que aunque Marfisa me injuria
con sus despechos, la ampare,
y aunque me dé con sus celos 165
pena, valga a Bradamante,
siendo mi vida un acero
tirado de dos imanes,
tan a un tiempo?

FALERINA **(Dentro.)**
Ya lo es,
de que él no se desengañe, 170
ni ninguna fe asegure.

(Estando riñendo las dos, **y él en medio**, **salen** JAQUES **y** ZULEMA **de leones y cargan con él**, **y suena un terremoto**.)

BRADAMANTE Quita.
MARFISA Aparta.
RUGERO ¡Bradamante,
Marfisa...! ¡Valedme, cielos!
ZULEMILLA Ya obedecer tus mandates.

(Llévanle.)

JAQUES Ya tus preceptos cumplimos. 175
BRADAMANTE ¡Qué desdichas!

(El terremoto.)

MARFISA ¡Qué pesares!
UNOS **(Dentro.)**
¡Qué asombros!
OTROS ¡Qué confusiones!
BRADAMANTE Dos leones de delante
le han robado de nosotras.
MARFISA Porque muera como nace 180
quien no como nace vive,
a cuyo pasmo en mortales
parasismos muerto el sol
fallece a la media tarde.
BRADAMANTE Anticipada la noche, 185
no hay nube que no se rasgue
a relámpagos y truenos,

(El terremoto.)

mas nada, mas nada baste
a que a mis manos no mueras.
MARFISA Ni tú a las mías no acabes. 190 [172v]

(Terremoto grande.)

UNOS **(Dentro.)**
¡Qué prodigio!

OTROS ¡Qué portento!

ROLDÁN **(Sale.)** De Flor de Lis el alcance
no es posible que prosiga;
que en negras obscuridades
voy tropezando en mis sombras. 195

(El terremoto.)

OLIVEROS **(Sale.)** Envidioso de ver tales
iras, aun el viento quiere
entrar en duro combate
con los montes.

LISIDANTE **(Sale.)** Y no solo
de los estruendos se vale, 200

(El terremoto.)

pero de la artillería
de los rayos.

DELFÍN **(Sale.)** Sí, pues de aves,
de globos de fuego pueblan
de crinado[(24)] vulgo el aire.

DURANDARTE **(Sale.)** En embrïones de luz 205
sus senos los riscos abren.

(El terremoto.)

REINALDOS **(Sale.)** Y auxiliares de los riscos
contra ellos braman los mares.

(Terremoto.)

CARLOS **(Sale.)** Sin duda, contra nosotros
hoy Argalía se vale 210
de Merlín, a quien le dieron
torpe espíritu por padre

(Terremoto.)

tantas diabólicas ciencias,
siendo siempre favorables

al África sus encantos; 215
y así, porque no embarace
el que cobre a Flor de Lis
y con toda África acabe
de una vez, nuestra conquista
será la cueva en que yace 220
hasta que abrasado vuele
en cenizas su cadáver. **(Vase.)**

TODOS — Todos en tan alta empresa
te ayudaremos constantes,
luego que cobrar el sol, 225
diga, publicando paces:
«Cesen, cesen rigores, cesen crueldades.»

(Vanse todos.)

MÚSICA — «Cesen, cesen[(25)] rigores, cesen crueldades,
y cobrando fuentes, flores y aves,
sus matices, sus voces y sus cristales, 230
firmen blandas treguas, ya que no paces,
luna, sol, agua, fuego, tierra y aire.

(Con esta música se descubre el teatro de los jardines, y en un cenador o nicho se ve FALERINA **vestida de ninfa en acción de estatua de una fuente, y sacan dos leones a Rugero haciendo canciones lo que dicen los versos.)**

RUGERO — Pues que desde las primeras
luces que gocé, en mí son
verdad y contradición 235
veros piadosas y fieras,
oh crueldades lisonjeras,
(o por decir más verdades,
crueles lisonjas), piedades
o iras de una vez usad, 240
o vida o muerte me dad:
no para contrariedades...

ÉL y MÚSICA — Cesen, cesen rigores...

ZULEMILLA — ¡Oh, quien hablalde pudiera,
ya que mi amo moro ser...! 245

JAQUES — Ya que, cristiano, placer
tuvo en que yo le sirviera...

LOS DOS — La hablaré desta manera.

(Vanse los dos con las señas.)

RUGERO — A mis pies con ceños graves, [173]
halagüeños y suaves — 250
me enseñan, yéndose aquella
estatua divina y bella,
a quien dio el abril las llaves...

MÚSICA — Pues cobrando fuentes, flores y aves...

RUGERO — Su primero resplandor — 255
en bello jardín me veo,
que no pudiera el deseo
imaginarle mejor...
Mil aromas cada flor,
cada fuente mil raudales, — 260
cada ave mil celestiales
tonos... en prodigio tanto,
todo junto es un encanto,
pues que suspenden iguales...

MÚSICA — Sus matices, sus voces, [y sus cristales].[(26)] — 265

RUGERO — ¡Oh tú, que en confusa calma
tienes, de jazmín vestida,
para estatua mucha vida,
para deidad poca alma!
Si deste jardín la palma — 270
eres, pues de cuanto aplaces
vitoriosamente haces
triunfos a tu pie rendidos,
haz que también mis sentidos
entre asombros y solaces... — 275

MÚSICA — Firmen blandas treguas, ya que no paces.

RUGERO — Luna es, pues siente desmayos;
sol, pues brilla luces tales;
agua, pues toda es cristales;
fuego, pues que toda es rayos; — 280
tierra, pues florece mayos,
y aire, pues a su donaire
no hay lustre que no desaire:
con que viene en mi consuelo
a ser de todo esto el cielo, — 285
pues padecen su desaire...

MÚSICA Luna, sol, agua, fuego, tierra, aire.
RUGERO ¿Cúya eres, oh peregrina,
bella imagen soberana?
¿De Venus u de Diana? 290
Que uno y otro te imagina
el que, dos veces divina,
en ti adoradas deidades.
Si a mi llanto te persuades,
sepa; pues ídolo eres, 295
y responderás si quieres,
¿Qué me dicen tus piedades?
MÚSICA Cesen, cesen rigores, cesen crueldades,
y cobrando fuentes, flores y aves
sus matices, sus voces y sus cristales 300
firmen blandas treguas, ya que no paces,
luna, sol, agua, fuego, tierra y aire.

(Sale del nicho al tablado.)

FALERINA Joven, cuyo valor
nació a más alto fin,
que a caudillo africano, 305
ni a francés paladín;
no solo mi voz creas,
viendo restitüir
a vida y alma un mármol,
pues hablarán por mí, 310
para mayor abono...

(Salen todas las músicas que puedan, vestidas de ninfas, con cendales en los rostros, y mientras ella representa y ellas cantan, él está suspenso.)

LA MÚSICA Deste hermoso jardín
en fuentes el cristal,
en flores el matiz...
FALERINA El grande origen tuyo 315
que te trajo hasta aquí
de la otomana luna [173v]
a la francesa Lis,
presagio fue que dijo
cuán bajo has de vivir 320

de una en otra ley, hasta
dar en la de gentil,
de cuyos dioses vienes.

LA MÚSICA
Dígalo el ver vivir
fatigas de un cincel, 325
afanes de un buril.

FALERINA
Estatua viva te habla
la diosa, que feliz
ídolo es deste templo,
deidad deste pensil. 330
No es Venus, ni Diana,
ninfa celeste sí,
en cuyas sacras bodas
estrella has de lucir
cuando goces por ella... 335

LA MÚSICA
En ese azul viril,
dosel de rosicler,
tálamo de zafir.

FALERINA
No, pues es consorte humana,
llegues a permitir 340
que las distancias mida
que hay del alta cerviz
del monte al valle; pues
aunque es noble, es así
que lo humano más noble, 345
con lo divino es vil,
y más cuando los hados...

LA MÚSICA
Te saben prevenir[(27)]
en rayos de otro sol,
luces de otro cenit. 350

FALERINA
Hasta entonces conmigo
goza deste país,
donde dichoso vivas,
sin llegarte a afligir
de Bradamante ausencias 355
que ella no ha de sentir,
ni de Marfisa celos,
que sabrá echar de sí,
y cuando no los eche...

LA MÚSICA
El que en mejor confín 360
tiene que merecer,

¿qué tiene que sentir?
FALERINA Vuelve a ver ese alcázar
que labró para ti
arquitecto el amor, 365
en cuyo camarín
son el bronce y el jaspe
material más civil;
pues de pórfido y oro
contienen entre sí 370
colunas y dinteles...
LA MÚSICA Cuestión sobre argüir
cual desangró más venas:
el Catay o el Ofir.
FALERINA Vuelve a ver el vergel, 375
cuya menor raíz
da en hojas de esmeralda
claveles de rubí.
Aroma es de coral
cada flor carmesí, 380
zafiro cada lirio,
también cada alhelí
topacio, en cuya aurora...
LA MÚSICA Perla es cada jazmín,
que se engendró al llorar, 385
y se cuajó al reír.
FALERINA Eterna primavera
el año será aquí,
sin que de doce meses
sepas más que el abril. 390
Tu mesa será el ampo,
sin que, por acudir
su blancura al mantel,
su frío deje de ir
al néctar y ambrosía... 395
LA MÚSICA En copas, que sutil
filigrana de oro
guarnezcan el perfil.
FALERINA Tu lecho será el mayo, [174]
pues le verás mullir 400
rasos de primavera
en catres de marfil;

siendo regazo de uno
y de otro transportín;
las plumas de aquel ave, 405
que al nacer del morir
reservará la hoguera...

LA MÚSICA Cuyo hermoso terliz
del colchado algodón,
respirará ámbar gris. 410

FALERINA Tendrás a todas horas
en continuo festín
mis damas, en quien hay
aun más que ver, que oír;
y cuando echares menos 415
tu espíritu la lid,
también sabré batallas
en el aire fingir
que tu valor diviertan...

LA MÚSICA Viendo en embestir 420
escuadras ciento a ciento,
y tropas mil a mil.

FALERINA En fin, tendrás, Rugero,
bien que no tendrás fin,
pues semidiós conmigo 425
eterno has de vivir,
mientras de colocarte
no llegue el tiempo en mí,
un alma que te adore,
con quien siempre feliz 430
vivirás, cuando el iris[(28)]...

LA MÚSICA Desplegará por ti
las hojas de esmeralda,
de gualda y de carmín.

RUGERO Hermoso enigma, en quien, 435
no sin asombro, vi
que pudo alcanzar más
el ver que el discurrir.
Si deidad eres, ¿cómo
puedes dudar de mí, 440
que al decirme que soy
más noble que creí,
en más obligación

me pones de acudir
a esa misma nobleza? 445
Y siendo aquesto así,
¿contradición no implica
que intentes conseguir
el hacerme más noble
para verme más ruin? 450

FALERINA ¿Cómo?

RUGERO Pues ¿hay mayor
ruindad....[(29)]

FALERINA ¿Qué?

RUGERO ...que mentir?
Y más a una mujer,
obligándome aquí
a que te ofrezca un alma, 455
que ya a otro dueño di.
Verdad es que a Marfisa
la quiero como a mí;
mas no como a mi esposa.
Y si grosero fui, 460
dígalo la contienda
en que a los dos perdí
en querer allá dos;
¿qué será a tres aquí?
Y pues desengañar 465
más noble es que fingir,
permíteme que vuelva
donde estaba, al oír
que estoy en mi fortuna,
desde que merecí 470
para admitirme esposo
de Bradamante el sí,
tan feliz que no puedes
hacerme más feliz.
Por ser estrella yo, 475
¿cómo he de permitir
que ella mi sol no sea,
llegando a preferir
a todo un sol un astro?
Y así, humilde...

FALERINA ¡Ay de ti! 480

Que no sabes que solo [174v]
no es el engaño vil
que se hace a declarada
mujer, pues siempre vi
sentir más el desprecio 485
que el engaño; que, en fin,
uno da que temer,
pero otro que sentir.

RUGERO Eso es juzgarla a ella,
mas no juzgarme a mí, 490
que soy el que no quiero
finezas deslucir
con engañarte; fuera
de que ¿eres, como oí,
deidad, o no? Si lo eres, 495
¿cómo he de presumir
engañarte? Y si no,
¿qué aventuro en huir
de quien me engaña?

FALERINA El ver...

RUGERO ¿Qué?

FALERINA Que aun sin prevenir 500
tantas felicidades,
como te prometí,
por mí sola el desaire
tomar debo, y que...

RUGERO Di.

FALERINA ...es poca la distancia 505
que se da entre rendir
un afecto o vengar
un desdén.

RUGERO Es así;
mas si es ruin (yo lo dije)
quien miente por mentir, 510
quien miente por temer
será dos veces ruin.

FALERINA ¿Que aún no fingirás?

RUGERO No.

FALERINA ¿Y quieres irte?

RUGERO Sí.

FALERINA Pues ¿que vendrán finezas 515

contigo a conseguir?
RUGERO Darme que agradecer,
pero no que admitir.
FALERINA ¿En eso te resuelves?
RUGERO No está mi arbitrio en mí. 520
FALERINA Pues pasen a otro extremo
mis iras.
RUGERO ¿Cómo?
FALERINA Así.
El tono que adormece
los sentidos decid.
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti, 525
que lo feliz desdeñas,
y eliges lo infeliz!
¡Ay mísero de ti!
RUGERO ¡Cielos! ¿Qué confusión
esta que ha entrado en mí, 530
que no me deja, ay triste,
ni hablar ni discurrir?
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti!
RUGERO Un letargo, un delirio,
un pasmo, un frenesí 535
los sentidos embarga,
sin ver, ni hablar, ni oír.
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti!
RUGERO Trabado el corazón,
late, tan sin latir, 540
que a no animar, anima,
y vive a no vivir.
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti!
RUGERO Tan turbado el aliento,
el pecho echa de sí, 545
que empieza en pronunciar
y remata en gemir.
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti!
RUGERO Todo es entorpecer
y temblar, tan sin mí, 550
que viene a ser mi pena
sentir de no sentir.
LA MÚSICA ¡Ay mísero de ti!
RUGERO ¿Qué es esto, cielos?

FALERINA Esto
es que, pues yo por ti 555
pasé de estatua a viva,
pases tú ahora por mí
de vivo a estatua, siendo
mármol deste jardín,
para que en mi venganza 560
mejor pueda decir...
RUGERO También lo diré yo,
por si descanso así: [175]
¡ay mísero de mí...
LA MÚSICA TODA ¡Ay mísero de ti! 565
RUGERO ...que lo feliz desdeño,
y elijo lo infeliz!
LA MÚSICA ¡Que lo feliz desdeñas,
y eliges lo infeliz!
FALERINA Ministros míos, a quien 570
las brutas formas di,
por haber penetrado
desta cueva el sibil!...

(**Salen** JAQUES **y** ZULEMILLA.)

JAQUES ¿Qué mandas?
ZULEMILLA ¿Qué querer?
JAQUES ¿Puesto que, para ti, 575
somos los que antes fuimos?
FALERINA Que ya que me servís,
me guardéis esta estatua,
y a cualquiera que aquí
en busca suya entre, 580
le hagáis pedazos mil.
ZULEMILLA ¿Y si él se contentar
con novecintos?
JAQUES Y si[(30)],
aunque a otros león parezca,
soy puerco, y aún respira, 585
¿cómo he de defenderle?
FALERINA No temáis, porque aquí
lo formidable basta;
y para resistir,

si alguien se atreve a entrar, 590
el que pueda salir
continuamente el eco
que aduerme, repetid
vosotros, mientras yo
siembro todo el confín 595
de venenosas yerbas,
que al pisarlas, herir
puedan la planta a cuantos
entrar osen aquí.
Fuera de que, ¿qué temo, 600
si mientras de Merlín
dure el sepulcro y nadie
se atreve a descubrir
lo que en sí encierra el pacto
de sus ciencias, el fin 605
nadie ha de haber? En cuyo
asombro ha de vivir,
hecho mármol a todos,
quien lo fue para mí.
A cuyo encanto una 610
y mil veces decid...

MÚSICA TODA ¡Ay mísero de ti,
que lo feliz desdeñas
y eliges lo infeliz!

(**Vuélvese a cerrar la cortina**, **y sale por una parte** ROLDÁN **y** DURANDARTE, **deteniendo a** MARFISA. **Y por otra** LISIDANTE, OLIVEROS **y** REINALDOS, **deteniendo a** BRADAMANTE.)

UNOS Tente, Bradamante.
OTROS Tente, 615
africana.
LAS DOS Es desvarío...
BRADAMANTE Que yo he de ser la primera
que examine ese prodigio,
de cuya boca las fieras
salieron, que el dueño mío 620
me robaron de los ojos;
que como a esposo le estimo...
(Aparte.) Aunque me ofendan sus celos.
MARFISA Que solo ha de ser mi brío

el que examine el portento 625
de aquese insulto retiro,
de cuyo bostezo fueron
partos los monstruos esquivos
que a Rugero arrebataron...
(Aparte.) Aunque me ofenda su olvido 630
que como amante le adoro.

LISIDANTE Aunque pudiera, ofendido
de ti, darme por vengado,
fuera a mi valor indigno;
porque la mejor venganza 635
que para una dama ha habido
es, cuando ella ha un desprecio,
vengarle con un servicio. [175v]

ROLDÁN ¡Bueno fuera que Roldán,
estuviera por testigo 640
de un peligro, y viera ir
una mujer al peligro
y él se quedara!

LISIDANTE Y así,
por ti y por mí, solicito
ser el primero que entre 645
en el pavoroso sitio
de aquesa gruta.

ROLDÁN Y así,
el primero determino
ser, que los senos penetre
de ese asombro.

DURANDARTE Ese desvío 650
no consentirá mi fama.

OLIVEROS Tampoco mi pecho invicto.

REINALDO Ni mi valor.

(**Sale** CARLOS.)

TODOS Yo...

CARLOS ¿Qué es esto?

LISIDANTE Que habiendo tú anoche dicho
que para cobrar a Flor, 655
y acabar la lid, camino
no hay mientras militaren

los diabólicos hechizos
del cadáver de Merlín
por África, conferimos 660
que era bien reconocer
qué contiene el laberinto
de sus intrincadas quiebras,
para aplicar los disignios,
más a su ruina conformes: 665
a que Bradamante dijo...

BRADAMANTE Rugero, de dos leones,
que no sé si compasivos
o crueles le ausentaron,
vivo o muerto en su distrito 670
yace, y así a nadie toca
más que a mí entrar en su abismo.
Si es muerto, a morir con él,
o a vivir con él si es vivo.

LISIDANTE Prosiguió a esto esa africana... 675

MARFISA Habiendo anoche perdido,
con la oscura confusión
de aquel terremoto, el tino,
que impidió mi retirada;
y habiendo entre otros cautivos 680
quedado a ser prisionero.
(**[Aparte.]** Lo que me movió no digo:
quien lo ha de saber, lo sabe.)
Proseguí: siempre fue estilo
de averiguar de las simas 685
los secretos escondidos,
abandonar un esclavo;
y pues yo lo soy, me obligo
a la ley de serlo, entrando
la primera.

LISIDANTE Yo el peligro 690
de Bradamante excusaba.

ROLDÁN Yo el de esta mujer, movido
a que basta ser mujer;
pues no hay tan opuesto rito
que sus privilegios rompa. 695

LISIDANTE Cuando intentando lo mismo
todos...

LOS TRES Todos pretendemos
ser al riesgo preferidos.
CARLOS En cuanto a que es buen acuerdo
saber que haya contenido 700
aquesa gruta, convengo;
pero no me determino
a cuál haya de vosotros
de ser el que ha de inquerirlo.
ROLDÁN Escúchame a mí: quizá 705
a una razón convencido
que milita en mí y no en otro,
podré a todos reduciros.
Ya sabéis que por la bella
Angélica perdí el juicio, 710
y que le cobré sabéis
en virtud de aqueste anillo,
que el mágico Malgesí[(31)]
me dio. Pues si yo conmigo
llevo tal contraveneno 715
que fue bastante aforismo
contra el hechizo de celos,
¿qué hará contra otros hechizos? [176]
Seguro, pues con él voy,
de que haya tan noscivo 720
espíritu que me ofenda;
y así, a tus plantas te pido
me nombres, pues no es desdén
para los que no han tenido
igual antídoto.
CARLOS Dices 725
bien[(32)]. Ve, pues, y trae aviso
de lo que vieres, porque
sepa, una vez advertido,
si han de ser acero o fuego
los que arruinen su obelisco. 730
ROLDÁN Fía de mí, que te traiga
buen informe.

(Vase, y suena el clarín.)

CARLOS Si no fío

de Roldán, ¿de quién podré?
Pero, ¿qué trompeta ha herido
el aire?

(**Sale** DELFÍN.)

DELFÍN Llamada es
de paz que hace el enemigo
para que a un embajador
oigas.
CARLOS ¿Qué habrá sucedido?
¡Ay Flor de Lis de mi vida!
Llegue, que yo le permito,
de embajador el seguro.

(**Sale** ARGALÍA.)

ARGALÍA Con ese salvo te pido
mano y audiencia.
CARLOS ¿Quién eres?
ARGALÍA Argalía, que no he querido
fiar de otro que de mi
prática en que solicito,
embajatriz de mí misma,
participarte motivos
que a esto me obligan.
CARLOS Di, pues.
ARGALÍA Anoche mi valor hizo
a Flor de Lis prisionera;
y aunque triunfo tan altivo
pudo anticiparme medios
de adelantar mis partidos
con tantas ventajas cuantas
me propusiera el arbitrio,
pues no hay canje que ser pueda
de tanto mérito digno;
con todo, en su estimación,
no tocando mi delirio
en la locura de hacer
la dicha a desprecio indigno,
vengo hacer liberal trueco

della a dos vidas, que han sido,
si no precio suyo, precio 765
de mi odio y de mi cariño.
Marfisa, una dama mía,
que criándose conmigo
ha merecido tener
las llaves de mi albedrío, 770
predominante estrella,
en mí gozando el dominio;
si es que escapó viva anoche,
de tanto mortal conflito,
es la una; la otra es 775
Rugero, un advenedizo[(33)]
hijo espúreo[(34)] de los hados,
que infiel, desagradecido
y ingrato a tantos honores,
como mi padre le hizo 780
contra mí, contra su ley
y contra su patria ha sido
tan vil traidor, que ha tomado
las armas en tu servicio.
Y así, volviendo a la salva 785
de que no cuerda remito,
por los dos a Flor de Lis,
disculpen el desvarío
lo que a Rugero aborrezco
y lo que Marfisa estimo. 790

CARLOS Sepa antes que responda,
quién esta esclava haya sido,
y si vive.

MARFISA Sí señor.
Y a tus plantas te suplico
me des licencia de que 795 [176v]
la mano a mi dueño invicto
bese por tanta fineza.

CARLOS No solo eso te permito,
mas que con ella te vayas,
sin pasar a más partidos 800
en cuanto a la libertad
de Flor de Lis; que indeciso,
no me atreveré a tratarlos,

por no atreverme a cumplirlos.

ARGALÍA ¿Por qué?

CARLOS Porque aun no tocando 805
en humanos ni en divinos
fueros de ser ya cristiano,
que importa más que mis hijos,
y estar en mi protección,
aun hay otro requisito.

ARGALÍA ¿Qué es? 810

CARLOS Que no se sabe dél,
de que Marfisa es testigo;
pues sabe que en esa cueva
de Merlín, despojo ha sido
de dos leones: a cuya 815
causa abrasar solicito
su cadáver, y acabar
de una vez con sus prodigios.

(**Sale** ROLDÁN.)

ROLDÁN Aun en sabiendo, señor,
cuán raros, cuán exquisitos 820
son, mejor lo dirás.

CARLOS ¿Cómo?

ROLDÁN Como dentro de ese risco
entrando, sin que llegase
ninguna guarda a impedirlo,
solo vi reales palacios 825
entre jardines tan ricos
y tan hermosos, que son
retratos de un paraíso;
de suerte que sin horror
ninguno, yendo conmigo, 830
pues conmigo vais seguros
de que sus encantos rindo,
podréis todos entrar dentro.

CARLOS Guía, pues, que ya te sigo,
que no es tan no visto asombro[(35)] 835
para dejar de ser visto.

TODOS Si tú vas, ¿quién dejará
de seguirte[(36)]?

(Entran todos por una puerta, y sale por otra FALERINA, **descubriéndose otra vez los jardines con** RUGERO, **y los leones a sus pies.)**

FALERINA — Ea, ministros,
ya dentro de mis jardines
todos nuestros enemigos 840
están, pues con Bradamante
y Marfisa, que han tenido
la culpa de mis desprecios,
vienen cuantos destruirnos
tratan. Y pues a Roldán[(37)], 845
en virtud de aquel anillo
que entre Malgesí y Merlín
pacto contra pacto hizo,
no le alcancen mis rencores;
los demás, a ellos rendidos, 850
sientan[(38)] las dos venenosas
fuerzas de los dos hechizos
de la yerba y de la voz,
mientras que yo me retiro
al sepulcro de Merlín; 855
porque no dando conmigo
Roldán, contra quien no tengo
poder, no tema el castigo
de la venganza de todos.

(Vase, y van saliendo por la otra parte todos.)

JAQUES — León manso...
ZULEMILLA — León pacífico... 860
JAQUES — Pues no podemos hablarnos
como en aquel tiempecillo
en que hablaban los leones,
en tiempo del rey Perico,
dime por señas si anda 865
en el jardín algún ruido.
ZULEMILLA — ¡Y cómo que andar! Mas no
atreverme ni aun a oírlo; [177]
que la reina bailarina
por qui travesar he visto,[(39)] 870

hacendo no bon mandanca
y así, callar el hocico,
por no poderse decer
por los dos callar el pico.

CARLOS ¿Quién vio jamás tan hermoso, 875
bello, deleitable sitio?

ARGALÍA Ni aun la imaginación pudo
atreverse a describirlo.

TODOS ¿Debajo de tierra, ¡cielos!,
cupo tan grande edificio? 880

ROLDÁN Ved si con seguridad
que podéis entrar he dicho.

MARFISA Y no es lo más admirable
lo suntuoso y lo lindo,
sino lo que a mirar llego, 885
pues estatua de aquel nicho
Rugero está.

BRADAMANTE Y tan inútil,
que no sé si muerto o vivo.

MARFISA Pero a mirarlo me atrevo.

BRADAMANTE A verlo me determino. 890

MARFISA Mas ¡ay infeliz!

LAS DOS Los dos leones, que impíos
nos le robaron, le guardan.

JAQUES Por Dios que nos han temido,
con ser leones de paz. 895

ZULEMILLA Como esos mondo haber visto.

ROLDÁN No los temáis...

JAQUES Harán bien.

ROLDÁN Pues yo a mis golpes los rindo.

ZULEMILLA Y aun mucho menos bastar.

(Dentro instrumentos.)

TODOS ¿Qué es esto, cielos divinos? 900

CARLOS Espera, que quizá quieren
sonoras voces decirlo.

LA MÚSICA En esta galería,
que Amor para sí hizo,
y que tirano dueño 905
se la entregó al olvido,

todos[40] han de sentir tan sin sentido,
que a ser vengan, estatuas de sí mismos.

CARLOS ¡Qué dulce voz! A sus ecos
quedé absorto y suspendido. 910

MARFISA Turbada yo.

BRADAMANTE Yo confusa.

ARGALÍA ¿Qué veneno...

LISIDANTE ¿Qué delirio...

DURANDARTE ¿Qué frenesí...

OLIVEROS ¿Qué letargo...

REINALDOS ¿Qué pasmo...

DELFÍN ¿Qué parasismo...

TODOS ...es el que me yela el pecho? 915

ROLDÁN ¿Qué es esto, cielos, que miro?

TODOS Y MÚSICA En esta galería,
que Amor para sí hizo,
y que tirano dueño
se la entregó al olvido, 920
todos han de sentir tan sin sentido,
que a ser vengan estatuas de sí mismos.

ROLDÁN Ajenos de sí, elevados,
atónitos y rendidos
a profundo embargo, yacen[41] 925
cuantos la voz han oído,
sino yo solo, ¡ay de mí!,
a cuya cuenta ha corrido
su riesgo. Y pues a mi cuenta
habrá de correr su alivio, 930
sea desta suerte. Fieras,
ya que a vosotros me libro,
no a mí os libraréis vosotras.
De Durandana a los filos
moriréis, ya que sois 935
tan fantásticos vestiglos,
¿no me decís quién es dueño
deste encanto?

ZULEMILLA ¿Quién decirlo
poder, si no tener voz,
que no sonar a rogido? 940

JAQUES Sea galán de mondonga
usted un rato, por Cristo,

y sabrá hablar por la mano.

ROLDÁN A aquella parte me han dicho
sus señas, donde lo inculto 945
del jardín abre un resquicio. [177v]
Veré qué hay en él, en tanto
que dicen voz y gemido...

(Entra por una puerta y sale por otra, **y** FALERINA **huyendo**, **y** ROLDÁN **en su seguimiento**.**)**

TODOS y MÚSICA En esta galería,
que Amor para sí hizo, 950
y que tirano dueño
se la entregó al olvido,
todos han de sentir tan sin sentido,
que a ser vengan estatua de sí mismo.

ROLDÁN ¿Quién eres, ¡oh prodigiosa 955
mujer!, que en este retiro
te ocultas acompañando
un hierto cadáver frío,
de cuyas manos quité
en fe de no haber temido 960
su horror, esta de metal
lámina?

FALERINA ¿Quién, de haber visto
que tú, Roldán, la has quitado
de donde hasta hoy no ha podido
quitarla nadie, ni aun yo, 965
con haberlo pretendido
muchas veces, a tus pies
postrada de sus prodigios,
rendirá la fuerza a precio
de la vida.

ROLDÁN Yo te admito 970
la condición.

FALERINA Pues las voces
vuelvan a su contrahechizo.

MÚSICA De aquesta galería,
que Amor para sí hizo,
aunque tirano dueño 975
se la entregó al olvido.

Cese, cese el encanto, y en su sentido
vuelva los que estatuas son de sí mismo.

CARLOS ¿Qué es lo que pasa por mí?

MARFISA Con nuevo aliento respiro. 980

BRADAMANTE Como de un sueño despierto.

ARGALÍA ¿Quién restaura mi sentido?

LISIDANTE ¿Quién en mi acuerdo me cobra?

DURANDARTE ¿Me restituye en mi juicio?

OLIVEROS ¿A la nueva luz me vuelve? 985

REINALDOS ¿Quién me rescata en mi arbitrio?

DELFÍN ¿Y a mí en mí me restituye?

ZULEMILLA Hasta en mí faltar el chizo.

JAQUES Hasta en mí falta el encanto.

RUGERO ¿Quién, cielos, dudar me hizo, 990
viendo aquí todos, que agora
es cuando estoy más rendido
a aquella divina fiera?

ROLDÁN La voz que a todos os dijo...

MÚSICA Cese, cese el encanto, y en su sentido 995
vuelvan cuantos estatuas son de sí mismos.

TODOS ¿Qué es esto, Roldán?

ROLDÁN Haber
aqueste asombro vencido,
con solo haber arrancado
de un cadáver que allí he visto, 1000
esta lámina.

CARLOS Sepamos
qué es lo que está en ella escrito.

ROLDÁN Está en arábigo.

ARGALÍA Muestra
pues, que yo podré decilo.[(42)]
(Lee.) «¡Ay, Falerina, de ti, 1005
el día que los dos hijos
de Agramante se conozcan
por herederos de Egipto!
Que es el término en que está
el pacto comprometido 1010
que hice, para haber obrado
tantos extraños prodigios.
A cuya causa, teniendo
en sus fortunas dominio,

y no en sus vidas, porque 1015
nunca llegase, atrevido
hurté a los dos de sus cunas,
a los ásperos retiros
de Aglante huyendo con ellos;
y para más dividirlos, 1020
al uno en un barco al mar [178]
entregué, y entre unos riscos
el otro a las fieras. Esto
en el último suspiro
de mi vida te declaro; 1025
porque vivas sobre aviso,
que en tu sueño y en la mira
con que siempre los asisto.
Marfisa y Rugero son
en quien está su peligro.» 1030

FALERINA No más, no más; que al oír
que el fatal plazo cumplido
está a mis hados, al mar
me echaré desde este risco,
donde despeñada muera 1035
en trágico precipicio.

(Con terremoto se vuelven a cubrir los jardines.)

RUGERO Los jardines y palacios,
todo ha desaparecido.

UNOS ¡Qué asombro!

OTROS ¡Qué confusión!

OTROS ¡Qué portento!

OTROS ¡Qué prodigio! 1040

CARLOS Sin duda, escribiendo esto
murió, y el cielo previno
que esta lámina en sus manos
durase.

MARFISA Con que habrás visto
siendo Rugero mi hermano, 1045
si fue justo el amor mío,
Bradamante.

[BRADAMANTE] Y tú, Marfisa,
si en mis celos causa ha habido

hasta aquí para tenerlos,
que no la hay para sentirlos. 1050
Y así la mano le doy.

LISIDANTE Con que yo, destitüido
de su amor, pues sé, Marfisa,
cuánto tu amor era digno,
la mano te ofrezco.

MARFISA Yo, 1055
Lisidante, la recibo.

CARLOS Para que cobréis el reino,
mis militares auxilios
ofrezco.

ARGALÍA Mis armas yo.

RUGERO Con que a una acción reducidos, 1060
ambos ejércitos, paces
firmaron.

ARGALÍA Y habiendo sido
Flor de Lis el iris de ella,
verás que al punto la envío,
si no festejada, al menos 1065
servida de mis cariños.
Con que podremos dar fin
todos, a los pies rendidos
de dos vidas, que del cielo
nos deje gozar mil siglos. 1070

EL MAESTRO DE DANZAR

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

ÍNDICE

Jornada primera 149
Jornada segunda 179
Jornada tercera 218

Personas que hablan en ella

DON ENRIQUE
CHACÓN
DON JUAN
DON FÉLIX
DON DIEGO
CELIO
DON FERNANDO
BEATRIZ
LEONOR
INÉS
ISABEL
JUANA
ALGUACILES
GENTE

JORNADA PRIMERA

Salen don Enrique y Chacón de camino.

DON ENRIQUE Deja locuras.
CHACÓN ¿Sin mí
ir solo, señor, procuras?
DON ENRIQUE ¿Quién dice tal?
CHACÓN Tú.
DON ENRIQUE ¿Yo?
CHACÓN Sí,
que si he de dejar locuras,
es fuerza dejarte a ti.
Y para que el argumento
veas cuánta fuerza esconde,
mientras de noche y a tiento
vamos, sin saber adónde,
haz cuenta que va de cuento.

Paseando el tablado.

En Madrid, patria de todos
—pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros—,
noble naciste, si bien
al antiguo odio sujeto
con que, al repartir sus dones,
se miran de mal aspecto
naturaleza y fortuna;
conque he dicho que te dieron

la sangre sin el caudal;
y aunque es lo mejor, no veo
que jamás le llegue el día
en que se le luzga el serlo.
Pero esto ahora no es del caso.
Ilustre y noble, en efeto,
bienquisto con tus iguales,
con tus mayores atento,
cortés con tus inferiores,
en blanda paz vivías, dentro
de tu esfera, tolerando
lo no rico con lo cuerdo,
cuando, porque este atributo
aún no gozaras, el ceño
de tu fortuna al azar
le barajó de un encuentro.
Viste una dama, sobrina
de un anciano caballero,
que enfrente de nuestra casa
vino a vivir, y tan ciego
quedaste, que Lazarillo
desde aquel punto te adiestro.
Informado de quién era
el bellísimo portento,
supiste, como ya dije,
que era sobrina del viejo,
hija de un hermano suyo
que en Indias en un gobierno
estaba, y que por ser ella
embarazo para el riesgo
de tantos mares, la había
dejado, con buen acuerdo,
a la tutela del tío.
A este informe sucedieron
las edades de un amor,
que nace niño pequeño,
con el uso de la vida,
sin el del entendimiento;

crece, sin saber hablar,
explicándose indiscreto
por señas, hasta que empieza
torpe a pronunciar; y, puesto
a andar, no hay cosa en que no
caiga; tras cuyos tropiezos
se sigue el ponerle a leer
y escribir; conque sospecho
que en poco tiempo te he dicho
lo que pasó en mucho tiempo;
pues tu amor correspondido,
fluctuando los inquietos
golfos suyos, arribó
de buena esperanza al puerto.
Ya ni amigos, ni visitas,
conversaciones, ni juegos
cursabas, siendo un balcón
acomodado terreno,
donde en coche de ladrillo,
puesto al estribo de hierro,
tenías para todo el año
tus estanques en invierno,
tu río en verano, tu prado
en primavera, tu ameno
camino del Pardo y Fuente
de Reina en otoño, siendo
las orillas de tu casa,
salvo el arroyo de en medio,
tus estanques y tus ríos,
prados, fuentes y paseos.
La seña para poder
de noche hablar poco y necio,
era cuando tú a deshora
tocabas un instrumento,
como acaso, en el balcón,
que aunque no eres nada diestro,
para que ella te entendiese
bastaba, y para que oyendo

alguien folías de arriba,
dijera: «El primer barbero
es éste que vive en lo alto».
En fin, a la seña, en viendo
que el tío dormía, y que tú
esperabas, entreabierto
el marco de su ventana,
hablabais lo que el silencio
de la noche permitió.
«¿Qué diérades, majaderos,»
decía yo, «porque esta calle
fuera barrio de Toledo,
adonde no peligrara
el temor del hablar recio?»
A este tiempo, cuando más
alegre, ufano y contento
creíste acabara tu amor,
como farsa, en casamiento,
vino la flota, y en ella
su padre; conque, en habiendo
dado cuenta de sus cargos,
y sus caudales compuesto,
a descansar y gozar
la última edad en sosiego,
a Valencia, patria suya,
se vino a vivir, trayendo
su hija consigo. Aquí entra
el «¿cómo quedaste?»; pero
ausente y enamorado
y favorecido, ello
se está dicho; y de no estarlo,
lo habrá de decir su efecto.
Pues sacando de tu poca
hacienda algún caudalejo,
tras ella habemos venido
en alas de aquel proverbio:
«¡Ved con quién, y sin quién!». Pues
aplicado al viaje nuestro,

es con muchísimo amor,
y poquísimo dinero.
Y esto a ciudad donde no
tienes ni amigo, ni deudo,
ni conocido ninguno,
pues aun el padre sospecho
que no te conozca, a causa
del recato con que cuerdo
siempre de él te recelaste
aquel no largo intermedio
que se detuvo en Madrid,
por no entrarle en los recelos
que ya el tío se tenía.
Aquí se añade, sobre ello,
que apenas te has apeado
en ese mesón primero,
y dejado las maletas
en mal seguro aposento,
cuando, sin saber las calles,
de noche, a escuras y a tiento,
vas buscando la del Mar,
donde te avisó en el pliego
último que era su casa.
Mira, pues, si razón tengo,
cuando locuras me mandas
dejar, en dejarte, puesto
que, con dejarte a ti, en ti
todas las locuras dejo
de Esplandián y Belianís,
Amadís y Beltenebros,
que, a pesar de don Quijote,
oy a revivir han vuelto.

DON ENRIQUE Aunque debiera no haber
oído discurso tan necio,
te perdono la molestia
por el gusto del acuerdo.
«¿Cómo enseñaría yo a hablar
a mi hijo?», un extranjero

preguntó, porque entreoía
que era pesado y molesto.
«Enseñadle», respondió
un cortesano discreto,
«a que hable a cada uno
siempre en su amor, que con eso
hablará a gusto de todos.»
Y volviendo al argumento
de que es locura mi amor,
la consecuencia concedo;
pero locura tan puesta
en razón, que al mismo tiempo
que me está acusando loco,
me está acreditando cuerdo,
no tanto por la hermosura
de Leonor, por el ingenio,
cordura y nobleza, cuanto
por las finezas que debo
a su amor. Y así no culpes
pasos que sin tino pierdo,
que a mí me basta pensar
que a sus umbrales me acerco,
para engañarme este rato.
Hacia esta parte dijeron
que era de la Mar la calle.

CHACÓN ¿No reparas, por lo menos…

DON ENRIQUE ¿Qué?

CHACÓN … que es hablar del amar,
por el tal rato, tu intento?
Pero vamos.

DON ENRIQUE ¡Ay, Chacón,
que si la oyeras, al tiempo
de despedirse, decir
con mil lágrimas…!

BEATRIZ *dentro* ¡Los cielos
me valgan!

Dentro cuchilladas y voces.

DON JUAN *dentro* ¡Muere, tirana!
DON FÉLIX *dentro* No hará, que yo la defiendo.
DON ENRIQUE ¿Qué es aquello?
CHACÓN Cuchilladas
y voces se escuchan dentro
desta casa.

Dentro el ruido.

DON FÉLIX *dentro* Huye, que yo,
de cien mil vidas a riesgo,
sabré defender la tuya.
DON JUAN *dentro* En vano será el intento,
que en ti y ella he de vengarme.
CHACÓN ¿Dónde vas?
DON ENRIQUE A ver si puedo
estorbar una desdicha,
ya que la puerta han abierto,
y sale el ruido a la calle.
CHACÓN El onceno mandamiento
es: «No estorbarás».
DON DIEGO *dentro* Bajad
las luces, y acudid presto.

Sale Beatriz huyendo.

BEATRIZ Hombre, quienquiera que seas,
pues basta a cualquiera serlo
para que a una desdichada
mujer ampares, corriendo
fortunas de amor y honor,
que el más favorable efecto,
a tan riguroso embate,
ha de ser por fuerza adverso;
y pues ya a impedirle (¡ay triste!)
de aquesa casa de juego,
como ves, con luces y armas
otros acuden, te ruego

que a estas horas, afligida
y sola, en manos del riesgo
de ser quien me dé la muerte
el que me venga siguiendo,
no me dejes, hasta que,
si no me falta el aliento,
en la casa de una amiga
tomen mis desdichas puerto.

DON ENRIQUE Palabra de no dejaros
doy, señora, hasta poneros
donde vos queráis. Chacón,
ven conmigo.

CHACÓN Sólo esto
le faltaba a tu fortuna,
para ser hecho y derecho
caballero andante.

Vanse los tres, y de la puerta por donde salió Beatriz, salen riñendo, las espaldas al tablado don Félix, y don Juan de cara, y por otra parte don Diego y Celio, gente, y luz.

TODOS Allí
es el ruido.

DON DIEGO Deteneos,
pues basta haber yo llegado.

DON FÉLIX (Ya en salvo Beatriz, supuesto
que tomó la calle, mal
haré si aquí me detengo,
habiendo llegado gente
y luz. Testigos los cielos
sean de que no es huir,
sino retirarme esto;
pues el no ser conocido
y el seguirla, sólo es medio
de que pueda restaurarse
tan gran desdicha.)

Ha estado embozado riñendo. Vase.

DON DIEGO Teneos,
pues ya huyó el hombre con quien
reñíais.
DON JUAN Señor don Diego,
a mí me importa seguirle,
y así os suplico que en medio
no os pongáis.
DON DIEGO ¿Qué ha de importaros
seguir a hombre que va huyendo?
DON JUAN Más que pensáis. (¡Ay de mí!,
¿qué he dicho?)
DON DIEGO Ya es vano intento,
no tanto porque he llegado
yo, que, en vez de deteneros,
señor don Juan, si os importa,
como encarecéis, a vuestro
lado estaré siempre, cuanto
por la ventaja; pues cierto
es que ya será imposible
alcanzarle.
DON JUAN Dadme, os ruego,
paso, que yo podrá ser
le alcance.
UNO Importándoos eso
tanto como a entender dais,
vamos los dos.
DON JUAN Solo tengo
de ir, quedaos.
DON DIEGO Eso no.
¿Cómo, siendo quien soy, puedo
dejaros ya?
DON JUAN (¡Ay infelice!
Que si conmigo los llevo,
y no le encuentro, no hago
más que ruido; y si le encuentro,
van a sólo ser testigos
que me agravia, y no me vengo,
pues no he de poder matarle,

puesta tanta gente en medio.
¿Qué debo hacer? ¡Ay de mí!)
DON DIEGO ¿Qué, os detenéis? Vamos presto.
DON JUAN Por no empeñaros a todos,
he mudado de consejo.
Ya yo me quedo, id con Dios.
DON DIEGO Pues ¿no sabré yo qué es esto?
UNO Reportaos, y decidnos
qué ha sido.
DON JUAN Si haré. Viniendo
a mi casa, que es aquésta,…
DON DIEGO Ya lo sé.
DON JUAN … antes que (¡Ea, esfuerzo,
da viso al dolor!) llamase,
a traición (¡Qué mal me aliento!)
un hombre llegó, sacando
la espada. Permitió el cielo
que le sentí, con que pude
ponerme en defensa; y siendo
así que yo declarado
ningún enemigo tengo,
encarecí lo que importa
conocer al que encubierto
lo es tanto que, a no volver
la cara, me hubiera muerto,
según me embistió furioso,
desesperado y resuelto.
CELIO (Cuanto te ha dicho, señor,
es engaño, porque dentro
de su casa fue el disgusto;
por señas que salió huyendo
de ella una mujer, que yo,
esperando a que del juego
salieses, lo vi.)
DON DIEGO (No más.
Don Juan tiene entendimiento,
espera y valor, y si él
disimula, ¿cómo puedo

darme yo por entendido?
Éste es el mejor acuerdo.)
No dudo que la ocasión
es grande, y no hay otro medio
que vivir, don Juan, desde hoy,
sobre aviso; y pues el cielo
restauró una alevosía,
dejad el cuidado al tiempo,
y venid, que he de dejaros
en vuestra casa, primero
que de vos, don Juan, me aparte,
seguro, acostado y quieto.

DON JUAN Antes, señor, os suplico,
pues que ya en ella me quedo,
no, con verme acompañado
de vos y esos caballeros,
mi hermana, que ya estará
recogida, oiga el estruendo
y sepa que fue conmigo
el disgusto; que no quiero
darla ese cuidado.

DON DIEGO Es justo.
Quedaos, pues, y sea advirtiendo
que a todo trance, don Juan,
me hallaréis al lado vuestro;
porque antes que a Indias pasase,
amigos muy verdaderos
fuimos vuestro padre y yo.
Adiós, pues.

DON JUAN Guárdeos el cielo.

DON DIEGO (Por si hubiere novedad,
está con cuidado, Celio,
para avisarme.)

CELIO (Sí haré.)

DON DIEGO Volvamos a nuestro juego
nosotros.

Vanse todos [menos don Juan].

DON JUAN (Fortuna mía,
¿aún no perdonarás esto
de que don Diego llegara,
de quien más recatar debo
mi desdicha, por Leonor,
a quien…? Mas, ¿cómo me acuerdo
de nada, que honor no sea?
Y pues ya aquí no hay más medio
que saber de las criadas
quién es el agresor fiero
de mi fama y de mi vida,
temblando a buscarlas entro.
¡Ah, fiera hermana! ¡Ah, tirana!
¡Ah, cruel! ¡Ah, falsa!)

Éntrase, y salen Beatriz, Enrique y Chacón.

BEATRIZ El tiento
de la casa que buscando
voy, con el susto y el miedo
perdí, o con el poco curso
que yo de las calles tengo.
Ponedme vos, ya (¡ay de mí!)
que generoso y atento
me acompañáis, en la plaza
de la Olivera; con eso
podré cobrarme, y llegar
adonde voy.
CHACÓN ¡Eso es bueno!
¡Querer que os guiemos, cuando
para los dos es lo mesmo
la plaza de la Olivera
que las coplas de Oliveros!
DON ENRIQUE Tan forastero, señora,
os sigo, que los primeros
pasos que en Valencia doy
son los del servicio vuestro,
y tanto, que aunque yo quiera,

en fe de ser caballero
de quien pudierais fiaros,
por esta noche ofreceros
mi posada, a ella tampoco
no sabré…

CHACÓN «Con el sereno
de la luna de Valencia»
debió decirse por esto,
y estrellas errantes sois;
ser toda la noche habremos
serenísimos señores.

DON ENRIQUE Pero creed que aunque, ciego
más que vos, dónde estoy dudo,
no dudo que por mí tengo
obligación de asistiros,
serviros y defenderos,
hasta que quedéis segura.

BEATRIZ (Sola esa ventura el cielo
ha dejado a mis desdichas,
cuando de tantas dependo,
que entre mi amante y mi hermano,
cualquiera que sea el suceso,
siempre ha de ser contra mí.)

CHACÓN Pues nos importa el saberlo,
¿no daremos un pregón,
aunque algún hallazgo demos,
a quien sepa de nosotros,
que estamos perdidos?

DON ENRIQUE Necio,
¿agora de humor estás?

BEATRIZ Por aquesta calle pienso
que vamos mejor.

DON ENRIQUE Guiad vos.

Sale una ronda.

ALGUACIL 1 La justicia, caballeros.

BEATRIZ (¡Ay infelice de mí!)

CHACÓN Albricias, que ya tenemos
adónde pasar la noche,
pues estos señores creo
nos harán el hospedaje.
ALGUACIL 2 ¿Quién va?
DON ENRIQUE Un hombre forastero,
que ahora acaba de llegar.

Pónense delante de ella.

ALGUACIL 1 ¿Vos quién sois?
CHACÓN Otro y el mesmo.
ALGUACIL 2 ¿Cómo el mesmo y otro?
CHACÓN Como
soy otro, pues fuerza es serlo,
y el mesmo, porque también
forastero soy.
ALGUACIL 1 De en medio
os quitad, apartad. Esa
mujer,…
BEATRIZ (¡Hoy sin duda muero!)
ALGUACIL 1 …decid, ¿quién es?
CHACÓN La comadre.
Vamos a un parto secreto,
y ¿no ven que la justicia
aún no puede detenernos?
Vamos, señora, que está
en gran peligro.
ALGUACIL 2 Teneos,
que hemos de saber quién sois,
y quién es ella.
DON ENRIQUE Si el ruego
de un hombre de bien, que os pide
que no os empeñéis en eso,
algo merece, mirad
en lo que serviros puedo,
y no me impidáis el paso.
ALGUACIL 1 Más sospechoso os ha hecho
ya ese estilo.

DON ENRIQUE ¿Cuándo fue
sospechoso el rendimiento?
ALGUACIL 1 Cuando pretende afectado
disimularse, y habemos
de saber quién sois.
DON ENRIQUE Ya he dicho…
ALGUACIL 1 ¿Qué?
DON ENRIQUE … que soy un forastero;
esto sólo sé de mí.
ALGUACIL 1 Pues lo demás que queremos
saber, diréis en la cárcel.
DON ENRIQUE Ved…
ALGUACIL 1 Venid…
CHACÓN (Malo va esto.)
ALGUACIL 1 … los tres.
DON ENRIQUE Aquesta señora
no sólo irá con vos, pero
ni saber quién es, ni verla
el rostro habéis.
ALGUACIL 2 Defenderlo,
¿cómo podréis?
DON ENRIQUE Desta suerte.

Riñen.

BEATRIZ (Echó mi fortuna el resto.)
TODOS ¡Favor al rey!
BEATRIZ (¡Ay de mí!)
CHACÓN Hoy se verá por lo menos
la novedad de un lacayo
que no huye y tira recio.
DON ENRIQUE Huid, señora, pues ya veis
que en nada serviros puedo
más que en hacer que no os sigan.
BEATRIZ (¿Dónde he de ampararme, cielos,
si dondequiera que voy,
conmigo mi estrella llevo,
que es mi mayor enemigo?)

Vase. Métenlos a cuchilladas, y sale don Félix.

ALGUACIL 1 ¡Ay infeliz, que me han muerto!
CHACÓN Ya va uno, y voy por otro.
DON FÉLIX Por dondequiera que intento
ir, encuentro con mil sustos,
y con un gusto no encuentro.
En alcance de Beatriz
una y mil calles revuelvo,
y cuando, sin que haya hallado
luz de ella, a mi casa vengo,
por si acaso algún aviso
de dónde fue la merezco
—pues claro está que de mí
se ha de valer—, nuevo estruendo
hay en mi calle. Mezclar
no quiero con los ajenos
propios disgustos, y así
en casa me entraré. Pero
hacia ella se acerca el ruido.
A vista estaré.

Don Enrique y Chacón; y don Enrique con sangre en la cara.

DON ENRIQUE Supuesto
que ya la dama, Chacón,
habrá la calle traspuesto,
retirémonos nosotros.
CHACÓN ¡Buena hacienda habemos hecho!
Muerto uno y descalabrados
dos o tres quedan.
DON ENRIQUE Yo vengo
herido también, mas no
de cuidado, que un pequeño
piquete es no más.

Pónese un lienzo en el rostro.

UNOS *dentro* ¡Seguidlos!
OTROS *dentro* ¡Por aquí van!
CHACÓN Peor es esto:
la calle nos han tomado.
DON ENRIQUE Allí, a escasa luz, abierto
se mira un portal; en él
ocultarnos procuremos.
DON FÉLIX (En mi casa se han entrado
los de la pendencia. ¡Cielos!
Si es resulta de la mía,
y a mí me buscan, no tengo
de huir el rostro.) ¿Quién así
en mi casa…?
DON ENRIQUE Caballero,
un infeliz, que este umbral
le dio aquesa luz por puerto.
Honrada ocasión ha sido
la que en un trance me ha puesto
tal, que sea la justicia
la que me venga siguiendo.
Por forastero, por noble
os pido…
Dentro ¡Por aquí fueron!
DON FÉLIX No prosigáis, que no da
la prisa a noticias tiempo;
y ya que esta casa ha sido
casual amparo vuestro,
lo que pueda haré por vos,
no lo que quisiera, puesto
que, de haberos visto entrar
alguno, impedir no puedo,
siendo resistencia, el que
la allanen, que es contra fuero,
por noble que sea, en tal caso
defenderla; y así ofrezco
sólo dar paso a otras casas,
que aunque seáis forastero,
no ignoraréis que se van

unos a otros sucediendo
los terrados de Valencia.
Subid, pues, mientras yo cierro
la puerta, y corred fortuna
donde quiera el hado vuestro.
Dentro ¡Por aquí, por aquí van!
DON FÉLIX La gente acude, entrad presto.
DON ENRIQUE De cualquier suerte, señor,
la piedad os agradezco.
CHACÓN ¿Qué piedad, cuando enterrados
es donde nos lleva a vernos?

[Vanse.] Leonor y Inés, con luz.

LEONOR No me consueles, pues ves
que en el continuo desvelo
de un mal, el mayor consuelo
es no haber consuelo, Inés.
INÉS Razón tiene tu pasión,
no lo dudo; mas, señora,
contra una razón mejora
discursos otra razón.
LEONOR Si otra que tú me dijera
cortesanía que está
tan puesta en uso, quizá
algún crédito la diera.
Pero, oyéndola de ti,
¿cómo puede, Inés, dejar
de ser segundo pesar,
siendo (¡ay infeliz!) así,
que nadie sabe mejor
que tú la razón que tengo
de sentir y llorar?
INÉS Vengo
en que es grande tu dolor,
pues, de don Enrique amada,
y él de ti favorecido,
forzosa la ausencia ha sido;

pero, señora, porfiada
la imaginación no sea
tanto, que ni aun un momento
dé treguas al sentimiento.
¿Es bien que tu padre vea
cuán disgustada has venido,
y que entiendan tus guardadas
penas las nuevas criadas
que en Valencia has recibido?
Sólo a este fin, procurando
que alivio a tus ansias des,
mira el discurso.

LEONOR ¡Ay, Inés!,
que nada aprovecha, cuando
tan apoderado vi
de mí al llanto, que sospecho
que sólo del labio al pecho
pronunciar sepa…

BEATRIZ *dentro* ¡Ay de mí!

LEONOR ¿Quién del acento me hurtó,
al ver que con él respiro,
el alivio del suspiro?

INÉS Hacia la parte se oyó
de la escalera; que estando,
hasta venir, entreabierta,
mi amo, del zaguán la puerta,
alguien se habrá entrado.

LEONOR Cuando
lloro mi suerte tirana,
¿otro se queja por mí?

Sale Juana.

JUANA En toda mi vida vi
pena igual.

LEONOR ¿Qué es eso, Juana?

JUANA Ruido sentí en la escalera,
el oído a ella apliqué,

y el tierno llanto escuché
de una mujer. Ver quién era
quise, tomé luz y abrí,
y en el descanso primero,
rendida a un desmayo fiero,
una hermosa dama vi,
cuyo traje da a entender,
bien que de paso notado,
que en lo rico y aliñado
es más que común mujer.

LEONOR ¿Y qué hiciste?

JUANA Sin que a ti
lo diga, ¿qué he de hacer yo?

LEONOR Mujer y afligida, no
es justo dejarla así.
Id, y si está desmayada,
en el cuarto entre las dos
la entrad.

Vanse las dos.

¡Oh, válgame Dios!
¿Que cuando de desdichada
me quejo al cielo, ha querido
traerme quizá quien lo sea
más que yo, para que vea
la razón que no ha tenido
el que presume que él es
el más infelice?

Las dos con Beatriz desmayada.

INÉS Aquí
la tenemos.

BEATRIZ ¡Ay de mí!

LEONOR Trae un vidro de agua, Inés.
Triste, infelice hermosura,
cobra el sentido, y alienta,

que ya hay quien tus penas sienta,
que es la última ventura
del más triste desconsuelo.

Rocíanla.

INÉS Ya al agua siguió el suspiro.
BEATRIZ ¡Ay de mí! Pero ¿qué miro?
¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!
LEONOR Cobraos, señora, y pensad
que a casa os ha derrotado
de vuestra fortuna el hado
donde hay nobleza y piedad.
BEATRIZ Perdonad no responder,
que como es ventura mía,
y la primera, no había
llegádola a conocer.
Y aun después de conocida,
a excusas del sentimiento,
anda el agradecimiento
preguntándole a una vida,
que está pendiente de un hilo,
qué gracias mis ansias den,
porque en materias del bien
nunca ha estudiado el estilo;
y así callando consagro
alma y vida a vuestros pies,
como a quien conozco que es
la deidad deste milagro.
LEONOR Alzad del suelo, y cobrad
el aliento, asegurada
de que, como dije, en nada
os faltará mi piedad.
Y para que desde luego
en más confianza entréis,
de la casa donde habéis
tomado puerto, don Diego
de Rocamora es su dueño,
yo su hija; agora pensad

si estáis con seguridad
de cualquier lance o empeño
que hasta aquí os pueda seguir;
y tan sin costa ha de ser,
que no tengo de saber
lo que no queráis decir.

BEATRIZ En fortuna tan deshecha,
como veis, señora, ya
reconozco cuánto está
hoy contra mí la sospecha,
para que tengáis razón
de no quererla saber;
pero eso mismo ha de ser
lo que aliente mi pasión
para sanear la disculpa
de la presunción, en fe
de que hay acasos en que
lo que es desdicha no es culpa.
Y así decirlos intenta
mi voz, pues tales (¡ay Dios!)
son que podéis oírlos vos.

LEONOR ¿Qué esperáis, pues?

BEATRIZ Oíd atenta:
los más heroicos blasones
del reino a mi sangre dieron
lustre, pues ser merecieron…

ISABEL *dentro* ¡Ladrones, cielos, ladrones!

JUANA E INÉS ¿Qué voces aquéstas son?

Sale Isabel.

LEONOR No prosigáis. Isabel,
¿qué es eso?

ISABEL Una ansia cruel.
Hoy puse —la turbación
no me deja hablar—, señora,
ropa al sol en el terrado,
y habiéndoseme olvidado

quitarla, por ella agora
iba, y apenas abrí
la buhardilla, cuando, al vella
con luz, dos hombres por ella
se entraron, y aun hasta aquí
vienen.

Don Enrique y Chacón, y trae el lienzo con sangre en la cara con la mano.

DON ENRIQUE Tu sospecha es vana,
mujer.
CHACÓN (Sólo a mis pasiones
falta, en pena tan tirana,
que hoy nos prendan por ladrones,
y nos ahorquen mañana.)
DON ENRIQUE No alborotes, que no es
la que presumes la causa.
Oye, escucha…
LEONOR ¿Cómo así
(esfuerzos el valor haga,
a pesar del susto) osáis,
hombres, en aquesta casa
entrar, sin ver que es…?
DON ENRIQUE Señora,
no os ofenda la ignorancia
de no saber cúya sea,
que en las fortunas contrarias
no elige veredas quien
sólo toma las que halla,
porque van las atenciones
al orden de las desgracias.
La presunción que ha tenido
con razón esa criada,
dirá esta herida en el rostro
si es verdadera o es falsa,
pues viniendo herido…

Descubre el rostro.

LEONOR (¡Cielos!
¿Qué veo?)
DON ENRIQUE (¿Qué mira el alma?)
LEONOR ¡Enrique!
DON ENRIQUE ¡Leonor!
LEONOR (Prosigue,
que hay muchos testigos, hasta
que hablar puedas.)
CHACÓN (¡Vive Cristo,
que es ella!) Oye, señor.
DON ENRIQUE Calla.
LEONOR ¿No proseguís?
DON ENRIQUE Sí, señora,
pero el aliento me falta.
Pues, viniendo herido, digo
que es la consecuencia clara
de que fue otra la ocasión
que me obligó a que me valga
del sagrado que primero
abierto encontré. Las plantas
puse apenas en Valencia,
cuando me empeñó una dama…
BEATRIZ (¡Mas que tengo yo la culpa!)
CHACÓN ¡Maldita fuese su alma!
DON ENRIQUE … en su defensa, de que
resultó obligarme a que haga
resistencia a la justicia.
BEATRIZ (¡Que tras mí mis penas andan!)
CHACÓN ¡Era una grande embustera!
DON ENRIQUE Huyendo, pues…
DON DIEGO *Dentro* ¿En mi casa
gente y ruido, y todo el cuarto
abierto?
LEONOR Nadie palabra
diga, y todos convenid
conmigo, que pienso que haya
razón para que los dos
aquí estéis; y, oída la causa,

tú quedes conmigo, y él
sin escándalo se vaya.

BEATRIZ Mucho intentas.

DON ENRIQUE Mucho emprendes.

Sale don Diego [y Celio].

DON DIEGO ¿Leonor? Pues ¿qué es lo que pasa?
¿Qué gente es ésta?

LEONOR Señor,
en ese umbral desmayada
cayó la dama que miras,
que venía acompañada
de ese caballero herido.
A los ecos de sus ansias,
mandé bajar luces; él
dijo a una de esas criadas
—viendo que ya para huir
la cortó el temor las alas—
que no menos que el honor,
la vida, el ser y la fama
iba en que quien la siguiese
no la hallase, y que ampararla
les tocaba por mujeres.
Yo, del suceso informada
—como esto de las desdichas
trae, para los nobles, cartas
tan de favor que no es
posible no ejecutallas—,
que la recojan mandé.
Como sin sentido estaba,
fue fuerza entrarla él; y, en fin,
vuelta del desmayo, para
todo, pues pudo traerla,
en que se vuelva a llevarla,…

BEATRIZ (¿Qué oigo?)

DON ENRIQUE (¿Qué escucho?)

CHACÓN (¿Qué va,
que aún con estotra nos cargan?)

LEONOR … si ya tú, compadecido
de su hermosura, su gracia,
su llanto, su desconsuelo,
su aflicción, su pena, su ansia,
no haces por mí una fineza
que humilde pido a tus plantas,
y es, señor —porque no vuelva
al riesgo que la amenaza,
y ese hombre de sus heridas
trate más que de guardarla—,
por esta noche permitas
se quede con tus criadas,
que no habemos de arrojar,
una vez dentro de casa,
en la calle a una mujer
que, triste y desconsolada
expósita de los hados,
de tus umbrales se ampara.
BEATRIZ (Mejoró la petición,
enmendó mis esperanzas.)
CHACÓN (Conforme lo que ahora el viejo
responda a la tal demanda.)
DON DIEGO (¡Válgame Dios, qué de cosas
se eslabonan y se enlazan
unas de otras!) (Dime, Celio,
si es verdad, o si te engañas,
que en casa de don Juan fue
la pendencia.)
CELIO (No es más clara
la luz del sol.)
DON DIEGO (¿Y es verdad
que de ella salió una dama
huyendo?)
CELIO (También.)
DON DIEGO (¿Por cuánto
pudiera ser, ser su hermana,
y ser ésta, y éste el que
volvió tras ella la espalda?

Que aunque es así, que desdichas
venir suelen duplicadas,
y pueden ser dos, a mí
pensar que es una me basta
para que, acudiendo a una,
haya cumplido con ambas.
Y poco importa, pudiendo
saber la verdad mañana,
si no es ella, despedirla,
y si es ella, remediarla.)

LEONOR ¿Es posible que mi ruego
tan poco contigo valga
que aun respuesta no merezca?

DON DIEGO Sí, Leonor, porque me agravias
en pensar que yo faltar
pueda a deuda tan hidalga,
como no desamparar
a una mujer. Lo que extraña
mi valor es que yo había
de ser quien te lo rogara,
y tú quien no había, Leonor,
de consentirlo.

LEONOR ¿A qué causa?

DON DIEGO A que quedando contigo
y al abrigo de tu casa,
quien la deja en ella no
piense que puede buscarla,
ni verla en ella, ni oírla,
hasta que…

DON ENRIQUE Yo os doy palabra
de que no vuelva por ella,
ni a oírla, ni a verla, ni hablarla.
Forastero soy: el traje
salga por mí a la fianza
de que yo no la conozco.
Acaso la encontré (valga
lo que con la otra pasó
con ésta), y en la demanda

de estorbar que la justicia
la conociese, la espada
saqué, y con ella esta herida.

LEONOR (Di que es así.)

BEATRIZ (Poco mandas.)
Ésa es tan verdad, señor,
que aunque estoy de él obligada,
puedo jurar a los cielos
y a todas sus luces santas
que no le conozco.

LEONOR (Bien
finge.)

CHACÓN (De manera habla
que parece ella.)

DON ENRIQUE En efeto,
otra y mil veces palabra
vuelvo a dar de que por ella
no vuelva, y que…

DON DIEGO Basta, basta,
que no me estimo en tan poco
que otra cosa imaginara.
En casa os quedad, señora,
en hora buena. Llevadla
a vuestro cuarto vosotras.

BEATRIZ Humilde beso tus plantas.
(Ya por lo menos segura
estoy, donde espero que haya
ocasión para saber
en qué los empeños paran
de don Juan y de don Félix,
y donde, si los restaura
el cielo, pueda saber
cuán noble amparo me guarda.)

Vanse las tres.

DON DIEGO Idos vos; pero primero
es bien que a la calle salga

a ver yo si hay gente en ella,
y alguien acaso os aguarda.

Vase.

DON ENRIQUE ¡Leonor mía!
LEONOR ¡Enrique mío!
INÉS ¡Chacón mío!
CHACÓN ¡Inés ingrata!

Vanse los dos.

LEONOR ¿Qué venida es ésta?
DON ENRIQUE ¿Eso
preguntas? Pues ¿puede el alma
vivir sin verte? A eso sólo
vengo, donde ajena patria
huésped me admita, a merced
de servidumbres, de ansias,
necesidades y penas,
que todas bien empleadas
serán por verte, Leonor;
que no traigo otra esperanza.
LEONOR Bien, Enrique, a mis finezas
lo que les debes les pagas;
pero a mucha costa, pues
porque de balde no salga
el gozo de verte, ha sido
a pensión de la desgracia
de esa herida.
DON ENRIQUE No la sientas,
que no es cosa de importancia,
que haber tenido del lienzo
siempre cubierta la cara,
ha sido porque tu padre,
si otra vez aquí me halla,
no me conozca.
LEONOR Con todo,
no se aseguran mis ansias.

Sepa yo de tu salud,
que Inés estará avisada,
si viere a Chacón.

DON ENRIQUE Sí haré.
¿Y estarás tú a la ventana,
Leonor?

LEONOR Sí, Enrique.

[Sale Inés.]

INÉS Señor
vuelve ya.

DON ENRIQUE Al paso le salga,
porque no te halle conmigo,
y está, Leonor, avisada
de que mañana te vea.

LEONOR Tú, de que mi amor te aguarda.

DON ENRIQUE Pues hasta mañana, adiós.

LEONOR Pues adiós, hasta mañana.

JORNADA SEGUNDA

Sale Don Diego y Leonor.

DON DIEGO ¿Qué te ha dicho esa mujer?
LEONOR En peligrosas materias,
que a ella está mal el decirlas,
y a mí no bien el saberlas,
no he querido apurar más
de lo que ha querido ella
decir.
DON DIEGO ¿Qué ha sido?
LEONOR Que el lance
que tantos riesgos la cuesta
es más desdicha que culpa,
dándome a entender discreta
que aunque es delito de amor,
es delito con enmienda,
como quien dice que no
toca en marido la ofensa,
sino en padre o en hermano,
en quien, aunque ahora la queja
tenga razón, cesará
el día que ella parezca
casada con igual suyo.
DON DIEGO Pues siendo de esa manera,
¿qué resta para la paz?
LEONOR Algo presumo que resta.
Y aunque solo es conjetura,
no deja de hacerme fuerza.
El amante que en su cuarto

anoche estaba con ella
—quizá porque una criada
se le abrió sin su licencia—
debe de ser muy amigo
del ofendido, y recela
que en la parte de traición
a la confianza, quiera
más una venganza loca
que una satisfación cuerda.
Y así, hasta que haya quien tome
en esto la mano, y…

DON DIEGO Cesa,
Leonor, que ya te he entendido;
y aunque desvelarme quieras,
para un informe hecho acaso,
muy por extenso lo cuentas.
Hablemos, pues, claro, y dime
—porque importa a la fineza
que haga por ella, si es
la que por ciertas sospechas
presumo— si quién es dice.

LEONOR Mujeres que a solas quedan,
curiosa una, otra afligida,
siendo la aflicción parlera,
sagaz la curiosidad…
Saca tú la consecuencia.
Beatriz César es, señor,
hermana de don Juan César.

DON DIEGO No mintió mi presunción,
cuando a Celio oí.

LEONOR (Ni mi estrella,
en que sea desdichado
quien, siguiendo su influencia,
puso los ojos en mí.)

DON DIEGO ¿Y el galán?

LEONOR Si se me acuerda,
don Félix de Lara dijo,
que el que aquí vino con ella
fue un hombre que encontró acaso.

DON DIEGO ¿Qué hace ahora?
LEONOR Esperando queda
—viendo que a hablarte a tu cuarto
paso aun antes que amanezca—
la resolución, señor,
que lleve de tu respuesta
en que se quede o se vaya.
DON DIEGO Leonor, aunque estas materias
estuvieran bien de ti
ignoradas, lo que es fuerza
no es elección. Esa dama
rica, principal y bella…
veslo ahí todo aventurado
por una vanidad necia.
Pero esto no habla contigo,
claro está. En efeto, esa
dama tiene contra mí
la obligación de una deuda,
que en la amistad de su padre
la ha tocado por herencia.
Darme al partido de que
contigo esté, es dar licencia
a que sepa yo que sabes
lo que no quiero que sepas.
Dejarla desamparada
al daño que la acontezca,
es también darme al partido
de que se imagine o crea
que, huyendo el riesgo en mi casa,
mi casa al riesgo la vuelva.
Sacar la cara al ajuste,
sin saber antes cuál sea
la razón de uno y de otro,
es resolución muy necia,
que no ha de empeñarse un hombre
sin saber en qué se empeña.
Y así, entre tantos extremos,
hasta que mañoso inquiera

qué hay aquí, y qué puedo hacer,
partamos la diferencia.
Yo he de decir que se vaya,
sin que imagine ni entienda
que sé quién es; tú podrás,
en quedándote con ella,
decir que se quede en casa,
sin saber yo que se queda;
con que ni a quien es me obligo
con la cara descubierta,
ni desamparo a quien es,
ni aventuro la decencia
de que la tuve conmigo;
pues siempre es mejor que tenga
este género de culpa
tu piedad, que mi imprudencia.
Conque quedamos los tres…
Mas disimula, que ella
tras ti a mi cuarto ha pasado.

Sale Beatriz.

BEATRIZ Perdonadme esta licencia,
que hasta ser agradecida
a ninguna se le niega;
y dadme, señor, las plantas,
donde postrada merezca
saber si merezco ser,
no criada, esclava vuestra,
en tanto que…
DON DIEGO No, no más,
señora (¡oh, cuánto me quiebra
el corazón!), que ya he dicho
a Leonor lo que convenga,
que es que, pues pasó la noche,
podréis iros encubierta
donde fortunas de amor
inconvenientes no tengan,

que tiene mi casa. El cielo
os guarde. (Leonor, detenla,
y de ningún modo que
falte de casa consientas.)

Vase.

BEATRIZ ¿Hasle dicho quién soy?
LEONOR No,
porque le vi de manera
resuelto a esto, que no quise
que al nombre el decoro pierda.
BEATRIZ ¡Que aun una esperanza sola,
que en fortuna tan deshecha
me dio el acaso, me falte!
LEONOR ¿Qué esperanza?
BEATRIZ Leonor bella,
la de haberme persuadido
el día que ya a tus puertas
el hado me encomendó,
que se dijese en Valencia
que un disgusto con mi hermano
me trujo a casa como ésta,
de donde salí casada
con gusto, y con conveniencia
de él mismo, y de los parientes;
pero arrojándome de ella,
donde, ofendidos, no habrá
ninguno que me defienda,
será fuerza que se diga,
pues me he de valer por fuerza
de don Félix, que liviana
me salí con él; y tenga
esa razón más mi hermano
para que irritado quiera
acabarlo con la espada
antes que con la prudencia;
si ya no es que lo esté (¡ay triste!),

pues en reñida pendencia
dejé a los dos, y no sé
qué resultó, de manera
que puede ser que a buscar
vaya, locamente ciega,
a quien, o ha muerto a mi hermano,
o mi hermano a él, expuesta
de un peligro a otro peligro.
Manda a alguna criada de ésas
que me dé, Leonor, un manto,
como limosna siquiera,
y adiós.

LEONOR No te desconsueles,
ni tan presto te resuelvas;
que compadecida yo,
he de hacer una fineza
por ti. Mi padre en mi cuarto
pocas veces sale ni entra,
y sin que él lo sepa, puedes
en una pequeña pieza,
que sirve de tocador,
estar, mientras yo pretenda
saber lo que ha sucedido;
con que, en teniendo más ciertas
noticias, resolveremos
qué debemos hacer.

BEATRIZ Deja
que humilde bese tus plantas.

LEONOR Juana.

Sale Juana.

JUANA ¿Qué me mandas?

LEONOR Lleva
al tocador a Beatriz,
donde de cuanto se ofrezca
has de cuidar, previniendo
a las demás que no entienda
mi padre que quedó en casa.

JUANA Así lo haré.
BEATRIZ (Pues ya presa
voy por el delito, cielo,
ten piedad en la sentencia.)

Vanse las dos, y sale Inés con un papel.

LEONOR Aunque mi primer agrado
me han debido las finezas
de don Juan, estimo que haya
ocasión de mirar cuerda
por su honor, que no hay quien, ya
que no ame, no agradezca.
INÉS Mandaste que con cuidado
fuese, y viniese a la reja,
por si pasaba Chacón;
pasó, y echóme por ella
este papel.
LEONOR Muestra, Inés,
que aunque cosas tan diversas
como esta noche han pasado
en casa ocupar debieran
la imaginación, ninguna
se atrevió al lugar de aquella
guardada estancia del alma,
que al cuidado se reserva
de las heridas de Enrique.
INÉS Pues para que no le tengas,
él también queda en la calle,
a la esquina de la vuelta.
LEONOR *lee* «Aunque sea vanidad darme por entendido
de que pueda mi salud merecer alguna lástima, que
no me atrevo a decir cuidado, no sólo me he de dejar
incurrir en ella, pero adelantarla hasta pedir, en
albricias de mi poco riesgo, la mucha piedad de que
te vea. Dios te guarde.»
¿Cómo haríamos, Inés,
que hablar con Enrique pueda,
sin dar nota, en la ventana?

INÉS Entrándole por la puerta.
LEONOR ¿Y si viniese mi padre?
INÉS Echarle por la azotea,
pues ya se sabe el camino.
LEONOR ¿Que en casa hay, no consideras,
un testigo más que esotras,
de quien fiarnos es fuerza,
pues Beatriz se queda en casa?
INÉS Si nos hemos de fiar de ellas,
dar a una oficio de guarda
de vista, que la detenga.
LEONOR ¿Y si oye hablar en el cuarto
a un hombre, estando tan cerca
de la sala el tocador?
INÉS Para eso habrá otra deshecha.
Yo cantaré a la guitarra,
como que acaso divierta
tus penas, con cuyas altas
voces, las bajas se pierdan
en que los dos habléis.
LEONOR Tú
lo dispones de manera,
que aun cuando no lo deseara,
la facilidad hiciera
que lo ejecutase. Hazle
por esa reja una seña.
INÉS Hay gente en la calle agora.
LEONOR Pues guárdame, Inés, suspensa
la industria para después.
INÉS No hayas miedo que se pierda.
LEONOR Harto hará, si es dicha mía.

Vanse, y sale don Juan.

DON JUAN ¡Oh tirana ley severa
de que el más honrado, culpas
que no comete, padezca!
¡Quién te borrara del mundo,

o, ya que aquesto no pueda,
al honor y a la malicia
les trocara las materias
del vidro y el bronce, haciendo
que el honor de bronce fuera,
y la malicia de vidro!
Mas ¡ay, qué loca propuesta,
que aun de bronce se quebrara
al golpe de tanta ofensa!
Entré en mi casa, y no hallé
ya criada ninguna en ella,
que, cómplices de mi injuria,
se valieron de su ausencia;
con que saber no es posible
el agresor que me afrenta,
ni dónde puede tener
a una ingrata en salvo puesta.
Preguntarlo será infamia;
comunicarlo, bajeza.
¿A quién se le habrá negado
hasta el uso de la lengua?
Si estoy en casa, presumo
que pierdo tiempo; si fuera
salgo, no sé dónde voy;
y esto, con tanta vergüenza
que juzgo que ya entre sí
me notan cuantos me encuentran,
sabiendo ellos lo que ignoro.
¡Oh, pundonor, cuánto cuestas,
para que un hombre te halle,
y cualquier mujer te pierda!

A una esquina suspenso, y sale don Félix.

DON FÉLIX (¿Adónde, fortuna mía,
siempre a mis dichas opuesta,
iría Beatriz, que de mí
ni se vale ni se acuerda?

Después que escapé a aquel hombre,
la noche pasé a la puerta
sin resolverme ni a entrar
ni a salir, para que en vela
me hallase cualquiera aviso.
Mas fue inútil advertencia,
pues ni ella me da noticias,
ni yo sé dónde tenerlas.
¡Qué fuera, ay de mí, que hubiese
dado su hermano con ella,
pues mejor que yo sabría
dónde ir pudo! Vaga idea
de un triste, ¿cuándo sabrás
hacia lo mejor la senda?)

Aparte los dos.

DON JUAN (No sé qué hacer en mis dudas.)
DON FÉLIX (No sé qué haga en mis sospechas.)
DON JUAN (¡Qué asombro!)
DON FÉLIX (¡Qué confusión!)
DON JUAN (¡Qué dolor!)
DON FÉLIX (¡Qué ansia!)
LOS DOS (¡Qué pena!)

Vense.

DON FÉLIX ¡Don Juan!
DON JUAN ¡Don Félix!
DON FÉLIX ¿Adónde
vais? (Mal el alma se esfuerza,
que al delincuente, aun la sombra
de la vara le amedrenta.)
DON JUAN A un negocio que me importa
(¡Qué mal el valor se alienta!)
iba. ¿Y vos?
DON FÉLIX Con el cuidado
voy de no sé qué encomienda

que me ha encargado un amigo
(esto es temer que me lea
el delito en el semblante),
y así me importa la ausencia.
Yo os buscaré en vuestra casa
después.

DON JUAN Hallaréis en ella
un gran disgusto. (Esto es
prevenir, cuando no vea
a Beatriz, como otras veces,
que no la eche menos.)

DON FÉLIX Sepa
yo el disgusto. (¿Si conmigo
declararse, ¡ay de mí!, intenta?)

DON JUAN Anoche en mi calle (¡cielos,
favor!) tuve una pendencia
de un hombre que me embistió.

DON FÉLIX Hablad bajo, porque llega
gente pasando la calle.

Don Enrique y Chacón, y hablan quedo, y al pasar el tablado, sale por otra parte don Diego, y ellos se retiran adonde salieron.

CHACÓN En fin, ¿damos otra vuelta?

DON ENRIQUE Y otras mil, hasta la dicha
de estar Leonor a la reja.

CHACÓN ¿No bastan siete, que es
el número de las bestias
el día de San Antón?
Mas su padre…

DON ENRIQUE No nos vea;
volvamos por esta parte.

DON DIEGO (¿Quién en el mundo creyera
que hallara en conversación
el ofendido y la ofensa?
¡Don Juan y don Félix, cielos,
en plática tan secreta,
y tan sin recato el uno

del otro! ¿Si es conveniencia
la que tratan, declarados
ya los dos? Mas eso fuera
la boda hacer sin la novia,
pues ninguno sabe de ella.
¿Cómo, a dar el primer paso
en restauración de aquella

Vase acercando.

pobre, afligida señora,
con los dos me introdujera,
por si algo rastrease?)

DON JUAN En fin,
de la casa donde juegan
llegó con gente don Diego
Rocamora…

DON DIEGO Y ahora llega
también, en fe de que viene
de buscaros de la vuestra,
señor don Juan.

DON JUAN ¿Qué tenéis
que mandarme?

DON DIEGO La respuesta
os dé lo mismo en que habláis,
pues dejándoos con la pena
que os dejé anoche, es preciso
el que cuidadoso vuelva
a saber qué ha resultado.
¿Habéis sabido quién sea
quien tan cauteloso os busca?

DON JUAN Agradezco la fineza,
y con deciros a vos
lo que a don Félix dijera,
habré cumplido con ambos.
Huyó, sin saber quién era,
el hombre; quise seguirle,
y viendo ser diligencia

perdida, me entré en mi casa,
donde hallé, ¡desdicha fiera!,
segundo mayor pesar:…

LOS DOS ¿Qué fue?

DON JUAN … a Beatriz medio muerta,
que, conociendo mi voz
y que la pendencia era
conmigo, desalentada
bajar quiso; y de manera
la trabó la turbación,
que se cayó en la escalera
desmayada —tanto debo
a su amor—, cuya violencia
fue tal, que a esta hora no hay
esperanzas de que vuelva.

DON FÉLIX (¿Qué escucho?)

DON DIEGO Ella volverá.
No desahuciéis tan apriesa
esperanzas, que los cielos
de un instante a otro remedian.

DON JUAN Podrá ser; pero el pesar
tan arrastrado me lleva,
que siendo fuerza salir
de casa a una diligencia,
no veo la hora de volver.
Perdonad, y dad licencia
de no quedaros sirviendo.
(Ya, por lo menos, con esta
prevención no la echarán
menos los que no la vean,
usando, mientras no puedo
del valor, de la prudencia.)

Vase.

DON DIEGO (Cuerdo procede don Juan,
don Félix suspenso queda,
y yo, leyendo uno y otro

corazón, no sé qué deba
hacer.)

DON FÉLIX (¡Ay de mí! ¿Qué he oído?
Beatriz, al tomar la puerta,
sin duda que desmayada
cayó, y yo pensé que era
haber salido. ¡Qué mucho,
que si a mí, las luces muertas,
no me conoció don Juan,
que tampoco conociera
yo que Beatriz se quedaba!
Esto pide grande enmienda;
pues vuelva o no vuelva en sí,
está en gran peligro puesta.)
Perdonadme a mí también
(No sé a lo que me resuelva.)
el que no pueda serviros.

Vase.

DON DIEGO ¿Quién creerá, ¡cielos!, que sea
el mentir un hombre honrado
la cosa más torpe y fea,
y que haya trance en que agrade
ver que un hombre honrado mienta?
Don Juan lo diga, supuesto
que es prevenir con cautela
el que no se vea su hermana:
acción a dos luces cuerda,
pues calla a un tiempo el que agravie,
y salva el que no parezca.
¿Cómo yo por entendido
me daré? Que es cosa recia
decirle a un hombre en su cara:
«Yo sé las desdichas vuestras»,
mayormente cuando él
me está cerrando la puerta.
Dejárselo de decir,
es dar con el tiempo fuerza

al escándalo. Un camino
solo se ofrece. ¡Oh, si hubiera
sido antes que don Félix
se fuese con tanta priesa!
Mas, con alcanzarle, poco
hay perdido.

Vase don Diego, y salen don Enrique y Chacón.

CHACÓN El viejo no entra
en su casa.
DON ENRIQUE Antes parece
que la calle abajo echa
con acelerado paso,
más que suele.
CHACÓN ¡En hora buena
vaya, y más si de ahí resulta
que Leonor salga a la reja,
y que el dar vueltas dejemos
nosotros a la cuaresma!
DON ENRIQUE Pasemos esta vez sola.

Inés a la reja.

INÉS ¿Es Enrique?
DON ENRIQUE ¿Quién llama?
INÉS Entra
en ese primero cuarto,
que ya está la puerta abierta.
CHACÓN ¿Tengo yo de entrar contigo?
DON ENRIQUE Para nada que acontezca
es malo el hallarnos juntos.

Éntranse los dos por una parte, y salen por la otra Leonor e Inés, y ellos vuelven a salir por la que ellas salieron.

LEONOR Cuidado con la deshecha
de que has de cantar, Inés,

porque aun los ecos no pueda
oír de nuestra voz Beatriz.
INÉS Para todo estoy alerta.
LEONOR Sólo a tanto atrevimiento
pudiera dar osadía,
tras la corta dicha mía,
el no corto sentimiento
de tu salud; y así, a intento
de que crédito no dé
amor a lo que no ve,
el riesgo al cuidado iguala.

Canta Inés, y sin dejar nunca de cantar ella y representar ellos, advirtiendo que en las repeticiones del tono, acaben iguales los versos de cantado y representado.

INÉS *canta* Guarda corderos, zagala;
zagala, no guardes fe;…
DON ENRIQUE ¿Qué es aquesto?
LEONOR Es que hay ahí
de quien fiarme no puedo;
y porque, aunque hablemos quedo,
no nos oiga, discurrí
en disimular así
nuestras voces.
DON ENRIQUE ¿Qué temer
queda en la vida a quien ser
dueño del alma no ignora?
INÉS *canta* … que quien te hizo pastora
no te libró de mujer.
LEONOR Aunque del alma lo fuera,
diera cuidado la vida.
¿Qué fue aquello de la herida,
y entrar de aquella manera
en mi casa?
CHACÓN Una embustera,
que tras dos horas o tres
de andar a ciegas, después
nos dejó en gentil aliño.

INÉS *canta* La pureza del armiño,
que tan celebrada es,…
DON ENRIQUE Calla, loco. Una afligida
mujer, que de mí llegó
a valerse, por quien yo,
de la ronda defendida,
saqué la pequeña herida,
y, escapando del tropel
de un terrado en otro, a aquel
que vi luz la fuga aplico.
INÉS *canta* … vístela con el pellico,
y desnúdala con él.
LEONOR Luego ¿la que a aquella hora
huyendo también venía,
fue esa dama?
DON ENRIQUE Sí sería;
pero eso, ¿qué importa agora
para malograr, señora,
de otra estrella en la esquivez,
el breve rato que, juez
de mi amor, puedes decirme…
INÉS *canta* Deja a las piedras lo firme,
advirtiendo que, tal vez,…
DON ENRIQUE … qué piensas hacer de un hado
tan neutralmente dudoso,
que sólo se ve dichoso
para verse desdichado?
Dígalo, Leonor, tu agrado,
y dígalo tu cruel
temor, pues, atenta al fiel
decoro de tu belleza,…
INÉS *canta* … a pesar de su dureza,
obedecen al cincel.

Deja de cantar.

DON ENRIQUE … pendiente me traes de suerte
que, piadosa y homicida,

ni acabas de darme vida,
ni acabas de darme muerte.

LEONOR Ya que en extremos advierte
tales tu pena, bien hoy
disculpada, Enrique, estoy,
pues me acobardo y me animo:
osada, porque te estimo;
remisa, por ser quien soy.
¿Cómo puedo…? Pero espera,
aseguraré un cuidado.
Inés, ¿por qué lo has dejado?

INÉS La guitarra de manera
destemplada está, que fuera
dar más sospecha, si ve…

LEONOR De cualquier suerte que esté,
no lo dejes un instante.

DON ENRIQUE Si tanto importa que cante,
muestra, yo la templaré.

Toma la guitarra don Enrique y, estándola templando, sale don Diego, y hállale con ella en la mano.

INÉS ¡Ay, desdichada de mí!
Cuando entraste, Enrique, en casa,
¿cerraste la puerta?

DON ENRIQUE No.

INÉS Pues contigo descuidada,
pensando que nadie fuera
tan necio que la dejara
abierta, no cuidé de ella;
con que dentro de la sala
ya señor está, y te ha visto.
El demonio imaginara
hallar tocando al galán.

LEONOR ¡Qué descuido!

DON ENRIQUE ¡Qué ignorancia!

CHACÓN (En vez de guitarras, pienso
que habemos de templar gaitas.)

DON DIEGO ¿Quién es este caballero,
que, tan hallado en mi casa,
viene a divertirse a ella?
LEONOR ¿De qué de verle te espantas?
Como en la corte, señor,
se usan tan poco las danzas,
no aprendí esa agilidad,
y, hallándome desairada
en Valencia —donde están
tan en uso, que no hay dama
que no luzga en sus primores,
pues cuando juntas se hallan,
todos sus divertimientos
son saragüetes que llaman,
sin los públicos saraos,
en que suele caerse en falta
de grave u de descortés,
mayormente si la saca
persona de autoridad—,
dije ayer a doña Juana,
mi prima, enviase al maestro.
Preguntó si había guitarra
en casa, o si la traería,
que el hombre que le acompaña
iría volando por ella;
sacóle ésa esta criada,
y apenas la tomó cuando
entraste. Si esto te cansa,
¿habrá más de que no vuelva?
CHACÓN (¡Mentira más adecuada
al caso no vi en mi vida,
pues dio papel en su farsa
a la guitarra, a él, y a mí!)
DON DIEGO Una cosa es que me haga
novedad, y otra, Leonor,
que yo me canse de nada
que tú gustes, cuando todas
has de hacer, y me pesara

que no entrases en los usos
de la tierra, y que te hallaras
corta en ninguna ocasión.
Y para ver si me agrada
o no el que tú te diviertas,
por vida del maestro, vaya

Siéntase.

de lición, que aunque cuidados
por agora no me faltan,
para ellos se hizo el alivio,
mayormente cuando paran
en ajenos. Vaya, pues,
de lición.

DON ENRIQUE (Lo que me saca
de un riesgo me pone en otro,
que ha de conocer la falta,
que poco o nada sé desto.)

CHACÓN (Tirar coces, dar patadas,
y ¡cátate ahí, danzarín!)

LEONOR La primera vez turbada
he de estar, y así, señor,
hasta que tomado haya
algunas liciones, no
lo has de ver.

DON DIEGO No temas nada.

LEONOR Si no tengo otro galán,
y ése presente se halla,
¿no he de temer el desaire?

DON DIEGO Tampoco tengo otra dama
yo, y, en fe de enamorado,
aun el desaire hará gracia.
Vaya, por vida del maestro.

DON ENRIQUE Volveré a templar. ¡Mal haya
la prima!

Sube la clavija hasta quebrar la cuerda.

DON DIEGO ¿Qué fue?
DON ENRIQUE Saltó.
LEONOR Ello está de Dios que no haya
de tomar hoy lición.
DON ENRIQUE Todas
las cuerdas están rozadas,
y aun la guitarra está rota.
LEONOR Fue trasto olvidado en casa.
Llévela el maestro, haga que
la aderecen, y mañana
o a la tarde volver puede.
DON ENRIQUE Sí haré, de muy buena gana.
DON DIEGO Mire, maestro, que no deje
de volver, y fíe la paga
de mí.
DON ENRIQUE Aunque muchas liciones
tengo, en ésta no haré falta.
DON DIEGO Vaya con Dios.
CHACÓN (La primera
vez es ésta que una dama
dio guitarras de favores.)
DON ENRIQUE (¿Quién creerá que a aprender vaya,
queriendo firme a Leonor,
el cómo he de hacer mudanzas?)

Vase don Enrique [y Chacón].

LEONOR Pues siempre el pesar al gusto
pisando la sombra anda,
y éste aún no intentara ayer
a saber lo que hoy en casa
había de pasar, te ruego
me digas, ¿qué es lo que alcanzas
desto a saber?
DON DIEGO Que su hermano
tiene valor y constancia
para recatar sus penas.
A mí me dijo que mala

en su casa está Beatriz,
con que cortó la esperanza
de que yo pudiese darme
por entendido de nada,
sin aventurarme a mucho.

LEONOR ¿Tú, señor?

DON DIEGO ¿Es circunstancia
no creer a uno para menos?
En fin, está en ignorancia
de quién es el agresor;
tanto, que con él hablaba
en este mismo sentido.
Yo, atento a una y otra ansia,
como quien estaba dueño
de los corazones de ambas,
resolví que era más fácil
—ya que hubiese de tratarlas—
que con don Juan, con don Félix,
por lo mejor que se hablan
materias de amor que honor.
Mas tan aprisa la espalda
volvió, que no le alcancé,
y viendo que ni la dama
corre riesgo, ni tampoco
los dos, me he venido a casa
para buscarle, después
que deje escrita una carta
a mi hermano, en que le diga
no dilate la jornada
a Valencia; que no puedo,
después de ausencia tan larga,
como gobernó la hacienda,
ni entenderla ni ajustarla
sin él.

LEONOR Será para mí
el verle gran dicha, a causa
que por padre tantos días
le tuve. (Mejor desgracia

dijera, si, viendo a Enrique,
resucita las pasadas
sospechas que ya de él tuvo
en Madrid.) Beatriz.

Vase don Diego y sale Beatriz y Juana.

BEATRIZ ¿Qué mandas?
LEONOR Que sepas que entre don Félix
y don Juan no hubo desgracia,
y tan desimaginado
está en pensar que le agravia,
que se acompaña con él.
Ha fingido que en la cama
estás, porque nadie te eche
menos; con que el día que haya
quien tome la mano, pienso
que airosa de todo salgas.
BEATRIZ ¡Plega al cielo, Leonor bella,
que en premio de piedad tanta,
o no tengas amor,…
LEONOR (Tarde
esa bendición me alcanza.)
BEATRIZ … o le tengas con ventura!
Y permíteme, a tus plantas
una y mil veces rendida,
usar de la confianza
con que el beneficio de hoy
consecuencia al de mañana
hace, siendo el que se goza
víspera del que se aguarda.
Toda mi dicha, Leonor,
está en que don Juan no haga
duelo de ver ofendida
su amistad; y ya que falta
quien saque la cara a esto,
pues tu padre, cuyas canas
y autoridad ser pudieran

medio, no sólo me ampara,
pero me deja que tú,
sin que él lo sepa, me valgas,
fuerza es que yo busque otro,
y no pienso que le haya,
si no es que le dé don Félix,
a que es forzoso que añadas
que no sabiendo de mí,
¿qué sé yo si se persuada
a una indignidad? Con que
honor, ser, vida, honra y fama
está en tu mano, Leonor,
con sólo que por mí hagas
la última fineza.

LEONOR ¿Qué es?

BEATRIZ Que sepa que tú me amparas,
y para discurrir medios,
yo le hable una palabra
delante de ti.

LEONOR ¿No ves
cuánto en eso aventurara,
si mi padre…?

BEATRIZ Ya lo veo;
pero quien necesitada
pide, no pide discreta.
Tienes razón, no lo hagas;
que yo me dejaré estar
a don Juan con su ignorancia,
y a mí con el desconsuelo
de no haber otra esperanza.

LEONOR (¡Que no la pueda decir
que mi padre en esto anda,
por no obligarme a decirla
que sabe que se está en casa!
Pero si los dos se ven,
¿no podrá ser que den traza
que a mi padre desempeñe
y que ellos allá se valgan
de medios que a él no aventuren?)

BEATRIZ ¿Qué es lo que a tus solas hablas?
LEONOR No sé, Beatriz, qué te diga.
Siento no hacer lo que mandas,
y temo hacerlo. (Ahora bien:
yo tengo de ver si saca
a mi padre del empeño
esta resolución.) Juana,
pues que tú eres de Valencia,
di si a don Félix de Lara
conoces.
JUANA Muy bien, señora.
LEONOR ¿Sabes su calle?
JUANA Y su casa,
por señas de que es tan cerca,
que cae de aquésta a la espalda,
por cuyos terrados suelo
hablarme con sus criadas.
LEONOR Pues búscale, y sin decirle
quién es, dile que una dama
le quiere hablar; que a esa reja
espere una seña blanca,
que será cuando mi padre,
en habiendo escrito, salga.

Vase Juana.

BEATRIZ ¿Qué puedo decir, Leonor,
sino con mil vidas y almas
ser tu esclava eternamente?
LEONOR Beatriz, los extremos bastan;
que fortunas de amor tienen
tanto imperio en las humanas
penas, que lo que nos ruegan
parece que nos lo mandan.
INÉS (Y añade, sepolturera
de amor: «Hagan bien a esta alma,
porque nos depare Dios
quien por nosotros lo haga».)

Vanse. Sale don Félix.

DON FÉLIX Aunque en casa de Beatriz
gente a inquirir he enviado,
ninguna razón me ha dado,
no sólo de su infeliz
accidente, mas la puerta
no abren, ni nadie responde.
Y pues su hermano la esconde
con tanto recato, cierta
cosa es que, para vengarse
a salvo, fingiendo va
que tan de peligro está;
y aunque mi pena restarse
quiera a todo trance, el ser…

Sale Juana tapada.

JUANA ¡Señor don Félix!
DON FÉLIX ¿A mí?
JUANA A vos.
DON FÉLIX Ved si soy yo.
JUANA Sí.
DON FÉLIX ¿Qué mandáis?
JUANA Obedecer
a las damas es forzoso;
una envía a suplicaros
vengáis donde pueda hablaros.
DON FÉLIX ¿Dama a mí? Dificultoso
se me hace que haya dama
que de mí se acuerde. Quién
es me decid.
JUANA No está bien
ni a su estado ni a su fama
el nombralla antes de vella;
porque la que os llama no
la que os llama es. Con que yo
no puedo de ésta ni aquélla

decir más de que sigáis
mis huellas, donde hallaréis
una seña que veréis
a una reja, en que sepáis
cuál os llama de las dos.
Seguidme, pues, esperad,
y, donde yo entrare, entrad,
que a vos os importa. Adiós.

Vase, y vuelve a salir atravesando el tablado, y él tras ella.

DON FÉLIX ¡Oíd, esperad! (¿Qué será
novedad tan grande? Pero
aunque ningún bien espero,
fuerza es el seguirla ya,
que no me ha de acobardar
que don Juan sepa quién era,
y que así vengarse quiera.
La casa en que la veo entrar
es la de don Diego, ¡cielos!,
y el ser tan noble y segura
del peligro me asegura,
pero no de los recelos
del llamarme deste modo.
Mas ¿para qué es discurrir?
Pues con esperar, y ir,
habré cumplido con todo.)

A la puerta del tablado, y salen don Enrique y Chacón.

CHACÓN Y en fin, ¿qué piensas hacer?
DON ENRIQUE Repasar desde este día
lo poco que yo sabía
desta habilidad, y ser
su maestro de danzar, puesto
que en la casa de Leonor
entrada tendrá mi amor
a todas horas con esto.

CHACÓN ¡Oh, si tanto repasaras
eso poco que sabías,
que maestro en breves días
hecho y derecho te hallaras!
Que no fuera mal socorro
enseñar, para aprender
los compases del comer.
DON ENRIQUE ¡De imaginarlo me corro!
¿Yo había de ser maestro, di,
de quien no fuera Leonor?
CHACÓN ¿Había más de andar, señor,
preguntando: «¿Vive aquí
alguna Leonor que quiera
saber danzar con primores?»,
y, maese–danza Leonores,
no enseñar a quien no fuera
Leonor? Con que comerías,
sin ajar el pundonor
de enseñar, sin ser Leonor.
DON ENRIQUE Deja necias boberías;
no el juicio y el tiempo pierdas.
¿Traes la guitarra?
CHACÓN Ella es juez
de que es la primera vez
que habemos tratado en cuerdas.

Un pañuelo en la reja.

DON ENRIQUE Pues volvamos allá. Pero
espera. ¿En la reja, di,
no hacen una seña?
CHACÓN Sí.
DON FÉLIX (Avisan.)
DON ENRIQUE Un caballero
que estaba en la calle, ¿no
le ves —¡oh, tirana estrella!—
que se va acercando a ella?

Éntrase don Félix.

CHACÓN Así me acercara yo.
DON ENRIQUE ¡Entró dentro!
CHACÓN Y recatado
más que tú, no dejó abierta,
como tú hiciste, la puerta,
pues al punto la han cerrado.
DON ENRIQUE ¡Seña en la reja, ay de mí!
¡Hombre que la seña espera,
y, en viéndola —¡pena fiera!—
entrar tras ella! ¿Qué vi?
CHACÓN Lo que yo, y no me asusté.
Haz tú lo mismo, y verás
lo poco que importa.
DON ENRIQUE ¿Estás
borracho, infame?
CHACÓN ¿De qué
lo he de estar, si ya no hay vino
que tenga esa utilidad,
pues no le habla en puridad
ningún hijo de vecino?
Pero ¿dónde vas?
DON ENRIQUE No sé:
a llamar, abrir, entrar,
y qué hombre es éste apurar.
CHACÓN Eso yo te lo diré:
uno que en la calle estaba,
esperando a que le hizieran
seña, y la puerta le abrieran
por donde entró.
DON ENRIQUE Hoy acaba
mi amor, si mi agravio empieza.
Ven tras mí.
CHACÓN Si ello hay pesar,
por Dios que le he de quebrar
la guitarra en la cabeza.

Vanse los dos, y salen Leonor y don Félix y Inés.

LEONOR Tendréis a gran novedad
el que yo os llame.
DON FÉLIX Sucesos
que imaginados aún no
los hallara el pensamiento,
¿qué mucho que acontecidos
hagan novedad?
LEONOR Pues presto
saldréis de la duda, que
si decir suele el proverbio
que el tiempo es precioso, aquí
es más que precioso el tiempo.
¿Conocéis aquesta dama?

Sale Beatriz.

DON FÉLIX Débame vuestro respeto
decir que sí, tan remiso,
que al ver su prodigio bello,
enviándola la voz
me quede con el afecto.
Sí, señora, otra vez digo,
turbado, absorto y suspenso
de ver aquí a quien juzgaba
en otra parte, a más riesgo.
LEONOR Pues en albricias, don Félix,
de ese desengaño, quiero
me deis —¡ved cuán poco os pido!—
lo que os debéis a vos mesmo.
Ella es mi amiga; de mí
se ha favorecido, y menos
que honrada, airosa y casada
con gusto de hermano y deudos,
no ha de salir de mi lado.
Los medios que para esto
faltan, habéis de dar vos.

Llaman.

Pero ¿quién con tanto estruendo
llama? Por aquesa reja
mira, Inés.

INÉS ¿Quién es?

CHACÓN *dentro* El maestro
de danzar.

LEONOR (¡Ay infelice!
Don Enrique es.)

BEATRIZ (El pequeño
rato de una conveniencia
aun no me permite el cielo.)

Vuelven a llamar.

LEONOR Aunque quien llama no es
persona de cumplimiento,
por lo mismo no es razón
que tenga parte en secreto
tan reservado que aun no
le sabe mi padre, y puesto
que el fin a que os he llamado
es sólo a tratar los medios
que más convengan, don Félix,
al desenojo o al duelo
de don Juan, y con Beatriz
se han de hablar, mientras yo intento
—porque ni a vos ni a ella vean
al primer recibimiento—
salir al paso a quien llama,
en esa sala de ahí dentro
esperad a que yo vuelva.
¡Juana!

JUANA ¿Señora?

LEONOR Esté abierto.
Entra tú con ellos, Juana.

DON FÉLIX En todo he de obedeceros.

BEATRIZ ¡Ay, Félix, cuánto me debes
de penas y desconsuelos!

DON FÉLIX No hago, Beatriz, porque todos
los pagan mis sentimientos.

Vanse los tres, y salen don Enrique y Chacón.

LEONOR Abre tú la puerta, Inés,
y está a la mira, advirtiendo
si entra mi padre en la calle.
DON ENRIQUE Pensarás, Leonor, que vengo
a usar de aquella licencia
que sutil halló tu ingenio
para, restaurando un daño,
facilitar un remedio.
Pues no, Leonor: otra causa
es la que me trae.
LEONOR ¿Qué es esto?
¿Tú tan perdido el color,
tan fatigado el aliento,
tan turbadas las acciones?
¿Hate puesto en otro empeño
otra dama?
DON ENRIQUE Sí, Leonor,
en otro empeño me ha puesto
otra dama, y tal, que de él
vivo no saldré, si atiendo
que mal podrá salir vivo
quien entra a buscarle muerto.
LEONOR ¿Qué traes? ¿Qué tienes? ¿Qué miras?
DON ENRIQUE Nada y mucho.
LEONOR No te entiendo.
DON ENRIQUE Yo sí te entiendo, Leonor,
a ti, puesta al paso a efecto
de que no pase adelante.
LEONOR ¿Dónde has de pasar?
DON ENRIQUE Adentro.
LEONOR ¿A qué?
DON ENRIQUE Si lo he de decir,
a buscar a un caballero
que, esperando en esa calle

la seña que le hizo un lienzo
en tu reja, entró en tu casa,
de ella llamado, y supuesto
que abusos del mundo mandan
que los hombres ajustemos
lo que ofenden las mujeres,
con que contigo no tengo
más acción que hasta quejarme,
deja que pase, resuelto
a la que con él me queda.

LEONOR ¡Mi bien, mi señor, mi dueño!

DON ENRIQUE ¡A buen tiempo la primera
vez te escuché agrados! Pero
favores de infeliz, ¿cuándo
llegaron a mejor tiempo?
Aparta.

LEONOR No has de pasar
de aquí sin oírme primero.

DON ENRIQUE ¿Qué puedes decirme?

LEONOR Que
soy quien soy, y no te ofendo.

DON ENRIQUE Aunque fueras la que fueras,
me dijeras eso mesmo,
y palabras generales
que a cualquier predicamento
vienen, ¿qué haces tú en decirlas?
Y así, pues ya he dicho que esto
no se ha de acabar contigo,
habiendo con quién, no tengo
de oírte.

LEONOR Mira…

DON ENRIQUE Suelta.

LEONOR Advierte…

DON ENRIQUE Quita.

LEONOR … que yo…

INÉS Hablad más quedo,
y disimulad, que viene
mi señor.

CHACÓN Aquesto es hecho.
Toma la guitarra.
DON ENRIQUE ¿Yo
había de hacer tal? No quiero.
LEONOR Enrique mío, si algo
a tus finezas merezco,
disimula con mi padre,
valiéndonos del primero
engaño; que yo te doy
palabra que satisfecho
quedes.
INÉS ¿Quieres que te halle
quien ayer te dejó maestro
de danzar, maestro hoy de esgrima?
LEONOR De la dama lo primero
ha de ser siempre el honor:
mira por él.
DON ENRIQUE ¿Habrá, cielos,
otro, a quien haya obligado
tan no imaginado empeño
de amor y honor, a que haya
de hacer festín a sus celos?

Toma la guitarra.

CHACÓN Si «mandábanle bailar»
por otro dijo el proverbio,
¿qué mucho que por ti diga
«mandábanle danzar»?
LEONOR Esto
has de hacer: hállenos como
dando lición.
INÉS Y sea presto,
que entra ya.

Tocando, y con el sombrero en la espada, haciendo la reverencia, los halla don Diego.

DON ENRIQUE A la reverencia,
señora, otra vez.
DON DIEGO (¿No es bueno
que, después de haber tenido
escrito y cerrado el pliego,
se me olvidase? Mas vaya,
el descuido me agradezco,
pues vengo a buena ocasión.)
¿Qué le ha parecido al maestro?
Que el aire luego se deja
conocer.
DON ENRIQUE Que sabrá presto
cuánto hay que saber, porque
a la primer lición veo
que ha hecho toda una mudanza.
LEONOR Engáñase, que no he hecho.
DON ENRIQUE Yo la he visto ejecutada.
LEONOR Sí, pero llena de yerros.
DON DIEGO Yo lo veré, que también
algo supe allá en mis tiempos
de «lo cierto» y «lo galano».
DON ENRIQUE Por ahora basta lo cierto.
DON DIEGO ¿Y qué es la primer lición?
DON ENRIQUE Ser solía «la alta»; pero
no es danza que ya está en uso.
LEONOR Ni «la baja», a lo que entiendo.
DON ENRIQUE Y así son los cinco pasos
los que doy, y los que pierdo,
por «la gallarda» empezando.
INÉS (Cuanto se hablan son floreos.)
CHACÓN (Yo pensé que eran pavanas.)
DON DIEGO Yo no estorbo: vaya, maestro.

Pónense en sus puestos, y hacen lo que dicen los versos.

DON ENRIQUE La reverencia ha de ser,
grave el rostro, airoso el cuerpo,
sin que desde el medio arriba
reconozca el movimiento

de la rodilla; los brazos
descuidados, como ellos
naturalmente cayeren;
y siempre el oído atento
al compás, señalar todas
las cadencias sin afecto.
¡Bien! En habiendo acabado
la reverencia, el izquierdo
pie delante, pasear
la sala, midiendo el cerco
en su proporción, de cinco
en cinco los pasos. ¡Bueno!
(¡Ah, ingrata! ¿Quién sino yo
por ti se pusiera a esto?)

LEONOR (¿Y quién sino yo por ti
sintiera lo que yo siento?)

DON ENRIQUE En cobrando su lugar,
hacer cláusula en el puesto
con un sustenido, como
que está esperando el acento.
Romper ahora…

Sale Celio.

CELIO De don Juan
César te busca…

DON DIEGO Ya esto
es de otro caso.

CELIO … un criado.

LEONOR (¿De don Juan César? Ya tengo
más que temer.)

DON DIEGO (¿Qué querrá?)
Proseguid, pues, que ya vuelvo.

Vase.

DON ENRIQUE ¡Vive Dios, que por mí solo
pasara el estar haciendo
festín, ingrata, a tu amante!

LEONOR No lo es.
DON ENRIQUE ¿Cómo no ha de serlo
quien, escondido en tu casa,…?
LEONOR Considerando, advirtiendo
que antes de agora te dijo
de Inés la voz que hay sujeto
dentro, Enrique, de mi casa,
de quien recatarme debo.
DON ENRIQUE Quizá sería el mismo entonces.
LEONOR No sería, y aunque esto
es largo para de paso,
¿dejaste, Enrique, tú mesmo
aquí una dama la noche
que veniste?
DON ENRIQUE Ya eso es viejo
de echar la culpa a otra dama.
¿No hubieras, pues hubo tiempo,
pensado mejor disculpa?
LEONOR Ésta lo es.
DON ENRIQUE Es fingimiento.
LEONOR Ésta es verdad.
DON ENRIQUE Es traición.
LEONOR Cuando sea todo eso…
DON ENRIQUE Él lo ha de decir, no tú.
LEONOR ¿Qué haces?
DON ENRIQUE Entrar a saberlo.
LEONOR Mira que vuelve mi padre.
DON ENRIQUE ¡Que haya de ser fuerza esto!
CHACÓN ¡Ella danza «la gallarda»,
y él «el pie gibao»!
INÉS ¡Silencio!

Vuelve don Diego, y ellos danzan como los dejó.

DON DIEGO (Don Juan me avisa que en casa
le espere. ¿Si sabrá, ¡cielos!,
que está aquí Beatriz? Mas no
discurro, pues el efeto

lo ha de decir tan aprisa.)
Maestro, ¿en qué estado está esto?
DON ENRIQUE En romper, como quedamos.
LEONOR Y es a lo que yo no acierto.
DON ENRIQUE Sí aciertas. Con quebradillo
entrar ahora en el paseo.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
señalados, y a concierto.
DON DIEGO Digo que en mi vida vi
mejor aire, y me prometo
que ha de salir bien con todo.
DON ENRIQUE Sí saldrá.

Sale Celio.

CELIO Aquel caballero
que te avisó viene ya.
DON DIEGO Dile que me espere dentro
de mi cuarto, que ya voy.

[Vase Celio.]

(Leonor, no sé qué recelo
desta visita. A Beatriz
di que se esté en su aposento,
y a nada que escuche salga.)
Váyase con Dios, maestro,
que ya por hoy la lición
basta.
DON ENRIQUE En todo te obedezco.
DON DIEGO Por acá, no es por ahí
la puerta.
CHACÓN Ha perdido el tiento
de la sala con las vueltas.
DON DIEGO Venid, pues, ya yo os enseño
por dónde habéis de ir.

[Vase.]

DON ENRIQUE Di, ingrata,
a tu amante que le espero
en la calle, donde vea
que el que, a tu opinión atento,
maestro es de danzar en casa,
en la calle es caballero.

Vase.

LEONOR ¿Quién se vio en más confusiones?
INÉS Vayan todos con el cuento.
Beatriz escondida en casa,
su galán en su aposento,
su hermano con mi señor,
mi señor con sus recelos,
mi ama con sus sobresaltos,
el no aún mi amo con sus celos,
yo con mi temor. Señores,
¿en qué ha de parar aquesto,
y más en veinticuatro horas
que da la trova de tiempo?

JORNADA TERCERA

Don Juan solo.

DON JUAN Consejo muda el más sabio,
sagrada sentencia dijo,
para enseñarnos que nadie
se pague del suyo mismo.
Y siendo así que yo tanto
de consejo necesito,
¿de quién, como de don Diego,
puedo tomarle, si miro
que por su sangre, sus canas,
sus experiencias, su juicio,
y habérseme dado en esta
ocasión tan por amigo,
nadie le dará mejor?
Que aunque es verdad que él ha sido
de quien más, por Leonor bella,
recatarme solicito,
llegando a honor, no hay amor;
y no por un requisito
lo principal de una esencia
ha de torcer los designios.
Fuera de que, ¿qué verá
en mí, que no sea un testigo
de honrado, atento y restado?
Que espere en su cuarto dijo,

Sale don Diego y Celio.

y él viene ya. ¿Quién creerá
que, al ver cercano el peligro
de haber de hablar desto, cuanto
vine osado, estoy remiso?

DON DIEGO Llega esas sillas, y aguarda
allá fuera. En mucho estimo,
señor don Juan, este honor.

[Vase Celio.]

DON JUAN En nada, señor, os sirvo,
que habiendo honrado mi casa
hoy, como vos me habéis dicho,
hiciera mal en faltar
a cumplimiento tan digno
como pagar la visita.

DON DIEGO Aunque el cortesano estilo
en eso se satisfaga,
que me deis licencia os pido
a que la puntualidad
me haya, don Juan, persuadido
que debe de haber segunda
causa. ¿Habéis algo entendido
de aquel ignorado empeño?
Mirad que soy vuestro amigo,
que lo fui de vuestro padre,
que soy quien soy, y los bríos
no están del todo apagados.
(Para que él me dé motivo
a que en la plática entre,
harto se lo facilito.)

DON JUAN Señor don Diego, el haberos,
como decís, persuadido
mi puntualidad a que
sea de otra causa indicio,
no he de negároslo; pero
es tal, que cuando conmigo
resolví hablaros en ella,

juzgué fácil el camino,
que hallo tan dificultoso
al pisarle, que os suplico
me hagáis merced de que no
pase adelante el designio.
A pediros un consejo,
desconfiado del mío
—que en efeto nadie es
buen médico de sí mismo—,
venía, es verdad, por salvar
el acusado capricho
de quien no se aconsejó
con algún prudente juicio.
Para esto os elegí y, como
dije, lo que se me hizo
tratable allá, aquí es tan otro…
Perdonad, si sólo os digo
tengáis lástima de un hombre
a quien han acontecido
sucesos tales, que siendo
vos a quien buscando vino
para decirlos, no osa,
y se vuelve sin decirlos.

Levántase.

DON DIEGO Oíd, esperad, don Juan,
y mirad que, enternecido,
más que vos me habéis callado,
vuestras lágrimas me han dicho.
¿Para qué queréis que quede
vacilando discursivo,
y sea lo imaginado
aun más que lo sucedido?
Yo no me espanto de nada;
de nada, don Juan, me admiro;
soldado soy de fortuna,
mucho mundo es el que he visto,

todo me cabe en el pecho;
no os embaracéis conmigo,
y ved que haberme buscado,
hallarme, y arrepentiros,
es ofenderme en el fin
más que os debí en el principio.

DON JUAN Si sólo en duelos de honor
al corazón más altivo
disculpa el llanto, ¿qué haré
yo en callar lo que él ha dicho?
Anoche en mi casa entré,
en la puerta sentí ruido
de un retrete de mi hermana.
La luz tomo, el paso aplico,
cuando un aleve, apagando
luz y rostro a un tiempo mismo,
hizo servir el embozo
de la capa a dos oficios.
«¡Valedme, cielos!», tomando
la puerta, la ingrata dijo;
conque, porque no escapase,
hago a él cara y a ella sigo;
de suerte que, embarazado,
por acudir indeciso
a dos acciones, lugar
la doy de abrir el postigo
y tomar la calle, donde
tras ella (¡ay de mí!) salimos
riñendo los dos. Aquí
llegasteis, y así no digo
que él, en su alcance, veloz
corrió sin ser conocido,
y yo, de vos estorbado,
ser otra la causa finjo,
bien como finjo ser otra
la del mortal parasismo,
por dar visos a su ausencia
—bien que trasparentes visos—,

siendo así que ya en mi casa
no había un tan solo testigo,
habiendo faltado todas
las cómplices del delito.
Conque robada mi hermana,
sin presunción, sin indicio
de quién sea el agresor,
ni dónde hallarla, me miro.
Ved vos lo que debo hacer,
pues de vos sólo me fío,
en fe de quien sois, y en fe
de que a esos pies afligido,
triste, confuso y… no acierto
cómo decir, ofendido,
deseando hacer lo mejor,
vida, honor, ser y alma rindo.

DON DIEGO Don Juan, en un hombre honrado
la desdicha no es delito,
que no aja la virtud
el que no comete el vicio.
Vos habéis hasta aquí andado
cuerdo, valiente, advertido,
caballero, honrado, atento;
y siendo así, proseguidlo.
Que aunque allá la ley del duelo
diga que el que fue embestido
de un fracaso, y hizo entonces
lo que pudo, satisfizo
su empeño, sin que por eso
de quedar deje en preciso
trance de que después haga
lo que por entonces no hizo;
esto ha de entenderse cuando,
el agravio recibido
en lo personal, conviene
que ello vuelva por sí mismo;
mas cuando el agravio es
culpa ajena, aunque él sea mío,

lo que le resta de hacer
al más noble y más altivo,
es enmendarle; porque
hay sucesos infinitos
en que dijo la venganza
lo que el agravio no dijo.
Hombre a quien dio esa licencia
Beatriz, no sujeto indigno
ha de ser tanto que vos,
domeñándoos al partido
de un leve desdén, no hagáis
voluntario lo preciso.
Y así mi primer consejo
es que, cautos y advertidos,
sepamos quién es, que a esto
yo, don Juan, sin vos me obligo;
y siendo noble —que sólo
faltando el serlo, permito
que no toméis mi consejo—,
sin escándalo y sin ruido
vuelva Beatriz a su casa,
y dadla vos por marido
al que eligió, que no es poco
logro hacer de un enemigo
un obligado: conque —otra
vez, y otras mil lo repito—
la venganza no dirá
lo que el agravio no dijo.

DON JUAN ¡Pluguiera al cielo, don Diego,
que, ya el caso sucedido,
nos volviéramos a hallar
en ese primer principio!
Que no digo yo su hacienda,
pero el patrimonio mío,
mi vida, mi alma, mi honor,
cuanto soy y cuanto he sido
y he de ser, por restaurar
un algo de lo perdido,

pusiera a los pies de quien
noble, ilustre, claro y limpio,
antes que fuese memoria
mi ofensa, la hiciese olvido.

DON DIEGO (¡Oh, quién hubiera a don Félix
hablado! Pero no ha habido
ocasión; que aquí quedara
todo el lance concluido.
Si yo supiera de qué
ánimo está… Mas si digo
a don Juan ahora quién es,
y él, allá por los motivos
que puede tener, no viene
en los conciertos, me obligo,
habiéndolo dicho yo,
a hacer que haya de cumplirlo;
y así, hasta hablarle…)

DON JUAN ¿De qué
tanto os habéis suspendido?
¿He dicho algo mal? Que quiero
retractar haberlo dicho.

DON DIEGO No, don Juan; antes estoy
tan admirado de oíros
honrado y discreto, que
casi el desaire os envidio.
Dadme, pues, plazo a que sepa
quién es: tan breve os le pido,
que a vuestra casa a esperar
la respuesta podéis iros.

DON JUAN ¿No será mejor que vos
no os canséis, y yo, advertido
del cuándo, vuelva por ella?

DON DIEGO Eso o esotro es lo mismo.
Volved dentro de una hora.

DON JUAN Quedad con Dios.

DON DIEGO Si es preciso
que salga a la diligencia,
dejad que vaya a serviros.

Salgamos juntos de casa.
¡Leonor! Id vos, que ya os sigo.
(¡Dichoso yo, si hallar puedo
en tanto pesar alivio!)

Vase [don Juan], y sale Leonor y Inés.

LEONOR (¡Que por más medios que demos,
en ninguno convenimos!)
¿Qué me mandas?
DON DIEGO Del cuidado
sacarte, que habrás tenido
de la visita. Don Juan
—que en toda mi vida he visto
caballero más atento—
a perdonar reducido
la ofensa está. A buscar voy
a don Félix, y imagino
que ha de salir de tu lado
honrada Beatriz.

Vase.

LEONOR Bien fío
de tu cordura y consejo
su reparo, que no impío
el cielo la encomendó
a tu sagrado. A decirlo
vuelvo a los dos, para que,
haciéndose encontradizo,
se deje hallar de mi padre.
Mas ¿cómo me determino
a que salga, si en la calle
Enrique está?
INÉS ¡Buen arbitrio!
Váyase por los terrados,
con que señor, que habrá ido
a su casa, le hallará
en ella.

LEONOR No mal has dicho.
Pero ¡ay, que ya no es posible,
Inés!

Salen don Enrique y Chacón.

DON ENRIQUE Habiendo salido
tu padre, Leonor, de casa
con el que a buscarle vino,
bien puedo yo entrar en ella
a decir a ese escondido
caballero que se deje
hablar, que no es buen estilo
hacer esperar a un hombre
tanto tiempo.
LEONOR Yo te estimo
el que hayas, Enrique, vuelto.
A aquesta cuadra, que ha sido
reservada, por si acaso
en casa hay huésped, te pido
te retires, y verás
si trato verdad o finjo.
DON ENRIQUE ¡Bueno es, entrando a buscar
un hombre que está escondido,
ser el escondido yo!
CHACÓN Ésos son los solecismos
de amor, dar persona que hace
y padece a un tiempo mismo.
LEONOR Ten aquesa razón más,
y haz esto que te suplico;
que abierta tendrás la puerta,
para que, al menor resquicio
de sospecha, salir puedas.
DON ENRIQUE ¡Mira cuál es el hechizo
de tus encantos, Leonor!
Que con ser un basilisco
el que me está abriendo el pecho,
te obedece, adormecido
al conjuro de tu voz.

LEONOR *[A Chacón]* Entra, que has de ser testigo
tú también de mi verdad.
CHACÓN Veamos por lo que se dijo
«Mete ruin, y saca bueno».

Escóndense los dos en la puerta de en medio, y por la del lado salen Félix y Beatriz.

INÉS ¿Qué intentas?
LEONOR Hallar arbitrio
que a Enrique le satisfaga,
a mí me excuse el peligro
del secreto de mi amor,
Beatriz tenga un buen aviso,
y Félix vaya a encontrar
con mi padre.
INÉS En conseguirlo,
mucho harás.
LEONOR ¡Félix, Beatriz!
Salid, que vengo a pediros
albricias.
LOS DOS ¿De qué?
LEONOR De que
cuantos medios discurrimos,
todos sobran.
LOS DOS ¿Cómo?
LEONOR Como
don Juan está reducido
a la conveniencia. A esto
mi padre a buscarte ha ido:
procura hallarle, y de nada
te darás por entendido,
hasta que él lo diga. ¿Qué
esperáis? A tu retiro,
Beatriz. Tú, a buscarle.
LOS DOS Deja…
BEATRIZ … que humilde,…
DON FÉLIX … que agradecido,…

BEATRIZ … al reparo de mi honor,…
DON FÉLIX … de mi amor al beneficio,…
BEATRIZ … bella Leonor,…
DON FÉLIX … Leonor bella,…
BEATRIZ … diga a voces…
DON FÉLIX … diga a gritos…
BEATRIZ … que eres la deidad hermosa…
DON FÉLIX … que eres el bello prodigio…
BEATRIZ … por quien vivo cuando muero.
DON FÉLIX … por quien, cuando muero, vivo.

Vanse.

LEONOR Ahora, señor don Enrique,
¿qué haremos de lo reñido?
¿Ve usted cómo aquella dama
que usted convoyando vino,
hasta que le fue forzoso
dejar el convoy, y herido,
dando al terrado escalada,
entrar por asalto el sitio,
fue la que llamó a su amante,
con consentimiento mío,
porque habiéndose amparado
de mi padre, era preciso
que de mi lado saliese
su honor puro, claro y limpio?
Pues si lo ve usted, y ve
que tuvieron sus delirios
de mí tan baja sospecha,
como tener escondido
un hombre en mi mismo cuarto,
que se vaya le suplico,
y no vuelva donde escuche
otra vez los desatinos
de tan licenciosos celos.
CHACÓN (¡Oigan, que ha cobrado bríos
de provincial la que antes
no hablaba más que un novicio!)

INÉS (En viéndonos disculpadas,
todas hacemos lo mismo;
no hay diablo que se averigüe
con nosotras.)
DON ENRIQUE ¡Dueño mío,
mi bien, mi Leonor, señora…!
LEONOR ¡A muy buen tiempo ha venido
el halago! Pero, a un triste,
¿cuándo a mejor tiempo vino?
DON ENRIQUE ¿No hubiera sido peor
que a tanto aparente indicio
respondiera el sentimiento
perezosamente tibio,
y dado a la confianza,
que es la ruindad del cariño,
sucediera al no extrañarlo
el desdén del no sentirlo?
LEONOR No, pues pudo el sentimiento
mirar que hablaba conmigo.
DON ENRIQUE No está en mano del dolor
el nivel de los sentidos.
LEONOR Hasta quejarse cortés,
yo perdonara el delito.
DON ENRIQUE Celos y consejos, ¿quién
en el mundo los ha visto?
LEONOR Nadie, que no ha visto nadie
tanto decoro ofendido.
DON ENRIQUE Desaires de desatento
suelen ser galas de fino.
Mira, Leonor…
INÉS Ea, señora,
¿qué hacen dos desatinillos
celosos hoy más o menos?
CHACÓN Faraona de poquito,
enternécete.
LEONOR Es en vano.
Mi padre espera a mi tío;
mi tío, ya receloso

de nuestro amor, sabéis que hizo
tantos extremos; aquella
mentira, que de un peligro
nos sacó, durar no puede
con quien es tan conocido.
Y pues hoy tengo, ofendida,
ocasión para decirlo
—que quizá sin ella no
me atreviera—, no es… Mas ruido
siento en la escalera.

Dentro pasos.

CHACÓN ¿Qué
importa? Guitarra pido,
como iglesia.
INÉS Don Juan es.
Aquí no entra lo fingido.
Retírate, que él se irá
en oyendo que aún no vino
mi señor.
DON ENRIQUE ¿Ves, Leonor, cuánto
ibas a decir y has dicho?
Pues venga tu enojo, venga
tu ausencia, venga tu olvido,
como no vengan tus celos.

Escóndense, y sale don Juan.

DON JUAN Perdonad si inadvertido,
en fe de tener licencia
del señor don Diego, piso
estos umbrales.
LEONOR Mi padre,
señor don Juan, no ha venido.
Si tenéis que hablar con él,
aquél es su cuarto; idos
en él a esperarle.

DON JUAN (Honor,
licencia de hablar te pido,
de albricias de la esperanza
con que de cobrarte vivo,
un breve rato en mi amor,
que no hallaré en muchos siglos
otra ocasión.)
LEONOR ¿Qué esperáis?
Su cuarto es aquél.
DON JUAN Deciros
que, pues ya, bella Leonor,
habéis a esa reja oído
tantas veces de mis ansias,
en ecos de mis suspiros,
la verdad con que os adoro,
la fineza con que os sirvo,
por ofendida no os deis,
si acaso mis desvaríos
—adelantando favores
de otras honras que recibo
de vuestro padre, que vos
no habéis de oír hasta el fijo
punto que suene primero
mi dicha en vuestros oídos
que mi desdicha— me atreven
a ofrecer en sacrificio
al templo de vuestro amor
el más postrado albedrío
que vio arder en sus altares,
a cuyas aras aspiro,
en fe de que podrá hacerme
dichoso, pero no digno.

Vase.

INÉS ¡Esto sólo nos faltaba!
CHACÓN *sale* Y poco aguardar nos hizo.
DON ENRIQUE *sale* Y ahora, señora Leonor,
¿qué haremos de lo sentido?

¿Ve usted cómo aquel amante,
que tantas veces ha oído
a esos umbrales sus ansias,
a esas rejas sus suspiros,
a tratar su boda viene,
en fe de que…?

LEONOR ¡Enrique mío…!

DON ENRIQUE Aquí no hay Enrique, puesto,
ingrata, que haber fingido,
para arrojarme de ti,
la venida de tu tío,
sobre extremos que estimarlos
debieras más que sentirlos,
sólo ha sido que la boda
de quien tan atento y fino
licencias que tiene pide,
te estaba hablando al oído.

LEONOR ¡Plega al cielo…!

DON ENRIQUE No, no jures;
que no hay, ni ha de haber, ni ha habido
aquí otra dama: en tu cara
y con tu nombre te ha dicho
si has oído, o no, sus penas.
Y ya que esta razón vino,
Leonor, aquí la razón
tenga que no había tenido:
ratificado el dolor,
yo también me ratifico
en que eres falsa y mudable;
y pues sé de qué ha nacido
el despedirme, cruel,
con tan no usado desvío,
pudiendo tú pronunciarlo,
¿qué haré yo, fiera, en cumplirlo?
Adiós, pues.

CHACÓN Escucha.

INÉS Espera.

DON ENRIQUE En vano es. ¿No habéis oído
que su padre a su tío aguarda?
¿Que, receloso su tío,
no ha de dudar en mi engaño?
¿Que yo…? Mas ¿qué lo repito?
Adiós, a no más ver.
LEONOR Mira…
DON ENRIQUE ¿Qué he de mirar más que miro?
LEONOR Que no es culpa ser amada.
DON ENRIQUE Si no lo es serlo, es oírlo.
Suelta.
LEONOR ¿No basta mi ruego
a detenerte?
DON ENRIQUE Es delirio.
LEONOR Pues vete, que no he de verte
que de él hagas desperdicio.
DON ENRIQUE Agora no me quiero ir,
sin que sepas…
LEONOR No he de oírlo.
DON ENRIQUE Ni yo decirlo tampoco.
LEONOR Adiós.
DON ENRIQUE Adiós.

Al entrarse, sale don Diego [y Celio].

DON DIEGO ¿Es ya iros,
maestro?
DON ENRIQUE Habemos acabado
con todo ya.
DON DIEGO ¿Y cómo ha ido?
DON ENRIQUE Esta vez no negará
cuán ciertas mudanzas hizo.
DON DIEGO Mire que le he menester,
y que traiga los amigos
con todos los instrumentos,
porque muy presto imagino
que tendremos boda en casa.
DON ENRIQUE Siempre estoy para serviros.

Vase.

CHACÓN Eso he de hacer yo, pues sólo
para eso, señor, le sigo
a cuantas liciones va,
tomando de ellas avisos
de dónde hay festines.
DON DIEGO Pues
¿qué es, hidalgo, vuestro oficio?
CHACÓN Toco el violón, y soy maestro
de los demás violoncillos,
y a las bodas desta casa
traeré todos mis ministros.

Vase [él y Inés].

LEONOR ¿Hallaste a Félix?
DON DIEGO Leonor,
si luego lo he de decir
a don Juan, el repetir
excusemos.
LEONOR Él, señor,
rato ha que en tu cuarto espera.
Mas ¿cómo lo sabré yo,
sin repetirlo, si no
lo oigo allá?
DON DIEGO Desta manera:
di, Celio, a ese caballero
que entre aquí.

[Vase Celio.]

Tú, con Beatriz,
oye a esa puerta el feliz
reparo que dar espero
a este amoroso desmán,
de él librando a Beatriz bella,
casando a Félix con ella,

sin sospecha de don Juan
en que él fue el que le ofendió.

LEONOR ¿Cómo es posible consigas
eso?

DON DIEGO Con sólo que digas
tú que, sin saberlo yo,
a Beatriz has amparado,
cuando veas que conviene.
Y retírate, que él viene.

Vase Leonor, y sale don Juan.

Por excusar el enfado
de un hombre que ha de venir
a buscarme, estar no quiero
en mi cuarto; y pues infiero,
para lo que he de decir,
que éste es lo mismo, escuchad:
advertido y recatado
toda la ciudad he andado,
sin que en toda la ciudad
haya un hombre que de vos
ni Beatriz se acuerde, y bien
se ve hay yerro, pues no hay quien
tome en la boca a los dos,
ni en fuga ni en galanteo;
porque luego se dijera,
se hablara o se trasluciera
a quien iba con deseo
de saber qué se decía.

DON JUAN Mal puede dejar de ser
lo que yo llegué a oír y ver,
y faltar (¡ay, suerte mía!)
Beatriz de casa.

DON DIEGO Oíd ahora,
que ya que esa nueva no
os traigo, os traigo otra: yo
volvía a casa (¿quién lo ignora?)

triste de que no alcanzara
a imaginar ni entender
lo que os ofrecí saber,
cuando don Félix de Lara,
que pienso que es vuestro amigo,…

DON JUAN Y mucho.

DON DIEGO … al paso salió,
y en una cosa me habló
que, aunque hago mal si la digo
en esta ocasión, peor
haré en callarla, porque
sobre aviso estéis.

DON JUAN ¿Qué fue?

DON DIEGO Que en fe de ser servidor
vuestro, os hable —dejo aquí
los más nobles cumplimientos,
obsequios y rendimientos
que en toda mi vida vi—
en que, pues que vos sabéis
su hacienda y su calidad,
hagáis deudo la amistad,
y que licencia le deis
de pediros por esposa
a Beatriz divina y bella.

DON JUAN ¡Ay, Beatriz! ¡Cuál es mi estrella,
pues siendo aquésa la cosa
que más pudiera desear,
sólo por ser dicha mía
viene en tan infausto día
que me es forzoso negar
lo que pidiera, pues no,
en pena tan inhumana,
hay quien sepa de mi hermana!

[Sale Leonor.]

LEONOR Sí hay, señor don Juan.

DON JUAN ¿Quién?

LEONOR Yo,
que aunque aventure dos quejas,
con mi padre una, que haya
escuchádole curiosa,
y otra que tenga en su casa,
sin que él lo sepa, a Beatriz,
ni ésta ni aquélla me espantan,
para que no sean primero
su honor, su opinión y fama,
que ambos enojos.
LOS DOS ¿Qué dices?
LEONOR Que oigáis, y sabréis la causa.
Sin que Beatriz lo supiera,
la traición de una criada
a aquel hombre —sea el que fuere,
que no es bueno para nada
añadiros un rencor—
introdujo en vuestra casa.
Ella, temiendo el enojo
más que la razón, turbada,
habiéndonos hecho amigas
los estrados de otras damas,
mientras dispone un convento
adonde a morir se vaya,
por no vivir con quien tuvo
una presunción tan baja,
se vino a valer de mí.
¿Qué consecuencia más clara
hay que no irse a valer de él
para saber que no estaba
cómplice, ni qué decoro
más que el hallarla en mi casa
y a mi lado?

[Salen Beatriz, Inés y Juana.]

BEATRIZ Y porque veas
que el temor que no escucharas
mis disculpas me hizo huir

más que el temer que me hallaras
culpada en igual delito,
humilde estoy a tus plantas,
pidiéndote a ellas, en fe
que otro empeño no me arrastra,
que me cases con don Félix,
si es don Félix quien te agrada,
porque en mí no hay elección.

DON DIEGO Aunque debiera con causa
quejarme, Leonor, de ti,
que tal huéspeda me guardas,
eso, y la curiosidad
de oír lo que a don Juan hablaba,
en hallazgo te perdono.

DON JUAN ¿Quién creyera dicha tanta,
cuando más desesperado
me vi de poder hallarla?
Deja, Leonor, que a tus pies
una y mil veces…

LEONOR Levanta,
don Juan, que no a mí, a Beatriz
ha de ser a quien se haga
el rendimiento, y pedirla
perdón de que imaginaras
de ella semejante acción.

DON JUAN Señora, Beatriz, hermana,
¿quién en tan no imaginado
lance tan cuerdo se hallara,
que no se arrojara ciego?

BEATRIZ Quien viera que en mí se guardan
su sangre y su obligación.

INÉS (¡Ay, pobrecillos, y cuántas
veces rogáis ofendidos!)

DON DIEGO Justos sentimientos bastan;
y pues don Félix, don Juan,
con la respuesta me aguarda
—que claro está que no había
de darle a entender la falta

de Beatriz—, habéis de ser
vos el que habéis de llevarla,
y las vistas de las bodas
han de ser hoy en mi casa,
diciendo que Beatriz vino,
por convalecer sus ansias,
a visitar a Leonor.
Inés, compón tú la casa,
por si él avisa a sus deudos.
Tú prevén bebidas, Juana,
y dulces. Y tú avisar
al maestro de danzar manda,
por si quieren divertirse.
Vamos, don Juan.

DON JUAN Cuanto mandas
obedezco agradecido.
(Pues ya vino una esperanza,
enseñe el camino a otra.)

DON DIEGO (Todo presumo que tarda;
que la hora de echar no veo
este embuste de mi casa.)

Vanse los dos.

BEATRIZ Bien, Leonor, ha sucedido.

LEONOR Sólo una cosa nos falta.

BEATRIZ ¿Qué es?

LEONOR Que licencia me des
para ofrecerte una gala;
que no has de estar de visita,
si alguien viene, como estabas
cuando de casa saliste.
Juana, ve con ella, y dala
aquel vestido que aún no
he estrenado.

BEATRIZ En todo andas
tan cabal, que sólo puede
darte el silencio las gracias.

Vanse [don Diego y Beatriz], y salen don Enrique y Chacón.

CHACÓN ¿Es posible que te atrevas
a volver aquí?
DON ENRIQUE Si nada
tengo que perder, perdida
Leonor, di, ¿de qué te espantas?
Pues no digo, habiendo visto
que fuera su padre salga;
pero aunque en casa estuviera,
hoy desesperado entrara.
LEONOR ¿A qué, señor don Enrique?
DON ENRIQUE A sólo decirte —¡ah, falsa!—
que, pues quieres que me ausente
a no estorbar la tratada
boda de ese nuevo amante,
fingiendo para eso causas
que ni son ni serán, veas
que es mi pasión tan hidalga,
tan caballeros mis celos,
mis penas tan cortesanas,
que, porque nunca un testigo
de pasadas dichas haya,
te traigo hasta las memorias.

Rompe unos papeles, y álzalos Inés.

Éstas son, Leonor, tus cartas,
éstos tus papeles, éstos
tus favores: toma, ingrata,
y llévese las cenizas,
ya que se llevó la llama,
aquel aire, y no sea donde
topen con mis esperanzas.
LEONOR Si yo en mi mano tuviera,
Enrique, la soberana
majestad de los ajenos
albedríos, yo mandara

que nadie me amase; pero
si yo…

INÉS Discursos ataja,
que como iban a buscar
a quien aguardando estaba
con gana de que le hallasen,
con él vuelven todos.

LEONOR Nada
importa que aquí te vean,
que antes a buscarte andan
para que esta noche asistas
aquí.

DON ENRIQUE ¿Qué querías, tirana?
¿Que festejara mis celos
otra vez? Una, ¿no basta?

LEONOR Pues ¿qué has de hacer?

DON ENRIQUE Que pues una
vez por tu gusto me mandas
esconder, yo por mi gusto
me esconda otra: ya la cuadra
sé, que huéspedes reserva
este cuarto…

[Escóndese.]

LEONOR Espera, aguarda.

CHACÓN Entróse, con que es forzoso
que yo también tras él vaya.
No por el violón pregunten.

[Vase.] Salen todos.

INÉS (Atención con la primera
necedad.)

DON FÉLIX Si yo pensara
que era mérito la dicha,
bella Beatriz, disculpara
a los que presumen necios

que merecen lo que alcanzan;
pero conociendo que es
dicha y no mérito, nada
podrá acusar a quien llega
hoy tan rendido a mirarla,
que la ve como fortuna
y no como confianza.

BEATRIZ Ya mi hermano por mí hablado
habrá, y no es bien, en tal causa,
siendo suyas las razones,
sean mías las palabras.

DON FÉLIX Vos perdonad, Leonor bella,
no ser la primera que haya
saludado, que aquí dicen
que la turbación es gala.

LEONOR Tan grande dicha, don Félix,
gocéis por edades largas.

DON JUAN (¡Dichoso yo, que salí
de confusiones y ansias!)

DON DIEGO Sentaos, y los cumplimientos
cesen, mientras…
Dentro ¡Para, para!

DON DIEGO Pero ¿qué alboroto es éste?

Sale Celio.

CELIO ¡Albricias, señor, me manda!
Don Fernando, mi señor,
es quien de apearse acaba.

DON DIEGO ¿Mi hermano? Toda la dicha
hoy se me ha venido a casa.

DON JUAN Bajemos a recibirle
todos.

INÉS (Sólo nos faltaba
esto, señora.)

LEONOR (Mal puede,
siendo desdicha, hacer falta.)

Sale don Fernando.

DON DIEGO Los brazos una y mil veces
me dad.
TODOS Y a todos las plantas.
DON FERNANDO A vos, hermano, y a todos,
sobre los brazos, el alma.
¡Leonor mía!
LEONOR Que me des
la mano mi amor aguarda.
DON FERNANDO Si haré. Pero porque no
de esa suerte estés, levanta.
Perdonad no conoceros
vos, señora, aunque me basta,
para ser vuestro, el hallaros
honrando a Leonor.
BEATRIZ Esclava
suya, y vuestra.
DON DIEGO La señora
doña Beatriz es hermana
de don Juan César, y esposa
hoy de don Félix de Lara;
y digo hoy, porque he tenido
yo la dicha de que se hayan,
para las primeras vistas,
valido de mí y de mi casa.
Ved si puedo recibiros
con más gusto, pues nos halla
de fiesta vuestra venida.
DON FERNANDO Mucho siento el perturbarla;
pero es forzoso mezclar
su ventura y mi desgracia.
DON DIEGO ¿Qué desgracia?
DON FERNANDO Apenas una
legua de aquí, en una zanja
del camino cayó el coche
desde una quiebra tan alta
que fue milagro no hacernos
pedazos. Traigo estropeada
una pierna, y dolorido

todo este lado; importara
sangrarme luego.
DON DIEGO ¡Jesús
mil veces! Abre esta cuadra,
que estos señores darán
licencia, Inés.
TODOS Y con harta
pena de todos.
DON DIEGO Al punto
la adereza, y haz la cama.
LEONOR (¡Ay de mí infeliz!)
DON DIEGO ¿Qué esperas?
¿Qué te detienes? ¿Qué aguardas?
INÉS No sé de la llave, como
ha tanto que ahí no se anda.
DON DIEGO ¡Para venir como viene,
es buena esa flema!
INÉS Aguarda,
que ya a buscarla voy.
DON DIEGO No
haré tal.
LEONOR ¿Qué haces?
DON DIEGO Aparta:
echar la puerta en el suelo.

Abre la puerta y ve a los dos.

Mas ¡ay de mí!, otra es la causa.
¿Quién aquí se oculta?
CHACÓN El maestro
de danzar y el camarada
del violón, que hemos entrado
solo a buscar la guitarra.
DON ENRIQUE Ya no es tiempo de eso. Quien,
a pesar de todos, salga.
TODOS ¿Cómo podrás conseguirlo?
DON ENRIQUE A costa de vida y alma.
DON DIEGO Teneos todos, que no es
duelo de tanta importancia;

que es el maestro de danzar
de Leonor, y esta criada
le habrá ahí metido; bien dice
su turbación con su infamia.
Y así más cuerdo y mejor
es que castigado vaya
con ella que muerto a manos
nuestras. ¿Qué esperáis, pues? Dadla
la mano, y cargad con ella.

INÉS Por mí, de muy buena gana.

DON ENRIQUE Y por mí…

DON FERNANDO ¿Qué veo? Traidor,
¿tú aquí?

DON DIEGO ¿Quién es?

DON FERNANDO Quien te engaña,
don Diego, porque el que ves
es don Enrique de Ayala.
Y pues con ese disfraz
le hallo escondido en tu casa,
después de muchas sospechas
en la mía, de que ama
a Leonor y ella le admite,
no es tiempo de callar nada,
sino de vengarlo todo.

DON DIEGO ¿Qué es lo que escucho? En ti, ingrata,
empezará mi rencor.

Don Juan, delante de Leonor, detiene a don Diego.

DON FERNANDO Y en ti, tirano, la saña
de mis primeras injurias.

BEATRIZ Félix, el honor restaura
de quien restauró mi honor.

Don Félix, delante de don Enrique, detiene a don Fernando.

CHACÓN Acuérdate de la plaza
de la Olivera, mujer.

BEATRIZ Y más siendo los que matan
los que me han dado la vida.
DON JUAN Y DON FÉLIX ¿Quién se vio en confusión tanta?
Deteneos.
DON FERNANDO Y DON DIEGO ¿Qué es tenerme?
LEONOR Don Juan, tú mi vida ampara.
DON ENRIQUE ¡Ah, cruel! ¿Otro no había
de quien valerte?
DON JUAN No hallara
otro que pudiera hacerlo
con presunción más hidalga,
pues halla su obligación
donde pierde su esperanza.
DON DIEGO ¿Cómo contra mí, don Juan,
después de finezas tantas
como vos me debéis?
DON JUAN Como
con esto intento pagarlas,
pues os doy lo que me disteis.
DON DIEGO Yo os di el honor y la fama.
DON JUAN Yo también aquesa deuda
os vuelvo en la misma paga.
DON DIEGO ¿Y qué es?
DON JUAN Que hagáis la desdicha
que es precisa, voluntaria,
y lo que calla el agravio
no lo dirá la venganza.
DON DIEGO Ese consejo cayó
sobre sangre ilustre y clara.
DON FERNANDO Si él fue bueno, y eso es
lo que al admitirle falta,
¡así fuera la intención
del que tu respeto agravia,
como es su sangre! Porque es
de las familias de España
más ilustres.
DON DIEGO Mal podré,
si con mi razón me atajan,

dejar de tomar consejo
que di a otro. Dale, ingrata,
la mano a ese caballero,
porque no quiero mañana,
lo que el agravio no diga,
que lo diga la venganza.

CHACÓN Ponle, Inés, impedimento,
pues que con otra se casa,
después de casar contigo.

INÉS No estoy agora de gracias.
Señores, ¿que un día que sólo
se vio a pique la criada
de casar con el galán,
hubiese estorbo? ¡Mal haya
mi alma y mi vida, si a nadie
le dejare hablar palabra
en orden a que den todos
a su fortuna las gracias,
viéndose Félix dichoso
con su Beatriz, con su amada
Leonor Enrique, don Juan
con su opinión restaurada,
don Diego con igual yerno,
Fernando con tal venganza!

TODOS Pues ¿qué has de hacer?

INÉS Decir sola
yo, llena de penas y ansias,
que aquí *El maestro de danzar*
venturosamente acaba.

LEONOR No nos quitarás, por eso,
que nuestras voces añadan:…

TODOS … pidiendo a esos reales pies
el perdón de nuestras faltas.

FIN

EL MÁGICO PRODIGIOSO

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **CIPRIANO**
- **DEMONIO**
- **FLORO**
- **LELIO**
- **MOSCÓN, criado**
- **CLARÍN, criado**
- **El GOBERNADOR de Antioquía**
- **LISANDRO, viejo**
- **JUSTINA**
- **LIVIA, criada**
- **FABIO**

PRIMER ACTO

Salen CIPRIANO, vestido de estudiante, y CLARÍN y MOSCÓN, de gorrones, con unos libros

CIPRIANO: En la amena soledad
de aquesta apacible estancia,
bellísimo laberinto
de flores, rosas y plantas,
podéis dejarme, dejando
conmigo--que ellos me bastan
por compañía--los libros
que os mandé sacar de casa;
que yo, en tanto que Antioquía
celebra con fiestas tantas
la fábrica de ese templo
que hoy a Júpiter consagra,
y su traslación, llevando
públicamente su estatua
adonde con más decoro
y honor esté colocada,
huyendo del gran bullicio
que hay en sus calles y plazas,
pasar estudiando quiero
la edad que al día le falta.
Idos los dos a Antioquía,
gozad de sus fiestas varias,
y volved por mí a este sitio
cuando el sol cayendo vaya
a sepultarse en las ondas,
que entre oscuras nubes pardas
al gran cadáver de oro
son monumentos de plata.
Aquí me hallaréis.
MOSCÓN: No, puedo,
aunque tengo mucha gana
de ver las fiestas, dejar
de decir, antes que vaya
a verlas, señor, siquiera
cuatro o cinco mil palabras.
¿Es posible que en un día
de tanto gusto, de tanta
festividad y contento,
con cuatro libros te salgas
al campo solo, volviendo
a su aplauso las espaldas?
CLARÍN: Hace mi señor muy bien;
que no hay cosa más cansada
que un día de procesión
entre cofadres y danzas.
MOSCÓN: En fin, Clarín, y en principio,
viviendo con arte y maña,
eres un temporalazo
lisonjero, pues alabas
lo que hace, y nunca dices
lo que sientes.
CLARÍN: Tú te engañas,
que es el mentís más cortés
que se dice cara a cara;

que yo digo lo que siento.
CIPRIANO: Ya basta, Moscón; ya basta,
Clarín. Que siempre los dos
habéis con vuestra ignorancia
de estar porfiando, y tomando
uno de otro la contraria.
Idos de aquí, y, como digo,
volved aquí cuando caiga
la noche, envolviendo en sombras
esta fábrica gallarda
del universo.
MOSCÓN: ¿Qué va,
que, aunque defendido hayas
que es bueno no ver las fiestas,
que vas a verlas?
CLARÍN: Es clara
consecuencia. Nadie hace
lo que aconseja que hagan
los otros.
MOSCÓN: (Por ver a Livia, **Aparte**
vestirme quisiera de alas.)

Vase MOSCÓN

CLARÍN: (Aunque, si digo verdad, **Aparte**
Livia es la que me arrebata
los sentidos. Pues ya tienes
más de la mitad andada
del camino, llega, Livia,
al "na," y sé, Livia, liviana.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Ya estoy solo, ya podré,
si tanto mi ingenio alcanza,
estudiar esta cuestión
que me trae suspensa el alma
desde que en Plinio leí
con misteriosas palabras
la difinición de Dios.
Porque mi ingenio no halla
este Dios en quien convengan
misterios ni señas tantas,
esta verdad escondida
he de apurar.

Pónese a leer. Sale el DEMONIO, de galán, y lee CIPRIANO

DEMONIO: (Aunque hagas **Aparte**
más discursos, Ciprïano,
no has de llegar a alcanzarla,
que yo te la esconderé.)
CIPRIANO: Ruido siento en estas ramas.
¿Quién va? ¿Quién es?
DEMONIO: Caballero,
un forastero es, que anda

en este monte perdido
desde toda esta mañana,
tanto que, rendido ya
el caballo, en la esmeralda
que es tapete de estos montes
a un tiempo pace y descansa.
A Antioquía es el camino
a negocios de importancia;
y apartándome de toda
la gente que me acompaña,
divertido en mis cuidados,
caudal que a ninguno falta,
perdí el camino y perdí
crïados y camaradas.

CIPRIANO: Mucho me espanto de que
tan a vista de las altas
torres de Antioquía, así
perdido andéis. No hay, de cuantas
veredas a aqueste monte
o le línean o le pautan,
una que a dar en sus muros,
como en su centro, no vaya.
por cualquiera que toméis
vais bien.

DEMONIO: Ésa es la ignorancia:
a la vista de las ciencias,
no saber aprovecharlas.
Y supuesto que no es bien
que entre yo en ciudad extraña,
donde no soy conocido,
solo y preguntando, hasta
que la noche venza al día,
aquí estaré lo que falta;
que en el traje y en los libros
que os divierten y acompañan
juzgo que debéis de ser
grande estudiante, y el alma
esta inclinación me lleva
de los que en estudios tratan.

Siéntase

CIPRIANO: ¿Habéis estudiado?

DEMONIO: No;
pero sé lo que me basta
para no ser ignorante.

CIPRIANO: Pues ¿qué ciencia sabéis?

DEMONIO: Hartas.

CIPRIANO: Aun estudiándose una
mucho tiempo no se alcanza,
¿y vos--¡grande vanidad!--
sin estudiar sabéis tantas?

DEMONIO: Sí, que de una patria
soy donde las ciencias más altas
sin estudiarse se saben.

CIPRIANO: ¡Oh, quién fuera de esa patria!
Que acá mientras más se estudia,
más se ignora.

DEMONIO: Verdad tanta

es ésta que sin estudios
tuve tan grande arrogancia
que a la cátedra de prima
me opuse, y pensé llevarla,
porque tuve muchos votos;
y, aunque la perdí, me basta
haberlo intentado; que hay
pérdidas con alabanza.
Si no lo queréis creer,
decid qué estudiáis, y vaya
de argumento; que aunque no
sé la opinión que os agrada,
y ella sea la segura,
yo tomaré la contraria.

CIPRIANO: Mucho me huelgo de que
a eso vuestro ingenio salga.
Un lugar de Plinio es
el que me trae con mil ansias
de entenderle, por saber quién
es el dios de quien habla.

DEMONIO: Ése es un lugar que dice
--bien me acuerdo--estas palabras,
"Díos es una bondad suma,
una esencia, una sustancia;
todo vista y todo manos."

CIPRIANO: Es verdad.

DEMONIO: ¿Qué repugnancia
halláis en esto?

CIPRIANO: No hallar
el dios de quien Plinio trata;
que si ha de ser bondad suma,
aun a Júpiter le falta
suma bondad, pues le vemos
que es pecaminoso en tantas
ocasiones: Dánae hable
rendida, Europa robada.
Pues ¿cómo en suma bondad,
cuyas acciones sagradas
habían de ser divinas,
caben pasiones humanas?

DEMONIO: Ésas son falsas historias
en que las letras profanas
con los nombres de los dioses
entendieron disfrazada
la moral filosofía.

CIPRIANO: Esa respuesta no basta,
pues el decoro de Dios
debiera ser tal, que osadas
no llegaran a su nombre
las culpas, aun siendo falsas;
y apurando más el caso,
si suma bondad se llaman
los dioses, siempre es forzoso
que a querer lo mejor vayan;
pues ¿cómo unos quieren uno,
y otros otro? Esto se halla
en las dudosas respuestas
que suelen dar sus estatuas.
Porque no digáis después
que alegué letras profanas...

A dos ejércitos, dos
ídolos una batalla
aseguraron, y el uno
la perdió: ¿no es cosa clara
la consecuencia de que
dos voluntades contrarias
no pueden a un mismo fin ir?
Luego, yendo encontradas,
es fuerza, si la una es buena,
que la otra ha de ser mala.
Mala voluntad en Dios
implica el imaginarla;
luego no hay suma bondad
en ellos, si unión les falta.

DEMONIO: Niego la mayor porqué
aquesas respuestas, dadas
así, convienen a fines
que nuestro ingenio no alcanza,
que es la providencia;
y más debió importar la batalla
al que la perdió el perderla,
que al que la ganó el ganarla.

CIPRIANO: Concedo; pero debiera
aquel dios, pues que no engañan
los dioses, no asegurar
la victoria; que bastaba
la pérdida permitirla
allí, sin asegurarla.
Luego, si Dios todo es vista,
cualquiera dios viera clara
y distintamente el fin;
y al verle, no asegurara
el que no había de ser;
luego, aunque sea deidad tanta,
distinta en personas, debe
en la menor circunstancia
ser una sola en esencia.

DEMONIO: Importó para esa causa
mover así los afectos
con su voz.

CIPRIANO: Cuando importara
el moverlos, genios hay,
que buenos y malos llaman
todos los doctos, que son
unos espíritus que andan
entre nosotros, dictando
las obras buenas y malas,
argumento que asegura
la inmortalidad del alma;
y bien pudiera ese dios,
con ellos, sin que llegara
a mostrar que mentir sabe,
mover afectos.

DEMONIO: Repara
en que esas contrariedades
no implican al ser las sacras
deidades una, supuesto
que en las cosas de importancia
nunca disonaron. Bien
en la fábrica gallarda

del hombre se ve, pues fue
sólo un concepto al obrarla.
CIPRIANO: Luego, si ése fue uno solo,
ése tiene más ventaja
a los otros; y si son
iguales, puesto que hallas
que se pueden oponer
--ésta no puedes negarla--
en algo, al hacer el hombre,
cuando el uno lo intentara,
pudiera decir el otro,
"No quiero yo que se haga."
Luego, si Dios todo es manos,
cuando el uno le crïara,
el otro le deshiciera,
pues eran manos entrambas
iguales en el poder,
desiguales en la instancia.
¿Quién venciera de estos dos?
DEMONIO: Sobre imposibles y falsas
proposiciones no hay
argumento. Di, ¿qué sacas
de eso?
CIPRIANO: Pensar que hay un Dios,
suma bondad, suma gracia,
todo vista, todo manos,
infalible, que no engaña,
superior, que no compite,
Dios a quien ninguno iguala,
un principio sin principio,
una esencia, una sustancia,
un poder y un querer solo;
y cuando como éste haya
una, dos o más personas,
una deidad soberana
ha de ser sola en esencia,
causa de todas las causas.
DEMONIO: ¿Cómo te puedo negar
una evidencia tan clara?

Levántase

CIPRIANO: ¿Tanto lo sentís?
DEMONIO: ¿Quién deja
de sentir que otro le haga
competencia en el ingenio?
Y aunque responder no falta,
dejo de hacerlo, porqué
gente en este monte anda,
y es hora de que prosiga
a la ciudad mi jornada.
CIPRIANO: Id en paz.
DEMONIO: Quedad en paz.
(Pues tanto tu estudio alcanza, **Aparte**
yo haré que el estudio olvides,
suspendido en una rara
beldad. Pues tengo licencia
de perseguir con mi rabia
a Justina, sacaré

de un efeto dos venganzas.)

Vase el DEMONIO

CIPRIANO: No vi hombre tan notable.
Mas pues mis crïados tardan,
volver a repasar quiero
de tanta duda la causa.

Salen LELIO y FLORO

LELIO: No pasemos adelante;
que estas peñas, estas ramas
tan intrincadas que al mismo
sol le defienden la entrada,
sólo pueden ser testigos
de nuestro duelo.
FLORO: La espada
sacad; que aquí son las obras,
si allá fueron las palabras.
LELIO: Ya sé que en el campo muda
la lengua de acero habla
de esta suerte.

Riñen

CIPRIANO: ¿Qué es aquesto?
Lelio, tente; Floro, aparta;
que basta que esté yo en medio,
aunque esté en medio sin armas.
LELIO: ¿De dónde, di, Cipriano,
a embarazar mi venganza
has salido?
FLORO: ¿Eres aborto
de estos troncos y estas ramas?

Salen MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Corre, que con mi señor
han sido las cuchilladas.
CLARÍN: Para acercarme a esas cosas
no suelo yo correr nada;
mas para apartarme, sí.
LOS DOS: Señor...
CIPRIANO: No habléis más palabra.
Pues ¿qué es esto? Dos amigos
que por su sangre y su fama
hoy son de toda Antioquía
los ojos y la esperanza,
uno del gobernador
hijo, y otro de la clara
familia de los Colaltos,
¿así aventuran y arrastran
dos vidas que pueden ser
de tanto honor a su patria?
LELIO: Cipriano, aunque el respeto
que debo por muchas causas

a tu persona, este instante
tiene suspensa mi espada,
no la tienes reducida
a la quietud de la vaina.
Tú sabes de ciencias más
que de duelos, y no alcanzas
que a dos nobles en el campo
no hay respeto que les haga
amigos, pues sólo es medio
morir uno en la demanda.

FLORO: Lo mismo te digo, y ruego
que con tu gente te vayas,
pues que riñendo nos dejas
sin traición y sin ventaja.

CIPRIANO: Aunque os parece que ignoro
por mi profesión las varias
leyes del duelo que estudia
el valor y la arrogancia,
os engañáis; que nací
con obligaciones tantas
como los dos, a saber
qué es honor y qué es infamia;
y no el darme a los estudios
mis alientos acobarda;
que muchas veces se dieron
las manos letras y armas.
Si el haber salido al campo
es del reñir circunstancia,
con haber reñido ya
esa calumnia se salva;
y así, bien podéis decir
de esta pendencia la causa;
que yo, si, habiéndola oído,
reconociere al contarla
que alguno de los dos tiene
algo que se satisfaga,
de dejaros a los dos
solos, os doy la palabra.

LELIO: Pues con esa condición
de que, en sabiendo la causa,
nos has de dejar reñir,
yo me prefiero a contarla.
Yo quiero a una dama bien,
y Floro quiere a esta dama.
¡Mira tú cómo podrás
convenirnos, pues no hay traza
con que dos nobles celosos
den a partido sus ansias!

FLORO: Yo quiero a esta dama, y quiero
que no se atreva a mirarla
ni aun el sol; y pues no hay
medio aquí, y que la palabra
nos has dado de dejarnos
reñir, a un lado te aparta.

CIPRIANO: Esperad, que hay que saber
más. ¿Es esta dama dama
a la esperanza posible,
o imposible a la esperanza?

LELIO: Tan principal es, tan noble,
que si el sol celos causara

a Floro, aun de él no podrá
tenerlos con justa causa,
porque presumo que el sol
aun no se atreve a mirarla.
CIPRIANO: ¿Casáraste tú con ella?
FLORO: Ahí está mi confïanza.
CIPRIANO: ¿Y tú?
LELIO: ¡Plugiera a los cielos
que a tanta dicha llegara!
Que aunque es en extremo pobre,
la virtud por dote basta.
CIPRIANO: Pues si a casaros con ella
aspiráis los dos, ¿no es vana
acción, culpable y indigna,
querer antes disfamarla?
¿Qué dirá el mundo, si alguno
de los dos con ella casa
después de haber muerto al otro
por ella? Que aunque no haya
ocasión para decirlo,
decirlo sin ella basta.
No digo yo que os sufráis
el servirla y festejarla
a un tiempo, porque no quiero
que de mí partido salga
tan cobarde; que el galán
que de sus celos pasara
primero la contingencia,
pasará después la infamia;
pero digo que sepáis
de cuál de los dos se agrada,
y luego...
LELIO: Detente, espera;
que es acción cobarde y baja
ir a que la dama diga
a quién escoge la dama.
Pues ha de escogerme a mí
o a Floro; si a mí, me agrava
más el empeño en que estoy,
pues es otro empeño que haya
quien quiera a la que me quiere.
Si a Floro escoge, la saña
de que a otro quiera quien quiero
es mayor: luego excusada
acción es que ella lo diga,
pues con cualquier circunstancia
hemos en apelación
de volver a las espadas:
el querido por su honor,
y el otro por su venganza.
FLORO: Confieso que esa opinión
recibida es y asentada,
mas con las damas de amores,
que elegir y dejar tratan;
y así hoy pedírsela intento
a su padre. Y pues me basta,
habiendo al campo salido,
haber sacado la espada,
mayormente cuando hay
quien el reñir embaraza,

con satisfacción bastante
la vuelvo, Lelio, a la vaina.
LELIO: En parte me ha convencido
tu razón; y aunque apurarla
pudiera, más quiero hacerme
de su parte, o cierta o falsa.
Hoy la pediré a su padre.
CIPRIANO: Supuesto que aquesta dama
en que los dos la sirváis
ella no aventura nada,
pues que confesáis los dos
su virtud y su constancia,
decidme quién es; que yo,
pues que tengo mano tanta
en la ciudad, por los dos
quiero preferirme a hablarla,
para que esté prevenida
cuando a eso su padre vaya.
LELIO: Dices bien.
CIPRIANO: ¿Quién es?
FLORO: Justina,
de Lisandro hija.
CIPRIANO: Al nombrarla
he conocido cuán pocas
fueron vuestras alabanzas;
que es virtüosa y es noble.
Luego voy a visitarla.
FLORO: El cielo en mi favor mueva
su condición siempre ingrata.

Vase FLORO

LELIO: Corone amor, al nombrarme,
de laurel mis esperanzas.

Vase LELIO

CIPRIANO: ¡Oh, quiera el cielo que estorbe
escándalos y desgracias!

Vase CIPRIANO

MOSCÓN: ¿Ha oído vuesa merced
que nuestro amo va a la casa
de Justina?
CLARÍN: Sí, señor.
¿Qué hay, que vaya o que no vaya?
MOSCÓN: Hay que no tiene que hacer
allá usarced.
CLARÍN: ¿Por qué causa?
MOSCÓN: Porque yo por Livia muero,
que es de Justina crïada,
y no quiero que se atreva
ni el mismo sol a mirarla.
CLARÍN: Basta, que no he de reñir
en ningún tiempo por dama
que ha de ser esposa mía.

MOSCÓN: Aquesa opinión me agrada,
y así es bien que diga ella
quién la obliga o quién la cansa.
Vámonos allá los dos,
y escoja.
CLARÍN: De buena gana,
aunque ha de escogerte temo.
MOSCÓN: ¿Ya tienes de eso confïanza?
CLARÍN: Sí, que escogen lo peor
siempre las Livias ingratas.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen JUSTINA y LISANDRO

JUSTINA: No me puedo consolar
de haber hoy visto, señor,
el torpe, el común error
con que todo ese lugar
templo consagra y altar
a una imagen que no pudo
ser deidad; pues que no dudo
que al fin, si algún testimonio
da de serlo, es el demonio,
que da aliento a un bronce mudo.
LISANDRO: No fueras, bella Justina,
quien eres, si no lloraras,
sintieras y lamentaras
esa tragedia, esa rüina
que la religión divina
de Cristo padece hoy.
JUSTINA: Es cierto, pues al fin soy
hija tuya, y no lo fuera
si llorando no estuviera
ansias que mirando estoy.
LISANDRO: ¡Ay, Justina! No ha nacido
de ser tú mi hija, no,
que no soy tan feliz yo.
Mas--¡ay Dios!--¿cómo he rompido
secreto tan escondido?
Afecto del alma fue.
JUSTINA: ¿Qué dices, señor?
LISANDRO: No sé.
Confuso estoy y turbado.
JUSTINA: Muchas veces te he escuchado
lo que ahora te escuché,
y nunca quise, señor,
a costa de un sufrimiento,
apurar tu sentimiento
ni examinar mi dolor;
pero viendo que es error
que de entenderte no acabe,
aunque sea culpa grave,
que partas, señor, te pido
tu secreto con mi oído,
ya que en tu pecho no cabe.
LISANDRO: Justina, de un gran secreto
el efeto te callé,
la edad que tienes, porqué
siempre he temido el efeto;

mas viéndote ya sujeto
capaz de ver y advertir,
y viéndome a mí que, al ir
con este báculo dando
en la tierra, voy llamando
a las puertas del morir,
no te tengo de dejar
con esta ignorancia, no,
porque no cumpliera yo
mi obligación con callar:
y así, atiende a mi pesar
tu placer.

JUSTINA: Conmigo lucha
un temor.

LISANDRO: Mi pena es mucha,
pero esto es ley y razón.

JUSTINA: Señor, de esta confusión
me rescata.

LISANDRO: Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,
Lisandro... No de que empiece
desde mi nombre te admires;
que aunque ya sabes que es éste,
por lo que se sigue al nombre
es justo que te le acuerde,
pues de mí no sabes más
que mi nombre solamente.
Lisandro soy, natural
de aquella ciudad que en siete
montes es hidra de piedra,
pues siete cabezas tiene; de
aquella que es silla hoy
del romano imperio--¡oh, llegue
del cristiano a serlo, pues
Roma sólo lo merece!--.
En ella nací de humildes
padres, si es que nombre adquieres
de humildes los que dejaron
tantas virtudes por bienes.
Cristianos nacieron ambos,
venturosos descendientes
de algunos que con su sangre
rubricaron felizmente
las fatigas de la vida
con los triunfos de la muerte.
En la religión cristiana
crecí industriado, de suerte
que en su defensa daré
la vida una y muchas veces.
Joven era, cuando a Roma
llegó encubierto el prudente
Alejandro, papa nuestro,
que la apostólica sede
gobernaba, sin tener
donde tenerla pudiese;
que como la tiranía
de los gentiles crüeles
su sed apaga con sangre

de la que a mártires vierte,
hoy la primitiva iglesia
ocultos sus hijos tiene;
no porque el morir rehusan,
no porque el martirio temen,
sino porque de una vez
no acabe el rigor rebelde
con todos, y, destrüida
la iglesia, en ella no quede
quien catequice al gentil,
quien le predique y le enseñe.
A Roma, pues, Alejandro llegó;
y yendo oculto a verle,
recibí su bendición,
y de su mano clemente
todos los órdenes sacros,
a cuya dignidad tiene
envidia el ángel, pues sólo
el hombre serlo merece.
Mandóme Alejandro, pues,
que a Antioquía me partiese
a predicar de secreto
la ley de Cristo. Obediente,
peregrinando a merced
de tantas diversas gentes,
a Antioquía vine; y cuando
desde aquesos eminentes
montes llegué a descubrir
sus dorados chapiteles,
el sol me faltó, y, llevando
tras sí el día, por hacerme
compañía, me dejó
a que le sostituyesen
las estrellas, como en prendas
de que presto vendría a verme.
Con el sol perdí el camino,
y, vagando tristemente
en lo intrincado del monte,
me hallé en un oculto albergue,
donde los trémulos rayos
de tanta antorcha viviente,
aun no se dejaban ya
ver, porque confusamente
servían de nubes pardas
las que fueron hojas verdes.
Aquí, dispuesto a esperar
que otra vez el sol saliese,
dando a la imaginación
la jurisdicción que tiene,
con las soledades hice
mil discursos diferentes.
De esta suerte, pues, estaba,
cuando de un suspiro leve
el eco mal informado
la mitad al dueño vuelve.
Retruje al oído todos
mis sentidos juntamente,
y volví a oir más distinto
aquel aliento y más débil,
mudo idioma de los tristes,

pues con él solo se entienden.
De mujer era el gemido,
a cuyo aliento sucede
la voz de un hombre, que a media
voz decía de esta suerte,
"Primer mancha de la sangre
más noble, a mis manos muere,
antes que a morir a manos
de infames verdugos llegues."
La infeliz mujer decía
en medias razones breves,
"Duélete tú de tu sangre,
ya que de mí no te dueles."
Llegar pretendí yo entonces
a estorbar rigor tan fuerte;
mas no pude, porque al punto
las voces se desvanecen,
y vi al hombre en un caballo,
que entre los troncos se pierde.
Imán fue de mi piedad
la voz, que ya balbuciente
y desmayada decía,
gimiendo y llorando a veces,
"Mártir muero, pues que muero
por cristiana e inocente."
Y siguiendo de la voz
el norte, en espacio breve
llegué donde una mujer,
que apenas dejaba verse,
estaba a brazo partido
luchando ya con la muerte.
Apenas me sintió cuando
dijo, esforzándose, "Vuelve,
sangriento homicida mío,
ni aun este instante me dejes
de vida." "No soy," le dije,
"sino quien acaso viene,
quizá del cielo guïado,
a valeros en tan fuerte
ocasión." "Ya que imposible
es," dijo, "el favor que ofrece
vuestra piedad a mi vida,
pues que por puntos fallece,
lógrese en ese infelice
en quien hoy el cielo quiere,
naciendo de mi sepulcro,
que mis desdichas herede."
Y espirando, vi...

Sale LIVIA

LIVIA: Señor,
el mercader a quien debes
aquel dinero a buscarte
ahí con la justicia viene.
Que no estás en casa dije.
Por esotra puerta vete.

JUSTINA: ¡Cuánto siento que a estorbarte

en aquesta ocasión llegue,
que estaba a tu relación
vida, alma y razón pendientes!
Mas vete ahora, señor.
la justicia no te encuentre.
LISANDRO: ¡Ay de mí! ¡Qué de desaires
la necesidad padece!

Vase LISANDRO

JUSTINA: Sin duda entran hasta aquí,
porque siento ahí fuera gente.
LIVIA: No son ellos; Ciprïano
es.
JUSTINA: Pues ¿qué es lo que pretende
Ciprïano aquí?

Salen CIPRIANO, CLARÍN y MOSCÓN

CIPRIANO: Serviros,
oh señora, solamente.
Viendo salir la justicia
de vuestra casa, se atreve
a entrar aquí mi amistad,
por la que a Lisandro debe,
a sólo saber...(¡Turbado **Aparte**
estoy!)... si acaso... (Qué fuerte **Aparte**
hielo discurre mis venas!)
en algo serviros puede
mi deseo. (¡Qué mal dije! **Aparte**
Que no es hielo, fuego es éste.)
JUSTINA: Guárdeos el cielo mil años;
que en mayores intereses
habéis de honrar a mi padre
con vuestros favores.
CIPRIANO: Siempre
estaré para serviros.
(¿Qué me turba y enmudece?) **Aparte**
JUSTINA: Él ahora no está en casa.
CIPRIANO: Luego bien, señora, puede
mi voz decir la ocasión
que aquí me trae claramente;
que no es la que habéis oído
sola la que a entrar me mueve
a veros.
JUSTINA: Pues ¿qué mandáis?
CIPRIANO: Que me oigáis. Yo seré breve.

Hermosísima Justina,
en quien hoy ostenta ufana
la naturaleza humana
tantas señas de divina:
vuestra quietud determina
hallar mi deseo este día;
pero ved que es tiranía,
como el efeto lo muestra,

que os dé yo la quietud vuestra,
y vos me quitéis la mía.
Lelio, de su amor movido...
(¡No vi amor más disculpado!) **Aparte**
...Floro, de su amor llevado...
(¡No vi error más permitido!) **Aparte**
...el uno y otro han querido
por vos matarse los dos;
por vos lo he estorbado--¡ay Dios!--
pero ved que es error fuerte
que yo quite a otros la muerte
para que me la deis vos.
Por excusar el que hubiera
escándalo en el lugar,
de su parte os vengo a hablar,
(¡oh nunca a hablaros viniera!) **Aparte**
porque vuestra elección fuera
árbitro de sus recelos
y jüez de sus desvelos;
pero ved que es gran rigor
que yo componga su amor
y vos dispongáis mis celos.
Hablaros, pues, ofrecí,
señora, para que vos
escogierais de los dos
cuál queréis...(¡infeliz fui!) **Aparte**
que a vuestro padre...(¡ay de mí!) **Aparte**
os pida. Aquesto pretendo;
pero ved... (¡yo estoy muriendo!) **Aparte**
que es injusto...(¡estoy temblando!) **Aparte**
...que esté por ellos hablando
y que esté por mí sintiendo.

JUSTINA: De tal manera he extrañado
vuestra vil proposición
que el discurso y la razón
en un punto me han faltado.
Ni a Floro ocasión he dado,
ni a Lelio, para que así
vos os atreváis aquí:
y bien pudiérades vos
escarmentar en los dos
del rigor que vive en mí.

CIPRIANO: Si yo, por haber querido
vos a alguno, pretendiera
vuestro favor, mi amor fuera
necio, infame y mal nacido.
Antes por haber vos sido
firme roca a tantos mares,
os quiero, y en los pesares
no escarmiento de los dos;
que yo no quiero que vos
me queráis por ejemplares.
¿Qué diré a Lelio?

JUSTINA: Que crea
los costosos desengaños
de un amor de tantos años.

CIPRIANO: ¿Y a Floro?

JUSTINA: Que no me vea.

CIPRIANO: ¿Y a mí?

JUSTINA: Que osado no sea

vuestro amor.
CIPRIANO: ¿Cómo, si es dios?
JUSTINA: ¿Será más dios para vos
que para los dos lo ha sido?
CIPRIANO: Sí.
JUSTINA: Pues ya yo he respondido
a Lelio, a Floro y a vos.

Vanse CIPRIANO y JUSTINA, cada uno por su puerta

CLARÍN: Señora Livia.
MOSCÓN: Señora
Livia.
CLARÍN: Aquí estamos los dos.
LIVIA: Pues ¿qué queréis vos? Y vos
¿qué queréis?
CLARÍN: Que usted ahora,
por si por dicha lo ignora,
sepa que bien la queremos.
Para matarnos nos vemos;
pero atentos a no dar
escándalo en el lugar,
que uno escoja pretendemos.
LIVIA: Es tan grande el sentimiento
de que así me hayáis hablado
que mi dolor me ha dejado
sin razón ni entendimiento.
¡Qué uno escoja! ¿Hay sufrimiento
en lance tan importuno?
¡Uno yo! ¿Pues oportuno
no es para tener--¡ay Dios!--
este ingenio a un tiempo dos?
¿Qué queréis que escoja uno?
CLARÍN: ¿Dos a un tiempo, cómo quieres?
¿No te embarazarán dos?
LIVIA: No, que de dos en dos los
digerimos las mujeres.
MOSCÓN: ¿De qué suerte te prefieres
a eso?
LIVIA: ¡Qué necia porfía!
Queriéndós la lealtad mía
MOSCÓN: ¿Cómo?
LIVIA: *Alternative.*
CLARÍN: Pues
¿qué es *alternative*?
LIVIA: Es
querer a cada uno un día.

Vase LIVIA

MOSCÓN: Pues yo escojo este primero.
CLARÍN: Mayor será el de mañana;
yo le doy de buena gana.
MOSCÓN: Livia, en fin, por quien yo muero,
hoy me quiere y hoy la quiero.
Bien es que tal dicha goce.
CLARÍN: Oye usted, ya me conoce.

MOSCÓN: ¿Por qué lo dice? Concluya.
CLARÍN: Porque sepa que no es suya,
en dando que den las doce.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen FLORO: y LELIO, de noche, cada uno por su puerta

LELIO: (Apenas la escura noche **Aparte**
extendió su manto negro
cuando yo a adorar la esfera
de aquestos umbrales vengo;
que aunque hoy por Ciprïano
tengo suspenso el acero,
no el afecto; que no pueden
suspenderse los afectos.)
FLORO: (Aquí me ha de hallar el alba; **Aparte**
que en otra parte violento
estoy, porque, en fin, en otra
estoy fuera de mi centro.
¡Quiera Amor que llegue el día
y la respuesta que espero
con Ciprïano, tocando
o la ventura o el riesgo!)
LELIO: (Ruido en aquella ventana **Aparte**
he sentido.)
FLORO: (Ruido han hecho **Aparte**
en aquel balcón.)

Sale el DEMONIO al balcón

LELIO: (Un bulto **Aparte**
sale de ella, a lo que puedo
distinguir.)
FLORO: (Gente se asoma **Aparte**
a él, que entre sombras veo.)
DEMONIO: (Para las persecuciones **Aparte**
que hacer en Justina intento
a disfamar su virtud
de esta manera me atrevo.)

Baja el DEMONIO por una escala

LELIO: (Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!) **Aparte**
FLORO: (Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!) **Aparte**
LELIO: (El negro bulto se arroja **Aparte**
ya desde el balcón al suelo.)
FLORO: (Un hombre es, que de su casa **Aparte**
sale. No me matéis, celos,
hasta que sepa quién es.)
LELIO: (Reconocerle pretendo, **Aparte**
y averiguar de una vez
quién logra el bien que yo pierdo.)

Llegan el uno al otro con las espadas desnudas, y al llegar se hunde el DEMONIO, y quedan los dos afirmados

DEMONIO (No sólo he de conseguir **Aparte**
hoy de Justina el desprecio,
sino rencores y muertes.
Ya llegan: ábrase el centro,
dejando esta confusión
a sus ojos.)

Húndese ahora

LELIO: Caballero,
quienquiera que seáis, a mí
me ha importado conoceros;
y a todo trance restado
con esta demanda vengo.
Decid quién sois.
FLORO: Si os obliga
a tan valiente despecho
saber en quién ha caido
vuestro amoroso secreto,
más que el conocerme a vos
me importa a mí el conoceros;
que en vos es curiosidad,
y en mí es más, porque son celos.
¡Vive Dios, que he de saber
quién es de la casa dueño,
y quién a estas horas gana,
por ese balcón saliendo,
lo que yo pierdo llorando
a estas rejas!
LELIO: ¡Bueno es eso,
querer deslumbrar ahora
la luz de mis sentimientos,
atribuyéndome a mí
delito que sólo es vuestro!
Quién sois tengo de saber,
y dar muerte a quien me ha muerto
de celos, saliendo ahora
por ese balcón.
FLORO: ¡Qué necio
recato, encubrirse cuando
está el amor descubierto!
LELIO: En vano la lengua apura
lo que mejor el acero
hará.
FLORO: Con él os respondo.
LELIO: Quién ha sido, saber tengo,
hoy el admitido amante
de Justina.
FLORO: Ése es mi intento.
Moriré, o sabré quién sois.

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN

CIPRIANO: Caballeros, deteneos,
si a aquesto puede obligaros
haber llegado a este tiempo.
FLORO: Nada me puede obligar

a que deje el fin que intento.
CIPRIANO: ¿Floro?
FLORO: Sí, que con la espada
en la mano, nunca niego
mi nombre.
CIPRIANO: A tu lado estoy;
muera quien te ofende.
LELIO: Menos
que temer me daréis todos
que él me daba solo.
CIPRIANO: ¿Lelio?
LELIO: Sí.

A FLORO

CIPRIANO: Ya no estoy a tu lado,
porque es fuerza estar en medio.
¿Qué es esto? ¡En un día dos veces
he de hallarme a componeros!
LELIO: Ésta la última será,
porque ya estamos compuestos;
que con haber conocido
quién es de Justina dueño,
no le queda a mi esperanza
ni aun el menor pensamiento.
Si no has hablado a Justina,
que no la hables te ruego
de parte de mis agravios
y mis desdichas, habiendo
visto que Floro merece
sus favores en secreto.
De ese balcón ha bajado
de gozar el bien que pierdo;
y no es mi amor tan infame
que haya de querer, atento
a celos averiguados,
con desengaños tan ciertos.

Vase LELIO

FLORO: Espera.
CIPRIANO: No has de seguirle...
(De haberle oído estoy muerto) **Aparte**
que si es él el que ha perdido
...lo que has ganado, y dispuesto
a olvidar está, no es bien
apurar su sufrimiento.
FLORO: Tú y él apuráis el mío
con estas cosas a un tiempo;
y así a Justina no hables
por mí; que aunque yo pretendo
a costa de mis agravios
vengarme de sus desprecios,
ya la esperanza de ser
suyo cesó, porque creo
que no es noble el que porfía
sobre averiguados celos.

Vase FLORO

CIPRIANO: (¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho?
¿El uno del otro a un tiempo
unos mismos celos tienen,
y yo de uno y otro los tengo?
Los dos sin duda padecen
algún engaño, y yo tengo
que agradecerle, pues ya
los dos desisten en esto
de su pretensión. Desdichas,
aunque haya sido consuelo
este discurso, buscado
de mis ansias, le agradezco.)
Moscón, prevenme mañana
galas; Clarín, tráeme luego
espada y plumas; que amor
se regala en el objeto
airoso y lucido; y ya
ni libros ni estudios quiero,
porque digan que es amor
homicida del ingenio.

Vanse todos

SEGUNDO ACTO

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN, vestidos de galanes

CIPRIANO: (Altos pensamientos míos, **Aparte**
¿dónde, dónde me traéis,
si ya por cierto tenéis
que son locos desvaríos
los que intentáis,
pues, atreviéndoos al cielo,
precipitados de un vuelo
hasta el abismo bajáis?
Vi a Justina... ¡A Dios pluguiera
que nunca viera a Justina,
ni en su perfección divina
la luz de la cuarta esfera!
Dos amantes la pretenden,
uno del otro ofendido;
y yo, a dos celos rendido,
aun no sé los que me ofenden:
sólo sé que mis recelos
me despeñan con sus furias
de un desdén a las injurias,
de un agravio a los desvelos.
Todo lo demás ignoro,
y en tan abrasado empeño,
cielos, Justina es mi dueño,
cielos, a Justina adoro.)
Moscón.
MOSCÓN: Señor.
CIPRIANO: Ve si está
Lisandro en casa.
MOSCÓN: Es razón.
CLARÍN: No es; yo iré, porque Moscón
hoy no puede entrar allá.
CIPRIANO: ¡Oh qué cansada porfía
siempre la de los dos fue!
¿Por qué no puede? ¿Por qué?
CLARÍN: Porque hoy, señor, no es su día
mío sí, y de buena gana
a dar el recado voy;
que yo allá puedo entrar hoy,
y Moscón no, hasta mañana.
CIPRIANO: ¿Qué nueva locura es ésta,
añadida al porfïar?
Ni tú ni él habéis de entrar
ya, pues su luz manifiesta
Justina.
CLARÍN: De fuera viene.
hacia su casa.

Salen LIVIA y JUSTINA, con mantos, por una puerta

JUSTINA: ¡Ay de mí!
Livia, Cipriano está aquí.
CIPRIANO: (Disimular me conviene **Aparte**
de mis celos los desvelos,
hasta apurarlos mejor.
Sólo la hablaré en mi amor,
si lo permiten mis celos.)

No en vano, señora, ha sido
haber el traje mudado,
para que, como crïado,
pueda, a vuestros pies rendido,
serviros. A mereceros
esto lleguen mis suspiros.
dad licencia de serviros,
pues no la dais de quereros.
JUSTINA: Poco, señor, han podido
mis desengaños con vos,
pues no han podido...
CIPRIANO: ¡Ay Dios!
JUSTINA: ... mereceros un olvido.
¿De qué manera queréis
que os diga cuánto es en vano
la asistencia, Ciprïano,
que a mis umbrales tenéis?
Si días, si meses, si años,
si siglos a ellos estáis,
no esperéis que a ellos oigáis
sino sólo desengaños,
porque es mi rigor de suerte,
de suerte mis males fieros,
que es imposible quereros,
Ciprïano, hasta la muerte.

Vase JUSTINA

CIPRIANO: La esperanza que me dais
ya dichoso puede hacerme.
si en muerte habéis de quererme,
muy corto plazo tomáis.
Yo le acepto, y si a advertir
llegáis cuán presto ha de ser,
empezad vos a querer,
que yo ya empiezo a morir.
CLARÍN: En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
está de esqueleto vivo
desengañando a su amor,
dame los brazos.
LIVIA: Paciencia
ten, mientras que considero
si es tu día; que no quiero
encargar yo mi conciencia.
Martes sí, miércoles no
CLARÍN: ¿Qué cuentas, pues ha callado
Moscón?
LIVIA: Puede haberse errado,
y no quiero errarme yo;
porque no quiero, si arguyo
que justicia he de guardar,
condenarme por no dar
a cada uno lo que es suyo.
Pero bien dices, tu día
es hoy.
CLARÍN: Pues dame los brazos.
LIVIA: Con mil amorosos lazos.
MOSCÓN: ¿Oye usarcé, reina mía?

Bien ve usarcé, con la gana
que hoy aquesos lazos hace.
Dígolo porque me abrace
con la misma a mí mañana.
LIVIA: Excusada es la sospecha
de que a usted no satisfaga,
ni quiera Júpiter que haga
yo una cosa tan mal hecha
como usar de demasía
con nadie. Yo abrazaré
con mucha equidad a usté
cuando le toque su día.

Vase LIVIA

CLARÍN: Por lo menos, no he de vello
yo.
MOSCÓN: Pues eso ¿qué ha importado?
¿Puede a mí haberme agraviado
jamás, si reparo en ello,
una moza que no es mía?
CLARÍN: No.
MOSCÓN: Luego yo bien porfío
que no ha sido en daño mío
lo que no ha sido en mi día.
Mas ¿qué hace nuestro amo allí
tan suspenso?
CLARÍN: Por si a hablar
llega algo, quiero escuchar.
MOSCÓN: Y yo también.
CIPRIANO: ¡Ay de mí!

Al irse acercando cada uno por su lado, CIPRIANO con la acción da a entrambos

¡Que tanto, Amor, desconfíes!
CLARÍN: ¡Ay de mí!
MOSCÓN: ¡Ay de mí! también.
CLARÍN: Llamar a este sitio es bien
la Isla de los Ay-de-míes.
CIPRIANO: ¿Aquí estábades los dos?
CLARÍN: Yo bien juraré que estaba.
MOSCÓN: Yo y todo.
CIPRIANO: Desdicha, acaba
de una vez conmigo. ¡Ay Dios!
¿Viose en tan nuevos extremos
el humano corazón?
CLARÍN: ¿Adónde vamos, Moscón?
MOSCÓN: En llegando lo sabremos.
Pero fuera del lugar
camina.
CLARÍN: Excusado es
salir al campo, pues
no tenemos que estudiar.
CIPRIANO: Clarín, vete a casa.
MOSCÓN: ¿Y yo?
CLARÍN: ¿Tú te habías de quedar?
CIPRIANO: Los dos me habéis de dejar.

CLARÍN: A entrambos nos lo mandó.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN

CIPRIANO: Confusa memoria mía,
no tan poderosa estés
que me persüadas que es
otra alma la que me guía.
Idólatra me cegué,
ambicioso me perdí,
porque una hermosura vi,
porque una deidad miré;
y entre confusos desvelos
de un equívoco rigor
conozco a quien tengo amor,
y no de quien tengo celos.
Ya tanto aquesta pasión
arrastra mi pensamiento,
tanto--¡ay de mí!--este tormento
lleva mi imaginación
que diera--despecho es loco,
indigno de un noble ingenio--
al más diabólico genio
--harto al infierno provoco--
ya rendido, y ya sujeto
a penar y padecer,
por gozar a esta mujer
diera el alma.

Dentro

DEMONIO: Yo la aceto.

Suena ruido de truenos como tempestad y rayos

CIPRIANO: ¿Qué es ésto, cielos puros?
¡Claros a un tiempo, y en el mismo oscuros!
Dando al día desmayos,
los truenos, los relámpagos y rayos
abortan de su centro
los asombros que ya no caben dentro.
De nubes todo el cielo se corona,
y, preñado de horrores, no perdona
el rizado copete de este monte.
Todo nuestro horizonte
es ardiente pincel del Mongibelo,
niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.
¡Tanto ha que te dejé, filosofía,
que ignoro los efectos de este día!
Hasta el mar sobre nubes se imagina
desesperada rüina,
pues, crespo sobre el viento en leves plumas,
le pasa por pavesas las espumas.
Naufragando, una nave
en todo el mar parece que no cabe;
pues el amparo más seguro y cierto

es cuando huye la piedad del puerto.
El clamor, el asombro y el gemido
fatal presagio han sido
de la muerte que espera; y lo que tarda
es porque esté muriendo lo que aguarda.
Y aun en ella también vienen portentos;
no son todos de cielos y elementos.
El bajel, prodigiosa maravilla,
desde el tope a la quilla
todo negro, su máquina sustenta,
si no es que se vistió de su tormenta.
A chocar en la tierra
viene. Ya no es del mar sólo la guerra,
pues la que se le ofrece,
un peñasco le arrima en que tropiece,
porque la espuma en sangre se salpique.

Dentro TODOS

TODOS: Que nos vamos a pique.
DEMONIO: En una tabla quiero
salir a tierra, para el fin que espero.
CIPRIANO: Porque su horror se asombre,
burlando su poder, escapa un hombre,
y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,
el camarín de los tritones busca,
y en crespo remolino,
es cadáver del mar, cascado el pino.

Sale el DEMONIO, mojado, como que sale del mar

DEMONIO: (Para el prodigio que intento, **Aparte**
hoy me ha importado fingir
sobre campos de zafir
este espantoso portento;
y en forma desconocida
de la que otra vez me vio,
cuando en este monte yo
miré mi ciencia excedida,
vengo a hacerle nueva guerra,
valiéndome así mejor
de su ingenio y de su amor.)
Dulce madre, amada tierra,
dame amparo contra aquel
monstruo que de sí me arroja.
CIPRIANO: Pierde, amigo, la congoja
y la memoria crüel
de tu reciente fortuna,
viendo en tu mayor trabajo
que no hay firme bien debajo
de los cercos de la luna.
DEMONIO: ¿Quién eres tú, a cuyas plantas
mí fortuna me ha traído?
CIPRIANO: Quien, de la piedad movido
de ruinas y penas tantas,
serte de alivio quisiera.
DEMONIO: Imposible vendrá a ser;

que no le puedo tener
yo jamás.
CIPRIANO: ¿De qué manera?
DEMONIO: Todo mi bien he perdido,
pero sin razón me quejo,
pues ya con la vida dejo
mis memorias al olvido.
CIPRIANO: Ya que de aquel torbellino
el terremoto cesó,
y el cielo a su paz volvió,
manso, quieto y cristalino,
con tal priesa que su grave
enojo nos da a entender
que sólo debió de ser
hasta consumir tu nave,
dime quién eres, siquiera
por la piedad que me das.
DEMONIO: Más de lo que has visto y más
de lo que decir pudiera
me cuesta el llegar aquí;
que es mi fortuna crüel.
La menor es del bajel.
¿Quieres ver si es cierto?
CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Yo soy, pues saberlo quieres,
un epílogo, un asombro
de venturas y desdichas,
que unas pierdo y otras lloro.
Tan galán fui por mis partes,
por mi lustre tan heroico,
tan noble por mi linaje
y por mi ingenio tan docto,
que, aficionado a mis prendas
un rey, el mayor de todos
--puesto que todos le temen,
si le ven airado el rostro--
en su palacio cubierto
de diamantes y piropos
--y aun si los llamase estrellas
fuera el hipérbole corto--
me llamó valido suyo,
cuyo aplauso generoso
me dio tan grande soberbia
que competí al regio solio,
quiriendo poner las plantas
sobre sus dorados tronos.
Fue bárbaro atrevimiento:
castigado lo conozco.
Loco anduve; pero fuera,
arrepentido, más loco.
Más quiero en mi obstinación
con mis alientos brïosos
despeñarme de bizarro
que rendirme de medroso.
Si fueron temeridades,
no me vi en ellas tan solo
que de sus mismos vasallos
no tuviese muchos votos.
De su corte, en fin, vencido,

aunque en parte vitorioso,
salí arrojando venenos
por la boca y por los ojos,
y pregonando venganzas,
por ser mi agravio notorio,
logrando en las gentes suyas
insultos, muertes y robos.
Los anchos campos del mar
sangriento pirata corro,
Argos ya de sus bajíos,
y lince de sus escollos.
En aquel bajel que el viento
desvaneció en leves soplos,
en aquel bajel que el mar
convirtió en ruina sin polvo,
esas campañas de vidro
hoy corría codicioso,
hasta examinar un monte
piedra a piedra y tronco a tronco;
porque en él un hombre vive,
y a buscarle me dispongo,
a que cumpla una palabra
que él me ha dado y yo le otorgo.
Embistióme esta tormenta;
y aunque pudo prodigioso
mi ingenio enfrenar a un tiempo
al euro, al cierzo y al noto,
no quise desesperado,
por otras causas, por otros
fines, convertirlos hoy
en regalados favonios.
Que pude, dije, y no quise.
(Aquí de su ingenio noto **Aparte**
los riesgos, puesto que así
de mágicas le aficiono.)
No te espantes del despecho,
ni del prodigio tampoco,
de aquél, porque yo con iras
me diera muerte a mí propio;
ni de éste, porque con ciencias
daré al sol pálido asombro.
Soy, en la magia que alcanzo,
el registro poderoso
de esos orbes. Línea a línea
los he discurrido todos.
Y porque no te parezca
que sin ocasión blasono,
mira si a este mismo instante
quieres que lo inculto y tosco
de este Nembrot de peñascos,
más bruto que el babilonio,
te facilite lo horrible,
sin que pierda lo frondoso.
Éste soy, huérfano huésped
de estos fresnos, de estos chopos;
y aunque éste soy, a tus plantas
quiero pedirte socorro;
y quiero, en el que me dieres,
librarte el bien que te compro
con el afán de mi estudio,

que en experiencias abono,
trayéndote a tu albedrío...
(Aquí en el amor le toco) **Aparte**
...cuanto te pida el deseo
más avaro y codicioso.
Y en tanto que no le aceptes,
ya de cortés, ya de corto,
págate de los deseos,
sí es que en ti no los malogro;
que por la piedad que muestras,
que agradezco y que conozco,
seré tu amigo tan firme
que ni el repetido monstruo
de sucesos, la Fortuna,
que entre baldones y elogios,
próspera y adversa, muestra
lo avaro y lo generoso,
ni en su continua tarea,
corriendo y volando a tornos,
el tiempo, imán de los siglos,
ni el cielo, ni el cielo proprio,
a cuyos astros el mundo
debe el bellísimo adorno,
tendrán poder de apartarme
de tu lado un punto solo,
como aquí me des amparo;
y aun todo aquesto es muy poco
para lo que yo intereso,
si mis pensamientos logro.

CIPRIANO: Puedo decir que al mar albricias pido
de que te hayas perdido,
y a este monte llegaras,
donde verás bien claras
muestras de la amistad que ya te ofrezco
si feliz por mi huésped te merezco.
Y así vente conmigo;
que he de estimarte por seguro amigo.
Mi huésped has de ser mientras quisieres
servirte de mi casa.
DEMONIO: ¿Ya me adquieres
por tuyo?
CIPRIANO: Con los brazos
firme nuestra amistad eternos lazos.
(¡Oh si a alcanzar llegase **Aparte**
que aqueste hombre la magia me enseñase!
Pues con ella quizá mi amor podría
en parte divertir la pena mía;
o podría mí amor quizá con ella
en todo conseguir la causa bella
de mi rabia, mi furia y mi tormento.)
DEMONIO: (Ya al ingenio y amor le miro atento.) **Aparte**

Salen CLARÍN y MOSCÓN, cada uno por su puerta, corriendo

CLARÍN: ¿Estás vivo, señor?
MOSCÓN: ¿Civilidades
gastas por novedades

Claro está, pues le miras, que está vivo.
CLARÍN: He usado de este modo admirativo
para ponderación, noble lacayo,
del milagro que fue no darle un rayo
de tantos como vio aquesta montaña.
MOSCÓN: Pues el mirarle ¿no te desengaña?
CIPRIANO: Éstos son mis crïados.
¿A qué volvéis?
MOSCÓN: A darte más enfados.
DEMONIO: Tienen alegre humor.
CIPRIANO: A mí me tienen
cansado, porque siempre necios vienen.
MOSCÓN: ¿Quién es aqueste hombre,
señor?
CIPRIANO: Un huésped mío, no os asombre.
CLARÍN: ¿Para qué quieres huéspedes ahora?
CIPRIANO: Lo que merece tu valor ignora.

Aparte MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?
CLARÍN: No; pero tiene talle
el tal huésped, si acaso no me engaño,
de estarse en casa un año y otro año.
MOSCÓN: ¿De qué lo infieres?
CLARÍN: Cuando apriesa pasa
un huésped, decir suelen, "No hará en casa
mucho humo." Y de aquéste...
MOSCÓN: Di.
CLARÍN: ...presumo...
MOSCÓN: ¿Qué?
CLARÍN: ...que ha de hacer en casa mucho humo.
CIPRIANO: ¿Para qué te repares?
Vente conmigo.
DEMONIO: Voy a obedecerte.
CIPRIANO: Tu descanso procuro.

Vase CIPRIANO

DEMONIO: (Yo tu muerte. **Aparte**
Y pues ya he conseguido
el mirarme en tu casa introducido,
ir a alterar mi saña determina
de otra suerte también la de Justina.)

Vase el DEMONIO

CLARÍN: ¿No sabes qué he pensado?
MOSCÓN: ¿Qué?
CLARÍN: Que aquel terremoto ha reventado
algún volcán, que mucho azufre he olido.
MOSCÓN: Que es el huésped a mí me ha parecido.
CLARÍN: Malas pastillas gasta. Mas ya infiero
la causa.
MOSCÓN: ¿Qué es?
CLARÍN: El pobre caballero
debe de tener sarna, y hase untado

con ungüente de azufre.
MOSCÓN: En ello has dado.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN. Salen LELIO y FABIO, criado

FABIO: En fin, ¿vuelves a esta calle?
LELIO: La vida en ella perdí,
y vuelvo a buscarla aquí:
quiera Amor que yo la halle.
FABIO: ¡Ay de mí!
A las puertas estás
de la casa de Justina.
LELIO: ¿Qué importa, si hoy determina
mi amor declararse más?
Que pues a ver he llegado
que a otro de noche se fía,
no es mucho que yo de día
desahogue mi cuidado.
Retírate tú, porque
el entrar solo es mejor.
Mi padre es gobernador
de Antioquía. Bien podré,
con este aliento y la furia
que a despeñarme camina,
en casa entrar de Justina,
y quejarme de su injuria.

Vase FABIO, y sale JUSTINA

JUSTINA: Livia... Mas ¿quién está al paso?
LELIO: Yo soy.
JUSTINA: Pues ¿qué novedad,
señor, qué temeridad
obliga...?
LELIO: Cuando me abraso
tanto, a mis celos sujeto,
no lo he de estar a tu honor.
Perdona, que con mi amor
ha espirado tu respeto.
JUSTINA: ¿Pues cómo tan atrevido
osas...
LELIO: Como estoy furioso.
JUSTINA: ...entrar...
LELIO: Como estoy celoso.
JUSTINA: ...aquí...
LELIO: Como estoy perdido.
JUSTINA: ...sin advertir y sin ver
el escándalo que da;
que...?
LELIO: No te aflijas, pues ya
tienes poco que perder.
JUSTINA: Mira, Lelio, mi opinión.
LELIO: Justina, eso mejor fuera
que tu voz se lo dijera
a quien por ese balcón
sale de noche. No quiero
más de que sepas que sé

tus liviandades, porque
menos ingrato y severo
tu honor esté con mi amor;
aunque es desdén más injusto
porque tienes otro gusto,
que porque tienes honor.
JUSTINA: Calla, calla, no hables más.
¿Quién a mi casa se atreve,
ni quién en mi ofensa mueve
paso y voz? ¿Tan ciego estás,
tan atrevido y tan loco,
que con fingidas quimeras
eclipsar las luces quieras
que aun al sol tienen en poco?
¿Hombre de mi casa?
LELIO: Sí.
JUSTINA: ¿Por mi balcón?
LELIO: Mi dolor
lo diga, ingrata.
JUSTINA: ¡Ay honor!
Volved por vos y por mí.

Sale el DEMONIO por la puerta que está a las espaldas de JUSTINA

DEMONIO: (Acudiendo mi furor **Aparte**
a los dos cargos que tengo,
a esta casa a entablar vengo
el escándalo mayor
del mundo; y pues ya este amante
tan despechado y tan ciego
está, avívese su fuego.
Ponerme quiero delante
y, como huyendo, después
de ser visto, retirarme.)

Hace como que va a salir, y en viéndole LELIO, se reboce; y vuelve a entrarse por donde salió

JUSTINA: Hombre, ¿vienes a matarme?
LELIO: No, sino a morir.
JUSTINA: ¿Qué ves,
que de nuevo te has mudado?
LELIO: Los engaños tuyos veo.
Di ahora que mi deseo
mis ofensas ha inventado.
Un hombre de este aposento
iba a salir: como vio
gente, embozado volvió
a retirarse.
JUSTINA: En el viento
te finge tu fantasía
ilusiones.

Quiere entrar, y detiénele

LELIO: ¡Pena brava!

JUSTINA: ¿Pues de noche no bastaba,
Lelio, mas también de día
la luz quieres engañar?

Apártala, y éntrase por donde estaba el DEMONIO

LELIO: Si es engaño o no es engaño,
así veré el desengano.
JUSTINA: No te lo quiero excusar,
porque la inocencia mía,
a costa de esta licencia,
desvanezca la apariencia
de la noche con el día.

Sale LISANDRO, viejo

LISANDRO: Justina.
JUSTINA: (Esto me faltaba. **Aparte**
¡Ay de mí, si Lelio sale,
estando Lisandro aquí!)
LISANDRO: Mis desdichas, mis pesares
vengo a consolar contigo.
JUSTINA: ¿Qué tienes, que en el semblante
muestras disgusto y tristeza?
LISANDRO: No es mucho, cuando se rasgue
el corazón. Con el llanto
pasar no puedo adelante.

Va a salir LELIO, y viendo a LISANDRO, se detiene

LELIO: (Ahora acabo de creer **Aparte**
que sombra los celos hacen,
pues no está en este aposento.
No tuvo por dónde echarse
el hombre que vi.)

JUSTINA habla aparte a LELIO

JUSTINA: No salgas,
Lelio, que está aquí mi padre.
LELIO: Esperaré a que se ausente,
convalecido en mis males.)

Retírase LELIO

JUSTINA: ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?
¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?
LISANDRO: Tengo el dolor más sensible,
traigo la pena más grave,
que vio la tierna piedad,
para ejemplos miserables,
con que la crueldad se baña
de tanta inocente sangre.

Al gobernador envía
el César Decio inviolable
un decreto... Hablar no puedo.
JUSTINA: (¿Quién vio pena semejante? **Aparte**
Lisandro, compadecido
de los cristianos ultrajes,
conmigo habla, sin saber
que Lelio puede escucharle,
hijo del Gobernador.)
LISANDRO: En fin, Justina...
JUSTINA: No pases,
señor, si así has de sentirlo,
con el discurso adelante.
LISANDRO: Déjame que le repita;
que contigo, es aliviarle.
En él manda...
JUSTINA: No prosigas,
cuando es tan justo que engañes
tu vejez con más sosiego.
LISANDRO: Cuando, porque me acompañes
en los sentimientos vivos
que bastan para matarme,
te doy cuenta del decreto
más crüel que vio la margen
del Tibre, con sangre escrito
para manchar sus cristales,
¿me diviertes? De otra suerte
solías, Justina, escucharme
estas lástimas.
JUSTINA: Señor,
no son los tiempos iguales.
LELIO: (No oigo todo lo que hablan, **Aparte**
sino destroncado a partes.)

Sale FLORO por la otra parte

FLORO: (Licencia tiene un celoso **Aparte**
que llega a desengañarse
de una hipócrita virtud,
sin que más respetos guarde.
Con este intento hasta aquí
Mas con ella está su padre.
Esperaré otra ocasión.)
LISANDRO: ¿Quién pisa aquestos umbrales?
FLORO: (Ya no es posible, ¡ay de mí!, **Aparte**
el volverme sin hablarle.
Daréle alguna disculpa.)
Yo soy
LISANDRO: ¿Tú en mi casa?
FLORO: A hablarte
vengo, si me das licencia,
sobre un negocio importante.
JUSTINA: (Duélete de mí, Fortuna; **Aparte**
que son éstos muchos lances.)
LISANDRO: Pues ¿qué mandas?
FLORO: (¿Qué diré
Aparte
que de este empeño me saque?)
LELIO: (¡Floro en casa de Justina **Aparte**

con libertad entra y sale!
No son fingidos aquestos
celos; ya éstos son verdades.)
LISANDRO: Mudado traes el color.
FLORO: No te admires, no te espantes,
que vengo a darte un aviso,
que es a tu vida importante,
de un enemigo que tienes,
que de tu muerte en alcance
anda. Esto basta que diga.
LISANDRO: (Sin duda que Floro sabe **Aparte**
que yo soy cristiano, y viene
con esta causa a avisarme
de mi peligro.) Prosigue,
y nada, Floro, me calles.

Sale LIVIA

LIVIA: Señor, el gobernador
me ha mandado que te llame,
y a la puerta está esperando.
FLORO: Mejor será que yo aguarde;
(Pensaré en tanto el engaño.) **Aparte**
y ansí es bien que le despaches.
LISANDRO: Estimo tu cortesía.
Aquí volveré al instante.

Vanse LISANDRO y LIVIA

FLORO: ¿Eres tú la virtüosa
que a las lisonjas süaves
del templado viento llamas
descomedidos ultrajes?
Pues ¿cómo de tu recato
y de tu casa las llaves
rendiste?
JUSTINA: Floro, detente:
no tan descortés agravies
opinión de quien el sol
hizo el más costoso examen
de pura y limpia.
FLORO: Ya llega
aquesa vanidad tarde,
pues ya yo sé a quien has dado
libre entrada...
JUSTINA: ¡Que así hables!
FLORO: ...por un balcón...
JUSTINA: No pronuncies.
FLORO: ...a tu honor.
JUSTINA: ¡Que así me trates!
FLORO: Sí, que no me merecen más
hipócritas humildades.
LELIO: (Floro no fue el del balcón. **Aparte**
Sin duda que hay otro amante,
puesto que ni él ni yo fuimos.)
JUSTINA: Pues tienes ilustre sangre,
no ofendas nobles mujeres.
FLORO: ¡Que noble mujer te llames
cuando a tus brazos le admites

y por tus balcones sale!
Rindióte el poder; que como
es gobernador su padre,
te llevó la vanidad
de ver que a Antioquía mande...
LELIO: (De mí habla.) **Aparte**
FLORO: ...sin mirar
otros defectos más grandes
que la autoridad le encubre
en sus costumbres y sangre.
Pero no...

Sale LELIO

LELIO: Floro, detente,
y no en mi ausencia me agravies;
que hablar del competidor
mal son despechos cobardes.
Y salgo a que no prosigas,
corrido de tantos lances
como contigo he tenido,
sin que en ninguno te mate.
JUSTINA: ¿Quién, sin culpa, se vio nunca
en tan peligrosos lances?
FLORO: Cuanto yo de ti dijera
detrás te diré delante,
y es verdad no sospechosa.
JUSTINA: Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?
LELIO: Tomar la satisfacción
adonde escucho el desaíre.

Empuñan las espadas

FLORO: Yo, sustentar lo que dije
donde lo dije.
JUSTINA: ¡Libradme,
cielos, de tantas fortunas!
FLORO: Y yo sabré castigarte.

Sale el GOBERNADOR, GENTE y LISANDRO

TODOS: Teneos.
JUSTINA: ¡Ay infelice!
GOBERNADOR: ¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante
indicio espadas desnudas,
para que pueda informarme?
JUSTINA: ¡Qué desdicha!
LISANDRO: ¡Qué pesar!
TODOS: Señor...
GOBERNADOR: Baste, Lelio, baste.
¿Tú inquieto, siendo mi hijo?
¿Tú de mi favor te vales
para alterar a Antíoquía?
LELIO: Señor, advierte...
GOBERNADOR: Llevadles;
que no ha de haber excepción
ni privilegios de sangre

para no igualar castigos,
pues son las culpas iguales.
LELIO: (Celos truje, y llevo agravios.) **Aparte**
FLORO: (Penas a penas se añaden.) **Aparte**

Llévanlos

GOBERNADOR: En diferentes prisiones,
y con gente que los guarde,
a los dos tened. Y vos,
Lisandro, ¿tan nobles partes
es posible que manchéis
sufriendo...
LISANDRO: No, no os engañen
deslumbradas apariencias.
porque Justina no sabe
la ocasión.
GOBERNADOR: ...dentro en su casa,
queréis que viva ignorante,
mozos ellos y ella hermosa?
En delito tan culpable
me templo, porque no digan
que sentencio como parte,
siendo apasionado juez;
mas vos que esto ocasionasteis,
ya perdida la vergüenza,
sé que volveréis a darme
ocasión, que la deseo,
para que nos desengañen
de vuestra virtud mentida
verdaderas liviandades.

Vanse el GOBERNADOR y su GENTE

JUSTINA: Mis lágrimas os respondan.
LISANDRO: Ya lloras sin fruto y tarde.
¡Oh qué mal, Justina, hice
el día que a declararte
llegué quién eras! ¡Oh nunca
te contara que, en la margen
de un arroyo, en ese monte
fuiste parto de un cadáver!
No me des satisfacciones.
JUSTINA: Los cielos han de abonarme.
LISANDRO: ¡Qué tarde será...
JUSTINA: No hay plazo
que en la vida llegue tarde...
LISANDRO: para castigar delitos!
JUSTINA: ... para acrisolar verdades.
LISANDRO: Por lo que vi te condeno.
JUSTINA: Yo a ti por lo que ignoraste.
LISANDRO: Déjame, que voy muriendo,
donde mi dolor me acabe.
JUSTINA: Pierda yo a tus pies la vida;
pero no me desampares.

Vanse. Salen el DEMONIO, CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN

DEMONIO: Desde que en tu casa entré,
te he visto sin alegría:
profunda melancolía
en tu semblante se ve.
Tu alivio no es bien que estorbes,
queriéndomelo ocultar,
pues sabré destachonar
la clavazón de los orbes,
por sólo el menor deseo
que te ofenda y te fatigue.
CIPRIANO: No habrá mágica que obligue
al imposible que veo:
son mis ansias infelices.
DEMONIO: Tu amistad me las confiese.
CIPRIANO: Quiero a una mujer.
DEMONIO: ¿Y es ése
el imposible que dices?
CIPRIANO: Si tú supieras quién es...
DEMONIO: Curiosa atención te doy,
mientras que burlando estoy
de que tan cobarde estés.

CIPRIANO: La hermosa cuna temprana
del infante sol, que enjuga
lágrimas cuando madruga,
vestido de nieve y grana;
la verde prisión ufana
de la rosa cuando avisa
que ya sus jardines pisa
abril, y entre mansos hielos
al alba es llanto en los cielos
lo que es en los campos risa;
el detenido arroyuelo,
que el mormurar más süave
aun entre dientes no sabe,
porque se los prende el hielo;
el clavel, que en breve cielo
es estrella de coral;
el ave, que liberal
vestir matices presuma,
veloz cítara de pluma,
al órgano de cristal;
el risco que al sol engaña,
si a derretirle se atreve,
pues, gastándole la nieve,
no le gasta la montaña;
el laurel que el pie se baña
con la nieve que atropella,
y, verde Narciso de ella,
burla sin temer desmayos
en esta parte los rayos
y los hielos en aquélla;
al fin, cuna, grana, nieve,
campo, sol, arroyo o rosa,
ave que canta amorosa,
risa que aljófares llueve,
clavel que cristales bebe,

peñasco sin deshacer,
y laurel que sale a ver
si hay rayos que le coronen
son las partes que componen
a esta divina mujer.
Estoy tan ciego y perdido,
porque mi pena te asombre,
que, por parecerla otro hombre,
me engañé con el vestido.
Mis estudios di al olvido
como al vulgo mi opinión,
el discurso a mi pasión,
a mi llanto el sentimiento,
mis esperanzas al viento,
y al desprecio mi razón.
Dije, y haré lo que dije,
que ofreciera liberal
el alma a un genio infernal
--de aquí mi pasión colige--
porque este amor que me aflige
premiase con merecella;
pero es vana mi querella,
tanto que presumo que es
el alma corto interés,
pues no me la dan por ella.

DEMONIO: ¿Tu valor ha de seguir
los pasos desesperados
de amantes que se acobardan
en los primeros asaltos?
¿Tan lejos ejemplos viven
de bellezas que postraron
su vanidad a los ruegos,
su altivez a los halagos?
¿Quieres lograr tus deseos,
siendo su prisión tus brazos?
CIPRIANO: ¿Eso dudas?
DEMONIO: Pues envía
allá fuera esos crïados,
y quedemos los dos solos.
CIPRIANO: Idos allá fuera entrambos.
MOSCÓN: Yo obedezco.
CLARÍN: Y yo también.
(El tal huésped es el diablo.) **Aparte**

Escóndese CLARÍN

CIPRIANO: Ya se fueron.
DEMONIO: (Poco importa **Aparte**
que Clarín se haya quedado.)
CIPRIANO: ¿Qué quieres ahora?
DEMONIO: Esa puerta
cierra.
CIPRIANO: Ya solos estamos.
DEMONIO: ¿Por gozar a esta mujer
aquí dijeron tus labios
que darás el alma?
CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Pues yo te acepto el contrato.
CIPRIANO: ¿Qué dices?
DEMONIO: Que yo le acepto.
CIPRIANO: ¿Cómo?
DEMONIO: Como puedo tanto,
que te enseñaré una ciencia
con que podrás a tu mando
traer la mujer que adoras;
que yo, aunque tan docto y sabio,
traerla para otro no puedo.
Las escrituras hagamos
ante nosotros dos mismos.
CIPRIANO: ¿Quieres con nuevos agravios
dilatar las penas mías?
Lo que ofrecí está en mi mano,
pero lo que tú me ofreces
no está en la tuya, pues hallo
que sobre el libre albedrío
ni hay conjuros ni hay encantos.
DEMONIO: Hazme la cédula tú
con tal condición.
CLARÍN: (¡Mal año! **Aparte**
Según lo que agora he visto,
no es muy bobo aqueste diablo.
¡Yo darle cédula! Aunque
se me tuvieran mis cuartos
sin alquilar veinte siglos,
no la hiciera.)
CIPRIANO: Los engaños.
son para alegres amigos,
no para desconfiados.
DEMONIO: Quiero darte en testimonio
de lo que yo puedo y valgo
algún indicio, aunque sea
de mi poder breve rasgo.
¿Qué ves de esta galería?
CIPRIANO: Mucho cielo y mucho prado,
un bosque, un arroyo, un monte.
DEMONIO: ¿Qué es lo que más te ha agradado?
CIPRIANO: El monte, porque es, en fin,
de la que adoro retrato.
DEMONIO: Soberbio competidor
de la estación de los años,
que te coronas de nubes
por bruto rey de los campos,
deja el monte, mide el viento:
mira que soy quien te llamo.
Y mira tú si a una dama
traerás, si yo a un monte traigo.

Múdase un monte de una parte a otra del tablado

CIPRIANO: ¡No vi más confuso asombro!
¡No vi prodigio más raro!
CLARÍN: (Con el espanto y el miedo **Aparte**
estoy dos veces temblando.)
CIPRIANO: Pájaro que al viento vuelas,
siendo tus plumas tus ramos;

bajel que en el viento surcas;
siendo jarcias tus peñascos:
vuélvete a tu centro, y deja
la admiración y el espanto.
DEMONIO: Si ésta no es prueba bastante,
pronuncien otra mis labios.
¿Quieres ver esa mujer
que adoras?
CIPRIANO: Sí.
DEMONIO: Pues rasgando
las duras entrañas, tú,
monstruo de elementos cuatro,
manifiesta la hermosura
que en tu oscuro centro guardo.

Ábrese un peñasco, y está
JUSTINA durmiendo

¿Es aquélla la que adoras?
CIPRIANO: Aquélla es la que idolatro.
DEMONIO: Mira si dártela puedo,
pues donde quiero la traigo.
CIPRIANO: Divino imposible mío,
hoy serán centro tus brazos
de mi amor, bebiendo al sol
luz a luz y rayo a rayo.

Ciérrase el monte

DEMONIO: Detente, que hasta que firmes
la palabra que me has dado,
no puedes tocarla.
CIPRIANO: Espera,
parda nube del más claro
sol que amaneció a mis dichas...
Mas con el viento me abrazo.
Ya creo tus ciencias, ya
confieso que soy tu esclavo.
¿Qué quieres que haga por ti?
¿Qué me pides?
DEMONIO: Por resguardo
una cédula firmada
con tu sangre y de tu mano.
CLARÍN: (El alma le diera yo **Aparte**
por no haberme aquí quedado.)
CIPRIANO: Pluma será este puñal,
papel este lienzo blanco,
y tinta para escribirlo
la sangre es ya de mis brazos.

Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose
sacado sangre de un brazo

(¡Qué hielo! ¡Qué horror! ¡Qué asombro!) **Aparte**
Digo yo, el gran Ciprïano,
que daré el alma inmortal...
(¡Qué frenesí! ¡Qué letargo!) **Aparte**

...a quien me enseñare ciencias...
(¡Qué confusiones! ¡Qué espantos!) **Aparte**
...con que pueda atraer a mí
a Justina, dueño ingrato;
y lo firmé de mi nombre
DEMONIO: (Ya se rindió a mis engaños **Aparte**
el homenaje valiente,
donde estaban tremolando
el discurso y la razón.)
¿Has escrito?
CIPRIANO: Sí, y firmado.
DEMONIO: Pues tuyo es el sol que adoras.
CIPRIANO: Tuya por eternos años
es el alma que te ofrezco.
DEMONIO: Alma con alma te pago,
pues por tuya te doy
la de Justina.
CIPRIANO: ¿Qué tanto
término para enseñarme
la magia tomas?
DEMONIO: Un año,
con condición...
CIPRIANO: Nada temas.
DEMONIO: ...que en una cueva encerrados,
sin estudiar otra cosa,
hemos de vivir entrambos,
sirviéndonos solamente
a los dos este crïado,

Saca a CLARÍN

que curioso se quedó,
pues, con nosotros llevando
su persona, este secreto
de esta suerte, aseguramos.
CLARÍN: (¡Oh nunca yo me quedara! **Aparte**
¡Que habiendo vecinos tantos
que acechen, no haya un demonio
que venga al punto a llevarlos!)
CIPRIANO: Está bien. Dos dichas juntas
ingenio y amor lograron,
pues Justina será mía,
y yo vendré a ser espanto
del mundo con nuevas ciencias.
DEMONIO: No salió mi intento en vano.
CLARÍN: El mío sí.
DEMONIO: Ven con nosotros
(Ya vencí el mayor contrario.) **Aparte**
CIPRIANO: Dichosos seréis, deseos,
si tal posesión alcanzo.
DEMONIO: (No ha de sosegar mi envidia **Aparte**
hasta que los gane a entrambos.)
Vamos, y de aqueste monte
en lo oculto y lo intrincado
oirás la primer lición
hoy de la mágica.
CIPRIANO: Vamos.
que, con tal maestro mí ingenio,
mi amor con dueño tan alto,

eterno será en el mundo
el mágico Ciprïano.

TERCER ACTO

Sale CIPRIANO, solo, de una como cueva

CIPRIANO: Ingrata beldad mía,
llegó el feliz, llegó el dichoso día,
línea de mi esperanza,
término de mi amor y tu mudanza,
pues hoy será el postrero
en que triunfar de tu desdén espero.

Este monte, elevado
en sí mismo alcázar estrellado,
y aquesta cueva oscura,
de dos vivos funesta sepultura,
escuela ruda han sido
donde la docta mágica he aprendido,
en que tanto me muestro
que puedo dar lición a mi maestro.
Y viendo ya que hoy una vuelta entera
cumple el sol de una esfera en otra esfera,
a examinar de mis prisiones salgo
con la luz que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
atended a mis mágicos conjuros;
blandos aires veloces,
parad al sabio estruendo de mis voces;
gran peñasco violento,
estremécete al ruido de mi acento;
duros troncos vestidos,
asombraos al horror de mis gemidos;
floridas plantas bellas,
al eco os asustad de mis querellas;
dulces aves süaves,
la acción temed de mis prodigios graves;
bárbaras, crueles fieras,
mirad las señas de mi afán primeras;
porque ciegos, turbados,
suspendidos, confusos, asustados,
cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,
fieras y aves, estéis de ciencias tantas;
que no ha de ser en vano
el estudio infernal de Ciprïano.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Cipriano.
CIPRIANO: ¡Oh sabio maestro mío!

Enojado

DEMONIO: ¿A qué, usando esta vez de tu albedrío
más que de mi preceto,
con qué fin, por qué causa, y a qué efeto,
osado o ignorante,
sales a ver del sol la faz brillante?
CIPRIANO: Viendo que ya yo puedo
al infierno poner asombro y miedo,
pues con tanto cuidado
la mágica he estudiado
que aun tú mismo no puedes
decir, si es que me igualas, que me excedes;
viendo que ya no hay parte
de ella que con fatiga, estudio y arte
yo no la haya alcanzado,
pues la nigromancia he penetrado,
cuyas líneas oscuras
me abrirán las funestas sepulturas,
haciendo que su centro

aborte los cadáveres que dentro
tiranamente encierra
la avarienta codicia de la tierra,
respondiendo por puntos
a mis voces los pálidos difuntos;
y viendo, en fin, cumplida
la edad del sol que fue plazo a mi vida,
pues, corriendo veloz a su discurso
con el rápido curso
los cielos cada día,
retrocediendo siempre a la porfía
del natural, en que se juzga extraño,
el término fatal cumple hoy del año:
lograr mis ansias quiero,
atrayendo a mi voz el bien que espero.
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,
hoy la hermosa Justina,
en repetidos lazos,
llamada de mi amor, vendrá a mis brazos;
que permitir no creo
de dilación un punto a mi deseo.

DEMONIO: Ni yo que le permitas
quiero, si es éste el fin que solicitas.
Con caracteres mudos
la tierra línea, pues, y con agudos
conjuros hiere el viento,
a tu esperanza y a tu amor atento.

CIPRIANO: Pues allí me retiro,
donde verás que cielo y tierra admiro.

Vase

DEMONIO: Y yo te doy licencia,
porque sé de tu ciencia y de mi ciencia
que el infierno inclemente,
a tus invocaciones obediente,
podrá por mí entregarte
a la hermosa Justina en esta parte;
que aunque el gran poder mío
no puede hacer vasallo un albedrío,
puede representalle
tan extraños deleites que se halle
empeñado a buscarlos,
y inclinarlos podré, si no forzarlos.

Sale CLARÍN de la cueva

CLARÍN: Ingrata deidad mía,
no Livia ardiente, sino Livia fría,
llegó el plazo en que espero
alcanzar si tu amor es verdadera;
pues ya sé lo que basta
para ver si eres casta o haces casta;
que con tanto cuidado
aquí la ciencia mágica he estudiado
que por ella he de ver--¡ay de mí, triste!--
si con Moscón acaso me ofendiste.
Aguados cielos--ya otro dijo "puros"--

atended a mis lóbregos conjuros:
montes...
DEMONIO: Clarín, ¿qué es eso?
CLARÍN: ¡Oh sabio maestro!
Por la concomitancia estoy tan diestro
en la magia que quiero ver por ella
si Livia, tan ingrata como bella,
comete alguna vez superchería
en la fatal estancia de mi día.
DEMONIO: Deja aquesas locuras,
y en lo intrincado de esas peñas duras
asiste a tu señor, para que veas
--si tanta admiración lograr deseas--
el fin de su cuidado;
que solo quiero estar.
CLARÍN: Yo, acompañado.
Y si no he merecido
haber las ciencias tuyas aprendido,
porque, en fin, no te he hecho
cédula con la sangre de mi pecho,
en este lienzo ahora...

Saca un lienzo sucio y escribe en él con el dedo, habiéndose hecho sangre

--nunca le tray más limpio quién bien llora--
la haré, para que más te escandalices,
dándome un mojicón en las narices;
que no será embarazo
salir de las narices o del brazo.
Digo, el gran Clarín, que, si merezco
ver a Livia crüel, que al diablo ofrezco...
DEMONIO: Ya digo que me dejes,
y que con tu señor de mí te alejes.
CLARÍN: Yo lo haré, no te alteres.
Pues que tomar mi cédula no quieres
cuando darla procuro,
sin duda que me tienes por seguro.

Vase CLARÍN

DEMONIO: Ea, infernal abismo,
desesperado imperio de ti mismo,
de tu prisión ingrata
tus lascivos espíritus desata,
amenazando rüina
al virgen edificio de Justina.
Su casto pensamiento
de mil torpes fantasmas en el viento
hoy se informe, su honesta fantasía
se lleñe; y con dulcísima armonía
todo provoque amores:
los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos
que no sean de amor dulces despojos;
nada oigan sus oídos
que no sean de amor tiernos gemidos;
porque, sin que defensa en su fe tenga,

hoy a buscar a Ciprïano venga,
de su ciencia invocada
y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
callaré, porque empiece vuestro canto.

Canta dentro, una VOZ

VOZ: *¿Cuál es la gloria mayor*
de esta vida?
TODOS: *Amor, amor.*

Mientras esta copla se canta, se va entrando el DEMONIO por una puerta, y sale por otra JUSTINA huyendo

VOZ: *No hay sujeto en quien no imprima*
el fuego de amor su llama,
pues vive más donde ama
el hombre que donde anima.
Amor solamente estima
cuanto tener vida sabe:
el tronco, la flor y el ave.
Luego es la gloria mayor
de esta vida...
TODOS: *...amor, amor.*

Esto representa asombrada y inquieta

JUSTINA: Pesada imaginación,
al parecer lisonjera,
¿cuándo te he dado ocasión
para que de esta manera
aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, en rigor,
de este fuego, de este ardor,
que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
mi sentido?

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*

Cóbrase más

JUSTINA: Aquel ruiseñor amante
es quien respuesta me da,
enamorando constante
a su consorte, que está
un ramo más adelante.
Calla, ruiseñor; no aquí
imaginar me hagas ya,
por las quejas que te oí,
cómo un hombre sentirá,
si siente un pájaro así.

Mas no. Una vid fue lasciva,
que buscando fugitiva
va el tronco donde se enlace,
siendo el verdor con que abrace
el peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
me hagas pensar en quien amas,
vid; que dudaré en tus lazos,
si así abrazan unas ramas,
cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
aquel girasol, que está
viendo cara a cara al sol,
tras cuyo hermoso arrebol
siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
flor, con marchitos despojos;
que pensarán mis congojas,
si así lloran unas hojas,
cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor;
desúnete, vid frondosa;
párate, inconstante flor;
o decid: ¿qué venenosa
fuerza usáis?

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*
JUSTINA: ¡Amor! ¿A quién le he tenido
yo jamás? Objeto es vano;
pues siempre despojo han sido
de mi desdén y mi olvido
Lelio, Floro y Ciprïano.
¿A Lelio no desprecié?
¿A Floro no aborrecí?
Y a Ciprïano ¿no traté...

Párase en el nombre de CIPRIANO, y desde allí repsenta inquieta otra vez

...con tal rigor que, de mí
aborrecido, se fue
donde de él no se ha sabido?
Mas--¡ay de mí!--yo ya creo
que ésta debe de haber sido
la ocasión con que ha podido
atreverse mi deseo;
pues desde que pronuncié
que vive ausente por mí,
no sé--¡ay infeliz!--no sé
qué pena es la que sentí.

Cóbrase otra vez

Mas piedad sin duda fue
de ver que por mí olvidado

viva un hombre que se vio
de todos tan celebrado,
y que a sus olvidos yo
tanta ocasión haya dado.

Con asombro, otra vez

Pero si fuera piedad,
la misma piedad tuviera
de Lelio y Floro, en verdad;
pues en una prisión fiera
por mí están sin libertad.

En sí, otra vez

.....
.....
Mas--¡ay discursos!--parad.
Si basta ser piedad sola,
no acompañéis la piedad;
que os alargáis de manera
que no sé--¡ay de mí!--no sé,
si ahora a buscarle fuera,
si adonde él está supiera.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Ven, que yo te lo diré.
JUSTINA: ¿Quién eres tú, que has entrado
hasta este retrete mío,
estando todo cerrado?
¿Eres monstruo que ha formado
mi confuso desvarío?
DEMONIO: No soy sino quien, movido
de ese afecto que tirano
te ha postrado y te ha vencido,
hoy llevarte ha prometido
adonde está Ciprïano.
JUSTINA: Pues no lograrán tu intento;
que esta pena, esta pasión
que afligió mi pensamiento,
llevó la imaginación,
pero no el consentimiento.
DEMONIO: En haberlo imaginado
hecha tienes la mitad;
pues ya el pecado es pecado,
no pares la voluntad,
el medio camino andado.
JUSTINA: Desconfïarme es en vano,
aunque pensé; que aunque es llano
que el pensar es empezar,
no está en mi mano el pensar,
y está el obrar en mi mano.
Para haberte de seguir,
el pie tengo de mover,
y esto puedo resistir,
porque una cosa es hacer

y otra cosa es discurrir.
DEMONIO: Si una ciencia peregrina
en ti su poder esfuerza,
¿cómo has de vencer, Justina,
si inclina con tanta fuerza
que fuerza al paso que inclina?
JUSTINA: Sabiéndome yo ayudar
del libre albedrío mío.
DEMONIO: Forzarále mi pesar.
JUSTINA: No fuera libre albedrío
si se dejara forzar.

Tira de ella, y no puede moverla

DEMONIO: Ven donde un gusto te espera.
JUSTINA: Es muy costoso ese gusto.
DEMONIO: Es una paz lisonjera.
JUSTINA: Es un cautiverio injusto.
DEMONIO: Es dicha.
JUSTINA: Es desdicha fiera.
DEMONIO: ¿Cómo te has de defender,
si te arrastra mi poder?

Tira más

JUSTINA: Mi defensa en Dios consiste.

Suéltala

DEMONIO: Venciste, mujer, venciste
con no dejarte vencer.
Mas ya. que de esta manera
de Dios estás defendida,
mi pena, mi rabia fiera,
sabrá llevarte fingida,
pues no puede verdadera.
Un espíritu verás,
para este efecto no más,
que de tu forma se informa,
y en la fantástica forma
disfamada vivirás.
Lograr dos triunfos espero,
de tu virtud ofendido:
deshonrarte es el primero,
y hacer de un gusto fingido
un delito verdadero.

Vase el DEMONIO

JUSTINA: De esa ofensa al cielo apelo,
porque desvanezca el cielo
la apariencia de mi fama,
bien como al aire la llama,
bien como la flor al hielo.
No podrás... Mas--¡ay de mí!--
¿a quién estas voces doy?

¿No estaba ahora un hombre aquí?
Sí. Mas no, yo sola estoy.
No. Mas sí, pues yo le vi.
¿Por dónde se fue tan presto?
¿Si le engendró mi temor?
Mi peligro es manifiesto.
¡Lisandro, padre, señor!
¡Livia!

Sale cada uno por su puerta

LISANDRO: ¿Qué es esto?
LIVIA: ¿Qué es esto?
JUSTINA: ¿Visteis un hombre--¡ay de mí!--
que ahora salió de aquí?
(Mal mis desdichas resisto.) **Aparte**
LISANDRO: ¡Hombre aquí!
JUSTINA: ¿No le habéis visto?
LIVIA: No, señora.
JUSTINA: Pues yo sí.
LISANDRO: ¿Cómo puede ser, si ha estado
todo este cuarto cerrado?
LIVIA: (Sin duda que a Moscón vio, **Aparte**
que tengo escondido yo
en mi aposento.)
LISANDRO: Formado
cuerpo de tu fantasía
el hombre debió de ser;
que tu gran melancolía
le supo formar y hacer
de los átomos del día.

LIVIA: Mi señor tiene razón.
JUSTINA: No ha sido--¡ay de mí!--ilusión,
y mayor daño sospecho,
porque a pedazos del pecho
me arrancan el corazón.
Algún hechizo mortal
se está haciendo contra mí,
y fuera el conjuro tal
que, a no haber Dios, desde aquí
me dejara ir tras mi mal.
Mas Él me ha de defender,
y no sólo del poder
de esta tirana violencia;
pero mi humilde inocencia
no ha de dejar padecer.
Livia, el manto, porque, en tanto
que padezco estos extremos,
tengo de ir al templo santo,
que tan secreto tenemos
los fieles.

Saca el manto, y pónesele; que le vea con él la gente

LIVIA: Aquí está el manto.
JUSTINA: En él tengo de templar

este fuego que me abrasa.
LISANDRO: Yo te quiero acompañar.
LIVIA: (Y yo volveré a alentar **Aparte**
en echándolos de casa.)
JUSTINA: Pues voy a ampararme así,
cielos, de vuestro favor,
confío.
LISANDRO: Vamos de aquí.
JUSTINA: Vuestra es la causa, Señor.
Volved por vos y por mí.

Vanse los dos, y sale MOSCÓN, que está acechando

MOSCÓN: ¿Fuéronse ya?
LIVIA: Ya se fueron
MOSCÓN: ¡Con qué susto me tuvieron!
LIVIA: ¿Es posible que salieras
del aposento, y vinieras
donde sus ojos te vieron?
MOSCÓN: ¡Vive Dios que no he salido!
un instante, Livia mía,
de donde estaba escondido!
LIVIA: Pues ¿quién el hombre sería?
MOSCÓN: El mismo diablo habrá sido.
¿Qué sé yo? No muestres ya
por eso, mi bien, enfado.

Suspira LIVIA

LIVIA: No es por eso.
MOSCÓN: ¿Qué será?
LIVIA: ¡Qué pregunta, si ha que está
un día entero encerrado
conmigo! ¿No echa de ver

Llora

que habrá también menester
el otro, su confidente,
que llore hoy tenerle ausente,
pues no lloré en todo ayer?
¿Hase de pensar de mí
que mujer tan fácil fui
que en medio año de ausencia
falté a la correspondencia
que al ser quien soy ofrecí?
MOSCÓN: ¿Qué es medio año? Un año entero
ha ya que pudo faltar.
LIVIA: Es engaño, pues infiero
que yo no debo contar
los días que no le quiero.
Y si de un año--¡ay de mí!--

Llorando

te di la mitad a ti,
fuera injuria muy crüel
contárselo todo a él.
MOSCÓN: Cuándo yo, ingrata, creí
que fuera tu voluntad
toda mía, ¡con piedad
haces cuentas!
LIVIA: Sí, Moscón,
porque, en fin, cuenta y razón
conserva toda amistad.
MOSCÓN: Pues que tu constancia es tal,
adiós, Livia, hasta mañana.
Sólo te ruega mi mal
que, pues eres su terciana,
no seas su sincopal.
LIVIA: ¿Ya no ves que no hay en mí
malicia alguna?
MOSCÓN: ¿Es así?
LIVIA: En todo hoy no me has de ver;
mas no sea menester
enviar mañana por ti.

Vanse, y sale CIPRIANO, con asombro, y CLARÍN, acechando, tras él

CIPRIANO: Sin duda se han rebelado
en los imperios cerúleos
las tropas de las estrellas,
pues me niegan sus influjos.
Comunidades ha hecho
todo el abismo profundo,
pues la obediencia no rinde
que me debe por tributo.
Una. y mil veces el viento
estremezco a mis conjuros,
y una y mil veces la tierra
con mis caracteres surco,
sin que se ofrezca a mis ojos
el humano sol que busco,
el cielo humano que espero
en mis brazos.
CLARÍN: Eso ¿es mucho?
Pues una y mil veces yo
hago en la tierra dibujos,
una y mil veces el viento
a puras voces aturdo,
y tampoco viene Lívia.
CIPRIANO: Esta sola vez presumo
volver a invocarla. Escucha,
bella Justina.

Sale la que hace a JUSTINA, con manto, como turbada, por una puerta, y éntrase huyendo por la otra, y va tras ella CIPRIANO, turbado, y CLARÍN, turbado, dando vueltas con miedo

FIGURA: Ya escucho;
que, forzada de tus voces,

aquestos montes discurro.
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,
Ciprïano?
CIPRIANO: ¡Estoy confuso!
FIGURA: Y pues que ya...
CIPRIANO: ¡Estoy absorto!
FIGURA: ...he venido...
CIPRIANO: ¿Qué me turbo?
FIGURA: ...de la suerte...
CIPRIANO: ¿Qué me espanto?
FIGURA: ....que me halló el amor,...
CIPRIANO: ¿Qué dudo?
FIGURA: ...donde me llamas...
CIPRIANO: ¿Qué temo?
FIGURA: ...y así con la fuerza cumplo
del encanto, a lo intrincado
del monte tu vista huyo.

Cúbrese el rostro con el manto, y vase

CIPRIANO: Espera, aguarda, Justina.
Mas ¿qué me asombro y discurro?
Seguiréla, y este monte,
donde mi ciencia la trujo,
teatro será frondoso,
ya que no tálamo rudo,
del más prodigioso amor
que ha visto el cielo.

Vase

CLARÍN: Abernuncio
de mujer que viene a ser
novia, y viene oliendo a humo.
Pero debió de cogerla
del encanto lo absoluto
soplando alguna colada
o cociendo algún menudo.
Mas no. ¡En cocina y con manto!
De otra suerte la disculpo.
Sin duda debe de ser
--ahora he dado en el punto--
que una honrada nunca huele
mejor cogida de susto.
Ya la ha alcanzado, y con ella,
de aqueste valle en lo inculto,
luchando a brazos enteros
--que a brazos partidos juzgo
que hiciera mal en luchar
el amante más forzudo--
a este mismo sitio vuelven.
Desde aquí acechar procuro;
que deseo saber cómo se hace
una fuerza en el mundo.

Escóndese, y sale CIPRIANO, trayendo abrazada una persona cubierta con manto y con vestido parecido al de JUSTINA, que es fácil, siendo negro este manto y vestido; y

han de venir de suerte que con facilidad se quite todo y quede un esqueleto, que ha de volar o hundirse, como mejor pareciere, como se haga con velocidad; si bien será mejor desaparecer por el viento

CIPRIANO: Ya, bellísima Justina,
en este sitio que, oculto,
ni el sol le penetra a rayos
ni a soplos el aire puro,
ya es trofeo tu belleza
de mis mágicos estudios;
que por conseguirte, nada
temo, nada dificulto.
El alma, Justina bella,
me cuestas; pero ya juzgo,
siendo tan grande el empleo,
que no ha sido el precio mucho.
Corre a la deidad el velo,
no entre pardos, no entre oscuros
celajes se esconda el sol;
sus rayos ostente rubios.

Descúbrela, y ve el cadáver

Mas--¡ay infeliz!--¿qué veo?
Un yerto cadáver mudo
entre sus brazos me espera!
¿Quién en un instante pudo,
en facciones desmayadas
de lo pálido y caduco,
desvanecer los primores
de lo rojo y lo purpúreo?
ESQUELETO: Así, Cipriano, son
todas las glorias del mundo.

Desaparece, y sale CLARÍN, huyendo, y abrázase con él CIPRIANO

CLARÍN: (Si alguien ha menester miedo, **Aparte**
yo tengo un poco y un mucho.)
CIPRIANO: Espera, fúnebre sombra.
Ya con otro fin te busco.
CLARÍN: Pues yo soy fúnebre cuerpo.
¿No echas de verlo en el bulto?
CIPRIANO: ¿Quién eres?
CLARÍN: Yo estoy de suerte
que aun quien soy creo que dudo.
CIPRIANO: ¿Viste en lo raro del viento
o del centro en el profundo
yerto un cadáver, dejando
en señas de polvo y humo
desvanecida la pompa
que llena de adornos trujo?
CLARÍN: Ahora sabes que estoy
sujeto a los infortunios
de acechador.
CIPRIANO: ¿Qué se hizo?

CLARÍN: Deshízose luego al punto.
CIPRIANO: Busquémosle.
CLARÍN: No busquemos.
CIPRIANO: Sus desengaños procuro.
CLARÍN: Yo no, señor.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: (¡Justos cielos! **Aparte**
Si juntas un tiempo tuvo
mi ser la ciencia y la gracia
cuando fui espíritu puro,
la gracia sola perdí,
la ciencia no. ¿Cómo, injustos,
si esto es así, de mis ciencias
aun no me dejáis el uso?)

Sin verle

CIPRIANO: ¡Lucero, sabio maestro!
CLARÍN: No le llames; que presumo
que venga en otro cadáver.
DEMONIO: ¿Qué me quieres?
CIPRIANO: Que del mucho
horror que padezco absorto
rescates hoy mi discurso.
CLARÍN: (Yo, que no quiero rescates, **Aparte**
por este lado me escurro.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Apenas sobre la tierra
herida acentos pronuncio
cuando en la acción que allá estaba
Justina, divino asunto
de mi amor y mi deseo
Pero ¿para qué procuro
contarte lo que ya sabes?
Vino, abracéla, y al punto
que la descubro--¡ay de mí!--
en su belleza descubro
un esqueleto, una estatua,
una imagen, un trasunto
de la muerte, que en distintas
voces me dijo--¡oh qué susto!--,
"Así, Ciprïano, son
todas las glorias del mundo."
Decir que en la magia tuya,
por mí ejecutada, estuvo
el engaño no es posible,
porque yo punto por punto
la obré, sin que errar pudiese
de sus caracteres mudos
una línea, ni una voz
de sus mortales conjuros.
Luego tú me has engañado
cuando yo los ejecuto,

pues sólo fantasmas hallo
adonde hermosuras busco.
DEMONIO: Ciprïano, ni hubo en ti
defecto, ni en mí le hubo.
En ti, supuesto que obraste
el encanto con agudo
ingenio; en mí, pues el mío
te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado
más superior causa tuvo.
Mas no importará; que yo,
que tu descanso procuro,
te haré dueño de Justina
por otros medios más justos.
CIPRIANO: No es ése mi intento ya;
que de tal suerte confuso
este espanto me ha dejado
que no quiero medios tuyos.
Y así, pues que no has cumplido
las condiciones que puso
mi amor, sólo de ti quiero,
ya que de tu vista huyo,
que mí cédula me vuelvas,
pues es el contrato nulo.
DEMONIO: Yo te dije que te había
de enseñar en este estudio
ciencias que atraer pudiesen,
de tus voces al impulso,
a Justina; y pues el viento
aquí a Justina te trujo,
válido ha sido el contrato,
y yo mi palabra cumplo.
CIPRIANO: Tú me ofreciste que había
de coger mi amor el fruto
que sembraba mi esperanza
por estos montes incultos.
DEMONIO: Yo me obligué, Ciprïano,
sólo a traerla.
CIPRIANO: Eso dudo;
que a dármela te obligaste.
DEMONIO: Yo la vi en los brazos tuyos.
CIPRIANO: Fue una sombra.
DEMONIO: Fue un prodigio.
CIPRIANO: ¿De quién?
DEMONIO: De quien se dispuso
a ampararla.
CIPRIANO: ¿Y cúyo fue?

Temblando

DEMONIO: No quiero decirte cuyo.
CIPRIANO: Valdréme yo de tus ciencias
contra ti. Yo te conjuro
que quién ha sido me digas.
DEMONIO: Un Dios, que a su cargo tuvo
a Justina.
CIPRIANO: Pues ¿qué importa
sólo un dios, puesto que hay muchos?
DEMONIO: Tiene Él el poder de todos.

CIPRIANO: Luego solamente es uno,
pues con una voluntad
obra más que todos juntos.
DEMONIO: No sé nada, no sé nada.
CIPRIANO: Ya todo el pacto renuncio
que hice contigo; y en nombre
de aquese Dios te pregunto:
¿Qué le ha obligado a ampararla?

Haciéndose fuerza para no decirlo

DEMONIO: Guardar su honor limpio y puro.
CIPRIANO: Luego Ése es suma bondad,
pues que no permite insultos.
Mas ¿qué perdiera Justina
si aquí se quedaba oculto?
DEMONIO: Su honor, si lo adivinara
por sus malicias el vulgo.
CIPRIANO: Luego ese Dios todo es vista,
pues vio los daños futuros.
Pero ¿no pudiera ser
ser el encanto tan sumo
que no pudiera vencerle?
DEMONIO: No, que su poder es mucho.
CIPRIANO: Luego ese Dios todo es manos,
pues que cuanto quiso pudo.
Dime, ¿quién es ese Dios,
en quien he topado juntos
ser una suma bondad,
ser un poder absoluto,
todo vista y todo manos,
que ha tantos años que busco?
DEMONIO: No lo sé.
CIPRIANO: Dime quién es.
DEMONIO: ¡Con cuánto horror lo pronuncio!
Es el Dios de los cristianos.
CIPRIANO: ¿Qué es lo que moverle pudo
contra mí?
DEMONIO: Serlo Justina.
CIPRIANO: ¿Pues tanto ampara a los suyos?

Con rabia

DEMONIO: Sí, mas ya es tarde, ya es tarde
para hallarle tú, si juzgo
que, siendo tú esclavo mío,
no has de ser vasallo suyo.
CIPRIANO: ¡Yo tu esclavo!
DEMONIO: En mi poder
tu firma está.
CIPRIANO: Ya presumo
cobrarla de ti, pues fue
condicional, y no dudo
quitártela.
DEMONIO: ¿De qué suerte?
CIPRIANO: De esta suerte.

Saca la espada, tírale y no le topa

DEMONIO: Aunque desnudo
el acero contra mí
esgrimas fiero y sañudo,
no me herirás; y porqué
desesperen tus discursos,
quiero que sepas que ha sido
el Demonio el dueño tuyo.
CIPRIANO: ¿Qué dices?
DEMONIO: Que yo lo soy.
CIPRIANO: ¡Con cuánto asombro te escucho!
DEMONIO: Para que veas, no sólo
que esclavo eres, pero cúyo.
CIPRIANO: ¡Esclavo yo del Demonio!
¿Yo de un dueño tan injusto?
DEMONIO: Sí, que el alma me ofreciste,
y es mía desde aquel punto.
CIPRIANO: ¿Luego no tengo esperanza,
favor, amparo o seguro
que tan gran delito pueda
borrar?
DEMONIO: No.
CIPRIANO: Pues ya ¿qué dudo?
No ociosamente en mi mano
esté aqueste acero agudo;
pasándome el pecho, sea
mi voluntario verdugo.
Mas ¿qué digo? Quien de ti
librar a Justina pudo
¿a mí no podrá librarme?
DEMONIO: No, que es contra ti tu insulto;
y Él no ampara los delitos,
las virtudes sí.
CIPRIANO: Si es sumo
su poder, el perdonar
y el premiar será en Él uno.
DEMONIO: También lo será el premiar
y el castigar, pues es justo.
CIPRIANO: Nadie castiga al rendido:
yo lo estoy, pues le procuro.
DEMONIO: Eres mi esclavo, y no puedes
ser de otro dueño.
CIPRIANO: Eso dudo.
DEMONIO: ¿Cómo, estando en mi poder
la firma que con dibujos
de tu sangre escrita tengo?
CIPRIANO: Él que es poder absoluto
y no depende de otro
vencerá mis infortunios.
DEMONIO: ¿De qué suerte?
CIPRIANO: Todo es vista,
y verá el medio oportuno.
DEMONIO: Yo la tengo.
CIPRIANO: Todo es manos.
Él sabrá romper los nudos.
DEMONIO: Dejaréte yo primero
entre mis brazos difunto.

Luchan

CIPRIANO: ¡Grande Dios de los cristianos!
A Ti en mis penas acudo.

Arrójale de sus brazos

DEMONIO: Ése te ha dado la vida.
CIPRIANO: Más me ha de dar, pues le busco.

Vase cada uno por su puerta, y salen el GOBERNADOR y su GENTE, y FABIO haga relación sin barba

GOBERNADOR: ¿Cómo ha sido la prisión?
FABIO: Todos en su iglesia estaban
escondidos, donde daban
a su Dios adoración.
Llegué con armadas gentes,
toda la casa cerqué,
prendílos, y los llevé
a cárceles diferentes;
y el suceso, en fin, concluyo
con decir que en esta ruina
prendí a la hermosa Justina
y a Lisandro, padre suyo.
GOBERNADOR: Pues si riquezas codicias,
puestos, honores y más,
¿cómo esas nuevas me das,
Fabio, sin pedirme albricias?
FABIO: Si así estimas mis sucesos,
las que me has de dar no ignoro.
GOBERNADOR: Di.
FABIO: La libertad de Floro
y Lelio, que tienes presos.
GOBERNADOR: Aunque yo con su castigo
parece que escarmentar
quise todo este lugar,
si la verdad, Fabio, digo,
otra es la causa por qué
presos han vivido un año,
y es que así de Lelio el daño
como padre aseguré.
Floro, su competidor,
tiene deudos poderosos;
y estando los dos celosos
y empeñados en su amor,
temí que habían de volver
otra vez a la cuestión;
y hasta quitar la ocasión,
no me quise resolver.
Con este intento buscaba
algún color con que echar
a Justina del lugar;
pero nunca le topaba.
Y pues su virtud fingida
no sólo ocasión me da
hoy de desterrarla ya,
mas de quitarla la vida.
No estén más presos; y así

a sus prisiones irás,
y con brevedad traerás
a Lelio y a Floro aquí.
FABIO: Beso mil veces tus pies.
¡Qué merced tan peregrina!

Vase FLORO

GOBERNADOR: Ya está en mi poder Justina,
presa y convencida; pues
¿qué espera mi rabia fiera,
que ya en ella no ha vengado
los enojos que me ha dado?
A sangrientas manos muera
de un verdugo.

A un CRIADO

Vos, mirad
Que aquí la traigáis os mando
hoy a la vergüenza dando
escándalo a la ciudad;
porque si en palacio está,
nada a darla vida baste.

Salen FABIO, LELIO y FLORO

FABIO: Los dos por quien envïaste
están a tus plantas ya.
LELIO: Yo, que al fin sólo deseo
parecer tu hijo esta vez,
no te miro como juez,
con los temores de reo,
sino como padre airado,
con los temores de hijo
obediente.
FLORO: Y yo colijo,
viéndome de ti llamado,
que es para darme, señor,
castigos que no merezco.
Pero a tus plantas me ofrezco.
GOBERNADOR: Lelio, Floro, mi rigor
justo con los dos ha sido,
porque, si no os castigara,
padre, no juez me mostrara.
Pero teniendo entendido
que en los nobles no duró
nunca el enojo, y que ya
quitada la causa está,
intento piadoso yo
haceros amigos luego.
En muestras de la amistad
aquí los brazos os dad.
LELIO: Yo el venturoso a ser llego
en ser hoy de Floro amigo.
FLORO: Y yo de que lo seré
doy mano y palabra.

GOBERNADOR: En fe
de eso a libraros me obligo,
que si el desengaño toco
que de vuestro amor tenéis,
no dudo que lo seréis.

Dentro

DEMONIO: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!
GOBERNADOR: ¿Qué es esto?
LELIO: Yo lo iré a ver.

LELIO va a la puerta, y vuelve luego

GOBERNADOR: En palacio tanto ruido,
¿de qué puede haber nacido?
FLORO: Gran causa debe de ser.

LELIO: Aqueste ruido, señor,
--escucha un raro suceso--
es Ciprïano, que al cabo
de tantos días ha vuelto
loco y sin juicio a Antioquía.
FLORO: Sin duda que de su ingenio
la sutileza le tiene
en aqueste estado puesto.
TODOS: ¡Guarda el loco, guarda el loco!

Salen TODOS, y CIPRIANO, medio desnudo

CIPRIANO: Nunca yo he estado más cuerdo;
que vosotros sois los locos.
GOBERNADOR: Ciprïano, pues, ¿qué es esto?
CIPRIANO: Gobernador de Antioquía,
virrey del gran césar Decio,
Floro y Lelio, de quien
fui amigo tan verdadero,
nobleza ilustre, gran plebe,
estadme todos atentos;
que por hablaros a todos
juntos a palacio vengo.
Yo soy Ciprïano; yo
por mi estudio y por mi ingenio
fui asombro de las escuelas,
fui de las ciencias portento.
Lo que de todas saqué
fue una duda, no saliendo
jamás de una duda sola
confuso mi entendimiento.
Vi a Justina, y en Justina
ocupados mis afectos,
dejé a la docta Minerva
por la enamorada Venus.
De su virtud despedido,
mantuve mis sentimientos
hasta que, mi amor pasando

de un extremo en otro extremo,
a un huésped mío, que el mar
le dio mis plantas por puerto,
por Justina ofrecí el alma,
porque me cautivó a un tiempo
el amor con esperanzas,
y con ciencias el ingenio.
De éste discípulo he sido,
estas montañas viviendo,
a cuya docta fatiga
tanta admiración le debo
que puedo mudar los montes
desde un asiento a otro asiento;
y aunque puedo estos prodigios
hoy ejecutar, no puedo
atraer una hermosura
a la voz de mi deseo.
La causa de no poder
rendir este monstruo bello
es que hay un Dios que la guarda,
en cuyo conocimiento
he venido a confesarle
por el más sumo y inmenso.
El gran Dios de los cristianos
es el que a voces confieso;
que aunque es verdad que yo agora
esclavo soy del infierno,
y que con mi sangre misma
hecha una cédula tengo,
con mi sangre he de borrarla
en el martirio que espero.
Si eres juez, si a los cristianos
persigues duro y sangriento,
yo lo soy; que un venerable
anciano, en el monte mesmo,
el carácter me imprimió
que es su primer sacramento.
Ea, pues, ¿qué aguardas? Venga
el verdugo, y de mi cuello
la cabeza me divida,
o con extraños tormentos
acrisole mi constancia;
que yo rendido y resuelto
a padecer dos mil muertes
estoy, porque a saber llego
que, sin el gran Dios que busco,
que adoro y que reverencio,
las humanas glorias son polvo,
humo, ceniza y viento.

Déjase CIPRIANO caerse boca abajo en el suelo

GOBERNADOR: Tan absorto, Ciprïano,
me deja tu atrevimiento
que, imaginando castigos,
a ninguno me resuelvo.

Pisándole

Levántate.
FLORO: Desmayado,
es una estatua de hielo.

Sacan presa a JUSTINA

CRIADO: Aquí está, señor, Justina.
GOBERNADOR: (Verla la cara no quiero.) **Aparte**
Con ese vivo cadáver
todos sola la dejemos;
porque, cerrados los dos,
quizá mudarán de intento,
viéndose morir el uno
al otro; o sañudo y fiero,
si no adoraren mis dioses,
morirán con mil tormentos.

Vase el GOBERNADOR

LELIO: Entre el amor y el espanto
confuso voy y suspenso.

Vase LELIO

FLORO: Tanto tengo que sentir
que no sé qué es lo que siento.

Vase FLORO

JUSTINA: ¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
a morir, ¡aun no me dais
muerte, porque la deseo!

Yendo tras ellos, ve a CIPRIANO

Mas sin duda es mi castigo,
cerrada en este aposento,
darme muerte dilatada,
acompañada de un muerto,
pues sólo un cadáver me hace
compañía. ¡Oh tú, que al centro
de donde saliste vuelves,
dichoso tú, si te ha puesto
en este estado la fe
que adoro!
CIPRIANO: Monstruo soberbio,
¿qué aguardas que no desatas
mi vida en...?

Vela CIPRIANO, y levántase

¡Válgame el cielo!

(¿No es Justina la que miro?) **Aparte**
JUSTINA: (¿No es Cipriano el que veo?) **Aparte**
CIPRIANO: (Mas no es ella, que en el aire **Aparte**
la finge mi pensamiento.)
JUSTINA: (Mas no es él: por divertirme, **Aparte**
fantasmas me finge el viento.)

Recelándose uno de otro

CIPRIANO: Sombra de mi fantasía...
JUSTINA: Ilusión de mi deseo...
CIPRIANO: ...asombro de mis sentidos...
JUSTINA: ...horror de mis pensamientos...
CIPRIANO: ...¿qué me quieres?
JUSTINA: ...¿qué me quieres?
CIPRIANO: Ya no te llamo. ¿A qué efecto
vienes?
JUSTINA: ¿A qué efecto tú
me buscas? Ya en ti no pienso.
CIPRIANO: Yo no te busco, Justina.
JUSTINA: Ni yo a tu llamado vengo.
CIPRIANO: Pues ¿cómo estás aquí?
JUSTINA: Presa.
¿Y tú?
CIPRIANO: También estoy preso.
Pero tu virtud, Justina,
dime, ¿qué delito ha hecho?

Cóbranse los dos

JUSTINA: No es delito, pues ha sido
por el aborrecimiento
de la fe de Cristo, a quien
como a mi Dios reverencio.
CIPRIANO: Bien se lo debes, Justina;
que tienes un Dios tan bueno
que vela en defensa tuya.
Haz tú que escuche mis ruegos.
JUSTINA: Sí hará, si con fe le llamas.
CIPRIANO: Con ella le llamo; pero
aunque de él no desconfío,
mis extrañas culpas temo.
JUSTINA: Confía.
CIPRIANO: ¡Ay, qué inmensos son
mis delitos!
JUSTINA: Más inmensos
son sus favores.
CIPRIANO: ¿Habrá
para mí perdón?
JUSTINA: Es cierto.
CIPRIANO: ¿Cómo, si el alma he entregado
al demonio mismo en precio
de tu hermosura?
JUSTINA: No tiene
tantas estrellas el cielo,
tantas arenas el mar,
tantas centellas el fuego,
tantos átomos el día,

ni tantas plumas el viento,
como Él perdona pecados.
CIPRIANO: Así, Justina, creo,
y por Él daré mil vidas.
Pero la puerta han abierto

Saca FABIO a CLARÍN, MOSCÓN y LIVIA

FABIO: Entrad, que con vuestros amos
aquí habéis de quedar presos.

Vase FABIO

LIVIA: Si ellos quieren ser cristianos,
¿acá qué culpa tenemos?
MOSCÓN: Mucha; que los que servimos
harto gran delito hacemos.
CLARÍN: Huyendo del monte, vine
de un riesgo a dar a otro riesgo.

Sale un CRIADO

CRIADO: A Justina y a Ciprïano
el gobernador Aurelio
llama.
JUSTINA: ¡Dichosa seré
si es para el fin que deseo! -
No te acobardes, Ciprïano.
CIPRIANO: Fe, valor y ánimo tengo;
que si de mi esclavitud
la vida ha de ser el precio,
quien el alma dio por ti,
¿qué hará en dar por Dios el cuerpo?
JUSTINA: Que en la muerte te querría
dije; y pues a morir llego
contigo, Ciprïano, ya
cumplí mis ofrecimientos.

Vanse, y quedan los tres solos

MOSCÓN: ¡Qué contentos a morir
se van!
LIVIA: Mucho más contentos
los tres a vivir quedamos.
CLARÍN: No mucho; que falta un pleito
que averiguar; y aunque aquésta
no es ocasión, por si luego
no hay lugar, no será justo
que echemos a mal el tiempo.
MOSCÓN: ¿Qué pleito es ése?
CLARÍN: Yo he estado
ausente...
LIVIA: Di.
CLARÍN: ...un año entero,
y un año Moscón ha sido
sin mi intermisión tu dueño;

y a rata por cantidad,
para que iguales estemos,
otro año has de ser mía.
LIVIA: ¿Pues de mí presumes eso,
que había de hacerte ofensa?
Los días lloraba enteros
que me tocaba llorar.
MOSCÓN: Y yo soy testigo de ello;
que el día que no era mío
guardé a tu amistad respeto.
CLARÍN: Eso es falso, porque hoy
no lloraba cuando dentro
de su casa entré, y con ella
estabas tú muy de asiento.
LIVIA: No era hoy día de plegaria.
CLARÍN: Sí era, que, si bien me acuerdo,
el día que me ausenté
era mío.
LIVIA: Ése fue yerro.
MOSCÓN: Ya sé en lo que el yerro ha estado.
Éste fue año de bisiesto
y fueron pares los días.
CLARÍN: Yo me doy por satisfecho,
porque no lo ha de apurar
todo el hombre. Mas ¿qué es esto?

Suena gran ruido de tempestad, y salen TODOS, alborotados

LIVIA: La casa se viene abajo.
MOSCÓN: ¡Qué confusión! ¡Qué portento!
GOBERNADOR: Sin duda se ha desplomado
la máquina de los cielos.

Durando la tempestad

FABIO: Apenas en el cadalso
cortó el verdugo los cuellos
de Ciprïano y de Justina
cuando hizo sentimiento
toda la tierra.
LELIO: Una nube,
de cuyo abrasado seno
abortos horribles son
los relámpagos y truenos,
sobre nosotros cae.
FLORO: De ella
un disforme monstruo horrendo
en las escamadas conchas
de una sierpe sale, y, puesto
sobre el cadalso, parece
que nos llama a su silencio.

Esto se haga como mejor pareciere. El cadalso se descubrirá con las cabezas y cuerpos, y el DEMONIO en alto, sobre una sierpe

DEMONIO: Oíd, mortales, oíd
lo que me mandan los cielos
que en defensa de Justina
haga a todos manifiesto.
Yo fui quien, por disfamar
su virtud, formas fingiendo,
su casa escalé, y entré
hasta su mismo aposento;
y porque nunca padezca
su honesta fama desprecios,
a restitüir su honor
de aquesta manera vengo.
Ciprïano, que con ella
yace en feliz monumento,
fue mi esclavo; mas, borrando
con la sangre de su cuello
la cédula que me hizo,
ha dejado en blanco el lienzo;
y los dos, a mi pesar,
a las esferas subiendo
del sacro solio de Dios,
viven en mejor imperio.
Ésta es la verdad, y yo
la digo, porque Dios mesmo
me fuerza a que yo la diga,
tan poco enseñado a hacerlo.

Cae velozmente, y húndese el DEMONIO

LELIO: ¡Qué asombro!
FLORO: ¡Qué confusión!
LIVIA: ¡Qué prodigio!
MOSCÓN: ¡Qué portento!
GOBERNADOR: Todos éstos son encantos
que aqueste mágico ha hecho
en su muerte.
FLORO: Yo no sé
si los dudo o si los creo.
LELIO: A mí me admira el pensarlos.
CLARÍN: Yo solamente resuelvo
que, si él es mágico, ha sido
el mágico de los cielos.
MOSCÓN: Pues dejando en pie la duda
del bien partido amor nuestro
a el mágico prodigioso
pedid perdón de los yerros.

FIN DE LA COMEDIA

Pedro, Calderón de la Barca

El mayor encanto, amor

El mayor encanto, amor

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

ULISES.
LIBIA.
ANTISTES.
IRIS.
ARQUELAO.
CASIMIRA.
LEBREL.
TISBE.
POLIDORO.
SIRENE.
TIMANTES.
[GALATEA.]
FLORO.
[CLORI.]
CLARÍN.
[BRUTAMONTE.]
ARSIDAS.
[DUEÑA.]
LISIDAS.
[ENANO.]
CIRCE.
[AQUILES.]
FLÉRIDA.
[SOLDADO.]
ASTREA.

Jornada I

Tocan un clarín y descúbrese un navío, y en él ULISES, ANTISTES, ARQUELAO, LEBREL, POLIDORO, TIMANTES, FLORO y CLARÍN.

ANTISTES

En vano forcejamos,

cuando rendidos a la suerte estamos

contra los elementos.

ARQUELAO

Homicidas, los mares y los vientos

hoy serán nuestra ruina.

5

TIMANTES

¡Iza el trinquete!

POLIDORO

¡Larga la bolina!

FLORO

Grande tormenta el huracán promete.

ANTISTES

¡Ola iza!

LEBREL

¡A la escota!

CLARÍN

¡Al chafaldete!

ULISES

Júpiter soberano

que este golfo en espumas dejas cano:

10

yo voto a tu deidad aras y altares

si la cólera ablandas destos mares.

ANTISTES

Sagrado dios Neptuno,

griegos ofendes a pesar de Juno.

ARQUELAO

Causando está desmayos

15
el cielo con relámpagos y rayos.
CLARÍN
¡Piedad, Baco divino,
no muera en agua el que ha vivido en vino!
LEBREL
¡Piedad, Momo sagrado,
no el que carne vivió muera pescado!
20
TIMANTES
Monumentos de yelos
hoy serán estas ondas.
TODOS
¡Piedad cielos!
POLIDORO
Parece que han oído
nuestro lamento y mísero gemido,
pues calmaron los vientos.
25
ARQUELAO
Paces publican ya los elementos.
ANTISTES
Y para más fortuna,
que la buena y la mala nunca es una,
ya en aqueste horizonte
tierra enseña la cima de aquel monte
30
corona de esa sierra.
TIMANTES
Celajes se descubren.
TODOS
¡Tierra, tierra!
ULISES

Pon en aquella punta
que el mar y el cielo, hecha bisagra, junta
la proa.
POLIDORO
Ya el espolón toca la playa.
35
ANTISTES
¡Vaya toda la gente a tierra!
TODOS
¡Vaya!
ANTISTES
Del mar cesó la guerra.
ULISES
Vencimos el naufragio.
TODOS
¡A tierra, a tierra!

(Llega el bajel y desembarcan todos.)

ULISES
Saluda el peregrino,
que en salado cristal abrió camino,
40
la tierra donde llega
cuando inconstante y náufrago se niega
del mar a la inconstancia procelosa.
ANTISTES
¡Salve y salve otra vez madre piadosa!
ARQUELAO
Con rendidos despojos
45
los labios te apellidan y los ojos.
CLARÍN
Del mar vengo enfadado,

que no es gracioso el mar aunque es salado.
LEBREL
No es aqueso forzoso,
que yo no soy salado y soy gracioso.
50
ULISES
¿Qué tierra será esta?
TIMANTES
¿Quién quieres que a tu duda dé respuesta
si siempre derrotados,
mares remotos, climas apartados,
habemos tantos años discurrido
55
el rumbo, el norte y el imán perdido?
POLIDORO
Pues no nuestras desdichas han cesado,
que el monte donde ahora has arribado
no parece habitable
en lo inculto, intrincado y formidable.
60
ANTISTES
En él las más pequeñas
ruinas de gente humanas no dan señas.
ARQUELAO
Solo se ve de arroyos mil sulcado,
cuyo turbio cristal desentonado,
parece, a lo que creo,
65
desperdiciado aborto del Leteo.
LEBREL
Que habemos dado, temo,
en otro mayor mal que Polifemo.
FLORO

Quejas son, lastimosas y severas,
cuantas se escuchan de robustas fieras.
70
TIMANTES
Y si las copas rústicas miramos
destos funestos ramos,
no pájaros süaves
vemos, nocturnas sí, agoreras aves.
ARQUELAO
Y entre sus ramas, rotos y quebrados,
75
trofeos de guerra y caza están colgados.
POLIDORO
Todo el sitio es rigor.
FLORO
Todo espanto.
ANTISTES
Todo horror.
ARQUELAO
Todo asombro.
TIMANTES
Todo encanto.
LEBREL
Absorto de mirar sus señas quedo.
¿Creerasme una verdad? Que tengo miedo.
80
CLARÍN
Sí creeré, si es que arguyo
que por mi corazón se juzga el tuyo.

(Vanse, y quedan los dos.)

ULISES
Pues los dos nos quedamos,

por esta parte penetrando vamos.
¿Qué bosque es este, cielos soberanos?
85
CLARÍN
Y aun en eso no para
pues, del obscuro centro
suyo, miro salirnos al encuentro
un escuadrón de fieras,
bárbara, inculta güeste, que en hileras
90
mal formadas embiste
a los dos.
ULISES
Defendámonos, ¡ay triste!,
el uno al otro. Pero, ¿cómo es esto?
No solo a nuestra ofensa se han dispuesto
más humildes: postrados y vencidos,
95
los pechos por la tierra están rendidos.

(Salen animales y hacen lo que se va diciendo.)

Y el rey de todos ellos,
el león, coronado de cabellos,
en pie puesto una vez hacia las peñas
y otra hacia el mar, cortés nos hace señas.
100
¡Oh, generoso bruto,
rey de tanta república absoluto!,
¿qué me quieres decir cuando a la playa
señalas? ¿que me vaya
y que no tale más el bosque donde
105
tienes tu imperio? A todo me responde,

inclinada la testa,
con halagos firmando la respuesta.
Creamos, pues, al hado;
que un bruto no mintiera coronado.
110
Convoca a gritos fieros
a nuestros compañeros
para que al mar volvamos
y agradecidos el peligro huyamos.
CLARÍN
Compañeros de Ulises
115
que discurrís los bárbaros países:
deste encantado monte
desamparad su bárbaro horizonte.
ULISES
Al mar volved, al mar; que, tristemente,
con halago las fieras obediente,
120
cuando tus voces nuestras gentes llaman,
quieren quejarse y por quejarse braman.
CLARÍN
Todas con manso estruendo,
repitiendo las señas, van huyendo.
ULISES
Mucho es mi asombro.
CLARÍN
Y mi tristeza es mucha.
125

(Sale huyendo ANTISTES.)

ANTISTES
Dioses, ¿qué tierra es esta?

Atiende, escucha.
Entramos en ese monte,
Ulises, tus compañeros,
a examinar sus entrañas,
a solicitar su centro,
130
cuando a las varias fortunas
del mar pensamos que el cielo
nos había hallado amparo,
nos había dado puerto.
Mas, ¡ay triste!, que el peligro
135
es de mar y tierra dueño;
porque en la tierra y el mar
tiene el peligro su imperio.
Dígalo allí, coronado
de tantos naufragios ciertos,
140
y aquí lo diga, ceñido
de tantos precisos riesgos,
aunque ni el mar ni la tierra
no tienen la culpa dellos,
pues el hombre en tierra y mar
145
lleva el peligro en sí mesmo
por diversos laberintos
que labró, artífice diestro,
sin estudio y sin cuidado
el desaliño del tiempo.
150
Discurrimos ese monte
hasta que, hallándonos dentro,
vimos un rico palacio

tan vanamente soberbio
que, embarazando los aires
155
y los montes afligiendo,
era para aquellos nube
y peñascos para estos
porque se daban la mano
con uno y con otro extremo.
160
Pero aunque viciosos eran,
la virtud no estaba en medio,
saludamos sus umbrales
cortesanamente atentos,
y apenas de nuestras voces
165
la mitad nos hurtó el eco
cuando de ninfas hermosas
un tejido coro bello
las puertas abrió, mostrando
apacible y lisonjero,
170
que había de ser su agasajo
de nuestros males consuelo,
de nuestras penas alivio,
de nuestras tormentas puerto.
Mintió el deseo. Mas, ¿cuándo
175
dijo verdad el deseo?
Detrás de todas venía,
bien como el dorado Febo
acompañado de estrellas
y cercado de luceros,
180

una mujer tan hermosa
que nos persuadimos, ciegos,
que era, a envidia de Dïana,
la diosa destos desiertos.
Esta, pues, nos preguntó
185
quiénes éramos; y habiendo
informádose de paso
de los infortunios nuestros,
cautelosamente humana
mandó servir al momento
190
a sus damas las bebidas
más generosas, haciendo
con urbanas ceremonias
político al cumplimiento.
Apenas de sus licores
195
el veneno admitió al pecho
cuando corrió al corazón;
y en un instante, un momento,
a delirar empezaron
de todos los que bebieron
200
los sentidos, tan mudados
de lo que fueron primero,
que no solo la embriaguez
entorpeció el sentimiento
del juicio, porción del alma,
205
sino también la del cuerpo.
Pues, poco a poco, extinguidos
los proporcionados miembros,

fueron mudando las formas.
¡Quién vio tan raro portento!
210
¡Quién vio tan extraño hechizo!
¡Quién vio prodigio tan nuevo!
¡Y quién vio que, siendo hermosa
una mujer con extremo,
para hacer los hombres brutos
215
usase de otros remedios,
pues destas transformaciones
es la hermosura el veneno!
Cuál era ya racional
bruto de pieles cubierto;
220
cuál, de manchas salpicado,
fiera con entendimiento.
Cuál sierpe armada de conchas;
cuál de agudas puntas lleno,
cuál animal más inmundo,
225
y todos al fin a un tiempo
articulaban gemidos
pensando que eran acentos.
La mágica entonces dijo:
«Hoy veréis, cobardes griegos,
230
de la manera que Circe
trata cuantos pasajeros
aquestos umbrales tocan».
Yo, que por ser el que haciendo
estaba la relación
235

de nuestros varios sujetos,
aún no había al labio dado
el vaso, el peligro viendo,
sin que reparara en mí
Circe, corrí; que en efeto
240
el que se sabe librar
de los venenos más fieros
de una hermosura es quien solo
niega los labios a ellos.
Esto, en fin, me ha sucedido;
245
y vengo a avisarte desto
porque desta esfinge huyamos.
Pero, ¿dónde podrá el cielo
librarnos de una mujer
con hermosura e ingenio?
250
ULISES
¿Cuándo vengada estarás,
¡oh injusta deidad de Venus!,
de Grecia? ¿Cuándo tendrán
divinas cóleras medio?
ANTISTES
No en lastimosos gemidos
255
la ocasión embaracemos
que tenemos de librarnos:
al mar volvamos huyendo.
ULISES
¿Cómo habemos de dejar
así a nuestros compañeros?
260

CLARÍN
Perdernos, señor, nosotros
no es alivio para ellos.
ULISES
Juno, si en desprecio tuyo
Venus ofende a los griegos,
¿cómo tú no los defiendes
265
quejosa de tu desprecio?
Acuérdate que, ofendida
de Paris, a nuestro acero
le fïaste tu venganza.
Acuérdate que sangrientos
270
por ti abrasamos a Troya,
cuyo no apagado incendio
hoy en padrones de humo
está en cenizas ardiendo.
Si por haberte vengado
275
tantos males padecemos,
remédianos, Juno bella,
contra la deidad de Venus.

(Tocan chirimías, y sale en un arco, IRIS, ninfa, y canta la música.)

MÚSICA
Iris, ninfa de los aires,
el arco despliega bellos,
280
y mensajera de Juno
rasga los azules velos.
IRIS
.

Ya la obedezco; y batiendo
las alas rompe los vientos.
ULISES
Línea de púrpura y nieve,
285
nube de rosa y de fuego,
verde, roja y amarilla
nos deslumbran sus reflejos.
ANTISTES
Que hermoso rasgo corrido
en el papel de los cielos,
290
bandera es de paz.
ULISES
Y en él
está la ninfa pendiendo,
embajatriz de las diosas,
reina de dos elementos.
Iris, bellísima ninfa,
295
si tu respuesta merezco,
¿qué, dichosa, vas buscando?,
¿qué, infelice, vas huyendo?
IRIS
.
A tus fortunas atenta,
¡oh nunca vencido griego!,
300
Juno tu amparo dispone
y yo de su parte vengo.
Este ramo que te traigo
de varias flores cubierto,
hoy contra Circe será

305
trïaca de sus venenos.
Toca con él sus hechizos:
.
desvaneceranse luego
como al amor no te rindas.
Que con avisarte desto
310
ya la obedezco; y batiendo
las alas rompo los vientos.
TODALAMÚSICA
Y batiendo las alas rompo los vientos.

(Desaparece con chirimías el arco y la ninfa.)

ULISES
Hermoso aliento de Juno,
no desvanezcas tan presto
315
tanto aparato de estrellas,
tanta pompa de luceros.
Espera, detente, aguarda
que te sacrifique el pecho
estas lágrimas, que lleves
320
en señal de rendimiento.
CLARÍN
Ya las esparcidas luces
va doblando y recogiendo
hasta perderse de vista
por las campañas del viento
325
ULISES
Ya no hay que temer de Circe

los encantos, pues ya veo
tan de mi parte los hados,
tan en mi favor los cielos.
A sus palacios me guía;
330
verasme vencer en ellos
sus hechizos y librar
a todos mis compañeros.
ANTISTES
No es menester que te guíe
a sus ojos; que ella, haciendo
335
salva a tus peligros, sale
al son de mil instrumentos.

(Sale CIRCE, ASTREA, LIBIA, CASIMIRA, TISBE, CLORI y todas las músicas y músicos. Trae ASTREA un vaso y salva, y LIBIA una toalla, y cantan.)

MÚSICA
En hora dichosa venga
a los palacios de Circe
el siempre invencible griego,
340
el nunca vencible Ulises.
CIRCE
En hora dichosa venga
hoy a este palacio hermoso
el griego más generoso
que vio el sol, donde prevenga
345
blando albergue y donde tenga
dulce hospedaje; y atento
a sus fortunas, contento
pueda en la tierra triunfar

de la cólera del mar
350
y de la saña del viento.
Felice, pues, fuese el día
que estos piélagos sulcó;
felice fuese el que halló
abrigo en la patria mía;
355
y felice la osadía
con que ya vencer presuma
en tranquila paz, en suma
felicidad inmortal,
ese monstruo de cristal
360
siempre escamado de espuma.
Que yo, al cielo agradecida
pues ya mis venturas sé,
de tanto huésped daré
parabienes a mi vida.
365
Y así, a tus plantas rendida
con aplausos diferentes,
vengo a recibir tus gentes
hurtando en ecos süaves
las cláusulas de las aves,
370
los compases a las fuentes.
Y porque al que el mar vivió
lo que más en él le obliga
a sentir es la fatiga
de la sed que padeció
375
(¡quién sed en tanta agua vio!),

a traerte aquí se atreven
los aplausos que me mueven,
en señal de cuán piadoso
es mi afecto, el generoso
380
néctar que los dioses beben.
Bebe y sin pavor ninguno
brinda la gran majestad
de Júpiter, la beldad
de Venus, ciencias de Juno,
385
de Marte armas, de Neptuno
ondas, de Dïana honor,
flores de Flora, esplendor
de Apolo y, por varios modos,
porque en uno asisten todos,
390
bebe y brinda al dios de Amor.
ULISES
Bellísima cazadora
que en este opaco horizonte,
siendo noche todo el monte,
todo el monte haces aurora,
395
pues no amaneció hasta ahora
que te vi la luz en él:
rendido admite, y fïel,
un peregrino del mar
que halló piadoso al pesar,
400
que halló a la dicha crüel.
Esa nave derrotada
que con tanta sed anhela,

pez que por las ondas vuela,
ave que en los aires nada,
405
a tu deidad consagrada
víctima ya sin ejemplo
de tus aras la contemplo,
pues aquí se ha de quedar
por trofeo de tu altar,
410
por despojo de tu templo.
El néctar con que has brindado
mi feliz venida aceto

(Llegan ASTREA y LIBIA.)

aunque temor y respeto
me han suspendido y turbado,
415
tanto que, de recatado,
no me atrevo a tus favores
sin que otros labios mejores
lisonjeen tus agravios;
y así, antes que con los labios,
420
haré la salva con flores.
.
ASTREA
¡En fuego el agua encendió!
LIBIA
¡Qué es lo que mis ojos ven!
CIRCE
¿Quién, cielos airados, quién,
más ha sabido que yo?
425

ULISES
Quien tus encantos venció
deidad superior ha sido;
y pues a tiempo ha venido
que a tantos vengar espero,
verás, mágica, este acero
430
en tu púrpura teñido.
CIRCE
Aunque llego a merecer
la muerte, es bien que te asombre;
que no es vitoria de un hombre
el matar una mujer.
435
Valor tan hecho a vencer,
no ha de ser, no, mi homicida.
Rendida tienes mi vida:
luego de tu acero hoy
dos veces segura estoy,
440
por mujer y por rendida.
ULISES
Por rendida y por mujer
darte la muerte no quiero.
Vida tienes, mas primero
que en la vaina vuelva a ver
445
la cuchilla, has de traer
mis compañeros aquí.
CIRCE
Eso y más haré por ti.
Oíd, racionales fieras,
en vuestras formas primeras

450
trocad las formas que os di.

(Salen cada uno de por sí.)

TIMANTES
¿Qué es lo que me ha sucedido
este rato que he soñado?
POLIDORO
En un león transformado
mi letargo me ha tenido.
455
FLORO
¿Qué ajeno de mi sentido
me ha usurpado un frenesí?
ARQUELAO
¡Gracias a Dios que te vi,
oh campo azul cristalino!
LEBREL
Vive Dios que fui un cochino
460
y aún me soy lo que me fui.
CIRCE
Ya libres tus gentes ves.
ULISES
Y ya aquí no hay que esperar:
¡alto, amigos, a embarcar!
TIMANTES
A todos nos da tus pies
465
por esta ventura.
CIRCE
Pues
tan seguro estás de mí,

no te ausentes, no, de aquí
sin que llegue a saber yo
más despacio quién venció
470
mis encantos.
ULISES
Oye.
CIRCE
Di.
ULISES
Si caben tantos sucesos
en el coro de unas voces:
la fértil Grecia es mi patria
y Ulises mi propio nombre.
475
Aunque inclinado a las letras,
militares escuadrones
seguí, que en mí se admiraron
espada y pluma conformes.
Cerqué a Troya y rendí a Troya,
480
no me permitas que torne
a la memoria sus ruinas;
basta que Venus las llore.
Heredero de las armas
de Aquiles fui, porque logren,
485
si dueño no tan valiente,
dueño a lo menos tan noble.
Al mar me entregué pensando
volver a mi patria, donde
trocara el bélico estruendo
490

a regalados favores.
Engañome mi esperanza,
mintiome mi amor, burlome
mi deseo. ¡Oh cuánto fácil
su dicha imagina el hombre!
495
Venus, del griego ofendida,
mis venturas descompone;
que es, aunque diosa, mujer
en quien duran los rencores.
La cárcel abrió a los vientos,
500
para mi agravio, veloces;
que para mis esperanzas
aun fueran los vientos torpes.
Ellos, que airados embisten,
la fértil armada rompen,
505
y yo, turbado, perdí
con la confusión el norte.
Huésped viví de Neptuno
seis años, y por salobres
campañas de agua sospecho
510
que he dado una vuelta al orbe.
Entre Caribdis y Escila
me vi, y a las dulces voces
del golfo de las sirenas
basilisco fui de bronce.
515
Llegué al pie del Lilibeo,
ese gigante que opone
al cielo sus puntas siendo

excelsa pira de flores,
donde fui de Polifemo
520
mísero cautivo, y donde
con su muerte rescaté
mi vida de sus prisiones,
el trágico fin vengando
de Acis, generoso joven,
525
y la hermosa Galatea,
hija de Tetis y Doris,
que, lágrimas de un peñasco,
al mar en dos fuentes corren,
cuando... Mas deber no quiero
530
tan poco a hazaña tan noble
que la desluzga en contarla
presumiendo que la ignores;
basta decir que, seguro
de sus castigos atroces,
535
tuvimos por agradables
de los vientos los rigores;
porque tan airados fueron
que nos trajeron adonde
el riesgo de una mujer
540
venciese al horror de un hombre,
pues venimos donde tú
mágicas transformaciones
usas: llorando lo digan
esas fieras y esos robles.
545

Y así, pues tan generosas
deidades más superiores
me aseguran, volveré,
huyendo de tus rigores,
a quebrantar los cristales
550
dese piélago que sobre
sus espaldas tantos años
huésped me admitió. Descoge,
¡oh surto delfín que vuelas,
varado neblí que corres!,
555
las alas porque otra vez
la plata del agua cortes,
o con la quilla la rices
o con el buco la entorches.
Torne, pues, al albedrío
560
de agua y mar la nave, y torne
a llevarme donde fuere
la voluntad de los dioses.
CIRCE
Retórico griego, a quien
este escollo cristalino,
565
ese peñasco de nieve,
esa campaña de vidrio,
náufrago huésped le tuvo
tantos años: pues vencidos
los hados llegas trayendo
570
aquesas flores contigo,
que son antídoto hermoso,

que son conjuro divino
contra mortales venenos,
contra mágicos hechizos,
575
no tan presto a peinar vuelvas
al mar los cabellos rizos,
que canos y ajados son
hermosos con desaliño.
Deja descansar las ondas;
580
y ese bajel que al abrigo
de dos montes surto yace,
permite que, agradecido
a la piedad de los cielos,
de los hados al arbitrio,
585
blanda y no penosamente
bata las alas de lino
en tanto que te reparas
de aquel pasado peligro
que derrotado te trujo
590
a aquestos montes altivos.
Y para que sepas cuánto
asombro es el que has vencido,
darte relación de mí
este instante solicito:
595
esa luminar antorcha
que desde su plaustro rico
el cielo ilumina a rayos,
el mundo describe a giros.
Ese planeta que corre

600
siempre hermoso, siempre vivo,
llevándose tras sí el día
fue el luciente padre mío.
Prima nací de Medea
en Tesalia, donde fuimos
605
asombro de sus estudios
y de sus ciencias prodigio;
porque enseñadas las dos
de un gran mágico, nos hizo
docto escándalo del mundo,
610
sabio portento del siglo;
que, en fin, las mujeres, cuando
tal vez aplicar se han visto
a las letras o a las armas,
los hombres han excedido;
615
y así, ellos envidiosos,
viendo nuestro ánimo invicto,
viendo agudo nuestro ingenio,
porque no fuera el dominio
todo nuestro, nos vedaron
620
las espadas y los libros.
No te digo que estudié
con generoso motivo
Matemáticas, de quien
la Filosofía principio
625
fue; no te digo que al cielo
los dos movimientos mido,

natural y rapto, siendo
ambos a un tiempo continuos.
No te digo que del sol
630
los veloces cursos sigo
siendo cambiante cuaderno
de tornasoles y visos;
no que de la luna observo
los resplandores mendigos,
635
pues una dádiva suya
los hace pobres o ricos.
No te digo que los astros,
bien errantes o bien fijos,
en ese papel azul
640
son mis letras: solo digo
que esto, aunque es estudio noble,
fue para mi ingenio indigno,
pues pasando a más empeños
la ambición de mi albedrío,
645
el canto entiendo a las aves
y a las fieras los bramidos,
siendo para mí
agüeros o vaticinios.
Cuantos pájaros al aire
650
vuelan, ramilletes vivos,
dando a entender que se llevan
la primavera consigo,
renglones son para mí
ni señalados, ni escritos.

655
La armonía de las flores
que en hermosos laberintos
parece que es natural
sé yo bien que es artificio,
pues son en planta en que el cielo
660
estampa raros avisos.
Por las rayas de la mano
la quiromancia examino
cuando, en ajadas arrugas
de la piel, el [fin] admiro
665
del hombre; la geomancia
en la tierra cuando escribo
mis caracteres en ella;
y en ella también consigo
la piromancia cuando
670
de su centro, de su abismo,
hago abrirse las entrañas
y abortar a mis gemidos
los difuntos que responden
de mi conjuro oprimidos.
675
Mas, ¿qué mucho, si al infierno
tal vez obediente he visto
temblar de mí, si tal vez
sus espíritus aflijo?
Pero, ¿para qué te canso?
680
Pero, ¿para qué repito
grandezas mías, si todas

en esta sola las cifro?
Para que mejor pudiese
entregarme a mis desinios,
685
a Trinacria vine, donde,
en este apartado sitio
del Etna y del Lilibeo,
estos palacios fabrico,
deleitosas selvas fundo
690
y montes incultos finjo.
Aquí, pues, siendo bandida,
emperatriz de sus riscos,
la vida cobro en tributo
de todos los peregrinos
695
que, náufragos en el mar,
a la ley de su destino,
cerrado puerto de nieve,
osaron abrir caminos.
Y porque fuese mi imperio
700
más raro y más exquisito,
esas fieras y esos troncos
todos son vasallos míos;
que los troncos y las fieras
viven aquí con instinto,
705
pues árboles racionales
son hombres vegetativos.
Esta soy, y con mirar
el sol a mi voz rendido,
la luna a mi acción atenta,

710
obediente a mi suspiro
toda la caterva hermosa
de los astros y los signos;
con saber que cuando quiero
el cielo empaño, que vibro
715
los rayos, que de las nubes
aborto piedra y granizo,
que hago estremecer los montes,
caducar los edificios,
titubear todo ese mar
720
y penetrar los abismos;
y, finalmente, trocarse
los hombres sin albedrío
en varias formas, teniendo
ya en las peñas obeliscos,
725
ya en las cortezas sepulcro
y ya en las grutas asilo:
hoy a tus plantas me postro,
hoy a tu valor me rindo
y como mujer te ruego,
730
como señora te pido,
como emperatriz te mando,
como sabia te suplico
no te ausentes hasta tanto
que hayas del hado vencido
735
el rigor con que te trajo
derrotado y perseguido

a inculcar aquestos mares.
Quédate unos días conmigo;
verás trocado mi extremo
740
de riguroso en benigno
con el gusto que te hospedo,
con la atención que te sirvo,
siendo el Flegra desde hoy,
no ya fiero, no ya esquivo
745
hospedaje de Saturno
siempre en roja sangre tinto;
selva sí, de Amor y Venus,
deleitoso paraíso
donde sea todo gusto,
750
todo aplausos, todo alivios,
todo paz, todo descanso.
Y no quieras más indicio
de mi piedad que ser hoy
el primero que ha venido
755
a aquestos montes a quien
con algún afecto miro,
con algún agrado escucho,
con algún cuidado asisto,
con algún gusto deseo
760
y con toda el alma estimo.
ULISES
No fuera Ulises si, ya
que a estos montes he venido,
la libertad no trujera

a cuantos aquí cautivos
765
tiene el encanto. Hoy seré
de aquesta esfinge el Edipo.
ANTISTES
Señor, no de sus lisonjas
te creas, porque es fingido
su halago.
LEBREL
Huyamos de aquí.
770
CIRCE
¿Qué dices, Ulises?
ULISES
Digo
que no pudiera ser noble
quien no fuese agradecido;
y que conmigo he de ser
cruel por ser cortés contigo.
775
CASIMIRA
¡Ay de ti, porque no sabes
a lo que te has atrevido!
CIRCE
Pídeme pues, en albricias,
una merced.
ULISES
Solo pido
que estos dos árboles que hoy
780
a lástima me han movido
porque fue mi acero causa
de aumentarles su martirio,

en pago de aquesto, sean
a la luz restitüidos.
785
CIRCE
Este árbol, Flérida, una
divina hermosura ha sido,
dama mía y mi privanza;
rindió al amor su albedrío
enamorada de un joven,
790
Lisidas es su apellido,
heredero de Toscana
que, de ese mar peregrino,
salió a tierra; y porque osados
profanaron el retiro
795
de mi palacio, así yacen
en árboles convertidos.
Porque aunque yo fiera y monstruo
tan dada soy a los vicios,
solos delitos de amor
800
fueron para mí delitos;
tanto que, Arsidas, valiente
joven y príncipe invicto
de Trinacria, a cuyo imperio
estos montes tiranizo,
805
con saber que enamorado
de mi hermosura ha venido,
no ha merecido tener
más favor que volver vivo.
Pero ya que es la primera

810
cosa que tú me has pedido,
Flérida y Lisidas rompan
las prisiones que han tenido.

(Ábrense dos árboles y salen FLÉRIDA y LISIDAS.)

LISIDAS
Torpe el discurso, atado el pensamiento,
la razón ciega, el ánimo oprimido,
815
sin uso el alma, el corazón rendido,
muda la voz y tímido el aliento.
Sin voluntad, memoria, entendimiento,
vivo cadáver deste tronco he sido.
Ya, pues, que me quitabas el sentido,
820
quitárasme también el sentimiento.
Si de amar, ¡ay de mí!, a Flérida bella
castigo fue esta forma, en vano quieres
que yo me olvide, porque vivo en ella.
Los troncos aman, luego mal infieres
825
que por ser tronco venceré mi estrella,
pues no la vences tú y más sabia eres.
FLÉRIDA
Racional, vegetable y sensitiva
alma el cielo le dio al sujeto humano;
vegetable y sensible al bruto ufano,
830
al tronco y a la flor vegetativa.
Tres almas son; si de las dos me priva
tu voz porque amo a Lisidas, en vano
solicitas mi olvido, pues es llano

que, aun tronco, alma me dejas con que viva.
835
No de todo mi amor tendrá la palma
la parte en que has querido conservarme;
de aquella sí, que permitió esta calma.
Luego mudarme en tronco no es mudarme,
porque si no me quitas toda el alma,
840
todo el amor no has de poder quitarme.
CIRCE
Agradeced vuestras vidas
al huésped que me ha venido
y vivid los dos seguros
por él ya de mis castigos,
845
como de vuestros amores
no deis el más leve indicio.
LISIDAS
Siempre Ulises me tendrás
a tus pies agradecido.
FLÉRIDA
Y siempre confesaré
850
que por cuenta tuya vivo.
CIRCE
Pues porque empiecen a ser
desde hoy aplausos festivos,
todo el monte, todo el valle,
todo el mar y todo el sitio,
855
volved a cantar y todos
con él volved y con migo.
MÚSICA

En hora dichosa venga
a los palacios de Circe
el rayo de los troyanos,
860
el discreto y fuerte Ulises.
En hora dichosa venga.

(Sale ARSIDAS.)

ARSIDAS
No venga en hora dichosa
felice en desprecio mío,
ni el que fue sepulcro a tantos,
865
hoy a uno solo sea alivio.
Peligre en la tierra quien
por aquesos mares vino
en su sombra tropezando
de un peligro a otro peligro.
870
Ese acento armonioso
que le saluda benigno,
airado trueque en endechas
tristes, fúnebres caïstros,
las cláusulas porque sean
875
de sus tragedias aviso;
que no es justo, no, que un griego
extranjero, advenedizo,
de tanto usado rigor
venga a mudar el estilo.
880
¿Desde cuándo, Circe bella,
con tanto aplauso festivo,

con tan alegre aparato,
tanto noble regocijo,
al forastero saludas,
885
recibes al peregrino,
sin que este mar o estas peñas
le sirvan de precipicio,
o ya convertido en fiera
o ya en árbol convertido
890
tenga en las peñas su estancia,
tenga en las grutas su asilo?
Príncipe soy de Trinacria;
no derrotado y perdido
llegué a este puerto, pues vine
895
de más afectos traído,
porque aun aquesto también
debieses a mi albedrío;
que no quiso, no, él: solo
porque le fue fuerza quiso;
900
ni es sacrificio no siendo
voluntario el sacrificio.
Y en cuanto tiempo estos montes
por solo mirarte vivo,
no he debido a tu rigor,
905
ni a tu crueldad he debido,
una acción a quien me muestre
gustoso ni agradecido,
tanto que aún de tus encantos
libre estos campos asisto,

910
porque en tantos sentimientos
no me faltasen sentidos.
Pues dos hombres solamente
los que nos libramos fuimos,
Ulises y yo, porque
915
todo hoy en desprecio mío
resulte; pues, si los dos
nos reservamos, ha sido
Ulises para gozarlo
y Arsidas para sentirlo.
920
ULISES
Si de mi dicha envidioso,
si de mi suerte ofendido...
CIRCE
Calla Arsidas, si conoces
que la vida te permito,
porque es la mayor venganza
925
que tomo, como tú has dicho,
dejarte vivir teniendo
sentimientos y sentidos.
Quejarte de mí es decirme
que lo que busco consigo;
930
y así, porque tú te quejes,
yo la causa no te quito.
Cantad, cantad; y tú ven,
Ulises, al lado mío.
LEBREL
.

No son muy malas las dos
935
Circecillas de a poquito.
No hay que volver a dar cartas,
que yo las tomo y no miro.
CIRCE
.
Habíanme dicho que eran
los griegos, feos y esquivos;
940
y ni esquivos son, ni feos,
tanto como me habían dicho.
LISIDAS
Gracias a Amor que otra vez
Flérida hermosa te miro.
FLÉRIDA
Gracias Lisidas a Amor,
945
que otra vez a amarte vivo.
CIRCE
.
Vencerale mi hermosura
pues mi ciencia no ha podido.
ULISES
.
Libraré de aquesta fiera
a Trinacria si amor finjo.
950
ARSIDAS
.
Solo celos me faltaban:
ya está todo el mal cumplido.
MÚSICA

En hora dichosa venga
[a los palacios de Circe
el siempre invencible griego,
955
el nunca vencible Ulises.]

Jornada II

Descubre un palacio muy suntuoso, y van saliendo todas las damas por diferentes partes y llegan a la puerta, y sale CIRCE.

LIBIA
Señora, ¿qué llanto es este?
ASTREA
¿Qué pena, señora, es esta?
CLORI
¿Tú lágrimas en los ojos?
FLÉRIDA
¿Tú suspiros y tú quejas?
TISBE
¿Qué ocasión pudo moverte
5
a que sentimientos tengas?
CASIMIRA
Los males comunicados
se alivian si no se vencen.
CIRCE
Quien tiene de qué quejarse,
¡oh cuánto en quejarse yerra!;
10
que la justicia del llanto
hace apacibles las penas.
Yo así mi tristeza quiero
que tan poco no me deba,

que en repetirla procure
15
hacer menor mi tristeza.
Dejadme sola.

[Aparte LIBIA y ASTREA.]

ASTREA
¿Oyes, Libia?
LIBIA
Razonablemente, Astrea.
ASTREA
¡Plegue a Amor que estos extremos
lo que yo pienso no sean!
20
LIBIA
¡Plegue a Amor que sí! ¿Acaso
qué es lo que plegamos piensas?
Pues si es amor la ocasión
dellos, y ella a ver se llega
enamorada, dará...
25
ASTREA
¿Qué?
LIBIA
Libertad de conciencia.
ASTREA
Holgareme de salir
de religión tan estrecha
como es el honor. Vestales
vírgenes Diana celebra
30
entre gentes; mas nosotras,
entre animales y fieras,

somos vírgenes bestiales.
LIBIA
Calla porque no lo entienda.

(Vanse todas.)

CIRCE
Flérida, tú no te ausentes:
35
sola conmigo te queda,
que tengo que hablarte sola.
FLÉRIDA
.
Sin duda, ¡cielos!, que intenta
darme castigo mayor
que el que en la dura corteza
40
tuve porque hablé esta tarde
a Lisidas.
CIRCE
Oye atenta.
Este Ulises, este griego
que esa marítima bestia
subió sin duda en el mar
45
para escupirle en la tierra;
este que a la discreción
de los vientos, con deshecha
fortuna, tan derrotado
llegó a tocar estas selvas;
50
este que trujo deidad
superior en su defensa,
pues burlando mis encantos

les tiraniza la fuerza;
este, pues, que mi hospedaje
55
cortesanamente aceta,
adonde hoy tan divertido
vive olvidado de Grecia:
como si fuera mi vida
Troya, ha introducido en ella
60
tanto fuego, que en cenizas
no dudo que se resuelva.
Y con razón, porque ya,
en callado fuego envuelto,
cada aliento es un volcán,
65
cada suspiro es un Etna.
Quisiera... «Quisiera» dije:
mal empecé, pues si es fuerza
querer, Flérida, y ya quiero,
me erré en decir que quisiera.
70
Quiero, digo; pero quiero
tanto a mi ambición atenta,
que quiero a Ulises y no
quiero que Ulises lo entienda.
Agora te admirarás
75
de que yo, que tan soberbia
tu amor reñí, te fíe el mío;
pero admiraraste necia,
porque la causa mayor,
porque la ocasión más cierta
80

de incurrir en una culpa
es haber dicho mal della.
Y porque el contar delitos
a quien es cómplice cuesta
menos vergüenza, yo quise
85
regatear esta vergüenza
y, porque me cueste menos,
decirlos a quien los sepa.
Yo amo, en fin, Flérida mía:
vengada estás de mi ofensa.
90
Pluguiera a Júpiter santo
tú transformarme pudieras
a mí en insensible planta,
que yo te lo agradeciera;
porque si supiera entonces
95
lo que es amor, más quisiera
verte enamorada y viva
que no enamorada y muerta.
Enamorada, en efeto,
llego, y pues tú a saber llegas
100
qué es amor, de ti pretendo
ayudar una cautela;
y es que, para poder yo
hablar con él sin que él sepa
que soy yo la que le habla,
105
tú con ruegos y finezas
le has de enamorar de día,
y diciéndole que venga

de noche a hablarte, estaré
yo, con tu nombre encubierta,
110
donde mi altivez, mi honor,
mi vanidad, mi soberbia,
mi respeto, mi decoro
no se rindan y...
FLÉRIDA
Oye, espera,
que quieres hacer en mí
115
dos costosas experiencias.
Yo amo a Lisidas, y tú,
cruel señora, me ordenas
que disimule el amarle;
yo no amo a Ulises y intentas
120
que amarle finja; pues, ¿cómo,
a dos afectos atenta,
quieres que olvide a quien quiero
y que a quien olvido quiera?
Damas tienes con quien hoy
125
partir los afectos puedas;
a un alma basta un cuidado.
CIRCE
Y aun la misma causa es esa.
Yo sé que quien llega a estar
enamorada no deja
130
lugar para otro cuidado
en el alma; luego acierta
quien a ella el suyo le fía,

pues que no peligra en ella
el riesgo de enamorarse,
135
pues ya lo está; de manera
que tú no me darás celos,
y otra sí, cuando te vea
con Ulises, pues tu amor
sanea la contingencia.
140
Esto ha de ser en efeto.
Mas, ¿qué ruido es ese?
FLÉRIDA
Llegan
dos crïados aquí, y traen
sin duda alguna pendencia.
CIRCE
Retírate, que no quiero
145
que a todas horas me vean,
y escuchemos desde aquí
lo que tratan en mi ausencia.

(Retíranse, y salen LEBREL y CLARÍN.)

LEBREL
Digo que es la mejor vida
que tuve en mi vida aquesta.
150
CLARÍN
¿Eso dices?
LEBREL
Esto digo,
y que en el mundo no hay tierra
como Trinacria, y que Circe

es un ángel en belleza
y condición.
CLARÍN
Estás loco.
155
LEBREL
Dime, ¿ella no nos hospeda
como a unos reyes?
CLARÍN
Es cierto;
mas mucho mejor nos fuera
que en sus palacios estar
en un bodegón de Grecia.
160
LEBREL
¿No comemos lindamente?
CLARÍN
No; que no hay comida buena
adonde no doy bocado
que no piense que me deja
hecho un cochino.
LEBREL
No es
165
tan malo como tú piensas,
que yo lo fui y no me hallaba eso
mal con serlo; de manera
que a cuantos cochinos hay
sin aliño y sin limpieza
170
disculpo, porque se ahorran
de muchas impertinencias.
Y al caso: ¿dónde hallarás

una cama tan compuesta?
CLARÍN
No está el descanso en la cama,
175
ni hay pícaro que no duerma
sin penas en un pajar
mejor que un señor con ellas
en un cama dorada.
LEBREL
¿Dónde estos jardines vieras?
180
CLARÍN
¿Para qué quiero jardines?
LEBREL
Cogite: ¿dónde tuvieras
dos mozas de tan buen aire
como son Libia y Astrea?
CLARÍN
Dareme por conclüido
185
en tocándome esa tecla,
pero no confesaré
que Circe no es una fiera
nigromántica, encantadora,
energúmena, hechicera
190
súcuba, íncuba; y en fin,
es por acabar el tema,
con los demonios demonia
como con los duendes duenda.
CIRCE
[
,

FLÉRIDA.]
No puedo sufrir ya más
195
el escuchar mis ofensas.
FLÉRIDA
No te des por entendida.
CLARÍN
Y es Circe...
CIRCE
¿Qué es?
CLARÍN
...una reina;
y a quien dijere otra cosa
le daré, porque no mienta,
200
dos mil palos como uno;
y a ti, porque no te atrevas
a hablar mal de las señoras
doñas Circes en su ausencia,
yo te haré...
LEBREL
Pues, ¿quién hablaba
205
mal sino tú?
CLARÍN
Buena es esta;
¡a mí por los filos!
CIRCE
Basta.
LEBREL
Yo...
CIRCE
Bien está.

CLARÍN

.

El cielo quiera
que no oyese lo demás.

LEBREL

¡Que tan gran mentira creas!

210

CIRCE

Yo sé bien lo que es verdad.
Vós os salid allá fuera;
que yo haré que mi castigo
hoy escarmiente la lengua
que habló mal de mí.

CLARÍN

Y será

215

muy justo.

LEBREL

¡Que esto suceda!

(Vase LEBREL.)

CIRCE

A ti, en pago de que así
hoy mis acciones defiendas,
te quiero dar un tesoro
con que rico a Grecia vuelvas.

220

De ese monte en lo intrincado
llamarás con voces fieras
tres veces a Brutamonte,
que él te dará la respuesta.

CLARÍN

Mil veces tus plantas beso.

225
¡Que bien tu gran valor muestras!
A toda ley hablar bien.
¡Que haya hombres de mala lengua!

(Vase CLARÍN.)

FLÉRIDA
¿Cómo castigas, señora,
al que te defiende y premias
230
al que te ofende?
CIRCE
A su tiempo
verás el premio que lleva.

(Sale ASTREA.)

ASTREA
Ulises desde su cuarto
al tuyo pasa.
CIRCE
Aquí empieza
del amor y el altivez
235
la más cautelosa guerra,
pues no he de dar por vencida
la que quiero que se venza.

(Salen ULISES y compañeros.)

ULISES
.
Temeroso vengo, ¡ay triste!,
a ver a Circe, si es fuerza
240
que como sabia la admire

y la admire como bella.
¡Quién no se hubiera fïado
tanto de sí! ¡Quién no hubiera
hecho cautela el quedarse!
245
Pues ya contra su cautela
es imposible olvidarla
y es imposible quererla.
CIRCE
En este hermoso jardín,
adonde la primavera
250
llamó las flores a Cortes
para jurar por su reina
a la rosa, que teñida
en sangre de Venus bella
púrpura viste real,
255
generoso honor de Grecia,
en tanto que de una caza
boreal el término llega,
que será luego que el sol
vaya perdiendo la fuerza,
260
con músicas y festines
te espero, porque la ausencia
y memorias de tu patria
entretenido diviertas.
ULISES
Bellísima Circe, en quien
265
por lo hermoso y lo discreto
o está de más el ingenio

o está de más la belleza,
no es menester que mi vida
tantas lisonjas te deba
300
para que rendido siempre
a tus plantas la agradezca;
que merecer adorar
tu hermosura...
CIRCE
Aguarda, espera;
que este cortés cumplimiento
305
no quiero, Ulises, que sea
carta de favor con que
a mi respeto te atrevas;
que una cosa es hospedarte
agradecido a tus prendas,
310
y otra es escucharte amores.
ULISES
Ni yo, Circe, me atreviera
a decirlos; que una cosa
es cortesana fineza
y otra, fineza amorosa.
315
CIRCE
Pluguiera a Dios que lo fuera.
En esta tejida alfombra
que de colores diversas
labró el abril, a quien sirve
de dosel la copa amena
320
de un laurel, al sol hagamos

apacible resistencia:
vayan tomando lugares
todos, y tú aquí te asienta.
ULISES
Temo enojarte otra vez.
325
CIRCE
[
,
FLÉRIDA.]
Flérida: a entablar empieza
lo que has de fingir.

(Van tomando lugares las damas y los galanes, y ULISES se sienta en medio de CIRCE y FLÉRIDA.)

FLÉRIDA
Aquí
me siento porque quisiera
daros a entender, Ulises,
lo que me debéis.
LISIDAS
.
¡Qué llegan
330
a ver mis ojos, ay cielos!
Flérida al lado se sienta
de Ulises, y con él habla;
denme los cielos paciencia.
ANTISTES
.
Infelices de nosotros
335
si a estas lisonjas se entrega

Ulises, pues tarde o nunca
daremos la vuelta a Grecia.
.
MÚSICA
Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
340
y aun no cabe lo que siento.
en todo lo que no digo.

(Sale ARSIDAS.)

ARSIDAS
Si para ver sus desdichas
siempre ha tenido licencia
un triste, porque el pesar
345
a nadie cerró las puertas,
no te admires que la tome
yo y que a tus jardines venga,
pues he de mirar mis celos,
a mirarlos de más cerca.
350
CIRCE
Yo no doy satisfaciones,
pero huélgome que seas
testigo desto porque
sin que yo las dé las tengas.
ARSIDAS
Pues siendo así, y que ya Ulises
355
está a la mano derecha
como escogido, yo tomo,
como dejado, la izquierda.

CIRCE
Pues habemos de pasar
aquí el ardor de la siesta,
360
porque una aguda cuestión
más a todos entretenga,
haz Flérida una pregunta
y cada uno la defienda.
FLÉRIDA
Diré lo que a mí me pasa
365
porque Lisidas lo entienda:
Danteo ama a Lisis bella,
y Lisis manda a Danteo
disimular su deseo.
Silvio olvida a Clorida, y ella
370
manda que finja querella.
Danteo amando ha de callar;
Silvio no amando mostrar
que ama, siendo esto forzoso.
¿Cuál es más dificultoso,
375
fingir o disimular?
ULISES
Disimular, el que amó,
lo más difícil ha sido.
ARSIDAS
Fingir, el que no ha querido,
más difícil juzgo yo.
380
CASIMIRA
Esta opinión me agradó.

ARQUELAO
Yo estotra pienso seguir.
CLARÍN
¿Quién disimula el sentir?
LISIDAS
Y, ¿quién fingirá el amar?
LEBREL
Lo más es disimular.
385
ARSIDAS
Lo menos es el fingir.
ULISES
El hombre que enamorado
está (quien lo está no ignora
que esto es así) a cualquier hora
trae consigo su cuidado;
390
el que finge no olvidado
puede estar hasta llegar
de fingir tiempo y lugar;
luego si a su afecto es juez,
una siempre, otro tal vez,
395
más cuesta el disimular.
ARSIDAS
La misma razón ha sido
la que da la vitoria.
Consigo trae su memoria
quien ama; quien finge, olvido.
300
Luego el que ama no ha podido
olvidarse de sentir;
quien finge sí, pues ha de ir

tras la ocasión que se pierde
sin que nadie se lo acuerde:
305
luego más cuesta el fingir.
ULISES
El fingir se trae consigo
un cuidado también, pues
batalla es fingir, mas es
batalla sin enemigo;
310
la del que ama, no: testigo
es uno y otro pesar.
Este tiene que triunfar
de muchos afectos ciego,
aquel de uno solo: luego
315
más es el disimular.
ARSIDAS
Mayores afectos miente
que el que siente un mal crüel
y le disimula, aquel
que le dice y no le siente.
320
Pruébase esto claramente
si un representante a oír
vamos, porque persuadir
nos hace entonces que amó,
y a un enamorado no:
325
luego más es el fingir.
ULISES
Yo siento esto.
ARSIDAS

Estotro yo.
CIRCE
¿Qué es esto? Pues, ¿cómo así
habláis delante de mí?
Duelos del ingenio no
330
el acero los lidió.
Y así, para que salgamos
de la cuestión en que estamos,
desde el empuñado acero
hoy a la experiencia quiero
335
que la duda remitamos.
Ulises no ama, y defiende
que es más celar un ardor.
Arsidas ama en rigor,
y que es más fingirle entiende.
340
Y así mi ingenio pretende
la cuestión averiguar:
los dos la habéis de mostrar
hoy conmigo, y sin reñir:
tú, Ulises, has de fingir;
345
tú, Arsidas, desimular.
Y el que en la experiencia hiciere
primera demonstración,
por premio de la cuestión
una rica joya espere.
350
ARSIDAS
Mi amor acetar no quiere
el partido, pues la llama

ha de ocultar que le inflama;
y Ulises no ha de fingir,
pues nada finge en decir
355
que te ama, si te ama.
CIRCE
Sospechas son de tus celos,
y esto ha de ser.
ULISES
Desde aquí
finjo ser tu amante.
CIRCE
.
Así
abran camino los cielos
360
para explicar mis desvelos.
ARSIDAS
Yo disimulo que no
te quiero, pues me obligó
tu precepto.
CIRCE
.
Desta suerte
al uno y el otro advierte
365
mi amor lo que deseó.
FLÉRIDA
[
,
CIRCE.] Si le das a cada uno
un cuidado, ¿cómo, ¡ay Dios!,
quieres que yo tenga dos?

Pues en mal tan importuno
370
son muchos cuidados uno.
CIRCE
[
,
FLÉRIDA.]
Si ambos los has de tener,
¿quién te metió, di, en saber
cuál de los dos en rigor
era cuidado mayor,
375
pues no habías de escoger?
ARSIDAS
.
Circe se va, ingrata y bella;
y aunque su ausencia sentí,
no la seguiré, que así
disimularé el querella.
380
ULISES
.
Circe se ausenta. Tras ella
iré, aunque mi mal infiero
por mostrarla que la quiero.
CIRCE
¿Dónde, Ulises, vas?
ULISES
Tras ti,
que eres el sol de quien fui
385
girasol; vida no espero,
ausente tu rosicler;

y así tus reflejos sigo.
CIRCE
Arsidas, ven tú conmigo.
ARSIDAS
Tengo otra cosa que hacer;
390
perdona, no puede ser.
.
CIRCE
Bien a los dos considero
en el embate primero.
.
¡Oh si este amor, si este olvido,
uno no fuera fingido
395
y otro fuera verdadero!

(Vanse todos, y FLÉRIDA detiene a ULISES.)

FLÉRIDA
Oye, Ulises.
ULISES
¿Qué me quieres?
FLÉRIDA
Estoy tan agradecida
a la deuda de mi vida
que, hasta decirte que eres
400
quien hoy en ella prefieres
sus sentidos, no tendré
sosiego en ellos; porque
es el agradecimiento
el más preciso argumento
405

para probar una fe.
ULISES
De tus penas obligado,
decir puedo, y afligido,
antes de haberlas sabido
ya me había lastimado.
410
No debes a mi cuidado
lo que por ti no hice allí
cuando a la luz te volví,
porque tú no tienes, no,
que agradecer lo que yo
415
no supe que hacía por ti.
Ahora sí que debieras
mi deseo agradecer,
pues almas quisiera ser
para que tú las tuvieras.
420
FLÉRIDA
Aunque acciones lisonjeras,
agradezca su trofeo
con mis brazos mi deseo.

(Abrázanse; y salen por dos puertas CIRCE y LISIDAS.)

.
Yo misma de mí me admiro.
LISIDAS
.
¡Qué es esto, cielos, que miro!
425
CIRCE
.

¡Qué esto, dioses, que veo!
LISIDAS
.
El griego Ulises es quien
darme vida y muerte espera.
CIRCE
.
Bien que fingiese quisiera;
no que fingiese tan bien.
430
LISIDAS
.
Muerte mis celos me den.
CIRCE
.
Mas, ¿de qué debo quejarme?
LISIDAS
.
La vida intenta quitarme
que me ha dado, Ulises, ¡cielos!;
porque darme vida y celos
435
no deja de ser matarme.
FLÉRIDA
[
ULISES.] Estaré, como te digo,
de noche en ese jardín
que cae sobre el mar, a fin
de que él solo sea testigo
440
del afecto a que me obligo.
ULISES
Flérida, no es grosería

que responda la voz mía
que no te ha de obedecer,
pues es más desaire ser
445
amada por cortesía.
Yo he de fingir ser amante
de Circe, y no lo fingiera
si otro favor admitiera
tan poco firme y constante.
450
No el desengaño te espante;
que aunque de mi pensamiento
otro haya sido el intento,
cesó; que en el mal que sigo
solo el silencio testigo
455
ha de ser de mi tormento.
.
FLÉRIDA
.
No pudiera responder
más a mi contento nada,
pues de verme despreciada
soy la primera mujer
460
que gusto llevo a tener.
LISIDAS
.
¿Qué espero? Mas, ¡ay de mí!;
que está Circe ingrata allí.
Ocasión esperaré
de quejarme, si podré.
465

FLÉRIDA
¿Aquí estás señora?
CIRCE
Sí.
FLÉRIDA
Luego ya bien entablado
lo que me has mandado habrás
visto.
CIRCE
Sí Flérida; y más
de lo que te había mandado.
470
FLÉRIDA
¡Encarecí mi cuidado
con afecto, ay de mí, cuanto
supe!
CIRCE
Deja afecto atento,
Flérida, que amando muero,
y bien que lo finjas quiero
475
mas no que lo finjas tanto.
Demás, que si en los primeros
lances pierdo los sentidos,
no quiero celos fingidos
que sepan a verdaderos.
480
Tus afectos lisonjeros
cesen, pues que su castigo
fingido fue tal conmigo
que no digo su tormento;
y aun no cabe lo que siento
485

en todo lo que no digo.
.
FLÉRIDA
¿Quién más necio extremo vio?
¿Hay más penas que por mí
pasen este instante?
LISIDAS
Sí,
que aun agora falto yo.
490
No, Flérida hermosa, no
porque a quejarme me obligo,
porque para mi castigo,
que esto hable, que esto vea,
no quiero más de que sea
495
solo el silencio testigo.
FLÉRIDA
Lisidas, si has escuchado
lo que a Ulises dije aquí,
también lo que Circe a mí
es fuerza que hayas notado.
500
No lince para el cuidado
y ciego para el contento
estés; que este fingimiento
si fue causa de mi engaño,
también, también desengaño
505
ha de ser de mi tormento.
LISIDAS
De un triste el rigor es tal
que, aunque mal y bien estén

iguales, duda del bien
el crédito que da al mal.
510
Uno y otro en mí es mortal;
y así, al bien y al mal atento,
Flérida, ausentarme intento
de aqueste monte crüel
que, con ser tan grande, en él
515
aun no cabe lo que siento.
.
FLÉRIDA
Oye, escucha... Mas, ¡ay cielos!,
¿con qué podrán mis enojos
detenerle, si los ojos
no pueden, que en sus desvelos
520
rémoras son de los celos?
En vano, ¡ay de mí!, le sigo;
no a explicar mi mal me obligo,
pues que no sabe, no ignoro
aún nada de lo que lloro
525
en todo lo que no digo.

(Vase, y sale CLARÍN.)

CLARÍN
Engañada Circe bella,
que en efeto las mujeres
que saben más en el mundo
se engañan más fácilmente,
530
agradecida me dijo

que a este monte me viniese
y que en hallándome solo
a Brutamonte le diese
voces; que al instante el tal
535
Brutamonte, sea quien fuere,
me trairía un gran tesoro.
Solo estoy, ya no hay que espere.
¡Brutamonte! No responde.
¡Brutamonte! No me entiende.
540
A tres irá la vencida:
¡Brutamonte!

(Sale un gigante.)

BRUTAMONTE
¿Qué me quieres?
CLARÍN
Nada, si fuere posible,
es cuanto puedo quererte.
BRUTAMONTE
Ya me has llamado, y ya sé
545
a lo que vengo, que es este
recado que traigo.

(Sacan una arca dos animales.)

CLARÍN
¿Y no
la señora Circe tiene
otros pajecicos más
mañeros que la trujesen?
550
Porque para mí bastaran

menor seis varas o siete.
BRUTAMONTE
De mí se sirve, que soy
de cíclopes descendiente,
por más majestad; y espero,
555
antes que de aquí se ausenten
los griegos, vengar en todos
de Polifemo la muerte.
CLARÍN
Poco hay que vengar en mí;
que yo no le toqué y siempre
560
le tuve, ¡viven los cielos!,
tanto miedo como este,
que otro hipérbole no sé
con que más encarecerle.
BRUTAMONTE
Toma esta caja que traigo
565
para ti.
CLARÍN
Bien.
BRUTAMONTE
Y agradece
a Circe que su obediencia
atadas mis manos tiene
para que no te arrebate
de un brazo y contigo diese
570
de esotra parte del mar.
CLARÍN
Lindo saque fuera ese;

pero aunque hiciera buen vote,
¿quién de allá había de volverme?
BRUTAMONTE
Y si esto no hiciera, hiciera
575
otra cosa.
CLARÍN
¿Cuál?
BRUTAMONTE
Comerte
de un bocado.
CLARÍN
Y aún no hubiera
harto para untar un diente.
BRUTAMONTE
¡Oh, llegue el día en que tenga
esta licencia!
CLARÍN
¡Oh, no llegue
580
nunca, sino despeado
en el camino se quede!
BRUTAMONTE
Toma la caja, y en ella
hallarás más que quisieres.
CLARÍN
Un modo de despedirte
585
quisiera hallar solamente.
BRUTAMONTE
Pues yo me voy.
CLARÍN
Haces bien;

que gigantes tan corteses
en esta tierra se usan,
que poquito se detienen
590
en conversaciones donde
estorban.
BRUTAMONTE
Y cuantas veces
me nombrares...
CLARÍN
¿Qué?
BRUTAMONTE
...vendré
a estos países a verte.
CLARÍN
Yo le ahorraré ese trabajo
595
cuantas veces yo pudiere.
¿Fuese? Parece que sí,
aunque aquí no lo parece.
Pero, ¿de qué tengo miedo
si es, humilde y obediente,
600
un novicio de gigantes?
Y pues el tesoro viene,
¿quién me mete en discurrir?
Traígale quien le trujere.
¡Alto pues! La caja abro,
605
que la llave en ella tiene.
¿Quién duda que habrá diamantes
como el puño, como nueces
perlas y como las bolas

de los bolos, los claveques?
610
(
DUEÑA.)
Mas, ¿qué es lo que miro?
DUEÑA
Miras
a una mísera sirviente
que para servir de escucha
y parlar cuanto dijeres
de Circe, me manda que ande
615
contigo acechando siempre.
Por eso en traje de dueña
me envía para que aceche.
CLARÍN
Lindo tesoro de chismes
en la tal arca me viene.
620
¿Yo dueña, tras un gigante?
Aquí falta solamente
para que el triunfigurato
de caballeros noveles
esté cabal, un enano.
625
DUEÑA
Pues no faltará, si es ese
el defeto, Brunelillo.

(Sale un ENANO.)

ENANO
¿Doña Brïanda?
CLARÍN

¿De dónde
sales, átomo viviente?
ENANO
De mi casa, que lo es
630
esta caja donde siempre
a cuestas me has de traer.
CLARÍN
Pues, ¿cómo aquí caber puede
un enano y una dueña,
si cualquiera dellos suele
635
no caber en todo el mundo?
DUEÑA
Brunelillo, gente viene
y no es justo que nos vean.
[
CLARÍN.] Oye, dóblenos y cierre
la caja.
ENANO
Circe le manda
640
que siempre al hombro nos lleve,
y lo que dijere oigamos.
DUEÑA
Y aún más de lo que dijere.

(Métense en la caja y cierran.)

CLARÍN
Señores, ¿qué es lo que pasa
por mí? ¿Qué tesoro es este?
645
Vive Júpiter que juntos

a su cáscara se vuelven.
Aquí hay trampa, ¡vive Dios!;
mas no, en la caja no tiene
por dónde haberse salido.
650
¿Qué haré en confusión tan fuerte?
Si de Circe no obedezco
el castigo que me ofrece,
otro mayor me dará,
si es que otro ser mayor puede.
655
Llevarle la caja, pues.
Ahora veo claramente
por qué el gigante la trujo
y los animales fuertes:
porque cosa tan pesada
660
como una dueña, no puede
sufrirla sino un gigante,
quien compra dueñas y enanos
como peines y alfileres.

(Sale LEBREL.)

LEBREL
(
.
¡Que tal pensase de mí
665
Circe, y que a Clarín creyese!
Huyendo vengo a este monte
donde a los dioses pluguiese
que al castigo que me espera
hallara donde esconderme.

670
Pondré que aquesta es la hora
que está tratando de hacerme
sabandija destos montes,
gusarapo destas fuentes.
Este es Clarín, y aquí dél
675
será razón que me vengue.)
Huélgome de haberte hallado,
Clarín.
CLARÍN
Por más que te huelgues,
no tanto como me pesa.
LEBREL
Que vengo a darte la muerte.
680
CLARÍN
Yo vengo a darte la vida.
LEBREL
¿De qué suerte?
CLARÍN
Desta suerte:
Circe, obligada de mí,
en esta caja me ofrece
un tesoro, y yo con él
685
pretendo satisfacerte;
porque si del bien hablar
el premio, Lebrel, es este,
con dártele a ti tendrás
el premio tú que mereces.
690
¿Puedes obligarme a más

de que todo te le entregue?
Toma la caja.
LEBREL
No quiero
que todo a dármele llegues
sino, pues me desenojas,
695
que partamos igualmente.
CLARÍN
Pues llevaraste la dueña
y yo el enano.
LEBREL
¿Qué quieres
decir en eso?
CLARÍN
No sé;
tú lo verás si la abrieres.
700
(Ponen la caja en otra parte, y ábrelo LEBREL.)
LEBREL
Ponla aquí; ya abierta está.
¡Qué joyas tan excelentes!
CLARÍN
.
Son muy excelentes joyas
para el diablo que las lleve.
LEBREL
.
Aquesta cadena escojo
705
y esta para ti se quede.
CLARÍN

¿Ca... qué?
LEBREL
Cadena; y ahora
de diamantes este fénix
para mí y esta sirena
toda de esmeraldas verdes
710
te dejo.
CLARÍN
.
Viven los cielos
que es imposible que hubiese
diamantes donde hubo dueñas.
LEBREL
Yo no quiero parecerte
codicioso: este me basta;
715
lo demás es bien te deje.
¿Quién no se desenojara
con tesoro como este?
A buscar a Libia voy
y a darla cuanto quisiere.
.
720
CLARÍN
Yo estoy borracha o yo
sueño cosas diferentes
o perdido mi jüicio
o tengo un grande accidente
u de Circe he hablado mal.
725
¡Que joyas hallar pudiese
donde yo dueñas y enanos!

Mas yo las vi claramente;
y supuesto que las hay,
tomaré las que pudiere.
730

(Sale la DUEÑA no más que el medio cuerpo.)

DUEÑA
Señor, diga a Brunelillo
vuesa merced que me deje
hacer mi labor.

(Sale el ENANO.)

ENANO
Señor,
dígala usted que no llegue
a lamerme la merienda.
735
DUEÑA
Tú mientes.
ENANO
Tú eres quien mientes.

(Aporreando se hunden.)

CLARÍN
¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Valedme dioses, valedme!
Esto trujo Brutamonte.

(Sale BRUTAMONTE.)

BRUTAMONTE
¿Qué me mandas?
CLARÍN
(
.
¡Qué obediente

740
es toda aquesta familia!
¡Con la presteza que vienen
en llamándolos!) Señor
Brutamonte, a quien prospere
Júpiter con la salud
745
que su gigantez merece:
yo he visto la caja, y yo
le ruego que se la lleve;
quédese para señores
esto de trastos vivientes,
750
que no he menester alhajas
que coman y no aprovechen.
BRUTAMONTE
¿Para eso se llama un hombre
como yo? Estoy por hacerle...
CLARÍN
Por deshacerme dirá.
755
BRUTAMONTE
...piezas; y si le sucede
llamarme otra vez...,
CLARÍN
No hará.
BRUTAMONTE
...por Júpiter que le eche
tan alto de un puntapié
que cuando a los cielos llegue,
760
ya llegue muerto de hambre,
y cuando vuelva, si vuelve,

de los pájaros comido.
.
CLARÍN
Puntapié bien excelente.
¿Dónde la hacen puntapiés?
765
No sé, vive Dios, qué hacerme
entre los tres enemigos
del cuerpo.

(Salen ASTREA y LIBIA y LEBREL.)

LEBREL
Un instante breve
habrá que le dejé aquí
con las joyas.
ASTREA
Tiempo es este
770
de buscarle, que está rico;
ven Libia con migo a verle.
LIBIA
Aquí esta. Clarín, ¿qué hay?
LEBREL
¿De qué suspiras?
ASTREA
¿Qué tienes?
CLARÍN
Tengo dueña, tengo enano
775
y tengo gigante.
ASTREA
Vuelve
y dinos qué es esto.

CLARÍN
Es
la dueña que me atormenta,
el enano que me valga
y el gigante que me lleve.
780
ASTREA
Estás loco.
CLARÍN
¡A Dios pluguiera!
ASTREA
¿Qué modo de hablarme es este?
De otra manera Lebrel
a Libia habla, adora y quiere,
pues una joya le ha dado
785
y tú ninguna me ofreces
de tantas.
CLARÍN
Déjame Astrea
y no de joya me tientes,
que me harás desesperar.
[VOCES]
.
Por acá, por acá.
CIRCE
.
Sube,
790
remontada garza, a hacerte
estrella viva de pluma.
ASTREA
Circe es esta que aquí viene;

yo no quiero que me vea.
LEBREL
¡A Júpiter para siempre!
795
(Vanse las dos mujeres y sale CIRCE.)
CIRCE
Por ver si Ulises me sigue
me he perdido de mi gente,
y dejando a un tronco atado
ese céfiro obediente
que fatigué, he de esperar
800
entre estos álamos verdes.
¿Quién está aquí?
CLARÍN
Un mentecato,
un sucio, un impertinente,
un necio, un loco, un menguado
y un cuanto usted quisïere.
805
Sáqueme, por Dios, de dueñas,
de hombres largos y hombres breves,
aunque me convierta en mona.
CIRCE
Yo lo haré, si eso pretendes.
CLARÍN
No me tome la palabra
810
tan presto si la parece.
CIRCE
Y porque me debas más
que otros que mi voz convierte,

haré que tengas tu voz
y tu entendimiento. Vete
815
de aquí.
CLARÍN
No lo dije yo
por tanto.
CIRCE
Un punto no esperes
hasta mirarte a un espejo.
.
Ya en su forma no ha de verse.
CLARÍN
Si es que mona me has de hacer,
820
solo quiero merecerte
que sea mona de lo caro,
más que dormilona, alegre.
¡Hombres-monas!, presto habrá
otro más de vuestra especie.
.
825
(Sale ULISES.)
ULISES
Por más que te he seguido,
corto el aliento de ese bruto ha sido,
si bien con harto rastro te seguía
pues llevabas por señas todo el día.
CIRCE
De la caza, cansada,
830
a este apacible sitio retirada

me vine. ¿Qué has volado?
ULISES
Un deseo, ¡ay de mí!, tan remontado
que osó con harto vuelo
calarse entre las nubes de algún cielo,
835
donde, al fuego vecino,
con ligereza suma,
abrasada la pluma,
subió deseo y mariposa vino.
CIRCE
De la caza pregunto qué has volado.
840
ULISES
En ella te respondo que un cuidado.
CIRCE
Pues, ¿cómo a mí en sentido
equívoco respondes atrevido?
ULISES
Como pienso que sabes que esta culpa
anticipada tiene la disculpa.
845
CIRCE
Así no me acobardaba...
ULISES
.
Yo estoy loco.
CIRCE
...de la porfía de hoy.
ULISES
Ni yo tampoco.
CIRCE
¿Qué dices?

ULISES
Que por ella me atrevía.
CIRCE
¿Por ella?
ULISES
Sí.
CIRCE
(
.
¡Oh, mal haya la porfía!)
Mas, pues fingidos son esos extremos,
850
hablemos en la caza sola.
ULISES
Hablemos.
Luego que tú te retiraste, de una
guarnecida laguna
espejo de la hermosa primavera,
se remontó una garza que, altanera,
855
tanto a los cielos sube
que fue a un tiempo aquí pájaro, allí nube.
Y entre el fuego y el viento,
árbitro igual, ¡oh, válgame su aliento!,
de suerte se interpuso, que las alas
860
en la diáfana esfera, en la suprema,
o las yela o las quema
cuando las enarbola o las abate;
tan a compás entre las dos las bate,
que, aquí elevadas e inclinadas luego,
865
aquí dan en el aire, allí en el fuego.

Jeroglífico era
la garza entre la una y otra esfera
de alguno que aquí osado, allí cobarde,
se yela a un tiempo y arde,
880
y entre el aire y el fuego se embaraza.
CIRCE
Eso no es de la caza.
ULISES
Es de la pena mía,
que es en parte también volatería.
CIRCE
Hubiérame ofendido
885
si no supiera, Ulises, que es fingido.
ULISES
.
¡A Júpiter pluguiera!
CIRCE
(
.
Pluguiera al cielo, ¡ay Dios!, que no lo fuera.)
Y pues que solo estás aquí conmigo,
no finjas y prosigue.
ULISES
Ya prosigo.
890
Átomo ya la garza apenas era
cuando, desenhetrada la cimera
que el capirote enlaza,
mi mano un gerifalte desembraza,
a quien, porque en prisión no se presuma,
895

la pluma le halagaba con la pluma,
y él, como hambriento estaba,
duro el latón del cascabel picaba.
Apenas a la luz restitüidos
se vieron otro y él cuando, atrevidos,
900
cuanta estación vacía
palestra es de los átomos del día,
corren los dos por páramos del viento,
y en una y otra punta,
esta se aleja cuando aquel se junta;
905
y el bajel ceniciento
(que bajel ceniciento entonces era
la garza que, velera,
los piélagos surcó de otro elemento),
librarse determina diligente,
910
aunque navega sola,
hechos remos los pies, proa la frente,
la vela el ala y el timón la cola.
«Mísera garza -dije- combatida
de dos contrarios: bien, bien de mi vida
915
imagen eres, pues sitiar la veo
de uno y otro deseo».
CIRCE
Ahora disculparme no has podido,
pues yerras si es fingido o no es fingido.
ULISES
Sí puedo; ser tu amante no fingiera
920
si a la primera vez te obedeciera.

A uno, pues, y otro embate,
coge las alas o las velas bate,
y poniendo debajo de la una
la cabeza, se deja a su fortuna
925
venir a pique, cuando
nos pareció caer revoleteando
una encarnada estrella,
y los dos gerifaltes siempre en ella.
Si ejemplo eres, ¡oh tú!, a mi pensamiento,
930
sé también escarmiento
y no me ofrezcas esperanza alguna
si ha de desengañarme tu fortuna.
CIRCE
Aunque sea fingido todavía,
es ya en ofensa mía;
935
pues si te había mandado
fingir antes de ahora tu cuidado,
también te mandé ahora
a solas no fingirle.
ULISES
Pues, señora,
si tu castigo espero
940
siendo fingido y siendo verdadero:
de verdadero ya el castigo pido,
pues solo esto es fingido en ser fingido.
CIRCE
¿Cómo, di, tan osado
respondes?
ULISES

Como estoy desesperado.
945
CIRCE
¿Cómo tan atrevido
te desvaneces...
ULISES
Como estoy perdido.
CIRCE
...a hablarme desa suerte?
ULISES
Como finjo quererte.
CIRCE
¿Luego aqueso es fingido todavía?
950
ULISES
No, señora.
CIRCE
(
.
¡Oh, bien haya la porfía!)
Ulises, aunque fuera
justo que de escarmiento te sirviera
tu osadía, conviene
disimular, porque la gente viene
955
que hasta aquí me ha seguido.
En su fuerza se queje lo fingido.

(Salen todos.)

ARSIDAS
(
.
Aunque en tantos desvelos

mis agravios se valgan de mis celos,
no darme intentaré por entendido.
960
Mas, ¿cómo disimula un ofendido?
Volverme es ya mostrar mi sentimiento:
despejo quiero hacer de mi tormento.)
Siguiéndote, señora, con tu gente,
por la florida margen desta fuente
965
vine, que ella, pautada de colores,
las señas de tu pie daba con flores.
CIRCE
Hacia esta parte vine
porque es donde la cena ahora previne.
LEBREL
¡Qué bien, qué bien me suena
970
esta palabra 'cena'!
Mas no veo entre ramas ni entre flores
mesas ni aparadores,
ni ocupado en doméstico trabajo
a la familia de escalera abajo
975
cruzar muy diligente.
CIRCE
Todos os id sentando brevemente
porque en el campo todos
cenemos juntos hoy; y de varios modos
se sirvan las vïandas:
980
¡hola!, ¡la mesa!
LEBREL
Dime a quién lo mandas.

CIRCE

A quien ya me ha entendido.

LEBREL

¡Linda mesa, pardiez, nos ha venido!

¿No me dirás, si desto no te pesa,

cuánto habrá que sembraron esta mesa?

985

(De debajo del tablado sale una mesa muy compuesta y con luces, y siéntanse ULISES y CIRCE y ARSIDAS, y las demás en el suelo.)

CIRCE

¡Hola, cantad, cantad! Y divertido

uno y otro sentido

esté con las vïandas y las voces

que suenen en los céfiros veloces.

MÚSICA

Olvidado de su patria,

990

en los palacios de Circe,

vive el más valiente griego

si quien vive amando vive.

(Cajas dentro, y sale LIBIA.)

LIBIA

Pero, ¿qué es esto que escucho?

ULISES

Pero, ¿qué es esto que oigo?

995

FLÉRIDA

¡Qué es esto, cielos, que veo!

ARSIDAS

¡Qué es esto, cielos, que noto!

CIRCE

¿Qué bélico estruendo, qué

marcial ruido, qué alboroto
deja la luz del sol ciega
1000
y el eco del aire sordo?
LIBIA
Ese fiero Brutamonte,
ese gigante furioso
que preso, señora, tienes
por guarda de tus hermosos
1005
jardines, porque no robe
nadie sus manzanas de oro,
ofendido que a los griegos,
blanda paz, süave ocio
en tus palacios divierta
1010
olvidados de sí propios,
habiendo sido homicidas
de Polifemo, que asombro
era monstro de los hombres
y era hombre de los monstruos,
1015
comunero de tu imperio,
para vengarse de todos,
convocó del Lilibeo
cuantos cíclopes famosos,
espurios hijos del sol,
1020
hoy viven de darle enojos;
y dándoles paso al Flegra
Brutamonte cauteloso,
vienen contra ti en escuadras;
mas ordenadas de modo

1025
que, viendo vagar los riscos,
discurrir los promontorios,
parece que aquestos montes
descienden unos de otros,
a cuyo estrépido, a cuyas
1030
voces y suspiros roncos,
el sol se turba y del cielo
caducan los ejes rotos.
CIRCE
¡Ay de mí! ¡En qué gran peligro
estoy, en qué grande ahogo!
1035
ULISES
Dadme mis armas, que yo
saldré a recibirlos solo.
ARSIDAS
No temas, que yo a tu lado
te defenderé de todo.
ULISES
Porque para mi valor
1040
son tantos cíclopes pocos.

(ULISES va hacia la puerta y ARSIDAS acude a CIRCE.)

ARSIDAS
Porque no quiero más vida,
no, que morir a tus ojos...
LEBREL
Como y cordelejo dicen
que es en el mundo uno propio;
1045

mas la cena que esperaba
es cordelejo, y no como.
CIRCE
Deteneos, deteneos,
que este aparato ruidoso
solo ha sido una experiencia,
1050
examen ha sido solo,
para ver cuál de los dos
en un peligro notorio
acudía a sus afectos
más noble y más generoso.
1055
Y así, en campañas del aire,
fantásticas huestes formo.
ARSIDAS
Pues si ha sido esto experiencia
yo soy el que me corono
vencedor y el que merezco,
1060
Circe, tu favor hermoso;
pues, Ulises, acudiendo
a sus armas tan heroico,
dejó de mostrarse amante,
pues en riesgo tan forzoso
1065
no acudió luego a su dama,
que en un amante es impropio.
ULISES
Que acudí a las armas mías
no niego, pero tampoco
niego que de amante ha sido
1070

el efecto más forzoso:
pues que si tomo mis armas,
para defensa las tomo
suya.
ARSIDAS
Nunca en un acaso
está el discurso tan prompto
1075
que espere a causa segunda;
lo primero es lo más propio.
A las armas fuiste, luego
ya perdiste.
ULISES
Dese modo
tú también, pues si me acusas
1080
de poco amante, de poco
fino, porque no acudí
a Circe, con eso propio
te convenzo, pues que tú
acudiste a sus enojos
1085
y ya te mostraste amante.
ARSIDAS
Si las nobles leyes noto
de caballería, acudir
a las damas es forzoso,
y así, como caballero,
1090
no como amante, socorro
a Circe.
ULISES
En las de milicia

es ley siempre que arma oigo
acudir a tomar armas;
y así, con valor heroico,
1095
yo, soldado y caballero
y amante, he acudido a todo.
ARSIDAS
Ya sé que por la elocuencia
has de quedar siempre airoso;
que no heredaras de Aquiles
1100
el grabado arnés de oro
si por el valor hubiera
de dársele a Telamonio.
ULISES
El valor le mereció
y ahora verás si es forzoso,
1105
pues desa voz en ofensa
el Flegra volará en polvo.
ARSIDAS
Primero arderá en cenizas
con el fuego de mis ojos,
porque a los dos de Trinacria,
1110
volcanes, se añadan otros.
CIRCE
Pues, ¿qué es esto? ¿En mi presencia
sacáis el acero? ¿Cómo?
ARSIDAS
Tu respeto me perdone.
ULISES
Perdóneme tu decoro.

1115
ARSIDAS
Que no hay respeto con celos.
ULISES
Ni decoro con oprobios.
LEBREL
En mi vida me hallé en cena
que no parase en lo propio.
ULISES
¡Aquí, de Grecia!
ARSIDAS
¡Y aquí,
1120
de Trinacria! Que aunque solo
me ves, mis vasallos son
estos brutos y estos troncos.
¡Fieras de Trinacria humanas,
dad a vuestro rey socorro!
1125

(Salen todas las fieras y pónense al lado de ARSIDAS, y los griegos al lado de ULISES.)

ULISES
Aunque a tus voces se muevan
mejor que al eco sonoro
de Orfeo, en troncos y fieras,
haciendo en ellas destrozo,
apuraré estas montañas
1130
bruto a bruto y tronco a tronco.

(Riñen, y sale CLARÍN de mona.)

CLARÍN
Entre griegos y animales

mal trabadas lides noto;
no sé a cuál debo acudir
porque, obligado de todos,
1135
soy por una parte griego
y por otra parte mono.
CIRCE
Pues no puedo reportaros
con mis voces, con mi asombro
podré. Los aires cubiertos
1140
de vapor caliginoso,
segunda noche parezca,
ya tanto fracaso absortos
del embrión de las nubes
sean los rayos abortos;
1145
y el sol y la luna hoy,
viéndose vivir tan poco,
piensen que el camino erraron
de sus celestiales tornos,
o que yo desde la tierra
1150
apagué la luz de un soplo.

(Truenos y granizo, y escurécese el tablado, y riñen a escuras.)

ARSIDAS
¿Adónde, Ulises estás?
ULISES
Con mi acero te respondo.

(Pelean a escuras.)

FLÉRIDA
¡Qué pena!

CASIMIRA
¡Qué ciego abismo!
ARQUELAO
¡Qué llanto!
CLORI
¡Qué triste enojo!
1155
ANTISTES
¡Qué escura noche!
CLARÍN
¡Ah, señores!
¿Somos griegos o qué somos?
LEBREL
En tanto que todos andan
tropezando unos con otros...
CLARÍN
En tanto que cada uno
1160
busca de escaparse modo...
LEBREL
...yo a la mesa me remito.
CLARÍN
Y yo a la cena me acojo.

(Suben sobre la mesa y abrázanse uno con otro.)

LEBREL
Pero, ¿qué es esto? Un león
dio conmigo.
CLARÍN
Mas, ¿qué toco?
1165
Conmigo ha dado un gigante.
CIRCE

¡Húndase este suelo todo
y ponga paz la distancia!
CLARÍN
¡Todo se hunde con nosotros!

(Húndese la mesa y los dos graciosos sobre ella, y con la batalla, a escuras, se van todos.)

Jornada III

Salen ANTISTES, ARQUELAO, FLORO, POLIDORO, TIMANTES y LEBREL.

ANTISTES
Aunque ya todos sepáis
lo que repetiros trata
mi voz, oídme, que tal vez,
en pena, en desdicha tanta,
aun más que noticias propias
5
mueven ajenas palabras,
porque, en efeto, ninguno
es juez en su misma causa.
Siempre a la cólera expuestos,
siempre expuestos a la saña,
10
de los hados rigurosos,
después de fortunas varias,
arrastrados del destino
dimos en aquesta playa
del Flegra, exentos vasallos
15
del imperio de Trinacria.
Aquí contra los venenos
desa fiera, esa tirana,

antídoto nos dio Juno
en las flores de oro y nácar
20
que Iris trajo desplegando
arcos de carmín y grana.
Libres, pues, de sus prisiones
nos vimos, y cuando trata
Ulises volver al mar
25
que ya tuvimos por patria,
el blando halago de Circe,
que cuando ve que no basta
mortales venenos usa
de más venenosas trazas,
30
persuadió a Ulises que aquí
unos días se quedara
a reparar de los vientos
la repetida inconstancia.
Él, fïado en sus cautelas,
35
persuadido a que quedaba
a dar libertad a cuantos
en estas rudas montañas
bárbara prisión padecen,
se quedó donde, a la rara
40
beldad de Circe rendido,
vive sin más esperanzas.
¿Quién creerá que, no bastando
tantos encantos ni tantas
ciencias, a vencer sus hados
45

una hermosura bastara?
Mas todos lo creerán, todos,
pues todos a ver alcanzan
que un amor y una hermosura
son el camino del alma.
50
Rendidos, pues, al amor,
tanto los dos se declaran,
desde la noche que fueron
argumento las espadas
y pusieron paz las nubes
55
densas, escuras y pardas,
que Arsidas, celoso y triste,
lleno de celosa rabia,
se fue a su corte, quizá
a disponer su venganza.
60
Ulises, pues, sin recelo,
solo de sus gustos trata
siempre en los brazos de Circe,
y asistido de sus damas,
en academias de amores,
65
saraos, festines y danzas.
Yo, pues, viéndonos perdidos,
hoy he pensado una traza
con que a su olvido le acuerde
de su honor y de su fama,
70
y es que, pues el otro día
cuando oyó tocar al arma
se olvidó de amor y fue

tras la trompeta y la caja,
a todas horas estemos,
75
desde el bajel que en el agua
surto está, tocando a guerra
como que a Circe hacen salva;
cuya voz, noble recuerdo,
será de su olvido clara
80
sirena que tras su acento
los sentidos arrebata.
POLIDORO
Dices bien, y yo el primero
seré que esta tarde haga
la experiencia.
TIMANTES
Pues agora
85
es tiempo; que Ulises anda
estos jardines que hermosos
narcisos son de esmeralda
y, enamorados de sí,
se están mirando en las aguas.
90
ARQUELAO
Yo seré el que desde el mar
haré que toquen al arma;
Antistes aquí se quede
para prevenir que es salva
que a Circe hace nuestra gente.
95
LEBREL
Si entre tantos votos halla

lugar un juro, yo juro
a la deidad soberana
de Júpiter que hacéis mal
en prevenir esta traza.
100
FLORO
¿Por qué?
LEBREL
Porque Circe sabe
mejor lo que aquí se habla
que nosotros, y podrá
tomar de todos venganza.
Escarmentad en Clarín,
105
que habló mal della y airada
se vengó, pues no sabemos
qué hay dél ni por dónde anda.
FLORO
Todo eso es temor.
LEBREL
Es cierto.
ARQUELAO
Dejalde, no le creáis nada
110
y vamos a nuestro intento.
TODOS
Vamos.

(Vanse todos y quédase LEBREL.)

LEBREL
Vuesarcedes vayan,
que yo me quedo a tratar
cosas de más importancia.

De todos los animales
115
que por estos campos andan,
quisiera coger alguno
que a Grecia después llevara,
cuando quisieren los dioses
escaparnos de Trinacria;
120
porque fuera para allá
importantísima alhaja
uno dellos, pues a verle
solamente se juntara
toda Grecia, y yo tuviera
125
con él segura ganancia.
Cierta mona aquestos días
siempre cocando me anda
con gestos y con visajes,
y a esta quisiera pescarla;
130
para cuyo efeto traigo
este cordel con que atarla
luego que la vea, porque
es juguetona y es mansa.

(Sale CLARÍN de mona.)

CLARÍN

Hacia aquí, si no me engaño,
135
mis compañeros estaban,
aunque después que soy mona
por donde quiera que vaya
hallaré mis compañeros.

Por señas les diré que hagan
140
que me dé libertad Circe,
pües lo monado basta.
LEBREL
Vela aquí. Yo quiero echarle
este lazo a la garganta.
Ahora es tiempo. ¿Qué me estorba,
145
qué me turba o qué me espanta,
si una mona diz que es fácil
de coger? Díganlo tantas
como cogidas me escuchan.
No escaparéis de mis garras.
150
.
CLARÍN
¡Ay, que me ahogas, Lebrel!
No en el pescuezo me hagas
la presa.
LEBREL
Por más que coques
no te irás.
CLARÍN
(
.
¿No es cosa extraña
que hable para mí y discurra
155
con sentidos, vida y alma,
y con los otros no pueda
articular las palabras?)
Lebrel, mira, que soy yo.

LEBREL
¡Cómo brinca y cómo salta!
160
No puedo llevar a Grecia
cosa de más importancia.
Señora mona, desde hoy
hemos de ser camaradas;
no hay sino tener paciencia
165
y venir conmigo.
CLARÍN
Basta,
que no me entiende.
LEBREL
¡Qué gestos
hace y con qué linda gracia!

(Salen ASTREA y LIBIA.)

LIBIA
En todo el día no hay verte,
Lebrel. Dime, ¿dónde andas?
170
LEBREL
He andado a caza de monas,
y a fe que no es mala caza,
y esta he cogido.
LIBIA
¡Ay qué linda
monica!
LEBREL
Cócala, Marta.
LIBIA
¿Qué piensas hacer con ella?

175
LEBREL
Pienso, Libia mía, llevarla
a Grecia y enseñarla allá
a tocar una guitarra,
a andar por una maroma
y a hacer vueltas en las tablas.
180
CLARÍN
¿Yo por maroma? ¿Yo vueltas?
Esto solo me faltaba.
ASTREA
Dime, Lebrel: y Clarín,
¿dónde está?
CLARÍN
Aquí.
ASTREA
Allá te aparta.
LEBREL
Desde el día que quedó
185
cargado de joyas tantas...
CLARÍN
Tal tengas tú la salud.
LEBREL
...no le vi, ni sé qué se haya
hecho.
CLARÍN
Yo sí.
ASTREA
Su codicia
le ha escondido.
CLARÍN

¡Ay mayor rabia!
190
LIBIA
Circe hacia esta parte viene.
LEBREL
Porque si acaso se enfada
de que cogiese esta mona,
me voy. Ven conmigo, Marta.
CLARÍN
Si me ahoga, ¿qué he de hacer?
195
LEBREL
¡Oh, cómo he de regalarla!

(Salen CIRCE y ULISES y todas las mujeres.)

CIRCE
En esta florida margen
desde cuya verde estancia
se juzga de tierra y mar
las dos vistosas campañas,
200
tan contrariamente hermosas
y hermosamente contrarias
que neutral la vista duda
cuál es la yerba o el agua,
porque aquí en golfos de flores
205
y allí en selvas de esmeraldas
unas mismas ondas hacen
las espumas y las matas
a los suspiros del noto
y a los alientos del aura,
210

puedes descansar, Ulises,
las fatigas de la caza
en mis brazos.
ULISES
Dices bien,
pues solo en ellos descansa
el alma porque ellos solo
215
el centro han sido del alma.
CIRCE
Con todas esas finezas
temo, Ulises, que me engañas.
ULISES
¿Por qué?
CIRCE
Por pensar que dura
aquella ficción pasada.
220
ULISES
Nunca lo fue para mí.
CIRCE
¿Quién lo asegura?
ULISES
Mis ansias.
CIRCE
¿Quién lo dice?
ULISES
Mis deseos.
CIRCE
Es engaño.
ULISES
Es verdad clara.
CIRCE

¡Quién, Ulises, la supiera!
225
ULISES
Escucha, Circe, y sabrasla.
Vengativa deidad, deidad ingrata,
que a la de Juno y Júpiter se atreve,
huésped de esa república de nieve,
vecino de ese piélago de plata,
230
tantos años la patria me dilata,
y tantos contra mí peligros mueve,
que, porque fuese mi vivir más breve,
a tus umbrales derrotarme trata.
A ellos llegué seguro y defendido
235
de escándalo, de horror, de asombro tanto
como has en tierra y mar introducido.
Tus encantos vencí, mas no tu llanto.
Pudo el amor lo que ellos no han podido:
luego el amor es el mayor encanto.
240
CIRCE
Con toda aquesa fineza
la que me debes no pagas,
porque fue mayor la mía.
ULISES
¿De qué suerte?
CIRCE
Oye y sabrasla.
Vengativa y cruel, porque te asombres,
245
a pesar de deidades y de fieras,
reina desta república de fieras,

señora deste piélago de hombres
viví; y porque más bárbara me nombres,
ninguno abortó el mar a estas riberas
250
que a mí, sangrienta mágica, no vieras
trocar las formas y mudar los nombres.
Llegaste tú y, queriendo tu homicida
ser, burlaste mis ciencias. Con espanto,
queriéndote vencer quedé vencida.
255
Sí; mi encanto al mirar asombro tanto,
al encanto de amor rindió mi vida:
luego el amor es el mayor encanto.
LIBIA
La música que has mandado
prevenir está, señora,
260
esperando.
CIRCE
Por agora
no cantéis, que desvelado
se da Ulises por vencido
a la deidad de Morfeo,
a cuyo letal trofeo
265
las potencias ha rendido
haciendo de todas dueño
esta macilenta sombra
que a un tiempo halaga y asombra,
pues es descanso y es sueño.
270
Infundid aves y flores
para aliviar sus congojas,

silencio en templadas hojas,
suspended vuestros amores.
No hagan ruido los cristales
275
de los arroyos; callando
corran las fuentes, mostrando
obedientes y leales
el amor que en mí se encierra
y en retórico silencio
280
digan cuánto reverencio
su descanso.
[VOCES]
.
¡Guerra, guerra!

(Tocan cajas, dentro, a un lado.)

CIRCE
¡Qué es esto! Cuando pretendo
silencio, ¿hay quien le interrompa?
ULISES
Guerra publica esta trompa,
285
guerra publica este estruendo.
Pues, ¿cómo, ¡ay dioses!, así
es hoy perezoso el sueño,
de nobles sentidos dueño?
No soy sin duda el que fui,
290
pues a delicias süaves
entregado, ¡ay de mí!, estoy
y tras los ecos no voy
más belicosos y graves.

Perdona, Circe; que así,
295
habiendo guerra y furor,
no me ha de tener amor.
CIRCE
¡Detente, escucha! ¡Ay de mí!
¿Quién ese clarín tocó?

(Sale ANTISTES.)

ANTISTES
Quien pensando que sería
300
lisonja, salva hacía
cuando desde el mar te vio.
ULISES
Aquí no hay ya que esperar;
la guerra me ha despertado
porque en el alma ha tocado
305
la sirena militar.
CIRCE
Para templar el furor,
cantad de amor, cantad pues.

(La música al otro lado.)

MÚSICA
¿Dónde vas, Ulises, si es
el mayor encanto, amor?
310
ULISES
¿Qué blandas voces süaves,
repetidas en los vientos,
son con sonoros acentos
dulce envidia de las aves?

¡Qué bien el amor me sueña!
315
Como tu amor me ha podido,
Circe hermosa, haber vencido
aquella pasada pena,
ya me vuelvo a tu favor.
TODOS
¡Guerra, guerra!
ULISES
Mas, ¿qué espero?
320
Las armas me llaman; quiero
seguirlas.
MÚSICA
Amor, amor.
ULISES
¡Qué blanda, qué dulcemente
suena esta voz repetida!
ANTISTES
Aunque me cueste la vida
325
tengo de hablar claramente:
Ulises, invicto griego,
¿cómo cuando así te llama
la trompeta de la fama,
en delicioso sosiego
330
sordo yaces? ¿Cuánto yerra,
no sabes, el que rendido
a su amor labra su olvido?
Oye esta voz.
TODOS
¡Guerra, guerra!

ULISES
Tienes, Antistes, razón.
335
Torpes mis sentidos tuve,
ciego estuve, sordo estuve,
mas ya que estas voces son
recuerdos de mi osadía,
las prisiones romperé.
340
CIRCE
¿Tan ingrata prisión fue,
Ulises, la prisión mía?
¿Cómo, cuando entre mis brazos
envidia a las flores das,
tras otro afecto te vas?
345
¿Tan fáciles son mis lazos
de romper? ¿Tanto rigor
premio es de tantos favores?
Escucha en hojas y en flores
esta voz.
MÚSICA
Amor, amor.
350
ANTISTES
No calle el marcial furor.
CIRCE
Amor digan mar y tierra.
MÚSICA
Amor, amor.
TODOS
¡Guerra, guerra!
¡Guerra, guerra!

MÚSICA
Amor, amor.
ULISES
¡Aquí, guerra! ¡Amor aquí
355
oigo! Y cuando así me veo,
conmigo mismo peleo;
defiéndame yo de mí.
ANTISTES
Esto es honor.
ULISES
Dices bien;
todo el honor lo atropella.
360
CIRCE
Esto es gloria.
ULISES
¡Ay Circe bella,
que tú dices bien también!
CIRCE
El gusto es dulce pasión.
ULISES
Razón tienes.
ANTISTES
La vitoria
es más aplauso, más gloria.
365
ULISES
Tú también tienes razón.
ANTISTES
Guerra y amor en rigor
te llaman: miedos destierra.
MÚSICA

Amor, amor.
TODOS
Guerra, guerra.
CIRCE
¿Quién ha vencido?
ULISES
El amor,
370
que, ¿cómo pudiera ser
que otro afecto me venciera?
Donde tu hermosura viera
esclavo tuyo he de ser.
No hay más fama para mí
375
que adorarte; no hay más gloria
que vivir en tu memoria.
Dichoso mil veces fui
el día que tu favor
mereció mi voluntad.
380
CIRCE
Venid todas y cantad:
«el mayor encanto, amor».
Entra tú; y vosotros, griegos,
más pesares no me deis,
y agradeced que no os veis
385
entre volcanes y fuegos
de mi cólera abrasados.
ANTISTES
¡Ay de nosotros! Que así
ya moriremos aquí
cautivos y desterrados.

390
Sepulcro será esta tierra
de tanto griego valor.
MÚSICA
El mayor encanto, amor.

(Vanse todos cantando, y en otra parte suena arma y dice ARSIDAS.)

ARSIDAS
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(Vuelve CIRCE y todas las damas.)

CIRCE
¿Qué es esto? Habiendo mandado
395
yo que temerosos callen
los repetidos acentos
de baquetas y metales,
¿otra vez osáis, villanos
otra vez osáis, cobardes,
400
que oprimido el bronce gima,
que herido se queje el parche?

(Sale FLÉRIDA.)

FLÉRIDA
No este repetido acento
que con idiomas marciales,
estremeciendo los montes
405
titubear los ecos hace,
cautela ha sido de griegos.
Más desdichas, más pesares,
más penas, más confusiones,
más tormentos y más males

410
son los que quieren los cielos
que estos aparatos causen.
Arsidas, que tantos días
fue de tu hermosura amante,
a tus desdenes quejoso,
415
ofendido a tus desaires,
desde que ya enamorada
de Ulises te declaraste,
cuando de aquella cuestión
pusieron los rayos paces,
420
a su corte se fue donde,
queriendo el amor que pasen
de extremo a extremo sus penas,
que esto en los hombres es fácil,
amenazando estos montes
425
viene infestando esos mares;
y con razón, pues, las ondas,
gimiendo del peso grave,
con ambición de peñascos
blasonan cuando arrogantes
430
ven por la campaña azul
de sus salobres cristales
vagar un volcán deshecho,
correr un Flegra portátil,
correr un Etna movible
435
y ir una Trinacria errante.
Lisidas, de mí ofendido,

creyendo que yo, mudable,
amaba a Ulises (la causa
con que yo lo fingí sabes),
440
le acompaña, porque así
pretende de aquí sacarme;
que agravios de amor y celos
no guardan respeto a nadie.
Yo lo sé porque sentada
445
sobre esa punta que hace
corona al mar y a la tierra,
árbitro de ondas y valles,
vi, como entre obscuros lejos
de unos pintados celajes
450
suelen pintarnos las sombras
ya jardines, ya ciudades,
una confusa noticia
que era al perspicaz examen
de la vista, neutral duda,
455
mezcla de nubes y naves.
Cuando al acercarse al puerto
la gruesa armada que traen
a los sulcos de las proas,
rizarse vi, y encresparse,
460
blanca espuma, que al azul
chamelote de aguas hace
bella guarnición de plata,
que sin que al dibujo guarde
el orden es más hermoso

465
por ser dibujo sin arte.
Llegaron a nuestro puerto,
donde sin faenas baten
las blancas alas de lino
negándose al mar o al aire,
470
esos peces, si son peces,
o esas aves, si son aves.
Sin salva a tierra saltaron
y fueron en un instante
griegos caballos preñados
475
de aparatos militares,
pues abortaron sus vientres,
siendo del agua volcanes,
iras y rayos, que luego
fueron poblando la margen.
480
Bien a los dos conocí
que armados a tierra salen,
y en mal pronunciadas voces
que embarazó lo distante,
oí a Arsidas que dijo:
485
«Hoy desta mágica acaben
los encantos; y este monte
que es tiranizado atlante
de Trinacria, a mi valor
se postre». Yo, viendo el grande
490
peligro que te amenaza,
volando vine a avisarte.

Prevén la defensa, pues,
si es que hay defensa que baste
a la sangrienta venganza
495
de dos celosos amantes.
CIRCE
Calla, calla, no prosigas,
ni lleguen ecos marciales
a los oídos de Ulises.
Aquí tengo de dejarle
500
sepultado en blando sueño
porque el belicoso alarde
no pueda de mi amor nunca
divertirle o olvidarle;
que yo, con vosotras solas,
505
saldré a vencer arrogante.
Tú mi caudillo serás,
y no temas que te falten
gentes, que aunque son tan pocos
los soldados de mi parte,
510
yo armadas huestes pondré
en las campañas del aire
que, con tropas de caballos,
con escuadrones de infantes,
fantásticamente lidien
515
y fingidamente marchen.
Y porque entre tantas sombras
vivas escuadras no falten,
todas vosotras armadas

con escudos de diamantes,
520
galas desnudad de Venus,
túnicas vestid de Marte.
CASIMIRA
Esta vida y este pecho
te ofrezco yo de mi parte.
CLORI
Yo que conozcan los hombres
525
cuánto las mujeres valen.
SIRENE
Hoy el sol será testigo
de mi valor arrogante.
TISBE
De nuestro poder haré
que el mundo se desengañe.
530
ASTREA
A Palas verás armada
cada vez que me mirares.
LIBIA
A mí a Venus, pues verás
a mis pies rendido a Marte.
CIRCE
Pues con esa confïanza
535
toca al arma.
CASIMIRA
Suene el parche.
CLORI
Hiera la trompeta al eco.
SIRENE

El bronce oprimido brame.
TISBE
El fuego reviente.
ASTREA
Sea
toda Trinacria volcanes.
540
LIBIA
El duro horror de las armas
cielo, mar y tierra espante.
FLÉRIDA
¡Y viva Circe, prodigio
destos montes y estos mares!
CIRCE
¡Porque a los brazos de Ulises,
545
que en mudo letargo yace,
vuelva rica de despojos
enamorada y constante!

(Vanse.)
(Salen por otra puerta ARSIDAS y LISIDAS y soldados.)

ARSIDAS
Desde esta excelsa cumbre
que del sol se atrevió a tocar la lumbre
550
y, altiva y eminente,
coronada de rayos la alta frente,
es inmensa coluna
de ese cóncavo alcázar de la luna,
entre celajes de rubí y topacio,
555
de Circe se descubre el real palacio.

¡Ea, pues, mis soldados,
que valientes, intrépidos y osados
en favor de los cielos
mantenéis la milicia de mis celos!
560
Hoy este asombro muera;
perezca hoy la memoria desta fiera
que a Trinacria estos campos tiraniza,
siendo el Flegra su hoguera y su ceniza.
Libremos, pues, a tantos
565
como tienen sus mágicos encantos
presos aquí y cautivos;
queden, pues, o bien muertos, o bien vivos.
Rescatemos valientes
nuestra patria de tantos accidentes
570
y dejemos seguro este camino
al náufrago piloto, al peregrino,
que halló, cadáver destas grutas hondas,
más tormenta en las peñas que en las ondas
cuando pisó por estos horizontes
575
montes de agua y piélagos de montes.
Y tú, Lisidas fuerte,
a cuya voz se retiró la muerte,
hoy a Flérida libra soberana
de la injusta prisión de una tirana,
580
o véngate hoy en ella
si tus celos te olvidan de querella.
LISIDAS
Arsidas, valeroso

príncipe de Trinacria: no celoso
mi venganza prevengo;
585
que no tengo los celos que no tengo
porque ya sé que ha sido
un cauteloso amor, amor fingido,
el que Flérida a Ulises le mostraba,
porque esa esfinge así se lo mandaba.
590
No celoso en efeto, enamorado
sí que vengo, atrevido y despechado,
a rescatar a Flérida, que bella
es de los cielos flor, del campo estrella.
Y así a tu lado juro,
595
por ese hermoso rosicler que, puro,
mirado nos deslumbra
y no mirado a todos nos deslumbra,
de no dejarte hasta mirar postrada
al fuego de tu enojo esta encantada
600
selva de amor donde, por más espanto,
es el amor hoy su mayor encanto,
aunque en sus campos que el abril dibuja,
o brame el austro o la arboleda cruja.
ARSIDAS
Guerra de amor y celos,
605
pavor pondrá a los cielos.
LASMUJERES
.
¡Cierra Trinacria, cierra!
LISIDAS

Ya de allá nos responden.
.
¡Guerra, guerra!
SOLDADO
¡Ay Arsidas! Advierte
que a morir nos trajiste.
ARSIDAS
¿De qué suerte?
610
SOLDADO
Dijiste que no había
armas ni gente en esta selva umbría,
y apenas tus soldados
han salido del mar cuando, emboscados,
en esa selva vieron
615
infantes y caballos que salieron
a defender la entrada
del monte.
ARSIDAS
No temáis, no temáis nada,
que esos monstruos incultos
son fantásticas formas, que no bultos.
620
No hay que temer estragos,
que sus heridas solo son amagos
que, tarde ejecutadas,
se quedan en el aire señaladas.
LISIDAS
Y tan cobardes fueron
625
que amenazando siempre nunca hirieron.
SOLDADO

¿Cómo, si causando al sol desmayos
truenos abortan y despiden rayos?
ARSIDAS
Yo he de ser el primero
que ese pavor os quite. Altivo y fiero
630
penetraré la sierra.
LISIDAS
Todos te seguiremos.
TODOS
¡Guerra, guerra!
ARSIDAS
¡Ha, cauteloso griego!
¡Sal a pagar retórico este fuego!

(Sale CIRCE y las mujeres con espadas.)

CIRCE
No saldré sino yo; que la memoria
635
no le ha de embarazar tan breve gloria.
ASTREA
¡Ninguno quede vivo!
FLÉRIDA
Ni un amante que vuelve vengativo,
sin celos.
LISIDAS
Tú me ofendes: yo te ofendo;
que más mi fama que tu amor pretendo.
640
CIRCE
Segur de vuestros cuellos
hoy serán nuestras armas. ¡A ellos!
TODAS

¡A ellos!
ARSIDAS
En batalla tan dura
no atienda hoy el respeto a la hermosura.
Presto Circe será más tu trofeo.
645
LIBIA
¡Oh, qué bonitamente lo peleo!

(Dase la batalla, y retíranse los hombres; y luego sale LEBREL y CLARÍN de mona.)

LEBREL
Pues nos dejó Circe y pues
a puerta cerrada estamos
y tan solos nos hablamos,
tiempo doña Marta es
650
de tomar una lición.
Ya la vuelta os enseñé
del rodezno: ¿cómo fue?

(Voltea [CLARÍN].)

¡Así, bien! Tenéis razón.
CLARÍN
¡Que aquesto pase por mí!
655
¡Y que, en fin, haya de ser
o voltear o no comer!
¡Desdichado hablador fui!
LEBREL
Ahora, Marta, ponte en pie.
CLARÍN
Ello, en fin, no hay replicar:
660

o no comer o voltear.
.
LEBREL
Lindamente, por mi fe.
Ahora, porque si yo
no tengo quien de vestir
me dé, uced me ha de servir:
665
tome aqueste espejo, y no
le quiebre, porque es azar,
y véngase tras mí en pie.
CLARÍN
Que cara tengo, veré,
de mona: ¿hay mayor pesar?
670
¡Válgame Júpiter santo,
qué hocico!
.
LEBREL
¿Quién aquí habló?
CLARÍN
¿Quién ha de ser sino yo?
LEBREL
De verte, Clarín, me espanto.
CLARÍN
¿Yo Clarín? ¡Muy bueno es eso!
675
Mona soy.
LEBREL
¿Dónde escondido...?
Mas la mona se me ha ido.
CLARÍN
Ya otra admiración confieso.

LEBREL
¿Sabes por dónde se fue
la mona que aquí tenía?
680
CLARÍN
Yo soy.
LEBREL
¡Linda bobería!
Por la mona pregunté.
CLARÍN
Pues yo soy.

(Sale ANTISTES y los demás con unas armas.)

ANTISTES
¿Quién está aquí?
CLARÍN
Los dos.
LEBREL
¡Que porque viniese
Clarín la mona se fuese!
685
Tiempo y trabajo perdí.
ANTISTES
Dime Lebrel, ¿donde está...?
LEBREL
¿La mona? No sé, ¡ay de mí!
ANTISTES
¡Ulises te digo!
CLARÍN
Allí.

(Sube un trono donde está durmiendo ULISES.)

ANTISTES
Entrar podéis todos, ya

690
que pues aquí retirado
a Ulises Circe dejó
cuando al mar a ver salió
las naves que habían llegado.
Este es el tiempo mejor
695
para vencer sus extremos;
y puesto que no podemos
avisarle con rumor
de armas, hoy de Aquiles sea
el arnés su trompa. Aquí
700
le dejemos porque así
cuando despierte le vea.
TIMANTES
Acuérdele, mudo él,
las batallas que venció
cuando en campaña se vio
705
coronado de laurel
para que despertador
de tantos olvidos sea.
ARQUELAO
Quien no creyó la voz, crea
las insignias del valor.
710
(Hanle puesto a los pies las armas.)
POLIDORO
Trofeos que soberanos
Troya entre cenizas llora
y aún estáis sudando ahora

la sangre de los troyanos:
volved por vós, y entre viles
715
amores no os permitáis
empañar, pues aún guardáis
el muerto calor de Aquiles.

(Vanse y despierta ULISES.)

ULISES

Pesado letargo ha sido
este a que rendido estuve,
720
ni bien vida, ni bien sueño
sino letal pesadumbre
de los sentidos que torpes
ni descansan ni discurren,
crepúscolos son del alma
725
pues obran entre dos luces.
¿Quién está aquí? Solo estoy.
Pues, ¿cómo sin Circe pude
vivir un instante? Bien
que estaban sin luz presumen
730
mis sentidos, pues sin sol
aun todo el cielo no luce.
¡Circe, Circe, mi señora,
qué mal tanta ausencia suple
tu memoria! Mas, ¿qué veo?
735
El grabado arnés ilustre
de Aquiles a mis pies yace
torpe, olvidado e inútil;

bien está a mis pïes porque
rendido a mi amor se juzgue
740
y, segunda vez en mí,
Amor de Marte se burle.
Tarde, olvidado trofeo
del valor, a darme acudes
socorro contra mí mismo;
745
que aunque contra mí me ayudes,
hoy colgado en este templo
quedarás, donde sepulten
sus olvidos tus memorias.

(Dentro AQUILES.)

AQUILES
No le ofendas, no le injuries.
750
ULISES
¿Qué voz es esta que en mí
tan nuevo favor infunde?

(Suenan cajas destempladas y una sordina.)

¿A quién destempladas trompas
exequïas siguen lúgubres?
¿Quién causa este efeto?
AQUILES
Quien
755
a sus venganzas acude.
ULISES
Si ojos tengo con que mire,
si oídos tengo con que escuche,
en el centro de la tierra

sonó la voz, y no sufre
760
ella aún de su grave faz
la arrugada pesadumbre,
pues abre para quejarse
una boca y della escupe
pardas nubes de humo y fuego.
765

(Ábrese una boca y sale fuego.)

¿Cuándo contra la costumbre
en el centro de la tierra
forjan sus rayos las nubes?
A más el asombro pasa:
triste un monumento sube
770
de su abismo, haciendo un caos
de vapores y vislumbres.

(Va subiendo un sepulcro y en él AQUILES cubierto con un velo.)

¡Oh tú que en leves cenizas,
que aún el viento no sacude,
en ese sepulcro yaces!
775
¿Quién eres?
AQUILES
Porque no dudes
quién soy, este negro velo
corre y mi aspecto descubre.
¿Conócesme?
ULISES
Si me deja
especies con que te juzgue
780

lo pálido de tu faz,
que no hay vista que no turbe,
lo yerto de tu esqueleto
que aun desfigurado luce,
Aquiles, Aquiles eres.
785
AQUILES
Su espíritu soy ilustre,
que de los Elíseos campos
donde eterna mansión tuve,
volví a pasar de Aqueronte
las verdinegras y azules
790
ondas, derretidas gomas
del salitre y del azufre.
A cobrar vengo mis armas
porque el amor no las juzgue
ya de su templo despojo,
795
torpe, olvidado e inútil;
porque no quieren los dioses
que otro dueño las injurie
sino que en mi sepultura
a par de los siglos duren.
800
Y tú, afeminado griego,
que entre las delicias dulces
del amor, de negras sombras
tantos esplendores cubres,
no entre amorosos encantos
805
las tengas ni las deslustres,
sino rompiendo de amor

las mágicas inquietudes,
sal de Trinacria, y hollando
al mar los vidrios azules,
810
a discreción de los vientos
sus pavimientos discurre;
que la curia de los dioses
quieren que otra vez los sulques
hasta que de mi sepulcro
815
las muertas aras saludes
y en él esas armas cuelgues.
No lo ignores, no lo dudes,
o harás que un rayo, con voces
que horrible un trueno pronuncie,
820
segunda vez te lo mando,
cuando en abortada lumbre
desatadas sus cenizas,
aun antes que ardan, ahúmen.
.
ULISES
Espera, helado cadáver
825
que asombro y horror infundes,
que yo postrado te doy
palabra... ¡Todo se hunde!
Pesada imaginación
fue la que en mis sueños tuve;
830
pero aunque soñada, es bien
que la crea y no lo dude.

(Salen los griegos.)

ANTISTES

Señor, ¿qué [es] esto?

TIMANTES

¿Qué tienes?

POLIDORO

¿Qué accidente hay que te turbe?

ARQUELAO

¿De qué das voces al aire?

835

FLORO

¿Qué temor hay que te ocupe?

LEBREL

¿Que no parezca la mona
aunque todo el monte anduve?

ANTISTES

¿De qué te asombras?

CLARÍN

¿De qué
te recelas?

LEBREL

¿De quién huyes?

840

ULISES

De mí mismo.

ARQUELAO

Pues, ¿qué tienes?

ULISES

Nada tengo, mucho tuve.
¡Ay amigos! Tiempo es ya
que a los engaños me usurpe
del mayor encanto; y hoy

845
el valor, del amor triunfe.
¿Dónde está, dónde se ha ido
Circe?
ANTISTES
A esa ribera acude
después que aquí nos dejó,
a ver qué bajeles surgen
850
a este golfo.
ULISES
Pues en tanto
que descuidada presume
que los encantos de amor
firmes en mi pecho duren,
por esta parte que el mar
855
siempre repetido surte
altas montañas de quien
turbante han sido las nubes,
salgamos, y por no hacer
ruido y que ella nos escuche,
860
no el bajel sino el esquife
tomemos, y en él...
ANTISTES
No dudes.
ULISES
...huyamos de aquí, que hoy
es huir acción ilustre,
pues los encantos de amor
865
los vence aquel que los huye.

ANTISTES

Las lágrimas te respondan.

ULISES

Hermosa Juno, no culpes

el mayor encanto, amor;

pues aunque tus flores tuve

870

pude vencer mil encantos,

ya que este solo no pude.

LEBREL

Al fin me voy sin mi mona.

CLARÍN

¡Que hasta ahora qué fui dudes!

(Vanse, y salen marchando todas las damas, y traen presos a ARSIDAS y LISIDAS.)

CIRCE

Hagan salva a mis palacios

875

los animados clarines,

las cajas y las trompetas,

porque sus voces publiquen

que de Arsidas vitoriosa

hoy, y de Lisidas, Circe

880

coronada de trofeos

vuelve a los brazos de Ulises.

ARSIDAS

Bien, Circe, podré negarte

que valïente venciste;

mágica no, que mis gentes

885

a tus apariencias rindes,

pues huyeron de las huestes
que aparentemente finges.
LISIDAS
A sacar de tu poder
a Flérida hermosa vine:
890
¿cómo pude defenderme
si ella misma es quien me rinde?
CIRCE
Pues si preso estás por ella,
también por ella estás libre.
Ulises, invicto griego,
895
sal desos ricos jardines
porque de celos y amor
las caducas pompas pises.
Advierte que, vitoriosa,
llena de aplausos insignes,
900
vuelvo a tus brazos porque
triunfe en ellos. Mas, ¡ay triste!,

(Suena una trompeta.)

¿Qué bastarda trompeta es esta,
áspid de metal, que gime
el aire?
FLÉRIDA
En el mar, señora,
905
sonó la voz.
LIBIA
Y el esquife
de ese griego bajel, hecho

al mar, sus campañas mide.
ASTREA
Ulises desde él te habla;
escucha lo que te dice.
910
ULISES
.
Ásperos montes del Flegra,
cuya eminencia compite
con el cielo pues sus puntas
con las estrellas se miden:
yo fui de vuestros venenos
915
triunfador, Teseo felice
fui de vuestros laberintos
y Edipo de vuestra esfinge.
Del mayor encanto, amor,
la razón me sacó libre,
920
transladando esos palacios
a los campos de Anfitrite.
TODOS
¡Buen vïaje!
FLÉRIDA
«Buen vïaje»
todos los vientos repiten.
CIRCE
Escucha tirano griego;
925
espera, engañoso Ulises,
pues te habla no crüel
sino enamorada Circe.
Cuando vitoriosa yo

triunfos arrastro que pises,
930
¿quieres que vencida llore?,
¿quieres que me queje humilde?
Escucha... Mas, ¡ay triste!,
no llore quien te pierde, ni suspire,
si te dan para hacer mejor camino
935
agua mis ojos, viento mi suspiros.
FLÉRIDA
Señora, en vano te quejas,
que sordo el ingrato Ulises,
desbocado bruto corre
a vela y remo el esquife.
940
LIBIA
Ya perdiéndose de vista
átomo es invisible.
ASTREA
Y ya, entre el agua y las nubes,
un pájaro apenas finge.
CIRCE
Ya estás, Arsidas, vengado,
945
pero mal dije, mal dije,
que nunca se venga un noble
en mirar un infelice.
Si lo eres, ese acero
en mi roja sangre tiñe,
950
que no es venganza, piedad
sí, darle la muerte a un triste.
Y sea antes que traspuesto

ese neblí que describe
las ondas, ese delfín
955
que el campo del aire mide,
ese caballo que corre,
ese escollo que se rige,
ese peñasco que nada,
se esconde y no se divisa;
960
porque perdido de vista
tardará tu acero insigne,
y no será menester
más muerte que no seguirle.
Escucha... Mas, ¡ay triste!,
965
ni llore quien se pierde ni suspire;
pues te dan para hacer mejor camino
agua mis ojos, viento mis suspiros.
Mas, ¿qué me quejo a los cielos?
¿No soy la mágica Circe?
970
¿No puedo tomar venganza
en quien me ofende y me rinde?
Alterados esos mares,
a ser pedazos aspiren
de los cielos; que si lleva,
975
porque de encantos se libre,
el ramillete de Juno
que trajo del cielo Iris,
no de tormentas del mar
le librarán sus matices.
980

Llamas las ondas arrojen,

(Sale fuego del agua.)

fuego las aguas espiren,
arda el azul pavimento
y sus campañas turquíes
mieses de rayos parezcan
985
que cañas de fuego vibren:
¡a ver si hay deidad que tanta
tormenta le facilite!

(Serénese el mar y sale por él, en un carro triunfal, GALATEA; tíranle dos sirenas y al rededor muchos tritones con instrumentos.)

GALATEA
Sí habrá; y quien serene el mar
manso, quieto y apacible,
990
le dé paso en sus esferas.
CIRCE
¿Quién eres tú, que saliste
desas humildes alcobas
en triunfal carro sublime
a serenar de mis iras
995
hoy la cólera apacible?
GALATEA
Yo, que en este hermoso carro
a quien tiran dos delfines,
de sirenas y tritones
tan acompañada vine,
1000
Galatea soy, de Dores
hija, de semideo invencible

marino, y soy la que, amante
de Acis, joven infelice,
murió a los bárbaros celos
1005
de Polifemo, terrible
monstruo que el tálamo dulce
de nuestras bodas felices
cubrió de un peñasco que hoy
túmulo es que nos aflige,
1010
cuyo pirámide, cuanta
sangre de los dos exprime,
cristal es que desatado
nuestro fin llorando dice.
Deste rústico jayán
1015
vengada me dejó Ulises,
a cuya causa mi voz
al amparo suyo asiste.
Y pidiendo a las deidades
de Neptuno y de Anfitrite,
1020
que serenasen los mares
y que sus claros viriles
espejos fuesen del sol
mientras los griegos los pisen,
como a ninfa de sus ondas
1025
que discurra me permiten
el mar, apagando cuanto
fuego en él introdujiste.
Y así, ondas de plata y vidrio
veloz mi carro describe,

1030
haciendo a su hermosura espuma,
que, alas rodadas sutiles,
o como plata se entorchen
o como vidrio se ricen.
CIRCE
Si deidad eres del mar
1035
cuando en él mis fuerzas quites,
no en la tierra, y si no puedo
vengarme en quien huye libre,
en mí podré. Estos palacios
que mágico el arte finge,
1040
desvanecidos sin polvo
sola una voz los derribe.
Su hermosa fábrica caiga
deshecha, rota y humilde,
y sean páramo de nieve
1045
sus montes y sus jardines.
Un Mongibelo suceda
en su lugar, que vomite
fuego que a la luna abrase
entre humo que al sol eclipse.
1050
ASTREA
¡Qué confusión tan notable!
LIBIA
¡Oh, qué asombro tan terrible!
FLÉRIDA
¡Huye, Libia!
LIBIA

¡Huye, Astrea!
ASTREA
¿Dónde estar podemos libres?
CIRCE
Cuantos espíritus tuve
1055
presos, sujetos y humildes,
inficionando los aires
huyan a su centro horrible.
Y yo, pues de mis encantos
a saber que es mayor vine
1060
el amor, pues el amor
a quien no rindieron rinde,
muera también, y suceda
a mi fin la noche triste.
GALATEA
Pues seguro el mar por donde
1065
venturoso corre Ulises,
tormentas ve de la tierra,
el mar con fiestas publique
su vencimiento; y haciendo
regocijos y festines,
1070
sus tritones y sirenas
lazos formen apacibles,
pues fue el agua tan dichosa
en esta noche felice
que mereció ser teatro
1075
de soles, a quien humilde
el poeta, entre otras honras,

perdón de las faltas pide.

Pedro Calderón de la Barca

El mayor monstruo del mundo

Pedro Calderón de la Barca

El mayor monstruo del mundo

PERSONAJES.

EL TETRARCA DE JERUSALÉN.
OCTAVIANO, emperador.
ARISTÓBOLO, príncipe.
FILIPO, viejo.
TOLOMEO, soldado.
PATRICIO, capitán.
POLIDORO.
MARIENE, dama.
LIBIA, dama.
SIRENE, dama.
ARMINDA, criada.
MÚSICOS.
SOLDADOS.

Primera jornada

Cuadro I

Salen los Músicos y, mientras cantan, van saliendo los que puedan de acompañamiento y detrás el TETRARCA y MARIENE, llorando.

MÚSICOS La divina Marïene,
el Sol de Jerusalén,
por divertir sus tristezas,
vio el campo al amanecer.
Las fuentes, flores y aves 5
la dan dulce parabién,
siendo triunfo de sus manos
lo que es pompa de sus pies,
y como aves, fuentes, flores
solicitan su placer, 10
convidando unas a otras,
dicen una y otra vez:

«Fuentes, sus espejos sed:
corred, corred;
aves, su luz saludad: 15
volad, volad;
flores, sus sendas lucid,
venid, venid;
y a poner paz en lid
de un cielo y un vergel, 20
aves, fuentes y flores,
venid, volad, corred.»
TETRARCA Callad, callad, suspéndase el acento
que sonoro se esparce por el viento.
Hermosa Marïene, 25
a quien el orbe de zafir previene
ya soberano asiento,
como estrella añadida al firmamento,
no con tanta tristeza
turbes el rosicler de tu belleza. 30
¿Qué deseas? ¿Qué quieres?
¿Qué envidias? ¿Qué te falta? ¿Tú no eres,
querida esposa mía,
reina en Jerusalén? Su monarquía,
en cuanto ciñe el sol y el mar abarca, 35
¿no me aclama su ínclito Tetrarca,
que es Viso-Rey, mudando en mí el trofeo
sola la voz, porque nací Idumeo,
de cuya autoridad dan testimonio
letras de Marco Antonio 40
y firmas de Octaviano?
¿Los dos no intentan (¡oh, no salga en vano!)
competir el imperio
que dilata y extiende su hemisferio
desde el Tíber al Nilo? 45
Yo, pues, ¿con falso trato y doble estilo
de Antonio no defiendo
la parte? Porque así turbar pretendo
la paz, y que la guerra
dure, a fin que después, cuando la tierra 50
de sus huestes padezca atormentada,
y el mar cansado de una y otra armada,
pueda, deshechos ambos, declararme
y en Roma, tú a mi lado, coronarme.
Tu hermano y Tolomeo, 55
¿no son a quien les fío mi deseo,
y todo el poder mío,
pues con los dos socorro a Antonio envío?
Y en tanto, dueño hermoso,

que al triunfo llega el día venturoso, 60
¿no estás de mí adorada?
¿De mis gentes no estás idolatrada
por gusto tuyo en esta hermosa quinta
que sobre el mar de Jafe el abril pinta?
Pues no tan fácilmente 65
se postre todo un sol a un accidente;
pródiga restituya tu alegría
su luz al alba, su esplendor al día,
su fragancia a las flores,
al campo sus colores, 70
sus matices a Flora,
sus perlas al Aurora,
su música a las aves,
mi vida a mí; pues con temores graves
a celos me ocasionan tus desvelos... 75
No sé más que decir: ya dije celos...
MARIENE Tetrarca generoso,
mi dueño amante, mi galán esposo,
ingrata al cielo fuera,
y a mi ventura ingrata, si rindiera 80
el sentimiento mío
a pequeño accidente el albedrío.
La pena que me aflige,
de causa (¡ay triste!) superior se rige;
tanto, que es todo el cielo 85
depósito fatal de mi recelo,
pues todo el cielo escribe
mi desdicha, que en él grabada vive
en papel de zafir con letras de oro.
No con causa menor ni muerte lloro. 90
TETRARCA Menos sé ahora, y más dudo,
el mío y tu dolor; y si es que pudo
tanto mi amor contigo,
hazme, mi bien, de tu dolor testigo:
sepa tu pena yo, porque la llore 95
y más tiempo no ignore
ansia que ya con mis temores lucha.
MARIENE Nunca pensé decirla; pero escucha:
un doctísimo hebreo
tiene Jerusalén, cuyo deseo 100
siempre ha sido, estudioso,
adelantar al tiempo presuroso
la edad, como si fuera
menester acordarle que corriera.
Este astrólogo, o mago, o nigromante, 105
en láminas leyendo de diamante

caracteres de estrellas,
los ya futuros contingentes de ellas
-como dije- adelanta
con tanto estudio, con certeza tanta, 110
que es oráculo vivo
de todo ese volumen fugitivo
que, en círculos de nieve,
un soplo inspira y una mano mueve.
Yo, que mujer nací (con esto digo 115
amiga de saber), docto testigo
le hice de tu fortuna y mi fortuna;
que, viendo cuanto al monte de la luna
hoy elevas la frente,
quise antever el fin. Él, obediente, 120
con el mío juzgó tu nacimiento
y, a los acasos de la suerte atento,
halló... (aquí el labio mío
torpe muda la voz, el pecho frío
se desmaya, se turba y se estremece, 125
y el corazón aun con latir fallece),
halló, en fin, que sería
infausto triunfo yo (¡qué tiranía!)
de un monstruo el más cruel, horrible y fuerte
del mundo; y en ti halló que daría muerte 130
(¿qué daño no se teme prevenido?)
ese puñal que ahora traes ceñido
a lo que más en este mundo amares.
¡Mira, pues, si pesares
tan grandes es forzoso 135
que tengan en discurso temeroso,
muerta la vida y vivo el sentimiento!
Pues, trágicos los dos con fin violento,
por ley de nuestros hados
vivimos a desdichas destinados: 140
tú, porque ese puñal será homicida
de lo que amares; yo, porque mi vida
vendrá a ser, con ejemplo sin segundo,
trofeo del mayor monstruo del mundo.
TETRARCA Bellísima Marïene, 145
aunque ese libro inmortal,
en once hojas de cristal,
nuestros influjos contiene,
dar crédito no conviene
a los secretos que encierra; 150
que es ciencia que tanto yerra
que en un punto solamente
mayores distancias miente

que hay desde el cielo a la tierra.
De esa ciencia singular 155
sólo se debe atender
al mal que se ha de temer,
mas no al que se ha de esperar.
Sentir, padecer, llorar
desdichas que no han llegado, 160
ya lo son, pues que no hay hado
que pueda haberte oprimido,
después de haber sucedido,
a más que haberle llorado.
Y si ahora tu recelo 165
lo que ha de suceder llora,
tú haces tu desdicha ahora
mucho primero que el cielo.
Creer más nuestro desconsuelo,
por imaginada o dicha, 170
la desdicha que la dicha
ya es padecerla en rigor,
pues no hay desdicha mayor
que esperar una desdicha.
Y en otro argumento yo 175
vencer tu temor quisiera:
si ventura acaso fuera
la que el Astrólogo vio,
¿diérasla crédito? No,
ni la estimaras ni oyeras; 180
pues ¿por qué en nuestras quimeras
han de ser escrupulosas
las venturas mentirosas,
las desgracias verdaderas?
Dé crédito el llanto igual 185
al favor como al desdén:
ni aquél dudes porque es bien,
ni éste creas porque es mal.
Y si consecuencia tal
no te satisface, mira 190
otra que a librarte aspira.
Esta prevista crueldad,
o es mentira o es verdad;
dejémosla si es mentira,
pues nada nos asegura, 195
y a que sea verdad vamos,
porque, siéndolo, arguyamos
que es el saberla ventura.
Ninguna vida hay segura
un instante: cuantos viven 200

en su principio perciben
tan contados los alientos
que se gastan por momentos
los números que reciben.
Yo en aqueste instante no 205
sé si mi cuenta cumplí,
ni si viviré, y tú sí,
a quien el cielo guardó
para un monstruo: luego yo
llorar debiera, ignorante, 210
mi fin; tú no, si este instante
a ser tan dichosa vienes
que seguro el vivir tienes,
pues no está el monstruo delante.
Y, pasando al fundamento 215
de lo que han dicho de mí,
¿cómo es compatible, di,
que aqueste puñal sangriento
dé en ningún tiempo, violento,
muerte a lo que yo más quiero, 220
y a ti un monstruo? Y si no infiero
cosa de mí más querida,
¿cómo amenazan tu vida
aquel monstruo y este acero?
Pues si hoy el hado importuno, 225
que es de los gentiles dios,
te ha amenazado con dos
riesgos, no temas ninguno.
No hay más crueldad para el uno
que para el otro piedad; 230
luego será necedad
temer, al agüero atenta,
cuando es fuerza que uno mienta,
que el otro diga verdad.
Y porque veas aquí 235
cómo mienten las estrellas
y que el hombre es dueño dellas,

(Saca el puñal y ella se asusta.)

mira el puñal.
MARIENE ¡Ay de mí
esposo, yo...!
TETRARCA ¿De qué así
tiemblas?
MARIENE Mi muerte me advierte 240

mirarle en tu mano fuerte.
TETRARCA Pues porque no temas más
desde hoy inmortal serás:
yo haré imposible tu muerte.
Sea el mar, campo de hielo; 245
sea él, orbe de cristal,
deste funesto puñal,
monstruo acerado en el suelo,
sepulcro.

(Tira el puñal y dice dentro TOLOMEO.)

TOLOMEO (Dentro.) ¡Válgame el cielo!
MARIENE ¡Oh, qué voz tan triste he oído! 250
FILIPO Aire y agua han respondido
con asombro y con desmayo.
LIBIA El trueno fue de aquel rayo
un lastimoso gemido.
MARIENE ¿Qué mucho que a mí me asombre 255
acero tan penetrante,
que hace heridas en las ondas
e impresiones en los aires?
TETRARCA Los pequeños accidentes
nunca son prodigios grandes: 260
acaso la voz se queja.
Y porque te desengañes,
iré a saber cúya ha sido,
penetrando a todas partes
los cóncavos de los montes, 265
y los senos de los mares.

(Vanse [el TETRARCA] y FILIPO.)

MARIENE Toda soy horror.
TOLOMEO (Dentro.) Divinos
dioses, ¿a una vida frágil
no le bastaba una muerte?
MARIENE Acento tan lamentable, 270
¿cúyo será?
LIBIA No sé, pero
el mar campaña inconstante
de un mísero es, que, rendido
a los continuos embates
de su flujo y su reflujo, 275
entre sus espumas trae,

luchando a brazo partido
con el agua y con el aire.
SIRENE Ya tu esposo, dando orden
que le socorra y ampare 280
gente de mar, le da puerto
en los brazos y en su margen.
MARIENE Dices bien, mas (¡ay de mí!)
que asombro a asombro se añade,
pues puñal que fue cometa 285
de dos esferas errantes,
arpón del arco del cielo,
clavado en un hombro trae.
LIBIA (Aparte.) Y es, ¡ay infeliz!, si no es
que la distancia me engañe, 290
(mas, ¿cuándo engañan distancias
en perspectivas de males?)
Tolomeo. ¿Qué lo dudo,
pues bastaba ser mi amante
para ser tan infelice? 295
SIRENE (Aparte.) ¡Qué poca lástima me hace
a mí el ser él, pues estimo
ver que a mis ojos acabe!
MARIENE Vamos de aquí, que no tengo
ánimo para mirarle. 300
SIRENE (Aparte.) Ni yo ira para que
muera sin que yo le mate.
LIBIA (Aparte.) Ni yo valor que, en tal pena,
sufra, disimule y calle. (Vanse.)

(Salen el TETRARCA y FILIPO trayendo a TOLOMEO entre los dos , desnudo y herido, con el puñal en el hombro.)

FILIPO Ya del mar estáis seguro, 305
infelice navegante.
TETRARCA Y de la herida, pues hay
quien de ella el puñal os saque.
TOLOMEO Detente, señor, detente;
no le quites, no le arranques, 310
porque, al ver la puerta abierta,
sus espíritus no exhale
el alma. Y ya que los hados
solamente en esta parte
son piadosos, pues me dan 315
para verte y para hablarte
tiempo, no se pierda el tiempo.
Mi muerte y la tuya sabe.

TETRARCA ¿Tolomeo?
TOLOMEO Sí, señor.
TETRARCA Llevadle de aquí, llevadle 320
a curar.
TOLOMEO Oye primero,
que, cuando el riesgo es tan grande,
menos importa mi vida
que la tuya; y así, antes
que acabe mi poco aliento 325
desdichas que son tan grandes,
oye las tuyas, señor;
y cuando, helado cadáver,
me falte tiempo al decirlas,
al saberlas no te falte. 330
Octaviano, en tierra y mar
ondas ocupando y valles,
llegó a Pireo; salió Antonio,
con tu socorro a buscarle,
de Cleopatra acompañado, 335
en el Bucentoro, nave
que labró para él, si ya
no fue vago escollo fácil
de ascuas de oro guarnecido
de bronces y de cristales. 340
Saludáronse a lo lejos,
ya castigados los parches,
ya inspirados los clarines,
las dos capitanas reales
hasta que, de la galana 345
guerra estrechando los trances,
fueron las jarcias Vesubios,
fueron los buques volcanes.
A los principios fue nuestra
(aquí el aliento desmaye) 350
la fortuna, pero, ¿cuándo
fija estuvo? ¡Oh, ignorante
el que constante la dijo,
pues con rumbos desiguales
en ser inconstante siempre, 355
es siempre la más constante!
Al tiempo que por nosotros
iba (¡ay de mí!) a declararse,
se embravecieron las olas,
y el mar, Nembrot de los aires, 360
montes puso sobre montes,
ciudades sobre ciudades,
tan en favor de Octaviano,

que, gozando favorable
el barlovento, y nosotros 365
padeciendo sus embates,
fue fuerza que nuestra armada,
como estaba hacia la parte
del puerto, al abrigo suyo,
sotaventada, se ampare, 370
bien que tan rota y deshecha,
que, si la sigue al alcance
Octaviano, en él no dudo
que la eche a pique, o la abrase,
de cuyas resultas yo 375
no puedo (¡ay de mí) informarte,
porque, tomando la vuelta
de Jerusalén mi nave,
caballo fue desbocado,
que, perdido el gobernarle, 380
no hay rienda que le corrija
ni bocado que le pare.
Atormentada la quilla,
desmantelado el velamen,
los árboles destroncados, 385
enmarañados los cables,
y trayendo ya en la escota
arena y agua por lastre,
casi a vista de las torres
que divisa el mar de Jafe, 390
fue ruina de inculto bajo,
donde una tabla, a los ayes
repetidos, mi delfín
fue, enseñada a sus piedades.
¿Quién creyera que la suerte, 395
en un hombre que se vale
de la piedad de un fragmento,
pudiera hacer otro lance?
Dígalo yo, pues yo vi,
cuando de la orilla el margen 400
ya pensé que me admitía,
de acero un sañudo sacre,
que, a hacer como en cuerpo muerto
en mí la presa, se abate;
este, pues, que de mi vida 405
royendo está los instantes,
sólo el decir me permite
que hoy Octaviano triunfante
queda en Egipto, que Antonio
o sitiado o muerto yace; 410

que de Aristóbolo, hermano
de tu esposa, no se sabe;
y, en fin, que tus esperanzas
como el humo se deshacen;
y más si Octaviano llega 415
a saber que a Antonio vales.
Y ya que de tus desdichas,
siendo él todo, no soy parte,
dales sepulcro a las mías;
aunque las mías son tales, 420
que ellas se harán su sepulcro,
por blasón de que en él yace
el criado más leal
y el más desdichado amante.
TETRARCA El ser uno desdichado 425
todos han dicho que es fácil,
mas yo digo que es difícil;
que, es tan industrioso arte
que aunque le platiquen todos,
no le ha penetrado nadie. 430
¡Quitadme ese asombro, ese
funesto horror de delante!
Llevadle donde le curen. (Llévanle.)
Y aquese puñal guardadle,
que importa saber qué debo 435
hacer de él, ya que él me hace
tenerle por sospechoso.
¡Ay, Filipo, hagan alarde
mis suspiros de mis penas,
mis lágrimas de mis males! 440
FILIPO Señor, los grandes sucesos
para los sujetos grandes
se hicieron, porque el valor
es de la fortuna examen.
¿A qué crisol se averiguan 445
los generosas quilates
de un héroe sino a los toques
del hado, que es su contraste?
Ensancha el pecho, verás
que en él tus desdichas caben, 450
sin que a la voz ni a los ojos
se asomen.
TETRARCA ¡Ay, que no sabes,
Filipo, cuál es mi pena,
pues quieres darla esa cárcel!
FILIPO Sí sé, pues sé que has perdido 455
tal república de naves.

TETRARCA No es su pérdida la mía.
FILIPO Serálo el mirar triunfante
a Octaviano, con la duda
de que penetre o alcance 460
ser su enemigo.
TETRARCA No tengo
miedo a las adversidades.
FILIPO De Aristóbolo, tu hermano,
ni de Marco Antonio sabes.
TETRARCA Cuando sepa que murieron, 465
tendré envidia a bien tan grande.
FILIPO Los prodigios del puñal
preñeces son bien notables.
TETRARCA Al magnánimo varón,
no hay prodigio que le espante. 470
FILIPO Pues si prodigios, fortunas,
pérdidas, adversidades
no te afligen, ¿qué te aflige?
TETRARCA ¡Ay, Filipo, no te canses
en adivinarlo, puesto 475
que mientras no adivinares
que es amor de Marïene,
todo es discurrir en balde!
Todos mis anhelos fueron
coronarla y coronarme 480
en Roma, porque no tenga
que envidiar mi esposa a nadie.
¿Por qué ha de gozar belleza,
(que no hay otra que la iguale,
en fe de marido) un hombre 485
que hay otro que le aventaje?
¿No será mejor que (en fe
de galán) su nombre ensalce
y, si ella es la más hermosa,
sea él el más amante? 490
¿Cómo he de igualar extremos
si no es con que hacerla trate
la más alta, cuando ella
el más dichoso me hace?
Piérdase la armada; muera 495
Antonio, mi parcial; falte
Aristóbolo; Octaviano,
sepa o no mi intento, mande;
vuelva el prodigioso acero
a mi poder; que a postrarme 500
nada basta, nada importa,
sino que el medio se atrase

de hacer reina a Mariene
del mundo. Ya en esta parte
dirás, y lo dirán todos, 505
que es locura; no te espante,
que cuando amor no es locura,
no es amor; y el mío es tan grande,
que pienso -atiende, Filipo-
que pasando los umbrales 510
de la muerte, ha de quedar
a las futuras edades
grabado con letras de oro
en láminas de diamante. (Vanse.)

Cuadro II

Cajas y trompetas dentro y salen OCTAVIANO con bastón y corona de laurel, y como presos ARISTÓBOLO vestido pobremente, y POLIDORO con gala, desaliñadamente vestido PATRICIO, CAPITÁN y SOLDADOS.

UNOS (Dentro.) ¡Viva Octaviano!
OTROS (Dentro.) ¡Viva! 515
CAPITÁN Como a su César Menfis le reciba,
puesto que como a tal ya le idolatra,
a despecho de Antonio y de Cleopatra.
OCTAVIANO Pues me da la obediencia,
el saco cese, cese la violencia, 520
que basta que por César me reciba.
TODOS ¡Muera Cleopatra, y Octaviano viva!

(Salen y suenan cajas.)

OCTAVIANO Feliz es la suerte mía,
pues, de Egipto victorioso,
dilato la monarquía 525
de Roma, dueño famoso
de los términos del día.
Cante, pues, victoria tanta
la fama; y, en testimonio
de cuanto en mí se adelanta, 530
sean triunfos de mi planta
hoy Cleopatra y Marco Antonio.
Seguidlos, que mi ventura
llevarlos presos procura
donde, triunfador bizarro, 535
sean fieras de mi carro
el poder y la hermosura.
CAPITÁN Aunque habemos discurrido

de Cleopatra el gran palacio,
hallarla no hemos podido, 540
ni a Antonio, porque su espacio
laberinto de oro ha sido,
en que sólo hemos hallado
a Aristóbolo, cuñado
del que hoy a Jerusalén 545
Tetrarca rige, de quien
nos informó ese criado.

(Señala a ARISTÓBOLO.)

Contra ti lidió y así,
porque averigües aquí
sus designios, le traemos 550
de la parte en que le habemos
oculto hallado.
POLIDORO (Aparte.) ¡Ay de mí!
¿Cuál diablo me metió, cuál
demonio en engaño tal?
Señores, ¿no es necio error, 555
porque él viva de traidor,
que muera yo de leal?
ARISTÓBOLO (Aparte a POLIDORO.)
Si así la vida me das,
no temas: seguro estás,
que yo a ti te la daré. 560
Disimula pues.
POLIDORO (Aparte.) (Sí haré,
hasta que no pueda más.)
Grande César Octaviano,
cuyo renombre inmortal
el tiempo asegure ufano 565
en estatuas de metal,
que intente borrar en vano:
no desdores riguroso
los aplausos que has tenido
con sangre; que es ser piadoso 570
vencedor con el vencido,
ser dos veces victorioso.
OCTAVIANO Aunque pudiera, ¡oh, valiente
Aristóbolo!, vengarme
en tu vida dignamente, 575
pues contra mí estás, mostrarme
quiero piadoso y clemente.
Llega a mis brazos.
POLIDORO Si fui

tan feliz, ya desde aquí
no envidiaré altas esferas. 580
[Aparte.] (Juro a Dios que hablo de veras,
¿quién lo creyera de mí?)
OCTAVIANO Alza, alza del suelo, y pues
el fin de mis glorias es
entrar en Roma triunfante, 585
con Marco Antonio delante
y con Cleopatra a mis pies,
dime dónde están; que no
he sabido de ellos yo
desde que aquel Bucentoro, 590
armado risco de oro,
en su puerto se abrigó.
POLIDORO Yo de los dos te dijera,
si yo de los dos supiera;
que, siendo secreto, hallo 595
que hiciera más en callarlo,
señor, que en decirlo hiciera.
Mas desde que llegué aquí,
nunca más a los dos vi.
OCTAVIANO Eso no es agradecer 600
mi piedad. Yo he de saber
de ellos, y ha de ser así.
¡Hola!
CAPITÁN Señor.
OCTAVIANO Al infante
Aristóbolo llevad
a una torre, y ni un instante 605
goce de la claridad
del sol; la sombra le espante
en su noche...
POLIDORO (Aparte.) Aquí llegó,
señor, de tu engaño el fin.
ARISTÓBOLO (Aparte.) Disimula.
POLIDORO ¿Torre yo 610
y oscura? El demonio sin
duda me aristoboló.
CAPITÁN Venid.
ARISTÓBOLO (Aparte.) Calla.
POLIDORO (Aparte.) ¿Qué es callar?
¡Vive el cielo, que he de hablar!
¿Yo príncipe? En mi pecado, 615
muy errado y muy culpado...
OCTAVIANO ¡Llevadle! ¿Qué hay que esperar?
Y ese criado, el primero
padezca un tormento fiero,

o muera en él de leal. 620
POLIDORO (Aparte.) (¿Qué es tormento? Mal por mal,
torre pido y noche quiero:
vamos a la torre). Yo
soy Aristóbolo, no
errado infante, según 625
fingía. (Aparte.) (Sin duda, algún
ángel me aristoboló.)
ARISTÓBOLO Enfrena el fiero rigor,
sabrás de los dos, señor;
y, de mi voz advertido, 630
oirás que los dos han sido
funestos triunfos de amor.
Apenas rota su armada
vio Antonio, cuando la alada
nave, haciéndose a la vela, 635
nada, pensando que vuela,
vuela, pensando que nada;
pues con ligereza suma,
pez sin escama nadaba,
ave volaba sin pluma, 640
tan veloz, que aun no le ajaba
un solo rizo a la espuma.
A Menfis en fin llegó,
donde rehacerse pensó
de la pérdida y tornar 645
a la campaña del mar,
que tantos estragos vio;
mas viendo que le seguías
a Menfís (y que traías
de tu parte a la fortuna, 650
pues al orbe de la luna
de ella inspirado subías),
lamentando mal y tarde
la pérdida de su gente,
sin que a ser tu ruina aguarde, 655
del extremo de valiente
dio al extremo de cobarde;
pues, ciego y desesperado,
al panteón, colocado
a egipcios reyes, entró 660
y una sepultura abrió,
donde, vivo y enterrado,
dijo, sacando el acero:
«nadie ha de triunfar primero
de mí; que yo, y solo, así 665
triunfo yo mismo de mí,

pues yo mismo mato y muero».
Cleopatra, que le seguía,
viendo que ya agonizaba
bañado en su sangre fría, 670
cuyo aliento pronunciaba
más cuanto menos decía,
«muera -dijo- yo también,
pues por piedad, o por ira,
no cumple con menos quien 675
llega a querer bien y mira
muerto lo que quiere bien».
Y, asiendo un áspid mortal
de las flores de un jardín,
dijo: «Si otro de metal 680
dio a Antonio trágico fin,
tú serás vivo puñal
de mi pecho, aunque sospecho
que no moriré a despecho
de un áspid, pues en rigor 685
no hay áspid como el amor,
y ha días que está en mi pecho».
Él, con la sed venenosa,
hidrópicamente bebe,
cebado en Cleopatra hermosa, 690
cristal que corrió la nieve,
sangre que exprimió la rosa.
Yo lo vi todo, porque,
así como aquí llegué,
el palacio examinando, 695
a mi príncipe buscando,
hasta el panteón entré,
donde él, rendido al valor,
y ella, postrada al dolor,
yacen, mostrando en su suerte 700
que aun no divide la muerte
a dos que junta el amor.
OCTAVIANO Aquí dio fin mi esperanza,
aquí murió mi alabanza,
que, en altivo pecho real, 705
no ha de pisar el umbral
de la muerte la venganza.
Y, pues ya triunfar no espero
de ellos, saber de ti quiero:
estando de mí obligado 710
el Tetrarca, tu cuñado,
¿por qué tan sañudo y fiero
tú militas contra mí?

POLIDORO Si tú estás diciendo aquí
que es mi cuñado, señor, 715
¿no es el preguntarme error
por qué tu contrario fui?
Él es tu amigo leal,
pues con tu decreto real,
gobierna a Jerusalén, 720
y basta quererte él bien
para quererte yo mal.
CAPITÁN Si examinar su intención
quieres, quizá la diré
yo, pues al darse en prisión 725
esta caja le quité;
joyas y papeles son,
de que algo podrás saber.

(Abre la caja y saca una joya entre otras.)

OCTAVIANO Cifra es del mayor poder
su inestimable riqueza; 730
mas, entre ellas, la belleza
de una extranjera mujer
es la más rica y mejor
joya, la de más valor.
No vi más viva hermosura 735
que el alma desta pintura.
ARISTÓBOLO (Aparte.) Atento el Emperador
en contemplar se detiene,
entre las joyas que darme,
como a su hermano, Mariene 740
quiso al tiempo de embarcarme,
aquélla que en sí contiene
su hermoso retrato fiel.

(Saca un papel OCTAVIANO y lee.)

Mas, ¡ay fortuna cruel!,
ver los papeles porfía. 745
¡Mal haya el hombre que fía
sus secretos de un papel!
OCTAVIANO (Lee.)
«El fin de nuestras felicidades consiste en mantener la guerra y así procurarás que el socorro que a Marco Antonio llevas sólo sirva contrapesar las ventajas de Octaviano; procurando que el uno al otro se deshagan, porque, en viéndolos enflaquecidos, pueda yo declararme y emperador de Roma...»

¿Qué tengo que esperar más?»
Y, pues sospechoso estás,
y aun convencido conmigo, 750
mientras pienso tu castigo,
en una torre estarás.
POLIDORO No son buenos pensamientos
andar pensando tormentos.
¿No será mucho mejor, 755
que no castigos, señor
pensar gustos y contentos?
OCTAVIANO Llevadle de aquí.
POLIDORO Escuchar
debes; yo...

(Llévanle los SOLDADOS.)

OCTAVIANO No hay que aguardar.
POLIDORO Sí hay.
SOLDADO Venid.
POLIDORO Hago testigos 760
que no hay que pensar castigos,
pues no me dejan hablar. (Llévanle.)
OCTAVIANO (Al CAPITÁN.) Tú partirás al momento
con gente y armas y, atento
a mi cesárea obediencia, 765
traerás preso a mi presencia
al Tetrarca; donde intento

(Vase el CAPITÁN.)

que su castigo me dé,
de haber contra mí aspirado,
satisfacción.(A ARISTÓBOLO.) Tú, porque, 770
en efecto, eres criado
en quien tal lealtad se ve,
darte libertad espero;
pero por rescate quiero
que en canje tuyo me des 775
el decirme cúyo es
este retrato.
ARISTÓBOLO (Aparte.) (Aquí muero
de confusión; si le digo
quien es, a amarla le obligo;
desesperarle es mejor; 780
halle imposible su amor

al principio, pues consigo
su olvido así.) Esa pintura,
que un tiempo fue llama pura,
al soplo de un accidente, 785
es ya sombra solamente
de una difunta hermosura.
Casar con ella pensó
Aristóbolo, mas no
quiso amor que mortal fuera 790
su dueño, y así a otra esfera
para sí se la llevó.
OCTAVIANO ¿Muerta es esta beldad?
ARISTÓBOLO Sí.
OCTAVIANO Sin esperanza, ¡ay de mí!,
ya con lástima la veo. 795
ARISTÓBOLO (Aparte.) Bien se logró mi deseo.
OCTAVIANO Libre estás, vete de aquí.
ARISTÓBOLO El cielo vida te dé.
(Aparte.) De tanto infeliz suceso,
cuenta al Tetrarca daré, 800
huyendo de aquí antes que
se sepa quién es el preso. (Vase.)
OCTAVIANO La muerte y el amor una lid dura
tuvieron sobre cuál era más fuerte,
viendo que a sus arpones de una suerte 805
ni el alma ni la vida sea segura.
Una hermosura, amor, divina y pura
perfeccionó, donde su triunfo advierte;
pero, borrando su esplendor la muerte,
se vengó del amor y la hermosura. 810
Viéndose amor entonces excedido,
la deidad de una lámina apercibe,
a quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe,
pues de quien vive y muere, dueño ha sido, 815
y la muerte lo es sólo de quien vive. (Vase.)

Cuadro III

(Sale LIBIA.)

LIBIA Por las faldas lisonjeras
destos elevados riscos,
que son del puerto de Jafe
enamorados narcisos, 820
en tanto que Mariene,

sólo atenta a los delirios
de sus hados, solicita
con músicas divertirlos,
a divertir yo también 825
mis pesares me retiro,
por no llorar los ajenos
pudiendo llorar los míos.
Sola estoy, salga del pecho
en acentos repetidos 830
mi dolor. ¡Ay, Tolomeo!,
en tanto que lloro y gimo
desdichas tuyas, admite
este llanto que te envío,
como en disculpa de que 835
yo ocasioné tus peligros,
pues ya fuera más dichoso
si fuera menos querido.
Cuando victorioso, (¡ay triste!)
esperaba mí albedrío 840
el casto fin de tu amor,
muerto has llegado y vencido.
Pues, ¿cómo, cómo mi pecho,
cobardemente remiso,
sin saber de ti (aunque sé 845
que vives, pues que yo vivo),
abandonando el secreto
no está repitiendo a gritos...?
SIRENE (Canta dentro.)
Porque aun no me consuelen
lágrimas y suspiros, 850
lleve el mar lo llorado
y el aire lo gemido.
LIBIA La dulce voz de Sirene,
por más que me ha aborrecido
desde que supo ser yo 855
por quien Tolomeo no vino
en el casamiento que
con él su padre hacer quiso,
a su pesar lisonjera,
parece que habla conmigo, 860
o en mi favor, pues su acento
tan a propósito dijo:
ELLA Y SIRENE Porque no me consuelen
lágrimas y suspiros,
lleve el mar lo llorado 865
y el aire lo gemido.

(Cantando y representando, salen MARIENE y SIRENE.)

MARIENE Nunca más, Sirene mía,
tu voz me sirvió de alivio.
Parece que te ha dicho
mi pena el funesto ritmo 870
de este tono; vuelve, vuelve
otra vez a repetirlo.
SIRENE Y otras mil, pues ya sé que
con lo que es triste te sirvo.
LIBIA (Aparte.) A no mandárselo ella, 875
la pidiera yo lo mismo,
pues a dos luces el tono
está diciendo a dos visos:
LAS TRES Porque no me consuelen
lágrimas y suspiros, 880
lleve el mar lo llorado,
y el aire lo gemido.

(Salen FILIPO y el TETRARCA.)

FILIPO Éste es, señor, el puñal,
que ya una vez despedido
de tu mano, vuelve a ella. 885
TETRARCA ¡Con cuánto asombro le miro,
como a fatal instrumento!
Mas di, ¿cómo se ha sentido
Tolomeo?
FILIPO No es la herida,
señor, de tanto peligro 890
como la falta de sangre,
de que va cobrando bríos.
LIBIA (Aparte.) Buenas nuevas te dé Dios:
la primera vez ha sido
que llegó el contento acaso. 895
SIRENE (Aparte.) ¡Mal haya voz que tal dijo,
sino que ya hubiese muerto!
TETRARCA ¿Mariene?
MARIENE Esposo mío.
TETRARCA Girasol de tu hermosura,
la luz de tus rayos sigo, 900
bien como la flor del sol,
cuyos celajes pajizos,
tornasolados a rayos
e iluminados a giros,
le van siguiendo, porque, 905
imán del fuego atractivo,

le hallan su vista, o su ausencia,
ya luciente o ya marchito.
MARIENE Ya que del fuego te vales,
sea amor o sea artificio, 910
yo también; pues, como aquel
pájaro, a quien fue su nido
y su sepulcro una llama,
enamorando el peligro,
sobre la hoguera de pluma 915
bate las alas de vidrio
hasta quedar en su incendio
hijo y padre de sí mismo,
así yo, que a tanto sol
vida muriendo recibo, 920
hasta que a sus rayos muera
me parece que no vivo.
TETRARCA Dejadnos solos.
LIBIA (Aparte.) Fortuna,
pues que favorable he visto
tu rostro una vez, prosigue 925
sin que tuerzas el camino,
pues ya le anduviste, que hay
desde el llanto al regocijo.

(Vanse LIBIA y SIRENE.)

TETRARCA Ya, divina Mariene,
que sólo serán testigos 930
de mi fineza estos mares,
y de mi afecto estos riscos,
dejando aparte el cuidado
de la nueva que ha traído
Tolomeo, porque sólo 935
el tuyo vive conmigo,
oye: este infausto puñal,
acerado basilisco
que siempre amenaza estragos,
o viendo él o siendo visto, 940
es aquél que la dudosa
ciencia del hado previno
para homicida de quien
más adoro y más estimo.
Y, aunque es verdad que, constante, 945
a condicionados juicios
no doy crédito, y desprecio
los contingentes avisos
del hado y de la fortuna,

dioses que coloca el vicio, 950
no sé qué nuevo temor
en mi pecho ha introducido
verle volver a mi mano,
que con asombro le miro;
y del miedo, y del valor, 955
ya animoso, ya remiso,
sitiado a más no poder,
me quiero dar a partido.
Porque aunque yo nunca crea
casuales vaticinios, 960
no los dudo; que no ignoro
que ese estrellado zafiro,
república de luceros
y vulgo de astros y signos,
a quien le sabe leer 965
es encuadernado libro,
donde están nuestros alientos
asentados por registro.
Y así, ni dudando bien
ni bien creyendo, imagino 970
que el perfecto varón debe
a los sucesos previstos
darlos el crédito en una
parte, y en otra, al olvido:
aquí, para no esperarlos, 975
y allí, para prevenirlos.
Yo, pues, entre ambos afectos,
vacilante y discursivo,
ni creyendo ni dudando,
el puñal a tus pies rindo. (Pónele a sus pies.) 980
Tú eres, bellísima hebrea,
la luz hermosa que sigo,
la imagen que sola adoro,
la deidad que sola sirvo.
No es posible que yo quiera, 985
si inmortal al tiempo vivo,
otra cosa más que a ti;
tanto, que mil veces digo
que el imaginado monstruo
que te amenaza a prodigios 990
es mi amor, pues, por quererte,
a tantas cosas aspiro
que temo que él ha de ser
quien labre nuestro obelisco.
Pues si lo que yo más quiero
eres tú, y el cielo mismo

no puede hacer que no seas
sin borrar lo que ya hizo,
tú eres a quien amenaza
el cruel áspid bruñido, 1000
que a tus pies se disimula
entre dos cándidos lirios.
Yo quise hacer imposible
tu muerte, cuando atrevido
arrojé al mar el puñal; 1005
pero habiendo una vez visto
que, aun en él, no está seguro,
pues, por casos exquisitos,
podrá llegar donde estés,
siempre ignorando el peligro, 1010
para más seguridad
tuya, cuerdo he prevenido
que tú, árbitro de tu vida,
traigas tus hados contigo;
que mayor felicidad 1015
nadie en el mundo ha tenido
que ser, a pesar del tiempo,
el juez de su vida él mismo.
La Parca, que nuestra edad
tiene pendiente de un hilo, 1020
para que el tuyo no corte,
pone en tu mano el cuchillo.
En tu mano está tu suerte;
vive tú sola a tu arbitrio,
pues, al cortarle el aliento, 1025
podrás embotarla el filo.
Y si este amor y ese acero
son hoy tus dos enemigos,
mientras aquél te corona
de mil laureles invictos, 1030
triunfa tú de ése, y, al fin,
dueño tú de tu albedrío,
guárdate tu vida tú,
húyete tú tu peligro,
hazte tú tu duración, 1035
lábrate tú tus designios,
cuéntate tú tus alientos,
y vive al fin tantos siglos
que los sepa la memoria
y que lo sepa el olvido. (Yéndose.) 1040
MARIENE Oye, aguarda, escucha, espera;
que, aunque agradezco y estimo
el don que a mis plantas pones,

ni le acepto ni le admito;
que, en metáfora de áspid, 1045
al presumir que le piso,
de mirarle me estremezco,
de verle me atemorizo.
Pero, rompiendo al silencio
las prisiones y los grillos, 1050
con que en cárceles de hielo
el pavor ponerlos quiso,
ya en mí cobraba, pretendo
argüirte que no ha sido
cuerda determinación 1055
(si bien de tu amor indicio)
la que contigo has tomado
y ejecutado conmigo.
Dejo aparte si es jactancia
el darse por entendido 1060
hoy mi amor de que yo sea
del tuyo sujeto digno;
y creyéndote cortés
(pues por amante y marido
me está tan bien el creerlo), 1065
de esta manera prosigo:
si ese templado veneno
es el que, cruel y esquivo,
el hado esquivo y cruel
contra mi pecho previno, 1070
¿quién te persuadió, señor,
quién te informó, quién te dijo
que era la seguridad
de mi vida traer conmigo
la ejecución de mi muerte, 1075
y que podrán ser amigos
y hacer buena compañía
la vida y el homicidio?
Si éste mi vida amenaza
con estragos, ¿es motivo, 1080
para excusar que se encuentren,
hacer que anden un camino
y vayan de camarada
el acaso y el peligro?
¿Fuera buena prevención, 1085
en el humano sentido,
para estorbar que se abrase
este eminente edificio,
sitiarle de fuego? ¿Fuera
bien, ya una vez encendido, 1090

para apagarle, sembrar
de pólvora sus distritos?
¿Fuera, ya una vez cercado
del negro alquitrán nocivo,
bien darle espera a que soplen 1095
del helado norte frío
los ábregos y los cierzos?
Pues piensa que es esto mismo
lo que intentas, pues intentas
el que no estén divididos 1100
este puñal y este pecho;
pues han de ser enemigos,
por más que juntos los veas
cautelosamente impíos,
vida y muerte, ira y piedad, 1105
sombra y luz, virtud y vicio.
Confieso que la razón
es fuerte, cuando advertido
dices que no es ocultarle
remedio, pues ya le vimos 1110
volver del mar a tu mano;
y que será gran martirio,
confieso también, estar
dudando, siempre afligido
un pecho, quién será ahora 1115
dueño de los hados míos.
Pero, entre apartarle tanto
que dude quién habrá sido,
y acercarle tanto que
sepa que está tan vecino, 1120
haya un medio, y sea ponerle
con tal dueño y en tal sitio
que le sepa y no le tema. (Levántale.)
Tú le has de tener ceñido,
pues, si del juicio me acuerdo, 1125
el astrólogo no dijo
que habías tú de dar la muerte
a lo que más has querido
con él, sino que con él
moriría; y pues colijo 1130
que puede aborrecer otro
lo que tú quieres, delito
será, echándole de ti,
dar armas a tu enemigo,
pues podrá venir a manos 1135
de quien me haya aborrecido.
Así, señor, yo te ruego,

y así, mi bien, te suplico
que tú, alcaide de mi vida,
traigas el puñal contigo. 1140
Con eso seguramente
sabré que aquel tiempo vivo
que tú le tienes. Y escucha
otro argumento, te pido.
O tú me quieres o no: 1145
si me quieres, no peligro,
pues a lo que tú más quieras
no has de dar muerte tú mismo;
si no me quieres, no soy
a quien arrastra el destino 1150
de tu amor, con que también
de la amenaza me libro.
Luego, olvidada o querida,
mis sobresaltos desvío,
mis sospechas desvanezco, 1155
mis quietudes facilito,
mis deseos aseguro,
mis consuelos solicito,
mis recelos acobardo
y mis temores animo, 1160
sólo con que sea la guarda
de mi vida tu cariño.
TETRARCA Tanto, mi bien, la deseo,
que a serlo desde hoy me obligo.
Y ¡ojalá fuera verdad, 1165
no prevención, este estilo,
para que eterna vivieras!
Y así, a tus voces movido,
en tu nombre, Marïene,
segunda vez me le ciño. 1170

(Al tomar el puñal, cajas y golpes dentro y salen CAPITÁN y SOLDADOS.)

CAPITÁN (Dentro.) ¡Sitiad la quinta, romped
las puertas, y entrad conmigo!
TETRARCA Pero ¿qué alboroto es éste?
MARIENE ¿Quién ocasiona este ruido?
CAPITÁN Quien de parte de Octaviano 1175
viene, por haber sabido
de Aristóbolo, que queda
preso, el aleve motivo
con que el ayudar a Antonio
era aspirar al invicto 1180
laurel de Roma; y, pues muerto

él yace y tú convencido,
con que queda único césar
Octaviano, a quien yo sirvo,
date a prisión.
TETRARCA ¿Yo a prisión? 1185
CAPITÁN Y no intentes resistirlo,
que toda Jerusalén,
habiendo el caso entendido,
está contra ti, y el orden
es llevarte muerto o vivo. 1190
TETRARCA Muerto será porque yo
no he de darme a otro partido.
MARIENE ¡Ay infelice!
SOLDADO ¡A prisión
te da!
TETRARCA En vano me resisto.
CAPITÁN Vaya arrastrando a la nave. 1195
TETRARCA ¡Mariene!
MARIENE ¡Esposo mío!
CAPITÁN Retiradla a ella también,
que enternecen sus gemidos
TETRARCA Tu amor a morir me lleva.
MARIENE El tuyo, no menos fino, 1200
antes que a ti padecerlo,
me matará a mí el sentirlo.
TETRARCA ¡Adiós para siempre!
MARIENE ¡Adiós
para nunca hallar alivio!
TETRARCA Ya que a voluntad del hado... 1205
MARIENE Ya que a elección del destino...
TETRARCA ...toda mi vida es portentos.
MARIENE ...toda mi vida es prodigios.

Segunda jornada

Cuadro I

Córrese una cortina, y vese a un lado del tablado el SOLDADO 1º, como sustentando de la parte de abajo un retrato entero de MARIENE; y el SOLDADO 2º de la parte de arriba, como que le está colgando sobre una puerta que habrá en el vestuario.

SOLDADO 1º Ya que en sus melancolías
no hay cosa que le divierta 1210
más que, en varios trajes, ver
repetida esta belleza,
y éste es el mejor retrato
de cuantos de la pequeña
lámina al lienzo pasó 1215
del noble arte la excelencia,
pongámosle de su cuarto
sobre el marco de la puerta,
para que cuando entre y salga
a todas horas le vea. 1220
SOLDADO 2º Bien has prevenido.
SOLDADO 1º Pues
sea presto, que ya llega.

SOLDADO 2º Con la prisa que me das,
no sé si bien puesto queda.
¡Quiera Dios que no se caiga, 1225
vencido el clavo o la cuerda!

(Quítase el SOLDADO y sale OCTAVIANO.)

OCTAVIANO Pasión tan desesperada,
que al primer paso tropieza
en un imposible, y cay
en otro, queriendo ciega 1230
dar una esperanza viva
en una hermosura muerta,
bien se ve que no es pasión,
sino locura, y de tema
tan invencible que triunfos, 1235
aplausos, lauros, y empresas
no la alivian, puesto que
ni todo ni parte sean
a echar de mí una aprehensión
tan rebeldemente necia. 1240
SOLDADO 1º Como mandaste, señor,
que en todo Menfis se hicieran
de este pequeño retrato (Dale el retrato.)
varias copias, truje ésta,
por ser la más parecida. 1245
OCTAVIANO Dices bien, pues no pudiera
haberla mejor sacado
el pincel, cuando corriera
las líneas y los bosquejos
al lienzo desde mi idea. 1250
¡Que nunca me hayas sabido,
o con maña o con cautela,
de Aristóbolo quién fuese
alma de deidad tan bella!
SOLDADO 1º Con ese intento mil veces 1255
a la torre que le encierra
de guarda entré, pero nunca
lo supe; que de manera
Aristóbolo ha perdido
el juicio desde que en ella 1260
está, que es en vano ya
que a nada en razón atienda.
OCTAVIANO ¿Qué dices?
SOLDADO 1º Que solamente
desatinos dice y piensa.
OCTAVIANO No me espanto (¡ay infelice!) 1265

si la causa que le fuerza
a perder el juicio ha sido
perder esta hermosa prenda.
¿Cómo es compatible (¡oh, rara
beldad!) que un delirio sientan 1270
dos, el uno, porque te halle,
y el otro, porque te pierda?
¡Qué mal hice, cuando, necio
de amor y de su violencia,
culpé a Antonio que adorase 1275
a aquella gitana, aquélla
que en los teatros del mundo
hizo la mayor tragedia!
¡Oh qué bien vengado está
de mi altivez, y soberbia! 1280
Pues para mayor trofeo,
con instrumento se venga
tan fácil como un retrato,
y ése de una beldad muerta.

(Cajas destempladas.)

Pero ¿qué es aquesto? Cuando 1285
triste pronuncia mi lengua
«muerta beldad», me responden
las cajas y las trompetas
destempladas. ¿Si los cielos
si los montes, si las selvas, 1290
si los vientos, si los mares,
cuando mi voz les acuerda
de igual pérdida, la ruina
compadecidos celebran
de esta difunta hermosura 1295
repetidas las exequias?

(Las cajas.)

Otra vez, ¡piadosos cielos!
suena el rumor de más cerca.
Ved quién ese pavor causa.
SOLDADO 1º Mucho extraño que las señas 1300
no te lo digan, pues es
ceremonia usada ésta
de los bárbaros gitanos,
siempre que, rendida o presa,

alguna persona real 1305
en su corte sale o entra.
OCTAVIANO Pues ¿quién entra o sale hoy,
o preso o rendido en ella?

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN El Tetrarca, a quien tú diste
orden de que yo le prenda, 1310
y viendo cuánto supone
virrey que por ti gobierna,
usando la ceremonia
de que con sus armas venga
y con salva se reciba, 1315
bien que trágica y funesta,
llega a tus pies.

(La caja SOLDADOS y el TETRARCA.)

OCTAVIANO Más estimo
ver postrada esa soberbia
que el alto triunfo con que
Roma recibirme espera. 1320
Quede él solo, y los demás
salgan, Patricio, allá fuera;
que, por si acaso mi enojo
tras sí mis acciones lleva,
no quiero que nadie airado 1325
con un rendido me vea.
Templad vos, pues sois mi espejo,
mi cólera.

(Mira al retrato que tendrá en la mano.)

TETRARCA [Aparte]. (Suerte adversa,
¿a qué más pudo llegar
de tus ceños la influencia?) 1330
Invicto Octaviano, cuyo
nombre en láminas eternas
el tiempo escriba dictado
de las plumas y las lenguas,
a tus pies llego ofendido, 1335
porque, para que vinieran
mi lealtad y mi valor
a rendirte esta obediencia,
no era menester que fuesen
por mí; que el que se respeta 1340

por fuerza cuando por gusto
puede, a sí mismo se afrenta,
pues quita a la voluntad
lo que le añade a la fuerza.

(Alarga otra mano, en que no tiene el retrato, y el TETRARCA, al besar la una, mira a la otra.)

[Aparte.] Dame tu mano. (Mas, cielos 1345
divinos, al besar ésta,
¿qué es lo que en aquélla miro?
¿Habrá en el mundo quien beba
dos venenos a dos manos,
y a un mismo tiempo los sienta 1350
en los labios y en los ojos?)

(Volviendo la espalda, y él de rodillas tras él.)

OCTAVIANO Si informado no estuviera
de mi razón, a la tuya
bastante crédito diera;
pero si son destempladas 1355
cláusulas -que no concuerdan
esa afectada humildad
con tu traidora soberbia-,
no violencia, no rigor
la prevención te parezca; 1360
que con vasallos que son
de los de «¡Viva quien venza!»
fuerza es que la voluntad
se aproveche de la fuerza.
TETRARCA [Aparte.] (¡Mortal estoy, dadme, dioses, 1365
valor, que quizá no es ella!
¡Que agora me la ocultase!)
Si contra mí te aconseja
quien pretende...
OCTAVIANO No presumas
que, mal advertido, hiciera 1370
extremos tales; de ti
sé la ambición con que intentas
conspirar al sacro imperio,
a cuyo efecto la guerra
mantenías, dando a Antonio 1375
los socorros para ella.

(Saca unas cartas y póneselas con el retrato.)

Estas firmas te convencen:
de ellas lo sé. Llega, llega,
míralas bien, tuyas son,
míralas.

TETRARCA [Aparte.] Yo miro, al verlas, 1380
mi muerte más declarada
de lo que aun tú mismo piensas.
Pues... yo... sí...

OCTAVIANO Esa turbación
es ya segunda evidencia.
Pero quien a un Idumeo 1385
honró, baja estirpe hebrea,
rebelada de sus nobles
tribus, esto y más merezca.
Y así, mientras tu castigo
a los demás escarmienta, 1390
sabe que soy Octaviano,
que soy el único César
de Roma, que el Nilo y Tíber
humildes mis plantas besan;
y que a cuantos contra mí, 1395
con traiciones, con cautelas,
quieran conspirar, negando
a mi poder la obediencia,
seré yo quien los corone
del laurel, para que sean, 1400
con un impulso, a mis plantas
con una acción, a mis huellas,
dos trofeos de una vez
mi laurel y su cabeza.

(Vase hacia la puerta del retrato.)

TETRARCA (Aparte.) ¡Que esto escuchen mis oídos 1405
y aquello mis ojos vean
sin que el dolor me despeñe!
Yo he de morir, cosa es cierta,
a sus manos o a mis celos:
pues él a mis celos muera, 1410
y a mis manos; que una vida
tan grande no es bien se venda
a menor precio.

(Al entrarse OCTAVIO, va a darle el TETRARCA. Cae el retrato, clava en él el puñal, y vuelve.)

OCTAVIANO ¿Qué es esto?
TETRARCA Desesperada impaciencia
que ha de costarme el decirla 1415
aun mucho más que el hacerla.
OCTAVIANO ¿Tú con el desnudo acero,
cuando yo la espalda vuelta,
y entre tu acero y mi espalda
esta hermosa imagen puesta? 1420
¿Tú turbado, yo seguro,
y ella herida? ¿Tú con muestras
de venganzas, yo de agravios,
y ella de piedades? ¿Muerta
tú la acción, yo vivo el riesgo, 1425
y ella ofendida? ¡Vive ella
-que, como a deidad que adoro,
bien puedo este obsequio hacerla-
que este sacrílego acero,
ya que horrores representa, 1430
el instrumento ha de ser,
pues lo fue de tu violencia, (Toma el puñal.)
de tu castigo! Vea el mundo
que el que me agravia, me venga.
¡Hola!

(Salen el CAPITÁN y SOLDADOS.)

CAPITÁN ¿Señor?
OCTAVIANO A la torre, 1435
donde su hermano se encierra,
llevad también al Tetrarca,
donde sólo un criado tenga
de los que le hayan seguido.
TETRARCA Cuando mi sepulcro sea, 1440
la vida debo a un puñal;
yo le pagaré con ella. (Llévanle.)
OCTAVIANO Y yo la vida a un retrato;
y pues que de otra manera
no puedo, con adorarle 1445
también pagaré mi deuda. (Vase.)

Cuadro II

(Vuelve a cubrir la cortina el retrato, y salen dos SOLDADOS, y POLIDORO paseándose.)

SOLDADO 1º Grande es tu melancolía.
POLIDORO ¿Melancolía decís,
bergantonazo? ¡Mentís!
SOLDADO 1º Pues ¿qué es esto?
POLIDORO Hipocondría, 1450
que un príncipe como yo
no había de adolecer
vulgarmente, ni tener
mal que tiene un sastre.
SOLDADO 2º No
te enojes de eso.
POLIDORO Sí quiero, 1455
que estar triste solamente,
no es achaque competente
de un príncipe prisionero;
y más si se considera
la grande superchería 1460
con que de noche y día
me tratan.
SOLDADO 2º ¿De qué manera?
POLIDORO ¿De qué manera, picaño?
¿Qué príncipe se prendiera
donde una infanta no hubiera 1465
que, condolida a su daño,
con músicas le avisara
desde el cubo del terrero,
y a pagar de su dinero
las guardas le sobornara, 1470
para que una noche oscura,
en dos caballos los dos,
por parque, a la paz de Dios,
se fuesen a su ventura?
SOLDADO 1º Si estuviera por acá 1475
[aparte] (Así saber algo trato)
la dama de aquel retrato,
quizás ella...
POLIDORO Claro está
que mirara por su honor;
y caso que allá estuviera 1480
preso un infante, y no hubiera
tenídole mucho amor,
las desdichas acabadas
desta mi prisión cruel,
por no haberse ido con él, 1485
la matara yo a patadas,
según la adoro; y sospecho
que si donde estoy supiera,

estrafalaria viniera
por mí.
SOLDADO 2º Lo medio está hecho, 1490
porque yo, compadecido,
aderezo te traeré
de escribir. (Vase.)
SOLDADO 1º Yo un propio haré,
al punto que haya sabido
dónde se ha de encaminar 1495
la carta.
POLIDORO ¿Qué dices?
SOLDADO 1º Digo
lo que por ti a hacer me obligo.
POLIDORO Mil abrazos te he de dar
mientras, habiendo avisado
y librádome mi dama, 1500
te hago el hombre de más fama.
SOLDADO 1º No es aquése mi cuidado...
[Aparte.] (Que más que espero de ti,
de Octaviano espero, pues
con eso sabrá quién es 1505
dueño del retrato.)
SOLDADO 2º Aquí
hay ya de escribir recado.
POLIDORO ¿Con su tinta y pluma?
SOLDADO 2º En él
se dice todo.
POLIDORO ¿Papel?
SOLDADO 2º También.
POLIDORO ¿Batido y dorado? 1510
SOLDADO 2º No, pero el que bastará.
POLIDORO ¿Polvos?
SOLDADO 2º Polvos hay.
POLIDORO ¿Oblea,
lacre y sello?
SOLDADO 2º Sí.
POLIDORO Pues ¡ea!
Llegadme el bufete acá.
¿La silla?
SOLDADO 2º Ya está llegada. 1515

(Pónenle todo lo que ha dicho, y lléganle bufete y silla.)

POLIDORO ¿Papel, tinta y pluma aquí
no hay? ¿Polvos y sello?
LOS DOS Sí.
POLIDORO Pues aún no tenemos nada.

SOLDADO 1º ¿Qué falta de prevenir?
POLIDORO Lo mejor.
SOLDADO 2º Sepa qué fue, 1520
volando por ello iré.
POLIDORO El que yo no sé escribir.

(Maltrátanle los dos.)

SOLDADO lº ¿Agora sale con eso
el tonto?
SOLDADO 2º ¿El loco?
SOLDADO 1º ¿El menguado?
POLIDORO ¿Quién vio príncipe aporreado? 1525

(A la puerta el CAPITÁN y TETRARCA y los dos le vuelven a poner capa y sombrero como que le sirven.)

CAPITÁN Ésta es la torre en que preso
Aristóbolo está. En ella
dejarte el César mandó.
SOLDADO 2º [Al SOLDADO 1º] Gente en la prisión entró.
SOLDADO 1º No vean que le atropella 1530
nuestro enojo; que han mandado
con respeto le tratemos.
SOLDADO 2º Que le servimos mostremos.
CAPITÁN ¿Cómo tu alteza ha pasado
la noche?
POLIDORO Mal; y peor 1535
la mañana, que a porrazos
aquestos picaronazos
me han muerto. (Da tras ellos.)
CAPITÁN ¡Tente, señor!
¿Qué haces?
POLIDORO Reñir, vive Apolo,
a manera de valiente 1540
al uso, que habla si hay gente
y calla cuando está solo.
CAPITÁN Advierte que a estar contigo
viene el Tetrarca, tu hermano.
POLIDORO ¿El Te... qué?
CAPITÁN El Tetrarca.
POLIDORO [Aparte.] En vano 1545
es ya excusarse el castigo
de haber tal engaño hecho.
CAPITÁN [Al TETRARCA.] Llegad; bien podéis llegar
con Aristóbolo a hablar.

TETRARCA. [Aparte.] (¡Qué miro! Mas ya sospecho 1550
que hay algún secreto aquí,
pues con su nombre no ignoro
que esté preso Polidoro
para grande fin; y así,
disimular me conviene.) 1555
Dame, en mis últimos plazos,
Aristóbolo, los brazos...
POLIDORO [Aparte.] Borracho el Tetrarca viene.
¡Aristóbolo me llama!
TETRARCA ....ya que en mis penas el cielo 1560
no me deja otro consuelo
que ver mentida la fama
que de tu muerte corrió.
POLIDORO (Aparte.) ¡Vive Dios, que insiste en ello!
¿Qué fuera que, sin sabello, 1565
fuese Aristóbolo yo?
CAPITÁN [A los SOLDADOS.] Dejarlos solos es bien;
que hablen los dos, pues es llano
que a algún efecto Octaviano
quiso que juntos estén. 1570

(Vanse el CAPITÁN y los SOLDADOS.)

TETRARCA ¿Estamos ya solos?
POLIDORO Sí.
TETRARCA ¿Qué es aquesto, Polidoro?
POLIDORO Un fingimiento que lloro.
TETRARCA ¿De qué suerte?
POLIDORO Escucha.
TETRARCA Di.
POLIDORO Que este vestido lucido 1575
me dio mi amo, es lo primero;
que parezca caballero
un pícaro bien vestido,
lo segundo; con que, el día
que el César triunfante entró 1580
y a Antonio y Cleopatra halló
en su fatal bobería,
prisioneros nos hicieron;
y, como iba galán yo,
con la caja en que guardó 1585
cartas y joyas, creyeron
que era Aristóbolo; él,
el engaño prosiguió,
con que me aristoboló
y yo le polidoré. 1590

Qué fue de él, no sé, que están
mis ansias con luz tan ciega,
sin ver si vienen ni van,
en un callejón Noruega,
aprendiendo a gavilán. 1595
TETRARCA Ya que de aqueso informado
estoy, a un lado te aparta,
que tengo que hablar conmigo.
POLIDORO [Aparte.] Ésta es la dicha más rara
de un buen hablador: toparse 1600
con quien no le diga nada
y le oiga cuanto él diga. (Vase.)
TETRARCA Ya que solo me veo, salgan
en lágrimas y suspiros,
sin estruendo de palabras, 1605
a los labios y a los ojos
tan cautelosas mis ansias,
que, saliendo de ella, aun no
las eche menos el alma.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto 1610
(¡ay de mí!) que por mí pasa?
Que bien será menester
que vuestra autoridad valga
mi crédito, porque es tal
el tropel de mis desgracias 1615
que, aun pasando a la experiencia,
se me queda en la ignorancia.
Dejo aparte que del sacro
laurel pierda la esperanza;
dejo haberme convencido 1620
de mis designios mis cartas;
dejo el castigo forzoso
de acción tan desesperada
como que a morir matando
me despeñase mi saña, 1625
pues la desesperación,
designios y ambición paran
sólo en pensar que ya tengo
el cuchillo en la garganta;
y voy a que otro dolor 1630
es tal, que el morir no basta
para acabar con él, puesto
que en mí el frase se adelanta
de «a la garganta el cuchillo»,
pues dirá desde hoy mi patria 1635
que, «el cuchillo al corazón»,
murió su infeliz Tetrarca.

Al corazón dije y dije
bien, que él es a quien traspasa
ver en poder de Octaviano 1640
a Mariene retratada,
y en dos partes, como quien
dice que la luna clara
de un espejo, si está entera,
hace un rostro, y si quebrada, 1645
dos; mostrando que, en abusos
de supersticiones varias,
el espejo que se quiebra
siempre agüeros amenaza,
y es el mayor haber visto 1650
a Mariene con dos caras.
Bien discurro yo en que una
hermosura soberana,
por soberana hermosura,
solamente la retratan, 1655
sin más intención que el serlo,
o la excelencia o la gala
del artífice; bien creo
que, al verla, el no recatarla
de mí es ignorar quién sea, 1660
que ser mi esposa y mostrarla
era cosa muy indigna
para dicha cara a cara,
cuando no por mí, por ella.
Pero todo esto no salva 1665
el que no tenga interior
afecto (¡ay de mí!) de amarla
quien, no contento con una
en la mano, otra en la sala,
jura por ella el haber 1670
de tomar de mí venganza.
Y pasando a que el puñal

(Tocan a marcha.)

en su pecho... Mas ¿qué cajas
a marchar tocan? ¿Habrá
quien en esta triste estancia 1675
me diga qué marcha es ésta?

(Sale FILIPO.)

FILIPO Sí.
TETRARCA ¿Quién?

FILIPO Yo, a quien adelanta
su lealtad a ser, señor,
el criado que le manda
que solo te asista.
TETRARCA ¡Oh, cuánto 1680
el ser tú quien me acompaña
estimo!
FILIPO No es leal el que
no lo es hasta las aras;
y así, aqueste breve tiempo
que le queda a tu esperanza 1685
de vida -pues se presume
que antes que de Egipto salga
Octaviano, su rigor
en ti ejecute-, mis canas,
mi amor, mi fe, mi alma, y vida 1690
vienen a ver qué me encargas.
TETRARCA ¿Tan breve y tan cierta es
mi muerte?
FILIPO El que su jornada
apresure, lo adivina.
TETRARCA ¿Cómo?
FILIPO Como hace la marcha 1695
a Jerusalén, por si hay,
muerto tú, novedad.
TETRARCA Calla,
Filipo, no me lo digas;
que tú eres el que me matas
antes que él.
FILIPO ¿Yo, señor?
TETRARCA Sí, 1700
pues tú el morir me adelantas.
¡A Jerusalén el César,
donde -¡los cielos me valgan!-
halle a Marïene viva
quien la idolatró pintada! 1705
¡Él victorioso, yo muerto,
y ella querida! ¿Qué aguarda
mi desesperado amor?
FILIPO ¿Qué haces?
TETRARCA Quitarte la espada
para arrojarme sobre ella, 1710
que más valor y más causa
tengo yo que Antonio.
FILIPO Mira...
TETRARCA Sí haré, si me das palabra
de hacer por mí una fineza.

FILIPO No habrá cosa que no haga 1715
yo por ti.
TETRARCA ¿Si es prodigiosa?
FILIPO Ningún prodigio me espanta.
TETRARCA ¿Si es terrible?
FILIPO ¡Que lo sea!
TETRARCA ¿Cruel?
FILIPO ¿Que importa?
TETRARCA ¿Temeraria?
FILIPO Valor tengo para todo. 1720
TETRARCA ¿Fiera?
FILIPO Nada me acobarda.
TETRARCA ¿Y si es bárbara?
FILIPO Tampoco.
TETRARCA Pues, escucha. Pero aguarda,
que es tal la resolución,
que para representarla 1725
a los teatros del mundo,
como, al fin, trágica farsa,
pues hay recado, quiero antes,
con escribirla, ensayarla. (Pónese a escribir.)
FILIPO [Aparte.] ¿Qué será resolución 1730
que, con prevenciones tantas,
piensa? Apenas dos renglones
escribe y cierra la carta,
cuando a mí vuelve.
TETRARCA Oye agora.
FILIPO Sí haré, con vida y con alma. 1735
TETRARCA Si todas cuantas desdichas,
si todas cuantas desgracias
ha inventado la fortuna,
deidad de los hombres varia,
se perdieran, todas juntas 1740
hoy en mí solo se hallaran,
que soy epílogo y cifra
de las miserias humanas.
Yo que ayer, de Marïene
esposo y galán, con raras 1745
muestras de amor coroné
de victorias mi esperanza,
hoy lloro agravios, sospechas,
temores, desconfianzas
y... Celos iba a decir; 1750
pero imaginarlos basta.
Yo que ayer, de Palestina
gobernador y monarca,
no cupe ambicioso en cuanto

el sol dora y el mar baña, 1755
hoy, pobre, triste y rendido,
entre dos fuertes murallas
aprisionándome el vuelo,
tengo abatidas las alas.
Yo que del laurel sagrado 1760
ayer pretendí las ramas
siempre verdes, a pesar
de los rayos que las guardan,
hoy, segur suya mi acero,
veo que sus pompas tala, 1765
solamente por llegar
embotado a mi garganta.
¡Pluguiera al hado, pluguiera
al cielo, que aquí pararan
sus presagios y que en mí 1770
se desmintiera la ingrata
indignación de un destino!
Pues, muriendo yo a la saña
del temple infausto, pudiera
persuadir a la ignorancia, 1775
que ya, de lo que más quise,
ejecutó la amenaza.
Mas (¡ay triste ay infelice!)
que no soy yo a quien más ama
mi misma vida, sabiendo 1780
que también ella, tirana,
me aborrece por ser mía;
y no con morir acaban
mis desdichas que, inmortales,
más allá del morir pasan. 1785
Octaviano... -al pronunciarlo,
valor y aliento me faltan-,
Octaviano adora -¿cómo
lo diré sin que me añada
dolor a dolor?- adora 1790
a Marïene. Pintada
dos veces la vi, y dos veces
a él gentil, pues idolatra
una vez a un sol sin luz,
y otra a una deidad sin alma. 1795
¡Mal haya el hombre infeliz,
otra y mil veces mal haya
el hombre que con mujer
hermosa en extremo casa!
Que no ha de tener la propia 1800
de nada opinión; pues basta

ser perfecta un poco en todo,
pero con extremo en nada,
que es armiño la hermosura
que siempre a riesgo se guarda: 1805
si no se defiende, muere;
si se defiende, se mancha.
No, pues, mi ambición, Filipo,
no mi atrevida arrogancia,
no el ser parcial con Antonio, 1810
no mi poder, no mis armas,
me aflige, me desespera,
me precipita y me arrastra,
sino el ser de Marïene
esposo. ¡Oh caigan, oh caigan 1815
sobre mí mares y montes!
Aunque, si de ofensas tantas
el peso no me derriba,
no me rinde, no me agrava,
el de los montes y mares 1820
no me agobiará la espalda.
Y así, viendo cuánto a instantes
mi vida cuenta la Parca,
y cuánto a brazo partido
en esta lóbrega estancia 1825
luchando estoy de mi muerte
con las sombras y fantasmas;
viendo, en fin, que apenas hoy,
en una pública plaza,
seré horror de la fortuna, 1830
seré del amor venganza,
que él sea, ¡ay infelice!
-pues a Jerusalén marcha,
donde es fuerza que la vea-,
en tálamos de oro y grana, 1835
heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas,
muero de agravios y celos,
que matan porque no matan.
Dirásme que ¿qué me importa, 1840
pues con la vida se acaban
las desdichas? ¡Ay, Filipo,
cuánto esa opinión engaña!
Que amor en el alma vive,
y, si ella a otra vida pasa, 1845
no muere el amor, sin duda,
puesto que no muere el alma.
¿Él no nace de una estrella,

ya propicia o ya contraria?
Pues, ¿cómo faltará amor, 1850
mientras la estrella no falta?
¿Quieres ver cuál es la mía?
Pues, si pudiera apagarla
hoy con el último aliento,
lo hiciera, porque faltara 1855
del cielo, y otro ninguno
en su gracia o su desgracia
no naciera como yo,
porque como yo no amara.
Y, en fin, ¿para qué discurre 1860
mi voz? ¿Para qué se cansa?
Otra pena, otro dolor,
otro tormento, otra ansia
en el corazón no llevo,
sino sólo ver que aguarda 1865
Mariene a ser empleo
de otro amor, de otra esperanza.
Sea barbaridad, sea
locura, sea inconstancia,
sea desesperación, 1870
sea frenesí, sea rabia,
sea ira, sea letargo,
o cuanto después mis ansias
quisieren, que todo quiero
que sea, pues todo no es nada, 1875
como no sean mis celos.
Y así, pues que la palabra
me has dado de obedecerme,
haz lo que mi amor te encarga:
vuelve a Jerusalén, vuelve 1880
a la esfera soberana
del mejor sol de Judea
y, en diciéndote la fama
que he muerto, en el mismo instante,
con mortal eclipse, apaga 1885
a la tierra el mejor rayo,
al cielo la mejor llama,
al campo la mejor flor,
la mejor estrella al alba.
Tolomeo, que quedó 1890
por capitán de mis guardas
y siempre a Mariene asiste,
sin poder seguirme, a causa
de quedar convaleciente
de aquella herida pasada, 1895

dará la ocasión, a cuyo
fin, para él es esta carta.
De él te fía, pues no dudo,
previstas las circunstancias
de un veneno o de un dogal, 1900
que él te guarde las espaldas.
Muera yo, y muera sabiendo
que Mariene soberana
muere conmigo y que, a un tiempo
mi vida y la suya acaban. 1905
Pero no sepa que yo
soy el que morir la manda;
no me aborrezca el instante
que pida al cielo venganza.
No te acobarde lo horrible 1910
de una historia tan extraña;
que cuando murmuren unos
que hubo quien dejó por manda
un homicidio, creyendo
que así sus penas engaña, 1915
que así sus quejas desmiente,
que así desdice sus ansias,
que así enmienda sus celos,
otros habrá que la aplaudan,
pues no hay amante o marido 1920
-salgan todos a esta causa-
que no quisiera ver antes
muerta que ajena a su dama.
FILIPO Bien quisiera responderte,
mas no es posible, que baja 1925
mucha gente a la prisión.
TETRARCA Por si vienen por mí, salga
mi valor a recibirlos.
Tú, cobrando la ventaja
que puedas, parte, Filipo, 1930
al instante.
FILIPO Señor...
TETRARCA Calla,
que sé que tienes razón,
pero no puedo escucharla.
FILIPO Ni yo a decirla, que llega
ya la gente.
TETRARCA Esferas altas, 1935
cielo, sol, luna y estrellas,
nubes, granizos y escarchas,
¿no hay un rayo para un triste?
Pues si ahora no los gastas,

¿para cuándo, para cuándo 1940
son, Júpiter, tus venganzas? (Vanse.)

Cuadro III

Las cajas y salgan por una parte ARISTÓBOLO y SOLDADOS y por otra MARIENE y DAMAS.

ARISTÓBOLO Dame otra vez los brazos,
porque coronen tan hermosos lazos
hoy la esperanza mía.
MARIENE Mi vida, hermano, a tu valor se fía; 1945
Publiquen, pues, tus glorias,
que victorias de amor son mis victorias.
ARISTÓBOLO Ya que por la lealtad de Polidoro
-como te dije con mi nombre preso-,
de un infeliz a otro infeliz suceso 1950
pude llegar donde tu luz adoro,
y donde, a tu obediencia y tu decoro
atenta, dignamente
nuestra nación, de su alistada gente,
general me ha nombrado, 1955
cumpliré la palabra que te he dado
de morir animoso
o traerte libre a tu adorado esposo.
MARIENE ¡Oh, cúmplamela el cielo!
Y pues el campo de cristal y hielo 1960
de aquí a Egipto es tan breve
por ese pasadizo que de nieve
o se encrespa o se eriza,
cuando el copete de su frente riza,
presto la nueva espero 1965
de que a mi amor desempeñó tu acero.
ARISTÓBOLO Si tu amor va conmigo,
fácil empresa, fácil triunfo sigo. (Caja.)

(Sale TOLOMEO.)

TOLOMEO Ya el campo cristalino
tanto pez de madera, ave de lino, 1970
admite en sus esferas,
que parecen las ondas lisonjeras,
ocupando horizontes,
una vaga república de montes.

Y pues noble no queda 1975
que excusarse a tan alta facción pueda,
que me des te suplico
licencia...
MARIENE Antes de oírla, la replico.
Capitán de mis guardas te ha dejado
mi esposo; su palacio te ha fiado; 1980
no es asistirme a mí menos ufana
facción que esotra.
ARISTÓBOLO Dice bien mi hermana;
y, pues el cargo que os quedéis abona,
mirad que me miréis por su persona.
TOLOMEO Obedecerte espero. 1985
MARIENE Y yo veros partir a todos quiero,
porque os den para iros,
agua mis ojos, viento mis suspiros.

(La caja. Vanse MARIENE, ARISTÓBOLO y SOLDADOS.)

LIBIA Permita la ocasión a mi deseo
el que de tu salud, ¡oh, Tolomeo!, 1990
el parabién te dé; si bien pudiera
dármele a mí mejor de que no hubiera
Marïene admitido
la fineza de ir; que hubiera sido
doblada la dolencia, 1995
consolar un dolor con una ausencia.
TOLOMEO Agradezca, señora,
el favor toda un alma que te adora;
y, pues como a milagro
suyo, mi vida a tu deidad consagro, 2000
pues el morir sentía,
no, Libia hermosa, no, porque moría,
sino porque, sin verte,
pagaba con dos vidas una muerte.
LIBIA Responderte quisiera; 2005
mas la reina, que ocupa la ribera,
me echará menos. Sólo te prevengo
que ya falseada, para vernos, tengo
del jardín esta llave.
TOLOMEO Si ser amor ladrón de casa sabe, 2010
dame la llave agora,
y apenas desdoblar verás, señora,
la falda que arrugó la noche fría
sobre la hermosa variedad del día,
cuando entre en el jardín, y sean sus flores 2015
los testigos no más de tus favores,

siendo sus pompas bellas,
si flores para ti, para mí estrellas.
LIBIA Toma, y advierte no entres -que quejosa
de ti Sirene, y de mi amor celosa, 2020
anda- hasta... Mas no puedo
proseguir; adiós, pues.
TOLOMEO Confuso quedo.
¡Oye, espera!
LIBIA No faltes de esta parte;
que yo, si puedo, volveré a informarte. (Vase.)
TOLOMEO Aunque en la paz me quedo, 2025
temer más guerra en mis sentidos puedo
que tienen mar y tierra,
pues incluyen más guerra
que tierra y mar el ansia y el cuidado
del que, aquí aborrecido y allí amado, 2030
lidia con su deseo,
siendo Sirene y Libia...
FILIPO [Dentro.] ¡Tolomeo!
TOLOMEO ¡Cielos! ¿Llamáronme?
FILIPO Sí.
TOLOMEO ¿Quién?

(Sale FILIPO con banda al rostro.)

FILIPO Un hombre que ha llegado
en un barco que ha volado 2035
desde el mar de Egipto aquí,
y, que sin ser conocido
de otro -a cuyo fin, cubierto
el rostro, ha tomado puerto
en sitio más escondido-, 2040
a solas tiene que hablaros.
¡Seguidme!
TOLOMEO ¿No me diréis
quién sois?
FILIPO Después lo sabréis.
TOLOMEO [Aparte.] ¿Quién vio sucesos más raros?
Guiad, pues.
FILIPO Sí haré, que ninguno 2045
me ha de ver hablar con vos.

(Éntranse y vuelven a salir por otra parte.)

TOLOMEO Ya estamos solos los dos,
y el sitio es tan oportuno

que es apartado lugar.
FILIPO Pues leed ese papel, 2050
que, en viendo lo que hay en él,
tenemos mucho que hablar.
TOLOMEO Cada punto, cada instante
añadís al corazón
otra nueva confusión. 2055
FILIPO Aún más quedan adelante...
Leed, que más duda os espera,
entre piadoso y cruel.
TOLOMEO Del Tetrarca es el papel,
y dice...
FILIPO [Aparte.] De esta manera, 2060
descubriendo su intención,
lo que hay en él he de ver,
para ver qué debo hacer.
TOLOMEO Notable es mi confusión.
[Lee.] «A mi servicio conviene, 2065
a mi honor y a mi respeto,
que, muerto yo, con secreto
deis la muerte a Marïene.»
Hombre, que de asombros lleno
traéis en carta tan sucinta 2070
del rejalgar de su tinta
confeccionado el veneno,
si conjuración ha sido
la de esta temeridad,
y a examinar mi lealtad 2075
de parte suya has venido,
no sólo en lo que contiene
mi honor convendrá, mas piensa,
que he de morir en defensa
de mi reina Marïene. 2080
Y pues traidor (¡vive Dios!)
eres -que no te encubrieras
el rostro si noble fueras-
y estamos solos los dos,
te tengo de hacer pedazos 2085
entre mis brazos.
FILIPO (Descúbrese.) No harás,
que yo no esperaba más
para darte mil abrazos.
TOLOMEO ¡Filipo! ¿Qué es lo que veo?
¿Tú, sospechoso? ¿Qué miro? 2090
Ya con más causa me admiro,
con más razón no lo creo.
FILIPO El Tetrarca para ti

con esa carta me envía;
que de los dos sólo fía 2095
la acción que contiene en sí.
Muerto él, nos manda que muera
Marïene; pero ya
que de tu valor está
vista la fe verdadera, 2100
quédese el caso encubierto;
que si él vive, estarlo es bien,
y si acaso muere, ¿quién
ha de obedecer a un muerto?
TOLOMEO Dices bien: pero, aunque es mucha 2105
mi duda, sepa qué es esto.
¿Quién en tal furor le ha puesto?
FILIPO Si quieres saberlo, escucha.
Octaviano enamorado
de un retrato que...
TOLOMEO Detente, 2110
que por aquí viene gente.
FILIPO A los dos nos ha importado
que no me vean; y así,
por desmentir la sospecha,
quédate a hacer la desecha 2115
y vente después tras mí,
que en este monte te espero,
y mil prodigios sabrás. (Vase.)
TOLOMEO ¿Qué tengo que saber más,
si ya de lo que sé muero? 2120
Mariene era; ya torció
a los jardines el paso.
Y yo, suspenso del caso
que me ha sucedido, no
sé de una acción tan cruel 2125
cuántas cosas anticipo.
Vuelva a seguir a Filipo,
volviendo a leer el papel.

(Sale SIRENE.)

SIRENE Decidme si por aquí
ha pasado Marïene, 2130
que en su seguimiento...Pero
si hubiera visto quién eres,
ni aun esto te preguntara,
por no hablarte, por no verte.
TOLOMEO Espera, Sirene, aguarda. 2135
SIRENE ¿Para qué, tirano, aleve,

ingrato, falso, inconstante?
TOLOMEO Para que sepas, Sirene,
que los hombres como yo,
con principales mujeres 2140
bien pueden no ser amantes,
pero no, no ser corteses.
Yo, por soldado, no tuve
inclinación...
SIRENE Cese, cese
tu voz, que aun satisfacciones 2145
de ti no quiero.
LIBIA [Al paño.] ¡Valedme,
cielos! ¿Qué escucho? Más ¿cómo
lo dudo? Pues claramente
dice que la satisface
la que dice que no quiere 2150
oír satisfacciones.
TOLOMEO Ya
que aquesta ocasión ofrece
el acaso de encontrarme,
por mí mismo has de oírme. Atiende.
SIRENE No haré tal, que, cortesana 2155
yo también, no quiero hacerte
el pesar de que no leas
el papel que te divierte
tan a solas; y así es bien
-porque él sea el que me vengue, 2160
mostrando cuán poco o nada
mis vanidades lo sienten-
que pues leyéndole te hallo,
que leyéndole te deje. (Vase.)
LIBIA [Aparte.] ¿Qué papel, cielos, será 2165
el que la venga y la ofende?
TOLOMEO Haces bien, pues aunque vuelva
a leerle una y muchas veces,
una y muchas volveré
a dudar lo que contiene. 2170
LIBIA [Aparte.] Mi sufrimiento, ¿qué aguarda?
TOLOMEO (Lee.) «A mi servicio conviene...»

(Sale LIBIA.)

LIBIA Suelta, ingrato.
TOLOMEO ¿Qué es aquesto?
LIBIA Saber qué papel es éste.
TOLOMEO Pues no lo has de saber, Libia. 2175
LIBIA ¿Cómo no?

TOLOMEO Si es que merece
algo contigo mi amor,
si me estimas, si me quieres,
débate yo la fineza
de no verle.
LIBIA ¿Qué es no verle? 2180
Si lo que a decirte vuelvo
es que en el jardín no entres,
de cuya puerta la llave
mi amor te entregó imprudente,
hasta que una seña mía 2185
te asegure de Sirene,
porque, quejosa de ti
y de mí celosa, suele
estar en él a deshoras.
¿Cómo, di, ingrato, pretendes, 2190
hallándote con la misma
de quien recatarte debes,
dándola satisfacciones
y diciendo ella que aqueste
papel la venga de ti, 2195
que sin mirarle le deje?
TOLOMEO Aunque tienes razón, Libia,
¡vive Dios, que no la tienes!
El papel ni a ella ni a ti
toca, y, en fin, no has de verle. 2200
LIBIA He de verle.
TOLOMEO Mira...
LIBIA ¡Aparta!
TOLOMEO Considera...
LIBIA ¡Quita!
TOLOMEO Advierte.
LIBIA ¿Tú tan desatento?
TOLOMEO Sí.
LIBIA ¿De qué suerte?
TOLOMEO Desta suerte.
LIBIA ¿Tú conmigo tan grosero? 2205
TOLOMEO ¿Tú conmigo tan aleve?
LOS DOS ¡Suelta el papel!

(Por entre los dos parten el papel y sale MARIENE.)

MARIENE ¿Qué papel?
TOLOMEO [Aparte.] ¡Grave mal!
LIBIA ¡Desdicha fuerte!
TOLOMEO ¿Qué pudiste engendrar, Libia,

sino áspides y serpientes? 2210
LIBIA ¿Qué más áspides que celos?
MARIENE Pues ¿qué atrevimiento es éste?
¿Así mi esplendor se agravia?
¿Así mi sombra se ofende,
mi decoro se aventura 2215
y mi respeto se pierde?
¿En mi casa y a mis ojos,
vuestras acciones se atreven
a profanar un palacio,
templo de honor tal, que a verle 2220
el sol no entrara, a no entrar
con disculpa de que viene
a darle la luz; que el sol
aun no entrara de otra suerte?
Dame tú esa parte, tú 2225
esotra: de ellas conviene
informar a mi recato.
TOLOMEO Que es una víbora advierte,
que, dividida en mitades,
con cualquier extremo muerde. 2230
MARIENE Vete tú, Libia, de aquí.
LIBIA [Aparte.] Piedad es el que me ausente,
por no verla tan airada. (Vase.)
MARIENE Tú también. ¿Qué aguardas? Vete.
TOLOMEO Si por ventura han podido 2235
mis servicios merecerte
sola una merced que sea
capaz de muchas mercedes,
rompe ese papel, y no,
señora, le leas. Atiende 2240
que, cuanto por verle ahora,
darás después por no verle.
MARIENE ¿Qué deseo de mujer
se rindió al inconveniente?
TOLOMEO El que, advertido de mí, 2245
sepa que, a fin diferente
de que llegase a tus manos,
está inficionado ese
papel de un mortal veneno,
tan riguroso y tan fuerte, 2250
que matará a quien le mire,
que es la causa porque leerle
a Libia le defendía,
viendo que entre estos laureles
era ella quien le había hallado, 2255
no siendo ella a quien previene

matar mi fe en tu servicio;
que hay en él algún aleve
con quien se escribe Octaviano.
Y así, que de ti le eches, 2260
con lágrimas a tus pies,
te suplico humildemente.
MARIENE Quien advierte de un peligro,
nunca suplicando advierte,
porque el beneficio manda 2265
y no ruega; luego mientes,
que si estos extremos haces
cuando me acuerdas los bienes,
¿qué dejas de hacer, qué dejas
cuando los males acuerdes? 2270
Letra del Tetrarca es,
con que ya se desvanece
el que fuese tuyo, y yo,
que viva o muera, he de leerle.
TOLOMEO ¡Ay infelice de ti! 2275
MARIENE Dice, a partes, desta suerte:
«Muerte» es la primer razón
que he topado. «Honor» contiene
ésta. «Marïene» aquí
se escribe. ¡Cielos, valedme!, 2280
que dicen mucho en tres voces
«Mariene, honor, y muerte».
«Secreto» aquí, aquí «respeto»,
«servicio» aquí, aquí «conviene»,
y aquí, «muerto yo», prosigue. 2285
Más ¿qué dudo, si me advierten
los dobleces del papel
adonde están los dobleces,
llamándose unos a otros?
Sé, oh prado, lámina verde 2290
en que, ajustándolos, lea:
«a mi servicio conviene,
a mi honor y a mi respeto,
que muerto yo (¡hados crueles!)
deis... (¡con qué temor respiro!) 2295
deis la muerte a Marïene.»
Bien dijiste que era fiero
tósigo y veneno fuerte,
puesto que, si no me mata,
por lo menos, lo pretende. 2300
¿Quién este papel te dio?
TOLOMEO Filipo, que con él viene
de Egipto. Pero, señora,

estar satisfecha puedes
de su lealtad y la mía 2305
que los dos...
MARIENE Otra vez mientes,
que él ni tú no sois leales,
pues cobardes, pues aleves,
o viva o muera, no sois,
como debéis, obedientes 2310
al precepto de mi esposo.
¿Quién más es cómplice en este
secreto?
TOLOMEO Nadie, señora.
MARIENE Pues mira lo que te advierte
mi voz: que ninguno sepa, 2315
ni aun Filipo, que a entenderle
llegué yo.
TOLOMEO Un mármol seré. (Vase.)
MARIENE ¡Oh, infelice una y mil veces
la que se ve aborrecida
de la cosa que más quiere! 2320
¿En qué, amado esposo mío,
en qué mi vida te ofende,
que te pesa de que viva
la que de adorarte muere?
Cuando yo tu libertad 2325
trato y a imperios de nieve
doy, Semíramis de ondas,
Babilonias de bajeles;
cuando en mi imaginación,
después que vives ausente, 2330
adorando estoy tu sombra
y a mis ojos aparente,
por burlar mi fantasía,
abracé al aire mil veces,
¿tú, en una oscura prisión, 2335
funesto mísero albergue,
en vez de abrazar mi imagen,
estás trazando mi muerte?
O te quiero o no. Si no
te quiero, ¿no es más decente 2340
a un noble que, de mujer
que le olvida, no se acuerde?
Y si te quiero, ¿por qué,
después de muerto, pretendes
que muera? ¿No sabré yo, 2345
sin mandarlo, obedecerte?
Luego olvidando (¡ay de mí!)

o queriendo, de una suerte
ofendes tu vanidad,
o mi gratitud ofendes. 2350
Si del mundo el mayor monstruo
me está amenazando en ese
encuadernado volumen,
mentira azul de las gentes,
y tú me matas, será 2355
bien decirse de ti que eres
el mayor monstruo del mundo.
Mas ¡ay! que en, llegando a este
término, no sé qué nuevo
espíritu me enfurece; 2360
y pues me tocan al arma
afectos tan diferentes
de los míos, ¡plegue al cielo,
fementido esposo aleve,
que el socorro que te envío 2365
nunca a tomar puerto llegue!
Entre las Sirtes y Escilas
de Egipto, a pique le echen
los zozobrados embates,
los contrastados vaivenes 2370
de las ráfagas de Eolo,
a los sepulcros de Tetis.
No sólo en tu libertad
milite, pero de suerte
irrite a Octaviano, que 2375
apresurando tu... ¡Tente,
lengua! No «su muerte» digas;
basta que él diga «mi muerte»,
que una cosa es ser quien soy
y otra ofenderme él. ¡Oh, plegue 2380
al cielo que, victoriosa,
tan en su favor navegue
la armada de tu socorro
que, sobre el puerto de Menfis,
en tan grande estrecho pongas 2385
la confusión de sus gentes
que, temerosas de que
las mías sus muros entren
a sangre y fuego, a partido
reducidas, me le entreguen 2390
vivo, para que a mis brazos...!
Pero ¿qué digo? Suspende,
lengua, otra vez el acento,
si no es que a decir intentes:

«a mis brazos, para que, 2395
vengativa e impaciente,
en ellos le haga pedazos.»
¡Ay de mí, qué fácilmente
de un extremo a otro se pasan,
en afectos de mujeres, 2400
las lástimas a ser iras
y los favores desdenes!
De mujeres dije; pero
dije mal, que excluirse deben
las mujeres como yo 2405
de lo común de las leyes.
Y pues piadosas en una
parte, y en otra crueles,
mis ansias lidian, en tanto
tropel como me acomete 2410
de divididos afectos,
de encontrados pareceres
y opuestas obligaciones,
¡déme el cielo industria, déme
medio el hado para que, 2415
tan unas con otras temple
que, como esposa ofendida
y como reina prudente,
cumpla con el mundo y cumpla
conmigo, cuando a ver lleguen 2420
cielo, sol, luna y estrellas,
astros y signos celestes,
montes, mares, troncos, plantas,
hombres, fieras, aves, peces,
que como reina perdone 2425
y como mujer me vengue!
Fin de la Segunda Jornada.

Tercera Jornada

Cuadro I

Suenan instrumentos músicos en una parte y, en habiendo representado y cantado sus versos, suenan en otra cajas destempladas y dice dentro MARIENE los suyos. Y luego, en medio, suenan algunos tiros y chirimías y salen al tablado OCTAVIANO, CAPITÁN y SOLDADOS.

VOCES ¡Viva Octaviano!
MÚSICA ¡Viva!
VOCES Y en los campos de Oriente...
MÚSICA Y en los campos de Oriente...
VOCES ...ciñan su augusta frente... 2430
MÚSICA ...ciñan su augusta frente...
VOCES ...sacro el laurel, pacífica la oliva.
MÚSICA ...sacro el laurel, pacífica la oliva.

(La caja.)

MARIENE La aclamación festiva,
convertida en lamento 2435
de mísero concento,
diga de otra manera
que muera yo donde mi esposo muera.
OTROS [Dentro.] ¡A tierra, a tierra!

(La salva.)

CAPITÁN Marche,
herido el bronce y castigado el parche, 2440
a la ciudad en orden nuestra gente.

(La salva y salen OCTAVIANO, CAPITÁN y SOLDADOS.)

OCTAVIANO ¡Salve, oh tú, gran metrópoli de Oriente,
Jerusalén divina!
¡Salve, oh tú, emperatriz de Palestina
y del Asia señora, 2445
que en el rosado imperio del aurora,
con luciente voz muda
el sol en su primera edad saluda!
¡Salve otra vez, y admite
tu César, cuyo nombre, que compite 2450
al tiempo y al olvido,
dos veces al laurel restituido,
pisa tu arena: una
a favor del valor y la fortuna;
y otra, por más blasones, 2455
a pesar de traidoras sediciones;
pues cuando presumías

que del romano yugo sacudías
la cerviz, con haber hoy enviado
a Aristóbolo en tanto leño alado 2460
a librar tu Tetrarca,
yo como, en fin, caudillo de la Parca,
habiéndole encontrado en el camino,
y a fuerza del destino
dejádole su armada 2465
en las costas de Jafa derrotada,
llego a ti, donde intento
que el primer escarmiento
que tu muralla vea,
de tu Tetrarca la cabeza sea; 2470
a cuyo fin, por más infeliz suerte,
su vida dilaté porque su muerte
le dé terror más fiero,
y más al filo de este infausto acero,

(Trae ceñido el puñal.)

desagraviando de camino aquélla 2475
que profanó, difunta beldad bella.
De ese, pues, bajel, donde
más le sepulta el buque que le esconde,
a tierra le sacad con el criado,
que también, por haberme a mí engañado, 2480
ha de morir.

(Vanse los SOLDADOS. La música y las cajas.)

Mas ¿qué confuso ruido
de músicas en una
parte se escucha cuando, en otra, alguna
sedición cajas toca destempladas,
repitiendo encontradas, 2485
allí con voz altiva...
MÚSICA Y VOCES ¡Viva Octaviano, viva!
OCTAVIANO ...y allí con voz severa...?
MARIENE Y muera yo donde mi esposo muera.
CAPITÁN De la ciudad abiertas 2490
a tu salva, señor, miro dos puertas
que de aquí se divisan,
y varias de un extremo en otro avisan;
que por una de hombres el festivo
vulgo, aclamando tu renombre altivo, 2495
a recibirte sale;
y, porque el llanto al regocijo iguale,

por otra, negros lutos arrastrando,
y haciendo las mujeres otro bando,
salen también, diciendo 2500
en ambos coros uno y otro estruendo...

(Música.)

TODOS Y MÚSICA ¡Viva Octaviano, viva!
Y en los campos de Oriente
ciñan su augusta frente
sacro el laurel, pacífica la oliva! 2505

(Cajas.)

MARIENE La aclamación festiva,
convertida en lamento
de mísero concento,
diga de otra manera
que muera yo donde mi esposo muera. 2510

(Con esta repetición salen al tablado, por una parte los MÚSICOS, y TOLOMEO con una fuente, y en ella unas llaves, y FILIPO con otra, y en ella un laurel; y por la otra parte, MARIENE, vestida de luto, con un velo en el rostro, y las MUJERES que puedan.)

TOLOMEO Pues más defensa la ciudad no tiene
que ofrecerse rendida, hacer conviene
virtud la fuerza.
FILIPO Llega
como su capitán y haz tú la entrega.
TOLOMEO En parabién, señor, de glorias tantas, 2515
la gran Jerusalén, puesta a tus plantas,
sus llaves rinde.
FILIPO Y su laurel, y oliva.
LOS DOS Diciendo a voces...
TODOS ¡Octaviano viva!
MARIENE A tus pies infelice
llega también quien afligida dice, 2520
bien que en cláusula menos lisonjera,
que muera yo donde mi esposo muera.
OCTAVIANO [A los hombres.] En extremos tan raros
-que agradeceros tengo y estimaros
a vosotros; [A MARIENE.] mas no que agradeceros 2525
ni estimaros a vos, llegando a veros
con señas tan funestas

de mis aplausos perturbar las fiestas-,
[A los SOLDADOS.] marche el campo.

(Volviéndola las espaldas y ella le detiene.)

MARIENE Primero
me has de escuchar.
OCTAVIANO Si enternecer no espero 2530
mis iras, ¿para qué con ellas luchas?
MARIENE ¿Para qué tú gobiernas si no escuchas?
OCTAVIANO Dices bien, oírte debo; mas no ignoro
que tampoco es respeto ni decoro
que tapada escucharte haya, sin verte. 2535
MARIENE También tú dices bien. Ahora advierte.

(Descúbrese.)

OCTAVIANO [Aparte.] ¡Cielos! ¿Qué es lo que veo?
¿De cuándo acá cuerpo cobró el deseo?
MARIENE [Aparte.] ¡Cielos! ¿De qué me admiro?
Que toda el alma al corazón retiro 2540
al verle, en su presencia descubierta.
OCTAVIANO [Aparte.] ¿No es esta la beldad que adoré muerta?
MARIENE [Aparte.] Muda y suspensa quedo.
OCTAVIANO [Aparte.] Al mirarla, ni creer ni dudar puedo.
TOLOMEO [Aparte.] ¿Qué extremo es este? ¡Ay infeliz! Sin duda 2545
viene a que el César a vengarla acuda
de aquel rigor. ¿No basta, pena mía,
presa a Libia tener desde aquel día,
sino querer ahora
descubrir su secreto?
FILIPO [Aparte.] Pues ignora 2550
a qué fue mi venida,
¿qué hay que temer? Segura está mi vida.
MARIENE [Aparte.] Mal, cobarde, me aliento.
OCTAVIANO [Aparte.] Mal, osado, me animo.
MARIENE [Aparte.] Mas, ¿por qué me reprimo? 2555
OCTAVIANO [Aparte.] Pero, ¿por qué lo que he de estimar siento?
Mujer, ¿qué quieres?
MARIENE Que me estés atento.
OCTAVIANO ¿Qué aguardas, pues?
MARIENE Escucha.
[Aparte.] Mucha es mi turbación.
OCTAVIANO Mi pena es mucha,
pues la muerta ceniza es viva llama.
MARIENE Ínclito César, cuya heroica fama...
SOLDADO 1º Con el criado, aquí el Tetrarca viene.

(Salen los SOLDADOS y el TETRARCA y POLIDORO presos.)

TETRARCA [Aparte.] ¡Qué miro! ¿Con el César Marïene?
¿Pues no bastaba, ¡cielos!,
ir a morir, sino a morir de celos? 2565
POLIDORO [Aparte.] ¿Qué son celos? ¡Al dios Baco pluguiera
que celos para mí también hubiera
y no hubiera un garrote
que anda desde la nuez hasta el cogote
ya haciéndome cosquillas!
OCTAVIANO Su castigo 2570
diré después. Prosigue.
MARIENE Ya prosigo.
Ínclito César, cuya heroica fama
al alcázar se eleva de la luna,
cuando con labios de metal te aclama
su Júpiter y dios de la fortuna: 2575
si, cuando él a relámpagos se inflama,
el iris le serena, en mi importuna
suerte, que eres mi Júpiter se vea,
y el iris de mi paz tu laurel sea.
Y pues tu nombre en láminas se escribe, 2580
que el tiempo que más vuela, que más corre,
ni con las torpes alas le derribe,
ni con las plantas trágicas le borre.
Vive piadoso, generoso vive
y, del sol coronada, la alta torre 2585
que al águila de Roma le dio nido,
verás triunfar del tiempo y del olvido.
Yo soy la desdichada Marïene...
dijera bien la desdichada esposa
de ése contra quien ya tu ceño tiene 2590
blandida la cuchilla rigurosa.
Si una línea de púrpura detiene
del más noble animal la más furiosa
acción, detén tú el paso a tus enojos,
pues son líneas de púrpura mis ojos. 2595
Mas, ¡ay!, que en vano a tus piedades pido
la vida que has de darme generoso;
que eres rey y has de ser compadecido;
que eres valiente y has de ser piadoso;
que eres discreto y ser has reducido; 2600
que eres tú y has de ser tan victorioso
que conozcas que alcanza menos gloria
el que con sangre mancha la victoria.
No, pues, el que te espera heroico asiento

en cadalso construyas duro y fuerte, 2605
no el triunfal carro en triste monumento,
no el fausto en ceremonias de la muerte,
no la música en mísero lamento,
no la felicidad en triste suerte,
la gala en luto, en pena la alegría. 2610
No eches a mal tan venturoso día.
Entra triunfando, pero no venciendo;
entra venciendo, pero no vengando;
que más aplauso has de ganar, entiendo,
perdonando, señor, que castigando. 2615
Halle piedad la que lloró pidiendo;
halle piedad la que pidió llorando;
y pues son dos, siquiera una reciba,
o que yo muera o que mi esposo viva.
TETRARCA [Aparte.] ¿Quién de dos muertes sitiada 2620
vio su vida tan a un tiempo
que, negada o concedida,
de cualquiera suerte muero?
POLIDORO [Aparte.] ¿Hay tal infamia? ¡Que llore
por su marido, pudiendo 2625
llorar por mí, que a estas horas
más de sentenciado tengo
la cara que él!
OCTAVIANO [Aparte.] (Bien se deja
ver que Aristóbolo, al trueco
del criado, cuando estaba
yo en el retrato suspenso, 2630
fingiendo ser muerta, quiso
desvanecer mis afectos.
Por ella, por mí y por él
importa que satisfecho 2635
viva, pues ha de vivir.
¿Adónde hallará el ingenio
disculpas para un marido,
que es plática de tal riesgo
que aun satisfaciendo agravia? 2640
Mas, no hablando con él, puedo
darle a él satisfacciones.)
[A MARIENE.] Alzad, señora, del suelo.
Una vida me pedís
y, aunque es verdad que lo siento, 2645
enmiende el pesar de oíros
el gusto de obedeceros.
Mas no me lo agradezcáis,
que si una vida os ofrezco,
es porque os debo una vida, 2650

sin saber a quién la debo.
Vuestro hermano, entre otras joyas,
perdió este retrato vuestro,
y sin saber cúyo fuese
-de que hago testigo al cielo 2655
y a cuantos dioses adoro-
sólo por ser tan perfecto,
mandé a un pintor que me hiciese
de él una imagen de Venus.
Ésta, pues, constituida 2660
ya una vez en deidad, viendo
un peligro en que me hallaba
(decir cuál fuese no quiero,
porque olvidaré el perdón
si del peligro me acuerdo), 2665
de él me libró; de manera
que, aunque Venus fuese el dueño
del acaso, fuisteis vos
del acaso el instrumento.
Y así, en términos pagando 2670
el haberos interpuesto
entre otro acero y mi vida,
he de hacer con vos lo mesmo
el día en que os interponéis
entre otra vida y mi acero. 2675
Viva vuestro esposo, y no
solamente viva, pero
a su honor restituido.
Y por no poner a riesgo
vuestros ojos de que lloren 2680
otra vez, ni oíros ni veros
en mi vida (la voz miente,
no el alma), perdón concedo
a Aristóbolo y a cuantos
en este levantamiento 2685
cómplices fueron; y, en fin,
porque ni al llanto ni al ruego
les quede por hacer nada,
aun vuestro retrato os vuelvo.
Tomad, pues.
MARIENE ¡Vivas los siglos 2690
del fénix!
TETRARCA Y tan eternos
como deseará esta vida,
que ya como tuya ofrezco,
porque el ser dádiva tuya
la crezca el merecimiento 2695

a la que, ejemplo de amor,
como de piedad ejemplo,
la sacrifico.
MARIENE ¡Felice,
dulce esposo, amado dueño,
el día que vuelvo a verte 2700
en mis brazos! Quien en ellos...
[Aparte.] (Mas no, que el de mi decoro,
no es el de mi sentimiento.)
TETRARCA [Aparte.] ¡Qué dichosos desengaños
haber sabido, el primero, 2705
los acasos del retrato,
y el segundo, que encubierto
-supuesto que a Marïene
tantas lágrimas la debo-
halle el furor que fíe 2710
de Filipo y Tolomeo!
TOLOMEO [Aparte.] Ya no tengo que temer.
Pues anda tan fina, es cierto
que tener quiere su agravio
en la cárcel del silencio. 2715
¡Luego dirán que no hay
mujer que guarde secreto!
Así me sucedan bien
los medios que dejo puestos
en la libertad de Libia, 2720
de que avisada la tengo
con Astolfo, que ha ofrecido
dejarme hoy el paso abierto.
OCTAVIANO [Aparte.] No sé qué tienen acciones
nobles en heroicos pechos 2725
que, aunque se sienta el hacerlas,
se estima el haberlas hecho;
Pero esto no es para aquí.
Mi tienda armad; que no quiero
entrar en Jerusalén 2730
hasta que el recibimiento
de imperial triunfo aperciba.
[Aparte.] (Hermoso prodigio bello,
¿qué me sirve haberte hallado,
si cuando te hallo te pierdo?) 2735
MARIENE Hasta dejarle en su tienda,
vamos todos.
TETRARCA Sea diciendo:
¡Viva Octaviano!
TODOS Y MÚSICA ¡Viva!
Y en los campos de Oriente

ciñan su augusta frente 2740
sacro el laurel, pacífica la oliva.
¡Viva, Octaviano, viva!

Vanse. [Se quedan los SOLDADOS y POLIDORO.]

SOLDADO 1º ¿Por qué vos, pues perdonado
estáis, en su seguimiento
no vais dándole con todos 2745
las gracias?
POLIDORO Porque no quiero;
que tan gran superchería
como conmigo se ha hecho
no se hiciera, ¡vive Apolo!,
no digo yo con un negro, 2750
pero ni con un enano,
que es tan muchísimo menos
cuanto va desde ser hombre
a sólo empezar a serlo.
SOLDADO 1º ¿Qué superchería?
POLIDORO ¿No fuisteis 2755
vos quien me dijo, viniendo,
que a ser ahorcado venía?
SOLDADO 1º Yo lo dije.
POLIDORO Pues, ¿qué es de ello?
¿Es bueno hacerme caer
en falta con todo un pueblo 2760
que estaba ya convidado
al plato de mi pescuezo?
¿A mí perdonarme? ¿Acaso
es juego de niños esto?
«¡Venga usted a ser ahorcado!» 2765
«¡Vaya usted, que ya está absuelto!»
¿Qué ha de decirse de mí,
sino que soy un grosero
y que para ahorcado no
valgo cuatro cuartos, viendo 2770
que se los vale cualquiera
ladroncillo cicatero?
La costa que tenía hecha
de más de veinte mil gestos,
para escoger los que había 2775
de ir por el camino haciendo,
¿qué he de hacer de ella? Y después,
¿qué he de hacer sin el consuelo
de ser como un pino de oro,
en el plañido lamento 2780

de todas las verduleras?
¿Cualquier ahorcado? ¿Está el tiempo
para no ser pino de oro,
siquiera por un momento?
¿Dejaré de mí la fama, 2785
de un garrotillo muriendo,
que dejare de morir
de un garrote todo entero?
Pues luego, ¿es bobo el delito,
sino oír al pregonero: 2790
«¡esta es la justicia a este hombre
por príncipe contrahecho!»?
LOS DOS Vamos de aquí, que está loco.
POLIDORO Han de ahorcarme o, sobre eso,
para dar satisfacción 2795
hoy a todo el universo
de que no queda por mí,
a voces iré diciendo:
«¡Esta es la justicia a este hombre,
por príncipe contrahecho!» (Vanse.) 2800

Cuadro II

Salen con acompañamiento el TETRARCA y MARIENE.

TETRARCA Desde que en su tienda el César
dejamos, pálido el rostro,
torciendo las blancas manos
y humedeciendo los ojos,
a la sala hemos llegado 2805
que divide un cuarto de otro;
Y, no queriendo parar
en el más principal, noto,
no sin cuidado, que guías
al más oscuro y más hondo 2810
del palacio; esto, sin verme
ni hablarme. Mi cielo hermoso,
dulce esposa, amado dueño
mira que es rigor impropio
dar la vida con finezas 2815
y quitarla con enojos.
MARIENE ¿Está el cuarto como dije?
SIRENE Sí, señora.
MARIENE ¿Está del modo
que mandé, de aquella cuadra
que hoy es triste calabozo 2820

de Libia, ya asegurada
la puerta que vuelve a esotro
del Tetrarca?
SIRENE Sí estará,
pues se lo encargaste a Astolfo
que la cierre y la asegure. 2825
MARIENE Salíos allá fuera todos. (Vanse.)
Tú, en entrado yo, esa puerta
cierra en el instante propio.
SIRENE De mí fía. (Vase.)
TETRARCA ¿Qué misterios
son éstos?
MARIENE ¿Estamos solos? 2830
TETRARCA Sí, ¿qué miras?
MARIENE El puñal
que del reloj presuroso
de mi vida fue el volante.
TETRARCA En peligro bien notorio
le perdí.
MARIENE ¿No está contigo? 2835
TETRARCA No.
MARIENE Pues oye ahora.
TETRARCA Ya oigo.
MARIENE Bien pensarás, o fingido
amante o tirano esposo,
aleve, cruel, sangriento,
bárbaro, atrevido y loco, 2840
bien pensarás que el pedir
a aquel monarca famoso,
a aquel valiente romano,
a aquel capitán heroico,
tu vida, comprada a precio 2845
de gemidos y sozollos,
ha sido piedad y amor
de mi pecho generoso;
pues no, ni amor ni piedad
ha sido; afecto oneroso 2850
sí, de mis quejas, porque
no hay otro estilo, no hay otro
camino de castigar
un ingrato pecho como
correrle con beneficios 2855
cuando ofende con enojos;
que merced hecha a un tirano,
más que merced es oprobio.
Y no me diera venganza
verte morir cuando noto 2860

que es la muerte en las desdichas
el postrer último coto.
Verte vivir, sí, ofendido,
aborrecido y quejoso,
por creer que hallar no pude 2865
castigo más riguroso
para un ingrato que verse
olvidado de lo propio
que se vio amado. El que llega
a esto, ¿cómo vive, cómo? 2870
Demás de que, por mí misma,
por mi honor, por mi decoro,
pedí tu vida, encubriendo
la causa de mis ahogos,
que saben todos quién soy, 2875
y quién eres, uno solo;
y no por ganar con uno,
había de perder con todos.
Tu vida, en fin, pedí, no
porque vivas, ni tampoco 2880
porque mueras consolado
de que dejaste, alevoso,
quien me matare, sino
porque sepas que no ignoro
que has vivido en esta ausencia 2885
de mi muerte deseoso.
Este papel, esta firma
te convenzan. ¡Con qué asombro
le miras, quedando al verle
confuso, helado y absorto! 2890
En mi mano está. No tienes
que discurrir estudioso
cómo a ella vino, que al fin
la tierra, viendo el adorno
y la hermosura que debe 2895
a ese cristalino globo
que parte la luna a giros,
que el sol ilumina a tornos,
le prometió no tenerle
nada oculto en su contorno, 2900
que aun los cielos, con ser cielos,
dan los favores a logro.
¿Tú eres (¡aquí, de mi aliento
me desmayo al primer soplo,
con mis lágrimas me anego, 2905
con mis suspiros me ahogo!)
de Jerusalén Tetrarca?

Mas ¡ay! que no es grande abono
del mérito el conseguir
puestos, que bien reconozco 2910
que es el puesto el desdichado
cuando el hombre es el dichoso.
Tú lo digas, pues que siendo
bastarda rama del tronco
de Judá, un ascalonita, 2915
en cuyo nombre no toco
por no escandalizar, basten
las señas con que te nombro;
pues que siendo un idumeo,
otra vez a decir torno, 2920
y habiendo por tus fortunas
llegado a tan alto solio
como merecer mi mano,
que fue de todos el colmo,
no por aqueso dejaste 2925
los resabios afrentosos
de forajida nación,
baldón de nuestro abolorio,
pues, hidrópico de sangre,
no te bastó que en arroyos 2930
de inocentes vidas vieses
hecha la ciudad un golfo,
sino dejar en tu muerte
legado tan afrentoso.
¿Quién sino tú vinculó 2935
la muerte por patrimonio?
¿Qué fiera la más sañuda,
qué bruto el más riguroso,
qué pájaro el más aleve,
qué bárbaro el más ignoto 2940
mató muriendo, pues antes
de hombre, fieras y aves oigo
que mueren dando la vida?
Dígalo en gemidos roncos
la víbora que, royendo 2945
sus entrañas, poco a poco
se revienta por sacar
muchas vidas de un aborto.
Dígalo el ave que muestra
el pecho a su pico roto 2950
y, por darles vida, yace
desangrada entre sus pollos.
Dígalo el escita, pues
al tiro más peligroso

expuesto el pecho, a la espalda 2955
pone a su esposa y piadoso
se hace escudo de su vida
contra la pluma y el plomo.
Mas tú, más que todos fiero,
mas tú, más bruto que todos, 2960
mas tú, más barbaro, en fin,
no sólo amparas, no sólo
favoreces lo que amas,
pero, avaro de los gozos,
aun muriendo no los dejas. 2965
Bien como el que codicioso,
amante de sus riquezas,
porque no las goce otro,
manda que, después de muerto,
le entierren con su tesoro. 2970
Supongo que fue fineza
este despecho, supongo
que fueron celos, que nada
quiero dejar en tu abono.
¿Qué hazaña de amor es esta, 2975
ni qué celos son tampoco,
los que sin ser culpa mía
son imaginado antojo
de bajo espíritu que,
neciamente escrupuloso, 2980
no estimando a su mujer,
se desestima a sí propio?
Y pues tan a costa mía
examino, miro y toco
que podrá vivir mi pecho 2985
más seguro y más dichoso
aborrecido que amado,
desde aquí a mi cargo tomo
el hacer que me aborrezcas;
que, aunque pudiera con otros 2990
medios huir de ti y vivir
en el clima más remoto
-donde el sol avaramente
dispensa sus rayos rojos
o donde pródigo abrasa 2995
doradas arenas de oro-
no lo he de hacer, que no tengo
de dar con nuestro divorcio
que decir al mundo; y pues,
sin llegar a escandaloso 3000
este apartamiento, puede

quedarse esto entre nosotros,
vivamos a morir juntos,
mas teniendo por forzoso
que en tu vida ni en mi vida 3005
me has de mirar sin enojos,
me has de hablar sin sentimientos,
me has de escuchar sin oprobios,
ver sin suspiros los labios
ni sin lágrimas los ojos. 3010
Y este negro velo, puesto
siempre delante del rostro,
hará que ni el sol me vea,
siendo mis reales adornos
eternamente este luto. 3015
Y pues fue, tirano, todo
tu deseo que yo muera,
del asesino, el soborno
te he de ahorrar, siendo este cuarto
de mi vida el mausoleo 3020
en que nunca a entrar te atrevas;
que por el gran Dios que adoro,
que de la más alta almena
me arroje al sepulcro undoso
del mar, donde, despeñada, 3025
dé número en breves trozos
a los átomos que son
jeroglíficos del ocio.
Porque con tanto temor
te miro, con tanto asombro, 3030
que creo que ya se cumple
de aquel judiciario docto
el hado; pues si él predijo
que tu acero prodigioso
o un monstruo me han de dar muerte, 3035
huyendo del uno al otro,
o me ha de matar tu acero,
o el mar, que es el mayor monstruo.

(Vase y cierran por de dentro la puerta.)

TETRARCA Oye, aguarda, escucha, espera.
Mas (¡ay infeliz!) qué pronto 3040
el impulso estaba a darme
con el postigo en los ojos!
Caiga, pues, al suelo. Pero
mal acuerdo (¡ay de mí!) tomo
en valerme de la fuerza, 3045

que es preciso el alboroto
haga pública la causa
si con violencia le rompo.
Mejor es, ya que Filipo
tan traidor tan alevoso, 3050
la dio el papel que traía
-mal la cólera reporto-
para Tolomeo, llevar
sus despechos de otro modo
y, acudiendo al rendimiento, 3055
al halago, al desenojo,
valerme de la común
disculpa de los celosos,
que es que nunca están más cuerdos
que cuando se ven más locos. 3060
¿Qué pasión, ¡cielos!, es ésta,
de amor hija y madre de odio,
que es cuando más la padezco
cuando menos la conozco?
Pues si los celos definir hubiera, 3065
en un camaleón los retratara,
que del aire no más se alimentara
y a cada luz nuevo color tuviera.
Ojos de basilisco le pusiera,
que, con ser visto o ver, siempre matara; 3070
pies de topo, que en todo tropezara;
y alas de halcón, que todo lo corriera.
De la sirena, le añadiera el canto;
del áspid, las cautelas, los desvelos
del lince; y de la hiena, en fin, el llanto. 3075
Mas ¿dónde vais? Parad, parad, recelos;
no forméis un compuesto de horror tanto
que el mayor monstruo hayan de ser los celos.
Y pues con aquel acuerdo
y este discurso propongo 3080
apelar, como ya dije,
al rendimiento, en apoyo
de que hay quien califique
por finezas los arrojos,
apele de ésta a la puerta 3085
(aquesta puerta alboroto:
el palacio a aquélla acuda),
que cae deste cuarto a esotro,
que, estando más retirada,
con más secreto es forzoso 3090
que pueda sin ruido abrirla.

(Llega a la otra puerta que estará como dicen los versos y él hace las acciones que significan.)

Mas no haré si reconozco
cuánto defendida está
de candados y cerrojos
por esta parte. Y ¿quién duda 3095
por esotra sea lo propio?
¡Quién, sin fiarse de nadie,
pues cualquiera es sospechoso
el día que lo fue Filipo,
romperlos pudiera solo! 3100
Mas ¿cómo ha de ser posible
sin que entre aparte el escoplo
con lo sutil del barreno
o de la lima lo sordo?
A fuerza, ¿quién bastará, 3105
ni a mano...? Pero, piadosos
cielos, ¿qué es esto? Las llaves
echadas en falso topo.
Abierta están, si no es
que, enternecido a mi lloro, 3110
un hierro en otro se ablanda.

(Abre la puerta y sale como a hurto LIBIA.)

LIBIA Pues ya por de fuera oigo
ruido en los pestillos, quite
los que por de dentro rotos
dejó Astolfo. ¿Es Tolomeo? 3115
TETRARCA No es Tolomeo.
LIBIA ¡Qué ahogo!
¡Vuelva a encerrarme!
TETRARCA ¡Detente,
aguarda!
LIBIA ¿Qué miro? ¿Cómo,
señor, tú aquí, si yo cuando...?
TETRARCA Pues ¿de qué es, Libia, el asombro? 3120
¿Puedes ignorar que puedo
estar aquí cuando todos
saben que he vuelto a palacio?
LIBIA Como esas cosas ignoro,
pues aun no sé de mí misma 3125
si viva o muerta me nombro
desde que esta oscura cárcel
habito, donde Favonio
a entrar no se atreve en vientos

como ni en luces Apolo. 3130
TETRARCA Cobra el aliento. ¿Tú presa,
Libia, aquí?
LIBIA De ello te informo,
porque la verdad te mueva
a estar conmigo piadoso.
TETRARCA Pues ¿qué ha habido?
LIBIA Tolomeo 3135
-¡qué mal las razones formo!
mas ¿qué mucho, si las pierdo
cuando pienso que las cobro?-
Tolomeo (¡ay de mí triste!)
me servía para esposo. 3140
Nuestro amor Mariene supo,
no importa que sepas cómo,
pues basta que no le falten
aun al más lícito estorbos;
a él desterró de palacio; 3145
y en mí, que en efecto somos
más culpadas las mujeres
de su ofendido decoro,
vengó la saña, encerrada
aquí donde me ve sólo 3150
una esclava que me trae
lo que bebo y lo que como.
Astolfo que de este alcázar,
alcaide hizo, o por piadoso
o por deudo, o por amigo, 3155
o por granjeado, o por todo,
viniendo a doblar las llaves,
no sé a qué fin, cuidadoso
hoy más que otros días, me dijo:
«Libia, librarte dispongo; 3160
está advertida de que
Tolomeo...»

(Dentro ruido.)

TETRARCA Pasos oigo.
Vuelve Libia a retirarte
-que verte aquí es sospechoso
y más conmigo-, segura 3165
que no sólo te perdono,
mas te agradezco el delito
de tu amor.
LIBIA A tus pies pongo
mi vida y mi honor.

TETRARCA Palabra
te doy de poner en cobro 3170
tu honor y vida.
LIBIA [Aparte.] Fortuna,
¿hasta cuándo tus antojos
han de traer mis desdichas
a dar de un peligro en otro? (Vase.)
TETRARCA Veré quién es; que, después 3175
que vuelva a quedarme solo,
entraré donde a la esclava
espere. Con el socorro,
ya más mío que de Libia,
hoy lograré el desenojo 3180
de Marïene, si es
que con lágrimas le compro;

(Sale TOLOMEO.)

TOLOMEO [Aparte.] Veré si Astolfo ha cumplido
la palabra que me da.
Pero aquí el Tetrarca está. 3185
¡Cielos!, ¿qué habrá sucedido?
¿Mariene haberse escondido?
¿Él haberse retirado?
¿Yo, la ocasión mal logrado?
Disimule.
TETRARCA Tolomeo. 3190
TOLOMEO Señor.
TETRARCA ¿Dónde está, deseo
saber, Filipo?

(Sale FILIPO.)

FILIPO Postrado
a tus pies donde, señor,
en albricias de tu vida...
TETRARCA .... verás la tuya perdida 3195
a manos de mi furor.

(Pónese en medio TOLOMEO.)

FILIPO ¿En qué te ofendí?
TETRARCA ¡Traidor!
¡Poco leal, menos fiel!
TOLOMEO ¡Tente!
TETRARCA ¿Qué hiciste un papel
que te di?

TOLOMEO Mis penas creo. 3200
FILIPO ¿No era para Tolomeo?
TETRARCA Sí.
FILIPO Pues él te dirá de él.
TOLOMEO [Aparte.] ¡Qué poco duró, ay de mí,
el secreto en la mujer!
TETRARCA ¿Diótele a ti?
TOLOMEO [Aparte.] (¿Qué he de hacer?) 3205
Sí, señor.
TETRARCA ¿Qué hiciste, di,
de el tú?
TOLOMEO [Aparte.] (La verdad aquí
es la disculpa mejor.)
Una dama...
TETRARCA [A TOLOMEO.] Di.
TOLOMEO [Aparte.] ¡Qué horror!)
... a quien sirvo para esposa... 3210
TETRARCA Ya lo sé.
TOLOMEO ...de mí celosa
-necios delitos de amor-
me le quitó de la mano
a cuyo tiempo llegó
tu esposa.
TETRARCA ¡Castigue yo... 3215
FILIPO ¡Tente, señor!

(Ponése en medio FILIPO. Vase huyendo TOLOMEO, el TETRARCA tras él y vuelven por la otra parte.)

TETRARCA ...tan tirano
yerro!
TOLOMEO [Aparte.] Esperar es en vano.
La fuga mi vida guarde. (Vase.)
FILIPO ¡Huye, Tolomeo!
TETRARCA ¡Cobarde!
Si al mismo cielo te subes, 3220
las murallas de sus nubes
te ampararán mal o tarde.

(Sale TOLOMEO atravesando el tablado.)

TOLOMEO [Aparte.] ¿Adónde estaré seguro
si furioso me ha seguido?
Habiendo hasta el mar salido 3225
por la surtida del muro,
de aquella tienda procuro

valerme. (Vase.)
FILIPO En la tienda ha entrado
del César.
TETRARCA Ese sagrado
y otro empeño aún más crüel 3230
me fuerzan a volver de él,
ofendido y no vengado. (Vase.)

Cuadro III

Vuelve TOLOMEO a salir por otra parte, retirándose de OCTAVIANO. Sale OCTAVIANO.

OCTAVIANO Hombre que tan atrevido,
robado el color y puesta
la mano en la espada, osas 3235
haber entrado en mi tienda
-cuando he mandado que todos
solo me dejen en ella
con mis pesares-, si acaso
alguna traición intentas, 3240
buena ocasión has hallado.
¿Qué aguardas?
TOLOMEO Detente, espera;
que es lealtad, y no traición,
la que a este trance me fuerza.
OCTAVIANO ¿Quién eres?
TOLOMEO Soy un soldado, 3245
hijo infeliz de la guerra,
que llegué por mis servicios
a ser capitán en ella
de las guardias del Tetrarca,
y de Sión, en su ausencia, 3250
gobernador.
OCTAVIANO ¿Qué pretendes?
TOLOMEO No mi vida, aunque pudiera;
la de Marïene, sí;
que es mi señora y mi reina.
OCTAVIANO Buenas cartas de favor 3255
traes. Di y lo que fuere sea.
TOLOMEO [Aparte.] (¡Oh, Libia, cuánto el empeño
de tu libertad me arriesga,
pues, por ti, de una verdad
he de hacer una cautela!) 3260
El Tetrarca, enamorado
tanto de su esposa bella

vivió, que intentó pasar
a la práctica experiencia
de que amores y privanzas, 3265
cuando a sumo aumento llegan,
es de su felicidad
declinación la tragedia.
Viendo, pues, que de su muerte
declarada la sentencia 3270
estaba; y viendo que tú,
enamorado de verla
en un retrato la amabas
-que todo aquesto me cuenta
quien trajo una carta-, aleve 3275
dispuso mandarme en ella
que yo, como quien aquí
la asistía de más cerca,
la atosigase a un veneno;
cuyos celos de manera, 3280
al verla hoy viva y contigo,
crecieron con la sospecha
de que por ella habías dado
a Jerusalén la vuelta
que, en vez de que agradecido 3285
de que su vida pidiera
con tantas ansias, llegó
con ella a palacio apenas
cuando en un oscuro cuarto
la encerró; y con saña fiera 3290
conmigo embistió a matarme,
por no haberla hallado muerta.
De él es de quien vengo huyendo
a darte la infeliz nueva
de que Marïene está 3295
por ti en tanto riesgo puesta
que no tiene de su vida
seguridad; pues es fuerza,
quien en ausencia lo manda,
que lo ejecute en presencia. 3300
Pues eres César, señor,
y tan generoso César
que, para victorias tuyas,
faltan plumas, faltan lenguas,
del poder deste tirano 3305
la saca, porque te deba
el sol su mejor aurora,
la aurora su mejor perla,
la tierra su mejor flor,

el cielo su...
OCTAVIANO Cesa, cesa, 3310
no prosigas, no prosigas;
no en la persuasión me ofendas.
¿Expuesta Marïene, (¡cielos!)
y por mi ocasión expuesta
a tanto riesgo? ¿Qué aguardo? 3315
[Aparte.] (Pero con más advertencia
lo he de mirar, que no es bien
que la información primera
me lleve tras sí; y más cuando
no es cobarde la sospecha 3320
de todos estos.) Soldado,
mira si verdad me cuentas.
TOLOMEO Tanto, que a la misma torre
adonde encerrada, presa
y afligida está, señor, 3325
te llevaré a que la veas,
luego que baje la noche
de pardas sombras cubierta.
OCTAVIANO ¿A la misma torre?
TOLOMEO Sí,
porque yo tengo...
OCTAVIANO Di apriesa. 3330
TOLOMEO [Aparte.] (¡Para qué de cosas hoy
sirvió mi amor!)... llave maestra
de sus jardines. Si acaso
de mi lealtad te recelas,
lleva tus guardas contigo 3335
para que, llegando a verla,
como he dicho, en su socorro
asegures tus defensas.
[Aparte.] (Y yo la vida de Libia,
pues que no dudo que, fuera 3340
del palacio Marïene,
podré mejor socorrerla.)
OCTAVIANO Tan a los reparos sales,
que ya nada dudo. Y sea
lealtad o traición, por sólo 3345
verte iré, Mariene bella;
y si es a darte la vida,
quiera amor que lo agradezcas. [Vanse.]

Cuadro IV

Sale SIRENE con luces y las DAMAS que puedan con azafates y luego MARIENE.

MARIENE ¡Dejadme morir!
SIRENE Advierte
que esa pena, ese dolor, 3350
más que tristeza es furor;
y más que furor es muerte.
MARIENE Es tan fuerte
mi mal que, por riguroso,
no mata de puro fiel; 3355
sin ver él
que, ser conmigo piadoso,
no es dejar de ser crüel.
DAMA 1ª Ya que, aborreciendo el lecho,
en el jardín has estado 3360
hasta ahora, dé el cuidado
blandas treguas al despecho.
MARIENE Mal sospecho
que pueda el sueño aliviar
mi pesar; 3365
pero, porque no paguéis
la culpa que no tenéis,
empezadme a destocar.

(Van recogiendo en los azafates los más adornos que pueda quitarse.)

SIRENE ¿Quieres, mientras desafía
al sol esplendor tan bello, 3370
desmarañando el cabello
de las prisiones del día,
la voz mía
algo te divierta?
MARIENE No,
porque yo 3375
no juzgo que me mejore
quien cante sino quien llore.
SIRENE Filósofo hubo, que dio
causa en la naturaleza,
para aumentar la armonía, 3380
al alegre la alegría
como al triste la tristeza.
MARIENE Pues empieza,
con condición que al dolor
hagas mayor. 3385
SIRENE Con una letra será,
que, aunque es antigua, podrá
aconsejar lo mejor.

(Cantan.)

Si te quisiera matar
algún enemigo fiero, 3390
madruga y mata primero.
MARIENE ¡Ay de quien ha de esperar
a morir y no matar!
Y más cuando considero
cuánto se acerca el severo 3395
hado, contra quien no sé
en mi defensa qué haré.
SIRENE (Canta.)
Madruga y mata primero.

(Salen TOLOMEO y OCTAVIANO.)

TOLOMEO Pisando las negras sombras
en el silencio nocturno, 3400
el jardín has penetrado
a tiempo que al cuarto suyo
se va retirando ella.
OCTAVIANO [Aparte a TOLOMEO.]
Ya tus verdades no dudo,
ni su aflicción; pues tan sola 3405
está y vestida de luto
todavía. Tú a esa puerta,
pues menos ruido hará uno,
me espera.
TOLOMEO Sí haré, teniendo
la gente que has traído a punto 3410
para cualquier accidente. (Vase.)
OCTAVIANO [Aparte.] Tanto de verla me turbo,
que no sabré discurrir
si esto es ya pesar o gusto.
MARIENE Vuelve, Sirene, pues es 3415
tan a mi intento el asunto.
Tú, Arminda, cierra esas puertas.
SIRENE Obedecerte procuro.
[Canta.] Si te quisiere matar...
DAMA 1ª Y yo también, pues acudo 3420
las puertas a cerrar.

(Ve a OCTAVIANO. Deja caer el azafate y vuelve huyendo.)

OCTAVIANO No.
lo intentes, que es dolor sumo,

sin luz y sol, quedar ciego
dos veces.
DAMA 1ª ¿Qué veo y escucho?
¡Ay infelice!
MARIENE ¿Qué es eso? 3425
DAMA 1ª El mal embozado bulto
de un hombre que hasta aquí ha entrado.
MARIENE ¿Hombre aquí?
OCTAVIANO [Aparte.] Ya hablar no excuso.
MARIENE ¡Dad voces!
SIRENE Yo no podré,
que aun cómo respire dudo. 3430

(Vanse huyendo dejando los azafates caer.)

DAMA 1ª Ni yo, que apenas aliento. (Vase.)
DAMA 2ª Ni yo, que tímida huyo. (Vase.)
MARIENE Huya yo también.

(Desembózase OCTAVIANO, detienela.)

OCTAVIANO Teneos
vos y reparad el susto;
pues, más que para enojaros, 3435
para serviros os busco.
MARIENE ¡Vos, señor! Pues... cómo... si...
aquí... yo... cuándo...
OCTAVIANO Quien pudo
antes de veros amaros,
después de veros, no dudo 3440
que dejar de amaros pueda.
MARIENE No son de un César Augusto
tales acciones.
OCTAVIANO Sí son,
pues más a veros me trujo
vuestro daño que mi afecto, 3445
vuestro riesgo que mi gusto.
Yo he sabido que, en poder
de tirano dueño injusto,
estáis expuesta al peligro
de tan sacrílego insulto 3450
como que obre por su mano
lo que por otra dispuso.
A poner en salvo vengo
vuestra vida.
MARIENE El labio mudo

quedó al veros; y al oíros 3455
su aliento le restituyo
animada para sólo
deciros que algún perjuro,
aleve traidor, en tanto
malquisto concepto os puso. 3460
Mi esposo es mi esposo, a quien
amo, amado con tan puro
amor que en los cuerpos somos
dos, pero en las almas uno.
Y suponiendo imposibles 3465
que con vergüenza pronuncio,
cuando fuera, que lo niego,
que me mate un error suyo,
no ha de matarme mi error,
y lo será si de él huyo. 3470
Con que viene a importar menos
morir inocente, juzgo,
que vivir culpada a vista
de las malicias del vulgo.
Y así, si alguna fineza 3475
he de deberos, presumo
que la mayor es volveros.
OCTAVIANO Sí haré, si vuestro discurso,
como salva mi primero
motivo, salva el segundo. 3480
Un retrato tenía vuestro,
a cuyo hermoso dibujo,
sin saber el dueño, daba
mi humana adoración culto.
Por sanear sospechas (ya 3485
lo visteis) sabiendo cúyo
fuese, os le di; y pues en vuestro
decoro sirvió, no dudo
que con justicia le pido.
MARIENE No hacéis; que tenerle es uno 3490
por despojo y otro es,
por dádiva; y a este puro
fuego abrasará esta mano,
si en ella el menor impulso
reconociera de que 3495
para volvérosle tuvo.

(Va a poner la mano en la luz. Él se la toma y ella, retirándola, le saca el puñal de la cinta.)

OCTAVIANO No hiciérades, que impidiera

yo llegar al ardor suyo,
estorbando así la acción.
MARIENE Es atrevimiento injusto. 3500
OCTAVIANO No es, sino justo deseo.
MARIENE Antes a los cielos juro
que con vuestro mismo acero,
que ya en mi mano desnudo
está, me atraviese el pecho. 3505
OCTAVIANO Tente, mujer; que confundo
mis sentidos al mirar
no sé qué fatal trasunto
que vi otra vez. (Retírase.)
MARIENE De ese pasmo,
de ese pavor que os infundo, 3510
el contratiempo gozando,
huiré, siempre este agudo
filo al pecho. Mas ¿qué veo?
¿No es el que fiero y sañudo
me amenaza? Con más causa 3515
ya de dos contrarios huyo.
OCTAVIANO ¡Oye!
MARIENE ¿Suelta?

(Deja caer el puñal y vase y OCTAVIANO tras ella y sale el TETRARCA por otra parte.)

TETRARCA ¿Quién, ladrón
del mismo tesoro suyo,
dentro de su misma casa
gozó sus bienes por hurto? 3520
Hasta ahora la esclava no
abrió. Y yo, triste, discurro
el cuarto a la media luz
de escaso esplendor nocturno
que allí horrores late; y más 3525
si a sus reflejos descubro,
de mujeriles adornos,
ajadamente difusos,
sembrado el suelo. ¿Qué es esto?
No me propongas, discurso, 3530
que, bajel que echa la ropa
al mar, padece infortunios;
que, casa que se despoja
de las alhajas que tuvo,
estragos de fuego corre; 3535
pues ni la tormenta dudo
ni el incendio ignoro cuando
entre dos aguas fluctúo,

entre dos fuegos me hielo,
viendo que me embisten juntos, 3540
para zozobrar, suspiros,
para hacerme llorar, humo.
Estas arrojadas señas,
¿no son de nobles, de augustos
faustos despojos? ¿Y aquéste 3545
no es el fiero puñal duro
que, registro de los astros,
en aguja de sus rumbos?
¿No es éste el que yo a Octaviano
dejé? ¡Sí! Pues ¿quién le trujo 3550
aquí entre arrastradas pompas?
Pero ¿para qué lo apuro,
si es de los desconfiados
la imaginación verdugo?
¡Tarde hemos llegado, celos, 3555
y bien tarde! Pues no dudo
que quien arrastra despojos
habrá celebrado triunfos.
Si es dichoso el desdichado
que, siéndolo, no lo supo, 3560
desdichado del dichoso
que, no siéndolo, lo tuvo
por cierto; y, pues se me vuelven
mis agorados anuncios
tan a la mano, a ellos muera 3565
antes que...
OCTAVIANO [Dentro.] ¡Tente!
TETRARCA ¿Qué escucho?

(Vuelven huyendo MARIENE y OCTAVIANO tras ella y da en brazos del TETRARCA tropezando.)

OCTAVIANO Bello prodigio.
MARIENE Es en vano.
Mas, ¡ay de mí, cielos justos!
OCTAVIANO ¿Qué es lo que miro?
TETRARCA Turbado
he quedado.
OCTAVIANO Yo confuso. 3570
MARIENE Yo confusa, yo turbada,
pues, entre dos daños, de uno
doy en otro, y ya no sé
cuál dejo, ni cuál procuro,
pues siempre tengo peligro, 3575

cuando caigo y cuando huyo.
OCTAVIANO No temas, que de tu vida
este pecho será escudo.
TETRARCA Vista tu fuga, a tu honor
este pecho será muro. 3580

(Riñen los dos y ella mata las luces.)

OCTAVIANO Cumple, pues, lo que prometes.
TETRARCA Así verás si lo cumplo.
MARIENE Y yo si así lo embarazo.
TETRARCA ¿Adónde, César perjuro,
te escondes?
OCTAVIANO Yo no me escondo. 3585
Aquí estoy.
TETRARCA Ya yo te busco.
Y pues a brazos llegamos,
en ellos muere.
MARIENE ¡Oh injustos
hados, que inocente muero
protesto al cielo!
LOS DOS ¡Qué escucho! 3590
TOLOMEO [Dentro.] Entrad todos, que de voces
y armas es grande el tumulto.

(Salen todos.)

SIRENE Llegad todas.
LIBIA A tan grande
estruendo, salir no excuso
de mi prisión.
TODOS ¿Qué es aquesto? 3595
POLIDORO No haber gozado el indulto
Marïene, me parece.
OCTAVIANO Dar muerte al hombre más bruto,
más bárbaro y más sangriento
que ha eclipsado el sol más puro. 3600
TETRARCA Yo no la he dado la muerte.
TODOS Pues ¿quién?
TETRARCA El destino suyo,
ya que, muriendo a mis celos
y a mi puñal, ejecuto
que mató a lo que más quise 3605
el mayor monstruo de mundo.
Y porque de su venganza
no logre el lauro ninguno,
yo la vengaré de mí

arrojado de este muro 3610
al mar. (Vase.)
OCTAVIANO Primero a mi mano...
CAPITÁN Será en vano, que sañudo
se arrojó.
OCTAVIANO Con que en tragedias
pararon todos mis triunfos.
TOLOMEO Sígueme, Libia, y huyamos 3615
de ver tan mísero asunto.
LIBIA ¡Qué lástima!
SIRENE ¡Qué desdicha!
FILIPO ¡Qué horror!
CAPITÁN ¡Qué asombro!
POLIDORO ¡Y qué abuso
no ahorcarme a mí y degollarla
a ella!
OCTAVIANO Hermoso sol caduco, 3620
pues que no puedo vengarte,
yo haré eterna a los futuros
siglos tu fama, diciendo
la inscripción de tu sepulcro:
«la inocente Marïene 3625
dio fin, cumpliendo su influjo
injustos celos, que son
el mayor monstruo del mundo.»
POLIDORO Como le escribió su autor;
no como la imprimió el hurto, 3630
de quien es su estudio echar
a perder otros estudios.

EL MÉDICO DE SU HONRA

Personas que hablan en ella:

- **Don GUTIERRE**
- **El REY don Pedro**
- **El infante don ENRIQUE**
- **Don ARIAS**
- **Don DIEGO**
- **COQUÍN, lacayo**
- **Doña MENCÍA de Acuña**
- **Doña LEONOR**
- **JACINTA, una esclava**
- **INÉS, criada**
- **TEODORA, criada**
- **LUDOVICO, sangrador**
- **Un VIEJO**
- **SOLDADOS**
- **MÚSICA**

ACTO PRIMERO

Suena ruido de caja, y sale cayendo el infante don ENRIQUE, don ARIAS y don DIEGO, y algo detrás el REY don Pedro, todos de camino

ENRIQUE: ¡Jesús mil veces!

ARIAS: ¡El cielo
te valga!
REY: ¿Qué fue?
ARIAS: Cayó
el caballo, y arrojó
desde él al infante al suelo.
REY: Si las torres de Sevilla
saluda de esa manera,
¡nunca a Sevilla viniera,
nunca dejara a Castilla!
¿Enrique! ¡Hermano!
DIEGO: ¡Señor!
REY: ¿No vuelve?
ARIAS: A un tiempo ha perdido
pulso, color y sentido.
¡Qué desdicha!
DIEGO: ¡Qué dolor!
REY: Llegad a esa quinta bella,
que está del camino al paso,
don Arias, a ver si acaso
recogido un poco en ella,
cobra salud el infante.
Todos os quedad aquí,
y dadme un caballo a mí,
que he de pasar adelante;
que aunque este horror y mancilla
mi rémora pudo ser,
no me quiero detener
hasta llegar a Sevilla.
Allá llegará la nueva
del suceso.

Vase el REY

ARIAS: Esta ocasión
de su fiera condición
ha sido bastante prueba.
¿Quién a un hermano dejara,
tropezando de esta suerte
en los brazos de la muerte?
¡Vive Dios!
DIEGO: Calla, y repara
en que, si oyen las paredes,
los troncos, don Arias, ven,
y nada nos está bien.
ARIAS: Tú, don Diego, llegar puedes
a esa quinta; y di que aquí
el infante mi señor
cayó. Pero no; mejor
será que los dos así
le llevemos donde pueda
descansar.
DIEGO: Has dicho bien.
ARIAS: Viva Enrique, y otro bien
la suerte no me conceda.

Llevan al infante, y sale doña MENCÍA y JACINTA, esclava herrada

MENCÍA: Desde la torre los vi,
y aunque quien son no podré
distinguir, Jacinta, sé
que una gran desdicha allí
ha sucedido. Venía
un bizarro caballero
en un bruto tan ligero,
que en el viento parecía
un pájaro que volaba;
y es razón que lo presumas,
porque un penacho de plumas
matices al aire daba.
El campo y el sol en ellas
compitieron resplandores;
que el campo le dio sus flores,
y el sol le dio sus estrellas;
porque cambiaban de modo,
y de modo relucían,
que en todo al sol parecían,
y a la primavera en todo.
Corrió, pues, y tropezó
el caballo, de manera
que lo que ave entonces era,
cuando en la tierra cayó
fue rosa; y así en rigor
imitó su lucimiento
en sol, cielo, tierra y viento,
ave, bruto, estrella y flor.
JACINTA: ¡Ay señora! En casa ha entrado...
MENCÍA: ¿Quién?
JACINTA: ...un confuso tropel
de gente.
MENCÍA: ¿Mas que con él
a nuestra quinta han llegado?

Salen don ARIAS y don DIEGO, y sacan al infante don ENRIQUE, y siéntanle en una silla

DIEGO: En las casas de los nobles
tiene tan divino imperio
la sangre del rey, que ha dado
en la vuestra atrevimiento
para entrar de esta manera.
MENCÍA: (¿Qué es esto que miro? ¡Ay cielos!)
Aparte
DIEGO: El infante don Enrique,
hermano del rey don Pedro,
a vuestras puertas cayó.
y llega aquí medio muerto.
MENCÍA: ¡Válgame Dios, qué desdicha!
ARIAS: Decidnos a qué aposento
podrá retirarse, en tanto

que vuelva al primero aliento
su vida. ¿Pero qué miro?
¡Señora!

MENCÍA: ¡Don Arias!

ARIAS: Creo
que es sueño fingido cuanto
estoy escuchando y viendo.
Que el infante don Enrique,
más amante que primero,
vuelva a Sevilla, y te halle
con tan infeliz encuentro,
¿puede ser verdad?

MENCÍA: Sí es;
¡y ojalá que fuera sueño!

ARIAS: Pues, ¿qué haces aquí?

MENCÍA: De espacio
lo sabrás; que ahora no es tiempo
sino sólo de acudir
a la vida de tu dueño.

ARIAS: ¿Quién le dijera que así
llegara a verte?

MENCÍA: Silencio,
que importa mucho, don Arias.

ARIAS: ¿Por qué?

MENCÍA: Va mi honor en ello.
Entrad en ese retiro,
donde está un catre cubierto
de un cuero turco y de flores;
y en él, aunque humilde lecho,
podrá descansar. Jacinta,
saca tú ropa al momento,
aguas y olores que sean
dignos de tan alto empleo.

Vase JACINTA

ARIAS: Los dos, mientras se adereza,
aquí al infante dejemos,
y a su remedio acudamos,
si hay en desdichas remedio.

Vanse don ARIAS y don DIEGO

MENCÍA: Ya se fueron, ya he quedado
sola. ¡Oh quién pudiera, ah cielos,
con licencia de su honor
hacer aquí sentimientos!
¡Oh quién pudiera dar voces,
y romper con el silencio
cárceles de nieve, donde
está aprisionado el fuego,
que ya, resuelto en cenizas,
es ruina que está diciendo:
"Aquí fue amor"! Mas ¿qué digo?
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?

Yo soy quien soy. Vuelva el aire
los repetidos acentos
que llevó; porque aun perdidos,
no es bien que publiquen ellos
lo que yo debo callar,
porque ya, con más acuerdo,
ni para sentir soy mía;
y solamente me huelgo
de tener hoy que sentir,
por tener en mis deseos
que vencer; pues no hay virtud
sin experiencia. Perfeto
está el oro en el crisol,
el imán en el acero,
el diamante en el diamante,
los metales en el fuego;
y así mi honor en sí mismo
se acrisola, cuando llego
a vencerme, pues no fuera
sin experiencias perfecto.
¡Piedad, divinos cielos!
¡Viva callando, pues callando muero!
¡Enrique! ¡Señor!

ENRIQUE: ¿Quién llama?

MENCÍA: ¡Albricias...

ENRIQUE: ¡Válgame el cielo!

MENCÍA: ...que vive tu alteza!

ENRIQUE: ¿Dónde
estoy?

MENCÍA: En parte, a lo menos
donde de vuestra salud
hay quien se huelgue.

ENRIQUE: Lo creo,
si esta dicha, por ser mía,
no se deshace en el viento,
pues consultando conmigo
estoy, si despierto sueño,
o si dormido discurro,
pues a un tiempo duermo y velo.
Pero ¿para qué averiguo,
poniendo a mayores riesgos
la verdad? Nunca despierte
si es verdad que agora duermo;
y nunca duerma en mi vida
si es verdad que estoy despierto.

MENCÍA: Vuestra alteza, gran señor,
trate prevenido y cuerdo
de su salud, cuya vida
dilate siglos eternos,
fénix de su misma fama,
imitando al que en el fuego
ave, llama, ascua y gusano,
urna, pira, voz y incendio,
nace, vive, dura y muere,
hijo y padre de sí mesmo;
que después sabrá de mí
dónde está.

ENRIQUE: No lo deseo;
que si estoy vivo y te miro,
ya mayor dicha no espero;
ni mayor dicha tampoco,
si te miro estando muerto;
pues es fuerza que sea gloria
donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
qué acasos ni qué sucesos
aquí mi vida guiaron,
ni aquí la tuya trajeron;
pues con saber que estoy donde
estás tú, vivo contento;
y así, ni tú que decirme,
ni yo que escucharte tengo.

MENCÍA: (Presto de tantos favores **Aparte**
será desengaño el tiempo).
Dígame ahora, ¿cómo está
vuestra alteza?

ENRIQUE: Estoy tan bueno,
que nunca estuvo mejor;
sólo en esta pierna siento
un dolor.

MENCÍA: Fue gran caída;
pero en descansando, pienso
que cobraréis la salud;
y ya os están previniendo
cama donde descanséis.
Que me perdonéis, os ruego,
la humildad de la posada;
aunque disculpada quedo...

ENRIQUE: Muy como señora habláis,
Mencía. ¿Sois vos el dueño
de esta casa?

MENCÍA: No, señor;
pero de quien lo es, sospecho
que lo soy.

ENRIQUE: Y ¿quién lo es?

MENCÍA: Un ilustre caballero,
Gutierre Alfonso Solís,
mi esposo y esclavo vuestro.

ENRIQUE: ¡Vuestro esposo!

Levántase don ENRIQUE

MENCÍA: Sí, señor.
No os levantéis, deteneos;
ved que no podéis estar
en pie.

ENRIQUE: Sí puedo, sí puedo.

Sale don ARIAS

ARIAS: Dame, gran señor, las plantas,
que mil veces todo y beso,

agradecido a la dicha
que en tu salud nos ha vuelto
la vida a todos.

Sale don DIEGO

DIEGO: Ya puede
vuestra alteza a ese aposento
retirarse, donde está
prevenido todo aquello
que pudo en la fantasía
bosquejar el pensamiento.
ENRIQUE: Don Arias, dame un caballo;
dame un caballo, don Diego.
Salgamos presto de aquí.
ARIAS: ¿Qué decís?
ENRIQUE: Que me deis presto
un caballo.
DIEGO: Pues, señor...
ARIAS: Mira...
ENRIQUE: Estáse Troya ardiendo,
y Eneas de mis sentidos,
he de librarlos del fuego.

Vase don DIEGO

¡Ay, don Arias, la caída
no fue acaso, sino agüero
de mi muerte! Y con razón,
pues fue divino decreto
que viniese a morir yo,
con tan justo sentimiento,
donde tú estabas casada,
porque nos diesen a un tiempo
pésames y parabienes
de tu boda y de mi entierro.
De verse el bruto a tu sombra,
pensé que, altivo y soberbio,
engendró con osadía
bizarros atrevimientos,
cuando presumiendo de ave,
con relinchos cuerpo a cuerpo
desafïaba los rayos,
después que venció los vientos;
y no fue sino que al ver
tu casa, montes de celos
se le pusieron delante,
porque tropezase en ellos;
que aun un bruto se desboca
con celos; y no hay tan diestro
jinete, que allí no pierda
los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
presumí el feliz suceso
de mi vida, pero ya,

más desengañado, pienso
que no fue sino venganza
de mi muerte; pues es cierto
que muero, y que no hay milagros
que se examinen muriendo.

MENCÍA: Quien oyere a vuestra alteza
quejas, agravios, desprecios,
podrá formar de mi honor
presunciones y concetos
indignos de él; y yo agora,
por si acaso llevó el viento
cabal alguna razón,
sin que en partidos acentos
la troncase, responder
a tantos agravios quiero,
porque donde fueron quejas,
vayan con el mismo aliento
desengaños. Vuestra alteza,
liberal de sus deseos,
generoso de sus gustos,
pródigo de sus afectos,
puso los ojos en mí;
es verdad, yo lo confieso.
Bien sabe, de tantos años
de experiencias, el respeto
con que constante mi honor
fue una montaña de hielo,
conquistada de las flores,
escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, ¿de qué engaño
se queja, siendo sujeto
imposible a sus pasiones,
reservado a sus intentos,
pues soy para dama más,
lo que para esposa menos?
Y así, en esta parte ya
disculpara, en la que tengo
de mujer, a vuestros pies
humilde, señor, os ruego
no os ausentéis de esta casa,
poniendo a tan claro riesgo
la salud.

ENRIQUE: ¡Cuánto mayor
en esta casa le tengo!

Salen don GUTIERRE Alfonso y COQUÍN

GUTIERRE: Déme los pies vuestra alteza,
si puedo de tanto sol
tocar, ¡oh rayo español!,
la majestad y grandeza.
Con alegría y tristeza
hoy a vuestras plantas llego,
y mi aliento, lince y ciego,

entre asombros y desmayos,
es águila a tantos rayos,
mariposa a tanto fuego;
   tristeza de la caída
que puso con triste efeto
a Castilla en tanto aprieto;
y alegría de la vida
que vuelve restituída
a su pompa, a su belleza,
cuando en gusto vuestra alteza
trueca ya la pena mía.
¿Quién vio triste la alegría?
¿Quién vio alegre la tristeza?
   Y honrad por tan breve espacio
esta esfera, aunque pequeña;
porque el sol no se desdeña,
después que ilustró un palacio,
de iluminar el topacio
de algún pajizo arrebol.
Y pues sois rayo español,
descansad aquí; que es ley
hacer el palacio el rey
también, si hace esfera el sol.

ENRIQUE: El gusto y pesar estimo
del modo que le sentís,
Gutierre Alfonso Solís;
y así en el alma le imprimo,
donde a tenerle me animo
guardado.

GUTIERRE: Sabe tu alteza
honrar.

ENRIQUE: Y aunque la grandeza
de esta casa fuera aquí
grande esfera para mí,
pues lo que de otra belleza,
   no me puedo detener;
que pienso que esta caída
ha de costarme la vida;
y no sólo por caer,
sino también por hacer
que no pasase adelante
mi intento; y es importante
irme; que hasta un desengaño
cada minuto es un año,
es un siglo cada instante.

GUTIERRE: Señor, ¿vuestra alteza tiene
causa tal, que su inquietud
aventure la salud
de una vida que previene
tantos aplausos?

ENRIQUE: Conviene
llegar a Sevilla hoy.

GUTIERRE: Necio en apurar estoy
vuestro intento; pero creo
que mi lealtad y deseo...

ENRIQUE: Y si yo la causa os doy,
   ¿qué diréis?

GUTIERRE: Yo no os la pido;
que a vos, señor, no es bien hecho
examinaros el pecho.
ENRIQUE: Pues escuchad: yo he tenido
un amigo tal, que ha sido
otro yo.
GUTIERRE: Dichoso fue.
ENRIQUE: A éste en mi ausencia fié
el alma, la vida, el gusto
en una mujer. ¿Fue justo
que, atropellando la fe
que debió al respeto mío,
faltase en ausencia?
GUTIERRE: No.
ENRIQUE: Pues a otro dueño le dio
llaves de aquel albedrío;
al pecho que yo le fío,
introdujo otro señor;
otro goza su favor.
¿Podrá un hombre enamorado
sosegar con tal cuidado,
descansar con tal dolor?
GUTIERRE: No, señor.
ENRIQUE: Cuando los cielos
tanto me fatigan hoy,
que en cualquier parte que estoy,
estoy mirando mis celos,
tan presentes mis desvelos
están delante de mí,
que aquí los miro, y así
de aquí ausentarme deseo;
que aunque van conmigo, creo
que se han de quedar aquí.
MENCÍA: Dicen que el primer consejo
ha de ser de la mujer;
y así, señor, quiero ser
--perdonad si os aconsejo--
quien os dé consuelo. Dejo
aparte celos, y digo
que aguardéis a vuestro amigo,
hasta ver si se disculpa;
que hay calidades de culpa
que no merecen castigo.
No os despeñe vuestro brío;
mirad, aunque estéis celoso,
que ninguno es poderoso
en el ajeno albedrío.
Cuanto al amigo, confío
que os he respondido ya;
cuanto a la dama, quizá
fuerza, y no mudanza fue;
oídla vos, que yo sé
que ella se disculpará.
ENRIQUE: No es posible.

Sale don DIEGO

DIEGO: Ya está allí
el caballo apercibido.
GUTIERRE: Si es del que hoy habéis caído,
no subáis en él, y aquí
recibid, señor, de mí,
una pía hermosa y bella,
a quien una palma sella,
signo que vuestra la hace;
que también un bruto nace
con mala o con buena estrella.
Es este prodigio, pues,
proporcionado y bien hecho,
dilatado de anca y pecho;
de cabeza y cuello es
corto, de brazos y pies
fuerte, a uno y otro elemento
les da en sí lugar y asiento,
siendo el bruto de la palma
tierra el cuerpo, fuego el alma,
mar la espuma, y todo viento.
ENRIQUE: El alma aquí no podría
distinguir lo que procura,
la pía de la pintura,
o por mejor bizarría,
la pintura de la pía.
COQUÍN: Aquí entro yo. A mí me dé
vuestra alteza mano o pie,
lo que está --que esto es más llano--,
o más a pie, o más a mano.
GUTIERRE: Aparte, necio.
ENRIQUE: ¿Por qué?
Dejalde, su humor le abona.
COQUÍN: En hablando de la pía,
entra la persona mía,
que es su segunda persona.
ENRIQUE: Pues ¿quién sois?
COQUÍN: ¿No lo pregona
mi estilo? Yo soy, en fin,
Coquín, hijo de Coquín,
de aquesta casa escudero,
de la pía despensero,
pues le siso al celemín
la mitad de la comida;
y en efeto, señor, hoy,
por ser vuestro día, os doy
norabuena muy cumplida.
ENRIQUE: ¿Mi día?
COQUÍN: Es cosa sabida.
ENRIQUE: Su día llama uno aquél
que es a sus gustos fïel,
y lo fue a la pena mía;
¿cómo pudo ser mi día?
COQUÍN: Cayendo, señor, en él;
y para que se publique
en cuantos lunarios hay,
desde hoy diré: "A tanto cay

San Infante don Enrique."
GUTIERRE: Tu alteza, señor, aplique
la espuela al ijar; que el día
ya en la tumba helada y fría,
huésped del undoso dios,
hace noche.
ENRIQUE: Guárdeos Dios,
hermosísima Mencía;
y porque veáis que estimo
el consejo, buscaré
a esta dama, y de ella oiré
la disculpa. (Mal reprimo **Aparte**
el dolor, cuando me animo
a no decir lo que callo.
Lo que en este lance hallo,
ganar y perder se llama;
pues él me ganó la dama,
y yo le gané el caballo).

Vanse el infante don ENRIQUE, don ARIAS, don DIEGO y COQUÍN

GUTIERRE: Bellísimo dueño mío,
ya que vive tan unida
a dos almas una vida,
dos vidas a un albedrío,
de tu amor e ingenio fío
hoy, que licencia me des
para ir a besar los pies
al rey mi señor, que viene
de Castilla; y le conviene
a quien caballero es
irle a dar la bienvenida.
Y fuera de esto, ir sirviendo
al infante Enrique, entiendo
que es acción justa y debida,
ya que debí a su caída
el honor que hoy ha ganado
nuestra casa.
MENCÍA: ¿Qué cuidado
más te lleva a darme enojos?
GUTIERRE: No otra cosa, ¡por tus ojos!
MENCÍA: ¿Quién duda que haya causado
algún deseo Leonor?
GUTIERRE: ¿Eso dices? No la nombres.
MENCÍA: ¡Oh qué tales sois los hombres!
Hoy olvido, ayer amor;
ayer gusto, y hoy rigor.
GUTIERRE: Ayer, como al sol no veía,
hermosa me parecía
la luna; mas hoy, que adoro
al sol, ni dudo ni ignoro
lo que hay de la noche al día.
Y escúchame un argumento.
Una llama en noche oscura
arde hermosa, luce pura,

cuyos rayos, cuyo aliento
dulce ilumina del viento
la esfera. Sale el farol
del cielo, y a su arrebol
toda a sombra se reduce;
ni arde, ni alumbra, ni luce,
que es mar de rayos el sol.
Aplico agora; yo amaba
una luz, cuyo esplendor
bebió planeta mayor,
que sus rayos sepultaba,
una llama me alumbraba;
pero era una llama aquélla,
que eclipsas divina y bella
siendo de luces crisol;
porque hasta que sale el sol,
parece hermosa una estrella.

MENCÍA: ¡Qué lisonjero os escucho!,
muy parabólico estáis.

GUTIERRE: En fin, ¿licencia me dais?

MENCÍA: Pienso que la deseáis mucho;
por eso cobarde lucho
conmigo.

GUTIERRE: ¿Puede en los dos
haber engaño, si en vos
quedo yo, y vos vais en mí?

MENCÍA: Pues, como os quedáis aquí,
adiós, don Gutierre.

GUTIERRE: Adiós.

Vase don GUTIERRE. Sale JACINTA

JACINTA: Triste, señora, has quedado.

MENCÍA: Sí, Jacinta, y con razón.

JACINTA: No sé qué nueva ocasión
te ha suspendido y turbado;
que una inquietud, un cuidado
te ha divertido.

MENCÍA: Es así.

JACINTA: Bien puedes fïar de mí.

MENCÍA: ¿Quieres ver si de ti fío
mi vida, y el honor mío:
Pues escucha atenta.

JACINTA: Di.

MENCÍA: Nací en Sevilla, y en ella
me vio Enrique, festejó
mis desdenes, celebró
mi nombre, ¡felice estrella!
Fuése, y mi padre atropella
la libertad que hubo en mí.
La mano a Gutierre di,
volvió Enrique, y en rigor,
tuve amor, y tengo honor.
Esto es cuanto sé de mí.

Vanse y sale doña LEONOR

e INÉS, con mantos

INÉS: Ya sale para entrar en la capilla.
Aquí le espera, y a sus pies te humilla.
LEONOR: Lograré mi esperanza,
si recibe mi agravio la venganza.

Salen el REY, un VIEJO, y SOLDADOS

SOLDADO 1: ¡Plaza!
SOLDADO 2: Tu majestad aquéste lea.
REY: Yo le haré ver.
SOLDADO 3: Tu alteza, señor, vea
éste.
REY: Está bien.
SOLDADO 1: (Pocas palabras gasta). **Aparte**
SOLDADO 2: Yo soy...
REY: El memorial aqueste basta.
SOLDADO 1: Turbado estoy; mal el temor resisto.
REY: ¿De qué os turbáis?
SOLDADO 1: ¿No basta haberos visto?
REY: Sí basta. ¿Qué pedís?
SOLDADO 1: Yo soy soldado;
una ventaja.
REY: Poco habéis pedido,
para haberos turbado.
Una jineta os doy.
SOLDADO 1: Felice he sido.
VIEJO: Un pobre viejo soy; limosna os pido.
REY: Tomad este diamante.
VIEJO: ¿Para mí os le quitáis?
REY: Yo no os espante;
que, para darle de una vez, quisiera
sólo un diamante todo el mundo fuera.
LEONOR: Señor, a vuestras plantas
mis pies turbados llegan;
de parte de mi honor vengo a pediros
con voces que se anegan en suspiros,
con suspiros que en lágrimas se anegan,
justicia. Para vos y Dios apelo.
REY: Sosegaos, señora, alzad del suelo.
LEONOR: Yo soy...
REY: No prosigáis de esa manera.
Salíos todos afuera.

Vanse todos

Hablad agora, porque si venisteis
de parte del honor, como dijisteis
indigna cosa fuera
que en público el honor sus quejas diera,
y que a tan bella cara
vergüenza la justicia lo costara.

LEONOR: Pedro, a quien llama el mundo justiciero,
planeta soberano de Castilla,
a cuya luz se alumbra este hemisferio;
Júpiter español, cuya cuchilla
rayos esgrime de templado acero,
cuando blandida al aire alumbra y brilla;
sangriento giro, que entre nubes de oro,
corta los cuellos de uno y otro moro;
yo soy Leonor, a quien Andalucía
llama --lisonja fue--, Leonor la bella;
no porque fuese la hermosura mía
quien el nombre adquirió, sino la estrella;
que quien decía bella, ya decía
infelice, que el hombre incluye y sella,
a la sombra no más de la hermosura,
poca dicha, señor, poca ventura.
Puso los ojos, para darme enojos,
un caballero en mí, que ¡ojalá fuera
basilisco de amor a mis despojos,
áspid de celos a mi primavera!
Luego el deseo sucedió a los ojos,
el amor al deseo, y de manera
mi calle festejó, que en ella veía
morir la noche, y espirar el día.
¿Con qué razones, gran señor, herida
la voz, diré que a tanto amor postrada,
aunque el desdén me publicó ofendida,
la voluntad me confesó obligada?
De obligada pasé a agradecida,
luego de agradecida a apasionada;
que en la universidad de enamorados,
dignidades de amor se dan por grados.
Poca centella incita mucho fuego,
poco viento movió mucha tormenta,
poca nube al principio arroja luego
mucho diluvio, poca luz alienta
mucho rayo después, poco amor ciego
descubre mucho engaño; y así intenta,
siendo centella, viento, nube, ensayo,
ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.
Dióme palabra que sería mi esposo;
que éste de las mujeres es el cebo
con que engaña el honor el cauteloso
pescador, cuya pasta es el Erebo
que aduerme los sentidos temeroso.
El labio aquí fallece, y no me atrevo
a decir que mintió. No es maravilla.
¿Qué palabra se dio para cumplilla?
Con esta libertad entró en mi casa,
si bien siempre el honor fue reservado;
porque yo, liberal de amor, y escasa
de honor, me atuve siempre a este sagrado.
Mas la publicidad a tanto pasa,
y tanto esta opinión se ha dilatado,
que en secreto quisiera más perdella,
que con público escándalo tenella.
Pedí justicia, pero soy muy pobre;

quejéme de él, pero es muy poderoso;
y ya que es imposible que yo cobre,
pues se casó, mi honor, Pedro famoso,
si sobre tu piedad divina, sobre
tu justicia, me admites generoso,
que me sustente en un convento pido;
Gutierre Alfonso de Solís ha sido.

REY: Señora, vuestros enojos
siento con razón, por ser
un Atlante en quien descansa
todo el peso de la ley.
Si Gutierre está casado,
no podrá satisfacer,
como decís, por entero
vuestro honor; pero yo haré
justicia como convenga
en esta parte; si bien
no os debe restituír
honor, que vos os tenéis.
Oigamos a la otra parte
disculpas suyas; que es bien
guardar el segundo oído
para quien llega después;
y fïad, Leonor, de mí,
que vuestra causa veré
de suerte que no os obligue
a que digáis otra vez
que sois pobre, él poderoso,
siendo yo en Castilla rey.
Mas Gutierre viene allí;
podrá, si conmigo os ve,
conocer que me informasteis
primero. Aquese cancel
os encubra, aquí aguardad,
hasta que salgáis después.
LEONOR: En todo he de obedeceros.

Escóndese, y sale COQUÍN

COQUÍN: De sala en sala, pardiez,
a la sombra de mi amo,
que allí se quedó, llegué
hasta aquí, ¡válgame Alá!
¡Vive Dios, que está aquí el rey!
Él me ha visto, y se mesura.
¡Plegue al cielo que no esté
muy alto aqueste balcón,
por si me arroja por él!
REY: ¿Quién sois?
COQUÍN: ¿Yo, señor?
REY: Vos.
COQUÍN: Yo,

¡válgame el cielo!, soy quien
vuestra majestad quisiere,
sin quitar y sin poner,
porque un hombre muy discreto
me dio por consejo ayer,
no fuese quien en mi vida
vos no quisieseis; y fue
de manera la lición,
que antes, agora y después
quien vos quisiéredes sólo
fui, quien gustaréis seré,
quien os place soy; y en esto,
mirad con quién y sin quién...
y así, con vuestra licencia,
por donde vine me iré
hoy, con mis pies de compás,
si no con compás de pies.

REY: Aunque me habéis respondido
cuanto pudiera saber,
quién sois os he preguntado.

COQUÍN: Y yo os hubiera también
al tenor de la pregunta
respondido, a no temer
que en diciéndoos quién soy, luego
por un balcón me arrojéis,
por haberme entrado aquí
tan sin qué ni para qué,
teniendo un oficio yo
que vos no habéis menester.

REY; ¿Qué oficio tenéis?

COQUÍN: Yo soy
cierto correo de a pie,
portador de todas nuevas,
hurón de todo interés,
sin que se me haya escapado
señor, profeso o novel;
y del que me ha dado más,
digo mal, mas digo bien.
Todas las cosas son mías;
y aunque lo son, esta vez
la de don Gutierre Alfonso
es mi accesorio, en quien fue
mi pasto meridiano,
un andaluz cordobés.
Soy cofrade del contento;
el pesar no sé quién es,
ni aun para servirle. En fin,
soy, aquí donde me veis,
mayordomo de la risa,
gentilhombre del placer
y camarero del gusto,
pues que me visto con él.
Y por ser esto, he temido
el darme aquí a conocer;
porque un rey que no se ríe,
temo que me libre cien
esportillas batanadas,

con pespuntes al envés,
por vagamundo.

REY: En fin, ¿sois
hombre, que a cargo tenéis
la risa?

COQUÍN: Sí, mi señor;
y porque lo echéis de ver,
esto es jugar de gracioso
en palacio.

Cúbrese

REY: Está muy bien;
y pues sé quién sois, hagamos
los dos un concierto.

COQUÍN: ¿Y es?

REY: ¿Hacer reír profesáis?

COQUÍN: Es verdad.

REY: Pues cada vez
que me hiciéredes reír,
cien escudos os daré;
y si no me hubieres hecho
reír en término de un mes,
os han de sacar los dientes.

COQUÍN: Testigo falso me hacéis,
y es ilícito contrato
de inorme lesión.

REY: ¿Por qué?

COQUÍN: Porque quedaré lisiado
si le aceto, ¿no se ve?
Dicen, cuando uno se ríe
que enseña los dientes; pues
enseñarlos yo llorando,
será reírme al revés.
Dicen que sois tan severo,
que a todos dientes hacéis;
¿qué os hice yo, que a mí solo
deshacérmelos queréis?
Pero vengo en el partido;
que porque ahora me dejéis
ir libre, no le rehúso,
pues por lo menos un mes
me hallo aquí como en la calle
de vida; y al cabo de él
no es mucho que tome postas
en mi boca la vejez;
y así voy a examinarme
de cosquillas. ¡Voto a diez,
que os habéis de reír! Adiós,
y veámonos después.

Vase COQUÍN y salen don ENRIQUE, don GUTIERRE, don DIEGO y don ARIAS, y toda la compañía

ENRIQUE: Déme vuestra majestad

la mano.
REY: Vengáis con bien,
Enrique. ¿Cómo os sentís?
ENRIQUE: Más, señor, el susto fue
que el golpe. Estoy bueno.
GUTIERRE: A mí
vuestra majestad me de
la mano, si mi humildad
merece tan alto bien,
porque el suelo que pisáis
es soberano dosel
que ilumina de los vientos
uno y otro rosicler;
y vengáis con la salud
que este reino ha menester,
para que os adore España,
coronado de laurel.
REY: De vos, don Gutierre Alfonso...
GUTIERRE: ¿Las espaldas me volvéis?
REY: ...grande querellas me dan.
GUTIERRE: Injustas deben de ser.
REY; ¿Quién es, decidme, Leonor,
una principal mujer
de Sevilla?
GUTIERRE: Una señora,
bella, ilustre y noble es,
de lo mejor de esta tierra.
REY: ¿Qué obligación la tenéis,
a que habéis correspondido
necio, ingrato y descortés?
GUTIERRE: No os he de mentir en nada,
que el hombre, señor, de bien
no sabe mentir jamás,
y más delante del rey.
Servíla, y mi intento entonces
casarme con ella fue,
si no mudara las cosas
de los tiempos el vaivén.
Visitéla, entré en su casa
públicamente; si bien
no le debo a su opinión
de una mano el interés.
Viéndome desobligado,
pude mudarme después;
y así, libre de este amor,
en Sevilla me casé
con doña Mencía de Acuña,
dama principal, con quien
vivo, fuera de Sevilla,
una casa de placer.
Leonor, mal aconsejada
--que no la aconseja bien
quien destruye su opinión--,
pleitos intentó poner
a mi desposorio, donde
el más riguroso juez
no halló causa contra mí,

aunque ella dice que fue
diligencia del favor.
¡Mirad vos a qué mujer
hermosa favor faltara,
si le hubiera menester!
Con este engaño pretende,
puesto que vos lo sabéis,
valerse de vos; y así,
yo me pongo a vuestros pies,
donde a la justicia vuestra
dará la espada mi fe,
y mi lealtad la cabeza.

REY: ¿Qué causa tuvisteis, pues,
para tan grande mudanza?

GUTIERRE: ¿Novedad tan grande es
mudarse un hombre? ¿No es cosa
que cada día se ve?

REY: Sí; pero de extremo a extremo
pasar el que quiso bien,
no fue sin grande ocasión.

GUTIERRE: Suplícoos no me apretéis;
que soy hombre que, en ausencia
de las mujeres, daré
la vida por no decir
cosa indigna de su ser.

REY: ¿Luego vos causa tuvisteis?

GUTIERRE: Sí, señor; pero creed
que si para mi descargo
hoy hubiera menester
decirlo, cuando importara
vida y alma, amante fiel
de su honor, no lo dijera.

REY: Pues yo lo quiero saber.

GUTIERRE: Señor...

REY: Es curiosidad.

GUTIERRE: Mirad...

REY: No me repliquéis;
que me enojaré, por vida...

GUTIERRE: Señor, señor, no juréis;
que menos importa mucho
que yo deje aquí de ser
quien soy, que veros airado.

REY: (Que dijese le apuré **Aparte**
el suceso en alta voz,
porque pueda responder
Leonor, si aquéste me engaña;
y si habla verdad, porque,
convencida con su culpa,
sepa Leonor que lo sé).
Decid, pues.

GUTIERRE: A mi pesar
lo digo; una noche entré
en su casa, sentí ruido
en una cuadra, llegué,
y al mismo tiempo que ya
fui a entrar, pude el bulto ver
de un hombre, que se arrojó

del balcón; bajé tras él,
y sin conocerle, al fin
pudo escaparse por pies.

ARIAS: (¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto
Aparte
que miro?)

GUTIERRE: Y aunque escuché
satisfacciones, y nunca
di a mi agravio entera fe,
fue bastante esta aprensión
a no casarme; porque
si amor y honor son pasiones
del ánimo, a mi entender,
quien hizo al amor ofensa,
se le hace al honor en él;
porque el agravio del gusto
al alma toca también.

Sale doña LEONOR

LEONOR: Vuestra majestad perdone;
que no puedo detener
el golpe a tantas desdichas
que han llegado de tropel...

REY: (¡Vive Dios, que me engañaba! **Aparte**
La prueba sucedió bien).

LEONOR: ...y oyendo contra mi honor
presunciones, fuera ley
injusta que yo, cobarde,
dejara de responder;
que menos perder importa
la vida, cuando me dé
este atrevimiento muerte,
que vida y honor perder.
Don Arias entró en mi casa...

ARIAS: Señora, espera, detén
la voz, vuestra majestad,
licencia, señor me dé,
porque el honor de esta dama
me toca a mí defender.
Esa noche estaba en casa
de Leonor una mujer
con quien me hubiera casado,
si de la parca el crüel
golpe no cortara fiera
su vida. Yo, amante fiel
de su hermosura, seguí
sus pasos, y en casa entré
de Leonor --atrevimiento
de enamorado-- sin ser
parte a estorbarlo Leonor.
Llegó don Gutierre, pues;
temerosa, Leonor dijo
que me retirase a aquel
aposento; yo lo hice.
¡Mil veces mal haya, amén,

quien de una mujer se rinde
a admitir el parecer!
Sintióme, entró, y a la voz
de marido, me arrojé
por el balcón; y si entonces
volví el rostro a su poder
porque era marido, hoy,
que dice que no lo es,
vuelvo a ponerme delante.
Vuestra majestad me dé
campo en que defienda altivo
que no he faltado a quien es
Leonor, pues a un caballero
se le concede la ley.

GUTIERRE; Yo saldré donde...

Empuñan

REY: ¿Qué es esto?
¿Cómo las manos tenéis
en las espadas delante
de mí? ¿No tembláis de ver
mi semblante: Donde estoy,
¿hay soberbia ni altivez?
Presos los llevad al punto;
en dos torres los tened;
y agradeced que no os pongo
las cabezas a los pies.

Vase el REY

ARIAS: Si perdió Leonor por mí
su opinión, por mí también
la tendrá; que esto se debe
al honor de una mujer.

Vase don ARIAS

GUTIERRE: (No siento en desdicha tal **Aparte**
ver riguroso y crüel
al rey; sólo siento que hoy
Mencía, no te he de ver).

Vase don GUTIERRE

ENRIQUE: (Con ocasión de la caza,
preso Gutierre, podré
ver esta tarde a Mencía).
Don Diego, conmigo ven;
que tengo de porfïar
hasta morir o vencer.

Vanse don ENRIQUE, don DIEGO, y

acompañamiento

LEONOR: ¡Muerta quedo! ¡Plegue a Dios,
ingrato, aleve y crüel,
falso, engañador, fingido,
sin fe, sin Dios y sin ley,
que como inocente pierdo
mi honor, venganza me dé
el cielo! ¡El mismo dolor
sientas que siento, y a ver
llegues, bañado en tu sangre,
deshonras tuyas, porque
mueras con las mismas armas
que matas, amén, amén!
¡Ay de mí!, mi honor perdí.
¡Ay de mí!, mi muerte hallé.

Vase

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen JACINTA y don ENRIQUE como a escuras

JACINTA: Llega con silencio.
ENRIQUE: Apenas
los pies en la tierra puse.
JACINTA: Ésta es el jardín, y aquí
pues de la noche te encubre
el manto, y pues don Gutierre
está preso, no hay que dudes
sino que conseguirás
victorias de amor tan dulces.
ENRIQUE: Si la libertad, Jacinta,
que te prometí, presumes
poco premio a bien tan grande,
pide más, y no te excuses
por cortedad. Vida y alma
es bien que por tuyas juzgues.
JACINTA: Aquí mi señora siempre
viene, y tiene por costumbre
pasar un poco la noche.
ENRIQUE: Calla, calla, no pronuncies
otra razón, porque temo
que los vientos nos escuchen.

JACINTA: Ya, pues, porque tanta ausencia
no me indicie, o no me culpe
de este delito, no quiero
faltar de allí.

Vase JACINTA

ENRIQUE: Amor, ayude
mi intento. Estas verdes hojas
me escondan y disimulen;
que no seré yo el primero
que a vuestras espaldas hurte
rayos al sol. Acteón
con Dïana me disculpe.

Escóndese, y sale doña MENCÍA y criadas

MENCÍA: ¡Silvia, Jacinta, Teodora!
JACINTA: ¿Qué mandas?
MENCÍA: Que traigas luces;
y venid todas conmigo
a divertir pesadumbres
de la ausencia de Gutierre,
donde el natural presume
vencer hermosos países
que el arte dibuja y pule.
¡Teodora!
TEODORA: ¿Señora mía?
MENCÍA: Divierte con voces dulces
esta tristeza.
TEODORA: Holgaréme
que de letra y tono gustes.

Canta TEODORA y duérmese doña MENCÍA

JACINTA: No cantes más, que parece
que ya el sueño al alma infunde
sosiego y descanso; y pues
hallaron sus inquietudes
en él sagrado, nosotras
no la despertemos.
TEODORA: Huye
con silencio la ocasión.
JACINTA: (Yo lo haré, porque la busque **Aparte**
quien la deseó. ¡Oh crïadas,
y cuántas honras ilustres
se han perdido por vosotras!

Vanse, y sale don ENRIQUE

ENRIQUE: Sola se quedó. No duden

mis sentidos tanta dicha,
y ya que a esto me dispuse,
pues la ventura me falta,
tiempo y lugar me aseguren.
¡Hermosísima Mencía!

MENCÍA: ¡Válgame Dios!

Despierta

ENRIQUE: No te asustes.

MENCÍA: ¿Qué es esto?

ENRIQUE: Un atrevimiento,
a quien es bien que disculpen
tantos años de esperanza.

MENCÍA: ¿Pues, señor, vos...

ENRIQUE: No te turbes.

MENCÍA: ...de esta suerte...

ENRIQUE: No te alteres.

MENCÍA: ...entrasteis...

ENRIQUE: No te disgustes.

MENCÍA: ...en mi casa sin temer
que así a una mujer destruye,
y que así ofende un vasallo
tan generoso e ilustre?

ENRIQUE: Esto es tomar tu consejo.
Tú me aconsejas que escuche
disculpas de aquella dama,
y vengo a que te disculpes
conmigo de mis agravios.

MENCÍA: Es verdad, la culpa tuve;
pero si he de disculparme,
tu alteza, señor, no dude
que es en orden a mi honor.

ENRIQUE: ¿Que ignoro, acaso, presumes
el respeto que les debo
a tu sangre y tus costumbres?
El achaque de la caza
que en estos campos dispuse,
no fue fatigar la caza,
estorbando que saluden
a la venida del día,
sino a ti, garza, que subes
tan remontada, que tocas
por las campañas azules
de los palacios del sol
los dorados balaústres.

MENCÍA: Muy bien, señor, vuestra alteza
a las garzas atribuye
esta lucha; pues la garza
de tal instinto presume,
que volando hasta los cielos,
rayo de pluma sin lumbre,
ave de fuego con alma,
con instinto alada nube,
parda cometa sin fuego,
quiere que su intento burlen

azores reales; y aun dicen
que cuando de todos huye,
conoce el que ha de matarla;
y así, antes que con él luche,
el temor hace que tiemble,
se estremezca, y se espeluce.
Así yo, viendo a tu alteza
quedé muda, absorta estuve,
conocí el riesgo, y temblé;
tuve miedo, y horror tuve;
porque mi temor no ignore,
porque me espanto no dude,
que es quien me ha de dar la muerte.

ENRIQUE: Ya llegué a hablarte, ya tuve
ocasión; no he de perdella.

MENCÍA: ¿Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.

ENRIQUE: A ti misma
te infamas.

MENCÍA: ¿Cómo no acuden
a darme favor las fieras?

ENRIQUE: Porque de enojarme huyen.

Dentro don GUTIERRE

GUTIERRE: Ten ese estribo, Coquín,
y llama a esa puerta.

MENCÍA: ¡Cielos!
No mintieron mis recelos;
llegó de mi vida el fin.
Don Gutierre es éste, ¡ay Dios!

ENRIQUE: ¡Oh, qué infelice nací!

MENCÍA: ¿Qué ha de ser, señor, de mí,
si os halla conmigo a vos?

ENRIQUE: ¿Pues qué he de hacer?

MENCÍA: Retiraros.

ENRIQUE: ¿Yo me tengo de esconder?

MENCÍA: El honor de una mujer
a más que esto ha de obligaros.
No podéis salir --¡soy muerta!--
que como allá no sabían
mis crïadas lo que hacían,
abrieron luego la puerta.
Aun salir no podéis ya.

ENRIQUE: ¿Qué haré en tanta confusión?

MENCÍA: Detrás de ese pabellón,
que en mi misma cuadra está,
os esconded.

ENRIQUE: No he sabido,
hasta la ocasión presente,
qué es temor. ¡Oh, qué valiente
debe de ser un marido!

Escóndese

MENCÍA: Sí inocente la mujer,
no hay desdicha que no aguarde,
¡válgame Dios, qué cobarde
culpada debe de ser!

Salen don GUTIERRE y COQUÍN

GUTIERRE: Mi bien, mi señora, los brazos
darme una y mil veces puedes.
MENCÍA: Con envidia de estas redes,
que en tan amoroso lazos
están inventando abrazos.
GUTIERRE: No dirás que no he venido
a verte.
MENCÍA: Fineza ha sido
de amante firme y constante.
GUTIERRE: No dejo de ser amante
yo, mi bien, por ser marido;
que por propia la hermosura
no desmerece jamás
las finezas; antes más
las alienta y asegura;
y así a su riesgo procura
los medios, las ocasiones.
MENCÍA; En obligación me pones.
GUTIERRE: El alcaide que conmigo
está, es mi deudo y amigo,
y quitándome prisiones
al cuerpo, más las echó
al alma, porque me ha dado
ocasión de haber llegado
a tan grande dicha yo,
como es a verte.
MENCÍA; ¿Quién vio
mayor gloria...
GUTIERRE: ...que la mía?;
aunque, si bien advertía,
hizo muy poco por mí
en dejarme que hasta aquí
viniese; pues si vivía
yo sin alma en la prisión,
por estar en ti, mi bien,
darme libertad fue bien,
para que en esta ocasión
alma y vida con razón
otra vez se viese unida;
porque estaba dividida,
teniendo en prolija calma,
en una prisión el alma,
y en otra prisión la vida.
MENCÍA: Dicen que dos instrumentos
conformemente templados,
por los ecos dilatados
comunican los acentos.
Tocan el uno, y los vientos
hiere el otro, sin que allí

nadie le toque; y en mí
esta experiencia se viera;
pues si el golpe allá te hiriera,
muriera yo desde aquí.

COQUÍN: ¿Y no le darás, señora,
tu mano por un momento
a un preso de cumplimiento;
pues llora, siente e ignora
por qué siente, y por qué llora
y está su muerte esperando
sin saber por qué, ni cuándo?
Pero...

MENCÍA: Coquín, ¿qué hay en fin?

COQUÍN: Fin al principio en Coquín
hay, que esto te estoy contando;
mucho el rey me quiere, pero
si el rigor pasa adelante,
mi amo será muerto andante,
pues irá con escudero.

Habla doña MENCÍA
a don GUTIERRE

MENCÍA: Poco regalarte espero;
porque como no aguardaba
huésped, descuidada estaba.
Cena os quiero apercibir.

GUTIERRE: Un esclava puede ir.

MENCÍA: ¿Ya, señor, no va una esclava?
Yo lo soy, y lo he de ser,
Jacinta, venme a ayudar.
(En salud me he de curar. **Aparte**
Ved, honor, cómo ha de ser,
porque me he de resolver
a una temeraria acción).

Vanse las dos

GUTIERRE: Tú, Coquín, a esta ocasión
aquí te queda, y extremos
olvida, y mira que habemos
de volver a la prisión
antes del día; ya falta
poco; aquí puedes quedarte.

COQUÍN: Yo quisiera aconsejarte
una industria, la más alta
que el ingenio humano esmalta.
en ella tu vida está.
¡Oh, qué industria...

GUTIERRE: Dila ya.

COQUÍN: ...para salir sin lisión,
sano y bueno de prisión!

GUTIERRE: ¿Cuál es?

COQUÍN: No volver allá.
¿No estás bueno? ¿No estás sano?

Con no volver, claro ha sido
que sano y bueno has salido.
GUTIERRE: ¡Vive Dios, necio villano,
que te mate por mi mano!
¿Pues tú me has de aconsejar
tan vil acción, sin mirar
la confïanza que aquí
hizo el alcaide de mí?
COQUÍN: Señor, yo llego a dudar
--que soy más desconfïado--
de la condición del rey;
y así, el honor de esa ley
no se entiende en el crïado;
y hoy estoy determinado
a dejarte y no volver.
GUTIERRE: ¿Dejarme tú?
COQUÍN: ¿Qué he de hacer?
GUTIERRE: Y de ti, ¿qué han de decir?
COQUÍN: ¿Y héme de dejar morir
por sólo bien parecer?
Si el morir, señor, tuviera
descarte o enmienda alguna,
cosa que de dos la una
un hombre hacerla pudiera,
yo probara la primera
por servirte; mas ¿no ves
que rifa la vida es?
Entro en ella, vengo y tomo
cartas, y piérdola. ¿Cómo
me desquitaré después?
Perdida se quedará,
si la pierdo por tu engaño,
hasta, hasta ciento y un año.

Sale doña MENCÍA sola, muy alborotada

MENCÍA: Señor, tu favor me da.
GUTIERRE: ¡Válgame Dios! ¿Qué será?
¿Qué puede haber sucedido?
MENCÍA: Un hombre...
GUTIERRE: ¡Presto!
MENCÍA: ...escondido
en mi aposento he topado,
encubierto y rebozado.
Favor, Gutierre, te pido.
GUTIERRE: ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
Ya es forzoso que me asombre.
¿Embozado en casa un hombre?
MENCÍA: Yo le vi.
GUTIERRE; Todo soy hielo.
Toma esa luz.
COQUÍN: ¿Yo?
GUTIERRE: El recelo
pierde, pues conmigo vas.
MENCÍA: Villano, ¿cobarde estás?

Saca tú la espada; yo
iré. La luz se cayó.

Al tomar la luz, la mata disimuladamente, y salen JACINTA y don ENRIQUE siguiéndola

GUTIERRE: Esto me faltaba más;
pero a escuras entraré.
JACINTA: Síguete, señor, por mí;
seguro vas por aquí,
que toda la casa sé.
COQUÍN: ¿Dónde iré yo?
GUTIERRE: Ya topé
el hombre.

Coge a COQUÍN

COQUÍN: Señor, advierte...
GUTIERRE: ¡Vive Dios, que de esta suerte,
hasta que sepa quién es,
le he de tener!; que después
le darán mis manos muerte.
COQUÍN: Mira, que yo...
MENCÍA: (¡Qué rigor! **Aparte**
Si es que con él ha topado,
¡ay de mí!)
GUTIERRE: Luz han sacado.

Sale JACINTA con luz

¿Quién eres, hombre?
COQUÍN: Señor,
yo soy.
GUTIERRE: ¡Qué engaño! ¡Qué error!
COQUÍN: ¿Pues yo no te lo decía?
GUTIERRE: Que me hablabas presumía;
pero no que eras el mismo
que tenía. ¡Oh, ciego abismo
del alma y paciencia mía!

Habla doña MENCÍA aparte a JACINTA

MENCÍA: ¿Salió ya, Jacinta?
JACINTA: Sí.
MENCÍA: Como esto en tu ausencia pasa,
mira bien toda la casa;
que como saben que aquí
no estás, se atreven ansí
ladrones.
GUTIERRE: A verla voy.
Suspiros al cielo doy,

que mis sentimientos lleven,
si es que a mi casa se atreven,
por ver que en ella no estoy.

Vase don GUTIERRE

JACINTA: Grande atrevimiento fue
determinarte, señora,
a tan grande acción agora.
MENCÍA: En ella mi vida hallé.
JACINTA: ¿Por qué lo hiciste?
MENCÍA: Porque
si yo no se lo dijera
y Gutierre lo sintiera,
la presunción era clara,
pues no se desengañara
de que yo cómplice era;
y no fue dificultad
en ocasión tan crüel,
haciendo del ladrón fiel,
engañar con la verdad.

Sale don GUTIERRE, y debajo de la capa ya una daga

GUTIERRE: ¿Qué ilusión, qué vanidad
de esta suerte te burló?
Toda la casa vi yo;
pero en ella no topé
sombra de que verdad fue
lo que a ti te pareció.
(Mas es engaño, ¡ay de mí!,
Aparte
que esta daga que hallé, -cielos!,
con sospechas y recelos
previene mi muerte en sí;
mas no es esto para aquí).
Mi bien, mi esposa, Mencía;
ya la noche en sombra fría
su manto va recogiendo
y cobardemente huyendo
de la hermosa luz del día.
Mucho siento, claro está,
el dejarte en esta parte,
por dejarte, y por dejarte
con este temor; mas ya
es hora.
MENCÍA: Los brazos da
a quien te adora.
GUTIERRE: El favor
estimo.

Al abrazarla don GUTIERRE, Doña MENCÍA ve la daga

MENCÍA: ¡Tente, señor!
¿Tú la daga para mí?
En mi vida te ofendí.
Detén la mano al rigor,
detén...
GUTIERRE: ¿De qué estás turbada,
mi bien, mi esposa, Mencía?
MENCÍA: Al verte ansí, presumía
que ya en mi sangre bañada,
hoy moría desangrada.
GUTIERRE: Como a ver la casa entré,
así esta daga saqué.
MENCÍA: Toda soy una ilusión.
GUTIERRE: ¡Jesús, qué imaginación!
MENCÍA: En mi vida te he ofendido.
GUTIERRE: ¡Qué necia disculpa ha sido!
Pero suele una aprensión
tales miedos prevenir.
MENCÍA: Mis tristezas, mis enojos,
en tu ausencia estos antojos
suelen, mi dueño, fingir.
GUTIERRE: Si yo pudiere venir,
vendré a la noche y adiós.
MENCÍA: Él vaya, mi bien, con vos.
(¡Oh, qué asombros! ¡Oh, qué extremos!)
GUTIERRE: (¡Ay, honor!, mucho tenemos
que hablar a solas los dos).

Vanse cada uno por su puerta. Salen el REY y don DIEGO con rodela y capa de color; y como representa, se muda de negro

REY: Ten, don Diego, esa rodela.
DIEGO: Tarde vienes a acostarte.
REY: Toda la noche rondé
de aquesta ciudad las calles;
que quiero saber ansí
sucesos y novedades
de Sevilla, que es lugar
donde cada noche salen
cuentos nuevos; y deseo
de esta manera informarme
de todo, para saber
lo que convenga.
DIEGO: Bien haces,
que el rey debe ser un Argos
en su reino, vigilante.
El emblema de aquel cetro
con dos ojos lo declare.
Mas ¿qué vio tu majestad?
REY: Vi recatados galanes,
damas desveladas vi,

músicas, fiestas y bailes,
muchos gritos, de quien
eran siempre voces grandes
la tablilla que decía:
"Aquí hay juego, caminante."
Vi valientes infinitos;
y no hay cosa que me canse
tanto como ver valiente,
y que por oficio pase
ser uno valiente aquí.
Mas porque no se me alaben
que no doy examen yo
a oficio tan importante,
a una tropa de valientes
probé solo en una calle.

DIEGO: Mal hizo tu majestad.

REY: Antes bien, pues con su sangre
llevaron iluminada...

DIEGO: ¿Qué?

REY: La carta del examen.

Sale COQUÍN

COQUÍN: (No quise entrar en la torre **Aparte**
con mi amo, por quedarme
a saber lo que se dice
de su prisión. Pero, ¡tate!
--que es un pero muy honrado
del celebrado linaje
de los tates de Castilla--
porque el rey está delante.

REY: Coquín.

COQUÍN: ¿Señor?

REY: ¿Cómo va?

COQUÍN: Responderé a lo estudiante.

REY: ¿Cómo?

COQUÍN: De "corpore bene,"
pero de "pecunis male."

REY: Decid algo, pues sabéis,
Coquín, que como me agrade,
tenéis aquí cien escudos.

COQUÍN: Fuera hacer tú aquesta tarde
el papel de una comedia
que se llamaba El rey ángel.
Pero con todo eso traigo
hoy un cuento que contarte,
que remata en epigrama.

REY: Si es vuestra, será elegante.
Vaya el cuento.

COQUÍN: Yo vi ayer
de la cama levantarse
un capón con bigotera.
¿No te ríes de pensarle
curándose sobre sano
con tan vagamundo parche?
A esto un epigrama hice:

(No te pido, Pedro el grande, **Aparte**
casas ni viñas; que sólo
risa pido en este guante.
Dad vuestra bendita risa
a un gracioso vergonzante).

"Floro, casa muy desierta
la tuya debe de ser,
porque eso nos da a entender
la cédula de la puerta.
Donde no hay carta, ¿hay cubierta?,
¿Cáscara sin fruta? No,
no pierdas tiempo, que yo
esperando los provechos,
he visto labrar barbechos,
mas barbideshechos no".

REY: ¡Qué frialdad!
COQUÍN: Pues adiós, dientes.

Sale el infante don ENRIQUE

ENRIQUE: Dadme vuestra mano.
REY: Infante,
¿cómo estáis?
ENRIQUE: Tengo salud,
contento de que se halle
vuestra majestad con ella;
y esto, señor, a una parte.
Don Arias...
REY: Don Arias es
vuestra privanza. Sacalde
de la prisión, y haced vos,
Enrique, esas amistades,
y agradézcanos la vida.
ENRIQUE: La tuya los cielos guarden;
y heredero de ti mismo,
apuestes eternidades
con el tiempo.

Vase el REY

Iréis, don Diego,
a la torre, y al alcaide
le diréis que traiga aquí
los dos presos.

Vase don DIEGO

(¡Cielos, dadme **Aparte**
paciencia en tales desdichas,
y prudencia en tales males).
Coquín, ¿tú estabas aquí?
COQUÍN: Y más me valiera en Flandes.

ENRIQUE: ¿Cómo?
COQUÍN: El rey es un prodigio
de todos los animales.
ENRIQUE: ¿Por qué?
COQUÍN: La Naturaleza
permite que el toro brame,
ruja el león, muja el buey,
el asno rebuzne, el ave
cante, el caballo relinche,
ladre el perro, el gato maye,
aulle el lobo, el lechón gruña,
y sólo permitió dalle
risa al hombre, y Aristóteles
risible animal le hace,
por definición perfecta;
y el rey, contra el orden y arte,
no quiere reírse. Déme
el cielo, para sacarle
risa, todas las tenazas
del buen gusto y del donaire.

Vase COQUÍN, y salen don GUTIERRE, don ARIAS y don DIEGO

DIEGO: Ya, señor, están aquí
los presos.
GUTIERRE: Danos tus plantas.
ARIAS: Hoy al cielo nos levantas.
ENRIQUE: El rey mi señor de mí
--porque humilde le pedí
vuestras vidas este día--
estas amistades fía.
GUTIERRE: El honrar es dado a vos.

Coteja la daga que se halló con la espada del infante

(¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)
Aparte
ENRIQUE: Las manos os dad.
ARIAS: La mía
es ésta.
GUTIERRE: Y éstos mis brazos,
cuyo nudo y lazo fuerte
no desatará la muerte
sin que los haga pedazos.
ARIAS: Confirmen estos abrazos
firme amistad desde aquí.
ENRIQUE: Esto queda bien así.
Entrambos sois caballeros
en acudir los primeros
a su obligación; y así
está bien el ser amigos
uno y otro; y quien pensare
que no queda bien, repare

en que ha de reñir conmigo.
GUTIERRE: A cumplir, señor, me obligo
las amistades que juro.
Obedeceros procuro,
y pienso que me honraréis
tanto, que de mí creeréis
lo que de mí estás seguro.
Sois fuerte enemigo vos,
y cuando lealtad no fuera,
por temor no me atreviera
a romperlas, ¡vive Dios!
Vos y yo para otros dos
me estuviera a mí muy bien.
Mostrara entonces también
que sé cumplir lo que digo;
mas con vos por enemigo,
¿quién ha de atreverse? ¿Quién?
Tanto enojaros temiera
el alma cuerda y prudente,
que a miraros solamente
tal vez aun no me atreviera;
y si en ocasión me viera
de probar vuestros aceros,
cuando yo sin conoceros
a tal extremo llegara,
que se muriera estimara
la luz del sol por no veros.
ENRIQUE: (De sus quejas y suspiros **Aparte**
grandes sospechas prevengo).
Venid conmigo, que tengo
muchas cosas que deciros,
don Arias.
ARIAS; Iré a serviros.

Vanse don ENRIQUE, don DIEGO y don ARIAS

GUTIERRE: Nada Enrique respondió;
sin duda se convenció
de mi razón. ¡Ay de mí!
¿Podré ya quejarme? Sí;
pero, consolarme, no.

Ya estoy solo, ya bien puedo
hablar. ¡Ay Dios!, quién supiera
reducir sólo a un discurso,
medir con sola una idea
tantos géneros de agravios,
tantos linajes de penas
como cobardes me asaltan,
como atrevidos me cercan.
Agora, agora, valor,
salga repetido en quejas,
salga en lágrimas envuelto
el corazón a las puertas
del alma, que son los ojos;
y en ocasión como ésta,

bien podéis, ojos, llorar.
No lo dejéis de vergüenza.
Agora, valor, agora
es tiempo de que se vea
que sabéis medir iguales
el valor y la paciencia.
Pero cese el sentimiento,
y a fuerza de honor, y a fuerza
de valor, aun no me dé
para quejarme licencia:
"porque adula sus penas
el que pide a la voz justicia de ellas"
Pero vengamos al caso;
quizá hallaremos respuesta.
¡Oh ruego a Dios que la haya!
¡Oh plegue a Dios que la tenga!
Anoche llegué a mi casa,
es verdad; pero las puertas
me abrieron luego, y mi esposa
estaba segura y quieta.
En cuanto a que me avisaron
de que estaba un hombre en ella,
tengo disculpa en que fue
la que me avisó ella mesma;
en cuanto a que se mató
la luz, ¿qué testigo prueba
aquí que no pudo ser
un caso de contingencia?
En cuanto a que hallé esta daga,
hay crïados de quien pueda
ser. En cuanto, ¡ay dolor mío!,
que con la espada convenga
del infante, puede ser
otra espada como ella;
que no es labor tan extraña
que no hay mil que la parezcan.
Y apurando más el caso,
confieso, ¡ay de mí!, que sea
del infante, y más confieso
que estaba allí, aunque no fuera
posible dejar de verle;
mas siéndolo, ¿no pudiera
no estar culpada Mencía?;
que el oro es llave maestra
que las guardas de crïadas
por instantes nos falsea.
¡Oh cuánto me estimo haber
hallado esta sutileza!
Y así acortemos discursos,
pues todos juntos se cierran
en que Mencía es quien es,
y soy quien soy. No hay quien pueda
borrar de tanto esplendor
la hermosura y la pureza.
Pero sí puede, mal digo;
que al sol una nube negra,
si no le mancha, le turba,

si no le eclipsa, le hiela.
"¿Qué injusta ley condena
que muera el inocente, que padezca?"
A peligro estás, honor,
no hay hora en vos que no sea
crítica. En vuestro sepulcro
vivís. Puesto que os alienta
la mujer, en ella estáis
pisando siempre la güesa.
Y os he de curar, honor,
y pues al principio muestra
este primero accidente
tan grave peligro, sea
la primera medicina
cerrar al daño las puertas,
atajar al mal los pasos.
Y así os receta y ordena
el médico de su honra
primeramente la dieta
del silencio, que es guardar
la boca, tener paciencia.
Luego dice que apliquéis
a vuestra mujer finezas,
agrados, gustos amores,
lisonjas, que son las fuerzas
defensibles, porque el mal
con el despego no crezca.
Que sentimientos, disgustos,
celos, agravios, sospechas
con la mujer, y más propia,
aun más que sanan enferman.
Esta noche iré a mi casa
de secreto, entraré en ella,
por ver qué malicia tiene
el mal; y hasta apurar ésta,
disimularé, si puedo,
esta desdicha, esta pena,
este rigor, este agravio,
este dolor, esta ofensa,
este asombro, este delirio,
este cuidado, esta afrenta,
estos celos...¿Celos dije?
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva
al pecho la voz; mas no,
que si es ponzoña que engendra
mi pecho, si no me dio
la muerte, ¡ay de mí!, al verterla,
al volverla a mí podrá;
que de la víbora cuentan
que la mata su ponzoña
si fuera de sí la encuentra.
¿Celos dijo? Celos dije;
pues basta; que cuando llega
un marido a saber que hay
celos, faltará la ciencia;
"y es la cura postrera
que el médico de honor hacer intenta".

Vase don GUTIERRE, y salen don ARIAS y doña LEONOR

ARIAS: No penséis, bella Leonor,
que el no haberos visto fue
porque negar intenté
las deudas que a vuestro honor
tengo; y acreedor a quien
tanta deuda se previene,
el deudor buscando viene,
no a pagar, porque no es bien
que necio y loco presuma
que pueda jamás llegar
a satisfacer y dar
cantidad que fue tan suma;
pero en fin, ya que no pago,
que soy el deudor confieso;
no os vuelvo el rostro, y con eso
la obligación satisfago.

LEONOR: Señor don Arias, yo he sido
la que obligada de vos,
en las cuentas de los dos,
más interés ha tenido.
Confieso que me quitasteis
un esposo a quien quería;
mas quizá la suerte mía
por ventura mejorasteis;
pues es mejor que sin vida,
sin opinión, sin honor
viva, que no sin amor,
de un marido aborrecida.
Yo tuve la culpa, yo
la pena siento, y así
sólo me quejo de mí
y de mi estrella.

ARIAS: Esto no;
quitarme, Leonor hermosa,
la culpa, es querer negar
a mis deseos lugar;
pues si mi pena amorosa
os significo, ella diga
en cifra sucinta y breve
que es vuestro amor quien me mueve,
mi deseo quien me obliga
a deciros que pues fui
causa de penas tan tristes,
si esposo por mí perdistes,
tengáis esposo por mí.

LEONOR: Señor, don Arias, estimo,
como es razón, la elección;
y aunque con tanta razón
dentro del alma la imprimo,
licencia me habéis de dar
de responderos también

que no puede estarme bien,
no, señor, porque a ganar
no llegaba yo infinito;
sino porque si vos fuisteis
quien a Gutierre le disteis
de un mal formado delito
la ocasión, y agora viera
que me casaba con vos,
fácilmente entre los dos
de aquella sospecha hiciera
evidencia; y disculpado,
con demostración tan clara,
con todo el mundo quedara
de haberme a mí despreciado;
y yo estimo de manera
el quejarme con razón,
que no he de darlo ocasión
a la disculpa primera;
porque si en un lance tal
le culpa cuantos le ven,
no han de pensar que hizo bien
quien yo pienso que hizo mal.

ARIAS: Frívola respuesta ha sido
la vuestra, bella Leonor;
pues cuando de antiguo amor
os hubiera convencido
la experiencia, ella también
disculpa en la enmienda os da.
¿Cuántos peor os estará
que tenga por cierto quien
imaginó vuestro agravio,
y no le constó después
la satisfacción?

LEONOR: No es
amante prudente y sabio,
don Arias, quien aconseja
lo que en mi daño se ve;
pues si agravio entonces fue,
no por eso agora deja
de ser agravio también;
y peor cuanto haber sido
de imaginado a creído;
y a vos no os estará bien
tampoco.

ARIAS: Como yo sé
la inocencia de ese pecho
en la ocasión, satisfecho
siempre de vos estaré.
En mi vida he conocido
galán necio, escrupuloso,
y con extremo celoso,
que en llegando a ser marido
no le castiguen los cielos.
Gutierre pudiera bien
decirlo, Leonor; pues quien
levantó tantos desvelos
de un hombre en la ajena casa,

extremos pudiera hacer
mayores, pues llega a ver
lo que en la propia le pasa.

LEONOR: Señor don Arias, no quiero
escuchar lo que decís;
que os engañáis, o mentís,
don Gutierre es caballero
que en todas las ocasiones,
con obrar, y con decir,
sabrá, vive Dios, cumplir
muy bien sus obligaciones;
y es hombre cuya cuchilla
o cuyo consejo sabio,
sabrá no sufrir su agravio
ni a un infante de Castilla.
Si pensáis vos que con eso
mis enojos aduláis,
muy mal, don Arias, pensáis;
y si la verdad confieso,
mucho perdisteis conmigo;
pues si fuerais noble vos,
no habláredes, vive Dios,
así de vuestro enemigo.
Y yo, aunque ofendida estoy,
y aunque la muerte le diera
con mis manos, si pudiera,
no le murmurara hoy
en el honor, desleal;
sabed, don Arias, que quien
una vez le quiso bien,
no se vengará en su mal.

Vase doña LEONOR

ARIAS: No supe qué responder.
Muy grande ha sido mi error,
pues en escuelas de honor
arguyendo una mujer
me convence. Iré al infante,
y humilde le rogaré
que de estos cuidado dé
parte ya de aquí adelante
a otro; y porque no lo yerre,
ya que el día va a morir,
me ha de matar, o no ha de ir
en casa de don Gutierre.

Vase don ARIAS. Sale don GUTIERRE, como quien salta unas tapias

GUTIERRE: En el mudo silencio
de la noche, que adoro y reverencio,
por sombra aborrecida,
como sepulcro de la humana vida,
de secreto he venido

hasta mi casa, sin haber querido
avisar a Mencía
de que ya libertad del rey tenía,
para que descuidada
estuviese, ¡ay de mí!, de esta jornada.
Médico de mi honra
me llamo, pues procuro mi deshonra
curar; y así he venido
a visitar mi enfermo, a hora que ha sido
de ayer la misma, ¡cielos!,
y a ver si el accidente de mis celos
a su tiempo repite,
el dolor mis intentos facilite.
Las tapias de la huerta
salté, porque no quise por la puerta
entrar. ¡Ay Dios, qué introducido engaño
es en el mundo no querer su daño
examinar un hombre,
sin que el recelo ni el temor le asombre!
Dice mal quien lo dice;
que no es posible, no, que un infelice
no llore sus desvelos.
Mintió quien dijo que calló con celos,
o confiéseme aquí que no los siente.
Mas ¡sentir y callar!. Otra vez miente.
Éste es el sitio donde
suele de noche estar; aun no responde
el eco entre estos ramos.
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;
que en estas ocasiones
tienen los celos pasos de ladrones.

Descubre una cortina donde está durmiendo doña MENCÍA

¡Ay, hermosa Mencía,
qué mal tratas mi amor, y la fe mía!
Volverme otra vez quiero.
Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero
por agora otra cura,
pues la salud en él está segura.
Pero ¿ni una crïada
la acompaña? ¿Si acaso retirada
aguarda...? ¡Oh pensamiento
injusto! ¡Oh vil temor! ¡Oh infame aliento!
Ya con esta sospecha
no he de volverme; y pues que no aprovecha
tan grave desengaño,
apuremos de todo en todo el daño.
Mato la luz, y llego
sin luz y sin razón, dos veces ciego;
pues bien encubrir puedo
el metal de la voz, hablando quedo.
¡Mencia!

Despiértala

MENCÍA: ¡Ay Dios! ¿Qué es esto?
GUTIERRE: No des voces.
MENCÍA: ¿Quién es?
GUTIERRE: Yo soy, mi bien. ¿No me conoces?
MENCÍA: Sí, señor; que no fuera
otro tan atrevido...
GUTIERRE: (Ella me ha conocido). **Aparte**
MENCÍA: ...que así hasta aquí viniera.
¿Quién hasta aquí llegara
que no fuérades vos, que no dejara
en mis manos la vida,
con valor y con honra defendida?
GUTIERRE: (¡Qué dulce desengaño!
Aparte
¡Bien haya, Amor, el que apuró su daño!)
Mencía, no te espantes de haber visto
tal extremo.
MENCÍA: ¡Qué mal, temor, resisto
el sentimiento!
GUTIERRE; Mucha razón tiene
tu valor.
MENCÍA: ¿Qué disculpa me previene...
GUTIERRE: Ninguna.
MENCÍA: ...de venir así tu alteza?
GUTIERRE: (¡Tu alteza! No es conmigo, ¡ay Dios! ¿Qué
escucho?
Con nuevas dudas lucho.
¡Qué pesar! ¡Qué desdicha! ¡Qué
tristeza!)
MENCÍA: ¿Segunda vez pretende ver mi muerte?
¿Piensa que cada día...
GUTIERRE: (¡Oh trance fuerte!)
MENCÍA: ...puede esconderse...
GUTIERRE: (¡Cielos!)
MENCÍA: ...y matando la luz...
GUTIERRE: (¡Matadme, celos!)
MENCÍA: ...salir a riesgo mío
delante de Gutierre?
GUTIERRE: (Desconfío
de mí, pues que dilato
morir, y con mi aliento no la mato.
El venir no ha extrañado
el infante, ni de él se ha recatado,
sino sólo ha sentido
que en ocasión se ponga, ¡estoy perdido!,
de que otra vez se esconda.
¡Mi venganza a mi agravio corresponda!
MENCÍA: Señor, vuélvase luego.
GUTIERRE; ¡Ay, Dios! Todo soy rabia, y todo fuego.
MENCÍA: Tu alteza así otra vez no llegue a verse.
GUTIERRE: ¿Que por eso no más ha de volverse?
MENCÍA: Mirad que es hora que Gutierre venga.
GUTIERRE: (¿Habrá en el mundo quien paciencia tenga?
Sí, si prudente alcanza
oportuna ocasión a su venganza).

No vendrá; yo le dejo entretenido;
y guárdame un amigo
las espaldas el tiempo que conmigo
estáis. Él no vendrá, yo estoy seguro.

Sale JACINTA

JACINTA: Temorosa procuro
ver quién hablaba aquí.
MENCÍA: Gente he sentido.
GUTIERRE: ¿Qué haré?
MENCÍA: ¿Qué? Retirarte,
no a mi aposento, sino a otra parte.

Vase don GUTIERRE detrás del paño

¡Hola!
JACINTA: ¿Señora?
MENCÍA: El aire que corría
entre estos ramos mientras yo dormía,
la luz ha muerto; luego
traed luces.

Vase JACINTA

GUTIERRE: (Encendidas en mi fuego. **Aparte**
Si aquí estoy escondido,
han de verme, y de todas conocido,
podrá saber Mencía
que he llegado a entender la pena mía;
y porque no lo entienda,
y dos veces me ofenda,
una con tal intento,
y otra pensando que lo sé y consiento,
dilatando su muerte,
he de hacer la deshecha de esta suerte).

Dice dentro

¡Hola! ¿Cómo está aquí de esta
manera?
MENCÍA: Éste es Gutierre; otra desdicha espera
mi espíritu cobarde.
GUTIERRE: ¿No han encendido luces, y es tan tarde?

Sale JACINTA con luz, y don GUTIERRE por otra puerta de donde se escondió

JACINTA: Ya la luz está aquí.
GUTIERRE: ¡Bella Mencía!
MENCÍA: ¡Oh mi esposo! ¡Oh mi bien! ¡Oh gloria

mía!
GUTIERRE: (¡Qué fingidos extremos) **Aparte**
Mas, alma y corazón, disimulemos).
MENCÍA: Señor, ¿por dónde entrasteis?
GUTIERRE: Por esa huerta,
con la llave que tengo, abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿en qué te entretenías?
MENCÍA: Vine agora
a este jardín, y entre estas fuentes puras,
dejóme el aire a escuras.
GUTIERRE: No me espanto, bien mío;
que el aire que mató la luz, tan frío
corre, que es un aliento
respirado del céfiro violento,
y que no sólo advierte
muerte a las luces, a las vidas muerte,
y pudieras dormida
a sus soplos también perder la vida.
MENCÍA: Entenderte pretendo,
y aunque más lo procuro, no te entiendo.
GUTIERRE: ¿No has visto ardiente llama
perder la luz al aire que la hiere,
y que a este tiempo de otra luz inflama
la pavesa? Una vive y otra muere
a sólo un soplo. Así, de esta manera,
la lengua de los vientos lisonjera
matarte la luz pudo,
y darme luz a mí.
MENCÍA: (El sentido dudo). **Aparte**
Parece que celoso
hablas en dos sentidos.
GUTIERRE: (Riguroso **Aparte**
es el dolor de agravios;
mas con celos ningunos fueron sabios).
¿Celoso? ¿Sabes tú lo que son celos?
Que yo no sé qué son, ¡viven los cielos!;
porque si lo supiera,
y celos...
MENCÍA: ¡Ay de mí!
GUTIERRE: ...llegar pudiera
a tener... ¿qué son celos?
átomos, ilusiones y desvelos...
no más que de una esclava, una crïada,
por sombra imaginada,
con hechos inhumanos,
a pedazos sacara con mis manos
el corazón, y luego
envuelto en sangre, desatado en fuego,
el corazón comiera
a bocados, la sangre me bebiera,
el alma le sacara,
y el alma, ¡vive Dios!, despedazara,
si capaz de dolor el alma fuera.
¿Pero cómo hablo yo de esta manera?
MENCÍA: Temor al alma ofreces.
GUTIERRE: ¡Jesús, Jesús mil veces!

¡Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mía!
¡Ah mi dueño! ¡Ah Mencia!
Perdona, por tus ojos,
esta descompostura, estos enojos;
que tanto un fingimiento
fuera de mí llevó mi pensamiento;
y vete, por tu vida; que prometo
que te miro con miedo y con respeto,
corrido de este exceso.
¡Jesús! No estuve en mí, no tuve seso.

MENCÍA: (Miedo, espanto, temor y horror tan fuerte.
parasismos han sido de mi muerte).

GUTIERRE: (Pues médico me llamo de mi honra,
yo cubriré con tierra mi deshonra).

Vanse todos

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale todo el acompañamiento,
y don GUTIERRE y el REY

GUTIERRE: Pedro, a quien el indio polo
coronar de luz espera,
hablarte a solas quisiera.

REY: Idos todos.

Vase el acompañamiento

Ya estoy solo.

GUTIERRE: Pues a ti, español Apolo,
a ti, castellano Atlante,
en cuyos hombros, constante,
se ve durar y vivir
todo un orbe de zafir,
todo un globo de diamante;
a ti, pues, rindo en despojos
la vida mal defendida
de tantas penas, si es vida
vida con tantos enojos.
No te espantes que los ojos
también se quejan, señor;
que dicen que amor y honor

pueden, sin que a nadie asombre,
permitir que llore un hombre;
y yo tengo honor y amor.
Honor, que siempre he guardado
como noble y bien nacido,
y amor que siempre he tenido
como esposo enamorado;
adquirido y heredado
uno y otro en mí se ve,
hasta que tirana fue
la nube, que turbar osa
tanto esplandor en mi esposa,
y tanto lustre en su fe.
No sé cómo signifique
mi pena; turbado estoy...
y más cuando a decir voy
que fue vuestro hermano Enrique
contra quien pido se aplique
de esa justicia el rigor;
no porque sepa, señor,
que el poder mi honor contrasta;
pero imaginarlo basta,
quien sabe que tiene honor.
La vida de vos espero
de mi honra; así la curo
con prevención, y procuro
que ésta la sane primero;
porque si en rigor tan fiero
malicia en el mal hubiera,
junta de agravios hiciera,
a mi honor desahuciera,
con la sangre le lavara,
con la tierra le cubriera.
No os turbéis; con sangre digo
solamente de mi pecho.
Enrique, está satisfecho
que está seguro conmigo;
y para esto hable un testigo;
esta daga, esta brillante
lengua de acero elegante,
suya fue; ved este día
si está seguro, pues fía
de mí su daga el infante.

REY: Don Gutierre, bien está;
y quien de tan invencible
honor corona las sienes,
que con los rayos compiten
del sol, satisfecho viva
de que su honor...

GUTIERRE; No me obligue
vuestra majestad, señor,
a que piense que imagine
que yo he menester consuelos
que mi opinión acrediten.
¡Vive Dios!, que tengo esposa
tan honesta, casta y firme

que deja atrás las romanas
Lucrecia, Porcia y Tomiris.
Ésta ha sido prevención
solamente.

REY: Pues decidme;
para tantas prevenciones,
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

GUTIERRE: Nada; que hombres como yo
no ven. Basta que imaginen,
que sospechen, que prevengan,
que recelen, que adivinen,
que... no sé como lo diga;
que no hay voz que signifique
una cosa, que no sea
un átomo invisible.
Sólo a vuestra majestad
di parte, para que evite
el daño que no hay; porque
si le hubiera, de mi fíe
que yo le diera el remedio
en vez, señor, de pedirle.

REY: Pues ya que de vuestro honor
médico os llamáis, decidme,
don Gutierre, ¿qué remedios
antes del último hicisteis?

GUTIERRE: No pedí a mi mujer celos,
y desde entonces la quise
más; vivía en una quinta
deleitosa y apacible;
y para que no estuviera
en las soledades triste,
truje a Sevilla mi casa,
y a vivir en ella vine,
adonde todo lo goza,
sin que nada a nadie envidie;
porque males tratamientos
son para maridos viles
que pierden a sus agravios
el miedo, cuando los dicen.

REY: El infante viene allí,
y si aquí os ve, no es posible
que deje de conocer
las quejas que de él me disteis.
Mas acuérdome que un día
me dieron con voces tristes
quejas de vos, y yo entonces
detrás de aquellos tapices
escondí a quien se quejaba;
y en el mismo caso pide
el daño el propio remedio,
pues al revés lo repite.
Y así quiero hacer con vos
lo mismo que entonces hice;
pero con un orden más,
y es que nada aquí os obligue
a descubriros. Callad
a cuanto viereis.

GUTIERRE: Humilde
estoy, señor, a tus pies.
Seré el pájaro que fingen
con una piedra en la boca.

Escóndese. Sale el infante don ENRIQUE

REY: Vengáis norabuena, Enrique,
aunque mala habrá de ser,
pues me halláis...
ENRIQUE: ¡Ay de mí triste!
REY: ...enojado.
ENRIQUE: Pues, señor,
¿con quién lo estáis, que os obligue?
REY: Con vos, infante, con vos.
ENRIQUE: Será mi vida infelice;
si enojado tengo al sol,
veré mi mortal eclipse.
REY: ¿Vos, Enrique, no sabéis
que más de un acero tiñe
el agravio en sangre real?
ENRIQUE: Pues, ¿por quién, señor, lo dice
vuestra majestad?
REY: Por vos
lo digo, por vos, Enrique.
El honor es reservado
lugar, donde el alma asiste;
yo no soy rey de las almas;
harto en esto sólo os dije.
ENRIQUE: No os entiendo.
REY: Si a la enmienda
vuestro amor no se apercibe,
dejando vanos intentos
de bellezas imposibles,
donde el alma de un vasallo
con ley soberana vive,
podrá ser de mi justicia
aun mi sangre no se libre.
ENRIQUE: Señor, aunque tu precepto
es ley que tu lengua imprime
en mi corazón, y en él
como en el bronce se escribe,
escucha disculpas mías;
que no será bien que olvides
que con iguales orejas
ambas partes han de oírse.
Yo, señor, quise a una dama
--que ya sé por quién lo dices,
si bien con poca ocasión--;
en efeto, yo la quise
tanto...
REY: ¿Qué importa, si ella
es beldad tan imposible?
ENRIQUE: Es verdad, pero...
REY: Callad.

ENRIQUE: Pues, señor, ¿no me permites
disculparme?
REY: No hay disculpa;
que es belleza que no admite
objección.
ENRIQUE: Es cierto, pero
el tiempo todo lo rinde,
el amor todo lo puede.
REY: (¡Válgame Dios, qué mal hice **Aparte**
en esconder a Gutierre!)
Callad, callad.
ENRIQUE: No te incites
tanto contra mí, ignorando
la causa que a esto me obligue.
REY: Yo lo sé todo muy bien.
(¡Oh qué lance tan terrible!) **Aparte**
ENRIQUE: Pues yo, señor, he de hablar.
En fin, doncella la quise.
¿Quién, decid, agravió a quién?
¿Yo a un vasallo...
GUTIERRE: (¡Ay infelice!) **Aparte**
ENRIQUE: ...que antes que fuese su esposa
fue...?
REY: No tenéis qué decirme.
Callad, callad, que ya sé
que por disculpa fingisteis
tal quimera. Infante, infante,
vamos mediando los fines.
¿Conocéis aquesta daga?
ENRIQUE: Sin ella a palacio vine
una noche.
REY: ¿Y no sabéis
dónde la daga perdisteis?
ENRIQUE: No, señor.
REY: Yo sí, pues fue
adonde fuera posible
mancharse con sangre vuestra,
a no ser el que la rige
tan noble y leal vasallo.
¿No veis que venganza pide
el hombre que aun ofendido,
el pecho y las armas rinde?
¿Veis este puñal dorado?
Geroglífico es que dice
vuestro delito; a quejarse
viene de vos. Yo he de oírle.
Tomad su acero, y en él
os mirad. Veréis, Enrique,
vuestros defetos.
ENRIQUE; Señor,
considera que me riñes
tan severo, que turbado...
REY; Tomad la daga...

Dale la daga, y al tomarla, turbado, el infante corta al REY la mano

¿Qué hiciste,
traidor?

ENRIQUE: ¿Yo?

REY: ¿De esta manera
tu acero en mi sangre tiñes?
¿Tú la daga que te di
hoy contra mi pecho esgrimes?
¿Tú me quieres dar la muerte?

ENRIQUE: Mira, señor, lo que dices;
que yo turbado...

REY: ¿Tú a mí
te atreves? ¡Enrique, Enrique!
Detén el puñal, ya muero.

ENRIQUE: ¿Hay confusiones más tristes?

Cáesele la daga al infante don ENRIQUE

Mejor es volver la espalda,
y aun ausentarme y partirme
donde en mi vida te vea,
porque de mí no imagines
que pudo verter tu sangre
yo, mil veces infelice.

Vase

REY: ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¡Ah, qué aprensión insufrible!
Bañado me vi en mi sangre;
muerto estuve. ¿Qué infelice
imaginación me cerca,
que con espantos horribles
y con helados temores
el pecho y el alma oprime?
Ruego a Dios que estos principios
no lleguen a tales fines,
que con diluvios de sangre
el mundo se escandalice.

Vase por otra puerta el REY,
y sale don GUTIERRE

GUTIERRE: Todo es prodigios el día.
Con asombros tan terribles,
de que yo estaba escondido
no es mucho que el rey se olvide
¡Válgame Dios! ¿Qué escuché?
Mas ¿para qué lo repite
la lengua, cuando mi agravio
con mi desdicha se mide?
Arranquemos de una vez
de tanto mal las raíces.
Muera Mencía; su sangre

bañe el lecho donde asiste;
y pues aqueste puñal

Levántale

hoy segunda vez me rinde
el infante, con él muera.
Mas no es bien que lo publique;
porque si sé que el secreto
altas victorias consigue,
y que agravio que es oculto
oculta venganza pide,
muera Mencía de suerte
que ninguno lo imagine.
Pero antes que llegue a esto,
la vida el cielo me quite,
porque no vea tragedias
de un amor tan infelice.
¿Para cuándo, para cuándo
esos azules viriles
guardan un rayo? ¿No es tiempo
de que sus puntas se vibren,
preciando de tan piadosos?
¿No hay, claros cielos decidme,
para un desdichado muerte?
¿No hay un rayo para un triste?

Vase don GUTIERRE. Salen doña MENCÍA y JACINTA

JACINTA: Señora, ¿qué tristeza
turba la admiración a tu belleza,
que la noche y el día
no haces sino llorar?
MENCÍA: La pena mía
no se rinde a razones.
En una confusión de confusiones,
ni medidas, ni cuerdas,
desde la noche triste, si te acuerdas,
que viviendo en la quinta,
te dije que conmigo había, Jacinta,
hablando don Enrique
--no sé como mi mal te signifique--
y tú después dijiste que no era
posible, porque afuera,
a aquella misma hora que yo digo,
el infante también habló contigo,
estoy triste y dudosa,
confusa, divertida y temerosa,
pensando que no fuese
Gutierre quien conmigo habló.
JACINTA: ¿Pues ése
es engaño que pudo

suceder?
MENCÍA: Sí, Jacinta, que no dudo
que de noche, y hablando
quedo, y yo tan turbada, imaginando
en él mismo, venía;
bien tal engaño suceder podía.
Con esto el verle agora
conmigo alegre, y que consigo llora
--porque al fin los enojos,
que son grandes amigos de los ojos,
no les encubren nada--
me tiene en tantas penas anegada.

Sale COQUÍN

COQUÍN: Señora.
MENCÍA: ¿Qué hay de nuevo?
COQUÍN: apenas a contártelo me atrevo;
don Enrique el infante...
MENCÍA: Tente, Coquín, no pases adelante;
que su nombre, no más, me causa espanto;
tanto le temo, o le aborrezco tanto.
COQUÍN: No es de amor el suceso,
y por eso lo digo.
MENCÍA; Y yo por eso
lo escucharé.
COQUÍN: El infante,
que fue, señora, tu imposible amante,
con don Pedro su hermano
hoy un lance ha tenido --pero en vano
contártele pretendo,
por no saberle bien, o porque entiendo
que no son justas leyes
que hombres de burlas hablen de lo reyes--
esto aparte, en efeto,
Enrique me llamó, y con gran secreto
dijo: "A doña Mencía
este recado da de parte mía;
que su desdén tirano
me ha quitado la gracia de mi hermano,
y huyendo de esta tierra,
hoy a la ajena patria me destierra,
donde vivir no espero
pues de Mencía aborrecido muero."
MENCÍA: ¿Por mí el infante ausente,
sin la gracia del rey? ¡Cosa que intente
con novedad tan grande,
que mi opinión en voz del vulgo ande!
¿Qué haré, cielos?
JACINTA: Agora
el remedio mejor será, señora,
prevenir este daño.
COQUÍN: ¿Como puede?
JACINTA: Rogándole al infante que se quede;
pues si una vez se ausenta,
como dicen, por ti, será tu afrenta

pública, que no es cosa
la ausencia de un infante tan dudosa
que no se diga luego
cómo, y por qué.

COQUÍN: ¿Pues cuándo oirá ese ruego,
si, calzada la espuela,
ya en su imaginación Enrique vuela?

JACINTA: Escribiéndole agora
un papel, en que diga mi señora
que a su opinión conviene
que no se ausente; pues para eso tiene
lugar, si tú le llevas.

MENCÍA: Pruebas de honor son peligrosas pruebas;
pero con todo quiero
escribir el papel, pues considero,
y no con necio engaño,
que es de dos daños éste el menor daño,
si hay menor en los daños que recibo.
Quedaos aquí los dos mientras yo escribo.

Vase MENCÍA

JACINTA: ¿Qué tienes estos días,
Coquín, que andas tan triste? ¿No solías
ser alegre? ¿Qué efeto
te tiene así?

COQUÍN: Metíme a ser discreto
por mi mal, y hame dado
tan grande hipocondría en este lado
que me muero.

JACINTA; ¿Y qué es hipocondría?

COQUÍN: Es una enfermedad que no la había
habrá dos años, ni en el mundo era.
Usóse poco ha, y de manera
lo que se usa, amiga, no se excusa,
que una dama, sabiendo que se usa
le dijo a su galán muy triste un día;
"Tráigame un poco uced de hipocondría."
Mas señor entra agora.

JACINTA: ¡Ay Dios! Voy a avisar a mi señora.

Sale don GUTIERRE

GUTIERRE: Tente, Jacinta, espera.
¿Dónde corriendo vas de esa manera?

JACINTA: Avisar pretendía
a mi señora de que venía
tu persona.

GUTIERRE: (¡Oh crïados! **Aparte**
En efeto, enemigos no excusados;
turbados de temor los dos se han puesto).
Ven acá, dime tú lo que hay en esto;
dime, ¿Por qué corrías?

JACINTA: Sólo por avisar de que venías,
señor, a mi señora.

GUTIERRE: (Los labios sella. **Aparte**
Mas de éste lo sabré mejor que de ella).
Coquín, tú me has servido
noble siempre, en mi casa te has crïado.
A ti vuelvo rendido.
Dime, dime por Dios, lo que ha pasado.
COQUÍN: Señor, si algo supiera,
de lástima no más te lo dijera.
¡Plegue a Dios, mi señor...!
GUTIERRE: ¡No, no des voces!
Di ¿a qué aquí te turbaste?
COQUÍN: Somos de buen turbar; mas esto baste.
GUTIERRE: (Señas los dos se han hecho. **Aparte**
Ya no son cobardías de provecho).
Idos de aquí los dos.

Vanse COQUÍN y JACINTA

Solos estamos,
honor, lleguemos ya; desdicha, vamos.
¿Quién vio en tantos enojos
matar las manos, y llorar los ojos?

Descubre a doña MENCÍA escribiendo

Escribiendo Mencía
está; ya es fuerza ver lo que escribía.

Quítale el papel

MENCÍA: ¡Ay Dios! ¡Válgame el cielo!

Ella se desmaya

GUTIERRE: Estatua viva se quedó de hielo.

Lee

"Vuestra alteza, señor...--¡Que por alteza
vino mi honor a dar a tal bajeza!--
no se ausente..." Detente,
voz; pues le ruega aquí que no se ausente,
a tanto mal me ofrezco,
que casi las desdichas me agradezco.
¿Si aquí le doy la muerte?
Mas esto ha de pensarse de otra suerte.
Despediré crïadas y crïados;
solos han de quedarse mis cuidados
conmigo; y ya que ha sido
Mencía la mujer que yo he querido

Escribe don GUTIERRE

más en mi vida, quiero
que en el último vale, en el postrero
parasismo, me deba
la más nueva piedad, la acción más nueva;
ya que la cura he de aplicar postrera,
no muera el alma, aunque la vida muera.

Vase don GUTIERRE. Va volviendo en sí doña MENCÍA

MENCÍA: Señor, detén la espada,
no me juzgues culpada.
El cielo sabe que inocente muero.
¿qué fiera mano, qué sangriento acero
en mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!
Una mujer no mates inocente.
Mas, ¿qué es esto? ¡Ay de mí! ¿No estaba agora
Gutierre aquí? ¿No veía--¿quién lo ignora?--
que en mi sangre bañada
moría, en rubias ondas anegada?
¡Ay Dios, este desmayo
fue de mi vida aquí mortal ensayo!
¡Qué ilusión! Por verdad lo dudo y creo.
El papel romperé... ¿Pero qué veo?
De mi esposo es la letra, y de esta suerte
la sentencia me intima de mi muerte.

Lee

"El amor te adora, el honor te aborrece; y
así el uno te mata, y el otro te avisa.
Dos horas tienes de vida; cristiana eres,
salva el alma, que la vida es imposible."

¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es esto?
¿Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay ninguna crïada?
Mas, ¡ay de mí!, la puerta está cerrada.
Nadie en casa me escucha.
Mucha es mi turbación, mi pena es mucha.
De estas ventanas son los hierros rejas,
y en vano a nadie le diré mis quejas,
que caen a unos jardines, donde apenas
habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré de esta suerte,
tropezando en la sombra de mi muerte?

Vase doña MENCÍA. Salen el REY, y don DIEGO

REY: En fin, ¿Enrique se fue?
DIEGO: Sí, señor; aquesta tarde
salió de Sevilla.
REY: Creo
que ha presumido arrogante
que él solamente de mí
podrá en el mundo librarse.
¿Y dónde va?
DIEGO: Yo presumo
que a Consuegra.
REY: Está el infante
maestre allí, y querrán los dos
a mis espaldas vengarse
de mí.
DIEGO: Tus hermanos son,
y es forzoso que te amen
como a hermano, y como a rey
te adoren. Dos naturales
obediencias son.
REY: Y Enrique,
¿quién lleva que le acompañe?
DIEGO: Don Arias.
REY; Es su privanza.
DIEGO: Música hay en esta calle.
REY: Vámonos llegando a ellos;
quizá con lo que cantaren
me divertiré.
DIEGO: La música
es antídoto a los males.

Cantan

MÚSICOS: "El infante don Enrique
hoy se despidió del rey;
su pesadumbre y su ausencia
quiera Dios que pare en bien."

REY: ¡Qué triste voz! Vos, don Diego,
echad por aquesa calle,
no se nos escape quien
canta desatinos tales.

Vase cada uno por su puerta, y salen don GUTIERRE y LUDOVICO, cubierto el rostro

GUTIERRE: Entra, no tengas temor;
que ya es tiempo que destape
tu rostro, y encubra el mío.
LUDOVICO: ¡Válgame Dios!
GUTIERRE; No te espante
nada que vieres.
LUDOVICO: Señor,
de mi casa me sacasteis

esta noche; pero apenas
me tuvisteis en la calle
cuando un puñal me pusisteis
al pecho, sin que cobarde
vuestro intento resistiese,
que fue cubrirme y taparme
el rostro, y darme mil vueltas
luego a mis propios umbrales.
Dijisteis más, que mi vida
estaba en no destaparme;
un hora he andado con vos,
sin saber por dónde ande.
Y con ser la admiración
de aqueste caso tan grave,
más me turba y me suspende
impensadamente hallarme
en una casa tan rica,
sin ver que la habite nadie
sino vos, habiéndoos visto
siempre ese embozo delante.
¿Qué me queréis?

GUTIERRE: Que te esperes
aquí sólo un breve instante.

Vase don GUTIERRE

LUDOVICO: ¿Qué confusiones son éstas,
que a tal extremo me traen?
¡Válgame Dios!

Vuelve don GUTIERRE

GUTIERRE: Tiempo es ya
de que entres aquí; mas antes
escúchame. Aqueste acero
será de tu pecho esmalte,
si resistes lo que yo
tengo agora de mandarte.
Asómate a ese aposento.
¿Qué ves en él?

LUDOVICO: Una imagen
de la muerte, un bulto veo,
que sobre una cama yace;
del velas tiene a los lados,
y un crucifijo delante.
Quién es no puedo decir,
que con unos tafetanes
el rostro tiene cubierto.

GUTIERRE: Pues a ese vivo cadáver
que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO: Pues ¿qué quieres?

GUTIERRE: Que la sangres,
y la dejes, que rendida
a su violencia desmaye
la fuerza, y que en tanto horror

tú atrevido la acompañes,
hasta que por breve herida
ella expire y se desangre.
No tienes a qué apelar,
si buscas en mí piedades,
sino obedecer, si quieres
vivir.

LUDOVICO: Señor, tan cobarde
te escucho, que no podré
obedecerte.

GUTIERRE: Quien hace
por consejos rigurosos
mayores temeridades,
darte la muerte sabrá.

LUDOVICO: Fuerza es que mi vida guarde.

GUTIERRE: Y haces bien, porque en el mundo
ya hay quien viva porque mate.
Desde aquí te estoy mirando,
Ludovico. Entra delante.

Vase LUDOVICO

Éste fue el más fuerte medio
para que mi afrenta acabe
disimulada, supuesto
que el veneno fuera fácil
de averiguar, las heridas
imposibles de ocultarse.
Y así, constando la muerte,
y diciendo que fue lance
forzoso hacer la sangría,
ninguno podrá probarme
lo contrario, si es posible
que una venda se desate.
Haber traído a este hombre
con recato semejante
fue bien; pues si descubierto
viniera, y viera sangrarse
una mujer, y por fuerza,
fuera presunción notable.
Éste no podrá decir,
cuando cuente aqueste trance,
quién fue la mujer; demás
que, cuando de aquí le saque,
muy lejos ya de mi casa,
estoy dispuesto a matarle.
Médico soy de mi honor,
la vida pretendo darle
con una sangría; que todos
curan a cosa de sangre.

Vase don GUTIERRE. Salen el REY y don DIEGO, cada uno por su puerta; y cantan dentro

MÚSICOS: "Para Consuegra camina,

donde piensa que han de ser
teatro de mil tragedias
las montañas de Montiel."

REY: Don Diego.
DIEGO: ¿Señor?
REY: Supuesto
que cantan en esta calle,
¿no hemos de saber quién es?
¿Habla por ventura el aire?
DIEGO: No te desvele, señor,
oír esta necedades,
porque a vuestro enojo ya
versos en Sevilla se hacen.
REY: Dos hombres vienen aquí.
DIEGO; Es verdad; no hay que esperarles
respuesta. Hoy el conocerles
me importa.

Saca don GUTIERRE a LUDOVICO, tapado el rostro

GUTIERRE: (¡Qué así me ataje **Aparte**
el cielo, que con la muerte
de este hombre eche otra llave
al secreto! Ya me es fuerza
de aquestos dos retirarme;
que nada me está peor
que conocerme en tal parte.
Dejaréle en este puesto.

Vase don GUTIERRE

DIEGO: De los dos, señor, que antes
venían, se volvió el uno
y el otro se quedó.
REY: A darme
confusión; que si le veo
a la poca luz que esparce
la luna, no tiene forma
su rostro; confusa imagen
el bulto mal acabado
parece de un blanco jaspe.
DIEGO: Téngase su majestad
que yo llegaré.
REY: Dejadme,
don Diego. ¿Quién eres, hombre?
LUDOVICO: Dos confusiones son parte,
señor, a no responderos;
la una, la humildad que trae
consigo un pobre oficial,

Descúbrese

para que con reyes hable
--que ya os conocí en la voz,
luz que tan notorio os hace--
la otra, la novedad
del suceso más notable
que el vulgo, archivo confuso,
califica en sus anales.

REY: ¿Qué os ha sucedido?

LUDOVICO: A vos
lo diré; escuchadme aparte.

REY: Retiraos allí, don Diego.

DIEGO: (Sucesos son admirables **Aparte**
cuantos esta noche veo;
Dios con bien de ella me saque).

LUDOVICO: No la vi el rostro, mas sólo
entre repetidos ayes
escuché: "Inocente muero;
el cielo no te demande
mi muerte." Esto dijo, y luego
expiró; y en este instante,
el hombre mató la luz,
y por los pasos que antes
entré salí. Sintió ruido
al llegar a aquesta calle,
y dejóme en ella solo.
Fáltame ahora de avisarte,
señor, que saqué bañadas
las manos en roja sangre,
y que fui por las paredes
como que quise arrimarme,
manchando todas las puertas,
por si pueden las señales
descubrir la casa.

REY: Bien
hicisteis. Venid a hablarme
con lo que hubiereis sabido,
y tomad este diamante,
y decid que por las señas
de él os permitan hablarme
a cualquier hora que vais.

LUDOVICO: El cielo, señor, os guarde.

Vase LUDOVICO

REY: Vamos don Diego.

DIEGO: ¿Qué es eso?

REY: El suceso más notable
del mundo.

DIEGO: Triste has quedado.

REY: Forzoso ha sido asombrarme.

DIEGO: Vente a acostar, que ya el día
entre dorados celajes
asoma.

REY: No he de poder
sosegar, hasta que halle
una casa que deseo.

DIEGO: ¿No miras que ya el sol sale,
y que podrán conocerte
de esta suerte?

Sale COQUÍN

COQUÍN: Aunque me mates,
habiéndote conocido,
o señor, tengo de hablarte.

Escúchame.
REY: Pues Coquín,
¿de qué los extremos son?
COQUÍN: Ésta es una honrada acción
de hombre bien nacido, en fin;
que aunque hombre me consideras
de burlas, con loco humor,
llegando a veras, señor,
soy hombre de muchas veras.
Oye lo que he de decir,
pues de veras vengo a hablar;
que quiero hacerte llorar,
ya que no puedo reír.
Gutierre, mal informado
por aparentes recelos,
llegó a tener viles celos
de su honor; y hoy, obligado
a tal sospecha, que halló
escribiendo --¡error crüel!--
para el infante un papel
a su esposa, que intentó
con él que no se ausentase,
porque ella causa no fuese
de que en Sevilla se viese
la novedad que causase
pensar que ella le ausentaba...
con esta inocencia pues
--que a mí me consta-- con pies
cobardes, adonde estaba
llegó, y el papel tomó,
y, sus celos declarados,
despidiendo a los crïados,
todas las puertas cerró,
solo que quedó con ella.
Yo, enternecido de ver
una infelice mujer,
perseguida de su estrella,
vengo, señor, a avisarte
que tu brazo altivo y fuerte
hoy la libre de la muerte.
REY: ¿Con qué he de poder pagarte
tal piedad?
COQUÍN: Con darme aprisa
libre, sin más accidentes,
de la acción contra mis dientes.
REY: No es ahora tiempo de risa.

COQUÍN: ¿Cuándo lo fue?
REY: Y pues el día
aun no se muestra, lleguemos,
don Diego. Así, pues, daremos
color a una industria mía,
de entrar en casa mejor,
diciendo que me ha cogido
el día cerca, y he querido
disimular el color
del vestido; y una vez
allá, el estado veremos
del suceso; y así haremos
como rey, supremo juez.
DIEGO: No hubiera industria mejor.
COQUÍN: De su casa lo has tratado
tan cerca, que ya has llegado;
que ésta es su casa, señor.
REY: Don Diego, espera.
DIEGO: ¿Qué ves?
REY: ¿No ves sangrienta una mano
impresa en la puerta?
DIEGO: Es llano.
REY: (Gutierre sin duda es **Aparte**
el crüel que anoche hizo
una acción tan inclemente.
No sé qué hacer; cuerdamente
sus agravios satisfizo.

Salen doña LEONOR e INÉS criada.

LEONOR: Salgo a misa antes del día,
porque ninguno me vea
en Sevilla, donde crea
que olvido la pena mía.
Mas gente hay aquí. ¡Ay Inés!
El rey, ¡qué hará en esta casa?
INÉS: Tápate en tanto que pasa.
REY: Acción excusada es,
porque ya estáis conocida.
LEONOR: No fue encubrirme, señor,
por excusar el honor
de dar a tus pies la vida.
REY: Esa acción es para mí,
de recatarme de vos,
pues sois acreedor, por Dios,
de mis honras; que yo os di
palabra, y con gran razón,
de que he de satisfacer
vuestro honor; y lo he de hacer
en la primera ocasión.

Don GUTIERRE dentro

GUTIERRE: Hoy me he de desesperar,
cielo crüel, si no baja
un rayo de esas esferas
y en cenizas me desata.
REY: ¿Qué es eso?
DIEGO: Loco furioso
don Gutierre de su casa
sale.
REY: ¿Dónde vais, Gutierre?
GUTIERRE: A besar, señor, tus plantas;
y de la mayor desdicha
de la tragedia más rara,
escucha la admiración
que eleva, admira y espanta.
Mencía, mi amada esposa,
tan hermosa como casta
virtüosa como bella
--dígalo a voces la Fama--
Mencía, a quien adoré
con la vida y con el alma,
anoche a un grave accidente
vio su perfección postrada,
por desmentirla divina
este accidente de humana.
Un médico, que lo es
el de mayor nombre y fama,
y el que en el mundo merece
inmortales alabanzas,
la recetó una sangría,
porque con ella esperaba
restituír la salud
a un mal de tanta importancia,
Sangróse en fin; que yo mismo,
por estar sola la casa,
llamé el barbero, no habiendo
ni crïados ni crïadas.
A verla en su cuarto, pues,
quise entrar esta mañana
--aquí la lengua enmudece,
aquí el aliento me falta--
veo de funesta sangre
teñida toda la cama,
toda la ropa cubierta,
y que en ella, ¡ay Dios!, estaba
Mencía, que se había muerto
esta noche desangrada.
Ya se ve cuán fácilmente
una venda se desata.
¿Pero para qué presumo
reducir hoy a palabras
tan lastimosas desdichas?
Vuelve a esta parte la cara,
y verás sangriento el sol,
verás la luna eclipsada,
deslucidas las estrellas,
y las esferas borradas;

y verás a la hermosura
más triste y más desdichada,
que por darme mayor muerte,
no me ha dejado sin alma.

Descubre a doña MENCÍA, en una cama, desangrada

REY: ¡Notable sujeto! (Aquí **Aparte**
la prudencia es de importancia;
mucho en reportarme haré.
Tomó notable venganza).
Cubrid ese horror que asombra,
ese prodigio que espanta,
espectáculo que admira,
símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
consuelo; y porque le haya
en pérdida que es tan grande
con otra tanta ganancia,
dadle la mano a Leonor;
que es tiempo que satisfaga
vuestro valor lo que debe,
y yo cumpla la palabra
de volver en la ocasión
por su valor y su fama.
GUTIERRE: Señor, si de tanto fuego
aún las cenizas se hallan
calientes, dadme lugar
para que llore mis ansias.
¿No queréis que escarmentado
quede?
REY: Esto ha de ser, y basta.
GUTIERRE: Señor, ¿queréis que otra vez,
no libre de la borrasca,
vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?
REY; Con que vuestro rey lo manda.
GUTIERRE: Señor, escuchad aparte
disculpas.
REY: Son excusadas.
¿Cuáles son?
GUTIERRE: ¿Si vuelvo a verme
en desdichas tan extrañas,
que de noche halle embozado
a vuestro hermano en mi casa?
REY: No dar crédito a sospechas.
GUTIERRE; ¿Y si detrás de mi cama
hallase tal vez, señor,
de don Enrique la daga?
REY: Presumir que hay en el mundo
mil sobornadas crïadas,
y apelar a la cordura.
GUTIERRE: A veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar después
de noche y de día mi casa?
REY: Quejárseme a mí.

GUTIERRE: ¿Y si cuándo
llego a quejarme, me aguarda
mayor desdicha escuchando?
REY: ¿Qué importa si él desengaña;
que fue siempre su hermosura
una constante muralla
de los vientos defendida?
GUTIERRE: ¿Y volviendo a mi casa
hallo algún papel que pide
que el infante no se vaya?
REY: Para todo habrá remedio.
GUTIERRE; ¿Posible es que a esto le haya?
REY: Sí, Gutierre.
GUTIERRE; ¿Cuál, señor?
REY: Uno vuestro.
GUTIERRE; ¿Qué es?
REY: Sangralla.
GUTIERRE: ¿Qué decís?
REY: Que hagáis borrar
las puertas de vuestra casa;
que hay mano sangrienta en ella.
GUTIERRE: Los que de un oficio tratan,
ponen, señor, a las puertas
un escudo de sus armas;
trato en honor, y así pongo
mi mano en sangre bañada
a la puerta; que el honor
con sangre, señor, se lava.
REY: Dádsela, pues a Leonor,
que yo sé que su alabanza
la merece.
GUTIERRE: Sí la doy.
Mas mira, que va bañada
en sangre, Leonor.
LEONOR: No importa;
que no me admira ni espanta.
GUTIERRE: Mira que médico he sido
de mi honra. No está olvidada
la ciencia.
LEONOR: Cura con ella
mi vida, en estando mala.
GUTIERRE: Pues con esa condición
te la doy. Con esto acaba
el médico de su honra.
Perdonan sus muchas faltas.

Comedia famosa

El monstruo de los jardines

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAS

AQUILES.
DEIDAMIA.
TETIS.
CINTIA.
SIRENE.
LIDORO.
DANTEO.
ULISES.
EL REY.
LIBIO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
ARMINDO.
ACOMPAÑAMIENTO.

Jornada I

Dentro voces.

TODOS Vira al mar.
UNO Es inútil la porfía,
porque el viento que corre es travesía.
DOS Amaina la mayor.
TRES Iza el trinquete.
UNO A la driza.
DOS A la Escoca.
TRES Al chafaldete.
UNO Dé el Esquife en la Playa, 5
y el Príncipe no más a tierra vaya,
ya que abismos de yelo nos encubren.

UNOS Piedad dioses.
OTROS Piedad cielos.
LIDORO Piedad cielos, piedad dioses sagrados,
y si del voto que ofrecí obligados, 10
en este esquife este fragmento poco,
que ha sido mi delfín, la orilla toco
de esta desierta playa,
que del mar la soberbia tiene a raya,
veréis que fiel en clima tan remoto 15
la arena beso y revalido el voto,
pues desdicha no hay, no hay desconsuelo
que no enmiende el vivir.

(**Sale** LIBIO.)

LIBIO ¡Válgame el cielo!
LIDORO ¿Cúya esta voz ha sido?
LIBIO De un cofadre de Baco, que ha salido 20
por no hacerle traición del mar a nado,
pues el no beber agua le ha escapado.
LIDORO ¿Libio?
LIBIO ¿Señor?
LIDORO Notable es mi alegría,
viéndote vivo.
LIBIO Cuál será la mía. [47]
LIDORO En fin, solos los dos hemos salido 25
a tierra.
LIBIO En que se ve cuán bueno ha sido,
pues vencimos los dos las amenazas
del mar, el ser los hombres calabazas.
LIDORO Mira si en lo fragoso de esas peñas
sendas hallas, o señas, 30
que de sus moradores den indicio.
LIBIO Ni cabaña descubro, ni edificio,
ni cosa que no advierta,
ser esta isla bárbara y desierta.
LIDORO Dices bien, pues sus troncos, 35
que de quejarse al abrigo están roncos,
mal pulidos los veo;
sus plantas sin cultura, sin aseo
sus flores, solo oyendo en ecos graves
bramar las fieras y gemir las aves, 40
todo dice terror, puesto que dice.
AQUILES **(Dentro.)** ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!
LIDORO ¿Oíste una voz?
LIBIO Y lleno
de asombro, juzgaría que en el seno
de aquesta peña bruta 45
se formó su lamento
LIDORO Ni aquí hay gruta,

ni quiebra alguna que su dueño oculte,
si ya no es que en su centro le sepulte;
pero escuchemos otra vez, y vamos
lo intrincado rompiendo de estos ramos, 50
hasta saber qué voz, qué tierra es esta.

(Dentro instrumentos.)

MÚSICOS Venid, venid zagales,
al templo divino de Venus y Marte.
LIDORO Bien que este no es desierto juzgo agora;
República es entera, pues con tanta 55
variedad, ya se canta y ya se llora.
LIBIO ¿A dónde no se llora y no se canta?
Bien que a mí más me espanta
aquesta voz que dice...
AQUILES ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice! 60
LIBIO ...que me consuela aquella,
por más que a oposición de su querella
en conceptos repita desiguales...
MÚSICOS Venid, venid zagales, [47v]
[al templo divino de Venus y Marte.][(1)] 65
LIDORO Un escuadrón festivo
pisando el seno de ese escollo altivo,
ni bien mar, ni bien tierra, de su cumbre
vencer piensa la inmensa pesadumbre.
LIBIO Salgámosles al paso, 70
y informados del náufrago fracaso
que nos ha sucedido,
el susto reparemos y el vestido.
LIDORO Necio será quien en asombro tanto
antes crea a la música que al llanto; 75
y así, Libio, es mejor que, recatados,
destas peñas y troncos amparados,
un instante esperemos;
sepamos de qué gente nos valemos,
que puede ser que sea 80
isla que el mar en círculos rodea
de bárbaros, y más cuando advertidos
estamos de otros míseros gemidos.
LIBIO Pues ya llegan, escóndete y veamos,
señor, qué gente es.
LIDORO Incultos ramos; 85
mientras cobro el aliento,
sedme un rato prestado monumento.
Sepa por qué un lamento triste dice...
AQUILES ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!
LIDORO Cuando festivos otros dicen graves... 90
MÚSICOS Venid, venid zagales,
[al templo divino de Venus y Marte.]

(**Sale** EL REY, ULISES, DEYDAMIA **y** ACOMPAÑAMIENTO.)

EL REY — Esa eminencia que tan alta sube,
que empieza en monte y se remata en nube,
asiento es peregrino 95
del templo que buscamos.

ULISES — Ya el camino
entre aspereza tanta,
la senda, nos enseña
¡aquella, ¡oh tarde!, ¡oh nunca!, vallada peña
de bruta huella, ni de humana planta! 100

DEYDAMIA — Aunque su inmensa elevación espanta
por áspera que sea,
llegar al templo mi piedad desea.

ULISES — Ven, pues, porque propicio
por ti Marte responda al sacrificio. 105

DEYDAMIA — Ya te sigo, mostrando [48]
mi obediencia.

ULISES — Venid todos cantando,
porque admita veloces
el dios de las batallas nuestras voces;
que si su culto aprecia, 110
presto de Troya ha de vengarse Grecia.

MÚSICOS — Venid, venid zagales,
[al templo divino de Venus y Marte.]

(Vanse y salen los dos.)

LIDORO — Cielos, ¿qué es lo que veo?,
¿cuánto fue la verdad más que el deseo? 115
¿Viste, Libio, en tu vida
tropa más bella, escuadra más lucida,
así por la dulzura
de su canto süave,
como por la hermosura, 120
que honestamente grave,
reina de todas coronarle sabe?

LIBIO — Digo que yo he quedado
atónito y pasmado,
viendo que tan extraña 125
gente habite esta bárbara montaña.

LIDORO — Sigámoslos, que ya no hay que temamos
rigores, ni crueldades,
pues entre ellos deidades admiramos,
y es fuerza ser piadosas las deidades: 130
dónde estamos sabremos,
y cúya fue la voz cuyos extremos
nos asombró diciendo antes.

DANTEO — **(Dentro.)** ¿Adónde,

bella Deydamia, tu beldad se esconde,
cuando en tanta aspereza, 135
sigo tu voz y pierdo tu belleza?

LIDORO Si la lástima, si el llanto,
para los humanos pechos
siempre cartas de favor
han sido: a esas plantas puesto. 140
Un peregrino del mar,
que derrotado y deshecho
aborto fue de la espuma,
os pide... Pero, ¡qué veo!

DANTEO ¡Válgame el cielo!, ¡qué miro! 145
¡Señor invicto!

LIDORO ¿Danteo?

DANTEO Dame tus pies.

LIDORO En tus brazos
he de asegurar el puesto.

DANTEO ¿Libio?

LIBIO Por más que te admires,
te admiras poco.

DANTEO ¿Qué es esto? 150

LIDORO ¿Qué ha de ser? ¡Desdichas mías!
Y porque absorto y suspenso
no te embareces conmigo,
cuando yo de ti pretendo
informarme de qué tierra 155
es esta, cómo el desierto
destos peñascos habitas
y quién es quien vive en ellos,
con mis pesadas fortunas
te he de salir al encuentro, 160 [48v]
por desocuparles todo
el campo a mis sentimientos.
Ya sabes que el Rey, mi padre,
prudente, advertido y cuerdo,
trató casarme en Egnido 165
con el divino sujeto
de Deydamia, infanta suya;
mas, ¿para qué lo refiero,
y más a ti, siendo tú
quien vino a traer los[(2)] medios? 170
Escribiste pues, que estaban
ajustados, añadiendo
de la beldad de Deydamia,
sumos encarecimientos.
Yo atento, no sé si diga 175
a tu fama mi deseo,
que es gran príncipe de amor,
estar uno a amar dispuesto.
Pedí licencia a mi padre,

para venir a su reino, 180
por ella, en persona; él
liberal me la dio, haciendo
estimación del agrado,
y de la fineza, aprecio.
En un bajel pues, que pudo 185
ser mejor que el de Argos mesmo,
dibujado por imagen
de estrellas y de luceros,
salí una tarde de Epiro,
ufano, alegre y contento, 190
tanto como agora estoy
triste, confuso y suspenso;
pero no me quejo, no,
de la fortuna, aunque veo
ejecutados en mí 195
sus sañas; de mí me quejo,
que es merecido castigo
de quien imprudente y necio,
sin mandar al viento, fía
sus esperanzas del viento. 200
Dichosamente apacible
me favoreció algún tiempo,
mas, ¿qué bien fundado en aire,
no se desvanece presto?
Al lobreguecer la noche 205
de ayer, algo más violento,
empezó a inquietar las ondas,
y todo ese vago imperio
a amotinarse, no solo
contra mí, mas contra el cielo, 210
pues en odio de sus luces,
gigante de agua soberbio,
se rozó con las estrellas,
montes sobre montes puestos.
Tal vez puede mis desdichas 215
escribirlas con el dedo
en ese papel azul,
y tal en el mismo centro
escribirlas en la arena,
las dos distancias midiendo 220
de la sombra del abismo,
y la luz del firmamento.
Ya el rumbo pierde el piloto,
y el timonel pierde el tiento,
y en no entendidas faenas, 225
por mandar más obran menos.
Babilonia de las ondas
era el bajel, cuyo estruendo
de voces nos confundía,

más que aliviaba, ¡oh qué cierto 230
es, que donde todos mandan,
nadie obedece, y que el riesgo
mayor es cuando provee
la necesidad los puestos!
Cruje el pino atormentado 235
de uno y otro embate; el lienzo,
de una ráfraga y de otra,
azotado cruje, haciendo
rumor como hacía gemido;
que hasta un cáñamo y un leño 240
parece que sienten, cuando
mal confundido el consejo, [49]
con el acuerdo de todos,
no es de ninguno el acuerdo.
En este horror, esta grima, 245
pasamos la noche, siendo
del marinaje el estudio,
de la náutica el precepto,
albedrío de las ondas,
hasta que el primer reflejo 250
nos divisó los celajes
deste monte, sucediendo
a los peligros del mar
los de la tierra; supuesto,
que a penas la lealtad quiso 255
que a mí el esquife pequeño
salve, cuando desbocado
bruto el bajel en aquellos
peñascos, vuelta la quilla,
fue lóbrego monumento 260
tan de todos, que no más
que Libio gozó del puerto.
De mi venida, la causa
es esta, este mi suceso.
Dime, pues, ¿dónde he llegado?, 265
¿quién es el prodigio bello
que aquí habita y cómo aquí
estás tú, porque con eso
se[(3)] consuelen mis desdichas,
se alivien mis sentimientos, 270
se cobren mis esperanzas,
y se restauren mis riesgos?

DANTEO

Bien antes que te informara
de todo, quisiera, atento
al reparo de tu vida, 275
llevarte a un barco que tengo
en el mar, pero mirando
cuánto está sañudo y fiero
por una parte, y por otra,

que las dudas de mi pecho 280
no es posible que te den
espera, escúchame atento,
y lo tardo del abrigo
salve el informe de presto.
Llegué a Enido, efectué 285
los ya tratados conciertos,
di aviso al Rey mi señor,
escribite a ti lo menos
que pude y lo que más supe
de Deydamia; pero esto 290
no es ahora del caso, vamos
tus dudas satisfaciendo.
Ya sabes cuánto ofendida
Grecia del atrevimiento
de Paris, tratando vive 295
de su venganza los medios;
y que todos cuantos reyes
contiene el poblado cerco,
que el archipiélago baña,
conjurados a este efecto 300
se han aliado, de cuyos
grandes apercibimientos
es el movedor Ulises,
a quien por valor, y ingenio,
para la guerra de Troya 305
da Grecia el marcial gobierno.
Este, pues, a Egnido vino,
donde prevenido y cuerdo
su rey, dijo, que en la liga
no había de entrar si primero 310
el oráculo de Marte
no le daba avisos ciertos
de que auxiliar prometía
los militares aprestos
de aquesta guerra. Aquí, ahora 315
importa que más atento
me oigas, porque empieza aquí
el más extraño suceso
de cuantos guarda la fama
en los archivos del viento. 320
Este monte, que por todas
partes el mar ciñe, siendo
a su fortificación
foso inexpugnable, un tiempo
isla fue habitada donde 325
sus moradores vivieron [49v]
con política, aunque hoy
no es más que escollo desierto.
La causa de despoblarse

dicen que fue, que su ameno 330
pensil la deidad de Tetis
tuvo por divertimiento,
a que del mar con sus ninfas
salía, y aquí Peleo,
príncipe joven, llevado 335
de sus amantes afectos,
forzó su hermosa beldad,
dando el robo a sus deseos
la ocasión. Ella, ofendida
del injusto atrevimiento, 340
el tálamo destruyó,
inundando a nieve y fuego
los edificios, los troncos,
y los vecinos, que fueron,
sin cuidar de su defensa, 345
cómplices de su desprecio.
Desde entonces en sus grutas
diz que se oyen por momentos
tristes gemidos, de quien
la mitad responde el eco. 350
Nadie examinar se atreve
el ignorado portento
de una cueva que sellada
de un peñasco está, aunque dentro
en humana voz se escuchan 355
quejas, ansias y lamentos.[(4)]
De la ruina solamente
perdonó el sagrado incendio
en la cúpula del monte
el edificio de un templo 360
consagrado a Marte; en él,
atropellando los miedos
de la inhabitada isla,
el rey de Egnido, Polemio,
con Deydamia y con Ulises, 365
nobleza y plebe del reino,
hacer quiso el sacrificio
de Marte, porque con eso
más obligado responda
al ver que a su culto atento 370
viene a renovar las aras
que cubrió de olvido el tiempo.
Esta es la causa de hallarnos
todos aquí.

LIDORO

Según eso,
Deydamia es aquel hermoso 375
prodigio, aquel pasmo bello,
que arrebató mis sentidos,
al verla agora encubierto

de estas peñas.
DANTEO Es sin duda.
LIDORO ¡Cuánto a mis fortunas debo! 380
DANTEO Pues que ya informado estás,
ven conmigo, porque luego
que te repares, señor,
vuelvas al bajar del templo
a hablar al Rey y a tu esposa. 385
LIDORO Eso no, que fuera necio
quien a vista de su dama,
y más al lance primero,
llegara con el desaire
de llegar pobre.
LIBIO Y qué cierto; 390
porque el ser pobre da un asco
tan grande que aun parecerlo
de prestado causará
en ella aborrecimiento.
DANTEO Pues, ¿qué has de hacer?
LIDORO Encubrir 395
mi nombre hasta que, escribiendo
a mi padre su asistencia,
me adorne de lucimientos
dignos de decir quién soy;
y así...

(Dentro terremoto.)

UNO **(Dentro.)** ¡Qué horror!
OTROS ¡Qué portento! 400
OTRO ¡Qué asombro!
OTRO ¡Qué confusión!

(Terremoto.)

LOS TRES Divinos dioses, ¡qué es esto!
DANTEO Dentro del templo de Marte
se oyen marciales estruendos
de trabada lid.
LIDORO Ya el duro 405
terror, el monte soberbio [50]
estremecido parece

(Terremoto.)

que se arranca de su centro.
ULISES ¡Qué admiración tan notable!
DANTEO Valiente Ulises, ¿qué es eso? 410

(Sale ULISES **asombrado.)**

ULISES Apenas al templo entramos
cuando Marte respondiendo
al piadoso sacrificio,
prorrumpió en horrible acento:
«Troya será destrüida 415
y abrasada por los griegos,
si va a su conquista Aquiles
a ser homicida de Héctor.
Aquiles, humano monstruo
de aquestos montes, en ellos 420
un risco...». Y aquí trocada
la voz quedó, confundiendo
las señas que iba a decir,
turbados los elementos,
la tierra hablando en temblores, 425
en relámpagos el fuego,
el mar en roncos bramidos,
y el aire en tristes concentos;
porque otra deidad, sin duda,
(¿quién ignora que sea Venus?) 430
que es afecta a los troyanos,
ofendida que el agüero
el oráculo descifre,
quise con este portento
desvanecerle, pensando 435
que el susto[(5)], el pasmo o el miedo
nos embarece buscar
al monstruo Aquiles, queriendo
que nos le oculte el asombro
o nos le ignore el estruendo. 440

DANTEO ¿Y el Rey y Deydamia?

ULISES Todos
admirados del suceso,
decienden ya.

LIDORO Nadie entienda
quién soy.

DANTEO Seguiré tu intento.

(Salen todos.)

EL REY Pues de Marte la sagrada 445
voz nos avisa, diciendo
que en este monte está Aquiles
y que en él el vencimiento
de Troya consiste, en tanto
que él no parezca, no debo 450
firmar la liga; y así,
lo más que ofrecerte puedo
es la diligencia: todos

las entrañas penetremos
deste monte en busca suya. 455

ULISES Tronco a tronco y centro a acentro,
en escuadras divididos,
sus grutas examinemos.

DANTEO No quede sitio, que no
le averigüe el valor nuestro. 460

LIDORO Si un extranjero, señor,
que hoy del mar, pobre, deshecho,
tomó puerto en estas rocas,
merece a tus plantas puesto,
licencia de hablar, diré 465
en qué parte escuché, dentro
de una roca, humanas voces.

EL REY El aviso te agradezco.
Llévame allá, que sin duda
es la gruta que ha descubierto 470
este asombro.

DEIDAMIA Yo he de ser
la primera que corriendo
sin ente vaya.

EL REY Esto no,
que es fragoso su desierto
para tus plantas; y así, 475
que tú te quedes te digo
con Cintia y Sirene[(6)].

DEIDAMIA ¡Cuánto
a mi pesar te obedezco!

EL REY Por si la cueva otra boca
tiene, no se escape huyendo, 480
tú, Ulises, por esa parte
corre el monte; tú, Danteo,
por esotra; tú conmigo
ven, generoso mancebo.

ULISES Tú verás mi diligencia. 485 [50v]

DANTEO Tú conocerás mi afecto.

EL REY Pues, con cualquier novedad,
volveremos ese puesto,
y para no errarle, es bien
que las voces e instrumentos 490
sirvan a los tres de aviso
y a ti de divertimiento;
y así, Deidamia, haz que siempre
sonando estén sus acentos.

ULISES Al monte.

DANTEO A la cumbre.

TODOS Al llano. 495

EL REY Ven, joven.

LIDORO Ya te obedezco.
Sígueme, Libio.

LIBIO Sí haré;
aunque para un forastero
convidarle a cazar monstruos
por mal agasajo tengo. 500
LIDORO Ven Libio. ¡Ay bella Deidamia!,
mintió tu encarecimiento.
TODOS **(Dentro.)** Al llano, a la cumbre, al monte.
DEIDAMIA ¡Oh, qué injustamente, cielos,
con más penas que las mías, 505
ocupáis mis sentimientos!
CINTIA ¿De qué suspiras?
SIRENE ¿Qué llora?
DEIDAMIA ¿Las dos me preguntáis eso,
cuando a las dos el decirlo
no importa para saberlo? 510
¿Ignoráis que el Rey, mi padre,
tirano de mis deseos,
casarme trata en Epiro,
sabiendo de mí que tengo
por natural condición 515
tan grande aborrecimiento
a los hombres que no ha habido
quien me merezca un desprecio?
Y cuando no fuera tanta
esta altivez, ¿cómo puedo 520
dejar de sentir que un hombre,
sin vencerme los despegos,
sin sufrirme los desvíos,
haya de llamarse dueño,
introduciéndose antes 525
al dominio que al afecto?
CINTIA Las soberanas deidades
antes de nacer tuvieron
sabido para quién nacen.
DEIDAMIA Aun eso, esto que yo siento, 530
y dejando este cuidado
que aflige como primero,
¿cómo pudo no tener
otro segundo que hoy tengo?
SIRENE ¿Qué cuidado?
DEIDAMIA Astrea, mi prima, 535
con quien en mis años tiernos
pasé la primera infancia,
sin que haya podido el tiempo
apartar los corazones;
pues aunque es verdad que puedo 540
asentar que de sus señas,
o poco o nada me acuerdo,
con todo, ni la han sacado
de los cariños del pecho

la ausencia ni la distancia 545
mantenidas del acuerdo
en el gobierno de Acaya,
donde su padre había muerto,
llamada viene de mí
a vivir conmigo, y temo 550
que esa pasada tormenta,
que echó a pique en estos puertos
un bajel, sea el que a ella
la traía.

LIBIO Los sucesos
no gustosos, mejor es 555
desecharlos que temerlos.

SIRENE Siéntate y descansa un rato,
que nosotros cantaremos,
sirviendo el canto a dos luces
de aviso y de pasatiempo. 560

DEIDAMIA Cantad, pues, mientras yo doy
treguas a mis sentimientos.

(Duérmese DEIDAMIA; **mientras cantan**, **abre una roca** AQUILES **y sale a la boca.)**

LAS DOS **(Cantan.)** Desdichado [51]
del que no vive engañado.

UNO **(Canta.)** ¿Qué importa, si oyendo estoy, 565
Nise, tu agrado amoroso,
que tú no me hagas dichoso,
si yo pienso que lo soy?

DOS **(Canta.)** Crédito al semblante doy,
aunque me mienta el semblante, 570
pues ya vivo aquel instante
en que me miente tu agrado.

LAS DOS Desdichado
[del que no vive engañado.]

(Sale AQUILES **de pieles.)**

AQUILES Cielos, ¿qué voz tan sonora 575
es la que hiere mi oído?,
¿qué nuevo pájaro ha sido
este que hoy llama a la aurora?
Todo mi vida lo ignora,
pero, ¿qué mucho, si he estado 580
desde que nací encerrado
en esta bóveda obscura,
sin ver del sol la luz pura,
ni qué es cielo, ni qué es prado?
La deidad que aquí me cría 585
y a verme de noche viene,

puesto precepto me tiene
que no salga a ver el día;
y aunque la obediencia mía
las leyes pudo guardar, 590
este canto singular
a romperla me resuelve:
la gruta abro por si vuelve
segunda vez a cantar.

CINTIA **(Canta.)** Si disimula el engaño 595
el amor que no hay en ti,
¿qué importa haber daño en mí,
si yo no conozco el daño?

SIRENE **(Canta.)** Nunca llegue el desengaño
pues mejor me está vivir 600
engañado que morir
celoso y desesperado.

LAS DOS Desdichado
[del que no vive engañado.]

AQUILES ¡Qué dulce voz!, ¡qué süave! 605
Ya que he podido romper
la prisión, tengo de ver
qué plumas te viste ave
que robar el alma sabe.

CINTIA Parece que se ha dormido 610
Deidamia.

SIRENE No hagamos ruido,
que no importa el avisar,
más que el verla descansar.

(Vanse.)

AQUILES Ya de la cueva he salido,
y al ver del sol la luz pura, 615
se ciega la vista mía;
salgo a ver el claro día,
y doy con la noche obscura.
¡Qué variedad!, ¡qué hermosura
tan admirable! Y si creo 620
a mis noticias, no veo
cosa que como ellas sea.
¡Oh cuánto finge la idea!
¡Oh cuánto vuela el deseo!
Aquel azul resplandor, 625
el cielo debe de ser;
la tierra, a mi parecer,
será este hermoso verdor;
este árbol, esta flor,
ave esta; esta transparente 630
fuente, aquel mar... Mas, detente,
discurso, que tu voz yerra;

que esto solo es cielo, es tierra,
mar, árbol, flor, ave y fuente.
Cielo, pues está adornado 635
del sol y de las estrellas;
tierra, pues colores bellas
su vestido han matizado;
árbol, pues de su tocado
el viento las ramas mueve; 640
flor, pues aljófares bebe;
mar, pues riza albas espumas;
ave, pues tremola plumas,
y fuente, pues toda es nieve.
De todo cuanto llegué 645
a ver, esto es en rigor
lo mejor de lo mejor: [51v]
como esta su mano fue,
¡ay Dios!, ¿me atreveré
a tocarla? Osado llego; 650
¡ay, que me abraso! ¡ay, que ciego
me yelo!, ¡oh áspid aleve!,
a la vista eres de nieve
y eres al tacto de fuego.
Mas con tu yelo o tu ardor 655
tan poca daño me has hecho
que antes siento acá en el pecho
bien hallado mi dolor;
¿no tuve pena mayor
jamás, pues de gozo llena 660
la alma, otra vez se condena
a sentirla, discurriendo
cuál sera su gloria siendo
tan apacible su pena?
Mas, ¡hay esperanzas vanas!, 665
que entre las cosas que oí
a quien me ha crïado aquí,
una es, ¡desdichas tiranas!,
que hay deidades soberanas,
y si aquestas son verdades, 670
ya con dos contrariadades
argüí en mis pareceres:
si hay deidades, tú lo eres;
si no lo eres, no hay deidades.
Y supuesto que ya aquí 675
tal te conoce y te adora
mi vida, tengo...

(**Sale** SIRENE.)

SIRENE Señora,
ya todos..., mas, ¡ay de mí!,

¿qué miro?
AQUILES No huyas así...
SIRENE ¡Fiero monstruo!
AQUILES Y dime, puesto 680
que has hablado...
SIRENE Suelta presto.
AQUILES ¿Tan grande asombro te doy?
Oye, aguarda.
SIRENE ¡Muerta soy!
¡Valedme, dioses!

(Cáese desmayada SIRENE **y despierta** DEIDAMIA, **y él se halla entre las dos**.**)**

DEIDAMIA ¿Qué es esto?
¿Quién da voces? Mas, ¡ay cielos!, 685
¡quién vio asombro semejante!
AQUILES Óyeme tú, y no te espante
mi vista ni dé recelo.
DEIDAMIA Viva estatua soy de yelo.
AQUILES Que solo saber quisiera, 690
en la confusión primera
de tantas dudas esquivas,
si importó, por que tú vivas,
que esotra deidad se muera.
Cuando tú sin vida estabas, 695
ella con vida venía;
cuando ella estatua fría,
¿tú de respirar acabas?
Dime si el alma la dabas
prestada por el instante 700
que no te era a ti importante;
porque siendo así, que a dos
una alma sirve, ¡por Dios!,
que mi rudeza ignorante
a tu ser ha de pedir, 705
que a cobrarla se resuelva,
y porque ella a sentir vuelva,
que vuelvas tú a no sentir:
no porque he de consentir,
no porque he de conseguir 710
más gusto en que viva aquella
que tú, siendo tú más bella,
sino porque yo al pasar,
me pueda al alma abrazar
para quedarme con ella. 715
DEIDAMIA De tu semblante feroz
el susto en horror se muda,
que no es racional tu duda,
aunque es racional tu voz;
y mi discurso veloz 720

se atreve a juzgar no en vano,
que hombre humano eres.

AQUILES Tirano [52]
tu ser el alma imagina:
¿téngote yo por divina,
y tiénesme por humano? 725
Hijo soy de una deidad,
que esto solo sé de mí,
porque desde que nací
no la debo otra piedad.

(**Vuelve** SIRENE.)

DEIDAMIA Pues, ¿cómo así?
AQUILES La crueldad 730
suspende.
DEIDAMIA Ya en sí volvió
Sirene.
AQUILES ¿Cómo cobró
su ser, sin faltarte a ti?
¿Tienes alma y vida?
SIRENE Sí.
AQUILES Luego, ¿no eran tuyas?
DEIDAMIA No. 735
AQUILES Gran autor debe de ser
el que con eterna palma
a cada cuerpo da un alma,
y una vida a cada ser;
¿quién eres tú?
SIRENE Una mujer. 740
AQUILES Dulce nombre: ¿tú quién eres?
DEIDAMIA Una mujer.
AQUILES ¡Qué placeres
tan tiernos, tan amorosos!
¡Vive Dios que sois hermosos
animales las mujeres! 745
Mas, ¿cómo si viendo estoy
en las dos una excelencia,
hay tan grande diferencia
en las dos, que al veros hoy,
con igual afecto os doy 750
una alma que tengo bella,
y tan al contrario della
usáis, que al irla a cobrar,
tú me la vuelves a dar
y tú te quedas con ella? 755
¿Qué poder en ti más fuerte
puso el cielo, pues a ti
el verte me basta a mí,
y a ti no me basta el verte?

Tu hermosura me divierte, 760
la tuya me da pasión,
y en igual admiración,
con desiguales enojos,
tú te quedas en los ojos,
tú te entras al corazón. 765

SIRENE Señor monstruo, que hay, confieso,
en lo que va a discurrir,
muchísimo que decir,
mas yo no estoy para eso.

DEIDAMIA ¡Muerta estoy! Estoy sin seso 770
al ver tanta rustiqueza,
en tan inculta belleza

SIRENE Huye, señora. **(Vase.)**

DEIDAMIA No puedo,
que grillos me ha puesto el miedo.

AQUILES ¿Por qué con tal ligereza 775
huyó de la vista mía?
Aunque si digo verdad,
no me hace ella soledad
si tú me haces compañía.

DEIDAMIA No, no te acerques, desvía. 780

AQUILES **(Detiénela.)** No huyas tú, detente, espera.

DEIDAMIA Suelta.

AQUILES No haré hasta que infiera
quién vida y muerte me da.

SIRENE **(Dentro.)** Corred, que Deidamia está
en los brazos de una fiera. 785

TODOS **(Dentro.)** Acudid todos al llano.

AQUILES ¿Qué voces aquestas son?

DEIDAMIA De mis gentes, cuya acción
muerte te dará.

AQUILES Es en vano
que tema el ser soberano 790
de Aquiles.

DEIDAMIA ¿Qué es lo que oí?
¿Tú eres Aquiles?

AQUILES De mí
eso es todo cuanto sé.

(**Detiénela y sale** LIDORO.)

DEIDAMIA Pues ahora yo seré
la que te detenga a ti. 795

AQUILES ¡Qué poco habrás menester!

DEIDAMIA ¡Ha de toda la montaña!

(Abrázase con él.) [52v]

¿No hay quien venga a mi voz?

LIDORO Sí,
que perdida la esperanza
de hallar la gruta, no pierda 800
la de darte vida en tanta
confusión. Bárbaro monstruo,
muere a mis manos.
DEIDAMIA Aguarda.
Extranjero que esos mares
arrojaron a estas playas, 805
no lo mates, que es Aquiles.
LIDORO ¿Qué es lo que escucho?
AQUILES ¿Qué rabia
ha introducido en mi pecho
el ver que con él se abraza,
que es un casi aborrecerla 810
lo que pensé que era amarla?
LIDORO Tu advertencia me suspende,
no su vista me acobarda
para no darle la muerte.
AQUILES Pues no le tengas, aparta; 815
veamos si mata lidiando,
quien antes de lidiar mata.
LIDORO ¿Tú eres Aquiles?
AQUILES Yo soy.
LIDORO Pues de esa loca arrogancia
quiero remitir el duelo 820
por ti y por quien me lo manda;
porque siendo como eres,
a quien destinan las sacras
deidades en ti de Grecia,
en lugar de otra venganza, 825
quiero ser tu amigo.
AQUILES Yo
no quiero; que será infamia
ser amigo con la voz
y enemigo con el alma.
LIDORO ¿Por qué enemigo?
AQUILES No sé. 830
LIDORO ¿Qué causa he dado?
AQUILES La causa,
aunque sé bien cómo es,
no sé bien cómo se llama.
DEIDAMIA Pues fue mía la ventura
de hallarte, y el duelo basta, 835
conmigo has de venir.
AQUILES Eso
no es posible, aunque me arrastra
tu hermosura y mi dolor.
DEIDAMIA Pues, ¿por qué?
AQUILES Porque hace falta

a una deidad por quien vivo; 840
y si viene y no me halla
en la prisión que rompí,
no dudo que sus venganzas
harán mi vida infelice;
y así a pesar de las ansias 845
que a un tiempo siento e ignoro,
adiós deidad soberana,
y agradecedme el dolor
que llevo dentro del alma. **(Vase.)**

DEIDAMIA Oye.

LIBIO Aguarda.

AQUILES No es posible. 850

LIDORO No; lo será si le alcanza
mi velocidad. Espera,
que yo le traeré a tus plantas. **(Vase.)**

DEIDAMIA Mal podrás, que el viento mismo
debió de darle las alas, 855
según penetra veloz
el monte.

(Salen todos.)

EL REY Hermosa Deidamia,
¿qué ha sido esto?

DEIDAMIA Examinar
que las dichas no las halla
quien las busca, sino quien 860
más empereza el buscarlas,
pues yo, que a buscar no fui
a Aquiles en esta playa,
le hallé.

ULISES ¿De qué sabes que él
fuese?

DEIDAMIA De que él lo declara. 865

DANTEO ¿Y dónde está?

DEIDAMIA Se ha ido huyendo;
mas seguidme, que aunque vaya
tras él el gallardo joven
que del mar la horrible saña
a tierra arrojó, no pienso 870
que le alcance, si no ataja
vuestros pasos por aquí. **(Vase.)** [53]

TODOS Guía, que tus soberanas
luces seguiremos todos. **(Vanse.)**

DANTEO Libio, pues ves que quien anda 875
en alcance deste monstruo,
que un Dios revela, otro guarda,
es Lidoro, ven tras él,
no suceda una desgracia.

LIBIO Vaya el gran Sofí, que yo 880
nunca fui amigo de caza
de monstruos; aun de perdices
y de conejos me cansan,
porque después de molerse
un hombre tarde y mañana, 885
no tray más de cuatro reales,
que es lo que cuesta en la plaza.
UNOS A la marina.
OTROS A la selva.
OTROS Al monte.

(**Sale cayendo** AQUILES.)

AQUILES El cielo me valga.
LIBIO A mí también, que no menos 890
lo he menester.
AQUILES De esas altas
peñas me dejé caer,
porque nadie me alcanzara
de cuantos me siguen: ¡cielos!,
¿en qué mi vida les cansa? 895
LIBIO ¡Ay, qué tamañito monstruo!,
pero para mí este basta,
y así entre aquestas dos peñas
me esconderé mientras pasa.
AQUILES No soy bruto de su especie; 900
¿por qué me persiguen? ¿Tanta
fue la culpa de salir
tras una voz que arrebata
los sentidos? Mas, ¡ay cielos!,
que entre confusiones tantas, 905
el tino perdí a la gruta,
¿por dónde iré hasta encontrarla?
LIBIO Por donde no dé conmigo.
DEIDAMIA **(Dentro.)** Desde aquellas peñas altas
fue por donde se arrojó. 910
LIBIO Sitiad el monte.
DANTEO A la playa.
ULISES A la marina.
EL REY A la selva.
AQUILES Pues tan en mi alcance andan,
aquesta quiebra me esconda.
LIBIO ¿No había otra desocupada 915
sino esta?
AQUILES ¿Quién está aquí?
LIBIO Un lobo que dio en la trampa.
AQUILES ¿Quién eres?
LIBIO Iré a saberlo;
ya vuelvo.

AQUILES ¿De qué te espantas?
LIBIO De poco, pues es de ti. 920
AQUILES ¿Por qué?
LIBIO Porque tengo gana
de espantarme.
AQUILES Ahora conozco
que hay en las sangres distancia,
pues hay hombres que me temen,
donde hay hombres que me agravian. 925
Ven acá.
LIBIO Aquí estoy muy bien.
AQUILES ¿Has visto en esta montaña
una boca de quien es
todo un peñasco mordaza?
LIBIO Pues no. Vaya usted, que a aquella 930
parte está.[(7)]
AQUILES Ven tú a enseñarla.
LIBIO Desde aquí daré las señas.
AQUILES Tu temor me ha dado causa
a obligarte que conmigo
vengas, y ya con dos causas: 935
que por dónde voy no puedas
decir, y de paso me hagas
capaz de un dolor que ignoro.
Ven acá, ¿cómo se llama
una dulce pesadumbre, 940
que a un tiempo yela y abrasa
todo el corazón, corriendo
desde los ojos al alma?
LIBIO ¿Qué habías visto?
AQUILES Una mujer.
LIBIO O todas mis ciencias faltan, 945
o esa pasión es amor.
AQUILES Luego, después de mirarla,
¿otra más fuerte pasión, [53v]
hija de aquella, hay contraria?
¿Cómo se llama?
LIBIO ¿Qué habías 950
visto?[(8)]
AQUILES Que a un hombre se abraza.
LIBIO Aquesos se llaman celos.
AQUILES ¿Celos? Mientes, tú me engañas;
que no pueden celos ser
a quien una letra falta 955
para 'cielos' y le sobra
para ser 'infierno' tantas;
y cuando lo sean, ¿qué cura
tener pueden?
LIBIO Olvidarla.
AQUILES Dame tú un poco de olvido. 960

LIBIO Hémelo dejado en casa,
mas, si un tantico me espera
iré por él, y en volandas
de tantísimo de olvido
vendré cargado.

AQUILES ¿Qué aguardas? 965
Corre veloz.

LIBIO Al instante
verás que vuelvo; la espalda,
mamola el seor mostrecillo.

DEIDAMIA Allí se mueven las ramas;
cercad el sitio.

AQUILES ¡Ay de mí! 970
¿El despeñarme aun no basta
para que el centro me esconda?
Pero la fuga me valga
por esta parte.

(Sale LIDORO **al paso**.**)**

LIDORO Detente,
prodigiosa fiera humana, 975
que mía ha de ser la dicha
de que a los pies de Deidamia
vuelvas.

AQUILES Porque tú no logres
esa ocasión de agradarla,
no por temor, otra vez 980
el monte crucé.

(**Sale** ULISES.)

ULISES Aguarda,
racional humano monstruo,
ya que para mi esperanza
quiere el cielo que yo sea
quien te dedique a las aras 985
de Marte, para blasón
de Grecia.

AQUILES Pretensión vana
es parar mi curso.

(**Sale** DANTEO.)

DANTEO Espera,
prodigio destas montañas,
que mío ha de ser el triunfo. 990

AQUILES ¿Dónde pueden ir mis ansias,
cercado de tantos?

(**Sale** EL REY.)

EL REY Donde
sea mía la alabanza
de tu rendimiento.

(**Sale** DEIDAMIA.)

DEIDAMIA No huyas,
sabiendo que no te agravia 995
quien para tu honor te busca.
AQUILES Eso no sé, y sé que airada
una deidad que ofendí
quedará, si no me halla
donde me dejó, y así 1000
entre todos, las espaldas
fïadas deste peñasco
he de lidiar en demanda
de mi libertad.
TODOS Pues, ¿cómo
de tantos librarte aguardas? 1005

(Toma un bastón, **como arrancado de un árbol**.**)**

AQUILES Muriendo y matando.
EL REY Date
a prisión, pues que no tratas
darte a partido.
AQUILES Divina

(Riñen todos con él.)

deidad, ¿cómo en pena tanta
por un pequeño delito 1010
me falta tu amor?

(**Ábrese el peñasco y vese** TETIS **en él**, **y vuelve a cerrarse con** AQUILES.)

TETIS No falta; [54] (9)
que este peñasco abrirá
sus pavorosas entrañas
para librarte de que
cumpla el hado su amenaza. 1015
AQUILES ¡Ay de quien, vivo, sepulcro
esconde sin esperanzas
de que nunca ha de volver
a ver el sol de Deidamia!
EL REY ¡Qué prodigio!
LIDORO ¡Qué portento! 1020
DANTEO ¡Qué maravilla!

ULISES ¡Qué ansia!
DEIDAMIA Pues el centro de la tierra,
para escondérnosle, rasga
sus duros senos, ¿quién duda
que oculta deidad le ampara? 1025
EL REY Si contra oculta deidad
humano poder no basta,
desamparemos el monte.
DANTEO Al mar.
LIDORO Al golfo.
TODOS A la playa.
ULISES Aunque todos huyan, yo 1030
quedaré donde dé trazas
opuestas, deidad, de hallarle
donde quiera que le guardas.

Jornada II

Vuelve a abrirse el peñasco y vese en él a AQUILES **y** TETIS **luchando**, **y con los primeros versos salen al tablado y el peñasco se cierra**.

AQUILES ¿Esta es piedad?
TETIS Sí.
AQUILES Pues no
quiero admitirla.
TETIS ¿Qué intentas?
AQUILES Arrojarme despechado,
desde esa más alta peña
al mar, a donde mi vida, 5
desesperada y resuelta,
de un sepulcro a otro sepulcro
pase de una vez, y tengan
fin tantas ansias.
TETIS Advierte.
AQUILES Es en vano.
TETIS Considera. 10
AQUILES No es posible.
TETIS Mira.
AQUILES ¿Qué
hay que mire?, ¿qué hay que advierta?,
¿qué hay que considere, cuando
sujeto a tirana fuerza,
segunda vez solicitas 15
reducirme a más estrecha
prisión que la que echó a mal
los años de mi edad tierna?
Cuando pensé que el abrirse
en duras bocas la tierra, 20

amparándome de tantos
como me sitiaron, fuera
para mi seguridad,
¿vuelve a ser para mi afrenta?
Pues no, no ha de ser, que ya 25
es tarde para obediencias.
Antes que viera del sol
las luces, antes que viera
de los cielos la armonía,
de los montes la soberbia, 30
de las flores la hermosura,
de las aves la belleza,
y la inquietud de los mares,
ya toleraba mi estrella
en la fe de la ignorancia 35
el voto de la apaciencia.
Pero después que los vi,
y vi que juraba reina
de la hermosura a Deidamia
toda la naturaleza: 40
¿cómo quieres que otra vez
sin ellos viva, y sin ella,
y me consuele de hallarla,
tan solo para perderla?
Y así, pïadosa, cruel, 45
que me amparas y me fuerzas,
que me crías y me afliges,
me halagas y me atormentas,
perdóneme tu respeto, [54v] (10)
que aunque obedecerte quiera, 50
mi voluntad, mi pasión,
no quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
la luz, aunque la defiendan
los hados, o ha de quitarme 55
la vida, porque no tenga
a pesar de mi valor
aqueste triunfo su ausencia.

TETIS ¡Ay, Aquiles, si supieses
cuán piadosamente atenta 60
esta que llamas crueldad,
tu vida ampara, y reserva
de opuesto influjo!

AQUILES ¿Qué influjo
habrá tan crüel, que pueda
más que quitarme la vida? 65
Pues si tú me quitas esta,
¿qué me das? Y así, perdona,
digo otra vez, y pues fiera
constelación una vida

destina a dos muertes, deja 70
que la pierda a gusto mío,
si es preciso el que la pierda.
Vuelve, pues, bella Deidamia,
y cuantos te siguen vuelvan
a lograr en mí las iras, 75
con que mi muerte desean.
¡Aquiles os[(11)] llama!, ¡Aquiles!

TETIS Suspende la voz y piensa.

AQUILES Ya te he dicho que es en vano,
si ya no es que me convenza 80
superior razón; y así,
mientras la causa no sepa
que te obliga a que me ocultes
quién eres, y soy, y mientras
no volviere a ver el cielo 85
de aquella deidad, aquella
sin quien ya será imposible,
que alivio mis ansias tengan,
no ha de volver a domarme
el yugo de tu obediencia. 90

TETIS ¿Tanto una beldad te arrastra?

AQUILES Tanto que seguirla es fuerza.

TETIS ¿No hay olvido?

AQUILES No sé dél.

TETIS ¿No hay cordura?

AQUILES No sé della.

TETIS ¿No hay albedrío?

AQUILES No es mío. 95

TETIS ¿No hay libertad?

AQUILES Es ajena.

TETIS ¿No hay remedio?

AQUILES No hay remedio.

TETIS ¿No hay prudencia?

AQUILES No hay prudencia;
morir o ver a Deidamia.

TETIS Pues ya que a su extremo llega 100
tu pasión, llegue a su extremo
la mía también, y sea
un asombro de otro asombro.

AQUILES ¡Reparo infeliz!

TETIS ¿Qué intentas?,
¿que sepas tú tu peligro, 105
y yo poner medio sepa
con que tú a Deidamia asistas,
y yo seguro te tenga?

AQUILES Pues, ¿qué aguardas?

TETIS Temo que
no verisímil parezca. 110

AQUILES Al amor todo le es fácil.

TETIS ¿Si es terrible?
AQUILES No le temas.
TETIS ¿Si es temerario?
AQUILES ¿Qué obsta?
TETIS ¿Si es extraño?
AQUILES Que lo sea
TETIS ¿Y si acaso...
AQUILES Di.
TETIS ...peligra 115
en términos de dolencia?
AQUILES ¿Qué importara, si es mi vida
fábula, que lo parezca?
¿De qué manera si, pues,
ha de ser?
TETIS Desta manera. 120
Yo soy, prodigioso Aquiles,
ya que declararme es fuerza,
Tetis[(12)], hija de Neptuno,
primer deidad de su esfera.
Algunas tardes, que el mayo 125
en su hermosa primavera
conchas me ferió y corales [55]
a claveles y azucenas,
con otras ninfas del mar
discurría la ribera 130
deste monte, coronada
de aljófares y de perlas.
Peleo, príncipe altivo
de la isla, tras las fieras
la campaña discurría, 135
cuando viendo mi belleza
(para desdichas, no es
vanidad que la encarezca)
solicitó mis favores,
y advirtiendo cuánto era 140
imposible a su deseo
ingrata mi resistencia,
dispuso... Pero permite
que aquí, turbada la lengua,
la retórica dispense 145
con el semblante, pues ella
menos dirá con la voz
que él dice con la vergüenza.
Basta pues, ¡ay infelice!,
que embrión de una violencia 150
fuiste, porque no te quejes
de mí, sino de tu estrella,
pues eres tan desdichado,
que cuando todos se precian
que nacieron de un amor, 155

naciste tú de una fuerza.
Yo ofendida, yo quejosa,
porque nunca se supiera
que tuvo logro su injuria,
ni que dio fruto mi afrenta, 160
a él le di muerte y la isla
quemé, no dejando en ella
racional testigo en quien
no sepultase mi ofensa
sin reservar, no mi ira, 165
sino superior clemencia,
más que ese templo, que Marte
sobre sus cumbres conserva.
Entre este horror, este asombro,
este pasmo, esta inclemencia, 170
lidiando mi pecho al verte
el rencor con la terneza
y que culpas de malicia
iba a pagar la inocencia,
te crïe con el secreto 175
que, encomendado a las peñas,
creciste a merced de solas
silvestres frutas y yerbas.
Viendo, pues, tu prodigioso
nacimiento, quise atenta 180
al discurso de tu vida
leerle en las doradas letras
de ese volumen, usando
de la no adquirida ciencia,
sino heredada, bien como 185
deidad de mares y selvas.
Y hallé que al tercero lustro
te amenaza la más fiera
lid, la más dura batalla,
la campaña más sangrienta 190
de cuantos en sus teatros
la fortuna representa.
Conque al ver por una parte
que a mi decoro es decencia
tenerte oculto, y por otra 195
que a tu vida es conveniencia,
quise, añadiendo razón
a razón y fuerza a fuerza,
que no salieses al mundo
hasta que mi diligencia, 200
haciendo que el fatal crisis
de la amenaza trascienda,
quebrase al hado los ojos.
Mas, ¡ay de mí!, ¡cuánto yerra
quien al poder de los dioses 205

previene hacer resistencia!
Marte lo diga, pues viendo
que al ceño de sus violencias
contigo el horror anima,
contigo el estrago alienta, 210
en su oráculo ha mandado [55v]
que en los centros de estas quiebras
te busquen, porque tú solo
importas en esta guerra,
tanto que sin ti no puede 215
acabarla toda Grecia.
Y dígalo Venus, pues
siendo en el robo de Elena
cómplice, como soborno
que fue de la competencia 220
de Paris, con los estruendos
de agua, fuego, viento y tierra,
el oráculo impidió,
dejando en su nombre y señas
declarada la noticia 225
y dudosa la certeza.
Y siendo así que tu hado
y su oráculo convengan
a tiempo que tú vencido
te ves de pasión tan ciega 230
que el retirarte a que vivas
es retirarte a que mueras,
¿qué mucho que yo al delirio
de una imaginada idea
procure hacer tiempo que hado, 235
amor y oráculo venzas?
Astrea, de Deydamia prima,
a quien en su infancia tierna
llevó al gobierno de Acaya
su padre, muriendo en ella, 240
llamada fue de Deydamia,
a que en sus palacios tenga
las dignidades de dama
con los honores de deuda.
Embarcose pues, y al fiero 245
temporal de una tormenta
dio al través, siendo la nave
su tumba, la quilla vuelta.
Con que yo agora, valida
de la blanda primavera 250
de tu edad, apadrinada
de tu divina belleza,
en fe de que nadie puede
en Egnido conocerla,
puesto que de infante a joven 255

dan las facciones mil vueltas,
solicito, como dije,
que el mundo en tu historia vea
la más extraña que el tiempo
repite en plumas y lenguas; 260
pues como tú, Aquiles, tomes
el traje y nombre de Astrea,
y yo bajel y familia
y demás faustos prevenga,
no dudo que, como el reo 265
que delincuente se alberga
a la sombra del cadahalso
donde nadie le sospecha,
te ampares tú en tu peligro
de ti, maginando señas 270
de que allí puedan buscarte
ni el amor que te atormenta,
ni el hado que te amenaza,
ni oráculo que te arriesga,
en cuyo disfraz tú agora 275
discurre, imagina y piensa
cuál viene a estarte mejor:
que de ti tu influjo sepan
o estar sirviendo a tu dama.
Y cuando no te convenzan 280
tres razones tan precisas,
pensar será la más cuerda,
que esto no ha de durar más
que solo hasta que trascienda
el punto que te amenaza, 285
que ya se[(13)] divisa cerca:
y una vez pasado, yo
seré, Aquiles, la primera
que de la rascada brida
el tiento te dé en la rienda, 290
la noticia en el estribo,
y en él borren la firmeza;
que el blando acero te ciña,
el limpio arnés te prevenga,
el duro yelmo te enlace, 295 [56]
el fuerte escudo te ofrezca,
para que glorioso vivas.
Mas deja hasta entonces, deja,
que averigüemos al cielo
si tiene el ingenio fuerzas, 300
contra el poder de sus hados
y influjo de sus estrellas.

AQUILES

Si a cada razón de cuantas
me ha dicho tu voz, hubiera
de responderte, confuso 305

me hallara entre las respuestas.
Y así por no confundirlas,
o no embarazarme en ellas,
todas las dejo, pues todas
en una sola se abrevian. 310
Si a vivir voy con Deydamia,
si a adorar voy su belleza,
nombre, ser, honor y fama,
¿qué se pierde en que se pierda?
No me dilates la dicha 315
que me ofreces; considera
que persuadido un deseo
a siglos las horas cuenta.

TETIS Pues ya que lo estás, escucha:
¡ha del mar!

(**Salen cuatro** NINFAS.)

MÚSICA **(Dentro.)** ¡Ha de la tierra! 320

TETIS Hermosas ninfas de Tetis.

UNO ¿Qué mandas?

DOS ¿Qué quieres?

TRES ¿Qué dices?

CUATRO ¿Qué ordenas?

TODAS Pues sabes que estamos
siempre a tu obediencia. 325

TETIS Que con los más sumptüosos
adornos, joyas y telas,
que en los archivos del mar
la hidrópica sed encierra,
a aqueste bruto diamante 330
pulir tratéis de manera,
que el que fue asombro de horror,
pase a serlo de belleza,
cuando mujeriles pompas,
tanto su forma desmientan, 335
que sea monstruo en los jardines
el que fue monstruo en las selvas.

LAS CUATRO Norabuena sea,
sea norabuena,
[trocando su forma] (14) 340
de horror en belleza,
monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas: (15)
sea norabuena.

UNO Ven donde tus ninfas... 345

DOS ...a tu gusto atentas...

TRES ...su hermosura labren...

CUATRO ...pulan su belleza.

UNO De suerte que como...

DOS ...has dicho tú mesma... 350
TRES ...tanto su semblante...
CUATRO ...disfrace que sea...
TODAS **(Cantan.)** Trocando su forma
de horror en belleza,
monstruo en los jardines 355
quien lo fue en las selvas.
TETIS Ven a la orilla del mar,
donde ya, Aquiles, te espera
el fantástico bajel,
en que de todas sus señas 360
informado te acompaña.
AQUILES Cielo, sol, luna y estrellas;
montes, mares, troncos, flores;
brutos, aves, peces, fieras:
ya que es fuerza que mi vida 365
fábula al mundo parezca,
dadme ingenio con que supla
mi ignorancia, cuando sea
monstrüo en los jardines
quïen lo füe en las selvas. 370
TODAS Norabuena sea,
sea norabuena.
Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines 375
[quien lo fue en las selvas.]

(Vanse cantando y representando, y sale ULISES **como oyendo las voces.)**

ULISES «Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines, [56v]
quien lo fue en las selvas». 380
¿Qué nuevo oráculo, cielos,
es este que al aire suena,
en que parece que Marte
se obliga de la fineza
con que me quede en el monte, 385
cuando dél todos se ausentan?
Por si averiguar pudiese
el alma de su respuesta
intentando declararla,
pues para su inteligencia 390
que allí impidió el terremoto,
dice aquí en voces diversas.
ÉL y MÚSICOS **(Dentro.)** A ver si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines, 395
quien lo fue en las selvas.

ULISES Tropa de marinas ninfas
es la que hacia la ribera
alegremente festiva
llevando el monstruo se acerca. 400
Tras ellas iré, aunque en vano
será, pues en hombros dellas
ya al mar se introduce, donde
hermoso bajel le espera,
a cuyo borde llegando, 405
vuelven a decir contentas,
como que a Marte en baldón
dicen de su competencia.

ÉL y MÚSICOS Veamos si sus hados
vence, cuando sea 410
monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas.

ULISES Ya dentro del buque al mar,
en las náuticas faenas
del marinaje, las voces 415
dicen en música envueltas.

MÚSICOS ¡A leva, a leva!
El ancla desmarra,
despliega las velas,
y gozando el viento, 420
que sopla de tierra,
¡a leva, a leva!
Veamos si sus hados
[vence, cuando sea
monstruo en los jardines 425
quien lo fue en las selvas.]
¡A leva, a leva!
El ancla desmarra,
y descoge la vela.

ULISES[16] Ya engolfado en alta mar, 430
tan favorable navega,
que siendo delfín que nada,
parece neblí que vuela;
pero no me desconfïe
a pensar, que las cautelas 435
de Ulises... Pero, ¿qué digo,
si es[17] tan imposible haberlas,
cuanto lo es el contrastar
alguna deidad suprema,
que al resguardo de sus riesgos 440
de aquí diciendo le ausenta?

ÉL y MÚSICOS ¡A leva, a leva!
Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines, 445
quien lo fue en las selvas.

(**Sale** LIDORO **leyendo una carta y** DANTEO **descubierto y** LIBIO.)

DANTEO ¿Qué escribe el Rey mi señor?
LIDORO Que habiendo la voz corrido
de haberse el bajel perdido,
ya de mi muerte el rigor 450
tuvo por cierto; mas luego
que a la voz siguió[(18)] el aviso,
ponerse en camino quiso
para Egnido: tanto llego
a deber a su fineza. 455
Y al fin, que presto vendrán
prevenciones que podrán
desempeñar la tristeza
con que hoy vivo disfrazado
a vista de tanto bien. 460
DANTEO Aunque disculpas me den
tus razones, lo has errado
en callar desde aquel día;
pues, ¿que importaría llegar [57]
derrotado tú del mar? 465
LIBIO Muchísimo importaría;
lleno a su novia envió
de joyas y de cadenas
su retrato uno, y apenas
la dicha novia le vio, 470
cuando con dos mil placeres
dio el sí. Él, muy amante y fino,
se puso luego en camino.
Ciertos hombres y mujeres,
de los que alzando figura, 475
dicen, sin saber de estrellas,
la buena ventura ellas,
y ellos la mala ventura,
dieron con él, y tomaron,
a la vista del lugar 480
a donde se iba a casar,
cuanto en su poder hallaron.
Él, bien o mal, como pudo,
hasta su novia llegó;
ella así como le vio 485
descadenado y desnudo,
dijo: «Este no se parece
al retrato que yo amé,
ni he de casarme, porque
quien no parece, perece». 490
DANTEO Extraña frialdad.
LIDORO Espera,
que bajando a los jardines,

donde rosas y jazmines
aguardan su primavera,
Deydamia, hermosa, ha salido 495
de su cuarto.

DANTEO Llegaré
a hablarla al paso, porque
puedas, señor, divertido
en su hermosura, lograr
la breve ocasión que ofrece 500
el sitio.

LIDORO Y [si] (19) te parece,
en mí la puedes hablar
para ver si su semblante,
iris del cielo de amor,
corre algún rasgo en favor 505
de mi fortuna inconstante.

DANTEO Ya llega cerca; y así
es bien, el papel trocado,
hagas el de mi crïado.

(**Salen** DEYDAMIA **y** SIRENE, **cúbrase** DANTEO **y descúbrese** LIDORO.)

DEYDAMIA ¿Quién, Sirene, estaba aquí? 510

SIRENE Al embajador vi agora
de tu esposo.

DEYDAMIA ¡Qué rigor!
¿Qué hay de nuevo, embajador?

DANTEO Mucho que temer, señora,
y que dudar.

DEYDAMIA ¿De qué modo? 515

DANTEO Carta del Rey he tenido,
en que me avisa que ha sido
tan amante y fino enredo
cuanto a su afecto ha tocado
Lidoro, el príncipe mío, 520
que obediente a su albedrío,
así como efectüado
vio el concierto, se embarcó,
porque no quiso que fuera
otro quien por vós viniera. 525

LIDORO ¿Alégrase de oíllo?

LIBIO No.

DANTEO Y haber llegado sin él
el aviso, me he tenido
triste, y más habiendo oído
la pérdida de un bajel, 530
según me contaba aquí
este extranjero, que igual
corrió el mismo temporal.

LIDORO ¿Y agora alégrase?

LIBIO Sí.
LIDORO Mientes, que primero fue 535
cuando el semblante alegró,
y agora le entristece.
LIBIO Yo
poco de semblantes sé,
pero ni uno ni otro vi.
DEYDAMIA Mucho siento, embajador, 540
que tenga vuestro temor
tanta razón contra sí.
LIDORO ¿Ves si lo siente?
LIBIO Muy bien.
DEYDAMIA Decid a ese forastero
que llegue a hablarme, que quiero 545
informarme yo también [57v]
de las noticias que tiene.
DANTEO Mirad, que llama Su Alteza.
LIDORO Si esa divina belleza
tantos favores previene 550
al que llega perseguido
de la fortuna y del hado,
ya fuera más desdichado,
si menos lo hubiera sido.
DEYDAMIA ¿No fuisteis vós el primero 555
que a socorrerme llegó
cuando mi temor creyó
ser Aquiles monstruo fiero?
LIDORO Yo fui el primero, señora,
que presumió que pudiera 560
ser tan felice que diera
por vós la vida que agora
rinde humilde a vuestros pies.
DEYDAMIA Confieso que agradecida
os quedé, y compadecida 565
de vuestras penas, después
que supe que derrotado
habías salido del mar;
y para desempeñar
la deuda en que os he quedado 570
en algún cargo, poned
los ojos, que desde agora
ser ofrezco intercesora **(Yéndose.)**
en que se os haga merced.
LIDORO La tierra que pisáis beso; 575
si la tierra que pisáis
besar merezco, y pues dais
con tal liberal exceso
ocasión a mis enojos
de alentarse, yo os diré 580
una pretensión en que

tengo ya puestos los ojos.
DEYDAMIA **(Vuelve.)** Decid.
LIDORO No ha de ser agora
DEYDAMIA ¿Por qué?
LIDORO Porque no me atrevo.
DEYDAMIA ¿Cómo?
LIDORO Como agora debo 585
pensarlo mejor, señora.
DEYDAMIA ¿Pues no me decís, que ya
pensada la tenéis?
LIDORO Sí;
pero habiendo vós por mí
de empeñaros, claro está 590
que el atreverme es forzoso
a más, que muy otro ha sido,
pensar como desvalido,
que pedir como dichoso.
DEYDAMIA Pues volvedme a verme aquí, 595
en habiéndolo mirado.
LIDORO ¿Cómo habiéndome llamado,
para informaros de mí,
cuando mi naufragio fue,
tan poco cuidado os da, 600
saber si cierto será
el de Lidoro?
DEYDAMIA No sé; **(Al paño.)**
porque, o es verdad, o no;
si no es verdad, necedad
es sentirlo, y si es verdad, 605
¿qué culpa le tengo yo?
Y pasando a otro temor,
que más que aquesto lo ha sido
sepa si el bajel perdido
de Acaya era, que el rigor 610
que más me aflige, es pensar
si en él Astrea venía.
LIDORO No, señora, que él traía
contrario rumbo de mar,
y el bajel era de Egnido[(20)], 615
y Lidoro venía en él.
DEYDAMIA Como quiera que el bajel
el de Astrea no haya sido,
por esa segunda nueva,
en segunda obligación 620
valdré vuestra pretensión.
LIDORO Con tal favor, que me atreva
a más que pensé, será
dicha, no jactancia.
DEYDAMIA Pues
dadme el memorial después. **(Vase.)** 625

LIDORO ¿Quién darme a un tiempo creerá
muerte y vida? Poco gusto
muestra de mi casamiento [58]
Deydamia.
DANTEO Ese sentimiento,
recelo es de amor injusto, 630
que claro es que su recato
no había de hacer exceso
alguno.
LIBIO Tampoco es eso.
LIDORO ¿Pues qué?
LIBIO Vuélvome al retrato.
Venimos descadenados; 635
y así somos recibidos,
como hombres mal parecidos;
deja que lleguen crïados,
vestidos, joyas, dineros,
caballos, coches, libreas, 640
y que cercado te veas
de pajes y de escuderos;
deja que haya hoy un festín,
que haya mañana un torneo,
esotro justa y paseo, 645
máscara esotro; y en fin
verás entonces, señor,
cómo con grandeza igual,
si ahora has parecido mal,
pareces mucho peor. 650
DANTEO Y en fin, ¿qué piensas hacer?
LIDORO Escribir, Danteo, con tal
atención el memorial,
que sin llegar a saber
quién soy, la ponga en cuidado 655
de querer saber quién soy,
para cuyo intento hoy...
DANTEO Calla, que el Rey ha llegado.

(Sale EL REY **y gente**.**)**

EL REY Ya que quedaste en el monte,
dime si algún rastro o seña 660
volviste a hallar.
ULISES Peña a peña
corrí todo su horizonte;
ni indicio, ni rastro hallé.
(Aparte.) El oráculo que oí
reservaré para mí, 665
y en tanto que más no sé,
mira qué quieres que diga
a los príncipes de Grecia.

EL REY Cuánto mi amistad aprecia
entrar en la heroica liga 670
que contra Troya se trata;
pero que en aquesta parte,
el oráculo de Marte
mis prevenciones dilata.
Porque mientras yo no veo, 675
que Aquiles a Troya va,
a quien todos vimos ya,
sin que sepamos cuál sea
la deidad que nos oculta,
yo no me atreveré a hacer 680
lid, en que se va a perder;
pues Marte lo dificulta.
ULISES De esta suerte lo diré:
de tu parte y de la mía,
protesto desde este día 685
a Grecia mi patria, en fe
del hijo de más valor,
y según dicen más sabio,
en venganza de su agravio,
y en demanda de su honor, 690
no perdonar diligencia
que mis engaños sutiles
no hagan en busca de Aquiles,
a traerle a tu presencia,
si sé en varios horizontes 695
abrí, sufriendo pesares,
las entrañas de los mares,
y los senos de los montes.
Deidad que le guardas, si
para otros[(21)] ocultos fines, 700
ya es monstro de los jardines,
¿dónde está Aquiles?

(**Sale un** CRIADO.)

CRIADO Aquí,
esperad
EL REY ¿Qué es eso?
CRIADO Astrea,
que ahora acaba de llegar,
licencia pide de entrar. 705
ULISES ¿Otro proverbio? Aunque sea
acaso, pues dijo «aquí», [58v]
aquí le empiece a buscar.
EL REY ¿Qué espera para llegar
mi sobrina? Celio, di 710
tú a Deidamia, que a la bella
Astrea salga a recibir,

que aunque la viene a servir,
hay tanta nobleza en ella,
que es justo honralla.

LIBIO — Esta esfera 715
hoy nuevo cielo será.

LIDORO — Calla, porque llegan ya.

LIBIO — Yo callara si pudiera.

(Tocan chirimías; sale AQUILES **de dama y** TETIS **con acompañamiento por una parte, y por otra** DEIDAMIA **y las damas.)**

AQUILES — Apenas vi del palacio
la inmensa fábrica augusta, 720
cuando todos mis sentidos
se desvanecen y turban.

TETIS — Pues vuelve en ti, y con prudencia
te cobra y te disimula.[22]

AQUILES — Vuestra Majestad, señor... 725
yo... si... cuando... los pies nunca
merecí.

EL REY — Esta turbación,
más os abona y disculpa,
que pidiera la más docta
retórica, y más aguda; 730
besad la mano a Deidamia.

AQUILES — Hermosa Deidamia, en cuya
competencia de los cielos
es sombra la luz más pura,
dadme a besar vuestra mano, 735
y perdonadme, que muda
tanta dicha no encarezca,
que aunque mi rudeza estudia
muchas cosas que deciros,
no se me acordó ninguna, 740
desde que os vi, y esta sola
siempre en mi memoria dura,
porque tocar vuestra mano
mal puede olvidarse nunca.

DEIDAMIA — En toda mi vida vi 745
más peregrina hermosura,
alzad Astrea del suelo,
y creed que tengo a ventura
que a ser vengáis, no mi dama,
sino mi amiga; que hay muchas 750
razones para estimar
(mis brazos os lo aseguran)
las prendas de vuestra sangre.

AQUILES — ¡Oh, qué bien dicen, fortuna,
que no se consigue mucho, 755
si mucho no se aventura!

A los brazos de Deidamia
llegué; si es que alguno culpa
el disfraz, ame y verá
cuántos él discurre y busca. 760
Hoy de su mina arrancada
llega, tosca piedra inculta,
un alma a que los crisoles
del ingenio y la cordura,
con ejemplares la labren 765
y sin castigos la pulan.

SIRENE — Todas de vós, bella Astrea,
aprenderemos sin duda,
en vuestra beldad liciones
del ingenio que os ilustra. 770

EL REY — Ya, Ulises, que la ocasión
de que esta obligación cumpla,
cortó la plática nuestra,
a ella volvamos: no una
vez sola, pero mil veces 775
doy a las deidades sumas,
palabra de que en el día
que el cielo a Aquiles descubra
daré contra Troya a Grecia
todo mi favor y ayuda. 780

AQUILES — ¡Válgame Dios! ¿Tanto importa
que el cielo mis hados cumpla?

ULISES — Y yo vuelvo una y mil veces
a dar palabra a las sumas
deidades también, de andar 785
el orbe todo en su busca, [59]
hasta que el valor le encuentre
o el ingenio le descubra.

(**Sale** DANTEO.)

DANTEO — Cerca está de aquí, señor.

ULISES — ¿Adónde...

AQUILES — ¡Qué desventura! 790

ULISES — ...Aquiles está?

DANTEO — Yo digo
un bajel, que haciendo puntas,
veloz neblí[(23)] de las ondas,
el nido del puerto busca.

ULISES — ¿Otro proverbio? No acaso 795
el cielo mi intento ayuda.

DANTEO — Y vengo a pedir albricias,
porque en él viene sin duda
Lidoro, según sus cartas
me dicen, y lo aseguran 800
el rumbo y seña que trae,

si bien las hace confusas
la distancia.

EL REY — Si es Lidoro
el que nuestros mares surca,
seguras albricias tienes. 805

DEIDAMIA — Las mías son más seguras,
que como lágrimas son,
están más promptas.

LIDORO — Fortuna,
cuando el Rey se alegra, ¿ella
se entristece y se disgusta? 810

DANTEO — Si ese bajel es de Epiro,
verás cuán presto se muda
la tristeza en alegría.

LIDORO — Ya tarde la espero, o nunca,
pero porque no se queje 815
de mí mi omisión, la industria
de hablarla en mi pretensión,
su afecto haré que descubra.

(**Vanse** LIDORO, DANTEO **y** LIBIO.)

EL REY — Vamos al muelle, que quiero
desde su elevada punta, 820
ver ese nevado cisne
nadar sobre las espumas.
Adiós Deidamia.

(**Vase** EL REY **y** CRIADOS.)

DEIDAMIA — Los cielos
te guarden: decid que acuda
la música a los jardines. 825
Ven Astrea.

TETIS — Antes escucha.

(Vase DEIDAMIA **y damas.)**

¿Ya has oído los desvelos
con que tu persona buscan?

AQUILES — Sí.

TETIS — Pues no te digo más
de que en conservarla oculta 830
está tu seguridad;
y pues queda tu fortuna
en tu mano, adiós Aquiles;
y ten silencio y cordura,
pues ya falta poco para 835
que el término su hado cumpla.

AQUILES — Eso díselo a mi amor;

que no es posible que sufra
silencio el fuego sin que
ahúme, ya que no luzga. 840

ULISES

Cielos, si a vuestras estrellas
persuadisteis a que influyan
en mi favor los afectos
que caudillo me intitulan
de toda Grecia, ¿por qué 845
después que el nombre me ilustra,
me andáis regateando el medio
y escaseando la ventura?
Sin Aquiles esta guerra
no tendrá, según pronuncia 850
el oráculo de Marte
favorable la fortuna.
Pues, ¿cómo a dar la noticia (24)
basta su deidad augusta,
y a descubrirle no basta? 855
Mas, ¡ay de mí!, que sin duda,
opuesto poder le ampara;
bien lo muestra y asegura
hacer cuando deja verse
que por los vientos nos huya. 860
Pues yo no me he de rendir
a dificultad ninguna,
que si hay un dios que le guarda
otros hay que le descubran.
Y si por humanos medios 865 [59v]
esto puede ser, mi industria
dará trazas con que a efecto
llegue, y esta ha de ser una.
Muchos días ha que noto
que en la milicia no supla 870
la humana voz otra voz
superior a todas, cuya
orden gobierne las tropas,
ya divididas, ya juntas;
un horroroso sonido, 875
que ánimo y valor infunda
en los pechos de los hombres,
de suerte que su confusa
armonía, con variarle
de las cláusulas algunas, 880
todo un ejército entero,
si una vez el son escucha,
entienda lo que le manda
porque lo ejecute y cumpla.
Con esta imaginación 885
han trazado mis astucias
dos instrumentos: el uno

de curadas pieles rudas,
y el otro de retorcidos
metales; ambos retumban 890
de suerte que, armoniosos,
en una y otra voz juntan
los apartados extremos
del horror y la dulzura.
Destos instrumentos dos, 895
que erizan y que espeluzan
al que los oye, he de usar
hoy de Aquiles en la busca.
Y siendo así que de monstruo
de las montañas le muda 900
a monstruo de los jardines,
¿quién nos le guarda?, ¿quién duda
(pues la voz sola entrar puede
en la estancia más oculta)
que con este horror su oído 905
hiera, la prisión no sufra?
Porque joven a quien Marte
para sus triunfos anuncia,
gran corazón le guarnece,
gran espíritu le ilustra; 910
y no es posible que quien [(25)]
ya en los vaticinios triunfa
y en los oráculos vence,
oyendo este idioma, cumpla
con su mismo natural, 915
si arrebatado no busca
la horrible voz de la guerra,
que sus aplausos pronuncia.
Y cuando no se consiga
por tal medio tal ventura, 920
otros habrá, sin que dé
por vencidas mis industrias.
Pues antes... Mas, ¿qué instrumento
la voz de mis labios hurtan?
Músicos son de Deidamia, 925
y por detrás destas murtas
ella viene; embarazarla
no quiero. ¿Dónde, fortuna,
hallaré a Aquiles?

DEIDAMIA Conmigo
no venga ahora ninguna. 930

ULISES ¿Otro a caso? Pues no quiero
creer que misterio no incluya

(Vanse y sale DEIDAMIA **sola.)**

DEIDAMIA Quedaos y decid que no

canten, porque me disgusta
aplicar injustos medios 935
contra tristezas tan justas.
¡Oh tú, soberbio bajel,
que hollando cristales vienes,
si de mi pena crüel,
el dueño en tu esfera tienes, 940
no tomes puerto crüel!
Mira que son contra mí
(pues para no amar nací)
todos cuantos bordos das.

(**Sale** AQUILES.)

AQUILES ¿Dónde, pensamientos, vas? 945
Mas si está Deidamia aquí, [60]
¿qué mucho que aquí vinieras
sin que la eleción hicieras,
pues siempre va el corazón
al riesgo sin elección? 950
DEIDAMIA Vuelve, vuelve al mar, no quieras
ser de un tirano tercero,
que al viento dos veces sigue.
AQUILES Sola está: volverme quiero,
no haya ocasión que me obligue 955
a decir del mal que muero.
DEIDAMIA No de la libertad mía
quieras... Mas, ¿quién, ¡ay de mí!,
mis sentimientos oía?
AQUILES Yo; llegué aquí, y como vi 960
que estás sola, me volvía
por no escuchar lo que hablabas.
DEIDAMIA Poco importara, ¡ay Astrea!,
ser tú la que me escucharas;
y para que tu amor crea 965
que tú no me embarazabas,
lo que me hubiera pesado
que alguien me hubiera escuchado,
te diré a ti, porque así
veas que fío de ti 970
la causa de mi cuidado;
tanto, si verdad confieso,
aunque parezca temprano,
te estimo.
AQUILES Tu mano beso,
aunque no tanto por eso, 975
como por besar tu mano.
DEIDAMIA Mi padre sin mi albedrío
con Lidoro me casó,
príncipe de Epiro.

AQUILES Impío
rigor, ¿casada estás?
DEIDAMIA No. 980
AQUILES Vivamos corazón mío.
DEIDAMIA Hechos los conciertos sí.
AQUILES Pues si aún no lo estás, ¿de qué
es tu pena?
DEIDAMIA Escucha.
AQUILES Di.
DEIDAMIA Tanto el sentimiento fue 985
de dar a quien nunca vi
mi padre mi voluntad,
que ofendida la crueldad
de mi altivo pensamiento,
se ha hecho aborrecimiento 990
lo que aún no fue voluntad.
Si mi padre me casara
con un hombre que yo viera,
y este con fineza rara
mis desaires padeciera, 995
y padeciendo, ganara
hoy el agrado, el afecto
mañana, esotro el favor
pudiera ser que discreto,
galante y fino su amor, 1000
hiciera en mi amor efecto.
Pero querer que yo quiera
a quien no sé si sabrá
estimar mi mano, es fiera
esclavitud; ¿quién podrá 1005
no sentirla?
AQUILES De manera,
que si supiera, señora,
que un amante que te adora,
padeciendo te servía:
¿menos te disgustaría 1010
su deseo?
DEIDAMIA ¿Quién lo ignora?
Porque el quererme a mí bien,
no es ofensa para mí.
AQUILES Vida los cielos te den.
DEIDAMIA Pues, ¿qué te va en eso a ti? 1015
AQUILES Mucho mal y mucho bien.
DEIDAMIA ¿Cómo?
AQUILES No sé.
DEIDAMIA Mi castigo
teme: declara, [t]ú por qué
lo has dicho.
AQUILES A esto me obligo,
que si digo lo que sé, 1020

no sabré lo que me digo.
DEIDAMIA Pues yo lo quiero saber.
AQUILES Y aun decirlo quiero yo.
DEIDAMIA Di, pues.
AQUILES **(Aparte.)** Presto (¡oh, fácil ser!); [60v]
hábito de hablar me dio 1025
el hábito de mujer.
Hermosísima Deidamia,
cuya perfección feliz,
premáticas pone al mayo,
y leyes le da al abril. 1030
En la gran isla de Marte
te vio un joven preferir
en lo rojo del clavel
a lo blanco del jazmín.
Allí te vio, mas no pudo 1035
declarar su amor allí,
porque entonces no sabía
más que sentir sin sentir.
Tu ausencia y su sentimiento
le han obligado a venir 1040
a tu corte disfrazado,
que como es guerra civil,
amor nunca se desdeña
de valerse del ardid.
Su sangre es ilustre, tanto, 1045
que bien puede competir
con la más sagrada prole
de esa curia de zafir.
Su nombre, por no saberle,
no te lo puedo decir. 1050
(Aparte.) Solo esto he de reservar
del secreto para mí,
porque no la escandalice
de Aquiles el nombre oír.
Pero ya que no le diga, 1055
podré, fiándome de ti
en que no te has de enojar,
enseñarte, ¡ay infeliz!,
su persona alguna vez;
aunque en vano es prevenir 1060
enseñarle yo, pues tú
le conoces como a mí.
DEIDAMIA Mucho el aviso te estimo,
y porque podrá servir
el conocerle, de que 1065
no me haga acaso incurrir
la ignorancia en los descuidos,
ya de hablar, o ya de oír,
mira que te ruego, Astrea,

y aun te mando desde aquí, 1070
que en la primera ocasión
que me lo puedas decir,
me digas quién es este hombre
o me quejaré de ti.

AQUILES Porque veas si deseo 1075
obedecer y servir...
(Aparte.) Amor a mucho te atreves.

DEIDAMIA ¿En qué te suspendes, di?

AQUILES Desde aquí le puedes ver.

DEIDAMIA No veo a nadie desde aquí. 1080

AQUILES Míralo bien, que sí ves.

DEIDAMIA Digo, que en todo el jardín
no estamos más que las dos
solas.

AQUILES ¿Solas las dos?

DEIDAMIA Sí.

AQUILES Pues si tú dices que estamos 1085
solas, y yo que está aquí
tu amante, bien fácil es
la enigma de descubrir.

DEIDAMIA ¿Cómo?

AQUILES Como en las dos
está.

(**Sale** LIDORO.)

LIDORO Pues que permitís... 1090

(Llega por entre las dos a dar el memorial.)

DEIDAMIA ¿Qué es lo que miro?

AQUILES ¡Ay de mí!

LIDORO Este memorial, señora,
os dirá quién soy.

DEIDAMIA Así **(Rómpele.)**
despacho yo memoriales
de quien con trato tan vil 1095
en mi corte, en mi palacio,
se atreve...

LIDORO ¿Qué oigo?

DEIDAMIA ...a asistir,
disfrazado y encubierto.

AQUILES Ella llegó a presumir,
que yo lo decía por él. 1100

LIDORO De alguien conocido fui,
sin duda, y quién soy le han dicho. [61]

DEIDAMIA Ni he menester.

LIDORO ¡Ay de mí!

DEIDAMIA Saber quién sois, ya lo sé.

LIDORO Pues si lo sabéis, oíd. **(Cúbrese.)** 1105
AQUILES Miren qué grave se ha puesto.
DEIDAMIA Corazón, ¿esto sufrís?
LIDORO Derrotado de los mares
de Marte, a la isla salí,
donde vi vuestra hermosura. 1110
DEIDAMIA ¿Lo que tú me dices...?
AQUILES Sí,
basta que he venido a ser
tercero yo contra mí
pues me declaré por otro.
LIDORO Viéndome tan infeliz, 1115
por no veros desairado,
persona y nombre encubrí;
y pues, ni el venir por vós
en persona, ni el fingir
mi nombre, es ofensa vuestra... 1120
DEIDAMIA ¿Cómo es esto de venir
por mí en persona?
LIDORO ¿Vós misma
saber quién soy no decís?
DEIDAMIA Pues ya no quiero saberlo
después que lo sé, y así, 1125
si habéis de decir quién sois,
a mi padre lo decid;
que mujeres como yo,
nunca acostumbran a oír
finezas tan desmandadas, 1130
que hayan de llegar a mí,
sin que sepan el camino
por a dónde han de venir.
LIDORO Si yo...
DEIDAMIA No más.
LIDORO Pude...
DEIDAMIA Basta.
LIDORO Pensad...
DEIDAMIA Nada os he de oír; 1135
idos pues.
LIDORO Si haré por daros
tiempo.
DEIDAMIA ¿De qué?
LIDORO De advertir,
que es tan noble mi delito,
que solo erró contra sí,
no atreverse a parecer, 1140
por no atreverse a lucir.
DEIDAMIA Tampoco Astrea me sigas
tú.
AQUILES Pues, ¿yo te ofendí?
DEIDAMIA Sí.

AQUILES En decir quién fuese.
DEIDAMIA No.
AQUILES Pues en qué.
DEIDAMIA En no lo decir. 1145
¿Puede haber más traidor trato,
puede haber acción más vil,
que, tercera de su amor,
hablarme en que está por mí,
un amante disfrazado, 1150
y recatar y encubrir
quién era?
AQUILES Eso no sabía.
DEIDAMIA Pues, ¿cómo pudiste, di,
saber que me vio en el monte,
que vino encubierto aquí, 1155
y no quién era?
AQUILES No sé.
DEIDAMIA Eso es volverme a mentir
segunda vez.
AQUILES No me injuries;
que si enojada te vi
sin culpa, quizá con ella 1160
la costa hecha a lo infeliz,
me atreveré a verte.
DEIDAMIA ¿Cómo?
AQUILES Obligándome a decir
que no lo dije por él.
DEIDAMIA Pues, ¿por quién, fiera?
AQUILES Por mí. 1165
Vuelva mi honor por quien es
tan cifra deste pensil,
tan enigma deste Alcázar,
quedando siempre tras ti,
le ves y no ves, le hablas 1170
y no le hablas, le oyes y
no le oyes, porque delirio
de los hados, frenesí
de la fortuna y prodigio
del amor culto, en fin, 1175
es deste jardín el monstruo. **(Vase.)**
DEIDAMIA Tente, oye, espera, no así [61v]
me dejes viva, que yo
la he de matar, o inquirir
quién por mí puede ser, ¡cielos!, 1180
el monstruo deste jardín.

Jornada III

Salen por una parte AQUILES **vestido de galán y por otra** DEIDAMIA.

AQUILES Pálido ceño de la noche fría,
que limitada sombra
desvanece y asombra
la luz del sol el rosicler del día,
siendo en abismo tanto, 5
todo horror, todo miedo y todo espanto.
DEIDAMIA Todo horror, todo miedo y todo espanto
es cuanto toco y piso,
pues apenas diviso
en las arrugas del nocturno manto, 10
atenta a mi querella,
ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella.
AQUILES Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella
en el cielo parece,
o cuanto favorece 15
mi pretensión, y de Deidamia bella,
pues cuando en este traje vengo a hablalla,
falta el sol, la luna huye, el viento calla.
DEIDAMIA Falta el sol, la luna huye, el viento calla,
cuando firme y constante 20
vengo a ver un amante,
tan enigma de amor, que a descifrarla
no hay valor que se atreva,
tal mueve, tal admira, tal eleva.
AQUILES Tal mueve, tal admira, tal eleva 25
de mi vida el suceso,
que más Deidamia es esta, y aun por eso
su nueva siquis con fragancia nueva,
saluda en los verdores
de las hojas, las ramas y las flores. 30
DEIDAMIA De las hojas, las ramas y las flores
el vulgo ha respirado;
sin duda que ha llegado
el cuidado, que es dios de los amores.
AQUILES Mi dueño.
DEIDAMIA Gloria mía. 35
AQUILES Salió el sol.
DEIDAMIA Vino el alba.
LOS DOS Llegó el día.
DEIDAMIA Ya acusaban tu tardanza,
viendo que la noche viene,
y que tú te detenías, [62]
árboles, hojas y fuentes. 40
AQUILES No te admire, no te espante,

hermosa deidad de nieve,
a quien vistieron jazmines
y coronaron claveles,
que tema el verte hoy

DEIDAMIA ¿Por qué? 45

AQUILES Porque quien de celos muere,
no es mucho que el encontrarlos
dilate.

DEIDAMIA La alfombra verde
destos cuadros nos convida;
siéntate y di lo que sientes. 50

(Asiéntanse.)

AQUILES Con tal licencia, perdona
que desde el principio empiece.
Yo, bellísima Deidamia,
en aquel inculto albergue,
que fue mi primera cuna, 55
te vi un día.

DEIDAMIA No me acuerdes
dónde y cómo, puesto que
ya me lo has dicho otras veces.

AQUILES Tan sin mí quedé sin ti,
que para que no muriese 60
a manos de mis tristezas...

DEIDAMIA La hermosa deidad de Tetis,
que según me has dicho, es
la que te ampara y defiende,
buscó a tu vida reparos. 65

AQUILES Y porque amando viviese...

DEIDAMIA Del traje y nombre de Astrea,
a quien sepulcro de nieve
ella construyó en sus ondas,
saneó los inconvenientes 70
en tu edad y tu hermosura;
y puesto que sé quién eres,
y cómo estás aquí, ¡vamos
al pesar que hoy te entristece!

AQUILES ¿Para qué si has de atajarme 75
a todo cuanto dijere?

DEIDAMIA Aquesto es aprovechar
el tiempo porque parece
inútil conversación
la de hablar siempre imprudentes 80
en lo que sabemos.

AQUILES Pues,
si los amantes no hubiesen
de hablar siempre en lo que saben,
¿qué tendrían que hablar siempre?

Ya disfrazado en tu casa 85
quiso mi estrella atreverse
de declararse contigo
y hablándote en mí...

DEIDAMIA Sucede,
que se declaró Lidoro,
por quien mi engaño lo entiende. 90

AQUILES Aquí quedamos; tu enojo
me obligo a que te dijese
quién era tu amante.

DEIDAMIA Y yo
afable lo escuché; o fuese
porque ya en mi inclinación 95
tu ingenio y belleza hubiesen
ganádome el albedrío,
o porque Lidoro, al verle
(otra vez lo dije) como
esposo y no como huésped, 100
le aborrecí sin más causa
que empezar a aborrecerle.

AQUILES Gustaste de que de noche
en este traje viniese
a este jardín.

DEIDAMIA Sí, porque 105
en el de mujer parece
que está violento el cariño.

AQUILES Monstruo, pues, de dos especies,
tu dama de día, y de noche
tu galán; no te merece 110
mi amor de galán, mi dama,
ni favores, ni desdenes,
pues ni dama me despides,
ni galán me favoreces.

DEIDAMIA Eso no quiero que digas, 115
pues, ¿qué más favores quieres
de mí, que ver un engaño
tal, que ejemplares no tiene,
le disimule? ¿Qué más
finezas sí me mereces, 120 [62v]
pudiendo hablarte de día,
por hacer voto el quererte,
que aquestas horas te hable?
¿Que más agrados, si debes
a mis pesares que finjan 125
en mi salud accidentes
que el casamiento dilaten?

AQUILES No te enojes, razón tienes;
mas, ¿qué importa, ¡ay dueño mío!,
haber llegado a deberte 130
esas finezas, si todas

me han de servir solamente
de mayor pena mañana?
Dicen que casarte quiere
tu padre; mira si ha sido 135
piedad el favorecerme,
pues es guardarme la vida,
solo para darme muerte.

DEIDAMIA ¿Puedo yo no ser quien soy?

AQUILES ¿Lloras?

DEIDAMIA No, que aún no me deben 140
aquese alivio mis ansias.

AQUILES ¿Pues qué es eso?

DEIDAMIA Es solamente
querer llorar sin llorar,
bien como en pecho rebelde.

MÚSICOS **(Dentro.)** Ojos eran fugitivos, 145
de un pardo escollo dos fuentes...

AQUILES ¿Qué voces son las que escucho?

DEIDAMIA No te asustes, no te alteres:
músicos son de Lidoro,
que desde ese parque suelen 150
cantar, porque así presumen
que mis tristezas divierten.

AQUILES Con buena disculpa, ¡ay triste!,
que no me ofenda pretendes,
con decir, que es de Lidoro 155
música, que ya dos veces
la debo sentir por suya,
y porque a impedirles llegue
a estas flores que reciban
en el nácar que guarnecen 160
tu pie las hermosas perlas
de las lágrimas que viertes.

MÚSICOS ...humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles...

DEIDAMIA Que él cante cuando yo lloro 165
contrariedad es que debe
estimarse, pues que dice
mi[26] amor y mi olvido.

AQUILES ¿Puede
no sentir quien siente?

DEYDAMIA No;
mas puede hacer que consuele 170
al sentimiento el agrado,
viendo el alma de quien siente.

MÚSICOS ...cuyas lágrimas risueñas,
quejas repitiendo alegres...

AQUILES No me detengas, que tengo 175
de salir, a donde intente
hacer que lloren, pues lloras;

que no es bien que tú te quejes
y ellos canten, sin que yo
su[27] sangre y tu llanto mezcle. 180

MÚSICOS entre conceptos de cantos
y murmurios de corriente.

DEIDAMIA No has de salir.

AQUILES Ya no haré,
que si entra en el jardín gente,
¿para qué he de salir yo? 185

DEIDAMIA ¿Gente aquí?, ¡cielos, valedme!

(**Ábrese una puerta y salen** LIDORO **y** LIBIO.)

LIDORO ¿Dijiste, porque mejor
la desecha[28] hagan, no dejen
de cantar mientras adoro
de más cerca las paredes 190
de los cuartos de Deydamia,
ya que ruegos o intereses
vencieron los jardineros,
para que la puerta abriesen?

LIBIO Sí señor, ya prevenidos 195
quedan de que canten siempre.

DEIDAMIA Yo soy muerta, si por dicha
o por desdicha acontece
ser conocida.

LIDORO Hacia allí
que siento ruido parece; 200 [63]
y es verdad, dos bultos son.

LIBIO Y grandes; cada uno tiene
veinte años de caída.

LIBIO ¿Hombres aquí? Conocerles
es ya forzoso.

LIBIO No es. 205

LIDORO ¿Pues qué puedo hacer?

LIBIO Volverte:
mira que es cosa tan fácil.

LIDORO ¿Que eso necio me aconsejes?
¿Cómo puedo no saber
quién a estos jardines entre 210
a estas horas?

LIBIO No queriendo
saberlo.

DEIDAMIA A nosotros vienen.

AQUILES Retírate tú, que yo
me quedaré a detenerles;
que como no te conozcan, 215
los demás inconvenientes
importan menos.

DEIDAMIA Forzoso

es, ¡ay de mí!, aunque pendiente
deje en tu vida mi vida. **(Vase.)**

LIDORO — El uno la espalda vuelve. 220

LIBIO — Parécese a mí.

LIDORO — Y el otro
queda.

LIBIO — Ese no se parece.

LIDORO — ¿Quién va?

AQUILES — ¿Quién me lo pregunta?

LIDORO — Un hombre que saber quiere
cómo habéis entrado aquí. 225

AQUILES — La duda es impertinente,
pues preguntándoos a vós
cómo entrasteis, me parece
sabréis como he entrado yo.

LIDORO — Yo tengo causas que pueden 230
darme aqueste atrevimiento.

AQUILES — Yo también.

LIDORO — Y me compete
el saber quién sois.

AQUILES — A mí
el no decirlo.

LIDORO — Pondreisme
en obligación de que 235
lo pregunte desta suerte.

AQUILES — Y a mí responder de estotra.

(Cantando dentro, juntan las dos coplas pasadas como de lejos.)

MÚSICOS — Ojos eran fugitivos...

LIBIO — A muy lindo tiempo vuelven
a cantar los otros; ¿quién 240
puso espadas y broqueles
en solfa jamás?

LIDORO — ¿Qué hacéis?

LIBIO — La fuga deste motete
a decir que callen voy,
porque en estilo no entren 245
de matarse dos, debajo
de compás. **(Vase.)**

LIDORO — Aunque valiente
os mostráis, sabré quién sois.

AQUILES — Soy, si el valor se resuelve,
el monstruo destos jardines. 250

LIDORO — El nombre.

AQUILES — No ha de saberse.

LIDORO — Aunque vós me le calléis,
me lo dirá vuestra muerte.

(**Riñen los dos y sale** ULISES.)

ULISES ¿En los jardines espadas,
y abiertas sus puertas? Llegue 255
a saber qué es esto.
LIDORO Pues
no es bien que el empeño deje,
hasta que sepa quién es,
hombre que a decir se atreve,
«monstruo soy destos jardines». 260
ULISES ¿Qué escucho? Luego tú eres
el que busca mi deseo
tanto, que a esta hora me tiene
desvelado a estos umbrales;

(**Pónese de parte de** AQUILES.)

y así yo he de conocerte. 265
AQUILES Pues equivocado llega,
cielos, en mi favor este,
dejándole el riesgo, es bien
que la ocasión aproveche
y me retire a mi cuarto, 270
donde antes que puedan verme,
mude de traje y de nombre. **(Vase.)**
LIDORO Hombre, si buscando vienes,
como has dicho, ¡ay de mí!, al monstruo
destos jardines, advierte 275
que a él le dejas ir, y a quien[(29)] [63v]
también le busca detienes.
ULISES A ti te oí decir, que tú
lo eres, y pues tú lo eres,
no te defiendas de mí, 280
que no te busco imprudente
para tu muerte, sino
para tu aplauso y hacerte
dueño de Troya; y porque
de mí, seguro, no intentes 285
defenderte, Ulises soy,
que en este jardín previene
por un oráculo hallarte.
LIDORO ¿Ulises?
ULISES Sí.
LIDORO Pues si ese
es tu intento, contra ti 290
tu diligencia se vuelve,
pues le dejas cuando yo
también le busco.
ULISES ¿Quién eres?
LIDORO Lidoro soy.
ULISES Pues, señor,

¿vós aquí?, ¿vós desta suerte? 295
¿Qué es esto?
LIDORO No sé. ¡Ay Ulises!
ULISES Sepa qué es.
LIDORO Pues se nos pierde
entre manos la ocasión
de saber, ¡desdicha fuerte!,
al que vuestro valor busca 300
y vuestro valor defiende.
Y ya la primera luz
en su crepúsculo vence
las tinieblas de la noche,
no es bien que aquí nos encuentren. 305
Salgamos de aquí, y sabréis
lo que a mi vida sucede,
pues solamente de vós
lo fïara.
ULISES Y justamente,
que soy vuestro amigo; y puesto 310
que no es bien durar en este
sitio sin que respetemos
el honor destas paredes,
tomemos la vuelta al parque.

(Éntranse por una puerta y salen por otra.)

LIDORO De su enmarañado albergue, 315
este es el sitio más solo.
ULISES Proseguid, pues.
LIDORO Atendedme.
Yo, llevado de mi amor,
no os encarezco si es grande,
pues basta no ser dichoso 320
para saber que es constante,
con músicas divertía
desde la esfera del parque
las tristezas de Deydamia
esta noche. (¡Qué mal hace 325
quien cura males ajenos,
pudiendo sus propios males!)
Los afectos de rendido,
facilitaron que entrase
al jardín; ¡nunca pisara, 330
pluguiera[30] al cielo, su margen,
pues no hallara de mis penas
entre sus flores el áspid!
Dos bultos vi, ¡ay infeliz!;
huyó uno, otro ocultarse 335
en las ramas pretendía
de atento, no de cobarde,

porque igual valor, jamás
depositó el cielo en nadie.
Embestile, y lo que dél 340
supe fue que se nombrase
El Monstruo de los Jardines,
en cuyo empeñado lance
llegasteis equivocado,
de ver que yo me le llame; 345
y fue, que yo repetí
lo que él había dicho antes.
Y pues vencido el error,
de vós mi valor se vale,
por amigo y extranjero, 350
¿qué he de hacer en semejante
pena, sabiendo que un hombre
galán y airoso en el talle,
valeroso en el denuedo,
recatado en el lenguaje, 355
prevenido en la cautela [64]
y en la ejecución constante,
monstruo de aquestos jardines,
en ellos pueda ocultarse,
tan seguro, que no teme 360
que el día se le declare,
para no quedarse en ellos,
pues por la puerta que entrasteis,
no fue por donde él se huyó?
Pues presumir que lo sabe 365
Deydamia, es pensar que el sol
obscuras nubes le manchen;
pensar que lo ignora, siendo
a quien yo adoro, es quitarme
en los miedos de celoso 370
los privilegios de amante.
Confieso que hay otras damas;
mas para mí no es bastante
satisfación, que ninguna
merece que la idolatren, 375
sino ella; y más grosero
fuera mi dolor en darse
por entendido de que
a otra donde ella está amen,
que no en presumir que es ella; 380
y así, atento a mis pesares,
decidme cómo sabré
qué hombre es este, y...

ULISES No adelante
paséis, que ya a mí me toca
por vós y por mí empeñarme 385
en saberlo; que mis dudas [31]

y vuestras, si en una parte
desiguales son, en otra
parece que son iguales.
Pues saber quién es un hombre, 390
a los dos inquietos trae,
con la distancia no más
que se da entre Amor y Marte.
Y así, pues a vós y a mí,
aunque con causas distantes, 395
toca saber quién es quien
oculto en ellos se llame
El Monstruo de los Jardines,
hoy he de determinarme
a entrar de Deydamia al cuarto, 400
que no dudo[(32)] que en él halle
algún indicio de tanta
novedad; pues cuando calle
los recatos de la voz,
no podrá los[(33)] del semblante. 405
Que aunque es verdad que no habrá
de ponérseme delante
estando en el cuarto yo,
hará un estruendo tan grande,
que su espíritu le obligue 410
a que quizá se declare,
viendo titubear el orbe,
si se cae o no se cae.

LIDORO ¿Con qué industria habéis de entrar?

ULISES ¿A Ulises queréis que falte? 415
Con solamente un recado
que lleve de vuestra parte.

LIDORO De mi parte, ¿qué ha de ser?

ULISES Pues os trajo aquella nave
tantas riquezas de Epiro, 420
para declararos dadme
dellas algunas, bien como
telas, perlas y diamantes;
y también, porque mejor
un mercader se disfrace 425
viendo que lleva de todo,
espadines y plumajes,
bandas, escudos. En tanto
que me empeño en el examen
yo, vós habéis de ayudaros 430
del valor y de la sangre
para no dar entender
los sentimientos a nadie,
prosiguiendo los festejos
y músicas como antes, 435
aun entrado en los jardines,

por donde esta noche entrasteis,
de suerte, que nunca más,
sino rendido y galante, [64v]
Deidamia ha de haberos visto. 440

LIDORO Aunque no es aqueso fácil
de obedecer, pues callar
con celos no lo hizo nadie,
yo lo acabaré conmigo.

ULISES Esto es lo más importante: 445
un hombre no conocido,
que me asista y me acompañe
he menester; mirad vós
si de cuantos en la nave
vienen, hay uno a quien 450
pueda el secreto fïase.

LIDORO Un crïado tengo, en quien
concurren las calidades
que me decís, porque aunque
me ha asistido, los disfraces 455
le encubrirán.

ULISES Pues, Lidoro,
a disimular pesares.

LIDORO Ulises, a hacer finezas.

ULISES ¿Qué hombre pudo llamarse
El Monstruo de los Jardines? 460

LIDORO ¿Qué hombre pudo ocultarse
en ellos de día y de noche?

ULISES Indicios me ofrece grandes...

LIDORO Grandes temores me ofrece...

ULISES ...y no sin causa...

LIDORO ...y no en balde... 465

ULISES ...si tantos avisos creo...

LIDORO ...si dudo tantos desaires...

ULISES ...como los cielos me envían.

LIDORO ...como Deidamia me hace.

(**Vanse**. **Salen** DEIDAMIA, SIRENE **y** CINTIA.)

SIRENE No en vano las luces bellas 470
que el sol en sus lumbres dora,
osan con tan bella aurora
competir con las estrellas.

DEIDAMIA ¿Lisonjas, Sirene, a mí?

CINTIA No es posible que lo sea 475
la verdad.

DEIDAMIA Bien está. ¿Astrea
ha pasado por aquí?
(Aparte.)[34] Bien sé que en su cuarto está
mudando el traje y el[35] fin
del empeño del jardín, 480

mas esta es desecha.
SIRENE Ya
ella viene.

(Sale AQUILES **de dama**.**)**

DEIDAMIA ¿En qué has estado?
¿Qué traes?, ¿qué tienes?
AQUILES No sé;
pasando agora escuché...
DEIDAMIA ¿Qué?
AQUILES Que te trae un recado... 485
DEIDAMIA ¿Quién?
AQUILES Ulises.
DEIDAMIA ¿Y qué ha sido?
AQUILES Lidoro...
DEIDAMIA ¡Qué mal empiezas!
AQUILES ...por divertir tus tristezas,
sabiendo que llegó a Egnido
un mercader extranjero, 490
que trae de la India Oriental
empleado su caudal
en uno y otro lucero,
hijos del sol, te le envía
con él, porque de sus bellas 495
joyas las que gustes dellas
tomes.
DEIDAMIA Esa bizarría,
sobre la loca arrogancia
de anoche, que hasta ahora lucha
en mi pecho, arguye mucha 500
malicia o mucha ignorancia.
Mucho me da que temer;
pero, ¿cómo de mí, ¡ay cielos!,
se atreverá a tener celos?
AQUILES Mira qué has de responder. 505
DEIDAMIA No lo sé porque si aquí
respondo airada y crüel,
le doy otro indicio a él,
y si no, otro enojo a ti.
AQUILES Pues ya que a dudar te obligas 510
lo que debes hacer, yo
diré que entre, porque no
quiero que tú se lo digas.
SIRENE Notable desaire fuera, [65]
si en sus finezas reparas, 515
que la entrada le negaras.

(Sale ULISES **y** LIBIO, **vestido como extranjero**, **y trae un cofrecillo**, **lo que después dirán los versos**, **y en las manos un sombrero con plumas**, **una espada de plata y un escudo dorado**.**)**

ULISES Dichoso yo, que esa esfera
soberana merecí
de tanto sol penetrar;
mas esto es servir y amar. 520
LIBIO Y desdichado de mí,
que hecho una portátil tienda
soy, como bestia cargado,
envidioso a quien ha dado
pesadumbre ajena hacienda. 525
ULISES El gran príncipe Lidoro,
que de mí su atención fía,
conmigo este hombre os envía,
porque del rico tesoro
de un mercader, que ha venido 530
hoy al puerto, algo feriéis.
DEIDAMIA Veamos qué joyas traéis.
ULISES A todo estaré advertido.
DEIDAMIA Porque aunque yo para mí
ninguna pienso tomar, 535
hoy a mis damas feriar
ya que se han hallado aquí
las que las agraden quiero.
ULISES Quita el cofre.
LIBIO Aqueso haré
de buena gana, porque 540
como es rico, es majadero,
y cansa tarde y mañana.
ULISES Ábrele.
LIBIO Eso haré también;
porque, un pecadazo, ¿quién
no le abre de buena gana? 545
Poner esto aparte quiero,
que no es de aquí, y lo traía
por si en el camino había
quien lo comprase primero.

(Pone capas, **escudos y plumas a un lado**.**)**

ULISES Saca esas telas y ve 550
desdoblándolas ahora.

(Saca unas piezas, **y tiéndelas en el tablado**.**)**

LIBIO ¿Qué color [destos, señora,][(36)]
más os agradó?
DEIDAMIA No sé.

LIBIO Telas tu vista desprecia,
y tras ellas no se va; 555
bien se echa de ver que está
el Corpus lejos de Grecia.
ULISES Ve aquesas joyas sacando.
(Saca una joya.)
LIBIO ¿Qué os parece este Cupido
de diamantes?
DEIDAMIA Necio ha sido 560
quien de ellos labra amor, cuando
para lo que el más perfecto
dura, aun la más blanda cera
materia rebelde fuera.
SIRENE Dejando aparte el concepto, 565
joya más bella no vi:
rica y de buen gusto es.
LIBIO ¿Si es rica? Claro está.
DEIDAMIA Pues
sea, Sirene, para[(37)] ti.
SIRENE Amor tuyo a merecer 570
llego.
DEIDAMIA Engáñaste, que yo
no te doy mi amor, sino
el amor del mercader.
LIBIO No es poco eso, pues adelante
hay más de alguna mujer, 575
que el amor del mercader
es el que tiene a su amante.
Por firmeza, aquesta pieza
fuerza es que a tu gusto informe.
DEIDAMIA No es que eso ha de ser conforme 580
cuya fuere la firmeza.

(Otra[(38)] caja.)

CINTIA De cualquiera en quien se vea,
merece ser estimada.
DEIDAMIA Si eso es decir que te agrada,
tuya la firmeza sea. 585
CINTIA La mano beso a Tu Alteza.
LIBIO Átala bien al poner, [65v]
porque se suele caer
fácilmente una firmeza.

(Otra caja.)

Esta corona quería 590
que te agrade.
DEIDAMIA Della, ¿qué
dices?

AQUILES Mal.
DEIDAMIA ¿Por qué?
AQUILES Porque
está en tu mano y no es mía.
DEIDAMIA Sí es; toma.
AQUILES Eso no perdona.
DEIDAMIA ¿Por qué de verla te pesa? 595
AQUILES Porque tú lo entiendes de esa
y yo hablo de otra corona.

(Otra caja.)

LIBIO Esta, un águila imperial
es, que al sol las plumas dora.
DEIDAMIA ¿Te agrada esta?
AQUILES No señora, 600
que me están sus vuelos mal.
LIBIO Un áspid de rubíes.
DEIDAMIA Di,
¿este acaso te agradó?
AQUILES Pues digo al áspid de no
o nada diré de sí. 605
DEIDAMIA Que algo no elijas me enfada.
AQUILES ¿Tú lo quieres?
DEIDAMIA Yo lo quiero.

(Toma el escudo, pónese el sombrero, y hace como que se ciñe la espada.)

AQUILES Pues este escudo, este acero,
estas plumas y esta espada
tomaré.
DEIDAMIA ¿Eso has eligido? 610
AQUILES Sí.
DEIDAMIA ¿A qué fin?
AQUILES ¿No puede ser
que lo hayamos menester
en habiendo anochecido?
ULISES Mucho extraño la elección;
donde hay joyas, ¿armas quieres? 615
AQUILES Sí, pues hay entre mujeres,
mujeres que no lo son.
DEIDAMIA Necia estás, no digas nada
desto a Lidoro, sino
cuánto agradecida yo, 620
conocida y obligada
nunca sus finezas dudo;
y que en su nombre escogí
estas cintas para mí.
AQUILES Yo este acero y este escudo. 625
ULISES Yo, señora, le diré

todo cuanto me mandáis.
LIBIO Y si vós no os disgustáis,
otro día volveré,
pues podrá ser que otro día 630
de otra cosa os agradéis.
DEIDAMIA Cuando quisiereis podéis.
CINTIA Dime: ¿desta bizarría,
qué sientes?
SIRENE Mucho hay que hablar,
mas, por hoy, lo suspendamos, 635
que día que dan los amos,
no es día de murmurar.

(Salen EL REY, LIDORO, DANTEO **y gente.)**

EL REY Deidamia hermosa, a tu cuarto
vengo con dos novedades.
DEIDAMIA Venir contigo Lidoro, 640
no es, señor, la menos grande.
EL REY Importa para la una...
Pero, ¿qué es esto que haces?
DEIDAMIA De ese mercader, que Ulises
me ha traído de su parte, 645
feriando estaba unas joyas.
LIDORO Todo el sol puesto en engastes
fuera para mí atrevido,
bien que para vós cobarde.
DEIDAMIA Guárdeos el cielo.
ULISES Recoge 650
esto.
LIBIO A mí me es importante
porque alguien no me conozca
y me dé con algo alguien.
LIDORO ¿Qué tenemos?
ULISES Poco, o nada
pues solo he visto un notable 655
espíritu de mujer.
EL REY La una es, que tengo de parte
de Acaya, patria de Astrea...
¿Dónde está?
AQUILES A tus plantas yace
EL REY ¿Qué armas, qué plumas son estas? 660
Permite que el verte extrañe [66]
con insignias de Belona,
no siendo hermana de Marte.
AQUILES Como la guerra de Troya,
por toda Grecia se trate, 665
para un deudo mío...
EL REY Está bien;
mas la duda que me trae

confuso es haber tenido
cartas en que por constante
se tiene que dio al través 670
en un escollo la nave
en que Astrea venía.

AQUILES ¡Ay triste!

EL REY Y así es justo que repare
que allí perezca una Astrea,
y aquí otra te acompañe. 675

AQUILES Pues, ¿cómo, señor, si yo
cuando aquí llegué...?

LIDORO Notable
turbación.

ULISES Esta mujer
el juicio ha de quitarme,
y más con esta sospecha 680
del fingido nombre.

EL REY Ya hacen
la nueva y la turbación
mayor la duda.

DEIDAMIA Es en balde
dar crédito a esa voz, pues
no hay ninguno que se embarque 685
a quien no le anegue el vulgo,
o le cautive o le mate;
esto se dice de todos;
después la verdad se sabe.

EL REY Bien puede ser, y así, en tanto 690
que el tiempo nos desengañe,
dejemos aquesto y vamos
a lo que es más importante.
El Rey vuestro padre escribe
la gran falta que le hace 695
vuestra persona; y aunque
tantos accidentes graves
de la salud de Deydamia
de un día en otro dilaten
las bodas, ya no es posible 700
que no venzan, que no arrastren
mayores inconvenientes,
menores dificultades.
Y así quiero que mañana
las ceremonias nupciales 705
se celebren, empezando
las músicas esta tarde
la invocación de himeneo,
usado rito inviolable
de sus ninfas, cuyas voces 710
ya en ecos el viento esparce,
para que tú las admitas.

DEIDAMIA Yo, señor, que hay en mí, sabes,
obediencia y no elección.
EL REY Pues con la antorcha que traen 715
para ti y Lidoro, en muestra
del amor que en los dos arde,
¡dando principio los dos!
AQUILES ¡Ah, qué bien dijo, pesares,
pues siempre embestís en tropas, 720
quien dijo que sois cobardes!
LIDORO ¿Qué he de hacer?
DANTEO Disimular,
pues de aquí a mañana cabe
mil siglos, y un triste puede
mejorar mucho un instante. 725
AQUILES Buena ocasión es aquesta
de que mi honor se declare.

(Salen de ninfas algunas con hachas en las manos.)

MÚSICOS Al tálamo casto de virgen esposa,
que dulce y hermosa
corona de amor es más alto trofeo, 730
ven Himineo, ven Himineo.
Al tálamo casto de joven amante,
que fino y constante
corona el amor del más dulce empleo,
ven Himineo, [ven Himineo.] 735 [66v]
Al tálamo casto donde une el amor...

(Tocan clarín y caja.)[39]

TODOS ¡Qué asombro, qué pasmo! ¡Qué susto! ¡Qué horror!
EL REY Gran Júpiter, ¿qué es esto
que en tanta confusión al mundo ha puesto?

(Caja.)

DEIDAMIA ¿Qué nueva fiera ha sido 740
la que ha dado tan bárbaro bramido?
LIDORO ¿Cómo, sin que se rasguen pardos senos,
se oyen puestos en música los truenos?

(Caja.)

DANTEO ¿Cómo, sin dar desmayos,
se miran sin escándalo los rayos? 745
LIBIO ¿En qué infernal abismo
se habla deste lenguaje el barbarismo?
EL REY ¿Que será este terror?

(Caja.)[40]

TODOS Prodigio, asombro, escándalo y horror.
AQUILES Vuestro discurso yerra, 750
que aqueste es el idioma de la guerra,
que a grandes cosas llama;
pues su concento grave,
mezclando lo horroroso y lo süave,
el pecho anima, el corazón inflama 755
y la muerte apellida

(Caja.)

en glorioso desprecio de la vida.
¿Quién sus templadas cláusulas escucha,
y a la campaña por salir no lucha?
¡Viva el Imperio Griego, 760
y Troya se destruya a sangre y fuego!
No quede a vida bárbaro enemigo...
(Mas loca estoy, no sé lo que me digo.)
Perdona, gran señor, que este portento

(Arroja las armas.)

mi atención se ha llevado tras mi acento. 765
EL REY Vamos a ver qué ha sido
lo que causó tan pavoroso ruido.
ULISES Tened; ¿ya no sabéis lo que esto sea?
TODOS No.
ULISES Sí sabéis, pues ya lo dijo Astrea.
Yo, de Grecia caudillo, he fabricado 770
estos dos instrumentos
que, voz de Marte y lengua de los vientos,
animen y gobiernen al soldado;
si bien ya me ha pesado,
pues donde hay tantos hombres, 775
su ruidoso conceto
solo en una mujer hizo su efecto. **(Vase.)** [67]
LIDORO Oye Ulises, espera.
EL REY ¿A dónde vas?
LIDORO Darle a entender quisiera,
que extrañar su armonía, 780
la novedad, no es falta de osadía. **(Vase.)**
DEIDAMIA Síguelos, no suceda,

(Vanse todos los hombres.)

que acontecer una desdicha pueda.
EL REY Sí haré; pero aunque invente
máquinas, no he de darle armas, ni gente, 785

mientras que sus sutiles
trazas no sepan descubrir a Aquiles. **(Vase.)**

DEIDAMIA Harto le han descubierto.

SIRENE Ya sabido lo que es, ¿de qué turbada
has quedado?

DEIDAMIA No sé; no me hables nada, 790
dejadme todos; ¿tú también me dejas,
Astrea?, ¿tú también de mí te alejas?

(**Vanse los dos y** DEIDAMIA **detiene a** AQUILES.)

AQUILES Sí, pues en esta parte,
nadie tiene más causas que dejarte.

DEIDAMIA ¿Dejarme?

AQUILES Sí, ingrata; 795
pues tu crueldad con tal rigor me mata,
que, ¡oh fiera!, has dado, ya tirana,
el sí de que serás de otro mañana.

DEIDAMIA Yo...

AQUILES Mas, ¿qué importa? Acábese el engaño...

DEIDAMIA ...quise...

AQUILES ...que a tiempo llega el desengaño. 800

DEIDAMIA ...desvelar...

AQUILES No prosigas.

DEIDAMIA ...la sospecha de ayer...

AQUILES Nada me digas;
cásate norabuena,
que yo, ¡qué rabia!, me sabré, ¡qué pena!,
despicar en la lid, donde pretendo 805
entrar matando, pues que huyes muriendo.
Estos adornos viles,
que afeminaron el valor de Aquiles,
dejaré por ejemplo
colgados en el templo 810
de Amor, a donde estaba
trocada en rueca de Hércules la clava.

DEIDAMIA Mi bien, mi vida, mi señor, advierte.

AQUILES ¿Qué he de advertir? Mi mal, mi error, mi muerte.

DEIDAMIA Que te destruyes tú, y que me destruyes. 815

AQUILES ¿Para qué te me acercas, si me huyes?
Sepa el mundo que fui...

DEIDAMIA Calla.

AQUILES ¡Qué agravios!
¿Ábresme el pecho, y ciérrasme los labios? [67v]
Sepa que soy...

DEIDAMIA Mi dueño solo eres.

AQUILES ¿Tú no te casas?

DEIDAMIA Sí.

AQUILES Pues, ¿qué me quieres?820

DEIDAMIA Que sepas que me muero,

porque es en mí obligación primero
que mi pasión.

AQUILES ¿Y es buena la disculpa
de una virtud fundada en una culpa?
Ese traidor estilo, 825
la vecindad te le pegó del Nilo,
que dar vida y matar, dulce tirana,
traiciones son, y encantos de gitana.

DEIDAMIA No son, sino un forzado, un triste efeto,
que aquí es inclinación, y allí es respeto; 830
y a un tiempo allí aborrece, y aquí ama.

(**Sale** SIRENE.)

SIRENE Señora.

DEIDAMIA ¿Qué quieres?

SIRENE El Rey te llama.

DEIDAMIA Haz por mí una fineza.

AQUILES ¿Qué es?

DEIDAMIA Que no te despeñe tu tristeza,
hasta que vuelva a verte. 835

(Vanse las dos.)

AQUILES Yo callaré, y en mí será de suerte
sagrado tu precepto,
que ya que lo prometo,
tanto a callar me obligo,
que estando solo aún no hablaré contigo. 840

(**Quédase suspenso y sale** ULISES.)

ULISES Ofendiose Lidoro
de lo que dije, y puesto que no ignoro
que ha sido opinión sabia
que quien habla en común a nadie agravia,
poco podrá imputar haberle dado 845
satisfación; y en fin, tras mi cuidado,
sin decirle a él cuál sea,
vuelvo a ver si pudiese hablar a Astrea,
por ver en qué consiste,
que una mujer... Pero suspenso y triste, 850
está tan divertida,
que es un mentido engaño de la vida.
¡Cielos!, en tal violencia,
¿qué se pierde en hacer esta experiencia?
Nada; y mil cosas ven a cada paso.[(41)] 855
Ya lo pensé; pues sea desta suerte.
¡Guárdate Aquiles, que te dan la muerte! [68]

(**Dice dentro**, **y sale por otra puerta hallando muy alborotado a** AQUILES.)

AQUILES ¿Quién me da la muerte? ¿Quién
tan piadoso es? Pero, ¡ay cielos!,
¿qué digo?
ULISES No disimules, 860
que ya es en vano, sepuesto
que no has podido vencer
aquel descuidado afecto
natural, que tras el hombre,
lleva el primer movimiento. 865
AQUILES ¿Qué es lo que dices? ¿Con quién
habláis, que yo no os entiendo?
ULISES Perdonadme, hermosa Astrea,
que desalumbrado y ciego
llegué a hablar con vós, pensando 870
que hablaba, ¡qué devaneo!,
con Aquiles: tal en busca
suya traigo el pensamiento.
Loco estuve. Perdonadme
digo otra vez, que ya veo, 875
señora, que no sois vós
Aquiles, ni podéis serlo;
porque joven a quien Marte,
dios de las lides sangriento,
destina para caudillo 880
de sus mayores trofeos;
joven a quien apellidan
para héroe suyo los cielos,
para honor suyo los dioses,
los astros, para instrumento 885
de sus influjos, los hados,
para horror de sus decretos,
la fama para su asumpto,
la historia, para su ejemplo,
la patria, para su amparo 890
y para su aplauso el tiempo;
claro es que no había de estar
en viles ropas envuelto,
cuidando de los afeites,
perfumes, gasas y aseos, 895
que son fealdades del alma,
y no hermosuras del cuerpo.
Y así, pues yo me engañé,
quedad con Dios, advirtiendo,
si no le descubro ahora, 900
que yo le descubra presto.
AQUILES Aguarda Ulises, espera.
ULISES ¿Qué me quieres?
AQUILES Los sucesos

que improvisamente asaltan
el muro del pensamiento, 905
la mayor ruina que dejan,
después de saquearle el pecho,
es no dejarle palabras.

ULISES ¿Pues qué quieres?

AQUILES Solo quiero
lugar para responder. 910

ULISES ¿Qué tanto plazo?

AQUILES Un momento.

ULISES Pues yo vendré.

AQUILES No te vayas.

ULISES ¿Tan presto ha de ser?

AQUILES Tan presto.
Deidamia, ¡ay de mí infelice!,
es tan imposible empleo, 915
que mañana será de otro.
Ya a los baldones sujeto
estoy, que excusé. Amor, dice
que él toma a cargo el desprecio;
el valor no lo consiente, 920
representándome, ¡ay cielos!,
la guerra que me apellida,
la grande fama que pierdo,
la patria que desamparo;
y después de todo esto, 925
el riesgo a que no me excuso,
pues ya desde ahora le tengo
aquí más que allá: con que
estar respondidos veo
Deidamia yo, amor y honor, 930
guerra, fama, patria y riesgo.

ULISES ¿Qué has resuelto?, ¿por qué viene
hacia aquí gente?

AQUILES[(42)] He resuelto...

ULISES Prosigue.

AQUILES Duda la lengua.

ULISES Habla.

AQUILES Fáltame el aliento. 935
Poner en salvo mi honor.
Ya lo dije, ya no puedo [68v]
volver a coger la luz;
y así, pues va anocheciendo,
y a mi deseo la noche 940
extiende su manto negro,
tenme en él, porque un caballo,
y la seña de estar puesto
será hacerme una llamada,
Ulises, tus instrumentos; 945
que yo saldré de palacio.

ULISES Deja que a tus plantas puesto
bese la tierra que pisas:
adiós. **(Vase.)**

AQUILES Adiós, esto es hecho.
Fortuna, piérdase todo 950
día que a Deidamia pierdo.
Aquestos adornos viles,
no, como dije primero,
daré al templo del Amor,
más del desengaño al templo 955
los daré; y pues que le ha sido
para mí este jardín bello,
a donde mis desengaños
son víctima de mis celos,
queden en él por despojos, 960
bien como anciano trofeo
de culebra, que renueva
juntas la piel y el aliento.
Así yo, habiendo dejado
la nupcial ropa de Venus, 965
solo túnicas de Marte
vestiré, y aqueste acero,
que oculto entre aquestas ramas
anoche dejé, temiendo
que el rumor llamase gente, 970
y con él me viesen dentro
del cuarto, le llevé solo.
Adiós, teatro funesto
donde mi primer amor
representó sus afectos. 975
Adiós, bastardos adornos
de mi cautela instrumentos.
Adiós flores, adiós fuentes:
adiós Deidamia.

(**Sale** DEIDAMIA.)

DEIDAMIA ¿Qué es esto?

AQUILES No sé.

DEIDAMIA Escucha.

AQUILES No es posible, 980
suelta.

DEIDAMIA ¿Adónde vas?

AQUILES Huyendo
de ti.

DEIDAMIA ¿Esa es la palabra
que me diste?

AQUILES ¿En qué la quiebro?
De callar la di y la cumplo,
pues no habla en mis sentimientos. 985

[DEIDAMIA] ¿A qué propósitos estás
en ese traje tan presto?
Pues, ¿no quedamos anoche
por el ruido de no vernos,
esta?
AQUILES Todo eso es verdad, 990
pero yo a verte no vengo.
DEIDAMIA ¿A qué vienes?
AQUILES A no verte.
DEIDAMIA ¿Cómo?
AQUILES No sé.
DEIDAMIA Habla.
AQUILES No puedo
decir; que no es posible
durar el engaño nuestro; 995
yo estoy conociendo ya.
DEIDAMIA ¿Que qué dices?
AQUILES Lo que es cierto.
DEIDAMIA ¿Quién fue quien lo supo?
AQUILES Ulises.
DEIDAMIA ¿Cómo?
AQUILES Esto es lo que no entiendo.
DEIDAMIA ¿Qué dijo?
AQUILES Nombró mi nombre. 1000
DEIDAMIA ¿Negaras?
AQUILES No pude hacerlo.
DEIDAMIA ¿A que tu altivez fue causa?
AQUILES A que tu traición fue efeto...
Esto, pues, por una parte,
por otra, tu casamiento; 1005
¿qué remedio puede haber
sino?
DEIDAMIA ¿Qué?
AQUILES No haber remedio.
Y así, adiós, adiós Deidamia,
pues con dos causas me ausento
de ti, entrambas tan forzosas, 1010
como no verte en ajenos
brazos y salvar mi vida.
Y pues me aguardan los cielos [69]
para tragedias de Marte,
no empiece por las de Venus: 1015
adiós otra vez, adiós,
otra y otras mil.
DEIDAMIA Primero
has de escucharme: yo, Aquiles,
hice, (¡a pronunciar no acierto!,
pero, ¿qué acertaré yo 1020
por mí misma?, ¡ay de mí!) esfuerzo
a mi inclinación, mas, ¡ay,

que pisar mi línea veo
de lo imposible a mi amor!,
pierdo el venir si te pierdo. 1025
No te ausentes, no me dejes
conmigo a mí, y yo te ofrezco
ser tuya, aunque se aventuren
padre, esposo, amor y reino.
Tuya he de ser, no te vayas. 1030

AQUILES Pues, ¿cómo me he de ir con esto?
Piérdase vida y honor,

(Clarín.)

fama y gloria... Mas ¿qué es esto?
La voz de Marte me llama:
Deidamia, adiós, que no puedo 1035
no responder a esta seña...

(Caja.)

DEIDAMIA Mi bien, mi señor, mi dueño...
AQUILES ...y es tarde Deidamia.
DEIDAMIA ¿Cuándo
fue tarde para requiebros?
AQUILES Cuando ya está apoderado 1040
de toda el alma otro acento.
MÚSICOS **(Dentro.)** Pues celos y amor
son gloria y infierno,
viva el amor
y mueran los celos.[(43)] 1045
DEIDAMIA «Mueran los celos y viva
amor», dice en blandos ecos
otra música, que es
el primer gusto que debo
a Lidoro.
AQUILES ¡Y qué bien dice! 1050
Viva, y viva en nuestros pechos.

(Clarín y caja al irse; ella le detiene. Al otro lado cantan y suspéndense.)

a pesar de la fortuna,

(Caja y clarín.[(44)])

mas, ¿qué digo, cuando veo
que el honor me está llamando
con más genoroso [est]ruendo? **(Quiérese ir.)** 1055
DEIDAMIA Vuelve, vuelve; no te lleve
más un bronce que un acento.

(Vuelve.)

MÚSICOS Viva el amor
y mueran los celos.
AQUILES No hará; que estas dulces voces 1060
son imán de mis afectos.
DEIDAMIA Eso sí; viva el amor.

(Caja y clarín.)

AQUILES Viva; pero no en mi pecho.
Ya voy Ulises, aguarda,
que fama y honor pretendo. 1065
MÚSICOS Viva el amor
y muera los celos.[(45)]
AQUILES Pero no me aguardes, vete;
no llores tú, que ya vuelvo.

(**Cantan**; **suena la caja y clarín a un tiempo**, **y sale** LIDORO.)

LIDORO Entre músicas y trompas, 1070
lugar otra vez se ha hecho
hacia esta parte. ¿Quién va?
AQUILES Ya pudiérades saberlo:
El Monstruo de los Jardines.
DEIDAMIA ¡Esto me faltaba, cielos! 1075
LIDORO Ahora veré si otro engaño
te libra de mí.

(Riñen.)

AQUILES No quiero
que ya el engaño me libre,
sino el valor y el esfuerzo.

(Habrá caja, **clarín**, **música y versos**, **óigase o no se oiga.)**

MÚSICOS Pues gloria... 1080
DEIDAMIA Ya que está perdido todo,
la vida, que es lo de menos,
piérdase también. Ulises,
Cintia, Sirene, Danteo,
padre, señor... Mas mis voces 1085
otras confunden.

(Salen todos y dos criados con hachas.)

TODOS ¿Qué es esto?
LIDORO Conocer quién es un monstruo [69v]
desos jardines.

AQUILES Primero
mil vidas perderé.
EL REY Astrea.
AQUILES Ya de ese engaño no es tiempo, 1090
que con la espada en la mano,
de oír tal nombre me avergüenzo.
Aquiles soy, que a tu casa
y a ti tal traición he hecho,
de Deydamia enamorado, 1095
a quien por esposa tengo:
vengan, pues y llegad todos.
EL REY Matadle.
DEIDAMIA ¡Ay de mí!
ULISES Teneos,
que si le busqué hasta aquí,
ya desde aquí lo defiendo. 1100
EL REY Tú, Ulises, a quien ofende
mi Palacio...
LIDORO Tú, al que ha hecho
tal traición contra mi honor...
EL REY ¿Amparas?
LIDORO ¿Defiendes?
ULISES Esto
a todos importa.
TODOS ¿Cómo? 1105

(Ábrese un peñasco y vese TETIS **sobre un caballo**, **en ondas de mar**.**)**

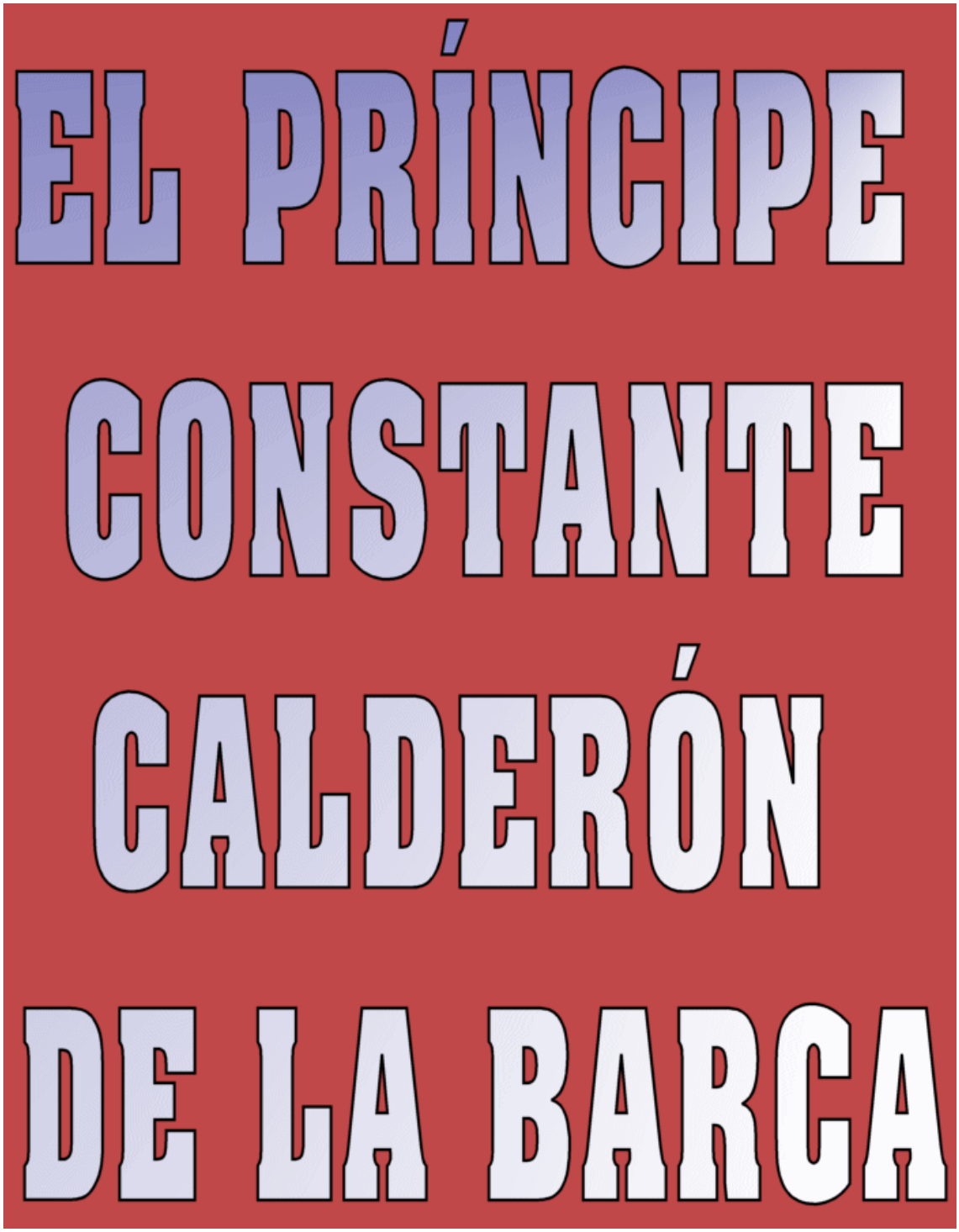
TETIS Yo lo diré, estadme atentos.
Hoy es el día fatal,
que amenazó con agüeros
a Aquiles; bien lo publica
el trance en que se ve puesto 1110
deste riesgo. Librar quise
su vida infeliz, creyendo
que sería en la campaña,
y en la paz le truje al riesgo.
Y pues hoy transciende el punto, 1115
siendo desde aquí trofeos,
victorias, triunfos y aplausos,
no os quitéis, valientes griegos,
la felicidad matando,
que dél esperáis viviendo. 1120

(Vuela a la cazuela.)

TODOS Vive Aquiles, viva Aquiles.
EL REY Su vida defiende el pueblo,
pues si la fama le aclama
caudillo de los empleos...

LIDORO Si los dioses le apellidan 1125
a santo de sus decretos...
EL REY Yo le perdono mi agravio.
LIDORO Yo desisto de mis celos.
EL REY Dale la mano a Deydamia.
AQUILES Feliz fui.
DEIDAMIA Gran dicha adquiero. 1130
LIBIO Yo por hacer algo ahora,
diré que acabe con esto,
El Monstruo de los Jardines;
perdonad sus muchos yerros.

EL PRÍNCIPE CONSTANTE
CALDERÓN DE LA BARCA



Personas que hablan en ella:

- ***Don FERNANDO, príncipe***
- ***Don ENRIQUE, príncipe***
- ***Don JUAN Coutiño***
- ***El REY de Fez, viejo***
- ***MULEY, general***
- ***BRITO, gracioso***
- ***ALFONSO, rey de Portugal***
- ***FÉNIX, infanta***
- ***ROSA***
- ***ZARA***
- ***ESTRELLA***
- ***CELÍN***
- ***TARUDANTE, rey de Marruecos***
- ***[CAUTIVOS]***
- ***SOLDADOS***

JORNADA PRIMERA

Salen los cautivos cantando lo que quisieren, y ZARA

ZARA: Cantad aquí, que ha gustado,
mientras toma de vestir
Fénix hermosa, de oír
las canciones que ha escuchado
tal vez en los baños, llenas
de dolor y sentimiento.
CAUTIVO 1: Música, cuyo instrumento
son los hierros y cadenas
que nos aprisionan, ¿puede
haberla alegrado?
ZARA: Sí,
ella escucha. Desde aquí
cantad.
CAUTIVO 2: Esa pena excede
Zara hermosa, a cuantas son,
pues sólo un rudo animal
sin discurso racional,
canta alegre en la prisión.
ZARA: ¡No cantáis vosotros?
CAUTIVO 3: Es
para divertir las penas
propias, mas no las ajenas.
ZARA: Ella escucha, cantad, pues.

Cantan

CAUTIVOS: "Al peso de los años
lo eminente se rinde
que a lo fácil del tiempo
no hay conquista difícil."

Sale ROSA

ROSA: Despejad, cautivos, dad
a vuestra canciones fin,
porque sale a este jardín
Fénix a dar vanidad
al campo con su hermosura,
segunda aurora del prado.

Vanse los cautivos y salen las moras vistiendo a FÉNIX

ESTRELLA: Hermosa te has levantado.
ZARA: No blasone el alba pura
que la debe este jardín
la luz, ni fragancia hermosa
ni la púrpura la rosa,
ni la blancura el jazmín.
FÉNIX: El espejo.
ZARA: Es excusado
querer consultar con él
los borrones que el pincel
sobre la tez no ha dejado.

Danle un espejo

FÉNIX: ¿De qué sirve la hermosura
--cuando lo fuese la mía--
si me falta la alegría,
si me falta la ventura?
CELIMA: ¿Qué sientes?
FÉNIX: Si yo supiera,
ay Celima, lo que siento,
de mi mismo sentimiento
lisonja al dolor hiciera;
pero de la pena mía
no sé la naturaleza,
que entonces fuera tristeza,
lo que hoy es melancolía.
Sólo sé que sé sentir
lo que sé sentir no sé;
que ilusión del alma fue.
ZARA: Pues no pueden divertir
tu tristeza estos jardines,
que a la primavera hermosa
labran estatuas de rosa
sobre templos de jazmines,
hazte al mar, un barco sea
dorado carro del sol.
ROSA: Y cuando tanto arrebol
errar por sus ondas vea,
con grande melancolía
el jardín al mar dirá--
Ya el sola en su centro está
muy breve ha sido este día.
FÉNIX: Pues no me puede alegrar

formando sombras y lejos
la emulación que en reflejos
tienen la tierra y el mar;
  cuando con grandezas sumas
compiten entre esplendores
la espumas a las flores,
la flores a las espumas.
  Porque el jardín, envidioso
de ver las ondas del mar,
su curso quiere imitar;
y así, el céfiro amoroso
  matices rinde y olores
que, soplando, en ellas bebe;
y hacen las hojas que mueve
un océano de flores;
  cuando el mar, triste de ver
la natural compostura
del jardín, también procura
adornar, y componer
  su playa, la pompa pierde
y, a segunda ley sujeto,
compite[n] con dulce efeto
campo azul y golfo verde;
  siendo, ya con rizas plumas,
ya con mezclados colores,
el jardín un mar de flores
y el mar un jardín de espumas.
  Sin duda mi pena es mucha,
no la pueden lisonjear
campo, cielo, tierra y mar.

ZARA: Gran pena contigo lucha.

Sale el REY con un retrato

REY: Si acaso permite el mal,
cuartana de tu belleza,
dar treguas a tu tristeza,
este bello original
  --que no es retrato el que tiene
alma y vida--es del infante
de Marruecos, Tarudante,
que a rendir a tus pies viene
  la corona. Embajador
es de su parte, y no dudo
que embajador que habla mudo,
trae embajadas de amor.
  Favor en su amparo tengo.
Diez mil jinetes alista
que envïar a la conquista
de Ceuta, que ya prevengo.
  Dé la vergüenza esta vez
licencia. Permite amar
a quien se ha de coronar
rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX: (¡Válgame Alá!) ***Aparte***

REY: ¿Qué rigor
te suspende de esa suerte?

FÉNIX: La sentencia de mi muerte.

REY: ¿Qué es lo que dices?

FÉNIX: Señor,
si sabes que siempre has sido
mi dueño, mi padre y rey,
¿qué he de decir? (¡Ay, Muley, ***Aparte***
grande ocasión has perdido!)
El silencio--¡ay infelice!--
hace mi humildad inmensa.
(Miente el alma, si lo piensa. ***Aparte***
Miente la voz, si lo dice.)
REY: Toma el retrato.
FÉNIX: (Forzada ***Aparte***
la mano le tomará;
pero el alma no podrá.

Disparan una pieza

ZARA: Esta salva es a la entrada
de Muley, que hoy ha surgido
del mar de Fez.
REY: Justa es.

Sale MULEY con bastón de general

MULEY: Dame, gran señor, los pies.
REY: Muley, seas bien venido.
MULEY: Quien penetra el arrebol
de tan soberana esfera,
y a quien en el puerto espera
tal aurora, hija del sol,
fuerza es que venga con bien,
dame, señora, la mano,
que este favor soberano
puede mereceros quien
con amor, lealtad y fe
nuevos triunfos te previene,
y fue a serviros, y viene
tan amante como fue.
FÉNIX: (¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?) ***Aparte***
Tú, Muley (¡Estoy mortal!) ***Aparte***
vengas con bien.
MULEY: (No con mal ***Aparte***
será, si a mis ojos creo.)
REY: En fin, Muley, ¿qué hay del mar?
MULEY: Hoy tu sufrimiento pruebas,
de pesar te traigo nuevas
porque ya todo es pesar.
REY: Pues cuanto supieres di,
que en un ánimo constante
siempre se halla igual semblante
para el bien y el mal...Aquí
te sienta, Fénix.
FÉNIX: Sí, haré.

REY: Todas os sentad... Prosigue
y nada a callar te obligue.

Siéntanse el REY y las damas

MULEY: Ni hablar, ni callar, podré.

Salí, como me mandaste,
con dos galeazas solas,
gran señor, a recorrer
de Berbería las costas.
Fue tu intento que llegase
a aquella ciudad famosa,
llamada en un tiempo Elisa,
aquella que está a la boca
del Freto Eurelio fundada,
y de Ceido nombre toma
--que Ceido, Ceuta, en hebreo
vuelto al árabe idïoma,
quiere decir, hermosura,
y ella es ciudad siempre hermosa--
aquélla, pues, que los cielos
quitaron a tu corona
quizá por justos enojos
del gran profeta Mahoma;
y en oprobio de las armas
nuestras, miramos agora,
que pendones portugueses
en sus torres se enarbolan
teniendo siempre a los ojos
un padrastro que baldona
nuestros aplausos, un freno
que nuestro orgullo reporta,
un Cáucaso que detiene
al Nilo de tus victorias
la corriente, y, puesta en medio,
el paso a España le estorba.
Iba con órdenes, pues,
de mirar, e inquirir todas
tus fuerzas, para decirte
la disposición y forma
que hoy tiene, y cómo podrás
a menos peligro y costa
emprender la guerra. El cielo
te conceda la victoria,
con esta restitución;
aunque la dilate agora
mayor desdicha, pues creo
que está su empresa dudosa,
y con más necesidad
te está apellidando otra;
pues las armas prevenidas
para la gran Ceuta, importa
que sobre Tánger acudan,
porque amenazada llora
de igual pena, igual desdicha,
igual ruina, igual congoja.
Yo lo sé porque en el mar
una mañana, a la hora
que, medio dormido el sol,
atropellando las sombras
del ocaso, desmaraña
sobre jazmines y rosas
rubios cabellos, que enjuga

con paños de oro a la aurora
lágrimas de fuego y nieve
que el sol convirtió en aljófar,
que a largo trecho del agua
venía una gruesa tropa
de naves; si bien entonces
no pudo la vista absorta
determinarse a decir
se eran naos, o si eran rocas,
porque como en los matices
sutiles pinceles logran
unos visos, unos lejos,
que en perspectiva dudosa
parecen montes tal vez
y tal ciudades famosas,
porque la distancia siempre
monstruos imposibles forma.
Así en países azules
hicieron luces y sombras,
confundiendo mar y cielo
con las nubes y las ondas
mil engaños a la vista,
pues ella entonces curiosa
sólo percibió los bultos,
y no distinguió las formas.
Primero nos pareció,
viendo que sus puntas tocan
con el cielo, que eran nubes
de las que a la mar se arrojan
a concebir en zafir
lluvias que en cristal abortan;
y fue bien pensado, pues
esta innumerable copia
pareció que pretendía
sorberse el mar gota a gota.
Luego de marinos monstruos
nos pareció errante copia,
que a acompañar a Neptuno
salían de sus alcobas;
pues sacudiendo las velas,
que son del viento lisonja,
pensamos que sacudían
las alas sobre las olas.
Ya parecía más cerca
una inmensa Babilonia,
de quien los pensiles fueron
flámulas que el viento azotan;
aquí ya desengañada
la vista, mejor se informa
de que era armada, pues vio
a los sulcos de las proas
--cuando batidas espumas
ya se encrespan, ya se entorchan--
rizarse montes de plata,
de cristal cuajarse rocas.
Yo que vi tanto enemigo
volví a su rigor la proa,
que también saber hüír,
es linaje de victoria.
Y así como más experto

en estos mares, la boca
tomé de una cala, adonde
al abrigo y a la sombra
de dos montecillos, pude
resistir la poderosa
furia de tan gran poder,
que mar, cielo y tierra asombra.
Pasan sin vernos, y yo
deseoso--¿quién lo ignora?--
de saber donde seguía
esta armada su derrota,
a la campaña del mar
salí otra vez, donde logra
el cielo mis esperanzas,
en esta ocasión dichosas;
pues vi que de aquella armada
se había quedado sola
una nave, y que en el mar
mal defendida zozobra
porque, según después supe,
de una tormenta que todas
corrieron, había salido
deshecha, rendida y rota.
Y así, llena de agua estaba
sin que bastasen las bombas
a agotarla, y titubeando
ya a aquella parte, ya a estotra,
estaba a cada vaivén
si se ahoga o no se ahogan.
Llegué a ella, y aunque moro,
les di alivio en sus congojas,
que el tener en las desdichas
compañía, de tal forma
consuela, que el enemigo
suele servir de lisonja.
El deseo de vivir
tanto a algunos les provoca,
que haciendo animoso escalas
de gúmenas y maromas,
a la prisión se vinieron;
si bien otros les baldonan
diciéndoles que el vivir
eternos, es vivir con honra.
Y aun así se resistieron.
¡Portuguesa vanagloria!
De los que salieron, uno
muy por extenso me informa.
Dice, pues, que aquella armada
ha salido de Lisboa
para Tánger y que viene
a sitiarla con heroica
determinación, que veas
en sus almenas famosas
las quinas que ves en Ceuta
cada vez que el sol se asoma.
Duarte de Portugal,
cuya fama vencedora
ha de volar con las plumas
de las águilas de Roma,
envía a sus dos hermanos,

Enrique y Fernando, gloria
de este siglo, que los mira
coronados de victorias,
maestres de Cristo y de Avis
son, los dos pechos adornan
cruces de perfiles blancos,
una verde y otra roja.
Catorce mil portugueses
son, gran señor, los que cobran
sus sueldos, sin los que vienen
sirviéndolos a su costa.
Mil son los fuertes caballos
que la soberbia española
los vistió para ser tigres
los calzó para ser onzas.
Ya a Tánger habrán llegado,
y esta, señor, es la hora
que si su arena no pisan,
al menos sus mares cortan.
Salgamos a defenderla
tú mismo las armas toma,
baje en tu valiente brazo
el azote de Mahoma,
y del libro de la muerte
desate la mejor hoja;
que quizá se cumple hoy
una profecía heroica
de Morabitos, que dicen
que en la margen arenosa
del África ha de tener
la portuguesa corona
sepulcro infeliz, y vean
que aquesta cuchilla corva
campañas verdes y azules
volvió con su sangre rojas.

REY: Calla, no me digas más,
que de mortal furia lleno,
cada voz es un veneno
con que la muerte me das;
mas sus bríos arrogantes
haré que en África tengan
sepulcro, aunque armados vengan
sus maestres los infantes.
Tú, Muley, con los jinetes
de la costa parte luego,
mientras yo en tu amparo llego
que si, como me prometes,
en escaramuzas diestras
le ocupas, porque tan presto
no tomen tierra, y en esto
la sangre heredada muestras,
Yo tan veloz llegaré
como tú con lo restante
del ejército arrogante
que en este campo se ve.
Y así, la sangre concluya
tantos duelos en un día
porque Ceuta ha de ser mía
y Tánger no ha de ser suya.

Vase

MULEY: Aunque de paso, no quiero
dejar, Fénix, de decir,
ya que tengo de morir,
la enfermedad de que muero;
que aunque pierdan mis recelos
el respeto a tu opinión,
si celos mis penas son,
ninguno es cortés con celos.
¿Qué retrato--¡ay enemiga!--
en tu blanca mano vi?
¿Quién es el dichoso, di?
¿Quién?... Mas espera. No diga
tu lengua tales agravios.
Basta, sin saber quién sea
que yo en tu mano le vea,
sin que le escuche en tus labios.
FÉNIX: Muley, aunque mi deseo
licencia de amar te dio,
de ofender y injuriar, no.
MULEY: Es verdad, Fénix. Ya veo
que no es estilo ni modo
de hablarte, pero los cielos
saben que, en habiendo celos,
se pierde el respeto a todo.
Con grande recato y miedo
te serví, quise y amé;
mas si con amor callé,
con celos, Fénix, no puedo.
No puedo.
FÉNIX: No ha merecido
tu culpa satisfacción;
pero yo por mi opinión
satisfacerte he querido,
que un agravio entre los dos
disculpa tiene, y así
te la doy.
MULEY: Pues, ¿hayla?
FÉNIX: Sí.
MULEY: ¡Buenas nuevas te dé Dios!
FÉNIX: Este retrato ha envïado...
MULEY: ¿Quién?
FÉNIX: Tarudante el infante.
MULEY: ¿Para qué?
FÉNIX: Porque ignorante
mi padre de mi cuidado...
MULEY: ¿Bien?
FÉNIX: Pretende que estos dos
reinos...
MULEY: No me digas más.
¿Esa disculpa me das?
¡Malas nuevas te dé Dios!
FÉNIX: Pues, ¿qué culpa habré tenido
de que mi padre lo trate?
MULEY: De haber hoy, aunque te mate,
el retrato recibido.
FÉNIX: ¿Pude excusarlo?
MULEY: ¿Pues no?

FÉNIX: ¿Cómo?
MULEY: Otra cosa fingir.
FÉNIX: Pues, ¿qué pude hacer?
MULEY: Morir;
que por ti lo hiciera yo.
FÉNIX: Fue fuerza.
MULEY: Más fue mudanza.
FÉNIX: Fue violencia.
MULEY: No hay violencia.
FÉNIX: Pues, ¿qué pudo ser?
MULEY: Mi ausencia,
sepulcro de mi esperanza.
Y para asegurarme
de que te puedes mudar,
ya me vuelvo yo a ausentar.
Vuelve, Fénix a matarme.
FÉNIX: Forzosa es la ausencia. Parte.
MULEY: Ya lo está, el alma primero.
FÉNIX: A Tánger, que en Fez te espero
donde acabes de quejarte.
MULEY: Sí, haré; si mi mal dilato.
FÉNIX: Adiós, que es fuerza el partir.
MULEY: Oye, ¿al fin me dejas ir
sin entregarme el retrato?
FÉNIX: Por el rey no le he deshecho.

Quítale el retrato

MULEY: Suelta, que no será en vano
que saque yo de tu mano
a quien me saca del pecho.

Vanse. Tocan un clarín, hay ruido de desembarcar, y van saliendo don FERNANDO, don ENRIQUE, don JUAN Coutiño, y soldados

FERNANDO: Yo he de ser el primero, África bella,
que he de pisar tu margen arenosa,
porque oprimida al peso de mi huella,
sientas en tu cerviz la poderosa
fuerza que ha de rendirte.
ENRIQUE: Yo en el suelo
africano la planta generosa
el segundo pondré.

Cáe[se]

¡Válgame el cielo!
Hasta aquí los agüeros me han seguido.
FERNANDO: Pierde, Enrique, a esas cosas el recelo
porque el caer agora antes ha sido
que ya, como a señor, la misma tierra
los brazos en albricias te ha pedido.
ENRIQUE: Desierta esta campaña y esta sierra
los alarbes, al vernos, han dejado.
JUAN: Tánger las puertas de sus muros cierra.
FERNANDO: Todos se han retirado a su sagrado.

Don Juan Coutiño, conde de Miralva,
reconoced las tierra con cuidado,
ante que el sol, reconociendo el alba,
con más furia nos hiera y nos ofenda,
haced a la ciudad la primer salva.
Decid que defenderse no pretenda,
porque la he de ganar a sangre y fuego,
que el campo inunde, el edificio encienda.

JUAN: Tú verás que a sus mismas puertas llego,
aunque volcán de llamas y de rayos,
le deje al sol con pardas nubes ciego.

Vase. Sale BRITO

BRITO: ¡Gracias a Dios que abriles piso y mayos
y en la tierra me voy por donde quiero,
sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!
Y no en el mar adonde, si primero
no se consulta un monstruo de madera
--que es juez de palo, en fin, el más ligero--
no se puede escapar de una carrera
en el mayor peligro. ¡Ah, tierra mía!
No muera en agua yo, como no muera
tampoco en tierra hasta el postrero día.

ENRIQUE: [¿Qué dices loco?]

[BRITO]: Una oración de fragua
fúnebre, que es sermón de Berbería
panegírico es que digo al agua
y en emponomio horténsico me quejo
porque este enojo, desde que se fragua
con ella el vino, me quedó, y ya es viejo.
[sin razón, sin arbitrio y sin consuelo.
. . . . . { --ejo}
. . . . . .{ --elo}
. . . . . { --ena}
. . . . . .{ --elo}.]

ENRIQUE: ¡Que escuches este loco!

FERNANDO: ¡Y que tu pena
tanto de ti te priva y te divierte!

ENRIQUE: El alma traigo de temores llena
echado juzgo contra mí la suerte
desde que de Lisboa, al salir solo,
imágenes he visto de la muerte.
Apenas, pues, al berberisco polo
prevenimos los dos esta jornada,
cuando de un parasismo el mismo Apolo,
amortajado en nubes, la dorada
faz escondió, y el mar sañudo y fiero
deshizo con tormentas nuestra armada.
Si miro al mar, mil sombras considero;
si al cielo miro, sangre me parece
su velo azul; si al aire lisonjero,
aves nocturnas son las que me ofrece;
si a la tierra, sepulcros representa,
donde mísero yo caiga y tropiece.

FERNANDO: Pues descifrarte aquí mi amor intenta
causa de un melancólico accidente.
Sorbernos una nave una tormenta,
es decirnos que sobra aquella gente

para ganar la empresa a que venimos;
verte púrpura el cielo transparente
es gala, no es horror, que si fingimos
monstruos al agua y pájaros al viento,
nosotros hasta aquí no los trajimos;
pues si ellos aquí están, ¿no es argumento
que a la tierra que habitan inhumanos
pronostican el fin fiero y sangriento?
Esos agüeros viles, miedos vanos,
para los moros vienen, que los crean,
no para que los duden los cristianos.
Nosotros dos lo somos, no se emplean
nuestras armas aquí por vanagloria
de que en los libros inmortales lean
ojos humanos esta gran victoria,
la fe de Dios a engrandecer venimos,
suyo será el honor, suya la gloria,
si vivimos dichosos, pues morimos;
el castigo de Dios justo es temerle,
. . . . . .[--imos.]
. . . . . .[--erle]
Éste no viene envuelto en medios vanos,
a servirle venimos, no a ofenderle.
Cristianos sois; haced como cristianos.

Sale don JUAN

¿Pero qué es esto?
JUAN: Señor,
yendo al muro a obedecerte
a la falda de ese monte
vi una tropa de jinetes,
que de la parte de Fez
corriendo a esta parte vienen
tan veloces, que a la vista
aves, no brutos, parecen.
El viento no los sustenta,
la tierra apenas los siente.
Y así la tierra ni el aire
sabe si corren o vuelen.
FERNANDO: Salgamos a recibirlos,
haciendo primero frente
los arcabuceros, luego
los que caballos tuvieren
salgan también, y su usanza,
con lanzas y con arneses.
Ea, Enrique, buen principio
esta ocasión nos ofrece,
¡ánimo!
ENRIQUE: Tu hermano soy,
no me espantan accidentes
del tiempo, ni me espantara
el semblante de la muerte.

Vanse

BRITO: El cuartel de la salud
me toca a mí guardar siempre;

¡oh, qué brava escaramuza!
Ya se embisten, ya acometen,
famoso juego de cañas,
ponerme en cobro conviene.

Vase y tocan al arma, salen pelando don JUAN y don ENRIQUE con los moros

ENRIQUE: A ellos, que ya los moros
vencido la espalda vuelven.
JUAN: Llenos de despojos quedan,
de caballos y de gentes
estos campos.
ENRIQUE: Don Fernando,
¿dónde está, que no parece?
JUAN: Tanto se ha empeñado en ellos
que ya de vista se pierde.
ENRIQUE: Pues a buscarle, Coutiño.
JUAN: Siempre a tu lado me tienes.

Vanse y salen don FERNANDO con la espada de MULEY, y MULEY con adarga sola

FERNANDO: En la desierta campaña
que tumba común parece
de cuerpos muertos, si ya
no es teatro de la muerte,
sólo tú, moro, has quedado
porque, rendida, tu gente
se retiró, y tu caballo
que mares de sangre vierte
envuelto en polvo y espuma
que él mismo levanta y pierde,
te dejó, para despojo
de mi brazo altivo y fuerte,
entre los sueltos caballos
de los vencidos jinetes.
Yo ufano con tal victoria,
que me ilustra y desvanece
más que el ver esta campaña
coronada de claveles;
pues es tanta la vertida
sangre con que se guarnece,
que la piedad de los ojos
fue tan grande, tan vehemente
de no ver siempre desdichas,
de no mirar ruinas siempre,
que por el campo buscaban
entre lo rojo lo verde.
En efecto, mi valor
sujetando tus valientes
bríos, de tantos perdidos
un suelto caballo prende,
un monstruo, que siendo hijo
del viento, adopción pretende
del fuego, y entre los dos
lo desdice y lo desmiente
el color, pues siendo blanco,

dice el agua, "Parto es éste
de mi esfera, sola yo
pude cuajarle de nieve.
En fin, en lo veloz, viento,
rayo, en fin, en lo eminente,
era por los blanco cisne,
por lo sangriento era sierpe,
por lo hermoso era soberbio,
por lo atrevido valiente,
por los relinchos lozano,
y por las cernejas fuerte.
En la silla y en las ancas
puestos los dos juntamente,
mares de sangre rompimos,
por cuyas ondas crüeles
este bajel animado,
hecho proa de la frente,
rompiendo el globo de nácar
desde el codón al copete,
pareció entre espuma y sangre,
ya que bajel quise hacerle,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos le mueven.
Rindióse al fin, si hubo peso
que tanto Atlante sufriese,
si bien, el de las desdichas
hasta los brutos lo sienten;
o ya fue que enternecido,
entre sus instinto dijese,
"Triste camino el alarbe
y el español parte alegre.
Luego yo contra mi patria
¿soy traidor y soy aleve?"
No quiero pasar de aquí
y puesto que triste vienes
tanto, que aunque el corazón
disimula cuanto puede
por la boca y por los ojos
--volcanes que el pecho enciende--
ardientes suspiros lanza
y tiernas lágrimas vierte.
Admirado mi valor
de ver, cada vez que vuelve
que a un golpe de la Fortuna
tanto se postre y sujete
tu valor, pienso que es otra
la causa que te entristece,
porque por la libertad,
no era justo, ni decente,
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere.
Y así, si el comunicar
los males alivio ofrece
al sentimiento, entre tanto
que llegamos a mi gente,
mi deseo a tu cuidado,
si tanto favor merece,
con razones le pregunta
comedidas y corteses,
"Qué sientes, pues ya yo creo

que el venir preso no sientes?"
Comunicado el dolor
se aplaca, si no se vence,
y yo, que soy el que tuve
más parte en este accidente
de la Fortuna, también
quiero ser el que consuele
de tus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.

MULEY: Valiente eres, español
y cortés como valiente
tan bien vences con la lengua
como con la espada vences.
Tuya fue la vida, cuando
con la espada entre mi gente
me venciste, pero agora
que con la lengua me prendes
es tuya el alma, porque
alma y vida se confiesen
tuyas, de ambos eres dueño;
pues ya crüel, ya clemente
por el trato y por las armas
me has cautivado dos veces.
Movido de la piedad
de oírme, español, y verme
preguntado me han la causa
de mis suspiros ardientes.
Y aunque confieso que el mal
repetido y dicho suele
templarse, también confieso
que quien le repite quiere
aliviarse, y es mi mal
tan dueño de mis placeres
que, por no hacerles disgusto
y que aliviado me deje,
no quisiera repetirle;
mas ya es fuerza obedecerte,
y quiérotela decir,
por quien soy y por quien eres.
Sobrino del rey de Fez
soy, mi nombre es Muley Jeque,
familia que ilustran tantos
bajáes y belerbeyes.
Tan hijo fui de desdichas
desde mi primer oriente,
que en el umbral de la vida
nací en brazos de la muerte.
Una desierta campaña
que fue sepulcro eminente
de españoles, fue mi cuna;
pues para que lo confieses,
en los Gelves nací el año
que os perdisteis en los Gelves.
A servir al rey mi tío
vine, infante, pero empiecen
las penas y las desdichas,
cesen las venturas, cesen.
Vine a Fez, y una hermosura
a quien he adorado siempre
junto a mi casa vivía,

porque más cerca muriese.
Desde mis primeros años,
porque más constante fuese
este amor, más imposible
de acabarse y de romperse,
ambos nos crïamos juntos
y amor en nuestras niñeces
no fue rayo, pues hirió
en lo humilde, tierno y débil
con más fuerza que pudiera
en lo augusto, altivo y fuerte;
tanto, que para mostrar
sus fuerzas y sus poderes
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes.
Pero como la porfía
del agua en las piedras suele
hacer señal, por la fuerza
no, sino cayendo siempre,
así las lágrimas mías,
porfiando tiernamente,
la piedra del corazón,
más que los diamantes, fuerte,
labraron y no con fuerza
de méritos excelentes
pero con mi mucho amor,
vino, en fin, a enternecerse.
En este estado viví
algún tiempo, aunque fue breve,
gozando en auras süaves
mil amoroso deleites.
Ausentéme, por mi mal;
harto he dicho en "ausentéme,"
pues en mi ausencia otro amante
ha venido a darme muerte.
Él dichoso, yo infelice,
él asistiendo, yo ausente,
yo cautivo, y libre él,
me contrastara mi suerte
cuando tú me cautivaste.
Mira si es bien me lamente.

FERNANDO: Valiente moro y galán,
si adoras como refieres,
si idolatras como dices,
si amas como encareces,
si celas como suspiras,
si como recelas temes,
y si como siente amas,
dichosamente padeces.
No quiero por tu rescate
más precio de que le aceptes.
Vuélvete y dile a tu dama
que por su esclavo te ofrece
un portugués caballero;
y si obligada pretende
pagarme el precio por ti,
yo te doy lo que me debes,
cobra la deuda de amor
y logra tus intereses.
Ya el caballo que rendido

cayó en el suelo, parece
con el ocio y el descanso
que restituído vuelve;
y porque sé qué es amor
y qué es tardanza en ausentes,
no te quiero detener.
Sube en tu caballo y vete.
MULEY: Nada mi voz te responde,
que a quien liberal ofrece,
sólo aceptar es lisonja.
Dime, portugués, ¿quién eres?
FERNANDO: Un hombre noble y no más.
MULEY: Bien lo muestras, seas quien fueres;
para el bien y para el mal
soy tu esclavo eternamente.
FERNANDO: Toma el caballo, que es tarde.
MULEY: Pues si a ti te lo parece,
¿qué hará a quien vino cautivo
y libre a sus dama vuelve?

Vase

FERNANDO: Generosa acción es dar,
y más la vida.

Dentro MULEY

MULEY: ¡Valiente
portugués!
FERNANDO: Desde el caballo
habla. ¿Qué es lo que me quieres?
MULEY: Espero que he de pagarte
algún día tantos bienes.
FERNANDO: ¡Gózalos tú!
MULEY: Porque al fin
hacer bien nunca se pierde.
¡Alá te guarde, español!
FERNANDO: Si Alá es Dios, con bien te lleve.

Suenan dentro cajas y trompetas

Mas, ¿qué trompa es aquesta,
que el aire turba y la región molesta?
Y por esta otra parte
cajas se escuchan; música de Marte
son las dos.

Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: ¡Oh, Fernando!
Tu persona veloz vengo buscando.
FERNANDO: Enrique, ¿qué hay de nuevo?
ENRIQUE: Aquellos ecos
ejércitos de Fez y Marruecos
son, porque Tarudante
al rey de Fez socorre, y arrogante

el rey con gente viene,
en medio cada ejército nos tiene
de modo que, cercados,
somos los sitiadores y sitiados.
Si la espada volvemos
al uno, mal del otro nos podemos
defender, pues por una y otra parte
nos deslumbran relámpagos de Marte.
¿Qué haremos, pues de confusiones llenos?

FERNANDO: ¿Qué? Morir como buenos,
con ánimos constantes.
¿No somos dos maestres, dos infantes?
. . . . . [--eses]
Cuando bastara ser dos portugueses
particulares, para no haber visto
la cara al miedo. Pues Avis y Cristo
a voces repitamos,
y por la fe muramos,
pues a morir venimos.

Sale don JUAN

JUAN: Mala salida a tierra dispusimos.

FERNANDO: Ya no es tiempo de medios,
a los brazos apelen los remedios,
pues uno y otro ejército nos cierra
en medio. ¡Avis y Cristo!

JUAN: ¡Guerra, guerra!

Éntranse sacando las espadas, dase la batalla y sale BRITO

BRITO: Ya nos cogen en medio
un ejército y otro sin remedio.
¡Qué bellaca palabra!
La llave eterna de los cielos abra
un resquicio siquiera,
que de aqueste peligro salga afuera
quien aquí se ha venido
sin qué, ni para qué. Pero fingido
muerte estaré un instante,
y muerto lo tendré para adelante.

Échase en el suelo y sale[n don ENRIQUE Y] un moro acuchillándo[se]

MORO: ¿Quién tanto se defiende,
siendo mi brazo rayo que desciende
desde la cuarta esfera?

ENRIQUE: Pues aunque yo tropiece, caiga y muera
en cuerpos de cristianos,
no desmaya la fuerza de las manos,
que ella de quien yo soy mejor avisa.

BRITO: (¡Cuerpo de Dios con él, y québien pisa!) ***Aparte***

Písanle, y éntranse, y salen MULEY y don JUAN Coutiño riñendo

MULEY: Ver, portugués valiente,
en ti fuerza tan grande no lo siente
mi valor, pues quisiera
daros hoy la victoria.
JUAN: ¡Pena fiera!
Sin tiento y sin aviso
con cuerpos de cristianos cuantos piso.
BRITO: (Yo se lo perdonara ***Aparte***
a trueco, mi señor, que no pisara.)

Vanse los dos y sale don FERNANDO, retirándose del REY y de otros moros

REY: Rinde la espada, altivo
portugués; que si logro el verte vivo
en mi poder, prometo
. . . . . .[--eto]
ser tu amigo. ¿Quién eres?
FERNANDO: Un caballero soy, saber no esperes
más de mí. Dame muerte.

Sale don JUAN, y pónese a su lado

JUAN: Primero, gran señor, mi pecho fuerte,
que es muro de diamante,
tu vida guardará puesto delante.
¡Ea, Fernando mío,
muéstrese agora el heredado brío!
REY: Si esto escucho, ¿qué espero?
Suspéndanse las armas, que no quiero
hoy más felice gloria
que este preso me basta por victoria.
Si tu prisión o muerte
con tal sentencia decretó la suerte,
de ala espada, Fernando,
al rey de Fez.

Sale MULEY

MULEY: ¿Qué es lo que estoy mirando?
FERNANDO: Sólo a un rey la rindiera,
que desesperación negarla fuera.

Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: ¿Preso mi hermano?
FERNANDO: Enrique,
tu voz más sentimiento no publique;
que en la suerte importuna
éstos son los sucesos de Fortuna.
REY: Enrique, don Fernando
está hoy en mi poder y aunque mostrando
la ventaja que tengo

pudiera daros muerte, yo no vengo
hoy más que a defenderme,
que vuestra sangre no viniera a hacerme
honras tan conocidas,
como podrán hacerme vuestras vidas.
y para que el rescate
con más puntualidad al rey se trate,
vuelve tú, que Fernando
en mi poder se quedará aguardando
que vengas a libralle.
Pero dile a Duarte, que en llevalle
será su intento vano,
si a Ceuta no me entrega por su mano.
Y agora vuestra alteza,
a quien debo esta honra, esta grandeza
a Fez venga conmigo.

FERNANDO: Iré a la esfera cuyos rayos sigo.

MULEY: (¡Porque yo tenga, cielos, ***Aparte***
más que sentir entre amistad y celos!)

FERNANDO: Enrique, preso quedo,
ni a mal ni a la Fortuna tengo miedo.
Dirásle a nuestro hermano
que haga aquí como príncipe cristiano
en la desdicha mía.

ENRIQUE: ¿Pues quién de sus grandezas desconfía?

FERNANDO: Esto te encargo y digo
que haga como cristiano.

ENRIQUE: Yo me obligo
a volver como tal.

FERNANDO: Dame esos brazos.

ENRIQUE: Tú eres el preso, y pónesme a mí lazos.

FERNANDO: Don Juan, adiós.

JUAN: Yo he de quedar contigo;
de mí no te despidas.

FERNANDO: ¡Leal amigo!

ENRIQUE: ¡Oh infelice jornada!

FERNANDO: Dirásle al rey... Mas no le digas nada,
si con grande silencio el miedo vano
estas lágrimas lleva al rey mi hermano.

Vanse y salen dos moros, y ven a BRITO como muerto

MORO 1: Cristiano muerto es éste.

MORO 2: Porque no causen peste,
echad al mar los muertos.

BRITO: En dejándoos los cascos bien abiertos
a tajos y reveses,
que "ainda mortos" somos portugueses.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Sale FÉNIX

FÉNIX: ¡Zara! ¡Rosa! ¡Estrella! ¿No
hay quien me responda?

Sale MULEY

MULEY: Sí,
que tú eres sol para mí
y para ti sombra yo;
y la sombra al sol siguió.
El eco dulce escuché
de tu voz, y apresuré
por esta montaña el paso.
¿Qué sientes?
FÉNIX: Oye, si acaso
puedo decir lo que fue.
Lisonjera, libre, ingrata,
dulce y süave una fuente
hizo apacible corriente
de cristal y undosa plata;
lisonjera se desata,
porque hablaba y no sentía;
süave, porque fingía;
libre, porque claro hablaba;
dulce, porque murmuraba;
e ingrata, porque corría.
Aquí cansada llegué
después de seguir ligera
en ese monte una fiera,
en cuya frescura hallé
ocio y descanso; porque
de un montecillo a la espalda,
de quien corona y guirnalda
fueron clavel y jazmín,
sobre un catre de carmín
hice un foso de esmeralda.
Apenas en él rendí
el alma al susurro blando
de las soledades, cuando
ruido en las hojas sentí.
Atenta me puse, y vi
una caduca africana,
espíritu en forma humana,
ceño arrugado y esquivo,
que era un esqueleto vivo
de lo que fue sombra vana,
cuya rústica fiereza
cuyo aspecto esquivo y bronco
fue escultura hecha de un tronco
sin pulirse la corteza.
Con melancolía y tristeza,
pasiones siempre infelices
--para que te atemorices--
una mano me tomó,

y entonces ser tronco yo
afirmé por las raíces.
Hielo introdujo en mis venas
el contacto, horror las voces,
que discurriendo veloces,
de mortal veneno llenas.
Articuladas apenas,
esto les pude entender:
"¡Ay infelice mujer!
¡Ay forzosa desventura!
¡Que en efecto esta hermosura
precio de un muerte ha de ser!"
Dijo; y yo tan triste vivo
que diré mejor que muero,
pues por instantes espero
de aquel tronco fugitivo
cumplimiento tan esquivo,
de aquel oráculo yerto
el presagio y fin tan cierto
que mi vida ha de tener.
¡Ay de mí! ¡Que hoy he de ser
precio vil de un hombre muerto!

Vase FÉNIX

MULEY: Fácil es de descifrar
ese sueño, esa ilusión,
pues las imágenes son
de mi pena singular.
A Tarudante has de dar
la mano de esposa; pero
yo, que en pensarlo me muero,
estorbaré mi rigor;
que él no ha de gozar tu amor
si no me mata primero.
Perderte yo, podrá ser;
mas no perderte y vivir.
Luego si es fuerza el morir
antes que lo llegue a ver,
precio mi vida ha de ser
con que ha de comprarte. ¡Ay cielos!
¡Y tú en tantos desconsuelos
precio de un muerto serás
pues que morir me verás
de amor, de envida y de celos!

Salen tres cautivos y el infante don FERNANDO

CAUTIVO 1: Desde aquel jardín te vemos,
donde estamos trabajando,
andar a caza, Fernando,
y todos juntos venimos
a arrojarnos a tus pies.
CAUTIVO 2: Solamente este consuelo
aquí nos ofrece el cielo.
CAUTIVO 3: Piedad como suya es.
FERNANDO: Amigos, dadme los brazos;
y sabe Dios si con ellos

quisiera de vuestros cuellos
romper los nudos y lazos
que os aprisionan; que a fe
que os darían libertad
antes que a mí; mas pensad
que favor del cielo fue
esta piadosa sentencia;
él mejorará la suerte,
que a la desdicha más fuerte
sabe vencer la prudencia.
Sufrid con ella el rigor
del tiempo y de la Fortuna,
deidad bárbara importuna,
hoy cadáver y ayer flor.
No permanece jamás
y así os mudará de estado.
¡Ay Dios! Que al necesitado
darle consejo no más
no es prudencia, y en verdad
que, aunque quiera regalaros,
no tengo esta vez qué daros.
Mis amigos, perdonad.
Ya de Portugal espero
socorro, presto vendrá;
vuestra mi hacienda será.
Para vosotros la quiero.
Si me vienen a sacar
del cautiverio, ya digo
que todos iréis conmigo.
Id con Dios a trabajar.
No disgustéis vuestros dueños.

CAUTIVO 1: Señor, tu vida y salud
hace nuestra esclavitud
dichosa.

CAUTIVO 2: Siglos pequeños
son los del fénix, señor,
para que vivas.

Vanse

FERNANDO: El alma
queda en lastimosa calma,
viendo que os vais sin favor
de mis manos. ¡Quien pudiera
socorrerlos! ¡Qué dolor!

MULEY: Aquí estoy viendo el amor
con que la desdicha fiera
de esos cautivos tratáis.

FERNANDO: Duélome de su fortuna
y en la desdicha importuna
que a esos cautivos miráis,
aprendo a ser infelice'
y algún día podrá ser
que los haya menester.

MULEY: ¿Eso vuestra alteza dice?

FERNANDO: Naciendo infante, he llegado
a ser esclavo; y así
temo venir desde aquí
a más miserable estado;

que si ya en aqueste vivo,
mucha más distancia trae
de infante a cautivo que hay
de cautivo a más cautivo.
Un día llama a otro día,
y así llama y encadena
llanto a llanto y pena a pena.

MULEY: No fuera mayor la mía,
que vuestra alteza mañana,
aunque hoy cautivo está,
a su patria volverá;
pero mi esperanza es vana,
pues no puede alguna vez
mejorarse mi fortuna,
mudable más que la luna.

FERNANDO: Cortesano soy de Fez,
y nunca de los amores
que me contaste te oí
novedad.

MULEY: Fueron en mí
recatados los favores.
El dueño juré encubrir;
pero a la amistad atento,
sin quebrar el juramento,
te lo tengo de decir.
Tan solo mi mal ha sido
como solo mi dolor,
porque el Fénix y mi amor
sin semejante han nacido.
En ver, oír y callar,
Fénix es mi pensamiento,
Fénix es mi sufrimiento
en temer, sentir y amar;
Fénix mi desconfïanza
en llorar y padecer;
en merecerla y temer
aún es Fénix mi esperanza,
Fénix mi amor y cuidado;
y pues que es Fénix te digo,
como amante y como amigo
ya lo he dicho y lo he callado.

Vase MULEY

FERNANDO: Cuerdamente declaró
el dueño amante y cortés;
si Fénix su pena es,
no he de competirla yo,
que la mía es común pena.
No me doy por entendido;
que muchos la han padecido
y vive de enojos llena.

Sale el REY

REY: Por la falda de este monte
vengo siguiendo a tu alteza,
porque, antes que el sol se oculte

entre corales y perlas,
te diviertas en la lucha
de un tigre que agora cercan
mis cazadores.

FERNANDO: Señor,
gustos por puntos inventas
para agradarme; si así
a tus esclavos festejas,
no echarán menos la patria.

REY: Cautivos de tales prendas
que honran al dueño, es razón
servirlos de esta manera.

Sale don JUAN

JUAN: Sal, gran señor, a la orilla
del mar, y verás en ella
el más hermoso animal
que añadió naturaleza
al artificio; porque
una cristiana galera
llega al puerto, tan hermosa,
aunque toda oscura y negra,
que al verla se duda cómo
es alegre su tristeza.
Las armas de Portugal
vienen por remate de ella;
que como tienen cautivo
a su infante, tristes señas
visten por su esclavitud,
y a darle libertad llegan,
diciendo su sentimiento.

FERNANDO: Don Juan, amigo, no es ésa
de su luto la razón,
que si a librarme vinieran,
en fe de su libertad
fueran alegres las muestras.

Sale don ENRIQUE, vestido de luto con un pliego

ENRIQUE: Dadme, gran señor, los brazos.

REY: Con bien venga vuestra alteza.

FERNANDO: ¡Ay, don Juan, cierta es mi muerte!

REY: ¡Ay, Muley, mi dicha es cierta!

ENRIQUE: Ya que de vuestra salud
me informa vuestra presencia,
para abrazar a mi hermano
de dad, gran señor, licencia.
¡Ay, Fernando!

Abrázanse

FERNANDO: Enrique mío,
¿qué traje es ése? Mas cesa;
harto me han dicho tus ojos,
nada me diga tu lengua.
No llores, que si es decirme

que es mi esclavitud eterna,
eso es lo que más deseo;
albricias pedir pudieras,
y en vez de dolor y luto
vestir galas y hacer fiestas.
¿Cómo está el rey, mi señor?
Porque como él salud tenga,
nada siento. ¿Aún no respondes?

ENRIQUE: Si repetidas las penas
se sienten dos veces, quiero
que sola una vez las sientas.
Tú, escúchame, gran señor;
que aunque una montaña sea
rústico palacio, aquí
te pido me des audiencia,
a un preso la libertad,
y atención justa a estas nuevas.
Rota y deshecha la armada,
que fue con vana soberbia
pesadumbre de las ondas,
dejando en África presa
la persona del infante,
a Lisboa di la vuelta,
Desde el punto que Duarte
oyó tan trágicas nuevas,
de una tristeza cubrió
el corazón, de manera
que pasando a ser letargo
la melancolía primera,
muriendo desmintió a cuantos
dicen que no matan penas.
Murió l rey, que esté en el cielo.

FERNANDO: ¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta
mi prisión?

REY: De esa desdicha
sabe Alá lo que me pesa.
Prosigue.

ENRIQUE: En su testamento
el rey mi señor ordena
que luego por la persona
del infante se dé a Ceuta.
Y así yo con los poderes
de Alfonso, que es quien le hereda,
porque sólo este lucero
supliera del sol la ausencia,
vengo a entregar la ciudad;
y pues...

FERNANDO: No prosigas, cesa.
Cesa, Enrique, porque son
palabras indignas ésas,
no de un portugués infante,
de un maestre que profesa
de Cristo la religión,
pero aun de un hombre lo fueran
vil, de un bárbaro sin luz,
de la fe de Cristo eterna.
Mi hermano, que está en el cielo,
si en su testamento deja
esa cláusula, no es
para que se cumpla y lea,

sino para mostrar sólo
que mi libertad desea,
y ésa se busque por otros
medios y otras conveniencias,
o apacibles o crüeles.
Porque decir "Dése a Ceuta"
es decir "Hasta eso haced
prodigiosas diligencias."
Que a un rey católico y justo,
¿cómo fuera, cómo fuera
posible entregar a un moro
una ciudad que le cuesta
su sangre, pues fue el primero
que con sola una rodela
y una espada enarboló
las quinas en sus almenas?
Y eso es lo que importa menos.
Una ciudad que confiesa
católicamente a Dios,
la que ha merecido iglesias
consagradas a sus cultos
con amor y reverencia,
¿fuera católica acción,
fuera religión expresa,
fuera cristiana piedad,
fuera hazaña portuguesa
que los templos soberanos,
Atlantes de las esferas,
en vez de doradas luces
adonde el sol reverbera,
vieran otomanas sombras?
¿Y que sus lunas opuestas
en la iglesia, estos eclipses
ejecutasen tragedias?
¿Fuera bien que sus capillas
a ser establos vinieran,
sus altares a pesebres?
Y cuando aquesto no fuera,
volvieran a ser mezquitas.
Aquí enmudece la lengua,
aquí me falta el aliento,
aquí me ahoga la pena
porque en pensarlo no más
el corazón se me quiebra,
el cabello se me eriza,
y todo el cuerpo me tiembla.
Porque establos y pesebres
no fuera la vez primera
que hayan hospedado a Dios;
pero en ser mezquitas, fueran
un epitafio, un padrón,
de nuestra inmortal afrenta,
diciendo "Aquí tuvo Dios
posada, y hoy se la niegan
los cristianos para darla
al demonio." Aún no se cuenta
--acá moralmente hablando--
que nadie en casa se atreva
de otro a ofenderle. ¿Era justo
que entrara en su casa mesma

a ofender a Dios el vicio,
y que acompañado fuera
de nosotros, y nosotros
le guardáramos la puerta,
y para dejarle dentro
a Dios echásemos fuera?
Los católicos que habitan
con sus familias y haciendas
hoy, quizá prevaricaran
en la fe, por no perderlas.
¿Fuera bien ocasionar
nosotros la contingencia
de este pecado? Los niños
que tiernos se crían en ella,
¿fuera bueno que los moros
los cristianos indujeran
a sus costumbres y ritos
para vivir en su secta?
¿En mísero cautiverio
fuera bueno que murieran
hoy tantas vidas, por una
que no importa que se pierda?
¿Quién soy yo? ¿Soy más que un hombre?
Si es número que acrecienta
el ser infante, ya soy
un cautivo, de nobleza
no es capaz el que es esclavo;
yo lo soy, luego ya yerra
el que infante me llamare.
Si no lo soy, ¿quién ordena
que la vida de un esclavo
en tanto precio se venda?
Morir es perder el ser,
yo le perdí en una guerra;
perdí el ser, luego morí;
morí, luego ya no es cuerda
hazaña que por un muerto
hoy tantos vivos perezcan.
Y así estos vanos poderes,
hoy divididos en piezas,

Rómpelos

serán átomos del sol,
serán del fuego centellas.
Mas no, yo los comeré
porque aún no quede una letra
que informe al mundo que tuvo
la lusitana nobleza
este intento. Rey, yo soy
tu esclavo, dispón, ordena
de mi libertad, no quiero,
ni es posible, que la tenga.
Enrique, vuelve a tu patria,
di que en África me dejas
enterrado, que mi vida
yo haré que muerte parezca.
Cristianos, Fernando es muerto;
moros, un esclavo os queda;

cautivos, un compañero
hoy se añade a vuestras penas;
cielos, un hombre restaura
vuestra divinas iglesias;
mar, un mísero con llanto
vuestras ondas acrecienta;
montes, un triste os habita,
igual ya de vuestras fieras;
viento, un pobre con sus voces
os duplica las esferas;
tierra, un cadáver hoy labra
en tus entrañas su huesa;
porque Rey, hermano, moros,
cristianos, sol, luna, estrellas,
cielo, tierra, mar y viento,
fieras, montes, todos sepan,
que hoy un príncipe constante
entre desdichas y penas
la fe católica ensalza,
la ley de Dios reverencia.
pues cuando no hubiera otra
razón más que tener Ceuta
una iglesia consagrada
a la Concepción eterna
de la que es reina y señora
de los cielos y la tierra,
perdiera, vive ella misma,
mil vidas en su defensa.

REY: Desagradecido, ingrato
a las glorias y grandezas
de mi reino, ¿cómo así
hoy me quitas, hoy me niegas
lo que más he deseado?
Mas si en mi reino gobiernas
más que en el tuyo, ¿qué mucho
que la esclavitud no sientas?
Pero ya que esclavo mío
te nombras y te confiesas,
como a esclavo he de tratarte.
Tu hermano y los tuyos vean
que ya, como vil esclavo,
los pies agora me besas.

ENRIQUE: ¡Qué desdicha!

MULEY: ¡Qué dolor!

ENRIQUE: ¡Qué desventura!

JUAN: ¡Qué pena!

REY: Mi esclavo eres.

FERNANDO: Es verdad,
y poco en eso te vengas;
que si para una jornada
salió el hombre de la tierra,
al fin de varios caminos
es para volver a ella.
Más tengo que agradecerte
que culparte, pues me enseñas
atajos para llegar
a la posada más cerca.

REY: Siendo esclavo, tú no puedes
tener títulos ni rentas.
Hoy Ceuta está en tu poder;

si cautivo te confiesas,
si me confiesas por dueño,
¿por qué no me das a Ceuta?
FERNANDO: Porque es de Dios y no es mía.
REY: ¿No es precepto de obediencia
obedecer al señor?
Pues yo te mando con ella
que la entregues.
FERNANDO: En lo justo
dice el cielo que obedezca
el esclavo a su señor,
porque si el señor dijera
a su esclavo que pecara,
obligación no tuviera
de obedecerle; porque
quien peca mandado, peca.
REY: Daréte muerte.
FERNANDO: Ésa es vida.
REY: Pues para que no lo sea,
vive muriendo; que yo
rigor tengo.
FERNANDO: Y yo paciencia.
REY: Pues no tendrás libertad.
FERNANDO: Pues no será tuya Ceuta.

Sale CELÍN

REY: ¡Hola!
CELÍN: ¿Señor?
REY: Luego al punto
aquese cautivo sea
igual a todos. Al cuello
y a los pies le echad cadenas.
A mis caballos acuda
y en baño y jardín, y sea
abatido como todos.
No vista ropas de seda
sino sarga humilde y pobre;
coma negro pan y beba
agua salobre; en mazmorras
húmedas y oscuras duerma;
y a criados y a vasallos
se extienda aquesta sentencia.
Llevadlos todos.
ENRIQUE: ¡Qué llanto!
MULEY: ¡Qué desdicha!
JUAN: ¡Qué tristeza!
REY: Veré, bárbaro, veré
si llega a más tu paciencia
que mi rigor.
FERNANDO: Sí verás;
porque ésta en mí será eterna.

Llévanle

REY: Enrique, por el seguro
de mi palabra que vuelvas
a Lisboa te permito,

el mar africano deja.
Di en tu patria que su infante,
su Maestre de Avis queda
curándome los caballos;
que a darle libertad vengan.
ENRIQUE: Sí harán, que si yo le dejo
en su infelice miseria
--y me sufre el corazón
el no acompañarle en ella--
es porque pienso volver
con más poder y más fuerza
para darle libertad.
REY: Muy bien harás, como puedas.
MULEY: (Ya ha llegado la ocasión ***Aparte***
de que mi lealtad se vea.
La vida debo a Fernando.
Yo le pagaré la deuda.)

Vanse. Salen CELÍN y el infante [FERNANDO] de cautivo y con cadenas

CELÍN: El rey manda que asistas
en aqueste jardín, y no resistas
su ley a tu obediencia.
FERNANDO: Mayor que su rigor es mi paciencia.

Salen los cautivos, y uno canta mientras los otros cavan en un jardín. Canta

CAUTIVO 1: "A la conquista de Tánger,
contra el bárbaro Muley,
al infante don Fernando
envió su hermano el rey."

FERNANDO: ¿Que un instante mi historia
no deje de cansar a la memoria?
Triste estoy y turbado.
CAUTIVO 2: Cautivo, ¿cómo estáis tan descuidado?
. . . . . .[--estre]
No lloréis, consolaos; que ya el maestre
dijo que volveremos
presto a la patria y libertad tendremos.
Ninguno ha de quedar en este suelo.
FERNANDO: (¡Qué presto perderéis ese consuelo!) ***Aparte***
CAUTIVO 2: Consolad los rigores,
y ayudadme a regar aquestas flores.
Tomad los cubos, y agua me id trayendo
de aquel estanque.
FERNANDO: Obedecer pretendo.
Buen cargo me habéis dado,
pues agua me pedís; que mi cuidado,
sembrando penas, cultivando enojos,
llenará en la corriente de mis ojos.

Vase. Sale don JUAN y otro cautivo

CAUTIVO 3: A este baño han echado

más cautivos.
JUAN: Miremos con cuidado
si estos jardines fueron
donde vino, o si acaso estos le vieron;
porque en su compañía
menos el llanto y el dolor sería,
y mayor el consuelo.
Dígasme, amigo, que te guarde el cielo,
si viste cultivando
este jardín al maestre don Fernando.
CAUTIVO 2: No, amigo, no le he visto.
JUAN: Mal el dolor y lágrimas resisto.
CAUTIVO 3: Digo que el baño abrieron,
y que nuevos cautivos a él vinieron.

Sale don FERNANDO, con dos cubos de agua

FERNANDO: (Mortales, no os espante ***Aparte***
ver un Maestre de Avis, ver un infante
en tan mísera afrenta;
que el tiempo estas miserias representa.)
JUAN: Pues, señor, ¿vuestra alteza
en tan mísero estado? De tristeza
rompa el dolor el pecho.
FERNANDO: ¡Válgate Dios, qué gran pesar me has hecho,
don Juan, en descubrirme!
Que quisiera ocultarme y encubrirme
entre mi misma gente,
sirviendo pobre y miserablemente.
CAUTIVO 1: Señor, que perdonéis, humilde os ruego,
haber andado yo tan loco y ciego.
CAUTIVO 2: Dadnos, señor, tu pies.
FERNANDO: Alzad, amigo,
no hagáis tal ceremonia ya conmigo.
JUAN: Vuestra alteza...
FERNANDO: ¿Qué alteza
ha de tener quien vive en tal bajeza?
Ved que yo humilde vivo,
y soy entre vosotros un cautivo.
Ninguno ya me trate,
sino como a su igual.
JUAN: ¡Que no desate
un rayo el cielo para darme muerte!
FERNANDO: Don Juan, no ha de quejarse de esa suerte
un noble. ¿Quién del cielo desconfía?
La prudencia, el valor, la bizarría
se ha de mostrar agora.

Sale ZARA con un azafate

ZARA: Al jardín sale Fénix mi señora,
y manda que matices y colores
borden este azafate de sus flores.

Toma el azafate

FERNANDO: Yo llevársele espero,

que en cuanto sea servir seré el primero.
CAUTIVO 1: Ea, vamos a cogellas.
ZARA: Aquí os aguardo mientras vais por ellas.

Híncase de rodillas los esclavos

FERNANDO: No me hagáis cortesías.
Iguales vuestras penas y las mías
son; y pues nuestra surte,
si hoy no, mañana ha de igualar la muerte.
No será acción liviana
no dejar hoy que hacer para mañana.

Vanse el infante [FERNANDO] y todos haciéndole cortesías, quédase ZARA, y salen FÉNIX y ROSA

FÉNIX: ¿Mandaste que me trajesen
las flores?
ZARA: Ya lo mandé.
FÉNIX: Sus colores deseé
para que me divirtiesen.
ROSA: ¡Que tales, señora, fuesen,
creyendo tus fantasías,
tus graves melancolías!
ZARA: ¿Qué te obligó a estar así?
FÉNIX: No fue sueño lo que vi,
que fueron desdichas mías.
Cuando sueña un desdichado
que es dueño de algún tesoro,
ni dudo, Zara, ni ignoro
que entonces es bien soñado;
mas si a soñar ha llegado
en fortuna tan incierta
que desdicha le concierta
y aquello sus ojos ven,
pues soñando el mal y el bien,
halla el mal cuando despierta.
Piedad no espero, ¡ay de mí!
Porque mi mal será cierto.
ZARA: ¿Y qué dejas para el muerto
si tú lo sientes así?
FÉNIX: Ya mis desdichas creí.
¡Precio de un muerto! ¿Quién vio
tal pena? No hay gusto, no
a una infelice mujer.
¿Que al fin de un muerto he de ser?
¿Quién será este muerto?

Sale don FERNANDO con las flores

FERNANDO: Yo.
FÉNIX: ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?
FERNANDO: ¿Qué te admira?
FÉNIX: De una suerte
me admira el oírte y verte.
FERNANDO: No lo jures, bien lo creo.

Yo, pues, Fénix, que deseo
servirte humilde, traía
flores, de la suerte mía
jeroglíficos, señora,
pues nacieron con la aurora
y murieron con el día.

FÉNIX: A la maravilla dio
ese nombre al descubrilla.

FERNANDO: ¿Qué flor, di, no es maravilla
cuando te la sirvo yo?

FÉNIX: Es verdad. Di, ¿quién causó
esta novedad?

FERNANDO: Mi suerte.

FÉNIX: ¿Tan rigurosa es?

FERNANDO: Tan fuerte.

FÉNIX: Pena das.

FERNANDO: Pues no te asombre.

FÉNIX: ¿Por qué?

FERNANDO: Porque nace el hombre
sujeto a fortuna y muerte.

FÉNIX: ¿No eres Fernando?

FERNANDO: Sí soy.

FÉNIX: ¿Quién te puso así?

FERNANDO: La ley
de esclavo.

FÉNIX: ¿Quién la hizo?

FERNANDO: El rey.

FÉNIX: ¿Por qué?

FERNANDO: Porque suyo soy.

FÉNIX: ¿Pues no te ha estimado hoy?

FERNANDO: Y también me ha aborrecido.

FÉNIX: ¿Un día posible ha sido
a desunir dos estrellas?

FERNANDO: Para presumir por ellas
las flores habrán venido.

Éstas, que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana,
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz, que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana.
¡Tanto se emprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron.
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron.
En un día nacieron y expiraron;
que pasado los siglos, horas fueron.

FÉNIX: Horror y miedo me has dado,
ni oírte ni verte quiero;
sé que el desdichado primero
de quien huyo un desdichado.

FERNANDO: ¿Y las flores?

FÉNIX: Si has hallado
jeroglíficos en ellas,
deshacellas y rompellas
sólo sabrán mis rigores.

FERNANDO: ¿Qué culpa tienen las flores?
FÉNIX: Parecerse a las estrellas.
FERNANDO: ¿Ya no las quieres?
FÉNIX: Ninguna
estimo en su rosicler.
FERNANDO: ¿Cómo?
FÉNIX: Nace la mujer
sujeta a muerte y fortuna;
y en esa estrella importuna
tasada mi vida vi.
FERNANDO: ¿Flores con estrellas?
FÉNIX: Sí.
FERNANDO: Aunque sus rigores lloro,
esa propiedad ignoro.
FÉNIX: Escucha, sabráslo.
FERNANDO: Di.

FÉNIX: Esos rasgos de luz, esas centellas
que cobran con amagos superiores
alimentos del sol en resplandores,
aquello viven que se duelen de ellas.
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,
efímeras padecen sus ardores;
pues si un día es el siglo de las flores,
una noche es la edad de las estrellas.
De esa, pues, primavera fugitiva
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere.
Registro es nuestro, o muera el sol o viva.
¿Qué duración habrá que el hombre espere,
o qué mudanza habrá, que no reciba
de astro que cada noche nace y muere?

Vase [FÉNIX], y sale MULEY

MULEY: A que se ausente Fénix
en esta parte esperé;
que el águila más amante
huye de la luz tal vez.
¿Estamos solos?
FERNANDO: Sí.
MULEY: Escucha.
FERNANDO: ¿Qué quieres, noble Muley?
MULEY: Que sepas que hay en el pecho
de un moro lealtad y fe.
No sé por dónde empezar
a declararme, ni sé
si diga cuánto he sentido
este inconstante desdén
del tiempo, este estrago injusto
de la suerte, este crüel
ejemplo del mundo, y este
de la fortuna vaivén,
mas a riesgo estoy si aquí
hablar contigo me ven,
que tratarte sin respeto
es ya decreto del rey.
Y así, a mi dolor dejando
la voz, que él podrá más bien
explicarse, como esclavo

vengo a arrojarme a esos pies.
Yo lo soy tuyo, y así
no vengo, infante, a ofrecer
mi favor, sino a pagar
deuda que un tiempo cobré.
La vida que tú me diste
vengo a darte; que hacer bien
es tesoro que se guarda
para cuando es menester.
Y porque el temor me tiene
con grillos de miedo al pie,
y está mi pecho y mi cuello
entre el cuchillo y cordel,
quiero, acortando discursos,
declararme de una vez.
Y así digo que esta noche
tendré en el mar un bajel
prevenido; en las troneras
de las mazmorras pondré
instrumentos que desarmen
las prisiones que tenéis;
luego, por parte de afuera,
los candados romperé.
Tú, con todos los cautivos
que Fez encierra, hoy en él
vuelve a tu patria, seguro
de que yo lo quedo en Fez,
pues es fácil el decir
que ellos pudieron romper
la prisión; y así los dos
habremos librado bien,
yo el honor y tú la vida,
pues es cierto que a saber
el rey mi intento me diera
por traidor con justa ley;
que no sintiera el morir.
Y porque son menester
para granjear voluntades
dineros, aquí se ve
a estas joyas reducido
innumerable interés.
Éste es, Fernando, el rescate
de mi prisión, ésta es
la obligación que te tengo;
que un esclavo noble y fiel
tan inmenso bien había
de pagar alguna vez.

FERNANDO: Agradecerte quisiera
la libertad; pero el rey
sale al jardín.

MULEY: ¿Hate visto
conmigo?

FERNANDO: No.

MULEY: Pues no des
qué sospechar.

FERNANDO: De estos ramos
haré rústico cancel

que me encubra mientras pasa.

Escóndese, y sale el REY

REY: (¿Con tal secreto Muley ***Aparte***
y Fernando? ¿E irse el uno
en el punto que me ve,
y disimular el otro?
Algo hay aquí que temer.
Sea cierto o no sea cierto
mi temor procuraré
asegurar.) Mucho estimo...
MULEY: Gran señor, dame tus pies.
REY: ...hallarte aquí.
MULEY: ¿Qué me mandas?
REY: Mucho he sentido el no ver
a Ceuta por mía.
MULEY: Conquista,
coronado de laurel,
sus muros; que a tu valor
mal se podrá defender.
REY: Con más doméstica guerra
se ha de rendir a mis pies.
MULEY: ¿De qué suerte?
REY: De esta suerte:
con abatir y poner
a Fernando en tal estado
que él mismo a Ceuta me dé.
Sabrás, pues, Muley amigo,
que yo he llagado a temer
que del maestre la persona
no está muy segura en Fez.
Los cautivos, que en estado
tan abatido le ven,
se lastiman, y recelo
que se amotinen por él.
Fuera de esto, siempre ha sido
poderoso el interés;
que las guardas con el oro
son fáciles de romper.
MULEY: (Yo quiero apoyar agora ***Aparte***
que todo esto puede ser,
porque de mí no se tenga
sospecha.) Tú temes bien,
fuerza es que quieran librarle.
REY: Pues sólo un remedio hallé,
porque ninguno se atreva
a atropellar mi poder.
MULEY: ¿Y es, señor?
REY: Muley, que tú
le guardes, y a cargo esté
tuyo; a ti no ha de torcerte
ni el temor ni el interés.
Alcaide eres del infante,
procura el guardarle bien;
porque en cualquiera ocasión
tú me has de dar cuenta de él.

Vase

MULEY: Sin duda alguna que oyó
nuestros conciertos el rey.
¡Válgame Alá!

Sale don FERNANDO

FERNANDO: ¿Qué te aflige?
MULEY: ¿Has escuchado?
FERNANDO: Muy bien.
MULEY: ¿Pues para qué me preguntas
qué me aflige, si me ves
en tan ciega confusión,
y entre mi amigo y el rey
el amistad y el honor
hoy en batalla se ven?
Si soy contigo leal,
he de ser traidor con él;
ingrato seré contigo
si con él me juzgo fiel.
¿Qué he de hacer? ¡Valedme cielos!
Pues al mismo que llegué
a rendir la libertad
me entrega, para que esté
seguro en mi confïanza?
¿Qué he de hacer si ha echado el rey
llave maestra al secreto?
Mas para acertarlo bien
te pido que me aconsejes.
Dime tú qué debo hacer.
FERNANDO: Muley, amor y amistad
en grado inferior se ven
con la lealtad y el honor.
Nadie iguala con el rey.
Él solo es igual contigo
y así mi consejo es
que a él le sirvas y me faltes.
Tu amigo soy y porque
esté seguro tu honor
yo me guardaré también;
y aunque otro llegue a ofrecerme
libertad, no aceptaré
la vida, porque tu honor
conmigo seguro esté.
MULEY: Fernando, no me aconsejas
tan leal como cortés.
Sé que te debo la vida,
y que pagártela es bien;
y así lo que está tratado
esta noche dispondré.
Líbrate tú, que mi vida
se quedará a padecer
tu muerte; líbrate tú,
que nada temo después.
FERNANDO: ¿Y será justo que yo
sea tirano [e infïel]
con quien conmigo es piadoso,
y mate al honor, crüel,
que a mí me está dando vida?
No, y así te quiero hacer

juez de mi causa y mi vida.
Aconséjame también.
¿Tomaré la libertad
de quien queda a padecer
por mí? ¿Dejaré que sea
uno con su honor crüel
por ser liberal conmigo?
¿Qué me aconsejas?

MULEY: No sé;
que no me atrevo a decir
sí ni no; el no porque
me pesará que lo diga;
y el sí porque echo de ver
si voy a decir que sí,
que no te aconsejo bien.

FERNANDO: Sí aconsejas, porque yo,
por mi Dios y por mi ley
seré un príncipe constante
en la esclavitud de Fez.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

TERCERA JORNADA

Salen MULEY y el REY

MULEY: (Ya que socorrer no espero, ***Aparte***
por tantas guardas del Rey,
a don Fernando, hacer quiero
sus ausencias, que ésta es ley
de un amigo verdadero.)
Señor, pues yo te serví
en tierra y mar, como sabes,
si en tu gracia merecí
lugar, en penas tan graves
atento me escucha.

REY: Si.

MULEY: Fernando...

REY: No digas más.

MULEY: ¿Posible es que no me oirás?

REY: No, que en diciendo Fernando
ya me ofendes.

MULEY: ¿Cómo o cuándo?

REY: Como ocasión no me das
de hacer lo que me pidieres
cuando me ruegas por él.

MULEY: Si soy su guarda, ¿no quieres,
señor, que dé cuenta de él?

REY: Di; pero piedad no esperes.

MULEY: Fernando, cuya importuna
suerte sin piedad alguna

vive, a pesar de la fama,
tanto que el mundo le llama
el monstruo de la Fortuna,
  examinando el rigor,
mejor dijera el poder
de tu corona, señor;
hoy a tan mísero ser
le ha traído su valor
  que en un lugar arrojado,
tan humilde y desdichado
que es indigno de tu oído,
enfermo, pobre y tullido
piedad pide al que ha pasado;
  porque como le mandaste
que en las mazmorras durmiese,
que en los baños trabajase,
que tus caballos curase,
y nadie a comer le diese,
  a tal extremo llegó,
como era su natural
tan flaco, que se tulló;
y así la fuerza del mal
brío y majestad rindió.
  Pasando la noche fría
en una mazmorra dura,
constante en su fe porfía;
y al salir la lumbre pura
del sol, que es padre del día,
  los cautivos--¡pena fiera!--
en una mísera estera
le ponen en tal lugar
que es--¿dirélo?--un muladar;
porque es su olor de manera,
  que nadie puede sufrille
junto a su casa, y así
todos dan en despedille,
y ha venido a estar allí
sin hablalle y sin oílle,
  ni compadecerse de él.
Sólo un crïado y un fïel
caballero en pena extraña
le consuela y compaña.
Estos dos parten con él
  su porción, tan sin provecho,
que para uno solo es poca,
pues cuando los labios toca,
se suele pasar al pecho
sin que lo sepa la boca;
  y aun a estos dos los castiga
tu gente, por la piedad
que al dueño a servir obliga;
mas no hay rigor ni crueldad,
por más que ya los persiga,
  que de él los pueda apartar.
Mientras uno va a buscar
de comer, el otro queda,
con quien consolarse pueda
de su desdicha y pesar.
  Acaba ya rigor tanto,
ten del príncipe, señor,

puesto en tan fiero quebranto,
ya que no piedad, horror;
asombro, ya que no llanto.
REY: Bien está, Muley.

Sale FÉNIX

FÉNIX: Señor,
si ha merecido en tu amor
gracia alguna mi humildad,
hoy a vuestra majestad
vengo a pedir un favor.
REY: ¿Qué podré negarte a ti?
FÉNIX: Fernando el maestre...
REY: Está bien;
ya no hay que pasar de ahí.
FÉNIX: Horror da a cuantos le ven
en tal estado; de ti
sólo merecer quisiera...
REY: ¡Detente, Fénix, espera!
¿Quién a Fernando le obliga
para que su muerte siga,
para que infelice muera?
Si por ser crüel y fiel
a su fe sufre castigo
tan dilatado y crüel,
él es el crüel consigo,
que yo no lo soy con él.
¿No está en su mano salir
de su miseria y vivir?
Pues eso en su mano está.
Entregue a Ceuta y saldrá
de padecer y sentir.

Sale CELÍN

CELÍN: Licencia aguarden que des,
señor, dos embajadores.
De Tarudante uno es,
y el otro del portugués
Alfonso.
FÉNIX: (¿Hay penas mayores? ***Aparte***
Sin duda que por mí envía
Tarudante.)
MULEY: (Hoy perdí, cielos ***Aparte***
la esperanza que tenía.
Mátenme amistad y celos,
todo lo perdí en un día.)

REY: Entren, pues. En este estrado
conmigo te asienta, Fénix.

Siéntanse, y salen ALFONSO y TARUDANTE, cada uno por su parte

TARUDANTE: Generoso rey de Fez...
ALFONSO: Rey de Fez altivo y fuerte...

TARUDANTE: ...cuya fama...
ALFONSO: ...cuya vida...
TARUDANTE: ...nunca muera...
ALFONSO: viva siempre...
TARUDANTE: ...y tú de aquel sol aurora...
ALFONSO: ...tú de aquel ocaso oriente..
TARUDANTE: ...a pesar de siglos dures...
ALFONSO: ...a pesar de tiempos reines...
TARUDANTE: ...porque tengas...
ALFONSO: ...porque goces...
TARUDANTE: ...felicidades...
ALFONSO: ...laureles...
TARUDANTE: ...altas dichas...
ALFONSO: ...triunfos grandes...
TARUDANTE: ...pocos males.
ALFONSO: ...muchos bienes.
TARUDANTE: ¿Cómo, mientras hablo yo,
tú, cristiano, a hablar te atreves?
ALFONSO: Porque nadie habla primero
que yo, donde yo estuviere.
TARUDANTE: A mí, por ser de nación
alarbe, el lugar me deben
primero; que los extraños
donde hay propios, no prefieren.
ALFONSO: Donde saben cortesía,
sí hacen; pues vemos siempre
que dan en cualquiera parte
el mejor lugar al huésped.
TARUDANTE: Cuando esa razón lo fuera,
aún no pudiera vencerme;
porque el primero lugar
sólo se le debe al huésped.
REY: Ya basta; y los dos agora
en mis estrados se sienten.
Hable el portugués que, en fin,
por de otra ley se le debe
más honor.
TARUDANTE: (Corrido estoy.) ***Aparte***
ALFONSO: Agora yo seré breve.
Alfonso de Portugal,
rey famoso, a quien celebre
la fama en lenguas de bronce
a pesar de envidia y muerte,
salud te envía y te ruega
que pues libertad no quiere
Fernando, como su vida
la ciudad de Ceuta cueste,
que reduzcas su valor
hoy a cuantos intereses
el más avaro codicie,
el más liberal desprecie;
y que dará en plata y oro
tanto precio como pueden
valer dos ciudades. Esto
te pide amigablemente;
pero si no se le entregas,
que ha de librarle promete
por armas, a cuyo efecto
ya sobre la espalda leve
del mar ciudades fabrica

de mil armados bajeles;
y jura que a sangre y fuego
ha de librarle y vencerte,
dejando aquesta campaña
llena de sangre, de suerte
que cuando el sol se levante
halle los matices verdes
esmeraldas, y los pierda
rubíes cuando se acueste.

TARUDANTE: Aunque como embajador
no me toca responderte
en cuanto toca a mi rey
puedo, cristiano, atreverme
--porque ya es suyo este agravio--
como hijo que obedece
al rey, mi señor; y así
decir de su parte puedes
a don Alfonso que venga,
porque en término más breve
que hay de la noche a la aurora,
vea en púrpura caliente
agonizar estos campos,
tanto que los cielos piensen
que se olvidaron de hacer
otras flores que claveles.

ALFONSO: Si fueras, moro, mi igual,
pudiera ser que se viese
reducida esta victoria
a dos jóvenes valientes;
mas dile a tu rey que salga
si ganar fama pretende,
que yo haré que salga el mío.

TARUDANTE: Casi has dicho que lo eres,
y siendo así, Tarudante
sabrá también responderte.

ALFONSO: Pues en campaña te espero.

TARUDANTE: Yo haré que poco me esperes,
porque soy rayo.

ALFONSO: Yo viento.

TARUDANTE: Volcán soy que llamas vierte.

ALFONSO: Hidra soy que fuego arroja.

TARUDANTE: Yo soy furia.

ALFONSO: Yo soy muerte.

TARUDANTE: ¿Que no te espantes de oírme?

ALFONSO: ¿Que no te mueras de verme?

REY: Señores, vuestras altezas,
ya que los enojos pueden
correr al sol las cortinas
que le embozan y oscurecen,
adviertan que en tierra mía
campo aplazarse no puede
sin mí; y así yo le niego,
para que tiempo me quede
de serviros.

ALFONSO: No recibo
yo hospedajes ni mercedes
de quien recibo pesares.
Por Fernando vengo; el verle
me obligó a llegar a Fez
disfrazado de esta suerte.

Antes de entrar en tu corte
supe que a esta quinta alegre
asistías, y así vine
a hablarte, porque fin diese
la esperanza que me trajo;
y pues tan mal me sucede,
advierte, señor, que sólo
la respuesta me detiene.

REY: La respuesta, rey Alfonso,
será compendiosa y breve;
que si no me das a Ceuta,
no hayas miedo que le lleves.

ALFONSO: Pues ya he venido por él,
y he de llevarle. Prevente
para la guerra que aplazo.
Embajador, o quien eres,
veámonos en campaña.
¡Hoy toda el África tiemble.

Vase

TARUDANTE: Ya que no pude lograr
la fineza, hermosa Fénix,
de serviros como esclavo,
logre al menos la de verme
a vuestros pies. Dad la mano
a quien un alma os ofrece.

FÉNIX: Vuestra alteza, gran señor,
finezas y honras no aumente
a quien le estima, pues sabe
lo que a sí mismo se debe.

MULEY: (¿Qué espera quien esto llega ***Aparte***
a ver y no se da muerte?)

REY: Ya que vuestra alteza vino
a Fez impensadamente,
perdone del hospedaje
la cortedad.

TARUDANTE: No consiente
mi ausencia más dilación
que la de un plazo muy breve;
y supuesto que venía
mi embajador con poderes
para llevar a mi esposa,
como tú dispuesto tienes,
no, por haberlo yo sido,
mi fineza desmerece
la brevedad de la dicha.

REY: En todo, señor, me vences;
y así por pagar la deuda
como porque se previenen
tantas guerras, es razón
que desocupado quede
de estos cuidados; y así
volverte luego conviene
antes que ocupen el paso
las amenazadas huestes
de Portugal.

TARUDANTE: Poco importa,
porque yo vengo con gente

y ejército numeroso,
tal, que esos campos parecen
más ciudades que desiertos,
y volveré brevemente
con ella a ser tu soldado.

REY: Pues luego es bien que se apreste
la jornada; pero en Fez
será bien, Fénix, que entres,
a alegrar esa ciudad.
¿Muley?

MULEY: ¿Gran señor?

REY: Prevente,
que con la gente de guerra
has de ir sirviendo a Fénix,
hasta que quede segura
y con su esposo la dejes.

Vase

MULEY: (Esto sólo me faltaba, ***Aparte***
para que, estando yo ausente,
aún le falte mi socorro
a Fernando, y no le quede
esta pequeña esperanza.
.....[-e-e.])

Vanse. Sacan don JUAN y otros CAUTIVOS al infante don FERNANDO, y le sientan en una estera

FERNANDO: Ponedme en aquesta parte,
para que goce mejor
la luz que el cielo reparte.
¡Oh inmenso, oh dulce Señor,
qué de gracias debo darte!
Cuando como yo se veía
Job, el día maldecía,
mas era por el pecado
en que había sido engendrado;
pero yo bendigo el día
por la gracia que nos da
Dios en él; pues claro está
que cada hermoso arrebol,
y cada rayo del sol
lengua de fuego será
con que le alabo y bendigo.

BRITO: ¿Estás bien, señor, así?

FERNANDO: Mejor que merezco, amigo.
¡Qué de piedades aquí,
oh señor, usáis conmigo!
Cuando acaban de sacarme
de un calabozo, me dais
un sol para calentarme.
¡Liberal, señor, estáis!

CAUTIVO 1: Sabe el cielo si quedarme
y acompañaros quisiera,
mas ya veis que nos espera
el trabajo.

FERNANDO: Hijos, adiós.

CAUTIVO 2: ¡Qué pesar!

CAUTIVO 3: ¡Qué ansia tan fiera!

Vanse

FERNANDO: ¿Quedáis conmigo los dos?
JUAN: Yo también te he de dejar.
FERNANDO: ¿Qué haré yo sin tu favor?
. . . . . .[-ar].
JUAN: Presto volveré, señor;
que sólo voy a buscar
algo que comas, porque
después que Muley se fue
de Fez, nos falta en el suelo
todo el humano consuelo;
pero con todo eso iré
a procurarle, si bien
imposibles solicito,
porque ya cuantos me ven,
por no ir contra el edito
que manda que no te den
ni agua tampoco, ni a mí
me venden nada, señor,
por ver que te asisto a ti;
que a tanto llega el rigor
de la suerte. Pero aquí
gente viene.

Vase

FERNANDO: ¡Oh si pudiera
mi voz mover a piedad
a alguno, porque siquiera
un instante más viviera
padeciendo!

Salen el REY, TARUDANTE, FÉNIX, y CELÍN

CELÍN: [Majestad,]
por una calle has venido
que es fuerza que visto seas
del infante y advertido.

[A TARUDANTE]

REY: Acompañarte he querido
porque mi grandeza veas.
FERNANDO: Dale de limosna hoy
a este pobre algún sustento;
mirad que hombre humano soy,
y que afligido y hambriento
muriendo de hambre estoy.
Hombres doleos de mí,
que una fiera de otra fiera
se compadece.
BRITO: Ya aquí
no hay pedir de esa manera.

FERNANDO: ¿Cómo he de decir?
BRITO: Así:
Moros, tened compasión,
y algo que este pobre coma
le dad en esta ocasión
por el santo zancarrón
del gran profeta Mahoma.
REY: Que tenga fe en este estado
tan mísero y desdichado
más me ofende, más me infama,
¡maestre, infante!
BRITO: El rey llama.
FERNANDO: ¿A mí, Brito? Haste engañado.
Ni infante ni maestre soy,
el cadáver suyo sí;
y pues ya en la tierra estoy,
aunque infante y maestre fui,
no es ése mi nombre hoy.
REY: Pues no eres maestre ni infante,
respóndeme por Fernando.
FERNANDO: Agora, aunque me levante
de la tierra, iré arrastrando
a besar tu pie.
REY: ¿Constante
te muestras a mi pesar?
¿Es humildad o valor
esta obediencia?
FERNANDO: Es mostrar
cuanto debe respetar
el esclavo a su señor.

Y pues que tu esclavo soy,
y estoy en presencia tuya,
esta vez tengo de hablarte.
Mi rey y señor, escucha.
Rey te llamé y, aunque seas
de otra ley, es tan augusta
de los reyes la deidad,
tan fuerte y tan absoluta,
que engendra ánimo piadoso;
y así es forzoso que acudas
a la sangre generosa
con piedad y con cordura;
que aun entre brutos y fieras
Este nombre es de tan suma
autoridad, que la ley
de naturaleza ajusta
obediencias. Y así, leemos
en repúblicas incultas
al león rey de las fieras,
que cuando la frente arruga
de guedejas se corona,
es piadoso, pues que nunca
hizo presa en el rendido.
En las saladas espumas
del mar el delfín, que es rey
de los peces, le dibujan
escamas de plata y oro
sobre la espalda cerúlea
coronas, y ya se vio

de una tormenta importuna
sacar los hombre a tierra,
porque el mar no los consuma.
El águila caudalosa,
a quien copete de plumas
riza el viento en sus esferas,
de cuantas aves saludan
al sol es emperatriz,
y con piedad noble y justa,
porque brindado no beba
el hombre entre plata pura
la muerte, que en los cristales
mezcló la ponzoña dura
del áspid, con pico y alas
los revuelve y los enturbia.
Aun entre plantas y piedras
se dilata y se dibuja
este imperio. La granada
a quien coronan las puntas
de una corteza en señal
de que es reina de las frutas,
envenenada marchita
los rubíes que la ilustran,
y los convierte en topacios,
color desmayada y mustia.
El diamante, a cuya vista
ni aun el imán ejecuta
su propiedad, que por rey
esta obediencia le jura,
tan noble es que la traición
del dueño no disimula,
y la dureza, imposible
de que buriles la pulan,
se deshace entre sí misma
vuelta en cenizas menudas.
Pues si entre fieras y peces,
plantas, piedras y aves, usa
esta majestad de rey
de piedad, no será injusta
entre los hombres, señor;
porque el ser no te disculpa
de otra ley, que la crueldad
en cualquiera ley es una.
No quiero compadecerte
con mis lágrimas y angustias
para que me des la vida,
que mi voz no la procura;
que bien sé que he de morir
de esta enfermedad que turba
mis sentidos, que mis miembros
discurre helada y caduca.
Bien sé, al fin, que soy mortal,
y que no hay hora segura;
y por eso dio una forma
con una materia en una
semejanza la razón
al ataúd y a la cuna.
Acción nuestra es natural
cuando recibir procura
algo un hombre, alzar las manos

en esta manera juntas;
mas cuando quiere arrojarlo,
de aquella misma acción usa,
pues las vuelve boca abajo
porque así las desocupa.
El mundo cuando nacemos,
en señal de que nos busca,
en la cuna nos recibe,
y en ella nos asegura
boca arriba; pero cuando
o con desdén o con furia
quiere arrojarnos de sí,
vuelve las manos que junta,
y aquel instrumento mismo
forma esta materia muda,
pues fue cuna boca arriba
lo que boca abajo es tumba;
tan cerca vivimos, pues,
de nuestra muerte, tan juntas
tenemos, cuando nacemos
el lecho como la cuna.
¿Qué aguarda quien esto oye?
Quien esto sabe, ¿qué busca?
Claro está que no será
la vida. No admite duda.
La muerte sí; ésta te pido
porque los cielos me cumplan
un deseo de morir
por la fe; que aunque presumas
que esto es desesperación
porque el vivir me disgusta,
no es sino afecto de dar
la vida en defensa justa
de la fe, y sacrificar
a Dios vida y alma juntas;
y así, aunque pida la muerte,
el afecto me disculpa.
Y si piedad no puede
vencerte, el rigor presuma
obligarte. ¿Eres león?
Pues ya será bien que rujas,
y despedaces a quien
te ofende, agravia e injuria.
¿Eres águila? Pues hiere
con el pico y con las uñas
a quien tu nido deshace.
¿Eres delfín? Pues anuncia
tormentas al marinero
que el mar de este mundo surca.
¿Eres árbol real? Pues muestra
todas las ramas desnudas
a la violencia del tiempo
que iras de Dios ejecuta.
¿Eres diamante? Hecho polvos
sé, pues venenosa furia;
y cánsate, porque yo,
aunque más tormentos sufra,
aunque más rigores vea,
aunque llore más angustias,
aunque más miserias pase,

aunque halle más desventuras,
aunque más hambre padezca,
aunque mis carnes no cubran
estas ropas, y aunque sea
mi esfera esta estancia sucia,
firme he de estar en mi fe;
porque es el sol que me alumbra,
porque es la luz que me guía,
es el laurel que me ilustra.
No has de triunfar de la Iglesia;
de mí, si quisieres, triunfa;
Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya.

REY: ¿Posible es que en tales penas
blasones y te consueles
si tú de ti no te dueles
siendo propias? ¿Qué condenas
no me duelan, siendo ajenas;
que pues tu muerte causó
tu misma mano, y yo no,
no esperes piedad de mí.
Ten lástima de ti,
Fernando, y tendréla yo.

Vase

FERNANDO: Señor, vuestra majestad
me valga.
TARUDANTE: ¡Qué desventura!

Vase

FERNANDO: Si es alma de la hermosura
esa divina deidad,
vos, señora, me amparad
con el rey.
FÉNIX: ¡Qué gran dolor!
FERNANDO: ¿Aún no me miráis?
FÉNIX: ¡Qué horror!
FERNANDO: Hacéis bien; que vuestros ojos
no son para ver enojos.
FÉNIX: ¡Qué lástima! ¡Qué pavor!
FERNANDO: Pues aunque no me miréis,
señora, es bien que sepáis
que aunque tan bella os juzgáis
y ausentaros intentéis
que más que yo no valéis,
y yo quizá valgo más.
FÉNIX: Horror con tu voz me das
y con tu aliento me hieres.
¡Déjame, hombre! ¿Qué me quieres?
¡Que no puedo sentir más.

Vase
Sale don JUAN, con un pan

JUAN: Por alcanzar este pan
que traerte, me han seguido
los moros, y me han herido
con los palos que me dan.
FERNANDO: Ésa es la herencia de Adán.
JUAN: Tómale.
FERNANDO: Amigo leal,
tarde llegas, que mi mal
es ya mortal.
JUAN: Déme el cielo
en tantas penas consuelo.
FERNANDO: Pero, ¿qué mal no es mortal
si mortal el hombre es,
y en este confuso abismo
la enfermedad de sí mismo
le viene a matar después?
Hombre, mira que no estés
descuidado. La verdad
sigue, que hay eternidad
y otra enfermedad no esperes
que te avise, pues tú eres
tu mayor enfermedad.
Pisando la tierra dura
de continuo el hombre está,
y cada paso que da
es sobre su sepultura.
Triste ley, sentencia dura
es saber en cualquier caso
cada paso--¡gran fracaso!--
es para andar adelante,
y Dios no es a hacer bastante
que no haya dado aquel paso.
Amigos, a mi fin llego.
Llevadme de aquí en los brazos.
JUAN: Serán los últimos lazos
de mi vida.
FERNANDO: Lo que os ruego,
noble don Juan, es que luego
que expire me desnudéis.
En la mazmorra hallaréis
de mi religión el manto
que le traje tiempo tanto.
Con éste me enterraréis
descubierto, si el rey fiero
ablanda la saña dura
dándome la sepultura.
Ésta señalad, que espero
que, aunque hoy cautivo muero,
rescatado he de gozar
el sufragio del altar;
que pues yo os he dado a vos
tantas iglesias, mi Dios,
alguna me habéis de dar.

Llévanle en brazos. Sale don ALFONSO, y soldados con arcabuces

ALFONSO: Dejad a la inconstante
playa azul esa máquina arrogante

de naves, que causando al cielo asombros
el mar sustenta en sus nevado hombros;
y en estos horizontes
aborten gente los preñados montes
del mar, siendo con máquinas de fuego
cada bajel un edificio griego.

Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: Señor, tú no quisiste que saliera
nuestra gente de Fez en la ribera,
y este puesto escogiste
para desembarcar. Infeliz fuiste
porque por una parte
marchando viene el numeroso Marte,
cuyo ejército al viento desvanece
y los collados de los montes crece.
Tarudante conduce gente tanta,
llevando a su mujer, felice infanta
de Fez, hacia Marruecos...
Mas respondan las lenguas de los ecos.
ALFONSO: Enrique, a eso he venido,
a esperarle a este paso, que no ha sido
esta elección acaso; prevenida
estaba, y la razón está entendida.
Si yo a desembarcar a Fez llegara,
esta gente y la suya en ella hallara;
y estando divididos,
hoy con menos poder están vencidos;
y antes que se prevengan,
. . . . . [--engan].
Toca al arma.
ENRIQUE: Señor, advierte y mira
que es sin tiempo esta guerra.
ALFONSO: Ya mi ira
ningún consejo alcanza.
No se dilate un punto esta venganza.
Entre en mi brazo fuerte
por África el azote de la muerte.
ENRIQUE: Mira que ya la noche,
envuelta en sombras, el luciente coche
del sol esconde entre las sombras puras.
ALFONSO: Pelearemos a oscuras,
que a la fe que me anima
ni el tiempo ni el poder la desanima.
Fernando, si el martirio que padeces,
pues es suya la causa, a Dios le ofreces.
Cierta está la victoria.
Mío será el honor, mía la gloria.
ENRIQUE: Tu orgullo altivo yerra.

Dentro

FERNANDO: ¡Embiste, gran Alfonso! ¡Guerra, guerra!

[Tócase un] clarín

ALFONSO: ¿Oyes confusas voces
romper los vientos tristes y veloces?
ENRIQUE: Sí, y en ellos se oyeron
trompetas que a embestir señal hicieron.
ALFONSO: ¡Pues a embestir, Enrique, que no hay duda
que el cielo ha de ayudarnos hoy!

Sale [FERNANDO] con manto capitular y una luz

FERNANDO: Sí, ayuda
porque obligando al cielo
que vio tu fe, tu religión, tu celos,
hoy tu causa defiende.
Librarme a mí de esclavitud pretende
porque, por raro ejemplo,
por tantos templos Dios me ofrece un templo;
y con esta luciente
antorcha desasida del oriente,
tu ejército arrogante
alumbrando he de ir siempre delante,
para que hoy en trofeos
iguales, grande Alfonso, a tus deseos,
llegues a Fez, no a coronarte agora,
sino a librar mi ocaso en el aurora.

Vase

ENRIQUE: Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.
ALFONSO: Yo no, todo lo creo;
y si es de Dios la gloria,
no digas guerra ya, sino victoria.

Vanse. Salen el REY y CELÍN [con acompañamiento]; y en lo alto estará don JUAN y un cautivo, y un ataúd en que parezca estar el infante [FERNANDO]

JUAN: Bárbaro, gózate aquí
de que tirano quitaste
la mujer vida.
REY: ¿Quién eres?
JUAN: Un hombre que, aunque me maten,
no he de dejar a Fernando,
y aunque de congoja rabie,
he de ser perro leal
que en muerte he de acompañarle.
REY: Cristianos, ése es padrón
que a las futuras edades
informe de mi justicia;
que rigor no ha de llamarse
venganza de agravios hechos
contra personal reales.
Venga Alfonso agora, venga
con arrogancia a sacarle
de esclavitud; que aunque yo
perdí esperanzas tan grandes

de que Ceuta fuese mía,
porque las pierda arrogante
de su libertad, me huelgo
de verle en estrecha cárcel.
Aun muerto no ha de estar libre
de mis rigores notables;
y así puesto a la vergüenza
quiero que esté a cuantos pasen.

JUAN: Presto verás tu castigo,
que por campañas y mares
ya descubro desde aquí
mis cristianos estandartes.

REY: Subamos a la muralla
a saber sus novedades.

Vanse

JUAN: Arrastrando las banderas,
y destempladas los parches,
muertas las cuerdas y luces,
todas son tristes señales.

Tocan cajas destempladas, sale don FERNANDO delante con una hacha encendida, y detrás don ALFONSO y don ENRIQUE, y todos los soldados, que traen presos a TARUDANTE, FÉNIX, y MULEY

FERNANDO: En el horror de la noche
por sendas que nadie sabe
te guïé. Ya con el sol
pardas nubes se deshacen.
Victorioso, gran Alfonso,
a Fez conmigo llegaste.
Éste es el muro de Fez,
trata en él de mi rescate.

Vase

ALFONSO: ¡Ay de los muros! Decid
al rey que salga a escucharme.

Salen el REY y CELÍN al muro

REY: ¿Qué quieres, valiente joven?

ALFONSO: Que me entregues al infante,
al maestre don Fernando,
y te daré por rescate
a Tarudante y a Fénix
que presos están delante.
Escoge lo que quisieres.
Morir Fénix o entregarle.

REY: ¿Qué he de hacer, Celín amigo,
en confusiones tan grandes?
Fernando es muerto, y mi hija
está en su poder. ¡Mudable
condición de la Fortuna

que a tal estado me trae!
FÉNIX: ¿Qué es esto, señor? Pues viendo
mi persona en este trance,
mi vida en este peligro,
mi honor en este combate,
¿dudas qué has de responder?
¿Un minuto ni un instante
de dilación te permite
el deseo de librarme?
En tu mano está mi vida
¿y consientes--¡pena grave!--
que la mía--¡dolor fiero!--
injustas prisiones aten?
De tu voz está pendiente
mi vida--¡rigor notable!--
¿y permites que la mía
turbe la esfera del aire?
A tus ojos ves mi pecho
rendido a un desnudo alfanje,
¿y consientes que los míos
tiernas lágrimas derramen?
Siendo rey, has sido fiera;
siendo padre, fuiste áspid;
siendo juez, eres verdugo;
ni eres rey, ni juez, ni padre.
REY: Fénix, no es la dilación
de la respuesta negarte
la vida, cuando los cielos
quieren que la mía acabe.
Y puesto que ya es forzoso
que una ni otra se dilate,
sabe, Alfonso, que a la hora
que Fénix salió ayer tarde,
con el sol llegó al ocaso,
sepultándose en dos mares
de la muerte y de la espuma,
juntos el sol y el infante.
Esta caja humilde y breve
es de su cuerpo el engaste.
Da la muerte a Fénix bella.
Venga tu sangre en mi sangre.
FÉNIX: ¡Ay de mí! Ya mi esperanza
de todo punto se acabe.
REY: Ya no me queda remedio
para vivir un instante.
ENRIQUE: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
¡Qué tarde, cielos, qué tarde
le llegó la libertad!
ALFONSO: No digas tal; que si antes
Fernando en sombras nos dijo
que de esclavitud le saque,
por su cadáver lo dijo,
porque goce su cadáver
por muchos templos un templo,
y a él se ha de hacer el rescate.
Rey de Fez, porque no pienses
que muerto Fernando vale
menos que aquesta hermosura;
por él, cuando muerto yace,
te la trueco. Envía, pues,

la nieve por los cristales,
el enero por los mayos,
las rosas por los diamantes,
y al fin, un muerto infelice
por una divina imagen.
REY: ¿Qué dices, invicto Alfonso?
ALFONSO: Que esos cautivos le bajen.
FÉNIX: Precio soy de un hombre muerto;
cumplió el cielo su homenaje.
REY: Por el muro descolgad
el ataúd, y entregadle;
que para hacer las entregas
a sus pies voy a arrojarme.

Vase y bajan el ataúd con cuerdas por el muro

ALFONSO: En mis brazos os recibo,
divino príncipe mártir.
ENRIQUE: Yo hermano, aquí te respeto.

Salen el REY, don JUAN y [los] cautivos

JUAN: Dame, invicto Alfonso, dame
la mano.
ALFONSO: Don Juan, amigo,
¡buena cuenta del infante
me habéis dado!
JUAN: Hasta su muerte
le acompañé, hasta mirarle
libre; vivo y muerto estuve
con él. Mirad dónde yace.
ALFONSO: Dadme, tío, vuestra mano;
que aunque necio e ignorante
a sacaros del peligro
vine, gran señor, tan tarde
en la muerte, que es mayor
se muestran las amistades.
En un templo soberano
haré depósito grave
de vuestro dichoso cuerpo.
A Fénix y a Tarudante
te entrego, rey, y te pido
que aquí con Muley la cases,
por la amistad que yo sé
que tuvo con el infante.
Ahora llegad, cautivos,
vuestro infante ved, llevadle
en hombros hasta la armada.
REY: Todos es bien le acompañen.
ALFONSO: Al son de dulces trompetas
y templadas cajas marche
el ejército, con orden
de entierro, para que acabe
pidiendo perdón humilde
aquí de sus yerros grandes,
el lusitano Fernando,
príncipe en la fe constante.

FIN DE LA COMEDIA

El sitio de Bredá

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

EL MARQUÉS ESPÍNOLA.
ALONSO LADRÓN.
EL CONDE JUAN DE NASAU.
MARQUÉS[(1)] DE BARLANZÓN.
PABLOS BALLÓN.
MARQUÉS DE BELVEDER.
DON FRANCISCO DE MEDINA.
DON FADRIQUE BAZÁN.
DON GONZALO DE CÓRDOBA.
DON LUIS DE VELASCO.
DON VICENTE PIMENTEL.
MADAMA FLORA.
ALBERTO, *viejo*.
CARLOS, *niño*.
ENRIQUE DE NASAU.
MORGAN, *inglés*.
JUSTINO DE NASAU.
LAURA.
UN INGENIERO.
ESTELA.
PRÍNCIPE DE POLONIA.
UN SARGENTO.
UNA ESPÍA, *de villano*.
CONDE ENRIQUE DE VERGAS.

Jornada I

Tocan cajas y chirimías, **salen el** MARQUÉS ESPÍNOLA **y** ALONSO LADRÓN, **capitán**.

ALONSO[(2)] Hoy es, señor, el venturoso día
que obediente a las órdenes que diste, [247v]
donde te espera tanta bizarría,
que el tiempo de lisonjas y honor viste;
porque el bronce y las armas a porfía 5
le ven alegre y le obscurecen triste,
cuando, confusos entre sí, presumo
que es la aurora su luz, la noche el humo.
Aquí la plaza de armas has mandado
hacer y aquí la frente de banderas, 10
que son ciento y noventa, y numeradas
el ejército ya por sus hileras
es la muestra que han hecho y que he hallado
que entre propias naciones y extranjeras,
de ejércitos del Rey solo son treinta 15
y cuatro mil seiscientos y noventa.
Las del país, que llaman escogidos,
son dos mil, de felices esperanzas,
y seis mil y ochocientos prevenidos
de los que llaman gente de finanzas, 20
de la Liga Católica lucidos
cinco mil y trecientos, que a venganzas
ya se previenen, cinco mil la gente
de nuestro Emperador, noble y valiente.
Hasta aquí repetí la infantería 25
y no menos admira la opulenta
majestad de la gran caballería,
si se reduce a número su cuenta
de ejércitos del reino, más había
siete mil y seiscientos y sesenta; 30
dos mil, no sé si diga Martes fieros,
de bandas, de hombres de armas y de arqueros.
ESPÍNOLA Mi humilde celo, mi temor piadoso
dichosamente sus aplausos fía
a la fe de Felipo poderoso, 35
cuarto planeta de la luz del día;

y espero que su intento religioso
ha de asombrar en Flandes la herejía,
dando el sangriento fin alguna hazaña,
alabanzas al cielo, honor a España. 40
Estos, ¿quién son? [248]

(Tocan cajas.)

ALONSO Seis regimientos llegan,
dos borgoñones, cuatro de alemanes,
cuyos tercios al conde Juan se entregan
y marqués Barlanzón, ambos Roldanes.

(Sale el CONDE JUAN DE NASAU, **de alemán**, **y el** MARQUÉS BARLANZÓN, **de tudesco.)**

JUAN Denos los pies.
ESPÍNOLA Los brazos no se niegan 45
a dos tan valerosos capitanes.
Sean Vueseñorías bien venidos.
JUAN Siendo de Vuexcelencia recibidos
con tanto honor, es fuerza lo seamos.
ESPÍNOLA ¡Buena gente, Marqués!
BARLANZÓN Señor, recelo 50
que es de provecho; pues en fin llevamos
gente nacida en el rigor del hielo.
¿Vamos a Grave, o al infierno vamos?
Que voto a Dios que ha de tener el cielo
poco que aposentar, si considero 55
que están ya aposentados con Lutero.

(Tocan.)

ALONSO Estos son italianos y valones.
ESPÍNOLA ¿Sufren mucho en un sitio estos soldados?
ALONSO Si el saco esperan, sí.
ESPÍNOLA No los baldones,

que pelean tan bien.

ALONSO Si están pagados. 60

(Sale de inglés PABLOS BALLÓN **y** MARQUÉS DE BELVEDER, **italiano**.**)**

PABLOS Así cumplen, señor, obligaciones
los que a tu sombra viven obligados.

ESPÍNOLA Señor Pablos Ballón, ilustre conde
de Belveder...

BELVEDER Por mí el honor responde. [248v]

(Tocan.**)**

ALONSO Estos son españoles. Ahora puedo 65
hablar, encareciendo estos soldados,
y sin temor; pues sufren a pie quedo
con un semblante bien o mal pagados.
Nunca la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados. 70
Todo lo sufren en cualquier asalto,
solo no sufren que les hablen alto.
En tres tercios su gente determina
divertirse, y tres maeses se previenen:
el uno es don Francisco de Medina, 75
y don Juan Claros de Guzmán, que tiene
sangre al fin de Guzmán; y por divina
muestra de su valor, con ellos viene
un capitán famoso, un don Fadrique
Bazán, a quien la fama altar dedique. 80

(Salen DON FRANCISCO DE MEDINA **con hábito de Santiago**, **y** DON FADRIQUE BAZÁN **con jineta**.**)**

ESPÍNOLA Vuesa merced, señor Fadrique, sea
mil veces bien venido, que con esto
mi intento más alcanza que desea.

MEDINA Siempre a servir al Rey estoy dispuesto.

FADRIQUE Previniendo la fama que ligera 85
los vientos rompe con veloces alas,
que líneas son de la sutil esfera,
troqué al acero cortesanas galas,
los ecos de la envidia lisonjera
al ruido leve de espirantes balas[(3)], 90
la alegre corte a la marcial campaña.
Y al fin por Flandes he trocado a España.

(Tocan.)

ALONSO Don Gonzalo de Córdoba ha venido.
ESPÍNOLA Como en las guerras del Palatinado
Maese de campo general ha sido, 95
puesto ninguno en Flandes ha ocupado,
que no hay que darle, aunque haya merecido
victorioso, prudente, afortunado, [249]
ser general, porque a su bisabuelo
en él enseña repetido el cielo. 100
No ha perdido fación, y no ha tenido
suceso desdichado ni infelice,
gracias a su valor; porque yo he oído,
y a voces el ejército lo dice,
que todos los soldados han vencido 105
por Dios y por el Rey, ¡suerte felice!,
y los suyos, ¿qué gloria aquesta igualo?,
por Dios y por el Rey y don Gonzalo.

(**Sale** DON GONZALO DE CÓRDOBA.)

ESPÍNOLA Ya no puedo temer desdicha alguna,
pues nuevo Amiclas, a decir me obligo 110
que va, ¡oh gran don Gonzalo!, la fortuna
de Fernández de Córdoba conmigo.
GONZALO Vuexcelencia remita la importuna
retórica a los brazos, que si hoy sigo
su milicia, del Betis al Hidaspes 115

me harán eterno mármoles y jaspes.

(Tocan un clarín.)

ALONSO Ya el gran Velasco, general valiente,
va conduciendo la caballería.
Con él viene el ilustre don Vicente
Pimentel, que llegó de Lombardía, 120
cabo de mil caballos.

ESPÍNOLA Benavente,
ilustre rama de su tronco, envía
aquel que al mundo dio fértiles plantas,
aunque la muerte haya deshecho tantas.
Pues ya el rebelde bárbaro, ¿qué espera? 125
Si muerto el mundo aqueste nombre yace,
en cuanto mira el sol desde la esfera
adonde siempre muere y siempre nace.
En dos mitades dividir quisiera
el alma.

(Salen los dos.)

LUIS Bien tal honra satisface 130
nuestros deseos. [249v]

ESPÍNOLA Triunfos soberanos
tendréis con imitar vuestros hermanos.

VICENTE[(4)] Yo, que siendo el menor, será forzoso
serlo en valor también, hoy solicito
mostrar, de mis hermanos envidioso, 135
que, si no los excedo, los imito,
pues su blasón el tiempo presuroso
en láminas de bronce tiene escrito
cuando en la tierra y mar, para memorias,
se escriben con su sangre sus vitorias. 140
Murió en Vergas mi hermano don García,
lograda con su muerte su esperanza.
Vuexcelencia perdone la osadía,

que no es vil, aunque es propia la alabanza,
donde es tan justa. Aqueste mismo día 145
insigne triunfo nuestra gente alcanza;
que pareció, no triste, alegre suerte,
que pagó su vitoria con su muerte.
Don Alonso en Verceli, que amparado
de un cestón por instantes esperaba, 150
de máquinas de fuego rodeado,
la ardiente flecha de frondida aljaba,
de un rayo artificial arrebatado,
que trueno y lumbre a un mismo tiempo daba,
subió tan alto, que entre fuego y viento, 155
de sus huesos ignora el monumento.
Cuando el mar, envidioso de la tierra,
del viento y fuego, por grandezas sumas
quiso en azul campaña, en naval guerra,
manchar con nuestras sangres sus espumas; 160
y del profundo seno desencierra
dos holandeses, aves, cuyas plumas
eran de pino, pues con él volaban,
que hijas del viento serlo imaginaban.
Por heladas campañas discurría 165
en su alcance con otras dos don Diego;
y cuando, atento a su fación, se vía
sordo el mar[(5)], mudo el aire y el sol ciego,
cada cual de las cuatro parecía
sobre balas de sal, montes de fuego, 170 [250]
siendo a tanto esperar humo importuno
de sus hados volcanes de Neptuno.
La más igual batalla que ha tenido
en sus ondas el medio mar de Europa,
esta fue. Mas después de haber vencido 175
la española arrogancia cuanto topa,
mi hermano, a su fortuna agradecido,
estaba desarmándose en la popa,
y apenas quita el peto, ¡oh suerte triste!
¿Qué prevención a lo fatal resiste? 180

Cuando una bala, ¡caso lastimoso!,
le rompe el pecho con furor violento,
porque allí con su sangre venturoso
quedase inoble ya tanto elemento.
Entró en Nápoles muerto y vitorioso. 185
Y yo, que a un punto envidio lo que siento,
vengo a ofrecer a Dios y al Rey la vida
cuanto bien empleada, bien perdida.

ESPÍNOLA Valerosos caballeros,
a cuyo poder augusto 190
hoy fía el Cuarto Filipo
la máquina de dos mundos,
por órdenes de Su Alteza
la señora Infanta, cuyo
valor dignamente eterno 195
vivirá siglos futuros,
hoy a veinte y seis de agosto
en Tornante estamos juntos.
El invierno viene ya,
en Flandes, más importuno; 200
porque, acercándose al Norte,
va sintiendo sus influjos.
Si no están entretenidos
los soldados en algunos
de los sitios que se ofrecen 205
para vitorioso asunto
de nuestras armas, podrán
amotinarse; y no dudo
que la esperanza del saco
pueda sufrir con más gusto 210
el grave peso a las armas,
cuando el diciembre, que anuncio,
molduras de escarcha y hielo
labre en sus hombros robustos.
Dos plazas se nos ofrecen, 215
que cualquiera dellas juzgo
por dichoso fin. Bredá

tiene inexpugnable muro
por los fosos que le cercan;
que el siempre contino curso 220
del mar, que río munda
sus calles, le ayudan mucho;
y es una plaza tan fuerte
que han pasado siete lustros,
que son treinta y cinco años, 225
que la ganaron los suyos,
y nunca la hemos cobrado:
¡afrenta y baldón injusto
de las armas españolas,
pero así al cielo le plugo! 230 [250v]
Grave es una villa rica,
y de su asiento presumo
que fuera muy importante
al dichoso fin que busco.
El conde Enrico de Vergas 235
doce mil caballos tuvo
a la vista de sus torres,
y escribió lo que pronuncio:
«Yo estoy a vista de Grave,
donde informarme procuro 240
qué gente tiene de guerra,
y qué defensa en sus muros.
Y como a mí se me envíe
ocho mil hombres, presumo
que podré tomarla[(6)], siendo 245
de los ocho mil que busco,
los cuatro mil españoles».
Ahora advertidme qué rumbo,
qué disinio seguiremos;
porque yo siempre me ajusto 250
al parecer acertado,
a los prudentes discursos
de tan valientes soldados,
cuyo consejo procuro,

cuya voluntad estimo, 255
y a cuya voz me reduzgo.

GONZALO Señor, si consideramos
que aquí dos plazas tenemos,
en cuyo sitio podemos
entretenernos, y estamos 260
dudosos en la elección,
y el Conde avisa que en Grave
nuestro disinio se sabe,
estará con prevención
esperando a ver tu intento, 265
y tendrá toda la tierra
con prevenciones de guerra,
con munición y sustento.
Bredá está más descuidada,
pongamos sitio a Bredá. 270

BARLANZÓN ¿Y no se advierte que está
Bredá también mal cercada?
Es una fuerza invencible
y un sitio sin esperanza
de vitoriosa alabanza 275
que por armas no es posible
tomarla, como se ve.
Comiendo y no peleando,
¿quién ha de estar esperando
a que por hambre se dé? 280

LUIS Quien advierta que la gloria
es más prudente y modesta,
y más noble cuando cuesta
menos sangre la vitoria.
Si una vez se ven cercados, 285
vendrán a darse a partidos,
y como estén conseguidos
nuestros intentos osados,
será más piadosa hazaña,
que ellos se vengan a dar, 290
como al fin venga a quedar

Bredá por el rey de España,
que es lo que se intenta.

JUAN — Sí,
mas que le den desconfío,
pues pudiendo por el río — 295
meterles socorro, así
podemos estar mil años
esperando a que se den.

VICENTE — ¿Y no se podrán también
remediar aquesos daños? — 300

BARLANZÓN — ¿Y cuando se remediaran
con alguna estratagema,
dejará de ser gran flema
esperar que se entregaran?

BALLÓN — Si no quieren pelear — 305
los españoles, sitiemos
a Bredá, y nos estaremos
dos mil años sin llegar
a las manos.

FADRIQUE[(7)] — Ya se sabe [251]
que siempre los españoles — 310
son en la milicia soles.
Vuexcelencia vaya a Grave,
y cumpla la voluntad
de los que ocuparse quieren
en sitio, que el saco esperen — 315
sin mucha dificultad.

ESPÍNOLA — Caballeros: bien está.

BALLÓN[(8)] — Ir a Grave es lo mejor.

[UNOS] — **(Dentro.)** ¡Vamos a Grave, señor!

OTRO — ¡Señor, vamos a Bredá! — 320

ESPÍNOLA — ¡Oh españoles! Ya es forzoso
que me determine yo;
y pues mi consejo halló
vuestro parecer dudoso,
vamos a Grave, que quiero — 325
seguir en esta ocasión,

flamencos, vuestra opinión.

ALONSO **[Aparte.]** Ya ¿con qué paciencia espero
que salgan estos gabachos
con cuanto quieren? Mas es 330
que los congracia el Marqués,
porque ve que están borrachos.

ESPÍNOLA El marqués de Barlanzón
y el valiente conde Juan
con sus tercios llevarán 335
la vanguardia.

JUAN Dignos son
de ese lugar mis deseos,
cuando el honor, que me llama,
espera ocupar la fama
con vitoriosos trofeos. 340

BARLANZÓN Ve donde tú te aconsejes;
que yo en cualquiera ocasión
un auto de inquisición
he de hacer destos herejes.

ESPÍNOLA Señor, la caballería 345
será de grande provecho
en el costado derecho,
porque por allí podría
venir el conde Mauricio,
que a aquella parte se ve 350
su ejército.

LUIS Yo daré
de mis deseos indicio,
callando cuerdo y valiente;
que el remitirse es gran mengua
de las manos a la lengua. 355

ESPÍNOLA Vaya, señor don Vicente.

VICENTE Iré a serviros fïel.

ALONSO Bien dirán vuestros blasones
que son más que cien flinflones
un español Pimentel. 360

(Vanse los dos.)

ESPÍNOLA En el izquierdo, Ballón
ha de ir acompañado
del de Belveder, formado
un cuerpo a cada escuadrón.

(Vanse los dos.)

Vingarte la artillería, 365
de todas partes cercada,
lleve en medio bien guardada,
que yo con la infantería
de los españoles quedo
en la retaguardia.
ALONSO ¡Andar! 370
Juro a Cristo que he de hablar,
que ya sufrirlo no puedo.
Hoy sin duda has pretendido
obscurecer el honor
de España. ¿Cuándo, señor, 375
en la retaguardia han ido
españoles que se ofrecen?...
ESPÍNOLA Basta, capitán Ladrón,
que yo sé en toda ocasión
honrarlos como merecen. 380
Oid, después de reportaros,
lo que mi honor determina:
don Francisco de Medina,
a don Juan Niño, a Juan Claros
y demás Maeses de campo 385 [251v]
españoles, les llevad
este orden y avisad
que cuando ya marche el campo
a Grave, la retaguardia
venga la vuelta de Bredá, 390
pues con aquesto vendrá

entonces a ser vanguardia,
y a ser Bredá la cercada;
que yo solo he pretendido,
con la muestra que he fingido, 395
que dejen desamparada
aquella fuerza, enviando
a Grave, con falso intento,
municiones y sustento.
Pero siempre imaginando 400
que este es el fin de una hazaña
tal, que a mí me ha de costar
la vida o ha de quedar
Bredá por el rey de España.

(Tocan.)

MEDINA Beso mil veces tus pies. 405
Ya el ejército a marchar
empieza.

ESPÍNOLA Hasta llegar
a Teteringe no des
el orden. Vueseñoría
ha de ser mi camarada, 410
porque así vea lograda
tan alta ventura mía:
porque si en vós considero
competidos igualmente
hoy un general valiente 415
y un prudente consejero,
a conquistar me anticipo
el mundo con fuerza altiva,
porque eterno el nombre viva
de Isabel y de Filipo. 420

(**Vanse tocando cajas**, **y sale** MADAMA FLORA **y** ALBERTO, **su padre y** CARLOS, **su hijo y** ENRIQUE DE NASAU.)

ENRIQUE ¿Qué grave melancolía
con apacibles enojos
pudo en tus hermosos ojos
eclipsar la luz del día?
Cese la injusta porfía, 425
que con pálido arrebol
da rayos al tornasol,
que el mundo de luces dora,
porque llorar el aurora
ya la vimos, mas no el sol. 430
A Bredá, madama, vienes,
donde te adora el lugar.
Si esas lágrimas previenes
en exequias a la vida
de tu esposo, el llanto impida 435
verte de tu padre honrada,
de tu hijo acompañada
y de tu esclavo servida.
Supe que a Bredá venías,
y a este vallaje salí 440
a recebirte, que así
cumplen corteses porfías
las obligaciones mías.
Descansa a esta sombra, en tanto
que nos da treguas el llanto 445
suspenso en tus bellos ojos,
porque desdichas y enojos
se han de sentir, mas no tanto.
FLORA Tan justo es mi sentimiento,
que quien pretende templar 450
su rigor, más que el pesar
me quita el entendimiento.
Si es forzoso mi tormento, [252]
forzoso será que muera;
porque, si yo no sintiera, 455
tuviera en desdicha tanta
alma inferior a la planta,

al pez, al ave, a la fiera.
De cierzo la furia helada
siente una piedra arrancada, 460
siente una temprana flor
de su centro con dolor;
brama una fiera, el rigor
dice mudo el pez, y un ave
con tono dulce y süave, 465
canta amor y celos llora;
que al fin el que más ignora,
sentir las desdichas sabe.
Siente el cielo y se obscurece
cubierto de un pardo velo, 470
y si al fin no siente el cielo,
por lo menos lo parece.
Toda alteración padece,
tal vez la tierra tembló,
bramó el aire, el mar gimió, 475
y el sol hizo al mundo guerra,
porque todos en la tierra
saben sentir, sino yo.
Cuando en amorosos lazos,
mi amante esposo, ¡ay de mí!, 480
verle esperaba, le vi
herido y muerto en mis brazos,
partida el alma a pedazos,
todas las armas rompidas,
y por funestas heridas 485
abrió, ¡qué infelices suertes!,
bocas para entrar mil muertes,
y para salir mil vidas.
Confieso que en la defensa
de su religión murió; 490
mas para no sentir yo
no es bastante recompensa.

ENRIQUE Enfrena el dolor y piensa
el sangriento fin que alcanza

mi rigor y tu esperanza; 495
que si tu luz no se niega,
has de ver a donde llega
el brazo de mi venganza.
Daré al matador la muerte
si le alcanzo. ¡A Dios pluguiera 500
que el mismo Espínola fuera,
porque de una misma suerte
mi brazo atrevido y fuerte,
hoy pusiera con la hazaña
de venganza tan extraña 505
fin a tus desdichas grandes,
al miedo y temor de Flandes,
a la presunción de España!
Que tanto se ensoberbece
con los aplausos que ves 510
de ese noble ginovés,
que si a rendirle se ofrece,
estrecho el mundo parece,
y no es mucho, siendo tal
este altivo general 515
que al rey de España convida
con la hacienda y con la vida,
animoso y liberal.

FLORA

El venirme yo a Bredá,
es porque cierto se sabe 520
que piensa sitiar a Grave,
donde el ejército va.
Allí el conde Enrico está
con su gente, por saber
de aquella fuerza el poder 525
según de su intento creo,
y con el mismo deseo,
plaza de armas hizo ayer
en Tornante el General,
donde el ejército vio, 530
tan numeroso, que dio

envidia a la celestial
esfera, viéndole igual [252v]
en todo sus luces bellas;
porque, al competir con ellas, 535
excedió, dando desmayos,
el resplandor a sus rayos,
y en número a sus estrellas.
De Quilche en el campo llano,
viniendo a Bredá le vi; 540
y mil veces presumí
ser maridaje lozano
del invierno y del verano,
que en las armas los rigores,
en las plumas las colores, 545
eran admirando al cielo,
los unos, montes de hielo,
los otros, campos de flores.
No así los rayos corteses
del sol con dulces fatigas, 550
mieses labraron de espigas
en los abrasados meses,
como de los fresnos mieses
la gallarda infantería;
y al mirarlos, parecía 555
que espigas de acero daba,
y que, al compás que marchaba,
el céfiro los movía.
La caballería inquieta
pasó, abreviando horizontes. 560
¿Diré que marcharon montes,
con obediencia sujeta
al compás de la trompeta?
Sí, pues al son lisonjero
del bronce dulce, aunque fiero, 565
la trompa que se desata,
era un escollo de plata,
era un peñasco de acero.

(Sale MORGAN, **inglés**.**)**

MORGAN Del Príncipe mi señor
ahora trujo estas cartas 570
un correo, y yo sabiendo
que en este villaje[(9)] estabas,
que está apenas media legua
de la villa, sin tardanza
vine a traerle.

ENRIQUE Veré 575
lo que Su Alteza me manda.
(Lee.) «Ahora acabo de saber
que el ejército de España,
con prevenciones de guerra,
la vuelta de Grave marcha. 580
De Bredá saldréis al punto
que esta recibáis, sin falta,
y la gente que estuviere
en la villa, se reparta
para socorrer a Grave, 585
con bastimento y con armas
y munición, advirtiendo
no sea la gente tanta,
que pueda hacer a Bredá
en tiempo ninguno falta. 590
Dejad por gobernador,
para su defensa y guarda,
a Justino, nuestro hermano,
y de la villa no salga
tampoco el inglés Morgan; 595
que, por estar en la cama,
no voy en persona yo.
Los cielos os guarden. Dada
en Vergas a veinte y seis
de agosto». ¡Desdicha extraña! 600
¿Qué tanta gente de guerra,

Morgan, estará alojada
en Bredá?

MORGAN — Ocho mil hombres.

ENRIQUE — Pues de aquesos ocho salgan
los dos mil, y por el río 605
vamos en veloces barcas
porque lleguemos más presto.
[Aparte.]
O porque, yendo en el agua, [253]
templen sus heladas ondas
este fuego que me abrasa. **(Vase.)** 610

MORGAN — Señora, ya es forzoso
me deis licencia a que vaya
sirviéndoos, puesto que Enrique
faltó por tan justa causa
a esta obligación.

FLORA — Yo estimo 615
la lisonja cortesana,
mas no he de entrar en Bredá
hasta que en sombras heladas
hagan los rayos del sol
el mar sepulcro de plata. 620
En aquestas caserías
esperaré, acompañada
de la familia que traigo
y de mi padre, que basta[(10)]
para excusaros de hacerme 625
esa merced.

MORGAN — Más agrada
quien obedeciendo yerra
que quien acertando cansa. **(Vase.)**

CARLOS — [**A** FLORA.]
Mil veces he pretendido
buscar remedio a tus ansias; 630
mas yo, ¿cómo podré darte
el consuelo que me falta?
Mi padre perdió la vida

en defensa de su patria,
si puedo decir que muere 635
quien vive eterno a la fama.
Contigo viene mi abuelo,
vive segura y honrada
al amparo de mis bríos,
y al respeto de sus canas. 640

ALBERTO En estas hermosas flores
te sienta un poco y descansa,
mientras destas caserías
llamo la gente, que salga
a entretenerte, y decirnos 645
qué nuevas tienen.

FLORA Turbada
estoy, que un temor me hiela,
una sospecha me abrasa,
(Échase a dormir.)
y astrólogo el corazón,
no sé qué le avisa al alma. 650

(Ruido dentro.)

CARLOS Parece que se ha rendido
al sueño, y en él traslada
a sus hermosas mejillas
de los claveles la grana,
del jazmín la castidad, 655
mezclando púrpura y nácar.
Pero ¿qué rumor es este?
Desde aquellos montes bajan,
temerosos, los villanos,
que de su miedo se amparan. 660
¿Qué les obliga? Pues duerme
Flora, iré a saber la causa;
que, para darla cuidado,
no será bien despertarla.

ALONSO **(Dentro.)** ¡Hüid, pastores, hüid; 665

que el ejército de España
ya pisa vuestras riberas!

OTRO Pongamos fuego a las casas.

OTRO ¡A la villa!

OTRO ¡Fuego, fuego!

FLORA **(Despierta.)** ¡Fuego, que el alma se abrasa! 670
¡Padre! ¡Hijo! ¿Qué es aquesto?
Sola estoy, no me acompañan
sino solo mis desdichas;
parece que no son hartas,
que aun para hacer compañía, 675
hacen las desdichas falta.
En un abismo de fuego
estoy, ¡ay cielos!, helada, [253v]
que al arbitrio del destino
no le obedecen las plantas. 680
Todo es iras el desierto,
toda es rayos la campaña,
todo es portentos la tierra,
todo es el cielo venganzas.
Tanto, encendiendo los aires, 685
a las nubes se levantan
las centellas, que parecen
estrellas desencajadas,
luces que al abismo bajan,
a sorberse todo el mundo, 690
sola la menor de tantas.

(**Salen** ALBERTO **y** CARLOS.)

ALBERTO Entre la piedad del fuego...

CARLOS Entre el rigor de las llamas...

ALBERTO Vengo a buscarte.

CARLOS He venido
a verte.[(11)]

ALBERTO Oye lo que pasa. 695
A un lado de esa ribera,

un tercio emboscado estaba,
de suerte que no le vieron
las espías, que fue causa
de que estuviese la gente 700
agora tan descuidada.
Salió de allí y los villanos,
que así las órdenes guardan,
retirándose a la villa,
quemaron sus pobres casas. 705
¡Perdidos somos! Bredá
sin duda ha de ser sitiada,
después que de bastimentos
y gente ha quedado falta.
¡Huyamos, pues! ¿Qué esperamos? 710

FLORA De Grave salí por causa
de huir el peligro, parece
que vine a buscarle; ¡tanta
es mi contraria fortuna,
mi desdicha y mi desgracia!, 715
que el que ha de ser desdichado
las prevenciones le dañan.

(**Dentro** LADRÓN.)

LADRÓN ¡Hüid, villanos!

ALBERTO Perdidos
somos; que ya su arrogancia[(12)]
nos ha hallado.

(**Sale** DON FADRIQUE.)

FADRIQUE Más piedad 720
tiene el fuego que mi espada.

FLORA A tus plantas, español
generoso, que la gala
tuya lo dice, y el brío
no lo desmiente, a tus plantas 725

está pidiendo la vida
una mujer desdichada;
aunque, si eres español,
mujer que te diga basta.
No permitas que ese acero, 730
cuya cuchilla templada
está en la enemiga sangre
que ya le sirve de vaina,
se ocupe en tres inocentes
vidas, porque, ¿qué alabanzas 735
dará manchar este cuello,
estas tocas y estas canas?
Tres vidas están sujetas
a un golpe: si acaso alcanza
el orden que traes licencia 740
a una piedad tan hidalga,
danos las vidas. Yo quise
decirte, estaba turbada,
que a precio de algunas joyas,
piedras, perlas, oro y plata; 745
mas tu piadoso semblante
puso freno a mis palabras,
y a tanto respeto obliga [254]
esa presencia bizarra,
que aun creo que el pensamiento 750
con ser tan veloz te agravia.
Y si el orden con que vienes
no admite este ruego, pasa
mi pecho el primero, así
moriré más consolada, 755
no mirándolos, porque
somos tres cuerpos y un alma.

FADRIQUE Hermosa madama, cuando
mi desdicha fuera tanta
que me obligara el respeto 760
a tan lastimosa hazaña,
le rompiera más el hecho;

que ninguna ley agravia
tanto que en la ejecución
sea la obediencia infamia. 765
No he de ser menos cortés
que estas vividoras llamas,
que me están diciendo aquí
el respeto que te guardan.
Que, como en un templo a quien 770
sacrílego fuego abrasa,
quedó entre muertas cenizas
la imagen libre, y la estatua
de la diosa, que allí tuvo
altar, sacrificio y ara; 775
así por reliquia quedas
de todas estas campañas,
compitiendo fuego a fuego,
rayo a rayo y llama a llama.
No traigo más orden yo 780
que llegar a las murallas
de Bredá, donde venimos.
Aquesas riquezas guarda,
y porque de otros soldados,
madama, segura vayas, 785
dos caballos he traído.
Hüid los dos, y a las ancas
del uno irás tú: españoles
son, no temas.

FLORA No me espantan,
que pienso que cortesía 790
saben los brutos de España.

(**Vanse y sale** LADRÓN.)

LADRÓN Tanto a todos te adelantas,
que el primero que ha llegado
a vista de las murallas
de Bredá, has sido, señor. 795

FADRIQUE Pues si vengo en la vanguardia
del tercio de don Francisco
de Medina, cosa es clara
que había de ser el primero.
¿Mas qué triunfo, qué alabanza 800
consigo de haberlo sido?

LADRÓN Pues cuerpo de Dios, ¿no es nada
llegar hasta aquí? Yo apuesto
que si se cuenta en España,
que no falte quien replique, 805
que nunca malsines faltan,
que el darte el lugar que tienes
es lisonja o alabanza.

FADRIQUE Carlos Quinto respondió,
diciéndole el duque de Alba, 810
que temía no creyesen
algunos aquella hazaña
de haber con solos siete hombres
sujetado siete barcas:
«¿Qué importa que no lo crean, 815
si a mí el ser verdad me basta[(13)]?»
Y eso mismo te respondo
en la ocasión que me aguarda,
cumpla con mi obligación,
que el que lo juzgue en España 820
por pasión o por lisonja,
no viene a quitarme nada.

(**Sale** MEDINA.)

MEDINA ¡Cuál huyeron los villanos! [254v]

ALONSO ¡Oh, qué maldita canalla!
Muchos murieron quemados, 825
y tanto gusto me daba
verlos arder, que decía,
atizándoles las llamas:
«Perros, herejes, ministro

soy de la Inquisición santa». 830

(Tocan.)

MEDINA De la ciudad van saliendo
en tropas algunas mangas
de arcabuceros.
FADRIQUE En tanto
que llega la retaguardia,
escaramuzar podremos 835
con ellos, y para guarda
podemos tomar aquestos
molinos de viento y agua.
ALONSO ¿Molinos de viento? Ya
me parece su demanda 840
aventura del famoso
don Quijote de la Mancha.

(**Retíranse a un lado y salen** MORGAN **y** JUSTINO.)

MORGAN ¡Ea, famosos flamencos!
Hoy las vitoriosas armas
muestren sangrientas que están 845
siempre a vencer enseñadas.
JUSTINO No permitáis que así tomen
puesto a vista de las altas
torres de Bredá. Humillemos
esta española arrogancia. 850
FADRIQUE Pues si conocéis que somos
españoles, ¿cómo aguarda
vuestro valor que volvamos?
Pues sabéis de veces tantas,
que los españoles nunca 855
vuelven con cobarde infamia
de donde una vez llegaron.
MORGAN ¡Guerra, guerra!
FADRIQUE ¡Cierra España!

(Pelean y vanse, **y salen el** MARQUÉS ESPÍNOLA **y los demás**.**)**

ESPÍNOLA ¿Qué rumor es aqueste que escuchamos?
JUAN Según en breves lejos divisamos, 860
el tercio de Medina
a la muralla tanto se avecina
que apoderado está de unos molinos,
a la puerta de Amberes tan vecinos,
que desde el muro, que asaltar promete, 865
distan no más que tiro de mosquete.
ESPÍNOLA Pues don Vicente Pimentel acuda
luego al punto a ayudallos,
con cuatro compañías de caballos.
VICENTE Ya, como ha descubierto lo restante 870
del ejército nuestro, el arrogante
escuadrón que a estorbarlos ha salido,
y de quien hasta aquí se ha defendido, [255]
cobarde se retira.
BARLANZÓN Su ligereza admira. 875

(**Sale** MEDINA.)

MEDINA Vitoria ofrece su temprana ruina.
ESPÍNOLA ¿Qué es eso, don Francisco de Medina?
MEDINA A vista apenas de Bredá llegamos,
cuando vueltas miramos
todas las caserías, 880
antes que en llamas, en cenizas frías;[(14)]
¡tanta la actividad era del fuego!
Divulgose la luz, y salió luego
de la ciudad a[(15)] defender el paso
un valiente escuadrón que presumía 885
sernos estorbo; mas la compañía
de don Fadrique Bazán, que era
de todas la primera,
de tal manera el puesto ha defendido...

ESPÍNOLA Don Francisco, no más; ya os he entendido. 890
No me alabéis a nadie que no quiero
parezcáis con verdades lisonjero;
yerra de que no han de agradecerse
a un hombre las acciones
a que nace obligado 895
un noble caballero, que el soldado
con empresas, trofeos y blasones,
no hace más que cumplir obligaciones:
luego ningún aplauso
en su alabanza nueva 900
si paga en sangre lo que en sangre deba.
Lo que yo haré será premiarles esto,
dando a los españoles ese puesto.
Y pues tan cerca de Bredá se vieron,
ya no será razón que atrás se vuelvan, 905
a sustentar el puesto se resuelvan,
pues a tomarle allí se resolvieron.
FADRIQUE Y yo, que agradecido me confieso
por tal merced, a Vuexcelencia beso
las manos.

(**Sale** ALONSO LADRÓN.)

ALONSO A los muros ha salido 910
a vernos todo el pueblo.
VICENTE ¡Y qué lucido [255v]
nos muestra sus almenas,
de variedad y de hermosura llenas!
ALONSO Bien parece, guardando sus decoros,
terrado de Madrid en día de toros; 915
pues verás, si la vista allá enderezas,
un alto promontorio de cabezas.

(**En lo alto** MORGAN **y** JUSTINO, FLORA **y** LAURA, CARLOS **y** ALBERTO.)

LAURA Llégate a ver el campo numeroso,

que es a los ojos un objeto hermoso
que suspende y divierte. 920

FLORA En nuestra ruina su rigor se advierte.

ESPÍNOLA El marqués Barlanzón con un trompeta
llegue de paz al muro,
y a su gobernador haga seguro
el intento que tengo, 925
y con la gente a sitiarle vengo;
que, si quiere entregarse,
y en buena guerra a tal partido darse,
se admitirá; y si no se rinde luego,
le tengo de abrasar a sangre y fuego. 930

BARLANZÓN Toca, trompeta, y vámonos llegando.

(Tocan.)

JUSTINO De paz se va a los muros acercando
con un trompeta un hombre.
Haré que mi respuesta les asombre.

MORGAN Si es en la guerra ceremonia usada 935
pedir así partidos,
muertos nos han de ver, y no vencidos.
Al cañón prevenido el fuego apresta,
y lléveles su muerte la respuesta.

(Disparan.)

ESPÍNOLA Del muro dispararon. 940

VICENTE Y a Barlanzón en el suelo derribaron.

JUAN Herido y arrastrando por la tierra,
se va acercando más.

ESPÍNOLA A retiralle,
valientes caballeros, acudamos.

ALONSO Téngase Vuexcelencia, que aquí estamos 945
mil soldados que iremos, [256]
y la ciudad y todo nos trairemos.

(Vanse algunos a retiralle.)

ESPÍNOLA Bien nos ha recibido
Bredá; yo pienso que esta salva ha sido
adelantada y gloria, 950
que publica con fiesta mi vitoria.

(Sacan a BARLANZÓN **en hombros.)**

FADRIQUE ¿Qué fue, Marqués?
BARLANZÓN ¿Ha visto Useñoría
por ahí ciento y cincuenta
diablos que llevan una pierna?
Pues eso fue, no es nada, 955
una pierna no más de una bolada.
¿Qué piensan estos perros luteranos?
¿Piernas me quitan y me dejan manos?
ESPÍNOLA Retírese el Marqués, ¡oh cielo, cuánto
sentí su pena!, en tanto 960
que en tres partes su ejército dispongo
y al señor don Gonzalo le propongo
el intento que tengo prevenido;
que yo, de sus consejos advertido,
de mi celo ayudado, 965
en la fe de Filipo confiado,
vencer dichoso espero,
y más cuando al principio considero
que es tan dichoso el día
en que tan alta empresa determino; 970
pues día de Agustino
será felice contra la herejía,
porque el piadoso celo
desta divina hazaña
dé triunfos a la fe, glorias al cielo, 975
opinión a Filipo y honra a España.

Jornada II

Salen descubriendo a ESPÍNOLA **en una tienda escribiendo**, **y** LADRÓN **a un lado**[(16)].

ESPÍNOLA Alonso.
ALONSO Señor.
ESPÍNOLA Ninguno
llegue a hablarme, porque tengo
mil cosas que despachar
a España, cuando me veo
cercado de obligaciones 5
y de mil cuidados lleno.
ALONSO Manda que no hagan rüido
en la ciudad; porque pienso
que no te deje escribir
el que tienen allá dentro. 10
ESPÍNOLA ¿Cómo?
ALONSO Están haciendo señas
desde esos muros soberbios
con chinillas de a cincuenta
libras de plomo, lloviendo
sobre nosotros granizo 15
de pólvora, tan espeso
que estorba el humo a la vista
más que la ilumina el fuego.
ESPÍNOLA Al rüido escribiré,
que si en Julio César leo 20
que en la guerra le tocaban
un harpa, a cuyos acentos
escribía sus vitorias,
yo que vitorias no tengo
escribiré mis cuidados, 25
incitados de los ecos
del bronce, si no más dulce,
más apacible instrumento.

(Disparan.)

ALONSO ¡No es nada! Todos los diablos
deben de andar allí dentro; 30
que tanto fuego no puede
salir sino del infierno.

ESPÍNOLA Esta la Gaceta es
por donde advertirme quiero.
Dice así: «Milán. El duque 35
de Feria, gran caballero,
salió con veinte mil hombres».
Y no es el mundo pequeño
trofeo de su valor.

(Disparan.)

ALONSO ¡Oh, cuál silban por el viento 40
los pajaritos de plomo!

ESPÍNOLA «Nápoles. El de Alba ha puesto
toda su gente en campaña».
¡Que nunca guerras se vieron
sin señor deste apellido 45
ni soldado de Toledo!

(Disparan.)

ALONSO Tira, que un doblón te cuesta
cada tiro. Este consuelo
no me le podrás quitar.
Juro a Cristo que me huelgo. 50

ESPÍNOLA «El Brasil. Las dos armadas
desde Lisboa salieron [257]
con la más lucida gente
que se ha visto». ¡Quiera el cielo
tengan el fin que desean! 55
«Génova (con temor leo)
oprimida está del duque

de Saboya, porque ha puesto
su campo a dos leguas della,
y aun llegado su esfüerzo...» 60
Yo sé bien que no llegara,
si yo estuviera. Mas vuelvo
a mirar dónde llegó.
«A la montaña que ha puesto
naturaleza por guarda 65
de sus edificios, siendo
rústico muro que sirve
de coluna al firmamento».
Perdone el valor, la envidia
perdone, si me enternezco 70
con tal nueva, que tal vez
es valor el sentimiento;
y mi patria me perdone,
si visto bruñido acero
y no es en defensa suya; 75
que aunque tuviera por cierto
que había, caso imposible,
de ser humilde trofeo
de las vencedoras armas,
que tantas veces pudieron 80
serlo de España, piedad
de su generoso pecho.
Y aunque supiera también
que bastara a defenderlo
mi persona, no dejara 85
la empresa que en Flandes tengo,
por mi patria, por mi honor,
ni por mi vida. No puedo
al Rey servirle con más,
ni agradecerle con menos. 90
Génova tiene su amparo,
pues, ¿qué temor, qué recelo
puede ocuparla, si solo
el nombre de España ha puesto

terror al mundo, tocando 95
con sus manos sus extremos?
Díganlo Italia, el Brasil,
y Flandes, que a un mismo tiempo
embarazados con guerras,
su poder están diciendo. 100
¿Qué mucho, pues, que un monarca,
que a un tiempo tiene docientos
mil hombres en la campaña,
peleando y defendiendo
la fe, pida a sus vasallos 105
ayuden al justo celo,
sirvan a la acción piadosa
de tan religioso efeto?
El alma y la vida es poco,
que la hacienda de derecho 110
natural es suya; aunque
a su dilatado imperio
sirva de testigo el sol,
sin que le falte un momento.

(**Sale un** INGENIERO.)

INGENIERO ¿Qué hace su Excelencia?
ALONSO Agora 115
su Excelencia está escribiendo.
No puede hablarse.
INGENIERO Mandome
que ahora viniese.
ESPÍNOLA ¿Qué es eso?
ALONSO El ingeniero está aquí.
ESPÍNOLA Ve tú, llámame al momento 120
a don Gonzalo Fernández
de Córdoba, porque tengo
que aconsejarme con él.
Vaya diciendo, maestro,
¿en qué estado están las barcas? 125

INGENIERO Señor, doce barcas tengo... [257v]
ESPÍNOLA Bien le oigo, pero escribo,
porque no perdamos tiempo.
INGENIERO Sobre el río fabricadas,
que llaman barcas de fuego. 130
ESPÍNOLA Ya sé del modo que son.
Tiene cada una dentro
gran turba, que así se llama,
de piedras, árboles gruesos,
peñascos, piezas quebradas, 135
tierra, vigas, plomo y hierro.
Estas tienen solo un hombre
cada una; y él, en viendo
que se acerca el enemigo,
no hace más que pegar fuego, 140
y arrojarse al agua; ella
empieza a encenderse luego,
arrojando de sí cuanto
encierra su vientre y siendo
un Etna de fuego horrible. 145
INGENIERO Estas tienen solo un riesgo.
ESPÍNOLA Es, ¿que no vengan a nado
los enemigos? Ya siento
la ocasión, las mismas armas
nuestras les sirvan a ellos. 150
INGENIERO Sí, pero un remedio tiene.
ESPÍNOLA Eso se remedia haciendo
una estacada en el río
de muchos árboles, puestos
en puntas unos con otros, 155
llenos de puntas de acero,
para que topando en ellas
ovas o hombres, al momento
se hagan dos mil pedazos.
¿No quiere decirme esto? 160

(**Salen** DON GONZALO **y** LADRÓN.)

GONZALO ¿Qué me manda Vuexcelencia?
ESPÍNOLA Vaya a trabajar, maestro,
yo iré por allá después.
Señor, un negocio quiero
tratar con Vuexcelencia, 165
para tomar su consejo.
La señora Infanta escribe
que ha sabido por muy cierto
que el príncipe de Polonia
viene a Flandes, con intento 170
de ver el sitio famoso
que a Bredá tenemos puesto.
Vuexcelencia me diga,
¿qué entrada, recibimiento
y salva le hemos de hacer? 175
Advirtiendo que es afecto
a España, y que en Roma ha estado
de su parte, y después desto,
que es Príncipe soberano
y señor de dos imperios. 180
GONZALO Pues lo que se debe hacer
es que el de Vergas, fingiendo
una batalla trabada,
saque en su recibimiento
toda la caballería 185
dos leguas de Bredá, luego
el conde de Salazar
tenga los arcabuceros
a una legua, y con la salva
real le reciban, haciendo 190
que al punto la artillería
responda en confusos ecos.
Junto a la tienda, señor,
de Vuexcelencia, al derecho
lado se levante otra, 195
donde al Príncipe esperemos

los maeses y capitanes,
los cabos y los sargentos,
con Vuexcelencia; después
en sus acciones veremos 200
lo que se debe advertir.

ESPÍNOLA Paréceme buen acuerdo. [258]

(**Sale** DON VICENTE.)

VICENTE Otra vez han intentado
hacer con un terrapleno
los de la muralla un dique; 205
y debe de ser su intento,
que como las ondas bajan
retardando y deteniendo
su curso, venga a verter
sobre el ejército nuestro 210
todo el río y anegarnos.

GONZALO Vuexcelencia para esto
puede hacerle nuevas madres
al río, para que al tiempo
que se vaya rebalsando, 215
tomando otro curso nuevo
no pueda ofendernos.

ALONSO Yo
diera un arbitrio más bueno
para impedirlo.

ESPÍNOLA Y, ¿cuál es?

ALONSO Pusiera allí los tudescos, 220
y dijérales: «El dique
que veis se derribe luego
o moriremos ahogados».
Que yo aseguro que ellos,
por no beber agua, vayan 225
a derribarlo al momento.

(Sale BARLANZÓN **con pierna de palo.)**

BARLANZÓN Señor, unas buenas nuevas
traigo.
ALONSO Y aun no es caso nuevo
que, siendo buenas, caminen
con pies de palo.
ESPÍNOLA Ya espero 230
a saber qué son.
BARLANZÓN Enrique
de Nasau su gente ha puesto
a la vista nuestra y dice
que ha venido con intento
de meter en la ciudad 235
socorro. Agora veremos
si esto es guerra o si es estarnos
con las manos en el seno.
ESPÍNOLA El conde de Salazar
salga a campaña al momento 240
con el escuadrón volante,
y estense los tercios quedos,
vengan por donde vinieren;
que no será buen acuerdo,
por acudir a una parte, 245
las otras desamparemos.

(**Sale** DON FADRIQUE BAZÁN.)

FADRIQUE Por la tierra y por el agua
quieren meter el sustento
dentro de la fortaleza.
ESPÍNOLA Pues, don Fadrique, ¿qué es eso? 250
FADRIQUE Barcas vienen por el río
con gente y socorro.
ESPÍNOLA Esto
me da más cuidado. Al punto
sobre aquel fuerte que ha hecho
Pablo Ballón, cuatro piezas 255

se pongan. ¡Pluguiera al cielo
tuviera yo la estacada
hecha, que yo sé cuán presto
se volvieran!

FADRIQUE — Pues, ¿qué aguardas
para que se haga?

ESPÍNOLA — Temo
que han quedado los soldados
sin fuerzas y sin aliento
de las fortificaciones
hechas en tan breve tiempo,
y no querrán trabajar.

VICENTE — Pues cuando no quieran ellos, [258v]
¿aquí no estamos nosotros?

FADRIQUE — ¿Qué esperamos, caballeros?
Nosotros hemos de ser
a esta facción los primeros.

GONZALO — Así a nuestra imitación
veréis como acuden luego
los soldados.

(Toman todos espuertas, azadones y hachas.)

FADRIQUE — Vengan hachas
y azadones, poblaremos[(17)]
ese caudaloso río
destos árboles, haciendo
las ondas senda inconstante
a los suspiros del viento.

VICENTE — Esta amena población
de los montes traslademos
a las olas, y parezcan
errantes bosques amenos.

GONZALO — Unos corten y otros lleven
los secos árboles.

(Disparen y cae la tienda.)

ALONSO ¡Cielos!,
desquiciados de los polos 285
se trastorna el firmamento.
ESPÍNOLA Una bala es que se ha entrado,
derribando y deshaciendo
grande parte de mi tienda.
BARLANZÓN ¡Miren qué poco respeto! 290
¡Sin licencia se nos entran
a conversación!
ESPÍNOLA A los cielos
doy gracias que vivo estoy.
ALONSO Si no te hizo mal, lo mismo,
aunque haya dado a tus plantas, 295
fuera haber dado en Toledo.
ESPÍNOLA ¡A la estacada, soldados!
FADRIQUE Ya los españoles[(18)] puestos
están para trabajar.
VICENTE Ya los rudos instrumentos 300
truecan las doradas armas.
ESPÍNOLA ¡Oh españoles[(19)], oh portentos
de la milicia y asombro
del mismo Marte! Yo espero,
en vuestro valor fiado, 305
que he de unir los dos imperios,
siendo escudo de Filipo
el águila de dos cuellos.

(**Vanse**, **y salen** LAURA **y** FLORA.)

LAURA Es la fama sol que dio
en una sutil vidriera; 310
pues aunque el sol quede fuera,
el resplandor penetró.
A mis oídos llegó,
guardándome a mí el decoro
que en estos casos ignoro, 315

el nombre de un caballero
que no le he visto y le quiero,
no le conozco y le adoro.
Mas para informarme dél,
si es mi pena venturosa, 320
baste que es, ¡oh Flora hermosa!,
español y Pimentel.
Aquel agrado y aquel
noble y discreto apellido,
¿qué pecho no le ha rendido?, 325
¿qué gusto no se ha inclinado?,
¿qué libertad se ha negado?,
¿qué afición se ha resistido?

FLORA Parecidas, Laura, son
tu desventura y la mía. 330
Libre del amor vivía,
cuando su dulce pasión
hizo en el fuego impresión;
pues en abismo tan fiero
yo vi un cortés caballero, 335
que, aunque en el alma le imprimo,
no sé quién es y le estimo, [259]
no le conozco y le quiero.
Y porque las dos estemos
satisfechas en los daños 340
de los confusos engaños
que igual las dos padecemos...
Mas ¿qué notables extremos
nos causan nuevos enojos?

(**Sale** ESTELA.)

ESTELA Esos hermosos despojos, 345
esparcidos por el viento,
den suspiros a mi aliento,
den lágrimas a mis ojos.

FLORA Estela, ¿qué es esto? ¿Así

haces extremos tan graves? 350

ESTELA Tú que me consuelas, ¿sabes
la causa que tengo?

FLORA Sí,
sí la sé, pues que perdí
la libertad que perdiste,
vi los rigores que viste, 355
y lloro tu mismo mal;
porque es a todos igual
una desdicha tan triste.

ESTELA Según eso, ¿ya has sabido
el bando que han publicado 360
Morgan y Justino?

FLORA Ha estado
suspenso y mudo el sentido,
en sus penas divertido.
Pero, ¿qué nueva impiedad
mandan?

ESTELA Que de la ciudad 365
salgan, ¡qué torpes consejos!,
los mancebos y los viejos
que tuvieren en su edad
a menos de quince años
y a más de sesenta.

FLORA ¡Ay Dios! 370
Que en ese bando los dos,
padre y hijo, que mis daños
con amorosos engaños
hacen dulces, comprehendidos
están.

ESTELA Hoy verás perdidos 375
consuelos tan desdichados,
pues hoy saldrán desterrados,
de su patria aborrecidos.
Mas ¿para qué a decir llego
lo mismo, Flora, que ves? 380

FLORA Si esta mi desdicha es,

ya en mis lágrimas me anego.

(Salen MORGAN **tras el padre**, JUSTINO **tras el hijo**.**)**

MORGAN Salid de la villa luego.
ALBERTO ¡Ay de mí! ¿Podré sufrir
mi muerte?[(20)]
JUSTINO Habéis de salir. 385
CARLOS Señor, advierte...
JUSTINO Ya está
advertido.[(21)]
FLORA ¿Quién podrá
tantos golpes resistir?
¿Posible es que sus tiranas
fuerzas no templen sus daños 390
a la piedad destos años
y al respeto destas canas?
Las fieras más inhumanas
tienen respeto y amor;
pues, ¿qué furia, qué rigor, 395
con injusto parecer,
hoy ha pretendido hacer
nuestra desdicha mayor?
¿Qué importa una y otra vida
tan triste, tan desdichada, 400
una, sin razón cortada;
otra, sin razón rompida?
Del céfiro la atrevida [259v]
furia marchita el candor
del más vivo resplandor; 405
que no es trofeo bastante,
Justino, una flor infante,
Morgan, una helada flor.
JUSTINO Madama, piadoso intento,
que no crüel, los destierra; 410
que inútiles en la guerra,
no han de comer el sustento

de aquellos cuyo ardimiento
hoy resistirse pretende
al poder que nos ofende; 415
porque un viejo nos lastima,
un niño nos desanima
y un soldado nos defiende.
Minando una peste va,
de que estamos todos llenos; 420
y siendo la gente menos,
menos su furia será,
el sustento durará
más ya; que esto se imagina
en la dieta medicina, 425
porque no llegue a tocar
la peste al cuerpo, a cortar
un brazo se determina.
Y en reparo natural,
cuando un golpe se endereza 430
a herirnos en la cabeza,
la mano acude leal
como parte principal.
Así resistir podremos
estos bárbaros extremos; 435
que es bien, pues tales estamos,
porque todos no muramos,
que la mitad nos matemos.
Y porque los expelidos
quejas no puedan tener, 440
tu hijo y padre han de ser
en el bando comprehendidos.
Pero a tus quejas movidos,
viendo que la pena airada
se mira en ti duplicada, 445
quiero en tan triste fortuna
seas comprehendida en una,
y en otra privilegiada.
Escoge, presentes tienes

los dos, y siendo hija y madre, 450
tienes hijo y tienes padre.
Determina a quién previenes
la vida, y si te detienes,
quizá no tendrás lugar.
Sola te quiero dejar, 455
en tanto que a arrojar voy
el puente, un hora te doy
para poderlo pensar.

(**Vanse** MORGAN **y** JUSTINO.)

FLORA ¿Adónde podré volver,
¡cielos!, en tantos enojos, 460
si a todas partes los ojos
tienen desdichas que ver?
¿A quién he de responder
cuando me llaman iguales
dos afectos principales, 465
dos impulsos diferentes,
dos aprehensiones vehementes,
dos acciones naturales?
No sé qué hacer, ¡ay de mí!
Mi vida o mi muerte ignoro. 470
Aquí me llama el decoro
de padre, el amor allí
de hijo, de aquel recibí
el ser, que he de conocer;
pero a aqueste le di el ser, 475
que he de aumentar generosa.
¿Qué elección es más piadosa,
obligar o agradecer?
CARLOS ¿Qué es lo que dudosa y triste
esperas para nombrarme? 480 [260]
Pues a mí puedes quitarme
la vida que tú me diste;
no aquel ser que recibiste

puedes en esta ocasión
negar, y es más noble acción 485
asistir con la piedad
antes que a la voluntad,
señora, a la obligación.

ALBERTO Si a la obligación debemos
asistir siempre, ¿no ves 490
que, aumentar nuestro ser, es
la obligación que tenemos?
Todos con esta nacemos,
y así debes acudir
a tu hijo, y eligir 495
su vida, porque la mía
es sombra caduca y fría,
cuando él empieza a vivir.

CARLOS Porque empiezo, debo ser
quien de Flora se despida; 500
pues teniendo menos vida
tengo menos que perder.

ALBERTO De otra suerte has de entender
ese modo de decir,
de pensar y discurrir, 505
con que convencido estás;
pues quien ha vivido más
tendrá menos que vivir.

CARLOS Un árbol marchito vi
del sol a las luces rojas, 510
y vi cortarle las hojas
porque viva el tronco así.
Rama de ese tronco fui,
muera yo y la planta viva.

ALBERTO También veo al que cultiva 515
campos, si bien te aconseja
que el tierno pimpollo deja,
y el seco tronco derriba.

CARLOS ¿No ves, Alberto, ese río
que por opuesto lugar 520

del mar sale, y vuelve al mar
como a centro helado y frío?
Pues así este curso mío
a ti ha de volver. Tú fuiste
mar, que tus ondas me diste, 525
de ti he nacido; y así
es justo que vuelva a ti
a darte el ser que me diste.

ALBERTO ¿Y tú no ves el farol
que el mundo de rayos dora, 530
que entre la noche y la aurora
muere el sol y nace sol,
y siempre es un arrebol,
siempre es una llama ardiente?
Así una vida consiente 535
en dos una luz entera,
y es bien que en mi ocaso muera
para que nazca en tu oriente.

CARLOS Yo soy joven, y tal vez
resistiré osado y fuerte. 540

ALBERTO Yo no temeré la muerte,
pues ya he visto a la vejez.

CARLOS Madre...

ALBERTO Hija...

FLORA ¿Qué jüez
se vio en las dudas que lucho?
Mi dolor, mi llanto escucho, 545
pues en tanta confusión
el que tiene más razón
es el postrero que escucho.
Cuando un acero se entrega
a dos imanes, ¡ay Dios!, 550
porque su violencia a dos
le inclina, a ninguno llega;
por darse a los dos, se niega;
y en trance tan importuno
respondiera solo a uno; 555

mas si dos causas me inflaman
el pecho, porque me llaman
dos, no respondo a ninguno. [260v]

(**Sale** MORGAN.)

MORGAN Dime, Flora, si eligió
alguno tu voto.
LOS DOS Sí. 560
MORGAN ¿Y a quién has nombrado?
JUNTOS A mí.
MORGAN ¿Quién va desterrado?
JUNTOS Yo.
FLORA Escucha, Morgan, que a uno
hice de mi voto empleo;
que cuando nombrar deseo 565
el uno, y me determino,
al primero que me inclino,
es al postrero que veo.
Pero si atento al jüicio
de mi voz el mundo está, 570
en mis extremos verá
que doy de mi honor indicio.
Sea triste sacrificio
un hijo al piadoso altar
de un padre, porque al juzgar 575
en tan grande confusión,
será más noble elección
agradecer que obligar.
Carlos, Carlos, tú has de ser
de mis brazos desterrado, 580
tú, ciegamente entregado,
de la villa has de salir.
CARLOS Yo voy contento a morir.
Dame, madre, mil abrazos
antes que tan breves lazos 585
pueda la muerte romper,

puesto que no me he de ver
otra vez en estos brazos.

MORGAN Vamos, pues.

ALBERTO A mi dolor
ninguna desdicha iguala; 590
¿qué sentencia fuera mala,
si trujo tanto rigor
la sentencia en mi favor?
¡Oh, mal haya la importuna
estrella, que sin ninguna 595
piedad me influyó al nacer
larga vida, para ser
objeto de la fortuna!
¡Plega a Dios que en sus historias,
Bredá, escriban mil naciones 600
con tus ruinas sus blasones,
con tu sangre sus vitorias!
Cubra el olvido tus glorias,
y si alabanzas deseas,
postrados tus muros veas; 605
corra sangriento el confín
tu misma sangre, y al fin
desierta campaña seas.
¡Esas azules banderas,
que aspas queman en las luces 610
del sol, con las rojas cruces
entapicen sus esferas!
¡A tus mismas ansias mueras,
siendo una venganza extraña
fin desta infelice hazaña! 615
Y porque todo lo tengas,
¡plega a los cielos que vengas,
Bredá, a ser del rey de España!

(Vanse.)

(**Sale el** PRÍNCIPE DE POLONIA **y** ESPÍNOLA, **y todos los que pudieren acompañándolos, atabales y trompetas, y al cabo chirimías, cuando salgan el de**

Polonia y ESPÍNOLA.)

ESPÍNOLA Venga tu Alteza, ¡oh Príncipe excelente!, [261]
cuya vida felice, cuyo Estado 620
en quieta paz, en dulce unión se aumente
a lo voraz del tiempo reservado.
Venga tu Alteza venturosamente
en alas de su fama celebrado,
desde el dosel de su templada corte 625
a los helados piélagos del norte.
Aquí su fama vivían segura
las edades del pájaro fenicio,
que en llamas de su amor, en lumbre pura,
a su misma deidad es sacrificio 630
de aquel que se labró la sepultura
y cuna se labró, dándose indicio
de inmortal, viendo que es prodigio humano,
ascua y ceniza, pájaro y gusano.
Que yo, con verme a tus divinas plantas, 635
dueño me juzgaré de las estrellas,
sin prevenir la indignación de cuantas
tristes influyen, predominan bellas;
que si a tan alta esfera me levantas,
¿qué oposición podrán hacerme aquellas 640
sustitutas del sol, que en su porfía
son mariposas de la luz del día?

PRÍNCIPE Vivas, ¡oh Ambrosio!, cuyo brazo fuerte
es repetido Marte en la campaña,
dando al mundo terror, miedo a la muerte, 645
a Génova opinión y honor a España,
vivas la edad del sol, en quien se advierte
un fénix celestial, que en rayos baña
las plumas, con que nueva vida adquiere,
pues nace en vós cuando en otros müere. 650
Que yo, después de haberte conocido,
ni glorias más ni más honor deseo;
que en tu presencia solo he conocido

más triunfos que imperios mil poseo.
¡Felice patria aquella que ha tenido 655
siempre tan celebrado su trofeo!
¡Felice por sus hijos su decoro!

ALONSO **[Aparte.]** Y más felice por su plata y oro.

PRÍNCIPE ¿Quién es aquel prudente, aquel famoso [261v]
a quien la fama superior confiesa 660
a Trajano valiente y vitorioso,
en cuyos hombros dignamente pesa
el imperio español, el valeroso
don Gonzalo de Córdoba?

GONZALO El que besa
tus plantas, al favor agradecido, 665
soberbio ya de haberle merecido.

PRÍNCIPE ¡Vive Dios, don Gonzalo, si tuviera
un vasallo mi imperio, que segundo
a vuestro invicto abuelo conociera,
como en vós reconoce, con profundo 670
valor y ánimo heroico, no estuviera
reservada a mi imperio en todo el mundo
parte, desde la India a la Noruega,
donde se ofrece el sol, donde se niega!
¿Y en qué estado, Marqués, está la fuerza? 675
¿No se rinde la villa?

ESPÍNOLA Es imposible
que se pueda ganar jamás por fuerza;
que es su muro, señor, inacesible.
Mas no será posible que se tuerza,
mi pretensión altiva y invencible; 680
pues ha de ser de España, ¡vive el cielo!,
o mi sepulcro este flamenco suelo.

PRÍNCIPE ¿Y qué nuevas de dentro habéis tenido?

ESPÍNOLA Vuestra Alteza advirtió como soldado,
algunos que rindiéndose han venido, 685
buenos principios de la entrega han dado.
Bastante indicio de su hambre ha sido
haber niños y viejos desterrado;

pero al salir, yo les salí al encuentro,
hice otra vez que se volvieran dentro; 690
que, teniendo en el río la estacada,
imposible es socorro por la tierra.
No tengo ya que recelarme en nada,
pues ellos mismos se han de hacer la guerra.
Mientras la gente es más que está sitiada, 695
más la vitoria en mi esperanza cierra;
ni las asalto ni combato el muro, [262]
que estoy con más contrario más seguro.

PRÍNCIPE No vi en mi vida tal razón de Estado.

ESPÍNOLA Descanse agora un poco Vuestra Alteza; 700
saldrá después, donde con más cuidado
los cuarteles verá y su fortaleza;
y de todos sus puestos informado
podrá advertirme con la sutileza
de su ingenio, porque con alta gloria 705
todos tengamos parte en la vitoria.
Vuestra Alteza descanse: Señor conde
de Salazar, Vueseñoría puede
al Príncipe asistir.

LUIS Bien corresponde
a mi cuidado el cargo que concede 710
Vuexcelencia, señor.

ESPÍNOLA Yo voy a donde
ordene los cuarteles, porque quede
admirado de ver grandeza extraña.

PRÍNCIPE El mayor rey del mundo es el de España.

(Sale el SARGENTO **mayor.)**

LUIS El Sargento mayor hablarte quiere. 715

SARGENTO Vengo a que Vuestra Alteza me dé el nombre.

PRÍNCIPE ¿Qué nombre os he de dar?

SARGENTO El Marqués quiere
que Vuestra Alteza, y esto no le asombre,
gobierne todo el tiempo que estuviere

en su ejército.

PRÍNCIPE Digno de renombre 720
es el Marqués, decilde que yo debo
esta lisonja; mas que no me atrevo
a suplir la prudente fortaleza
de su ingenio, y es fuerza divertirme
de peso que oprimió tanta grandeza. 725

SARGENTO Orden expresa tengo de no irme
hasta que lleve el orden de tu Alteza.

PRÍNCIPE Pues no puedo a sus cargos eximirme
es bien que a obedecerle me anticipe.
Llegad, Sargento. El nombre es San Felipe. 730 [262v]
¡Por cuántos modos tiene lisonjeros,
aunque corteses, la lisonja entrada!
¡Qué bien España hospeda forasteros!

(Disparan.)

LUIS Y aun es en hospedarlos desgraciada.

PRÍNCIPE ¿Qué salva es esta agora, caballeros? 735

LUIS La vïanda, que pasa aderezada
donde te está esperando.

PRÍNCIPE ¡Oh españoles,
de cortesía y de milicia soles!

(Vanse.)

(**Quédanse** DON VICENTE **y** DON FADRIQUE **y** LADRÓN.)

FADRIQUE Con la libertad que ofrecen
las treguas al bronce dadas, 740
las murallas coronadas
de hermosas damas parecen.

VICENTE Vámonos llegando al muro,
donde todos los soldados,
galanes y enamorados, 745
se acercan con el seguro
que tanta quietud consiente.

FADRIQUE Dos damas hermosas vi
hacia esta parte.
ALONSO Y aquí
advierta el piadoso oyente 750
que esto desta suerte pasa,
cuando la guerra está quieta,
y que no pone el poeta
la impropiedad de su casa.

(Salen a la muralla FLORA **y** LAURA **apartadas**.**)**

FLORA Yo vengo en esta ocasión 755
a la muralla, por ver
a quien he de agradecer
aquella pasada acción
de haberme vuelto a mi hijo
a mis brazos.
LAURA Y yo vengo 760
por ver si en algo entretengo
el dolor en que me aflijo.
VICENTE Llegaos vós a aquella parte,
que en esta me quedo yo.
FADRIQUE Mil veces el cielo vio 765
juntos a Venus y a Marte;
y así no es notable error
que hagan unión tan segura
el rigor con la hermosura,
la guerra con el amor. 770
LAURA Los que le fingen valiente,
para que el nombre le cuadre,
le dan a Marte por padre,
que su orgullo no consiente
ser hijo de un vil herrero. 775
FLORA Vós no debéis de saber
las leyes que ha de tener
por precepto el caballero
que aquí se fingiere amante.

VICENTE Sí sé.
FLORA ¿Soïs español? 780
VICENTE Sí. ¿En qué lo visteis?
FLORA Lo vi
en que sois tan arrogante.
No queréis ignorar nada, [263]
todo a su brío lo fía
la española bizarría, 785
con presunción confïada.
ALONSO Aunque os habéis engañado,
¿quién argüiros podrá?
Cuando vuestro ingenio está
aquí tan sutilizado, 790
que la agudeza que escucho
no es muy grande.
FLORA ¿En qué lo veis,
soldado?
ALONSO En que no coméis,
y el hambre adelgaza mucho;
tanto, que es obligación 795
que cualquiera sea discreta.
FLORA ¿Y por qué?
ALONSO Porque en la dieta
tenéis voto y opinión.
FLORA Con el hambre a veces lucho,
que vós no sufrierais quedo. 800
ALONSO ¿En qué lo veis?
FLORA En el miedo,
que el miedo acredita mucho
las cosas, y se os hiciera
mucho mayor de lo que es.
[Aparte.]
Mas, alma, ¿qué es lo que ves? 805
¡Ay pena celosa y fiera!
Con Laura está el caballero
que a mí la vida me dio.
No fui tan dichosa yo,

entre amor y celos muero. 810

LAURA ¿Cómo os llamáis?

FADRIQUE Don Fadrique
de Bazán me llamo.

LAURA **[Aparte.]** ¡Ay Dios!
No sois el fingido vós,
con lo imposible me engaño:
¿cómo sabré si es aquel 815
don Vicente Pimentel?

FADRIQUE **[Aparte.]** O finge a la vista engaño
la muralla desde aquí,
o aquella la dama es
a quien piadoso y cortés 820
vida en los casares di.
¿Cómo la pudiera hablar?

FLORA (**[Aparte.]** Yo no puedo sufrir, ¡cielos!,
a mis ojos tantos celos.
Trocaré a Laura el lugar.) 825
¡Ah Laura! ¿Queréis feriarme
ese lugar por el mío?
Que de cierto desvarío
pretendo así asegurarme.

LAURA Sí. Dad licencia, que os doy 830
la palabra de volver.
[Aparte.] Así pretendo saber
si es aquel.

FADRIQUE Como quien soy
que no he visto, don Vicente,
mujer en toda mi vida 835
tan cortés, tan entendida,
tan hermosa y tan prudente.
Troquemos lugar (**[Aparte.]** Así
le obligaré que me dé
el que deseo); porque 840
gocéis de su ingenio aquí
un rato.

(Truécanse todos.)

VICENTE De buena gana,
y aun[(22)] la dama y todo os diera,
porque esta es muy bachillera,
muy presumida y muy vana. 845

FLORA Faltándoos dama tan bella,
diréis gallardo español
que en el ausencia del sol
os ha salido una estrella.

VICENTE No diré, pues advertido 850
en engaño tan confuso,
sol, que una vez se me puso, [263v]
otra vez me ha amanecido.

FLORA **[Aparte.]** ¡Ay de mí! En vano procura
amor nuevas glorias ya 855
con mudarse, que no está
en el lugar la ventura.

LAURA Mil deseos que en mí están
luchando por conoceros,
me traen, caballero, a veros. 860

FADRIQUE Don Fadrique de Bazán
os dije que me llamaba,
y aquesto os vuelvo a decir,
que no tengo de mentir.

LAURA Pues, ¿qué causa os obligaba 865
a mudaros?

FADRIQUE La que a vós.

FLORA Siempre los discursos van
a su principio, si están
en un pensamiento dos.

ALONSO ¿Y qué es vuestro pensamiento 870
en las mudanzas que hacéis?
Sin duda fantasmas veis
con el desvanecimiento.

FLORA Si os tengo de responder,
llegaos más, porque os entienda. 875

ALONSO ¿Llegarme? ¡Dios me defienda!
Que eso es lo que no he de hacer.
FLORA Pues parlar no será justo,
que a mí dar voces me cueste.
ALONSO Sí, que estáis llenas de peste, 880
aunque es peste de buen gusto.
FLORA En mí aquesos accidentes
no se dejan conocer.
ALONSO No, que si no hay que comer,
no echareis menos los dientes. 885
Pero confesadme a mí
si el amor la causa fue
desta mudanza.
FLORA No sé
cómo deciros que sí.
ALONSO Hambre y amor imagino 890
en este instante, ¡por Dios!,
que debéis de ser las dos
damas de hijos de vecinos.
FLORA ¿Por qué?
ALONSO Las más celebradas,
en necedades tan ciertas, 895
siempre las veo muy muertas
de hambre y muy enamoradas.
Pero ¿qué ruido es aquel,
de cajas y de trompetas?

(Tocan cajas.)

FADRIQUE El príncipe de Polonia, 900
que ya sale de la tienda
a visitar los cuarteles.
Dadnos, señoras, licencia.
FLORA ¿Volveréis a vernos?
FADRIQUE Sí.
¿A qué horas?
ALONSO A cualquiera, 905

si no es a la del comer,
porque no conocen esta.

FADRIQUE Yo vendré.

FLORA Pues no os mudéis
otra vez, por vida vuestra;
que el mudarse a mí me toca 910
por ser mujer.

FADRIQUE Norabuena,
firme seré.

FLORA Yo también.

LAURA ¡Quién a vuestro campo fuera
a ver la fiesta!

ALONSO A comer,
diréis mejor; pero vengan 915
con sola una condición.

FLORA ¿Cuál es?

ALONSO Que en una talega
traigan toda su comida;
bien cabrá, aunque sea pequeña,
porque no nos quedan menos 920
enemigos en la fuerza. [264]

(Quítanse del muro, **y salen tocando chirimías el** PRÍNCIPE [DE] POLONIA **y** ESPÍNOLA **con acompañamiento**.**)**

ESPÍNOLA Esta, Príncipe excelente,
es Bredá invencible, esta
es del rebelde enemigo
la más importante fuerza. 925
Yace en los Países Bajos,
donde los confines cierran
de Batavia, de Celandia
y Brabante; bien lo muestra
el río, que decir Marche 930
en flamenco idioma suena
lo que término o confín
en la castellana lengua.

Está en altura del polo
cerca del norte cincuenta 935
y un grados, bien sus influjos
destemplados aires muestran.
Escritos en triangular,
y sírvese por tres puertas,
de Cinequen, de Valduque 940
y de Amberes; hay en ellas
diez soberbios baluartes
que la guardan y defienden,
de Masfelt y de Lamberto,
Nasau, Mauricio, a quien llegan 945
Norte, Holanda, Honoc, Locros,
Bernebelt y Blanquenvega.
Los tres están repartidos
entre la gente francesa
y valona; están a cargo[(23)] 950
de un coronel que sustenta
toda esa máquina en peso,
que es hombre de inteligencia,
muy altivo y ingenioso,
y que si por él no fuera 955
se hubieran rendido, tanto
los anima y los alienta;
Morgan se llama, es inglés.
Los otros tres los gobiernan,
con gente de los países, 960
Oteribe y Gris, y quedan
cuatro al señor de Loqueren.
Justino de Nasau muestra,
gobernador de la villa,
gran valor y gran prudencia. 965
Tiene dentro un sumptuoso
templo, donde se celebran.
Predicar permite aquí
que torpedad de la lengua,
que mudo falte el acento, 970

y quede la luz suspensa.
Predicar, habiendo sido
con piedad y reverencia,
culto del mayor milagro
que ha obrado la Omnipotencia, 975
hoy a restaurar su templo
negando a tantas ofensas.
Tres fosos tiene en sus muros,
que aquí distantes la cercan,
y llena de fuego y agua, 980
es centro de tres esferas.
Fundada está sobre el mar,
siendo sus ondas soberbias,
aun a los rayos de Joven
inexpugnable defensa; 985
y con estar sobre el agua,
a tanto el ingenio llega
de su belicosa gente,
nacida, en efeto, en tierra
donde la escuela de Marte 990
tiene por primera escuela,
donde antes que hablar, aprenden
a pelear, pues las primeras
voces que escuchan naciendo,
son las cajas y trompetas. 995 [264v]
A tanto llega, en efeto,
su ingeniosa diligencia,
que están minados de suerte,
que si asaltarla quisiera,
siendo posible ganarla 1000
por las armas, no lo fuera
reducir a cantidad
de números y de cuentas
la gente que nos costara
ganar un palmo de tierra. 1005
Es capaz, caso notable,
de cien mil hombres de guerra;

pues hoy, con haberse muerto
de una grave pestilencia
más de ochenta mil personas, 1010
quedan más de otras ochenta.
Tiene mucho bastimento,
y cuando no le tuvieran,
esta es gente que en las calles
cavan, cultivan y siembran; 1015
y aquí unas rústicas plantas
son tan fértiles, que llevan
en breves días el fruto,
de que a veces se sustentan.
Tienen siempre en abundancia 1020
para los caballos yerba;
labran la pólvora dentro,
de suerte, que no desean
sino solo libertad;
¡quiera Dios que no la tengan! 1025
De fuera de la ciudad
bien ha visto Vuestra Alteza
los cuarteles; pero quiero,
porque más noticia tenga,
referirlos. Tiene el sitio, 1030
cosa en nuestros tiempos nueva,
pues no le vieron mayor
en los suyos Troya y Grecia.
Tiene en torno treinta millas,
que son castellanas leguas 1035
diez; y de suerte que dista,
por la geometría hecha
la demostración, del muro
nuestro campo apenas media;
que, aunque a dos y medio toca, 1040
y en rectitud no pudiera
estar tan cerca; por eso
en la figión se cuentan
del diámetro las líneas

con las puntas y las cuestas. 1045
Hízose el sitio tan grande,
porque, estando en esta tierra
tan pujante el enemigo,
de ningún modo pudiera
cercarlos. Y es la razón, 1050
yo lo he visto en la experiencia,
si para una villa sola,
que tiene apenas dos leguas
de contorno, gasto diez
para cercarla; diez, fueran 1055
por la multiplicación
menester más de docientas.
Y si diez, sesenta y cinco
mil hombres tengo, no hubiera
para las docientas gente 1060
en toda Europa. Bien hecha
está la demostración,
más de un desvelo me cuesta.
Son las fortificaciones
todas labradas a prueba 1065
de cañón, y los dividen
tres gradüadas hileras,
inferior y superior
y mediana; de manera
que pasean tres soldados 1070
a un mismo tiempo por ellas.
En el valle de Ginequen,
que es este, puse mi tienda,
que es un portátil alcázar,
y está del muro tan cerca, 1075 [265] (24)

que ya he visto algunas veces
entrar sus balas en ella.
De mi cuartel a la espalda
está un colegio y iglesia
de los padres jesüitas(25), 1080

que hasta aquí su celo llega.
Aquí con gran devoción
los sacramentos frecuentan;
que es bien acuda por armas
el que por la fe pelea. 1085
Más abajo, algo inclinada
hacia la mano derecha,
guardada de artillería
la frente está de banderas;
son ciento y noventa, y luego 1090
empiezan a formar vuelta
los tres tercios españoles,
gente bizarra y experta.
Don Juan Claros de Guzmán,
ya se sabe su nobleza, 1095
don Francisco de Medina,
don Juan Niño. Luego empiezan
regimientos alemanes,
y en una pequeña huerta
el conde Juan de Nasau, 1100
que es su cabo, se aposenta.
El barón de Barlanzón
con los italianos cierra
el primero fuerte real
del oriente; mas afuera, 1105
el marqués de Barlanzón.
Fue la causa que estuviera
doblado aqueste cuartel,
que a esta parte tuvo puesta
Mauricio su gente; así, 1110
para mayor resistencia,
se pusieron tres naciones
por esta parte, que eran
borgoñones y valones
y los italianos. Esta 1115
es del príncipe de Orange,
una quinta hermosa y bella;

es casa de recreación
suya, cuyas plantas besa
el río; por aquí sale 1120
de la villa con más fuerza
despeñado, y a este llaman
el bosque de las cigüeñas.
Aquí tengo yo una inclusa[(26)]
labrada para que vierta 1125
toda su corriente el río;
porque estando el mar tan cerca,
pudiera ser de algún daño
cuando a dar tributo llega,
corriendo del mediodía 1130
su caudalosa soberbia
al setentrión. De aquí
se ha cogido el agua llena
de veneno, que en la villa,
virtud de posibles yerbas[(27)], 1135
avenenaron el río,
en cuyos hombros se asienta
el segundo fuerte real.
Luego, hasta el tercero, empiezan
otra vez los alemanes, 1140
cuyo número a su cuenta
tiene el marqués de Braibones,
gente del país de afuera,
y liegeles siguen luego,
haciendo que les sucedan 1145
irlandeses, escoceses,
y ingleses, con lo cual llega
al fuerte real de Occidente,
las fabricadas trincheas.
El marqués de Belveder 1150
con más italianos muestra
su poder aquí; y por ser
el camino de Bruselas
esta parte, no se ha puesto

aquí tanta resistencia. 1155 [265v]
Este es un brazo del río,
y al término donde llega
a incorporarse, está el puente
de barcas de fuego. Estas
son cada una un volcán, 1160
que por instantes revientan
llamas, que entre fuego y humo
opuestas al cielo vuelan.
Tiénelas Pablo Ballón,
y en el puente hay cuatro piezas; 1165
de modo que por el río
es imposible que puedan
meter socorro; que está
debajo del agua hecha
una estacada, porque 1170
ya vimos que es sutileza
de ingenieros navegar
barcas del agua cubiertas.
Demás de todo, esta gente
que está en los cuarteles, quedan 1175
veinte mil caballos fuertes,
que en volante escuadrón llegan
socorriendo a cualquiera parte,
porque en ningún tiempo sea
menester desamparar 1180
ninguna grandeza llega.
Vuestra Alteza advierta esto,
a que el ejército tenga
de costa, que son por cuenta
seis mil doblones. ¿Qué rey, 1185
sino el de España, pudiera
sustentarlo? Esto, sin sueldos.
¿Qué más bien? ¿Qué más grandeza?
No se ha visto en todo el mundo
tanta milicia compuesta, 1190
convocada tanta gente,

unida tanta nobleza;
pues puedo decir no hay
un soldado que no sea
por la sangre y por las armas 1195
noble. ¿Qué más excelencia?
¿Qué mayor blasón de España?
¡Quieran los cielos que sean,
para más honra de Dios,
propagación de su Iglesia, 1200
alabanza de Filipo,
honor suyo y gloria nuestra!

PRÍNCIPE Ya ¿qué tengo que mirar?
Solo el rey de España[(28)] reina,
que todos cuantos imperios 1205
tiene el mundo son pequeños,
sombra muerta a imitación
desta superior grandeza.
Admirado y dignamente,
es bien que a Polonia vuelva 1210
donde tenga que envidiar
tales vasallos, que emplean
su valor tan altamente
por rey, cuya vida sea,
desmintiendo a lo mortal, 1215
como a su alabanza, eterna.

(Vanse.)

Jornada III

Salen JUSTINO **y** MORGAN.

[VOCES] **(Dentro.)** ¡Ríndase la villa!

MORGAN Ciego
de enojo y cólera voy.

JUSTINO Rabiando de pena estoy,

dando con los ojos fuego.
¡Vecinos, oíd! ¿Así
el temor os sobresalta,
que ánimo y valor os falta
para resistiros?

[VOCES] **(Dentro.)** Sí.

JUSTINO ¿No es lo mismo el que llegó
en su muerte a ser testigo,
que le mate el enemigo
que su mismo valor?

[VOCES] **(Dentro.)** No.

(**Sale** FLORA.)

FLORA No te canses que ya es mucha
tu pretensión y tu muerte.

JUSTINO ¿De qué modo?

FLORA Desta suerte,
si no lo sabes, escucha.
Después, Justino, que la dura guerra
pasó a Flandes, en tanto desconsuelo,
que no solo prodigio fue a la tierra,
sino también calamidad del cielo,
-también aquel que en sus doseles yerra
caracteres que imprime en azul velo,
con que reparte al mundo de una suerte
dádivas de la vida y de la muerte-
tanto la voluntad se ve rendida
al hambriento furor, al golpe fuerte,
que duda entre las luces de la vida,
que ignora entre las sombras de la muerte
si asiste el alma a su porción unida,
si falta desasida; y desta suerte,
como a un tiempo dolor y horror recibe,
ignora cuándo muere o cuándo vive.
Cuál por las calles, ya tristes desiertos,
con la voz en los labios temerosa,

va tropezando entre los cuerpos muertos, 35 [266v]
por llegar a los brazos de su esposa;
y allí, con los discursos más inciertos,
se quiere despedir, duda y no osa,
porque teme, al formarse la palabra,
que el alma espera a que los labios abra. 40
Cuál negándose al mísero sustento,
que le concede una porción escasa,
le lleva la mitad de su alimento
al impedido padre, que en su casa
camaleón se vive de su aliento, 45
y a nueva vida con su vista pasa;
y como la piedad duda y estima,
una vez se desmaya y otra se anima.
Cuál el cabello a su discurso deja
cubrir la espada y enlazar el cuello; 50
y siendo su fatiga quien la aqueja,
piensa que es quien la ahoga su cabello,
las manos tuerce y la sutil madeja
crüel aparta, y cuando vuelve a vello,
siendo lisonja de los aires vanos, 55
llora, y vuelve a torcer las blancas manos.
Cuál, pues, al corrïente de ese río
llega a templar la desigual congoja;
bébese el mar, y viendo el centro frío
otra vez, otra vez el labio moja. 60
¡Qué fácilmente engaña el albedrío!
Templa la sed y el hambre le acongoja,
que el natural deseo de la vida
agua le da, aunque alimento pida.
¿Cuántos, de esa montaña despeñados, 65
a su misma pasión vimos rendidos?
¿Cuántos, a su furor precipitados,
pendientes de un cordel, de un hierro heridos,
de mortales venenos ayudados,
de prolijos peñascos oprimidos? 70
Y, al fin, es en tormentos tan esquivos,

Bredá un[(29)] sepulcro que nos guarda vivos.
Pues ¿qué alivio tenemos, qué esperanza,
si a nuestra muerte hemos de ser testigos,
y para dar a España más venganza, 75 [267]
somos nuestros mayores enemigos?
¿Qué favor, qué socorro, qué mudanza
enmienda podrá ser a sus castigos,
si, cuando tantas penas padecemos,
nosotros a nosotros nos vencemos? 80
¿Qué minas brotan de arrogancia llenas?
¿Qué encuentro padecemos fuerte y duro?
¿Qué asalto nos derriba las almenas?
¿Qué artillería nos fatiga el muro?
Nosotros nos labramos nuestras penas, 85
nosotros les hacemos más seguro
el triunfo. Pues ¿qué hacemos, qué esperamos?
Átropos somos, nuestra vida hilamos.
Ya Enrique de Nasau se ha retirado,
imposible el socorro me parece, 90
por agua y tierra el paso está tomado,
mengua el valor y la desdicha crece.
Esa nueva moneda que has labrado,
¿qué importa, si la plata no me ofrece
interés y ella misma es infelice? 95
«Bredá sitiada por España» dice.
¿No es furor que se mate quien no espera
a que le mate el hambre dura y fuerte?
Luego es furor también de esa manera,
porque no me la den, darme la muerte. 100
Entre del español la furia fiera,
venza, triunfe y castigue de una suerte;
porque es furor, aunque el vivir dilate,
matarme yo, porque otro no me mate.

JUSTINO

Madama, todo el rigor 105
veo, sufro, siento y lloro;
mas de la muerte no ignoro
que será muerte mejor

a las manos del valor,
que no a las del enemigo, 110
y así estos discursos sigo;
pero si no puede más
la humana fuerza, hoy verás
que a satisfacer me obligo
tantas quejas. No pretendo 115
para la esperanza mía
de término más de un día;
porque en este solo entiendo
que Enrique entrará rompiendo
el sitio que no ha podido, 120
que ya la gente ha venido
de Marfil. Y siendo vana
esta esperanza, mañana
nos daremos a partido. [267v]
Suframos hoy, que yo estoy 125
satisfecho que vendrá,
y que el socorro entrará
en la villa.

[VOCES] **(Dentro.)** Solo hoy
damos de término.

(**Sale** LAURA.)

JUSTINO Soy
contento.[30]

LAURA Las voces mías 130
penetren las celosías
de diamante y de zafir,
pues no podemos vivir
sino solos once días.

FLORA ¿Qué es esto, Laura?

LAURA Han contado 135
el sustento que tenemos
en la villa y no podemos
con tanto límite dado

vivir, ¡qué infelice estado!,
sino once días.

FLORA — Pedir 140
que nos vamos a rendir
al campo; que no hay ninguna
triste o mísera fortuna
que no la enmiende el vivir.
¿Es Bredá acaso Numancia? 145
¿Pretende tan necia gloria?
¿Será la primer vitoria,
ni la de más importancia?
No es pérdida, que es ganancia
la guerra; pues ¿qué esperamos? 150
¿Por qué no nos entregamos?
Que no hay libertad perdida
que importe más que la vida.
Vamos a rendirnos.

TODOS — Vamos.

(**Disparan y salen** LADRÓN, ESPÍNOLA, DON VICENTE, DON GONZALO **y** DON FRANCISCO DE MEDINA.)

ESPÍNOLA — ¡Jesús mil veces!

GONZALO[(31)] — ¿Así? 155
Señor, Vuexcelencia pone
en tanto riesgo su vida.
¿Qué alabanzas, qué blasones
podrán ser satisfaciones
a una desdicha tan noble, 160
aunque España con su muerte
el mundo a sus plantas postre?

MEDINA — Perdóneme Vuexcelencia,
que ha sido grande desorden,
y aun es desesperación 165
de su vida.

LADRÓN — O me perdone
o no me perdone a mí,

juro a Dios, aunque se enoje,
que fue grande necedad
llegar divertido a donde 170
pudieron con una bala,
que el viento encendido rompe,
quitar el freno al caballo
que bañado en sangre corre.

ESPÍNOLA Señor don Gonzalo, andaba 175
dando en los cuarteles orden
para esperar la ocasión
que hoy Enrique nos propone;
que el socorro que ha venido
de Masfelt, y otros señores 180
de Flandes, le da esperanza
para que sus presumpciones
piensen entrar en Bredá,
para cuyo efeto pone
en la campaña docientos 185
carros y treinta mil hombres.
En aquesto andaba, cuando [268]
corrió los vientos veloces
un rayo, que lumbre y trueno
puso entre el plomo y el bronce. 190
Quitome el freno al caballo,
mas si no me alcanzó el golpe,
lo mismo fuera haber dado
en Toledo.

ALONSO **[Aparte.]** Esas razones
dije, cuando entró la bala 195
en la tienda, y desde entonces
se acuerda dellas. ¡Por Dios,
que no olvida lo que oye!

(**Sale** DON FADRIQUE.)

FADRIQUE Ya Enrique se va llegando.
¿No escuchas las dulces voces 200

de las cajas y trompetas?
¿No ves azules pendones
que, a imitación de las nubes,
ufanos al sol se oponen?

ESPÍNOLA ¿Pues ves toda aquesa gente, 205
que en formados escuadrones
hace una selva de plumas
en variedad de colores?
Pues en viéndonos la cara,
plega a Dios que no se tornen, 210
como otras veces lo han hecho.

VICENTE Ya de más cerca se oyen
las cajas.

ESPÍNOLA Pues los cuarteles
esperen a ver por dónde
nos embiste, y los demás 215
tercios, puestos y naciones,
no desamparen los suyos;
que el volante escuadrón corre
a todas partes, y hoy
espero que el cuello dome 220
a esta herética arrogancia,
religión dañada y torpe.
Pues hoy en cualquier suceso,
que deste encuentro se note,
tengo de entrar en Bredá, 225
postrando a mis plantas nobles
la oposición de sus muros,
la eminencia de sus torres.
Si es bueno el intento nuestro,
porque ya sus presumpciones 230
quedarán desengañadas,
y no hay poder que no estorbe.
Si es malo, porque con él
nueva esperanza no cobre,
y vean tantas rüinas 235
sangrientas ejecuciones.

Vueseñoría, señor
don Gonzalo, a cargo tome
en este cuartel de España
el gobierno; y pues conoce 240
su cólera, cuando vea
que no pelean, reporte
su arrogancia, porque temo
que colérico se arroje
en viendo en otro cuartel 245
trabados los escuadrones. **(Vase.)**

FADRIQUE ¡Oh, si llegara por este
puesto de los españoles
Enrique, qué alegre día
fuera a nuestras intenciones! 250

VICENTE No somos tan venturosos,
que esa dicha, señor, logre.

LADRÓN Yo apostaré que va a dar
allá con esos flinflones,
con quien se entienda mejor, 255
que dicen, cuando nos oyen
«Santïago, cierra España»,
que aunque a Santiago conocen
y saben que es patrón nuestro,
y un apóstol de los doce, 260
el «cierra España» es el diablo, [268v]
y que llamamos conformes
a los diablos y a los santos,
y que a todos nos socorren.

MEDINA Si en el camino de Amberes 265
vino marchando, se pone
frente de los italianos.

FADRIQUE Ya parece que se rompen
los campos.

ALONSO ¡Cuerpo de Cristo!
¡Que de aquesta ocasión gocen 270
los italianos y estemos
viéndolos los españoles

sin pelear!

GONZALO La obediencia
es la que en la guerra pone
mayor prisión a un soldado, 275
más alabanza y más nombre
que conquistar animoso,
le da el resistirse dócil.

FADRIQUE Pues si no fuera más gloria
la obediencia, ¿qué prisiones 280
bastaran a detenernos?

(Tocan.)

ALONSO Con todo eso, no me enojen
estos señores flamencos;
que si los tercios se rompen,
tengo de pelear hoy 285
aunque mañana me ahorquen.

VICENTE ¡Qué igualmente que se ofenden!

(Tocan.)

FADRIQUE ¡Y qué bien suenan las voces
de las cajas y trompetas
a los compases del bronce! 290

MEDINA ¡Viven los cielos, que han roto
el cuartel de los valones!

(Tocan.)

FADRIQUE Ya llega a los italianos.
¡Que a tanto me obligue el orden
de la obediencia, que esté, 295
cuando tal rumor se oye,
con el acero en la vaina!
¡Que digan que estando un hombre
quedo, más que peleando,

cumple sus obligaciones! 300

VICENTE Ya roto y desbaratado
el cuartel se ve. ¿No oyes
las voces? ¡Por Dios que pienso
que entre en la villa esta noche!

ALONSO ¿Cómo en la villa?

FADRIQUE ¿En la villa? 305
La obediencia me perdone,
que no ha de entrar.

VICENTE Embistamos,
que se enoje o no se enoje
el General.

GONZALO Caballeros,
piérdase todo y el orden 310
no se rompa.

FADRIQUE No se falta
a nuestras obligaciones,
que en ocasiones forzosas
no se rompe, aunque se rompe.

VICENTE Pero atentos a la acción 315
que intenta atrevido un hombre,
mudo el viento se detiene,
y el sol se ha parado inmóvil.
¿No ves al mayor sargento
italiano, que se opone 320
al ejército de Enrique,
y animando con sus voces
toda la gente, detiene
el paso a los escuadrones
del enemigo? Esta acción 325
ha de darte eterno nombre,
Carlos Roma, y dignamente
mereces que el Rey te honre
con cargos, con encomiendas,
con puestos y con blasones. 330
¡Con la espada y la rodela
furioso los campos rompe [269]

y a su imitación se animan
los italianos! ¡Que gocen
ellos la gloria y nosotros 335
lo veamos! Aquí es noble
la envidia, y aun la alabanza;
que España, que en más acciones
se ha mirado vitoriosa,
no es razón que quite el nombre 340
a Italia de la vitoria,
si ellos son los vencedores.

FADRIQUE Desbaratados y rotos
miden los vientos veloces
los flamencos, ya queda 345
por suyo el honor; coronen
su frente altivos laureles,
y en mil láminas de bronce
eternos vivan, tocando
hoy los extremos del orbe. 350

(**Tocan**, **dase la batalla y sale** ENRICO.)

ENRIQUE Yo pienso que el mismo Marte
mis campos destruye y rompe
cada vez, ¡cielos!, que veo
un bello, un gallardo joven
que, ministro de la Parca, 355
tiene obediente a su estoque
en cada amago una vida,
y una muerte cada golpe.
Aquel valiente italiano,
que con la rodela sobre 360
las armas, bello y valiente,
era Marte, siendo Adonis,
¡ha quién supiera quién es!
¡Cielos, que tanto aficione
el valor, que el enemigo 365
le confiesa y le conoce!

Sí, estos brazos mereciste,
vuélvanse mis escuadrones
desesperados de entrar
en Bredá, y no provoquen 370
las cajas, y a retirarnos
nos llamen, Bredá dé orden
de entregarse; que imposibles
son ya todos mis favores.
Entréguense infamemente 375
que yo voy corrido donde
mi desdicha y su venganza,
mi muerte o su afrenta llore.

(Vase y sale ESPÍNOLA, **y todos con él.)**

FADRIQUE Ya Enrique se ha retirado,
desesperado de dar 380
el socorro.

ESPÍNOLA Si a llegar
hoy, en los de Italia ha hallado
tal resistencia, ¿qué mucho
que se vuelva, pues bastaba,
donde su valor estaba, 385
para defenderse?

ALONSO **[Aparte.]** Esto escucho.

VICENTE Carlos Roma valeroso
al peligro se arrojó,
dignamente mereció
nombre inmortal y glorioso. 390
Su Majestad premiará,
porque su valor entienda
el pecho de una encomienda,
que tan merecida está,
puesto que los italianos 395
en esta facción han sido
solos los que han conseguido
tantos triunfos soberanos.

(Ruido dentro.)

GONZALO Gran novedad es aquesta
que la vista maravilla. 400
VICENTE Fuegos hacen en la villa. [269v]
BARLANZÓN Fácil está la respuesta,
sin duda quieren quemarse
los herejes.
ALONSO No será
la primera vez; que ya 405
lo hemos visto, por no darse.

(Sale MEDINA **con una espía de villano.)**

MEDINA Esta es una oculta espía
que disfrazado venía,
señor; él podrá decir
deste fuego el fundamento. 410
ESPÍNOLA ¿Quién eres?
ESPÍA Un labrador.
BARLANZÓN Este es espía, señor,
mejor lo dirá el tormento.
ESPÍNOLA ¿Dónde en este traje vas?
ESPÍA Pues tan desdichado fui, 415
que luego en tus manos di,
de mí el intento sabrás.
Resuelto y determinado,
siendo una encubierta espía
dije a Enrique que entraría 420
en la villa.
ESPÍNOLA ¿Cómo?
ESPÍA A nado.
Por eso cartas no entrego.
ESPÍNOLA ¿Y qué habías de decir?
ESPÍA Que se traten de rendir
con buenos partidos luego, 425

porque ya el conde Mauricio
ha muerto, y él ha quedado
ajeno y desesperado
de ayudarles. Bien da indicio
desto el fuego, pues así 430
dicen que no hay qué comer,
y no pueden defender
más la fortaleza. A mí
decir la verdad me abone.

ESPÍNOLA En fin. ¿Mauricio murió? 435

BARLANZÓN El primero es que me ahorró
de decir: ¡Dios te perdone!

ESPÍNOLA ¡Hola!, este hombre esté preso.

FADRIQUE Allí una blanca bandera,
con los vientos lisonjera, 440
está en la muralla.

ESPÍNOLA Eso
es señal de paz. Lleguemos
al muro, que desde allí
habla un hombre, y desde aquí
me parece que le oiremos. 445
Algún contento imagino.

(MORGAN **al muro**.)

MORGAN Soldados, ¿está el Marqués
donde me escuche?

ESPÍA Sí.

MORGAN Pues
estame atento. Justino
de Nasau, gobernador[(32)] 450
de Bredá, quiere entregar
la fuerza, como acetar
quiera el piadoso valor
tuyo un lícito partido.
Y para que efeto tenga, 455
Enrique de Vergas venga

aquí a tratarlo, que ha sido
la causa de no salir
el estar malo en la cama.

ESPÍNOLA Hoy es dichosa mi fama, 460
Bredá se quiere rendir.
¿Qué partido pedirá
que no sea fácil? Ladrón,
llamadme sin dilación
al conde Enrique, que ya 465
se entrega Bredá. Diréis
a Justino que me pesa
de su enfermedad y que esa [270]
convenencia que os hacéis
acetaré, como sea 470
tal que a todos esté bien.

MORGAN Pues, invicto Ambrosio, ¿quién
otro suceso desea?

GONZALO Dese la villa y quedemos
señores della, y vencidos 475
o entregados, los partidos
que pidieren, acetar.

ESPÍNOLA Sí, porque no importan más
del mundo los intereses,
que haber estado dos meses 480
sobre este sitio y jamás
el ser liberales fue
desmérito. Así se vea
que es, lo que aquí se desea,
que esta fortaleza esté 485
por España. Para esto
tanto tiempo hemos estado,
tanta hacienda se ha gastado,
y tantas vidas se han puesto
a peligro; pues advierte 490
agora, ¿qué condición
de más consideración
no podrá ser que una muerte?

LADRÓN El Conde está aquí.

(**Sale el de** VERGAS.)

ESPÍNOLA ¿Qué habrá,
señor, que advertirle a quien 495
alcanza y sabe también
lo que debe hacerse? Ya
se quiere rendir la villa,
Vueseñoría ha de entrar
dentro a parlamentear. 500
Y puesto que ella se humilla,
no hay que apretar demasiado,
que mayor nobleza ha sido
tener lástima al vencido
que verle desestimado 505
con arrogancia.

VERGAS Yo iré
y advertiré sus razones,
veré sus proposiciones
y sus partidos oiré,
sin dejar efetuado 510
ninguno, volveré a dar
cuenta y para confirmar
lo que quedare tratado,
se nombrarán diputados
de ambas partes para el día 515
señalado.

ESPÍNOLA Useñoría
lleve por acompañado
al marqués de Barlanzón.

VERGAS Con ese no más iré
muy honrado.

BARLANZÓN Yo entraré 520
con sola una condición,
que escondan al artillero
que la pieza disparó,

pues a conocerle yo,
he de matarle primero 525
que hablar nada.

LUIS ¿Y qué seguro
nos dan?

BARLANZÓN ¿Qué seguridad
más que su necesidad?
No hay que temer.

ESPÍNOLA ¡Ha del muro!

MORGAN ¿Qué es lo que mandas?

ESPÍNOLA Ya aquí 530
está el Conde.

MORGAN Brevemente
echa el rastrillo y el puente
en un punto, porque así
siempre el fuerte esté cerrado.

VERGAS Los dos habemos de entrar. 535

(Cae el puente.) [270v]

BARLANZÓN Estos andan por quebrar
la pierna que me ha quedado.

ESPÍNOLA Yo espero entrar allá presto.
Pero ¿quién causa este ruido?

[VOCES] **(Dentro.)** No queremos que a partido 540
se dé la villa.

ESPÍNOLA ¿Qué es esto?

FADRIQUE Parece que amotinado
el ejército no quiere
los partidos.

ESPÍNOLA Pues no altero
mi intento, en esto acertado. 545
Mas yo sabré con prudencia
obligarlos, recorriendo
los cuarteles y pidiendo
su voto y su convenencia.

GONZALO Este de tudescos es. 550

ESPÍNOLA Tudescos, Bredá se ofrece
a partido; ¿qué os parece?
¿Que le acetemos?

[VOCES] **(Dentro.)** Después
que vimos el inhumano
rigor del helado invierno 555
y sufrimos el eterno
fuego del crüel verano,
no es bien que partidos quieran.

FADRIQUE Estos son valones.

ESPÍNOLA Ya
valones, quiere Bredá[(33)] 560
entregarse.

[VOCES] **(Dentro.)** Cuando esperan
los soldados aliviar
los trabajos padecidos,
con el saco entretenidos,
¿quieres se vengan a dar 565
para librarse?

GONZALO Es en vano
que pierdan sus intereses.

ESPÍNOLA Agresores escoceses,
y ingleses, hoy os allano
mi tienda, en ella podéis 570
vuestra codicia aplacar.
Si Bredá se quiere dar,
su desinio no estorbéis.

[VOCES] **(Dentro.)** Hemos padecido mucho,
y es muy poco interés cuanto 575
puedes darnos tú.

ESPÍNOLA ¡Que tanto
os mueva! ¿qué es lo que escucho?
Que si todos van así,
no tendrá efeto el intento.
Así remediarlo intento: 580
oíd, españoles.

ENRIQUE Di.

ESPÍNOLA Para una empresa tan alta
como el fin desta vitoria,
para conseguir su gloria
solo vuestro voto falta. 585
¿Qué respondéis?

[VOCES] **(Dentro.)** Que se dé,
con partido o sin partido,
como quede conseguido
nuestro intento, y es que esté
por el Rey. Y si no quieren 590
pasar esotras naciones
por pactos ni condiciones,
españoles se prefieren
a dar al Rey el dinero,
joyas, vestidos y cuanto 595
tuvieren, porque con tanto
oro, que es un reino entero,
su codicia esté pagada,
nuestra gloria conseguida,
dando la hacienda y la vida 600
tan dignamente empleada, [271]
al Rey, pues mayor hazaña
es que no manche en tal gloria
con la sangre la vitoria,
y sea Bredá de España. 605

TODOS Quede Bredá por el Rey,
y aceta la condición.

FADRIQUE Todos a su imitación
convienen, por justa ley,
en las entregas, corridos 610
de verles tan liberales.

ESPÍNOLA ¡Oh españoles! ¡Oh leales
vasallos! ¡Cuanto atrevidos,
para la guerra sujetos,
para la paz obedientes, 615
cuanto sujetos valientes,
y en todo extremo perfetos!

De la gentilidad dudo
que por Dios hubiesen dado
altares a Marte armado, 620
y no a un español desnudo.

(**Vanse**, **y salen** JUSTINO, VERGAS, MORGAN **y** BARLANZÓN.)

JUSTINO Vueseñoría, señor,
sea bien venido.
VERGAS Deme
Vueseñoría los brazos,
y diga ¿cómo se siente? 625
JUSTINO No estoy bueno, mas ¿qué mucho
no tenga salud, si este
término me pone hoy
poco menos que a la muerte?
VERGAS Mucho ha sentido el Marqués, 630
Justino, vuestro accidente
de poca salud.
JUSTINO Las manos
al Marqués beso mil veces.
BARLANZÓN Ya bastan las cortesías.
Vueseñorías se sienten, 635
sepamos a qué venimos.
VERGAS Aunque no traigo poderes
del Marqués para firmar
el concierto, como quede
convenido entre nosotros, 640
después diputados pueden
de entrambas partes nombrarse
para que lo que concierten,
capitulado se firme.
(Saca un papel.)
JUSTINO Pues yo traigo escrito este 645
memorial de condiciones.
VERGAS Veamos, pues.

(Dos criados le lleguen.)

JUSTINO Este bufete
llegad y dejadnos solos.
Dice así: «Primeramente
se dé perdón general 650
a cuantos hoy Bredá tiene
en forma amplísima».

VERGAS Es justo
que, pues que se rinden, queden
perdonados. Adelante,
que el perdón se les concede. 655

BARLANZÓN Escribamos dos a un tiempo,
para que un traslado quede
en Bredá para resguardo,
y el otro al Marqués se lleve.

JUSTINO «La segunda condición 660
es que todos los burgueses
puedan quedar en la villa,
y en dos años resolverse
si quieren su domicilio,
y que, si no le quisieren, 665
puedan al fin de dos años
llevar o vender sus bienes,
y que, si quisieren irse
al presente, libremente
lo puedan hacer, según 670 [271v]
que mejor les estuviere:
que los que quedaren, vivan
en su religión».

VERGAS No tiene
que leer más Vueseñoría,
que hay muchos inconvenientes. 675
Que los burgueses, vecinos
es lo mismo, en Bredá queden,
que se vayan y dos años
tengan para resolverse,

está bien.

BARLANZÓN ¿Qué nos importa 680
que se vayan o se queden?

VERGAS Pero llevar sus haciendas,
¿cómo puede concederse,
si es dejar pobre la villa?

JUSTINO Sí, pero los que tuvieren 685
hacienda en ella, jamás
se irán, porque ellos no pueden
llevar las casas y campos.

BARLANZÓN Y los tratantes que tienen
en los muebles las haciendas, 690
¿no podrán llevar los muebles?

JUSTINO Si de burgueses tratamos,
¿qué importan los mercaderes?
Fuera de que los partidos,
que en esto se les hiciere, 695
les harán irse o quedarse.

VERGAS En esto he de resolverme.
Escriban: «que los vecinos
puedan salir al presente
o en dos años, y llevar 700
o vender todos sus bienes».
Que en toda esta condición
he llegado a concederles,
porque en esotra ha de ser
todo lo que yo quisiere. 705
Vivir en su religión
nadie quitárselo puede,
pero con tales partidos,
que ha de ser ocultamente,
sin escándalo ninguno; 710
porque de ninguna suerte
han de tener señalado
lugar donde se celebren
su predicación ni ritos,
ni enterrarse donde hubiere 715

poblado, ni ha de quedar
un dogmatista que llegue
a informarlos en su seta,
que todos encontinente
han de salir de la villa. 720

JUSTINO Rigor demasiado es ese.

BARLANZÓN Pues rigor o no rigor
demasiado o lo que fuere,
no se ha de quedar un tilde
del capítulo.

JUSTINO Pues cesen 725
estas capitulaciones.

BARLANZÓN Ya han cesado. Morgan, vuelve
a echar el puente.

VERGAS Marqués,
deténganse.

BARLANZÓN Echen el puente,
salgamos presto de aquí, 730
o juro a Cristo que eche
por encima de esos muros
casa, sillas y bufete.
¿Estanse muriendo de hambre
y quieren hacerse fuertes? 735

JUSTINO Cuando de hambre muramos,
no nos espanta la muerte,
que sabremos poner fuego
a la villa, y que nos queme
antes que vernos rendidos. 740

BARLANZÓN No espanta el fuego a un hereje.

VERGAS ¿En qué quedamos?

JUSTINO En esto.

MORGAN En las fortunas crüeles,
cuando eres vencido sufre, [272]
y súfranse cuando vences. 745

JUSTINO Vuelve a escribir.

BARLANZÓN Y yo vuelvo.

VERGAS Pero el capítulo es este:

«Que en su religión cualquiera
pueda vivir quietamente,
y que para los vecinos 750
que en su religión murieren,
se les señale apartado
un jardín donde se entierren.
(**Va escribiendo** BARLANZÓN.)
Que salgan los dogmatistas
de la villa brevemente, 755
sin que en ella quede uno
tan solo, pena de muerte».

BARLANZÓN Ya está.

JUSTINO Antes que pasemos,
¿qué imposiciones o leyes
han de tener los vecinos? 760

VERGAS Las que han tenido otras veces.
Vean lo capitulado
con los de Brabante, y queden
con todas las exenciones
que los brabanzones tienen, 765
que yo no inovo partidos.
Mas también, como ellos, deben
recibir a los soldados
que de guarnición pusieren
Su Majestad, y se avengan 770
con ellos conformemente.

JUSTINO Escríbase así: estos son
vecinos. Los mercaderes
y tratantes, ¿cómo quedan?

VERGAS Como antes se estaban queden, 775
solo que para salir
a tratar afuera, lleven
pasaporte del que aquí
por gobernador hubiere,
y con este pasaporte 780
registrados, salgan y entren
a tratar y contratar

cuanto se les ofreciere.

JUSTINO Ahora digo que en tal tiempo
los tesoreros no deben 785
dar cuentas, y los ministros
que fiel y rectamente
han servido al magistrado,
comprehendidos se confiesen
en el perdón general. 790

BARLANZÓN Pues ellos, ¿qué culpa tienen
en haber servido bien
si así cumplen lo que deben?

VERGAS Que se entiendan los ministros
del modo que los burgueses. 795
Solo, que no nos den cuenta
los tesoreros, nos tiene
dudosos.

BARLANZÓN Aquesto es dinero,
no miremos intereses,
no den cuentas, adelante. 800

JUSTINO ¿Y de qué modo la gente
de guerra saldrá? Porque
no saliendo honrosamente,
no saldrán.

BARLANZÓN Señor, de aqueso
todo cuanto ellos quisieren. 805

VERGAS Honrar al vencido es
una acción que dignamente
el que es noble vencedor,
al que es vencido le debe.
Ser vencido no es afrenta, 810
luego no fuera prudente
acuerdo que no salieran
honrados. Sus armas lleven,
sus cajas y sus banderas.
Mientras más lucidos fueren, 815
será mayor la vitoria,
porque esto se les concede [272v]

a oficiales y a ingenieros,
y los demás dependientes
de los ejércitos, saquen 820
sus familias y sus bienes.

BARLANZÓN Solo así por la señal
de ser vencidos, no lleven
cuerdas caladas ni balas,
sino en la boca.

JUSTINO Más debe 825
honrarse al vencido, ya
que a esto nos trujo la suerte.

BARLANZÓN Pues esta, ¿no es harta honra,
y mucha más que merecen?

JUSTINO Merecen mucho.

VERGAS Es verdad. 830

JUSTINO Y si no sacan, por ese
desprecio, la artillería,
no saldrán.

BARLANZÓN Pues que se queden
con hambre y sed. **[Aparte.]** En mi vida
vi flamenco tan valiente. 835

JUSTINO Pues quedemos a morir.

BARLANZÓN Aun bien, que no habrá que hacerles
las honras.

VERGAS A Useñorías
les suplico que se sienten.

JUSTINO Escriba que saquen armas 840
y artillería.

BARLANZÓN Ya es ese
mucho pedir.

VERGAS «Cuatro piezas
saquen y dos morteretes,
como no sean las cuatro
de doce, que Bredá tiene 845
con armas de Carlos Quinto,
que este Emperador valiente
las dejó a esta villa, y él

las hizo labrar, y cesen
las contiendas».

MORGAN — Ya está escrito. 850

JUSTINO — En este castillo tiene
el gran príncipe de Orange
guardados algunos muebles.

VERGAS — Que se saquen, para esto
se dan de plazo seis meses. 855

JUSTINO — Algunos soldados hay
que por dos inconvenientes[(34)]
no pueden salir: son deudas
y enfermedad.

VERGAS — Los que deben,
hagan una obligación
de pagarlas llanamente, 860
y salgan.

BARLANZÓN — ¿Obligación?
Eso es lo que ellos se quieren.
¡Qué puntuales serán!
Yo apuesto que eternamente,
por su obligación, aquestos 865
soldados son los que deben.

VERGAS — «Los enfermos, en sanando,
salgan, y aquellos que hubieren
estado dos años, puedan
vender dentro de dos meses 870
sus haciendas y salir,
y los presos que estuvieren
de ambas partes queden libres».

JUSTINO — Muy igual partido es ese.

VERGAS — ¿Hay más capítulos?

JUSTINO — No. 875

VERGAS — Esto queda desta suerte.

BARLANZÓN — ¿Y cuándo se han de entregar?

JUSTINO — Saldremos a seis de aqueste
mes de turno.

VERGAS — Bien está.

Cada uno su papel lleve. 880
Nombraranse diputados,
con órdenes y poderes,
si las capitulaciones
agradaren.

JUSTINO Me parece
muy bien.

BARLANZÓN ¡Qué hermosa es la villa! 885
Una cosa solamente
le faltaba, pero ya
perfeta en todo se ofrece.

JUSTINO ¿Y qué era, alemán?

BARLANZÓN Flamenco,
tener el dueño que tiene. 890

(Vanse, y salen ESPÍNOLA **y soldados.)**

ESPÍNOLA Señor don Francisco, ¿cómo
Su Alteza ha quedado?

MEDINA Tiene
la salud que deseamos [273]
y que su virtud merece.
Alegrose con la nueva, 895
y dice, señor, que quiere
oír la primera misa
que en la villa se celebre,
y que la diga su Obispo
día del Corpus, con solene 900
fiesta.

ESPÍNOLA Pues no se derriben
las trincheas y cuarteles,
que al fin se holgará de verlo.

GONZALO De la muralla parece
que se descuelga otra vez 905
aquel levadizo puente.

FADRIQUE Y ya el conde Enrique sale.

ESPÍNOLA Vueseñoría mil veces

sea, señor, bien venido.

VERGAS Todo su concierto es ese, 910
Vueseñoría le repase,
y mire qué le parece.

ESPÍNOLA Señor don Gonzalo, en todo
estimo sus pareceres.

FADRIQUE ¡Oh qué celebrado día! 915
Bien el ejército tiene
soldados de treinta años
de milicia, que no pueden
contar lo que yo he llegado
a ver en tiempo tan breve. 920

GONZALO Todo aquesto está muy bien.

ESPÍNOLA No hay sino que al punto lleguen
a rendirse. Ya Bredá
es del rey de España, y ¡plegue
al cielo que el mundo sea 925
su trofeo eternamente!
Al Rey mi señor le lleve
quien le diga que a sus pies
quisiera humilde ponerle
cuanto el sol desde su esfera 930
ilumina, sin que deje
de asistir a sus imperios,
temidos dichosamente,
desde la aurora de flores
hasta las sombras de nieve, 935
que Bredá, una villa humilde,
trofeo a sus plantas breve
se conoce, y que reciba
el deseo, si es que tiene
que agradecer el deseo 940
a quien en su nombre vence,
y más quien, para defensa
en sus ejércitos, tiene
los Córdobas y Guzmanes,
Velascos y Pimenteles. 945

(Cae el puente y salen los de Bredá.)

GONZALO Ya las puertas se han abierto.
JUSTINO Señor, Vuexcelencia llegue,
y después de haber firmado
los capítulos presentes,
reciba la posesión. 950
ESPÍNOLA Léanse públicamente
las condiciones.
JUSTINO Escuche,
que todas son desta suerte:
«Perdón general a todos,
que vecinos o burgueses 955
puedan quedar en la villa,
viviendo muy quietamente
sin escándalo, que haya
un jardín en que se entierren;
que salgan los predicantes, 960
que se reciba la gente
de guarnición, hospedados
quieta y amigablemente,
que no den los tesoreros
cuenta, y los vecinos queden 965
exentos de imposiciones
nuevas, y que se proceda
como los de brabanzones,
que los ministros se entienden
en el perdón general, 970
que tratantes salgan y entren
con pasaportes, que saquen [273v]
armas, piezas y mosquetes
sin balas, y lleven cuatro
piezas y dos morteretes, 975
que del príncipe de Orange
se saquen todos los muebles,
que hagan una obligación

los soldados que debieren,
y que los enfermos tengan 980
plazo de salir dos meses,
que los presos de ambas partes
estén libres».

ESPÍNOLA Desta suerte
lo firmo.

JUSTINO Pues da licencia
para que salga la gente. 985

LADRÓN Mucho te holgarás de verlo,
que los predicantes vienen
cubiertos todos de luto,
señal del dolor que tienen;
los caballos despalmados, 990
que a cada paso parece
que mueren; muchos soldados
con sus hijos y mujeres.
Mas, puesto que tú lo ves,
¿para qué pretendo hacerte 995
relación? ¡Oh con qué hambre
que aquestas mujeres vienen!

(Salgan todos los que pudieren por una parte, **y por otra**, **entrando los españoles**, **y después a la puerta** JUSTINO **con una fuente**, **y en ella las llaves**.**)**

JUSTINO Aquestas las llaves son
de la fuerza, y libremente
hago protesta en tus manos 1000
que no hay temor que me fuerce
a entregarla, pues tuviera
por menos dolor la muerte.
Aquesto no ha sido trato,
sino fortuna que vuelve 1005
en polvo las monarquías
más altivas y excelentes.

ESPÍNOLA Justino, yo las recibo,
y conozco que valiente

sois, que el valor del vencido 1010
hace famoso al que vence.
Y en el nombre de Filipo
Cuarto, que por siglos reine,
con más vitorias que nunca,
tan dichoso como siempre, 1015
tomo aquesta posesión.

GONZALO Dulces instrumentos suenen.

LUIS Ya el sargento en la muralla
las armas de España tiende.

SARGENTO Oíd, soldados, oíd. 1020
¡Bredá por el rey de España!

ESPÍNOLA ¡Y plegue al cielo que llegue
a serlo el mundo rendido
desde levante a poniente!
Y con esto se da fin 1025
al Sitio, donde no puede
mostrarse más quien ha escrito
obligado a tantas leyes.

EN LA VIDA TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA

FAMOSA COMEDIA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ÍNDICE

Jornada primera 21
Jornada segunda 63
Jornada tercera 107

Personas que hablan en ella

FOCAS
CINTIA
LIBIA
ISMENIA
ASTOLFO
HERACLIO
LEONIDO
SABAÑÓN
LUQUETE
LISIPO
FEDERICO
MÚSICA
SOLDADOS

JORNADA PRIMERA

Dentro, a una parte, cajas y trompetas, y a otra, instrumentos músicos; y salen, después de los primeros versos, por una parte soldados, y detrás Focas, y por otra, damas, y detrás Cintia.

SOLDADOS *dentro* ¡Viva Focas!
FOCAS Cintia viva,
decid, soldados, al verla.
DAMAS ¡Viva Cintia!
CINTIA Viva Focas,
repitan las voces vuestras.
UNOS ¡Vivan Cintia y Focas!
OTROS ¡Vivan!
FOCAS Y hagan salva a su belleza
los militares estruendos
de cajas y de trompetas.

Ahora salen cantando las damas.

CINTIA Y hagan a su vista salva
himnos, canciones y letras.
MÚSICA El nunca vencido Marte,
el siempre vencedor César
a los montes de Trinacria
en hora dichosa venga.
CINTIA Venga y en hora dichosa,
tanto que halle a su obediencia,
con siempre rendido afecto,
su patria a sus plantas puesta;
en fe de cuyas lealtades

tengo de ser la primera
yo que, besando su mano,
mi corona a su pie ofrezca,
porque, postrándome yo
(¡oh temor, a cuánto fuerzas,
viendo el poder de un tirano!)
a la majestad suprema
de tan glorioso héroe, el mundo
en mi rendimiento vea
que toda Trinacria en mí
yace rendida y sujeta,
diciendo en la voz de todos,
ufana, alegre y contenta:…

ELLA Y MÚSICA El siempre vencedor Marte,
el nunca vencido César
a los montes de Trinacria
en hora dichosa venga.

Las cajas.

FOCAS Fuerza es que en hora dichosa
venga, hermosa Cintia bella,
quien viene a lograr aplausos
donde pensó hallar ofensas.
Bien temí, aunque coronado
de tantos laureles vuelva
a ver la eminente cumbre
que fue mi cuna primera,
hallar en sus campos antes
oposiciones que fiestas,
porque nadie es en su patria
tan feliz como en la ajena,
mayormente cuando vuelve
tras tantos años de ausencia;
pero viendo que ha sabido,
políticamente cuerda,
la razón de estado hacer
sacrificio de la fuerza,

en premio del rendimiento
con que me admites y acetas,
palabra, Cintia, te doy
de que en la paz te mantenga
de tu reino, sin que en ti
satisfaga, ni en tu tierra,
la hidrópica sed de sangre
de mi heredada soberbia:
y porque conozcas si es
tan nunca usada clemencia
privilegio que ninguno
hasta hoy gozó, escucha atenta,
que quieren mis vanidades,
ya que mi origen me acuerdan
estos páramos, gloriarse
de que a mí solo me deba,
y no al lustre de mi sangre,
las adquiridas grandezas
con que, aborto destos montes,
doy a estos montes la vuelta.
Aquellas dos altas cimas
que, en desigual competencia,
de fuego el Volcán corona,
corona de nieve el Etna,
fueron mi primera cuna
—ya lo dije—, sin que en ellas
tuviese más padres que
las víboras que en sí engendran.
Leche de lobas, infante,
me alimentó allí en mi tierna
edad, y en mi edad adulta,
el veneno de sus yerbas…
en cuya bruta crianza,
dudó la naturaleza
si era fiera o si era hombre,
y resolvió, al ver que era
hombre y fiera, que creciese
para rey de hombres y fieras;

y así, en primer vasallaje,
me juraron la obediencia
cuantas, desnudas las garras,
cuantas, armadas las testas,
tributaron, destroncadas,
a mi sañuda obediencia
vestido y vianda en piel
y cadáver, de manera
que cada lidiado duelo
dos frutos daba a mi diestra,
en el horror que me adorna,
y el manjar que me alimenta.
En esta, pues, crianza bruta
me halló bandida la fiera
milicia de unos soldados,
que en la intrincada maleza
del monte se mantenía
de hurtos, robos y tragedias.
De la justicia acosados,
iban de una en otra quiebra,
cuando, encontrando conmigo,
absortos a la extrañeza
de ver racional lo bruto,
para que los defendiera
me hicieron su capitán;
cuya cuadrilla pequeña,
a mi fama, en pocos días
creció a tropa tan inmensa
que puse en contribución
no solo de las aldeas
vecinas tímido el vulgo,
mas pasando mis empresas
a populosas ciudades,
las reduje a mi obediencia.
Dejemos en este estado
tiranizadas violencias,
sin que tu padre, que entonces
reinaba en la isla, pudiera

de mi orgullo resistir
la traidora inobediencia,
y vamos a que Mauricio,
de Constantinopla César,
a Italia pasó, en venganza
de que negaba soberbia
los feudos del Sacro Imperio,
talando tan sin defensas
sus campañas, que no hubo
plaza que en torres y almenas
no mirase tremolada
la águila de sus banderas.
Tu padre, atento al peligro
que ya llamaba a sus puertas,
con generales perdones
—¡Oh razón de estado necia!
¿Qué no harás, di, si hacer sabes
del delito convenencia?—
llamó auxiliares mis tropas
en su favor; y yo, al verlas
empleadas en más noble,
generoso asunto, vuelta
la que empezó por infamia
en blasón, salí con ellas,
incorporado en las huestes
de sus milicianas levas
al opósito a Mauricio,
con tan favorable estrella
que, de poder a poder
medidas entrambas fuerzas,
murió en campaña a mis manos;
con que, sus pompas deshechas,
desvanecidos sus triunfos,
aclamándome la inmensa
voz de todos su caudillo,
ya por mar y ya por tierra,
pude seguir el alcance
hasta dar vista a la excelsa

corte de Constantinopla,
que, soberbiamente opuesta
a tanto raudal de estragos,
trató ponerse en defensa.
Real sitio planté a sus muros,
sin que retirar pudieran
mis armas de sus recintos
de cinco estíos la fiera
saña del sol, ni de cinco
inviernos la helada, yerta
ira de nieves y escarchas,
hasta que, en ruinas envuelta,
desafuciada del hambre
y de las armas opresa,
a pesar de sus lealtades
me coronó por su César;
en cuyas altas conquistas,
desde la facción primera
hasta la última, que fue
dejar reducida y quieta
la oriental parte de Europa,
seis lustros gasté, por treinta
círculos que vi del sol:
testigos las canas sean,
que la mano desaliña
cuando juzga que las peina.
Y aunque el volver a Trinacria
hoy bastante viso tenga
en la presunción de que
vengo a conseguir en ella
la vanidad de que quien
bandido me vio me vea
coronado rey, hay otras
dos razones que me muevan,
para cuyas dos contrarias
proposiciones opuestas
de rencor y amor, segunda
vez te he menester atenta:

Teodosia, que de Mauricio
tan amante esposa era
que en las lides le seguía,
la noche, según me cuentan
rendidos vasallos suyos,
que él murió, en su fuga ella,
con los dolores del parto
ni bien viva ni bien muerta,
en brazos de Astolfo —un noble
anciano, cuya experiencia,
antes de dar la batalla,
en no sé qué convenencias
vino a hablarme embajador,
de suerte que, si le viera,
le conociera— dio a luz,
si es que hay luz en la tinieblas,
un tierno infante y, con él,
la vida; el cual, viendo apenas
de su dueño en su poder
el hijo, con tan deshecha
fortuna, porque jamás
a dar en mis manos venga,
dicen que con él del monte
se retiró a la aspereza,
donde hasta hoy no se ha sabido
que uno ni otro viva o muera.
Quédese esto aquí, y pasemos
a otra noticia, aún más que ésta
extraña, y a nadie cuerda:
no verisímil parezca
que concurran parecidos
dos sucesos, que no hubiera
admiración, si tal vez
la historia más verdadera
no se hiciera sospechosa
con los prodigios que cuenta.
Irífile, una aldeana
tan divinamente bella

que, a ser la hermosura imperio,
la jurara Amor por reina,
dueño fue de mi albedrío;
que no hay tan ruda fiereza
que no se rinda al amor,
ni tan constante belleza
que, domeñada del trato,
a quien la adore aborrezca.
Ésta, pues, el día que yo
llamado vine, en su aldea
encinta quedó, asistida
de quien, a mi confidencia
atento, me escribió que
apenas llegó la nueva
de mi vitoria a su oído,
cuando, sintiendo la ausencia
que el alcance ocasionaba,
trató seguirme, resuelta
a no quedarse sin mí,
al preciso riesgo expuesta
de sus deudos con el parto
que ya esperaba tan cerca;
y que, con ella viniendo,
erró del monte la senda,
donde, cerrando la noche,
entre dos incultas peñas
la asaltaron los dolores;
y él, con la súbita pena
de su desabrigo yendo
a ver si por dicha hubiera
dónde albergarla, siguió
una luz, en cuya ausencia
—según ella dijo cuando
volvió con gente por ella—
un hombre llegó al gemido,
a quien, turbada o atenta,
porque el interés o el miedo
de mi nombre le pusiera

en mayor obligación,
le reveló cúyo era
el fruto infeliz que ya
lloraba sobre la yerba,
añadiendo que si acaso
la dejaba el dolor muerta,
para que fuese creído
de mí, le daba por señas
una cifra de mi nombre
en una lámina impresa
de oro, que yo la había dado
de mi matrimonio en prendas;
y que finalmente, oyendo
gente, se volvió a la sierra,
ladrón del parto y la joya,
sin que, por más diligencias
que hiciesen, lo que duró
la vida a Irífile bella
y a él, fuese posible que
hurto ni ladrón parezcan.
Y siendo así que hasta hoy
no me dio el valor licencia
para que dejar pudiese
tantas vitorias suspensas,
ya que, como he dicho, todo
el Levante a mi orden queda,
vuelvo con los dos afectos
de amor y odio, ira y terneza,
a buscar hoy en Trinacria
dos vidas que me atormentan
ignoradas: una, en fe
de la medrosa sospecha
de que haya de Mauricio
sucesión que alterar pueda
en ningún tiempo el imperio
que le toca por herencia;
y otra, en fe del sentimiento
de que la mía perezca.

Y así para coronar
—o sea varón o hembra—
a quien con mis señas halle,
y dar muerte a quien sin ellas
halle también, vengo expuesto
a que en la trinacria esfera
no me ha de quedar poblado,
monte, risco, gruta, peña,
que no registre, no busque,
no solicite, no inquiera,
tronco a tronco, rama a rama,
hoja a hoja y piedra a piedra,
hasta que hallado o no hallado,
en el uno el temor venza,
o en el otro la esperanza
o bien se logre o se pierda.

CINTIA Si yo estuviera capaz
de iguales causas, yo hubiera
hecho, sin ti, en busca suya,
señor, cuantas diligencias
al humano poder fuesen
posibles; mas ya que llega
tan tarde a mí la noticia,
lo que puedo hacer en ella
es asistirte; y en tanto
que general bando se echa,
con premio y castigo a quien
u sospechoso lo sepa,
u obediente lo descubra,
ven donde descansar puedas
de tantas prolijas marchas.

FOCAS ¿Qué descanso habrá que tenga
quien temeroso imagina,
ni quien codicioso piensa?
Mas vamos, Cintia, porque
la primera diligencia
empiece el bando.

CINTIA Vosotras,
para que desde aquí vea
el alegre regocijo
con que mi corte le espera,
como en primicias del gozo,
volved al tono y la letra,…
FOCAS Y vosotros a la salva
de cajas y de trompetas,…
CINTIA … diciendo en sonoros ecos:…
FOCAS … diciendo en voces diversas:…
MÚSICA El siempre vencedor Marte,
el nunca vencido César
a los montes de Trinacria
en hora dichosa venga.

Vanse a entrar, sonando a un tiempo la música, las cajas y las voces, y vuelven todos a la de Libia.

UNOS ¡Viva Cintia!
OTROS ¡Cintia viva!
UNAS ¡Viva Focas!
OTROS ¡Viva!
LIBIA *dentro* ¡Muera!
FOCAS ¡Oíd, esperad, suspended
el rumor! ¿Qué voz es ésta
que, desmandada del eco,
no es lo que oye lo que alienta,
sino antes tan al contrario
articula la respuesta
que, al decir que Focas viva,
ella ha repetido…?
LIBIA ¡Muera
a manos de mi desdicha!
CINTIA A lo que de aquí se deja
ver, fugitiva hermosura,
desde una en otra peña,
para descender al llano
buscando viene la senda,

tan ciegamente turbada,
tan turbadamente ciega,
que es el monte en quien la busca,
y es el aire en quien la encuentra,
pues, precipitada de él,
cayendo va.

FOCAS A socorrerla,
por desmentir el agüero,
llegaré el primero.

Vase.

LIBIA *dentro* ¡Muera
a manos de mi desdicha,
y no a manos de una fiera!

FOCAS *dentro* No harás, que en mis brazos yo,
del cielo de tu belleza
Atlante, sabré parar
el rumbo de su violencia…

Sale con ella en brazos.

Y pues ya estás socorrida,
cóbrate, anima y alienta.

LIBIA Mal podré, que aunque de ti
favorecida me vea,
no asegurada del riesgo
que me sigue.

CINTIA Qué es, nos cuenta.

LIBIA Libia, del sabio Lisipo
—aquel que en mágicas ciencias
fue aborrecido portento
de Calabria, porque en ella
predijo a su excelso duque
no sé qué infeliz tragedia,
en orden a que negaba
dar a Focas la obediencia—
hija soy, que, de sus ruinas

cómplice, le asisto en esta
soledad, donde tomó
puerto su infeliz tragedia,
el día que echado al mar,
sin norte, aguja ni vela,
timón ni jarcia, encallando
en las tostadas arenas
desa playa, abandonó
los poblados por las selvas.
Aquí, pues, sin más caudal,
más patria, casa ni hacienda
que sus libros y sus tablas,
sus orbes, globos, esferas,
astrolabios y cuadrantes,
y aquella choza pequeña
que parece que del monte
ha descendido la cuesta,
según en su verde falda,
como cansada, se asienta,
vivimos los dos, partiendo
él el cielo, y yo la tierra,
pues yo la cuento sus riscos
y él sus luceros le cuenta,
siendo pautado carácter
de sus líneas y mis flechas,
en mí, el vulgo de las flores,
y en él, el de las estrellas.
Con esta inclinación —si es
que es inclinación la fuerza,
pues no hay otra compañía
que mi soledad divierta—
salí hoy al monte, seguida
de la montaraz caterva
de sabuesos y ventores,
que atraillaba la simpleza
de dos rústicos villanos,
que son la familia nuestra;
y habiendo sido el primero

lance una manchada cierva,
a quien prestaron mis plumas
añadida ligereza,
tras ella siguiendo el rastro
de la sangre por la yerba,
por el aire del latido,
me hallé, perdida la senda,
sola en lo más intrincado
de unas marañadas breñas,
cuyo umbroso laberinto
cerraba el paso a la vuelta.
Aquí llegaron los ecos
de dos cláusulas tan nuevas,
como son en estos montes
oír de una parte trompetas
y cajas, y de otra dulces
instrumentos, con que, llena
de admiración y de asombro,
estuve un rato suspensa,
hasta que entre horror y halago
de la paz y de la guerra
tercera voz dicidió
la duda, escuchando de ella
dos nombres, cuyo sentido
agora no se me acuerda.
Baste saber que, aplicando
el oído, de la espesa
maraña las ramas quise
apartar, cuando funesta
boca —a quien dura mordaza
de un risco tenía entreabierta
como esperezo, por quien
melancólico bosteza
el monte— arrojó de sí,
embrión de su pereza,
una fiera en forma de hombre,
un hombre en forma de fiera.
Vivo caduco esqueleto

el espectáculo era
de animada anotomía,
sobre cuya piel grosera
barba y cabello nevaban
desmelenados a crenchas;
llena de arrugas la faz,
que el tiempo, en la humana tierra
mal labrador, dejar sabe
a medio afán la tarea
de los sulcos de la vida,
pues los abre y no los siembra;
del desplomado edificio
nudoso puntal, la seca
mano al revés de otros troncos
trataba al que le sustenta;
pues de corteza y raíz
equivocadas las muestras,
donde iban las manos, iban
la raíz y la corteza.
Viome, y, la voz titubeada,
tardo el paso, macilenta
la faz, viniéndose a mí,
fue tal mi temor que…

FOCAS ¡Espera,
no prosigas!, que no sabes
cuánto en mi ofuscada idea
revuelves de confusiones,
mujer, con lo que me cuentas.
¿Especie de fiera y hombre
todavía se conserva
donde hombre y fiera nací?
¡Qué fuera, Cintia, qué fuera
que donde vengo a buscar
mi perdida descendencia,
con mi ascendencia encontrase,
y que ese prodigio fuera
origen de tan extraña,
tan nunca vista, tan nueva

naturaleza, como hoy
mi semejante me acuerda!
Y así, soldados, conmigo
venid, porque hasta que sepa
qué parecido portento
guarda mis primeras señas,
no he de pasar adelante.

CINTIA Ya que averiguarlo quieras,
si las cajas y las voces
le sacaron de su cueva,
haz que prosigan, porque
su música le divierta
engañado, sin saber
que el monte en su busca cercas.

FOCAS Dices bien: y así, entretanto
que yo sus cervices venza,
prosigan entrambas salvas.

LIBIA Yo seré, ya que eso intentas,
la que procure guiarte,
dando hacia el sitio la vuelta.

FOCAS Guía, pues. Tú, hermosa Cintia,
dispón, ya que aquí te quedas,
que el aparatoso ruido
de cajas y voces vuelva.

Vase con los soldados [y Libia].

CINTIA Disponerlo sí haré, pero
quedarme no; porque atenta
a complacer a un tirano,
cuando él sube por aquella
parte, lisonjeando el riesgo,
tengo de subir por ésta.

DAMA 1.ª Y todas procuraremos,
pues todas arcos y flechas
manejamos, en su busca
ser, señora, las primeras.

CINTIA Pues seguidme, sin que cesen
voces, cajas y trompetas,
que yendo delante yo,
quizá será la acción nuestra.
MÚSICA El siempre vencedor Marte,
el nunca vencido César
a los montes de Trinacria
en hora dichosa venga.
UNOS ¡Viva Focas!

Las cajas.

OTROS ¡Cintia viva!

Vanse; y sonando música, cajas y voces, salen, vestidos de pieles, Astolfo, viejo venerable, Heraclio y Leonido, galanes.

ASTOLFO Heraclio, oye…
HERACLIO Padre, suelta.
ASTOLFO Detente, Leonido.
LEONIDO ¡Aparta!
ASTOLFO ¿Es posible que tan ciega
resolución, excediendo
los cotos de mi licencia,
hoy, temeraria, mi vida
así aventure y la vuestra,
llegando donde…?
LEONIDO ¿Qué quieres,
si esa música que suena

Cantando siempre dentro.

tan nuevamente a mi oído,
apacible y lisonjera,
tanto mi espíritu mueve,
tanto mi atención eleva,
y tanto mi afecto inclina,
que tras su acento me lleva
absorto y suspenso?

HERACLIO ¿Qué
quieres, si ese horror que llena
de nuevo escándalo el aire

Las cajas.

tanto de mí me enajena,
tanto de mí me arrebata,
y tanto de mí en mí fuerza
que, tras su estruendo, inflamado
de no sé qué ardor, intenta
ser boreal imán de todos
mis sentidos y potencias?
LEONIDO Pero, ¿qué mucho?, si habiendo
tantas veces oído en esta
soledad la dulce salva
con que la aurora despierta,
cuando, en la edad más florida
de la hermosa primavera,
con más suavidad las auras
y los cristales concuerdan,
cláusulas a cuyo blando
compás, con arpadas lenguas,
las aves la bienvenida
dan a rosas y azucenas,
risa a risa, llanto a llanto,
flor a flor y perla a perla;
nunca en su métrico ritmo
oí música que suspenda
tanto como ésta que hoy,

La música.

con la ventaja que lleva
lo sentido a lo trinado,
se entiende, sin que se entienda.
HERACLIO Mas, ¿qué mucho?, si yo, habiendo
tantas veces en la densa

estación del año oído
el rumor con que se quejan
atormentadas las copas
de las ráfagas violentas
de los vientos, las montañas
de las avenidas fieras
de los arroyos, las nubes
de las cóleras inquietas
de los relámpagos, nunca,
por más que unas estremezcan,
otras crujan y otras giman,

Las cajas.

oí estrépito que mueva
tanto como ese que hoy,
trueno de nube serena,
parece que al corazón
enciende, anima y alienta.

ASTOLFO ¡Ay de mí!, que esos dos ecos,
que uno irrita, otro recrea,
temo que han de ser la ruina
de los tres.

LOS DOS ¿De qué manera?

ASTOLFO Porque saliendo a buscaros,
al ver que de mí os alejan,
me vio en esa inculta estancia
una mujer, y es bien tema
que con el asombro diga
que me vio, y que…

HERACLIO Aguarda, espera:
¿por qué, si una mujer viste,
no me llamaste a que viera
yo cómo es la mujer?, puesto
que de cuantas cosas cuentas
que hay en el mundo, ninguna,
siempre que la nombras, llega
a igualar con el halago,

la caricia y la terneza
con que su nombre se escucha;
pues, a modo de eco, deja
segundo ruido en el alma,
que, sin dar razón entera
de lo que quiere decir,
aun con la mitad deleita.

LEONIDO Yo te agradezco que a mí
no me llamases al verla,
porque al contrario parece
que en mí sus efectos muestra;
pues siempre que mujer dices,
al oír su nombre tiembla
el corazón, como que
de algún contrario se acuerda,
dejándome su sonido
no sé qué susto, qué pena,
que acá en el alma parece
que aun no sabida atormenta.

ASTOLFO ¡Ay, Heraclio, qué bien juzgas!
¡Ay, Leonido, qué bien piensas!

HERACLIO ¿Cómo puede ser, si son
contrarias las ansias nuestras,
que él diga bien, y yo y todo
juzgue bien?

ASTOLFO Como es cualquiera
mujer pintura a dos visos,
que, vista a dos haces, muestra
de una parte una hermosura,
de otra parte una fiereza,
sin que se sepa en cuál puso
el arte más excelencia.
El más familiar amigo
de nuestra naturaleza
es, y el enemigo más
familiar de la fe nuestra;
la media vida del alma
es tal vez, tal vez la media

muerte del alma. No hay
regalo, Heraclio, sin ella;
y sin ella no hay, Leonido,
dolor ni ansia; de manera
que, mirada a entrambas luces,
hace bien el que la tema,
y hace bien el que la estime.
Cuerdo es el que se fía de ella,
y cuerdo el que desconfía;
porque, en igual competencia,
ella da la vida y mata,
ella es la paz y la guerra,
la cura y la enfermedad,
la alegría y la tristeza,
la atriaca y el veneno,
la quietud y la tormenta,
y, para decirlo todo,
animal de contingencias,
que, árbitro del bien y el mal,
da el honor y da la afrenta,
que es cuanto hay que dar; de suerte
que, a imitación de la lengua,
loable o nociva, no hay
cosa en el mundo que sea
tan mala como la mala,
tan buena como la buena.

LEONIDO Ya que de hoy la novedad
facilita la materia
a que nos hables más claro
que otras veces, no se pierda
la ocasión de verte afable.
Si hay bien y mal, ¿por qué niegas
a los dos del bien las dichas,
ni del mal las experiencias?

HERACLIO Ha dicho bien. ¿Hasta cuándo,
padre, negarnos intentas
la libertad? ¿No es ya hora
de que sepamos quién seas

y quién somos, y por qué
a vivir así nos fuerzas?

ASTOLFO ¡Ay, hijos!, que sin que hoy
esa novedad me mueva,
la de mi cercana muerte
os adquiere la respuesta:
y pues ya, jóvenes ambos,
mi vida mi edad abrevia,
oíd quién sois, y oíd el peligro
que al salir de aquí os espera,
y la razón por que tuve
vuestras fortunas suspensas:
el emperador Mauricio,
cristiano Atlante…

LOS HOMBRES *dentro* ¡A la selva!

MUJERES *dentro* ¡A la cumbre!

HOMBRES *dentro* ¡Al monte!

MUJERES *dentro* ¡Al llano!

ASTOLFO ¡Ay de mí! ¿Qué voces truecan
los pasados ecos?

LEONIDO Toda
la montaña está cubierta
de gente.

HERACLIO Y venciendo vienen
su cumbre tropas diversas
por ambas partes.

TODOS *dentro* ¡Al risco!

TODAS *dentro* ¡Al valle!

ASTOLFO Sin duda aquella
mujer contra mí amotina
ese vulgo.

LOS DOS ¿Qué hay que temas?

ASTOLFO Que aunque tan desemejado
monte, edad, traje me tengan,
como haya quien me conozca,
peligra una vida vuestra.

HERACLIO Aunque hasta aquí es para mí
enigma cuanto nos cuentas,

no en defensa de mi vida,
mas de la tuya en defensa,
al paso les saldré, en tanto
que con Leonido a la cueva
vuelves, y de hojas y ramas
la escondida boca cierras.

LEONIDO ¿Por qué has de pensar de mí
que huya yo, si tú te arriesgas,
cuando primero que tú
les saldré al paso por esta
parte?

HERACLIO Pues yo por estotra.

ASTOLFO ¡Leonido, oye! ¡Heraclio, espera!

LEONIDO Si el riesgo es que te conozcan,
huye tú.

ASTOLFO Yo…

LEONIDO ¡Aparta!

HERACLIO ¡Suelta!

ASTOLFO Ved, mirad…

LOS DOS Salva tu vida,
que importa más que la nuestra.

Vanse los dos por dos partes, y salen Luquete y Sabañón, villanos.

ASTOLFO ¡Ay de mí!, que aunque seguirlos
mi caduca planta quiera,
no puedo.

LUQUETE Hancia aquí una voz
se oye.

SABAÑÓN Hancia aquí un eco suena.

ASTOLFO ¡Leonido! ¡Heraclio!

LUQUETE Aunque no
sea leoncillo,…

SABAÑÓN Aunque no sea
erario,…

LUQUETE … sepa de quien
le llama el camino.

SABAÑÓN … sepa
la senda de quien le llama.
LOS DOS Decidme, por vida vuesa…
LUQUETE Mas ¿qué es esto?
SABAÑÓN Lo que estotro.
ASTOLFO Teneos.
LUQUETE ¿Qué manda?
SABAÑÓN ¿Qué ordena?
ASTOLFO ¿Quién sois que hasta aquí venistis?
LUQUETE Un gran asno.
SABAÑÓN Una gran bestia.
ASTOLFO ¿Quién sois? digo otra vez.
LUQUETE Yo,
otras veinte,…
SABAÑÓN Yo, otras treinta,…
LUQUETE … que un mentecato.
SABAÑÓN … que un tonto.
ASTOLFO ¿A qué por aquestas sierras
venistis?
LUQUETE A ver visiones.
SABAÑÓN A cazar almas en pena.
ASTOLFO ¿Cómo os llamáis?
LUQUETE Yo, Luquete.
SABAÑÓN Sabañón, yo.
ASTOLFO De ambos sepa
qué trompas y cajas son,
que se han escuchado, ésas.
LUQUETE Yo no entiendo bien de cajas
que no sean de conserva.
SABAÑÓN Ni yo bien de trompas que
trompas de París no sean.
ASTOLFO ¿Qué gente es ésa que el monte
corre?
LUQUETE ¿Quién hay que lo entienda?
SABAÑÓN Pastores fuimos los dos.
LUQUETE Dejando cabras y ovejas,…
SABAÑÓN … dimos en servir a un magro,…
LUQUETE … no quitando su presencia.

SABAÑÓN Este tal tiene una hija,…
LUQUETE … marimacha destas selvas,…
SABAÑÓN … saltamonta destos valles.
LUQUETE Viniendo a caza con ella,…
SABAÑÓN … perdidos oímos su voz,…
LUQUETE … sin saber qué causa tengan…
SABAÑÓN … estotras que van diciendo…
HOMBRES *dentro* ¡Sube al monte,…
MUJERES *dentro* ¡El risco cerca,…
HOMBRES *dentro* … que allí hay gente!
MUJERES *dentro* … que allí hay ruido!
ASTOLFO Ya se escuchan de más cerca.
(¡Ay de Leonido y Heraclio
si unos u otros los encuentran!
Y pues seguirlos no puedo,
que intente ocultarme es fuerza,
pues no hay contra ellos indicio
mientras que yo no parezca…
Pero éstos dirán de mí…
Mas ¡buen remedio!)

Coge a los dos.

LOS DOS ¿Qué intenta?
ASTOLFO Que a esta cueva entréis conmigo.
SABAÑÓN Excusada diligencia
es, cuando de nieve somos,
el llevarnos a la cueva.
LUQUETE Más sanos del tiempo estamos.
ASTOLFO Entrad, villanos.
LOS DOS Advierta,
si es porque no nos dañemos,
que ya es tarde.

Llévalos a una gruta. Dentro Cintia y Heraclio, y salen luego.

CINTIA *dentro* La primera
tengo de ser, pues allí

anda gente que transcienda
lo intrincado de sus senos.
HERACLIO *dentro* No harás, que hay quien lo defienda.

Sale Cintia.

CINTIA ¿Quién podrá contra mis iras?

Sale Heraclio.

HERACLIO ¿Ni quién se opondrá a mis fuerzas?
Mas ¿qué miro?
CINTIA Mas ¿qué veo?

Al verse los dos quedan suspensos.

HERACLIO ¡Qué bello animal!
CINTIA ¡Qué fiera
tan espantosa!
HERACLIO ¡Divino
asombro!
CINTIA ¡Horrible presencia!
HERACLIO Cuanto animoso esperaba,
tanto ya cobarde tiembla
el corazón.
CINTIA Cuanto vine
osada, altiva y resuelta,
tanto ya tímida dudo.
HERACLIO ¡Qué hermosura!
CINTIA ¡Qué fiereza!
HERACLIO Cizaña de dos sentidos
—pues con hurtados despojos,
antes de verte los ojos
te miraron los oídos—
¿quién eres que suspendidos
los dejas?
CINTIA ¿Quién he de ser?
Quien, sin llegarse a valer

de honor, que después sabrás,
es una mujer, no más.
HERACLIO Y ¡qué más que una mujer!
Y si todas son así,
¿cómo hubo hombre que vivió?
CINTIA Luego, ¿no has visto otra?
HERACLIO No,
aunque presumo que sí.
CINTIA ¿Cómo?
HERACLIO Como al cielo vi;
y siendo el hombre en el suelo
breve mundo, en su azul velo
bien que vi a la mujer fundo;
pues si el hombre es breve mundo,
la mujer es breve cielo.
CINTIA Y tú, que ignorante incurres
en lo que atento mejoras,
pues si como bruto ignoras,
no como bruto discurres,
¿quién eres, que al paso ocurres
tan fiero?
HERACLIO No sé.
CINTIA ¿Quién fue
un anciano que escuché
ser deste monte horror fuerte?
HERACLIO No sé.
CINTIA ¿Cómo desta suerte
en él vives tú?
HERACLIO No sé.
CINTIA ¿Nada sabes?
HERACLIO No, indignada,
culpa tus iras me den,
que no sabe poco quien
sabe que no sabe nada;
y aunque estuviera informada
de mí mi ignorancia,…
CINTIA Di.
HERACLIO … volviera, al ver que te vi,
a ignorar.

CINTIA ¿De qué manera?
HERACLIO Como de mí no supiera,
aunque supiera de mí.
CINTIA Pues yo tengo de saber
quién eres, u de tu vida
mi valor me hará homicida.

Flecha el arco; cayse la flecha, y, al tomar otra, se caen las demás.

HERACLIO ¡Qué poco tendrá que hacer!
CINTIA El temor me hizo perder
las flechas.
HERACLIO ¿Menos las echas?
CINTIA Pues ¿no?
HERACLIO No, que si aprovechas
los ojos en dar desmayos,
quedándote con los rayos,
¿qué falta te hacen las flechas?
CINTIA En tu aspecto lo feroz,
cuando en tu estilo lo fiel…
o esa voz no es de esa piel,
o esa piel no es de esa voz;
con que el discurso veloz,
de una en otra fantasía,
de nieve una estatua fría
en mí va labrando ciego.
HERACLIO En mí de nieve y de fuego.

Estando suspensos los dos, salen a la otra parte en la misma acción Leonido y Libia.

LEONIDO Bello escándalo del día,
que has venido anticipado
a esa gente que te sigue,
porque el mirarte me obligue
a que me halle su cuidado
suspenso, absorto y turbado,
¿quién eres?

LIBIA Quien a buscar
vino a otro, y en su lugar
te halla, porque en susto tanto,
doblándose en ti el espanto,
en mí se doble el pesar.
LEONIDO ¿A otro buscas y no a mí?
Segundo susto eres ya.
LIBIA Pues, ¿qué cuidado te da
que no busque a quien no vi?
LEONIDO No sé; pero aunque temí
que a darme muerte venía
tu arrogancia, como vía
cuán dulce muerte me daba,
sentía que me mataba
sin sentir que lo sentía;
mas cuando buscando vas
a otro, tan otro el mal es,
que echo menos que me des
la muerte que no me das.
¿A quién, di, buscando estás?
LIBIA A un anciano que hoy aquí
en tu fiero traje vi.
LEONIDO Luego ¿tú vienes a ser,
bello hechizo, la mujer
que él dice que le vio?
LIBIA Sí.
LEONIDO Luego bien conmigo lucho,
si ser vida y muerte creo.
MUJER *dentro* ¡Bella Cintia!
HERACLIO Mas ¿qué veo?
FOCAS *dentro* ¡Libia hermosa!
LEONIDO Mas ¿qué escucho?
HERACLIO Mucho es mi recelo.
LEONIDO Mucho
mi temor.
MUJERES *dentro* ¡Espera!
HOMBRES *dentro* ¡Aguarda!
CINTIA Gente es que viene en mi guarda.

LIBIA Gente es que seguirme intenta.
HERACLIO Pues si tu luz me amedrenta,…
LEONIDO Pues si tu sol me acobarda,…
HERACLIO … presto verás que no ha sido
vil temor el que me ha helado;…
LEONIDO … presto verás que el que ha estado
suspenso lidia atrevido;…
HERACLIO … que de cuantos te han seguido
ninguno aquí ha de llegar.

Vase.

LEONIDO … que ninguno ha de pasar
al término que pasaste.

Vase.

CINTIA Corazón, el temor baste.
LIBIA Recelo, baste el pesar.
CINTIA Y pues, saliendo al camino,
con otros dará, de él quiero
huir yo, que a su asombro muero.
LIBIA Y pues a otras manos vino,
huir su vista determino.

Truécanse las dos sin verse.

MUJERES *dentro* ¡Cintia!
HOMBRES *dentro* ¡Libia!

Sale cada uno de los dos por donde entró, y hállanse Heraclio con Libia y Leonido con Cintia.

HERACLIO Desmandada,
la gente, sin que la entrada
halle a este sitio, volvió.
LEONIDO Solo aquí la voz llegó;
y pues por agora nada
hay que temer, vuelva a ver
al encanto desta selva.

HERACLIO Y así de un riesgo a otro, vuelva
al que da más que temer.
LEONIDO Imán fue tu rosicler…
HERACLIO Norte ha sido mi deseo…
LEONIDO … que aquí, lo que dudo creo.
HERACLIO … que aquí, lo que toco admiro.
CINTIA ¡Cielos, nuevo monstruo miro!
LIBIA ¡Cielos, nuevo monstruo veo!
LEONIDO ¿Cómo en tan breves instantes
truecas las señas primeras?
Bien me dijeron que eras
animal de dos semblantes.
HERACLIO Justo es que al verte me espantes,
que aunque las rudezas mías
ya sabían que podías
mudar la cara a dos haces,
no, si bien o si mal haces
en trocar la que tenías.
LEONIDO Mas justo es agradecer
la mudanza que hallo en ti;
pues aunque bella te vi,
más bella te llego a ver.
HERACLIO Y pues vuelvo a pretender
—cobradas flechas y aljabas—
la muerte que antes me dabas,
no me mates como estás;
mátame como te estabas.
LIBIA Yo soy quien debía extrañar
el verte tan otro aquí.
CINTIA Yo soy quien podía de ti
las nuevas señas dudar.
LIBIA Mas no es tiempo de apurar…

Yéndose.

CINTIA Mas no es tiempo de argüir…
LIBIA … de tu bruto discurrir
la causa.

CINTIA … de tu rudeza
la ocasión.
LEONIDO No tu belleza
se ausente.
HERACLIO No te has de ir.
LIBIA Ten la mano, pues dejarte
basta, sin darte la muerte.
CINTIA No me toques, que en tan fuerte
riesgo, basta el no matarte.
LEONIDO No has de irte.
HERACLIO No has de ausentarte.

Detiénenlas.

HOMBRES *dentro* ¡Libia!
MUJERES *dentro* ¡Cintia!
LIBIA ¡Hacia este puesto
venid,…
CINTIA ¡Llegad, llegad presto,…
LAS DOS … que aquí las fieras están!

Salen Focas y soldados por una parte, y las damas por otra.

FOCAS Voces Libia y Cintia dan.
¡Acudid todos!
TODOS ¿Qué es esto?
LAS DOS Que habiendo el monte corrido,…
HERACLIO (Dame albricias, corazón,…
LEONIDO (Alma, dame albricias,…
HERACLIO …que
dos los semblantes no son,…
LEONIDO … que no son dos las mudanzas,…
LOS DOS … sino las mujeres dos.)
CINTIA … en esta parte encontré
a este espanto.
LIBIA … yo a este horror,
sin que el anciano parezca.

FOCAS Fieras, en quien viendo estoy
de mi primero linaje
la bruta especie, ¿quién sois?
HERACLIO No sabemos de nosotros
más de que sólo nos dio
este monte la primera
cuna, alimento el verdor
de sus plantas, y este traje
de sus brutos lo feroz.
FOCAS Hasta ahí supe yo de mí,
pero vosotros mejor
lo sabréis, pues un caduco
anciano hay más que los dos;
¿dónde está?
LEONIDO De él no sabemos.
HERACLIO Ni tú sabrás.
FOCAS ¿Cómo no?
Registrad grutas y quiebras
deste risco, que mostró
que por más impenetrable
será en él su habitación.
SOLDADO 1.º Aquí de ramos cubierta
una boca está.
LIBIA Y si yo
vuelvo a recorrer las señas,
ella es de donde salió.
FOCAS Entrad, pues, mirad su centro.

Pónense los dos a la boca de la cueva.

LEONIDO Nadie ose llegar, si no
quiere antes morir.
FOCAS Pues ¿quién
lo impedirá?
LEONIDO Mi valor.
HERACLIO Y el mío; porque primero
que a esta lóbrega mansión
ninguno entre, en su defensa
hemos de morir los dos.

FOCAS Dos veces brutos, ¿no veis
cuánto vuestra pretensión
es imposible?
LOS DOS Llegad,
y lo veréis.
FOCAS A un error
tan desesperado, mueran.
CINTIA No quede acerado arpón
que no se vibre a sus pechos.
TODOS ¡Mueran pues!

Al ir a tirar todos, sale Astolfo y pónese delante.

ASTOLFO Aqueso no:
si ellos han de morir, menos
importa que muera yo.
Matadme a mí, y ellos vivan.
FOCAS ¿Qué es lo que mirando estoy?

Quédase mirándole.

LIBIA Al que yo vi.
CINTIA ¡Qué portento!
HOMBRES ¡Qué asombro!
MUJERES ¡Qué admiración!

Salen de la cueva Sabañón y Luquete.

SABAÑÓN Apunten bien los que hubieren
de tirar, por sólo un Dios,
porque me darán a mí,
según desgraciado soy.
LUQUETE Que a mí me apunten les pido,
pues con eso mi temor
sabrá que han de dar a otro.
Mas ¿qué es lo que viendo estoy?
SABAÑÓN ¿Qué hace aquí con tanta gente
nuestra ama?

LUQUETE ¿Qué sé yo?
Iten, dos salvajes más.
A avisar a mi amo voy
de que su hija entre salvajes
se queda en conversación.
SABAÑÓN Dices bien; pues para que
la saque desta aflición,
o es magico, o no es magico.

Vanse.

CINTIA (¿Quién igual letargo vio,
como el que ha quedado Focas?)
LIBIA (¿Qué será esta suspensión?)
FOCAS Yerto cadáver, en quien,
a despecho del veloz
tiempo, a pesar de las canas
y injurias de escarcha y sol,
todavía en mi memoria
guarda la imaginación
aquellas primeras señas
con que te vi embajador,
¿cómo aquí…? Pero no quiero
que te asuste mi rigor,
cuando debo, agradecido
al no esperado favor
del hallarte, las albricias.
Alza del suelo, y tu voz
me diga si es de Mauricio
el hijo que reservó
de mis iras tu lealtad
uno de éstos.
ASTOLFO Sí, señor;
el uno de los dos es
hijo de mi emperador,
a quien, porque nunca diese
en manos de tu furor,
crié en estos montes, sin que

sepa quién es ni quién soy;
porque el tenerle así tuve
a inconveniente menor
que el mirarle en tu poder,
ni de una gente que dio
obediencias a un tirano.

FOCAS Pues mira cuán superior
el hado a la diligencia
manda. ¿Cuál es de los dos?

ASTOLFO Que es uno de ellos diré,
pero cuál es de ellos no.

FOCAS ¿Qué importa que ya lo calles,
si es inútil pretensión
para que no muera? Pues
matando a entrambos, estoy
cierto de que muera en uno
el que aborrezco, y que no
turbará nunca el imperio.

HERACLIO A menos costa el temor
podrás asegurar.

FOCAS ¿Cómo?

LEONIDO Vengando en mí ese rencor;
que yo, a precio de ser hijo
de un supremo emperador,
daré contento la vida.

HERACLIO Si en él dicta la ambición,
en mí la verdad.

FOCAS ¿Por qué?

HERACLIO Porque yo sé que lo soy.

FOCAS ¿Tú lo sabes?

HERACLIO Sí.

ASTOLFO Pues ¿quién
te lo ha dicho?

HERACLIO Mi valor.

FOCAS ¿Entrambos para morir
competís por el blasón
de hijos de Mauricio?

LOS DOS Sí.

FOCAS Di tú: ¿cuál es de ellos?
LOS DOS ¡Yo!
ASTOLFO Que es uno, mi voz ha dicho;
cuál es, no dirá mi amor.
FOCAS Eso es querer, por salvar
uno, que perezcan dos.
Y pues entrambos conformes
están en morir, no soy
tirano, pues que la muerte
que ellos me piden les doy.
Soldados, mueran entrambos.
ASTOLFO Tú lo pensarás mejor.
FOCAS ¿Por qué?
ASTOLFO Porque no querrás,
ya que el uno te ofendió
en vivir, te ofenda el otro
en morir.
FOCAS Pues ¿por qué no?
ASTOLFO Porque es el otro tu hijo,
de cuya verdad te doy
para testimonio esta
lámina que a mí me dio

Dale una lámina que traerá en el pecho.

con él, y con la noticia
de ser tuyo, la aflición
de aquella villana, en quien
fue tan parlero el dolor,
que, por no reservar nada,
el hijo aún no reservó;
agora, con el resguardo
que el uno en el otro halló,
sabiendo que es tu hijo el uno,
podrás matar a los dos.
FOCAS ¿Qué escucho y qué miro?
CINTIA ¡Extraño
suceso!

FOCAS ¿Quién, cielos, vio
que, cuando de mi enemigo
y mía buscando voy
la sucesión que afligía
mi vaga imaginación,
tan equívocas encuentre
una y otra sucesión,
que impida el golpe del odio
el escudo del amor?
Mas tú dirás uno y otro
quién es.
ASTOLFO Eso no haré yo;
tu hijo ha de guardar al hijo
de mi rey y mi señor.
FOCAS No te valdrá tu silencio;
que la natural pasión
con experiencias dirá
cuál es mi hijo y cuál no,
y entonces podré dar muerte
al que no halle en mi favor.
ASTOLFO No te creas de experiencias
de hijo a quien otro crió,
que apartadas crianzas tienen
muy sin cariño el calor
de los padres; y quizá,
llevado de algún error,
darás la muerte a tu hijo.
FOCAS Con eso, en obligación
de dártela a ti me pones,
si no declaras quién son.
ASTOLFO Así quedará el secreto
en seguridad mayor;
que los secretos, un muerto
es quien los guarda mejor.
FOCAS ¡Pues no te daré la muerte,
caduco, loco, traidor,
sino guardaré tu vida
en tan mísera prisión

Échale en el suelo, y levántanle los dos.

que lo prolijo en morir
te saque del corazón
a pedazos el secreto!

HERACLIO No le ultraje tu furor.

LEONIDO No tu saña le maltrate.

FOCAS Pues ¿qué, amparáisle los dos?

LOS DOS Si él nuestra vida ha guardado,
¿no es primera obligación
de todas guardar su vida?

FOCAS Luego ¿a ninguno mudó
la vanidad de que pueda
ser hijo mío?

HERACLIO A mí no;
porque más quiero, otra vez
digo, morir al honor
de ser ligítimo hijo
de un supremo emperador,
que vivir de una villana
hijo natural.

LEONIDO Y yo,
que aunque ser tu hijo tuviera
a soberano blasón,
no me ha de exceder a mí
Heraclio en la presunción
de ser lo más.

FOCAS Y ¿es lo más
Mauricio?

LOS DOS Sí.

FOCAS ¿Y Focas?

LOS DOS No.

FOCAS ¡Oh venturoso Mauricio!
¡Oh infeliz Focas! ¿Quién vio
que, para reinar, no quiera
ser hijo de mi valor
uno, y que quieran del tuyo
serlo, para morir, dos?

Y pues de tanto secreto,
que ya pasa a ser baldón,
sólo eres dueño, volviendo
a mi primera intención,
te harán hablar hambre y sed,
desnudez, pena y dolor.
Llevalde preso.

LOS DOS Primero
restados en su favor
nos verás.

Pónense a su lado.

FOCAS Eso es querer
que, abandonando el amor
con que al uno busqué, en ambos
se vengue mi indignación.
A todos tres los prended.

HERACLIO Primero pedazos yo
me dejaré hacer.

LEONIDO Primero
moriréis todos.

FOCAS ¡Su error
los castigue! ¿Qué esperáis?
Si no se dan a prisión,
mueran.

Embisten los soldados con ellos, y ellos se retiran peleando.

ASTOLFO No mi vida, hijos,
así os empeñe.

CINTIA Y LIBIA ¡Señor!

FOCAS Nada me digáis, que al ver
que hay quien desdeñe mi honor,
tengo un Volcán en el pecho
y un Etna en el corazón.

Vase.

CINTIA ¡Oh quién pudiera impedir
tantas desventuras hoy!

Vase.

LIBIA ¡Quién embarazar pudiera
de tanta fiera cuestión
los peligros!

Vase, y salen Sabañón, Luquete y Lisipo.

SABAÑÓN Llega presto,
que donde Libia quedó
es donde se escucha el ruido
de las armas.
LUQUETE Y si no
me engaño, ella en medio anda.
LISIPO Yo llego a mala ocasión,
pues que todo cuanto encuentro
es ira, saña y furor.

Dentro ruido.

LUQUETE Los salvajes se defienden;
pero, como menos son,
no tienen muy buen partido.
SABAÑÓN Y no es poca admiración
que una vez de los salvajes
sea el número menor.
LISIPO ¡Oh, qué de vidas peligran!
Si viendo este estrago estoy,
¿para cuándo de mis ciencias
los raros prodigios son?
Pongan, pues, paces las sombras,
y anticipando el horror
de la noche, al parecer,
obedezcan a mi voz,
con relámpagos y truenos,
nubes, cielo, luna y sol.

Dentro terremoto, y salen todos confusos, tropezando unos con otros.

FOCAS ¿Qué nuevo escándalo, cielos,
de un instante a otro turbó
la luz, que ninguno ve
con quién lidia, ni quién no?
CINTIA ¿Qué se nos ha hecho el día,
que de vista se perdió
de un punto a otro?
HERACLIO ¿Qué portento
nos apaga el resplandor
de los rayos?
LIBIA ¿Qué prodigio
nos niega el mayor farol?
LEONIDO ¡Qué no imaginado eclipse!
ASTOLFO ¡Qué no esperado pavor!
DAMA 1.ª ¡Qué asombro!
2.ª ¡Qué ansia!
3.ª ¡Qué espanto!
LUQUETE ¡Qué andaluvio!
SABAÑÓN ¡Qué antunvión!
FOCAS ¡Libia!
LIBIA ¡Focas!
FOCAS ¡Cintia!
CINTIA ¡Ismenia!
UNOS ¡Al monte!
OTROS ¡A la población!
OTROS ¡A la choza!
OTROS ¡Al risco!
OTROS ¡Al llano!
LISIPO Pues en tanta confusión,
embarazadas las iras,
buscan todos su mansión,
en lo que paran, dirá
otra vez que salga el sol.

JORNADA SEGUNDA

Salen Cintia y Libia.

CINTIA Pues en todo este coto
sólo tu albergue, hermosa Libia, ha sido
en quien Focas y yo vemos vencido
el ceño del pasado terremoto,
ya que de cerca tus fortunas noto,
compadecida quiero
procurar enmendarlas.
LIBIA Bien infiero
el que huéspedes tales
no acaso pisan míseros umbrales.
CINTIA Parecidas fortunas
dan a entender ser las estrellas unas,
y desta simpatía
se engendran los cariños.
LIBIA Pues, la mía,
¿en qué, señora, pudo confrontada
simbolizar la tuya?
CINTIA En la pasada
acción, donde, llegando las primeras,
fuimos las que de aquellas creídas fieras
el centro descubrimos,
y las primeras que en su estilo vimos
que tenía, tratable la rudeza,
escondida no menos extrañeza
que la que el caso infiere;
y por si alguna vez hablar quisiere
—sobre tenerme, que es lo más, tu vida,

como te dije ya, compadecida—
en lo turbada que mirar me tuvo,
antes tan fiero, al que después estuvo
conmigo tan rendido,
con sus noticias tan desvanecido,
con Focas tan severo
que osó morir primero
que creer lo menos noble a su destino,
y en fin tan leal, tan fino,
con la piedad del venerable anciano,
es bien que a ti te tenga más a mano;
porque una admiración, Libia, tan grave,
aun no la sabe oír quien no la sabe;
y así por uno y otro he de llevarte
conmigo.

LIBIA Otra y mil veces a besarte
vuelvo la mano. Pero cuando se halla
mi padre…

CINTIA No prosigas, cesa, calla;
que, la gente dejando,
Focas con él viene en secreto hablando.

LIBIA Pues si es secreto, demos
para él lugar: de aquí nos retiremos.

CINTIA Cuánto será mejor, ya que aquí estamos,
pues es secreto…

LIBIA ¿Qué?

CINTIA … que le sepamos;
que no hay más gusto, Libia, te prometo,
que saber, sin fiármele, un secreto.

LIBIA Pues si de eso te agradas,
desde aquí los oigamos, amparadas
deste verde cancel que ha dividido
nuestro pequeño albergue.

Escóndense y salen Focas y Lisipo.

FOCAS Agradecido,
Lisipo, a la ocasión de tu destierro
—que ya sé que fue en orden a que el yerro

del de Calabria amenazó tu ciencia,
por negar de mis feudos la obediencia—
te estoy. Pero aunque desto
a darte el galardón esté dispuesto,
otro es el fin con que hoy honrarte trato.

LISIPO A tanto honor no me hallarás ingrato.

FOCAS Yo vine…

LISIPO Ya lo sé: con ansia fuerte
de dar una corona y una muerte.

FOCAS Cuando tarde esperaba…

LISIPO … que hallase tu deseo a quien buscaba…

FOCAS … con ellos di casi al primero paso.

LISIPO Estudio es de los cielos el acaso.

FOCAS Mas con tan rara confusión, tan nueva…

LISIPO … como es el no saber a quién se deba
el odio ni el amor.

FOCAS A aquese efeto…

LISIPO … prender mandaste al dueño del secreto.

FOCAS Pusiéronse los dos en su defensa.

LISIPO Fue noble acción.

FOCAS Así el valor lo piensa,
juzgando, al ver aun contra mí sus bríos,
que eran entonces ambos hijos míos.
Sobrevino a la lid el terremoto…

LISIPO Ya un eje y otro vi del cielo roto.

FOCAS Con que en tu albergue Cintia y yo amparados,…

LISIPO … tienen sitiado el monte tus soldados,…

FOCAS … con orden…

LISIPO … que al que encuentren, muerto o preso
traigan. ¿Qué lo repites, si el suceso
nadie hasta le ignora?

FOCAS Pues lo que no se sabe empiece agora:
yo sé que la experiencia,
Lisipo, de tu ciencia
lo más oculto alcanza;
y así libro en tu ciencia mi esperanza.
Tú has de decirme de ellos
quiénes son.

LISIPO Sí diré, y antes de vellos,
sabido lo tendrás.
CINTIA (¡Oh quién pudiera,
Libia, estorbarlo!)
LIBIA (Yo.)
CINTIA (¿De qué manera?)
LIBIA (Puesto que a mis engaños
tardará con el peso de los años,
habla a mi padre tú, mientras retiro
a Focas yo.)

Vase.

FOCAS Si en tu noticia miro
logrado mi deseo, que has de verte
piensa…
LISIPO ¡No más! El que…
LIBIA *dentro* ¡Que me dan muerte!
¡Focas! ¡Padre! ¡Señor!
LISIPO ¡Ay de mí! Aquella
voz es de Libia.
FOCAS ¿Cómo a socorrella
no voy?

Vase.

LISIPO Y ¿cómo torpe mi pie tarda
en no ser yo el primero?
CINTIA Espera, aguarda.
LISIPO Si ves…
CINTIA Cobra la acción helada y fría;
que esa voz no es de Libia, sino mía.
LISIPO ¿Tuya?
CINTIA Sí, si con ella a estorbar llego
que pueda tu noticia hacer que, ciego
de ira, Focas dé muerte
al hijo de Mauricio, que es muy fuerte
dolor, que, cuando el desengaño acuda,

valga una vida menos que una duda.
Y pues al cielo ofendes si a él le obligas,
muévate la piedad, no se lo digas,
o verás, siendo otro tu homicida,
si es buen precio una duda de una vida.

Escóndese, y salen Focas y Libia.

LISIPO Pues ¿cómo, si…?
FOCAS Detente,
no tu cansada edad el paso aliente;
que de Libia el temor delirio ha sido
de un sueño.
LIBIA Tan ladrón de mi sentido
robada me tenía,
con las especies que en la fantasía
—llenas de confusiones,
vaguedades, ideas y ilusiones,
prólogos de tan nunca vista historia—
informes conservaba la memoria,
que debieron veloces
—yo no lo sé— de interrumpir en voces.
LISIPO En albricias del gusto
de verte libre, te perdono el susto,
que, de mi vida dueño,
aún guarda en mí las sombras de tu sueño.
Retírate de aquí.

Vase Libia donde está Cintia.

LIBIA (¿Qué ha sucedido?)
CINTIA (Que ya está del silencio prevenido.
Vuelve a escuchar; veremos qué han logrado
tu industria, bella Libia, y mi cuidado.)
FOCAS Pues el daño, Lisipo, que esperamos
fue una ilusión, prosigue.
LISIPO ¿En qué quedamos?
FOCAS En que aun antes de vellos
los he de conocer.

LISIPO Sí, porque de ellos
tu hijo es…
CINTIA (¡Ay infelice!)
LISIPO … el que…
CINTIA (¡Sobre mi aviso se lo dice!)
LISIPO … el que…
FOCAS ¿Qué te enmudece?
LISIPO No sé, que sólo sé que me estremece,
al nombrarle, un temblor.
FOCAS ¿Qué te acobarda?
LISIPO Cierta deidad que esotra vida guarda.
Tú no las ves, yo sí, enojada y bella;
con el dedo en los labios los míos sella.
—No me aflijas, pues ves que te obedezco;
no me amenaces, pues por ti enmudezco—.
Y pues primero el cielo,
entupecido el cristalino velo,
en su favor las nubes amotina;
y ahora auxiliar alta, deidad divina
me niega la asistencia
del espíritu impuro
que, a la callada voz de mi conjuro
invocado, dictaba en obediencia
del explícito pacto de mi ciencia,
no me mandes que diga
—pues a callar otro poder me obliga—
lo que ni sé ni puedo…
¡Qué ansia! ¡Qué espanto!

Vase.

FOCAS ¡Y qué pavor, qué miedo
es el que ha introducido
tu asombro en mí! Mas ¿cómo yo a partido
doy mi furor, si todo el cielo opuesto
a mí no ha de poder…?

Salen las dos.

LAS DOS Señor, ¿qué es esto?
CINTIA ¿Tú, la voz destemplada?
LIBIA ¿Tú, perdido el color?
LAS DOS ¿Qué ha sido?
FOCAS Nada;
quise que me dijera
Lisipo, por su mágica, cuál era
el hijo de Mauricio;
y perturbado de un letargo el juicio,
no sé qué alto poder convierte en hielo
su voz.
CINTIA Yo sí.
FOCAS ¿Tú?
CINTIA Yo.
FOCAS ¿Quién es?
CINTIA El cielo,
que una inociencia ampara.
¿Qué culpa a un desdichado es nacer, para
que a tus cóleras nazca destinado?
¿No le basta nacer a un desdichado?
Las políticas leyes
que establecieron césares y reyes
dicen que si una herida
en un cadáver se halla, y de homicida
contra dos el indicio
resulta igual, no deban ser en juicio
condenados los dos, porque prudente
tuvo la ley piadosa
por mejor que, en sentencia tan dudosa,
se libre el delincuente,
que no que lo padezca el inocente.
Pues, siendo así, tu gracia a ambos reciba,
y a sombra del amor el odio viva;
que, en juicio tan penoso,
mejor será que sepa hacer el hado
un dichoso, señor, de un desdichado,
que hacer un desdichado de un dichoso.
Y en cuanto a que te deje sospechoso

la duda que te queda,
que de Mauricio el hijo alterar pueda
el imperio, es engaño;
pues no constando nunco el desengaño,
podrás dejar de tu laurel la herencia
a quien más te inclinare la experiencia;
que aunque apaguen el fuego las mudanzas
de apartadas crianzas,
¿qué falta el fuego hará, cuando a ver llego
que la sangre no más arde sin fuego?

FOCAS Si capaz estuviera
yo de razón, la tuya me venciera;
mas ¿cómo…?

Dentro ruido y salen luego Sabañón y Luquete.

TODOS *dentro* Entrad.
LOS DOS ¡Albricias!
FOCAS ¿Qué es aqueso?
LUQUETE Yo lo diré.
SABAÑÓN No, sino yo.
LUQUETE Que preso…
SABAÑÓN … nuestro placer, señor,…
LUQUETE … nuestra alegría…
LOS DOS … te tray al que encuevados nos tenía.
FOCAS ¿Adónde le encontrastis?
SABAÑÓN No le encontramos.
FOCAS ¿Dónde, pues, le hallastis?
LUQUETE No le hallamos tampoco.
FOCAS Pues ¿cómo, dime, necio, dime, loco,
le prendistis?
SABAÑÓN Como otros que allá fueron
le hallaron, le encontraron y prendieron.
FOCAS Y ¿de eso las albricias pretendistes?
LUQUETE Y ¿es novedad, señor, que hombres de chistes,
cuando al gusto complacen,
ganen las gracias de lo que otros hacen?

Salen soldados y Astolfo.

SOLDADO 1.º Apenas a la oscura
niebla siguió del sol la lumbre pura,
cuando al monte volvimos
y en él a Astolfo, desmayado, vimos,
sin acudir a reparar sus daños
el fatigado peso de los años;
y como divididos
dejó el nublado a todos, esparcidos
por el monte los dos, no parecieron;
que quizá, por hallarle, le perdieron.
ASTOLFO Sola esta vez ufano,
puesto a tus pies, besara yo tu mano.
FOCAS ¿Por qué ufano esta vez?
ASTOLFO Porque me advierte
mi ventura que vengo a ver mi muerte.
FOCAS Pues mira cuán contrario es tu recelo:
a vivir vienes: alza, pues, del suelo.
Yo, Astolfo, aunque no prudente
sea, hoy he de parecerlo
en mudar consejo. Ya
no solamente me ofendo
de tu lealtad, pero antes
en la parte la agradezco
de la crianza de un hijo,
bien que implica el argumento
de que le tenga por ti,
cuando por ti no le tengo;
y pues el semblante miras
mudado con el consejo,
dime cuál es de los dos,
y con el otro te ofrezco
templar la cuerda al enojo.
ASTOLFO Si yo, señor, poco atento
a Dios, a mi fe y a ti,
tratara engañarte, es cierto
que, con trocar a los dos,
viera al hijo de mi dueño,
aunque con nombre de tuyo,

restituido en su imperio;
y que, si al otro matabas,
matabas al tuyo; pero
—sobre que no quiera Dios
que dé, ni que quite reinos—
es tan igual, es tan una
la fe con que a los dos quiero,
como en fin quien a los dos
ha criado, que primero
que mi silencio aventure
al uno, moriré. Y puesto
que no tengo de mentirte,
ni decirte verdad tengo,
toma la resolución
que quisieres, advirtiendo,
señor, que no será mucho
que, cuando leal y cuerdo
te da mi silencio un hijo,
des otro tú a mi silencio.

FOCAS ¡Cuántas razones escucho
y cuántas acciones veo!
Todas me arguyen y todas
me convencen; y aunque tengo
tan en el alma arraigado
el rencor, esta vez quiero
—de Lisipo atento al pasmo,
de Cintia al discurso atento,
de Astolfo atento al amor—
deponer mis sentimientos.
Vive tú, pues, y ellos vivan,
hasta que diga el afecto
de la sangre la verdad.
Y pues ya conmigo intento
que asistan los dos y sean
iguales sus tratamientos,
dime con este seguro
dónde los hallaré.

ASTOLFO Eso
mal puedo saberlo yo,
pues los buscara, a saberlo,
antes de dar en tus manos.
FOCAS Pues fuerza será, volviendo
al monte, buscarlos todos.
CINTIA Quizá, señor, es perderlos,
pues no sabiendo a qué fin
vuelven gente, armas y estruendos,
a la fuga o la defensa
los aventuran.
LIBIA Es cierto.
FOCAS Pues ¿qué he de hacer?
ASTOLFO Yo, señor,
ya que reducido creo
tu enojo al mejor partido,
daré para hallarlos medio:
tú no has de ir, ni tus soldados,
porque al verte a ti y a ellos,
como has escuchado, es fuerza
que tan ventajoso riesgo
los oculte. Los vecinos
de la tierra han de ir, y aun éstos
con claras señas de paz;
y para mostrar el serlo,
manda que dulces clarines
y músicos instrumentos
sonoros suenen, bien como
otra vez que los oyeron;
que no dudo que, escuchando
festivos sus dos acentos,
lo que hizo el acaso antes,
agora lo haga el intento,
que fue, absortos los sentidos,
dejarse atraer suspensos
cuál del escándalo y cuál
de la suavidad del viento;
con que advertirlos podrá

cualquiera que llegue a verlos
de tu resguardo.

FOCAS Bien dices.

LIBIA Pues si te agrada el consejo,
supuesto que no has de ir
tú con tu gente, me ofrezco
a ir con la música yo.

Vase.

CINTIA Ya que ella eligió primero,
con tu licencia, porque
no me acusen mis deseos
omisión en la fineza
con que obligarte pretendo,
aunque tema la censura
escrúpulos del respeto,
por ser la acción varonil
y ser tan digno el empleo
como hallar un hijo tuyo
la salva, por otro puesto
iré con gente y clarines.

[Vase.]

FOCAS A entrambas os lo agradezco.
Y tú, porque no presumas
que, a vista de igual suceso,
estás preso ni estás libre,
partidos los dos extremos,
no te pondré de soldados
guarda, que fuera estar preso,
ni te dejaré sin ella,
que fuera estar libre; esos
dos villanos, que ni son
guardas ni dejan de serlo,
no te han de perder de vista.

LUQUETE Nosotros sí perderemos,
como haya quien mos le gane.

FOCAS Ea, villanos, id presto;
llevalde de aquí.
SABAÑÓN ¡Luquete!
LUQUETE ¿Sabañón?
SABAÑÓN ¿Sabes qué es esto
de guardas de vista?
LUQUETE Sí;
guárdale tú el ojo izquierdo,
y yo el derecho.
SABAÑÓN Vusted,
pues es llave de un secreto,
mos conozca por sus guardas.
ASTOLFO ¡Ay, lealtad, en qué me has puesto!
¡En qué me has puesto, fortuna!

Vanse los tres.

FOCAS ¿No me dirás, pensamiento,
qué experiencia con los dos
hiciera, que fuera medio
de dar luz al desengaño?

Sale Lisipo.

LISIPO (A buscar a Focas vuelvo,
apesarado de haber
perdido, por el respeto
de Cintia, ocasión en que
logre su agradecimiento,
con que vengara, quizá,
del de Calabria el disprecio.
Y pues no estoy obligado
más que a guardar el secreto,
y le guardo, ¿por qué no
trataré de mis aumentos?)
FOCAS Ninguna hay que… Mas, Lisipo,
¿aquí estabas? ¿Qué hay de nuevo?

LISIPO Que apenas, señor, cobrado
de aquel frenesí violento
me hallo, cuando, cuidadoso
de haber visto a Astolfo preso,
a saber lo que resulta
de tan gran novedad vengo.
FOCAS ¿Qué ha de resultar, sino
que, a pesar del sufrimiento,
haya de capitular
con la pereza el incendio?
Siendo así que en mí no habrá
minuto, instante, momento
que no sea siglo, hasta que,
aquilatados sus pechos
en la forja de las horas,
que son crisoles del tiempo,
muestren el oro y la liga,
amor y aborrecimiento.
LISIPO Aunque todavía me tiene
temeroso aquel supremo
poder que a mi ciencia niega
quiénes son, con todo eso
he de ver si también manda
que no te anticipe el tiempo.
¿Tendrás ánimo…?
FOCAS ¿Qué dices?
¿Estás sin juicio, sin seso?
¿Si tendrá ánimo, preguntas
a Focas?
LISIPO Oye, te ruego;
que tiene el frase en que dudo
énfasis con que prevengo;
¿tendrás ánimo de ver,
en fantásticos objetos,
a la breve edad de un día
reducido hoy el entero
círculo de un año, en que
representados sucesos,

antes de verlos, te digan
todos los acaecimientos
que en el año vieras?

FOCAS Ya,
cuanto al ánimo, te tengo
respondido; y así paso
a otra objeción que no entiendo:
si han de ser fingidas sombras,
sin vida, sin alma y cuerpo,
las que vea, ¿cómo yo
de ellas haré juicio, puesto
que, obrando sin albedrío
los que a ley de tu precepto
representen a los dos,
ni saber ni inferir puedo
lo que ellos con él obraran?

LISIPO La objeción es buena, pero
fácil la respuesta.

FOCAS ¿Cómo?

LISIPO Como han de ser ellos mesmos.

FOCAS ¿Ellos mesmos?

LISIPO Sí.

FOCAS Otra vez
y mil, ¿cómo —a dudar vuelvo—
sombra y realidad podrán
avenirse?

LISIPO Como dentro
del encanto han de ser reales
personas.

FOCAS ¿Quién?

LISIPO Tú, yo y ellos.

FOCAS ¿Ellos, tú y yo? ¿Cómo?

LISIPO Finge,
buscando divertimientos
a tus penas, una caza;
y en alcance de un ligero
bruto te hallarás adonde,
perdido de tus monteros,

verás una suntuosa
fábrica que, sobre el viento
fundada…

Dentro ruido.

Mas gente viene.
FOCAS Pues de aquí nos retiremos;
no te oigan.
LISIPO (Fortuna, si hoy
obligo a Focas, espero
enmendarte.)

Vase.

FOCAS Si hoy, fortuna,
el curso del año abrevio,
y en él me dice un examen
lo que me calla un silencio,
yo me vengaré de…

Dentro Heraclio y Leonido.

LOS DOS ¡Astolfo!
FOCAS Ya me parece que empiezo
a oír proverbios del encanto.
¡Qué ilusión! Qué devaneo!
Voz es que le nombra acaso.

Vase y salen por dos partes los dos.

LEONIDO ¡Astolfo!
HERACLIO ¡Astolfo!
LEONIDO Aún el eco
no me responde.

Sale.

HERACLIO Aún le faltan
suspiros para mí al viento.

Sale.

LEONIDO Heraclio.
HERACLIO Leonido.
LEONIDO ¿Ha estado
contigo Astolfo?
HERACLIO Lo mesmo
preguntara yo, a tener
tan bien mandado el aliento.
Desde aquella oscuridad
que nos dividió, no he vuelto
a verle.
LEONIDO Ni yo tampoco.
HERACLIO ¿Si le han prendido o le han muerto?
LEONIDO No sé, pero ¿qué lamentas
ningún infeliz suceso,
si de ése y de todos tienes
la culpa?
HERACLIO ¿Yo?
LEONIDO Pues, ¿no es cierto,
si tu vanidad fue quien
más adelantó el empeño?
¿Tan mal le estaba al que nace
echado al umbral de un yermo,
hijo expósito del hado,
hallarse al viso de serlo
de quien coronado César
supo hacerse por sus hechos,
para que, estimando más
a Mauricio que a él, el fuego
encendiese de sus iras
al aire de sus desprecios,
tanto, que si no enviara
en nuestro socorro el cielo
la recruta de las nubes,
hubiéramos todos muerto?
HERACLIO ¿Por qué, si fue culpa en mí
esa vanidad, tan presto
la seguiste tú?

LEONIDO Porque
debe, aunque conozca el yerro,
noble espíritu seguir
los ejemplares del riesgo;
que dicen que es más bien visto
lo restado que lo cuerdo.
¿Fuera bien que presumiera
nadie, cuando tú, soberbio,
osabas morir, que yo
no osaba?
HERACLIO Pues, según eso,
¿qué culpas que obre lo más?
LEONIDO El que bastaba lo menos.
HERACLIO Si a ti bastaba, a mí no.
Y la plática dejemos,
que el duelo de una porfía
suele pasarse a otro duelo.
LEONIDO Y ¿a quién estaría peor?
HERACLIO No sé si miro…
LEONIDO Si advierto…
HERACLIO … que mi ansia…
LEONIDO … que mi pena…
MÚSICA *dentro* ¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena…
LEONIDO Pero ¿qué música es ésta?
HERACLIO Cuando esperamos que estruendos
de armas vuelvan a buscarnos,
¿vuelven voces y instrumentos?
LEONIDO ¿Quién de halago el aire llena?
MÚSICA … el remo a que nos condena…
HERACLIO ¿Remo y paz? ¿Quién puede ser?
¿Quién mezcla agrado y rigor?
MÚSICA … el niño Amor!
LEONIDO De mí el canto me enajena.
MÚSICA ¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
el remo a que nos condena
el niño Amor!
LEONIDO Sigamos de este rumor
el armonioso acento,
que él, pues que viene de paz,

quizá del cuidado nuestro
nos informará.
HERACLIO Bien dices,
y peligro no tenemos
mientras que calla la duda.
LEONIDO Pues vamos la voz siguiendo.
MÚSICA ¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
el remo a que nos condena
el niño Amor!

El clarín dentro.

HERACLIO Vamos. Mas ¿qué es esto que
mueve con fuerza mayor?
MÚSICA Clarín que rompe el albor…

El clarín.

HERACLIO Mejor la cláusula suena
deste nuevo ruiseñor.
MÚSICA … no suena mejor.

El clarín.

HERACLIO Sí suena mejor.
LEONIDO Y MÚSICA No suena mejor.
LEONIDO Oh, escucha,
si es que alternados a un tiempo
vuelven a la competencia
el uno y otro, diciendo…
MÚSICA ¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena

El clarín.

el remo a que nos condena

El clarín.

el niño Amor!

Clarín.

Clarín que rompe el albor

Clarín.

no suena mejor.
HERACLIO Sí suena mejor.
LEONIDO No suena mejor;
y si a ti te lo parece,
síguele tú, que yo el eco
desta dulce suavidad
he de seguir.

Vase.

HERACLIO Yo el acento
desta ignorada armonía.

Sale Cintia.

CINTIA En tanto que yo este ameno
espacio registro, no
cese el clarín un momento.

Clarín.

HERACLIO Hermosa debe de ser
ave de tan lisonjero
canto… Y ¡cómo que es hermosa!
CINTIA Ya al uno de los dos veo,
y no le pierdo el temor,
aunque el asombro le pierdo.
HERACLIO Segunda aurora del día,
si esas voces que no entiendo
acaso con salva que hacen
nuevos pájaros a nuevo
sol, ¿cómo, di, de una causa

nacen contrarios efetos,
tanto, como que animoso
y cobarde a un mismo tiempo,
me aliente con lo que escucho
y tiemble con lo que veo?
Y ¿cómo, habiéndote dado
esta fiera tanto miedo,
vuelves, no digo al peligro,
sino al horror del aspecto?

CINTIA Infeliz joven, en quien
preso el corazón contemplo,
pues acechando resquicios
anda en la cárcel del pecho,
aunque tu vista temí,
me aseguró tu respeto
tanto, que vuelvo a buscarte.

HERACLIO Primero hermoso portento
que vi, y postrero también
que veré, porque no creo
que pueda contigo ir
la perfección en aumento
—u dígalo la hermosura
que juzgué mudarse necio,
pues al ver un rostro más
eché muchas gracias menos—
¿tú a buscarme a mí?

CINTIA A buscarte,
mas no el desvanecimiento
te persuada a que es favor,
sino cuidado, supuesto
que, si encontrara a tu amigo,
a él le dijera lo mesmo.

HERACLIO ¿Qué no entendido lenguaje
es ése, que le agradezco
en una parte, y en otra
me parece que le siento?
¿A mí me buscas, y a él
le buscaras? ¿Lo que espero

que me digas le dijeras?
¡Ay de mí!, que agora veo
que ya que en mudar semblantes
me engañó el primer concepto,
no me ha engañado el segundo,
en cifrar en un sujeto
la quietud y la tormenta,
la tristeza y el contento,
la cura y la enfermedad,
la atriaca y el veneno,
y finalmente…

CINTIA No más;
y pues dora atrevimientos
quien ignora con quién habla,
oye, y sabrás a qué vengo:
habiendo prendido a Astolfo,…

HERACLIO ¡Ay de mí! ¿Astolfo está preso?

CINTIA … persuadido a sus razones,
si ya no a las mías primero,
Focas envía por ti.

HERACLIO ¡Ay de mí!, que según eso,
debió de decirle que era
su hijo yo.

CINTIA Y ¿qué sientes?

HERACLIO Siento
que cuando desvanecido
quisiera mi pensamiento
ser a tus ojos lo más,
es en tus labios lo menos.

CINTIA Y ¿no pudiera ser que
por ti enviara, sabiendo
serlo de Mauricio?

HERACLIO No.

CINTIA ¿De qué lo infieres?

HERACLIO Lo infiero
de que por matarme fuera,
y no vinieras tú a eso;
que no quisiera matarme

con tan hermoso instrumento,
que le pudiera decir:
«No blasones que me has muerto,
que no eres tú el que me matas,
pues yo soy el que me muero».

CINTIA Porque sepas que no es
uno ni otro, a decir vuelvo
que Focas, a mis razones
y las de Astolfo, ha dispuesto
que tú y esotro Leonido
—si es que del nombre me acuerdo—
vais a su palacio donde
con iguales tratamientos
viváis los dos, sin saber
más de ti que de él, haciendo
razón de estado la duda;
y así, el enojo depuesto,
con señas de paz por ambos
envía; y pues yo te encuentro,
sea yo la que conmigo
te lleve, porque deseo
que mi fineza se logre.

HERACLIO Buen arbitrio halló el ingenio
que me quiso reducir
al yugo de sus imperios,
pues supo hallar el imán
de mis sentidos que, ciegos
girasoles, es forzoso
que vayan al sol siguiendo.
Guía, pues; no porque voy,
como dices, a un supremo
alcázar, sino porque
voy tras ti; que a no ser eso,
primero que a Focas diera
—por un natural despego
con que aborrezco su nombre—
ni aun el menor rendimiento,
quizá…

CINTIA Pues a nadie digas
tu oculto aborrecimiento,
que ignoras lo que aventuras,
porque vas… Pero no puedo
proseguir, que llega gente;
mas lo que ahora no te advierto
te diré en otra ocasión,
porque te importa el saberlo.

Libia, la música, damas y Leonido.

LIBIA Ya que yo tuve la dicha
de hallarte, con el intento
que te he dicho, de que vas
donde en el palacio excelso
de Focas vivas gozoso,
sígueme.
LEONIDO Ya te obedezco,
agradecido a la causa
que dices, si considero,
dure o no dure la duda,
que a vivir voy por lo menos
ese espacio en reales pompas,
ufano, alegre y contento.
CINTIA Libia.
LIBIA ¿Señora?
CINTIA Pues antes
que lo digas, el efeto
lo dice, y que a la armonía
acudió Leonido, a tiempo
que a los clarines Heraclio;
porque vean que volvemos
gozosas de haber logrado
de Focas el justo intento,
volvamos con la alegría
que venimos, repitiendo
ambas músicas.
DAMA 1.ª La parte
que nos toca obedecemos,

siempre tuyas, aunque hoy
de Libia hemos sido.
HERACLIO (¡Cielos!
Sin duda la más hermosa
tiene en las demás imperio,
pues todas se la avasallan.)
LEONIDO (No solo ya el gozo llevo
de ir a mandar, sino el gozo
de que voy adonde puedo
ver hermosura, a quien todas
parece que pagan feudo.)
MÚSICA ¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!

Clarín; voces dentro.

LUQUETE ¡To, to, Melampo!
SABAÑÓN ¡Barcino!
1.º ¡Al jaral!
2.º ¡Al risco!
3.º ¡Al cerro!
FOCAS *dentro* Aunque vueles, veloz bruto,
iré tus huellas siguiendo.
SABAÑÓN Pues ya acusan los ventores,
desatraillad todos presto
los lebreles, a que sigan
la ladra de los sabuenos.
TODOS ¡Al cerro! ¡Al jaral! ¡Al risco!

Salen Sabañón y Luquete.

LOS DOS ¡To! ¡To!
TODOS Villanos, ¿qué es eso?
SABAÑÓN Que Focas, por divertirse
de no sé qué sentimientos,
sabiendo que de monteras
Libia nos pasó a monteros
—pues desde que la servimos
andamos dados a perros—,

sacándonos de la guarda
en que antes nos había puesto,
mandó que su montería
traigamos, y en el ojeo
acertó a caer un trigue,
manchado galán del cierzo
—si es que hay galanes manchados—,
y Focas le va siguiendo,
no sin gran peligro.

LEONIDO ¿Qué oigo?
¿Focas en peligro? ¡Cielos!
Ven, villano, hasta ponerme
en la senda.

HERACLIO Haz tú lo mesmo,
que aunque por Focas no fuera,
por Leonido es fuerza, puesto
que yo le enseñé a seguir
los ejemplares del riesgo.

LOS DOS [GRACIOSOS] ¿Aún no habemos acabado
con los salvajes?

LOS DOS [JÓVENES] Ven presto.

Vanse, llevando Leonido a Luquete y Heraclio a Sabañón.

CINTIA Vamos siguiéndolos todas,
ya que este lance ha dispuesto
que sigamos a quien antes
nos seguía.

LIBIA Y sea diciendo,
porque alentemos la gente
con sus alaridos mesmos:…
Dentro ¡To, to, Melampo, Barcino!

TODOS ¡Al jaral! ¡Al risco! ¡Al cerro!

Vanse, y vuelven a salir Leonido con Luquete y Heraclio con Sabañón, por dos partes.

LEONIDO ¿Adónde, villano, vas,
que en vez de haberme traído

donde se escuchaba el ruido,
conmigo en lo inculto das
del monte, donde ni gente,
ni ladra ni huella hay?

HERACLIO ¿Dónde, villano, me tray
tu error, pues no solamente
a la parte me has guiado
donde la caza se oía,
pero a sitio que aun el día
parece que le ha ignorado,
según opaco y tejido
impide al sol su boscaje?

LUQUETE ¿Quién de uno en otro salvaje
anda, que no sea un perdido?

SABAÑÓN Pues ¿qué mucho ha sido errar,
quien a buscar a otros viene
en un barrio que no tiene
barbero a quien preguntar?

LEONIDO ¿Quién en el monte juzgara
que nací que me perdiera?

HERACLIO ¿Quién donde viví creyera
que ningún seno ignorara?

LEONIDO Desde esta peña veré
si senda descubro o gente.

HERACLIO Desde este risco eminente
el monte registraré.

Múdase el teatro.

LEONIDO Y no en vano, que en su espacio
un alto edificio vi.

LUQUETE ¿Quién diablos le puso ahí?

HERACLIO Y no en vano, que un palacio
descubro, a mi parecer.

SABAÑÓN Por más que el monte he corrido,
nunca yo de él he sabido.

LEONIDO Sin duda debe de ser,
pues aquella beldad dijo

que a un alcázar me traía,
éste por quien lo decía.

HERACLIO Si sus razones colijo,
que a un palacio me guiaba
fue lo que me dijo aquella
divina hermosura bella;
sin duda que de éste hablaba.

LEONIDO Y así en él preguntaré
si acaso llegó primero.

HERACLIO Y así en él saber espero
si éste el que me dijo fue.

LEONIDO ¿Dónde, Heraclio, vas?

HERACLIO A ti
te puedes tú responder,
pues una debe de ser
nuestra confusión.

LEONIDO A mí
—después de no haber hallado
a Focas, ni haber sabido
dónde el bruto que ha seguido
le puede haber emboscado—
la noticia que me dio
la beldad a quien seguía
a esa fábrica me guía.

HERACLIO A ese mismo efeto yo
vengo a ella.

LEONIDO De nuestra fama
las fortunas apuremos,
que ignoramos y sabemos.

LOS DOS ¡Ah del alcázar!

MÚSICA *dentro* ¿Quién llama?

LEONIDO Quien desea saber…

MÚSICA Di.

HERACLIO ¿Quién fue un sol que de mí huyó?

MÚSICA Yo.

HERACLIO Luego ¿no fue ilusión?

MÚSICA No.

LEONIDO Y el otro ¿fue verdad?

MÚSICA Sí.
HERACLIO Según eso, ¿aquí llegó
la que en el monte perdí,
por seguir a Focas?
MÚSICA Sí.
LEONIDO La otra, ¿quedóse en él?
MÚSICA No.
LOS DOS Pues a una y otra decid
que hemos seguido sus huellas.
LISIPO *dentro* Pues han venido tras ellas,
a recebirlos salid.

Salen en dos tropas todos los músicos y músicas que puedan; y trayn todos en fuentes capas, espadas, sombreros y otros adornos de vestidos.

CORO 1.º MÚSICA Pues ya de Mauricio
u de Focas ya
la sangre es heroica,
que el lustre les da,…
CORO 2.º … a ambos igualmente
reciba triunfal
Trinacria con fiestas,
pompa y majestad.
CORO 1.º Y pues no se sabe
si es su estirpe real
mentira o verdad,…
CORO 2.º … mientras que la duda
calla, sean sus dichas
verdad y mentira.
HERACLIO ¡Cielos! Lo que veo y escucho,
¿es verdad, o es vanidad
de mi fantasía?
CORO 1.º Verdad.
LEONIDO Los asombros con que lucho,
¿son, cuando en tal confusión
el sentido los admira,
mentira o verdad?

CORO 2.º Mentira.
HERACLIO ¿Verdad y mentira son?
¿Cómo puede ser?
LEONIDO ¿Quién vio
la duda en que yo me vi?
HERACLIO ¿No es verdad lo que veo?
CORO 1.º Sí.
LEONIDO ¿No es verdad lo que oigo?
2.º No.
CORO 1.º Que pues no se sabe
si es tu estirpe real
mentira o verdad,…
CORO 2.º … mientras que la duda
calla, sean tus dichas
verdad y mentira.
LUQUETE ¿Hubiera el diablo inventado
aquestas cosas?
SABAÑÓN Sí hubiera,
como nuestro amo fuera
quien se lo hubiera mandado.

Sale Lisipo.

LUQUETE ¡Dicho y hecho! ¡Vesle aquí!
SABAÑÓN ¿Qué dices? ¡Él es, por Dios!
LISIPO (Ya que una vez estos dos
pudieron llegar aquí,
tuve por mejor que entraran
donde este tiempo estuvieran,
que no que volver pudieran
donde el palacio contaran
que vieron; sobre el pesar
que allá de Focas alcanza
con la perdida esperanza
de que le puedan hallar.)
Príncipes, a quien el cielo,
con prodigiosa crianza,
no sin suma providencia,

para grandes cosas guarda:
Focas, reducido a que
es más heroica, más clara
acción honrar a la ajena
que ver que a su sangre falta,
por los dos envió, de cuyo
intento ya en la montaña
de paz os dieron aviso
una y otra dulce salva;
y aunque por entonces pudo
el acaso de la caza
divertir la acción, habiéndoos
guiado el destino las plantas,
viniendo donde os trujera
quien de buscaros se encarga,
seáis bien venidos; y puesto
que de la sangrienta saña
de aquel bruto que siguió
triunfante volvió a este alcázar,
adonde con alborozo
de igual afecto os aguarda,
entrad, porque, desnudando
la bruta piel tosca y basta,
para llegar a su vista
os adornen ricas galas,
joyas y plumas. Aquélla
es la prevenida estancia
vuestra, Leonido; ésta es,
Heraclio, la vuestra. Vaya
la música divirtiendo
a los dos.

HERACLIO ¡Grandeza extraña!
¿Esto, cielos, no gozó
tanto tiempo mi ignorancia?

LEONIDO Aunque es mucho lo que veo,
o poco me admira o nada;
porque para mi ambición,
aún más que miro me falta.

Vanse, cada uno por su parte con un coro y una tropa, como ayudándolos a desnudar.

TODA LA MÚSICA Pues ya de Mauricio
u de Focas ya
la sangre es heroica,
que el lustre les da,
a ambos igualmente
reciba triunfal
Trinacria con fiestas,
pompa y majestad;
y pues no se sabe
si es su estirpe real
mentira o verdad,
mientras que la duda
calla, sean sus dichas
verdad y mentira.
SABAÑÓN Luquete, ¿qué dices desto?
LUQUETE ¿Tú sabes lo que nos pasa?
SABAÑÓN Yo no.
LUQUETE Pues ni yo tampoco.

Vanse.

LISIPO ¡Señor! Ya es tiempo que salgas.

Sale Focas.

FOCAS Aunque culpé que dijeses
tal vez que, si me bastara
el ánimo para hacer
una experiencia tan rara,
me la enseñarías, disculpo
la frase ya, porque es tanta
la admiración, que yo sólo
me atreviera a ejecutarla.
LISIPO Pues ahora, señor, empieza;
que saliendo de sus cuadras,

acabando de vestirse,
los dos a este cuarto pasan.
FOCAS Atendamos mientras llegan.

Por dos partes salen Heraclio y Leonido, vestidos de gala, con criados; acaban de vestirse, y salen Luquete y Sabañón de lacayos ridículos.

1.º Toma el sombrero y la capa.
LEONIDO ¿Cuál es el sombrero?
1.º Éste.
LEONIDO Si remotas no me engañan
las noticias que de él tuve,
a la sombra desta falda
se aloja la cortesía,
y la urbanidad descansa;
con susto a ponerle llego.
¿Es posible que esto haga
o bien vistos o mal vistos?
¡Oh ceremoniosa alhaja,
lo que por ti se merece
y se desmerece! ¡Y haya
quien peligre en cosa que
tan fácilmente se manda!
2.º Ciñe la espada.
HERACLIO Con miedo
llego a ceñirme la espada.
2.º ¿Por qué?
HERACLIO Porque en los avisos
que de ella Astolfo me daba,
me decía que ella era
el tesoro de la fama,
en cuyo crédito aceta
la honra todas sus libranzas.
Jeroglífico que fácil
hizo el uso, pues te tratan
muchos como adorno y no
como empeño, ven fiada
en que sé que hubiera pocos

que ciñeran tu hoja blanca,
si el día que se la ciñen
supieran de qué se encargan.
LISIPO (Ya a besar tu mano llegan.
En sus acciones repara
y sus razones, porque
desde aquí observando vayas
sus genios y inclinaciones,
ya que con esto adelantas
la pereza de los días.)
FOCAS (Bien les asientan las galas;
briosos son los dos.)
1.º El rey
que llegues, señor, aguarda.
2.º El rey que llegues espera.
LOS DOS Dame, gran señor, tus plantas.
FOCAS Ya os habrán dicho que yo,
príncipes, la ira templada,
quiero más dar dos honores
que tomar una venganza.
Ya en un palacio, de donde
a la corte iréis mañana,
os halláis; vivid seguros
de que vuestras vidas guarda,
en la piedad de una duda,
el rigor de una esperanza.
HERACLIO Otra vez tus plantas beso
(¡Tiranía, qué no arrastras!)
y en ellas, agradecido
a tanto honor, dicha tanta,
esclavo, ya que no puedo
hijo, te doy la palabra
de reconocer la vida
que en mí y Leonido restauras;
porque viviendo en los dos
dos vidas hoy con un alma,
cada uno recibe una,
y queda deudor de entrambas.

FOCAS (¡Qué bien suena el rendimiento!)
¿Por qué, Leonido, te apartas,
y tú gracias no me das?
LEONIDO ¿De qué te he de dar yo gracias?
Si es del honor, por cualquiera
lado a mi sangre le alcanza;
si es de la vida, con ella
más que me obligas me agravias,
pues o por ti o por Mauricio
acreedor soy a la sacra
diadema; y mientras me pones
en duda dicha tan alta,
¿para qué quiero la vida?
FOCAS (No suena mal la arrogancia.)
LUQUETE Y a mí a quien también han puesto,
señor, estas martingalas…
SABAÑÓN Y a mí a quien también han dado
librea aquestos fantasmas…
LOS DOS ¿… no daréis un pie siquiera?
LEONIDO ¡Quita, loco!
HERACLIO ¡Necio, aparta!
FOCAS ¿Quién son éstos?
LEONIDO Dos villanos
que acaso nos acompañan.
LUQUETE ¿Ya no nos conoce?
FOCAS Pues
¿quién sois?
SABAÑÓN ¡Lo que hacen las galas!
Los que del monte y de Astolfo
fuimos monteros y guardas.
FOCAS ¿Qué hacéis aquí?
LUQUETE Tener miedo.
LISIPO Ea, villanos, ya basta.

Sale Libia.

LIBIA Habiendo Cintia sabido,…
LUQUETE ¿También está acá nuestra ama?

SABAÑÓN ¡Agora digo que es diablo!
LIBIA … después que de la montaña
los cotos corrió en tu busca,
que ya en esta quinta estabas
y los príncipes contigo,
licencia de entrar aguarda
a darles la bienvenida.
FOCAS Que llegue, la di.
LISIPO Repara
que no son Cintia ni Libia
las dos, sino…
FOCAS ¿Qué te cansas
en advertirme, si en todo
estoy?
LEONIDO ¿Quién es la que aguardan?
HERACLIO ¿Quién es la que esperan?

Todas las damas y Cintia.

LOS DOS [GRACIOSOS] Doña
Cinta, ruina de Triaca.
HERACLIO (¿No es la que en el monte vi?)
LEONIDO (¿No es la que vi en la campaña?)
HERACLIO (Ella es; muera mi deseo…)
LEONIDO (Ella es; viva mi esperanza…)
HERACLIO (… pues ya no puede atreverse
amor a empresa tan alta.)
LEONIDO (… pues a no menor asunto
diera yo mi confianza.)
CINTIA Después, señor, que mis dichas
dádose el parabién hayan
de vuestra vida, a quien tuvo
en leal desconfianza
de aquella fiera el empeño,
dadme licencia que añada
el segundo parabién,
de que merezca mi casa
dos huéspedes tan gloriosos,
ya que quiso mi tirana

suerte que no fuese yo,
cuando ellos en demanda
de vuestra vida acudieron,
quien a este albergue los traiga.

HERACLIO Sólo pudiera, en disculpa
de dejar la soberana
vista vuestra, yo… si… cuando…
(Aliento y voces me faltan…)
Perdonad, porque el saber
quién sois me turba y me pasma
tanto, que aun hablar no puedo.

LEONIDO Pues diga yo lo que él calla:
sólo pudiera, en disculpa
de dejar la soberana
vista vuestra, alegar yo
lo preciso de la causa;
pues por solo dar, señora,
vida al rey, me la quitara
a mí; y si el no conseguir
el fin de empresa tan alta
no me valió para dicha,
para disculpa me valga.

FOCAS (Lo bien y mal explicado
de los dos también me agrada,
sin que nada inferir pueda
para el examen del alma;
porque no está dicidido,
en el duelo de las damas,
si es cobarde el que se atreve,
u osado el que se acobarda.)
El cuidado de mi vida
os estimo; y porque haga
tiempo al descanso quien fue
de la fatiga la causa,
será bien que acompañándoos
hasta vuestro cuarto vaya.
(Esto es dar lugar a ver
qué obran sin mí.)

LISIPO (Bien lo trazas;

Clarín.

pero antes has de ver
lo que el tiempo te adelanta.)
CRIADO 1.º Un embajador, señor,
del gran duque de Calabria
audiencia pide.
FOCAS Di que entre.

Sale el príncipe Federico.

LISIPO (Su misma forma retrata,
sucediendo lo que había
de suceder.)
FEDERICO A tus plantas
besar tu mano merezca.
FOCAS Del suelo, joven, levanta.
FEDERICO El gran duque Federico,
sabiendo que hoy en Trinacria
estás, a ti y a Cintia dos
norabuenas dar me manda:
de tu salud y venida,
a ti; y del honor que gana
con tal huésped, a ella, en cuyo
nombre merezca tu blanca
mano besar. Y pasando
a no menor importancia,
te representa por mí
que, siendo hijo de Casandra,
hermana del infelice
Mauricio, cuya desgracia
el mundo llora, no sólo
te debe rendir las parias
que al imperio pagó, pero
que, puesto que no se halla

heredero más cercano,
el día que el hijo falta
que dicen que retiró
un vasallo a las montañas,
le toca el laurel, bien como
dignidad hereditaria;
y así que le restituyas
dice…

FOCAS ¡No prosigas, calla!,
que inobedientes locuras
tanto como ésa aun palabras
en respuesta no merecen:
y esto que le digas basta.

LEONIDO No basta, señor. ¿No tiene
este palacio ventanas,
por donde volando vuelva
más presto?

HERACLIO Leonido, aguarda;
que viene sobre seguro
de embajador, y no agravian
los motivos de su dueño
en su boca.

LISIPO (¿No reparas
en la ira y la cordura
de los dos?)

FOCAS (Sí.) Pues, ¿qué aguardas?
¿Ya no llevas la respuesta?

FEDERICO Que sepas que en la campaña
última razón de reyes
son la pólvora y las balas.

Vase.

FOCAS Está bien. Ven, Cintia.

CINTIA El cielo
os guarde. Y pues obligada
al hospedaje me veo,
procuraré que no haya

espacio en que no os diviertan
saraos, músicas y danzas.
FOCAS No paséis los dos de aquí;
quedaos, y en la hermosa varia
estación de esos jardines
esperad, mientras que salga.

Vanse Focas, las damas y Lisipo.

LEONIDO Siempre yo he de obedecerte,…
HERACLIO Siempre haré lo que me mandas,…
LEONIDO … bien que a pesar de mis penas;…
HERACLIO … bien que a pesar de mis ansias;…
LEONIDO … pues que siga al sol que adora
mi presunción embarazas.
HERACLIO … pues niegas que siga al sol
que mi temor idolatra.

Lisipo y Focas al paño.

LISIPO (Desde aquí podrás agora
ver cómo en un lance andan,
poniéndoles la piedad
en dos iguales balanzas.)
VOCES *dentro* ¡Seguilde, y donde le hallareis,
matalde!

Sale Astolfo.

ASTOLFO ¡El cielo me valga!
LOS DOS ¿Qué es esto?
ASTOLFO ¡Dichoso yo,
pues que llegué a vuestras plantas!
Supe de vuestra venida,
y, quebrantando las guardas,
rompí la prisión, no tanto
porque esto mi vida salva,
cuanto por ver que logró
mi silencio su esperanza;

pues aunque agora me den
una y mil muertes, me basta
para consuelo el haberos
visto en majestad tan alta.

LEONIDO ¿En qué majestad nos miras,
si, en una duda fundada,
quitas a cuya es la dicha
para neciamente darla
a cuya no es?

HERACLIO Mal, Leonido,
lo que le debes le pagas.

LEONIDO ¿Qué le debo? Lo tirano
de una rústica crianza
en que, ladrón de mi media
vida, en riscos me la gasta.
¿No fuera mejor, pues supo
quién éramos, que empleara
nuestras fortunas en otros
ejercicios que lograran
la sangre de nuestro pechos,
donde lo que nos quitaba
el hado por convenencias
restituyese por armas?

FOCAS (Bien discurre por lo altivo
Leonido.)

HERACLIO Si es cosa clara
que, conocido él, lo fuera
el hijo infeliz que ampara
de Mauricio entre los dos,
¿qué lealtad, di, se compara
al desterrarse con él?
Y di, ¿qué piedad se iguala,
también entre los dos, que,
sabiendo por la aldeana,
madre de uno, que era prenda
de su enemigo, guardarla
con igual fineza?

FOCAS (Bien
por lo cuerdo Heraclio habla.)
LEONIDO ¿Y es fineza, y es lealtad,
y es piedad lo que ahora calla?
No, pues cuanto anda con uno
piadoso, tanto cruel anda
con otro; y fuera mejor
que de una vez se explicara,
y muriera el que muriera,
y reinara el que reinara.
HERACLIO No fuera, pues una vida
vale más que un reino.
LEONIDO Calla,
que el ver que vuelves por él
tanto mi cólera arrastra,
que estoy por…
ASTOLFO ¿Por qué, di, ingrato?
LEONIDO ¡Por serlo, pues me lo llamas,
traidor, tirano, caduco!

Échale en el suelo.

HERACLIO Del suelo, padre, levanta.
ASTOLFO ¡Ay de mí!
HERACLIO Y ya que mi mano
a ti socorrió, mi saña
castigue a un tirano aleve.

Riñen.

LEONIDO No es muy fácil la demanda.
SABAÑÓN Ve aquí por lo que no puede
poner uno a su hijo espada.

Vase.

LUQUETE No, que el día que la ciñe,
no ve la hora de sacarla.

Vase.

ASTOLFO ¡Hijos, hijos!
LEONIDO Tropecé
y caí.

Sale Focas, y pónese delante de Leonido, y Cintia detiene a Heraclio.

FOCAS ¡Detente!
CINTIA Aguarda…
FOCAS ¡No le mates!
CINTIA No te empeñes.
HERACLIO Viva, porque tú lo mandas.
Viva, porque tú lo quieres.
Ven, Astolfo.

Vase.

ASTOLFO (Con el ansia
que Focas a socorrer
a Leonido se adelanta.)
LISIPO (Con el afecto que Cintia,
aun entre las sombras vanas,
detiniendo a Heraclio, hizo
lo que ella hiciera.)
LEONIDO ¡Qué rabia!
ASTOLFO (¡Oh, secreto, lo que dices!)

Vase.

LISIPO (¡Oh, secreto, lo que callas!)

Vase.

LEONIDO Haber tropezado no es
flaqueza, sino desgracia;
y ahora lo verás.
LOS DOS Detente.
LEONIDO Nadie impida mi venganza,
que he de sanear el desaire.

FOCAS ¿Ves que soy quien te lo manda?
CINTIA ¿Ves que soy quien te lo ruega?
LEONIDO Ni tu decoro me ataja,
ni tu respeto me mueve.

Vase.

FOCAS ¡Oye, espera!
CINTIA ¡Escucha, aguarda!
¿Qué te va diciendo, Focas,
la experiencia?
FOCAS Mucho y nada;
pues me quedo con mis dudas,
al ver que iguales me agradan
en el uno la soberbia,
y en el otro la templanza.

Vase.

CINTIA Pues date prisa a saberlo;
que si el término al día pasa,
en un punto que le sobre,
verás que todo esto falta.

Vase.

JORNADA TERCERA

Salen Cintia, Libia y músicas.

CINTIA Ya que al conjuro de aquel
fuerte, poderoso hechizo
fingimos lo que no somos,
seamos lo que fingimos.
LIBIA Dices bien; y pues al duelo
entre los dos Focas hizo
las amistades, sin que
de aquél ni de otros motivos
haya averiguado más
que la soberbia en Leonido
y la templanza en Heraclio,
tratemos de divertirlos,
hasta que dé otra ilusión
de sus pasiones indicio.
DAMA 1.ª Buena es, para descubrir
lo interior, la que Lisipo
trazando está.
CINTIA Cantad, pues.
2.ª Ya tono y letra fingimos.

Cantan.

VOZ 1.ª Los ojos que dan enojos…
VOZ 2.ª … al ver y mirar con ellos,…
VOZ 3.ª … más valiera no tenellos,…
VOZ 4.ª … pero bueno es tener ojos.
TODA LA MÚSICA Los ojos que dan enojos…

LEONIDO *repite dentro* Los ojos que dan enojos…
HERACLIO *dentro* … al ver y mirar con ellos,…

Por dos partes Leonido y Luquete, y Heraclio y Sabañón.

LEONIDO … más valiera no tenellos,…
HERACLIO … pero bueno es tener ojos.
LEONIDO Siempre la música fue
el imán de mis sentidos.
LUQUETE Buena la mosica fuera,
si no tuviera mosicos.
HERACLIO Aunque pudiera este acento
haberme hasta aquí traído,
más a seguirle me mueven
los ojos que los oídos.
SABAÑÓN Haces bien, porque no hay solfa
como el sol–fa de lo lindo.
MÚSICA Los ojos…
CINTIA Oíd, esperad;
que parece que he sentido
entre aquellas ramas gente.
LIBIA Y entre éstas también hay ruido.
1.ª ¿Quién está aquí?
LEONIDO Quien llamado
del sonoro acento vino,
porque disculpas del canto
le sirvan para el delito.
2.ª ¿Y aquí quién está?
HERACLIO Quien no
disculpar su yerro quiso,
pues no le sirvió el acento
más que de darle el aviso.
LEONIDO Culpa que del oído fue,
bien sanearla solicito.
HERACLIO Culpa que fue de los ojos,
mal a negarla me animo.
CINTIA Pues porque a cuestión no pase
quién mayor fineza hizo,

el que adelantó la culpa,
o el que la culpa previno,
cantad; que es muy visto lance
éste de entre ojos y oídos
andar graduando afectos.

LEONIDO Yo no he de dejar el mío
desairado, y aunque canten,
sanearle tengo.

HERACLIO Lo mismo
haré yo al compás del tono.

CINTIA También ése es lance visto.

LOS DOS ¿Propio o ajeno?

CINTIA No sé.
Mas ¿para qué es el decirlo?

LEONIDO Para que ajeno es acierto
ver que lo mejor elijo.

HERACLIO Para que propio no es culpa,
pues de mi paño me visto.

CINTIA Con no atender cumplo yo;
prosigue, Ismenia.

VOZ 1.ª Prosigo.

Canta Los ojos que dan enojos…

LEONIDO Del placer y del pesar
árbitros los ojos son,
pues sirven al corazón
de mirar, ver y llorar.
Y aunque ya al ver, ya al mirar,
distintos son sus antojos,
no al llorar; luego en despojos
siempre unos al peor empeño,
traidores son a su dueño…

LOS DOS … los ojos que dan enojos.

2.ª Al ver y mirar con ellos…

HERACLIO Ver, mirar y llorar, ser
tres cosas no he de dudar:
ver, que es ver y no cuidar;
mirar, que es cuidar y ver;
luego el llorar, sin tener

glosa, es quien llega a excedellos;
que ojos que lloran, al vellos
sus enojos, ya aliviaron
el daño que ellos causaron…

LOS DOS … al ver y mirar con ellos.

3.ª Más valiera no tenellos…

LEONIDO Que en llanto el dolor termina
tampoco no he de negar,
pero error fuera enfermar
en fe de la medicina;
enojos que uno imagina
antes u después de vellos,
llorallos ya es padecellos;
y aunque haya de aliviallos,
tenellos para llorallos,…

LOS DOS … más valiera no tenellos.

4.ª Pero bueno es tener ojos…

HERACLIO De mi dolor el tormento
no llego a sentirle yo
porque le lloro, sino
le lloro porque le siento;
y así si aliviar intento,
sucedidos los enojos,
con lágrimas, que en despojos
los ojos dan al pesar,
malo es tener que llorar,…

LOS DOS … pero bueno es tener ojos.

TODA LA MÚSICA Los ojos que dan enojos…

Sale Lisipo.

LISIPO No prosigáis, porque Focas,
en el bello laberinto
que hace en esos cenadores
la amenidad deste sitio,
con la dulzura del canto
rindió al sueño los sentidos.

CINTIA Retiraos todas, porque
si el canto dormir le hizo,

no es bien que el canto le haga
despertar; que fuera impío
halago el que convirtiera
tan presto en pena el alivio.

Vanse las damas.

LUQUETE Vamos, Sabañón, a ver
si hay en jardines tan ricos
algo que comer.
SABAÑÓN ¡Que haya
quien plante rosas y lirios,
clavelles y tulipanes,
y no coles y pepinos!

Vanse los dos.

LISIPO Mira que le has de decir
a Heraclio lo que te he dicho,
que en voz de Cintia le digas.
CINTIA Sí diré, pues que te asisto
para obedecerte.
LISIPO Tú,
en voz de Libia, a Leonido
lo mismo dirás.
LIBIA Sí haré.
LISIPO (Así veré si consigo
la última experiencia, ya
que Cintia callar me hizo.)
FOCAS (Ya a hablarles llegan las dos,
con que veré si examino
su amor u odio, a cuya causa,
para poder asistirlos
y notarles las acciones,
el sueño a su vista finjo.)
LIBIA Leonido, escucha.
LEONIDO No, Libia,
quieras que el norte que sigo
de vista pierda.

LIBIA Quizá,
si oyes lo que solicito,
le alcanzarás antes.
LEONIDO ¿Cómo?
HERACLIO Dijiste —cuando rendido,
aún no sabiendo quién eras,
seguía tu sol divino—
que en otra ocasión me habías
de decir un escondido
secreto, que embarazó
la gente que entonces vino.
CINTIA Es verdad; y aunque de paso,
decirle ahora determino.
Oye, pues:…
LEONIDO ¿Qué es lo que dices?
LIBIA Lo que mi padre Lisipo
por sus ciencias alcanzó,
y a mí sola me lo dijo.
CINTIA Viéndose de mí obligado
cuando preso a Astolfo vimos,
porque intercedí por él
o por si moría, me quiso
dueño hacer de su secreto.
LEONIDO ¡Cielos! ¿Qué escucho?
HERACLIO ¿Qué he oído,
cielos?
LEONIDO ¿De Mauricio yo
el hijo soy?
HERACLIO ¿De Mauricio
soy yo el hijo?
LIBIA Sí, y por serlo,
te toca el imperio invicto
de Constantinopla.
CINTIA Sí,
y no sólo de tu altivo
valor el imperio es,
mas de Trinacria el dominio,
que feudataria colonia
es suya.

LIBIA Pero es preciso
que, mientras que Focas viva,
esté el secreto escondido,
porque te importa no menos
que la vida.
CINTIA Mas convino
guardar el secreto, mientras
viva Focas, porque, impío
hidrópico de tu sangre,
no se cebe en tu homicidio.
LIBIA Y así, secreto, y pensar
cómo se podrán tus bríos
declarar,…
CINTIA Y así, silencio,
y prevenir discursivo
cómo podrás declararte,…
LIBIA … que si hallas algún camino,…
CINTIA … que si algún modo descubres,…
LIBIA … no dudo que al punto mismo…
CINTIA … al mismo instante no ignoro…
LIBIA … que te sigan infinitos;…
CINTIA … que haya muchos que te aclamen;…
LIBIA … aunque imposible lo miro…
CINTIA … aunque imposible lo veo…
LAS DOS … mientras esté Focas vivo.

Vanse las dos.

LEONIDO Oye, Libia.
HERACLIO Cintia, espera.
LEONIDO (Suspenso con tal aviso,…
HERACLIO (Con tal noticia admirado,…
LEONIDO … triste muero.)
HERACLIO … alegre vivo.)
FOCAS (Ya deste engaño informados,
y contra mí persuadidos,
es fuerza que en dos afectos
tan contrarios, tan distintos

como de enemigo y padre,
haga la sangre su oficio.
A hablarles llegue ahora… Pero
no, mejor es advertirlos
recatado, pues es claro
que disimulen conmigo
y a sus solas no; y así
otra vez el sueño finjo.)

LEONIDO (Confieso que tuve a Focas
no sé qué interior cariño;
pero ahora conozco ser
de mi soberbia nacido,
por juzgarme en él más cerca
de la corona a que aspiro.
Dígalo el que, oyendo agora
que me toca por Mauricio,
el que cariño juzgaba
es rencor, cuando imagino
que es tirano, y que me quita
el imperio que era mío.)

HERACLIO (De albricias la vida diera
—aunque viva aborrecido
de Focas, tan a su vista,
en manos de mi peligro—
por las nuevas que me han dado;
pues no importa que el altivo
laurel que me toca goce,
tanto como haber sabido
la sangre que arde en mis venas,
bien que ahora esté el fuego tibio.)

FOCAS (Como hablan entre sí,
nada en los dos averiguo;
con todo, vuelvo al acecho.
¿Qué fuera que de fingido
a verdadero pasara?;
pues parece que me rindo
a la pesadez de un sueño,
que más que sueño es delirio.)

LEONIDO (Y pues en mí no hay más ley,
ni más razón ni más juicio
que desear reinar, ¿qué hiciera
para poder conseguirlo?)
HERACLIO (Y pues no hay más ambición
en mí, ni deseo más digno
que el de ser quien soy, dejemos
lo demás de mis designios
al cielo, que él volverá
por su causa.)

Vase Heraclio, y vuelve luego.

LEONIDO (Ya se ha ido
Heraclio; solo he quedado.
Mas no, que quedan conmigo
mis confusiones y penas.
De tal furor me revisto
al ver al traidor por quien
el sacro laurel no ciño,
que no sé cómo la saña
de tanto rencor resisto.)

Sale Heraclio.

HERACLIO (Por descansar a mis solas
huí de aquí; y, habiendo visto
gente al paso, por no hablar
con nadie, tuerzo el camino.)
LEONIDO (Pero si me dijo Libia,
cuando lo demás me dijo,
que, muerto él, es fuerza que
sigan todos mi partido,
¿qué espero? Mas ¡ay!, que aquel
cariño oculto indeciso
me tiene. ¿No vale más
un imperio que un cariño?
Sí… pues ¿qué temo, qué dudo?)

HERACLIO (¿Qué es lo que intenta Leonido?)
LEONIDO ¡Muera!
HERACLIO ¡No muera!
FOCAS ¿Qué es esto?
LEONIDO Haberte Heraclio querido
dar la muerte, y ser yo quien
tan loco furor impido.
HERACLIO Leonido era el que intentaba
matarte, y yo el que te libro.
FOCAS ¡Ay, infeliz!, que ni bien
despierto ni bien dormido,
«muera» y «no muera» en dos voces
oí, tan a un instante mismo
que, mezclados los metales,
ninguno sonó distinto;
de suerte que de su acento
nada infiero; y si remito
a la acción el desengaño,
igual en los dos la miro,
pues miro en los dos igual
desnudo el acero limpio.
LEONIDO Yo, al irte a matar Heraclio,
le desnudé en tu servicio.
HERACLIO Yo le saqué en tu defensa,
al irte a matar Leonido.
FOCAS ¡Mientes, mientes! Porque ya
que yo no pueda hacer juicio
de la voz ni de la acción,
por el pavor que, adivino
el corazón, desde el pecho
me dice en callados gritos,
tú eres el traidor, sí, ¡tú!,
pues en tu mano blandido
de esa cuchilla el acero,
de aquese puñal el filo,
tanto me espeluza, tanto
me sobresalta… ¡Leonido!
¡defiéndeme de él!, que todo

mi valor estremecido
no basta contra el amago
de haberle contra mí visto
tan sañudamente fiero,
tan ciegamente atrevido,
tan sangrientamente osado,
esgrimir el rayo altivo
de aquel áspid de metal
con señas de basilisco.

HERACLIO ¿Por qué, señor, cuando yo
no sólo el acero rindo
a tus pies, pero la vida,
de mí te asombras?

FOCAS ¡Lisipo!
¡Cintia! ¡Libia! ¡Pues que sois
familiares, sed amigos,
que me da la muerte Heraclio!

HERACLIO (A esto una vez persuadidos,
me han de matar. ¿Dónde, cielos,
huiré de tanto peligro?)

Vase.

FOCAS ¡De él me amparad!

LEONIDO Yo, señor
(pues tan bien ha sucedido,
hacer la deshecha importa),
le seguiré, y en castigo
de igual traición le daré
mil muertes.

Vase.

FOCAS Corre, Leonido,
que ya de aleve la fuga
es el no menor indicio.

Lisipo y todas las mujeres.

TODOS Señor, ¿qué es esto?
FOCAS No sé…
un letargo, un parasismo,
un frenesí, una locura,
un pasmo, una ansia, un conflito,
que aunque no dudo el saberlo,
descansaré con decirlo.
Fingí el sueño, y él, vengado
de ver que le había fingido,
perturbadas las ideas,
verdadero hacerse quiso;
y en aquel pequeño espacio
que iba acechando resquicios,
crepúsculo de la vida,
ni bien sombra ni bien viso,
a Leonido vi y a Heraclio
sobre vuestros dos avisos,
con dos puñales. Y aunque
cada uno se previno
de que era suyo el amparo
y era ajeno el homicidio,
no sé con qué oculta causa,
sin asustarme en Leonido
el acero, vi el de Heraclio,
jurara, en mi sangre tinto;
con que infiero que, al oír
que era hijo de Mauricio,
reventó la saña en él.
Y pues que yo no me afirmo,
decid vosotros, decid
si bien o si mal colijo
de sus acciones.
CINTIA Si ellos
llegaron a ti escondidos
sus intentos, no podemos
explicarlos sin oírlos;
que lo que no sale al labio,
no lo alcanza nuestro arbitrio.

FOCAS Tú, ¿qué infieres?
LISIPO Si pudiera
yo hablar, ya lo hubiera dicho;
pero hay deidad que mi vida
amenaza, si lo digo.
FOCAS Pues oblígalos a que
esos formados prodigios
lo digan.
TODAS Ya mal podrá
obligarnos ni oprimirnos.
LOS DOS ¿Por qué?
LIBIA Porque ya fatal…
CINTIA … cumplió el término preciso…

Cúbrese.

DAMA 1.ª … el día, en aquel instante…
DAMA 2.ª … en que forzados venimos,…
TODAS … a la fuerza de un conjuro,
y de un encanto al hechizo.

Vanse.

FOCAS Oíd, esperad…
LISIPO Es en vano.
Y pues te dejo en el sitio
que te encontré, lo que callo
infiere de lo que has visto.

[Vase.]

FOCAS ¿También huyes tú?
Dentro ¡A la selva!
1.º ¡Al monte!
2.º ¡Al jaral!
3.º ¡Al risco!
LIBIA ¡Focas!
CINTIA ¡Señor!

FOCAS En la propia
acción, el propio distrito
que perdido me dejaron
monteros y criados míos
vuelvo a hallarme, sin que haya
—en tan nunca usado estilo,
que fue síncopa de un año
o paréntesis de un siglo—
ni sabido, ni alcanzado,
ni rastreado, ni inferido
más de que en Heraclio fue
piedad todo, hasta haber visto
blandir su mano el acero;
todo crueldad en Leonido,
hasta haber visto que él fue
—si he de creerme a mí mismo—
el que la vida me dio.
¡Oh mal explicado abismo!
¡Qué de cosas me has callado,
y qué de cosas me has dicho!

MONTERO 1.º El manchado bruto a quien
ayer Focas siguió he visto
calarse otra vez al monte.

CINTIA Pues acosaldo y seguildo;
que sin duda, pues que Focas
desde ayer no ha parecido,
le dio muerte y vuelve hambriento.

TODOS ¡A él, Melampo! ¡A él, Barcino!

FOCAS Porque el fin de tanto asombro
se enlace con su principio,
acosado de los canes,
vuelve sangriento y herido
a mí el bruto, a tiempo que
no puedo acudir, rendido,
a mi defensa. ¡Ah del monte!
¡Criados! ¡Vasallos! ¡Amigos!
¿No hay quien me socorra?

Salen Heraclio y Leonido de pieles.

LOS DOS Sí,
que habiendo tu voz oído,…
HERACLIO … vuelvo a saber… Mas ¿qué veo?
LEONIDO … vuelvo a ver… Pero ¿qué miro?
HERACLIO ¿Ésta no es mi antigua piel,…
LEONIDO ¿Éste no es mi traje antiguo,…
HERACLIO … éste el monte…?
LEONIDO … ésta la selva…?
LOS DOS ¿Dónde…?
FOCAS ¿Qué os ha suspendido?
HERACLIO ¿Si he visto lo que he soñado?
LEONIDO ¿Si he soñado lo que he visto?
HERACLIO ¿Qué se hizo aquel alcázar
donde estabas?
LEONIDO ¿Qué se hizo
aquel edificio?
FOCAS ¿Qué
alcázar, ni qué edificio?
Desde ayer a esta hora ando
tras una fiera, perdido;
donde, hallándome la noche,
fueron mi lecho esos riscos;
salió el alba, y, procurando
vencer deste entretejido
seno el ceño, no hallé senda;
con que, habiendo al aire oído
de los monteros las voces,
de los canes los latidos,
llamé, no tanto porque
—yendo el bruto huyendo el ruido—
me diesen socorro, cuanto
porque deste laberinto
me sacasen; y supuesto
que en mi busca habéis venido,
debajo de aquel seguro
que Cintia y Libia habrán dicho,
yendo de paz a buscaros

con aparatos festivos
de músicas y instrumentos,
seáis los dos bien venidos,
y guiad donde a oírse vuelve
el montaraz alarido
de la caza.

TODOS ¡Llegad todos,
que hacia allí los descubrimos!

Las damas, Luquete, Sabañón y gente.

SABAÑÓN Bien puede ello ser verdad,
mas yo he de perder mi juicio.

LUQUETE Yo no, que ya no le tengo.

HERACLIO (¡Cielos! ¿Qué me ha sucedido?)

LEONIDO (¿Qué es lo que por mí ha pasado?)

SABAÑÓN ¿Hate tu amo despedido,
que te quitó la librea?

LUQUETE ¿Qué se hicieron los vestidos,
joyas y plumas?

LEONIDO No sé.

CINTIA Alegre, señor, te pido
la mano en albricias nobles
de que con vida te miro,
después que en tu busca fui
tan desvelado registro
del monte, que la esperanza
perdí de encontrarte vivo.

LIBIA A todos nos da tus plantas.

FOCAS Yo la fineza os estimo.

CINTIA Y yo estimo a mi fortuna
el que esté Heraclio contigo;
que habiéndole hallado yo,
y habiendo él en tu peligro
sido el que llegó primero,
me persuado a que he tenido
alguna parte en su dicha,
y no pequeña en tu alivio.

LIBIA Lo mismo a mí me sucede,
contigo hallando a Leonido.
FOCAS Los dos llegaron agora.
LUQUETE ¿Cómo ahora? ¿No estuvimos
contigo en aquel palacio?
FOCAS ¿Qué palacio?
SABAÑÓN ¡Aqueso es lindo!
Uno que a fuer de pastel
mandó alguien hacer hechizo,
donde cuantos aquí estamos
allá estábamos contigo;
u díganlo Libia y Cintia.
TODOS ¿Estáis, villanos, sin juicio?
LEONIDO (Si yo convengo con ellos,
a mí me dirán lo mismo;…
HERACLIO (Que padezca la sospecha
también de loco es preciso;…
LEONIDO … y así disimule y calle.)
HERACLIO … y así calle y finja.)
FOCAS Digo
que, habiendo agora llegado,
y habiéndoles las dos dicho
que quiero más ser piadoso
con los dos que vengativo
con el uno, es bien que vamos
donde sean recibidos
en tu corte con aplausos,
festejos y regocijos,
y donde muden el traje
en adornos y vestidos
de reales púrpuras.
LEONIDO (¡Cielos!
¿Si será esto lo fingido
y lo otro lo verdadero?
¿O si habrá, al contrario, sido
esto lo cierto, y lo otro
lo incierto? Mas ¿qué averiguo?
Vaya yo donde me vea

de reales pompas vestido,
en palacios alojado,
de varias gentes servido,
y sea cierto o no sea cierto;
pues en los faustos del siglo
lo que se goza se goza,
dure o no dure.) Rendido
a tus pies, beso tu mano
por el honor que recibo.

FOCAS (Cuerdo anda Leonido, pues
no se da por entendido.)
Pues, Heraclio, ¿no me das
las gracias de que te admito
en mi corte?

HERACLIO No, señor.

FOCAS ¿Cómo?

HERACLIO Como cuando miro
que la púrpura real
el polvo la esmalta en Tiro,
y que no hay polvo que no
le desvanezca un suspiro,
siendo tan leve su pompa,
que no hay humano sentido
que ser mentira o verdad
pueda afirmar, te suplico
que más lustre no me des
que dejarme en mi retiro
a vivir como viví,
destas montañas vecino,
destos brutos compañero,
ciudadano destos riscos;
porque no quiero ir a aplausos
de tan mañoso artificio
que no sepa cuándo son
verdaderos o finjidos.

FOCAS No te entiendo.

HERACLIO Yo tampoco.

Sale Astolfo.

ASTOLFO (Sabiendo que están Leonido
y Heraclio con Focas ya,
a verlos vengo, movido
de mi amor; mas no me atrevo
a llegar, porque, ofendido
de que de la prisión salga,
no se disguste conmigo.
Desde aquí me baste el verlos.)
LISIPO (A qué se habrán persuadido
los dos deseo saber.
A esta parte me retiro
hasta informarme.)
FOCAS En efeto,
ingrato, desconocido,
mi gracia desprecias.
HERACLIO No
la desprecio; antes la estimo
tanto que no quiero verla
aventurada al peligro
de que una piedad padezca
escrúpulos de delito;
y así, a tus pies arrojado,
que me desvíes, te pido,
de ti; porque a mí me basta
el reino de mi albedrío,
sin más ambición.
FOCAS Y eso,
¿no es hacer, di, desperdicio
y desaire de mi honor?
HERACLIO No, señor, sino del mío.
FOCAS ¡No es sino hallarte, tirano,
acusado y convencido
de tu traición (mas ¿qué hago?)
y no atreverte (¿qué digo?)
a ponérteme delante!
(Mal la cólera reprimo.
Arrebatóme la ira,
al ver que aún no le he perdido
aquel pasado pavor.)

CINTIA (¿Qué traición puede haber visto
en él, si agora ha llegado?)
FOCAS Y así, ingrato, por lo mismo
que mi favor aborreces,
has de estar siempre conmigo;
que menos cuidado así
me darás, siendo registro
yo de todas tus acciones,
que si huyes fugitivo
donde no sepa de ti
el día que persuadido
no en vano estoy que tú eres
el hijo de mi enemigo.
HERACLIO Es verdad; y pues tú rompes
el secreto de un prodigio
que yo ni alcanzo ni entiendo,
o peligre o no mi juicio,
hijo de Mauricio soy,
y estoy tan desvanecido
de serlo, que por lograr
tan glorioso, tan invicto
blasón, de mí delatando,
una y mil veces lo afirmo.
FOCAS Aunque ya para saberlo
me bastaba el inferirlo,
¿de qué lo sabes?
HERACLIO Lo sé
de tan superior testigo
que no padece excepción:
Cintia fue quien me lo dijo.
CINTIA ¿Yo? ¿Cómo, o cuándo? Ni yo,
¿de qué saberlo he podido?
HERACLIO De que te lo dijo Astolfo
a ti, cuando preso vino.
ASTOLFO (Aunque me maten, ¿qué espero?)
¿Yo, señora, tal te he dicho?
CINTIA Ni tú me lo has dicho a mí,
ni yo a él.

HERACLIO Si te he rompido
el secreto, con mi muerte
lo pago todo. Y tú, impío
piadoso, que me negaste
tantos años este altivo
honor, ya que lo dijiste,
¿por qué ahora tan atrevido
lo niegas, aventurando
el respeto en Cintia?
ASTOLFO Dilo
tú, señora: ¿cuándo yo
tal te dije?
CINTIA Ya lo he dicho:
¿ni cuándo lo supe yo?
HERACLIO A ti en nada te replico;
pero a éste, que tras quitarme
el honor, me quita el juicio,
la vida que le guardé
en aquel alcázar rico
le he de quitar.
ASTOLFO ¿En qué alcázar?
LEONIDO Deténte, y no inadvertido
le maltrates; que aunque es
verdad que en él estuvimos,
no es verdad lo que pasamos.
Algún superior motivo
anda aquí, que no sabemos.
Dígalo el ver que lo mismo
me dijo a mí Libia, y no
por aqueso lo he creído.
LIBIA ¿Lo mismo yo a ti? Pues ¿cuándo
yo a ti te he hablado ni visto?
LEONIDO En aquel mismo palacio
donde todos estuvimos,
por señas que me dijiste
que a ti tu padre Lisipo,
sabiéndolo por su ciencia,
te lo dijo.

LISIPO (Aquí es preciso
hacer la deshecha yo.)
Pues ¿cómo, Libia, has tenido
tú atrevimiento a decir
que dije lo que no he dicho?
CINTIA ¡Sí dirías, ah, traidor,
habiéndote yo pedido
que lo callases!
LISIPO (Volviose
contra mí el engaño mío.)
¿Yo, señora?
LIBIA ¿Yo, señor?
LUQUETE Sabañón, ¿has entendido
algo desto?
SABAÑÓN Todo.
LUQUETE ¿Y qué es?
SABAÑÓN Es que el demonio anda listo,
y el diablo suelto.
FOCAS Ya que
a todos confusos miro,
acabemos de una vez
de salir de tanto abismo.
Astolfo: yo, por saber
tu secreto, me he valido
de medios que ser Heraclio
me han dicho hijo de Mauricio;
ASTOLFO (Será la primer verdad
que la mentira haya dicho.)
FOCAS … pero para que no quede
escrupuloso en Leonido
el crédito, dilo claro.
ASTOLFO Yo, señor, no he de decirlo.
Sábelo tú, pero no
de mí.
CINTIA ¡Tú, traidor Lisipo,
andas por aquí!
LISIPO Señor,
airada contra mí miro

la deidad por quien calló
el labio y habló el indicio;
y puesto que me amenaza
sañudo su ceño esquivo,
muera por todo, saneando
lo inobediente lo fino.
Leonido es tu hijo, que casos
en dos tiempos sucedidos
bien pude alcanzarlos yo;
y baste que yo lo afirmo
el que no lo niegue Astolfo.

FOCAS Es lo más. Vasallos míos,
Leonido es mi hijo y vuestro
príncipe.

TODOS ¡Viva Leonido!

FOCAS ¡Viva, y muera Heraclio!

CINTIA Tente.

FOCAS ¿Tú lo impides?

CINTIA Yo lo impido.
Debajo de tu palabra
y de mi seguro vino;
y has de cumplírsela, o, antes
que él muera, en el pecho mío
has de ensangrentar tu acero.

FOCAS ¿Qué es lo que yo le he ofrecido?

CINTIA Ni matarle ni prenderle.

FOCAS Por ti y por mí he de cumplirlo.
Desamarrad aquel barco,
que a la orilla del mar miro;
dalde un barreno en entrando
en él. Ya le dejo vivo,
pues no le doy muerte, y ya
no le prendo, pues le envío
donde pueda correr todo
ese campo cristalino.
Llevalde, pues.

HERACLIO No, villanos,
con violencia; que yo mismo

al sepulcro por mi pie
iré, pues sepulcro mío
es ese barco que agora
me recibe compasivo,
para que, vuelta la quilla
en el primero desvío,
sea tumba el que fue albergue.
Adiós, hermoso prodigio,
primero que vi y postrero
que veré; adiós, padre mío,
que sólo siento dejarte
en poder de mi enemigo;
que mintiendo en la verdad,
verdad la mentira dijo.

FOCAS Espera, que porque veas
si ando piadoso contigo,
aun no te quiero quitar
aquese pequeño alivio.
Llevad con él ese anciano
caduco vil.

ASTOLFO Vamos, hijo,
que yo no quiero más vida
que el ir a morir contigo.

Vanse.

CINTIA ¡Qué lástima!

LIBIA ¡Qué desdicha!

LUQUETE ¡Qué compasión!

SABAÑÓN ¡Qué conflito!

FOCAS Agora, porque no lleguen
los ecos de sus gemidos
a nosotros, empezad
desde aquí los regozijos
con que es bien Leonido entre
en la corte. Ven conmigo,
para que te reconozcan
todos, y todos rendidos

besen tu mano, diciendo
a voces:…
TODOS ¡Viva Leonido!
MÚSICA ¡Viva Leonido!
HERACLIO *dentro* ¡Favor, cielos divinos!
ASTOLFO *dentro* ¡Cielos, favor!
LOS DOS ¡Piedad!
MÚSICA ¡Viva Leonido!
LEONIDO Sea mentira o verdad,
sea cierto o sea fingido,
u desvanézcase o no,
ya por lo menos me miro,
sin competencia, heredero
del imperio; y aunque esquivo
el hado quiera vengarse,
no me quitará haber visto
aquesta felicidad
a costa de aquel peligro.
HERACLIO ¡Favor, cielos divinos!
ASTOLFO ¡Cielos, favor!
LOS DOS ¡Piedad!
MÚSICA ¡Viva Leonido!

Tiros dentro, cajas y trompetas.

FOCAS Esperad. ¿Qué salva es
la que a lo lejos se ha oído,
cuyas trompetas y cajas,
al son del bronce, han querido
trocar en toques de guerra
estos aplausos festivos?
CINTIA De compasiva, la vista
siguiendo iba el combatido
leño de vientos y olas,
cuyo inútil desperdicio,
como jugando con él,
conservaba en su bullicio
el inquieto afán de tanto

salobre campo de vidro,
cuando, afilada en los lejos
de aquel átomo de pino,
descubrió en sus golfos una
vaga ciudad de navíos
que, al reconocer el puerto,
salva a sus murallas hizo.

FOCAS Tributo será de alguno
de tantos reinos vecinos,
como feudatarios son
al imperio.

LISIPO Más me inclino
yo, señor —pues de más cerca
latinas velas diviso—,
a pensar…

FOCAS ¿Qué?

LISIPO … que es la armada
del príncipe Federico
de Calabria, de quien ya
noticias di.

FOCAS Por el mismo
trance de pensar que es él,
no cesen los regocijos,
que a mí no me asusta nada;
y mientras la gente alisto,
pues se repiten sus salvas,
repítanse vuestros himnos.

LEONIDO Tú verás que desempeño
los créditos de tu hijo.

CINTIA Y que (a pesar de mis penas)
yo con mi gente te sigo.

ASTOLFO Y HERACLIO ¡Piedad, cielos divinos!

FEDERICO *dentro* ¡A tierra, a tierra!

OTROS ¡Arma, arma!

OTROS ¡Guerra, guerra!

LOS DOS ¡Favor!

TODOS ¡Viva Leonido!

Vanse, y salen soldados y Federico, príncipe.

FEDERICO ¡A tierra!, y tan brevemente
como la vaya tomando,
se vaya al punto doblando
en escuadrones la gente,
porque más desprevenida
la coja el susto, sin que
nadie sino yo les dé
la nueva de mi venida;
ya que afables agua y viento
quieren, franqueada la tierra,
que a fuego y sangre la guerra
les publique otro elemento.
Príncipe me hizo heredero
de Calabria mi destino;
de Mauricio soy sobrino,
y pues por su muerte infiero
que el sacro laurel es mío,
¿por qué tengo de pagar
feudo de él y no vengar
la pérdida de mi tío?
Mayormente cuando sé
que, el día que se perdió,
el póstumo que dejó
humana víbora fue,
que, reventando a su madre,
en los montes se ocultó,
donde fiel le retiró
un vasallo de su padre,
de quien nunca se ha sabido.
Y siendo así que me ha dado
esta envestidura el hado,
¿por qué, el día que ha venido
con poca gente de guerra
a Trinacria ese tirano,
no ha mi valor soberano
de infestarle mar y tierra
en su venganza y la mía?
Pues cuando yo no tuviera

más razón que me moviera
a tan gloriosa osadía
que el agüero de Lisipo,
a quien de Calabria eché,
ella bastara, porque
vea el mundo que anticipo
a su ciencia mi valor,
y mi ánimo a sus recelos,
diciendo mi fama…

ASTOLFO *dentro* ¡Cielos,
amparo!

HERACLIO *dentro* ¡Cielos, favor!

FEDERICO ¿Qué voz en el mar oí,
que entre tanto horrible estruendo
lugar se hace? Aunque si atiendo
a lo que ya desde aquí
mirar se deja, marino
monstruo me parece que
arroja de sí, porque
sus señas no determino;
pues humano en la animada
voz, y bruto en lo que anhela,
no es ave, pues que no vuela,
y no es pez, pues que no nada.

1.º Ya del quebrantado hielo,
a embates de la resaca,
uno a la orilla le saca.

HERACLIO *dentro* ¡Cielo, piedad!

ASTOLFO *dentro* ¡Favor, cielo!

Salen los dos.

FEDERICO Y el que parecía, abrazado,
uno en el mar, ya son dos
en tierra.

ASTOLFO ¡Gracias a Dios
que pude sacarte a nado!

FEDERICO Prodigios, que entre crueles
ovas, légamos y lamas,

en vez de armaros de escamas,
el mar os vistió de pieles,
¿quién sois?

ASTOLFO Dos tan desdichados
que los hados han querido
matarnos, y no han podido
aun conseguirlo los hados.

HERACLIO Tanto, que hijos de unas rocas,
aun el mar no nos sufrió,
y a otras nos restituyó.
Si sois soldados de Focas,
usad, pues tenéis por él
poderes, de la fortuna,
y en suerte tan importuna
sea la piedad cruel;
pues para que al beneficio
de matarnos mi voz hoy
os obligue, Heraclio soy,
hijo infausto de Mauricio.
Ese anciano, a quien destierra
la lealtad más singular,
y el que me ha dado en el mar
una vida, otra en la tierra,
Astolfo es; por él os pido
que, ya que a mí me matéis,
a él la vida reservéis.
Y pues, a esos pies rendido,
os ruego abreviéis los plazos
de mi muerte, ¿qué esperáis?
¿Por qué, pues, me la negáis?

FEDERICO Por no negarte los brazos;
que, al oírte, agradecida
está el alma de manera
que su misma vida diera
en albricias de tu vida.
Y aunque parezca hoy en mí
sobrada facilidad
creer tan grande novedad

en el punto que la oí,
salvo la objeción con que
el que la estime y la crea,
no es posible que no sea
causa superior; en fe
de que, el cielo soberano
quiere contra una malicia
volver hoy por tu justicia
y la de ese noble anciano,
a cuyas lealtades hoy
también los brazos aplico.

LOS DOS ¿Quién, quién eres?

FEDERICO Federico,
duque de Calabria soy;
con que no en vano sospecho
que la pasada objeción
tiene otra satisfación,
pues la sangre de mi pecho
—tan tuya como ser hijo
de Casandra, hermana bella
de Mauricio— nuestra estrella
confronta.

HERACLIO Si bien colijo,
cobrado el susto, tus señas,
ya me acuerdo que te vi.

FEDERICO No es posible, porque a mí
nunca me vieron las peñas
que tú habitaste.

HERACLIO Es verdad,
pero vite a ti sin ti.

FEDERICO ¿A mí sin verme a mí?

HERACLIO Sí.

FEDERICO Ésa es otra novedad,
casi a la primera igual;
mas hasta descansar, no
te la he de preguntar yo.
A la capitana real
le llevad, donde, después

que te hayas reparado
y vestido y adornado,
será justo que me des
cuenta de todo, ya que hoy
vi noticias tan extrañas.

HERACLIO Hijo soy de las montañas,
hecho a trabajos estoy;
y aunque es mi fatiga mucha,
contigo descansaré
más que conmigo.

FEDERICO Si fue
para ti alivio, di.

HERACLIO Escucha:
aquella empinada sierra,
en cuya atalaya están
de guarda el Etna y Volcán,…
Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

FOCAS *dentro* Llegad, antes que formado
en escuadrones esté.

1.º Ya el ejército se ve
con que Focas ha llegado
en tu opósito, a impedir
de la desembarcación
la altiva resolución.

FEDERICO Yo también le he de salir
al paso, porque el denuedo
dicen que es al enemigo
primer batallón.

HERACLIO Contigo
yendo yo, verás que puedo
servirte de algo. Una espada
sólo en adorno me dad.

ASTOLFO Aunque mi caduca edad
serviros no pueda en nada
más que en morir, moriré
a vuestro lado el primero.

FEDERICO En los dos mi triunfo espero,
en cuya segura fe,

ya tocando al arma, cierra
mi gente con saña altiva.
UNOS ¡Viva Federico!
OTROS ¡Viva
Focas!
TODOS ¡Arma! ¡Guerra, guerra!

Hácese la batalla dentro, y dice Heraclio:

HERACLIO ¡Yo sé la senda, seguidme!
¡Por aquí podéis romper!

[Vanse todos y salen Luquete y Sabañón de soldados.]

LUQUETE Sabañón, ¿por qué no vas
a pelear, pues que ya ves
cuán trabada anda la lid?
SABAÑÓN Préstame tú un buen porqué,
y responderéte yo.
LUQUETE Vesle ahí: porque no me den
con algo.
SABAÑÓN Pues ¿verle hay?
Que si a eso va, yo también…
Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
LUQUETE ¡El demonio que aquí esté!
SABAÑÓN ¡Bercebú que aguarde aquí!

[Vanse.] La caja: Heraclio por una parte y Cintia por otra.

HERACLIO ¡Por aquí podéis romper!
CINTIA No podréis, porque es el puesto
que me toca defender.
HERACLIO ¿Quién podrá contra mi saña?
CINTIA Yo.
HERACLIO ¿Qué es lo que llego a ver?
CINTIA ¿Qué es lo que llego a admirar?
HERACLIO Trocarse la suerte; pues
yo un paso te defendía

al verte la primer vez,
y ahora tú me le defiendes.
CINTIA Mas tan al contrario, que
yo fui allí tu admiración;
y al mirarte agora, fue
verte la admiración mía.
HERACLIO No eso admiración te dé,
que la farsa de mi vida
toda es pasos al revés.
Dígalo, al hallarte aquí,
volverme huyendo; con que
huir yo, y huir de ti, serán
dos cosas al parecer
tan opuestas que ellas digan
que son sin que puedan ser.
CINTIA Dejando que de tu vida
me doy a mí el parabién,
¿no será mejor que el paso
rompas, con que, roto él,
vitorioso quedes?
HERACLIO No,
porque no quiero vencer
tan a toda costa.
CINTIA Lidia,
y no huyas, porque aunque
estimo mi fama, estimo
también la tuya.
HERACLIO No sé
si te crea.
CINTIA ¿Por qué no?
HERACLIO Porque aunque tan fina estés
conmigo agora, dirás
que no te acuerdas después.

La caja.

Dentro Por aquí Heraclio subió.
FEDERICO *dentro* Pues subid todos tras él.

HERACLIO Mas ¡ay, infeliz!, que ya,
aunque quiera huir, no podré.
Mi gente llega; y la tuya,
viendo el inmenso tropel
que me sigue, desampara
la línea de ese cuartel
que guardabas. Huye tú,
que tampoco defender
podré tu vida.
CINTIA Eso no;
de ti bien pudiera ser,
si ser pudiera no de otros.
LEONIDO ¡Volved, soldados, volved,
que el puesto en que Cintia está
han rompido; a defender
su vida, en cuyo reparo
yo el primero moriré!

Sale Leonido.

HERACLIO Sí morirás, y a mis manos,
¡ingrato, fiero, cruel!
LEONIDO Poco el mirarte me asombra
vivo, al persuadirme a que
debió —porque no me falte
este triunfo más— tener
el mar lástima de ti.
HERACLIO Agora lo verás.

Riñen los dos.

CINTIA (Pues
no me puedo declarar
por quien quisiera, al temer,
si vence Heraclio, mi ruina,
pues es contra mi poder;
si Leonido, mi esperanza,
pues es contra mi interés,
¿qué he de hacer, cielos piadosos?)

FOCAS *dentro* Bruto que, a tu dueño infiel,
el freno rompiendo, rompes
de la obediencia la ley,
ya que te desbocas, sea
al enemigo: no des
a pensar que el desbocarte
es huir.
FEDERICO *dentro* ¡Cargad a aquel
grueso que gobierna Focas!

Sale cayendo Focas.

FOCAS ¡Cielos, mi vida valed!
HERACLIO Mi enemigo es. ¡Muera!
LEONIDO ¡No
muera!
FOCAS ¡Ay de mí! ¿Qué escuché,
qué vi? Otra vez de los dos
equívoca llego a ver
voz y acción, «muera» y «no muera»,
porque, quien me mata y quien
me defiende confundido,
vuelva a dudar otra vez.
HERACLIO Pues no lo dudes agora;
que si allí quisiste hacer
ensayo de tus tragedias,
aquésta la verdad es,
y sólo mudó un ensayo,
que se trocara un papel.
FOCAS ¿Qué papel?
HERACLIO El de Leonido,
que allí era el del cruel,
y el mío, que era el del piadoso;
y tan trocados los ves,
que soy el que te da muerte
aunque te defienda él.
CINTIA A tu lado, Heraclio, estoy.
FOCAS No en vano el presagio fue
de ver sangriento tu acero.

LEONIDO Ni el temblar a la mujer
yo, aun antes de verla.

Salen por una parte Libia y la gente de Cintia, y por otra Federico y soldados.

LIBIA Aquí
cayó Focas.
FEDERICO Aquí fue
donde le arrojó el caballo.
LEONIDO (Perdido me llego a ver.)
TODOS ¡Llegad todos! Mas ¿qué es esto?
HERACLIO Ver un tirano a mis pies,
vengada casi en la misma
campaña la muerte infiel
de Mauricio por Heraclio
su hijo.
FOCAS No es eso.
TODOS Pues ¿qué es?
FOCAS Un hidrópico de sangre
que, por no poder beber
la de todos, en la suya
está apagando su sed.
HERACLIO Retirad ese cadáver.
CINTIA Ya puesta en fuga se ve
toda su gente; y la mía,
sacudido el yugo que
su tiranía le puso,
dice una y otra vez:
TODOS ¡Viva Heraclio! ¡Heraclio viva!

Sacan una corona.

UNO Ciña el sagrado laurel
que por hijo de Mauricio
le toca.
HERACLIO Esperad, tened;
que ese honor es Federico

quien le llega a merecer,
pues es suya la vitoria.
FEDERICO Sólo pretendí romper
el yugo deste tirano,
no quitarle a cuyo es;
y más tocándote a ti.
Por mí le ciñe.

Pónese.

HERACLIO No sé
si me atreva.
FEDERICO ¿Por qué no?
HERACLIO Porque aun todavía dudé
si es mentira o si es verdad
todo cuanto llego a ver.
FEDERICO ¿Cómo?
HERACLIO Como ya me vi
en majestad otra vez,
y otra vez en un instante
me volví a mi antigua piel.
LISIPO Ése fue engaño que hizo
aparente mi saber;
y pues a ti te mintió,
y a Federico también,
a quien amenazó ruinas
y dio vitorias después,
perdón a entrambos os pido.
LIBIA Y yo, puesta a vuestros pies,
por él interceda.
HERACLIO Viva,
con el pretexto de que
no use de sus ciencias más.
ASTOLFO Yo, si puedo merecer
algo contigo, el perdón
de Leonido he de tener.
HERACLIO Leonido fue hermano mío,
y siempre en la antigua fe

de nuestra crianza debo
mantenerle.

LEONIDO Yo seré
tu más leal y rendido
vasallo.

HERACLIO Pues yo, porque
si acaso se desvanece
este no esperado bien,
me coja con una dicha
imposible de perder,
la mano a Cintia le doy.

CINTIA Humilde estoy a tus pies.

TODOS ¡Viva Heraclio! ¡Heraclio viva!

FEDERICO Con cuyo aplauso se dé
fin a su historia…

HERACLIO … Esperando
que será felice rey
el que entra con desengaños
de que no hay humano bien
que no parezca verdad
con duda de que lo es.

FIN

Fieras afemina amor

Fiesta que se representó a los siempre felices años de la Serenísima Católica Majestad doña María-Ana de Austria.
En el Real Coliseo de Buen Retiro.

Pedro Calderón de la Barca

Personas.

EGLE, *dama.*
VERUSA, *dama.*
HESPERIA, *dama.*
HÉRCULES.
LICAS, *su criado.*
YOLE[2], *infanta de Libia.*
EURISTIO, *[rey de Libia]*[3].
ANTEO, *galán.*
CUPIDO.
VENUS.
Cuatro damas.
Soldados y músicos.

Nuevas personas della.

ARISTEO, *rey de Tesalia.*
CIBELE, *diosa de la tierra.*
CALÍOPE, *ninfa.*
Otras ocho ninfas.

Jornada I

Dentro VOCES**, y salen atravesando el tablado por diversas partes** VERUSA**,** EGLE **y** HESPERIA**, seguidas de otras ninfas.**

VOCES ¡Pastores, huid! ¡La fiera!

UNOS ¡Al bosque! ¡Al llano!

OTROS ¡Al monte! ¡A la ribera!

EGLE ¡Corred hasta ampararnos en los bellos
jardines nuestros!
(Vase.)

VERUSA Solo el guarda de ellos
defendernos podrá de su fiereza. 5
(Vase.)

HESPERIA ¡Ay de aquella que tímida tropieza
aun en su mesma sombra!
(Vase.)

(Dentro HÉRCULES**.)**

HÉRCULES No huyáis, que ya el león que a África asombra[4]

-fol. 6r-
seguiros podrá en vano;
que si él es el Nemeo, yo el Tebano. 10

(Sale LICAS**.)**

[LICAS] ¿Quién creerá[5] que es mi miedo
tan al revés del otro que huir no puedo?

(Sale HÉRCULES**, luchando con un león.)**

HÉRCULES

Bruto rey de estos montes,
en cuyos africanos horizontes
terror fuiste, por más que con tiranos 15
escándalos intentes
tú con tus dientes demoler mis manos,
yo con mis manos morderé tus dientes,
que a no menos valientes
hechos mi fama se empeñó resuelta: 20
muere a sus iras, pues.

(Arrójale de sí; y él, tropezando en LICAS**, cae al vestuario.)**

LICAS

¡Ay, que le suelta!

HÉRCULES

¿De qué temes, cobarde,
si ya ese bruto o mal o nunca o tarde
ofenderte podrá, pues cuando en esas
breñas me embiste, de sus mesmas presas 25
armado contra él hacerle pude,
al tiempo que la greña se sacude
y afilando las garras me provoca
a lid, tan de una vez abrir la boca
que la una media testa, a su despecho, 30
le puse al lomo y la otra media al pecho?

LICAS

¿Luego desquijarado,
hablando hercúleamente, le has dejado?

HÉRCULES

Si vencí las serpientes en la cuna,
la Hidra feroz en la lernea laguna; 35
si en Calidonia al fiero
espín, si[6] en el abismo al Cancerbero,
y al toro de Aqueloo[7] en Tesalia, ¿es mucho
venza en Libia al león con quien hoy lucho?
Llama, pues ya no hay que temer, la gente 40
que desnudarle de la piel intente
para vestirme della;
que es bien, pues que mi estrella
amante me hizo solo de mi fama,
galas usar al gusto de mi dama. 45

LICAS

Andantes escuderos,
todo el año pesados, hoy ligeros

volved; y como si postiza fuera,
destocad al león la cabellera
de testa y piel. Ya allá lo harán y, en tanto, 50
para convalecer de aqueste espanto,
¿no será bien, señor, seguir aquella
hermosa tropa bella
a que nos dé las gracias de haber sido
los dos los que los hemos defendido? 55

HÉRCULES Yo más gracias no quiero
del vencer que el vencer.

LICAS Está bien; pero
al vencer por vencer, ¿quién lo ha quitado
el comer por comer? Si fatigado
a la falda de Atlante, 60
ese gigante monte, y tan gigante
que en el cielo estriba,
vienes llamado por tu fama altiva,
de Euristio, rey de Libia, no me meto
ahora en discurrir para qué efeto, 65
pues me falta saber que no fue acaso
dejar por él la guarda del Parnaso,
si apenas en él entras,
cuando unas ninfas y un león encuentras,
y eres tan majadero 70
que te vas a abrazar al león primero
que las ninfas: ¿por qué, ya que las dejas
desabrazadas ir, ahora te alejas
del rumbo que siguieron?

HÉRCULES Ya lo dije: porque para mí fueron 75
inútiles las gracias. Yo he cumplido
conmigo ya en haberlas socorrido;
y ni oírlas ni verlas
quiero, por no obligarme[8] a aborrecerlas
como a cuantas mujeres 80
hasta hoy llegué a ver.

LICAS Ya sé que eres
galante cortesano, y que es muy justo
alabarte por hombre de buen gusto,
porque, ¿quién empleado en aventuras,

por ver fierezas, no dejó hermosuras? 85

HÉRCULES No es para ti esa plática.

LICAS Pues sea,

-fol. 7r-
ya que el monte permite que se vea
allí un rico palacio,
plática para mí.

HÉRCULES ¿Qué?

LICAS Que, en su espacio,
a Euristio le esperemos, 90
mas a placer.

HÉRCULES No dices mal: lleguemos,
que sin duda, pues es donde llamado
vengo dél, será donde, aposentado,
la conferencia nuestra entablar quiera.

LICAS Ya de aquí se descubre.

(Corriose el foro del bosque y descubriose la fachada de un palacio ricamente adornado de jaspes y bronces y, como dicen los versos, coronada de un pensil cuyas hojas eran doradas y sus frutas de oro.)

HÉRCULES ¡Divina esfera, 95
en cuya arquitectura
se vieron la riqueza y la hermosura!

LICAS ¡Qué fábrica tan bella!

HÉRCULES Jaspes y bronces son cuantos en ella
hacen, doblando al día los reflejos 100
del espejo del sol, varios espejos;
tanto su luz deslumbra
que me ciega lo mismo que me alumbra.

LICAS Demás del edificio, mil abriles
obstenta allí un jardín.

HÉRCULES Y en los pensiles
que coronan su muro,
un árbol se descuella de oro puro
cuyas frutas no ignoro
que todas son bellas manzanas de oro.

LICAS Más quisieran mis ganas
que fueran manducables las manzanas
y el tal oro potable.

HÉRCULES ¿Quién vio alcázar jamás más admirable?
Sin duda este es el monte de la Fama.
¡Ha del templo!

VOZ PRIMERA **(Dentro.)**
¿Quién es?

VOZ SEGUNDA[9] ¿Quién va?

VOZ TERCERA ¿Quién llama?

HÉRCULES Con sonora armonía han respondido:
ya de la vista el pasmo es el oído.

LICAS Así del gusto fuera
y tercer pasmo al paladar viniera;

-fol. 7v-
y que vendrá no dudo;
que el que halagar a dos sentidos pudo,
halagará a otros dos dando, no en vano,
nocturno lecho y pasto meridiano.
Vuelve a llamar que, entre las peñas duras,
tal vez pierden el «a» las venturas.

HÉRCULES Sí haré; que un nuevo espíritu me inflama.
¡Ha del templo!

(Toda la MÚSICA **dentro del palacio.)**

MÚSICA ¿Quién es? ¿Quién va? ¿Quién llama?

HÉRCULES

Un errado extranjero, peregrino,
que siguiendo la ley de su destino
desta desierta Libia ha penetrado 130
el más inculto seno; y pues guiado
de esplendores tan reales,
puerto llega a tomar a tus umbrales,
di a tu deidad (pues fuerza es que lo sea
quien tal esfera habita) 135
que adorarla en sus aras me permita,
para que en ellas vea
la cerviz, ofreciendo la del bruto
que en sus montes vencí; que en tal tributo
a su culto, el obsequio no desdice. 140

VOZ PRIMERA

(Dentro. Hala de cantar EGLE**.)**

¡Ay mísero de ti y ay infelice...

LICAS

Este es otro cantar.

[VOZ PRIMERA][10]

...si aquesta puerta
intentas ver, para tu ruina, abierta!

HÉRCULES

¿Oíste segundas voces?

LICAS

Por señas que veloces 145
dijeron si es que yo buen juicio hice.

TODA LA MÚSICA

¡Ay mísero de ti y ay infelice...

HÉRCULES

Atiende.

MÚSICA

... si esa puerta
intentas ver, para tu ruina, abierta!

HÉRCULES

¿Qué ruina puede haber que a mí me asombre? 150
Hércules soy: empéñeme mi nombre
a no dejar de ver prodigio tanto
como dan a entender música y llanto.
Si ya no es aparente,
vaga ilusión, lleguemos donde intente 155
nuestra fuerza romper el duro esgonce

de sus grabadas láminas de bronce.

-fol. 8r-

LICAS

Llega sin mí, pues sabes de cuán poco
te suelo yo servir; mas mira...

HÉRCULES

Loco,
aparta; que has de ver una vez dentro
si examino el asombro de su centro
por más que infausto oráculo me dice...

(Dentro HESPERIA**.)**

HESPERIA

¡Ay mísera de mí y ay infelice!

(Representando HÉRCULES **a la parte del bosque.)**

HÉRCULES

Mas, ¿qué es esto? En el hueco
del monte, ¿desta voz no se oyó eco?

LICAS

Esto es que, si aquel era
otro cantar, ser este considera
otro llorar; sin duda
hubo quien antes a inquirir acuda
este canto, y quizá porque no quiso
creer como tú el aviso,
llorando desconsuelos
repite...

(Dentro HESPERIA**.)**

HESPERIA

¡Favor dioses! ¡Piedad, cielos!

HÉRCULES

¡Allí se oyó! Seguir su llanto quiero:

que es socorrer una aflicción primero 175
que averiguar una ilusión.
(Vase.)

LICAS En una
quiebra del monte su infeliz fortuna
quien quiera que es lamenta,
de cuyo seno Hércules intenta
sacarla.

HÉRCULES Pues no acaso te redime 180
por mí el cielo la vida...

HESPERIA ¡Ay de mí!

HÉRCULES ...dime
quién eres, bella deidad;
si es que yo entiendo de bellas,

(Sale HÉRCULES **con ella en brazos.)**

que para mí las hermosas
son solamente las fieras. 185
¿Quién eres y cómo viva
yaces sepultada en esa
lóbrega sima de quien
pude sacarte?

HESPERIA Si deja
aliento para la voz 190
el corazón que aún no alienta,
soy quien en fe de que nadie
llegar hasta aquí se atreva,
con alguna de las ninfas
que ese real retiro alberga, 195
como otras veces salí
hoy del jardín a la selva
y, divertida en mirar
cuánto la naturaleza
es bella por varia, habiendo 200
quien por ser varia no es bella,
estábamos cuando, al fiero

rugiente bramido de esa
horrible fiera asustadas,
solicitamos ligeras 205
de nuestro seguro albergue

-fol. 8v-
volver a cobrar las puertas.
Yo, por más tímida o más
sobresaltada o más ciega
o más infeliz, que es 210
la difinición más cierta,
volviendo el rostro a mirar
si me sigue, que una pena
aunque se escuche de lejos
siempre se presume cerca, 215
alcancé a ver que, luchando
brazo a brazo y fuerza a fuerza,
contigo estaba; conque
a tanto pavor suspensa,
a tanto escándalo absorta, 220
perdido el tino a la senda,
en el lazo tropecé
de una enmarañada quiebra
que, áspid de mi precipicio,
se escondía entre la yerba. 225
En ella, pues, no pudiendo
esforzarme a salir de ella,
di voces; y, pues te debo
dos veces la vida, sea
darte yo una vez la vida 230
satisfación de ambas deudas:
vuelve, pues, vuelve, extranjero,
al camino, y no pretendas
saber más de que soy noble;
y pues que siéndolo es fuerza 235
ser agradecida, cree
que es solicitar tu ausencia
sin que te albergue ese alcázar,
más que ingratitud, clemencia;
y sea presto porque, ¡ay triste!, 240
si conmigo a ver te llegan,

aun a mí no me abrirán
las demás, al ver que arriesgan
una vida a quien debieron
tan generosa defensa; 245
a cuya causa no dudo
que a estas horas digan ellas
lo mismo que yo, y que juntas
repitan las voces nuestras...

ELLA y MÚSICA

¡Ay de ti si esa puerta 250
intentas ver, para tu ruina, abierta!

HÉRCULES

Oye, aguarda, que no es bien
que ir te deje sin que sepa
quién eres, cómo en estos montes
vives, qué fábrica es esa 255
y qué misterio o qué encanto
el que en su recinto encierra;
porque, para mi valor,
es toda una cosa mesma
el decirme que le haya 260
que el decirme que le venza.

HESPERIA

Eso no haré yo; porque
si es que el saberlo te empeña,
el no saberlo te saca
del empeño.

HÉRCULES

No es respuesta, 265
cuando el saber que hay prodigio
basta para que le emprenda,
sea el que fuere.

HESPERIA

Entonces no
correrá el riesgo a mi cuenta,
sino el dolor de que tú, 270
como los demás, perezcas,
que lo han intentado.
(Quiérese ir y él la detiene.)

HÉRCULES

Mira...

HESPERIA

No osadamente te atrevas
a detenerme.

HÉRCULES

No fíes
tú que por mujer te tenga 275
respeto, porque no hay
cosa que más aborrezca;
y así, persuádete a que
o lo he de saber o presa
te he de llevar donde nunca 280
a cobrar tu centro vuelvas.

HESPERIA

A tanta amenaza hable,
sin la voluntad, la fuerza.

-fol. 9r-

Que se convirtiese en monte
Atlante, por la soberbia 285
con que intentó competir
en las judiciarias sciencias
con los dioses; que le diese
por castigo las esferas
mismas que quiso entender, 290
pues su gran fábrica inmensa,
sin agobiarle la espalda,
sobre su cerviz se asienta,
no lo ignorarás. Y así
esta noticia suspensa, 295
paso a que Hespero, su hermano,
se crio en su competencia
más inclinado a las armas
que Atlante lo fue a las letras.
Tres hijas Hespero tuvo: 300
si dotadas de excelencias
naturales como son
música, ingenio y belleza,
repartidas en las tres,
otro lo diga; que es necia 305
la alabanza en causa propia.
Y, siendo yo la una de ellas,
no es justo que aventurando
el que aquí no te parezca
docta o sabia, la opinión 310
de las otras dos desmienta.

Muerta, pues, su bella esposa
y, como dije, a la guerra
Hespero inclinado, viendo
cuánto el África se esfuerza 315
en las conquistas de Europa
y que a tan heroica empresa
tres hijas le embarazaban
a no hacer su fama eterna,
consultar a su hermano, 320
a quien semidiós venera
Libia, vino, donde oyó
a su estatua esta respuesta:
«Pasa Hespero a Europa, en fe
de que en Europa te espera 325
tan alta gloriosa fama
que su provincia más bella,
más abundante, más rica,
más ilustre y más suprema
tomará el nombre de ti, 330
confrontando con la estrella
del Vesper que la domina;
conque concurriendo en ella
de una parte tus conquistas
y de otras sus influencias, 335
Hespero y Vesper harán
que sea su nombre Hesperia,
que traducirá en España
la variedad de las lenguas.
Y en cuanto a que de tus hijas, 340
el cariño te detenga,
yo quedaré en guarda suya:
tráelas a mi monte y piensa
que para que alegres vivan,
siempre a mi sombra en tu ausencia 345
no habrá festejo, delicia,
honor, aplauso, grandeza,
pompa, fausto, joya o gala
que en su servicio no tengan;
y así, seguro de que 350
no saldrán, hasta que vuelvas,
de mis montes, parte», dijo.

Conque Hespero, en su obediencia
atento, nos trujo donde
ya el diseño de su idea 355
había ligneado este hermoso
alcázar en cuya esfera
en poco distrito somos
de tantos imperios reinas
que en sus límites vivimos 360
a nunca salir contentas;
porque muriendo mi padre
coronado de proezas
en la Hesperia, cuyo nombre
también nos dejó en la herencia 365

-fol. 9v-
pues las Hespéridas somos,
cumpliéndole la promesa
de no salir de aquí en tanto
que él por nosotros no vuelva,
aquí nos mantienen bien 370
como antes dije; tan llenas
de tesoros que uno puede
ser de todos consecuencia:
aquella hermosa manzana
de oro que fue competencia 375
de Venus, Palas y Juno,
adquiridas por sciencias
de Atlante, en esos jardines
plantó y, prendiendo en la tierra
sembrado metal, produjo 380
un tronco cuya corteza
es una lámina de oro,
de oro sus hojas y dellas
el fruto también doradas
pomas. Aquí es donde entra 385
lo más prodigioso: Venus,
ufana con la sentencia
de Paris, viendo que un árbol
inmortal su triunfo acuerda,
pues con alma vegetable 390
no hay alegre primavera

que no reviva en sus frutas,
puso tal virtud en ellas,
como al fin madre de Amor,
que el amante que una adquiera 395
será en su amor venturoso;
viendo Atlante cuando sea
apetecible un hechizo
de tan poderosa fuerza
que atraiga las voluntades, 400
para que nadie se atreva
por la codicia de ser
amado a romper la cerca,
y por robar sus manzanas
violar la cláusula nuestra, 405
enroscó un dragón al tronco
que, velando en su defensa,
siempre los ojos abiertos
sin que un solo instante[11] duerma,
apenas un ruido siente 410
de que hombre en el jardín entra,
que mujeres no le enojan,
cuando la cerviz inhiesta,
la escama erizada, el ala
batida, afilando presas 415
y garras, por boca y ojos
fuego exhala y humo alienta.
A cuyo horror nadie hubo
que hecho pedazos no muera
de cuanto finos amantes, 420
o ya falseando las puertas
o ya asaltando los muros,
intentaron...

HÉRCULES Cesa, cesa,
no prosigas...

LICAS **[Aparte.]**
¿Dragón, dijo?
¿Qué va que tenemos fiesta 425
dragonicina?

HÉRCULES ... que me ofendo

de oír que haya hombre que pretenda
que le merezca un hechizo
lo que él por sí no merezca.
¿Qué bajo espíritu debe 430
de tener quien se contenta
con que lo que es voluntad
lo haya de adquirir por fuerza?
Una mujer violentada,
¿es más, si se considera, 435
que una estatua?, ¿algo más viva?;
con alma, ¿algo menos muera?
Y esto a una parte, no menos
me ofendo que haya quien quiera
ni ser amado ni amar: 440
¿es amor más que una ciega
tiranía a quien yo doy
las armas con que me venza?;
¿yo he de introducir en mí
otro yo que con evidencia 445
mande en mí más que yo mismo?;

-fol. 10r-
¿yo, una doméstica guerra
que haga al corazón campaña
de sentidos y potencias?
Y luego, ¿para qué triunfos?, 450
¿para qué glorias, qué empresas,
qué laureles, qué blasones,
más que conquistar la tierna,
la más defendida plaza
de una flaca mujer? Si ellas, 455
por natural vasallaje,
están al hombre sujetas,
¿para qué he de darlas yo
la vanidad de que sean,
cuando no amadas, humildes 460
y, cuando amadas, soberbias?
Tan equívoca victoria
es la suya que hay quien mueva
cuestión, ¿cuál me quiere más,
la dama que me desdeña 465

o la que me favorece?;
pues, conformemente opuesta,
si aquella mira a mi agrado,
estotra a mi conveniencia.
Y cuando no hubiera tantos 470
ejemplares como cuentan
del tiempo el buril en bronces,
de la fama el bronce en lenguas,
de altos héroes que afearon
la grata[12] faz de suprema 475
opinión con el lunar
de que el amor los divierta,
el de Aquiles me bastara
no más para que aborrezca
amor y mujeres, cuando oigo 480
cuán vil por Deidamia bella
vistió femeniles ropas,
peinando el cabello a trenzas;
en cuya oposición yo,
en vez de holandas y sedas, 485
desde hoy vestiré la piel
de ese león, porque vea
el mundo, si hubo héroes
que en dama el amor convierta,
hubo héroe que, contra amor, 490
el odio convirtió en fiera.
Y así, bien puedes piadosa
Hespéride, sin que temas
que yo pise tus umbrales,
hacer que te abran sus puertas; 495
que aunque me arrastra el oír
que hay nuevo monstruo que ofrezca
una hoja más a mi sacro
laurel, no le he de hacer, en muestra
de que no quiero dejar 500
sin guarda tronco que pueda
ser medio de amar a nadie.
Despedace, rompa y hiera
de ese vestiglo la saña,
de ese terror la soberbia, 505
a cuantos necios amantes

probar sus frutos pretendan;
que no se lo he de impedir
yo solo con que tú creas
que hago en no vencerle más 510
que lo que en vencerle hiciera,
pues venciera allá su furia
y aquí venzo la mía mesma.
Vete pues, que ya me aparto
porque a ti te abran. ¿Qué esperas? 515
Vete.

HESPERIA Sí haré, lastimada,
ya que obligada me dejas.

HÉRCULES ¿Lastimada?

HESPERIA Sí.

HÉRCULES ¿De qué?

HESPERIA De ver que el amor desprecias;
que al fin es deidad.

HÉRCULES Amor 520
no es deidad sino quimera[13]
que inventaron las delicias
para honestar las flaquezas.

HESPERIA «Alma del alma» le llaman.

HÉRCULES Tú me dijiste que eras 525

-fol. 10v-
la sabia entre tus hermanas:
bien puede ser que lo seas
pero no me lo pareces.

LICAS Claro está que es una necia,
pues toma el legicón cuando 530
dejas tú la dragontea.
Vete, mujer, antes que
de no lidiar se arrepienta,
y intente...

HÉRCULES No temas mal:

vete en paz.

HESPERIA — En paz te queda; 535
y plegue a Venus que Amor
no vengue en ti sus ofensas.

(Apártanse HÉRCULES **y** LICAS**, y** HESPERIA **se acerca al palacio.)**

HÉRCULES — ¿Cómo ha de poder vengarlas
si yo no le doy licencia?

HESPERIA — Tomándosela él.

LICAS — Supuesto 540
que es esta la vez primera
que te vi cuerdo, por Dios,
y aquella al jardín se acerca
y tú del jardín te apartas:
que sea un poco más apriesa, 545
no sea el diablo que al dragón
se le antoje, como a ellas,
salirse también un rato
a pasear por estas selvas.

HÉRCULES — ¿Qué importará cuándo salga? 550
(Vase.)

LICAS — Muchísimo, si es que encuentra
conmigo, antes que contigo.
(Vase.)

HESPERIA — ¡Verusa! ¡Egle! ¡Abrid! No tema
vuestro recato, que yo
sola estoy ya.

(Entreabren un postigo del palacio EGLE **y** VERUSA**.)**

LAS DOS — Con bien vengas. 555

VERUSA Que como al principio el miedo
no vio que quedabas fuera...

EGLE ... y después con él te vimos,
no osamos a abrir la puerta;
porque joven que nos dio 560
la vida, al mirarla abierta,
no entrase tras ti a morir.

VERUSA Por eso las voces nuestras[14]
la avisaban el peligro.

HESPERIA Pues otro mayor le queda[15]; 565
avisádsele también
diciendo en voces diversas,
porque las oiga en el monte
ya que del jardín se aleja:
¡Oh, quiera Venus que Amor... 570

MÚSICA ¡Oh, quiera Venus que Amor...

EGLE ... no vengue en ti sus ofensas!

MÚSICA ... no vengue en ti sus ofensas!

(Éntrase cerrando la puerta y cubriéndose el palacio con los mismos bastidores del bosque. Vuelven por otra parte HÉRCULES **y** LICAS**.)**

HÉRCULES ¡Qué inútilmente los ecos
sus amenazas me acuerdan! 575

LICAS Pues que he perdido de vista
el palacio, la maleza
nos le encubre, discurramos.
Señor, ¿qué damas son estas?
¿Qué Hespérides?, ¿qué manzanas?, 580
¿qué dragón?

HÉRCULES Discursos deja,
que yo solo esperar hallo
novedad en mi paciencia;
y así, sube a descubrir

desde esa elevada peña 585
la campaña, que quizá
andarán en busca nuestra.
(Vase.)

LICAS Yo iré, mas de aquí no faltes.

HÉRCULES Sobre esta silvestre yerba
recostado me hallarás; 590
y no en vano, que aunque quiera
alejarme no podré,
(Échase en el tablado.)
según rendido me deja
o la lucha del león

-fol. 11r-
en las naturales fuerzas, 595
o en las sobrenaturales
el raro encuentro de aquellas
que todavía repiten
neciamente lisonjeras...

EGLE y MÚSICA ¡Oh, quiera Venus que Amor 600
no vengue en ti sus ofensas!

HÉRCULES ¿Quién es Amor? ¿Quïén es
Venus para que yo tema
sus deidades? A buen tiempo
el cansancio me espereza: 605
nunca al sueño agradecí
que su letargo me aduerma,
si no es hoy por no escuchar
que a decir sus ecos vuelvan.

(Quedándose dormido, aparecieron cantando en el aire a un lado CUPIDO **y a otro** VENUS**, pendientes, en igual correspondencia, de dos resplandores que a manera de pirámide bajaban en diminución desde lo[16] más alto a rematar en un tronillo en que venían sentados.)**

CUPIDO Bellísima hija del mar... 610

VENUS — Hermoso horror de la tierra...

CUPIDO — ... escucha mi voz, pues por ti rompo el aire.

VENUS — ... ya corto por ti yo del fuego la esfera.

CUPIDO — Atiendan...

VENUS — ... atiendan...

LOS DOS — ... a quejas de Amor cuantos lloran sus quejas. 615

TODOS y MÚSICA — Atiendan, atiendan
a quejas de Amor cuantos lloran sus quejas.

CUPIDO — Ese humano, fiero monstruo,
mi absoluto imperio niega
pues niega que amor es el alma del alma 620
y todo con él respira y alïenta.

VENUS — Ya sé que Hércules oprobio
es de la naturaleza,
pües es hombre tan fïera que quiere,
aun más que de hombre, preciarse de fiera. 625

CUPIDO — Las Hespérides te invocan
a efecto de que no quieras
que en él mis ofensas se venguen, y hoy
te invoco a vengar en él mis ofensas.

VENUS — ¿Qué importa que ruegue quien 630
ofende con lo que ruega
y en tu aplauso han de ser sus mayores
contrarias, después, las Hespérides mesmas?

CUPIDO — ¿En qué belleza de cuantas
dotó su rara belleza 635
del ampo en la tez, del Ofir en el rizo,

-fol. 11v-
y en ojos y labios de luces y perlas,
pondré con más confïanza
el veneno de dos flechas
haciendo que el oro le obligue a que él ame 640
y el plomo la obligue a que ella aborrezca?

VENUS — En Yole, infanta de Libia[17];[18]
y porque tiempo no pierdas,
desde luego he de hacer que le admire
el imaginarla aun antes que el verla. 645
¡Vagos fantasmas del sueño!

CORO 1.º — ¿Qué solicitas?

CORO 2.º — ¿Qué intentas?

VENUS — Del duro peñasco en que os tiene Morfeo
los grillos romped, arrastrad las cadenas;
y de ese dormido monstruo 650
representad en la idea
la rara hermosura de Yole, que es bien,
pues niega esplendores, que sombras le venzan.

TODOS y MÚSICA — Ya al imperio de tu voz
estamos a tu obediencia. 655

VENUS — Ve tú a prevenir las flechas y el arco,
que ya a mí me sobran el arco y las flechas.

CUPIDO — Sí haré, porque todos repitan...

TODOS y MÚSICA — Atiendan
a quejas de Amor cuantos lloran sus quejas.

(Con esta repetición desaparecieron los dos y empezó a levantarse de la tierra un pequeño vapor que, lentamente creciendo, llegó a transformarse en horrible gruta.)

HÉRCULES — ¿Qué es esto? Sobre mí el cielo 660
parece que se despeña:
sin duda que quiere Atlante,
desfallecidas sus fuerzas,
que a sustentarle le ayude.
Sí haré, mas ¡ay de mí!: apenas 665
lo intento, cuando pequeño
vapor que exhala la tierra
de la sima que ocultaba

a la Hespéride, me ciega
la vista, el paso me impide, 670
y a mí creciendo se acerca.

(Dividiose la gruta en dos mitades, dejando ver como que dentro de sí la contenía a YOLE**, dama bizarra, elevada en el aire.)**

Las entrañas rasga... pero
mejor dijera la esfera
del sol. ¿Quién eres, deidad?

YOLE

Quien, a tus hechos atenta, 675
viene a rendirte las gracias
(esto es, desvelar sospechas
a los ardides de Venus)
de que al amor aborrezcas.

-fol. 12r-

Prosigue en su odio y no dejes 680
que tu heroica fama excelsa
ni con delicias se borre
ni se manche con ternezas
que podrá ser que, en tu pecho,
venenoso fuego enciendan. 685
Y para que veas que soy
quien más tus triunfos desea:
hablándote en el idioma
de tus gloriosas empresas,
en militares estruendos 690
trocaré esas voces tiernas;
y así, cuando dicen unas
en dulces ecos...

ELLA y MÚSICA

Atiendan
a quejas de Amor cuantos lloran sus quejas.
Dirán otras...

(Dentro EURISTIO**.)**

EURISTIO Hagan salva 695
las cajas y trompetas
a la coronada cumbre
del Atlante.

(Con este estruendo de cajas y trompetas desapareció todo y despertó HÉRCULES **despavorido.)**

HÉRCULES ¡Aguarda, espera,
bella deidad!

YOLE Es en vano,
cuando el rumor te despierta 700
de las trompetas y cajas.

EURISTIO ¡Otra vez la salva vuelva!

(Cajas y trompetas.)

HÉRCULES ¿Qué veo, cielos? (¿Qué no veo?,
diré mejor.) ¿Quién creyera
que a mí me sonaran mal 705
los ecos que me desvelan,
según bien hallado estaba
en mi sueño? ¡Qué belleza
tan rara soñé que vía,
si no es que me lo parezca, 710
cuando con voces de Marte
contra Cupido me alienta!
Y así, dejando a que fue
vaga ilusión de la idea
que las especies del día 715
en las noches representa:
acuda a ver qué rumor
es este.

(Salen LICAS **y, por otra parte, soldados que traían una piel del león.)**

LICAS
Que Euristio llega
poblando el monte de varias
tropas pero, tan diversas, 720
que una es de armadas escuadras...

HÉRCULES
Sin duda prenderme intenta
por la muerte de Aqueloo.

LICAS
... y otra de damas, bien que estas
no vienen hacia nosotros; 725
que hacia los jardines echan
de las Hespérides, creo
que imaginando esperiegas
sus manzanas; que las damas
son golosísimas dellas 730
por lo que tienen de acedo.

SOLDADO
La piel que mandaste es esta.

HÉRCULES
A buen tiempo viene, puesto
que es bien que Euristio me vea
en el traje del horror 735
que le ha de dar mi presencia.
(Quítase la casaca y pone la piel.)
Desnudadme destas ropas
y vestidme solo della
sin más aliño que el mesmo
desaliño de la priesa. 740
Ahora dadme la clava:
a ver si hay quien se me atreva,
ya que hasta ver gente armada
no previne[19] cuánto era
Aqueloo su amigo.

(Salen el REY**,** ANTEO **y soldados.)**

ANTEO — Aquí
está Hércules.[20] — 745

REY — Pues vuelva

-fol. 12v-
a él la salva[21], repitiendo
que viva para que venza.

(Las cajas.)

TODOS — ¡Viva Hércules!

HÉRCULES — Llegar puedo.
Puesto que estas voces muestran — 750
más agasajos que enojos,
besar tus manos merezca.

REY — Heroico terror del mundo,
dame mil veces los brazos.

HÉRCULES — Desde hoy en tus reales lazos — 755
mis mayores glorias fundo.

REY — A este monte te llamé,
y porque traerás cuidado
del fin a que te he llamado,
presto dél te sacaré, — 760
y en publico; que es bien dar
a todos satisfación
de que puede una elección
hacer placer el pesar.
Aristeo, invicto rey — 765
de Tesalia, me pidió
por esposa a Yole; yo,
porque era justa ley
que mi hija a otro reino fuera
y que sujeta quedara — 770
Libia a que la gobernara
virrey que su rey no fuera,
cortésmente agradecido,
a la elección respondí
aquesto mismo. Él, de mí — 775

injustamente ofendido,
protestando otros pesares,
de Libia a los horizontes
viene poblando los montes,
viene infestando los mares; 780
y siendo fuerza acudir
a su opósito, ¿de quién
puedo mis armas más bien
fiar, no habiendo yo de ir,
por mis[22] ya cansados años, 785
que de un Hércules? Y así,
para valerme de ti,
con seguros desengaños
de que tu inmenso valor
solo asegurar podré 790
mi corona, te llamé;
y pues mi reino y mi honor
pongo en tus manos, el día
que en ellas de general
pongo el bastón, que sea igual 795
mi agradecimiento, fía,
a honor y reino; pues siendo
justo esposo a Yole bella
dar, que, sin que falte de ella
en Libia reine, pretendo 800
que vea el mundo que busqué,
para esposo y rey, el hombre
de más valor, fama y nombre
que con todo su ámbito hallé.
Y así, en noble confïanza 805
de que vuelvas victorioso,
antes de ir serás esposo
de Yole.

ANTEO **[Aparte.]**
¡Ay de mi esperanza!

REY Luego irás con la gente
que ya prevenida está. 810

HÉRCULES Mil veces los pies me da;
bien que no sé cómo intente

responderte, porque son
para tres tan soberanas
dádivas, mal cortesanas 815
mis voces. Reino, bastón
y esposa, tal en un día
es lograr, no merecer;
y así, porque pueda hacer
mérito la dicha mía, 820
te suplico que me des
licencia que admita una,
no más, mientras mi fortuna
las dos me adquiera.

REY

¿Y cuál es
la que quieres que te ofrezca? 825

-fol. 13r-

HÉRCULES

El bastón de general,
que es la que puede inmortal
hacerme sin que parezca
desaire de Yole bella;
pues en fe de veneralla 830
elijo, antes de miralla,
medios para merecella:
después que haya en tu venganza
la victoria conseguido,
más airoso a ser marido 835
vendré.

ANTEO

[Aparte.]
Viva mi esperanza
siquiera ese plazo.

REY

Aunque
a los visos de fineza
lo dilatas, la extrañeza
admiro.

HÉRCULES

Pues no te dé 840
la extrañeza que admirar;
porque yo tengo, señor,
pocas liciones de amor.
Sé vencer y no sé amar,

y puesto que me hallo aquí 845
empeñado a parecer[23]
descortés o bruto, ser
bruto elijo, pues nací
tan sin uso de razón
que, opuesto a quien me dio el ser, 850
tengo a cualquiera mujer
natural oposición.
Sola una que parecía
mujer, porque no lo era
me agradó en no sé qué esfera 855
que troqué la noche al día;
y así, el plazo que te pido
es por ver si encuentro el arte
de amar, viendo herido a Marte
con las armas de Cupido. 860
(Aparte, hablando con LICAS**.)**
Bien me disculpo, y no mal
sucede, pues no se dio
en venganza de Aqueloo
por sentido.

LICAS

Sí hizo tal;
pues, tratar casarte, que es 865
gran venganza nadie ignora.

HÉRCULES

Vaya yo a vencer ahora;
que otra excusa habrá después.

REY

(Aparte.)[24]
Aunque es fuerza haber sentido
tan necia respuesta yo, 870
hasta servirme dél, no
me daré por entendido.
Es tan digna la atención
que se funda en merecer,
que la debo agradecer; 875
y ya que la dilación
de ver lograda mi dicha
del reino y de Yole bella,
dilatarla no es perdella...

ANTEO

[Aparte.]

Vuelva a alentar mi desdicha. 880

REY

Ven donde ya está dispuesta
la marcha; pues cuanto más
presto vayas, volverás
más presto. Y, ¿qué salva es esta?

(Cajas y trompetas.)

ANTEO

Como de Yole, señor, 885
las graves melancolías,
viendo el sitio a que venías
para aliviar su dolor
a él te quiso acompañar,
y tú lo aceptaste, a fin 890
de si pudiese el jardín
hoy, como otras veces, dar
algún alivio a su pena,
puesto que cualquier mujer
entra y sale sin temer 895
su encanto, esa salva[25] suena
saludando su hermosura
y la de sus damas bellas
que, como del sol estrellas,
van siguiendo su dulzura. 900

(Las cajas, y sale YOLE **con sus damas.)**

REY

No me pesa de que vea
el bien que dilata, puesto
que el alma de las victorias
es la esperanza del premio;

-fol. 13v-

y como él una vez venza 905
mis contrarios como espero
de su valor, yo sabré,
castigando lo grosero
de su estilo, hallar también

excusas al casamiento. 910

YOLE

Perdóname si he tardado[26],
que son tales los festejos
de las tres hermanas, ya
de una escuchando el acento,
cuya voz ninguno oyó 915
que no quedase suspenso;
de otra viendo la hermosura;
de otra gozando el ingenio,
sobre lo majestüoso
de sus palacios, lo ameno 920
de sus jardines, que hube
de hacer del divertimiento
pereza, bien que a pesar
del siempre amante deseo
que me llamaba a volar 925
a tus brazos.

REY

Yo me huelgo
de que te hayas divertido;
y pues que llegas a tiempo,
da licencia a Hércules que
tu mano bese,
(Aparte, a ella.)
advirtiendo 930
que es en el que te he hablado.
(Aparte.)[27]
Disimule sus desprecios
hasta mejor ocasión.

YOLE

Pues yo, ¿qué voluntad tengo?

REY

Llega, Hércules, que Yole 935
por mí lo permite.

HÉRCULES

[Aparte.]
Bueno
es hacer fineza el que
lo permita, cuando llego
forzado yo a ceremonias
de corteses cumplimientos 940
que no han de servir de más

que de lograr el empleo
de tener a quien vencer.

LICAS — Llega, que mientras más necio,
está más discreto un novio. 945

HÉRCULES — Si tanta dicha merezco,
dame, señora, tu mano.

YOLE — ¿Qué hacéis? Levantad del suelo...

HÉRCULES — Justo es cuando... Mas, ¿qué miro?

YOLE — ... que no es bien... Pero, ¿qué veo? 950

HÉRCULES — ¿No es la beldad que yo vi
desvanecida en el viento?

YOLE — ¿Quién vio más fiero semblante
ni más horroroso aspecto?

DAMA 1.ª — ¿Este es el esposo, Flora, 955
de nuestra ama?

DAMA 2.ª — Sí.

DAMA 3.ª — Por cierto
que él viene galán a vistas.

LICAS — No murmuren los pellejos
que venimos de Moscovia.

HÉRCULES — ¡Qué asombro!

YOLE — ¡Qué sentimiento! 960

REY — **[Aparte.]**
Al mirarse el uno al otro
ambos quedaron suspensos.

ANTEO — **[Aparte.]**
Y yo sin mí, pues no sé
de mí si vivo o si muero.

(Al tiempo que, suspensos los dos, manifestaba cada uno su contrario afecto, aparecieron en lo más alto de la scena VENUS **y** CUPIDO**, volando sobre dos**

blancos cisnes que moviendo las alas sustentaban en ellas dos pequeños tronos, revestidos de sobrepuestas bichas y florones de oro, en que venían sentados; de suerte que, representando unos en el tablado y cantando otros en el aire, se correspondían el odio y el amor que sentían aquellos con las flechas y dardos que estotros disparaban.)

VENUS — Amor, ya es tiempo 965

-fol. 14r-
que quien vio dormido
sueñe despierto.[28]

CUPIDO — Ya yo prevengo
que la esfera del aire
lo sea de el fuego.[29] 970

HÉRCULES — ¿Cómo es posible, fortuna,
que en dos contrarios afectos
aquí me persuada a amor
la que allá aborrecimiento?

VENUS — Como yo engendro 975
eslabones de oro
que encienden yelo.

YOLE — ¿Cómo es posible que quiera
mi padre entregarme a dueño,
que haya de entrar al cariño 980
por los umbrales del miedo?

CUPIDO — Como no es nuevo
que eslabones de plomo
junten extremos.

HÉRCULES — ¡Oh nunca hubiera mi esquiva 985
condición mostrado el ceño!
Mas, ¡qué digo! ¿No sabré
vencerme a mí si a otros venzo?

VENUS — Corten su aliento
con diluvios de flechas, 990
nieves de incendios.

CUPIDO — No temas, puesto

que ninguno vencerse
pudo a sí mesmo.

YOLE ¡Oh, nunca naciera antes 995
que el arbitrio el rendimiento,
y entre respeto y temor
pusiera el honor enmedio!

VENUS Vence ese medio.

CUPIDO ¿Cuándo no supo el odio 1000
vencer respetos?

HÉRCULES ¡Ay de mí, todo me abraso!

YOLE ¡Ay de mí, toda me yelo!

REY **[Alto.]**
En tanta suspensión, ponga
paz mi autoridad. Supuesto 1005
que al punto has de partir, ven,
invicto Hércules, que quiero
que pases muestra a la gente
que ya prevenida tengo.
Tú adelante, que yo, 1010
Yole, iré en tu seguimiento.

YOLE No tardes, pues que no ignoras
cuánto tus ausencias siento.

ANTEO **[Aparte.]**
¡Ay, perdida Yole, quién
hablar pudiera!

YOLE **[Aparte.]**
¡Ay, Anteo, 1015
quién pudiera callar, no
dado a entender su tormento!

(Vanse.)

DAMA 1.ª Triste va Yole.

DAMA 2.ª Y no alegre
Anteo.[30]

(Vanse.)

REY ¿No vienes?

HÉRCULES **[Aparte.]**
Cielos,
¿cómo es posible que venza 1020
el que va a vencer huyendo?
Pero el tiempo con la ausencia
vencerá este devaneo.

CUPIDO Mal podrá el tiempo,
que aún me queda en la aljaba 1025
flechas de celos.[31]

(TODOS **con la** MÚSICA**.)**

TODOS Que aún le queda en la aljaba
flecha de celos.[32]
Mal podrá el tiempo,
que aún le queda en la aljaba 1030
flecha de celos.[33]

(Con esta última repetición, que acompañó toda la MÚSICA**, llegaron a juntarse los dos cisnes; y cuando pareció que el uno al otro impedirían el paso, tomaron desimaginado vuelo por otra parte, con que dio fin la primera jornada.)**

Jornada II

Habiendo hecho blanco los instrumentos, empezó la segunda jornada con cajas y trompetas; y transmutándose la scena en populosa ciudad murada, se vio en el pequeño recinto de un teatro tan gran fortificación que, a merced del arte, cupo en ella la inmensa fábrica de altos muros, dilatadas cortinas, irregulares baluartes, a quien no poco hermoseaban, asomados como a caso por diferentes claraboyas, militares instrumentos de picas, alabardas y banderas. La principal fachada era la puerta guarnecida de pilastras, frisos y dinteles, desde cuyo torreón corrían compartidas almenas que coronaban todo el edificio. Con esta vista, y con el toque de la marcha, salieron al tablado, en formado escuadrón, algunos soldados y, detrás, HÉRCULES **y** ARISTEO**, rey de Tesalia.**

-fol. 17r-

HÉRCULES

Ya desde aquí se descubren
torreones y murallas
de la gran corte de Libia.
Prosiga otra vez la salva,
porque otra vez y otras mil, 5
alternando consonancias
los estruendos de Belona
y las blanduras de Aura,
entrambas de mi victoria
avisen, mezclando entrambas 10
lo dulce de los clarines
y lo ronco de las cajas.
Mal «de mi victoria» dije,
pues son dos: una que haya
vencido a Aristeo, y otra 15
a mí, pues aunque me daba
cuidado aquella ilusión,
que se pasó de fantasma
a realidad, se llevaron
los aires de la campaña 20
sus memorias; que no en vano
a la ausencia, muerte, llaman,
de amor, pues falta el afecto
en donde el objeto falta;
tanto, que no sé qué diga 25
a Euristio si otra vez habla
en que me case con Yole;
pero excusa habrá que valga
y, si no la hubiere, ¿qué

importa que no la haya? 30
Que una mujer que me dio
admiración al mirarla,
porque de la que soñé
convino en la semejanza,
no ha de alabarse de que, 35
abandonando mi fama,
ella sola vengó el odio
que a todas tuve. La salva
repetid, digo, otra vez
y otras mil; que hasta que salgan 40
a recibirme no quiero
entrar a la ciudad. Haga
alto el ejército aquí.

UNO ¡Alto y pase la palabra!

TODOS ¡Alto y pase la palabra! 45

(Vanse los soldados.)

ARISTEO ¡Infeliz fortuna mía,
siempre a mi estrella contraria!
¿No te bastó que perdiesen,
aquellas primeras ansias
que en mí introdujo un retrato 50
de Yole, las esperanzas
de su padre despedido?
¿No te bastó en la campaña
haber perdido el sangriento
trance de dura batalla, 55
reino y libertad, sino
que prisionero me traigas,
por testigo de que Yole
haya de ser lauro y palma
del que me vence, logrando 60
su ventura en mi desgracia?

HÉRCULES ¿Qué te parece, Aristeo,

que puede ser la tardanza,
de no salir de los muros
Euristio a darme las gracias? 65

ARISTEO Será que para tu triunfo
hace prevenciones varias,
y hasta estar en perfección,
arcos, músicos y danzas,
no se da por entendido 70
de tu venida.

HÉRCULES No vana

-fol. 17v-
es la presumpción. Lleguemos
al muro por si se alcanza
a entender algo.

ARISTEO En un templo
que está del lienzo a la espalda, 75
parece que cantan.

(MÚSICA **a lo lejos de voces bajas, en el tono que se canta después.)**

HÉRCULES Sí,
mas no se oye lo que cantan,
porque solo hasta aquí llegan
las voces sin las palabras.
Tú dices bien: prevenciones 80
son.

(Sale LICAS**.)**

LICAS Dame, señor, tus plantas.

HÉRCULES Dos días ha que no te veo;
¿a dónde, Licas, estabas?

LICAS La gana de unas albricias
me adelantó de la marcha; 85
pero también me atrasó
de las albricias la gana
Euristio, que no hizo caso
de mí quizá porque le hagas
tú, a quien traigo mejor nueva 90
que a él llevé.

HÉRCULES Dila; ¿qué aguardas?

LICAS En dándome las albricias;
que no quiero aventurarlas
como esotras.

HÉRCULES Yo las mando,
como la que juzgo traigas. 95
¿Hay muchos carros triunfales
dispuestos para mi entrada
y en las calles mucho adorno?

LICAS No, señor, no hay deso nada.[35]

HÉRCULES Pues, ¿qué hay?

LICAS Que no hay que pensar 100
excusas, medios ni trazas
para no casarte.

HÉRCULES ¿Cómo?

LICAS Como ya a Yole casada
con Anteo la hallarás.
Mira si es no menos alta 105
victoria pues, no casado
y victorioso, te hallas
de lance hecha la disculpa.

HÉRCULES ¿Qué? ¿Qué dices?

LICAS Lo que pasa.
Hoy la boda se celebra 110
en el gran templo de Palas,
a donde de tu venida
la voz llegó; esta es la causa

de que hasta que se concluyan,
por no dejar empezadas 115
las nupciales ceremonias,
a recibirte no salgan.
Y, pues ya están merecidas,
vengan las albricias...

HÉRCULES ¡Calla,
calla, villano, si no 120
quieres que te arranque el alma!

LICAS Y como que no lo quiero.
señores, ¿a quién puñadas
se han dado en albricias?

HÉRCULES Pero,
¡qué digo! ¿A mí puede nada 125
perturbarme? Ven acá;
vuelve a decirlo. ¿Anteo casa
hoy con Yole?

LICAS Ni por pienso.

HÉRCULES ¿Pues de decirlo no acabas?

LICAS No, que lo que dije fue 130
que a Yole hallarás casada
con Anteo, mas no Anteo
con Yole.

HÉRCULES Pues, ¿en qué hallas
la diferencia?

LICAS En el solo
trastrueco de las palabras. 135

HÉRCULES ¡Maldígate el cielo, amén!

LICAS Tente; que, si esto no basta,
habré de decir que ha sido
engañarte por si dabas
algo adelantado.

HÉRCULES Mientes, 140
que ahora es cuando me engañas;
pues aunque tú te desdigas,

no se desdice la saña
que ha introducido en mi pecho
pensar que Euristio me agravia 145
en la estimación, ya que

-fol. 18r-
no en el gusto; pues es clara
cosa que en la estimación
ofende el que a la fe falta
de la palabra que dio. 150
Y aunque nunca la palabra
yo le había de pedir,
son dos cosas muy contrarias
ver él que yo no la pida
o ver yo que él la quebranta. 155
Mas, ¡ay!, que no es esto solo
lo que me yela y me abrasa
tan a un tiempo; que no sé
qué fiera en el pecho inflama
tal irá que excede a todas, 160
con haber lidiado a tantas.
Beldad que vi en vaga sombra,
sombra que vi en forma humana,
¿a qué efecto, en brazos de otro,
a mis ojos te retratas 165
menos aparente y más
viva que nunca? ¿No estaba
ya apagado aquel primero
afecto que al verte causas?
Pues, ¿cómo ahora, aun en menos 170
visible forma que en ambas,
pues allí toda eras vista
y aquí eres imaginada,
con mayor fuerza me vences,
con mayor poder me arrastras? 175
¿Qué fuera? ¡Ay de mí! Que fueran
celos, si hay celos, la brasa
que, envuelta en cenizas, no
se sabe que oculta arda
hasta que, desvanecidas 180
del soplo que las levanta,

lo que era ceniza es polvo,
y lo que era polvo es ascua.
Pero, ¿qué digo? ¿Yo, amor?
¿Yo, celos? No es sino rabia 185
de la desestimación;
y así, he de intentar vengarla,
Aristeo.

ARISTEO ¿Qué me quieres?

HÉRCULES A los dos Euristio agravia
en el empleo de Yole 190
con Anteo: a ti en negarla
y a mí en ofrecerla; y más
viendo que es para entregarla
a un desvanecido joven
de quien ni padre ni patria 195
se sabe, pues solo ser
de la Tierra hijo le ensalza,
según los tesoros que ella,
rasgándose las entrañas
en despedazados montes, 200
para su fausto desangra,
ya de sus venas en oro,
ya de sus minas en plata.
Pues, siendo así que, en los dos,
ofenda a un rey de Tesalia 205
y a un Hércules, a quien dio
en premio de sus hazañas
el alcaidía del Parnaso
Apolo, de quien es guarda,
¿cómo los dos no tomamos 210
de un agravio dos venganzas?

ARISTEO ¿Qué venganza un prisionero
tomar puede?

HÉRCULES Temerarias
acciones: el conseguirlas
aun es menos que el pensarlas. 215
¿Ayudárasme a ellas?

ARISTEO ¿Cómo

puedo excusarlo si acabas
de oír que soy tu prisionero?

HÉRCULES

No eres tal: libre te hallas
con condición de que vuelvas 220
a recoger tus escuadras
que, en mal fugitivas tropas,
por los montes se desmandan,
y estés a mi devoción.

ARISTEO

Mano te doy, y palabra, 225
testigos haciendo a cuantos
dioses contiene ese alcázar
que Diana borra a sombras

-fol. 18v-

y Apolo a luces esmalta,
de ser siempre esclavo tuyo 230
y estar a lo que me mandas.

HÉRCULES

Pues vete; que yo, entre tanto,
disimulando mis ansias,
veré si hoy con mi presencia
consigo que se deshaga 235
esta boda antes que llegue
al tálamo su esperanza;
a cuyo efecto es el orden
que llevas tocar alarma
por ver si necesitando 240
de mí otra vez, la dilatan;
y de no lograrlo, puesto
que su caudillo me aclama
ese ejército, llevando
tras mí las naciones varias 245
de que se compone, haré
que se pongan de tu banda;
conque los dos contra toda
Libia haremos que se arda
en viva guerra.

ARISTEO

Si tú 250
en mi favor te declaras,
el mundo es poco trofeo.

HÉRCULES Pues, ¡al arma!

ARISTEO Pues, ¡al arma!

HÉRCULES Vete, pues.

ARISTEO Adiós; y adiós
amorosas esperanzas, 255
que no hay pasión propria donde
hay ajena confïanza.
(Vase.)

HÉRCULES Vente tú, Licas, conmigo,
que has de ejecutar la traza
con que he de disimular 260
mis designios en la falta
de Aristeo.
(Vase.)

LICAS Como sea
llevar nuevas que no traigan
albricias, yo lo haré.

HÉRCULES ¿A mí
Euristio promesas falsas 265
hasta verse victorioso?
¿A mi amor celosas ansias?
Eso no; y han de ver dioses,
cielos, mares, montes, plantas,
brutos, aves, fieras, peces, 270
a no complacer mi saña
Euristio, Yole y Anteo,
que con más noble venganza
y a menos costa de ser
esposo de Yole ingrata, 275
llego a coronarme en Libia;
y aun ella, puesta a mis plantas,
ha de ver, no solo que es
mi esposa, sino mi esclava,
mostrando que no hay tan soberana 280
mujer que de el hombre a serlo no nazca.

(Prosiguiendo con la MÚSICA **que habían cantado primero, se abrieron las puertas de la muralla y, viéndose a lo lejos mal divisadas señas de población y templo, salieron al tablado músicos y** DAMAS**, y detrás** EURISTIO**,** YOLE **y** ANTEO**.)**

MÚSICA

A la más dichosa unión,
al vínculo más estrecho
que ciñó, en amante lazo,
gala y hermosura a un tiempo: 285
ven Himeneo, ven Himeneo.

REY

Ya que con digno ejemplo
(Siéntase.)
las ceremonias celebré del templo:
en este espacio en quien, no menos puro,
altar de Palas es también el muro, 290
podrá con más decoro
volver del dulce epitalamio el coro.

-fol. 19r-

Y pues a un tiempo aplauden mi alegría
la militar y métrica armonía,
es bien que a todo acuda; y así, en tanto 295
que los himnos repite vuestro canto,
que en fe de culto siempre son primero,
salir a recibir a Hércules quiero
porque de mi tardanza no se ofenda
y, también, porque entienda 300
della la causa y sepa que la fama,
si allá premia al que lidia, aquí al que ama;
y, ofreciéndole a Yole, no se alabe
de que sabe vencer y amar no sabe.
Y ya que su deseo 305
fue triunfar por triunfar, y en el trofeo
que trae viene premiado,
todos quedamos bien; y pues que veo
puesta Yole en estado,
feliz el vencedor y alegre Anteo... 310

ELLA y MÚSICA

Ven Himeneo; ven, ven Himeneo.

ANTEO

De esas tres dichas, solamente en una
puede fijar su rueda la fortuna:
esa es, señora, la mía;
que, vencer al contrario, cada día 315
se ve, mas no se ve vencer aquella
oposición de desigual estrella
que, en la común desdicha,
puso el hado entre el mérito y la dicha.

YOLE

Si lícito me fuera, 320
cúya es la dicha o mérito dijera.

REY

Pues porque no lo digas,
ya que a entenderlo[36] sin decirlo obligas,
el canto lo dirá: vuelvan veloces
vuestras festivas voces, 325
mientras que yo me ausento,
a llenar con sus cláusulas el viento.

MÚSICA

A la más dichosa unión
de dos en quien compitieron
la tierra a puros tesoros 330
y a puras luces el cielo:
ven Himeneo; ven, ven Himeneo.

(Al entrarse el REY**, sale** HÉRCULES**.)**

-fol. 19v-

HÉRCULES

Yo lo debo de ser, pues que yo vengo
a vuestra invocación.

REY

¡Extraño encuentro!
Hércules, ¿tú aquí?

HÉRCULES

Cansado 335
de esperar a que tú salgas
a honrar mi triunfo y a darme
de igual vitoria las gracias,
vengo a tomármelas yo.
Fuera desto, oír se cantan 340

epitalamios me ha hecho
creer que debo de hacer falta,
pues, sin el novio, no sé
que ningunas bodas se hayan
celebrado y, pues lo soy 345
en fe de la real palabra
que me diste de que Yole
sería mía: ¿qué te espantas
de que a lograr me anticipe
el gozo con que me aguardas? 350

REY

Hércules, yo...

YOLE

No prosigas,
que yo responderé, a causa
de que desengaños suenan
mejor en labios de dama;
que no agravian aunque enojen. 355

HÉRCULES

Que «blancas manos no agravian»
oí tal vez; conque tú debes
de querer hablar fïada
en que rojos labios tengan
licencia de manos blancas: 360
di, pues.

ANTEO

[Aparte.]
En notable empeño,
si a reducirle no basta,
estoy.

YOLE

Hércules: mi padre
ofreció a tus esperanzas
mi libertad, suponiendo 365
mi gusto; pues cosa es clara
que mi padre no querría
que me casase forzada.
Yo, viendo con el despego
que su ofrecimiento tratas, 370
por una parte, y por otra
oyendo que tus hazañas
son lidiar hidras, dragones
y sierpes, cuya arrogancia

desdeñó con experiencias 375
de amor las delicias blandas,
tanto que de aborrecer
a las mujeres te alabas:
horror te cobré; que no
soy tan neciamente vana 380
que fíe de mi hermosura
que me den pago a tu gracia
las puertas de aborrecida
a las viviendas de amada.
Y así, con este temor, 385
para que aquí te persuadas
a que no fue de mi padre
sino mía la mudanza:
a que me diese la muerte,
resuelta y determinada, 390
de Anteo amada, me atreví
a decirle...

(Cajas y trompetas.)

REY ¿Qué es aquesto?

VOCES **(Dentro.)**
¡Al arma, al arma!

HÉRCULES ¿Qué ha de ser?
Proseguir trompas y cajas:
lo que se atrevió a decirte; 395
pues, decirte que dejaras
a Hércules por Anteo, fue
decirte que aventurabas
a que por él respondiera,
en generosa demanda 400
de tu rompida fe, todo
el orbe diciendo...

[VOCES][37] **(Dentro.)**
¡Arma, arma!

(Sale LICAS**.)**

LICAS — Acude señor...

HÉRCULES — ¿Qué es eso?

LICAS — Novedades bien extrañas.
Aristeo, o sobornando
o amenazando las guardas,
se ha huido de la prisión
y, juntando las escuadras
que en alcance de su rey
siguieron tu retaguardia,

-fol. 20r-
en formados escuadrones
vuelve doblando la marcha.
No es esto lo peor sino
que las naciones que aman
tu valor, en fe de que
él las ilustra y ensalza,
y aun los naturales mismos,
perdidas las esperanzas
de que tú su rey no seas,
a su ejército se pasan.
Conque tu gente deshecha
y la suya recrutada,
hecha frente de banderas
te presenta la batalla.

[VOCES][38] — **(Dentro.)**
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

REY — Acude, Hércules; ataja
tan gran novedad.

HÉRCULES — No quiero.
Mejor será que Anteo vaya
y yo me quede a la boda.
¡Ea!, Anteo, a la campaña
y a la música vosotros
puesto que el novio no falta.

Llega tú, Yole.

YOLE

Primero
me daré, desesperada,
mil muertes.

ANTEO

Yo, porque no
presumas que me acobardan
delicias de amor a que
deje de acudir mi fama
a horrores de Marte, iré
donde digan mis hazañas;
que, ya que no falta el novio,
tampoco el general falta.

HÉRCULES

Pues siendo así que tú irás
y la ley del duelo manda
que se venguen en los hombres
los desaires de las damas:
también yo iré. Y porque tú
me busques en la batalla
y cuerpo a cuerpo los dos
nos veamos cara a cara:
de la parte de Aristeo
me hallarás; que mi venganza,
no solo en ti, pero en toda
Libia, ha de ser.

ANTEO

Pues, ¿qué aguardas,
si en la campaña te espero?

HÉRCULES

El verte a ti en la campaña.

ANTEO

¡Al arma y Euristio viva!

(Cajas.)

HÉRCULES

¡Viva Hércules y al arma!

(Vanse.)

REY (**[Alto.]**
¡Oye, Hércules! ¡Anteo, espera!)
Fuerza es que tras ellos vaya, 460
por ver si con mi respeto
tanto empeño se restaura;
y si no, canas de honor
verán ser del Etna canas,
que en la cumbre obstenta nieve 465
y fuego en el pecho guardan.

YOLE Advierte...

REY ¡Nada me digas,
ay belleza desdichada,
cuando a perder por ti voy
vida, honor, reino y patria! 470
(Vase.)

YOLE «Patria», «reino», «honor» y «vida»
dijo; y es tal mi desgracia
que otra pérdida le queda
aun con haber dicho tantas
pues, entre padre y esposo, 475
va en dos mitades el alma.
Todo va a perderse; pues
no quede en resguardo nada:
dadme un caballo. Fortuna,
no siempre seas contraria 480
a dichas de amor; permite
que sea suya la alabanza,
siquiera una vez, dejando
al trance de la batalla,
pues es de Hércules la ira, 485
ser de Yole la venganza,
por más que neutral el eco
repita ahora en voces varias...

ELLA y UNOS ¡Viva Euristio! ¡Guerra, guerra!
(Vase.)

OTROS ¡Viva Hércules! ¡Arma, arma! 490

-fol. 20v-

TODOS ¡Viva Euristio! ¡Hércules viva!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma!

(Fíngese dentro la batalla y, cubriéndose el muro con el teatro del primero bosque, salen como asustados, oyendo a lo lejos el estruendo de las armas EGLE **y** VERUSA**, teniendo a** HESPERIA**.)**

LAS DOS ¿Qué solicitas?

HESPERIA Oyendo[39]
desde el alcázar al monte,
por todo aqueste horizonte, 495
tanto militar estruendo
sin que se pueda entender
dónde y nos haga saber
qué puede, Verusa, ser,
¿cómo es posible dejar 500
de salir a ver si alguno
pasa que cuenta nos dé?

(Las cajas a lo lejos.)

EGLE Dices bien; pero no sé
que aquí se atreva ninguno
a llegar; que si llegó 505
aquel valiente soldado
del león, fue derrotado
sin saber dónde; que no
llegara si lo supiera.

VERUSA No en vano el aviso fue 510
que le dimos.

EGLE Bien se ve,

puesto que en toda la esfera
destos cotos no paró.

HESPERIA

Pues aseguraros puedo
que no se ausentó de miedo; 515
que, según lo que él contó
y nosotras vimos, era
hombre de tanto valor
que solo temía al amor;
(Las cajas.)
y ojalá no le temiera; 520
que, aunque no tengo esperanza
de que he de volverle a ver,
en la parte de mujer
no poca, ¡ay de mí!, me alcanza
de oír las aborrecía: 525
bien que en quien verle no espera,
consuelo es que a otra no quiera.

VERUSA

A lo lejos todavía
la arma se escucha.

HESPERIA

No sé
qué diera porque llegara 530
alguien aquí.

(Sale LICAS**.)**

LICAS

Cosa es rara
que canse el correr a pie
aunque sea huyendo.

EGLE

Allí
vi un hombre. ¡Ha, soldado!

LICAS

No
habla conmigo, que yo 535
no lo soy.

HESPERIA

¡Oíd!

LICAS ¡Ay de mí!
¡Con las «ásperas» he dado!

HESPERIA Llegad, que no hay qué temer.

LICAS Sí hay, y mucho.

EGLE ¿Qué es?

LICAS Saber
si es que está el dragón atado. 540

VERUSA Él no sale aquí.

LICAS Opiniones
hay...

HESPERIA ¿En qué fundarlas puedes?[40]

LICAS Por donde salen ustedes,
¿quién quita salir dragones?
Mas, ¿qué me mandáis?

HESPERIA Saber 545
qué rumor de armas es ese.

LICAS Yo lo diré aunque me pese
de haberme de detener.
Hércules, el que hizo aquí,
si os acordáis, a un león 550
de la boca boquerón:
porque el padre dijo «sí»
y Yole «no», se indignó;
conque, alterando la tierra
a él, por no o por sí hizo guerra 555
y a ella paz por sí o por no.
Hoy la batalla se han dado
y aunque Hércules va venciendo,
para que yo venga huyendo
no importó ser su criado. 560
Este es el caso; y así:
adiós, que el rumor se acerca,
pues se oye desde más cerca
decir...

YOLE **(Dentro.)**

-fol. 21r-
¡Ay infeliz de mí!

EGLE ¿Qué es aquello?

VERUSA Que un caballo 565
desbocado se despeña
desde la más alta peña
del monte.

HESPERIA ¡Quién remediallo
pudiera!

YOLE Dioses, ¡favor!

HESPERIA Y más siendo, al parecer, 570
la que despeña mujer.

CUPIDO **(Dentro.)**
No temas, Yole, que Amor,
aunque a otras despeña, a ti,
porque en su triunfo te empeñes,
hará que no te despeñes. 575

YOLE ¡Ay infelice de mí!

(Al decir YOLE **este verso, desde no poca altura cayeron abrazados al tablado ella y** CUPIDO **y dejándola desmayada entre las tres, volvió arrebatadamente a desaparecer representando en el aire los siguientes versos.)**

CUPIDO En mis brazos has caído,
segura estás. ¿Quién creyera
que para que aborreciera
la socorriera Cupido? 580
Mas, ¿quién no lo creerá, al ver
que Amor, atento a su queja,
para aborrecer la deja
a donde la ha menester?
(Vase.)

HESPERIA Lleguemos por si, por dicha, 585

no habiendo muerto podemos
su vida amparar.

LAS DOS ¡Lleguemos!

LICAS ¡Yole es!

VERUSA ¡Qué ansia![41]

EGLE ¡Qué desdicha!

HESPERIA ¿Yole hermosa?

YOLE[42] ¿Quién me llama?

HESPERIA Quien en albricias de que
vivas, atenta a la fe
con que te estima y te ama,
mil vidas diera. ¿Qué ha sido
esto?

YOLE Que viendo, ¡ay de mí!,
que contra el que aborrecí,
habían los que amé salido,
que fueron padre y esposo,
llevada de mi valor,
mejor diré de mi amor,
de un caballo apenas osó
tomar a la rienda el tiento
y la noticia al estribo,
el fuste al borrén, y altivo
pasarle de bruto a viento,
cuando al lado de los dos
al embestir me mostré;
si lo sintieron no sé,
mas sé que al encuentro, ¡ay Dios!,
primero arbolada flecha
el rostro a mi padre hirió
y del caballo cayó.
Yo, humana víbora hecha,
desesperada a morir
en su venganza, me entré
en la batalla; y tal fue
la violencia del batir

el ijar que, desbocado
el corcel, de espuma lleno,
rompió el alacrán al freno
y la montada al bocado. 620
Tanto la cólera mía
fue que al verme despeñar
me holgué solo por quitar
la sospecha de que huía.
Pero como al desdichado 625
aun la muerte se escasea,
cruel piedad que cúya sea,
no sé, un céfiro alado
en el aire me detuvo,
haciendo que la caída, 630
menos violenta, mi vida
guardase; y aun después tuvo
tan doblados los favores
que si con presteza suma
me dio allí lecho de pluma, 635
aquí me le da de flores.
(Cae desmayada.)

LAS TRES Entrémosla donde pueda
repararse y descansar.

-fol. 21v-

(Retíranla entre las tres.)

LICAS Id mientras voy yo a avisar
a mi amo dónde queda, 640
ya que el militar espanto
tregua pone a la batalla.

(Vase LICAS **y sale** ANTEO**.)**

ANTEO ¿Quién en el mundo se halla
en tanta aficción, en tanto
desconsuelo como yo? 645
Pues, con Euristio la vida

y la batalla perdida,
el ejército aclamó
a Hércules su rey, en fe
de que él le cumpliría 650
la palabra que le había
dado, en el instante que
se sepa dónde paró,
bárbaramente entendiendo
que a solo escapar huyendo 655
de la batalla salió,
que es lo que también de mí
pensará en viendo que no
parezco tampoco yo
dél retado; siendo así 660
que, desbocado el caballo,
Yole salió, y yo tras ella,
donde fue fuerza el perdella
de vista, conque me hallo
habiéndome desmontado 665
por penetrar la aspereza
en busca de su belleza,
sobre rendido, obligado,
o viva la encuentre o no,
a dos contrarios extremos: 670
pues muerta ambos la perdemos,
y viva la pierda yo.
Bien que, porque viva, diera
mil vidas mi suerte esquiva;
que a precio de que ella viva, 675
poco importa que yo muera
de tanta celosa pena
como que en la edad de un día
amanezca para mía
y anochezca para ajena. 680
¡Yole hermosa! No responde.
¡Bella Yole! No me escucha:
o mucha desdicha o mucha
ventura es la que esconde.
¿Quién, cielos, me dirá della? 685
Mas, ¿quién decirlo podrá
como la Tierra, si ya

quien fue rosa no es estrella?
Fecunda madre del hombre
en común y, en singular, 690
madre de un hijo a quien dar
quisiste alma, vida y nombre:
ya que me dio tu piedad
los tesoros que me dieron
tanto lustre que pudieron 695
crecer mi felicidad
a esposo de Yole bella,
dime dónde iré a buscalla;
hállela yo aunque el hallalla
venga a ser para perdella. 700
Y si esto no mereció
mi llanto, siquiera di
si es que vive Yole.

MÚSICA Sí.

ANTEO ¿Qué? ¿No se despeñó?

MÚSICA No.

ANTEO Pues ya que, madre piadosa, 705
te permites oír, ¿por qué
no te dejas ver?

CIBELE **(Canta.)**[43]
Sí haré.

ANTEO De clavel, jazmín y rosa,
nuevo iris al parecer
forma una bella guirnalda 710
a la tierra de esmeralda
y al cielo de rosicler.
Sacra deidad, si mi idea
no miente, entre sus fulgores
viene derramando flores 715
de la copia de Amaltea

-fol. 22r-
y, iluminando horizontes,
trae tras su vario celaje
todo el bruto vasallaje

de los senos de los montes 720
que de un risco en otro yerra;
como en sacrificios suele
ante el ara de Cibele,
que es la diosa de la tierra,
a mí se acerca veloz, 725
como que hablarme procura:
¡oh, iguálese a su hermosura
la dulzura de su voz!

(Rasgándose las nubes que eran cielo del bosque, apareció en lo más alto de la frente del teatro CIBELE**, diosa de la tierra, en un trono de flores que a manera de guirnalda iluminaba el aire con ocultas luces. Traía en una mano la copia de Amaltea derramando flores y en la otra la rienda de encarnadas colonias con que al parecer gobernaba, uncida, la ferocidad de cuatro leones que tiraban desde la tierra el trono; a cuyo tiempo aparecieron, por entre unos y otros bastidores, diversos animales como en acompañamiento de su diosa; la cual, en blando movimiento, bajó hasta la punta del tablado en recitativo estilo, cantando ella y respondiendo el coro.)**

CIBELE **(Cantando.)**
Feliz y infeliz amante,
pues compitiendo entre sí 730
te hizo feliz el nacer
y el amar te hizo infeliz:
ya dejo por ti,
en lechos de mayo, regazos de abril.

MÚSICA Y a su voz el eco responde sutil 735
que rompe los aires dejando por ti...

ELLA y MÚSICA ... en lechos de mayo, regazos de abril.

CIBELE Cibele soy, de la tierra
tan fecunda emperatriz
que, del confín oriental 740
al occidental confín,
en todo su ámbito hermoso
no hay reservado país
que sus montes y sus mares

no descansen sobre mí; 745
fieras y flores lo digan
viendo a mis plantas rendir
lo vegetable su tez,
lo sensible su cerviz,
dejando por ti 750
en lechos de mayo, regazos de abril.
Motejada de que solo
para el aire concebí
fruto y flor, y me quedé
no más que con la raíz, 755
por obstentarme deidad
que pudiese competir
con cuantas contiene el coro
de ese celeste zafir,
como gusano que hila 760
su mesma vida de sí,
a ti te engendré sin más
padre que mi mesmo ardid.
Viendo que tu nacimiento
creyó no más que el gentil, 765
porque nadie le dudara,
no tan solo te ofrecí
sin reservarte diamante,
perla, esmeralda o rubí:
en plata todo el Pactolo 770

-fol. 22v-
y en oro todo el Ofir.
Mas viéndote hoy en dos riesgos
de amar y de competir,
a cautelarte de entrambos
quise a tus voces venir, 775
dejando por ti
en lechos de mayo, regazos de abril.
El uno, que es cuidado
de Yole: no hay que sentir
su muerte; que Yole vive 780
más donde no he de decir
por no empeñarte en el riesgo
de que es preciso morir

si vas a buscarla. El otro,
que es el de haber de reñir 785
con Hércules, cuyas fuerzas
nadie pudo resistir:
llega a los brazos [con][44] él;
que aunque él una vez y mil
te arroje a la tierra, ella 790
te sabrá restitüir
dobladas fuerzas con que
puedas volver a la lid.
Y en cuanto a que tú no sepas
de Yole y Hércules sí: 795
no temas que a verla llegue,
pues, cuando pretenda ir
a buscarla, sabré yo
tanto la senda impedir
que no se atreva a pisarla. 800
Y pues ya quedas aquí
sabiendo que vive Yole,
y cómo has de resistir
a Hércules y que él no irá
a verla, vuelva el sutil 805
aire a repetir sus ecos
en tanto que yo al pensil
de mi retirado albergue
vuelvo de donde salí
dejando por ti... 810

MÚSICA
Dejando por ti...
Y a su voz el eco responde sutil...

ELLA y MÚSICA
En lechos de mayo, regazos de abril.

(Desapareció midiendo con la MÚSICA **la distancia de lo alto.)**

ANTEO
¡Oye! ¡Escucha! No tan presto
te ausentes sin permitir 815
que de tanta admiración

cobrado diga...

(Dentro LICAS**,** HÉRCULES **y** ARISTEO**.)**

LICAS
Hacia aquí
es la senda.

HÉRCULES
Pues no dejes
en su alcance de seguir
la vereda.

ANTEO
Gente viene: 820
forzoso es al monte huir
quien a todo un vencedor
ejército trae tras sí.
Pues está segura Yole,
duélete, ¡oh cielo!, de mí: 825
no haya tan mal ejemplar
como que pueda decir
que hallé piedad en la tierra,
y no en el cielo.
(Vase.)

(Salen HÉRCULES**,** ARISTEO **y** LICAS**.)**

LICAS
Hacia aquí
vuelvo a decir que es la senda 830
del hespérico país.

HÉRCULES
Pues guía, ya que te afirmas
en que Yole quedó allí.

ARISTEO
Si pudiera aconsejar
a quien me toca servir, 835
dijera, Hércules, que no
está el triunfo en adquirir
tanto como en mantener

lo adquirido. Siendo así,
pues, que te hallas aclamado 840
rey, ¿no es mejor acudir
a establecer esta vez
que dejarlo por venir

-fol. 23r-
tras un afecto que puedes
lograr después?

HÉRCULES Para mí 845
ni el triunfo ni reino importan
tanto como destrüir
encantos de Amor llevando
esclava a Yole a asistir
a mi coronación. Vea, 850
ya que a un hijo aborto vil
de la Tierra prefirió
a Hércules, que merecí
ser su rey a menos costa
que su esposo.

LICAS Ya de aquí 855
de sus torres se descubren
los homenajes.

HÉRCULES A abrir,
a pesar del fiero monstruo
que los vela sin dormir,
sus puertas iré, si fueran 860
de diamante.

ARISTEO Y yo tras ti,
que uno es aconsejar cuerdo
y otro es restado morir.

LICAS Yo no, que uno es morir loco
y otro es tratar de vivir. 865

HÉRCULES Ven pues; que, juntos los dos,
¿quién nos ha de resistir?

CIBELE **(Dentro.)**
Quien, en defensa de Yole,

lo impedirá.

LOS DOS ¿Cómo?

CIBELE Así.

(Apenas desde lo alto pronunció CIBELE **este medio verso, cuando se oyeron en el aire truenos y en la tierra temblores; y abriéndose en ella un volcán que atravesaba todo el tablado, arrojó de sí tan condensados humos que obscurecieron el teatro, bien que sin molestia del auditorio porque estaban compuestos de olorosas gomas, de suerte que lo que pudiera ser fastidio de la vista, se convirtió en lisonja del olfato.)**

HÉRCULES ¿Qué es esto, cielos?

ARISTEO Un fiero
temblor de tierra que abrir
su centro intenta en quebradas
grietas. 870

(Sale humo.)

HÉRCULES Y no solo a fin
de que sus cavados senos
quieran el paso impedir, 875
pero de que sus funestas
bocas arrojan de sí
(El terremoto.)
entupecidos vapores
que, en pirámides, subir
se ven a empañar[45] la tez 880
de todo el azul viril.

ARISTEO ¿Quién vio que el Vesubio en Libia
humo exhale?

LICAS Yo lo vi
por señas, que el verlo fue
de puro ciego.

(Terremoto.)

HÉRCULES Aun a mí 885
la vista perturba, pues
ni veo alcázar ni jardín.

ARISTEO En pardas nieblas la Tierra
nos le ha sabido encubrir.

HÉRCULES Como es la madre de Anteo, 890
sin duda intenta impedir
ultrajes de Yole; pero
no lo podrá conseguir:
que si de la tierra el centro
conjura ella contra mí, 895
contra ella el del aire yo
(Terremoto.)
moveré. Quédate aquí,
Aristeo, por si en este
tiempo Yole intenta ir
donde yo no sepa della, 900
tú lo sepas con seguir
sus pasos.

ARISTEO De mí confía
el que no falte de aquí.

HÉRCULES En ese seguro voy,
como dije, a prevenir, 905
pues no puedo por la tierra,
por el aire entrar. Tras mí

-fol. 23v-
ven, Licas.
[Vase.]

LICAS Sí haré, que aunque es
tan malo el andar tras ti,
peor fuera el que aquí quedara. 910
(Vase.)

ARISTEO No fuera; pues, ya de aquí
ausente Hércules, la Tierra
sus cimas vuelve a cubrir,
el humo a desvanecer

y el alcázar a lucir. 915
Y si no me engaño, una
dama viene por aquí.
¿Si será Yole? Mas no;
que, aunque yo nunca la vi,
nunca tampoco borré 920
las especies que imprimí
de su retrato: no es ella.

(Sale VERUSA**.)**

VERUSA

Yole, del desmayo en sí
volvió apenas cuando de otro
dolor se tornó a afligir, 925
que es no saber de su padre
ni de la batalla el fin.
Compadecida a su llanto,
por si fuera tan feliz
que con una buena nueva 930
la pudiera divertir,
al monte salgo; allí un hombre
está. ¿Sabreisme decir,
caballero, que en el traje
bien el serlo descubrís, 935
en qué paró la batalla
de cuyo rumor oí
en estos montes los ecos?

ARISTEO

No me atrevo a discurrir
en cuál os esté mejor: 940
o oír la ganancia o oír
la pérdida, cuando os veo
tan cuidadosa; y así,
hasta saber qué deseáis
saber, nada he de decir, 945
por no aventurar que pueda
ser lo que hayáis de sentir.

VERUSA

Aunque siempre de la patria

el cariño lleva, a mí
sus victorias o sus ruinas 950
no me tocan.

ARISTEO

Quizás sí,
ya que no a vós, a persona
de cuya parte venís.
Decidla que un forastero
que hallasteis acaso aquí 955
no quiso deciros nada.

VERUSA

Harto en eso me decís.
Quedad con Dios.
(Vase.)

ARISTEO

Él os guarde.
En toda mi vida vi
igual hermosura, ¡cielos! 960
¿Qué fuera que un infeliz,
que ni vencido una vez
ni otra vencedor, decir
pudo su pena? Mas esto
no es ahora para aquí; 965
baste que para aquí sea
no dejarla de seguir,
por verla otra vez.

(Vase ARISTEO**, y salen** HÉRCULES **y** LICAS**.)**

LICAS

Señor,
¿esto es caminar o huir?

HÉRCULES

Volar quisiera que fuera, 970
Licas, hasta descubrir
de la cumbre del Parnaso
la verde cima.

LICAS

Eso sí:
volvámonos a ser guardas
de ninfas, gente feliz 975

y alegre. ¿Qué Yole o Libia?
Como habitar en país
a donde todo es cantar,
danzar y bailar y, en fin,
todo es paz y nada es guerra... 980

HÉRCULES Hablaste como hombre ruin.

LICAS No tanto que mienta, pues
ya se escuchan desde aquí,
al tiempo que don Pegaso,

-fol. 24r-
en el último perfil 985
del monte, batiendo el ala
tremola al aire la crin,
dulces músicas: ¿no oyes
sus blandos acentos?

HÉRCULES Sí,
acerquémonos a ver[46] 990
lo que llegamos a oír.

(Al entrarse los dos, empezó a descubrirse un monte cuya eminencia, casi de improviso, frisó las nubes con la cumbre y los bastidores con la falda; de suerte que no dejó más foso el teatro que su mismo foro y un pedazo de nuevo cielo que a espaldas suyas, por entre tremoladas bandolinas y quebradas peñas, fingía lejanos horizontes. Ocupaba su cima el Pegaso, extendidas las alas como haciendo sombra al risco de CALÍOPE**, principal musa de las nueve, desde cuyo superior asiento derribaban los peñascos sus últimos perfiles. Estaban todos coronados de frondosa arboleda y, entre uno y otro tronco, una y otra ninfa: Urania y Polonia a la diestra mano, y Tersícore y Clío a la siniestra. Debajo de las cuatro, en segundo descanso que hacía con adelantadas proyeturas más corpulento el monte, estaban a un lado Melpómene, Erato y a otro Euterpe y Talía. Eran sus ropajes como los de los signos y los meses, diferenciándose solo en haber trocado el campo azul al nácar, confrontando matices aquí con las flores si allá con las estrellas. En el corazón de el monte corría tan artificiosa fuente que, sin agua ni sonido de agua, no se echaba menos ni el agua ni el sonido. Estaban, pues, las nueve como divertidas en sus siempre festivos solaces, cantando, desasida de la fábula, esta letra.)**

MÚSICA Ruiseñor que volando vas

cantando finezas, cantando favores,
¡oh, cuánta pena y envidia me das!
Pero no, que si hoy cantas amores, 995
tú tendrás celos y tú llorarás.

HÉRCULES

Todo el coro de las ninfas
junto está. Mas, ¡ay de mí!;
que parece que la letra
conmigo ha hablado, al oír, 1000
para que se irriten más
mis vengativos rencores
y amor no sean jamás...

MÚSICA

Pero no, que si hoy cantas amores...

ELLA y MÚSICA

... tú tendrás celos y tú llorarás. 1005

HÉRCULES

Sagradas hijas de Apolo,
a quien desde este cenit,
por cuantos círculos corre
hasta su opuesto nadir,
para coronar los rizos 1010
de vuestro peinado, Ofir
flores dora ciento a ciento,
luces brilla mil a mil:
vuestro Hércules, por quien
en estos montes vivís 1015
seguras de incultas fieras
amedrentadas de mí,
por quien a la excelsa cumbre
nadie se atrevió a subir

-fol.24v-

sin pasar porta[47] de Apolo, 1020
que yo he de cerrar y abrir,
a beber de los cristales
en que aquel don infundís
que, abandonando lo útil,
se pagó de lo sutil: 1025
hoy contra una hermosa fiera
favores viene a pedir,
no para amarla, no, pero

para aborrecerla sí.

TODOS y MÚSICA

¡Ay de ti!
¡Que vencer a las fieras
no es vencerse a sí!

(Cantando CALÍOPE**.)**

CALÍOPE

Hércules: ya tus hazañas
sabemos, y que por ti
templaron, Fama y Apolo,
la lira con el clarín.
Ya sabemos que en Tesalia
la Hidra pudiste rendir;
en el Abismo al Cerbero
y en Calidonia al espín.
Que al león venciste en Libia,
donde pudiste adquirir
lo sagrado del laurel,
lo sangriento de la lid.
Que perdonaste, sabemos,
de la Hespéride el jardín,
mas no sabemos que puedas
a ti vencerte; y así...

ELLA y MÚSICA

¡Ay de ti!
¡Que vencer a las fieras
no es vencerse a sí!

CALÍOPE

Quejoso de Yole vienes,
procurando desmentir,
con razones de vengar,
sin razones de sentir.
Teme el ardid del amor:
que es tan cauteloso ardid
que tal vez para vencer
hace maña del hüir.
Teme su disimulada
traición: que sabe vestir
los desaliños del áspid
de las galas del jazmín.
No te vengues si te quieres
vengar de Yole; que vi

muchas veces que el dejar
alcanza más que el seguir.
Y si estos avisos no
te bastan a reducir:
en mi voz y en la de todas 1070
oirás una vez y mil...

ELLA y MÚSICA

¡Ay de ti!
¡Que vencer a las fieras
no es vencerse a sí!

HÉRCULES

Bella Calíope, a quien 1075
siempre tocó el presidir
al castalio coro: no
desconfíes del gentil
espíritu que me ilustra;
que dejé de conseguir 1080
de Amor, que es fiera de fieras,
la victoria; a cuyo fin,
por vuestro Pegaso vengo:
que le lleve, permitid,
a que en los golfos del aire 1085
sea alado bergantín;
que, a pesar del huracán,
que levanta contra mí
la Tierra, madre de Anteo,
tomen puerto tan feliz 1090
que deshaga los prodigios
de su encantado pensil.

CALÍOPE

Si en tu peligro nosotras
no habemos de concurrir:
lo que tú puedes tomar, 1095
¿para lo qué has de pedir?

HÉRCULES

Dices bien, sube por él,

-fol. 25r-
pues tú también has de ir.

LICAS

¿Dónde?

HÉRCULES

En sus ancas.

LICAS ¿Sus ancas
yo?[48]

HÉRCULES ¿Por qué no?

LICAS Porque si 1100
él es rocín de poeta
y nunca pudo sufrir
ancas su puchero, ¿cómo
sufrirá ancas su rocín?
(Vase.)

HÉRCULES Anda, cobarde; y vosotras 1105
quedad en paz hasta oír
mi triunfo.

TODAS Antes, porque no
te empeñes en él, tras ti
iremos todas diciendo...

HÉRCULES ¿Qué es lo que habéis de decir? 1110

TODAS **(Cantando.)**
¡Ay de ti!
¡Que vencer a las fieras
no es vencerse a sí!

HÉRCULES ¿Y cómo iréis?

TODAS Desta suerte.

HÉRCULES Pues venid todas, venid; 1115
veréis de cuán poco os sirve
el escuchar... ¿Qué decís?

ÉL y TODAS ¡Ay de ti!
¡Que vencer a las fieras
no es vencerse a sí! 1120

(Cantar las musas este estrebillo, repetirle el coro, volar el Pegaso a la nubes, CALÍOPE **al centro y las ocho a distantes partes llevándose consigo a pedazos el monte, fue tan uno que, al verle deshecho, apenas pudo percibir la vista el cómo; conque, causando más novedad en todos lo que dejaron ver que lo que vieron, acabó la segunda jornada.)**

Jornada III

Para empezar la tercera jornada, no solo se contuvo el coliseo, como hasta aquí, en limitados foros; pero abriéndose el seno se dilató hasta topar con el último centro de su muro y, con ser tan grande la distancia, aún la hizo mayor la prespectiva: era un hermoso jardín cuyas calles tenían, por guarda de sus emparrados, dobladas pilastras de mármol blanco con remates de lo mismo; al pie de cada pilastra había un tiesto de porcelana con sus más usados frutos; lo que se descubría de ellas eran unos enrejados, a manera de glorietas, cubertadas de hojas y flores; de suerte que, mirando por cualquiera parte, cualquiera entrecalle era una dilatada galería; la principal estaba tan sujeta al arte que le obedecía desde su primero término al postrero, disminuyendo sus tamaños con tan ajustada regla que, huyendo los unos de los otros, cuanto iban a menos en la cantidad, iban a más en la apariencia; remataban sus líneas en un cenador y en él una fuente de varios jaspes, de cuyo surtidor se derramaban otros caños -no digo con ruido y sin agua, por no encarecer segunda vez el artificio-; en medio desta, al parecer, suma distancia, estaba un árbol natural, doradas sus hojas, cuajadas de manzanas de oro, sobre cuya copa apareció HÉRCULES **en un blanco caballo alado a imitación del que se vio primero en el Parnaso. A este tiempo se levantó de la tierra batiendo también las alas y moviendo las garras y las presas un escamado dragón; conque, subiendo el uno y descendiendo el otro, partido el aire, se salieron al encuentro. Trabada la batalla, gozaban ambos de cuatro movimientos pues, elevándose el uno al tiempo que el otro se abatía y, al contrario, abatiéndose el uno cuando el otro se elevaba, se buscaban y se huían, trocando no solo las alturas, mas también los costados, pues se embestían ya por un lado y ya por otro; de cuya boreal lid duró la contienda lo que duraron estos versos.**

HÉRCULES

Ya, alado «Belerofonte»,
que, «Bucentoro velero»,
huyendo escollos de tierra,
navegas golfos de viento;

ya que la vela del ala 5
desplegada, del pie el remo
batido, timón la cola,
popa el anca, quilla el cuello,
proa la frente, la crin

-fol. 27r-
jarcia y buque todo el cuerpo, 10
en alto aire, ya que no
en alta mar, a lo lejos
descubres de los dorados
celajes del verde puerto:

(Sube el dragón y baja HÉRCULES**.)**

amaina, amaina y no temas 15
el bruto huracán soberbio
que, cuando tú el vuelo abates,
levantar intenta el vuelo;
y pues al encuentro quiere
salirte: sadle al encuentro; 20
que si, en nueva cetrería,
de sierpe en sacre se ha vuelto,
yo en águila de bajel
también mudaré el concepto;
pues, cuando él se cale en puntas, 25
le buscaré en escarceos
haciendo que sea boreal
campaña de nuestro duelo
toda la vaga región
del más capaz elemento. 30
Avenado hipogrifo
que, áspid del jardín más bello,
no solo el tesoro guardas
de amables hechizos, pero
de aborrecidas beldades: 35
no a robar tus pomas vengo
por ser dichoso en amores
sino en aborrecimientos.

Embiste otra vez, que no
me has de poner en recelo 40
por más que el camada nube
traigas abortando incendios,
el relámpago en los ojos,
en los bramidos el trueno
y el rayo en la exhalación 45
del tósigo de tu aliento.
La clava de Hércules es
la que te hiere; y supuesto
(Cae el dragón retirado en los bastidores.)
que oír de Hércules el nombre
más que la clava le ha muerto: 50
¡a tierra, Pegaso!; y vea
que, a pesar de sus violentos
Vesubios, volcanes y Etnas,
introducido en el centro
(Apéase y vuela el caballo.)
de sus vedados jardines, 55
a ella y a sus monstruos venzo.
Y tú, tronco del amor,
de tus dorados renuevos
este me da por testigo
del triunfo, no porque quiero 60
ni ser amado ni amar
sino vencer mis desprecios.
¡Ha del palacio! ¡Ha del monte!
¡Salid cuantas estáis dentro
y entrad cuantos en mi busca 65
andáis, pues que ya no hay riesgo
que temer!

(Dentro golpes, y salen por una parte ARISTEO**,**
LICAS**, soldados y, por otra,** HESPERIA**,** EGLE**,**
VERUSA **y** YOLE **y** ANTEO **a lo largo.)**

ARISTEO **(Dentro.)**
¡Romped las puertas

de aquesas voces al eco!

HESPERIA **(Dentro.)**
Acudid al jardín todas
a ver quién causa este estruendo. 70

LICAS ¡Aten al dragón, que vamos!

ANTEO ¡Muera yo y sepa por quién es esto!

YOLE Mas que es alguna desdicha
que a mí me viene siguiendo.

TODOS ¿Quién daba aquí voces?

HÉRCULES Yo. 75

HOMBRE ¡Qué prodigio!

MUJER ¡Qué portento!

YOLE Bien dijeron mis temores.

HESPERIA ¿Este no es el hombre, cielos,
del león?

EGLE y VERUSA Y aun el león.

HÉRCULES Yo soy. ¿Qué os admira, viendo 80
muerto ese horrible vestiglo,

-fol. 27v-
el ser yo quien le haya muerto?
Pues mal pudiera ser otro.

LICAS Sí pudiera, que a lo mesmo
también yo venía a las ancas, 85
sino que no entré acá dentro
porque no me atreví a entrar.

HÉRCULES En tu busca, Yole, vengo,
para que sepas quién es
Hércules y quién Anteo. 90
Hércules, a quien dejaste,
es el que triunfó venciendo;
Anteo, a quien elegiste,
es el que se escapó huyendo.

Muerto tu padre, su rey 95
me aclama Libia; el pretexto
es cumplirme la palabra
que él me dio y que yo no aprecio;
que a quien puedo prisionera
no he de tratar como a dueño 100
el día que por mí mismo,
avasallado su reino,
capitulé la corona
por quien las armas suspendo.
Ven, pues, que has de ser testigo 105
del merecido trofeo
de coronarme sin ti.

ANTEO

No irá tal sin que primero
a mí la muerte me des.

HÉRCULES

Si eso falta, es fácil eso. 110

ANTEO

No mucho, que si falté
a nuestro aplazado duelo
de buscarte en la batalla,
fue por no menor empeño
que el de socorrer a Yole; 115
y aun este lo es también, puesto
que es dar lugar a su fuga.
Y pues no hay perdido tiempo:
retírate de tu gente,
que en ese bosque te espero 120
donde los dos nos veamos
brazo a brazo y cuerpo a cuerpo.
Madre Tierra: en confianza
tuya voy; dame tu esfuerzo.
(Vase.)

HÉRCULES

Ya yo te sigo: ninguno 125
me siga a mí o, ¡vive el cielo!,
que a quien me siga le mate.
Tú corta a esta sierpe el cuello,
que has de llevar su cabeza
hoy de Júpiter al templo. 130

LICAS

¡Mal haya mi alma y mi vida

si tal cortare!
(Vase.)

HÉRCULES

Aristeo:
guárdame estas puertas tú,
como te dije primero,
porque no se escape Yole 135
a quien prisionera dejo,
fiada a vosotras, en tanto
que a él mato y por ella vuelvo.
(Vase.)

ARISTEO

Pues que no debo seguirle
yo y obedecerle debo: 140
perdonad que desa puerta
no me aparte, deste cielo
dijera mejor, mirando
tal hermosura.

YOLE

Aristeo,
si algún tiempo te debí 145
algún mal logrado afecto
de amor, que apartó mi padre
con no mal fundados medios:
duélete de mí; no digan
que te vengaste, supuesto 150
que tomó mejor venganza
quien no se vengó pudiendo.
Padre, esposo y reino, todo,
perdí en un día; y pues reino,
esposo y padre me dejan 155
vida, que quizá no pierdo
por aborrecida, no
quites a mis sentimientos
la desdicha de llorarlos
que es la dicha de tenerlos. 160
Dame paso a aquesos montes
en cuyo áspero desierto

-fol. 28r-
hallaré entre brutas fieras
quizá más acogimiento

que en sola una fiera humana. 165

ARISTEO

Yole, tus desdichas siento.
A Hércules debí la vida
vencido; vencedor debo
a Hércules el honor
en que mis armas ha puesto. 170
Sobre esto la confianza
que de mi amistad ha hecho
me acobarda; y porque tú
ni las que me están oyendo
puedan presumir que yo 175
villanamente me vengo:
jueces las haré de que
hallándome entre dos riesgos,
de grosero o vengativo,
escojo del mal el menos, 180
pues lo vengativo infama
bien que mancha a lo grosero.
Yo vi tu retrato y vi
otra hermosura, el extremo
de lo vivo a lo pintado 185
pudo[50] hacer... Mas, baste esto
para que, quien entendiere
que aquí es cortés el silencio,
entienda que no es venganza
al no servirte, sabiendo, 190
si hay razón para mi olvido
que no lo hay para tu ceño
pues, por no vengarme en ti,
quizá en mí mismo me vengo.
(Vase.)

VERUSA

Todo es enigmas este hombre 195
en sus respuestas. Mas esto,
¿qué puede importarme a mí,
que parece que lo siento?

YOLE

Hesperia, Verusa, Egle,
a vuestra piedad apelo, 200
¿dónde ocultar me podré?

HESPERIA

Si ves que ya no tenemos

ni aun guarda para nosotras,
pues Atlante en favor nuestro
no se da por ofendido 205
de ver su encanto deshecho,
quizá porque anda mayor
deidad aquí, mal podremos
aventurarnos nosotras
a su enojo; y más, habiendo 210
dejádote en confianza
nuestra.

VERUSA

Lo que yo te ofrezco
es por ti atreverme a una
experiencia, bien que arriesgo
de que pueda parecer 215
loco desvanecimiento
el darme por entendida
de que algo hermosa parezco.
La hermosura, pues, no tiene
alhaja de más aprecio 220
que el espejo; dél se dice
que templa la ira en poniendo
al colérico su imagen
delante; y así, aunque fiero
vuelva, yo le saldré al paso 225
con él, a ver si le templo
haciendo que sea menor
su enojo al verle en sí mesmo.

EGLE

Yo te ofrezco de mi parte,
supuesto que a otros suspendo 230
con mi voz, ver si por dicha
a él le parase suspenso,
para que menos airado
llegue a ti.

HESPERIA

Yo te prometo
salirle al paso también, 235
representándole ejemplos
en mis estudios hallados
de altos héroes que tuvieron
por mayor de sus victorias

el verse al amor sujetos. 240

VERUSA Perdona si esto no basta...

HESPERIA Que otras armas no tenemos

-fol. 28v-
con que socorrerte, Yole.

LAS TRES ¡Qué hermosura, voz y ingenio!

(Vanse.)

YOLE ¡Ay de aquella que a experiencias 245
fía su esperanza, siendo
así que experiencias se hacen
solo a falta de remedios!
Dioses, ¿en qué parará
la lid de Hércules y Anteo, 250
que sobre tantas desdichas
es la última que temo?
¿Qué haré si él llega a morir?

(VENUS **y** CUPIDO**, cantando a sus lados, sin verlos.)**

VENUS Fingir.

YOLE ¿Qué puede fingir mi estrago? 255

CUPIDO Halago.

YOLE Y, ¿qué será ese furor?

CUPIDO Traidor.

YOLE Eco, ya que a mi dolor,
de oráculo eres trasumpto: 260
si él muere qué haré pregunto

ELLA y LOS[51] DOS — Fingir halago traidor.

YOLE — ¿Más alivio a mis sospechas...

CUPIDO — que con flechas...

YOLE — ... en fingir halagos das? 265

VENUS — Más.

YOLE — ¿Que serán, no consideras,
muy...[52]

CUPIDO — ...severas?

YOLE — Mal, con voces lisonjeras, 270
persuades a mis rencores
vengarse antes con favores...

ELLA y LOS[53]DOS — ... que con flechas más severas.

YOLE — Dime, anuncio más crüel...

VENUS — Que él... 275

YOLE — ¿Qué obra halago que se aplica?

CUPIDO — ...domestica...

YOLE — ¿Quién dirá que dél lo esperas?

VENUS — ... las fieras.

YOLE — ¿Cómo es posible que quieras, 280
dudando si vence o no
Hércules, que escuche yo...

ELLA y LOS[54]DOS — ... que él domestica las fieras?

YOLE — Y pues son vanas quimeras...

CUPIDO — Fïeras... 285

YOLE — ... el presumir que su ruina...

VENUS — ... afemina...

YOLE — dime si hay medio mejor.

CUPIDO ... Amor.

YOLE Permite que, mi temor, 290
crédito a tu voz no dé,
pues nada consuela oír que...

ELLA y LOS[55]DOS ... fieras afemina Amor...

YOLE ... si ya, viendo mi dolor
junto todo, no te obligas 295
a que de una vez me digas,
qué medio me está mejor.

LOS[56]DOS Fingir halago traidor;
que con flechas más severas
que él domestica las fieras, 300
fieras afemina Amor.

YOLE Pues si el favor
que por consejo me das
es fingir, desde hoy verás
viéndome contra un furor... 305

ELLA, LOS[57] DOS y TODOS ...fingir halago traidor,
que con flechas más severas
que él domestica las fieras,
fieras afemina Amor.

(Vase YOLE**.)**

(Cantando CUPIDO **y** VENUS**.)**

VENUS Pues sigue tus designios 310
sin apurar más dellos
que ser contra un tirano
que se huye de tu imperio.
Dime, siendo como eres
el más glorioso afecto 315
de verdadero amor,
¿por qué su rendimiento

-fol. 29r-
fías a amor fingido?

(Cantando CUPIDO**.)**

CUPIDO
Porque amor verdadero,
en vez de ser castigo, 320
se convirtiera en premio.
Que él quiera y que no sea
querido es lo que quiero;
hállese más burlado
cuanto más satisfecho. 325
De amarle Yole, no
pudiera lograr luego
el que ella enamorada
le ponga en el desprecio
que le pondrá mañana 330
cuando mi prisionero,
trocando la acerada
clava en vil instrumento,
mi carro arrastre; y pues
aqueso dirá el tiempo, 335
dejemos el jardín,
en tanto que a él volvemos
a esforzar que descubran
el ignorado fuego
que él piensa que es rencor, 340
belleza, voz, ingenio.

VENUS
¡Ay! Que ingenio ni voz ni belleza
no han de poder dominar sus afectos
mïentras Yole no finja que llora.

CUPIDO
Pues llore aunque finja. 345

LOS DOS
Pues llore, supuesto
que no es la primera que llora fingiendo.

(Vanse y cúbrese el jardín con el bosque; y salen

ANTEO **y** HÉRCULES**.)**

ANTEO

Al sitio que apenas bruta
planta pisó, guiando vengo
tus pasos porque ninguno 350
nos siga y se ponga en medio.

HÉRCULES

Di que a fin de dilatar
tu muerte, que es lo más cierto,
ya que solos estamos
y ocultos. Saca el acero. 355

ANTEO

Son muy desiguales armas
espada y clava, y en duelo
aplazado, el igualarlas
es ley; y así, pues yo dejo
la espada, deja la clava 360
y ven a los brazos.

HÉRCULES

Eso
ya es lo contrario, pues es
gana de morir más presto.

ANTEO

(Aparte.)[58]
Tú lo verás cuando veas
que cobro, en dando en el suelo, 365
dobladas fuerzas.

HÉRCULES

¿Qué aguardas?
(Luchan.)
Llega, pues, y del primero
ímpetu verás si doy
contigo en tierra.

(Cae ANTEO **y levántase.)**

ANTEO

¿Qué has hecho
en eso, si con mayor 370
valor a la lucha vuelvo?

(Luchan.)

HÉRCULES

Más resistencia hallo en ti

de la que antes hallé, pero
no importa para que deje
de ser superior mi esfuerzo. 375

(Cae ANTEO **y levántase.)**

ANTEO
También superior el mío
volverá a embestir de nuevo.

(Luchan.)

HÉRCULES
[Aparte.]
¿Qué es esto, ¡cielos!, pues cuando
más le rindo, más le encuentro
fortalecido?

ANTEO
[Aparte.]
Pues va 380
siempre mi fuerza en augmento,
en excediendo a la suya:
que le he de vencer es cierto.

HÉRCULES
[Aparte.]
Como es su madre la Tierra,
sin duda ella le da alientos 385
cuando ella cae; y así,
no ha de volver a ella.

(Luchan.)

ANTEO
[Aparte.]
¡Cielos!
¿Cómo ahora no me arroja?
Desalentado fallezco.
Haga maña lo que antes 390
era fuerza.

-fol. 29v-

(Déjase caer y levántase.)

HÉRCULES
Ahora veo,
(Luchan.)
pues que te dejas caer
tú cuando yo no te dejo,

que es señal de que la tierra
te fortalece en cayendo. 395

ANTEO

Sea lo que fuere, vuelve
a la lid.

HÉRCULES

[Aparte.]
Sí haré; ya vuelvo,
pero advertido de que,
si allá vencí sus portentos
porque me valí del aire, 400
he de hacer aquí lo mesmo.
No ha de caer en la tierra
por ver si en el aire le venzo
(Levántale en el aire.)
haciéndole que en mis brazos
reviente.

ANTEO

¡Valedme, cielos! 405
Que, oprimido sin tocar
en la tierra, desfallezco.
¿Quién creerá, cuando en los brazos
de Hércules espira Anteo,
que dando el aliento al aire 410
le niegue el aire el aliento?

HÉRCULES

Quien viere que yo te arrojo
hecho pedazos al viento
y tú, enemiga Cibele,
en tu horrible obscuro centro, 415
a quien meciste en la cuna
construyas el monumento.

(En esta última lucha, levantó de la tierra HÉRCULES **a** ANTEO **y, significando que en vez de arrojarle a ella le arrojaba al aire, le despidió de sí con tan arrebatado ímpetu que no se dio término entre salir de sus brazos y verle, sin verle, de la otra parte de las nubes; conque al entrarse** HÉRCULES **victorioso, se abrió la tierra y salió de ella** CIBELE **en una eminente pirámide de mármol, como construido monumento al cadáver de su hijo; la cual, mezclando ya lo furioso y**

ya lo compasivo, desaparecida la pirámide en recitativo estilo, cantó llorando lo siguiente.)

CIBELE

Sí haré, y en esperanza
de que podrá mi ira
en esta infausta pira 420
inscribir dónde alcanza
del dolor de Cibele la venganza:
en distintas esferas,
en varios horizontes,
valida de mis montes, 425
conformadas hileras,
convocaré las huestes de mis fieras.
Y tú, verde gigante,
en quien el cielo estriba,
de tu fábrica altiva 430
venga el desdén: no cante
Hércules triunfos de Hespero y Atlante.
Pues estás ofendido
del vuelo del Pegaso:
arma contra el Parnaso, 435
de quien la guarda ha sido;
castigue Apolo el verle destruido;
las ninfas que inspiraron,
siguiéndole veloces,
contra el amor sus voces, 440
bien que no las lograron,
¡ahora lloren lo que allá cantaron!;
del Helicón la frente,
del Castalio la cima,
una agobie, otra gima, 445
sin que llore su fuente,
aun para el llanto seca su corriente;
todo el verdor que encierra

-fol. 30r-

su seno se destruya:
¡resulte en culpa suya 450
el dolor de la Tierra!
¡Arma contra el Parnaso! ¡Guerra, guerra!

(Vase.)

(Toda la MÚSICA **y cajas.)**

[MÚSICA] ¡Arma contra el Parnaso! ¡Guerra, guerra!

(Cúbrese la apariencia y sale VERUSA **con un espejo, deteniéndola** ARISTEO**.)**

ARISTEO ¡No pases de aquí!

VERUSA ¡Desvía!
Que en vano tenerme quieres 455
puesto que tú solo eres
guarda de Yole y no mía.

ARISTEO Que fuera parar el día
no lo dudo; pero advierte
que el procurar detenerte 460
no es usar jurisdición
sino superior razón
que me obliga.

VERUSA ¿De qué suerte?

ARISTEO De tu alcázar has salido
al monte; y viendo tan nuevas 465
acciones como que llevas
a él tu espejo, he presumido
que, loco y desvanecido,
Narciso retar intente
tu hermosura y que, valiente 470
ella a igualar el cotejo,
lleva el cristal de tu espejo
contra el cristal de su fuente.
Y aunque tu valor infiera
ver cuán sin ventaja alguna 475

se arme de solo una luna
quien de todo un sol pudiera:
con todo eso yo quisiera
tenerte, no porque arguya
no ser la victoria tuya, 480
sino por ver si podría
hacer que en la muerte mía
te ensayes para la suya.

VERUSA Muy al contrario has creído,
que no es contra una belleza 485
sino contra una fiereza
el cristal que he prevenido.
Y así, que vuelvas te pido
a la puerta y este paso
me dejes donde no acaso 490
Hércules me halle al volver
antes que a Yole.

ARISTEO Temer
debo que a algún gran fracaso
de su ira llegue el extremo,
y así, no quiero impedir 495
medio que pueda servir
contra lo mismo que temo.

VERUSA Pues, ¿qué aguardas?

ARISTEO Tan supremo
poder tu hermosura tiene
que él me aparta y me detiene. 500

VERUSA Pues débale el que te aparte;
y más cuando hacia esta parte
es Hércules el que viene.

(Retírase ARISTEO **y salen** HÉRCULES **y** LICAS**.)**

LICAS Si ya los aires venenos
de Anteo fueron, ¿dónde vas? 505

HÉRCULES Con una ansia a Yole más
y a mí con una ansia menos;
que será, de dudas llenos
mis sentidos, un pesar
que hace placer al mirar: 510
que son pesar y placer
que no tenga a quien querer
y que tenga a quien llorar.

LICAS ¿Que no tenga a quien querer
y que tenga a quien llorar 515
es placer que hace pesar
y es pesar que hace placer?
¡Plegue a Dios...!

HÉRCULES ¿Qué hay que temer?

LICAS ¿Qué sé yo? Pero recelos
que traen penas y consuelos, 520

-fol. 30v-
plegue a Dios no sean, señor,
no haber a quien quiera amor
y haber a quien llore celos.

HÉRCULES ¿Celos ni amor para mí?
Pero, ¿qué dama es aquella? 525

LICAS La que campa de más bella
entre las tres.

HÉRCULES ¿Dónde, di,
Yole está? Pues, ¿cómo así
la espalda me vuelves?, ¿no
merezco respuesta yo? 530

VERUSA El semblante de tu ira
tanto de ti me retira
que su temor me obligó
a intentar irme sin verte.

HÉRCULES ¿Tanto asombro? ¿Tanto espanto? 535

VERUSA Fácil fuera decir cuánto.

HÉRCULES ¿De qué suerte?

VERUSA Desta suerte.
Tú mismo en ti mismo advierte
si espanto y asombro das.
(Mírase al espejo.)

HÉRCULES ¡Yo soy este! Ya con más 540
causa a mi descuido riño,
pues no me debió el aliño
verme a una fuente jamás.
¡Qué varia naturaleza
es en su desigualdad! 545
¡Qué mal dice una fealdad
en brazos de una belleza!
Si es tan grande mi fiereza,
¿qué mucho que la luz pura
huya de la sombra obscura 550
y que le haga novedad
ver a la mostruosidad
en brazos de la hermosura?
Disculpada, Yole bella,
en cierta parte se halla. 555
¿Qué digo? Que el disculpalla
ya camina hacia querella...
Pero si por otro ella
me dejó; pero si yo
maté a por quien me dejó 560
y si en su memoria queda,
y si hay cómo yo pueda
borrarle della, ¿quién vio
tan rara contrariedad?
Quítame esa luna impura, 565
no vea yo que es tu hermosura
espejo de mi fealdad.
Ya sin verme, a mi crueldad
vuelvo: a Yole llevaré
donde por testigo esté 570
que Libia a su rey me iguala.

(Sale EGLE **cantando.)**

EGLE
Guarda corderos, zagala;
zagala no guardes fe...

HÉRCULES
Mas, ¿quién pudo suspender
mi nuevo furor ahora? 575

EGLE
... que quien te hizo pastora
no te libró de mujer.

HÉRCULES
¿No te bastó, Hércules, ver
tu horror sino que después
suspenso a una voz estés 580
que trae tras tu desaliño?

EGLE
La pureza del armiño
que tan celebrada es...

HÉRCULES
¿Y qué haré yo desta piel
si a otros ropajes me aplico? 585

EGLE
... vístela con el pellico
y desnúdala con él.

HÉRCULES
Voz que en disfraz de zagala
persuades a no sé quién
que deje purezas y ame: 590
¿por quién lo dices?

EGLE
No sé;
por divertirme, esta letra,
por más sabida canté,
no porque con nadie hablase
más que con el aire.

HÉRCULES
Pues 595
ni aun con el aire has de hablar
de que culto se le dé
al amor cuando yo voy
no a amar sino a aborrecer.

-fol. 31r-

EGLE
Pues, ¿qué te ofende que yo 600

diga sin saber por quién?
(Canta.)
Aquella amorosa vid
que enlazada al olmo ves,
parte pámpanos discreta
con el vecino laurel. 605

HÉRCULES

¿Qué hechizo tiene esta voz
que me obliga a suspender
mi enojo? Pero, ¿qué digo?
El acento, Egle, detén;
que sobre darme los ojos 610
horror al llegarme a ver,
los oídos suspensión
al llegarte a oír, no sé
que falten ya contra mí
sino los labios también 615
que en favor de Yole quieran
persuadir a mi altivez
que hay amor.

(Sale HESPERIA**.)**

HESPERIA

¿Qué altivez pudo
negarlo cuando se ve
Júpiter en lluvia de oro, 620
Marte en cautelosa red,
Saturno amando a una estatua,
Apolo amando a un laurel?
Y descendiendo a lo humano,
que en las tablas que heredé 625
de Atlante no solo vi
lo pasado, mas también
lo futuro, ¿qué valiente
héroe no será o fue
triunfo de Amor? Hablen cuantos 630
su carro arrastran en que
o son fieras de su yugo

o son huellas de su ex.
Julio César por Cleopatra;
por Drusila, Augusto el rey; 635
Masinisa por la bella
Sofonisba, hasta el cruel
Nerón por Popea; Jasón
por la gran Medea, después
Teseo por Arïadna, 640
Eneas por Dido y con él
Paris por Helena, Antonio
por Faustina y... ¿Para qué,
procediendo en infinito,
te repito más que haber 645
visto a Aquiles, por Deidamia,
en hábito de mujer
cuando...?

HÉRCULES

No prosigas, no
lo digas; que no ha de ser
consecuencia el que obren mal 650
para que yo no obre bien.
Ni el espejo ni la voz
ni el ingenio han de poder
templar mi enojo.

(Sale YOLE**.)**

YOLE

Pues pueda
el arrojarme a tus pies, 655
donde ni vida ni reino
te pido por interés
de confesarme rendida
sino solo que me des
licencia para que diga, 660
ya que he de morir, por qué.
Argante, un vil agorero,
dijo a mi padre, después
de la palabra que dio,

que en aquese azul dosel 665
había visto que de entrambos
había un hijo de nacer
que violentamente había
de darle[59] la muerte. Él,
creyendo su vaticinio, 670
que es muy fácil de creer
lo peor, por que me hallases
casada me impuso en que
me echase yo a mí la culpa,
dando, como hice, a entender 675
que tu horror me había obligado;

-fol. 31v-
siendo así, que no lo fue,
su violencia; porque yo
nunca a Anteo quise bien
ni mal a ti; antes si fuera 680
permitido a una mujer
de mis prendas confesar
que tu fama, tu altivez,
tu valor... Pero esto baste,
que más dije que pensé 685
cuando dije que «no mal»;
que es casi decir que «bien».
Dígalo cuando veloz
el desbocado corcel,
saliendo de la batalla 690
me trajo al monte; que aunque
vi que Anteo me seguía,
deste alcázar me amparé
por estar en él segura
tanto de ti como dél. 695
Y dígalo el que ahora, oyendo
su muerte, ¡ay de mí!, no sé
si es que tengo que sentir
o tenga que agradecer.
Y ya que el hado ha cumplido 700
sus amenazas, al ver
muerto mi padre a las manos
de un hijo tuyo, pues lo es

tu rencor, y mío, pues yo
soy la que en mí le engendré 705
con lo que fingí, ¿qué aguardas
para darme muerte o que
me lleves como a rendida
a coronarte por rey?
Que a mí me baste que todos 710
hayan llegado a saber
que hubo sobrenatural
causa aquí y...

HÉRCULES

La voz detén;
que aunque es verdad que pudiera
no solamente creer 715
una causa, pero dos[60]
sobrenaturales, pues
antes de verte te vi;
y consiguiendo después
la hermosa manzana veo 720
que, prodigiosa, también
me hace, con tu desengaño,
dichoso en amor: no sé
qué sueño, poma, cristal,
cantos ni ejemplos mover 725
hayan podido mi afecto
hasta verte llorar; que es
sin duda el llanto el mayor
hechizo de la mujer.
Levanta del suelo; llega, 730
llega a mis brazos, y ven
donde tu reino te admita
y la posesión te dé
de tu heredada corona;
que el victorioso laurel 735
que me da su aclamación
ya no es mío, tuyo es,
de albricias de que no es tuyo
ni su amor ni mi desdén.

LICAS

Gracias a Dios que te veo 740
puesto en razón una vez.

HÉRCULES

Venid, pues, venid con ella
todas sirviéndola, y den
a toda Libia noticia
festivas voces de que 745
Yole es su reina y quien ella
elija será su rey.

YOLE

¿A quién puedo elegir yo
que pueda estarme más bien
que ser hoy reina y esposa 750
de quien rendida era ayer?
(Aparte.)
(Si bien lo supieras; pero
presto lo sabrás.) Y pues,
dos veces felice, Libia
me llega a reconocer, 755
una vez como heredera
y como esposa otra vez,

-fol. 32r-
dejando las asperezas
de intratables montes, ven
a mis palacios, de donde 760
trocando la bruta piel
a real púrpura, que en fin
lo exterior del parecer
gana más afectos cuando
da que amar y no temer, 765
galán en público salgas;
a cuyo efecto seré
yo la primera que, entre
mis damas, me veas torcer
en hilados copos de oro 770
blandas hebras que después
ellas, en varios dibujos
sobre la encendida tez
de la grana, asentarán
con tales primores que 775
dude Tiro si sus campos
matizados a merced
de la broca y de la abuja

dan flores de rosicler;
en cuyo espacio no habrá, 780
porque más gustoso estés,
instante que no sea todo
gozo, música y placer.

HÉRCULES Mal podrá no serlo allá
si ya desde aquí lo es. 785

VERUSA Las tres, pues ya en estos montes
sin la guarda del vergel
no está seguro el alcázar,
contigo iremos a ser,
si esta dicha merecemos, 790
tus criadas, y a tener
parte en los reales adornos
de igual majestad.

YOLE No iréis
sino con mis amigas
y compañeras las tres. 795

HÉRCULES Bien dices: yo las estoy
agradecido también,
y estimo el que vayan.

EGLE Sea
en festivo parabién,
todas cantando y bailando. 800

LICAS Estotra ha dicho más bien.

HESPERIA Empieza, Egle, tú; que todas
te seguiremos después.

LICAS Gracias a Dios que llegó
el día de algún placer. 805

(Cantando EGLE**.)**

EGLE Sea para bien...

MÚSICA Sea para bien.

EGLE ... que Hércules y Yole
en culto a Amor den...

CORO SEGUNDO — Sea para bien. 810

EGLE — ... él su fortaleza
y ella su desdén.

CORO PRIMERO — **(De todas.)**
Sea para bien.

CORO SEGUNDO — **(Dentro.)**
No sea para bien...

(Dentro CALÍOPE**.)**

CALÍOPE — ... ni diga el Amor 815
que dejó por él...

CORO SEGUNDO — No sea para bien.

CALÍOPE — ... Hércules su fama,
Yole su altivez.

CORO SEGUNDO — No sea para bien. 820

HÉRCULES — Oíd, escuchad, ¿qué contrario
eco puede ser aquel?

(Sale ARISTEO**.)**

ARISTEO — Una bellísima tropa
de ninfas, Hércules, es;
y viene hacia aquí.

HÉRCULES — Que sea 825
quien fuere: al canto volved.

CORO PRIMERO — Sea para bien
que Hércules y Yole

-fol. 32v-
en culto a Amor den
él su fortaleza 830
y ella su desdén.

(Salen las NINFAS**.)**

CORO SEGUNDO No sea para bien...

CALÍOPE ... que diga el Amor
que dejó por él
Hércules su fama, 835
Yole su altivez.
No sea para bien.

CORO PRIMERO Sea para bien.

CORO SEGUNDO No sea para bien.

LICAS ¡Lindas ninfas del Parnaso, 840
para echarnos a perder
nuestro alborozo!

HÉRCULES ¿Qué es esto,
Calíope?

CALÍOPE ¿Qué ha de ser?
¿Cómo es, Hércules, posible
que con tal descuido estés 845
de la guarda en que el Parnaso
puso Apolo en tu poder
cuando por ausencia tuya,
o otra causa que no sé,
Cibele, no solo haciendo 850
sus riscos estremecer
pero titubear sus cimas,
al fiero temblor crüel
de un embate y otro embate,
de un vaivén y otro vaivén, 855
su ruina amenaza, pero,

amotinando también
sus fieras, no hay flor que no
talen, siendo de su sed
dañado tósigo hoy 860
el que era antídoto ayer?

HÉRCULES ¡Qué escucho! ¿Cibele toma
en él venganza porque,
ofendido, Apolo en mí
castigue mi ausencia? Ven, 865
Calíope, y venid todas
conmigo; que habéis de ver...

YOLE ¿Tan presto quieres dejarme?
[Aparte.]
¡Oh, no se vaya antes que
ejecute mi venganza! 870

HÉRCULES No llores, que no me iré
si tú has de sentirlo.

CALÍOPE ¿Cómo
atrás te vuelves?

HÉRCULES No sé.

CALÍOPE ¿Qué es de tu valor?

HÉRCULES Bien dices.

YOLE ¿Qué es de tu amor?

HÉRCULES Dices bien. 875

CALÍOPE Volved a acordar su fama.

YOLE Mi amor a acordar volved.

CORO PRIMERO Sea para bien
que Hércules [y Yole
en culto a Amor den 880
él su fortaleza
y ella su desdén.]

CORO SEGUNDO No sea para bien
ni diga el Amor
[que dejó por él 885

Hércules su fama,
Yole su altivez.]

YOLE y CALÍOPE — En fin, ¿en qué te resuelves?

HÉRCULES — ¿En qué me he de resolver?
Piérdase todo y no tú, 890
que es lo más que hay que perder.
Calíope, dile a Apolo
que si me oyó alguna vez
que sé vencer y no amar,
ya sé amar y no vencer. 895
Ven, Yole.

YOLE — Porque no vuelva,
¡volved al canto otra vez!

CALÍOPE — ¡Volved otra vez al canto
por si obligarle podéis!

CORO PRIMERO — **(Todos.)**
Sea para bien, 900
que Hércules [y Yole
en culto a Amor den
él su fortaleza
y ella su desdén.]

CORO SEGUNDO — **(Todos.)**
No sea para bien 905
ni diga el Amor
[que dejó por él
Hércules su fama,
Yole su altivez.]

-fol. 33r-

UNA — Sin admitir nuestra queja 910
se va.[61]

CALÍOPE — ¿Quién pudo creer
que Hércules abandonara
su fama por su amor?

UNA 2.ª

Quien
sepa que sabe el amor
vencer aún más fieras que él. 915

CALÍOPE

Con todo, no por vencidas
nos hemos de dar; y pues
a quien le trató tan mal
trata de premiar tan bien:
¡quejémonos dél! 920

TODAS

(Cantando.)
¡Quejémonos dél!

CALÍOPE

(Canta.)
¿Por qué, ceguezuelo[62] dios,
aunque lo diga otra vez,
a quien te trató tan mal
tratas de premiar tan bien? 925

TODAS

Quejémonos dél.

(Dentro CUPIDO**.)**

CUPIDO

Esperad, no os quejéis, no os quejéis
hasta ver que cautelas de Amor
tal vez son piedad y castigo tal vez.

(Sale CUPIDO**.)**

CALÍOPE

Ya que a nuestra queja atento 930
te deja, Cupido, ver:
dinos, ¿qué quieres decirnos
en eso?

CUPIDO Que no os quejéis,
(Cantando.)
hasta ver que cautelas de Amor
tal vez son piedad y castigo tal vez. 935

TODAS ¿Cuándo hemos de verlo?

CUPIDO Cuando
desengañadas lleguéis
a ver que entre mis astucias
hay fineza que es desdén
en cierta crueldad piadosa 940
que pasa a piedad cruel.

TODAS Sí; mas, ¿cuándo será?

CUPIDO Presto;
y tanto que, al parecer,
vuele el tiempo con mis alas
que son más ligeras que él. 945
Venid, pues, venid conmigo,
que no solo habéis de ser
testigos de mi venganza
pero ministros también
de su castigo.

CALÍOPE Tras ti 950
iremos hasta saber...

TODAS **(Cantando.)**
... si es verdad que cautelas de Amor
tal vez son piedad y castigo tal vez.

(Al irse las NINFAS **en seguimiento de** CUPIDO**, transmutado el pasado jardín en real salón, volvió a desabrochar todo su fondo el coliseo; de suerte que, repetidas las verdaderas elegancias del pincel en los mentidos lejos del noble engaño de sus prespectivas, se vio en igual distancia lo deleitable de un vergel convertido en lo majestuoso de un palacio. Era toda su fábrica de variados jaspes a colores, cuanto más distantes, más unidos. Estribaban sus colunas en agobiados leones de bronce, a quien correspondían de bronce también los capiteles. Sobre sus cornisas**

enlazaba su arquitrabe un dorado artesón, dosel de todo su edificio. Tan bien avenidos desde su embasamiento a su techumbre y desde su portada a su retrete se hallaban en él pinceles y buriles, que se dudaba si todo de una pieza le hubiese el buril pintado o el pincel esculpido. Este era el cuerpo de la sala; pero el alma della: hermosa tropa de bizarras damas ocupadas en laboriosos ejercicios. Unas hilaban copos de oro que otras devanaban y otras, en bastidores y almohadillas, daban a entender que aprovechaban sus tareas. Solazado HÉRCULES **entre Hespérides y damas, y sobre rica alfombra al lado de** YOLE**, en una almohada recostado gozaba absorto ambas delicias así en lo que vía como en lo que escuchaba cuando las damas, al mudo compás de sus labores, cantaban, no fuera del propósito, esta letra.)**

-fol. 33v-

MÚSICA

Esto que me abrasa el pecho
no es posible que sea amor 955
sino un rabioso dolor
del mal que el amor me ha hecho.

HÉRCULES

¡Qué bruto el tiempo viví,
Yole, que viví y no amé!
Mas, digo mal; que no fue 960
vivir: durar solo sí.
¿Estas delicias en sí
tenía Amor? ¡Qué mal he hecho
en tratarle con despecho!
Mas, ¡qué mucho no sabía 965
que tan dulcemente ardía...

ELLA y MÚSICA

... esto que me abrasa el pecho!

YOLE

No menos necia vivía
quien, porque otro lo mandaba,
ni aborrecía ni amaba, 970
y cautelosa fingía
que amaba y que aborrecía;
y entre desdén y favor,
ignorando lo mejor,
decía: «Este afecto fingido, 975
si es posible que sea olvido...

ELLA y MÚSICA ... no es posible que sea amor.»

HÉRCULES Tan anticipado fue
tu raro prodigio en mí
que te vi antes que te vi 980
y amé sin saber que amé.
Cómo fue, no sé; mas sé
que, domeñado el furor,
como dure tu favor,
siempre en mi pecho amoroso 985
será un halago piadoso...

ÉL y MÚSICA ...si no un rabioso dolor.

HESPERIA La primera vez que vi
a Hércules, y que me dio
la vida aunque me obligó, 990
como nunca presumí
volverle a ver, no sentí
lo que ahora; pues sospecho
que, al verle cuán satisfecho
ama engañado, no sé 995
cómo el bien le pagaré...

ELLA y MÚSICA ...del mal que el amor me ha hecho.

MÚSICA Esto que me abrasa el pecho...

YOLE No cantéis; y pues rendido
Hércules al sueño queda: 1000
escucha, Egle; Hesperia, aguarda;
oye, Verusa.

LAS TRES ¿Qué intentas?

YOLE Que, pues no ignoráis que ha sido
cuanto le he dicho cautela,
a darme venganza venga 1005
de la muerte de mi padre
y de Anteo y de que quiera
coronarse en Libia rey.
¿Qué mejor ocasión que esta?
Ayudadme, por si acaso 1010

-fol. 34r-
entre las ansias despierta,
a que con aqueste acero
le dé muerte.

HESPERIA

Considera
que no queda tan vengado
el que de una vez se venga 1015
como el de muchas, ni hay
dolor para una soberbia
como ultrajarla y dejarla
vida para que lo sienta:
pongámosle en tal desaire 1020
que Libia corrida vea
si le aclamó una victoria
que le degrada una afrenta.
(Aparte.)[63]
Esto es pagarle la vida
con la vida.

YOLE

Bien lo piensas 1025
y yo no mal el desaire.

LAS TRES

¿Cómo?

YOLE

De aquesta manera:
quítale esa clava tú
mientras le ciño esta rueca
yo; y ahora, todas vosotras, 1030
la nunca peinada greña
de su cabello de cintas,
en desaliñada trenzas
prended.

UNA

¡Qué hermoso le vamos
dejando!

YOLE

Tú ahora, Hesperia, 1035
a los soldados de guardia,
porque si airado despierta
nos hallemos defendidas,
manda que toquen trompetas
y cajas, y que entren todos 1040

con armas, y que le prendan,
llevándole desta suerte
donde Libia vea,
si hay hombres que las agravian,
que hay mujeres que las vengan. 1045

VERUSA Yo, segunda vez usando
del espejo, a otra experiencia
examinaré su luna,
tan contraria como era
allá para que se temple 1050
y aquí para que se ofenda.

EGLE Yo en satíricos baldones
motejaré su soberbia.

HESPERIA Yo, en acordadas noticias.

(Dentro TODOS**.)**

TODOS ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra! 1055

HÉRCULES ¿Qué nuevo rumor, qué nuevo
estruendo de armas inquieta
mi solaz? ¿Dónde la clava
está, para que con ella
castigue a quien...? Mas, ¿qué miro? 1060
¿Qué transformación es esta
que pudo hacer que en tan torpe,
vil instrumento se vuelva
al tiempo que dicen otros...

(Dentro las cajas y trompetas.)

TODOS ... «¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!»? 1065

HÉRCULES Pues, ¿cómo, si dar no puedo

paso ni mover la lengua?
¿Qué delirio, qué letargo
tanto de mí me enajena
que me da a entender que yo 1070
no soy yo?

VERUSA Pues no lo entiendas;
vuelve a mirarte.
(Pone el espejo.)

HÉRCULES ¿Esto más?
¿Yo con mujeriles señas?

HESPERIA ¿Qué dirás ahora de Aquiles?

HÉRCULES Diré...

(Cantando EGLE**.)**

EGLE Por Deidamia bella 1075
vistió mujeriles galas
peinando el cabello en trenzas.

YOLE No dirás sino que Yole,
vengando en él sus ofensas,
vengó también las de todas 1080
las mujeres.

[VOCES][64] **(Dentro.)**
¡Arma! ¡Guerra!

YOLE Entrad todos.

HÉRCULES No los llames;

-fol. 34v-
y pues las tres experiencias
de ingenio, hermosura y voz
no movieron mi soberbia 1085
hasta que lloraste tú,
pues no hay desdoro que sienta
sino el que tu amor me engañe:
el verme a tus pies te mueva,
no sé si diga llorando 1090
y, sí lo sé, en clara muestra

de que lágrimas de amor
son el uso desta rueca.
No te duelas de mi fama,
que no quiero que te duelas 1095
sino de mi amor. Mi dueño,
mi bien, mi esposa y mi reina,
no cautelosa...

YOLE Es en vano.
Las cajas y trompetas vuelvan,
y entrad todos.

(ARISTEO**,** LICAS **y soldados.)**

TODOS ¿Qué es aquesto? 1100

ARISTEO Hércules postrado en tierra
con viles armas llorando.

LICAS Si hay días en las bellezas:
hoy debe de ser su día,
pues tan hermoso despierta. 1105

ARISTEO ¿Qué es esto, Hércules?

HÉRCULES No sé;
que apenas, y bien «a penas»[65],
no sé si muero o si vivo.

YOLE ¿Qué ha de ser sino que vea
no tan solo Libia, pero 1110
el mundo, cuán vil, cuán ciega
fue deponiéndome a mí
y obligándome a que sea
forzada esposa de un bruto
la infame aclamación vuestra? 1115
Si el valor os movió, viendo
que es él el que vence fieras,
¿cuánto es más valor el mío?
Pues es clara consecuencia
que vence a las fieras quien 1120

al que a fieras vence: venza.

UNO

Dice bien, nobles isleños;
pues es Yole vuestra reina
y Hércules, afeminado,
ni oye ni mira ni alienta: 1125
no forcéis su libertad.

TODOS

¡Viva Yole! ¡Hércules muera!

ARISTEO

¿Qué haré, cuando a mí me toca
su ofensa aquí y su defensa?

YOLE

Prendedle, pues.

HÉRCULES

Mal podréis; 1130
que aunque aquí no me defienda
porque sois muchos y estoy
sin armas, yo iré por ellas,
valiéndome de la fuga
ahora, mientras no me vuelva 1135
en mí mi valor.

YOLE

¡Seguidle!

TODOS

¡Muera Hércules!

NINFAS y CALÍOPE

No muera
ni le sigáis, porque estamos
nosotras en su defensa.

YOLE

¿Cómo en su defensa? ¿No es 1140
también mi venganza vuestra?

CALÍOPE

Sí, Yole; mas si tú vivo
para que sienta le dejas:
nosotras también queremos
que viva para que sienta. 1145
Date a prisión al Amor.

NINFAS

Él nos envía a que vengas
a ser fiera de su carro.

HÉRCULES

Mal puedo hacer resistencia
cuando hay fuerza que confiese 1150
que contra el amor no hay fuerza.

CALÍOPE Llevadle todas en tanto
que yo, dulcemente tierna,
invocando las deidades
de Cupido y Venus bella, 1155
intento ver si consigo
que, en fantástica apariencia,

-fol. 35r-
se deje mirar triunfante
bien como le representa
ya pinceles y ya plumas. 1160

TODOS ¿Cómo?

CALÍOPE De aquesta manera.
(Canta.)
¡Ha de los bellos jardines,
ha de las hermosas selvas
de Chipre, trono de Venus
y cuna de Amor!

(Dentro CUPIDO **y** VENUS**.)**

LOS DOS **(Cantando.)**
¿Qué intentas? 1165

CALÍOPE **(Cantando.)**
Que iluminando los vientos
y floreciendo la tierra
vea el teatro del mundo
tu triunfo; para que vea,
quien quiso que las mujeres 1170
esclavas del hombre sean,
que él es su esclavo pues es
esclavo de Amor por ellas.

LOS[66]DOS Ya, a tu invocación, los dos
damos piadosa respuesta 1175
que repitirán tus ninfas
diciendo en voces diversas...

(Cantando.)
«Para que suenen mejor
sus cláusulas lisonjeras,
de Hércules en deshonor: 1180
que si él domestica fieras,
fieras afemina Amor.»

(A la invocación de CALÍOPE **respondieron** VENUS **y** CUPIDO**, no solo en voz, pero en efecto; pues dando a entender que en fantástica apariencia se gozaban en dejarse ver triunfantes, con la repetición de la pasada copla salieron al tablado, en festiva tropa, primero las musas, delante del carro, cantándoles la gala, y después, coronados de laurel, algunos cautivos en acción que forcejaban al movimiento de sus ruedas. Era su diseño imitación de aquellos que, ya en pinturas o ya en historias, nos acuerdan los romanos triunfos. Su altura se medía con el tercer cuerpo de las primeras colunas y su longitud con el tercer término del tránsito. Desde las cartelas de proa hasta los cartelones de la popa resplandecía recamado de cogollos y follajes de oro, y en sus faldones bosquejudos algunos héroes, como atropellados de su huella. En su eminencia venían** VENUS **y** CUPIDO **con** HÉRCULES **a las plantas; y, habiendo repetido la** MÚSICA **la aclamación, prosiguió la representación la suya.)**

LOS CAUTIVOS
Todos cuantos el imperio
conocimos de tus flechas
y al pértigo de tu carro 1185
vamos moviendo las ruedas,
confesaremos que es
tu mayor victoria esta.

LAS NINFAS
Y cantándote la gala
las sonoras voces nuestras, 1190
dirán, en plectros y plumas,
que son de la fama lenguas...

MÚSICA
... para que suenen mejor
sus cláusulas lisonjeras,

-fol. 35v-

de Hércules en deshonor: 1195
que si él domestica fieras,
fieras afemina Amor.

HÉRCULES

Nada podréis decir ya
que menos dolor no sea
que ver que traidora, Yole, 1200
sin amor al Amor venga.
Y así será mi valor
el que en las voces primeras
diga para más dolor...

ÉL y MÚSICA

... que si él afemina fieras, 1205
fieras afemina Amor.

TODOS

¡Todos su triunfo sigamos!

ARISTEO

Pues otra mayor le resta.

TODOS

¿Qué es?

ARISTEO

Que vean que, de todas
las gracias, es la belleza 1210
la que en su segundo triunfo
se corona la primera,
si ser de Verusa, yo,
esclavo también merezca.

VERUSA

Esa dicha es mía.

LICAS

Según 1215
eso, pues vengadas quedan
las damas en una parte
y, en otra, por más suprema
coronada la hermosura,
prometerme puedo della 1220
el perdón, diciendo todos,
puestos a las plantas vuestras...

TODOS y MÚSICA

Para que suenen mejor
sus cláusulas lisonjeras
de las damas en favor: 1225
que si él domestica fieras,

fieras afemina Amor.

(Con este aparato, majestad y pompa, cantando unos y representando otros, se escondió el carro, se desplegó la cortina y dio fin la comedia.)

Guárdate del agua mansa

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAJES

CLARA, *dama*.
EUGENIA, *dama*.
BRÍGIDA, *criada*,
MARI-NUÑO, *dueña*.
HERNANDO, *criado*.
OTÁÑEZ, *escudero, vejete*.
DON FÉLIX, *galán*.
DON JUAN DE MENDOZA, *galán*.
DON PEDRO, *galán*.
DON TORIBIO CUADRADILLOS.
DON ALONSO, *viejo*.

La acción pasa en Madrid.

Jornada primera

Sala en casa de DON ALONSO, **junto a los pozos de la nieve**.

Escena I

DON ALONSO, OTÁÑEZ.

OTÁÑEZ — Una y mil, veces, señor,
vuelvo a besarte la mano.
DON ALONSO — Y yo una y mil veces vuelvo
a pagarte con los brazos.
OTÁÑEZ — ¿Posible es que llegó el día
para mí tan deseado,

como verte en esta corte?

DON ALONSO

No lo deseabas tú tanto
como yo; pero ¿qué mucho,
si en dos hijas dos pedazos
del alma me estaban siempre
con mudas voces llamando?

OTÁÑEZ

Aun en viéndolas, señor,
mejor lo dirán tus labios.
¡Oh sil mi señora viera
este día!

DON ALONSO

No mi llanto
ocasiones con memorias
que siempre presentes traigo.
Téngala Dios en el cielo;
que a fe que he sentido harto
su muerte; que desde el día,
que su Majestad, premiando
mis servicios, en el reino
de Méjico me dio el cargo
de que vengo, a no más ver
me despedí de sus brazos.
No quiso pasar conmigo
a Nueva España, no tanto
por los temores, del mar,
como porque en tiernos años
dos hijas eran estorbo
para camino tan largo.
Criándolas quedó en casa:
fue Dios servido que al cabo
de tantos años faltó.
A cuya causa, abreviando
yo con mi oficio, dispuse
volver para ser reparo
de su pérdida; que no
estaban bien sin amparo
de padre y madre.

OTÁÑEZ

Es muy justo,

señor, en ti ese cuidado;
pero si alguno pudiera
no tenerle, eras tú. Es llano,
porque el día que faltó 45
mi señora, ambas se entraron
seglares en un convento,
sin más familia ni gasto
que a Mari-Nuño y a mí,
donde en Alcalá han estado 50
con sus tías hasta hoy,
que obedientes al mandato
tuyo, vuelven a la corte.
Y habiéndolas yo dejado
ya en el camino, no pude 55
sufrir del coche el espacio;
y así, por verte, señor,
me adelanté.

DON ALONSO Unos despachos
que para su Majestad
traje, demás del cuidado 60
de tener puesta la casa,
tiempo ni lugar me han dado
de ir yo por ellas; demás
que el camino es tan cosario,
que perdona la fineza, 65
pues es venir de otro barrio.
¿Cómo vienen?
Voces dentro.
Para, para.

OTÁÑEZ Ya parece que han llegado:
ellas lo dirán mejor.

DON ALONSO A recibirlas salgamos. 70

OTÁÑEZ Excusado será, pues
están ya dentro del cuarto.

Escena II

CLARA, EUGENIA **y** MARI-NUÑO, **de camino**.-DON ALONSO, OTÁÑEZ.

CLARA
Padre y señor, ya que el cielo,
enternecido a mi llanto,
me ha concedido piadoso 75
la dicha de haber llegado
adonde, puesta a tus pies,
merezca besar tu mano,
cuanto desde hoy viva, vivo
de más; pues no me ha dejado 80
ya que pedirle, si no es
sólo el eterno descanso.

EUGENIA
Yo, padre y señor, aunque
logre en estas plantas cuanto
me prometió mi deseo... 85
más que pedir me ha quedado
al cielo, y es que tal dicha
dure en tu edad siglos largos;
porque esto del morir, no
lo tengo por agasajo. 90

DON ALONSO
No en vano, mitades bellas
del alma y vida, no en vano
al corazón puso en medio
del pecho el cielo, mostrando
que con dos afectos puede 95
comunicarse en dos brazos.
Alzad del suelo: llegad
al pecho, que enamorado
vuelva a engendraros de nuevo.

CLARA
Hoy puedo decir que nazco, 100
pues hoy nuevo ser recibo.

EUGENIA
Dices bien, que tal abrazo
infunde segunda vida.

DON ALONSO
Entrad, no quedéis al paso:
tomaréis la posesión 105
desta casa en que os aguardo,

para que seáis dueño della,
hasta que piadoso el hado
traiga a quien merezca serlo
de dos tan bellos milagros; 110
si bien en mí, esposo, padre
y galán tendréis, en tanto
que os vea como deseo.
¡Brígida! **(Llamando.)**

Escena III

BRÍGIDA.-**Dichos**.

BRÍGIDA Señor.
DON ALONSO Su cuarto
enseña a tus amas.
BRÍGIDA Todo 115
limpio está y aderezado;
pero ¿qué mucho es, si tales
dueños espera, el estarlo
como un cielo, con dos soles?
CLARA ¡Feliz yo que a ver alcanzo 120
este día, aunque a pensión
de haber, Eugenia, dejado
las paredes del convento!
EUGENIA ¡Feliz yo, pues he llegado
a ver calles de Madrid, 125
sin rejas, redes, ni claustros!

(**Vanse** CLARA, EUGENIA, BRÍGIDA **y** OTÁÑEZ.)

Escena IV

DON ALONSO.-MARI-NUÑO.

MARI-NUÑO Ya, señor, que el alborozo
de dos hijas ha dejado
algún lugar para mí,
merezca también tu mano. 130

DON ALONSO Y no con menor razón
que ellas, el alma y los brazos,
pues por vuestra buena ley,
en lugar de madre os hallo.
Y ya que ausentes las dos, 135
solos, Mari-Nuño, estamos,
decidme sus condiciones;
que como las dos quedaron
niñas, mal puedo hacer juicio
que no sea temerario, 140
para que prudente y cuerdo
pueda, como maestro sabio,
gobernar inclinaciones
que pone el cielo a mi cargo.

MARI-NUÑO Con decir, señor, que son 145
hijas tuyas, digo cuanto
puedo decir; mas porque
no presumas que te hablo
sólo al gusto, aunque de entrambas
la virtud y ejemplo es raro, 150
de lo general verás
que a lo particular paso.
Doña Clara, mi señora,
mayor en cordura y años,
es la misma paz del mundo: 155
no se ha visto igual agrado
hasta hoy en mujer. Pues ¿qué
su modestia y su recato?
Apenas cuatro palabras
habla al día: no se ha hallado 160
que haya dicho con enojo
a criada ni a criado
en su vida una razón:

es, en fin, ángel humano,
que a vivir solo con ella, 165
pudiera uno ser esclavo.
Doña Eugenia, mi señora,
aunque en virtud ha igualado
sus buenas partes, en todo
lo demás es al contrario. 170
Su condición es terrible:
no se vio igual desagrado
en mujer: dará, señor,
una pesadumbre a un santo.
Es muy soberbia y altiva, 175
tiene a los libros humanos
inclinación, hace versos;
y si la verdad te hablo,
de recibir un soneto
y dar otro, no hace caso. 180
Pero no por eso...

DON ALONSO

Basta,
que en eso habéis dicho harto.
Yo os lo estimo, como es justo,
que, prevenido del daño,
sepa adónde he de poner 185
desde hoy desvelo y cuidado.
Y así, aunque en edad menor,
sea primera en estado;
que el marido y la familia
son los médicos más sabios 190
para curar lozanías,
flores de los verdes años.
Desde el día que llegué,
a la montaña he enviado
por un sobrino, que hijo 195
es de mi mayor hermano;
y en él quiero de mis padres
y abuelos el mayorazgo
aumentar: pobre es; yo rico,

y es bien que el caudal fundamos 200
de la sangre y de la hacienda,
porque conservemos ambos
el solar de Cuadradillos
con más lustre. Así, en llegando,
será Eugenia esposa suya: 205
veamos si el nuevo cuidado
enmienda las bizarrías
de los verdores lozanos.

Escena V

OTÁÑEZ, DON ALONSO, MARI-NUÑO.

OTÁÑEZ Un hombre espera allí fuera.
DON ALONSO ¿Quién es? -Que ese breve espacio 210
tardaré, a las dos decid-.
¿Versos? ¡Gentil cañamazo!
¿No fuera mucho mejor
un remiendo y un hilado? **(Vase.)**
OTÁÑEZ ¿Qué le has dueñado a señor, 215
que es lo mismo que chismeado,
que ya va tan desabrido?
MARI-NUÑO ¿Ahora sabes, mentecato,
que apostatara una dueña,
si supiera callar algo? 220

(Vanse.)

Sala en casa de DON FÉLIX.

Escena VI

DON FÉLIX, **vistiéndose**; HERNANDO.

HERNANDO ¡Bravas damas han venido,
señor, a la vecindad!
DON FÉLIX El agasajo, en verdad,
perdonara por el ruido,
pues dormir no me han dejado. 225
HERNANDO La una es dada.
DON FÉLIX ¿Qué importó,
si a la una duermo yo,
que haya dado o no haya dado?
Mas ¿qué género de gente
es?
HERNANDO De lo muy soberano: 230
las hijas de aqueste indiano,
que compró el jardín de enfrente,
que dicen, señor, que lleno
de riquezas para ellas,
a solamente ponellas 235
viene en estado.
DON FÉLIX Eso es bueno.
¿Son hermosas?
HERNANDO Yo las vi
al apearse, y a fe
que por tales las juzgué.
DON FÉLIX ¿Hermosas y ricas?
HERNANDO Sí. 240
DON FÉLIX Buenas dos alhajas son:
dirémoslas al momento
todo nuestro pensamiento,
por gozar de la ocasión,
con estar cerca de casa; 245
que estoy cansado de andar
lo que hay desde aquí al lugar.
HERNANDO Un vejete cuanto pasa
me dijo: y al padre igualo
al hombre de más valor, 250
pues dice que por su honor
matara al Sofí.

DON FÉLIX Eso es malo;
que aunque yo no soy Sofí,
en extremo me pesara
que para que él me matara, 255
por él me tuviera aquí.
Y de las hijas ¿qué dijo?
Que escudero que empezó
a hablar, nada reservó.
HERNANDO Diversas cosas colijo 260
de ambas que apruebo y condeno,
porque hay del pan y del palo.
Una es callada.
DON FÉLIX Eso es malo.
HERNANDO Otra es risueña.
DON FÉLIX Eso es bueno.
Para la alegre, por Dios, 265
habrá sonetazo bello;
y para la triste aquello
de «ojos, decídselo vos».
HERNANDO Alegre o triste, me holgara
de verte, señor, un día, 270
con una galantería,
que decirla te costara
desvelo.
DON FÉLIX ¿A mí? Harto fuera
que alabarse, vive el cielo,
de que me costó un desvelo 275
ninguna mujer pudiera.
Eso no, pues sabe Dios
que si las hiciere ya
algún terrero, será
por estar cerca y ser dos. 280
Aunque a cualquiera me inclina
ya fuerza más poderosa.
HERNANDO Será ser rica y hermosa.
DON FÉLIX No es sino el estar vecina,
que es mayor perfección, pues 285

nada la iguala.
(Llaman.)
Mas di,
¿llaman a la puerta?

HERNANDO — Sí.

DON FÉLIX — Ve y mira, Hernando, quién es.

Escena VII

DON JUAN, **en traje de camino**.-DON FÉLIX, HERNANDO.

DON JUAN — Yo soy, don Félix; que estando
la puerta abierta, no fuera
bien, que más me detuviera.

DON FÉLIX — Mal llamar ha sido, cuando
sabéis que puertas y brazos
están siempre para vos
de una suerte.

DON JUAN — Guárdeos Dios,
que ya sé que destos lazos
el estrecho nudo fuerte
que en nuestras almas está,
sin romperle, no podrá
desatárnosle la muerte.

DON FÉLIX — Seáis bien venido; que aunque
en la jornada de Hungría,
que veníades sabía,
no tan presto os esperé.

DON JUAN — Fuerza adelantarme ha sido
para un negocio, en razón,
don Félix, de mi perdón.

DON FÉLIX — ¿Habéisle ya conseguido?

DON JUAN — Sí, y habiendo perdonado
la parte, gozar quisiera
del indulto que se espera
por las bodas; y así, he dado

priesa a venir, para que,
en vuestra casa escondido,
me halle a todo prevenido. 315

DON FÉLIX Dicha es mía. Y ¿cómo fue?

DON JUAN Ya sabéis que por la muerte,
Félix, de aquel caballero,
fui a Italia. Pues, lo primero,
dispuso mi buena suerte 320
ser ocasión que el señor
duque excelso y generoso,
de Terranova famoso,
iba por embajador
a Alemania. Acomodado 325
con él a Alemania fui;
y hallándose allá de mí
bien servido y obligado,
a España escribió, porque
conocimiento tenía 330
con la parte: y así un día,
sin saberlo yo, me hallé
con el perdón, en un pliego
que de su mano me dio.

DON FÉLIX El lance fue tal, que erró 335
la parte en no darle luego,
pues fue casual la pendencia
que dio la conversación.

DON JUAN Ésa es, Félix, la opinión
común; pero mi impaciencia 340
de mayor causa nacía,
que la que ocasiona el juego.

DON FÉLIX Eso es lo que yo no llego
a saber.

DON JUAN Pues yo servía
(ya que decirlo no importa) 345
a una dama rica y bella
para casarme con ella;
y no con suerte tan corta,

que esperanzas no tuviese;
aunque me las dilataba 350
que ausente su padre estaba,
y la madre no quisiese
tratar su estado sin él.
En este tiempo entendí
servirla el muerto; y así, 355
ocasionado de aquel
lance que el juego nos dio,
con capa de otros desvelos
venganza tomó a mis celos,
con que todo se perdió; 360
pues fueran necios engaños,
confiado de mi estrella,
pensar hoy que aún viva en ella
memoria de tantos años.

DON FÉLIX Vos estáis bien persuadido; 365
que en Madrid, cosa es notoria
que en las damas, la memoria
vine a espaldas del olvido.
Su favor y su desdén
ya en ningún estado no 370
hizo fe: ¡bien haya yo,
que en mi vida quise bien!

DON JUAN ¿Todavía dese humor?

DON FÉLIX Sí, pues aunque ellas son bellas,
me quiero a mí más que a ellas; 375
y así tengo por mejor,
a la que me ha de engañar,
engañarla yo primero;
que yo por amigo quiero
al gusto más que al pesar. 380
Y para que no se crea
que lo es para vos mi humor,
ni para mi vuestro amor,
otra la plática sea,
¿Cómo en la jornada os ha ido? 385

DON JUAN Como a quien viene de ver
darse poder a poder
desempeños a partido;
Porque tal autoridad,
pompa, aparato y riqueza 390
como ostentó la grandeza
de una y otra majestad,
el día que la hija bella
del águila soberana,
generosamente ufana 395
trocó el Norte por la estrella
del hispano (en cuya acción,
llanto a gozo competido,
dejó del águila el nido
por el lecho del león), 400
no la vio otra vez el día.
DON FÉLIX De paso no estoy contento
de oírla.
DON JUAN Pues estadme atento
porque a la relación mía
los afectos cortesanos 405
paguéis.
DON FÉLIX Yo os la ofrezco brava.
DON JUAN Deudora Alemania estaba...

Escena VIII

DON PEDRO, **vestido de color**.-DON FÉLIX, DON JUAN, HERNANDO.

DON PEDRO Don Félix, bésoos las manos.
DON FÉLIX Seáis, don Pedro, bien venido
Por esta puerta en un punto 410
hoy se entra el bien todo junto.
Pues ¿qué venida ésta ha sido?
¿Acabóse el curso?
DON PEDRO No.

DON FÉLIX Pues ¿qué os trae?
DON PEDRO Yo os lo diré.
DON JUAN Si yo embarazo, me iré. 415
DON PEDRO No, caballero; que yo,
hallándoos con Félix, fío
mucho de vos, porque arguyo
que baste que amigo suyo
seáis, para ser dueño mío. 420
Demás, que aquí es mi venida
(que en decirlo no hago nada)
una dama celebrada,
que a mi amor agradecida
pude en Alcalá servir; 425
vino hoy a Madrid, y a vella
Vengo, don Félix tras ella.
DON FÉLIX ¿Y qué más?
DON PEDRO Que por huir
de mi padre, aquí escondido
dos días habré de estar. 430
DON FÉLIX Albricias me podéis dar
de haber a tiempo venido,
que en ella don Juan también
puede haceros compañía.
DON JUAN Será gran ventura mía 435
que en mí conozcáis a quien
serviros desea.
DON PEDRO Los cielos
os guarden.
DON FÉLIX Pues vive Dios
que no habéis de hablar los dos
tocados de amor y celos. 440
Haz que nos den de comer,
(A HERNANDO, **que se va**.**)**
y pues no hemos de salir
de casa, por divertir
el tiempo que puede haber,
la relación me decid, 445

don Juan, de la real jornada.

Escena IX

DON FÉLIX, DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN — Con calidad, que acabada,
la prevención de Madrid
diréis después.

DON FÉLIX — Soy contento.

DON PEDRO — Yo vengo a buena ocasión, 450
que una y otra relación
nueva es para mí.

DON JUAN — Oíd atento.
Deudora Alemania estaba
a España de la más rica,
de la más hermosa prenda, 455
desde el venturoso día
que María nuestra infanta,
generosamente altiva,
trocó la española alteza
por la majestad de Hungría. 460
Deudora Alemania estaba.
(otra vez mi voz repita)
de tanto logro al empeño,
de tanto empeño a la dicha,
sin esperanzas de que 465
pudiese su corte invicta
desempeñarse con otra
de iguales méritos digna,
hasta que piadoso el cielo
ilustró su monarquía 470
de quien, al no la excedió,
pudo al menos competirla,
para que nos restituya
en Marïana su hija

tan una misma beldad, 475
que parece que es la misma.
Pues si de las dos esferas
vamos corriendo las líneas,
y en florida primavera
le dimos la maravilla, 480
la maravilla nos vuelve
en primavera florida,
que apenas catorce abriles
bebió del alba la risa.
Si la real sangre de Austria 485
sus hojas tiñó en la tiria
púrpura, en ella también
quiso que esotras se tiñan.
Si prudencia, si virtud,
si ingenio y partes divinas 490
la dimos, ésas nos vuelve,
porque de todas es cifra.
Después de capitulado
el rey, que mil siglos viva,
se dilataron las bodas 495
más tiempo del que quería
la ansia de los españoles;
mas no fueran conocidas
las dichas, si no vinieran
con su pereza las dichas. 500
Fue causa a la dilación
esperar que la festiva
tierna edad de la niñez
creciese, hasta ver que hoy pisa
de la juventud la margen: 505
¡Buen defecto es el de niña,
pues se va, aunque ella no quiera,
enmendando cada día!
Llegó, pues, el deseado
de que feliz se despida 510
el águila generosa

del real nido que la abriga,
porque saliendo a volar,
el cuarto planeta diga
que imperial águila es, puesto 515
que de hito en hito le mira,
y porque no sin decoro
deje la corte que habita,
llegó la nueva a Madrid,
de que allí el rey se despida 520
de su hermana, hasta la entrega,
mezclando el llanto y la risa;
que siempre en bodas de infanta
el pesar y el alegría
se equivocan, hasta que 525
de gala el dolor se vista,
saliendo de ellas casada.
Ferdinando, rey de Hungría
y Bohemia, ínclito joven,
que no vanamente aspira 530
que heredada la elección,
Roma su laurel le ciña,
en nombre del rey con ella
se desposa, y ejercita
tan amante sus poderes, 535
que sin perderla de vista,
hasta Trento la acompaña
con la pompa más lucida,
con el fausto más real
que vio el sol; pues a porfía 540
españoles, alemanes
y italianos, con su vista
se compitieron de suerte,
que era gloriosa la envidia,
Porque unos y otros hicieron 545
en costosas libreas ricas,
tratable el oro en sus venas,
fácil la plata en sus minas,

agotando de una vez
todo el caudal a las Indias. 550
Y porque por mar y tierra
halle siempre prevenida
quien por la tierra y el mar
de parte del rey la sirva,
el cargo del mar al duque 555
de Túrsis (de esclarecida
generosa casa de Oria,
siempre afecta y siempre fina
a esta corona) le dio,
porque de nuevo repita 560
en servicios y finezas
obligaciones antiguas.
La reina estuvo en Milán
detenida algunos días,
por ocasión de que el mar 565
embarazó con sus iras
de España el pasaje; pero
¿quién de su inconstancia fía,
que no motive de culpa
lo que no es más que desdicha? 570
Del mar y del viento, en fin,
las condiciones esquivas
o vencidas o templadas
(aténgome a que vencidas),
llegó el día de embarcarse; 575
y apenas la vio en su orilla
el mar, cuando convocó
todo el coro de sus ninfas
para que corriendo a tropas
la campaña cristalina, 580
tan sólo en ella dejaran
aquella inquietud tranquila,
que no bastando a temerla,
baste a hermosearla y lucirla.
Entró la reina en la *Real*, 585

cuya popa era encendida
brasa de oro, que a despecho
de tanta agua, estaba viva.
La chusma, toda de tela
nácar y plata vestida, 590
con camisolas de holanda,
que su gala es estar limpias,
velamen, jarcias y velas
a su modo guarnecidas
de mil colores, formaban 595
un pensil, a quien matizan
de flores los gallardetes
y las flámulas, que heridas
del aire que las tremola
y el agua que las salpica, 600
venganza daban al aire
y el agua de la ojeriza
que tenían con las salvas,
por ver que de ver les quitan
las negras nubes de humo 605
que dejó la artillería,
la más pura, la más bella,
la más noble y más divina
Venus que sobre la espuma
flechas de constancia vibra. 610
Aquí al compás de las piezas,
clarines y chirimías,
a leva tocó la *Real*,
cuya seña, obedecida,
aun primero que escuchada 615
fue de todos, con tal prisa,
que a un mismo tiempo la boga
arrancó; y siendo la grita
segunda salva vocal,
nos pareció, cuando se iba 620
de la tierra, una vistosa
primavera fugitiva.

Cuarenta galeras fueron
las que siguieron su quilla,
que más que rompen las olas, 625
las encrespan y las rizan.
El golfo tomó la nao,
aun sin tocar en las islas
Mallorca, Ibiza y Cerdeña;
no a causa de la enemiga 630
oposición de los puertos
de Francia; que bien podía,
viniéndose tierra a tierra,
tomar puerto en sus marinas,
porque en las enemistades 635
de las coronas, militan
en la campaña las armas,
y en la paz la cortesía:
y así, con salvoconducto
general en sus milicias, 640
Francia esperó a nuestra reina.
¡Qué bien lidian los que lidian
para vencer, cuando vencen,
aun menos que-cuando obligan!
-mas no puedo detenerme 645
en referir las festivas
demostraciones que Francia
la tenía prevenidas-.
El golfo tomó la nao,
trayendo siempre benigna 650
en los vientos y los mares
la fortuna, porque mira
que con sólo este festejo
que hace a España, se desquita
de otras penas que la debe 655
la vanidad de su envidia.
En fin, con serena paz
la vaga ciudad movida,
ya del remo que la impele,

ya del viento que la inspira, 660
los mares surca de España,
y de sus campos divisa
los celajes, que quisieran
que el mar en sus ondas frías
huéspedes los admitiese, 665
porque una vez se compitan
golfos de verde esmeralda
con montes de nieve riza.
Ya el mar saluda a la tierra,
ya la tierra al mar se humilla, 670
siendo la primera que
sus reales plantas pisan,
Denia. ¡Oh tú, mil veces tú
felice, pues en tu orilla
hoy de la concha de un tronco 675
sacas la perla más rica!
Querer que yo diga ahora
la majestad de las vistas,
el séquito de su corte,
las galas, las bizarrías, 680
el amor de sus vasallos,
de sus reinos la alegría,
no es posible, si no es que
con la voz de todos diga
que este repetido lazo, 685
en quien de esposa y sobrina
el nudo apretó dos veces,
con propagada familia,
para bien común de España
venturosos siglos viva. 690

DON FÉLIX No tuve gusto mayor.
Estad ahora vos atento.
-Con el general contento
digno a su lealtad...

Escena X

HERNANDO.-**Dichos**.

HERNANDO — Señor.
DON FÉLIX — ¿Qué dices?
HERNANDO — Que las dos bellas
damas que al barrio han venido
a la ventana han salido,
y desde ésta puedes vellas.
Perdone la relación,
pues dice a voces la fama:
«Antes que todo es mi dama»,
y después habrá ocasión
para ella; que ver deseo
qué cosa son mis vecinas.
(Asómase a la ventana.)
¡Vive Dios, que son divinas!
DON JUAN — Veámoslas todos.

(Llega DON JUAN **a mirar.)**

(**Aparte**. ¡Qué veo!
Ella es.)
DON PEDRO — Pues las visteis vos,
a mí me dejad llegar.

(**Llega** DON PEDRO.)

DON FÉLIX — A fe que hay bien que admirar
en cualquiera de las dos.
DON PEDRO — (**Aparte**. ¿Qué es lo que veo? Ella es, ¡cielos!)
Gran dicha ha sido venir (**A** DON FÉLIX.)
a vuestro barrio a vivir.
DON JUAN — (**Aparte**. Disimulen mis desvelos.)
Bizarra cualquiera es.
DON PEDRO — (**Aparte**. Finja mi pena amorosa.)

Cualquiera es dellas hermosa.

(**Vase** HERNANDO.)

DON FÉLIX ¿Oyen vuesarcedes? Pues
bizarras y hermosas son,
quítense de aquí, porque 720
son muy tiernos para que
les dé mi jurisdicción.
A su dama cada uno,
pues están enamorados:
déjenme con mis cuidados, 725
sin alabarme ninguno
bellezas ni bizarrías;
que aquestas damas, les digo
que son cosas de un amigo.

DON JUAN (**Aparte**. ¡Qué poco mis alegrías 730
duraron!) Ya se quitaron
de la ventana. (**Aparte**. Porque
yo llore su ausencia fue.
La primer cosa que hallaron,
¡cielos!, mis penas, ha sido 735
dellas la causa. ¡Ay de mí!)

DON PEDRO **(Aparte.)** La primer cosa que vi,
es por la que aquí he venido.

(**Sale** HERNANDO.)

HERNANDO La mesa espera, señor. **(Vase.)**

DON FÉLIX Vamos a comer, que aunque 740
tan enamorado esté,
tengo más hambre que amor.

DON JUAN (**Aparte a** DON FÉLIX.)
Aunque de burlas habláis,
sabed que de mi fortuna
una es la causa.

DON FÉLIX **(Aparte.)** Adiós, una. 745

DON PEDRO Aunque tan de humor estáis,
por sí o por no, sabed que
una de las dos, por Dios,
es la que sigo. **(Vase.)**

DON FÉLIX Adiós, dos.
¡Qué corta mi dicha fue!
Si no es que una misma sea
(que aún peor que esto sería)
la que uno y otro quería.
¡Plegue a Dios que no se vea
empeñado en los desvelos
de dos amigos mi honor,
y pague celos y amor
quien no tiene amor ni celos. **(Vase.)**

Sala en casa de don Alonso.

Escena XI

CLARA **y** EUGENIA.

CLARA Por cierto, casa y adorno,
todo, Eugenia, está extremado.

EUGENIA A mí no me ha parecido
sino de la corte el asco.

CLARA ¿Por qué?

EUGENIA Cuanto a lo primero,
porque éste, Clara, es el barrio
donde de la corte habitan
los pájaros solitarios.
A los pozos de la nieve
casa mi padre ha tomado:
¡Fresca vecindad! Agosto
le agradezca el agasajo.

CLARA Por la quietud y el jardín

lo haría.

EUGENIA ¡Lindos cuidados!
¿Quietud y jardín? Para eso
Yuste está juntico a Cuacos.
Pero en Madrid, ¿qué quietud 775
hay como el ruido? y ¿qué cuadro,
aunque con más tulipanes
que trajo extranjero mayo,
como una calle que tenga
gente, coches y caballos, 780
llena de lodo el invierno,
llena de polvo el verano,
donde una mujer se esté
de la celosía en los lazos,
al estribo de un balcón, 785
a todas horas paseando?
Pues ¿qué los adornos?

CLARA ¿No es
de terciopelo este estrado
y sillas y con su alfombra,
de granadillo y damasco 790
estas camas, los tapices
de buena estofa, y los cuadros
de buen gusto, y el demás
menaje, Eugenia, ordinario,
limpio y nuevo? Pues ¿qué quieres? 795

EUGENIA Buenos son; pero diez años
de Indias son mucho mejores.
Yo pensaba que el adagio
de tener el padre alcalde,
era niño comparado 800
con la suma dignidad
de tener el padre indiano.
Fuera de que entre estas cosas
que tú me encareces tanto,
la mejor cuadra y mejor 805
alhaja es la que no hallo.

CLARA ¿Cuáles son?
EUGENIA Coche y cochera,
que ella en invierno y verano
es la mejor galería,
y el más hermoso trasto. 810
¿Qué Indias hay donde no hay coche?
¡Aquí de Dios y sus santos!
¿Qué ensayados trae, no ha escrito
muchos pesos? Pues veamos,
si no han de hacer su papel, 815
¿para qué se han ensayado?
CLARA ¿Ni aun a tu padre reserva
la sátira de tus labios?
¡Jesús mil veces!
EUGENIA ¡Mala hija!
Vivir quisiera mil años, 820
sólo por ver si me logro.
CLARA Advierte, Eugenia, que estamos
ya en la corte, y que el despejo,
el brío y el desenfado
del buen gusto, aquí es delito; 825
que aquí dan los cortesanos
estatua al honor, de cera,
y a la malicia, de mármol.
No digo que no sea bueno
lo galante y lo bizarro; 830
pero ¿qué importa si no
lo parece? Y no es tan malo
no ser bueno y parecerlo,
como serio y no mostrarlo.
El honor de una mujer, 835
y más mujer sin estado,
al más fácil accidente
suele enfermar, y no hay ampo
de nieve que más aprisa
aje su tez al contacto 840
de cualquiera: planta no hay,

que padezca los desmayos
más presto; que sin el cierzo,
basta a marchitarla el austro.
Cuantos tus versos celebran, 845
cuantos tus donaires, cuantos
tu ingenio, son los primeros,
Eugenia, que al mismo paso
que te lisonjean el gusto,
te murmuran el recato, 850
rematando en menosprecio
lo mismo que empieza aplauso.
Y una mujer como tú
no ha de exponerse a los daños
de que parezca delito 855
nada, ni le sea notado
hacer profesión de risa,
que tan presto ha de ser llanto
¿Hasta hoy en carta de dote,
Eugenia, ha capitulado 860
la gracia?

EUGENIA *Quam mihi et vobis*
praestare se te ha olvidado,
para acabar el sermón
con todos sus aparatos.
Y para que de una vez 865
demos al tema de mano,
has de saber, Clara, que
los *non fagades* de antaño
que hablaron con las doncellas
y las demás deste caso, 870
con las calzas atacadas
y los cuellos se llevaron
a Simancas, donde yacen
entre mugrientos legajos.
Don Escrúpulo de honor 875
fue un pesadísimo hidalgo,
cuyos privilegios ya

no se leen de puro rancios.
Yo he de vivir en la corte
sin melindres y sin ascos 880
del qué dirán, porque sé
que no dirán que hice agravio
a mi pundonor; y así,
derribado al hombro el manto,
descollada la altivez, 885
atento el desembarazo,
libre la cortesanía,
he de correr a mi salvo
los siempre tranquilos golfos
de calle Mayor y Prado, 890
cosaria de cuantos puertos
hay desde Atocha a Palacio.
Uso nuevo no ha de haber
que no le estrene mi garbo:
¿Amiga sin coche? Tate; 895
y ¿sin chocolate estrado?
No en mis días; porque sé
que es el consejo más sano
el mejor amigo el coche,
y él el mejor agasajo. 900
Las fiestas no ha de saberlas
mejor que yo el calendario:
desde el Ángel a San Blas,
desde el Trapillo a Santiago.
Si picaren en el dote 905
los amantes cortesanos,
que enamorados de sí
más que de mí enamorados,
me festejen, has de ver
que al retortero los traigo, 910
haciendo gala el rendirlos,
y vanidad el dejarlos.
Todo esto quiero que tengas,
Clara, entendido; y si acaso

vieres en mí...

CLARA ¿Qué he de ver, 915
si aun de escucharte me espanto?

Escena XII

DON ALONSO, **muy alegre**.-CLARA, EUGENIA.

DON ALONSO ¡Eugenia! ¡Clara!
LAS DOS Señor.
DON ALONSO Pediros albricias puedo.
LAS DOS ¿De qué?
DON ALONSO De la mejor dicha,
mayor bien, mayor contento 920
que sucederme pudiera,
después de llegar a veros.
Don Toribio Cuadradillos,
hijo mayor y heredero
de mi hermano, mayorazgo 925
del solar de mis abuelos,
llegará al punto: una posta
que se adelantó, me ha hecho
relación de que ahora queda
muy cerca de aquí.
EUGENIA Por cierto 930
que pensé que había venido,
según tu encarecimiento,
algún plenipotenciario
con la paz del universo.
DON ALONSO **(Llamando.)** Mari-Nuño.

Escena XIII

MARI-NUÑO; **después** BRÍGIDA **y** OTÁÑEZ.-**Dichos.**

MARI-NUÑO ¿Qué me mandas? 935

DON ALONSO Aderécese al momento
aquese cuarto de abajo,
y esté aliñado y compuesto.
Tú, ¡Brígida!. **(Llamando.)**

(Sale Brígida.)

Saca ropa
de la excusada.

BRÍGIDA Ya tengo 940
un azafate, que pueden
beber su holanda los vientos.

(**Vanse** MARI-NUÑO **y** BRÍGIDA.)

DON ALONSO (**Llamando**.) ¡Otáñez!

(**Sale** OTÁÑEZ)

OTÁÑEZ Señor...

DON ALONSO Buscad
algo de regalo presto,
para que coma en llegando. 945

(**Vase** OTÁÑEZ.)

Y a las dos, hijas, os ruego
le agasajéis mucho Ved
que es vuestra cabeza; y creo
que será la más dichosa
la que le tenga por dueño, 950
pues será escudera suya
la otra. (**Aparte**.) Así inclinar pretendo
a Eugenia.

EUGENIA Yo desa dicha

pocas esperanzas tengo,
que Clara es mayor.

CLARA ¿Qué importa, 955
si es más tu merecimiento?

EUGENIA ¿Falsedad conmigo, Clara?

DON ALONSO Ya en el portal hay estruendo.
Oíd.

Escena XIV

DON TORIBIO, OTÁÑEZ.- DON ALONSO **y sus hijas**.

DON TORIBIO **(Dentro.)** ¿Vive aquí un señor tío
que yo en esta corte tengo, 960
con dos hijas, por más señas
con quien a casarme vengo,
de dos la una, como apuesta?

OTÁÑEZ **(Dentro.)** Ésta es la casa.

DON ALONSO Yo creo
que es él sin duda. Llegad 965
conmigo al recibimiento.

(Pasan los tres desde la sala al recibimiento, que está en el fondo del teatro.)

DON TORIBIO **(Dentro.)** ¿Y está acá?

OTÁÑEZ **(Dentro.)** En casa está.

DON TORIBIO **(Dentro.)** Pues
ten ese estribo, Lorenzo.

(DON ALONSO **va a encontrarse con don** TORIBIO; EUGENIA **y** CLARA **miran por la puerta hacia afuera**.)

EUGENIA ¡Jesús!, ¡qué rara figura!

CLARA Tú tienes razón por cierto. 970

EUGENIA ¡Ay, que consintió mi hermana
en murmuración!

(Vuelve DON ALONSO **con** DON TORIBIO, **vestido de camino ridículamente**.**)**

DON ALONSO Contento,
sobrino y señor, de ver
que haya concedido el cielo
esta ventura a mi casa, 975
salgo alegre a conoceros
por mayor pariente della.
DON TORIBIO Pues bien poco hacéis en eso;
que en el valle de Toranzos,
desde tamañito, tengo 980
el ser cabeza mayor
adonde quiera que llego
DON ALONSO Llegad: ved que vuestras primas
desean mucho conoceros,
y han salido a recibiros. 985
DON TORIBIO Razonables primas tengo.
CLARA Vos seáis muy bien venido.
DON TORIBIO Tanto favor agradezco.
DON ALONSO ¿Cómo venís?
DON TORIBIO Muy cansado;
que traigo un macho, os prometo, 990
de tan mal asiento, que
me ha hecho a mí de mal asiento.

(Pasan del recibimiento a la sala.**)**

DON ALONSO Mientras de comer os dan,
sentaos.
DON TORIBIO ¿No será más bueno
el trocarlo, y que me den 995
de comer mientras me siento?
Pero por no ser porfiado, **(Siéntase**.**)**
que os sentéis los tres os ruego;
que yo de cualquier manera
estoy bien.

CLARA **(Aparte.)** ¡Lindo despejo! 1000
EUGENIA (**Aparte a** CLARA.) ¿Ésta es mi cabeza?
CLARA Sí.
EUGENIA En aqueste instante creo,
cierto, que soy loca, pues
tan mala cabeza tengo.
DON TORIBIO Finalmente, primas mías, 1005
como digo de mi cuento,
parece que sois hermosas,
ahora que caigo en ello;
y tanto, que ya me pesa
que seáis a la par tan bellos 1010
ángeles.
LAS DOS ¿Por qué?
DON TORIBIO Porque...
Mas explíqueme un ejemplo.
Escriben los naturales
que puesto un borrico en medio
de dos piensos de cebada, 1015
se deja morir primero
que haga del uno elección,
por más que los mire hambriento;
yo así en medio de las dos,
que sois mis mejores piensos, 1020
no sabiendo a cuál llegue antes,
me quedaré de hambre muerto.
DON ALONSO ¡Oh sencillez de mi patria,
cuánto de hallarte me huelgo!
CLARA ¡Buen concepto y cortesano! 1025
EUGENIA **(Aparte.)** De borrico es, por lo menos.
DON TORIBIO Mas remedio hay para todo.
¿No ha de traerse, a lo que entiendo,
tío, una dispensación,
por razón del parentesco, 1030
para la una?
DON ALONSO Claro está.
DON TORIBIO Pues traigan dos, que yo quiero

dar el dinero doblado;
y desa suerte, en teniendo
para cada una la suya, 1035
casaré con ambas. Pero,
¡ah sí!, que se me olvidaba.
¿Cómo estáis, saber deseo,
vos y mis señoras primas?

DON ALONSO — Muy alegre y muy contento 1040
de ver mi casa y mis hijas,
y a vos, para que seáis dueño
del fruto de mis trabajos.

DON TORIBIO — Eso y mucho más merezco
Si vierais mi ejecutoria, 1045
primas mías, os prometo
que se os quitarán mil canas.
¡Vestida de terciopelo
carmesí, y allí pintados
mis padres y mis abuelos, 1050
como unos santicos de Horas!...
En las alforjas la tengo.
Esperad, iré por ella,
para que veáis que no os miento.

Escena XV

MARI-NUÑO.-**Dichos**.

MARI-NUÑO — La comida está en la mesa. 1055
(**Espántase** DON TORIBIO **de ver a** MARI-NUÑO.)

DON TORIBIO — ¡Ay, señor tío!, ¿qué es esto?
¿Trajisteis este animal
de las Indias?, que no creo
que es hombre ni mujer, y habla.

DON ALONSO — Es dueña.

DON TORIBIO — ¿Y es mansa?

MARI-NUÑO (**Aparte**, **a** EUGENIA.) Ingenio 1060
cerril tiene el primo.
EUGENIA No es,
sino tonto por extremo.
DON ALONSO Cómo queda vuestro padre
y su casa, saber quiero.
DON TORIBIO No me haga mal hijodalgo 1065
de comedias, si me acuerdo.
MARI-NUÑO La mesa está puesta.
DON TORIBIO ¿Y dónde
tenéis la mesa?
MARI-NUÑO Allá dentro.
DON TORIBIO No sé si lo crea.
MARI-NUÑO ¿Por qué?
DON TORIBIO Porque la instrucción que tengo 1070
es, que no me crea de dueñas.
Pero yo lo veré presto.
Perdonadme, que no soy
amigo de cumplimientos.

(Vase.)

Escena XVI

DON ALONSO, CLARA, EUGENIA, MARI-NUÑO.

CLARA **(Aparte.)** ¡Lindo primo, por mi vida! 1075
MARI-NUÑO **(Aparte.)** Él no es galán; pero es puerco.
EUGENIA **(Aparte.)** Las guardas de peste ¿cómo
entrar le dejaron dentro?
DON ALONSO ¿De qué estáis tristes las dos?
LAS DOS Yo de nada.
DON ALONSO Ya os entiendo. 1080
¡Os habrá el estilo y traje
desagradado! Pues esto
es lo más y lo mejor

que tiene: veréis cuán presto
le mejoran corte y trato. 1085
Los más vienen así, y luego
son los más agudos. Mas
explicaros cuán contento
y alegre estoy, no es posible,
de ver que vuelva a mis nietos 1090
la casa de mis mayores.
Don Toribio, ¡vive el cielo!,
se ha de casar con la una,
sin pensar la otra por eso
que no ha de casar con otro 1095
como él; porque no quiero
que lo que a mí me ha costado
tanta fatiga y anhelos,
me malbarate un mocito
que gaste en medias de pelo 1100
más que vale un mayorazgo.
Si viera por un sombrero
de castor dar veinte o treinta
reales de a ocho yo a mi yerno
sacados de mi sudor, 1105
perdiera mi entendimiento;
y así no hay que hablar, sino
persuadiros desde luego
que éste y otro como éste
han de ser esposos vuestros. **(Vase.)** 1110

CLARA — Primero pierda la vida.

EUGENIA — La vida no; mas primero
me quedaré sin casar,
que es más encarecimiento.

Jornada segunda

Sala en casa de don Félix.

Escena I

DON FÉLIX, DON JUAN, HERNANDO.

DON FÉLIX ¿Cómo habéis, don Juan, pasado
la noche?

DON JUAN ¿Cómo pudiera,
don Félix, en vuestra casa,
sino muy bien, puesto que ella
de mi tristeza no tiene 5
la culpa?

DON FÉLIX Pues ¿qué tristeza
ea la que ahora os aflige?

DON JUAN No sé cómo os la encarezca
Desde el instante que vi
esa divina belleza 10
que aún en mi memoria vive
a pesar de tanta ausencia,
todas aquellas cenizas,
que entre olvidadas pavesas,
aún no juzgué que eran humo, 15
llama han sido: de manera
que conocí que han estado
en ocioso fuego envueltas,
tibias, pero no apagadas;
calladas, pero no muertas. 20
No volví a verla ayer tarde,
porque no volvió a la reja;
y así, hoy con la esperanza
de que siendo día de fiesta
no dejará de salir, 25
he madrugado por verla.
A la puerta de la calle
voy a esperar que amanezca
segundo sol para mí.
Vos haced, por vida vuestra, 30

puesto que no importa el caso,
que nada don Pedro entienda. **(Vase.)**

DON FÉLIX ¿Habrá hombre tan necio como
el que hallar memorias piensa
en una mujer, al cabo
de tantos años de ausencia?

HERNANDO Déjale que con su engaño
viva.

DON FÉLIX Un cortesano, que, era,
decía, el engaño la cosa
que más y que menos cuesta
Veamos estotro doliente
en qué estado está, ya que esta
casa, de locos de amor
se ha vuelto convalecencia.

Escena II

DON PEDRO.-DON FÉLIX, HERNANDO.

DON FÉLIX ¿Qué hay, don Pedro? Buenos días.

DON PEDRO Fuerza será que lo sean,
recibiéndolos de vos
y en vuestra casa, por vuestra,
y por la dicha de estar
mis esperanzas tan cerca.
No creeréis cuánto gozoso
y ufano estoy de que sea
vuestra vecina esta dama;
pues con eso, cosa es cierta
que para verla, don Félix,
dos mil ocasiones tenga;
y por no perder ninguna
voy a esperarla a la puerta,
pues sin duda que hoy a misa
habrá de salir por fuerza.

DON FÉLIX En ella don Juan aguarda.
DON PEDRO Así se hará la deshecha
mejor, paseándonos todos.
Vos, aunque llevaros quiera
a otra parte, no vais; pero 65
de suerte que nada entienda.

(**Vanse.**)

Calle.

Escena III

DON FÉLIX **y** DON PEDRO, **encontrándose con** DON JUAN.

DON FÉLIX ¿Qué hacéis, don Juan?
DON JUAN Esperaros
para saber a qué iglesia
queréis que vamos a misa.
(**Aparte a él**. De aquí no hagamos ausencia) 70
DON PEDRO Lo mismo le decía yo
Vamos adonde os parezca.
No os vais, don Félix, de aquí. **(Aparte a él.)**
DON FÉLIX **(Aparte**.**)** (Desta suerte fácil fuera
servir un hombre a dos amos, 75
mandando una cosa mesma.)
Vuesarcedes, caballeros
muy enamorados, ¿piensan
que no hay más que irse y llevarme
cada cual a su querencia? 80
Pues no, ¡vive Dios!, que hoy
se han de estar donde yo quiera;
que quiero yo enamorar
también un día en conversa.
Y así, hasta que mis vecinas 85
salgan y vamos tras ellas,

para ver la que me toca
festejar (pues cosa es cierta
que yo la que quiero más,
es la que tengo más cerca), 90
no se ha de ir de aquí ninguno.

DON PEDRO Por mí sea norabuena.

DON JUAN Por mí también.

DON PEDRO (**Aparte** a DON FÉLIX.)
¡Lindamente
habéis hecho la deshecha
con don Juan!

DON JUAN (**Aparte** a DON FÉLIX.)
¡Bien con don Pedro 95
desmentido habéis mis penas!

DON FÉLIX **(Aparte.)** Mas lo hago por saber
si es que es la dama una mesma.
Y si es la que de las dos...
Mas no prosiga mi lengua; 100
que es tarde para que a mí
beldad alguna me venza.

DON JUAN Pues ya que queréis, don Félix,
que os asistamos, no sea
tan de balde, que no os cueste 105
el pagarnos una deuda
que no debéis.

DON PEDRO Es verdad,
y es famosa ocasión ésta,
pues sólo para hacer hora
son las relaciones buenas. 110

DON FÉLIX Yo me huelgo, pues así
hablaré un rato siquiera,
sin que a la mano me vayan
con amor, celos y ausencia.
-Con el general contento, 115
Madrid, digno a su fineza,
a su lealtad y su amor,
oyó las felices nuevas

de las bodas de su rey;
y más cuando supo que era 120
la divina Mariana...

DON JUAN Tened, que dejar es fuerza
otra vez la relación
para otra ocasión suspensa.

DON FÉLIX ¿Por qué?

DON JUAN Porque sale gente. 125

DON FÉLIX ¿Cuánto va que se me queda
la relación en el cuerpo,
y vienen otros a hacerla?

DON PEDRO Un criado es el que sale,
que a su amo sin duda espera. 130

DON JUAN Bien podéis ya proseguir.

DON FÉLIX Digo que en gozosa muestra
del alegría de todos...
-Pues todos juntos quisieran
significar los afectos 135
en regocijos y fiestas;
y aunque, como vos dijisteis,
caminan con su pereza
las dichas, y no es el gusto
correo a toda diligencia; 140
con todo eso...- llegó el día
de saberse que en Viena
el rey desposado estaba,
remitiéndole que ejerza
sus poderes Ferdinando, 145
rey de Hungría y de Bohemia:
Ferdinando, ínclito joven,
en quien la sacra diadema
de rey de romanos, presto
hará la elección herencia. 150
Él, pues, no del poder sólo
usó, más de la fineza:
Con que sirviendo a su hermana,
hizo de la corte ausencia.

Dejemos en el camino 155
las dos majestades (que ésta
no es la acción que a mí me toca,
ya que vos con la agudeza
de vuestro ingenio dijisteis
el aparato y grandeza), 160
y vamos a que Madrid,
desvelada, fiel y atenta
al servicio de sus reyes,
que es de lo que más se precia,
en tanto que prevenía 165
la usada lid de sus fiestas,
convidó lo más ilustre
de la española nobleza,
para una máscara; haciendo
(fuese acaso o diligencia) 170
a propósito de bodas
ceremoniosa la fiesta;
porque si a la antigüedad
revolvéis humanas letras,
hallaréis cómo en las nupcias 175
aun menos ilustres que éstas,
con antorchas en las manos
corrían tropas diversas
a quien llamaban preludios,
invocando la suprema 180
deidad del sacro Himeneo,
a cuyas aras las teas
sacrificaban, cantando
epitalamios, en prendas
de que a aquellos casamientos 185
favorable a asistir venga.
Y así de la antigüedad
tomando Madrid aquella
parte festiva, y dejando
la gentílica depuesta, 190
usó el regocijo sólo,

mejorando ilustre y cuerda
el rito, pues que fue dando
al cielo gracias inmensas
de sus dichas, cuyas voces 195
variamente lisonjeras,
fueron el epitalamio
que España cantó contenta,
en música, que es confusa,
más dulce, si no más diestra. 200
En toda mi vida vi
tan hermosa tropa bella,
como la máscara junta,
cuando al compás de trompetas,
clarines y chirimías 205
empezaron a moverla
los dos polos que de España
y de Alemania sustentan
la política, bien como
dando generosas muestras 210
de que Alemania y España
por todo, el tiempo interesan,
una en que tal prenda da,
y otra en que admite tal prenda
Bien quisiera yo pintarlos; 215
pero aunque más lo pretenda,
no es posible, si no es
que la retórica quiera,
en sus figuras prestarme
el uso de sus licencias, 220
cometiendo una que llaman
tropo de prosopopeya,
que es cuando lo no posible
bajo objeto de la idea,
o callando se imagina, 225
o hablando se representa.
Porque si no es que finjáis
allá en la fantasía vuestra

bajar de púrpura un monte,
arder de plata una selva, 230
y de selva y monte luego
formáis un monstruo, que a fuerza
de nuevo metamorfosis
todo en fuego se convierta,
no podréis imaginar 235
cómo aquel peñasco era
de luz y nácar y plata,
en cuya abrasada selva
fueron las plumas las flores,
y las hachas las estrellas. 240
Tan iguales todos juntos
y cada uno, que no hubiera
pareja que poder darles,
si ellos mismos no se hubieran
antes convenido a ser 245
ellos mismos sus parejas.
Cuando del un puesto al otro
corrían las tropas, eran
disueltas exhalaciones
y dilatados cometas. 250
Tan hermosa fue la noche,
que el día entre pardas nieblas
sucedió por muchos días
la faz de nubes cubierta,
llorando lo que llovía, 255
o de envidia o de vergüenza.
Hasta que desempeñada
vio su luz con la belleza
del día, que vio la plaza
para los toros dispuesta. 260
Porque aunque su hermoso circo
siempre ha sido heroica afrenta
de cuantos anfiteatros
Roma en ruina nos acuerda,
nunca con más causa, pues 265

nunca se vio su grandeza,
a fuer de dama, ni más
despejada ni más bella
ser, que cuando vio que a tropas
ocupaban la palestra 270
de los lucidos criados
las adornadas catervas,
que como a triunfo trajeron
los grandes héroes, que en ella
la suerte han hecho precisa; 275
porque ya el acaso deja
de ser acaso, pues ya
no viene a ser sino fuerza
el que ha sacado al acierto
del nombre de contingencia. 280
A ninguno he de nombraros,
y es justo; que no quisiera
que habiendo ya tantas plumas
pintado a sus excelencias,
los desluciesen ahora 285
cortedades de mi lengua.
Sólo os diré que no hubo
bruto que armada la testa,
la piel manchada, arrugado
el ceño, hendida la huella, 290
dilatado el cuello, el pecho
corto, la cerviz inhiesta,
de una vez escriba osados
caracteres en la arena,
como quien dice: «Ésta es 295
o vuestra huesa o mi huesa»,
que no fuese triunfo fácil
del primor y la destreza,
del que más hidalgo bruto
soberbio con la obediencia, 300
dócil con la lozanía,
sus amenazas desprecia

al tacto del acicate,
o al aviso de la rienda;
pues ya el asta y ya la espada 305
en ambas acciones diestra,
airosamente mezclaban
la hermosura y la fiereza.
Feliz acabó la tarde,
quedando Madrid contenta 310
con ella y con la esperanza
de que su deidad se acerca:
y así, sólo en prevenciones
desde entonces se desvela,
porque siendo, como es, 315
la corte el centro y la esfera
que ha de merecer lograrla
más suya, desaire fuera,
habiendo de paso tantas
ciudades héchola fiestas, 320
exceder ella en las dichas,
y las otras en finezas:
y más estando a su aplauso
las naciones extranjeras,
o de envidiosas pendientes, 325
o de curiosas atentas.
Y así, la prolijidad
de las horas de la ausencia
gastó sólo en disponer
aparatos, que ahora es fuerza 330
que yo remita a mejor
pluma que nos los refiera,
diciendo ahora solamente
que la señora condesa
de Medellín, de Cardona 335
ilustre familia excelsa,
a Denia fue a recibirla
como mayor camarera,
adonde esperó hasta el día

de la deseada nueva 340
de que ya su Majestad
(que Dios guarde) estaba en Denia.
Aquí el señor almirante
a darla la enhorabuena
de parte del rey salió; 345
y aunque salió a la ligera,
fue con aquel lucimiento
digno a ser quien es; que fuera
en su excelencia muy tibia
la disculpa de la priesa. 350
De deudos, criados y amigos
fue el séquito de manera,
que a no hacer particular
elección, pienso que fuera
dejar sin gente a Castilla; 355
que de un almirante della,
¿quién de ser deudo, o amigo,
o criado se reserva?
¡Oh felice casa, adonde
entre todas tus grandezas, 360
el afecto es patrimonio,
y lo bien visto es herencia!
En este intermedio, pues,
hizo Madrid diligencias
más afectivas en orden 365
a que todo se prevenga
con majestad y aparato,
para la entrada a la reina,
asistida dignamente
del que tío la festeja, 370
del que esposo la merece,
del que amante la celebra,
poniendo a sus pies dos mundos;
pues como cuarto planeta,
cuanto ilumina, la postra, 375
cuanto dora, la sujeta,

coronándola tres veces,
esposa, sobrina y reina.
Con que hasta el felice día
que nuestros ojos la vean 380
entrar triunfante en su corte,
mi relación se suspenda,
divertida en la esperanza
de que generosa venga
a ser fin de nuestras ansias, 385
término de nuestras penas,
logro de nuestros deseos,
y a par de las dichas nuestras,
con felice sucesión
nos viva edades eternas. 390

DON JUAN La relación con el tiempo
se ha medido de manera,
que acabarla y salir gente,
ha sido una cosa mesina.

DON PEDRO Sí, mas no la que esperamos. 395

DON FÉLIX No, porque es el padre dellas.

DON JUAN No le conocí hasta ahora,
(Aparte.) que en mi tiempo estaba fuera.

DON PEDRO Nunca hasta ahora le vi,
(Aparte.) que yo siempre amé en su ausencia. 400

DON JUAN ¿Quién es el que con él viene?

HERNANDO Yo podré dar esa cuenta.
Es un sobrino asturiano,
con quien el padre desea
casar una de las dos. 405

DON JUAN **(Aparte.)** Quiera el cielo, que no sea
la novia la que yo adoro.

DON PEDRO **(Aparte.)** Plegue a Dios que no sea Eugenia.

Escena IV

DON ALONSO; DON TORIBIO, **vestido de negro, ridículo**.-

DON FÉLIX, DON JUAN, DON PEDRO, HERNANDO

DON FÉLIX Pasémonos.
DON TORIBIO Como digo,
¿qué hacen, tío, a nuestra puerta 410
estos mocitos?
DON ALONSO ¿No están
en la calle? ¿Qué os altera?
DON TORIBIO ¡En la calle de mis primas,
sin más ni más, se pasean!
DON ALONSO Pues ¿por qué no?
DON TORIBIO Porque no 415
me ha de haber paseante en ella
ni piante, ni mamante;
y más éstos de melena,
que Filenos de golilla,
de candil y bigotera, 420
andan cerrados de sienes
y trasparentes de piernas.
DON ALONSO ¿Qué habemos de hacer, si son
vecinos?
DON TORIBIO Que no lo sean.
DON ALONSO ¿Cómo, si tienen aquí 425
sus casas?
DON TORIBIO Que no las tengan.
DON FÉLIX Fuerza es hablarle. Yo llego,
pues buena ocasión es ésta.
Dadme, señor don Alonso,
aunque de paso, licencia 430
para besaros la mano
y daros la enhorabuena
de haber al barrio venido;
que aunque excusarlo debiera
hasta estar en vuestra casa 435
y visitaros en ella,
el alborozo de ver
que tan buen vecino tenga,

dilatar no me permite
que a su servicio me ofrezca 440

DON PEDRO Todos lo mismo decimos.

DON TORIBIO **(Aparte.)** ¡Qué ceremonia tan necia!

DON ALONSO Guárdeos Dios por la merced
que me hacéis; que si supiera
la dicha de mereceros 445
tantos favores, hubiera
cumplido mi obligación,
visitandoos en la vuestra.
Conoced a mi sobrino,
que quiero que desde hoy sea 450
vuestro servidor.

DON TORIBIO (**Aparte a** DON ALONSO) ¿Yo había
de ser alhaja tan puerca?

DON ALONSO Ésta es acción cortesana.

DON TORIBIO Mas me huele a corte-enferma.

DON ALONSO Llegad, don Toribio: ved 455
que estos señores esperan
conoceros.

(**Llega** DON TORIBIO.)

DON JUAN En nosotros
tendréis a vuestra obediencia
hoy amigos y criados.

DON TORIBIO Guárdeos Dios por la fineza. 460

DON FÉLIX ¿Venís con salud?

DON TORIBIO Al cielo
gracias, ni mala ni buena,
sino así así, entreverada,
como lonja de la pierna.

DON ALONSO Más despacio besaré 465
vuestras manos: dad licencia...

DON FÉLIX Vos la tenéis.

DON ALONSO Don Toribio,
venid.

DON TORIBIO (**Aparte a** DON ALONSO.)
¿Aquí te los dejas?
DON ALONSO ¿Qué he de hacer?
DON TORIBIO Yo lo sé.
DON ALONSO ¿Adónde
vas?
DON TORIBIO A dar a casa vuelta. 470
DON ALONSO ¿A qué?
DON TORIBIO A decir a mis primas
que en todo hoy no salgan fuera
DON ALONSO ¿Han de quedarse sin misa?
DON TORIBIO ¿Qué dificultad es ésa?
Mi ejecutoria les basta 475
para ser cristianas viejas.
DON ALONSO ¡Jesús, y qué disparate!
Venid, venid: no lo entiendan
esos hidalgos.
DON TORIBIO Por Dios,
que si por mi voto fuera, 480
no habían de salir de casa,
quisieran o no quisieran

(**Vanse** DON ALONSO **y** DON TORIBIO.)

DON FÉLIX No sé cómo fue posible...
DON JUAN ¿Qué?
DON FÉLIX Que la risa detenga,
viendo al primo.
DON PEDRO ¡Qué figura 485
tan rara!
DON JUAN Extraña presencia
de novio.

Escena V

CLARA **y** EUGENIA, **con mantos**; OTÁÑEZ **delante**, **y** BRÍGIDA **y** MARI-NUÑO

detrás.- DON FÉLIX, DON JUAN, DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO Ya las dos salen.
DON FÉLIX Desde aquí podremos verlas,
como acaso.
CLARA Échate el manto,
que hay gente en la calle, Eugenia. 490
EUGENIA ¿Qué he hecho yo para no andar
con la cara descubierta?
OTÁÑEZ ¡Tomad! ¡Luego la faltara
a la hermanica respuesta!
MARI-NUÑO Callad, que no os toca a vos 495
hablar en estas materias.
BRÍGIDA Ni a vos en éstas ni esotras,
y habláis en esotras y éstas.
DON FÉLIX Pasemos ahora al descuido.
DON JUAN **(Aparte.)** ¡Oh, permita amor que en ella 500
al verme, estén sus memorias,
ya que no vivas, no muertas!
DON PEDRO **(Aparte.)** ¡Oh, plegue a Dios que se obligue
de ver que he venido a verla!
CLARA Advierte que llega gente. 505
EUGENIA Y bien, la gente que llega,
¿qué se lleva por llevarse
hacia allá esta reverencia?
(Saluda EUGENIA. **Trae un lienzo en la mano.)**
(**Aparte**. Mas ¡cielos! ¿Qué es lo que miro?
Don Juan es. Ya de su ausencia 510
debió de cesar la causa;
y no es mi duda sola ésta,
sino estar con él don Pedro.
Aquesta es la vez primera
que ha sido por ignorancia 515
amiga la competencia.)
DON FÉLIX **(Aparte a él.)** ¿Cuál es de las dos, don Juan,
la que tanto amor os cuesta?
DON JUAN (**Aparte a** DON FÉLIX. La del pañuelo en la

mano.
No volváis tan presto a verla; 520
no advierta que de ella hablamos.
Y porque tampoco advierta
don Pedro mi turbación...)
Voy a esperar a la iglesia. **(Alto.)**
(**Aparte a** DON FÉLIX. Quedaos vos con él.)

DON FÉLIX Sí haré. 525

(**Vase** DON JUAN.)

Don Pedro, ¿cuál es de aquéllas?

DON PEDRO La que, en la mano un pañuelo,
descubierta va, es Eugenia.
No volváis tan presto; no
conozca que hablamos della. 530
Quedaos, que porque no dé
mi amor a don Juan sospecha,
tras él voy. **(Vase.)**

DON FÉLIX **(Aparte.)** Ya sé, a lo menos,
que la dama es una mesma.

CLARA Sin pañuelo me he venido, 535
el tuyo, hermana, me presta;
que ir tapada me congoja **(Destápase.)**

EUGENIA A mí el venir descubierta,
pues por si fue encuentro acaso,
que me hayan visto me pesa. 540
(**Tápase y da el pañuelo a** CLARA.)

DON FÉLIX **(Aparte.)** Ya puedo ver, pues que tengo
nombre, seña y contraseña,
cuál es la dama que adoran.

CLARA No a mirar el rostro vuelvas.

EUGENIA ¡Jesús, y qué condición! 545
Lástima es que no seas suegra,
según te pudres de todo.

(**Vanse las damas**, OTÁÑEZ, BRÍGIDA **y** MARI-NUÑO.)

Escena VI

DON FÉLIX, HERNANDO.

DON FÉLIX ¡Oh, cuánto he sentido verla!
Que aunque estoy con el cuidado
de que aquesta competencia, 550
el día que se declare,
ha de parar en pendencia;
siendo la dama una misma,
ya para mí se acrecienta
ver que de las dos ha sido, 555
aunque entrambas son tan bellas,
la que me lo pareció
más, cuando la vez primera
vi a las dos en la ventana.
Pero esto ahora no es de esencia, 560
que yo acabaré conmigo
que mi honor a mi amor venza,
sino acudir a estorbar
que a desengañarse vengan,
en tanto que yo a la mira 565
discurro de qué manera
entre dos amigos que hacen
de mí confianza, deba
prevenir el lance, haciendo
a su estorbo diligencia. 570

(Vase.)

Escena VII

DON TORIBIO **y** DON ALONSO.

DON ALONSO ¿A qué volvéis aquí?
DON TORIBIO ¿A qué
he de volver, ¡pese a mí!,
sino a escombrarlos, si aquí
están los que aquí dejé?
DON ALONSO Pues ¿qué os va en eso?
DON TORIBIO ¿Qué más 575
queréis que a un hidalgo vaya,
que ver que holgazanes haya
adonde hay primas?
DON ALONSO Jamás
tan necia locura vi.
En Madrid, ¿quién reparó 580
si hay gente en la calle?
DON TORIBIO Yo.
DON ALONSO Y vos ¿por qué?
DON TORIBIO Porque sí.
DON ALONSO Aun bien que se han ausentado,
y ya nadie aquí se ve.
DON TORIBIO Acertáronlo, porque 585
venía determinado.
DON ALONSO Pues ¿qué era vuestra intención?
DON TORIBIO Sólo ver si la anchicorta,
como en caperuzas, corta
en sombreros de castrón. 590
DON ALONSO Vos ¿qué tenéis que temer,
para llegar a ese extremo?
DON TORIBIO Mucho tengo y nada temo;
que desde que llegué a ver
de mis primas los dos cielos, 595
si verdad digo, señor,
tengo a Eugenia tanto amor,
que aun los hombres me dan celos.
DON ALONSO Aunque esas cosas me dan
enfados, he agradecido 600
que os entréis a ser marido
por las puertas de galán.

Pero ha de ser con cordura;
que celos no ha de tener
un hombre de su mujer. 605

DON TORIBIO Pues ¿de cuál?, ¿de la del cura?

DON ALONSO Dejad delirios, por Dios,
y baste saber de mí,
si es Eugenia la que aquí
os agrada de las dos, 610
que Eugenia vuestra será...
(**Aparte**. Que es lo que yo deseaba.)

DON TORIBIO Con eso el rencor se acaba,
que el verlos aquí me da
a nuestra calle volver 615
en tanta conversación.

DON ALONSO Pues yo la dispensación
haré al instante traer.
Venid ahora, que quiero
ganar las albricias yo 620
de ser la que prefirió
vuestro amor.

DON TORIBIO Oíd primero.
La dispensación, señor,
¿de Roma no ha de venir?

DON ALONSO Por ella a Roma se ha de ir. 625

DON TORIBIO Pues siendo así, ¿no es mejor
abreviarlo de otro modo?

DON ALONSO ¿Qué modo?

DON TORIBIO Uno que yo sé.

DON ALONSO ¿Qué es?

DON TORIBIO Desposarnos, y que
vamos a Roma por todo. 630

(Vanse.)

Escena VIII

DON FÉLIX, DON JUAN.

DON FÉLIX Yo estimo la confianza.
DON JUAN Pues habiendo reparado
que al verme el color mudado,
hizo su rostro mudanza,
que no la hizo, sospecho, 635
su amor, y que está constante,
porque es el rostro volante
del reloj que anda en el pecho.
Y así, pues que sólo ha sido
mi dicha el haber llegado 640
donde de vos amparado
sea amor tan bien nacido;
lo que habéis de hacer por mí
(puesto que entablada ya
la amistad del padre está), 645
es proseguir desde aquí
de suerte, que con entrar
vos en su casa, me dé
ocasión amor en que
pueda escribir, ver y hablar. 650
DON FÉLIX **(Aparte.)** ¡En buen empeño de amor
estoy!, pues en lance igual,
si a un amigo soy leal,
soy a otro amigo traidor.
DON JUAN ¿No me respondéis?
DON FÉLIX No sé 655
qué os diga, don Juan, pues no
soy hombre tan bajo yo,
que ocasión procuraré
con nadie para engañarle.
DON JUAN ¿Cuál es amigo mayor? 660

Escena IX

DON PEDRO.-DON FÉLIX, DON JUAN.

DON PEDRO Don Félix, si de mi amor...
DON FÉLIX (**Aparte**. Que prosiga he de estorbarle.)
A buen tiempo habéis venido,
y luego proseguiréis
lo que decirme queréis; 665
que quiero que prevenido
de una porfía en que estamos,
seáis juez. (**Aparte**. Así, vive Dios,
tengo de hablar con los dos.)
DON PEDRO El argumento esperamos. 670
DON FÉLIX Si un grande amigo os pidiera
que trabaseis amistad
con hombre de calidad,
para que fuese tercera
en su casa de su amor, 675
¿hiciéraislo vos?
DON PEDRO Yo sí.
DON FÉLIX Yo no.
DON PEDRO ¿Por qué?
DON FÉLIX Porque en mí
fuera escrúpulo traidor;
pues el día que llegara
de traición a otro que fuera 680
mi amigo, preciso era
lo lograra o no lograra.
Si no lo lograra, ¿en qué
a mi amigo le servía?
Y si lo lograra, hacía 685
una gran ruindad, porque
el que engañado de mí,
se daba ya por mi amigo,
ya lo era, y yo su enemigo:
Es cierto; pues siendo así, 690
¿cómo es posible que yo
sea enemigo del que ya

por mi amigo se me da?
Luego si en no serlo no
es nada lo que consigo, 695
y en serlo consigo ser
su amigo, ¿cómo he de hacer
yo traición al que es mi amigo?

DON PEDRO Siendo esa vuestra opinión,
ya no tengo que os decir. **(Vase.)** 700

DON JUAN Yo tampoco, y habré de ir
a buscar otra ocasión.

(Vase.)

Escena X

DON FÉLIX ¿Habrá desdicha mayor?
¿Que no me baste el no amar,
para saberme librar 705
de impertinencias de amor?
¿Qué haré entre uno y otro amigo,
que cada uno en su esperanza
hace de mí confianza?
Pues nada enmendar consigo, 710
viendo tan cerca a los dos
de la dama, ¿qué podré
de mi parte hacer? No sé
que haya medio, vive Dios,
si ya no es que a ver alcance 715
que las damas solas son
las que en cualquiera ocasión
hacen bueno o malo el lance.
Mas ¿cómo podré atrevido
hablar en materia tal 720
a una mujer principal,
ni darme por entendido?
Cara a cara he de saber

si a los dos quiso o no quiso;
pero hasta dar el aviso, 725
un papel lo podrá hacer;
que a su opinión no se atreve
quien por salvar su opinión,
la advierte de una ocasión.
Ahora falta quien le lleve... 730
Pero ¿ha de faltarme modo,
sin que lo llegue a fiar
de otro, de poderle dar?
Ahora bien, salir a todo
me toca, haciendo testigos 735
los cielos, que aventurar
yo un empeño, es por sacar
de otro empeño a dos amigos.

(Vase.)

Sala en casa de don Alonso.

Escena XI

EUGENIA, CLARA, BRÍGIDA, MARI-NUÑO.

CLARA Ten, Mari-Nuño, este manto.
¡Oh, quién en casa tuviera 740
capellán, para no ir fuera,
y más a concurso tanto!

EUGENIA Mucho me holgara venir
ahora de buen humor,
para poder con mejor 745
título que tú, decir:
¡quién la parroquia tuviera
diez leguas, para tener
más que andar y más que ver!

MARI-NUÑO Aténgome a la primera. 750
BRÍGIDA Yo a la segunda.
MARI-NUÑO ¿Por qué?
BRÍGIDA Porque no he visto en mi vida
escrupulosa aturdida,
que al primer lance no dé
de ojos.

(**Vanse** MARI-NUÑO **y** BRÍGIDA.)

Escena XII

DON ALONSO; DON TORIBIO, **que se queda a la puerta**.-CLARA, EUGENIA.

DON ALONSO En tu cuarto espera, 755
que yo la llegaré a hablar.
DON TORIBIO Sí haré. (**Aparte**. Desde aquí escuchar
lo que responde quisiera) **(Quédase al paño.)**
DON ALONSO (**Aparte**. Saber que a Eugenia eligió
ha sido ventura extraña: 760
llévesela a la montaña,
porque lo menos que yo
en la corte he menester,
es una hija discreta,
retórica ni poeta, 765
y no de mal parecer.)
Eugenia, yo vengo a hablarte;
no tienes, Clara, que irte;
que albricias he de pedirte (**A** EUGENIA.)
del pésame que he de darte. (**A** CLARA.) 770
EUGENIA ¿Albricias a mí, señor?
CLARA ¿Pésame, señor, a mí?
DON ALONSO Pésame y albricias, sí.
LAS DOS ¿De qué?
DON ALONSO Efectos son de amor.
Don Toribio, enamorado, 775

me ha dicho cuánto desea
que Eugenia su mujer sea;
y aunque ponerte en estado
a ti, por ser la mayor, (**A** CLARA.)
primera obligación era, 780
él elige de manera,
que del gozo y del dolor,
pésame tuyo a ser pasa.
Hoy tu parabién, por ver (**A** EUGENIA.)
que pierdes, y ganas, ser **(A las dos.)** 785
la cabeza de tu casa.

CLARA — Aunque pérdida es penosa,
yo estimo que el bien posea
Eugenia, para que sea
mi hermana la venturosa, 790
feriando el pesar a precio
del parabién que la doy.
Gócesle mil años. (**Aparte**. Hoy
sólo hizo gusto el desprecio.)

(Vase.)

Escena XIII

DON ALONSO, EUGENIA; DON TORIBIO, **oculto**.

DON TORIBIO — **(Aparte al paño.)**
¡Qué triste va de perderme 795
la escudera de su hermana!
Veamos ella qué ufana
responde de merecerme.

EUGENIA — **(Aparte.)** Esto sólo me faltaba
que añadir (confusa estoy) 800
a las novedades de hoy.

DON ALONSO — ¿Qué me respondes? Acaba
de dudar.

EUGENIA Que agradecida
una y mil veces, señor,
rindo por tanto favor 805
a tu obediencia mi vida.
Que aunque no me toca a mí
elegir, pues no he de hacer
nunca más que obedecer,
haré mal, si viendo en ti 810
gusto, en mi primo amor fiel,
no respondo agradecida...
(**Aparte**. ¡Mal haya mi alma y mi vida,
si me casare con él!)
DON ALONSO No en vano esperaba yo 815
de tu mucho entendimiento,
Eugenia, ese rendimiento.
DON TORIBIO . **(Aparte.)** Yo también
DON ALONSO Él esperó
en su cuarto, y ganar quiero
con él las gracias también. **(Vase.)** 820
DON TORIBIO **(Aparte.)** Que a mí las gracias me den,
será más razón.
EUGENIA Hoy muero,
pues tras mis penas, he sido
objeto de un ignorante.

Escena XIV

DON TORIBIO, **que sale de donde estaba**.-EUGENIA.

DON TORIBIO (**Aparte**. ¡Qué airoso sale un amante, 825
cuando está favorecido!)
Sea muy enhorabuena
el ser, prima, tan dichosa,
que merezcáis ser mi esposa.
EUGENIA (**Aparte**.) ¡Esto faltaba a mi pena! 830

(Vuelve la espalda.)

DON TORIBIO ¿Por qué adorándome...
EUGENIA **(Aparte.)** ¡Ay Dios!
DON TORIBIO me desadoráis?
EUGENIA Porque,
si antes con mi padre hablé,
ahora he de hablar con vos.
Señor don Toribio, yo, 835
por no responder aquí
resuelta a mi padre, di
una palabra, que no
he de cumplir, si supiera
perder mil veces, rendida 840
a sus enojos, la vida.
Y siendo desta manera
que no he de casar con vos,
de la elección desistid
que habéis hecho, y advertid 845
que estamos solos los dos:
y si de lo que aquí os digo,
algo a mi padre decís,
he de decir que mentís.
DON TORIBIO ¿Cómo se habla eso conmigo, 850
escudera de mi casa,
ingrata, desconocida,
falsa, aleve y fementida?
EUGENIA No deis voces; que esto pasa
entre los dos, y no es, no, 855
para que salga de aquí.
DON TORIBIO ¿Vos no sois mi prima?
EUGENIA Sí.
DON TORIBIO ¿No soy vuestro esposo?
EUGENIA No.
DON TORIBIO Decidme, ¿no soy galán?
EUGENIA No lo dudo.
DON TORIBIO ¿Y entendido? 860

EUGENIA ¿Pues no?
DON TORIBIO ¿Hidalgo?
EUGENIA Cierto ha sido.
DON TORIBIO ¿Airoso?
EUGENIA Mucho.
DON TORIBIO ¿Y amante?
EUGENIA También.
DON TORIBIO Pues de mis cuidados
¿en qué estriban los desvelos?
EUGENIA Preguntádselo a los cielos, 865
a los astros y a los hados,
que no inclinan mi albedrío.
DON TORIBIO Pues en algo está el busilis.
EUGENIA En que vos no tenéis filis
para ser esposo mío. 870

(Vase.)

Escena XV

DON TORIBIO ¿Cómo que filis no tengo?
¿Tal a un hombre se le dice,
que tiene un solar con más
de tantísimos de filis,
que no hay otra cosa en él, 875
por do quiera que se mire,
sino filis como borra?
Que aunque yo qué es no adivine,
bien lo puedo asegurar;
pues siendo algo que sea insigne, 880
es preciso que no deje
de estar allá entre mis timbres.
¡A mí, que filis no tengo
¿Esto los cielos permiten?
¿Esto consienten los hados? 885
Prima, ved lo que dijisteis:

más filis tengo que vos.

Escena XVI

DON ALONSO.-DON TORIBIO.

DON ALONSO ¿Adónde, sobrino, os fuisteis,
cuando os busco para daros
mil norabuenas felices 890
de que vuestra prima ya
agradecida y humilde,
sabiendo vuestra elección,
no hay cosa que más estime?
DON TORIBIO Mi prima (si es que es mi prima) 895
es una mujer terrible,
con todos sus aderezos
de sirena, áspid y esfinge.
Aquí me ha dicho una cosa,
que no pudiera decirse 900
a un barquillero asturiano
de los de quite y desquite.
DON ALONSO ¿A vos?
DON TORIBIO En toda esta cara.
DON ALONSO Fuerza será que me admire.
¿Qué fue?
DON TORIBIO Que filis no tengo 905
Y para que se averigüe
si los hombres como yo
tienen o no tienen filis,
por no obligarme a retarla
en extranjeros países, 910
haced que me compren luego
cuantos filis sean vendibles,
y cuesten lo que costaren.
DON ALONSO Ésa es locura terrible.
DON TORIBIO ¿Tan caros son? Pues no importa. 915

Dónde se venden, decidme,
o yo lo preguntaré;
que volver no se permite
a su vista, hasta volver
todo cargado de filis. **(Vase.)** 920

DON ALONSO ¿Hay delirio semejante?
Sobrino, escuchad, oídme.

Escena XVII

CLARA, EUGENIA.-DON ALONSO.

CLARA ¿Qué es esto? ¿Con quién das voces?
EUGENIA ¿Con quién te enojas y rifles?
DON ALONSO Contigo, ingrata.
EUGENIA ¿Conmigo, 925
el día que más humilde
sólo trato obedecerte?
DON ALONSO Ven acá: ¿qué le dijiste
a tu primo, que enojado,
no hay quien con él se averigüe? 930
EUGENIA ¡Yo a mi primo! En todo hoy
ni le hablé ni vi.
DON ALONSO ¿Qué dices?
EUGENIA Lo que es cierto.
DON ALONSO ¡Vive Dios,
si disimulada finges,
y es verdad que le has hablado 935
bachilleramente libre,
que te he de hacer!...-Tras él voy,
por si puedo reducirle
a que no ande preguntando
adónde se venden filis. **(Vase.)** 940

Escena XVIII

CLARA, EUGENIA.

EUGENIA Yo a mi primo, ¿qué pudiera,
que fuese ofensa, decirle?
CLARA No te disculpes conmigo,
pues sé, aunque no llegué a oírte,
que perderás tu remedio, 945
sólo por decir un chiste.
EUGENIA Aunque eso de mi remedio
con falsedad me lo dices,
lo oigo yo como lisonja,
viendo que hasta un tonto, un simple, 950
aun el alma que no tiene,
a mi vanidad la rinde.
CLARA ¿Qué quieres decirme en eso?
¿Que nadie hay que a mí se incline,
neciamente imaginando 955
que a méritos me compites?
Pues no es sino que no hay nadie
que sin respeto me mire,
porque sé yo hacer que todos
de otra manera me estimen 960
que a ti, siendo solamente
lo que a las dos nos distingue,
el verte a ti no sé cómo,
pero a mí como a imposible.
EUGENIA ¡Ay!, que no es eso.
CLARA Pues ¿qué? 965
EUGENIA Obligarásme a decirte
lo que a mi primo.
CLARA ¿Qué es?
EUGENIA Que
tampoco tú tienes filis. **(Vase.)**
CLARA No lo dirás, porque yo
a responder no me obligue, 970
que cuando... Pero ¡qué miro!

¿Quién hay que esta cuadra pise,
para estorbar el que lleguen
mis enojos a sus fines?

Escena XIX

DON FÉLIX.-CLARA.

CLARA ¿A quién buscáis, caballero? 975
DON FÉLIX (**Aparte**. ¡Ay amistad!, pues que vine
a hacer por ti una fineza,
a una infamia no me inclines;
pues vi hermosura, a quien mal
mi libertad se resiste.) 980
Viendo a vuestro primo ir fuera,
a quien vuestro padre sigue,
me atreví a llegar a hablaros.
CLARA ¿A mí?
DON FÉLIX A vos.
CLARA Hombre, ¡qué dices!
¿A mí hablarme?
DON FÉLIX Sí, señora, 985
porque sé que en esto os sirve
mi deseo, y no os ofende.
CLARA **(Aparte.)** ¡Plegue a Dios, que no me obligue
una necia a que me huelgue
de que!... Pero no es posible. 990

Escena XX

EUGENIA, **al paño**.-CLARA, DON FÉLIX.

EUGENIA **(Aparte.)** ¿Con quién hablará mi hermana?
Desde aquí es bien que lo mire.
CLARA ¿A mí (dejadme dudarlo

mil veces) (**Aparte**. Mal reprimirme
puedo.) me buscáis?

DON FÉLIX — A vos. 995

CLARA — Pues antes que oséis decirme...

EUGENIA — **(Aparte.)** ¡Oh, si fuera algo de aquello
de posible y de imposible!

CLARA — Quién sois y qué me queréis,
que os vais es bien que os suplique, 1000
sin decirlo; que a mí nada
hay que a buscarme os obligue.

DON FÉLIX — Sin decíroslo, me iré,
si en eso mi pecho os sirve;
mas no sin que lo sepáis; 1005
que en este papel se escribe,
para que con esto llegue
a saberse, sin decirse.

EUGENIA — **(Aparte.)** ¡Oh, si tomara el papel,
porque hubiera qué decirle! 1010

DON FÉLIX — Tomad, y adiós.

CLARA — ¡Yo papel!

DON FÉLIX — Y porque a verle os anime,
sólo os diré que el honor
vuestro en leerle consiste,
y que don Pedro y don Juan 1015
no arriesguen y precipiten,
no digo su vida, que ese
es peligro muy humilde,
sino vuestro honor, que fuera
pérdida más infelice. 1020

EUGENIA — **(Aparte.)** Si toma el papel, soy muerta.

CLARA — Hombre, mira lo que dices.
Ni a ti, a don Juan, ni a don Pedro
conozco yo.

EUGENIA — **(Aparte.)** ¡Ay de mí triste!
Que todo esto sobre mí 1025
viene, si el papel recibe.
Mas por engaño la habla.

CLARA (**Aparte**. ¿Que sola una vez que quise
yo no ser yo, no he podido?)
¿Qué aguardas, pues, para irte? 1030

DON FÉLIX Aunque tan desentendido
vuestro decoro porfíe,
y agradecer no pretenda
la fineza de que os dije
mi empeño y el de los dos; 1035
ya que lo que debo hice
a amigo y a caballero,
me iré. Adiós.

CLARA No os vais, oídme.
(**Aparte**. Sin duda que aquí hay engaño,
y así, es bien que le averigüe.) 1040
¿Con quién presumís que habláis,
porque la fineza estime?

DON FÉLIX ¿No sois doña Eugenia?

CLARA Sí.

EUGENIA **(Aparte.)** ¿Hay mujer más infelice?

CLARA Dad ahora el papel, y adiós. 1045

EUGENIA (**Aparte**. Que le deje es bien que evite,
barajando el lance.) **(Sale.)** Hermana...

CLARA ¿Qué tienes? ¿De qué te afliges?

EUGENIA Mi padre y mi primo vienen,
y porque tú no peligres, 1050
vengo a avisarte; que yo
ya tú ves cuánto estoy libre.
Mira lo que hemos de hacer.

DON FÉLIX **(Aparte.)** ¿Quién vio empeño tan terrible?

CLARA ¿Qué se ha de hacer, sino que entren 1055
y que todo se averigüe,
para que no quedes vana
tú de que por mí lo hiciste?
¡Padre! ¡Señor! ¡Primo! ¡Otáñez!

EUGENIA **(Aparte.)** Si fuera cierto el venite, 1060
muy buen lance hubiera echado.

CLARA ¿No hay nadie que pueda oírme?

Escena XXI

ALONSO, **y luego** DON TORIBIO, BRÍGIDA, MARI-NUÑO **y** OTÁÑEZ.-**Dichos**.

DON ALONSO **(Dentro.)** Voces de Clara.
EUGENIA **(Aparte.)** ¡Ay de mí!
Que ya es verdad lo que dije
por fingimiento.
CLARA Llegad 1065
todos.
EUGENIA No a voces publiques
que está aquí este hombre.
CLARA Sí quiero.
DON FÉLIX Aquí es bien que me retire,
por asegurar la espalda.

(**Escóndese** DON FÉLIX, **y salen** DON ALONSO, DON TORIBIO, BRÍGIDA, MARI-NUÑO **y** OTÁÑEZ.)

TODOS ¿Qué es esto?
CLARA Que un hombre...
EUGENIA **(Aparte.)** ¡Ay triste! 1070
CLARA Dentro está de nuestra casa:
yo desde aquesos jardines
le he visto en el corredor
del desván: por un tabique
saltó. Subid allá todos 1075
quedarse no solicite
a robarnos esta noche.
DON ALONSO Aquesos serán sus fines.
MARI-NUÑO En casa de indiano, ¿quién
duda que eso solicite? 1080
DON TORIBIO Nadie primero que yo
el primer escalón pise;
que a mí me toca el asalto,

si fuese el desván Mastrique
Vea mi prima que tenga 1085
pujanza, ya que no filis. **(Vase.)**

DON ALONSO Contigo voy. **(Vase.)**

CLARA Subid vos,
Otáñez.

OTÁÑEZ Ya a los dos siguen
los filos de la tizona.
Conmigo van dos mil Cides. **(Vase.)** 1090

CLARA Vosotras, desde allá dentro,
ved que entrar no solicite
por otra parte a esconderse.

MARI-NUÑO Un Argos seré.

BRÍGIDA Yo un lince.

Escena XXII

CLARA, EUGENIA; DON FÉLIX, **oculto**.

CLARA Todas tu s bachillerías 1095
mira de lo que te sirven,
que al primer lance te pasmas,
y al primer susto te rindes.

(**Llega adonde se escondió** DON FÉLIX.)

Ya tienes franca la puerta,
hombre: ya bien puedes irte. 1100

(**Sale** DON FÉLIX.)

Déjame el papel, y adiós.

DON FÉLIX Él os guarde: y pues difícil
no es lo que os advierto, ved
lo que importa. **(Dale el papel.)**

EUGENIA **(Aparte.)** ¡Ay de mi triste!

¿Que no pudiese estorbarlo? 1105

DON FÉLIX **(Aparte yéndose.)**
Amor, no me precipites,
que aunque ingenio y hermosura
todo en ella se compite,
es dama de mis amigos,
y adorarla es imposible **(Vase.)** 1110

CLARA **(A voces.)** ¡Señor!, ya el hombre a otra casa
pasado ha; no solicites
buscarle.

Escena XXIII

DON ALONSO, DON TORIBIO.-CLARA, EUGENIA.

DON ALONSO Forzoso era,
pues no fue hallarle posible

DON TORIBIO Nigromántica es su dicha, 1115
pues me le ha hecho invisible.

CLARA Digo que pasó a otra casa,
que yo le vi sano y libre.

DON ALONSO Con todo eso, a verla toda
vamos.

DON TORIBIO **(Vase.)** Y ahora, ¿qué dices? 1120
¿Tengo o no filis?

EUGENIA No sé,
que ahora no estoy para filis.

(**Vase** DON TORIBIO.)

CLARA Esto, necia, presumida,
he hecho, para que mires
que tener valor y ingenio, 1125
es tenerle y no decirle:
Y vete de aquí, que quiero
ver lo que el papel me dice.

EUGENIA **(Aparte.)** No sosegaré (¡ay de mí!)
hasta ver lo que la escribe. 1130

(Vase.)

Escena XXIV

CLARA De aquí la envié, porque
si este hombre este engaño finge
para escribirme a mí, ella
no lo entienda, ni imagine.
(Lee.) *No se atreve a vuestro honor,* 1135
quien por vuestro honor se atreve
a presumir que os obliga
con lo mismo que os ofende.
Y así, en esta confianza
de pensar que errando acierte, 1140
lo que hay que culparme vaya
por lo que hay que agradecerme.
Don Juan, más enamorado
que fue de vos de vos vuelve,
y don Pedro os sigue, más 1145
fino cuanto más ausente.
Que dejen de declararse,
no es posible, ni que dejen
de remitir al acero
la competencia, de suerte 1150
que a dar escándalo pase;
y pues podéis fácilmente
remediarlo con mandar
a don Pedro que se ausente,
o a don Juan que se retire, 1155
quedando vos dueño siempre
del desdén y del favor,
quitad el inconveniente;
que a mí el aviso me toca,

procediendo desta suerte 1160
con vos, conmigo y con ellos,
caballero, amigo y huésped.
¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
tan varias, tan diferentes,
en un punto me combaten, 1165
y en un instante me vencen!
En lo que dice y no dice,
es muy cierto que me ofende
este papel: es verdad,
que si aqueste papel viene 1170
a Eugenia, que cuando pensaba,
que papel para mí fuese,
solicitando aquel medio
que me ha obligado a leerle,
he sentido que no sea 1175
su intento aquél, sino éste.
¿Cómo puedo yo decirlo,
si no es ya que en mí reviente
no sé qué callada mina,
que amor en el alma enciende? 1180
¿Amor dije? Pues no siento,
sino haber tan neciamente
persuadídome que a mí
me buscase; y es de suerte
la vanidad de una dama, 1185
persuadida a que la quieren,
que aunque la ofenda el amor,
más el engaño la ofende:
y más cuando está a la mira
una necia, una imprudente, 1190
una loca...

Escena XXV

EUGENIA-.CLARA.

EUGENIA (**Aparte**, **quedándose al paño**.)
Ésta soy yo.
CLARA De tan varias altiveces,
que presume que ella sola
todo cuanto mira vence.
¡Oh envidia, oh envidia! ¡Cuánto 1195
daño has hecho a las mujeres!
Pues por vengarme de Eugenia,
diera...

(**Sale** EUGENIA.)

EUGENIA ¿En qué Eugenia te ofende,
para pensar a tus solas
el cómo della te vengues? 1200
CLARA Ese papel te lo diga,
que acaso a mis manos viene
por las tuyas.
EUGENIA Ya lo sé.
CLARA Pues si lo sabes, y tienes
tan a riesgo tu opinión, 1205
que estriba sólo en que lleguen
a declararse dos hombres;
mira si es justo que piense
cómo he de vengar, ingrata,
falsa, atrevida y aleve, 1210
la ocasión en que...
EUGENIA Oye, aguarda,
que para que consideres
tanta amenazada ruina,
cuán fácil remedio tiene,
me huelgo de haber venido 1215
a esta ocasión. **(Llega a una ventana**.**)**
CLARA ¿Pues qué emprendes?
EUGENIA **(Llamando**.**)**
¡Señor don Pedro!

CLARA ¿Qué haces?
EUGENIA Hablar un instante breve
a un caballero, que está
en la calle.
CLARA ¿A eso te atreves? 1220
EUGENIA Sí, que en su cuarto mi padre
está ya con su accidente
de la gota, que hoy le ha dado,
y don Toribio no puede
ver desde el suyo esta reja; 1225
y así he de satisfacerte.
¡Señor don Pedro!

Escena XXVI

DON PEDRO, **a la reja**.-**Dichas**.

DON PEDRO Bien fue
menester oír dos veces
mi nombre, para que alguna
creyera que dél se acuerde 1230
vuestra memoria; que un triste
no cree su bien fácilmente.
EUGENIA No prosigáis, que esta reja
es de otras tan diferente,
cuanto hay de no serlo a ser 1235
ahora de las paredes
de mi padre; y si allí pudo
la seguridad hacerme
usar de algunas licencias;
mi honor prisionera tiene 1240
su libertad ya, y tan otra
habéis de ver que procede,
cuanto hay de que otros me guarden
a guardarme yo Así, hacedme
merced de volveros luego 1245

donde otra vez no os encuentre
ni en mi calle ni en mi reja,
suplicandoos que prudente
deis de mano a una esperanza
que no hay sobre qué se asiente. 1250

DON PEDRO Oíd.

EUGENIA Perdonad, que no puedo.

DON PEDRO Cuando por veros...

EUGENIA Haréisme
ser, sobre ingrata, grosera.

DON PEDRO ¿Vos?

EUGENIA Sí.

DON PEDRO ¿Cómo?

EUGENIA Desta suerte.

CLARA Y al otro ¿qué has de decirle? 1255

EUGENIA Haz cuenta que si le viere,
le diré lo mismo al otro,
Clara; porque las mujeres
como yo, puestas en salvo,
si se esparcen y divierten, 1260
es para aquesto no más;
que amor bachiller no tiene
más fondo que sólo el ruido.
Aquel emblema lo acuerde
del perdido caminante, 1265
a quien de noche acontece
que avisado del estruendo
con que del monte desciende
pequeño arroyo, le asusta,
le perturba y estremece; 1270
y huyendo dél, da en el río:
porque a todos les parece
que es manso cristal aquel
que aun las guijas no le sienten
y en su agua perecen. Pues 1275
que no tiene riesgo advierte
la ruidosa, porque el riesgo

el agua mansa le tiene:
y así fue del agua mansa
lo mejor guardarse siempre 1280

(Vase.)

Escena XXVII

CLARA ¡Qué escucho, cielos!, ¡qué escucho!
«Que no tiene riesgo, advierte
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene:
y así fue del agua mansa 1285
lo mejor guardarse siempre».
Sin duda (¡ay de mí!) que oyó
cuanto dije, o lo parece,
según el concepto habla
de lo que mi pecho siente. 1290
Pues ya que el acaso hizo
en las respuestas que ofrece,
lo que el cuidado debiera;
ya que por ella me tiene
el caballero que trajo 1295
el papel, lograr intente
la ocasión, que con su nombre
amor a mi amor ofrece;
porque con más verdad pueda
decir que riesgo no tiene 1300
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene:
y así fue del agua mansa
lo mejor guardarse siempre.

Jornada tercera

Escena I

CLARA, MARI-NUÑO.

CLARA — Esto pasa, y sólo a ti
lo dijera.

MARI-NUÑO — Ya tú tienes
experiencia de lo mucho
que fiar de mi amor puedes.
Pero deja que me admire
de oír que a tal extremo lleguen
los despejos de tu hermana.

CLARA — Dos caballeros pretenden
su favor, y a mí me toca
que el escándalo remedie,
ya que llegó a mi noticia;
y así es fuerza hablar a éste
que me dio el aviso. Y para
hacer que el daño se enmiende,
tú has de darle un papel mío
en su nombre, porque llegue,
ignorando que soy yo,
a hablarme más claramente
esta noche, y... Pero luego
proseguiré; que parece
que anda gente ahí fuera: mira
quién es.

(**Vase** MARI-NUÑO.)

Bien de aquesta suerte
con la verdad se ha engañado
Mari-Nuño, que ha de hacerme
lugar para conseguir
hablarle de noche y verle,
ya que mi pena...

Escena II

DON TORIBIO, **que quiere entrar y** MARI-NUÑO **lo impide**.-CLARA.

MARI-NUÑO Esperad,
que no es bien que nadie entre,
sin avisar, a este cuarto.
DON TORIBIO Dos veces para mí eres
dueña hoy.
MARI-NUÑO ¿De qué manera
se entiende eso de dos veces?
DON TORIBIO Una en la que estorbas, y otra
en lo que un cuarto defiendes.
MARI-NUÑO ¿Será justo, si no están
decentes, que a verlas lleguen?
DON TORIBIO ¿Pues cómo pueden no estar
siempre mis primas decentes?
CLARA ¿Qué es eso?
DON TORIBIO Que esa estantigua
a mí el paso me defiende.
CLARA Hace muy bien, porque aquí,
sin mi padre, nadie puede
entrar.
DON TORIBIO Sí puede, y ya sé
de qué ese ceño procede,
y así no quiero enojarme,
porque sé también que tienen
licencia las desvalidas
de llorar amargamente.
CLARA Yo confieso que lo estoy;
y pues la dichosa en este
cuarto no está, no tenéis
qué hacer en él: brevemente
dél os id, o yo me iré,
porque de mí no se piense
que me vengo en estorbaros,

cuando hay más en que me vengue.

DON TORIBIO Eso es poco y mal hablado.

CLARA Ven, Mari-Nuño. (**Aparte**. Que tienes
que hacer por mí esta fineza.)

MARI-NUÑO Tuya soy y seré siempre. 60
(Llaman.)
Pero aguárdate, veré
quién llama.

(**Vanse** CLARA **y** MARI-NUÑO.)

Escena III

DON TORIBIO ¡Cielos, valedme!
que este remoquete, sobre
aquella sospecha fuerte,
que áspid del pecho, a bocados 65
todo el corazón me muerde,
es, ahora que caigo en ello,
un bellaco remoquete.
Cuando buscamos la casa,
vi... Lengua mía, detente: 70
no lo digas, sin que antes
te haya dicho yo que mientes.
Vi que detrás de la cama
de Eugenia, ¡oh malicia aleve!...
Estaba detrás...

Escena IV

MARI-NUÑO, **saliendo apresurada**.-DON TORIBIO.

MARI-NUÑO Señora, 75
albricias, que este billete
con coche y balcón...

DON TORIBIO Mujer,
en lo que dices advierte;
que balcón, billete y coche,
sobre dueña, me parece 80
es traer todo el yerro armado.
MARI-NUÑO (**Aparte**. Mal encuentro fuera éste,
si importara.) Mi señora...
DON TORIBIO **(Aparte.)** Memoria, no me atormentes
MARI-NUÑO ¿Aquí no estaba?
DON TORIBIO Aquí estaba 85
un poco antes que se fuese.
MARI-NUÑO A buscar a entrambas voy
con este papel.
DON TORIBIO Detente,
que antes he de verle yo
que ellas.
MARI-NUÑO ¿Qué llama verle? 90
Que aunque no importara nada,
no le he de dar, por no hacerle
tan dueño de casa ya.
DON TORIBIO ¿Qué va...
MARI-NUÑO ¿Qué?
DON TORIBIO Que de un puñete
te abollo sesos y toca? 95
MARI-NUÑO ¿Qué va que no es mayor que éste?
(Dale una puñada.)
DON TORIBIO Los dientes debieron de irse,
pues he perdido los dientes.
MARI-NUÑO **(A voces.)**
¡Ay, que me matan! ¡Señores,
acudan a socorrerme! 100
DON TORIBIO Sólo me faltaba ahora
ser ella la que se queje.
MARI-NUÑO ¡Que me matan!

Escena V

EUGENIA, CLARA, DON ALONSO, BRÍGIDA.-DON TORIBIO, MARI-NUÑO.

DON ALONSO ¿Qué es aquesto?
CLARA ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
MARI-ÑUÑO Don Toribio, mi señor, 105
colérico e impaciente,
porque no le quise dar
aqueste papel, que viene
para las dos, puso en mí
las manos.
LAS DOS ¡Jesús mil veces! 110
DON ALONSO Por cierto, señor sobrino,
vuestro enojo, sea el que fuere,
es muy sobrado. ¡A criada
de mis hijas desta suerte
se ha de tratar!
DON TORIBIO Vive Dios, 115
que soy yo...
DON ALONSO No habléis.
DON TORIBIO Quien tiene
de qué quejarse...
DON ALONSO Ya basta.
Dadme vos, dadme el billete;
que quiero ver la ocasión
que tuvo para ofenderse. 120
EUGENIA **(Aparte.)** ¡Ay de mí, si fuese acaso
de alguno de los ausentes!
CLARA (**Aparte a** EUGENIA.)
Quiera el cielo que no sea
que algo de tus cosas cuente.
DON ALONSO **(Lee.)** *Sobrinas mías, yo tengo balcón en que esta tarde veáis la entrada de la reina nuestra señora: el coche va por vosotras; que no dude que mi primo...*
Ahora de nuevo vuelvo 125
a enojarme y ofenderme
de que escrúpulo haya habido

en vuestro juicio. En aqueste,
doña Violante, mi prima,
hijas, os dice que quiere 130
que con ella vais adonde
veáis la entrada excelente
de la reina, cuya vida
el cielo por siglos cuente.
Tomad, leedle vos; veréis 135
cuán necio, cuán imprudente
habéis pensado otra cosa;
que no quiero que se ausenten,
hasta que vos le leáis.

DON TORIBIO Mostrad.
(Toma el papel.)
Dice desta suerte: 140
(Lee.) *Sobrinas mías, yo tengo*
balcón... Tío, finalmente,
¿hasta que yo lea, no han de ir?

DON ALONSO No.

DON TORIBIO Pues muy bien me parece;
que no irán de aquí a dos años. 145

DON ALONSO ¿Por qué?

DON TORIBIO Porque no sé leerle,
y ésos habré menester
para aprenderlo.

DON ALONSO ¿Que llegue
a tanto vuestra ignorancia?

DON TORIBIO ¿Pues qué defecto es aqueste? 150
Como desos leer no saben,
y lo saben todo. Esténse,
hasta que lo aprenda, en casa,
y entonces irán.

DON ALONSO Mal pueden,
si hoy es la entrada.

DON TORIBIO ¿Habrá más 155
de que la entrada se quede,
hasta que yo sepa leer?

DON ALONSO Hijas, aquesto sucede
una vez en una edad:
verlo es justo. Brevemente 160
os poned los mantos, y id.

(**Vase** BRÍGIDA.)

O pésele o no le pese
a don Toribio; que yo,
a causa de mi accidente,
no saldré de casa, y basta 165
que vuestra voz me lo cuente,
cuando volváis.

CLARA A tu gusto
humilde estoy y obediente.

EUGENIA Si me das licencia a mí,
contigo es bien que me quede. 170

DON ALONSO No, hija, ambas habéis de ir.

(**Vuelve** BRÍGIDA.)

BRÍGIDA Aquí ya los mantos tienen.

CLARA Ponme, Mari-Nuño, el mío.
(**Aparte a ella**. Toma, y lo que digo advierte.)
(Dala un papel, y habla bajo con ella.)

EUGENIA **(Aparte.)** Sola esta vez salgo triste, 175
porque alguno no me encuentre
destos dos necios amantes.

CLARA **(Aparte.)** Sola esta vez salgo alegre,
por si en las fiestas, por dicha,
a este caballero viese. 180

MARI-NUÑO (**Aparte a** CLARA.)
Ve segura, y fía de mí.

DON TORIBIO **(Aparte.)** Aunque desairado quede,
me huelgo, que quedo en casa,
entre la reina o no entre,

por si puedo averiguar 185
a mis solas esta fuerte
sospecha, que en vivos celos
amor en el alma enciende.

(Vanse.)

Sala en casa de DON FÉLIX.

Escena VI

DON FÉLIX, HERNANDO.

HERNANDO ¿Sin ver la fiesta te vienes,
señor, hasta casa?
DON FÉLIX Sí, 190
que no hay fiesta para mí
donde no hay gusto.
HERNANDO ¿Qué tienes,
que estás tan triste, señor?
DON FÉLIX ¿Qué más tu lengua quisiera
de que yo te lo dijera? 195
HERNANDO Ya me has dicho que es amor,
con sólo eso.
DON FÉLIX ¿Por qué?
HERNANDO Porque obligarte a callar,
sólo puede ser estar
enamorado.
DON FÉLIX No sé 200
cómo te diga que sí,
y que una rara belleza
es causa de mi tristeza:
tan imposible, que vi
en el primero deseo 205
el primero inconveniente.
HERNANDO ¿Cómo?

DON FÉLIX — A quien don Juan ausente
ama, y a don Pedro veo
venir siguiendo, es la dama
que mi libertad robó; 210
y aunque siempre he de estar yo
de la parte de mi fama,
aún no estriba mi cuidado
en esta especie de celos,
sino que de sus desvelos 215
uno y otro me han fiado
el secreto; de manera,
que obligado a embarazar
su empeño estoy, y a callar.

Escena VII

MARI-NUÑO, **en la calle**.-DON FÉLIX, HERNANDO.

MARI-NUÑO — **(Llamando por una reja.)**
Señor don Félix.
DON FÉLIX — Espera. 220
¿A quién han llamado?
MARI-NUÑO — A vos.
DON FÉLIX — ¿Pues qué es lo que me mandáis?
MARI-NUÑO — Doña Eugenia, que leáis
aqueste papel, y adiós.

(Arrójale un papel, y vase.)

DON FÉLIX — **(Lee.)** *Agradecida al aviso que me disteis, he empezado ya a obedeceros; y para ejecutarlo mejor, me importa hablaros. Venid esta noche, que yo os estaré aguardando. El cielo os guarde.*
¿Quién vio confusión más fiera, 225
puesto que ni ir ni dejar
de ir puedo ya excusar?

Escena VIII

DON JUAN.-DON FÉLIX, HERNANDO.

DON JUAN **(Aparte al salir.)**
¡Cielos!, ¿qué haré?
HERNANDO **(Aparte a su amo.)** Considera
que viene don Juan aquí.
DON FÉLIX ¿Si vio arrojar el papel? 230
HERNANDO No.
DON JUAN **(Aparte.)** ¡Qué sospecha tan cruel!
DON FÉLIX Don Juan, pues ¿qué hacéis aquí?
¿No sois de fiestas?
DON JUAN No sé
lo que os diga...
DON FÉLIX **(Aparte.)** ¡Muerto quedo!
DON JUAN Que ni hablar ni callar puedo. 235
DON FÉLIX ¿Callar ni hablar?
DON JUAN Sí.
DON FÉLIX ¿Por qué?
DON JUAN Porque os ofendo en hablar,
y en callar me ofendo a mí:
con que es preciso que aquí
no pueda hablar ni callar. 240
DON FÉLIX No os entiendo.
DON JUAN Yo tampoco;
mas si entenderme queréis,
como licencia me deis
(propia dádiva de un loco),
diré el dolor que me aqueja. 245
DON FÉLIX Sí doy. (**Aparte**. ¡Empeño cruel!)
DON JUAN Pues enseñadme un papel
que os dieron por esta reja.
DON FÉLIX Sólo eso en el mundo hubiera,
siendo quien somos los dos, 250
que yo no hiciera por vos;

y no haciéndolo, quisiera
que el crédito de mi fe
os debiese creer de mí
que soy vuestro amigo.

DON JUAN — Así — 255
lo creo; mas ¿no podré
(viendo que habéis excusado,
con pretexto de otro honor,
ser tercero de mi amor,
y que habiéndome llamado — 260
Eugenia en el coche ahora,
muy enojada me diga
que ni la vea ni siga
más), no podré (¿quién lo ignora?)
entrar en temor de que — 265
vuestra excusa y su crueldad
nacen de otra novedad?
Y más viendo que llegué
a tiempo que daros vi
por esa reja un papel, — 270
y que los secretos dél
tanto recatáis de mí,
que turbado lo escondáis,
habiendo yo el nombre oído
de Eugenia, y que ella ha sido — 275
la que os dice que leáis.

DON FÉLIX — **(Aparte.)** ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Que el papel me llama a mí,
y si me disculpo aquí,
a don Pedro culparé. — 280

DON JUAN — ¿Qué me respondéis?

DON FÉLIX — Ya os tengo
respondido con saber
que soy, don Juan, y he de ser
amigo, y callar prevengo.

DON JUAN — Confieso que sois mi amigo, — 285
y que vuestro huésped soy;

pero el empeño en que estoy,
vos le sabéis: y así, os digo
sólo que me aconsejéis
en este lance, por Dios. 290
¿Qué hicierais conmigo vos?

DON FÉLIX Aunque contra mí tenéis
alguna razón, si yo
en el empeño me viera,
que erais mi amigo creyera, 295
y no os apurara.

DON JUAN No
es tan fácil de tomar
como de dar un consejo,
y así de admitirle dejo,
volviéndoos a suplicar 300
que me enseñéis el papel.

DON FÉLIX Si otra causa no tuviera
que la vuestra, yo lo hiciera.

DON JUAN Pues ¿hay otra causa en él
más que ser suyo y venir 305
a vuestra mano?

DON FÉLIX Sí hay,
pues la causa que le tray
es la que no he de decir.

DON JUAN ¿No fiáis de mí un secreto?

DON FÉLIX Sí, mas no aqueste.

DON JUAN Mirad 310
que puede nuestra amistad
dilatar en mí el efeto
de verle, mas no excusalle.

DON FÉLIX Pues mirad cómo ha de ser,
porque no le habéis de ver. 315

DON JUAN Saliéndonos a la calle.

DON FÉLIX Guiad donde quisiereis vos,
que a guardarle estoy dispuesto.

(Vanse.)

Calle.

Escena IX

DON PEDRO, **que se encuentra con** DON FÉLIX, DON JUAN **y** HERNANDO, **al salir de la casa**.

DON PEDRO ¡Don Juan, don Félix!, ¿qué es esto?
¿Dónde vais así los dos? 320
DON FÉLIX Paseándonos vamos.
DON PEDRO No
es la deshecha bastante
a desmentir el semblante;
y habiendo llegado yo
a tiempo que ya empuñadas 325
de ambos las espadas vi,
no habéis de pasar de aquí.
DON JUAN Prevenciones excusadas
son las vuestras, vive el cielo.
HERNANDO No son, que mi amo y don Juan 330
a reñir, don Pedro, van.
DON FÉLIX Calla, pícaro.

(Vase HERNANDO.**)**

DON PEDRO ¿Qué duelo
hay, que entre amigos lo sea
que no se pueda ajustar,
Félix, antes de llegar 335
al último trance? Vea
yo que hacéis esto por mí,
y sepa la causa.
DON FÉLIX Yo
no he de decirla, que no
me está a mí bien.

DON JUAN A mí sí, 340
que no quiero que se diga
que sobre la obligación
de huésped, es sinrazón
la que a este trance me obliga.
Y pues que sois caballero, 345
que nos dejaréis reñir,
la ocasión he de decir...
DON FÉLIX No diréis, porque primero
yo...
DON PEDRO Tened.
DON FÉLIX **(Aparte.)** ¡Oh quién pudiera
su discurso suspender! 350
DON JUAN Que quiero con vos hacer
lo que con otro no hiciera
yo, don Pedro, he fiado
de don Félix que estoy enamorado
de una dama; y habiéndome valido 355
dél, no sólo[(1)] ayudarme ha pretendido,
pero contra su honor, contra su fama,
sé que festeja aquesta misma dama.
Ved si es justa mi queja,
pues dándole un papel por esta reja... 360
DON PEDRO **(Aparte.)** ¡Qué es lo que escucho, cielos!
DON JUAN Oí (que oyen mucho contra sí los celos)
que dijo la tercera
que el dueño suyo doña Eugenia era.
Su nombre dije, poco habrá importado 365
el haberla nombrado,
siendo quien sois.
DON FÉLIX **(Aparte.)** Con nuevas penas lucho.
DON PEDRO Esperad, que no importa, sino mucho,
porque aquese desvelo 370
me toca a mí con ambos, ¡vive el cielo!
Con vos, pues habéis sido
de Eugenia amante, que es la que he seguido;

y con él, pues de vos a oír he llegado
que está don Félix de ella enamorado: 375
de suerte que en los dos vengar prevengo
la razón que tenéis y la que tengo.

DON JUAN Si vos os declaráis de Eugenia bella
amante, cuando yo muero por ella,
ya con vos es mayor empeño el mío, 380
pues ya son dos de quien mis penas fío,
y dos los que me ofenden.

DON FÉLIX Dos son también los que agraviar pretenden
mi amistad, presumiendo
que, siendo yo quien soy, a ambos ofendo, 385
cuando en mi valor hallo
que al uno por el otro su amor callo,
y excusar el empeño solicito,
pasando la fineza a ser delito.

DON JUAN ¿Fineza es, cuando impío...

DON PEDRO Cuando ingrato... 390

DON JUAN Con falsa fe...

DON PEDRO Con fementido trato...

LOS DOS ofendéis mi amistad?

DON FÉLIX Oídme primero,
pues a los dos satisfacer espero.

DON JUAN Pláticas acortemos,
y puesto que tenemos 395
nuestro duelo empezado,
venid conmigo.

DON PEDRO Habiendo yo llegado
a tiempo que he sabido
que los dos me ofendéis, ¿cómo he podido
dejar de ir con los dos?

DON FÉLIX Y ¿cómo puedo 400
yo dejar que los dos con tal denuedo
presumáis que traidor puedo haber sido?

LOS TRES De ambos está ofendido
mi valor.

DON FÉLIX Por mi honor volver espero.
DON JUAN Calle la lengua pues, y hable el acero. 405

(Riñen los tres.)

Escena X

DON ALONSO, DON TORIBIO.-DON FÉLIX, DON JUAN, DON PEDRO.

DON TORIBIO **(Dentro.)**
¡Pendencia hay a la puerta de mi casa!

(Salen DON ALONSO **y** DON TORIBIO **con espadas desnudas.)**

DON ALONSO ¿Cómo entre tres amigos eso pasa?
DON JUAN Guárdeos Dios, que ya el duelo está acabado.

(Vase.)

DON ALONSO Esperad, porque habiendo yo llegado,
ofendéis mi valor...
DON PEDRO Nada esto ha sido. 410
(**Aparte**. Seguir quiero a don Juan, pues ya se ha ido.)

(Vase.)

DON TORIBIO Tenedlos, tío; que para ajustarlo,
sobre mi ejecutoria han de jurarlo.
Aguardar; que ya vengo,
mientras voy a sacarla; que la tengo 415
metida en las alforjas, como vino,
porque no se me ajase en el camino.
DON ALONSO Merezca yo saber qué furia airada
os ha obligado aquí a sacar la espada.

DON FÉLIX — Nació esta competencia 420
sobre una diferencia
que en el juego los tres hemos tenido;
y habiendo vos venido
a tan buena ocasión, no fuera justo
que entre amigos durara este disgusto. 425
Perdonadme, señor, y dad permiso
que los siga.

DON ALONSO — Será muy cuerdo aviso.
Id, don Félix, con Dios, que sabe el cielo
que siento no cumplir hoy con el duelo,
habiéndome aquí hallado. 430

(**Vase** DON FÉLIX.)

(**Aparte**. Pero es tal mi cuidado,
que no entre don Toribio en mi sospecha,
que más con él me importa la deshecha.)

(Vanse.)

Cuarto de EUGENIA **en casa de** DON ALONSO.

Escena XI

DON TORIBIO, **muy preocupado, trayendo a** DON ALONSO **de la mano**.

DON ALONSO — ¿De qué tan pensativo
habéis quedado?

DON TORIBIO — Imaginando vivo, 435
si nuestra solariega sangre acierta
en que riñendo, tío, a nuestra puerta,
se vayan atufados,
sin ir los dos muy bien descalabrados,
y aun los tres.

DON ALONSO — ¡Qué notable desvarío! 440

Pues ¿qué nos toca su disgusto?

DON TORIBIO ¡Ay, tío!

¡Si hablara yo!...

DON ALONSO ¿De qué es el sentimiento?

DON TORIBIO De mucho.

DON ALONSO Pues hablad

DON TORIBIO Estadme atento.

Cuando yo iba a buscar filis
y fuisteis vos a traerme, 445
desengañado de que
burla de mi prima fuese,
siendo hablilla que las damas
decir por donaire suelen;
al volver a casa, oímos 450
voces, diciendo impaciente
Clara que un hombre había en ella.

DON ALONSO Es verdad, y yendo a verle,
no le hallamos, aunque toda
la anduvimos.

DON TORIBIO Pues de aquese 455
examen que en ella hicimos,
todo mi dolor procede,
todas mis penas se causan,
y todos mis celos penden.

DON ALONSO ¿Por qué?

DON TORIBIO Fáltame el aliento, 460
la voz duda, el labio teme...
porque como no dejamos
nada por ver diligentes,
detrás de la cama (¡ay triste!)
de Eugenia...

DON ALONSO (**Aparte**.) ¡Cielos, valedme! 465

DON TORIBIO Vi...

DON ALONSO ¿Qué? ¿Al hombre?

DON TORIBIO ¡Mas nonada!

¿Verle y no darle la muerte?

¿No bastó ver...

DON ALONSO Proseguid.

DON TORIBIO una clara seña, un fuerte
indicio de que a deshora 470
en el cuarto salga y entre?

DON ALONSO Ved, sobrino, qué decía:
no algún engaño os empeñe
a decir...

DON TORIBIO ¿Cómo que engaño,
si lo vi más claramente 475
que cinco y cinco son diez,
y diez y diez serán veinte?

DON ALONSO Pues ¿qué visteis?

DON TORIBIO Una escala
que Eugenia escondida tiene.

DON ALONSO ¿Escala escondida?

DON TORIBIO Sí, 480
y de hartos pasos, con fuertes
cuerdas y hierros atada.

DON ALONSO ¡Vive Dios, si verdad fuese
que había!...

DON TORIBIO ¿Cómo verdad,
si sólo porque la vieseis, 485
os traigo aquí, cuando solo
está el cuarto? Un punto breve
esperaos: veréis cuán presto
aquí la miráis patente.

(Vase.)

DON ALONSO ¡Ay de mí! No en vano, cielos, 490
previne ausentar prudente
de la corte a Eugenia. Pero
si ya don Toribio tiene
tan vivas sospechas, ¿cómo
es posible que la lleve? 495
Pues ya...

(Vuelve DON TORIBIO **con un guardainfante**.**)**

DON TORIBIO Mirad si es verdad...
Con más de dos mil pendientes
de gradas, aros y cuerdas.
DON ALONSO ¡Necio, loco, impertinente!
¿Ésa es escala?
DON TORIBIO Y escala 500
que si se desdobla, debe
poderse escalar con ella,
según las revueltas tiene,
la torre de Babilonia.
Esto es para quien lo entiende. 505
No la sé armar.
DON ALONSO ¡Vive Dios,
que no sé cómo consiente
mi cólera no deciros
mil pesares! Porque ése
es guardainfante, no escala. 510
DON TORIBIO ¿Guarda... qué?
DON ALONSO ¡Qué impertinente!
Guardainfante.
DON TORIBIO Peor es eso
que esotro. ¿Qué infante tiene
mi prima, que éste le guarde?
DON ALONSO Hablar con vos es hacerme 515
perder el juicio. No entienda
aquesto nadie: volvedle
donde estaba, y estimadme,
bárbaro, y agradecedme
que no os digo mil locuras. 520

(Vase.**)**

DON TORIBIO Escalado seas mil veces,
guardainfante de mi prima,

quien quiera que fuiste y fueses:
¡Bueno me han puesto por ti
de bárbaro impertinente!... 525
Y hasta saber el oficio
que en casa de mis primas tienes,
no he de parar.
(Voces dentro.)
Para, para.

DON ALONSO **(Dentro.)**
Pues que ya mis hijas vienen,
poned luces en su cuarto. 530

Escena XII

MARI-NUÑO.- DON TORIBIO.

MARI-NUÑO ¡Ay de mí!, que en él hay gente.
¿Quién es?

DON TORIBIO Yo soy, que no es nadie.

MARI-NUÑO ¿Qué haces aquí desta suerte,
con aquese guardainfante?

DON TORIBIO Aquí, si saberlo quieres, 535
me estaba pensando cosas...

MARI-NUÑO Sitio habrá donde las pienses.
Suelta, y mira no te hallen
aquí dentro cuando lleguen,
que ya vienen.

DON TORIBIO Mira tú 540
no me obligues a que vengue
el pasado mojicón.

MARI-NUÑO Mejor será, si lo adviertes,
no quieras que te dé otro.

DON TORIBIO ¿Qué va que no es mayor que éste? 545
(Dala una puñada.)
¡Ay, que me han muerto! ¡Señores,
acudid a socorrerme!

¡Ay, que me matan!

Escena XIII

EUGENIA, CLARA, DON ALONSO, BRÍGIDA.-DON TORIBIO, MARI-NUÑO.

DON ALONSO ¿Qué es esto?
CLARA ¡Qué voces!
EUGENIA ¿Qué ruido es éste?
DON TORIBIO Mari-Nuño, mi señora,
estando en este retrete,
porque la dije no más
que buenas noches tuviese,
puso las manos en mí.
MARI-NUÑO Mas me dijo...
(Aparte a DON ALONSO, **oyéndolo don Toribio**.**)**
Pues pretende
que le favorezca yo,
porque dice que no quiere
señora de guardainfante,
y trae por testigo éste,
de quien está haciendo burla.
DON TORIBIO ¡Qué testimonio tan fuerte!
MARI-NUÑO **(Aparte**.**)** A un traidor, dos alevosos.
DON ALONSO (**Aparte a** MARI-NUÑO.)
Advertid vos que no lleguen
a entender nada las dos,
(**Aparte a** DON TORIBIO.)
que de vuestras sencilleces,
o ignorancias o locuras,
estoy cansado de suerte...
Pero hablemos de otra cosa,
no sean delirios siempre.
(A las damas.**)**
¿Cómo en la fiesta os ha ido?

EUGENIA Como a quien viene, señor,
de ver el triunfo mayor
que nuestra España ha tenido
desde que su monarquía
a ser la mayor llegó. 575

DON ALONSO Ya que no lo he visto yo,
de algún consuelo sería
oírlo de las dos aquí.

EUGENIA Yo, señor, te contaré
lo que me acuerdo. (**Aparte**. Veré 580
si desvelar puedo así
la pena en que me ha tenido
la competencia cruel
que vio Clara en su papel.)

CLARA (**Aparte** a MARI-NUÑO.)
¿Viste a Félix?

MARI-NUÑO Y advertido, 585
no dudo que venga.

CLARA Pues
vele a abrir.

MARI-NUÑO ¿Cómo, si aquí
todos están?

CLARA Mira, así.
(**A su padre**. Como atento nos estés,
lo que ella olvide, señor, 590
yo acordárselo pretendo.)
(**Aparte a** MARI-NUÑO.)
¿Entiéndesme?

MARI-NUÑO Ya te entiendo.

EUGENIA Oirás la fiesta mayor,
que habrás oído en tu vida.

CLARA Y vos oíd también.

DON TORIBIO ¿Pues no? 595

CLARA (**Aparte a** MARI-NUÑO.)
Ve por él, mientras que yo
les doy con la entretenida.

(**Vase** MARI-NUÑO.)

Escena XIV

DON ALONSO, CLARA, EUGENIA, DON TORIBIO, BRÍGIDA.

EUGENIA
Llegó el día que trocando
la divina Marïana
en felices posesiones 600
perezosas esperanzas,
de Madrid amanecieron,
para su dichosa entrada,
en felices aparatos
cubiertas calles y plazas. 605
Todas las vimos, porque
transcendiendo por las vallas
fingidas de jaspe y bronce,
llegamos adonde estaba
en el Prado un arco excelso 610
que a las nubes se levanta.

CLARA
Aquí en el nacional traje
Madrid de su antigua usanza,
esperó a su nueva reina,
vestida de blanco y nácar; 615
y para significar
de sus afectos las ansias
con que liberal quisiera
poner el mundo a sus plantas,
ya que no la puso el mundo, 620
puso, por lo menos, tantas
significaciones dél,
que en este arco y los que faltan
representó de sus cuatro
partes las coronas varias 625
que en él amante la ofrece
quien la mereció monarca;

y así esta parte fue Europa,
como principal estancia,
donde sus imperios tienen 630
las demás por tributarias.

EUGENIA

Querer pintar que en él vimos
en casi vivas estatuas
a Castilla y a León,
por los reinos; Alemania 635
por la cuna, y por la fe
de la religión a Italia,
sin otras muchas señales,
imposible es ya, pues basta
que en este arco y los demás 640
apelemos a la estampa,
cuando lo expliquen sus letras
latinas y castellanas.

CLARA

Sólo por mayor diremos
que a las cuatro dilatadas 645
partes del mundo, en quien tuvo
dominio el planeta de Austria,
correspondieron los cuatro
elementos, siendo en claras
significaciones, doctos 650
reversos de sus fachadas:
y así a Europa se dio el aire,
por ser en quien más templadas
sus influencias se gozan
dulces süaves y blandas. 655

EUGENIA

Y como del aire es
el águila remontada
emperatriz, cuyo nido
favorable aspira el aura,
el águila coronó 660
este elemento, adornada
de jeroglíficos que
todos del aire se sacan.

CLARA

A esta puerta pues, la Villa

(la ceremonia acabada 665
del besamano), empezó
(haciendo al compás la salva,
no sólo de los clarines,
las trompetas y las cajas,
sino de la voz del pueblo, 670
que es la más sonora salva)
a caminar con el palio,
con tanto aplauso, con tanta
majestad, que no se vio
en términos de vasalla, 675
nadie con más causa humilde,
ni soberbia con más causa.

EUGENIA De aquí pues a la carrera
de San Jerónimo pasa,
donde no menos vistoso 680
la recibió el triunfo de Austria

CLARA De sesenta y dos coronas
que en la India rinden a España
feudo, los bultos de algunas
significaron las ansias 685
de servir su buena reina
con dones y empresas cuantas
mide este imperio al Oriente,
donde su poder alcanza.

EUGENIA Y como Asia es la mayor 690
parte del mundo, que abraza
Ganges, Nilo, Éufrates, Tigris,
señora de tierras tantas,
fue su elemento la tierra,
en quien se vio coronada 695
la melena del león,
como su mayor monarca.

CLARA Llegó, pues, el Sol, del Sol
a la Puerta, en cuya estancia
África en el triunfal arco, 700
a vista suya se planta.

Y así, todas sus pinturas
fueron las fuerzas y plazas
que España en África goza,
desde que dos reinas santas, 705
política una en Madrid,
victoriosa otra en Granada,
arrancaron las raíces
desta venenosa planta.
A África correspondiendo 710
el fuego, o por su abrasada
Libia, o porque ha de ser hoy
la Puerta del Sol su estancia,
el Sol, planeta de fuego,
entre pirámides altas 715
se vio colocado, bien
como exaltado en su casa.

EUGENIA

Siguióse la Platería,
de tal manera adornada,
que sólo un arte tan noble 720
así pudiera ilustrarla;
pues casi desde este arco
se corrieron dos barandas
de bichas y de columnas,
que empezándose desde altas 725
pirámides, prosiguieron,
hasta que en otras rematan,
poblando sus corredores,
por una y por otra banda,
aparadores cubiertos 730
de diamantes, oro y plata.

CLARA

La América en otro arco
a Santa María estaba,
en cuyo templo el fiel culto
el *Te Deum laudamus* canta. 735
Fueron divinas empresas
cuantas dio el agua a sus aras,
siendo perennes milagros

Manzanares y Jarama.

EUGENIA — En la plaza de Palacio 740
animados en dos basas,
que de Himeneo y Mercurio
sostenían las estatuas,
dos triunfales carros vi,
de cuya fábrica rara 745
fue la significación,
si es que me atrevo a explicarla,
que Mercurio, de los dioses
embajador, su jornada
a la vista de Palacio 750
feneció; y así, acabada
la fatiga del camino,
a Himeneo se la encarga,
porque uno su culto empiece,
donde otro su culto acaba. 755

CLARA — Con este acompañamiento,
al compás de voces varias,
que del esposo y la esposa
decían las alabanzas...

EUGENIA — En un bruto que parece 760
que sabía que llevaba
todo un cielo sobre sí,
según la noble arrogancia
con que obedecía soberbio
al impulso que le manda, 765
llegó nuestra invicta reina
a las puertas de su alcázar.

DON ALONSO — Tal la relación ha sido,
que aunque el no verlo da enojos,
el deseo de los ojos 770
se suple con el oído.

DON TORIBIO — No a mí, que aquese deseo
nunca tuve.

DON ALONSO — ¿Por qué no?

DON TORIBIO — Como esas bodas vi yo.

DON ALONSO ¿Dónde?
DON TORIBIO En Cangas de Tineo, 775
cuando los concejos todos
se juntan para llevar
las novias a otro lugar,
entonando varios modos
de bailes y de cantares, 780
que es una fiesta bien rara.
Si de alguno me acordara,
se os quitaran mis pesares.
DON ALONSO Dejad locuras, por Dios.
Brígida, a alumbrarme ven, 785
que ya recogerme es bien.

(**Vanse** DON ALONSO **y** BRÍGIDA.)

Escena XV

CLARA, EUGENIA, DON TORIBIO.

CLARA ¿Por qué no os recogéis vos?
DON TORIBIO Porque para recogerme,
falta salir de un cuidado.
CLARA ¿Qué cuidado?
DON TORIBIO No he cenado; 790
y tras esto, otro ha de hacerme
perder el juicio.
CLARA ¿Qué es?
DON TORIBIO Vos dijisteis que había en mí
más en que vengaros.
CLARA Sí.
DON TORIBIO Decidme la causa, pues. 795
CLARA **(Aparte a él.)** La causa es que Eugenia, a quien
(**Aparte**. Dél asegurarme quiero
para la ocasión que espero.)
vos decís que queréis bien,

a otro favoreció.

DON TORIBIO ¡Ay cielos! 800

CLARA Si averiguarlo queréis,
bien fácilmente podéis...

DON TORIBIO Si esto oyeran mis abuelos,
¿qué dijeran?

CLARA Pues estando
un rato en ese balcón, 805
oiréis la conversación
que tiene en la calle, hablando
con un hombre por la reja
de su cuarto.

DON TORIBIO ¿Cómo qué?
En el balcón me estaré, 810
si acaso el dolor me deja,
sin chistar, de penas lleno.

(Disimuladamente abre un balcón, métese en él y cierra.)

CLARA (**Aparte**. Ya éste no me estorbará,
pues cerrado se estará
toda la noche al sereno.) 815
Eugenia. (**Aparte**. Bueno será
engañarla.)

Escena XVI

CLARA, EUGENIA.

EUGENIA ¿Qué me quieres?

CLARA Avisarte cuánto eres
infeliz.

EUGENIA ¿En qué?

CLARA En que está
mi padre tan sospechoso 820
(pues no sé qué, que ha pasado,

Mari-Nuño le ha contado
acerca de que celoso
uno y otro amante tuyo
hoy a esta puerta riñeron), 825
que sus sospechas le hicieron
desvelar, según arguyo,
que no se acuesta por Dios,
que si tienes que temer,
me lo digas, para hacer 830
como hermana.

EUGENIA Si a los dos
en el coche y en la reja
viste que los despedí,
y que no ha quedado en mí
ni aun el ruido de la queja, 835
¿qué más de mi parte puedo
haber hecho, ni saber
puedo ahora qué he de hacer?

CLARA Yo, sí.

EUGENIA ¿Qué es?

CLARA Perder el miedo,
puesto que inocente estás, 840
y cerrada en mi aposento,
desvelar tu pensamiento;
que yo, desvelando más
tu inocencia, allá entraré,
diciendo que estás dormida, 845
y mostrándome ofendida
a su enojo, le diré
muy bien dicho que no tiene
razón, si en sospechar da
de quien tan segura está. 850

EUGENIA Mi vida, hermana, previene
tu amistad; y porque más
de mí asegurarse quiera,
ciérrame tú por defuera. **(Éntranse.)**

CLARA ¿Eso había de hacer? **(Cierra.)** Ya estás 855

conmigo en campaña, Amor.
Aquesta es la vez primera
que te vi el rostro: no quieras
vencer tan presto el rigor
de tus iras,¡Mari-Nuño! 860

Escena XVII

MARI-NUÑO; **después**, DON FÉLIX.-CLARA; DON TORIBIO, **encerrado en un balcón**.

CLARA ¿Dónde está aquel caballero?
MARI-NUÑO En mi aposento, señora,
rato ha que oculto le tengo,
mientras que la relación
a todos tenía suspensos. 865
CLARA Esto por Eugenia hago.
MARI-NUÑO Por eso yo te obedezco.
CLARA Dile, que salga a esta cuadra.
MARI-NUÑO Voy. **(Vase.)**

(**Sale** DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Aunque rendido vengo
a serviros, es mayor 870
mi pena que el rendimiento.
CLARA ¿De qué?
DON FÉLIX De ver que mi aviso
ni vuestra cordura han hecho
el efecto que esperamos,
sino tan contrario efecto, 875
que los dos conmigo hoy
a vuestra puerta riñeron;
y saliendo vuestro padre
y vuestro primo a este tiempo,
queriendo acudir a todo, 880

a nada acudí, supuesto
que ni a uno ni otro alcanzar
pude; y estoy con recelo
de que se hayan encontrado,
puesto que ninguno ha vuelto, 885
siendo ambos huéspedes míos.
Y aunque por ellos lo siento,
lo siento por vos con más
ventajas, pues si os confieso
una verdad, me debéis 890
vos mayor fineza que ellos.

CLARA ¿Yo mayor fineza?

DON FÉLIX Sí.

CLARA ¿Cómo?

DON FÉLIX Perdonad, os ruego,
porque no puedo decirlo,
aunque ya dicho lo tengo. 895

CLARA ¡Dicho lo tenéis, y no
podéis decirlo! No entiendo
tan nuevo enigma.

DON FÉLIX Yo, sí.

CLARA Declaraos más.

DON FÉLIX No puedo,
que si el sentimiento es 900
por ser mis amigos, cierto
será, por ser mis amigos,
el callar mi sentimiento.

(Ruido dentro.)

Escena XVIII

DON JUAN, **y después**, MARI-NUÑO.-**Dichos**.

DON JUAN **(Dentro.)** ¡Válgame el cielo!

DON FÉLIX ¿Qué voces

son las que estamos oyendo? 905

CLARA En el jardín fue.

(**Sale** MARI-NUÑO.)

MARI-NUÑO ¡Señora!

CLARA ¿Qué hay Mari-Nuño? ¿Qué es eso?

MARI-NUÑO Por las tapias del jardín
se ha arrojado un hombre dentro, 910
a cuyo ruido, tu padre
baja ya de su aposento.

CLARA ¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer,
si os ven aquí?

DON FÉLIX Buen remedio:
yo por aqueste balcón 915
saldré a la calle primero
que me vea.

CLARA No le abráis.

DON FÉLIX ¿No es mejor?

(**Abre un balcón, y halla a** DON TORIBIO.)

DON TORIBIO Esténse quedos,
no hagan ruido, que ya el hombre
a la reja llega, y quiero 920
oír lo que habla.

DON FÉLIX Hombre, ¿quién eres?

DON TORIBIO ¿Quién os mete a vos en eso?
¿Métome yo en quién sois vos?
Agradecedme que tengo
que hacer aquí, que si no, 925
a fe que había de saberlo.

(Enciérrase en el balcón.)

DON FÉLIX ¿Quién vio tan extraño lance?

MARI-NUÑO Ya en el jardín se oye estruendo.

CLARA Apartémonos de aquí.

(Abren la puerta por donde se retiró EUGENIA, **y vanse por ella** CLARA **y** MARI-NUÑO; DON FÉLIX **se esconde, como** DON TORIBIO, **en otro balcón.)**

Escena XIX

DON PEDRO.-DON FÉLIX, **y** DON TORIBIO, **ocultos**.

DON PEDRO
Viendo mis rabiosos celos 930
que abriendo la puerta entró
mi enemigo hasta aquí dentro
sin poderlo yo estorbar,
que llegar no pude a tiempo,
por las tapias del jardín 935
a entrar me atreví resuelto
a vengar... Pero ¡qué miro!
Que es su padre, vive el cielo,
y brioso, con otro hombre
riñendo sale a este puesto. 940

Escena XX

Sale DON ALONSO, **riñendo con** DON JUAN.-DON PEDRO; DON FÉLIX, **oculto**; DON TORIBIO, **en el balcón**.

DON ALONSO
Al esfuerzo de mi brazo,
de mis iras al aliento,
pues me han hecho dos agravios
tu voz y tu atrevimiento,
los dos vengaré. ¡Ay de mí! 945
Que van mis penas creciendo,
pues cuando pensé de uno,
dos de quien vengarme tengo.

DON FÉLIX (**Saliendo del balcón donde estaba escondido.)**

Tened la espada, don Juan.
Don Alonso, deteneos. 950

DON JUAN Mira si traidor amigo
eres, pues aquí te encuentro.

DON FÉLIX Oíd, sabréis que enemigo
no soy, ni suyo, ni vuestro.

DON ALONSO ¡Dentro de mi casa dos 955
enemigos!

DON FÉLIX Deteneos.

DON PEDRO (**Aparte**. Aunque estorbar aquí deba
de don Alonso el empeño,
primero venganza pide
lo rabioso de mis celos.) 960
Si por aquese balcón
(**A** DON FÉLIX, **que se ha quedado delante del balcón donde está** DON TORIBIO.)
te pasó el atrevimiento
de aquesa ingrata a mis ojos,
en ti he de vengar primero
los celos con que te busco. 965
Baja abajo, o vive el cielo
que esta pistola...

DON TORIBIO **(Saliendo del balcón.)**
¿Pistola?
Hombre del diablo, está quedo,
que no es eso lo que yo
te dije Pero ¡qué veo! 970
¿Qué es esto, tío?

DON ALONSO A mi lado
os poned.

DON PEDRO (**Aparte**.) Pues que le abrieron
la ventana, llegaré
a matarle; que no temo,
ya que estoy muerto a su dicha, 975
quedar a sus manos muerto

DON JUAN Traidor, tras ti. Mas ¿qué miro?
¿Por la ventana resuelto

así os entráis?

DON PEDRO ¿Qué os admira?
Si tanto ruido me ha puesto 980
en obligación de entrar
a saber lo que es.

DON ALONSO Suspenso
en repetidos agravios,
no sé a cuál he de ir primero.

DON FÉLIX Teneos, señor, don Alonso, 985
que trances de honor, el cuerdo
los venga con su prudencia,
antes que con el acero:
y si me escucháis, no dudo
quedéis honrado y contento. 990

DON ALONSO Uno entró por mi jardín,
otro por mi reja; pero
vos que aquí dentro os halláis,
¿por dónde entrasteis primero?
Que haciéndome el mismo agravio, 995
me venís a dar consejo.

DON TORIBIO Entraría por la escala,
que escala había para ello.

DON FÉLIX Yo soy tan interesado
en este lance, que pienso 1000
que vine a serviros más
a todos, que no a ofenderos,
pues fue a excusarle; mas ya
que conseguirlo no puedo
de una manera, de otra 1005
lo intentaré: estadme atentos.
Doña Eugenia me ha tenido
en aqueste cuarto, a efecto
de estorbar entre los dos...

Escena XXI

EUGENIA, CLARA.-**Dichos**.

EUGENIA (**Dentro**.) ¿Qué escucho? Dejar no puedo 1010
de salir, al oír mi nombre.

CLARA **(Dentro.)** Tente, no salgas.

(**Salen** CLARA **y** EUGENIA.)

EUGENIA Sí quiero,
que ya me importa saber
qué es aqueste fingimiento.
¡Yo te he tenido (¿qué dices, 1015
hombre?) en mi cuarto! (**A** DON FÉLIX.)

DON FÉLIX Teneos,
que yo doña Eugenia he dicho,
no vos. (**Señala a** CLARA.)

DON ALONSO ¿Cómo, cómo es eso?
¿Luego tú eras la que un hombre
escondido tenías dentro? 1020

EUGENIA ¿Luego tú con nombre mío,
Clara, la traición has hecho?

DON TORIBIO ¿Luego tú por eso a mí
me tenías al sereno,
hecho avestruz del amor? 1025

LOS TRES ¿Qué es esto, ingrata? ¿Qué es esto?

CLARA Esto es que por estorbar
de Eugenia yo los empeños,
no pude estorbar el mío;
y pues que sois caballero, (**A** DON FÉLIX.) 1030
no en el riesgo me dejéis,
cuando a otra sacáis del riesgo.

DON FÉLIX ¿Qué es dejaros? Con mil vidas
habéis de ver que os defiendo;
pues no amando la que es dama 1035
de mis amigos, bien puedo.

DON JUAN Pues supuesto que ya quedan
desvanecidos mis celos,
yo os ayudaré.
DON PEDRO Yo y todo.
DON ALONSO ¿Hay tan grande atrevimiento? 1040
DON TORIBIO ¡Quién tuviera aquí un lanzón
de tres que en mi casa tengo!
DON ALONSO A mis ojos y en mi casa,
nadie a mis hijas (¡ay cielos!)
defenderá que no sea 1045
su esposo.
DON FÉLIX Si basta eso,
yo lo soy suyo.
CLARA Y yo suya.
DON ALONSO ¿Quién creyera que en el yerro
mayor, fuera quien cayera
la mesurada más presto? 1050
DON TORIBIO ¿Quién no lo creyera?, pues
siempre en el mundo lo vemos,
que las aguas mansas son
de las que hay que fiar menos,
y tienen mayor peligro 1055
porque sin duda por eso,
Guárdate del agua mansa
dijo un antiguo proverbio.
EUGENIA Pues yo, señor, a tus plantas
humildemente te ruego 1060
me des estado a tu gusto;
que yo con mi primo quiero
irme a la montaña, donde
te asegure, por lo menos,
de que nunca delincuentes 1065
fueron mis esparcimientos.
DON TORIBIO ¿A la montaña? Eso no,
porque allá llevar no quiero,
ni filis, ni guardainfantes:
y así, con mi alforja al cuello, 1070

donde esta mi ejecutoria,
habéis de ver que me vuelvo
sin casar.

DON ALONSO — Ni yo tampoco;
que no tengo de dar dueño
tan bruto a una hija mía 1075
a quien más atención debo,
sino darla a quien su madre
la había dado en casamiento,
y esperando mi licencia,
se quedó hasta ahora suspenso. 1080

DON JUAN — A vuestras plantas humilde
os digo que soy el mesmo,
pues soy don Juan de Mendoza.

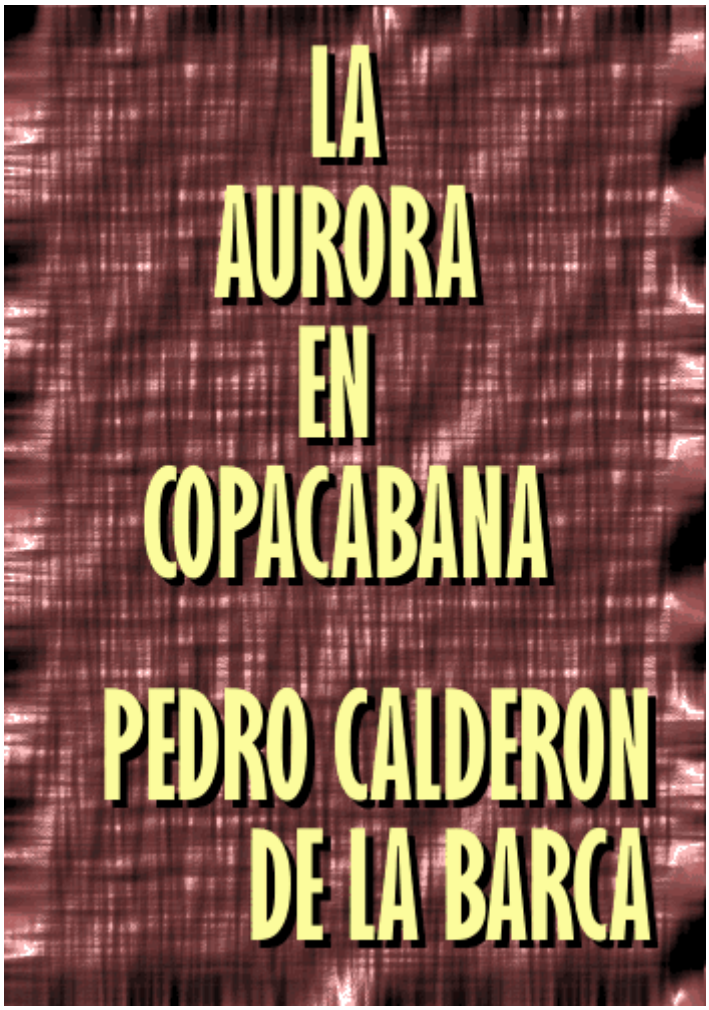
DON ALONSO — Con esto es del mal el menos.

DON PEDRO — Pues quedo sin esperanza 1085
de mi amor, lograrla intento
en pedir que perdonéis
de nuestras faltas los yerros.

DON TORIBIO — Porque con la moraleja
del Agua mansa y su ejemplo, 1090
dando principio a serviros,
fin a la comedia demos.

La aurora en Copacabana

Pedro Calderon de la Barca



La aurora en Copacabana

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

GUÁSCAR INGA, *rey*.

YUPANGUÍ.

GLAUCA.

TUCAPEL.

UN SACERDOTE.

GUACOLDA.

LA IDOLATRÍA.

Unos Indios.

Un indio llamado ANDRÉS.

Cuatro damas.

PIZARRO.

ALMAGRO.

CANDÍA.

Marineros.

DON LORENZO DE MENDOZA, *conde de Coruña*.

DON JERÓNIMO MARAÑÓN, *gobernador*.

UN DORADOR.

Dos Ángeles.

Acompañamiento y Música.

Jornada I

Dentro instrumentos y voces, **y salen en tropa todos los que puedan vestidos de indios**, **cantando y bailando** YUPANGUÍ, **indio galán**, **un** SACERDOTE, GLAUCA **y** TUCAPEL, **y detrás de todos** GUÁSCAR INGA, **rey**, **todos con arcos y flechas**.

YUPANGUÍ — En el venturoso día
que Guáscar Inga celebra
edades del sol, que fueron
gloria suya y dicha nuestra,
prosiga la fiesta.

MÚSICA — Prosiga la fiesta, 5
y aclamando a entrambas deidades,
del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
al son de las voces repitan los ecos,
que viva, que reine, que triunfe y que venza

INGA — ¡Cuánto estimo ver que a honor 10
de la consagrada peña
que desde Copacabana
sobre las nubes se asientan,
en nacimiento de gracias
de haber sido la primera 15
cuna del hijo del Sol,
de cuya clara ascendencia
mi origen viene, os mostréis
tan alegres!

YUPANGUÍ — Mal pudiera
nuestra obligación faltar 20
a tanta heredada deuda.
Cinco siglos, gran señor,
de dádiva tan excelsa
como darnos a su hijo
para que tú dél desciendas, 25
se cumplen; y hoy otros cinco
ha que cada año renuevan
la memoria de aquel día
todas tus gentes, en muestra
de cuánto a su luz debimos 30
y así no nos agradezcas
festejos que de dos causas
nacen hoy: una que seas
tú nuestro monarca, y otra
que al culto en persona vengas, 35
a cuyo efecto hasta Túmbez,
donde el Sol su templo ostenta,
a recibirte venimos,
diciendo en voces diversas.

ÉL y MÚSICA — Que vivas, que reines, 40

que triunfes y venzas.
INGA De una y otra causa, a ti
no poca parte te empeña,
Yupanguí, pues que no ignoras
desciendes también de aquella 45
primera luz, por quien de Inga,
ya que no la real grandeza,
la real estirpe te toca.
YUPANGUÍ Mi mayor fortuna es esa.
(Aparte.)
Bien que mi mayor fortuna, 50
si he de consultar mis penas,
no es sino ser el felice
día en que a Guacolda, bella
sacerdotisa del Sol,
llegué a ver. ¡Ay de fineza 55
que al cabo del año un día
está con mirar contenta!
SACERDOTE Pues en tanto que llegamos
a la falda de la sierra,
donde las sacerdotisas 60
deste templo es bien que vengan,
puesto que allá ha de ser hoy
la inmolación de las fieras
que llevamos encerradas,
para sus aras sangrientas, 65
prosiga el canto.
GLAUCA Bien dice.
El baile, Tucapel, vuelva.
TUCAPEL ¿Es por mostrar, Glauca, cuánto
de hacer mudanzas te precias?
YUPANGUÍ ¿Que siempre habéis de reñir? 70
LOS DOS Pues, ¿quién sin reñir se huelga?
YUPANGUÍ ¿Ni quién sino yo tendrá
para sufriros paciencia?
MÚSICA Prosiga la fiesta,
aclamando a entrambas deidades, 75
del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
al son de las voces repitan los ecos
que viva, que reine, [que triunfe y que venza.]
[ESPAÑOLES **(Dentro a lo lejos.)**
¡Tierra, tierra!
[OTROS ¡Tierra, tierra!]
INGA Oíd. ¿Qué extrañas voces son 80
las que articuladas suenan
como humanas, sin saber
lo que nos dicen en ellas?
YUPANGUÍ No extrañéis que en estos montes
voces se escuchen tan nuevas, 85

pues tantos ídolos tienen
como peñascos sus selvas.
Desde aquí a Copacabana
no hay flor, hoja, arista o piedra
en quien algún inferior 90
dios no dé al Sol obediencia.
Y así, no solo se oyen
aquí equívocas respuestas
de idiomas que no entendemos;
pero se ven varias fieras 95
que por los ojos y bocas
fuego exhalan y humo alientan.
¿Y qué mayor que haber visto
una escamada culebra
tal vez, que todo el contorno 100
enroscadamente cerca
hasta morderse la cola
dando a su círculo vuelta,
como que da a entender cuánto
es misteriosa la selva, 105
a quien hacen guarda tales
prodigios?

INGA Que este lo sea
no será razón que a mí
me turbe ni me suspendas.
Prosiga la fiesta.

MÚSICA Prosiga la fiesta, 110
y aclamando a entrambas deidades,
del Sol en el cielo, [del Inga en la tierra,
al son de las voces repitan los ecos
que viva, que reine, que triunfe y que venza.]

(Dentro PIZARRO **a lo lejos**.**)**

PIZARRO Pues ya vemos tierra, ¡ea!, 115
para arribar a su orilla,
amaina.

TODOS Amaina la vela.

(Vuelven a bailar, **y a suspenderse**.**)**

INGA Callad, pues vuelven las voces,
por si podéis entenderlas.

INDIO Silencio.

OTRO Silencio.

GUACOLDA **(Dentro**.**)** ¡Ay triste! 120

INGA ¿Qué nuevo eco se lamenta
ya en nuestro idioma?

TUCAPEL **(Aparte**.**)** El de una

mujer, y según las señas
sacerdotisa.

YUPANGUÍ Guacolda
es la que diciendo llega. 125

(Sale GUACOLDA **como asustada**.**)**

GUACOLDA Valientes hijos del Sol,
cuya clara descendencia
hasta hoy lográis en el grande
Inga que en vosotros reina,
suspended los sacrificios 130
que a su alta deidad suprema
prevenís, y acudid todos
a mi voz y a la ribera
del mar, a ver el prodigio
que a nuestros montes se acerca. 135

INGA Hermosa sacerdotisa,
cuya divina belleza
te acredita superior
a cuantas el claustro encierra
a su deidad consagradas, 140
¿qué es esto? (**[Aparte**.**]** Hablar puedo apenas,
admirado en hermosura
tan rara.) Cuando te espera
tanto concurso a que tú
sus ricos dones ofrezcas, 145
en vez de venir festiva
y acompañada de bellas
ninfas del Sol, sola, triste,
confusa, absorta y suspensa
a turbarlos vienes.

GUACOLDA No 150
me culpes hasta que sepas,
generoso Guáscar Inga,
la causa.

INGA ¿Qué causa es?

GUACOLDA Esta.

YUPANGUÍ **[Aparte**.**]**
¿Quién creerá que muero yo
por saberla y no saberla? 155

GUACOLDA De ese templo que a la orilla
del mar brilla, en competencia
del que a la orilla también
de la laguna que cerca
de Copacabana el valle 160
yace, vista de la peña
en cuya eminente cumbre
el Sol una Aurora bella

amaneció para darnos
a su hijo, porque fuera 165
no menos noble el cacique
que domine las setenta
y dos naciones que hoy,
después de partir herencias
con tu hermano Atabaliba 170
mandas, riges y gobiernas.
De ese templo, otra vez digo,
salí con todas aquellas
que al Sol dedicadas, hasta
que por su suerte merezcan 175
ser su víctima algún día,
viven a su culto atentas,
con deseo de llegar
tan rendida a tu presencia
que fuesen mi alma y mi vida 180
el primer don de la ofrenda;
cuando, volviendo los ojos
al mar, vimos en su esfera
un raro asombro, de quien
no sabré darte las señas; 185
porque si digo que es
un escollo que navega,
diré mal, pues para escollo
le desmiente la violencia;
si digo preñada nube 190
que a beber al mar sedienta
se abate, diré peor,
porque viene sin tormenta;
si digo marino pez,
preciso es que me desmientan 195
las alas con que volando
viene; y si digo velera
ave el que nadando viene,
también desmentirme es fuerza.
De suerte que a cuatro visos 200
monstruo es de tal extrañeza,
que es escollo en la estatura,
que es nube en la ligereza,
y aborto de mar y viento,
pues con especies diversas, 205
pez parece cuando nada
y pájaro cuando vuela.
Los gemidos que pronuncia,
voces son de extraña lengua
que hasta hoy no oímos. Y al verle, 210
todas huyeron ligeras
a salvar la vida, viendo

que si a tierra una vez llega,
será en vano que la huida
las ampare ni defienda. 215
Pues quien corre tan veloz
por el mar, ¿qué hará por tierra?
Sola yo, no al valor tanto
como al desmayo sujeta,
absorta me quedé, y viendo 220
que habían cerrado las puertas
del templo a mi retirada,
ni bien viva ni bien muerta,
hasta este sitio he llegado,
donde para que no creas 225
más a mi voz que a tus ojos,
te pido que al mar los vuelvas.
Mírale, pues, cuán horrible
ya a las orillas se acerca.
Sálvete, señor, la fuga, 230
pues no puede la defensa.

INGA ¡La fuga salvarme a mí
contra quien en vano engendra
portentos ni tierra ni agua,
ni aire ni fuego! Las flechas 235
que contra otros animales,
bien que no de igual fiereza,
emponzoñadas usamos
de mil venenosas yerbas,
contra este flechad; que yo 240
seré el primero que emprenda
lograr el tiro.

YUPANGUÍ A tu vida
mi pecho el escudo sea.
¡Ay Guacolda, si entendieses
tan equívoca fineza, 245
que es lealtad cuando me obliga,
y es amor cuando me fuerza!

GUACOLDA ¡Oh, si tú, Yupanguí, vieses
los pesares que me cuestas!

TODOS Todos haremos lo mismo. 250

TUCAPEL Sino yo, Glauca.

GLAUCA ¿Qué intentas?

TUCAPEL Que tú te pongas delante,
con que a todos nos remedias.

GLAUCA ¿Yo a todos?

TUCAPEL Sí.

GLAUCA ¿Cómo?

TUCAPEL ¿Cómo?
Si te coge la primera 255
a ti, de ti quedará

tan ahíto, que no tenga
hambre para los demás.

INGA Pues ya que la lealtad vuestra
en mi defensa se ponga, 260
no venga a ser en mi ofensa.
Igual con todos, haremos
ala, y de nuestras saetas
tan espesa sea la nube
que sobre su escama llevaba 265
los congelados granizos
de piedra y pluma, que muera
en las ondas desangrada.

PIZARRO **(Dentro.)** Echa el áncora y aferra
haciendo a esos montes salva. 270

GUACOLDA ¿Qué esperáis, cuando ya expuesta
al tiro está?

(Al disparar ellos al vestuario, disparan dentro una pieza, y todos se espantan.)

VOCES **(Dentro.)** Dale fuego

UNOS ¡Qué asombro!

OTROS ¡Qué horror!

TODOS ¡Qué pena!

TUCAPEL ¡Qué bravo metal de voz
tiene la señora bestia! 275

INGA Monstruo que con tal bramido
al verse herido se queja,
de los abismos sin duda
aborto es.

GUACOLDA Pues no aprovechan
contra él las flechadas iras 280
de nuestros arcos y cuerdas,
defiéndanos de los montes
la espesura.

TODOS Entre sus breñas
nos amparemos.

(Vanse.)

INGA ¡Cobardes!
¡Así a vuestro rey se deja! 285
Pero, ¿qué importa, si quedo
yo conmigo?

YUPANGUÍ Considera
que cuando de conocido
la vida, señor, se arriesga,
todos dicen que es valor, 290
más ninguno que es prudencia.
En ventajosos peligros

donde no alcanza la fuerza
alcance la industria.

INGA ¿Cómo?

YUPANGUÍ Manda desatar las fieras 295
que están para el sacrificio
en diversas grutas presas,
y fieras a fieras lidien,
cebándose antes en ellas
que no en las gentes, aquese 300
asombro.

INGA Bien me aconsejas.
Ceda el brío a la razón
una vez. **(Aparte.)** Mejor dijera
ceda al gusto, pues por solo
salvar la vida de aquella 305
hermosa sacerdotisa
lo acepto.

YUPANGUÍ Guacolda bella,
ya cumplí con la lealtad,
cumpla ahora con la fineza.
¿Dónde el temor te ha llevado? 310

VOCES **(Dentro.)** Al monte, al monte.

(Descúbrese la nave, y en ella PIZARRO, ALMAGRO, CANDÍA **y marineros.)**

PIZARRO La tierra
que desde aquí se descubre
no es como las otras, yerma,
que atrás dejamos, pues toda,
coronando de sus tierras 315
las más eminentes cimas,
se ve de gentes cubierta.

ALMAGRO Gracias a Dios, gran Pizarro,
que después de tan deshechas
fortunas, naufragios, calmas, 320
hambres, sedes y tormentas
como habemos padecido,
desde que abriendo las sendas
del mar del Norte al del Sur,
atravesamos la Nueva 325
España, y en Panamá
nos hicimos a la vela.
Gracias a Dios, otra vez
y otras mil a decir vuelva,
que después de tantos riesgos, 330
ansias, sustos y tragedias,
hemos llegado a lograr
el descubrimiento destas
Indias, que hasta hoy ignoradas,

solamente supo dellas 335
la estudiosa Geografía
de quien halló por su ciencia
el ser preciso que siendo
el orbe circunferencia,
hubiese, mientras no daba 340
una nave al mundo vuelta,
aquella remota parte,
que no constaba encubierta.

PIZARRO

Ya que a solo descubrirla
venimos, bástanos verla 345
el día que no tenemos
para su conquista fuerzas.
Y así, pues estas noticias
son el fin de nuestra empresa,
volvamos, ya que tenemos 350
destos mares fijas señas
donde mejor prevenidos
de más pertrechos de guerra,
más navíos y más gente,
víveres, pólvora y cuerda, 355
volvamos a su conquista
en nombre del quinto César
Carlos, que felice viva.

CANDÍA

Fuerza será, pues no quedan
de los treinta que salimos 360
más que trece hombres que sean
de armas tomar, y la gente
de mar poca, y esa enferma.
Pero antes que nuevos rumbos
tomemos para la vuelta, 365
será bien, ya que llegamos
aquí, que llevemos destas
remotas partes (porque
podrá ser cuando nos vean,
que si lo creen los valientes, 370
los cobardes no lo crean)
algunas señas, bien como
frutas, árboles o yerbas
que allá no haya, y fuera desto,
será también acción cuerda, 375
por si el mar, que siempre ha sido
teatro de contingencias,
acabare con nosotros,
y otros al mismo fin vengan,
dejar señas de que aquí 380
llegamos, y no se adquieran
la gloria de que ellos fueron
los primeros en empresa

tan ardua y dificultosa.
PIZARRO ¿Qué señas han de ser esas, 385
que aquí podamos dejarlas?
CANDÍA ¿Qué más declaradas señas,
pues es la propagación
de la fe causa primera,
que una cruz en esos montes? 390
Pues nadie habrá que la vea
que no diga: «Aquí llegaron
españoles, que esta es muestra
del celo que los anima
y la fe que los alienta». 395
PIZARRO No solo es heroica, pero
es religiosa propuesta.
ALMAGRO Pues ya que es de otro el consejo,
porque alguna parte tenga
en acción tan generosa, 400
mía la ejecución sea.
Yo iré a tierra en el esquife.
CANDÍA Eso no, ni es bien se entienda,
señor don Diego de Almagro,
que en aquesta conferencia, 405
siendo la propuesta mía,
sea la ejecución vuestra.
Mío fue el voto, y el riesgo
mío ha de ser.
ALMAGRO Por la mesma
razón es bien que partamos 410
en los dos la diferencia.
Contentaos Pedro de Candía
con que vuestro el voto sea,
y dejadme a mí la acción.
CANDÍA Primero que yo consienta. 415
ALMAGRO Primero que yo.
PIZARRO ¿Qué es esto?
Ved que aunque la amistad nuestra
a todos nos hizo iguales,
en llegado a competencias,
del puesto usaré con que 420
el rey mis servicios premia,
pues vengo por general,
y al que no mire, no atienda
que estoy aquí.
LOS DOS Pues da el orden
a quien a ti te parezca. 425
PIZARRO Sí haré. Perdonad Almagro,
que hace esta razón más fuerza.
Id, Pedro de Candía, vos.
CANDÍA Piloto, el esquife echa

al agua, mientras que yo 430
mis armas tome y prevenga
el Cruzado Leño. **(Vase.)**

PIZARRO En tanto,
para que de la ribera
la gente huya amedrentada
y el mayor espacio tenga, 435
da fuego a otra pieza.

(**Disparan cubriéndose la nave**, **úsale** YUPANGUÍ **arrastrando a** TUCAPEL.)

VOCES ¡Cielos,
clemencia, cielos, clemencia!

TUCAPEL ¿Cómo quieres que los cielos
de ti, ¡ay infeliz!, la tengan,
si tú de mí no la tienes, 440
arrastrándome por fuerza
a vida de aquese horrible
parapeto, que bosteza
truenos y estornuda rayos?

YUPANGUÍ Si en la confusión primera 445
que escuchamos su bramido
huyó Guacolda, y por ella
preguntando, me dijiste
que había venido por esta
parte, ¿qué extrañas traerte, 450
ya que en salvo el Inga queda
y ella no parece, ¡ay triste!,
a que me digas la senda
por dónde echó?

TUCAPEL No es muy fácil
el saber por dónde echa 455
una niña que encerrada
está, el día que se suelta.
Por aquí vino, más no
sé por dónde escapó.

YUPANGUÍ Estrella,
siempre a mi elección afable 460
y siempre a mi dicha opuesta,
dime de Guacolda. Pero
si es mi empeño defenderla
de aquel asombro, con que
yo de vista no le pierda, 465
sabré el rato que a él le veo
y a ella no, que él no la ofenda
y que ella está asegurada,
consolando la tristeza
de no verla yo, con ver 470
que él tampoco puede verla.

Y así, yo solo en la playa
desvelada centinela
he de ser de sus acciones.
TUCAPEL Si has de ser tú solo, deja 475
que me vaya.
YUPANGUÍ Eso no.
TUCAPEL Pues ¿cómo, di, se concuerda
solo y conmigo?
YUPANGUÍ Muy bien,
pues en el punto que él venga
acercándose a la orilla, 480
te irás...
TUCAPEL Linda cosa es esa.
YUPANGUÍ ...a decir que se desaten
las fieras.
TUCAPEL Ya no es tan buena.
Las fi... ¿qué?
YUPANGUÍ Las fieras digo;
pues sabiendo dónde queda, 485
con huir hacia aquella parte,
darán con el monstruo ellas.
TUCAPEL Y ellas y el monstruo conmigo,
que será una diligencia
muy saludable.
YUPANGUÍ Oye y calla, 490
que aún hay más terror que piensas.
TUCAPEL Mucho será.
YUPANGUÍ ¿No reparas
en que él en el mar se queda,
y que de su vientre arroja
otro menor?
TUCAPEL Voy apriesa 495
a traer las fieras.
YUPANGUÍ Aguarda,
que aunque este a la orilla llega,
tampoco sale a la orilla,
donde de su seno echa
un hombre, al parecer.
TUCAPEL ¡Cielos! 500
¿Qué generación es esta,
que una bestia grande pare
otra pequeñita bestia,
y esta bestia pequeñita
un hombre?
YUPANGUÍ Y de raras señas, 505
así en el blanco color
del rostro como en la greña
del cabello y de la barba,
cuya admiración aumentan

el traje y modo de armas 510
que trae.

TUCAPEL Voy a que prevenga
las fieras contra él.

YUPANGUÍ Detente,
que es de mi valor flaqueza
el pensar que para un hombre
he menester yo defensa, 515
mayormente cuando entrando
voy en no sé qué sospecha
tal, que aunque puedo tirarle
desde aquí, será bajeza
matarle sin apurar 520
qué maravillas son estas.
Saldrele al paso.

TUCAPEL Yo no,
ni aun huir podré ya; esta quiebra
me ha de esconder.

(Sale CANDÍA **armado con una cruz de dos troncos bastos.)**

CANDÍA Cuando digan
las edades venideras 525
que don Francisco Pizarro
quebró del mar las primeras
ondas al Sur, en demanda
del descubrimiento destas
nuevas Indias de Occidente, 530
digan también que fue en ella
Pedro de Candía el primero
que puso el pie en sus arenas.

YUPANGUÍ Hombre aborto de la espuma
que esa marítima bestia 535
sorbió sin duda en el mar
para escupirle en la tierra;
¿quién eres?, ¿de dónde vienes,
y dónde vas?

CANDÍA De su lengua
el frase no entiendo, pero 540
de su acción es bien que entienda
que debe de ser cacique
de valor y de nobleza;
pues cuando desamparada
todos la marina dejan, 545
solo él queda en la marina.

YUPANGUÍ ¿Cómo no me das respuesta?
¿Quién eres? ¿De dónde vienes,
y dónde vas?

CANDÍA Si te alteras

de ver mi nave en tus mares 550
y mi persona en tus selvas,
óyeme y sabrás la causa.

YUPANGUÍ Como yo habla, sin que infiera
lo que me dice.

TUCAPEL Que se hablen
dos, sin que uno ni otro sepan 555
lo que se dicen no es nuevo.

YUPANGUÍ Si eres humano y deseas
hallar en los sacrificios
que al Sol hacemos, y en prueba
de que al dios de rayos buscas 560
forjando sus truenos llega,
de paz te recibiremos.
Dinos, pues, ¿qué es lo que intentas?

CANDÍA Noble cacique, que bien
tu valor lo manifesta, 565
no de tus minas el oro,
no la plata de sus venas,
me trae en su busca, el celo
sí, la Religión suprema
de un solo Dios y sacarte 570
de idolatría tan ciega
como padeces, a cuyo
efecto esta es la bandera
(Levanta la cruz.)
de su cristiana milicia
la más estimada prenda. 575

YUPANGUÍ Sin saber lo que me dices,
sé lo que decirme intentas,
pues arbolando ese tronco
contra mí, bien claro muestras
que me llamas a batalla; 580
y así en el arco la flecha
(Flecha el arco.)
te responderá.

CANDÍA Aunque ignoro
qué es lo que decirme intentas,
no ignoro que a lid me llamas,
pues embebido la cuerda 585
me aguardas. Dispara, pues,
más mira que si me yerras,
has de morir a este acero.

YUPANGUÍ De la ventaja que lleva
ser mi arma arrojadiza 590
y no la tuya, me pesa;
porque más quisiera a brazos
rendirte, que no que mueras.
Más ¿qué es esto? ¿Quién me pasma

la mano que helada tiembla, 595
el corazón que no late,
y el suspiro que no alienta?
Pero ¿qué mucho, qué mucho,
que todo, ¡ay de mí!, fallezca,
si el resplandor que me abrasa 600
carámbano es que me yela?
(Cáese el arco.)
Tronco que despide rayos
y a puras luces me ciega,
más es que tronco. No huyo
de ti, quienquiera que seas, 605
sino de tan ventajosas
armas que a hechizos me venzan.
Soltad las fïeras, porque **(Yéndose.)**
cebe su veneno en ellas
este tósigo de luces 610
que a mí me asombra y me ahuyenta,
y a la selva, al valle, al monte,
peruanos, que hoy son tierra
y mar abismos de abismos
contra nosotros.

CANDÍA Espera. 615
(**Vase y al ir tras él da con** TUCAPEL.)
Tras él... Más ¿quién está aquí?

TUCAPEL (**[Aparte.]** ¡Oh, quién decirle supiera
que soy tonto, y que de un tonto
es más tonto el que hace cuenta!)
Yo... sí... cuando...

CANDÍA Aguarda, no huyas. 620

VOCES Al monte, al valle, a la selva,
que las fieras se desatan.

TUCAPEL Más que el primero que encuentran
soy yo.

CANDÍA ¡Ay infeliz! ¡Qué miro!
De las profundas cavernas 625
destos montes, bostezando
nuevos horrores sus quiebras,
mil feroces animales
toda la marina pueblan.
Y dellos un león y un tigre, 630

(Salen un león y un tigre haciendo [lo] que dicen los versos.)

garras aguzando y presas,
a mí se vienen. Aunque es
imposible la defensa,
moriré matando. Pero
por más furiosos que llegan, 635

en viéndome se reparan,
y en vez de embestirme, tiemblan:
con que el león, arrastrando
la desgreñada melena
de sus coronados rizos, 640
y el tigre, pecho por tierra,
vienen postrando a mis plantas
las nunca domadas testas.
Justo es que yo corresponda
a tan cortesana deuda. 645
(Halágalos)

TUCAPEL ¡Oigan cómo los regala,
y cómo ellos le festejan!
¿Quién tigres de falda vio,
y león de brazos, que juegan
con su dueño y él con ellos, 650
haciéndose muchas fiestas?

CANDÍA Señor, pues este favor
tan anticipado premia
el deseo de arbolar
vuestra militar bandera 655
entre estos bárbaros, donde
vuestra fe plantada crezca,
en vuestro nombre, subiendo
a este risco, en su eminencia
la fijaré.
(Sube a lo alto del monte.)

TUCAPEL ¡Ay de mí!, que entre 660
el león y el tigre me deja;
mas yendo tras él, seguro
iré... Pero en su defensa
se vuelven contra mí.

CANDÍA Ahora
que ya tremolada queda, 665
(Deja la cruz y baja cortando ramas.)
deste bruto balüarte
en la más rústica almena
vuestro estandarte, Señor,
volveré al mar con las señas
destas ramas y estos frutos, 670
y este indio, de quien la lengua
aprendamos, para que
la entendamos a la vuelta.
Ven tú conmigo, y vosotros,
amigos...

TUCAPEL ¡Ay, que se acercan! 675

CANDÍA Quedad en paz. Que me vaya
yo en paz, que me dicen muestran,
volviendo al monte. Ven tú.

TUCAPEL Glauca, pues ves que me llevan
a ser de una bestia pasto, 680
no seas pasta de otras bestias
tú en mi ausencia.

CANDÍA Nuevos mundos,
cielos, sol, luna y estrellas,
aves, peces, fieras, troncos,
montes, mares, riscos, selvas, 685
buena prenda os dejo, en fe
de que si hoy la gente vuestra
adora al sol que amanece,
hijo de la aurora bella,
vendrá tan felice día 690
que sobre estas mismas peñas,
con mejor sol en sus brazos,
mejor aurora amanezca.

(Vase y sale la IDOLATRÍA **vestida de negro**, **con estrellas**, **espada**, **plumas y bengala**.**)**

IDOLATRÍA Primero que ese día
llegue a ver yo, que soy la Idolatría 695
desta bárbara gente,
que en los trémulos campos de Occidente,
sin saber de otro sol ni de otra aurora,
por adorar la luz la sombra adora.
Primero, otra vez digo, que ese día, 700
contra la inmemorial posesión mía,
el Perú llegue a ver en su campaña
las invasiones de la Nueva España,
verá (si Dios la acción no me limita
y los poderes que me dio me quita) 705
que mis ansias, mis penas y temores
con el mágico horror de mis horrores
perturban de manera
de tierra y mar hoy una y otra esfera,
que el mar, antes que desta hallada playa 710
aquel bajel con las noticias vaya,
le embata, le zozobre y le persiga,
por más que agora, viento en popa, diga
en mi oprobio y mi ultraje.

PIZARRO **(Dentro**.**)**
Vira al mar.

TODOS Buen viaje, buen pasaje. 715

IDOLATRÍA Y la tierra también verá en sus daños
revalidar error de tantos años,
no tan solo volviendo al ejercicio
del que dejó suspenso sacrificio,
pero aun con más terror, pues si antes era 720
víctima bruta esta o aquella fiera,

ahora he de hacer que víctima sea humana;
porque siendo, como es, Copacabana
templo del Sol, y su ara aquella peña
contra quien puso el español por seña 725
el Cruzado Madero,
a cuya vista pasmo, gimo y muero;
en ella es bien (sin que atreverme pueda
a sus ultrajes, porque no suceda
lo que en la Nueva España, 730
que arbolando otra cruz otra montaña,
hice ponerla fuego,
y ardiendo sin quemarse, lo que el ciego
insulto consiguió, en vez de abrasarla,
fue temerla, admitirla y venerarla.) 735
Y así digo otra vez, sin que me atreva
a que este vulgo en su baldón se atreva,
es bien satisfacer mi desvarío,
con que a su vista el sacrificio mío
con sacrílego intento 740
transcienda desde bárbaro a crüento;
a cuyo efecto, ya en süaves voces,
ya en voces tristes, sonarán veloces
en todo el monte oráculos, diciendo:

TODOS **(Dentro.)**
Albricias, que ya el monstruo se va huyendo. 745

IDOLATRÍA Pero no, no prosiga,
dígalo el tiempo sin que lo diga,
pues vuelven a juntarse, repitiendo:

ELLA y TODOS Albricias, que ya el monstruo se va huyendo.

(Vase, y salen todos los Indios y Indias que puedan, con arco y flechas.)

GUACOLDA ¿Qué mucho, si en hileras 750
el armado escuadrón vio de las fieras
contra él tan prevenido?

INGA ¿Quién duda que haya sido
quien irse sin salir a tierra le hace?

(**Sale** YUPANGUÍ.)

[YUPANGUÍ] No, señor, de más alta causa nace 755
su vuelta y su venida;
maravilla mayor hay escondida.

INGA ¿Cómo?

YUPANGUÍ Como volviendo a la ribera,
en dejándote a ti, por si pudiera
averiguar quién tanto horror nos daba, 760
pequeña embarcación vi que arrojaba
al mar, bien como algunas

balsas en que surcamos las lagunas.
Aquí empecé a formar primera idea
de que más que animal, fábrica sea; 765
confirmolo después ver cuánto asombre
que esta balsa arrojase a tierra un hombre
de extraño aspecto. Referir no quiero
que le hablé y que me habló, si considero
que no nos entendimos, 770
y no puedo decir qué nos dijimos;
baste saber que en duelo tan prolijo
dijo la acción lo que la voz no dijo.
Un tronco que traía
arboló contra mí, la aljaba mía 775
un arpón contra él; pero al instante
que le quise flechar, una radiante
luz me cegó, y el brazo entumecido,
tras el arco y arpón perdí el sentido.
Culparás mi pavor, pues no le culpes 780
hasta que con las fieras le disculpes.
Yo vi a lo lejos que un león le hacía
brutos halagos, cuya acción seguía
un tigre, y que de ambos amparado
subió a ese risco, en que dejó fijado 785
sobre su pardo ceño
del basto tronco el no labrado leño;
con que volviendo al mar, llevó consigo
a Tucapel, crïado que conmigo
estaba en la marina. 790

GLAUCA ¿Cómo dices no ser cosa divina
la que daño no ha hecho
a nadie, y me ha hecho a mí tanto provecho?

SACERDOTE YUPANGUÍ Calla, necia.
De suerte,
que si en sus hechos la razón advierte, 795
en la que naturalmente me fundo,
sin que el discurso deba nada al arte,
es que debe de haber de esotra parte
del mar otra república, otro mundo,
otra lengua, otro traje y otra gente, 800
y aquesta tan mañosa o tan valiente,
que se ha sabido hacer con singulares
fábricas vivideros esos mares;
y para más desmayos
se ha sabido forjar truenos y rayos, 805
con relámpagos tales,
que deslumbran a hombres y animales.
Y pensar que han movido tanto empeño
como venirse a playas extranjeras,
y para solo colocar un leño 810

vivir ondas, traer rayos, domar fieras,
no, señor, no es posible.
Aquí hay misterio más incomprehensible,
y así es bien discurramos
qué hemos de hacer, y que nos prevengamos, 815
por si otra vez volviere,
y prevenidos, sea lo que fuere.

INGA A tu suceso atento
menos le alcanzo cuanto más le siento,
y así no sé, no sé lo que debamos 820
hacer.

SACERDOTE Yo sí.

INGA ¿Qué es?

SACERDOTE Que prosigamos,
dejándonos plantado ahí ese bruto
leño hasta ver qué flor nos da o qué fruto
el sacrificio, y todos invoquemos
hasta su templo al Sol, por si podemos 825
alcanzar que nos diga
qué hemos de hacer.

YUPANGUÍ Y es justo.

GUACOLDA Pues prosiga
la invocación, mas con tan otro acento,
que lo que fue armonía sea lamento.

INGA Hermoso padre del día, 830
de tanta confusión, di,
¿querrás restaurarnos?

IDOLATRÍA **(Dentro cantando.)**
Sí.

INGA Ya respondió a la voz mía.

GUACOLDA Pues ¿qué debemos hacer,
si a mí te mueves a darme 835
también respuesta?

IDOLATRÍA Obligarme.

SACERDOTE Si obligándote ha de ser,
¿con qué te podrá obligar
mérito, que aunque se crea,
obrar no sabe?

IDOLATRÍA Desea. 840

DAMA 1.ª Ya que es mérito desear,
yo deseo saber, ¿qué
naturaleza tirana
fue la que aquí llegó?

IDOLATRÍA Humana.

YUPANGUÍ Si humana, cual dices, fue, 845
¿cómo asombra con horrores,
y deja tan confundida
la razón, la alma y la...

IDOLATRÍA Vida?

[INDIA] 2.ª Porque del todo mejores
nuestra ciega confusión, 850
¿cuál será el mejor indicio
de nuestra fe?
IDOLATRÍA El sacrificio.
[INDIA] 3.ª Si los sacrificios son
el mejor ruego, a ellos vamos.
[INDIA] 4.ª Haz que aqueste en que hoy se emplea 855
tu pueblo, sea acepto.
IDOLATRÍA Sea.
INGA De todo cuanto escuchamos
nada inferimos.
SACERDOTE Sí hacemos,
si de lo que ha respondido
componemos el sentido. 860
YUPANGUÍ ¿Y cómo le compondremos?
SACERDOTE Diciendo cada uno, ya
que a todos nos respondió
lo que a él dijo.
INGA ¿Empiezo yo?
GUACOLDA Sí, y mi voz te seguirá. 865
INGA Si.
ECO **(Cantando.)**
Si.
GUACOLDA Obligarme.
ECO **(Cantando.)**
Obligarme.
SACERDOTE Desea.
ECO **(Cantando.)**
Desea.
[INDIA] 1.ª Humana.
ECO **(Cantando.)**
Humana.
INGA Vida.
ECO **(Cantando.)**
Vida.
[INDIA] 2.ª El sacrificio.
ECO **(Cantando.)**
El sacrificio.
[INDIA] 4.ª Sea.
ECO **(Cantando.)**
Sea.
MÚSICA y TODOS Si obligarme desea, 870
humana vida el sacrificio sea.
SACERDOTE Sin duda el Sol, ofendido
de que en tu presencia fuera
bruta víctima una fiera,
hoy elevarla ha querido 875
a que sea racional,

dando de su enojo indicio
no ser real el sacrificio
que asiste persona real.

INGA — Si eso es lo que nos advierte, 880
¿cómo qué vida es no avisa?

SACERDOTE — Como es la sacerdotisa
a quien le toque la suerte.
Las más nobles dedicadas
para eso en el templo están, 885
deseando el cuándo serán
a su dios sacrificadas.

TODAS — A eso obligadas vivimos
las que al Sol nos consagramos.

GLAUCA — Y de eso nos excusamos 890
las que patanas nacimos.

INGA — Si aquella toca, ¡ay de mí!

YUPANGUÍ — ¡Qué pena será tan fuerte,
si a ella tocase!

INGA — Y la suerte,
¿cómo suele echarse?

SACERDOTE — Así. 895
Cada una, una flecha dé,
y en mi mano y en su mano
el más noble o más anciano
se ha de nombrar, para que,
vendados los ojos, llegue 900
porque en señas no repare;
y de aquella que él tomare,
el dueño al ara se entregue
cuando cumplidos estén
los cuatro legales días, 905
en que de sus alegrías
padres y deudos se den
la norabuena.

TODAS — Obedientes,
ya aquí las flechas están.

(Toma él las flechas juntas y cada una tiene la suya.)

GLAUCA — Luego que es malo dirán 910
el no ser ninfas las gentes.

INGA — Nombra ya el que ha de llegar.

SACERDOTE — Hallándote tú aquí, no
es bien que le nombre yo;
tú, señor, le has de nombrar. 915

INGA — Yupanguí.

YUPANGUÍ — Señor.

INGA — A ti,
pues el más noble ha de ser,

te nombro.
YUPANGUÍ El obedecer
es fuerza.
SACERDOTE Y fuerza que aquí
los ojos te vende.
YUPANGUÍ Bien 920
se pudo excusar, pues llego,
aunque no los venden, ciego.

(**Véndanle los ojos**, **llega y toma la flecha de** GUACOLDA.)

¿Quién, cielos, creyera, quién,
que donde Guacolda está,
estimara no ser ella 925
la que eligiese mi estrella?
SACERDOTE Llega hacia esta parte.
YUPANGUÍ Y
con todas las flechas di.
SACERDOTE Una has de tomar no más.
Ya descubrirte podrás. 930
YUPANGUÍ ¿A quién he elegido?
GUACOLDA A mí.
YUPANGUÍ ¡Grave pena!
GUACOLDA ¡Dolor fuerte!

(Retíranse los dos a las dos esquinas del tablado.)

INGA Pues no es justo que me vea,
aunque feliz muerte sea,
nadie condenado a muerte. 935
No sin lástima me ausento,
hermosa beldad, de ti.
No es sino excusar que aquí
reviente mi sentimiento. **(Vase.)**
SACERDOTE ¡Dichosa tú, que crisol 940
hoy de nuestra fe serás! **(Vase.)**
LAS CUATRO ¡Venturosa tú, que vas
a ser esposa del Sol!

(Vanse.)

GLAUCA Buen parabién, pero dél
no gusta. Mas ¿cómo estoy 945
tan fiera, que a hacer no voy
que lloro por Tucapel? **(Vase.)**
YUPANGUÍ Dos culpas, Guacolda bella,
resultan hoy contra mí,
que con vista te elegí, 950
y que te elegí sin ella:

pero ni desta ni aquella
feliz e infeliz mi suerte
se ha de disculpar, si advierte
que una fue para adorarte, 955
otra para sublimarte,
y entrambas para perderte.

GUACOLDA De una y otra, ¡ay de mí!, fuera
cualquiera disculpa error,
y voy, dejando al amor 960
en aquella edad primera,
a que no sé si sintiera
más que eligieras tú, y no
fuera la elegida yo;
y así que errases te niego 965
ciego, que no estuvo ciego
quien lo que hubo de ver vio.

YUPANGUÍ Ahora es mayor mi aflicción
viendo que en mi ceguedad
resignes tu voluntad. 970

GUACOLDA Quizá no es resignación.

YUPANGUÍ ¿Pues qué?

GUACOLDA Desesperación
de que mi padre su esquiva
enemistad vengue altiva
en los dos, pues porque fuiste 975
tú quien a Guáscar seguiste,
cuando él siguió a Atabaliba,
por no darme a ti, forzada
me trajo al templo, y no sé
si conformarme podré 980
a morir sacrificada.
Pues cuando no hubiera nada
de aquel violento rigor
ni deste infelice amor,
ni cuanto da que temer 985
pasar del ser al no ser,
tuviera el mismo dolor
por no sé qué natural
luz que repugna infinito
a que en mí no haya delito, 990
y haya en un dios celestial
sed de humana sangre tal
que obligue fiero y crüel,
sin odio de fe, a que un fiel
mate otro fiel. ¿Es ley, di, 995
que un dios no muera por mí,
y que yo muera por él?

YUPANGUÍ No sé, mas sé que admirada
mi razón con tu razón,

me ha puesto en tal confusión 1000
que..., más no te digo nada,
sino solo que si entrada
pudiera hallar para que,
sin argüir en la fe
del Sol, antes que rendida 1005
tu vida, viera su vida...

GUACOLDA No, no prosigas, que aunque
tiene a la laguna puerta
este templo, y ella tiene
balsas en que a tiempo viene 1010
bastimento, y puedo, abierta
de noche, irme a una desierta
isla a ocultarme oportuna,
temiendo al Sol tu fortuna,
en vano mi dolor cay 1015
en que hay noche, hay templo, y hay
puerta, balsa, isla y laguna. **(Vase.)**

YUPANGUÍ ¿Qué más claro ha de decir
su abandonado despecho
que fue cómplice mi amor 1020
del estado en que la ha puesto
su suerte? ¿Ni qué más claro
me pudo su sentimiento,
para que salve su vida,
facilitarme los medios? 1025
Mas ¿cómo podré, ¡ay de mí!,
arrojarme a atrevimiento
tan grave, como quitarle
al Sol tal víctima? Pero
¿qué dudo ni qué reparo? 1030
Que si no hubiera preceptos
que romper, no hubiera culpas
y quedaran sin aprecio
finezas de amor, que dellas
alimentan sus afectos. 1035
Iré donde, si ella sale
a ver si temo o no temo
al Sol, vea que...

(**Sale el** INGA.)

INGA Yupanguí.

YUPANGUÍ Señor.

INGA A buscarte vuelvo
con una pena, que solo 1040
la fiara de ti.

YUPANGUÍ ¿En qué puedo
servirte? Que ya tú sabes

mi amor, mi lealtad y celo.

INGA De uno y otro asegurado,
sabrás que desde aquel mesmo 1045
instante que vi la rara
hermosura sin ejemplo
de aquella sacerdotisa,
que entre el asombro y el miedo,
por vencer con menos armas, 1050
venció sin color ni asiento,
ni vivo ni sé de mí;
y más después que añadiendo
fuerza a fuerza, rayo a rayo,
llama a llama, incendio a incendio, 1055
la lástima de su suerte
aumentó el dolor. No quiero
tenerme en cuán poderosos
son dos contrarios afectos
que para embestir aúnan 1060
lástima y cariño a un tiempo;
porque no muriera, diera
la vida. No, no suspenso,
no turbado, no confuso
me escuches, como diciendo 1065
entre ti; que ¿cómo al Sol,
a quien tantas glorias debo,
me atrevo contra su oculto
ni aun a imaginarlo? Pero
antes que tú lo pronuncies, 1070
saldrá mi voz al encuentro
con decirte que a un amor
que no tiene más remedio
que morir de ver morir,
no dudo dore sus yerros 1075
a rayos del mismo Sol;
mayormente cuando puedo
desenojarle con otras
dádivas: y remitiendo
a que, sea lo que fuere, 1080
o su perdón o su ceño,
ella ha de vivir, y tú
has de ser el instrumento.
Los cuatro legales días
en que sus padres y deudos 1085
la celebran, engañando
el dolor con el obsequio,
te doy de plazo a que pienses
cómo ha de ser, y a tu ingenio,
de la noche, la laguna, 1090
balsas y puertas del templo,

se valga, o ya tu valor,
a todo trance resuelto,
de disfraces para el robo
u de armas para el estruendo. 1095
Tú, en fin, me la has de poner
en salvo, y después el tiempo
en desagravios del Sol
nos dirá.

IDOLATRÍA **(Dentro.)** Guáscar.

INGA El viento
mi nombre pronuncia: gente 1100
será que en mi seguimiento
viene. Para que no vean
que hablamos solos, haciendo
la plática sospechosa,
mientras salirles intento 1105
yo por esta parte al paso,
quédate tú aquí; advirtiendo
que en tu ingenio a tu valor
honor, alma y vida dejo.
Viva esta beldad, y viva 1110
tu rey, o ambos mueran. **(Vase.)**

YUPANGUÍ ¡Cielos!
¿Quién en el mundo se ha visto
embestido tan a un tiempo
de celos, lealtad y amor?
¿Celos dije? Bien por ellos 1115
empecé; que son un mal
tan descortés y grosero,
que en concurso de otros males
siempre se toma el primero
lugar. De celos, ¡ay triste!, 1120
vuelvo a decir, pues que veo
de otro adorada a Guacolda;
de lealtad, pues es sujeto
con quien yo ni declararme
ni satisfacerme puedo; 1125
y de amor, pues cuando estoy,
contra los divinos fueros
que amenazaron su vida,
a restaurarla resuelto,
aun los mesmos medios míos 1130
se vuelven contra mí mesmo,
pues o los consigo, o no.
Si no los consigo, dejo
que muera; y si los consigo,
es para otro: con que en medio 1135
de la argüida cuestión
vengo a estar, de ¿cuál es menos

dolor: morir para mí
o vivir para otro dueño?
En cuya confusión...

IDOLATRÍA **(Dentro.)** Guáscar, 1140
Guáscar Inga.

INGA Veloz eco,
ya que me vienes buscando,
¿para qué te vas huyendo?

YUPANGUÍ Otra vez la voz le llama,
tras cuyo sonido el centro 1145
del monte penetra. Quede
aquí mi dolor suspenso,
supuesto que ni es ni ha sido
para terminado presto,
y vaya a ver qué será, 1150
puesto que todo es misterios
de Copacabana el valle,
voz, que sin dar con el dueño,
a lo más fragoso, más
enmarañado y desierto, 1155
diciendo le lleva...

(**Vase**, **y salen** INGA **y** IDOLATRÍA.)

INGA Dime,
pues te sigo y no te encuentro,
siquiera, ¿quién eres?

IDOLATRÍA Yo.

INGA Al verte más, lo sé menos:
y así a preguntar quién eres, 1160
aun después de verte, vuelvo.

IDOLATRÍA Soy la deidad quien tocan
los cultos del Sol, y vengo
a lidiar por él contigo.
Y pues ha de ser el duelo, 1165
para más vitoria mía,
cara a cara y cuerpo a cuerpo,
¿qué esperas? Llega a mis brazos.

INGA Si rendido me confieso
yo a tus sombras o tus luces, 1170
¿para qué es la lid?

IDOLATRÍA ¡Qué efecto
tan propio es de los ingratos
darse por vencidos presto!
¿Cómo es posible que quien
debe al Sol tantos imperios, 1175
impida sus sacrificios?

INGA Como yo se los debo
al Sol. Si él los dio a su hijo,

y yo de su hijo desciendo,
ya no es dádiva la mía, 1180
sino herencia; y fuera desto,
cuando se los deba al Sol,
como a padre, si hoy le ofendo,
¿qué hará en perdonar mañana
tan bien disculpado yerro 1185
como amar una hermosura
que él crió?

IDOLATRÍA Mas ¿qué piensas?

INGA Eso
es amenazar, y amor
no teme amenazas.

IDOLATRÍA (**[Aparte.]** ¡Cielos!,
durar él en su pasión 1190
sin darle pavor mi aspecto,
bien me da a entender que el día
que entra el sagrado madero
de la Cruz en el Perú,
es para que lo sangriento 1195
cese de mis sacrificios.
Mas ¿qué lo extraño, si advierto
que en el Ara de la Cruz
cesó todo lo crüento,
pues desde allí fueron todas 1200
hostias pacíficas? Pero
no, no me dé por vencida,
que aunque revele secreto
que ha tantos años que guardo,
con él le pondré tal miedo, 1205
que no se atreva a impedir
que a vista del Sacro Leño
sean víctimas humanas
triunfos míos.) En efeto,
¿te fundas en que es herencia 1210
y no dádiva, este reino,
y en que es perdonar un padre
fácil?

INGA Sí.

IDOLATRÍA Pues porque en eso
no te fíes, ni el Sol fue
tu padre, ni pudo serlo, 1215
ni este imperio sin mí pudo
ser tuyo.

INGA ¿Cómo?

IDOLATRÍA Oye atento.
Manco-Cápac, rico y noble
cacique fue, a quien el cielo...
Pero, antes que yo a decirlo, 1220

quiero que llegues tú a verlo,
que no he de hacer sospechosa
mi verdad; y así, pretendo
que en su crédito afïance
un portento a otro portento. 1225
¿Qué ves en aquesta gruta?

(Ábrese un peñasco y vese GUÁSCAR **vestido de pieles**, **recostado en una peña**.**)**

INGA Un hermoso joven bello
que sobre una peña yace
de toscas pieles cubierto.
IDOLATRÍA Pues escucha lo que dice. 1230
INGA Ya a sus razones atiendo.
GUÁSCAR ¿Cuándo, padre, será el día
que de aqueste obscuro centro
me saques a ver la luz?
Si ya bien sabidas tengo 1235
tus liciones; si ya cuanto
me has instruido lo aprendo
tan a satisfación tuya,
que te has admirado, viendo
que el entendimiento tuyo 1240
trasladé a mi entendimiento,
¿qué aguardas para que llegue
a verme en el trono excelso
que me has prometido? Mira
que un bien esperado es menos 1245
todo aquello que le quita
de estimación el deseo;
que aunque la dicha es gran joya,
esperarla es mucho precio.
Ven, pues, ven a que segunda 1250
vez nazca del duro seno
de aquesta roca, si no
quieres que a mis sentimientos
lleguen tarde tus alivios,
llegando mi muerte presto. 1255

(Ciérrase la gruta.**)**

INGA Aunque entiendo sus razones,
el propósito no entiendo.
IDOLATRÍA ¿Qué mucho si ha de decirlo
otro prodigio primero?
Ya has visto el centro del monte 1260
pues pasa de extremo a extremo
y mira ahora la cumbre.

(Va- saliendo por lo alto del peñasco un sol, y tras él un trono dorado con rayos, y en su araceli GUÁSCAR **ricamente vestido con corona y cetro.)**

¿Qué ves en ella?
INGA No puedo
decirlo, que me deslumbra
un sol que va amaneciendo 1265
en su horizonte.
IDOLATRÍA Porfía
a mirarle, que lo mesmo
hacen cuantas gentes ves
concurrir a ese desierto.
INGA Es verdad, todo poblado 1270
de gentes está, y ya intento
verlo.
IDOLATRÍA ¿Y qué ves?
INGA Entre varios
tornasoles y reflejos,
que como sin ver al sol
no se ven, ciegan al verlos, 1275
miro que como pedazo
suyo, va otro sol saliendo
en un luciente, un hermoso
trono, en quien, como en espejo,
parece que él mesmo está 1280
retratándose a sí mesmo.
IDOLATRÍA ¿Quién viene en él colocado?
INGA Si de sus señas me acuerdo,
aquel afligido joven
que vi entre pieles envuelto, 1285
ricamente ataviado
de ropas, corona y cetro,
me parece.
IDOLATRÍA Oye sus triunfos,
pues oíste sus lamentos.
GUÁSCAR Generosos peruanos, 1290
cuya fe, piedad y celo
en la adoración del Sol
logra hoy sus merecimientos;
albricias, que ya ha llegado
el felice cumplimiento 1295
de aquellas ya confundidas
noticias que dejó un tiempo
en la primitiva edad
de vuestros padres y abuelos
un Tomé o Tomás sembradas 1300
en todo el Perú, diciendo
que en los brazos de la Aurora
más pura, el Hijo heredero

del gran Dios había venido,
luz de luz, al universo. 1305
Pero aunque dijo que había
venido, habéis de entenderlo
como invisible Criador
de todos los elementos,
hombres, fieras, peces y aves; 1310
pero no en alma y en cuerpo,
como hoy mi padre me envía
a ser el monarca vuestro.
Si me recibís, veréis
que deste monte desciendo 1315
a vivir entre vosotros,
regiros y manteneros
en ley, en paz y en justicia;
y si no, a su trono excelso
con él me volveré, donde 1320
ofendido en mi desprecio,
os amenazan sus rayos,
sus relámpagos y truenos.

VOZ **(Dentro.)**
Desciende, Señor, desciende,
pues te aclamamos, diciendo. 1325

MÚSICA Sea bien venido en joven tan bello
el hijo del Sol a ser el rey nuestro.

GUÁSCAR Ya voy a vosotros,
pues que voy oyendo.

MÚSICA y TODOS Sea bien venido [en joven tan bello 1330
el hijo del Sol a ser el rey nuestro.]

(Desaparecen el Sol por lo alto, y por lo bajo el trono.)

INGA Aún nada he entendido.

IDOLATRÍA Ahora
lo entenderás: oye atento.
Manco-Cápac, rico y noble
cacique, fue a quien el cielo 1335
dotó, entre otras naturales
prendas, de sutil ingenio.
Este, maquinando, el día
que su bella esposa un tierno
infante dio a la luz, cómo 1340
lograría verle dueño
del imperio del Perú,
me consultó su deseo,
como la deidad a quien toca
(ya te lo dije primero) 1345
la adoración del Sol. Yo,
hallando el camino abierto

para que creciese el culto
con el agradecimiento,
le dije que, publicando 1350
que el infante se había muerto,
con secreto le crïase;
y ello hizo con tal secreto,
que aun la nutriz que encerró
con él, yace muerta ahí dentro. 1355
Mientras el joven crecía,
también le di por consejo
que publicase que el Sol
le había revelado en sueños
que presto enviaría a su hijo 1360
a dominar sus imperios;
y como esta voz corría
sobre aquellos fundamentos,
que, arruinados del olvido,
los fabricaba el acuerdo, 1365
equivocando verdades
a sombra de fingimientos,
andaba el vulgo ni bien
dudando ni bien creyendo,
hasta que a determinado 1370
día convocó los pueblos,
para que ocurriesen todos
a recibirle; y habiendo
con mi arte, con su industria,
como has visto, en lo supremo 1375
del monte fingido rayos,
pudo hacer que sus reflejos,
desmintiendo lo distante,
acreditasen lo excelso.
De suerte que deste engaño 1380
desciendes, y aunque en quinientos
años de la inmemorial
posesión, ya es tuyo el reino,
pues no hay ninguno que no
se introdujese violento; 1385
con todo eso, el día que impidas,
o otro por ti, los decretos
que en nombre del Sol dispone a
sus oráculos, es cierto
que no habiendo conseguido 1390
yo el que vayas en aumento,
me he de vengar; y así, teme
mis sañas, pues ves que puedo
en desagravios de Sol
desvanecer tus trofeos, 1395
pompa y majestad, bien como

ves que yo me desvanezco.
(Desaparécese.)
INGA Oye, aguarda, escucha, espera.
TODOS Allí se oye, llegad presto.
INGA ¿Qué es lo que por mí ha pasado? 1400
TODOS ¿Qué es esto, señor, qué es esto?
INGA No sé, no sé. Cinco siglos
he vivido en un momento,
Retrocediendo los años,
y lo que he sacado dellos, 1405
es que el Sol por mí no pierda

sus cultos; y así, el precepto
que te di, Yupanguí, no,
no le excuses, ni por pienso.
Muera esa beldad y viva 1410
tu rey. **(Vase.)**
YUPANGUÍ ¿Quién creerá que al tiempo
que siento el mandar que viva,
el mandar que muera siento?
Pero nada me acobarde.
En que viva me resuelvo, 1415
y enójese o no se enoje
el Sol, pues es tan severo
dios que en su culto nos manda,
contra el natural derecho,
que mueran otros por él 1420
no habiendo él por otros muerto.

Jornada II

Dentro cajas y trompetas.

UNOS **(Dentro.)**
¡Arma, arma!
OTROS ¡Guerra, guerra!
UNOS Caciques, a la muralla.
OTROS A la muralla, españoles.
UNOS ¡Guerra, guerra!
OTROS ¡Al arma, al arma!

(Sale TUCAPEL **huyendo.)**

TUCAPEL Si no hubiera un coronista 5
que huyera de las batallas,
no hubiera cómo saberlas,
no habiendo cómo contarlas;

y pues es este el papel
que me toca, mientras andan 10
allá como suelen, yo
escondido entre estas ramas
también, como suelo, tengo
de estar a ver en qué para
el trance de hoy, que hasta ahora 15
solo dicen voces altas...

UNOS ¡Arma, arma!

(Las cajas.)

OTROS ¡Guerra, guerra!
UNOS ¡Viva el Perú!
OTROS ¡Viva España!
TUCAPEL ¡Oh, si el señor Sol quisiera
que sus paisanos lograran 20
la vitoria, y yo el deseo
de poder irme a mi casa!
No tanto porque en la propia
ningún marido descansa,
cuanto por hacerme el gusto 25
de hacer el disgusto a Glauca;
pues desde que el español,
cautivándome en mi patria,
conmigo, sin saber cómo,
dio en unas tierras extrañas, 30
donde su lenguaje y mío
hicieron tal mescolanza
que ya ni es mío ni es suyo,
bien que hasta entendernos basta,
y desde que, pertrechados 35
de gentes, bajeles y armas,
volvieron él y los suyos
a navegar estas playas,
de donde tomando tierra
han talado las campañas 40
que hay desde el Callao al Cuzco,
cuya gran corte hoy asaltan,
(Dentro las cajas.)
nunca me han dado lugar
de escaparme, por dos causas:
una, servirles de guía 45
para ir salvando sus marchas
de pantanos y lagunas;
y otra, que a decir no vaya
cuán faltos de municiones
y de víveres se hallan. 50
Y así, por ambos pretextos

con tal cuidado me guardan,
que al que desmandarme viere,
que me dé la muerte mandan;
con que me es fuerza esperar 55
día en que huyendo les hagan
volverse al mar. Mas no creo
(Dentro las cajas.)
que hoy sea el de esta esperanza,
pues entre las confusiones
que solo repiten varias... 60

TODOS ¡Arma, arma, guerra, guerra!

TUCAPEL Lo que desde aquí se alcanza
es que, aunque las eminencias
de la ciudad coronadas
de indios están, no por eso 65
los españoles desmayan,
por más que de sus almenas
no solamente disparan
diluvios de flechas, pero
de los peñascos que arrancan, 70
despedazados los montes,
rodando sobre ellos bajan.
Alguno lo diga, pues
cae de la escala más alta,
diciendo:

(Dentro mucho ruido y cajas, y sale PIZARRO **cayendo con espada y rodela.)**

PIZARRO ¡Virgen María! 75
Vuestra gran piedad me valga.

ALMAGRO Acudid a retirarle,
no consigan la alabanza
estos bárbaros, de que
ni aun muerto pudo su saña 80
triunfar dél.

(Salen los dos y soldados, y él se levanta muy en sí.)

LOS DOS ¡Pizarro!

PIZARRO ¡Amigos!

LOS DOS ¿Qué desdicha es esta?

PIZARRO Nada.

TUCAPEL Pues no enterréis al mozo, Luis Quijada.
Esta fue una bagatela,
volvamos a la importancia. 85

CANDÍA ¿Cómo es posible que el golpe
de la peña y la distancia
del precipicio te deje
con la vida?

PIZARRO ¿Qué os espanta,
si quien invoca a María 90
aun de más riesgos se valga,
mostrando su piedad (puesto
que en el Perú nos ampara,
repitiendo los favores
que nos hizo en Nueva España) 95
cuánto de aquestas conquistas
se da por servida, a causa
de que mejor sol se adore
en brazos de mejor alba?
Y pues conserva mi vida 100
para que vuelva a emplearla
en su servicio; ea, amigos,
volvamos a las escalas,
que hoy en la corte del Cuzco
hemos de entrar, si esa valla 105
primera rompemos, antes
que a socorrerla mañana,
según dicen las espías,
en persona llegue el Guáscar
con inmensas gentes.
ALMAGRO ¿Quién 110
lo duda, si en esperanza
de propagación de fe
y honor de María, se ensalzan
la invocación de su nombre
en ti, y en Pedro de Candía 115
la exaltación de la Cruz,
pues vemos que en las montañas
como a árbol prodigioso
que vence fieras, la exaltan
ya infinitos indios?
PIZARRO Pues 120
con estas dos confïanzas,
¿qué hay que temer? Ea, españoles,
al arma otra vez.

(Vanse los tres, **y tocan las cajas**.**)**

[UNOS] **(Dentro**.**)** ¡Al arma
otra vez, fuertes caciques!
UNOS ¡Viva el Perú!
OTROS ¡Viva España! 125
TODOS ¡Arma, arma, guerra, guerra!
TUCAPEL Pues nunca en estas andanzas
están bien los coronistas
donde las flechas alcanzan.
¿Qué haré yo de mí, y más viendo 130

que embisten con furia tanta
que habré de llorar mi ruina
si ellos su vitoria cantan?
Pues en venciendo me quedo
en mi patria sin mi patria, 135
y si quiero irme, a peligro
es de la vida. ¡Oh, mal haya
aquella sacerdotisa,
pues por volver a buscarla
con Yupanguí, a mí me toca 140
todo el daño! Y pues de nada
ella se duele, ¡oh, si hallase
de cuantos demonios hablan
en nuestros ídolos, uno
que a costa de vida y alma 145
me diga lo que he de hacer!

(**Sale la** IDOLATRÍA.)

IDOLATRÍA Sí habrá, pues que tú le llamas,
que esa es la razón con que
Dios la cadena te alarga.
Vente, Tucapel, conmigo, 150
que yo te pondré en tu casa.
(Aparte.)
Por lo que en ella me importas
para que vuelva a sus aras
la hurtada víctima al Sol.
TUCAPEL ¿Quién eres tú que me agarras 155
sin que te vea?
IDOLATRÍA Quien puede,
abreviando las distancias
que hay desde el Cuzco a tu tierra,
valle de Copacabana,
llevarte sin que te vean 160
las más vigilantes guardas,
solo a precio de que tú
por mí en el camino hagas
primero la diligencia
que te dictaren mis ansias. 165
TUCAPEL Si tienes tanto poder,
¿cómo no la haces tú, y tratas
de que un hombre la haga?
IDOLATRÍA Como
no puedo yo cara a cara
oponerme a quien me opongo, 170
y así, es fuerza que me valga
del hombre. Que él poseído
de mí, dándome él la entrada,

basta a cometer delitos,
a que el demonio no basta. 175
TUCAPEL ¿Y cómo ha de ser el irme?
IDOLATRÍA Prestándote yo mis alas.
TUCAPEL ¿De qué suerte?
IDOLATRÍA Desta suerte.

(**En un pescante desaparece** TUCAPEL.)

Ministros en quien entabla
su imperio la Idolatría, 180
dad al viento mi esperanza.
TUCAPEL ¿Pues soy tu esperanza yo?
IDOLATRÍA Eres quien ha de lograrla,
pues revestido en ti el fiero
espíritu de mi rabia, 185
tuyas han de ser las voces,
pero mías las palabras,
cuando diciendo su afecto
el trance desta batalla,
digan el suyo mis iras; 190
y hasta entonces en dos varias
partes suene el eco, aquí
diciendo unos...

(Las cajas a rebato.)

[UNOS] **(Dentro.)** ¡Arma, arma!
IDOLATRÍA Y allí repitiendo otros...

(Otra caja a lo lejos a marchar.)

OTROS Alto, y pase la palabra. 195
IDOLATRÍA Con que a un mismo tiempo yo,
entre horrores y venganzas,
entre escándalos y estruendos,
diré influyendo en entrambas...
TODOS ¡Arma, arma, guerra, guerra! 200
OTROS Alto, y pase la palabra.

(**Con esta repetición**, **sonando a una parte el rebato y en otra la marcha**, **sale** INGA **con los indios que pueda**, **armados a su modo y el** SACERDOTE.)

INGA Supuesto que ya la noche
cubierta de sombras pardas
nos va retirando el día,
de aqueste monte en la falda 205
podrá restaurar la gente
las fatigas de la marcha,

para que con nuevo aliento
al amanecer mañana
demos vista a la ciudad, 210
llamando a campal batalla
a sus sitiadores, ya
que el socorrerla y librarla
a que yo en persona venga
me obliga.

(**Sale** YUPANGUÍ.)

YUPANGUÍ Dame tus plantas. 215
INGA ¡Oh Yupanguí, bien venido
seas!
YUPANGUÍ Quien llega a besarlas
fuerza es serlo.
INGA ¿Qué responde
Atabaliba?
YUPANGUÍ La fama
le tenía ya informado 220
desta prodigiosa entrada
que han hecho los españoles,
y antes de oír tu embajada
dijo que él mismo vendría
a darte auxiliares armas. 225
INGA ¡Con qué vergüenza lo escucho,
ofendido de que hayan
cuatro desnudos, descalzos
y hambrientos hombres, en tanta
confusión puesto mis gentes, 230
que sea fuerza que me valga
de mi hermano y mi enemigo,
solo en fe de la ventaja
que artificiales sus rayos
llevan a nuestras aljabas! 235
En llegando a ponderar
que en una y otra campaña,
si se contara la gente,
más de mil indios se hallaran
para cada español, pierdo 240
el juicio, la vida, el alma,
y no sé... Dejadme solo,
idos todos, que se arranca
el corazón, y no quiero
que nadie me vea en la cara 245
el semblante de la ira
sin ver el de la venganza.
YUPANGUÍ ¿Qué extraño furor es este
que su sentido arrebata?

SACERDOTE No sé más de que estos días 250
le aflige.

(Vanse los soldados.)

INGA Tú no te vayas,
Yupanguí.
YUPANGUÍ Siempre yo estoy
atento a ver qué mandas.
INGA Oye, pues solo contigo
pueden descansar mis ansias. 255
Desde el día, ¡ay infelice!,
que te mandé que libraras
aquella sacerdotisa,
todo es para mí desgracias,
sin que el mandarte después 260
que en su suerte la dejaras,
baste a que el Sol me remita
de aquella primera instancia
la culpa, pues en castigo
trae contra mí tan extrañas 265
gentes, como si el faltar
después fuese por mi causa.
YUPANGUÍ Ya que el querer impedir
un sacrificio le agravia,
¿por qué no mandas que otro 270
igual a aquel satisfaga
sus sentimientos?
INGA Porque
cuando lo intento, declaran
los sacerdotes del Sol
que sus sacros ritos mandan 275
que en echándose una vez
la suerte, porque no haya
favor o pasión que excuse
aquella sobre quien caiga,
no pueda hasta que ella mesma 280
sea la sacrificada,
echarse otra suerte. Y esto
dejado a sus observancias,
¿cómo pudo una mujer
intentar fuga tan ardua? 285
YUPANGUÍ Si es fácil amar, señor,
dos a una hermosura rara,
y fácil dar un mismo
pensamiento dos que aman,
¿qué admiras que otro intentase 290
lo mismo, y que...?
INGA Calla, calla;

que son mucho mal los celos,
para que el desdén les hagas
de acuadrillarlos con otros,
cuando ellos a matar bastan... 295
Mas no a mí, que en mí no hay celos.

YUPANGUÍ ¿Por qué?

INGA Por la confïanza
de que aquí no hubo segundo
amante.

YUPANGUÍ ¿De qué lo sacas?

INGA Si soberana deidad 300
tanto mi vida amenaza,
que no menos que de siglos
[alimentó mi mudanza,
¿cómo había de dejar,
siendo deidad soberana, 305
sin temor a otro?

YUPANGUÍ Bien dices.
(**Aparte**. Quédese con su ignorancia;
que a mí me está bien que nunca
en que hubo otro amante caiga.)
Es sin duda que ella, o mal 310
conforme o desesperada,
del templo se huyó.

INGA El asombro
no es ese, sino que haya
ocultádose de suerte
que diligencias tan varias 315
no la hayan hallado. ¿Cuál
será el centro que la guarda?

YUPANGUÍ Eso es lo que yo no puedo
decir. **(Aparte.)** ¡Ay Guacolda amada!
¡Y cómo que es verdad!, pues 320
no puede decir quien te ama
ni el villaje que te esconde,
ni el traje que te disfraza.

INGA Supuesto que en que parezca
estriban las esperanzas 325
de que el Sol se desenoje
para que venzan mis armas,
ya que todos por vencidos
se dan de que no la hallan,
haz tú por mí la fineza 330
de ser quien ponga en buscarla
desde hoy nuevos medios.

YUPANGUÍ Yo
te doy, señor, la palabra,
en habiéndote asistido
en la facción de mañana 335

(que no es- bien desparecerme
víspera de una batalla),
de ir a buscarla con tal
deseo, cuidado y ansia,
que ni descanse ni duerma, 340
ni sosiegue hasta encontrarla.
Y así, si me echares menos,
no preguntes por mí, a causa
de que en busca de Guacolda
estoy.

INGA Otra vez me abraza; 345
que bien de ti esa fineza
fío.

YUPANGUÍ Creo que he de hallarla,
aunque sus recatos digan...

INDIOS **(Dentro.)** Sepúltennos las entrañas
de los montes, pues nos echa 350
de las suyas nuestra patria.

INGA ¿Qué confusas voces son
las que parece que hablan
en nombre suyo? Pues dicen...

INDIOS **(Dentro.)** Sean tumbas las montañas, 355
que antes nos entierren vivos
que esclavos.

INGA ¡Ah de la guardia!
¿Qué voces aquestas son?

(**Salen el** SACERDOTE **e** INDIOS.)

SACERDOTE De tropas que desmandadas
con sus mujeres e hijos 360
y ancianos, en mil escuadras
huyendo a ampararse vienen
de los montes.

INGA Pues ¿qué causa
puede obligarles a tanto
desorden?

(**Sale** TUCAPEL.)

TUCAPEL Oye y sabrasla. 365

INGA Sin duda traes malas nuevas
pues a todos te adelantas.
¿Quién eres?

TUCAPEL El indio soy
que cautivó en esa playa
aquel primer español 370
que en ella puso las plantas;
con él fui, y volví con él,

sin poderme librar hasta
que la confusión de hoy
me ha dado la puerta franca: 375
pues habiendo la ciudad
entrado a fuerzas de armas
los españoles, en tanto
que hidrópicamente apagan
en su saco las dos sedes 380
de riquezas y vïandas,
en tanto que por salvar
las vidas, la desamparan
sus naturales, dejando
bienes, familias y casas, 385
sin poner en más la mira
que en el celo con que sacan
los ídolos de los templos,
a fin de que sus estatuas
sin ultraje se retiren 390
en la custodia y la guarda
del mayor adoratorio
del Sol, que es Copacabana;
en fin, en la confusión
de hoy, logrando mi esperanza 395
vengo sin que lo veloz
sea en fe de traer las malas
nuevas, que quizás podrá
hacer buenas una traza,
conque pérdida tan grande 400
se trueque en mayor ganancia.
Los más principales cabos
de esa española canalla
con los más soldados suyos
se alojan en ese alcázar 405
de los Ingas; este tiene
al reparo de las aguas
que suelen de la ciudad
inundar calles y plazas,
entre otras muchas surtidas 410
una mina que desagua
cerca de aquí, cuya boca
es preciso que ignorada
de hombres tan recién venidos,
esté a estas horas sin guardas; 415
y si por ella eligiendo
el cabo de mayor fama,
hicieses que con la gente
también de más importancia,
la mina entrase llevando 420
seca fajina a la espalda

y oculto fuego, no dudes
que si por el pie la llama
prende una vez, vuele todo,
pues su arquitectura rara 425
toda es preciosas maderas;
y más si a este tiempo mandas
que se inficionen las flechas,
en vez de nocivas plantas,
de embreadas cuerdas que 430
entre piedra y pluma, al asta
pendientes, el aire corten,
y medida la distancia
por elevación, hicieses
darlas fuego al dispararlas; 435
siendo como son los techos
solamente de enea y paja,
será fuerza que volando
en cada saeta una ascua,
sean también rayos nuevos 440
adondequiera que caigan.
Y, pues a darte este aviso
y este arbitrio me adelanta
quizá alto espíritu que
la voz mueve, el pecho inflama, 445
no lo desdeñes, creyendo
que no te habla quien habla,
pues aunque son mías las voces,
no son mías las palabras. **(Vase.)**

INGA Oye, espera. Detenedle. 450

SACERDOTE Si aun el viento no le alcanza,
no es posible.

INGA Yupanguí,
bien este aviso declara,
pues por sendas nos le envía
tan nuevas y tan extrañas, 455
que ya el Sol se desenoja.
Y pues empresa tan alta
parece que para ti
la tuvo el cielo guardada,
pues esperó a que vinieses 460
para haber de ejecutarla,
de toda esa gente escoge
la de mayor confïanza,
y a ejecutar la sorpresa
parte; que en tu retaguardia 465
porque en todo trance tengas
segura la retirada,
con todo el grueso iré yo
guardándote las espaldas.

YUPANGUÍ Por tanto honor tus pies beso, 470
que en la guerra cosa es clara
que no sirve el que obedece
tanto como honra el que manda.
A obedecerte voy. **(Aparte.)** Bien
que con temor de que vaya 475
Tucapel donde Guacolda
está en la choza de Glauca.
¡Oh, quiera amor que sin verla
se oculte! **(Vase.)**

INGA Sin tocar arma
marche el ejército en mudo 480
silencio. No, deidad sacra,
pues no proseguí en mi afecto
prosigas en tu venganza;
que cuando me desengañen
ilusiones y fantasmas 485
no ser mi natural padre,
al fin no me desengañan
no ser mi natural dios;
y de un dios ser hijo basta
adoptivo, para ser 490
del mundo el mayor monarca.
Marche el campo en tal silencio
que aun a sordina bastarda
no dé el orden.

(Vanse.)
(Sala en un palacio del Cuzco.)
(**Salen** PIZARRO, ALMAGRO, CANDÍA **y** SOLDADOS.)

ALMAGRO Pues ya quedan
las centinelas dobladas, 495
bien puedes, lo que a la noche
resta, dormir.

PIZARRO Vigilancias
de un heroico pecho, mientras
menos duermen, más descansan.
No solo al sueño he de dar 500
el tributo de esta humana
propensión, pero escribiendo
lo que de la noche falta
he de estar, porque es forzoso
que de tan gloriosa hazaña 505
como hoy hemos conseguido
lleguen las nuevas a España,
y sepan dos majestades,
Carlos que en Yuste descansa,
y Felipe, que en su nombre 510

reina, que es ya bien que añadan
a los coronados timbres
de sus católicas armas
las columnas del Perú,
que fijas sobre las aguas, 515
como el *plus ultra* al *non ultra*
las de Hércules aventajan.

CANDÍA
En tanto que desvelado
tú en eso la noche pasas,
Almagro y yo rondaremos 520
con divididas escuadras
el palacio.

ALMAGRO
Y no será
fineza; que su dorada
riqueza y sumas grandezas
aun más deleitan que cansan. 525

(Vase cada uno por su puerta.)

PIZARRO
(Llamando.)
Traedme aquí la escribanía
y el bufete. Esté la carta
escrita, porque con ella
Fernando, mi hermano, parta
al punto que...

ESPAÑOLES
(Dentro.) ¡Fuego, fuego! 530

PIZARRO
Mas ¿quién en confusión tanta
ciudad y palacio pone?
Iré a ver de qué se causa.

(**Sale** CANDÍA.)

CANDÍA
¿De qué ha de causarse, si es
un volcán todo el alcázar, 535
que del centro de la tierra
humo aborta y fuego exhala?
De sus bóvedas empieza,
y es que, sin duda, minadas
los bárbaros las tenían. 540

PIZARRO
Acudamos a atajarlas.

CANDÍA
Por aquí será imposible,
porque el incendio tomadas
tiene esas puertas.

PIZARRO
Pues vamos
por estotra parte.

(**Sale** ALMAGRO.)

ALMAGRO
Aguarda; 545

que no solo...
ESPAÑOLES **(Dentro.)** ¡Fuego, fuego!
ALMAGRO ...la salida el fuego ataja,
pero de un incendio en otro
irás a dar cuando salgas.
Encendidas flechas tanto 550
del aire la esfera abrasan,
que vagas exhalaciones,
puntas haciendo en su estancia,
neblíes de fuego suben
y sacres de fuego bajan 555
a hacer la presa.
CANDÍA Perdidos
somos, pues no hay quien nos valga,
cuando en toda la ciudad
común el incendio clama...
UNOS **(Dentro.)** ¡Que me abraso!
OTROS **(Dentro.)** ¡Que me quemo! 560
UNOS **(Dentro.)** ¡Virgen pura...
OTROS **(Dentro.)** Madre intacta...
UNOS **(Dentro.)** Inmaculada María...
OTROS
(Dentro.) María llena de gracia!
TODOS **(Dentro.)** ¡Favor, piedad!
PIZARRO ¡Oh españoles!
¡Qué bien vuestra fe declara 565
que ella es sola en las tormentas
cabo de Buena Esperanza!
A morir iré con todos,
porque con todos añadan
mis voces la aclamación. 570
CANDÍA Ya que la muerte nos halla,
sea con su dulce nombre
en los labios.
LOS TRES y OTROS **(Dentro.)** Madre intacta,
Inmaculada María,
¡favor, piedad!

(Vanse.)
(Vista exterior del Cuzco.)
(**Salen el** INGA, YUPANGUÍ, **el** SACERDOTE **e** INDIOS.)

INGA Pues lograda 575
tan felizmente la acción
dejas, para que no haya
tan generosa osadía,
que española salamandra
se atreve a salir del fuego, 580
toda la ciudad sitiada

tened, y dé en nuestras flechas
quien saliere de sus llamas.

YUPANGUÍ ¿Quién ha de salir, no habiendo
átomo que no sea brasa, 585
y ya los gemidos suenan
en voces tan desmayadas,
que apenas se oyen o escuchan?

PIZARRO **(Dentro.)** Hija elegida sin mancha,
del Padre...

CANDÍA **(Dentro.)** Madre del Hijo, 590
doncella y fecunda...

ALMAGRO **(Dentro.)** Casta
Virgen, esposa de Santo
Espíritu...

PIZARRO **(Dentro.)** Tú nos salva-.

CANDÍA y ALMAGRO **(Dentro.)** Tú nos favorece-.

ESPAÑOLES **(Dentro.)** Tú
nos socorre y nos ampara-. 595

INGA ¿Quién será esta a quien invocan?

YUPANGUÍ Quien no les responde.

INGA Calla,
y volvamos a escuchar,
pues tan bien suenan sus ansias.

(La música en lo alto.)

MÚSICA El que pone en María las esperanzas, 600
de mayores incendios no solo salva
rïesgos de la vida, pero del alma.

YUPANGUÍ ¿Qué es esto? Tristes lamentos
de un instante en otro pasan
a ser dulces armonías 605
de sonoras voces blandas.]-

(Aura de Copacabana, con el Niño Jesús en las manos y el tiempo que empieza a descubrirse, y todo lo que dura el paso, hasta desaparecerse, estará nevando la nube, y todo lo alto del tablado.)

INGA No es eso, no es eso solo
lo que admira y lo que pasma,
pues del oído a la vista
el prodigio se adelanta. 610
¿No ves, no ves que los cielos
sus azules velos rasgan,
y dellos luciente nube
sobre todo el fuego baja
lloviendo copos de nieve 615
y rocío, con que apaga
su actividad?

YUPANGUÍ Y aún más veo,
pues veo que la nube, basa
(guarnecida a listas de oro
y tornasoles de nácar) 620
es de una hermosa mujer,
que de estrellas coronada
trae el sol sobre sus hombros,
y trae la luna a sus plantas;
hermoso niño en sus brazos 625
trae también. ¿Quién vio que nazca
mejor sol a media noche,
a quien con voces más claras
hijo de mejor aurora
mejores pájaros cantan? 630

MÚSICA El que pone en María las esperanzas,
de mayores incendios no solo salva
riesgos de la vida, pero del alma.

INGA Verla intento, pero apenas
a ella los ojos levanta 635
la vista, cuando un rocío
me ciega.

SACERDOTE A todos nos pasa
lo mismo, que un suave polvo
de menuda arena blanda
ciegos nos deja.

UNOS ¡Qué asombro! 640

OTRA ¡Qué maravilla!

(Tropiezan todos como ciegos.)

INGA ¡Qué magia
diréis mejor! Y pues no
hay contra ella fuerza humana,
acudid a la divina.

SACERDOTE Pues todas nuestras estatuas 645
ya en Copacabana están,
todos a Copacabana
vamos a pedir en todas
clemencia.

INGA Fuerza es buscarla
contra quien apaga un fuego, 650
y con otro nos abrasa.

(Vanse.)

YUPANGUÍ Con todos huiré; mas no
por el temor que me causa,
sino porque en mí conozco
que no merezco mirarla. 655

Pero aunque ya no la mire,
tan fija llevo su estampa
en mi idea, que ha de ser
vivo carácter del alma. **(Vase.)**

(Ahora va pasando, y salen los ESPAÑOLES **oyendo como elevados las voces.)**

ÁNGEL 1. º Católicos españoles,
ya María el fuego aplaca,
porque perdió su violencia
en ella desde la zarza.
ÁNGEL 2. º Vivid, venced, pues ya
es tiempo que a estas montañas
amanezca mejor sol
en brazos de mejor alba.
LOS DOS Y América sepa
con la fe de España
MÚSICA Que el que pone en María las esperanzas,
de mayores incendios no solo salva
riesgos de la vida, pero del alma.
(Desaparece.)
PIZARRO Pues tan milagrosamente
vemos que el fuego se apaga,
debiendo a la invocación
de María dicha tanta;
en nombre suyo, pues va
de su vista huyendo Guáscar,
sigamos su alcance, y diga
el hacimiento de gracias;
si María es con nosotros,
¿quién contra nosotros basta?
TODOS ¡Arma, arma, guerra, guerra!
UNOS Vea América.
OTROS Y vea España.
MÚSICA y TODOS Que el que pone en María las esperanzas,
de mayores incendios no solo salva
riesgos de la vida, pero del alma.
TODOS ¡Guerra, guerra, arma, arma!

(Con esta repetición han de sonar a un tiempo las cajas y trompetas, la música y la representación y sale la IDOLATRÍA **como oyendo a lo lejos, y repitiendo con todos las voces.)**

IDOLATRÍA ¿Que el que pone en María las esperanzas
de mayores incendios no solo salva
riesgos de la vida, pero del alma?
Bien se deja conocer,
pues cuando pensé que había
logrado la industria mía

en ver la ciudad arder, 695
no solo para acabar
con los españoles fue,
mas para aumentar su fe
y destruir y turbar
la de los indios, pues ciegos, 700
en ellos crece el temor
y en los otros el valor,
viendo aceptados sus ruegos;
con que ya mi monarquía
se va estrechando tirana, 705
pues solo hoy Copacabana
corte es de la Idolatría.
En ella me han retirado
con mis ídolos; mas no
por eso he de darme yo 710
por vencida, que obstinado
mi espíritu, que no ha sido
capaz nunca de enmendarse,
vencido puede mirarse,
mas no darse por vencido. 715
A cuyo efecto, pues cuantas
estatuas culto me dan
ya en Copacabana están,
en ellas influirán tantas
sañas, iras y venganzas 720
mis respuestas, que me atrevo
a hacer que vuelvan de nuevo
a vivir mis esperanzas.
Y así, siguiendo el intento
de que una amante pasión 725
no quite a mi adoración
lo horroroso y lo sangriento
de mis sacrificios, hoy
el Guáscar ha de saber
de Guacolda, para hacer 730
si al Sol este obsequio doy,
mayor la vitoria mía;
que si fue odio de la Cruz,
ya lo es della y de la luz
que trajo tras sí María. 735
Esté Guacolda segura
en el oculto villaje
que la veo, y fío el traje
rústico y vil la ventura
de verse libre de mí; 740
que aunque la desdicha no
ha menester medios, yo
sabré hacer que la halle allí. **(Vase.)**

(Salen GUACOLDA **y** GLAUCA, **como hablando entre sí**.**)**

GLAUCA Notable melancolía
es la tuya.
GUACOLDA ¿Cómo puedo 745
perder, Glauca amiga, el miedo
a la triste suerte mía?
GLAUCA Viendo cuán segura estás,
de villana disfrazada,
y demás de eso encerrada 750
donde no ha entrado jamás
nadie que a buscarme viene,
y no dejándote ver,
ni pudiendo otro saber
quién eres ni quién te tiene 755
aquí, sino yo, parece
que es desconfïar de mí.
GUACOLDA No lo creas, que ya vi
cuánto tu lealtad merece.
Si sé que en casa naciste, 760
hija de antiguos crïados
de Yupanguí, y que en tus hados
primeros con él creciste.
Si sé que con Tucapel,
criado también, te casó, 765
y que esta alquería te dio,
para pasarlo con él
si no rica, acomodada;
si sé que el día que hubo
de fiarse de alguien, no tuvo 770
satisfación más fundada
que en ti por tu obligación,
y porque sola vivías,
pues tan ausente tenías
a tu esposo, ¿qué razón 775
pudo haber para pensar
que desconfíe de ti?
Y porque creas que aquí
no me aflige ese pesar,
sabe que mi desconsuelo 780
no es sino que un bien que hubiera
solo para mí en que viera
a Yupanguí, aun ese el cielo
le niega a mi suerte esquiva;
pues apenas me dejó 785
aquí, cuando le envió
el Guáscar a Atabaliba.
Dél no he sabido, con ser

la ausencia ruina de amor,
aun no es ese mi mayor 790
cuidado, sino temer
no haya muerto en tanto estruendo,
como noticias nos dan
cuantos desde el Cuzco van
a Copacabana huyendo 795
por todo aqueste distrito,
donde en fe estoy solamente
de que nadie al delincuente
busca donde hizo el delito.

GLAUCA De dos extremos no sé 800
cuál venga a ser el mayor,
tu temor o mi temor.

GUACOLDA ¿Cómo?

GLAUCA Como en ambas fue
una la pena crüel
y contraria, pues si no 805
sabes de Yupanguí, yo
tampoco de Tucapel.
Y en tormento tan esquivo,
que el mío es mayor es cierto,
pues tú temes que esté muerto 810
y yo temo que esté vivo.

GUACOLDA ¿Eso dices?

GLAUCA Si supieras
tú lo que un marido ha sido
a todas horas marido,
eso y mucho más dijeras. 815
¡Qué es verle entrar muy hinchado,
diciendo...!

(**Sale** TUCAPEL.)

TUCAPEL Glauca, la mesa,
y trae la comida apriesa,
que aunque no vengo cansado,
porque en diablos de alquiler 820
es gran cosa caminar;
con todo, ya que el no andar
canse, cansa el no come.

GLAUCA ¿Qué miro?

GUACOLDA **[Aparte.]** Desdichas mías
que han de descubrirme, pues 825
posible esconderme no es.

GLAUCA Al cabo de tantos días,
¿es ese modo de entrar
en tu casa?

TUCAPEL Dices bien,

abrázame en parabién, 830
mas no sirva de ejemplar,
que abrazo recién venido
no es abrazo propietario,
sino supernumerario
con gajes de entretenido. 835

GLAUCA De cualquier suerte que sea,
agradece mi deseo
el verte vivo.

TUCAPEL ¿Qué veo?
Vuelva a inflamarse mi idea,
hermosa sacerdotisa, 840
que por más que te disfraces,
no pueden obstar al sol
nubes de villano traje;
ahora veo que eres
la deidad cuyas piedades 845
(compadecidas de ver
que por volver a buscarte
con Yupanguí a la marina,
ocasionaron mis males)
me han buscado y me han librado 850
del cautivo vasallaje
en que estaba, y pues a precio
de ejecutar el dictamen
que en mi inspiración tus voces
favor a favor añades; 855
pues no contenta con que
libre en mi casa me halle,
también la palabra cumples
de que cuando a ella llegase
había de saber quién eras, 860
ya que lo sé, y sé que sabes
favorecida del Sol
obrar prodigios tan grandes,
permite que a tus pies, ya
que tanta deuda no pague, 865
la reconozca a lo menos.

GUACOLDA Hombre, ¿qué dices?, ¿qué haces?

GLAUCA Él fue simple y vuelve loco.

GUACOLDA ¿Cuándo yo he podido hablarte?
¿Cuándo dictar en tus voces 870
que nada en mi nombre entables,
ni cuándo darte palabra
de que en tu casa me hallases?

TUCAPEL No disimules conmigo,
que ya sé que las deidades 875
hacen el bien y no quieren
blasonar de que le hacen.

Glauca, este hermoso milagro,
que sin querer desdeñarse
de pisar de nuestro albergue 880
los siempre humildes umbrales,
se desdeña de que cuente
yo sus liberalidades;
es a quien la vida debo.
Llega, pues, llega a postrarte 885
a sus pies, agradecida
de que a tus ojos me trae.

GLAUCA Tucapel, no una aprehensión
tanto tu discurso engañe,
que aquesa aldeana es 890
mi hermana, que a acompañarme
vino en tu ausencia.

TUCAPEL ¡Qué presto,
lisonjeramente afable,
viendo que su gusto es ese,
te pones tú de su parte! 895
Pero una cosa es que ella
modestamente recate
sus prodigios, y que tú
complacer con ella trates,
y ahora obligarme las dos 900
a que yo ingrato los calle.
Sepa el mundo sus venturas:
¡moradores destos valles,
vecinos de aquestas selvas!

GUACOLDA No los nombres.

GLAUCA No los llames. 905

TUCAPEL ¿Cómo no? De igual bien todos
han de ser participantes.
Vuestro antiguo compañero
Tucapel os llama; a darle
venid todos de sus dichas 910
el parabién.

UNO **(Dentro.)** ¿No escuchasteis
sus voces?

TODOS Sí.

UNO Pues lleguemos
todos a verle y hablarle.

GUACOLDA ¡Ay de mí! Forzoso es verme.

GLAUCA Retírate a aquesta parte. 915

(Salen algunos indios.)

TODOS Tucapel, muy bien venido
seas.

TUCAPEL Que a todos abrace

es mi mejor bienvenida.
UNO Desde el día que faltaste
de la marina, por muerto 920
te tuvimos.
TUCAPEL Dios os guarde
por la merced.
OTRO ¿Es posible
que te vemos?
TUCAPEL ¿Veis cuán tarde
os parezca que he venido?
Pues ha sido por el aire, 925
gracias a aquesa deidad.
No te escondas, no te apartes,
que es bien que sepan la mucha
piedad que conmigo usaste.
Ella es la que prodigiosa 930
ha tratado mi rescate:
llegad, llegad, porque todos
la deis gracias de mi parte.
TODOS Todos a tus pies rendidos
te estimamos que le ampares 935
y nos le traigas.
GUACOLDA ¿Quién, ¡cielos!,
pudo nunca semejante
acaso prevenir?
GLAUCA Dimos
con todo el secreto al traste,
si la conocen.

(Aparte los villanos.)

[INDIO] 1.º ¿No es esta, 940
si no es que el deseo me engañe,
aquella sacerdotisa
que por no sacrificarse
del templo huyó?
[INDIO] 2.º Sí, y por quien
tantas diligencias hace 945
Guáscar, que a quien diga della
ofrece tesoros grandes.
[INDIO] 3.º Famosa ocasión tenemos
de enriquecer, con contarle
que está aquí. Pues según dice 950
la gente que va delante,
a Copacabana viene
a que el Sol su enojo aplaque,
para volver a la lid.
[INDIO] 1.º Supuesto que estos villajes 955
el paso son, al camino

le salgamos para darle
la nueva.
[INDIO] 2.º Disimulemos.
[INDIO] 3.º Tucapel, justo es descanses.
Después de espacio hablaremos. 960
TUCAPEL Sabréis sucesos notables.
Id ahora con Dios.
TODOS Adiós.

(Vanse los villanos.)

TUCAPEL Glauca, ¿qué hay con que regales
a tal huéspeda?
GLAUCA Bien digo
yo, oyendo tus disparates, 965
que fuiste simple y que vienes
loco. ¿Qué es, no me escuchaste,
mi hermana?
TUCAPEL También a mí
me escuchaste tú que en balde
por complacerla, a que no 970
es quien yo sé me persuades;
y cuanto tú, por llevar
tus lisonjas adelante,
no la agasajes, sabré
traer yo con que la agasaje, 975
pues por lo menos estamos
en tan goloso paraje
que no faltarán tortillas
de maíz y chocolate.
GUACOLDA ¿A qué más pudo llegar 980
mi desdicha? Ya quedarme
aquí no es posible, ni irme;
quedarme por si se esparce
quién soy; ni irme, pues no sé
donde Yupanguí me halle. 985
GLAUCA Solo un medio se me ofrece.
GUACOLDA ¿Qué es?
GLAUCA Por si vuelve, oye aparte.

(**Hablan las dos y sale** YUPANGUÍ.)

YUPANGUÍ Vehemente aprehensión que siempre
me estás poniendo delante
aquella hermosa deidad 990
que vi iluminando el aire;
deja, deja de seguirme
siquiera un rato, en que allane
que el vivir absorto no es

dejar de vivir amante. 995
Hermosa Guacolda mía,
si otros hicieron constantes
los instantes de la ausencia
siglos, no, ¡ay de mí!, te espantes
que hallándolos yo hechos siglos, 1000
los haya hecho eternidades.
Dame los brazos mil veces.

GUACOLDA
Es tan inmenso, es tan grande
el bien, Yupanguí, de verte,
que es forzoso que le extrañe, 1005
porque persuadirse un triste
a que hay contento, no es fácil.
En hora dichosa vengas,
que aunque siempre fuera amable
tu presencia para mí, 1010
pues con afectos iguales
también para mí eran siglos
las vidas de los instantes,
nunca en mejor ocasión
verte pude.

YUPANGUÍ
¿Cómo?

GUACOLDA
Sabe 1015
que Tucapel ha venido,
y no sé con qué dictamen,
empeorado de talento,
mejorado de lenguaje,
se ha persuadido a que soy 1020
yo la que pude sacarle
de su esclavitud; con que
solicitando mostrarse
agradecido, me ha muerto;
culpa de amigo ignorante, 1025
matar con buena intención.
De suerte que ya ocultarme
aquí no es posible: mira
a donde podrás llevarme,
pues ya, a no haber tú venido, 1030
me iba yo a las soledades
de los montes más incultos,
en cuyos páramos, antes
que los ministros del Guáscar,
o los del Sol, me encontrasen 1035
o las señas del león
o las astucias del áspid.

YUPANGUÍ
No dudes que cuidadoso
solicite yo ausentarte
adonde nuestro amor pueda, 1040
sin que el rencor nos alcance,

celebrar de nuestras bodas
las más amorosas paces.
¡Oh bello divino asunto!
No tanto tras ti me arrastres; 1045
yo iré tras ti.

GUACOLDA No prosigas.

YUPANGUÍ Sí, mi bien. Vuelva a cobrarme.

GLAUCA Cuantos vienen no parece
que traen los juicios cabales.

YUPANGUÍ Por poder celebrar, digo, 1050
de nuestras bodas las paces,
me valí de Atabaliba,
a quien di de todo parte.
Él, por hija de quien tanto
siguió sus parcialidades, 1055
tomándome la palabra
de que yo en su vasallaje
haya de vivir, me ofrece
dichosas seguridades.
Jurado lo dejé, en cuya 1060
fe, prevenido el viaje
tengo; vente, pues, conmigo,
si no es que el ir me embarace
contigo yo, otra hermosura.

GUACOLDA ¡Qué ventura! Glauca, dame 1065
los brazos, y adiós.

GLAUCA Los cielos
con bien te lleven. **(Vase.)**

GUACOLDA Cobarde
tus pasos sigo.

YUPANGUÍ ¿Qué temes?
Que cuando el asegurarte
no fuera en mí obligación, 1070
me obligara el homenaje
de haber dado a quien la di
la palabra de llevarte
a su presencia.

(Al entrarse diciendo estos versos, **sale oyéndolos** GUÁSCAR, **el** SACERDOTE, **los villanos y todos los indios que pudieren**.**)**

INGA No era
menester que yo escuchase, 1075
para saber tus finezas
y acrisolar tus lealtades;
que cumpliendo, Yupanguí...

GUACOLDA ¡Triste pena!

YUPANGUÍ ¡Extraño lance!

INGA Con la palabra que a mí 1080

me diste, seas quien trate
de llevar a mi presencia
esa infeliz; y no en balde,
al decirme esos villanos
de ese camino en el margen 1085
que aquí quedaba, previne
que fueses tú quien la hallases
a cuya causa la nueva
me movió a que me adelante
a ser el primero yo 1090
que a ella admire y a ti abrace.

GUACOLDA ¡Qué dolor!

YUPANGUÍ Ya aquí no hay más
que morir a todo trance.

INGA Infausta, triste hermosura,
que tímida e inconstante 1095
desdeñas en ser esposa
del Sol la dicha más grande;
él sabe que cuanto hubiera
dado por hallarte antes
de verte, diera después 1100
por no haber llegado a hallarte.
Superior causa, que tú
no puedes saber ni nadie
saber puede, es quien me obliga
a que a mi pesar restaure 1105
su sacrificio a las aras,
su víctima a los altares.
Llevadla al templo, que hoy,
sin esperar días legales,
ha de morir: ¿qué esperáis? 1110
Quitádmela de delante,
que temo que me enternezcan
los desatados cristales,
que aun suelen ser vivo afeite
de menos bello semblante. 1115

GUACOLDA Primero...

YUPANGUÍ ¡Ay de mí!

GUACOLDA Que llegue
a morir, has de escucharme.

INGA ¿Qué podrás decirme, cuando
apóstatamente fácil,
contra el Sol has cometido 1120
el más sacrílego ultraje?

GUACOLDA Aunque pudiera valerme
de la repugnancia que hace
a toda ley natural
que un dios beba humana sangre, 1125
y dentro de una ley misma

el fiel muera y el fiel mate,
no lo he de hacer; que no quiero
(aunque en mí esta razón cabe)
escandalizar, y así 1130
para otra apelo. Mi padre,
a quien desterrado tienes
desde las enemistades
tuyas y de Atabaliba,
sabiendo que me inclinase 1135
amor a un cacique noble,
por ser de opuesto linaje,
forzada me trajo al templo,
donde mientras él no falte
he vivido, con estar 1140
casada en secreto antes;
y así, no pudiendo ser
sacerdotisa, tocarme
no pudo la suerte, y pudo
aquel natural ditamen 1145
ausentarme sin delito.

INGA
Contra que esas sean verdades
y no inventadas disculpas,
una sola razón baste.
¿Quién fuera noble y felice, 1150
tanto que esposo y amante
mereciera entrambas dichas,
y en tantas penalidades
morir te dejara aleve?
Y así, mientras no declares 1155
quién es, y él muera en castigo
de robarte y de ocultarte,
rompiendo el templo en lo uno,
y en lo otro mis bandos reales,
será en balde que te admita 1160
la apelación.

GUACOLDA
Más en balde
será, advertida en su riesgo,
decirlo yo, pues librarle
a él de su afrentosa muerte
hará la mía süave. 1165

INGA
¿A eso te resuelves?

GUACOLDA
Sí.

INGA
Yupanguí, ella no sabe
la lástima que se quita
con los celos que se añade.
Persuádela tú a que diga 1170
quién es, pues con eso hace
menos grave su delito,
y podrá ser que la salve

la apelación.
YUPANGUÍ ¿Para qué
queréis, señor, que me canse 1175
en persuadírselo a ella,
si el decirlo yo es más fácil
a precio de que ella viva?
INGA ¿Luego tú el cómplice sabes?
YUPANGUÍ Sí, señor.
INGA Por ti me vienen 1180
todas las felicidades,
y hoy la mayor es saber
de un agresor tan cobarde,
de quien no estaré vengado,
sin que el corazón le arranque. 1185
¿Qué aguardas, pues? ¿Quién es?
YUPANGUÍ Yo.
INGA ¿Qué dices?
YUPANGUÍ Que no te espantes,
pues de ocultación y hurto
fuiste tú quien me enseñaste
el modo, cuando dijiste 1190
que para ti la robase.
INGA Pues ¿cómo, traidor vasallo,
falso amigo, siendo infame
la confïanza ofendiste
que hiciste de ti?
GUACOLDA No le ultrajes, 1195
que no es él.
YUPANGUÍ Sí soy.
GUACOLDA No es,
que yo, pensando librarme,
fingí esposo que no tengo,
y él, por pensar que templases-,
siendo él tu enojo, eso ha dicho 1200
y así, ¿qué esperáis? Llevadme
donde a precio de que él viva,
con roja púrpura bañe
las aras.
YUPANGUÍ Yo soy, a mí
me llevad donde derrame 1205
deshecho coral que ilustre
más el altar que le manche,
a precio de que ella viva.
INGA Si ambos lo desean constantes,
ya que por sacerdotisa 1210
el castigo no le alcance,
alcáncela por haber
profanado el templo. Iguales
mueran los dos; ¿qué esperáis?

Llevadlos, pues, de aquí.

(Al llevarlos se desasen y se abrazan.)

YUPANGUÍ Antes, 1215
dulce esposa...
GUACOLDA Amado dueño.
YUPANGUÍ ...que yo expire...,
GUACOLDA ...que yo acabe...,
YUPANGUÍ ...feliz con mirarte muera.
GUACOLDA ...feliz yo con abrazarte.
INGA Apartadlos, divididlos. 1220

(Apártanlos y volviéndose a desasir se buscan.)

YUPANGUÍ ¡Triste pena!
GUACOLDA ¡Dolor grave!
YUPANGUÍ Mas aunque todos me fuercen...
GUACOLDA Mas aunque todos me arrastren-
YUPANGUÍ ...volver podré...
GUACOLDA ...podré ir...
LOS DOS ...a darle el último vale. 1225
GUACOLDA ¡Noble dueño!
YUPANGUÍ ¡Esposa mía!
INGA ¡Que esto sufran mis pesares!
Llevadlos, digo otra vez,
donde ni se vean ni hablen.
GUACOLDA Hasta perderle de vista 1230
a aqueste tronco me enlace.
(Abrázase a una cruz.)
YUPANGUÍ En aqueste árbol me enrede
hasta que a verla no alcance.
(Abrázase a otro árbol.)
GUACOLDA Y pues que no acaso fuiste
el que vencer fieras sabe, 1235
a cuya causa te han puesto
colocado en tantas partes.
YUPANGUÍ Y pues plátano no acaso
eres, en quien veo la imagen
que desde que la vi la tuve 1240
en el alma por carácter.

(Quieren desasirlos y no pueden.)

GUACOLDA Tú me favorece, puesto
que tienes poder tan grande
en fieras, y fieras son
los hombres que usan crueldades. 1245
YUPANGUÍ Tú me ampara, pues en ti

me ocurre su luz radiante.
GUACOLDA Infeliz amante esposo.
YUPANGUÍ Infeliz esposa amante.
GUACOLDA Adiós.
YUPANGUÍ Adiós.
INGA ¿Cómo así 1250
permitís verse ni hablarse?
UNOS Como a apartarla del tronco
no hay fuerza, señor, que baste.
OTROS Como no hay para moverle
fortaleza que le arranque. 1255
INGA ¿Todo, ¡cielos!, ha de ser
prodigios en estos valles
de Copacabana, siempre
que a pisar llego su margen?
¿Con qué, oh soberano Sol 1260
que adoro, no digo padre,
desenojarte podré,
si traerte no es bastante
por una víctima dos?
Respóndeme: ¿qué te aplace 1265
de mí, para que ejecute
tus órdenes?

(**Sale la** IDOLATRÍA.)

IDOLATRÍA Que los mate
le diré.
INGA Si en una estatua
mil respuestas solías darme,
¿cómo en mil estatuas hoy 1270
que a tu templo se retraen,
aun no das una respuesta?
IDOLATRÍA Sí daré.
INGA ¡Dicha notable,
pues que ya desenojado
responde! ¿Qué haré, di?
IDOLATRÍA Darle... 1275
[Aparte.] Muerte iba a decir, y no
puedo pronunciar.
INGA No calles
tu decreto, pues me ves
obediente a ejecutarle.
IDOLATRÍA Si deseas... (**[Aparte.]** Proseguir 1280
no puedo, que al declararme
tengo un dogal en el cuello
y en el corazón un áspid.)
Si pretendes... **[Aparte.]** No es posible
que ya en mis ídolos hable, 1285

siendo para mí dos veces
bronce el bronce y jaspe el jaspe,
con que en más estatua que ellos
todos mis sentidos yacen.

INGA — Si a hablarme empiezas, ¿por qué 1290
no prosigues? Y si es darme
a entender que hasta que mueran
no merezco que me ampares,
ya que apartar a los dos
de los dos troncos no es fácil, 1295
flechados en ellos mueran
por sacrílegos amantes.
Disparad contra sus pechos.

GUACOLDA — Árbol, pues tal poder traes...

YUPANGUÍ — Deidad, pues tal poder tienes... 1300

GUACOLDA — ...tú me ampara.

YUPANGUÍ — ...tú me vale.

(Desaparecen los dos en los dos árboles, y suenan truenos y ruido de terremoto.)

INGA — ¿Qué aguardáis? Disparad, digo.

UNO — ¿Contra quién, si ciego el aire,
el mismo polvo, la misma
arena nos ciega que antes? 1305

(Terremoto y cajas a un tiempo.)

[ESPAÑOLES] — **(Dentro.)**
¡Arma, arma, guerra, guerra!

INGA — Si el español en mi alcance
viene, ¿quién duda que venga
con él quien al viento esparce
nieblas que la vista cieguen, 1310
nieves que el incendio abrasen?
No doy paso que hoy no sea
tropezando en mi cadáver;
y pues contra sus encantos
no hay fuerza o poder que baste, 1315
¡al templo!

UNOS — ¡Al monte!

OTROS — ¡A la selva!

TODOS — Sin duda, ¡cielos!, es grande
este Dios de los cristianos,
pues tantos portentos hace.

PIZARRO — ¡A ellos, españoles!

TODOS — ¡A ellos! 1320

PIZARRO — Mueran antes que se amparen
de las breñas.

IDOLATRÍA — ¿Cielos, luna,

sol, estrellas, montes, mares,
no bastaba enmudecerme,
sino a mí de mí privarme? 1325
Pero ¿qué mucho que vea
contra mí prodigios tales
el día que ella se ampara
de la Cruz y que él se vale
del plátano, que atributo 1330
de María es, cuya imagen
tan fija en el alma lleva?
Mas no por eso desmayen
mis rencores; y pues soy
genio de las tempestades, 1335
mi aliento el aire inficione,
mi fuego los campos tale,
mi rabia los frutos yele,
mi ira las mieses abrase,
para que muriendo todos, 1340
primero que a Cristo aclamen
a los embotados filos
de pestes, sedes y hambres,
ninguno pueda lograr
en las siguientes edades 1345
ver que mejor sol en brazos
de mejor aurora nace.

Jornada III

Tocan las chirimías y sale por una parte DON LORENZO DE MENDOZA, **conde de Coruña**, **con acompañamiento**; **y por otra** DON JERÓNIMO MARAÑÓN, **gobernador de Copacabana**.

GOBERNADOR ¡Feliz, oh gran don Lorenzo
de Mendoza, rama invicta
del Infantado, y glorioso
blasón de Coruña, el día
que del Segundo Felipe, 5
que eternas edades viva,
virrey, señor, os merecen
estas conquistadas Indias!
CONDE Su Majestad, que Dios guarde,
sin propios méritos, fía 10
de mí su gobierno, en fe
de que en la obligación mía
le sirva el afecto, ya

que el mérito no le sirva.
Y pues para el que desea 15
acertar, tomar noticias
el primer paso es, ¿de quién
pudo mejor adquirirlas
que de quien, por montañés
Marañón, es en Castilla 20
tan ilustre, y por su cargo
es en aquestas provincias
gobernador de tan grave
puesto, como él mismo explica,
pues al de Copacabana 25
pocos hay que le compitan?

GOBERNADOR

¿Qué noticia podré daros
que vós no traigáis sabidas,
pues todas han ido a España
ya contadas o ya escritas? 30
Fuera de que son tan grandes
las inmensas maravillas
que obró Dios y obró su pura
Virgen Madre, sin mancilla
desde el día que en Perú 35
la Cruz entró, y desde el día
que la invocación del nombre
dulcísimo de María
se oyó en él, que me parece
que un casi agravio sería, 40
presumiendo no saberlas
vós, el osar yo a decirlas.
Y así os suplico, señor,
me excuséis de que os repita
que la Cruz domeñó fieras, 45
vitoria muy suya antigua;
que María apagó incendios,
nevando sus manos mismas
blancos copos; que con lluvias
de arena y polvo la vista 50
al idólatra dos veces
cegó; y que tan peregrinas
obras (viendo que sus vanos
ídolos enmudecían
al sonido de aquel nombre 55
y de aquel tronco a las líneas)
introdujeron la fe;
que entre los que se bautizan
y los que idólatras quedan
hubo bandos, hubo cismas 60
y disensiones; y, en fin,
que siguiendo las conquistas,

después que se redujeron
Cuzco, Chucüito y Lima,
de cuyos conquistadores 65
apenas uno hay que viva,
murió Guáscar prisionero
y su hermano Atabaliba
no sé cómo; y pues no son
estas cosas para dichas 70
tan de paso, remitamos
a la historia que lo escriba,
y vamos a lo que hoy
toca a la obligación mía,
y en Copacabana hablemos 75
no más, pues cosa es sabida
que a un gobernador no toca
hablar como coronista.
Es Copacabana un pueblo
que casi igualmente dista 80
en la provincia que llaman
Chucüito, pocas millas
de la ciudad de la Paz
y Potosí. Sus campiñas
son fértiles, sus ganados 85
muchos y sus alquerías
de frutas, pescas y cazas
abundantes siempre y ricas:
cuya opulencia, en su lengua,
a la nuestra traducida, 90
Copacabana lo mismo
que piedra preciosa explica.
Pero aunque pudiera ser
por esto grande su estima,
la hizo mayor que en sus montes 95
yace aquella peña altiva
que adoratorio del Sol
fue un tiempo, por ser su cima
donde diabólico impulso
hizo creer que el Sol podía 100
dar a su hijo para que
los mande, gobierne y rija.
A esta causa, entre la peña
y la procelosa orilla
de una gran laguna, que hace 105
el medio contorno isla,
se construyó templo al Sol,
en cuyas aras impías
Faubro al ídolo llamaron
superior, que significa 110
mes santo; y mientras el cielo

no nos revele el enigma
en él, por los reservados
juicios suyos, las insidias
del antiguo áspid, y en otros 115
oráculos respondía
inspirando abominables
ritos, cuya hidropesía
de sangre, mal apagada
con la de las brutas vidas, 120
pasó a beberla de humanas
vírgenes sacerdotisas.
En fin, siendo como era
Copacabana la hidra,
principalmente después 125
que a su templo retraídas
trajo la guerra en estatuas
todas sus falsas reliquias.
En fin, siendo (a decir vuelvo)
Copacabana la hidra 130
de tantas cabezas cuantas
el padre de la mentira
en cada anhélito inspira,
fue la primera en quien Dios
logró la feliz semilla 135
de su fe, siendo primeros
obreros de su doctrina,
de Domingo y de Agustín
las dos sagradas familias.
Roma de América hay 140
quien piadoso la publica;
pues bien, como Roma, siendo
donde más vana tenía
la gentilidad su trono,
fue donde puso su silla 145
triunfante la Iglesia, así
donde más la Idolatría
reinaba puso la Fe
su española monarquía,
mostrando cuán docta siempre 150
la eterna sabiduría,
donde ocurre el mayor daño,
el mayor remedio aplica.
Tan fecundas sus primeras
raíces prendieron, tan fijas, 155
que a marchitar no bastaron
sus flores todas las iras
del tiempo; pues padeciendo
destemplado todo el clima,
hambre, peste y mortandad, 160

no por eso desconfían,
atribuyendo a que sean
sus dioses quien los castiga.
Pues antes atribuyendo
a Cristo y su Madre pía 165
que sus pasados errores
trata con blanda justicia,
para aplacarla trataron
hacerla una cofradía,
porque, al fin, en voz de muchos 170
suenan más las rogativas.
Mas como siempre el demonio
obstinadamente lidia
en estorbar devociones,
bandos introdujo y riñas 175
entre dos nobles linajes
sobre qué patrón elijan.
Los Urisayas, de quien
cabeza es de Andrés Jaíra,
anciano cacique noble, 180
que allá en sus ritos solía
ser sacerdote del Sol,
sabiendo cuánto domina
sobre las pestes su santa
intercesión, solicita 185
que sea San Sebastián
titular de la obra pía.
Otro, de los Anasayas
cabeza, que hoy se apellida,
por ser de aquella real sangre, 190
Francisco Yupanguí Inga,
en que María ha de ser
la patrona, y no otro, insta.
Estas, pues, dos opiniones,
excusando que a rencillas 195
pasasen, convine en que
a los votos reducidas
la mayor parte venciese;
pero la noche del día
en que habían de juntarse 200
a resolver la porfía,
con estar las heredades
de unos y otros tan vecinas,
que en todos aquellos pagos
unos con otros alindan. 205
Amanecieron las mieses
de aquellos que defendían
que María había de ser
la patrona, tan floridas

con el riego de una nube 210
celestial, que daba grima
dando consuelo mirar
tan juntos triunfos y ruinas,
y que en un espacio mismo
hubiese unión tan distinta, 215
como ser todo esto flores,
siendo todo aquello aristas.
Por algunos días duró
la adoración, repetida
la lluvia desde la noche 220
al alba, y desde su risa
hasta otra noche tan claro
sol, que brotaban opimas,
a vista de sequedades
mustias, yertas y marchitas, 225
las mazorcas del maíz
y del trigo las espigas.
Con este prodigio, ¿quién
dudará que, reducidas
las opiniones, quedase 230
por su Patrona Divina
la siempre llena de gracia,
siempre intacta y siempre limpia?
¿Ni quién dudará tampoco,
que, ya una vez elegida, 235
fuese todo frutos, todo
salud, abundancia y dicha?
Pero entre tantos favores
no faltan penas que aflijan,
bien que tales penas, ellas 240
se padecen y se alivian,
siendo ellas mismas remedio
del achaque de sí mismas.
Es, pues, el gran desconsuelo
de los que más solicitan 245
su culto, no tener para
colocar en la capilla
que labra la esclavitud,
una imagen de María.
Mil diligencias se han hecho, 250
pero como a estas provincias
aún no han pasado los nobles
artes de España, es precisa
cosa que supla la fe
lo que no alcanza la vista. 255
Dirá la objección que cómo
no había arte donde había
estatuas de tantos dioses.

Y hallárase respondida
con saber que eran estatuas 260
tan toscas, tan mal pulidas,
tan informes y tan feas,
como una experiencia diga;
pues el cristiano cacique
que dije que defendía 265
de María el patrocinio,
viendo la gente afligida
y ansiosa por una imagen,
se ofreció a que él la daría
como la tenía en su mente, 270
hecha por sus manos mismas.
Bien creímos todos, viendo
entrar con tanta osadía
en su fábrica gloriosa,
que por lo menos sería 275
una que supliese, ya
que no primorosa y linda.
Pero con ser la materia
de que intentó construirla
tan dócil como es el barro, 280
pues no hay, sin que se resista,
cincel a quien no obedezca,
buril a quien no se rinda,
muy pagado de su hechura,
la trajo tan deslucida, 285
tan tosca y tan mal labrada,
sin proporción en sus líneas
ni primor en sus facciones,
que, irreverente, movía,
más que a adoración, a escarnio, 290
más que a devoción, a risa;
de que se infiere cuán brutos
sus simulacros serían
pues este juzgó bastar
hechura tan poco digna. 295
Tan corrido de baldones
se vio, de vayas y gritas,
que desde allí no ha salido
de un aposento en que habita,
donde apenas deja verse 300
de su esposa y su familia,
con qué intento no sé; pero
sé que, durando en la villa
el desconsuelo de verse
las esperanzas perdidas 305
de hallar imagen, dilatan
el formar la cofradía,

a que pienso que hago falta
si mi fe no los anima.
Y así, que me deis licencia 310
mi rendimiento os suplica,
por pensar que en esto más
a Dios, al Rey y a vós sirva.

CONDE
De vuestras noticias quedo,
por más que excuséis decirlas, 315
bastantemente informado;
y pues no es justo que impida
mi detención vuestro celo,
id, donde de parte mía
a la Esclavitud diréis 320
que la ruego que me admita
por su hermano, y en mi nombre
la ofreceréis para el día
que haya imagen, las coronas
de Hijo y Madre, y sea precisa 325
ley que me hayáis de avisar
de cuanto logre y consiga
tan piadoso afecto.

GOBERNADOR
En eso
y en todo es justo que os sirva
mi obediencia.

CONDE
El cielo os lleve 330
con bien. **(Vase.)**

GOBERNADOR
Guarde él vuestra vida.
Vamos deseosos, no haga
falta la persona mía,
porque primeros fervores
que la necesidad dicta, 335
en viéndola remediada,
con poca causa se entibian. **(Vase.)**

(Córrese una cortina, y véase a YUPANGUÍ **en traje humilde de español, con taller, herramientas y demás instrumentos de escultor, como labrando una estatua tosca de madera, cuya estatura ha de ser de una vara, poco más o menos, y mientras dice los versos esté siempre haciendo que trabaja en ella.)**

YUPANGUÍ
Ya, purísima María,
que mejorando de suerte
te adoró sin conocerte 340
la ciega ignorancia mía;
y ya que el felice día
de conocerte llegó,
llegue el de que logre yo
esta aprehensión, que vehemente 345
insta en que copiarte intente,
y en que lo consiga no.

Bien sé que nunca aprendí
esta arte; pero no sé
qué interior carácter fue 350
el que en el alma imprimí
desde el punto que te vi,
que aunque tan ruda se halla
al desbastar desta talla
la agilidad de mi estrella, 355
siendo imposible el tenella,
es imposible el dejalla.
Si cuando al barro fié
el primer diseño mío
te hallaste de mi albedrío 360
no bien servida porque
masa quebradiza fue
del primer Adán, en cuyo
daño original arguyo,
no comprehendida, cuán mal 365
pudiera en su original
copiarse retrato tuyo;
ya en mejor materia fundo
este segundo diseño,
pues te fabrico de un leño 370
a honor del Adán segundo.
Permite, pues, que vea el mundo
que en esta fábrica mía,
pues a un madero se fía,
se aúnen a mejor luz 375
la materia de la Cruz
y el retrato de María;
y vós, Niño Dios, que aquí
gozando los tiernos lazos
de sus amorosos brazos 380
significar pretendí,
pues no hay facultad en mí
ni para dejar la acción
ni para su perfeción,
usad de vuestra piedad, 385
u dadme la habilidad,
o quitadme la aprehensión.

(Sale GUACOLDA **vestida a la española**.**)**

GUACOLDA Aunque te enojes, Francisco,
de que entre donde deseas
tanto estar solo, no puedo 390
excusarlo.

YUPANGUÍ María bella,
dulce amada esposa mía,

¿contigo enojarme? Ofensa
haces a mi amor.

GUACOLDA Si veo
que a todos, señor, ordenas 395
que no entren aquí, ¿qué mucho
que yo disgustarte sienta?

YUPANGUÍ La ley de todos, María,
no es bien contigo se entienda
fuera de que tú no haces 400
compañía, con que es fuerza
que la soledad tampoco
estorbes.

GUACOLDA De qué manera
ni estorbar la soledad
yo, ni hacer compañía pueda 405
no sé; que al parecer son
proposiciones opuestas.

YUPANGUÍ No son, que el que ama y lo amado
son sola una cosa mesma,
y así, viviendo yo en ti 410
y tú en mí, la consecuencia
es fácil de que no añades
nuevo número a la cuenta,
con que alma del alma y vida
de la vida, cosa es cierta 415
que ni acompañas ni estorbas,
pues de la misma manera
que en presencia estás conmigo,
estás conmigo en ausencia.

GUACOLDA Solo puedo responder 420
a tan hidalga fineza
que el no entrar a todas horas
aquí, no es en consecuencia
de que otros no entren, sino
porque nada te divierta 425
la ocupación, pues por mucho
que te desveles en ella,
más la debemos a quien
hacer el obsequio intentas,
pues debemos a María, 430
después de tantas tragedias
como pasamos huyendo
de Guáscar, tantas miserias
como después padecimos
acosados de la guerra, 435
hasta venir a tomar
puerto en nuestra misma tierra,
la suma felicidad
de llegar a conocerla,

y admitir la ley de un Dios 440
de tan divina clemencia
y tan humana piedad,
que primero que yo muera
por él, ha muerto por mí,
que fue el dictamen de aquella 445
natural luz, que a no verme
sacrificada hizo fuerza.
Y así, dándole las gracias,
libres de tantas tormentas,
pasemos a la disculpa 450
de que a embarazarte venga.
Los Urisayas, movidos
de Andrés Jaíra, su cabeza,
la ocasión aprovechando
de tu retiro y la ausencia 455
del gobernador, han hecho
hoy junta, y resuelto en ella
que no se haga cofradía,
pues no hay para quién hacerla,
el día que no hay imagen. 460
Los Anasayas, con esta
novedad, viendo que tú
en el empeño los dejas
y no pareces, se han dado
por vencidos; de manera 465
que a estas horas están todas
tus pretensiones deshechas,
tus diligencias frustradas
y tus esperanzas muertas.

YUPANGUÍ No están; y pues tan a un tiempo 470
de unos la acción y la queja
de otros llega que podré
a entrambas satisfacerlas:
a los unos con que tienen
imagen, pues ya está hecha, 475
y a los otros con que no
me ausentó menor tarea
que la de estarla labrando,
no dudes que se convenzan.
Cierra este taller, y nadie 480
entre en él hasta que vuelva. **(Vase.)**

GUACOLDA Inés.

(**Sale** GLAUCA.)

GLAUCA ¿Qué mandas?

GUACOLDA Que cierres
de ese aposento la puerta

y traigas la llave. Virgen
Soberana, Madre y Reina 485
de hombres y de ángeles, llegue
día en que nos amanezca
tu aurora en Copacabana. **(Vase.)**

GLAUCA La llave no da la vuelta,
y temo que he de quebrarla, 490
si porfío: quede puesta
en la cerradura, pues
aquí nadie sale mientras.

(**Al irse por una parte sale por otra** TUCAPEL.)

TUCAPEL Ze, Clauca, Clauca.

GLAUCA ¿Quién es
quien de ese nombre se acuerda? 495

TUCAPEL El menor marido tuyo,
que humilde tus plantas besa.

GLAUCA Mejor dirás mi mayor
quebradero de cabeza.
Ven acá, bestia en dos pies, 500
que son las peores bestias,
si sabes que nuestro amo,
obligado a la fineza
con que a su esposa le tuve
disfrazada y encubierta, 505
apenas se vio en su casa
cuando nos redujo a ella,
en tiempo de tantas hambres,
ansias, pestes y miserias.
Si sabes que no queriendo 510
admitir la verdadera
ley que ellos y yo admitimos,
durando siempre aquel tema
de los pasados furores,
fantasías y quimeras 515
que ha tiempos de ti te privan,
te echó de casa, con pena
de que si volvías a entrar
idólatra por sus puertas,
te había de moler a palos; 520
¿cómo con tal desvergüenza
osas llegar hasta aquí,
sin que su castigo temas?

TUCAPEL Como la necesidad
tiene cara de hereja, 525
tan mala que es menor daño
el ver la tuya que el verla,
desacomodado y pobre

perezco, y viéndole hoy fuera
de casa, me atreví a entrar 530
a pedirte que te duelas
en este estado de mí;
porque esperar a que sea
cristiano, será imposible,
que hay otro yo que en mí reina, 535
a quien ofrecí alma y vida
cuando presumí que fuera
la sacerdotisa quien
me había traído a tu presencia.

GLAUCA
Pues dile a este señor diablo 540
que tus acciones gobierna
que digo yo que es tonto,
pues ya que a pedir te fuerza,
pedir diciendo pesares
es política muy necia. 545
Con esto, y con que en tu vida
ni me hables ni me veas,
vete o no te vayas, pues
podrá ser que el amo venga,
y a los susodichos palos 550
ejecute la sentencia. **(Vase.)**

TUCAPEL
Oye, aguarda. No es posible
seguirla sin que me vea
la demás gente de casa,
y ya que solo me deja 555
en este zaguán, adonde
hay a un aposento puerta,
y está en él la llave, tengo
de ver si hay algo que pueda
llevarme hacia allá, con que 560
repase alguna pequeña
parte a mi necesidad.
(Mira por la cortina sin correrla.)
Mas ¡qué inútil diligencia!
Pues todo cuanto hay aquí,
son solo cuatro herramientas 565
y una mal formada estatua.
¿Quién creerá tan adversa
la infame de mi fortuna,
que ya que a hurtar me resuelva,
cuando me da la ocasión 570
me quita la conveniencia?
Pero por poco que valgan
cepillos, cinceles, sierras
y escoplos, algo valdrán:
con todos cargar pretenda. 575
(Vase sin abrir la cortina.)

IDOLATRÍA **(Dentro.)**
¡Ladrones, ladrones!
TUCAPEL ¡Cielos!,
muerto soy si aquí me encuentran,
quiera mi suerte...
VOZ ¡Ladrones!
TUCAPEL ...que acierte a dar con la puerta.

(Suena dentro ruido, **como que tropezando derriba el taller y sale huyendo**, **y al irse él**, **sale la** IDOLATRÍA.)

IDOLATRÍA Sí darás, porque estas voces 580
solo en tus oídos suenan,
articuladas de mí
porque al ir huyendo dellas
te haya hecho el temor que en todo
tropieces como tropiezas, 585
para que, sin que haya mano
tan sacrílega, tan fiera,
tan bárbara, tan enorme,
que ejecute la violencia
de derribar esa estatua, 590
la halle quebrada y deshecha
su artífice; que aunque yo
por mano del hombre pueda
(ya lo dije) obrar insultos,
no sé qué se tiene esta 595
aún no imagen de María,
que su respeto me fuerza
a haber hecho en el acaso
tolerable la indecencia.
Diga la historia que hallé 600
su fábrica descompuesta,
mas no diga que hubo quien
osase descomponerla.
¿Quién creerá que cuando estoy
huida, arrojada y depuesta 605
de tan alta monarquía,
de majestad tan suprema
como en esta mayor parte
del mundo tuve sujetas
a mi imperio tantas gentes, 610
tantos mares, tantas tierras
y tantas adoraciones,
solo gima, llore y sienta
pensar que en Copacabana,
que el adoratorio era 615
del gran ídolo de Faubro,
cuerpo que con tres cabezas

equivocaba lejanas
noticias de que Dios sea
Uno y Trino, se ha de ver, 620
¡ay de mí!, la imagen puesta
de María, porque es
cerrarme todas las puertas
a la esperanza de que
jamás a cobrarse vuelvan 625
imperios, aras ni altares;
que ya sé que donde llega
la devoción de María,
para siempre vive y reina?
¿Pues qué, si a aqueste dolor 630
se añade (que no hay pequeña
circunstancia que no aflija,
si entre las grandes se encuentra)
el ver que un indio bozal,
sin más arte ni más ciencia 635
que un rasgo, un viso, un bosquejo
que él se dibujó en su idea,
le persuade a que ha de hacer
escultura tan perfecta,
que, retrato de María, 640
ser colocada merezca?
Bien sé cuánto es imposible
conseguirlo su torpeza;
mas la fe con que la labra
me ofende de tal manera, 645
que por vengarme en la fe
aun más que en la suficiencia,
no ha de haber medios que no
ponga astucias y cautelas,
no solo en desvanecer 650
el afán de sus tareas,
pero el efecto a que aspira,
haciendo que no le tenga
la Congregación, a cuya
causa moveré pendencias, 655
rencillas y disensiones
entre aquesas dos opuestas
familias; de suerte que
tan desde luego se enciendan,
que desde luego se escuche 660
decir a espadas y lenguas...

ELLA y UNOS ¡Mueran hoy los Anasayas!
ELLA y OTROS ¡Hoy los Urisayas mueran!

(**Vase la** IDOLATRÍA **y salen acuchillándose de una parte** ANDRÉS **y de otra** YUPANGUÍ, **y en dos bandos todos los que puedan y** TUCAPEL.)

ANDRÉS ¡Aquí, deudos!
YUPANGUÍ ¡Aquí, amigos!
TUCAPEL ¿Ver de lejos, no es gran fiesta, 665
cuchilladas?
[VOCES] **(Dentro.)** Para, para.

(**Sale el** GOBERNADOR.)

GOBERNADOR Acudid todos apriesa.
Tened, apartad; ¿qué es esto?
¿En cuatro días de ausencia
hace mi persona falta, 670
de suerte que lo que encuentra
primero es un alboroto
tan grande?
YUPANGUÍ Que me detenga
tu respeto, es justo.
ANDRÉS Solo
él mi cólera pudiera 675
suspender.
GOBERNADOR Esa atención
por ahora os agradezca
el no enviaros a una cárcel
hasta que la causa sepa,
por si antes de escribirla 680
es capaz de componerla.
¿Qué ha sido esto?
YUPANGUÍ Andrés Jaíra
lo dirá, que es bien prefiera
la autoridad de sus canas,
y fío de su nobleza 685
que no dirá cosa que
no esté en toda razón puesta.
ANDRÉS En fe de esa confianza
usaré de la licencia.
Yo, señor, que un tiempo fui 690
(bien como todos) de aquella
idólatra ceguedad
que creyó que el Sol pudiera,
siendo sin alma y sin vida
solo un material planeta, 695
habernos dado a su hijo;
oyendo la diferencia
que hay de Criador a criatura,
y viendo las excelencias
de ley tan en natural 700
razón que para creerla
sin sus milagros, bastara

la suavidad de sí mesma.
Convencido en mi pasado
error, la admití, y con ella 705
la piadosa Esclavitud
de la gran patrona nuestra.
He asentado este principio
para que nunca se crea
que es relajación en mí 710
haber hecho resistencia
a que mientras que no haya
decente imagen que pueda
colocarse, esté la obra
y la Esclavitud suspensas. 715
En esto yo y mis parciales
hablamos, y como llegan
las voces de un barrio a otro
tan otras que no son ellas,
quejoso Francisco Inga 720
de que yo hiciese en tu ausencia
junta sin él, llegó a hablarme
con más pasión que paciencia.
Yo también (no me disculpo)
debí de dar la respuesta 725
sin paciencia y con pasión;
de suerte que a las primeras
razones, viendo él y yo
cuánto mejor se remedia
una injuria de la espada 730
que una herida de la lengua,
llegamos a lo que has visto:
diga él si hay más causa que esta.

YUPANGUÍ
¿Cómo puedo yo negar
que esa es la verdad, si es vuestra? 735
Solo añadiré, señor,
que reñimos tan apriesa,
que no hubo lugar de que
lo que iba a decirle sepa;
y así, permitid que aquí 740
diga lo que allá dijera.

GOBERNADOR
Decid.

YUPANGUÍ
Concedo que erré
en la escultura primera
la materia de la imagen
que ofrecí, y en consecuencia 745
de que no hay humano yerro
que no le dote la enmienda,
de las varas del maguey,
por ser preciosa madera
e incorruptible, otra imagen, 750

desbastadas las cortezas,
del corazón he labrado,
por parecerme que sea
corazón e incorruptible,
de ambos decente materia. 755
A satisfacer con esto
a unos de que imagen tengan
y a otros de que mi retiro
no de otra causa proceda,
iba cuando (ya lo dijo 760
Andrés) la cólera nuestra
no dio a pláticas lugar,
y puesto que tu presencia
le da, y que lo que ahora digo
es lo que entonces dijera, 765
quien quiera satisfacerse
de verdad tan manifiesta,
en buen paraje se halla,
pues está mi casa cerca.

GOBERNADOR Yo, no por satisfacerme, 770
que fuera el dudarlo ofensa;
la hechura iré ver, por solo
la curiosidad verla.

TODOS Todos sirviéndote iremos.

(Entran por una puerta y salen por otra.)

YUPANGUÍ Venid, pues.

TUCAPEL **[Aparte.]** Porque no tenga 775
sospecha de que yo fui
el que dio con todo en tierra,
con ellos iré, que no
hay mejor quita sospechas,
que no huir el agresor. 780

YUPANGUÍ Antes que os abra la puerta
donde la imagen está,
habéis de oírme una advertencia.

GOBERNADOR ¿Qué es?

YUPANGUÍ Que estando solo en blanco
Haber de suplir es fuerza 785
ahora en lo que no es
lo que será cuando tenga
la encarnación de los rostros
y manos, y la viveza
de la estofa del ropaje, 790
que es lo que no he de ponerla
yo, sino un pintor que dora
el retablo de la iglesia,
que en la ciudad de La Paz

la orden de Francisco ostenta. 795

GOBERNADOR Claro está que en blanco, solo
da de lo que ha de ser muestra.

YUPANGUÍ Pues con esta prevención,
la imagen que labré es esta.

(Corre la cortina y vese el taller derribado, **la estatua deshecha y los instrumentos esparcidos**.**)**

TODOS ¿Qué imagen?

YUPANGUÍ ¡Cielos!, ¿qué miro? 800

GOBERNADOR Que aquí solo a verse llegan
mal desunidos pedazos
que esparcidos por la tierra,
no solo imagen son, pero
aun de serlo no dan señas. 805

ANDRÉS ¿Esto es lo que nos traéis
a ver con tan satisfecha
presunción?

GOBERNADOR ¿Cómo en disculpa
no habláis desta inadvertencia?

YUPANGUÍ Como un dolor, que en menores 810
pedazos que esos me quiebra
el corazón en el pecho,
ha embarazado a la lengua
la voz, y tras ella el uso
de sentidos y potencias. 815

ANDRÉS Bien se ve que esto no es más
que un imaginario tema
de manía, y pues que tengo
tan a vista la evidencia
de lo poco que esto puede 820
venir a ser, no os parezca
rebeldía el mantener
que hasta que haya imagen bella
no ha de haber Congregación;
y ansí, vós, por vida vuestra, 825
que esto de labrar estatuas
lo dejéis a quien lo entienda.

GOBERNADOR ¿Quién os persuadió a que pudo
haber sin estudio ciencia?

TUCAPEL y UNOS OTROS ¡Qué delirio!
¡Qué locura! 830

(Vanse.**)**

YUPANGUÍ Por más que todos me afrentan,
perdido desvelo mío,
me aflige y me desconsuela

más el mirar vuestro ultraje
que el padecer mi vergüenza. 835
Si es, Señora, esto en castigo
de que un bruto indio se atreva
a copiar vuestra hermosura,
humildemente sobre estas
antes que fábricas ruinas, 840
os ruego, pecho por tierra,
que me quitéis la aprehensión
o me deis la suficiencia;
porque mientras que de vós,
o el olvido no me venga 845
o no me venga el favor,
por mí no ha de quedar esta
viva fe de que de veros
en Copacabana puesta
en alto solio, y...

(**Sale** GUACOLDA.)

GUACOLDA Francisco, 850
¿qué es esto, que la pendencia
antes, después el concurso
de gente, absorta y suspensa
me tuvo? Sepa qué ha sido.
YUPANGUÍ ¿Qué quieres, María, que sea 855
sino poca suerte mía?
(Corréis cortina.)
Mira..., pero no lo veas,
no te quiebre el corazón
ver mi dicha en polvo envuelta.
¿Quién aquí cuando salí 860
entró?
GUACOLDA Nadie, que yo sepa.
YUPANGUÍ Pues sabrás...
GLAUCA **(Dentro.)** ¿Qué atrevimiento
es este?
YUPANGUÍ Mas oye, espera.
¿Qué es eso, Inés?

(**Sale** GLAUCA **y** TUCAPEL.)

GLAUCA Que no solo
aquí Tucapel se entra, 865
pero que no hay cómo echarle
de casa.
TUCAPEL Mi muerte es cierta.
YUPANGUÍ Ven acá, ¿no te he mandado
que no entres por esas puertas?

TUCAPEL La novedad de entrar todos 870
me permitió la licencia.
YUPANGUÍ Y cuando todos se van,
¿cómo tú solo te quedas?
TUCAPEL Como aunque más lo procuro
nunca encuentro con la puerta. 875
YUPANGUÍ ¡Qué necia disculpa! Pero
aunque castigar debiera
de otra suerte tu osadía,
no ha de ser sino de aquesta.
Entra a esa cuadra.
TUCAPEL Los palos 880
llegaron, pues quiere vea
el daño que hice.
YUPANGUÍ Y en una
caja que hallarás en ella,
pon cuanto hallares allí
de instrumentos y herramientas, 885
y carga con ello, y ven
conmigo, porque tú a cuestas
lo has de llevar donde yo
te mandaré.
TUCAPEL Considera...
YUPANGUÍ ¿Qué?
TUCAPEL Que no podré llevarlo. 890
YUPANGUÍ ¿Por qué?
TUCAPEL Porque ya experiencia
tengo de que para eso
no alcanzan, señor, mis fuerzas.
YUPANGUÍ No repliques, que ha de ser.
TUCAPEL No ha de ser.
YUPANGUÍ Sí ha de ser, entra, 895
que es servicio de María.
TUCAPEL Ya el obedecerte es fuerza.
YUPANGUÍ Tú, querida esposa mía,
dame a una ausencia licencia,
que nadie ha de verme hasta 900
que con la escultura vuelva
hecha toda una ascua de oro,
por si suple la riqueza
lo que al arte le ha faltado.
GUACOLDA
¿Para estos pides licencia, 905
cuando para eso aun mi amor
te rogara que te fueras?
Solo me pesa que esté,
de pestes, hambres y guerras
tan en necesidad suma 910
nuestro caudal que cubierta

no la puedas traer, Francisco,
de oro, diamantes y perlas.
Pero ya que no es posible,
débate yo una fineza. 915

YUPANGUÍ ¿Qué es?

GUACOLDA Que te lleves contigo
las pocas pobres joyuelas
que me han quedado, y si no
te bastare el precio dellas
para pagar el dorado, 920
con una S y clavo sella
mi rostro; que, pues, esclava
dos veces, de María bella
una, y otra tuya soy,
a ninguno hará extrañeza 925
ver que esclava de dos dueños,
uno para otro me venda.

YUPANGUÍ ¿Qué quieres que te responda,
sino que no me enternezcas?
Yo llevo con qué pagar. 930

GUACOLDA Pues ya está la caja puesta,
y con ella Tucapel
esperándote a la puerta.

YUPANGUÍ Dame los brazos y adiós.

GUACOLDA Él con bien a ellos te vuelva. 935

YUPANGUÍ ¡Quién no sintiera el dejarte!

GUACOLDA ¡Quién el verte ir no sintiera!

YUPANGUÍ ¡Qué pena!

GUACOLDA ¡Qué dolor!

(**Vanse cada uno por su parte**, **y sale por el medio la** IDOLATRÍA.)

IDOLATRÍA ¿Qué
dolor puede ser, qué pena
la que empezando un ultraje 940
camina a ser excelencia?
¿Qué es esto, ¡cielos!? Tan firmes
raíces prende, flores echa
y frutos brota una planta
de té en tan árida tierra 945
como el corazón de un indio,
que no impidan a que crezca
ni el ábrego de mis iras
ni el cierzo de mis violencias.
¿De qué me ha servido, ¡ay triste!, 950
que en la escultura primera
oyese tantos baldones,
ni que en la segunda vuelva
con nuevo escarnio de todos

a ver ruinas y oír afrentas, 955
si nada le desconfía,
si nada le desespera,
y antes de los mismos medios
que usé yo para romperla,
usa él para fabricarla, 960
pues me obliga, pues me fuerza
en aquel indio a quien yo
asisto, a que le obedezca,
siendo yo misma en mi agravio
cómplice contra mí mesma, 965
pues puse a servir un noble
espíritu de soberbia?
Y aún no para aquí el prodigio
de su fe, sino en que quiera
mi cólera adelantarme, 970
mal valida de mis ciencias,
todo su triunfo, porque
aun antes de ser le sienta.
Dígalo el que sincopando
el tiempo, le veo que llega 975
ya al dorador, a quien oigo
que le dice...

(**Salen a una parte del tablado** YUPANGUÍ **y un** DORADOR.)

YUPANGUÍ Yo quisiera,
pues ya habéis visto la imagen,
que lo que yo en componerla
tarde, tardéis en dorarla; 980
porque de aquesta manera
no perdamos tiempo.
DORADOR Amigo,
lo que he sacado de verla
es que vuestro celo es bueno,
mas la habilidad no es buena. 985
Cuanto gastéis en dorarla
perderéis, pues imperfecta
siempre ha de quedar, supuesto
que está tan sin arte hecha,
tosca y mal pulida.
YUPANGUÍ Eso 990
no corre por vuestra cuenta.
DORADOR Sí corre. ¿He de poner yo
mano en cosa que no sea
después de provecho?
YUPANGUÍ No
deis tan áspera respuesta 995
a quien humilde os suplica,

y lo que ha de pagar ruega;
pues cuanto al precio, si no
bastaren estas monedas
de oro, que es cuanto ha podido 1000
dar de sí mi corta hacienda,
yo me quedaré a serviros
hasta quedar satisfecha
la paga y un año más
de balde sobre la deuda. 1005

DORADOR No sé que os diga. Ese afecto
me ha trocado de manera,
que no solo he de doraros
la imagen, pero ni aun esas
monedas he de tomar; 1010
guardadlas para la vuelta,
y venid conmigo, no
a servir, sino a que sea
vuestro hospedaje mi casa
el tiempo que aquí estéis.

YUPANGUÍ Si era 1015
mi obligación ser crïado,
ya me hace esclavo la vuestra.

DORADOR Venid conmigo.

YUPANGUÍ Los cielos
la piedad os agradezcan.

(Vanse.)

IDOLATRÍA Sí harán, pues es obra suya 1020
el que un corazón se mueva
tan de un instante a otro. ¡Cielos!,
baste, baste la experiencia,
sin que queráis que mis ansias
a más tormento transciendan 1025
anteviendo que dorada
la imagen, vuelve con ella
a Copacabana, adonde,
porque en su casa no tenga
otro riesgo, fray Francisco 1030
de Navarrete, en la aldea
de San Pedro, que es doctrina
suya, la guarda en su celda.
¡Qué luces, qué de sombras
en ella alumbran y suenan 1035
todas las noches! De cuyo
divino pasmo da cuenta
a los de Copacabana,
para que viniendo a verla,
della agradados, la lleven 1040

en procesión a su iglesia.
Conque una sola esperanza
a mis sentimientos queda,
y es que haya quien todavía,
por dorada que la vea, 1045
dure en la opinión de que
no ha de colocarse, mientras
no se halle otra más hermosa.
¡Oh, si en esta conferencia
venciese Jaíra, pues viene 1050
diciendo después de verla...!

(**Sale** ANDRÉS JAÍRA.)

ANDRÉS Por más dorada que esté
de estar informe no deja.
YUPANGUÍ Para suplirme algo, hay una
fuerte razón.
ANDRÉS ¿Cuál es?
YUPANGUÍ Esta. 1055
Si en lo inmenso no se da
medida, y no está más cerca
del sol el que está en la cumbre
que el que en el valle se asienta,
claro está, pues de María 1060
es la perfección inmensa,
que el mejor retrato suyo
no se acerque a su belleza
más que se acerque el que menos
hermosa la manifiesta. 1065
Pues siendo así que hay en todos
que suplir, suplid en esta
copia aquello más que hoy
la necesidad dispensa.
GOBERNADOR Dice bien.
ANDRÉS Yo lo concedo 1070
en cuanto a que nadie pueda
hacer perfecto retrato;
mas no ha de ser de manera
que al verle, la devoción
peligre en la irreverencia. 1075
Y así, en tanto que no haya
mejor hechura que esa,
no ha de entrar en la capilla.
GOBERNADOR Sí ha de entrar, que la fe es ciega
y no mira a que lo es, 1080
sino a lo que representa.
ANDRÉS Aquesto es querer que el mando
a la razón haga fuerza.

GOBERNADOR No es sino querer que el celo
con el tiempo no se pierda, 1085
mayormente cuando hoy
tenemos tres concurrencias
que en ningún día del año
habrá.
TODOS ¿Qué son?
GOBERNADOR La primera,
que aquel ídolo de Faubro, 1090
que mes santo se interpreta,
simboliza al de febrero,
que es el que mañana empieza.
La segunda es que al segundo
día suyo se celebra 1095
la gran Purificación
de María; y la tercera
que aquesta festividad
se llama de las Candelas.
Luego si el ídolo Faubro 1100
en febrero se destierra,
y el lugar que estuvo inmundo
se purifica con bella
luz de fe, ¿qué día tendremos
para celebrar la fiesta, 1105
en que Purificación
haya, mes santo y luz nueva?
ANDRÉS ¿Veis todas esas razones?
Pues a mí no me convenzan.
TODOS Ni a nadie, mientras no haya 1110
escultura más perfecta.

(**Vanse y queda el** GOBERNADOR **y** YUPANGUÍ.)

GOBERNADOR Francisco, ¿veis esto?, pues
nuestra fe no descaezca.
Yo tengo al virrey escrito
cuanto nos pasa, y que tenga 1115
memoria de las coronas
que ofreció, con que con ellas
más adornada la imagen,
no dudo mejor parezca.
Cuidad della vós, en tanto 1120
que yo andas y altar prevenga,
coro y música, que vós
y yo hemos de hacer la fiesta
solos, aunque nadie acuda. **(Vase.)**
YUPANGUÍ María divina y bella, 1125
yo no supe más, ni pudo
extenderse a más mi idea.

Perdonadme, y si por mí
el pueblo no os reverencia,
no corra eso a cuenta mía. 1130
Volved vós por la honra vuestra. **(Vase.)**

IDOLATRÍA ¡Quién no fuera inmortal para
matarse antes que lo viera!
Mas, ¡ay!, que no solo tengo
de verlo cuando suceda; 1135
pero aun desde ahora, pues
en la aprehensión de mis ciencias
estoy (¡oh ansia, lo que corres!)
viendo (¡oh dolor, lo que vuelas!)
que el generoso Mendoza, 1140
que hoy estos reinos gobierna
como quien tiene a María
en el corazón impresa,
pues el *Ave María* es
el timbre de su nobleza, 1145
avisado (¡ay infelice!)
del gobernador, en muestra
de su devoción, trayendo
las coronas de la ofrenda,
a hallarse en su translación 1150
viene, conque unirse es fuerza
para su recibimiento,
ambos bandos, de manera
que saliéndole al camino
veo que a decirle llegan... 1155

(**Salen todos**, **el** VIRREY, **el** GOBERNADOR, ANDRÉS **y** YUPANGUÍ.)

TODOS ¡Viva el ínclito Mendoza,
que en justicia y paz gobierna!

GOBERNADOR ¡Vuexcelencia, gran señor
en estos valles!

CONDE Habiendo
sabido por vuestro aviso 1160
que está ya todo dispuesto
para ir a Copacabana
desde el lugar de San Pedro
la imagen que labró el indio,
a hallarme en la fiesta vengo, 1165
como congregante suyo,
y a cumplir mi ofrecimiento
trayendo las dos coronas,
bien que humilde corto obsequio
mas no todas veces puede 1170
seguir el don al deseo.

GOBERNADOR Vós seáis muy bien venido

que bien menester habemos
este honor para que sea
grande su acompañamiento, 1175
que sin vós fuera muy solo.

CONDE Pues ¿no están todos los pueblos
convocados?

GOBERNADOR Hay, señor,
mucho que decir en esto.

CONDE ¿Qué hay que decir?

ANDRÉS Si me dais 1180
licencia, yo, pues que tengo
la culpa, daré, señor,
la disculpa. Yo me he opuesto
a que no es decente imagen
la que hasta ahora tenemos, 1185
porque es labrada de un hombre
sin arte, ciencia ni ingenio;
y por no ver deslucido
su culto en el desaseo,
han seguido mi opinión 1190
muchos, que no quieren, cuerdos
colocar una escultura
que hace indevoto el afecto.

CONDE ¿Quién la labró?

YUPANGUÍ Yo, señor.

CONDE Pues ¿qué os movió, no teniendo 1195
ciencia ni experiencia, a ser
escultor?

YUPANGUÍ Un pensamiento
en que fue más imposible
que el serlo el dejar de serlo.

CONDE Yo la he de ver, y veré 1200
de ambos la razón.

YUPANGUÍ Bien presto
podréis.

CONDE ¿Cómo?

YUPANGUÍ Como está
en ese cercano pueblo,
por no tenerla en mi casa
sin el debido respeto, 1205
que está en la de un religioso.

CONDE Pues vamos allá, que quiero
desengañarme yo a mí
y componer este duelo
como más convenga a gloria 1210
y honra suya. **(Vase.)**

ANDRÉS **[Aparte.]** Yo me huelgo
de que vaya a verla, pues
es fuerza ofenderse en viendo

su deformidad.

YUPANGUÍ Señora,
en vista está vuestro pleito, 1215
pues de todos abogada
sois, hoy sedlo vuestra. **(Vase.)**

IDOLATRÍA ¡Cielos!

(Las chirimías.)

¿Qué fe es esta deste indio,
que penetrando los cielos,
logra, ¡ay de mí!, que las nubes 1220
rasguen sus azules velos
y que alados querubines,
iluminando los vientos,
desciendan sobre la imagen?
A tan alta fe, a misterio 1225
tan grande, a favor tan sumo,
ni hay ciencia ni hay sufrimiento.
Canten ellos, mientras yo
sufro, lloro, gimo y peno.

(Tocan chirimías, córrese la cortina y vase en un altar adornado de luces y flores la imagen dorada, y al mismo tiempo en dos apariencias, que llaman sacabuches, bajan dos ángeles con tablillas, pinceles y matices de pintor en las manos; y mientras ellos cantan y toda la música responde dentro, van retocando los ángeles la imagen, y ella se va convirtiendo, como mejor pueda ejecutarse, en una imagen de nuestra Señora con el Niño Jesús en los brazos, la más hermosa, adornada y vestida que se pueda, que será aquella misma que se vio en la apariencia del incendio y de la nieve.)

ÁNGEL 1.º Venid, corred, volad, 1230
y al terreno pensil
trocad, ángeles, hoy
el trono de zafir.

MÚSICA **(Dentro.)**
Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.º Venid, corred, volad, 1235
pues es la causa a fin
de hermosear el retrato
de vuestra Emperatriz.

MÚSICA Volad, corred, venid.

ÁNGEL 1.º Venid, corred, volad, 1240
donde puedan suplir
aciertos del pincel
errores del buril.

MÚSICA Volad, corred, venid.

ÁNGEL 2.º Venid, corred, volad 1245
que hay quien quiera argüir
mancha en copia de quien

nunca la tuvo en sí.
MÚSICA Volad, corred, venid.
ÁNGEL 1.º Venid, corred, volad 1250
veréis que al esparcir
al aire su cabello,
tremola toda Ofir.
MÚSICA Corred, volad, venid.
ÁNGEL 2.º Venid, corred, volad, 1255
y en el blanco matiz
de su frente hallareis
deshojado el jazmín.
MÚSICA Volad, corred, venid.
ÁNGEL 1.º Venid, volad, veréis 1260
en sus ojos lucir
luceros ciento a ciento,
estrellas mil a mil.
MÚSICA Volad, corred, venid.
ÁNGEL 2.º Venid, corred, que en dos 1265
mitades da a un rubí
su púrpura el clavel,
la rosa su carmín.
MÚSICA Corred, volad, venid.
ÁNGEL 1.º Venid, corred, volad, 1270
que en su mano a bruñir
de torneado alabastro
liciones al marfil.
MÚSICA Corred, volad, venid.
ÁNGEL 2.º Venid, corred, volad, 1275
que de uno a otro perfil
hoy lucen en febrero
las flores del abril.
MÚSICA Corred, volad, venid.
ÁNGEL 1.º Y vosotros, mortales, 1280
a admirar, a advertir.
ÁNGEL 2.º Que los yerros del hombre
enmienda el serafín.
LOS DOS y MÚSICA Corred, volad, venid,
veréis cuanto mejoran 1285
en vuestra Emperatriz
aciertos del pincel
errores del buril.
Corred, volad, venid.

(**Tocan las chirimías**, **y desaparecen los ángeles**, **quedando en las andas la imagen vestida**, **y sale** YUPANGUÍ[(106)] **y** GUACOLDA.)

YUPANGUÍ y GUACOLDA Corred, volad, venid, 1290
veréis cuanto mejoran
en vuestra Emperatriz

aciertos del pincel
errores del buril.
YUPANGUÍ ¿Qué salva, cielo, es 1295
la que en el viento oí?
GUACOLDA Sin duda es nueva aurora
a quien se canta así.
YUPANGUÍ A aquella parte suena.
GUACOLDA Pues se escucha hacia allí. 1300
YUPANGUÍ Seguiré su armonía.
GUACOLDA Su acento he de seguir.
YUPANGUÍ Pero ¿qué es lo que veo,
tú, bella esposa, aquí?
GUACOLDA Si estás tú aquí, ¿qué extrañas 1305
el que venga tras ti?
YUPANGUÍ La fineza agradezco,
mas déjame sentir
que día que en el valle
tanto concurso vi, 1310
que aun el mismo virrey
corona su confín,
tan desacompañada
vengas a deslucir,
sin más fausto, la heroica 1315
real sangre que hay en ti.
GUACOLDA No eso te desconfíe,
que si vengo a asistir
al culto de María,
de quien humilde y vil 1320
esclava soy.
YUPANGUÍ Espera,
que según advertí,
viene el virrey.
GUACOLDA Sí haré,
volviendo a discurrir.
YUPANGUÍ Y vuelva yo a pensar. 1325
LOS DOS ¿Qué quisieron decir,
que mejorar veremos
en nuestra Emperatriz
aciertos del pincel
errores del buril? 1330

(Sale el VIRREY **y todos.)**

YUPANGUÍ Esta, señor, es la breve
esfera donde ahí la tengo
depositada, hasta ver
si tanta dicha merezco
como verla colocada. 1335
ANDRÉS **[Aparte.]**

Ahora es cuando al verla, es cierto
que se ha de desagradar.
CONDE ¡En mi vida vi más bello
simulacro de María!
YUPANGUÍ ¿Qué es esto, ¡cielos!, que veo? 1340
GOBERNADOR ¿Cielos, qué es esto que miro?
ANDRÉS ¿Quién retocó aquel bosquejo
que tan inculto dejamos?
YUPANGUÍ Pasose de extremo a extremo
a ser alcázar mi reina 1345
pues la que allá en un momento
encontré deshecha, aquí
tan adornada la veo,
siendo la misma que yo
vi nevar sobre el incendio. 1350
CONDE ¿Cómo vós tan atrevido,
tan rara perfección viendo,
a decir os atrevisteis
que era retrato imperfecto?
ANDRÉS Como no está la estatua 1355
que aquí dejamos.
GOBERNADOR Sí es, puesto
que nadie aquí entró, ni ha habido
por diligencias que ha hecho
nuestro cuidado en buscarla,
otra en todos estos reinos. 1360
ANDRÉS Pues si es ella, aquí han andado
más celestiales obreros.
CONDE Es, sin duda, porque no
pudo el humano desvelo,
sin divino auxilio, haber 1365
tal hermosura compuesto.
Ampos y copos parece
de su rostro y de su cuello
la blancura.
GOBERNADOR Yo diría
que agraciado lo trigueño, 1370
en ella hicieron unión
nieve y azabache a un tiempo.
UNOS Ninguno dijera bien,
que en sonrosados reflejos,
rosas y claveles son 1375
sus tornasoles.
YUPANGUÍ Yo ciego
a sus rayos, de colores
no puedo hacer juicio, atento
a la risa con que mira.
ANDRÉS ¿Qué risa, si lo severo 1380
de su semblante está dando

igual temor y respeto,
si no es que sea a mí, por más
que de mi error me arrepiento?

TODOS — A todos ha parecido 1385
diferente.

CONDE — Fuerza es, puesto
que a lo divino no alcanzan
los humanos ojos nuestros.

YUPANGUÍ — Dichosa mi insuficiencia
fue, pues si docto maestro 1390
la hubiera labrado, a él
se atribuyera el acierto,
y no pasara de allí
la admiración a portento.

CONDE — Dadme los brazos, que bien 1395
se ven los merecimientos
de vuestra fe, y pues tenéis
vós tratado su respeto
de más cerca, poned vós
las coronas a sus dueños. 1400

(Toma las coronas, **sube la grada**, **y mientras las pone**, **el** GOBERNADOR **va repartiendo velas**, **que traerá uno a todos**.**)**

YUPANGUÍ — Ya no como a hechura mía,
como a reina os reverencio,
pues os entrego coronas.

GOBERNADOR — En tanto, iré repartiendo
las velas que ha de llevar 1405
todo el acompañamiento.
Vós, pues venisteis a honrarnos,
habéis de ser el primero.
Id ahora tomando todos.

CONDE — Apartaos todos, que quiero 1410
ver si las coronas vienen
a medida. ¡Oh, cuánto siento
que la del Hijo a la Madre
cubra el rostro! ¿Podrá esto,
decid, pues vós la labrasteis, 1415
tener ahora remedio,
con que bajando las manos
deje el rostro descubierto?

YUPANGUÍ — Mal podré atreverme yo
a retocarla, teniendo 1420
oficiales que sabrán
mucho mejor que yo hacerlo.

(Aparta la imagen, **dejando en el brazo izquierdo el Niño que tenía en entrambas manos**, **con que viene la derecha a quedar en el aire desocupada**.**)**

CONDE Pues desconsuelo es bien grande.
YUPANGUÍ No es muy grande el desconsuelo.
CONDE ¿Cómo?
YUPANGUÍ Volved a mirarla, 1425
veréis que aparta de enmedio
del pecho, donde tenía
a su Hijo, el brazo izquierdo,
y recostándole al lado
del corazón, el derecho 1430
también desviado deja
todo el rostro descubierto.
UNO ¡Qué maravilla!
OTRO ¡Qué asombro!
UNO ¡Qué prodigio!
OTRO ¡Qué portento!
CONDE No solo portento, asombre 1435
es, y maravilla, pero
aun todo eso incluye en sí
más reservado misterio:
haber reclinado al Hijo
al abrigo de su pecho, 1440
dejando la mano diestra
desocupada; ¿no es cierto
que es para que yo esta vela
ponga en ella, conociendo
que es la Purificación 1445
su principal ministerio?
(Pone la vela en la mano.)
Mirad cómo representa
de la suerte que fue al templo,
mostrando que al templo hoy
van también, y si allí vemos 1450
que fue Purificación
su festividad, lo mesmo
vemos aquí, pues el ara
sacrílega tanto tiempo
purifica de su antorcha 1455
la luz, a cuyos reflejos
se van de la idolatría
las sombras desvaneciendo.

(Dentro terremotos.)

IDOLATRÍA **(Dentro.)**
Y para confirmación
de que es verdad que me ausento 1460
para siempre, resignando
en María mis imperios,

cuantos espíritus tuve
en los idólatras pechos
aposentados, conmigo 1465
irán de su vista huyendo.

TODOS ¿Qué nuevo prodigio es este?

(**Sale** GUACOLDA.)

GUACOLDA Yo lo diré, pues viniendo
a lograr hoy en mi esposo
el triunfo de sus desvelos, 1470
he hallado por el camino
sanos a muchos enfermos,
con pies a muchos tullidos
y con vista a muchos ciegos,
y lo que es más, muchos indios, 1475
que, poseídos de fieros
espíritus, han quedado
libres, a voces diciendo...

TODOS **(Dentro.)**
¡María es la Virgen Madre
y Cristo el Dios verdadero! 1480

(**Sale** TUCAPEL.)

TUCAPEL Dígalo yo, pues cobrado
en mi natural acuerdo,
a voces pido el Bautismo.

UNOS Todos decimos lo mesmo.

TODOS ¡María es la Virgen Madre, 1485
Cristo es el Dios verdadero-!

YUPANGUÍ ¡Feliz el día que logra
tantas dichas mi deseo!

GUACOLDA ¡Felice el que yo en tu busca
vine a merecer el verlo! 1490

ANDRÉS ¡Feliz para mí el que miro
tan mejorados mis yerros!

GOBERNADOR ¡Feliz el que en mí ha logrado
la devoción de mi afecto!

CONDE ¡Y más feliz para mí, 1495
que descubrí en mi gobierno
tan alto tesoro! Y pues
más que esperar no tenemos,
empiece la procesión,
que yo he de ser el primero 1500
que aplique el hombro a las andas.

GOBERNADOR Intentarlo para ejemplo
de todos, basta. Llegad
los nombrados para eso,

y los músicos entonen 1505
dulces cánticos.

(Salen los músicos y las mujeres vestidas de estudiantes, **como seises**, **con sobrepellices y bonetes**.**)**

MÚSICA Sí haremos.
(Canta.**)**
Venturosa la mañana
que en duplicado arrebol
nos nace con mejor sol
la aurora en Copacabana. 1510
VOZ 1. ª Piedra preciosa solía
llamarse su esfera hermosa,
pero hoy la piedra preciosa
es la imagen de María.
VOZ 2.ª Del Faubro la Idolatría, 1515
que la poseyó tirana,
mas luz en febrero gana,
pues de nuestra fe crisol...
MÚSICA Nos nace con mejor sol
la aurora en Copacabana. 1520
TUCAPEL Yo, pues de mi esclavitud
libre por ella me veo,
por mí y por todos, es bien
pida el perdón de los yerros.
YUPANGUÍ No es, pues de todos la ufana 1525
voz dirá al reino español
que en su imagen soberana...
MÚSICA y TODOS Hoy nace con mejor sol
la aurora en Copacabana.

(Con esta repetición, **encendidas las luces de todos y en forma de Capilla**, **cantando delante los músicos**, **dará vuelta en hombros al tablado la Imagen**, **y porque no se embarace en entrar**, **caerá una cortina que cubra todo el tablado**.**)**

LADAMA DUENDE,
de Pedro Calderón de la Barca

LADAMA DUENDE

Personas que hablan en ella:

- **Don MANUEL**
- **Don LUIS**
- **Don JUAN**
- **COSME, gracioso**
- **RODRIGO, criado**
- **Doña ÁNGELA**
- **Doña BEATRIZ**
- **ISABEL, criada**
- **CLARA, criada**
- **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don MANUEL y COSME, de camino

MANUEL: Por un hora no llegamos
a tiempo de ver las fiestas
con que Madrid generosa
hoy el bautismo celebra
del primero Baltasar.

COSME: Como ésas, cosas se aciertan
o se yerran por un hora:
Por una hora que fuera
antes Píramo a la fuente,
no hallara a su Tisbe muerta
y las moras no mancharan
porque dicen los poetas
que con arrope de moras
se escribió aquella tragedia.
Por una hora que tardara
Tarquino, hallara a Lucrecia

recogida con lo cual
los autores no anduvieran,
sin ser vicarios, llevando
a salas de competencias
la causa, sobre saber
si hizo fuerza o no hizo fuerza.
Por una hora que pensara
si era bien hecho o no era
echarse Hero de la torre,
no se echara, es cosa cierta,
con que se hubiera excusado
al doctor Mira de Amescua
de haber dado a los teatros
tan bien escrita comedia,
y haberla representado
Amarilis tan de veras
que volatín del carnal
--si otros son de la cuaresma--
sacó más de alguna vez
las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
por una hora tan gran fiesta,
no por una hora perdamos
la posada, que si llega
tarde Abindarraez, es ley
que haya de quedarse fuera;
y estoy rabiando por ver
este amigo que te espera
como si fueras galán
al uso con cama y mesa,
sin saber cómo o por dónde
tan grande dicha nos venga.
Pues, sin ser los dos torneos,
hoy a los dos nos sustenta.

MANUEL: Don Juan de Toledo es, Cosme,
el hombre que más profesa
mi amistad, siendo los dos
envidia ya que no afrenta
de cuantos la antigüedad
por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos
y, pasando de las letras
a las armas, los dos fuimos
camaradas en la guerra
en las de Piamonte. Cuando
el señor duque de Feria
con la jineta me honró,
le di, Cosme, mi bandera.
Fue mi alférez y después,
sacando de una refriega
una penetrante herida,
le curé en mi cama mesma.
La vida, después de Dios,
me debe. Dejo las deudas
de menores intereses;

que entre nobles es bajeza
referirlas. Pues pos eso
pintó la docta academia
al galardón una dama
rica y las espaldas vueltas,
dando a entender que, en haciendo
el beneficio, es discreta
acción olvidarse de él;
que no le hace el que le acuerda.
En fin, don Juan, obligado
de amistades y finezas,
viendo que su majestad
con este gobierno premia
mis servicios y que vengo
de paso a la corte, intenta
hoy hospedarme en su casa
por pagarme con las mesmas.
Y, aunque a Burgos me escribió
de casa y calle las señas,
no quise andar preguntando
a caballo dónde era,
y así dejé en la posada
las mulas y las maletas.
Yendo hacia donde me dice,
vi las galas y libreas,
e, informado de la causa,
quise, aunque de paso, verlas.
Llegamos tarde en efecto,
porque...

Salen doña ÁNGELA e ISABEL, en corto tapadas

ÁNGELA: Si como lo muestra
el traje, sois caballero
de obligaciones y prendas,
amparad a una mujer,
que a valerse de vos llega.
Honor y vida me importa
que aquel hidalgo no sepa
quién soy y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra,
a una mujer principal,
una desdicha, una afrenta,
que podrá ser que algún día...
¡Adiós, adiós; que voy muerta!

Vase

COSME: ¿Es dama? ¿O es torbellino?
MANUEL: ¿Hay tal suceso?
COSME: ¿Qué piensas
hacer?

MANUEL: ¿Eso preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
excusarse de excusar
una desdicha, una afrenta?
Que según muestra, sin duda,
es su marido.
COSME: ¿Y qué intentas?
MANUEL: Detenerle con alguna
industria. Mas si con ella
no puedo, será forzoso
el valerme de la fuerza
sin que él entienda la causa.
COSME: Si industria buscas, espera;
que a mi fe me ofrece una.
Esta carta, que encomienda
es de un amigo, me valga.

Salen don LUIS y RODRIGO, su criado

LUIS: Yo tengo de conocerla,
no más de por el cuidado
con que de mi se recela.
RODRIGO: Síguela, y sabrás quién es.

Llega COSME, y retírase don MANUEL

COSME: Señor, aunque con vergüenza
llego, vuesarced me haga
tan gran merced que me lea
a quién esta carta dice.
LUIS: No voy agora con flema.

Detiénele

COSME: Pues si flema sólo os falta,
yo tengo cantidad de ella,
y podré partir con vos.
LUIS: Apartad.
MANUEL: (¡Oh, qué derecha **Aparte**
es la calle. Aún no se pierde
de vista.)
COSME: Por vida vuestra.
LUIS: Vive Dios, que sois pesado,
y os romperé la cabeza
si mucho me hacéis.
COSME: Por eso
os haré poco.
LUIS: Paciencia
me falta para sufriros.
Apartad de aquí.

Rempújale

MANUEL: (Ya es fuerza **Aparte**
llegar. Acabe el valor
lo que empezó la cautela.)

Llega

Caballero, ese criado
es mío, y no sé qué pueda
haberos hoy ofendido
para que de esa manera
le atropelléis.
LUIS: No respondo
a la duda o a la queja
porque nunca satisfice
a nadie. Adiós.
MANUEL: Si tuviera
necesidad mi valor
de satisfacciones, crea
vuestra arrogancia de mí
que no me fuera sin ella.
Preguntar en qué os ofende
[..... -e-a]
merece más cortesía
y, pues la corte la enseña,
no la pongáis en mal nombre
aunque un forastero venga
a enseñarla a los que tienen
obligación de saberla.
LUIS: ¡Quién pensare que no puedo
enseñarla yo...
MANUEL: La lengua
suspended y hable el acero.

Sacan las espadas

LUIS: Decís bien.
COSME: ¡Oh, quién tuviera

gana de reñir!
RODRIGO: Sacad
la espada vos.
COSME: Es doncella
y sin cédula o palabra.
No puedo sacarla.

Salen doña BEATRIZ, teniendo a don JUAN, y CLARA, criada y gente

JUAN: Suelta,
Beatriz.

BEATRIZ: No has de ir.
JUAN: Mira que es
con mi hermano la pendencia.
BEATRIZ: ¡Ay de mí, triste!
JUAN: A tu lado
estoy.
LUIS: Don Juan, tente. Espera;
que más que a darme valor
a hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
quien no excusó la pendencia
solo, estando acompañado
bien se ve, que no la deja
de cobarde. Idos con Dios;
que no sabe mi nobleza
reñir mal, y más con quien
tanto brío y valor muestra.
Idos con Dios.
MANUEL: Yo os estimo
bizarría y gentileza;
pero si de mí por dicha
algún escrúpulo os queda,
me hallaréis donde quisiereis.
LUIS: Norabuena
MANUEL: Norabuena.
JUAN: ¿Qué es lo que miro y escucho?
¿Don Manuel?
MANUEL: ¿Don Juan?
JUAN: Suspensa
el alma no determina
qué hacer cuando considera
un hermano y un amigo,
que es lo mismo, en diferencia
tal, y hasta saber la causa,
dudaré.
LUIS: La causa es ésta.
Volver por ese crïado
este caballero intenta,
que necio me ocasionó
a hablarle mal. Todo cesa
con esto.
JUAN: Pues, siendo así
cortés, ¿me darás licencia
para que llegue a abrazarte?
El noble huésped que espera
nuestra casa es el señor
don Manuel, hermano. Llega;
que dos que han reñido iguales,
desde aquel instante quedan
más amigos pues ya hicieron
de su valor experiencia.
Daos los brazos.
MANUEL: Primero
que a vos os los dé, me lleva
el valor que he visto en él

a que al servicio me ofrezca
del señor don Luis.
LUIS: Yo soy
vuestro amigo, y ya me pesa
de no haberos conocido,
pues vuestro valor pudiera
haberme informado.
MANUEL: El vuestro,
escarmentado, me deja
una herida en esta mano
LUIS: [¡Por mi vida!] ¡Más quisiera
tenerla mil veces yo!
COSME: ¡Qué cortesana pendencia!
JUAN: ¿Herida? Vení a curaros.
Tú, don Luis, aquí te queda
hasta que tome su coche
doña Beatriz que me espera,
y de esta descortesía
me disculparás con ella.
Venid, señor, a mi casa
--mejor dijera a la vuestra--
donde os curéis.
MANUEL: Que no es nada.
JUAN: Venid presto.
MANUEL: (¡Qué tristeza **Aparte**
me ha dado que me reciba
con sangre Madrid!)
LUIS: (¡Qué pena **Aparte**
tengo de no haber podido
saber qué dama era aquella!)
COSME: (¡Qué bien merecido tiene **Aparte**
mi amor lo que se lleva
porque no se meta a ser
don Quijote de la legua!)

Vanse los tres, y llega don LUIS [a] doña BEATRIZ que está aparte

LUIS: Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva
a restituír las flores
que agora marchita y seca
de vuestra hermosura el hielo
de un desmayo.
BEATRIZ: ¿Dónde queda
don Juan?
LUIS: Que le perdonéis
os pide, porque le llevan
forzosas obligaciones,
y el cuidar con diligencia
de la salud de un amigo
que va herido.
BEATRIZ: ¡Ay de mí! ¡Muerta
estoy! ¿Es don Juan?

LUIS: Señora,
no es don Juan, que no estuviera,
estando herido mi hermano,
yo con tan grande paciencia.
No os asustéis, que no es justo;
que sin que él la herida tenga
tengamos entre los dos,
yo el dolor, y vos la pena...
digo dolor, el de veros
tan postrada, tan sujeta
a un pesar imaginado,
que hiere con mayor fuerza.
BEATRIZ: Señor don Luis, ya sabéis
que estimo vuestras finezas,
supuesto que lo merecen
por amorosas y vuestras;
pero no puedo pagarlas,
que eso han de hacer las estrellas,
y no hay de lo que no hacen
quien las tome residencia.
Si lo que menos se halla
es hoy lo que más se precia
en la corte, agradeced
el desengaño, siquiera,
por ser cosa que se halla
con dificultad en ella.
Quedad con Dios.

Vase con su criada

LUIS: Id con Dios.
No hay acción que me suceda
bien, Rodrigo. Si una dama
veo airosa, y conocerla
solicito, me detienen
un necio y una pendencia
que no sé cuál es peor.
Si riño y mi hermano llega,
es mi enemigo su amigo;
si por disculpa me deja
de una dama, es una dama
que mil pesares me cuesta.
De suerte que una tapada
me huye, un necio me atormenta,
un forastero me mata,
y un hermano me le lleva
a ser mi huésped a casa
y otra dama me desprecia.
De mal anda mi fortuna.
RODRIGO: Que de todas esas penas
que sé la que siente más.
LUIS: No sabes.
RODRIGO: Que la que llegas
a sentir más son los celos

de tu hermano y Beatriz bella.
LUIS: Engáñaste.
RODRIGO: Pues, ¿cuál es?
LUIS: Si tengo de hablar de veras
--de ti sólo me fïara--
lo que más siento es que sea
mi hermano tan poco atento
que llevar a casa quiera
un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
viuda y moza y, como sabes,
tan de secreto que apenas
sabe el sol que vive en casa,
porque Beatriz, por ser deuda,
solamente la visita.
RODRIGO: Ya sé que su esposo era
administrador en puertos
de mar de unas reales rentas,
y quedó debiendo al rey
grande cantidad de hacienda.
Y ella a la corte se vino
de secreto donde intenta,
escondida y retirada,
componer mejor sus deudas.
Y esto disculpa a tu hermano
pues, si mejor consideras
que su estado no le da
ni permisión ni licencia
de que nadie la visite,
y que, aunque su huésped sea
don Manuel, no ha de saber
que en casa, señor, se encierra
tal mujer, ¿qué inconveniente
hay en admitirle en ella?
Y más, habiendo tenido
tal recato y advertencia
que para su cuarto ha dado
por otra calle la puerta,
y la que salía a la casa
por desmentir la sospecha
de que el cuidado la había
cerrado, o porque pudiera
con facilidad abrirse
otra vez fabricó en ella
una alacena de vidrios
labrada de tal manera
que parece que jamás
en tal parte ha habido puerta.
LUIS: ¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
darme muerte, pues ya dices
que no ha puesto por defensa
de su honor más que unos vidrios
que al primer golpe se quiebran.

Vanse y salen doña ÁNGELA e ISABEL

ÁNGELA: Vuélveme a dar, Isabel,
esas tocas. ¡Pena esquiva!
Vuelve a amortajarme viva
ya que mi suerte crüel
lo quiere así.
ISABEL: Toma presto
porque, si tu hermano viene
y alguna sospecha tiene,
no la confirme con esto
de hallarte de esta manera
que hoy en palacio te vio.
ÁNGELA: ¡Válgame el cielo, que yo
entre dos paredes muera,
donde apenas el sol sabe
quien soy! Pues la pena mía
en el término del día
ni se contiene, ni cabe
donde inconstante la luna
que aprende influjos de mí,
no puede decir "Ya vi
que lloraba su fortuna."
Donde, en efecto, encerrada,
sin libertad he vivido,
porque enviudé de un marido,
con dos hermanos casada.
Y luego delito sea
sin que toque en liviandad,
depuesta la autoridad
ir donde tapada vea
un teatro en quien la fama
para su aplauso inmortal
con acentos de metal
a voces de bronce llama.
¡Suerte injusta! ¡Dura estrella!
ISABEL: Señora, no tiene duda
de que mirándote viuda,
tan moza, bizarra y bella,
tus hermanos cuidadosos
te celen, porque este estado
es el más ocasionado
a delitos amorosos.
Y más en la corte hoy
donde se han dado en usar
unas viuditas de azahar;
que al cielo mil gracias doy
cuando en las calles las veo
tan honestas, tan fruncidas,
tan beatas y aturdidas,
y en quedándose en mateo
es el mirarlas contento,
pues sin toca y devoción
faltan más a cualquier son
que una pelota de viento.

Y este discurso doblado
para otro tiempo, señora,
como no habemos agora
en el forastero hablado
a quien tu honor encargaste
y tu galán hoy hiciste.

ÁNGELA: Parece que me leíste
el alma en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido
no por él, sino por mí,
porque después cuando oí
de las cuchilladas rüido,
me puse--mas son quimeras--
Isabel, a imaginar
que él había de tomar
mi disgusto tan de veras,
que había de sacar la espada
en mi defensa. Yo fui
necia en empeñarle así;
mas una mujer turbada,
¿qué mira, o qué considera?

ISABEL: Yo no sé si lo estorbó,
mas sé que no nos siguió
tu hermano más.

ÁNGELA: ¡Oye, espera!

Sale don LUIS

LUIS: ¿Ángela?

ÁNGELA: Hermano y señor,
turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?

LUIS: Harto tengo, tengo honor.

ÁNGELA: (¡Ay de mí! Sin duda es **Aparte**
que don Luis me conoció.)

LUIS: Y así siento mucho yo
que te estime poco.

ÁNGELA: Pues,
¿has tenido algún disgusto?

LUIS: Lo peor es, cuando vengo
a verte, el disgusto tanto
que tuve, Ángela.

ISABEL: (¡Otro susto!) **Aparte**

ÁNGELA: Pues yo, ¿n qué te puedo dar,
hermano, disgusto? Advierte...

LUIS: Tú eres la causa, y el verte...

ÁNGELA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

LUIS: ...Ángela estimar
tan poco, de nuestro hermano.

ÁNGELA: (¡Eso sí!) **Aparte**

LUIS: Pues cuando vienes
con los disgustos que tienes,
cuidados te dé, no en vano.
El enojo que tenía,

con el huésped me pagó,
pues, sin conocerle yo,
hoy le [he] herido en profecía.
ÁNGELA: Pues, ¿cómo fue?
LUIS: Entré en la plaza
de palacio, hermano, a pie,
hasta el palenque, porque
toda la desembaraza
de coches, y caballeros
la guarda. A un corro me fui
de amigos, adonde vi
que alegres y lisonjeros
los tenía una tapada,
a quien todos celebraron
lo que dijo, y alabaron
de entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué
otra palabra no habló,
tanto, que a alguno obligó
a preguntarla por qué.
¿Porque yo llegaba había
con tanto extremo callado?
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocía,
y no pude, porque ella
se puso más en taparse,
en esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella,
seguilla determiné.
Ella siempre atrás volvía
a ver si yo la seguía
cuyo gran cuidado fue
espuela de mi cuidado.
Yendo de esta suerte, pues,
llegó un hidalgo, que es
de nuestro huésped crïado
a decir que le leyese
una carta. Respondí
que iba de prisa, y creí
que detenerme quisiese
con este intento, porque
la mujer [le] habló al pasar
y tanto dio en porfïar
que le dije no sé qué.
Llegó en aquella ocasión
en defensa del crïado
nuestro huésped, muy soldado.
Sacamos, en conclusión,
las espadas. Todo es esto
pero más pudiera ser.
ÁNGELA: Miren la mala mujer
en qué ocasión te había puesto;
que hay mujeres tramoyeras.
Pondré que no conocía
quién eras, y que lo hacía

solo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo
de decir--si bien te acuerdas--
que mires que no te pierdas
por mujercillas que no
saben más que aventurar
los hombres.

LUIS: ¿En qué has pasado
la tarde?

ÁNGELA: En casa me he estado
entretenida en llorar.

LUIS: ¿Hate nuestro hermano visto?

ÁNGELA: Desde esta mañana, no
ha entrado aquí.

LUIS: ¡Qué mal yo
estos descuidos resisto!

ÁNGELA: Pues deja los sentimientos;
que al fin sufrirle es mejor;
que es nuestro hermano mayor
y comemos de alimentos.

LUIS: Si tú estás tan consolada,
yo también, que yo por ti
lo sentía; y porque así
veas, no dárseme nada
a verle voy, y aún con él
haré una galantería.

Vase

ISABEL: ¿Qué dirás, señora mía,
después del susto crüel
de lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido
tu vida, huésped y herido,
le tienes dentro de casa.

ÁNGELA: Yo, Isabel, lo sospeché
cuando de mi hermano oí
la pendencia, y cuando vi
que el herido el huésped fue.
Pero aun bien no lo he creído
porque cosa extraña fuera
que un hombre a Madrid viniera
y hallase recién venido
una dama que rogase
que su vida defendiese,
un hermano que le hiriese,
y otro que le aposentase.
Fuera notable suceso
y, aunque todo puede ser,
no lo tengo de creer
sin vello.

ISABEL: Y si para eso
te dispones, yo bien sé
por donde verle podrás

y aun más que velle.
ÁNGELA: Tú estás
loca. ¿Cómo? Si se ve
de mi cuarto tan distante
el suyo?
ISABEL: Parte hay por donde
este cuarto corresponde
al otro. Esto no te espante.
ÁNGELA: No porque verlo deseo
sino sólo por saber,
dime, ¿cómo puede ser?
Que lo escucho y no lo creo.
ISABEL: ¿No has oído que labró
en la puerta una alacena
tu hermano?
ÁNGELA: Ya lo que ordena
tu ingenio he entendido yo.
¿Dirás que, pues es de tabla,
algún agujero hagamos
por donde al huésped veamos?
ISABEL: Más que eso mi ingenio entabla.
ÁNGELA: Di.
ISABEL: Por cerrar y encubrir
la puerta que se tenía
y que a este jardín salía
y poder volverla a abrir,
hizo tu hermano poner
portátil una alacena.
Ésta, aunque de vidrios llena,
se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien, porque cuando
la alacena aderecé
la escalera la arrimé
y ella se fue desclavando
poco a poco de manera
que todo junto cayó,
y dimos en tierra yo,
alacena y escalera
de surte que en falso agora
la tal alacena está
y, apartándose podrá
cualquiera pasar, señora.
ÁNGELA: Esto no es determinar
sino prevenir primero.
Ves aquí, Isabel, que quiero
a esotro cuarto pasar;
he quitado la alacena,
¿por allá no se podrá
quitar también?
ISABEL: Claro está,
y para hacerla más buena
en falso se han de poner
dos clavos, para advertir
que sólo la sepa abrir
el que lo llega a saber.

ÁNGELA: Al crïado que viniere
por luz y por ropa, di
que vuelva a avisarte a ti
si acaso el huésped saliere
de casa; que según creo,
no le obligará la herida
a hacer cama.
ISABEL: ¿Y, por tu vida,
irás?
ÁNGELA: Un necio deseo
tengo de saber si es él
el que mi vida guardó,
porque si le cuesto yo
sangre y cuidado, Isabel,
es bien mirar por su herida,
si es que, segura de miedo
de ser conocida, puedo
ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
la alacena, y si pasar
puedo al cuarto, he de cuidar,
sin que él lo llegue a entender,
desde aquí de su regalo.
ISABEL: Notable cuento será
[si se da] cuenta.
ÁNGELA: No hará;
que hombre que su esfuerzo igualo
a su gala y discreción,
puesto que de todo ha hecho
noble experiencia en mi pecho,
en la primera ocasión,
de valiente en lo restado,
de galán en lo lucido,
en el modo de entendido,
no me ha de causar cuidado
que diga suceso igual,
que fuera notable mengua
que echara una mala lengua
tan buenas partes a mal.

Vanse. Salen don JUAN, don MANUEL, y un criado con luz

JUAN: ¡Acostaos, por mi vida!
MANUEL: Es tan poca la herida
que antes, don Juan, sospecho
que parece melindre el haber hecho
casi ninguno de ella.
JUAN: Harta ventura ha sido de mi estrella;
que no me consolara
jamás, si este contento me costara
el pesar de teneros
en mi casa indispuesto, y el de veros
herido por la mano

--si bien no ha sido culpa--de mi hermano.
MANUEL: Él es buen caballero
y me tiene envidioso de su acero,
de su estilo admirado,
y he de ser muy su amigo y su crïado.

Sale don LUIS, y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espada

LUIS: Yo, señor, lo soy vuestro
como en la pena que recibo muestro,
ofreciéndoos mi vida;
y porque el instrumento de la herida
en mi poder no quede,
pues ya agradarme ni servirme puede,
bien como aquel crïado
que a su señor algún disgusto ha dado,
hoy de mí le despido.
Ésta es, señor, la espada que os ha herido.
A vuestras plantas viene
a pediros perdón si culpa tiene.
Tome vuestra querella
con ella en mi venganza de mí y de ella.
MANUEL: Sois valiente y discreto.
En todo me vencéis. La espada aceto
porque siempre a mi lado
me enseñe a ser valiente. Confïado
desde hoy vivir procuro
porque, ¿de quién no vivirá seguro
quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él solo me tuviera temeroso.
JUAN: Pues don Luis me ha enseñado
a lo que estoy por huésped obligado,
otro regalo quiero
que recibáis de mí.
MANUEL: ¡Qué tarde espero
pagar tantos favores!
Los dos os competís en darme honores.

Sale COSME cargado de maletas y cojines

COSME: Doscientos mil demonios
de su furia infernal den testimonios,
volviéndose inclementes
doscientas mil serpientes
que asiéndome de un vuelo
den conmigo de patas en el cielo,
del mandato oprimidos
de Dios, por justos juicios compelidos,
si vivir no quisiera, sin injurias
en Galicia o Asturias
antes que en esta corte.
MANUEL: Reporta.

COSME: El reportorio se reporte.
JUAN: ¿Qué dices?
COSME: Lo que digo,
que es traidor quien da paso a su enemigo.
LUIS: ¿Qué enemigo? Detente.
COSME: El agua de una fuente y otra fuente.
MANUEL: ¿De aqueso te inquietas?
COSME: Venía de cojines y maletas
por la calle cargado,
y en una zanja de una fuente he dado,
y así lo traigo todo
--como dice el refrán--puesto de lodo.
¿Quién esto en casa mete?
MANUEL: Vete de aquí, que estás borracho. Vete.
COSME: Si borracho estuviera
menos mi enojo con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes
que vuelven varias cosas sus corrientes,
no me espanto si aquí ver determino
que nace el agua a convertirse en vino.
MANUEL: Si él empieza, en un año
no acabará.
JUAN: Él tiene humor extraño.
LUIS: Solo de ti querría
saber... Si sabes leer, como este día
en el libro citado
muestras, ¿por qué pediste tan pesado
que una corta leyese? ¿Qué te apartas?
COSME: Porque sé leer en libros y no en cartas.
LUIS: Está bien respondido.
MANUEL: Que no hagáis caso de él, por Dios, os pido.
Ya le iréis conociendo
y sabréis que es burlón.
COSME: Hacer pretendo
de mis burlas alarde.
Para alguna os convido.
MANUEL: Pues no es tarde,
Porque me importa, hoy quiero
hacer una visita.
JUAN: Yo os espero
para cenar.
MANUEL: Tú, Cosme, esas maletas
abre y saca la ropa. No las metas.
JUAN: Si quisieres cerrar, ésta es del cuarto
la llave. Que aunque tengo
llave maestra por si acaso vengo
tarde, más que las dos, otra no tiene,
ni otra puerta tampoco. Así conviene
y en el cuarto le deja, y cada día
vendrán [a] aderezarle.

Vanse y queda COSME

COSME: Hacienda mía,

ven acá, que yo quiero
visitarte primero
porque ver determino
cuanto habemos sisado en el camino;
que como en las posadas
no se hilan las cuentas tan delgadas
como en casa, que vive en sus porfías,
la cuenta y la razón por lacerías,
hay mayor aparejo del provecho
para meter la mano, no en mi pecho,
sino en la bolsa ajena.

Abre una maleta y saca un bolsón

Topé la propia. Buena está y rebuena
pues aquesta jornada
subió doncella y se apeó preñada.
Contallo quiero. Es tiempo perdido
porque yo, que borregos he vendido
a mi señor, ¿para qué mire y vea
si está cabal? ¡Que ello fuere sea!
Su maleta es aquésta.
Ropa quiero sacar por si se acuesta
tan presto, que el mandó que hiciese esto.
Mas porque él lo mandó, ¿se ha de hacer presto?
Por haberlo mandado,
antes no lo he de hacer, que soy crïado.
Salirme un rato es justo
a rezar a una ermita. ¿Tendrás gusto
de esto, Cosme? Tendré. Pues, Cosme, vamos;
que antes son nuestros gustos que los amos.

Vase. Por una alacena que estará hecho con anaqueles y vidrios en ella, quitándose con goznes como que se desencaja, salen doña ÁNGELA e ISABEL

ISABEL: Que está el cuarto solo, dijo
Rodrigo, porque el tal huésped
y tus hermanos se fueron.
ÁNGELA: Por eso pude atreverme
a hacer sólo esta experiencia.
ISABEL: ¿Ves que no hay inconveniente
para pasar hasta aquí?
ÁNGELA: Antes, Isabel, parece
que todo cuanto previne
fue muy impertinente,
pues con ninguno topamos;
que la puerta fácilmente
se abre y se vuelve a cerrar
sin ser posible que se eche
de ver.
ISABEL: ¿Y a qué hemos venido?
ÁNGELA: A volvernos solamente,
que para hacer sola una

travesura dos mujeres
basta haberla imaginado,
porque al fin esto no tiene
más fundamento que haber
hablado en ello dos veces
y estar yo determinada,
siendo verdad que es aqueste
caballero el que por mí
se empeñó osado y valiente
--como te he dicho--a mirar
por su regalo.

ISABEL: Aquí tiene
el que le trujo tu hermano,
y una espada en un bufete.

ÁNGELA: Ven acá, ¿mi escribanía
trujeron aquí?

ISABEL: Dio en ese
desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese
con recado de escribir
y mil libros diferentes.

ÁNGELA: En el suelo hay dos maletas.

ISABEL: ¡Y abiertas, señora! ¿Quieres
que veamos qué hay en ellas?

ÁNGELA; Sí, que quiero neciamente
mirar qué ropa y alhajas
trae.

ISABEL: Soldado y pretendiente,
vendrá muy mal alhajado.

Sacan todo cuanto van diciendo y todo lo esparcen por la sala

ÁNGELA: ¿Qué es esto?

ISABEL: Muchos papeles.

ÁNGELA: ¿Son de mujer?

ISABEL: No, señora,
sino procesos que vienen
cosidos, y pesan mucho.

ÁNGELA: Pues si fueran de mujeres,
ellos fueran más livianos.
Mal en eso te detienes.

ISABEL: Ropa blanca hay aquí alguna.

ÁNGELA: ¿Huele?

ISABEL: Sí, a limpia huele.

ÁNGELA: Ése es el mejor perfume.

ISABEL: Las tres calidades tiene
de blanca, blanda y delgada;
mas, señora, ¿qué es aqueste
pellejo con unos hierros
de herramientas diferentes?

ÁNGELA: Muestra a ver. Hasta aquí loza
de sacamuelas parece.
Mas estas son tenacillas

y el alzador del copete.
Y los bigotes esotras.
ISABEL: Iten: escobilla y peine.
Oye, que más prevenido
no le faltará al tal huésped
la horma de su zapato.
ÁNGELA: ¿Por qué?
ISABEL: Porque aquí la tiene.
ÁNGELA: ¿Hay más?
ISABEL: Si, señora. Iten:
como a forma de billetes
legajo segundo.
ÁNGELA: Muestra.
De mujer son y contienen
más que papel. Un retrato
está aquí.
ISABEL: ¿Qué te suspende?
ÁNGELA: El verle, que una hermosura,
si está pintada, divierte.
ISABEL: Parece que te ha pesado
de sacalle.
ÁNGELA: ¡Qué necia eres!
No mires más.
ISABEL: ¿Y qué intentas?
ÁNGELA: Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato.

Pónese a escribir

ISABEL: Entretanto,
la malta del sirviente
he de ver. Esto es dinero.
Cuartazos son insolentes;
que en la república donde
son los príncipes y reyes
los doblones y los reales,
ellos son la común plebe.
Una burla le he de hacer
y ha de ser de aquesta suerte:
quitarle de aquí el dinero
al tal lacayo, y ponerle
unos carbones. Dirán--
"¿Dónde demonios los tiene
esta mujer?" No advirtiendo
que esto sucedió en noviembre
y que hay brasero en el cuarto.
ÁNGELA: Yo escribí. ¿Qué te parece
a donde deje el papel
porque, si mi hermano viene,
no le vea?
ISABEL: Así, debajo
de la toalla que tienen
las almohadas; que al quitarle
se verá forzosamente

y no es parte que hasta entonces
se ha de andar.
ÁNGELA: Muy bien adviertes.
Ponle allí y ve recogiendo
todo esto.
ISABEL: Mira que tuercen
la llave ya.
ÁNGELA: Pues dejallo
todo. Esté como estuviere
y a escondernos, Isabel,
ven.
ISABEL: Alacena ***me fecit.***

Vanse por el alacena y queda como estaba. Sale COSME

COSME: Ya que me he servido a mí
de barato quiero hacerle
a mi amo otro servicio...
mas, ¿quién nuestra hacienda vende
que así hace almoneda de ella?
¡Vive Cristo! ¡Que parece
plazuela de la cebada
su sala con nuestros bienes!
¿Quién está aquí? No está nadie,
por Dios, y si está no quiere
responder. No me respondas
que me huelgo de que eche
de ver que soy enemigo
de respondones. Con este
humor, sea bueno o sea malo
--si he de hablar discretamente--
estoy temblando de miedo,
pero como a mí de deje
el revoltoso de alhajas
libre mi dinero, llegue
y revuelva las maletas
una y cuatrocientas veces.
Mas, ¿qué veo? ¡Vive Dios
que en carbones lo convierte!
Duendecillo, duendecillo,
quienquiera que fuiste y eres,
el dinero que tú das
en lo que mandares vuelve;
mas lo que yo hurto, ¿por qué?

Salen don JUAN, don LUIS y don MANUEL

JUAN: ¿De qué das voces?
LUIS: ¿Qué tienes?
MANUEL: ¿Qué te ha sucedido? Habla.
COSME: Lindo desenfado es ése
si tienes por inquilino,

señor, en tu casa un duende.
¿Para qué nos recibiste
en ella? Un instante breve
que falté de aquí, la ropa
de tal modo y de tal suerte
hallé que toda esparcida
una almoneda parece.

JUAN: ¿Falta algo?

COSME: No falta nada,
el dinero solamente
que en esta bolsa tenía
que era mío, me convierte
en carbones.

LUIS: Sí, ya entiendo.

MANUEL: ¡Qué necia burla previene!
¡Qué fría y qué sin donaire.

JUAN: ¡Qué mala y qué impertinente!

COSME: ¡No es burla ésta, vive Dios!

MANUEL: Calla, que estás como sueles.

COSME: Es verdad; mas suelo estar
en mi juicio algunas veces.

JUAN: Quedaos con Dios y acostaos,
don Manuel, sin que os desvele
el duende de la posada,
y aconsejalde que intente
otras burlas al crïado.

Vase

LUIS: No en vano sois tan valiente
como sois, si habéis de andar
desnuda la espada siempre
saliendo de los disgustos
en que este loco os pusiere.

Vase

MANUEL: ¿Ves cuál me tratan por ti?
Todos por loco me tienen
porque te sufro. A cualquiera
parte que voy me suceden
mil desaires por tu causa.

COSME: Ya estás solo y no he de hacerte
burla mano a mano yo
porque solo en tercio puede
tirarse uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven
si no es verdad que salí
y esto, fuese quien se fuese,
hizo este estrago.

MANUEL: ¿Con eso
ahora disculparte quieres
de la necedad? Recoge

esto que esparcido tienes
y entra a acostarme.
COSME: Señor,
en una galera reme...
MANUEL: Calla, calla o ¡vive Dios,
que la cabeza te quiebre.
COSME: Pesaráme con extremo
que lo tal me sucediese.
Ahora bien, va de envasar
otra vez los adherentes
de mis maletas. ¡Oh, cielos,
quien en la trompeta tuviese
del juicio de las alhajas,
porque a una voz solamente
viniesen todas!
MANUEL: Alumbra,
Cosme.
COSME: ¿Pues qué te sucede,
señor? ¿Has hallado acaso
allá dentro alguna gente?
MANUEL: Descubrí la cama, Cosme,
para acostarme, y halléme
debajo de la toalla
de la cama este billete
cerrado. Y ya el sobrescrito
me admira más.
COSME: ¿A quién viene?
MANUEL: A mí, mas el modo extraño.
COSME: ¿Cómo dice?
MANUEL: Me suspende.

Lee

"Nadie me abra, porque soy
de don Manuel solamente."
COSME: Plega a Dios que no me creas
por fuerza. No le abras...¡tente!
...sin conjurarle primero.
MANUEL: Cosme, lo que me suspende
es la novedad no el miedo;
que quien admira no teme.

Lee

"Con cuidado me tiene vuestra salud, como
a quien fue la causa de su riesgo. Y así
agradecida y lastimada os suplico me
aviséis de ella y os sirváis de mí; que para
lo uno y lo otro habrá ocasión, dejando la
respuesta donde hallasteis ésta, advertido
que el secreto importa porque el día que lo
sepa alguno de los amigos, perderé yo el
honor y la vida."

COSME: ¡Extraño caso!
MANUEL: ¿Que extraño?
COSME: ¿Eso no te admira?
MANUEL: No.
Antes con esto llegó
a mi vida el desengaño.
COSME: ¿Cómo?
MANUEL: Bien claro se ve,
que aquella dama tapada
que tan ciega y tan turbada
de don Luis huyendo fue
era su dama. Supuesto,
Cosme, que no puede ser,
si es soltero, su mujer
y dado por cierto esto,
¿qué dificultad tendrá
que en la casa de su amante
tenga ella mano bastante
para entrar?
COSME: Muy bien está
pensado; mas mi temor
pasa adelante. Confieso
que es su dama y el suceso
te doy por bueno, señor,
pero ella, ¿cómo podía
desde la calle saber
lo que había de suceder
para tener este día
ya prevenido el papel?
MANUEL: Después de haberme pasado
pudo dárselo a un crïado.
COSME: Y, aún que se le diera, él,
¿cómo aquí ha de haberle puesto?
Porque ninguno aquí entró
desde que aquí quedé yo.
MANUEL: Bien pudo ser antes esto.
COSME: Sí, mas hallar trabucadas
las maletas y la ropa
y el papel escrito, topa
en más.
MANUEL: Mira si cerradas
estas ventanas están.
COSME: Y con aldabas y rejas.
MANUEL: Con mayor duda me dejas
y mil sospechas me dan.
COSME: ¿De qué?
MANUEL: No sabré explicallo.
COSME: En efecto, ¿qué has de hacer?
MANUEL: Escribir y responder
pretendo hasta averiguallo,
con estilo que parezca
que no ha hallado en mi valor
ni admiración ni temor;
que no dudo que se ofrezca

una ocasión en que demos,
viendo que papeles hay,
con quien los lleva y los trai.
COSME: ¿Y de aquesto no daremos
cuenta a los huéspedes?
MANUEL: No,
porque no tengo de hacer
mal alguno a una mujer
que así de mí se fïó.
COSME: Luego ya ofendes a quien
su galán pienses.
MANUEL: No tal,
pues sin hacerla a ella mal
puedo yo proceder bien.
COSME: No señor. Más hay aquí
de lo que a ti te parece.
Con cada discurso crece
mi sospecha.
MANUEL: ¿Cómo así?
COSME: Ves aquí que van y vienen
papeles, y que jamás,
aunque lo examines más,
ciertos desengaños tienen.
¿Qué creerás?
MANUEL: Que ingenio y arte
hay para entrar y salir
para cerrar, para abrir,
y que el cuarto tiene parte
por dónde. Y en duda tal
el juicio podré perder
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural.
COSME: ¿No hay duendes?
MANUEL: Nadie los vio.
COSME: ¿Familiares?
MANUEL: Son quimeras.
COSME: ¿Brujas?
MANUEL: Menos.
COSME: ¿Hechiceras?
MANUEL: ¡Qué error!
COSME: ¿Hay sucubos?
MANUEL: No.
COSME: ¿Encantadoras?
MANUEL: Tampoco.
COSME: ¿Mágicos?
MANUEL: Es necedad.
COSME: ¿Nigromantes?
MANUEL: Liviandad.
COSME: ¿Energúmenos?
MANUEL: ¡Qué loco!
COSME: ¡Vive Dios, que te cogí!
¿Diablos?
MANUEL: Sin poder notorio.
COSME: ¿Hay almas de purgatorio?
MANUEL: ¿Que me enamoren a mí?

¿Hay más necia bobería?
Déjame, que estás cansado.
COSME: En fin, ¿qué has determinado?
MANUEL: ¡Asistir de noche y día
con cuidados singulares!
Aquí el desengaño fundo.
No creas que hay en el mundo
ni duendes ni familiares.
COSME: Pues yo en efecto presumo
que algún demonio los trai;
que esto y más habrá donde hay
quien tome tabaco en humo.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen doña ÁNGELA,
doña BEATRIZ e ISABEL

BEATRIZ: Notables cosas me cuentas.
ÁNGELA: No te parezcan notables
hasta que sepas el fin
en que quedamos.
BEATRIZ: Quedaste
en que por el alacena
hasta su cuarto pasaste;
que es tan difícil de verse
como fue de abrirse fácil;
que le escribiste un papel
y que al otro día hallaste
la respuesta.
ÁNGELA: Digo, pues,
que tan cortés y galante
estilo no vi jamás,
mezclando entre lo admirable
del suceso lo gracioso,
imitando los andantes
caballeros a quien pasan
aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es éste.
Holgaréme que te agrade.

Lee ÁNGELA

"Fermosa dueña, cualquier que vos seáis,
la condolida de este afanado caballero,
y asaz piadosa minoráis sus cuitas, ruego
vos me queráis facer sabidor del follón
mezquino o pagano malandrín que en este
encanto vos amancilla, para que segunda
vegada en vueso nombre, sano yo de las
pasadas feridas, entre en descomunal
batalla; maguer que finque en ella, que
non es la vida de más pro que la muerte
tenudo a su deber un caballero. El dador
de la luz vos mampare, e a mí non olvide.

El caballero de la dama duende

BEATRIZ: Buen estilo por mi vida,
y a propósito el lenguaje
del encanto y la aventura.

ÁNGELA: Cuando esperé que con graves
admiraciones viniera
el papel, vi semejante
desenfado, cuyo estilo
quise llevar adelante,
y respondiéndole así,
pasé.
ISABEL: Detente, no pases;
aquí viene don Juan tu hermano.
ÁNGELA: Vendrá muy firme y amante
a agradecerse la dicha
de verte, Beatriz, y hablarte
en su casa.
BEATRIZ: No me pesa,
si hemos de decir verdades.

Sale don JUAN

JUAN: No hay mal que por bien no venga,
dicen adagios vulgares
y en mí se ve, pues que vienen
por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella,
que un pesar que vuestro padre
con vos tuvo, a nuestra casa
sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser
lisonjeros y agradables
como para vos mis gustos
para mí vuestros pesares.
Pues es fuerza que no sienta
desdichas, que han sido parte
de veros, porque hoy Amor
diversos efectos hace
en vos de pena y en mí
de gloria, bien como el áspid
de quien, si sale el veneno
también la trïaca sale.
Vos seáis muy bien venida
que, aunque es corto el hospedaje,
bien se podrá hallar un sol
en compañía de un ángel.
BEATRIZ: Pésames y parabienes
tan cortesmente mezclasteis
que no sé a qué responderos.
Disgustada con mi padre
vengo, la culpa tuvisteis
pues, aunque el galán no sabe,
sabe que por el balcón
hablé a noche, y mientras pase
el enojo, con mi prima
quiere que esté, porque hace
de su virtud confïanza.
Sólo os diré, y esto baste,

que los disgustos estimo
porque también en mí cause
Amor diversos efectos.
Bien como el sol cuando esparce
bellos rayos, que una flor
se marchita y otra nace.
Hiere el Amor en mi pecho
y es sólo un rayo bastante
a que se muera el pesar
y nazca el gusto de hallarme
en vuestra casa que ha sido
una esfera de diamante,
hermosa envidia de un sol
y capaz dosel de un ángel.

ÁNGELA: Bien se ve que de ganancia
hoy andáis los dos amantes
pues que me dais de barato
tantos favores.

JUAN: ¿No sabes,
hermana, lo que he pensado?
Que tú sólo por vengarte
del cuidado que te da
mi huésped, cuerda buscaste
huéspeda que a mí me ponga
en cuidado semejante.

ÁNGELA: Dices bien, y yo lo he hecho
sólo porque la regales.

JUAN: Yo me doy por muy contento
de la venganza.

BEATRIZ: ¿Qué haces,
don Juan? ¿Dónde vas?

JUAN: Beatriz,
es servirte, que dejarte
sólo a ti por ti pudiera.

ÁNGELA: Déjale ir.

JUAN: Dios os guarde.

Vase

ÁNGELA: Sí, cuidado con su huésped
me dio, y cuidado tan grande
que apenas sé de mi vida
y él de la suya no sabe.
Viéndote a ti con el mismo
cuidado, he de desquitarme
porque de huésped a huésped
estemos los dos iguales.

BEATRIZ: El deseo de saber
tu suceso fuera parte
solamente a no sentir
su ausencia.

ÁNGELA: Por no cansarte,
papeles suyos y míos
fueron y vinieron tales,

los suyos digo, que pueden
admitirse y celebrarse;
porque mezclando las veras
y las burlas no vi iguales
discursos.

BEATRIZ: Y él, en efecto,
¿qué es a lo que se persuade?

ÁNGELA: A que debo de ser dama
de don Luis, juntando partes
de haberme escondido de él
y de tener otra llave
del cuarto.

BEATRIZ: Sola una cosa
dificultad se me hace.

ÁNGELA: Di cuál es.

BEATRIZ: ¿Cómo este hombre,
viendo que hay quien lleva y trae
papeles, no te ha espïado
y te ha cogido en el lance?

ÁNGELA: No está eso por prevenir
porque tengo a sus umbrales
un hombre yo que me avisa
de quien entra y de quien sale.
Y así no pasa Isabel
hasta saber que no hay nadie.
Que ya ha sucedido, amiga,
un día entero quedarse
un crïado para verlo,
y haberle salido en balde
la diligencia y cuidado.
Y porque no se me pase
de la memoria...Isabel,
llévate aquel azafate
en siendo tiempo.

BEATRIZ: Otra duda...
¿Cómo es posible que alabes
de tan entendido un hombre
que no ha dado en casos tales
en el secreto común
de la alacena?

ÁNGELA: Ahora sabes
lo del huevo de Juanelo,
que los ingenios más grandes
trabajaron en hacer
que en un bufete de jaspe
se tuviese en pie, y Juanelo
con sólo llegar y darle
un golpecillo, le tuvo.
Las grandes dificultades
hasta saberse lo son;
que sabido, todo es fácil.

BEATRIZ: Otra pregunta.

ÁNGELA: Di cuál.

BEATRIZ: De tan locos disparates,
¿qué piensas sacar?

ÁNGELA: No sé.
Dijérate que mostrarme
agradecida y pasar
mis penas y soledades
si ya no fuera más que esto;
porque, necia e ignorante,
he llegado a tener celos
de ver que el retrato guarde
de una dama. Y aún estoy
dispuesta a entrar y tomarle
en la primera ocasión,
y no sé cómo declare;
que estoy ya determinada
a que me vea y me hable.
BEATRIZ: ¿Descubierta por quien eres?
ÁNGELA: ¡Jesús! ¡El cielo me guarde!
Ni él, pienso yo, que a un amigo
y huésped traición tan grande
hiciera. Pues a pensar
que soy dama suya, hace
escribirme temeroso,
cortés, turbado y cobarde;
y, en efecto, yo no tengo
de exponerme a ese desaire.
BEATRIZ: Pues, ¿cómo ha de verte?
ÁNGELA: Escucha,
y sabrás la más notable
traza, sin que yo al peligro
de verme en su cuarto pase
y él venga sin saber dónde.
ISABEL: Pon otro hermano a la margen
que viene don Luis.
ÁNGELA: Después
lo sabrás.
BEATRIZ: ¡Qué desiguales
son los influjos! Que el cielo
en igual mérito y partes
ponga tantas diferencias,
y tantas distancias halle,
que con un mismo deseo
uno obligue y otro canse.
Vamos de aquí, que no quiero
que don Luis llegue a hablarme.

Quiérese ir y sale don LUIS

LUIS: ¿Por qué os ausentáis así?
BEATRIZ: Sólo porque vos llegasteis.

LUIS: La luz más hermosa y pura
de quien el sol la aprendió,
¿huye porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura

si atrevido y descortés
en detenerte me ves;
que yo en esta contingencia
no quiero pedir licencia
porque tú no me la des;
que, estimando tu rigor
no quiere la suerte mía
--que aun esto que es cortesía--
tenga nombre de favor.
Ya sé que mi loco amor
en tus desprecios no alcanza
un átomo de esperanza.
Pero yo, viendo tan fuerte
rigor, tengo de quererte
por sólo tomar venganza.
Mayor gloria me darás
cuando más pena me ofrezcas;
pues cuando más me aborrezcas
tengo de quererte más.
Si de esto quejosa estás,
porque con sólo un querer
los dos vengamos a ser
entre el placer y el pesar
extremos, aprende a amar
o enseñarme a aborrecer.
Enséñame tú rigores;
yo te enseñaré finezas.
Enséñame tú asperezas;
yo te enseñaré favores.
Tú desprecios y yo amores,
tú olvido y yo firme sé;
aunque es mejor, porque dé
gloria al Amor, siendo dios,
que olvides tú por los dos
que yo por los dos querré.

BEATRIZ: Tan cortesmente os quejáis
que aunque agradecer quisiera
vuestras penas, no lo hiciera
sólo porque las digáis.

LUIS: Como tan mal me tratáis,
el idioma del desdén
aprendí.

BEATRIZ: Pues ése es bien
que digáis, que en caso tal
hará soledad le mal
a quien le dice también.

Detiénela

LUIS: Oye, si acaso te vengas
y padezcamos los dos.

BEATRIZ: No he de escucharos. ¡Por Dios,
amiga, que le detengas.

Vase

ÁNGELA: ¿Que tan poco valor tengas
que esto quieras oír y ver?
LUIS: Ay hermana, ¿qué he de hacer?
ÁNGELA: Dar tus penas al olvido;
que querer aborrecido
es morir y no querer.

Vase [ÁNGELA] con ISABEL

LUIS: Quejoso, ¿cómo podré
olvidarla? ¡Que es error!
Dile que me haga un favor
y obligado olvidaré.
Ofendido no, porque
el más prudente, el más sabio,
da su sentimiento al labio.
Si olvidarse el favor suele,
es porque el favor no duele
de la suerte que el agravio.

Sale RODRIGO

RODRIGO: ¿De dónde vienes?
LUIS: No sé.
RODRIGO: Triste parece que estás.
¿La causa no me dirás?
LUIS: Con doña Beatriz hablé.
RODRIGO: No digas más, ya se ve
en ti lo que respondió.
Pero, ¿dónde está? Que yo
no la he visto.
LUIS: La tirana
es huéspeda de mi hermana
unos días, porque no
me falte un enfado así
de un huésped; que cada día
mis hermanos, a porfía,
se conjuran contra mí.
Pues cualquiera tiene aquí:
uno que pesar me dé
de don Manuel, ya se ve;
y de Beatriz, pues los cielos
me traen a casa mis celos
porque sin ellos no esté.
RODRIGO: Mira que don Manuel puede
oírte, que viene allí.

Sale don MANUEL

MANUEL: Sólo en el mundo por mí
tan gran prodigio sucede.
¿Qué haré, cielos, con que quede
desengañado y saber
de una vez si esta mujer
de don Luis dama ha sido?
¿O cómo mano ha tenido
y cautela para hacer

tantos engaños?
LUIS: ¿Señor
don Manuel?
MANUEL: ¿Señor don Luis?
LUIS: ¿De dónde bueno venís?
MANUEL: De palacio.
LUIS: Grande error
el mío fue en preguntar,
a quien pretensiones tiene,
dónde va ni dónde viene
porque es fuerza que ha de dar
cualquiera línea en palacio
como centro de su esfera.
MANUEL: Si solo a palacio fuera,
estuviera más de espacio
pero mi afán inmortal
mayor término ha pedido.
Su majestad ha salido
esta tarde al Escorial
y en fuerza esta noche ir
con mis despachos allá;
que de importancia será.
LUIS: Si ayudaros a servir
puedo en algo, ya sabéis
que soy en cualquier suceso
vuestro.
MANUEL: Las manos os beso
por la merced que me hacéis.
LUIS: Ved que no es lisonja esto.
MANUEL: Ya veo, que es voluntad
de mi aumento.
LUIS: Así es verdad.
(porque negocies más presto.) **Aparte**
MANUEL: Pero a un galán cortesano
tanto como vos, no es justo
divertirle de su gusto
porque yo tengo por llano
que estaréis entretenido
y gran desacuerdo fuera
que ausentaros pretendiera.
LUIS: Aunque hubiérades oído
lo que con Rodrigo hablaba,
no respondierais así.
MANUEL: Luego, ¿bien he dicho?
LUIS: Sí,
que aunque es verdad que lloraba

de una hermosura el rigor
a la firme voluntad
le hace tanta soledad
el desdén como el favor.

MANUEL: ¡Qué desvalido os pintáis!

LUIS: Amo una grande hermosura,
sin estrella y sin ventura.

MANUEL: ¿Conmigo disimuláis
agora?

LUIS: ¡Pluguiera al cielo!
Mas tan infeliz nací
que huye esta beldad de mí
como de la noche el velo,
de la hermosa luz del día
a cuyos rayos me quemo.
¿Queréis ver con cuanto extremo
es la triste suerte mía?
Pues, porque no la siguiera,
amante y celoso yo
a una persona pidió
que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores más fieros
pues todos suelen buscar
terceros para alcanzar,
¿y ella huye por terceros?

Vase él y RODRIGO

MANUEL: ¿Qué más se ha de declarar?
¿Mujer que su vista huyó
y a otra persona pidió
que le llegase a estorbar?
Por mí lo dice y por ella.
Ya por lo menos vencí
una duda, pues ya vi
que aunque es verdad que es aquélla,
no es su dama, porque él
despreciado no viviera
si en su casa la tuviera.
Ya es mi duda más crüel.
Si no es su dama ni vive
en su casa, ¿cómo así
escribe y responde? Aquí
muere un engaño y concibe
otro engaño. ¿Qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones
confusión de confusiones.
¡Válgate Dios por mujer!

Sale COSME

COSME: Señor, ¿qué hay de dueño? ¿Acaso
hasle visto por acá?

Que de saber que no está
allá, me holgaré.
MANUEL: Habla paso.
COSME: Que tengo mucho que hacer
en nuestro cuarto y no puedo
entrar.
MANUEL: ¿Pues, qué tienes?
COSME: Miedo.
MANUEL: ¿Miedo un hombre ha de tener?
COSME: No le ha de tener, señor.
Pero ve aquí que le tiene
porque al suceso conviene.
MANUEL: Deja aqueste necio humor
y lleva luz, porque tengo
de disponer de escribir
y esta noche he de salir
de Madrid.
COSME: A eso me atengo
pues dices con eso aquí
que tienes miedo al suceso.
MANUEL: Antes te he dicho con eso
que no hago caso de ti.
Pues de otras cosas me acuerdo
que son diferentes. Cuando
en éstas me estás hablando,
el tiempo, en efecto, pierdo.
En tanto que me despido
de don Juan, ten luz.

Vase

COSME: Sí haré.
Luz al duende llevaré
que es hora que sea servido
y no esté a escuras. Aquí
ha de haber una cerilla
en aquella lamparilla
que está murmurando allí.
Encenderla agora puedo.
¡Oh qué prevenido soy!
Y entre éstas y esotras voy
titiritando de miedo.

Vase y sale ISABEL por la alacena con una azafate cubierto

ISABEL: Fuera están, que así el crïado
me lo dijo. Ahora es tiempo
de poner este azafate
de ropa blanca en el puesto
señalado. ¡Ay de mí, triste!
Que como es de noche tengo
con la grande oscuridad

de mí misma asombro y miedo.
¡Válgame Dios, que temblando
estoy! El duende primero
soy que se encomienda a Dios.
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?
Con la turbación y espanto
perdí de la sala el tiento.
No sé donde estoy ni hallo
la mesa. ¿Qué he de hacer, cielos?
Si no acertase a salir
y me hallasen aquí dentro,
dábamos con todo el caso
al traste. Gran temor tengo,
y más agora, que abrir
la puerta del cuarto siento;
y trae luz el que la abre.
Aquí dio fin el suceso
que ya ni puedo esconderme
ni volver a salir puedo.

Sale COSME con luz

COSME: Duende mi señor, si acaso
obligan los rendimientos
a los duendes bien nacidos,
humildemente le ruego
que no se acuerde de mí
en sus muchos embelecos,
y esto por cuatro razones.
La primera, yo me entiendo.

Va andando e ISABEL detrás de él
huyendo de que no la vea

La segunda, usted lo sabe.
La tercera, por aquello
de que al buen entendedor.
La cuarta, por estos versos.
"Señor, dama duende, duélase de mí
que soy niño y solo y nunca en tal me vi."
ISABEL: Ya con la luz he cobrado
el tino del aposento,
y él no me ha visto. Si aquí
se la mato, será cierto
que mientras la va a encender
salir a mi cuarto puedo;
que cuando sienta el rüido
no me verá por lo menos
y, a dos daños el menor.
COSME: ¿Qué gran músico es el miedo!
ISABEL: Esto ha de ser de esta suerte.

Dale un porrazo y mátale la luz

COSME: ¡Verbo caro fiteor Deo!
¡Que me han muerto!
ISABEL: Ahora podré
escaparme.

Al querer huír ISABEL, sale don MANUEL

MANUEL: ¿Qué es aquesto?
Cosme, ¿cómo estás sin luz?
COSME: Como a los dos nos ha muerto
la luz el duende de un soplo
y a mí de un golpe.
MANUEL: Tu miedo
te hará creer esas cosas.
COSME: Bien a mi costa las creo.
ISABEL: (¡Oh, si la puerta topase!) **Aparte**
MANUEL: ¿Quién está aquí?

Topa ISABEL con don MANUEL y él la tiene del azafate

ISABEL: (Peor es esto; **Aparte**
que con el amo he encontrado.)
MANUEL: Trae luz, Cosme, que ya tengo
a quién es.
COSME: Pues, no le sueltes.
MANUEL: No haré. Ve por ella presto.
COSME: Tenle bien.

Vase

ISABEL: (Del azafate **Aparte**
asió. En sus manos le dejo.
Hallé la alacena. ¡Adiós!

Vase, y él tiene el azafate

MANUEL: Quienquiera que es, se está quedo
hasta que traigan la luz
porque si no, ¡vive el cielo!,
que le dé de puñaladas.
Pero sólo abrazo el viento
y topo sólo una cosa
de ropa, y de poco peso.
¿Qué será? ¡Válgame Dios!
¡Que en más confusión me ha puesto!

Sale COSME con luz

COSME: Téngase el duende a la luz.
Pues, ¿qué es de él? ¿No estaba preso?
¿Qué se hizo? ¿Dónde está?
¿Qué es esto, señor?
MANUEL: No acierto
a responder. Esta ropa
me ha dejado, y se fue huyendo.
COSME: ¿Y qué dices de este lance?
Aún bien que agora tú mesmo
dijiste que le tenías
y se te fue por el viento.
MANUEL: Diré que aquesta persona,
que con arte y con ingenio
entra y sale aquí, esta noche
estaba encerrada dentro,
que para poder salir
te mató la luz y luego
me dejó a mí el azafate
y se me ha escapado huyendo.
COSME: ¿Por dónde?
MANUEL: Por esa puerta.
COSME: Harásme que pierda el seso.
¡Vive Dios!, que yo le vi
a los últimos reflejos
que al pavesa dejó
de la luz que me había muerto.
MANUEL: ¿Qué forma tenía?
COSME: Era un fraile
tamañito, y tenía puesto
un cucurucho tamaño
que por estas señas creo
que era duende capuchino.
MANUEL: ¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí y lo que trujo
el frailecito veremos.
Ten este azafate tú.
COSME: ¿Yo? ¿Azafates del infierno?
MANUEL: Tenle pues.
COSME: Tengo las manos
sucias, señor, con el sebo
de la vela, y mancharé
el tafetán, que cubierto
le tiene. Mejor será
que le pongas en el suelo.
MANUEL: Ropa blanca es, y un papel.
Veamos si el fraile es discreto.

Lee

"En el poco tiempo que ha que vivís en esta
casa, no se ha podido hacer más ropa. Como
se fuere haciendo, se irá llevando. A lo
que decís del amigo, persuadido a que soy

dama de don Luis, os aseguro que no sólo [no]
lo soy, pero que no puedo serlo. Y esto dejo
para la vista, que será presto. Dios os
guarde."

Bautizado está este duende
pues de Dios se acuerda.

COSME: ¿Veslo?
¿Cómo hay duende religioso?

MANUEL: Muy tarde es. Ve componiendo
las maletas y cojines
y en una bolsa pon estos

Dale unos papeles

papeles, que son el todo
a que vamos, que yo intento
en tanto dejar respuesta
a mi duende.

Pónelos sobre una silla y don MANUEL escribe

COSME: Aquí los quiero,
para que no se me olviden
y estén a mano, ponerlos
mientras me detengo un rato
solamente a decir esto.
¿Has creído ya que hay duendes?

MANUEL: ¡Qué disparate tan necio!

COSME: ¿Esto es disparate? ¿Ves
tú mismo tantos efectos
como venirse a tus manos
un regalo por el viento,
y aún dudas? Pero bien haces
si a ti te va bien con eso;
mas déjame a mí que yo,
que peor partido tengo,
lo crea.

MANUEL: ¿De qué manera?

COSME: De esta manera lo pruebo.
Si nos revuelven la ropa,
te ríes mucho de verlo,
y yo soy quien la compone
que no es trabajo pequeño.
Si a ti te dejan papeles
y te llevan dos conceptos,
a mí me dejan carbones
y se llevan mi dinero.
Si traen dulces, tu te huelgas
como un padre de comerlos
y yo ayuno como un puto
pues ni los toco ni veo.

Si a ti te dan las camisas,
las valonas y pañuelos,
a mí los sustos me dan
de escucharlo y de saberlo.
Si, cuando los dos venimos
aquí casi a un mismo tiempo,
te dan a ti un azafate
tan aseado y compuesto,
a mí me da un mojicón
en aquestos pestorejos
tan descomunal y grande
que me hace escupir los sesos.
Para ti sólo, señor,
es el gusto y el provecho,
para mí el susto y el daño;
y tiene el duende en efecto
para ti mano de lana,
para mí mano de hierro.
Pues, déjame que lo crea,
que se apura el sufrimiento,
queriendo negarle a un hombre
lo que está pasando y viendo.

MANUEL: Has las maletas y vamos;
que allá en el cuarto te espero
de don Juan.

COSME: Pues, ¿qué hay que hacer,
si allá vestido de negro
has de andar, y esto se hace
con tomar un herreruelo?

MANUEL: Deja cerrado y la llave
lleva, que si en este tiempo
hiciera falta, otra tiene
don Juan. Confuso me ausento
por no llevar ya sabido
esto que ha de ser tan presto;
pero no importa al honor
de mi casa y de mi aumento,
y otro solamente a un gusto,
y así entre los dos extremos
donde el honor es lo más,
todo lo demás en menos.

Vanse. Salen doña ÁNGELA,
doña BEATRIZ e ISABEL

ÁNGELA: ¿Eso te ha sucedido?

ISABEL: Ya todo el embeleco vi perdido
porque si allí me viera
fuerza, señora, fuera
el descubrirse todo,
pero en efecto me escapé del modo
que te dije.

ÁNGELA: Fue extraño
suceso.

BEATRIZ: Y ha de dar fuerza al engaño.
¡Sin haber visto gente
ver que dé un azafate y que se ausente.
ÁNGELA: Si tras de esto consigo
que me vea del modo que te digo,
no dudo de que pierda
el juicio.
BEATRIZ: La atención más grave y cuerda
es fuerza que se espante,
Ángela, con suceso semejante.
Porque querer llamarle
sin saber dónde viene y que se halle
luego con una dama
tan hermosa, tan rica y de tal fama
sin que sepa quién es, ni dónde vive,
--que esto es lo que tu ingenio se apercibe--
y haya tapado y ciego
de volver a salir y dudar luego,
¿a quién no ha de admirar?
ÁNGELA: Todo advertido
está ya, y por estar tú aquí no ha sido
hoy la noche primera,
que ha de venir a verme.
BEATRIZ: ¿No supiera
yo callar el suceso
de tu amor?
ÁNGELA: Que no prima, no es por eso,
sino que estando en casa
tú, como a mis hermanos les abrasa
tu amor, no salen de ella,
adorando los rayos de tu estrella,
y fuera aventurarme
no ausentándose ellos, empeñarme.

Sale don LUIS al paño

LUIS: ¡Oh cielos! ¿Quién pudiera
disimular su afecto? ¿Quién pusiera
límite al pensamiento,
freno a la voz, y ley al sentimiento?
Pero ya que conmigo
tan poco puedo que esto no consigo,
desde aquí he de ensayarme
a vencer mi pasión, y reportarme.
BEATRIZ: Yo diré de que suerte
se podrá disponer, para no hacerte
mal tercio y para hallarme
aquí, porque sintiera el ausentarme
sin que el efecto viera
que deseo.
ÁNGELA: Pues di, ¿de qué manera?
LUIS: ¿Qué es lo que las dos tratan
que de su mismo aliento se recatan?
BEATRIZ: Las dos publicaremos

que mi padre envió por mí, y haremos
la deshecha con modos
que, teniéndome ya por ida todos,
vuelva a quedarme en casa.

LUIS: ¿Qué es esto, cielos? ¡Que en mi agravios pasa!

BEATRIZ: Y oculta con secreto
sin estorbos podré ver el efecto...

LUIS: ¿Qué es esto, cielo injusto?

BEATRIZ: ...que ha de ser para mí de tanto gusto.

ÁNGELA: Y luego, ¿qué diremos
de verte aquí otra vez?

BEATRIZ: Pues, ¿no tendremos
--qué mal eso te admira--
ingenio para hacer otra mentira?

LUIS: Sí, tendréis. ¿Qué esto escucho?
Con nuevas penas y tormentos lucho.

BEATRIZ: Con esto, sin testigos y en secreto
de este notable amor veré el efecto,
pues estando escondida
yo, y estando la casa recogida,
sin escándalo arguyo
que pasar pueda de su cuarto al tuyo.

LUIS: Bien claramente infiero
--cobarde vivo y atrevido muero--
su intención. Más dichoso
mi hermano la merece. Estoy celoso.
A darle se prefiere
la ocasión que desea, y así quiere
que de su cuarto pase
sin que nadie lo sepa, y yo me abrase.
Y porque sin testigos
se logren --¡oh, enemigos!--
mintiendo mi sospecha,
quiere hacer conmigo la deshecha.
Pues si esto es así, cielo,
para el estorbo de su amor apelo.
Y cuando esté escondida,
buscando otra ocasión, con atrevida
resolución veré toda la casa
hasta hallarla, que el fuego que me abrasa
ya no tiene otro medio;
que el estorbar es último remedio
de un celoso. Valedme, santos cielos,
que abrasado de amor, muero de celos.

Vase

ÁNGELA: Está bien prevenido
y mañana diremos que te has ido.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Hermana, Beatriz bella?

BEATRIZ: Ya te echábamos menos.

JUAN: ¿Si mi estrella
tantas dichas mejora
que me eche menos vuestro sol, señora?
De mí mismo envidioso
tendré mi mismo bien por sospechoso;
que posible no ha sido
que os haya merecido
mi amor ese cuidado,
y así de mí envidioso y envidiado
tendré en tan dulce abismo
yo lástima, y envidia de mí mismo.
BEATRIZ: Contradecir no quiero
argumento, don Juan, tan lisonjero
que quien ha dilatado
tanto el venirme a ver y me ha olvidado,
¿quién duda que estaría
bien divertido? Sí, y allí tendría
envidia a su ventura
y lástima, perdiendo la hermosura
que tanto le divierte.
Luego, claro se prueba de esta suerte,
con cierto silogismo,
la lástima y envidia de sí mismo.
JUAN: Si no fuera ofenderme y ofenderos,
intentara, Beatriz, satisfaceros
con deciros que he estado
con don Manuel, mi huésped, ocupado,
agora en su partida
porque se fue esta noche.
ÁNGELA: ¡Ay de mi vida!
JUAN: ¿De qué, hermana, es el susto?
ÁNGELA: Sobresalta un placer como un disgusto.
JUAN: Pésame que no sea
placer cumplido el que tu pecho vea.
Pues, volverá mañana.
ÁNGELA: (Vuelva a vivir una esperanza vana.) **Aparte**
Ya yo me había espantado
que tan de paso nos venía el enfado
que fue siempre importuno.
JUAN: Yo no sospecho que te dé ninguno,
sino que tú y don Luis mostráis disgusto
por ser cosa en que yo he tenido gusto.
ÁNGELA: No quiero responderte
aunque tengo bien qué, y es por no hacerte
mal juego siendo agora
tercero de tu amor, pues nadie ignora
que ejerce Amor las flores de fullero,
mano a mano, mejor que con tercero.

[Aparte a ISABEL]

Vente, Isabel, conmigo
que aquesta noche misma a traer me obligo
el retrato, pues puedo

pasar con más espacio y menos miedo.
Tenme tú prevenida
una luz, y en que pueda ir escondida,
porque no ha de tener contra mi fama
quien me escribe, retrato de otra dama.

Vanse

BEATRIZ: No creo que te debo
tantas finezas.
JUAN: Los quilates pruebo
en su fe, porque es mucha,
en un discurso.
BEATRIZ: Dile.
JUAN: Atiende, escucha.

Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera,
mi amor tan firme, mi afición tan rara,
que, aunque yo no quererte deseara,
contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera
que, a poder olvidarte, te olvidara
porque después por elección te amara.
Fuera gusto mi amor y no ley fuera.
Quien quiere a una mujer, porque no puede
olvidalla, no obliga con querella
pues nada el albedrío la concede.
Yo no puede olvidarte, Beatriz bella,
y siento el ver que tan ufana quede
con la victoria de tu amor mi estrella.

BEATRIZ: Si la elección se debe al albedrío,
y la fuerza al impulso de una estrella,
voluntad más segura será aquélla
que no viva sujeta a un desvarío.
Y así de tus finezas desconfío,
pues mi fe, que imposible atropella,
si viera a mi albedrío andar sin ella,
negara, ¡vive el cielo!, que era mío.
Pues aquel breve instante que gastara
en olvidar para volver a amarte
sintiera que mi afecto me faltara.
Y huélgome de ver que no soy parte
para olvidarte, pues que no te amara
el rato que tratara de olvidarte.

Vanse y sale don MANUEL tras COSME que viene huyendo

MANUEL: ¡Vive Dios! Si no mirara...
COSME: Por eso miras.
MANUEL: ...que fuera
infamia mía, que hiciera

un desatino.
COSME: Repara
en que te he servido bien,
y un descuido no está en mano
de un católico cristiano.
MANUEL: ¿Quién ha de sufrirte? ¿Quién?
Si lo que más importó
y lo que más te he encargado
es lo que más se ha olvidado.
COSME: Pues por eso se olvidó,
por ser lo que me importaba;
que si importante no fuera,
en olvidarse, ¿qué hiciera?
¡Viven los cielos! Que estaba
tan cuidadoso en traer
los papeles, que por eso
los puse aparte, y confieso
que el cuidado vino a ser
el mismo que me dañó;
pues si aparte no estuvieran
con los demás se vinieran.
MANUEL: Harto es que se te acordó
en la mitad del camino.
COSME: Un gran cuidado llevaba
sin saber qué le causaba;
que le juzgué a desatino,
hasta que en el caso di
y supe que era el cuidado
el habérseme olvidado
los papeles.
MANUEL: Di que allí
el mozo espere teniendo
las mulas, porque también
llegar con ruido no es bien,
despertando a quien durmiendo
está ya; pues puedo entrar
supuesto que llave tengo
y el despacho por quien vengo
sin ser sentido sacar.
COSME: Ya el mozo queda advertido;
mas considera, señor,
que sin luz es grande error
querer hallaros, y el ruido
excusarse no es posible
porque si luz no nos dan,
en el cuarto de don Juan,
¿cómo hemos de ver?
MANUEL: Terrible
es tu enfado. ¿Agora quieres
que le alborote y le llame?
Pues, ¿no sabrás--Dime, infame,
que causa de todo eres--
por el tiento, dónde fue
donde quedaron?
COSME: No es ésa

la duda; que yo a la mesa
donde sé que los dejé
iré a ciegas.
MANUEL: Abre presto.
COSME: Lo que a mi temor responde
es que no sabré yo adonde
el duende los habrá puesto,
porque ¿qué cosa he dejado
que haya vuelto a hallarlo yo
en la parte que quedó?
MANUEL: Si lo hubiere mudado,
luz entonces pediremos;
pero hasta verlo, no es bien
que alborotemos a quien
buen hospedaje debemos.

Vanse y salen por la alacena doña ÁNGELA e ISABEL

ÁNGELA: Isabel, pues recogida
está la casa y es dueño
de los sentidos el sueño,
ladrón de la media vida,
y sé que el huésped se ha ido,
robarle el retrato quiero
que vi en el lance primero.
ISABEL: Entra quedo, y no hagas ruido.
ÁNGELA: Cierra tú por allá fuera
y hasta venirme a avisar
no saldré yo, por no dar
en más riesgo.
ISABEL: Aquí me espera.

Vase ISABEL, cierra la alacena y salen, como a escuras, don MANUEL y COSME

COSME: Ya está abierto.
MANUEL: Pisa quedo,
que si aquí sienten rumor
será alboroto mayor.
COSME: ¿Creerásme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
teneros luz encendida.
ÁNGELA: La luz que truje escondida,
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya
de descubrir.

Ellos están apartados y ella saca una luz de una linterna que trae cubierta

COSME: Nunca ha andado

el duende tan bien mandado.
¡Qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí
si te quiere bien el duende
pues que para ti la enciende
y la apaga para mí.

MANUEL: ¡Válgame el cielo! Ya es
esto sobre natural;
que traer con prisa tal
luz, no es obra humana.

COSME: ¿Ves
como a confesar viniste
que es verdad?

MANUEL: ¡De mármol soy!
Por volverme atrás estoy.

COSME: Mortal eres. Ya temiste.

ÁNGELA: Hacia aquí la mesa veo
y con papeles está.

COSME: Hacia la mesa se va.

MANUEL: ¡Vive Dios! Que dudo y creo
una admiración tan nueva.

COSME: ¿Ves como nos va guiando
lo que venimos buscando,
sin que veamos quién la lleva?

[Doña ÁNGELA] saca la luz de la linterna, pónela en un candelero que habrá en la mesa, y toma una silla y siéntase de espadas a los dos

ÁNGELA: Pongo aquí la luz y agora
la escribanía veré.

MANUEL: Aguarda, que a los reflejos
de la luz todo se ve,
y no vi en toda mi vida
tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Hidras a mi parecer
son los prodigios, pues de uno
nacen mil. Cielos, ¿qué haré?

COSME: De espacio lo va tomando,
silla arrastra.

MANUEL: Imagen es
de la más rara beldad
que el soberano pincel
ha obrado.

COSME: Así es verdad
porque sólo la hizo Él.

MANUEL: Mas que la luz resplandecen
sus ojos.

COSME: Lo cierto es
que son sus ojos luceros
del cielo de Lucifer.

MANUEL: Cada cabellos es un rayo

del sol.
COSME: Hurtáronlos de él.
MANUEL: Una estrella es cada rizo.
COSME: Sí será, porque también
se las trujeron acá
o una parte de las tres.
MANUEL: No vi más rara hermosura.
COSME: No dijeras eso, a fe,
si el pie la vieras, porque estos
son malditos por el pie.
MANUEL: Un asombro de belleza,
un ángel hermoso es.
COSME: Es verdad, pero patudo.
MANUEL: ¿Qué es eso que querrá hacer
con mis papeles?
COSME: Yo apuesto
que querrá mirar y ver
los que buscas, porque aquí
tengamos menos que hacer;
que es duende muy servicial.
MANUEL: ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Nunca me he visto cobarde
sino sola aquesta vez.
COSME: Yo sí, muchas.
MANUEL: Y calzado
de prisión de hielo el pie,
tengo el cabello erizado,
y cada suspiro es
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel.
Mas, ¿yo he de tener temor?
¡Vive el cielo! Que he de ver
si sé vencer un encanto.

Llega [don MANUEL] y ásela

Ángel, demonio o mujer,
a fe que no has de librarte
de mis manos esta vez.
ÁNGELA: (¡Ay, infelice de mí! **Aparte**
Fingida su ausencia fue.
¡Más ha sabido que yo!)
COSME: De parte de Dios--¡aquí es
Troya del diablo--nos di...
ÁNGELA: (Mas yo disimularé.) **Aparte**
COSME: ...quién eres. ¿Y qué nos quieres?
ÁNGELA: Generoso don Manuel
Enríquez, a quien está
guardado un inmenso bien,
no me toques, no me llegues
que llegarás a perder
la mayor dicha que el cielo
te previno por merced
del hado, que te apadrina

por decreto de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
en el último papel
que nos veríamos presto,
y anteviendo aquesto fue.
Y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me ves,
en la más humana forma
que he podido elegir. Ve
en paz, y déjame aquí,
porque aún cumplido nos es
el tiempo en que mis sucesos
has de alcanzar y saber.
Mañana los sabrás todos
y mira que a nadie des
parte de esto si no quieres
una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME: Pues con la paz
nos convida, señor, ¿qué
esperamos?

MANUEL: ¡Vive Dios!
¿Qué corrido de temer
vanos asombros estoy!
Y puesto que no los cree
mi valor, he de apurar
todo el caso de una vez.
Mujer, quienquiera que seas
--que no tengo de creer
que eres otra cosa nunca--
¡vive Dios!, que he de saber
quién eres, cómo has entrado
aquí, con qué fin, y a qué.
Sin esperar a mañana
esta dicha gozaré.
Si demonio, por demonio;
y si mujer, por mujer;
que a mi esfuerzo no le da
qué recelar ni temer
tu amenaza cuando fueras
demonio...Aunque yo bien sé
que, teniendo cuerpo tú,
demonio no puede ser
sino mujer.

COSME: Todo es uno.

ÁNGELA: No me toques, que a perder
echas una dicha.

COSME: Dice
el señor diablo muy bien.
No la toques, pues no ha sido
arpa, laúd ni rabel.

MANUEL: Si eres espíritu, agora
con la espada lo veré
pues aunque te hiera aquí
no ha de poderte ofender.

ÁNGELA: ¡Ay de mí! Detén la espada.
Sangriento el brazo detén.
Que no es bien que des la muerte
a una infelice mujer.
Yo confieso que lo fui
y, aunque es delito el querer,
no delito que merezca
morir mal por querer bien.
No manches, pues, no desdores
con mi sangre el rosicler
de ese acero.
MANUEL: Di, ¿quién eres?
ÁNGELA: Fuerza el decirlo ha de ser,
porque no puedo llevar
tan al fin como pensé
este amor, este deseo,
esta verdad, y esta fe.
Pero estamos a peligro,
si nos oyen o nos ven,
de la muerte porque soy
mucho más de lo que ves.
Y así es fuerza, por quitar
estorbos que puede haber,
cerrar, señor, esa puerta
y aun la del portal también
porque no puedan ver luz
si acaso vienen a ver
quién anda aquí.
MANUEL: Alumbra, Cosme.
Cerremos las puertas. ¿Ves
como es mujer y no duende?
COSME: ¿Yo no lo dije también?

Vanse los dos

ÁNGELA: Cerrada estoy por de fuera.
Ya, cielos, fuerza ha de ser
decir la verdad, supuesto
que me ha cerrado Isabel
y que el huésped me ha cogido
aquí.

Sale ISABEL a la alacena

ISABEL: ¡Ce, señora, ce!
Tu hermano por ti pregunta.
ÁNGELA: Bien sucede. Echa el cancel
de la alacena. ¡Ay, Amor,
la duda se queda en pie!

Vanse y cierran la alacena y vuelva[n] a salir don MANUEL y COSME

MANUEL: Ya están cerradas las puertas.
Proseguid, señora, haced
relación. Pero, ¿qué es esto?
¿Dónde está?
COSME: Pues yo, ¿qué sé?
MANUEL: ¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve adelante.
COSME: Yendo a pie
es, señor, descortesía
ir yo delante.
MANUEL: Veré
todo el cuarto. Suelta digo.

Tome la luz

COSME: Digo que suelto.
MANUEL: Crüel
es mi suerte.
COSME: Aun bien, que agora
por la puerta no se fue.
MANUEL: Pues, ¿por dónde pudo irse?
COSME: Eso no alcanzo yo. ¿Ves?
Siempre te lo he dicho yo
como es diablo y no mujer.
MANUEL: ¡Vive Dios!, que he de mirar
todo este cuarto, hasta ver
si debajo de los cuadros
rota está alguna pared,
si encubren estas alfombras
alguna cueva, y también
la bobedillas del techo.
COSME: Solamente aquí se ve
esta alacena.
MANUEL: Por ella
no hay que dudar ni temer,
siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demás ven.
COSME: Yo no soy nada mirón.
MANUEL: Pues no tengo de creer
que es fantástica su forma,
puesto que llego a temer
la muerte.
COSME: También llegó
a adivinar y saber
que a sólo verla esta noche
habíamos de volver.
MANUEL: Como sombra se mostró,
fantástica su luz fue.
Pero como cosa humana
se dejó tocar y ver.
Como mortal se temió,
receló como mujer,
como ilusión se deshizo,

como fantasma se fue.
Si doy la rienda al discurso,
no sé, vive Dios, no sé
ni qué tengo de dudar
ni qué tengo de creer.

COSME: Yo sí.

MANUEL: ¿Qué?

COSME: Que es mujer diablo.
Pues que novedad no es,
pues la mujer es demonio
todo el año, que una vez
por desquitarse de tantas
sea el demonio mujer.

Vanse

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

TERCERA JORNADA

Sale don MANUEL como a escuras, guiándole ISABEL

ISABEL: Espérame en esta sala,
luego saldrá a verte aquí
mi señora.

Vase como cerrando

MANUEL: No está mala
la tramoya. ¿Cerró? Sí.
¿Qué pena a mi pena iguala?
Yo volví del Escorial
y este encanto peregrino,
este pasmo celestial,
que a traerme la luz vino
y me deja en duda igual,
me tiene escrito un papel
diciendo muy tierna en él,
"Si vos atrevéis a venir
a verme, habéis de salir
esta noche, con aquel
criado que os acompaña.
Dos hombres esperarán
en el cementerio--¡extraña
parte!--de San Sebastián,
y una silla." Y no me engaña.
En ella entré y discurrí
hasta que el tino perdí
y, al fin, a un portal de horror
lleno de sombra y temor,
solo y a escuras salí.
Aquí llegó una mujer
--al oír y al parecer--
y a escuras y por el tiento
de aposento en aposento
sin oír, hablar, ni ver,
me guió. Pero ya veo
luz, por el resquicio es
de una puerta. Tu deseo
lograste, Amor, pues ya ves
la dama. Aventuras leo.

Acecha

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!

Salen todas las mujeres con toallas, conservas y agua y, haciendo reverencias todas, salen doña Angela [y doña BEATRIZ] ricamente vestida[s]

ÁNGELA: Pues presumen que eres ida
a tu casa mis hermanos,
quedándote aquí escondida,
los recelos serán vanos
porque una vez recogida,
ya no habrá que temer nada.
BEATRIZ: ¿Y qué ha de ser mi papel?
ÁNGELA: Agora el de mi crïada,
luego el de ver retirada
lo que pasa con él.

[A don MANUEL]

¿Estaréis muy disgustado
de esperarme?
MANUEL: No, señora,
que quien espera al aurora,
bien sabe que su cuidado
en la sombras sepultado
de la noche oscura y fría
ha de tener; y así hacía
gusto el pesar que pasaba
pues cuanto más se alargaba,
tanto más llamaba al día.
Si bien no era menester
pasar noche tan oscura
si el sol de vuestra hermosura
me había de amanecer;
que, para resplandecer,
vos soberano arrebol,
la sombra ni el tornasol
de la noche no os había
de estorbar, que sois el día
que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
y pasa a la dulce salva
[.....el alba;]
que ilumina mas no dora
después el alba. La aurora,
de rayos y luz escasa,
dora más no abrasa. Pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol, y sólo el sol

dora, ilumina y abrasa.
El alba para brillar
quiso a la noche seguir.
La aurora para lucir
al alba quiso imitar.
El sol, deidad singular,
a la aurora desafía.
Vos al sol. Luego, la fría
noche no era menester
si podéis amanecer
sol del sol después del día.

ÁNGELA: Aunque agradecer debiera
discurso tan cortesano,
quejarme quiero, no en vano,
de ofensa tan lisonjera.
Pues, no siendo ésta la esfera
a cuyo noble ardimiento
fatigas padece el viento
sino un albergue piadoso,
os viene a hacer sospechoso
el mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
me falta en contento tanto,
ni aurora, pues que mi llanto
de mi dolor nos avisa.
No soy sol, pues no divisa
mi luz la verdad que adoro,
y así lo que soy ignoro;
que sólo sé que no soy
alba, aurora o sol, pues hoy
ni alumbro, río, ni lloro.
Y así os ruego que digáis,
señor don Manuel, de mí
que una mujer soy, y fui
a quien vos sólo obligáis
al extremo que miráis.

MANUEL: Muy poco debe de ser
pues, aunque me llego a ver
aquí, os pudiera argüir
que tengo más que sentir,
señora, que agradecer.
Y así me doy por sentido.

ÁNGELA: ¿Vos de mí sentido?

MANUEL: Sí,
pues que no fiáis de mí
quién sois.

ÁNGELA: Solamente os pido
que eso no mandéis, que ha sido
imposible de contar.
Si queréis venirme a hablar,
con condición ha de ser
que no lo habéis de saber
ni lo habéis de preguntar;
porque para con vos hoy
una enigma a ser me ofrezco;

que ni soy lo que parezco
ni parezco lo que soy.
Mientras encubierta estoy
podréis verme y podré veros;
porque si a satisfaceros
llegáis y quién soy sabéis,
vos quererme no querréis
aunque yo quiera quereros.
Pincel, que lo muerto informa,
tal vez un cuadro previene
que una forma a una luz tiene
y a otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
dos luces que en mí tenéis.
Si hoy aquesta luz me veis
y por eso me estimáis
cuando a otra luz me veáis,
quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa
es en cuanto haber creído
que de don Luis dama he sido,
y esta sospecha reporta
mi juramento y la acorta.

MANUEL: Pues. ¿qué, señora, os moviera
a encubriros de él?

ÁNGELA: Pudiera
ser tan principal mujer
que tuviera qué perder
si don Luis me conociera.

MANUEL: Pues, decidme solamente,
¿cómo a mi casa pasáis?

ÁNGELA: Ni eso es tiempo que sepáis
que es el mismo inconveniente.

BEATRIZ: (Aquí entro yo lindamente.) **Aparte**
Ya el agua y dulce está aquí.
Vuestra excelencia mire si...

Lleguen todas con toallas, vidr[i]o y algunas cajas

ÁNGELA: ¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es excelencia?
¿Quieres engañar así
al señor don Manuel
para que con eso crea
que yo gran señora sea?

BEATRIZ: Advierte...

MANUEL: (De mi crüel **Aparte**
duda salí con aquel
descuido. Agora he creído
que una gran señora ha sido
que por serlo se encubrió
y que con el oro vio
su secreto conseguido.)

Llama dentro don JUAN, y túrbanse todas

JUAN: Abre aquí. Abre esta puerta.
ÁNGELA: ¡Ay, cielos! ¿Qué ruido es éste?
ISABEL: ¡Yo soy muerta!
BEATRIZ: ¡Helada estoy!
MANUEL: ¿Aún no cesan mis crüeles
fortunas? ¡Válgame el cielo!
ÁNGELA: Señor, mi esposo es aquéste.
MANUEL: ¿Qué he de hacer?
ÁNGELA: Fuerza es que os vais
a esconderos a un retrete.
Isabel, llévale tú
hasta que oculto le dejes
en aquel cuarto que sabes
apartado. ¿Ya me entiendes?
ISABEL: Vamos presto.

Vase

JUAN: ¿No acabáis
de abrir la puerta?
MANUEL: ¡Valedme,
cielos, que vida y honor
van jugadas a una fuerte!

Vase

JUAN: La puerta echaré en el suelo.
ÁNGELA: Retírate tú, pues puedes,
en esa cuadra, Beatriz.
No te hallen aquí.

Vase BEATRIZ. Sale don JUAN

¿Qué quieres
a estas horas en mi cuarto
que así a alborotarnos vienes?
JUAN: Respóndeme tú primero.
Angela, ¿qué traje es ése?
ÁNGELA: De mis penas y tristezas
es causa el mirarme siempre
llena de luto, y vestirme,
por ver si hay con que me alegre,
estas galas.
JUAN: No lo dudo;
que tristezas de mujeres
bien con galas se remedian,
bien con joyas convalecen,

si bien me parece que es
un cuidado impertinente.
ÁNGELA: ¿Qué importa que así me vista
donde nadie llegue a verme?
JUAN: Dime, ¿volvióse Beatriz
a su casa?
ÁNGELA: Cuerdamente.
Su padre, por mejor medio
en paz su enojo convierte.
JUAN: Yo no quise saber más
para ir a ver si pudiese
verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte
que ya no es tuyo ese traje.

Vase

ÁNGELA: Vaya Dios contigo, y vete.

Sale BEATRIZ

Cierra esa puerta, Beatriz.
BEATRIZ: Bien hemos salido de este
susto. A buscarme tu hermano
va.
ÁNGELA: Ya, hasta que se sosiegue
más la casa y don Manuel
vuelva de su cuarto a verme,
para ser menos sentidas
entremos a este retrete.
BEATRIZ: Si esto te sucede bien
te llaman la dama duende.

Vanse. Salen por el alacena don MANUEL e ISABEL

ISABEL: Aquí has de quedarte, y mira
que no hagas ruido, que pueden
sentirte.
MANUEL: Un mármol seré.
ISABEL: (Quieran los cielos que acierte **Aparte**
a cerrar; que estoy turbada.)

Vase [cerrando el alacena detrás]

MANUEL: Oh, ¿a cuánto, cielos, se atreve
quien se atreve a entrar en parte
donde ni alcanza. ni entiende,
que daños se le aperciben,
que riesgos se le previenen?
Venme aquí a mí en una casa
que dueño tan notable tiene,

¡de excelencia por lo menos!,
lleno de asombros crüeles,
y tan lejos de la mía.
Pero, ¿qué es esto? Parece
que a esta parte alguna puerta
abren. Sí, y ha entrado gente.

Sale COSME

COSME: Gracias a Dios, que esta noche
entrar podré libremente
en mi aposento sin miedo,
aunque sin luz salga y entre.
Porque el duende, mi señor,
puesto que a mi amo tiene,
¿para qué me quiere a mí?
Pero para algo me quiere.

Topa con don MANUEL

¿Quién va? ¿Quién es?
MANUEL: Calle, digo.
¿Quién quiera que es, si no quiere
que le mate a puñaladas?
COSME: No hablaré más que un pariente
pobre en la casa del rico.
MANUEL: (Crïado sin duda es éste **Aparte**
que a caso ha entrado hasta aquí.
De él informarme conviene
dónde estoy.) Di, ¿qué casa
es ésta) ¿Y qué dueño tiene?
COSME: Señor, el dueño y la casa
son el diablo que me lleve,
porque aquí vive una dama
que llaman la dama duende
que es un demonio en figura
de mujer.
MANUEL: Y tú, ¿quién eres?
COSME: Soy un fámulo o crïado.
Soy un súbdito, un sirviente,
que sin qué ni para qué
estos encantos padece.
MANUEL: ¿Y quién es tu amo?
COSME: Es
un loco, un impertinente.
un tonto, un simple, un menguado,
que por tal dama se pierde.
MANUEL: ¿Y es su nombre?
COSME: Don Manuel
Enríquez.
MANUEL: ¡Jesús, mil veces!
COSME: Yo, Cosme Catiboratos
me llamo.

MANUEL: Cosme, ¿tú eres?
Pues, ¿Cómo has entrado aquí?
Tu señor soy. Dime, ¿vienes
siguiéndome tras la silla?
¿Entraste tras mí a esconderte
también en este aposento?
COSME: Lindo desenfado es ése.
Dime, ¿cómo estás aquí?
¿No te fuiste muy valiente
solo donde te esperaban?
Pues, ¿cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo, en fin, has entrado
aquí trayendo yo siempre
la llave de aqueste cuarto?
MANUEL: Pues dime, ¿qué cuarto es éste?
COSME: El tuyo o el del demonio.
MANUEL: ¡Viven los cielos que mientes!
Porque lejos de mi casa
y en casa bien diferente
estaba en aqueste instante.
COSME: Pues cosas serán del duende
sin duda, porque te he dicho
la verdad pura.
MANUEL: ¿Tú quieres
que pierda el juicio?
COSME: ¿Hay más
de desengañarte. Vete
por esa puerta y saldrás
al portal adonde puedes
desengañarte.
MANUEL: Bien dices.
Iré a examinarle y verle.

Vase

COSME: Señores, ¿cuándo saldremos
de tanto embuste aparente?

Sale ISABEL por la alacena

ISABEL: (Volvióse a salir don Juan **Aparte**
y porque a saber no llegue
don Manuel adónde está,
sacarle de aquí conviene.)
¡Ce, señor, ce!
COSME: ¡Esto es peor!
¡Ceáticas son estas cees!
ISABEL: Ya mi señor recogido
queda.
COSME: (¿Qué señor es éste?) **Aparte**

Sale don MANUEL

MANUEL: Éste es mi cuarto en efecto.
ISABEL: ¿Eres tú?
COSME: Sí, soy yo.
ISABEL: Vente
conmigo.
MANUEL: Tú dices bien.
ISABEL: No hay qué temer, nada esperes.
COSME: Señor, ¡que el duende me lleva!

Llévale [a COSME] ISABEL

MANUEL: ¿No sabremos finalmente
de donde nace este engaño?
¿No respondes? ¿Qué necio eres!
¿Cosme? ¿Cosme? ¡Vive el cielo
que toco con las paredes!
¿Yo no hablaba aquí con él?
¿Dónde se desaparece
tan presto? ¿No estaba aquí?
Yo he de perder dignamente
el juicio. Mas, pues es fuerza,
que aquí otro cualquiera entre,
he de averiguar por dónde;
porque tengo de esconderme
hasta averiguar quién es
esta hermosa dama duende.

Vase y salen todas las mujeres, una con luces, y otra con algunas cajas, y otra con un vidrio de agua

ÁNGELA: Pues, a buscarte ha salido
mi hermano, y pues Isabel
a su mismo cuarto ha ido
a traer a don Manuel,
esté todo apercibido.
Halle, cuando llegue aquí,
la colación prevenida.
Todas le esperad así.
BEATRIZ: No he visto en toda mi vida
igual cuento.
ÁNGELA: ¿Viene?
CRIADA: Sí,
que ya siento sus pisadas.

Sale ISABEL trayendo a COSME de la mano

COSME: (Triste de mí, ¿dónde voy? **Aparte**
Ya estas son burlas pesadas;
mas no, pues mirando estoy
bellezas tan extremadas.
¿Yo soy Cosme o Amadís?

¿Soy Cosmico o Belianís?)
ISABEL: Ya viene aquí. ¿Mas qué veo?
¿Señor?
COSME: (Ya mi engaño creo **Aparte**
pues tengo el alma en un tris.)
ÁNGELA: ¿Qué es esto, Isabel?
ISABEL: Señora,
donde a don Manuel dejé
volviendo por él agora
a su crïado encontré.
BEATRIZ: Mal tu descuido se dora.
ISABEL: Está sin luz.
ÁNGELA: ¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.
BEATRIZ: Más vale engañarle así.
¿Cosme?
COSME: ¿Damiana?
BEATRIZ: A este lado
llegad.
COSME: Bien estoy aquí.
ÁNGELA: Llegad, no tengáis temor.
COSME: ¿Un hombre de mi valor,
temor?
ÁNGELA: Pues, ¿qué es no llegar?

[COSME habla] aparte y lléguese a ellas

COSME: Ya no se puede excusar.
En llegando al pundonor,
respeto no puede ser
sin ser espanto ni miedo,
porque al mismo Lucifer
temerle muy poco puedo.
En hábito de mujer,
alguna vez lo intentó
y, para el ardid que fragua,
cota enagua se vistió,
que esto de cotilla enagua
el demonio lo inventó,
en forma de una doncella
aseada, rica y bella
a un pastor se apareció
y él, así como la vio,
se encendió en amores de ella.
Gozó a la diabla, y después
con su forma horrible y fea
le dijo a voces, "¿No ves,
mísero de ti, cuál sea
desde el copete a los pies
la hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido
agresor de tal pecado."
Y él, menos arrepentido
que antes de haberla gozado,

le dijo, "Si pretendiste,
oh sombra fingida y vana,
que desesperase un triste,
vente por acá mañana
en la forma que trujiste.
Verásme amante y cortés,
no menos que antes, después,
y aguardarte en testimonio
de que aún horrible no es
en traje de hembra un demonio."

ÁNGELA: Volved en vos y tomad
una conserva y bebed;
que los sustos causan sed.

COSME: Yo no la tengo.

BEATRIZ: Llegad,
que habéis de volver, mirad,
doscientas leguas de aquí.

COSME: Cielos, ¿qué oigo?

ÁNGELA: ¿Llaman?

BEATRIZ: Sí.

ISABEL: ¿Hay tormento más crüel?

ÁNGELA: ¿Ay de mí triste!

[Habla] dentro [don] LUIS

LUIS: ¿Isabel?

BEATRIZ: ¡Válgame el cielo!

LUIS: Abre aquí.

ÁNGELA: ¡Para cada susto tengo
un hermano!

ISABEL: ¡Trance fuerte!

BEATRIZ: Yo me escondo.

Vase

COSME: Éste, sin duda,
es el verdadero duende.

ISABEL: Vente conmigo.

COSME: Sí, haré.

Vanse. Sale don LUIS

ÁNGELA: ¿Qué es lo que en mi cuarto quieres?

LUIS: Pesares míos me traen
a estorbar otros placeres.
Vi ya tarde en ese cuarto
una silla, donde vuelve
Beatriz. Y vi que mi hermano
entró.

ÁNGELA: Y en fin, ¿qué pretendes?

LUIS: Como pisa sobre el mío,

me pareció que había gente,
y para desengañarme
sólo he de mirarle y verle.

Alza una antepuerta y topa con BEATRIZ

¡Beatriz! ¿Aquí estás?
BEATRIZ: Aquí
estoy, que hube de volverme
porque al disgusto volvió
mi padre, enojado siempre.
LUIS: Turbadas estáis las dos.
¿Qué notable estrago es éste
de platos, dulces y vidrios?
ÁNGELA: ¿Para qué informarte quieres
de lo que en estando a solas
se entretienen las mujeres?

Hacen ruido en la alacena ISABEL y COSME

LUIS: ¿Y aquel ruido, qué es?
ÁNGELA: (Yo muero.) **Aparte**
LUIS: ¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano
quien se guarda de esta suerte.

Aparta la alacena para entrar con luz

¡Ay de mí, cielos piadosos!
Que queriendo neciamente
estorbar aquí los celos
que amor en mi pecho enciende,
celos de honor averiguo.
Luz tomaré, aunque imprudente,
pues todo se halla con luz
y el honor con luz se pierde.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, Beatriz, perdidas somos
si le topa.
BEATRIZ: Si le tiene
en su cuarto ya, Isabel,
en vano dudas y temes
pues te asegura el secreto
de la alacena.
ÁNGELA: ¿Y si fuese
tal mi desdicha que allí
con la turbación no hubiese
cerrado bien Isabel
y él entrase allá?

BEATRIZ: Ponerte
en salvo será importante.
ÁNGELA: De tu padre iré a valerme
como él se valió de mí,
porque, trocada la suerte,
si a ti te trujo un pesar
a mí otro pesar me lleve.

Vanse. Salen por el alacena ISABEL y COSME, y por otra parte don MANUEL

ISABEL: Entra presto.

Vase [ISABEL]

MANUEL: Ya otra vez
en la cuadra siento gente.

Sale don LUIS con luz

LUIS: Yo vi un hombre, ¡vive Dios!
COSME: Malo es esto.
LUIS: ¿Cómo tienen
desvïada esta alacena?
COSME: Ya se ve luz. Un bufete
que he topado aquí me valga.

Escóndese

MANUEL: Esto ha de ser de esta suerte.

Echa mano

LUIS: ¿Don Manuel?
MANUEL: ¿Don Luis? ¿Qué es esto?
¿Quién vio confusión más fuerte?
COSME: Oigan por donde se entró.
Decirlo quise mil veces.
LUIS: ¡Mal caballero, villano,
traidor, fementido huésped,
que al honor de quien te estima
te ampara, te favorece,
sin recato te aventuras
y sin decoro te atreves!
¡Esgrime ese infame acero!
MANUEL: Sólo para defenderme
le esgrimiré, tan confuso
de oírte, escucharte y verte,
de oírme, verme y escucharme;
que aunque a matarme te ofreces,

no podrás, porque mi vida,
hecha a prueba de crüeles
fortunas, es inmortal.
Ni podrás aunque lo intentes,
darme la muerte, supuesto
que el dolor no me da muerte
que, aunque eres valiente tú,
es el dolor más valiente.

LUIS: No con razones me venzas
sin con obras.

MANUEL: Detente.
Sólo hasta pensar si puedo,
don Luis, satisfacerte.

LUIS: ¿Qué satisfacciones hay
si así agraviarme pretendes?
Si en el cuarto de esta fiera,
por ese cuarto que tienes
entras, ¿hay satisfacciones
a tanto agravio?

MANUEL: Mil veces
rompa esa espada mi pecho,
don Luis, si eternamente
supe de esta puerta o supe
que paso a otro cuarto tiene.

LUIS: Pues, ¿qué haces aquí encerrado
sin luz?

MANUEL: ¿Qué he de responderle?
Un crïado espero.

LUIS: Cuando
yo te he visto esconder, ¿quieres
que mientan mis ojos?

MANUEL: Sí,
que ellos engaños padecen
más que otro sentido.

LUIS: Y cuando
los ojos mientan, ¿pretendes
que también mienta el oído?

MANUEL: También.

LUIS: ¿Todos al fin mienten?
¿Tú solo dices verdad?
¡Y eres tú solo el que...!

MANUEL: Tente.
Porque aún antes que lo digas
que lo imagines y pienses,
te habré quitado la vida.
Y ya arrestada la suerte
primero soy yo. Perdonen
de amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir,
riñamos como se debe.
Parte entre los dos la luz
que nos alumbre igualmente.
Cierra después esa puerta
por donde entraste imprudente,
mientras que yo cierro esta otra,

y agora en el suelo se eche
la llave para que salga
el que con la vida quede.
LUIS: Yo cerraré la alacena
por aquí con un bufete
porque no puedan abrirla
por allá cuando lo intenten.

Topa con COSME

COSME: Descubrióse la tramoya.
LUIS: ¿Quién está aquí?
MANUEL: (Dura suerte **Aparte**
es la mía.)
COSME: No está nadie.
LUIS: Dime, don Manuel, ¿es éste
el crïado que esperabas?
MANUEL: Ya no es tiempo de hablar éste.
Yo sé que tengo razón.
Creed de mí lo quisiereis
que con la espada en la mano
sólo ha de vivir quien vence.
COSME: ¡Ea, pues, reñid los dos!
¿Qué esperáis?
MANUEL: Mucho me ofendes.
Si eso presumes de mí,
pensando estoy que ha de hacerle
del crïado. Porque echarle
es enviar quien lo cuente
y tenerle aquí ventaja
pues es cierto ha de ponerse
a mi lado.
COSME: No haré tal
si es ése el inconveniente.
LUIS: Puerta tiene aquesa alcoba
y como en ella se cierre,
quedaremos más iguales.
MANUEL: Dices bien. Entra a esconderte.
COSME: Para que yo riña, haced
diligencias tan urgentes;
que para que yo no riña
cuidado excusado es ése.

Vase

MANUEL: Ya estamos solos [los] dos.

Riñen

LUIS: Pues nuestro duelo comience.
MANUEL: No vi más templado pulso.

Desguarnécese la espada [de don LUIS]

LUIS: No vi pujanza más fuerte.
Sin armas estoy. Mi espada
se desarma y desguarnece.
MANUEL: No es defecto de valor;
de la Fortuna accidente
sí. Busca otra espada, pues.
LUIS: Eres cortés y valiente.
(Fortuna, ¿qué debo hacer **Aparte**
en una ocasión tan fuerte
pues cuando el honor me quita,
me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasión
verdadera o aparente
para que pueda en tal duda
pensar lo que debe hacerse.)
MANUEL: ¿No vas por la espada?
LUIS: Sí,
y como a que venga, esperes.
Presto volveré con ella.
MANUEL: Presto o tarde, aquí estoy siempre.
LUIS: Adiós, don Manuel, que os guarde.

Vase

MANUEL: Adiós, que con bien os lleve.
Cierro la puerta y la llave
quito porque no se eche
de ver que está gente aquí.
¡Qué confusos pareceres
mi pensamiento combaten
y mi discurso revuelven!
¡Que bien predije que había
puerta que paso la hiciese
y que era de don Luis dama!
Todo en efecto sucede
como yo lo imaginé.
¿Mas, cuándo desdichas mienten?

Asómase COSME en lo alto

COSME: ¡Ah, señor, por vida tuya!
Que lo que solo estuvieres,
me eches allá, porque temo
que venga a buscarme el duende
con sus dares y tomares,
con sus dimes y diretes,
en un retrete que apenas
se divisan las paredes.
MANUEL: Yo te abriré, porque estoy
tan rendido a los desdenes

del discurso que no hay
cosa que más me atormente.

Vanse, y salen don JUAN y doña ÁNGELA con manto y sin chapines

JUAN: Aquí quedarás en tanto
que me informe y me aconseje
de la causa que a estas horas
te ha sacado de esta suerte
de casa, porque no quiero
que en tu cuarto, ingrata, entre
por informarme sin ti
de lo que a ti te sucede.
(De don Manuel en el cuarto **Aparte**
la dejo y, por si él viniere,
pondré a la puerta un crïado
que le diga que no entre.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, infelice de mí!
Unas a otras suceden
mis desdichas. ¡Muerta soy!

Salen don MANUEL y COSME

COSME: Salgamos presto.
MANUEL: ¿Qué temes?
COSME: Que es demonio esta mujer
y que aun allí no me deje.
MANUEL: Si ya sabemos quién es,
y en una puerta un bufete
y en otra la llave está,
¿por dónde quieres que entre?
COSME: Por donde se le antojare.
MANUEL: Necio estás.
COSME: ¡Jesús mil veces!
MANUEL: ¿Por qué es eso?
COSME: El ***verbi gratia***
encaja aquí lindamente.
MANUEL: ¿Eres ilusión o sombra,
mujer, que a matarme vienes?
Pues, ¿cómo has entrado aquí?
ÁNGELA: ¡Don Manuel!
MANUEL: Di.
ÁNGELA: Escucha, atiende:

Llamó don Luis turbado,
entró atrevido, reportóse osado,
prevínose prudente,
pensó discreto y resistió valiente.

Miró la casa, ciego,
recorrióla advertido, hallóte, y luego
ruido de cuchilladas.
Habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza
que dos hombres cerrados, a quien fuerza
su valor y su agravio,
retórico el acero, mudo el labio,
no acaban de otra suerte
que con sólo una vida y una muerte,
sin ser vida ni alma
mi casa dejo, y a la oscura calma
de la tiniebla fría,
pálida imagen de la dicha mía
a caminar empiezo.
Aquí yerro, aquí caigo, aquí tropiezo,
y torpes mis sentidos
prisión hallan de seda mis vestidos.
Sola, triste y turbada
llego de mi discurso mal guïada
al umbral de una esfera
que fue mi cárcel, cuando ser debiera
mi puerto y mi sagrado.
Mas, ¿dónde le ha de hallar un desdichado?
Estaba a sus umbrales,
como eslabona el cielo nuestros males,
don Juan, don Juan mi hermano.
Que ya resisto, ya defiendo en vano
decir quién soy, supuesto
que el haberlo callado nos ha puesto
en riesgo tan extraño.
¿Quién creerá que el callar me ha hecho daño
siendo mujer? Y es cierto,
siendo mujer, que por callarme he muerto.
En fin, él esperando
a esta puerta estaba--¡ay cielo!--cuando
yo a sus umbrales llego
hecha volcán de nieve, alpe de fuego.
Él a la luz escasa,
con que la luna mansamente abrasa,
vio brillar los adornos de mi pecho.
No es la primer traición que nos han hecho.
Pensó que era su dama
y llegó mariposa de su llama
para abrasarse en ella
y hallóme a mí por sombra de su estrella.
¿Quién de un galán creyera
que buscando sus celos conociera,
tan contrarios los cielos,
que ya se contentara con sus celos?
Quiso hablarme y no pudo,
que siempre ha sido el sentimiento mudo,
En fin, en tristes voces
que mal formadas anegó, veloces
desde la lengua al labio

la causa solicita de su agravio.
Yo responderle intento
--ya he dicho como es mudo el sentimiento--
y, aunque quise no pude,
que mal al miedo la razón acude.
Sí, bien busqué colores a mi culpa
mas cuando anda a buscarse la disculpa
o tarde o nunca llega;
mas el delito afirma que le niega.
"Ven," dijo, "hermana fiera,
de nuestro antiguo honor mancha primera,
dejaréte encerrada
donde segura estés y retirada
hasta que cuerdo y sabio
de la ocasión me informe de mi agravio."
Entré donde los cielos
mejoraron con verte mis desvelos.
Por haberte querido
fingida sombra de mi casa he sido.
Por haberte estimado
sepulcro vivo fui de mi cuidado,
porque no te quisiera
quien el respeto a tu valor perdiera,
porque no se estimara
quien su traición dijera cara a cara.
Mi intento fue el quererte,
mi fin amarte, mi temor perderte,
mi miedo asegurarte,
mi vida obedecerte, mi alma amarte,
mi deseo servirte,
y mi llanto, en efecto, persuadirte
que mi daño repares,
que me valgas, me ayudes y me ampares.

MANUEL: (Hidras parecen las desdichas mías **Aparte**
al renacer de sus cenizas frías.
¿Qué haré en tan ciego abismo,
humano laberinto de mí mismo?
Hermana es de don Luis cuando creía
que era dama. Si tanto, ¡ay Dios!, sentía
ofendelle en el gusto,
¿qué será en el honor? Tormento justo,
su hermana es. Si pretendo
librarla y con mi sangre la defiendo,
remitiendo a mi acero su disculpa,
es ya mayor mi culpa,
pues es decir que he sido
traidor y que a su casa he ofendido
pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla
es decir que ella tiene
la culpa y a mi honor no le conviene.
Pues, ¿qué es lo que pretendo?
Si es hacerme traidor, si la defiendo;
si la dejo, villano;
si la guardo, mal huésped inhumano;

si a su hermano la entrego,
soy mal amigo; si aguardarla llego,
ingrato; si la libro, a un noble trato;
y si la dejo, a un noble amor ingrato.
Pues de cualquier manera
mal puesto he de quedar, matando muera.)
No receles, señora,
noble soy, y conmigo estás agora.

COSME: La puerta abren.
MANUEL: Nada temas,
pues que mi valor te guarda.
ÁNGELA: Mi hermano es.
MANUEL: Segura estás.
Ponte luego a mis espaldas.

Sale don LUIS

LUIS: Ya vuelvo. Pero, ¿qué miro?
¡Traidora

Amenázala

MANUEL: Tened la espada,
señor don Luis, yo os he estado
esperando en esta sala
desde que os fuisteis y aquí,
sin saber cómo, esta dama
entró que es hermana vuestra,
según dice, que palabra
os doy como caballero
que no la conozco. Y basta
decir que engañado pude,
sin saber a quien, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
a riesgo de vida y alma.
De suerte que nuestro duelo,
que había a puerta cerrada
de acabarle entre los dos,
a ser escándalo pasa.
En habiéndola librado,
yo volveré a la demanda
de nuestra pendencia. Y pues,
en quien sustenta su fama
espada y honor han sido
armas de más importancia,
dejadme ir vos por honor
pues yo os dejé ir por espada.
LUIS: Yo fui por ella, mas sólo
para volver a postrarla
a vuestros pies, y cumpliendo
con la obligación pasada
en que entonces me pusisteis

pues que me dais nueva causa
puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana.
No la ha de llevar ninguno,
a mis ojos, de su casa
sin ser su marido. Así
si os empeñáis a llevarla,
con la mano podrá ser,
pues con aquesa palabra
podéis llevara y volver,
si queréis, a la demanda.

MANUEL: Volveré. Pero advertido
de tu prudencia y constancia
a sólo echarme a esos pies.

LUIS: Alza del suelo, levanta.

MANUEL: Y para cumplir mejor
con la obligación jurada
a tu hermana doy la mano.

Salen por una puerta BEATRIZ e ISABEL, y por otra don JUAN

JUAN: Si sólo el padrino falta,
aquí estoy yo; que viniendo
a donde dejé a mi hermana
el oíros me detuvo,
no salir a las desgracias
como he salido a los gustos.

BEATRIZ: Y pues con ellos se acaban,
no se acaban sin terceros.

JUAN: Pues, ¿tú, Beatriz, en mi casa?

BEATRIZ; Nunca salí de ella, luego
te podré decir la causa.

JUAN: Logremos esta ocasión
pues tan a voces nos llama.

COSME: Gracias a Dios, que ya el duende
se declaró. Dime, ¿estaba
borracho?

MANUEL: Si no lo estás,
hoy con Isabel te casas.

COSME: Para estarlo fuera [de] eso,
mas no puedo.

ISABEL: ¿Por qué causa?

COSME: Por no malograr el tiempo;
que en estas cosas se gasta,
pudiéndolo aprovechar
en pedir de nuestras faltas
perdón, humilde el autor
os le pide a vuestras plantas.

FIN DE LA COMEDIA

La devoción de la Cruz

Comedia famosa

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EUSEBIO.
LISARDO.
CURCIO, *viejo.*
OCTAVIO.
CELIO.
RICARDO.
ARMINDA.
GIL, *gracioso.*
MENGA.
JULIA.
Villanos.
ALBERTO.
Bandoleros.
[CHILINDRINA.]
[BLAS.]
[TIRSO.]
[TORIBIO.]

Jornada I

Dentro.

MENGA ¡Verá por dó va la burra!

GIL ¡Lo demonio, jo mohína!

MENGA Ya verás por do camina:
¡arre acá!

GIL ¡El diabro me aburra!,
¿no hay quien una cola tenga, 5
pudiendo tenerla mil?

(Salen.)

MENGA ¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL ¡Buena hacienda has hecho, Menga,
que tú la culpa tuviste!
Que como ibas caballera, 10
que en el hoyo se metiera
al oído le dijiste
por hacerme regañar.

MENGA Por verme caer a mí
se lo dijiste, eso sí. 15

GIL ¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA ¿Pues en el lodo la dejas?

-103r-

GIL No puede mi fuerza sola.

MENGA Yo tiraré de la cola;
tira tú de las orejas. 20

GIL Mejor remedio sería
hacer el que aprovechó
a un coche que se atascó
en la corte esotro día.
Este coche, Dios delante, 25
que arrastrado de dos potros,
parecía entre los otros
pobre coche vergonzante,
y por maldición muy cierta
de sus padres, ¡hado esquivo!, 30
iba de estribo en estribo,

ya que no de puerta en puerta.
En un arroyo atascado,
con ruegos el caballero,
con azotes el cochero, 35
ya por fuerza, ya por grado,
ya por gusto, ya por miedo,
que saliesen procuraban,
por recio que lo mandaban,
mi coche quedo que quedo. 40
Viendo que no importa nada
cuantos remedios hicieron,
delante el coche pusieron
un harnero de cebada.
Los caballos, por comer, 45
de tal manera tiraron,
que tosieron y arrancaron,
y esto podemos hacer.

MENGA ¡Que nunca valen dos cuartos
tus cuentos!

GIL Menga, yo siento 50
ver un animal hambriento,
donde hay animales hartos.

MENGA Voy al camino a mirar
si pasa de nuestra aldea
gente, cualquiera que sea, 55
porque te venga a ayudar,
pues te das tan pocas mañas.

GIL ¿Vuelve, Menga, tu porfía?

MENGA ¡Ay burra del alma mía!
(Vase.)

GIL ¡Ay burra de mis entrañas! 60
Tú fuiste la más honrada
burra de toda la aldea;
que no ha habido quien te vea
nunca mal acompañada.
No eras nada callejera, 65
di mijor gana te estabas
en tu pesebre, que andabas

cuando te llevaban fuera.
Pues ¿altanera y liviana?
Bien me atrevo a jurar yo, 70
que ninguno burro la vio
asomada a la ventana.
Ya sé que no merecía
tu lengua desdicha tal;
pues jamás para habrar mal 75
dijo «aquesta boca es mía».
Pues como a ella le sobre
de lo que comiendo está,
luego al punto se lo da
a alguna borrica pobre. 80

(Dentro ruido.)

Mas ¿qué ruido es este? Allí
de dos caballos se apean
dos hombres, y hacia mí vienen,
después que atados los dejan.
¡Descoloridos, y al campo 85
de mañana! Cosa es cierta,
que comen barro o están
opilados. Mas ¿si fueran
bandoleros?, ¡aquí es ello!
Pero lo que fuere sea, 90
aquí me escondo, que andan,
que corren, que salen, que entran.

-103v-

(Salen LISARDO **y** EUSEBIO**.)**

LISARDO

No pasemos adelante,
porque esta estancia encubierta
y apartada del camino, 95
es para mi intento buena.
Sacad, Eusebio, la espada,

que yo de aquesta manera
a los hombres como vós
saco a reñir.

EUSEBIO

Aunque tenga
bastante causa en haber
llegado al campo, quisiera
saber lo que a vós os mueve.
Decid, Lisardo, la queja
que de mí tenéis.

LISARDO

Son tantas,
que falta voz a la lengua,
razones a la razón,
al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlos,
y aun olvidarlos quisiera;
porque cuando se repite
hace de nuevo la ofensa.
¿Conocéis estos papeles?

EUSEBIO

Arrojaldos en la tierra,
yo los alzaré.

LISARDO

Tomad,
¿qué os suspendéis? ¿qué os altera?

EUSEBIO

¡Mal haya el hombre, mal haya
mil veces aquel que entrega
sus secretos a un papel!
Porque es disparada piedra,
que se sabe quién la tira,
y no se sabe a quién llega.

LISARDO

¿Habeislos ya conocido?

EUSEBIO

Todos están de mi letra,
que no la puedo negar.

LISARDO

Pues yo soy Lisardo, en Sena[2],
hijo de Lisardo Curcio.
Bien excusadas grandezas
de mi padre consumieron
en breve tiempo la hacienda

que los suyos le dejaron;
que no sabe cuánto yerra
quien, por excesivos gastos,
pobres a sus hijos deja.
Pero la necesidad, 135
aunque ultraje la nobleza,
no excusa de obligaciones
a los que nacen con ellas.
Julia, pues, ¡saben los cielos
cuánto en nombrarla me pesa!, 140
o no supo conservallas,
o no llegó a conocellas.
Pero, al fin, Julia es mi hermana,
¡pluguiera a Dios no lo fuera!,
y advertid que no se sirven 145
las mujeres de sus prendas
con amorosos papeles,
con razones lisonjeras,
con ilícitos recados,
ni con infames terceras. 150
No os culpo en el todo a vós,
que yo confieso que hiciera
lo mismo, a darme una dama
para servirla licencia.
Pero cúlpoos en la parte 155
de ser mi amigo, y en esta
con más culpa os comprende
la culpa que tuvo ella.
Si mi hermana os agradó
para mujer (que no era 160
posible, ni yo lo creo,
que os atrevierais a vella
con otro fin, ni aun con este;
pues, ¡vive Dios!, que quisiera
antes que con vós casada, 165
mirarla a mis manos muerta);

-104r-
en fin, si vós la eligistes
para mujer, justo fuera
descubrir vuestros deseos

a mi padre, antes que a ella. 170
Este era término justo,
y entonces mi padre viera
si le estaba bien el darla,
que pienso que no os la diera;
porque un caballero pobre, 175
cuando en cosas como estas
no puede medir iguales
la calidad y la hacienda,
por no deslucir su sangre
con una hija doncella, 180
hace sagrado un convento,
que es delito la pobreza.
Aqueste a Julia mi hermana
con tanta priesa la espera,
que mañana ha de ser monja, 185
por voluntad o por fuerza.
Y porque no será bien
que una religiosa tenga
prendas de tan loco amor
y de voluntad tan necia, 190
a vuestras manos las vuelvo,
con resolución tan ciega,
que no solo he de quitarlas,
mas también la causa dellas.
Sacad la espada, y aquí 195
el uno de los dos muera,
vós, porque no la sirváis,
o yo, porque no lo vea.

EUSEBIO

Tened, Lisardo, la espada,
y pues yo he tenido flema 200
para oír desprecios míos,
escuchadme la respuesta,
y aunque el discurso sea largo,
de mi suceso, y parezca
que estando solos los dos, 205
es demasiada paciencia;
pues que ya es fuerza reñir,
y morir el uno es fuerza,
por si los cielos permiten,

que yo el desdichado sea, 210
oíd prodigios que admiran
y maravillas que elevan;
que no es bien que con mi muerte
eterno silencio tengan.
Yo no sé quién fue mi padre, 215
pero sé que la primera
cuna fue el pie de una cruz,
y el primer lecho una piedra.
Raro fue mi nacimiento,
según los pastores cuentan, 220
que desta suerte me hallaron
en la falda de esas sierras.
Tres días dicen que oyeron
mi llanto, y que a la aspereza
donde estaba no llegaron 225
por el temor de las fieras;
mas ninguna me hizo mal;
pero ¿quién duda que era
por respeto de la cruz
que tenía en mi defensa?. 230
Hallome un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspereza del monte,
y trayéndome al aldea
de Eusebio, que no sin causa 235
estaba entonces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del cielo asistió a la suya.
Mandó, en fin, que me trujeran 240
a su casa, y como a hijo
me dio la crïanza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
por su nombre, y por aquella
que fue mi primera guía 245
y fue mi guarda primera.

-104v-
Tomé por gusto las armas,
por pasatiempo las letras;

murió Eusebio, y yo quedé
heredero de su hacienda. 250
Si fue prodigioso el parto,
no lo fue menos la estrella,
que enemiga me amenaza
y piadosa me reserva.
Bello infante era en los brazos 255
del ama, cuando mi fiera
condición, bárbara en todo,
dio de sus rigores muestra.
Pues con solas las encías,
no sin diabólica fuerza, 260
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento; y ella,
del dolor desesperada
y de la cólera ciega,
en un pozo me arrojó, 265
sin que ninguno supiera
de mí; oyéndome reír,
bajaron a él, y cuentan
que estaba sobre las aguas,
y que con las manos tiernas 270
tenía una formada cruz,
y sobre los labios puesta.
Un día que se abrasaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso a la vida, 275
y a la salida la puerta,
entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran,
y advertí después dudando
que haya en el fuego clemencia, 280
que era día de la Cruz.
Tres lustros contaba apenas,
cuando por el mar fui a Roma,
y en una brava tormenta,
desesperada mi nave, 285
chocó en una oculta peña;
en pedazos dividida,
por los costados abierta,
abrazado de un madero

salí venturoso a tierra; 290
y este madero tenía
forma de cruz. Por las sierras
de esos montes caminaba
con otro hombre, y en la senda
que dos caminos partía, 295
una cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
haciendo oración en ella,
se adelantó el compañero;
y después, dándome priesa 300
para alcanzalle, le hallé
muerto en las manos sangrientas
de bandoleros. Un día,
riñendo en una pendencia,
de una estocada caí, 305
sin que hiciese resistencia
en la tierra; y cuando todos
pensaron hallarla ajena
de remedio, solo hallaron
señal de la punta fiera 310
en una cruz que traía
al cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
una vez por la aspereza
deste monte, se cubrió 315
el cielo de nubes negras,
y publicando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arrojaba en agua,
balas disparaba en piedras. 320
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa,
siendo ya tiendas de campos
las más ocultas malezas;
y un rayo, que fue en el viento 325
caliginoso cometa,

-105r-
volvió[3] en ceniza los dos
que de mí estaban más cerca.

Ciego, turbado y confuso,
vuelvo a mirar lo que era, 330
y hallé a mi lado una cruz,
que yo pienso que es la misma
que asistió a mi nacimiento,
y la que yo tengo impresa
en los pechos, pues los cielos 335
me han señalado con ella
para públicos efetos
de alguna cosa secreta.
Pero aunque no sé quién soy,
tal espíritu me alienta, 340
tal inclinación me anima
y tal animo me fuerza,
que por mí me da valor
para que a Julia merezca;
porque no es más la heredada, 345
que la adquirida nobleza.
Este soy, y aunque conozco
la razón, y aunque pudiera
dar satisfación bastante
a vuestro agravio, me ciega 350
tanto la pasión de veros
hablando de esa manera,
que ni os quiero dar disculpa,
ni os quiero admitir la queja.
Y pues queréis estorbar 355
que yo su marido sea,
aunque su casa la guarde,
aunque un convento la tenga,
de mí no ha de estar segura,
y la que no ha sido buena 360
para mujer, lo será
para amiga; así desea,
desesperado mi amor
y ofendida mi paciencia,
castigar vuestro desprecio, 365
y satisfacer mi afrenta.

(Sacan las espadas, riñen y LISARDO **cae en el suelo, y procura levantarse, y torna a caer.)**

LISARDO
Eusebio, donde el acero
ha de hablar, calle la lengua.
¡Herido estoy!

EUSEBIO
¿Y no muerto?

LISARDO
No, que en los brazos me queda
aliento para... ¡Ay de mí!
Faltó a mis plantas la tierra.

EUSEBIO
Y falte a tu voz la vida.

LISARDO
No me permitas que muera
sin confesión.

EUSEBIO
¡Muere, infame!

LISARDO
No me mates, por aquella
cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO
Aquesa voz te defienda
de la muerte. Alza del suelo,
que cuando por ella ruegas,
falta rigor a la ira,
y falta a los brazos fuerza.
Alza del suelo.

LISARDO
No puedo,
porque ya en mi sangre envuelta
voy despreciando la vida,
y el alma pienso que espera
a salir, porque entre tantas
no sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO
Pues fíate de mis brazos,
y anímate, que aquí cerca
unos penitentes monjes
viven en oscuras cuevas,
donde podrás confesarte
si vivo a sus puertas llegas.

LISARDO Pues yo te doy mi palabra, 395
por esa piedad que muestras,
que si yo merezco verme
en la divina presencia
de Dios, pediré que tú
sin confesarte no mueras. 400

-105v-

(Llévale en los brazos, y sale GIL **de donde estaba escondido, y** TIRSO**,** BLAS**, y** MENGA **y** TORIBIO**.)**

GIL ¿Han visto lo que le debe?
La caridad está buena;
pero yo se la perdono.
¡Matarlo, y llevarlo a cuestas!

TORIBIO ¿Aquí dices que quedaba? 405

MENGA Aquí se quedó con ella.

TIRSO Mírale allí embelesado.

MENGA Gil, ¿qué miras?

GIL ¡Ay Menga!

TIRSO ¿Qué te ha sucedido?

GIL ¡Ay Tirso!

TORIBIO ¿Qué has visto?

GIL ¡Ay Toribio! 410

BLAS ¿Qué es lo que tienes?

GIL ¡Ay Blas!
No lo sé más que una bestia.
Matole y cargó con él;
sin duda a salar le lleva.

MENGA ¿Quién le mato?

GIL ¿Qué sé yo? 415

TIRSO ¿Quién murió?

GIL No sé quién era.

TORIBIO ¿Quién cargó?

GIL ¿Qué sé yo quién?

BLAS ¿Y quién le llevó?

GIL Quien quiera.
Pero, porque lo sepáis,
venid todos.

TIRSO ¿Dó nos llevas? 420

GIL No lo sé, pero venid,
que los dos van aquí cerca.

(Vanse todos y salen ARMINDA **y** JULIA**.)**

JULIA Déjame, Arminda, llorar,
una libertad perdida;
pues donde acaba la vida, 425
también acaba el pesar.
¿Nunca has visto de una fuente
bajar un arroyo manso,
siendo apacible descanso,
el valle[4] de su corriente; 430
y cuando le juzgan falto
de fuerza a las flores bellas,
pasa por encima dellas
rompiendo por lo más alto?
Pues mis penas, mis enojos 435
la misma experiencia han hecho:
detuviéronse en el pecho,
y salieron por los ojos.
Deja que llore el rigor
de un padre.

ARMINDA Señora, advierte... 440

JULIA

¿Qué más venturosa suerte
hay, que morir de dolor?
Pena que deja vencida
la vida, o ser gloria ordena;
que no es muy grande la pena, 445
que no acaba con la vida.

ARMINDA

¿Qué novedad obligó
tu llanto?

JULIA

¡Ay, Arminda mía!
Cuantos papeles tenía
de Eusebio, Lisardo halló 450
en mi escritorio.

ARMINDA

¿Pues él
supo que estaban allí?

JULIA

Como aqueso contra mí
hará mi estrella cruel.
Yo, (¡ay de mí!), cuando le vía 455
el cuidado con que andaba,
pensé que lo sospechaba,
pero no que lo sabía.
Llegó a mí descolorido,
y entre apacible y airado, 460
me dijo que había jugado,

-106r-

Arminda, y que había perdido,
que una joya le prestase
para volver a jugar:
por presto que la iba a dar, 465
no aguardó a que la sacase.
Tomó él la llave, y abrió
con una cólera inquieta,
y en la primera naveta
con los papeles topó. 470
Miróme y volvió a cerrar,
y sin decir nada, ¡ay Dios!,
buscó a mi padre, y los dos
(¿quién duda para tratar
mi muerte?) gran rato hablaron 475

cerrados en su aposento.
Salieron, y hacia el convento
los dos sus pasos guiaron,
según Octavio me dijo.
Y si lo que está tratado, 480
ya mi padre ha efetuado,
con justa causa me aflijo;
porque si de aquesta suerte,
que olvide[5] a Eusebio desea,
antes que monja me vea, 485
yo misma me daré muerte.

(Sale EUSEBIO**.)**

EUSEBIO **([Aparte.]**
Ninguno tan atrevido,
si no tan desesperado,
viene a tomar por sagrado
la casa del ofendido. 490
Antes que sepa la muerte
de Lisardo, Julia bella,
hablar quisiera con ella,
porque a mi tirana suerte
algún remedio consigo 495
si, ignorando mi rigor,
puede obligarle el amor
a que se vaya conmigo;
y cuando llegue a saber
de Lisardo el hado injusto, 500
hará de la fuerza gusto
mirándose en mi poder.)
Hermosa Julia.

JULIA ¿Qué es esto?
¿Tú en esta casa?

EUSEBIO El rigor
de mi desdicha y tu amor 505
en tal peligro me ha puesto.

JULIA Pues ¿cómo has entrado aquí
y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO Como la muerte no temo...

JULIA ¿Qué es lo que intentas así? 510

EUSEBIO Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida
des a mi amor nueva vida,
nueva gloria a mi deseo.
Yo he sabido cuánto ofende 515
a tu padre mi cuidado,
que a su noticia ha llegado
nuestro amor, y que pretende
que tú recibas mañana
el estado que desea, 520
para que mi dicha sea,
cuanto mi esperanza, vana.
Si ha sido gusto, si ha sido
amor el que me has mostrado,
si es verdad que me has amado, 525
si es cierto que me has querido,
vente conmigo, pues ves
que no tiene resistencia
de tu padre la obediencia;
deja tu casa, y después, 530
que habrá mil remedios piensa;
pues en mi poder es justo
que haga de la fuerza gusto,
y obligación de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte, 535
gente con que defenderte,
hacienda para ofrecerte,

-106v-
y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
si es verdadero tu amor, 540
atrévete, o el dolor
hará que mi muerte veas.

JULIA ¡Oye, Eusebio!

ARMINDA Mi señor
viene, señora.

JULIA ¡Ay de mí!

EUSEBIO ¿Pudiera hallar contra mí
la fortuna más rigor? 545

JULIA ¿Podrá salir?

ARMINDA No es posible
que se vaya, porque ya
llamando a la puerta está.

JULIA ¡Grave mal!

EUSEBIO ¡Pena terrible! 550
¿Qué haré?

JULIA Esconderse es ya forzoso.

EUSEBIO ¿Dónde?

JULIA En aquese aposento.

ARMINDA Presto, que sus pasos siento.

(Escóndese EUSEBIO**, y sale** CURCIO**, viejo venerable, padre de** JULIA**.)**

CURCIO Hija, si por el dichoso
estado que tú codicias, 555
y que ya seguro tienes,
no das a mis parabienes
la vida, y alma en albricias,
del deseo que he tenido
no agradeces el cuidado. 560
Todo queda efetuado,
y todo tan prevenido,
que solo falta ponerte
la más bizarra y hermosa,
para ser de Cristo esposa, 565
¡mira que dichosa suerte!,

hoy aventajas a todas
cuantas saben envidiar,
pues te verán celebrar
aquestas divinas bodas. 570
¿Qué dices?

JULIA **[Aparte.]**
¿Qué puedo hacer?

EUSEBIO **[Aparte.]**
Yo me doy la muerte aquí,
si ella le dice que sí.

JULIA (**[Aparte.]**
No sé cómo responder.)
Bien, señor, la autoridad 575
de padre, que es preferida,
imperio tiene en la vida,
pero no en la libertad.
¿Pues que supiera antes yo
tu intento, no fuera bien? 580
¿Y que tú, señor, también
supieras mi gusto?

CURCIO No,
que sola mi voluntad,[6]
en lo justo o en lo injusto
has de tener por tu gusto. 585

JULIA Solo tiene libertad
un hijo para escoger
estado; que el hado impío
no fuerza el libre albedrío.
Déjame pensar y ver 590
despacio eso, y no te espante
ver que término te pida,
que el estado de una vida
no se toma en un instante.

CURCIO Basta, que yo le he mirado, 595
y yo por ti he dado el sí.

JULIA Pues si tú vives por mí,
toma también el estado.

CURCIO ¡Calla infame!, ¡Calla loca!;
que haré de aquese cabello 600
un lazo para tu cuello,
o sacaré de tu boca
con mis manos la atrevida
lengua, que de oír me ofendo.

JULIA La libertad te defiendo, 605
señor, pero no la vida.

-107r-
Acaba su curso triste,
y acabará tu pesar;
que mal te puedo negar
la vida que tú me diste: 610
la libertad que me dio
el cielo, es la que te niego.

CURCIO En este punto a creer llego
lo que el alma sospechó,
que no fue buena tu madre, 615
y manchó mi honor alguno;
que hoy el error[7] importuno,
ofende el honor de un padre
a quien el sol lo igualó
con resplandor y belleza, 620
sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA Eso he entendido yo,
por eso no he respondido.

CURCIO Arminda, salte allá fuera.

[Vase ARMINDA**.]**

Y ya que mi pena fiera 625
tantos años he tenido
secreta, de mis enojos
la ciega pasión obliga
a que la lengua te diga
lo que te han dicho los ojos. 630

La señoría de Sena,
por dar a mi sangre fama,
en su nombre me envió
a dar la obediencia al Papa
Urbano Tercio. Tu madre, 635
que con opinión de santa
fue en Sena común ejemplo
de las matronas romanas,
y aun de las nuestras (no sé
cómo mi lengua la agravia; 640
mas, ¡ay infelice!, tanto
la satisfación engaña),
en Sena quedó, y yo estuve
en Roma con la embajada
ocho meses, porque entonces 645
por concierto se trataba
que esta señoría fuese
del Pontífice: Dios haga
lo que a su estado convenga,
que aquí importa poco, o nada. 650
Volví a Sena, y hallé en ella...
Aquí el aliento me falta,
aquí la lengua enmudece,
aquí el ánimo desmaya.
Hallé, ¡ay injusto temor!, 655
a tu madre tan preñada,
que para el infame parto[8]
cumplía las nueve faltas.
Ya me había prevenido
por sus mentirosas cartas 660
esta desdicha, diciendo
que, cuando me fui, quedaba
con sospecha; y yo la tuve
de mi deshonra tan clara,
que discurriendo en mi agravio 665
imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea,
pero quien nobleza trata,
no ha de aguardar a creer
que el imaginar le basta. 670
¿Qué importa que un noble sea

desdichado, (¡oh ley tirana
de honor!, ¡oh bárbaro fuero
del mundo!), si la ignorancia
le disculpa? Mienten, mienten 675
las leyes; porque no alcanza
los misterios al efeto
quien no previene la causa.
¿Qué ley culpa a un inocente?
¿Qué opinión a un libre agravia? 680
Miente otra vez; que no es
deshonra, sino desgracia.
¡Bueno es que en leyes de honor
le comprenda tanta infamia,
al Mercurio que le roba, 685
como al Argos que le guarda!

-107v-
¿Qué deja el mundo, qué deja,
si así al inocente infama,
de deshonra para aquel,
que lo sabe y que lo calla? 690
Yo entre tantos pensamientos,
yo entre confusiones tantas,
ni vi regalo en la mesa,
ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo 695
estuve, que me trataba
como ajeno el corazón,
y como a tirano el alma.
Y aunque a veces discurría
en su abono, y aunque hallaba 700
verosímil la disculpa,
pudo en mí tanto la instancia
del temor que me ofendía,
que con saber que fue casta,
tomé de mis pensamientos, 705
no de sus culpas, venganza.
Y porque con más secreto
fuese, previne una caza
fingida, porque a un celoso
solo lo fingido agrada. 710

Al monte fui, y cuando todos
entretenidos estaban
en su alegre regocijo,
con amorosas palabras,
(¡qué bien las dice quien miente!, 715
¡qué bien las cree quien ama!),
llevé a Rosmira, su madre,
por una senda apartada
del camino, y divertida
llegó a una secreta estancia 720
deste monte, a cuyo albergue
el sol ignora la entrada,
porque se la defendían
rústicamente enlazadas,
por no decir que amorosas, 725
árboles, hojas y ramas.
Aquí, pues, donde apenas
huella[9] imprimió mortal planta,
solos los dos...

(Sale ARMINDA**.)**

ARMINDA Si el valor
que el noble pecho acompaña, 730
señor, y si la experiencia
que te han dado honrosas canas,
en la desdicha presente
no te niega o no te falta,
examen será el valor 735
de tu ánimo.

CURCIO ¿Qué causa
te obliga a que así interrompas
mi razón?

ARMINDA Señor...

CURCIO Acaba,
que más la duda ofende.

JULIA ¿Por qué te suspendes? Habla. 740

ARMINDA No quisiera ser la voz
de mi pena y tu desgracia.

CURCIO No temas decirla tú,
pues yo no temo escuchalla.

ARMINDA A Lisardo, mi señor... 745

EUSEBIO **[Aparte.]**
Esto solo me faltaba.

ARMINDA ...bañado en su sangre traen
en una silla por andas,
cuatro rústicos pastores,
muerto (¡ay Dios!) a puñaladas; 750
mas ya a tu presencia llega:
no le veas.

CURCIO ¡Cielos! ¿Tantas
penas para un desdichado?
¡Ay de mí!

(Salen los villanos con LISARDO **en una silla, ensangrentado el rostro.)**

JULIA Pues ¿qué inhumana

-108r-
fuerza ensangrentó la ira 755
en su pecho? ¿Qué tirana
mano se bañó en mi sangre,
contra su inocencia airada?
¡Ay de mí!

ARMINDA Mira señora...

BLAS No llegues a verle.

CURCIO Aparta. 760

TIRSO Detente, señor.

CURCIO

Octavio,
no puede sufrirlo el alma.
Dejadme ver ese cadáver frío,
depósito infeliz de heladas venas,
ruina del tiempo, estrago del impío 765
hado, teatro funesto de mis penas;
¿Qué tirano rigor, ¡ay hijo mío!,
trágico monumento en las arenas
construyó porque hiciese en quejas vanas
mortaja triste de mis blancas canas? 770
¡Ay, amigos! Decid: ¿quién fue homicida
de un hijo en cuya vida yo animaba?

MENGA

Gil lo dirá, que al verle dar la herida,
oculto en unos árboles estaba.

CURCIO

Di, amigo, di, ¿quién me quitó esta vida? 775

GIL

Yo solo sé que Eusebio le llamaba,
cuando con él reñía.

CURCIO

¿Hay más deshonra?
Eusebio me ha quitado vida y honra.
[A JULIA**.]**
Disculpa agora tú de sus crüeles
deseos la ambición; di que concibe 780
casto amor, pues a falta de papeles,
lascivos gustos con su sangre escribe.

JULIA

Señor...

CURCIO

No me respondas como sueles;
a tomar estado te apercibe,
o apercibe también a tu hermosura, 785
con Lisardo temprana sepultura.
Los dos a un tiempo el sentimiento esquivo,
en este día sepultar concierta,
él muerto al mundo, en mi memoria vivo,
tú, viva al mundo, en mi memoria muerta. 790
Y en tanto que el entierro os apercibo,
porque no huyas cerraré esta puerta;
queda con él, porque de aquesa suerte
liciones al morir te dé su muerte.

-108v-

(Vanse todos, y queda JULIA **en medio de** LISARDO **y** EUSEBIO**, que sale por otra puerta.)**

JULIA

Mil veces procuro hablarte, 795
tirano Eusebio, y mil veces
el alma duda, el aliento
falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé cómo pueda
hablar, porque a un tiempo vienen 800
envueltas iras piadosas
entre verdades crüeles.
Quisiera cerrar los ojos
a aquesta sangre inocente
que está pidiendo venganza 805
desperdiciando claveles.
Y quisiera hallar disculpa
en las lágrimas que viertes,
que al fin heridas y ojos
son bocas que nunca mienten. 810
Y en una mano el amor,
y en otra el rigor presente,
quisiera a un tiempo, quisiera
castigarte y defenderte.
Y entre ciegas confusiones 815
de pensamientos tan fuertes,
la clemencia me combate,
el sentimiento me vence.
¿Desta suerte solicitas
obligarme?, ¿desta suerte, 820
Eusebio, en vez de finezas
con crueldades me pretendes?
Cuando de mi boda el día
resuelta espera, ¡quieres
que en vez de apacibles bodas, 825
tristes obsequias celebre!
Cuando por tu gusto era
a mi padre inobediente,

¡funestos lutos me das,
en vez de galas alegres! 830
Cuando, arriesgando mi vida,
hice posible el quererte,
¡en vez de tálamo, (¡ay cielos!)
un sepulcro me previenes!
Y cuando mi mano ofrezco, 835
despreciando inconvenientes,
de honor[10], ¡la tuya bañada
en mi sangre me la ofreces!
¿Qué gusto tendré en tus brazos,
si para llegar a verme, 840
dando vida a nuestro amor,
voy tropezando en la muerte?
¿Qué dirá el mundo de mí,
sabiendo que tengo siempre,
si no presente el agravio, 845
quien le cometió presente?
Pues cuando quiera el olvido
sepultarle, solo el verte
entre mis brazos será
memoria con que me acuerde. 850
Yo entonces, yo, aunque te adore,
los amorosos placeres
trocaré en iras, pidiendo
venganzas, pues ¿cómo quieres,
que viva sujeta un alma 855
a efetos tan diferentes
que esté esperando el castigo,
deseando que no llegue?
Basta, por lo que te quise,
perdonarte, sin que esperes 860
verme en tu vida, ni hablarme.
Esa ventana, que tiene
salida al jardín, podrá
darte paso; por ahí puedes
escaparte; huye el peligro, 865
porque, si mi padre viene
no te halle aquí. Vete, Eusebio,
y mira que no te acuerdes
de mí, que hoy me pierdes tú,

porque quisiste perderme. 870
Vete, y vive tan dichoso,

-109r-
que tengas felicemente
bienes, sin que a los pesares
pagues pensión de los bienes.
Que yo haré para mi vida 875
una celda, prisión breve,
si no sepulcro, pues ya
mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
de un hado tan inclemente, 880
de una fortuna tan fiera,
de una inclinación tan fuerte,
de un planeta tan opuesto,
de una estrella tan rebelde,
de un amor tan desdichado, 885
de una mano tan aleve,
que me ha quitado la vida
y no me ha dado la muerte,
porque entre tantos pesares
siempre viva y muera siempre. 890

EUSEBIO

Si acaso más que tus voces,
son ya tus manos crüeles,
para tomar la venganza,
rendido a tus pies me tienes.
Preso me trae mi delito, 895
tu amor es la cárcel fuerte,
las cadenas son mis yerros,
prisiones que el alma teme.
Verdugo es mi pensamiento,
si son tus ojos los jueces, 900
y ellos me dan la sentencia,
por fuerza será de muerte.
Mas diga entonces la fama
en su pregón: «Este muere
porque quiso», pues que solo 905
es mi delito quererte.
No pienso darte disculpa,

no parezca que la tiene
tan grande error; solo quiero
que me mates y te vengues. 910
Toma esta daga, y con ella
rompe un pecho que te ofende,
saca un alma que te adora,
y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme, 915
para que a vengarse llegue
tu padre, diré que estoy
en tu aposento.

JULIA ¡Detente!
Y por última razón,
que he de hablarte eternamente, 920
¿has de hacer lo que te digo?

EUSEBIO Yo lo concedo.

JULIA Pues vete
adonde guardes tu vida.
Hacienda tienes, y gente
que la podrá defender. 925

EUSEBIO Mejor será que yo quede
sin ella; porque si vivo,
será imposible que deje
de adorarte, y no has de estar,
aunque un convento te encierre, 930
segura.

JULIA Guárdate tú,
que yo sabré defenderme.

EUSEBIO ¿Volveré yo a verte?

JULIA No.

EUSEBIO ¿No hay remedio?

JULIA No le esperes.

EUSEBIO ¿Que al fin me aborreces ya? 935

JULIA Haré por aborrecerte.

EUSEBIO ¿Olvidarasme?

JULIA No sé.

EUSEBIO ¿Verete yo?

JULIA Eternamente.

EUSEBIO Pues ¿aquel pasado amor...?

JULIA Pues ¿esta sangre presente...? 940
La puerta abren; vete, Eusebio.

EUSEBIO Iré por obedecerte.
¡Que no he de volver a verte!

JULIA ¡Que no has de volver a verme!

(Ruido dentro, vanse cada uno por su puerta y llevan el cuerpo.)

Jornada II

Ruido de arcabuces, salen RICARDO**,** CELIO **y** EUSEBIO **de bandoleros con arcabuces.**

RICARDO Pasó el plomo ardiente
el pecho.

CELIO Y hace el golpe más violento,
que con su sangre la tragedia imprima
en tierna flor.

EUSEBIO Ponle una cruz encima,
y perdónele Dios.

RICARDO Las devociones 5
nunca faltan del todo a los ladrones.
(Vase RICARDO**.)**

EUSEBIO Y pues mis hados fïeros
me traen a capitán de bandoleros,

llegarán mis delitos
a ser, como mis penas, infinitos. 10
Como si diera muerte
a Lisardo a traición, de aquesta suerte
mi patria me persigue,
porque su furia y mi despecho obligue
a que guarde una vida, 15
siendo de tantas bárbaro homicida.
Mi hacienda me han quitado,
mis villas confiscado,
y a tanto rigor llegan,
que el sustento me niegan; 20
y pues le he de buscar desesperado,
no toque pasajero
el término del monte, si primero
no rinde hacienda y vida.

-110r-

(Salen con ALBERTO**, viejo.)**

RICARDO Llegando a ver la boca de la herida, 25
escucha, capitán, el más extraño
suceso.

EUSEBIO Ya deseo el desengaño.

RICARDO Hallé el plomo deshecho
en este libro que tenía en el pecho,
sin haber penetrado, 30
y al caminante solo desmayado:
vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO De espanto estoy y admiraciones lleno.
¿Quién eres, venerable
caduco, a quien los cielos admirable 35
han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO Yo soy, ¡oh capitán!, el más dichoso
de cuantos hombres hay, que ha merecido
ser sacerdote indigno; yo he leído

en Bolonia sagrada teología 40
cuarenta y cuatro años.
Su Santidad me daba
de Trento el obispado,
premio de mis estudios; y admirado
de ver que yo tenía 45
cuenta de tantas almas,
y que apenas la daba de la mía,
los laureles dejé, dejé las palmas,
y huyendo sus engaños
vengo a buscar seguros desengaños 50
en estas soledades,
donde viven desnudas las verdades.
Paso a Roma, a que el Papa me conceda
licencia, capitán, para que pueda
fundar un orden santo de eremitas, 55
mas tu saña atrevida
quita el hilo a mi suerte, y a la vida.

EUSEBIO ¿Qué libro es este?

ALBERTO Este es el fruto,
que rinde a mis estudios el tributo

-110v-
de tantos años.

EUSEBIO ¿Qué es lo que contiene? 60

ALBERTO Él trata del origen verdadero
de aquel divino y celestial madero;[11]
el libro, al fin, se llama,
Milagros de la Cruz.

EUSEBIO ¡Qué bien la llama
de aquel plomo inclemente, 65
más que la cera se mostró obediente!
¡Pluguiera Dios, mi mano,
antes que blanco su papel hiciera,
de aquel golpe tirano,
entre su fuego ardiera! 70
Lleva ropa y dinero,
y la vida; solo este libro quiero.

Y vosotros salilde acompañando
hasta dejarle libre.

ALBERTO Iré rogando
al Señor te dé luz para que veas 75
el error en que vives.

EUSEBIO Si deseas
mi bien, pídele a Dios que no permita
muera sin confesión.

ALBERTO Yo te prometo,
seré ministro en tan piadoso efeto,
y te doy mi palabra, 80
(tanto en mi pecho tu clemencia labra),
que si me llamas en cualquiera parte,
dejaré mi desierto
por ir a confesarte:
un sacerdote soy; mi nombre, Alberto. 85

EUSEBIO ¿Tal palabra me das?

ALBERTO Y la confieso
con la mano.

(Vase, y sale CHILINDRINA**, bandolero.)**

EUSEBIO Otra vez tus plantas beso.

CHILINDRINA Hasta venir a hablarte
el monte atravesé de parte a parte.

-111r-

EUSEBIO ¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA Dos nuevas harto malas. 90

EUSEBIO A mi temor el sentimiento igualas.
¿Qué son?

CHILINDRINA Es la primera,
(decirla no quisiera),
que al padre de Lisardo

han dado...

EUSEBIO — Acaba, que el efeto aguardo. 95

CHILINDRINA — ...comisión de prenderte o de matarte.

EUSEBIO — Esotra nueva temo
más, porque con un confuso extremo
al corazón parece que camina
toda el alma, adivina 100
de algún futuro daño.
¿Qué ha sucedido?

CHILINDRINA — A Julia...

EUSEBIO — No me engaño
en prevenir tristezas,
si para ver mi mal por Julia empiezas.
¿Julia no me dijiste? 105
Pues eso basta para verme triste.
¡Mal haya amén la rigurosa estrella,
que me obligó a querella!
En fin, Julia..., prosigue.

CHILINDRINA — En un convento seglar está. 110

EUSEBIO — ¡Que el cielo me castigue
con tan grandes venganzas,
de perdidos deseos,
de muertas esperanzas,
que de los mismos cielos, 115
por quien me deja vengo a tener celos!
Mas ya tan atrevido,
que viviendo matando,
me sustento robando:
no puedo ser peor de lo que he sido. 120
Despéñese el intento,
pues ya se ha despeñado el pensamiento.
Llama a Celio, y Ricardo.
[Aparte.]
¡Amando muero!

-111v-

CHILINDRINA Yo voy por él.
(Vase.)

EUSEBIO Ve, y dile que aquí espero:
asaltaré el convento que la guarda. 125
Ningún grave castigo me acobarda,
que por verme señor de su hermosura,
tirano amor me fuerza
a acometer la fuerza,
a romper la clausura 130
y a violar el sagrado;
que ya del todo estoy desesperado;
pues si no me pusiera
amor en tales puntos,
solamente lo hiciera 135
por cometer tantos delitos juntos.

(Salen GIL **y** MENGA**.)**

MENGA Mas ¿qué topamos con él,
según mezquina nací?

GIL Menga, ¿yo no voy aquí?
No temas ese crüel 140
capitán de buñuleros,
ni el toparlos te alborote,
que honda llevo yo, y garrote.

MENGA Temo, Gil, sus hechos fieros,
si no, a Silvia a mirar ponte 145
cuando aquí la acometió,
que doncella al monte entró,
y dueña salió del monte,
que no es peligro pequeño.

GIL Conmigo fuera cruel, 150
que también entro doncel,
y pudiera salir dueño.

MENGA **[A** EUSEBIO**.]**

¡Ah, señor, que va perdido,
que anda Eusebio por aquí!

GIL — No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO — **[Aparte.]**
Estos no me han conocido,
y quiero disimular.

GIL — ¿Quiere que aquese ladrón
le mate?

EUSEBIO — (**[Aparte.]**
Villanos son.)
¿Con qué podré yo pagar
ese aviso?

GIL — Con hüir
de ese bellaco.

MENGA — Si os coge,
señor, aunque no le enoje
ni vuestro hacer ni decir,
luego os matará; y creed
que con poner tras la ofensa
una cruz encima, piensa
que os hace mucha merced.

(Salen RICARDO **y** CELIO**.)**

RICARDO — ¿Dónde le dejaste?

CELIO — Aquí.

GIL — Es un ladrón, no le esperes.

RICARDO — Eusebio, ¿qué es lo que quieres?

GIL — ¿Eusebio le llamó?

MENGA — Sí.

EUSEBIO Eusebio soy, ¿pues qué os mueve
contra mí? ¿no hay quien responda?

MENGA Gil, ¿tienes garrote y honda? 175

GIL Tengo el diablo que te lleve.

CELIO Por los apacibles llanos
que hace del monte la falda,
a quien guarda el mar la espalda,

-112r-
vi un escuadrón de villanos 180
que armado contra ti viene,
y pienso que se avecina;
que así Curcio determina
la venganza que previene.
Mira qué piensas hacer, 185
junta tu gente, y partamos.

EUSEBIO Mejor es que agora huyamos,
que esta noche hay más que hacer.
Venid conmigo los dos,
de quien justamente fío 190
la opinión y el honor mío.

RICARDO Muy bien puedes, que por Dios,
que he de morir a tu lado.

EUSEBIO Villanos, vida tenéis
solo porque le llevéis 195
a mi enemigo un recado.
Decid a Curcio que yo
con tanta gente atrevida,
solo defiendo la vida,
pero que le busco[12], no. 200
Y que no tiene ocasión
de buscarme desta suerte,
pues no di a Lisardo muerte
con engaño o con traición.
Cuerpo a cuerpo le maté, 205
sin ventaja conocida,
y antes de acabar la vida

en mis brazos le llevé
adonde se confesó,
digna acción para estimarse; 210
mas que si quiere vengarse,
que he de defenderme yo.
[A los bandoleros.]
Y agora, porque no vean
aquestos por donde vamos,
ataldos entre estos ramos; 215
paredes sus ojos sean,
porque no avisen.

RICARDO — Aquí
hay cordel.

CELIO — Pues llega presto.

GIL — De San Sebastián me han puesto.

MENGA — De San Sebastián a mí, 220
mas ate cuanto quisiere,
señor, como no me mate.

GIL — Oye, señor, no me ate,
y puto sea yo si huyere.
Jura tú, Menga, también 225
este mismo juramento.

CELIO — Ya están atados.

EUSEBIO — Mi intento
se va ejecutando bien.
La noche amenaza oscura
tendiendo su negro velo. 230
Julia, aunque te guarde el cielo,
he de gozar tu hermosura.

(Vanse.)

GIL — ¿Quién habrá que agora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,

que no diga que es aqueste
Peralvillo del Aldea? 235

MENGA

Vete llegando hacia aquí,
Gil, que yo no puedo andar.

GIL

Menga, venme a desatar,
y yo te desataré a ti 240
luego al punto.

MENGA

Ven primero
tú, que ya estas importuno.

GIL

¿Es decir, que vendrá alguno?
Pondré que falta un arriero
las tres ánades cantando, 245
un caminante pidiendo,
un estudiante comiendo,
una santera rezando,
hoy en aqueste camino,
lo que a ninguno faltó, 250
mas la culpa tengo yo.

[UNA VOZ]

(Dentro.)
Hacia esta parte imagino
que oigo voces, llegad presto.

GIL

Señor, en buen hora acuda
a desatar una duda 255

-112v-
en que ha rato que estoy puesto.

MENGA

Si acaso buscáis, señor,
por el monte algún cordel,
yo os puedo servir con él.

GIL

Este es más gordo y mijor. 260

MENGA

Yo, por ser mujer, espero
remedio en las ansias mías.

GIL

No repare en cortesías,
desáteme a mí primero.

(Salen CURCIO**,** TIRSO **y** OCTAVIO**.)**

TIRSO — Hacia aquesta parte suena
la voz. 265

GIL — ¡Que te quemas!

TIRSO — Gil,
¿qué es esto?

GIL — El diablo es sutil;
desata, Tirso, y mi pena
te diré después.

CURCIO — ¿Qué es esto?

MENGA — Venga en buen hora, señor, 270
a castigar un traidor.

CURCIO — ¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL — ¿Quién? Eusebio, que, en efeto,
dice... pero ¿qué sé yo
lo que se dice? Él nos dejó 275
aquí en semejante aprieto.

TIRSO — No llores, pues que no ha estado
hoy muy poco liberal
contigo.

BLAS — No lo ha hecho mal,
pues a Menga te ha dejado. 280

GIL — ¡Ay Tirso! No lloro yo
porque piadoso no fue.

TIRSO — ¿Pues por qué lloras?

GIL — ¿Por qué?
Porque a Menga se dejó.
La de Antón llevó, y al cabo 285
de seis, que no parecía,
halló a su mujer un día;
hicimos un baile bravo

del hallazgo, y gastó cien reales.

BLAS ¿Bartolo no se casó 290
con Catalina, y parió
a seis meses no cabales?
Y andaba con gran placer
diciendo: «¡Si tú le vieses!,
lo que otra hace en nueve meses, 295
hace en cinco mi mujer».

TIRSO Ello, no hay honra segura.

CURCIO ¡Que esto llegue a escuchar yo
deste tirano! ¿Quién vio
tan notable desventura? 300

MENGA Cómo destruirle piensa,
que hasta las mismas mujeres
tomaremos, si tú quieres,
las armas contra su ofensa.

GIL Aquí acude lo más cierto, 305
toda aquesta procesión
de cruces que miras son,
señor, de hombres que ha muerto.

OCTAVIO Es aquí lo más secreto,
de todo el monte.

CURCIO **[Aparte.]**
Y aquí 310
fue, ¡cielos!, donde yo vi
aquel milagroso efeto
de inocencia y castidad,
cuya beldad[13], atrevido,
tantas veces he ofendido 315
con dudas, siendo verdad
un milagro tan patente.

OCTAVIO Señor, ¿qué nueva pasión
causa tu imaginación?

CURCIO Rigores que el alma siente 320
son, Octavio, y mis enojos
para publicar mi[14] mengua,

como los niego a la lengua,
me van saliendo a los ojos.
Haz, Octavio, que me deje 325

-113r-
solo esa gente que sigo,
porque aquí de mí y conmigo
hoy a los cielos me queje.

OCTAVIO Ea soldados, despejad.

BLAS ¿Qué decís?

TIRSO ¿Qué pretendéis? 330

GIL Despiojad, ¿no lo entendéis?,
que nos vamos a espulgar.

(Vanse.)

CURCIO ¿A quién no habrá sucedido,
tal vez lleno de pesares,
descansar consigo a solas, 335
por no descubrirse a nadie?
Yo, a quien tantos pensamientos
a un tiempo afligen, que hacen
con lágrimas y suspiros
competencia al mar y al aire, 340
compañero de mí mismo
en las mudas soledades,
con la pensión de mis bienes
quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes 345
sean testigos bastantes;
que al fin las fuentes murmuran
y tienen lenguas las aves.
No quiero más compañía
de aquestos troncos salvajes, 350
que quien escucha y no aprende,
será fuerza que no hable.

Teatro este monte fue
del suceso más notable,
que entre prodigios de celos 355
cuentan las antigüedades,
de una inocente verdad.
Pero ¿quién podrá librarse
de sospechas, en quien son
mentirosas las verdades? 360
Muerte de amor son los celos,
que no perdonan a nadie,
ni por humilde le dejan,
ni le respetan por grave.
Aquí, pues, donde yo digo, 365
Rosmira, y yo... De acordarme,
no es mucho que el alma tiemble,
no es mucho que la voz falte,
que no hay flor que no me asombre,
no hay hoja que no me espante, 370
no hay piedra que no me admire,
tronco que no me acobarde,
peñasco que no me oprima,
monte que no me amenace;
porque todos son testigos 375
de una hazaña tan infame.
Saqué al fin la espada, y ella,
sin temerme y sin turbarse,
porque en riesgos de honor nunca
el inocente es cobarde: 380
«Esposo -dijo-, detente;
no digo que no me mates,
si es tu gusto, porque yo
¿cómo he de poder negarte
la misma vida que es tuya? 385
Solo te pido que antes
me digas por lo que muero,
y déjame que te abrace».
Yo la dije: «En tus entrañas,
como la víbora, traes 390
a quien te ha de dar la muerte.
Indicio ha sido bastante
el parto infame que esperas;

mas no lo verás, que antes,
dándote muerte, seré 395
verdugo tuyo y de un ángel».
«Si acaso -me dijo entonces-,
si acaso, esposo, llegaste
a creer flaquezas mías,
justo será que me mates. 400
Mas a esta cruz abrazada,
a esta que estaba delante,
-prosiguió-, doy por testigo

-113v-
de que no supe agraviarte
ni ofenderte, que ella sola 405
será justo que me ampare».
Bien quisiera entonces yo,
arrepentido, arrojarme
a sus pies, porque se vía[15]
su inocencia en su semblante. 410
El que intenta una traición
antes mire lo que hace,
porque una vez declarado,
aunque procure enmendarse,
por decir que tuvo causa, 415
lo ha de llevar adelante.
Yo, pues, no porque dudaba
ser la disculpa bastante,
sino porque mi delito
más amparado quedase, 420
el brazo levanté airado,
tirando por varias partes
mil heridas, pero solo
las ejecuté en el aire.
Por muerta al pie de la cruz 425
quedó, y queriendo escaparme,
a casa llegué, y halléla
con más belleza que sale
el alba, cuando en sus brazos
nos presenta el sol infante. 430
Ella en sus brazos tenía
a Julia, divina imagen

de hermosura y discreción,
(¿qué gloria puede igualarse
a la mía?), que su parto 435
había sido aquella tarde
al mismo pie de la cruz;
y por divinas señales
con que al mundo descubría
Dios un milagro tan grande, 440
la niña que había parido,
dichosa con señales tales,
tenía en el pecho una cruz
labrada de fuego y sangre.
Pero que tanta ventura 445
templaba, que se quedase
otra criatura en el monte,
que ella, entre penas tan graves,
sintió haber parido dos;
y yo entonces...

OCTAVIO Por el valle 450
atraviesa un escuadrón
de bandoleros, y antes
que cierre la noche triste,
será bien, señor, que baje
a buscarlos, no escurezca; 455
porque ellos el monte saben,
y nosotros no.

CURCIO Pues junta
la gente vaya delante,
que no hay gloria para mí
hasta llegar a vengarme. 460

(Vanse y salen EUSEBIO**,** CELIO **y** RICARDO **con una escala.)**

RICARDO Llega con silencio y pon
a esa parte las escalas.

EUSEBIO Ícaro seré sin alas,

sin fuego seré Faetón,
escalar al sol intento, 465
y si me quiere ayudar
la luz, tengo de pasar
más allá del firmamento.
Amor ser tirano enseña;
en subiendo yo, quitad 470
esa escala y esperad
hasta que os haga una seña.
Quien subiendo se despeña,
suba yo y baje ofendido,
en cenizas convertido; 475
que la pena del bajar,
no será parte a quitar

-114r-
la gloria de haber subido.

RICARDO ¿Qué esperas?

CELIO Pues ¿qué rigor
tu altivo orgullo embaraza? 480
¿No veis cómo me amenaza
un vivo fuego?

RICARDO Señor,
fantasmas son del temor.

EUSEBIO ¿Yo temor?

CELIO Sube.

EUSEBIO Ya llego,
aunque a tantos rayos ciego 485
por las llamas he de entrar,
que no podrá estorbar
de todo el infierno el fuego.

CELIO Ya entró.

RICARDO Alguna fantasía
de su mismo horror fundada, 490
en la idea acreditada,
o alguna ilusión sería.

CELIO Quita la escala.

RICARDO Hasta el día
aquí le hemos de esperar.

CELIO Atrevimiento fuera entrar, 495
aunque yo de mejor gana
me fuera con mi villana,
mas después habrá lugar.

(Vanse, y sale EUSEBIO**.)**

EUSEBIO Por todo el convento he andado
sin ser de nadie sentido, 500
y por cuanto he discurrido
de mi destino guiado,
a mil celdas he llegado
de religiosas, que abiertas
tienen las estrechas puertas, 505
y en ninguna a Julia vi.
¿Dónde me lleváis así,
esperanzas siempre inciertas?
¡Qué horror! ¡Qué silencio mudo!
¡Qué oscuridad tan funesta! 510
Luz hay aquí; celda es esta,
(Corre una cortina.)
y en ella Julia, ¿qué dudo?
¿Tan poco el valor ayudo,
que agora en hablalla tardo?
¿Qué es lo que espero? ¿Qué aguardo? 515
Mas con impulso dudoso,
si me animo temeroso,
animoso me acobardo.
Más belleza la humildad
deste traje la asegura, 520
que en la mujer la hermosura
es la misma honestidad.
Su peregrina beldad,
de mi torpe amor objeto,

hace en mí mayor efeto; 525
que a un tiempo a mi amor incito,
con la hermosura, apetito;
con la honestidad, respeto.
¡Julia! ¡Ah Julia!

JULIA ¿Quién me nombra?
Mas, ¡cielos!, ¿qué es lo que veo? 530
¿Eres sombra del deseo,
o del pensamiento sombra?

EUSEBIO ¿Tanto el mirarme te asombra?

JULIA Pues ¿quién habrá que no intente
huir de ti?

EUSEBIO Julia, detente. 535

JULIA ¿Qué quieres, forma fingida,
de la idea repetida?
¿Solo a la vista aparente,
eres, para pena mía,
voz de la imaginación?, 540
¿retrato de la ilusión?,
¿cuerpo de la fantasía?,
¿fantasma en la noche fría?

EUSEBIO Julia, escucha; Eusebio soy,
que vivo a tus pies estoy; 545
que si el pensamiento fuera,

-114v-
siempre contigo estuviera.

JULIA Desengañándome voy
con oírte, y considero
que mi recato ofendido, 550
más te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero.
Donde yo llorando muero,
donde yo vivo penando,
¿qué quieres? ¡Estoy temblando! 555
¿Qué buscas? ¡Estoy muriendo!
¿Qué emprendes? ¡Estoy temiendo!

¿Qué intentas? ¡Estoy dudando!
¿Cómo has llegado hasta aquí?

EUSEBIO

Todo es extremos amor, 560
y mi pena y tu rigor
hoy han de triunfar de mí.
Hasta verte aquí sufrí
con esperanza segura;
pero viendo tu hermosura 565
perdida, he atropellado
el respeto del sagrado,
y la ley de la clausura.
De lo cierto, o de lo injusto,
los dos la culpa tenemos, 570
y en mí vienen dos extremos,
que son la fuerza y el gusto.
No puede darle disgusto
al cielo mi pretensión:
antes desta ejecución 575
casada eras en secreto,
y no cabe en un sujeto
matrimonio y religión.

JULIA

No niego el lazo amoroso,
que hizo con felicidades 580
unir a dos voluntades;
que fue su efeto forzoso,
que te llamé amado esposo
y que todo eso fue así,
confieso; pero ya aquí, 585
con voto de religiosa,
a Cristo de ser su esposa
mano y palabra le di.
Ya soy suya, ¿qué me quieres?
Vete, porque el mundo asombres, 590
donde mates a los hombres,
donde fuerces las mujeres.
Vete, Eusebio; ya no esperes
fruto de tu loco amor;
para que te cause horror, 595
que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO

Cuanto es mayor tu defensa,
es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
del convento, ya te vi; 600
no es amor quien vive en mí,
causa más oculta fue.
Cumple mi gusto, o diré
que tú misma me has llamado,
que me has tenido encerrado 605
en tu celda muchos días,
y pues las desdichas mías
me tienen desesperado,
daré voces: sepan...

JULIA

Tente,
Eusebio, mira... ¡ay de mí!, 610
pasos siento por aquí,
al coro atraviesa gente.
¡Cielo, no sé lo que intente!
Cierra esa celda, y en ella
estarás, pues atropella 615
un temor a otro temor.

EUSEBIO

¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA

¡Qué rigurosa mi estrella!

RICARDO

Ya son las tres, mucho tarda.

CELIO

El que goza su ventura, 620
Ricardo, en la noche oscura,
nunca el claro sol aguarda.
Yo apuesto que le parece
que nunca el sol madrugó
tanto, y que hoy apresuró 625

-115r-

su curso.

RICARDO

Siempre amanece
más temprano a quien desea;
pero al que goza, más tarde.

CELIO

No creas que al sol aguarde

que en el oriente se vea. 630

RICARDO Dos horas son ya.

CELIO No creo
que Eusebio lo diga.

RICARDO Es justo,
porque al fin son de su gusto
las horas de tu deseo.

CELIO ¿No sabes lo que he llegado 635
hoy, Ricardo, a sospechar?
Que Julia le envió a llamar.

RICARDO Pues si no fuera llamado,
¿quién a escalar se atreviera
un convento?

CELIO ¿No has sentido, 640
Ricardo, a esta parte ruido?

RICARDO Sí.

CELIO Pues llega la escalera.

EUSEBIO Déjame, mujer.

JULIA Pues cuando
vencida de tus deseos,
movida de tus suspiros, 645
obligada de tus ruegos,
de tu llanto agradecida,
dos veces a Dios ofendo,
como a Dios y como a esposo,
¡mis brazos dejas, haciendo 650
sin esperanzas desdenes,
y sin posesión desprecios!
¿Dónde vas?

EUSEBIO Mujer, ¿qué intentas?
Déjame, que voy huyendo
de tus brazos, porque he visto 655
no sé qué deidad en ellos.
Llamas arrojan tus ojos,
tus suspiros son de fuego,

un volcán cada razón,
un rayo cada cabello, 660
cada palabra es mi muerte,
cada regalo un infierno;
tantos temores me causa
la cruz que he visto en tu pecho.
Señal prodigiosa ha sido, 665
y no permitan los cielos
que, aunque tanto los ofenda,
pierda a la cruz el respeto;
porque si la hago testigo
de las culpas que cometo, 670
¿con qué vergüenza después
llamarla en mi ayuda puedo?
Quédate en tu religión,
Julia, yo no te desprecio,
pues más agora te adoro. 675

JULIA Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO Esta es la escala.

JULIA Detente,
o llévame allá.

EUSEBIO No puedo,
pues que sin gozar la gloria
que tanto esperé, te dejo. 680
¡Válgame el cielo! Caí.

RICARDO ¿Qué ha sido?

EUSEBIO

¿No ves la esfera del fuego
poblada de ardientes rayos?
¿No miras sangriento el cielo,
que todo sobre mí viene? 685
¿Dónde estar seguro puedo,
si airado el cielo se muestra?
Divina cruz, yo os prometo
y os hago solemne voto,
con cuantas cláusulas puedo, 690
de en cualquier parte que os vea,
las rodillas por el suelo,
rezar un Ave María.

(Vanse llevándole, y dejan la escalera.)

JULIA

Turbada y confusa quedo.
¿Aquestas fueron, ingrato, 695

-115v-
las firmezas? ¿Estos fueron
los extremos de tu amor?
¿O son de mi amor extremos?
Hasta vencerme a tu gusto,
con amenazas, con ruegos, 700
aquí amante, allí tirano
porfiaste; pero luego
que de tu gusto y mi pena
pudiste llamarte dueño,
antes de vencer, huiste. 705
¿Quién, sino tú, venció huyendo?
¡Muerta soy, cielos piadosos!
¿Por qué introdujo venenos
Naturaleza, si había,
para dar muerte, desprecios? 710
Ellos me quitan la vida,
pues que con nuevo tormento
lo que me desprecia busco.
¿Quién vio tan dudoso efeto

de amor? Cuando me rogaba[16] 715
con mil lágrimas, Eusebio,
le dejaba, pero agora,
porque él me deja, le ruego.
Tales somos las mujeres,
que, contra nuestros deseos, 720
aun no queremos dar gusto
con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
si pretende alcanzar premio,
que queridas despreciamos, 725
y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
solo que me deje siento.
Por aquí cayó; tras él
me arrojaré. Mas ¿qué es esto?, 730
¿Esta no es escala? Sí.
¡Qué terrible pensamiento!
Detente, imaginación,
no me despeñes, que creo
que si llego a consentir, 735
a hacer el delito llego.
¿No saltó Eusebio por mí
las paredes del convento?
¿No me holgué de verle yo
en tantos peligros puesto 740
por mi causa? Pues ¿qué dudo?
¿Qué me acobardo? ¿Qué temo?
Lo mismo haré yo en salir,
que él en entrar: si es lo mismo,
también se holgará de verme 745
por su causa en tales riesgos.
Ya, por haber consentido,
la misma culpa merezco;
que si es tan grande el pecado,
¿por qué el gusto ha de ser menos? 750
Si consentí y me dejó
Dios de su mano, ¿no puedo
de una culpa que es tan grande
tener perdón? Pues ¿qué espero?
Al mundo, al honor, a Dios, 755

hallo perdido el respeto,
cuando a ceguedad tan grande
vendados los ojos vuelvo.
Demonio soy, que he caído
despeñado deste cielo, 760
pues sin tener esperanzas
de subir, no me arrepiento.
Ya estoy fuera de sagrado,
y de la noche el silencio,
con su escuridad me tiene 765
cubierta de horror y miedo.
Tan deslumbrada camino,
que en las tinieblas tropiezo,
y aun no caigo en mi pecado.
¿Dónde voy? ¿Qué hago? ¿Qué intento? 770
Con la muda confusión
de tantos temores, temo
que se me altera la sangre,
que se me eriza el cabello.
Turbada la fantasía, 775

-116r-
en el aire forma cuerpos,
y sentencias contra mí
pronuncia la voz del eco.
El delito, que antes era
quien me animaba, soberbio, 780
es quien me acobarda agora.
Apenas las plantas puedo
mover, que el mismo temor
grillos a mis pies ha puesto.
Sobre mis hombros parece 785
que caiga un prolijo peso
que me oprime, y toda yo
estoy cubierta de yelo.
No quiero pasar de aquí,
quiero volverme al convento, 790
donde de aqueste pecado
alcance perdón; pues creo
de la clemencia divina,
que no hay luces en el cielo,

que no hay en el mar arenas, 795
no hay átomos en el viento,
que sumados todos juntos,
no sean número pequeño
de los pecados que sabe
Dios perdonar. Pasos siento. 800
A esta parte me retiro
en tanto que pasan; luego
subiré sin que me vean.

(Salen RICARDO **y** CELIO**.)**

RICARDO

Con el espanto de Eusebio,
aquí se quedó la escala, 805
y agora por ella vuelvo,
no aclare el día y la vean
a esta pared.

(Vuélvense a entrar los dos con la escala.)

JULIA

Ya se fueron,
agora podré subir
sin que me sientan. ¿Qué es esto? 810
¿No es aquesta la pared
de la escala? Pero creo
que hacia estotra parte está.
Ni aquí está tampoco. ¡Cielos!
¿Cómo he de subir sin ella? 815
Mas ya mi desdicha entiendo:
desta suerte me negáis
la entrada vuestra, pues creo
que cuando quiera subir
arrepentida, no puedo. 820
Pues si ya me habéis negado
vuestra clemencia, mis hechos

de mujer desesperada
darán asombros al cielo,
darán espantos al mundo, 825
admiración a los tiempos,
horror al mismo pecado,
y terror al mismo infierno.

Jornada III

Sale GIL **con muchas cruces, y una muy grande al pecho.**

GIL

Por leña a este monte voy,
que Menga me lo ha mandado,
y para ir seguro he hallado
una brava invención hoy.
Que de la cruz diz que es 5
devoto Eusebio, y así
he salido armado aquí
de la cabeza a los pies.
Dicho y hecho. ¡Él es, pardiez!;
no topo, lleno de miedo, 10
donde estar seguro puedo;
sin alma quedo. Esta vez
no me ha visto; yo quisiera
esconderme hacia este lado
mientras pasa; yo he tomado 15
por guarda una cambronera
para esconderme. ¡No es nada!
Tanta púa es la más chica.
¡Pléguete Cristo!, más pica
que perder una trocada, 20
más que sentir un desprecio
de una dama Fierabrás,
que a todos admite, y más
que tener celos de un necio.

(Sale EUSEBIO**.)**

EUSEBIO

No sé dónde podré ir,
larga vida un triste tiene,
que nunca la muerte viene
a quien le cansa el vivir.
Julia, yo me vi en tus brazos,
cuando tan dichoso era,
que de tus brazos pudiera
hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar al fin dejé
la gloria que no tenía;
mas no fue la causa mía,
causa más secreta fue,
pues teniendo mi albedrío,
superior efeto ha hecho
que yo respete en tu pecho
la cruz que tengo en el mío.
Y pues con ella los dos,
¡ay Julia!, habemos nacido,
secreto misterio ha sido,
que lo entiende solo Dios.

GIL

[Aparte.]
Mucho pica, ya no puedo
más sufrillo.

EUSEBIO

Entre estos ramos
hay gente. ¿Quién va?

GIL

[Aparte.]
Aquí echamos
a perder todo el enredo.

EUSEBIO

[Aparte.]
Un hombre a un árbol atado,
y una cruz al cuello tiene;
cumplir mi voto conviene
en el suelo arrodillado.

GIL

¿A quién, Eusebio, enderezas
la oración, o de qué tratas?

Si me adoras, ¿qué me atas?

-117r-
Si me atas, ¿qué me rezas?

EUSEBIO ¿Quién es?

GIL ¿A Gil no conoces?
Desde que con el recado
aquí me dejaste atado,
no han aprovechado voces,
para que alguien, (¡qué rigor!)
me llegase a desatar.

EUSEBIO Pues no es aqueste el lugar
donde te dejé.

GIL Señor,
es verdad; mas yo, que vi
que nadie llegaba, he andado
de árbol en árbol atado
hasta haber llegado aquí.
Aquesta la causa fue
de suceso tan extraño.
(Desátale.)

EUSEBIO **([Aparte.]**
Este es simple, y de mi daño
cualquier suceso sabré.)
Gil, yo te tengo afición,
desde que otra vez hablamos,
y aquí quiero que seamos
amigos.

GIL Tiene razón,
y quisiera, pues nos vemos
tan amigos, no ir allá,
sino andarme por acá,
pues aquí todos seremos
buñuleros, que diz que es
holgada vida, y no andar
todo el año a trabajar.

EUSEBIO Quédate conmigo, pues.

(Sale RICARDO **y bandoleros, y traen a** JULIA **vestida de hombre, y cubierto el rostro.)**

RICARDO — En lo bajo del camino, 85
que esta montaña atraviesa,
ahora hicimos una presa,
que según es, imagino,
que te dé gusto.

EUSEBIO — Está bien;
luego della trataremos. 90
Sabe agora que tenemos
un nuevo soldado.

RICARDO — ¿Quién?

GIL — Gil, ¿no me ve?

EUSEBIO — Este villano,
aunque le veis inocente,
conoce notablemente 95
desta tierra monte y llano,
y en él será nuestra guía.
Fuera desto al campo irá
del enemigo, y será
en él mi perdida espía. 100
Arcabuz le podéis dar,
y un vestido.

CELIO — Ya está aquí.

GIL — Tengan lástima de mí,
que me quedo a bandolear.

EUSEBIO — ¿Quién es ese gentilhombre, 105
que el rostro encubre?

RICARDO — No ha sido
posible que haya querido
decir la patria y el nombre,
porque al capitán no más

dice que lo ha de decir. 110

EUSEBIO Bien te puedes descubrir,
pues ya en mi presencia estás.

JULIA ¿El capitán sois?

EUSEBIO Sí.

JULIA ¡Ay Dios!

EUSEBIO Dime quién eres y a qué
veniste.

JULIA Yo lo diré 115
estando solos los dos.

EUSEBIO Retiraos todos un poco.

(Vanse.)

Ya estás a solas conmigo;
solos árboles y flores,
pueden ser mudos testigos 120
de tus voces; quita el velo

-117v-
con que cubierto has traído
el rostro, y dime, ¿quién eres?
¿Dónde vas? ¿Qué has pretendido?
Habla.

JULIA Porque de una vez 125
sepas a lo que he venido,
y quién soy, saca la espada,
pues desta manera digo,
que soy quien viene a matarte.

EUSEBIO Con la defensa resisto 130
tu osadía y mi temor,
porque mayor había sido
de la acción que de la voz.

JULIA Riñe, cobarde, conmigo,

y verás que con tu muerte 135
vida y confusión te quito.

EUSEBIO

Yo, por defenderme, más
que por ofenderte, riño,
que ya tu vida me importa,
que si en este desafío 140
te mato, no sé porqué,
y si me matas lo mismo.
Descúbrete agora pues,
si te agrada.

JULIA

Bien has dicho,
porque en venganzas de honor, 145
si no es que conste el castigo
al que fue ofensor, no queda
satisfecho el ofendido.
(Descúbrese.)
¿Conócesme? ¿Qué te espantas?
¿Qué me miras?

EUSEBIO

Que rendido 150
a la verdad y a la duda
en confusos desvaríos,
me espanto de lo que veo,
me asombro de lo que miro.

JULIA

Ya me has visto.

EUSEBIO

Sí, y de verte 155
mi confusión ha crecido
tanto, que si antes de agora
alterados mis sentidos,
desearon verte, ya
desengañados, lo mismo 160
que dieran antes por verte,
dieran por no haberte visto.
¿Tú, Julia, tú en este monte?
¿Tú con profano vestido,
dos veces violento en ti? 165
¿Cómo sola aquí has venido?
¿Qué es esto?

JULIA

Desprecios tuyos

y desengaños míos.
Y porque veas que es flecha
disparada, ardiente tiro, 170
veloz rayo, una mujer
que corre tras su apetito.
No solo me han dado gusto
los pecados cometidos
hasta agora, mas también 175
me la dan si los repito.
Salí del convento, fui
al monte, y porque me dijo
un pastor que mal guiada
iba por aquel camino, 180
neciamente temerosa,
por evitar[17] mi peligro
le aseguré y le di muerte,
siendo instrumento un cuchillo
que en la petrina traía. 185
Con este, que fue ministro
de la muerte, a un caminante
que cortésmente previno
en las ancas de un caballo
a tanto cansancio alivio, 190
a la vista de una aldea,
porque entrar en ella quiso,
huyendo al poblado paga

-118r-
con la muerte el beneficio.
Tres días fueron, y noches[18] 195
los que aquel desierto me hizo
mesa de silvestres plantas,
lechos de peñascos fríos.
Llegué a una pobre cabaña,
a cuyo techo pajizo 200
juzgué pabellón dorado
en la paz de mis sentidos.
Liberal huéspeda fue
una serrana conmigo,
compitiendo en los deseos 205
con el pastor, su marido.

A la hambre y al cansancio
dejé en su albergue vencidos
con buena mesa; aunque pobre,
manjar; aunque humilde, limpio. 210
Pero al despedirme dellos,
habiendo antes prevenido,
que al buscarme no pudiesen
decir: «Nosotros la vimos»;
al cortés pastor, que al monte 215
salió a enseñarme el camino,
maté, y entré donde luego
hago en su mujer lo mismo.
Mas considerando entonces,
que en este vestido mío 220
mi pesquisidor llevaba,
mudármele determino.
Al fin, pues, por varios casos,
con las armas y el vestido
de un cazador, cuyo sueño, 225
no imagen, trasunto vivo
fue de la muerte, llegué
aquí venciendo peligros,
despreciando inconvenientes,
y atropellando desinios. 230

EUSEBIO

Con tanto asombro te escucho,
con tanto temor te miro,
que eres al oído encanto,
si a la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio; 235
pero temo los peligros
con que el cielo me amenaza,
yo por eso me retiro.
Vuélvete tú a tu convento,
que yo temeroso vivo 240
de esa cruz tanto, que huyo
de ti. Mas, ¿de qué es este ruido?

(Salen los bandoleros.)

RICARDO

Prevén, señor, la defensa,
que, apartados del camino,
al monte Curcio y su gente 245
en busca tuya han salido.
De todas esas aldeas,
tanto el número han crecido,
que han venido contra ti,
viejos, mujeres y niños, 250
diciendo que han de vengar
en tu sangre la de un hijo
muerto a tus manos, y juran
de llevarte por castigo,
o por venganza de tantos, 255
preso a Sena, muerto o vivo.

EUSEBIO

Julia, después hablaremos.
Cubre el rostro y ven conmigo,
que no es bien que en poder quedes
de tu padre, tu enemigo. 260
Soldados, este es el día
de mostrar aliento y brío.
Porque ninguno desmaye,
considere que atrevidos
vienen a darnos la muerte, 265
o prendernos, que es lo mismo;
y si no, en pública cárcel
de desdichas perseguidos,
y sin honra, nos veremos;
pues si esto hemos conocido, 270

-118v-

por la vida y por la honra,
¿quién temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
salgamos a recibillos,
que siempre está la fortuna 275
de parte del atrevido.

RICARDO

No hay que salir, que ya llegan
a nosotros.

EUSEBIO Prevenídos,
y ninguno sea cobarde,
que, ¡vive el cielo!, si miro 280
huir alguno o retirarse,
que he de ensangrentar los filos
de aqueste acero en su pecho
primero que en mi enemigo.

CURCIO **(Dentro.)**
En lo encubierto del monte 285
al traidor de Eusebio he visto,
y para inútil defensa
hace murallas sus riscos.

OTRO **(Dentro.)**
Ya entre las espesas ramas
desde aquí los descubrimos. 290

JULIA ¡A ellos!

EUSEBIO Esperad, villanos,
que, ¡vive Dios!, que teñidos
con vuestra sangre los campos
han de ser ondosos ríos.

RICARDO De los cobardes villanos 295
es el número excesivo.

CURCIO **(Dentro.)**
¿Adónde, Eusebio, te escondes?

EUSEBIO No escondo, que ya te sigo.

(Ruido dentro, y sale JULIA**.)**

JULIA Del monte que yo he buscado,
apenas las yerbas piso, 300
cuando horribles voces oigo,
marciales campañas miro.
De la pólvora los ecos,
y del acero los filos,

unos ofenden la vista, 305
y otros turban el oído.
Mas ¿qué es aquello que veo?
Desbaratado y vencido
todo el escuadrón de Eusebio
le deja ya el enemigo. 310
Quiero volver a juntar
toda la gente que ha habido
de Eusebio, y volver a dalles
favor, que si los animo,
seré en su defensa asombro 315
del mundo, seré cuchillo
de la parca, estrago fiero
de sus vidas, vengativo
espanto de los futuros
y admiración de los siglos. 320

(Vase y sale GIL **de bandolero.)**

GIL

Por estar seguro, apenas
fui bandolero novicio,
cuando por ser bandolero
me veo en tanto peligro.
Cuando yo era labrador 325
eran ellos los vencidos,
y hoy, porque soy de la carda,
va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento traigo
la desventura conmigo, 330
pues tan desgraciado soy,
que mil veces imagino
que, a ser yo judío, fueran
desgraciados los judíos.

(Salen MENGA **y** BLAS**, y otros villanos.)**

MENGA ¡A ellos, que van huyendo! 335

-119r-

BLAS No ha de quedar uno vivo
tan solamente.

MENGA Hacia aquí
uno dellos se ha escondido.

BLAS Muera este ladrón.

GIL Mirad,
que yo soy.

MENGA Ya nos ha dicho 340
el traje que es bandolero.

GIL El traje les ha mentido
como muy grande bellaco.

MENGA Dale tú.

BLAS Pégale, digo.

GIL Bien dado estoy y pegado. 345
Advertid...

MENGA No hay que advertirnos.
Bandolero sois.

GIL Mirad,
que soy Gil, voto a Cristo.

MENGA ¿Pues no hablaras antes, Gil?

BLAS Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho? 350

GIL ¿Qué más antes, si el yo soy
os dije desde el principio?

MENGA ¿Qué haces aquí?

GIL ¿No lo ves?
Ofendo a Dios en el quinto:
mato solo, más que juntos 355
un médico y un estío.

MENGA ¿Qué traje es este?

GIL

Es el diablo.
Maté a uno y su vestido
me puse.

MENGA

¿Pues cómo, di,
no está de sangre teñido 360
si le mataste?

GIL

Eso es fácil:
murió de miedo; esta ha sido
la causa.

MENGA

Ven con nosotros,
que vitoriosos seguimos
los bandoleros, que agora 365
cobardes nos han hüido.

GIL

No más vestido, aunque vaya
titiritando de frío.

(Vanse, y salen EUSEBIO **y** CURCIO **peleando.)**

CURCIO

Ya estamos solos los dos,
gracias al cielo, que quiso 370
dar la venganza a mi mano
hoy, sin haber remitido
a las ajenas mi agravio,
ni tu muerte a ajenos filos.

EUSEBIO

No ha sido en esta ocasión 375
airado el cielo conmigo,
Curcio, en haberte topado,
porque si tu pecho vino
ofendido, volverá
castigado y ofendido. 380
Aunque no sé qué respeto
has puesto en mí, que he temido
más tu enojo que tu acero,
y aunque pudieran tus bríos
darme temor, solo temo, 385

cuando aquesas canas[19] miro,
que me hacen cobarde.

CURCIO

Eusebio,
yo confieso que has podido
templar en mí de la ira
con que agraviado te miro, 390
gran parte; pero no quiero
que pienses inadvertido
que te dan temor mis canas,
cuando puede el valor mío.
Vuelve a reñir, que una estrella 395
o algún favorable signo
no es bastante a que yo pierda
la venganza que consigo.
Vuelve a reñir.

-119v-

EUSEBIO

¿Yo temor?
Neciamente has presumido 400
que es temor lo que es respeto,
aunque, si verdad te digo,
la vitoria que deseo
es, a tus plantas rendido,
pedirte perdón, y a ellas 405
pongo la espada que ha sido
temor de tantos.

CURCIO

Eusebio,
no has de pensar que me animo
a matarte con ventaja.
Esta es mi espada.
([Aparte.]
Así quito 410
la ocasión de darle muerte.)
Ven a los brazos conmigo.

(Abrázanse y luchan.)

EUSEBIO

No sé qué efeto has hecho
en mí, que el corazón dentro el pecho,
a pesar de venganzas y de enojos, 415
en lágrimas se asoma por los ojos,
y en confusión tan fuerte,
quisiera, por vengarte, darme muerte.
Véngate en mí, tendida
a tus plantas, señor, está mi vida. 420

CURCIO

El acero de un noble, aunque ofendido,
no se mancha en la sangre de un tendido,
que quita grande parte de la gloria
el que con sangre borra la vitoria.

[VOCES]

(Dentro.)
Hacia aquí están.

CURCIO

Mi gente vitoriosa 425
viene a buscarme, cuando temerosa
la tuya vuelve huyendo.
Darte vida pretendo;
escóndete, que en vano
defenderé el enojo vengativo 430
de un escuadrón villano;
y solo tú imposible es quedar vivo.

EUSEBIO

Yo, Curcio, nunca huyo
de otro poder, aunque he temido el tuyo,
que si mi mano aquesta espada cobra, 435
verás cuánto valor en ti me falta,
que en tu gente me sobra.

(Salen todos.)

OCTAVIO

Desde el más hondo valle a la más alta
cumbre de aqueste monte, no ha quedado

-120r-
vivo ninguno, solo se ha escapado 440
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO Mientes, que Eusebio nunca fue cobarde.

TODOS ¿Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO ¡Llegad, villanos!

CURCIO ¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO ¿Pues tú, señor, que habías
de animarnos, agora desconfías? 445

BLAS ¿A un hombre amparas, que en tu sangre y honra
introdujo el acero y la deshonra?

GIL ¿A un hombre que, atrevido,
toda aquesta montaña ha destruido? 450
Y a quien en el aldea no ha dejado
melón, doncella que no haya catado,
a quien tantos ha muerto,
¿cómo así le defiendes?

OCTAVIO ¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pretendes? 455

CURCIO Esperad, escuchad, (¡triste suceso!);
¿cuánto es mejor que a Sena vaya preso?
Date a prisión, Eusebio, que prometo,
y como noble juro, de ampararte,
siendo abogado tuyo, aunque soy parte. 460

EUSEBIO Como a Curcio no más, yo me rindiera;
mas como a juez no puedo,
porque aquel es respeto, y esto es miedo.

OCTAVIO ¡Muera Eusebio!

CURCIO Advertid...

OCTAVIO ¿Pues qué? ¿Tú quieres
defenderle? ¿A la patria traidor eres? 465

CURCIO ¿Yo traidor? Pues me agravias desta suerte,
perdona, Eusebio, porque yo el primero
tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO Quítate de delante,
señor, porque tu vista no me espante, 470
que viéndote, no dudo

que te tenga tu gente por escudo.

(Vanse peleando adentro.)

CURCIO

Apretándole van, ¡oh quien pudiera
darte agora la vida,

-120v-
Eusebio, aunque la suya misma diera! 475
En el monte se ha entrado,
por mil partes herido;
retirándose va ya despeñado
al valle. Voy volando,
que aquella sangre fría, 480
que con tímida voz me está llamando,
algo tiene de mía;
que sangre que no fuera
propia, ni me llamara, ni la oyera.

(Vase CURCIO**, y baja despeñado** EUSEBIO**.)**

EUSEBIO

Cuando, de la vida incierto, 485
me despeña la más alta
cumbre, veo que me falta
tierra donde caiga muerto;
pero si mi culpa advierto,
al alma reconocida, 490
no el ver la vida perdida
me atormenta, sino el ver
cómo ha de satisfacer
tantas culpas una vida.
Ya me vuelve a perseguir 495
este escuadrón vengativo,
pues no puedo quedar vivo,
he de matar o morir,

aunque mejor será ir
donde al cielo perdón pida; 500
pero mis pasos impida
la cruz, porque desta suerte
ellos me den breve muerte
y ella me dé eterna vida.
Árbol donde el cielo quiso[20] 505
dar el fruto verdadero
contra el bocado primero,
flor del nuevo paraíso,
arco de luz cuyo aviso
en piélago más profundo 510
la paz publicó del mundo;
planta hermosa, fértil vid,
arpa del nuevo David,
tabla del Moisés segura:
pecador soy, tus favores 515
pido por justicia yo,
pues Dios en ti padeció
solo por los pecadores.
A mí me debes tus loores,
que por mí solo muriera 520
Dios si más mundo no hubiera;
luego eres tú, cruz, por mí,
que Dios no muriera en ti,
si yo pecador no fuera.
Mi natural devoción 525
siempre os pido con fe tanta,
no permitieseis, cruz santa,
muriese sin confesión.
No seré el primer ladrón,
que en vós se confiese a Dios. 530
Y pues que ya somos dos,
y yo no le he de negar,
tampoco me ha de faltar
redención que se obró en vós.
Lisardo, cuando en mis brazos 535
pude ofendido matarte,
lugar di de confesarte,
antes que en tan breves plazos
se desatasen los lazos

-121r-
mortales. Y agora advierto 540
en aquel viejo, aunque muerto:
piedad de los dos aguardo.
¡Mira que muero, Lisardo;
mira que te llamo, Alberto!

(Sale CURCIO**.)**

CURCIO Hacia aquesta parte está. 545

EUSEBIO Si es que venís a matarme,
muy poco haréis en quitarme
vida que no tengo ya.

CURCIO ¿Qué bronce no ablandará
tanta sangre derramada? 550
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO ¿A quién?

CURCIO A Curcio.

EUSEBIO Esta es.
Y yo también a tus pies,
de aquella ofensa pasada,
te pido perdón. No puedo 555
hablar más, porque una herida
quita el aliento a la vida,
cubriendo de horror y miedo
el alma.

CURCIO Confuso quedo.
¿Será en ella de provecho 560
remedio humano?

EUSEBIO Sospecho
que la mejor medicina
para el alma es la divina.

CURCIO ¿Dónde es la herida?

EUSEBIO En el pecho.

CURCIO Déjame poner en ella 565
la mano, a ver si resiste
el aliento. ¡Ay de mí, triste!
¿Qué señal divina y bella
es esta, que al conocella
toda el alma se turbó? 570

EUSEBIO Son las armas que me dio
esta cruz, a cuyo pie
nací, porque más no sé
de mi nacimiento yo.
Mi padre, que no señalo, 575
aun la cuna me negó,
que sin duda imaginó,
que había de ser tan malo.
Aquí nací.

CURCIO Y aquí igualo
el dolor con el contento, 580
con el gusto el sentimiento,
efetos de un hado impío
y agradable. ¡Ay, hijo mío!,
pena y gloria en verte siento.
Tú eres, Eusebio, mi hijo, 585
si tantas señas advierto,
que para llorarte muerto
que justamente me aflijo,
de tus razones colijo
lo que el alma adivinó. 590
Tu madre aquí te dejó
en el lugar que te he hallado:
donde cometí el pecado
el cielo me castigó.
Y aqueste lugar previene 595
información de mi error;
¿pero cuál seña mayor
que aquesta cruz, que conviene
con otra que Julia tiene?
Que no sin misterio el cielo 600
os señaló, porque al suelo

fuerais prodigio los dos.

EUSEBIO

No puedo hablar, padre ¡adiós!
porque ya de un mortal velo
se cubre el cuerpo y la muerte 605
niega, pasando veloz,
para responderte voz,
vida para conocerte

-121v-
y alma para obedecerte.
Ya llega el golpe más fuerte, 610
ya llega el trance más cierto.
¡Alberto!

CURCIO

¡Que llore muerto
a quien aborrecí vivo!...

EUSEBIO

¡Ven, Alberto!

CURCIO

¡Oh, trance esquivo!
¡Guerra injusta!

EUSEBIO

Alberto, Alberto. 615
(Muere.)

CURCIO

Ya el golpe más violento
rindió el último aliento;
paguen mis blancas canas
tanto dolor.

(Tírase de las barbas y sale BLAS**.)**

BLAS

Ya son tus quejas vanas.
¿Cuándo puso inconstante la fortuna 620
en tu valor extremos?

CURCIO

En ninguna
llegó el rigor a tanto.
Aneguen mis enojos
este monte con llanto,

puesto que es fuego el llanto de mis ojos. 625
¡Oh triste estrella! ¡Oh rigurosa suerte!
¡Oh atrevido dolor!

(Sale OCTAVIO**.)**

OCTAVIO Hoy, Curcio, advierte
la fortuna en los males de tu estado,
cuantos puede sufrir un desdichado.
El cielo sabe cuánto hablarte siento. 630

CURCIO ¿Qué ha sido?

OCTAVIO Julia falta del convento.

CURCIO El mismo pensamiento, di, ¿pudiera
con el discurso hallar pena tan fiera,
que [es][21] mi desdicha airada,
sucedida, mayor que imaginada? 635
Este cadáver frío,
este que ves, Octavio, es hijo mío;
mira si basta en confusión tan fuerte,
cualquiera pena destas a una muerte.
Dadme paciencia, ¡cielos!, 640

-122r-
o quitadme[22] la vida
agora perseguida
de tormentos tan fieros.

(Sale GIL**.)**

GIL ¡Señor!

CURCIO ¿Hay más dolor?

GIL Los bandoleros

que huyeron castigados, 645
en busca tuya vuelven animados
de un demonio de hombre,
que encubre dellos mismos rostro y nombre.

CURCIO Agora que mis penas fueron tales,
que son lisonjas los mayores males. 650
El cuerpo se retire lastimoso
de Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso,
vuelto en cenizas, ve mi desventura.

TIRSO Pues ¿cómo piensas darle sepultura
tú en lugar sagrado 655
a un hombre que murió descomulgado?

BLAS Quien desta suerte ha muerto,
digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO ¡Oh villana venganza!
¿Tanto poder en ti la ofensa alcanza, 660
que pasas desta suerte
los últimos umbrales de la muerte?
(Vase CURCIO**.)**

BLAS Sea en penas tan graves,
su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO Del monte despeñado 665
caiga por más rigor despedazado.

TIRSO Mejor es darle agora
rústica sepultura entre estos ramos,
pues ya la noche baja
envuelta en esa lóbrega mortaja, 670
aquí en el monte, Gil, con él te queda,
porque sola tu voz avisar pueda,

-122v-
si algunas gentes vienen
de las que huyeron.

(Vanse.)

GIL ¡Linda flema tienen!
A Eusebio han enterrado 675
allí, y a mí aquí solo me han dejado.
Señor Eusebio, acuérdese, le digo,
que un tiempo fui su amigo.
Mas ¿qué es esto? O me engaña mi deseo
o mil personas a esta parte veo. 680

(Sale ALBERTO**.)**

ALBERTO Viniendo agora de Roma,
en la muda suspensión
de la noche, en este monte
perdido otra vez estoy.
Aquesta es la parte adonde 685
la vida Eusebio me dio,
y de sus soldados temo
que en grande peligro estoy.

EUSEBIO ¡Alberto!

ALBERTO ¿Qué aliento es este
de una temerosa voz 690
que repitiendo mi nombre
en mis oídos sonó?

EUSEBIO ¡Alberto!

ALBERTO Otra vez pronuncia
mi nombre, y me pareció
que es a esta parte; yo quiero 695
ir llegando.

GIL ¡Santo Dios!
Eusebio es, y ya es mi miedo
de los miedos el mayor.

EUSEBIO ¡Alberto!

ALBERTO Más cerca suena.
Voz que discurres veloz 700
el viento y mi nombre dices,
¿quién eres?

EUSEBIO Eusebio soy;
llega, Alberto, hacia esta parte,
adonde enterrado estoy;
llega y levanta estos ramos. 705
No temas.

ALBERTO No temo yo.

GIL Yo sí.
(Descúbrele.)

ALBERTO Ya estás descubierto.
Dime, de parte de Dios,
¿qué me quieres?

EUSEBIO De su parte,
mi fe, Alberto, te llamó 710
para que antes de morir
me oyeses de confesión.
Rato ha que hubiera muerto;
pero libre se quedó
del espíritu el cadáver, 715
que de la muerte el feroz
golpe le privó del uso,
pero no le dividió.
(Levántase.)
Ven adonde mis pecados
confiese, Alberto, que son 720

-123r-
más que del mar las arenas,
y los átomos del sol.
¡Tanto con el cielo puede
de la cruz la devoción!

ALBERTO Pues yo cuantas penitencias 725
hice hasta agora te doy,

para que en tu culpa sirvan
de alguna satisfación.

(Vanse, y salen por otra puerta JULIA**, y bandoleros.)**

GIL ¡Por Dios, que va por su pie!
Y para verlo mejor, 730
el sol descubre sus rayos.
A decirlo a todos voy.

JULIA Agora que descuidados
la vitoria los dejó
entre los brazos del sueño, 735
nos dan bastante ocasión.

OCTAVIO Si has de salirlos al paso,
por esta parte es mejor,
que ellos vienen por aquí.

(Salen todos y CURCIO**.)**

CURCIO Sin duda que inmortal soy 740
en los males que me matan,
pues no me ha muerto el dolor.

GIL A todas partes hay gente;
sepan todos de mi voz
el más admirable caso 745
que jamás el mundo vio.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
llamando un clérigo a voces.
Mas ¿para qué os cuento yo 750
lo que todos podéis ver?
Mirad con la devoción
que está puesto de rodillas.

(Descúbrese de rodillas, y ALBERTO **confesándole.)**

CURCIO ¡Mi hijo es, divino Dios!
¿Qué maravillas son estas? 755

JULIA ¿Quién vio prodigio mayor?

CURCIO Así como el santo viejo
hizo de la absolución
la forma, segunda vez
muerto a sus plantas cayó. 760

ALBERTO Entre sus grandezas tantas,
sepa el mundo la mayor
maravilla de las suyas,
porque la ensalce mi voz.
Eusebio, después de muerto, 765
el cielo depositó
su espíritu en su cadáver
hasta que se confesó,
que tanto con Dios alcanza
de la cruz la devoción. 770

CURCIO ¡Ay, hijo del alma mía!
No fue desdichado, no,
quien en su trágica muerte
tantas glorias mereció.
¡Así Julia conociera 775
sus culpas!

JULIA ¡Válgame Dios!
¿Qué es lo que estoy escuchando?
¿Qué prodigio es este? ¿Yo
soy la que a Eusebio pretende,
y hermana de Eusebio soy? 780
Pues sepan Curcio y el mundo,
y sepan ya todos hoy
mis graves culpas: yo misma,
asombrada de mi error,
daré voces; sepan todos 785

cuantos hoy viven que yo
soy Julia, en número infame

-123v-
de las malas la peor.
Mas ya que ha sido común
mi pecado, desde hoy 790
lo será mi penitencia;
y pidiéndole perdón
al mundo del mal ejemplo,
de la mala vida a Dios.

CURCIO ¡Oh asombro de las maldades! 795
Con mis propias manos hoy
te mataré, porque sean
tu vida y tu muerte atroz.

JULIA Valedme voz, cruz divina,
que yo mi palabra os doy 800
de volverme a mi convento
y hacer nueva vida. ¡Adiós!
(Vase JULIA **a lo alto, asida de la cruz que está en el sepulcro de** EUSEBIO**.)**

ALBERTO ¡Gran milagro!

CURCIO Y con el fin
de tan grande admiración,
la devoción de la Cruz 805
da felice fin su autor.

La fiera, el rayo y la piedra

Pedro Calderón de la Barca

Fiesta Real que se hizo a sus Majestades en el Palacio del Buen Retiro

Personas que hablan en ella:

PIGMALEÓN.	CUPIDO.
CÉFIRO.	VENUS.
ANTEO.	ANAJARTE.
BRUNEL.	IFIS.
PASQUÍN.	IRÍFILE.
LEBRÓN.	LISI.
LAQUESIS.	CLORI.
CLOTO.	LAURA.
ATROPOS.	ISBELLA.
ANTEROS.	MÚSICA.

HOMBRES Y MUJERES. [218v]

Jornada I

Obscurécese el tablado, y mientras se dicen los primeros versos, se descubre la perspectiva del mar, con truenos y relámpagos.

PASQUÍN **(Dentro.)** ¿Qué se nos hizo el día?
CÉFIRO Enmarañada, obscura sombra fría,
con pálidos enojos
nos le hurta de delante de los ojos.
LEBRÓN **(A otra parte.)**
¿Qué se nos hizo el sol?
PIGMALEÓN En un instante, 5
no solo nos le quitan de delante

entupecidas nieblas;
pero el confuso horror de las tinieblas
nos le hace a cada paso
síncopa del oriente y del ocaso. 10

BRUNEL **(A otra parte.)**
¿Qué se nos hizo de la hermosa lumbre
el esplendor?

IFIS Aquella excelsa cumbre
le trasmontó, porque antes que llegara
hoy al mar, en la tierra se apagara.

LOS DOS PRIMEROS Al monte.

LOS SEGUNDOS Al llano.

LOS TERCEROS Al puerto. 15

(Sale IRÍFILE, **vestida de pieles**, **suelto el cabello.)**

IRÍFILE Y tres[(1)] asombros en una sombra advierto.
Dejo, aparto el horror del terremoto,
en cuya lid la cólera del Noto,
de tierra y mar, con dos violencias sumas,
los riscos postra, eleva las espumas, 20
y voy a las tres voces,
que tres veces distantes, tres veloces,
llegaron a mi oído.
¿De cuándo acá, ni aqueste escollo ha sido
de humano pie pisado 25
ni de quilla aquel piélago surcado?
Si ya no es que por mar y tierra quiera
sitiarme quien pensando que soy fiera,
otra vez me ha seguido.
¡Oh, no hubiera salido 30
a buscar día de tan gran portento,
anciano padre mío, tu sustento!

CÉFIRO De aquel peñasco, los incultos mayos,
a la saña nos libre de los rayos.

PIGMALEÓN De aquella gruta, lóbregos los senos, 35 [219]
la amenaza repare de los truenos.

IFIS De aquel celaje al corto abrigo breve
la luz de los relámpagos nos lleve.
LOS PRIMEROS ¡Piedad, obscuros velos!
LOS SEGUNDOS ¡Piedad, dioses divinos!
LOS TERCEROS ¡Piedad, cielos!
IRÍFILE En tan confusa guerra,
árbitro yo del mar y de la tierra,
tierra y mar señoreo;
y bien que a poca luz, desde aquí veo
allí correr tormenta,
derrotado bajel, allí violenta
tropa abrigarse al monte, y allí al llano
número no menor. En vano, en vano,
si a mí no me buscáis, ¡oh peregrinos
que las huellas seguís de tres destinos!
Solicitáis a tanto horror defensa,
si causa este desorden lo que piensa
el docto estudio de mi padre y mío.
¡Oh, fuese antes que estudio desvarío!
(Los truenos.)
Mas ¡ay de mí infelice!,
que dice mucho este temblor, pues dice
que hoy nace la ojeriza de los hados,
a que no solo fueron destinados
los humanos sentidos,
mas también comprehendidos
en estrago de escándalos tan graves
las fieras y los peces y las aves.
Luchando allí lo digan
las unas, y prosigan
trinando, en vez de cláusulas agüeros,
allí las otras; y esos brutos fieros,
que del mar no sufridos,
(Pasan los pescados.)
mudamente se quejan a gemidos;
pues al romper su verdinegra bruma,
sobre la tez lidiando de la espuma,

del margen solicitan las arenas,
monstruos del mar, tritones y sirenas.
¡Ha, si de alguna el canto
la causa me dijera de horror tanto!

SIRENA — La hija de la espuma madre es del fuego, 75
brame el mar, gima el aire de envidia y celos.

IRÍFILE — No hay bajel que a lo lejos [219v]
deste puerto no huya,
si no es aquel en cuya
suerte ni arbitrios dejan, ni consejos, 80
vela, timón, bitácora ni aguja,
por más que ya cascado el pino cruja,
dando en aquella roca,
donde, caballo desbocado choca.

LOS TERCEROS — ¡Piedad, cielos divinos! 85

BRUNEL — Ya que en páramos vemos cristalinos
que apenas del bajel fragmentos quedan,
en el esquife escapen los que puedan
con Ifis, nuestro dueño.

(Descúbrese el esquife, **y va pasando con** IFIS, BRUNEL **y otros**.**)**

IFIS — ¡Oh, fuese tumba el derrotado leño 90
en que, a despecho mío,
de aqueste seno frío
queréis vencer la guerra!

BRUNEL — Ya que el mar se serena, a tierra.

TODOS — A tierra.

CÉFIRO — **(Dentro**.**)**
Ya que vuelve a aclarar la hermosa lumbre, 95
el llano penetrad, dejad la cumbre.

(Empieza a aclarar.**)**

PIGMALEÓN — **(Dentro**.**)** Ya que otra vez le restituye el día,
cercana población la suerte mía
solicite, vagando este desierto.

LOS TERCEROS A tierra, a tierra.
LOS SEGUNDOS Al valle.
LOS PRIMEROS Al llano.
LOS TERCEROS Al puerto. 100
IRÍFILE ¡Ay infeliz de mí!, que ya la orilla
costeando surca mísera barquilla,
con poca gente en ella,
a tiempo que sin norte de otra huella,
cada tropa se inclina 105
a la tranquilidad de la marina
donde estoy. ¿Quién, sin ser vista, pudiera
de aquí escapar?

(**Cúbrese el rostro con el cabello**, **y al irse a entrar**, **salen** CÉFIRO **y** PASQUÍN.)

CÉFIRO Humano monstruo, espera;
que aunque tu aspecto pudo [220]
ponerme horror, no dudo 110
que tus señas desmientan tu semblante.
IRÍFILE Tente, joven: no pases adelante,
ni quieras detenerme;
que el escucharme más horror que el verme
te ha de dar, pues si el verme te acobarda, 115
más lo hará oírme.

(**Al entrarse por otra parte huyendo**, **salen** PIGMALEÓN **y** LEBRÓN[(2)].)

PIGMALEÓN Humano monstruo, aguarda,
que pues de humano y monstruo
noticias da el cabello sobre el rostro,
con la duda del uno vencer quiero
de otro el terror.
IRÍFILE Primero 120
a aqueste mar me arrojaré que intente
oír a los dos.

(**Al irse a entrar**, **por otra parte salen** IFIS **y** BRUNEL.)

IFIS Humano monstruo, tente,
que, pues cuanto me asombra, me asegura,
no sé qué luz entre tu traje obscura,
que me escuches pretendo. 125
IRÍFILE Cerrome el paso; y pues aun ir huyendo
no permite mi suerte,
¿qué me queréis?
CÉFIRO Atiende.
PIGMALEÓN Escucha.
IFIS Advierte.
CÉFIRO En la caza perdido...
PIGMALEÓN Del camino apartado... 130
IFIS En el mar derrotado...
CÉFIRO ...del terremoto al ruido...
PIGMALEÓN ...del temblor al amago...
IFIS ...del eclipse al estrago...
CÉFIRO ...triste yo...
PIGMALEÓN ...yo confuso...
IFIS ...yo afligido... 135
LOS TRES ...a este monte he venido...
CÉFIRO ...donde escuchar deseo...
PIGMALEÓN ...donde oír solicito...
IFIS ...donde en saber me empleo...
CÉFIRO ¿Quién eres y qué monte es el que habito? 140
LOS DOS ¿Quién eres y qué tierra es la que veo?
IRÍFILE ¿De suerte que un deseo
a un intento reduce tres intentos?
LOS TRES Sí.
IRÍFILE Pues juntaos los tres, y estadme atentos. [220v]
Derrotados peregrinos, 145
que de el mar y de la tierra,
a merced de la fortuna,
venís corriendo tormenta,
este prodigioso monte
que el mar de una parte cerca 150
y de otra al Etna contiguo,

es bastardo hijo del Etna.
De la fértil hermosura
de Trinacria, patria bella
de los dioses, es lunar, 155
no tanto porque la afea
lo rústico de sus riscos,
lo intratable de sus breñas
(pues la oposición podía
ser facción de su belleza), 160
cuanto por lo que la infama
su población, siempre expuesta
a los duros ejercicios
de desdichas y miserias.
Dígalo allí de Anajarte 165
el alcázar, donde presa
la tiene Argante, su tío,
sepultada antes que muerta.
La fragua allí de Vulcano
lo diga, en cuya violenta 170
forja de Estérope y Bronte
es martillada tarea
la fundición de los rayos.
Y allí, entre las duras quiebras
de pardo escollo, lo diga 175
lóbrega gruta funesta,
rudo[(3)] templo consagrado
en mal fabricada cueva,
a la deidad de las Parcas,
cuya vecindad, sujeta 180
siempre a estragos, siempre a ruinas,
siempre a llantos, siempre a penas,
la hacen que continuamente
tales eclipses padezca;
si bien el de hoy dice más, 185
pues dice, si de mi ciencia
no miente la observación,
gradüada en las estrellas,

que este común sentimiento
de fuego, mar, aire y tierra, 190
y en tierra, aire, mar y fuego,
hombres, peces, aves, fieras,
es cumplirse una amenaza
que tienen los dioses hecha,
de que ha de nacer al mundo 195
una deidad tan opuesta
a todos, tan desigual,
tan sañuda, tan violenta,
que ha de ser común discordia
de cuanto... **(Vase.)**

PIGMALEÓN Oye.

IFIS Aguarda.

CÉFIRO Espera. 200

LEBRÓN Con la palabra en la boca
no se dirá que nos deja,
que antes con ella se va.

PASQUÍN Burlolos su ligereza.

CÉFIRO No hizo, que yo he de seguirla. 205

PIGMALEÓN No hizo, que yo he de tenerla.

IFIS No hizo, que yo he de alcanzarla.

(Vanse los tres.)

LEBRÓN Sí hizo, pues el que tras ella
fuere será un mentecato.

BRUNEL ¿Por qué?

LEBRÓN Porque muy compuesta 210
y adornada una mujer,
aun no es bueno andar tras ella;
¡miren qué será tras una
tan salvaja, que se deja
decir que hay Vulcano y Parcas 215
por aquí!

PASQUÍN Peor si te quedas
solo será.

LEBRÓN Dices bien.
LOS DOS Pues corramos.
LEBRÓN Norabuena;
pero corramos sentados,
si os parece.

(Vanse los tres y vuelven a salir por partes diferentes PIGMALEÓN, IFIS **y** CÉFIRO; **cúbrese el mar y descúbrese el bosque .)** [221]

LOS TRES Monstruo, espera. 220
IRÍFILE **(Dentro.)** Es en vano, pues ya pude
hacer la fuga defensa.
CÉFIRO Lo intrincado de las ramas,
por donde tan veloz entra,
me la han perdido de vista. 225
PIGMALEÓN La enmarañada aspereza
deste bosque me la oculta.
IFIS Pues ya a los ojos no dejan
terminar su sombra tantos
troncos como se atraviesan, 230
sea la voz la que la siga.
LOS TRES Vuelve, prodigio.

(**Salen** LEBRÓN, PASQUÍN **y** BRUNEL.)

LEBRÓN No vuelvas.
¿Qué os va en eso a los tres para
pedirlo con tanta fuerza?
CÉFIRO Saber quién es el que nace 235
con tanto horror.
PIGMALEÓN Y quién sea
el asombro destos montes.
IFIS Oye.
CÉFIRO Aguarda.
PIGMALEÓN Escucha.
LOS TRES Espera.
[IRÍFILE] **(Dentro.)** No me sigáis, que no es

posible que decir pueda 240
quién soy y por qué los hados
a vivir así me fuerzan.
Pero si queréis saber
con la causa de mis penas
de aquel eclipse la causa, 245
pues os halláis a sus puertas,
a las Parcas consultad,
que mejor lo dirán ellas,
como quien sabe mejor
quién nace a ser ruina vuestra. 250

CÉFIRO ¡Confusión extraña!

PIGMALEÓN ¡Extraño
asombro!

IFIS ¡Extraña tristeza!

LEBRÓN ¿Adónde que nos hallamos
dijo esa señora bestia?

BRUNEL ¿No lo oyes? A los umbrales 255
de las Parcas.

LEBRÓN ¿No son esas
unas beatas que, hilando
siempre, nunca echaron tela,
y con ser tan hacendosas,
jamás hacen buena hacienda? 260

PASQUÍN Las mismas.

LEBRÓN ¡Triste de mí!

CÉFIRO Extranjeros, que las señas
de traje y voz lo publican
y el venir por mar y tierra
derrotados lo aseguran, 265
yo, aunque de ver me estremezca
estos montes, (que una cosa
es noticia, otra experiencia),
Céfiro soy, de Trinacria
príncipe, y ya que la fuerza 270
del destino me ha empeñado,
siguiendo otra inculta fiera,

a transcender hoy la línea
que tiene el asombro puesta
a esta inhabitable estancia, 275
hallándome dentro della,
no he de volverme sin que,
ya que mi valor me alienta,
el oráculo me diga
de las Parcas qué secreta 280
amenaza de los hados
es en mis imperios esta.
Y así, bien podéis volveros,
pues los dos, a quien no fuerza
interés alguno, no 285
es bien que lleguéis a verlas.

PIGMALEÓN Extranjero soy, a quien
perdió la confusa niebla
de las dos noches de un día
entre la inculta maleza 290
de esos peñascos; la causa
que a peregrinar me fuerza
quizá es no menor, ¡oh invicto
Céfiro!, para que quiera
también yo saber el fin 295
deste asombro que así llega;
que yo te he de acompañar.

[IFIS] Cuando ocasión no tuviera
yo, que del mar derrotado [221v]
pisé también estas selvas, 300
para inquirir los prodigios
que su obscuro centro engendra,
por no volver a terror
ninguno la espalda, fuera
el primero que llegara. 305

CÉFIRO Pues desquiciemos la puerta
deste risco que mordaza
es de su boca funesta.

IFIS Melancólico bostezo

ya del centro de la tierra 310
es la pavorosa gruta.

PIGMALEÓN Y ya en sus lejos se dejan
terminar a poca luz
las tres deidades severas.

(Ábrese la gruta, y vense en lo más lejos della las tres Parcas, como las pintan: la primera con una rueca, cuyo hilo va a dar a la tercera que le devana, dejando en medio a la segunda con unas tijeras en la mano.)

PASQUÍN ¡Qué miedo pone el mirarlas! 315

BRUNEL ¡Y qué temor causa el verlas!

LEBRÓN A cuál temor y a cuál miedo
es mayor, hago una apuesta.

LOS DOS ¿Tanto te parece el tuyo?

LEBRÓN Tanto que con ser tan puerca 320
de las Hileras la calle,
tomara estar ahora en ella,
a trueco de no estar en
la gruta de las Hileras.

CÉFIRO ¡Oh tú, Laquesis, que impía 325
de la futura edad nuestra
desvaneces el estambre!

IFIS ¡Oh tú, Cloto, que severa
de la ya pasada edad
deshaces el copo a vueltas! 330

PIGMALEÓN ¡Oh tú, Atropos, que horrible
la inexorable tijera,
que es el fiel de los alientos,
a arbitrio tuyo gobiernas!

CÉFIRO De negro ébano a tus aras 335
altar ofrezco que sea
atezado culto tuyo.

IFIS Yo de ciprés una hoguera,
cuyo humo desde este altar
hasta empañar al sol crezca. 340

PIGMALEÓN Yo en la hoguera y en el ara,

porque haya víctima en ellas,
noturno búho te ofrezco
sacrificar por ofrenda.

CÉFIRO — Si me dices qué prodigio... 345

IFIS — Si me dices qué violencia...

PIGMALEÓN — Si me dices qué presagio...

LOS TRES — ...el pasado eclipse encierra.

LAS[(4)] TRES — **(Cantando muy triste.)**
Dolores de parto han sido
con que ha nacido a la tierra 350
su mayor ruina.

CÉFIRO — ¿Pues quién
a allá ha nacido?

LAQUESIS — Una fiera.

IFIS — Y tú, ¿quién dices?

CLOTO — Un rayo.

PIGMALEÓN — ¿Y qué dices tú?

ATROPOS — Una piedra.

CÉFIRO — ¿Fiera?

IFIS — ¿Rayo?

PIGMALEÓN — ¿Piedra?

LAS TRES — Sí. 355

(Ciérrase la gruta.)

LOS TRES — Cerrose otra vez la puerta
del obscuro seno.

LEBRÓN — Mas,
¡que nunca estuviera abierta!

CÉFIRO — Una fiera a mí me dijo,
Laquesis, en sus respuestas 360
que había nacido.

IFIS — A mí, Cloto,
un rayo.

PIGMALEÓN — Y a mí una piedra,
Atropos.

CÉFIRO — ¡Qué disforme

monstruo de tres tan diversas
cosas pudiera formarse! 365

IFIS ¡Qué embrïón de tan opuestas
causas[(5)] pudo componerse!

PIGMALEÓN ¡Qué pasmo de tres materias
tan contrarias!

LEBRÓN Como hilaban, [222]
diciendo estarían consejas. 370

PASQUÍN No hagáis caso desas cosas.

BRUNEL Y haréis bien, que la más cuerda
mujer del huso en que hila
es su cabeza la hueca.

CÉFIRO Claro está, que no hacer caso 375
de lo imposible es prudencia.

IFIS Como a tal mi horror le trata.

PIGMALEÓN Y mi valor le desprecia.

LOS TRES Porque, ¿quién a un tiempo mismo
pudiera, siendo una fiera, 380
ser rayo y piedra?

ANTEROS **(Dentro.)** Cupido.

PIGMALEÓN Ya es muy otra esta respuesta.

IFIS Oigamos, por si prosigue.

ANTEROS No recién nacido quieras
echarme ya del regazo 385
de Venus, mi madre bella.

CUPIDO **(Dentro.)** Sí quiero, que nunca yo
tuve ni tendré más fuerza
que el primer día que nazco.
Diranlo cuantos me sientan, 390
pues desde el primero día
conocerán mis violencias.

PIGMALEÓN Ya el que juzgamos agüero
que solo es acaso muestra.

TODOS ¿Cómo?

PIGMALEÓN Como de la humilde 395
pobre fábrica pequeña
de una fragua que a la gruta

yace de las Parcas cerca,
dos jóvenes han salido
luchando, y de su pendencia 400
no es vaticinio el enojo.

(**Salen luchando** ANTEROS **y** CUPIDO.)

ANTEROS No me des la muerte, suelta,
suelta mis brazos, Cupido;
que ya rendido confiesa
mi valor, que es más el tuyo. 405
CUPIDO Es en vano que pretendas,
Anteros, que tenga yo
piedad, pues desde hoy es fuerza
que a las manos de Cupido,
Amor absoluto, muera 410
el correspondido Amor.
ANTEROS Ten[(6)] clemencia.
CUPIDO No hay clemencia.
LOS TRES Sí hay. Yo le amparo, porque
a tus manos no perezca.
ANTEROS A los tres debo la vida; 415
mas yo os pagaré la deuda,
ya que al temor dese monstruo
huir padres y patria es fuerza.
CUPIDO ¿Dónde has de huir de mi saña?
ANTEROS En la superior esfera 420
de Dïana, que pues ya
no puede sufrir la tierra
el correspondido Amor,
y al cielo es bien que transcienda
de la luna, desde donde 425
deshaga tus influencias. **(Vase.)**
CUPIDO Seguirete allá.
LOS TRES Es en vano.
CUPIDO Nadie mi furor detenga,
que he de darle muerte.

LOS TRES ¿Cómo?
CÉFIRO ¿Tal rabia?
CUPIDO Como soy fiera. 430
IFIS ¿Tal ira?
CUPIDO Como soy rayo.
PIGMALEÓN ¿Tal crueldad?
CUPIDO Como soy piedra.
PIGMALEÓN ¿Piedra?
IFIS ¿Rayo?
CÉFIRO ¿Fiera?
CUPIDO Sí,
que aunque me veis en tan tierna
edad, fiera, piedra y rayo 435
soy tan desde mi primera
cuna, que nunca mayor
he de ser por más que crezca.
CÉFIRO Hiciérame admiración,
si donaire no me hiciera 440
tu arrogancia.
IFIS Este rapaz
sin duda oyó de las ciegas
Parcas la voz, y pretende
valerse de su respuesta.
PIGMALEÓN Los niños lo que oyen dicen, 445
o venga bien o no venga. [222v]
CUPIDO ¿De mí os burláis?
CÉFIRO Pues, ¿qué quieres
que hagamos de una soberbia
tan donairosa? Conmigo
por esta intrincada selva, 450
hasta que mi gente cobre
y vuelva a buscar con ella
aquel prodigio que vimos,
dad, extranjeros, la vuelta,
que quiero que me informéis 455
hoy de las fortunas vuestras
para daros mi favor

en cuanto aquí se os ofrezca,
ya que el hado nos ha hecho
cómplices de una tragedia. 460

LOS DOS Guárdete el cielo.

CUPIDO ¿De mí
sin hacer caso se ausentan?

IFIS Y agradecido a ese agrado,
te doy, primero que sepas
quién soy, palabra de que 465
no haga de tu lado ausencia
hasta que del monte salgas.

PIGMALEÓN Yo es bien que lo mismo ofrezca.

CÉFIRO Pues homenaje los tres
hagamos, que en esta empresa 470
del alcance deste monstruo,
en cuanto nos acontezca,
hemos de favorecernos.

PIGMALEÓN Y para que mejor pueda
correrse el monte, mejor 475
es dividirnos, y sea
el rumbo de cada uno
el que le diere su estrella.

IFIS Dice bien; mejor es ir
los tres por partes diversas, 480
y para juntarnos luego,
tomemos los tres por seña
el humo de aquella fragua
cuya obscura nube negra
siempre está atezando al sol. 485

PIGMALEÓN Norabuena.

CÉFIRO Norabuena.

CUPIDO Pues, ¿cómo habiendo escuchado
quién soy, de aquesa manera
os vais, sin darme más culto,
ni hacerme más reverencia? 490

CÉFIRO Como, aunque eres fiera, eres
muy bella para ser fiera. **(Vase.)**

IFIS Muy tibio para ser rayo. **(Vase.)**
PIGMALEÓN Muy tierno para ser piedra. **(Vase.)**
LEBRÓN ¡Mirad, pues, y quién quería 495
también meterse en docena!
BRUNEL Ruin es quien por ruin se tiene.
PASQUÍN Y vil el que se desprecia. **(Vase.)**
LEBRÓN Quitad de ahí, que es un rapaz
que apenas sabe a la escuela 500
y es, oliendo a las mantillas,
muy bello para ser fiera,
muy tibio para ser rayo,
muy blando para ser piedra. **(Vase.)**
CUPIDO Burla han hecho de mi enojo 505
los tres. Pues yo haré que sea
llanto de los tres la risa
tan presto, que no anochezca
sin que empiece mi venganza
a dar su primera muestra, 510
hasta en el crïado, a cuyo
fin, desta rama primera
haré flechas y arco; y no
acaso he elegido esta
aunque la he elegido acaso 515
porque, arrancada a las puertas
de las Parcas, sepa el mundo
que nacen de una raíz mesma
las armas suyas y mías.
Por eso, humanos, alerta, 520
que somos, ellas y yo,
las que a ninguno reservan.
Mas, ¡ay!, que aunque tengo el tronco
de que labrar las saetas,
no tengo el metal de que 525
he de herrarlas. Mas, ¡qué necia
cobardía!, siendo hijo [223]
de quien fragua, funde y templa,
de Júpiter y de Marte,

armas que entrambos ejerzan 530
(aquel en rayos que vibra
y este en puntas que ensangrienta).
Y pues de su casa ya
arrojé a Anteros, que era
el Amor correspondido 535
que hasta hoy vivió, desde hoy sea
Cupido el ingrato Amor,
el que solo triunfe y venza.
Para que sepan no solo
estos tres que me desprecian, 540
pero cuantos no me admiran
por la deidad más suprema,
que soy fiera, piedra y rayo,
siendo primera experiencia
de mi poder...

CUATRO [DAMAS] **(Dentro.)** ¡Anajarte! 545

CUPIDO Anajarte han dicho. Sea
proverbio o no, escuchar quiero.

(**Dentro** ANAJARTE.)

ANAJARTE Lisi, Clori, Laura, Isbella,
venid a estas selvas todas,
donde os aguardo.

LAS CUATRO A la selva. 550

CUPIDO Escuadrón de ninfas es
el que ese monte atraviesa,
con tan desiguales armas
como instrumentos y flechas,
pues todas el arco al hombro 555
dan a la mano otras cuerdas.
Nuevo género de caza
sin duda será el que inventan.
Pero a mi rencor, ¿qué importa?,
si ya no es que saque della 560
experiencias para ser

la fiera, el rayo y la piedra. **(Vase.)**

(Salen LISI, CLORI, LAURA **y** ISBELLA **por una parte**, **con arco y flechas**, **y varios instrumentos en las manos**; **y por otra** ANAJARTE, **vestida de cazadora**, **con venablo**.**)**

LAS CUATRO — A todas nos da a besar
tu mano, Anajarte bella.

ANAJARTE — Seáis todas bien venidas, 565
donde mi amor os espera
con los brazos en el centro
de la coartada licencia
de mi prisión.

ISBELLA — ¿A qué fin
que a él te sigamos ordenas, 570
con instrumentos y armas?

ANAJARTE — A fin de que en una empresa
os he menester a un tiempo
valientes y lisonjeras,
porque consta su vitoria 575
de dulzuras y de ofensas.

CLORI — ¿De qué suerte?

ANAJARTE — Desta suerte.

LISI — Prosigue, pues.

ANAJARTE — Oíd, atenta.
Ya de Trinacria sabéis
que había nacido heredera 580
si mi estrella no estorbara
lo que disponía mi estrella.
Pues tan contraria al primero
natal se mostró, y violenta,
que póstuma de mi padre 585
nací de mi madre muerta.
De suerte que racional
víbora humana pudieran
decir que fui, pues dos vidas
naciendo mi vida cuesta. 590

En poder de Argante, hermano
de mi padre, quedé en tierna
edad, de su confianza
entregada a la tutela.
Él, con no sé qué pretextos 595
de que teniendo; ¡qué pena!,
en Céfiro hijo varón,
yo perdía, por ser hembra,
la acción del reino, tomó
posesión dél; indefensa 600
yo, él poderoso, ¿quién [223v]
le había de hacer resistencia?
Desta, pues, tiranía injusta
resultó, ¡ay de mí!, que tenga
(en efeto no hay fiscal 605
como la propia conciencia)
escrúpulos que en el alma
roan siempre y nunca muerdan.
A cuya causa, no dudo
que matarme no resuelva 610
por no dejar contra sí
siempre viva la sospecha
de que me había dado muerte,
quedando al mundo con ella
declarada la injusticia, 615
cuyo escándalo le hiciera
siempre estar sobresaltado.
Y así, porque no parezca
que me teme, no me mata;
mas porque tampoco pueda 620
yo reclamar ni tener
con nadie correspondencia,
me prende en estos palacios,
que, convecinos del Etna,
son prisión y sepoltura 625
donde, teniéndome presa,
satisfago como viva

y aseguro como muerta.
Diréis, ¿qué tiene que ver
de mis pasadas tragedias 630
el origen con haceros
venir ahora a estas selvas
con instrumentos y armas?
Diréis bien, pero ¿qué pena
con buena o mala ocasión 635
no se alivia si se cuenta?
Y así, aprovechando yo
la que me dio mi tristeza,
para mostrar que fue alguna,
daré al discurso la vuelta. 640
La crïanza en estos montes,
la vecindad de sus peñas,
lo familiar de sus riscos,
lo intratable de sus quiebras,
sobre la imaginación 645
que es causa de mis tristezas,
melancólico y adusto
humor en mi pecho engendran;
de suerte que no hay instante
que un delirio no padezca, 650
un letargo no me aflija
y que un frenesí no sienta.
A cuyas dos causas, dos
efectos hacer es fuerza,
tan poderosos que no 655
los puedo hacer resistencia,
por más que lo solicite.
Es el uno que aborrezca
(hecha ya desde mi tío
a todos la consecuencia) 660
de suerte a los hombres, que
de humana sangre sedienta
vivo hidrópica; y el otro,
que ya que vengar no pueda

mi cólera en sangre humana, 665
la vengue en brutos y fieras,
bandolera de sus grutas,
pirata de sus cavernas.
Pues siendo así que no hay cosa
que me alivie y me divierta 670
como la caza y la sangre,
¿qué hará el presumir que pueda
ser hoy caza y sangre humana
la que mi venablo vierta?
Los rústicos moradores 675
desas míseras aldeas
dicen, no sin grande asombro,
que andan dos humanas fieras
en estos montes; y añaden,
porque ya alguna experiencia 680
lo ha enseñado repetida,
que en oyendo la una dellas
música, el encanto suyo
la atray con tan grande fuerza
que la han visto alguna vez 685 [224]
llegar del poblado cerca.
De suerte que, imaginando
con la música atraerla
y con las flechas herirla,
no vienen a estar opuestas 690
hoy dos tan opuestas cosas,
como instrumentos y flechas.
Y así, de uno y de otro armadas
las cuatro, en cuatro diversas
avenidas deste bosque 695
os repartid, que yo, a espera,
detrás de aquel verde tronco
estaré, para que vea
el sol una montería
hoy tan extraña y tan nueva 700
como cazar con reclamo

este monstruo, de quien tiemblan
los convecinos lugares
de toda esta inculta esfera
más que de la vecindad 705
del Mongibelo y el Etna.

LISI A obedecerte venimos,
y así solo la respuesta
será el elegir los puestos.

ISBELLA No será, con tu licencia, 710
que en pensar que vendrá ya
el monstruo que buscas, muerta
estoy de temor.

ANAJARTE Pues ¿no
tendrás tú valor, Isbella,
para, en viéndole, trocar 715
el instrumento a la flecha?

ISBELLA No, señora, porque yo
le habré descubierto apenas
cuando eche a correr.

CLORI ¿Tal dices?

LAURA Pues yo desearé que venga 720
para matarle.

LISI Yo y todo.

ISBELLA ¡Cuidado con las valientas!

ANAJARTE Id, pues, tomando lugares.

CLORI Dices bien. Y así, yo en esta
parte al instrumento aplico 725
la mano.

LISI Yo, en consecuencia
tuya, a esta parte me pongo.

LAURA Yo, oculta en esta maleza
también estaré.

ISBELLA Yo aquí,
que está del lugar más cerca. 730

ANAJARTE Pues yo, detrás de aquel tronco
estaré a las cuatro atenta,
blandiendo deste venablo

la cuchilla, de manera
que venga a ser triunfo mío 735
por cualquier parte que venga.

(**Pónense las cuatro a las cuatro puntas del tablado**; **retírase** ANAJARTE **y mientras cantan**, **sale** IRÍFILE.)

CLORI ¿Cuál es la dicha mayor
de las fortunas de amor?
LISI Yo, Clori, no lo diré
que poco de dichas sé. 740
Laura lo dirá mejor.
LAURA Es error,
que en amor no hay dicha segura.
ISBELLA Es locura,
que no hay dichas en amor. 745
LAS CUATRO ¿Cuál es la dicha mayor
[de las fortunas de amor?][(7)]
IRÍFILE ¿Qué dulces voces han sido
las que con tal suspensión
me llevan el corazón 750
adonde quiere el oído?
Escondida en el tejido
seno desta selva umbría,
del furor que me seguía
me aseguró mi temor, 755
y pudiendo del furor,
no puede de la armonía.
¿Quién creerá que es para mí
tan poderoso veneno
ese canto de que lleno 760
hoy está el aire, que así
como sus ecos oí,
me vine acercando a ver [224v]
quién le causa, por saber?
CLORI ¿Cuál es la dicha mayor 765
de las fortunas de amor?

IRÍFILE Ni fue eso ni pudo ser,
que no es saber mi trofeo
ni hacer experiencia alguna
de dicha, amor ni fortuna; 770
porque solo es mi deseo
deste armonïoso empleo,
a pesar de mi temor,
saber[(8)] quién es el autor.

LISI Yo, Clori, no lo diré, 775
que poco de dichas sé.
Laura lo dirá mejor.

IRÍFILE Laura, esta voz me asegura
que me lo dirá mejor.
¿Quién será, Laura?

LAURA Es error 780
que en amor no hay dicha segura.

IRÍFILE ¡Con qué apacible dulzura
cada voz hace mayor
la duda! Crezca el favor,
porque crezca la ventura 785
de escucharlas.

ISBELLA Es locura
buscar dichas en amor.

IRÍFILE ¿Cómo? Si de cada acento
tras sí arrastrada me llevan
las armonías, me elevan 790
y mudan más movimiento
cuando a decir vuelve el viento...

LAS CUATRO ¿Cuál es la dicha mayor
[de las fortunas de amor?]

IRÍFILE Si cada una de por sí 795
mis afectos arrebata,
siendo al norte de una vida
imán cualquiera del alma,
¿qué harán todas juntas? Pero
en lo espeso de estas jaras 800
oculta será mejor

que las oiga.

ANAJARTE Entre las ramas
siento hacia esta parte ruido.

IRÍFILE ¡Qué miro!

ANAJARTE ¡El cielo me valga!

IRÍFILE Gente hay aquí.

ANAJARTE El monstruo veo. 805

IRÍFILE ¡Muerta estoy!

ANAJARTE ¡Estoy turbada!,
que aunque mi valor me anima,
su semblante me acobarda.

IRÍFILE Con dulce traición me han muerto.
A todas partes sitiada, 810
no me ha de valer la fuga.

ANAJARTE Pues el ánimo me falta...
¡Laura, Clori, Isbella, Lisi!

DOS ¿Qué nos quieres?

DOS ¿Qué nos mandas?

ANAJARTE Llegad, y los instrumentos 815
trocad todas a las armas;
llegad, que aquí esta la fiera.

CLORI ¡Qué pena!

LISI ¡Qué asombro!

LAURA ¡Qué ansia!

ISBELLA ¿Adónde están, reinas mías,
todas aquellas bravatas? 820

IRÍFILE ¡Ay de mí! ¿Dónde podré
asegurar yo la espalda?

LISI Huye, Isbella.

CLORI Lisi, huye.

LAURA Corre, Lisi.

ISBELLA Corre, Laura.

(Vanse.)

IRÍFILE Crezca mi valor su miedo. 825

ANAJARTE ¿Ansí os vais?

ISBELLA ¿De qué te espantas?
Que a los músicos no toca
venir, pues es cosa clara
que su oficio es hacer fugas,
y el valerse de las plantas 830
cumplir con su obligación;
pues son, usando su gracia,
las gargantas de los pies
también pasos de garganta.
ANAJARTE No importa, que yo conmigo 835
quedo, y una vez cobrada
del primer susto de verla,
solo mi valor me basta.
IRÍFILE Pues ya que contigo sola [225]
el recato fuera infamia, 840
de la acerada cuchilla
emplea blandida el asta,
de suerte que no me yerres
porque si el golpe te falta,
de mi nudoso bastón 845
habrás de probar la saña,
de suerte que, al primer golpe,
no solo rendida caigas,
pero de la tierra el centro
tan gran sepulcro te abra 850
que muerta aquí, las exequias
los antípodas te hagan
de esotra parte del mundo.
ANAJARTE No me admira tu arrogancia,
que cuando el arpón te yerre, 855
a mí que me quede basta
el brazo que le despida,
para que en segunda instancia
en tan menudos pedazos
mi cólera te deshaga, 860
que esparcidos por el viento,
suban a esfera tan alta

que en encendidas pavesas,
o caigan tarde o no caigan.

IRÍFILE Tira, pues, y no me yerres. 865

(**Al embestirse las dos**, **sale** IFIS **por un lado**, **y abrázase con** ANAJARTE, **y** CÉFIRO **por otra**, **y abrázase con** IRÍFILE.)

IFIS Deidad, tente.
CÉFIRO Monstruo, aguarda.
IFIS Porque en tan desigual lid...
CÉFIRO Porque en tan nueva batalla...
IFIS ...no es bien sea una mujer
rival de empresa tan alta. 870
CÉFIRO ...no es bien que mates ni mueras
sin que, si mueres o matas,
sepamos quién fue el prodigio
destos montes.
IFIS Suelta.
ANAJARTE Aparta.
IRÍFILE Que ya terciado el bastón... 875
ANAJARTE Porque ya blandida el arma...
IFIS ...esa hermosura...
ANAJARTE ...ese asombro...
LAS DOS ...triunfo ha de ser de mis plantas.
IFIS ¿Qué soberana belleza...
CÉFIRO ¿Qué hermosura soberana... 880
IFIS ...es la que este monte pisa?
CÉFIRO ...es la que ese traje guarda?
ANAJARTE Suelta, digo.
IRÍFILE Aparta, digo.
IFIS Si tu peligro estorbaba
por una causa, ya son 885
dos.
CÉFIRO Si antes embarazaba
por una causa tu riesgo,
dos son ya.
LAS DOS ¿Dos?

LOS DOS Sí.
LAS DOS ¿Qué causas?
IFIS Tu hermosura y tu peligro.
CÉFIRO Tu riesgo.
IRÍFILE ¿Y qué más?
CÉFIRO Tu gracia. 890
ANAJARTE ¿Ahora lisonjas?
IRÍFILE ¿Ahora
rendimientos?[(9)]
ANAJARTE Suelta.
IRÍFILE Aparta.
ANAJARTE Que ha de ver aquese asombro
que soy rayo que desata
Júpiter contra su pecho 895
desde la esfera más alta.
IRÍFILE Que ha de ver esa altivez,
a pesar de su arrogancia,
que, desta montaña aborto,
soy fiera desta montaña. 900
IFIS Que eres rayo, yo lo veo,
pues tan poderoso abrasas,
que sin ofender el cuerpo,
has hecho ceniza el alma.
CÉFIRO Que eras fiera, ya lo lloro, 905
pero de tan dulce saña
que a quien matas te agradece
el favor con que le matas.
ANAJARTE Más que con tu acción me obligas,
me ofendes con tus palabras. 910
IRÍFILE Aún más que me lisonjeas
con detenerme, me agravias. [225v]
IFIS Pues para que veas mejor
cuán de tu parte me hallas...
CÉFIRO Pues para que mejor veas 915
cuán de extremo a extremo pasas...
IFIS ...desempeñaré tu riesgo
tomando yo tu venganza.

CÉFIRO ...has de ver que tu peligro
soy yo quien te le restaura. 920
ANAJARTE Pues si haces por mí fineza
tal, que esa fiera avasallas,
porque estoy en el empeño
de rendirla y de postrarla,
aunque no he de agradecer 925
yo jamás amantes ansias,
te agradeceré el valor.
IRÍFILE Pues si haces que yo me vaya
sin que me siga ninguno,
agradeceré a tu fama 930
de la fineza el socorro.
CÉFIRO Yo te doy deso palabra.
IFIS Yo te la ofrezco.
CÉFIRO Divina
hermosura...[(10)]
IFIS Fiera humana...
CÉFIRO No el venablo...
IFIS No el bastón... 935
LOS DOS ...esgrimas.
ANAJARTE ¡Qué pena!
IRÍFILE ¡Qué ansia!
IFIS ¡Qué veo!
CÉFIRO ¡Qué miro!
IFIS ¡Oh, cuánto
estimo que ocasión haya
en que ya nuestro homenaje
de algo a mi fortuna valga! 940
CÉFIRO No menos yo lo agradezco
que empeñada tu palabra
en ampararme, es preciso
por mí una fineza hagas.
IFIS Sí haré, ¿qué quieres?
CÉFIRO Que aqueste 945
asombro que ya me causa
más admiración que espanto,

me ayudes que libre salga
de sus riesgos, porque estoy
en empeño de librarla, 950
y dime tú lo que yo
por ti puedo hacer.

IFIS Ya nada,
porque en ese mismo empeño
a mí me ha puesto esta dama
y he de ayudar a rendirla. 955

CÉFIRO Yo he de acudir a ampararla,
y así mira en qué te empleas.

IFIS Mucho me admira que haya
quien...

CÉFIRO Di.

IFIS ...se ponga de parte
de la noche, contra el alba. 960

CÉFIRO ¿Quién lo es más que quien hermosa
se emboza entre nubes pardas?

IFIS Yo mi palabra empeñé.

CÉFIRO Yo también di mi palabra.

IFIS Yo la di al sol.

CÉFIRO Yo a la aurora. 965

IFIS Yo al día.

CÉFIRO Yo a la mañana;
y mira, extranjero, cómo
ha de ser, que he de librarla.

IFIS Mira tú cómo ha de ser,
Céfiro, porque yo...

ANAJARTE Aguarda, 970
¿tú eres Céfiro?

CÉFIRO Yo soy.

ANAJARTE Ya no me admira ni espanta
que de parte de una fiera
contra mí esté tu arrogancia,
pues no es la primera vez 975
que fieras contra mí amparas.

CÉFIRO ¿Cómo, si no te conozco,

de mi proceder te agravias?

ANAJARTE — Como es el no conocerme
otro abono de tu infamia. 980

CÉFIRO — Pues, ¿qué fiera contra ti
yo amparé?

ANAJARTE — Una tan ingrata
como lo es la tiranía
con que tu padre me trata. [226]

CÉFIRO — Pues, ¿quién eres?

ANAJARTE — Anajarte 985
soy, y pues ya se declaran
mis sentimientos, no quiero
que otro tome mi venganza,
sino yo, y así...

CÉFIRO — Detente,
porque si vengarte trazas, 990
ya lo estás en quien rendido
sabrá ponerse a tus plantas.

ANAJARTE — Eso es querer que el sagrado
de mi hidalguía te valga,
pues no ha de ser, que...

IRÍFILE — También 995
eso es querer que yo salga
al reparo de su vida.

CÉFIRO — Muy presto el favor me pagas.

IFIS — También saldré yo en defensa
de quien tú ofendes.

CÉFIRO — Repara 1000
que estoy en la suya yo.

ANTEO — **(Dentro.)** ¿Dónde, Irífile, te guardas?

IRÍFILE — Aunque al favor que te debo
siempre he de rendir las gracias,
ya me sobra tu favor 1005
con esta voz que me llama.
¡Ven, Anteo, a socorrerme!

(Sale ANTEO **vestido de pieles**, **con barba negra**.**)**

ANTEO Pues ¿quién tu hermosura agravia,
viviendo yo, que no sea
vil trofeo de tus plantas? 1010
CÉFIRO Aunque yo te defendía,
deidad, cuando sola estabas,
ya es fuerza ser contra ti
cuando otro monstruo te guarda,
y monstruo tal, que a pesar 1015
de traje, cabello y barba,
de mi mayor enemigo
me acuerda la semejanza.
ANTEO **[Aparte.]** Céfiro es este. ¡Ay de mí,
si a disfrazarme no bastan 1020
la edad y el traje!
CÉFIRO Traidor,
¿aún vives?
ANTEO No me acobarda
tu voz y tu acción, aunque
no alcance por qué me llamas
traidor, ni mi muerte intentes. 1025
CÉFIRO Baste que mi honor lo alcanza.
IFIS Y yo, Céfiro, a tu lado
estoy, ya que el duelo pasa
a otro monstruo; que una cosa
fue el empeño de una dama 1030
y otra el riesgo de tu vida.
ANAJARTE Yo es bien paréntesis haga
a mis rencores también,
y contra los dos te valga.
CÉFIRO Pues ya que la novedad 1035
de aventura tan extraña
os pone a mi lado, sea
advirtiendo que de entrambas
vidas me guardéis la una.
ANTEO Ponte, Irífile, a mi espalda. 1040
IRÍFILE A tu lado estoy mejor.

[ANTEO] Pues contra los dos, ¿quién basta?

(Dentro las cuatro mujeres.)

[CUATRO MUJERES] Acudid, acudid todos
a la desigual batalla
de hombres, deidades y monstruos. 1045

(**Salen los que pudieren**, PASQUÍN **y** BRUNEL.)

TODOS Mueran las fieras tiranas,
escándalo destos montes.
LOS DOS Mueran, que en bulla no espantan.
ISBELLA ¡Qué propio es de los gallinas
animarlos la ventaja! 1050
UNOS Mueran estos monstruos.
TODOS Mueran.
ANTEO Gran gente, Irífile, carga
sobre los dos.
IRÍFILE Pues el monte
en su aspereza nos valga.

(Vanse.)

ANAJARTE Yo he de seguirlos, aunque 1055
el viento les dé sus alas. **(Vase.)** [226v]

(**Salen** LEBRÓN **y** PIGMALEÓN.)

LOS DOS Y yo a ti.
PIGMALEÓN ¿Qué ha sido esto?
Que del sitio en que aguardaba[(11)]
a las voces he venido.
IFIS No me detengas, que nada 1060
podré decirte.
CÉFIRO Ni yo.
IFIS Sino que temo... ¡Qué ansia!

CÉFIRO Sino que dudo... ¡Qué pena!
IFIS Que ha sido verdad... ¡Qué rabia!
CÉFIRO Que ha sido cierto... ¡Qué asombro! 1065
LOS DOS ...el anuncio de las Parcas.
PIGMALEÓN ¿Contra[(12)]?
LOS DOS Como contra mí
quieren los cielos que nazca...
IFIS ...el rayo destas esferas.
CÉFIRO ...la fiera destas montañas. 1070

(Vanse.)

[GENTE] **(Dentro.)**
Al monte, a la selva, al llano,
ataja por aquí, ataja.
PIGMALEÓN ¿Qué será lo que a los dos
sucedió?
LEBRÓN Pues, ¿yo sé nada?
PIGMALEÓN ¡Qué fiera ni rayo! Puesto 1075
que verdad pronunciaran
también viera yo la piedra,
y es el temerlo ignorancia.
LEBRÓN No es tarde, que si ellas son
señoras de su palabra, 1080
ella vendrá.

(Los martillos.)

PIGMALEÓN Calla, necio,
porque ¿cómo?... Pero aguarda,
¿qué ruido es este?
LEBRÓN Pues yo,
qué sé, si ya no le causa
que pida algo allí algún pobre 1085
fïado.
PIGMALEÓN ¿De qué lo sacas?
LEBRÓN De que este ruido es, si el

sonecillo no me engaña,
machacar en hierro frío.

PIGMALEÓN La vecindad de la fragua 1090
de Vulcano hará estos ecos,
a cuyo compás descansan[13]
sus cíclopes, pues al son
del duro ejercicio cantan.

[GENTE] **(Dentro.)** 1095
Teman, teman los mortales,
que se labran
en el taller de los rayos
de Amor las armas.

PIGMALEÓN De Amor las armas allí
dice esta voz que se labran. 1100

LEBRÓN Digo, y los cíclopes, ¿son
músicos?

PIGMALEÓN Que vuelven, calla.

[GENTE] **(Dentro.)** Que se labran
en el taller de las fieras
de Amor las armas. 1105

LEBRÓN Rayos y fieras han dicho.

PIGMALEÓN Lo que prosiguen, repara.

[GENTE] **(Dentro.)** Que se labran
en el taller de las piedras
de Amor las armas. 1110

LEBRÓN ¿Oyes? También piedras dicen.

PIGMALEÓN Poco uno ni otro me espanta
por más que digan.

[GENTE] **(Dentro.)** Al monte,
ataja por aquí, ataja.

[GENTE] **(Dentro.)** Que se labran... 1115

LEBRÓN Aqueste es otro cantar,
que allí dos fieras se alargan.

PIGMALEÓN Algo fue dello, sin duda,
lo que dijeron las ansias
de los dos. De no entenderlos 1120
por entonces mi ignorancia

me pesa, por no seguirlos;
mas yo salvaré el alma,
saliéndola al paso ahora
por esta senda. **(Vase.)**

LEBRÓN Que haya 1125
andantes que anden por selvas
encantadas, malo es, vaya;
pero peor por selvas es
encantadas y cantadas.
Dígolo porque a dos coros 1130
allí dice el uno...

[GENTE] **(Dentro.)** Ataja.

LEBRÓN Y el otro allí le responde.

[GENTE] **(Dentro.)** Que se labran
en el taller de los rayos
[de amor las armas.] 1135

LEBRÓN ¡Mal haya el alma y la vida [227]
que atajadas y labradas
nos tiene de tales amos
hoy las vidas y las almas!

(**Salen** VENUS **y** CUPIDO.)

VENUS ¿A qué fin, Cupido, ya 1140
quieres que te labren armas
tan venenosas que juntes
las dos pasiones contrarias
del olvido y del amor,
en las puntas explicadas 1145
de oro y plomo?

CUPIDO A fin de que
usando, madre, de ambas,
teman los mortales tanto
mi favor como mi saña,
mi agrado como mi ira, 1150
y mi paz como mi rabia.
Desprecio han hecho de mí

tres afectos, y así encarga
mi voz a Estérope y Bronte
la fatiga con que labran 1155
esas flechas, que no solo
en los dos metales hagan
esos dos efectos, pero
en las venenosas plantas
que en el monte de la luna 1160
son ojeriza del alba,
las ha de templar, porque,
en mortal yerba tocadas,
pasen, sin sentirlo el cuerpo,
a ser venenos del alma. 1165

VENUS Pues ya que usar de armas quieras,
¿por qué de traidoras armas,
sin ver cuánto deja atrás
el triunfo quien le aventaja
con desiguales partidos? 1170
¿Que uses, Cupido, no basta
las nobles iras de todos?
Y yo, para ver si alcanza
algo contigo mi ruego,
es bien que el taller te abra, 1175
oficina de Vulcano.
Ahí tienes paveses, lanzas,
yelmos, venablos, escudos,
arcos, saetas y aljabas.
No, pues, singular pretenda 1180
usar tu soberbia infancia
de armas de veneno, pues
basta cualquiera.

CUPIDO No basta,
porque aún han de ser los dioses
sacrificio de mis aras. 1185

VENUS Ya no me espanto de que
engendre soberbia tanta
quien a Anteros de mis brazos

hoy desterró y...

CUPIDO Calla, calla,
que si lloras por su ausencia, 1190
al ver que del mundo falta
el correspondido Amor,
tomaré de ti venganza
también, y quizá algún día...

VENUS Ataja la voz.

TODOS **(Dentro.)** Ataja. 1195

UNOS Al monte.

OTROS Al valle.

OTROS A la selva.

VENUS ¿Quién este alboroto causa?
Mas ¿quién le ha de causar, puesto
que ya es, sin duda, que anda
por ti en confusión el mundo? **(Vase.)** 1200

(Sale ANTEO **con** IRÍFILE **en los brazos**, **y tras él todos.)**

CUPIDO Pues, ¡qué vitoria más alta!

ANTEO Ya que el huir no es posible,
este sagrado me valga.

CUPIDO ¿Qué es esto?

ANTEO Es una desdicha,
una pena, una desgracia 1205
que me obliga a que de ti
hoy me favorezca. Cuanta
gente aqueste monte alberga
toda en mis alcances anda.
Esta beldad infelice 1210
pongo, joven, a tus plantas;
su vida libra, la mía
importa poco. [227v]

CUPIDO Levanta,
que a no mal puerto has llegado,
y pues que de mí te amparas, 1215
no temas.

TODOS Todos entrad,
y muera donde se guarda.
CUPIDO ¿Qué es esto? Pues que llegase
a mis umbrales, ¿no basta?
ANAJARTE No, que yo esa humana fiera 1220
a mis pies he de postrarla.
IFIS No, porque yo de su empeño
tengo de valer la causa.
CÉFIRO No, que aunque la guarde yo,
matar tengo al que la guarda. 1225
PIGMALEÓN No, que el duelo de los dos
a mí por los dos me alcanza.
LEBRÓN No, que para defenderlos
tiene usted muy pocas barbas.
CUPIDO Esto sufro.
UNO ¿Quién te enoja? 1230
DOS ¿Quién te ofende?
TRES ¿Quién te agravia?
CUPIDO Nadie, para que ninguno
tome por mí la venganza.
Y pues que segunda vez
perdéis mi decoro, esparza 1235
flechas al viento de amor
y odio, caigan donde caigan,
que todo es veneno.
IRÍFILE ¡Cielos!,
¿qué fuego llevo en el alma
que me obliga a que agradezca 1240
a Céfiro[(14)] aquella hidalga
acción de guardar mi vida? **(Vase.)**
ANTEO Espera, Irífile, aguarda. **(Vase.)**
CÉFIRO ¡Cielos! ¿Qué violento impulso
tras una fiera me arrastra 1245
que ansí me obliga a seguirla? **(Vase.)**
ANAJARTE ¡Cielos! ¿Qué pasión ingrata
ha introducido en mi pecho
deste joven la bizarra

acción que, aunque quieran, no 1250
será posible estimarla? **(Vase.)**

IFIS ¡Cielos! ¿Qué rayo es aqueste
que en una beldad me abrasa? **(Vase.)**

PIGMALEÓN ¿Qué ignorado fuego es, ¡cielos!,
este que siento en el alma 1255
que, aunque su llama no veo,
se deja sentir su llama? **(Vase.)**

LEBRÓN ¿Cuánto va que me enamoro,
según suelto el amor anda,
que es peor que el diablo suelto? **(Vase.)** 1260

ISBELLA Mas ¿qué fuera que en ingrata
diera yo de poco acá?

LOS HOMBRES ¡Qué sentimiento!

(Vanse.)

MUJERES ¡Qué ansia!

(Vanse.)

CUPIDO Verá el mundo en los afectos
de voluntades contrarias 1265
hoy mi poder.

ANTEROS No verá,
que todo cuanto tú hagas,
ingrato Amor, deshará
desde este sagrado alcázar
el correspondido Amor, 1270
a cuyo efecto Dïana
me ha dado el venablo suyo
porque con mejores armas
quebrante yo tus arpones,
y así todo cuanto trazas 1275
que sean rigores y iras
haré yo delicias blandas.

CUPIDO ¿Cómo podrás tú oponerte

a mi deidad soberana,
si haré yo amar a una fiera? 1280

ANTEROS Yo haré aquesta fiera humana.

CUPIDO Yo haré aborrecer a[15] una
beldad a quien más la ama.

ANTEROS Yo haré que esa beldad quiera
o tendré della venganza. 1285

CUPIDO Yo haré una vida adorar.

ANTEROS Yo daré a las piedras alma.

CUPIDO Fiera, rayo y piedra soy.

ANTEROS Yo piedad, blandura y gracia.

CUPIDO Pues al arma, al arma, Anteros. 1290

ANTEROS Pues, Cupido, al arma, al arma.

Jornada II

LEBRÓN Señor, por un solo Baco,
que es el dios con quien yo tengo
mis trabacuentas en cuantas
ermitas suyas encuentro,
que me digas qué tristeza 5
es esta.

PIGMALEÓN Déjame, necio,
que a ti ni a nadie es posible
que fíe mis sentimientos.

LEBRÓN Pues porque veas que soy
más liberal que tú, quiero 10
fiarte yo esta vez los míos.
Paciencia, y escucha atento:
De Libia, tu patria...

PIGMALEÓN Ya
me querrás hacer acuerdo,
Lebrón, de tantas deshechas 15
fortunas como padezco.
Ya querrás decirme cómo
la muerte, ¡ay de mí!, de Alfeo[16]

me arrojó della, o por ser
del Rey tan cercano deudo, 20
o porque vivir no quise
a la vista de suceso
tan infeliz; que aun vengado,
en un generoso pecho
siempre está vivo el dolor, 25
aunque esté el agravio muerto.
Querrasme decir que apenas
de mis desdichas huyendo
en busca de Ifis, a quien
sin conocerle le tengo 30
por mecenas en Epiro,
a Trinacria llegué, ¡cielos,
nunca a ella llegara!, cuando
perdido en ella al estruendo
de aquel terremoto, vi 35
un hermoso monstruo bello,
juré una amistad, oí
de las Parcas el agüero,
vi la fragua de Vulcano,
y la lid de...

LEBRÓN Oye, te ruego 40
que aunque todo aqueso es,
no es nada de todo aqueso.
Porque ¿qué tiene que ver
monstruos, Parcas, lides, duelos,
con que, todo eso acabado, 45
de aquellos dos caballeros
con quien alïanza hiciste,
uno se vuelva a su reino
y a sus aventuras otro,
y tú te quedes en estos 50
montes, sin que un solo instante
pierdas de vista ese bello
palacio, que es de Anajarte
voluntario cautiverio?

Toda la noche y el día 55
a sus umbrales suspenso,
el sol te deja y te halla
solo a ver si abren atento
las puertas desos jardines,
donde entrando una vez dentro, 60
es menester que te echen
a palos sus jardineros;
¿qué es lo que aquí esperas?

PIGMALEÓN Nada;
y es verdad que nada espero,
porque no tiene mi mal 65
en la esperanza consuelo.

LEBRÓN Pues ¿qué mal hay que con ella,
señor, no aspire a ser menos,
y aun a ser ninguno?

PIGMALEÓN El mío.

LEBRÓN Si a tus suspiros atiendo, 70
¿qué va que es tu mal amor?

PIGMALEÓN ¿De qué lo infieres?

LEBRÓN Lo infiero
de que esa inquietud que tienes
es como otra que yo tengo.
Desde aquel infausto día 75 [228v]
(¡quién le borrara del tiempo!)
que en la fragua de Vulcano
nos vimos todos revueltos,
también tengo yo mi poco
de no sé qué, que le siento 80
no sé dónde y no sé cuándo
le he de aplicar el remedio.

PIGMALEÓN ¡Pluguiera Amor fuera amor
mi mal!

LEBRÓN Tú tienes mal pleito,
pues te das a este partido; 85
mas ¿qué es?

PIGMALEÓN Una ira, un veneno,

un letargo, una locura,
un frenesí, un devaneo,
una ilusión, un delirio,
un... Pero ¿qué digo, ¡cielos!, 90
si es tal, ¡ay de mí!, si es tal
la especie de mi tormento
que ni aun por señas es bien
que haga desaire el silencio?
Calla y déjame morir 95
antes que diga que es cierto
según en mí se ha vengado
el traidor hijo de Venus,
que puede ser piedra Amor.

LEBRÓN Si como morir te dejo 100
me dejaras vivir tú,
estaríamos contentos
los dos.

(**Salen** PASQUÍN **y** CÉFIRO.)

PASQUÍN En fin, señor, ¿vuelves
a estos montes?

CÉFIRO En fin, vuelvo
como a mi centro, que ya 105
son sus entrañas mi centro,
tanto, Pasquín, por aquel
hermoso prodigio bello,
bruta perla de sus mares,
bruto rubí de sus senos, 110
en quien que puede ser fiera
hizo Amor el argumento[(17)],
cuanto por desengañar
a mis locos pensamientos,
si es verdad o es ilusión 115
el que vi a Nicandro en ellos;
Nicandro, traidor vasallo,
siempre a mis dichas opuesto.

Y para facilitar
de ambas causas el efecto, 120
y poder a mi rencor
y amor asistir a un tiempo
al palacio de Anajarte,
con este partido vengo
de...

PASQUÍN Calla, que está aquí el uno 125
de aquellos dos extranjeros.

LEBRÓN Céfiro, si no me engaño,
viene allí.

CÉFIRO ¡Cuánto me huelgo
de hallaros segunda vez!,
porque como los sucesos 130
de aquel día, eslabonados
unos de otros, no me dieron
lugar a la obligación
en que mi honor me había puesto,
deseaba saber quién sois, 135
y como ofrecí valeros
en cuanto pueda...

PIGMALEÓN Las plantas
mil veces humilde os beso;
y pues la misma disculpa,
señor, que vós tenéis tengo, 140
también me valga a mí para
no haberos ido sirviendo.

CÉFIRO Pues ¿cómo en aqueste monte
quedasteis?

PIGMALEÓN En grande empeño
me ponéis.

CÉFIRO ¿Por qué?

PIGMALEÓN Porque 145
la causa, señor, no puedo
ni callarla ni decirla:
callarla, por el respeto[(18)]
de preguntármela vós,

ni decirla por el riesgo 150 [229]
de haber de decir mi nombre,
cuando infelice deseo
solo vivir ignorado,
a cuya causa he dispuesto
no salir desta montaña, 155
avecindado en el pueblo,
que más en su corazón
a causa de sus portentos
tenga este vivo cadáver
sepultado antes que muerto. 160

CÉFIRO No ignorareis cuánto ha sido
siempre curioso el deseo,
y que no hay para él razón
mayor, mayor argumento
que pretender recatarlo 165
para que intente saberlo.
Hablad, pues, claro conmigo
que para todo os ofrezco
segunda vez mi favor,
en tanto que al cuarto llego 170
de Anajarte, a quien hoy busco.

PIGMALEÓN Pues oíd, señor, atento:
Lidia es mi patria, mi nombre
Pigmaleón.

CÉFIRO Deteneos,
que no quiero en el discurso 175
de ningún acaso vuestro
entrar ignorando nada.
¿Sois vós aquel a quien dieron
la pintura y la escultura
tanta opinión, que es proverbio 180
decir de vós que partís
con Júpiter el imperio
de dar vida y de dar alma,
así al metal como al lienzo?

PIGMALEÓN Sí, señor, yo soy de quien 185

dijo ese encarecimiento,
bien que sin jactancia mía,
la fama; y conste no serlo,
de que al confesar quien soy,
con vergüenza lo confieso. 190

CÉFIRO ¿Por qué?

PIGMALEÓN Porque hay quien presuma
que es oficio el que es ingenio,
sin atender que el estudio
de un arte noble es empleo
que no desluce la sangre, 195
pues siempre deja a su dueño
la habilidad voluntaria
como le halla; y en efeto,
señor, para que este modo
de ignorar pienses si es cierto, 200
y que hay pocos que distingan
que es gala en algún sujeto
lo que es quizá tarea en otro,
un día que divirtiendo
estaba no sé qué pena 205
en una estatua de Venus,
Alfeo, un deudo de el Rey
(si los reyes tienen deudos),
entró en mi obrador, adonde
admirando el mármol terso, 210
tan vivo que sin la voz
estaba hablando el afecto,
quiso feriármelo; yo,
cortés, claro está, y atento
le respondí que enviase 215
por ella, pero advirtiendo
que su precio había de ser
el no ponérmela en precio.
Él (que hay hombres que no tienen
ánimo de deber), viendo 220
la sobrada estimación

que yo hacía de mí, y creyendo
que era modo de negar
ofrecer consentimiento,
no sé qué se dijo; baste 225
saber que fue tal desprecio
que me obligó a responderle
con más brío que respeto,
la mano...

PASQUÍN Anajarte sale.

PIGMALEÓN Nunca llegó a mejor tiempo 230
el estorbo, porque ya
que iba fallando el aliento. [229v]

CÉFIRO Esperadme aquí.

PIGMALEÓN Eso no.
Habéisme de oír primero,
porque no es bien que en la mano 235
que fue mi postrer acento
quede mi honor sospechoso,
ya que ha de quedar suspenso.
Y así, sabed que la causa
de venir del Rey huyendo 240
y procurar ignorado
vivir, fue quedar él muerto.
Ahora acudid a otra cosa,
llevando sabido eso.

CÉFIRO Después en vuestras fortunas 245
y las mías hablaremos.

(**Salen** ANAJARTE, CLORI, LISI, LAURA **y** ISBELLA.)

ANAJARTE Desde aquella galería,
verde atalaya del cierzo,
que os había visto una dama
me dijo, y a saber vengo 250
qué novedad, estimadme
no decir qué atrevimiento,
os tray a aquestos umbrales.

CÉFIRO Que atenta me oigáis, os ruego,
antes que haga vuestro enojo 255
agravio el que es rendimiento.
Yo, bellísima Anajarte,
oí vuestros sentimientos,
bien que de paso tal vez,
que pude llegar a veros. 260
De vuestra razón, que ahora
no es justo hacer argumento
si es justa o no es justa, yo
entré conmigo en acuerdo,
y habiendo considerado 265
que si mi padre algún tiempo
que aquí os crió y aquí os tuvo,
fue con algunos pretextos
que ya no importan, es bien
desecharlos; y así vengo 270
a deciros que elijáis
vós los partidos o medios
para vivir en la Corte,
donde podéis, desde luego,
ir a ser de mi palacio. 275

[GENTE] **(Dentro.)** Tened.

IFIS He de entrar.

ANAJARTE ¿Qué es esto?

(**Sale** IFIS **con** IRÍFILE **y** BRUNEL.)

IFIS Esto es llegar a tus plantas
a ofrecerte en un pequeño
triunfo, divina Anajarte,
las primicias de un afecto 280
que... **[Aparte.]** Mas Céfiro está aquí,
¿quién pudo prevenir, ¡cielos!,
lance igual?

CÉFIRO **[Aparte.]** Con Anajarte
ofendido mi respecto,

y con la que tray mi amor 285
no sé a lo que me resuelvo.

ANAJARTE De dos acciones, al paso
que ambas me obligan, me ofendo;
pues ni este favor estimo,
ni esta fineza agradezco. 290

IRÍFILE ¿Qué profundo sueño es
este de que yo despierto
al mirarme entre mis ansias
en palacio tan soberbio?

PIGMALEÓN ¿Has reparado en los cuatro, 295
cuatro mudados afectos?

LEBRÓN Y aun en los cinco, que el tuyo
por Dios que no lo está menos.

IFIS Ya que el empeño se hizo,
fuerza es seguir el empeño. 300
Palabra te di, señora,
de ver a tus plantas puesto
el asombro destos mares,
escándalo de sus puertos.
No pude cumplirla entonces, 305
a causa de los sucesos
tan varios como tú viste;
mas durando en mí el pretexto
de tu gusto y mi palabra,
de día a la vista atento, 310 [230]
de noche atento al oído,
topo y lince a un mismo tiempo,
penetré de esas montañas
el más escondido centro,
hasta que en la obscura quiebra 315
de un ribazo, en que primero
naturaleza cavó
rústico albergue pequeño
que pulió después el arte,
bárbaramente arquitecto, 320
pues eran techumbre y puerta

bastas ramas, troncos secos,
sobre pieles de animales,
hallé en miserable lecho
a esa beldad, si es beldad, 325
rendida al pálido sueño,
con quien yo cómplice entonces,
ladrón me introduje nuevo,
pues él la hurtaba el sentido,
a hurtarla yo el sentimiento. 330
Conseguilo, pues, inmóvil
estatua viva del yelo,
al despertar en mis brazos,
sin voz quedó y sin aliento;
de suerte que, sin poder 335
valerla siquiera el eco,
desde su albergue a tus plantas...

ANAJARTE

Basta, basta, que no quiero
que aun este pequeño instante
que te escucha mi silencio, 340
puedas presumir que es
callado agradecimiento.
En el empeño me hallaste,
es verdad, yo lo confieso,
de rendir esa extrañeza, 345
y viendo en su amparo puesto
a Céfiro, te pedí
favor; pero no por eso
te dije que me quitaras
a mí el desvanecimiento 350
de rendirla yo; que uno
es valerme en un trofeo
a que yo salga con él;
y otro hacerte tú tan dueño
que tú te salgas con todo 355
sin darme parte en el riesgo.
¿Qué cosa es quitarme a mí
la acción que de vencer tengo?

Pues ¿no tengo yo valor
para lograr lo que emprehendo? 360
¿No volviera yo a buscarla?
¿No supiera cuerpo a cuerpo
rendirla yo? Pues ¿por qué,
loco, ingrato, altivo, necio,
quisiste ajarme la gloria, 365
asunto de mi ardimiento?
Y para que mejor veas
si le tengo o no le tengo
y que triunfos de otra mano
ni los estimo ni aprecio, 370
y en fin, que tu afecto ha sido
aún más desaire que afecto:
¡vuélvete, fiera, a tus montes!,
que yo te buscaré en ellos.
Y a ti, Céfiro, porque 375
tampoco pienses que puedo
agradecer la fineza
del pasado ofrecimiento
también te digo que estoy
en el hado que padezco 380
más hallada con mi mal
que estaré con tu remedio.
Porque no quiero de ti
ni aun la vida, cuando dueño
fueras de la vida tú. 385
Y así los tres, sin que a veros
vuelva otra vez de mis ojos,
volved, volved de mí huyendo:
tú, humana fiera, a tus montes,
tira tu patria, y tú a tu reino; 390
porque en mí no habéis de hallar,
siempre a mis iras atentos,
ni tú agrado, ni piedad
tú, ni tú agradecimiento. [230v]

IRÍFILE Espera, que aunque con tres 395

hablas, y soy yo quien menos
acción a responder tiene,
me he de tomar el primero
lugar, por mujer.

ANAJARTE ¿Querrás
decirme, según soberbio 400
tu espíritu es, que tampoco
mis ejemplares siguiendo,
la libertad de mi mano
quieres?

IRÍFILE Pudiera ser eso,
si superiores motivos 405
no atrasaran mis intentos;
pues desde el punto que va
deste edificio soberbio,
los reales aparatos
de sus doseles supremos, 410
me parece que entre pompas
reales estoy en mi centro.
Y así (¡quién hacer supiera,
por causas que yo no entiendo,
mañoso al rencor!) postrada 415
hoy a tus plantas, te ruego
que como a humana me trates
pues lo soy; que si el despecho
soberbia me hizo en los montes,
humilde me hará el consejo 420
en los poblados.

ANAJARTE Levanta,
levanta, asombro, del suelo,
que por servirme de fiera,
en mi servicio te acepto.

IRÍFILE Perdóname, padre mío, 425
si pudiéndome ir, me quedo
sin ti, a vivir, que no sé
quién me ha trocado el afecto
de un instante a otro.

ANAJARTE Y porque
saber quién eres deseo, 430
conmigo te ven; y tú,
no presumas, extranjero,
que es favor que uso contigo
acetar tu ofrecimiento.
Esto te digo, porque 435
arguya Céfiro desto,
que no agradeceré el suyo,
pues el tuyo no agradezco. **(Vase.)**
CÉFIRO ¿Quién vio igual desaire?
IFIS ¿Quién
igual desvanecimiento? 440
PASQUÍN ¿Para esto a hablarla venías
tan alegre y tan contento?
BRUNEL ¿Para esto días y noches
corrimos montes y cerros?
IFIS ¡Que haga la fineza agravio! 445
CÉFIRO ¡Que haga queja el rendimiento!
LEBRÓN ¡Cuál se han quedado los dos
elevados y suspensos!
PIGMALEÓN ¿Veslos?, pues yo les trocara
mi tormento a sus tormentos. 450
LEBRÓN Yo no, porque se han mirado
de mal arte.
PIGMALEÓN Escucha atento.
CÉFIRO Extranjero que, atrevido,
has osado el pensamiento
a dos cosas tan violentas 455
como haber los ojos puesto,
(quién es, sabiendo), en hacer
con tan públicos extremos
finezas por Anajarte,
¿a qué añades después desto, 460
sabiendo también que yo
a aquesa mujer defiendo,
en ir a buscarla? ¿En qué

fundas tus atrevimientos?

IFIS — Pudiérate responder, 465
Céfiro, que un caballero
por más que viva ignorado
no puede faltar a serlo.
Con cuya razón la libre
galantería de un pecho 470
generoso no es agravio
de los más cercanos deudos. [231]
Y que en cuanto a ser tu ofensa
de aquella causa el efecto,
no corre a cuenta de quien 475
no la ha elegido por serlo,
puesto que el trance él se vino
elegido; mas no quiero
que con dos satisfaciones
pienses que restauro un riesgo. 480
Y así, te diré no más
de que ya lo hecho está hecho
y que a precio de mi vida
lo habré comprado en buen precio.

CÉFIRO — A eso no me toca a mí 485
responder, sino a mi acero.

PIGMALEÓN — Mirad, tened...

BRUNEL — Y a los tres,
¿qué nos toca?

PASQUÍN — Estarnos quedos
u hacer como que reñimos.

LEBRÓN — Pues vaya de cumplimiento, 490
y nadie tire a matar,
pues bastará como diestros
el señalar las heridas.

CÉFIRO — ¿Pues tú te pones en medio?

PIGMALEÓN — Sí, puesto que el homenaje 495
hice a los dos.

IFIS — Según eso
el no ayudar a ninguno

será más noble pretexto
que no embarazar a entrambos.

PIGMALEÓN No será, que yo no creo 500
que ver reñir sin reñir
toque nunca a un caballero,
y así que se mueva, piense
que ha de hallarme al lado puesto
del otro.

IFIS Pues ponte al lado 505
de Céfiro, que no puedo
dejar yo de mantener
lo que he dicho y lo que he hecho.

PIGMALEÓN La soberbia[(19)] de pensar
que no importa te agradezco, 510
para poder con buen aire
ponerme a su lado.

CÉFIRO Eso
no; yo, que no me embaraces,
mas no que me ayudes quiero.
Retírate.

PIGMALEÓN Esa igualdad, 515
aun entre iguales, sospecho
que fuera afectada.

IFIS Aguarda,
que porque no desatento
presumas que no la hay,
y por hacer el empeño 520
tan de una vez que no pueda
hasta el fin dejar de serlo...
Ifis, príncipe de Epiro
soy, que a la Arcadia viniendo,
provincia mía, corrí 525
tormenta.

PIGMALEÓN ¡Qué escucho, cielos!
¿Tú eres Ifis?

IFIS Ifis soy.

PIGMALEÓN Perdóname, que no puedo,

Céfiro, dejar de echarme
a los pies de quien le debo 530
vida y honor.

IFIS Pues, ¿quién eres?

PIGMALEÓN Pigmaleón, a quien dieron,
sin conocerme, favores
tus piedades.

IFIS Yo agradezco
haberte hallado; mas no 535
en esta ocasión, supuesto
que aquí que no me embaraces
y que no me ayudes quiero.

PIGMALEÓN Aqueso es uno, y otro
volverme a dejar en medio 540
para que una y otra vida
guardar intente.

(Sale ANAJARTE **y las damas.)**

ANAJARTE ¿Qué es esto?

CÉFIRO Yo no lo sé.

IFIS Yo tampoco.

ANAJARTE ¡Oh, qué recato tan necio,
puesto que lo he de saber! 545

IFIS Pues si pretendes saberlo,
yo te lo diré otro día, [231v]
quizá con más noble afecto.

CÉFIRO Aguarda.

ANAJARTE No has de seguirlo,
sin que me digas primero 550
qué es esto.

CÉFIRO Yo lo diré
entonces a mejor tiempo. **(Vase.)**

ANAJARTE Decidme qué ha sido, vós.

PIGMALEÓN Yo, señora, lo sé menos,
pues solo sabré decir 555
que en dos partidos afectos

me importa acudir a entrambos.
Cada guía siga a su dueño. **(Vase.)**

BRUNEL Pues adiós, hasta otro día.

ANAJARTE ¿Nadie me dice qué es esto? 560

LEBRÓN Yo, señora, lo diré.
Esto es que tres majaderos,
sobre quién se ha de matar,
se hacen dos mil cumplimientos.
«Mate usted». «No, sino usted». 565
«Usté ha de matar primero».
Y tras esto, viven todos.

DOS DAMAS Quita, loco.

OTRAS DOS Aparta, necio.

ANAJARTE ¿Desta suerte a mis umbrales,
y a mí se pierde el respeto? 570
Decidles vós que si vuelven,
atrevidos y soberbios,
a aventurar mi decoro
que han de ver...

(**Sale** ISBELLA.)

ISBELLA ¡Raro suceso!

ANAJARTE ¿Qué es eso, Isbella?

ISBELLA Es, señora, 575
que apenas se miró dentro
de tu cuarto esa fantasma,
que a ser trasto palaciego
te han enviado los montes,
cuando sus adornos viendo, 580
doseles, camas y estrados,
después de haberla yo puesto
no sé qué galilla tuya,
perdió el poco entendimiento
que debía de tener; 585
y pasando en un momento
la admiración a delirio,

da en tratarse como dueño
de todo. Mas ¿para qué,
señora, te lo encarezco, 590
pues puedes tú verlo?

(**Sale** IRÍFILE.)

IRÍFILE ¡Hola!
¿Nadie responde? ¿Qué es esto?
Pues ¿cómo ansí me dejáis
sola con mi pensamiento,
doméstico áspid, a quien 595
yo misma abrigué en mi seno?
Mal servida estoy de vuestra
desatención[(20)]. Pero ¡cielos!,
¡ay de mí!, ¿qué es lo que digo?
¡ay de mí!, ¿qué es lo que pienso? 600
ANAJARTE ¿Qué tienes?
IRÍFILE No sé, señora,
no sé, porque un devaneo
hasta mirarte se había
apoderado en mi pecho.
Mas tú, en viéndote, me quitas 605
todo el desvanecimiento.
ANAJARTE No es la primera vez esta
que los no vistos objetos,
cuando a la capacidad
sobran del que llega a verlos, 610
le ofuscan y le confunden
razón, discurso y ingenio.
Cóbrate, pues, y conmigo
ven a espaciarte, que quiero,
ya que la experiencia antes 615
me lo ha dicho, que en aquesos
jardines sea quien más
repare tus sentimientos
la música, para que

más asegurada dellos, 620
tu patria y nombre me digas
y por qué extraños sucesos [232]
te ha traído la fortuna
ansí a vivir.

IRÍFILE Para eso
poco he menester cobrarme, 625
pues cuanto decirte puedo
de mí es que mi nombre es
Irífile, que el primero
rayo del sol vi en el monte,
adonde un anciano viejo, 630
padre mío, me ha crïado
allá, por no sé qué agüeros
que vio en las ocultas ciencias
de estrellas y de luceros,
de quien yo, para cumplirlos, 635
he estudiado el entenderlos.

ANAJARTE No te enternezcas y ven
conmigo. Vosotras luego
seguid a las dos, llevando
al jardín los instrumentos. 640

(Vanse las dos.)

LEBRÓN Ya que aquestas novedades
dan, no sin disculpa, tiempo
para que pueda un amante
hablar en sus sentimientos,
¿sabranme decir ustedes 645
porque me importa saberlo,
cuál de ustedes cuatro es
una dama a quien yo quiero,
como cosa de perder
por ella el entendimiento? 650
Porque yo bien sé que es una,
mas que una es, no sé.

ISBELLA Bien nuevo
estilo de declarar
un galán su sentimiento.
LEBRÓN Cada uno se declara 655
como puede.
CLORI Y en efeto,
¿usted está enamorado?
LEBRÓN Pienso que sí, a lo que pienso.
LAURA ¿En qué lo ve?
LEBRÓN En que ando más
limpio, en que hablo más discreto 660
que solía y en que traigo
un hipocondría acá dentro
en traje de cosicosa,
que la siento y no la siento.
ISBELLA Pues declárese usted 665
de una vez, y vuelva luego,
que aquí se le hará justicia.
LEBRÓN Eso dijo un mosquetero.
DOS ¡Qué discreto mentecato! **(Vanse.)**
DOS ¡Qué galante majadero! **(Vanse.)** 670
LEBRÓN Son atributos y achaques
de galantes y discretos.
Mas, ¡ay de mí!, enamorado
sin saber de quién. El ciego
rapaz de quien hizo burla, 675
sin duda alguna, anda a tiento
por mis sentidos.

(**Sale** PIGMALEÓN.)

PIGMALEÓN Lebrón…
LEBRÓN ¿Quién va allá?
PIGMALEÓN Dime, te ruego,
¿viste a Céfiro o a Ifis?
Que yo, por seguir a un tiempo 680
a los dos, no vi a ninguno.

LEBRÓN A mí me pasa lo mesmo,
que por seguir cuatro damas,
sin conseguir una quedo.
Mas a ninguno vi.
PIGMALEÓN ¡Ay triste!, 685
que en su competencia temo
declararme por el uno
porque a entrambos se lo debo:
Ifis, por su embajador
con Lidia, siempre mi afecto 690
se mostró y en mi desdicha
él fue, a su mandato atento,
quien me guardó y puso en salvo;
Céfiro aquí, noble y cuerdo,
me ofrece el favor de que 695
necesito... Mas ¡qué veo!
Ya abierto el jardín está.
LEBRÓN Pues ¿qué importa que esté abierto? [232v]
PIGMALEÓN ¿Qué importa dices, villano,
infame, atrevido y necio? 700
¿Qué importa? Pues ¿sabes tú
la deidad que habita dentro?
LEBRÓN Yo solo sé que estás loco.
PIGMALEÓN Es verdad, yo lo confieso,
y así, aunque a entrambos los pierda, 705
no se pierda el breve tiempo
de seguir mi desvarío. **(Vase.)**
LEBRÓN Señores, ¿qué ha de ser esto,
ni quién me sabrá decir
en qué ha de parar?
CUPIDO **(Dentro.)** Anteros. 710
LEBRÓN ¿Quién es Anteros? Mas ¿quién
a mí me mete en saberlo,
sino en seguir a mi amo,
y procurar encubierto
saber quién es quien le tiene 715
en estos jardines muerto,

y quién podrá remediar
su amor o locura?

CUPIDO Anteros.

LEBRÓN Mal Anteros te dé Dios,
y más si eres el que pienso. 720

(**Vase y sale** CUPIDO.)

CUPIDO Si el orbe de la luna,
esfera soberana
de la casta Dïana,
sagrado puerto fue de tu fortuna,
adonde sin ninguna 725
obediencia a mis flechas,
rendimiento a mis iras,
u de plomo las miras,
u de oro las acechas
para desdenes y favores hechas, 730
ponte a esas galerías
de vidrio y nácar claraboyas bellas,
y Argos de tantos ojos como estrellas,
lince de tantas noches como días,
atiende a ver de las vitorias mías, 735
en no lejos confines,
tres triunfos de que dueño
me hace el primer diseño;
que para que mejor los determines,
teatro te quiero hacer destos jardines. 740
Vuelve, pues, vuelve a vellos,
verás representar mi triunfo en ellos.
De fiera, rayo y piedra en otra parte
blasoné yo y blasono en esta esfera,
pues piedra, rayo y fiera 745
en Irífile soy y en Anajarte
y en ese mármol frío a quien el arte
hermosura sin alma dar procura;
porque en aquesta calma

aun venciese sin alma 750
hermosa una escultura.
Pero ¿cuándo tuvo alma la hermosura?
La música que en ellos
suena en ecos veloces,
mis triunfos diga a voces, 755
viendo arrastrar de tres prodigios bellos
la ocasión mi furor por los cabellos.
Y porque suspendido
tengas en mis despojos
no solo el devaneo de los ojos, 760
mas también la lisonja del oído,
del aire atiende al sonoroso ruido
que canta en repetidas armonías
desprecios tuyos y vitorias mías;
pues dice todo que al nacer Cupido 765
murió Anteros, Amor correspondido.
Céfiro, ¿en quién dicha espera? [233]

MÚSICA En una fiera.

CUPIDO ¿Y quién a Ifis da desmayo?

MÚSICA Un bello rayo. 770

CUPIDO ¿En quién Pigmaleón no medra?

MÚSICA En una piedra.

CUPIDO Ninguno llegue a ser yedra
del laurel que ama, porque hoy
lloren todos, que yo soy 775
la fiera, el rayo y la piedra.

(Vase, **y sale** IFIS **y un jardinero**.**)**

MÚSICA Ninguno llegue a ser yedra,
[del laurel que ama, porque hoy
lloren todos, que yo soy
la fiera, el rayo y la piedra.] 780

IFIS Esto habéis de hacer por mí.

JARDINERO No sé si me atreveré.

IFIS Pues ¿qué riesgo tiene el que

con vós me tengáis aquí
en traje de jardinero 785
cuatro días?

JARDINERO Que pudiera
ser que alguien os conociera.

IFIS No es posible, que extranjero
soy, y soy agradecido.
Esta cadena tomad 790
en primer muestra.

JARDINERO Mirad,
yo bien os diera un vestido
y bien conmigo os tuviera;
bien de sobrino os tratara,
y bien, en fin, os guardara, 795
si mal no me sucediera.
¿No conocéis a Anajarte?
Es un rayo.

IFIS Ya lo sé,
pues su fuego examiné.
¡Oh bastardo hijo de Marte! 800
No te has de vengar de mí,
que ha de saber mi fineza
esta imposible belleza
vencer.[(21)]

JARDINERO Gente viene allí.
Retiraos.[(22)]

IFIS ¡Quién vella 805
o hablalla pudiera hoy
para decilla quién soy
y lo que he de hacer por ella! **(Vase.)**

JARDINERO ¿Dónde bueno, camarada?

PIGMALEÓN Por este bello jardín 810
divertido voy, a fin
de admirar de su extremada
fábrica y agricultura
el arte y naturaleza,
adonde de la riqueza 815

desprecio hace la hermosura.

JARDINERO ¿Ya os querréis estar aquí
embobado todo el día,
junto a aquella fuente fría
donde otras veces os vi? 820
Pues no ha de ser hoy, que creo
que Anajarte ha de bajar
a su esfera.

PIGMALEÓN Dad lugar
breve rato a mi deseo,
que esta sortija podrá 825
dar, si os riñen, esa culpa
de mi parte la disculpa.

JARDINERO ¡Y cómo que la dará!
Mirad, si la veis venir
por ahí, procurá esconderos. 830
¿Quién son estos majaderos
que saben[(23)] dar sin pedir?
Y aún otro más, que escondido
dentro del jardín está.
Pero aquel manda y no da 835
y así no es tan bien servido.

PIGMALEÓN Ya que solo a verte llego
helada, muda hermosura,
permite que mi locura
temple en tus aguas su fuego. 840
Desde el instante que, ciego,
vi en tu rara perfección
lograda mi admiración,
te confieso que al mirarte
es la inclinación del arte, 845
arte de otra inclinación.
¿Qué mano hoy, imagen bella,
de deidad te retrató
tan superior, que copió
hasta el influjo a tu estrella? 850
Y es verdad que, a estar sin ella, [233v]

¿quién indignarme podía
a amar, si ya no sería
que al ver cuán perfecta estás
que alma te falta, no más 855
te has valido de la mía?
La elección estimo; no
duren tus ansias esquivas
que, a precio de que tú vivas,
¿qué importa que muera yo? 860
Y pues mi afecto te dio
el alma, ¡oh estatua bella!,
vive, vive al poseella,
porque no es justo, ¡ay de mí!
que ella no te sirva a ti 865
y a mí me dejes sin ella.
O para verme y hablarme
el alma que te di emplea,
o para que te hable y vea
vuelve, volviendo a animarme, 870
el alma que te di a darme.
Mira que es desdén indigno
si a ti fue y a mí no vino
creer que algún tirano dios,
poniéndose entre los dos, 875
nos la ha hurtado en el camino.

(**Sale** LEBRÓN.)

LEBRÓN Diciendo amores está
a una estatua, a quien ofrece
la alma, y ella me parece,
pues hecha un mármol está, 880
que no le responderá.
PIGMALEÓN ¿Quién habla aquí?
LEBRÓN Bien podías
saberlo.
PIGMALEÓN ¿Tú me seguías?

LEBRÓN ¿Cuándo tu sombra no he sido
siempre tras ti?
PIGMALEÓN ¿Qué has oído? 885
LEBRÓN Muchísimas boberías.
PIGMALEÓN ¿Has, di, llegado a entender
que esta prefecta escultura
la causa es de la locura
que me has visto padecer? 890
LEBRÓN ¿Pues no?
PIGMALEÓN Ya querrás hacer
burla, ¡ay Dios! de mi pasión.
LEBRÓN No querré, ni es ocasión
deso.
PIGMALEÓN ¿Por qué?
LEBRÓN Porque...
PIGMALEÓN Di.
LEBRÓN En toda mi vida vi 895
cosa más puesta en razón...
PIGMALEÓN ¿Qué?
LEBRÓN Que querer a esta dama.
PIGMALEÓN ¿Díceslo de veras?
LEBRÓN Sí.
PIGMALEÓN ¿Por qué?
LEBRÓN Porque quien no sabe
hablar, no sabrá pedir. 900
¿Hay cosa más descansada
que amanecer uno sin
cuidar de lo que su dama
ha de comer y vestir?
Y más en tiempo que el traje 905
está tal, que sin mentir,
no se usa por mayo el
jubón que se hizo en abril.
Fuera de que, ¿qué reposo
puede haber como dormir 910
seguro de que su dama
en casa está? Siendo así

que es corriente saber que
no se ha de mudar y, en fin,
solo hay malo, a mi ver...

PIGMALEÓN ¿Qué? 915

LEBRÓN Que es materia muy civil
mármol, y había de ser bronce
para haberte de sufrir.

PIGMALEÓN Ríete, que eso y aún más
merezco. Mas ¡ay de mí! 920
que Anajarte al jardín vaya,
según lo llego a inferir
destos instrumentos. ¿Qué
he de hacer?

LEBRÓN Echar a huir
a uno de estos emparrados. 925 [234]

PIGMALEÓN Dices bien, ¿quién está aquí?[(24)]

(**Sale** CÉFIRO.)

CÉFIRO Yo, Pigmaleón, que no
viendo a Ifis, tras quien salí,
mientras vuelvo a hallarle, oculto
del cancel deste jazmín 930
estoy, por ver si mi dicha
llega acaso a permitir
que pueda adorar aquella
hermosa fiera, a quien di
toda el alma.

PIGMALEÓN Pues no quiero 935
tu amor estorbar; y así
me retiraré a otra parte.

LEBRÓN Si aquí hay huésped, fuerza es ir
a buscar otra posada.

(**Sale** IFIS.)

IFIS ¿Pigmaleón?

PIGMALEÓN ¿Ifis?
IFIS Sí. 940
PIGMALEÓN ¿Qué es esto?
IFIS Como no hallé
a Céfiro, tras quien fui,
por lograr alguna dicha,
si acaso baja al jardín
el bello rayo que adoro, 945
oculto aquí estoy. Y así
no me descubra tu ruido.
Retírate.
LEBRÓN Siempre vi
quien llega tarde quedarse
en la calle.
PIGMALEÓN ¡Ay infeliz! 950
Que ya no podré sin verme,
pues veo hacia aquí venir
las dos que los dos adoran.
LEBRÓN Y aun las tres puedes decir,
pues que también mi señora 955
doña Mármol se está aquí.
PIGMALEÓN Fuerza ha de ser que me vea
si no me llega a encubrir
la basa de aquesta fuente.
Tú no te quites de ahí, 960
por si oyó ruido o vio sombra
vea que eres tú; y así
en ti quebrará el enojo.
LEBRÓN Como lo que quiebre en mí
sea el enojo y no sea 965
una vara de medir
vendré en ello fácilmente.

(Salen ANAJARTE, IRÍFILE **y las cuatro damas**.**)**

ANAJARTE Todas conmigo venid.
CÉFIRO Feliz quien llega a mirarla.

IFIS Quien llegó a verla, feliz. 970
PIGMALEÓN Feliz quien vive a esta sombra.
ANAJARTE ¿Qué te ha parecido, di,
Irífile, desta esfera?
IRÍFILE ¿Qué me preguntas a mí,
si no hay rasgo, no hay amago, 975
si no hay línea, no hay perfil,
señora, que no me vuelva
al pasado frenesí,
absorta, admirada y muda?
ANAJARTE De lo mejor que hay aquí 980
es esta fuente... Mas ¿quién
aquí está?
LEBRÓN Con prevenir
que tu enojo y no otra cosa
diz que has de quebrar en mí.
Un hipocóndrico soy 985
que se ha entrado a divertir
a este jardín.
ANAJARTE Pues ¿de cuándo
acá nadie a este jardín
osa entrar?
LEBRÓN Desde hoy acá.
ANAJARTE Todas a ese loco asid, 990
y al estanque de las focas
le echad.
LAS CUATRO Él será su fin.
LEBRÓN ¿De las qué?
LAS CUATRO De las focas.
LEBRÓN ¿Qué son focas? Me decid.
ISBELLA Bestias marinas que comen 995
humana carne.
LEBRÓN Advertid
que es sentencia criminal
para delito civil.
De las cuatro enamorado [234v]
a entrar acá me atreví. 1000

Doleos de mí las cuatro.
ANAJARTE ¿Cómo es eso que decís?
¿Cuatro amáis?
LEBRÓN Y si me enojo,
he de amar a cuatro mil.
ANAJARTE Llevadle a echar a las fieras. 1005
LEBRÓN Tened lástima de mí,
que soy niño y solo, y nunca en tal me vi.
ISBELLA Este es un loco, señora.
ANAJARTE Echadle, echadle de ahí.
ISBELLA Yo os quiero poner en salvo. 1010
Conmigo sola venid.
LEBRÓN ¿Qué dirán de eso las tres?
ISBELLA A fe que no te has de ir
sin algún castigo. Una
fineza he de hacer por ti. 1015
LEBRÓN ¿Qué es?
ISBELLA Para hablarte, después
que todas falten de aquí,
este cenador te ha
de ocultar.
LEBRÓN ¡Ha, pese a mí!
Que si es cenador, lo hará 1020
muy bien.
ISBELLA ¿Por qué?
LEBRÓN Porque sí
y porque, como él, no solo
cenador soy, pero...
ISBELLA Di.
LEBRÓN Cenador y almorzador.
ISBELLA Mira que no has de salir 1025
dél, que si vuelven a verte
será fuerza que hayas de ir
al estanque de las focas.
LEBRÓN Que no saldré, fía de mí,
hasta que tú vuelvas.
ISBELLA Eso 1030

has de hacer. Ahora he de ir
avisar al jardinero
lo que ha de hacer.

IFIS — Conseguir
la dicha de ver su cielo.

CÉFIRO — Logré el deseo feliz
de idolatrar su hermosura.

PIGMALEÓN — El intento conseguí
de dejar fuera a Lebrón.

LEBRÓN — Rendí la una, con que, en fin,
tres me faltan para cuatro.

ANAJARTE — Ya que el sol en el viril
del mar baña los hermosos
preñados rayos de Ofir,
y que la estrella de Venus
en teatros de zafir
está la loa pidiendo
silencio a todo el confín,
allí os retirad, porque
suene mejor desde allí
la música al dulce son
deste cristal que sutil
cítara de vidro forma
sobre trastes de carmín,
fantasías ciento a ciento
y cláusulas mil a mil.
Tú, paséate conmigo
por su margen.

IRÍFILE — ¡Ay de mí!,
que toda esta majestad
con que la veo servir,
siendo pompa para ella,
es envidia para mí.

IFIS — ¡Qué dulce rayo de amor!

CÉFIRO — ¡Qué fineza tan gentil!

PIGMALEÓN — ¡Quién te diera sus sentidos
a ti para ver y oír!

LEBRÓN La fiera, el rayo y la piedra
estoy viendo desde aquí,
y cuál de los tres padece
más, no lo sabré decir.
ANAJARTE ¿No es apacible la estancia 1070
de aqueste ameno pensil?
IFIS ¿No ha de serlo, si tu pie
pisa tu hermoso país,
a una y otra flor a un tiempo
dando y quitando el matiz? 1075
CÉFIRO ¡Quién saliera a hablarla!
IFIS ¡Quién
pudiera a hablarla salir![(25)]
PIGMALEÓN ¡Quién fuera Orfeo y moviera
tu amor!
LEBRÓN ¡Quién viera venir [235]
ya la cena al cenador! 1080
LOS TRES Mas basta poder decir
al ver tu hermosura, que...
MÚSICA Es verdad, que yo la vi.
LOS TRES La música por mí habló,
pues es verdad que la vi. 1085
MÚSICA En el campo entre las flores.
LOS TRES Aun cuanto va a repetir,
va a mi intento, pues refiere...
MÚSICA Cuando Celia dijo así:
LOS TRES Veamos lo que dijo Celia, 1090
si hace también a mi fin.
MÚSICA ¡Ay que me muero de amores,
tengan lástima de mí!
IFIS Sí, pues que de amores muero.
CÉFIRO Pues muero de amores, sí. 1095
PIGMALEÓN Todo hace al intento de otros,
solo al mío, ¡ay infeliz!,
no hace, pues nunca podrá
la que yo adoro decir.
MÚSICA ¡Ay que me muero de amores, 1100

tengan lástima de mí!

ANAJARTE — Bien sonara, si no fuera
la letra de amor.

IFIS — A mí
cualquiera música pudo
siempre llevarme tras sí. 1105

LEBRÓN — ¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!,
que no llueve por aquí
a uso de mi tierra, pues
llueve hacia arriba. ¡Ay de mí,
que como si fuera tronco 1110
me riegan por la raíz!
Si salgo, doy con las focas,
si no salgo, he de morir
anegado por el pie.

ANAJARTE — Letra y tono repetid, 1115
que hacen lindo maridaje
noche, música y jardín.

LOS TRES — ¡Oh, nunca espirara el sol!

MÚSICA — Es verdad, que yo la vi
en el campo entre las flores, 1120
cuando Celia dijo así:
¡Ay que me muero de amores,
tengan lástima de mí!

LEBRÓN — ¡Ay que me mojo, señores,
sin ser Corpus para mí! 1125

(**Sale** ANTEO.)

ANTEO — Como no tengo otro norte
ni otro rumbo que seguir,
Irífile mía, en tu busca,
que el vago destino vil
de la planta, de cualquiera 1130
razón me valgo. Y así,
sin recelar ningún daño,
ningún riesgo prevenir,

me he entrado sin saber dónde,
tras la música que oí 1135
a estos jardines, que como
era hechizo para ti,
me hace pensar el deseo,
si aquí te traerá tras sí.

ANAJARTE Di, Irífile, que otra letra 1140
canten, que me cansa oír,
que nadie muera de amor.

ANTEO ¿No dijo Irífile?

IRÍFILE Así
se lo diré.[(26)]

ANTEO Nombre y voz
ya no me pueden mentir, 1145
ni los ojos, que la noche
aun la deja percibir.
Irífile mía, mil veces
los brazos me da.

IRÍFILE ¡Ay de mí!
Padre mío, ¿cómo a riesgo 1150
de tu vida entras aquí?

ANTEO Como yo te vea,
mi muerte será feliz.

IRÍFILE Vuélvete antes que Anajarte
pueda verte.

ANTEO Yo sin ti 1155
no he de volver.[(27)]

IRÍFILE Ni contigo
yo, que quiero más servir
en palacios que reinar
en montañas. [235v]

ANAJARTE ¿Con quién, di,
Irífile, hablas? Mas ¡cielos!, 1160
¿qué miro?

IRÍFILE Llegó mi fin.

LOS TRES ¿Qué oigo?

LEBRÓN Nadie tema, pues

todo llueve sobre mí.

ANTEO — Con quien, si das voces u hablas,[28]
sabrá darte muerte a ti, 1165
por darla la vida a ella.

ANAJARTE — ¿Esto, dioses, consentís
dentro de mi casa?

ANTEO — Calla.

ANAJARTE — ¿No hay quien me defienda?

LOS TRES — Sí.

ANAJARTE — ¿A defender y ofender 1170
a un mismo tiempo venís?
¿De dónde o cómo en mi ofensa
y en defensa salís?

IFIS — Después lo sabrás, que ahora
dar muerte a ese mostruo vil 1175
solo me toca.

IRÍFILE — Primero
me darás la muerte a mí.

IFIS — Sí haré, que por Anajarte
en nada debo advertir.

CÉFIRO — No harás, que aunque más me importe 1180
a mí su muerte que a ti,
Irífile le defiende,
y por ella ha de vivir.

IFIS — Eso es volver nuestro duelo
a aquella primera lid. 1185

CÉFIRO — Pues ¿a qué mejor principio
que al de matar o morir?

PIGMALEÓN — Eso no, que estoy yo en medio
que a los dos debo asistir.

ANAJARTE — Ninguno saque la espada, 1190
que acción es más varonil,
tal vez, en quien reñir sabe,
reportarse que reñir;
que yo, porque no volvamos
hoy en repetida lid 1195
a aquello de: «a mí me toca

rendirla y librarla a mí»,
quiero sacar este empeño
de sus quicios, y acudir
a ver si yo elijo medio 1200
que a todos componga.

TODOS Di.

ANAJARTE Tú, Céfiro, enamorado
de Irífile entraste aquí;
tú, ya lo sé, de esa estatua,
porque el vértela ella asistir 1205
tan atento lo ha inferido;
y tú, extranjero infeliz,
por facilitarle a él,
enamorado de mí
que soy más estatua, pues 1210
sé menos que ella sentir.
Pues siendo así, componeros
quiero a los tres.

LOS TRES ¿Cómo?

ANAJARTE Oíd,
que porque nadie se queje,
tengo de empezar por mí. 1215
Derrotado peregrino
de el mar, que en este país
tomaste tierra, en el fuego
de su abrasado confín,
¿harás por mí una fineza? 1220

IFIS ¿Qué imposible prevenir
podrás tú que yo no emprenda?

ANAJARTE ¿Dasme esa palabra?

IFIS Sí.

ANAJARTE Pues tu esquife está en la playa,
vuelve a acortar, vuelve a abrir 1225
las espumas de Anfitrite[(29)],
y ese varado delfín
que te hurtó de la tormenta,
sea velado neblí

que al aire te restituya. 1230
Y pues que tan infeliz
fuiste, que de aquel eclipse
cayó el rayo sobre ti
(pues rayo es sin llama quien
sabe abrasar sin herir), 1235
lévale a apagar al mar, [236]
que más imposible unir
es de mi amor el extremo,
que si intentaras medir
la distancia de ti al sol. 1240

IFIS

Pues fui tan necio que fui
de puro cortés, grosero;
ya que palabra te di
sin saber de qué la daba,
te la tengo de cumplir. 1245
Yo me iré, pero será
para volver a venir,
quizá con mejor fortuna,
a hacer, señora, por ti
tal fineza, que ella pueda, 1250
no digo yo conseguir
tu favor, sino obligarle.
Mas, ¿qué fineza, ¡ay de mí!,
será que sepa volver
de donde no me sé ir? **(Vase.)** 1255

ANAJARTE

Ya que de los tres afectos
aparté el mayor de mí;
tú, horror de aquestas montañas,
a quien por fuerza seguí,
supuesto que no eres fiera, 1260
y que informado de ti
estoy, que a esto obliga un hado,
conmigo no has de vivir,
porque no tenga disculpa
Céfiro de entrar aquí. 1265
Su amor te busque en los montes,

y sirva de algo venir
tu anciano padre a buscarte.

ANTEO — Tu planta una vez y mil
beso. Ven, hija, que no 1270
sabes cuánto eres feliz
en salir deste palacio.

IRÍFILE — Aunque me pese salir
de entre majestad y pompa,
fuerza es que te he de seguir, 1275
pues me destinan los cielos,
volviendo otra vez al vil
al bárbaro antiguo traje,
tiranamente[(30)] a vivir
donde mi más alto estrado 1280
es de un monte la cerviz. **(Vase.)**

CÉFIRO — No destinan, que a mejor
alcázar, yendo tras ti,
sabré yo mudarte.

ANAJARTE — No
la sigas; que hasta salir 1285
de mis términos está
segura.

CÉFIRO — Mal impedir
podrás mi intento.

ANTEO — No en eso
te empeñes.

CÉFIRO — Ya acción tan vil
me dice más claramente 1290
quién eres, puesto que así
a tu rey te atreves.

ANTEO — No
lo quiera el cielo.

CÉFIRO — Pues di,
¿no soy tu rey?

ANTEO — No, que yo
no tengo rey, reina sí. 1295

CÉFIRO — ¿Quién lo es?

ANTEO Yo diré quién es
cuando lo pueda decir. **(Vase.)**
ANAJARTE Presto su voz me ha pagado
la libertad que le di.
CÉFIRO ¿En qué?
ANAJARTE No sé en qué; mas ¿quién 1300
duda el decirlo por mí?
CÉFIRO ¿Quién creerá, ¡cielos!, que a un tiempo
me importa a los dos seguir,
al uno para matar
y al otro para morir? **(Vase.)** 1305
ANAJARTE Ya que solamente falta
tu tema o tu frenesí,
tu delirio o tu locura
de enmendar, escucha.
PIGMALEÓN Di.
ANAJARTE Si a un amante y a una fiera, 1310
por no ver, por no advertir
ningún extremo de amor,
la supe apartar de mí,
¿qué haré a una piedra, a una estatua? [236v]
PIGMALEÓN ¿Por qué lo vas a decir? 1315
ANAJARTE Porque tampoco no quiero
que tú, para entrar aquí,
en las licencias de loco
tengas licencia; y así,
esa que hasta hoy imagen 1320
de alguna deidad gentil
veneré, y desde hoy
tendré por retrato vil
de una Lamia, de una Flora,
pues mudamente civil 1325
se deja mirar sin ver,
se deja hablar sin oír,
en mi jardín no ha de estar:
yo la echaré del jardín.
Búscala tú fuera dél; 1330

que yo por verte morir
a las manos de su yelo,
vengada de ella y de ti,
te la doy.

PIGMALEÓN Deja que bese
tu pie quisiera decir, 1335
mas no me atrevo, pues basta
que diga aqueste matiz,
que cuando él le pensó ajar,
fue cuando le hizo lucir.
Bella deidad, ya eres mía. 1340
Yo te ofrezco desde aquí
labrarte templo en que emplee
cuanto supe y adquirí,
siendo de su arquitectura,
ya al cincel y ya al buril, 1345
la menor materia el jaspe,
el menor lustre el marfil.
De oro y de bronce mi mano
estatuas labrará mil
que, como familia tuya, 1350
las vean todos asistir
a tu culto, en cuyas aras
el corazón que te di
verás arder sin humear,
verás quemar sin lucir. 1355

ANAJARTE ¡Extraña locura! Pero
ya que eché a los tres de mí,
echando de mí las causas
para que no entren aquí,
¿habrá quién me hable de amor?, 1360
¿habrá quién pueda decir
que corresponda ya más
yo a ningún afecto?

ANTEROS Sí.

ANAJARTE ¿De cuándo acá aprendió el eco
voz que él la diga por sí, 1365

sin que se la dicte otro?
Dígolo, porque, ¡ay de mí!,
no fue acento de mi acento
el que en los aires oí;
ilusión sería, porque este, 1370
hermosos cielos, decid,
sin que le formara[(31)] yo,
¿pudiera él formarse?

ANTEROS Sí.

ANAJARTE ¿Quién es quien me habla?

ANTEROS Quien de ti viene 1375
a valerse contra ti.
Ama, amada Anajarte
hermosa y gentil,
que el amor no es defecto
y el olvido sí.[(32)] 1380

ANAJARTE ¿Quién eres, hermoso joven,
que entre nubes de rubí
vienes desplegando hojas
de púrpura y de carmín?

ANTEROS El correspondido Amor, 1385
que rey en el orbe fui,
antes que el interesado
amor me obligaba a huir.
De plomo y oro sus flechas
armó este fiero adalid, 1390
mezclando de odio y favor
el noble afecto y el vil.
De la del plomo tocado
está tu pecho, en quien vi,
quedando mustio el clavel, 1395
ensangrentarse el jazmín.
Véngate dél, y no ingrata
correspondas, siendo así
que no es defecto el amar, [237]
y es defecto el no sentir. 1400
Quien ama a lograr amando,

porque es interés su fin,
no puede decir que ama
a su dama, sino a sí.
Mas quien ama por amar, 1405
bien merece conseguir
que el correspondido Amor
haga su vida feliz.
Ama, amada Anajarte,
hermosa y gentil, 1410
que el amor no es defecto
y el olvido sí.

ANAJARTE Aunque en traje de deidad
del cielo te veo venir,
no te he de creer.

ANTEROS ¿Por qué? 1415

ANAJARTE Porque no has de persuadir
nunca a mi pecho que deje
de aborrecer.

ANTEROS ¡Ay de ti!

ANAJARTE ¿Es esa amenaza?

ANTEROS No.

ANAJARTE Pues ¿qué es? ¿Es lástima?

ANTEROS Sí. 1420

ANAJARTE ¿Lástima sin amenaza?

ANTEROS ¿Por qué no?

ANAJARTE ¿De qué? Me di.

ANTEROS De que quien sentir no sabe,
merece...

ANAJARTE ¿Qué?

ANTEROS No sentir.
Ama, amada Anajarte, 1425
[hermosa y gentil,
que el amor no es defecto
y el olvido sí.]
No un tirano dios blasone
de que se valió de ti 1430
con nombre de rayo, para

abrasar y no lucir.
ANAJARTE Por más que me persüadas,
no he de amar ni he de admitir
tu correspondido Amor. 1435
Para ser rayo nací.
ANTEROS Pues mira que el rayo es piedra
después que llega a morir.
ANAJARTE ¿Qué importa ser piedra yo?
Y no te canses, en fin, 1440
que no he de corresponder
aunque más te oiga decir...
Ama, amada Anajarte,
hermosa y gentil,
que el amor no es defecto 1445
y el olvido sí.

Jornada III

Salen CÉFIRO **y** PASQUÍN, PIGMALEÓN **y** LEBRÓN.

CÉFIRO Este es mi intento.
PIGMALEÓN Este el mío.
CÉFIRO ¿Quién en el mundo creyera
que una piedra y una fiera
mandaran nuestro albedrío,
de suerte que me obligara 5
a mí en un monte a seguilla,
y a vós que para admitilla,
vuestro ingenio fabricara
ese alcázar que labráis?
PIGMALEÓN ¡Quién supiera cuánto ha sido 10
venenoso dios Cupido!
CÉFIRO Y, en efeto, ¿dónde vais?
PIGMALEÓN Díjome (cuando os pedí
licencia para empezar
el palacio singular 15

en el sitio que elegí,
ni bien de campo ni bien
de poblado; pues en medio
de monte y corte, en buen medio
todos fabricar le ven) 20
Anajarte que ofendida
della y de mí, por no vella
ni verme, me daría aquella
bella estatua que homicida
fue de mis ciegos sentidos, 25
pues con tan nuevos enojos
me ha enamorado los ojos,
sin saberlo los oídos.
Y como yo no tenía
alcázar donde tenella, 30
nunca he venido por ella;
pero llegando ya el día
en que la fábrica está [237v]
tan adelante, quisiera
pedirla que me cumpliera 35
la palabra.

CÉFIRO ¿Quién creyera
que es tal mi pena severa
que a la vuestra la trocara?
¡Pluguiera al Amor yo amara
una estatua y no una fiera! 40

PIGMALEÓN ¿Qué decís?

CÉFIRO Pues ¿no prefiere
a vuestra llama mi llama,
si esa, por no poder, no ama,
y estotra porque no quiere?
Cuanto va de no querer 45
a no poder ha excedido
mi mal.

PIGMALEÓN Por eso ha tenido
la ventaja de tener
esperanza de mudar,

pues con el trato pudiera 50
domesticarse una fiera
y una piedra no.

CÉFIRO Esperanza
muy vana es, pues desde el día
que la vi ando en busca della
y nunca he podido vella; 55
que la injusta tiranía
de aquel monstruo que la guarda,
con nombre de padre suyo
que la haya ausentado arguyo,
según lo que le acobarda 60
el que yo le busque.

PIGMALEÓN Pues
¿quién es el hombre?

CÉFIRO Un traidor
que opuesto siempre a mi honor
le vi... Mas esto no es
agora del caso. En fin, 65
hoy vengo al monte, dispuesto
a que no ha de quedar puesto
que no tale.

PIGMALEÓN Yo al jardín,
a ver si a Anajarte bella
mueve mi llanto importuno. 70

CÉFIRO Pues adiós, y cada uno
siga el rumbo de su estrella.
¿Dónde, Pasquín, ha quedado
la gente?

PASQUÍN En el monte está,
de suerte que no podrá, 75
si no es que se haya ausentado
a otro clima, escapar hoy
del número que la sigue.

CÉFIRO ¡Oh, plegue a Amor que se obligue
de ver cuán rendido estoy 80
a su ciega tiranía,

pues di a una fiera mi fe!

PASQUÍN Esa es cosa que se ve
en el mundo cada día.

CÉFIRO ¿Cómo una fiera pudiera 85
haber ejemplar tenido?

PASQUÍN ¿No habrá quien haya querido
a una roma? ¿Qué más fiera?

(Vanse los dos.)

PIGMALEÓN Entra, mientras yo turbado
sigo el norte que me guía, 90
tú, a saber de parte mía
cómo la noche ha pasado
esa hermosa imagen bella
a quien el alma rendí.

LEBRÓN ¿No ves que no hace de mí 95
caso, y que aunque hable con ella,
nunca me responde, pues
yendo y viniendo a la fuente,
con ser para otros corriente,
moliente para mí es? 100
Y así, pues que nunca oyó
recado que yo la llevo,
ve a hablarla tú.

PIGMALEÓN No me atrevo
a entrar en el jardín yo,
que de Anajarte el rigor 105
es fuerza que tema y huya.

LEBRÓN Yo, de aquella criada suya
que me entró en el cenador, [238]
donde fuimos desbocado
caballo el cristal y yo. 110

PIGMALEÓN Pues ¿cómo?

LEBRÓN Como él corrió
y fui yo el que quedó aguado.

PIGMALEÓN Deja locuras y ve

a decirla, ¿cuándo el día
será que yo la vea mía? 115
Dila cómo ya acabé
de labrarla el sumptüoso
palacio en que ha de vivir
cuando me llegue a cumplir
Anajarte el generoso 120
ofrecimiento; que estoy
a esta puerta y si me da
licencia de enamoralla,
lo haré, aunque aventure hoy
el enojo de Anajarte. 125

LEBRÓN Yo, señor, se lo diré,
aunque no haré tal.

PIGMALEÓN ¿Por qué?

LEBRÓN Porque no está ya en la parte
donde la habemos dejado.
Fuente y ella se han hundido. 130

PIGMALEÓN Pues, ¿adónde se habrá ido?

LEBRÓN Donde la hubieren llevado,
que yo te aseguro della,
señor...

PIGMALEÓN ¿Qué?

LEBRÓN Que no se fue
con la pila por su pie. 135

PIGMALEÓN ¡Ay de mi infelice estrella!
¡Ay de mi amor y ay de mí!
Que esta tirana beldad,
celosa de su deidad,
la habrá ausentado de aquí; 140
y por no llegar a vella
con envidia colocada,
habrá querido indignada
ocultalla u deshacella.
Porque si esto hubiera sido 145
por la palabra que dio,
lo hubiera sabido yo.

LEBRÓN Haz cuenta que lo has sabido
y deja, señor, locura
tan extraña.
PIGMALEÓN ¡Infame necio! 150
¿Tú también haces desprecio
de que adore una hermosura
la más perfecta que vio
el sol? De ti y de una ingrata
me vengaré.
LEBRÓN ¡Ay, que me mata! 155

(**Sale** ANAJARTE.)

ANAJARTE ¿Quién aquí da voces?
PIGMALEÓN Yo.
LEBRÓN Y yo también.
ANAJARTE ¿Qué crüel
causa os ha obligado?
PIGMALEÓN A mí,
quejarme, ingrata, de ti.
LEBRÓN Y a mí, ingrata, de ti y dél. 160
ANAJARTE Pues, ¿qué ocasión has tenido
ni en qué tu queja consiste?
PIGMALEÓN ¿De qué palabra me diste?
ANAJARTE De lo que te la he cumplido.
¿Dije yo más de que había 165
de arrojar a este jardín
una vil estatua, a fin
de no ver a quien podía
ser objeto de otro amor?
Pues si ansí lo hice, ¿de qué 170
te quejas?
PIGMALEÓN De que no sé
dónde la echó tu rigor.
ANAJARTE ¡Bueno fuera que quisiera
tu loca, necia porfía
que yo de su fantasía 175

fuese cómplice y tercera!
Yo me cansaba de vella
y así de ahí mandé quitalla
y en ese monte arrojalla.
Ve tú a ese monte por ella, 180
que basta que yo le dé
por simulacro profano, [238v]
sin que la dé de mi mano.

PIGMALEÓN Tan en busca suya iré
que no habrá rastro ni seña 185
que no inquiera mi congoja,
rama a rama y hoja a hoja,
risco a risco y peña a peña,
no habrá centro en cuanto encierra
este bárbaro horizonte 190
desde este alcázar...

[GENTE] **(Dentro.)** Al monte.

PIGMALEÓN Desde aquel piélago...

[GENTE] **(Dentro.)** A tierra.

ANAJARTE Voces en tierra y en mar
a un mismo tiempo se oyeron.

PIGMALEÓN Es que mar y tierra fueron 195
testigos de mi pesar,
al ver el indigno ultraje
de una deidad ofendida.
Mas, ¿qué le importa a mi vida
que de aquella cumbre baje 200
inmenso escuadrón, ni que
de aquel mar la riza espuma
ser vaga ciudad presuma
con la armada que se ve
que sobre sus ondas hierra, 205
si a mí en todo este horizonte
solo me toca ir...?

[GENTE] **(Dentro.)** Al monte.

PIGMALEÓN Para ver si encuentro...

[GENTE] **(Dentro.)** A tierra.

PIGMALEÓN ...la imagen divina y bella,
y si mi amor la restaura. 210

(**Vase**, **y salen** LAURA **y** ISBELLA.)

LAURA ¡Qué asombro!
ANAJARTE ¿Qué es eso, Laura?
ISBELLA ¡Qué espanto!
ANAJARTE ¿Qué es eso, Isbella?
LEBRÓN Para el bobo que sabello
de la una ni la otra aguarde.
LAURA No sé, señora, qué causa 215
pueda obligar a tan grande
admiración, como ver
que desa montaña baje
tanto número de gente,
cercando por todas partes 220
el monte que ha parecido,
según se cubre su margen,
que por poblar los desiertos
se despueblan las ciudades.
ISBELLA A mí la gente de tierra 225
no bien me admire ni espante
tanto como la del mar,
pues desas veloces naves
que a nuestro puerto han venido,
tan grande número sale 230
que pueden mudar los montes
desde una parte a otra parte.
ANAJARTE ¿Qué será aquesto?
IFIS **(Dentro.)** La gente
baja, como desembarque
en ese playazo, donde 235
no se lo resista nadie,
doblándose en escuadrones,
y en ellos mi orden aguarde,
en tanto que a estos jardines

solo es bien que me adelante. **(Sale.)** 240

ANAJARTE ¡Qué miro! ¿Aqueste no es Ifis?
Sin duda viene a vengarse
de mi ingratitud.

IFIS Sí vengo;
mas no con venganza infame,
porque un corazón rendido, 245
otra, señora, no sabe
que vengarse en los placeres
de quien le costó pesares.
Mandásteme que me fuese,
obedecite al instante; 250
y vuelvo, porque no entonces
que no vuelva me mandaste.
A lo que vuelvo es a que
sepas quién soy y cuán grande
distancia hay desde mí a mí, 255
u derrotado u triunfante.
Ifis, príncipe de Epiro
soy, que la saña inconstante [239]
del mar, navegando a Acaya[(33)]
al través dio con mi nave 260
en esos bajos, de quien
me echó el esquife a esta margen.
En ella vi tu hermosura,
dejo los hados aparte
de que un rayo había de ser 265
el destino que me mate;
pues ya se vio que era rayo
el que pudo, penetrante,
a un relámpago de luz
de tus ojos celestiales 270
hacer, sin hacer herida
en el cuerpo, que se abrase
un corazón que en el pecho
en muertas cenizas arde,
y voy al intento que 275

hoy a tus plantas me trae.
Esa armada que del mar
encrespando los cristales
vuela y nada con envidia
de los peces y las aves 280
(pues monstruos de dos especies
sus bucos y jarcias hacen:
huellas unos en la espuma,
surcos otras en el aire),
armada es tuya que llena 285
de aparatos militares,
a la vista de un volcán
tray otros tantos volcanes,
como quillas que a su tiempo
verás, si sus vientres abren, 290
cuántas nubes a las nubes
de pólvora y humo esparcen.
Porque no ignorando yo,
como no lo ignora nadie,
la tiranía que injusta 295
usan Céfiro y Argante
contigo, (pues prisionera,
bien que entre pompas reales
en esta cárcel te tienen,
sin que eso al consuelo baste, 300
pues por dorada que esté
siempre la cárcel es cárcel),
a ponerte en libertad
vengo, y a hacer que restaures
tu reino, restando el mío 305
al condicionado trance
de una lid, en cuya empresa
me adelanté a suplicarte,
poniendo aqueste bastón
a tus pies, que me le encargues 310
de tu mano, porque sea
mayor mi honor, cuando afable

de tu general me des
el título con que ensalce
mi nombre a sombra del tuyo. 315
Y cuando de honor tan grande,
incapaces mis desdichas
no las hagas tú capaces,
me des licencia, señora,
para que más arrogante 320
cuanto más humilde, sirva
entre los particulares,
a obediencia de quien tú
quieras que esas armas mande,
que a mí en la primera hilera 325
premio me será bastante,
que alcance que en tu servicio
la primer flecha me alcance.
Y porque desprevenidos
los trinacrios, llegue antes 330
que el trueno que los avise,
el rayo que los abrase,
no pierdas tiempo, que a veces
los no imaginados trances
vencen con la confusión 335
aún más que con el combate.
No demos lugar a que
Céfiro sus huestes arme,
pues es mejor que indefenso
nuestra avenida le asalte. 340
Y así, pues, que tu licencia
no más es justo que aguarde, [239v]
para que el campo disponga
y con él en orden marche,
a quien la das de que muera, 345
no la niegues de que mate.
Y porque no temerosa
de mi fineza te agravies,
presumiendo que en favores

quiero que el sueldo me pagues, 350
para que veas que no
grosero ni interesable
mi amor, sino aventurero,
sirve a merced de otros gajes,
palabra te doy de que 355
cuanto la guerra durare
no te hable en el amor mío.
Bien que aunque en él no te hable,
me perdonarás que sienta
todo aquello más que calle; 360
porque retirado el fuego
a centro que no le exhale,
es preciso que se cebe
en la materia que halle;
que callado y oprimido 365
se vio, o mal, o nunca, o tarde.

ANAJARTE

Dos[(34)] veces agradecida
a dos finezas tan grandes
como el favor y el silencio
que me ofreces y me traes, 370
el discurso me conoce,
la razón me persüade;
pero ninguna el amor
que, siempre rebelde alcaide
de mi corazón, está 375
a la ley del homenaje[(35)]
que juró de aborrecer,
sin que, para que yo ame,
ser pueda el odio de todos
privada excepción de nadie. 380
Y así, porque en ningún tiempo
de mi ingratitud te agravies
(pues el no querer no es culpa,
y si lo es, es más tratable
que te desdeñe, que no 385
que te desdeñe y te engañe),

digo que con el pretexto
de que en tu amor no me trates,
acepto el de tu valor.
Merece el costoso examen 390
de que tus hechos me digan
lo que tus voces me callen,
y manda que como vaya
la gente ocupando el margen,
sitie el monte; que hoy en él 395
Céfiro está, porque amante
de aquella fiera, continuamente
en estas soledades
atalaya es de sus cumbres,
centinela es de sus valles. 400
Esa gente que le ocupa
gente es que consigo trae
al ojeo de las fieras
cuya resistencia es fácil.
Porque desarmada y poca 405
no es a impedirte bastante,
y como una vez le prendas,
y al pueblo caudillo falte,
será fuerza que al asombro
de nuestras armas desmaye. 410
Mayormente que no dudo
que como valida me halle
de quien mi justicia abono,
de quien mi derecho ampare,
a cuyo lado me vean, 415
haciendo al corcel que tasque
al compás de la trompeta
el son de los alacranes;
que el fuste al borrén ocupe,
que rija a la rienda el ante, 420
que trence el bruñido arnés,
que el gravado escudo embrace,
que el templado acero ciña,

que la sobrevista cale,
y que de la oreja al ristre 425
el herrado fresno pase. [240]
No dudo, digo otra vez,
que en mi favor se declaren
muchas nobles intenciones,
muchos callados leales. 430
Testigo Nicandro sea...

(**Sale** ANTEO **y** BRUNEL.)

ANTEO Sí será, que en el instante
que vi esa armada en el mar,
sin que nada me acobarde,
salí a ver cúya era, y quiso 435
mi ventura que encontrase
con este soldado que
habiéndome visto antes,
perdido el modo que a otros
da mi persona y mi traje: 440
«¿Cúya es?» me dijo, y «¿Quién eres
y el intento que te trae?»
A cuya causa veloz
vengo con él a buscarte,
para que sepas de mí, 445
que el vivir como salvaje
las entrañas de esas grutas,
de quien soy vivo cadáver,
es porque no habiendo yo
aplaudido a los parciales, 450
en demanda de mi reina
con la voz de sus leales,
huyendo salí; y pensando
que en aquestas soledades
estaba seguro, a causa 455
de ser tan impenetrables
por sus Parcas y sus Etnas,

sus fraguas y sus volcanes,
no quise perder de vista
la patria, por si llegase 460
esta ocasión que hoy los cielos
facilitan liberales,
no sin aviso, pues ya
mis ciencias, bien que inconstantes,
entre otros prodigios vieron 465
(leyendo a esos celestiales
orbes las obscuras cifras,
de tanto hermoso cadáver
como me asegura fijo,
como me perturba errante) 470
que había de llegar día
en que mi reina restaure
su corona; y siendo ansí
que hoy el hado favorable
cuando no que se consiga 475
quiere, al menos, que se trate,
vengo a ponerme a tus pies
y a los suyos, y a alistarme
debajo de las banderas
destas armas que auxiliares 480
los dioses envían; que no
pueden venir de otra parte.
Y para que veas mejor
si es mi persona importante,
primero que el valor venza, 485
he de vencer con el arte.
Céfiro, bien que asustado
de ver sobre aquesos mares
la confusa Babilonia,
pensil de tanto velamen, 490
en mi alcance vengativo
más que de Irífile amante,
el monte discurre; y como
a algunos soldados mandes

que me sigan, podrá ser 495
que yo tal lazo le arme
que dé en él; con que no dudo
que será el triunfo más fácil.

IFIS No solo yo quien te siga
daré, pero acompañarte 500
tengo; que tal interpresa
no la he de fïar de nadie.

ANTEO Pues sígueme con alguna
gente y donde me escuchares
llamara a Irífile, haz alto, 505
solicitando ocultarle
en la cercana aspereza
del más fragoso celaje. **(Vase.)**

IFIS Yo lo haré ansí; tú, Brunel, [240v]
di que algunos me acompañen 510
a lo largo.

BRUNEL ¡Plegue al cielo
que él por su piedad me saque
de escudero andante! **(Vase.)**

IFIS Tú,
hermosísima Anajarte,
pon a cuenta de mi amor, 515
que de mi amor no te hable.

ANAJARTE Hablar en que no hablas, ya
es hablar más que si hablases.

IFIS ¿Que calle un dolor no basta,
sin que en lo que calla, calle? 520

ANAJARTE No, que mudez que se explica
no deja de ser lenguaje.

IFIS Sí deja, porque no es voz
la seña que aún no es del aire.

ANAJARTE Dictamen que habla por señas 525
es muy bachiller dictamen.

IFIS Eso es quererle quitar
sus idiomas al semblante.

ANAJARTE Claro está que las colores

ya son retóricos frases. 530

IFIS ¿Quién le negó a un accidente
que pálido se declare?

ANAJARTE Quien quiso hacer la fineza
de sufrirle.

IFIS Aunque no es fácil,
cuidado con mi silencio. 535

ANAJARTE Ni ese cuidado me encargues,
que ya dice que le tiene
quien pide que le repare.

IFIS Pues solo que no le tengas
te diré de aquí adelante. 540

ANAJARTE Ni aun eso me has de decir,
que no deja en un amante
de ser acuerdo el acuerdo
que del olvido se vale.

IFIS Pues para que no te ofenda 545
lo que diga o lo que calle,
lo que acuerde o lo que olvide,
quitándome de delante,
te serviré de manera
que la noticia te alcance, 550
sin el ruido de mi voz
ni el color de mi semblante. **(Vase.)**

ANAJARTE Eso es obligarme a que
piense que puedo obligarme;
pero en vano, pues no tienen 555
esos orbes celestiales
estrella que a mí, no digo
me incline para que ame,
mas para que no aborrezca
por más que del cielo baje 560
el correspondido Amor,
a persuadirme süave
yugo suyo, contra quien
mi pecho armó de diamante
Cupido, absoluto Amor, 565

interesado y mudable.

ISBELLA Pues no, señora, te fíes
dél, porque es traidor que sabe
dar muerte sobre seguro;
y como obligada te halles, 570
podrá ser...

ANAJARTE No hará, pues cuando
Ifis mi reino restaure
y en su posesión me ponga,
sabré el auxilio pagarle,
poderosa como reina 575
y no tierna como amante.

LAURA Y si con aquese premio
su amor no se satisface,
¿qué has de hacer de un acreedor
que a todas horas delante 580
se te ponga?

ANAJARTE ¿Faltará
un desdén con que le aparte,
un rigor con que le ausente?
Y cuando aqueso no baste
a no verle, ¿faltará 585
un veneno que le acabe,
una cuerda que le ahogue,
o un acero que le mate, [241]
aunque venganza después
pida Anteros a su madre? 590

ANTEO **(Dentro.)** Sí pedirá, porque siempre
amor con amor se pague.

ANAJARTE ¡Ay infelice de mí!
¿Qué voz se escuchó en el aire?

LAURA Yo no la oí.

ISBELLA Yo tampoco. 595

ANAJARTE Oíd, por si a pronunciarse
vuelve, sepamos quién puede
turbar mis felicidades.

ANTEO **(Dentro.)** Irífile.

ISBELLA Allá en el monte
llaman.
ANAJARTE ¿No es esta la voz de antes? 600
Pero sea la que fuere,
nada a mí me sobresalte,
que un corazón como el mío
nunca ha de vivir de balde.

(Vanse las tres, **y sale** ANTEO **y** IFIS, BRUNEL **y otros**.**)**

ANTEO Irífile.
IRÍFILE **(Dentro**.**)** ¿Dónde, Anteo, 605
te ocultas?
ANTEO Hacia a esta parte.
IFIS ¿Por qué, si la llamas, huyes
de donde viene a buscarte?
ANTEO Porque suenen nombre y voz
el tiempo que no me halle, 610
que ese es el veneno que
he de sembrar en el aire.
Ocúltate tú y tu gente.
IFIS Sí haré.
ANTEO Irífile.
IRÍFILE Anteo, padre,
¿dónde estás?

(**Sale** CÉFIRO.)

CÉFIRO Aunque esa armada 615
que surta en la playa yace,
me obliga a dar a la Corte
vuelta donde me resguarde
de su traición, si es traición
la que a estos puertos la trae, 620
con todo, es tan poderosa
esta voz que el viento esparce,
dando de Irífile el nombre

al eco, que he de ver antes
que me retire, si puedo, 625
siguiendo el nombre süave
de su acento, hallarla entre estas
intrincadas soledades
adonde suena la voz.

ANTEO Irífile.

(**Sale** IRÍFILE.)

[IRÍFILE] Anteo.

CÉFIRO No en balde 630
fue mi diligencia, pues
atravesando a esta parte
viene al imán de su nombre.

IRÍFILE ¿Dónde, Anteo, te ocultaste?

CÉFIRO No preguntes por Anteo, 635
que aunque él sea el que te llame,
yo, Irífile, el que te busca,
y no es bien respondas antes
a quien costaste una voz
que a quien un alma costaste. 640

IRÍFILE Céfiro... (**[Aparte.]** ¡ay de mí, infelice,
si ahora viniera mi padre!),
yo confieso, ¡muerta estoy!,
que al verte, ¡la voz me falte!,
tan fino, ¡dude el aliento!, 645
conmigo, ¡la lengua calle!,
agradecida, ¡qué digo!,
quisiera...

ANTEO ¿Y a qué hay que aguardes?

TODOS Date a prisión.

CÉFIRO ¡Ha, traidora!,
¿para esto tu voz al aire 650
diste y tu nombre? En lisonjas
oculto tenías el áspid.

IRÍFILE ¡Ay de mí!, que yo la causa

he sido a traición tan grande.

ANTEO — No te resistas si no 655
quieres que contigo acabe.

CÉFIRO — No siento tanto, traidor,
que te vengues y me mates,
cuanto que esa fiera sea [241v]
tan fiera que ella me engañe. 660

IRÍFILE — Pues porque mejor lo digas,
dejadme todos, dejadme
llegar a mí, porque como
yo aqueste acero le saque
de la vaina, haré con él 665
que de todos se desate
para que, libre de todos,
huyendo, la vida escape.

BRUNEL — ¿Quién me metió en ser corchete?

IRÍFILE — Dejalde todos, dejalde. 670

ANTEO — Detente, Irífile, mira
que no sabes lo que haces,
pues su prisión o su muerte,
lo que te importa, no sabes.

IRÍFILE — No puede importarme nada 675
tanto como que incostante
la fama de mí no diga
que fue amor tan infame
que el que de mí enamorado
vino a este monte buscarme 680
no le mató mi hermosura
y tuvo otros que le maten.
Toma, Céfiro, tu acero,
y pues no huyes de cobarde,
huye de solo, que yo 685
a que no te siga nadie
quedo aquí.

CÉFIRO — Más que la vida,
fineza estimo tan grande.
El cielo me dé ocasión,

Irífile, en que la pague. **(Vase.)** 690

ANTEO ¡Hija!

IRÍFILE No me llames hija,
que quien es traidor no es padre.

IFIS Irífile, mira.

IRÍFILE Ifis,
si dél pretendes vengarte
campañas hay donde escriba 695
tu fama el valor con sangre.
No te valgas de traiciones.

IFIS En la lid no es bien se llame
traición el que es ardid, pero
ya que este a mi intento falte, 700
verás que el valor me sobra
para ir siguiendo su alcance. **(Vase.)**

ANTEO ¡Ay infelice de ti,
que lo que has hecho no sabes! **(Vase.)**

IRÍFILE Sí sé, pues sé que he hecho una 705
acción de noble y de amante,
aunque le pese a Cupido
que haya mujer que no engañe,
mas, ¿qué importa?, que yo quiero
más el blasón de constante 710
que el de ingrata, aunque de mí
pida venganza a su madre.

CUPIDO **(Dentro.)** Sí pedirá, porque nunca
amor con amor se pague.

IRÍFILE ¿Qué voz es aquesta? Pero 715
nada mi amor acobarde,
aunque a vengarse de mí
Cupido los cielos rasgue,
sala habiendo de justicia
en los orbes celestiales. 720

(Vense en lo alto VENUS **a un lado**, ANTEROS **con un coro de música**, **y a otro**, CUPIDO **con arco caro**, **y todo esto cantado**.**)**

VENUS Pues que todo en los cielos es armonía.
Porque aquí hasta las quejas suenan a dichas.
Ya que habéis penetrado los dos el cielo,
patria de la hermosa deïdad de Venus:
dulce música vuestras quejas repita, 725
porque aquí hasta las quejas suenan a dichas.
ANTEROS Oye de mi coro las que yo traigo,
y por mí las publiquen favor y halago. [242]
CUPIDO Oye de mi coro las que yo tengo,
y por mí las publiquen envidia y celos. 730
VENUS Uno y otro sonoras cláusulas digan.
PRIMERO Pues escucha.
SEGUNDO Pues oye.
PRIMERO Pues ve.
SEGUNDO Pues mira.
TODOS Porque aquí hasta las quejas
suenan a dichas. 735
ANTEROS Hermosa madre mía,
en plumas de mis alas,
a tus etéreas alas,
donde es eterno el día
venganza pido de una tiranía, 740
a quien correspondido Amor no alcanza.
¡Venganza, Venus, de un desdén!
PRIMERO ¡Venganza!
CUPIDO Madre, no digo hermosa,
en alas de mi fuego
a tus umbrales llego, 745
donde la luz reposa,
a que me vengues de una rigurosa
fiera en quien puso toda mi esperanza.
¡Venganza, Venus, de un favor!
SEGUNDO ¡Venganza!
ANTEROS ¿Por qué, de plomo herida, 750
ha de durar una beldad ingrata?
CUPIDO ¿Por qué quien fiera mata
ha de amparar rendida?

ANTEROS Dando esta muerte.
CUPIDO Aquella dando vida.
ANTEROS Sin que su mal mejore. 755
CUPIDO Sin que padezca y llore.
ANTEROS ¿Quién vio mi amor?
CUPIDO ¿Quién vio mi confianza?
TODOS Venganza, Venus, [de un favor! ¡Venganza!]
ANTEROS Tras estos dos se ofrece
otro no menos fiero, 760
sañudo arpón severo,
de quien, porque Cupido le aborrece,
flecha de irracional amor padece,
una piedra le abrasa, helada y fría.
PRIMERO Piedad, piedad, hermosa luz del día. 765
CUPIDO ¿Cómo el mundo supiera
que con mortal desmayo
soy, abrasando, rayo;
soy, maltratando, fiera;
soy piedra no sintiendo, si no viera 770
esos ejemplos tres mi monarquía?
CORO 2.º Rigor, rigor, hermosa luz del día.
ANTEROS Amar quien se ve amada, es igual suerte.
CUPIDO Querer es culpa en quien se ve querida.
ANTEROS Quien da una muerte, indigna es de una vida. 775
CUPIDO Quien da una vida, digna es de una muerte.
ANTEROS Sépase que una piedra se convierte
al llanto de un Amor correspondido.
CUPIDO Sépase que una piedra es de Cupido
triunfo en que su mayor aplauso alcanza. 780
PRIMERO Piedad, piedad.
SEGUNDO Rigor, rigor. [242v]
TODOS Venganza.
VENUS Ya que una y otra pasión
declaró su pretensión,
cifrad los dos a una idea
cada cual lo que desea. 785
ANTEROS Que quien no sabe querer,

sea mármol, no mujer.

CUPIDO — Que quien en amor se emplea,
mármol y no mujer sea.

VENUS — No me atrevo a responder 790
sin hacer
consulta de esa esperanza,
con la hermosa estrella mía.
Otro día
diré qué poder en entrambos alcanza 795
pedirme piedad y rigor y venganza.

ANTEROS — Pues hasta entonces, huyendo

(Vanse entrando.)

dese monstruo, iré diciendo...

CORO 1.º — Que quien no sabe querer,
sea mármol, no mujer. 800

CUPIDO — Yo iré al contrario pidiendo,
con mi coro repitiendo...

CORO 2.º — Que quien en amar se emplea,
mármol y no mujer sea.

VENUS — Pues yo, a entrambos respondiendo, 805
justicia a los dos pretendo
hacer, porque el mundo vea...

TODOS — Que quien no sabe querer,
sea mármol, no mujer;
que quien en amar se emplea, 810
mármol, y no mujer sea.

(**Al irse esta apariencia**, **se descubre el teatro regio**. **Salen** LEBRÓN, PASQUÍN **y** BRUNEL.)

LEBRÓN — Aquí la habéis de poner.

PASQUÍN — Lebrón, amigo.

LEBRÓN — Pasquín.

BRUNEL — Lebrón, hermano.

LEBRÓN — Brunel.

Seáis los dos bien parecidos. 815

LOS DOS Y bien hallados los tres.

LEBRÓN ¿De dónde bueno, Pasquín?

PASQUÍN Lo que te diga, no sé.
Con mi amo fui de aquí
y aquí me vuelvo con él. 820
De Anajarte enamorado,
dice que la viene a hacer
reina de Trinacria.

LEBRÓN Y tú,
Brunel, ¿qué te haces?[(36)]

BRUNEL No sé.
También con mi amo a este monte 825
voy y vengo, sin saber
a qué vengo ni a qué voy,
porque una fiera crüel
le trae de sí enamorado,
y perdiéndole ahora en él, 830
vengo a ver este edificio.

PASQUÍN Y yo vengo a eso también.

LEBRÓN Pues bien le podréis mirar,
que a fe que hay harto que ver;
así no fuera locura 835
haberle hecho.

LOS DOS ¿Por qué?

LEBRÓN A una ingrata y a una fiera
vuestros amos quieren; pues
dad muchas gracias a Amor
de que una estatua no es. 840

LOS DOS ¿A una estatua?

LEBRÓN Sí, a una estatua
mi amo quiere, para quien
ha labrado este palacio
tan hermoso como veis.
Y no es esto lo peor 845
de su pena, sino que
del campo donde Anajarte

lo echó, la manda traer
sobre un pedestal de mármol,
como triunfal carro, a quien 850
los villanos jardineros
hace que la canten; y él,
galanteándola al estribo, [243]
viene. Pero ¿para qué
me canso yo en repetir 855
lo que los dos podéis ver?

(**Salen los que pueden, vestidos de villanos**, **mujeres y hombres**, **cantando y bailando**, **con instrumentos diferentes**; **detrás en un carro la estatua**, **y a su lado** PIGMALEÓN.)

MÚSICA Si es lo hermoso el objeto
que obliga a querer,
¿ser de piedra qué importa
la que hermosa es? 860
PIGMALEÓN Es verdad, que si lo hermoso
objeto de el amor es,
¿qué importa que sea imposible
para que parezca bien?
Cuántas beldades se adoran 865
desde lejos, por tener
perfeta hermosura ¿no
son de piedra a quien las ve?
Pues, ¿cuánto es mejor amar
el que no ha de merecer, 870
como yo, un desdén preciso
que un voluntario desdén?
Aquí la poned, que aquí
ha de estar, a cuyo pie
rendidos todos, cantad 875
diciendo una y otra vez...
MÚSICA Si es lo hermoso el objeto,
[que obliga a querer,
¿ser de piedra qué importa

la que hermosa es?] 880

PIGMALEÓN ¿Quién, Lebrón, está contigo?

LEBRÓN Pasquín, señor, y Brunel.

PIGMALEÓN ¿Quién son Brunel y Pasquín?

LEBRÓN Son dos camaradas.

PIGMALEÓN Pues

¿cómo se atreven a entrar[(37)] 885

a el cuarto de mi mujer?

LEBRÓN Hasta aquí de medio ojo

tu locura anduvo, a fuer

de buscona, ¿pero ya

se destapó de una vez 890

tu mujer?

PIGMALEÓN No la palabra

me tomes, ya que no sé

lo que digo, pero miento

que nada supe más bien.

Mas idos todos de aquí, 895

que un loco no ha menester

testigos a su locura.

TODOS Vámonos huyendo dél.

PIGMALEÓN Tú no te vayas, Lebrón.

LEBRÓN ¿Cómo me he de ir, sin saber 900

si ha venido muy cansada,

aunque no ha venido a pie,

doña Mármol, mi señora?

Sea bien venida usted

a esta su casa y conozca 905

su menor crïado. Bien

que no hay oficio en que pueda

servir, pues no puedo ser

con quien ni come ni bebe,

despensero o botiller. 910

PIGMALEÓN Quita, loco.

LEBRÓN Llega, cuerdo.

PIGMALEÓN Hermosa beldad, a quien

poco le costó la lima,

poco le debió el cincel,
pues no de humana labor 915
sino de mayor poder,
al perecer se formó
tu divino parecer.
Bien quisiera a tu deidad
templo consagrar, en que 920
fuese en sus aras continuo
sacrificio de mi fe.
Pero ya que el desear
se deja atrás al poder,
este corto albergue admite 925
para ser servida en él
desas vasallas estatuas
que por mi mano labré,
como familia que siempre
atenta a tu culto esté. 930
Si el oficio que tuviste
de ser fuente en un vergel,
con el trato del cristal, [243v]
te enamoró acaso dél,
ya que de su risa echas 935
menos el ruido, no estés
triste por eso, que aquí
cristal no faltará, pues
mis ojos te le darán,
con que vengamos a ser 940
yo aquesta vez la corriente,
y tú la fuente otra vez.
Recibe...

[GENTE] **(Dentro.)** Guerra, arma, arma.

PIGMALEÓN ¿Qué es esto?

LEBRÓN Lástima es
que te estorben, porque traza 945
tenías de enternecer
un mármol.

[GENTE] **(Dentro.)** Arma, arma, guerra.

PIGMALEÓN ¿Qué será?
LEBRÓN A lo que se ve,
huyendo viene del monte
un derrotado tropel 950
que hacia la Corte camina.
PIGMALEÓN ¿De quién huirá?
LEBRÓN Yo qué sé.
Pero de extranjera gente
parece.
ANAJARTE **(Dentro.)** Volad tras él.
IFIS **(Dentro.)** Hasta la Corte seguid 955
el alcance para que
de preso o muerto no escape.
CÉFIRO **(Dentro.)** Favor el cielo me dé.
IRÍFILE **(Dentro.)** A tu lado he de morir.
PIGMALEÓN ¡Confusión notable es! 960
ANAJARTE ¡Ay infelice de mí!
¡Valedme, cielos!
LEBRÓN ¿Qué fue
aquello?
PIGMALEÓN Que de un caballo
despeñada una mujer,
viene cayendo del monte. 965
Iré a socorrella. **(Vase.)**
LEBRÓN Ten
el paso, que no es razón
que celos llegue a tener
la señora doña Mármol.
Perdone vuesa merced, 970
que es mi amo un caballero
con las damas muy cortés,
y así el socorrer a otra
aire y no desaire es.
¿No lo siente usté así?
ESTATUA Sí. 975
LEBRÓN ¡Cielos! ¿Qué llego a oír y ver?
¿Que no tiene celos?

ESTATUA No.

LEBRÓN Ya va hablando un sí es no es.
Mi señora doña Mármol,
yo no enternezco a vusted 980
y ansí no gaste conmigo
finecitas de oropel.

[GENTE] **(Dentro.)** Arma, arma, guerra, guerra.

(Sale PIGMALEÓN **con** ANAJARTE **en brazos.)**

PIGMALEÓN Lebrón.

LEBRÓN ¿Qué me mandas?

PIGMALEÓN[(38)] Ten
esta beldad en los brazos, 985
mientras que yo vuelvo a ver
qué novedad es aquesta. **(Vase.)**

LEBRÓN Oye, aguarda. No me des
otra estatua, que con una
tengo yo harto en qué entender 990
a mi señora Ana Juárez.

ANAJARTE ¡Ay de mí!

LEBRÓN Y de mí también.

ANAJARTE ¿Dónde estoy?

LEBRÓN En el tablado.

ANAJARTE Dime si fuiste tú quien
en sus brazos me detuvo, 995
cuando, llegando a caer
perdí el sentido.

LEBRÓN ¿Pues no?

ANAJARTE La vida te debo.

LEBRÓN Aún bien,
que con cualquier joya desas
estaremos en paz.

ANAJARTE Ten, 1000
que así pudiera pagar,
a precio de otro interés,
otra fineza. Ahora dime,

¿cúyo este palacio es?

LEBRÓN — Doña Estatua, mi señora 1005 [244]
lo dirá, pues vive en él.

ANAJARTE — ¡Qué es lo que miro! Mentida
deidad que en solio te ves,
de un amor idolatrado,
colocada de una fe, 1010
¿cómo, habiendo sido mía,
no te pegó mi altivez
la vanidad para no
dejarte amar y querer?
Pero si al correspondido 1015
Amor sigues, yo veré
si de un mármol lo apacible
desagravia lo crüel
de otro mármol. En tu[(39)] pecho
admite tú un amor fiel, 1020
mientras yo otro fiel amor
altiva desprecio, a quien
después de haberme servido
muerte le he de dar, porque,
acreedor de mis favores, 1025
no pueda volverle a ver,
aunque de mí licenciosa
diga la fama después...

MÚSICA — **(Dentro.)** La que no sabe querer
sea mármol, no mujer. 1030

ANAJARTE — ¿Qué oráculos son de el aire
estos que siempre escuché?

[GENTE] — **(Dentro.)** ¡Anajarte, viva!

TODOS — ¡Viva,
la que nuestra reina es![(40)]

ANAJARTE — Mejor suenan estas voces, 1035
a pesar de hados, aunque
entre cajas y trompetas
aquellas digan también...

MÚSICA — La que no sabe querer

sea mármol, no mujer. 1040

TODOS ¡Anajarte, viva! ¡Viva
la que nuestra reina es!

PIGMALEÓN Entrad a[(41)] mi alcázar todos,
que aquí es donde la dejé.

TODOS ¡Nuestra reina, viva! ¡Viva! 1045

MÚSICA Sea mármol, no mujer.

(**Sale todo el acompañamiento que pudiere**. **Detrás** CÉFIRO, IRÍFILE, ANTEO, IFIS **y** PIGMALEÓN.)

IFIS En albricias de tu vida
vengo a poner a tus pies,
hermosísima Anajarte,
todo este triunfo, de quien 1050
yo el primer rendido soy;
Céfiro y Anteo después,
con Irífile, que apenas
con mi gente le alcancé
a la vista de su corte, 1055
cuando llegándole a ver
a él prisionero y a mí
vitorioso, solo en fe
de haber tomado la voz
de tu nombre, empezó a hacer 1060
toda su nobleza y plebe
demostraciones de que
estaba sin voluntad,
oprimida del poder.
Todos te apellidan, todos, 1065
diciendo en afecto fiel...

TODOS ¡Anajarte, viva! ¡Viva
la que nuestra reina es!

ANAJARTE Agradecida (¿qué importa
que afable este rato esté, 1070
si por no verme obligada
sabré matarle después,

o pésele o no le pese
a Anteros, el Amor fiel?)
a tu valor (¡ay de mí!) 1075
Ifis generoso, (¿qué
mortal frío me estremece?),
confieso, (¿qué ansia crüel,
la voz me yela en el labio?)
que debo (¡letargo infiel 1080
es el que siento!) a tu fama
(¡qué ira!) el sagrado laurel
y la vida. Pero miento,
pero miento, que no fue
(un así tengo en el pecho, 1085
en la garganta un cordel)
la vida la que te debo [244v]
porque no puedo deber
lo que no tengo, ¡ay de mí!

TODOS ¿Qué es esto?

ANAJARTE No sé, no sé, 1090
si ya no es que sea venganza
de Venus, dando a entender
que la que querer no sabe
más es mármol que mujer.

IFIS No solo quedó a la vista 1095
helada, pero también
al tacto, que no de humana
materia la llega a ver.

CÉFIRO Frío mármol es de yelo
su nevada candidez. 1100

LEBRÓN Ojo a la margen, señoras,
y tratadme de querer,
sino quieren ser mañana
todas de mármol.

IFIS ¡Qué bien
diciendo el agüero está, 1105
(¡ay de mí, infeliz!) de aquel
oráculo fementido

que para mí había de ser
rayo amor, pues tras el fuego
que me vio abrasar y arder, 1110
en muriéndose la llama,
quedó la piedra después!
Si es mármol, sabré adorarla[(42)].

PIGMALEÓN No será la[(43)] primer vez
que un mármol se vea querido, 1115
que yo, ¿cúyo influjo fue
que amor piedra para mí
había, ¡ay infeliz! de ser?,
amo esta; y de mi locura
tan grande el extremo es, 1120
que en la presencia de todos
la doy la mano y la fe
de ser suyo[(44)] mientras viva.

[ESTATUA] Y yo la aceto[(45)], porque
pasando de extremo a extremo 1125
el soberano poder[(46)]
del Amor correspondido,
se vea que en una fe
firme, en un Amor constante,
tierno llanto, afecto fiel, 1130
si una mujer y una piedra
porfían a aborrecer,
se deja vencer primero
la piedra que la mujer.

PIGMALEÓN Desciende, hermoso prodigio, 1135
para que me eche a tus pies.

ESTATUA Para ser tuya viví
y agora conmigo ven
al templo de Venus, donde
sacrificio haga mi fe 1140
al correspondido Amor.

IFIS Contigo a su templo es bien
ir yo, donde a su deidad
la sacrifique también

la venganza que por mí 1145
tomó Anteros de un desdén.

ESTATUA Pues id diciendo los dos,
si queréis agradecer
tú el favor y tú el castigo,
lo que dice el aire...

LOS DOS ¿Qué es? 1150

ANTEROS Que quien no sabe querer
sea mármol, no mujer.

CUPIDO Que quien en amar se emplea,
mujer y no mármol sea.

LOS DOS Pues yo por mí iré diciendo, 1155
que justo decreto es...

IFIS Que quien no sabe querer,
sea mármol, no mujer.

PIGMALEÓN Que quien en amar se emplea,
mujer y no mármol sea. 1160

CÉFIRO[(47)] Aunque Anajarte no es
capaz de reinar, y queda
a mí el derecho por ley,
el más infelice amante
vengo yo a ser de los tres. 1165

ANTEO No eres sino el más felice.

CÉFIRO ¿Cómo, si cuando ambos ven
uno vengado su amor,
y otro premiado su fe,
yo vengando, ni premiado 1170 [245]
le veo, ni le he de ver?
Vengado, pues que no tengo
en Irífile de qué;
ni premiado, pues no puedo
la fineza agradecer 1175
de haberme dado la vida.

ANTEO ¿Por qué no puedes?

CÉFIRO Porque
fiera la encontré en los montes.

ANTEO ¿Casarás con ella, si es

tu igual?

CÉFIRO Sí.

ANTEO Pues sabe que ella 1180
la reina heredera fue
de Trinacria, y yo Nicandro
que temiendo la crüel
ira de tu padre, una
noche en la cuna la hurté 1185
donde a Anajarte introduje;
y llegando a conocer
por las estrellas que había
de cobrar su reino, dél
nunca la quise ausentar. 1190
Esto lo dirán más bien
las joyas que echaron menos
cuando yo...

CÉFIRO La voz detén
que a quien quiere creer, le sobran
las pruebas para creer. 1195
Esta, Irífile, es mi mano.

IRÍFILE ¡Dichosa quien llega a ver
logrado reino y amor!
A cuya causa también
a los dos he de seguir 1200
de Venus al templo, en que
no falte mi sacrificio. **(Vase.)**

CÉFIRO Yo he de acompañarte a él. **(Vase.)**

ANTEO Y yo seguir a los dos. **(Vase.)**

LEBRÓN ¡Mire el diablo de mujer, 1205
y dónde estaba escondida!

PASQUÍN ¡Qué aún no le bastase ser
de mármol para no hablar!

BRUNEL Aténgome a mi amo, pues
el que no queda casado 1210
es el que queda más bien.
Pero ¿qué música es esta?

LEBRÓN Escuchad y lo sabréis.

MÚSICA ¡Muera, muera el Amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido Amor perfecto! 1215
[LEBRÓN] Sobre el gran templo de Venus
en nubes, al parecer,
se rasga el cielo.
TODOS Venid
todos a saber lo que es.
ANTEROS ¿Cómo que es puede dudarse 1220
triunfo mío, en que se ve
(Descúbrese.)
que el socorro que me dieron
les he pagado a los tres?:
A Pigmaleón, pues pude
una piedra enternecer; 1225
a Céfiro, pues que una
fiera le asegura rey;
a Ifis, dándole venganza
de un rayo que había de ser
muerte suya, con que vienen 1230
a convertirse en placer,
piedra, rayo y fiera siendo
cadáver, reina y mujer.
CUPIDO Sí, mas no me negarás
a mí que yo pude ser 1235
piedra, rayo y fiera, puesto
que eso han amado los tres.
Y para que no presumas
que envidia puedo tener,
le he de asistir al festejo, 1240
repitiendo yo también:
¡Muera, muera el Amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido Amor perfecto!
MÚSICA ¡Muera, muera el Amor vengado y ciego!
CÉFIRO ¿Cómo, si cuando ambos ven 1245
uno vengado su amor,
y otro premiada su fe, [245v]
yo, vengado ni premiado

le veo, ni le he de ver?
Vengado, pues que no tengo 1250
en Irífile de qué;
ni premiado, pues no puedo
la fineza agradecer
de haberme dado la vida.

ANTEO ¿Por qué no puedes?

CÉFIRO Porque 1255
fiera la encontré en los montes.

ANTEO ¿Casarás con ella, si es
tu igual?

CÉFIRO Sí.

ANTEO Pues sabe que ella
la reina heredera fue
de Trinacria, y yo Nicandro 1260
que temiendo la crüel
ira de tu padre, una
noche en la cuna la hurté,[(48)]
donde a Anajarte introduje;
y llegando a conocer 1265
por las estrellas que había
de cobrar su reino, dél
nunca la quise ausentar.
Eso lo dirán más bien
las joyas que echaron menos 1270
cuando yo...

CÉFIRO La voz detén
que a quien quiere creer, le sobran
las pruebas para querer.
Esta, Irífile, es mi mano.

IRÍFILE ¡Dichosa quien llega a ver 1275
logrado reino y amor!
Y ahora, en tanto que le hacéis
las exequias a ese mármol,
conmigo, prodigio, ven:
que un prodigio a otro prodigio 1280
que le haga agasajo es bien.

ESTATUA De tu hermosura y del sol
igualmente el rosicler
me ha cegado, mármol frío.
Mármol soy, mármol seré. 1285

(Vanse las dos.)

TODOS Retirémosle de aquí.
LEBRÓN Mejor ponerle allí es,
que no faltará otro bobo,
que le convierta en mujer.
IFIS ¡Ay, infelice de mí! 1290
BRUNEL No has negociado mal, pues
condenado a ahorcar estabas.
VENUS ¡Viva!, pues que vitorioso,
Anteros, de tu poder,
en la esfera de Dïana, 1295
que la diosa auxiliar es
del correspondido Amor,
todas las ninfas a quien
apremiado le hacen fiesta.
Volved los ojos, volved 1300
a ver ese hermoso cielo,
de quien el prólogo es
la fortuna del amor,
cantando segunda vez...

(**Aquí se descubre la máscara**, **repartida en dos coros de música de siete voces cada uno**; **cada uno cuatro mujeres y tres hombres**, **y en una tropa de doce mujeres que son las que han de danzar**, **y en lo alto la** FORTUNA.)

TODOS ¡Muera, muera el[(49)] Amor vendado y ciego! 1305
¡Viva el correspondido Amor perfecto!
Y en coros repetidos
de voces y instrumentos,
las flores en la tierra,
las aves en el viento 1310

y en forma de batalla,
canten en dulces ecos,
a pesar de Cupido,
vitoria por Anteros.
¡Muera, muera el Amor vendado y ciego! 1315
¡Viva el correspondido Amor perfecto!

FORTUNA

Yo que la Fortuna soy,
que para aqueste festejo [246]
en tres sagrados asumptos
propuse tres argumentos, 1320
depuesta la vela y rueda
con que en veloz movimiento
campañas de vidro corro,
piélagos de luz navego,
humildemente rendida 1325
en alas del pensamiento,
para pediros perdón,
de parte de todos vengo.
Cuarto asumpto el triunfo sea
con que de Dïana y Venus 1330
las Ninfas celebren hoy
la gran vitoria de Anteros.
Y tú, gran Planeta; y tú
bella Aurora, a quien siguieron
las dos mejores estrellas 1335
de ese humano firmamento,
felices viváis y sea
para ver en vuestros reinos
la dichosa sucesión
que aguardan nuestros afectos. 1340
Y en tanto, pues todo es
amor puro, amor honesto,
a donde empezó el festín
acabe el festín, diciendo:
¡Muera, muera el Amor vengado y ciego! 1345
¡Viva el correspondido Amor perfecto!
¡Oh, qué airosas van danzando

con hermosura y con gala,
al Amor enamorando!;
pero ninguna iguala 1350
a las que están mirando.
Porque aunque del sol la esfera
el cielo traslade al suelo,
no es bien que competir quiera
toda la luz de su cielo 1355
la de nuestra primavera.
(Música de la máscara.)
Vuestros son, Felipe,
mis nobles pensamientos,
y el alma y sus potencias
a vuestros pies ofrezco. 1360
Vuestros son, Marïana,
las ansias y deseos
de que las esperanzas
lleguen a ser efectos.
Vuestros son, María, 1365
los rendidos desvelos
que de servir tuvimos
y de acertar tenemos.
Los años que mandasteis
que aplauda nuestro afecto 1370
no han menester más día,
pues es cualquiera vuestro;
que todos son del sol,
y sol cuyos reflejos
la esfera de dos mundos 1375
alumbra en dos imperios;
pues todos son del alba,
y alba de cuyo bello
llanto la Margarita
es perla sin ejemplo. 1380
¡Oh, qué airosas van haciendo
al compás de la Fortuna
los lazos que van tejiendo!;

pero no iguala ninguna
a las que las están viendo. 1385
El Amor correspondido
la fama le dé y la gloria
a la envidia de Cupido,
pues es suya la vitoria
del desdén y del olvido. 1390

[CORO] 1.º ¡Qué bien suenan las cláusulas dulces
que van a Felipe airoso y galán!
¡Y qué bien que las oye su esposa,
diciéndole alegre, al mismo compás!
¡Que viva inmortal! 1395
¡Que viva inmortal!

[CORO] 2.º ¡Y qué bien que las oye su esposa, [246v]
diciéndole alegre, al mismo compás!
¡Que viva inmortal!
¡Qué bien suenan las cláusulas dulces 1400
que aplauden los rayos de un sol alemán!
¡Y qué bien que las oye su esposo
diciéndole alegre, al mismo compás!
¡Que viva inmortal!, [¡Que viva inmortal!]
¡Qué bien suenan las cláusulas dulces 1405
el día feliz de uno y otro natal!
¡Y qué bien que las oyen dos reinos
diciendo, uno y otro, al mismo compás!
¡Que viva inmortal!, [¡Que viva inmortal!]
¡Qué bien es que dancen el alta 1410
a los que del alta Alemania vinieron,
y a las voces que da la Fortuna,
respondan los aires y digan los ecos!
¡Viva el amor, viva el amor,
que es vida y alma de mi corazón! 1415
Al amor que fino y constante
gobierna en las almas y manda en los pechos,
la gala le canten las Ninfas, y a coros
respondan los aires y digan los ecos:
¡Viva el amor, [viva el amor! 1420

Que es vida y alma de mi corazón.]
¿Hay quien se atreva a volar
con las alas de Cupido
sin que el golfo del olvido
le anegue en el mar de Amor? 1425
¿Quién se atreverá a los vuelos
de las alas de un rapaz
que en vez de favor y paz
ha engendrado envidia y celos?
Todos sus fuegos son yelos, 1430
todo su placer, pesar.
¿Hay quien se atreva a embarcar?
¿Hay quien se atreva?, etc.

LA GRAN CENOBIA

COMEDIA FAMOSA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ÍNDICE

Primera jornada 311
Segunda jornada 342
Tercera jornada 372

Personas que hablan en ella.

AURELIANO
ASTREA
DECIO
IRENE
PERSIO, *soldado*
SOLDADOS ROMANOS
LIBIO, *infante*
SOLDADOS DE CENOBIA
UN CAPITÁN
CROTILDA
CENOBIA, *reina*

PRIMERA JORNADA

Sale Aureliano vestido de pieles.

AURELIANO Espera, sombra fría,
pálida imagen de mi fantasía,
ilusión animada,
en aparentes bultos dilatada,
no te consuma el viento,
si eres fantasma de mi pensamiento;
no huyas veloz. Pero ¿qué es esto, cielo?;
en tantas confusiones ¿duermo o velo?
Aunque en mí ya es lo mismo,
cuando en tan ciego, en tan obscuro abismo
de mi discurso incierto,
lo que dormido vi sueño despierto.
Pues otra vez, ¡ay, cielos!, me parece
que Quintilio a la vista se me ofrece
de laurel coronado,
el rostro ensangrentado
y por varias heridas
vertiendo horrores, derramando vidas,
y con voz temerosa me decía:
«Ves aquí mi laurel, mi cetro toma,
que tú serás emperador de Roma»;
cuya voz, en el viento desatada,
sombra fue de mi dicha imaginada.
Mas, despierto o dormido,
¿no soy quien tantas veces, atrevido,
no sin grande misterio,
señor me nombra del Romano Imperio,

cuya fuerte aprehensión, cuya porfía,
me rinde a una mortal melancolía,
tanto que, por no ver en las ciudades
la pompa de soberbias majestades,
vengo a habitar desiertos horizontes
y a ser rey de las fieras en los montes?
Pues si este soy, ¿qué mucho las pasiones
que me oprimen despierto
entre las sombras del silencio muerto
den cuerpo y voz a vanas ilusiones?
Si el alma nunca duerme,
como inmortal, y césar quiso hacerme
este instante pequeño,
¿por qué no rinde a la ambición el sueño?
Pero ¿qué es lo que veo?
O los ojos me mienten o el deseo:
una corona de laurel sagrado
está sobre estas peñas y el dorado
cetro más adelante. *Descúbrese sobre un peñasco la corona y el cetro en una rama.*
Enigmas son de mi discurso errante
tan declaradas señas,
si no es que, en vez de troncos, estas peñas
cetros dan y ellos, viendo congojas,
me rinden fruto en coronadas hojas.
Soberana tiara,
perdona si me atrevo
a tu deidad, porque un aliento nuevo,
un espíritu altivo, que me inflama
el corazón, a tanto honor me llama.
Salid, fieras, salid de las oscuras
cárceles que os labraron peñas duras
y a mi coronación asistid, viendo
cómo mi honor pregono
cuando rey destos montes me corono.
Toma la corona y pónesela, y el cetro.
Pequeño mundo soy y en esto fundo
que en ser señor de mí lo soy del mundo.

En este lisonjero
espejo fugitivo mirar quiero
cómo el resplandeciente
laurel asienta en mi dichosa frente. *Mírase en una fuente.*
¡Oh, sagrada figura!,
haga el original a la pintura
debida reverencia
cuando, llevado en mis discursos, hallo
que yo doy y recibo la obediencia
siendo mi emperador y mi vasallo.
Narciso, en una fuente,
de su misma belleza enamorado,
rindió la vida, y yo, más dignamente,
dando toda la rienda a mi cuidado,
si no de mi belleza,
Narciso pienso ser de mi fiereza.

Quédase mirándose y sale Astrea y un capitán y soldados.

ASTREA Este es el que vais buscando.
Llegad, adoralde todos,
pues hoy os previene el cielo
emperador prodigioso,
digno monarca de Roma,
a cuyos valientes hombros
se atreve a fiar el cielo
la máquina de dos polos.
Tú, que en alas de la fama
ocupas lo más remoto
del mundo, que ignora el sol,
surcando estrellados globos;
tú, que en sangrientas vitorias
siempre altivo, siempre heroico,
tantas veces de la muerte
el brazo tuviste ocioso,
¿cómo en desiertas campañas
en rústico traje? ¿Cómo

vive acobardado el brío?
¿Está el valor temeroso?
Vuelve al ejército, vuelve,
dando a los cielos asombros,
a dar al Tíber vitorias
que harán tu nombre famoso.
Y, por que a mi voz pendiente
no estés más tiempo dudoso,
escucha, que yo de Roma
hoy emperador te nombro.
En la sucesión de Claudio
ocupó el romano solio
Quintilio, cuya fortuna
subió mucho y duró poco.
Este, afecto a los cristianos,
siendo cruel y ambicioso,
causó en los pechos del vulgo,
en vez de obediencia, enojo,
porque es en su condición
el vulgo un disforme monstro,
que no perdona a ninguno
con ser compuesto de todos.
Este, pues, alimentado
de novedades, furioso,
hizo que a Quintilio diesen
muerte sus soldados propios.
Y huyendo por este monte
herido, sangriento y solo,
iba diciendo: «En tus manos,
Roma, el cetro y laurel pongo».
Así acabó, cuya muerte
causó nuevos alborotos
al ejército, alterado
porque, en la elección dudosos,
libertad pidieron unos,
señor aclamaron otros.
Ya los bandos divididos
se amenazaban furiosos,

forjando rayos de acero
en esferas de humo y polvo,
al tiempo que yo, inspirada
del oráculo de Apolo,
diciendo tales razones
en medio dellos me pongo:
«Tened las armas, que el cielo
hoy os dará prodigioso
emperador, a quien tiemble
el mundo en sus ejes roto.
Este es el fuerte Aureliano,
y, en fe de que el cielo propio
le elige, seguid mis pasos
donde, alegre y venturoso,
coronado le hallaréis
de aquellos mismos despojos
que perdió Quintilio. Ved
si queréis más testimonio».
Ellos, a mi voz rendidos
o al decreto poderoso
obedientes, me siguieron
donde lo han hallado todo.
¡Ea, pues, fuerte Aureliano,
deja en suspensión el ocio,
logra el laurel que has ceñido
divinamente! Y vosotros
decid que Aureliano viva
y en secretos misteriosos
obedeced los efetos
sin examinar el cómo.
No desconfiéis por ver
en traje rústico y tosco
vuestro césar, que el diamante
luce más labrado en plomo
y no importa que entre nubes
guarde el sol sus rayos rojos,
si por troneras de nácar
se desata en líneas de oro.

SOLDADOS ¡Viva nuestro emperador!
CAPITÁN ¡Viva mil siglos dichosos
Aureliano!
TODOS ¡Viva, viva!
AURELIANO (¡Cielos!, ¿qué prodigios toco?
Aqueste monte parece
que da, preñado de asombros,
espíritus a las peñas,
que almas infunde en los troncos,
o que de su centro duro
va arrojando, portentoso,
vasallos que me obedezcan.
En afectos tan dudosos
¿pueden mentir los oídos?
¿Pueden engañar los ojos?
No, pues es cierto que veo;
no, pues es verdad que oigo.
Si me ofrece la fortuna
el bien, ¿por qué no le gozo?
¿Qué aguardo, pues le merezco?
¿Qué dudo, pues le conozco?
Sea césar, aunque luego
despierte, que al cabo todos
los imperios son soñados.
¿Qué busco ejemplos más propios,
si es en su conceto rey,
si piensa que es rey, un loco?).
ASTREA ¿Por qué, Aureliano, suspendes
el ánimo belicoso?
¿Qué dudas?
AURELIANO Divina Astrea,
no dudo yo de mi heroico
ánimo merecimientos
para el laurel que corono;
antes, porque le merezco,
dudo tenerle, que sólo
consigue muchos trofeos
quien ha pretendido pocos.

Pero si el cielo permite
esta elección y vosotros
la obedecéis, desde luego
vuestro emperador me nombro.
Y por ser en la elección
estraño, como en el todo,
ciudad este monte sea,
palacio este sitio umbroso.
Sirvan de alfombras las flores
y de doseles los olmos;
de carro sirva esta peña,
donde alegre y venturoso
me adoréis. Y no os parezcan
el sitio y el traje impropios,
que una fiera es general
de ejércitos numerosos.

ASTREA Todos su césar te llaman
y el viento con ecos roncos
repite: «¡Aureliano viva!».

TODOS ¡Viva mil siglos dichosos!

AURELIANO Viva, para ser azote
sangriento y mortal asombro
de la tierra y para hacer
vuestro renombre famoso,
pues juro no entrar en Roma
hasta que en carro de oro
me veáis venir triunfando
de más vidas que pimpollos
en rosas rinde el abril
y en espigas el agosto. *Tocan cajas roncas.*
Pero ¿qué cajas esconden
su voz en profundos huecos
y repetidas en ecos
se llaman y se responden?

CAPITÁN Por que en tu felice estrella
siempre celebrado vivas
y a un mismo tiempo recibas
la posesión y uses della,

al ejército ha llegado
Decio, capitán valiente,
que a las partes del Oriente
fue por Quintilio enviado.

AURELIANO Llegue, por que le reciba
donde mi vista le asombre.

Tocan cajas y trompetas a marchar y salen en orden soldados y Decio detrás, vestido de luto o con armas negras, y pónese de rodillas delante del césar.

DECIO Nuevo césar, cuyo nombre
a pesar del tiempo viva,
cuya edad dé desengaños
de lo inmortal a la gente
y cuyo imperio se cuente
por siglos y no por años;
así en mármol inmortal
duren eternas tus glorias;
así vivan tus vitorias
en láminas de metal;
así en jaspe y bronce fuerte
estatuas tengas tan bellas
que, yendo a matarte en ellas,
se halle burlada la muerte;
así excedan a los días
las hojas de tu laurel,
que no castigues cruel
las adversidades mías.
Al ejército he venido,
donde te hallo emperador,
con vergüenza y sin honor
hoy de Cenobia vencido.
Y, si en desdichas algunas
disculpa el cielo previene,
sin usar de cuantas tiene
en mi favor la fortuna,
licencia de hablar te pido,

para que en tanto rigor,
si no premio al vencedor,
des disculpas al vencido.

AURELIANO ¿Qué disculpa habrá que aguarde
hombre que vencido viene?
Di, por ver si alguna tiene
disculpa de ser cobarde.

DECIO Donde en brazos del alba nace el día,
que en diluvios de fuego se desata
y al fénix celestial la playa fría
es cuna de zafir, tumba de plata,
donde nació pensando que moría,
pues de una luz en otra se dilata
siempre sol, siempre vivo, siempre ardiente,
a una parte del Asia en el Oriente,
aunque por largo tiempo despoblados,
fértiles campos hay, campos amenos
que, apenas de las fieras habitados,
se llamaron desiertos palmirenos.
Estos, que ya edificios levantados
sufren de gente y poblaciones llenos
sobre sus montes, cuyas pesadumbres
suben al cielo con doradas cumbres,
imperios de Cenobia son, de aquella
deidad en quien los astros se miraron
para hacerla tan fuerte como bella,
que en ella los estremos se igualaron.
Luna, Saturno y la mayor estrella
la rindieron metales que engendraron;
Mercurio, ingenio; Júpiter, ventura;
Marte, valor; y Venus, hermosura.
Esta, pues, amazona, esta que al suelo
admiración nació y, hermosa y fiera,
monstro fue de la tierra, y aun del cielo
fuera monstro, si el cielo los tuviera,
con bélico furor, marcial desvelo,
siempre libre su patria considera,
diciendo, vencedora, que es en vano

que reconozca imperios el romano.
Ofendido Quintilio y admirado
de su valor, la guerra determina
y a mí, que de vitorias coronado
tantas veces ciñó Dafne divina,
fía el bastón. Pero ¿qué firme Estado
al paso que otro crece no declina?,
que en la fortuna fuera acción contraria,
siendo mujer, no ser mudable y varia.
Llegué, pues, con tal orden que, si diese
pequeña parte del rigor que encierra,
sin declarar la guerra me volviese
o no volviese hasta acabar la guerra;
y para que de mí su intento oyese
salió a un parque, que es cielo de la tierra
—en fragancia, beldad, vista y colores
patria de rosas es, ciudad de flores—.
De un escuadrón de damas coronada,
que a no estar a su lado fueran bellas,
su divina hermosura acompañada
salió, pero aviniéndose con ellas
como la primavera celebrada
con las flores, el sol con las estrellas,
con las fuentes el mar, que más hermosa
de aquel coro de ninfas fue la diosa.
Encarnado el vestido, que los ojos
de su rigor le dieron la librea,
corto, por que incitase a más enojos
al que pasar sus límites desea;
pequeño pie, por muestra o por despojos
de más beldad, la vista lisonjea,
bien como el mercader que para seña
de las joyas que guarda alguna enseña.
Plateado flueco sobre el pie guarnece
del vestido el estremo en que remata,
donde el viento sutil mover parece
en mares de cristal ondas de plata.
Bruñido espejo en un arnés ofrece

al sol, que en sus reflejos se retrata,
y estar sus rayos más o menos bellos
es que no siempre se compone en ellos.
Manto encarnado, plateado a flores,
desde los hombros se derriba al suelo,
que, si tiene, observando las colores,
de oro la luz, por ser azul el cielo,
para un cielo encarnado, ¿qué mejores?;
pues, si mudado el aparente velo
fueran de nácar las cortinas bellas,
también fueran de plata las estrellas.
Este manto, de puntas guarnecido
a imitación de rayos, le tenían
dos flores en los hombros recogido,
que igualmente a los dos correspondían.
De plumas un tocado entretejido
encarnadas y blancas, que subían
al sol, mas con tan cuerdo atrevimiento
que se dejaban sujetar del viento.
No te pinto del rostro las facciones
y no porque el amor no las advierte,
sino porque mujer cuyos blasones
dan temor al temor, muerte a la muerte,
asuntos a la fama, admiraciones
a los cielos, mujer altiva y fuerte,
gallarda en paz, en guerra belicosa,
parece que la sobra el ser hermosa.
Mi pretensión la digo y que la vea,
a quien responde: «Emperatriz valiente
soy; y Roma el tributo que desea,
con que no se le pida, se contente».
Rompo la guerra yo y ella se emplea
cuerda al vencer, al gobernar valiente,
por falta de Abdenato, su marido,
del peso de los años impedido.
El día que se dio —mejor dijera
la noche, que aquel día no fue día—,
que se dio la batalla, considera

a Cenobia, que a Palas parecía
tan firme en un caballo que creyera
que a los dos un espíritu regía,
porque mostraba, aunque de furia lleno,
que se pudiera gobernar sin freno;
tan obediente, el céfiro animado
corre igual, para fácil, veloz sube,
que parece, en los vientos engendrado,
hijo sutil de un rayo y de una nube.
Venciome al fin y, si al rigor del hado
he de sentir la culpa que no tuve,
considera qué vida habrá segura
donde vence la fuerza y la hermosura.

AURELIANO Necia y cobarde disculpa
a tanto temor previenes,
pues una culpa que tienes
enmiendas con otra culpa.
¿Qué ejército te disculpa
de numeroso poder?
¿Qué gigante, al parecer
animado monte, ha sido
disculpa de ser vencido
sino una hermosa mujer?
¡Ved, pues, qué Circe arrogante
usó prodigios con él!
¡Ved qué Medusa cruel
vio en escudos de diamante!
¡Ved qué Júpiter tonante
con rayos le fulminó!
¿Una mujer te venció?

DECIO Sí, pero mujer que a ti
venciera.

AURELIANO ¡Cobarde! ¿A mí?
Arrójale a sus pies y pónele el pie encima.
¿Puedo ser vencido yo?
¿Puedo yo mudanza alguna
padecer en tanto honor?
Di ¿tiene el tiempo valor?

¿Tiene poder la fortuna?
¿Hay en la suerte importuna
causa que incite a mis daños?

DECIO Sí, que hay en el tiempo engaños,
hay en la suerte venganzas,
en la fortuna mudanzas
y en mi vida desengaños.
Tú eras ayer un soldado
y hoy tienes cetro real;
yo era ayer un general
y hoy soy un hombre afrentado.
Tú has subido y yo bajado.
Y, pues yo bajo, advirtiendo
sube, Aureliano, y temiendo
el día que ha de venir,
pues has topado al subir
otro que viene cayendo.
Los dos estremos seremos
de la fortuna y la suerte,
mas ya en la mía se advierte
el mayor de los estremos;
que, si en la fortuna vemos
que no es hoy lo que era ayer,
yo no tengo qué temer
y tú tienes qué sentir,
pues bajo para subir,
pues subes para caer.
Tú confiado no estés,
pues no estoy desconfiado,
que puede ser que el estado
trueque la suerte que ves
y que tú, puesto a mis pies
por decretos soberanos,
des venganza a los tiranos
pechos.

AURELIANO ¿Tú vencerme a mí?
¿Cómo puede ser, si aquí
está tu vida en mis manos?

Bien pudiera darte muerte
y asegurar mi temor,
pero ¿qué muerte mayor
que tratarte desta suerte?
Vive muriendo y advierte
que no te mato por ver
de la fortuna el poder;
ni la temo ni respeto;
témela tú, que, en efeto,
es la fortuna mujer.
Tú, que cobarde has nacido,
es bien su mudanza esperes,
viniendo de las mujeres
infamemente vencido.
Este acero que has ceñido
puedes dejar, que a tu lado *Quítale la espada.*
está el acero afrentado,
cuando limpio; considero
que solamente el acero
parece mejor manchado.
Y por que vea a qué estrella
Roma sus aplausos fía,
la primera empresa mía
ha de ser Cenobia bella:
en Roma he de triunfar della.
Marchen luego las legiones
en formados escuadrones
al Asia y con su arrebol
sirvan de nubes al sol
mis desplegados pendones.
Y verás, cobarde, cuando
humilde a mis pies postrada
con Cenobia al carro atada
entre por Roma triunfando,
si sé vencer peleando
a quien mirando procura
tener defensa segura.
Marche al Asia desde aquí,

que voy a triunfar de mí,
del poder y la hermosura.

Vanse y queda Decio.

DECIO Ve; y ruego al cielo que seas
despojo de todos tres,
por que rendido a sus pies
mi agravio y el tuyo veas.
La corona que deseas
de laurel, cuando ciñere
tu frente, la forma altere,
siendo maravilla fría,
flor que nace con el día,
flor que con la noche muere.
Vivas siempre aborrecido,
no seas en alto estado
de tu gente respetado
ni de la ajena temido.
Tus vitorias el olvido
esconda y entre ansias fieras
rayo, que de las esferas
caiga a tus huesos tiranos,
dé sepulcro o a mis manos
con tus mismas armas mueras.
Mas, ¡ay de mí!, poco sabio
lloro mi suerte importuna,
pues ni enmiendo la fortuna
ni satisfago el agravio.
Hable el alma y calle el labio,
pues la continua mudanza
del tiempo me da esperanza,
que no hay, en leyes de amor,
ni tirano sin temor
ni ofendido sin venganza.

Vase y sale Libio y Irene.

LIBIO Ya te dije, hermosa Irene,
cómo deste reino entero
soy legítimo heredero,
porque Cenobia no tiene
sucesión y de mi tío
Abdenato no la espera.
IRENE Hasta aquí sé.
LIBIO Yo quisiera...
Mira lo que de ti fío.
IRENE Pues ¿qué temes?
LIBIO El secreto.
IRENE ¿Por qué?
LIBIO Porque eres mujer.
IRENE Bien le sabemos tener,
si nos importa el efeto.
No temas, que en su favor
le sabe guardar cualquiera.
LIBIO Pues digo que yo quisiera
asegurar el temor
que me causa el ver tan viejo
a Abdenato y, de otra suerte,
tan soberbia, altiva y fuerte
en la guerra y el consejo
a Cenobia, pues, capaz
de cuanto el Imperio encierra,
es su defensa en la guerra,
es su consejo en la paz.
Temo, pues, que si pasase
adelante lo que agora
vemos, después por señora
el pueblo la apellidase,
muerto Abdenato, y a mí
me negase la elección
que me toca por varón,
estimando más que aquí
les gobierne una mujer.
IRENE Pues ¿qué intentas?
LIBIO Atajar

sus pasos, sin dar lugar
a que pueda suceder.
IRENE ¿De qué modo?
LIBIO Desta suerte
mi dicha y la tuya trato:
tú has de dar muerte a Abdenato.
IRENE Pues dar a Abdenato muerte,
no a Cenobia, es contra ti;
que, si es tu temor cruel
que, después de muerto él,
Cenobia gobierne, así
en su favor mismo tratas
lo que en el tuyo aconsejas,
pues a quien te estorba dejas
y a quien te hace espaldas matas.
Libio, si he de ser juez,
por todo el riesgo atropella;
¿no es mejor matarla a ella
y acabemos de una vez?
LIBIO En un peligro cruel
no es dificultoso entrar,
Irene, sino mirar
cómo se ha de salir de él.
Cuando a Cenobia mataran
tus manos, bien cierto era
que ninguno lo supiera,
mas todos lo sospecharan;
que un secreto, por mil modos
público al mundo importuno,
con no decille ninguno
le vienen a saber todos.
Bien se ve que la razón
militará de una suerte,
dando a Abdenato la muerte
que a Cenobia; pero son
diferentes desengaños,
pues al común parecer
un viejo no ha menester

más ocasión que sus años.
Y, respondiéndote a ti
que por qué matar quería
a Abdenato, pues hacía
dudosa mi gloria así,
digo que por estorbar,
no se enseñe a obedecer
este reino a una mujer
ni una mujer a mandar,
pues, una vez admitida,
no hay después fuerzas bastantes
para despojarla; y antes
que lo esté, es razón que impida,
pues, muerto Abdenato, a mí
nombrarán y en tales modos
vendré a mandarlos a todos
para obedecerte a ti.

IRENE Y yo, para que concluya
mi amor, desde polo a polo
quisiera ser reina sólo
para ser esclava tuya.

LIBIO ¿Atrevereme a pedir
tu mano?

IRENE Cenobia viene.

LIBIO Reinar o morir conviene.

IRENE Libio, reinar o morir.

Sale la reina Cenobia y soldados con memoriales.

SOLDADO 1 Yo tengo una pretensión
en consulta y sólo espero
verla, porque volver quiero
a servirte.

SOLDADO 2 Aquestos son
papeles donde verá
vuestra Majestad del modo
que la he servido.

CENOBIA De todo

estoy advertida ya.
Tened, amigos, paciencia,
que es el Rey quien lo ha de ver.
SOLDADO 1 ¡Qué gobierno!
SOLDADO 2 ¡Qué mujer!
SOLDADO 3 ¡Qué valor!
SOLDADO 1 ¡Y qué prudencia!

Vanse los soldados.

LIBIO (¡Y qué envidia! ¡Estoy rabiando!).
CENOBIA Libio, ¿tú estabas aquí?
LIBIO Que me des audiencia a mí,
señora, estaba esperando.
CENOBIA (Turbado y descolorido
a hablarme viene; hoy llegó
la desvergüenza que yo
tantas veces he temido).
Pues ¿tú tienes que esperar?
¿En qué tiempo, en qué ocasión
no tendrá tu pretensión,
Libio, el primero lugar?
LIBIO Esperaba que estuvieses
sola.
CENOBIA Ya lo estoy.
LIBIO Yo he estado,
mientras la audiencia, arrimado
a este cancel; y si oyeses
lo que todos van diciendo...
CENOBIA Ya sé que dirán aquí
grandezas que no hay en mí
y, pues sabes que me ofendo
de lisonjas, no repitas
sus alabanzas.
LIBIO No son.
CENOBIA Yo sé lo que es.
LIBIO La razón
partida, el hablar me quitas.

¿Piensas...?
CENOBIA ¿Qué había de pensar?
¿Que mi alabanza no era?
¿Quién, donde tú estás, pudiera
otra cosa pronunciar?
Pues, satisfecha de ti,
a no ser tal, pienso yo
que allí la riñeras, no
que lo dijeras aquí.
LIBIO No todo se ha de reñir
con la espada.
CENOBIA De ese modo,
si no se ha de reñir todo,
no todo se ha de decir.
LIBIO Llevan mal ver gobernando
a una mujer cetro igual.
CENOBIA ¿Por qué el ver no llevan mal
a una mujer peleando?
LIBIO Sienten el verte sentada
en un tribunal, y es bien.
CENOBIA ¿Por qué no sienten también
verme en la campaña armada?
LIBIO No quieren sufrir sus glorias
que las leyes que tuvieren
les dé mujer.
CENOBIA ¿Cómo quieren
sufrir que les dé vitorias?
LIBIO No es bien que este reino esperes
gobernar.
CENOBIA Bien es que vean,
pues los hombres no pelean,
que gobiernen las mujeres.
LIBIO Parece que hablas conmigo.
CENOBIA Tus hechos te contradicen.
LIBIO Yo digo lo que ellos dicen.
CENOBIA Lo que ellos responden digo,
que si yo, sin conocellos,
de ti las quejas oí,

fuerza es responderte a ti;
tú respóndeles a ellos.
Y en ocasión como esta,
si, cuando a hablarme llegaste,
las quejas consideraste,
considera la respuesta:
que he de dar leyes, y asombros
les daré también y horror,
cuando quite a algún traidor
la cabeza de los hombros.

LIBIO Pésame...

CENOBIA Vete de aquí.

LIBIO ...de mirarte...

CENOBIA Yo lo creo.

LIBIO ...con disgusto.

CENOBIA Ya lo veo.

LIBIO (Necio en declararme fui). *Vase.*

CENOBIA ¡Qué ciegamente ha mostrado
su intento! Que le temiera
confieso, si no estuviera
tu espada, Irene, a mi lado;
que, si en mí, por ser mujer,
se alientan sus pareceres,
solamente con mujeres
me tengo de defender
y tú, claro está, serás
la más leal.

IRENE Sólo soy
tu esclava (¡temblando estoy!),
como al efeto verás. *Sale Persio.*

PERSIO (Tres maneras de medrar
nos da la humana fortuna,
que son: por casar la una,
la otra, por enviudar,
la tercera por mentir
con arte; y de todas tres,
aquesta postrera es
la que yo pienso seguir.

Un soldado venial
soy, que nunca mortalmente
reñí. Un soldado valiente
muerto hallé en un arenal
y estos papeles, que son
de sus hechos testimonio,
quité. Llamábase Andronio
y, gozando la ocasión,
a pretender he venido
mudando el Persio en su nombre.
No seré yo el primer hombre
que haya los frutos cogido
de lo que otro siembra el año;
ejemplo algún cambio es
concebido en ginovés
y parido en castellano).

IRENE Hasta tu cuarto se ha entrado
un soldado. ¿Cómo...?

CENOBIA Irene,
sola esa licencia tiene
para conmigo un soldado.
¿Quién sois?

PERSIO Direlo después
que bese mi sucia boca
la breve parte que toca
ese enano de otros pies. *Arrodíllase y álzase.*
Mis papeles den agora
de quién yo soy testimonio. *Dale unos papeles.*

CENOBIA ¿Cómo os llamáis?

PERSIO Persio... Andronio
había de decir, señora.

CENOBIA ¿Vos sois Andronio?

PERSIO Yo soy.

CENOBIA Mucho me huelgo de veros,
que deseo conoceros,
porque ya informada estoy
de vuestro valor.

PERSIO El mío

no es más del que tú le das.
(¡Fortunilla, buena vas!).

CENOBIA «Salió Andronio a un desafío».
¿Qué desafío fue aquel
en que te hallaste?

PERSIO (Aquí
me coge). Antes me perdí,
señora, que me hallé en él.

CENOBIA ¿Cómo?

PERSIO Guardaba un gigante
de una viña cada uva
tan grande como una cuba;
contra aquel monstro arrogante
quisieron que fuera yo
a traerlas cierto día,
que hambre la gente tenía.
El gigante me sintió
y yo, usando del consejo
más que de la valentía,
dejé una uva vacía
y vestime del pellejo;
él, oliendo carne humana,
entre las cepas llegó,
¿y qué hizo? El diablo le dio
entonces de comer gana
y aquel mismo grano quita
de la cepa y de un bocado
me zampa; medio mascado,
pensando que era pepita,
me arrojó tanto que fui
volando, si es que volaba,
al ejército, que estaba
quinientas leguas de allí.

CENOBIA «Andronio es quien sin escala
una muralla asaltó».

PERSIO Era en ese tiempo yo
ligero como una bala.

CENOBIA ¿Cómo la asaltastes?

PERSIO ¿Cómo?
Junto a la muralla había
un ciprés que la excedía,
y vengo y ¿qué hago? Y tomo
un cordel y voy doblando
hasta la tierra el ciprés
y, asiéndome de él, después
poco a poco voy soltando
el lazo; y, cuando se halla
libre, a su centro volvió
tan fuerte que me arrojó
encima de la muralla.
Estos disparates digo
para entretenerte aquí,
no porque esto fuese así,
que al cielo le hago testigo
de mis hechos y no es bien
que repita mis hazañas.
CENOBIA Bien claro me desengañas
de tu discreción también,
pues gustando yo de oíllas,
tú, por no gloriarte dellas,
no te escusas de emprendellas
y te escusas de decillas.
Mayor crédito has hallado
en vitorias que has tenido
con no haberlas repetido
que con haberlas ganado.
Las alabanzas desdicen
del valor, y así me obligas,
que no es menester que digas
lo que estos papeles dicen.
Y, porque a un tiempo me agrada
tu gusto y tu valentía,
quedará desde este día
en mi servicio ocupada
tu persona.
PERSIO Hónrasme así. *Arrodíllase*.

Deste pie no me levantes:
enano dije denantes
y ahora digo bonamí. *Sale Crotilda.*

CROTILDA Hablarte pretende un hombre
que ser romano declara,
con una banda en la cara,
sin querer decir el nombre.
Dice que te importa.

CENOBIA ¿A mí?
Di que entre.

PERSIO ¿Y si es del demonio
alguna traición?

CENOBIA Andronio,
tú no te apartes de aquí,
que no sabemos qué espera
y yo contigo no más
estoy segura.

PERSIO (No estás;
llama a otros ciento siquiera).

Sale Decio con una banda en el rostro.

DECIO Dame, señora, tus pies.

PERSIO (Y aun, plega a Dios, basten ciento).

CENOBIA Alza del suelo.

DECIO Mi intento
sabrás cuando sola estés.

PERSIO ¿Ves? Solo quiere quedar.
Da licencia a mi partida,
que soy cortés y en mi vida
amigo fui de estorbar.

CENOBIA Salíos todos allá fuera.

PERSIO De buen grado.

IRENE Vamos, pues.

CENOBIA Mirad que advertido estéis
y a cualquier suceso espera
resuelto.

PERSIO Sí, esperaré.

CENOBIA ¿De qué turbado te pones?
(Ya en la voz y en las acciones
la cólera se le ve).
Repórtate.
PERSIO ¿Cómo puedo?
CENOBIA Por bien quizá ha venido.
PERSIO Repórtome. (Ella ha creído
que es cólera lo que es miedo).

Vanse y quedan solos los dos.

CENOBIA Ya se fueron; ya bien puedes,
descubriendo tu intención,
quitar del rostro la banda
y dar al aire la voz.
¿Por qué suspensas al tiempo
tienes la lengua y acción?
¿Qué dudas, que solo estás?
¿Qué esperas, que sola estoy?
Atrévete, si no es
que conociste al temor
después de verme.
DECIO Bien dices,
que, si le conozco yo,
es después de haberte visto.
Mira si tengo razón. *Descúbrese.*
¿Conócesme?
CENOBIA Sí, conozco.
¿Tú no eres Decio?
DECIO No.
CENOBIA Pues ¿quién eres?
DECIO No lo sé;
tan ajeno de mí estoy
que lo dudo. Decio fui
el tiempo que tuve honor,
mas, después que no le tengo,
no sé, Cenobia, quién soy.
Deja el acero que empuñas,

que cuando mi muerte atroz
pretendas, no es menester
más armas que mi dolor.
Este será mi homicida,
si no es en la ocasión
riguroso con piedad
o piadoso con rigor.
Y, en tanto, escucha razones,
cuyo conceto veloz
forman, antes que la lengua,
las alas del corazón.
Bien sabes, Cenobia, bien,
cuando en campaña hice yo
de tu poder experiencia
y examen de mi valor,
que ser vencido no fue
defeto de mi valor,
sino fuerza de mi estrella,
ya que de tus hechos no.
Pues un tirano, un cruel,
un bárbaro emperador,
que sin concierto y sin orden
el ejército eligió,
usó en presencia de todos,
en ofensas de mi honor,
de acciones y de palabras
—aquí se turba mi voz,
aquí enmudece mi lengua,
aquí falta mi razón,
aquí el discurso entorpece,
aquí me mata el dolor—
palabras, razones tales
que ellas serán ocasión
a que entre las fieras viva,
a que me esconda del sol,
si con ver mayor venganza
no enmiendo el daño menor.
Tal hizo por ir vencido,

como si tuviera yo
en mis manos mi fortuna,
sin considerar que son
inconstantes sus efetos
y esta vida breve flor,
que se consume a sí misma,
gusano de su botón;
un almendro de hojas lleno,
que, ufano, con ambición,
a los suspiros del austro
pompa y vanidad perdió;
un edificio, que, atlante
de la esfera superior,
caduco a un rayo, resuelve
en polvo su pretensión;
una llama, que las sombras
de la noche iluminó
y, obediente a un fácil soplo,
pierde luz y resplandor.
Pero ¿para qué te canso,
si no hay ejemplo mayor
que un hombre con alma ayer
y helado cadáver hoy?
Mas ¿dónde voy, ¡ay de mí!,
llevado de la pasión?
Vuelvo al discurso. Este fiero
y cruel emperador,
ofendido que de ti
le hiciese tal relación,
bien que a tus merecimientos
fue corta, dijo que amor
era quien me había vencido;
confieso que no mintió.
Mas fue el amor y la fuerza,
la hermosura y el valor,
porque, dos veces vencido,
fueron tus vitorias dos.
Este, en fin, menospreciando

la fama de tu opinión,
del valor y la hermosura
triunfar en Roma juró.
Contra ti viene, ya llega,
porque estaba a esta ocasión
el ejército en Numidia,
de adonde luego partió.
El mayor que ha visto Roma
conduce; cada escuadrón
parece monte de acero
y flores las plumas son.
Los descogidos pendones
cubren al mundo de horror,
cuando sus águilas llegan
a ver cara a cara al sol.
Esta vitoria, ¡oh, valiente
Cenobia!, importa a los dos;
vea Aureliano que puede
vencerle quien me venció.
A darte el aviso vengo,
por que con más prevención
le esperes. Triunfa de Roma
segunda vez y al blasón
de tus vitorias añade
la de Aureliano, que yo,
dudoso entre dos afectos
de tu vitoria y mi honor,
a darte el aviso vengo
y a lidiar contra ti voy.

CENOBIA Más sentimiento ha causado
tu agravio en mí que temor
la venida de Aureliano,
que aquel siento y esta no.
Venga su ejército y sea
en número superior
a las arenas del mar
o a los átomos del sol.
Traigan máquinas de fuego

más que, ingeniero traidor,
sobre los muros de Frigia
dispuso el Paladión.
Vengan poblando campañas
los elefantes, que son
montes con almas, volcanes
vivos preñados de horror.
Quédese desierta Roma,
que más en esta ocasión
sintiera que no viniera,
¡vive Júpiter, gran Dios!,
donde a tu agravio y al mío
le diera satisfación.
¿Porque te vencí se afrenta
y con necia presunción
da por necia a la fortuna
y por cobarde al amor,
aun sin haberle tenido?
Pues, para más opinión,
con amor he de vencerle
sólo por que sea mayor
mi gloria. Y pues la vitoria
ya nos importa a los dos,
no te vayas, Decio; aquí
de mi ejército el bastón
te daré.

DECIO ¿Pues he de ser
contra mi patria traidor?
Contra Aureliano bien puedo,
como ofendido, mas no
contra los míos, que fuera
confirmar su presunción.

CENOBIA Pues ¡alto!, ¡vete! Y advierte
que vuelvas por tu opinión;
y, para que ocasión tengas,
tu mayor contrario soy.
Vete, pues.

DECIO Y agradecido
a la fortuna, que dio

ocasión a tal ventura
y a mi desdicha ocasión. *Tocan cajas*.
CENOBIA ¿Qué rumor es este?
DECIO Aquellas
cajas de Aureliano son,
que rompidas de los vientos
llegan, cansada la voz.
CENOBIA Hoy ha de verme Aureliano.
DECIO ¿Y yo no he de verte hoy?
CENOBIA No, pues vas a pelear
contra mí.
DECIO Si quejas son,
no hay más quejas que servirte.
Yo me quedaré.
CENOBIA Eso no,
que más quiero, aunque estimara
tenerte en mi campo yo,
verte con honra en mi agravio
que sin ella en mi favor.
Vete, pues, y en la batalla
nos veremos.
DECIO ¿Podré yo
conocerte?
CENOBIA Sí, tú puedes,
por que te advierta mejor,
llevar esta banda. *Dale una banda*.
DECIO ¡Ay, cielos!
¿Podré en tan alta ocasión
tenerla por favor tuyo?
CENOBIA Tú has de tenerla, yo no.
Tenla por lo que quisieres,
que yo por señal la doy. *Tocan*.
Ya de las templadas cajas
el eco suena mayor;
yo voy a verme con él.
DECIO Y yo a verme con él voy.
CENOBIA Adiós, y Aureliano muera.
DECIO Viva Cenobia, y adiós.

LA PUENTE DE MANTIBLE

COMEDIA FAMOSA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ÍNDICE

Primera jornada 483
Segunda jornada 512
Tercera jornada 544

Personas que hablan en ella.

FIERABRÁS
FLORIPES
IRENE
ARMINDA
BRUTAMONTE
GALAFRE, *gigante*
MOROS Y FRANCESES
GUIDO DE BORGOÑA
OLIVEROS
ROLDÁN
RICARTE DE NORMANDÍA
EL INFANTE GUARINOS
CARLOMAGNO
GUARÍN, *gracioso*

PRIMERA JORNADA

Salen Guido y Oliveros de franceses galanes, con bandas en los rostros; Fierabrás y moros, deteniéndole; Floripes, Irene y Arminda, turcas. Suenan cajas y trompetas.

GUIDO Sólo el valor merece
de mi honor esta banda. Si os parece,
bizarros caballeros,
que la podéis cobrar, sean los aceros
árbitros del valor en la campaña.
FLORIPES ¡Ay de mí!
IRENE ¡Gran valor!
ARMINDA ¡Desdicha estraña!
FIERABRÁS ¿Qué es esto? ¿En mi presencia
osáis tomar tan bárbara licencia?
Quién sois saber espero.
GUIDO No esperes saber más que un caballero
a quien veloz la fama
con los aplausos destas fiestas llama.
A verlas he venido;
impórtame volver desconocido;
por eso no te asombre
que encubra en tu presencia traje y nombre.
Pero si alguno quiere
cobrar la banda, y a esto se prefiere,
venga al campo por ella;
conocerame al ver que cruza y sella
la esfera de mi escudo,
si ya por astro celestial no dudo
que la cobren los cielos

y entre líneas, coluros, paralelos,
la fijen por estrella
como despojos de Floripes bella. *Vase*.

FIERABRÁS Yo he de saber quién eres.

OLIVEROS Menos que a mucho riesgo no lo esperes,
que a costa de mi vida
ha de volver la suya defendida.

FIERABRÁS ¡No le mates, detente!
Tu talle y tu valor, joven valiente,
de suerte me aficiona,
viendo arriesgar a tanto tu persona
por librar a un amigo,
que quiero de piedad usar contigo,
caso tan prodigioso
que es la primera vez que soy piadoso.
Di quién eres, a efeto
de estimar tu valor, y te prometo
desde luego la vida.

OLIVEROS Ya que miro la suya defendida,
pues un bruto veloz y el pensamiento
van corriendo parejas en el viento,
decirte quién es quiero,
por si acaso algún noble caballero
que honor y fama adquiere
satisfacerte deste agravio quiere.
Aquel, pues, valeroso
joven que al mismo Amor tiene envidioso,
de perfecciones lleno
—perdone aquí la envidia su veneno,
la traición su ponzoña—,
es el ilustre Guido de Borgoña,
que, en la redonda mesa
valiente paladín, la ley profesa
de la caballería,
esmalte del valor y bizarría.
Hoy, pues, que nuestro Rey te ha concedido
las treguas que has pedido
a efetos venturosos

de celebrar los años generosos
de tu Floripes bella,
que fue del cielo flor, del campo estrella,
del orbe sol divino,
hasta tu campo el de Borgoña vino
con intención estraña
de ejecutar alguna ilustre hazaña,
acompañado sólo de su acero;
porque yo no soy más que un escudero,
que no quiero engañarte
por adquirir en sus aplausos parte.
Es mi nombre Guarín y en el seguro
de tu palabra ya volver procuro
hasta el francés ejército, que es tarde.
El cielo, Fierabrás, tu vida guarde. *Vase.*

FIERABRÁS ¡No le siga ninguno de mi gente,
que a mí toca no más!

FLORIPES ¡Señor, detente!

FIERABRÁS Por la boca —¡apartad!— y por los ojos
iras vierto y enojos,
porque es a mi despecho
un Etna el corazón, Volcán el pecho.
Y aunque el Cáucaso fueras
que al Nilo de mi furia te opusieras,
sierpe de siete bocas
que vuelve atrás los montes y las rocas,
mi curso no estorbaras
ni el paso a tanta furia sujetaras.
Ya Fierabrás te sigue, ¡oh, rabia fiera!
Aguarda, Guido de Borgoña, espera. *Vase.*

FLORIPES ¡Ay de mí! Qué mal hice
en dejalle partir ¡Soy infelice!

IRENE ¿Agora desconfías?
Tú, gallarda Floripes, que tenías
por festivas acciones
ver en campaña armados escuadrones,
juzgando más hermosas
las flores y las rosas

por la púrpura humana
que por las listas de carmín y grana,
¿hoy por un desafío
humillas la altivez, postras el brío?
Tú, que altiva te igualas
a competir a la deidad de Palas
y en ejércitos vienes,
donde más gusto que en la corte tienes,
porque su horrible salva
son para ti los pájaros del alba,
¿a una lid solamente
sujetas el espíritu valiente?
Tú, que monte de acero
fuiste tal vez, cuando al albor primero
más sangre que rocío
bebieron las campañas del estío,
¿melancólica y triste,
a un trance de armas el valor rendiste?
Más causa es que parece.

FLORIPES Dices bien; y, supuesto que se ofrece
ocasión en que pueda
deciros mi temor, por que conceda
treguas al sentimiento,
prestad dos atenciones a un acento.
Ya sabéis que de Balán,
el almirante feliz
de África, el rey soberano
de Alejandría, el cadí
de Berbería, el soldán
de Persia, de Egipto el cid,
morabito y gran señor
de Jerusalén, nací
hija segunda y hermana
de Fierabrás el gentil.
No fue poca admiración
en dos hermanos medir
la naturaleza tantas
distancias; mas, si advertís

que en los campos del aurora
son líneas de oro y carmín
las que en el ocaso sombras
de esmeralda y de rubí;
si advertís que de una planta
y casi de una raíz
nace el romero y la adelfa,
el clavel y el alhelí,
que partos de un año mismo
son las pompas del abril
y las ruinas del enero,
que del sagrado viril
son aborto concha y perla,
y que saben imprimir
dioses y fieras las puntas
de un pincel y de un buril,
no es mucho que de una causa
—calle la modestia aquí—
naciésemos, para ser
él ocaso, yo cenit,
él adelfa, yo clavel,
él la sombra, yo el matiz,
él la concha, yo la perla,
él enero y yo el abril.
Sólo lo que nos ha hecho
hermanos fue el varonil
espíritu, el corazón
de que adornada me vi.
Siempre a su lado me hallastes,
siendo en una y otra lid
trofeo de sus vitorias,
rayo no, cometa sí.
El corcel menos domado,
el polaco más cerril
que a la obediencia del freno
jamás dobló la cerviz,
si su espalda ocupo, pierde
la ferocidad gentil,

sin más freno y sin más rienda
que un cabello de la clin.
Las músicas y alegrías
más sonoras para mí
son lo horrible de la caja,
son lo dulce del clarín.
Mas ¿por qué blasono tanto,
si en efeto he de decir
sentimientos que a mí misma
largo tiempo me encubrí?
Si bien es grande disculpa
que no me pudo rendir
menos que un dios; si es Amor,
fácil está de advertir,
porque es una llama fácil,
porque es un rayo sutil,
que en lo más rebelde siempre
va anhelando por herir.
Dígalo en mí su soberbia,
dígalo su fuerza en mí,
pues, por juzgarme imposible
vitoria, con más ardid,
con más poder, con más fuerza
flechó al arco de marfil
arpones de dos en dos
y plumas de mil en mil.
Ya dije, en fin, que el Amor
me rindió; ya dije, en fin,
que quise bien; pues empiecen
mis sucesos desde aquí.
El almirante, mi padre,
que en doseles de zafir
al lado de Marte asiste,
envidioso que la lis
francesa se coronase
de la diadema feliz
que los laureles del Tíber
ciñen en yelmos de Ofir,

y codicioso también
de igualar y competir
esta dignidad, salió
del África a conseguir
sus aplausos, deseoso
que la gran emperatriz
del orbe le coronase
por su rey. Con él salí
a ser parte en sus vitorias,
mejor pudiera decir
a ser todo en mis desdichas,
pues, queriendo resistir
Carlomagno sus intentos,
le esperaba en el confín
de aquesta parte de Italia,
donde ese olimpo gentil,
bata de esmeralda y flores,
tiene por espejo al Rin.
Tenía Carlos consigo
cuantos de su sangre oís
que son asombro del mundo,
tan iguales entre sí
que a tabla redonda comen,
y ejércitos que medir
pudieran al sol los rayos,
pues, para sustituir
sus luces, no deja tantas
estrellas, cuando al nadir
se despeña, como arneses
tuvo el monte sobre sí.
El Emperador, queriendo
con mi padre conferir
sus intentos, le envió
un embajador; aquí
empezaron mis desdichas.
Estaba yo en un jardín
alojada y desde un verde
mirador el campo vi

y en él un monte eminente
que, acercándose hacia mí,
del campo francés venía.
¡Quién —retórica sutil—
el caballo y caballero
os supiera describir!
Era el bruto un cisne hermoso,
a pesar de una terliz
encarnada, tan de nieve
que la espuma que escupir
le hizo el freno parecía
blancos copos que de sí
iban cayendo; la cola
y guedejas, que al partir
veloz el viento rizaba,
eran hebras de marfil;
y, como el cuerpo era nieve
y ellas ondas, presumí
que por la clin y la cola
se empezaba a derretir.
El valiente campeón,
el generoso adalid,
el gallardo caballero,
el ilustre paladín,
sobre arnés blanco traía
de un encarnado tabí
una aljuba y a los visos
del sol os puedo decir
que vi bajar por la selva
todo un orbe de rubí,
todo un globo de escarlata,
todo un cielo de carmín,
nadando en golfos de flores
un escollo carmesí.
Dicen que la garza hermosa,
rayo de pluma que herir
se atreve al sol, cuando mira
el halcón noble o baharí

que la sigue, reconoce
con temor cobarde y vil
el pájaro a cuyas manos
ha de parar o morir.
Yo, en viendo a este caballero,
me turbé, temblé y temí,
porque sin duda ha de ser
de tanta garza el neblí.
Llegó de paz al real
y algunos días que allí,
embajador, se entretuvo
en uno y otro festín,
creció amor comunicado,
que, aunque el ver suelen decir
que es el que enamora más,
más enamora el oír.
Murió mi padre a este tiempo
y en este tiempo, ¡ay de mí!,
mi hermano y Carlos trataron
que fuese arbitrio la lid,
que fuese juez el acero
de su pretensión; y así,
vuelto al ejército luego
este Eneas paladín,
el ejército africano
empezó a vencer en mí,
pues que me dejó sin vida:
¡mirad qué hazaña tan vil!
Desde entonces de él no supe,
desde entonces no le vi,
hasta hoy que disfrazado
entró al trágico festín
que mis años celebraba.
Aquel que visteis aquí
tan galán como valiente;
aquel que se arrojó a asir
el cendal que de mis manos
cayó al suelo; aquel, en fin,

que volvió con trofeos míos,
es del alemán país
príncipe augusto; Borgoña
le dio la sangre feliz
de Austria. Mirad, pues, si tengo
ocasión para sentir
este duelo, este rigor,
esta contienda, esta lid,
esta pasión, esta furia,
cuando, confusa entre mí,
cobardes mis pensamientos
traen una guerra civil,
y ha de morir mi deseo
o mi amor ha de morir,
pues que mi hermano o mi amante
hoy tendrán trágico fin.
Mas dadme un caballo presto,
que, si puedo, he de impedir
la batalla. No replique
ninguna, todas venid.
¡Amor, dos veces me llevas:
duélete alguna de mí!

Vanse y sale Guarín, soldado.

GUARÍN El que quisiere tener
nombre en el mundo famoso
alábese, que es forzoso
para darse a conocer.
Yo, pues, con tal desengaño
alabarme a voces quiero,
porque una gran dicha espero
que me ha de dar este engaño.
En una batalla un día
un gran capitán murió
y, retirándole yo
por ver si acaso tendría
cualque cosa de provecho,

el hato desvalijé
y estos papeles hallé
abrigados en su pecho:
firmas son de sus hazañas.
Yo, que hacer ninguna espero,
que no soy nada hazañero,
valiéndome de mis mañas,
mi nombre he puesto en lugar
del suyo muy sutilmente
y, hipócrita, de valiente
al mundo pienso engañar.
Hoy que Guido, mi señor,
del campo ausente se ve,
sin que me riña, podré
darlos al Emperador.

Salen con cajas el Emperador, Roldán, Guarinos, Ricarte y soldados.

ROLDÁN Con las treguas destos días
desvanecido se ve
el ejército, porque
las galas y bizarrías
son sobre blancos aceros
escarchas sobre claveles.
EMPERADOR Buenos están los cuarteles
de mis nobles caballeros.
INFANTE Los Pares son los varones
más claros y singulares.
GUARÍN ¿No tendrán entre esos Pares
su lugar algunos nones
para atreverse a besar
tus pies en esta ocasión?
EMPERADOR ¿Quién sois?
GUARÍN Un soldado non,
añadidura de un Par.
Escudero soy leal
de Gui de Borgoña, pero

no soy venial escudero,
sino escudero mortal.
Estos papeles dirán
si soy o no soy Guarín,
ni follón ni malandrín.

EMPERADOR Mostrad a ver.

GUARÍN (Buenos van
mis intentos, fortunilla;
si estas máquinas consigo,
no se me da de ti un higo).

EMPERADOR Mucho el ver me maravilla
tantos hechos sin haber
tenido noticia dellos.

GUARÍN Soy recatado en hacellos.

EMPERADOR Lo que he podido leer
en la certificación
primera que aquí me disteis
es, Guarín, cómo perdisteis
un brazo en cierta ocasión.
Y gran maravilla es
veros con los dos aquí.

GUARÍN Es verdad que le perdí,
mas tornele a hallar después.

EMPERADOR Pues ¿qué importa habelle hallado,
después de habelle perdido?

GUARÍN (¡Vive Dios que me ha cogido!).
Pues ¿no pude haber sanado?

EMPERADOR ¿Cómo?

GUARÍN (Ese es mucho apretar).
A una imagen me consagro
y pegose por milagro.
(Aquí no hay qué replicar).

EMPERADOR Dice aquí, Guarín, que un día
reñisteis con Fierabrás.

GUARÍN ¿Un día dice, no más?
¡Qué corta es la dicha mía!
Veinte batallas campales
son, señor, las que me vi

con él y diez le vencí.
EMPERADOR Si son vuestros hechos tales,
¿cómo, de tantos, un día
vencido no le prendistes
y a mi campo le trujistes?
GUARÍN Vencíale en cortesía.
Mas yo sé que, si él viniera
aquí, que él te confesara
esta verdad cara a cara
y que mis hechos dijera.
EMPERADOR ¿Dónde está vuestro señor
Guido de Borgoña?
GUARÍN Fue
al campo contrario.
EMPERADOR ¿A qué?
GUARÍN A ganar fama y honor.
EMPERADOR Pues, habiendo yo mandado
que nadie salga de aquí,
¿Guido de Borgoña así
mi precepto ha quebrantado?
Digno castigo merece
tan notable atrevimiento.
ROLDÁN Su juvenil ardimiento
poca sujeción padece.

Sale Guido y Oliveros.

OLIVEROS Como os he dicho, tomé
nombre del vuestro escudero,
que parte, Guido, no quiero
en esta hazaña.
GUIDO ¿Por qué?
RICARTE Con las treguas están llenos
sus pechos de iras y sañas,
anhelando por hazañas.
GUIDO ¿Si nos habrá echado menos
el Emperador?
OLIVEROS No habrá,

pues hemos llegado, en fin,
a tan buen tiempo.
GUIDO Guarín
hablando con él está.
¿Si habrá dicho dónde fuimos?
RICARTE ¿Tal de Guarín presumís?
EMPERADOR ¿De dónde bueno venís?
GUIDO Los dos, gran señor, venimos
de hacer mal a dos caballos
de alma y aliento español,
que para su carro el sol
con razón puede envidiallos.
En su escuela divertido,
llego a saludar tan tarde
tu vida, que el cielo guarde.
EMPERADOR Más la disculpa he sentido
que la culpa que tenéis,
pues con lo que me decís
error a error añadís.
GUIDO Señor.
EMPERADOR No, no os desculpéis.
ROLDÁN Señor.
EMPERADOR Llevad, Roldán, vos
luego a vuestro primo preso
a su tienda. (Si este exceso
no castigo, vive Dios
que no haya francés que luego
al ejército no vaya;
y importa que estén a raya
con su ejemplo).
ROLDÁN (Pues yo llego
a prenderos, presumid
que aqueste partido escojo,
mientras se pasa el enojo
del césar). Primo, venid.
GUIDO Yo obedezco. (Por ti ha sido
todo cuanto me ha pasado).
GUARÍN (Si importaba haber callado,

hubiérasme prevenido;
mas, cuando el daño ha de ser,
no hay prevención acertada).

OLIVEROS (De mí no le ha dicho nada,
pues no me manda prender).

RICARTE Por Guido quiero pedir.
Advierte, señor, que ha sido
valor el que le ha movido
hoy a tu sobrino a ir
al campo de Fierabrás.

OLIVEROS Cese tu enojo, por Dios.

EMPERADOR No pidáis por nadie vos.

INFANTE Advierte, señor…

EMPERADOR ¡No más!
Bien está.

FIERABRÁS *Dentro.* ¡Esperad, que no
dan la gloria al que la intenta,
si después no la sustenta!

EMPERADOR ¿Quién da aquestas voces? *Sale Fierabrás.*

FIERABRÁS Yo,
yo, Carlos.Y bien debieras
conocer, por lo sonoro
del trueno, el rayo que fue
de tanto escándalo aborto;
bien pudieras inferir
por la voz del eco sordo
qué monte la concibió
entre sus cóncavos hondos;
bien en la región del viento
discurrir qué terremoto
se levantó por las ruinas
que dan espanto y asombro;
y bien conocer debieras
por la tormenta qué noto
respiró, pues me ha temido,
cuando estas razones formo,
cuando estos suspiros lanzo,
cuando estas voces arrojo,

ira el fuego, rayo el viento,
furia el mundo, el mar asombro,
caducando de temor
mar, cielos, tierra y escollos.
No te admirarás de verme,
que un pecho, Carlos, heroico
o tarde o nunca le debe
admiración a sus ojos.
A tu ejército he llegado
en seguimiento forzoso
de un gallardo paladín,
aunque en vano me dispongo
a alcanzallo, que me lleva
gran ventaja, cuando noto
que él huye y que yo le sigo,
y así él vuela cuando corro.
Llegó a mi campo y volvió
coronado de despojos,
mas, si bien sabe ganallos,
bien sabe ponerse en cobro.
¿Qué opinión me añadirá
haber llegado animoso
hasta aquí, si ahora cobarde
en un caballo me pongo
y a espaldas vueltas me vuelvo?
Él así, atrevido y loco,
a mi ejército llegó,
pero, apenas le conozco
extranjero, cuando, puesto
en un caballo brioso,
que por gozar dos especies
de viento y rayo era monstruo,
huyó de mí tan veloz
que, hecho una esfera, hecho un globo,
él y el caballo formaron
pardas nubes de humo y polvo
en que esconderse. Mas yo,
que a más riesgos me dispongo,

no he de volverme de aquí,
si no es que primero cobro
una banda de Floripes,
beldad que bárbaro adoro,
sol que sacrílego sigo
y luz que sola conozco.
Guido de Borgoña es
a quien sigo y a quien nombro
por adalid deste duelo;
salga, pues, y los dos solos
cuerpo a cuerpo desmintamos
tantos cobardes estorbos.
Emperador soberano
eres; de tus leyes oigo
que no sabes negar campo
a quien le pide animoso.
También de tus paladines
sé que no viven famosos
mientras retirados viven,
y que hasta cinco es forzoso
esperar en la estacada.
Pues si esto, Carlos, no ignoro,
no puedes negar a Guido
el campo a que le dispongo,
la batalla a que le incito,
el duelo a que le provoco
y la empresa a que le llamo.
Salga, pues, y verán todos
que esa banda, ese cendal,
que es iris de plata y oro,
o le compro con mi vida
o con mi acero le compro,
porque pienso en su demanda
hacer que este valle hermoso
con los cadáveres sea
un bárbaro promontorio,
tanto que el sol al nacer,
viendo monte el que era soto,

piense que ha errado el camino
de sus celestiales tornos;
las flores se han de mirar
en los humanos arroyos
de sangre y estos humildes
céspedes que piso y toco,
compitiendo los claveles,
tendrán desdichas a logro,
pues, a pesar del aurora,
que con lágrimas y soplos
quiso que naciesen verdes,
querré yo que mueran rojos.

EMPERADOR Grande rey de Alejandría,
a cuyo valor heroico
es poca voz una fama
y un clarín aplauso poco.
Guido de Borgoña es
caballero tan brioso
que ya estuviera en el campo
lleno de saña y enojo
esperándote, si oyera
tus arrogancias y oprobios.
No puede, porque está preso.
Y quien supo argüir el modo
de nuestra caballería
también sabrá que es forzoso
que excepte presos y heridos
el retador generoso.
Vete en paz, que, estando libre,
el campo aplazado otorgo.

FIERABRÁS Si está preso, que haya hecho
algún delito es forzoso
y así dale por sentencia
que salga al campo. Yo oigo
que los antiguos romanos
a lidiar fieras al coso
condenaban a los presos;
usa de esa ley piadoso

y, si has de echarle a las fieras,
echármele a mí es lo propio.
Y, si él no puede salir
por esa causa que ignoro,
amigos y deudos tiene;
salga con su nombre otro.

ROLDÁN Ninguno, bárbaro rey,
te ha escuchado de nosotros
que ya no hubiera salido,
si fuera el peligro honroso,
que, cuando uno de otra ley
nos reta en común a todos,
todos por salir tenemos
civiles guerras y enojos,
tanto que tal vez quisimos
matarnos unos a otros
para que después saliera
el que se quedara solo.
Hoy no ha llegado este caso,
porque tú, soberbio y loco,
nombras uno; y no es razón
quitalle a aquel el famoso
vencimiento, porque ya
le juzgamos por notorio.
Entre nosotros guardamos
este respeto y decoro
y así ninguno ha salido.
Vete, pues, vanaglorioso
de ser el hombre primero
que ha dado a Roldán enojos
y vive un instante más.

FIERABRÁS Bien sabéis guardaros todos,
mas yo no pienso volverme
sin que algún hecho famoso
me despique de una injuria
que he recebido a mis ojos.
Y pues ningún paladín
ha de salir, yo depongo

el ser rey de Alejandría,
del Cáucaso hasta el Peloro
señor. Depongo que sea
mi vasallo aquel ruidoso
hipogrifo de cristal,
que nace en su cuna sordo
y espira por siete bocas
con escándalo y asombro.
Depongo el ser mi vasallo
el fénix, pájaro solo
que ascua, ceniza, gusano,
sacrificio, aroma y voto,
en cuna de calambuco,
en tumba de cinamomo,
nace y vive, dura y muere,
hijo y padre de sí propio.
Depongo el ser de Mantible
alcaide, edificio honroso,
que el río del Agua Verde
sustenta sobre sus hombros,
y bajándome a ser hombre
humilde y vil, reto y nombro
a un escudero de Guido,
porque su valor conozco;
Guarín se llama. Y pues fue
parte en mi agravio y enojo,
lo ha de ser en mi venganza,
cuando yo me humillo y postro
a ser un soldado humilde,
que, aunque sea triunfo corto
una vida, de una vida
he de volver vitorioso.
No hay escusas para esto
y así verás que no torno
huyendo. Salga Guarín
donde tan menudos trozos
le haré que, esparcido al viento,
no cause al sol más estorbo

que los átomos, que son
jeroglíficos del ocio. *Vase*.

GUARÍN (¡Y lo hará como lo dice!
¿Cuál Belcebú, cuál demonio
se le revistió en el cuerpo?
Él viene borracho o loco.
¡Yo retado, yo retado!).

EMPERADOR Guarín, agora conozco
quién sois; y pues vuestra fama
llegó a los climas remotos
del África…

GUARÍN No, señor,
que hay más Guarines.

EMPERADOR Vos propio
dijisteis que, si viniera,
Fierabrás dijera cómo
sois valeroso soldado.

GUARÍN (Soy un puto, soy un tonto).

EMPERADOR Yo os armaré caballero
cuando volváis venturoso;
empezad vuestro linaje.

Vase el Emperador y Ricarte.

GUARÍN (¡Que haya en esta vida bobos
que mueran por dejar fama
a sus nietos y a sus choznos!
¡Yo retado, yo retado!).

ROLDÁN Vos me dejáis envidioso. *Vase*.

GUARÍN Pues tomaldo por el tanto.

INFANTE Idos a armar, que es forzoso
salir. *Vase*.

GUARÍN ¿Ello va de veras
o todos me dan un como?

OLIVEROS Yo quiero armaros. Venid
conmigo a mi tienda.

GUARÍN Al rollo
fuera mejor.

OLIVEROS No temáis,
que yo os sacaré de todo,
pues yo en todo os he metido. *Vase.*
GUARÍN ¿Tú, Guarín, menudos trozos?
Ya fuera dicha algún tanto,
algún tiento o algún tonto,
si, como dijo menudos,
hubiera dicho mondongos.

Vase. Salen Floripes e Irene con espadas y arcos y flechas.

IRENE ¿No le pudiste alcanzar?
Vano fue tu pensamiento.
FLORIPES Un águila hiriendo el viento,
un delfín cortando el mar,
un caballo desbocado
en medio de la carrera,
un rayo abriendo la esfera
adonde ha sido engendrado,
una flecha disparada
del corvo marfil herido,
un cometa desasido
de su fábrica estrellada
se podrán volver atrás
sólo con quererlo yo,
en su violencia, mas no
la furia de Fierabrás,
porque excede, altivo y fuerte,
a águila, delfín, saeta,
caballo, rayo y cometa.
IRENE Sin duda que a ver su muerte
al ejército francés
ciego y bárbaro llegó.
FLORIPES Pues sabré vengarle yo. *Suena un clarín.*
Pero ¿qué es esto?
IRENE ¿No ves
tus ejércitos marchando,
que a los dos vienen siguiendo,

montes de plumas fingiendo,
mares de acero imitando,
porque son, en tornasoles
en quien el sol se retrata,
las armas ondas de plata,
las plumas selvas de flores?
Las descogidas banderas,
que aves del viento parecen,
con colores desvanecen
los cielos por las esferas,
porque, dando al sol desmayos
con tornasoles sutiles,
le trasladan los abriles,
le tiranizan los mayos.
Vuelve los ojos y mira
tanto aplauso y pompa tanta
que el sol de verlos se espanta,
que el mar de oírlos se admira;
los montes, de sustentallos,
deliran o se estremecen,
que montes vivos parecen
elefantes y caballos.

FLORIPES Yo me huelgo, por que no
me obligue a volver atrás.
Mas ¿no es aquel Fierabrás? *Sale Fierabrás.*

FIERABRÁS ¿Quién me ha pronunciado?

FLORIPES Yo,
que, siguiéndote hasta aquí,
hasta las tiendas llegué
del ejército por que,
si alguna desdicha en ti
con ventaja o con traición
el francés ejecutase,
tuvieses quién te vengase.

FIERABRÁS Hermosa resolución,
pero que me ofende digo
quien de mí desconfiaba.

FLORIPES ¿Estabas solo?

FIERABRÁS No estaba,
pues yo me estaba conmigo.
Yo no estoy solo jamás,
pues dondequiera que estoy
tu hermano y tu amante soy
y soy después Fierabrás.
¡Mira si tuviera en vano
hoy que vencer en mí más
que aun no sólo en Fierabrás,
en tu amante y en tu hermano!
FLORIPES Si presumes arrogante
que con finezas te obligo,
como a mi hermano te sigo,
pero no como a mi amante.
Ya sabes que no has de hablarme
en eso, porque es perderme
y es, en efeto, ofenderme
lo que pudiera obligarme.
Dime ¿qué te ha sucedido
en tan heroica demanda?
FIERABRÁS Pues que vuelvo sin tu banda,
desairado habré venido.
Pero yo la cobraré.
FLORIPES Ven a tu ejército agora,
que la última línea dora
al sol de aquel monte, en que
rústica pira se advierte.
FIERABRÁS Deja que salga primero
a este campo un escudero;
no haré más que darle muerte
y irme.

Sale Oliveros embozado.

OLIVEROS Si de la manera
que se dice se ha de hacer,
hoy, Fierabrás, se ha de ver.
Ya el escudero te espera;

el que a tu campo llegó
con su señor está aquí;
yo el que se te opuso fui
y el que te espera soy yo.

FIERABRÁS Valiente eres, bien se ve,
pues a salir te atreviste,
que en osar morir consiste
la valentía; y por que
llegues con tiempo a lograr
la vitoria de morir
a mis manos, te he de asir
de un brazo y echarte al mar,
que mi denuedo valiente
no ha menester el acero
para un mísero escudero.

OLIVEROS Llega, pues. *Sale Guido.*

GUIDO ¡Bárbaro, tente!
Que yo, por lidiar contigo,
mi prisión pude quebrar,
que otro no te ha de matar
viniendo a reñir conmigo.
Si tú me matas aquí,
poco importa haber quebrado
la prisión, pues más honrado
muere un caballero así.
Si por salir, Fierabrás,
a postrarte y a vencerte,
el césar me diere muerte,
dejaré esta hazaña más.
Luego de cualquier manera
salir es empresa altiva,
o ya vitorioso viva
o ya desdichado muera.
¿Qué veo?

OLIVEROS A quien salió por ti. *Vase.*

FLORIPES (Dame industria, ciego dios,
para que hoy entre los dos
estorbe el duelo, que así

un temor a otro prefiere,
un dolor a otro apercibe,
pues vivo si Guido vive
y muero si Guido muere). *Vanse ellas*.

FIERABRÁS Arriédrate de mi gente
y sea de mi demanda
precio esa partida banda.

GUIDO Soy contento, mas detente. *Suena caja*.

FIERABRÁS ¿Qué es aquesto?

Sale Floripes y damas.

FLORIPES Que el francés,
como aquí tu gente vio,
hoy al paso nos salió
con su ejército. ¿No ves
que a guisa de dar batalla
hacia nosotros se viene
y la guerra te previene?

FIERABRÁS Pues no pienso rehusalla.
¡Cierra, ejército africano,
con valor y fuerza altiva!

DENTRO ¡Viva Francia!

OTROS ¡África viva!

FIERABRÁS Pues tú y yo, noble cristiano,
a los dos campos hagamos
la salva; nuestros aceros
sean anuncios primeros
de la lid.

GUIDO Pues embistamos.

Tocan al arma y se entran peleando.

FLORIPES ¡Ay, bella Irene; ay, Astrea!
A mí, que fui veces tantas
primer trompeta que dio
a las huestes africanas
ánimo y valor, ¿así

un recelo me acobarda,
una pasión me suspende
y una desdicha me agravia?
Yo ver puestos frente a frente
dos campos que se amenazan,
representando a los cielos
en teatros de esmeraldas
mil tragedias la fortuna,
¿y con la ceñida aljaba
no disparar una flecha?
Yo ver en estas campañas
tan anegadas las flores
que con la púrpura humana
se olvidan de que nacieron
azules, verdes y blancas,
¿y con la espada en la cinta
no ser un rayo mi espada?
Yo escuchar el son horrible
de las trompetas y cajas,
cuya música excedió
a los pájaros del alba,
¿y no animar a su son
el hipogrifo que tasca
a compás el freno? Yo,
tan confusa y tan turbada,
¿la postrera soy que hoy
lucero del campo salga?
¡Alguna pena me aflige!
¡Algún horror me amenaza!

DENTRO ¡Viva África!

OTROS ¡Francia viva!

IRENE Ya se cierra la batalla.

FLORIPES Ya nuestras flechas al sol
le sirven de nubes pardas,
estorbando al sol los rayos
y, para que no hagan falta,
los repetidos aceros
de los franceses abrasan

con centellas todo el suelo,
de suerte, ¡ay de mí!, que cuanta
luz quitaron nuestras flechas,
nubes de pluma que pasan,
restituyen sus aceros.

ARMINDA Como nuestro campo estaba
más prevenido, ¡oh, qué infausto
es el día para Francia!

IRENE De vencida va el francés.

Sale Guido sin armas y Fierabrás tras él.

GUIDO Herido estoy y sin armas;
darme la muerte sin ellas,
más que vitoria, es infamia.
Deja que las cobre, puesto
que noble adalid te llamas,
o ven conmigo a los brazos.

FIERABRÁS No ha de ser con tal infamia
mi vitoria; darte muerte
fuera muy cobarde hazaña.
Darte armas necedad fuera
y, pues rendido te hallas,
mejor es que prisionero
me sirvas. Floripes, guarda
ese preso mientras sigo
la vitoria que me aguarda,
que, si con estos trofeos
vuelvo a nuestra invicta patria,
una vez pasado el puente
de Mantible, tarde aguardan
a cobrarlos. Fierabrás
hoy pisa, huella y arrastra
las lises de Clodoveo.
¡Viva África y muera Francia! *Vase.*

FLORIPES (Hasta celos y desdichas
puede sufrirse la llama
de amar, mas no si una vez

las cenizas se levantan).
Noble Guido de Borgoña,
la mano del rostro aparta;
¿es mucha la herida?

GUIDO No,
que basta esa mano blanca
a hacer lisonja al dolor,
dando nueva vida al alma.

FLORIPES Vive Alá, noble francés,
que una flecha de mi aljaba
no he disparado a tu gente
ni fui parte en tus desgracias.

GUIDO Antes, hermosa Floripes,
pienso que las disparabas
todas tú, pues todas fueron
a mi pecho. No me hagas
fineza no haber tirado,
pues que lo fuera más alta,
supuesto que he de morir,
el saber que tú me matas.

FLORIPES Sabe el cielo que quisiera
darte libertad, mas tanta
es la pena de tu herida
que no dejo que te vayas
a morir en otros brazos.
Ven conmigo donde haga
finezas mi amor, que yo
te doy la mano y palabra
de darte la libertad
que hoy no te doy.

GUIDO Si tú guardas
mi vida, diré que ha sido
venturosa mi desgracia.

LA PÚRPURA DE LA ROSA

Fiesta de Zarzuela y representación música,
que se hizo a sus Majestades en el Coliseo
de Buen Retiro

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

Personas que hablan en ella

ADONIS
MARTE
AMOR
EL TEMOR
EL DESENGAÑO
EL RENCOR
CHATO, VILLANO
DRAGÓN, SOLDADO
LA ENVIDIA
VENUS
BELONA
FLORA, NINFA
CINTIA, NINFA
CLORI, NINFA
LIBIA, NINFA
CELFA, VILLANA
LA SOSPECHA
SOLDADOS, Y MÚSICOS

Salen Flora, Cintia, Clori y Libia, cada una de por sí, cantando en estilo recitativo, como con asombro, mirando al vestuario, como huyendo con admiración.

FLORA *sale* ¡Al bosque, al bosque, monteros,
que osadamente veloz,
va en alcance de una fiera
la hermosa madre de Amor!
CINTIA *sale* ¡Ventores, al valle, al valle,
que empeñado su valor,
se fía en que la hermosura
aún vence más que el arpón!
CLORI *sale* ¡Al monte, al monte, sabuesos,
que bien tendrá su esplendor
contra los hombres poder,
mas contra los brutos no!
LIBIA *sale* ¡Lebreles, al llano, al llano,
que del cerdoso terror
—errado el tiro— embestida,
peligra su perfección!
FLORA Id,…
CINTIA Llegad,…
CLORI Corred,…
LIBIA Volad,…
DOS 1.as *dicen* … que el cansancio…
LAS DOS 2.as *dicen* … que el temor…
TODAS *dicen* … ha desmayado en nosotras
vida, alma, aliento y acción.

Dentro Venus y Adonis.

VENUS ¡Ay infelice! ¿No hay
quien me dé amparo y favor,
no hay quien me socorra?
ADONIS Sí.

Salen los dos, y Adonis con Venus en los brazos.

VENUS ¿Quién me da la vida?
ADONIS Yo,
yo, que vivo imán del blando
boreal norte de tu voz,
pude en tu ayuda llegar
a tan felice ocasión,
que acometido sin culto
lo hermoso de lo feroz,
solicitaba apagar
su mejor estrella al sol;
y adelantando a la planta
la saeta, que debió
de haber quitado la pluma
a un ala del corazón,
tremolada en su cerviz,
pues añadida se vio,
como en sagrado castigo
de tan sacrílego error;
con cuyo acertado impulso
el bandido bruto atroz
dejó de seguirte, a tiempo
que de tu fuga el pavor
tropezó en tu ligereza,
para que, llegando yo,
te recibiese en mis brazos:
con que no queda deudor
tu riesgo a mi beneficio,
pues tan presto le pagó
que ha dejado la fineza
ajada del galardón.
VENUS Ya que del pasado susto,
gallardo, hermoso garzón,

mis fatigados alientos
cobran la respiración
—y más viendo que la herida
fiera, manchando el verdor,
al monte a enfrascarse vuelve,
con que más segura estoy—,
sepa quién eres.

TODAS Y sepan
cuantas a su adoración
asisten, a quién deudoras
de tan gran dádiva son
como la vida de Venus.

ADONIS ¿Tú eres Venus?

VENUS Sí, yo soy
deidad y reina de Chipre;
mas ¿de qué es la suspensión?

ADONIS De haber llegado a mirar
prodigio tan superior,
como que naciese nieve
para que engendrase ardor.
¿Tú eres la madre de aquel
desnudo vendado dios,
que, por más que dore el hierro,
nunca ha dorado el error?
¿De aquel escándalo niño,
tan siempre niño, que no
es mayor que el día que nace,
y crece a no ser mayor?
¿De aquel tirano caudillo
que en la lid de una pasión
hizo sinrazón, haciendo
prisionera la razón?
¿De aquel intruso poder
que con el mismo dolor
que en la prisión la atormenta,
la entretiene en la prisión?
Pues perdona, que aunque sea
mi más heroico blasón

haberte dado la vida,
triunfo ha de ser no menor
no darte aplauso, porque
veas que Adonis llegó
solo en el mundo a lograr
en una vitoria dos.

Yéndose.

VENUS Oye, no porque pretenda
aplausos tuyos, sino
porque sepa quién blasona
con tan libre presunción.

ADONIS Quien aborrecido hijo
tan desde luego nació
de sus padres, que aun en ellos
no supo qué era afición.
Mirra, mi madre, lo diga,
pues apenas me engendró,
cuando, en odio del concepto
—hurto de amante traición—,
su mismo padre mi vida
y su vida abandonó,
tanto, que la dio la muerte;
cuya mísera aflicción
en sus últimos alientos
los dioses compadeció,
convirtiéndola en un árbol,
de cuyo llorado humor,
guardando el nombre de mirra,
nací bastardo embrión,
maldecido de mis padres,
y con tan gran maldición
como que de un amor muera.
Considere tu atención,
si en mi horóscopo primero
aborto de un tronco soy,
si después llevo tras mí

el heredado temor
de que de amor muera, puedo
no aborrecer al amor.
A cuya causa, dejando
la comercial población
de los hombres, de las fieras
vivo una y otra mansión,
tan huésped de las montañas
que muchas veces dudó
su mismo vulgo si era
la caza, u el cazador;
y así, a mis hados, no a mí,
culpa, cuando ves que voy
huyendo de ti en alcance
del bruto que de mí huyó;
que he de rematarle, ya
que es tan rudo mi valor
que huya de las hermosuras
y de las fierezas no.

Vase.

VENUS Oye, aguarda, escucha, espera,
advirtiendo que no es don
para una dama una vida
que cuesta una estimación.
¡Tenelde, cielos!

Sale Marte al ir Venus tras él.

MARTE ¿A quién,
hermosa Venus, tu voz
ansiosa llama, y de quién
forma quejas?…
VENUS (¡Muerta estoy!)
MARTE … que según el eco oí
ser —tan liberal ladrón
que, hurtándote el medio acento,
entero me le llevó—

tu estimación ofendida;
se lamenta, y es baldón
que tú te quejes al cielo,
estando en la tierra yo.
¿Qué es esto, Venus?

VENUS No sé.

MARTE Considera, que aunque estoy
tan rendido a tu desdén,
tan postrado a tu favor,
no por eso no soy Marte,
que antes por eso lo soy,
pues osar a una hermosura
es el ánimo mayor.
¿Ves el militar estruendo,
ves el bélico furor
con que me aclaman las lides
por su más guerrero dios?
Y más hoy que Egnido y Delfos,
islas de Marte y del Sol,
arden en guerras, a cuya
causa ausente de ti estoy.
Pues todos mis triunfos, todas
mis vitorias no lo son,
hasta llegar a ti más
vencido que vencedor;
y así no, porque rendido
me veas, juzgues que no
te sabré vengar. ¿Quién, pues,
te ofende?

VENUS (¡Qué confusión!
Si le digo lo que ha sido,
ha de mostrar su rigor
contra ese joven; y aunque
pasó a desaire el favor,
no es desaire que me obligue
más que a sentirle.)

MARTE Pues ¿no
respondes?

VENUS ¿Para qué quieres
que te diga que el temor
con que te amé, sin cariño
llega a tan mala ocasión
que, acordándome de que
fuimos fábula los dos
de los dioses…? yo… si… cuando…
Mas perdona, que no estoy
para proseguir, que un susto,
un delirio, una ilusión,
un letargo han embargado
alma y vida. (¡Muerta voy!)

Vase.

MARTE (¿Qué extrañeza es ésta, cielos,
que en Venus mi afecto halló,
que más que me calla el labio,
me dice la turbación?)
¿Qué es esto, Flora?
FLORA (¡Ay de mí!,
que su fiera condición
no es para burlas.) No sé;
clori lo dirá mejor.

Vase.

MARTE Clori, ¿qué es esto?
CLORI Saliendo
a caza al primer albor…
Mas Cintia te lo dirá.

Vase.

MARTE Cintia.
CINTIA Yo nada, señor,
sé; mejor lo dirá Libia.

Vase.

MARTE Libia.
LIBIA (Sin apelación
he quedado para otra.)
MARTE ¿Qué es esto?
LIBIA Tristezas son
de tu ausencia.
MARTE ¡Mientes, mientes!
Que a ser amante pasión,
lo que ayer fueron agrados
no fueran despegos hoy.
Dime qué ha sido, o la muerte…
LIBIA Suspende, Marte, la acción;
que en efeto soy criada,
aunque de deidad lo soy.
VENUS siguió un jabalí,
y como en fin no es razón
que acierte con ningún puerco
ningún amoroso arpón,
erró el tiro, con que él
tan grosero la embistió,
que peligrara, si un bello,
airoso, galán garzón
no la socorriera.

Vase.

MARTE ¡Calla,
no prosigas, ten la voz!
Si no era para callado
lo que Libia me contó,
¿por qué me lo calló Venus?
Aquí hay segunda intención.
¡Cuánto, cielos, se adelanta
la amante imaginación!

Dentro cajas y trompetas.

VOCES *dentro* ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

UNOS ¡Viva Marte!
OTROS ¡Viva el Sol!
MARTE Pero ¿qué lejano acento,
ocupando la región
del aire, llega a mi oído?
¿Quién trae estos ecos?

Sale Belona en lo alto.

BELONA Yo,
que al fin, como hermana tuya,
y interesada en tu honor,
vengo, Marte, a persuadirte
que vuelvas por tu opinión;
pues los de Delfos, sabiendo
que te ausenta tu pasión
—porque el Sol se lo ha contado,
que no calla nada el Sol—,
los ejércitos de Egnido
asaltan, y tu favor
aclaman cuantos en él
te dan sacra adoración.
A cuya causa mi ira,
siempre tuya, le pidió
a Juno el arco de Iris,
para que vuelvas veloz
a auxiliar tus gentes, que
dicen en marcial clamor:…

Cajas y clarines.

VOCES *dentro* ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
UNOS ¡Viva Marte!
OTROS ¡Viva el Sol!
BELONA ¿Qué aguardas, pues?
MARTE ¡Ay, Belona!,
que has venido en ocasión
que rémora de mis iras

cobardes sospechas son.
Pero mi fama es primero;
vamos, que en viendo que doy
fuerza a mi gente, verás
que la quito a mi temor,
volviendo donde… Mas esto
lo dirá el tiempo mejor,
cuando —si a verdades pasan
sospechas que agora son—
diga el eco en más sangrientas
lides de celos y amor:…

TODOS ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Viva Marte! ¡Viva el Sol!

Despliégase el iris, baja Belona, y, arrebatando a Marte, desaparecen los dos, y salen Celfa y Chato, villanos rústicos.

CHATO ¿Sabrás, Celfa, responder
a una duda?
CELFA A buen seguro.
CHATO Desde que eres mi mojer,
¿qué será…
CELFA Di.
CHATO … que de puro
verte, no te puedo ver?
CELFA ¿Sabrás responderme a mí
tú a otra duda?
CHATO Creo que sí.
CELFA Aborrida yo también,
¿qué es que no te quiera bien,
y que me muera por ti?
CHATO Penas se toman y dan,
a un rofián enseñar plugo.
CELFA Y en favor del tal rofián
yo vi azotar al verdugo.
CHATO Yo enterrar al sacristán.
CELFA A todos su mismo error
el pago da.

CHATO No lo niego;
y porque lo veas mejor,
yo conocí a un veedor ciego.
CELFA Y yo sordo a un auditor;
mas dónde el discurso irá
a parar, saber espero.
CHATO Todo marido es arriero
que lleva cargas y va
a dar en su paradero.
Cuando a ver a Venus bella
el dios Martes viene aquí,
¿a qué efecto hace mi estrella
que sea el martes para ella,
y el agüero para mí?
¿Qué soldadillo es aquél
que suele venir con él?
CELFA ¿Soldadillo? Es ilusión,
porque no es sino dragón.
CHATO ¿Quién vio pena más cruel?
¿Dragón?
CELFA Sí, que de dragones
MARTE allá en sus escuadrones
diz que se sirve.
CHATO ¡Ay de mí!
Mas si es dragón, ¿cómo, di,
tú con él a hablar te pones
cada noche en el jardín
adonde a Venus servimos?
CELFA ¡Ay, que maldito magín!
CHATO Ello dirá… Y pues venimos
a este monte sólo a fin
de hacer leña, yo sabré
cortar un garrote que
diga si es dragón o no.
UNO *dentro* ¡Guarda la fiera!
TODOS *dentro* ¡To, to!
UNO *dentro* De aquella montaña al pie
la he descubierto.

CELFA ¡Ay de mí!
CHATO No te asustes, que por ti
deben de decirlo, espera.
Dentro ¡A la falda! ¡A la ribera!

Sale Adonis.

ADONIS Decidme si por aquí
herida, al amanecer,
visteis, villanos, correr
una fiera.
CHATO En todo el día
no he visto, por vida mía,
más fiera que a mi mujer.
Si ella, que bastante indicio
da de ser fiera rabiosa,
busca tan noble ejercicio,
aunque para vos no es cosa,
ahí está a vueso servicio.

Vase.

CELFA No hagáis caso de un villano
tan tosco, rudo y grosero.

Vase.

ADONIS El jabalí sigo en vano;
y pues no alcanzarle es llano,
descansar a sombra quiero
deste risco, pues me ofrece,
matizado de colores
en la alfombra que guarnece,
verde lecho, que parece
mullido catre de flores.

Échase en el suelo.

¡Cuánto vive aquí mejor

ociosa la voluntad
que en el alcázar mayor,
donde la deidad de amor
a mi costa sea deidad!
Dígalo en la verde esfera
desta estancia lisonjera
cansancio que en sueño para,
pues no durmiera, si amara;
o no amara, si durmiera.

Duérmese.
Salen Venus y las ninfas.

VENUS Pues extremos que él vio,
o cajas que yo oí,
ausentaron a Marte,
dejadme discurrir
sin mí y conmigo a solas
el ameno país
destos montes, en cuyo
marañado confín
he de ver, ¡ay de mí!,
si hallo el descanso donde le perdí.
FLORA Considera…
VENUS No tienes,
FLORA, qué me decir.
LIBIA Mira…
VENUS ¿Qué he de mirar?
CINTIA Advierte…
VENUS No he de oír.
CLORI ¿Tanto de una tristeza
te dejas vencer?
VENUS Sí.
Dejadme, pues, dejadme
sola; todas os id.
TODAS Pesar del amor
que nos lleva tras ti,
te dejaremos.

Vanse.

VENUS Ya
que las eché de aquí,
he de ver, ¡ay de mí!,
si hallo el descanso donde le perdí.
¿Qué género de ansia,
altos montes, decid,
qué especie de penar,
linaje de sentir,
es el que en mí ha engendrado
haber llegado a oír
baldones del amor
a espíritu tan vil
que su deidad infama?
Y no tan solo aquí
mis sentimientos cesan,
sino que, siendo así
que obligada y quejosa,
es forzoso impedir
lisonjas de lo noble,
injurias de lo ruin,
en cuyos dos extremos,
quedando a discurrir
si podrá agradecer
quien tiene que sentir,
he de ver…
ADONIS ¡Ay de mí!
Que me da muerte a quien la vida di.
VENUS Mas ¿qué triste lamento
intenta interrumpir
mis penas con sus penas?
La voz se oyó hacia allí.

Vese a Adonis durmiendo entre unas ramas.

¿Qué miro? Sobre un risco
que supo persuadir

al cansancio que era
florido trasportín,
del venatorio afán
treguas dando a la lid,
sobre la aljaba de oro
el arco de marfil,
dormido el joven yace.
¡O si hubiera —a decir
vuelvo otra vez y ciento,
vuelvo otra vez y mil—
cómo, entre agradecida
y quejosa, partir
pudieran el camino
lo ilustre y lo civil!
¿Daréle muerte? No.
¿No he de vengarme? Sí.
¡Oh si hubiera un matar
que no fuera morir!
Pero sí habrá, que yo,
llegando a prevenir
cómo, sin morir, muera,
y viva sin vivir,
he de ver,…

LOS DOS … ¡ay de mí!,…

VENUS … si hallo el descanso donde le perdí.

ADONIS … que me da muerte a quien la vida di.

VENUS Oh tú, velero dios,
que en campos de zafir,
relámpago sin luz,
pájaro sin matiz,
huyendo mi regazo,
no hay remoto confín
que no corras veloz,
que no vueles sutil,
oye mi voz.

Sale Amor en lo alto.

AMOR ¿Qué quieres,
oh tú, cuyo gemir
no sin causa acredita
lo hermoso de infeliz?
Que ya, a tu invocación
del diáfano viril
cortando las esferas,
me ves, para asistir
a tus lamentos, ser
de sus nubes neblí,
sus páramos centauro,
sus piélagos delfín,
siendo en su azul pensil
árbitro de un cenit y otro cenit.
¿Qué quieres, pues?
VENUS Que veas
que hay quien tenga, sin ti,
vagamundo el pensar
y ocioso el discurrir.
Dormido yace el que
despierto tu gentil
deidad desdeña, pues
montaraz adalid
blasona que ha sabido
tu yugo sacudir,
sin que su blando lazo
le agobie la cerviz.
Y aunque en una ocasión
la vida le debí,
atenta a todo…
AMOR No
tienes que proseguir,
puesto que para mí
el delito le basta de dormir.
Del favor y la ira
el concepto entendí,
y para que herir veas
su pecho sin herir,
este dorado arpón,

pasando a serpentín,
de ese bruto diamante
abrasado buril,
verás que, áspid de fuego,
muerde su pecho, a fin
de que, los dos vengados
con tiro tan feliz,
apuremos así
si es el amor matar y no morir.

Dispara una flecha que da en el corazón de Adonis, y desaparécese.

ADONIS ¡Favor, cielos divinos!
¡Dioses, piedad!
VENUS ¿Quién, di,
te obliga a que des voces?
Que al llegarlas a oír
veloz vengo, por ver
si fuese tan feliz
que el favor te pagase.
ADONIS Si tú estabas aquí,
no en vano presumí
que me da muerte a quien la vida di.
VENUS ¿Qué ha sido esto?
ADONIS No sé,
que a sombra me dormí
destos troncos, y como
se suelen repetir
en fantasmas del sueño
de aquello que antes vi
las especies, soñé
que el fiero jabalí
que a ti te daba muerte,
volviendo contra mí
las aceradas, corvas
navajas de marfil,
con mi sangre manchaba

las rosas, que hasta aquí
de nieve fueron, para
que fuesen de carmín.
Y no sólo a este susto
del sueño me rendí,
pero sañudo áspid
—que debió de encubrir
de su traidor veneno,
de su ponzoña vil
la astucia entre uno y otro
macilento alhelí—
el corazón me ha herido,
pues al restituir
el sentido, aún no cesa
el sentimiento en mí;
de suerte que despierto
duran en afligir
ansias que fabriqué,
temores que fingí,
pasando, ¡ay infeliz!,
la sombra a luz, el pasmo a frenesí.

VENUS La pesadez de un sueño
tal vez suele seguir
al más despierto; y pues
no es lo que presumí,
en paz queda.

ADONIS ¿Tan presto
quieres volverte?

VENUS Sí,
que baldones de amor
no he de volver a oír.

ADONIS No hace poco el que enmienda
sus yerros; y si fui
grosero una vez, no otra
lo seré.

VENUS ¿Cómo así?

ADONIS Como al verte sabré
forzar y reprimir

aquel amenazado
influjo en que nací.
VENUS Pues ¿no me viste entonces?
ADONIS Confieso que te vi;
pero no te miré.
VENUS Y ¿hay cómo distinguir
el ver del mirar?
ADONIS Pues
¿hay quien ignore…
VENUS Di.
ADONIS … que el ver es sólo ver,
y el mirar advertir?
VENUS Y bien, ¿qué es lo que adviertes?
ADONIS Que te llevas tras ti,
en tus rizos, del sol
todo el dorado Ofir;
del aura, en tus alientos,
todo el humo sutil,
que en destiladas gomas
cualquiera es ámbar gris;
del monte, en tu coturno,
todo el bello matiz,
que en cintas de esmeralda
son lazos de rubí;
del abril, en tu seno,
o blanco o carmesí,
todo el candor y nácar
del clavel y el jazmín;
de suerte que, dejando
sin ti el sol sin lucir,
la aura sin respirar,
el monte sin vestir,
y el abril, en efecto,
sin lograr y pulir
las flores ciento a ciento,
las rosas mil a mil,
quedan mustios sin ti
el sol, al aura, el monte y el abril.

VENUS ¡Qué atrasadas lisonjas!
ADONIS Perdona, que he de ir
siguiendo tu hermosura.
VENUS ¿A qué, si en mi jardín,
que ya desde esta parte
le deja descubrir
de atalaya un laurel
que abraza amante vid,
todo es amor? Por señas
que de él a recibir
a su deidad las ninfas
en alegre festín
salen al paso; y tú,
para llegar allí,
no temes las fierezas,
y las bellezas sí.
ADONIS ¡Ay!, que no sé qué afecto…
VENUS No has de pasar de aquí.
ADONIS … me hace no obedecer.
VENUS (Y agradecer a mí.)

Salen las ninfas cantando y bailando, y Celfa y Chato.

TODAS Corred, corred, cristales;
plantas, vivid, vivid;
aves, cantad, cantad;
flores, lucid, lucid;
pues que vuelve Venus,
hermosa y gentil,
trayendo despojos
del amor tras sí,
porque nadie pueda
exento decir
que el vivir no amando
se llama vivir.
Corred, vivid, cantad, lucid.
VENUS ¿Que aún no te vuelves?
ADONIS No.

VENUS ¿Y a entrar te atreves?
ADONIS Sí.
VENUS Entra, pues. Y vosotras
alegres proseguid.
MÚSICA Corred, corred, cristales;
plantas, vivid, vivid;
aves, cantad, cantad;
flores, lucid, lucid;
pues que vuelve Venus,
hermosa y gentil,
trayendo despojos
del amor tras sí,
porque nadie pueda
exento decir
que el vivir no amando
se llama vivir.
Corred, vivid, cantad, lucid.

Vanse. Dentro cajas y trompetas, y con los primeros versos salgan Marte, Belona, Dragón y soldados.

BELONA La planta fugitiva
del laurel ceda al roble.
TODOS ¡Marte viva!
MARTE Mejor, Belona, fuera
decir la aclamación que Marte muera,
pues aunque de blasones
vitorioso en Egnido me corones
de Delfos, ¿qué ha importado,
si en Chipre estoy a una ilusión postrado,
cuyos vanos recelos
ni celos son, ni dejan de ser celos?
BELONA Siendo de amor, no infama
los heroicos asuntos de la fama.
DRAGÓN Y más cuando en abono
de que pueda un barbado hablar, en tono
de falsete, cariño,
niñeando viejo y caducando niño,

no tiene otra disculpa,
para no ser ridícula la culpa,
que decir que de Marte
es hijo Amor.

MARTE ¡Estaba por quitarte
mil vidas!…

DRAGÓN Ten la mano;
y ese recado a monseñor Vulcano.

MARTE Que si de Marte fuera
bastardo hijo el Amor, no introdujera,
vilmente lisonjero,
que valga más lo hermoso que lo fiero,
temor que hoy en mí lucha.

BELONA ¿Cómo?

MARTE Nadie aquí quede. Agora escucha;
que el fuego en que me abraso
tú sola has de saber.

Vanse los soldados, y hablan quedo los dos, y sale el Amor.

BELONA Pues habla paso.

AMOR (Ya que la altivez de Adonis
venganza de Venus fue,
pues en sus jardines yace
rendimiento y no altivez,
receloso de que Marte
lo ha de llegar a saber,
sin alas, arco ni aljaba
vengo a asistirle; porque
como esté a la mira Amor
sin ser conocido de él,
el más receloso amante
nada que le digan cree.
Hablando con mi enemiga
BELONA está; ¡oh si entender
algo pudiera! La sombra
me valga deste laurel.)

MARTE Hasta aquí me dijo Libia,
y aunque el que vida la dé
un bello joven no importa,
importa que ella…
BELONA Detén
la voz, que entre aquellas ramas
ruido he sentido. ¿Quién,
en acecho de los dos,
hace esas hojas cancel?
MARTE ¿Quién contra mi orden…

Descubren al Amor.

AMOR (¡Ay triste!)
MARTE … aquí ha quedado?
AMOR (Si él
me conoce, muerto soy,
pues ha de querer saber
la causa de mi disfraz.)
MARTE ¿Quién eres, dime, y a qué
te ocultas entre estas ramas?
AMOR Soy quien, si… cuando… por qué…
MARTE No te turbes, que no sabes
cuánto sospechosa es
para mí una turbación;
y más cuando llego a ver
lo que se parece a otra
que, traidoramente infiel,
calló troncada en la voz
y habló pálida en la tez.
¿Quién eres, pues?
AMOR Quien, si tú
no lo sabes, no lo sé.
MARTE ¿Si no lo sé, no lo sabes?
AMOR No, que tú lo has de saber
primero que yo lo diga.
MARTE Yo lo ignoro.
AMOR Yo también.
MARTE ¿Enigmas me hablas agora?
¡Hola!

Salen los soldados.

SOLDADOS ¿Qué mandas?
MARTE ¡Prended
a aquese joven!
AMOR Será
ésta la primera vez…
MARTE ¿Qué?
AMOR … que otro me prenda a mí,
y yo no le prenda a él.
MARTE Pues ¿cómo escapar podrás
solo de tanto poder?
AMOR Ya que depuse las alas,
valiéndome de los pies.

Vase.

MARTE ¡Tenedle, que es el Amor!
BELONA ¿Cómo es posible sea él,
sin conocerle hasta agora?
MARTE No eso admiración te dé,
porque el amor de un celoso
no es fácil de conocer
hasta que otras señas digan
si es amor o no lo es.
Y pues decir que ninguno
a él le ha podido prender
y que ha depuesto las alas
lo ha declarado más bien,
seguidle todos, seguidle,
que ya me importa saber
de su disfraz la intención.
Pero yo en su alcance iré…
BELONA ¡Ay de ti, si a Amor que huye
intentas seguir!
MARTE ¿Por qué?
BELONA Porque nadie sigue a Amor
que en mayor riesgo no dé.

MARTE ¿Qué mayor que no apurar
que aquí disfrazado esté,
y no le conozca yo?

Vase.

BELONA ¡Sitiad el monte, corred
la campaña!

Vase.

DRAGÓN ¿Quién vio andar
a ojeo de Amor, ni quién
amó sino como yo?
Que si a Celfa quiero bien,
es sólo el rato que importa
a la maraña.

Vase.

BELONA *dentro* ¡Romped
los riscos!
TODOS *dentro* ¡Al valle! ¡Al llano!

Sale Amor.

AMOR ¡Favor los cielos me den,
que sin alas el aliento
empieza a desfallecer!
Aquí hay una quiebra: ella
me ha de amparar y valer
contra las iras de Marte.

Éntrase por un lado y sale por otro, en cuyo espacio se ve el teatro de la gruta, y él no hace más que atravesar por ella, y salen Marte y Dragón.

EL DESENGAÑO *dentro* Sí hará, que éste el centro es
donde siempre para Amor.

DRAGÓN *dentro* De aquella montaña al pie
entra a una gruta.
MARTE *dentro* Aunque fuera
el Báratro, entrara en él.
DRAGÓN En poco nos ha engañado,
que yo pienso que lo es,
según horroroso y triste
se nos muestra.
MARTE Dices bien,
pues nunca la planta, pues nunca la vista
pisó temerosa, previno confusa
tan lóbrega estancia, mansión tan horrible,
prisión tan funesta ni cárcel tan dura.
A la escasa luz que dispensa
el torpe bostezo que entreabre la gruta
—porque el sol, que de miedo no pasa,
de lejos la acecha aún más que la alumbra—,
melancólico espacio diviso
de negras paredes, que teas ahúman,
colgadas de grillos, cadenas y lazos,
trofeos que infaman deidad que no ilustran.
DRAGÓN Aun no sólo mirados asombran
despojos tan viles, mas oídos asustan.

Dentro ruido de cadenas.

MARTE Dices bien, que al compás de arrastradas
prisiones, llorosos lamentos se escuchan.
DRAGÓN Atiende, quizá sabrás quién habita
del fúnebre centro la esfera noturna.

Dentro voces.

TODOS ¡Ay de aquel que en principio de celos,
huyendo el Amor, no le deja que huya!
MARTE ¿Ay de aquel que en principio de celos,
huyendo el Amor, no le deja que huya?
¿Quién eres, oh tú, que la ajena desdicha,
mirándola mía, la tienes por tuya?

TEMOR Quien pena…
SOSPECHA Quien siente…
ENVIDIA Quien gime…
RENCOR Quien llora…
TEMOR … tu asombro.
SOSPECHA … tu queja.
ENVIDIA … tu pena.
RENCOR … tu angustia.
MARTE Mi angustia, mi pena, mi queja, mi asombro,
¿hay quien los lamente?
TODAS Sí, pues que pronuncia:
¡ay de aquel que en principio de celos,
huyendo el Amor, no le deja que huya!
MARTE A pesar del pavor, de quién eres
haré hoy experiencia lo que era pregunta.

Van saliendo, cada una con su verso; el Temor con una hacha, la Sospecha con un antojo de larga vista, la Envidia con un áspid, el Rencor con un puñal, y todas de negro, con mascarillas.

TEMOR Quien vive…
SOSPECHA … y no vive,…
ENVIDIA … quien muere…
RENCOR … y no muere…
TEMOR … entre ansias,…
SOSPECHA … asombros,…
ENVIDIA … horrores…
RENCOR … y furias.
MARTE Del oído pasando a los ojos,
a nuevo principio se vuelven mis dudas.
¿Has visto jamás tan pálidas sombras?
DRAGÓN ¿Yo había de ver tan horrendas figuras?
MARTE ¿Quién sois, quién? ¿Y qué bóveda es esta
que tiene, ¡ay de mí!, tal familia por suya?
TEMOR Ésta es de los celos…
SOSPECHA … la mísera cárcel…
ENVIDIA … adonde de Amor…

RENCOR … siempre paran las fugas.
TODAS ¡Ay de aquel que en principio de celos,
huyendo el Amor, no le deja que huya!
MARTE ¿Quién eres, oh tú, que con trémula antorcha,
saliéndole al paso, al que alumbras deslumbras?
TEMOR Yo soy aquel miedo que tiene el que ama
de cuánto achacosa es cualquier hermosura;
y así, tropezando en primeros temores,
le sirvo la luz, y déjole a escuras,
porque busca con ella su daño,
y luego le pesa de hallar lo que busca.

Mata la luz.

MARTE Y tú, que a un cristal parece que, corta
de vista, le estás graduando las lunas,
¿quién eres?
SOSPECHA Yo soy la Sospecha que al Miedo
le piso la sombra.
MARTE Y bien, ¿qué procuras?
SOSPECHA Que artificioso este óptico vidro,
creciendo los grados a cuanto presuma,
represente de un álamo un monte,
de un átomo un mar, de una gota una lluvia.
ENVIDIA Y yo, que siguiendo antojos de aumento,
doy luego por ciertas ajenas fortunas,
anudando un áspid a otro,
de Envidia en mi seno les doy la cicuta.
RENCOR Con que, siguiendo el Rencor a la Envidia,
los áspides que ella enlaza y anuda,
en víboras yo convierto de acero,
que para venganzas afilen sus puntas.
LAS CUATRO Y las cuatro, que somos las guardas
del preso que yace en prisión tan oscura,
al peregrino el riesgo avisamos;
mas todos le oyen y nadie le escucha.

MARTE Pues ya que el aviso decís cuánto en vano
al peregrino el riesgo le anuncia,
ya que entré, ¿quién el preso es de celos?
TODAS Aquella vejez helada y caduca…

Vese el Desengaño, viejo, vestido de pieles, con prisiones, en el fondo de la gruta.

TEMOR … que triste,…
SOSPECHA … humilde,…
ENVIDIA … postrada,…
RENCOR … rendida,…
TEMOR … fatigas,…
SOSPECHA … desprecios,…
ENVIDIA … baldones…
RENCOR … y injurias…
MARTE Quién es sepa, pues.
TODAS Es el Desengaño,
por quien repetimos, ya solas, ya juntas:
¡ay de aquel que en principio de celos,
huyendo el Amor, no le deja que huya!
DESENGAÑO ¡Oh tú, que, venciendo a todos,
a ti solo no te vences,
y con humanas pasiones
divinas señas desmientes!
Sabrás que en aquesta cárcel,
para que nadie le encuentre,
con varias guardas los celos
preso al Desengaño tienen.
Pero ya que huyendo Amor
escapar de ti pretende
a estos umbrales, adonde
sus fugas van a dar siempre,
mira qué quieres de mí,
pues alcanzarle a él no puedes,
porque en llegando aquí, todas
sus pompas se desvanecen.
MARTE ¿Qué quieres que de ti quiera
quien siguiendo a un ciego viene,

que visto se desconoce
y no visto no se entiende?,
sino saber con qué causa
hoy disfrazado pretende
asistirme y huir de mí.

DESENGAÑO Si a tanto empeño te atreves,
dile al Temor que te traiga,
la Sospecha que te acerque,
la Envidia que te desmaye,
como al Rencor que te aliente.

Descúbrese un espejo, y vese en él lo que dicen las coplas.

LAS CUATRO Sí haremos, para que juntas
corriendo la nube débil,
este empañado cristal
veas claro y transparente.

MARTE Ya lo está.

DESENGAÑO ¿Qué ves en él?

DRAGÓN Señores, ¿qué encanto es éste?

MARTE De las campañas de Chipre
el más deleitoso albergue,
en cuya apacible estancia
festivos coros alegres
de ninfas la falda al monte
van floreciendo dos veces.

DRAGÓN Hasta Chato y Celfa van.

MARTE Pues eso, ¿por qué te ofende?

DRAGÓN Porque las mujeres propias
no han de ser propias mujeres.
¿Faltábala con quien ir
a una pícara insolente
que no fuese su marido?

MARTE Calla, bárbaro, y atiende.
Ya el ojeo pasa, y ya
por varias sendas descienden
VENUS y un gallardo joven,
que amorosos y corteses

con los brazos se saludan,
y el uno al otro se ofrecen
los despojos de la caza.
¡Que aquesto mire! ¡Oh aleve
cristal! Perezca tu luna,
aun cuando la del sol fuese,
si es verdad, porque es verdad;
y si mientes, porque mientes.

TODOS Aunque quebrarla pretendes,
no hayas miedo que la quiebres.

MARTE ¿Por qué?

TODOS Porque el Desengaño
sus sombras desaparece,
luego que antídotos suyos,
que sanan con lo que duelen,
dando la muerte dan vida.

MARTE ¿De qué suerte?

TODOS Desta suerte.

Dentro ruido, como de terremoto; cúbrese la gruta.

MARTE ¿Quién creerá que Marte huya
de ver prodigio tan fuerte?

DRAGÓN ¿Ni quién, que Dragón de Celfa
los maridos celos siente?

[Vanse,] y vense los jardines, y en ellos Venus sentada, Adonis en su falda, las ninfas, Chato y Celfa.

VENUS En tanto que declinando
el sol sus ardores temple,
para volver a la caza,
porque conmigo no eches
menos a tu inclinación,
descansar, Adonis, puedes
en estos jardines.

ADONIS ¿Qué
echará menos quien tiene,

cuando merecen sus dichas
las dichas que no merecen,
afianzada en tus favores
la costa de tus desdenes?

VENUS Vosotras, porque no haya
cosa que no le deleite,
cantad algo.

CHATO Celfa, ven
a hacer unos ramilletes
para el nuevo amo.

CELFA Veamos
cómo una mósica puede
parecer entre otra.

CHATO Como
entre lo rojo lo verde.

CORO PRIMERO No puede Amor
hacer mi dicha mayor.

CORO SEGUNDO Sí puede Amor.

CORO PRIMERO No puede Amor,
ni mi deseo
pasar del bien que poseo;
porque crecer el empleo
de tan divino favor
no puede Amor.

CORO SEGUNDO Sí puede Amor…

LOS DOS … hacer mi dicha mayor.

ADONIS Aunque la letra que oí
en lo primero que ofrece,
que habla conmigo parece,
pues yo el más dichoso fui,
perdona, si
en lo segundo mi error
funda mejor
su dicha.

VENUS ¿De qué manera?

ADONIS Como la contienda era
de vuestro dulce primor,…

CORO PRIMERO No puede Amor
hacer su dicha mayor.
CORO SEGUNDO Sí puede Amor
hacer su dicha mayor.
ADONIS La dicha no merecida
se posee desairada,
que mal puede estar hallada
sin achaques de perdida;
y mi vida
más quisiera merecer
que poseer.
Luego si Amor puede dar
dicha que es más singular
cuanto hay de mérito a error…
CORO SEGUNDO … bien puede Amor
hacer mi dicha mayor.
VENUS Dicha que a ser dicha crece
aun antes que sea esperanza,
es dicha del que la alcanza,
mas no del que la merece;
y si ofrece
la dicha sin merecella,
dando cuanto puede en ella
de mérito y de valor…
CORO PRIMERO … no puede Amor
hacer la dicha mayor.
ADONIS El que sin propio interés
logró dichas semejantes,
las dichas logradas antes
podrá merecer después.
Luego si es
suya en la segunda acción
la estimación
que hacer de su dicha puede,
y en ella Amor le concede
que pueda quedar mejor,…
CORO SEGUNDO … bien puede Amor
hacer mi dicha mayor.

VENUS Servir el favorecido
no es en leyes del cuidado
mérito de enamorado,
que es deuda de agradecido;
y el más rendido
podrá agradecer y amar,
mas no aumentar
los grados a la fineza;
que es ser nieve, cuando empieza,
y cuando fallece, ardor.
CORO PRIMERO No puede Amor
hacer la dicha mayor.
ADONIS No hace poco el que agradece.
VENUS El que agradece, ¿qué hace?
ADONIS Por lo menos satisface.
VENUS Satisface y no merece.
ADONIS En fin ofrece
lo que puede su ventura.
VENUS Es locura,
si ofrece y no sacrifica.
ADONIS ¿Eso no implica…?
VENUS No implica;
que una vez mío el favor,…
CORO PRIMERO … no puede Amor
hacer mi dicha mayor.
CORO SEGUNDO Sí puede Amor.
CORO PRIMERO No puede Amor,
ni mi deseo
pasar del bien que poseo;
porque crecer el empleo
de tan divino favor
no puede Amor.
CORO SEGUNDO Sí puede Amor…
LOS DOS … hacer mi dicha mayor.

Sale Amor.

AMOR Sí puede, y no puede Amor:
no puede, pues que no puede

crecer las delicias;
y sí puede, supuesto que puede
torcer las desdichas.
MARTE, a quien quise asistir,
temiendo sus iras,
penetró del disfraz el acecho,
la incauta malicia.
Y como hacia el Desengaño
es siempre mi huida,
a pesar de las guardas de celos
rompió sus ruinas;
y habiendo en su espejo visto…
Mas ¿qué hay que repita,
si los montes, que al verle estremecen,
mejor te lo avisan?
Mira qué defensa, pues,
poner solicitas,
porque celosa su furia amenaza
a quien…
VENUS No prosigas.
Y tú, Adonis, porque aquí
no te halle su vista,
de aqueste jardín pasando a los montes,
restaura tu vida.
ADONIS ¿Cómo puedo, ingrata Venus,
ya más que benigna,
asaltado también de sospechas
que es fuerza me embistan,
dejando tu vida a riesgo,
cuidar de la mía?
VENUS En cuanto a tus celos, tener a un tirano
temor, no es caricia;
y en cuanto a mi vida, piensa
que está defendida,
porque como a ti no te encuentre,
en nada peligra.
Huye, pues, huye a los montes.

ADONIS Venció mi porfía,
que Amor pudo, pues pudo sin celos
hacer más mis dichas.

Vase.

TODAS Aunque él huya, ¿cómo tú
a verle te animas?
VENUS Como industria habrá con que enfrene
sus sañas altivas.
AMOR ¿Qué industria hay contra los celos?
VENUS La siempre encendida
fragua, en que a Júpiter forja Vulcano
los rayos que vibra,
para el abrasado temple
que montes fulmina,
de venenosas aguas se vale,
leteas y estigias:
de éstas, pues, rompiendo los diques
las furias impías,
haré que estas fuentes mis tósigos corran,
en vez de sus ninfas;
cuyas disonantes voces
verás que, al oírlas,
adormecido el sentido… Mas esto
su efecto lo diga,
cuando al callado conjuro…

Dentro ruido.

AMOR Si de eso te fías,
prevénte, que a mí el asombro de verle
de aquí me retira.

Vase.

VENUS Ninguna huya de vosotras.

Sale Marte.

MARTE Aleve enemiga
—en quien, como en mí, humanas pasiones

se mienten divinas—,
¿pensaste que tus engaños,
traiciones, mentiras,
pudieran jamás a sospechas de Marte
negar sus noticias?
¿Dónde está el amante que
mudable acaricias?
Que no quiero que empiece por tuya
venganza que es mía.
No en lo débil debe el rayo…

VENUS Suspende las iras,
que vienes no bien informado de alguna
loca fantasía.
Ya es tiempo. ¿Qué esperáis, furias?

Corren las fuentes.

MARTE Por más que te finjas
no culpada en mis celos, en vano
negarlos codicias,
porque ¿cómo…? (Pero ¿quién
de aliento me priva?
¿Quién la lengua entorpece, y las voces
del labio me quita?)
Porque, ¿cómo puedes…? (¡Cielos!
¡El juicio delira,
la razón fallece, y la luz
se pierde de vista!)

VENUS ¿Ves cómo tus sinrazones
los dioses castigan?
Habla, pues: ¿en qué fundas tus quejas?

MARTE No puedo decirlas.

Sale Belona.

BELONA Sí puedes: que yo, que a todo
estoy a la mira,
del ruidoso estruendo del agua
que impura te hechiza,

con otro estruendo sabré
vencer la malicia.
VENUS ¿Tú? ¿Cómo?
BELONA Al metal haciendo que brame
y al parche que gima.
Suenen idiomas de Marte,
y en voces altivas
confundid un ruido con otro,
y viva el que viva.

Cajas y voces dentro.

VOCES ¡Al arma, celos, al arma,
que agravios obligan,
y para venganzas, oh Marte, despierta,
alienta y anima!
MARTE ¿Qué nuevo espíritu en mí
es bien que revista
este estrépito de armas, que cobra
mis sañas perdidas?
VENUS Si voces de agua y de fuego
contrarias militan,
las del aire exceden a todas.

Voces y instrumentos dentro.

MARTE ¿Pensaste, enemiga…?
NINFAS No al arma, celos, no al arma,
que ofensas se olvidan;
y al letargo adormida la queja,
ni llore ni gima.
MARTE Aunque cobrado pretenda
volver a mis iras,
no puedo, ¡ay de mí!

Las voces con cajas y clarines, y las ninfas con instrumentos, cada una sus versos.

BELONA Prosiga el estruendo.

VENUS Las voces prosigan.
CAJAS Y VOCES ¡Al arma, celos, al arma!
INSTRUMENTOS Y TODAS No al arma, celos, no al
arma…
VOCES Que agravios obligan,…
TODAS … que ofensas se olvidan;…
VOCES … y para venganzas, oh Marte, despierta,…
TODAS … y al letargo adormida la queja,
VOCES … alienta y anima.
TODAS … ni llore ni gima.
MARTE De una confusión en otra
no sé lo que elija
entre aguas que aduermen, acentos que elevan
y cajas que incitan.
BELONA En fin, ¿a qué te resuelves?
VENUS ¿Y qué determinas?
MARTE Sin vengarme en tu vida, tirana,
vengarme en tu vida;
y pues tu cobarde amante
huyó de mi vista,
tras él he de ir penetrando los montes,
llevando por guía
estos dos villanos, que
sus faldas y cimas
registren conmigo, pues saben adónde
el temor le retira.
CELFA Y CHATO Nosotros tal no sabemos.
MARTE Venid, pues, aprisa.
LOS DOS Aun yendo despacio, iremos cansados.
MARTE Venid.

Vase, llevándolos. [Vase Belona.]

LOS DOS ¡Qué desdicha!
VENUS Porque no le busque y le halle,
esferas divinas,
empañad desos velos azules
las luces que brillan;

y tú, Júpiter, pues sabes
lo que es amar, mira
que nunca mejor que agora empleaste
los rayos que vibras:
pues nunca mejor se emplean
sagradas tus iras.

Vase con sus ninfas, y con esta música se muda el tablado en monte, y vuelve Marte, trayendo de la mano a Chato y Celfa.

MARTE Pues sabéis por dónde fue,
¿quién duda que sepáis dónde
este cobarde se esconde?
CELFA Yo, señor Martes, no sé
más de que muy asustado
huir de su vista previno.
CHATO Bien como hijo de vecino
de los que entran por un lado,
y por un lado también
los escapa su temor,
luego que señor mayor
llama a la puerta.
CELFA Mas quien
tan parto es destas montañas,
es cierto que a ellas vendría.
MARTE Pues al albergue de guía
me servid, que en sus entrañas
tiene.
CHATO Es vana pretensión,
que no sabemos allá.
MARTE De otra manera será.
CELFA ¿De qué manera?
MARTE ¡Dragón!
CHATO No al Dragón llamar intente,
cuando en su conversación
—que no hace falta el Dragón
adonde está la serpiente—
CELFA servirá de todo.

MARTE ¡Dragón!
CHATO ¡Ay triste de mí!
¿Hacia dó estará?

Sale Dragón y soldados.

DRAGÓN Hacia aquí
esperándote del modo
que tú me mandaste estoy.
¿Qué quieres?
MARTE Que estos villanos
atados de pies y manos
a dos troncos queden hoy.

Los soldados atan a Chato, y Dragón a Celfa.

DRAGÓN En fin, ingrata, has venido
a mis manos.
CELFA Pues ¿en qué
te he ofendido?
DRAGÓN Yo lo sé.
VOCES *dentro* ¡Huid, pastores!
MARTE ¿Qué ruido
es éste?

Salen villanos huyendo por delante de ellos, y después Adonis, flechado el arco.

UNO Huid, que del monte
el herido jabalí,
que ha tantos días que aquí
es terror deste horizonte,
baja al valle, donde vuelva
a hacer estragos mayores.
UNOS ¡Huid, zagales!
OTROS ¡Huid, pastores!
TODOS ¡Al llano! ¡Al bosque! ¡A la selva!

Vanse.

ADONIS No temáis, que si le alcanza
mi altiva velocidad,
lo que antes fue agilidad
agora será venganza,
como primero instrumento
de mi desdicha cruel.

Vase.

CHATO Pues el que busca es aquel
que atrás va dejando el viento,
¿para qué nos quiere ya?
MARTE Dices bien; aquél es, sí,
al que tan dichoso vi.
Y pues tras la fiera va
en que empezó la primera
fineza suya el Amor,
empiece de mi furor
también la ira. ¡Oh tú, Megera,
que de las tres furias eres
la que más a Marte asiste,
en aquel bruto reviste
toda la saña que adquieres!
Vean prados, montes, cielos,
que en venganza de una injuria,
de toda una infernal furia
nada les sobra a los celos.

Vase.

CHATO Con que aquí ya no hay que hacer.
DRAGÓN Sí hay, por si falta lugar
después.
CHATO ¿Qué es?
DRAGÓN No más que dar
de coces a su mujer.

CHATO Si eso sólo falta, y a usté le importa,
ahí —por eso se dijo— me las den todas.
CELFA Pues ¿por qué a mí de coces, seor Dragoncillo?
DRAGÓN Por conjunta persona de su marido.
¿No le basta a un pobre hombre sufrirla en casa,
sino que a los ojeos con él se vaya?
CELFA ¿Qué delito es ése, si hay en tal tiempo
maridos que no estorban en los ojeos?
DRAGÓN Aunque nunca estorben, es fuerte cosa
ser la mujer grillo. ¿No basta esposa?
Y aun si fuera con otro, poco importara;
pero ¡con su marido!
CELFA ¡Basta!
DRAGÓN No basta.
CHATO ¡El Dragón es un santo! ¿Quién vio, señores,
gente más ajustada que los dragones?
DRAGÓN ¡Quédese ella para ella, y él para un asno!

Vase.

CHATO Y aun por eso he tenido tan lindo rato.
CELFA ¡Que cargarme de coces me deje un tonto!
CHATO Hija, aquésas son cargas del matrimonio.
CELFA Bien ves, pícaro, infame, cómo me han puesto.
CHATO Y por no verlo, diera volver a verlo.
CELFA ¿Que a tu esposa dejas que den de coces?
CHATO Como aquesos trabajos pasan los hombres.
CELFA Pues en ti he de vengarme de sus desprecios.

Embiste con él.

CHATO Para mí tendrás manos.

Dentro ruido como cayendo.

ADONIS *dentro* ¡Valedme, cielos!
CHATO Pero ¿quién a su cargo toma mi queja?

CELFA Aún mayores prodigios hay en la selva;
pues en desmandadas tropas
de esparcidos escuadrones
todas las ninfas de Venus
huyendo vienen.

Sale Venus suelto el cabello, medio desnuda, ensangrentadas las manos.

VENUS Pastores,
decidme, ¡ay de mí!, decidme
si dijeron unas voces
«¡Piedad, cielos!».

Dice Adonis dentro.

ADONIS ¡Piedad, cielos!
VENUS ¡Favor, dioses!
ADONIS ¡Favor, dioses!
VENUS Mas no tenéis que decirme,
si ellas mismas me responden
que es cúyo temo el gemido
y cúyo imagino el golpe.
Suyo es sin duda, ¡ay de mí!,
y aunque tan cerca se oye,
no sé si osaré llegar
a examinarlo.

Sale Belona.

BELONA No oses,
pues aun yo, compadecida,
troqué a lástimas rencores,
al ver tus penas; y así
digo otra vez que no oses,
si no quieres ver tan fiero,
trágico asunto, tan torpe,
como ver que salpicando
los más cándidos albores,
no sé qué vivo cadáver

desde la cumbre del monte
rosas deshojadas vierte
a un valle que las recoge.
VENUS Yo he de ver quién es.

Sale Libia [y las ninfas].

LIBIA No veas;
que yo, al temer que entre horrores,
o su gemido me aflija,
o su queja me congoje,
vengo huyendo con el miedo
de que sea el que así llore
el más venturoso amante
y el más desdichado joven.
VENUS ¿No es peor dudarlo?
BELONA No;
que la duda no supone
lo que la evidencia; y temo,
como la verdad te informe,
que sientas saber quién es
quien en pena tan inorme
con su sangre les infunde
nuevo espíritu a las flores.
VENUS Entre temer y apurar
término no se conoce.
BELONA Sí conoce, cuanto dista
que el mal se dude o se ignore;
y así, ¿para qué has de ver
qué humana púrpura corre?
TODAS Tanto, que de ella animadas,
cada flor es un Adonis.
VENUS ¡Un Adonis, ay de mí!
¿Cómo, soberanos dioses,
cielo, sol, luna y estrellas,
riscos, selvas, prados, bosques,
aves, brutos, fieras, peces,
troncos, plantas, rosas, flores,
fuentes, ríos, lagos, mares,

ninfas, deidades y hombres,
sufrís tal estrago?

Sale Marte.

MARTE Como
la paz me dio más blasones
en un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles;
a cuya causa, tirana,
no hubo en todo este horizonte
ni risco que no examine,
ni peñasco que no toque,
tanto, que nadie dirá
que el rencor de mis rencores
le dejó por escondido
o le perdonó por pobre;
hasta que la misma fiera,
de mi ofensa primer móvil,
primer móvil de mi ira,
halló al que de mí se esconde.
Y porque mejor lo veas,
llega, fiera, llega adonde,
bien herido y mal curado,
se alberga un dichoso joven.

Descúbrese Adonis caído entre unas flores.

VENUS ¡Ay infelice de mí!
Injusto amante, que pones
en la fuerza de tus sañas
la fuerza de tus amores:
aunque tirano te vengues,
por lo menos no blasones
que sin tirarle Amor flechas
le coronó de favores.
Flechas le tiró el Amor,
temida deidad del joven
tanto, que porque tus celos

su mayor triunfo no borren,
vivirá a su ruego eterno,
aunque ahora en él y en mí notes
las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche.

Cae Venus desmayada.

TODAS Con la fuerza del dolor
cayó desmayada sobre
las rosas, y sus espinas
van violando sus colores.

Amor en lo alto se descubre, y se ve un cielo con el sol que se esconde, y una estrella que sale a tiempo que van subiendo Adonis por un lado, y Venus por otro.

AMOR Porque vean que no en vano,
cuando en púrpura se tornen,
le halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres,
Júpiter, pues, conmovido
o indignado de que goce
sin los imperios de un alma
los de una vida tu nombre,
de esa derramada sangre
quiere que una flor se forme,
y que de aquella se vistan
roja púrpura las flores,
para que en tierra y en cielo
estrella y flor se coloquen;
a cuya causa, subiendo
donde entrambos se coronen,
verás que, desde este día,
con la nueva luz de Adonis,
sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone.

TODOS El horror de la tragedia
a nuestra vista se esconde,
viendo que ya todo es dichas.
MARTE No es todo sino rigores,
al ver que a triunfos de Amor
otra vez mis celos tornen,
supuesto que flor y estrella
ascienden Venus y Adonis,

Van subiendo los dos.

al tiempo que espira el sol
entre pardos arreboles,
y la enemiga del día
su negro manto descoge.

Van subiendo.

VENUS Pues porque mejor lo digas,
los dulces acentos oye…
ADONIS … con que nos aclama a un tiempo
la música de dos orbes.
TODOS A pesar de los celos, sus triunfos logre
el Amor, colocados Venus y Adonis;
y reciban ufanas, y eternas gocen
las estrellas su estrella, su flor las flores.
BELONA A cuyo aplauso festivo
fin a su fábula pone
La púrpura de la rosa,
volviendo a decir las voces:…
TODOS A pesar de los celos, sus triunfos logre
el Amor, colocados Venus y Adonis;
y reciban ufanas, y eternas gocen
las estrellas su estrella, su flor las flores.

Suben los dos hasta donde está el Amor, y desaparecen los tres, escondiéndose el sol, y quedando la estrella.

FIN

La sibila del Oriente y gran reina de Sabá

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAS

SALOMÓN, *rey de Jerusalén.*
IRÁN, *rey de Tiro.*
CANDACES, *rey de Egipto.*
ELIUD, *criado de Salomón.*
Una VISIÓN.
SABÁ, *reina de Etiopía.*
IRISILE, *negra.*
CASIMIRA, *negra.*
IRENE, *negra.*
LIVIO, *rey de Palmira, indio.*
SEMEY.
JOAB.
MANDINGA, *negro, gracioso.*
Músicos.

Jornada I

Músicos.

Suena música, corre una cortina y, debajo de un dosel, aparece SALOMÓN **durmiendo, vestido a lo romano, y por lo alto, en una apariencia, sale una** VISIÓN**, cubierto el rostro.**

SALOMÓN Dios grande, inmenso señor,
¿vos a visitarme a mí?
¿Vos a vuestro esclavo hacéis
tan grandes favores?

VISIÓN Sí.

SALOMÓN ¿Qué me mandáis?

VISIÓN Salomón,
(que es lo mismo que decir
pacífico, manso), hijo
del real profeta David:
tú, cuyo Imperio será
quieto, apacible y feliz,
quiero que me labres casa
en que morar y vivir;
yo te he de asistir a ella,
pide, y espera de mí
mercedes, que yo concedo
cuanto me quieras pedir.

SALOMÓN Grande Dios de las batallas,
pues hoy carga sobre mí
todo el peso de tu pueblo,
porque mi humilde cerviz
no desmaye, dame ciencias
con que me pueda regir.

VISIÓN Justa fue tu petición;
yo la concedo, y así,
ninguno será más sabio
antes ni después de ti;
aprovéchate de serlo,
si eterno quieres vivir,
porque saber para errar,
no es saber, sino morir.

(Cúbrese la apariencia y despiértase SALOMÓN**.)**

SALOMÓN

Espera, sagrada nube,
corre ese velo sutil,
veré cara a cara al sol;
pero no es tiempo (¡ay de mí!)
de que a su deidad se corra
el velo, ni descubrir
tesoros que el cielo guarda
para siglo más feliz.

(Suena música dentro.)

¿Pero qué música es ésta?
¿Ya no se ausentó de aquí
la majestad que adoré,
la maravilla que vi,
por quien quedé sabio y rico?

ELIUD

(Saliendo.)

Si vuestra alteza salir
quiere a un corredor, podrá
en él admirar y advertir
su poder, viendo dos reyes
de quien es rey.

SALOMÓN

¿Cómo así?

ELIUD

Candaces e Irán, señores
de Egipto y Tiro, de ti
llamados, entran ahora
en Jerusalén, que al fin,
aunque el egipcio no es
vasallo, súbdito sí,
y te obedece, viniendo
a tu presencia.

SALOMÓN Decid
que solos entren los dos.

ELIUD Ya los dos vienen aquí.

(Tocan las cajas y sale por una parte CANDACES**, de egipcio, y por la otra** IRÁN**, de tirio.)**

IRÁN Joven invicto, en cuya augusta frente
verde el laurel sin marchitarse viva. 60

CANDACES Grande hijo de David, a cuyo Oriente
ceda el laurel imperios a la oliva:
tú, cuyo nombre viva eternamente;
tú, cuyo imperio eternamente viva;
salve, y reines del orbe obedecido; 65
salve, y triunfes del tiempo y del olvido.

IRÁN Mientras Irán, invicto rey de Tiro,
habla, te atreves, bárbaro gitano,
a interrumpir su voz; mucho te admiro
de tu arrogancia y presunción en vano. 70

CANDACES Candaces, rey de Egipto soy, y aspiro
a lugar más supremo y soberano,
y tú aquí no me igualas ni prefieres,
pues yo soy rey, donde vasallo eres.
Con libre imperio y absoluto estilo 75
me aclamo rey desde las altas rocas,
adonde tan callado nace el Nilo,
que apenas saben de él naciones pocas,
hasta donde la hidra y cocodrilo
le miran respirar por siete bocas, 80
con escándalo tal los horizontes,
que ensordece los huecos de los montes.

IRÁN Cuando vasallo de este imperio sea

Tiro, mayor aplauso me previenes,
pues ya dices que en mí la suerte emplea 85
aquella dignidad que tú no tienes.
¿Quién no anhela a ser más? ¿Quién no desea
adelantar sus glorias y sus bienes?
Pues no es pequeño triunfo, honor pequeño,
llevarle de ventaja tan gran dueño. 90
Deja por eso mi sagrada esfera
de ser hibleo en galas y en primores,
escuela donde va la primavera
a aprender los matices y colores
que ha de sacar abril, pues de manera 95
se tejen los claveles y las flores,
que si Egipto al oído causa enojos,
Tiro da admiraciones a los ojos.
Y así, con mayor causa solicito
preferirte por dueño y por Estado. 100

CANDACES Antes verás que a tu soberbia quito
las alas que tan altas han volado.

SALOMÓN Basta; no más.

LOS DOS Señor.

SALOMÓN El rey de Egipto hable.

IRÁN Como a extranjero me has tratado.

SALOMÓN El Tiro hará lo que le mande.

IRÁN Ciego 105
de enojo, soy volcán de nieve y fuego.

CANDACES Apenas supe que mi dicha suma
a tu servicio, gran señor, me llama,
cuando rompiendo la rizada espuma
del rubio mar, que da a tu pueblo fama, 110
en un delfín, que es pájaro sin pluma;

en una águila, que es pez sin escama,
monte de velas, huracán de pino,
selva de jarcias, vecindad de lino.
Are los campos de cristal y nieve, 115
donde bebe en carámbanos la aurora
la blanca espuma, que en aljófar llueve,
y el argentado humor que en perlas llora
el viento, a cuyo son las plantas mueve
éste del mar caballo, sólo ahora 120
torpe me pareció, mas bien hacía
anteviendo el honor a que venía.
Al fin llegué, si puede vida humana
los rayos penetrar de tanta esfera,
donde la majestad más soberana 125
en su semblante luce y reverbera,
y por ser cuanto adquiere, cuanto gana
quien por premio el servirte sólo espera,
en alas del deseo y del cuidado,
vengo obediente adonde me has llamado. 130

SALOMÓN Hable el de Tiro.

IRÁN A tu obediencia atento,
apenas vi lo que tu carta encierra,
cuando a un veloz caballo, cuyo aliento
jeroglífico ha sido de la guerra,
sierpe del agua, exhalación del viento, 135
volcán del fuego, escolo de la tierra,
caos animal, pues en tan nuevo modo,
no siendo nada de esto lo era todo.
Llegué, en efecto, adonde mi deseo
el egipcio, señor, ha preferido, 140
en tu gracia y amor, no en el empleo,
aunque a besar tus plantas ha venido;
no digo que en esfera, ni lo creo
del sol, tu solio, que desvanecido
a tanta luz, si al sol honrar quisiera 145
dosel de Salomón el suyo hiciera.

SALOMÓN Reyes de Egipto y de Tiro,

que a mis decretos venís
obedientes y leales,
la causa que os trajo oís. 150
Hijo nací generoso,
de Bersabé y de David,
si heredero de sus glorias
no, de sus imperios sí.
Es mi nombre Salomón, 155
que es lo mismo que decir
pacífico, bien del cielo,
cumplió su palabra en mí,
pues desde que el rey mi padre,
juntó al nacer y al morir 160
Oriente y Ocaso, y yo
sombra de su cuerpo fui,
se suspendieron las armas
en Palestina, y así,
no veis en Jerusalén 165
vestido un arnés, ni oís
los militares estruendos
de la caja y del clarín.
La oliva cede al laurel,
habiendo sido hasta aquí 170
escuela y lección de Marte;
pues desde que en juvenil
edad esgrimió la honda
contra el jayán filistín,
hasta que en su senectud 175
venció en una y otra lid
al apóstata idumeo
y al idólatra gentil,
no se desnudó las armas,
por cuya causa (advertir) 180
no quiso nuestro gran Dios
de su mano recibir
casa y templo en que morar,
altar y ara en que vivir.
Y así, dejando piadoso 185
tan gran carga sobre mí,
me manda en su testamento
que yo, piadoso y feliz,

labre al arca del Señor
templo que pueda partir 190
con el sol rayos y luces,
pues él desde su cenit
no sabrá a quién debe el día
el resplandor, porque así
han de brillar en sus muros 195
las puntas de oro y marfil,
que de tanta Babilonia
todo el cielo sea pensil.
Esta fábrica eminente,
que no podrá competir 200
antes, ni después el tiempo,
fían los cielos de mí,
ved si es cuidado que debo
consultar y repartir
con todos, y siendo atlante 205
de tanto peso, advertid
si es bien que busque a quien pueda
ayudármele a sufrir.
Con este intento os llamé,
con esta ocasión venís 210
a Jerusalén los dos,
porque los dos conseguís
en mi amor y mi privanza
más lugar y honor que mil
reyes que son mis vasallos, 215
y así, os pretendo advertir
que para empezar el templo
me faltan de prevenir
dos provincias solamente;
con más atención oíd: 220
El Líbano, excelso monte
en cuya verde cerviz
descansa el cielo los ejes
de ese pabellón turquí,
población es donde tiene 225
sus imperios el abril,
porque sus árboles son
en el ameno jardín
lechos de la primavera,

pues cuando empieza a reír 230
el alba, y llorar la aurora,
sus flores a medio abrir
son las copas en que bebe
el sol maná del cenit.
De este, pues, sagrado Olimpo 235
habemos de conducir
leños a Jerusalén,
y tú, Candaces, has de ir
a talarle, y a cortar
de las palmas de Efraín 240
los troncos, sin que te quede
por traer una raíz.
Tú, Irán, sabe que al Oriente,
donde de rosa y jazmín
coronado nace el sol 245
en su cuna de zafir,
hay una parte que llaman
India oriental, hasta aquí
no descubierta de nadie,
sí conocida de mí. 250
Aquí, pues, has de llegar
y de mi parte decir
a Nicaula de Sabá,
que es su docta emperatriz,
que si mi amistad desea 255
y solicita de mí
valerse, para mi templo
en estoraque y menjuí,
cinamomo y calambuco,
quiera dar y remitir 260
cuantos árboles y peñas
tiene su adusto país
para que pueda labrar
con fábrica tan feliz
templo, altar, casa y sagrario 265
a la ley de Sinaí,
a la vara de la sierpe
y al maná de rasidín,
del Arca del Testamento,
del sagrado Adonaí, 270

del inmenso Sabaoth,
del gran Jeová, que decir
quiere que es Dios de los dioses
por deidad, principio y fin.

CANDACES

La respuesta, señor, sea
obedecer y servir;
iré al Líbano, y verás
cuán dignamente de mí
fías cuidado eminente;
a Sión ha de venir
en fragmentos tan cabal
que se pueda presumir
que en vez de traerle yo
él se ha venido hasta aquí.
(Vase.)

IRÁN

Donde el decir es hacer,
vive de más el decir,
no digo que iré a Sabá,
ni que informaré de ti
a su reina; sólo digo
que yo te voy a servir,
que es el premio que deseo.
(Vase.)

SALOMÓN

En paz, ¡oh reyes!, partid
juntos los dos, que no sé
qué grave espíritu en mí
dice que habéis de traerme
el tesoro más feliz
que tenga Jerusalén,
si en troncos puede venir,
y la riqueza mayor
que hoy está por descubrir
en la India, porque yo
espero gloria sin fin
del Líbano y de Sabá,
y no es mucho, pues que oí
que a la gran Jerusalén

la mayor le ha de venir
por una mujer, y un árbol
de la Casa de David.

(Mientras se canta, sale LIVIO**, indio.)**

MÚSICA La sibila soberana
de la grande India oriental, 310
la emperatriz de Etiopía
y la reina de Sabá,
inspirada en un fervor
que la asiste celestial,
se ha retirado a saber 315
secretos que revelar.

(Sale MANDINGA**.)**

LIVIO Misteriosa es la canción,
acercarme quiero más
a informarme; dime, amigo.

MANDINGA ¿Yo amigo? ¿De cuándo acá, 320
si entre el blanco y entre el neglo
nunca hau zegura amistad?

LIVIO Dime.

MANDINGA ¿Qué quiele que diga?

LIVIO ¿Dónde de esa suerte vas?

MANDINGA A eza monta.

LIVIO ¿A qué efecto? 325

MANDINGA A efectulu de buzcal...
nueva reya.

LIVIO ¿Vuestra reina?

MANDINGA Sí.

LIVIO ¿Pues dime qué hace allá?

MANDINGA Za alliretirara.

LIVIO ¿A qué?

MANDINGA Muy pleguntonsica za. 330
(Quiere irse.)

LIVIO Detente.

MANDINGA No za pozible,
que la múzica ze va
y turos mis burgonillos
hacen mucha farta allá.

LIVIO Villano al fin, el lenguaje 335
rústico claro lo da
a entender, porque los nobles
hablan más cortado y más
político.

IRISILE **(Saliendo.)**
¿Dónde, amor,
guías mis pasos?; si ya 340
eres dueño de la vida,
¿qué más pretendes?, ¿qué más?
Dejé la música y vuelvo
a aquesta parte a buscar
a Livio, que aquí le vi, 345

¡oh, qué fácil es hallar
en quien despreciada vive
un desaire o un pesar!

LIVIO

Dirásme, Irisile bella,
que por este monte vas 350
a penetrar las entrañas
de su centro, ¿qué deidad
vive en él? ¿Qué oculto Dios,
sacrificio, ara y altar,
admite en rústico templo 355
que así buscándole vas?
Que después que en Sabá vivo
cautivo, con haber ya
dos lustros el sol, no vi
esta admiración jamás. 360

IRISILE

Gran Livio, rey de Palmira,
a cuya felicidad
debió el tiempo más trofeos
que cuenta desdichas ya;
escúchame atentamente, 365
que aunque del cetro real
y la corona depuesto
hoy en nuestro reino estás,
eres rey, a quien respeto,
porque al fin la majestad, 370
por sí sola admiración
tiene, y no por el lugar.
Ese ejército festivo
que ceñido de arrayán,
de palma y laurel, al monte 375
hoy se conduce, al compás
de sonoros instrumentos,
cuya música turbar
puede el aire, herir el cielo
y pasmar el sol, sabrás 380
que a su reina va buscando,
que, como la gran Sabá,
emperatriz del Oriente,

reina única y singular
de los imperios del sol, 385
es una adusta deidad,
que con espíritu ardiente
de Dios merece alcanzar
de sibila y profetisa
nombre altivo e inmortal 390
cuando el divino fervor
que la inflama y que la da
aliento, en su pecho vive
es un ardiente volcán,
y furiosa del poblado 395
huye, y a la soledad
se retira, donde escribe
versos, en que anuncios da
de los arcanos secretos
de un Dios, que aunque dicen que hay 400
tantos de barro y madera
de oro, de plata y metal,
ella sólo uno concede
con que niega los demás,
en oprobio y menosprecio 405
de Noloé y Sabaal.
De éste, pues, Dios uno suele
en varios bosquejos dar
mil noticias, escribiendo,
ya en las arenas del mar 410
con el dedo, ya en los troncos,
siendo la pluma un puñal,
el papel de esas cortezas,
herido tal vez, y tal
verdes hojas de laurel 415
esparce el viento a volar
con caracteres escritos,
siendo en su velocidad
aves con alma y sin vida.
Ahora preguntarás 420
por qué escribe y habla así,
pudiendo escribir y hablar
descubiertamente, y es
porque el rato que le da

el furor y la ilumina 425
una llama celestial,
divinos misterios ve,
y entonces quiere observar
sus secretos, porque luego
que pasa aquella deidad, 430
de cuanto vio y alcanzó
no vuelve a acordarse más,
y queda como asombrada,
mas pues pudiste llegar
a tiempo de ver lo que hoy 435
nos revela, como allá
llegues conmigo, no dudes
que altos secretos oirás.

LIVIO Admirado me has tenido
oyendo la novedad 440
de que me informas; iré
contigo hasta examinar
las entrañas de ese monte,
cuya opaca amenidad
los imperios de la luz 445
niega al sol, pues no le da
licencia para que un rayo
pueda ver ni registrar
los senos adonde oculta
avara de su beldad 450
tesoros la primavera
en jazmín, rosa y azahar.

(Salen CASIMIRA**,** IRENE **y** MANDINGA**. Suena la** MÚSICA **a lo lejos.)**

IRISILE No pases de este puesto ni hagas ruido,
no de los que aquí vienen seas sentido.

CASIMIRA Cesen los instrumentos 455
de dar admiraciones a los vientos,
y las sonoras voces

que al sol llegaron dulces y veloces;
suspendan su alegría
y suceda el silencio a la armonía. 460

MÚSICO 1.º Ninguna planta errante
malogre hermosa flor de aquí adelante,
pues ya de aquí miramos,
entre las verdes hojas de los ramos,
la cueva donde yace 465
el etíope sol que al mundo nace.

IRENE Aquí, pues, esperemos
los divinos misterios que sabremos.

LIVIO Admirado me tiene
la grande fe con que a buscarla viene 470
su gente a esta espesura.

IRISILE Cuando veas en ella una locura
tan cuerda y tan divina,
que su mismo furor la desatina,
te admirarás de nuevo. 475

IRENE Mandinga, con la música me elevo.

MANDINGA Mucho en zalir ze talda,
no echa de vel la gente que le agualda;
pero, ¡ay, diosa!, ¿qué ez ezto? No lo cleo;
voto al zol que ez aquella que allí veo. 480

(Sale SABÁ **con unas hojas en la mano.)**

IRISILE Atiende, que ya sale.

MANDINGA ¡Ea, afuera!

LIVIO

En su asombro mi vista considera
otro mayor espanto.

CASIMIRA

Tanto la priva, la enajena tanto
el fervor que la inspira, 485
que ni oye, ni ve, ni habla, ni mira.

IRENE

Suelto el cabello viene,
que aunque etíope adusta, como tiene
tal cuidado con ello,
es un rayo de sol cada cabello. 490
Mal compuesto el vestido,
sin atención, sin alma y sin sentido;
con ardiente despecho
parece que se quiere abrir el pecho,
porque en él no le cabe 495
el corazón.

MÚSICA

¡Qué admiración tan grave!

SABÁ

Espíritu divino
de un Dios que adoro solo, aunque Dios trino,
cuyo grave misterio
los cortesanos dicen de tu imperio, 500
cuando en sonoro canto
una vez Dios te aclaman y tres santo,
dando a entender en estos
versos un solo Dios y tres supuestos.
Tú, que mi pecho inflamas 505
con dulce fuego de amorosas llamas,
a cuya mansa herida
el fénix soy, dilátame la vida,
que solamente quiero,
hasta adorar el celestial madero, 510
el árbol soberano,
ramo de paz, cuando el linaje humano
agonice abrasado, anhele ciego
en diluvio fatal, de sangre y fuego.
Oíd, oíd, mortales, 515
que sé de la salud de vuestros males:

estas hojas, que el viento
mueve sutil y desvanece atento,
misterios comprehenden
que se dejan mirar y no se entienden: 520
estudiad, pues, en ellas,
que letras son del cielo las estrellas,
y del viento las hojas;
aliviadas veréis vuestras congojas,
borrados hallaréis vuestros delitos, 525
si entendéis sus carácteres escritos
en aqueste cuaderno,
corónica inmortal de un Dios eterno.

(Esparce las hojas, llegando todos a cogerlas, y ella se desmaya.)

LIVIO Desmayada ha quedado.

IRENE ¿Quién vio al sol entre sombras eclipsado? 530

CASIMIRA Una estatua es de hielo.

MANDINGA De azabache dirás.

SABÁ Válgame el cielo.
¿Adónde estoy? ¿Qué miro?

LIVIO Segunda vez con ocasión me admiro.

SABÁ Yo aquí, tan descompuesto 535
el cabello y las ropas, ¿pues qué es esto?
¿Quién aquí me ha traído?

LIVIO Vuelve a la luz primera tu sentido,
que cuantos aquí estamos,
los rayos de tus sombras adoramos. 540

SABÁ

Huiré de que me vean
de esta suerte; los troncos sólo sean
testigos fieles hoy de mi fatiga,
que aun de mi sombra huyera,
si diferencia en mí y mi sombra hubiera. 545
(Vase.)

LIVIO

Oye, espera.

IRISILE

Detente;
no la sigas; no ofendas neciamente
su precepto sagrado,
y pues sólo sin ella hemos quedado,
las hojas que cogimos repitamos, 550
por que en ellas leamos
lo que su voz enseña.

CASIMIRA

Esta virtud contiene no pequeña.

LIVIO

¿Cómo dice? Que ya saberlo espero.

CASIMIRA

(Lee.)
Y cuando el paroxismo vea postrero. 555

IRISILE

Problema no entendida.

MÚSICA

Con dulce fruta en su sazón cogida.

LIVIO

Tampoco esa se entiende;
más feliz, aquí habla a mis cuidados.
(Lee.)
Los dichosos serán los señalados. 560

MÚSICA

Yo leer mi verso quiero:
(Lee.)
Un celestial, un singular madero;
nada hasta aquí se entiende.

IRENE

El mío ni se alcanza ni comprende,
en quien leo confusa y aturdida, 565
(Lee.)
por que uno muerte dé y otro dé vida.

MANDINGA

Yo también quielo agola
mi velso leel, pero leero innola
Mandinga; y así, piro
que lo lea pol mí el más entendiro. 570

IRENE

Yo leértelo quiero.
(Lee.)
Antídoto ha de ser de aquel primero.

IRISILE

Este amenaza alguna gran caída.
(Lee.)
La fábrica del orbe desasida.

CASIMIRA

Y de éste quedaréis más admirados: 575
(Lee.)
Y con él a juicio seáis llamados.

LIVIO

Nada hemos entendido.

SABÁ

(Dentro.)
Etíopes confusos, que el sentido
ignoráis de esos versos soberanos,
a voces repetid los ecos vanos. 580

MANDINGA

Si ha de sel, estudial mi velso quielo:
Antíroto ha de sel de aquel plimelo.

LIVIO

Vaya a una voz, pues pueden de esos modos,
no entendiéndose uno, leerse todos.

MÚSICO 1.º

Un singular, un celestial madero. 585

MÚSICO 2.º

Con dulce fruta en su sazón cogida.

MANDINGA Antídoto ha de ser de aquel primero.

IRENE Por que uno muerte dé y otro dé vida.

CASIMIRA Y cuando el paroxismo vea postrero.

IRENE La fábrica del orbe desasida. 590

CASIMIRA Con él a juicio universal llamados.

LIVIO Los dichosos serán los señalados.

IRENE Alto sentido encierra.

LIVIO Paz publica al principio y luego guerra
a todo el universo. 595

CASIMIRA Misterio da el enigma, verso a verso,
anunciando un madero.

MANDINGA Antíroto ha de sel de aquel plimelo,
no he de olvidal rasón yo tan divina,
aunque tome desde hoy la anacaldina. 600

IRENE Leño ha de ser divino.

LIVIO Si un árbol ha de ser tan peregrino,
¿quién duda que esta tierra
le tiene, pues encierra
esos verdes trofeos 605
en los troncos y árboles sabeos?

CASIMIRA Bien es que le busquemos,
pues en Sabá, sin duda, le tenernos
entre tan bellos ramos.

LIVIO Vamos, pues, a buscarle, etíopes.

TODOS Vamos. 610

(Suena un clarín y espántanse.)

LIVIO Mas, ¡ay cielos!, ¿qué voz es la que suena
que ni es ave del viento ni es sirena
del mar?

IRENE Pierdo el sentido.

CASIMIRA Su música otra vez no hemos oído.

IRENE Con sonoros acentos 615
vuelve a poblar de admiración los vientos.

MÚSICA ¡Qué eco tan ligero!

MANDINGA Antíroto ha de sel de aquel plimelo.

(Sale en lo alto SABÁ**.)**

SABÁ Moradores de Sabá,
primera cuna del sol, 620
donde su hermoso arrebol
recibe la luz que da
a otros hombres cuando va
su dorado rosicler
a ser hoy el que era ayer, 625
pues si en ondas de zafir
nace allá para morir,
muere aquí para nacer.
Huid la playa arenosa

que ocupáis, dejad la orilla 630
del mar, que una maravilla
estupenda y prodigiosa
os viene a ver; yo, furiosa,
con la mansa pesadumbre
de mi espíritu, la lumbre 635
toqué de ese monte, que
verde salamandra fue
sustentándose de lumbre.
Sobre su cima eminente
hoy la estatura del monte 640
medí todo el horizonte
a los campos de Occidente,
y como tan claramente
agua y tierra presidía,
por ver qué descubriría, 645
vi en anchos campos del mar
el monstruo más singular
que vio el grande autor del día.
Ni es pez, ni es bruto, ni es ave,
siendo ave, bruto y pez, 650
porque en sus señas tal vez
uno y otro nombre cabe:
cuando nada altivo y grave
por el reino de la espuma
es pez de grandeza suma; 655
cuando en diáfanas salas
vuela batiendo las alas
es un pájaro de pluma.
Cuando brama, cuyo acento
causa admiración y espanto, 660
es bruto, y así, entretanto
que discurre el pensamiento,
a su gran prodigio atento
no sé qué nombre le dé,
porque solamente sé 665
si no es pez, bruto ni ave,
que, sin duda, alguna nave
de extranjero reino fue.

IRÁN **(Saliendo.)**

Ya estamos en tierra; agora
cada cual tome su senda 670
y examine las noticias
de estos montes y estas tierras.

SABÁ

Hombre, aborto de la espuma,
que esa marítima bestia
sorbió sin duda en el mar 675
para escupirte en la tierra,
no des más paso, porque
cada paso más te acercas
a morir, y vas pisando
en las tostadas arenas 680
de esos montes las cenizas
de tu vida, cuando en ellas
cadáver midas el suelo,
herido de la violencia
de una flecha en forma de áspid 685
o áspid en forma de flecha.

IRÁN

Deidad de estos altos montes,
en quien la Naturaleza
con estudio hizo un borrón,
por que examine y advierta 690
que hay estudio en el acaso
y en el estudio belleza.
Si eres la sombra del sol,
que en el Oriente la deja
por no llevar sombra cuando 695
luces pisa y rayos huella.
Si eres la diosa a quien dan
estos montes y estas selvas
estatuas de ébano y jaspe
por que en la tez se parezca. 700
Si eres tú misma en efecto,
porque no habrá más que seas
siendo tú misma, tú misma
no desdigas, no desmientas
las vislumbres de divina 705
con rigor y con soberbia,

que emplear tirana en quien
humilde tus plantas besa
las puntas de esos arpones
será malograr tus fuerzas, 710
pues no las da que vencer
quien no las quita que venzan.
De paz navego estos mares,
espejos en quien contempla
el sol su hermosura cuando 715
medio dormido despierta.
De paz estos montes piso,
pirámides que sustentan
en sus espaldas los rumbos
de una esfera y otra esfera. 720
Y así, nobles y piadosos,
decidme, ¿qué parte es ésta
de la India y dónde caen
por estos mares y tierras
las provincias de Sabá, 725
que voy buscando a su reina,
en vez de darla temores
para rendirla obediencias?

MANDINGA

Turo aquezo za embeleco
mila, sïola, no cleas 730
que la gente brancaza
mentiroza, para ella
ezturunemule turo
aya grita, fizga, efezta.

SABÁ

Ignorante peregrino, 735
que vienes de lejas tierras,
donde noticia del sol
aun habrás tenido apenas,
puesto que no la has tenido
de esa emperatriz, pues ella 740
la fama informa primero
cuando generosa vuela
del un polo al otro polo,
llena de ojos y de lenguas,

por que tan grave ignorancia 745
otra vez no te suceda
quiero de Sabá informarte;
escucha, por que lo sepas:
En los desiertos del Asia,
primera cuna y primera 750
estación del sol, adonde
la luz su fatiga empieza,
yace una fértil provincia,
a quien engastan y cercan
dos mares, que menos soso 755
a los muros de sus peñas
no bastarán, si no es
que, contemplándose en ellas,
son espejos de cristal
a mil narcisos de hierba. 760
Tan joven la luz del día
está aquí y con tanta fuerza
hiere, que en los moradores
abrasa el color y quema,
de suerte que adultos todos, 765
cuando al sol están, no aciertan
cuál es la sombra o el cuerpo,
que es todo una cosa mesma.
De este, pues, lunar del orbe,
si bien lunar con belleza; 770
de ésta, pues, mancha con arte,
es emperatriz y reina
Sabá, que aunque no es su nombre,
sino Nicaula Maqueda,
por sus imperios así 775
la suelen llamar, y ella
lo permite, porque tanto
de sus imperios se precia.
No te quiero numerar
su majestad y grandeza, 780
su poder y su valor,
aunque decirte pudiera
que son sus montes de oro,
puesto que en ellos se engendra
tanto, oye, que si tal vez 785

alguna mina revienta
de plata dicen que ha sido
un aborto de la tierra,
y como mal parto suyo
ni le nombran ni le cuentan. 790
¿Qué leño no es un aroma?
¿Qué copa no es una hoguera?
¿Qué peña no es un brasero,
holocausto de estas selvas?
¿Ves todo ese monte? ¿Ves 795
toda esa verde eminencia,
embarazo de los vientos
y de los rayos ofensa?
Pues es una ara no más,
en cuya llama sabea 800
salamandra al sol se abrasa,
fénix el sol se renueva,
pues aquí en dulces olores
las doradas alas quema,
haciéndole cada día 805
el natal y las exequias;
y así, cenizas del sol,
árboles, plantas y hierbas,
sangre, bálsamos y gomas,
sepulcro, montes y peñas, 810
todo olores le tributa,
todo le rinde riquezas.
A Livio, rey de Palmira,
venció en batalla sangrienta,
y desposeído ya, 815
preso le tiene en su tierra.
Y con ser tal el poder
de Sabá, tal la grandeza,
no son éstas las mayores,
porque las mayores que ella 820
tiene son la majestad
de su ingenio, de sus ciencias,
libro con alma y con voz
es, que doctamente enseña
lo más oculto que el tiempo 825
o dificulta o reserva.

Mira si quien esto sabe,
mira si quien esto reina
podrá ofenderse de que
tú lo ignores y no sepas 830
que es poderosa, que es sabia,
que es generosa, que es bella,
y que lo preguntes cuando
estás hablando con ella
y que ella misma te haya 835
de decir que es ella mesma.

IRÁN

Saberse tu nombre antes
que tu persona se sepa,
anticipando la fama,
es lisonja y no es ofensa; 840
mas si te ofendes de mí
como sabia, y como reina,
y como hermosa, no hagas
hoy de una culpa tres quejas,
pues a la de hermosa sólo 845
no te sabré dar respuesta,
porque en cuanto a rica y sabia
no me admiro, que está hecha
el alma a tratar y ver
más majestad y más ciencia. 850

SABÁ

¿En quién?

IRÁN

En Salomón, rey
de cuanto el Eufrates riega
hasta Filistín, y cuanto
desde Egipto señorea
el Nilo hasta la otra parte 855
de Eufrates, cuantos en estas
provincias los reyes son,
vasallos suyos se cuentan.
Es señor de Palestina,
de Samaria y de Idumea, 860
Caldea y de las Arabias
Feliz, Desierta y Petrea;

de las Indias del Ofir
tres flotas al año llegan
cargadas de plata y oro, 865
metales, joyas y telas.
Tanto, que en Jerusalén
hoy que hacer un templo intenta;
para la fábrica hermosa
están las calles cubiertas 870
de materiales, de suerte
que se ve más plata en ellas
que piedras, con haber tantas,
que de sola una pudiera,
si se abollara, labrar 875
una casa toda entera,
sin que estuviera ajustada,
sino toda de una pieza.
Cincuenta y seis mil caballos
de su servicio sustenta 880
y gasta al año en su casa
cuatro millones de anegas
de trigo.

MANDINGA

Válgame Dioza,
y, quién aquí las tuviera!

IRÁN

Y dejando aparte cuanto 885
en majestad y grandeza
tienen las ciencias de cuantos
sabios ha habido en la tierra
y ha de haber, porque ninguno
de cuantos nazcan y mueran 890
supo más ni sabrá más.

SABÁ

Extrañas cosas me cuentas,
y de escucharte admirada
te prometo que me dejas.

MANDINGA

Y plegunto yo, sïola, 895
¿qué harán cuando no lo clea
esto yo?

SABÁ

Haré castigarte
por incrédulo, que es fuerza
que a mí me diga verdad,
y todo cuanto refiera 900
hoy se ha de creer por fe.

MANDINGA

Digo que so una glan bestia,
y si habrare más la boca
al colodliyo me vuelva.

IRÁN

De parte de este gran rey 905
te vengo a pedir audiencia,
que ya te he dicho, señora,
que un templo labrar intenta
adonde viva su Dios,
y su fábrica desea 910
ilustrar con dones tuyos.
Mi embajada, al fin, es ésta;
pero más despacio quiero
que en tu palacio lo sepas,
que es trono rústico un monte 915
para que informarte quiera
en él de tantos sucesos.

SABÁ

Mi vida también espera
informarte más despacio
de las cosas que me cuentas. 920
Vete a palacio, y contigo,
capitán, tus gentes vengan,
que quiero emprenderlas todas,
y cree que si deseas
llevar dones de Sabá 925
para enriquecer tu tierra,
que creo que has de llevarle
el mayor que se halla en ella,
que es a mí, porque he de ver
si es verdad que tu rey sea 930
el más rico y el más sabio
de los reyes de la tierra,

pues lo será si es que a mí
me vence en poder y en ciencias,
que soy sibila de Oriente, 935
que soy del Ocaso reina.

Jornada II

Salen IRISILE**,** CASIMIRA**,** IRENE**,** LIVIO **y demás indios, y luego** IRÁN **y** SABÁ**.**

IRÁN

Ese monte, coronado
de verdes copas, en quien
hoy tantas gentes se ven,
es el Líbano sagrado.
Cuarenta mil hombres son 5
los que a talarle han venido,
de quien general ha sido
Candaces, y con razón,
porque su cuidado es
de quien tal acción se fía 10
por el mar desde aquí envía
la palma, el cedro, el ciprés,
a Jerusalén, y así
puebla de árboles el mar,
que se deja imaginar 15
que se ha arrancado de aquí
el monte cuando a ver llega
que su sagrado horizonte
discurre a cargas el monte
y a pedazos le navega. 20
En sus faldas descansar
puedes, en tanto, señora,
que las sombras hacen hora
de volver a caminar,
que ha sido largo el viaje 25
y no dudo que vendrás
cansada.

SABÁ

Pues que me das
verde y florido hospedaje,
en la falda lisonjera
descansaré de este prado, 30
donde creo que ha fundado
su corte la primavera,
según las flores que veo.

IRÁN

Pues que ya tan cerca estás
de Jerusalén, verás 35
allá cumplido el deseo,
porque admiración tan grave
como darán sus despojos
cabe, señora, en los ojos
y en el concepto no cabe. 40
Ya prevenida tu entrada
en Jerusalén está,
y yo he de llegar allá
primero con tu embajada.

SABÁ

Dejadme sola, que aquí 45
esperar quiero que el sol
temple su ardiente arrebol.

LIVIO

Aquí hay un árbol, señora,
que al sol los rayos defiende,
cuya hermosura suspende, 50
cuya beldad enamora.

IRÁN

Derecho el tronco e igual
hasta su remate, sube
a ser de una verde nube
gigante piramidal. 55

LIVIO

En fin, en sus resplandores
él muestra bien que por ley
de naturaleza es rey
de las plantas y las flores.

IRISILE

Y que su autor soberano
por favor particular
lo quiso hacer y labrar
todo de su propia mano;
como quien dice, yo fui
quien hizo por varios modos
los árboles para todos
y éste sólo para mí.

MANDINGA

En sus froriras alfomblas
cansal podlás tú, pues son
catro, lecho y pabellón,
rozas, alboles y zomblas.

SABÁ

Aquí, pues, descansaré;
todos de aquí os retirad
y alguna cosa cantad;
tú no te vayas, por que
si algo se ofreciere puedas
avisar.

MANDINGA

Aquí zaré.

(Echase debajo del árbol y vanse todos.)

Turo ze va, yo he queraro
solo.

SABÁ

¿Mandinga?

MANDINGA

¿Sïola?

SABÁ

Diles que canten.

MANDINGA

Ya ahola
lo ezturumento han templaro.

(Cantan los músicos y duerme SABÁ**.)**

MÚSICO 1.º Un singular, un celestial madero.

MÚSICO 2.º Con dulce fruta en su sazón cogida.

MANDINGA Antíroto ha de sel de aquel plimelo.

IRENE Por que uno muerte dé y otro dé vida. 85

CASIMIRA Y cuando el paroxismo sea postrero.

IRENE La fábrica del orbe desasida.

CASIMIRA Con él a juicio universal llamados.

LIVIO Los dichosos serán los señalados.

MANDINGA Parece que za dolmiro 90
al zon de lo ezturumento,
y el zol, el agua y el viento
no ze atleven a hacel ruiro
pol no dezpeltalya; yo
también la quielo dejal, 95
que ez pecaro dezpeltal
a quien de gana dulmió.

(Vase y dicen dentro.)

UNO No le sigáis más.

OTRO Al viento,
disforme monstruo, te igualas;
no corres, vuelas sin alas. 100

(Sale JOAB **con barba larga.)**

JOAB

Flaco y cansado me siento;
mas ¿qué mucho, si los daños,
que dan espantos y asombros,
huyendo llevo en mis hombros
y el peso de tantos años? 105
En tu vientre, ¡oh peña dura!,
vivo a sepultarme voy,
que es bien, pues cadáver soy,
que busque mi sepultura.

(Va a entrar por una cueva y despierta SABÁ**.)**

SABÁ

¿Qué ruido es éste? ¡Ay de mí! 110
¿Qué monstruo tan torpe y feo
es el que presente veo?

JOAB

No puedo pasar de aquí...
¡Qué extraña mujer!

SABÁ

Detén,
¡oh fiera!, el paso veloz, 115
y si no puede mi voz
pararte, pueda el desdén
de este arpón, por que presumas
que a él mis temores apelan,
pues todos con plumas vuelan 120
y tú pararás con plumas.

JOAB

Mujer prodigiosa, tanto,
que al contemplar tus despojos
los oídos y los ojos
horror padecen y espanto. 125
Y es tan grave confusión

por saber, dentro en mí luchan
si a lo que miran o escuchan
le deben admiración.
No soy fiera, aunque me ves 130
con tantas señas de fiera;
hombre soy, y ser quisiera
vil trofeo de tus pies
antes que de esos arpones
a no importarme ir huyendo 135
de quien me viene siguiendo.
Si palabra o si acciones
de un hombre que es desdichado
tu pecho han enternecido
paso a esa cueva te pido 140
adonde vivo enterrado.

SABÁ

Pierde, hombre o fiera, el temor;
nadie te sigue, y aquí,
aunque te sigan, en mí
tienes amparo y favor, 145
que soy Sabá, emperatriz
de los montes del Oriente.

JOAB

Aunque tu beldad lo intente,
no harás mi vida feliz.

SABÁ

No temas, pues te asegura 150
mi respeto y mi piedad.

JOAB

No valdrá la inmunidad
de tu divina hermosura
a un delincuente, que hoy
vive a muerte condenado. 155

SABÁ

¿Quién eres?

JOAB

Un desdichado
con que te he dicho quién soy;
pero, pues treguas nos da

la gente que me seguía
y amparas la suerte mía, 160
escucha.

SABÁ Atenta estoy ya.

JOAB Hermosa mujer, en quien
la Naturaleza puso
competencias generosas
de lo blanco y de lo adusto, 165
yo soy Joab, infelice,
a cuyo valor, a cuyo
esfuerzo, las cuatro partes
de la fábrica del mundo
temblaron, aunque ya sólo 170
soy un cadáver caduco,
que al soplo menos ligero
de cualquier viento me turbo.
Capitán fui, general
de los ejércitos sumos 175
de David; digan el Tigris,
el Eufrates y el Danubio
si en sus hermosas riberas,
que son de esmeraldas, rubios
tuvieron hartos laureles 180
para coronar mis triunfos.
Pero contemos desdichas,
que están más puestas en uso
al introducir tragedias
por los actos del disgusto. 185
Cuando Absalón, hijo hermoso
de David, bello trasunto
de Adonis, pues fue su sangre
de su hermosura dibujo,
a un tiempo vasallo e hijo 190
inobediente y perjuro
contra su padre y su rey,
en armadas huestes puso
el imperio, siendo entonces
a tanto escándalo injusto 195

los montes de Gelboé
testigos sordos y mudos;
con su rey y con su campo
salí a estorbar el orgullo
del ejército que, osado, 200
la batalla nos dispuso
a la hora que ya el sol,
entre reflejos confusos,
iba declinando rayos
a ser huésped de Neptuno. 205
Frente a frente los dos campos
se vieron en el nocturno
silencio, si ya no fue
que el sol se vistió de luto.
Hizo al alba de embestir 210
señal un metal robusto,
que es voz y aliento de Marte,
cuando los dos campos juntos,
repitiendo los acentos
y los grabados escudos, 215
eran un Etna de fuego,
eran un volcán de humo.
Tan sangrienta, tan crüel
fue la lid, que el valle estuvo
hecho de púrpura humana 220
un pavimento cerúleo.
Declaróse la victoria,
decirte por quién rehúso,
porque parece injusticia
del cielo, y en sus influjos 225
cuando injusto nos parece
es justiciero y no injusto.
La gente, pues, de David,
rota y deshecha, se expuso
a la fuga, y el rey mismo, 230
de sus afectos desnudo,
a espaldas vuelta volvía
contra su valor augusto.
Mas Semey, joven valiente,
que el calabozo profundo, 235
de esa bóveda, conmigo

habita, ciego y sañudo,
de ver a su rey huyendo,
dijo a voces: Del Dios sumo
de Israel, maldito sea 240
rey que a padecer nos trujo.
Oyólo David, y dijo:
Aunque de tu boca escucho
mi maldición, Semey, hoy
no has de pensar que procuro 245
mi venganza; mientras viva
yo, tú vivirás seguro.
Y volviendo a la batalla,
tanto esfuerzo en ella puso
que barajó a la fortuna, 250
la suerte, y victoria tuvo.
¿Viste exhalación deshecha
correr por azules rumbos,
que deja un rastro de fuego
por donde corre? Presumo 255
que esto Absalón parecía
desamparando a los suyos,
cuando veo (¡qué prodigio!)
que de los cabellos rubios
pendiente a una encina queda, 260
siendo en su desdicha a un punto
la misma encina y cabello
el suplicio y el verdugo.
De no matarle llevaba
orden yo, pero ¿quién tuvo 265
freno para la impaciencia
y rienda para el impulso?
La acción, que violenta ya,
parada en el aire estuvo,
a pesar de mis afectos, 270
sin saber cómo ejecuto;
y pasándole la espalda
hasta el pecho, el hierro agudo,
siendo en la región del aire
toda la esfera un sepulcro, 275
fue una admiración del cielo
y espectáculo del mundo.

Los campos de Gelboé
maldijo (cuando lo supo)
David, por cuya ocasión 280
siempre secos, siempre mustios,
ni llora el alba rocío,
ni congela dulces frutos
de las flores del abril,
ni las espigas de julio. 285
En mí quisiera vengarse,
mas como siempre me tuvo
tan grandes obligaciones,
nunca a hacerlo se dispuso;
vivido he, pero muriendo, 290
y en el testamento suyo
deja mandado que muera
por tan riguroso insulto.
Huyendo de Salomón
la justicia, no procuro 295
mi perdón, por saber cierto
que es juez sabio, que es rey justo,
y conmigo lo será
más, pues un tiempo que hubo
bandos entre él y Adonías, 300
su hermano, sobre el augusto
laurel que ciñó, ayudé
de Adonías los discursos.
Por todo, pues, vivo aquí
ese calabozo oscuro, 305
con Semey, que es aquel
de la maldición, y juntos
los dos, por guardar las vidas
de las manos de un verdugo,
lo somos nosotros mismos, 310
viviendo como unos brutos:
de hierbas nos sustentamos,
y éstas cogemos a hurto
de la gente, que este monte
saquea de troncos, cuyo 315
número excede a sus hojas.
Si pudo mi voz, si pudo
obligarte mi desdicha,

lo más que de ti procuro
es que con Candaces puedas, 320
rey de Egipto, que entre muchos
árboles que van cautivos
hoy a Jerusalén, uno
reserve, que es este árbol,
porque su tronco caduco 325
prodigioso es, corte cuantos
el tiempo vistió de lustros.
Tradición es verdadera
de los moradores rudos
del Líbano que este tronco 330
de Ebrón a sus montes trujo
Jericó, de Noé hijo,
que fue el que en herencia tuvo
esta parte, cuando él
partió entre los hijos suyos 335
la tierra la vez segunda
que volvió a nacer el mundo.

SABÁ

Es tu historia prodigiosa,
admiración me ha debido,
y supuesto que he venido 340
donde sabia y poderosa
en pena tan rigurosa
pueda valerte, lo haré.

JOAB

Jamás piedad esperé.

SABÁ

Venid juntos tú y tu amigo 345
a Jerusalén conmigo,
que yo al rey le pediré
vuestras vidas la primera
cosa que se llegue a hablar,
que siento vuestro pesar 350
como si mi pena fuera.

JOAB

¿Semey?

(Sale SEMEY **vestido de pieles.)**

SEMEY ¿Qué es lo que me quieres?

JOAB Darte de un suceso parte.

SEMEY Desde aquí pude escucharte,
y así, informarme no esperes, 355
y me ha pesado de que eres
ciego y desagradecido
a tu bien. ¿Por qué no has sido
alfombra a esos pies primero?

JOAB Porque yo, Semey, no espero 360
el perdón que me ha ofrecido
esa mujer; si yo a muerte
estoy condenado ya,
¿quién a romper bastará
lazo tan duro y tan fuerte? 365

SEMEY Que podrá romperlo, advierte,
una reina soberana,
tan divina como humana,
que en el Oriente nació
hija del sol.

JOAB Nunca yo 370
en esperanza tan vana
mi vida aseguraré.

SEMEY ¿No la asegura un madero?

JOAB Yo tampoco en él espero,
pues que ha de cortarle sé 375
la gente que aquí se ve.

SABÁ Pues no estés desesperado,

hombre a muerte condenado
por decreto de un rey fuerte,
si heredero de tu muerte 380
vives pobre y desdichado.
Vida por mí has de tener,
por que digan que ha rompido
el decreto establecido
un árbol y una mujer; 385
y mujer cuyo poder
es de virtudes crisol,
cuyo divino arrebol
es hermoso y refulgente,
porque es reina del Oriente, 390
provincia hermosa del sol.

SEMEY La vida espero por ti,
hermosa Sabá.

JOAB Yo no.

SEMEY ¿Quién del bien desesperó?

JOAB Quien nació como nací, 395
no espere vivir.

SEMEY Yo sí.

JOAB Eres loco.

SEMEY Tú obstinado.

SABÁ Dios inmenso, Dios sagrado,
que aquí mi espíritu entiendes,
¿qué gran misterio pretendes 400
revelar a mi cuidado?
Entre dos hombres que a muerte
están condenados ya,
un madero hermoso está,
que luces y rayos vierte, 405

¿qué duda tan grave y fuerte
de aquí se puede inferir?
Uno espera que vivir
puede, y otro desespera
de la vida, quién pudiera 410
los secretos descubrir
que me dicta el corazón.
Pero no puedo, no puedo,
que muerta y vencida quedo
a manos de mi pasión; 415
que soberana visión
en vislumbres considero
otra vez, que de un madero
como un remedio sería
del universo, y pedía 420
al cielo que, lisonjero,
me le diese a conocer.
¡Quién el secreto pudiese
penetrar! ¡Oh, quién supiese
cómo ha de venirse a ver 425
nuestro remedio y placer!
Mas aunque el camino ignoro,
como a sagrado te adoro,
árbol de Dios debes ser.

(Salen CANDACES **y** HEBREO**.)**

CANDACES

Por esta parte, que el mar 430
es espejo transparente
del Líbano, y que sus flores
narcisos se desvanecen,
id cortando; mas, ¿qué miro?
El paso el pueblo suspende 435
a ver un caso admirable,
que a nuestros ojos se ofrece.
En lo intrincado del monte,
en una parte eminente
está un árbol, y a sus lados 440

dos hombres, que más parecen
dos fieras, y una mujer
a sus pies lágrimas vierte.

HEBREO

Con poca causa te admiras.
¿Qué prodigio hallas presente: 445
una mujer y dos hombres
te turban y te suspenden?
Ella, sin duda, será
vecina de aqueste albergue,
donde árboles adoran, 450
porque dicen que aquí tienen
un árbol que Jericó
les dejó a sus descendientes.
Los hombres en ese traje
será, que como mil gentes 455
en el Líbano trabajan,
y de tantas partes vienen
del modo, quizá, de algunas
que se visten de esa suerte,
habrán venido.

CANDACES

Bien dices: 460
a talar el monte vuelve;
empieza por aquel árbol,
que su copa y tronco debe
ser preferido entre tantos
que a la fábrica excelente 465
del templo navegan.

HEBREO

Voy
a cortarla.

IRÁN

Gente viene.

SEMEY

No temas, pues con la reina
estamos.

SABÁ

Hebreo, detente;

no pongas la mano, no, 470
en el árbol que presente
miras, que es árbol sagrado;
no le toques, no le llegues,
maldito serás de Dios
si a profanarle te atreves, 475
porque en ofender sus hojas
hoy a todo el cielo ofendes,
y si al golpe que levantas
su tronco divino hieres,
sangre verterán sus poros 480
que te manchen y ensangrienten,
cuya mancha no saldrá
de todos tus descendientes.

CANDACES

Mujer, en traje y color,
en palabras y obras eres 485
prodigiosa. ¿Qué amenazas
son estas que nos previenes?
Si es sagrado este madero,
¿adónde estar mejor puede
que en la Casa del Señor? 490
Pues por eso mismo debe
cortarse y llevarle al templo;
corta, pues, su tronco, hiere.

HEBREO

¿Cómo, si es árbol divino,
al golpe no se defiende? 495

(Dale golpes, y suenan truenos, relámpagos y tempestad.)

CANDACES

¿Qué es esto? El blanco rocío
que en sus bellas hojas tiene
se vuelve en sangre.

SABÁ

Y sus ramas
caen rojas, siendo verdes.

CANDACES Hoy el cielo sobre ti 500
diluvios de sangre llueve;
no le cortes, no le cortes.

HEBREO ¿De qué te afliges? ¿Qué temes?
Algún pájaro que, herido
de agudo arpón, hizo albergue 505
de esta copa; ensangrentó
sus hojas, y ahora, al verse
sacudido, las despide;
que brame el cielo, que tiemble
la tierra; no son efectos 510
de un árbol, puesto que tiene
causas la Naturaleza
que esos efectos engendren;
deja, señor, que le corte.

CANDACES Yo no he de mandar que llegues 515
a ofenderle ni a cortarle,
córtale tú si quisieres,
hebreo.

HEBREO Como gentil
que en el Nilo adorar sueles
los cocodrilos por dioses, 520
gitano, que tantos tienes,
¿piensas que es Dios este árbol?
Yo le cortaré.

CANDACES Árbol fuerte,
los golpes son del hebreo,
no del gentil; él te ofende. 525

(Cae el árbol y vuelven los terremotos.)

SABÁ ¿No le ves que, con el alma

vegetativa que tiene,
al amago ha parecido
que se encoge y se estremece?

CANDACES La tierra, al considerar
que hijo tan hermoso pierde,
quiere, abortando prodigios,
abrir su preñado vientre.

HEBREO Ya su tronco mide el suelo.

SABÁ Y al inclinar su alta frente,
delirios el mundo sueña,
eclipses el sol padece.

(Oscurécese el teatro.)

CANDACES Árbol que la vida y alma
sangre llora y penas siente,
¿qué árbol es?

HEBREO ¿No ves que es palma?

SEMEY ¿Que tanto el temor te ciegue
que llames palma a un ciprés?

JOAB ¿Aquéste es ciprés? Tú eres
el ciego, pues al que es cedro
llamas ciprés.

HEBREO ¿Cedro es éste?

JOAB ¿Pues no es cedro? Mira aquí
si esto es cedro.

CANDACES Razón tienes.

HEBREO

No es posible que no sea
esto palma, ahora advierte
si es palma en aquesta parte. 550

CANDACES

Palma es.

JOAB

Se le parece;
pero mira si es ciprés.

CANDACES

Ciprés es, tres nombres tiene
de por sí, mas todos juntos
en un ramo solamente. 555

SABÁ

Hasta en esto hay más misterio:
el cedro, que es árbol fuerte,
es como el Padre divino,
que engendra perpetuamente
la palma, que dice amor, 560
pues sin el amor no crece;
mirando a su semejante,
es el espíritu ardiente,
que enciende amor en los pechos;
el ciprés, que dice muerte, 565
como el Hijo, pues él sólo,
de las tres personas, muere.
Y así, ciprés, cedro y palma,
declara, explica y contiene
en Padre, Espíritu e Hijo 570
unidad, amor y muerte.

CANDACES

Funesto enigma del día:
tus razones no se entienden.

HEBREO

Como es oscura la casa,
así el alma, que es su huésped, 575
tienes oscura también.

CANDACES

Sin duda, mágica eres,

que habitas en estos montes;
y así, digo que nos dejes.
Alzad aqueste madero, 580
que será bien que le lleve
a Salomón por prodigio,
pues también la tierra tiene
árboles monstruos que dan
a una forma tres especies. 585

(Vanse llevando el árbol y sale SALOMÓN**.)**

SALOMÓN

Desde esta parte, donde
a la fábrica hermosa corresponde
el supremo palacio,
alcázar de David, quiero despacio
considerar ahora 590
la beldad que los cielos enamora,
que los vientos suspende,
y a sólo el sol con presunción ofende,
porque tantos reflejos
se levantan a soles desde lejos, 595
y hay cuestión y porfía
sobre a cuál de los dos se debe el día.
Jerusalén, sagrada
ciudad de Dios, en Asia fabricada,
tres montes te sustentan, 600
que Atlantes de su cielo nunca alientan,
porque su gran fatiga,
a gemir mudamente les obliga,
y a respirar tan quedo,
que los ecos son voces de su miedo. 605
De aquestos, pues, tres montes,
que dividen el cielo en horizontes,
Moria, Sión, Calvario,
hice elección y le juré de erario,
archivo de su gloria, 610
a la cumbre feliz del monte Moria,
porque dice en hebreo:

Moria, especulación, y así, bien creo
que el templo comenzado
sobre especulación esté fundado 615
con soberano indicio,
pues la oración, el fuego, el sacrificio,
siempre dan por efetos
especular de Dios altos secretos.
Bien conforme la planta 620
del mismo Dios, la fábrica levanta
la frente, y es coluna
de la cóncava esfera de la luna;
las piedras, ajustadas
vienen desde los montes, y labradas 625
las vigas de madera,
que aunque errar el artífice quisiera,
no pudiera con arte
que ninguna viniera en otra parte,
sino sólo en aquélla 630
para donde su artífice la sella;
y así, andan, entre propios y extranjeros,
en ella novecientos mil obreros;
su concordancia es mucha,
pues una voz ni un golpe no se escucha. 635

IRÁN **(Saliendo.)**
Dame a besar tus plantas,
si mi humildad merece dichas tantas.

SALOMÓN Irán, dame los brazos,
dignos sujetos de tan nobles lazos.
¿Cómo en Sabá te ha ido?, 640
que aunque cartas y avisos he tenido,
no será acción impropia
saber a boca nuevas de Etiopía.

IRÁN Llegué a Sabá, señor, donde admirada,
Nicaula, de Sabá reina sagrada, 645
que competencias debe
al alba, a la azucena y a la nieve,
de escuchar tus grandezas,

el honor de tus ciencias y riquezas,
quiso venir a verte, y, peregrina, 650
cortó del mar la esfera cristalina.
Dones que presentarte
trae, y enigmas que ha de preguntarte,
que en ciencia y poder quiere
examinar, si a tu deidad prefiere, 655
porque es la negra estrella
tan poderosa y sabia como bella,
y aquesta tarde llega,
donde la luz de tanto sol la ciega.

SALOMÓN

Ya sabido lo tengo, 660
y grandes triunfos en su honor prevengo.

CANDACES

(Saliendo.)
Ya el Líbano, ciudad de bellas flores,
vulgo de plantas, plebe de colores,
talé con varias gentes,
mas entre cuantos troncos diferentes 665
que vienen, te encarezco
uno, y éste en mi nombre te lo ofrezco,
porque es árbol con alma
de un cedro, de un ciprés y de una palma.
No le vio semejante 670
el sol desde su trono de diamante;
no le vio en sus entrañas
la tierra igual, sus hojas son extrañas,
extraña su grandeza,
su pompa extraña es, y su belleza. 675
Al desasir los lazos,
que en sus raíces con caducos brazos
tenía dados la tierra,
ella y el viento nos hicieron guerra,
aumentando portentos 680
al despedirse de él los elementos.

SALOMÓN

Los dos me habéis traído
las dos cosas que más he agradecido;
en un jardín aparte

se ponga, con estudio, ciencia y arte, 685
solo ese árbol, donde yo le vea
y Sabá aquesta tarde
llegue a mi trono.

IRÁN

Fuerza es que no aguarde,
pues ya los instrumentos
de apacible rumor llenan los vientos 690
y el rumor nos avisa
que la adusta sibila y profetisa
del reino del Oriente
llega a palacio.

SALOMÓN

Generosamente
mi pueblo la reciba. 695

TODOS

(Dentro.)
La gran sibila del Oriente, ¡viva!

SALOMÓN

Que es bien que honre a quien tiene
tanto valor, que a visitarme viene
desde la India, y quiero,
mientras que yo en mi altivo trono espero, 700
que los dos en mi nombre
la recibáis, para que más se asombre,
de que por solas leyes
emprenden estos triunfos tales reyes.

IRÁN

A obedecerte vamos. 705

CANDACES

Muy justamente admiraciones damos
a mujer tan altiva.

TODOS

La gran sibila del Oriente, ¡viva!

(Salen los que pudieren negros, JOAB**,** SEMEY **y** SABÁ **en un carro, hincan los reyes la rodilla y descúbrese en su trono** SALOMÓN**.)**

IRÁN

Ya Salomón te espera,
planeta, siendo de tan alta esfera. 710

MÚSICA

Morena soy, pero hermosa;
hijas de Jerusalén,
bien podéis venirme a ver.

SABÁ

Príncipe soberano
del gran pueblo escogido 715
de Dios, que en ti ha excedido
las obras de su mano,
pues eres peregrino,
un casi humano Dios, hombre divino.

SALOMÓN

Deidad alta y suprema, 720
de la zona abrasada,
donde la luz bañada
el sol las alas quema
y los rayos envía,
hermosa noche, emperatriz del día. 725

SABÁ

Tú, que de Dios amado
eres tesoro vivo,
de su poder archivo,
de sus ciencias dechado,
digno de que te nombres 730
el más rico y más sabio de los hombres.

SALOMÓN

Tú, que el concepto oscuro
a descifrar te atreves
cuando el aliento bebes
del espíritu puro, 735
voz que de Dios avisa,
sibila negra, hermosa y profetisa.

SABÁ

Salve y puesta a tus plantas
eterna vida tengas.

SALOMÓN Salve y felice vengas 740
a ensalzar dichas tantas,
donde yo te reciba:
¡viva Sabá!, decid.

SABÁ ¡Salomón viva!

(Baja SALOMÓN **y** SABÁ **se apea.)**

SALOMÓN A tantos rayos ciego
dignamente he quedado, 745
mas ¿qué mucho?, si osado
mares surco de fuego,
que aunque negra eres bella,
y ya toda la noche es una estrella.

SABÁ La sombra con el día 750
no ha de hacer competencia,
haga tu luz ausencia
a mi tiniebla fría,
que al mirarte me asombras,
anegado tú en luces y yo en sombras. 755
(Aparte.)
¡Qué notable grandeza!

SALOMÓN **(Aparte.)**
¡Qué divina hermosura!

SABÁ **(Aparte.)**
¡Qué majestad tan pura!

SALOMÓN **(Aparte.)**
¡Qué singular belleza!

SABÁ ¡Absorta, a cada paso 760
grandezas miro!

SALOMÓN A su sol me abraso.

SABÁ A tus soberanas plantas,
a tu sagrado dosel,
gran Salomón, hijo heroico
del profeta, sabio rey. 765
A tu solio sin segundo
llega una humilde mujer
que en la India del Oriente,
que mancha del mundo es,
nació reina, sabia, rica, 770
y nació hermosa, si bien
la cólera allí del sol
la pudo turbar la tez.
Llamada de las noticias
de tu ciencia y tu poder, 775
vine a verte y a escucharte,
digno precio a tanta fe.
Si he hallado gracia en tus ojos,
halle piedades también,
pues hoy es día, señor, 780
de hacer a todos merced.
Prometí que pediría,
cuando te llegase a ver,
las vidas de los que hoy,
por un decreto crüel, 785
a muerte están condenados,
que son Joab y Semey.
Si a visitarte no más,
sabio y poderoso rey,
tantas tierras discurrí, 790
tantos mares navegué,
a entender de que eres sabio
perdonando injurias, pues
saber saber perdonar,
dice tu Dios que es saber. 795

SALOMÓN Sabá, justicia y piedad
en igual línea se ven,
que son virtudes las dos

que no pueden exceder
una de otra, con efectos 800
participados de quien
ni puede ser más ni menos
y siempre vive en un ser.
Sabio es el rey que castiga
y poderoso es el rey 805
que venga agravios de Dios.
Ministro de su poder,
sin que deje la justicia
ofendida por hacer
lisonjas a la piedad, 810
si virtud también lo es;
pero para que lo admires
todo junto, escúchame:
Ni he de hacer lo que me pides,
ni lo he de dejar de hacer, 815
ni tengo que ser piadoso,
ni justiciero he de ser.
Uno doy a la justicia
y otro a la piedad, por que
ninguna virtud en mí 820
pueda quejarse después.
Escoge el que ha de vivir,
y mira que escojas bien.
porque aun en eso, Sabá,
sinrazones no he de hacer. 825

SABÁ

Por haber de juzgar yo,
informarme he menester
más despacio.

SALOMÓN

Pues los dos
estén presos, que también
no es ésta ocasión de juicios; 830
prosigue el triunfo, que en él
quiero acompañarte yo,
y vea Jerusalén
dos planetas en un carro,
dos reyes en un dosel, 835

dos soles en una esfera,
dos triunfos en un laurel.

Jornada III

Salen IRISILE**,** IRENE**,** CASIMIRA **y criados.**

IRISILE
Notables grandezas son
las del rey de los hebreos.

CASIMIRA
Dignamente las celebra
la fama.

IRISILE
No en vano fueron
las noticias a Sabá
de sus celebrados hechos.

IRENE
Y no en vano nuestra reina
vino a verle.

CASIMIRA
Ya te entiendo
la malicia.

IRENE
Tú te engañas
si presumes que es mi intento
más que hablar de los aplausos,
de su poder y su ingenio.

CASIMIRA
¿Y no te acuerdas de amor?

IRISILE
Ni me olvido ni me acuerdo,
mas si por él lo entendiste,
poco importa, cuando vemos
tan manifiestas las causas
hacer juicio en los efectos.

IRENE

En fin, ¿se rindió al amor
un rey tan docto y supremo?

IRISILE

Un rey tan supremo y docto
se rindió, Irene, por serlo,
porque no puede ninguno
amar sin entendimiento.

CASIMIRA

Grandes las fiestas han sido
que Jerusalén ha hecho.

IRISILE

Y no ha sido la menor
la de hoy, pues en aquestos
jardines la han festejado
con músicas y con versos.

CASIMIRA

Y para sobre comida
quedan los dos arguyendo,
y él responde a cuantas dudas
nuestra emperatriz le ha puesto.

MANDINGA

(Saliendo.)
Vive Dioza, que una nima
he ezturiaro, y que tenemo
de coge a ezte Zalomón,
que ez tan zabiondo, con eyo,
pues no ha de dal en el chiste
pol mal que zepa.

IRENE

¿Qué es eso,
Mandinga?

MANDINGA

Acá, que no ez nara,
hoy quien más zabe velemo.

(Salen SABÁ**,** SALOMÓN **e** IRÁN**.)**

SALOMÓN

En la hermosa primavera
de estos jardines amenos,
que hacen verdes pabellones
de las palmas y los cedros,
podrás, hermosa Sabá,
sombra del mayor lucero,
con tus etíopes sabios
proseguir los argumentos.

SABÁ

Generoso dueño mío,
para mis ojos más bello
que este monte, que es columna
dórica del firmamento,
más agradable a mi vista
que estos árboles, compuestos
de fruta y flor; más süave
que las luces y bosquejos
de sus sombras, en la fiesta
que hiere el sol más severo,
aunque de tus ciencias ya
bastante experiencia tengo,
por divertirte no más
hacer academia quiero
este jardín, noble envidia
de los pensiles sabeos.
Diviértante, pues, mis damas,
cada cual vaya poniendo
una duda, y tú responde.

MANDINGA

¿Damaz dijo?, puz empiezo
y plopongo aquezta enima,
ezteme uzanced atento
a lo enima que plopongo.

IRISILE

Aparta, loco.

MANDINGA

No quielo.
Que a mí, ¿quién me quita sel
dama hoy? Pues lo palecemos

toros, que mueltas las luces
toros los gatos son negros.

IRENE

¿Podrá el monarca mayor,
con poder o con ingenio,
criar, señor, una rosa?

SALOMÓN

No, que el clavel más pequeño
del pincel de Dios es rasgo,
y no hay poder en el suelo
que criar una flor pueda,
porque este nombre supremo
de criar es de criador,
no de criatura.

IRENE

Yo puedo
haber una flor criado.

SALOMÓN

No es posible.

IRENE

Yo lo pruebo:
¿qué es más la flor más hermosa
que una burla, engaño y juego
que hace la Naturaleza
a los ojos, pues es cierto
que no tiene más beldad,
más vida ni más aliento
que aquella que le dispensa
la mano, el aire o el fuego,
como pavesa del prado?
Luego si hacer eso puedo,
una flor que engaña al sol,
al hombre, al agua y al viento,
diré que una flor crié.
Hable mejor el efecto:
unas de este cuadro son
mi estudio y otras del tiempo;
di, ¿cuál es cierta o fingida?

SALOMÓN Tú, con natural aseo,
podrás haberla imitado,
no podrás haberla hecho. 110

SABÁ También la Naturaleza
se imita, y por flor tenernos
la que se parece a otra;
di, ¿cuál es cierta?

SALOMÓN No puedo
distinguirlas desde aquí. 115

SABÁ Luego ya una mano ha hecho
lo que la Naturaleza,
si a ti te engaña.

SALOMÓN Eso niego,
que el ver no le toca al sabio,
pues un rústico grosero 120
pudiera ver más que yo
y distinguirlas más presto.
Lo que a los sabios les toca
es examinar secretos
naturales; yo diré 125
a Sabá, por el primero,
cuál es verdadera y cuál
fingida, y así, te ruego
lo dejes estar, que yo
te daré respuesta presto. 130
Vaya otra pregunta.

MANDINGA Vaya,
y zi la acielta ez dizcleto:
Soble un albol, que no ez albol,
eztaba un pajaro puezto,
que no ez pajaro.

CANDACES ¿No callas, 135
Mandinga?

MANDINGA Ya callaremo.

SABÁ Pregunta, Irisile, tú.

MANDINGA Nolabuena.

IRISILE Calla, necio.

MANDINGA Zoble un albol, que no es albol,
eztaba un pajaro puezto, 140
que no ez pajaro, y cantó.

IRISILE ¡Oh, qué enfadoso te has hecho

SALOMÓN Aguárdate un poco, Irene;
aquella rosa que veo
entre un clavel y un jacinto, 145
¿es rosa fingida?

IRENE Es cierto.

SABÁ ¿Es que lo viste?

SALOMÓN Es que andaba
una abeja haciendo cercos
sobre ella, y nunca llegó
a picarla; de aquí infiero 150
que es flor fingida, pues no es
de gusto ni de provecho.

SABÁ No quiero cansarte más
con ignorancias, supuesto
que es ignorancia mi estudio 155
comparado con tu ingenio.
Sólo para que me admire,
verte hacer un juicio quiero;
tú me dijiste, señor,

que yo de aquesos dos presos 160
escogiese; como sabia,
con atención y consejo,
el que había de vivir,
helos escuchado, y quedo
dudosa de sus razones, 165
y a tu tribunal los vuelvo
para ver el que tú eliges;
decid que lleguen, y de ellos
te informa y juzga su causa.
Mas ¿qué es lo que miro, cielos? 170
En las flores se ha quedado
Salomón durmiendo, al tiempo
que de justicia le hablé;
no es mucho, si su desvelo
hasta la aurora le tiene 175
a mis umbrales cubierto
de la escarcha del rocío,
blancas lágrimas del cielo,
que en este jardín se duerma,
y así, en tanto que él al sueño 180
se rinde, venid conmigo
y una guirnalda le haremos
de las flores del Setim,
de las hojas de los cedros
y cogollos de las palmas, 185
que corone los cabellos
en quien blanco aljófar vierte
el alba; soplad más quedo,
y no hagáis ruido, airecillos,
que está mi vida durmiendo. 190

(Vanse y suenan destempladas cajas. Aparece una mujer vestida de luto, con una espada de fuego.)

VISIÓN ¿Salomón?

SALOMÓN ¿Quién me nombra,

que suspende su voz, su vista asombra,
y en una nube oscura,
de mi vida, funesta sepultura,
admira su semblante? 195

VISIÓN ¿Quién, tan sabio, se ve tan ignorante?
Porque el mayor agravio
de la ciencia es errar el hombre sabio.
Teme, teme el castigo,
si extranjeras mujeres 200
de otra ley, de otro Dios, amas y quieres,
que esgrima la cuchilla,
que relámpagos luce y rayos brilla,
y esguace del segundo
diluvio, que ha de sepultar al mundo. 205

SALOMÓN Justo y divino cielo,
a tu piedad, a tu piedad apelo
de la ignorancia mía,
con ser el rey de la Sabiduría.
Detén la ardiente espada, 210
contra mi flaco ser desenvainada,
que es abismo de fuego
que me deslumbra y que me deja ciego.
¡Ay, mísero, infelice!
Cuando el brazo de Dios advierte y dice 215
que tema su castigo,
¿dónde seguro iré, si voy conmigo
yo mismo a despeñarme?
Nada sabré, si yo no sé salvarme.

(Salen ELIUD**,** IRÁN **y** CANDACES**.)**

IRÁN Esto manda Salomón. 220

ELIUD ¿Pues cómo tan brevemente
se ha de fabricar la puente

sobre el arroyo Cedrón?

CANDACES

Como no ha de ser labrada
de piedra, y jaspe inmortal, 225
ni en columnas de metal,
sino sólo fabricada
para el paso necesario
del concurso popular,
y en que el rey pueda pasar 230
del monte Moria al Calvario,
no es menester más cuidado
que atravesar dos maderos,
los que halláredes primeros,
de tantos como han sobrado, 235
de la fábrica del templo,
que son con caduco indicio
antes ruina que edificio,
puesto que en ellos contemplo
que los dejan sin servir. 240

IRÁN

Y esto con brevedad sea,
porque esta tarde desea
con la sabia negra ir
a los jardines que tiene
en el Calvario labrados, 245
donde a sus dulces cuidados
mayor aplauso previene;
y, quiere allí hacer alarde
de su mucha majestad.

ELIUD

Si con tanta brevedad 250
se ha de labrar, que esta tarde
pasar por ella pretende,
sólo un madero será,
y éste cubierto estará
de rosas.

IRÁN

Mira que ofende 255
la dilación al deseo.
(Saca un tronco.)

CANDACES

No vendrá bien, porque creo
de este tronco, que ha nacido
para mayor ocasión,
dos mil artífices son 260
los que ponerle han querido
en la fábrica, y ninguno
le ha podido aprovechar,
y no ha tenido lugar
en todo el templo, oportuno 265
para si, porque tal vez
viene grande, tal pequeño
y al fin, de su estrella dueño,
de sus misterios jüez,
a la fábrica ha sobrado, 270
perdiendo la estimación
que le dio la admiración,
con que fue, hebreo cortado,
del Líbano.

HEBREO

Así es verdad.
Mas para servir aquí, 275
¿cómo ha de excusarse, si
no ha menester igualdad
ni correspondencia?

IRÁN

Sea
el tronco, que es eminente
de una a otra parte, puente 280
del Cedrón, y en él se vea,
pisada de todos, rama
que no se quiso sentar
en más dichoso lugar
a hacer eterna su fama. 285

(Pónenle sobre dos peñas.)

CANDACES

Bien la dicha, o la desdicha,
con que vive, o con que nace
uno, se ve aquí, pues hace

tal desprecio de la dicha
un madero cuando pudo 290
nacer para estar cubierto
de oro y plata, y triste, y yerto,
piadoso, humilde y desnudo
se ha de ver, y atropellado
de una planta y otra planta. 295

IRÁN

Y en su lugar se levanta
otro, quizá destinado
para puente, que éstas son
maravillas que Dios hace.

CANDACES

Todo con su estrella nace, 300
todo con su inclinación.
¿Qué sabéis, si más ufano
en esa humildad está
sirviendo de puente ya
que en el templo soberano, 305
siendo columna inmortal,
que creo que no estuviera
mejor, cuando cima fuera
de este templo celestial?

IRÁN

¿Hasta un tronco, hasta un madero 310
nace con su estrella?

CANDACES

Sí.

ELIUD

La música suena allí.
Ya llega; cubrirle quiero,
y ya que es camino, en fin,
camino apacible sea, 315
y matizado se vea
de clavel, rosa y jazmín.

CANDACES

Gracias a Dios que sirvió
y vino a una parte bien,
ramo que a Jerusalén 320

de tan mala gana dio
el Líbano.

IRÁN

Árbol tan vario
que ignoran su corazón
sirva de puente al Cedrón,
que es el paso del Calvario. 325

(Salen SABÁ**,** SALOMÓN**,** JOAB **y** SEMEY**.)**

SABÁ

¿Tanto, señor, un sueño te divierte?
Quien tanto sabe, ¿ignorará que el sueño,
aunque es pálida imagen de la muerte,
no es de la vida ni del alma dueño?
Que es sombra, mira; que fantasma, advierte; 330
fácil es su poder; su horror, pequeño;
vuelve a mirarme; cesen tus enojos.

SALOMÓN

Dice bien; no hay pesar al ver tus ojos.

SABÁ

Músicas no te alegran, ni cantares,
aunque tan dulces son los que has compuesto 335
a mis amores hoy, pues tus pesares
no se divierten, gran señor, con esto,
hoy quiero que una duda me declares;
así divertirás tu mal, supuesto
que no hay cantar más dulce, y más süave, 340
que hablar en ciencias al que ciencias sabe.
Semey y Joab, muriendo viven,
y por instantes uno y otro esperan,
vida y muerte; a tus pies hoy se aperciben;
pues uno ha de vivir, los dos no mueran, 345
juzga su causa, que con llanto escriben,
que yo no sé qué méritos prefieran
ni qué culpa, señor, pues considero
la razón en aquel que habló postrero.

JOAB

Yo, señor, fui general 350
de David, con tantas glorias
que en bronce, en jaspe y metal,
hoy me deben las historias
eterna fama inmortal.
En las guerras de Absalón 355
yo le serví y ayudé,
y cuando de su escuadrón
Absalón huyendo fue,
le seguí con atención.
Que ceñido de laurel 360
seguí a Absalón, y fiel,
quise hacer lo que ordenó
tu padre, pues me mandó
que le mirase por él.
Vile del tronco pendiente 365
un racional bruto hecho,
y de tanto celo ardiente
movido, le pasé el pecho,
desesperado y valiente.
El error fue de una acción; 370
el impulso fue del cielo;
la culpa, de la ocasión;
mira si merece el celo
tener nombre de traición.

SEMEY

Yo en la pena que me aflige, 375
sin razón, sin Dios, sin ley,
confieso que un error dije,
y que blasfemo, maldije,
injustamente, a mi rey;
pero si llegó a alegar 380
por disculpa de su error
Joab, en tanto pesar,
el ser una acción, señor,
tan fácil de ejecutar,
tanto más lo viene a ser 385
una voz, que fue mi mengua,
cuanto es más fácil mover,
que todo el brazo, la lengua,
y es el decir que el hacer.

SABÁ

Si yo tengo de escoger, 390
Joab, vida ha de tener,
que en él la razón consiste.

SALOMÓN

¡Oh, qué mal Sabá escogiste!
Semey sólo ha de vencer,
porque siendo claramente 395
uno aleve, otro infiel,
sacrílego e imprudente,
Joab ha sido más cruel
y homicida inobediente.
El uno al rey ofendió, 400
y otro un hijo le mató,
y quiero que el mundo vea
que cuando David desea
que vengue sus culpas, yo
hago lo que hiciera él, 405
pues si él ahora viviera,
una maldición crüel,
de quien él la parte era,
perdonara justo y fiel;
pero un homicidio, no, 410
que es causa de Dios; y así,
haciendo lo mismo yo
que él hiciera, pues aquí
en su lugar me dejó,
quiero mostrar en los dos 415
lo que más al cielo cuadre:
vivid vos, y morid vos,
que el agravio de mi padre
perdono, mas no el de Dios.

SABÁ

¡Oh joven venturoso, 420
grande don de los cielos mereciste,
tan sabio y poderoso,
bendito el vientre sea en que anduviste,
los pechos que tocaste
y feliz el imperio en que reinaste! 425

SALOMÓN ¿Qué estilo, di, qué modo
hay de salutación tan dulce y nueva,
que tu valor en todo
el alma pasma, el corazón eleva?

SABÁ En tan confuso abismo 430
quise en ti saludar a tu Dios mismo.

SALOMÓN Dame la hermosa mano,
Sabá divina, y del Cedrón la puente
pasarás.

SABÁ Es en vano
que yo pisarla o profanarla intente, 435
con atrevida planta.

SALOMÓN ¿Qué tienes? ¿Qué te admira? ¿Qué te espanta?
Sube, Sabá. ¿Qué miras?
¿De quién huyes, te escondes y retiras?

SABÁ Miro la luz, que me deslumbra ciega, 440
de un volcán, que en humo y fuego anega,
al sol dando desmayos,
con truenos, con relámpagos y rayos.

SALOMÓN Mi admiración es mucha.

SABÁ Pueblo de Dios, advierte, atiende, escucha, 445
que a mi docto desvelo
nada le encubre, ni le oculta el cielo.
Era la estación del sol,
primavera de los días,
floreciente edad del mundo; 450
era la estación florida.
Llamó Adán a Set, su hijo,
que de toda su familia
era Set, joven hermoso,
el hijo que más quería, 455
y díjole así: Ya sabes,

Set, que han sido las fatigas
que causó la inobediencia
cosa forzosa y precisa.
No las quiero repetir, 460
mas sólo es bien que te diga
que cuando fui desterrado
de la hermosa patria mía,
Dios me dijo: Adán, Adán,
tus lágrimas me lastiman, 465
tus suspiros me enternecen
y me duelen tus desdichas.
Fuerza es salir desterrado,
mas por que contento vivas,
te ofrece el estar en gracia 470
la misericordia mía.
Dios me la ofreció, y así,
viendo ya el fin de mis días,
cuando ya mi sepultura
el pie decrépito pisa, 475
quiero (obedeciendo a Dios),
de esta merced ofrecida,
hacerte mi embajador,
Set, y así te determina
a seguir esta vereda, 480
por ella sola te guía;
llegarás a las murallas
que con el cielo terminan,
cuyas piedras son topacios,
crisólita y amatistas. 485
Y al ángel que está a la puerta,
di que tu padre te envía
por el óleo del Señor,
que a él basta que se lo digas.
Despidióse Adán con esto 490
de Set, lleno de caricias,
y Set siguió su vereda,
por mil campañas floridas.
Llegó, en fin, al paraíso,
cuya hermosura escondida 495
era una nube, tan parda,
que sólo ver permitía

un edificio divino,
por ser monumento y pira
de su esplendor una nube, 500
pálida, funesta y fría.
Suspenso el joven estuvo
hasta que, pendiente arriba,
al ángel vio, blandeando
en su mano la cuchilla. 505
Pasmóle el temor, y dijo:
Ángel, mi padre me envía
por el óleo de la justa
misericordia. Admitida
la disculpa, dijo el ángel: 510
Quiero, para que le digas
a tu padre que le has visto,
enseñártele por cifra.
Desde la puerta miró
una visión exquisita 515
en un árbol, cuyas hojas,
secas, mustias y marchitas,
desnudo el tronco dejaban
que entre mil copas floridas
de los árboles, él solo, 520
sin pompa y sin bizarría,
era cadáver del prado,
y como todos vivían
con almas, él solamente
sin alma vegetativa, 525
era un árbol esqueleto,
con la armadura y sin vida.
Éste el ángel le enseñó
con el dedo, y dijo: Mira
el óleo de la piedad; 530
aquél es, aunque está en cifra.
Volvió a su padre con esto
Set; y Adán, que conocía
de la forma de aquel árbol
la maravillosa enigma, 535
le dijo así: Set, yo muero;
lo que mi amor determina
es que me des sepultura

en Ebrón, y mira encima
de mi sepulcro que un árbol 540
nace, que esto significa
ver tú el árbol de la muerte;
y cuando árbol de la vida
quieran piadosos los cielos,
que nazca de mis cenizas. 545
Expiró Adán, y Set, viendo
tan a la letra cumplida
en la muerte de su padre
del ángel la profecía,
le dio sepulcro; aquí es fuerza 550
que el discurso se divida
y que pase a otro suceso.
Corrió el tiempo, y llegó el día
que el último paroxismo
presumió que padecía 555
el Mundo, y Noé anhelando
se vio entre las ondas rizas
del mar, que rompió las leyes
y prisiones que le había
puesto Dios, y colocado 560
sobre las más altas cimas
de los montes, dijo al cielo:
Ya el mundo muere y expira.
Pasó el diluvio, y las aguas
a su estancia recogidas 565
dieron paso a la paloma
que trajo la verde oliva
del austro más riguroso
que el diciembre determina.
En el Líbano le puso, 570
y, como cosa divina,
los siglos le veneraron,
y los hombres le acreditan
por palma, cedro y ciprés,
porque no se determinan 575
si es ciprés, si es palma o cedro,
aunque todo parecía.
Llegó al Líbano Candaces,
buscando maderas ricas

para la casa de Dios, 580
y cortarle determina.
Trájole a Jerusalén,
y la arquitectura misma
por inútil le dejó
entre estas selvas y ruinas, 585
arrojado en un jardín,
de donde, para que sirva
de puente al Cedrón, le traen
ocupación propia y digna
de su virtud y piedad, 590
y más al monte en que habita
la calavera de Adán,
pues Calvario se apellida.
¿Ves ese sagrado leño
que la ignorancia no estima 595
o que el descuido desprecia?
Es soberana reliquia
de la sierpe de metal
que al pueblo defiende y libra,
y así no admires que sobre 600
hoy a tu fábrica rica
si para templo mejor
le guarda el cielo y destina,
pues ya parece que veo
que sobre su cuello estriba 605
otra fábrica más bella
que ha de ser fábrica viva.
¿No veis un hermoso joven
que al sol los imperios quita
de la luz, cuya diadema 610
es de juncos y de espinas?
Largo el cabello, que en ondas
peina el aura, y por las rizas
guedejas caen deshojadas
las rosas y clavellinas, 615
que las espinas hirieron,
desmelenada y partida
la crencha, al sol de sus ojos
ser nube, sino cortina.
Pues este hombre o este Dios, 620

que pende de esas dos líneas,
es Hijo de Dios eterno,
es verdadero Mesías.
Aun al pronunciarlo ahora
parece que el sol se eclipsa, 625
que la luna se oscurece,
que las estrellas no brillan,
y al fin todo el universo
ya caduca, ya delira,
ya fallece, ya desmaya, 630
ya desvanece, ya expira,
previniendo las tragedias
de tan estupendo día.

SALOMÓN El espíritu de Dios
habla en ella. ¡Qué gran dicha! 635

IRÁN ¡Qué prodigio!

CANDACES ¡Qué portento!

IRISILE ¡Qué asombro!

CASIMIRA ¡Qué maravilla!

SALOMÓN Vara feliz, yo te adoro
por rara y por exquisita,
y en mis brazos desde aquí 640
te he de llevar este día
donde estés depositada
como riqueza escondida.

SABÁ Yo he de ayudar a llevar
su tronco, pues es mi dicha 645
tan gran bien, y no sea ésta
la vez postrera que asistan
a su triunfo tales reyes,
pues podrá ser que otro día
le hallen otro rey y reina, 650

de oculta ley conocida,
y le lleven en sus hombros,
donde respetado viva
con la misma adoración
que Dios, pues será latría; 655
y con la invención primera
del que es árbol de la vida,
la sibila del Oriente
da fin, y humilde os suplica
el autor le perdonéis 660
sus faltas, que hay infinitas.

LANCES DE AMOR Y FORTUNA

COMEDIA FAMOSA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ÍNDICE

Primera jornada 667
Segunda jornada 699
Tercera jornada 725

Personas que hablan en ella.

LOTARIO, *conde de Urgel*
ALEJO
CELIO
CONDE DE RUISELLÓN
AURORA
ESTELA
DIANA
RUGERO
SOLDADOS

PRIMERA JORNADA

Suenan cajas y salen, de camino, Rugero y Alejo.

RUGERO ¡Gracias a Dios que he llegado,
noble Barcelona, a verte!
ALEJO Y no ha sido menor suerte
que tanto bronce animado
hoy con salva nos reciba.
RUGERO Mal articuladas voces
rompen los vientos veloces.
DENTRO ¡Viva Aurora!
OTRO ¡Estela viva!
RUGERO No pudo engañarse ahora
entre el rumor el oído;
las hijas del Conde han sido
las dos, Estela y Aurora.
¿Qué será?
ALEJO ¿Qué te da pena?
¿Que voces al viento escriban
que Aurora y Estela vivan?
Vivan muy enhorabuena
y vamos a la posada,
donde nosotros también
vivamos, porque no es bien,
después de tanta jornada,
morirnos sin descansar.
RUGERO ¿A la posada sin ver
a mi hermana y sin saber
qué ocasión pudo causar
tal novedad?

ALEJO Sí, por Dios,
a la posada y, después
de haber descansado un mes
y de haber dormido dos,
saldremos de mejor gana
por Barcelona tú y yo,
a ver si viven o no
y a visitar a tu hermana.
RUGERO A las puertas de palacio
dividida en bandos vi
mucha gente; desde aquí
escuchemos.
ALEJO ¡Lindo espacio!

Salen por una parte Estela y el conde de Ruisellón y por otra Aurora, Lotario y gente.

ESTELA Ya sabes, hermosa Aurora,
y ya todo el mundo sabe,
de mi justicia informado,
cómo el Conde nuestro padre,
que Dios haya, en Margarita
su esposa, que eterna yace
en mejor imperio, tuvo
dos hijas; mas con tan grande
diferencia que las dos
hemos de ser, aunque iguales
en sangre, no en el valor
que comunicó una sangre,
pues el Conde, antes que el nudo
del matrimonio enlazase
dos almas, de su hermosura
firme galán, tierno amante
la sirvió. Si fue culpada
en este amor, tú lo sabes,
pues publicaste naciendo
sus necias facilidades.
Si fue su esposa después,

también fue su dama antes
y el futuro matrimonio
no la disculpó de fácil.
Casose con ella en fin,
que es el yugo más suave,
cuando a su coyunda llegan
dispuestas dos voluntades.
Nací yo y, el Conde muerto,
tú, por mayor, te llamaste
condesa de Barcelona
sin ser legítima parte,
pues hay cláusula que diga
y hay antigüedad que mande
que, si hay legítimo hijo,
este herede y, cuando falte,
el bastardo y natural;
luego a mí es bien que me aclamen
por señora, siendo yo
legítima, pues durante
el matrimonio nací,
y tú natural, pues antes
que fuese su esposa, fuiste
fruto humilde, si no infame.
Quise por piadosos medios
convencerte y obligarte,
haciendo campo del duelo
jurídicos tribunales;
pero tú, con más poder,
con más industria o más arte,
hiciste a los jueces tuyos,
que no hay cosa que no alcance
sin justicia el interés,
pues quien la tiene no sabe
sobornar; quien no la tiene,
como del medio se vale,
consigue lo que desea;
y por eso en tiempos tales
vemos valer las mentiras

y padecer las verdades.
Saliste con la sentencia,
pero yo, viendo parciales
los jueces, para mí apelo
de una sinrazón tan grande.
Ya no quiero que te informen
de mi justicia legales
derechos, sino las voces
de la trompeta y el parche;
y así trueco hojas de libros
a las hojas de diamantes,
los consejos a las fuerzas,
los depuestos tribunales
a la campaña, las plumas
que atrevidas se deshacen
entre los rayos del sol,
a cuyo metal se abaten,
a las plumas lisonjeras
de los vistosos plumajes,
que en opuestos tornasoles
son primaveras del aire.
La toca trueco a la malla,
que en las escuelas de Marte
el soldado que pelea
es el letrado que sabe.
Señores hay que me sigan,
príncipes hay que me amparen,
reyes que me favorezcan
y vasallos que me aclamen
su legítima señora;
y, cuando todos me falten,
no podré faltarme yo,
que soy de mí misma atlante,
pues el invencible acero
será en mi mano bastante
para postrar a mis pies
montes de dificultades.
Suene alentado el clarín,

resuene oprimido el parche,
gima el bronce repetido
y abrasado el plomo brame;
que no solo a Barcelona
pienso gobernar triunfante,
pero sujetar después
del mundo las cuatro partes.

AURORA Si la pasión y el enojo
en tu discurso dejasen
lugar adonde cupiese
el desengaño, bastante
le vieras en tus razones,
pues la que juzgas más grande
en tu favor, hoy pudiera
contra ti misma informarte.
También confieso que el Conde
—quiera el cielo que descanse
en mayor quietud— murió
sin que entre las dos dejase
declarada la justicia,
causa de enojos tan grandes;
confieso que, enamorado
de una dama, cuya sangre,
cuyo valor y virtud
vive en estatuas de jaspe
—que no es bien, cuando no fuese
tal, que yo la murmurase,
porque ¿quién me honrará a mí
si yo misma no sé honrarme?—
solicitó sus favores,
de cuyas finezas, antes
que se casase, gozó
anticipadas señales,
mas no antes de ser su esposo,
porque, si entonces amantes
se dieron palabra, ya
se casaron, que es bastante
matrimonio para el cielo

la unión de dos voluntades,
y, cuando no fuese así,
el día que llegó a darle
la mano, legitimó
mi persona. Y esto baste,
sin el común parecer
de hombres doctos, a quien hace
tu malicia lisonjeros,
cuando en ocasiones tales
a los que sabios gobiernan
y a los que juzgan leales
no hay soborno que los venza
ni interés que los ablande.
Mas cuando de la sentencia
a ti apeles y arrogante
el templado acero vistas,
cuyos hermosos celajes
sirvan de espejos al sol
y, en tornasoles errantes,
hecha una selva de plumas
la celada, retratase
un sol que entre pardas nubes
sepultando estrellas sale;
cuando el valeroso conde
de Ruisellón hoy te ampare
con dineros y con gente,
como esposo y como amante;
cuando en tu ejército asistan
uno o muchos desleales
—no sé si alguno me escucha,
no importa; paso adelante—,
que te ofrezcan su favor,
que su señora te llamen,
siendo causa entre las dos
de tantas enemistades;
no importa, que también yo
sabré, altiva y no cobarde,
vestir el templado acero

y en un caballo arrogante,
parto que engendró la tierra,
hijo del fuego y el aire,
sabré humillar tus soberbias,
humillar tus vanidades,
deshacer tus pensamientos,
postrando altivez tan grande.
Y así, Estela, antes que llegue
con acciones semejantes
a romper montes de acero,
despojo a mi ofensa fácil,
antes que llegue ofendida
a vencerte y derribarte,
parte el estado conmigo,
mandemos en él iguales;
tuyo será, siendo mío;
no te muevan, no te ablanden
imposibles pretensiones
tan lejos de ejecutarse.
Y este no es temor, pues cuando,
como tú dijiste, brame
el bronce y el plomo gima,
sonando el clarín y el parche,
no habrá temor que me venza,
no habrá furia que me espante,
asombro que me estremezca
ni muerte que me acobarde.
¿Qué me respondes?

ESTELA Que quiero
mandar sola y no es bastante
tu razón a convencerme
con fingidas humildades.
Hoy te declaro la guerra.

AURORA Pues bien será desterrarte,
que apartar al enemigo
es razón. Sal al instante
de Barcelona.

ESTELA Sí haré,

y me huelgo de dejarte
en el Estado que tienes,
por tener más que quitarte.

RUISELLÓN Aurora, no te parezca
que con amenazas tales
como tu valor promete
la venzas ni me acobardes.
De tu Estado —si es que es tuyo—
Estela saldrá al instante
para ser señora en otro,
mientras vuelve a coronarse
en este, pues faltará
luz al fuego, aliento al aire,
agua al mar, flores al suelo,
antes, bella Aurora, antes
que mi Estado, hacienda y vida
a Estela divina falten.

UNOS ¡Viva Estela!

OTROS ¡Aurora viva!

AURORA Pues la guerra declaraste,
guárdate de mí, que soy
fuego que un monte deshace.

ESTELA Yo, rayo hijo de ese fuego.

AURORA Ira soy que vierte sangre.

ESTELA Yo, soberbia que la bebe.

AURORA Yo, un basilisco.

ESTELA Yo, un áspid.

Vanse todos; queda Alejo y Rugero.

ALEJO ¿A qué hemos venido acá?
¿A sólo guerras, señor?

RUGERO Si la guerra altivo honor
fuera de la patria da,
en ella será forzoso
darle más adelantado.
Dime: ¿a cuál te has inclinado
de las dos?

ALEJO Estoy dudoso
hasta agora.
RUGERO ¿En qué lo estás?
ALEJO Pues me preguntas en qué,
direlo: en que yo no sé
en qué parte están los más.
Mas dime tú a quién te inclinas.
RUGERO Son dos prodigios humanos,
dos sujetos soberanos,
son dos mujeres divinas,
son de la hermosura dueños
y Aurora es ángel en fin.
ALEJO Y Estela es un serafín,
si hay serafines trigueños.
RUGERO Es Aurora...
ALEJO No prosigas,
que estás obligado ahora
al conceto del aurora
y no quiero que le digas.
¿Mas hablas de veras?
RUGERO Sí.
ALEJO En un punto, en un instante
¿puede un hombre hablar amante?
RUGERO Bien puede ser.
ALEJO ¿Cómo? Di.
RUGERO Cuando amor con arco y flecha
los corazones hería,
espacio el alma tenía
para morir satisfecha
de un blando dolor; después
que pólvora se inventó
y armas de fuego tomó,
hace el efeto que ves;
y así en un punto amor ciego
vence ya, porque no es bien
que mate despacio quien
mata con armas de fuego.

Vanse y salen Lotario y Celio.

LOTARIO No hay mujer, Celio, en rigor,
que, aunque se muestre ofendida,
le pese de ser querida,
que es un examen amor
del ingenio, del valor,
de la hermosura estremada,
la discreción celebrada,
y siendo imposible cosa
que una sienta ser hermosa,
lo es que sienta ser amada.
Yo quiero y, aunque no alcanza
mi amor cobarde hasta agora
merecer tan gran señora,
no he perdido la esperanza.
Todo vive a la mudanza
sujeto y más la mujer;
y así, aunque hoy la llegué a ver
ofenderse y despeñarse,
espero que por mudarse
ha de venirme a querer.
Ame y sienta su rigor
hasta ver la suerte mía,
que al fin vence quien porfía
y más en guerras de amor.
CELIO Si tú eres conde y señor
de Urgel y por tu persona
digno de mayor corona,
¿qué temes, cuando a tu estrella
nada excede Aurora bella,
condesa de Barcelona?
Aquí viene.

Sale Aurora y Diana.

LOTARIO (El sol me ciega
si la miro: hermosa es).

Hoy a esos invictos pies
un nuevo soldado llega,
que a vuestro servicio entrega
un escuadrón de soldados,
donde vienen alistados
para amaros y serviros
lágrimas, penas, suspiros,
pensamientos y cuidados.
Por capitán viene amor
resuelto a cualquiera daño
y por cabo el desengaño,
cabo y fin de su rigor.
Por artillero mayor
el corazón, porque luego
que os mira, turbado y ciego,
rayos a los vientos da;
¿qué mucho, si en él está
toda la esfera del fuego?
Luego os vienen a servir
de centinelas mis ojos,
bien que mis penas y enojos
no los dejarán dormir:
ellos sabrán resistir
sueño a la noche y el día.
Y para perdida espía
viene mi loca esperanza,
que bien este nombre alcanza
mi esperanza por ser mía.
Para hacer minas también
conmigo vienen los celos,
porque siempre sus desvelos
lo más escondido ven;
ingenieros son, a quien
ninguna máquina yerra,
pues en la amorosa guerra
saca a luz su resplandor
estratagemas de amor
de debajo de la tierra.

Esto os ofrezco y después
mi vida, Aurora, entre tantas;
que es bien sirva a vuestras plantas
vida que tan vuestra es.
Todo se ofrece a esos pies,
triunfad, y vuestra persona,
digna de mayor corona,
la imperial ceñida vea,
por que todo el mundo sea
de quien es hoy Barcelona.

AURORA Invicto conde de Urgel,
cuya heroica frente viva,
ya coronada de oliva,
ya ceñida de laurel,
no es ser altiva y cruel
el no ofreceros la vida
a esa acción agradecida,
porque, dudosa y turbada,
no sé si estoy obligada,
no sé si estoy ofendida.
Si aqueste favor merezco
como mujer que amparáis
y de amor os olvidáis,
a vuestras plantas me ofrezco,
yo le estimo y le agradezco;
pero si el favor intimo
que ofrecéis (mal me reprimo),
como mujer que queréis,
que amáis y que pretendéis,
ni le agradezco ni estimo.
Así a un tiempo combatida,
no sé desta acción dudosa
si he de responder quejosa,
Lotario, o agradecida.
No fue ofensa el ser querida,
el decírmelo lo fue;
mi respuesta en vos se ve,
diga vuestra voz turbada

si queréis que esté agraviada
o que agradecida esté.

LOTARIO Es argumento en amor
tan sofístico y tan nuevo
que a determinar no atrevo
de dos males el menor.
No sé cuál me esté peor,
o no amaros, o no veros
obligada; si el quereros
es ley, fuerza es agraviaros;
pues, si os ofende el amaros,
¿qué hiciera el aborreceros?
De cualquiera suerte muero
en el loco amor que sigo,
si le callo y si le digo,
si os aborrezco o si os quiero.
Y pues que la muerte espero
cada punto, cada instante,
máteme un amor constante,
que necia elección hiciera
quien de mudable muriera,
pudiendo morir de amante.
Así el favor que miráis
amor fue quien lo causó;
sabed que os adoro yo
y vos no lo agradezcáis,
aunque, si vos misma halláis
que la culpa de amor fue
el decirlo, yo amaré
callando, por que se escriba
que soy una estatua viva
que se ofrece a vuestra fe.
Yo os doy palabra que siga
vuestra justicia y derecho,
sin que dé muestras el pecho
y sin que la lengua diga
que es amor el que me obliga;
pero vos, divino encanto,

no estéis satisfecha tanto,
que podrá ser —no os asombre—
que la aurora que os dio el nombre
os dé su amor y su llanto. *Vase.*

DIANA ¡Qué en ti, señora, estuviste!
Y no sé en leyes de amor
si es crueldad o si es rigor
el que tanto se resiste.

AURORA ¡Qué bien, Diana, dijiste,
pues no es valor ni crueldad!
Valor, pues la voluntad
a ajeno dueño rendí,
ni es crueldad, pues que ya vi
otro dueño con piedad.
No sé qué digo —¡ay de mí!—,
más bien, Diana, lo sé:
yo vi, yo quise, yo amé.
Ya lo dije, ya rompí
el secreto; y, pues de ti
fío los necios enojos
de mis fáciles antojos,
salgan con cordura poca
los suspiros a la boca,
las lágrimas a los ojos.
Mucho, Diana, te fío,
pero bien está mi pecho
de tu lealtad satisfecho;
vuelvo, pues, al llanto mío.
Blasonaba mi albedrío
de libre —mal blasonaba—
y un día, que lugar daba
a necias melancolías,
sola por las galerías
del jardín me paseaba.
El mar a una parte vía,
que, con azules bosquejos,
entre las sombras y lejos
varios países fingía;

a otra un jardín, donde había
flores de rizadas plumas,
tal que es razón que presumas,
entre lejos y colores,
al jardín un mar de flores
y al mar un jardín de espumas.
Allí el viento levantaba
edificios de cristal
y el aura aquí celestial
los de rosas humillaba;
allí el agua murmuraba,
de los céfiros herida,
y en las hojas repetida
la tierra aquí; y en tal calma
toda era sombras el alma,
toda imágenes la vida.
Dispuesta la voluntad
a amar entonces vivía,
que amor es filosofía
hallada en la soledad.
La ociosa curiosidad,
al parecer me culpaba
de que yo sola no amaba
y díjele: «Yo también
amara si hubiera a quién».
Divertida en esto estaba,
cuando a mis pies un retrato
de un hombre —que acaso allí
perdió alguna dama— vi,
cuyo pincel no fue ingrato
al dueño. Suspensa un rato,
dudé si era cierto o era
una imagen lisonjera
de mi misma fantasía,
a quien el alma decía:
«A este amara si a este viera».
En fin, los vanos desvelos
de un triste, o la privación

de una imposible afición,
o la espuela de los celos,
o la fuerza de los cielos,
que su máquina perfeta,
siempre en sí misma inquieta,
contra mi pecho previno
en aquel punto el destino
de algún amador planeta.
Fue, en fin, mi desdicha —vi
un hombre— o mi estrella fue:
a este quise y a este amé,
mi libertad a este di.
Advierte, Diana, aquí
si yo en mis locos desvelos
celos tengo y amor —¡cielos!—,
con tan estraño rigor
que ni sé a quién tengo amor
ni sé de quién tengo celos.

DIANA Con admiración te escucho;
¿que no sabes cúyo fue?

AURORA A nadie lo pregunté.

DIANA Muestra. Yo conozco mucho.
Lo diré (conmigo lucho).

AURORA Mira, Diana.

DIANA ¡Ay de mí!

AURORA ¿Hasle conocido?

DIANA Sí.

AURORA ¿Sabes su nombre?

DIANA ¿Pues no
he de saberle, si yo
ese retrato perdí?

AURORA ¿Qué dices? Midan los cielos
mi dolor con tu dolor.
Mis celos dije y mi amor,
tu amor dijiste y tus celos;
unos son nuestros desvelos;
presto, Diana, vengaste
tu agravio.

DIANA Señora, baste
la presunción hasta aquí,
que, aunque es verdad que perdí
el retrato que tú hallaste,
tu temor ha sido vano,
porque el retrato que ves...
AURORA No dudes, di cúyo es.
DIANA Es de Rugero, mi hermano.
AURORA Hoy nueva esperanza gano
con tal desengaño yo.
DIANA Cuando de aquí se partió
a Italia, para una dama
que amaba...
AURORA ¿Y ya no la ama?
DIANA No, pues della se ausentó.
Se retrató y disgustado
me lo dejó a mí y no a ella.
AURORA ¿Y era esa dama muy bella?
DIANA No hermosa, mas con agrado.
AURORA ¿Y está muy enamorado
todavía?
DIANA No sé, señora.
AURORA ¿Sábeslo tú?
DIANA ¿Quién lo ignora?
AURORA ¿De qué?
DIANA Selo claramente
de que es hombre y está ausente.
AURORA ¿Y era su nombre?
DIANA Leonora. *Sale Alejo.*
ALEJO ¡Válgate Dios, por Diana
o por diablo! ¿Dónde estás?
DIANA ¡Ah, soldado! ¿Dónde vas?
ALEJO A besar de buena gana
con toda esta boca alana,
por el gusto deste día,
el pie de vueseñoría;
tragaré, cuando le bese,
el chapín, como si fuese

chapín de pastelería.
DIANA ¡Alejo!
ALEJO Señora.
DIANA Cesa
de loquear.
ALEJO A esto nací.
DIANA Considera que está aquí
mi señora la Condesa.
ALEJO A mí, pecador, me pesa,
y mucho, de haber llegado
tan grosero y tan turbado
a vuestras plantas, señora,
mas no fuérades Aurora
a no haberme deslumbrado.
Beso, no el pie ni escarpín
que el pie alabastrino toca,
ni aún besa mi sucia boca
el zapato, ni el chapín,
ni la tierra, que está al fin
tan cerca; si no se yerra
mi memoria, aquí se encierra
piedra de un rayo, esta beso
y vendrá a quedar mi beso
a siete estados de tierra.
DIANA Es un loco...
ALEJO ¿Quién lo ignora?
DIANA ...que así a mi hermano entretiene.
AURORA ¿Viene Rugero?
ALEJO No viene,
porque ha venido, señora.
A la puerta queda agora
esperando a ver su hermana,
la bellísima Diana.
Mas yo, que no sé esperar,
me entré hasta aquí, hasta topar
tu hermosura soberana,
por no perder mi porqué.
AURORA Esta cadena te doy,

que, estando con guerras hoy,
es bien que albricias te dé
de que en mi campo se ve
tal soldado.

ALEJO ¿No dirás
tales?, puesto que verás
que somos los dos iguales,
dos tales, y aun dos por cuales,
que él ni yo no somos más.

AURORA Di que entre Rugero a verme.
Diana, tu pecho fiel
no le descubra mi amor;
y pues de ti me fié,
débate más mi secreto
que tu sangre. Advierte, pues,
que el día que mi afición
digas a Rugero, en él
he de vengarme. Tirana,
más que piadosa, seré.

DIANA Conocerás mi lealtad.
Mas dime, ¿cómo sabré
si hace, visto, el mismo efeto?
Y es fácil, como me des
una seña.

AURORA Pues Amor
y Marte a un tiempo se ve
en mi pecho —estame atenta—,
los dos la seña han de ser:
Marte, si parece mal,
Amor, si parece bien.
Lo primero que nombrare
me ha parecido. *Sale Rugero.*

RUGERO A tus pies
llega, bellísima Aurora,
un soldado, cuya fe
pretende, abrasado y ciego,
resistir y defender
tanto fuego, tantos rayos,

como el águila, que ve
al sol mismo y en el viento
reina de las aves es.
Mas no soy águila yo,
mariposa sí, que, al ver
haciendo a la llama visos
las alas de rosicler,
muere en su mismo deseo.
Mas si con vida me ves,
tampoco soy mariposa,
sino aquel pájaro, aquel
prodigio que nace y muere
hijo y padre de su ser,
pues en mis propias cenizas
perdí la vida y después
la volvió a resucitar
tal favor y tal merced,
siendo mi vida a la llama,
al fuego y al sol también,
mariposa, si se quema,
águila hermosa, si os ve,
y fénix, si muere y vive
a vuestros ojos, por que
sea solo un corazón
imagen de todos tres.

AURORA Seáis, Rugero, bien venido.
Ya, ¿qué tengo que temer,
si en mi defensa se emplea
de vuestro brazo el poder?
Alzad, no estéis en la tierra,
Rugero, porque no es bien
que quien merece los brazos
tanto sin ellos esté.
Dad los vuestros a Diana,
vuestra hermana, que yo sé
que ha días que lo desea.
Llegad a hablarla.

RUGERO Después,

señora, hablaré a Diana,
que ahora no es tiempo.
AURORA ¿Por qué?
RUGERO Porque en la presencia vuestra
ni ha de buscar, ni tener
el alma segundo objeto,
señora, porque no es bien
mudar a segunda especie
la gloria que en vos se ve.
Si no es para mejorarse,
¿quién se mudó? Siendo, pues,
cierto mi argumento, yo,
que he llegado a merecer
veros, ¿por qué he de dejar,
hasta que vos me dejéis,
pues no puedo mejorarme?
AURORA ¡Qué argumento tan cortés!
DIANA Dice bien Rugero y yo
perdono al tiempo esta vez
la dilación por tal causa.
(¿Qué te parece?).
AURORA (No sé).
DIANA (¿Quién vive, Marte o Amor?).
AURORA (Yo te lo diré después).
Mucho habéis estado ausente.
RUGERO Mucho, que no pudo ser
poco, estándolo de vos.
AURORA Aunque por disgusto sé
que os ausentasteis, quisiera,
solamente por saber
—que en efeto fue el primero
delito de la mujer—,
quisiera que me dijerais
todo el caso cómo fue,
que tendré gusto de oírle
muy despacio.
RUGERO No podré,
que está ya muy olvidado,

pero la obediencia es ley.
DIANA (¿Qué tenemos, paz o guerra?).
AURORA (Yo te lo diré después).
RUGERO En la ilustre Barcelona,
a cuyo altivo dosel
el mar con rizas espumas
argenta el sagrado pie,
nací noble, que en un hombre
la dicha primera es,
Moncada, al fin, deudo tuyo,
que no hay más que encarecer.
El ocio y la juventud,
¿a quién libraron, a quién,
del yugo de amor? Perdona,
que es fuerza, si has de saber
la causa, que hable de amor
en tu presencia.
AURORA Está bien;
prosigue, di.
RUGERO En un caballo
por Barcelona pasé
un día, que mis desdichas
todas nacieron en él;
que este día en una reja
con más cuidado miré
una dama, a quien serví
algunos días...
AURORA Tened,
que vais muy aprisa; poco
os han llegado a deber
ese caballo, esa dama,
pues la relación hacéis
sin pintar uno ni otro,
que es de relaciones ley.
RUGERO No es importante el caballo,
y, si la dama lo es,
¿quién en presencia del alba
pintará la noche? ¿Quién

con el sol verá un lucero
ni una llama, cuando esté
lleno de rubias estrellas
el cristalino dosel?
¿Quién pintó un cárdeno lirio
en presencia de un clavel?
¿Un alhelí de la rosa?
Y al fin, bella Aurora, ¿quién
pintará ajena hermosura
donde la vuestra se ve?
Pues más quiero que mi voz
sujeta, señora, esté
a descuidos de ignorancia
que a culpas de descortés.

AURORA Las vuestras perdono y quiero
muy por extenso saber
cómo fue todo.

RUGERO Escuchadme,
que desta manera fue.

DIANA (¿De qué ramas le coronas?
¿Es oliva o es laurel?
Declárate ya).

AURORA (No puedo;
yo te lo diré después).

RUGERO Salí en un caballo hermoso,
a quien el docto pincel
de naturaleza hizo
con más estudio y a quien,
hijo del viento, engendró
en las orillas de aquel
centro de animados rayos
un andaluz cordobés;
todos los cuatro elementos
hicieron un mapa en él:
tierra el cuerpo, mar la espuma,
viento el alma y fuego el pie.
Este, pues, aire sin plumas,
rayo sin luz, este, pues,

ocupaba tan señor
de mis acciones y de él
que su instinto no tenía
más obediencia o más ley
que el gobierno de las manos
y la elección de los pies;
cuando en un balcón, señora,
que, o por asistir en él
un sol, o por ser azul,
pedazo del cielo fue,
vi una dama, vi al sol mismo,
que más triste alguna vez
por el balcón del oriente
le he visto yo amanecer.
Al hacer la cortesía
hasta el suelo me incliné,
que, por lisonjear al dueño,
sabe un bruto ser cortés.
Doradas hebras al viento
flechaba, que amor cruel,
cansado del arco y flecha,
trocó al aljaba la red.
Cejas grandes, ojos negros,
que sobre la blanca tez
muestra que la oposición
es hermosura también.
Pequeña boca, que junta
era un hermoso clavel
y partida dos rubíes,
que, sirviendo de cancel
al tesoro de sus perlas,
dejaban ver o no ver
el marfil, tal vez negado
o concedido tal vez.
Manos blancas, gentil talle
y en todo tan gentil fue
que con ser Amor su dios,
con amor no tuvo fe.

En fin era, en breve suma,
del soberano poder
el más dilatado amago
que hizo el natural pincel;
era un rasgo...

AURORA Bien está,
Rugero.

RUGERO No os enojéis
si como fue os lo repito,
que desta manera fue.

AURORA Aunque fuese, habéis andado
muy grosero y descortés;
bien que la pintarais quise,
no que la pintarais bien.
No prosigáis, que no quiero
que en el cándido papel
de mis orejas se imprima
la imagen de quien hacéis
vuestras razones matices,
siendo la lengua el pincel.

RUGERO Señora.

AURORA Basta, Rugero.

RUGERO Mirad que la causa fue
vuestro gusto.

AURORA Y mi pesar.
Diana, conmigo ven.

DIANA (¿Eres Venus o eres Palas?).

AURORA (No sé, Diana, no sé.
Marte venció con los celos,
Amor venció con la fe;
guerra dice quien le oye,
paz publica quien le ve;
laurel es, si he de olvidar,
oliva, si he de querer;
y al fin, ya Venus, ya Palas,
entre el favor y el desdén,
venció Amor para conmigo
y Marte para con él). *Tocan.*

Mas ¿qué es esto? *Sale Lotario.*

LOTARIO Bella Aurora,
sal donde tu hermosa vista
del necio vulgo resista
la turbación, porque agora,
viendo que Estela se parte,
ya de la piedad movidos,
ya del interés vencidos,
muchos, valiendo su parte,
que no se ausente desean,
o por ostentar edades,
o por valer novedades,
y como a ti no te vean,
sus lágrimas te harán guerra,
porque, a todos despidiendo,
va con engaños diciendo
que su hermana la destierra
de Barcelona; de suerte,
que allí tu presencia importa.
Este alboroto reporta.

AURORA ¿Pues Barcelona no advierte
que queda en su amparo Aurora,
hermana mayor de Estela,
y sin engaño y cautela
su legítima señora?
Si Estela a sí se destierra,
yo ni la fuerzo ni sigo;
quédese a mandar conmigo
y cese por mí la guerra.
Viva en Barcelona altiva,
teniendo en ella igual parte,
por que entre el Amor y Marte,
muera Marte y Amor viva. *Vanse.*

RUGERO Pues desta ocasión espero
honrarme, no me neguéis
los brazos que me debéis.

LOTARIO ¡Oh, valeroso Rugero!
¿Quién duda que una ocasión

hoy tenga a los dos aquí?

RUGERO Yo sólo diré de mí
que la justa pretensión
de Aurora sigo y por ella
daré mil veces la vida,
dichosamente perdida
en su servicio. ¡Qué bella,
qué cuerda, qué generosa!
Le dio igual naturaleza
el ingenio y la belleza.
¡Qué liberal! ¡Qué piadosa!
Siempre la paz pretendió.
Cuando razón no tuviera,
por sus virtudes se hiciera
señora del mundo.

ALEJO Yo,
mientras que los dos habláis,
ver en lo que para quiero
esta novedad. *Vase.*

LOTARIO Rugero,
bien claramente mostráis
en lo que cuerdo decís
y en lo que valiente hacéis
la fama que merecéis,
la opinión que conseguís.
¿Quién, Rugero, no procura
servirla en esta ocasión?

RUGERO Su valor, su discreción
y celebrada hermosura,
que en competencia se atreve
a la luz que nos fatiga,
¿qué voluntades no obliga,
qué corazones no mueve?
Que haya quien niegue me espanto
su valor.

LOTARIO Basta, Rugero,
que bien que la alabes quiero,
mas no que la alabes tanto.

(Siempre amor fue desigual,
pues de lo que quiere bien
siente que le digan bien,
siente que le digan mal.
No hicieron cosa los cielos
tan sujeta a sus mudanzas;
celos dan las alabanzas
y los desprecios dan celos.
El nombre en ajenos labios
siempre dar penas pretende,
pues con lisonjas se ofende
y se ofende con agravios.
¿Cómo con Rugero haré,
que, aun para alabar su nombre,
ni la imagine ni nombre?).

RUGERO ¡Qué cuerdamente que fue
publicando paz! ¡Por Dios
que es su valor singular!

LOTARIO ¿En ella volvéis a hablar?

RUGERO Hablo porque calláis vos.

LOTARIO (Mucho Rugero atropella.
Al principio de un engaño
puede remediarse el daño;
direle mil males della).
Callo porque nunca yo
lo que es dudoso afirmé
y, aunque la sirvo, no sé
si tiene justicia o no;
pues si Estela no tuviera
también su justicia clara,
estas guerras no intentara
ni el de Ruisellón la diera
favor. Esto es cuanto a esto;
cuanto a que hermosa se ofrece,
lo es, si a vos lo parece,
para vos; pero es muy presto.
En cuanto el haber pensado
que es tan cuerda, tan discreta,

prudente, sabia y perfeta,
quedaréis desengañado.
RUGERO Aurora es señora mía
y, dejando aparte el ser
la más principal mujer,
cuyo honor es sol del día,
quien pensare que no fue
la más bella y más hermosa,
cuerda, afable y generosa
del mundo, sustentaré
solo, desnudo o armado
en el campo, en la estacada,
cuerpo a cuerpo, espada a espada,
que a lo menos se ha engañado
y a lo más mentido.
LOTARIO Presto
será tu muerte castigo
de mi agravio.

Sacan las espadas y salen Aurora, Diana y Alejo.

ALEJO Fuera, digo.
AURORA ¿Espadas aquí? ¿Qué es esto?
RUGERO Es satisfacerme así
de una ofensa.
LOTARIO Es defenderme
de una injuria desta suerte.
AURORA ¿Cómo me amparáis a mí
los dos y reñís los dos,
si causa de entrambos fue?
LOTARIO Yo, señora, la diré.
RUGERO Y yo también.
AURORA Callad vos,
Rugero, y hable el de Urgel.
LOTARIO (¡Válgame el ingenio hoy!).
AURORA (Así no verán que estoy
apasionada por él).
RUGERO A ningún temor me obliga

que hoy el Conde en tu presencia
diga, Aurora, la pendencia,
mas temo que no la diga.
Quédese en aqueste estado
y lo que ello fuere sea.

LOTARIO El que partidos desea
ya se confiesa culpado;
siempre al silencio se obliga
el que sin razón se ve.

AURORA Decidme vos cómo fue.

RUGERO No hayas miedo que él lo diga.

LOTARIO Mientras tu vista procura
apaciguar aquel bando,
quedamos los dos hablando
de tu valor y hermosura,
y dije: «Cuando no fuera
la legítima señora,
por sus virtudes Aurora
reina del mundo se hiciera,
demás de que su justicia
es clara». A esto respondió:
«No hablo en esas cosas yo,
porque la humana malicia
a Estela no la moviera,
sin tener justicia clara,
a que guerras intentara
ni el de Ruisellón le diera
favor. Esto es cuanto a esto;
cuanto a que hermosa se ofrece,
lo es, si a vos os lo parece,
para vos». Mas descompuesto
le repliqué: «Es muy mal hecho
y en un caballero espanta
que tenga distancia tanta
entre la lengua y el pecho».
Dijo que no me tocaba
reñir por causa tan poca.
Yo le dije: «Sí me toca»;

y con cólera más brava
proseguí: «que es luz del día
Aurora...». No digo aquí
lo más que dije de ti,
y que lo sustentaría
en el campo, como era
todo nuestro honor Aurora.
Esta es la verdad, señora.

RUGERO ¡Pluguiera a Dios que lo fuera!
Porque yo soy...

AURORA Bien está.

RUGERO ...quien...

AURORA ...me desprecia y ofende.

RUGERO ...tu fama...

AURORA ...borrar pretende.

RUGERO Es engaño.

AURORA Baste ya.

RUGERO Óigame tu Alteza.

AURORA Mucho
debo a mi paciencia.

RUGERO Yo
soy...

AURORA ...quien en mi ofensa habló.

DIANA ¿Esto de Rugero escucho?

RUGERO No, sino quien sólo intenta
que su fama eterna vuele.
Como en el teatro suele
errarse el que representa
y otro que los versos sabe
decirlos por el que erró,
así suspendido yo
a tu enojo hermoso y grave,
tardé en hablar siendo fiel
y enmendome mi contrario;
mas cuanto ha dicho Lotario
son versos de mi papel.
Y, aunque tu rostro me ciega,
¡viven los cielos, que yo

soy el que te defendió!

AURORA Tarde la disculpa llega.
A Lotario he examinado
con muestra más verdadera
y en mi ofensa no dijera
quien estaba enamorado;
así a creerle me obligo,
pues vos no lo estáis de Aurora,
sino sólo de Leonora.
Venid, Lotario, conmigo,
muestren mis favores hoy,
con agrado y con desdén,
lo que puede el hablar bien.
(¡Ay, Diana, muerta voy!).

Vase Aurora, Diana y Lotario.

RUGERO ¿A quién no espanta y admira
ver, con tanta novedad,
que padezca la verdad
a manos de la mentira?
¡Oh, pasión dura y cruel
de la estrella en que nací!
Yo las gracias merecí
y viene a gozarlas él.
Ya no tendré dicha alguna,
pues, aunque en tanto rigor
de mi parte esté el amor,
de la suya la fortuna.
Y, si en la opinión dudoso
mi amor es amor hurtado,
finezas del desdichado
serán premios del dichoso.
Sal, oculto resplandor
de la verdad: ¿dónde estás?
Veremos quién puede más,
la fortuna o el amor.

LAS ARMAS DE LA HERMOSURA

Personas que hablan en ella:

CORIOLANO, galán
LELIO, galán
ENIO, galán
AURELIO, viejo
FLAVIO, viejo
SABINIO, rey
EMILIO, soldado
PASQUÍN, gracioso
VETURIA, dama
LIBIA, criada
ASTREA, reina
RELATOR
Cuatro damas
Soldados romanos
Soldados sabinos
Criados
Músicos

JORNADA PRIMERA

Córrese la cortina, y vense todos los bastidores del teatro trasmutados en aparadores de piezas de plata, y en medio una mesa llena de vasos y viandas, y sentados a ella hombres y mujeres, y en su principal asiento CORIOLANO y VETURIA, y los músicos detrás, arrimados al foro, y PASQUÍN y otros criados sirviendo a la mesa

CORO 1: *"No puede amor*
hacer mi dicha mayor.
CORO 2: Ni mi deseo
pasar del bien que [poseo?]."

CORIOLANO: Sin duda, Veturia bella,
esta canción se escribió
por mí, pues solo fui yo
feliz influjo de aquella
de Venus brillante estrella;
pues benigna en mi favor...

LOS DOS COROS: *"No puede amor*

hacer mi dicha mayor."

VETURIA: Mejor debo yo entender
su benévolo influir;
pues, dándome que sentir,
me deja que agradecer;
y más el día que a ser
llegue la ventura mía
tu esposa, pues ese día
no podrán mi fe, mi empleo...

VETURIA Y CORO 2: *"Ni mi deseo*
pasar del bien que poseo."

HOMBRE 1: A tanta solemnidad
desde ahora será bien
que todos en parabién
brindemos.

HOMBRE 2: A que su edad
viva eterna.

HOMBRE 3: Y su beldad
en fecunda sucesión
a Roma ilustre.

PASQUÍN: Éstos son
convidados que me placen,
que a un tiempo la razón hacen
y deshacen la razón.

MÚSICOS: *"No puede amor*
hacer mi dicha mayor,
ni mi deseo
pasar del bien que poseo."

MUJER 1: Todas, ya que la fortuna
trocó el pesar en placer,
esa salva hemos de hacer.

LIBIA: ¿Cómo se podrá ninguna
excusar, si cada una,
de cuantas hoy Roma encierra,
feliz el susto destierra
de aquel pasado temor?

MUJER 1 y MÚSICOS: *"Y no puede amor*
hacer su dicha..."

Dentro

VOCES: ¡Arma, guerra!

Cajas y trompetas dentro, y alborótanse todos

HOMBRE: ¡Qué asombro!

MUJER 1: ¡Qué confusión!

CORIOLANO: ¿Qué novedad será ésta,
que dentro de Roma forman
voces, cajas y trompetas?

TODOS: ¿Quién causa este estruendo?

Salen AURELIO y ENIO de soldado

AURELIO: Yo.
CORIOLANO: ¿Tú, señor?
AURELIO: Sí.
CORIOLANO: Pues ¿qué intentas?
AURELIO: Despertar tu torpe olvido,
porque, al ver que en mi hijo empieza
la reprehensión, sepan todos
que, anticipada la queja,
antes que a mí su pregunta,
llegó a ellos mi respuesta.
Quitad, romped, arrojad
aparadores y mesas,
nocivos faustos de Flora
y Baco, cuando es bien sean
pompas de Marte y Belona.

Ocúltanse los aparadores y mesas

Y porque la causa sepan,
Enio, dile a Coriolano
y a cuantos con él celebran,
bastardos hijos del ocio,
cultos al Amor, las nuevas
que traes de Sabinia...
VETURIA: (¡Cielos! **Aparte**
¿Qué nuevas pueden ser éstas?)
LIBIA: (Oye y disimula.) **Aparte**
AURELIO: ...en tanto
que a toda Roma las cuentan
públicos edictos que,
para freno y para rienda
de tan locos devaneos,
dispone el Senado.
ENIO: Fuerza,
como a primer senador,
es, señor, que te obedezca,
y fuerza también que haya,
para que mejor se atiendan,
de enlazar con su principio
el nuevo motivo.
AURELIO: Sea,
no como quien le refiere,
sino como quien le acuerda.
ENIO: Sabinio, rey de Sabinia,
mal ofendido de aquella
fingida amistad con que
Rómulo, atento a que fuera
eterna la población
de su gran fábrica inmensa
que, émula a Jerusalén,
también en montes se asienta,
y que no pudiera serlo,
sin que de su descendencia
la sucesión se propague,
viendo cuánto para ella

buscar consortes debía,
convidó para unas fiestas
los comarcanos sabinos
con sus familias, en muestra
de firmar con ellos paces.

AURELIO: Si lo fueron o no, deja
al silencio esas memorias,
pues nadie hay que no las sepa,
según en su gran teatro
al mundo las representan
el tiempo en veloces plumas,
la fama en no tardas lenguas;
y así, dejando asentada
aquella parte primera
del robo de las sabinas,
ve a la segunda.

VETURIA: (¡Oh inmensas **Aparte**
deidades! ¿Qué nuevas pueden
ser que de pesar no sean?)

ENIO: Sabinio, rey de Sabinia,
mal ofendido de aquella
fingida amistad, trató
hacer a Rómulo guerra,
y Rómulo resistirla,
careando injuria y ofensa,
el uno por castigarla,
y el otro por mantenerla;
persuadido el uno a que
satisface el que se venga
y el otro a que nunca tuvo
lo no bien hecho otra enmienda
del arrojo que lo obró,
que el valor que lo sustenta.
Dos veces, pues, el sabino
a Roma asaltó, y en ella
dos veces le obligó a que,
rechazada su soberbia,
levantase el sitio, dando
a la dominante estrella
de Rómulo por vencida
de la suya la influencia.
En este intermedio Roma,
ufana, alegre y contenta,
vencedora de sus armas,
vencida de sus bellezas,
procurando reducir
a cariño la violencia,
toda era festines, toda
agasajos y finezas,
bien como toda Sabinia
llantos, suspiros y quejas;
que entre ofensor y ofendido
tan neutral vive la ofensa
que a uno el gozo se la olvida
y a otro el dolor se la acuerda.
En esta desigualdad,
ambas fortunas suspensas,
viendo Sabinio que, muerto
Rómulo, la suya adversa
sin dominante enemigo

quedaba y que a Numa, que era
a quien nombrado dejó
por su sucesor, resuelta
en ser república Roma,
no sólo le dio obediencia,
pero echándole de sí,
eligió en plebe y nobleza
senadores y tribunos,
que en libertad la mantengan.
Sabinio, pues --porque el hilo
en la digresión no pierda--,
procurando aprovechar
aquella vulgar sentencia
de ser sin cabeza un pueblo
monstruo de muchas cabezas,
en una parte y en otra
viendo también cuán ajena
Roma de sus altos triunfos
deleitosamente deja
de ser campaña de Marte
por ser de Cupido selva,
a repetidas instancias
de la soberana Astrea
--que, celtíbera española,
desde el día que, deshechas
sus gentes, volvió su esposo,
ni él ni nadie llegó a verla
o sin lágrimas los ojos
o el semblante sin tristeza--,
secretas levas dispuso;
pero como esto de levas
es mina que por el más
breve resquicio revienta,
al Senado sus vislumbres
llegaron en humo envueltas;
de suerte que, al inquirirse,
si eran ciertas o no ciertas,
a mí, que por más servicios
nombró en la elección primera
del pueblo primer tribuno,
me dio orden de que füera
a informarme, disfrazado
en nombre, en traje y en lengua,
del estado y del designio;
con que a poca diligencia
pudo informarme mejor
la vista que la cautela;
que enmudecen los ardides
donde hablan las evidencias.
A toda Sabinia hallé,
sin recato de que sea
contra Roma la jornada,
no tan sólo en arma puesta,
pero en marcha; a cuyo efecto
estaban pasando muestra
de militares pertrechos
todas las campañas llenas.
Numerosas huestes son
las que alistadas se asientan,
según supe, voluntarias;

porque --como dije-- Astrea,
que adquirir de vengadora
de las mujeres intenta
el alto nombre, en persona
las conduce y las alienta
con tan gran jactancia, que
sus tremoladas banderas,
jeroglíficos del aire,
componen en cuatro letras
el vanaglorioso enigma
de ser su victoria cierta.
Una S, una P, una Q
y una R son, cuya empresa
descifrada decir quiere
--según todos la interpretan--:
"Al Sabino Pueblo ¿Quién
Resistirá?" Y con tal priesa
a lento paso la marcha
disponen, que me fue fuerza,
según su vecina línea
confinante es de la nuestra,
por llegar antes, valerme
de toda la diligencia
que pude. Pero por más
que lo intenté, la sospecha
o nota de desmandado
me detuvo; y así llegan
a ser de mis voces ecos
sus cajas y sus trompetas,
cuando lejanos repiten
al viento, que se las lleva,
y al eco, que nos las trae:

Cajas y voces [dentro] a lo lejos

VOCES: ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

VETURIA: (Bien temí que había de ser segunda desdicha nuestra.) **Aparte**

AURELIO: Mira, con estas noticias,
si ha sido prevención cuerda
que otras trompetas y cajas
despertador tuyo sean,
y de cuantos hoy en Roma
divertidos no se acuerdan
de aquellos primeros héroes,
que de apagadas pavesas
fueron incendio de Europa,
hasta coronarla reina
del orbe. Y, dejando aparte
abandonadas proezas,
que en Africa y en España
Rómulo dejó dispuestas,
y hoy yacen en el infame
sepulcro de la pereza
¿a qué más puede llegar
el baldón de la honra nuestra
que a pensar el enemigo
que ya Roma no es la que era,
pues se promete en sus timbres

que no ha de hallar resistencia?
Demás desto, ¿es bien que yo
a un noble ofendido tenga
y no tenga mira a que
es desproporción muy ciega
que él desvelado maquine
y yo descuidado duerma,
mayormente al blando sueño
de tan contrarias sirenas
que, si otras cantando matan,
ellas llorando deleitan?
¡Oh, nunca hubierais...!

CORIOLANO: Perdona,
señor, y dame licencia
para suplicarte que,
no enojado las ofendas,
ni a ellas ni a cuantos conmigo
a mi ruego las festejan;
y más en este jardín,
donde Veturia se alberga,
noble matrona, a quien todas
reconocen preeminencia
por su real sangre; que no
es culpa suya ni nuestra
el que en ellas sea agasajo
lo que en nosotros es deuda.
La culpa fue del primero
que robadas las violenta,
no de los que, ya robadas,
procuran que estén contentas;
que, para tenerlas tristes,
mejor fuera no tenerlas.
Si hacerlas nuestras quisimos,
¿cómo habían de ser nuestras
si, en nuestro poder quejosas,
siempre quedaban ajenas?
Que desde el odio al cariño
no es fácil de hallar la senda
si no es que la facilite
la caricia, la fineza,
el obsequio, el rendimiento,
la atención y la asistencia,
que son las que sólo saben
hacer voluntad la fuerza.
Decir que esto del valor
nos ha olvidado, es propuesta
tan vana, que el mismo Marte
el primero es que la niega,
puesto que, amante de Venus,
al mundo puso en sospecha
de que él y Cupido habían
trocado dardos y flechas;
viendo cuánto ventajoso,
porque su dama lo sepa,
pelea el soldado que
con armas de amor pelea,
juzgando que son de Marte.
Y para que mejor veas
que ser galán en la paz
no es ser cobarde en la guerra,

el primero seré yo
que, de la patria en defensa,
al opósito le salga.
Y así, para disponerla,
iré por plazas y calles,
diciendo en voces diversas:

Dentro

UNOS: ¡Viva Coriolano!
OTROS: ¡Viva!
AURELIO: Oye, hasta averiguar éstas.

Salen FLAVIO, LELIO y SOLDADOS

FLAVIO: Yo lo diré, que en tu busca
vengo, para que lo sepas.
Proponiéndole al tumulto
de la plebe y la nobleza
cuánto conviene salir
a impedir el paso desa
no impensada invasión, antes
que pise la línea nuestra,
ocupando los estrechos
pasos y las eminencias,
a fin de que, ya que entren,
entren peleando, en que es fuerza
que pierdan gente, y quizá
que gente y jactancia pierdan,
dije que presto el Senado
nombraría a quien convenga
que vaya por general;
a que dieron por respuesta,
reduciéndose a una voz,
de varias voces compuesta:...

Dentro

UNOS: ¡Viva Coriolano!
OTROS: ¡Viva!
FLAVIO: De suerte que, antes que sea
consulta, la aclamación
común quiere que cabeza
suya sea Coriolano,
de que vengo a darte cuenta,
por si acepta o no.
AURELIO: ¿Qué es
dudar si acepta o no acepta,
siendo mi hijo?--- Coriolano,
ya ves en lo que te empeña
la común aclamación
del pueblo.
CORIOLANO: La vida hubiera
dado en albricias, señor,
a no importar mantenerla
para que, en servicio suyo,
en mejor trance la pierda;

en cuyo agradecimiento
a Flavio las plantas besa
mi humildad y a Lelio da
los brazos, bien como prendas
de quien se obliga a pagar,
reconocida la deuda.

LELIO: El mérito es quien te adquiere
este honor. (¡Que también sea **Aparte**
hijo yo de senador,
y de mi.... ¡Oh envidia, deja
de afligirme!) Y el primero
seré que irá a tu obediencia
por soldado tuyo.

ENIO: Yo
no te doy la enhorabuena,
porque me la he dado a mí,
en fe de lo que interesa
en tus honores mi honor.

CORIOLANO: A entrambos os lo agradezca
mi amistad; que con los dos,
tú, Lelio, de la nobleza
cabo; tú, Enio, de la plebe,
¿qué riesgo habrá que no emprenda?

TODOS: ¿Ni quién que a ti no te siga?

PASQUÍN: (Yo, porque allí Libia señas **Aparte**
me hace de que allá no vaya.)

AURELIO: Pues porque tiempo no pierda,
retiraos todas vosotras,
cada una a su vivienda,
de donde ninguna salga,
mientras se pasa la muestra
de la gente que se aliste;
porque, si acaso la pesa
el ver ir contra su patria,
no impida al que complacerla
intente.

VETURIA: Ninguna habrá
tan livianamente necia
que ya no desee que Roma
contra los sabinos venza;
que las materias de honor
son tan vidriosas materias
que con el más leve soplo
se empañan, si no se quiebran.
Y, siendo así que estuvimos
todas a morir resueltas,
antes de admitir a quien
con fe y palabra no fuera
de esposo, con todo eso
el empacho y la vergüenza
de no volver a ser propias
de quien ya fuimos ajenas
nos obligara a que todas,
si nos diérades licencia,
saliéramos a campaña;
y yo fuera la primera
que el arnés trenzado, el fresno
blandido en la mano diestra,
en la siniestra el escudo,
y con el tiento en la rienda,

montado el corcel bridón,
la diera a entender a Astrea
cómo ya de su venganza
no necesita la nuestra.

CORIOLANO: ¿Quién pudo desempeñarse
ni más noble ni más cuerda?

TODAS: Lo mismo todas decimos.

AURELIO: No es la resolución ésa
que queremos de vosotras.

FLAVIO: No; que otra habrá, en que se vea
que las mujeres no son
tan dueños nuestros que puedan
en descrédito poner
de Roma el valor.

AURELIO: Ni ésa
tampoco es para aquí.

A CORIOLANO

Ahora
ven, pues, adonde te ofrezca,
con pública aclamación,
de todo el pueblo en presencia,
el Senado la bengala,
estoque, toga y diadema
de general de sus armas.

CORIOLANO: Más me ha de dar.

AURELIO y FLAVIO: ¿Qué es?

CORIOLANO: Licencia
de que responda a Sabinio,
y al mote de sus banderas,
poniendo yo en las de Roma
el mismo.

TODOS: ¿De qué manera?

CORIOLANO: S, P, Q, y R son
cuatro letras que interpretan:
"¿Al Sabino Pueblo Quién
Resistirá?" Y con las mesmas
a su arrogante pregunta
han de responder las nuestras,
para que conozca el mundo
cuán en un caso concuerdan
gramáticas militares,
la pregunta y la respuesta:
pues si S, P, Q y R
"¿Quién piensa hacer resistencia
al sabino pueblo?" dicen,
también dirán a quien lea
en nuestro favor el mote
de sus mismas cuatro letras:
"Senado y Pueblo Romano
es Quien resistirle piensa."

FLAVIO: Bien lo has pensado.

Dentro cajas y voces a lo lejos

UNOS: ¡Arma, arma!

FLAVIO: Y pues se oyen de más cerca

ya sus cajas, responded
a su salva.
OTROS: ¡Guerra, guerra!
AURELIO: Y por si acaso llegaron,
según a mi oído suenan,
acá sus voces, diciendo...
UNOS: ¿Quién ha de hacer resistencia
al sabino pueblo?
AURELIO: Digan
al mismo compás las nuestras...
TODOS: Senado y pueblo romano.
UNOS: ¡Vivan Sabinio y Astrea!
TODOS: ¡Coriolano y Roma vivan!
CORIOLANO: Perdona, Veturia bella,
que, si voy contra tu patria,
también voy en tu defensa.

Vase

TODOS: ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

Vanse todos
Salen marchando SOLDADOS, y uno trae una bandera con las letras que han dicho los versos, y detrás SABINIO y ASTREA con espada y bengala

SABINIO: En la cumbre eminente
del esquilino monte
que, atalaya de todo el horizonte,
empina al orbe de zafir la frente,
alto haga nuestra gente
hasta reconocer si tiene acaso
Roma ocupada de su estrecho paso
la entrada que, otra vez padrastro mío,
favoreció la vecindad del río;
y así, hasta que los batidores vuelvan,
e informados resuelvan
por dónde menos fuerte sendas abra,
alto haced.
UNOS: Alto, y pase la palabra.

Repítenlo OTROS

SABINIO: Ya, soberana Astrea,
pisas la raya en que la luz febea
del sol entre Sabinia y Roma parte
jurisdicciones, pues que no sin arte
interpuso por valla
el bastión desa rústica muralla,
que a una y otra divida,
bien que en vano una y otra defendida,
el día que hacerlas enemigas quiso
su trato infiel.
ASTREA: Ya desde aquí diviso,
aunque no bien, aquélla
que, ayer vil choza y hoy fábrica bella,
tan elevada sube

que empieza en muro y se remata en nube.
¡Oh tú de la fortuna
trasmutado teatro, cuya escena,
no sé si diga de piedades llena
o llena de crueldades,
que tal vez son crüeles las piedades,
en yerto albergue dio primera cuna
a aquéllos que, arrojados
de ignoradas entrañas,
hambrienta loba halló, que en sus
montañas
recién nacidos, ya que no abortados,
eran espurios hijos de los hados!
¡Oh tú que, en lo voraz de su fiereza,

mudando especie la naturaleza,
viste, en vez de ser ellos de su hambriento
furor destrozo, en cándido alimento
trocar la saña, haciendo que ellos fuesen

los que della al revés se mantuviesen!
Si a sus pechos criados,
si a su calor dormidos,
si de roncos anhélitos gorgeados
crecieron, arrullados a gemidos,
¿qué mucho que, bandidos,
sañudamente fieros,
se juntaran con otros bandoleros
para vivir, sin Dios, sin fe, sin culto,
del homicidio, el robo y el insulto?
Desta, pues, compañía
Rómulo capitán, temiendo el
día
de tu mudanza, a fin de resguardarse,
trató fortificarse,
para cuyo seguro
el surco de un arado lineó muro,
con ley tan inviolable que, su extremo
asaltarle costó la vida a Remo.
Éste fue --¡oh tú, otra vez,
varia fortuna,
condicional imagen de la luna!--
el origen que altiva te conserva
crecida, a imitación de mala yerba.
Pero ya tu castigo
llega, pues llega mi valor conmigo;
y así, antes que sus armas se prevengan
--vengan los batidores o no vengan--,
entremos en sus lindes desde luego,
publicando la guerra a sangre y fuego.

SABINIO: La espera, Astrea, en muchas ocasiones
consiguió altos blasones.

ASTREA: También la espera la perdió otras
tantas,
y quizá más.

Sale EMILIO

EMILIO: Dame, señor, tus plantas.

SABINIO: ¿Qué hay, Emilio, de nuevo?
EMILIO: Apenas a contártelo me atrevo.

Por no decirte que apenas
de aquestos riscos soberbios
con una avanzada escuadra
vencí el arrugado ceño,
cuando desde la eminencia
vi todo el valle cubierto
de romanos escuadrones,
que en buena marcha dispuestos,
como iban llegando, iban
tomando, unos los estrechos
pasos, otros desmontando
los troncos, para con ellos
atrincherarse; y los otros
doblándose, porque a tiempos,
donde importe, el retén pueda
ir reclutando los puestos.
ASTREA: ¿Eso excusabas decirnos?
Pues toma en albricias deso
esta sortija, que yo
a tener que vencer vengo.--
Manda, Sabinio, que al arma
toque el ejército nuestro,
antes que se fortifiquen.
SABINIO: Con ese español aliento,
¿quién no ha de animarse? Vayan
por los costados cubriendo
en las quiebras y surtidas
coseletes y flecheros
a la caballería, y ella,
des[f]ilada en buen concierto,
procure cobrar el llano,
donde, trocados los riesgos,
cubra ella a la infantería,
dándose las manos, puesto
que las dos son los dos brazos
de todo el militar cuerpo.
Toca a embestir, y un caballo
me dad.
ASTREA: Y a mí otro; que tengo
de ser la primera yo
que, complacido mi esfuerzo,
vea la cara al enemigo,
la caballería rigiendo.
SABINIO: Pues porque la infantería
no vaya en el desconsuelo
de ir sin ti y sin mí, seré
yo quien gobierne sus tercios.
ASTREA: Pues, ¡al arma!
SABINIO: Pues, ¡al arma!
SOLDADOS: ¿Quién no ha de seguir su ejemplo?
TODOS: ¡Vivan Sabinio y Astrea!

Suenan las cajas y éntranse. Salen CORIOLANO,
LELIO,
ENIO,
y dos SOLDADOS, con dos banderas, una roja y otra blanca,
con las mismas letras

CORIOLANO: Pues el sabino resuelto,
para no darnos lugar
a que nos fortifiquemos,
baja avanzando sus tropas,
fuerza es salirle al encuentro,
para no darle nosotros
lugar a él a que, viniendo
como viene, desfilado,
pueda, vencido lo estrecho,
doblarse en lo llano. Ea,
generoso invicto Lelio,
pues, cabo de la nobleza,
la vanguardia en el derecho
costado te toca, ocupa
tu lugar.

LELIO: En él ofrezco
morir --que una cosa es
callar yo mis sentimientos
y otra que mi honor no diga
que es mío--. Tremole el viento
la siempre roja bandera
del Senado, con el nuevo
jeroglífico, a quien sigan
todos mis parciales.

Vase

CORIOLANO: Enio,
tú en el siniestro costado
tu lugar toma; que en medio
del cuerpo de la batalla
quedo yo, distribuyendo
los órdenes, porque acuda
donde convenga el refuerzo.

ENIO: Despliegue también al aire
su blanca bandera el pueblo,
que no es el que menos sabe
dar victorias a sus reinos.

Vase. Suenan cajas, y dentro ruido de armas [y voces]

UNOS: ¡Arma, arma!

OTROS: ¡Guerra, guerra!

UNOS: ¡Fuertes sabinos, a ellos!

OTROS: ¡A ellos, valientes romanos!

CORIOLANO: Ya los unos descendiendo,
y ya subiendo los otros,
en el más fragoso seno
del monte, a medir las armas
llegan entrambos encuentros.
Disputada la batalla
crece, conque al sol cubriendo
nubes de plumas las flechas,
tempestad parece, siendo
del eclipse de sus rayos

cajas y trompetas truenos,
de quien relámpagos son
las chispas de los aceros.
Todo es horror, todo es grima,
todo asombro, todo incendio.

UNOS: ¡Avanza, caballería,
antes que en nuestro terreno
llegue a doblarse la suya.

OTROS: ¡A ellos, sabinos!

TODOS: ¡A ellos!

Suena la caja

CORIOLANO: ¿Qué es aquello? ¡Ay infelice!.

que a lo que desde aquí veo,
parece que, recargados
vuelven a perder los nuestros
los puestos que habían ganado.
¡Ea, fortuna, ya es tiempo
de que todo lo perdamos
o que todo lo ganemos!
Síganme todas las tropas
en batallones y tercios,
pues no hay más órdenes ya
que dar, que morir resueltos.
¡Volved, soldados, volved!,
que ya voy a socorreros.
Piérdase la vida, y no
la fama.

Vase. Suenan las cajas y ruido, y sale como despeñada ASTREA

ASTREA: ¡Valedme, cielos!
Que, desbocado el caballo,
con no matarme, me ha muerto,
si hay quien piense que el salir
de la batalla fue huyendo;
y no fue, sino que el hado
o tarde o nunca el contento
cumplido dio, bien que en vano
hoy de su rigor me quejo,
pues tampoco dio cumplida
la desdicha el día que, habiendo
vencido la cumbre al monte,
al descender de su centro,
corriendo por intrincados
riscos el bruto soberbio,
no me echó de sí, hasta que
trocó de un tronco el tropiezo
al golpe de la caída
la amenaza del despeño.
Con que, aunque rendida, aunque
fatigada, en un desierto
triste y sola me halle, a causa
de que los que me siguieron
y no alcanzaron, perdida

de vista, sin mí habrán vuelto;
con todo eso el quedar viva
es tan natural consuelo
que, siendo el vivir lo más,
todo lo demás es menos.

Suenan las cajas

Y así, a pesar del cansancio,
pues para elegir no hay medios,
procure hallar senda que
me vuelva a mi gente, puesto
que, para servir de norte,
me basta el confuso estruendo
que, sin decirme en qué estado
la batalla está, a lo lejos
me está diciendo que dura,
en mal pronunciados ecos.
Por esta parte parece
que el enmarañado seno
da menos fragoso paso;
seguir la vereda quiero,
no en vano, pues a lo inculto
quitado el impedimento,
ya descubro la campaña
y en ella, o miente el deseo
o son nuestras las banderas
que miro. Sin duda, cielos,
la victoria consiguió
Sabinio, puesto que veo
en su rotulado enigma
tremolar el blasón nuestro
destotra parte del monte.
Pues ¿qué aguardo? Pues
¿qué espero?
¡Oh si fuera verdad que
tiene alas el pensamiento,
para llegar a los brazos
de Sabinio, y darle en ellos
de mi vida y su victoria
dos parabienes a un tiempo!

Vase. Salen CORIOLANO, LELIO, ENIO y SOLDADOS con las banderas

TODOS: ¡Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro!

LELIO: No sé qué gracias te deba
dar nuestro agradecimiento;
pues cuando, casi perdidos
nos hallábamos, tu esfuerzo
bastó a que el sabino vuelva
desbaratado y deshecho.

ENIO: ¿Qué gracias podemos dar
que sean bastante aprecio
a quien supo disponer
el socorro a tan buen tiempo

que, derrotado el contrario,
quedase el campo por nuestro?

CORIOLANO: Vuestro fue el valor y mía
la dicha de llegar presto.
Y por partirla contigo,
a llevar las nuevas, Lelio,
desta victoria al Senado
ve, en tanto que yo prevengo
que las fortificaciones,
para que antes no hubo tiempo,
prosigan, por si otra vez,
reforzándose de nuevo,
vuelve, no desprevenidos
nos halle.

LELIO: Tus manos beso
por ese honor, y no tanto
por las albricias le acepto,
cuanto porque se prevenga
el aparatoso obsequio
del triunfo que debe hacer
Roma a tu recibimiento.

Vase

TODOS: ¡Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro!

Sale ASTREA

ASTREA: ¿Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro?
¿Quién duda que por mi esposo
es la aclamación, supuesto
que son suyas las banderas
que ya de más cerca veo?
Pues ¿qué aguardo?-- Generosos
sabinos, a cuyos hechos
faltan a la fama bronces,
faltan láminas al tiempo,
mil veces enhorabuena
sea el alto vencimiento
desos aleves romanos,
y guïadme donde dellos
victorioso vea a mi esposo.

CORIOLANO: Hermoso prodigio bello,
cuyo revesado enigma
ni le alcanzo ni le entiendo,
¿cómo a los romanos llamas
sabinos? Y ¿cómo, luego,
dando a quien no te oye el lauro,
das a quien te oye el desprecio?

ASTREA: Luego ¿estos timbres no son
de Sabinio?

CORIOLANO: No; que, huyendo,
segunda vez derrotado
a Roma la espalda ha vuelto.

ASTREA: Luego ¿esas banderas son
ganadas?

CORIOLANO: Tampoco es eso,
sino que, pues preguntaron
las suyas que "quién al pueblo
sabino resistiría?"
con sus caracteres mesmos
"Senado y pueblo romano"
las nuestras le respondieron.
ASTREA: ¡Ay infelice de mí!
Que el equívoco me ha muerto.
CORIOLANO: Quizá te ha dado la vida,
puesto que has llegado a puerto
donde las mujeres tienen,
con franca escala el respeto,
cortesanos pasaportes
de inviolables privilegios.
¿Quién eres, pues, y qué causa

engañada te trae?
ASTREA: (¡Cielos,
Aparte
perdida estoy si se sabe
quién soy! ¡Válgame el
ingenio!)
Astrea, española Palas,
añadiendo al sentimiento
del robo de sus matronas
el de levantar el cerco
que puso a Roma en venganza
suya su esposo, hizo extremos
tales que, hasta persuadirle
a que volviese de nuevo
a sitiarla, no dejó
de instarle, valida a tiempos
de la maña del cariño
o de la fuerza del ceño.
No en esto solo paró
su generoso ardimiento,
sino que en persona había
ella de venir, a efecto
de que agravio de mujeres
a mujer le toca el duelo.
Entre las damas que trajo
en su servicio...
CORIOLANO: El acento
suspende, detén la voz.
ASTREA: Pues ¿por qué?
CORIOLANO: Porque no quiero
saber más de que eres dama
de Astrea.
ASTREA: (Sin duda hoy muero, **Aparte**

vengándose della en mí.)
CORIOLANO: ¡Enio!
ENIO: ¿Señor?
CORIOLANO: Al momento
manda poner el caballo
mejor que en mi estala tengo;
monta en otro, y nombra una
escolta de hasta otros ciento,
con un trompeta, que vaya

contigo.

Vase ENIO

ASTREA: (¡Ay de mí, que esto
Aparte
mira a enviarme prisionera
a Roma!)
SOLDADO 1: Por si entre ellos
nos nombra, vamos tras él.
SOLDADO 2: Vamos, y sea diciendo...
TODOS: ¡Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro!
ASTREA: (¡Ay, Sabinio, si esto vieras,
Aparte
cuál fuera tu sentimiento!)
CORIOLANO: (¡Ay, Veturia, cuál sería
tu gozo si vieras esto!)
ASTREA: (Mas no me dé por vencida;
Aparte
prosiga, hasta ver si puedo
moverle a lástima.) Astrea,
en quien vasallaje y deudo
en mi fortuna afianzaron
repetido el valimiento,
entre las demás que trajo,
vuelvo a decir...
CORIOLANO: También vuelvo
a decir yo que suspendas
acento y voz.
ASTREA: Pues ¿no tengo
de decir....?
CORIOLANO: Nada hay que digas.
ASTREA: ¿...que entrando ella...?
CORIOLANO: Es vano intento.
ASTREA: ¿...en la lid...?
CORIOLANO: Porfías en balde.
ASTREA: ¿...yo...?
CORIOLANO: No más.
ASTREA: ...en seguimiento
suyo...
CORIOLANO: Basta.
ASTREA: ...mi caballo,
roto el alacrán del freno...
CORIOLANO: No te canses.
ASTREA: ...me arrojó
adonde...?
CORIOLANO: ¿De qué provecho
es que quieras tú decirlo,
si yo no quiero saberlo?
ASTREA: (¡Oh qué clara mi desdicha
Aparte
dice su desabrimiento!)
ENIO: Ya está todo prevenido.
CORIOLANO: Ahora verás que no tengo
más que saber que saber
que vienes, bello portento,
en el servicio de Astrea.
Ponte a caballo.-- Y tú, Enio,

de convoy la retaguardia
de su ejército siguiendo
ve, hasta que haga, recobrado,
alto, o tome alojamiento;
y en dándole vista, haz
alto tú también, haciendo
seña de paz y llamada.
Con que es fuerza que, viniendo
algún cabo principal
a parlamentar, tu intento
sepa, que es ir convoyando
a esta dama. Con que, en viendo
que ella conoce a su gente
y que quedando con ellos,
queda a su satisfacción,
en seguro salvamento,
sin más esperar, la rienda
vuelve. Y mira que te advierto
que ni a ella ni a ellos les digas
quién soy.

ASTREA: ¿Qué es lo que oigo, cielos?
¿A mi patria me envías?

CORIOLANO: Sí;
que los generosos pechos
lidiamos porque lidiamos,
mas no nos aborrecemos
para las cortesanías.

ASTREA: Deja que a tus pies...

CORIOLANO: No extremos
hagas; que no hay que estimarme
lo que hago yo por mí mesmo.
Parte, pues, y dile a Astrea
que un romano caballero
apenas oyó su nombre
en tus labios cuando, atento
a la estimación, al culto,
al decoro y al respeto
que debe a la majestad
de tan generoso dueño,
te estimó por prenda suya,
principalmente sabiendo
que vienes en su servicio;
y porque un punto, un momento
no faltes dél, te remite
a excusar el sentimiento
de echarte menos, que eres
tú muy para echada menos.
Y perdóname no ser
yo el que te vaya sirviendo,
porque no puedo faltar
de aquí.

ASTREA: Ya que te merezco
tan gran fineza, merezca
saber a quién se la debo.

CORIOLANO: Eso no; que has de ir deudora
aun del agradecimiento.

ASTREA: Ya que tú no me lo digas,
quizá me lo dirá el tiempo.

CORIOLANO: Pues no le pierdas ahora,
si le habrás menester luego.

Parte, pues.
ENIO: Ya allí el caballo
te espera.
ASTREA: Sí haré, supuesto
que el don del liberal, cuando
le recibo, le agradezco.
CORIOLANO: Pues, adiós, hermosa dama.
ASTREA: Adiós, cortés caballero.
Y cree de mí...
CORIOLANO: Y cree de mí...
Vete en paz.
ASTREA: Guárdete el cielo.

Vanse. Salen LELIO y PASQUÍN

LELIO: Pasquín, pues que ya al Senado
cuenta di de la victoria
y, atento a tan alta gloria,
a Coriolano ha enviado
orden de que al punto venga
para, liberal con él,
ceñirle el sacro laurel,
que es bien que por premio tenga,
dime, ya que tú no fuiste
al campo, ¿qué novedad
en mi ausencia en la ciudad
ha habido, y en qué consiste
que a ninguna mujer veo
en calle, puerta o ventana?
PASQUÍN: Consiste en no tener gana
de ser vistas sin aseo.
LELIO: ¿Sin aseo? Eso no entiendo.
PASQUÍN: Pues fácil es de entender
que no quiera una mujer
parecer, no pareciendo.
LELIO: ¿Enigmas hablas conmigo?
PASQUÍN: ¡Pluguiera a Dios que lo fueran!
Que ellas te lo agradecieran,
y a mí el que no te las digo.
LELIO: Pues hásmelo de decir.
PASQUÍN: Sí haré, mas con calidad
de que creas que es verdad
cuanto te he de referir,
y no ficción.
LELIO: Sí creeré.
PASQUÍN: Pues con eso va de historia.
Aquí, apuntador, memoria
tu anacardina me dé.

Viendo el Senado que había
el siempre absoluto imperio
de las mujeres ganado
tanto en Roma los afectos
que dio causa al enemigo
para olvidarse soberbio,
con nuestro presente ocio,
de su pasado escarmiento,
y que no sólo era el daño,
divertidos en festejos,

estragar de la milicia
el antiguo valor nuestro,
mas también de los haberes
el caudal, por los excesos
de sus galas, de que ellas
usaban tan sin acuerdo
que, de bizarros, sus trajes
se pasaban a no honestos;
y viendo cuán principal
parte es, en fe del aseo,
para ser imán del alma,
el artificio del cuerpo,
pues la no hermosa con él
disimula sus defectos
y la hermosa con aliño
da a su perfección aumento,
una ley ha publicado
en que manda, lo primero,
que no sean admitidas
a los militares puestos
ni políticos, negadas
a cuanto es valor e ingenio;
que ninguna mujer pueda
del hábito que hoy trae puesto
mudar la forma, inventando
por instantes usos nuevos;
y que, para renovarlos,
haya de ser con precepto
de que sean propias telas,
sin géneros extranjeros,
oropel del gusto, mucho
brillante y poco provecho,
y éstas sin oro y sin plata;
ni usar tampoco de pelo
que propio no sea, de afeites,
baños, perfumes ni ungüentos;
y que, pues hidalgas son,
no sólo no nos den pechos,
pero ni pechos ni espaldas;
y en fin lo que más sintieron
fue que no salgan en coches
a los públicos paseos,
ni permitan en sus casas
banquetes, bailes ni juegos;
con que no quedó mujer
que no confesase luego
al potro del desengaño
las culpas del embeleco:
las flacas, que a pura enagua
sacaban para sus huesos
cuanta carne ellas querían
de en casa de los roperos,
volvían a ser büidas;
las gordas, que atribuyeron
a sobras de lo abrigado
las faltas de lo cenceño,
se volvieron a ser cubas;
y sin tinte en los cabellos
las viejas a ser palomas,
las morenas a ser cuervos.

Ya todas la verdad dicen,
ya son todas las que vemos,
porque la gala, "afufón,"
el artificio lo mesmo,
el arrebol, ni por lumbre,
el solimán, ni por pienso,
los islanes, "abrenuncio,"
los sacristanes, "arredro,"
los alcanfores son chanza,
las blandurillas son cuento,
la clara de huevo, "tate,"
el resplandor quedo, quedo,
el albayalde, "exi foras,"
la neguilla, "vade retro."
Y, en fin, para no cansarte,
paso entre paso se fueron
los escotados al rollo
y los jaques al infierno,
con que, para no ser vistas,
unas y otras se escondieron,
desengañadas de que
para más no las habemos
menester que para hilar,
coser y echar un remiendo.

LELIO: No sé, Pasquín, qué te diga
de cuanto...

Dentro tocan cajas y atabalillos

Mas ¿qué es aquello?

TODOS: ¡Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro!

PASQUÍN: Es que el Senado ha salido
de la ciudad a las puertas,
para Coriolano abiertas,
donde esperarle ha querido,
para que en ostentación
del aplauso que han ganado
las insignias que el Senado
le dio por aclamación,
con ellas quieren llevarle
de Roma al gran Capitolio,
en cuyo eminente solio
el sacro lauro han de darle
que a la victoria campal
pertenece.

LELIO: Fuerza es
acompañarle yo, pues,
aunque otra lid desigual
lucha en mí, no es tiempo ya
de ella, pues contrapesó
el socorro que me dio
a la envidia que me da.
Con que en uno y otro muestro
que ni uno ni otro permito.

TODOS: ¡Victoria por el invicto
heroico caudillo nuestro!

Tocan las chirimías y atabalillos, y salen por un lado CORIOLANO y SOLDADOS, y por otro el ACOMPAÑAMIENTO que pueda con las banderas, uno con un laurel en una fuente, otro con bastoncillo en otra, otro con un estoque en medio desnudo al hombro, y detrás AURELIO y FLAVIO

AURELIO: En hora dichosa vean
(¡ay hijo del alma mía!)
mis canas el fausto día
de tu aplauso, y en él sean
del fénix mis regocijos,
de hoy en su edad desengaños,
pues la hoguera de los años
es la virtud de los hijos.

FLAVIO: En hora dichosa vengas,
valeroso Coriolano,
donde del pueblo romano
el merecido don tengas
que tal victoria merece.

CORIOLANO: A uno y otro doy los brazos,
por ser prisiones sus lazos
que mi humildad os ofrece.--
(En fin, no has de dar, Fortuna,
cumplido ningún deseo,
pues a Veturia no veo,
ni aun otra mujer alguna,
por calles y plazas.)

AURELIO: Ven
donde honrado entre nosotros
el pueblo te vea.

FLAVIO: Vosotros
repetid el parabién.

TODOS: ¡Victoria...

Sale VETURIA

VETURIA: No prosigáis
en decir "por el invicto
heroico caudillo nuestro;"
que no es de ese nombre digno.

TODOS: ¿Qué es esto, Veturia?

VETURIA: Es
que en público el valor mío
se atreve a hablar, pues habló
en público vuestro edicto.
Que no es digno de ese honor
Coriolano, otra vez digo,
ni en vosotros para dado,
ni en él para recibido;
porque siendo las mujeres
el espejo cristalino
del honor del hombre, ¿cómo
puede, estando a un tiempo mismo
en nosotras empañado,
estar en vosotros limpio?
No blasonéis, pues, soldados,

en la rota del sabino,
de que venís con honor;
que si valientes y altivos
allá le dejáis ganado,
acá le hallaréis perdido.
Inútil os fue el valor,
poco provechoso el brío,
la resolución sin logro
y sin efecto el peligro,
pues [nada lográis quedando]
ya de nosotras mal vistos;
que si, en fe de apetecidas,
vuestro agasajo nos hizo
que descansase la queja
a la sombra del cariño,
¿qué mucho que, despreciadas,
al contrario, el albedrío,
que fue dócil al halago,
sea rebelde al desvío?
Como esposas nos tratasteis,
nobles, corteses y finos;
pues ¿cómo ya como esclavas
nos tratáis, con tal dominio
que en mujeriles adornos
aun no nos dejáis arbitrio?
No lo sentimos por ellos;
que por lo que lo sentimos
es la desestimación,
el desdén, el descariño,
el ultraje, el ajamiento;
que si el mundo en su principio
nos privó (quizá de miedo)
del uso de armas y libros,
no del uso nos privó
de aquel aplicado aliño
con que la naturaleza
se vale del artificio.
Pues ¿cómo, siendo heredados,
contra el natural estilo
canceláis de las mujeres
los privilegios antiguos?
¿Qué bruta nación, adonde
nunca llegar han podido
ni la política en leyes,
ni la república en juicios;
¿qué adusto bárbaro, a quien
tostó ardiente, erizó esquivo
el sol la tez en ardores
y el aire la greña en rizos,
les negó la adoración
del humano sacrificio
de ser ellas las rogadas
y ser ellos los rendidos,
cuanto más la urbanidad
de los comercios que, dignos,
sin deslizarse a indecentes,
se mantienen en festivos?
Las mujeres, a quien deben
primer albergue nativo
los hombres y a quien los hombres

en dos maneras han sido
tan costosos al nacer,
y al criarse tan prolijos,
¿han de vivir abatidas
a vista de quien las quiso
o lo dijo, por lo menos,
pues basta ver que lo dijo
para ver cuán desairados
estar todos es preciso,
vosotros con vuestras damas,
y Coriolano conmigo?
Y así yo, en nombre de todas,
en ira envuelta el sentido,
la lengua anegada en quejas,
la voz ardiendo en suspiros,
brotado el aliento en rayos,
destilado el llanto en hilos,
sin puntualidad la gala,
sin preceptos el aliño,
sin ley vagando el cabello,
sin orden puesto el vestido,
vuelvo a que, en nombre de todas,
digo a todos lo que a él digo.
Por noble, pues, Coriolano,
por galán, por entendido,
por cortesano en la paz,
en la guerra por invicto,
o por hombre solamente
(que harto con esto te obligo),
si como dama, te ruego
y como esclava, te pido
que aquesta infamia derogues,
haciendo que su designio
se borre de la memoria
y se escriba en el olvido.
Y si acaso a esta fineza,
de cobarde o de remiso,
no te dispone lo amante,
no te resuelve lo fino,
yo de mi parte a ti solo
y a todos os lo repito
de parte de las demás;
protesto, juro y afirmo
(por esa antorcha del día
que con afán repetido
se apaga al morir en ondas,
se enciende al nacer en visos)
que ha de ser siempre en nosotras,
si no hacéis lo que os pedimos,
el agasajo forzado,
poco seguro el cariño,
el favor poco constante,
el desabrimiento fijo,
triste y escabroso el lecho,
el gusto forzado y tibio,
con melindres la fineza,
el halago con retiros,
siempre el enojo rebelde,
nunca seguro el alivio.
Y cuando aquesto no baste,

monstruos somos vengativos.
Temed, pues, temed que el odio
quizá se pase a peligro;
que en manos de las mujeres
también, con violentos bríos,
saben herir los puñales,
saben cortar los cuchillos.
Y cuando no, ser sus ojos,
viendo el adagio cumplido,
de que las mujeres somos
milagros y basiliscos.

Vase

CORIOLANO: Oye, espera.
FLAVIO y AURELIO: ¿Dónde vas?
CORIOLANO: Tras el imán que, atractivo
móvil del alma, arrastrados
lleva todos mis sentidos.
AURELIO: Si a efecto es de castigar
los oprobios que te ha dicho,
eso al Senado le toca.
CORIOLANO: Tan contrario es el motivo,
que es a poner en sus sienes
el laurel que he merecido,
porque en ella, presentados
como propios mis servicios,
en fe dellos, se derogue
tan escandaloso edicto.
FLAVIO: Nunca el Senado deroga
la ley que ya una vez hizo.
CORIOLANO: Pues derogaréla yo,
publicando en otra a gritos
que obedecida no sea.
AURELIO: Hijo, mira...
CORIOLANO: Nada miro.
AURELIO: Que eso es perderte.
CORIOLANO: Perdida
Veturia, ¿qué más perdido?--
Quien fuere de mi sentir,
en que no se vea ofendido
el honor de las mujeres,
me siga.

Vase

UNOS: Ya te seguimos
a ti por caudillo nuestro,
y a ellas por nosotros mismos.
FLAVIO: Ciudadanos, a impedir
su arrojo, venid conmigo.

Vase

LELIO: (No es mala ocasión, envidia,
de acriminar su delito.)
¡Romanos, viva el Senado!

Repítenlo UNOS

LELIO: ¡Y muera quien a su edicto
se opone!

Repítenlo OTROS. [Habla dentro CORIOLANO]

CORIOLANO: ¡De las mujeres
vivan los fueros antiguos!
AURELIO: Dividida en bandos toda
Roma está. ¿Quién en conflicto
igual se vio, de una parte
mi cargo, de otra mi hijo?
¡Oh apetecidos venenos!
¡Oh familiares hechizos!
¡Oh dulce encanto! ¡Oh mujeres,
nunca acá hubierais venido!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

Salen VETURIA y ENIO

ENIO: Apenas, Veturia bella,
en Roma puse las plantas
cuando, llamado de ti,
vengo a saber qué me mandas.
VETURIA: En cerrando aquesta puerta,
porque ni aun una crïada
pueda oírnos, sabrás que
hacer de ti confïanza,
que de otro ninguno hiciera,
en fe de estar informada
de cuán fino amigo eres
de Coriolano.
ENIO: Aunque es tanta
de su persona a la mía
la no medida distancia,
con ese nombre me honró
su benignidad, a causa
de habernos visto servir
en aquellas dos pasadas
invasiones de Sabinio;
y en ésta aun con más instancia,
por ocupar mayor puesto;
con que a ninguno le alcanza
mayor parte en las deshechas

fortunas en que hoy le halla
la corta ausencia de haber
ido en convoy de una dama,
de orden suya, hasta ponerla
en salvo en su misma patria.

VETURIA: Según eso ¿no sabrás
por extenso lo que pasa?

ENIO: Sé el decreto del Senado,
sé que, ofendida y airada,
diste en público la queja,
sé que tomó la demanda
en favor de las mujeres.
Desde aquí, señora, hasta
hallarle preso, no sé
de cierto las circunstancias,
porque nuevas de camino
siempre se cuentan tan varias,
que el deseo de saberlas
se hace razón de dudarlas.

VETURIA: Pues si hasta aquí sabes, oye
desde aquí lo que te falta.
Resuelto, pues, Coriolano
en volver por nuestra fama,
toda la milicia suya
tomó la voz, empeñada
en que igual ley el Senado
había de revocarla.
Él, empeñado también
en que, una vez promulgada,
había de mantener
inviolable su observancia,
dando nombre de traidor
motín a la repugnancia,
echó bando de que, pena
de serlo, ninguno osara
a seguir a Coriolano,
dejando desamparada
de favor a la justicia;
con que la nota de infamia,
arrastrando tras sí al pueblo,
puso a toda Roma en arma.
En vano será decirte
que no hubo calle ni plaza
que no fuese lastimoso
teatro de mortales ansias.
Entre todas la mayor
--que hay desgracia de desgracias--
fue que, en el ciego, el confuso
tumulto, una desmandada
punta --áspid debió de ser
quizá aborto de mi rabia--
el pecho de Flavio hirió
con tan venenosa saña
que no hubo tiempo entre herirle
el cuerpo y faltarle el alma.
Muerto el senador, el pueblo
con el pavor y a la instancia
de su hijo en vengar su muerte,
tanto el número adelanta
que, embestido Coriolano

de tan superior ventaja,
fuera fuerza que matando
muriera, si no llegara,
intrépidamente osado,
sobre el furor de las armas
su padre a arrojarse en medio,
repitiendo en voces altas:
"Muera, que no es hijo mío
quien es traidor a su patria,
pero muera," prosiguió,
"de suerte que satisfaga
su muerte al cielo y al mundo,
siendo ejemplo, y no venganza.
Esta causa es del Senado;
a mí me toca esta causa,
como a primer senador;
que el ser padre no embaraza
al ser juez; porque, aunque son
dos acciones tan contrarias,
mi sangre y mi obligación
sabrán cumplir con entrambas."
Dijo, y llegando a su hijo,
que al verle se echó a sus plantas,
le arrancó el laurel con una
mano y con otra la espada.
Con que el furor suspendido
--ya al valor de su constancia,
ya al decoro de su puesto,
ya al respeto de sus canas--
quedó, mayormente al ver
que, entregado a dos escuadras
de la nobleza y la plebe,
llevarle a la torre manda
del alto homenaje, donde,
sin ver del sol la luz clara,
preso le tiene, cargado
de cadenas y de guardas.
¡Oh, quién aquí hacer pudiera
exclamación de cuán varia
la fortuna en un instante
tan de extremo a extremo pasa,
como del triunfo a la ruina
y del alborozo al ansia!
La culpa tuve, y así,
solicitando enmendarla,
oye lo que ignoras, ya
que sabes lo que ignorabas.
Temiendo yo que su vida
a todo trance restada
está, no tanto porque
su padre, por la jactancia,
más que de padre, de juez,
tan grandes extremos haga,
cuanto porque lo restante
del Senado es fuerza que haya
de tomar satisfacción,
y dar a Lelio venganza,
   discurriendo en varios medios,
modos, ardides y trazas
de ponerle en libertad,

precios ofrecí, fïada
en que la llave del oro
maestra es de todas guardas.
Un bandido a mí ha venido
--¿quién duda que ella le traiga?--
diciéndome cómo él sabe
que el cubo de la muralla
de la torre, entre otras rejas,
conserva una que, limada
a otro fin, no surtió efecto;
y así quedó, no sin maña,
desmentido lo limado
con no sé qué negra pasta;
que él la abrirá, y él pondrá
de noche en ella una escala,
y al pie della una cuadrilla,
que le guarde las espaldas
hasta sacarle de Roma;
pero que es fuerza que haya
quien de la parte de adentro
de aquesto le avise, para
cuyo efecto este papel,
lo primero, le señala
la reja, luego hora, noche
y seña con que le aguarda.
A que en su mano le pongas
y con él esta acerada
sorda lima a sus prisiones
es para lo que se ampara
de ti mi amor; y pues tienes,
por tribuno, puerta franca
a la prisión, sin sospecha
de que en ella entres y salgas,
dale uno y otro, y ¡adiós!,
que no quiero mi tardanza
despierte alguna malicia,
ni que tú me des las gracias
de lo que en esto me debes,
puesto que no sé que haya,
para un espíritu altivo
de quien se hace confïanza,
ocasión más generosa,
más airosa, más bizarra,
más heroica, más ilustre,
más noble ni más hidalga,
que dar la vida a un amigo
en servicio de una dama.

Vase

ENIO: ¡Espera, escucha!--La puerta
cerró, entrándose a otra cuadra,
donde no puedo seguirla.
Preciso es que desta salga
cuanto antes, para no dar
cuenta a crïado o crïada,
si preguntan a quién busco.

Entra por una puerta y sale por otra

Ya deste empeño me saca
hallarme en la calle. ¡Cielos!
¿Quién se ha visto en más extraña
confusión? Ministro soy,
por tribuno, en la real sala
de justicia; por amigo
lo soy con vida y con alma
de Coriolano; obligado
de Veturia me hallo, a causa
de haberse de mí valido.
¿Quién vio fiel de tres balanzas
tan iguales como cargo,
amistad y confïanza?
Divertido en lo que hacer
debo, he llegado al alcázar
del homenaje, en que está
Coriolano. Antes que haga
entero juicio, he de verle;
quizá alguna circunstancia
me advertirá lo mejor;
aunque, a mi ver, mucho carga
la de dar vida a un amigo
en servicio de su dama.

Sale PASQUÍN

PASQUÍN: ¿Quién viene allá?
ENIO: ¿Qué es aquesto,
Pasquín?
PASQUÍN: Ser guarda, y no guarda-
infante, ni guardapolvo,
guardapiés, ni guardadamas,
sino guardadiablo, pues
guardo a Coriolano.
ENIO: Basta
de locura, y dime ¿cuál
es de su prisión la estancia?
PASQUÍN: Aqueste obscuro retrete.
ENIO: Abre, ya que están cerradas,
de sus troneras alguna.
PASQUÍN: Eso es decir que me abra
la cabeza; que aquí no hay
más tronera que mi calva.

Abre una puerta, vese CORIOLANO sentado, con cadena al pie

ENIO: Salte allá fuera; que importa
que, como ministro, haga
con él una diligencia;
y avisa si alguno trata
de entrar o salir.
PASQUÍN: Sí haré.

Vase

CORIOLANO: Gente he sentido. ¿Quién anda
aquí?
ENIO: Quien por verte viene
y, por no verte, trocara
la amistad con que te busca
al dolor con que te halla.
CORIOLANO: ¿Enio?
ENIO: Sí.
CORIOLANO: Si como juez
vienes a hacer en mi causa
algún instrumento, di
cuál es; que nada me espanta.
ENIO: (Perdone el puesto, que añade **Aparte**
mucho peso a su balanza,
con la lástima de verle,
amistad y confïanza.)
Tan otro es a lo que vengo,
que es de parte de una dama.
CORIOLANO: ¿La que convoyaste?
ENIO: No;
que ésa ya quedó en su raya
segura.
CORIOLANO: ¿Qué dama puede
ser la que a verme te traiga
de parte suya?
ENIO: Veturia.
CORIOLANO: ¿De mí se acuerda?
ENIO: Y con tanta
fineza...
CORIOLANO: Di.
ENIO: ...que es en orden
a que desta prisión salgas.
CORIOLANO: ¿Qué dices? ¡Oh quién pudiera
darte en albricias mil almas,
más porque fina se acuerda
que porque preso me valga!
Vuelve, pues, vuelve a decirme
si es verdad, que ella, obligada
de lo que paso por ella,
te envía, y cómo, Enio, traza
mi libertad.
ENIO: Como hay quien
una desas rejas abra,
quien ponga una escala en ella,
y te guarde las espaldas,
hasta sacarte de Roma.
CORIOLANO: Si eso es verdad...
ENIO: Esta carta
y esta lima te lo digan;
bien que para leerla falta
la luz, porque viene en ella
el que estéis conformes, para
saber la noche, y abrir
la reja, y poner la escala.
CORIOLANO: Muestra, que no falta luz;
que esta cadena se alarga
hasta aquella puerta que
tiene enfrente una ventana
que, aunque participa poca,

lo que es para leerla basta.

Lee

"Señor y dueño mío; quien estima vuestra
vida más que la suya ha solicitado medios
para que salgáis de esa prisión. La reja
que hallaréis abierta y la que tendrá
puesta la escala es la primera del cubo
de la torre. Avisad en teniendo limadas
las prisiones, para que esa noche os espere
quien ha de acompañaros, que quien lleva
éste traerá la respuesta. Dios os guarde."

Deja que una y muchas veces,
no a los brazos, a las plantas
te pague el porte de aquesta
ventura que no esperaba.

ENIO: Pues sin esperarla viene,
no hay que esperar a lograrla;
que yo he de ser el primero
que acompañándote vaya.
¿Qué noche vendrán?

CORIOLANO: Acciones
que tocan en temerarias
no hay que pensarlas; que sólo
se arriesgan en lo que tardan.
Y pues solamente aquí
limar las prisiones falta,
de aquí a la noche habrá tiempo.

ENIO: Según eso, ésta señalas.

CORIOLANO: Sí.

ENIO: Adiós, pues.

CORIOLANO: Adiós.

Sale PASQUÍN

PASQUÍN: Tu padre
viene entrando hacia esta sala.

ENIO: No digas que yo le he visto.--
Tú, retírate a tu estancia;
que de hallarme aquí yo tengo
disculpa que dar.

CORIOLANO: Tirana
Fortuna, duélete un día
siquiera de mis desgracias.

Vase CORIOLANO, cerrando la prisión. Sale AURELIO

AURELIO: Bien dijo quien dijo que era
en las pasiones humanas
muchos cuidados un hijo.
Dígalo yo, a quien arrastran,
con ley de juez que acrimina,
dolor de padre que ama.
Y así, entre las dos pasiones,

haciendo una sola de ambas,
le prendo y le guardo a un tiempo,
porque preso satisfaga
a la justicia, y también
porque preso asegurada
su persona esté; que es cierto
que, a no estarlo, le mataran
Lelio y sus deudos; de suerte
que, justiciera la maña,
para todos le castiga
cuando para mí le guarda.
Y así a ver vengo... ¿Enio aquí?

ENIO: Llegando de la campaña
e informándome, señor,
de cuanto en mi ausencia pasa,
cumpliendo mi obligación
y considerando cuánta
de Coriolano es la culpa,
quise saber con qué guardas
y prisiones su persona
está; que nunca yo entrara
a verle preso, si no
fuera para asegurarla.

AURELIO: De ti lo creo. (¡Al caído, **Aparte**
oh amistad, qué presto faltas!)

[Habla CORIOLANO] al paño

CORIOLANO: Entreabriendo aquesta puerta,
puedo escuchar lo que hablan.

AURELIO: A lo mismo venía yo;
y pues que tu vigilancia
debe, por su obligación,
aliviarme de la carga
de cuidar que su persona
segura esté, que es el ansia
que más me aflige, respecto
de que es preciso que caiga,
si él faltase, sobre mí
la sospecha, que me valga
de ti es preciso también,
pues de nadie con más causa
fiarme puedo, que de quien
le toca lo que le encargan.
Y así, pues que desde aquí
mi desvelo en ti descansa,
por el Senado te nombro
guarda mayor de sus guardas.
Tú le has de dar cuenta dél;
y desde hoy con más instancia,
porque, queriendo con Lelio
de su padre la desgracia
en parte suplir, en él
se ha proveído la plaza
de segundo senador,
de que hoy tomará en la sala
de justicia posesión.
Mira si habrá quien te haga,
el día que te le fío,

el cargo a ti de su falta.
Vesle ahí; que no quiero verle
yo. (Lástima es, que no saña.) **Aparte**
Entrégate dél, y teme
que el cuchillo que amenaza
su garganta no ejecute
los filos en tu garganta.

Vase. Sale CORIOLANO

ENIO: ¿Haslo oído?
CORIOLANO: Sí.
ENIO: Pues oye
también que no me acobarda
su despecho para que
libre esta noche no salgas.
En ella te espero. Adiós.
CORIOLANO: Oye. Y ¿será buena paga
que vengas tú a darme vida
y yo a darte muerte vaya?
ENIO: Un medio término puede
medir esas dos distancias.
CORIOLANO: ¿Qué medio término?
ENIO: Yo,
hasta salir de la raya,
contigo he de ir. Con quedarme
contigo, y en buena o mala
fortuna seguir la tuya,
resguardado, te resguardas.
CORIOLANO: Eso es, porque no se pierda
uno, perderse dos. Basta
que a mí, como delincuente,
por forajido la patria
me dé, sin que por traidor,
yendo contra lo que manda,
te dé a ti; mira el desdoro
que hay de una fuga a una infamia.
ENIO: Eso salva el dar la vida
a un amigo.
CORIOLANO: Mas no salva
al amigo que le pone
en que pierda honor y fama.
ENIO: Yo cumplo con esperar.
CORIOLANO: Yo con no salir.
ENIO: Repara.
CORIOLANO: No hay que reparar.
ENIO: Advierte.
CORIOLANO: No hay que advertir.
ENIO: Mira.
CORIOLANO: Nada
he de mirar. Y porque
tan desconfïado vayas,
que no esperes mi salida,
daré al aire tu esperanza.

Arroja hacia dentro la lima

ENIO: ¿Qué has hecho?

CORIOLANO: Arrojar la lima;
que si ella es la llave falsa
de mis prisiones, sin ella
verás que en vano me aguardas.
ENIO: Eso es desesperación.
CORIOLANO: Esto es honra.
ENIO: Es temeraria
resolución.
CORIOLANO: Es piadosa.
ENIO: Es cruel despecho.
CORIOLANO: Es constancia.
ENIO: Es furor.
CORIOLANO: Es honor.
ENIO: Es
ira.
CORIOLANO: Es valor.
ENIO: Es ingrata
fe con Veturia.
CORIOLANO: Veturia
me querrá --que es noble dama--
más con alabanza muerto
que vivo sin alabanza.
ENIO: No quiero apurar ahora
despeños a tu arrogancia.
Mañana quizá estarás
de otro parecer, si pasa
noche por éste.
CORIOLANO: Aunque pasen
siglos, no habrá en mi mudanza.
ENIO: Con todo, mañana espero
ver qué valen mis instancias.
CORIOLANO: Pues, hasta mañana, adiós.
ENIO: Pues adiós, hasta mañana.

Vanse. Múdase el teatro en sala de tribunal, con sitial y dosel, y salen AURELIO y un RELATOR, viejo venerable

AURELIO: ¿Está todo prevenido?
RELATOR: Sí, señor; y acompañado
de la nobleza ha llegado
Lelio ya.
AURELIO: (Pierdo el sentido **Aparte**
al ver que la posesión
he de dar contra mi hijo
a quien tan claro colijo
ser justa su indignación.
Pero ¿qué puedo yo hacer,
cuando corre tan deshecha
la suerte que a mi sospecha
es fácil de convencer?
Con que no hay razón que impida
ser su juez, cuando advierto
que, si él es hijo del muerto,
yo padre del homicida.
Y es tan grande del Senado
la autoridad y el honor
que el que eligió a Senador
no puede ser recusado;
dando a entender que ha de ser

tan recto en la ejecución
que interés, sangre o pasión
no ha de poderle vencer.
    Ya llega; forzoso es
que, a costa del ansia mía,
obre ahora la cortesía
y la fortuna después.)

Sale LELIO vestido de luto, y gente de acompañamiento

AURELIO: Vos seáis muy bien venido,
señor, a suplir la ausencia,
con vuestra heroica presencia,
del que hemos todos perdido.
    Y digo todos, porqué
padre de la patria era,
cuya desdicha, si fuera
capaz de tenerse, en fe
    de ser vos quien la suplís,
sólo afianzara el consuelo.
LELIO: Aurelio, guárdeos el cielo.
AURELIO: Sentaos, pues a eso venís.
    No es ése vuestro lugar,
estotro es el que se os debe;
que el tribuno de la plebe
el izquierdo ha de ocupar.--
    Llamadle.
RELATOR: Ya viene allí.

Sale ENIO por otro lado con gente de acompañamiento

ENIO: Perdonadme, si he tardado;
que en vuestro servicio he estado.
AURELIO: ¿Queda bien seguro?
ENIO: Sí.
    (Y tanto que no quisiera **Aparte**
yo que lo quedara tanto.)

Siéntanse los tres en tres sillas, y en un taburete el RELATOR

AURELIO: (¡Quién disimulara el llanto!) **Aparte**
La ceremonia primera
    es que un pleito sentenciéis,
porque con vuestro decreto
la posesión y su efeto
consisten.

Al RELATOR

-- ¿Cuáles tenéis
    más vistos o más a mano?
RELATOR: El que más visto, después
de ser el más grave, es,

señor, el de Coriolano.

AURELIO: Leed sus cargos. (Fuerza es esto.) **Aparte**

RELATOR: "Habiéndose publicado
un edicto del Senado,
a derogarle dispuesto,
dijo que él publicaría
otra en contra, en que mandase
que ninguno le observase;
dando a entender que podía
leyes quitar y poner;
a cuyo efecto movió
la milicia, en que mostró,
no sin ambición, querer,
el día que su furor
contra el Senado armas toma,
levantándose con Roma,
coronarse emperador.
Testigo hay que afirma ser
suya, y de otro alguno no,
la espada que a Flavio hirió."

AURELIO: ¿Qué alega en descargo?

RELATOR: "Haber
siempre constante y leal
servido a la patria; que,
siguiendo a Rómulo, fue
el cabo más principal;
que a los Etruscos venció,
muerto su rey a sus manos;
que a los labinios y albanos
al imperio sujetó;
que al sabino fue su brío
el que resistió valiente
el paso una vez del puente,
y otra el esguazo del río,
sin la tercera, en que entró
triunfante en Roma. Esto alega;
y en cuanto a ser suya, niega,
la espada, que a Flavio hirió;
concluyendo con que osado
no se opuso su fortuna
al Senado, sino a una
no justa ley del Senado."

AURELIO: Ya, nobleza y plebe, habéis
el cargo y descargo oído.
Para votar siempre ha sido
estilo que despejéis,
mientras nuestro sentimiento,
desavenido en nosotros,
no apele para vosotros
en general parlamento.

UNOS: Así es, y nuestra esperanza...

OTROS: Lo que dijiste te advierte.

AURELIO: ¿Qué dije yo?

TODOS: Que su muerte
sería ejemplo, y no venganza.

[RELATOR: Retiraos.]

Vase el pueblo

AURELIO: (¿Que su muerte
sería ejemplo, y no venganza?
.....[-anza]
.....[-erte]
Yo lo dije. ¿Habrá quien crea
que una voz, que a darle vida
fue allá causa, repetida
aquí, a darle muerte sea?
¿Ni quién creerá en mi quebranto
que, siendo lo más veloz
una pluma y una voz,
voz y pluma pesen tanto
que en vano su gravedad
sustentarla solicito?
Darle perdón es delito;
darle castigo es crueldad.
Aquí, a pesar de mi fama,
me está llamando el amor;
aquí, a pesar del dolor,
la justicia es quien me llama.
A un tiempo sin mí y conmigo
balanzas mis manos son;
en ésta pongo el perdón,
en ésta pongo el castigo.
Ya no puede haber malicia
en el peso que dispuse,
pues donde la pluma puse
ha cargado la justicia.
A mi dolor esta vez
no habrá consuelo que cuadre,
pues más que la voz de padre
pesó la pluma de juez.

Escribe

¿Qué mucho, si en el crüel
dolor de mi sentimiento
centro es de la voz el viento,
y de la pluma el papel?
La hoja al voto he de volver;
no haga el ejemplar mi pena;
que, si un padre le condena,
un contrario, ¿qué ha de hacer?)
Ahora votad [vos].

LELIO: (Que añada **Aparte**
dolor a dolor es suma
fuerza, y que empuñe la pluma,
cuando debiera la espada.
Entre cólera y templanza
yo me enfreno y yo me irrito;
que vengarme por escrito
venganza es, mas ruin venganza.
Y será acción mal distinta,
aunque Roma sea mi madre,
que vierta sangre mi padre,
y yo la lave con tinta.
Y así perdone esta vez,
que entre juez y caballero
para conmigo, primero

fui caballero que juez.)

Escribe

Ya firmé y volví la hoja.

AURELIO: Votad vos ahora, Enio.

ENIO: (¡Qué poco tendrá mi ingenio **Aparte**
que pensar en tal congoja!
Pues si ausentarle consigo
con mi voto, es cierto que
como juez conseguiré
lo que intenté como amigo.)

Escribe

También yo he firmado.

AURELIO: Pues
por si alguno se mejora,
conferido, leed ahora
los votos de todos tres.

RELATOR: "Habiendo considerado
de Coriolano la fiera
culpa, mi voto es que muera.
Aurelio, por el Senado."
"Atento a la gran proeza
de Coriolano, y su altiva
fama, mi voto que viva
es. Lelio, por la nobleza."
"Porque pague lo que a él debe
la patria, y no perdonado
quede, della desterrado
salga. Enio, por la plebe."
Los tres habéis discordado.

LELIO: Mi voto no hay que confiera
en que viva.

AURELIO: Yo en que muera.

ENIO: Yo en que vaya desterrado.

Levántanse

LELIO: Que muera es mucho rigor.

AURELIO: Que viva es mucha piedad.

ENIO: Luego entre amor y crueldad
no será crueldad ni amor
el destierro.

LELIO: Sí hará tal;
que mejor, a cuantos ven,
será perdonarle bien
que no castigarle mal.
Un destierro a tal delito
ni es castigo ni es perdón.

RELATOR: Yo cumplo mi obligación,
si los tres votos remito
al general estamento
de la nobleza y la plebe,
que es el que, en discordia, debe
dar al uno el cumplimiento.

Vase

AURELIO: (Mi esperanza en eso estriba; **Aparte**
que al ver tan sin ejemplar
mi voto, es fuerza ganar
afectos para que viva.)

Vase

LELIO: (No mal de su juicio espera **Aparte**
mi voto lograrse, pues
sabrá la nobleza que es
que viva para que muera.)

Vase

ENIO: (El pueblo sabrá, informado **Aparte**
de mí, que para cumplir
con no morir ni vivir,
elegí el ir desterrado.
Con que después iré a dar
cuenta a Veturia de que,
ya que lo uno no logré,
lo otro dispuse.)

Vase. Salen VETURIA y LIBIA disfrazadas y con velos en el rostro

VETURIA: El pesar
de un amante corazón,
que de los hados se queja,
pocas veces, Libia, deja
quietar la imaginación.
Una grave diligencia
a Enio encargué; no he sabido
el efecto que ha tenido;
y como es de la paciencia
cualquier tardanza enemiga,
me he atrevido disfrazada,
y deste velo tapada,
a buscarle y que me diga,
ya que sus ocupaciones
lugar quizá no le han dado,
lo que della ha resultado.

LIBIA: A poco riesgo te pones
de ser conocida, pues
en ese traje y tapada,
no tienes que temer nada.
Y para hallarle ésta es
la mejor hora, supuesto
que es la que sale el Senado,
en que es fuerza que haya estado.

Tocan dentro chirimías y atabalillos

VETURIA: Espera. ¿Qué será esto
de hacer salva y concurrir
tanta gente a sus umbrales?
LIBIA: De gran novedad señales
son. No me atrevo a inferir
qué será. Pero allí viene
Pasquín, y él me lo dirá.
VETURIA: Tente; que por ti podrá
conocerme, y no conviene
que sepa quién soy.
LIBIA: Diré
que eres una amiga mía
que viene en mi compañía
en busca suya; con que,
no hablando tú, ¿cómo puede
conocerte?
VETURIA: Dices bien.

Vuelven a tocar, y sale PASQUÍN

PASQUÍN: Gracias al gran Baco den
mis ansias, pues me concede
no ser guarda, a cuyo fin
visitarle solicita
mi sed, en cualquier hermita
que encuentre suya.
LIBIA: ¡Pasquín!
PASQUÍN: Libia, por quien cierto hombre
dijo, en frase no muy vana,
"Libia, que ya de liviana
tienes la mitad del nombre",
¿qué es aquesto?
LIBIA: ¿Qué ha de ser?
Que, viendo que no me vías
en tantísimos de días,
de ti procuré saber.
Y, diciéndome esa amiga
que te había visto aquí,
que viniese la pedí
conmigo.
PASQUÍN: No sé si diga
que mientes; porque es en vano
persuadirme a que ignoraba
nadie que nombrado estaba
por guarda de Coriolano.
LIBIA: ¿De Coriolano?
PASQUÍN: Sí.
LIBIA: Pues
¿cómo la guarda has dejado?
PASQUÍN: Como, habiéndole sacado
de la prisión, fuerza es
que sobren las guardas.
VETURIA: (¡Cielos! **Aparte**
¿Qué oigo? ¿Sacado le han
de la prisión? Que serán
--¿quién lo duda?-- mis desvelos;
pues sacarle a él de prisión

y no verme Enio, su fiel
amigo, de irse con él
bastantes indicios son
    Sin duda él la diligencia
hizo.)

A LIBIA

Pregúntale más.

LIBIA: Ya que disculpa me das
de faltar de mi presencia,
    dime ¿cómo lo han sacado,
cuándo, quién, cómo, y qué fiesta,
porque a él le saquen, es ésta
que hoy hace todo el Senado?

PASQUÍN: ¿Qué fiesta, quién, cómo y cuándo
preguntas, sin reparar
que ése es mucho preguntar?
Y más para mí, que ando,
    con la falta del dormir,
muy frágil hoy de memoria,
y es muy larga aquesa historia.

LIBIA: Tente; que no te has de ir
    sin que a las cuatro razones
cuenta des.

PASQUÍN: ¿Es fuerza?

LIBIA: Sí.

PASQUÍN: Señores, ¿quién me hizo a mí
contador de relaciones?

    Desde el parlamento alto,
Libia, al bajo parlamento,
como si fuera bayeta,
bajó remitido el pleito.
Lo que allá se confirió
no lo sé muy por extenso;
mas sé que fue su resulta
que, de donde estaba preso,
a Coriolano sacasen,
y al son de los instrumentos
le restituyesen cuantos
honoríficos aprestos
prevenidos le tenían
para su recibimiento
el día que en Roma entró
coronado de trofeos.
¿Quién le sacó? Fue la guarda.
¿Cuándo? En el instante mesmo.
¿Cómo? De laurel ceñido.
¿Dónde? Al trono más excelso.
De modo que de la misma
suerte que le recibieron
triunfante se vuelve a ver
de la prisión libre, en medio
del senador propietario
y el sustituto del muerto,
haciendo hoy las ceremonias
que entonces se hubieran hecho,
si aquella mala mujer

de Veturia con extremos
tan duelistas no le hubiera
en tanta desdicha puesto.
Hasta aquí sé; desde aquí
busca a otro majadero
que te diga lo demás,
si no te basta oír al pueblo.

Vase. Chirimías y atabalillos [y dicen dentro]

TODOS: ¡Viva Senado que sabe
dar a las victorias premio!
VETURIA: ¿Quién creerá que hay caso en que
oír baldones agradezco?
Libia, dime, si es verdad
lo que escucho y lo que veo;
porque ser dicha y ser mía,
ser gozo y no ser ajeno,
implica contradicción.
¿Libre Coriolano, cielos?
¿Libre y con nuevos honores
restituido a sus puestos?
Desengáñame tú, dime
si es cierto, Libia.
LIBIA: Y tan cierto
que, sin ser la enamorada
yo, desde aquí lo estoy viendo;
pues para que lo vean todos,
el Capitolio han abierto.
Sosiégate; que no es bien
te descubran tus afectos.
Y más cuando todo el vulgo,
con el general contento
de su perdón, trae en tropas
mujeres y hombres diciendo:
TODOS: ¡Viva Senado que sabe
dar a las victorias premio!

Con esta repetición y las chirimías y atabalillos, salen todas las mujeres y hombres, abriéndose todo el foro, y en un trono CORIOLANO, con laurel, manto y bastón, y a sus lados AURELIO, LELIO, ENIO, y el RELATOR

CORIOLANO: (Fortuna, si por asunto **Aparte**
de tus variados sucesos
me ha elegido lo inconstante
de tu condición, a efecto
de que se acrisole en mí
ser verdad aquel proverbio
de que es un sueño la vida,
pasándome tus extremos
a preso de victorioso,
y a victorioso de preso:
suspéndete en este engaño,
siquiera por un momento,
y conténtate con darme
al partido de que sueño

la felicidad, con que
a verme triunfante vuelvo.

AURELIO: Publicad, para que conste
a toda Roma, el decreto
que en su remisión ha dado
el general estamento.

VETURIA: Oye, Libia, por si oírlo
añade gozos al verlo.

RELATOR: Sepa Roma, y sepa el orbe
que plebe y nobleza, atento
a que no es justo que queden
tantos señalados hechos
como debe a Coriolano
la república sin premio,
principalmente en la rota
del último vencimiento
del sabino, cuyo triunfo
entonces quedó suspenso;
sepa Roma, y sepa el orbe
que plebe y nobleza, habiendo
recusado el primer voto,
le dan por libre y absuelto
de la pena capital
de muerte; y añaden luego
que prosiga el adquirido
triunfo, con que satisfecho
ya una vez en lo que toca
a cuanto es merecimiento,
convienen con el segundo
voto de que viva; pero
que no viva despenado
tanto como en el tercero
el destierro le permite;
porque ha de ser el destierro
con circunstancias de que
sirvan a otros de escarmiento,
no dejando sin castigo
el osado atrevimiento
de haber alterado a Roma,
de haberse al Senado opuesto,
convocado la milicia
y, sobre un senador muerto,
despertado las sospechas
de quererla hacer imperio.
Y así determinan que
suceda al triunfo el destierro,
arrojándole de sí,
de los honores depuesto,
pues si mereció ganarlos,
ya le ha pagado con ellos,
y debe cobrarlos, pues
también mereció perderlos;
con que, emancipado hijo
de la patria, y de sus fueros
hoy desnaturalizado,
establecen que al momento
que vea el pueblo que a deberle
nada le queda a su acuerdo,
degradado del laurel,
bengala y estoque, siendo

el pregón de sus delitos
los pavorosos acentos
de destempladas sordinas
y roncos parches funestos,
le saquen de los distritos
de toda Roma; y expuesto
al arbitrio de los hados,
le dejen en los desiertos
montes fuera de su raya.
Y para que en todo tiempo,
por donde quiera que fuere,
lleve las señas de reo,
los hierros de la prisión
sean testigos de sus yerros,
diciendo premio y castigo,
sin venganza y con ejemplo,
pena de ser sospechoso
el que no diga con ellos:

RELATOR y TODOS: ¡Viva Senado que sabe
unir castigos y premios!

VETURIA: (¡Ay, Libia, bien temí yo **Aparte**
ser mi dicha devaneo.)

CORIOLANO: (¡Ay, fortuna! Bien temí **Aparte**
que era mi ventura sueño.)

AURELIO: Yo, aborrecido hijo... (Mal
dije; que en deshonor puesto,
no debe llamarte hijo
ni aun el aborrecimiento)
yo, Coriolano, te puse
el laurel, que en otro riesgo
te quité, por darte vida,
y ahora a quitártele vuelvo
porque me mate el dolor;

Quítasele

que para mi sentimiento
más que verte degradado
dél, verte quisiera muerto.

LELIO: Mi padre te dio el estoque
que osado contra su pecho
esgrimiste; y aunque a mí
quitártele toca, quiero
trocarle al bastón, porque
no se piense que es a afecto
de dejarte desarmado
para mi venganza, puesto
que, dondequiera que fueres,
seguirte y matarte tengo.

Quítasele

ENIO: Yo, Coriolano, la espada,
por la obligación del puesto,
te quito;

Quítasela

pero entendido
ten que con ella me quedo
para emplearla en tu favor,
siempre que se ofrezca hacerlo.

CORIOLANO: ¡Cielos! ¿Qué dolor que iguale
a mi dolor habrá?

VETURIA: ¡Cielos!
¿Qué tormento habrá que pueda
medirse con mi tormento?

RELATOR: Ahora, escuadras, que nombradas
estáis para el cumplimiento
de la justicia, pues yo,
como fiscal, os le entrego
desposeído del trono
y las insignias depuesto...

Tocan cajas destempladas y sordinas

... al son, como antes os dije,
de fúnebres instrumentos,
llevadle, hasta quedar fuera
de todos los lindes nuestros.
Y para seguridad
de que no conmueva al pueblo,
sobre afianzadas prisiones,
llevadle el rostro cubierto;
que, para saber quién es,
basta que vais repitiendo:

RELATOR
y TODOS: ¡Viva Senado que sabe
unir castigos y premios.

Cajas

MUJER 1: ¡Qué lástima!

Vase

MUJER 2: ¡Qué desdicha!

Vase

MUJER 3: ¡Qué pena!

Vase

MUJER 4: ¡Qué desconsuelo!

Vase

LELIO: Retírome; no se entienda
que en su castigo me vengo.

Vase

ENIO: ¡Quién, por no oírlo, ensordeciera!
AURELIO: ¡Quién cegara, por no verlo!

Vanse los senadores

SOLDADO: Ven, y a lo que ejecutamos
disculpe el que obedecemos.

Vuelven a tocar las sordinas y cajas

CORIOLANO: En fin, hijo aborrecido,
patria, ¿me arroja tu centro,
como bruto, a las montañas,
como fiera, a los desiertos?
Pues teme que, como fiera
rabiosa, que, como fiero
bruto irritado, algún día
me vuelva contra mi dueño.

Cúbrenle el rostro y llévanle

TODOS: ¡Viva Senado que sabe
unir castigos y premios!

Vanse

VETURIA: ¡Oíd, esperad!
LIBIA: No, señora,
des con segundo despeño
a toda Roma segundo
escándalo.
VETURIA: ¿Cómo puedo
dejar de darle, cumplido
el número al sufrimiento?
Déjame, Libia, que vaya
a morir con él.
LIBIA: Todo eso
es querer que contra ti
vuelva el rigor.
VETURIA: ¿Qué más vuelto,
si, perdido Coriolano,
esposo, alma y vida pierdo?
¡Oh Júpiter! ¿Para cuándo,
ya que me asustan los truenos
desas cajas y esas trompas,
guardan tus rayos su incendio?
O ¿para cuándo, fortuna,
es el igualar los tiempos?
¿Siempre a más la edad del llanto?
¿Siempre la del gozo a menos?
Dígalo yo, pues apenas
vi brujuleado el contento,
cuando vi patente el daño,

uno instante y otro eterno;
pues siempre durará en mí
de su ausencia el desconsuelo,
de su desdoro el dolor
y de su patria el desprecio;
si ya no es que, cuando sepa
dónde haya tomado puerto
su derrotada fortuna,
mi amor en su seguimiento
vaya a quebrarla los ojos,
porque, aunque sé que son ciegos,
si no sintiere su falta,
sentirá mi sentimiento,
cuando, a pesar de su ira
y a oposición de su ceño,
oiga que sin ella pude
labrarme mi dicha, siendo
mi suma felicidad
sólo el ver que a verle vuelvo.
Y hasta entonces, altos dioses,
sol, luna, estrellas, luceros,
planetas, signos y nubes,
aire, agua, tierra y fuego,
aves, peces, brutos, fieras,
montes, troncos, golfos, puertos,
con lástima suya y mía,
repetid con mis lamentos:
¡Cielos, o dadle venganza,
o dadme paciencia, cielos!

Vase

LIBIA: Oye, aguarda, escucha, espera.
Tras ella iré, por si puedo
excusar su precipicio.

Vase. Múdase el teatro en bosque, y salen ASTREA y SABIN[I]O

SABINIO: ¿Dónde, Astrea, vas?
ASTREA: Siguiendo
tus huellas voy.
SABINIO: Pues aquí
me espera; que al punto vuelvo.
ASTREA: Detente, que no has de dar
paso sin mí; que no quiero
que me suceda otra vez
el accidente o el riesgo
de hallarme sin ti en poder
de los que apenas me vieron
ir precipitada, cuando
desesperados volvieron
a que pasase la voz
de dejarme en un desierto,
perdida de vista. Y pues,
a no permitir el cielo
que hubiera dado en las manos
del romano caballero

que te conté, prisionera,
no hubiera a tus ojos vuelto,
no será justo que tanto
de la fortuna fïemos
que otra vez nos dividamos,
sino que en cualquier suceso
corramos una los dos.
Y así, donde fueres, tengo
de ir contigo.

SABINIO: Ese fracaso
que tantas veces habemos
conferido, y cada vez
se vuelve a quedar entero,
fue el desmán que ocasionó
caer tan pavoroso hielo
en todos los corazones
que, desmayados, volvieron
a abandonar lo ganado,
descaecidos los alientos;
y, siendo así que, cobrados
hoy, alojados los tengo
por todos esos villajes,
hasta incorporar con ellos
las nuevas reclutas que
de toda Sabinia espero,
para acabar de una vez,
o bien victorioso o muerto,
con aquese Coriolano
que, de la estrella heredero
de Rómulo, sobre mí
tiene dominante imperio;
¿qué mucho que, arrebatado,
Astrea, en este pensamiento,
espía yo de mí mismo,
mandase a los que vinieron
conmigo que me dejasen
solo, porque entre lo espeso
más disimulado pueda
reconocer el terreno,
por donde logre mejor
cobrar el perdido encuentro?

ASTREA: Sí; mas haberte avanzado
hasta tocar los extremos
que dividen vasallaje
entre el romano y el nuestro
no deja de ser arrojo
más temerario que cuerdo.
Yo no he de dejarte en él;
y así elige, porque tengo
de llevarte o ir contigo.

SABINIO: En rara duda me has puesto;
que irte conmigo es peligro,
e ir yo contigo es recelo.
Y así no sé qué te diga,
sino es que en decir resuelvo...

Dentro

VOZ: Ya que fuera de la raya,

que es el orden que traemos,
queda, ¡a retirar, soldados!
Que estamos en mucho riesgo,
si en su término nos sienten
los sabinos.

Ruido de cadenas

CORIOLANO: ¡Piedad, cielos!
UNO: Ellos te amparen, pues ves
que nosotros no podemos.
SABINIO: ¿Has oído unas lejanas
voces que la mía impidieron?
ASTREA: No tan sólo las he oído,
mal pronunciadas del eco,
mas del ruido acompañadas
como de arrastrados hierros
de prisión.
SABINIO: Vuelve a escuchar,
por si algo entender podemos.
CORIOLANO: ¡Ay de quien nace a ser trágico ejemplo
que a la fortuna representa el tiempo!
SABINIO: Quédate aquí, por tu vida,
mientras voy a ver qué es esto.
ASTREA: No soy tan poco curiosa
que también no quiera verlo.
SABINIO: Un hombre, mejor dijera
un horror, hacia allí veo
que, mal esforzado, ya
tropezando y ya cayendo,
cubierto el rostro, ligadas
las manos y los pies presos,
baja torpe.

Sale CORIOLANO

ASTREA: ¿Qué esperamos,
que no le reconocemos?
Hombre infelice, ¿quién eres?
CORIOLANO: Soy el aborrecimiento,
la ira, la saña, el rencor,
la ojeriza, el odio, el ceño
de aquel réprobo destino
que hizo verdad el concepto
que "teatro del hombre" al hombre
llamó, pues en m[i] supuesto
midió las distancias que hay
de lo próspero a lo adverso.
¡Ay de quien nace a ser trágico ejemplo,
que a la fortuna representa el tiempo!
ASTREA: ¿Qué aguardo a quitarle al rostro
la venda? ¡Cielos, qué veo!
CORIOLANO: ¡Cielos, qué miro!
ASTREA: ¿Si es
ilusión?
CORIOLANO: ¿Si es devaneo?
SABINIO: ¿Quién eres, hombre, me di,
sin retóricos rodeos?

CORIOLANO: ¿Cómo he de decir quién soy,
si aun de quién fui no me acuerdo?
ASTREA: (O es él o naturaleza **Aparte**
dél lo copió.)
CORIOLANO: (Sí, ella es.) **Aparte**
ASTREA: (Pero **Aparte**
¿cómo es posible ser él,
de tal fausto en tal desprecio?)
CORIOLANO: (Mas no haberme conocido, **Aparte**
según estoy, será cierto.)
SABINIO: En vano te excusas. Di,
¿quién eres?

Salen EMILIO y PASQUÍN

EMILIO: Llega.
SABINIO: ¿Qué es eso?
PASQUÍN: Estarme moliendo a coces.
EMILIO: Que hallado en el monte habemos
desmandado del camino
este hombre, y te le traemos,
por si es espía.
PASQUÍN: Te engañan
en que desmandado vengo,
porque antes vengo mandado.
Y es el caso...
SABINIO: Di.
PASQUÍN: ...que habiendo
dejado aquí a Coriolano...
SABINIO: (¡Qué oigo!) **Aparte**
ASTREA: (¡Qué escucho!) **Aparte**
PASQUÍN: ...temiendo,
como vendado quedó,
que no dé en algún despeño,
me mandaron que volviese
yo a desviarle, hasta que puesto
en real camino o segura
senda quede. Si esto es cierto,
dígalo él; que, al verle ya
entre gente y descubierto,
sin riesgo de despeñarse,
paso entre paso me vuelvo.
EMILIO: Tente; que no te has de ir.
PASQUÍN: A mí me estará bien eso,
si, apóstata de soldado
sin nota de tornillero,
entre vustedes, mogrollo
de Corïolano quedo.
SABINIO: ¿Tú eres Coriolano?
CORIOLANO: Sí;
que uno es que calle el silencio
y otro que mienta la voz.
ASTREA: ¿Qué dudo? Pierda el recelo
de si es o no; que bien cabe
en los humanos sucesos
el dejarle allá triunfando
y hallarle aquí padeciendo.
SABINIO: (Aquí hay traición.) **Aparte**
¿Quién, si eres

Coriolano, di, te ha puesto
en tal desdicha?

CORIOLANO: Es tan noble
mi delito que no quiero
dejar a la presunción
la sospecha de no serlo.
Una dama fue mi ruina;
que el verla con sentimiento
bastó para que en favor
suyo hiciese tal empeño
que dio ocasión a que dél,
unos a otros sucediendo,
tantos resultasen como
mirarme por ella preso,
por ella desposeído
de mis insignias, depuesto
de mis honores, echado
de mi patria y, como ajeno
hijo emancipado suyo,
negado a sus privilegios,
enviándome desterrado,
con viles señas de reo,
hasta sacarme de todos
sus distritos.

ASTREA: (¿Qué oigo, cielos? **Aparte**
¿Por una dama? Sin duda,
que, quién era yo sabiendo,
no haberme hecho prisionera
son los cargos que le han hecho.)

SABINIO: Bien pensarás que yo he estado
escuchándote suspenso,
en orden a que me habrán
compadecido sucesos
tan extraños. Pues no; que antes
me han ofendido, creyendo
que todo aquesto es traición.
(Válgome deste pretexto **Aparte**
para acabar con él, pues
no tiene otro eficaz medio
vencer una opuesta estrella
que destruirla el objeto.)
Y así, antes que la logres,
si introducirte es a intento
de darme muerte, a mis manos
morirás.

ASTREA: ¡Tente!

SABINIO: ¿Qué es esto?
¿Tú a mi enemigo defiendes,
Astrea?

ASTREA: Yo le defiendo,
Sabinio, porque es a quien
libertad y vida debo.
Sea Coriolano o no,
el romano caballero
es que a mi nombre le tuvo
tan decoroso respeto
que a mí misma me envió
a mí misma. Y si por esto
padece, como lo muestra
claro su castigo, puesto

que donde él me envió a mí libre,
es donde a él me le envían preso,
mira si en obligación
de defenderle estoy.

SABINIO: Siendo
tuyo el respeto, mal puede
ser ya mío el sentimiento.--
¿Qué esperáis? Llegad, quitadle
las prisiones.

CORIOLANO: (Ya no debo **Aparte**
quejarme de ti, fortuna;
pues si una mujer me ha muerto,
otra me ha dado la vida.)
A tus pies...

SABINIO: Alza del suelo,
y ofrécele a Astrea, pues es
suyo el agradecimiento.

CORIOLANO: Si al nombre de la deidad
postrado rendí el obsequio,
¿qué haré a la deidad, el día
que obra milagro tan nuevo
como hacer de un desdichado
un dichoso, si no puedo
hacer más que haber traído
las cadenas a su templo?

ASTREA: Que el tiempo me diría el tuyo
también dije yo, añadiendo
que fíes de mí; y pues ya
cumplió su palabra el tiempo,
también sabré yo cumplir
la mía, restituyendo
los puestos y los honores
de que ingrata te ha depuesto
tu patria.

CORIOLANO: Con sólo uno,
señora, si le merezco,
no habré menester tener
más honores ni más puestos.

ASTREA: ¿Qué es? Que yo, en fe de su amor,
por Sabinio te lo ofrezco.

SABINIO: Yo por ti. ¿Qué es?

CORIOLANO: Que me admitas
por tu soldado a tu sueldo;
y esto por pensar que es más
servicio tuyo que premio
mío; pues si yo una vez,
a mi venganza resuelto,
tomo, Sabinio, las armas
contra Roma, me prometo
--bien como ladrón de casa,
que sé lo que incluye dentro--
ponerla a tus plantas, sólo
con que sepas que es intento
vano querer por aproche
rendir sus muros soberbios,
pues sólo pueden rendirla
más, domado el ardimiento,
que las iras del asalto
las paciencias del asedio.
Contra ti defendí el puente,

que es llave de su comercio,
el día que a tus soldados
les fue undoso monumento
el ciego esguace del Tíber;
y si hoy, al contrario, intento
invadirle en tu favor,
cortados los bastimientos,
es fuerza darse a partidos.

SABINIO: Si es admitido proverbio
que el bueno para enemigo
será para amigo bueno,
no dudo con tu valor
el verme de Roma dueño.

CORIOLANO: Pues ¡al arma!

SABINIO: Pues ¡al arma!

CORIOLANO: Vea el mundo...

SABINIO: Admire el cielo...

CORIOLANO: ...y llore Roma en sus ruinas
mi injusto aborrecimiento,
cuando de un instante a otro,
si antes dije en mis lamentos:
"¡Ay de quien nace para ser ejemplo
que la fortuna representa al tiempo..."

SABINIO: Todos contigo diremos...

TODOS: "¡Feliz quien vino a ser glorioso empleo
de su venganza y del aplauso nuestro!"

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

Dentro cajas y voces, y salen en tropa hombres, VETURIA y mujeres, por una parte, y [AURELIO] y LELIO por otra, como deteniéndoles

TODOS: Entréguese la ciudad,
y, como nos aseguren
capituladas las vidas,
sabinos de Roma triunfen.

AURELIO: Invicto romano pueblo,
ya que de heroico presumes,
cuando tu fama inmortal
a par de los astros luce,
no a la fortuna te rindas,
por más que opuesta te injurie;
que es fácil deidad, y es fuerza
que por instantes se mude.

Tocan cajas, sale ENIO

ENIO: En vano es, Aurelio, en vano,
el que remitir procures
nuestra ruina a la esperanza;
que ya en nosotros inútil
su consuelo es.
AURELIO: ¿Cómo?
ENIO: Como
dejo aparte que rehuse
--puesto que nadie lo ignora--
Sabinio vencer la cumbre
del monte, y embista el puente;
dejo ignorar quién descubre
dónde la flaqueza estaba
de sus estribos, e influye
en él, que apenas su gente
la espalda del plan ocupe,
cuando, empezando a picarlos,
eche voz de que se hunde;
dejo que los nuestros, viendo
cuánto es fuerza que fluctúen,
y los suyos cuánto es fuerza
que, ya empeñados, presumen
tener retirada en vano,
unos y otros se confunden,
con que, por salvar las vidas,
unos lidian y otros huyen;
dejo que, ganado el puente,
cortándole, nos desune
de los vecinos comercios
que el bastimiento conducen;
y voy a que la esperanza
de que el valor nos ayude
a resistir sus asaltos
es preciso que se frustre
al nuevo, al extraño modo
de sitiar, pues se reduce,
sin militar disciplina,
a victoria tan sin lustre
como vencer no peleando.
Dígalo el que, cuando cubren
nuestras campañas sus huestes,
en vez de que nos asusten
en los muros sus escalas,
no sólo al asalto acuden,
pero a lo largo disponen
sus prontas solicitudes
que, a oposición de la plaza,
otra población se funde,
fortificándose contra
la ciudad, sin que procuren
hacer más hostilidad
que el hambre que nos consume.
Yo, por hacer la civil
muerte del asedio ilustre,
de sitiado a sitiador
pasando, salir dispuse
con la mejor gente que
nombrar por entonces pude,
a romperle en sus cuarteles,
cuando las sombras lúgubres

por las exequias del sol
hacen que el aire se enlute.
Apenas las centinelas
nos sintieron cuando acuden
a las fortificaciones,
para que en ellas se oculten,
más que a quitarnos las vidas,
a guardárnoslas. ¿Quién sufre
gozar la vida a merced
del mismo que la destruye?
¿Quién sufre que a un mismo tiempo
de tan nuevas armas use
que procure deshacernos
y conservarnos procure?
De suerte que, hasta que el alba
en sus primeras vislumbres
fue recogiendo las sombras
y desplegando las luces,
retándolos de cobardes
en esa campaña estuve,
sin obligarlos a más
que a que encerrados se burle
su ardid de nuestro valor;
que, aunque embestirlos propuse,
en vano fue; pues tan altas
sus nuevas trincheras suben
que a poco espacio han de ser
sus obras muertas las nubes.
Grande oráculo, sin duda,
les inspira, les instruye,
en que Roma ser no puede
rendida a la servidumbre
de otras armas que no sean
las propensiones comunes
de humanos fueros, que no
hay ruina que no disculpen;
mayormente no teniendo,
como ellos pelear repugnen,
ni socorro que nos venga,
ni auxiliar que nos ayude,
ni enemigo que nos mate,
ni campo que nos sepulte;
y así ¿qué mucho que el pueblo
una y otra vez pronuncie...?

TODOS: ¡Entréguese la ciudad,
y como nos aseguren
capituladas las vidas,
sabinos de Roma triunfen!

AURELIO: ¡Oh cielos, pues sois piadosos,
haced que un rayo apresure
los términos de mi vida,
porque estas voces no escuche,
obligándome a que sea
forzoso que capitule
el pedírsela a quien sé
que la aborrece! ¿Más útil
no es perderla, sin pedirla,
que no, cuando me aventure,
pedirla para perderla?

VETURIA: No, Aurelio, ni es bien que dudes

cuán hija de la nobleza
es la piedad, ni te asuste
el ver que soy la que ayer
a mi voz en arma puse
a Roma, y que hoy a mi voz
en paz ponerla procure;
que no hay víbora, por más
que en flores se disimule,
que no escupa la triaca
contra el veneno que escupe;
ni [en] las mismas flores hay
que no den, rojas o azules,
tósigo a la araña amargo
y miel a la abeja dulce.
Y pues virtudes y vicios
de una causa se producen,
¿qué mucho que de una misma
voz ser la lengua resulte
víbora para los vicios
y flor para las virtudes?
No es desaire del valor,
ni es bien que por tal se juzgue,
ceder a mayor violencia
fortunas que el hado influye.
Y pues ya nuestras desdichas
claramente nos arguyen
que, donde la industria crece,
el valor se disminuye,
a la piedad apelemos.
Sabinio es rey tan ilustre,
Astrea tan generosa
reina, la gran muchedumbre
de su ejército tan noble
que no dudo que se ajuste
a que las vengue el amago,
antes que el golpe ejecuten.
Sabina soy de nación,
experiencia dellos tuve,
que jamás con los rendidos
usaron de ingratitudes.
Y cuando no sea ¿qué vamos
a perder en que nos dure
la esperanza lo que tarden
los contratos del ajuste?
Y vamos a ganar, que,
oyéndome, no te [acuse]
la malicia, cuando diga
que daño y remedio truje,
y persuadir pude el daño
y que el remedio no pude.

TODOS: A precio de que vivamos,
Sabinia de Roma triunfe.

Vanse los de la tropa

LELIO: Dicen bien; trance forzoso
es de guerra que se excusen
las muertes de tantas vidas.

AURELIO: Pues para que no me culpen

que no me rendí a consejo
tan de todos, desarruguen
blancas banderas de paz
los más altos balaústres;
que yo mismo, pues no es bien
que ningún riesgo rehuse,
de parte iré del Senado
a ver si a paz se reduce
el sabino.

Vase

LELIO: Yo entretanto
el tumulto que confunde
a voces el aire haré
que aguarde lo que resulte.

Vase

VETURIA: Enio, ¿has tenido noticia?
ENIO: Antes que me lo preguntes,
porque el mío y tu cuidado
en el camino se junten,
te digo que, desde el día
de aquella gran pesadumbre
de su infelice destierro,
de Coriolano no supe.
VETURIA: Ni yo; más de que mi llanto
no es posible que se enjugue,
hasta que sepa que vive,
y que constante le busque
en el más remoto clima.
ENIO: Forzoso es que disimules,
y que también con el pueblo
tu voz y la mía divulguen...
VETURIA, ENIO y TODOS: ¡Entréguese la ciudad,
y como nos aseguren
capituladas las vidas,
Sabinia de Roma triunfe!

Vanse. Córrese la mutación de murallas, y sale CORIOLANO de soldado

CORIOLANO: Ingrata patria mía,
llegó el fatal, llegó el infausto día
que ha sido en mi esperanza
línea de tu castigo y mi venganza.
Hoy, hidra material de siete montes,
en quien el sol doró siete horizontes,
de tus siete gargantas
siete cervices postraré a mis plantas.
Un hijo aborrecido,
de su paterno amor destituido,
es hoy el que te aflige,
siendo su agravio quien su espada rige.
Y puesto que, rendida,

último parasismo de la vida
es ya cualquier instante,
a instantes esperando que, arrogante,
intrépido y severo
el embotado acero
de la sed y la hambre
corte de tantos hilos el estambre,
piedad de mí no esperes;
sepa mi ofensa que a mi ofensa mueres.

Salen SABINIO y ASTREA

SABINIO: Invicto Coriolano,
noble sabino ya, que no romano,
¿qué novedad la desta noche ha sido,
cuyo callado ruido
me desveló en mi tienda?
CORIOLANO: Nada, señor, que tu opinión ofenda.
ASTREA: Dinos qué ha sido, y lo que fuere sea.
CORIOLANO: Sabinio Marte y celestial Astrea,
una salida hicieron
de la ciudad algunos que quisieron,
ya las vidas perdidas,
a precio del valor vender las vidas.
Mas nosotros, entonces, retirados
a los muros, que fuera están labrados,
burlamos sus deseos,
pues sin lograr el fin de sus trofeos,
como solos se hallaron,
a la plaza otra vez se retiraron.
SABINIO: Pues ¿embestirlos, di, mejor no fuera,
y adelgazando fuera
el número la muerte
de los contrarios?
CORIOLANO: No. La causa advierte.
Si tú, señor, vinieras a hacer guerra
sin mí a Roma, que sé lo que en sí encierra,
ya el paso de los montes trascendido
por el puente, y el puente demolido,
en tu copioso ejército fiado,
hubieras a sus muros arrimado
los castillos que errantes
se mueven sobre espaldas de elefantes,
los armados copetes,
ya los fuertes arietes
hubieras a sus puertas dado, y luego
diluvios de metal, orbes de fuego
hubieras, nuevo Júpiter, llovido,
en cuya ardiente lid hubiera sido
árbitro la fortuna,
llena y menguante imagen de la luna;
y cuando los vencieras --que no hicieras--,
a gran costa de sangre los vencieras.
Mas viniendo conmigo,
que soy, en fin, doméstico enemigo,
vencer, señor, a menos costa espero.
Lídielos la paciencia, y no el acero.
A Roma en ésta, que es su edad primera,
sin propios bastimentos considera,

pues dentro no los tienen,
si de los comarcanos no les vienen;
luego pueden peleando
vencernos, y no pueden esperando,
el día que, sintiendo tus castigos,
dan menos que temer mis enemigos.
Y así no los maté; que esta victoria
sin sangre ha de escribirla la memoria;
y sin dar parte alguna
a la neutralidad de la fortuna.

SABINIO: Bien de tu ingenio y de tu esfuerzo fío
mi imperio, mi corona y mi albedrío.
Dame, dame los brazos,
cuyos estrechos nudos, cuyos lazos
podrá con golpe fuerte
romperlos, desatarlos no, la muerte.

ASTREA: Y yo, sabino nuevo,
darte con más razón mis brazos debo;
que ya he sabido que infelice eres,
por valer el honor de las mujeres.

CORIOLANO: Ese informe mi dicha contradice,
pues por ellas he sido tan felice
como a tus pies, vencido de mi estrella,
el ceño dice. (¡Oh quién, Veturia bella, **Aparte**
contigo la fortuna en que me veo
partir pudiera! O ya que este deseo
no es posible, pudiera
hacer que la severa
parte que deste general castigo
te alcanza, la partieras tú conmigo!
Gozáramos, sintiéramos iguales
el bien que tengo y el pesar que tienes;
con que males y bienes
en dos fortunas tales
no vinieran a ser bienes ni males.)

Tocan dentro un clarín

SABINIO: ¿Qué llamada será ésta
que de la ciudad han hecho?

ASTREA: Bandera de paz sospecho
que, en el homenaje puesta,
tremola.

SABINIO: No deis respuesta.

CORIOLANO: Antes sí, señor, te digo;
que el oír al enemigo
nunca inconveniente fue.

SABINIO: Responded, pues; sepan que
siempre tus órdenes sigo.

Vuelven a tocar, y sale PASQUÍN

PASQUÍN: Sobre ese muro romano
la seña de paz, y abierta
a tu respuesta la puerta,
salió un venerable anciano.
(Que es su padre callo en vano.) **Aparte**

SABINIO: ¿Qué será aquesto?

CORIOLANO: Embajada
en que la ciudad postrada
se quiere dar a partido.
SABINIO: Llegue.

Vase PASQUÍN

CORIOLANO: Licencia te pido,
porque no me mueva a nada
de piedad oírle.
SABINIO: Eso no;
tu honor mi poder desea,
y quiero que Roma vea
que, más que ella te quitó,
he sabido darte yo.
ASTREA: Eso es pagarle por mí
la vida que le debí.
SABINIO: A mi tienda y solio ven;
que en ella te vean es bien
y el aprecio que de ti
hago. Tú constante y fiel
con los dos cumple este día;
y pues causa es tuya y mía,
sé piadoso y sé cruel.
Estoque, cetro y laurel
harán al cielo testigo
y a Roma de que contigo
parto mi imperio y mi trono,
que a quien perdonas perdono,
y a quien castigas castigo.

Con estos versos se entra en la tienda, sin abrirla

CORIOLANO: Menos consuelo así arguya
Roma, pues antes podía
remitir la ofensa mía,
y ya no podré la tuya;
que no es bien que me concluya
el que [usé] mal de honras tantas.

Éntrase. Por otro lado salen PASQUÍN, AURELIO y EMILIO. Córrese la cortina de la tienda y se ve sentado en el trono CORIOLANO, con laurel, cetro y estoque, y SABINIO y ASTREA retirados

PASQUÍN: Allí está; llega a sus plantas.
AURELIO: Invicto rey... (Mas ¿qué miro?)
CORIOLANO: (Disimule lo que admiro.)
AURELIO: Yo...cuando... si...
CORIOLANO: ¿Qué te espantas
y turbas? Romano, di,
¿a qué has venido?
AURELIO: No sé;
porque todo lo olvidé
en el punto que te vi.
CORIOLANO: Pues ¿qué es lo que has visto en mí?
AURELIO: He visto en real teatro una

farsa alegre e importuna,
adonde el discurso advierte
que hizo los versos la suerte
y la traza la fortuna.

CORIOLANO: Pues a admirarte te obligue,
pero a enmudecerte no.

AURELIO: Por eso me admiro yo.

CORIOLANO: ¿A qué has venido? Prosigue.

AURELIO: No mi intento se castigue
en ti; que al rey vengo a hablar.

CORIOLANO: Pues yo estoy en su lugar
y con su poder estoy,
que general suyo soy.

AURELIO: Pues escucha a mi pesar.
Roma, que su heroica frente
corona la azul esfera,
en su juventud primera
imagen es de una fuente,
cuya apacible corriente
junto al mar empezó a ver
la luz, sin llegar a ser
espejo de su zafir,
pues acabó de vivir
adonde empezó a nacer,
salud, Sabinio, te envía
y dice que, pues mayor
aplauso en un vencedor
es usar de bizarría,
que de tus piedades fía
la libertad suya, cuando
vencedor te está aclamando;
pues en el marcial estruendo,
más que un ejército hiriendo,
vence un héroe perdonando.
Y ya que la deidad varia
de la gran fortuna está
tan de tu parte, será
desde hoy tu tributaria.
Su república contraria,
unida desde hoy contigo,
dos glorias te da; dos, digo,
pues dos serán soberanas,
si a un tiempo un amigo ganas
y pierdes un enemigo.

CORIOLANO: Romano, aunque siempre ha sido
perdonar acción gloriosa,
también acción generosa
es vengarse el ofendido.
Di a Roma que yo he venido
a destruirla, y que así
no espere piedad de mí;
porque no la he de tener
hasta verla perecer.

AURELIO: ¿Eso me respondes?

CORIOLANO: Sí.

AURELIO: Bárbaro, que ya ha faltado
a mi paciencia valor,
¿dónde está tu antiguo honor
destas canas heredado?

CORIOLANO: ¿Qué sé yo? Dél despojado

Roma, madrastra crüel,
me envió. Si, patricio fiel,
quieres saber dónde está
mi honor, ella lo dirá,
pues que se quedó con él.

AURELIO: Quedóse con la querella,
que tendrá de ti mi honor,
con la nota de traidor,
tomando armas contra ella.

CORIOLANO: Fácil es satisfacella.

AURELIO: ¿Habrá razón que convenga
a quien sin honor se venga?

CORIOLANO: Sí; pues me la facilita...

AURELIO: ¿Qué?

CORIOLANO: ...que si ella me le quita,
¿cómo quiere que la tenga?
Fuera de que el que he ganado
me basta a mí para honor.

AURELIO: ¿Quién te dio tanto rigor?

CORIOLANO: El padre que me ha engendrado.
Padre y juez en un estrado
tal vez fue juez, padre no.
¿Qué mucho, pues, si él faltó
a ser padre, por ser juez,
siendo juez y hijo esta vez,
que falte a ser hijo yo?

AURELIO: Él procedió cuerdo y sabio,
pues ejerció la justicia,
castigando una malicia.

CORIOLANO: Yo castigando un agravio.

AURELIO: Él, con la pluma y el labio,
que lavó una afrenta piensa.

CORIOLANO: Yo lavo una infamia inmensa.

AURELIO: Él con el extremo que hizo
una culpa satisfizo.

CORIOLANO: Yo satisfago una ofensa.

AURELIO: ¿Quién te ha dicho que es valor
el ser uno vengativo?

CORIOLANO: Yo; que, hasta cobrarle, vivo
sin aquel perdido honor.

AURELIO: Si te arrojó por traidor
Roma, y vengarte apeteces,
doblada infamia padeces,
de que el mismo honor es juez;
pues por lograrle una vez
le habrás perdido dos veces.

CORIOLANO: Del real manto despojado,
el estoque desceñido,
seco el laurel adquirido
y roto el bastón ganado,
todo, romano, lo he hallado
en quien sobre Roma está;
luego la infamia será,
en quien honor solicita,
por dársela a quien la quita,
quitársela a quien la da.
Por la luz, campaña pura,
que a cargo mi causa toma,
que hoy ha de ser la gran Roma
de sus hijos sepultura.

No ha de haber piedra segura
en sus altos muros, no.
Y en viendo que ya acabó
su fábrica peregrina,
por no quedarme otra ruina,
lloraré su ruina yo.

AURELIO: Duélete de sus noblezas.

CORIOLANO: Nada mi agravio les debe.

AURELIO: Pues duélete de la plebe.

CORIOLANO: No se movió a mis tristezas.

AURELIO: Duélete de sus bellezas.

CORIOLANO: A ellas mayor parte alcanza
de que logre mi alabanza.
Y en fin, pues que todos fueron
los que mi desdicha vieron,
lloren todos mi venganza.

AURELIO: ¿Que no hay piedad?

CORIOLANO: No la esperes.

AURELIO: Mira que es Roma tu madre;
mira que yo soy tu padre.

CORIOLANO: Tú has dicho que no lo eres.
Si te creo, ¿qué me quieres?

AURELIO: ¿No hay remedio?

CORIOLANO: No se aguarde.

AURELIO: Aunque te aconseje tarde,
mira, oh joven imprudente,
que ser con ira valiente
no es dejar de ser cobarde.

Vase

PASQUÍN: ¡Muy bien despachado va
el romano senador!

Salen SABINIO y ASTREA

SABINIO: Jamás vi tanto valor.
Envidia a mis hechos da
ver que una facción, que está
con visos de vengativa,
gloriosa a los siglos viva.

ASTREA: Es digna de que inmortal
en láminas de metal
del tiempo el buril la escriba.

CORIOLANO: No te admire, o Palas nueva,
no te admire, o nuevo Marte,
que, estando yo de tu parte,
a lástima no me mueva;
sin que a perdonar me atreva
de Roma la tiranía,
más por vuestra que por mía.
¡Vive el cielo, que ha de ver
Roma su inmenso poder!

Dentro hacen ruido, y dice ENIO [dentro]

ENIO: ¡Hado, ampara al que se fía

de ti!

SABINIO: A otra gran novedad
les obliga la congoja.

ASTREA: Un soldado es que se arroja
del muro de la ciudad.

CORIOLANO: ¡Extraña temeridad!
Sin duda de otro castigo
huye.

Sale ENIO

ENIO: ¡El cielo sea conmigo!
¿Está Coriolano aquí?

CORIOLANO: Sí.

ENIO: Pues oye a un tiempo en mí
a un amigo y enemigo.

Amigo, pues supe apenas
de las nuevas que tu padre
llevó de ti, que Sabinio
contigo su imperio parte,
cuando, con el alborozo
de verte honrado y triunfante,
apelé a que la respuesta
del Senado nos llevase,
para hablarte y para verte,
facilitadas las paces.
Pero viendo que no sólo
tu enojo las embarace,
sino que en segunda instancia
quiere Roma que las trate
la nobleza, como quien
no tuvo en tu ruina parte;
viendo yo que nuestras vistas
con aquesto se dilaten,
no me sufrió el corazón
el que a su respuesta aguarde;
y así, porque la sospecha
de que a verte me adelante
no se vuelva contra mí,
y el ser tu amigo me dañe
a alguna ocasión que pueda
servirnos para adelante,
quise salir por el muro,
sin que lo supiese nadie.
Hasta aquí hablé como amigo;
y pues sólo el verte baste
para complacencia, ahora
que como enemigo hable
será forzoso, supuesto
que de tus felicidades
resulta el dolor de que
Roma esté en último trance,
o por instantes viviendo
o muriendo por instantes,
¿cómo es posible...?

CORIOLANO: Detente;
no, no pases adelante;
que ni como amigo puedo

las gracias que debo darte,
ni como a enemigo oírte;
porque estando el rey delante,
el que hablemos como amigos
en la urbanidad no cabe,
ni como enemigos; pues
si estuve severo o grave
con el Senado, fue a causa
de que pude con sus reales
insignias y en nombre suyo
despedirle o perdonarle;
pero presente, no puedo,
que para nada soy parte;
que, en la presencia del sol,
luz ninguna estrella esparce.

ENIO: Tu Majestad me perdone
el no haber llegado antes
a sus pies; que la ignorancia
la culpa es más disculpable.

Arrodíllase

SABINIO: Alzad del suelo. --Y tú puedes,
Coriolano, a oírle quedarte;
y pues soy sol y tú estrella,
con quien parto mis celajes,
usa tú de sus reflejos,
o ya alumbres, o ya abrases.

Vase

ASTREA: Yo nada te digo; sólo
te acuerdo que, a convoyarme,
de orden tuya vino Enio
conmigo; y pues hizo iguales
tu obediencia y mi servicio,
es justo que se lo pagues.

Vase

PASQUÍN: (Sin duda que desta vez **Aparte**
Roma ha de quedar triunfante.)

Vase

CORIOLANO: Dame mil veces los brazos,
Enio, pues tú solo sabes
ser amigo en las desdichas.

ENIO: Tente, no a los brazos pases,
sin que sepa yo primero
si tú en las felicidades
lo eres, y compadecido.

CORIOLANO: Tan presto deso no trates;
que, si amigo y enemigo
vienes, no es justo que, antes
que a las amistades, demos

paso a las enemistades.
Tratémonos como amigos;
tiempo nos queda bastante
a tu queja y mi disculpa.
Y así, acudiendo a la parte
principal del alma, dime:
¿cómo está Veturia? ¿Qué hace?

ENIO: ¿Qué quieres que haga? Ni ¿cómo
quieres que esté con pesares
tan grandes, sino sintiendo
comunes penalidades?

CORIOLANO: ¿Sabes si sabe de mí?

ENIO: No lo sé; pero es constante,
que habrá corrido la voz.
Sólo sé que pudo hablarme
tal vez, y me dijo...

Clarín. Sale PASQUÍN

PASQUÍN: Otra
llamada del muro hacen.

CORIOLANO: Y en él la blanca bandera;
la puerta en fe suya abre[n].

ENIO: Si no me engaña la vista,
Lelio es el que della sale.
Adiós, adiós, que no es bien
ni que contigo me halle
ni que me echen allá menos,
cuando la entrada me es fácil,
estando la puerta abierta,
pues nadie ha de averiguarme
por dónde salí, ni a qué.

CORIOLANO: Pues ¿cómo quieres dejarme
sin saber lo que te dijo
Veturia?

ENIO: Más importante
es no hacerme sospechoso
en verme aquí y que allá falte.
Adiós; que yo volveré,
y quizá... Mas esto baste.

Vase

CORIOLANO: Oye.

PASQUÍN: Mira que ya llega.

CORIOLANO: ¡Que se fuese sin contarme
lo que le dijo Veturia!

PASQUÍN: ¿Posible es que no lo sabes?

CORIOLANO: ¿Cómo puedo yo saberlo?

PASQUÍN: Como no lo ignora nadie.

CORIOLANO: Pues ¿qué fue lo que [le] dijo?

PASQUÍN: Que estaba hecha...

CORIOLANO: Di adelante.

PASQUÍN: ...dama de hijo de vecino,
mal vestida y muerta de hambre.

CORIOLANO: ¡Maldígate el cielo, amén!

Sale LELIO

LELIO: Con bien, Coriolano, te halle.
CORIOLANO: Seas, Lelio, bien venido.
(Retírate a aquella parte,
Pasquín, y avisa si vieres
que viene hacia aquésta alguien.)

Retírase PASQUÍN

Ya estamos solos; la espada
saca, pues que no hay que aguardes.
LELIO: No es eso a lo que he venido.
CORIOLANO: ¿Cómo es posible que falte
a la palabra que tiene
dada un hombre de tu sangre?
¿No dijiste que, en sabiendo
de mí, habías de buscarme
para darme muerte?
LELIO: Sí.
CORIOLANO: Pues ¿qué esperas, si lo sabes?
LELIO: Hay precisas ocasiones
en que conviene que atrase,
por los ajenos, un noble
sus propios particulares.
Por la nobleza de Roma...
CORIOLANO: ¿En Roma hay nobleza?
LELIO: Y grande.
CORIOLANO: Sí será, si es que entre todos
la que yo dejé reparten.
LELIO: Por la nobleza de Roma...
CORIOLANO: Antes que adelante pases,
dejando aparte que empieces
un duelo sin que otro acabes,
lo que vienes a decirme
te he de agradecer con darte
un consejo que te excuse
de un desaire.
LELIO: ¿Qué desaire?
CORIOLANO: Avergonzarte a pedirme
lo que sé que no he de darte.
Vuelve, pues, sin más respuesta,
a la embajada que traes,
que decir a Roma que
ni aun oírla quise.
LELIO: Arrogante
estás.
CORIOLANO: Harto estuve humilde,
aherrojado en una cárcel
y arrojado en un desierto.
Y si desto ofensa haces,
véngala; pues para eso
la espada que me dejaste
troqué a otra.
LELIO: No es a eso,
como ya te dije antes,
a lo que hoy vengo.
CORIOLANO: También
dije yo que no te canses,

que pedir lo que no tengo
de conceder es en balde.

LELIO: Del enemigo el primero
consejo, que ha de tomarse
dice el proverbio. Y así
quédate a Dios.

CORIOLANO: Él te guarde.

Vase LELIO

PASQUÍN: Bien despachado va Lelio,
pues que, por mal que despache
uno, mal y presto es
aun mejor que bien y tarde.

Dentro [voces]

VOCES: Salgamos todos a ver
qué respuesta Lelio trae.

CORIOLANO: Oye, por si algo entendemos
de una confusión tan grande.

Dentro [AURELIO, VETURIA, ENIO, Y otros]

LELIO: Mejor será no saberla,
pues no hay piedad que se aguarde.

AURELIO: Aquí ya no hay más remedio
de que todo el pueblo clame:

TODOS: ¡Vaya Enio en nombre suyo!

ENIO: Sí haré, como él me acompañe;
que la voz de un pueblo junto
es la que mejor persuade.

VETURIA: Matronas de Roma, hagamos
nosotras los ejemplares.

TODAS: Guía, Veturia; que todas
seguiremos tu dictamen.

CORIOLANO: De tanto confuso estruendo,
¿qué has entendido?

PASQUÍN: No es fácil
entender vulgo que todo
es voces y disparates;
pero lo que es fácil es
ver que un gran tumulto sale
de la ciudad.

CORIOLANO: ¿Si es salida
que desesperados hacen?

PASQUÍN: No; que también de mujeres
se compone.

ENIO: En esta parte,
hasta saber dónde está,
espera a que yo te llame.

Sale ENIO

CORIOLANO: Si soy a quien buscas, Enio,
poco tardará el hallarme.

ENIO: ¿A quién puedo buscar yo
sino a ti, aunque con distantes
motivos? Que si antes vine
como amigo a consolarme
con verte, y como enemigo
a reprehender tus crueldades,
como tribuno ahora vengo
de la plebe, a que...

CORIOLANO: No pases
a esa plática, hasta que
la que pendiente dejaste
en lo que dijo Veturia,
el día que en mí la hablaste,
prosigas.

ENIO: Ya sabía que ésa
había de ser la que amante
preferir habías; y así,
porque nos desembarace
para esotra, traje a quien
aun mejor que yo lo sabe.

CORIOLANO: ¿Mejor que tú?

ENIO: Sí.

CORIOLANO: ¿Quién puede?

ENIO: Quien conmigo viene a darte
--pues por sólo ella introduje
el que el pueblo me acompañe--
parabién de tu venida.--
Veturia, ¿qué fue lo que antes
a mí me dijiste?

Sale VETURIA

VETURIA: Que
apenas sabría en qué parte
de su deshecha fortuna
había tomado su ultraje
puerto cuando, peregrina,
pobre y sola iría en su alcance
a padecerlas con él,
si fuese donde el sol arde,
o donde el sol hiela, siendo
a sus rayos desiguales
libia en tostadas arenas,
belga en tupidos cristales,
o toda hoguera sus montes
o carámbanos sus mares.
Y, puesto que a menos costa
quiere el cielo que te halle
quien te buscara en desdichas,
lleno de felicidades
¿qué albricias te podrá dar?

CORIOLANO: Sólo las del verte basten,
pues ningunas haber puede
que a tanto mérito igualen.

ENIO: Pues ya que yo, Coriolano,
he satisfecho la parte
que quedó pendiente tuya,
veamos cómo satisfaces
tú la que también pendiente

quedó mía. Roma yace,
o por instantes viviendo
o muriendo por instantes.
Aquí quedamos.

CORIOLANO: También
quedamos en que no me hables
en los convenios de Roma,
materia tan intratable
y aborrecible a mi oído;
y más hoy que tú me añades
nueva razón para que
aquesa plática ataje.

ENIO: ¿Yo?

CORIOLANO: Sí.

ENIO: ¿Qué razón?

CORIOLANO: Si, cuando
Roma en sus últimos trances
a Veturia contenía,
no otorgué el perdón a nadie,
hoy que en mi poder la tengo
--pues conmigo ha de quedarse--,
¿cómo quieres que le otorgue
ni aun a ti, que es la más grande
exageración que puede
darse en nuestras amistades?

ENIO: Que ni a Veturia perdonen
ni a mí tus temeridades,
es elección de tu arbitrio
a que no puedo obligarte;
pero que contigo quede,
aunque ella quiera quedarse,
no es elección, sino fuerza
de mi honor. ¿Ha de pensarse
de mí que, sólo a traerte
tu dama moví tan grave
alboroto como que
todo el pueblo me acompañe?
Él a la mira esperando
está hasta que yo le llame;
que, porque hablaseis los dos,
no quise que aquí llegase.
Mira tú si será bien
que ahora vuelva a retirarle,
sin perdón y sin Veturia,
para que se desengañe
que, tercero de tu amor,
no vine más que a dejarte
libre a tu dama y volverle
tan sitiado como antes.

CORIOLANO: Para eso hay medio.

ENIO: ¿Qué medio
hay ni puede haber?

CORIOLANO: Quedarte
tú también, Enio, conmigo.

ENIO: Ésa es plática intratable
y aborrecible a mi oído.
¿El desaire no es bastante
de no volver perdonado,
sin que quieras que el quedarme
o el ir sin Veturia sea

desaire sobre desaire,
que es lo mismo que poner
un áspid sobre otro áspid?
Y así persuádete a que
sin ella o sin...

VETURIA: No, no trates
empeñarte, Enio; que yo
trataré desempeñarte.--

A CORIOLANO

Por anticipar el verte,
Coriolano, cuanto antes,
pedí a Enio en nombre tuyo
que el pueblo consigo saque.
Con que, honestado el pretexto
de salir yo, a mi dictamen
reduje a algunas matronas
que a vueltas de todos clamen.
Ellas a mi persuasión
vienen. Mira si es tratable,
volviendo ellas a miserias,
quedar yo a felicidades?
Y así, asentado el principio
de que yo no he de quedarme,
sino ir a morir con ellas,
como tú el rigor no aplaques,
pasemos del duelo al ruego.
¿Es posible, cuando yace
--aquí quedasteis los dos--
Roma en el último trance,
o por instantes muriendo
o viviendo por instantes,
no te conmuevas, al ver
que esa fábrica admirable,
ese Cáucaso de bronce,
ese obelisco de jaspe,
ese penacho de acero,
ese muro de diamante
que hizo estremecer la tierra,
que hizo embarazar al aire,
atemorizado a ruinas
está titubeando frágil,
como que, ya panteón
de tanto vivo cadáver,
sólo falta resolver
si se cae o no se cae?
Si estás quejoso, si estás,
después de deshonras tales,
de su Senado ofendido
y de su nobleza, paguen
su Senado y su nobleza
los agravios que ellos hacen.
Pero el pueblo, que a tu lado
siguió tus parcialidades,
lloró tus desdichas preso
y desterrado tus males,
hasta que le enmudecieron
las mordazas de lo infame,

¿por qué ha de morir, por qué?
¿No es justicia intolerable
ser el todo en el castigo,
sin ser en el todo parte?
Y, supuesto que lo fuese,
¿no es, Coriolano, bastante
satisfacción que te da,
venir conmigo a postrarse
a tus pies? ¿Cómo es posible
que el rencor la línea pase
del sagrado rendimiento
los nunca hollados umbrales?
El desagravio del noble
más escrupuloso y grave
no estriba en que se vengó
sino en que pudo vengarse.
Tú puedes; y también puedes
dar tan precioso realce
al acrisolado oro
del perdón, que en el semblante
del rendido luce más,
con el primor de su esmalte,
lo rojo de la vergüenza
que lo rojo de la sangre.

CORIOLANO: Veturia, saben los cielos
que te adoro y también saben
que, aunque Sabinio me fía
de su voluntad las llaves,
no es para que yo use dellas
absoluto, sino antes
para que más detenido
la confïanza le pague,
no haciendo lo que él no hiciera.
Yo sé que desea vengarse,
sé que vengarme deseo;
y es mucho querer que arrastre,
contra nuestras dos pasiones,
tu ruego ambas voluntades;
mayormente cuando pueden
una y otra conformarse.

VETURIA: ¿Cómo?

CORIOLANO: La razón lo diga.
Yo te persuado a quedarte,
convaleciendo fortunas,
adonde todo sea paces,
todo consuelos, y todo
placeres. Tú me persuades
a que, sin venganza, quede
corrido de no vengarme,
donde todo sea rencores,
todo iras, todo pesares.
Mira ahora tú quién tiene
mayor razón de su parte,
yo, que te persuado a dichas,
o tú a mí a penalidades.

VETURIA: El valor está obligado
tanto a bienes como a males.

CORIOLANO: No está, si males y bienes
le embisten a un tiempo iguales.

VETURIA: ¿Cuándo lo más riguroso

no fue su mejor examen?
CORIOLANO: Cuando estuvo en mi elección
el serlo lo más süave.
VETURIA: No te canses en razones
que nada conmigo valen.
Yo he de volver con quien vine;
y así, mira...
CORIOLANO: No te canses
tú tampoco; que si has de irte
con quien vienes, yo he de estarme
con quien me estoy.
VETURIA: Vamos, Enio,
pues, sin que piedad aguarde,
me envía a morir Coriolano.
CORIOLANO: No ese delito me achaques.
Tú te vas, yo no te envío.
ENIO: Vamos, pues nada hay que ganen
mi amistad y tu amor.
VETURIA: Ya
que a no más verte voy, dame,
mi bien, mi señor, mi dueño,
en aqueste último "vale,"
siquiera, por despedida,
los brazos con que agradable
me será la muerte, al ver
que, si con ella complaces
a Sabinio, de quien gozas
tan altas felicidades
como a ti te den la vida,
¿qué importa que a mí me maten?

Llora

CORIOLANO: (¡Cielos, que Veturia llora! **Aparte**
Quitadme el sentido o dadme
valor para resistir
tan nuevas contariedades
como que, siendo las perlas
antídoto en otros males,
sean tósigo en los míos.)
VETURIA: Adiós otra vez, que guarde
tu vida.
CORIOLANO: Espera.
VETURIA: ¿Qué quieres?
CORIOLANO: No sé. Mas sí sé: rogarte
que no llores; mi dolor
me basta sin el que añaden
tus lágrimas.
VETURIA: ¿Que no llore?
Adiós otra vez, que guarde
tu vida.
CORIOLANO: Espera.
VETURIA: ¿Qué quieres?
CORIOLANO: No sé; mas sí sé; rogarte
que no llores; que tu llanto
dolor a dolor añade.
VETURIA: Que no llore y detenerme
son dos precisas señales
de que, porque no me vaya

a tu pesar, donde gane
eterna fama mi muerte,
prenderme intentas.

CORIOLANO: No saques
consecuencia tan ajena
que no la conceda nadie.
¿Yo a prenderte, esposa y dueño?
¿De qué pudo tu dictamen
persuadirte que es prisión?

VETURIA: De dos indicios tan grandes
como, al quitarme las armas,
ver que del brazo me ases.

CORIOLANO: Pues ¿qué armas te quito?

VETURIA: ¿Qué
más armas quieres quitarme
que quitarme que no llore,
si contra enemigo amante
la mujer no tiene otras
que la venguen o la amparen
que las lágrimas, que son
sus socorros auxiliares?

CORIOLANO: Si con ellas ventajosa
tu hermosura me combate,
¿qué mucho que por vencidas
se den mis penalidades?
¿Qué quieres de mí, Veturia?

VETURIA: Que viva Roma triunfante.

CORIOLANO: Viva, pues, triunfante Roma,
ya que han podido postrarme
a sus siempre victoriosas
municiones de cristales
las armas de la hermosura.

VETURIA: Enio, estas voces esparce
al pueblo que nos espera,
para que del pueblo pasen
a Roma, y concurran todos
agradecidos a darle
las gracias a Coriolano.

Éntrase ENIO repitiendo [dentro]

ENIO: ¡Viva, amigos, Roma, y pase
la palabra!

TODOS: ¡Roma viva!

Salen SABINIO y ASTREA

SABINIO: ¿Qué confusas novedades
en el ejército, Astrea,
habrá habido, que a que cante
Roma la victoria mueven?

ASTREA: No sé, mas fuerza es que espanten.

SABINIO y ASTREA: ¿Qué ha sido esto, Coriolano?

CORIOLANO: Nada, señor, que te agravie;
mucho, soberana Astrea,
que a ti te ilustre y te ensalce.

SABINIO y
ASTREA: Di, pues, lo que ha sucedido.

CORIOLANO: Que, usando de los poderes
que, como sabinos astros,
vuestras piedades me ofrecen,
me he movido a que sus rayos
hoy alumbren y no quemen;
y así, en vuestro nombre a Roma
he perdonado.

SABINIO: Suspende
la voz. Pues ¿no me dijiste
que habías, vengativo y fuerte,
por mi ofensa, cuando no
por la tuya, airado siempre,
negado la libertad
a su nobleza y su plebe,
en tu padre, en tu enemigo
y en tu más amigo?

CORIOLANO: Advierte
que nunca dije que había
negádosela rebelde
a mi dama; que el más noble
puede negar justamente
lo que le pide a su patria,
a su padre, a sus parientes,
a su amigo y su enemigo,
pero a su dama no puede.
Y más cuando su hermosura
con armas del llanto vence.
Veturia es, señor, mi esposa;
si ser con ella, te ofende,
liberal, pague mi vida
lo que mi vida te debe;
que yo moriré contento
con que vencedor te deje,
pues el que pude vengarte
me basta, aunque no te vengue.
Esto en cuanto a ti; y en cuanto
a Astrea, mi yerro enmienden
los privilegios con que
han de quedar las mujeres
en las capitulaciones
con que a tu piedad se ofrecen,
diciendo con toda Roma,
que humilde a tus plantas viene...

Salen TODOS, hombres y mujeres

TODOS: *¡Viva quien vence;*
que es vencer perdonando
vencer dos veces!

AURELIO: A vuestras reales plantas
Roma...

CORIOLANO: Voz y acción suspende;
que hasta saber con qué pactos
y hasta ver que los acepte,
no está perdonada Roma.

TODOS: Dilos, pues.
CORIOLANO: Primeramente,
que las mujeres que hoy
tiranizadas contiene
se pongan en libertad,
y las que volver quisieren
A Sabinia no se impidan
ni sus personas ni bienes;
que las que quieran quedarse
restitüidas se queden
en sus primeros adornos
de galas, joyas y afeites;
que la que se aplique a estudios
o armas, ninguno las niegue
ni el manejo de los libros
ni el uso de los arneses,
sino que sean capaces,
o ya lidien o ya aleguen,
en los estrados de togas,
y en las lides de laureles;
que el hombre que a una mujer,
dondequiera que la viere,
no la hiciere cortesía,
por no bien nacido quede;
y por mayor privilegio,
más grave y más eminente,
pues por las mujeres yo
sin honra me vi, se entregue
todo el honor de los hombres
a arbitrio de las mujeres.
AURELIO: Todas esas condiciones
es preciso que yo acepte
en nombre de Roma.
TODOS: Y todos,
diciendo ufanos y alegres:

¡Viva quien vence;
que es vencer perdonando
vencer dos veces!

SABINIO: Pues, yo vuelvo victorioso
con que Roma se sujete.
ASTREA: Yo airosa, con que vengadas
todas sus matronas queden.
ENIO: Yo gozoso de haber sido
tercero en sus intereses.
AURELIO: Yo vano, con que a mi hijo
es a quien la vida debe.
LELIO: Yo amigo de quien ya sé
que no dio a mi padre muerte.
VETURIA: Yo dichosa con saber
que Coriolano me quiere.
CORIOLANO: Y yo, con que nuestras bodas
hoy contigo se celebren,
restitüido a mis triunfos,
más honores y laureles
que tuve, pues sola tú
mi honor, triunfo y laurel eres.
PASQUÍN: Y yo contento, con que
sepan todos Vuesarcedes

que las armas de hermosura
con las feas no se entienden.
Digamos todos, pues todos
trocamos males a bienes,
a las plantas de Sabinio,
Astrea y Coriolano, alegres:

TODOS: *¡Viva quien vence;*
que es vencer perdonando
vencer dos veces!

FIN DE LA COMEDIA

LAS CADENAS DEL DEMONIO

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **San BARTOLOMÉ**
- **El REY Polemón**
- **LICANORO, príncipe**
- **CEUSIS, príncipe**
- **El DEMONIO**
- **Un SACERDOTE de Astarot**
- **LIRÓN, villano**
- **IRENE, hija del rey**
- **SILVIA, dama**
- **FLORA, dama**
- **LESBIA,villana**
- **CRIADO**
- **MÚSICOS**
- **CRIADOS**
- **GENTE**

PRIMER ACTO

Salen IRENE, y FLORA y SILVIA deteniéndola

IRENE: Dejadme las dos.
FLORA: Señora,
mira...
SILVIA: Oye...
FLORA: Advierte...
IRENE: ¿Qué tengo
de oír, advertir y mirar,
cuando miro, oigo y advierto
cuán desdichada he nacido,
sólo para ser ejemplo
del rencor de la Fortuna
y de la saña del tiempo?
Dejad, pues, que con mis manos,
ya que otras armas no tengo,
pedazos del corazón
arranque, o que de mi cuello,
sirviéndome ellas de lazo,
ataje el último aliento;
si ya es que, porque no queden
de tan mísero sujeto
ni aun cenizas que ser puedan
leves átomos del viento,
no queráis que al mar me arroje
desde ese altivo soberbio
homenaje, en fatal ruina
de la prisión que padezco.
SILVIA: ¡Sosiega!
FLORA: ¡Descansa!
SILVIA: ¡Espera!
IRENE: ¿Qué descanso, qué sosiego
ha de tener quien no tiene
ni esperanza de tenerlo?
SILVIA: El entendimiento sabe
moderar los sentimientos.
IRENE: Ésa es opinión errada;
que antes el entendimiento
aflige más cuanto más
discurre y piensa en los riesgos.
FLORA: Es verdad, pero también...
IRENE: No prosigas; que no quiero
desaprovechar mis iras
ahora en tus argumentos.
Dejadme sola, dejadme,
idos, idos de aquí presto.
FLORA: Dejémosla sola, pues
sabes que sólo es el medio
de su furor el dejarla.

Vanse FLORA y SILVIA

IRENE: Ya se han ido. Ahora, cielos,
han de entrar con vuestras luces
en cuenta mis sentimientos.
¿Qué delito cometí
contra vosotros naciendo,
que fue de un sepulcro a otro
pasar no más, cuando veo
que la fiera, el pez y el ave

gozan de los privilegios
del nacer, siendo su estancia
la tierra, el agua y el viento?
¿A qué fin, dioses, echasteis
a mal en mi nacimiento
un alma con sus potencias
y sus sentidos, haciendo
nueva enigma de la vida
gozarla y perderla, puesto
que la tengo y no la gozo,
o la gozo y no la tengo?
O son justas o injustas
vuestras deidades, es cierto;
si justas, ¿cómo no os mueve
la lástima de mis ruegos?
Y si son injustas, ¿cómo
las da adoración el pueblo?
Ved que por entrambas partes
os concluye el argumento.
Responded a él... pero no
respondáis; porque no quiero
deberos esa piedad,
por no llegar a deberos
nada que esté en vuestra mano,
y de vosotros apelo
a los infernales dioses,
a quien vida y alma ofrezco,
dando por la libertad
alma y vida.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Yo [la] acepto.
IRENE: ¿Quién eres, gallardo joven,
que, si las noticias creo
de pintados simulacros
que en algunos cuadros tengo,
viva copia eres de aquel
ídolo que en nuestro templo,
con el nombre de Astarot,
adora todo este reino,
cuya opinión acredita
haber penetrado el centro
de esta ignorada prisión
sobre las alas del viento?
DEMONIO: ¿Qué mucho que a él me parezca,
Irene, si soy el mesmo,
pues las doy a sus estatuas
alma, vida, voz y aliento?
Yo soy el dios de Astarot,
aquél a cuyo precepto
ilumina el sol, la luna
alumbra, los astros bellos
influyen, el cielo todo
se mueve y los elementos
en lid se conservan, siempre
amigos y siempre opuestos.
Yo soy el que en toda el Asia,
por los extraños portentos

de mis milagros, estoy
adorado, hallando a un tiempo
su amparo en mí el afligido
y su salud el enfermo.
Compadecido a tu llanto
y enternecido a tu ruego,
concurriendo a tus conjuros,
a darte libertad vengo.
Y aunque yo sepa la causa,
oírla de tu boca quiero,
porque caiga nuestro pacto
sobre mejor fundamento.
Dime, ¿qué quieres de mí?

IRENE: Tanto a tu voz me estremezco,
tanto a tu vista me asombro,
tanto a tu semblante tiemblo
que no sé si formar pueda
razones; mas oye atento.
Esta provincia de Asia,
a quien los que dividieron
el mundo dieron por nombre
inferior Armenia, imperio
es del grande Polemón,
de cuya corona y cetro
hija heredera nací,
si hubiese querido el cielo
que se midieran iguales
fortuna y merecimiento.
Quiso mi padre que hiciesen
juicio de mi nacimiento
sus sabios y en él hallaron
--¡de imaginarlo reviento!--
que había de ser mi vida
el más extraño, el más nuevo
prodigio de cuantos dio
la fama a guardar al tiempo;
pues de ella resultarían
para todo aqueste imperio
robos, muertes, disensiones,
bandos, tragedias, incendios,
lides, traiciones, insultos,
ruinas y escándalos, siendo
en oprobio de los dioses
el principal instrumento
de otra nueva ley de un dios
superior a todos ellos.
Con estos temores, dando,
entre tan raros sucesos,
crédito a los vaticinios
y opinión a los agüeros,
equivocando los nombres
de piadoso y de severo,
dispuso mi padre el rey
que yo muriese en naciendo.
¿Quién vio más crüel, tirano,
injusto y torpe decreto
que hacer los delitos él
porque yo no llegue a hacerlos?
De esta sentencia apelando
de su ira a su consejo,

él mismo mudó intención,
tomando --¡ay de mí!-- por medio
que en esta torre, fundada
en los ásperos desiertos
de Armenia, viva, si acaso
vive quien vive muriendo.
Aquí con solas mujeres
me ha criado, de quien tengo,
por su relación, remotas
noticias del universo.
No sé hasta ahora cómo son
sus repúblicas, sus pueblos,
sus políticas, sus leyes,
sus tratos y sus comercios.
El primer hombre que he visto,
si no me miente el objeto
tuyo aparente, eres tú;
tan cerca --¡ay de mí!-- y tan lejos
vivo de lo racional.
Y aun ya pasara por esto,
si hoy no me hubiera una dama
dicho que mi padre --¡ay cielos!--
a dos hijos de Astiages,
su hermano, trajo a su reino;
cuya desesperación
me hizo --¡de cólera tiemblo!--
salir de mí --¡de ira rabio!--
hasta --¡ahógame mi aliento!--
decir que en muerte y en vida
el alma le daré en precio
a cualquiera que me dé
la libertad que apetezco.
Y así, si tú, enternecido
de mi llanto y de mis ruegos,
de mi pena y de mi agravio,
de mi voz y mi tormento,
me la das, otra vez y otras
mil veces a decir vuelvo
que soy tuya, y lo seré
en vida y en muerte, haciendo
libre donación en vida
y muerte de alma y de cuerpo,
para ver si así me libro
de esta prisión que padezco,
de esta esclavitud que lloro,
de esta sujeción que tengo,
de esta envidia que publico
y de esta rabia que siento.

DEMONIO: La lástima, hermosa Irene,
de tus extraños sucesos
me ha obligado a tomar hoy
esta forma, concurriendo,
como dije, a tus conjuros;
y aunque puedan mis portentos
no sólo de aquí sacarte,
pero todo este soberbio
edificio trasladar,
arrancado de su asiento,
a los más remotos climas
de todo el orbe, no quiero

que hoy en tu favor me ayuden
tantos prodigiosos medios.
De medios más naturales
me he de valer. (Y es que tengo **Aparte**
limitada la licencia
de Dios, y así no me atrevo
a más de lo que permiten
sus soberanos decretos.)
Yo te pondré en libertad,
revalidando el concierto
de que serás siempre mía.

IRENE: Otra y mil veces lo ofrezco.

DEMONIO: Pues con esa condición
yo haré que tu padre mesmo
por ti envíe y que esos dos
sobrinos suyos que al reino
aspiran, porque te juzgan
incapaz de su gobierno,
se pongan tan de tu parte
que ellos sean los primeros
que te ilustren y te adornen
de la corona y el cetro
de toda Armenia. Y porque
no te dé cuidado el verlos
hoy en tu corte, sabrás
de su venida el intento.
Astiages, menor hermano
de Polemón, rey supremo
de algunas de las provincias
de Asia, tuvo tan a un tiempo
esos dos hijos que hasta hoy
el mayor ignora de ellos;
porque al tiempo del nacer
las matronas, acudiendo
a su madre, olvidaron
de señalar el primero
que vio las luces del sol,
perturbándose el derecho
que a la herencia de su padre
tenían; de cuyo yerro
nació dividirse en bandos
sus vasallos, pretendiendo
cada uno para sí
merecer el valimiento.
Polemón, por excusar
lides, batallas y encuentros,
llamó a los dos a su corte,
tomando por buen acuerdo
que el uno a su padre herede
y el otro al tío; advirtiendo
que él ha de hacer la elección
del que ha de jurar su reino.
No temas que de ninguno
se agrade su entendimiento;
porque los dos son, Irene,
tan encontrados y opuestos
en acciones y en costumbres,
en obras y en pensamientos,
que duda al que ha de fïar
la corona, conociendo

que ninguno de ellos es
merecedor del gobierno.
Es el defecto de Ceusis
ser ambicioso, soberbio,
cruel, homicida, tirano,
lascivo, injusto y violento.
De todo esto es al contrario
de Licanoro el afecto,
porque es de ánimo abatido,
postrado, humilde y sujeto.
Tanto a la lección se entrega,
apurando y discurriendo
quién es causa de las causas,
que le deja desatento
para lo demás; de suerte
que, aplicando yo otros medios
hoy a la neutralidad
que tu padre tiene, puedo
hacer que tú te corones,
bella Irene, y, siendo ellos
quien en tu frente y tu mano
pongan la corona y cetro,
rendidos a tu hermosura,
para que acaben con esto
tus prisiones, tus ahogos,
tus llantos, tus desconsuelos,
tus pasiones, tus desdichas,
tus penas, tus sentimientos.

IRENE: ¡Oye! (¡Ay de mí!) **Aparte**

DEMONIO: ¿Qué me quieres?

IRENE: Tu poder no dudo inmenso.
Ya sabes cuánto es vehemente
la cólera del deseo;
dame una señal de que
no es delirio, asombro o sueño
de mi loca fantasía
lo que estoy tocando y viendo.

DEMONIO: Sí haré. ¿Qué es lo que deseas
ver más del mundo?

IRENE: Aunque tengo
en mal formadas especies
retratados mil objetos
que me llevan la atención,
a esos dos jóvenes, puesto
que ellos dices que han de ser
de mi libertad el medio,
quisiera ver.

DEMONIO: Pues yo haré
que los veas en los mesmos
ejercicios que ahora están
divertidos. (Aquí, infiernos, **Aparte**
he menester vuestra ayuda,
pues para la lid que espero
es necesario tener
tan [pervertido] este reino
que en él no halle entrada aquella
nueva ley del Evangelio
que los apóstoles van
por todo el orbe esparciendo.)
Vuelve los ojos, Irene;

verás lo que a este momento
tratando Ceusis está.

Sale CEUSIS tras un CRIADO con la daga desnuda

IRENE: Ya le veo, ya le veo,
a cuyo asombro me admiro.
CEUSIS: ¡Villano! ¡Viven los cielos,
que has de morir a mis manos!
CRIADO 1: ¿Yo, señor, qué culpa tengo
de que Marcela te trate
con desdenes y desprecios?
CEUSIS: Si tú de mí la dijeras
que he de ser yo el heredero
de Armenia, porque mi hermano
no tiene merecimientos
para competir conmigo,
claro está que fueran menos
sus rigores.
CRIADO 1: Tanto adora
a su esposo que por eso
presumo que no te admite.
CEUSIS: Añade, entre los que tengo
de dar la muerte en reinando,
a ese atrevido, a ese necio
que con su propia mujer
se atreve a darme a mí celos.
CRIADO 1: Teme, señor, que los dioses
castiguen tu atrevimiento.
CEUSIS: ¿Qué dioses se han de atrever
a castigarme, si ellos
me dieron vista con que
mirase lo que apetezco?
Acusen su providencia,
pues ella fue el instrumento
para mi culpa; o si no,
preciados de justicieros
quítenme la vista, si
con la vista los ofendo.
DEMONIO: (Aquí, para ser más malo, **Aparte**
me importa parecer bueno;
y pues que me ha dado Dios
permisión, por sus decretos,
para usar de naturales
causas, con ellas me atrevo
a entorpecerle los ojos,
con que dos nombres adquiero,
el de justiciero ahora
y el de milagroso, luego
que a la vista que le turbo
le quite el impedimento.)
CRIADO 1: ¿Eso dices?
CEUSIS: Esto digo.

Finge estar ciego

Mas, ¡ay infeliz! ¿Qué es esto?

¿Qué se nos ha hecho el día,
que a media tarde, cubierto
de pardas nubes, fallece?
¿Dónde se ha ido el sol huyendo,
sin permitir que la luna
substituya sus reflejos
en el horror de la noche?
CRIADO 1: ¿De qué haces tantos extremos?
¿Qué tienes?
CEUSIS: Perdí la luz,
y con mil sombras tropiezo.
¡Ay de mí, rabiando vivo!
¡Ay de mí, rabiando muero!

Vase CEUSIS, guiándole el CRIADO

IRENE: Confusa estoy y turbada.
A hablar --¡ay de mí!-- no acierto.
DEMONIO: Para quitarte ese horror,
ve a Licanoro. Arguyendo
con un sacerdote mío
está; escucha el argumento.

Salen LICANORO y el SACERDOTE

LICANORO: Dime, puesto que tú eres
tan sabio, docto y maestro,
¿qué libro es éste que acaso
hallé entre otros que tengo,
que, por más que en él estudio,
ni sus principios entiendo,
ni sus misterios alcanzo
ni su doctrina comprendo?
SACERDOTE: ¿Cómo es el título?
LICANORO: El Génesis
se dice, voz que en hebreo
creación quiere decir.
SACERDOTE: Pues ¿cómo empieza?
LICANORO: Oye atento;
"En el principio crïó
Dios a la tierra y al cielo."
SACERDOTE: No prosigas, si no dice
qué dios.
LICANORO: Mi duda está en eso.
De un Dios habla solamente,
poderoso, sabio, inmenso,
criador del cielo y la tierra.
SACERDOTE: Pues no le leas, supuesto
que niega los demás dioses.
LICANORO: Antes le estimo por eso;
que no es posible que aquesta
fábrica del universo
sea obra de dos manos;
y más si el lugar advierto
del filósofo que dice
lo que es ser Dios, infiriendo
que es sólo un poder y un solo

querer. Prosigue diciendo,
"La tierra estaba vacía,
nada eran los elementos,
y el espíritu de Dios
iba, estándose en sí mesmo,
llevado sobre las ondas."
SACERDOTE: Ni lo alcanzo ni lo entiendo.
LICANORO: Yo tampoco. De Dios dice
que iba el espíritu inmenso
llevado sobre las ondas,
sin decir qué dios.
SACERDOTE: De ahí veo
cuán como rústico escribe
el autor que le ha compuesto,
pues nada prueba.
LICANORO: Antes mucho.
Oye, a ver si te convenzo.
DEMONIO: (Sí harás; que ya tu discurso **Aparte**
por otros actos penetro.
Pero yo, antes que lo digas,
impediré el instrumento
de tus voces. Habla ahora,
que yo tu lengua entorpezco.)
SACERDOTE: Pon el argumento, empieza;
que a todo responder pienso.
LICANORO: Quien dice dios, absoluto
poder dijo.
SACERDOTE: No lo niego.
Prosigue.
LICANORO: (No puedo hablar.) **Aparte**

Titubea

SACERDOTE: ¿Qué tienes?
LICANORO: (No sé qué tengo; **Aparte**
que el corazón a pedazos
se quiere salir del pecho
al ver que muda la lengua
articula los acentos.)
SACERDOTE: ¿Qué tienes?--Por señas solas
habla, y con raros extremos
al cielo y la tierra mira,
y va de mi vista huyendo.
LICANORO: (¡Ay de mí, rabiendo vivo! **Aparte**
¡Ay de mí, rabiando muero!)

Vanse LICANORO y el SACERDOTE

IRENE: Con no menor pasmo --¡ay triste!--
me dejó aqueste suceso
que el pasado.
DEMONIO: Mis piedades
les darán la vista luego
y la voz que les quitaron,
porque hablaron con desprecio
mío. Mira a qué poder
te entregas.

IRENE: Yo me confieso
tuya, Astarot, en la vida
y en la muerte.
DEMONIO: Yo lo acepto.
IRENE: ¡Ay de mí, rabiando vivo!
¡Ay de mí, rabiando muero!

Vanse. Salen LESBIA y LIRÓN
llorando

LIRÓN: ¡Ay!
LESBIA: ¿Por qué lloras?
LIRÓN: Probar
quisiera si conseguir
puedo en todo este lugar,
ya que a nadie hago reír,
hacer a alguno llorar;
pues si la causa te digo
del mal que traigo conmigo,
fuerza es que antes y después
lloren todos.
LESBIA: ¿Qué mal es?
LIRÓN: Estar casado contigo.
LESBIA: Pues ¿cuándo pensasteis vos
tener mujer de esta cara?
LIRÓN: Eso nunca; que--¡por Dios!--
que si una vez lo pensara,
que no lo llorara dos.
LESBIA: La causa saber espero.
LIRÓN: ¿Qué mayor, si considero
a cuán pocas satisfizo
de las cuentas que me hizo
contigo el casamentero?
Porque él me dijo, "Lirón,
casaos; que es mucha razón
el que tenga un hombre honrado
casa, familia y estado.
Vos, con aquesa ración
que tenéis de barrendero
de este tempro, y con tener
quien lo gobierne, si infiero
que en manos de la mujer
luce doblado el dinero,
lo pasaréis, craro está,
como un rey; porque es así,
que a eso se juntará
su hacienda, y de aquí y de allí
la gracia de Dios vendrá."
Caséme, viéndole habrar
tan sin duelo y sin mancilla,
y la honra que vine a hallar
son mujer, casa y familia
que tener que sustentar.
Lo que yo solo comía,
lo como ahora en compañía,
y el locirlo tú es engaño;
pues no gano yo en un año
lo que gastas tú en un día.
Sin que de aquí ni de allí

un pan me venga siquiera,
ni la gracia de Dios quiera
más acordarse de mí
que si en el mundo no huera.
Y así de aquesta africión,
pues que le barro su tempro,
le he de pedir a Astarón
me libre; que, si contempro
cuántos sus milagros son,
que sana al cojo, al tullido,
al manco, al ciego, al baldado,
mayor milagro habrá sido
sanar a un hombre casado
del achaque de marido.
LESBIA: Yo también al tempro iré,
y a Astarón le pediré
que, si en otra ha de empezar
la grande obra de enviudar,
en mí sea; que yo sé
que me oirá mijor a mí,
mentecato, que no a vos.
LIRÓN: ¿Por qué, Lesbia?
LESBIA: Porque sí.
LIRÓN: Pues vamos juntos los dos
habrándole desde aquí.
LESBIA: Astarón de gran poder...
LIRÓN: Dios adorado y querido...
LESBIA: ...duélos mirar...
LIRÓN: ...duélaos ver...
LESBIA: ...el talle de mi marido.
LIRÓN: ...la cara de mi mujer.
LESBIA: Dadme modo...
LIRÓN: Dadme traza...
de librarme de esta maza...
LESBIA: ...de quien él la mona ha sido...
LIRÓN: ...que, si hacéis esto que os pido...
LESBIA: ...que, si esto hacéis...

Dentro

VOCES: ¡Plaza, plaza!
LIRÓN: ¿Qué ruido aquéste será?
LESBIA: Yo la causa de él no dudo;
porque, viendo el rey que está
un príncipe de esos mudo
y el otro ciego, querrá
traerlos al tempro a ofrecer
sacrificio, para ver
si así en la gracia conquista
de Astarón su habra y su vista.
LIRÓN: Pues no tenemos que her
por hoy mosotros, que tiene
mucho que her nuestro dios;
y así por hoy más conviene
[.....ós?]
[.....ene?]
irnos.
LESBIA: No conviene tal;

que mijor es asistir
para ver en caso igual
cómo le hemos de pedir
la cura de mueso mal.

Ábrese el templo, y salen el REY, CEUSIS, LICANORO, el SACERDOTE y MÚSICOS

REY: Inmensa deidad bella
de esta patria felice, pues en ella
tu imagen venerada
se ve, en templos y altares colocada,
en ti la pena mía
la fe con que te busca hallar confía
favores y piedades,
restituyendo al alma sus mitades.
Y, puesto que mi celo,
por excusarle la ojeriza al cielo,
a Irene--¡suerte esquiva!--
muerta la llora y la sepulta viva,
ya que otro arrimo ni descanso tengo
que estos báculos dos, en quien prevengo
descansar del prolijo
peso del reino, con que ya me aflijo...
CEUSIS: Si yo, por obligarle,
pudiera--¡ay infeliz!--sacrificarle
vida y alma, lo hiciera,
porque a la luz del sol restituyera
la ciega vista mía.
¡Oh cuán triste es la noche sin el día!
LIRÓN: ¿Esto es ser ciego? ¡Ay Dios, y quién lo fuera!
LESBIA: ¿Por qué? Di.
LIRÓN: Porque habrara, y no te viera.

A LICANORO

REY: ¿A los cielos me enseñas?
¿Qué me quieres decir con esas señas?
Solo "uno" me señalas;
con tu dolor a mi dolor igualas.
¿Qué dices? No te entiendo.
SACERDOTE: Yo sí; que su concepto comprehendo.
Dice que, si él hubiera
de pedir el remedio, le pidiera
al dios que solo es uno.
REY: De oírlo se alegra. ¿Haber puede ninguno
de absoluto poder? Ése es engaño.
Busca el remedio donde hallaste el daño.--
Todos al templo entremos;
que no dudo que en él piedad hallemos.
SACERDOTE: Ya desde aquí la imagen se termina,
y corren a sus aras la cortina.
REY: Con músicas vosotros y con voces
los altos cielos penetrad veloces.

Cantan

MÚSICOS: *"Grande prodigio de Asia,*
dios de la inferior Armenia,
nuestros lamentos escucha,
atiende a las voces nuestras;
pues deidades supremas
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

Descúbrese el ídolo

REY: A ti, deidad soberana,
con dos aflicciones llega
quien más tu grandeza adora,
quien más tu culto venera;
a Ceusis y a Licanoro,
gran dios, traigo a tu presencia,
uno ciego y otro mudo.
En mí y en ellos ostenta
lo sumo de tu poder,
lo inmenso de tu grandeza.
CEUSIS: Si pequé soberbio, humilde
ya el perdón te pido; muestra
que tiene la humildad premios,
si castigos la soberbia;
pues tu dulce voz süave
nos advierte y nos enseña...

Cantan

MÚSICOS: *"...que deidades supremas*
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

Dentro el DEMONIO

DEMONIO: Quien a los dioses ultraja
justo es que sus iras sienta,
y justo también que goce
sus piedades quien los ruega.
Y, porque veas que en mí
hay castigo y hay clemencia,
la luz del sol a tus ojos
a restitüirse vuelva.
CEUSIS: Gracias te den, dios inmenso,
a un tiempo el cielo y la tierra.
Feliz quien ver mereció
revocada tu sentencia.
SACERDOTE: ¡Viva nuestro gran dios!
TODOS: ¡Viva!
LESBIA: ¡Viva muy en hora buena!
LIRÓN: ¡Viva, como me descase,
pues que tan poco le cuestan
los milagros!
REY: Licanoro,
pide tú con vivas señas
sus favores, y entretanto
la música a cantar vuelva.

Cantan

MÚSICOS: *"...pues deidades supremas*
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

DEMONIO: (Aunque las señas que hace **Aparte**
nada conmigo merezcan,
la voz le he de dar; pues más
me importa ocultar la ofensa
que limitar el poder.)
Quien mi majestad venera
con señas, es justo que
ya con voces la engrandezca.
LICANORO: Es engaño; porque yo
no te he pedido clemencia;
a la causa de las causas
la he pedido.
SACERDOTE: Porque veas
que Astarot lo es, ha querido
darte como tal respuesta.
¡Viva nuestro gran dios!
TODOS: ¡Viva!
LICANORO: Aun con ver que me reserva
del dañado impedimento
que tuvo atada mi lengua,
con mi duda quedé.
LIRÓN: ¿Han visto
cuánto es a la estatua muesa
záfil el hacer milagros?
Lleguemos nosotros, Lesbia.
LESBIA: ¿No ves que está el rey aquí,
y no querrá en su presencia
ocuparse en pocas cosas?
LIRÓN: Yo bien sé cómo pudieras,
si el milagro es descasarnos,
hacerlo tú, sin que huera
menester pedirlo a nadie.
LESBIA: ¿Cómo?
LIRÓN: Cayéndote muerta.
LESBIA: ¡Malos años para vos!
REY: Divina deidad eterna,
¿qué víctima, qué holocausto,
qué sacrificio, qué ofrenda
en hacimiento de gracias
puedo yo hacerte que sea
más acepto?
DEMONIO: Dar a Irene
libertad.
REY: Mi providencia
pervertir quiso sus daños;
mas si eso mandas, por ella
vayan, señor, al momento.

Vase el SACERDOTE. Dentro San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Penitencia, penitencia!
REY: ¿Qué triste y mísero acento
es el que en los aires suena?

LICANORO: Nunca se oyó en sus espacios
voz tan horrible y funesta.
CEUSIS: El sonido de sus ecos
el corazón me atormenta.
¡Qué pavoroso rüido!
LIRÓN: ¿Cúya será esta voz, Lesbia?
LESBIA: A todos turba el oírla.
DEMONIO: (Y más a mí el conocerla. **Aparte**
Pero ¿qué temo, qué temo,
que el apóstol de Dios venga,
si viene a tiempo que tengo,
con las mentidas grandezas
de mis fingidos milagros,
toda esta gente suspensa?)
REY: ¡El corazón se estremece!
Gran dios, ¿cúya voz es ésta?
DEMONIO: Yo te lo diré. (Aquí importan **Aparte**
mis engaños y cautelas.)
De un hombre, rey, que a tu corte
viene, que tirano intenta
quitar de tu mano el cetro
y el laurel de tu cabeza.
Y aunque otra cosa te diga,
ni le escuches ni le creas,
y está advertido, porque
o le mates o le prendas.
REY: Esa palabra te doy.
BARTOLOMÉ: ¡Penitencia, penitencia!
LICANORO: ¿Qué hombre, cielos será éste?

Sale IRENE

IRENE: ¡Aguarda, detente, espera!
Que, aunque debiera primero
rendir gracias y obediencias
a dios que me da la vida,
y a ti que me la reservas,
de este hombre o de este monstruo
te quiero contar las señas,
ya que viniendo le vi
entre el vulgo que le cerca,
a cuya vista quedé
ni bien viva ni bien muerta,
de ver que el gusto de verte
me embaracen estas nuevas.
LICANORO: (¡Qué peregrina hermosura!) **Aparte**
CEUSIS: (¡Qué soberana belleza!) **Aparte**
IRENE: Es su estatura mediana,
su barba y cabello en crencha
partida a lo nazareno
y de cenizas cubierta,
afectando el desaliño
más su hipócrita modestia;
el rostro es grave, la voz,
bien como de una trompeta,
armoniosamente dulce
y dulcemente tremenda;
vivo esqueleto de un vil
báculo que le sustenta,

es todo su adorno un saco
ceñido con una cuerda.
Pero ¿para qué repito
las señas suyas, si entra
ya en el templo? A cuya voz
todo el edificio tiembla,
cuando en pavoroso acento
dice atrevida su lengua...

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Cristo es el Dios verdadero!
¡Penitencia, penitencia!
LIRÓN: ¡Ay qué voz y qué semblante!
Peor cara tiene que Lesbia.
LESBIA: Sí; pero mejor que tú,
por mala que te parezca.
REY: Hombre, aborto de la espuma,
que esa marítima bestia
sorbió sin duda en el mar,
para escupirte en la tierra...
LICANORO: Parto de aquesas montañas
que, equivocando las señas,
para ser fiera, eres hombre,
para ser hombre, eres fiera...
CEUSIS: Racional nube que el viento
para rayo suyo engendra,
pues el trueno de tu voz
espeluza y amedrenta...
IRENE: Prodigio, ilusión y asombro
que ha bosquejado la idea
de algún informe concepto
de soñadas apariencias...
REY: ...¿qué mal entendido rumbo...
LICANORO: ...¿qué derrotada tormenta...
CEUSIS: ...¿qué deshecho terremoto...
IRENE: ...¿qué fantástica quimera...
REY: ...a estos puertos...
LICANORO: ...a estos montes...
CEUSIS: ...te trae?
IRENE: ...te arroja?
REY: ...te echa
o te forma para asombro?
¿Qué solicitas?
LICANORO: ¿Qué intentas?
BARTOLOMÉ: La salud de tantas almas
como cautivas y presas
de la injusta idolatría
tiene la ignorancia vuestra,
que dejáis de dar al Dios
que es criador de cielo y tierra
las alabanzas que dais
al bronce, barro y madera
de que labráis vuestros dioses.
Éste es único en esencia
y trino en personas; pues
el Padre, que es la primera,
ni criado, ni engendrado
ni procedido se ostenta

de nadie, porque en sí mismo
sin fin ni principio reina;
el Hijo, que es la segunda
de esta soberana esencia,
ni criado ni procedido,
sino engendrado se muestra
del Padre, cuyo concepto
siempre incesable se engendra;
el Espíritu, que es
de aquesta esencia suprema
la tercera, ni crïado
ni engendrado, es cosa cierta,
sino procedido de ambos;
que, aunque tres personas sean,
no son tres dioses, un solo
Dios es no más, una mesma
voluntad, un querer mismo
y una misma omnipotencia.
Uno es el Padre, uno el Hijo,
y de la misma manera
uno el Espíritu; pero
no son tres con diferencia,
no es fingido simulacro,
en cuya errada asistencia
habla el espíritu impuro
del demonio.
REY: Ten la lengua;
que nuestros dioses infamas.
IRENE: No prosigas, cesa, cesa;
que su gran poder ofendes.
CEUSIS: ¿Qué imposibles sutilezas
son [a] las que nos persuades?
LICANORO: Tente, Ceusis; no le ofendas,
hasta entender sus razones.
REY: ¿Qué razones? Todas ellas
son para darme la muerte.
BARTOLOMÉ: No son sino vida eterna.
REY: Cuando eso fuera verdad,
¿cómo quieres que lo crea,
que este simulacro hermoso
virtud divina no tenga,
si, cuando vienes, estamos
dándole gracias inmensas
de dos milagros tan grandes
como dar su providencia
vista al ciego y voz al mudo?
BARTOLOMÉ: Sabiendo que todas esas
obras caben en la margen
de la gran Naturaleza,
habiendo puesto primero
el impedimento en ella,
como angélica criatura,
capaz de todas las ciencias.
Prosigue sus sacrificios
y di, si de dios se precia,
que, estando yo aquí, responda
a alguna pregunta vuestra.
DEMONIO: Sí responderé.
BARTOLOMÉ: No harás;
que yo con esta cadena

de fuego, en nombre de Dios,
tengo de ligar tu lengua.
Habla ahora.-- Preguntadle;
decid que os dé la respuesta.

Al báculo que trae BARTOLOMÉ, que será a modo de cruz, se pondrá una bombilla y se encenderá por debajo

CEUSIS: Gran dios de Astarot, tu nombre
hoy se ilustre y engrandezca.
Vuelve por ti, con decirnos
lo que este bárbaro intenta.
DEMONIO: (No puedo hablar--¡ay de mí!-- **Aparte**
porque cautivas y presas
con cadena están de fuego
mis acciones y mis fuerzas.)
No me aflijas, no me aflijas,
Bartolomé; que ya deja
mi engaño este ídolo mudo,
faltándole mi asistencia.
Y así cúbranme la faz
caliginosas tinieblas
que den al cielo pavor,
que den asombro a la tierra.

Cubren el altar

BARTOLOMÉ: ¿Cuánto es más, quitar a un dios
vista y voz, que no el que pueda
dar a otros voz y vista?
CEUSIS: Eso fuera, si no fuera
valido de los encantos
y mágicas apariencias
de que usáis los galileos
todos, de hechizo y quimera.
¡Muera a mis manos quien viene
a alterar la patria!
TODOS: ¡Muera!
LICANORO: Dejadle; que hasta ahora no
sabemos que nos ofenda.
IRENE: Sí sabemos, pues que viene
a introducirnos ley nueva
de un dios que ignoramos, siendo
la gran provincia de Armenia
patrimonio de los dioses
y de nosotros herencia,
desde que la primer nave
tomó en sus cumbres excelsas
puerto, sobre cuya cima
incorruptible se asienta.
BARTOLOMÉ: Y aun por eso aquí de Cam
la réproba descendencia
obra con su idolatría
en vuestros pechos impresa.
REY: No lo escuches.
CEUSIS: No le oigas.
¡Muera a nuestras manos!

TODOS: ¡Muera!
BARTOLOMÉ: Para otra ocasión el cielo
mi vida guarda y reserva.

Quieren acometer a BARTOLOMÉ, y él vuela

LIRÓN: Hecho una bestia he quedado.

Vase

LESBIA: Siempre tú eres una bestia.

Vase

REY: Seguidle todos, buscadle,
hasta traerle a mi presencia.

Vase

SACERDOTE: Sacrificio le he de hacer
de aquestas aras sangrientas.

Vase

IRENE: La primera seré yo
que le dé la muerte fiera,
pues como esclava me toca
del dios de Astarot la ofensa.

Vase

CEUSIS: Yo bien quisiera seguirle,
mas la divina presencia
de Irene me lleva el alma.
LICANORO: A mí también me la lleva,
y por eso no le sigo.
(Aunque el seguirle yo fuera, **Aparte**
no para darle la muerte,
mas para que luz me ofrezca
de si el dios que yo imagino
es como el dios que él enseña.)

SEGUNDO ACTO

Sale LICANORO

LICANORO: ¿Qué pretende mi fortuna,
que tan enojosa y triste
con dos pasiones embiste,
pudiendo matar con una?
Y molesta e importuna

darle dos muertes previene
al que una vida no tiene,
siendo causa de las dos
la investigación de un dios
y la hermosura de Irene.

Sale CEUSIS

CEUSIS: ¿Qué solicita mi suerte,
que tirana y atrevida,
para quitarme una vida,
usa de una y otra muerte?
Justo celo, dolor fuerte
ocasiona mi tristeza,
siendo causa la aspereza
de mi cólera y mi furia,
del dios de Astarot la injuria
y de Irene la belleza.
LICANORO: ¿Adónde pudiera hallar
aquel hombre prodigioso,
porque de su misterioso
dios me volviese a informar?
CEUSIS: ¿Dónde pudiera encontrar
aquel monstruo peregrino
que a nuestra provincia vino,
para que mi saña vea,
y víctima humana sea
de nuestro ídolo divino?

LICANORO: ..... [-ós]
.....
.....
..... [-ós]
Mas ¿cómo pretendo--¡ay Dios!--
buscarle, si preso lucho
de Irene divina?
CEUSIS: Mucho
es mi mal, mi pena atroz.

Suenan dentro los MÚSICOS

LICANORO: Mas ¿qué instrumento...?
CEUSIS: ¿Qué voz...?
LICANORO: ¿...es el que oigo?
CEUSIS: ¿...es la que escucho?

Cantan

MÚSICOS: *"Sin mí, sin vos y sin Dios,*
triste y confuso me veo;
sin Dios, por lo que os deseo,
sin mí, porque estoy en vos,
sin vos, porque no os poseo."

Sale IRENE

IRENE: No cantéis; que no permite
esta necia pasión mía
que de su melancolía
nadie el mérito la quite.
LICANORO: No, señora, solicite
vuestra tristeza estorbar
lisonja tan singular
a quien de ella traído viene.
Mandad, bellísima Irene,
que otra vez vuelva a cantar
ese bellísimo encanto.
IRENE: Mucho extraño que haya a quien
suene la música bien,
pudiendo escuchar el llanto.
CEUSIS: Más extraño yo y me espanto
de veros con tal crueldad,
después que vuestra beldad
de su libertad gozó.
IRENE: Pues ¿quién os dijo que yo
gozo de mi libertad?
CEUSIS: El veros vivir, señora,
en palacio lo confiesa.
IRENE: ¿Y qué sabéis vos, si esa
también es prisión ahora?
LICANORO: ¿De qué suerte?
CEUSIS: ¿Cómo?
IRENE: ¡Flora!

Dentro FLORA

FLORA: ¿Qué mandas?
IRENE: Vuelve a cantar.--
Así pretendo atajar
vuestra plática, porqué
no pidáis que razón dé
de razón que no he de dar.

Cantan

MÚSICOS: *"Sin mí, sin vos y sin Dios,*
triste y confuso me veo;
sin Dios, por lo que os deseo,
sin mí, porque estoy en vos,
sin vos, porque no os poseo."

LICANORO: Bien letra y tono parece
que compuso mi dolor,
viendo que el alma padece
un nuevo incendio de amor,
que nunca a ser mayor crece.
Su objeto somos los dos,
y aun Dios, pues al irme a hallar,
sin mí me hallo, y no con vos;
con que me vengo a quedar
sin mí, sin vos y sin Dios.
CEUSIS: Yo del imán soberano
de vuestros divinos ojos
contento estoy, aunque en vano

intento que los enojos
de mi dios vengue mi mano.
Si ir tras su ofensa deseo,
mi muerte en mi ausencia veo,
y entre los discursos varios
de dos afectos contrarios,
triste y confuso me veo.
LICANORO: Del dios que ignoro, hasta agora
principio ninguno hallé.
y aunque por saber de él llora
el alma, ciega es la fe
que a uno busca y a otro adora.
Si a Dios busco, a vos no os veo;
si os veo a vos, a Dios ignoro;
y así está mi devaneo
sin vos, por lo que os adoro,
sin Dios, por lo que os deseo.
CEUSIS: Desde el instante que os vi,
toda el alma os entregué;
y aunque el agravio sentí
de Astarot, también mi fe
me ha dejado a mí sin mí.
Perdone su ofensa el dios,
y dé castigo a los dos;
pues me ha de hallar desde aquí
con vos, porque estáis en mí,
sin mí, porque estoy en vos.
LICANORO: Tan corta es la dicha mía
que aun ser esperanza ignora.
CEUSIS: La mía no; porque sería
mostrar, quien sin ella adora,
cuán poco al mérito fía.
LICANORO: Yo no aspiro a tanto empleo...
CEUSIS: Yo aspiro a cuanto deseo...
LICANORO: ...y con gusto...
CEUSIS: ...y con pesar...
LICANORO: ...he de vivir...
CEUSIS: ...he de estar...
LICANORO: ...sin vos.
CEUSIS: ...porque no os poseo.

IRENE: Si sois los que me habláis, dudo,
cuando a oír a los dos llego,
que a vos os jugzaba ciego
y a vos, Licanoro, mudo.
LICANORO: Nunca con más causa pudo
juzgarlo vuestra hermosura.
CEUSIS: Una razón lo asegura
bien en mí.
LICANORO: Y en mí lo advierte
un ejemplo.
IRENE: ¿De qué suerte?
CEUSIS: Ciego es [a] aquel que la pura
luz del sol falta.
IRENE: Es así.
CEUSIS: Y ciego, Irene, también
viene a ser aquel a quien
la luz del sol ciega.
IRENE: Di.
CEUSIS: [.....-í?]

Luego en mí este ejemplo cobra
fuerza; ciego estoy, pues obra
una experiencia tan alta,
allí porque luz me falta,
aquí porque luz me sobra.
LICANORO: ¿Que yo estoy más mudo ahora
que estuve entonces allí
probar no me toca?
IRENE: Sí.
LICANORO: Pues oye atenta, señora.
Mudo es aquél--¿quién lo ignora?--
que por falta de instrumento
no explica su sentimiento;
luego yo a estarlo me obligo;
pues cuando hablo más, no digo
lo menos de lo que siento.
Y aunque entonces embargada
la voz, pude en algún modo
por señas decirlo todo,
ya ahora no digo nada;
luego si al mirarla atada
de otorgarme te desdeñas
aun lisonjas tan pequeñas,
más mudo vengo ahora a estar,
pues no me puedo explicar
ni con voces ni con señas.

IRENE: Que estáis ciego y estáis mudo
los dos habéis pretendido
probar, valiéndoos a un tiempo
de cortesanos estilos;
y así, que vos estáis mudo
no he de creer, habiendo oído
atrevimientos tan mal
pensados como bien dichos.
Que estáis ciego vos creeré
más fácilmente, si miro
cuán ciego debe de estar
quien no ve que habla conmigo,
y para que no os parezca
por una parte mi juicio
tan fácil que le persuaden
sofísticos silogismos,
ni por otra tan grosero
que no os crea, determino
repartir entre los dos
las dudas y los designios.
LICANORO: Si yo pensara enojaros,
mármol fuera helado y frío.
CEUSIS: Lince fuera yo, aunque viera
vuestros enojos esquivos.
LICANORO: Porque atento a no ofenderos...
CEUSIS: Porque atento a conseguiros,
mi afecto os rindo postrado.
LICANORO: ...yo os le doy, mas no os le rindo.--

A CEUSIS

Mucho el ver que me compitas

con esa arrogancia estimo.
CEUSIS: Pues ¿quién te ha dicho que yo,
Licanoro, te compito?
LICANORO: Lo bien que a ti te estuviera
cualquiera igualdad conmigo.
CEUSIS: Pues ¿cuándo yo...?
IRENE: Bien está;
y ya que ostentar los bríos
intentáis, para que sea
en mejor lid, solicito
daros a entender la queja
que de los dos he tenido,
el valor de que me ofendo
y el amor de que me obligo.
Usa el gran dios de Astarot
con los dos de sus prodigios,
póneme a mí en libertad,
interrumpe el sacrificio
un hombre que al templo llega,
extranjero advenedizo,
abortado de esos mares,
y engendrado de esos riscos.
Enmudece nuestro dios,
publica el nombre de Cristo,
desaparece en el viento
y, usando de sus hechizos,
aunque le buscan en montes
y en ciudades los ministros
de mi padre, no le hallan;
y para mortal castigo,
enojado nuestro dios,
nos niega sus vaticinios.
Y cuando yo con tan grandes
penas me ahogo y me aflijo
con más causa, porque el dios
de Astarot es dueño mío,
después que le consagré
alma y vida en sacrificio,
antes de vengar su ofensa,
tan necios o inadvertidos
venís a decirme amores,
sin advertir cuánto ha sido
indigno de mi fineza
quien no es de mi pena digno.
[Mía] es la ofensa del dios
de Astarot; a mí me hizo
aquel asombro el ultraje,
el desaire aquel prodigio.
Pues ¿cómo, cómo queréis
que yo os premie, cuando os miro
tan desairados a vista
de los sentimientos míos?
Y si ostentar pretendéis
las altiveces, los bríos,
rendimientos y finezas,
idos de mi vista, idos;
y ninguno vuelva a ella
sin traerme algún indicio;
que a aquél que me le trajere
a favorecer me obligo

con la vida y con el alma,
que es ofrecerle lo mismo
que desagravio, supuesto
que por suyas las estimo.
CEUSIS: ¿Eso ofreces?
IRENE: Esto ofrezco.
LICANORO: ¿Eso dices?
IRENE: Esto digo.
CEUSIS: Pues yo le traeré a tus plantas,
si sé por varios caminos
pisar montes, sulcar mares,
desde donde ese Narciso
de los cielos nace en flores,
hasta donde muere en vidrio.

Vase

LICANORO: Yo no te ofrezco traerle.
IRENE: ¿Por qué?
LICANORO: Porque no me animo
a tanta empresa, aunque pierda
de esa esperanza el alivio.
IRENE: ¿Cómo?
LICANORO: Como hombre a quien guarda
su dios, señora, es preciso
seguro estar de nosotros,
aun entre nosotros mismos.
Y tengo a menos desaire
no ofrecer, amante y fino,
lo que no sé si podré
cumplir después de ofrecido.
IRENE: ¡Ay, Licanoro, mal haces!
LICANORO: ¿Cómo o por qué?
IRENE: No me animo
a decirlo yo tampoco;
que no me está bien decirlo.
LICANORO: Peor me está a mí no entenderlo.
IRENE: Pues partamos el camino;
yo te diré la mitad
de la razón que no digo;
adelanta tú al discurso
la otra mitad, y preciso
será que nos encontremos
a entenderlo sin decirlo.
LICANORO: Has dicho bien.
IRENE: Pues yo empiezo.
LICANORO: Y yo, señora, te sigo.
IRENE: Al que me traiga a aquel hombre
favorecer he ofrecido.
Ya he dado yo el primer paso.
LICANORO: Yo le doy ahora, y te pido
no me mandes eso solo,
y verás cómo te sirvo.
IRENE: Mucho que tú le trajeras
estimara mi albedrío.
LICANORO: No me atrevo contra un dios
que, aunque le ignoro, le estimo.
IRENE: Muy lejos vas de encontrarme,
Licanoro.

LICANORO: Fuerza ha sido,
Irene; porque los dos
seguimos rumbos distintos.
IRENE: Con todo eso, quiero dar
otro paso.
LICANORO: Y yo otro indicio.
IRENE: El dios de Astarot está
enojado y ofendido.
LICANORO: Luego quien pudo ofenderle
y agraviarle habrá podido
más que él.
IRENE: Su ofensa es mi ofensa.
LICANORO: Dios es; vénguese a sí mismo.
IRENE: Mira que vas, Licanoro,
dejando atrás el camino.
LICANORO: Tú eres quien le pierde, Irene.
IRENE: Pues volvamos al principio.
Quien a los dioses ultraja
fuerza es que quien me ha querido
desagravie.
LICANORO: ¿Quién a un dios
que dejarse agraviar quiso
desagraviará?
IRENE: Tú sólo.
LICANORO: Es engaño.
IRENE: Eso es delirio.
LICANORO: Ésa ilusión.
IRENE: Eso miedo.
LICANORO: Ésa ignorancia.
IRENE: Es preciso;
y no nos busquemos más,
puesto que ya nos perdimos;
siendo yo tan desdichada
que, tú ingrato y Ceusis fino,
me ha de deber el favor
quien no me debió el cariño.

Vase

LICANORO: ¡Que sea en mí tan poderosa
esta aprehensión de que ha habido
primer causa de las causas,
dios sin fin y sin principio,
que no deja en mi discurso
razón, elección ni arbitrio
aun para amar, cuando más
a la hermosura me inclino
de Irene! Pues por creer
que aquel Dios de quien ya dijo
el extranjero las señas
y el que yo adoro es el mismo,
a ofenderle no me atrevo.
¡Valedme, cielos benignos!
Que a tanto misterio falta
la razón, fallece el juicio.
Si tres personas y un dios
predica, y éstas han sido
el Padre y el Hijo amado
y el Espíritu divino,

¿cómo, no habiendo nombrado
otro dios que el Uno y Trino,
Cristo es verdadero Dios
dijo también? ¿Quién es Cristo
de estas tres personas?

Dentro el SACERDOTE

SACERDOTE: Presto
saldrás de ese laberinto
de dudas y confusiones.
LICANORO: ¿Dónde o cómo? Mas ¿qué miro?
El rey es, y tan suspenso
viene que aquí no me ha visto.
No le quiero hablar, porque
no embarace los motivos
de mis discursos. Dad, cielos,
nueva luz a mis sentidos,
que entre un dios y una belleza
anda delirando el juicio.

Vase. Salen el REY y el SACERDOTE

REY: No hay consuelo para mí.
SACERDOTE: Presto, señor, como he dicho,
saldrás de esa confusión,
en firmando los edictos.
En ellos de todo el reino
avisarás los ministros
que a aquel hombre prendan, donde
quiera que tengan aviso
de él, por las señas que envías,
ensanchando tus distritos
hasta el reino de Astiages
tu hermano, de quien confío
que hará mayor diligencia.
REY: Hasta que en el poder mío
le veo, y haga en las aras
de Astarot su sacrificio,
no ha de haber consuelo en mí,
por verle tan ofendido.
Pon aquí aquesos papeles,
y nadie entre mientras firmo.
Leer quiero en esta minuta
de los demás el estilo.

Pone el SACERDOTE unos papeles que trae sobre un bufete y vase; y el REY, sentado junto al bufete, lee un papel

REY: "Nobles prefectos de Armenia,
jueces y legados míos,
sabed que a nuestra provincia
llegó un humano prodigio
que, alterando nuestras leyes,
las ceremonias y ritos,
un nuevo dios predicando,

turbó nuestros sacrificios.
Huyóse al punto; y así
conviene a nuestro servicio
que le busquéis y prendáis;
para cuyo efecto envío
sus señas. Son pobres ropas,
y él un esqueleto vivo."
¡Ay de mí, que de acordarme
de él ahora tiemblo y me aflijo,
y tan presente le tengo
que parece que le miro!

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: En vano, rey engañado,
despachas contra mí edictos,
para que me busquen otros,
si yo me traigo a mí mismo.
Prosigue; que, porque no
yerres la copia, he venido
a que de mí la traslades.
REY: Ilusión de mis sentidos,
sombra de mi devaneo,
de mi discurso delirio,
¿cómo has entrado hasta aquí?
BARTOLOMÉ: Quien del cielo a abrirte vino
las puertas bien es que abiertas
halle las de tu retiro.
¿Diligencias para hallarme
haces? ¿Qué me quieres? Dilo;
que ya presente me tienes.
REY: De tus encantos y hechizos
no menor efecto es
el haberte aquí venido
que el haberte allá ausentado;
y aunque es la verdad que quiso
mi deseo verte, ya
tomara no haberte visto.
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres?
BARTOLOMÉ: Hacer al cielo testigo,
al sol, la luna y estrellas,
astros, planetas y signos,
del gran poder de mi Dios,
cuya nueva ley publico;
porque soy uno de doce
discípulos escogidos
que a sembrar por todo el mundo
de su Evangelio venimos
la semilla; y nos envía
de fe y esperanza ricos.
Y así, en nombre suyo vengo
a aplazarte un desafío,
a cuyo duelo señalo
de aqueste gran templo el sitio,
por armas sola mi voz,
y por juez a tu dios mismo.
En él me hallarás. A él
haz que vengan prevenidos

los sacerdotes, tus sabios,
todos a argüir conmigo,
en presencia de tu dios;
y el que quedare vencido
a manos del otro muera.
REY: Tanto de mis dioses fío
y de mis sabios espero
que lo acepto y lo permito.
BARTOLOMÉ: Pues en el templo te aguardo,
y me hallarás en el sitio
armado de fe, que son
las armas con que yo lidio.

Desaparece

REY: ¡Espera, aguarda!--En el aire
se ha desaparecido.
Divinos dioses, ¿es sueño,
es encanto o es delirio?--
¡Hola!

Sale el SACERDOTE

SACERDOTE: Señor, ¿qué me mandas?
REY: ¿No habéis visto, no habéis visto
aquel pasmo, aquel horror?
SACERDOTE: ¿Quién?
REY: El profeta de Cristo.
SACERDOTE: Engaño es de tu deseo;
nadie ha entrado ni ha salido,
porque yo he estado a la puerta.
REY: No es; que aquí estuvo conmigo,
yo le he visto, yo le he hablado,
por señas de que me ha dicho
que quiere hacer con mis sabios
certamen y desafío
de sus ciencias. Y así al punto
se truequen estos edictos
en pregones que convoquen,
dando de esta lid aviso
a los sabios de mi reino;
que yo, postrado y rendido
al asombro de su voz,
de su semblante al prodigio,
en mis sombras tropezando,
voy huyendo de mí mismo.

Vanse. Descúbrese el templo y sale
LIRÓN

LIRÓN: "Mijor se puede pasar
todo el año sin moger
que dos días sin comer,"
dice un badajo vulgar;
y cuando él no lo dijera,
pudiera decirlo yo,
que buen badajo me so.

¡Ay hambre terrible y fiera,
cuánto tu vista me espanta!
Pescudaba un hombre un día
dónde cae el mediodía,
y otro dijo, "A la garganta."
Dígalo yo; que dempués
que mueso dios perdió el habra,
y que sola una palabra
pronunciar no quiere, es
tan poca la devoción
que con él la gente tiene
que nadie a su tempro viene;
con lo cual de la ración
la quitación ha llegado;
que no hay tan sola una ofrenda,
que era mi mijor hacienda.
Pues pobres hemos quedado,
remiendémonos los dos,
Astarón omnipotente,
y pues dicen comúnmente,
"Quien no habra, no le oye Dios,"
no el rofián mudéis conmigo;
habrad sola una palabra,
que dirán que a Dios que no habra
tampoco le oye el bodigo.
¿Aun no queréis? Pues par Dios,
que habéis, ya que mudo estáis,
de habrar, aunque no queráis,
o yo he de habrar por vos,
haciendo lo que he pensado.
Yo me tengo de esconder
detrás de la estatua y ser
dende hoy ídolo barbado.
Que, viendo que habró Astarón,
y la habra cobró ya,
la devoción volverá
y volverá la ración.
A ganar voy, no a perder;
y cuando me salgan malos,
tan sólo matarme a palos
es lo que pueden hacer.
Y aunque no salga barato,
a quien su industria le vale,
barato el comer le sale.

Dentro LESBIA

LESBIA: ¿Adónde estáis, mentecato?
LIRÓN: Lesbia es ésta. Ella ha de ser
la que antes he de engañar.
Ahora bien, voyme a endiosar,
que es a tener que comer.

Pónese en el altar detrás del ídolo. Sale LESBIA

LESBIA: ¿Dónde estáis, que no os encuentro,
simpronazo? Aun no responde

por su propio nombre. ¿Dónde
se habrá ido, que aquí dentro
ni huera le puedo hallar?
Y quisiera yo saber
si ha de busca la mujer
la comida.

Dentro

LIRÓN: No hay dudar.
LESBIA: ¿Qué voz es ésta--¡ay de mí!--
que en el mismo altar se oyó?
¿Quién es quien ahí habra?
LIRÓN: Yo.
LESBIA: ¿Es el dios de Astarón?
LIRÓN: Sí.
LESBIA: Pues ¿cómo os dignáis conmigo
de habrar hoy?
LIRÓN: Como me muero
de lo que he callado, y quiero
hartarme de habrar contigo.
LESBIA: ¿Que os merezca tal ventura
la mujer, señor, de vueso
barrendero?
LIRÓN: Y aun por eso,
que estó hecho una basura.
LESBIA: Ya que afabre os llego a ver,
¿queréis enviudarme?
LIRÓN: No;
porque ese milagro yo
para mí lo he menester.
LESBIA: Pues ¿cómo podré pasar
con marido de aquel talle?
LIRÓN: Tratando de regalalle.
LESBIA: ¿Con qué le he de regalar,
si no tenemos los dos
manjares que satisfacen?
LIRÓN: Buscadlos vos; que así hacen
otros mijores que vos.
LESBIA: Por no ofenderos, confieso
que mil hambres padecí.
LIRÓN: No las padezcáis; que a mí
no se me da nada de eso.
.....
LESBIA: Pues yo lo haré así.
LIRÓN: Haréis bien.

Sale el SACERDOTE

SACERDOTE: ¿Quién, dioses piadosos, quién
.....
creerá que aquella ilusión
tanto al rey ha persuadido
que manda que prevenido
el templo tenga, a ocasión
de la lid que en él espera?
LESBIA: ¿Vos licencia me dais?
LIRÓN: Sí.

SACERDOTE: Mas ¿quién es quien habla aquí?
LESBIA: Yo soy, señor; y quisiera
pedirte albricias.
SACERDOTE: ¿De qué?
LESBIA: De que ya Astarón habró.
SACERDOTE: ¿Quién, Lesbia, lo dice?
LIRÓN: Yo.
SACERDOTE: ¡Felice, pues escuché
su voz! Sin duda ha querido,
viendo que el rey ha aceptado
el desafío aplazado,
volver por su honor perdido.
A decirlo al rey iré,
para que el concurso sea
mayor, y este monstruo vea
sus maravillas; aunqué
el salir es excusado,
pues dice sonoro el viento
con cuánto acompañamiento
el rey en el templo ha entrado.
Ya el velo puedo correr.

Descúbrese el ídolo vestido como estaba el DEMONIO, y salen el REY, LICANORO, e IRENE y ACOMPAÑAMIENTO

LIRÓN: (¡Si me ve, hoy muero!) **Aparte**
SACERDOTE: Señor,
albricias de la mayor
fortuna que merecer
pudo tu imperio.
REY: ¿Qué ha sido?
SACERDOTE: Ya el cielo vuelve por ti
y por tu causa; y así
nuestro gran dios ha querido
dolerse de nuestro llanto.
LIRÓN: (¡Ay, que el rey mismo me adora! **Aparte**
Estó por decir ahora
que no lo hice yo por tanto.
Mas mijor es proseguir
el engaño, ya que en él
estó empeñado.)
SACERDOTE: Ya fiel
vuelve en su culto a lucir.--
Llegad, preguntadle todos
y veréis si da este día
respuesta como solía.
LIRÓN: (Distintos serán los modos; **Aparte**
mas al fin responderá
bien o mal, como saliere.)
REY: Bello esplendor que prefiere
a la luz que el sol nos da,
pues hoy ha de ser aquí
la lid de uno y otro dios,
volved, gran señor, por vos.
LIRÓN: Yo me acordaré de mí.
REY: No permitáis que ensalzado
en nuestras aras se vea
dios que ignoramos quién sea.

LIRÓN: Yo me tengo harto cuidado.
REY: ¿No hablas, Licanoro?
LICANORO: No
quisiera, por excusar
lo que le he de preguntar.--
Cristo ¿quién es?
LIRÓN: ¿Qué sé yo?
SACERDOTE: ¿Dónde está, gran señor, di,
que mis ojos no lo ven,
el extranjero con quien
arguir nos mandas?

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: Aquí;
que quien lidia voluntario
por su Dios no ha de hüir,
hasta vencer o morir,
la cara de su contrario.
REY: Mira qué poco sirvió
aquella prisión de fuego,
pues habló la estatua luego.
LIRÓN: (Gracias a por quien habró; **Aparte**
que a fe que se las debéis.
¿Qué va que vienen los palos
primero que los regalos?)
REY: Ea, ya empezar podéis.

SACERDOTE: Manda, señor, que la opinión asiente,
porque con fundamento se argumente.
BARTOLOMÉ: Yo defiendo que un Dios...

Sale CEUSIS

CEUSIS: Antes que empiece
la cuestión, si mi celo lo merece,
y das licencia, gran señor, te pido
que me escuches.
REY: ¿Qué traes? ¿Qué ha sucedido?
CEUSIS: En busca de esta fiera
que escandalosa toda el Asia altera,
penetraba los montes
que dividen al sol en horizontes,
cuando en lo más oculto
de las entrañas de un peñasco inculto
que, entreabierta la boca,
haciendo labios de una y otra roca,
parece, con pereza,
que el monte melancólico bosteza,
vi una mujer, si pudo
del traje lo vestido o lo desnudo
darme de serlo señas;
porque más parecía entre las peñas
bulto que inanimado
el acaso sin arte había formado;
cuya duda creyera,
si con humana voz no me dijera,
que aun ahora me aflige...

Sale el DEMONIO en traje de mujer

DEMONIO: Aguarda; yo diré lo que te dije.
"Gallardo joven, engañado vienes
a buscar lo que ya en tu corte tienes;
pues ese monstruo humano
que de su nuevo dios intenta en vano
introducir el nombre,
predicándole Cristo, Dios y hombre,
ya de estos montes, que traidores fueron,
pues tres días oculto le tuvieron,
falta. Yo lo he sabido,
porque no hay para mí centro escondido,
siendo yo Selenisa,
del gran dios de Astarot la pitonisa.
Estos páramos vivo,
donde observo mejor, mejor percibo
los humanos desvelos
en el rápido curso de los cielos.
Por mis observaciones he alcanzado
que a un duelo va aplazado
donde, si bien infiero
que el gran dios de Astarot parezca, quiero
entre sus sabios verme,
por ver así si a mí puede vencerme.
Esta la causa ha sido
de haber," dije, "a la luz del sol salido."
Mas él, que de mi acción mi ser colige,
me dijo...
CEUSIS: Yo diré lo que te dije.
"Vente conmigo, adonde
tu ciencia, que a tu ingenio corresponde,
este prodigio venza."
DEMONIO: Obedecíle, y pues cuando comienza
el argumento llego,
que me admitas a él, señor, te ruego.
REY: De que tú a este concurso hayas venido
estoy a mi fortuna agradecido.

DEMONIO: Pues yo, dándome, señor,
vuestra majestad licencia,
vos, serenísima infanta,
altos príncipes, nobleza
y plebe, porque a ese espanto
hoy todo tu pueblo vea,
que, siendo yo una mujer,
menos capaz de la ciencia,
basto para conclüirle,
le propondré la primera
cuestión, y podrán después
tomar la réplica de ella
con mayor autoridad
los que mejor la defiendan.
LIRÓN: (Malo es ser dios en cuclillas; **Aparte**
quebradas tengo las piernas.)
DEMONIO: Tú, peregrino extranjero,
¿en tus principios asientas
un dios solo, y que éste es

tres personas y una esencia?
BARTOLOMÉ: Sí.
DEMONIO: No es esa la cuestión,
aunque contra ésa pudiera
argüir, porque pretendo
tomarla desde más cerca.
Después de haber asentado
esa Trinidad inmensa,
asientas también que Cristo
es Dios; y así contra esta
parte de tus conclusiones
he de argüir.
BARTOLOMÉ: Fuerza era
que contra la humanidad
te declarases, porque ella
fue en tu primera ojeriza
asunto de tu soberbia.
Ya te he conocido; di,
forma el silogismo, empieza.
DEMONIO: Quien dice que hay sólo un dios
en tres personas y prueba
que éstas son el Padre, el Hijo
y el Espíritu, da muestra
que no hay más dios.
BARTOLOMÉ: Es verdad.
DEMONIO: Pues contra ti mismo enseñas
que Cristo es Dios verdadero.
Cristo es persona diversa;
luego son los dioses dos
o Cristo no es dios, o aquesas
personas, si es dios, son cuatro.
BARTOLOMÉ: Distingo la consecuencia;
que las personas sean tres
concedo; que una no sea
de ellas Cristo niego.
DEMONIO: Pruebo;
Cristo "ungido" manifiesta,
que es humanidad.
BARTOLOMÉ: Concedo
la mayor.
DEMONIO: Dios es eterna
divinidad.
BARTOLOMÉ: La menor
concedo.
DEMONIO: Luego evidencia
es que divino y humano,
que son distancias diversas,
implican contradicción.
BARTOLOMÉ: No es. Niego la consecuencia;
que el Hijo, que es de las tres
segunda persona eterna,
es Dios y hombre verdadero.
DEMONIO: ¿Hombre y Dios?
BARTOLOMÉ: Sí. ¡Aguarda, espera!
DEMONIO: Hombre es, pues fue concebido
de humana naturaleza.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues divinidad
y humanidad une y mezcla.
DEMONIO: Hombre es, pues su misma madre
conoce de Adán la deuda.

BARTOLOMÉ: Y Dios, pues al elegirla
de la culpa la preserva.
DEMONIO: Hombre es, pues ella en efecto
en sus entrañas le engendra.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues su encarnación
sin obra es de varón hecha.
DEMONIO: Hombre es, pues de ella nace,
tomando su carne mesma.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues queda en el parto
antes y después doncella.
DEMONIO: Hombre es, pues sujeto nace
del tiempo a las inclemencias.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que los pastores
y tres reyes le veneran.
DEMONIO: Hombre es, pues sus padres le
pierden del templo a la puerta.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues dentro le hallaron,
leyendo divinas ciencias.
DEMONIO: Hombre es, pues de temor huye
a Egipto y su patria deja.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues derriba huyendo
cuantos ídolos encuentra.
DEMONIO: Hombre es, pues en el desierto
la hambre y sed le atormentan.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues cuarenta días
les pudo hacer resistencia.
DEMONIO: Hombre es, pues que se le atreven
a tentar con duras piedras.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues con una voz
tres tentaciones ahuyenta.
DEMONIO: Hombre es, pues de hombres se vale,
y ésos de suma pobreza.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que la humildad
elige por compañera.
DEMONIO: Hombre es, pues uno de doce
trata de ponerle en venta.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues aun a ese mismo
lava y consigo le asienta.
DEMONIO: Hombre es, pues sentencia oye
de muerte, y no la remedia.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues, por darnos vida,
se dispone a esa sentencia.
DEMONIO: Hombre es, pues en una cruz
clavado padece afrentas.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues el perdón pide
de los que le han puesto en ella.
DEMONIO: Hombre es, pues espira y muere.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues muriendo deja
vencida la muerte, y hacen
sentimiento cielo y tierra.
DEMONIO: Hombre es, pues desamparado
el cuerpo cadáver queda.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues de los infiernos
baja a quebrantar las puertas.
DEMONIO: Hombre es, pues de hombre dejó
en el mundo tantas prendas.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que Dios y hombre
en los cielos vive y reina,
de donde vivos y muertos
vendrá a juzgar.

Cae el DEMONIO a los pies de BARTOLOMÉ

DEMONIO: ¡Cesa, cesa!
Que ya sé que hombre y Dios
está sentado a la diestra
del padre, hasta que por fuego
a juzgar el siglo venga.
BARTOLOMÉ: Pues si tú mismo, tú mismo
lo publicas y confiesas,
después que mudo en la estatua
quedaste por mi obediencia,
ella postrada también
a mi voz caiga y descienda;
no tenga altares estatua
que manda Dios que perezca.

Húndese el altar con el ídolo y se descubre LIRÓN

LIRÓN: Cierto que so desgraciado
dios, por do bajar quijera;
pero echaréme a rodar,
y de su mano me tenga
el dios que esté más a mano.

Échase a rodar, y vase

CEUSIS: ¡Que esto los cielos consientan!
TODOS: ¡Viva Cristo! ¡Cristo viva!
BARTOLOMÉ: Viendo, Señor, tus grandezas,
tus maravillas y asombros,
¿quién no se rinde y sujeta?
DEMONIO: Ni me sujeto ni rindo,
Bartolomé, pues me queda
otra viva estatua en quien
puedo hacerte mayor guerra
que la que me has hecho. Dueño
soy de Irene; y así de ella
no podrás echarme, pues
posesión me dio ella mesma.
BARTOLOMÉ: Tú no pudiste adquirir
posesión segura y cierta
de Irene, cuyo albedrío
puede mejorar la senda.
DEMONIO: Ya, mediante la justicia,
es mía, y tengo licencia
de Dios para que del pacto
así el castigo padezca.
BARTOLOMÉ: Aunque la dé su justicia,
la quitará su clemencia.
DEMONIO: En tanto podré en su pecho
mover bandos, armar guerras,
pervertir buenos intentos,
alentar acciones fieras,
sembrar cizañas y errores.

BARTOLOMÉ: No tanto bien te prometas,
pues sabes que sus secretos
te ponen unas cadenas
a que siempre estés atado.
DEMONIO: Tal vez podré, aunque ellas sean
las cadenas del demonio,
quebrantarlas y romperlas.

TERCER ACTO

Sale el REY, y un CRIADO, quien trae en una fuente una púrpura y un cetro

REY: ¿Llamaste ya al extranjero,
como mandé?
CRIADO 1: Sí, señor.

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: Y yo, a tu voz obediente,
humilde a tus pies estoy.

REY: Alza del suelo, a mis brazos
llega, y oye la razón
que a llamarte me ha movido.
BARTOLOMÉ: Para que sepas que estoy
capaz de ella, ¿quieres tú
que a ti te la diga yo?
REY: ¿Cómo puedes tú saber
mi oculta imaginación?
BARTOLOMÉ: Como esos favores debo
a la piedad de mi Dios.
REY: Di.
BARTOLOMÉ: Destruyendo las aras
de tu falsa adoración,
cayó en tierra hecho pedazos
el ídolo de Astarot.
Alborotóse tu pueblo
y, con despecho y furor,
como si tuvieran culpa,
los sacerdotes hirió
de tu templo, cuyo estrago
pasara a incendio mayor,
si Irene, tu hija, tomando
de los ídolos la acción,
no se pusiera delante,
cuyo respeto y temor
bastó a parar el tumulto,
pero a deshacerle no.
Ceusis, siguiendo de aquella
parcialidad el error,
en defensa de sus dioses,
al lado de Irene, dio
aliento a sus cobardías,
al tiempo que con mejor
acuerdo iba Licanoro
publicando al nuevo Dios.
Encontráronse los bandos.
¿Quién nunca hasta entonces vio
que a la vista de su rey
batalla se diese atroz,
donde era fuerza que fuese
con equívoca facción
el vencedor el vencido,
y el vencido el vencedor?
Irene, en medio de todos,
era el rayo, era el furor
de sus iras, cuando, al tiempo
que ya uno y otro escuadrón
se embestían, los detuvo
lo tremendo de su voz.
"¡Ay infelice de mí!"
dijo, y rendida cayó
en la tierra, cuyo pasmo,
cuyo asombro, cuyo horror
suspenso dejó al amago
y absorta a la ejecución;
en cuya neutralidad
se ha conservado hasta hoy.
Retiráronla, y apenas
volvió en sí, cuando volvió
tan furiosa que no hay

lazo, cadena, prisión
que no rompa y despedace,
y con despecho y furor
delirios son cuantos dice,
locuras cuanto hace son.
Tú, viendo tu reino todo
en tan mísera aflicción,
tus dos sobrinos opuestos,
y loca Irene, estás hoy,
no sin causa, persuadido
a que ya el cielo cumplió
del hado las amenazas,
que fueron de su opresión
causa, pues por ella ha sido
todo llanto y confusión,
todo ruinas, todo muertes,
todo asombro, todo horror.
Y así me enviaste a llamar,
pareciéndote que yo
puedo remediar a un tiempo
su desdicha y tu dolor.

REY: Es verdad; de ti no más,
según admirado estoy
de oír los prodigios tuyos,
fiar quiero de mi pasión
la esperanza, y por ponerte
en mayor obligación,
quiero que en mi reino seas
mi privanza desde hoy,
y que, siendo muy amigos,
con más paz, con más amor
y más blandura me enseñes
la doctrina de tu Dios.

Salen CEUSIS y LICANORO por dos lados

LICANORO: (Cielos, ¿qué es esto que oigo?) **Aparte**
CEUSIS: (¿Qué es lo que mirando estoy?) **Aparte**
LICANORO: (¿El rey le habla afable?) **Aparte**
CEUSIS: (¿El rey **Aparte**
le honra?)
LICANORO: (¡Qué dicha!) **Aparte**
CEUSIS: (¡Qué horror!) **Aparte**

REY: Y así, en tanto que da el tiempo
a esta plática ocasión,
quiero que en mi corte seas
y en mis reinos otro yo,
y en muestra de la verdad,
estas insignias que son
púrpura, corona y cetro,
te ofrezco. De ellas dispón
a tu arbitrio y, desnudando
la túnica que vistió
tu humildad, aquesta real
púrpura viste.

BARTOLOMÉ: Eso no.
Los apóstoles de Cristo,
los discípulos de Dios
no a medrar, no a enriquecer

peregrinamos, señor;
a sólo adquirir venimos
almas; ellas solas son
nuestro triunfo, nuestro aplauso,
nuestra fama y nuestro honor.
Y así, con aquesta humilde
ropa más honrado estoy
y más galán que estuviera
con la púrpura mejor;
porque sé que es toda ella
majestad y ostentación,
vanidad de vanidades;
siendo la vida una flor
que con el sol amanece
y fallece con el sol.

LICANORO: (¡Qué generoso desprecio!) **Aparte**

CEUSIS: (¡Qué hipócrita pretensión!) **Aparte**

REY: Ya que la púrpura real
desprecias, por vencedor
de aquesta pasada lid,
ciñe el sacro laurel.

LICANORO: Yo
seré el primero que acuda
a servirte en esta acción.

CEUSIS: Yo el primero que a estorbarlo
acuda también; que no
es bien que un advenedizo
sea capaz de tanto honor.

LICANORO: Suelta, Ceusis, el laurel.

CEUSIS: Suéltale tú, pues mejor
estará en mis manos.

Cae

Pero
áspides en su valor
hay ocultos para mí.

LICANORO: Suelta, que para mí no.

BARTOLOMÉ: Es verdad; pues tú serás
quien le goce de los dos.

CEUSIS: Temiera tus profecías,
cuando mirándome estoy
a tus pies, si no creyera
que encantos tus obras son.

San BARTOLOMÉ alza a CEUSIS

BARTOLOMÉ: Levanta ahora del suelo,
sin apurar más razón
de que tú andas por caer
y por levantarte yo.

REY: Pues ¿cómo en presencia mía
os atrevéis...?

LICANORO: Yo, señor,
¿en qué te ofendo, si acudo
a tu misma pretensión?

CEUSIS: Menos te ofendo yo, pues
cuidando de tu opinión,

te estorbo acción tan indigna.
LICANORO: ¿Indigna llamas la acción
de honrar a quien nos ha dado
noticias de un solo Dios?
CEUSIS: Sí; pues de los demás dioses
viene a infamar el honor.
REY: No te opongas a mi gusto,
Ceusis; y tú, Licanoro,
el sacro laurel le ciñe
en nombre mío.
BARTOLOMÉ: Aunque estoy
al cielo reconocido
y agradecido al amor,
licencia de no admitirle
me has de dar; y porque no
pienses que esto es excusarme
de no servirte, te doy
la palabra de que a Irene
verás libre del furor
que la aflige y atormenta.

Sale IRENE furiosa

IRENE: Pues ¿qué poder tenéis vos
para darme a mí salud?
BARTOLOMÉ: El que me ha dado mi Dios.
IRENE: Mucho me huelgo de oír
que tan buen médico sois,
pero curad otros males
que tengan remedio, y no
el mío, que no le tiene
mientras que Dios fuere Dios.
REY: Extrañas locuras dice.
LICANORO: ¡Qué lástima, qué dolor!
IRENE: ¿Qué hay por acá, padre honrado?
¡Cuál vuestra imaginación
anda!
REY: Que estáis loca ahora
creo con más ocasión
porque dicen que verdades
dicen los locos.
IRENE: Pues yo
más para decir mentiras,
que no verdades, estoy.--
¿También los dos por acá
estáis? ¿Cómo va de amor?
LICANORO: Mal, viendo en ti mi desdicha.
CEUSIS: Bien, viendo en ti mi pasión.
IRENE: ¿Oís, buen viejo? Ved qué os digo;
estimad mucho a los dos;
mirad que entrambos me quieren
y a entrambos los quiero yo;
mas con una diferencia,
que a éste le quiero mejor
porque sé que éste es más mío;
pero es tal mi inclinación
que, por saber que éste está
seguro y aquéste no,
habéis de ver que a éste dejo

y tras esotro me voy.
LICANORO: ¡Que haya razón para celos
aun adonde no hay razón!
CEUSIS: Pues tome el favor quien sabe
que aun es locura el favor.
REY: De este delirio que ves
padece la sujeción;
y está ahora aun más templada
que otras veces; pues me dio
la palabra de librarla
tu verdad o tu valor,
duélete de ella y de mí.
BARTOLOMÉ: Dame tu amparo, mi Dios,
contra tu mismo enemigo.
CEUSIS: ¡Que se rinda tu valor
a tan loca confianza!
LICANORO: Si obra el cielo, ¿por qué no
quieres que alcance victoria?
BARTOLOMÉ: ¿Podré en tu nombre, Señor,
entrar en esta lid?

Dentro MÚSICA

MÚSICA: Sí.
BARTOLOMÉ: ¿Vencerá el demonio?
MÚSICA: No.
BARTOLOMÉ: Luego en esta confianza
que me da tu inspiración,
bien podré atreverme.
MÚSICA: Bien.
BARTOLOMÉ: ¿Quién será en mi ayuda?
MÚSICA: Dios.
BARTOLOMÉ: Pues si Él me ayuda, ¿qué temo?--
¡Irene, Irene!
IRENE: A tu voz
otra yo dentro de mí
parece que estremeció
mis sentidos. ¿Qué me quieres?
Que el verte me da temor.
BARTOLOMÉ: Que en este báculo adores
la cruz que en él está.
IRENE: ¿Yo?
¿Yo adorar en un madero
que es del hombre redención,
de Dios la figura, habiendo
no adorado al mismo Dios?
BARTOLOMÉ: Ya el torpe espíritu de
su lengua se apoderó
y habla en ella.
IRENE: ¡Quita, quita!
Y no te me acerques, no,
si no quieres que, arrancando
pedazos del corazón
de esta infelice mujer,
te los tire.
REY: Ya volvió
a su furiosa locura.
LICANORO: ¡Qué lástima, qué dolor!
IRENE: ¡Huid todos, huïd de mí!

REY: ¡Tenedla!
LICANORO: Es tal su furor
que no es posible.
BARTOLOMÉ: Sí es.
CEUSIS: ¿Quién será bastante?
BARTOLOMÉ: Yo.--
Rebelde espíritu que,
por divina permisión,
este sujeto atormentas,
da la humilde adoración
a aquesta sagrada insignia.
IRENE: No quiero; y pues en mejor
estatua asisto ¿qué quieres?
Déjame, en mi centro estoy;
pues es centro del demonio
el pecho del pecador.
Déjame, Bartolomé,
déjame en mi posesión.
BARTOLOMÉ: Tú no pudiste adquirirla.
IRENE: Sí puedo; ella me la dio
en vida, en muerte y en alma
y en cuerpo.
BARTOLOMÉ: Todo es de Dios,
y no pudo enajenarlo.
IRENE: Sí pudo, puesto que usó
de su albedrío.
BARTOLOMÉ: También
usa de él para el perdón.
IRENE: No le pide.
BARTOLOMÉ: Sí le pide.
IRENE: Ni le ha de pedir; que yo
la embargaré los alientos.
REY: ¿Quién tan nuevo caso vio
que hable ella y no sea ella?
BARTOLOMÉ: En el nombre del Señor
te mando que te retires
a la extremidad menor
de un cabello, y libre dejes
lengua, alma, discurso y voz.
IRENE: ¡Ah, con qué poder me mandas!
BARTOLOMÉ: ¡Irene!
IRENE: ¿Quién llama?
BARTOLOMÉ: Yo.
¿Cómo te sientes, señora?
IRENE: Siéntome mucho mejor;
que parece que me falta
un áspid del corazón.
BARTOLOMÉ: ¿A quién el alma y la vida
has ofrecido?
IRENE: A Astarot
la ofrecí, cuando ignoraba
los prodigios de tu Dios.
BARTOLOMÉ: ¿No te pesa?
IRENE: Sí me pesa;
mas no me arrepiento, no;
que no puedo arrepentirme
de ningún delito yo.
BARTOLOMÉ: Tarde volviste a ocupar
el instrumento veloz
de su lengua.

IRENE: Nunca tardo.
Asiento y lugar me dio
la lengua de la mujer,
si yo la mentira soy.
CEUSIS: Ya a su primer fuerza vuelve.
Miren si convaleció.
BARTOLOMÉ: Supuesto que ya no es tuyo
después que se arrepintió,
de este cuerpo miserable
deja la dura opresión.
IRENE: Quita, quita aquesa cruz;
que ya me voy, ya me voy
a la cumbre de aquel monte,
desde donde mi furor
trastornará sus peñascos
sobre toda esta región.
BARTOLOMÉ: Sin hacer daño ninguno
en desierto, en población,
en personas, en ganados,
en mies, en fruto ni en flor,
desampara esta criatura.
IRENE: Ya te obedezco, pues no
puedo romper las cadenas
que por ti me pone Dios.--
¡Ay infelice de mí!
REY: Muerta en la tierra cayó.
LICANORO: ¡Qué lástima!
CEUSIS: Mira ahora
si encantos sus obras son.
LICANORO: ¡Gran señora! ¡Prima! ¡Irene!
IRENE: ¿Quién me llama? ¿Dónde estoy?
¡Qué de cosas han pasado
por mí! ¿No estaba ahora yo
animando los parciales
de los bandos de Astarot?
REY: Ya ha muchos días que eso,
Irene, te sucedió.
IRENE: Luego ¿he vivido sin mí
todo ese tiempo? ¡Oh qué error
tan grande ha sido ignorar
tanta verdad hasta hoy
de otra nueva ley! Supuesto
que se ha cumplido en lo atroz
de mi vida, en lo piadoso
se cumpla. Cristo es el Dios
verdadero.
REY: ¡Cristo viva!
Yo le ofrezco adoración.
LICANORO: Yo templo y aras.

Vase

IRENE: Yo altares
y sacrificios.
CEUSIS: Yo no,
sino rayo desde aquí
ser de su persecución.
REY: Ven tú conmigo, y al punto
se dé en mi corte un pregón

que muera por traidor quien
no dijere en alta voz,
"Cristo es el Dios verdadero,
Cristo es verdadero Dios."

Vanse todos menos CEUSIS

CEUSIS: ¡Cielo! ¿qué es esto que escucho?
Mas celos diré mejor,
supuesto que cielo y celos
mis dos enemigos son.
Saldréme al campo a dar voces
a solas con mi dolor.
¡Que pueda tanto un encanto!
Pues ¿no bastó, no bastó
deshacer los simulacros
de mi antigua religión
sino quitarme también
la esperanza de mi amor?
¿Qué venganza mi tormento,
qué castigo mi dolor
tomará de este tirano?
¿Quién le dará a mi rencor
alivio? ¿Quién me dirá
cómo he de vengarme?

Dentro el DEMONIO

DEMONIO: Yo.
CEUSIS: Errada voz que los vientos
discurres y con veloz
acento me atemorizas,
¿qué es del cuerpo de esta voz?
¿De esto que yo te dije eres
sombra acaso o ilusión
de mi ciega fantasía?
¿Tú, qué me respondes?
DEMONIO: No.

Aparece el DEMONIO atado con una cadena

CEUSIS: Pues ¿dónde estás?
DEMONIO: En el centro
de aqueste peñasco estoy.
CEUSIS: Deja, deja el duro espacio
de esa lóbrega prisión.
DEMONIO: No puedo; que aprisionado
con una cadena atroz
de fuego que me atormenta
me miro; y así...
CEUSIS: ¡Qué horror!
DEMONIO: Acércate a mí, pues que
a ti no me acerco yo.
CEUSIS: No pudiéndose extender
tu corta jurisdicción,
¿puedes ayudarme?

DEMONIO: Sí;
porque tiene el pecador
en su albedrío tal vez
más ancha la permisión
que yo, pues puede acercarse
él a mí, pero yo a él no.
CEUSIS: Pues, siendo así, yo me acerco.
¿Quién eres?
DEMONIO: Decir quién soy
no importa; basta saber
que soy quien a tu dolor
puede dar alivio.
CEUSIS: ¿Cómo?
DEMONIO: Oye atento.
CEUSIS: Ya lo estoy.
DEMONIO: En el reino de Astiages
están foragidos hoy
algunos de los ministros
de Astarot. Ve allá y dispón
tu venganza y su venganza.
Y, para poder mejor,
harás que a llamar le envíe
tu padre, a tu persuasión,
a este galileo, diciendo
que sus prodigios oyó,
y que quiere que en la corte
se admita su religión;
y, en yendo allá, dadle muerte,
con que cesará el error
de sus encantos, volviendo
a su antigua adoración
los dioses, y tú podrás,
desenojado Astarot,
gozar a Irene.
CEUSIS: Bien dices.
¡Oh quién pudiera veloz
cortar el aire!
DEMONIO: Yo haré
que a tu corte llegues hoy.
CEUSIS: ¿Cómo?
DEMONIO: Toma aquesa antorcha;
que con ella exhalación
serás del viento.
CEUSIS: ¡Ay de ti,
Bartolomé! Que ya voy,
rayo contra ti flechado,
a ser tu persecución!

Toma una hacha encendida y vuela

DEMONIO: Pues para que en todo sea
igual nuestra oposición,
ya que no puedo seguirle,
porque encarcelado estoy,
música también se escuche,
diciendo en sonora voz,
a pesar del cielo...

Cantan

DEMONIO y MÚSICA: ¡Viva
el ídolo de Astarot!
DEMONIO: Aunque no esper[e] jamás
de que libre me veré,
¿dónde estás, Bartolomé?
¿Bartolomé, dónde estás?

Ven a desatarme, ven
de aquesta cadena dura,
para que pueda tomar
venganza de mis injurias.
¿Qué aplauso te desvanece,
qué vencimiento te ilustra
si peleas sin contrario
y sin enemigo luchas?
Atadas mis manos tienes
con el poder de que usa
Dios contigo; señal es
de cuánto temes mi furia.
Si no la temieras, no
te valieras de su justa
piedad; luego vence en ti,
no el valor, sino la industria.
Justifique Dios su causa
conmigo, y no me reduzca
a estrecha prisión, si hacer
pretende tu fama augusta.
Desate de mi garganta
este lazo que la anuda,
y entonces será victoria;
que, donde tuve mi suma
idolatría, sus aras
coloques y sostituyas.
Pero ¿qué voces ahora,
para más pena, se escuchan?

Dentro la MÚSICA. Cantan

MÚSICA: ¡Ay qué gran dicha!
Mas ¡ay qué ventura!
Que el iris divino
la paz nos anuncia.
DEMONIO: ¡Oh cuánto, cielos, oh cuánto
debéis de temer la lucha
última de los dos, pues
tanto--¡ay de mí!--lo rehusan
vuestras piedades! Si así
estoy, ¿qué mucho presuma
Bartolomé que hoy Armenia
a su nueva luz reduzca?
Desáteme Dios, verá
si son sus victorias muchas,
o alárgueme esta cadena,
si de verme vencer gusta.
Pero ¿qué miro? Parece
que a mi petición sus duras

argollas eslabonadas
se rompen, para que huya
de esta provincia, por más
que en ella la sombra impura
de mi error asiste, pues
ya el arco de paz la alumbra.
Y, pues Dios me da licencia
para que libre discurra,
yo haré que Bartolomé
no dilate más la suma
ley del Evangelio, dando
fin con la muerte que busca
a sus triunfos y victorias
con mis engaños y astucias.
Y, pues que ya en mi prisión
empezaron sus venturas,
en mi libertad comiencen
las persecuciones suyas.--

Vase. Sale por otra parte

¡Ah del ínclito seno
que tanta gente esconde,
víbora racional de mi veneno!
¿Todos me oyen y nadie me responde?
¿Tan poco el fuego de mi voz inflama?
¡Ah del monte otra vez!

Salen CEUSIS, el SACERDOTE y gente

SACERDOTE: ¿Quién va?
CEUSIS: ¿Quién llama?
DEMONIO: Quien viene desterrado
hoy de su patria bella,
porque a Cristo adorar no quiso en ella.
CEUSIS: Mal mis designios graves
te ocultaré, supuesto que los sabes.
Yo, rayo desatado
de gran mano, llegué donde, avisado
mi padre de sucesos tan extraños,
me dio palabra de enmendar sus daños.
A su hermano escribió que le enviara
a ese monstruo, porque comunicara
a su reino la luz de su doctrina
tan nueva, tan extraña y peregrina.
DEMONIO: Pues ya ha llegado el día,
Ceusis, de tu venganza y de la mía;
que, habiendo consagrado
los templos y la gente bautizado,
ya del rey despedido,
su reino deja, sin haber querido
que nadie le acompañe,
para que más su hipocresía le engañe.
A pie y solo camina
a tu corte--¡ay de mí!--donde imagina
sembrar de sus encantos
los sustos, los asombros, los espantos.
Mas ya llega. A este paso

todos os retirad, porque, si acaso
nos ve, puede ayudarse
de sus mágicas ciencias y ocultarse.

SACERDOTE: Dices bien.

Todos se retiran

DEMONIO: Pues yo llego,
hielo mis plantas son, mi pecho fuego.

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Felice yo que puedo
ver desde aquí, sin que me cause miedo,
de Astarot el engaño,
reducido y en salvo aquel rebaño!
¡Oh cuánto, Armenia bella,
debes a las piedades de tu estrella!
DEMONIO: (¡Con cuánto gusto va! Fervor le lleva; **Aparte**
pero primero que de aquí se mueva,
probará los rigores de mi saña.)
Oh tú, que aquesta bárbara montaña
discurres peregrino,
¿no me dirás por dónde es el camino?
BARTOLOMÉ: Sí diré; que mi celo
es enseñar caminos para el cielo.
¿Cuándo no andas perdido
tú, infelice?
DEMONIO: Luego ¿hasme conocido?
BARTOLOMÉ: Sí; pues que vengo ahora a hacerte guerra
y arrojarte también de aquesta tierra.
DEMONIO: No harás; que ahora sin miedo
te tengo yo donde vencerte puedo.
BARTOLOMÉ: ¿Tú vencer? ¿De qué suerte?
DEMONIO: De esta suerte;
llegad todos, llegad a darle muerte;
porque a mí irme conviene
a repetir la posesión de Irene.

Vase

BARTOLOMÉ: Si la fe vive en ella,
yo acudiré en ausencia a defendella.

Salen CEUSIS, el SACERDOTE y gente

CEUSIS: A tus plantas rendido
un acaso me tuvo, y ha querido
desagraviar el cielo injurias tantas,
trayéndote a que estés puesto a mis plantas.
BARTOLOMÉ: Sí; mas es con alguna
diferencia ese trueco de fortuna;
que tu soberbia altiva
fue allí la que a mis plantas te derriba,
y aquí, para que más mi triunfo arguyas,

es humildad quien me arrojó a las tuyas.
CEUSIS: Venid donde serán los justos cielos
testigos de mi celo y de mis celos.
BARTOLOMÉ: De nada desconfío.
Beber tu caliz ofrecí, Dios mío,
el fuego del amor que el pecho labra;
feliz voy a cumplirte la palabra.

Vanse. Sale LICANORO

LICANORO: En notable soledad
Bartolomé nos dejó;
mas el ver que le ausentó
el celo, amor y piedad
de llevar su nueva ley
a mi patria hacer pudiera
que yo consuelo tuviera.
¡Oh si ya mi padre el rey
admitiese esta verdad!
Al punto escribirle iré
en favor suyo, porqué
no quiere mi voluntad
que yo me aleje de aquí
un punto, sin que primero
a Irene vea, a quien quiero
más que al alma que la di.

Córrese una cortina, y aparece IRENE en un estrado dormida

Pero en su estrado dormida
está. ¡Ay, dulce hermoso dueño!
¿Quién sino tú hacer al sueño
pudo imagen de la vida?
No para ser homicida
de indicios hagas crisol;
y pues basta un arrebol
de tu cielo soberano,
¿para qué es, amor tirano,
tanta flecha y tanto sol?
Si, cuando sin alma estás,
estás, Irene, tan bella,
tú no vives más con ella,
mas con ella matas más.
Inútil muerte me das,
ya es tuyo mi corazón;
pues ¿para qué, Irene, son
nevando abriles y mayos,
tanta munición de rayos
y tanto severo arpón?

Lástima se me hace, cuando
tan blandamente descansa,
inquietarla. Ya vendré,
en escribiendo las cartas.

Vase y despierta IRENE

IRENE: ¿Quién anda aquí? Mas ¿mi esposo
no es quien salió de esta sala?
Pues ¿cómo--¡ay Dios!--sin hablarme
vuelve a mi amor las espaldas?
¡Esposo, señor, mi dueño!

Sale el DEMONIO

DEMONIO: ¿Qué me quieres?
IRENE: ¡Pena extraña!

Sale LICANORO, y quédase al paño

LICANORO: A la voz de Irene vuelvo.
Mas--¡ay de mí!--¿con quién habla?
DEMONIO: De ti pretendo saber
a quién, enemiga, llamas
señor y dueño que puedas
llamárselo con más causa?
IRENE: A quien lo es.
DEMONIO: Yo lo soy,
pues me diste la palabra
de que siempre serías mía.
LICANORO: (¡Cielos! ¿Qué escucho? ¡Ah, tirana!) **Aparte**
IRENE: Verdad es que te ofrecí
que te daría vida y alma
si me dabas libertad;
mas de esa deuda me saca
la nueva ley que profeso.
LICANORO: (Ella--¡desdicha tirana!-- **Aparte**
confiesa que le rindió
alma y vida.)
DEMONIO: En vano hallas
respuesta, pues aun lo mismo
que te disculpa te agravia.
¿Qué nueva ley pudo hacerte
no ser mía?
LICANORO: (Honor, ¿qué aguardas? **Aparte**
Mas--¡ay de mí!--que en tal pena
valor al valor le falta.)
IRENE: La ley de Bartolomé,
en cuya fe y confïanza
estoy de aquel pacto libre.
DEMONIO: ¡Calla, no prosigas, calla,
que ésta es la hora que a él
le rompen y despedazan
los verdugos de Astiages
el corazón, las entrañas,
viva imagen de la muerte!
Pues el pellejo le rasgan,
hasta que el sangriento filo
le divida la garganta.
¡Mira para tu socorro
si tienes buena esperanza!
LICANORO: (¡Cielos! ¿Otro dolor? Pues **Aparte**
el de los celos ¿no basta?)

DEMONIO: ¿No fuiste mía?
LICANORO: (¡Qué pena! **Aparte**
Mas ¿qué mi paciencia aguarda?)
¡Injusto, tirano dueño
de mi vida, honor y fama,
muere a mis manos!
DEMONIO: ¡Al cielo
pluguiera que fuera tanta
mi dicha que yo pudiera
morir! Mas ya que no alcanzan
victoria de esta mujer
por ahora mis venganzas,
dejarla en el ciego, el loco
poder de un celoso basta.

Vase

LICANORO: ¿Adónde de mi furor,
hombre o demonio, te escapas?
¿Eres de mis celos sombra?
IRENE: ¡Esposo, señor!
LICANORO: ¡Aparta!
Que tu amor y tu respeto,
u otra más oculta causa
que ignoro, en prisión del hielo
mis pies y mis manos ata,
para no darte la muerte.
IRENE: Pues ¿en qué te ofendo?
LICANORO: ¡Ah ingrata!
Si antiguo dueño tenías,
a quien la vida y el alma
ofreciste antes que a mí,
¿para qué, traidora, falsa,
ofendiste tanto amor,
burlaste fineza tanta?
IRENE: Verdad es...
LICANORO: ¿Que aun no lo niegas?
IRENE: ...que yo...
LICANORO: ¿Qué aun no lo recatas?
IRENE: ...ofrecí al dios de Astarot
alma y vida.
LICANORO: Calla, calla;
que el dios de Astarot no tiene
poder ya en vida ni en alma
para venirte a pedir
celos de mí. Tú me engañas.
IRENE: Verdad, Licanoro, digo.
Y si el irse--¡ay Dios!--no basta
de aquí invisible, daré
otro testigo que haga
más fe en mi crédito.
LICANORO: ¿Quién?
IRENE: Bartolomé, a cuya instancia
estoy de aquel pacto libre.
LICANORO: ¿No has escuchado, tirana,
que mi padre--¡ah dura pena!--
le dio muerte? En vano trazas
valerte de su noticia
tan aprisa.

IRENE: Mi fe es tanta
que aun muerto he de esperar
que tus dudas satisfaga.
LICANORO: ¿Cómo es posible, si ya
la cólera me desata
las manos, para que tome
de tus agravios venganza?
¡Muere pues!
IRENE: ¡Bartolomé,
tu amparo y favor me valga!

Saca LICANORO la espada y, al ir a herirla, cantan dentro y él se suspende

MÚSICA: *"A quien con fe le llama,*
siempre socorre y nunca desampara."

LICANORO: ¿Qué voces mi acción suspenden?
IRENE: Las que mi inocencia guardan.

Salen el REY, LESBIA, LIRÓN, un CRIADO y otro criados

REY: ¿Qué música es ésta, cielos,
que suspende y arrebata
los sentidos?
CRIADO: Todo el aire
se puebla de luces claras.
REY: Licanoro, ¿contra quién
desnuda traéis la espada?
LICANORO: Contra mí mismo primero
que contra quien la sacaba,
oyendo estas voces.
REY: Luego
¿oísteis las músicas varias?
LICANORO: Sí, señor. Y no eso sólo
nos admira y nos espanta,
sino el ver que allí una nube
hojas de púrpura y nácar
despliega, y un trono en ella,
sobre cuya ardiente basa,
triunfante Bartolomé,
los coros el viento rasgan.
Roja púrpura se viste,
y un monstruo trae a sus plantas,
a quien con una cadena
aprisionado acompaña.
Aladas divinas voces
dicen en cláusulas blandas...

MÚSICA: *"A quien con fe le llama,*
siempre socorre y nunca desampara."

En un trono se descubre BARTOLOMÉ, que trae al DEMONIO a los pies

BARTOLOMÉ: Feliz imperio de Armenia,

no sólo vuelvo a tu patria
en alas de serafines,
para que sepas la rara
crueldad que conmigo usaron,
habiéndome hecho mudara,
como culebra, el pellejo,
con ira y cólera extraña,
sino también para que
vivas, en mi confïanza,
seguro de que esta fiera,
que atada traigo a mis plantas,
no perturbará tu paz.
Éste es...

DEMONIO: Yo lo diré, calla;
porque quiero que me sirvan
de veneno mis palabras.
Yo soy el dios de Astarot,
yo el que tuvo vuestra patria
idólatra tantos años,
dándome adoración falsa.
De esta esclavitud el cielo
hoy por Bartolomé os saca,
alumbrándoos en la ley
evangélica de gracia.
Irene, que un tiempo fue
de mis engaños esclava,
ya está libre. Mas ¿qué mucho
que ella y todo el mundo salga
de mi esclavitud, si el cielo
con estas cadenas ata
mis fuerzas, dando poder
a su apóstol de cortarlas?

BARTOLOMÉ: Con esta declaración
pública que has hecho, baja
al abismo, mientras yo
a esferas subo más altas.

DEMONIO: Abra, para recibirme,
el infierno sus gargantas.

Húndese

BARTOLOMÉ: Y a mí sus puertas el cielo,
para recibir mi alma.

Vuela

REY: ¿Quién, a tan grandes prodigios,
no le rinde al cielo gracias?

LICANORO: ¿A quién quedarán recelos,
viendo verdades tan claras?

LESBIA: ¿Y quién, viendo que en su mano
Bartolomé santo enlaza
las cadenas del demonio,
contra él no le invoca y llama?
Dando fin a esta comedia,
perdonad sus muchas faltas.

LAS FORTUNAS DE ANDRÓMEDA Y PERSEO

Pedro Calderon de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **PERSEO**
- **BATO, villano**
- **GILOTE, villano**
- **RISELO, villano**
- **ERGASTO, villano**
- **CARDENIO**
- **DANAE**
- **POLÍDITES**
- **FINEO**
- **CELIO, criado**
- **LIDORO**
- **MEDUSA**
- **LIBIO, criado de Polídites**
- **LIBIA**
- **SIRENE**
- **PALAS**
- **MERCURIO**
- **ANDRÓMEDA**
- **MORFEO**
- **Las tres FURIAS**
- **JÚPITER**
- **JUNO**
- **La DISCORDIA**
- **El REY Cefeo, de Trinacria, viejo**
- **Una DUEÑA**
- **Cuatro DAMAS**
- **LAURA, dama de Andrómeda**
- **Seis NEREIDAS**
- **MÚSICOS**
- **CRIADOS**
- **VILLANOS**

JORNADA PRIMERA

Descúbrese el teatro de las caserías nevadas, dicen dentro y salen después BATO, GILOTE, ERGASTO y RISELO, villanos, [y tras ellos, sale PERSEO]

RISELO: ¡Huye, Gilote!
GILOTE: ¡Huye, Bato!
BATO: ¡Huye, Ergasto!
ERGASTO: ¡Huye, Riselo!
PERSEO: ¡Vive Júpiter, villanos,
que habéis morir!

Sale RISELO

RISELO: Los fresnos
me amparen.

Sale ERGASTO

ERGASTO: A mí los chopos.

Sale GILOTE

GILOTE: A mí los álamos negros.

Sale BATO

BATO: A mí las cepas y parras,
los pampanos y sarmientos,
árboles santos, pues siempre
por ermitas los encuentro.
GILOTE: El diabro mos trujo acá
este mochacho soberbio
para que mos mande a todos.
ERGASTO: Cuando los montes cubiertos
de nieve, tiene ateridos
la ancianidad del invierno,
es quando más solicita
llevarmos por juerza a ellos,
para que a sus caserías
le sirvamos los ogeos.
RISELO: Un lobo, que diz que anda
en la sierra, es el intento
con que hoy pretende llevarnos.
ERGASTO: ¿Lobo?
GILOTE: Sí.
BATO: No es lo peor eso.
RISELO: ¿Qué es?
BATO: Que el lobo es un perdido,
jugador, y mojeriego;
que a ser un lobo apricado
de estos que llaman caseros,

el primero huera yo
que huera donde él primero
se metiera en mis entrañas

GILOTE: Yo nieve ni lobo temo,
sino es que tan atrevido,
tan osado y tan resuelto
que un día me quixo entrar
en eso lóbrego seno,
funesta gruta sagrada
a la deidad de Morfeo,
donde siempre andan visiones.

ERGASTO: Nosotros mismos tenemos
la culpa de que mos trate
un rapaz con tanto imperio;
que, si hubiera entre nosotros,
aunque pesara a Cardenio
que por nieto le ha crïado,
uno que, osado y resuelto,
le diera a entender quién es,
a fe que tuviera menos
soberbia.

GILOTE: Muchos hubiera;
que si les dijeran eso,
quizá abajaran los bríos.

BATO: Decidme, para saberlo,
¿es cierto que si supiera
quién es, desde aquel momento
no diera los mojicones
que suele dar?

ERGASTO: Y tan cierto
que viviera desde allí
más humilde y más modesto,
sin atreverse a mirarnos
a las caras.

BATO: ¡Vive el cielo,
que lo ha de saber de mí
muy bien sabido! Pues puedo
decirlo mijor que todos
como testigo del cuento.
Una sola enfecultad
se me ofrece. He aquí que empiezo
la historia. ¿Basta empezarla
para que él se me esté quedo
y no se atreva a mirarme
a la cara?

GILOTE: No, por cierto,
porque la ha de saber toda.

BATO: Pues entre otro, que no quiero;
que, al principio de la hestoria,
vea donde va el intento
y, antes que ella llegue al fin,

llegue yo al fin.
ERGASTO: Para eso
habrá una traza.
BATO: ¿Qué traza?
GILOTE: Nosotros te le tendremos
de suerte que, aunque no quiera,
todo te lo escuche.
BATO: ¿Y luego?
LOS TRES: Luego seguro estás.
BATO: Manos
a la labor; que reviento
por decírselo en su cara
dónde y cómo y cuándo, a trueco
de que él no mire la mía

Sale PERSEO, vestido de villano

PERSEO: Villanos, ¿qué atrevimiento
es llamaros yo y hüir?
GILOTE: Como hacía tan mal tiempo,
rehusábamos ir al monte.
PERSEO: ¿Hácele para mí bueno?
Pues el que pasare yo,
bárbaros, viles, groseros,
no le pasaréis vosotros?
Venid conmigo.
BATO: ¡Qué presto
ha de bajar estos bríos!
PERSEO: Que seguir la fiera quiero
que escandaliza estos valles
con tantos robos sangrientos
de pastores y ganados.
Hoy se la he ofrecido al templo
de Júpiter que en las altas
cumbres del monte es opuesto
rebellín contra los rayos,
los relámpagos y truenos
que Acaya padece, a quien
yo no sé por qué secreto
aún más que todos adoro,
más que todos reverencio.
Siendo así, que no hay remota
provincia, apartado reino
que no envíe a consultarle
los arduos casos; y, puesto
que se la tengo ofrecida,
hoy su armada testa tengo
de clavar a sus umbrales.
Ven, Ergasto.
ERGASTO: Ya obedezco.

PERSEO: Ven, Gilote.
GILOTE: Ya voy yo.
PERSEO: No te escondas tú, Riselo.
RISELO: Ya voy tras ti.
PERSEO: Ven tú, Bato.
BATO: Déjame a mí, porque quiero
estodiar toda la hestoria.
PERSEO: ¿Qué historia?
BATO: Una que te tengo
de contar.
PERSEO: ¿A mí?
BATO: Sí.
PERSEO: Pues,
¿qué historia es?

Abrázanse los tres con él, [PERSEO]

LOS TRES: Agora es tiempo.
PERSEO: ¿Qué es esto? Pues, ¿cómo ansí
a mí os atrevéis.
GILOTE: Queremos
que sepas que no hay razón
de tratarnos con desprecio
no siendo mijor que todos.
ERGASTO: ¿Cómo mijor? ¡Ni aun tan bueno!
PERSEO: ¡Viven los cielos, villanos!
GILOTE: Bato, dile sus sucesos.
BATO: ¿Está bien tenido?
LOS TRES: Sí.
BATO: ¿Bien, bien?
GILOTE: Tan bien que no creo
que se escape de mis brazos.
ERGASTO: Yo aquesta mano le tengo.
RISELO: Yo, estotra.
BATO: Pues, finalmente
como digo de mi cuento:
PERSEO: ¡Que esto Júpiter permita!
BATO: Desvanecido mozuelo,
pisaverde de estos prados,
pisapardo de estos cerros,
¿quién te imaginas y piensas
que eres, para no tenernos
mochísima estimación
y mochísimo respeto?
¿Qué cosa es que cada día
mos trates como a tus negros
siendo tus brancos? ¿De qué
nace el desvanecimiento?
Si presumes que eres hijo
de la hija de Cardenio

nueso mayoral, te engañas;
ni ella es hija, ni tú nieto.
¿Va bien?

LOS TRES: Lindamente va.

PERSEO: ¡Que esto consientan los cielos!

BATO: Pues tenedle lindamente,
no se deslinde el intento.
Porque has de saber que un día,
alterado el mar, corriendo
fortuna, trujo un bajel
a la vista de este puerto
donde, encallando en los bajos,
que son Escilas del griego
piélago, del Negroponto,
fue escollo de algas cubierto.
Ni árbol, ni jarcia, ni vela
traía el buque y, presumiendo
que del deshecho del agua
era ojeriza del viento,
no causó más novedad
que la lástima de verlo;
hasta que unos pescadores
que, de la cólera huyendo
de Neptuno, a estas orillas
volvían a vela y remo
contaron que, al pasar cerca
de aquel derrotado leño,
habían escuchado humana
voz que en mísero lamento
favor pedía a los Dioses.
¿Va bien?

LOS DOS: Muy bien.

BATO: Pues, tenedlo
hasta la postrer palabra.

PERSEO: Ya no hay para qué, supuesto
que más que esta fuerza atado
me tiene esa voz suspenso.

BATO: Aplacó su saña el mar
y, en mirándole sereno,
la curiosidad llevó
a conocer si era cierto
que había gente, pescadores
y villanos. Uno de estos
fui yo y, abordando al vaso,
vimos una mujer dentro
con un infante en los brazos
que abrigándole en el pecho
sin tenerle ella, le daba
el calor y el alimento.
Ni otra persona ni señas
de haberla tenido vieron

nuestros ojos. La piedad
la sacó a la tierra...¡Tenedlo,
que parece que se escurre
y ya falta poco al cuento!

PERSEO: No temas que, aunque decirlo
no quieras, querré saberlo.

BATO: Entre cuanta gente, pues
a tierra sacó el suceso,
fue uno Cardenio y, movido
de ver el semblante bello
de la mujer que aún estaba
diciendo el delito honesto,
si ya no de la inocente
culpa, del infante tierno,
en su casa la albergó,
dándola el anciano viejo,
obrigado a su hermosura,
a su vertud y a su ingenio,
nombre de hija. Ésta es tu madre
y el infante tú. Y sopuesto
que nunca por buena fue
entregada al mar violento
con tan grande desamparo,
desabrigo y desconsuelo,
¿qué te persuade a pensar
que eres más que un extranjero
advenedizo pastor,
hijo vil de un adulterio
u de otra traición? Y así
trata desde hoy de no vermos
las caras, siendo desde hoy
más humilde y más modesto.

LOS TRES: ¿Tienes más que decir?

BATO: No.

GILOTE: Pues, cuidado; que le suelto.

ERGASTO: Y yo también.

RISEO: Y yo, y todo.

PERSEO: ¿Esto sufro? ¿Esto consiento
sin haceros mil pedazos?

LOS TRES: Vamos de su furia huyendo.

Vanse los tres

BATO: ¿Para qué si se ha de estar
quedito?

PERSEO: ¡Bárbaro, necio,
infame, loco, villano,
qué has tenido atrevimiento
para decirme en mi cara
mi desdicha!

BATO: ¡Estése quedo,
y trate de no mirarme
a la mía!
PERSEO: ¡Vive el cielo
que has de morir a mi mano!
BATO: Algo se me olvidó al cuento;
pues aún pega todavía.
¡Ay, que me mata!

Sale DANAE vestida de villana

DANAE: ¿Qué es esto?
PERSEO: Esto es vengar en quien no
tiene la culpa, tus yerros.
BATO: Tenle, señora, que está
más loco que antes y, habiendo
oídolo todo, aún no quiere
modesto ser. ¡Y es molesto!

Vase [BATO]

DANAE: ¿Siempre te tengo de hallar
altivo, sañudo y fiero?
PERSEO: ¿Razón tienes de reñirme,
cuando no sólo no serlo
mas ni aún atreverme a ver
al sol debiera, sabiendo
ya en tu fortuna mi agravio,
y en tu traición mi desprecio?
DANAE: ¿Qué dices? ¡Ay, infelice!
PERSEO: Que, ¿por qué el nativo seno
que a infame ser disponía
mi infelice nacimiento
no le hiciste mi sepulcro
abortándome primero
que darme a la luz del sol?
O, ¿por qué, ya que pariendo
víbora no reventaste,
[a] aquel derrotado leño
que fue mi primera cuna
no hiciste mi monumento?
¿Por qué, antes que abrigaran
las piedades de tus pechos,
no me arrojaste a las ondas?
Fuera mi desdicha menos,
muerto en el primer umbral
de la vida que no muerto
al baldón de unos villanos
que con todos tus sucesos

me han dado en rostro, notado
de advenedizo extranjero
pastor, hijo de un delito,
merecedor de aquel riesgo.

DANAE: ¡Ah, Perseo! Tu soberbia
en este trance te ha puesto;
que no fueran ellos libres
si tú no fueras soberbio.
Pocas veces el humilde
escucha baldones.

PERSEO: Luego,
¿razón tienen?

DANAE: Razón tienen.

PERSEO: ¿No lo niegas?

DANAE: No lo niego
porque contra la razón
no hay más razón que el silencio.

PERSEO: En fin, ¿que la tienen?

DANAE: Sí.

PERSEO: Pues ya que la tienen ellos,
tengámosla todos. Dime
quién soy y quién eres, puesto
que el presumir que soy más
hará tu delito menos.
Consuélame con que sepa
si lo que alguna vez pienso,
al mirar que no me viene
el corazón el el pecho,
es verdad; pues no hay latido
que dé que no sea diciendo
que no nació para verse
de tosco sayal cubierto.
Del extremo de una infamia
pasemos a otro; que a precio
de no ser villano vil
te perdono cualquier yerro.
Y, supuesto que no eres
humilde hija de Cardenio,
¿qué puedes ser que no sea
mejor? Dime, pues te ruego,
¿quién eres?

DANAE: No sé quién soy.

PERSEO: Pues, ¿quién fuiste?

DANAE: Eso sé menos.

PERSEO: ¿Quién fue mi padre?

DANAE: No sé.

PERSEO: ¿Por qué te echó airado y fiero
al mar?

DANAE: No lo sé tampoco.

PERSEO: ¿Soy noble?

DANAE: No sé.

PERSEO: ¿Qué es esto?
¿Nada sabes?
DANAE: No sé nada
y no me apures; que, puesto
que es secreto y soy mujer
y no lo digo, no debo
de poder decirlo. Y baste
ver un prodigio tan nuevo
como que en un pecho vivan
juntos mujer y secreto.
Pregúntaselo a los dioses.
Quizá, enternecidos ellos,
te responderán; que yo
sólo con el llanto puedo
decirte que hay soberano
poder que me obligue a esto.
PERSEO: ¿Por qué?
DANAE: Por guardar tu vida.
PERSEO: Yo desde aquí se la ofrezco
y, pues me mata el dudarlo,
haz que me mate el saberlo.
Háblame claro.
DANAE: Es en vano.
PERSEO: ¿Cómo?
DANAE: Como no me atrevo
ni aún a respirar.
PERSEO: ¿Quién cerra
tus labios?
DANAE: Poder supremo.
PERSEO: ¿De quién?
DANAE: De injusta deidad.
PERSEO: ¿Qué pudo obligarla?
DANAE: Celos.
PERSEO: ¿Celos?
DANAE: Sí.
PERSEO: ¡Ay de mí!
DANAE: ¿De qué
suspiras?
PERSEO: De que no tengo
ya apelación a no ser
hijo de delito, puesto
que no hay celos sin delito.
DANAE: Bien puede sin él haberlos.
(O ingrata deidad de Juno, **Aparte**
¿en qué confusión me has puesto?)
PERSEO: ¿Cómo?
DANAE: No sé.
PERSEO: ¿Al "no sé" vuelves?
DANAE: Tampoco sé dónde vuelvo.
Y déjame, no me aflijas;
que no puedo, que no puedo

decir más ni callar más.
(Grande Júpiter supremo, **Aparte**
ya que ocasionaste el daño,
acude con el remedio.)

Vase [DANAE]

PERSEO: ¡Oye, aguarda! Mas, ¡ay triste!
Que aunque seguirla pretendo,
no sé qué oculto poder
en viva estatua de hielo
me ha transformado quedando
sin alma, vida, ni aliento.
¡Oh, gran Júpiter, oh padre
de los hados! Mas, ¿qué es esto?
Al decir padre, no sé
qué no usado, qué violento
impulso me alborotó
el corazón acá dentro
como que le dan las llaves
de las cárceles del pecho.
Mas, si padre y hados dije
¿por qué juzgo, por qué pienso
que fue una voz y no otra
la que dio el latido, puesto
que de él no puedo ser hijo
ni de ellos dejar de serlo.
¡Oh, gran Júpiter, oh padre
de los hados y los tiempos!
Digo otra vez si a piedad
te ha movido algún lamento,
sirva de ejemplar al mío;
que yo a tus aras ofrezco
en víctima cuantas fieras
el monte contiene. Al ruego
te compadece de un triste
que náufrago de los vientos
navega a saber quién es
en alas de un devaneo;
que le persuade a que es más
cuando le dicen que es menos.
Y, pues mi madre lo calla,
dime tú si habrá consuelo
tal vez a mi duda.

Dentro la MÚSICA

MÚSICA: *"Sí."*
PERSEO: ¿Qué armonïosos acentos

oigo? ¿Si fue ilusión?

MÚ:SICA: *"No."*

PERSEO: Pues que ya en süaves ecos
oigo las voces que suelen
tener al aire suspenso
cuando alguna deidad pisa
la tierra, porque su acento
métricamente sonoro
suena más dulce que el nuestro,
con él he de hablar. ¡Oh tú,
deidad que escucho y no veo!
Si eres mi oráculo, dime,
¿quién soy?

MÚSICA: *"Tú lo sabrás presto."*

PERSEO: ¿Quién me lo ha de decir?

MÚSICA: *"Nadie."*

PERSEO: Pues, ¿cómo puede ser eso?
¿Decirlo, y nadie?

MÚSICA: *"Llegando..."*

PERSEO: Prosigue; que no te entiendo.

MÚSICA: *"A decirlo sin decirlo,*
y a saberlo sin saberlo."

PERSEO: "¿A decirlo sin decirlo,
y a saberlo sin saberlo?"
Ahora conozco --¡ay de mí!--
que es ilusión del deseo
la que me persuade a que
hablan conmigo los cielos;
que ellos no usaran confusos
enigmas, y más si atiendo
a que todos los espacios
del aire están tan serenos
que apenas pequeña nube

Empieza a salir una nube

se decubre en todos ellos
que Boreal carro triunfal
sea de sagrado dueño
de la voz, pues una sola,
que allá en el perfil postrero
del horizonte es apenas
fingida garza del viento,
no es capaz trono de hermosa
deidad. Mas con todo eso
preguntar quiero otra vez,
--¡Oh tu sonoroso estruendo,
háblame claro!

Dentro voces [primero] a una parte [y luego] a otra

VOZ: ¡To, to,
Barcino!
LIDORO: ¡A la cumbre!
FINEO: ¡Al puerto!
PERSEO: ¡Qué distinto voces ya
de las que escuché primero
responden! Pequeña tropa
allí, allí bajel pequeño,
el puerto y la población
buscando vienen, a tiempo
que de la parte del monte
cazadores, y monteros
salen también; pero a mí,
¿qué me importa todo esto
sino seguir a mi madre?
Y, pues que del rendimiento
tal vez se vale el rencor
humilde a sus plantas puesto,
solicitar que me diga
mi hado antes que llegue el tiempo.
PERSEO y
MÚSICA: *"A decirlo sin decirlo,*
y a saberlo sin saberlo."

Vase, y mientas la MÚSICA se repite con las voces de adentro, viene creciendo la nube hasta la mitad del tablado donde se ha de abrir. Véese en un trono MERCURIO con alas en el sombrero y en los pies, y el caduceo en la mano, y PALAS armada con una asta en la mano, y embrazado un escudo en que ha de estar un espejo, y bajan a tierra y desaparécese la nube. Voces suenan dentro

VOCES: ¡To, to! Melampo, Barcino!
POLÍDITES: ¡Al llano!
LIDORO: ¡A la cumbre!
FINEO: ¡Al puerto!

MÚSICA: *"A decirlo sin decirlo,*
y a saberlo sin saberlo."

PALAS: *"Ya, hermoso galán Mercurio,*
alado dios del ingenio
que has querido que, dejando
el sacro palacio excelso
de Júpiter nuestro padre,

la fértil tierra pisemos
de Acaya haciendo sus montes
volcanes de nieve y fuego,
dime, ¿qué intento te trae
a sus campos pretendiendo
que yo en ellos te acompañe?"

MERCURIO: *"Oye, y sabrás el intento*
ya que, porque no le alcance
el siempre sañudo ceño
de nuestra madrastra Juno,
contigo a estos montes vengo.
Ya sabes, hermosa Palas,
cuya beldad, cuyo acero
las almas rinde a su agrado
y las vidas a su esfuerzo,
que de Júpiter divino
hijo el infeliz Perseo,
hermano es nuestro. Y ya sabes
que, por temor de los celos
de Juno no le declara,
obligando sus depechos
a que en rústicos sayales
le deje vivir muriendo.
Yo, compadecido hoy,
de ver su ultraje, atendiendo
a que Júpiter quisiera
responder a sus lamentos
si aquella infausta deidad
de la Discordia, a quien dieron
las altiveces de Juno
en nuestro dosel asiento,
sus soberanas piedades
no embarazara, pretendo
que interesados los dos
solicitemos un medio
que, sin decirle quién es,
le diga quién es, haciendo
que ni le pene el dudarlo
ni le embanezca el saberlo."

PALAS: *"¿Qué medio puede ser ése?*
Que, como tú le des, quiero
yo ayudarle; que también
su mal, como hermana, siento."

MERCURIO: *"Yo le he de representar*
en las fantasmas de un sueño
toda su historia, con que
alentado a un mismo tiempo
y desconfïado viva
pues, ignorando y creyendo.
Ni aquello le tendrá humilde
ni estotro le hará soberbio;

que, viendo por una parte
quién es y por otra viendo
que no es, las cercanías
disfrazadas en los lejos,
le harán que intente labrarse
la fortuna, conociendo
que para cierto es engaño
lo que para engaño es cierto.
A este fin le he de llevar
con algún fingido objeto
que le arrebate tras sí
a la gruta de Morfeo
donde, entre confusas sombras,
ha de ver su nacimiento."

PALAS: *"Pues si has de fingir alguno,*
el más hermoso, el más bello,
que puede para fingido
prestarte lo verdadero
es Andrómeda."

MERCURIO: *"En su imagen*
transformado hablarle pienso.
Sola la dificultad
que resta es que, Juno viendo
el fin, no intente estorbarlo;
a cuyo advertido afecto
tú, Palas, mañosamente
la has de asistir, pretendiendo
apartarla la Discordia
de su lado aquel momento."

PALAS: *Yo te agradezco. No solo*
lo piadoso del afecto
pero también lo sutil
de la industria te agradezco.
Y, pues lo que a mí me toca,
para reparar los riesgos
del hado que le amenaza,
es divertir el inquieto
semblante de la Discordia
que a pesar de todo el cielo
conserva en el cielo Juno,
yo desde aquí te lo ofrezco
con ánimo; que, si no
basta mañoso el intento,
baste el valor a arrojarla
del no merecido asiento
a cuyo glorioso fin
sobre las alas del viento
otra vez a los umbrales
de nuestra alcázar me vuelvo."

MERCURIO: *"Pues yo en esta confïanza*
hoy en la tierra me quedo

a fingir una hermosura
y a representar un sueño."

PALAS: *"Pues queda en paz."*

MERCURIO: *"En paz partes*
porque llegue a un mismo tiempo."

LOS DOS: *"A decirlo sin decirlo,*
y a saberlo sin saberlo."

Vuela PALAS y vase MERCURIO. [Suenan voces] dentro

VOCES: ¡To, to! Melampo, Barcino.

POLÍDITES: Al valle.

LIDORO: Al campo.

FINEO: Al puerto.

Salen POLÍDITES y CRIADOS

POLÍDITES: Retírese la gente y no prosiga
la caza.

CRIADO: ¿Qué es, señor, lo que te obliga?

POLÍDITES: Habiéndome informado
la desvelada posta del cuidado
que asiste con afectos singulares
en guarda de estos montes y estos mares,
por esperar que un día
--si no miente la docta astrología--
ha de venir una beldad a ellos,
madre de un joven que ha de enriquecellos
de triunfos, de que el sol será testigo.
Habiéndome informado, otra vez digo,
la atenta centinela,
que vela el mar y la campaña vela,
que unos y otros espacios
ocupan de estos rústicos palacios
extranjeras naciones, cuya nueva,
hallándome cazando el que la lleva,
en el monte me dio, saber deseo
quién son.

Sale DANAE

DANAE: (Aquí a Perseo **Aparte**
en las dudas dejé de mi fortuna.
Vuelvo a buscarle por si acaso alguna
razón puede en mi honor asegurarle,
ya que posible no es desengañarle

porque sellan mis labios,
de Juno celos y de Jove agravios.)

POLÍDITES: Solicita informarte
de alguién.

CRIADO: Una villana hacia esta parte
viene.

POLÍDITES: Al ver perfección tan soberana
de una deidad en traje de villana,
decidme --¡ciego estoy a luz tan pura!--
prodigio de estos montes --¡qué hermosura!--
¿qué gente es la que ve vuestro horizonte
sulcar el golfo y discurrir el monte?

DANAE: Aunque decirlo quiera,
no me es posible, que de la ribera
ni de camino vengo.

POLÍDITES: Esperad.

DANAE: Haré mal si me detengo
porque en alcance voy de otro cuidado.

POLÍDITES: Ya no lo llevaréis pues le habéis dado.

DANAE: Eso es lo que no entiendo.

POLÍDITES: Bien fácil es; pues lo que yo pretendo
decir es, que si os lleva
un cuidado y le dais, será acción nueva
darle y quedar con él.

DANAE: ¿A quién le he dado?

POLÍDITES: A quien le tiene ya de haber mirado
vuestra rara belleza.

DANAE: Es error; que no puede mi tristeza
dar su cuidado a nadie, y bien lo pruebo,
pues no es el que tenéis como el que llevo.

POLÍDITES: ¿No es de amor?

DANAE: Bien podría
ser que lo fuese; pero no sería
posible que lo fuese
tal que mi amor al vuestro pareciese.
Quedad con Dios.

POLÍDITES: Oíd.

Sale PERSEO

PERSEO: ¿Qué es lo que veo?

DANAE: (A mal tiempo--¡ay de mí!--llegó Perseo.)
Aparte

PERSEO: Hidalgos cortesanos,
queda la lengua esté, quedas las manos...
(¡Un nuevo fuego en mis entrañas arde!) **Aparte**
...que tiene la zagala quien la guarde.

POLÍDITES: ¡Qué donairoso brío
de joven!

DANAE: Perdonad, que es hijo mío

y, crïado en aquestas caserías,
no sabe lo que son cortesanías.

POLÍDITES: ¿Hijo es vuestro, o hermano?

PERSEO: ¡Qué lisonjero chiste cortesano!
¡Hijo y muy hijo!

POLÍDITES: ¿Y es de aquesta aldea?

DANAE: Aquí nació.

POLÍDITES: ¡Feliz la patria sea
de una y otra hermosura soberana!
¿Cómo os llamáis?

DANAE: Dïana.

POLÍDITES: ¿Hija de quién?

PERSEO: ¿Quién vio preguntas tantas?
No le respondas más.

Sale CARDENIO, viejo y los villanos

CARDENIO: Dame tus plantas.

TODOS: Y a todos mos las dé.

BATO: No más que a vellas
que su merced se quedara con ellas.

POLÍDITES: Del suelo alzad.

CARDENIO: Habiéndome contado
vuestros monteros como habéis trocado
el bosque por la aldea,
vengo a saber, ¿qué dicha nuestra sea
la que aquí os ha traído?

POLÍDITES: Habiéndome informado que ha venido
por tierra y mar a aqueste puerto gente,
quise saber quién son.

CARDENIO: Pues facilmente
podrá informaros ella,
pues de tierra y de mar llegáis a vella.

DANAE: ¿Quién es, señor, aqueste caballero?

CARDENIO: El rey.

PERSEO: ¿Éste es el rey? Sin duda hoy muero.

Salen por una parte LIDORO y gente, y por otra FINEO y gente

LIDORO: Rústicos aldeanos,
decid...

FINEO: Decid, ilustres cortesanos...

LIDORO: ...¿por dónde de esta cumbre
antes podré vencer la pesadumbre?
(Pero, ¿qué es lo que miro?) **Aparte**

DANAE: (Lidoro es éste.) **Aparte**

LIDORO: (Justamente admiro **Aparte**
su hermosura y su seña.

Fuerza es callar, pues a callarme enseña.)

FINEO: Lo mismo mi deseo
os preguntara y, pues mi duda veo
en otros labios puesta,
satisfaga a los dos una respuesta.

POLÍDITES: Antes es bien que acuda
a dos dudas mi voz con una duda.
Quién sois saber pretendo
primero que os informe.

LIDORO: Yo siguiendo...
(Fuerza es disimular) ...voy la ventura
de la más infeliz, triste hermosura
que vio el sol, cuya mísera fatiga
a consultar a Júpiter me obliga.
No puedo detenerme ni hablar puedo.

FINEO: Yo tampoco; que pierdo, si me quedo,
el mejor temporal para volverme
al instante, que llegue a responderme
el oráculo a una
pregunta, hija también de otra fortuna.
Perdonad; que hoy sin responder me vaya.

CARDENIO: Ved que es el rey Polidites de Acaya
con quien habláis.

LIDORO: A vuestras plantas pido
me perdonéis.

FINEO: También a ellas rendido
me sirva de disculpa
saber que la ignorancia nunca es culpa.

POLÍDITES: Ya que sabéis quién soy, saber es fuerza
quién sois los dos.

FINEO: Aunque el efecto tuerza
de mi primer intento,
ley el respeto es. Escucha atento.

Casiopea de Trinacria,
hermosa infelice reina
--que las infelicidades
son lunar de las bellezas--
de Cefeo, amante suyo,
una hija tuvo tan bella
que afrentó con su hermosura
toda la naturaleza;
puesto que desconfïada
de hacer otra como ella
en sus excelencias mismas
apuró sus excelencias.
Creció Andrómeda--que éste
es su nombre--tan perfecta...
¿Pensarás que a decir voy
que no hay nadie que la vea

que no le enamore? Pues
tan al contrario lo piensa;
que no hay nadie que la mire
que la ame; que no deja
esperanzas para amarla
a nadie que llegue a verla.
Y ansí, en su primer instante
la voluntad más atenta
no es posible quedar viva
viendo su esperanza muerta.
Dígalo yo; pero eso
no es del caso. Casiopea,
mirando a Andrómeda un día
que a la orilla lisonjera
del Nereo festajada
de las hermosas Nereidas,
ninfas suyas, florecía
el oro de sus arenas
al contacto de sus plantas,
desvanecida y soberbia,
les dijo, "Decid a Venus,
marítima deidad vuestra,
que reina de la hermosura
no se entitule; pues llega
a ver que Andrómeda sola
hay que ese imperio merezca;
pues que ella sola debía
ser de la hermosura reina."
Ofendiéronse las ninfas;
que, en tocando a esta materia
de "más hermosa soy yo,"
no hay deidad que no lo sienta.
Sumergiéronse en las ondas
y, ofendidas por sí mesmas,
en voz de Venus pidieron
satisfacción de la ofensa.
Nereo, sagrado río
que en el mar gozoso entra,
sólo por ver si en el mar
con alguna espuma encuentra
de las que fueron de Venus
cuna, pues amante de ella
son sus lágrimas sus ondas,
sintió de fuerte la afrenta;
que en toda Trinacia quiso
vengarla y satisfacerla.
Marino monstruo escamado,
de cerúleas verdinegras
conchas, con pies y con alas
en sus bóvedas engendra,
de sus entrañas aborta,

y de sus senos revienta,
tan disforme que si nada,
tan tremendo que si vuela,
brama el aire y gime el mar
confundidos de manera
que no se sabe si es
aire o mar adonde llega;
pues escupidas las ondas
hace, cada vez que alienta,
que el mar se suba a las nubes
y el aire a las ondas venga
a ocupar aquel vacío,
haciendo la azul esfera
mil desiguales montañas
de nubes y de cavernas.
Éste, pues, fiero vestigio,
ésta, pues, marina bestia
con su saliva las aguas
de todo el río avenena,
con su anhélito inficiona
del monte plantas y hierbas
y de todos los ganados
el templado ambiente infesta.
A la orilla no es posible
llegar nadie que no sea
pasto suyo. No hay bajel
de cuantos al puerto llegan
que no zozobre a su vista
porque su estatura inmensa,
si se mueve es huracán,
escollo si se está queda.
De suerte que horror y susto
tienen a Trinacia hecha
sepultura de sí misma
en sed, hambre y pesta envuelta.
De varios ritos ha usado,
devota, la piedad nuestra,
sacrificándola a Venus
en sus altares diversas
víctimas pero ninguna
su sacra ojeriza templa.
Yo, que más interesado
que todos soy en su adversa
fortuna porque infelice
primo de Andrómeda bella
espero lograr su mano
siendo en tan gloriosa empresa
el no merecerla medio
de llegar a merecerla,
a Júpiter en su templo
que más antiguo celebra

la anciandidad de los siglos
que es ése, cuya eminencia
sobre la siempre nevada
cerviz de Acaya se asienta,
ofrecí un precioso don
que traigo conmigo en muestra
del voto. Y así te pido,
señor, que me des liciencia
para penetrar su cumbre
y saber de su respuesta
qué sacrificios a Venus
haremos con que se vea
su beldad desagraviada
y mi feliz patria exenta
de este monstruo que le aflige,
este susto que la cerca,
este pasmo que la asombra,
y este horror que la atormenta.

POLÍDITES: ¡Extraño caso!

DANAE: ¡Notable
prodigio!

PERSEO: ¡Rara extrañeza!
No porque haya un monstruo, cuanto
porque no haya quien lo venza.

LOS VILLANOS: ¿Quién de oírlo no se admira?

BATO: ¿Quién de escucharlo no tiembra?

LIDORO: Aunque de esta novedad
tan grande el extremo sea,
oye, señor, que no menos
extraña es la que me lleva
al templo también a mí
de Júpiter con la mesma
acción, si bien es la causa
en sus principios opuesta.
(¡Ay, Danae, no sé si al verte **Aparte**
palabras tendrá la lengua!)
Yace a la falda de aquel
monte africano que ostenta
sobre su cerviz el cielo,
bien que ya alguna experiencia
mostró que sólo un cuidado
aun más que sus rumbos pesa,
yace pues, digo, a su falda
una fábrica pequeña,
casa de camnpo a una parte
y a otra una intricada selva,
cuya varïado país
tiene siempre en competencia
de primores, aquí el arte,
y allí la naturaleza.

Ésta, pues, noble alquería
nativa cuna primera
fue de Medusa, beldad
tan sin ejemplar que apenas
le vendrán las alabanzas
que otro de Andrómeda cuenta,
bien que no tan venturosa,
cuya infelice experiencia
dice que es más su hermosura
cuanto es más triste su estrella.
Entre cuantas perfecciones
doró el cielo su belleza.
En la que más se esmeró
fue el cabello, cuyas hebras
hiló el sol entre sus rayos,
siendo su frente una esfera
que trenzada anochecía
porque amaneciese suelta.
Dígalo el efecto, pues
un día que a la ribera
[d]el mar a peinar salió
el rubio Ofir de sus trenzas,
envidioso al ver Neptuno
que el aire en su espacio tenga
más bello golfo de ondas,
cuyos piélagos navegan
en bajeles de marfil
conchas de nácar y perlas,
pasó la envidia a deseo
si ya no a codicia necia
de presumir que podía
enriquecer su soberbia
con el oro de otras Indias,
más ricas cuanto más cerca.
Amante pues, suyo no,
se valió de las finezas
de rendido; que el amor
de un poderoso no ruega
cuando puede la caricia
valerse de la violencia.
Y ansí, un día que la vio
en el templo de Minerva,
que a las orillas del mar
sobre sus rizos se asienta,
desatando de sus ondas
toda la saña violenta
para sus tranquilidades
se valió de sus tormentas.
El templo inundó y entre
el susto que a todos cerca,
el miedo que a todos turba,

el pavor que todos ciega,
reservando de Medusa
la soberana belleza,
por fuerza logró su amor.
Mas miente, miente mi lengua;
que aunque consigue, no logra
el que consigue por fuerza.
Minerva, ofendida al ver
los dos sacrílegas muestras
que a su templo y su decoro
hizo la ruina y la ofensa,
no pudiendo de él vengarse,
dispuso vengarse en ella;
que un rencor que en el culpado
no se satisface queda
siempre rencor hasta que
en el que puede se venga.
Y viendo que fue el cabello
causa de su amor primera,
las hebras que fueron de oro
trocó en rizadas culebras
cuyo veneno en los ojos
se comunica y se ceba,
tanto que a ninguno miran
que en tronco no le conviertan.
Rabiosa vive en los montes,
tan sañuda bandolera
de las vidas que no pasa
peregrino que no muera
a su vista, racional
basilisco de la selva.
Nadie se atreve a matarla
porque nadie que a ver llega
su rostro vive. Y porque
darla la muerte no puedan
dormida, sus dos hermanas
están en su guarda puestas
de suerte que cuando una
descansa la otra está en vela.
Con que es posible que
remedio este asombro tenga
si ya Júpiter sagrado
a quien yo traigo otra ofrenda
como príncipe que soy
de aquella Africana tierra
--bien que príncipe infelice
dado a fortunas adversas
tanto que si hablara de otras
no fuera la mayor ésta--
con su piedad no socorre,
con su poder no remedia,

este escándalo, esta ruina,
este estrago, esta violencia,
en sus oráculos dando
a mis preguntas respuesta
de cómo desenojar
a la deidad de Minerva
cuando libre mi patria
de desdichas y miseras,
ansias y calamidades,
iras, muertes y tragedias.

POLÍDITES: De vuestros raros sucesos
tanto me admiran las nuevas
que tengo de acompañaros
al templo por ver qué llega
Júpiter a responderos.
(Mas miento --¡Ay zagala bella!-- **Aparte**
por verte este rato más
no doy a la corte vuelta.)

Vase [POLÍDITES]

FINEO: Guárdete el cielo.

Vase [FINEO]

LIDORO: Tus plantas
beso. (¡Ay, Danae, quién pudiera **Aparte**
hablarte!)

Vase [LIDORO]

DANAE: (¡Quien por no verte, **Aparte**
Lidoro, ni que supieras
de mí, se hubiera anegado
en el mar!)

CARDENIO: Ven, Diana bella,
a ver Júpiter qué dice
en maravillas como éstas.

DANAE: Ven, Perseo.

Vase NISEA

PERSEO: Ya yo voy.

GILOTE: Ven, Bato.

BATO: Id vos norabuena
que yo no pienso ir allá.

ERGASTO: ¿Por qué?

BATO: Porque no quijera
ver nada que me acordase
de que hay monstruos y culebras
en el mundo; pues me basta
saber que hay suegros y suegras,
que hay cuñados y cuñadas,
que hay tíos, tías y viejas,
y viejos, y finalmente
que ay...
GILOTE: Di, ¿qué?
BATO: Dueños y dueñas.

Vanse [los villanos]

PERSEO: ¿Loco pensamiento mío,
que cuando ignoras quién eres
pasar temerarios quieres
de la duda al desvarío
adonde te lleva el brío
presumiendo, altivo y vano,
que uno y otro horror tirano
tú solo vencer podrás?
¿Si oyendo a un villano estás
que aun no eres un villano?
¿Quién de Trinacia venciera
el monstruo? Y de África, ¿quién
venciera el pasmo también?
¿Para qué nadie pudiera
decir que más que yo era?
Pues a quien se hace por sí
la fortuna es a quien vi
dar mayor estimación
que hijos de sus obras son
los hombres; mas...

Dentro [ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: ¡Ay de mí!
PERSEO: El "ay de mí" aquella roca
antes que yo pronunció.
No sin causa me quitó
el suspiro de la boca
pues es mi suerte tan poca
que ni aun suspirar merece
por el alivio que ofrece
el "ay" de un triste; y assí
no digo yo el...

Dentro [ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: ¡Ay de mí!
PERSEO: Oírse más cerca parece.
Mal haré si osado no
descubro cúya es la ira
que anticipada suspira
porque no suspire yo.

Sale ANDRÓMEDA de cazadora

ANDRÓMEDA: Si el cielo, oh joven, te dio
valor que desmienta el traje,
siendo de tu vida ultraje,
verse de sayal vestida,
procura amparar mi vida
de una fiera, antes que baje
de ese risco donde --¡ay cielos!
andando a caza la vi.
PERSEO: Cobra el aliento y de mí
fía, oh beldad, tus recelos
que no esos azules velos
en vano a mí te han traído.
ANDRÓMEDA: Que no me siga, te pido,
mientras yo escapo.
PERSEO: Eso no;
que mal podré vencer yo
dejándome tú vencido.
Si, mientras te dejo ir,
ella de esos montes baja
y en otra parte te ataja,
¿de qué te podré servir?
Y ansí, pues he de morir
en tu defensa, será
bien que no te deje ya
pues el riesgo de que huir quieres
está donde tu estuvieres
no donde la fiera está.
ANDRÓMEDA: Eso es querer que yo hoy
dé en un riesgo por huir,
de otro. Ni me has de seguir,
joven, ni saber quién soy.
Y ansí, mientras yo me voy,
buscar la fiera procura.
PERSEO: ¿No ves que será locura
de vario amor por hallar
a una fiera aventurar
el perder una hermosura?
Contigo he de ir pues contigo
va tu peligro.

ANDRÓMEDA: ¡Eso no!
Quédate.
PERSEO: Mal podré yo
acabarlo ya conmigo.
ANDRÓMEDA: Pues, sígueme.

Vase [ANDRÓMEDA]

PERSEO: Ya te sigo.

Vase [PERSEO, y hablan dentro dos versos]

ANDRÓMEDA: Si a volar te atreves, mas...
PERSEO: El viento se deja atrás.

Sale [ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: ¿Aún seguirme intentas?

Sale [PERSEO]

PERSEO: Sí.
ANDRÓMEDA: ¡Ay, infelice de ti;
que no sabes dónde vas!

Vase [ANDRÓMEDA]

PERSEO: Como vaya donde fueres
no temo infelicidad.

Dentro [ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: Ya que mi velocidad,
mísero joven, prefieres,

Sale [ANDRÓMEDA] y da vuelta

búscame si hallarme quieres
en esta gruta.
PERSEO: Aunque veo
que en la gruta de Morfeo
se ha entrado, tras ella voy.

Dentro [ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: Aquí me hallarás, pues soy
la sombra de tu deseo.

Vase [PERSEO] y salen en lo alto luchando PALAS y la DISCORDIA

DISCORDIA: No hallará, porque primero
le diré yo cuanto pasa
a Juno.
PALAS: *"Calla, Discordia."*
DISCORDIA: ¿Cuándo la Discordia calla?
¡Sagrada deidad de Juno!
PALAS: *"No prosigas."*
DISCORDIA: Suelta.
PALAS: *"Aparta.*
No has de hablar."
DISCORDIA: No he de callar.
Mira que en el cielo Palas
y que Mercurio en la tierra...
PALAS: *"Suspende la voz."*
DISCORDIA: Aguarda.
Por declarar el bastardo
hijo de Júpiter, andan
en oprobio de tus celos;
pues, si una vez le declaran
sabrá el mundo que no estima
tu mérito el que te agravia.
PALAS: *"Suspende la aleve lengua,*
mentida deidad, pues basta
que el acento de tu voz
sonando sin consonancia
diga quién eres sin que
lo diga también la saña
de tu siempre escandalosa
condición."
DISCORDIA: En vano tratas
que calle; y si, para esto
de Juno agora me apartas,
yo sabré volverme a ella.
PALAS: *"No harás; porque hasta que haya*
Mercurio el fin conseguido
que pretende, a cuya causa
con la bellísima imagen
de Andrómeda llevar traza
a la gruta de Morfeo
a Perseo, mi esperanza
te tendrá aquí."
DISCORDIA: Mal podrás.

PALAS: *"Mira."*
DISCORDIA: Suelta.
PALAS: *"Escucha."*
DISCORDIA: Aparta
o desde aquí daré voces.
PALAS: *"Pues mira; que, si no callas,*
te haré callar de otra suerte."
DISCORDIA: ¡Qué soberbia con las armas
que te dio Marte, rendido
a tu hermosura y tu gracia,
estás! Pero contra mí
ni escudos ni arneses bastan
porque, ¿qué puedes tú hacerme?
PALAS: *"Arrojarte de este alcázar."*
DISCORDIA: ¿Tú a mí?
PALAS: *"¡Yo a ti!"*
DISCORDIA: Pues si Juno
en él me conserva y guarda,
¿de qué suerte podrás tú
obligarme a que de él salga?
PALAS: *"¡De esta suerte! Recibid,*
montes, en vuestras entrañas
esta mentida deidad
que arroja del cielo Palas."
DISCORDIA: ¡Ay infelice de mí!
PALAS: *"Sigue, Mercurio, la instancia*
sin temor que la Discordia
ya de entre nosotros falta."

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Dicen dentro, a un lado PALAS, a otro MERCURIO, y a otro ANDRÓMEDA y PERSEO

PERSEO: Seguirte tengo, aunque te entres
al centro más pavoroso.
ANDÓMEDA: Aquí me hallarás, Perseo,
rayo y sombra, en humo y polvo.

Sale ANDRÓMEDA de una parte a otra y se entra y múdase todo el teatro al pasar con estos dos versos. ANDRÓMEDA y PERSEO tras ella, como que la ha perdido de vista, y lo que se descubre es la gruta del sueño y MORFEO, viejo venerable sobra unas hierbas de su significación, como son beleños y cipreses, y sale PERSEO

PERSEO: ¿Qué lóbrega estancia es ésta
en cuyos cóncavos hondos
delirios son cuantos veo,
fantasías cuantas toco?
¡Oh tú, caduca deidad
que con nombre de reposo
paréntesis de la vida,
eres la muerte del ocio!
Dime, si una sombra sigo,
¿cómo --¡ay, infelice!-- cómo
entre tantas no la encuentro
en sitio tan pavoroso?
Si aquí tras ella llegando...
--¡mas ay!-- que cuando te invoco
no ya los conceptos pero
aun las palabras no formo.
Recíbeme a tus umbrales
que ya a tus fuerzas me postro,
viva peña entre tus peñas,
vivo tronco entre tus troncos.

[Duérmese PERSEO y canta MORFEO]

MORFEO: *"Felice infelice joven,*
pues en un instante propio
eres de unos dios ceño
y eres cuidado de otros,
lo fiera de una deidad
temple de otra lo piadoso,
y quédese en mi silencio
informe el amor y el odio.
Quién eres has de saber,
y, en aquel instante proprio,
aún has de ignorar quién eres
viendo que no es nada todo."

[Habla PERSEO como entre sueños]

PERSEO: ¿Cómo es posible --¡ay de mí!--
que si yo una vez me informo,
vuelva a quedar con la duda?

MORFEO: *"Agora te diré cómo.*
Representadle ilusiones
su nacimiento, de modo
que le vea y que no sea
creído después de los otros."

Vase [MORFEO] y descúbrese el retrete con DANAE, vestida de dama y y una DUEÑA, y cuatro DAMAS con ella cantando [y sigue hablando PERSEO como entre sueños]

PERSEO: ¿Mi madre entre tantas reales
pompas, estrados y adornos?
¿Qué es esto, cielos?
DANAE: Cantad,
por si algún aliento cobro.
DUEÑA: Canten haciendo labor;
que bien puede hacerse todo.

Cantan

DAMAS: *"Ya no les pienso pedir*
más lágrimas a mis ojos
porque dicen que no pueden
llorar tanto y ver tan poco."

DANAE: Bien a la fortuna mía
corresponden letra y tono
pues lo que lloro y no veo
son mi consuelo y mi enojo.
Mi consuelo, pues no tienen
mis penas más desahogo
que el de la piedad y el llanto
que en estas prisiones formo,
y mi enojo, pues al ver
que de él el alivio gozo
le aborrezco de manera
que por no gozarle sólo...

DANAE y DAMAS: *"Ya no les pienso pedir*
más lágrimas a mis ojos."

DANAE: ¿Para qué, piadosos cielos
--si es, cielos, que sois piadosos--
en dar a un infeliz vida
quitáis de la vida el logro?
Si a vivir presa nací,
no nacer fuera más proprio;
que no es lisonja de un preso
el dorarle el calabozo.
Si para llorar sin ver
me habéis dejado los ojos,
para todo los quitad
o dádmelos para todo.
Ved que quejosos de mí
no quieren uno sin otro.

DANAE Y DAMAS: *"Porque dicen que no pueden*
llorar tanto y ver tan poco."

DANAE: ¿Qué delito cometí
para que tan riguroso
mi padre me la castigue?
Si enamorado Lidoro
de un retrato, a verme vino,
¿qué causa es de que celoso
tema tanto de su amor
y fíe de mi honor tan poco
que me prenda? Mas, ¡ay triste!
¿Para qué gimo ni lloro?
Cantad, cantad repitiendo
una y otra vez a coros.

Dentro música, y empieza a llover oro

COROS: *"El que adora imposibles llüeva oro*
que sin él nada se vence y con él todo."

DANAE: Oíd. ¿Qué nuevo acento es
el que por los aires oigo?
DAMA 1: No sé, señora, mas sé
que aún ése no es el asombro.
DANAE: ¿Pues qué?

DAMA 2: Que de la dorada
techumbre el artesón roto
se viene abajo, lloviendo
sobre nosotras el oro
que le esmaltaba.
DAMA 3: Es en vano,
que el que llueve a lo que noto;
es de más sagrada nube.
DAMA 4: Sea él fino, aunque es hermoso,
y venga como viniere.

Cogen todas [el oro]

DAMA 1: Sin duda que algún dios mozo,
recién heredado, quiere
aplausos de generoso
y echa el oro por ahí
que le dejó en patrimonio
el viejo dios de su padre.
DAMA 2: Coge, Laura."
DAMA 3: Ya yo cojo.

Desde hoy, senora, he de ser
de escaparate y biombo.

Vase

DAMA 4: Mañana hago treinta estrados
que ya cinco o seis son pocos.

Vase

DUEÑA: Yo el solar de la montaña
que fue de mi abuelo compro.

DAMA 1: Por vida de cuantos hay
que si mi dote recojo
y una vez rica me veo,
que no ha de gozarme esposo
letrado. Espada y guedeja
ha de ser mi matrimonio.

PERSEO: ¿Qué dulce sueño me tiene
aún más que dormido, absorto?

DANAE: ¿Qué prodigio es éste, cielo?

***Baja el águila y en ella JÚPITER,
vestido de Cupido***

JÚPITER: *"Ya yo a tus dudas respondo."*

Cantan dentro

*"El que adora imposibles llüeva oro;
que sin él nada se vence y con él todo."*

JÚPITER: *"Hermosísima beldad,
en cuyo divino rostro
por uso de lo desdichado
se ha vengado de los hermoso,
Favonio, el galán de Flora,
que es el que penetra sólo
tu alcázar porque no hay
alcaide para Favonio,
con sus flores me ha pintado
tus perfecciones, de modo
que a tu fama los oídos
se han rendido sin los ojos.
Y para llegar a verte
del aire mismo celoso
divirtiéndome las guardas*

aquesta lluvia dispongo."

Canta

"...el que adora imposibles llüeva oro;
que sin él nada se vence y con él todo."

DANAE: Alada deidad, ¿quién eres;
que tus señas desconozo;
que el oro, el ave y las alas
piensan uno y dicen otro.

Baja al tablado y vuela el águila

JÚPITER: "Júpiter soy aunque ves
que de las plumas me adorno
de Amor; que para llegar
a tu vista más dichoso
depuesto el ceño sagrado,
depuesto el semblante heroico
con que los rayos esgrimo
y los relámpagos formo,
liberal y hermoso quise
que me vieses, y así tomo
de la ave, de Cupido
la ala, y el metal de Apolo.
Si bien sólo esto bastara
que para llegar airoso
a los ojos de una dama,
no hay más gala que el soborno;"

Canta

"...el que adora imposibles llüeva oro;
que sin él nada se vence y con él todo."

DANAE: Si eres Jove, como dices,
y es fuerza que seas piadoso,
duélete de mí. No quieras
que de tu afecto amoroso
sea trofeo mi vida.
Decreto hay, que al punto propio
que entre aquí, aunque sea deidad,
me echen derrotada al golfo
del mar.

JÚPITER: *"Yo sabré ampararte*
cuando alguien te diere enojo.'

DANAE: ¿No es mejor no darle tú

que vengar que los dé otro?

Ásela [JÚPITER] de las manos

JÚPITER: *"¿Cuándo lo fue el rendimiento?"*
DANAE: Ahora lo es. ¡Cielos, socorro!
JÚPITER: *"Porque sus voces no escuchen,*
decidme conmigo vosotros..."

Canta

"...el que adora imposibles llüeva oro;
que sin él nada se vence y con él todo."

DANAE: Aunque los cientos confundas,
mi voz saldrá sobre todos.
¡Cielos, piedad; favor, cielos!
¡Socorro, dioses, socorro!

Cantan

MÚSICA: *"El que adora imposibles llüeva oro;*
que sin él nada se vence y con él todo."

Cúbrese toda la gruta de MORFEO y el retrete, y vuelve a quedarse la selva como antes estaba, con las caserías nevadas, quedando admirado PERSEO

PERSEO: ¡Oye, aguarda, escucha, espera!
¡Que aunque seas poderoso,
Júpiter, vengaré en ti
de mi madre! Mas, ¿qué loco
del sueño despierto? Pues
nada veo, nada oigo
de cuanto veía y oía.
¿No es éste aquel sitio propio
donde mentida ilusión
contra el sangriento destrozo
de una fiera, me pidió
favor? Sí, pues, como...

Sale DANAE, de villana

DANAE: ¿Cómo,
Perseo, cuando caminan
al templo llevados todos

de dos tan nuevos prodigios,
tú aquí te has quedado sólo?
A cuya causa a buscarte
como esposa y madre torno.

PERSEO: ¿Quién vio aquellas majestades
y ve estos sayales toscos?

DANAE: ¿Qué te suspende?

PERSEO: No sé.

DANAE: ¿Qué tienes?

PERSEO: No sé.

DANAE: ¿Qué ahogo
te aflige?

PERSEO: No sé.

DANAE: ¿Qué pena
lloras?

PERSEO: No lo sé tampoco.

DANAE: ¿Nada sabes?

PERSEO: No sé nada,
y pienso que lo sé todo.

DANAE: ¿Cómo?

PERSEO: No sé.

DANAE: ¿Al "no sé" vuelves?

PERSEO: Conmigo hiciste lo propio,
y déjame. No me apures
obligándome a que absorto
te pregunte, ¿qué se hicieron
tus galas y tus adornos,
tus faustos, tus majestades,
presa entre los reales solios
de un alcázar? Mas, ¿qué digo?
Mienten las voces que formo,
mienten los sueños que creo,
y las fantasmas que ignoro.

DANAE: Perseo, de cuanto has dicho
nada entiendo.

PERSEO: Yo tampoco.

DANAE: Dale al aire lo que es suyo.

PERSEO: Sí, haré; pues basta estar loco
sin que sepan que lo estoy.

DANAE: ¡Qué sentimiento!

PERSEO: ¡Qué ahogo!

DANAE: ¡Qué confusión!

PERSEO: ¡Qué delirio!

LOS DOS: ¡Qué pasmo!

Dentro FINEO y otros

FINEO: ¡Qué horror!

LIDORO: ¡Qué asombro!

PERSEO: Segunda vez de la boca

me ha quitado licencioso
el aire el suspiro.

DANAE: ¿Quién
de la lengua y de los ojos,
embargándome el gemido,
me ha embarazado el sollozo?

PERSEO: Cuantos al templo subieron
parece que temerosos
vienen al valle.

DANAE: ¿Quién duda
que Júpiter riguroso
les ha respondido?

PERSEO: Yo
no lo dudaré. Si noto
que a dios que sueño en delitos,
no es mucho hallarle en enojos.
Y, si es consuelo del triste
la sociedad del ahogo,
callemos en nuestras penas
y oigamos las de los otros.

Sale BATO

BATO: Yo no entiendo aquestos dioses
que andan siempre con mosotros
en oráculos, habrando
allá por sus circumlquios
que nadie hay que los entienda.

PERSEO: ¡Bato!

BATO: ¡Válgame el dios Momo
que es dios de los que habran más
que deben!

PERSEO: No temeroso
huyas de mí; que ya quiero
ser tu amigo.

BATO: ¿De qué modo?
Porque hay modos en amigos
y hay modillos y hay modorros.

PERSEO: Agradeciéndote el que
me desengañes tú solo.

BATO: Oigan. Ya la purga va
obrando. También y todo
era golloria el querer
que obrase al instante propio.

DANAE: Dime a mí, ¿qué hubo en el templo
que vuelven tan tristes todos?

BATO: Que hicieran sus sacrificios
los dos, y al uno y al otro
Júpiter respondió...

LOS DOS: ¿Qué?

BATO: Dos casos bien espantosos.
LOS DOS: ¿Qué son?
BATO: De uno no me acuerdo
bien, mas del otro tampoco.
Y, pues ya aquí los he dicho
voy a decirlos a otros,
que no hay cosa como andar
con sus nuevas de retorno
uno engañando a otros tantos,
a otros tintos y a otros tontos.

[Vase BATO] y salen FINEO, LIDORO, POLIDITES, CARDENIO y villanos

LOS DOS: ¿Qué les habrá sucedido?
FINEO: ¡Triste pena!
LIDORO: ¡Fiero asombro!

FINEO: No hay consuelo para mí.
LIDORO: Ni para mí le ha de haber.
POLÍDITES: Aunque con vosotros fui
al templo para saber
vuestras respuestas, y oí
la voz de Júpiter, no
entendí de su sentido
el sentido que causó
vuestro temor, y así os pido
me la repitáis.
FINEO: Mal yo
podré con discursos sabios
articular mis agravios
ni sus venganzas porque,
al pronunciarlas, no sé
si aliento tendrán los labios.
"Ofrecida al monstruo muera
Andrómeda," su confusa
voz dijo, horrible y severa,
"pues con solo eso se excusa
de Trinacria la ira fiera."
Con que dos desdichas lloro:
si al oráculo no creo,
el sacrilegio no ignoro;
y si le creo, trofeo
de un monstruo hago a la que adoro,
de suerte que a un tiempo me hallo
entre creerlo y dudallo,
fiel de uno y otro castigo
pues muero yo si lo digo,
y ella y todos si lo callo.
LIDORO: En mí de no menos fiera

respuesta su deidad usa,
pues dijo de esta manera,
"De la sangre de Medusa
uno y otro alivio espera."
De modo que da a entender
que hasta que haya quien dé muerte
a Medusa, no ha de haber
quien nos pueda defender
de persecución tan fuerte.

POLÍDITES: De las dos respuestas creo,
habiendo oído cada una
de por sí, que se hace una.

LOS DOS: ¿Cómo?

POLÍDITES: Repita el empleo
cada cual de su fortuna.

FINEO: "Ofrecida al monstruo muera
Andrómeda; que esto excusa
de Trinacia la ira fiera."

LIDORO: "De la sangre de Medusa
uno y otro alivio espera."

POLÍDITES: Luego bien se da a entender
que uno de otro haya de ser
el remedio. Y, siendo así,
que ya no tenéis aquí
que esperar, pues el poder
de Júpiter, indignado
hoy con los dos, ha mostrado
en uno y otro sentido
que está en Venus ofendido
y está en Minerva agraviado.
Sin otra particular
causa de oculto destino
que a mí me obliga a guardar
el puerto, ése es tu camino
y el tuyo también el mar.
Id en paz.

FINEO: Dudando iré.
¡Ay, Andrómeda! ¿Qué haré
entre callar o morir!

Vase [FINEO]

LIDORO: Tus pies beso. Fuerza es ir;
mas yo, Danae, volveré.

Vase [LIDORO]

POLÍDITES: Cardenio, yo también quiero
dejar la aldea.

CARDENIO: Señor,
no es éste el favor primero
que viene, como favor,
tardo y se vuelve ligero.
POLÍDITES: El cielo or guarde, Dïana.
DANAE: Él aumente vuestra vida.

[Hablan aparte POLÍDITES y LIBIO, su criado]

POLÍDITES: (¡Qué beldad tan soberana!
Aunque ves que mi partida
finjo, Libio, sólo es gana
de quedarme retirado
de ese monte en lo intricado
por si alguna ocasión veo
en que hablar pueda el deseo
a esa esfinge que ha robado
con su hermosura, su brío,
y su ingenio mi albedrío;
pues pensé que le tenía,
y era porque no sabía
que era suyo y no era mío.)

[Vanse el rey POLÍDITES y LIBIO]

DANAE: Padre, de un grande pesar
cuenta te quisiera dar.
CARDENIO: Pues de aquí nos retiremos.
DANAE: Ven conmigo; que tenemos
muchas cosas que tratar.
PERSEO: (Pues de mí se han recatado **Aparte**
dejarlos quiero. ¡Oh, hado!
Dime sin tanto desdén
si fue soñado mi bien;
pero, ¿qué bien no es soñado?)

Vase [PERSEO]

DANAE: Sabrás, padre, que ya están
nuestros sucesos...

Dentro voces

VOCES: ¡Aparta!
¡Ténganse!
DANAE: ¡Ay de mí!
CARDENIO: Hacia allí
oí ruidos de cuchilladas.

Voy a saber si es Perseo.

Vase [CARDENIO]

DANAE: Tras ti iré.

Sale LIDORO

LIDORO: ¡Detente, aguarda!
Que yo he fingido este ruido
porque su industria me valga
para hablarte.

Salen POLÍDITES y LIBIO al paño

POLÍDITES: Sola el viejo
la dejó. Bien es que salga;
mas otro --¡ay de mí!--- por mano
me ganó.
LIBIO: Pues oye y calla.
DANAE: Lidoro, ¿pues no bastó
la seña de que callaras,
para que la obedecieras?
LIDORO: Con gente, sí, pero...
DANAE: Aparta.
LIDORO: Estando sola, ¿cómo es
posible que mi esperanza
que llora tu muerte, pueda?
DANAE: No prosigas. ¡Basta, basta!
Que importa mucho que nadie
sepa quién soy.
POLÍDITES: Oye y calla.
que aquí, sin duda, algún grave
secreto hay que los dos guardan.
LIDORO: Si por un retrato tuyo,
bella Danae soberana...
POLÍDITES: ¡Danae dijo! ¿Si es aquélla
que es asunto de la fama?
LIDORO: ...vine a verte; si celoso
Acrisio tu padre, a causa
de nuestras enemistades,
te encerró en aquel alcázar
que apenas rompió Favonio,
veloz amante de Laura,
si de él, no sé por qué...
DANAE: ¡Ay triste!
LIDORO: ...transcendiendo su venganza
de crüel a escandalosa,

de terrible a temeraria,
en un derrotado leño
supe que te echó a las aguas,
y sobre tantas fortunas
te hallo en traje de villana.
¿Cómo es posible que deje,
a costa de via y alma,
de socorrer tus desdichas,
de socorrer tus desgracias,
y saber, Danae, en qué puedo
ampararte?

Sale CARDENIO

CARDENIO: No fue nada
el ruido. Ven, Diana bella.

Sale POLÍDITES

POLÍDITES: Detente, Danae, no vayas...
CARDENIO: ¿Qué escucho?
DANAE: ¿Qué oigo?
LIDORO: ¿Qué veo?
POLÍDITES: ...sin que primero mi saña
castigue dos osadías,
contra mi decoro ambas,
bien que la tuya, extranjero,
mandándote que te vayas
y habiendo vuelto, parece
que hay sagrado que la valga,
y así, a precio de que sepa
de ti quién es esta rara
perfección, quiero a la queja
hacer de tu vida gracia.
Vete, pues, y advierte que
si aquí otra vez...
LIDORO: Señor...
POLÍDITES: Nada
me digas.
LIDORO: ¡Ay infelice!
Yo me iré pues mi contraria
suerte, para volver sólo
a perderla, volvió a hallarla.
¡Ah, fortuna de extranjeros,
por cuántos desaires pasan!

Vase [LIDORO]

POLÍDITES: ¿Cómo, bárbaro villano,
cuando tengo puestas guardas
a estos montes y a estos mares
porque nadie entre ni salga
sin que yo lo sepa, vos
ocultáis en vuestra casa
quizá la beldad que espero,
de quien mis reinos aguardan
los trofeos, las victorias
y los aplausos que sabia
anticipa en las estrellas
la luz de la judiciaria?
¡Vive el cielo, que a mis manos
has de morir!
DANAE: ¡Señor...!
POLÍDITES: Nada
ha de valerle tu ruego
porque eres tú a quien agravia.
CARDENIO: Señor, yo...

Sale PERSEO

PERSEO: ¿Qué es lo que miro?
POLÍDITES: ¡Muere, traidor!
PERSEO: Ten la daga,
señor, y emplea...
DANAE: ¡Ay de mí!
PERSEO: ...su cuchilla en mi garganta
que mejor cortará en estos
bríos que en aguellas canas.
POLÍDITES: Levanta, Perseo, del suelo,
que tú y Danae...
PERSEO: (¡Pena rara! **Aparte**
Danae dijo.)
POLÍDITES: ...desde hoy
habéis de deberme tantas
finezas que la primera
su vida es...
LOS DOS: Beso tus plantas.
POLÍDITES: ....y porque no aquí se quede
el principio a mi esperanza,
¡Libio!
LIBIO: ¿Señor?
POLÍDITES: A la corte
es bien que al instante partas
y que prevenido vuelvas
de carrozas, joyas, galas,
y todos los aparatos
que convienen a una infanta
de Epiro. Y a ti, porque

iguales extremos hagas
con los dos, mi amor te ofrece
darte ejércitos y armadas
con que vengues tus agravios
y restituyas tu patria.
Porque has de saber, Perseo,
que eres de sangre tan alta
que en aquesta obligación
me pone el cielo, venganza
de la tiranía de Acrisio,
tu abuelo, que en una barca
al arbitrio de la espuma
pobre, sola y derrotada
a Danae contigo en brazos
al mar, sin vela ni jarcia
entregó a las fieras ondas.
Paréceme que te extrañas
de que lo sepa; pues no
lo extrañes porque crïadas,
si con oro callan, Danae,
dos días, cuatro no callan.
Y así, pues con tus sucesos
hoy mis sucesos se enlazan,
dándose la mano a un tiempo
tu noticia y mi esperanza,
ven conmigo en tanto que
Libio de la corte traiga
lo que he mandado, y vosotros,
pastores de estas montañas,
venid a pedirme albricias.

TODOS: ¡Vivan Perseo y Dïana!

POLÍDITES: No digáis Dïana, Danae
es el nombre que la ensalza.

PERSEO: ¿Si es que sueño todavía?
Pero sueñe o no, me basta
ser hijo de mis delirios
para emprender cosas altas.

GILOTE: ¡Viva Danae, y tú perdona
a quien se pone a tus plantas!

PERSEO: Alzad, amigos, que todos
habéis de ser en tan raras
fortunas interesados.

DANAE: De confusa y de turbada,
nada a responder acierto.

CARDENIO: Ni yo acierto a decir nada.

DANAE: Padre, adiós.

CARDENIO: En dos pedazos
el corazón me arranca.

POLÍDITES: Venid, y si fue hasta aquí
vuestra fortuna contraria,
ya favorable será.

Vanse [TODOS] y sale la DISCORDIA

DISCORDIA: No será, porque mi rabia
impedir sabrá sus dichas.

Sale MERCURIO y canta

MERCURIO: *"Sí será, porque mi instancia*
todas sabrá hacer que llegue
a cumplirlas y lograrlas."
DISCORDIA: ¿Qué es esto, traidor Mercurio?
¿No basta--¡ay de mí!--, no basta
que con tan pública nota
me echase del cielo Palas
sino que en la tierra tú
también me persigas?
MERCURIO: *"Calla,*
y persuádete a que yo
asistirle tengo en cuantas
acciones intente."
DISCORDIA: Pues,
yo tengo de embarazarlas
con mayor poder, y ansí
al arma, Mercurio.
MERCURIO: *"Al arma,*
Discordia. Y viva quien venza."

Vase la DISCORDIA y sale BATO

BATO: ¡Bravas novedades andan
en estos montes, pardiez!
Que dicen que la arrogancia
de Perseo va saliendo
verdad. Éste de las alas
me lo dirá. Callabero,
¿es verdad el runrún que anda
de que es príncipe Perseo
y que su madre Dïana
es una reina?

[Siempre MERCURIO habla] cantando

MERCURIO: *"Verdad*
es."
BATO: ¡Ay, Dios, y qué bien canta!
No vi tan buen pajarote

jamás en tronco ni rama.
Vuelva a decirme otra vez
si es verdad.

MERCURIO: *"Verdad es clara."*

BATO: ¡Ay Dios, y qué gorgoritos
que tiene aquí en la garganta!
¿Es algún ruin-señor?

MERCURIO: *"Sí."*

BATO: Lo creo en Dios y en mi alma
que aunque lo señor no veo
lo ruin sí.

MERCURIO: *"¿Dónde?"*

BATO: En la barba.

MERCURIO: *"Ya que te agradas de mí,*
págame lo que te agradas
de una cosa."

BATO: Sí, haré.

MERCURIO: *"Tras esa mujer te anda*
por donde quiera que fuere
y sábeme cuanto trata;
que cuando tú me lo digas,
yo te aseguro la paga."

BATO: Yo lo haré, e iré tras ella
por donde quiera que vaya,
a cuyo efeto me quedo
escondido entre estas matas
desde donde alcanzo a verla.

MERCURIO: *"Con aquesta vigilancia*
sin que se guarde de mí,
vendré a saber cuánto trata
para que anden mis favores
delante de sus venganzas."

Vase [MERCURIO] y vuelve a salir la DISCORDIA por otra parte, recatándose

DISCORDIA: Hermosa deidad de Juno divina,
dime, pues sola te invoca mi voz,
¿cómo consientes los ojos de Argos
que aduerma Mercurio también al pavón?
Mira que van en tu ofensa y mi ofensa
Palas altiva y Mercurio traidor,
mejorando aquestas fortunas
y que yo no puedo lidiar con los dos.
Escucha mi acento.

Sale JUNO en una tramoya pasando y canta

JUNO: *"Ya escucho tu acento,*

Discordia, y verás que te amparo y te doy
tales armas que puedas con ellas
lidiar esa diosa y vencer ese dios."

BATO: Otro pájaro canta en el aire
y no menos bien está. ¡Vive ños,
que pienso que andan los dioses en celo!

DISCORDIA: Pues, ¿qué arma ha de ser que esperándola estoy?

JUNO: *"Recibe esta vara, y sacude con ella*
las duras entrañas de aquese terror;
que expira entre nieve el fuego que guarda
por muerta pavesa de su corazón.
A su golpe el Báratro todo
verás que obedece, y rasgando veloz
sus entrañas en cuyo Cocyto
la Hidra y Cerbero primer guarda son.
A su contacto adormece con ella
el uno y el otro tartárico horror,
y pasa a las Furias y di que dispongan
de Danae y Perseo la persecución.
Con cuya asistencia no dudo, Discordia,
que pueda tu aliento sangriento y atroz
no sólo embotar a Mercurio y a Palas,
en ésta lo fiero, en aquél lo veloz;
pero de Jove, mi adúltero esposo
la publicidad de dorada traición
y si a las luces del sol la sacare
empañe también las luces del sol."

Cruza [JUNO] el teatro y desaparece

DISCORDIA: Pues ya que me dejas la vara en la mano,
verás que al Vesuvio de Acaya feroz
hoy, rasgando las duras entrañas,
penetro lo horrible y descubro lo atroz.

BATO: Bien raras cositas me han sucedido
pero, con todo, tras ella me voy.

DISCORDIA: ¡Oh, tú, duro centro!

BATO: Allí se ha parado.
Bien para echar a este parte estoy.

DISCORDIA: Al precepto de Juno tus senos
franquee al acento infeliz de mi voz
y, en disonante música opuesta
a la de los dioses, oíd mi invocación.

Cantan dentro las tres FURIAS

FURIAS: *"¿Qué quieres, Discordia? Que ya a tu obediencia*

nos mandan abrir Proserpina y Plutón."

BATO: ¡Ay de mí! ¿Qué demonios es esto?
DISCORDIA: ¿Quién habla a esta parte?
BATO: Un maldito mirón
que se ha metido en garitos del diablo
sin qué, ni por qué, a mirar tal visión.

DISCORDIA: Ya que seguirme quisiste--
y aun a mí este horror me espanta--
ve tú delante; que un miedo
de otro miedo se acompaña.
BATO: ¿Yo delante? Aqueso no;
que a mí el ir detrás me mandan.
DISCORDIA: Pasa adelante.

Aparece la HIDRA de siete cabezas

BATO: ¡Ay de mí!
¡Qué mal manojo de caras!
DISCORDIA: No temas.
BATO: No es fácil eso.
DISCORDIA: Pues a buen lado te apartas.

[Aparece CERBERO] de tres cabezas

BATO: Tres bocas tiene sin ser
pistola, boleta o llaga
este, a un tiempo perro, gozque
y perro braco, y de falda.
DISCORDIA: Toma esta vara y con ella
sacude aquellas gargantas
y esas fauces.
BATO: ¿Qué son frauces?
DISCORDIA: Llega.
BATO: Llegue ella y su alma.
DISCORDIA: En virtud de Juno, duerme,
Hydra, y tú, Cerbero, calla,
y vosotras responded,
oh Furias, que encarceladas
yacéis.
FURIA 1: *"¿Qué nos atormentas?"*
FURIA 2: *"¿Qué nos quieres?"*
FURIA 3: *"¿Qué nos mandas?"*
DISCORDIA: Que de este centro saliendo,
me ayudéis a que deshaga
de Perseo las fortunas
que ya su gran nombre ensalza.
FURIA 1: *"Yo ofrezco alterar las ondas*

de suerte que sus armadas,
al primer paso que den,
corran en el mar borrasca."

FURIA 2: *"Yo, donde fuere perdido,*
furias le sembraré tantas
que la menor será amor
con celos, sin esperanza."

FURIA 3: *"Yo ese amor y esa tormenta*
creceré a penas tan raras
que le pondré en los mayores
riesgos, tormentas y ansias."

DISCORDIA: Pues con esa condición
yo aceto las tres palabras;
y, en fe de que asistiréis
las tres siempre a mi venganza
salid del centro y volved
a cerrar de sus entrañas
el duro horroroso seno.

BATO: Eso no hasta que yo salga,
seor Cancerbero, Hidra adiós;
y veámonos mañana.

Vase [BATO]

LAS TRES: *"Ve segura, que a las tres*
tendrá siempre tu esperanza
prontas para tu obediencia."

DISCORDIA: Pues, Furias, al arma.

LAS TRES: *"Al arma."*

DISCORDIA: Que tengo de ver, si el infierno os desata,
qué vale Mercurio ni qué puede Palas.

Vanse y cúbrese todo. Salen FINEO y CELIO

FINEO: A tierra, a tierra, y haciendo
alto todos, nadie llegue
primero que yo a las plantas
de Andrómeda, que la breve
esfera de aquella quinta
hizo su fábrica verde
o bien de su oriento ocaso
o mal de su ocaso oriente.

CELIO: Dicha ha sido que tan presto
saliera a tierra la gente
antes de verse asaltada
de dos contrarios crüeles.

FINEO: ¿Cómo?

CELIO: Como apenas vio
la foca el varado huésped

de sus ondas cuando horrible
las turbadas alas mueve
haciéndole que zozobre
al espolón de su frente
al tiempo que amotinado
de espuma el imperio leve
montes de piélagos hace
que al sol la cerviz encrespen.

FINEO: ¡Oh mar, y de cuántas vidas
eres deudor!

CELIO: ¡Triste suerte
mandó a la armada que vimos
que hecha ciudad de bajeles,
a Epiro iba.

FINEO: Al cielo gracias
que arribé yo, aunque no tiene
mucho de piedad el que
para ser vencido vence.
¿Avisaste, Celio --¡ay triste!--
a cuantos conmigo vienen
que a nadie a decir se atreva
el oráculo inclemente
de Andrómeda?

CELIO: Sí, señor,
bien que inútil me parece.

FINEO: ¿Por qué?

CELIO: Porque no hay secreto
que entre muchos se conserve;
y más cuando de un peligro
están los demás pendientes.

FINEO: Cumpla mi amor con mi amor
que menos inconveniente
es quitar a todos vida
que dar a Andrómeda muerte.

Sale el REY de Trinacria, ANDRÓMEDA y damas

REY: Por las señas del bajel
conocí que el tuyo fuese.
No tanto porque su porte,
velas y jarcias me acuerden,
cuanto porque lo que previne
que otro ninguno pudiese
sulcar estos mares, pues
nadie sin los intereses
particulares, tocara
las amenazas crüeles
de ese bandido pirata
que nunca en mi daño duerme.

FINEO: Mayores riesgos, señor,

es justo que yo desprecie
en tu servicio, y mayores
peligros e inconvenientes
en el de Andrómeda a quien
suplico, después que bese
tus pies, que me dé licencia
para que rendido intente
poner los labios adonde
ella las plantas; pues tienen
tan buenas señas labios
que no es posible que yerren
el sitio, pues al hermoso
contacto de fuego y nieve
cuantos va ajando en jazmines
viene brotando en claveles.

ANDRÓMEDA: Guárdete el cielo. (¡Ay Fortuna! **Aparte**
¿Dónde dicen que estar suelen
Sirtes y Escilas, si al fin,
sin que unas y otras encuentre
un aborrecido parte,
y un aborrecido vuelve?)

REY: ¿Qué hay, Fineo, del intento
que te ausentó? ¿Ahora enmudeces?
¿Mirando al cielo suspiras?
Y si los ojos no mienten,
¿las lágrimas que recatas
bien, como hurtadas las viertes?
¿Qué es esto?

FINEO: No sé, señor;
mas sí sé. (¡Amor, no me afrentes!)
Júpiter en Venus bella,
por los informes aleves
de las ninfas de Nereo,
ofendido está, de suerte
que con víctimas humanas
desea satisfacerse.
Vírgenes vidas, aun no
de amor las nevadas sienes
domadas al yugo, que
fácil peso y carga débil,
han de ser su sacrificio
si ya de su sed ardiente
la hidropesía no apaga
sangre de Medusa aleve.
Medusa, monstruo africano,
cuyo cabello de sierpes
coronado, es duro asombro
de cuantos desde su albergue
basilisco de las vidas
en duros troncos convierte.
Su sangre, de nuestro monstruo

es el tósigo que puede,
con su veneno postrarle
con su tosigo vencerle.
De suerte que, hasta que haya
quien uno matar intente
no es posible morir otro;
y aún no es el mayor mal éste,
sino alguno que quizá
es fuerza que yo reserve,
porque es tan escandaloso,
tan riguroso, tan fuerte
que aun callado mata. Mira
lo que hará dicho.

REY: Suspende
la voz, Fineo. Y pues no
hay medio que nos consuele,
muramos todos a manos
de esta venenosa peste
hasta que Venus aplaque
tantas cóleras y cesen
las repetidas querellas
de las Nereidas crüeles.

ANDRÓMEDA: Ya extrañaba yo que había
consuelo que tú trajeses.

FINEO: Pues aun, si bien lo supieras,
lo extrañaras de otra suerte.

ANDRÓMEDA: ¿Cómo?

FINEO: Como sólo hay uno
para todos, y no debes
saber tú de él.

ANDRÓMEDA: No me espanto;
que si tú le traes, no puede
ser consuelo para mí.

FINEO: Por más, señora, que esfuerces
de tus aborrecimientos
los no olvidados desdenes,
por lo menos esta vez
no me quitarás que llegue
a saber yo para mí
que es mucho lo que me debes.

ANDRÓMEDA: ¿Yo?

FINEO: Sí.

ANDRÓMEDA: ¿Qué te debo?

FINEO: Nada.

ANDRÓMEDA: Nada y mucho. ¿Cómo puede
ser?

FINEO: Como es mucho, señora,
para que yo...

ANDRÓMEDA: Di.

FINEO: ...lo aprecie;
y nada para que tú

lo agradezcas, que quien quiere
tan rendido como yo,
tan constante, y tan prudente
nunca es mucho lo que calla,
siempre es poco lo que siente.

ANDRÓMEDA: Huélgome de no saber
la causa porque no quede
en obligación.

FINEO: Y yo
me huelgo de que te huelgues;
que no es poca granjería
de un triste hacer un alegre.

ANDRÓMEDA: No lo estoy yo, que antes sufro
destemplados accidentes
de muchas melancolías
que la tregua que hoy conceden
sólo es ignorar que haya
que tenga que agradecerte.

FINEO: Pues ignorarlo no importa;
que el que una fineza ofrece
por ganar las gracias, no
la sirve sino la vende.

ANDRÓMEDA: Eso es decir que la hay,
y basta para que deje
de ser fineza.

FINEO: No basta;
que hay unas de tal especie
que, aunque se dicen, se callan.

ANDRÓMEDA: ¿Cómo?

FINEO: Como no se pueden
adivinar y se quedan
dichas y calladas siempre.

ANDRÓMEDA: Tan poca curiosidad
la mía es que no me mueve
a saberla.

FINEO: Eso me basta
para que yo serlo piense.

ANDRÓMEDA: Y esotro, para que cansen
groserías tan corteses.
¡Hola!

LAURA: ¿Señora?

ANDRÓMEDA: Un venablo
me da, Laura.

LAURA: Aquí le tienes.

ANDRÓMEDA: Ninguna al monte me siga.
Quieren los cielos que encuentre
con alguna fiera en quien
tan necios desaires vengue.

Vase [ANDRÓMEDA]

FINEO: ¿Cuándo, Laura, han de tener
término las altiveces
con que siempre me ha tratado?
LAURA: Tarde o nunca me parece;
porque tarde o nunca hay quien
lo que es natural enmiende.
FINEO: Luego, ¿tarde o nunca --¡ay triste!--
será posible que lleguen
a enmendarse mis desdichas?
Y así habré de vivir siempre
diciendo...

[Habla] dentro la DISCORDIA

DISCORDIA: ¡Ay de mí, infelice!
FINEO: ¿Qué nuevo lamento es éste?
LAURA: Están tan acostumbrados
a repetidos desdenes
estos montes y estos mares
que no hay quien saber intente
quien se queja; bien que allí
derrotado me parece
que ha dado en tierra un pequeño
esquife.

[Habla] dentro PERSEO

PERSEO: ¡Cielos, valedme!
FINEO: Menos la segunda voz
que la primera me mueve
porque de mujer aquélla
me pareció, y pues no puede
a lástimas de mujer
noble oreja ensordecerse,
seguir tengo el boreal norte
de su suspiro.

Vase [FINEO]

LAURA: Crüeles
hados, ¿cuándo han de acabarse
tantas ansias?

[Sale al paño] la DISCORDIA

DISCORDIA: Cuando llegue

la venenosa sed mía
en sangre a satisfacerse
de Perseo, por quien hoy
Mercurio y Palas me ofenden.
Y pues que las desatadas
Furias su armada acometen
de suerte que no hay bajel
que por rumbos diferentes
no haya arribado, dejando
en su amparo solamente
un esquife, que a esta playa
le ha sacado, en ella intenten
perseguirle mis rencores,
a cuya causa pretenden
darle en Fineo un contrario
tan poderoso, tan fuerte,
que con sus celos le mate
o, por lo menos, le empeñe
a que muera despechado.
A cuyo fin será este
bosque de amor y de celos,
teatro en que represente
sus tragedias su fortuna.
Y para que el acto empiece,
--¡ay infelice de mí!--
repetiré tantas veces
cuantas muevan a Fineo
que, tras mis ecos, se acerque
donde vea sus desdichas.
Atención, orbes celestes,
al mayor de mis engaños.

[Hablan] dentro PERSEO vestido de galán y BATO, de soldado ridículo

PERSEO: ¡Valedme, cielos!
BATO: Valedme
a mí también, si es que hay
piedad para los sirvientes.

Salen [PERSEO y BATO]

PERSEO: ¿Qué intricada selva es ésta,
donde las iras crüeles
del mar nos han derrotado?
BATO: Muy lindo descuido es ése
pues, ¿a quién se lo preguntas?
¿Sé yo más de que imprudente
después que de aquel infierno,

que te he contado otras veces,
salí, te hallé de una armada
general y, por hacerte
lisonja, quise seguirte
pasándome neciamente
a ser escudero andante?
¿Sé más de que tus bajeles
embestidos de las Furias
que desatadas te ofenden,
apartados unos de otros
todos de vista se pierden?
¿Sé más que por tomar tierra
en un esquife te metes
conmigo? Pues, ¿qué me haces
preguntas impertinentes?

PERSEO: Mira si acaso descubres
población, cabaña o gente
por aqueste despoblado.

BATO: ¡Muy linda flema te tienes
cuando ves que en todo el monte
sólo hay riscos con que encuentre.

PERSEO: ¿Para qué, deidad injusta,
que a cargo mi vida tienes,
verdad los sueños hiciste
de aquella sombra aparente?
¿Para qué la revelaste
por extraños accidentes
a Polídites quién era
Danae? ¿Para qué, inclemente,
le pusiste en que la armada
a la conquista me diese
de mi patria si al primero
paso a mi dicha previenes
que para dar con los males
sólo acechase los bienes?
Dejárasme en mi desdicha
sin que de un punto a otro hiciese
la cuna de mis pesares
sepulcro de mi placeres.
Mas, ¿qué temo de los hados
ni contrastes, ni vaivenes;
que nunca crece a ser grande
el que sin desdichas crece?
Sígueme por esta parte.

Sale ANDRÓMEDA

ANDRÓMEDA: Allí las hojas se mueven.
Sin duda, allí alguna fiera
emboscada yace. Muere

a la acerada cuchilla
de mi venablo.

PERSEO: Detente,
divino asombro, porque,
si es que mi vida te ofende,
a menos costa del golpe
tienes lograda mi muerte.

ANDRÓMEDA: Galán joven es. No en vano
vista y acción se suspenden.

DISCORDIA: ¡Ay, infelice de mí!
¿No hay quien a amapararme llegue?

Vase [la DISCORDIA] y sale FINEO [al paño]

FINEO: Si llamas huyendo, ¿cómo
habrá quien contigo encuentre?
Mas, ¡ay infeliz!, ¿qué miro?
¿Cúyo, errado acento, eres
que me llamas con piedades
y con rigores me ofendes?

PERSEO: ¿Para qué segunda vez,
hermosa deidad, pretendes
que con tus sombras me alumbre
y con tus luces me ciegue?
Para rendirme a tus plantas
no es menester que ensangrientes
el asta, que ya tú sabes
cuán sin peligro me vences.

FINEO: ¿Gallardo joven --¡ay triste!--
a Andrómeda humildemente
postrado adora? Estas ramas
me oculten hasta que llegue
a ver si mienten mis celos;
mas, ¿cuándo los celos mienten?

ANDRÓMEDA: Extranjero peregrino,
enmudecida dos veces
me tienes a tus acciones
y a tus razones me tienes.
¿Cuándo me viste otra vez?

PERSEO: Si importa que yo me deje
engañar--porque quizá
alguien en tu alcance viene--
yo lo haré; pero no quieras
que conmigo no me acuerde
de otra vez que vi tus soles
para mi menos crüeles.

ANDRÓMEDA: ¿Tú me has visto otra vez?

PERSEO: Sí.
Por señas de que tú eres
a quien debo honor y vida.

ANDRÓMEDA: Hombre, ¿tú a mí, qué me debes?
FINEO: Sin duda que ella me ha visto
y disimular pretende.
PERSEO: Débote el primer aliento
para que imagine y piense
que soy más de lo que soy
al ver que me favoreces
llevándome donde vea
de aquél, mi primer oriente,
el extraño origen.
ANDRÓMEDA: ¿Yo?
¿Dónde, cómo u de qué suerte?
BATO: Mas, ¿qué la hace creer
él que la ha visto otra veces?
PERSEO: Tú lo sabes.
ANDRÓMEDA: No sé nada,
y déjame. No me fuerces
a decirte que te engañas.
Y que para que pretendes
valerte de otras traiciones
si puedes, joven, valerte
de tu gala y de tu brío.
¿Pero quién mi aliento mueve?
¿De cuándo acá --¡ay infelice!--
se dieron mis altiveces
al partido del agrado?
Miente el labio, la voz miente,
huya el peligro.
PERSEO: Eso no.
ANDRÓMEDA: Suelta.
PERSEO: Aguarda.
ANDRÓMEDA: Aparta.
PERSEO: Tente,
que no ya como otra vez
has de ser sombra aparente
que desvanecida huyas.
ANDRÓMEDA: Pues, ¿quién podrá detenerme?

Sale FINEO, empuñando la espada

FINEO: Yo podré para que veas,
dando a ese joven la muerte
a tus ojos...
ANDRÓMEDA: ¡Ay de mí!
PERSEO: ¿Uno de los dos no es éste
que vi en el templo de Acaya?
FINEO: Que el duelo de las mujeres
está en que ellas nos agravien
y en que en los hombres se vengue.
Muera un infeliz a manos

de un feliz, y quien merece
de ti el honor y la vida
que confiesa que te debe.

PERSEO: Primero será la tuya
de mi espíritu valiente
trofeo.

BATO: Esto nos faltaba.

ANDRÓMEDA: Tente, joven. Fineo, tente.

FINEO: Deja que quien muere mate.

PERSEO: Deja que mate quien muere.

Dice la DISCORDIA dentro

DISCORDIA: Ya que conseguí el principio,
conseguir el fin no deje.
Llegad todos; que a Fineo
dan dos extranjeros muerte.

BATO: No da sino solo uno;
que yo soy, si bien se advierte,
cero veces cero, nada.

Salen el REY [de Trinacria] y soldados

REY: Muera quien mi sangre ofende.

PERSEO: ¿Qué es morir? Todos sois pocos
como a mí este sol me aliente.

BATO: No son, señor, sino muchos.
Huye.

PERSEO: ¿Qué eso me aconsejes
pudiendo morir matando?

BATO: Pues si el consejo no quieres,
mira cómo yo le tomo.

Vase BATO

ANDRÓMEDA: ¡Quien vio confusión más fuerte!

FINEO: Esperad. No le matéis.

REY: ¿Pues tú su vida defiendes?

FINEO: Sí, porque no ha de morir
con tan generosa suerte
como a vista de quien ama
desesperado y valiente.
No quiero que muera airoso
a vista de lo que quiere
porque el acero y los ojos
no le equivoquen la muerte
y muriendo de la herida
que muere del amor piense.

Y, pues que en llegando a celos,
no hay pundonor que no cese;
pues el que siente más noble
es quien más infame siente.
Civilmente de los dos
mis sinrazones me venguen.
Quien me acuse de tirano
de ingrato, fiero y aleve,
vea sus celos, verá
que el más atento y prudente
puede callar con desprecios,
pero con celos no puede.
Quien pierde una dama, menos
sensible dolor padece
para que muera, que cuando
para otro galán la pierde.
El Oráculo, que yo
callé sacrilegamente,
manda que al sañudo, al fiero
monstruo, Andrómeda se entregue.
No creáis a mis desdichas;
creed a todos los que vienen
conmigo. Y pues del silencio
mi ceguedad os absuelve.
Hablad todos, decid todos
si es verdad que el cielo quiere
que a Venus se satisfaga
con la que a Venus ofende.
Entregadle si queréis
que vuestras desdichas cesen;
cesarán también las mías
si a la distancia se atiende
de la lástima a la envidia;
pues menos inconveniente
será ver a la que adoro
--ya que a perderla me fuercen--
en poder de quien la mate
que en poder de quien la aprecie.

REY: Oye...

ANDRÓMEDA: Aguarda...

REY: ...escucha...

ANDRÓMEDA: ... espera...

REY: ...tirano...

ANDRÓMEDA: ...traidor...

REY: ...aleve...

ANDRÓMEDA: ...que celoso te recuso
pues miente tu voz.

CELIO: No miente.
Esto Júpiter ordena
y, pues ya público viene
a estar, entregarla trata

que sea al fin cuya fuere.
Menos importa una vida
que tantas como perecen.

UNOS: Andrómeda muera.

OTROS: Muera.

REY: Vasallos y amigos fieles,
no un despecho os ocasione
a seguirle y a creerle.

TODOS: La verdad es la que ha dicho.

REY: Dadme plazo en que lo llegue
a averiguarlo.

CELIO: Una luna
por mí el pueblo te concede.

Vanse

REY: Yo lo aceto. ¡Oh, si entre tanto
mi fin y no el tuyo viese!

ANDRÓMEDA: ¡Suerte injusta!

REY: ¡Triste hado!

ANDRÓMEDA: ¡Fiera pena!

REY: ¡Estrella fuerte!
¡Ay, hija, lo que me cuestas!

Vase [el REY]

ANDRÓMEDA: ¡Ay, joven, lo que me debes!

Vase [ANDRÓMEDA]

PERSEO: ¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vio en un espacio breve
tantas penas, tantas ansias,
como mi vida acometen,
como mi discurso asaltan,
y mis pensamientos vencen?
¿Para qué le revelaste
por extraños accidentes
a Polídites, quién era
Danae? ¿Para qué, inclemente,
le pusiste en que la armada
a la conquista viniese
de mi patria, si al primero
paso a mi dicha previenes
que para dar con los males
solo acechase los bienes?
Dioses, si algún auxiliar

de una hermosura se duele,
de unos celos se lastima,
de un amor se compadece,
permitidme que me diga
piadoso, humano y clemente,
¿de qué suerte podré yo
volver por mí?

Sale MERCURIO, cantando

MERCURIO: *"De esta suerte:*

Ama, espera y confía; porque no puede
el que vence sin riesgo decir que vence."

PERSEO: ¿Quién eres, hermoso joven,
que dulce y veloz dos veces
suspendes, no sin asombro,
el aire en que te suspendes?
¿Quién eres, que tremolando
los alados martinetes
del sombrero y del coturno
vuelas pájaro celeste?

MERCURIO: *"Soy quien de tus altos hechos,*
Perseo, a su cargo tiene;
que la Discordia no logre
las iras con que te ofende.
Mercurio soy, que a animarte
vengo, para que no entregues
al acaso la esperanza,
ni al valor al accidente.
No temas, pues, de los hados
ni contrastes ni vaivenes;
que nunca crece a ser grande
quien sin sobresaltos crece."

Llega al suelo

"Ama, espera y confía; porque no puede
el que vence sin riesgo decir que vence."

PERSEO: Perdóname, que de ociosa
a tu persuación moteje,
pues el brío a que persuades
yo le tengo.

MERCURIO: *"Pues, ¿qué temes?"*

PERSEO: Que falten medios al brío
con que generoso intente
la ejecución.

MERCURIO: *"Pues, porque*
lo menos de mí no pienses,
quiero de mi caduceo
hacerte dueño. Con este
cetro de áspides atado
los ojos de Argos se aduermen.
Aduerme con él los ojos
de Medusa, porque llegues
vencido un monstruo a vencer
otro."

PERSEO: Aunque es justo que acepte,
humilde puesto a tus plantas,
el alto don que me ofreces,
¿de qué suerte podrá el cetro
asegurar que me acerque
sin que a lo lejos su vista
me mate antes?

PALAS, en una apariencia en alto

PALAS: *"De esta suerte:*

Ama, espera y confía; porque no puede
el que vence sin riesgo decir que vence.

Yo que la deidad de Palas
soy, a quien también competen
tus triunfos porque no menos
que a Mercurio me engrandecen,
a su don vengo a añadirte
este escudo transparente
que de Estérope y de Bronte
le dio la fatiga temple.
Experiencia es que si el fiero
basilisco a sí se viese
a sí se mate porque
en sí su veneno vierte."

PERSEO: Sí, mas ¿cómo recibirle
puedo? Porque no es decente
pedirte que tú le bajes
que si Mercurio desciende
a la tierra. No es lo mismo
que tú el alto solio dejes
de tu epiciclo; que, al fin,
deidad de otro sexo eres
cuyo respeto me turba,
me embaraza y me suspende,
para que no te suplique
que del orbe que transciendes
abatas el vuelo; pues

para que se privilegien
mujeres que son deidades,
no dejan de ser mujeres.

PALAS: *"Agradecida de oír*
tus atenciones corteses,
quiero, que el camino partan
rendimientos y altiveces.
Y ansí, porque no descienda
yo, ni tú recibir dejes
el don, te envío esa nube.
Baje ella y yo me quede,
para que, puesto tú en ella,
subas adonde te entregue
el escudo."

Sube PERSEO en la nube

PERSEO: ¡Qué favor!

MERCURIO: *"Tú, Perseo, le mereces*
que eres de Júpiter hijo,
y pues mi hermana lo quiere,
conmigo hasta el cielo sube."

PERSEO: Tu caduceo el tridente
será con que yo, felice,
piélagos de luz navegue.

PALAS: *"Sube a mi sagrado solio..."*

MERCURIO: *"Sube a los orbes celestes..."*

PALAS: *"...donde mi escudo recibes..."*

MERCURIO: *"...donde mi favor te aliente..."*

PALAS: *"...para que felice triunfes..."*

MERCURIO: *"...para que dichoso reines..."*

PALAS: *"...venciendo dificultades."*

MERCURIO: *"...allanando inconvenientes."*

PERSEO: Ninguno habrá para mí
que no postre, no atropelle
como aqueste escudo embrace
y este caduceo gobierne.

LOS DOS: *"Pues en esta confïanza*
digamos una y mil veces:"

"Ama, espera y confía; porque no puede
el que vence sin riesgo decir que vence."

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen BATO y PERSEO, con el escudo y caduceo

PERSEO: Si no me mienten las señas,
allí del caduco Atlante,
allí de noble alquería,
allí de intricado parque,
éste es el sitio que vengo
buscando.

BATO: Así Dios te guarde,
que, si no es contra etiqueta
de caballeros andantes
decir a sus escuderos
algunos de los dislates
que se les ponen en testa,
que me digas qué te trae
a estos africanos montes
con tanta prisa.

PERSEO: Si sabes,
que desatadas las Furias
embravecieron los mares,
que derrotado llegué
a las discreción del aire
a la boca del Nereo
que en el mar trinacrio se hace
medio mar y medio río,
centauro de dos cristales;
si sabes que venturoso
vi, en su avenenada margen,
en luces una hermosura
que había visto en sombras antes;
que celoso del engaño
que padeció loco amante,
a despecho de su amor
osadamente cobarde,
dijo el oráculo que
manda que Andrómeda aplaque
las iras de Venus, siendo
víctima del formidable
monstruo cuyas altas peñas
que el mar repetido bate,
han de ser del sacrificio
los sacrílegos altares;
si sabes que de su vida
mi vida pendiente yace,
siendo el término una luna
que ya declina al menguante;
porque siempre altos deseos
se ejecutan mal o tarde;
y si sabes finalmente,
que el verme en tantos pesares
Mercurio y Palas, en quien

hierve sin fuego la sangre
del gran Júpiter, me adornan
de este escudo de diamante
y este caduceo con que
venciendo el común ultraje
de Medusa volver pueda,
donde, altivo y arrogante,
con un horror venza otro,
¿qué preguntas?

BATO: ¿Ahora sales
con que a buscar a Merluza
vienes? Por ventura, ¿sabes
que es una mujer que tiene
por moño y por aladares
milagros y basiliscos,
con licencia del romance?

PERSEO: Sí, sé.

BATO: Pues, ¿cómo con esa
flema vienes en su alcance?

PERSEO: Como no hay riesgo que no
venza, temor que no allane,
peligro que no atropelle,
dificultad que no arrastre
un amor que lo que adora
ve en peligro. Si llegases
tú a saber cómo se siente
el menos violento achaque
de quien gasta a un mismo tiempo
su vida y la de su amante,
vieras que aun el más difícil
remedio parece fácil.
Mas tú, ¿por qué has de saberlo;
que primores semejantes
no caben en pechos viles?
Sólo en reales pechos caben.
Y pues no veo la hora
de conseguir el fin antes
que de los contados días
el breve término pase,
mira si habrá quien nos diga
por ese monte, ese valle,
del sitio donde esta fiera
se alberga.

BATO: ¿No es disparate
que de la que todos huyen
quieras que te diga nadie?

PERSEO: Pues sígueme.

BATO: ¿Qué papel
me he de hacer yo?

PERSEO: El de ayudarme
a dale muerte.

BATO: Para eso
mejor es que un doctor llames
y a un boticario, que son
asesinos familiares.
PERSEO: Sígueme digo.
BATO: ¿Habrá, cielos,
nacido en el mundo alguien
menos a los sastres dado
y más dado a los desastres?
PERSEO: No temas, pues vas conmigo.
BATO: Contigo iba, y si no echase
a correr, me hubieran dado
con algo un poquito antes;
y pues ya tengo experiencia
que es remedio saludable
el huír, déjame huír.

[Habla] dentro LIDORO

LIDORO: ¡O prendeles o matadles!
BATO: Pues que nos dan a escoger,
el prendernos es más fácil.
PERSEO: ¿Qué gente y armas es ésta?

Sale LIDORO con algunos, con arcos y flechas

LIDORO: Ignorados caminantes,
a quien trae su destino
sin saber adonde os trae,
daos a prisión.
BATO: Yo por mí
dado estoy. ¿Dónde es la cárcel?
PERSEO: ¿Éste no es el otro joven
de Acaya?
LIDORO: ¿Qué esperas? Date
a prisión.
PERSEO: ¿Pues qué delito
es que este monte pisase?
LIDORO: Ninguno; mas sin ninguno
hay hados inexorables
que dan la muerte sin culpa
de quien muera ni quien mate.
Y, porque con el consuelo
mueras de que ellos te hacen
la sinrazón y no yo,
infelice joven, sabe
que este monte de Medusa
teatro es en cuyo boscaje
no hay verde tronco que no

sea un humano cadáver.
No han bastado contra ella
sacrificios, hasta darle
a Júpiter en Acaya
humos, que ardieron en balde.
De su sangre, respondió,
que habían de fabricarse
los remedios de otras ruinas;
y así hoy los naturales
hemos elegido un medio
para derramar su sangre.
Éste es que todos, armados
de arcos y flechas, se amparen
de las sombras de los troncos
y, poniendo a sus umbrales
condenado a muerte a uno,
sea el reclamo que la saque
para que, mientras él muere,
todos los demás disparen
y corone amor de plumas
a la flecha que la alcance.
Sobre cuál había de ser
al que la suerte tocase
fue voto ser el primero
que por esta senda pase.
A los dos cupo la suerte;
y, pues en desdichas tales
podéis quejaros de todos
sin ofenderos de nadie
y uno es el que ha de morir,
agora entre los dos echarse
podrá otra suerte.

UNO: Es en vano
supuesto que hay ley que mande
que cuando de dos el uno
muera y el otro se salve,
sea el que muera el de peor
cara; y así ése se ate
de pies y manos.

Cogen a BATO

BATO: ¿Pues yo,
cuando esa ley se guardase,
soy el de peor cara?

UNO: Sí,
y mucho peor.

BATO: No se engañen.
Facción por facción me miren;
verán que soy como un ángel.

Miren ¡qué rostro si lloro!
Si río, ¡miren qué semblante!
Al mesurarme, ¡qué tez!
Y ¡qué ceño! al enojarme.

UNO: Éste ha de ser el que muera.

BATO: Miren que soy como un ángel
sino que no caen el ello.

PERSEO: Si la novedad os place
de que haya quien morir quiera,
haced cuenta que me cabe
la suerte. Yo me prefiero
ser quien a Medusa llame.
Y, como espada ni escudo
me quitéis, a sus umbrales
iré delante de todos.

LIDORO: Si a aquesto te atreves, parte;
que aquel edificio que
a tierra en ruinas se abate
es su albergue.

PERSEO: Retiraos
todos, y solo dejadme.

LIDORO: Retiraos y cada uno
detrás de su tronco aguarde.

UNO: Tengamos aquéste preso
por si esotro se escapare.

BATO: Sayón de capa y espada,
¿qué os va a vos en que me maten?

LIDORO: ¿Quién será este joven, cielos,
tan soberbio y arrogante?

BATO: Es un joven cosicosa,
que se sabe y no se sabe.

Vanse [todos y queda PERSEO]

PERSEO: ¿Qué es aquesto, corazón?
¿Agora con pavor lates?
Mas, ¡ay!, que el primer recelo
no es de ánimo cobarde
porque una cosa es temerle
y otra cosa es despreciarle.
Sus dos hermanas, sin duda,
son las que a la puerta salen.
Hasta mejor ocasión
estas ruinas me recaten.

Salen SIRENE y LIBIA. [Escóndese PERSEO]

LIBIA: Mientras que Medusa duerme
porque no nos sabresalte

ningún temor, la campaña
reconozcamos.
SIRENE: De nadie
pisada se mira.
LIBIA: En tanto
que nuestros desvelos guarden
su sueño, para engañar
la posta, el cuidado cante.

Canten

LIBIA: *"Pisa, pisa con tiento las flores*
quedito, pasito, amor, que no sabes
en cual de ellas se esconden los celos."
SIRENE: *"Y puesto que son de tus flores el áspid..."*
LOS DOS: *"...no, no los despiertes; duerman y callen."*

PERSEO: Quien, al tomar uno y otra
vuelta, a una y a otra tocase
con aqueste caduceo
introduciendo el süave
sueño de Argos en sus ojos
porque, ellas dormidas, pase

Toca con el caduceo a LIBIA y después a SIRENE

yo adonde duerme Medusa.
Mercurio, mi intento ampare.

LIBIA: *"Pisa, pisa, [con tiento] las flores,*
quedito, pasito, amor, que no sabes..."

¿Qué es esto? ¿Qué ardiente hielo
hay que en mis venas se esparce?
¿Qué me extremece?
SIRENE: ¿Qué tienes?
LIBIA: No sé. Pasa tú adelante.

SIRENE: *"...en cual de ellas se esconden los celos,*
y puesto que son de sus flores el áspid..."

Mas, ¡ay triste! A mí también
hay letargo que me embargue
los sentidos.
LIBIA: ¿Qué te turba?
SIRENE: Tampoco lo sé.
PERSEO: Ya hace
su efecto el sueño.

LIBIA: A pesar
velamos, de efectos tales.

Cantan

LAS DOS: *"No, no los despiertes; duermen y callen."*

SIRENE: En vano yo me resisto.
LIBIA: También yo me animo en balde.
SIRENE: Vela tú, mientras yo duermo.
LIBIA: No a mí el cuidado me encargues,
mejor velarás que yo.
SIRENE: Pues venzámonos iguales
diciendo una y otra vez
para que el sueño se engañe.

Cantan

LAS DOS: *"Pisa, pisa con tiento las flores*
quedito, pasito, amor, que no sabes
en cual de ellas se esconden los celos,
y puesto que son de tus flores el áspid...
No, no los despiertes; duerman y callen."

Duérmense

PERSEO: Ya al sueño las dos rendidas,
no hay quien la entrada me guarde.
Por medio pasaré de ellas.
Mas, ¡ay, que al paso me sale
Medusa! ¿Qué haré después
de verme si helado, antes
que me vea, me ha dejado
el ver monstruo semejante?

Sale MEDUSA vestida de pieles y la cabeza llena de culebras

MEDUSA: ¿Cómo de mis dos hermanas
hoy el siempre vigilante
cuidado fallece? ¿Cuándo
fue posible que me falte
de una la asistencia el tiempo
que el venenoso coraje
de mis nunca muertas iras
rendido al sueño descanse?
¿Qué hubiera sido si alguno,

de tantos como combaten
mi vida, hubieran gozado
de esta ocasión y, al hallarme
sin ojos que me defiendan,
hubieran podido darme
la muerte? ¡Libia! ¡Sirene!
¡En profundo sueño yacen!

PERSEO: Cobrado el primer asombro
que el verla me dio, acercarme
puedo ya en fe de este escudo.

MEDUSA: ¡Sirene! ¡Livia! No trate
despertarlas; que no es sueño
sino letargo el que hace
tan no usado efecto en ellas.
¡Oh, vengativas deidades,
en cuya ojeriza vivo
para horror de los mortales,
racional fiera en los montes,
humano monstruo en los valles!
¿Qué novedad será ésta
de que hoy me desamparen
las que me velan?

PERSEO: ¡Medusa!

MEDUSA: ¿Quién puede haber que a nombrarme
se atreva, siendo mi nombre
tan escándalo en el aire
que aun a los ecos, tal vez,
cayeron muertas las aves?

PERSEO: ¡Medusa!

MEDUSA: ¿Cúya eres, voz
tan osada que me llames
cuando otras me huyeron?

PERSEO: Vuelve los ojos.

MEDUSA: Y en ellos tales
iras que ellas te escarmienten
de osadía semejante...

Enseñale el espejo

mas, ¡ay infeliz de mí!
¿Qué es lo que miro?

PERSEO: Tu imagen.

MEDUSA: ¿Ésta soy yo?

PERSEO: Sí, ésta eres.

MEDUSA: ¿Qué mucho que a todos mate
si aún me da la muerte a mí
el horror de mi semblante?
¡Qué horrible forma! ¡Qué fea!
¡Qué asombrosa! ¡Qué espantable!
Quita, o tú quien quiera que eres,

ese cristal de delante
de mis ojos. No cometas
en mí barbarismos tales
como hacer la que padece
de la persona que hace.

PERSEO: Si das la muerte a quien miras,
mírate a ti.

MEDUSA: Que me espante
de mí es fuerza, y que de mí
huya.

Entra MEDUSA huyendo y PERSEO detrás de ella

PERSEO: Seguiré tu alcance.

MEDUSA: ¡Sirene, Libia, acudidme
a valerme, y ampararme
que me dan muerte!

SIRENE: Las voces
de Medusa el viento trae.

LIBIA: Si ha despertado, a asistirla
las dos acudamos, antes
que sepa el descuido.

[Habla] dentro MEDUSA

MEDUSA: ¡Ay triste!

SIRENE: Pues, ¿de cuándo acá sus ayes
lastimosamente suenan?

LIBIA: Vamos a ver qué lo cause.

Vanse [LIBIA y SIRENE]. Salen MEDUSA y PERSEO

PERSEO: A tu vista muere.

MEDUSA: No
me aflijas más. Baste, baste
el saber que mi veneno
ya por mis venas se esparce
y que cebado en mi mismo
corazón tan sin mí late
que neutral de fuego y nieve
ni bien hiela ni bien arde.

PERSEO: Hasta que tu mismo aliento
te ahogue, te deje y te falte,
te ha de estar dando en los ojos
la luz de aquestos cristales.

MEDUSA: Cerraré los ojos yo;

mas, ¡ay de mí que ya es tarde!
Pues ya mi ponzoña ha hecho
su efecto en mí; que cobarde
no hay ira que no fallezca.
No hay rencor que no desmaye;
mas con todo huiré de ti
porque yo conmigo acabe
respirando Etnas de fuego,
Mongibelos y volcanes
sólo porque no blasones,
sólo porque no te alabes
que tú me diste la muerte.

PERSEO: Por más que de mí huir trates,
te he de seguir hasta que
vierta mi acero tu sangre.

Éntrase huyendo y salen las dos [SIRENE y LIBIA]

LIBIA: De un hombre huyendo, vencida,
aquí tropieza allí cae.

SIRENE: Huyamos, Libia, pues fuimos
de desdicha semejante
causa, no a las dos también
su venganza nos alcance.

LIBIA: Dices bien, aquestos montes
nos favorezcan y amparen.

Salen LIDORO y gente

LIDORO: Deteneos. ¿Dónde vais?

SIRENE: Huyendo por no ver darle
la muerte a Medusa un joven.

Vanse [SIRENE y LIBIA]

LIDORO: Vamos todos a ayudarle;
que es vergonzosa omisión
que un extranjero nos gane
el aplauso.

BATO: ¿Para qué
hemos de ir si ya ella sale
huyendo de él?

[Salen MEDUSA seguida de PERSEO]

PERSEO: Aunque intentes

huir al monte, he de alcanzarte.
MEDUSA: ¿Qué más pretendes de mí
si ya me resisto en balde,
y tropezando en mi sombra
soy de mi misma cadáver?
PERSEO: Agora, que ya en la tierra
muerta a tu veneno yaces,
este acero será bien
que con tu púrpura esmalte
las flores de África, adonde
nazca en cada gota un áspid.

Córtale [a MEDUSA] la cabeza y salta por el tablado

BATO: Eso, yo también lo hiciera
a saber que era tan fácil.
Salte hacia otra parte usted,
seora cabeza, y no salte
hacia mí, se lo suplico.
LIDORO: Al ver acción semejante,
la admiración y el silencio
sólo es justo que te alaben.
Dame los brazos y piensa
qué premio habrá con que pague
tan heroica acción.
PERSEO: El premio
me le ha de dar aquesta sangre
y, pues he de cobrar de ella,
no es bien que tú me lo pagues.
LIDORO: Pues, ¿qué premio de ella aguardas?
PERSEO: No sé más de que es constante,
si a aquel oráculo creo
de Acaya, que ella ha de darle.
LIDORO: ¿Eres tú de Acaya?
PERSEO: Estaba
en ella cuando llegaste
tú a su gran templo.
LIDORO: Bien dices,
porque si vuelvo a acordarme
de la sangre de Medusa
dijo que había de formarse
el remedio de otras ruinas.
Mas, aunque el creerlo es fácil,
no es fácil el verlo, pues
aunque su sangre derrames,
¿adónde el remedio está
que de ella puede esperarse?
PERSEO: Para responder, la tierra
pienso que en bocas se abre.

Ábrese la tierra y sale el caballo Pegaso

LIDORO: ¡Horrible bostezo! Es
una grieta, y de ella nace,
si no me miente el asombro,
un bruto.
PERSEO: No es sino una ave
pues las alas en el viento
es lo primero que bate.
LIDORO: Monstruo es de dos especies
pues hijo es de tierra y aire.
PERSEO: Sobre la cumbre del monte
Parnaso, émulo de Atlante,
ha parado el primero vuelo.
LIDORO: No aquí la admiración pare,
pues hiriendo con la uña
el fuego a sus pedernales,
en vez de brotar centellas
brotan líquidos cristales.
BATO: La fuente de los poetas
será.
UNO: ¿Qué hay de que lo saques?
BATO: De que quitará la sed
y no quitará el hambre.
PERSEO: ¿Bato?
BATO: ¿Qué quieres?
PERSEO: Que al monte
subas al punto y me bajes
aquel caballo en que pueda
volver volando.
BATO: No es fácil
que suba yo y que él se deje
coger de mí.
PERSEO: Yo a alcanzarle
subiré, pues para mí
la tierra le aborta. Tráete
tú esa cabeza y conmigo
ven.
BATO: ¿Qué cabeza?
PERSEO: Ignorante,
ésa de Medusa.
BATO: ¿Yo?
PERSEO: ¿Pues quién?
BATO: El turco.
PERSEO: No tardes.
Ázale del suelo y ven.

[BATO] vala a coger y ella salta

BATO: Lleve el diablo quien tal hace.
PERSEO: ¡Vive Júpiter, villano!
Si no la traes que te mate
porque ella ha de ser blasón
de mis hechos inmortales.
BATO: ¿Por dónde tengo de asirla?
PERSEO: Por cualquier truncado áspid.
BATO: Buenas señas para mí.
¡Ay, que muerden!
PERSEO: No te espanten;
que muertos están
BATO: Sepamos
cuando yo con ella cargue
y te siga, ¿en qué he de ir yo
si tú volando te partes?
PERSEO: A las ancas del Pegaso
irás.
BATO: Pues, ¿y de qué sabes
que sufre ancas?
PERSEO: Tráela, pues.
BATO: Yo llevo para librarme
de los peligros del vuelo
linda cabeza de mártir.
PERSEO: Vosotros quedad en paz
que el volverme es importante.
LIDORO: ¿No admitirás de nosotros
las gracias de semejante
acción?
PERSEO: No, que las que espero
amor me ha de dar triunfante
de otra fiera.
LIDORO: Oye,
PERSEO: Es en vano.
LIDORO: Pues, dinos ya que te partes,
¿quién eres?
PERSEO: Perseo, hijo
de Júpiter y de Danae.

Vanse [PERSEO y BATO]

LIDORO: ¿Danae y Júpiter? ¡Cielos!
Sin duda éste es de sus graves
fortunas causa en los celos
del rey Acrisio su padre;
y, aunque me acuerden los míos,
tanto me obliguen sus partes
que he de seguirle a saber
si puedo en algo pagarle
esta fineza, inquiriendo

en qué las fortunas paren
de Perseo, ilustre hijo
de Júpiter y Danae.

Vase LIDORO. Sale la DISCORDIA

DISCORDIA: Ya en Trinacria ninguno
hay que esta vara trágica de Juno
no le haya tocado;
porque atento a las cóleras del Hado
contra Andrómeda pida
que salve tantas vidas una vida.
Ya que cumplió la luna,
sombra condicional de la Fortuna,
su término, Perseo,
no has de lograr el fin de tu deseo,
por más que honrar te pudo
de Palas bella el cristalino escudo,
de Mercurio el dorado caduceo.
Y, puesto que ya veo
el pueblo conmovido,
sea el tumulto música a mi oído;
porque no me baldone la ignorancia
de bastarda deidad, cuando veloces
vea mi idioma en acordadas voces,
que suenan con más dulce consonancia,
repitiendo la instancia
de mi cólera altiva
y de mi envidia fiera.

[Hablan] dentro.

VOCES: Muera Andrómeda.
TODOS: ¡Muera!
VOCES: ¡Viva Trinacria!
TODOS: ¡Viva!
DISCORDIA: Aquésta sí que es cláusula festiva
para la vanidad de mi deseo,
y más cuando ya veo
lograrse de mis cóleras el fruto;
pues vestida de luto,
al funesto compás de destempladas
cajas, de triste canto acompañadas,
Adrómeda camina
al teatro fatal de la marina,
donde ha de ser de mi rencor indicio,
verla de unmonstruo humano sacrificio,
antes que volver pueda

del África Perseo donde queda
imaginando que esta ruina es culpa
la derramada sangre de Medusa.
Pero, por más que su favor aguarde,
ha de llegar o mal o nunca o tarde,
pues ya llegan veloces,
al compás de las cajas y las voces,
al mar, los que publican
que esta víctima a Venus sacrifican.
Y, aunque tan triste su lamento ha sido,
dulce linsonja es para mi oído
cada vez que le escucho y a ella veo
sin que darla favor pueda Perseo,
diciendo con severa
lástima a un tiempo crüel y compasiva.

UNOS: ¡Viva Trinacria!

TODOS: ¡Viva!

UNOS: ¡Muera Andrómeda!

TODOS: ¡Muera!

DISCORDIA: Mal de Perseo su favor espera,
aunque el Pegaso ya le dé sus alas,
Mercurio el cetro y el escudo Palas.

Vase [la DISCORDIA]. Sale una tropa de MÚSICOS y detrás ANDRÓMEDA, vestida de luto, llorando, y delante CELIO. Cantan

MÚSICOS: *"La que nace para ser*
estrago de la fortuna,
supla, calle, llore y sufra,
y consolada con que
la que es desdicha no es culpa,
supla, calle, llore y sufra."

ANDRÓMEDA: *"La que nace para ser*
estrago de la fortuna,
supla, calle, llore y sufra,
y consolada con que
la que es desdicha no es culpa,
supla, calle, llore y sufra."

Miente la alevosa voz
que consolarme procura
inútilemnte, asentando
en los ecos que pronuncia;
que, porque culpa no es
la que a este fin me reduzca,
no es desdicha porque antes,
si bien lo advierte y lo juzga,
es ser desdicha dos veces;
que el que culpado se angustia

en la culpa que comete,
halla honestada la injuria.
Mas quien la padece,--¡ay triste!--
sin cometerla, es locura
persuadirse a que es consuelo
el fracaso a que se ajusta.
Y así, miente, otra vez digo,
la voz que aleve articula;
que es disculpa de su hado
no siendo el hado disculpa.

MÚSICOS: *"La que nace para ser*
estrago de la fortuna,
supla, calle, llore y sufra."

ANDRÓMEDA: ¿Cuánto le fuera mejor
a mi fatal desventura
morir culpada que no
inocente? Estrella injusta,
¿por qué a mí no me dictaste
la vanidad, que perjura
me condena? Fuera mía
pues es mía la fortuna
la causa de ella, que yo
me holgara, en pena tan dura,
de ser la culpada siempre
porque no llorara nunca.

MÚSICOS: *"Que consolada con que*
la que es desdicha no es culpa,
supla, calle, llore y sufra."

CELIO: Andrómeda, ya es en vano
el llanto. Esta peña dura,

Enseña una peña

que dentro del mar permite
que en sus golfos se descubra
tan a todas partes, que
por todas partes la inundan,
cerrando el paso a que puedas
desde ella ponerte en fuga,
es donde hemos de dejarte
entregada a la sañuda
cólera de las Nereidas,
sacras enmigas tuyas.
Ellas han de recibirte
para que la ofensa suya
en Venus se satisfaga

pues Venus es en quien dura.
Retiraos todas. Sagradas
deidades justas o injustas,
ahí os queda vuestra ofensa,
ahí os queda vuestra injuria.
O remitidla o vengadla
que a nuestra obediencia suma
toca el ponérosla donde
gima ciega y diga muda.

Cantan

TODOS: *"La que nace para ser*
estrago de la fortuna,
supla, calle, llore y sufra."

Vanse [todos, dejando a ANDRÓMEDA]

ANDRÓMEDA: ¡Oíd, esperad! Mas--¡ay triste!--
en vano un infeliz busca
piedad en orejas que oyen
cuando oyen lo que no escuchan.
Altos montes de Trinacia,
que al cielo elevan las puntas,
siendo el cóncavo palacio
del alcázar de la luna,
rocas rústicas, pilastras
de sus dóricas columna,
abrid en el centro vuestro
la más horrorosa gruta
para que a un vivo cadáver
le sirva de sepultura
antes que siendo este golfo
de sus verdes años tumba,
la dé un monstruo en sus entrañas
pira, monumento y urna.
Viva estatua soy de hielo,
y como a otra pena acuda...,
miento, de fuego la soy,
sintiendo dos iras juntas;
sin que aquésta aquélla aplaque,
ni aquélla a esotra consuma.
¿Quién creerá que en tanta pena,
desconsuelo, ansia y angustia,
hacerse sepa lugar
otra ira, rabia y furia,
dando paso la primera
a que quepa la segunda?
¿Es posible que aquel joven,

después que ciego aventura
mi vida y mi honor, se ausente,
sin que de mis desventuras
sea testigo? Siquiera
consolara mis injurias
su lástima; que el ver que otro
siente, si no alivia, ayuda
a hacer más tratable el daño.
Mas--¡ay de mí, qué locura!
y más cuando dulces ecos

Música dentro

la esfera del aire turban,
porque mi llanto y su acento
uno en el otro confunda.

Salen seis NEREIDAS vestidas de azul y oro, cantando y bailando todas

TODAS: *"¡Albricias hermosa*
deidad de la espuma,
que ya es sacrificio
la que antes fue injuria!"
NEREIDA 1: *"Ya la que soberbia..."*
NEREIDA 2: *"...quiso que presuman,..."*
NEREIDA 3: *"...que reina podía..."*
NEREIDA 4: *"...ser de la hermosura,..."*
NEREIDA 5: *"...víctima es sagrada..."*
NEREIDA 6: *"...a las aras tuyas."*
TODAS: *"¡Albricias hermosa*
deidad de la espuma,
que ya es sacrificio
la que antes fue injuria!"
ANDRÓMEDA: Bellas ninfas de Nereo,
sagrado río, que inunda
los imperios de Trinacria,
patria mía y patria suya,
desde el alto Lilibeo
que fue su cuna y mi cuna
hasta esta funesta boca,
donde con el mar se junta,
si sois, como sois, deidades,
a quien toda esta cerúlea
república no hay escollo
en que no os labre y construya
templos de coral y nácar
en sus bóvedas profundas,
mostrad que lo sois en ser

piadosas; que no hay ninguna
acción en que más se muestre
la deidad, que a un dios ilustra,
que en la piedad. Y más, cuando
a la cuchilla que empuña,
el ruego le embota el filo,
le mella el llanto a punta.
A vuestra plantas postrada
yace una pompa caduca
que sólo para morir
infausta, amaneció augusta.
Si mi madre apasionada
con amor y sin cordura
me alabó, sobradamente
el afecto la disculpa.
¿Cuándo el amor de los padres
hizo fe? ¿Qué sierpe astuta
sus viboreznos no cría
con cariño y con blandura
pareciéndole que son,
llenos de escamas y arrugas,
más hermosos que las aves
que ramilletes de plumas
cuando ellos la tierra arrastran,
esotras el aire surcan?
Y cuando fuese indecoro
que con los dioses presuma
competir, ¿fue culpa mía
la que fue vanidad suya?
Duélaos la flor de mis años.
Mirad que el prado os acusa,
que cuando floridas todas
ésta sola dejéis mustia.
Acordaos de que fuimos
amigas cuando estas rubias
arenas a nuestros bailes
la escena dieron, de cuyas
mudanzas el viento agora
no sin ocasión murmura,
viendo que de extremo a extremo
pasan; pues siendo las unas
festivas, queréis contra arte
que a trágicas se reduzcan.
Más airosas quedaréis
en pasión tan absoluta,
como el decir que yo era
más hermosa, bella y pura
que Venus y que vosotras
en hacer, como seguras,
desperdicio del baldón
y de la arrogancia burla.

Contra la enseñanza, no hay
silogismo que concluya
sin que él mismo a su primera
consecuencia se confunda.
Dígalo el sol. ¿Qué importara
a sus bellas luces rubias
que hubiera uno que dijera
que le parecían oscuras?
¿Ofendiérase por eso?
No, que la venganza suya
fuera al que su luz disfama,
ver que a su luz se deslumbra.
Pues, siendo así, ¿qué más noble,
más piadosa, ni más justa
satisfacción puedo daros
que absorta, elevada y muda
arrojarme a vuestras plantas?
Pues no puede haber ninguna
que más claramente diga
quién obedece y quién triunfa.
Y pues como allá en el sol,
nada a su esplendor perturba
y yo confieso que el vuestro
a mí, a su sombra me ilustra,
no vengativas, no fieras,
no crüeles, no sañudas...

UNAS: No prosigáis.

OTRAS: Calla, calla.

NEREIDA 1: No con piedad nos arguya.

NEREIDA 2: Sin tiempo nos lisonjeas.

NEREIDA 3: Sin ocasión nos adulas.

NEREIDA 4: Y pues ya echada la suerte
a vista de la Fortuna,
humildades afectadas,
más que virtud, son industria.
De tus ropas te despoja.

TODAS: De ti adorno te desnuda.

Desnúdanla

ANDRÓMEDA: ¡Amigas!

NEREIDA 5: En competencia
de discreción y hermosura,
no hay amigas que no sean
enemigas.

ANDRÓMEDA: ¡Suerte injusta!

NEREIDA 6: En este elevado escollo
están las cadenas duras
que han de atarla.

ANDRÓMEDA: ¡Ay infelice!

TODAS: En él arrastrando suba.

Átanla a un escollo con unas cadenas

ANDRÓMEDA: ¿Para qué? Soltad; que yo,
corrida de que la angustia
úsase del rendimiento,
quiero apelar a la furia.
Falsas, mentidas deidades,
de vuestro rencor se induzca,
pues no puede serlo, en quien,
rogada, la saña dura.
Ya no quiero que piadosas
conmigo estéis, pues ninguna
desdicha puede ya serlo
para mí más importuna
que ver desaprovechada
de las lágrimas la astucia
en quien usa tan mal de ellas
que de ellas con fieras usa.
Y así por echarle a mal,
ya el llanto de afecto muda
que ninguna piedad vuestra
será mejor que ninguna.
Y supuesto que el despecho
mejor que yo lo divulga,
voluntariamente doble
la cerviz a la coyunda.
Este destinado escollo,
cátedra de mi fortuna,
el peso de mis desdichas
sobre sus espaldas sufra.
Y habiendo de llorar a alguien
llore a aquesta peña ruda,
antes que a vosotras; pues
menos toscas, menos brutas
son las que ostentan el serlo
que las que lo disimulan.

NEREIDA 1: Llega esas argollas, ata.

NEREIDA 2: Ve, y esa cadena añuda.

NEREIDA 3: Sí haré.

NEREIDA 4: Y yo también.

NEREIDA 5: Agora,
verás si el viento te escucha.

TODAS: ¿Quién merece ser, tú o Venus,
la reina de la hermosura?

Vanse, dejándola atada al escollo

ANDRÓMEDA: ¿Cuál de vosotras, estrellas,
de cuantas la arquitectura
celeste esmaltáis, a quien
es dado que ansias influyan,
la mía es? No es porque quiere
darla quejas, lo pregunta
la voz, que antes para darla
gracias, en saberlo estudia,
el ver que tan liberal
en mí su influjo ejecuta,
que haga que quepan en mí
todas las desdichas juntas.
¿Habrá, dime, ¡o tú entre tantas
la más pobre, más oscura,
más trémula, más infausta
más apagada y más turbia!
¿Habrá, digo, en este estado,
porque digas que no apura
mi voz tu poder, algún
consuelo, esperanza alguna?

[Con estos versos va saliendo en la mar un monstruo que viene acercándose al escollo. Cantan dentro los Ecos

ECO: *"Una..."*

ANDRÓMEDA: Una el eco me responde;
mas, ¡ay! que no es piedad suya
sino delito; pues siempre
algo de lo que oye hurta.
Y así por mi desconsuelo
volver pretendo a la duda.
¿Qué más puede ser que sea
mi infelice desventura?

ECO: *"...ventura..."*

ANDRÓMEDA: Segunda vez, ladrón eco,
la postrer sílaba usurpas
de mi última razón.
Mas no por eso, segunda
causa, creeré que te trae.

ECO: *"...hay..."*

ANDRÓMEDA: Pues nada en ti me asegura.

ECO: *"...segura."*

ANDRÓMEDA: ¿Qué fuera--¡ay de mí!-- que el eco
algo en mi favor pronuncia?
Pues a mis preguntas dice,
si sus respuestas se aúnan,
que en el estado que estoy
"una ventura hay segura."
Mas, ¿qué ventura--¡ay de mí!--
puede ser si ya se enturbian
las ondas a la batida
que al disforme estatura
de un vivo escollo que, ya

Saliendo fuera la fiera toda de escamas

bajel animado, surca
al mar encrespa la tez
de su verdinegra bruma,
de sus presas y sus garras
viene aguzando las puntas
contra mí?

[Hablan dentro PERSEO y BATO]

PERSEO: En aquesta peña
te apea.
BATO: Es cosa muy justa.

Aparece PERSEO en el caballo, en lo alto, con lanza y escudo

PERSEO: Ya que a Andrómeda y al monstruo
quiere el cielo que descubra
a tan buen tiempo...
ANDRÓMEDA: ¡Piedad,
altos dioses!
PERSEO: ¿Qué te angustia,
hermosa Andrómeda bella,
si Perseo es en tu ayuda?
Alado Belerofonte,
bruto y ave en piel y pluma,
que aborto fuiste, engendrado
de la sangre de Medusa,

Bájese el caballo, interponiéndose entre ANDRÓMEDA y el monstruo

abate el vuelo a esas ondas;
que su campaña cerúlea

hoy el teatro ha de ser
de la más desigual lucha
que vio el sol en cuantos giros
dora, ilumina e ilustra.

ANDRÓMEDA: ¿Qué es esto, cielos, que veo?
De la más alta, más suma
región, nuevo alado asombro,
la esfera del aire cruza.
Un joven trae, y si no
me mienten y me perturban
o la admiración o el miedo
que mis sentidos ofuscan,
el joven es de la selva.
Oye, aguarda, espera, escucha,
que a tanta costa no quiero,
como tu riesgo, tu ayuda.
Menos importa que yo
muera, que ver que aventuras
tu vida tú por mi vida.

PERSEO: Por más que a las iras tuyas
los polos cel cielo giman,
los ejes del orbe crujan,
sobresaltados del mar
que a apagar sus luces suba
cuando en horribles bramidos
sus ondas al sol escupas,
no has de ponerme pavor.

ANDRÓMEDA: Deja, deja que esa furia
se cebe antes en mi pecho
que en el tuyo. No presumas;
que es favor el que tirano
más que me alivia, me asusta.
En partida lid los dos
ya se apartan, ya se juntan.
¡Piedad, dioses! Y esta vea
concederla no se excusa,
pues para mí no la pido.

El monstruo se retira cayendo

PERSEO: Ya que la aleve cicuta
de su sangre, la azul playa
vuelve campaña purpúrea,
huye vencido a mi acero.
Y porque en el mar te hundas,
a nunca más ver tu horror,
mira en la acerada luna
de este escudo en quien impresa
quedó la faz de Medusa.

ANDRÓMEDA: Rastros de sangre dejando,

el monstruo se ha puesto en fuga.

PERSEO: Ya que vencido de mí
el mar su terror sepulta,
es bien, hermosa beldad,
que agora a desatarte acuda.

Apéase PERSEO, y desata a ANDRÓMEDA

Libre estás.

ANDRÓMEDA: De dos albricias
soy deudora a mi fortuna;
mas miento, que no lo soy,
sino solamente de una,
pues no es mi vida acreedora
donde está anterior la tuya.
Dime quién eres, porque
agradecida y confusa,
sepa a quién esta fineza
debo.

PERSEO: Quien tu amparo busca
con tal riesgo, que no es
éste el mayor de quien triunfa.
Mas, ¿qué mucho facilite
más que el hado dificulta
amor, que en esta fineza
todos sus méritos funda,
para arrojarme a tus plantas?
¡Qué gran dicha!

ANDRÓMEDA: ¡Qué ventura!

PERSEO: ¡Qué felicidad!

ANDRÓMEDA: ¡Qué suerte!

Sale BATO

BATO: Bien podéis, cuantos oculta
el miedo, por esas peñas
llegar, que ya con mi ayuda
mi amo dio la muerte al monstruo,
quitando a su dentadura
el que hoy no tenga por postre
manjar blanco de pechugas.

Voces dentro

UNOS: ¡Viva quien la fiera vence!

OTROS: ¡Viva quien del monstruo triunfa!

Sale el REY de Trinacria y los que pudieren

REY: Dame, extranjero, los brazos,
y supuesto que es sin duda
que quien ha hecho tal hazaña
heroica sangre le ilustra,
en premio de ella, porque
ella sola es paga justa,
en diciéndonos quién eres,
Andrómeda será tuya.

PERSEO: Pues oye...Yo soy...

Dentro

LIDORO: ¡Qué asombro!

REY: Tente, espera. ¿Qué os asusta
segunda vez que esas voces
dais?

Sale LIDORO

LIDORO: Yo te lo diré. Escucha.

Mató a Medusa el ínclito Perseo
y de su sangre concibió la tierra
aquel blanco caballo en quien le veo
los rummbos acertar por donde yerra.
Yo, llevado del noble alto deseo
de ver qué en sí tanto prodigio encierra,
sabiendo que a Trinacria venía, intento
seguir por agua al que navega en viento.
Embarquéme tras él y, cuando hacía
punta el bajel del África a la Europa,
gozando en tormentosa travesía
dulce tranquilidad del viento en popa,
absorto vi que sobre mí venía
frisando con las nubes en quien topa,
un bulto tal, que en el boreal espacio
era templo tal vez, tal vez palacio.
Éste, pues, estrechándole la esfera
al aire, en quien ocupa lo que oprime,
sus espaldas fatiga de manera
que, cuando más bramar intenta, gime.
Bien que pesada fábrica y ligera
ni senda deja en él, ni huella imprime,
siendo de un horizonte a otro horizonte
monte y ciudad, sin ser ciudad ni monte.
Alguna vez que acaso él declinaba
o que acaso el bajel hacia él subía,

nuestra atención en ecos escuchaba
ya numana voz, ya métrica armonía;
de suerte que el horror que nos causaba
en lisonjas a tiempos convertía,
haciendo el gusto aquí, y allí el disgusto,
pesado al gozo y apacible al susto.
Con este, pues, prodigio siempre a vista,
navegué hasta la orilla de esa playa
donde he visto del monstruo la conquista,
de quien jamás es fuerza ejemplar haya,
donde porque un asombro a otro resista,
o porque uno en aumento de otro vaya,
donde del monstruo fue la lid sangrienta,
parece que la fábrica se asienta.

REY: Absorto estoy.
ANDRÓMEDA: Yo confusa.
PERSEO: Yo turbado.
LIDORO: Yo suspenso.
BATO: ¿Y habrá algún bobo después
que piense que es verdad esto?

Cantan dentro, en el aire, y [salen JUNO] en su carroza con la DISCORDIA, y MERCURIO y PALAS sentados en dos nubarrones

MÚSICA: *"A tierra, a tierra, que aquí*
manda Júpiter supremo
por patrón de esta victoria,
trasladar de Acaya el templo."
JUNO: *"Por no asistir al aplauso,*
que ya, declarado el cielo,
da de Júpiter al hijo
a pesar de mis desprecios,
dejé el coro de los dioses,
Discordia, y contigo vengo
desde aquí a verle porque
la necedad de los celos
siempre anda acechando el daño.
Y así, aquí no retiremos,
ya que vencidas las dos
quedamos."
DISCORDIA: De mis deseos
servida estás; pero no,
señora, de mis afectos
porque trató de impedirlos
el gran Júpiter supremo
que de Mercurio y de Palas
poco importara el esfuerzo.
PALAS: *"No importara sino mucho,*

pues escudo y caduceo
fueron de su triunfa causa."

JUNO: *"Pues, ¿por qué, si es triunfo vuestro,*
no le asistís el el coro
de dioses?"

MERCURIO: *"Porque queremos*
no perderos a las dos
de la vista, previniendo
que no intentéis perturbarle
cuando a decir vuelve el viento..."

Vuelve la música en el aire y baja de los más alto un templo. Vienen en la fachada del [templo], sentada, la tropa de la música, y en habiéndose asentado en la tierra, salen de él el rey POLÍDITES, DANAE, CARDENIO, GILOTE, ERGASTO, RISELO y otros

MÚSICA: *"A tierra, a tierra, que aquí*
manda Júpiter supremo
por patrón de esta victoria,
trasladar de Acaya el templo."

PERSEO: ¡Qué maravilla!

ANDRÓMEDA: ¡Qué asombro!

BATO: ¡Qué prodigio!

REY: ¡Qué portento!

LIDORO: Aún más es, señor, si miras
la gente que viene dentro;
porque aquél, si no me engaño
y bien sus señas acuerdo,
es Polídites, de Acaya
rey, y aquel milagro bello
de hermosura y discreción,
Danae, madre de Perseo.

PERSEO: ¿Qué es esto, cielos, que miro?

POLÍDITES: Escucha. Sabrás qué es esto.

PERSEO: En sabiendo tú que te oyen.

DANAE: ¿Quién?

PERSEO: Andrómeda y Cefeo.

POLÍDITES: Los brazos nos da.

LOS TRES: ¿Qué hay, Bato?

BATO: ¡Gilote, Ergasto, Riselo!

GILOTE: Todos estamos acá.

BATO: Aunque me espanto de veros,
no me espanto de que haga
Júpiter tales extremos;
porque por grande que sea
un padre, no puede menos
de hacer fiestas viendo un hijo
que le ha puesto en paz dos reinos.

CARDENIO: Dame a mí también los brazzos.

PERSEO: ¡Oh, padre, cuánto me huelgo
de verte en aqueste traje!
CARDENIO: Honras son que no merezco,
de Polídites.
PERSEO: Yo, como
mías, se las agradezco.
REY: No tan grande admiración
embarace el cumplimiento.
POLÍDITES: Sabiendo de tus fortunas
los prodigioses sucesos...
DANAE: ...y los peligros en que
Discordia y Furias te han puesto,...
POLÍDITES: ...yo y Danae, a quien ya hizo
mi amor reina de mi imperio,...
DANAE: ...sacrificios ofrecimos
al gran Júpiter inmenso...
POLÍDITES: Lo que le pedimos fue
que a nuestras ansias atento...
DANAE: ...nos revelase en qué estado
la Fortuna te había puesto.
POLÍDITES: Él, agradecido al voto,...
DANAE: ...él, compadecido al ruego...
POLÍDITES: ...no sólo en el templo quiso
revelarnos tus sucesos...
DANAE: ...pero el templo elevó todo,
arrancado de su centro...
POLÍDITES: ...y, navegando veloces
enjutos golfos de viento...
DANAE: ...a cuantos en él estaban
ha traído en él a verlos.
REY: A tanta admiración, sólo
responder puede el silencio
y, pues antes que tu voz
quién eres dijo el portento,
dale a Andrómeda la mano.

Sale FINEO

FINEO: No dará tal, que primero
que sus extrañas fortunas
a lograr lleguen tal premio,
morirá al arrojadizo
rayo del templado acero
de este arpón.
LIDORO: No morirá
sin que tú mueras primero.

Dispara LIDORO una flecha

FINEO: ¡Ay, infelice de mí!
Que antes de matar he muerto.

Cae FINEO

Justamente esta venganza
de mí han tomado los cielos.

LIDORO: Ya con esto te he pagado
aquella fineza, puesto
que si mataste una hidra
que tenía en el cabellos
los áspides, yo maté
a quien los tenía en el pecho,
no siendo menos rabiosos
los áspides que los celos.

REY: Retirad ese cadáver
y tú, gallardo extranjero,
por aquesta acción de quien
eligió por instrumento
el cielo, en venganza noble
de las iras de Fineo,
dame los brazos.

DANAE: Y a todos.

ANDRÓMEDA: Sí, pues todos le debemos
que puesto en salvo el amor,
muera el aborrecimiento.

DISCORDIA: Todo nos sucede mal;
que éste era el último esfuerzo
que de las Furias tenía
reservado.

JUNO: *"Sus efectos
siguieron a los demás."*

PALAS: *"Claro está que el favor nuestro
había de hallar en Lidoro
lo que perdiera en Fineo."*

MERCURIO: *"Y aún no ha de parar aquí
su aplauso, que todo el cielo
la gala le ha de cantar."*

LAS DOS: *"¿Cómo?"*

LOS DOS: *"Dígalo el efecto."*

Ábrese el cielo

REY: ¿Qué nueva luz nos alumbra?

LIDORO: Iluminado los vientos...

PERSEO: ...se transparentan a visos,...

DANAE: ...se traslucen a reflejos.

ANDRÓMEDA: Todo el coro de los dioses
rasga sus azules velos.

TODOS: Nueva música se escucha.
BATO: ¿En qué ha de parar aquesto?

Cantan

MÚSICA: *"¡Viva, viva la gala del gran Perseo;*
que de Júpiter hijo, merece serlo!
Cuando a padre tan grande ponen sus hechos,
con dos monstruos vencidos, en paz dos reinos!"

Aparécese JÚPITER en un sol

JÚPITER: *"Yo el festivo parabién*
de vuestro aplauso agradezco,
y en el traje de Cupido
que fue mi disfraz primero
le recibo por hacer
de mis finezas acuerdo,
somo al fin primera causa
de tan gloriosos efectos.
Y así, para que prosiga,
vuelva a decir vuestro acento..."

Todos, con música, y representado

CORO 1: *"¡Viva, viva la gala del gran Perseo,..."*
CORO 2: *"...que de Júpiter hijo, merece serlo...."*
CORO 3: *"...cuando a padre tan grande ponen sus celos,..."*
TODOS: *"...con dos monstruos vencidos en paz dos reinos!"*

REY: ¿Qué nueva música es
la que en varios coros vemos
aquí de voces, y aquí
de rústicos instrumentos,
que a la del cielo acompaña?

Salen, por una parte, la nueve MUSAS, y por otra rústicos dioses, vestidos de labradores

MUSAS: Atento oye.
PASTORES: Escucha atento.
MUSA: Las nueve musas, a quien
es concedido el imperio
del Parnaso, cuya fuente
dio el caballo de Perseo,

agradecidas al docto
cristal, puro, claro y terso,
que no menos fertiliza
los prados que los ingenios,
vienen también a cantarle
la gala, y con más afecto
que otros, pues árbitros son
de la música y los versos.

PASTOR: Aquí la festiva tropa
de rústicos semideos,
a quien tocan alquerías
de prados y montes, viendo
que el que hoy es héroe divino,
fue pastor en otro tiempo,
al compás de sus silvestres
zampoñas, flautas, salterios,
vienen en su pastoril
modo, a aplaudirle diciendo...

Cantan y bailan las musas y los dioses

TODOS: *"¡Viva, viva la gala del gran Perseo;*
que de Júpiter hijo, merece serlo!
Cuando a padre tan grande ponen sus hechos,
con dos monstruos vencidos, en paz dos reinos!"

PERSEO: Mal, ¡oh Júpiter divino!,
podrá mi agradecimiento
responder a tantas honras;
pero a tus aras ofrezco,
no como satisfacción
sino como rendimiento,
la cabeza de Medusa,
el escudo y caduceo,
como de Mercurio y Palas
principales instrumentos.

POLÍDITES: En habiendo recibido
el don, parece que el templo
vuelve a elevarse.

CARDENIO: Esto es
decirnos que otra vez dentro
de él, los que dentro venimos
volvamos al patrio suelo.

REY: Permitid que mi hospedaje
antes os sirva.

DANAE: Primero
es la obediencia que el gusto
y, aunque tan grande lo tengo,
viéndote lograr la mano
de tan venturoso dueño,

contra lo que Dios ordena,
no es posible detenernos.

Vuelve a arrebatarse el templo con todos los que trujo

UNOS: Id en paz.
OTROS: En paz quedad.
BATO: A Dios rogad y rogad al cielo,
en metáforas de carro,
que no se derriengue el templo.
JÚPITER: *"Pues el viento es dueño suyo,*
vuelva a publicar el viento
en los ecos repetidos
de unos y otros acentos..."

TODOS: *"¡Viva, viva la gala del gran Perseo;*
que de Júpiter hijo, merece serlo!
Cuando a padre tan grande ponen sus hechos,
con dos monstruos vencidos, en paz dos reinos!"

MERCURIO: ¡Qué grande dicha!
JUNO: ¡Qué rabia!
PALAS: ¡Qué alegría!
DISCORDIA: ¡Qué tormento!
ANDRÓMEDA: ¡Qué felicidad!
REY: ¡Qué gusto!
PERSEO: ¡Qué ventura!
BATO: Y más si veo
que vuestro perdón merecen
las fortunas de Perseo
cuando en festivos aplausos
repiten todos a un tiempo:

TODOS: *"¡Viva, viva la gala del gran Perseo;*
que de Júpiter hijo, merece serlo!
Cuando a padre tan grande ponen sus hechos,
con dos monstruos vencidos, en paz dos reinos!"

FIN DE LA COMEDIA

LAS TRES JUSTICIAS EN UNA

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **Don LOPE de Urrea, HIJO**
- **Don LOPE de Urrea, viejo, PADRE del antecedente**
- **Don MENDO Torrellas, viejo**
- **Don GUILLÉN de Azagra, galán**
- **REY don Pedro de Aragón**
- **VICENTE, criado**
- **Doña VIOLANTE, dama**
- **Doña BLANCA, dama**
- **BEATRIZ, criada**
- **ELVIRA, criada**
- **BANDOLEROS**
- **CRIADOS**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

PRIMER ACTO

Suena dentro un arcabuzazo, y salen don MENDO y doña VIOLANTE, retirándose de cuatro bandoleros que los siguen, y VICENTE entre ellos

MENDO: Bárbaro escuadrón fiero,
ni del plomo el horror, ni del acero
el golpe repetido,
antes que muerto, me verán vencido;
porque no dan a mi valor recelos
ni el morir ni el vivir.
VIOLANTE: ¡Socorro, cielos!
BANDOLERO 1: Si ves esta montaña,
que desde su eminencia a su campaña
al pasajero advierte
mil funestos teatros de la muerte,
¿cómo, aunque a Marte en el valor imitas,
de tantos defenderte solicitas?
VICENTE: Esa rara hermosura,
que del sol desvanece la luz pura,
hoy, con mejor empleo,
de nuestro capitán será trofeo.
MENDO: Primero que ofendida
esta beldad se vea, de mi vida
triunfará vuestra saña rigurosa.
Diga después la fama presurosa
que si no fui bastante a defendella,
bastante fui para morir por ella.
BANDOLERO 2: Eso será bien presto.
VIOLANTE: ¡Ay infeliz!
MENDO: Pues ¿qué esperáis?

Sale don LOPE HIJO, de bandolero

LOPE HIJO: ¿Qué es esto?
VICENTE: En este monte hallamos
entre los laberintos y los ramos,
que inculta fabricó la primavera,
defendiéndose al sol, de una litera
a esa dama apeada,
de pequeña familia acompañada.
Así como nos vieron,
los crïados huyeron;
y solo aquese anciano es quien pretende
librarla, y de nosotros la defiende.
LOPE HIJO: Pues ¿cómo contra tantos, dime, piensa
no hallar tu esfuerzo inútil la defensa?
MENDO: Señor, si yo intentara
vivir, locura fuera, cosa es clara;
pero como no intento
sino morir, no es loco atrevimiento.
Y ya que tu venida
es última sentencia de mi vida,
de tu rigor a tu rigor apelo,
no te pido piedad.

Arrodíllase

LOPE HIJO: Alza del suelo;
que el primer hombre has sido
que a compasión mi cólera ha movido.
¿Es la dama, que va en tu compañía,
tu esposa?
MENDO: No, señor, sino hija mía.
VIOLANTE: Y tan hija, en efeto,
de su valor, su sangre y su respeto
que, si aquí con su muerte
presumes de mi vida dueño hacerte,
no podrás; pues primero
que lo consigas, a faltarme acero,
siendo mis manos de mi cuello lazos,
ahogada me verás o hecha pedazos,
cuando desesperada
caiga del monte al valle despeñada.
LOPE HIJO: Peregrina belleza,
convalezca del susto la tristeza;
que, aunque ella hubiera dado
disculpa a lo crüel, a lo obstinado
de mi vida, ella ha sido
también la que mi acción ha suspendido,
siendo el primero efeto
que vi en mí de piedad y de respeto.
¿Adónde es tu camino?
MENDO: A Zaragoza voy, donde imagino
que podrá ser que la persona mía
te pague estas piedades algún día.
LOPE HIJO: Pues ¿quién eres?
MENDO: Don Mendo
Torrellas me apellido. Al rey sirviendo,
don Pedro de Aragón, gran tiempo he estado
en Francia, Roma, y Nápoles; llamado
de él hoy vuelvo a la corte,
a hacerlo en lo que más mi vida importe;
donde te doy palabra, si te ha puesto
algún fracaso en esto
de vivir de esta suerte,
de ampararte y valerte,
trocando mis servicios
a tu perdón, y al mundo dando indicios
de que el alma te queda agradecida,
deudora del honor y de la vida.
LOPE HIJO: La palabra aceptara
cuando de mis locuras esperara
el perdón que me ofreces;
pero a la muerte estoy dos o tres veces,
por travesuras mías, condenado
--si bien ninguna ruin--con que he llegado
a la desconfïanza
de dejarme vivir sin esperanza,
haciendo más insultos cada día;
que es la desdicha mía
tal que guardarme haciendo solicito
sagrado de un delito otro delito.
MENDO: No tanto de tu vida desconfíes;
que como aquí de mi verdad te fíes,
bien podrá ser que sea
yo parte a tu perdón; y porque vea

el mundo que a mi aumento te prefieres,
dime, joven, ¿quién eres?
Que al rey no pediré merced alguna
hasta ver mejorada tu fortuna.
LOPE HIJO: Aunque es vano tu intento
--todos os retirad--estáme atento.

Vanse los Bandoleros

Yo, generoso don Mendo,
soy don Lope de Urrea, hijo
de Lope de Urrea. Así fueran
mis costumbres como han sido
ilustres mi nacimiento
y mi sangre.
MENDO: Yo lo afirmo;
si bien no valdrá mi voto,
que amigos un tiempo fuimos
don Lope y yo, con que ya
más justamente me obligo
a hacer por vos cuanto pueda.
LOPE HIJO: Antes, señor, imagino
que ya por mí no haréis nada;
porque siendo vos amigo
de mi padre, y él a quien
hoy tienen tan ofendido
mis locuras, tan quejoso
mis costumbres, tan mohino
mis travesuras, y en fin
tan pobre mis desvaríos,
bien, siendo su amigo, infiero
que no querréis serlo mío;
aunque, si de disculparme
tratara, yo os certifico
que pudiera, pues él fue
de mis desdichas principio.
MENDO: ¿De qué suerte?
LOPE HIJO: De esta suerte.
MENDO: Decid; que holgaré de oírlo.
VIOLANTE: (Ya poco a poco en mí va **Aparte**
cobrando el aliento brío.)
LOPE HIJO: Mi padre, según después
acá mil veces he oído,
desde sus primeros años,
o fuese virtud o vicio,
aborreció el casamiento;
pero juzgando perdido
un mayorazgo en su casa
tan noble, ilustre y antiguo,
a persuasión de sus deudos
o a persuasión de sí mismo,
tomó en su mayor edad,
contra el natural motivo
de su inclinación, estado;
para cuyo efecto hizo
elección de igual nobleza,
virtud grande y honor limpio;
si bien halló en una parte
engañado su albedrío,

que fue la desigualdad
de la edad, habiendo sido
doña Blanca Sol de Vila
de quince años no cumplidos
su esposa, cuando ya en él
nevaba el invierno frío
helados copos, que son
caducas flores del juicio.

MENDO: Ya lo sé; y ¡pluguiera al cielo
no lo supiese! (Prolijos **Aparte**
discursos, ¿qué me queréis?)
Proseguid, pues.

LOPE HIJO: Ya prosigo.
Resistió ella el casamiento,
quizá habiendo conocido
cuánto en las desigualdades
está violento el cariño;
mas como las principales
mujeres nunca han tenido
propia elección, hizo ella
de la suya sacrificio.
Casóse forzada, en fin,
de sus padres. ¡Ay, delirio
de la conveniencia! ¿Qué
te falta para homicidio?
Él con poca inclinación
al estado recibido,
y con poco gusto ella,
imaginad discursivo
ahora vos de qué humores
compuesto nacería hijo,
que nacía para ser
concepto de amor tan tibio?
Bien pensaron que yo fuera,
como otros hijos han sido,
la nueva paz de los dos;
mas tan al revés lo vimos
que de los dos nueva guerra
fui por afectos distintos,
de amor que engendré en mi madre,
y de odio en el padre mío.
Contra la naturaleza,
ni un instante bien me quiso,
aborreciéndome aun cuando
son los enfados hechizos.
Crióme sin algún maestro,
cuyo desorden me hizo
más libre de lo que fuera,
a tener mis desatinos
quien los corrigiera, puesto
que al más crüel, más esquivo
bruto tratable le hacen
o el halago o el castigo.
Apenas, pues, el discurso
me dio primeros avisos
de las luces racionales
cuando, viéndome tan mío,
di en acompañarme mal,
sin que supiesen reñirlo
ni de mi madre el amor

ni de mi padre el olvido.
Con estas licencias, pues,
desbocado mi albedrío
corrió sin rienda ni freno
la campaña de los vicios.
Mujeres y juegos fueron
los mejores ejercicios
de mi vida, sobre quien
creciendo iba el edificio
de mis años. Mirad vos
fábricas que en su principio
titubean, cuánto están
fáciles al precipicio.
Al cabo de muchos días,
que ya estaba yo perdido,
porque ya en mí habían ganado
las libertades dominio,
cayó en mi mala enseñanza
y sin ley ni tiempo quiso
tarde enderezar el tronco
que había dejado él mismo
sobre vicio en las raíces
nacer y crecer torcido.
Bien confieso que quisiera
yo agradarle; mas si os digo
la verdad, nunca acerté
a hacer cosa que él me dijo.
Tolerándonos, en fin,
el uno al otro, vivimos
siempre opuestos, siendo siempre
los dos eterno martirio
de mi madre, que hasta hoy
vive el corazón partido
en dos mitades, teniendo
con él una, otra conmigo;
tanto que, si alguna noche
disfrazado a verla he ido
--porque no tienen sus penas
ni mis penas otro alivio--
ha sido dándome llave
para entrar tan escondido
que mi padre no me sienta.
¿Quién en el mundo habrá visto
que el digno amor de una madre
y de un hijo el amor digno
hayan puesto a la virtud
la máscara del delito?
Y en fin, para que lleguemos
de una vez al más esquivo
suceso de las fortunas
que a este estado me han traído,
dejando juegos, amores,
pendencias y desafíos,
que a los dos nos tienen hoy,
a él pobre y a mí malquisto,
sabréis que junto a mi casa
vivió una dama; mal digo,
que no era sino un milagro
de la hermosura, un prodigio
de la discreción, en quien

generosamente unidos
los extremos compusieron
aquellos bandos antiguos
que la perfección partió
en lo discreto y lo lindo.
Servíla, siendo los medios
de mi amor en los principios
mudas señas que después,
convertidas en suspiros,
pasaron a ser conceptos
bien pensados y mal dichos.
Signifiquéla mis penas
en mil papeles escritos
que, introduciéndose leves
en sus piadosos oídos,
ganaron para la voz
algún aplauso de finos;
tal vez que, siendo la noche
de mis finezas testigo,
me oyó quejar a sus rejas,
dándose ellas a partido
con su pecho, pues sus hierros,
limados del dolor mío,
consecuencia a sus rigores
hicieron enternecidos.
Oyóme, pues; con que entiendo
que de una vez os he dicho
que agradecida a mis males
se mostró; porque es preciso
que se conceda a estimarlos
la que no se niega a oírlos.
De aqueste favor primero
ufano y desvanecido,
alimenté la esperanza
algún tiempo, hasta que quiso
amor que a su mayor dicha
volasen mis atrevidos
pensamientos. ¡Oh, qué mal
dicha la llamo, si miro
que en el imperio de amor
es tan tirano el dominio
que hasta el cuerpo de la dicha
es la sombra del peligro!
Entré en su casa, en efecto,
habiendo antes precedido
mil juramentos, mil votos
que sería su marido.
¡Oh, qué fácil es hacerlos!
¡Oh, qué difícil cumplirlos!
Pues apenas mi amor hubo
su hermosura conseguido,
cuando se quitó la venda
y vio en cristal menos limpio
que, aunque era hermosa, era fácil.
¡Oh, honor, fiero basilisco,
que, si a ti mismo te miras,
te das la muerte a ti mismo!
De una parte enamorado,
y de otra arrepentido,
cuanto su hermosura amaba

tanto aborrecía su estilo.
Y así, por lograr aquélla
sin este temor, previno
mi ingenio, con las disculpas
de ser de familias hijo,
dar largas a sus deseos,
hasta que, habiendo caído
ella en que las dilaciones
eran supuesto artificio,
mañosamente me dio
a entender que había creído
la ocasión, sin que pudiese,
ni aun en el menor desvío,
conocer jamás que estaba
doble su intención conmigo.
Tenía un hermano fuera
de Zaragoza, bandido,
porque con alevosía
había muerto a un hombre rico.
Este, pues, llamado de ella,
desde las montañas vino;
y teniéndole en su casa
secretamente escondido,
le dio cuenta del estado
de su honor. El, ofendido,
para sus intentos trajo
dos camaradas consigo.
Yo, con la seguridad
que otras noches había ido
a verla, fui aquella noche,
y apenas sus cuadras piso
cuando de los tres me veo
traidoramente embestido,
tan a un tiempo que tres puntas
con sólo un reparo libro;
y calando una pistola
de que ellos por el rüido
no debieron de valerse,
di...

Ruido dentro

UNOS: ¡Al valle!
OTROS: ¡Al monte!
TODOS: ¡Al camino!

Sale VICENTE

MENDO: ¿Qué es esto?
VICENTE: ¡Señor!
LOPE HIJO: Di presto.
MENDO: ¿Qué tráeis?
VIOLANTE: ¿Qué ha sucedido?
VICENTE: Que los crïados que huyeron
de aquese lugar vecino
la justicia han convocado,
y en busca nuestra ha salido.
LOPE HIJO: Pues ¡a la montaña!

MENDO: A ella
os retirad. Yo me obligo
a que no os sigan, saliendo
al paso; y de nuevo afirmo
que os cumpliré mi palabra.
LOPE HIJO: Yo os la tomo.
MENDO: Sólo os pido
que alguna prenda me deis,
por si a buscaros envío,
que pase libre el que venga.
LOPE HIJO: No hallo en todo el poder mío
prenda ninguna que daros.
Mas...tomad este cuchillo
de monte; seguro viene
quien le trajere consigo.
MENDO: ¿Cuchillo me dais?
LOPE HIJO: ¿Qué puedo
dar yo que no sea ministro
de la muerte?
MENDO: Yo le acepto
para embotarle los filos.
LOPE HIJO: Tomad, y adiós.
MENDO: Id con Dios.
LOPE HIJO: ¡Ay de mí infeliz!
MENDO: ¿Qué ha sido?
LOPE HIJO: Con la turbación, al darle,
me herí la mano; y si os miro
con él en la vuestra, tiemblo;
porque aunque no vengativo
contra mi vida os mostréis...
MENDO: Mirad que es vago delirio
de la turbación; que yo...
VOCES: ¡Al monte, al valle, al camino! **Dentro**
VICENTE: Ya se vienen acercando.
VIOLANTE: No aguardéis más, sino idos;
que está viendo vuestro riesgo
pendiente el alma de un hilo.
LOPE HIJO: Por vuestro cuidado huyo,
antes que por mi peligro.
(¡Ay, ilusión, qué de cosas **Aparte**
en un instante hemos visto!)

Vase

MENDO: Porque adelante no pasen,
salgamos a recibirlos.
(¡Ay, qué de cosas, Fortuna, **Aparte**
a la memoria has traído!)

Vase

VIOLANTE: (En toda mi vida vi **Aparte**
tan amables los delitos.
¡Ay, discurso, qué de cosas
llevo que pensar conmigo!)

Vase. Salen don GUILLÉN y LOPE DE URREA (PADRE)

GUILLÉN: Habiendo yo amigo sido
desde nuestra edad primera
de don Lope, mal hiciera,
hallándoos tan afligido,
en no saber si mandáis
algo. ¿En qué serviros puedo?
LOPE PADRE: Muy agradecido quedo
al favor que me mostráis.
Y ¿cuánto ha que habéis venido:
GUILLÉN: Ayer entré en Aragón;
siguiendo una pretensión
de Nápoles he venido.
LOPE PADRE: Yo hablar hoy al rey quisiera,
aunque él que me dé no creo
lo que yo busco y deseo.
GUILLÉN: Pues ya el rey sale aquí fuera.

Sale el REY y acompañamiento

LOPE PADRE: Señor invicto, yo soy
Lope de Urrea, de quien
tenéis noticia.
REY: Está bien.
LOPE PADRE: No vengo a pediros hoy
lo que en otros memoriales
muchas veces os pedí;
que hoy, señor, me traen aquí
más consolado mis males.
Que me escuchéis os suplico
humilde, a esos pies echado.
REY: Decid.
LOPE PADRE: Confuso y turbado
mi dolor os significo.
Don Lope de Urrea, mi hijo,
palabra a una dama dio
de esposo; y porque temió
(¡cuánto en decirlo me aflijo!) **Aparte**
mi disgusto, por haber
sido sin licencia mía,
dilataba de día en día
recibirla por mujer.
Ella, presumiendo que era
desprecio, y recato no,
a un hermano suyo dio
de ello cuenta; de manera
que, cogiéndole encerrado,
él y otros dos que vinieron
con él matarle quisieron.
El mancebo es alentado
y, no pudiendo sufrir
tan sobrada demasía,
se arrojó su bizarría
con todos tres a reñir.
Uno mató. En caso igual
la ley le disculpa; pues
aun entre los brutos es
la defensa natural.
Salió a la calle en efeto,

adonde un ministro hirió
de justicia. Si ofendió
en esto vuestro respeto,
ved que más delito hiciera
si tan poco la estimara
que de ella no se guardara,
y delincuente no huyera.
Confieso que en la campaña
mejor estaría sirviendo
que, mayor su culpa haciendo,
forajido en la montaña.
Pero ya sabéis que ha sido
duelo siempre en Aragón
no huir los que nobles son
donde hay linaje ofendido.
En efecto la mujer,
que en tan adversa fortuna
dos veces parte es, la una
por la palabra de ser
su esposo, y la otra, señor,
por ser hermana del muerto,
quiere en más seguro puerto
tomar estado mejor;
y uno y otro apartamiento
piadosa me remitió,
con que la dé el dote yo,
para entrarse en un convento.
Y aunque es verdad que yo estoy
tan pobre que he menester
buscarlo para comer,
enajenándome hoy
de la poca hacienda mía,
no sólo el dote la he dado,
mas renta la he situado;
tanto que este mismo día
de mis casas me he salido
al cuarto más pobre de ellas,
para don Mendo Torrellas,
por cumplir lo prometido.
Suplícoos, a vuestros pies
una y mil veces postrado,
que, pues ya el perdón ganado
de la parte, sólo es
parte vuestro real poder,
alcance en esta ocasión
para mi hijo el perdón
que ha llegado a merecer,
si no por sí ni por mí,
por tantos abuelos claros
que con nobles hechos raros
os lo están pidiendo aquí.
Volved a aquesas historias
los ojos, señor; veréis
mil héroes, a quien debéis
tantos triunfos, tantas glorias.
Duélaos esta nieve, viendo
que al pronunciar mis enojos,
con el llanto de mis ojos
la está el amor derritiendo.
Y si el afecto de un padre

no merece un perdón real,
duélaos una principal
mujer, su infelice madre,
muerta de pena y dolor.
Por quien sois me permitid
aquesta gracia.
REY: Acudid
a mi Justicia Mayor.
LOPE PADRE: Bien mi corta suerte indicia
que es forzosa mi desgracia,
pues cuando os pido una gracia,
me enviáis a la justicia.
REY: Si ante ella pasa el proceso
de los delitos, ¿no es bien
que ante ella conste también
el perdón?
LOPE PADRE: Yo lo confieso;
mas vaco ese cargo está.
Por muerte de don Ramón
no hay Justicia de Aragón.
REY: Sí hay; que hoy se publicará.
LOPE PADRE: Mis lágrimas y suspiros
os merezcan tanto bien.
REY: (¡Oh afectos de padre! ¿Quién **Aparte**
no se enternece de oíros?)

Vanse el REY, don GUILLÉN y acompañamiento

LOPE PADRE: ¡Oh precisa obligación
de un noble y honrado pecho,
qué de cosas habéis hecho
por la pública opinión
del vulgo, sin el afecto
de un puro amor paternal!
No digo que quiero mal
a Lope, pero en efecto
con más agrado o más gusto
estas finezas hiciera
si a su amor se las debiera;
mas por Blanca todo es justo,
porque la quiero de suerte,
aunque ella juzga que no,
que, por darla gusto yo,
tuviera en poco la muerte.

Suena dentro ruido

Mas ¿quién tan acompañado
entrar en palacio ven
mis ojos? Mendo es, de quien
fui amigo un tiempo pasado.
Bien excusarme quisiera
de que me mirara así;
pero habiendo--¡ay de mí!--
de vivir--¡vergüenza fiera!--
en mis casas, mal podré
hüir su conversación.
Pero ya no es ocasión

de hablarle ahora; porqué,
habiendo el rey entendido
como llega a su presencia,
a la sala de la audiencia
segunda vez ha salido.

Salen el REY por una parte, y por otra don MENDO y acompañamiento

MENDO: Vuestras plantas, gran señor,
una y mil veces me dad.
REY: Don Mendo, del suelo alzad;
alzad, Justicia Mayor
de Aragón.
MENDO: La mano os beso;
y bien la habré menester
ahora, para poder
levantarme con el peso
que al cuello me habéis echado.
Vida los cielos os den.
REY: ¿Cómo venís?
MENDO: Como quien
viene a verse tan honrado
de vos.
REY: Cansado vendréis;
idos, Mendo, a descansar;
mañana venidme a hablar,
donde el intento sabréis,
estando a solas los dos,
con que traeros prevengo
a la corte, donde tengo
mucho que fïar de vos.
MENDO: Vuestra es el alma y la vida,
y, a vuestras plantas postrada,
nunca mejor empleada.

Vanse el REY y acompañamiento

LOPE PADRE: Si tarde el noble se olvida
de lo que un tiempo estimó,
testigo, don Mendo, sea
honrar a Lope de Urrea.
MENDO: Mal pudiera olvidar yo
precisas obligaciones
que a nuestra amistad confieso.
LOPE PADRE: La mano, señor, os beso,
y ya con dos atenciones;
una, por recién venido,
ufano de que vengáis
a mi casa, en que seáis
de mí y de Blanca servido;
y otra porque, habiéndoos hecho
de Aragón Justicia hoy,
vuestro pretendiente soy.
MENDO: Bien estaréis satisfecho
que os sirva.
LOPE PADRE: Este memorial,
aun antes de haber venido,
el rey os ha remitido.

MENDO: Vuestro amigo soy leal,
y creed que en todo estado
no he de faltaros jamás.
LOPE PADRE: Un hijo mío...
MENDO: No más;
de todo estoy informado;
y estimo ver el dolor
con que os hallo; que tenía
noticias de que os debía
vuestro hijo poco amor.
LOPE PADRE: A muchos, señor, parece
que es mi pecho tan cruel;
mas lo que no hago por él
es porque él no lo merece.
Por sus muchas travesuras
estoy de todos mal visto,
por sus delitos mal quisto
y pobre por sus locuras.
MENDO: No, no os tenéis que afligir;
que pues yo me hallo en lugar
adonde ya puedo dar
lo que había de pedir,
de su fortuna crüel
juzgad que ya mejoró,
pues la vida que me dio
hoy puedo dársela a él.
Esto sabréis más despacio.
Vamos a casa; que allá
todo bien se dispondrá.
Salgamos, pues, de palacio;
que, dejando hoy a Violante,
mi hija, me adelanté,
y cuidadoso, porqué
soy su padre y soy su amante,
estoy de si habrá llegado.
LOPE PADRE: Mucho me alegro que venga
con salud adonde tenga
a su servicio el cuidado
de Blanca, mi esposa bella,
en quien vos conoceréis
una esclava a quien mandéis.
MENDO: Yo estimaré conocella,
por deuda y señora mía.
(¡Oh quién pudiera excusar, **Aparte**
cielos, haber de llegar
a ver a Blanca este día!)

Vanse. Salen doña VIOLANTE en traje de camino por un lado, y por otro doña BLANCA

BLANCA: Felice yo, que tan bella
huéspeda tener merezco,
adonde la pueda estar
a todas horas sirviendo.
A daros la bienvenida
y a ver en qué ayudar puedo,
Violante, a vuestras crïadas
pasé de mi cuarto al vuestro.
VIOLANTE: La felicidad es mía;

pues cuando extranjera vengo
a Aragón, puedo decir
que en él he hallado mi centro.
Perdonadme de que os tenga
en este recibimiento
que divide los dos cuartos,
que no os digo que entréis dentro,
porque revuelto está todo.
BLANCA: Vos tenéis la culpa deso,
no los crïados, porque
no os esperaban tan presto.
VIOLANTE: A mí me pareció tarde;
que no vi la hora, os prometo,
de verme desotra parte
de la montaña, temiendo
segundo riesgo a mi vida.
BLANCA: Luego ¿hubo primero riesgo?
VIOLANTE: Y tan grande que le estoy
en el alma padeciendo
hasta ahora (pues ahora **Aparte**
aun más que entonces le siento.)
BLANCA: ¿Cómo así?
VIOLANTE: Por defenderme
del sol, que con sus reflejos
sañudamente talaba
la campaña a sangre y fuego,
me apeé de la litera
en un verde sitio ameno,
plaza de armas de las flores,
pues, fortificadas dentro
de los reductos y fosos
de un arroyo, no temieron
ni del sol las baterías
ni las correrías del cierzo,
cuando del seno del monte
cuatro o seis hombres salieron,
que de mi honor y la vida
de mi padre hacerse dueños
intentaron, cuya acción
lograra su atrevimiento,
si a este tiempo no llegara
un bandido caballero,
joven, galán y brïoso,
que liberal...

Llora doña BLANCA

Mas ¿qué es esto?

¿De qué lloráis?
BLANCA: De que estoy
vuestras fortunas oyendo,
con lástima de las mías.
Proseguid.
VIOLANTE: Daros no quiero
ocasión con mis pesares
para que sintáis los vuestros.

BLANCA: ¿Vio vuestro padre a ese joven

que tan gallardo y atento
pintáis?
VIOLANTE: Y de él recibió
vida y honor por lo menos.
BLANCA: (¡Mal haya él, por que no hizo **Aparte**
en mi venganza escarmientos
al mundo de...! Mas ¿qué digo?
¡Jesús mil veces! ¿Qué es esto?)
Loca estuve; perdonadme,
porque traigo un sentimiento
tan en el alma arraigado
que me priva por momentos
del juicio. Y no os espantéis,
señora, de mis extremos,
que ese joven hijo es mío,
y nos tienen sus sucesos,
a él sin ventura y a su padre
sin amor, y a mí sin seso.
VIOLANTE: Aunque él nos dijo quién era,
no pudo mi entendimiento,
con la turbación, entonces
percibir tan por extenso
los nombres que haya podido
aquí prevenir el serlo,
que en él no os hubiera hablado.

Salen don MENDO y don LOPE PADRE

LOPE PADRE: Abricias pedirte puedo,
Blanca; que hoy se entran en casa
las dichas y los contentos.
BLANCA: Harto será, porque ha días
que no la saben.
LOPE PADRE: Muy necio
anduve. Dadme, señora,
la mano, que humilde os beso,
y perdonadme. Tú, Blanca,
sabrás que el señor don Mendo,
nuestro huésped, que ésta es una
de las dichas, es del reino
Justicia Mayor, y a él,
que es la otra, del rey vengo
para el perdón de don Lope
remitido.
BLANCA: (¡Sufrimiento, **Aparte**
aquí os he menester todo!)
Mucho, señor, agradezco
a mi suerte que vengáis
donde puedan mis deseos
serviros; que, en cuanto a mi hijo,
vos sois quien sois, y yo pienso
que estáis en obligación
de ampararle por vos mesmo,
según Violante me ha dicho,
de una deuda en que os ha puesto.
MENDO: Siempre, Blanca, he de serviros
por él y por vos a un tiempo;
que no juzgo que ignoráis
la obligación que yo os tengo.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Ya, señora, está tu cuarto
aderezado y compuesto.
VIOLANTE: Perdonadme, Blanca, y dadme
licencia, porque deseo
descansar.
BLANCA: Si me la dais
vos a mí, os iré sirviendo.
LOPE PADRE: A mí, por viejo, me toca
la obligación de escudero.
VIOLANTE: Por dueño de casa yo
la aceptaré, si la acepto.
Quedad con Dios.
BLANCA: El os guarde.
VIOLANTE: (¡A batallar, pensamientos, **Aparte**
con esta víbora que,
dándome vida, me ha muerto!)
MENDO: Si esa licencia os permito,
es porque pagarla puedo,
acompañando yo a Blanca.

Vase don LOPE PADRE, llevando a doña VIOLANTE de la mano

(Antes que ella me hable, quiero **Aparte**
salir al paso a sus quejas.)
BLANCA: (¡Aquí de todo mi esfuerzo!) **Aparte**
¿Dónde vais?
MENDO: Sirviéndoos voy.
BLANCA: No, señor, quedaos.
MENDO: El cielo
sabe cuánto deseaba
esta ocasión.
BLANCA: ¿A qué efecto,
si vos no habéis de tener
conmigo segundo intento?
MENDO: A efecto de decir cuánto
hallaros con penas siento,
si bien podréis responderme
que no las extrañe, puesto
que con ellas os dejé.
BLANCA: Ni lo uno ni lo otro entiendo.
¿Vos a mí con penas? ¿Cuándo
o cómo, que no me acuerdo?
Ni pienso que os vi en mi vida.
MENDO: ¡Ay, Blanca!
BLANCA: Señor don Mendo,
plática no prosigáis
que ha empezado por afecto.
Si alguna memoria acaso
confusamente os ha hecho
equivocaros conmigo,
pues la sepulta el silencio,
el silencio la consuma;
y al cabo de tanto tiempo
olvidaos vos de todo;
que yo de nada me acuerdo.

MENDO: ¡Oh qué cuerdamente, Blanca,
os ayudáis del ingenio!
BLANCA: No sé por qué lo decís.
MENDO: Yo sí.
BLANCA: Pues no hablemos de ello.
MENDO: Yo me doy por advertido;
y si es que he de obedeceros,
¿cómo lo he de hacer?
BLANCA: Callando.
MENDO: ¿Cómo se calla?
BLANCA: Sufriendo.
MENDO: ¿Sabré yo?
BLANCA: Aprended de mí.
MENDO: ¿Con qué medio?
BLANCA: Este es el medio.
MENDO: Decidle.
BLANCA: ¡Beatriz!

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Señora?
BLANCA: Alumbra al señor don Mendo.
(Esto es quitar ocasiones.) **Aparte**
MENDO: (No es sino añadir tormentos.) **Aparte**

Vanse. Salen ELVIRA con luz y doña VIOLANTE destocándose

VIOLANTE: Cierra esas puertas, Elvira,
y si preguntare luego
mi padre acaso por mí,
dile que ya estoy durmiendo;
que no quiero que me hable
él ni nadie; sólo quiero
la soledad por amiga.
ELVIRA: Notables son tus extremos.
VIOLANTE: Pues aun no los he pintado,
Elvira, como lo[s] siento.
Ayúdame a destocar;
ve esos vestidos poniendo
sobre ese bufete.
ELVIRA: En fin,
¿que no son los bandoleros
tan fieros como los pintan?
VIOLANTE: Tal es la aprehensión que tengo
de su talle, rostro y voz,
que desecharle no puedo
de mi memoria; de suerte
que a cada parte que vuelvo
los ojos allí parece
que le miro.

Retíranse las dos a un retrete, que se fingirá con algunos lienzos. Salen don LOPE HIJO y VICENTE

LOPE HIJO: ¿Qué es aquesto?
¡Cielos! ¿Cómo está este
cuarto

tan adornado y compuesto?
VICENTE: La casa habemos errado;
que en la de tu padre creo
que apenas hay un candil.
LOPE HIJO: Detente.
VICENTE: Ya me detengo.
LOPE HIJO: ¿Ves una mujer...
VICENTE: Y aun dos.
LOPE HIJO: ... que con bizarro desprecio
de las galas se despoja,
como sobrados trofeos,
como añadidos despojos
de su hermosura, diciendo:
®Mejor que Palas armada,
desnuda avasalla Venus.¯
VICENTE: Ya lo veo, y si esto dura,
de aquí a un poquito tendremos
lindo rato.
LOPE HIJO: ¿Quién será?
VICENTE: Mi madre será, supuesto
que no es la tuya.
LOPE HIJO: Turbado
a verla el rostro me atrevo.
VICENTE: Yo también.
LOPE HIJO: Y a ver si oigo
lo que habla. Pisa más quedo.
VICENTE: ¿Qué más quedo? Si pisara
las gradas de un monumento,
aun no ajara los velillos.
ELVIRA: Notable es tu sentimiento.
VIOLANTE: En fin, está tan conmigo
y tan presente le tengo
--¡válgame el cielo!--que allí
jurara que le estoy viendo.
ELVIRA: No te sacaran los dientes
por el falso juramento;
que yo también lo jurara.
VICENTE: Dimos con todo en el suelo.
LOPE HIJO: Esta es la dama que vi.

Llega don LOPE HIJO

Decidme, prodigio bello,
decidme, hermoso milagro...
VIOLANTE: Sombra de mi pensamiento,
ilusión de mi sentido,
alma de mi devaneo,
cuerpo de mi fantasía,
voz de mi idea, que siendo
idea, ilusión y sombra,
fantasía y fingimiento,
sin voz, sin cuerpo y sin alma,
tienes alma, voz y cuerpo:
¿cómo aquí dentro has entrado?
LOPE HIJO: Hermosísimo portento,
en quien hace vivamente
la imaginación efecto,
no me ganéis vos de mano
en la duda que padezco,

pues con más causa os pregunto
yo: ¿qué hacéis vos aquí dentro?
VIOLANTE: Yo en mi casa estoy.
LOPE HIJO: Yo y todo.
Pues si aquí entré...
VIOLANTE: Oír no quiero.

A ELVIRA

LOPE HIJO: Porque se asegure ella,
oídme.
ELVIRA: Pues yo ¿a qué efecto?
Apareceos a mi ama,
fantástico bandolero,
pues ella es la enamorada;
pero a mí, si yo no os quiero,
¿a qué propósito?
LOPE HIJO: Ved
que os engaña el temor vuestro.
Hijo soy de aquesta casa,
a Blanca buscando vengo,
para decirla lo mismo
que sabéis; porque es mi intento
que el favor me solicite
que me ha ofrecido don Mendo.
En aqueste cuarto entré
con la llave que de él tengo,
harto desimaginado
de hallaros en él; y puesto
que os restauro de un asombro,
restauradme vos del mesmo,
desengañándome, cómo
en este cuarto os encuentro.
VIOLANTE: Lo que me decís sabía
yo, mas llevóme primero
lo que estaba imaginando,
que lo que estaba sabiendo;
y aun con ver el desengaño,
mal del susto convalezco;
pues si un miedo me quitáis,
me dejáis con otro miedo.
El que fingido me disteis
me estáis dando verdadero;
porque, verdad o ilusión,
de todas suertes os tiemblo.
En aquesta casa vivo;
los crïados, que vinieron
adelante, la tomaron;
vuestro padre, a lo que entiendo,
vive en otro cuarto de ella;
si a él buscáis, idos, os ruego,
y débaos yo en esta parte
la fineza de volveros.
LOPE HIJO: Aunque de vuestra hermosura
idólatra me confieso,
es con tan sagrado amor,
es con tan cortés respeto,
con tan ajena esperanza,
con tan noble rendimiento

que la fe con que os adoro
es con la que os obedezco.
Quedad con Dios, y entended
que sois el primer sujeto
que corrigió mi albedrío
y enfrenó mi atrevimiento.
VIOLANTE: Id con Dios, y entended vos
que la fineza agradezco,
y el primero sois también
que me ha debido un afecto.
LOPE HIJO: ¡Ah quién supiera pagarle
de su misma vida a precio!
VIOLANTE: ¿Queréis pagarle, don Lope?
LOPE HIJO: Sí.
VIOLANTE: Pues idos, y sea presto.
LOPE HIJO: Yo lo haré. Vamos, Vicente.
VICENTE: Vete tú, si eres tan necio;
yo me quedo acá esta noche.
VIOLANTE: (¿Qué pasión es ésta, cielos...) **Aparte**
LOPE HIJO: (¡Cielos! ¿Qué hermosura es ésta...)**Aparte**
VIOLANTE: (...que enamora sin deseo?) **Aparte**
LOPE HIJO: (...que inclina sin apetito?) **Aparte**
VIOLANTE: Id con Dios.
LOPE HIJO: Guárdeos el cielo.

SEGUNDO ACTO

Salen don LOPE HIJO y VICENTE vestidos de camino, y por otra parte doña BLANCA, don LOPE PADRE y BEATRIZ

LOPE HIJO: Una y mil veces el día,
señor, venturoso sea

en que llegar a tus plantas
humilde mi amor merezca.
LOPE PADRE: Álzate, Lope, del suelo,
y tan bien venido seas
como has sido de tus padres
deseado.
LOPE HIJO: Sin que me ofrezcas
tu mano a besar, no es justo
levantarme de la tierra.
LOPE PADRE: Toma. Dios te haga tan bueno
como yo le pido. Llega,
besa la mano a tu madre.
LOPE HIJO: Con temor y con vergüenza
llego, señora, a tus ojos,
por tantas lágrimas tiernas
como les debo.
BLANCA: No sólo
aquéllas, Lope, me [cuestas],
pero éstas también; si bien
son con una diferencia;
que aquéllas lloró el pesar
y llora el placer aquéstas.
Tú seas muy bien venido.
VICENTE: ¿Darásele ahora licencia
a un ermitaño del diablo,
que ha vivido entre dos peñas,
haciendo en servicio suyo
muchísima penitencia,
para llegar a besar
tu mano?
LOPE PADRE: ¡Qué buena pieza!
¿Vos también venís?
VICENTE: Si soy
el cojín de esta maleta,
la silla de este cojín,
y de esta silla la bestia,
¿no era preciso, señor,
que donde viniere venga?
LOPE PADRE: Con tan buena compañía
segura traerá la enmienda.
VICENTE: ¿Ves que te parece mala?
Pues ¡por Cristo, que no es buena!
LOPE PADRE: No juréis.
VICENTE: Rezagos son
que me han sobrado de aquella
mala vida. Vos, señora,
permitidme que me atreva,
si no a besaros la mano,
a besar la feliz tierra
que pisáis.
BLANCA: Alza del suelo;
que es justo que te agradezca
la lealtad que con don Lope
tienes, pues que no le dejas
en ningún trabajo.
VICENTE: Soy
criado adquirido ***ad perpetuam***
rei memoriam.
BEATRIZ: ¿Mi señor
vino ya?

A BLANCA

Pues aunque sea
delante de ti, he de darle
un abrazo en mi conciencia.
LOPE HIJO: Guárdete el cielo, Beatriz.
LOPE PADRE: Todos de verte se alegran,
pero más que todos yo;
y pues ya ir a ver es fuerza
a don Mendo, y darle gracias
del cuidado y la fineza
con que acudió a tu perdón,
Beatriz, a su cuarto llega;
mira lo que hace, y en tanto
quiero, Lope, que me atiendas.

Vase BEATRIZ

VICENTE: (Plática espiritual **Aparte**
tenemos.)
LOPE HIJO: (Calla, y paciencia, **Aparte**
pues ya sabes que venimos
a escuchar impertinencias.)
LOPE PADRE: Lope, ya ves el estado
en que estamos; nuestra hacienda,
que es lo de menos, está
toda empeñada y deshecha.
Estefanía, la dama
que tantos sustos nos cuesta,
está en un convento; yo
la he dado el dote y la renta.
Sabe Dios si, por poder
hacerlo y cumplir con ella,
poco menos he quedado
que a pedir de puerta en puerta.
En fin, hijo, tú estás hoy,
por la piadosa nobleza
de don Mendo, perdonado;
con que parece que cesa
ya todo lo padecido.
Lo que rogarte quisiera,
con lágrimas en los ojos,
con suspiros en la lengua,
y aun de rodillas, si a esto
dieren mis canas licencia,
es, Lope, que desde hoy haya
en tu vida alguna enmienda.
Restauremos lo perdido
de la opinión, y parezca
que a quien tiene entendimiento
los trabajos le escarmientan.
Hijo, seamos amigos,
y no haya más competencias
de amor ni de odio en los dos.
Vivamos en blanda y quieta
paz, haciendo de su parte
cada uno lo que pueda.

Yo de la mía pondré
mi amor, regalo y terneza;
pon tú de la tuya, Lope,
solamente una obediencia.
Tu padre es quien te lo pide.
Y al fin, Lope, considera
que no hay siempre un valedor;
y aun podría ser que venga
tiempo en que este amor y aquellos
favores, si los desprecias,
convertidos en venganzas,
contra tu vida se vuelvan.

VICENTE: ("Aquí gracia y después gloria" **Aparte**
faltó para ser entera
la tal plática.)

LOPE HIJO: Señor,
palabra doy de que veas
desde hoy en mis costumbres
enmienda tal que agradezca
a mis pasadas fortunas
el conocimiento de ellas.

Salen don MENDO y BEATRIZ

MENDO: Y yo salgo por fiador
de una tan justa promesa.

LOPE PADRE: Señor...

MENDO: Viendo que querías
pasar a verme, no fuera
justo que yo no ganara
de mano a esa diligencia.

LOPE PADRE: No sólo hacéis las mercedes,
mas las hacéis de manera
que ya más que hacerlas viene
a ser el modo de hacerlas.

LOPE HIJO: Dame tu mano, señor,
y plegue a Dios que te veas
tan glorioso en la privanza
del rey que la envidia fiera,
basilisco de palacio,
tu nombre ignore, y le sepa
la aclamación que le escriba
en láminas de oro eternas.

MENDO: Dame los brazos, y no,
don Lope, así me agadrezcas
lo que aun no he hecho por ti;
que bien mi valor se acuerda
que te debe honor y vida,
y un perdón solo no es prenda
que pueda satisfacer
el crédito de dos deudas.

BLANCA: ¡Plegue a Dios, señor, que el cielo...!

MENDO: Nada, Blanca, me encarezca
la voz; el silencio solo
en vos ha de hablarme.

BLANCA: Esa
es la merced que os estimo
más que todas, pues con ella
me dejáis desempeñada

de una continua vergüenza.
MENDO: Ahora bien, quedad con Dios;
que Su Majestad me espera.
LOPE PADRE: Y a mí un negocio me aguarda.
LOPE HIJO: Yo dividirme quisiera
por ir a los dos sirviendo;
mas, ya que elegir es fuerza,
para que os asista a vos
dará mi padre licencia.
LOPE PADRE: Sí doy, y con harta envidia
de ver elección tan cuerda.

Vase don LOPE PADRE

MENDO: Y yo lo acepto, no tanto,
don Lope, porque lo sea,
cuanto porque, yendo ahora
vos conmigo, es cosa cierta
que me excusáis de quedarme
yo con vos; pues de manera
está el alma en vuestra vista
ufana, alegre y contenta,
que no quisiera apartaros
un punto de su presencia.

Vanse don MENDO y don LOPE HIJO

VICENTE: Beatriz, escucha.
BEATRIZ: ¿Qué quieres?
VICENTE: Ya que los amos se ausentan,
¿no mereceré yo, por
recién venido siquiera,
algún abrazo traído?
BEATRIZ: Y aun sacado de la tienda
para ese efecto.
VICENTE: ¡Ay, Beatriz,
qué de cuidados me cuestas!
BEATRIZ: Bueno es eso para haber
dos mil meses que te espera
mi amor, y no haber venido
a dar por acá una vuelta.
VICENTE: ¿Cómo no? Pues ¿no venimos
mi amo y yo una noche de estas
pasadas, y nos entramos
como en nuestra casa mesma,
en el cuarto de don Mendo,
donde con Violante bella
a medio destocar dimos,
donde hubo el "detente, espera,
sombra, ilusión" con su poco
de desmayo y pataleta?
BEATRIZ: Calla, calla; no me cuentes
lancecitos de novela.
VICENTE: ¡Pluguiera a mi Dios, Beatriz!
Pues con eso no estuviera
tal mi amo que no es
no-vela, sino sí-vela;
pues ni dormir ni comer

a ninguna hora me deja,
hablando siempre en si estaba
más hermosa, más perfecta
desmelenada que no
melenada su belleza.
BEATRIZ: ¿Eso tenemos ahora?
VICENTE: Pues ¿y bien? ¿De qué te pesa
a ti?
BEATRIZ: De que, habiendo amor,
es preciso que tú seas
el "correveidile" de él;
y como vayas y vengas,
Elvira, que, a lo que he visto,
es su secretaria, es fuerza
que no pierda sus derechos.
VICENTE: ¡Ay, Beatriz, y si tú vieras,
como yo, a la tal Elvira,
qué pocos celos te diera
su hermosura!
BEATRIZ: Pues ¿por qué?
VICENTE: Porque es la sierpe lernea
en carne humana. Ella estaba,
como ya tan tarde era
y no esperaba visita,
quitada la cabellera.
BEATRIZ: [¿Cómo?] ¿Quitada?
VICENTE: A cercén.
BEATRIZ: Luego ¿es calva?
VICENTE: Calvatruena.
Fuera de esto, no tenía
tan cabal como debiera
del estuche de la boca
la necesaria herramienta.
BEATRIZ: ¿Aquella moza tan moza,
dientes postizos?
VICENTE: Aquélla,
sin otras cosas que callo;
que no es de hombres de mis prendas
hablar mal de las mujeres,
ni han de perder por mi lengua
las doncellas su remedio.
Pero mi amo, como deja
ya en la carroza a don Mendo,
aquí vuelve.
BEATRIZ: Adiós te queda.
(¡Miren quién de aquella cara **Aparte**
tales defectos creyera!
¡Qué bien dicen que es la noche
el toque de las bellezas!)

Vase BEATRIZ. Sale don LOPE HIJO

LOPE HIJO: Vicente, ¿por dicha has visto
en alguna desas rejas
a Violante?
VICENTE: No, señor;
ni pienso que, aunque la viera,
la conociera yo ahora.
LOPE HIJO: Como tuya es la respuesta.

VICENTE: De lo que a mí no me incumbe
no hago memoria; que fuera
ser la memoria local.
LOPE HIJO: ¿Posible es que olvidar puedas
haberla visto el cabello,
desmarañando las trenzas,
dar al aire golfos de oro,
tan al revés de otras selvas
que allá es perlas cuanto corre
sobre doradas arenas,
y aquí, al derramar los rizos
la inundación de sus hebras
sobre su nevado cuello,
es con tanta diferencia
que corren arroyos de oro
sobre márgenes de perlas?
¿No te acuerdas?
VICENTE: No, señor;
ni me acuerdo ni quisiera,
por no acordarme que vi,
si es que hemos de hablar de veras,
a Elvira a su lado, haciendo
ventaja, no competencia,
a su hermosura.
LOPE HIJO: ¡Qué loco!
VICENTE: Pues ¿será la vez primera
que sea mejor la crïada
que no el ama?
LOPE HIJO: ¡Oh, si pudiera
por alguna parte ver
a Violante!
VICENTE: Considera,
señor, que hoy hemos venido
escapados de una y buena;
no nos metamos en otra
igual por Violante bella.
LOPE HIJO: A mi padre le he llevado
muy mal que me reprehenda.
Mira cómo llevaré
que lo hagas tú. ¡Bueno fuera
que mi gusto embarazara
ninguno! Pero ¿quién entra
allí?
VICENTE: Don Guillén de Azagra.

Sale don GUILLÉN

LOPE HIJO: ¿Qué dices? ¿No me pidieras
albricias? ¿En Zaragoza,
don Guillén?
GUILLÉN: Y mal pudiera
sufrir, don Lope, un instante
el corazón más ausencias.
Apenas que habíais venido
supe cuando con presteza
os busqué, no para daros
una y muchas norabuenas,
sino para recibirlas
yo.

LOPE HIJO: Toda aquesa fineza,
don Guillén, es justamente
debida a la amistad nuestra.
Y por pagar en la misma
obligación esta deuda,
vos también seáis bien venido.
GUILLÉN: No es posible que lo sea
quien viene tras un cuidado,
vivo el sentimiento y muerta
la esperanza.
LOPE HIJO: ¿De qué suerte?
GUILLÉN: Ya os acordáis que a la guerra
de Nápoles me partí
tres años ha.
LOPE HIJO: Por más señas
me acuerdo de que los dos
nos despedimos en esa
plaza [de la Seo], con hartos
sentimientos y tristezas,
como adivinos entonces
de las notables tragedias
que habían de sucederme,
don Guillén, en vuestra ausencia.
GUILLÉN: Todas las supe, y el cielo
sabe si sentí saberlas.
Pero vamos a las mías,
ya que cesaron las vuestras,
porque habéis, a lo que espero,
de ser el alivio de ellas.
LOPE HIJO: Vuestro soy, y no habrá cosa
que mi amistad no os ofrezca.
GUILLÉN: Pasé a Nápoles, en fin,
donde nuestro rey intenta
vengar por armas la muerte
que dio con tanta fiereza
el de Nápoles al grande
[Conradino], hijo del César,
pues en público cadalso
le hizo cortar la cabeza.
Pero aquesto no es del caso;
volvamos a otra materia.
Entré en Nápoles un día,
donde vi una belleza
reducido el sol a un rayo,
cifrado el cielo a una esfera,
a una lágrima la aurora
y a una flor la primavera.
De estos encarecimientos
llegaréis a la experiencia
cuando sepáis que a quien vi
dentro de Nápoles era...
VICENTE: Doña Violante, señor.
LOPE HIJO: ¿Qué dices? ¡Maldito seas!
VICENTE: ¿Por qué? ¿Digo yo más que
sale de su cuarto y entra
en éste y, al conocer
que hay gente aquí, da la vuelta?
LOPE HIJO: Retiraos, don Guillén,
un breve espacio ahí afuera;
no embarecemos el paso

a esta dama.
GUILLÉN: Norabuena;
que yo tampoco no quiero
que ahora aquí hablaros me vea.

Vase

LOPE HIJO: ¡Vive el cielo, que temí
que fuese la dama ella!
VICENTE: Pues ¿podía yo saberlo?
Háblala antes que se vuelva.

Salen doña VIOLANTE y ELVIRA

LOPE HIJO: ¿Por qué, señora, os volvéis?
Advertid que es tiranía
que los términos del día
a sólo un punto abreviéis;
pues si ahora amanecéis
sol, en cuyo ardor me abraso,
y volvéis atrás el paso,
un caos formaréis, señora,
de las luces de la aurora
y las sombras del ocaso.
No os vais; pasad adelante,
sin que el mirarme os disguste;
pues no hay temor que os asuste
ni recelo que os espante.
De día es, bella Violante;
no de la noche valido
a ofenderos he venido,
sino la vida a ofreceros,
viviendo por vos y a seros
dos veces agradecido.
VIOLANTE: Es tan grande la aprehensión
del miedo que ya os cobré
que, aun viéndoos de día, no sé
si sois verdad o ilusión,
si bien en esta ocasión
que a ver a Blanca venía,
no, don Lope, me volvía
por vos, sino porque vi
no sé qué otra sombra aquí,
contra quien no vale el día.
LOPE HIJO: Un amigo mío, señora,
es con quien hablaba yo;
y, en viéndoos, se fue; por no
embarazaros ahora;
que el corazón que os adora
previno contra el desdén
vuestro esta ausencia, y fue bien,
porque yo os hablé.

Hablan aparte doña VIOLANTE y ELVIRA

VIOLANTE: ¡Ay de mí!
¿No era aquél don Guillén?

ELVIRA: Sí.
VIOLANTE: Pues él me habla en don Guillén.
LOPE HIJO: Y ya que a mi cuarto vais,
la ocasión no me neguéis
que vos misma me ofrecéis,
para que de mí os sirváis.
VIOLANTE: Esos extremos no hagáis;
quedaos.
LOPE HIJO: No será razón
la vida perder.
VIOLANTE: Pues ¿son
lo mismo ocasión y vida?
LOPE HIJO: Sí; pues no vuelve, perdida,
jamás vida ni ocasión.
VIOLANTE: La que conmigo tenéis
aprovechad; ya os escucho.
¿Qué queréis decir?
LOPE HIJO: Lo mucho
que a una memoria debéis.
VIOLANTE: ¿Tercero suyo os hacéis?
LOPE HIJO: No me atrevo a ser primero;
y así hablo por tercero;
que se declara mejor
en amaros el temor.
VIOLANTE: Pues siendo así, yo no quiero
oíros; porque sepáis
cuánto el escuchar me pesa
atrevimientos de aquesa
memoria de quien me habláis.
Os engañáis si pensáis
que es medio de conseguir
agrados míos venir
a declarármelos vos.
Esto le decid; y adiós.
LOPE HIJO: Advertid...
VIOLANTE: No os he de oír.

Vase

LOPE HIJO: (Entendió cómo quería **Aparte**
irme a declarar con ella
y, tan cuerda como bella,
de la misma industria mía
se valió su tiranía,
para darme el desengaño.
Iré fingiendo mi daño.)
Si aquí don Guillén volviere,
dile que un punto me espere.

Vase

VICENTE: ¡Seora Elvira!
ELVIRA: ¿Seor picaño?
VICENTE: No se espante uced de ver
de día esta facha mía.
ELVIRA: Es para espantar de día,
como de noche.
VICENTE: Un placer

solo, Elvira, me has de hacer.
ELVIRA: Cuál es el placer me di.
VICENTE: Perder el juicio por mí;
que yo a señoras tan mías
nunca pido gullorías.
ELVIRA: Cierto que lo hiciera así,
a no saber los extremos
con que a Beatriz quiere bien
el señor Vicente.
VICENTE: ¿A quién?
ELVIRA: A Beatriz; que las que vemos
de afuera el lance entendemos.
VICENTE: ¿Yo a Beatriz? Si tú supieras
quién es Beatriz, no creyeras
tal.
ELVIRA: ¿Por qué?
VICENTE: Porque no dudo
que en Libia o Hircania pudo
ser molde de vaciar fieras.
¿Ves todo aquel exterior
boato con que brilla? Pues
hablada de cerca, es
pestilencial el olor
de su boca. Y lo peor
no es esto, con ser tan malo.
Cosas hay que no señalo,
--porque a mujeres no enojo--
mas tiene de vidrio un ojo
y la una pierna de palo.
ELVIRA: Mientes; que no puede ser.
VICENTE: Mírala tú con cuidado;
verásla ranquear de un lado,
y de otro lado no ver.

Sale don GUILLÉN

GUILLÉN: (Si pasó, vuelvo a saber, **Aparte**
Violante ya, y si quedó
aquí don Lope; que no
descansa la pena mía.)

Sale don LOPE HIJO

LOPE HIJO: (Pues Violante en compañía **Aparte**
ya de mi madre quedó,
a buscar a don Guillén
vengo.)
ELVIRA: Ya vuelven los dos.
VICENTE: Luego hablaremos.
ELVIRA: Adiós.
(De cuantos a Beatriz ven, **Aparte**
¿quién habrá en el mundo,
quién,
que tal llegue a presumir?)

Vase

LOPE HIJO: Perdonadme que, por ir
con Violante, me he tardado.
GUILLÉN: Vos estáis bien disculpado.
LOPE HIJO: Y vos podéis proseguir.

GUILLÉN: ¿En qué quedamos?
LOPE HIJO: En que,
las treguas efectüadas,
en Nápoles, don Guillén,
visteis una hermosa dama.
GUILLÉN: Dejé de decir entonces,
don Lope, una circunstancia
que ahora es preciso diga.
LOPE HIJO: ¿Cuál es?
GUILLÉN: Prevenir que estaba
por embajador en Roma,
a ocasión que se trataban
las treguas, don Mendo, a quien
el rey don Pedro le manda,
por la experiencia que tienen
en tales casos sus canas,
como quien más de veinte años
ha asistido a Roma y Francia,
que para ajustar los medios
al punto a Nápoles parta;
con que entiendo que os he dicho
de una vez quién es la dama;
porque deciros que fue
don Mendo con esta causa
a Nápoles, que vi en ella
una hermosura gallarda,
que he venido a Zaragoza,
traído de esta esperanza
más que de mis pretensiones,
y, viviendo en vuestra casa,
decir que os he menester
para alivio de mis ansias,
bien da a entender que Violante
es la deidad soberana
a cuyo sagrado culto
fueron en sus limpias aras,
si la vida ofrenda poca,
víctima no mucha el alma.
VICENTE: (¡Muy buena hacienda hemos hecho! **Aparte**
¿Qué va que, antes que se vaya
de aquí, le damos con algo?)
LOPE HIJO: (¿Quién vio confusiones tantas? **Aparte**
Mas disimulemos, celos;
y aunque es la copa penada,
apuremos de una vez
todo el veneno que falta.)
Con menos digno sujeto
que Violante, cosa es clara,
que desempeñarais mal,
don Guillén, sus alabanzas.
Decidme, ¿en qué estado estáis
con ella, para que haga
yo luego lo que me toca?
GUILLÉN: Solamente dos palabras

dirán en qué estado estoy.
LOPE HIJO: ¿Qué son?
GUILLÉN: Amor y desgracia.
Quiero, y quiero aborrecido.
VICENTE: (Malo es esto, pero ¡vaya!) **Aparte**
GUILLÉN: Sabiendo, pues, que venía
a Zaragoza, di traza
de seguirla, donde espero,
con vuestra ayuda, obligarla;
porque viviendo, don Lope,
ella en vuestra misma casa,
no sólo podré, buscándoos,
verla alguna vez y hablarla,
pero pediros podré
que vos la habléis en mis ansias.
No perdamos la ocasión,
Lope, de que, cuando salga
de la visita, busquéis
algún modo con que darla
un papel mío; que yo
no quise por esta causa
que me viera, sin estar
de mi venida avisada,
no hiciera la novedad
de la fineza venganza.
El papel escribiré
en la primer parte que haya
ocasión, pues que no puedo
entrar ahora en vuestra sala.
Al punto vuelvo, don Lope;
esperadme que le traiga.

Vase

VICENTE: Señor, adiós.
GUILLÉN: ¿Dónde vas?
VICENTE: ¿Dónde he de ir? A la montaña
a esperarte; que ya sé
que has de ir allá.
LOPE HIJO: No te vayas;
que estimo mucho a Violante;
y aunque él me ofende en amarla,
el amarla yo también
mis acciones embaraza
de suerte que hoy me reporta
con lo mismo que me agravia.
Suframos algo una vez
y demos, Vicente, traza
como, sin que a rompimiento
llegue aqueste lance, haya
modo de salir bien de él.
VICENTE: ¡Cuánto estimo que te valgas
hoy, señor, de la cordura!
Yo sé un modo.
LOPE HIJO: ¿Qué es?
VICENTE: Dejarla
tú, que estás en los principios
de tu amor.
LOPE HIJO: Si [yo] me hallara

en disposición de hacerlo,
lo hiciera; mas será vana
diligencia; no podré.
VICENTE: ¿Qué harás?
LOPE HIJO: No sé; pero aguarda,
que ya de mi cuarto sale.
VICENTE: ¡Breve visita!
LOPE HIJO: Antes larga;
pues en ese espacio breve
por mí tantos siglos pasan.

Sale doña VIOLANTE

VIOLANTE: Señor don Lope, ¿aun aquí
todavía?
LOPE HIJO: No se aparta
fácilmente de su centro
cosa ninguna. Las aguas
van siempre buscando al mar
por dondequiera que vaga;
la piedra corre a la tierra,
de cualquier mano que salga;
el viento al viento se añade,
de cualquier parte que vaya;
y el fuego a su esfera sube,
de cualquier materia que arda.
Yo así, arroyo fugitivo,
al mar corro de mis ansias;
violenta piedra a la tierra,
de mis gravedades patria;
átomo alterado al viento,
región de mi esperanza;
y rayo, al fin, voy al fuego,
esfera de mis desgracias;
porque encendido, alterado,
errante o violento, vaya,
piedra, arroyo, átomo y rayo,
a tierra, mar, viento y llama.
VIOLANTE: Aunque esa filosofía
es tan fácil, es tan clara
que yo su razón entiendo,
no de su razón la causa.
LOPE HIJO: Pues no es muy dificultosa;
que todo el discurso pára
en que tiene el centro suyo,
donde asistís vos, el alma.
VIOLANTE: No conviene esa fineza,
don Lope, con la pasada.
LOPE HIJO: ¿Cómo?
VIOLANTE: Como habéis mudado
el papel en esta farsa
que, haciendo los terceros,
hacéis los primeros.
LOPE HIJO: Basta
que echáis menos que no os hable
en ese estilo; pues salgan
las voces del desengaño,
rompiendo las sombras pardas,
que hablaron en cifra entonces;

que sabiendo que os agrada,
haré cuidado el acaso;
don Guillén, pues...

Sale don GUILLÉN al paño

GUILLÉN: (En mí habla. **Aparte**
A buena ocasión llegué.)
LOPE HIJO: ...viene a Aragón desde Italia,
girasol de vuestro amor,
siguiendo las luces claras
de tanto sol, de quien es
humana racional planta.
Que os lo avise me ha mandado,
y que de mi parte haga
en que vos le oigáis.
GUILLÉN: (¡Qué amigo **Aparte**
tan leal, tan fino! ¡Mal haya
un hombre que hacia mí viene,
pues que de escuchar me aparta
la respuesta!)

Vase

VIOLANTE: Mal, don Lope,
el segundo estilo os salva
de la culpa del primero;
y siendo ofensas tan claras
las dos, bien podré la una
perdonar, pero no entrambas.
LOPE HIJO: Sepa yo de cuál no quedo
absuelto, para excusarla;
que es mi deseo, señora,
enigma tan intrincada
que explicarla no sabré.
VIOLANTE: Pues yo sí sabré explicarla.
Responded a don Guillén
de mi parte que no haga
finezas por mí, pues sabe
cuánto han sido desdichadas
siempre conmigo, y que dé
al viento sus esperanzas.
LOPE HIJO: Y ¿a mí qué he de responderme?
VIOLANTE: Respóndaos vuestra ignorancia.
Si la culpa es una misma,
si uno mismo es de la causa
el juez, y os dice que al otro
esto digáis, cosa es clara...
LOPE HIJO: ¿Qué?
VIOLANTE: ...que os quiere dar a vos
sentencia a aquélla contraria;
porque si hubiera de ser
una misma, no apartara
las respuestas, pues con una
se hubiera servido de ambas.
LOPE HIJO: ¡Eso sí! Pendiente tuve,
hasta explicaros, el alma.

Sale don GUILLÉN al paño

GUILLÉN: Ya pasó el hombre, ya puedo
ver lo que responde.
VIOLANTE: Basta
que esto por ahora os diga,
si ya no queréis que añada,
don Lope, que, aunque fui un tiempo
diamante, bronce y estatua
que a buril, lima y acero
resiste, defiende y gasta,
todo al fin se da a partido;
pues el diamente se labra,
el bronce se facilita,
y los mármoles se ablandan.
GUILLÉN: (¡Albricias, cielos! Violante, **Aparte**
más apacible y humana,
hablándola en mí, responde.
LOPE HIJO: Mil veces tus manos blancas
por tantos favores beso.
GUILLÉN: ¡Qué fiel amigo! ¡Que haga
extremos, como si él fuera
el favorecido!
LOPE HIJO: Y rara
fuera mi dicha, señora,
si ese favor afianzara
alguna prenda que fuera
testigo de dichas tantas.
VIOLANTE: Tomad, don Lope, esta flor;
ella por testigo vaya
de mi esperanza, pues es
del color de mi esperanza.

Vase

LOPE HIJO: Vivirá eterna en su lustre,
sin que se atrevan a ajarla,
ni los rencores del cierzo,
ni del ábrego las sañas.
¡Oh felice quien la lleva!

Sale don GUILLÉN

GUILLÉN: Más felice quien la aguarda,
por ser ella quien la envía
y por ser vos quien la traiga.
Antes que me la entreguéis,
me he de arrojar a esas plantas ...

Don GUILLÉN, de rodillas ante don LOPE HIJO

VICENTE: (¡Muy bien despachado viene!) **Aparte**
GUILLÉN: ...porque reverencia tanta
os es dos veces debida;
una, Lope, por tan rara

amistad, y otra, porqué
así me halle esa esmeralda,
que con menos rendimiento
no me atreveré a tocarla.
LOPE HIJO: Alzad, don Guillén; que si esas
extremos la color causa
de esta verde flor, por serlo,
está sujeta a mudanzas.
GUILLÉN: ¿Qué es lo que decís?
VICENTE: (¿Qué va **Aparte**
que por esta flor se canta
que, "siendo verde, trocó
en celos sus esperanzas?")
LOPE HIJO: Digo que, aunque es de Violante
y aunque en mi mano se halla,
no viene a vos.
GUILLÉN: ¿Yo no oí
en mis finezas hablarla
vos mismo?
LOPE HIJO: Sí.
GUILLÉN: Y luego, aunqué
un crïado que pasaba
me apartó, ¿no escuché --¡cielos!--
que, menos fiera e ingrata,
envïaba por testigo
de que mármoles se gastan,
de que montañas se mudan,
de que diamantes se labran
esa flor?
LOPE HIJO: La vez primera
ha sido que sus desgracias
no escuche el que escucha.
GUILLÉN: ¿Cómo?
LOPE HIJO: Como, la razón cortada,
si oís lo que os está bien,
lo que os está mal os falta.
Lo que Violante os responde
es que vuestro amor la cansa.
GUILLÉN: Pues ¿a quién Violante dice,
cuando con vos en mí habla,
que ya es menos fiera?
LOPE HIJO: A mí.
VICENTE: (¡Arrojóse con la carga!) **Aparte**
GUILLÉN: ¿A vos?
LOPE HIJO: Sí.
GUILLÉN: Mirad, don Lope,
que, siendo aquesas palabras
vuestras , ponéis mi amistad
en ocasión de dudarlas.
LOPE HIJO: Quien dude lo que yo diga,
verá a qué se atreve.
GUILLÉN: Basta
el susto con que queréis
que compre dicha tan alta,
y dadme la flor.
LOPE HIJO: Es mía;
y, siéndolo, no he de darla.
GUILLÉN: Es de quien es, y no es vuestra;
y, siéndolo, he de cobrarla.
LOPE HIJO: Pues mirad cómo ha de ser.

GUILLÉN: Saliendo de vuestra casa
y llevándola con vos,
adonde amistad tan falsa
castigar sabré, y vengar
mis celos a cuchilladas.

Vase

LOPE HIJO: Pues guïad vos, que ya os sigo.

Salen doña VIOLANTE y doña BLANCA,
por dos lados

VIOLANTE: Don Lope, ¿qué es esto?
LOPE HIJO: Nada.
VICENTE: (Ha mucho que no reñimos.) **Aparte**
BLANCA: A tus voces de esa cuadra
salí.
VIOLANTE: Yo también desotra.
BLANCA: ¿Dónde vas?
LOPE HIJO: ¿Qué sé yo? ¡Aparta!
VIOLANTE: ¡Espera!
LOPE HIJO: Luego, señora,
vuelvo a ver lo que me mandas.
BLANCA: ¿Qué es esto, Lope? ¿Tan presto
ya en nuevos disgustos andas?
VICENTE: (Ha mucho que no reñimos.) **Aparte**
VIOLANTE: ¿Cuál es, don Lope, la causa
del disgusto? (¡Muerta estoy!) **Aparte**
LOPE HIJO: Vuestro recelo os engaña,
que yo ¿qué disgusto tengo?
BLANCA: ¿No ha de haber en esta casa
una hora de paz contigo?
LOPE HIJO: Pues ahora (¡pena rara!) **Aparte**
¿qué guerra te he dado yo?
VIOLANTE: Pues ¿qué tienes?
BLANCA: Pues ¿qué trazas?
VICENTE: (Ha mucho que no reñimos.) **Aparte**

Sale don LOPE PADRE

LOPE PADRE: Pues ¿qué es esto? ¿Tú en demandas
y respuestas, descompuesto
así con Violante y Blanca?
¿Qué ha sido?
BLANCA: Lope, señor...
(¡Cielo, una industria me valga, **Aparte**
con que su padre no entienda
que ya en inquietudes anda!)
Ha tenido con Vicente
un enfado; procuraba
castigarle, y las dos puestas
en medio...
VICENTE: (¡Mas que esto carga **Aparte**
sobre mí!)
VIOLANTE: ...que no le dé
estorbamos.

LOPE PADRE: ¡Oh, qué extraña
es, Lope, tu condición!
LOPE HIJO: Señor, que no ha sido nada.
VICENTE: Pedíame cierta cuenta
de un dinero que le falta;
y sobre esto...
LOPE HIJO: Bien está;
idos, idos noramala.
VICENTE: Para ti nunca hay razones.

Vase

LOPE PADRE: ¿Y por cosas tan livianas
vos no os reportáis delante
de Violante?
LOPE HIJO: No hay palabras
con que a ese cargo responda.
Y así, sólo satisfaga
el silencio. (¡Oh, quién supiera **Aparte**
dónde don Guillén me aguarda!)

Vase

BLANCA: No le dejéis ir, señor.
LOPE PADRE: Pues ¿no es mejor que se vaya
y nos deje? Perdonadle
vos, señora; que es tan rara
su cólera que ni a mí
ni a nadie respeto guarda.
VIOLANTE: Disculpado está conmigo.
(Y es que yo soy la culpada **Aparte**
solamente.)
BLANCA: (¡Ay, infelice! **Aparte**
Por donde más procuraba
embarazar que saliera,
le he dado la puerta franca.
¿Qué he de hacer?)
VIOLANTE: (Temiendo estoy **Aparte**
no suceda una desgracia.)

Dentro ruido de espadas y dicen don LOPE y don GUILLÉN

GUILLÉN: ¡De esta suerte se castigan,
traidor, amistades falsas!
LOPE HIJO: Sobre celos no hay traiciones.
LOPE PADRE: ¿Qué es aquello?

Salen ELVIRA y BEATRIZ

ELVIRA: Cuchilladas
en la calle.
BEATRIZ: Mi señor
es el que riñe. ¿Qué aguardas?
Corre, señor; que es tu hijo.
LOPE PADRE: Ya, Blanca, yo me espantaba
que estuviese quieto un día.

Présteme el amor sus alas,
aunque en mi vida a sus cosas
he ido de tan mala gana.

Vanse. Salen don GUILLÉN y don LOPE HIJO riñendo, otros metiendo paz, VICENTE y don LOPE PADRE

LOPE PADRE: ¡Tente, Lope! ¡Don Guillén!
UNO: Ya que a este tiempo llegamos,
ved que de por medio estamos.
GUILLÉN: ¡Falso amigo!
LOPE HIJO: El falso es quien...
LOPE PADRE: ¿Cómo, habiendo yo llegado,
bárbaro, no te detienes?
LOPE HIJO: Por ver que a quitarme vienes
el honor que no me has dado.
LOPE PADRE: Lo menos, pluguiera a Dios,
tuvieras del que te di.
Y pues mis canas aquí
mi hijo no respeta, vos
lo haced, señor don Guillén;
porque hallar en vos colijo
más respeto que en mi hijo.
GUILLÉN: Y habéis colegido bien;
que esas canas respetando
a un tiempo, con los aceros
de aquestos dos caballeros
me reportaré, dejando
la causa que me ha movido
a más secreto lugar.
LOPE HIJO: Eso es querer disfrazar
el temor que me has tenido.
GUILLÉN: ¿Yo temor?

Vuelven a reñir

LOPE PADRE: ¡Bárbaro, loco!
¿Cómo, viendo al llegar yo
cuánto él me respetó,
tú me respetas tan poco?
¡Vive Dios, de hacerte aquí
que de mi valor te espantes!
LOPE HIJO: Tente, y mira no levantes
el báculo para mí;
que ¡vive Dios, de poner
las manos en tu castigo!
LOPE PADRE: ¿No te enseña tu enemigo,
ingrato, lo que has de hacer?
LOPE HIJO: No; que si él te ha respetado
de cobarde, yo no puedo
hacer virtud lo que es miedo.
GUILLÉN: Quien dijere o ha pensado
que yo te he temido...
LOPE PADRE: Habrá
mentido; yo lo diré,
no lo digáis vos.
LOPE HIJO: Si fue

de ti pronunciado ya,
en nombre suyo, ya aquí
verme importa satisfecho.
¡Toma, caduco!

Dale un bofetón a su padre, y cae [éste]

VICENTE: ¿Qué has hecho?
LOPE PADRE: ¡Caiga el cielo sobre ti!
A él hago testigo yo
que es su causa la primera.
TODOS: Todos te ayudamos. ¡Muera
el que a su padre ofendió!

Éntranse riñendo todos con don LOPE HIJO

VICENTE: Yo solo confuso aquí
ni ofensa o defensa trato.
Señor, levanta.
LOPE PADRE: ¡Hijo ingrato,
caiga el cielo sobre ti!
Esas espadas que van
vengando la ofensa mía,
rayos sean este día
contra tu vida! Y sí harán;
que para ejemplo en los dos,
tú muriendo y yo llorando,
rayo es el acero, cuando
venga la causa de Dios.
La mano que me pusiste
sobre aquesta blanca nieve
¿cómo a sustentar se atreve
agravios que al cielo hiciste?
Y él, viendo mis desconsuelos
en tragedia tan extraña,
¿cómo sus luces no empaña,
cómo no rasga sus velos
y con iras no deslumbra
el aire que te alimenta,
la tierra que te sustenta
y el resplandor que te alumbra?
VICENTE: Señor, la capa y sombrero
toma; yo te la pondré,
y el báculo.
LOPE PADRE: ¿Para qué,
si es de palo y no de acero?
Mas yo le tomaré, sí;
que ofensas de un bofetón
palos quien las venga son;
y si él con un padre aquí
piadoso en el [s]uelo está,
mejor yo, según colijo,
puedo estarlo con un hijo
tirano. El palo me da,
para vengarme con él.
Mas ¡ay de mí! que es en vano,
pues al tomarle en la mano
el pie me falta. ¡Oh crüel

Fortuna! ¡Oh desdicha fuerte!
¿Cómo me podré vengar
si aquél, que me ha de ayudar
a sustentarme, me advierte
que, armado en la tierra dura,
sólo ha de irme aprovechando
de aldaba con que ir llamando
a mi misma sepultura?
VICENTE: Repórtate; echa de ver
que en ti reparando va
toda la gente.
LOPE PADRE: Pues ya
qué tengo yo que perder?
En mí adviertan todos, sí;
sepan que hombre infame soy,
pues a quien el ser le doy
me quita el honor a mí.
Hombres, miradme; yo he sido
aquel mísero infelice
que me ha deshecho quien hice
y, de mi sangre ofendido,
vengarme en mi sangre trato.
No sólo al cielo, que fue
juez supremo, pediré
justicia de un hijo ingrato,
pero a vosotros también,
y al rey pedírsela intento,
dando suspiros al viento.
VICENTE: Considera que no es bien
por las puertas de palacio
entrar de aquesa manera.
LOPE PADRE: A las del cielo quisiera
vencer el inmenso espacio.

¡Rey don Pedro de Aragón,
cristiano monarca, a quien
llama el sabio justiciero
y el ignorante, crüel!

Salen el REY, don MENDO y criados

REY: ¿Quién me llama?
LOPE PADRE: Un desdichado
que, arrojado a vuestros pies,
justicia, señor, os pide.
REY: Ya os conozco, Lope; pues,
usando de mi piedad,
a vuestro hijo perdoné,
estando ya condenado.
¿Qué queréis?
LOPE PADRE: Que no lo esté,
para que veáis, señor,
cuánto soy vasallo fiel;
que voz que os pidió piedad,
justicia os pide también.
Mi hijo, si es que es mi hijo
(perdone Blanca esta vez; **Aparte**
Blanca, con cuya virtud

aun no es puro el rosicler
del sol, que al verla ha dejado
de lucir y parecer),
hoy contra Dios, vos y yo,
de Dios, de padre y de rey,
porque le reñí, faltando
al cuarto precepto qué,
tras los del culto de Dios
es el primero después,
puso en mi rostro la mano;
e imposible de tener
venganza, criminalmente
me querello ante vos de él;
pues cuando yo os la pedí
la piedad en vos hallé,
ahora que os pido justicia,
señor, no me la neguéis;
porque apelaré a los cielos
de vos a que me la den.
Vea el cielo y sepa el mundo
y escuchen los hombres qué
hijo que crüel procede
hace a su padre crüel.

Vase

REY: ¡Mendo!
MENDO: ¿Señor?
REY: Pues que sois
mi Justicia Mayor, ved
que a vos esta causa os toca.
Mi autoridad, mi poder
empeñad en que se prenda
este hombre y, sin que lo esté,
a mis ojos no volváis.
MENDO: Al punto, señor, iré
a hacer cuantas diligencias
me sean posibles de hacer.
REY: Mirad que me importa ya
más que presumís.
MENDO: ¿Por qué?
REY: Porque me ha dado este caso
hoy que discurrir, al ver
que, en las pasadas edades,
no ha habido en el mundo rey
ante quien jamás se diese
igual querella.

Vase

MENDO: ¿Qué haré?
Terrible imaginación,
¿qué me quieres? Dejamé;
que yo te doy la palabra
de averiguar y saber
que ni aquél es hijo de éste,
ni éste es el padre de aquél.

TERCER ACTO

Salen don MENDO y gente con armas

UNO: Por esta parte, señor,
que es por donde más brïoso
el Ebro corre, arrastrando
de esos montes los arroyos,
es por donde él escaparse
intenta.
MENDO: Seguidle todos,
examinando su espacio
peña a peña y tronco a tronco.

Vase la gente

¿Quién en el mundo se ha visto
en empeño tan forzoso
como yo? Pues voy buscando
--¡ay infelice!--lo propio
que hallar no quisiera, acción
hija de los celos solos.
Por una parte me manda
el rey, severo o piadoso,
que no vuelva a su presencia
sin dejar--¡terrible ahogo!--
preso a don Lope; y por otra
la deuda que reconozco,
la inclinación que le tengo
me están sirviendo de estorbo.
Si le prendo, a mi amor falto;
y si no le prendo, pongo
la gracia del rey a riesgo.
¿Cómo podré--¡cielos!--cómo,
entre obediencia y amor,
cumplir a un tiempo con todo?

Salen acuchillando a don LOPE HIJO, que trae sangriento el rostro

LOPE HIJO: Viéndome que es imposible
quedar con vida conozco;
mas para el precio en que tengo
de venderla aun sois muy pocos.
MENDO: No le matéis; que llevarle
vivo me importa. (¡Oh, si logro **Aparte**
prenderle aquí, porque pueda
mi discurso buscar modo
de salvar después su vida!)
¡Don Lope!
LOPE HIJO: Tu voz conozco
primero que tu semblante,
porque confuso y dudoso
me tienen tres veces ciego
la ira, la sangre y el polvo.
Y no sé si voz ha sido
para mí o trueno ruidoso,
que en su acento me dejó
helado, inmóvil y absorto.
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres?
Que tú solo, que tú solo,
don Mendo, has podido darme
más temores, más asombros,
con una voz que me has dado,
que con sus armas estotros.
MENDO: Lo que quiero es que la espada
rindas, y menos brïoso
te des a prisión.
LOPE HIJO: ¿Yo?
MENDO: Sí.
LOPE HIJO: Eso es muy dificultoso.

MENDO: Yo te ofrezco...
LOPE HIJO: Yo lo creo,
señor, pero no lo otorgo;
que no he de darme a partido
al temor.
MENDO: ¡Bárbaro, loco!
¿Qué intentas?
LOPE HIJO: Morir matando.
Pero en vano lo propongo;
que contra ti no es posible
que yo me muestre animoso;
porque tiemblo si te miro,
me estremezco si te oigo,
en mis lágrimas me anego,
en mis suspiros me ahogo;
el cielo y la tierra, cuando
contra ti la espada tomo,
se me obscurecen y faltan.
MENDO: Aquése es efecto propio
de la justicia, en quien Dios
puso el temor y el asombro
del delincuente.
LOPE HIJO: No es eso;
pues aunque me reconozco
delincuente, bien pudiera,
como herido can rabioso,
a cuantos vienen contigo
despedazar; mas tú solo
me pones miedo y respeto;
y así a tus plantas me postro.
Esta espada, rayo ardiente,
que desde la punta al pomo
sangrienta se vio en mi mano,
rendida a tus pies arrojo,
al mismo tiempo--¡ay de mí!--
que en ellos la boca pongo.
MENDO: Levanta, Lope; que el cielo
sabe bien que en tan penoso
trance, delincuente tú
y yo juez, tuviera a logro
trocar la suerte contigo;
pues me viera más dichoso,
tu peligro padeciendo,
que padeciendo mi asombro.
Pero no temas porqué
me muestre aquí riguroso
contigo, que importa hacerme
de parte de los enojos
del rey.
LOPE HIJO: Pues ¿el rey qué sabe
de mí ya?
MENDO: Tu padre propio
de ti le pidió justicia.
LOPE HIJO: A buscar mi espada torno.
MENDO: No la hallarás; que ya está
en mi mano.
LOPE HIJO: ¡Oh rigurosos
cielos! Que, al mirarla en ella,
tiemblo y me estremezco todo,
como cuando vi un cuchillo.

¿Qué miedo es el que te cobro?
¿Qué temor el que te tengo?
Cuando a mi padre no ignoro,
si otra vez me desmintiera,
que hiciera otra vez lo propio.
MENDO: ¡Hola!
UNO: ¿Señor?
MENDO: A don Lope
con alguna capa el rostro
le cubrid, y de esa suerte
le llevad a un calabozo. --
Oye tú aparte.
OTRO: ¿Qué mandas?
MENDO: Que, para que el alboroto
sea menos, por la puerta
falsa de mi cuarto propio,
que cae al campo, le dejes,
sin que él sepa dónde o cómo;
y haz que le curen en tanto
que de su prisión informo
yo al rey. (¿Qué pena, qué rabia, **Aparte**
qué dolor, qué ansia, qué enojo
es éste que acá en el alma
tan dueño de mí conozco?)

Vanse. Sale el REY

REY: De don Mendo cuidadoso
estoy, por si ha ejecutado
lo que le tengo ordenado;
y hasta verlo no reposo.
¡Que un tirano proceder
de un hijo tan atrevido
a su padre haya ofendido,
sin que tema mi poder!
El rigor de mi justicia
hoy ha de ver Aragón,
castigando la intención
de su soberbia y malicia.
Esto a mi reino conviene.
¡Vive Dios, que han de ver hoy
si soy don Pedro o no soy!
Pero aquí don Mendo viene.

Sale don MENDO

MENDO: Vuestra Majestad me dé,
señor, su mano a besar.
REY: Los brazos debo yo dar
a quien de mi reino fue
el Atlante, con quien hoy
parto la inmensa fatiga
de su pesadumbre.
MENDO: Diga
mi obediencia cuánto estoy,
gran señor, reconocido
a la merced que me hacéis.

REY: Pues a mis ojos volvéis,
no dudo que habréis prendido
a don Lope.
MENDO: Sí, señor,
preso ya en mi casa queda,
porque nadie hablarle pueda.
REY: Nunca me hicisteis mayor
servicio; que solicito
conservar de justiciero
el nombre adquirido, y quiero
afianzarle en un delito
tan extraño que otra vez
no sé si tuvo ejemplar.
MENDO: No ha de dejarse llevar
el que es soberano juez
tanto de la información
primera; que, a lo que sé,
tan grave el cargo no fue
como fue la relación.
REY: ¿No hay un hijo, Mendo, en ella,
que a su padre le maltrata?
¿Y no hay un padre que trata
de dar de su hijo querella?
¿Qué más grave puede ser?
MENDO: Yo confieso que lo ha sido,
pero hasta ahora no has oído
descargo que puede haber
de su parte.
REY: Yo me holgara
que tantos, don Mendo, hubiera
que en mi reino no se diera
culpa tan nueva, tan rara,
tan fea y tan singular
cometida.
MENDO: Has de saber
que, aunque lo es, al parecer,
no llegada a averiguar,
don Lope con don Guillén
de Azagra, señor, reñía.
No sé la causa que había,
mas preso queda también.
Su padre a tiempo llegó
que advirtió que entre el reñir
le iba Azagra a desmentir;
y cuando ciego le vio,
ya a la razón empeñado,
porque él no la dijera,
la pronunció; de manera
que el acento equivocado,
sin saber cúyo había sido,
tiró a su competidor
el golpe, a tiempo, señor,
que su padre, introducido
en medio, le recibió;
siendo así que él no tiraba
a su padre, claro estaba.
Don Lope, cuando se vio
maltratado de su hijo,
con la cólera primera
llegó a tus pies; de manera

que estará, según colijo,
arrepentido de haber
tomado tan mal consejo.
Él es en extremo viejo,
y bien su acción da a entender
que es delirio de la edad
en querellarse ante ti
de su hijo; siendo así
que desde la antigüedad
hay ley de que no sea oído,
por decretos naturales
en las causas criminales,
ni padre de hijo ofendido,
ni hijo de padre, así yo
esto lo dejara aquí.

REY: Paréceos justo eso?

MENDO: Sí;

REY: Pues a mí, don Mendo, no;
porque, el delito extrañando,
la queja desconociendo,
ésta en el uno admitiendo,
la culpa en otro apurando,
he de ver, haya o no agravio,
si es posible haber habido
ni un hijo tan atrevido,
ni un padre tan poco sabio.
Y así, mientras esto pasa,
al padre prended, porqué
me importa a mí que no esté
aquesta noche en su casa.

MENDO: Yo lo haré.

Vase el REY

¡Válgame el cielo!
Que no sé qué confusión
trae acá mi corazón;
que algún gran daño recelo.

Vase. Salen doña VIOLANTE y ELVIRA

ELVIRA: ¿De qué nace tu dolor?

VIOLANTE: De un temor.

ELVIRA: ¿Y el temor, señora, injusto?

VIOLANTE: De un disgusto.

ELVIRA: ¿Qué es, en fin, tu desconsuelo?

VIOLANTE: Un recelo;
porque hoy ha dispuesto el cielo
que, a una tristeza rendida,
puedan quitarme la vida
temor, disgusto y recelo.

ELVIRA: ¿Quién embaraza tu dicha?

VIOLANTE: Mi desdicha.

ELVIRA: Pues ¿quién causa su rigor?

VIOLANTE: Mi amor.

ELVIRA: Dime lo que te importuna.

VIOLANTE: Mi fortuna.
Y así, sin piedad alguna,

no hallo alivio en mi pasión
porque mis contrarios son
desdicha, amor y fortuna.
ELVIRA: ¿Quién alienta tu querella?
VIOLANTE: Mi estrella.
ELVIRA: Véncela con tu arrebol.
VIOLANTE: Es mi estrella todo el sol.
ELVIRA: Su luz eclipsa importuna.
VIOLANTE: Está menguante mi luna.
Con que esperanza ninguna
me ha quedado, pues ya vi
conjurados contra mí
la estrella, el sol y la luna.
ELVIRA: ¿Qué te obliga a mal tan fuerte?
VIOLANTE: Ver mi muerte.
ELVIRA: Pues ¿quién tu muerte ha causado?
VIOLANTE: El fiero hado.
ELVIRA: Pierde, señora, el recelo.
VIOLANTE: Es contra el cielo.
Y así para nada apelo,
dejándome padecer;
que no se pueden vencer
la muerte, el hado y el cielo.

Y no me preguntes más;
pues habiendo, Elvira, visto
(¡qué mal el llanto resisto!) **Aparte**
preso a don Lope, me estás
matando tú en preguntarme
de qué nace mi pasión,
sabiendo que en su prisión
están, si vuelvo a acordarme,
temor, disgusto y recelo,
desdicha, amor y fortuna,
la estrella, el sol y la luna,
la muerte, el hado y el cielo.
ELVIRA: El cuarto de mi señor,
que por otra puerta abrieron,
es adonde le trajeron.
VIOLANTE: ¡Oh si pudiera mi amor
hacer, Elvira, por él
alguna grande fineza!
ELVIRA: ¿Qué mayor que tu belleza
sentir su pena crüel?
VIOLANTE: Mayor; pues viéndole estar
en suerte tan oprimida,
o me ha de costar la vida
o la vida le he de dar.
Esto a mi pasión conviene.
La llave del cuarto muestra
de mi padre.
ELVIRA: La maestra
mi señor es quien la tiene;
estotra ahí está.
VIOLANTE: Veré
si darle un aviso puedo,
ya que a mí me perdí el miedo
que a sus desdichas cobré.
Quédate tú, Elvira, allí,
porque puedas avisar

si alguno vieres entrar.

Vanse. Sale don LOPE HIJO

LOPE HIJO: ¡Ay infelice de mí!

¿Qué prisión, cielos, es ésta
donde ciego me han traído?
¡Ay, Violante, cuánto ha sido
lo que tu beldad me cuesta!
Y aun lo poco que me resta
del vivir, viéndome así,
por ti lo siento; que aquí
perder no me da pesar
la vida, sino el pensar
que te he de perder a ti.

Abre una puerta doña VIOLANTE, y sale

VIOLANTE: (El rostro en sangre bañado **Aparte**
está, al parecer herido.)
¡Ah, don Lope!
LOPE HIJO: ¿Quién ha sido
quien mi nombre ha pronunciado?
¿Quién del que es tan desdichado
no se desdeña y olvida?
VIOLANTE: Quien, de ti compadecida,
su sentimiento te advierte.
LOPE HIJO: Viva sombra de mi muerte,
muerta imagen de mi vida,
cuerpo de mi pensamiento,
alma de mi fantasía,
retrato que la fe mía
ha dibujado en el viento,
formada voz de mi acento,
no me atormentes atroz,
desvaneciendo veloz
cuerpo, alma y voz.
VIOLANTE: Mal pudiera
si yo ilusión, Lope, fuera,
tener alma, cuerpo y voz.

LOPE HIJO: Es verdad; pero creyendo,
conmigo acá vacilando,
que ahora estaba soñando,
aun dudo lo que estoy viendo.

VIOLANTE: De tu pasión obligada,
de tu pena enternecida,
a tu amor agradecida,
y en tu delito culpada,
vengo, sin mirar en nada,
a decirte que esta puerta
tendrás esta noche abierta,
por donde escapar podrás
la vida. ¿Quién vio jamás
dar vida después de muerta?

LOPE HIJO: Una planta oí que nace
tan rara y tan exquisita
que, donde hay llaga, la quita,
y donde no la hay, la hace.
En ti, Violante, renace
su calidad repetida;
pues, siendo antes mi homicida,
ahora me amparas; de suerte
que, donde hay vida, das muerte,
y donde hay muerte, das vida.
VIOLANTE: También de dos peregrinas
yerbas oí que en sus senos
apartadas son venenos
y juntas son medicinas.
Y si en los dos imaginas
su efecto, verásle aquí;
tú mueres sin mí, sin ti
muero yo. Juntarnos quiera
amor, para que no muera
cada uno de por sí.
De mi parte, habiendo oído
cuánto está el rey indignado
contigo, he determinado
hacer... Pero ¿qué rüido
oigo?

Sale ELVIRA

ELVIRA: Tu padre ha venido.
VIOLANTE: Lope, adiós.
LOPE HIJO: ¿Volverás?
VIOLANTE: Sí,
para librarte.
LOPE HIJO: ¡Ay de mí!
Que no lo pregunto yo
por librarme a mí, sinó
por volver a verte a ti.

Vase

VIOLANTE: Cierra, Elvira, aquesta puerta,
y ven conmigo volando;
porque no es bien que a las dos
halle mi padre en su cuarto.
ELVIRA: No tienes que darte prisa;
que, a lo que yo estoy mirando,
en el de Blanca, señora,
antes que en el suyo ha entrado.
VIOLANTE: Con todo, no me aseguro.
Llegaré allá, procurando
saber qué hay de nuevo en casa
de don Lope; porque cuanto
es atrevido un delito
es cobarde un sobresalto.

Vase

ELVIRA: Ya cierro, y a saber voy
qué ha habido.

Cierra la puerta. Sale VICENTE

VICENTE: ¡Válgate el diablo
por bofetón, por cachete,
por puñete, por porrazo,
por mojicón, por puñada,
por moquete o por sopapo!
¿Si hubiera más rüido hecho,
aunque se hubiera tocado
la campana de Velilla?
ELVIRA: Vicente, ¿qué vas pensando?
VICENTE: Voy, Elvira, si te digo
la verdad, muy enfadado.
ELVIRA: ¿Con quién?
ELVIRA: Ahí que no es nada;
con todo el género humano,
con mis amos, mozo y viejo.
ELVIRA: ¿Por qué?
VICENTE: Porque son mis amos,
cuanto a lo primero, y luego
porque son tan locos ambos
que uno da sin que le pidan,
y otro no calla, no dando;
siendo así que el que no da
no ha de despegar los labios,
y el que da, sea lo que fuere,
solo es quien puede hablar alto.
Voylo también con mi ama,
porque desde que oyó el caso,
aunque la "Salve" no rece,
está gimiendo y llorando.
Voylo con tu amo don Mendo
porque de hoy acá se ha dado
tanto a la contemplación
del devotísimo paso
del prendimiento que, siendo
su cofrade, en breve espacio
prendió a mi amo, a don Guillén,
y ahora, para enmendarlo,
prende al viejo. Y también voylo
con el rey.
ELVIRA: ¿Estás borracho?
VICENTE: ¡Pluguiera a Dios!
ELVIRA: ¿Con el rey?
VICENTE: Sí; porque, habiéndome dado
a mí dos mil bofetones,
ninguno tomó a su cargo;
y por uno, que a otro dieron,
se muestra tan indignado.
Que diz que echa por los ojos
basiliscos, sin milagros.
Y finalmente lo voy
contigo.
ELVIRA: Sólo eso aguardo
a saber; ¿por qué conmigo?
VICENTE: Porque, estándome adorando

con tus cinco mil sentidos,
ni una música me has dado,
ni me has escrito un papel,
ni me has tomado una mano.
ELVIRA: Ya te he dicho que Beatriz
es la que me lo ha estorbado.
VICENTE: También te he dicho yo a ti
que no hay que hacer della caso.
ELVIRA: ¡Ay Vicente! Si eso fuera
verdad, te diera un abrazo.
VICENTE: Dámele, con calidad
de quitármele en llegando
a imaginar que es mentira.
ELVIRA: Claro está que mi recato
de otra suerte no lo hiciera.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¡Gloria a Dios, que en paz os hallo!
VICENTE: ¡Beatriz!
ELVIRA: Pues ¿qué importa?
VICENTE: ¿Qué?
Tú lo verás de aquí a un rato.
BEATRIZ: Cepos quedos, reyes míos;
no hay que fruncírseme entrambos;
ni, pues que son mogiperros,
se me hagan mogigatos;
que ya lo he visto, y no importa;
que para aquí es el adagio
de que el zapato se calce
otro, que yo me descalzo.
ELVIRA: Yo soy moza de obra prima,
y de calzarme no trato
de viejo, y más en su tienda,
que hormas y pies son de un palo.
VICENTE: (¡Esto es hecho!) **Aparte**
BEATRIZ: ¿Cómo es eso?
¿Soy yo hija del cosario
Pie de Palo, por ventura?
ELVIRA: Algo deso hay.
VICENTE: (¡Esto es malo!) **Aparte**
BEATRIZ: Con estas manos que ve
me vengara de ese agravio,
si no viera que su moño
no la dolerá en mis manos.
VICENTE: (¡Declaróse!) **Aparte**
ELVIRA: Pues, ¿por dicha
es mi cabello prestado,
como el ojo izquierdo suyo,
que es de vidrio?
BEATRIZ: ¿Qué?
VICENTE: Echo el fallo.
No se ha de hablar más en esto.
ELVIRA: ¿Cómo que no? En todo caso,
la puedo yo mostrar dientes.
BEATRIZ: Sí pienso que podrá, y hartos;
porque, aunque ya es más que niña,
los tiene para mudarlos.
ELVIRA: ¿Estos son dientes postizos?

BEATRIZ: ¿Estos son ojos vidriados?
ELVIRA: ¿Este cabello es ajeno?
BEATRIZ: ¿Y éstas son piernas de palo?
VICENTE: ¡Aguarda, no l[a]s enseñes!
¿No echas de ver dónde estamos?
ELVIRA: Este pícaro...
BEATRIZ: Este infame...
ELVIRA: Este vil...
BEATRIZ: Este picaño...
ELVIRA: ...tiene la culpa.
BEATRIZ: Pues tenga
la pena.

Péganle

VICENTE: ¡Damas, a espacio!
ELVIRA: Gente viene.
BEATRIZ: Pues dejemos
este negocio empezado.
VICENTE: Luego ¿piensan acabarle?
ELVIRA: Y las dos ¿cómo quedamos?
BEATRIZ: Amigas.
ELVIRA: Adiós.
BEATRIZ: Adiós.

Vanse las dos

VICENTE: ¿No es mejor, al diablo, al diablo
que os lleve, puercas, bribonas?
¡Qué diluvio de porrazos
ha venido sobre mí!
Y lo peor de este fracaso
no es sino que de todo esto
no se le da al rey un cuarto.

Vase. Sale el REY disfrazado, y doña BEATRIZ, queriéndole reconocer

BLANCA: ¿Quién es, cielo, quien así,
cuando la noche cerrando
baja, se ha entrado hasta aquí?
Hombre, ¿qué vienes buscando?
¿Tráesme más pesares? "Sí"
responderás, claro está;
que en casa de un afligido,
en quien no hay consuelo ya,
solamente la ha sabido
quien los pesares le da.
(El rostro y la voz esconde, **Aparte**
y callando me responde.)
Beatriz, saca una luz. ¡Cielo!
Viva estatua soy de hielo.

Saca luces BEATRIZ

Hombre, ¿a qué has entrado donde

temor y asombro me das?
REY: Queda sola, y lo sabrás.
BLANCA: Nada temo; éntrate dentro.

Toma la luz, y vase BEATRIZ

(Tantas más penas encuentro **Aparte**
cuantas voy dejando atrás.)
¿Aun no te descubres?
REY: No,
hasta cerrar esta puerta.

Cierra BLANCA

BLANCA: (¿Quién mayor confusión vio?) **Aparte**
¡Hola!
REY: No des voces.
BLANCA: (¡Muerta **Aparte**
estoy!) Pues ¿quién eres?

Descúbrese el REY

REY: Yo.

BLANCA: ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
REY: ¿Conocéisme?
BLANCA: Sí, señor;
que en ningún embozo puede
andar disfrazado el sol.
¿Vos en mi casa a estas horas?
¿En aquese traje vos
a buscarme? ¿Qué mandáis?
Que a vuestras plantas estoy.
Sacadme, por Dios, sacadme
de tan nueva confusión.
Sepa yo si esta visita
es castigo o es favor.
REY: Ni es favor, Blanca, ni es
castigo; es obligación
de mi oficio; que el ser rey
oficio es también.
BLANCA: Señor,
¿y en qué obligación conmigo
os pone el serlo?
REY: El color
cobrad, cobrad el aliento;
sosegad el corazón;
porque os he menester, Blanca,
a vos muy dentro de vos.
Vuestro hijo a vuestro esposo
públicamente ofendió;
vuestro esposo de vuestro hijo
ante mí se querelló
públicamente también;
y en el repetido error
de entrambos resulta, Blanca,
la sospecha contra vos.

Razón tenéis de turbaros,
y tan sobrada razón,
que es tan nueva diligencia
aquésta, que no la vio
otra vez en cuantos casos
con rayos escribe el sol.
Mas yo he de saber si es cierto
que pudo ser, que llegó
de padre a hijo, de hijo a padre
a tanto la indignación
que uno ofenda, otro querelle;
y para poder mejor
saberlo, como a testigo,
vengo a examinaros yo.
Hablad conmigo, fïada
en la fe de ser quien soy,
de jamás no padezca
vuestra fama y opinión
el escrúpulo más leve.
Solos estamos los dos,
ni ha de haber otro instrumento
que mi oído y vuestra voz.
O si no, vive Dios, Blanca,
que hasta que llegue...

BLANCA: Señor,
tened; no paséis tan presto
de la blandura al rigor,
de la piedad al enojo,
ni del agrado al furor;
que aunque es verdad que ha tenido
un secreto por prisión
el pecho, donde guardado
se ha conservado hasta hoy;
que aunque es verdad que propuse
guardarle, viendo que estoy
en la sospecha indiciada
de que me advertís, error
hiciera en no descubrirle;
que es tan noble mi ambición,
es tan mío mi respeto,
tan de mi esposo mi honor,
que no ha de dejar que cobre
fuerza esa imaginación.
Y así, por ella he de dar
aquesta satisfacción
a vos, al mundo y al cielo.
Oídme atento.

REY: Ya lo estoy.

BLANCA: Pobre fue mi padre, pero
tan noble que el mismo sol,
menos puro, cotejaba
su esplendor con su esplendor.
Viendo, pues, que no podía
medir con igual acción
la calidad y la hacienda,
en tiernos años trató
casarme, siendo ellos solos
el dote que a Lope dio,
porque supliesen los suyos

el caudal con el amor.
En desiguales edades
casamos, en fin, los dos,
siendo en mi abril y su enero
él la nieve y yo la flor.
Sabe el cielo que le quise
más que al vivir, aunque no
lo merecí a sus despegos,
lo debí a su desamor;
porque él templado al antiguo
estilo, al moderno yo,
disonábamos al gusto,
pero no a la obligación.
Parecíendome que fuera
bisagra de nuestro amor
un hijo, que estos extremos
ellos quien los ata son,
le deseé con tanto afecto
que Dios me le castigó
en no dármele; porqué,
como Él sabe lo mejor,
da a entender que todo y nada
se le ha de pedir a Dios.
Doblemos aquí la hoja,
dejando aparte, señor,
domésticos desagrados
que pasamos Lope y yo;
y vamos a que tenía
mi padre una hija menor,
a quien yo, para tener
en la áspera condición
de mi esposo algún consuelo,
algún alivio o favor,
la llevé a vivir conmigo.
De esta, pues, se enamoró
un caballero; y si algo
mi humildad os mereció,
sea no nombrarle, puesto
que para mi verdad no
importa, y hoy puede ser
de disgusto para vos.
Mas ¿qué digo? ¿En qué reparo?
Que en abono de mi honor
no he de dejar sospechoso
ni aun el indicio menor.
Don Mendo Torrellas fue
el que, viendo su pasión
desvalida de mi hermana,
de otro de casa buscó
medios que le introdujesen
de noche por un balcón
en su cuarto, donde es cierto
que la palabra la dio
de esposo, testigo el cielo;
cuya promesa creyó,
para que saliese dueño
el que había entrado ladrón.
Casóse después con otra;
que no hay hombre que, traidor,
no mire a la conveniencia

antes que a la obligación;
y dentro de pocos días
vuestro padre le envïó
por embajador a Francia;
de suerte que se ausentó
sin saber más, que hasta aquí,
de lo que ahora resta. Yo,
viendo con poca salud
a mi hermana, y que un rigor
continuo la atormentaba,
quise saber la ocasión,
y con ruegos, con halagos
y con lágrimas, que son,
sobre la sangre, los más
fuertes conjuros de amor,
la obligué a que me dijera
lo que he dicho; y añadió
que tenía en sus entrañas
por testigo de su error
un áspid, alimentado
dos veces del corazón.
Era mi hermana, sentílo,
sin reñírselo, señor;
que es la reprehensión inútil
a lo hecho, y es rigor
que en quien buscaba un consuelo
hallase una reprehensión.
"¡Oh, válgame el cielo!" dije
una y mil veces. "¿Quién vio
que una misma causa tenga
desdichadas a las dos?
Pues lo que para mí fuera
la dicha y el bien mayor,
es desdicha para ti."
Y discurriendo veloz
en esto, dando una y mil
vueltas la imaginación,
de su pena y de mi pena
mi industria sacar pensó
el secreto y el alivio
de ambas, trocando la acción,
la preñez ella ocultando
` y publicándola yo.
Llegó de su parto el día.
¿Quién más nuevo caso vio
que una el dolor disimule
y que otra finja el dolor?
Supuesta otra enfermedad,
Laura del parto murió;
que no pudo de otra suerte
cumplir con su obligación.
Sola una matrona fue
cómplice de nuestro error;
que hasta hoy ninguno ha sabido,
ni se supiera desde hoy;
porque encerrado duraba
en bien segura prisión
si a tormentos de vergüenza
no la rompiérades vos.
Mi culpa, señor, es ésta.

Humilde a esos pies estoy;
padezca vuestros enojos
yo solamente, pues soy
en aquesta acción culpada.
Pero recibid, señor,
en cuenta de tanto engaño,
tener a mi esposo amor,
tener amor a mi hermana,
y juzgar que, entre los dos,
a uno a mi fe le traía,
y a otro llevaba a su honor.
Y finalmente, si habéis,
Pedro invicto de Aragón,
que llaman el justiciero,
[de] mostrar en mí lo sois,
ésta es mi vida; postrada
está a vuestras plantas. No
os pido me perdonéis,
sólo os pido que el pregón
que os dé en mi justicia fama
sea, diciendo en alta voz
que engañé a mi esposo, que
al mundo engañé; mas no
que mi decoro ofendí,
que manché mi presunción,
que deslucí mi altivez,
que turbé mi pundonor,
que manché mi vanidad,
ni que ajé mi estimación;
porque en efecto los yerros
en mujeres como yo
pueden constar de un engaño,
pero de otra cosa no.

REY: (¡Oh cuánto estimo el haber **Aparte**
salido con la aprehensión
de que el que ofendió no es hijo
ni padre el que querelló!
Aunque mal en este caso
salí de una confusión,
pues me quedo con la misma,
añadidas otras dos.
Don Lope ofendió a su padre
en la pública opinión
de todo el pueblo; el secreto
no he de revelarle yo;
que importa oculto. Don Mendo
traidoramente burló
el honor de Laura muerta;
y Blanca en fin engañó
a su esposo; tres delitos
públicos y ocultos son.
Luego, aunque yo haya sabido
que no es su hijo, debo yo,
por Lope, por Blanca y Mendo,
y por mí, que soy quien soy,
dar a públicos delitos
pública satisfacción
y a los secretos secreta.)
Adiós, Blanca.

Blanca: Guárdeos Dios

los años que...

Llaman a la puerta al ir a abrir el REY

REY: ¿Llaman?
BLANCA: Sí.
REY: Pues abrid la puerta vos,
y a nadie que sea digáis
que estoy aquí ni quién soy.

Retírase

BLANCA: ¿Quién llama?
MENDO: Yo, Blanca. **Dentro**

Abre BLANCA. Sale don MENDO

BLANCA: Pues,
¿qué buscáis? (¡Qué confusión!) **Aparte**
MENDO: Venir a deciros sólo
que nada os cause temor
de cuanto veis; pues, teniendo
la causa en mis manos hoy,
¿quién se atreverá a decir
lo que yo no quiera?

Sale el REY

REY: Yo.
MENDO: Señor... vos... pues...
REY: Bien está.
La llave de la prisión
en que tenéis a don Lope
me dad.
MENDO: Aquésta es, señor.
Mas sabed...
REY: Ya lo sé todo.
Retiraos, Blanca, vos;
y vos, don Mendo, quedaos.
(Esta noche, ¡vive Dios!, **Aparte**
verá el mundo mi justicia.)

Vase

MENDO: ¿Qué es esto, Blanca?
BLANCA: Es tu error,
y es mi error también, que el cielo
hoy nos castiga a los dos.
Sigue al rey, piedad le pide,
sabiendo--¡ay de mí!--que no
es mi hijo, que es de Laura
y tuyo.
MENDO: ¡Válgame Dios!
Él vivirá, aunque yo muera.
BLANCA: ¡Muerta quedo!

MENDO: ¡Sin mí voy!

Vanse. Salen ELVIRA y doña VIOLANTE

ELVIRA: Considera...
VIOLANTE: Esto ha de ser.
ELVIRA: Mira...
VIOLANTE: No hay que persuadirme.
ELVIRA: Advierte...
VIOLANTE: No hay que decirme.
ELVIRA: ¿No echas, señora, de ver
que han de culpar que haya sido
tu padre quien le ha librado?
VIOLANTE: Cuando le juzguen culpado,
¿qué importa? Y pues no te pido
consejo, no me le des.
Llega y abre aquesa puerta.
ELVIRA: Sí haré, de temores muerta.
Pero gente hay dentro.
VIOLANTE: Pues
antes que nos resolvamos
a abrir, Elvira, escuchemos;
porque puede ser que erremos
el fin de lo que intentamos,
si acaso por la otra puerta
alguien entró a la prisión,
y se queda su intención
sin su efecto descubierta.
Pon en la llave el oído.
Mira qué oyes.
ELVIRA: Nada puedo
entender, porque hablan quedo,
y sólo a mí llega el ruido
de la voz, sin las palabras.
VIOLANTE: Quítate, llegaré yo
a ver si algo escucho... No;
pero para que no abras,
el rumor bastante fue.
Mucha gente veo.
ELVIRA: Así
lo he sentido yo.

Sale don MENDO

MENDO: ¡Ay de mí!
VIOLANTE: Señor, ¿qué tienes?
MENDO: No sé;
pero bien lo sé, mal digo;
que en efecto ¿mi pesar
con quién ha de descansar,
si no descansa contigo?
¡Con cuántas causas me aflijo!
Advierte; don Lope, pues
hijo de Blanca no es,
que es tu hermano y es mi hijo.
VIOLANTE: ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
MENDO: Que vengo determinado
a perder vida y estado,

privanza, honor y consuelo,
por darle la libertad.
VIOLANTE: Sin saberlo yo, habían hecho
sus desdichas en mi pecho
aquesa misma piedad.
Y pues el ruido que oí
ya cesó en el aposento,
yo abriré.
MENDO: Llega con tiento.

Don LOPE HIJO dentro

LOPE HIJO: ¡Ay infelice de mí!
MENDO: Justamente te estremeces
a tan mísero gemido.
VIOLANTE: De turbada, no he podido
abrir ya.
LOPE HIJO: ¡Jesús mil veces! **Dentro**

MENDO: Muestra la llave; que, aunqué
tanto este acento me turba,
yo abriré.

Dale la llave VIOLANTE

VIOLANTE: Toma; que yo,
más que viva, estoy difunta.

Llaman a las dos puertas de dos lados, por la parte de adentro

MENDO: A aquella puerta y a ésta
a un tiempo han llamado juntas.
VIOLANTE: ¿Quién será? ¡Válgame el cielo!
MENDO: Mientras que yo abro la una,
abre tú la otra.

Llegan a abrir doña VIOLANTE y don MENDO las dos puertas. Salen, por la de VIOLANTE, doña BLANCA y BEATRIZ y, por la otra, don LOPE PADRE y VICENTE

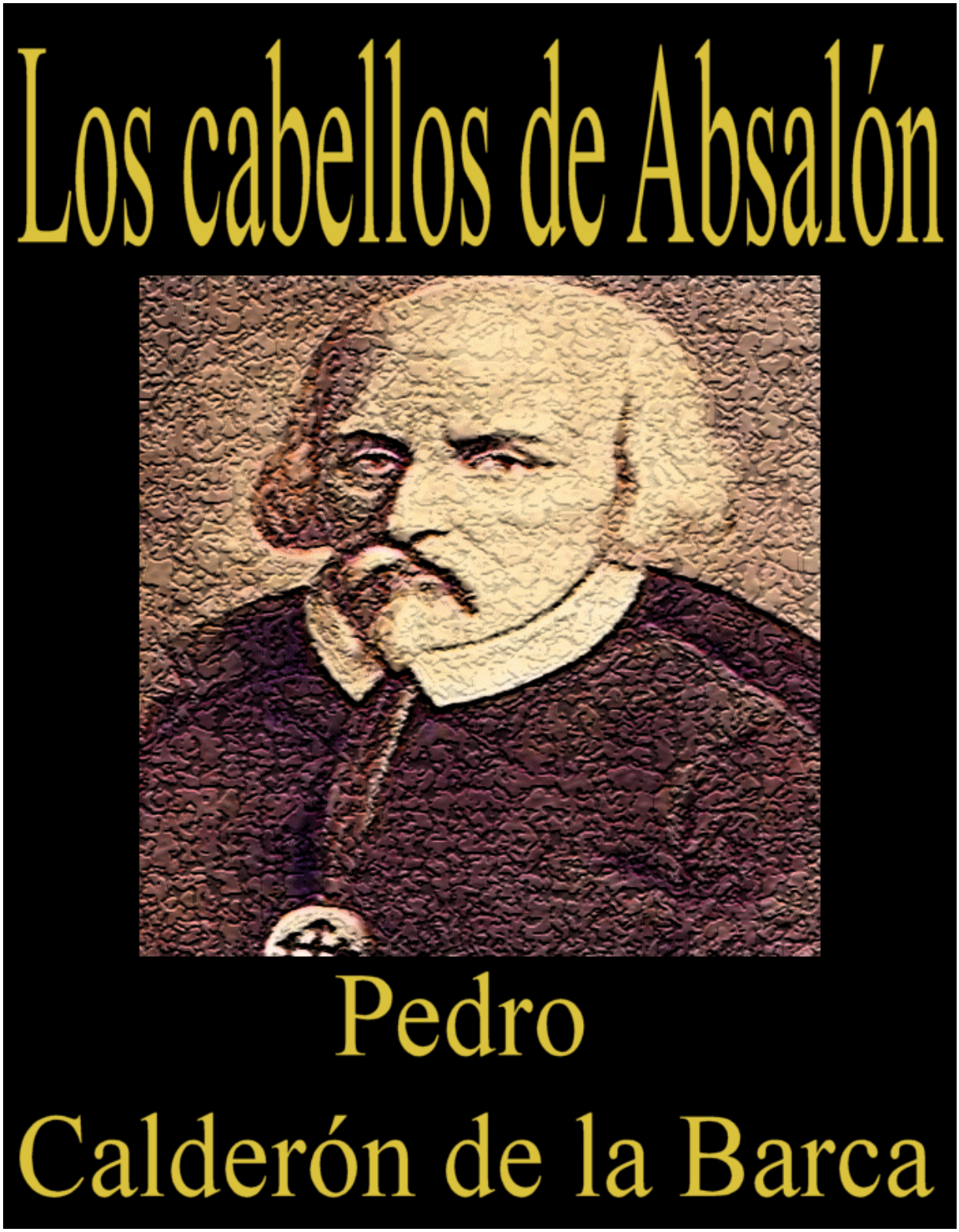
LOPE PADRE: Don Mendo,
el rey me manda que acuda
a vos, a que me digáis
la sentencia que dio justa
en mi desagravio.
BLANCA: Yo,
Violante, en vuestra hermosura
vengo a consolar mis penas
que anticipadas me asustan.
VICENTE: Y yo, por hallarme en todo,
vengo siguiendo la chusma.
MENDO: El rey, Lope, no me ha dado
a mí sentencia ninguna...

VIOLANTE: Muy mal podrá, Blanca, daros
consuelos la que los busca.
MENDO: Si ya no es que la sentencia
en esta cuadra se oculta,
donde está preso don Lope.

Abre la puerta, que será la de en medio del teatro, y se ve a don LOPE HIJO, como dado garrote, un papel en la mano, y luces a los lados

Mas ¿qué miro?
BLANCA: ¡Suerte injusta!
VIOLANTE: ¡Qué desdicha!
VICENTE: ¡Qué tragedia!
BEATRIZ: ¡Qué pena!
ELVIRA: ¡Qué desventura!
LOPE PADRE: Cuanto fue hasta aquí rencor
es ya lástima y angustia.
MENDO: Si el papel que está en su mano
es, Lope, el que el rey procura
que yo por sentencia os lea,
vedle vos; que a mí me turba
este horror tanto, que soy
una helada estatua muda.
(¡Ay hijo! Castigo ha sido **Aparte**
dilatado de mi culpa
hasta aquí. Pero estas voces
quédense en el alma ocultas.)
BLANCA: (De mi engaño el instrumento **Aparte**
para castigo me busca,
--¡ay de mí!-- pero esta pena
secreta el alma la sufra.)
LOPE PADRE: "Quien al que tuvo por padre
ofende, agravia e injuria,
muera; y véale morir
quien un limpio honor deslustra,
para que llore su muerte
también quien de engaños usa,
juntando de tres delitos
las tres justicias en una."
TODOS: Y de los demás defectos
merezca el autor disculpa.

Los cabellos de Absalón
Pedro Calderón de la Barca



PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DAVID.
JOAB.
ABSALÓN.
ADONÍAS.
AMÓN.
JONADAB.
TAMAR.
TEUIA (sic).
AQUITOFEL.
ELIAZAR (sic).
SEMEY.
ENSAY.
PASTORES.

Jornada I

(Tocan cajas, sale DAVID por una puerta, y por la otra ABSALÓN, SALOMÓN, TAMAR y AQUITOFEL.)

SALOMÓN Vuelva felicemente,
de laurel coronada la alta frente,
el campeón israelita,
azote del sacrílego moabita.

ADONÍAS Ciña su blanca nieve 5
de la rama inmortal círculo breve,
[el] defensor de Dios y su ley pía,
horror de la gentil idolatría.

ABSALÓN Himnos la fama cante
con labio de metal, voz de diamante, 10
de Jehová al real caudillo,
de Filistín al trágico cuchillo.

TAMAR Hoy de Jerusalén las hijas bellas,

coronadas de flores y de estrellas,
entonen otra vez con mayor gloria 15
del Golïat segundo la victoria.

DAVID Queridas prendas mías,
báculos vivos de mis luengos días,
dadme todos los brazos.

(Abraza DAVID primero a SALOMÓN, después a ABSALÓN, después a ADONÍAS y a TAMAR.)

Renuévese mi edad entre los lazos 20
de dichas tan amadas,
-135-
¡Ay dulces prendas, por mí bien halladas!
Adonías valiente,
llega, llega otra vez. Y tú, prudente
Salomón, otra vez toca mi pecho, 25
en amorosas lágrimas deshecho.
Bellísimo Absalón, vuelve mil veces
a repetirme el gusto que me ofreces
en tan alegre día.
Y tú no te retires, Tamar mía 30
que he dejado el postrero
tu abrazo, ¡ay mi Tamar!, porque no quiero
que el corazón en gloria tan precisa,
viendo que otro le espera, me dé prisa.
A Rabatá, murada y guarnecida 35
ciudad del fiero Amón, dejo vencida,
sus muros excelentes
demolidos, sus torres eminentes
deshechas y postradas,
y sus calles en púrpura bañadas: 40
gracias primeramente
-136-
al gran Dios de Israel, luego al valiente
Joab, general mío,
de cuyo esfuerzo mis aplausos fío.

JOAB Honras, señor, tu hechura. 45

AQUITOFEL (Aparte.)

¡Infelice el que sirve sin ventura,
pues habiendo yo sido leal soldado,
no fui de una razón galardonado!

DAVID Mas con haber tenido

tan singular victoria, no lo ha sido 50
sino el volver a veros;
si bien tantos contentos lisonjeros
confunden su alegría,
considerando que el felice día
que vengo victorioso, 55
que entro por el alcázar suntuoso
de Sión, que salís con ansias tales
-137-
todos a recibirme a sus umbrales,
en ocasión tan alta,
Amón no más de entre vosotros falta; 60
Amón, mi hijo mayor y mi heredero,
a quien como mayor estimo y quiero.
¿Qué es la causa, Adonías,
de que él no aumente las venturas mías?

ADONÍAS Yo, señor, no sé nada 65

DAVID Salomón, una pena imaginada
es más que acontecida.
¿Qué ha sucedido a Amón? Di, por tu vida.

SALOMÓN Absalón lo dirá: yo no he sabido
que pueda haberle nada sucedido. 70

ABSALÓN Ni yo lo sé tampoco.

DAVID En vuestra suspensión mis penas toco.
Tamar, ¿qué hay de tu hermano?

TAMAR A mí, señor, pregúntasmelo en vano;
que, en mi cuarto encerrada, 75
vivo aún de los acasos ignorada.

DAVID ¿No hay quien de Amón me diga?

AQUITOFEL Sí, señor. Criado soy, amor me obliga
a que nada te calle,
aunque razones el discurso halle 80
para no dar avisos de una pena,
a cuyo fin se excusan todos; llena
de otra razón el alma,
no quiero recatarte aquesta calma,
porque a ignorado mal no se da medio, 85
y sabido, se trata del remedio.

-138-
Amón, tu hijo, señor, ha muchos días
que ha dado en padecer melancolías
y tristezas tan fuertes,
que por no ser capaz de muchas muertes, 90
enfado de la luz del sol recibe,
con que entre sombras vive,
y aún está sin abrir una ventana,
ni ver la luz hermosa y soberana.
Tanto Amón se aborrece, 95
que el natural sustento no apetece:
ningún médico quiere
que le entre a ver; y, en fin, Amón se muere
de una grave tristeza,
pensión que trae la Naturaleza. 100

DAVID Aunque nazca la nueva que me has dado
de lealtad, te la hubiera perdonado,
Aquitofel, porque es tan mal contento
el disgusto, el pesar, el sentimiento,
que lo mismo que quiso 105
-139-
saber, oyendo tan pesado aviso,
saberlo no quisiera,
porque lo supo ya; que es de manera
desconversable el mal de un afligido,
que ignorado y sabido, 110
da siempre igual cuidado:
pues siempre es mal, sabido o ignorado.
Entrar, ¡ay Dios!, a descansar no quiero
en mi cuarto primero
que en el de Amón: venid todos conmigo. 115
Ingrato soy, Señor, ingrato, digo,
al grande favor vuestro:
bien en mis sentimientos hoy lo muestro,
pues cuatro hijos que veo
con salud, no divierten mi deseo 120
tanto como le aflige y atormenta
uno sin ella. ¡Oh ingrata y descontenta
condición que tenemos
los humanos, haciendo siempre extremos!

ABSALÓN Este es de Amón el cuarto; ya has llegado 125
-140-
más del afecto que del pie guiado.

DAVID Abrid aquesta puerta.

JOAB Ya, señor, está abierta
y al resplandor escaso que por ella

nos comunica la mayor estrella, 130
al príncipe se mira,
sentado en una silla.

(Corriendo una cortina, se descubre AMÓN sentado en una silla arrimada a un bufete, y de la otra parte estará JONADAB.)

TAMAR ¿A quién no admira
verle tan divertido
en sus penas, que aún no nos ha sentido?

DAVID ¡Amón!

AMÓN ¿Quién me llama?

DAVID Yo. 135

AMÓN ¡Señor!, pues ¿tú aquí?

DAVID ¿Tan poco
gusto te deben mis dichas,
mi amor y afecto tan corto,
que no llegas a mis brazos?
-141-
Pues yo, aunque tú riguroso 140
me recibas, llegaré,
hijo, a los tuyos. Pues ¿cómo,
empezando en mí el cariño,
aún no obra en ti el alborozo?
¿Qué tienes, Amón? ¿Qué es esto? 145
Que aunque tus tristezas oigo,
pensé que al verme templaras
de su violencia el enojo.
¿Aún parabién no me das,
cuando vuelvo victorioso 150
a Jerusalén? ¿Mis triunfos
aún no vencen tus enojos?
Un príncipe que heredero
es de Israel, cuyo heroico
valor resistir debiera 155
constante, osado y brioso
los ceños de la fortuna
y del hado los oprobios,
¿tanto a una pasión se rinde,

tanto a una pena que absorto, 160
confuso, triste, afligido,
no les permite a sus ojos
la luz del día, negando
la entrada a sus rayos de oro?
¿Qué es esto, Amón? Si de causa 165
nace tu pena, no ignoro
que podré vencerla yo:
tuyo es mi imperio todo,
-142-
dispón de a tu albedrío,
desde un polo al otro polo. 170
Y si de no nace causa
conocida, sino sólo
de la natural pensión
deste nuestro humano polvo,
aliéntate; imperio tiene 175
el hombre sobre sí propio,
y los esfuerzos humanos,
llamado uno, vienen todos.
No te rindas a ti mismo,
no te avasalles medroso 180
a tu misma condición:
mira que el pesar es monstruo
que come vidas humanas
alimentadas del ocio.
Sal deste cuarto, o pues vienen 185
a él tus hermanos todos
hoy conmigo, habla con ellos.
Llegad, pues, llegad vosotros,
ya que las ternezas mías
pueden con Amón tan poco. 190

ADONÍAS Príncipe...

ABSALÓN Hermano...

SALOMÓN Señor...

TAMAR Amón...

AMÓN (Aparte.)

A esta voz respondo.

-143-

TAMAR ¿Qué tienes?

SALOMÓN ¿Qué sientes?

ABSALÓN ¿Qué
te aflige?

ADONÍAS ¿Qué te da asombro?

DAVID ¿Qué apeteces?

TODOS ¿Qué deseas? 195

AMÓN Sólo que me dejéis solo.

DAVID Si en eso no más estriban
tus deseos rigurosos,
vamos de aquí.
(Aparte.)

Por volver
a hablarle a solas, lo otorgo; 200
(que quizá no se declara
por estar delante todos).
(Alto.)

Venid. Ya solo te quedas.
¡Ay infeliz, qué de gozos,
qué de gustos, qué de dichas 205
desazona un pesar solo!

(Vase.)

JOAB ¡Qué extraña melancolía!

(Vase.)

AQUITOFEL ¡Qué silencio tan impropio!

(Vase.)

ADONÍAS ¡Qué violencia tan cruel!

(Vase.)

SALOMÓN ¡Qué afecto tan poderoso! 210

(Vase.)

TAMAR Saben los cielos, Amón,
cuánto tus tristezas lloro.

ABSALÓN Yo, no.

TAMAR Absalón, ¿eso dices?

ABSALÓN Sí, que es heredero heroico
de David; y si él se muere, 215
quedo yo más cerca al solio;
que a quien aspira a reinar
cada hermano es un estorbo.

TAMAR Aunque su muerte sintiera,
me holgara verte en su trono; 220
que, en efecto, tú y yo hermanos
de padre y de madre somos.

(Vanse y quedan solos AMÓN y JONADAB.)

AMÓN Jonadab, ¿fuéronse ya?

JONADAB Sí, señor, unos tras otros,
como suelen los dineros 225
de quien gasta poco a poco,
que piensa que no hace mella
ahora un real y luego otro;
y cuando menos se cata,
halla el talego más gordo 230
hecho esqueleto de anjeo.

AMÓN Pues salte fuera tú y todo.

JONADAB ¿Ya te olvidas de que tu
valido soy?

-145-

AMÓN No lo ignoro,
que eres tú sólo quien tiene 235
licencia entre mis dudosos
discursos para asistirme;
pero quiero quedar solo.

JONADAB Yo lo haré de buena gana;
que no es rato muy gustoso 240
el de un amo, cuando está
saturnino e hipocondrio;
pero antes que me vaya,
he de preguntarte: ¿cómo
a tu padre y tus hermanos 245
respondiste de aquel modo?
¿Es posible que ninguno
merezca de tus penosos
males saber la ocasión?

AMÓN No. Si yo propio a mí propio 250
me la pudiera negar,
la negara, cuando noto
que yo mismo de mí mismo
me avergüenzo si la nombro.
Es tal, que aun de mi silencio 255
vivo tal vez temeroso,
porque me han dicho que saben
con silencio hablar los ojos.
Tan en lo más retirado
del pecho la causa pongo 260
de mi pena, que tal vez
al corazón se la escondió,
porque el corazón no pueda,

sobresaltado al asombro
-146-
de reconocerla, dar 265
un golpe más recio que otro.
Tan en lo más escondido
de la vida le aprisiono,
que aun este soplo que entra
a dar vitales despojos, 270
no sabe della, porque
no pueda el aire curioso
decir por lo destemplado
de algún suspiro que arrojo:
«Este sabe de la causa, 275
pues sale ardiendo este soplo».
En fin, está mi dolor
tan atado en lo más hondo
del alma, que el alma misma,
alcalde del calabozo, 280
no sabe el preso que guarda,
con ser su consejo propio.

JONADAB Sin duda eres sodomita,
que yo otra causa no toco
que a tanto silencio obligue. 285

AMÓN ¿Que siempre hayas de ser loco?

JONADAB No está en mi mano el ser cuerdo.

(Dentro, ruido.)

AMÓN ¿Qué pasos son los que oigo?

JONADAB Tamar, tu hermana, que habiendo
dejado en su suntüoso 290
cuarto a David, vuelve al suyo
por ese corredor.

-147-

AMÓN (Aparte.)

¿Cómo,
calladas pasiones mías,

a esta ocasión me reporto?
Pero ha de ser, ¡ah, deseo!, 295
que aun a sólo ver su rostro
no he de salir a la puerta.
Mas, ¡ay!, que en vano me opongo
de mi estrella a los influjos;
pues cuando digo animoso 300
que no he de salir a verla,
es cuando a verla me pongo.
¿Qué es esto, cielos? ¿Yo mismo
el daño no reconozco?
¿Pues cómo al daño me entrego? 305
¿Vive en mí más que yo propio?
No. ¿Pues cómo manda en mí,
con tan gran imperio otro,
que me lleva donde yo
ir no quiero?

JONADAB O soy un tonto, 310
o anda por aquí...

AMÓN ¿Qué miras?

JONADAB Tengo aquí que hacer un poco.

AMÓN ¿No te he dicho que te vayas?

JONADAB Sí, señor, mas por lo propio
no lo he hecho yo.

AMÓN Entrate allá. 315

JONADAB (Aparte.)

(En esta puerta me pongo.
-148-
Por eso dijo uno que
galanes los criados somos,
pues el más sucio criado
no deja de ser curioso.) 320
(Escóndese.)

AMÓN Desde aquí veré a Tamar;
que no he de ser tan medroso,
que he de pensar que en efecto

se haya de salir con todo.
Y aun porque vean mis penas 325
como las lidio y propongo,
la he de ver y la he de hablar;
que no es valiente ni heroico
corazón que, antes del riesgo,
se apellidó victorioso. 330

(Sale TAMAR.)

¡Oh bellísima Tamar!

TAMAR No entréis conmigo vosotros;
esperad en esta puerta.
(A AMÓN.)

¡Cuánto estimo, cuando torno
a mi cuarto, cuando queda 335
con mi padre el reino todo,
que me hayas, Amón, llamado!
Que yo, aunque con amoroso
pecho siento tus tristezas,
-149-
no entrara, porque conozco 340
que cualquiera compañía
le sirve a un triste de estorbo.
Mas ya que aquesta ocasión
te he debido, cuando oigo
mi nombre, Amón, en tus labios, 345
mal haré si no la logro,
suplicándote merezca
ser yo quien del riguroso
dolor que te aflige, llegue
a oír la causa; que no poco 350
alivia el mal quien le cuenta
con satisfacción a otro
de que ha de sentirle; y puesto
que yo a feriar me dispongo
a mis lágrimas tus voces, 355
mi fe es fiadora de abono.
Hagan su oficio tus labios,
harán el suyo mis ojos.
Vea yo como tú sientes,
verás tú como yo lloro. 360

AMÓN Si yo, divina Tamar,
mi pena decir pudiera;
si capaz de mi voz fuera
el pesar de mi pesar;
si me pudiera explicar, 365

solamente a ti, (¡ay de mí!),
lo dijera; y siendo así,
que a ti te lo callo, cree
-150-
que a nadie se lo diré,
pues no te lo digo a ti. 370
Aunque es tan grande y tan rara
pena, y tanto se acrisola,
que a ti la dijera sola,
y a ti sola la callara:
la contrariedad repara 375
de mis ansias, pues aquí,
siendo tú sola ¡ay de mí!
quien no sabe esta quimera,
a cualquiera lo dijera,
por no decírtela a ti. 380

TAMAR Si una misma razón halla
en tu pena al padecella,
por quien yo debo sabella,
ya me ofende quien la calla.
La curiosidad batalla 385
en la parte del poder
saberla; y que soy mujer
advierte, y he de insistir
por saberla, y la he de oír,
pues no la puedo saber. 390

AMÓN Ya que ese empeño me obliga,
sin que salida le halle,
por mi parte a que lo calle,
por la tuya a que lo diga;
sin que en mí se contradiga 395
el hablar y enmudecer,
te tengo de obedecer.
-151-
Oye... Mas has de advertir,
que yo te la he de decir,
y tú no la has de saber. 400
Yo amo, Tamar; mi dolor
amor imposible es:
¡mira si es bien grande, pues
es imposible y amor!

TAMAR Ya es mi confusión mayor. 405
¡Dí de quien! Que aunque me den
cuenta tus voces, no bien
se explican.

AMÓN ¡Ay Tamar mía!

Yo te dije que diría
por qué muero, no por quién. 410

TAMAR Yo lo pregunto admirada
de que haya quien, querida
de ti, no esté agradecida,
cuando no esté enamorada.

AMÓN No es ella, no, la culpada; 415
que aunque yo por ella muero,
no sabe ella que la quiero,
ni lo ha de saber jamás.

TAMAR ¿Por qué?

AMÓN Porque estimo más
lo que amo que lo que espero. 420
  Fuera de que tanto ha sido
el temor que la he cobrado,
que aventuro el verme amado,
por no verme aborrecido.
Y así, callar he querido, 425
porque sé que he de ofendella.
Máteme, Tamar, mi estrella,

y su sufrimiento no;
que más quiero morir yo,
que ser la ofendida ella. 430

TAMAR Pues, ¿por qué se ha de ofender
de verse de ti querida,
si la más desvanecida
mujer, en fin es mujer?
Bien podrá no agradecer, 435
de su honor haciendo alarde;
sentir, no. No te acobarde
nada, que del más tirano
desdén se queja temprano
el que se declara tarde. 440
  Declárate, pues.

AMÓN No puedo.

TAMAR ¿Por qué?

AMÓN Porque temo y dudo.

TAMAR Dí tu dolor.

AMÓN Estoy mudo.

TAMAR Sepa tu mal.

AMÓN Tengo miedo.

TAMAR Habla.

AMÓN Absorto al hablar quedo. 445

TAMAR Escríbela.

AMÓN Es ofendella.

TAMAR Hazla seña.

AMÓN Tiemblo al vella.

TAMAR ¿Es más que una mujer?

AMÓN Sí.

TAMAR Pues quéjate, Amón, de ti.

AMÓN No haré sino de mi estrella, 450
cuyo influjo es tan severo,
que a morir, Tamar, me obliga
-153-
antes que a mi dama diga:
tú eres el dueño que quiero,
tú la gloria por quien muero, 455
tú la causa por quien lloro,
tú a quien explicarme ignoro,
tú la deidad a que aspiro,
tú la belleza que admiro,
tú la hermosura que adoro. 460
Compadécete de mí,

hermoso imposible, pues
tan rendido a ti me ves
que me ves morir por ti.

TAMAR Basta, no más; que si aquí 465
te di ese consejo, fue
sólo animándote a que
lo digas a ella, a mí, no.

AMÓN ¿Pues acaso he dicho yo
más de que no [le] diré? 470
Si bien tu consejo puedo
decirte que me ha alentado
tanto, que ya me ha quitado
la primer parte del miedo:
y pues olvidado quedo 475
con el examen que toco,
porque vaya poco a poco
perdiendo el miedo al hablar,
(que engaños han de curar
la imaginación de un loco), 480
deja, Tamar, que prosiga
este ensayo a mi dolor,

porque lo sepa mejor
cuando a mi bien se lo diga.

TAMAR Tanto tu pena me obliga, 485
que, si así aliviarla espero,
seguirte la tema quiero,
por si algún descanso adquieres.

AMÓN Pues haz cuenta que tú eres
la hermosa por quien me muero, 490
para ver si a su desdén
sabré declararme yo.

TAMAR Yo haré mi papel, mas no
sé si lo sabré muy bien.

AMÓN Hermoso imposible a quien, 495
desde que en un jardín ví,
la vida y alma rendí
que ahora de nuevo te ofrezco,
si bien lo que yo aborrezco,
no es dádiva para ti. 500
Deste atrevimiento mío
no tengo la culpa yo,

porque en mí sólo nació
esclavo el libre albedrío.
No sé qué planeta impío 505
pudo reinar aquel día,
que aunque otras veces había
tu beldad visto, aquél fue
el primero que te amé,
bellísima Tamar mía. 510
Mas ¿qué he dicho?

TAMAR Tente, espera;
mira que yo haciendo estoy
la dama y Tamar no soy.

AMÓN Dices bien; mas de manera
labios y ojos en la fiera 515
aprensión de mis enojos
-155-
confundieron los despojos,
que, equívocamente sabios,
se arrebataron los labios
en lo que vieron los ojos. 520

TAMAR Pues, siendo así, dese error
ojos y labios absuelvo,
y al pasado engaño vuelvo.
Amón, príncipe, señor,
aunque yo de vuestro amor 525
vivo muy desvanecida,
el ser quien soy os impida
tan alto empeño, porque
si así habláis, no volveré
a escucharos en mi vida 530

AMÓN ¿Eso me respondes?

TAMAR Sí.
Mas ¿de qué te afliges, pues
esto fingimiento es?

AMÓN Pues si es fingimiento, dí,
¿para qué me hablaste así? 535
¿Qué te importaba, Tamar,
alguna esperanza dar
a rendimiento tan justo?
¿Tenía más costa un gusto
de fingir, que no un pesar? 540

TAMAR No, pero de la manera
que tus labios y tus ojos
confundieron tus enojos,
persuadiéndote a que era
yo tu dama, considera 545
que en mí también confundidos
al oírte mis sentidos,
-156-
se equivocaron más sabios,
respondiéndote mis labios
a lo que oyen mis oídos. 550
Y así, pues que ser no puede
de efecto alguno este engaño,
pues vemos que en él el daño
por limitarse, se excede,
en este estado se quede; 555
que no es fácil de engañar,
Amón, placer ni pesar.
Ame tu pecho a quien ama,
que Tamar no ha de hacer dama
que no hable como Tamar. 560

(Vase.)

AMÓN ¿Quién mayor desdicha vio?
¿Que aun la piedad de un engaño
se convierta en mayor daño
que el que la verdad me dio?
¿Quién me aconsejará?

(Sale JONADAB.)

JONADAB Yo, 565
cuya curiosidad ciega
hoy a haber sabido llega
cuál es tu mal, y por quién;
que al fin ve lo mismo quien
mira jugar que el que juega. 570

AMÓN ¿Luego tú ya has entendido
la causa de mi pasión?

JONADAB Sí, señor; que no hay mirón
que antes tahur no haya sido.

AMÓN Pues un consejo te pido 575

JONADAB Aunque es opinión extraña
que ha menester el que engaña
más maña que fuerza, error
en amor es, porque amor
más quiere fuerza que maña. 580

AMÓN Mi media hermana es Tamar.

JONADAB Yo digo lo que yo hiciera,
si fuera mi hermana entera,
llegado a encolerizar.

AMÓN ¿Cómo la he de asegurar? 585
Que ya Tamar cosa es clara
que no vuelva aquí.

JONADAB Una rara
industria tu amor prevenga
para forzarla a que venga,
y, viéndola aquí...

AMÓN Repara 590
en que mi padre se ha entrado
en el cuarto.

JONADAB Pues no hablemos
desto más.

AMÓN No hay para qué,
pues ya a todo estoy resuelto,
porque piden mis desdichas 595
a gran daño, gran remedio.

(Sale DAVID.)

DAVID Por haber estado, Amón,
embarazado del pueblo,
que con prolijas lealtades
vino al parabién, no he vuelto 600
a verte antes.

AMÓN Yo, señor,
la fineza te agradezco.

DAVID Pues págamela con otra,
que es no negarme un consuelo
que vengo a pedirte.

AMÓN Siempre 605
rendido estoy y sujeto
a tu obediencia.

DAVID Pues sepa
de qué nacen los extremos
que te afligen.

JONADAB Yo, señor,
te lo diré.

AMÓN Calla, necio. 610
Melancolía y tristeza
los físicos dividieron,
en que la tristeza es
causa de algún mal suceso;
pero la melancolía, 615
de natural sentimiento:
y así, no podré decirlo.

DAVID ¿De qué nace el padecerlo,
cuando sea así? ¿A qué mal
no se aplica algún remedio? 620

AMÓN Ya me aplico yo el mejor.

DAVID ¿Cuál es?

AMÓN Sentir como siento.

DAVID Ese no es remedio, antes
es dar al mal más esfuerzos.

AMÓN Pues, ¿qué puedo hacer?

DAVID Buscar 625
alegres divertimientos.

JONADAB De uno le decía yo ahora,
harto alegre.

AMÓN Ya está bueno:
todos cansan más que alivian,
-159-
porque como yo no tengo 630
gusto, se me vuelven todos
en más pena, porque es cierto
que en el humor que domina
se convierte el alimento.

DAVID Aunque en metáfora sea 635
eso que has dicho, yo quiero
ya que de alimentos hablas,
materialmente entenderlo.
¿No es de desesperación
especie, que un hombre cuerdo 640
aun este humano tributo
se niegue a sí?

JONADAB Sí por cierto.
Yo, que coma, y aun de todo,
le estaba ahora diciendo.
Pero no me entiende.

-160-

AMÓN En nada 645
hallo sazón, y por eso,
o porque es conservación
de la vida, [lo] aborrezco.

DAVID Pues una cosa por mí

has de hacer.

AMÓN Yo te la ofrezco, 650

DAVID ¿Qué regalo será, Amón,
más de tu gusto? Que quiero
yo cuidar del, y deberte
el que le admitas.

AMÓN No pienso
que tendré en eso elección, 655
porque ninguno apetezco,
mas si hubiera de comer
algo, el aliño, el aseo
con que sirven a Tamar
sus criadas, señor, creo 660
que lisonjeara mi hastío,
aquellas viandas comiendo;
y más si ella me trajera
la comida; que un enfermo
más se agrada del cariño, 665
señor, que del alimento.

JONADAB Y es verdad, porque una dama,
con las pinzas de los dedos,

tronchando los bocaditos,
hará que los masque un muerto. 670

DAVID Pues yo, Amón, diré a Tamar
venga ella misma luego
a traerte de comer,
y mandaré al mismo tiempo
que los músicos te canten, 675
por ver si así te divierto.

(Vase.)

AMÓN El cielo aumente tu vida,
que yo en aqueste aposento
esperaré ese favor:
ven, Jonadab.

JONADAB Bien se ha hecho 680

hasta quí.

AMÓN No, sino mal;
pues traidoramente intento
añadir desesperado
culpa a culpa, incendio a incendio,
pena a pena, error a error, 685
daño a daño, y riesgo a riesgo.

(Vanse, tocan un clarín y sale DAVID.)

DAVID ¿Qué nueva salva es aquesta,
que con marciales acentos
-162-
vuelve a dar voces al aire,
mal respondidas del eco? 690

(Salen ABSALÓN y SALOMÓN.)

SALOMÓN Danos albricias, señor.

DAVID ¿De qué, Si gusto no espero?

ABSALÓN De que las naves de Ofir
han llegado a salvamento.

(Salen JOAB y AQUITOFEL.)

JOAB ¿Ya habrás sabido la causa 695
deste militar estruendo?

DAVID Sí, Joab.

AQUITOFEL Segunda vez

vuelve a repetir el viento.

(Tocan, y salen SEMEY, TEUCA, etíopes y soldados.)

SEMEY Dame, señor, a besar
tu real mano.
(Se arrodilla.)

DAVID Alza del suelo, 700
y seas muy bien venido,
Semey.

SEMEY Forzoso es serlo,
viniendo a verme a tus plantas.
-163-
De Hiram despachado vengo
con tu armada y sus bajeles, 705
monstruos de dos elementos:
y entre las varias riquezas
de plata y oro y de cedros,
material incorruptible,
para la obra del templo 710
que tú hacer has prevenido
al arca del Testamento;
mas de todos los despojos,
que te traigo, te encarezco
esta divina etiopisa, 715
en cuyo bárbaro acento
un espíritu anticipa
sucesos malos o buenos.

DAVID Un gusto y un pesar juntos,
Semey, me has dado a un tiempo: 720
el gusto es de tu venida,
cuyo cuidado agradezco;
el pesar de tu ignorancia,
pues has pensado que puedo
tener por grandeza yo 725
en mi palacio agoreros.
-164-
Dios habla por sus profetas:
el demonio, como opuesto
a las verdades de Dios,
habla apoderado en pechos 730
tiranamente oprimidos:

y así, destierra al momento
esta torpe fitonisa
de mi corte; y después desto,
los materiales que traes 735
se guarden, porque aun no es tiempo
que la fábrica se empiece;
que yo labrar no merezco
casa a Dios: quien me suceda
la fabricará. Con esto, 740
que aprendáis a ser piadosos,
hijos míos, os advierto;
pues el gran Dios no permite
que yo fabrique su templo,
porque manchadas las manos 745
de sangre idólatra tengo.
-165-

(Vase.)

TEUCA Aunque responder quisiera
al Rey, no he podido, ¡cielos!,
que está espíritu más noble
aposentado en su pecho 750
que en el mío; y como al verle,
mudo quedó el que yo tengo,
en mí se venga, a pedazos
el corazón deshaciendo.
¡Ay de mí!, rabiando vivo. 755
¡Ay de mí!, rabiando muero.

ABSALÓN ¿Qué frenesí, qué letargo
dio a la etiopisa?

SALOMÓN ¿Qué es esto?

AQUITOFEL Sus cabellos y sus ropas
está arrancando y rompiendo. 760

SEMEY ¡Teuca!

TEUCA Sacrílego aleve,
detente que al verte tiemblo.

JOAB Advierte...

TEUCA Injusto homicida,
aparta: de ti iré huyendo,
-166-
que tú lanzas arrojando, 765
que tú piedras recogiendo,
me dáis horror, hasta que
de vuestra muerte herederos
seáis, siendo vuestra muerte
cláusula de un testamento. 770

AQUITOFEL Extrañas locuras dice,
considera...

TEUCA Oír no quiero
tu consejo, Aquitofel;
basta; que por tu consejo,
torpe desesperación 775
aun te niegue el monumento.

SALOMÓN Repórtate.

TEUCA A ti sí haré,
Salomón, que hablar no puedo;
que no ha de saber el mundo
si tu fin es malo o bueno. 780

ABSALÓN ¡Qué sin propósito habla!
Mira, etiopisa...

TEUCA Ya veo
que te ha de ver tu ambición
en alto por los cabellos.
-167-
¡Ay de mí!, rabiando vivo, 785
¡Ay de mí!, rabiando muero.

(Vase.)

SALOMÓN Ve tras ella, no el furor
la desespere.

SEMEY Siguiendo
iré sus pasos, dudando
vaticinios que no entiendo. 790

(Vase.)

SALOMÓN ¡Raros delirios ha dicho!

ABSALÓN Aunque por tales los tengo,
no me ha dejado de dar
lo que me ha dicho contento.

SALOMÓN ¿Qué te ha dicho?

ABSALÓN Que he de verme 795
si bien, Salomón, me acuerdo,
por los cabellos en alto.

SALOMÓN Pues, ¿cómo interpretas eso?

ABSALÓN Hermosura es una carta
de favor que dan los cielos, 800
y su sobrescrito, al hombre
y a todo el común afecto.
Está en mí (todos los dicen,
que no creyera a mi espejo):
-168-
es tan grande, que este solo 805
desperdicio de su imperio
en cada un año me vale
de esquilmos muchos talentos.
De Jerusalén las damas
me la compran; que a su aseo 810
yo soy quien les deja alguna
adoración de alimentos.
Pues siendo así, que yo amado
soy de todos, bien infiero
que esta adoración común 815
resulte en que todo el pueblo
para rey suyo me aclame,
cuando se divida el reino
en los hijos de David.
Luego justamente infiero, 820
pues que mis cabellos son
de mi hermosura primeros

acreedores, que a ellos deba
el verme en el alto puesto;
-169-
y así, vendré a estar entonces 825
en alto por los cabellos.

SALOMÓN ¡Qué por ellos has traído
la aplicación al concepto!
Pues, ¿quieres que una hermosura
afeminada, en los pechos 830
de todos engendre más
amor que aborrecimiento?

ABSALÓN Cuando la hermosura cae
sobre el valor que yo tengo,
¿por qué no?

SALOMÓN Porque hay en hijos 835
de David merecimientos
que te prefieren en todo.

ABSALÓN No serás tú, por lo menos,
reliquia de dos delitos,
homicidio y adulterio: 840
hablen Bersabé y Urías,
una incasta y otro muerto.

SALOMÓN De tu padre has murmurado,
Absalón, y aunque yo puedo
-170-
por mis manos castigar 845
tan osado atrevimiento,
el cielo me ata las manos,
quizá porque él quiere hacerlo;
que ofensas de un padre siempre
las toma a su cargo el cielo. 850

(Vase.)

JOAB Cuerdamente ha respondido.

AQUITOFEL Siempre el temor es muy cuerdo.

JOAB Antes siempre la cordura
fue muy valiente.

ABSALÓN ¿Qué es eso?

AQUITOFEL Joab, que es de Salomón... 855

ABSALÓN ¡A mí os andáis oponiendo
toda la vida!

JOAB Yo siempre
la razón, señor, defiendo.

ABSALÓN La privanza de mi padre,
Joab, os tiene muy soberbio. 860
Vos de mí os acordaréis
cuando esté en el puesto alto
que mi valor me previene.

JOAB Entonces haré lo mesmo,
y aun quizá entonces tendré 865
más ocasión para hacerlo.

(Vase.)

ABSALÓN ¿A mí me amenazas?

AQUITOFEL Tente,
señor, mira que aún no es tiempo
de empezar a declarar
lo que tratado tenemos 870
entre los dos, porque importa
ganar algunos primero.

ABSALÓN En todo quiero seguir,
Aquitofel, tus consejos.

AQUITOFEL Ellos te pondrán adonde 875
aspiran tus pensamientos.

(Tocan instrumentos.)

ABSALÓN Dellos y de ti lo fío.
Pues los dos... Pero, ¿qué es esto?

AQUITOFEL Tamar de su cuarto sale
con mucho acompañamiento 880
y va hacia el cuarto de Amón.

ABSALÓN Divertir sus sentimientos
quiere con música. Vamos,
Aquitofel, que no quiero
hablar ahora en otra cosa 885
sino en los designios nuestros.

(Vanse.)

(Salen todos los MÚSICOS, y las damas con platos y toallas, y TAMAR.)

MÚSICOS De las tristezas de Amón,
que es amor la causa, es cierto,
que sólo amor se atreviera
a herir tan ilustre pecho. 890
-172-
Mas, ¡ay!, que es engaño
pensar que le ha muerto;
que no tiene amor
quien tiene silencio.

(Salen AMÓN y JONADAB.)

JONADAB Ya entra en tu cuarto Tamar. 895

AMÓN ¡Qué osado mi pensamiento,
sin verla está!, y ¡qué cobarde
al verla! Todo yo tiemblo.

TAMAR No me agradezcas, Amón,
esta visita; que hoy vengo, 900
porque mi padre lo manda,
a servirte.

AMÓN Sí, agradezco,
pues tu obediencia resulta
en mi dicha.
(Aparte.)

(Yo estoy muerto.)

TAMAR Música y manjares traigo 905
para lisonjear a un tiempo
los sentidos.

AMÓN Mucho agravias
al mayor de todos ellos.

TAMAR ¿Cuál es?

AMÓN La vista, porque
-173-
vianda y música trayendo 910
para el gusto y el oído,
te has olvidado,
(Aparte.)

(¡yo muero!),
de que traes para los ojos
hermosura; si no infierno
que piensas que no la traes, 915
porque me imaginas ciego.

TAMAR Si de aquel pasado engaño
te han sobrado esos requiebros,
mira que los desperdicias
en vano, porque hoy intento 920
que alivien tus penas más
verdades que fingimientos.

AMÓN Ea, pues. Cantad vosotros;
y porque vuestros acentos
suenen de lejos más dulces, 925
cantad desde otro aposento.

JONADAB Sí, que música y pintura
parece[n] mejor de lejos.

TAMAR Ahí fuera podéis cantar.

(Vase la música.)

AMÓN (Aparte.)

Ce, Jonadab.

JONADAB (Aparte.)

Ya te entiendo. 930
Cerrar la puerta y que canten
todos, ¿no me dices eso?

(Vase JONADAB.)

AMÓN Sí.

(Dentro cantan.)

TAMAR Come tú mientras cantan.

AMÓN En escuchar me divierto.

ÉL y MÚSICOS Que no tiene amor 935
quien tiene silencio.

AMÓN Y así, divina Tamar,
no admires mi atrevimiento,
sino que las leyes rompo
del decoro y del respeto. 940
Esta hermosa mano blanca,
permite que, no haciendo
de lirios, sirva áspides
de tríaca a mi veneno.

-175-

TAMAR Suéltame la mano, Amón, 945
que ya quejarte es extremo
de un engaño.

AMÓN Si lo fuera,
dices bien; pero ya es tiempo
de que la prisión te rompa
el lazo a mi sentimiento. 950

ÉL Y MÚSICOS Que no tiene amor
quien tiene silencio.

AMÓN Yo muero por ti, Tamar.
No puedo a mayor extremo
llegar que a morir por ti: 955
mi confianza me ha muerto.
(Aparte.)

TAMAR ¿Quién pudiera prevenirlo?
(Alto.)

Mira, Amón...

AMÓN Ya nada veo.

TAMAR Que soy tu hermana.

AMÓN Es verdad;
pero si dice un proverbio 960
la sangre sin fuego hierve,

¿qué hará la sangre con fuego?

-176-

TAMAR En nuestra ley se permite
casarse deudos con deudos,
pídeme a mi padre.

AMÓN Es tarde 965
para valerme del ruego.

TAMAR ¡Hola!

(Sale un MÚSICO.)

AMÓN Que cantéis os manda
Tamar.

TAMAR ¿Yo?

MÚSICO Ya obedecemos.

(Vase.)

(Cantan dentro, sin cesar, mientras los dos representan.)

-177-

AMÓN No he de dejar de gozarte:
¡Jonadab!, cierra al momento. 970

(Dentro.)

JONADAB Ya está la puerta cerrada.

TAMAR Mira el riesgo.

AMÓN No le temo.

TAMAR ¡Padre! ¡Señor! ¡Absalón!

AMÓN Tu voz ya no es de provecho
con esa dulce armonía. 975

(Cantan.)

TAMAR Pues daré voces al cielo.

AMÓN El cielo responde tarde.

TAMAR Pues mataráte este acero
si me sigues, porque yo
fuerza mucha y valor tengo. 980
(Sácale la espada.)

AMÓN Al sacarla me has herido
y aunque puede ser agüero,
ya no temo cosa alguna,
cuando esta violencia intento.
La he de seguir, ya una vez 985
declarado, pues es cierto...

ÉL Y MÚSICOS Que no tiene amor
quien tiene silencio.

(Entranse.)

Jornada II

(Salen AMÓN, TAMAR y ELIAZ[E]R.)

AMÓN Vete de aquí, salte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
arpía que en rostro agrada
siendo una asquerosa fiera. 5
Al basilisco retratas,
ponzoña mirando arrojas
y mi juventud maltratas,
pues crüelmente me matas
-179-
con tan mortales congojas. 10
¿Que yo te quise es posible?
¿Que yo te tuve afición,
fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbón
si en la corteza apacible? 15
Sal fuera, que eres horror
de mi vida, y su escarmiento.
Vete, que me das temor
y es más mi aborrecimiento
que fue mi primero amor. 20
¡Hola! Echádmela de aquí.

TAMAR Mayor ofensa e injuria
es la que haces contra mí
que fue la amorosa furia
de tu torpe frenesí. 25
¿Cómo burlan tus antojos
a quien se empleó en servirte
y me das tales enojos?

-180-

AMÓN ¡Quién, por no verte y oírte,
sordo quedara y sin ojos! 30
¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader sin trato

deshonrada una mujer? 35
    Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado,
que en cadenas del pecado
perece quien las aumenta
en su yerro aprisionado. 40
    Tahúr de mi honor has sido:
ganado has por falso modo
joya que en vano te pido.
Quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido. 45
    No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta
que, aunque [al] que pierde es molesto,
el noble no se levanta

mientras en la mesa hay resto. 50
    Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y así de perderla trato:
acaba el juego, traidor,
dame la muerte en barato. 55

AMÓN Infierno, ya no de fuego
pues helado me atormentas,
sierpe, monstruo, vete luego.

TAMAR El que pierde sufre afrentas
porque le mantengan juego: 60
    mantenme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda. Alza, villano,
la mano: quítame el ser
y ganarás por la mano. 65

AMÓN ¿Viose tormento como éste?
¡Hola! ¿No hay ninguno ahí?
¿Qué desatino es aqueste?

(Llega[n] ELIAZ[E]R y JONADAB.)

ELIAZ[ER] Señor...

AMÓN Echadme de aquí
esta víbora, esta peste. 70

ELIAZ[E]R ¿Víbora y peste? ¿Qué es della?

AMÓN Llevadme aquesta mujer,
cerrad la puerta tras ella.

-182-

JONADAB (Aparte.)

(Carta Tamar vino a ser,
leyóla, y quiere rompella). 75

AMÓN Echadla en la calle.

TAMAR Así
estaré bien; que es razón,
ya que el delito fue aquí,
que por ellas dé un pregón
mi deshonra contra ti. 80

AMÓN Voyme por no te atender.

(Vase.)

JONADAB ¡Extraño caso, Eliaz[e]r!
¿Tal odio tras tanto amar?

TAMAR Presto, villano, has de ver
las venganzas de Tamar. 85

(Vanse y sale[n] ABSALÓN y ADONÍAS.)

ABSALÓN Si no fueras mi hermano, o no estuvieras
en palacio, ambicioso, brevemente
hoy con la vida, bárbaro, perdieras
el deseo atrevido e imprudente.

ADONÍAS Si en tus venas la sangre no tuvieras 90
con que te honró mi padre indignamente,
yo hiciera que, quedándose vacías,
de púrpura calzaran a Adonías.

ABSALÓN ¿Tú pretendes reinar, loco, villano?
¿Tú, muerto Amón del mal que le consume, 95
subir al trono aspiras soberano
-183-
que en doce tribus su valor [resume]?
¿Que soy, no sabes, tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalón presume,
a cuyos pies ha puesto la ventura 100
el valor, la riqueza y la hermosura?

ADONÍAS ¡Si el reino israelita se heredara
por el más delicado, tierno y bello,
aunque no soy yo monstruo en cuerpo y cara,
a tu yugo humillara el reino el cuello: 105
cada tribu hechizada se enhilara
en el oro de Ofir de tu cabello,
y, convirtiendo hazañas en deleites,
te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras a damas tu consejo, 110
a trenzas tu corona y a un estrado
el solio de tu triste padre viejo,
las armas a la holanda y al brocado:
por escudo tomaras un espejo
y de tu misma vista enamorado, 115
en lugar de la espada, a quien me aplico,
esgrimieras tal vez el abanico.
Mayorazgo te dio Naturaleza
con que los ojos de Israel suspendes;
el cielo ha puesto renta en tu cabeza 120
-184-
pues tus madejas a las damas vendes
cada año, haciendo esquilmo tu belleza:
que han de aliviarla de tu pelo entiendes,
repartiendo por tiendas su tesoro
le compran en doscientos siclos de oro. 125
De tu belleza ser el rey procura:
déjame a mí a Israel, que haces agravio
a tu delicadeza, a tu blandura...

ABSALÓN Cierra, villano, el atrevido labio;
que el reino se debía a la hermosura, 130
a pesar de tu envidia, dijo un sabio:
señal que es noble el alma que está en ella,
que el huésped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta,

no me quedo en la corte, dando al ocio 135
-185-
lascivos daños, ni el valor me falta
que con mis hechos quilatar negocio.
Mi acero incircuncisa sangre esmalta:
la guerra, que jubila al sacerdocio,
en mis hazañas enseñar procura 140
qué bien dice el valor con la hermosura.
Mas, ¿para qué lo que es tan cierto
[he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has descompuesto,
verás si, por hermoso, soy cobarde. 145

ADONÍAS Por adorno no más te la habrás puesto:
no la saques, así el amor te guarde;
que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALÓN Si no saliera el Rey...

ADONÍAS Si no saliera...

-186-

(Salen DAVID y SALOMÓN.)

DAVID Bersabé, vuestra madre, me ha pedido 150
por vos, mi Salomón: creced, sed hombre,
que si amado de Dios, sois el querido,
conforme significa vuestro nombre,
yo espero en Él que al trono real subido
futuros siglos vuestra fama asombre, 155

SALOMÓN Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID Príncipes...

ABSALÓN Gran señor...

DAVID ¿En qué se entiende?

ADONÍAS La paz ocupa el tiempo en novedades.
Galas la mocedad al gusto vende, 160
si el desengaño a la vejez verdades.

ABSALÓN La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida a buscar las soledades:
ésta trazamos y, tras ella, fiestas.
¡Válgame Dios! ¿Qué voces son aquestas? 165

(Sale TAMAR llorando.)

TAMAR Gran monarca de Israel,
-187-
descendiente del león
que, para vengar injurias,
dio ayuda al nuevo Jacob;
si lágrimas, si suspiros, 170
si mi compasiva voz
si delito y menosprecio
te mueven a compasión,
y cuando aquesto no baste,
ni el ser hija tuya yo, 175
a que castigues te incita
al que tu sangre afrentó:
por los ojos vierto el alma,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo arrojo, 180
de inocencia vengador.
Cubierta está mi cabeza
-188-
de ceniza; que un amor
desatinado, si es fuego,
sólo deja en galardón 185
cenizas que lleva el aire;
mas, aunque cenizas son,
no quitan la mancha de honra,
sangre sí, que es buen jabón.
La mortal enfermedad 190
del torpe príncipe Amón
peste de mi honra ha sido,
su contagio me pegó.
Que le guisase mandaste
alguna cosa a sabor 195
de su villano apetito:
¡ponzoña fuera mejor!
Sazonéle una sustancia;
mas las sustancias no son

de provecho, si se oponen 200
accidentes de pasión.
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha guisó
su desvergüenza mi agravio:
sazonóle la ocasión; 205
-189-
y sin advertir mis quejas
ni el proponelle que soy
su estado, su ley, su Dios,
echando la gente fuera,
a puerta cerrada entró 210
en el templo de la fama
y sagrado de mi honor.
Aborrecióme ofendida:
no me espanto; que al fin son
enemigas declaradas 215
la esperanza y posesión.
Echóme injuriosamente
de su casa el violador,
oprobios por gustos dando:
¡paga, al fin, de tal señor! 220
Deshonrada, por sus calles
tu corte mi llanto vio:
sus piedras se compadecen,
cubre sus rayos el sol
entre nubes, por no ver 225
caso tan fiero y atroz:
-190-
todos te piden justicia,
¡justicia, invicto señor!
Dirás que es Amón tu sangre:
el vicio la corrompió. 230
Sángrate della, si quieres
dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos,
semejanza tuya son
en el esfuerzo y virtudes: 235
no dejes por sucesor
quien, deshonrando a su hermana,
menosprecia tu opinión;
pues mejor afrentará
los que sus vasallos son. 240
Ea, sangre generosa
de Abraham, que su valor
contra el inocente hijo
el cuchillo levantó:
uno tuvo, muchos tienes, 245
inocente fue, Amón, no.
A Dios sirvió así Abraham,
así servirás a Dios.
Véncete, Rey, a ti mismo:
la justicia a la pasión 250
se anteponga, que es más gloria

que hacer piezas un león.
Hermanos, pedid conmigo
justicia. Bello Absalón,
un padre nos ha engendrado, 255
una madre nos parió.
A los demás no les cabe
de mi deshonra y baldón
-191-
sino sola la mitad
mis medios hermanos son. 260
Vos lo sois de padre y madre:
entera satisfacción
tomad, o en eterna afrenta
vivid sin fama desde hoy.
Padre, hermanos, israelitas, 265
cielos, astros, luna, sol,
brutos, peces, aves, fieras,
elementos cuantos sois,
justicia os pido a todos de un traidor
de su ley y su hermana violador. 270
tu hija, Rey, y su hermana,

DAVID Alzad, mi Tamar, del suelo.
Llamadme al príncipe Amón.
¿Esto es, ¡cielos!, tener hijos?
Mudo me deja el dolor: 275
lágrimas serán palabras
que expliquen al corazón.
Rey me llama la justicia,
padre me llama el amor,
uno obliga y otro impele: 280
¿cuál vencerá de los dos?

ABSALÓN Hermana... (¡nunca lo fueras!),
-192-
da lugar a la razón,
pues no se halla en la venganza
medio que enmiende el error. 285
Amón es tu hermano y sangre;
a sí mismo se afrentó:
puertas adentro se quede
mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efraín, 290
granjas tengo en Balhasor,
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas,
que mujer sin opinión 295
no es bien que en la corte habite
muerta su reputación.
Vamos a ver si los tiempos
tan sabios médicos son

que con remedio de olvidos 300
den alivio a tu dolor.

TAMAR Bien dices: viva entre fieras
quien entre hombres se perdió;
-193-
que, a estar con ellas, es cierto
que no muriera mi honor. 305

(Vase.)

ABSALÓN (Aparte.)

Incestüoso, tirano,
presto cobrará Absalón,
quitándote el reino y vida,
debida satisfacción.

(Vase.)

ADONÍAS A tan portentoso caso 310
no hay palabras, no hay razón
que aconsejen y consuelen.
Triste y confuso me voy.

(Vase.)

SALOMÓN (Aparte.)

La infanta es hermana mía,
del príncipe hermano soy, 315
la afrenta de Tamar siento,
temo el peligro de Amón.
El Rey es santo y prudente,
el suceso causa horror:
más vale dar con el tiempo 320
lugar a la admiración.

(Vase.)

(Quédase DAVID solo y sale AMÓN.)

AMÓN (Aparte.)

El Rey mi señor me llama:
-194-
¿iré ante el Rey mi señor?
¿Su cara osaré mirar
sin vergüenza ni temor? 325
Temblando estoy a la nieve
de aquellas canas; que son
los pecados frías cenizas
del fuego que encendió amor.
¡Qué ambicioso antes del vicio 330
anda siempre el pecador!,
y en pecando ¡qué cobarde!

DAVID Príncipe...

AMÓN A tus pies estoy.

DAVID (Aparte.)

(No ha de poder la justicia
aquí más que la afición. 335
Soy padre. También soy rey.
Es mi hijo. Fue agresor.
Piedad sus ojos me piden,
la infanta satisfacción.
Prenderéle en escarmiento 340
deste insulto. Pero no.
Levántase de la cama:
de su pálido color
sus temores conjeturo.
Pero ¿qué es de mi valor? 345
¿Qué dirá de mi Israel
con tan necia remisión?
Viva la justicia, y muera
el príncipe violador).
(Alto.)

Amón...

AMÓN Amoroso padre 350

DAVID (Aparte.)

(El alma me traspasó.
¡Padre amoroso me llama!
Socorro pide a mi amor.
Pero muera).
 (Alto.)

¿Cómo estáis?

AMÓN Piadoso padre, mejor. 355

(Sale ABSALÓN al paño.)

DAVID (Aparte.)

En mirándole, es de cera
mi enojo deshecho al sol.
Adulterio y homicidio
siento tal, me perdonó
el justo Juez, porque dije 360
un pequé de corazón.
Venció en Él a la justicia
la piedad; su imagen soy:
el castigo es mano izquierda,

mano derecha el perdón; 365
pues sea izquierdo el defecto.
 (Alto.)

Mirad, príncipe, por vos,
cuidad de vuestro regalo.
 (Aparte.)

¡Ay prenda del corazón!

(Vase.)

AMÓN ¡Oh poderosas hazañas 370

del amor, único Dios,
que hoy a David han vencido,
siendo Rey y vencedor!
Que mirase por mí dijo;
tiernamente me avisó; 375
el castigo del prudente
es la tácita objeción.
Temió darme pesadumbre:
por entendido me doy.
Yo pagaré amor tan grande 380
-197-
con no ofenderle desde hoy.

(Vase.)

ABSALÓN ¡Que una razón no le dijo
en señal de sus enojos!
¡Ni un severo mirar de ojos!
Hija es Tamar si él es hijo. 385
Mas no importa; que yo elijo
la justa satisfacción;
que a mi padre la pasión
de amor ciega: pues no ve,
con su muerte cumpliré 390
su justicia y [mi] ambición.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito:
en mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo. 395
Si yo soy del Rey segundo,
ya por sus culpas primero,
hablar a mi padre quiero
y del sueño despertalle
con que ha podido hechizalle 400
Amor, siempre lisonjero.

(Estará una corona sobre un bufete.)

Allí está. Pero ¿qué es esto?
¿La corona en una fuente
-198-
con que ciñe la real frente
mi padre, grave y compuesto? 405
La mesa el plato me ha puesto
que ha tanto que he deseado:
debo de ser convidado.
Si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso, 410

no es de perder tal bocado.
Amón no os ha de gozar,
cerco en que mi gusto encierro;
que sois de oro, y fue de hierro
el que deshonró a Tamar. 415
(Toma la corona.)

Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello;
-199-
mas rehusaréis el hacello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblaréis de que os deslumbre 420
el oro de mi cabello.
(Pónesela.)

Bien está: vendréisme así
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real,
y vos nacéis para mí. 425
¿Sabréos yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? También.
¿Quién hay en Jerusalén
que lo estorbe? Amón. Matalle.

(Al paño DAVID.)

Mi padre querrá vengalle. 430
Matar a mi padre...

DAVID ¿A quién?

ABSALÓN (Aparte.)

(¡Ah cielos!) A quien no es
vasallo de Vuestra Alteza.
(Arrodíllase.)

-200-

(Sale DAVID.)

DAVID Con corona en la cabeza
no dices bien a mis pies. 435

ABSALÓN Pienso heredarte después
que anda el príncipe indispuesto.

DAVID Hástela puesto muy presto:
no serás sucesor suyo,
que desa corona arguyo 440
que, como llega a valer
un talento, es menester
mayor talento que el tuyo.
  En fin, ¿me quieres matar?

ABSALÓN ¿Yo?

DAVID ¿No acabas de decillo? 445

ABSALÓN Si llegaras bien a oíllo
mi amor habías de premiar.
Si es que llegara a reinar
dije, hoy en Jerusalén,
mi enojo probara quien 450
fama por traidor adquiere
-201-
y, por ser tirano, quiere
matar a mi padre.

DAVID Bien.
Pues, ¿quién hay a quien le cuadre
tal título?

ABSALÓN Pienso yo 455
que el que a su hermana forzó
también matará a su padre.

DAVID Por ser los dos de una madre
contra Amón te has indignado;
pues ten por averiguado 460
que quien fuere su enemigo
no ha de tener paz conmigo.

ABSALÓN Sin razón te has enojado.
  Sólo yo te hallo crüel.

DAVID ¿Qué mucho, si tú lo estás 465

con Amón?

ABSALÓN No le ama más
que yo nadie en Israel;
antes, gran señor, con él
y los príncipes, quisiera
que Vuestra Alteza viniera 470
al esquilmo que ha empezado
en Balhasor mi ganado,
y que esta merced me hiciera.
    Tan lejos de desatino
y venganzas necias vengo, 475
que allí banquete prevengo
  -202-
de tales personas dino.
Honre nuestro vellocino
vuestra presencia, señor,
y divierta allí el dolor 480
que le causa este suceso:
conocerá que intereso
en granjear sólo su amor.

DAVID Tú fueras el fénix del
si estas cosas olvidaras 485
y al príncipe perdonaras
no vil Caín, sino Abel.

ABSALÓN Si hiciere memoria del,
plegue a Dios que me haga guerra
cuanto el sol dorado encierra, 490
y contra ti rebelado,
de mis cabellos colgado
muera entre el cielo y la tierra.

DAVID Si eso cumples, mi Absalón,
mocedades te perdono: 495
con los brazos te corono,
que mejor corona son.

ABSALÓN En mis labios tus pies pon,
  -203-
y añade a tantas mercedes,
porque satisfecho quedes, 500
señor, el venir a honrar
mi esquilmo, pues da lugar
la paz, y alegrarte puedes.

DAVID Harémoste mucho gasto:

no, hijo, guarda tu hacienda. 505
El reino pide que atienda
la vejez que en canas gasto.

ABSALÓN Pues a obligarte no basto
a esta merced, da licencia
que, supliendo tu presencia 510
Adonías, Salomón,
hagan, yendo con Amón,
de mi amor noble experiencia.

DAVID ¿Amón? Eso no, hijo mío.

ABSALÓN Si melancólico está, 515
sus penas divertirá
el ganado, el campo, el río.

DAVID Temo que algún desvarío
dé nueva causa a mi llanto.

ABSALÓN De la poca fe me espanto 520
que tiene mi amor contigo.

DAVID La experiencia en esto sigo;
que cuando con el disfraz
-204-
viene el agravio de paz
es el mayor enemigo. 525

ABSALÓN Antes el gusto y regalo
que he de hacelle ha de abonarme:
en esto pienso esmerarme.

DAVID Nunca el recelar fue malo.

ABSALÓN ¡Plegue al cielo que sea un palo 530
alguacil que me suspenda,
cuando yo al príncipe ofenda!
No me alzaré de tus pies,
padre, hasta que a Amón me des.
(De rodillas.)

DAVID Del alma es la mejor prenda; 535

pero en fe de que me fío
de ti, yo te lo concedo.

ABSALÓN Cierto ya de tu amor quedo.
(Aparte.)

DAVID ¿De qué dudáis, temor frío?

ABSALÓN Voyle a avisar.

DAVID Hijo mío, 540
al olvido agravios pon.

ABSALÓN No temas.

DAVID ¡Ay mi, Absalón!
Lo mucho que te amo pruebas.

ABSALÓN Adiós.

DAVID Mira que me llevas
la mitad del corazón. 545

(Vanse.)

(Salen TAMAR, y TEUCA cubiertos los rostros, y algunos PASTORES cantando.)

PASTORES Al esquilmo ganaderos,
-205-
que balan las ovejas y los corderos.
Ganaderos, a esquilar,
que llama a los pastores el mayoral.

PASTOR 1.º Dichosas serán desde hoy 550
las reses que en el Jordán

cristales líquidos beben,
y en tomillos pacen sal.
-206-
Ya con vuestra hermosa vista
yerba el prado brotará, 555
por más que la seque el sol,
pues vos sus campos pisáis.
¿De qué estáis tan dolorosa,
hermosísima Tamar,
pues con vuestros ojos bellos 560
estos montes alegráis?
Si dicen que está la corte
doquiera que el Rey está
y vos sois reina en [belleza],
la corte es ésta, no hay más. 565
Ea, infanta, entreteneos
y esa hermosura mirad
en las aguas, que os ofrecen
por espejo su cristal.

TAMAR Temo de mirarme en ellas. 570

PAST[OR] 1.º Si es por no os enamorar
de vos misma, bien hacéis:
un ángel os trajo acá.
Pero asomaos con todo eso:
veréis cómo os retratáis 575
-207-
en la tabla deste río,
si en ella vos os miráis;
y haréis un cuadro valiente,
que, porque le guarnezcáis,
las flores de oro y azul 580
de marco le servirán.
Honradla, miraos en ella.

TAMAR Aunque hermosa me llamáis,
tengo una mancha afrentosa:
si la veo, he de llorar. 585

PAST[OR] 1.º ¿Mancha tenéis? Y aun por eso,
que aquí los espejos que hay,
si mancha muestran, la quitan,
enseñando a la amistad.
Allá los espejos son 590
sólo para señalar
faltas que, viéndose en vidrio,
con ellas en rostro dan.
Acá son espejos de agua,
que a los que a mirarse van, 595

muestran la mancha y la quitan
en llegándose a lavar.

TAMAR Si agua esta mancha quitara,
harta agua mis ojos dan:
sólo a borralla es bastante 600
la sangre de un desleal.

-208-

PAST[OR] 1.º No vi en mi vida tal muda:
miel virgen afeita acá;
que ya hasta las caras venden
postiza virginidad. 605
¿Son pecas?

TAMAR (Aparte.)

Pecados son.

PAST[OR] 1.º Cubridlas con solimán.

TAMAR No queda, pastor, por eso:
toda yo soy rejalgar.

PAST[OR] 1.º ¿Es algún lunar acaso 610
que con la toca tapáis?

TAMAR (Aparte.)

No se muda cual la luna.
No es la deshonra lunar.

PAST[OR] 1.º Pues sea lo que se fuere,
pardiez, que hemos de cantar 615
y aliviar la pesadumbre,
-209-
que es locura lo demás.
Pero Teuca viene allí,
y pienso que de cortar
unas flores del jardín. 620

TAMAR Todo es tristeza y pesar.

(Trae TEUCA unas flores en un cestillo.)

PAST[OR] 1.º Teuca, aunque te descubras,
segura puedes estar
de que el sol no ha de abrasarte;
bien te conoce de allá. 625

TEUCA Todas estas flores bellas
a la primavera he hurtado;
que, pues de amor son traslado,
competir podéis con ellas.
Lleno viene este cestillo 630
de las más frescas y hermosas
hierbas, jazmines y rosas,
desde el clavel al tomillo.
-210-
Aquí está la manutisa,
la estrellamar turquesada, 635
con la violeta morada
que amor, porque fue, la pisa.
[Tomaldos], que son despojos
del campo, y juntad con ellos
labios, aliento y cabellos, 640
pecho, frente, cejas y ojos.

(Dale un ramillete [a TAMAR].)

TAMAR Todas las que abril esmalta
pierden en mí su color,
amiga, porque la flor
que más me importa me falta. 645

TEUCA ¡Qué presto te has de vengar!

TAMAR Ese es todo mi consuelo,
y si no, trágueme el suelo.

-211-

TEUCA Bien te puedes consolar.

PAST[OR] 1.º Alegráos, ¿en qué pensáis? 650

TAMAR Me parece que han venido
los príncipes que han querido
honrarnos hoy.

PAST[OR] 1.º ¿Qué aguardáis?
Mientras el convite pasa,
al soto apacible vamos 655
y de flores, hierba y ramos
entapicemos la casa.

PAST[OR] 2.º Tiene Cardenio razón:
démonos prisa, pastores;
pero ¿qué ramos y flores 660
hay como ver a Absalón?

(Vanse [los PASTORES].)

TAMAR Teuca, vámonos de aquí.

TEUCA ¿Para qué? Bien disfrazada
estás.

TAMAR Di mal injuriada
¡No puedo caber en mí! 665

(Salen ABSALÓN, ADONÍAS, SALOMÓN, AMÓN, AQUITOFEL y JONADAB, de caza.)

-212-

AMÓN Bello está el campo.

ABSALÓN Es el mayo
el [mes] galán, todo es flor.

JONADAB A lo menos labrador,
según ajirona el sayo.

AMÓN Oye, que hay aquí serranas. 670

JONADAB Y no de mal talle y brío.

ABSALÓN De mi hacienda son, y os fío
que envidian las cortesanas
el aseo y hermosura.

AMÓN Bien haya quien la belleza 675
debe a la Naturaleza,
no al afeite y compostura.

ABSALÓN Esta es mujer tan curiosa,
que de lo futuro avisa,
tiénenla por fitonisa 680
estos rústicos.

SALOMÓN ¿Y es cosa
de importancia?

AMÓN Desta gente
hacer caso es vanidad;
tal vez dirá una verdad
y después mil veces miente 685
-213-
Mas, ¿por qué están embozadas?

ABSALÓN Es una hermosa pastora
la una que injurias llora
y la imitan las criadas.

JONADAB Ella tiene buena flema. 690

AMÓN ¿No la veremos?

ABSALÓN No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.

JONADAB ¡Lindo tema!

AMÓN Ahora bien, con vos me entiendo.
Llegáos, mi serrana, acá. 695

TEUCA Su Alteza pretenderá
y después iráse huyendo.

AMÓN Bien parecéis, adivina.
Llena de flores venís.
¿Por qué no las repartís 700
si el ser cortés os inclina?

TEUCA Estos prados son teatro
que representa a Amaltea;
mas porque queja no sea
-214-
a cada cual de los cuatro 705
tengo de dar una flor.

AMÓN ¿Y esotra serrana en duda
tal? ¿Cómo no habla?

TEUCA Está muda.

AMÓN ¿Mudas hay acá?

TEUCA De honor.

AMÓN ¿Hay honor entre villanas? 710

TEUCA ¡Y cómo! Más firme está;
que no hay príncipes acá
ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos desto,
y va de flor.
(Saca las flores.)

AMÓN ¿Cuál me cabe? 715

TEUCA Esta azucena süave.

(Dale una azucena y una espadaña.)

AMÓN Eso es tratarme de honesto.

TEUCA Yo sé que olerla os agrada;
pero no la deshojéis,
-215-
que la espadaña que véis 720
tiene la forma de espada:
y aquesos granillos de oro,
aunque a la vista recrean,
manchan si los manosean,
porque estriba su tesoro 725
en ser intactos: dejaos,
Amón, de deshojar flor
con espadañas de amor,
y si la ofendéis, guardáos.

AMÓN Yo estimo vuestro consejo. 730
(Aparte.)

(Demonio es esta mujer.)

SALOMÓN ¿Qué te ha dicho?

AMÓN No hay que hacer
caso; por loca la dejo.

ADONÍAS ¿Qué flor me cabe a mí?

TEUCA Extraña:
espuela de caballero. 735

ADONÍAS Bien por el nombre la quiero.

-216-

TEUCA A veces la espuela daña.

ADONÍAS Diestro soy.

TEUCA Sí, lo sois harto;

pero guardaos, si os agrada,
de una doncella casada. 740
No os perdáis por picar alto.

ADONÍAS No os entiendo.

ABSALÓN Yo me quedo
postrero; id, hermano, vos.

SALOMÓN (Aparte.)

(Confusos quedan los dos.)
(Alto.)

Si acaso obligaros puedo 745
más conmigo os declarad.

TEUCA Esta es corona de rey,
flor de vista, olor y ley:
sus propiedades gozad;
que, aunque rey seréis espejo 750
y el mayor de los mejores,
-217-
temo que os perdáis por flores
de amor, si sois mozo viejo.
¡Buena flor!

JONADAB ¡Con su pimienta!

ABSALÓN ¿Cuál me cabe a mí?

TEUCA El narciso. 755

ABSALÓN Ese a sí mismo se quiso.

TEUCA Pues tened, Absalón, cuenta
con él, y no os queráis tanto,
que de puro engrandeceros,
estimaros y quereros, 760
de Israel seréis espanto.
-218-
Vuestra hermosura enloquece
a toda vuestra nación:
narciso sois, Absalón,
que también os desvanece. 765

Cortaos esos hilos bellos,
que si los dejáis crecer
os habréis presto de ver
en lo alto por los cabellos.

ABSALÓN (Al oído a TEUCA.)

Teuca, advierte que sí en alto 770
por los cabellos me veo,
yo premiaré tu deseo,
y a Israel daré un asalto.

(Vase TEUCA.)

AMÓN Confusos hemos quedado.

JONADAB Príncipes, alto; a comer. 775

ABSALÓN (Aparte.)

Sobre el trono me he de ver
de mi padre coronado.
Muera en el convite Amón,
quede vengada Tamar,
dé la corona lugar 780
a que la herede Absalón.

(Vase.)

(Sale un PASTOR.)

PASTOR La comida, que se enfría,
a Vuestras Altezas llama.

AMÓN De aquesta serrana dama

ver la cara gustaría; 785
que me tiene en confusión.

ADONÍAS No nos hagas esperar.

(Vase.)

JONADAB Yo no me quiero quedar,
que como con Absalón.

(Vase.)

AMÓN Yo, serrana, estoy picado 790
de esos ojos lisonjeros
que deben de ser fulleros
pues el alma me han ganado.
¿Queréisme vos despicar?

TAMAR Os cansará el juego presto, 795
y, en ganando el primer resto,
luego os querréis levantar.

AMÓN ¡Buenas manos!

TAMAR De pastora.

AMÓN Dadme una.

TAMAR Será en vano
-220-
dar mano a quien da de mano 800
y, ya aborrece, ya adora.

AMÓN Llegaréla yo a tomar
pues su hermosura me esfuerza.

TAMAR ¿A tomar? ¿Cómo?

AMÓN Por fuerza.

TAMAR ¡Qué amigo sois de forzar! 805

AMÓN Basta, que aquí todas dais
en adivinas.

TAMAR Queremos
estudiar cómo sabremos
burlaros, pues que burláis.

AMÓN ¿Flores traéis vos también? 810

TAMAR Cada cual, humilde y alta,
busca aquello que le falta.

AMÓN Serrana, yo os quiero bien:
dadme una flor.

TAMAR ¡Buen floreo
os traéis! Creed, señor, 815
que hasta perder yo una flor
no sintiera el mal que veo.

AMÓN Una flor he de tomar.

TAMAR Flor de Tamar, diréis bien.

AMÓN Forzaréos, dalda por bien. 820

TAMAR ¡Qué amigo sois de forzar!

AMÓN Destapaos.

TAMAR No puede ser

AMÓN Ya te digo que he de verte.

TAMAR Aparta.

AMÓN (Vala a descubrir.)

Pues desta suerte
lo has de hacer. Vete, mujer. 825
 (Destápala.)

    ¡Ay cielos! ¡Monstruo! ¿Tú eres?
¿Quién los ojos se sacara
primero que te mirara,
afrenta de las mujeres?
    Voyme y pienso que sin vida, 830
que tu vista me mató.
No esperaba, ¡cielos!, yo
tal principio de comida.

(Vase.)

TAMAR   Peor postre te han de dar,
bárbaro, crüel, ingrato, 835
pues será el último Plato
la venganza de Tamar.
   Amón, ya ha llegado el día
en que tu muerte has de ver,
que agraviada una mujer... 840

(Dentro SAL[OMÓN].)

SALOMÓN ¡Hay tan grande alevosía!

(Dentro ABS[ALÓN].)

ABSALÓN La comida has de pagar
dándote muerte, villano.

(Dentro.)

AMÓN ¿Por qué me matas, hermano?

(Dentro)

ABSALÓN Por dar venganza a Tamar. 845

(Descúbrese un mesa con un aparador de plata, y los manteles revueltos, AMÓN echado sobre ella con una servilleta, ensangrentado.)

Para ti, hermana, se ha hecho
-223-
el convite: aqueste plato
aunque de manjar ingrato,
nuestro agravio ha satisfecho:
hágate muy buen provecho. 850
Bebe su sangre, Tamar;
procura en ella lavar
tu fama hasta aquí manchada.
Caliente está; tú, vengada,
fácil la puedes sacar. 855
A Gesur huyendo voy,
que es su rey mi abüelo y padre
de nuestra injuriada madre.

TAMAR Gracias a los cielos doy,
que no lloraré desde hoy 860
mi agravio, Absalón valiente.
Ya podré mirar la gente
resucitando mi honor,
que la sangre del traidor
es blasón del inocente. 865
Quédate, bárbaro, ingrato,
que en venta lo tiene puesto
-224-
su sepulcro el deshonesto:
en la mesa, taza y plato.

ABSALÓN Heredar el reino trato. 870

TAMAR Guíente los cielos bellos.

ABSALÓN Amigos tengo, y por ellos
como dijo Teuca ayer,
todo Israel me ha de ver
en alto por los cabellos. 875

(Vanse, cúbrese la apariencia, y sale DAVID.)

DAVID ¡Amón, príncipe, hijo mío!
¿Eres tú? Pide al deseo
albricias, que los instantes
juzgo por siglos eternos.
Amón mío, ¿dónde estás? 880
-225-
Deshaga al temor los hielos
el sol de tu cara hermosa,
recobre su vista un ciego.
¿Si se habrá Absalón vengado?
¿Si habrá sido, como temo, 885
ingrato Absalón conmigo?
Pero no, que el juramento
ha de cumplir, yo lo fío,
y es su hermano, por lo menos.
¡Oh!, ¿qué hago de discurrir? 890
La sangre hierve sin fuego.
Mas, ¡ay!, que es sangre heredada
y Amón culpado en efecto.
Absalón ¿no me juró
no agraviarle? ¿De qué temo? 895
Pero el amor y el agravio
nunca guardan juramento.
La esperanza y el temor
en este confuso pleito
alegan en pro y en contra; 900
sentenciad en favor, cielos.
Caballos se oyen, ¿Si son
-226-
mis amados hijos éstos?
Alma, asomaos a los ojos:
ojos, abríos para verlos: 905
grillos, echad el temor
a los pies, cuando el deseo
se arroja por las ventanas.
¡Hijos!

(Salen ADONÍAS y SALOMÓN.)

ADONÍAS ¡Señor!...

DAVID ¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos 910
Amón y Absalón? ¿Qué es esto?
¿Cómo no me respondéis?
¿Calláis? Siempre fue el silencio
embajador de desgracias.
¿Lloráis? Hartos mensajeros 915
mis sospechas certifican:
no eran vanos mis recelos.
¿Mató Absalón a su hermano?

SALOMÓN Sí, señor.

DAVID ¡Pierda el consuelo
la esperanza de volver 920
al alma, pues a Amón pierdo!
¡[Tome] eterna posesión
el llanto, porque es eterno,
de mis infelices ojos,
hasta que los deje ciegos! 925
¡Lástimas hable mi lengua!
¡No escuchen sino lamentos
mis oídos lastimosos!
-227-
¡Ay mi Amón! ¡Ay mi heredero!
Búsquese luego a Absalón, 930
marchen ejércitos luego
a buscarle.

ADONÍAS Señor, mira

DAVID No hay que aconsejarme en esto.
¡Ay Amón del alma mía!
Tú y Absalón me habéis muerto. 935

(Salen JOAB, SEMEY y JONADAB, como hablando en secreto.)

JOAB ¿Y dónde está esa mujer?

SEMEY Jonadab, que es quien por ella
fue a Balhasor, dirá adonde.

JONADAB Esperando está aquí fuera
ya en el traje israelita 5
disfrazada y encubierta,
si bien pudiera excusarlo
porque la Naturaleza
por la muerte de lo rubio,
le dio un luto de bayeta. 10

JOAB Y, en fin, ¿tenéis ya, Semey,
satisfacción de que sepa
hablar con el Rey?

SEMEY No hay
mujer de más alta ciencia
ni de más sutil ingenio 15
en el orbe.

-229-

JOAB ¿De qué tierra
es y qué nombre es el suyo?

SEMEY Por patria y por nombre es Teuca.

JOAB ¿Es la fitonisa?

SEMEY Sí,
que la he tenido encubierta 20
hasta ver el vaticinio
de los dos qué efecto tenga.

JOAB Que ha de ser de un testamento

cláusula la muerte nuestra
dijo a los dos, yo arrojando 25
lanzas, vos tirando piedras.
Pero esto ahora no es del caso,
ni yo temo que suceda.
Decidme, ¿está ya advertida
de lo que hoy hacer desea 30
mi lealtad por Absalón?

SEMEY Sí; y antes que entre a la audiencia
os suplico me digáis
qué pretensión es la vuestra.

JOAB Desde aquel infeliz día 35
que, convertido en tragedia,
la real púrpura de Amón
manchó de Absalón la mesa,
Absalón se fue a Gesur,
haciendo del Rey ausencia, 40
por ser la provincia donde
Tolomey, su abuelo, reina.
Si se fue Tamar con él
-230-
no sé, que nadie [habla] della
en Israel desde el día 45
que se quejó de la fuerza
a David, y a Balhasor
la envió Absalón: de manera
que ella en poder de su hermano
estará; y cuanto yo quiera 50
decir desde aquí, ha de ser
conjetura y no certeza.
Yo, viendo, pues, sospechosa
con Absalón mi obediencia,
por sanear la malicia 55
y desvelar la sospecha,
su venida he pretendido
sin que mi privanza pueda
en la clemencia del Rey,
con ser tanta su clemencia, 60
hallar entrada al perdón:
que le han cerrado las puertas
en David los sentimientos
y en todo el reino las quejas.
Y, en fin, viendo que no es medio 65
una pena de otra pena,
ya del ruego despedido,
me valgo de la cautela,
buscando una mujer sabia.
Pues vos me dijisteis della 70
y ella está informada ya
de lo que mi pecho intenta,

haced que entre a hablar al Rey,
pues no tendrá riesgo el verla,
-231-
que en las audiencias las viudas 75
siempre hablan al rey cubiertas;
que yo le quiero asistir
hablando en la causa mesma
de Absalón al propio instante,
haciendo así la deshecha 80
por divertir sus discursos.

SEMEY El sale ya.

JOAB No nos vea
hablando.

SEMEY En todo obedezco.
Tú, Jonadab, considera
que, en habiendo hablado al Rey 85
aquesta mujer, con ella
has de volverte a Efraín;
y que tiene, es bien que sepas,
un espíritu en el pecho.
Si acaso llegas a verla 90
furiosa, no hay que temer,
que un demonio la atormenta.

JONADAB Sí, hay que temer, y muy mucho,
aun por esa razón mesma.

SEMEY Calla, mira que el Rey sale. 95

(Salen algunos soldados con memoriales, el Rey tomándolos, y AQUITOFEL.)

AQUITOFEL Mi pretensión es aquesta.

-232-

DAVID Ya la merced de la plaza
de mi consejo de guerra
os he hecho.

AQUITOFEL No es, señor,
lo que mi pecho desea. 100

DAVID Por eso mismo os la he hecho,
y porque desta manera
advirtáis la obligación
que tienen los que aconsejan.
¿Joab de audiencia en la sala? 105

JOAB Sí, señor; que soy en ella
el primero pretendiente.

DAVID ¿Tú? ¿Qué pretendes?

JOAB Que tenga
fin de Absalón el enojo.
Dos años ha...

DAVID Tente, espera. 110
No me hables de Absalón.

JOAB Advierte...

DAVID Nada me adviertas.
Mirad si hay quien quiera hablarme.

SEMEY De negro luto cubierta,
una mujer solicita, 115
señor, que le des audiencia.

DAVID Entre, pues.

JOAB (Aparte.)

(¡Quieran los cielos
bien esta industria suceda!)

(Sale TEUCA, vestida de luto, echado el manto.)

JONADAB (Aparte.)

(A esta negra endemoniada
-233-
¿no le bastará ser negra?) 120

TEUCA Señor, yo soy una pobre
viuda, que a las plantas vuestras
solicito hallar amparo
contra una grande violencia
que me hacen vuestros jueces; 125
porque aunque razones tengan
en la justicia fundadas,
tal vez debe la prudencia
moderar a la justicia;
pues no es dudable que sea 130
tiranía que la ley
a lo que pueda se extienda.

JONADAB (Aparte.)

(¡Que fuera de ver que ahora
la diera la pataleta!)

DAVID Levantad, decid.

TEUCA Yo tuve 135
dos hijos, señor, que eran,
difunto ya mi marido,
el consuelo de mis penas.
Estos en el campo un día
tuvieron una pendencia 140
entre sí... ¡De los primeros
hermanos la amarga herencia!
No hubo quien los esparciese:
de suerte que con la fiera
cólera, mató uno al otro. 145
¡Ah bárbara pasión ciega
de la ira, que irritada,
ni aun de su sangre se acuerda!
Vino a casa el fraticida,
-234-
pidiéndome que le diera 150
con qué ausentarse porque
la justicia no le prenda.
Yo, viendo ya un hijo muerto,
siendo a un tiempo en mis tristezas
la parte para llorarlas 155
y la parte contra ellas,
traté de ocultar al vivo

porque entrambos no perezcan.
Los jueces, pues, de Israel
haciendo mil diligencias 160
buscándole, han pronunciado
contra mí aquesta sentencia:
que entregue a mi hijo o que yo,
porque le he ocultado, muera.
¡Mirad, señor, si es justicia 165
que llegue a entregar yo mesma
un hijo solo, en quien hoy
las cenizas se conservan
de su padre!; que, aunque he sido
la interesada en la ofensa, 170
más lo soy en el reparo
de su vida, porque fuera,
perdido uno, entregar otro,
doblar al dolor las fuerzas.
Piedad, gran señor, os pido. 175

DAVID No llores, mujer, no temas;
que no mereces morir
porque a tu hijo defiendas;
antes es justa piedad
la tuya; y más yerro hicieras 180
si, muerto el uno, acusaras
al otro; pues cosa es cierta
-235-
que hace más el que perdona
su dolor que el que se venga.

TEUCA ¿Eso dices?

DAVID Esto digo, 185
y una y mil veces mi lengua
repetirá que es piedad
guardarle.

TEUCA Luego con esa
razón convencido estás

DAVID ¿De qué?

TEUCA De la ira que muestras 190
tener hoy contra Absalón;
pues, opuesto a tu sentencia,
muerto uno y ausente otro,
quieres que entrambos se pierdan.
Vuelva Absalón a tu gracia, 195

o verá Israel que yerras
en no hacerlo, pues no obras
lo mismo que tú sentencias.

DAVID Espera, mujer, aguarda,
no porque castigar quiera 200
tu engaño, mas por saber
si es Joab quien te aconseja
que intentes aqueste juicio.
Dilo, y mira no me mientas.

TEUCA Sí, señor.

DAVID Pues vete en paz, 205
que yo haré lo que convenga.

SEMEY (Aparte a AQUITOFEL.)

(Esta vez de su privanza
cae Joab.)

AQUITOFEL (Aparte.)

(¡El cielo quiera!)

SEMEY Ve con ella.

-236-

JONADAB Si va el diablo,
¿para qué he de ir yo con ella? 210

(Vanse JONADAB y TEUCA [y SEMEY].)

DAVID ¡Joab!

JOAB Yo...

DAVID No os turbéis; haced
que Absalón a verme vuelva;

que no es justo pronunciar
yo una cosa por bien hecha
y hacer otra. Ya lo dije, 215
y ya conozco que es fuerza
que, un hijo muerto, otro vivo,
llore uno y otro defienda;
que si el uno se perdió,
nada el enojo remedia, 220
y es justo amparar al otro
porque entrambos no se pierdan.

JOAB Dame mil veces tus plantas.

AQUITOFEL Pues ya, con esa licencia,
presto Absalón vendrá a verte. 225

DAVID ¿Dónde está?

AQUITOFEL En tu gran clemencia
fiado, pienso que en Hebrón
su persona está muy buena.

DAVID (Aparte.)

(No es tan malo que él lo esté)
como lo es que tú lo sepas). 230
(Alto.)

Ve por él, venga al instante.

(Vase AQUITOFEL.)

(Dentro.)

¡Viva el gran Rey de Judea!

DAVID ¿Qué ruido es ese y qué voces?

JOAB Toda la ciudad, que llena
de regocijos está 235
como ha corrido la nueva

ya del perdón de Absalón.

DAVID ¡Cómo se ve en tus diversas
opiniones, vulgo, que eres
monstruo de muchas cabezas, 240
pues lo que ayer acusabas
contra Absalón, hoy apruebas!

(Sale ENSAY, viejo.)

ENSAY Señor, un pobre soldado
soy, tan hijo de la guerra
que en ella nací, y espero 245
morir sirviéndoos en ella.
De vuestro consejo aspiro
a ser: la larga experiencia
de las lides y los años
a esta pretensión me alientan. 250
Una plaza hay vaca...

DAVID Ya
a Aquitofel la di, en muestra
de que quisiera obligarle...
(Aparte.)

(por el temor que en mí engendra).
(Alto.)

-238-
Pero yo en otra ocasión 255
premiaré las canas vuestras.

ENSAY ¿A Aquitofel la habéis dado?
¡Plegue a Dios que no suceda
que él premiado, y yo quejoso,
yo os sirva, y él os ofenda! 260

(Vase.)

(Salen[n] ADONÍAS y SALOMÓN.)

ADONÍAS La merced que hoy a Absalón
has hecho, es bien que agradezca
nuestra amistad.

SALOMÓN Y por él
la mano mi amor te besa.

DAVID El tiempo, que con la sorda 265
lima de las horas, llega
a asaltar nuestros afectos,
sin que el ruido se sienta,
mi sentimiento ha gastado;
y si una verdad confiesa 270
el alma, ya Absalón tarda
de llegar a mi presencia.

JOAB No mucho, porque parece
que esperando la respuesta
estaba.

(Tocan chirimías.)

SALOMÓN Ya por palacio 275
muy acompañado entra.

(Salgan los que pudieren y ABSALÓN y AQUITOFEL.)

ABSALÓN ¡Feliz mil veces el día
que, tras de tantas tormentas,
mi derrotada fortuna
-239-
al sagrado puerto llega, 280
señor, de tus reales plantas!

DAVID Alza, Absalón, de la tierra:
llega, Absalón, a mis brazos,
cuyo cariño sucedan

hoy Salomón y Adonías. 285

SALOMÓN Con bien, bello Absalón, vengas.

ADONÍAS El cielo aumente tu vida.

ABSALÓN Él guarde, hermanos, la vuestra.

DAVID Por Tamar no te pregunto,
por no despertar en esta 290
ocasión algún rencor:
ya pues que con tales muestras
habéis visto que le admito,
salíos todos allá fuera;
que entre hijo y padre el perdón 295
público es justo que sea,
pero no entre padre y hijo
del perdón las advertencias.
Dejadnos solos.

(Vanse todos.)

No dudo,
Absalón, que ahora piensas 300
entre ti que espero darte
quejas de tu inobediencia
por quedar aquí contigo;
a solas: pues no lo entiendas,
porque no perdona bien 305
el que, perdonando, deja
nada al temor que decir,
ni que hacer a la vergüenza.
-240-
Y para que mires cuánto
al contrario es lo que intenta 310
mi amor, es darte, Absalón,
satisfacciones, no quejas,
del tiempo que en perdonarte
tardé, Absalón. La primera,
de que es muy cierto que yo 315
lo deseé con todas veras
más que tú. ¡Ay, cuántas veces
maldije mi resistencia!
Forzosa fue, Absalón mío,
no porque en mí no cupiera 320
valor para perdonarte
mayores inobediencias,
sino porque temo más

las por hacer que las hechas,
según las cosas que todos 325
de tu condición me cuentan.
No te quiero referir
las malicias, las sospechas,
los escrúpulos, las dudas
que han llegado a mis orejas 330
por no obligarme a decirlas;
sólo te advierto que sepas
que yo vivo, que yo reino,
que la sagrada diadema
está en mis sienes muy fija, 335
aunque oprime más que pesa,
y que sabré...Mas no es día
hoy de hablar desta manera.
Nada temo, nada dudo
de tu amor y tu obediencia. 340
Seamos, Absalón, amigos:
con amorosas contiendas,

con lágrimas te lo pido:
y si no fuera indecencia
desta púrpura, estas canas, 345
hoy a tus plantas me vieras
humildemente postrado
pidiéndote, puesto a ellas,
pues te quiero como padre
que como hijo me obedezcas; 350
y porque veas cuán poco
dudando voy tus finezas,
no quiero que me respondas,
porque no pienses ni creas
que yo he podido dudar 355
cuál ha de ser la respuesta.

(Vase.)

ABSALÓN ¡Qué caduco está mi padre,
pues cuando sé yo que intenta
dar el reino a Salomón,
quiere que yo me enternezca 360
de sus lágrimas! Pero antes...

(Sale AQUITOFEL.)

AQUITOFEL Esperando a que se fuera
el Rey estuve. ¿Qué ha habido
con él?

ABSALÓN Mil impertinencias.
¿Hay cosa como decirme 365
que el perdonarme agradezca?
¿No perdonó a Amón? ¿No es más
delito hacer una afrenta
que vengarla?

AQUITOFEL Sí, por cierto.
Y tú, si lo consideras, 370
tienes la culpa.

ABSALÓN ¿De qué?

AQUITOFEL De que él piense que te deja
con esa acción obligado.
¿Mucho mejor no te fuera
haber entrado por armas, 375
haciendo del ruego fuerza?
¿No están diversas provincias
ya convocadas? ¿No esperan
para declararse sólo
que se toque la trompeta 380
de tu ejercito en Hebrón?
¿Pues para qué ha sido esta
ceremonia? ¿No sería
acción más prudente y cuerda,
primero que te perdone, 385
obligarle a que te tema?

ABSALÓN Verdad es que yo carteado
estoy con gentes diversas
que, en diciendo que me sigan,
veré en la campaña puestas; 390
pero, con todo, he querido
reconciliarme con esta
fingida amistad, porque
hace más segura guerra
un enemigo de casa 395
solo que muchos de fuera.
Demás de que yo aún no tengo
bastante gente que pueda
seguirme, y aquí pretendo
granjearla con mi asistencia. 400

AQUITOFEL ¿De qué suerte?

ABSALÓN Desta suerte:
ya sabes que las audiencias
de Israel siempre se hicieron
de la ciudad a las puertas.
Saldréme al campo, y en viendo 405
que un pretendiente se queja,
ya de mala provisión
ya de contraria sentencia,
le llamaré y le diré
que como a mí me obedezca 410
le haré justicia. Con esto
los malcontentos es fuerza
que me sigan y me aclamen.

AQUITOFEL Dices bien, si consideras
a la justicia una y sola, 415
dos no se ve que la tengan;
y así, de cualquiera causa
haber un quejoso es fuerza
por lo menos.

ABSALÓN Pues en tanto
que yo hago estas diligencias, 420
parte tú, y avisa a todos
que a la deshilada vengan

para juntarse en Hebrón.
Tamar está allí encubierta
con la gente de Gesur: 425
yo la escribiré que venga
acercándose, y verás
enarbolar mis banderas
en Jerusalén, y que
a sangre y fuego hago guerra 430
a mi padre y mis hermanos,
coronando mi cabeza
de sus laureles.

AQUITOFEL Sí harás
si a los malcontentos llevas
tras ti, porque como todos 435
de sí que merecen piensan,
son pocos los que agradecen
y muchos los que se quejan.

(Vanse.)

(Sale[n] JONADAB y TEUCA.)

JONADAB (Aparte.)

(Bien alabarme puedo
de haber tenido a ratos lindo miedo: 440
que como el de agora,
yendo con esta antípoda de aurora,
jamás le he de tener ni le he tenido.)

TEUCA ¿En qué vas, Jonadab, tan divertido?

JONADAB ¿Yo divertido? En nada... 445
(Aparte.)

(Pues es ir con el diablo a camarada.)

TEUCA (Aparte.)

(¡Más causa no tuviera
-245-
yo para caminar con saña fiera,
triste, confusa y loca.
por una duda que en el alma toca!) 450

JONADAB (Aparte.)

(Consigo viene hablando.
Mas ¿qué se va el demonio endemoniando?)

TEUCA (Aparte.)

(Si el espíritu grande, que ha vivido
en mí, espíritu de odio y de ira ha sido,
de rencor y discordia, 455
¿cómo viene de hacer esta concordia
de Absalón y David?)

JONADAB (Aparte.)

(Entre sí habla:
el diablo me parece que se endiabla.)

TEUCA (Aparte.)

(¿Yo instrumendo de hacer dos amistades?
¿Yo unir dos tan discordes voluntades? 460
Mas sí, que ya vendrán a iras atroces.)

(Salen TAMAR [y SOLDADOS].)

TAMAR ¿Quién aquí da tan temerosas voces?
Mas, ¿no eres Jonadab?

-246-

JONADAB Fuilo algún día;
mas ya no soy, señora, quien solía.

TAMAR ¿Tú no fuiste el tercero 465
de aquella afrenta que vengar espero,
como ya en mi enemigo
hoy en toda Israel, siendo testigo
la gran Jerusalén de mis hazañas?

JONADAB Yo fuí un criado, usé de mis marañas, 470
pero ya un santo soy.

TAMAR ¿De dónde vienes
por aquí? ¿Qué das voces? Dí, ¿qué tienes?

JONADAB Yo aqueste negro día,
con esta negra compañera mía,
aqueste negro monte atravesaba. 475
Cuál fue el negro camino que llevaba,
ella te lo dirá.

TAMAR (Aparte)

Aqueste criado,
pues vino a mi poder

JONADAB ¡Ay, desdichado!
(Aparte.)

TAMAR Prenderé.
(Alto.)

¿Teuca?

-247-

TEUCA ¡Oh Tamar divina!

TAMAR ¿De dónde por aquí tu pie camina? 480

TEUCA De hablar vengo a David en su consejo.
Hechas las paces del y Absalón dejo.

TAMAR Mucho gusto me has dado
en decir que quedó reconciliado
mi hermano con el Rey, porque no dudo 485
que esta fingida paz disponer pudo
sus intentos mejor y mis intentos,
que han de ser escarmientos,
según nuestra esperanza,
de su hermosa ambición y mi venganza. 490
Sus órdenes espero
en el Hebrón, ceñido el blanco acero,
la gente de Gesur capitaneando,
con las tribus que ya se van juntando;
aunque la fama diga 495
que mi pasada ofensa a esto me obliga.
(A los suyos.)

Y pues ya ese criado
a saber mis designios ha llegado,
porque no pueda dar ningunas señas,
de lo alto le arrojad de aquellas peñas: 500
atadle atrás las manos.

JONADAB ¡Suerte dura!

(Dentro VOCES.)

VOCES ¡Al valle!

OTROS ¡Al monte!

(Dentro.)

SOLDADOS ¡A la espesura!

TAMAR Oid, esperad, ¿qué crudo acento
en cuatro partes despedaza el viento?

JONADAB Yo iré a saber lo que es.

TEUCA Aquella cumbre 505
corona una confusa muchedumbre,
y aquel bosque guarnece
otro escuadrón, y por allí parece
que el monte gente aborta
y otra tropa el camino después corta. 510

TAMAR Si gente aquesta fuera
de guerra, sordamente no viniera
marchando. Pues así llegar previene
donde estoy, a prenderme, ¡ay de mí!, viene.
Pero mi vida venderé primero, 515
bien recateada a golpes de acero:
que no me dan temores gentes tantas.

(Sale AQUITOFEL con una carta.)

AQUITOFEL Todos alto aquí haced. Dame tus plantas.

TAMAR ¡Aquitofel amigo!

AQUITOFEL Humano girasol, los rayos sigo 520
del sol de tu hermosura.
Aquesta es de Absalón.

TAMAR Lo que procura
veré.

AQUITOFEL (Aparte.)

(La fitonisa ¿no es aquélla?
Ya me huelgo de vella
por ver lo que aquel hado me apercibe.) 525

TAMAR Oye lo que Absalón aquí me escribe:
«Yo quedo previniendo
gente infinita que me va siguiendo:
la que al Hebrón llegare
hoy con Aquitofel, ni un punto pare 530
sino con toda ella
-249-
a la ciudad te acerca, Tamar bella.
Ni trompeta se toque
ni parche se oiga que a la lid provoque,
sino venga tan quedo, 535
que piensen que es su general el miedo.
Yo la estaré esperando
en la campaña del Hebrón, y cuando
la descubra y con salva la reciba,
embistan, repitiendo: ¡Absalón viva!, 540
porque así, con el súbito desmayo,
sin avisar el trueno, venga el rayo».
Esto escribe mi hermano
por quien honores tan crecidos gano,
y porque vea cuánto reverencio 545
sus órdenes, la mía sea el silencio.

TEUCA Yo te quiero seguir.

TAMAR Ese criado

JONADAB (Aparte.)

(Ya pensé que de mí se había olvidado.)

TAMAR Sea el primero que muera.
Suplicarte quisiera 550
que por haber conmigo aquí venido

JONADAB Siempre fue este color agradecido.

TEUCA No muera.

TAMAR Norabuena; quede preso
porque avisar no pueda del suceso;
-250-

(Átanle los soldados.)

y la gente, esparcida, 555
marche en pequeñas tropas dividida;
que si con ella a las murallas llego
Jerusalén verá que a sangre y fuego
sus almenas derribo,
sus torres postro, su palacio altivo 560
ruina sin polvo yace.
Póngase el sol caduco, pues que nace
joven otro que da rayos más bellos
con el crespo esplendor de sus cabellos.

(Vase.)

JONADAB Pues, ¡qué! ¿preso he de estar?

AQUITOFEL Soltad, que
[quiero 565
sea mi prisionero.

JONADAB Pues haz que este cordel, señor, me quiten,
y no sañudos contra mí se irriten.

AQUITOFEL Sí harán, y allí me espera.

(Desátanle.)

-251-

JONADAB ¡El diablo que esperara y no se fuera, 570
ya que el cordel me quita
tu piedad!
(A TEUCA.)

AQUITOFEL Oye.

TEUCA Dí, ¿qué solicita
tu voz?

AQUITOFEL Saber quisiera
que me quiso decir, ¡oh pena fiera!,
la voz que horrible pronunció tu acento: 575
¿que el aire había de ser mi monumento?

TEUCA No lo sé, porque ahora
no me dicta el espíritu que mora
en mi pecho; mas viendo
ese lazo en tus manos hoy, entiendo 580
como entre pardas sombras de algún sueño
que ese cordel anda a buscar su dueño.

AQUITOFEL Pues si su dueño busca
ya le halló: ni me admira ni me ofusca,
porque así ser espero, 585
coronado Absalón, el juez primero.
Que contra la malicia
-252-
en mi su dueño tenga, pues justicia
he de hacer: teman todos su castigo,
que va el ministro del rigor conmigo. 590

(Vanse.)

(Sale[n] ABSALÓN y ENSAY.)

ABSALÓN A esta sala os he traído
por estar más sola, a donde
mi amistad, que corresponde
a lo bien que habéis servido,
premiaros quiere. Yo sé 595
que de mi padre quejoso
estáis, y yo, cuidadoso,
por veros viejo, de que
ningún vasallo se queje,
pretendo satisfacer 600
a todos; y así, he de hacer
que la razón vuestra deje
en mis manos el reparo
de tan justo sentimiento;
y así premiaros intento. 605

ENSAY Eres príncipe y amparo
deste pobre humilde viejo.

ABSALÓN Si él cuando no os satisfizo
de su Consejo no os hizo,
yo os hago de mi consejo. 610

ENSAY Eso no entiendo, que vos
¿qué tribunales tenéis?
¿De qué ministro me hacéis?

ABSALÓN Solos estamos los dos;
-253-
y así más claro hablar quiero. 615
Todo el tiempo lo mejora
aunque no los tengo ahora,
presto tenerlos espero.

ENSAY Vivo el Rey, no será ley
que yo este cargo reciba. 620

ABSALÓN Si es el daño que el Rey viva,
presto no vivirá el Rey.

ENSAY Su larga edad yo confieso
que a los umbrales está
de la muerte; pero ¿ya 625

sabéis que os nombre?

ABSALÓN Por eso
me quiero nombrar yo a mí,
que nieto de reyes soy;
y pues declarado estoy
con vos, advertid que aquí 630
ya tengo echada la suerte.
Palabra me habéis de dar
de mi persona ayudar
o yo os he de dar la muerte.

ENSAY (Aparte.)

(¿Quién en más dudas se vio? 635
¿Qué puedo hacer? ¡Ay de mí!
Traidor soy si digo sí;
muerto soy si digo no.
Mas ¿qué dudo? ¿Cuánto es
más grave dolor, más fuerte 640
una infamia que una muerte?
Mas ¡ay, triste!, que después
de muerto yo, no podrá
-254-
David saber lo que ignora;
y así conceder ahora 645
conviene con él).

ABSALÓN ¿Qué está
tu imaginación dudando?

ENSAY Cosas que tan grandes son,
siempre la imaginación
las escucha vacilando: 650
no porque dude, señor,
cuál ha de ser mi respuesta.

ABSALÓN Pues dí cuál ha de ser.

ENSAY Esta:
que hacienda, vida y honor
siempre a tus plantas pondré, 655
y me huelgo de que haya
ocasión en que yo vaya
vengado del Rey, porque
tan mal premia mis servicios.
Tuyo he sido, y tuyo soy, 660
por ti vivo desde hoy.

ABSALÓN De tu valor son indicios
todos aquésos; y así,
vete a casa, y ten armados
tu persona y tus criados, 665
y en el instante que aquí
se diga: «¡Viva Absalón!»,
que ésta es la señal, saldrás,
y la parte seguirás
que me aclame.

(Sale SALOMÓN.)

ENSAY Salomón 670
viene allí.

-255-

ABSALÓN No entienda nada.
Retirémonos los dos.

ENSAY (Aparte.)

(Avisaré, vive Dios,
al Rey).

ABSALÓN Vete a tu posada,
que yo salgo a prevenir 675
la gente que presto espero
de Hebrón, y regirla quiero.
Valor: ¡reinar o morir!

(Vanse los dos.)

SALOMÓN Las amistades que ha hecho
mi padre con Absalón, 680
aunque para mí no son
de enojo, turban mi pecho,
temiendo que estorbar trate
la feliz elección mía,

y ya que no aqueste día 685
la deshaga, la dilate:
y así, a mi padre hablar quiero
de parte de Bersabé
en mi pretensión, porque
de la dilación infiero 690
peligro; durmiendo está
no es justo que le despierte.

(Córrese una cortina y se descubre a DAVID durmiendo.)

DAVID Hijo, no me des la muerte.

SALOMÓN Su notable inquietud da
indicio de algún cansado 695
sueño: despertarle es bien,
no sus sentidos estén
en letargo tan pesado.
¡Señor!

DAVID ¡Qué extraño rigor!
Hijo, ¿tú mi ruina tratas? 700
¿Tú me ofendes? ¿tú me matas?
(Despierta DAVID.)

SALOMÓN Yo te despierto, señor,
porque tu quietud pretendo
al verte inquieto; mas no
porque imagines que yo 705
ni te mato ni te ofendo.

DAVID ¡Ay hijo del alma mía!
¡Qué triste y funesto sueño
me puso en mortal empeño
este instante que dormía! 710
Pero ya con estos lazos,
todo el sobresalto acaba:
dormido, uno me mataba;
despierto, otro me da abrazos.
Y así, a Dios dar gracias quiero, 715
pues piadoso ha permitido
que el pesar sea el fingido

y contento el verdadero.

SALOMÓN Pues, ¿qué soñabas?

-257-

DAVID No sé;
delirios y fantasías, 720
sombras de mis largos días.

SALOMÓN Cuéntamelo a mí.

DAVID Sí haré:
gusto en contarlo reciba,
pues sólo es que gente entraba
por Jerusalén, soñaba, 725
repitiendo...

(Dentro cajas.)

(Dentro.)

TODOS ¡Absalón viva!

DAVID ¡Ay de mí! ¿Qué es lo que he oído?

SALOMÓN Escándalo es de horror fiero.

DAVID Ya el pesar es verdadero
y el contento es el fingido. 730

(Sale ENSAY con la espada desnuda.)

ENSAY David, infelice Rey
de Israel, aunque agora llegue
mi voz a avisarte tarde
de los peligros que tienes,
sabrás que Absalón, juntando 735
grande número de gentes,
ha entrado por la ciudad,
publicando a voces leves
todos que...

(Dentro voces.)

(Dentro.)

TODOS ¡Viva Absalón!

-258-

ENSAY Con él Aquitofel viene: 740
mira a quien premias allí
y mira aquí a quien ofendes,
pues él tu muerte apresura
y yo defiendo tu muerte.
No pude avisarte antes; 745
mas para que tengas siempre
avisos de sus designios
en cuanto te sucediere,
voy a ser traidor leal.
Los que en su bando me vieren 750
sepan que, aunque esté con él,
tú de tu parte me tienes.

(Vase.)

DAVID Escucha, Ensay, aguarda.

(Sale[n] ADONÍAS y SEMEY.)

ADONÍAS Señor, un punto no esperes,
que es un volcán la ciudad 755
que humo exhala, llamas vierte.

ENSAY Escollo es del Mar Bermejo
ya todo el muro eminente,
pues sobre sangre fundado
golfo de carmín parece. 760

DAVID Pues ¿qué espero? Yo el primero
saldré de donde...

(Sale JOAB.)

JOAB Aguarda, tente,
señor, no salgas, porque
ya conoces que la plebe
monstruo es desbocado: no hay 765
prevenciones que la enfrenen
cuando su mismo furor
la obliga a que se despeñe.
La novedad al principio
la alimenta, y fácilmente 770
dejándose llevar della,
de instantes a instantes crece.
Déjala, pues, que en sí misma
este primer golpe quiebre,
hasta que, rendida ya, 775
caiga en los inconvenientes.
Huye a la primera instancia
el rostro, señor: advierte
que, como desprevenida
de tan súbito accidente 780
la ciudad estaba, toda
a un crujido se estremece.
Los traidores y leales,
mezclados confusamente
no se distinguen, porque, 785
neutrales e indiferentes,
los más están a la mira;
que, en comunidades, siempre
el traidor es el vencido

y el leal es el que vence. 790

DAVID ¿Qué riesgo hay como esperar
sin resistencia la muerte?

JOAB Nosotros defenderemos
todas estas puertas: vete
por ésa, que sale al monte. 795

SALOMÓN A precio de nuestras muertes,
defenderemos tu vida.

-260-

DAVID ¡Ay hijo! ¡Qué mal pretende
vuestro valor que yo solo
me escape, y a todos deje! 800
O huyamos todos, o todos
muramos.

JOAB Si eso resuelves,
menos importa el huir
que aventurar solamente
tu vida. Esto no es temor; 805
que como tú vivo quedes,
con tu valor y tu vida
todo harás que se remedie.

DAVID Pues venid conmigo todos.
¿Quién creerá que desta suerte 810
huyendo sale David
de su alcázar eminente?
¡Ay mi Absalón, y qué mal
me pagas lo que me debes!

(Vanse.)

(Tocan al arma, y sale JONADAB.)

(Dentro.)

UNOS ¡Viva David!

JONADAB ¡David viva! 815

(Dentro.)

OTR[OS] ¡Viva Absalón!

JONADAB Viva y reine,
que yo no pienso matarme
porque viva aquél ni éste.
Soldado sin ejercicio
he de ser, como otras veces; 820
que esta es espada capona,
que sólo el título tiene
y no la entrada en las lides,
que no hay puerta que abra o cierre.

(Sale[n] ABSALÓN y los suyos.)

-261-

ABSALÓN Entrad, y no quede vivo 825
quien a voces no dijere:
¡Viva Absalón!

JONADAB ¡Absalón
viva! Que por mí no quede.

AQUITOFEL Ya rendida la ciudad,
señor, a tu nombre tienes, 830
y aun la campaña, pues queda
Tamar allá con las huestes.

ABSALÓN Guarnézcanse las murallas
todas luego de mis gentes
mientras el palacio allano. 835

AQUITOFEL El cuarto del Rey es éste.

ABSALÓN No escape de muerto o preso.

ENSAY Tarde ese triunfo previenes,
que al monte huyendo ha salido.

ABSALÓN ¡Descuido fue que no hubiese 840
las puertas tomado!

(Dentro.)

¡Viva
David!

ABSALÓN ¿Qué es eso?

AQUITOFEL La gente
que, en seguimiento del Rey,
salir al monte pretende.

ENSAY Sola dejan la ciudad: 845
niños, viejos y mujeres
se van saliendo a los montes.

ABSALÓN ¿Cómo haremos que esto cese?,
que los reyes sin vasallos
no pueden llamarse reyes. 850

AQUITOFEL Señor, como entre hijo y padre
estos escándalos siempre
paran en paces, y al fin
el odio en amor se vuelve,

muchos hoy no se declaran 855
de tu parte, porque temen
que tú quedes perdonado
y ellos por traidores queden;

y así, para asegurallos
más, fuera cierto que hicieses 860
una demostración tal
que no fuere eternamente
posible volver a ser
amigos; vieras que, en breve,
todos tu nombre aclamaban. 865

ABSALÓN ¿Qué acción esa fuera?

ENSAY (Aparte a ABSALÓN.)

(Advierte:
que de Aquitofel consejo
no admitas que te despeñe.)

AQUITOFEL Sobre injurias, sobre agravios,
sobre afrentas, sobre muertes, 870
sobre engaños y traiciones
caer las amistades suelen.
Una cosa sola hay
sobre que caer no pueden,
pues nunca caen amistades 875
sobre celos solamente,
porque no es noble ni honrado,
ni entendido ni valiente
el hombre que a la amistad
de quien le dio celos vuelve; 880
y más celos del honor
que es duelo que el alma ofende.
Pues, siendo así, en ese cuarto

están todas las mujeres
concubinas de tu padre... 885

ABSALÓN No prosigas, cesa, tente.
Ya te he entendido: eso baste,
que hay cosas que no parecen
tan mal hechas como dichas.
En él mis soldados entren 890
y sin reservar alguna
a la gran plaza las lleven,
que hoy he de asombrar al mundo.

(Vase ABSALÓN.)

JONADAB Ea, mondongo me fecit.

(Vase.)

ENSAY ¿Qué fiera, qué monstruo airado 895
que obrase irracionalmente
tan torpe consejo diera?

-264-

AQUITOFEL ¿No sabes cuán pocas veces
la dura razón de Estado
con la religión conviene? 900
Aquesto a la duración
desta enemistad compete.

ENSAY Más compete a la malicia
de tus intentos aleves.

AQUITOFEL Mis intentos son leales, 905
pues asegurar pretenden
la corona en rey que sea
justiciero eternamente.

ENSAY Sí, mas con tales insultos...

AQUITOFEL Sospechas, Ensay, ofreces 910
de que estás con Absalón
neutral.

ENSAY De esto antes se infiere
que le quiere para rey
el que perfecto le quiere.

AQUITOFEL ¿Puede no ser tiranía 915
todo esto?

ENSAY No, pero puede,
siendo tirano y piadoso,
no ser tirano dos veces.

(Suena ruido dentro y dice ABSALÓN.)

ABSALÓN Ya las puertas derribadas
están: los soldados entren, 920
y por las calles y plazas
a la vergüenza las lleven.

ENSAY ¡Oh, mal hayan tus consejos!

AQUITOFEL Agradece a Dios que vuelve,
que yo te diera a entender 925
con cuánto riesgo me ofendes.

(Sale ABSALÓN.)

-265-

ABSALÓN ¿Qué es aquesto? ¿Que dais voces?

AQUITOFEL Ensay, señor, que quiere
enmendar acciones tuyas.

ENSAY Así es, que como me tienes 930
hecho consejero tuyo,
a mí solo pertenece.

ABSALÓN Pues ¿qué decías?

ENSAY Señor,
pues entras a reinar, que entres
ganando al principio afectos 935
de piadoso y de clemente;
que una monarquía fundada
en rigor, no permanece,
pues el mismo la deshace
que fortalecerla quiere. 940

ABSALÓN Dices bien, pero ya es tarde.

Mas porque el tiempo se pierde,
decidme los dos, dejando
competencias, ¿qué os parece
que debo hacer ahora yo? 945
Jerusalén obediente
está a mis armas; mi padre,
huido, penetra y trasciende
las entrañas de los montes:
¿será bien que hoy aquí quede 950
la ciudad asegurando
o será mejor que intente
irle siguiendo el alcance?

-266-

AQUITOFEL Lo que aconsejarte debe
mi lealtad, es que le sigas, 955
le prendas y le des muerte;
y porque a todo se acuda
a un tiempo mismo igualmente
quédate tú en la ciudad;
que yo con alguna gente 960
le seguiré.

ENSAY (Aparte.)

(¡Oh si pudiera
dar yo lugar a que huyese!).
(Alto.)

Señor, las buenas fortunas
aventurarse no deben,
y conservar lo ganado 965
es la batalla más fuerte.
Ya la gran Jerusalén
hoy supeditada tienes;
si sacas la gente della
habrá dos inconvenientes: 970
uno, que al mirar que hay menos
que la guarden, que la cerquen,
los neutrales podrá ser
que a alguna facción se alienten;
otro, que si por ventura 975
el que hoy a David siguiere
en lo encumbrado del monte
un solo soldado pierde,
desmayarán los demás
si ven que al principio vuelve 980
con la pérdida menor
sólo un paso atrás; y advierte,
-267-
que todo en un día no cabe,

basta una victoria en éste;
mañana podrás seguirle. 985

ABSALÓN Tú aconsejas cuerdamente;
no sólo mi consejero
eres, Ensay, mas ya eres
juez de Israel.

AQUITOFEL ¿Ese cargo
ofrecido no me tienes? 990

ABSALÓN ¡Oh, qué presto, Aquitofel,
ejecutarme pretendes
por lo que has hecho por mí!
¡Puntual acreedor eres!

AQUITOFEL Acreedores reconozco 995
que [al] quitar y poner reyes
podrán...

ABSALÓN Mañana hacer otro:
¿Esto es lo que decir quieres?
Vente conmigo, Ensay;
y tú, Aquitofel, advierte 1000
que valerse de un traidor
no es bueno para dos veces.

(Vanse.)

AQUITOFEL ¿Que esto escuche yo de quien
esperé tantas mercedes?
-268-
¿Baldones son recompensas? 1005
¡Qué rigurosa, qué fuerte
la víbora de la envidia
en el corazón me muerde!
Sin vida estoy, sin aliento:
que se me eclipsa parece 1010
el sol, la tierra me huye,
y el mismo viento me ofende.
El corazón a pedazos
salirse del pecho quiere,
aborreciendo el vivir, 1015
amando la acerba muerte.

Este áspid que en el seno
(Saca el cordel.)

abrigué (¡ay de mí!) me muerde;
no en vano me dijo Teuca
que andaban estos cordeles 1020
buscando su dueño en mí.
Ministro soy de mi muerte;
que pues ya no hay que esperar
de Absalón, que me aborrece,
ni de David, que aborrezco, 1025
mejor es que desespere.
Deme monumento el aire,
y la tierra me le niegue;
que quien pendiente de un hombre
en vida estar quiso, en muerte 1030
será justo que un cordel
-269-
le deje al aire pendiente.

(Vase AQUITOFEL.)

(Sale[n] ADONÍAS, JOAB, SALOMÓN y DAVID.)

SALOMÓN Esto es, señor, del monte lo más fuerte.

ADONÍAS Esto es lo más secreto y escondido.

JOAB Aquí de los amagos de la muerte, 1035
si no seguro, espera defendido.

DAVID ¿Quién creerá, ¡ay infeliz!, que desta suerte
a pie, cansado, solo y perseguido
David camina, de Absalón huyendo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo. 1040

ADONÍAS De la ciudad mil gentes han salido
siguiéndote, señor.

SALOMÓN Por todo el monte
el número está en tropas dividido.

JOAB Aquí a esperar y a descansar disponte,
en tanto que nosotros, discurrido 1045
con nuestra diligencia el horizonte,
los vamos en escuadras recogiendo.

DAVID Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Id, pues, a reducillos y a traellos,
no porque asegurarme yo pretenda, 1050
mas porque se aseguren mejor ellos
-270-
unidos, y el rigor no los ofenda.

JOAB Yo a reducillos voy y recogellos.

ADONÍAS Todos iremos.

SALOMÓN Cada cual su senda
elija, y vaya el monte discurriendo. 1055

(Vanse.)

DAVID Salid, Sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Ay Absalón, hijo querido mío,
cómo procedes mal aconsejado!
No lloro padecer tu error impío,
mas lloro que no seas castigado 1060
de Dios; a Él estas lágrimas envío
en nombre tuyo, porque perdonado
quedes de la ambición que a esto te indujo.

(Sale SEMEY.)

SEMEY ¡Mal haya quien a padecer nos trujo!
(Aparte.)

(Mas, ¡ay de mí, que él solo retirado 1065
está! Mas, ¿si habrá mi voz acaso oído?)

DAVID Sí, pero no te dé, Semey, cuidado,
El dolor te disculpa que has tenido.
Tienes razón; pero maldice al hado,
no a mí, pues que la culpa yo no he sido 1070
sino el hado.

SEMEY ¡Conmigo y con él medras!
Será que contra ti me arme de piedras.

-271-

DAVID Tira, pague la pena merecida,
pues apedrearme es justo mi vasallo.

SEMEY Contento no estaré si con tu vida 1075
vengado de mis manos no me hallo.

(Sale ENSAY.)

ENSAY ¿Qué haces, infiel, sacrílego homicida?
¿Piedras contra tu Rey? Ya castigallo
me toca, pues llegué...

DAVID No lo pretendas,
y pues yo le perdono, no le ofendas. 1080

(Vase SEMEY.)

¡Ah Semey!, no de mi vista huyas,
que palabra te doy de no vengarme
en mi vida de ti y las iras tuyas.
Ministro eres de Dios, que a castigarme
envía, y pues que son justicias suyas, 1085
en mi vida de ti no he de quejarme.
Dime tú ahora, amigo, qué ha pasado.

ENSAY Que ya en Jerusalén se ha coronado
Absalón.

DAVID ¡Ojalá del mundo fuera

Jerusalén metrópoli eminente, 1090
porque de todo el mundo señor fuera
mi Absalón, coronando la alta frente!

ENSAY Tan tarde ser amigo tuyo espera,
que al culto de tu honor más reverente
se atrevió, pues violando...

-272-

DAVID No prosigas, 1095
y si es lo que imagino no lo digas:
no lo quiero saber, porque no quiero
que el dolor a decir ¡ay Dios! me obligue
alguna maldición, pues aún espero
que el cielo le perdone y no castigue. 1100

ENSAY Consejo fue de Aquitofel el fiero;
mas ya desesperado...

DAVID ¡Ay Dios!, mitigue,
Señor, vuestra justicia su castigo.

ENSAY Se mató a sí tu bárbaro enemigo.
Absalón la batalla hoy te previene, 1105
que por mí desde ayer fue dilatada:
contra ti, gran señor, al monte viene
la hueste suya de furor armada;
ya quedarme contigo me conviene,
mi vida a tu defensa dedicada. 1110

(Tocan, salen JOAB, ADONÍAS y SALOMÓN.)

JOAB La gente está dispuesta ya en tres haces.

DAVID Muy bien, Joab, en disponerla haces;
pues que Absalón a darnos la batalla
viene; yo moriré el primero en ella.

JOAB No, señor: tu persona, si se halla 1115
aquí, todo se pierde con perdella.

SALOMÓN No es seguro, señor, aventuralla:
los dos bastamos para defendella.

DAVID Si os veo peligrar, hijos queridos,
-273-
nueva guerra daréis a mis sentidos; 1120
pues si de todas partes considero
mis hijos en la lid, es cosa clara
que buen suceso para mí no espero,
pues el brazo que tira, el que repara,
uno es mismo; y así, con un acero 1125
vendré a morir en confusión tan rara
si cualquier golpe contra mí se ofrece,
siendo persona que hace y que padece.

JOAB Dices muy bien: retírense contigo
Salomón y Adonías.

SALOMÓN No consientas 1130
injuria tal...

DAVID Haced lo que yo os digo.

ADONÍAS Nuestra reputación con eso afrentas.

DAVID Ya que el campo divides, Joab amigo,
en tres trozos, y así esperar intentas,
tú el uno Abisay, y Ensay los otros 1135
regid.

(Tocan un clarín dentro.)

JOAB Ya el clarín suena.

-274-

DAVID Pues nosotros
nos retiramos. Sal a recebillos.
Hijos, venid.

SALOMÓN ¡Que así encerrarnos quieras!

DAVID La batalla darán nuestros caudillos.

ADONÍAS ¡Qué injusta prevención, Joab, esperas! 1140

(Dentro clarín y caja.)

Ya bélicos acentos, para oillos
se acercan, ya se miran las banderas.

DAVID ¡Joab!

JOAB Señor...

DAVID Pues que mi honor te fío,
advierte que Absalón es hijo mío:
guárdame su persona; no el despecho 1145
de la gente matármele pretenda,
que es todo el corazón de aqueste pecho,
destos ojos la más amada prenda.
Mírame tú por él, porque sospecho
que moriré si hay alguien que le ofenda. 1150

JOAB Mira que de la lid ya empieza el brío.

DAVID Mira tú que Absalón es hijo mío.

(Vanse DAVID, SALOMÓN y ADONÍAS por un lado, JOAB, ENSAY y soldados por otro, y dentro tocan cajas, y dándose la batalla, se descubre ABSALÓN en un caballo.)

ABSALÓN Fugitivos israelitas,
que en los bárbaros desiertos
de los montes amparáis 1155
una vida que aborrezco,
salid, salid a lo llano,
que la batalla os presento,
porque vasallos dos veces

seáis de mi sangre y mi esfuerzo. 1160
Decid a David, mi padre,
(que no ha de dejar de serlo,
siguiéndole, por hacer
más grande mi atrevimiento)
que si se acuerda de cuando 1165
joven era, y en su pecho
duran algunas reliquias
de aquel pasado ardimiento,
que no se esconda de mí,
que en la campaña le espero 1170
por afrentar con su muerte
la corona y el imperio.
Decir que traiga a sus hijos
consigo, porque en muriendo
él a mis manos, acabe 1175
de una vez con todos ellos.
¡Al arma, soldados míos!
Y a los trabados encuentros
gima la tierra oprimida,
brame fatigado el viento. 1180

(Tocan clarines, y cajas, y se da la batalla, entrando y saliendo algunos, peleando.)

(Dentro.)

TODOS ¡Guerra, guerra!

UNOS ¡Absalón viva!

OTROS ¡Viva David, que es Rey nuestro!

ABSALÓN ¡Qué miro! Allí un escuadrón
que el monte tenía encubierto,
salió de través, y hace 1185
notable daño en los nuestros.
Acudid a socorrerle.
Oh tú, de tierra y de viento
bruto veloz, que has nacido
monstruo de dos elementos, 1190

corre y vuela, que los tuyos
perecen, a socorrellos.
Mas, ¡ay de mi!, desbocado,
sin obedecer al freno,
por la espesura se entra 1195
de las encinas, que en medio
se me ponen (¡ay de mí!).
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
¡Que en las copadas encinas
se me enredan los cabellos! 1200

(Da vueltas el caballo, tocan al arma, salen ENSAY, JOAB y soldados con lanzas.)

(Dentro.)

TODOS ¡Guerra, guerra!

(Dentro.)

UNOS ¡Absalón viva!

OTROS ¡Viva David que es Rey nuestro!

ENSAY No sigas, Joab, el alcance
-277-
sin que te pare el portento
que he visto en aqueste monte. 1205

JOAB ¿Qué has visto?

ENSAY A Absalón pendiendo
de sus cabellos asido,
teniendo por patria el viento.

JOAB Pues si le viste, ¿por qué

no le atravesaste el pecho 1210
con una lanza? Tuvieras
de mí innumerables premios.

ENSAY Por todo el oro del mundo
no le tocara en un pelo;
que es hijo de mi Rey, y él 1215
nos mandó a todos lo mesmo.

JOAB Menos una vida importa,
aun de un príncipe heredero,
que la común inquietud
de lo restante del reino. 1220
La justa razón de Estado
no se reduce a preceptos
de amor: yo le he de matar.
Desvanecido mancebo,
muere, aunque el Rey me mandó 1225
que no te tocase.
(Tírale la lanza.)

(ABSALÓN dentro.)

-278-

ABSALÓN ¡Ay cielo!

JOAB Aún está vivo; dadme otra.
De Israel narciso bello,
muere en el aire.
(Tírale otra.)

(Dentro.)

ABSALÓN ¡Ay de mí!

JOAB Aun con dos no estoy contento; 1230
tres son las que contra ti

me manda blandir el cielo;
por fraticida la una,
la otra por deshonesto,
y la otra por ser hijo 1235
inobediente.

(Descúbrese ABSALÓN, como pendiente de los cabellos, con tres lanzas atravesadas.)

ABSALÓN ¡Yo muero,
puesto, como el cielo quiso,
en alto por los cabellos,
sin el cielo y sin la tierra,
entre la tierra y el cielo! 1240

-279-

JOAB Israelitas, suspended
los repetidos acentos,
y venid todos, venid
a ver tan raro portento.

(Salen todos.)

ENSAY ¡Qué espectáculo tan triste! 1245

TEUCA Cumplió su promesa el cielo.

SEMEY Huyendo venía del Rey
y esto me para suspenso.

JONADAB Bellotas de aquesta encina
no comeré, aunque soy puerco: 1250
diréle el suceso al Rey
como si él fuera muy bueno.
¿Qué va, que aunque voy despacio,
con esta nueva voy presto?

(Vase.)

(Sale TAMAR.)

TAMAR Crueles hijos de Israel, 1255
¿que estáis mirando suspensos?
Aunque merecido tengan
este castigo los hechos
de Absalón, ¿a quién, a quién
ya no le enternece el verlo? 1260
Cubridle de hojas y ramos,
no os deleitéis en suceso
de una tragedia tan triste,
de un castigo tan funesto;
que yo, por no ver jamás 1265
-280-
ni aún los átomos del viento,
iré a sepultarme viva
en el más oscuro centro
donde se ignore si vivo
pues que se ignora si muero. 1270

(Vase.)

TEUCA Y yo también desde hoy
en su ley seguirla quiero;
que es grande Dios el que sabe
medir castigos y premios.

(Vase.)

(Sale[n] DAVID, SALOMÓN y ADONÍAS.)

DAVID ¡Ay hijo mío, Absalón, 1275
no fuera yo antes el muerto
que tú!

JOAB Llorando David
viene: de mirarle tiemblo.

SEMEY Yo también, que cometí
contra él tan grande sacrilegio. 1280

JOAB Señor...

DAVID Joab, nada me digas,
ya sé que el vencedor quedo
Toda la victoria diera
de una vida sola en precio...
Semey, ¿tú estabas aquí? 1285
(De rodillas.)

SEMEY Yo, señor...

DAVID Alzad del suelo,
-281-
no temas. Terrible Joab,
muchas victorias te debo;
no te puedo ser ingrato,
mientras viva te lo ofrezco. 1290
Tú
(A SEMEY)

maldiciones y piedras
contra mí animaste fiero;
palabra de no vengarme
en mi vida te di, es cierto,
y aunque tú arrojando lanzas 1295
y tú piedras esparciendo,
los dos me habéis ofendido,
yo os perdono... no me vengo.
Salomón, lo que has de hacer
te dirá mi testamento... 1300
Y agora, no alegres salvas,
roncos, si, tristes acentos
esta victoria publiquen,
a Jerusalén volviendo
más que vencedor, vencido. 1305
Teiéndo aquí fin con ésto
-282-
Los cabellos de Absalón:
perdonad sus muchos yerros.

FIN

LOS HIJOS DE LA FORTUNA
TEÁGENES Y CARICLEA

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

ÍNDICE

Jornada primera 343
Jornada segunda 381
Jornada tercera 426

Personas que hablan en ella

CARICLÉS, *viejo*
CALASIRIS, *viejo*
NAUSICLÉS, *mercader*
TISBE, *esclava*
IDASPES, *indio, negro*
CARICLEA, *dama, india*
PERSINA, *reina de Etiopía, india, negra*
UN CAPITÁN, Y SOLDADOS
TÍAMIS, *bandolero galán*
TERMUTES, *bandolero*
JEBNÓN, *bandolero gracioso*
PETOSIRIS, *galán, hermano de Tíamis*
TEÁGENES, *galán*
TRES CAMINANTES
ADMETA, *reina de Menfis*
LIBIO, *criado de Teágenes*
DAMAS DE ADMETA
NINFAS DE APOLO, *músicas*
CRIADAS DE PERSINA, *músicas, indias, negras*
MÚSICOS, BANDOLEROS Y SOLDADOS

JORNADA PRIMERA

Con los últimos versos de la copla, que se empieza a cantar desde adentro, salen todas las músicas que puedan, vestidas de ninfas, con guirnaldas de flores, y detrás Cariclés, viejo venerable, de sacerdote antiguo, y como van dando vuelta al tablado, van saliendo a su tiempo Calasiris, también viejo venerable, vestido de peregrino; luego, Nausiclés, de galán, y Tisbe, de esclava; luego, Idaspes, etíope negro, y Cariclea, cubierto el rostro con un velo.

MÚSICA Atended, moradores de Delfos,
al sacro pregón, al público edicto,
que para el primer solesticio de junio,
esparcen las ninfas de Apolo divino.
VOZ Atended,…
TODAS Atended,…
VOZ … que os publico…
TODAS … os publico…
VOZ … que aqueste es el año del gran sacrificio.
TODAS … que aqueste es el año del gran sacrificio.
CARICLÉS Hermosas sacerdotisas
de Apolo, de quien me hizo
alta progenie de dioses,
más que el mérito, ministro,
pues de cinco en cinco años
a nuestro gran templo impíreo
Tesalia en sagrado voto
sus holocaustos previno
en hacimiento de gracias
de aquella paz en que dimos
fin, entre Tesalia y Delfos,

a los rencores antiguos,
que a nadie costaron más
que a mí; pues el día que impíos
robaron aqueste templo,
entre otros muchos cautivos,
a nunca más saber de él,
me robaron aquel hijo
que hasta hoy… Mas, ¡ay infelice!,
¿para qué ahora lo repito?
Pues de cinco en cinco años
Tesalia —otra vez lo digo—,
en desagravio de Apolo,
se ofreció a hacer sacrificios,
y éste es el feliz que cumple
el número de los cinco,
la solemnidad cumpliendo
de ceremonias y ritos,
que a nuestro cargo comete
la dignidad del oficio,
por calles y plazas digan
vuestros acentos festivos:
atended, moradores de Delfos,…

MÚSICA Atended, moradores de Delfos,…

CARICLÉS … al sacro pregón, al público edicto,…

MÚSICA … al sacro pregón, al público edicto,…

Sale Calasiris, peregrino, oyendo la música.

CALASIRIS Atended, moradores de Delfos,
al sacro pregón, al público edicto,…

CARICLÉS … que para el primer solesticio de junio,…

MÚSICA … que para el primer solesticio de junio,…

CARICLÉS … esparcen las ninfas de Apolo divino.

MÚSICA … esparcen las ninfas de Apolo divino.

LOS DOS … que para el primer solesticio de junio,
esparcen las ninfas de Apolo divino.

Salen Nausiclés y Tisbe.

CARICLÉS Atended,…
MÚSICA Atended,…
CARICLÉS … que os publico…
MÚSICA … os publico…
CARICLÉS … que aqueste es el año del gran sacrificio.
MÚSICA … que aqueste es el año del gran sacrificio.
LOS DOS … que aqueste es el año del gran sacrificio.
CALASIRIS (Éste es Cariclés, en cuya
confianza, peregrino
me traen a Delfos los hados,
que ha tanto años que esquivos
me persiguen de una en otra
patria, vago y fugitivo.
Mas ¿qué mucho, si voy siempre
pisando de mi delito
la sombra? ¡Oh, memoria, cuánto
afliges al afligido!
Déjame pensar siquiera
este breve, este indeciso
instante, que en hablar tardo
a Cariclés, que su pío
ánimo me ha de albergar.
Y pues a tiempo he venido
que ocupado en este sacro
bando de Apolo le miro,
pon a cuenta de tus iras
la dilación deste asilo,
que por sólo dilatarme
la piedad, pienso que dijo…)

Dentro a lo lejos música.

ÉL Y MÚSICA Atended, moradores de Delfos,
al sacro pregón, al público edicto…

[Vanse.]

NAUSICLÉS No has de seguir sus acentos.

TISBE Si a comprarme en excesivo
precio en Tesalia, mi patria,
es lo más que te ha movido
la dulce voz de que el cielo
dotar mi esclavitud quiso,
¿por qué quieres que no goce
aqueste pequeño alivio
de mi inclinación, siguiendo
la dulzura de aquel himno?

NAUSICLÉS Porque ha hecho señal de leva
el aprestado navío
que me ha de dejar en Menfis,
donde tengo remitidos
ya créditos y caudales,
de cuyos puertos contigo
he de pasar a Etiopía,
siendo tú sola en quien fío
mi mayor ganancia; pues
de cuantos tesoros ricos
empleó la siempre avara
mercancía de que vivo,
ninguna es mayor, si llego
—¡Mercurio me sea propicio!—
a presentarte a Persina,
su reina, de quien he oído
cuánto músicas esclavas
estima; y así es preciso
no perder la ocasión.

TISBE (¿Quién
te dijera, ¡ay, Jebnón mío!,
ir tu Tisbe dada a negros?)

NAUSICLÉS Ven.

TISBE Si ése tu intento ha sido,
para tomar de Etiopía
el rumbo, ese adusto indio
podrá informarte mejor
que nadie.

NAUSICLÉS Al verle me admiro
en Delfos, por el decreto
que aquestos días he oído,
de que etíope ninguno
quede en todos sus distritos.
La causa no sé; y pues tengo
mi pasaje prevenido
por Menfis, no hay que informarme.
Ven, Tisbe.
TISBE Siempre te sigo
forzada, y hoy más, pues pierdo
la entonación de aquel himno…
ELLA Y MÚSICA … que para el primer solesticio de junio,
esparcen las ninfas de Apolo divino.

Vanse.

IDASPES No te descubras el rostro,
que de sus rayos divinos
nadie ha de gozar la luz
en todo el délfico sitio
primero que Cariclés,
en cuya busca el camino
—siendo a Menfis la embajada
que Persina fiarme quiso—
torcí de Menfis a Delfos,
porque de sus prendas fío
el reparo de las iras
con que, sañudo, el destino
en mi poder te amenaza.
CARICLEA Tan obediente te sigo
que a respirar no me atrevo,
porque temo, si respiro,
que la ley al velo rompa
el aire de mis suspiros.
IDASPES Ven, pues, hasta que ocasión
haya de hablarle.

CARICLEA Imagino
que hasta que dé vuelta al templo,
no la habrá.
IDASPES Poco hay perdido
en ir siguiendo la tropa.
CARICLEA Mal dicen con mis gemidos
sus cláusulas; que disuena
mucho oír, cuando yo digo
que éste es el día del gran desconsuelo,…
ELLA Y LA MÚSICA … que éste es el día del gran sacrificio.
Atended, moradores de Delfos,…

Vanse los dos, y vuelve la tropa como primero.

CARICLÉS No más. Y pues ya cumplimos
la ceremonia, podéis
todas a descansar iros
a vuestros claustros.
NINFA 1.ª Primero
licencia de hablar te pido
de parte de todas.
CARICLÉS Di.
1.ª Ya sabes que es fuero antiguo
que, en cumplimiento del voto
que Tesalia a Delfos hizo,
toque a una sacerdotisa
ministrar el fuego activo
del antorcha que ha de dar
a las hogueras principio,
siendo la que también dé
en el apolinar circo
de los olímpicos juegos
la palma al que más invicto
a todos prefiera; y como
a quien le toque el oficio
ha menester prevenirse
de joyas y de atavíos,
que en los ropajes y adornos

sean de igual culto dignos,
queremos saber a quién
nombras, pues a tu albedrío
está encomendar la grande
dignidad del sacrificio.

CARICLÉS Yo os responderé a su tiempo,
que ahora me tiene indeciso,
siendo el mérito de todas,
ser de una sola el cariño;
y así, antes de nombrarla,
en este usado retiro
de mis soledades, donde
suele Apolo darme indicios,
ya en las fantasmas del sueño,
ya en iluminados visos,
de lo que a su culto importe,
me dejad. Quizá, movido
de vuestro ruego, podrá
ser que me dé algún aviso
para la elección.

2.ª Dichosa
la que él dicte, pues por cinco
años queda superior.

Vanse.

CARICLÉS ¡Oh, edad! ¿Qué importan los bríos
del ánimo, si te faltan
los de las fuerzas? Rendido
al cansancio de haber dado
vuelta a Delfos, solicito
aquí repararme un breve
espacio; y porque perdido
no sea, he de aprovecharle
en pedir me diga el digno
sujeto de la oblación
el gran dios a quien asisto.
Pero aun para esto se queda

el espíritu vencido
de un grave, profundo sueño,
a cuyo pavor me rindo.

Duérmese. Cantan dentro, y salen músicas indias negras, y Persina, llorando.

MÚSICA ¡Oh tú, sacerdote de Delfos, escucha
los tristes gemidos
de la que, hablando consigo sin ti,
sin sí habla contigo!
CARICLÉS ¿… de la que, hablando consigo sin mí,
sin sí habla conmigo?
¿Qué enigma, y qué negras sombras

Van saliendo.

son éstas, cielos, que miro,
por quien imagen dos veces
de la muerte al sueño he visto?
¿Qué queréis decirme, vagas
ideas de mis sentidos?
MÚSICA Que atiendas, que escuches,
que mires, que adviertas
los tristes gemidos
de la que, hablando consigo sin ti,
sin sí habla contigo.
PERSINA ¡Oh tú, infeliz hermosura,
que, fábula de los siglos,
sin ser delito, naciste
para parecer delito,
tanto, que por desvelar
malicias, me fue preciso
que la virtud se valiese
de las cautelas del vicio!
Si ya no fue tu sepulcro
la primer cuna de un risco,
o siendo pasto a las aves,

o a las fieras desperdicio,
y acaso prodigio vives
de fortuna, habiendo sido
también de naturaleza,
antes de nacer, prodigio;
dondequiera que estés, oye
las lágrimas que te envío,
pues no puedo darte más
que el dolor que te habrán dicho…

ELLA Y MÚSICA … los tristes gemidos
de la que, hablando consigo sin ti,
sin sí habla contigo.

PERSINA Y tú, quienquiera que seas,
el que piadoso y benigno
eligió el cielo en su amparo
—que a esto persuade el delirio
de un ciego amor—, oye agora
lo que antes de ahora te he escrito.
Admítela en tu regazo,
no la arrojes de tu abrigo,
siquiera porque es amago
de Dios ministrar auxilios
a un desamparo inocente;
y encuéntrente compasivo…

ELLA Y MÚSICA … los tristes gemidos
de la que, hablando consigo sin ti,
sin sí habla contigo.

Vanse, y salen por una puerta Calasiris, y por otra Idaspes; despierta Cariclés, y hállase en medio de los dos.

CARICLÉS Oye, aguarda, escucha, espera,
atezado sol, que a giros
me has deslumbrado…

IDASPES A tus plantas
postrado,…

CALASIRIS A tus pies rendido,…

CARICLÉS (Desvanecióse una sombra,
mas dos en su lugar miro.)
CALASIRIS … que me des audiencia espero.
IDASPES … que a solas me oigas te pido.
CARICLÉS ¿Quién eres, y qué me quieres,
gallardo etíope indio?
¿Qué me quieres, y quién eres,
venerable peregrino?
Que a los asombros de un sueño
concurrís tan sucesivos,
que todavía aún no sé
si estoy despierto u dormido.
IDASPES Hable ese anciano primero,
tanto por serle debido
aqueste respeto, cuanto
porque a lo que yo he venido
buscándoos, me importáis solo.
CALASIRIS La cortés licencia admito,
no por preferiros, pero
porque presumo que os sirvo
en desocuparos; fuera
de que no es secreto el mío,
pues mal podré yo callar
lo que el mundo dice a gritos.
Yo soy Calasiris, yo
aquel que en Menfis de Egipto,
presidente de su diosa
Isis —militar oficio,
a quien toca asegurar
los puertos y los caminos
a cuantos peregrinaren
a su templo—, al torpe hechizo
de una hermosura, engendrada
en las arenas del Nilo,
donde aprendió, siendo hiena,
traiciones de basilisco,
su altar profané; y perdiendo
dignidad y, en mis dos hijos,

Tíamis y Petosiris,
alma y…

CARICLÉS No más; ya he oído
vuestras fortunas; y si es
que en mí presumís su asilo,
no os ha de costar saberlo
la sinrazón de decirlo;
que el que a un afligido ve,
y se le deja afligido
avergonzarse, no da,
sino vende, el beneficio.
Dadme mil veces los brazos,
y seáis muy bien venido;
que no ha de faltar en mí,
por el natural deslizo
de humana flaqueza, el fuero
de la amistad que tuvimos
por la comunicación
de ciencias, puestos y oficios.
Y siendo así que alma y vida
están a vuestro servicio,
y nos quedamos a hablar
despacio en nuestros designios,
dadnos lugar a que hablemos
los dos.

CALASIRIS A esos pies rendido,
diga sólo con el llanto
lo que con la voz no digo.

Vase.

CARICLÉS Ya estáis solo. Decid vos
qué queréis, que discursivo
me tenéis, porque no sé
qué puede haberos movido,
siendo etíope, a buscarme
en ocasión que hay edicto
de que ninguno entre en Delfos,

a causa de haber sabido
las guerras que allá se mueven
entre etíopes y egipcios;
y siendo así que alianza
tienen hoy Delfos y Egipto,
porque nunca se presuma
que albergó a sus enemigos,
manda que todos de él salgan.

IDASPES Ajeno dese peligro
vengo a buscaros; y es tanto
lo que de vos necesito,
que, aunque lo supiera, no
desistiera del motivo;
porque solamente en vos
pudiera un secreto mío
depositarse.

CARICLÉS Decid,
y sepa presto en qué os sirvo.

IDASPES Yo soy mercader de piedras
preciosas, y habiendo oído
que es sólo el sagrado erario
de Apolo de algunas digno,
vengo a si queréis feriarlas;
y porque ellas persuadiros
podrán mejor que yo, éstas
son: ved si es tesoro rico.

Con un tafetán, que ha de estar con letras de oro, muestra unas joyas en un cofrecico.

CARICLÉS Y tanto, que aunque yo quiera
ponerlas en precio, admiro
en ellas tanto valor
que de su compra desisto;
pues no digo este collar
de fondos diamantes finos,
esta aljorca de esmeraldas,
de perlas estos zarcillos,

con tal tropa de balajes,
crisolitos y zafiros,
podré feriar; pero apenas
el topacio deste anillo,
en cuya labor están
los blasones esculpidos
de los reyes de Etiopía,
que son el dragón marino
de Andrómeda, su deidad.

IDASPES No el precio os tenga remiso,
pues tenéis con qué pagarlas.

CARICLÉS ¿Yo? ¿Dónde, o cómo?

IDASPES En vos mismo.

CARICLÉS ¿En mí?

IDASPES Sí, pues todo el precio
destas joyas sólo ha sido
el recibir otra joya
de valor más exquisito
que todas ellas.

CARICLÉS A risa
casi me mueve el oírlo.
¿Cómo el recibir ser precio
puede del pagar?

IDASPES Sabido
qué se recibe y se paga.

CARICLÉS Y ¿qué lo uno y lo otro ha sido?

IDASPES Lo uno, ese rico tesoro;
lo otro, este hermoso prodigio.

Dale las joyas, y saca a Cariclea, y descúbrela el rostro.

CARICLÉS De una admiración a muchas
han pasado mis sentidos;
antes, por lo que he escuchado;
y agora, por lo que he visto.
¿Qué quieres decirme, sombra,
que, a fuer de noche, has traído
tras ti al día?

IDASPES Lo que presto
sabrás, si me escuchas.
CARICLÉS Dilo.
IDASPES Idaspes soy, de Etiopía
noble sátrapa, que altivo
por la sangre y el caudal,
hay pocos iguales míos.
Una mañana, al aurora
saliendo a ver los ejidos
de mis ganados, hallé
entre jazmines y lirios
—a quien, como árbol de Venus,
hacía blanda sombra un mirto—,
envuelto en bellos cendales
de oro y seda, al pie de un risco,
pequeño bulto, que a rayos
de tornasoles y visos
brillando, me deslumbraba
y alumbraba a un tiempo mismo.
A reconocerle llego,
y entre esos despojos ricos
de esa faja —cuyas cifras,
si hablaron allá conmigo,
desde hoy hablarán con vos—,
la blanca hermosura miro
de recién nacida infante,
a cuya luz de improviso
me asaltaron las razones
de un natural silogismo.
«Si en Etiopía nacida»,
dije, «donde los estivos
rayos del sol más ardientes
tiñen la tez de sus hijos,
¿cómo tan blanca? ¿De cuándo
acá en el mundo se ha visto
que en los nidos de los cuervos
se alimenten los armiños?
Si de alguna blanca esclava

hurto de amor has nacido,
tierno asombro, ¿cómo dueño
de tantas riquezas te hizo?»
A estas dudas y otras que
tuve allá, y aquí no digo,
por no pasar a que fuese
adúltero natalicio
de quien principal y errada
arrojar a un tiempo quiso
con las piedades de madre
las sospechas de delito;
a estas dudas, pues, y a esotras
—que sin querer las he dicho—,
me pareció que ella misma,
en los no bien entendidos
idiomas de los gorjeos,
me había alegre respondido,
pues con una dulce risa,
de cuyo amoroso estilo
sólo fue intérprete el alma,
juraría que me dijo…
Dentro ¡Muera el etíope!
TODOS ¡Muera!
IDASPES Pero ¿qué gente, qué ruido
de voces y armas es éste?
CARICLÉS No sé.

Sale un capitán y soldados.

TODOS ¡Aquí está! ¡Muera!
CARICLÉS Amigos,
¿qué es esto?
CAPITÁN Cumplir la ley
de parciales y de finos
con los de Menfis, matando
a quien, contra nuestro edicto,
se atreve a aportar a Delfos.
CARICLÉS Deteneos.

CARICLEA (¡Oh hados impíos!
¿Hasta cuándo no he de dar
un paso sin un peligro?)
IDASPES Generosos ciudadanos
de Delfos, ved que no amigos
os mostráis con los de Menfis
en cometer mi homicidio.
Embajador de la paz
soy, que a tratar los partidos
de ella voy. Un temporal
de las crecientes del Nilo
me derrotó a vuestros puertos:
sea Cariclés testigo,
que lo que con él trataba
trance de fortuna ha sido,
y tan deshecha, que quise,
por mostrarme agradecido,
dejar a vuestro gran dios
la prenda que más estimo,
en fe de que él solo pudo
asegurar el peligro
que opuesto me amenazó.
Y para que veáis que os digo
verdad, delante de todos
lo que le decía repito:
esa prenda que os entrego,
dad al templo, en quien confío
bonanzas de la fortuna,
que aquí derrotar me hizo.
CARICLÉS También delante de todos
digo yo que la recibo
para consagrarla en nombre
vuestro a su claustral olimpo.
CAPITÁN Aunque de vuestras razones
las excusas admitimos,
entre ellas y el bando es bien
que partamos el camino:
esto es, ni daros la muerte

ni dejaros aquí. Idos,
y sea tan presto, que vean
nuestros parciales vecinos
que a la voz de embajador
fuimos fieles, y lo fuimos
a las señas de contrario,
no albergándoos.

TODOS Bien has dicho;
y para cumplir con todo,
vaya preso a su navío.

CAPITÁN Vaya, pues es no tratarle
como amigo ni enemigo.

Abrázanse con él, y llévanle por fuerza.

IDASPES Adiós, pedazo del alma,
pues con dejarte te libro
de las injurias del hado.

CARICLEA ¿Cómo igual dolor resisto?
Oye, aguarda, escucha, espera,
porque más quiero contigo
morir, que vivir sin ti.

CARICLÉS Considera…

CARICLEA Nada miro.

CARICLÉS Advierte…

CARICLEA Nada reparo.

CARICLÉS Eso es decir que has vivido
con él, y crecer sospechas.

CARICLEA Si, hallándome como él dijo
—por no obligarse a decir
dónde o cómo me había visto,
si la justicia quisiese
seguir el rastro al indicio—,
me crió con tal secreto
que sola una ama conmigo
encerró; si, consultando
al andrómedo vestiglo,
dios de Etiopía, quién fuese,

escuchó en su vaticinio:
«No ha de saberse quién es,
hasta ser mi sacrificio»;
si, con aquesta respuesta,
cobarde, absorto y remiso
vivió siempre, recatando
—al ver cuánto eran vecinos
saberse de mí y mi muerte—
mi rostro, de nadie visto;
si, nombrado embajador
de Etiopía a Menfis, quiso,
por apartarme del riesgo
en tantos hados previsto,
traerme consigo; si, oyendo
tus ciencias, tu edad, tu juicio,
y deste templo la fama,
resguardarme en él previno
de que no sacrificada
allá muera, pues ya vimos
que peligros cautelados
tal vez no fueron peligros,
porque en fin el sabio tiene
en las estrellas dominio;
si, no reservando nada,
porque aquí deja conmigo
todos mis hados; y, en fin,
si otro padre, si otro abrigo
no conocí, ni otro amparo,
¿cómo, al ver aquel navío
—que ya, hecho a la vela, deja,
desplegando al viento el lino,
levando al áncora el ferro,
los campos de espuma rizos—,
quieres que en ajena patria,
sujeta a ajeno albedrío,
a ajenas leyes y fueros,
no esparza al viento suspiros
que, enterneciendo a los cielos,

digan —¡ellos sean conmigo!—
que a tanto embate de penas,
tanto tropel de martirios,
ciega, helada, muda, absorta,
al síncope parasismo
de fiero, mortal letargo,
ser, vida, honor y alma rindo?

Cae desmayada en sus brazos.

CARICLÉS ¡Ay infeliz! ¡Hola! ¿No hay
quien responda?

Sale Calasiris y luego las ninfas.

CALASIRIS Habiendo oído
tu voz, ella sea disculpa
de entrar.
1.ª ¿En qué te servimos?
CARICLÉS En ayudarme a llevar
este yerto asombro frío
donde procure que vuelva
a sacarme del abismo
de los prodigios en que
me han entrado sus prodigios.

Llévanla entre los dos, y vanse. Disparan dentro unas pistolas, y sale Tíamis, bandolero galán.

UNOS *dentro* ¡Cielos, piedad!
TÍAMIS En vano hallarla esperan;
seguidlos, pues.
OTROS *dentro* Si se defienden, mueran.
TÍAMIS ¡Mueran! Y ya que aquestas altas rocas
donde, hidra de cristal, por siete bocas
respira el Nilo undoso,
sirviéndoles de foso
a su gran revellín esa laguna

que alimentaron las resacas de una,
a quien, por su gran fama,
catadupa heracleótica la llama;
la rápida corriente
que, menguante tal vez, tal vez creciente,
desde Etiopía, en círculos de plata,
el Catadupe a Menfis nos desata,
viéndose en su raudal, centauro indiano,
nacer bozal, para morir gitano;
ya que estas altas rocas,
patria de cocodrilos y de focas,
nuestro reparo han sido, defendidas
a un tiempo de malezas y avenidas,
no llegue de la tierra pasajero
que no muera al rigor de nuestro acero,
ni del mar, peregrino
que en nuestro horror no encuentre su destino.
Sienta el desdén la ingrata patria mía
con que de sí me arroja y me desvía
el tumulto tirano
de un vulgo vil y de un aleve hermano.
Si de un parto nacimos,
si opuesta inclinación los dos tuvimos
en el fatal horóscopo que fiero
perturbó preeminencias de primero,
él a los ocios de la corte dado,
cuando yo a las fatigas de soldado,
¿por qué, el día infeliz que una sospecha
a nuestro padre Calasiris echa
del cargo y de la patria desterrado,
adonde nunca de él nos dijo el hado,
siendo su dignidad hereditaria,
a él le ha de dar la voz del pueblo varia
la posesión, llevados sus despechos
de sus palabras más que de mis hechos?
Y, pues, desposeído, a mi venganza
no queda otra esperanza
sino que contra el mismo cargo sienta

Egipto los oprobrios de mi afrenta,
sufra el yugo cruel que en mí le aflige,
y sepa a quién desecha y quién elige.

Sale Termutes.

TERMUTES Dices bien; tu valor al mundo asombre,
y muéstrales robando que eres hombre
para triunfar de todos, pues hay trova
donde hombre no es, ni triunfa, el que no roba.
TÍAMIS Locuras deja, y lleva
al lóbrego secreto de esa cueva,
que la gran fitonisa en la montaña
labró, y hoy tiene oculta la maraña
de los riscos, los légamos y ramos,
la presa que a esos míseros quitamos.
TERMUTES Darésela, fiada
al silencio con que tiene cerrada
la boca de una peña,
sin que otro que los dos sepa la seña
que la desmiente entre malezas tantas.

Vase Termutes, y sale Jebnón.

JEBNÓN Dame, valiente Tíamis, las plantas.
TÍAMIS ¡Oh, Jebnón, bien venido!
Cuéntame qué hay de nuevo. ¿Qué has sabido?
JEBNÓN Por ser griego de nación,
con que ni el traje ni el habla
engendrar podían sospechas
de militar en tus armas,
pues siendo así que viniendo
a Menfis desde Tesalia,
donde a Teágenes servía,
joven ilustre a quien llaman
el hijo de la Fortuna,
siguiendo una hermosa esclava,
que, receloso de mí,

a un mercader de Nauclacia
vendió su dueño, y quedando
conmigo las esperanzas
perdidas, en tu servicio
me quedé, por mejorarlas;
que no se mejora poco
quien de enamorado pasa
a bandolero; pues mal
por mal, es vida más santa.
En fin —que esto no es del caso—,
viendo que ni traje ni habla
causar sospechas podían,
ir a la corte me mandas
a saber lo que hay de nuevo,
y hay dos cosas tan extrañas
que yo me holgaré en decirlas;
no sé si tú en escucharlas.
Es la una que Petosiris,
tu hermano, está en su privanza,
con achaques de ella misma,
pensión que la dicha paga
siempre al cuidado, pues tarde
o nunca sin él se alcanza.
El suyo es que, viendo el pueblo
que, árbitro destas montañas,
en todos vengas tu injuria,
notándose cómo, a causa
de tus escándalos, dice
que él, a costa suya, salga
—pues por el puesto le toca—
a desempeñar la patria
desta bandida opresión;
con que haciendo levas anda
de gente, para venir
a castigar tu arrogancia.
Es la otra que Admeta, que hoy,
sin casar, a Menfis manda,
habiendo tenido avisos

de que envía una embajada
Persina, de Etiopía reina,
en orden al amenaza
de las guerras, que hoy las minas
mueven de las esmeraldas;
porque el que la trae —que ya,
según las noticias, tarda—
no entre en Menfis, donde pueda
conocer de sus murallas
o la fuerza o la flaqueza;
con achaque de la caza,
en que la halle divertida,
a esa aldea se adelanta
que, a vista de Menfis, yace
de aqueste monte a la espalda;
con que hoy la corte vecina
tenemos.

TÍAMIS Y ¿en qué fundabas
que me enfadarían las nuevas,
si son en mi favor ambas?
La de que mi hermano venga
en mi busca, porque es clara
cosa que viene a traer
en su muerte mi venganza;
y la del embajador
de Etiopía, porque nada
puede estarme mejor que
saber de una vez si acaban
de declararse estas guerras;
pues si a ver llego en campaña
los ejércitos, ¿quién duda
que al que decreten mis armas
será el que venza? Con que
vendré a tener la alabanza
de que a mi patria castigo,
u de que libro a mi patria.
Y pues me dará a escoger
la Fortuna lo que haya

de hacer entonces, agora
lo que me importa es que vayas
a saber más, y yo obre
según tú las nuevas traigas.

JEBNÓN Sí haré; y no serán de aquellas
que el vulgo inventa, pues traza
no ha de faltarme con que,
sin sospechas, entre y salga;
que soy griego por la vida
y gitano por el alma;
y grieguigitano, ya
se ve si es la mescolanza
para no ser embustero.

Vase.

TÍAMIS ¡Oh, si llegasen mis sañas,
ya rompiéndose la guerra,
ya viniendo en mi demanda
Petosiris, a que viese
el mundo que…!
Dentro ¡A la montaña!

OTRO ¡A la marina!

Sale Termutes.

TÍAMIS ¿Qué es eso?

TERMUTES Yendo a hacer lo que me encargas,
vi que donde desemboca
en el mar esa garganta
del Nilo, antes de doblar
el cabo, un bajel amaina,
puesto de mar en través;
y, echando al golfo la lancha,
poca tropa arroja a tierra,
cierta señal de que él pasa
adelante, y hasta aquí
al flete esa gente carga;

con que nuestras centinelas,
para hacer la presa, llaman
unas a otras, diciendo
en confusas voces altas:…

TISBE *dentro cantando* Aunque por la tierra dejase el agua,
siempre son del viento mis esperanzas.

TÍAMIS Alegres la tierra toman,
pues que tan seguros cantan.
Di, ya que hacia aquí caminan,
que nadie al paso les salga,
porque me quiero informar
de quién son y adónde pasan.

Salen Tisbe, Nausiclés y otros, con fardeles al hombro.

NAUSICLÉS Pues ya el esquife de Menfis
nos ha dejado en la playa
y, reconocida, sé
que detrás desta montaña
está una pequeña aldea,
y es forzoso ir a pie hasta
que en ella nos reparemos,
para divertir las ansias
del camino, canta, Tisbe.

CAMINANTE VEJETE Un pobre que caminaba
a pie, a un astrólogo oyendo
las luminares patrañas
de sus astros, dijo que
había hecho la jornada
caballero en sus orejas.

OTRO CAMINANTE Nosotros con mejor causa
lo diremos, yendo oyendo
a Tisbe.

TISBE Pues os agrada,
yo lo haré, si es que quien llora
divierte con lo que canta.
Canta Aunque por la tierra dejase el agua,
siempre son del viento mis esperanzas.

TÍAMIS ¡Miserables pasajeros,
deteneos!
TISBE (En la garganta
se me ha atravesado el tono.)
UNOS ¡Qué desdicha!
OTROS ¡Qué desgracia!

Huyen todos, dejando la ropa y fardos.

NAUSICLÉS Aquí el último remedio
es apelar a las plantas.

Vase.

TÍAMIS Mientras sigo a los que huyen,
tú esa ropa y mujer guarda.

Vase.

TISBE ¡Ay, desdichada de mí!
TERMUTES No es usted muy desdichada,
pues queda en poder de quien
sabrá, por mujer, guardarla
el dinero que llevare.
TISBE ¿Qué ha de llevar una esclava
que va vendida a Etiopía,
con fortuna tan escasa
que, si otras como unas negras
sirven a sus blancas amas,
ella a una ama negra va
a servir como una blanca?
TERMUTES Eso no será en mis días,
que soy servidor de damas
tanto, que si Mancha hubiera
en Egipto, es cosa clara
que a mí me tocara ser
el Quijote de esa Mancha;
y como ucé a estar se atreva

escondida en mi cabaña,
y diga que, por guardar
yo la ropa, entre estas ramas
pudo escaparse, no dude
que la ponga libre y salva
en libertad.

Coge los fardos.

TISBE ¿Qué no haré
por tenerla?
TERMUTES Pues ¿qué aguardas?
Sígueme.
TISBE (Señores míos,
esto dicen que se llama
afufón, y horro, Mahoma.)

Vanse los dos.

TÍAMIS *dentro* ¡Pues mi aliento no te alcanza,
alcáncete mi furor!

Cuando estas voces de dentro suenan en una parte, dicen mujeres en otra, y sale Admeta de caza, con arco y flechas.

NAUSICLÉS *dentro* ¡Ay de mí infeliz!
UNA MUJER ¡Ataja
por la ladera del monte!
2.ª ¡Al valle!
3.ª ¡Al risco!
4.ª ¡A la falda!
UNAS ¡To, Melampo!
OTRAS ¡To, Barcino!
ADMETA Aunque tan volando vayas
que las plumas de mis flechas
te estén sirviendo de alas,
cerdoso espín, por el rastro
te seguiré de las jaras

que tu colmillo destroza,
o sangre y espuma esmalta,
que no te ha de rematar
otra que yo. Allí las ramas
mueve, como que cayendo
viene.

Sale Nausiclés como cayendo, herido.

NAUSICLÉS ¡Los cielos me valgan!
ADMETA Mas ¿qué miro? ¡Ay infelice!
NAUSICLÉS Detén, deidad soberana,
el flechado arpón, no tanto
porque no es acción bizarra
emplearle en un rendido,
sino porque mis desgracias
no me equivoquen las señas
de nobles y infames armas.
Una tropa de bandidos
que de esotra parte anda
del monte, al vencer —¡ay, triste!—
la cumbre, desde esas altas
peñas herido me arroja;
y pues a tus pies… Mas nada
puedo decir, porque a un tiempo
aliento y vida me faltan.
ADMETA ¡Qué sentimiento! ¡Ah del monte!
¡Ah de la selva!

Sale Jebnón desnudo.

JEBNÓN ¿Quién llama?
ADMETA ¿Quién eres?
JEBNÓN Un pobre diablo
(Empiece aquí la maraña.)
a quien unos bandoleros,
después que a palos le matan,
le han dejado como ves,
en su negra ropa blanca.

ADMETA Ya que has sido más dichoso,
pues, en fin, no herido escapas,
como ese infeliz, con él,
por si tiene cura, carga,
hasta esa pequeña aldea.
JEBNÓN ¿Yo metemuertos?
ADMETA ¿Qué aguardas?
Llega.
JEBNÓN Protesto la fuerza.
NAUSICLÉS ¡Ay de mí!

Al levantarle, vele la cara, y déjale caer.

JEBNÓN ¡Pese a su alma!
¡Y lo que pesa su cuerpo!
(Mas ¿qué miro? ¿No es la cara
del que compró a Tisbecilla?
Aún no es muerto, ¿y ya es fantasma?)
ADMETA ¿Cómo le dejas?
JEBNÓN Cayendo.

Salen Petosiris y gente, damas y otros.

PETOSIRIS Tanto a todos te adelantas
que, hasta hallarte, hemos corrido,
teniendo al fin nuestras ansias
pena de tu vida.
ADMETA Más
será con la que me halla
vuestra diligencia.
PETOSIRIS ¿Cómo?
ADMETA Como es con la que me causan
esas míseras desdichas,
que si antes de ahora escucharlas
pude, menos me movieron;
que es muy otra la distancia
que hay del enfado de oírlas
al asombro de mirarlas.

Éstas son de vuestro hermano
las generosas hazañas,
que espero que han de ilustrarme
en las lides que me aguardan.
Y si vos —a quien más tocan
los desdoros de su infamia
por la sangre, por el puesto,
y porque fuisteis la causa—
de enmendarlas no tratáis,
trataré yo de enmendarlas
tan a vuestra costa, que…
Pero esto que diga basta;
y albergad a ésos, siquiera
porque dieron a mis plantas.

Vase, y las damas.

PETOSIRIS (¡Que esto escuche, por haber
quedado de la pasada
competencia de mi hermano
tan empeñada mi casa,
que vengan a faltar fuerzas
a quien ánimo no falta!)
Venid, extranjeros, donde
os reparéis, mientras haya
—aunque en público mercado
venda hasta ser, vida y alma—
caudales que desempeñen
mi honor y vuestra venganza.

NAUSICLÉS Como yo cobre la vida
que a vuestra piedad se encarga,
yo os ofrezco, aunque ahora aquí
tan pobre me veis, que nada
os falte; créditos tengo
que a desempeñaros bastan,
para que paguéis la gente
que lleváis a la campaña,
si una palabra me dais.

PETOSIRIS Y ¿qué es?
NAUSICLÉS Cobrarme una esclava…
JEBNÓN (¡Oídos que tal oyen!)
NAUSICLÉS … que
me robó la aleve escuadra
que me dio aquestas heridas.
PETOSIRIS La fe os doy, mano y palabra,
como me ayudéis a que
airoso al empeño salga,
de que la esclava sea vuestra.
NAUSICLÉS Sólo en ella se restauran
todas mis pérdidas.

Vanse, llevándole.

JEBNÓN Antes
—en dejando asegurada
la industria para la vuelta,
pues ya sé dónde he de hallarla—
pondré, como a Tisbe atisbe,
donde él no pueda atisbarla.

Vase. Las chirimías, y salen Cariclés y Calasiris.

CARICLÉS ¡Qué gozo!
CALASIRIS Alegre estáis.
CARICLÉS Cuando
está toda la ciudad
para la celebridad
del sacrificio esperando
sólo a ver desembarcar
las gentes que con él vienen;
cuando prevenidos tienen
fuego, pira, ara y altar
ya a sus víctimas las bellas
sacerdotisas, que al viento
han de endulzar con su acento
los fieros bramidos de ellas,

¿qué mucho que alegre esté?
Aunque, si digo verdad,
quizá es otra novedad
la deste alborozo, en fe
de que otro no vi mayor.

CALASIRIS ¡Quién preguntaros pudiera
de qué nace!

CARICLÉS Aunque yo quiera
callar, no querrá el amor
que en pocos días cobré
a aquella hermosura bella
del mortal desmayo.

CALASIRIS En ella
desde entonces no os hablé,
por no atreverme a saber
lo que no queráis decir.

CARICLÉS Pues oíd, ya que encubrir
no es posible mi placer.
Esa perfecta hermosura
(Cómo en mis brazos la vi,
es muy largo para aquí.)
es a cuya llama pura
el sacrificio ha de arder,
no sin prodigio en que fuera
la que yo a todas prefiera;
y llegándola ahora a ver
de sus joyas adornada,
de nuestras ropas vestida,
diré que no vi en mi vida
la luz del sol retratada
más hermosa, rica y bella;
tanto que, al verla, a mirar
volví el ara del altar,
por si me faltaba de ella;
y tal regocijo en mí
causó, que mayor no fuera
si fuera éste el día en que viera
aquel hijo que perdí;

pues todo su dolor ya
pienso que Apolo limita,
de aquel hijo que me quita,
con esta hija que me da.
Desto tan gozoso vengo,
que…

Chirimías y instrumentos.

Mas la música indicio
da de que ya el sacrificio
llega a esta puerta, en que tengo
de esperar para admitir
la ofrenda, que siempre tray
noble joven, en quien hay
más prendas para lucir
lo heroico de tanta acción.

Chirimías, cajas y instrumentos, y salen por una parte ninfas y Cariclea, con una hacha, y por otra saldrán los músicos y Teágenes.

CALASIRIS Ya vienen marchando al templo,
y las ninfas, a su ejemplo,
en más festivo escuadrón,
el aire alternan veloces
con las músicas inquietas
de cajas y de trompetas,
de instrumentos y de voces.
HOMBRES, CORO PRIMERO En hora feliz, gozando
la tranquilidad del puerto,
salude el templo Tesalia
de la gran isla de Delfos.
MUJERES, CORO SEGUNDO Delfos en hora feliz
admita el sagrado feudo,
con que Tesalia guarnece
los umbrales de su templo.
CORO 1 Y todos ufanos…

CORO 2 Y todos contentos…
AMBOS COROS … se hagan salva iguales,
mezclando a un tiempo
cajas y trompetas,
voces y acentos.

Chirimías y cajas.

TEÁGENES Una y mil veces repita
vuestras músicas el eco;
porque una y mil veces vea
el sol que a sus puertas llego…
ÉL Y CORO 1 …en hora feliz, gozando
la tranquilidad del puerto.
CARICLEA Una y mil veces publiquen
también los cánticos nuestros
su bienvenida, porque
con iguales rendimientos,…
ELLA Y CORO 2 … Delfos en hora feliz
admita el sagrado feudo.
TEÁGENES Prosiga el canto, porque
en repetidos acentos…
ÉL Y CORO 1 … salude el templo Tesalia
de la gran isla de Delfos.
CARICLEA No cese la canción, y oiga
Apolo el rendido obsequio…
ELLA Y CORO 2 … con que Tesalia guarnece
los umbrales de su templo,…
TEÁGENES … diciendo la fe…
CARICLEA … mostrando el afecto…
LOS DOS Y LOS COROS … con que todos ufanos, todos contentos
se saludan iguales, mezclando a un tiempo
cajas y trompetas, voces y acentos.

Chirimías y cajas.

TEÁGENES ¡Oh tú, emulación gloriosa
de la cuarta esfera, puesto

que tan casa del sol eres
como ella, y aún más, si atiendo
que, cuando ella alumbra a rayos,
tú deslumbras a reflejos,
gozando en los repetidos
visos del mejor espejo,
si allá luces como astro,
aquí, como dios, incendios,
salve! Y salve, ¡oh tú, piadoso,
venerable anciano!, atento
a que en Teágenes habla
toda la voz de su reino,
a causa de que conozca
Apolo, que a tus pies puesto,…

ÉL Y CORO 1 … en hora feliz, gozando
la tranquilidad del puerto,…

TEÁGENES … llega a ofrecer a tus aras
el antiguo rendimiento
que votó a este templo, cuando
en religioso hacimiento
de gracias, vio el arco hermoso
de la paz en sus supremos
alcázares tremolar
la blanca bandera al viento.
Y vosotras, ninfas bellas
del sol, que, como luceros
suyos, mostráis que es la luz
propio vasallaje vuestro,
las víctimas acetad
de blancas reses, que el cuello,
antes que al lazo del yugo,
dan al filo del acero,
cuando en sagrado recinto
de los ámbitos del templo
guarnecen la esfera sobre
la leña en que han de arder, luego
que a la crueldad del cuchillo
siga la piedad del fuego,

para que, no sólo en voces,
mas también en humos densos…
ÉL Y CORO 1 … salude el templo Tesalia
de la gran isla de Delfos.
CARICLEA (Sin duda mis ojos hoy,
a una perfección atentos,
cuanto ven son perfecciones.
¡Qué generoso mancebo!
¡Qué galán y qué entendido,
pues, sucintamente cuerdo,
en poco dijo lo que
quizá en mucho fuera menos!)
NINFA 1.ª (En fin, ¿hemos de pasar
por el desaire de vernos
preferir de una extranjera?)
NINFA 2.ª (Sí, pues no hay otro remedio.)
CARICLEA Generoso tesaliano,
a quien por todo su pueblo
tocó hablar, bien como a mí
por todo mi coro excelso,
salve, y admite también
la encendida antorcha, fuego
que de la esfera del sol,
sacrílego Prometeo
hurtada trujo; bien que
le escarmentó su despeño,
con los desdenes del mar,
de los favores del viento.
Ésta es, pues, la ardiente llama
que hasta hoy conservan ardiendo
en no apagadas cenizas
sus sacerdotisas, siendo
las que sólo encender pueden
en ella las teas, a efecto
de que cuantos a este culto
rindan sus ofrecimientos…
ELLA Y CORO 2 … Delfos en hora feliz
admita el sagrado feudo.

CARICLEA Y pues el tiempo ha llegado,
habiendo llegado el tiempo
de que Tesalia por vos
le reciba, y yo por Delfos
le ministre, lo demás
diga el coro, repitiendo
cuánto Delfos reconoce
aqueste heredado celo…
ELLA Y CORO 2 … con que Tesalia guarnece
los umbrales de su templo.
CARICLÉS Ya que a la sacerdotisa
dar toca la llama, y luego
la inmolación a mí, a vos
el holocausto; trayendo
la antorcha, venid conmigo,
que ya yo llevo el acero.
(¡Válgate el cielo por joven,
en qué admiración me has puesto!)

Vase Cariclés.

CARICLEA Si habéis de llevar la luz,
¿qué esperáis?
TEÁGENES Cobarde llego
a sus vislumbres.
CARICLEA ¿Por qué?
TEÁGENES Porque no sin causa temo
que de Prometeo al delito
también siga el escarmiento.
CARICLEA ¿Cómo?
TEÁGENES Como él la tomó
del sol; de vos, yo; y recelo
que aunque son dos las acciones,
es uno el atrevimiento.

Pone la mano en el hacha sobre la de Cariclea.

CARICLEA Ésa es la mano, no el hacha.

TEÁGENES Es verdad; mas si me siento
arder, y miro la nieve,
¿qué mucho que, absorto y ciego,
viniendo hacia mí el peligro,
me vaya yo hacia el remedio?
CARICLEA Tomad el fuego, y no más.
TEÁGENES ¿No es harto tomar el fuego?
CARICLEA Sí. (Pues al quedar sin él,
siento yo no sé qué hielo
que ha pasmado mis sentidos.
Mas yo, si lo digo, miento.)
Ya que el fuego tenéis, idos.
TEÁGENES Sí haré; pues a mi deseo
llevándole yo, bastó
que sepáis vos que le llevo.
CARICLEA A mí me basta también
saber vos que sin él quedo.
TEÁGENES ¿Tan presto volvéis la espalda?
CARICLEA Engañáisos, que no es presto,
cuando tras mí viene el daño,
irme yo tras el remedio.
Prosigan vuestras canciones,…
TEÁGENES Prosigan vuestros acentos,…
CARICLEA … diciendo una vez y otra…
TEÁGENES … una y otra vez diciendo…
CARICLEA … la unión (mejor diré, el pasmo)…
TEÁGENES … la paz (mejor diré, el riesgo)…
TODOS … con que todos ufanos, todos contentos,
se hacen salva iguales, mezclando a un tiempo
cajas y trompetas, voces y acentos.

JORNADA SEGUNDA

Salen Calasiris y Cariclés.

CARICLÉS ¡No hay consuelo para mí!
CALASIRIS Si una vez me dio licencia
de preguntar la alegría,
démela otra la tristeza.
CARICLÉS Sí dará, pues que no tiene
el pesar más preeminencias
que tuvo el placer, y más
cuando es la causa una mesma.
CALASIRIS ¿Cómo?
CARICLÉS Como es el dolor
de ver la grave violencia
con que una mortal pasión
trata la rara belleza
de esa mujer prodigiosa.
Desde la hora primera
que ministró el fuego, y dio
en la olímpica palestra
los premios, no hay cosa que
la alivie ni la divierta;
tanto, que habiendo hecho ya
los tesalianos ausencia,
no teniendo a qué dejarse
ver, triste y sola se encierra
a no salir de una cuadra.
Y siendo así que fue ella
la que, al verla tan lucida,
me alegró entonces, ya, al verla

hoy tan postrada, bien clara
os saca la consecuencia
de que son de un mismo caso
la pregunta y la respuesta.

CALASIRIS Ella salió tan hermosa,
tan bizarra y tan compuesta,
que llevó tras sí los ojos
de todos; y alguno…

CARICLÉS Ésa,
en la ignorancia común,
fuera razón.

CALASIRIS Pues, ¿quién niega
la fascinación, que es
una envidia que avenena
los espíritus, y inflama
el corazón, de manera
que el aire con que respira,
contagiosamente infesta
al objeto que la causa?

CARICLÉS La razón dicen que es ésa,
pero yo no he de creer
que haya mal de ojo.

CALASIRIS Eso fuera
negar a la fantasía
que varios efectos tenga
—de que vemos que divinas
y humanas historias llenas
están— de monstruosidades,
si no de aprensiva fuerza,
de vehemente estimativa,
que aquello que mira engendra.
El parecerse los hijos
a los padres, ¿no es presencia
de objeto? El no parecerse,
¿no es diversión de la idea
puesta en otra cosa, a quien
quizá después se parezcan?
Y asentado este principio
de que hacer mil veces pueda

caso la imaginación,
para cuando nos convenga
haberle asentado, demos
a nuestro discurso vuelta:
¿qué mujer es ésta, que
tanto tras su afecto os lleva,
que a merced de su semblante
vivís, triste esté o contenta?

CARICLÉS No sé quién es; pero sé
que es iluminada prenda
de los hados, que la echaron,
sin saber cómo, a mis puertas:…
verdad es que con algunas
noticias; pero tan ciegas
que en lo principal dejaron
siempre la duda suspensa.
Sólo un instrumento tengo
que puede ser que me advierta
algo que importe, porque
el que me le dio con ella
—que fue aquel sátrapa Idaspes
que con vos me pidió audiencia—
dijo que hablaría conmigo;
pero hasta esto con vergüenza
os habré de confesar,
escrito en cifras y letras
de su extraño idioma, que
no entiendo; y no he dado a leerlas,
porque no sé lo que pueden
contener, y es imprudencia
fiar secreto de quien luego
me ha de pesar que le sepa.

CALASIRIS Yo tuve curiosidad
—demás de las experiencias
que mi peregrinación
me ha dado— en aprender lenguas,
y podrá ser, si queréis
fiaros de mí, que le lea.

CARICLÉS ¿De quién mejor que de vos?
CALASIRIS ¿Qué es de él?
CARICLÉS En una pequeña
caja le tiene con otras
joyas.
CALASIRIS ¿Quién?
CARICLÉS Ella.
CALASIRIS Pues ella,
si es natural del idioma
y caracteres que encierra,
¿no le ha leído?
CARICLÉS Crióse
sin maestros en la desierta
prisión de pobre alquería.
Mas venid; que, como pueda,
sin que ella lo vea, sacarle
—porque no quiero que sepa
que lo sé, hasta saber yo
si es bien que lo sepa ella—,
os le entregaré. Aquél es
su cuarto, venid.

Al dar ellos vuelta por de dentro, se ve Cariclea, mirando una lámina, sentada junto a un bufete, en que estarán las joyas en su cofrecillo.

CARICLEA ¡Que sea
tal mi ignorancia que, ya
que llego a conocer que esta
deidad que, con trompas y alas,
tiene un pie sobre una rueda
y otro sobre un globo, es
la Fortuna, leer no sepa
el mote que, guarneciendo
la lámina, su orla cerca!
Pero ¿qué mucho? Nací
para vivir sola y presa;
si ya no es que la Fortuna

en mi ignorancia se venga,
como quien dice: «¿No basta
que desa inscripción entiendas,
para que esperes felice,
que es don que te dejó en prendas
de fe, y palabra de esposo,
el que…?». Mas Cariclés entra.

Los dos a la puerta hablando.

CARICLÉS No paséis de aquí, que está
viendo no sé qué, suspensa.
CARICLEA (En mi acción ha reparado,
y que me pregunte es fuerza,
cuando ocultarlo me importa,
qué miraba tan atenta.)
CARICLÉS Quedaos vos, mas escuchad.
CARICLEA (Pero, pues, la espalda vuelta,
está hablando a Calasiris,
a quien dejaba a la puerta,
como que otra cosa fuese,
tengo de hacer la deshecha
con la primera, trocando
la lámina.)

Abre el cofrecillo, echa en él la lámina, y saca el anillo.

CALASIRIS Norabuena;
allí espero, recatado
de ser visto.
CARICLÉS Cariclea
—que ya este nombre por mí
es bien que, como hija, tengas—,
¿qué es lo que imaginativa
tanto te tiene y suspensa?
¿Qué estás mirando?
CARICLEA Este anillo,
que como me representa

la deidad que Etiopía adora,
es en quien hallan mis penas
más consuelo, como a quien,
dueño de mis influencias,
le debo gozar la dicha
de que este nombre merezca.
(¡Si no le hubiera trocado!)

CARICLÉS No sé cómo te encarezca
cuánto tus tristezas siento.

CARICLEA Engáñaste; que tristezas
son las que nacen de causa,
y no es posible tenerla
la que goza tus favores;
que en eso se diferencian
tristeza y melancolía.

CARICLÉS A mí, que uno u otro sea,
padecerlo tú me basta
para que yo lo padezca.
(¿Cómo la echara de aquí?)
¿No habrá algo que te entretenga?

CARICLEA Sólo que me dejen sola.

Salen las ninfas.

3.ª ¿Que a eso, Cintia, te resuelvas?

1.ª Sí, que no es justo que una
advenediza extranjera
en honores y cariños
tanto a todas nos prefiera,
sin que nos venguemos, cuando
la común opinión llena
está de que son mujer
y envidia una cosa mesma.

2.ª Dices bien; y pues tenemos
la costa del baldón hecha,
hagámosla verdad.

CARICLÉS ¿Quién
allí ha entrado?

1.ª Quien desea
que, para hacerte un agrado,
le des, señor,…
CARICLÉS ¿Qué?
1.ª … licencia.
CARICLÉS Licencia y agrado mío,
¿no implica…?
1.ª Viendo la pena
que Cariclea padece,
quisiéramos que en la selva,
que entre el templo y el mar goza
delicias de caza y pesca,
con nosotras esta tarde
su grave pasión divierta;
y como es festejo tuyo,
según la estimas, que en ella
se alivie, le dimos nombre
de agrado.
CARICLÉS Decís bien. Esta
fineza has de hacer por mí.
Sal un rato a esa ribera,
segura de no ser vista,
pues nadie sale ni entra
su guardado coto que
pena de vida no tenga.
TODAS Todas te lo suplicamos.
CARICLEA (¡Que haya de ser esto fuerza!)
Cuando tú no lo mandaras,
de agradecida debiera
al deseo no excusarme.
(Corazón, que aliente deja;
que no sé lo que me dices.
Mas sí sé, pues es la ausencia
del que no sé si a cumplir
se fe y su palabra vuelva.)
Vamos, amigas.

Vase.

2.ª Y agora,
¿qué es lo que conseguir piensas?
1.ª Su muerte y nuestra venganza;
pues no faltará una fiera,
un barco o un risco que
la culpa y disculpa tenga.

Vanse las ninfas, y sale Calasiris.

CARICLÉS Bien sucedió. Calasiris.
CALASIRIS ¿Qué mandas?
CARICLÉS Bien puedes, entra,
que solos nos han dejado,
conque, sin que salga fuera
el secreto, hablar podemos
con más seguridad. Ésta

Saca del cofre el cendal.

—que aun la llave no hizo falta,
confianza u descuido sea
el habérsela dejado—
es la lámina de seda
en quien con letras de oro
labró la aguja su imprenta.
CALASIRIS Las letras son etiopisas,
y aun también el frase de ellas
etíope es.
CARICLÉS Y ¿qué dice?
CALASIRIS *lee* «Oh tú, cualquiera que seas,
el que piadoso y benigno
nombró el cielo en su defensa;…»
CARICLÉS ¡Qué es lo que escucho!
CALASIRIS ¿Qué os turba?
CARICLÉS Nada; proseguid. (¡Qué pena!)
CALASIRIS *lee* «…admítela en tu regazo,…»
CARICLÉS (¿Las razones no son éstas…
CALASIRIS *lee* «… no la arrojes de tu abrigo,…»

CARICLÉS …que antes escuché…
CALASIRIS *lee* «… siquiera
porque es amago de Dios…»
CARICLÉS … a la hermosa sombra negra?)
CALASIRIS *lee* «… ministrar auxilios a una
desamparada inocencia.»
CARICLÉS (¡Válgame el cielo!)
CALASIRIS Pues ¿qué
hay aquí que así os suspenda?
CARICLÉS Hay las fantasmas de un sueño,
que agora me representan
ilusiones, a quien antes
oí esas palabras mesmas.
Y pues que nada de nuevo
me dice, sino me acuerda
esta del hado, ¡ay de mí!,
revalidada encomienda,
vuelva a quedar donde estaba,
con todas las demás señas
que trujo, bien como yo
con mi duda a quedar vuelva.

Vuélvelas al cofrecillo.

CALASIRIS Ya que de mí os fiais, y sé
lo más, permitid que sepa
lo menos. ¿Qué señas son?
Quizá inferiremos de ellas
algo, porque es del discurso
gran maestro la conferencia.
CARICLÉS Decís bien. Aquestas joyas…

Echa sobre el bufete todas las joyas.

CALASIRIS En mi vida vi riqueza
semejante.
CARICLÉS ¡Ni en mi vida
vi yo semejante pena!

¡Ay de mí otra vez, y otras
mil veces!
CALASIRIS Pues ¿qué os altera?
¿Nunca habéis vístolas?
CARICLÉS Sí;
pero nunca he visto entre ellas,
o nunca la he reparado
por más pobre o más pequeña,
esta lámina, hasta agora.
CALASIRIS Pues bien, ¿qué lámina es ésa?
CARICLÉS La que tanto mis desdichas
de unas en otras aumenta,
que hidra, si es que hay hidras de oro,
muere una, porque otra crezca.
Arsínoe, la fitonisa
de Egipto…
CALASIRIS Acuérdome de ella,
que en las gargantas del Nilo,
donde los montes estrecha
la heracleótica laguna,
daba equívocas respuestas,
del espíritu inflamada
de la Fortuna.
CARICLÉS Pues ésa
vino a Delfos, a ocasión
que a mi esposa, que ya reina
a par del sol, la dio el parto;
y acudiendo a socorrerla,
parió en sus manos un hijo;
conque empeñada a la deuda
de haber nacido en sus manos,
dijo a voces: «Éste sea
el hijo de la Fortuna»,
y prosiguió: «Tomad esta
lámina, de mi gran diosa
último don, pues en ella
están sus felicidades
bien claramente dispuestas.

Al cuello del tierno infante
la poned, que como él crezca,
irán creciendo sus dichas;
mas cuidad que no la pierda,
porque no es posible que haya
otra en el mundo sino ella,
y vivirá desdichado
hasta que a cobrarla vuelva».
Con ella, infante en la cuna,
me le robó la interpresa
que hicieron los tesalianos
a este templo, en cuya ofensa,
los sacrificios que visteis
son votada recompensa.
Nunca supe de él, ni tuve
hasta hoy noticia ni seña,
ni aun hoy —¡pluguiera a los cielos!—
hubiera tenido ésta,
pues claramente me dice
que el que robado le lleva
pasó a venderle a Etiopía,
supuesto que de allá, entre esas
joyas, viene, como en fe
de que en ella esclavo queda
y desdichado, pues dice
de su explicación la letra:
«¡Feliz tú, mientras soy tuya;
infeliz, mientras ajena!».

CALASIRIS Absorto más que vos quedo,
bien que puede ser que sea
dicha la que al primer viso
desdicha es.

CARICLÉS ¿De qué manera?

CALASIRIS Si nunca nueva tuvisteis
para intentar diligencias
en busca suya, y hoy
os halláis con una nueva
que por lo menos induce

que en Etiopía está, y si en ella
tenéis al sátrapa Idaspes,
deudor de otras dependencias,
y a mí aquí, a peregrinar
hecho, al ir con cartas vuestras
y la lámina, ¿no puede
ser…?

Ruido dentro.

Pero gente atraviesa
los claustros.

CARICLÉS Al mar salgamos,
pues hay por aquí otra puerta,
que no es para hablada a bulto
tan reservada materia;
fuera de que ha de obligarme
a dar voces, y es bien sea
donde nadie sino vos
pueda escucharlas.

Vanse, y salen Teágenes y Libio.

Dentro ¡A tierra!

TEÁGENES ¡A tierra! Y pues ya la nave,
sin doblar el cabo, queda
dada sobre el ferro fondo,
de aquella cala encubierta,
los dos solos del esquife
salgamos; que entre estas peñas
importa, sin ser sentidos,
esperar a que anochezca,
para dar de mi venida
a alguien el aviso; fuera
de que, de ser aquí vistos,
honor y vida se arriesgan.

LIBIO Ya que habemos de gastar
la edad que a la tarde resta,

sea, pues la confianza
te he debido, en que te deba
también la noticia. ¿Qué
venida, señor, es ésta?

TEÁGENES Mucho mi pasión tu duda,
Libio, agravia; que en materias
de amor suele estar de más
decirlas para saberlas.
Mas ya que a la ociosidad
de esperar es conveniencia
la diversión, no tan sólo
diré el intento que encierra
mi venida, mas la causa
que a tanto empeño me alienta,
porque sin altos motivos
temeridad no parezca;
y más a ti, que ha tan poco
que me sirves, por la ausencia
de Jebnón, que, sin saber
cómo ni dónde, se ausenta.
Orodantes, capitán
que fue en las lides sangrientas
de Tesalia y Delfos fiero
asombro de toda Grecia,
me crió como hijo suyo,
bien que casado no era;
con que padecía mi fama,
no sin propiedad, aquella
hablilla que decir suele,
lo de habido en buena guerra.
Llegó de su muerte el día,
y casi ya en la postrera
respiración, invocando
dioses y hombres, cielo y tierra,
«Teágenes,» dijo, «a quien yo
crié desde tu infancia tierna,
cuyo amor me hizo tener,
por no perderte, encubierta

tu ilustre prosapia, tanto,
que hay dioses de quien desciendas:
este agravio que te he hecho
te restituyo en mi hacienda,
de que único heredero
te dejo; y para que puedas
blasonar de lo que eres,
sin nota de que no seas
alto y legítimo, toma
esta medalla; con ella
ve a, a…». Y sin poder decir
a quién ni adónde, la lengua
trabada troncó la voz;
conque mi dicha suspensa
quedó cierta en ser verdad,
pero en qué verdad, incierta,
pues sólo quién era supe,
para no saber quién era.
La medalla que me dio
era de oro, en quien impresa
la diosa Fortuna estaba:
con que desde allí me aprecian
por hijo de la Fortuna,
tanto, que Tesalia, atenta
a esta buena fe y a otros
servicios que en paz y guerra
quizá supe hacer, me dio
privilegios de nobleza,
hasta hacerme embajador
—que es la suma preeminencia—
a Delfos, donde, ¡ay de mí!,
vi la divina belleza
de aquella sacerdotisa,
que me dio la vez primera
la antorcha, y después la palma
que en la olímpica palestra
gané a cuantos gladiatores
la agilidad y la fuerza
quisieron probar conmigo.

Dejemos aquí que, al verla,
absorto quedé; dejemos
que Cariclés con ternezas,
con halagos y cariños
me agasajó de manera,
que yo en mi joven edad,
y él en su anciana presencia,
nos confrontamos de suerte
que, avenidas las estrellas,
sin atender a distancias,
igualaban influencias;
y vamos a que este agrado
dio ocasión a que pudiera,
entrando y saliendo al templo
a todas horas, tenerla
para poder explicar
mi bien hallada dolencia,
interpretando los ojos
los idiomas de la lengua.
Entendióme agradecida;
no por decírmelo ella,
sino porque una hermosura
tan altamente suprema
favorece, Libio, todo
aquello que no desprecia.
Supe que tenía su cuarto
sobre esta hermosa ribera,
y un mirador; con que yo,
leyes despreciando y penas
de que hombre en sus cotos entre,
solo a idolatrar sus rejas
todas las noches venía.
Quiso amor que alguna de ellas
de los embates del mar
saliese a gozar las frescas
auras, con que respiraban
blandos aromas las selvas;
dime a conocer, y no
se retiró tan apriesa

que para otras no quedase
consentida la licencia.
En fin, pasando comunes
lugares, que ellos se dejan
discurrir, con el pretexto
de haber de lograr en ella
de Cariclés los agrados,
que favoreció, dijera,
mis finezas, a no haber
de dejar de ser finezas,
el día que hay galán que diga
que hay dama que favorezca.
En este estado de amor
gozaba la primavera,
cuando, en sus flores envuelto,
vino el áspid del ausencia,
siendo forzoso ir a dar
de gente y de puesto cuenta.
Aquella noche, más fina,
pero no menos honesta,
desconfió de que hubiese
de dar a Delfos la vuelta;
yo, asegurando la fe
de que había de ser, y era,
su esposo, de mi fortuna
la di la lámina en prendas,
advertida de que estaban,
para mejor merecerla,
en ella mis hados, cuando
dijese…

CARICLEA *dentro* ¡Cielos, clemencia!

1ª *dentro* ¡Tapadla la boca, y vaya
donde desde aquellas peñas
dé precipitada al mar!

TEÁGENES ¿Qué es esto?

LIBIO A lo que se muestra,
por fuerza allí unas mujeres
a otra traen.

TEÁGENES Y ella, resuelta,
mal desasida de todas,
hacia esta parte se acerca.
Cúbrete el rostro.

Pónense bandas en el rostro. Sale Cariclea, y las ninfas tras ella.

NINFAS Aunque huyas,
será en vano.
CARICLEA ¿Habrá quién pueda
de una venenosa envidia,
que es la fiera de las fieras,
defender mi vida?
TEÁGENES Yo.
TODAS ¿Quién podrá de nuestras fuerzas?
TEÁGENES Quien sepa hacer de su pecho
escudo que la defienda.
1.ª Mal defenderá otra vida
quien tanto la suya empeña,
que osadamente atrevido
aquestos límites entra.
Dad voces, corriendo el monte,
para que las guardas vengan
a dar muerte al que, embozado
amante de Cariclea,
por ella estas líneas rompe.
(Válganos una cautela,
pues no nos valió una ira.)

Vase.

TODAS ¡Traición, traición, que en la selva
Cariclea ha introducido
gentes que su culto ofendan!

Vanse.

CARICLEA Miente vuestra aleve voz;
que a costa de mi inocencia

quiere salvar su delito.
Hombre, quienquiera que seas,
huye, antes que se convoquen
las guardas: no mi defensa
la vida te cueste.

TEÁGENES ¿Cómo
que huya quieres el que deja
la tuya al riesgo?

CARICLEA ¿No es
peor sacarlas verdaderas,
y que, empeñado por mí,
confirmen que por mí vengas?

TEÁGENES No, pues es la verdad.

CARICLEA ¿Cómo?

TEÁGENES Como soy yo, Cariclea;
y habiendo visto por una
parte que tu muerte intentan,
y por otra que te infaman,
¿cómo he de dejarte expuesta
a entrambos peligros?

CARICLEA Menos
importará que yo muera
de infeliz que de culpada:
huye, Teágenes.

TEÁGENES Si ésa
para ti es buena razón,
para mí no será buena.
Yo no he de dejarte.

CARICLEA Mira…

TODAS *dentro* ¡Traición, traición!

UNOS *dentro* ¡A la selva!

OTROS *dentro* ¡Al valle!

OTROS *dentro* ¡Al monte!

LIBIO Por todas
partes ya, señor, nos cercan.

CARICLEA Huye tú, salva tu vida.

TEÁGENES Sin ti salvarla es perderla.

CARICLEA Mira que te han de dar muerte.

TEÁGENES Pues ¡cuánto es mejor que veas
que sé morir yo y no huir!
CARICLEA Esto haz por mí.
TEÁGENES Norabuena.
Yo huiré, pues tú lo quieres,
mas será desta manera.
CARICLEA ¿Qué intentas?
TEÁGENES Huir, mas contigo,
acudiendo a tu obediencia,
a tu vida y a mi honor.
Libio, al esquife con ella.
CARICLEA ¿Eso es obediencia, honor
y vida?
TEÁGENES Sí; como adviertan
los que ya en mi alcance vienen,
que huyendo yo con tal presa,
ni en mí es infamia la fuga,
ni en ti voluntad la fuerza.
CARICLEA Ni aun a ese viso ha de haber
culpa en mí.
TEÁGENES Pues ¿qué hay que temas,
para ir adonde te adoren,
dejar donde te aborrezcan,
y más llevando contigo
mi fortuna?
CARICLEA ¡Ay, que aun ésa
en Delfos queda!
TEÁGENES Ven tú,
y más que todo se pierda.
CARICLEA En defensa de mi fama…
TEÁGENES Ya es inútil la defensa.
CARICLEA (¡Oh, qué mal lidia el que lidia
con gana de que le venzan!)

Vanse, llevándola en brazos, y se oyen las ninfas, Cariclés, Calasiris y otros.

VOZES ¡A la marina! ¡A la playa!

TEÁGENES ¡Al mar!
UNOS ¡Al monte!
OTROS ¡A la selva!

Las chirimías. Por una parte Admeta, y por otra parte Idaspes, con acompañamiento.

IDASPES ¡Feliz el que, de tantas
dichas deudor, de vuestras reales plantes
el breve humano cielo
tocar merece!
ADMETA Levantad del suelo,
y seáis bien venido,
que, según los avisos que he tenido,
culpé vuestra tardanza.
IDASPES De sustos se alimenta la esperanza.
La que a veros traía
derrotó un temporal (¡ay, prenda mía!)
a Delfos, donde del naufragio grave
atormentada a ráfagas la nave,
fue fuerza detenerme a reparalla.
ADMETA Ya que en los bosques divertida me halla
vuestra venida, en ellos
os habré de escuchar.
IDASPES Los rayos bellos
del sol esfera harán cualquier espacio,
y cualquier majestad hizo palacio.
ADMETA Deseo de saber qué es lo que intenta
Persina, es la razón.
IDASPES Pues oíd atenta
(ya que seguros hablan mis temores
de que la turbación mude colores).
Persina, que hoy a Etiopía,
como vos a Egipto, manda
—bien que vos, por no tener
igual, atenta a la extraña
ley de cuando a Egipto hereda
mujer; y ella, por la falta

del rey su esposo, que ya
en mejor reino descansa—;
Persina, pues, de Etiopía,
cuyos altos montes rayan
del sol las primeras luces,
a cuya encendida saña
tostados sus moradores,
tan fénix del sol se abrasan
que, carbones de su hoguera,
a su mismo humo se manchan,
salud, señora, os envía;
y para que a mi embajada
entera fe prestéis, ésta
es de creencia la carta.
Dice, pues, que, deseando
mantener la paz, que largas
edades han mantenido
las dos confinantes patrias
de Egipto y Etiopía, os hace
sabidora —en confianza
de no presumir que sea
acción vuestra— de que tratan
vuestros vasallos romperla,
entrándose por su raya,
hasta robarla las ricas
minas de sus esmeraldas.
Una fortificación
en vuestras fronteras labran,
y en algunos puertos suyos
han introducido barcas
que, con pretexto de amigos,
destruyen, queman y talan
su confín país; y aunque ella
pudiera impedir la entrada,
fía de vuestra amistad
que a enmienda y reparo salga.
Pues siendo así que a Etiopía
debe Egipto la abundancia

de sus campos —pues le debe
que el Nilo en sus montes nazca,
desde donde el Catadupe,
su primer cuna de plata,
le despeña, a que inundando
estas fértiles campañas,
en sus avenidas gocen
sus mieses, frutos y plantas
terrestres lluvias, con que
no le hacen las nubes falta—,
claro está que a tanta deuda
no ha de responder ingrata,
cobrando en quejas favores
que debe pagar en gracias.

ADMETA La justa atención estimo
de Persina, en cuanto haga
de nuestra amistad aprecio,
y en fe de suya, esta carta
en el corazón imprimo
con mil vidas, con mil almas.
En cuanto a que Egipto debe
a Etiopía las sagradas
ondas del Nilo, que riegan
y fertilizan sus plantas,
ella no le envía; él se viene
buscando el mar, y si pasa
por mis términos, ¿qué más
tiene que en los suyos nazca,
que no que muera en los míos?
¿Es acaso más ventaja
nacer donde se despeña,
que morir donde descansa?
Fuera de que el bien que hace
cuando en sus campos se explaya,
ya se le agradece Egipto,
pues le da templos y estatuas,
por ser él a quien le debe,
pues ella no se lo manda.

En cuanto a que mis vasallos
roben sus minas, la engaña
la pasión; que no las roba
quien como suyas las gasta.
Bien sabe Persina, y bien
Etiopía, que pasadas
edades fueron los montes
que engendran en sus entrañas
las congeladas centellas
de piedra y yerba, que varias
en su embrión participan
color y dureza de ambas,
feudos de Egipto; con que,
si sobre sus minas labran
fortificaciones, si
ocupan sus puertos, nada
es sin orden; yo la he dado,
por parecerme que basta
el tiempo que su dominio
las tuvo tiranizadas,
para que no sea invadirlas
lo que no es más que cobrarlas.

IDASPES Mucho siento ser preciso,
señora, que mi embajada,
depuesta la conveniencia,
pase a otra segunda instancia.

ADMETA ¿Cómo?

IDASPES Como traigo orden
de que, la paz honestada,
y no admitida, os proteste
de que ella no es quien la rasga,
cuando…

ADMETA No más. Y acortemos
de palabras, que palabras
de los reyes con los reyes
sólo son…

Cajas dentro.

Nunca las cajas
a mejor tiempo se oyeron,
y aunque no sé quién las causa,
agradezco que me excusen
hablar yo donde ellas hablan.
¡Hola! ¿Qué rumor es ése?

Salen Petosiris y Nausiclés y Jebnón y soldados.

PETOSIRIS El de quien hoy a dar marcha
castigo a quien os disgusta,
por no decir os agravia.
Dadme la mano, porque
más favorecido vaya,
para volver más dichoso
segunda vez a esas plantas.

[Vase.]

ADMETA A buen tiempo habéis venido.
Embajador, yo pensaba
deciros lo que os han dicho
esos ecos; solo añadan
que advirtáis que a quien me enoje,
hay quien le castigue. Dadla
esta respuesta a Persina,
no de mi parte, pues sabia
la supo decir por mí
la casual circunstancia
de aquesas cajas, mostrando
—sobre hallarme en la campaña—
que son frases de los reyes
los idiomas de las armas.
IDASPES En fin, ¿rompéis la paz?
ADMETA Yo
no rompo sino esta carta,
que doy al aire, bien como
centro de sus esperanzas.

Vase.

IDASPES ¡Buena jornada hemos hecho,
honor, pues de la jornada
llevo a Etiopía una guerra,
y dejo en Delfos un alma!

Vase, y suenan dentro cuchilladas y ruido de platos que ruedan, y salen como oyendo a lo lejos Tíamis y Termutes, y bandoleros.

UNO ¡Mía la presa ha de ser!
OTRO Es inútil la porfía,
que a mí me toca, y es mía.
UNO Eso, tirano, es romper
la fe que debes guardar.
OTRO Aquí no hay que discurrir.
UNOS Pues ¡a matar o morir!
OTRO Pues ¡a morir y matar!
TEÁGENES ¡Déme el cielo su favor!
CARICLEA ¡Ay infelice de mí!
TÍAMIS Ninguno pase de aquí
hasta que de aquel rumor,
que desde anoche escuchamos,
hoy con el alba podemos
informarnos; que no habemos
de llegar sin que veamos

Siempre el ruido y cuchilladas dentro.

primero a lo lejos qué
armada gente de guerra
de aquel bajel salió a tierra,
y qué causa en ella fue
la que pudo ocasionar
tanto militar estruendo;
y más cuando estamos viendo
que el bajel, virando al mar,
los cables del ancla corta,

y vuelve al golfo, dejando
a los que trujo, peleando.

TERMUTES Ya parece que reporta
sus estruendos el furor,
pues ya nada desde aquí
se oye.

CARICLEA ¡Ay infeliz de mí!

TÍAMIS ¡Triste voz!

TEÁGENES ¡Cielos, favor!

Córrese una cortina, y vese lo que dicen los versos.

TÍAMIS Ya entre bélicos despojos,
de más cerca percibidos,
el terror de los oídos
se va pasando a los ojos.
Unas mesas, derribadas
sus viandas y vasos, veo,
y por mísero trofeo
de su opulencia, bañadas
todas en sangre; la arena
de cadáveres se ve
cubierta. ¿Qué teatro fue
en la más trágica escena
de cuantas representó
la deidad de la Fortuna
más horrible? Apenas una
vida de tantas quedó,
que no sea agonizando,
sino sola una mujer,
cuyo traje muestra ser
sacerdotisa, que, dando
voces, a un cadáver vi
que se abraza.

CARICLEA ¡Luces bellas,
cielo, sol, luna y estrellas,
tened lástima de mí;
que desde la primer cuna,

que aun no llegué a merecer,
sólo nací para ser
estrago de la Fortuna!

TEÁGENES No, no llores, Cariclea;
que no hay, aunque está mi vida
postrada a una y otra herida,
ninguna que mortal sea
más que tu voz… Proseguir
no puedo; no puedo hablar…
Mi bien, adiós.

CARICLEA ¡Que aun negar
me quiera el hado el gemir!
Pero no se alabará,
¡ay infeliz!, que quedé
viva; que apenas veré
que el postrero aliento da
su vida, aunque en mi temer
ya cualquiera es el postrero,
cuando con su mismo acero
sepa yo…

Toma el puñal de Teágenes, y tiénela el brazo Tíamis, quedándose con él en la mano.

TÍAMIS ¡Tente, mujer!…
Si no es que agravio te he hecho,
que tu traje y tu beldad
más parece de deidad;
bien que deidad y despecho
implica contradición.

CARICLEA También tu hábito y lenguaje;
pues no es tu acción dese traje,
o ese traje de tu acción.

TÍAMIS ¿Cómo?

CARICLEA Como dice horror
tu vista; tu acción, piedad.
Mas no, todo eres crueldad,
porque ¿qué crueldad mayor

que quitarle a un desdichado
el instrumento con que
fin a sus desdichas dé?

Quédase con el puñal Tíamis.

TÍAMIS Por más que el verte me ha dado,
no sin causa, horror, espero
que te asegures de mí;
que aunque es verdad que nací
para ser asombro fiero
deste monte, eres mujer,
y ellas de mis iras son
privilegiada excepción.
CARICLEA Pues si algo te he de deber,
sea, ya que tan humano
estás, que a ese lastimoso
joven valgas.
TÍAMIS ¿Es tu esposo?
CARICLEA No, señor, sino mi hermano.
(Esto es quitarle, en crueldad
tan grande como en él lidia,
el objeto de la envidia,
por darle el de la piedad.)
TÍAMIS De albricias de que lo sea
no sé lo que hubiera dado.
A ese joven desdichado
llevad, adonde se vea
en mi albergue, y en mi lecho
curar.
TERMUTES Yo le aplicaré
aquellas yerbas que sé
que tantas veces han hecho
milagros.
CARICLEA Esa piedad
¿con qué os pagaré, soldado?
Solamente me ha quedado
este anillo; éste tomad.

TÍAMIS Ya que es de otro, bien podré
feriarle yo a este bolsillo,
que no ha de ser de otro, anillo,
señora, que tuyo fue.
TERMUTES Fía que presto reciba
salud.

Llévanle.

TÍAMIS ¿Dónde vas tú? Espera.
CARICLEA A morir adonde él muera,
o a vivir adonde él viva.
TÍAMIS Seguro va, y cuando yo
tu pena intento aliviar,
no has de querer tú aumentar
la mía, sin ver que no
es bien dejarme dudando
de tanto estrago funesto
la causa. Qué ha sido esto,
y quién eres, sepa.
CARICLEA Cuando
te quiera en eso servir,
no sé, ¡ay de mí!, si podré.
(Y es verdad, porque no sé
lo que tengo de decir
deste traje, ni el intento
con que navegaba así,
ni quién soy.)
TÍAMIS ¿No empiezas?
CARICLEA Sí,
mas deja que cobre aliento.
En Tesalia, de Diana
desde mis años primeros
sacerdotisa viví,
votando a su casto ejemplo
la pureza de sus ninfas.
Mi padre, con otro acuerdo,
darme esposo pretendió;

y como la que haya hecho
voto a la diosa no puede
admitirle, si primero,
en dispensación del voto,
los sacros adornos puestos,
a Éfeso no peregrina,
en cuyo principal templo,
depuestas las vestiduras,
se las consagra, pidiendo
licencia para otro estado,
dispuso mi padre, atento
a cumplir la ceremonia,
que me embarcase en sus puertos,
de mi hermano acompañada.
Apenas, pues, el estrecho
desembocamos del Ponto,
cuando un cosario soberbio,
que, bandido de esos mares,
sus golfos infesta (Aquesto
sólo, ¡cielos!, es verdad.
¡Oh, nunca llegara a serlo!),
dio con nosotros; de suerte
que, ganado el barlovento,
sotaventados nos pudo
abordar, en cuyo encuentro,
aunque volvió rechazado
alguna vez, pudo fiero
entrar el bajel, de donde,
pasando al suyo primero
la gente y después la ropa,
dio al ya saqueado un barreno,
por no dividir en dos
marinaje y bastimento.
Con la presa, pues, ufano,
festejar quiso contento
a sus soldados la dicha;
y así, a esta playa, venciendo
las siete bocas del Nilo,

arribó, en cuyo desierto
mandó que a tierra sacasen
viandas y mesas, haciendo
de los hurtados tesoros
propios desvanecimientos.
A su lado me sentó,
y cuando ya casi ajenos
de sí el vino los tenía
—¡oh, hechizo, que gana afectos!—,
«Ya sabéis,» dijo, «soldados,
que cuanto se adquiere es vuestro;
y así del tesoro de hoy
llenad manos y deseos,
como a mí me dejéis sola
esta deidad para dueño,
con quien, para celebrar
hoy mis bodas, he dispuesto
este real banquete». Yo,
cuyo honor y cuyo riesgo
a cuenta de Diana corre,
a ella acudí. Oh, ¿cuándo el cielo
desfavorece su causa?
Dígalo en mi amparo puestos
todos los dioses, tomando
por no pensado instrumento
la voz de un capitán, que
dijo: «Ya sabéis que es fuero
entre nosotros que haya
de escoger de los trofeos
el que quisiere, el soldado
que, abordando, entra el primero
en el apresado vaso;
y habiendo yo sido, es cierto
que a mí la elección me toca,
y a todos la del derecho
de que el fuero se nos cumpla».
«En vano será tu intento»,
replicó; con que de una

en otra razón, vinieron
tan a las manos, que unos
de parte del arráez puestos,
de parte otros del soldado,
tan gran batalla se dieron
que, como ves, no escapó
ninguno de herido o muerto,
hasta mi hermano, que quiso
ponerse neutral en medio.
La gente de mar, entonces,
gozando a trance revuelto
la ocasión de hacerse suyos,
se hicieron al mar, diciendo…

Cajas, y sale Jebnón.

Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
TÍAMIS No prosigas. Ved qué es eso.
JEBNÓN Habiendo, señor, llegado
a tu hermano un extranjero,
y dicho que una mujer,
a quien injurias del tiempo
a estos montes derrotaron
(quien es calle, pues con eso
le obligo a que me halle a Tisbe),
es deidad de tanto aprecio,
que como le dé palabra
de ponerla en salvamento,
libre de tus opresiones,
le prestaría dineros,
con que pagando la gente,
pudiese venir resuelto
contra ti; y habiendo él
acetádole el concierto
de ponerla en libertad,
y dársela, los dos…

Caja.

Pero
¿para qué mi voz lo dice,
si antes lo dice ese estruendo?
Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
TÍAMIS ¿Mujer en mi poder, ¡cielos!,
que ponga en tanto cuidado
que obligue a hacer este esfuerzo?
¿Quién puede ser sino tú,
pues aquí no hay más sujeto
de estimación y codicia?
Alguno de los que huyeron
sacó del pasado robo
joyas, sin duda, y dineros,
con que hizo, al ver que quedabas
en mi poder, el empeño
de volver por ti.
CARICLEA (Su enojo
faltaba a mis sentimientos.)
Dentro ¡Arma, arma!
PETOSIRIS ¡Todo el monte
sitiad! ¡No escapen huyendo!
TÍAMIS Haz, Termutes, que la gente
vaya ocupando los puestos
de todas las eminencias
y pasos, mientras prevengo
yo una diligencia. No
se han de alabar que vinieron
por ella y que la llevaron.
TERMUTES (La que yo escondida tengo
no será, pero tampoco
la han de hallar; que para eso
servirá tener la doble
de la cueva.)

Vase.

TÍAMIS Ve con ellos
al puesto que te tocare.

JEBNÓN Sí haré. (Y tocárame el puesto
de acechar, entre estas ramas
escondido y encubierto,
dónde lleva esta mujer;
pues vendré a saber con eso
dónde se guardan las otras.)

Escóndese.

TÍAMIS Ven tú conmigo.
CARICLEA Si el ruego,
si el llanto,…
TÍAMIS Nada me digas.
CARICLEA Con mi hermano…
TÍAMIS Ven.
CARICLEA ¡El cielo
se duela de mí!
TÍAMIS (No sé
qué horror al mirarla engendro;
que viendo por una parte
que costó a un amante afecto
tantas vidas, y por otra
que hace conmigo lo mesmo,
pues por ella está mi gente
en mucho peligro, temo
que lo que empezaba amor,
acabe aborrecimiento.)

Vanse. [Sale Jebnón,] mirando adentro.

JEBNÓN Con ella a lo más inculto
del monte entra, donde, abriendo
funesta boca una peña,
que fácil se mueve, dentro
la deja, y vuelve a cerrarla,
partiendo a impedir resuelto
la invasión de la montaña
a los que ya van subiendo.

Dentro ¡A la cumbre!
PETOSIRIS ¡Ea, soldados,
que hoy el día ha de ser nuestro!
TÍAMIS No será sino de quien
castigue tu atrevimiento.

Caja.

TODOS ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
JEBNÓN Buena va la fiesta, pero
no para los que han venido;
porque como en descubierto
suben la falda, y los otros
detrás de las matas puestos
les esperan, a sus cargas
les hacen volver huyendo.
PETOSIRIS *dentro* Pues la maleza del monte
el mayor padrastro es nuestro,
y mayor defensa suya,
volvámosla contra ellos,
poniendo fuego a sus troncos,
con que los obligaremos
a salir a la campaña,
o a verse abrasados dentro.
NAUSICLÉS Dices bien; el monte arda,
y sítieles el incendio.
JEBNÓN Como dispuesta materia
son brozas y ramos secos,
en un instante la llama
crece.
TÍAMIS ¡Ah, cobardes, que viendo
que para mí el orbe es poco,
os valéis de otro elemento!
UNOS ¡Que me ahogo!
OTROS ¡Que me abraso!
PETOSIRIS ¡Arda todo!
TODOS ¡Fuego, fuego!

Sale Teágenes.

TEÁGENES (Habiendo, aunque mal curado,
cobrado el perdido aliento,
que la derramada sangre,
más que de la herida el riesgo,
ocasionó en el desmayo,
que ya me juzgaba muerto;
a tanto escándalo, ¿cómo
dejar de esforzarme puedo
en busca de Cariclea?)

Caja.

JEBNÓN (Aqueste soldado pienso
que tiene mi mismo humor,
pues tiene mi mismo miedo,
y al cuartel de la salud
se viene.)
TEÁGENES Decidme, os ruego,
si por extranjero es
posible que algo os merezco,
una mujer… Mas ¿qué miro?
¿Éste no es Jebnón?
JEBNÓN ¿Qué veo?
¿Señor, tú aquí? ¿Cómo?

Caja.

TEÁGENES Es
muy largo para agora eso.
Dime, ya que por mi dicha
en esta parte te encuentro,
si una extranjera hermosura
que, sacros adornos puestos,
aquí arrojó el mar, has visto.
JEBNÓN Sí; por señas que en el centro
de una gruta está escondida.
TEÁGENES Llévame a buscarla.

JEBNÓN Eso
no es fácil, porque las llamas,
alimentadas del viento,
nos tienen cerrado el paso.

Caja.

TEÁGENES Si el Volcán, si el Mongibelo,
si el Vesubio se opusieran,
entrara por todos ellos.
JEBNÓN Yo no; pero ven conmigo,
que hacia aquella parte, creo,
ya del incendio talada,
que habrá paso.
TEÁGENES Vamos presto.

Vanse.

UNOS ¡A la laguna a ampararnos!
PETOSIRIS ¡A ellos, Nausiclés!

Caja.

NAUSICLÉS ¡A ellos,
que ya van huyendo al agua!
TÍAMIS *dentro* Ya que vida y honor pierdo,
no han de lograr su esperanza.

Salen Cariclea y Tisbe por dos partes, como asustadas.

CARICLEA (¿Quién creerá, piadosos cielos,
que sea yo la sepultada,
siendo Teágenes el muerto?
Pues no dudo que con él
sañudo se muestre y fiero
quien tanto lo fue conmigo,
que en el pálido bostezo
desta gruta me encerrase.)

TISBE (Díjome que volvía luego
Termutes por mí, y ya tarda;
y así a buscar vuelvo a tiento
la entrada de aquesta cueva,
y aquel resquicio pequeño
de una claraboya que
en lo alto está entreabierto;
por si era salida, me hizo
retirar de ella.)
CARICLEA (Allí veo
breve luz, mal dispensada
de una quiebra: ver intento
si es salida.)

Vase. Sale, abriendo la peña, Tíamis.

TÍAMIS (Pues se valen
contra mí de tanto fuego
que en Etnas de llama y humo
queda todo el monte ardiendo,
válgame contra ellos yo
de otro horror. ¡Viven los cielos!,
que no han de lograr el fin
que en tanta ruina me ha puesto.)
¡Ah, divina tesaliana!
TISBE (Ruido hacia esta parte siento,
y por mis señas me nombran.)
¿Eres tú?
TÍAMIS ¿Quién podía serlo
sino yo? ¿Dónde estás?
TISBEA Donde
me dejaste.
TÍAMIS No te encuentro.
TISBE Aquí estoy; llega a mis brazos.
TÍAMIS Para darte muerte en ellos
será, con el puñal mismo
que antes quité de tu pecho,
porque no me acuses, pues

lo que te quité te vuelvo.
Muere a mi mano.
TISBE ¡Ay de mí!

Cae a la boca de la cueva Tisbe, y Tíamis deja caer el puñal.

TÍAMIS Agora llámeme el tiempo
el más cruel, más tirano,
más bárbaro, más sangriento
de los hombres; que no importa,
si consigo, por lo menos,
quebrar a todos los ojos
de una vez, a cuyo efecto,
porque aun muerta no la lleven,
la bóveda a cerrar vuelvo.

Vase, cerrando la peña.

NAUSICLÉS *dentro* Ésta es la parte por donde
Tíamis escapó huyendo.
PETOSIRIS *dentro* Seguid su alcance, y ninguno
le mate, si prisionero
le puede hacer.
JEBNÓN Pues que van
allí a Tíamis siguiendo,
y ésta es la cueva, ¿qué aguardas?
Entra.
TEÁGENES Que traigas, te ruego,
de ese encendido cañizo
un hachón.

Salen, entreabriendo la peña, Teágenes y Jebnón, con una hacha cubierta de hierba.

JEBNÓN Ya aquí le tengo;
entra. Mas ¡ay infeliz!

Tropieza en Tisbe y cae, matando el hacha.

TEÁGENES La luz, tropezando, has muerto.
JEBNÓN No es lo peor, sino que
en un cadáver tropiezo
de mujer; y las pavesas
mal vivas me están diciendo
que a matarla la encerró
aquel tirano soberbio.
Muerta es, Teágenes, la dama
que buscas.
TEÁGENES ¿Qué mucho —¡ay, cielos!—
que muera, Jebnón, tu luz,
si la luz del sol ha muerto?
JEBNÓN Por otra iré, para ver
si es ilusión.

Vase.

TEÁGENES ¡Oh, qué necio
estás! Es desdicha mía,
¿y había de dejar de serlo?
¡Cariclea, dulce esposa!

Sale Cariclea.

CARICLEA (La opaca lumbrera viendo,
respiración deste asombro,
mi nombre oí. Si no es del miedo
fantasía, ser juzgara
Teágenes.)
TEÁGENES ¡Hermoso dueño!
¡Dulce esposa! ¡Prenda amada!
¡Bella Cariclea!
CARICLEA (Ello es cierto.)
TEÁGENES No me acusen tus desdichas
que, mal herido y muriendo,
me olvidé de ti, pues a esta
prisión a buscarte vengo.

CARICLEA (Ya no le queda a la duda
acción, pues dice que, muerto
de sus heridas, me viene
a buscar.)
TEÁGENES ¡Divino cielo
eclipsado, dondequiera
que estás, oye mis lamentos!
CARICLEA (Su espíritu es. ¡Oh, qué mal
a responderle me aliento!)
Ya, Teágenes, los oigo;
más no me aflijas con ellos.
Déjame morir, sin que
aumenten mis sentimientos
tus tristes voces.
TEÁGENES ¿Qué escucho?
¡Allí la voz, y aquí el cuerpo!
Sin duda el alma se halla
fuera de él. Mas si era cielo,
y es centro el cielo del alma,
¿qué mucho? Vendrá a su centro.
¡Cariclea, esposa mía!
CARICLEA ¡Teágenes, mi amado dueño!
TEÁGENES Mi llanto oye.
CARICLEA Ya te he dicho
que no me aflijas; y puesto
que más muerta estoy que tú,
¿qué me quieres?
TEÁGENES Que te quiero
aun más allá del morir,
entiende.
CARICLEA Ya yo lo entiendo.
Mas vete en paz, no me aflijas,
digo otra vez.
TEÁGENES ¡Si el aliento
pudiera abrazar!

Abrázanse.

LOS DOS ¿Quién dio…
CARICLEA … cuerpo al alma?
TEÁGENES … al aire cuerpo?
CARICLEA ¡Qué asombro!
TEÁGENES ¡Qué confusión!

Sale Jebnón con luz.

JEBNÓN Aquí está la luz.
LOS DOS ¿Qué es esto?
CARICLEA ¿Si es ilusión del temor?
TEÁGENES ¿Si es delirio del deseo?
CARICLEA ¿Teágenes?
TEÁGENES ¿Cariclea?
CARICLEA ¡Que estás vivo!
TEÁGENES ¡Que no has muerto!
CARICLEA Pues vive tú, y vengan penas.
TEÁGENES Vive tú, y vengan tormentos.
Jebnón, pues toda mi dicha
fue el hallarte aquí, ¿qué haremos?
JEBNÓN Salir de aquí, que según
oí, Tíamis va huyendo
de Petosiris, y importa
que os halle sus prisioneros.
TEÁGENES Dices bien. De aquí salgamos.
JEBNÓN Salgamos. Mas ¡ay, inmenso
Baco, si no dios divino,
de vino dios!
CARICLEA ¿Qué ha sido eso?
TEÁGENES ¿En qué reparas agora?
JEBNÓN En que, si algo te debo,
si algo te sobró del llanto,
que me le prestes te ruego,
para llorar a mi Tisbe.
¿Cómo encarecerte puedo,
dulce esposa, prenda amada,
el gran gusto que me has hecho
en que te halle muerta, pues

me desocupas de celos
y cuidados de buscarte?
TEÁGENES No tu pena… Gente siento.
Retírate, Cariclea.

Sale Termutes.

TERMUTES (A costa de quedar preso,
de donde a Tisbe dejé
la he de sacar. Mas ¿qué veo?
¡Ella muerta, y gente aquí!)
¡Acudid todos corriendo,
que están robando el tesoro
de Tíamis!
PETOSIRIS *dentro* ¿Qué es aquesto?
NAUSICLÉS *dentro* En una gruta un soldado
voces da.
PETOSIRIS *dentro* Entrad todos dentro.
¿Quién es quien aquí se oculta?

Salen Petosiris, Nausiclés y soldados.

TEÁGENES Infelices extranjeros,
a quien Tíamis tenía
en el calabozo presos
de aquesta oscura prisión.
TERMUTES Es engaño: aquí encubierto
de Tíamis el tesoro
está, y a robarle éstos
entraron; y a esa mujer,
porque no hablara, la dieron
muerte.
LOS DOS Señor, yo…
PETOSIRIS No más.
¿Quién a esta mujer ha muerto?
LOS DOS No lo sabemos.
NAUSICLÉS (¿Qué miro?
Tisbe, ¿no es ésta?)

PETOSIRIS Prendedlos,
hasta que desta crueldad
el delito examinemos.
CARICLEA ¡Qué poca edad tiene un gozo!
TEÁGENES ¡Qué poco vive un contento!

Préndenlos, y Nausiclés le quita la espada.

JEBNÓN ¿Por qué a mí me han de prender?
Tu soldado soy; siguiendo
a ese bandido entré yo.
PETOSIRIS Después lo averiguaremos.
NAUSICLÉS ¿Qué hay que averiguar, si el mismo
puñal que está aquí sangriento,
en labor, metal y forma
conviene con el acero
que a él le quité?
TEÁGENES (¡Quién creyera
que fuera mi puñal mesmo
el que a esta mujer matara!)
PETOSIRIS Retirad ese funesto
asombro. Y esos soldados
con los demás prisioneros
llevad, y homicidio y robo
paguen. Tú, prodigio bello,
¿quién eres?
CARICLEA Una infeliz,
a quien Tíamis ha puesto
en esta prisión.
NAUSICLÉS (Pues, Tisbe
muerta, una ganancia pierdo,
no pierda otra en su hermosura.)
La esclava es por quien yo vengo.
CARICLEA ¿Yo esclava?
PETOSIRIS Porque no haya,
mientras voy en seguimiento
de Tíamis, accidente
que embarace el cumplimiento
de mi palabra, ya es tuya.

Vase.

NAUSICLÉS Ven conmigo.
TEÁGENES ¡Hermoso dueño!
CARICLEA ¡Dulce esposo!
TEÁGENES A morir voy.
CARICLEA Yo a vivir esclava.
LOS DOS ¡Cielos!
¿Habrá hijos de la Fortuna
que más convengan con serlo?

JORNADA TERCERA

Salen Admeta y damas.

ADMETA ¿En qué el horroroso estruendo
de armas, incendios y voces,
que toda la noche oímos
de esotra parte del monte,
parado habrá?

Cajas.

1.ª DAMA Ya a la duda
los formados escuadrones
que de la cumbre decienden
de más cerca te responden.

Salen Petosiris y soldados, que tienen presos a Teágenes y Jebnón y otros.

PETOSIRIS Dame mil veces las plantas,
porque con ellas corones
esta pequeña vitoria,
ensayo de otras mayores,
que espero que en tu servicio
mi fe y mi ventura logren
en las lides que te aguardan
de los fieros moradores
de Etiopía; bien que menos
haré en tu servicio entonces,
pues menos será vencer

unos bárbaros feroces
que un hermano, en quien mi honor
la dignidad antepone
a la sangre.

ADMETA Nunca menos
de vuestras obligaciones
esperé. ¿Viene entre esos
bandidos viles, traidores,
Tíamis?

PETOSIRIS Sola esa dicha
no lograron mis blasones.
A la laguna arrojado
huyó, donde un barco, pobre
de velas y remos, pudo
darle escape. Mas no ignores
que luego que de las muertas
aguas deje el lago, y tome
las vivas aguas del Nilo,
en sus corrientes zozobre,
pues no podrá contrastarlas
fusta de tan poco porte.
A la gruta, en que tenía
su gran tesoro, dispone
mi atención que en salvaguardia
quede una escuadra, con orden
que hasta que de él se entreguen
tus ministros, no le roben,
escarmentado de ver
que quiso hacerlo ese joven,
acompañado de esotro,
de quien hay bastante informe
que, engañando a los dos, era
de Tíamis espía doble:
a cuyo fin cometieron
un delito tan inorme,
como dar a una infelice
mujer muerte, porque voces
no diera; de que testigo

es el puñal de su estoque,
que, sangriento, quiso el cielo
que junto al cuerpo se tope.

ADMETA Pues, ¿qué esperáis a que al pie
de un tronco les den garrote?

JEBNÓN Por lo breve del despacho,
lo áspero perdono.

TEÁGENES (¡Dioses,
la falta de mi fortuna
bien mis hados reconocen!
¡Ay, perdida Cariclea!)

ADMETA Llevadlos.

JEBNÓN He aquí, señores,
lo que se saca de que
un criado a su amo tope
descarriado.

CARICLEA *dentro* ¡Esperad,
no los llevéis!

NAUSICLÉS *dentro* Aunque corres
veloz, imposible es que huyas.

ADMETA Aguardad, y ved qué voces
son ésas.

Salen luchando Nausiclés y Cariclea.

CARICLEA Más lo será
que tú, tirano, me estorbes
que, defendida de ti,
a estas plantas no me arroje.

ADMETA ¡Extraña mujer, y extraño
traje! ¿Quién eres?

CARICLEA Quien pone
vida, honor y alma a estos pies,
segura que si la oyes,
ni esas muertes se ejecuten,
ni estas violencias se logren.

NAUSICLÉS Una esclava mía, señora,
es, que con suposiciones

falsas, después que en mi casa
la crié, entre estos horrores
hallada, negar pretende
que lo es, cuando hay razones
tan grandes que lo acrediten,
como que, porque la cobre
Petosiris del poder
de Tíamis, le socorre
mi hacienda de cuantos medios
hubo menester, en orden
a salir a la campaña.

CARICLEA Porque sus engaños notes,
y veas que quien te engaña
en esto, en todo supone
engañarte, una experiencia
a mi verdad acrisole,
o su sinrazón castigue.

Vuelve atrás las manos.

Si ha tanto que me conoces,
y que soy esclava tuya,
di, ¿qué defecto disforme
es con el que señaló,
entre otras imperfecciones,
el cielo una mano mía,
haciendo que de ella sobre
el número de los dedos,
que añadidamente torpe
creció a más?

NAUSICLÉS ¿Ese defecto
querías que agora ignore?
(En la derecha, que huyendo
pude asir, no se conoce
tal defecto; luego es
la siniestra.)

CARICLEA ¿No respondes?
¿Cuál es la defectuosa?

NAUSICLÉS La siniestra.
CARICLEA ¡Reconoce
su traición, pues en ninguna
hay tal defecto! Y si esconden
alguno, es aqueste negro
lunar, que aun no supo. Abone
esta evidencia, señora,
a cuanto desde aquí obre
mi verdad, de otros engaños
desmintiendo las traiciones,
si piadosamente quieres
darme licencia.
ADMETA Di.
CARICLEA Oye.
Hermana soy infeliz
de ese desdichado joven,
no sé si diga en Tesalia,
de alta progenie de dioses,
que se hacen en las desdichas
sospechosos los blasones.
A efecto me acompañaba
(A valerme, ¡ay de mí!, torne
de aquella pasada industria:
¡oh, el cielo me la mejore!)
al gran templo de Diana
a deponer en sus nobles
aras estas vestiduras
de sacerdotisa, en orden
a que, obediente a mi padre,
conjugal estado tome.
TEÁGENES (¿Dónde irán a parar, ¡cielos!,
tan bien compuestas ficciones?)
CARICLEA Dejo que nuestro bajel
tirano cosario aborde;
dejo que a lograr la presa,
en Egipto ponga el norte;
dejo que, a tierra saltando,
banderizadas cuestiones

de él y los suyos hiciesen
trágico teatro el bosque;
dejo que de su tragedia
herido mi hermano postre
vida, alma y sentido; dejo
que, al verme yo en aflicciones
tales, con su puñal mismo
me hubiera muerto, si entonces,
piadosamente cruel,
Tíamis, al dar el golpe,
no me le quitara; y voy
a que, trocando temores
a temores, ansias a ansias,
penas a penas, rigores
a rigores, iras a iras,
pasaron nuestras prisiones
de los bandidos del mar
a los piratas del monte.
Arma tocaron los tuyos;
y, oyendo que quien le pone
en riesgo es una mujer,
pensando ser yo, me esconde
en aquella tenebrosa,
oscura prisión, adonde
mi hermano a buscarme vino.
¡Oh, hado!, ¿qué no dispones?
Si en ella aquella infeliz
muerta estaba a las atroces
sañas de otro, ¿cuánto es más
fuerte presunción que hombres
que concibieron las sañas
y abortaron los rencores
la diesen muerte, que no
quien triste, extranjero y pobre,
sin saber que hubiese allí
más tesoros que terrones,
por instantes esperaba
en sí y en mí el mismo golpe?

El indicio del puñal
desvanecido le borre
el que yo le dejé en manos
de Tíamis, de que informen
esos compañeros suyos;
ellos lo digan a voces,
y digan también si es
posible ser la que ese hombre
buscó desde ayer cautiva.
Y cuando tantas razones
a mi hermano no le amparen,
no le valgan, no le abonen,
la misma culpa que él tengo;
y así un mismo lazo ahogue
nuestras gargantas, si ya
destas ropas los honores,
pues me desmienten de esclava,
no me acreditan de noble,
haciendo que tus piedades
la apelación nos otorgue,
y en vez de infame dogal,
templado acero las corte,
para que siquiera digan
nuestros trágicos padrones:
«Aquí yacen dos hermanos,
de infelices, no de inormes».

ADMETA Alza del suelo, que cuando
no tuvieran tus pasiones
en el primer fundamento
tan vencidos los errores
de quien quiso hacerte esclava,
el ver que osada antepones
el pundonor a la vida
en obligación me pone
de creer tu ilustre sangre.
Y así, porque nadie toque
en si hice o no hice justicia,
quiero que tu hermano goce

la inmunidad de que el reo
que vio a su rey se perdone.

TEÁGENES Mil veces la tierra beso
que pisas, y en ella postre
una vida que recibo,
para que a logro la torne
de más noble muerte, cuando,
siguiendo de tus pendones
las militares insignias,
vea el ámbito del orbe
que al buril del beneficio
son hidalgos corazones
láminas de dos metales;
pues rebelde uno, otro dócil,
son de plomo al esculpirlos,
y al borrarlos son de bronce.

JEBNÓN Y sepamos, yo que veo,
sin que su esplendor me asombre,
también tu rostro —por señas
que es un cielo con dos soles—,
yo que sé que la que quiso
el señor presta–doblones
trocar a precio de plata,
fue la difunta de cobre,
¿no he de gozar del indulto?

ADMETA Tú y cuantos las armas tomen
en mi servicio estáis libres,
sino solamente ese hombre
que osó mentirme en mi cara;
y así mando que le…

JEBNÓN … ahorquen,
¡por amor de Dios! Y no
se pierda por un guillote
un consonante que viene
pintiparado de molde.

ADMETA … que le confisquen los bienes
que a logro dio, y de mi corte
salga desterrado.

JEBNÓN Haga
usted que a su Tisbe entonen
esas letras, pues no hay
por acá kirieleisones.
NAUSICLÉS Castigóme mi avaricia.
ADMETA Vos haced que aquí se forme
con esa gente la plaza
de armas, porque ya a la corte
no he de retirarme, hasta
que a ella vitoriosa torne
de Persina, que según
me avisan, ya marcha sobre
los campos del Catadupe.
¿Cómo, extranjera, es tu nombre?
CARICLEA Cariclea.
ADMETA Ven conmigo,
porque en mi servicio tomes
la posesión del amparo
que ya te dieron los dioses
en mi inclinación, en tanto
que a tus peregrinaciones
encuentres pasaje.
CARICLEA El cielo
tu vida aumente;…
TEÁGENES … y coronen
tus siempre gloriosas sienes…
CARICLEA … los tres ramos vencedores,…
TEÁGENES … cuando en tus timbres guarnezcan,…
CARICLEA … cuando en tus orlas adornen,…
TEÁGENES … triunfos el laurel,…
CARICLEA … la oliva
paces,…
LOS DOS …duración el roble.
ADMETA De ambos lo espero. (¡Qué rara
belleza! ¡Qué airoso joven!
En toda mi vida vi
semejanza más conforme.)

Vanse. Cajas, y salen marchando todos los que puedan de etíopes, hombres y mujeres, músicos, luego Persina y Idaspes con bengalas.

PERSINA Antes de pisar la raya
de Egipto, aquí hagamos frente
de banderas, porque antes
que yo sus términos entre,
hacer quiero adoración
a Andrómeda, que es quien tiene
de Etiopía el auxiliar
dominio, porque clemente
asista en mi amparo; a cuyo
fin mandé que me trujesen
el original retrato
que en mi más oculto albergue,
sin que de él faltase nunca,
tuve venerado siempre.
IDASPES Ya tu tienda armada está,
y según de aquí parece,
porque no dan las campañas
altares más reverentes,
la hermosa imagen se mira
sólo en el aire pendiente.

Córrese una cortina, y vese de diosa un retrato de Cariclea.

PERSINA Llegad todos, que los cultos
no con los adornos crecen,
sino con los rendimientos;
y así con himnos celebren
vuestras voces la deidad,
mientras yo a invocarla llegue.
(Bien que hoy a distinto fin
del que escuchó tantas veces,
en orden a saber si una
infelice vive o muere.)

IDASPES (¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
¿Vivo retrato no es éste
de aquella infausta hermosura?)
PERSINA ¿De qué, Idaspes, te suspendes,
y, como todos, humilde
veneración no la ofreces?
IDASPES ¿Quién a tanta perfección
habrá que absorto no quede?
(¡Qué cosa tan parecida!)
PERSINA ¿No la habías visto otras veces?
IDASPES Si en tu retrete, señora,
como has dicho, estuvo siempre,
¿cuándo pudo verla quien
nunca pisó tu retrete?
PERSINA Dices bien. Cantad vosotros.
IDASPES (¡Ay, bella perdida ausente!
¡Al ver esta imagen tuya,
qué de memorias revuelves!)
MÚSICA La diosa a quien Etiopía
sus altos blasones debe,
desde el día que Perseo
venció la marina sierpe,
celebremos alegres,
pues auxiliar el triunfo nos ofrece.
PERSINA Sacra Andrómeda, a quien yo
desde mis tiernas niñeces
tanto veneré, que nunca
te perdí de vista en ese
divino retrato tuyo,
pues aun las horas que ausente
te falté, en mi mente estaban
tan grabadas tus especies,
que más viva que tu aliento
te me pintaba mi mente,
admite el voto con que
todos te aclaman, pues eres…
ELLA Y MÚSICOS … a diosa a quien Etiopía
sus altos blasones debe.

PERSINA Tanto su piadoso celo
a tus aplausos se mueve,
que aun a la sierpe, que yace
a tus pies, por deidad tiene:
dígalo el orlar con ella
de sus armas los cuarteles,
por blasón de sus escudos,
por timbre de sus paveses,…
ELLA Y MÚSICOS … desde el día que Perseo
venció la marina sierpe.
PERSINA La guerra a que voy tan justa
es, que fío dignamente
que la ampares, pues la honestan
dos causas, ambas decentes:
una, el natural derecho
de quien tu causa defiende;
y otra, el debido castigo
de quien mis cartas desprecie.
Y así, porque más benigna
me asistas, te hago solemne
ofrecimiento de que
la primer vida que llegue
rendida a mis pies, ganada
del enemigo, la entregue
—ya que víctimas humanas
tu sacra deidad no acete—
a tu dragón, como sea
no natural de mis gentes,
porque con ella, postrando
nuestras vidas, en su muerte,…
ELLA Y MÚSICOS … celebremos alegres
la deidad, que auxiliar…
TÍAMIS *dentro* ¡Cielos, valedme!
PERSINA Esperad. ¿Qué triste voz,
perturbando el canto, hiere
el aire?
IDASPES Pequeño barco,
que allí, Nilo arriba, viene,

a fuerza de poco remo,
proejando con la corriente,
contrastando a los embates,
zozobrando a los vaivenes,
rozándose en una peña,
al tope la quilla vuelve.

PERSINA Corred aquesa cortina,
y mandad que a socorrerles
desa pesquería acudan,
que para nada nos puede
dañar oírlos, pues de Egipto
fuerza es venir.

IDASPES Ya la gente
de mar al agua se arroja.

PERSINA Yo misma a la orilla llegue,
porque, con mi vista, más
en su socorro se alienten.

IDASPES A golpes de agua, una ola
piadosa, entre otras crueles,
un hombre saca a la orilla.

Sale Tíamis cayendo y mojado.

PERSINA Y aun a mis plantas.

TÍAMIS ¡Valedme,
cielos!

PERSINA Alienta, infelice,
que ya en tierra estás.

IDASPES Deténte.
¿Qué haces? ¿Tú le das la mano?

PERSINA Casuales accidentes
ni deslucen los decoros,
ni abaten las altiveces.
Levanta, hombre. (Mas ¿qué miro?
¿Qué anillo, cielos, es éste?)

IDASPES Yo le ayudaré mejor.
Aparta, señora. Aliente
tu respiración, cobrada

con tal favor. (Pero déme
esfuerzo el valor, que el ver
este anillo me estremece.)

TÍAMIS De dos piedades me hallo
deudor a un tiempo, y de suerte
extraño que haya una sola
para mí, que es fuerza quede
suspenso con el temor
de cuándo desaparecen.

PERSINA Aunque oscuras, no son sombras.
Cóbrate, y dinos quién eres.

TÍAMIS En sabiendo con quién hablo,
porque no todo lo yerre.

PERSINA Persina soy de Etiopía.

TÍAMIS La tierra que pisas bese;
y ya no dude el milagro,
si está la deidad presente.
Yo soy Tíamis, señora,
a quien injurias crueles
de un padre injusto, una patria
ingrata, un hermano aleve,
le despecharon a ser,
en los montes eminentes
del heracleótico lago,
horror, escándalo y muerte
de cuantos a sus umbrales
—ya del mar aborto fuesen,
ya fuesen parto del monte—
airada arrojó su suerte.
Bandido, pues anhelaba
mi alto espíritu valiente
hasta mirarme no menos
que rey coronado en Menfis,
cuando el hado, que no quiso
que sin su influjo me vengue
mi valor, en Etnas de humo
toda la montaña enciende,
obligándome a que el agua

valga a quien el fuego ofende.
Y pues todo su rencor
sólo a mi fuga se extiende,
y no a mi vida, ha de ver
cuán caro el vivir les cueste;
pues si tú quieres triunfar
de una vez, como me entregues
algunas tropas que sigan
las trochas que yo dijere,
bien como ladrón del monte,
las conduciré de suerte
por tan no holladas veredas,
que, sin ser sentidas, lleguen
a una aldea, donde hoy
Admeta su corte tiene,
en cuyo no defensable
recinto, no dudes puedes
hacerla tu prisionera,
como yo primero entre
poniendo fuego al villaje,
y tú con la demás gente
vayas doblando la marcha
de retenes en retenes;
y cuando ya en confusión
estén, tocando arma, cerques
sus contornos, impidiendo
la retirada de Menfis.

Aparte los dos.

PERSINA (Idaspes.)
IDASPES (¿Qué es lo que mandas?)
PERSINA (Oír de ti qué te parece:
si será cordura o no
que ahora nos valgamos de éste,
que después nos guardaremos.)
IDASPES (Político dogma es ese
de que cuanto la traición

agrada, el traidor ofende;
y así, a mi juicio, señora,
será acertado que intentes
la interpresa, pues tan poco
en no lograrla se pierde,
supuesto que con el grueso,
para lo que sucediere,
te has de hallar; y más vencidos
los estrechos pasos fuertes
del monte.)

PERSINA Tíamis, yo
que agradecida me muestre
a vuestra fineza es justo;
y fiad de mí que os premie,
si con la interpresa salgo.

TÍAMIS Mi premio es el que me vengue.

PERSINA Pues disponedlo los dos.
Idaspes.

Yéndose.

IDASPES ¿Señora?

PERSINA Atiende.
En un anillo que ese hombre
tray, hice reparo al verle,
por parecerme que en él
el timbre está de los reyes
de Etiopía. Procurad,
como acaso, sin que se eche
de ver que es cuidado mío,
saber quién su dueño fuese,
y dónde se halla; y aunque es
curiosidad solamente,
os advierto que más esto
que la interpresa me mueve
a dejaros con él, tanto
que porque de vos no espere
segunda respuesta ya,

lo he de oír entre las redes
escondida de esos ramos.

Vase.

IDASPES (¡Bueno es que a mí me encomiende
mi mismo cuidado!) En fin,
¿cómo la marcha ha de hacerse?
TÍAMIS Tomando de aquí la tarde,
para que, cuando ya cierre
la noche, lo más fragoso
ocultas pasen las huestes;
y, emboscadas, mientras yo
el fuego de noche pegue,
den con el alba el asalto
a todo el pajizo albergue.
IDASPES Está bien; y ya no extraño
que vuestro valor se muestre
tan fino con Etiopía,
si advierto cuánto la aprecie
vuestro cariño, que traiga
sus timbres y armas en ese
anillo.
TÍAMIS Si hasta aquí fue
acaso, Idaspes, traerle,
desde aquí será cuidado,
como vasallo que siempre
seré de Persina.
IDASPES ¿Acaso
le traéis?
TÍAMIS Sí.
IDASPES Pues ¿quién puede
acaso habérosle dado?
TÍAMIS El despojo de una aleve
hermosa mujer, por quien
tantas ruinas me acontecen,
como desde que la hallé
entre ansias, horrores, muertes

y escándalos, de esos mares
derrotada, me suceden.
IDASPES ¿Aleve mujer, hermosa
y derrotada? ¿Quién fuese
supisteis?
TÍAMIS Sacerdotisa
en Grecia de una eminente
deidad era.
IDASPES Y ¿qué se hizo?
TÍAMIS (Callaré que la di muerte.)
En el incendio espiró,
rendida al fuego la nieve.
IDASPES (¡Ay, infelice de mí!
¿Éste fue el cuidado, éste
de Cariclés el amparo?
Mas disimular conviene.)

A los soldados.

En mi tienda reparad
a Tíamis, mientras quede
yo a distribuir el orden.
TÍAMIS (Nadie me acuse que intente,
pues que me queman el monte,
que yo el poblado les queme.)

Vase y sale Persina.

IDASPES ¿Haslo oído, señora?
PERSINA Sí,
y ¡pluguiera al cielo hubiese
antes oído de un rayo
el trueno, a cuya inclemente
saña acabara mi vida!
IDASPES Pues bien, tú desto, ¿qué sientes?
PERSINA No sé.
IDASPES ¿Qué es lo que te aflige?
PERSINA No sé.

IDASPES ¿Tú tan impaciente?
¿Qué te importa esto?
PERSINA No sé.
IDASPES Poco mi lealtad te debe.
PERSINA No debe, pues fueras tú,
cuando alguno ser pudiese,
el que escuchase de mí
que todo el coro celeste
de los dioses es testigo
de que el átomo más leve,
la imaginación más vaga,
el pensamiento más débil
jamás ofendió a mi esposo,
para que el temor me hiciese
que… Mas ¿qué digo? La voz
enmudezca, el labio selle;
que a decoro como el mío,
aun la disculpa le ofende.
Y así, perdóname, pues
ves que a un mismo tiempo quieren
que lo cuente mi dolor,
y mi honor que no lo cuente.

Vase.

IDASPES Oye, aguarda, escucha, espera.
¡Cielos! Sobre parecerse
tanto a Andrómeda la infausta
belleza, y sobre ponerse
en cuidado del anillo,
lamentar tanto su muerte,
mucho dice y mucho calla.
Pero a seguilla me esfuerce;
que mujer que ya empezó
un secreto, mucho tiene
andado para acabarle;
y viva o muera, conviene
a mi confusión saber
qué raro prodigio es éste.

Vase y salen Admeta y damas con luz, y Cariclea.

ADMETA (¡Qué bien un cuerdo decía
que asistencia y no amistad
estorban la soledad
y no hacen compañía!
Dígalo yo, que aunque quiera,
sin nota, encerrarme aquí,
para preguntarme a mí
si soy hoy la que ayer era,
no me es posible. Mas ¿quién
me lo quita? Quien me dio
la razón de sentir, ¿no
me dio la razón también
de quejarme del rigor
con que hacer supo mi agrado
de una lástima un cuidado,
y de un cuidado un dolor?
¡Bueno es que quiera mi estrella,
sin ver quién soy, darme hoy
pena, y mire yo quién soy,
para no quejarme de ella!
Pues no…) De aquí os id.

1.ª Advierte
cuánto a todos desconfía
la grave melancolía
que de la dicha de verte
los retira, cuando están
con verte sólo premiados
tantos valientes soldados
como alistándose van
para esta empresa.

ADMETA Aunque sea
tal su fineza, en mí es
fuerza el dolor. Dejad, pues,
la luz, y idos. Cariclea,
¿tú también te vas?

Vanse las damas.

CARICLEA Pues ¿yo,
de una ley que en todas vi,
puedo ser excepción?
ADMETA Sí,
que a ti solamente no
mi pena alcanza importuna.
CARICLEA ¿Por qué a mí dolor tan fuerte?
ADMETA Porque sólo me divierte
que me hables en tu fortuna.
En fin, ¿en Tesalia es
tu ilustre progenie clara
de sus dioses?
CARICLEA Mal osara
a mentirte en eso.
ADMETA Pues
como a noble, fiarte quiero
de mi pena la ocasión,
bien que una proposición
conviene asentar primero.
En Egipto hay una ley,
que cuando mujer hereda
su reino, eligir no pueda,
para esposo y para rey
suyo, príncipe extranjero;
porque su soberbia es tal
que, no siendo natural,
no bien se domeña al fuero
de otro supremo laurel,
si ya no es que el que a ser venga
su esposo y su rey, prevenga
naturalizarse en él,
haciendo renunciación
de otro derecho cualquiera
a otros reinos, de manera
que, con esta condición,
hay apenas quien trocar
quiera su patria a la ajena;
con que sujeta a la pena
viene la que hereda a estar

de haber de elegir vasallo
en Egipto natural.
Y siendo mi altivez tal
que en todo el reino no hallo
igual mío, porque vana
al partido no me doy
de que quien me sirve hoy
me haya de mandar mañana,
me ha parecido poner
la mira en quien, sin dejar
reino suyo, pueda dar
lustre a Egipto, pues con ser
de real estirpe, y tomando
su naturaleza en él,
sin obligarme al cruel
trance de ver igualando
a mí al que miré inferior,
tomaré a mi gusto estado.

CARICLEA Bien, señora, lo has pensado.
Mas ¿dónde hay merecedor
sujeto a tan soberano
premio como el tuyo?

Salen Petosiris y Teágenes, hablando, sin verlas.

ADMETA Sí hay;
y quizá el cielo le tray
no acaso a este fin.

CARICLEA Mi hermano
con Petosiris llegó
hablando.

ADMETA A buen tiempo fue,
pues con eso me excusé
de haber de nombrarle yo.
Tú le nombraste; y pues eres
su hermana, y capaz estás,
dile o no le digas más
de aquello que tú quisieres.

Vase.

CARICLEA (¿Para esta desdicha, ¡oh hado!,
me brujuleaste una dicha?
Mas ¿cuándo no fue desdicha
la dicha del desdichado?)
PETOSIRIS Esto, Teágenes, quisiera
que mereciera con vos
una amistad, que en los dos
hacerse inmortal espera.
De Isis, nuestra gran deidad,
militar caudillo soy,
a cuya dignidad hoy
se añade la dignidad
de general desta guerra.
El defecto en que caí,
cuando esclava la creí
—si bien dicen que no yerra
el que con quien habla ignora—,
en bastante enmienda acaba,
pues el que la creyó esclava
la elige para señora.
Mas allí está; llegad vos,
pues como hermano podéis
decirla… Mas vos sabéis
qué habéis de decirla. Adiós.

Vase.

TEÁGENES (¿Qué dicha habrá que no sea,
por más que mejore estado,
desdicha del desdichado?)
CARICLEA Teágenes.
TEÁGENES Cariclea.
CARICLEA ¿Triste me respondes?
TEÁGENES Quien
nunca alegre estar espera,
mal puede de otra manera.

CARICLEA Quizá con un parabién,
que traigo que darte yo,
desde hoy alegre estarás.
TEÁGENES ¿Parabién tú a mí?
CARICLEA Sí.
TEÁGENES Más
con eso me entristeció
tu voz.
CARICLEA ¿Por qué?
TEÁGENES Porque a darte
yo a ti un pésame venía,
y es villana grosería
con un pésame pagarte
un parabién.
CARICLEA Dime, pues,
tú a mí primero el pesar,
porque le pueda enmendar
la alegría de después.
TEÁGENES Antes, Cariclea, es mejor
oír primero el placer;
que sobre un placer caer
el pesar, se hará menor.
CARICLEA Curar en salud es medio
muchas veces de enfermar.
TEÁGENES También lo es de no sanar
el llegar tarde el remedio.
CARICLEA Dejemos sofisterías;
que aunque yo venciera infiero,
darme por vencida quiero.
Sabrás que las penas mías
dichas desde hoy pueden ser.
TEÁGENES ¿Cómo?
CARICLEA Parando en tu aumento.
TEÁGENES ¿Con qué?
CARICLEA Con un casamiento
que está en tu mano el hacer.
TEÁGENES (Ya en Petosiris, ¡ay, cielos!,
otro primero la habló,

y pretende que sea yo
el tercero de mis celos.)
Y ¿es de aqueso el parabién
que vienes a darme?

CARICLEA Sí;
porque ¿qué me puede a mí
estar, Teágenes, más bien
que verte…?

TEÁGENES No, no prosigas,
ni adelante, ingrata, pases,
que no importa que te cases,
tanto como que lo digas.

CARICLEA ¿Cómo casarme?

TEÁGENES Pues ¿no
es eso lo que me quieres
tú decir?

CARICLEA ¿De qué lo infieres?

TEÁGENES De lo que conmigo habló
Petosiris, cuya fe
el creerte esclava mejora,
su esposa haciéndote agora.

CARICLEA Eso es lo que yo no sé.

TEÁGENES Si eso no sabes, tirano
dueño, ¿cómo, di, mi aumento
estriba en un casamiento,
que está el hacerle en mi mano?

CARICLEA Como Admeta, por cumplir
no sé qué heredado rito
que es inviolable en Egito,
por no obligarse a elegir
vasallo esposo, me ha hablado
en que tú, ¡ay de mí!, lo seas,
y rey de Egipto te veas;
en que el parabién fundado
viene que mi amor te dio,
atento a su buena ley;
porque como tú seas rey,
¿qué importa que muera yo?

Goza, señor, la ventura
que Admeta a tus pies humilla.
Yo me quedaré a servilla,
esclava de su hermosura,
verdad haciendo, ¡ay de mí!,
la pasada traición, pues
verdad, Teágenes, es
que para esclava nací
de quien sea esposa tuya.

TEÁGENES Mira cuán contrarias son
tu pasión y mi pasión,
y cuál es bien que se arguya
más fina; pues cuando vio
el rostro a un mismo desdén,
dándome tú un parabién,
te doy un pésame yo,
mostrando que, aunque te viera
reina del mundo mi suerte,
siempre sintiera el perderte.

CARICLEA Y yo también lo sintiera,
mas consolárame el ser
placer tuyo mi pesar.

TEÁGENES Eso es amar sin amar.

CARICLEA Eso es querer por querer;
pues no que mi primera infausta cuna
tronco infeliz del Catadupe fuera,…

TEÁGENES Pues no que en sombras mi esplendor naciera
embozado, a merced de la fortuna,…

CARICLEA … no que arrojada fuese, donde una
mortal envidia me ultrajase fiera,…

TEÁGENES … no que ladrón pirata redujera
todo el mar a una bárbara laguna,…

CARICLEA … no que enterrada en vida el centro ocupe,…

TEÁGENES … no que un dogal ahogase mis anhelos,
ni el mar,…

CARICLEA … ni el fuego,…

TEÁGENES … el lago…

CARICLEA … el Catadupe…

TEÁGENES … me dio temor,…
CARICLEA … me puso desconsuelos,…
TEÁGENES … hasta que lo que son los celos supe.
CARICLEA … hasta que supe lo que son los celos.

Sale Jebnón.

JEBNÓN ¡Gracias a Dios que te hallé!
TEÁGENES Pues ¿qué hay de nuevo, Jebnón?
JEBNÓN El dar yo una relación,
y tú no albricias.
LOS DOS ¿De qué?
JEBNÓN De que un bajel que ha llegado
al puerto —bien que hasta el día
la barra de su bahía,
tomando bordos, no ha entrado—,
de Delfos trae, en favor
de Menfis, por la amistad
de una y otra majestad,
socorro; y su embajador
diz que es un ilustre anciano,
gran sacerdote de Apolo,
porque tanto empeño sólo
de él fiara; con que es llano
que él griego y que tú a porfía
griego, que griega la hermana,
y griego yo, habrá mañana
una grande grieguería;
pues en sabiéndose quién
eres, es fuerza, señor,
crezca de Admeta el favor.
LOS DOS ¡Maldígate el cielo, amén!
JEBNÓN Éstas las albricias son
que gastan siempre los amos.
TEÁGENES En mayor peligro estamos
de cuantos la indignación
de nuestro influjo tirano
nos puso, pues fuerza es

que tu robo Cariclés
sienta, y que no soy tu hermano
los dos.

CARICLEA Disculpa bastante
tuve; que siempre a mi honor
y traje estaba mejor
decir hermano que amante.

TEÁGENES Y ahora, ¿qué habemos de hacer
para salvar la mentira,
y guardarnos de la ira
de tres poderosos?

CARICLEA Ver
si habrá modo de salir
huyendo de aquesta tierra.

Dentro cajas.

Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

TEÁGENES Mas ¿qué es lo que llego a oír?

TÍAMIS *dentro* ¡Arda toda la campaña,
porque con las armas mesmas
que triunfó mi agravio, triunfe
mi venganza!

Caja.

CARICLEA ¡Triste pena!

TEÁGENES ¡Fiero asombro!

Salen Admeta, damas y Petosiris.

ADMETA Acudid todos
a ver qué cajas son éstas,
y quién sin orden las toca.
Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

PETOSIRIS Amparadas de la noche,
que por no pisadas sendas
les dio paso, de Persina

avanzadas tropas negras,
que al mismo fuego que encienden
se dejan distinguir, entran
abrasando los villajes
del contorno. Allí te espera
—pues ya ves cuánto imposible
es aquí la resistencia—
un caballo; ponte en él,
y antes que lleguen, la vuelta
toma de Menfis; que yo,
en orden la gente puesta
con que aquí te hallas, haré
en su opósito que tengas
segura la retirada.

Vase. Cajas siempre.

TEÁGENES Yo moriré en tu defensa;
que pues te debo la vida,
es bien pagarte la deuda.

Vase.

ADMETA ¿Qué es retirarme? Una espada
me dad, que yo la primera
seré que al encuentro salga.

Vase.

CARICLEA Y DAMAS Todas, a tu ejemplo atentas,
moriremos a tu lado.

Vanse.

UNOS *dentro* ¡Arma, arma! ¡Viva Admeta!
OTROS *dentro* ¡Arma, arma! ¡Persina viva!
TÍAMIS *dentro* ¡Arda todo! ¡Fuego! ¡Guerra!

Caja.

JEBNÓN Arma, fuego y guerra, ya
es paso hecho en otra escena,
y no vale; y si es que vale,
también del tono que en ella
se cantó, valdrá la fuga.
A mí me tocó el hacerla;
y pues es de mi papel,
le he de hacer entre estas peñas,
sin aguardar el apunto.

[Vase.] Caja.

ADMETA ¡Ceda el valor a la fuerza,
y a Menfis todos!
TODOS ¡A Menfis!
PERSINA Será inútil diligencia,
que va Persina en tu alcance.
CARICLEA Y en su amparo Cariclea.

Esta batalla se puede hacer saliendo con sus versos cada uno, y si no pareciere, dentro; y salen riñendo Persina y Cariclea.

PERSINA El trance de la batalla,
que sañudamente fiera
de una y otra parte hacer
quiere ambas famas eternas,
parece que, repartiendo
triunfos, para mí reserva
el mayor, pues que contigo
no sin vanidad me encuentra;
porque, según es tu esfuerzo,
en ti a todo Egipto venza.

Caja.

CARICLEA Ya que como en aplazado
duelo, y no batalla, entera
la noche, nos halla el día
peleando hasta que amanezca,

pues soy, etiopisa, el triunfo
que te prometes, ¿qué esperas?
Vuelve a embestirme.

Riñen, y retírase Persina.

PERSINA Sí haré;
bien que ya con las primeras
luces del sol, mal distinto
tu rostro me representa
no sé qué visos, qué lejos
de una deidad, con tal fuerza
que, ya que no me acobarde,
me obliga a que me suspenda.

Caja.

CARICLEA No es sino que, al ver que huyen
las oscuras sombras negras,
tú, como sombra, también
te pones en fuga.
PERSINA Ésa
es presunción de tu brío;
y para que nada creas
que a mí me retira, pues
ya sé que sois hechiceras
las gitanas, y que habrás,
en fantásticas ideas
de aparentes ilusiones,
sabido tomar las señas
de quien puede acobardarme,
vuelva nuestro duelo.

Riñen, y retírase Cariclea.

CARICLEA Vuelva.
Pero ¿qué es lo que también
miro yo en ti que flaquea,

si no el corazón, el pulso,
y si no el valor, la fuerza?
PERSINA Ver que desprecié tu hechizo
te habrá acobardado.
CARICLEA Ésa
también de tu esfuerzo es
presunción; y porque veas
que tampoco me acobarda
nada, vuelva el duelo.

Caja.

PERSINA Vuelva.
CARICLEA (¡Oh, si hubiera modo, cielos,
de un ofender que no ofenda!)
PERSINA (¡Oh, cielos, si hubiera modo
de algún vencer que no venza!)

Riñen, y cae Cariclea.

A mis plantas has caído.
CARICLEA No el tronco la culpa tenga,
en que tropecé, pues es
más reservada violencia
la que a tus plantas me arroja,
supuesto que estoy a ellas
más bien hallada vencida,
de lo que quizá estuviera
vitoriosa.
PERSINA ¡Ay infeliz
de ti! Porque aunque yo quiera
usar de ese mismo afecto,
no puedo: de la primera
cosa que viese rendida
a mis pies, hice promesa
al marino monstruo…
CARICLEA ¿Qué oygo?
PERSINA … de Andrómeda, y en ti es fuerza…
Dentro ¡Vitoria por Etiopía!

OTROS *dentro* ¡Viva Persina, su reina!
PERSINA … que se cumpla el voto, y más
cuando esas voces me acuerdan
que me ofrece la vitoria
porque le cumpla la ofrenda.
Dentro Hacia aquella parte está.
PERSINA Y pues ya en mi alcance llegan
los que llenos de despojos
vuelven, es justo que adviertan
que no sin ellos les salgo
al paso. Al rostro te echa
aquesa banda, no tanto
porque es ceremonia, en muestra
de que condenada a muerte
vas, cuanto porque no vea
tu hermosura, y contra el voto
la lástima me enternezca.
Sígueme, sin verte.
CARICLEA ¡Dioses,
cielos, sol, luna y estrellas,
montes, mares, troncos, flores,
hombres, aves, brutos, fieras,
tened lástima de mí,
al ver ya cumplida aquella
amenaza!

Vanse. La caja, y sale Calasiris deteniendo a Cariclés.

Dentro ¡Etiopía viva!
¡Viva Persina, su reina!
CALASIRIS ¿Es posible que, escuchando
tan grandes estruendos, quieras
a tierra salir?
CARICLÉS Si sabes
que la pretensión de aquesta
embajada fue fundada,
a pesar de años y fuerzas,
en las noticias que trujo

un bajel que, a toda vela
huyendo de aquel pirata
que me robó a Cariclea
—pues otro no pudo ser
que el que nuestro mar infesta—,
a Delfos llegó, diciendo
que dobló el cabo la vuelta
de Menfis, y por cobrarla,
creyendo que en él la venda,
al tesoro de sus hados
sabes que añadí mi hacienda,
reducida a tales joyas
que ocultas conmigo vengan;
si sabes que al mismo tiempo
no menos la diligencia
en Etiopía me importa
que hagas tú en orden a aquella
lámina, ¿qué admiras que
con dos causas como éstas
nada repare, y más cuando
en cualquier trance de guerra
los fueros de embajador
con todos me privilegian?
Pues si encuentro con la gente
de Persina, diré que a ella
vengo, en fe de la medalla;
si encuentro con la de Admeta,
que el socorro es que la ofrece
Delfos. Ven, pues, y no temas
el ser conocido, pues
tan desemejado llegas
al cabo de tantos años;
y de mi amistad espera
que no se sepa quién eres,
hasta que tu perdón tenga.

CALASIRIS Pues ya que esas dos razones
te aseguran, desde esta
parte puedes, retirado,

ver qué gente es la primera
que marcha hacia aquí, porque
la que te importe prevengas.

Caja, y salen Idaspes con Admeta, Tíamis con Petosiris, Persina con Cariclea, y todo el acompañamiento de etíopes y gitanos, Teágenes y Jebnón.

IDASPES Ésta, divina Persina,
que a tus pies yace, es Admeta.
TÍAMIS Éste que a tus plantas yace
es mi hermano, porque veas
lo que me debes.
CALASIRIS ¿Qué miro?
Mis dos hijos son.
CARICLÉS ¿Qué intentas?
CALASIRIS Dar muerte al traidor, porque
contra su patria no venza.
ADMETA Dame tu mano. (¡Aquí pudo
llegar mi fortuna adversa!)
PERSINA Levanta; que aquestos trances,
aunque deslucen, no afrentan.
Alzad vos.
PETOSIRIS (¡Hasta aquí pudo
llegar mi fe y su soberbia!)
TEÁGENES No tanto el verme rendido
siento, como que no vea
a Cariclea entre cuantas
han quedado prisioneras.
¿Si habrá muerto en la batalla,
Jebnón?
JEBNÓN Sí habrá; mas ¿qué pena
te da? También murió Tisbe,
y estaba muy linda muerta.
TEÁGENES Calla, bárbaro, villano.
PERSINA Aunque las hazañas vuestras
son tan grandes, no menor
es la que mi fama espera

(¡Oh cuán a costa del alma
siento, sin saber qué sienta!),
pues es el despojo mío
esta divina belleza,

Descúbrela.

que de Andrómeda a las aras
ha destinado su estrella;
y no en vano, pues debió
de ser, no sin providencia,
el que fuese parecida
a su imagen su belleza,
como en venganza de que
es bien su víctima sea
tan sacrílega hermosura
que a su deidad se parezca.

CARICLEA (¡Oh! ¡Lo que ha de ser, qué mal
se desvía! Mas la queja
cese, que tragedia no es
la que es última tragedia.)

TEÁGENES (¡Qué miro! ¡Ay de mí infelice!)

JEBNÓN Albricias, señor, no es muerta;
pero está muy apretada.

IDASPES (Mi infeliz beldad ¿no es ésta?)

TÍAMIS (¿No es ésta la que di muerte?)

PETOSIRIS (Bastaba, ¡ay de mí!, quererla
yo, para ser desdichada.)

ADMETA (Bastaba, ¡ay de mí!, tenerla
yo inclinación, para ser
infelice.)

CARICLÉS (¿No es aquélla,
¡cielos!, la que en sueños vi,
y la otra Cariclea?)

TODOS CINCO (¡Qué confusión!)

PERSINA No me admira
que os lastime, que os suspenda
a todos ver su hermosura
en tanto peligro puesta;

más lo siento yo que todos,
mas no hay piedad donde hay fuerza.
Y pues acudir al voto
es obligación primera,
con ella venid adonde,
ante su imagen…

IDASPES Espera:
que esa mujer ser no debe
sacrificada a la fiera
de Andrómeda, en fe del voto.

PERSINA ¿Por qué?

IDASPES Porque, si te acuerdas,
dijiste que había de ser
el primer triunfo que fuera
no natural de tus gentes;
y siendo natural ella,
no debes cumplir el voto.

PERSINA ¿Cómo es posible que sea
natural la que contraria
tanto es a la color nuestra?

IDASPES Como, aunque es blanca, etiopisa
es: yo la hallé entre unas peñas
recién nacida, entre reales
ropas y joyas.

PERSINA ¿Qué es de ellas?
Que como yo las conozca,
dirás verdad.

IDASPES ¡Quién no hubiera
dádolas a Cariclés!

CARICLÉS No el que él las tuviese sientas,
pues viniendo en busca suya,
aquí las tienes. ¿Son éstas?

Dale el cofrecillo.

PERSINA Éstas son joyas y cifras
que mandé poner con ella,
cuando… Mas ¿qué es lo que digo?

Arrebatóme la fuerza
del alborozo de hallarla.

IDASPES No el labio y la voz suspendas;
que el oráculo que dijo
que víctima había de verla,
cuyo presagio pensé
que le enmendara su ausencia,
también dijo que en el día
que su sacrificio fuera,
se había de saber quién es.

PERSINA Pues él quiere que se sepa,
vasallos, deudos y amigos,
sabed que es mi hija; que al verla
nacer tan blanca, diciendo
que había nacido muerta,
la eché de mí, por temer
alguna infame sospecha
contra mi honor.

CALASIRIS Fue ignorancia
de quien no ha estudiado ciencias;
y aunque aventure la vida,
pues ya no importa perderla,
dando muerte a un traidor hijo,
y abrazando la nobleza
de otro, yo soy Calasiris,
y de tu honor en defensa
sustentaré que hace caso
la imaginativa fuerza
de la aprensión.

IDASPES Y más cuando,
para mayor consecuencia,
el concepto parecido
tanto es a la imagen bella
de Andrómeda, que es quien siempre
retratada está en tu idea.
Y así, etíopes, decid,
en hallazgo de tal prenda:
¡Cariclea viva, hija
de Persina, nuestra reina!

PERSINA Dame los brazos.
CARICLEA Ya otra
vez me vi a tus pies contenta,
pero no besé tu mano;
y así agora…
PERSINA Aun esta seña
del negro lunar afirma
más que toda la evidencia
de igual prodigio.
TEÁGENES El primero
te dé yo la norabuena;
porque como reines tú,
¿qué importará que yo muera?
CARICLÉS Ya que he sido el instrumento
de tanta dicha como ésta,
de esas joyas la más pobre
sólo pido en recompensa.
PERSINA ¿Qué joya es?
CARICLÉS Una medalla
en quien la Fortuna impresa
está.
PERSINA Esa joya no es mía,
ni yo la puse con ellas.
CARICLEA Ni puede dártela a ti,
porque hay dueño cuya sea.
CARICLÉS Pues ¿cúya puede ser?
TEÁGENES Mía;
y así es justo que a mí vuelva.
Orodantes, en Tesalia
capitán de la interpresa
del templo de Delfos, dijo,
después que desde mi tierna
infancia me crió en su casa,
que están mis hados en ella,
y que ella descubriría
algún día que descienda
de alto linaje de dioses.
CARICLÉS No más: bastan esas señas,
sobre el natural cariño

que, desde la vez primera
que te vi, te cobré, para
que te conozca y te tenga
por hijo mío.

PERSINA Pues ¿cómo
de Tesalia vino entre estas
joyas, viniendo de Delfos?

CARICLEA Como yo la puse entre ellas.

PERSINA Pues ¿quién te la dio a ti?

TEÁGENES Yo,
por señas de que fue en prendas
de fe y palabra de esposo.

CARICLEA Y por señas que la deuda
conozco, aunque pierda el reino.

PERSINA No hay razón de que le pierdas,
siendo de Cariclés hijo.

ADMETA Luego, ¿tu hermano no era?

PETOSIRIS Luego, ¿no era hermana tuya?

JEBNÓN Concedo la consecuencia;
y pues con esta alegría
ha de volver libre Admeta,
dejando en rehenes las minas
que ocasionaron la guerra;
y habiendo de ser su esposo
vasallo, ha de merecerla
la lealtad de Petosiris;
y por esta razón mesma
han de quedar perdonados
Tíamis de su soberbia,
Calasiris de su error;
vaya de baile y de fiesta,
porque sirva de remate,
embebido en la comedia
de *Los hijos de Fortuna,*
Teágenes y Cariclea.

FIN

LUIS PÉREZ EL GALLEGO

Personas que hablan en ella:

LUIS Pérez
MANUEL Méndez
Don ALONSO de Tordoya
JUAN Bautista
PEDRO, gracioso
ALMIRANTE de Portugal
LEONARDO
CORREGIDOR
JUEZ Pesquisidor
ISABEL, hermana de Luis Pérez
Doña JUANA
Doña LEONOR
CASILDA, criada
ALGUACIL 1
ALGUACIL 2
ALGUACIL 3
ALGUACIL 4
VILLANO 1
VILLANO 2
SOLDADO 1
SOLDADO 2
CRIADOS

JORNADA PRIMERA

Salen LUIS Pérez, con la daga desnuda detrás de PEDRO, e ISABEL y CASILDA, deteniéndole

ISABEL: ¡Huye, Pedro!
LUIS: ¿Dónde ha de ir,
si yo le sigo?
PEDRO: Las dos
le detened.
LUIS: ¡Vive Dios,
que a mi mano has de morir!
ISABEL: ¿Por qué le tratas así
tan riguroso y crüel?
LUIS: Por vengar, ingrata, en él
las ofensas que hay en ti.
ISABEL: No te entiendo.

LUIS: Deja, pues,
que mate a quien me ofendió,
aleve hermana; que yo
me declararé después
contigo, y saldrá del pecho,
envuelto en iras y enojos,
por la boca y por los ojos
todo el corazón deshecho.

ISABEL: Cuando formas en mi daño
máquinas y presunciones,
aunque extraño tus acciones,
mal tus razones extraño.
¿Tú descompuesto contigo,
necio, atrevido, villano,
mi enemigo y no mi hermano?

LUIS: Y dices bien tu enemigo,
pues el acero que ves,
bañado quizá algún día
en la sangre tuya y mía,
pondrá un agravio a mis pies.

PEDRO: (En tanto que quien metió **Aparte**
paz en la ajena pendencia
lleva lo peor, la ausencia
me valga; que, ausente yo
de este soberbio tirano,
seguro resistiré
con fuga de guardapié
la daga de guardamano.
Adiós, patria; que es forzoso
no volver a verte más.)

LUIS: Pedro, oye; pues que te vas
más libre y más venturoso
que tu traición mereció,
advierte que desde aquí
te guardes siempre de mí;
porque, si por dicha yo
de aquí a mil años te veo
al cabo del mundo, allí
no estás seguro de mí.

PEDRO: Yo lo oigo y yo lo creo,
y de la difinitiva
no apelo, que la consiento.
Y en cuanto a su cumplimiento,
pues me permites que viva
ausente, digo que iré,
por complacer tus deseos,
a vivir entre pigmeos.
Mayor venganza no sé
que a tus agravios se deba
que es, huyendo de tus manos,
ir a vivir entre enanos
un desterrado hijo de Eva.

Vanse PEDRO y CASILDA

ISABEL: Ya se fue; solo has quedado
conmigo, y he de saber
qué causa llegó a tener
tu deseo o tu cuidado.

LUIS: Hermana, ¡pluguiera a Dios
que nunca mi hermana fueras,
porque al nacer no pusieras
este nudo entre los dos!
¿Tú piensas que de ignorante
he visto y disimulado,
he conocido, he callado
los extremos de un amante
que te sirve y que pretende,
no sólo manchar tu honor,
sino la sangre y valor
que de tus padres desciende?
Pues no, Isabel, no he sufrido
esta ofensa, este desprecio
de inadvertido y de necio,
sino de cuerdo, advertido
y prudente, por medir
mi sentimiento mejor;
que los celos del honor
una vez se han de pedir.
Y, supuesto que ha de ser
una vez sola y que estoy
en la ocasión, sólo hoy
mi sentimiento he de hacer
público; por esto, hermana,
sabe hoy de mí que lo sé;
y si no, yo lo diré
de otra manera mañana.
Juan Bautista es quien desea
favores tuyos. Sospecho
que no hay valor en su pecho
para que tu esposo sea.
Esto basta que te diga
por ahora el labio mío,
por no decir que es judío.
Este cuidado me obliga
a salir de Salvatierra;
que no fue en vano el venir
a nuestra quinta a vivir
las entrañas de una sierra.
Y aun aquí no estoy seguro,
pues con aquese crïado
este papel te ha enviado,
por cuya ocasión procuro
darle muerte. Tú llegaste,
colérico declaré
lo que ha tanto que callé;
habértelo dicho baste,
para que haya alguna enmienda
de este amor entre los dos;
porque si no, ¡vive Dios,
que si llego a que él entienda
que este recelo he tenido,
y que no lo he remediado,
que, loco y deseperado,
colérico y atrevido,
le ponga a su casa fuego,
quitando a la Inquisición
ese trabajo.
ISABEL: Bien son

de hombre colérico y ciego
tus razones, pues a mí,
sin prevenir su disculpa,
me haces dueño de la culpa
que no tengo.

LUIS: ¿Cómo así?

ISABEL: Como cualquiera mujer
nace sujeta a los daños
que en lisonjeros engaños
causa nuestro proceder.

LUIS: Dijeras, hermana, bien,
y esa disculpa lo fuera,
cuando el papel no me diera
color e indicio también
de que tú...

ISABEL: Calla; que ha sido
mucho apurar. ¿Qué me quieres,
Luis? Considera que eres
mi hermano, no mi marido.
Y, no siéndolo, si fueras
cuerdo en aquesta ocasión,
cualquiera satisfacción
estimaras y admitieras,
porque es mejor engañarse
quien no puede remediar
el daño que no esperar
a que llegue a declararse
del todo. Yo soy tu hermana,
mis obligaciones sé.
Hoy digo esto, y lo diré
de otra manera mañana.

Vase

LUIS: Dices bien; pues mejor fuera,
con cautela o con engaño,
que disimulara el daño
la satisfacción primera.
Yo lo erré; ya de otra suerte
me importará proceder.
¡Ay hermana, tú has de ser
causa infeliz de mi muerte!

Sale CASILDA

CASILDA: Un gallardo portugués
a nuestra quinta ha llegado.
Pregunta por ti.

LUIS: (Cuidado, **Aparte**
disimulemos.) Di, pues,
que entre.

Vase CASILDA. Sale MANUEL Méndez

MANUEL: Si más tardara,
Luis Pérez, esta licencia,
mi deseo o mi paciencia

otro instante no esperara.

LUIS: Mil veces, Manuel, me da
los brazos, que el nudo fuerte,
aunque le rompa la muerte,
desatarle no podrá.
¿Qué buena venida es ésta?
¿Vos en Salvatierra?

MANUEL: Sí;
y el haber llegado aquí
muchos cuidados me cuesta
y peligros de la vida.

LUIS: Pesárame que vengáis
sin gusto.

MANUEL: Si vos me honráis,
todo mi dolor se olvida.

LUIS: Hasta saber qué tenéis
y qué causa os ha traído
aquí y qué os ha sucedido
en Portugal, me tendréis
cuidadoso. Y, aunque sea
demasiada ejecución
en la primera ocasión
saberlo, tanto desea
partir vuestro sentimiento
mi pecho que me ha obligado
a salir deste cuidado.
¿Qué tenéis?

MANUEL: Estadme atento.

Ya os acordaréis, Luis Pérez,
si no es que la ausencia ha hecho
su oficio en vuestra amistad,
de aquel venturoso tiempo
que mi huésped en Lisboa
vivisteis, por los sucesos
que de Castilla os llevaron
a honrar mi casa. Mas esto
no es del caso; ahora en el mío
a lo que importa lleguemos.
Ya os acordaréis también
de aquel venturoso empleo
que tuvo dentro de mí
cautivo mi entendimiento.
No tengo que encarecer
de mi pasión los extremos;
soy portugués, esto baste,
pues todo lo digo en esto.
Doña Juana de Meneses
es el adorado dueño
de mi vida, imagen bella,
en cuyo encarecimiento
torpe desmaya la voz,
mudo fallece el aliento,
por ser deidad a quien hizo
sacrificio el Amor mesmo,
por ídolo de su altar,
por imagen de su templo.
Amantes vivimos, pues,
dos años en el sosiego
que una voluntad premiada

vive, sin tener más celos
de su divina hermosura
que aquéllos no más, aquéllos
que bastan a despertar
con un temor, con un miedo
la voluntad, pero no
a matarla con desprecios.
Con estos celos vivía
más amante y más contento,
porque sin celos amor
es estar sin alma un cuerpo.
¡Mal haya quien tuvo nunca
por medicina el veneno,
quien entre blandas cenizas
despierta el oculto fuego,
quien ponzoñoso animal
doméstica, quien soberbio
se engolfa a sulcar el mar
por solo entretenimiento!
¡Y mala haya, en fin, quien hace
burla de sus mismos celos!
Pues ése el veneno prueba
que después le deja muerto;
pues ése el áspid regala
que después rompe su pecho;
pues ése el cristal adula
que es después su monumento;
porque al fin los celos son,
ya declarados los celos,
mar soberbio, fuego airado,
áspid vil, dulce veneno.
Fue la ocasión de los míos
un bizarro caballero,
galán, valiente, entendido,
liberal, prudentey cuerdo,
que yo no vengo en su honor
mis penas, aunque las vengo
en su sangre; que una cosa
es matar con el acero
y otra ofender con la lengua.
Y así de mí nunca creo
que le tengo más seguro
que cuando ausente le tengo.
Este caballero, en fin,
--dejando locos rodeos
de imposibles pretensiones
contra su honor y respeto--
la pidió al padre. No os digo,
para decirlo de presto,
sino que era rico; baste,
pues ya he dicho en solo esto
que entre un rico y un avaro
hechos iban los conciertos.
Llegó de la boda el día,
dijera mejor --¡ay cielos!--
de su muerte, porque juntas
bodas y exequias hicieron,
mezclando lutos y galas
su tálamo y monumento.
Porque apenas prevenidos

los amigos y los deudos
estaban, y ya la noche,
tendiendo su manto negro,
bajó más llena de horror,
cuando temerario entro
en su casa y, entre todos,
desesperado y resuelto,
busqué al novio, a quien hablaron
la mano y la lengua a un tiempo.
Aquélla dijo, "Yo soy
de aquesta hermosura dueño;"
y ésta de dos puñaladas
le dejó en la tierra muerto,
imitando trueno y rayo
el puñal con el acento,
dando mi acero la lumbre
y dando su voz el trueno.
Alborotáronse todos,
y yo entre todos dispuesto
a reñir, no por vivir
sino por matar muriendo,
cogí, saliéndome altivo,
que entre el ruido y el estruendo
no fue muy dificultoso,
a doña Juana, a quien luego
puse en un caballo --mal
digo-- en un alado viento,
tan veloz... Mas ¿para qué
su ligereza encarezco,
pues basta decir que fue
tan obediente y ligero
que me pareció veloz
a mí, con venir huyendo?
La raya de Portugal
pasamos, y ya en el suelo
castellano saludamos
su tierra, que es nuestro puerto.
A Salvatierra venimos,
seguros de que hallaremos
en vos amparo, Luis Pérez.

Arrodíllase

A vuestro pies estoy puesto;
amigos somos los dos,
y amigos tan verdaderos
que a nuestra amistad le debe
láminas de bronce el tiempo.
Hospedad a un infeliz,
no tanto, amigo, por serlo
como porque a vuestras plantas
de vos se vale; que es cierto
que es obligación que debe
un noble; y, si no por esto,
por una dama a quien yo
en esa alameda dejo
a la orilla de ese río;
porque, hasta hablaros y veros,
no quise que ella viniese

conmigo; y ahora, viniendo
a buscaros, de un criado
supe que en este desierto,
en esta quinta vivís,
donde a vuestros brazos llego
agradecido, obligado,
confïado, satisfecho,
temeroso, perseguido
y enamorado. No puedo
pasar de aquí; que pues dije
enamorado, yo creo
que se me debe el favor
de justicia y de derecho.

LUIS: Tan ofendido he quedado
de escuchar los cumplimientos
con que me habláis, Manuel Méndez,
que estoy por no responderos.
Para decirme, "Luis Pérez,
un hidalgo dejo muerto,
conmigo traigo una dama
y a vuestra casa me vengo,"
¿era menester andar
por frases y por rodeos?
Mas quiero enseñaros yo,
dejando encarecimientos,
del modo que habéis de hablar.
Escuchad, Manuel, atento.
Vengáis a esta vuestra casa
por muchos años y buenos,
adonde seréis servido.
Y así volved al momento
donde esa dama dejáis,
y traedla donde creo
que esté segura y gustosa;
que yo en la quinta me quedo
y no salgo a recibirla
porque no sé cumplimientos;
y quiero quedarme aquí
a prevenir todo aquello
que a su servicio convenga.

MANUEL: Dejad que otra vez el pecho
agradecido os conozca
por amigo verdadero.

LUIS: Andad, señor; que estará,
viéndose en extraño suelo,
con cuidado esa señora;
y no es justo deteneros.

Vase MANUEL

¡Isabel!

Sale ISABEL

ISABEL: ¿Qué es lo que quieres?

LUIS: Decirte que, si algún tiempo
te ha merecido mi amor

algún agradecimiento,
en esta ocasión lo muestres.
Deja el enojo y no demos
que decir a los extraños;
que para todo habrá tiempo;
porque has de saber que en casa
unos huéspedes tenemos,
a quien debo obligaciones,
y pagárselas pretendo.
Manuel Méndez viene aquí
con su mujer.

ISABEL: En aquesto
y en todo te serviré.

Dentro ruido de espadas

Mas ¡valgame Dios! ¿Qué es esto?

LUIS: Notable ruido de armas
y voces.

Dentro

**

ALGUACIL 1: O preso o muerto
le hemos de llevar.

ALGUACIL 2: En vano
le seguimos.

ISABEL: Allí veo
un hombre que en un caballo
viene de muchos huyendo.

ALGUACIL 1: Tiradle.

Disparan dentro

ISABEL: ¡Válgate Dios!

LUIS: ¿Qué fue?

ISABEL: Dejáronle muerto
de un arcabuzazo.

LUIS: Antes
fue más felice el suceso,
porque las ardientes balas
a solo el caballo hirieron.
Sangriento queda en la arena
y, en pie el caballero puesto,
defendiéndose la vida,
rayos esgrime de acero.

ISABEL: Ya, de todos acosado,
llega a nuestra quinta.

Sale don ALONSO con la espada desnuda

ALONSO: ¡Cielos,
amparad a un desdichado
que ya, rendido el aliento,
desfallece!

LUIS: Pues ,señor

don Alonso, ¿qué es aquesto?
ALONSO: No me puedo detener
a contarlo; sólo os ruego,
Luis Pérez, que me amparéis;
que por lo que dejo hecho,
me importa entrar esta tarde
en Portugal.
LUIS: Pues buen pecho,
que para estas ocasiones
es el generoso esfuerzo.
Cerca está la puente ya
de ese río, donde vemos
que se dividen Castilla
y Portugal. Si entráis dentro,
seguro estaréis de cuantos
os siguen; que yo me quedo
en lo estrecho de este monte
y esta quinta a detenerlos.
No os seguirán sin que a mí
me dejen pedazos hecho.
ALONSO: En el valor desos brazos
bastante muralla dejo
que me defienda la vida.
¡La vuestra guarden los cielos!

Vase. Salen el CORREGIDOR, ALGUACIL 1, ALGUACIL 2, y los que pudieren

ALGUACIL 1: Por aquesta parte fue.
LUIS: Pues, señores, ¿qué es aquesto?
¿A quién buscáis?
CORREGIDOR: ¿Don Alonso
de Tordoya no fue huyendo
por aquí?
LUIS: Ya estará cerca
de la puente, porque el viento
pienso que le dio sus alas.
CORREGIDOR: Vamos tras él.
LUIS: Deteneos.
CORREGIDOR: ¿Qué es detenerme?
LUIS: Señor
corregidor, ya habéis hecho
la diligencia que os toca.
No sigáis a un caballero
tanto; porque la justicia
no ha de extender el derecho
que tiene todas las veces.
CORREGIDOR: Quedárame a responderos,
si no pensara alcanzarle.
LUIS: Escuchad, señor.
CORREGIDOR: Sospecho
que pretendéis detenerme.
LUIS: Si conveniencias y ruegos
no bastan a hacer con vos
que no sigáis este intento,
cuando por fuerza lo hagáis,
no tendré que agradeceros.
CORREGIDOR: ¿De qué suerte?
LUIS: A cuchilladas.

Porque ya una vez dispuesto
a defender este paso,
he de cumplirlo resuelto.
¡Vive Dios, que ningún hombre
de cuantos presentes veo
ha de pasar de esta raya!

Hace una raya

CORREGIDOR: ¡Matadle!
LUIS: ¡Quedo, teneos!
CORREGIDOR: ¡Matadle!
ALGUACIL 1: ¡Muera Luis Pérez!
LUIS: ¡Gallinas, villanos, perros,
canalla, así muero yo!

Mételos a cuchilladas

ALGUACIL 1: ¡Herido estoy!
ALGUACIL 2: ¡Yo estoy muerto!

Vanse. Salen doña JUANA y MANUEL

JUANA: Nunca me ha parecido,
Manuel, que a tus finezas he debido
otra mayor que ahora,
en venir tan apriesa.
MANUEL: Mi señora,
Amor, que solicita
mis glorias, imposibles facilita.
No llegué a Salvatierra,
que en las entrañas de esta oculta sierra
hallé lo que buscaba.
En una casa de placer estaba
Luis Pérez, un amigo,
cuyo valor ofendo si le digo.
Aquí vive contento
y parece que a nuestro pensamiento
el consejo ha pedido,
pues aquí nuestro amor más escondido,
no entrando en Salvatierra,
vivirá más seguro en esta tierra.
JUANA: Manuel, quien ha dejado
patria, padre y honor, y en este estado
aun vive agradecida
de que le queda que perder la vida
por ti, nada desea
sino que sola esta montaña sea
templo de la fineza,
venciendo a su firmeza mi firmeza.

Sale don ALONSO

ALONSO: ¿Adónde mi destino
me lleva, sin consejo y sin camino,
por aquesta alameda,

sin que el cielo un alivio me conceda?
Aun el aliento mío
ya falta, y ya rendido desconfío
de que pueda librarme.
Cansado en este suelo he de arrojarme.
¡Muerto soy! ¡Ay de mí! ¡Válgame el cielo!

JUANA: Gente siento.

MANUEL: Es verdad; allí en el suelo
rendido un caballero
está, en la mano el desmayado acero.
Lo que es sabré. --Señor, ¿estáis herido?

ALONSO: Guárdeos el cielo, hidalgo; que no ha sido
sino cansancio solo; ya me aliento.
Quien presumió parejas con el viento
hoy desmayado yace,
y él es en mí quien tal extremo hace.

MANUEL: El ánimo es valiente,
no desmaye.

Dentro

VOCES: Tomad, tomad la puente,
porque escapar no pueda.

ALONSO: Mayor desdicha es la que me queda.
¿Qué he de hacer? Que esta gente
es la que me siguió; que, aunque valiente
un amigo me guarda
las espaldas, ya el verlos me acobarda,
porque tengo por cierto,
pues siguiéndome vienen, que le han muerto.

Sale LUIS Pérez

LUIS: La puente me han tomado
y el paso, y aun el cielo se ha cerrado
para mí. Esta espesura
será de mi cadáver sepultura.

MANUEL: Luis Pérez, pues, ¿qué es esto?

LUIS: Una desdicha en que el valor me ha puesto,
por librar a un amigo
de la muerte.

MANUEL: Conmigo
ya, Luis Pérez, estáis; muramos juntos;
pues de amistad y amor somos trasuntos.

ALONSO: Quien culpa tiene, y de la causa es dueño,
también sabrá morir.

LUIS: (En grande empeño **Aparte**
estoy; mas esto es siempre lo primero.)
Manuel, oíd; lo que rogaros quiero
es que en defensa mía
la espada no saquéis aqueste día;
que, aunque me va la vida
en verla de ese brazo defendida,
me va el honor en veros en mi ausencia
en mi casa. Mirad la diferencia
de la vida al honor.

MANUEL: Yo no os entiendo.
Si os vienen a buscar, morir pretendo.

¡Bueno fuera que os viera
reñir, y que la espada me tuviera
en la cinta envainada!

JUANA: ¿Adónde habrá mujer más desdichada?

Dentro

**

ALGUACIL 1: Por aquí van.

MANUEL: Ya llegan donde estamos.
Aquí los tres en vano procuramos
de tantos defendernos,
porque habrán de matarnos o prendernos.

ALONSO: ¿Qué haremos?

LUIS: ¿Tendréis brío
para arrojaros y pasar el río
a nado?

ALONSO: Sí, tuviera
valor, Luis Pérez, si nadar supiera.

LUIS: Pues no temáis asombros;
que el río he de pasaros en mis hombros.
Manuel, determinado
en esto, honor y vida habré guardado;
la vida, con ponerme
en Portugal, pues no podrán prenderme;
y el honor, con dejaros
en mi casa. No tengo que explicaros
más de que dejo en ella
todo mi honor en una hermana bella.
Harto os he dicho. Adiós.

MANUEL: Yo también digo
harto en decir que soy un fiel amigo.
En vuestra casa quedo...

LUIS: Decid.

MANUEL: ...y bien aseguraros puedo
que no haréis falta vos.

Coge LUIS Pérez a don ALONSO y éntrase con él, como arrojándose al río. Hablan dentro

LUIS: ¡Válgame el cielo!

JUANA: Delfín humano es ya del ancho hielo.

LUIS: Manuel, mi honor os fío.

MANUEL: Ya lucha a brazo con el centro frío.

LUIS: Mirad por él.

MANUEL: En tu lugar me dejas;
no des al viento repetidas quejas.

LUIS: ¡Adiós!

MANUEL: ¿Quién hay que mi desdicha crea?

JUANA: ¿Dónde iré yo que lástimas no vea?

Vanse. Salen el ALMIRANTE de Portugal y doña LEONOR, de caza

ALMIRANTE: Puesto que el Can del estío
ni fallece ni declina,
puedes, hermosa sobrina,

a la orilla de este río
   descansar de la fatiga
que te enoja y amenaza.

LEONOR: Noble ejercicio es la caza.
¿A quién no mueve y obliga
   su malicia generosa?

ALMIRANTE: Tienes, sobrina, razón,
que es gallarda imitación
de la guerra belicosa.
   ¿Qué es mirar de canes mil
cercado un espín valiente,
defenderse diestramente
con navajas de marfil?
   A éste hiere, a aquél derriba
y, sacudiendo derechas
sus puntas, de humanas flechas
parece una aljaba viva.
   ¿Qué es mirar luego un lebrel
que, cuando la presa pierde,
de rabia sus manos muerde,
y vuelve a cerrar con él?
   Y los dos con más fiereza
herir los bizarros cuellos,
ley de duelo que hasta en ellos
puso la naturaleza.

LEONOR: ¿A quién no causa alegría
esta lucha imaginada?
Si bien a mí más me agrada
del viento la cetrería.
   ¿Qué es ver, sin mortal desmayo,
una garza --cuyo aliento
átomo es de pluma al viento,
al fuego de pluma rayo,
   y de una y otra suprema
región el término errante
escala-- que en un instante
ya se hiela o ya se quema;
   porque con medida tanta
bate las alas, si vuela,
que si las baja, las hiela,
las quema, si las levanta?
   ¿Qué es ver dos halcones luego
hacer puntas, que esto es
batir la vela, y después,
cometas sin luz ni fuego,
   retar la garza, que diestra
corre, siendo a tanto viento
poca valla un elemento,
un cielo poca palestra?
   ¿Y, acudiendo aquí y allí,
de dos contrarios vencida,
bajar en sangre teñida
una estrella carmesí,
   cuya victoria y destreza
no adquieren triunfos más graves?
Que es duelo que hasta en las aves
puso la naturaleza.

Sale PEDRO

PEDRO: (¿Qué tierra es ésta? No sé **Aparte**
por dónde camino, lleno
de mil temores. ¡No es bueno,
que cansa el andar a pie!
A Portugal he pasado,
por ver si hallo en Portugal
consuelo alguno en mi mal,
ya que fui tan desdichado
alcahuete. ¡Ved qué espantos,
que aun en el primer indicio
vine a perderme en oficio
en que se han ganado tantos!
¿Qué he de hacer? Gente hay aquí
y, a lo que el semblante ofrece,
gente principal parece.
Si se doliese de mí,
que soy niño y solo, y nunca en tal me vi.)

ALMIRANTE: Si te quieres retirar
a la quinta, porque el sol,
fénix del cielo y farol
de belleza singular,
ya se ausenta, llamaré
quien traiga en tanto rigor
un caballo.-- ¡Hola!

PEDRO: ¿Señor?

ALMIRANTE: ¿Quién sois vos?

PEDRO: Pues yo ¿qué sé?

ALMIRANTE: ¿Servísme? Porque no os vi
otra vez en este suelo.
¿Sois mi crïado?

PEDRO: Serélo,
si no lo soy. Hele aquí
un cuentecito. Entró un día
en el palacio real
un don Fulano de Tal,
que al rey ni al mundo servía.
Vio que a la hora de comer
los de la cámara todos,
con mil políticos modos,
porque habían de traer
las viandas, se quitaban
las capas. El se quitó
la suya, y en el cuerpo entró
donde los demás entraban.
Un mayordomo llegó,
advirtiendo lo que hacía,
preguntándole si había
jurado; y él respondió,
"No, señor; mas juraré,
si eso importa." Lo que quiero
es serviros; que primero
votaré y renegaré,
cuan[t]o más jurar.

ALMIRANTE: Humor
gastáis.

PEDRO: No tengo otra cosa
que gastar; es generosa
mi mano, y así, señor,
gasto lo que tengo.

Dentro LUIS Pérez

LUIS: ¡Ay triste!
LEONOR: ¿Qué voz es aquélla, cielos?
ALMIRANTE: Sobre ese campo de hielos
un hombre a brazos resiste
de las ondas el furor.
LEONOR: Y ya entre abismos y asombros
intenta sobre los hombros
librar de tanto rigor
a otro infelice.

Dentro don ALONSO

ALONSO: ¡Ay de mí!
ALMIRANTE: Llegad y socorreréis
ese hombre, y así tendréis
mi gracia.
PEDRO: Si desde aquí
basto, yo socorreré
sus desdichas. Mas, señor,
soy pesado nadador.
LEONOR: Ya la arena puerto fue
de su tormenta.

Salen LUIS Pérez y don ALONSO, mojados

ALONSO: ¡Divinos
cielos, mil gracias os doy!
LUIS: ¡Vive Cristo, que ya estoy
libre de esos cristalinos
ímpetus!
ALMIRANTE: Llegad, llegad;
que daros favor deseo.
PEDRO: Ahora sí...(Mas ¿qué veo?) **Aparte**

Vase retirando PEDRO

ALMIRANTE: ¿A tanta necesidad
os retiráis?
PEDRO: Yo nací
piadoso y, viendo a los dos,
me desmayo. (¡Vive Dios, **Aparte**
que se ha venido tras mí
Luis Pérez, por castigar
aquella alcahuetería
de su hermana y ama mía!
Cierto es, me viene a matar.
De aquí me importa a la guerra
ir; pues en desdicha tal,
de Castilla y Portugal
en un día me destierra.)

Yéndose

ALMIRANTE: ¿Adónde vais?
PEDRO: Hame dado
de repente un accidente
y así me voy de repente;
y lo jurado jurado.

Vase

ALMIRANTE: Él es loco.-- ¡Ha, caballero!
Dad al aliento valor
en mis brazos.
ALONSO: Hoy, señor,
la vida de vos espero.
ALMIRANTE: ¿Quién sois? Porque me han movido
vuestras desdichas aquí;
bien podéis fiaros de mí.
ALONSO: Por no hablar inadvertido,
sepa quién sois, y sabréis
por qué en este estado estoy.
ALMIRANTE: Sí haré. El almirante soy
de Portugal. Bien podéis
declararos ya; que labra
tanto la piedad en mí
que de ampararos aquí
os doy la mano y palabra.

ALONSO: Yo la acepto; y ahora digo
que soy de la ilustre casa
de los Tordoyas, linaje
en toda aquesta comarca
estimado. Don Alonso
es mi nombre. Esta mañana,
celoso de un caballero,
entré en casa de una dama.
Halléle en ella y le dije
que en el campo le esperaba.
Salió en fin, como quien era,
con su capa y con su espada;
reñimos, cayó en la tierra
muerto de dos estocadas.
¡Desdicha fue! En este punto
ya todo el lugar estaba
alborotado, y salió
la justicia a la campaña.
Quiso prenderme; escapéme
en un caballo a quien alas
le ofreció mi pensamiento,
y a quien la justicia mata
de un arcabuzazo. A pie
corrí y llegué hasta una casa
de placer, a cuya puerta
vi que, por mi dicha, estaba
Luis Pérez.
LUIS: Aquí entro yo;
y así diré lo que falta.
Mirando tan perseguido
a don Alonso, y de tanta
gente, le ofrecí guardar

con mi pecho sus espaldas.
Está a la falda del monte
esta casa, que la llaman
de placer, y de pesar
ha sido por mi desgracia;
de suerte que allí se estrecha
el paso a la misma falda;
y así era fuerza que todos
delante de mí pasaran.
Aquí pretendí primero,
ya con corteses palabras,
ya con ruegos, persuadir
al corregidor dejara
de seguir a don Alonso.
No quiso, y con arrogancia
quiso alcanzarle, y lo hiciera
si yo con sola esta espada
no lo defendiera al punto
--¡voto a Dios!-- a cuchilladas,
en cuya refriega pienso
que me di tan buena maña
que herí algunos cuatro o cinco.
¡Querrá Dios que no sea nada!
Viéndome, pues, más culpado
ya que don Alonso estaba,
pretendí que me valiese
antes el salto de mata
que ruego de buenos. Viendo
cerrado el paso y tomada
la puente, con don Alonso
en los brazos y la espada
en la boca, arrojé entonces,
como dicen, pecho al agua.
Llegamos aquí, dichosos
mil veces, pues nos ampara
el valor de vuecelencia,
donde no hay que temer nada,
supuesto que de ampararnos
ha dado aquí la palabra.

ALMIRANTE: Yo la di, y la cumpliré.

ALONSO: Y será fuerza aceptarla;
que es grande el competidor.

ALMIRANTE: Pues ¿cómo el muerto se llama?

ALONSO: Supuesto que es caballero
digno de toda alabanza,
pues siempre se vieron juntos
el valor y la desgracia,
y que no pierde, en nombrarle,
su nombre, honor, lustre y fama,
es don Diego de Alvarado.

LEONOR: ¡Ay de mí! ¡El cielo me valga!
¡Aleve! ¿A mi hermano has muerto?

ALMIRANTE: ¡Traidor! ¿Mi sobrino matas?

LUIS: ¡Cuerpo de Cristo conmigo,
pues esto ahora nos falta!
Ahora bien, por sí o por no,
volveré a tomar la espada.

Toma la espada

ALONSO: Vuecelencia se detenga,
señor, y mire que agravia
en un rendido su acero
si con mi sangre le mancha.
Yo di cuerpo a cuerpo muerte
a don Diego en la campaña,
sin traición ni alevosía,
sin engaño y sin ventaja.
Pues ¿de qué quiere vengarse?
Fuera de esto, ¿la palabra
de vuecelencia, señor,
cuándo en ningún tiempo falta?

LUIS: Y si no ¡viven los cielos,
que, si esgrimo la hojarasca
y viene Portugal junto,
de oponerme a la demanda!

ALMIRANTE: (¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer **Aparte**
en confusión tan extraña?
Aquí me llama mi honor,
y allí mi sangre me llama.
Pero partamos la duda.)
Don Alonso, mi palabra
es ley que se escribe en bronce;
dila, y no puedo negarla.
Mas mi venganza también
es ley que en mármol se graba.
Y por cumplir de una vez
mi palabra y mi venganza,
todo el tiempo que estuvieres
en mi tierra, está guardada
tu persona; pero advierte
que, al salir de ella, te aguarda
la muerte; que, si ofrecí
defenderte hoy en mi casa,
en mi casa te defiendo;
pero no te di palabra
de guardarte en el ajena.
Y así, poniendo la planta
en tierra del rey, verás
que quien te libra te agravia,
quien te asegura te ofende
y quien te vale te mata.
Vete ahora libre.

LEONOR: Espera;
que yo no he dado palabra
de no ofenderte; y así,
puedo tomar la venganza.

ALMIRANTE: Tente, sobrina; y advierte
que le defiendo. --¿Qué aguardas?
Vete libre. Di ¿qué esperas?

ALONSO: Besar tus invictas plantas
por acción tan generosa.

ALMIRANTE: No lo dirás cuando hayas
dado a mi acero la vida.

ALONSO: ¿Qué más airosa alabanza
que morir a tales manos?

LEONOR: ¡Sin vida voy!

ALMIRANTE: ¡Voy sin alma!

ALONSO: ¿Qué dices, Luis Pérez, de esto?
LUIS: Que aun mejor está que estaba.
Déjenos salir de aquí
hoy, que en su poder nos halla;
que, una vez allá, veremos
quién se lleva el gato al agua.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

Salen MANUEL y doña JUANA de camino

MANUEL: Nunca viene solo el mal.
JUANA: Es que desdichas y penas
se llaman unas a otras.
MANUEL: ¡Ay, Juana, cuánto me pesa
el verte venir así,
peregrinando por tierras
extrañas! Cuando pensé
que Galicia puerto fuera
de nuestra tormenta, ha sido
golfo de mayor tormenta;
pues otro nuevo accidente
nos saca de Salvatierra
y trae a la Andalucía,
corriendo de esta manera
ajenas patrias.
JUANA: Manuel,
cuando yo dejé mi tierra
y padres por ti, salí
a más desdichas dispuesta.
No salí yo por vivir
eligiendo esta ni aquella
provincia, sino por sólo
vivir contigo, así sea
donde quiera mi desdicha
o donde mi dicha quiera.
MANUEL: ¿Cón qué acciones, qué palabras
podrá declarar la lengua
un justo agradecimiento?
Pero dejando finezas
amorosas a una parte,
¿dónde aquel criado queda
que recibí en el camino
para que conmigo venga
a buscarte algún regalo
en tanto que pides treguas

con blando sueño al cansancio?

Sale PEDRO

JUANA: Ya él a nuestra vista llega.
PEDRO: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
MANUEL: Que tú conmigo te vengas
por San Lúcar.-- Tú, mi bien,
retírate donde puedas
descansar.
JUANA: Aquí estaré
llorando tu breve ausencia.

Vase

MANUEL: Presto volveré a adorarte.--
Parece que esta tristeza,
adivina del pesar
que tengo de darla, empieza
a hacer tales sentimientos.
PEDRO: ¿Cómo hacer pesar intentas
a una mujer a quien debes
tan peregrinas finezas?
Que, aunque es verdad que yo soy
criado tan nuevo que apenas
conoces por tal, pues sólo
ha dos días que me entregas
secretos tuyos, he visto
en mil amorosas muestras
obligaciones muy grandes.
MANUEL: No puedo negar la deuda;
mas, Pedro, a fuerza del hado
no hay humana resistencia.
Huyendo de Portugal,
pasé a Galicia, y voy de ella
huyendo a la Andalucía.
Cosas son que el cielo ordena.
No vengo a quedarme aquí;
que tampoco en esta tierra
mi persona está segura,
sino, sirviendo en la guerra,
pasar en esta ocasión
por esa inconstante selva
de espuma y sal a las islas
del norte. ¡Los cielos quieran,
besen sus doradas torres
las católicas banderas!
Listarme quiero, y soldado
guardar la vida a quien cercan
tantas desdichas. Yo apuesto
que tú ahora entre ti piensas
que el dejar aquesta dama
será con infame afrenta
de su honor, poniendo a riesgo
su hermosura con mi ausencia.
Pues no ha de ser de esa suerte,
sino dejándola quieta
y segura en un convento

de San Lúcar donde tenga,
en tanto que vuelvo yo,
aunque es muy poca, mi hacienda;
que a mí la espada me basta.

PEDRO: Acción generosa es ésa,
digna de tu gran valor.

Tocan dentro cajas

Pero ¿qué cajas son éstas?

MANUEL: Habrá algún cuerpo de guardia
sin duda por aquí cerca,
y saldrán de él.

PEDRO: Sí, bien dices;
que allí se ve la bandera.

MANUEL: Vámonos llegando allá;
que, pues el primero encuentra
éste mi suerte, en él quiero
sentar la plaza. Tú llega,
pregunta por el alférez;
di que dos hombres intentan
sentarse en su compañía.

Retírase. Salen dos soldados y LUIS Pérez

PEDRO: Éste que hacia mí se acerca,
dirá de él.-- Señor soldado,
por cortesía le ruega
un forastero le diga
quién es de aquesta bandera
el alférez?

SOLDADO 1: Aquél es
a quien el pecho atraviesa
una banda roja.

PEDRO: ¿Aquél
que tiene buena presencia
y está de espaldas ahora?

SOLDADO 1: El mismo.

LUIS: Ustedes me tengan
por soldado y por amigo.

SOLDADO 2: Todos serviros desean.

Vanse los soldados

PEDRO: Solo ha quedado el alférez.
Famosa ocasión es ésta.

LUIS: (¡Válgame Dios, qué dichoso **Aparte**
en ese estado me viera,
si no tuviera un cuidado
que me aflige y me atormenta!)

PEDRO: Señor alférez...

LUIS: (Que deje **Aparte**
yo una hermana tan resuelta
en tanto riesgo!)

PEDRO: Señor
alférez...

LUIS: (¿Qué me aprovecha **Aparte**
adquirir aquí el valor,
si por más que yo le adquiera
por una parte, por otra
quiere el cielo que se pierda?
Pero en tanta confusión
una cosa me consuela,
y es que un amigo...)
PEDRO: ¡Señor
alférez! (A esotra puerta.) **Aparte**
LUIS: (...vive en mi casa y me guarda **Aparte**
las espaldas.
PEDRO: (Desta oreja **Aparte**
debe de ser sordo. Voy
por esotra. ¡Linda flema!)
¡Señor alférez!
LUIS: ¿Quién llama?
PEDRO: Un soldado que desea...

Túrbase PEDRO

...mas no desea el soldado.
Y, si de alguna manera
alguna vez deseó,
mintió; que atrevida lengua
deseó por boca de ganso.

Hace que se va

LUIS: ¡Aguarda, villano, espera!
¿No te acuerdas que te dije
que en ningún tiempo me vieras,
porque había de matarte
en cualquier estado y tierra
que te hallase?
PEDRO: Así es verdad.
Mas ¿quién hallarte creyera
hoy alférez en San Lúcar?
LUIS: ¡Vive el cielo, que mi afrenta
he de castigar en ti,
pues fuiste la causa de ella!

Acomete a PEDRO. Sale MANUEL

PEDRO: ¡Ay, que me matan!
MANUEL: ¿Qué veo?
¿A mi criado atropella
un soldado? -- ¡Ha caballero!
No sé yo qué causa no mueva
para que a aquese criado
se trate de esa manera,

sin mirar... Pero ¿qué veo?
LUIS: ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
MANUEL: Con justa razón me admiro.
LUIS: Con el ansia no lo creo.
¡Manuel!

MANUEL: ¡Luis! Pues ¿qué es aquesto?

Abrázanse

¿No fuisteis a Portugal?
¿Qué ocasión en lance tal
hoy nuestra amistad ha puesto?

LUIS: Y vos, Manuel, ¿no os quedasteis
en mi casa en Salvatierra?
¿Con qué ocasión a esta tierra
a darme muerte llegasteis?
¿Cómo cumple de esta suerte
un amigo noble y fiel
obligaciones de aquél
que en una deuda tan fuerte
le pone, cuando le fía
su honor? Testigo es el cielo
que otro bien, otro consuelo
en mi ausencia no tenía.

MANUEL: Los dos en esta ocasión,
como un corazón tenemos,
igualmente padecemos
una misma confusión.
Sacadme primero vos
de otra pena, y yo después
os satisfaré; porque es
fuerza que estemos los dos
solos cuando haya de hablar,
porque os importa el secreto.

LUIS: Que estoy rendido, os prometo,
a un pesar y otro pesar.
Y, por salir del cuidado
que vuestro recato advierte,
abreviemos de esta suerte.
¿Es vuestro aquese criado?

MANUEL: Hasta San Lúcar venía;
en el camino le vi
y acaso le recibí.

LUIS: Pues válgale aqueste día
ese sagrado.-- Ahora advierte,
villano, lo que te digo;
que no hay cada día un amigo
que te libre de la muerte.
Vete pues.

PEDRO: Muy bien me está.
Mas quiero saber de ti
adónde has de ir desde aquí,
porque yo no vaya allá.
(¿Dónde iré que no te vea? **Aparte**
Mas ya una industria advertí
para escaparme de ti,
y aqueste remedio sea
que al fin, por no hablarte y verte,
pues tu enojo me destierra,
tengo de estarme en mi tierra,
pues me libro de esta suerte.)

Vase

LUIS: Ya estamos solos yo y vos
y, pues primero de mí
queréis saber quién aquí
nos ha juntado a los dos,
sabed que fue en Portugal,
después que salí del río,
mayor el peligro mío;
porque al dejar su cristal
la tierra que allí se ve
es tierra del Almirante
de Portugal; y al instante
que nos vio su amparo fue
nuestro sagrado. Mas luego
que supo a quién --¡trance fuerte!--
don Alonso dio la muerte,
convertido en rabia y fuego,
de su tierra nos echó;
que era el muerto su sobrino.
Contaros por el camino
lo que a los dos nos pasó
será imposible. En efecto,
hasta San Lúcar llegamos
y el duque, al punto que entramos,
nos honró mucho, os prometo,
porque, como es general
capitán en esta guerra
que hace el rey a Inglaterra,
generoso y liberal
a don Alonso le dio
una jineta; él a mí
la bandera, y soy aquí
alférez; que es cuanto yo
de mí he podido contaros.
Lo que sabéis ahora vos
decid, Manuel; que por Dios,
amigo, que, hasta escucharos,
a vuestro acento y estilo
tan grande atención daré
que, mientras habláis, tendré
pendiente el alma de un hilo.

MANUEL: Os arrojasteis al río,
y en este instante llegó
la justicia, y como os vio
luchar con el centro frío,
desesperó de tomar
por entonces la venganza;
y, perdida la esperanza,
volvió corrida al lugar.
Fuime yo a la casa vuestra,
adonde huésped me vi
y la merced recibí
que mi obligación hoy muestra.
Mas el corazón recela
de contaros hoy alguna
en que duerme la Fortuna,
aunque es un Argos que vela.
No sé cómo aquí prosiga,
ni que humano estilo halle
para que diga y que calle

lo que es bien que calle y diga.
   Mas si os acordáis, Luis,
que al despediros dijisteis
con voces al cielo tristes:
"Pues en mi casa vivís,
   mirad por mi honor, Manuel,"
con esto explicarme entiendo,
pues digo que vengo huyendo
porque he mirado por él.

LUIS: Manuel, el curso veloz
tened que mi muerte labra;
que es áspid cada palabra,
basilisco cada voz,
   con que me matáis aquí,
de toda piedad ajeno.
¿A quién se ha dado veneno
en palabras, sino a mí?

MANUEL: Juan Bautista, un labrador
rico, a vuestra hermana bella,
enamorádose de ella,
sirve con público amor.
   Llegó a tanto atrevimiento
que alguna noche escaló
nuestra casa.

LUIS: ¡Ah, cielo!

MANUEL: Yo,
que siempre velaba atento,
   de mi aposento salí;
hasta una cuadra llegué
donde embozado le hallé,
y dije resuelto así:
   "Esta casa, caballero,
es de un hombre de valor.
Alcaide soy de su honor.
Y así castigar espero
   osadía tan villana."
Embisto osado y crüel
con él; pero luego él
se arrojó por la ventana.
   Tras él me arrojé; en la calle
otros dos hombres estaban
que la espalda le guardaban;
mas yo, dispuesto a matalle,
   a los tres acometí.
Al uno herí, otro cayó
muerto, y Juan Bautista huyó.
Consideradme ahora a mí,
   forastero, en tierra ajena,
cargado de una mujer;
mirad lo que puedo hacer
sino volver a más pena
   la espalda. Si en esto he errado,
sólo habré errado la acción,
no a lo menos la intención.
Que, habiendo considerado
   que hiciérades vos, por Dios,
en lance tan infelice
lo mismo allí, así hice
yo lo que hiciérades vos.

LUIS: Es verdad; pues si yo hallara

un hombre de esa manera,
darle muerte pretendiera
y a quien pudiera matara.
   Y así digo que habéis hecho
lo mismo que hiciera yo.
Quien del amigo pensó
que era un espejo su pecho,
   pensó bien; pues vos decís
defectos tan claramente
que nunca el tiempo desmiente.
Y, si mejor lo advertís,
   cuando en un espejo crea
la virtud que me aprovecha,
lo que en mi mano es derecha
izquierda en la suya vea;
   y así veo el crüel tiro
ejecutado en los dos;
pues voy a ver --¡vive Dios!--
mi honor en vos y en vos miro
   mi agravio; que el cristal sabio
poco lisonjero es,
y honor, visto del revés,
por fuerza ha de ser agravio.
   Ahora bien, cese el furor
que me previno la guerra;
volvamos a Salvatierra;
porque es perder el honor
   dejarle en peligro tal.

Sale don ALONSO

ALONSO: Luis Pérez, ¿qué hacéis aquí?
LUIS: Suplícoos que, si en mí
hubo alguna acción leal
   que mereció vuestra gracia,
en mi ausencia lo mostréis
con Manuel, y a él le daréis
mi puesto; que una desgracia
   que en mi ausencia ha sucedido
a Salvatierra me vuelve.
ALONSO: Mirad...
LUIS: A esto se resuelve
un hombre que está ofendido.
ALONSO: Con razones intentó
hoy mi amistad disuadiros;
pero cuando llego a oíros
que estáis ofendido, no.
   Antes quiero suplicaros
de mi parte, si lo estáis,
que a Salvatierra volváis,
Luis Pérez, para vengaros;
   pero advirtiendo primero
una cosa.
LUIS: ¿Qué es?
ALONSO: De aquí
no habéis de volver sin mí;
porque a vuestro lado espero
   volver, como amigo fiel;
porque no es razón que así

me saquéis del riesgo a mí,
y vos os quedéis en él.

MANUEL: Cuando a volver se resuelva
Luis Pérez, no faltará
quien vuelva con él, pues ya
es forzoso que yo vuelva.
Su amigo soy, y no fuera,
pues traje la nueva, justo
meterle yo en el disgusto
para quedarme yo fuera.

ALONSO: Quien a Luis Pérez metió
en el disgusto, yo he sido;
pues, cuando llegué rendido
a pedir su amparo yo,
él se estaba descuidado
en su quinta; luego fui
causa primera; y así
volver con él me ha tocado;
porque, en fin, de polo en polo
por grosero estilo pasa
sacar a uno de su casa
y dejarle volver solo.

MANUEL: Yo he de ir, que os quedéis o no;
porque disculpa no es
el que vos seáis cortés
para ser cobarde yo.

LUIS: Noblemente os competís;
mas ninguno de los dos
ha de ir conmigo, por Dios.
Entrambos a dos venís
de vuestra suerte fatal
huyendo, entrambos tenéis
causa para que os guardéis.
¿Fuera yo amigo leal
si, con tan poco interés,
hoy dos amigos pusiera
a riesgo, y que no tuviera
a quien apelar después?

ALONSO: Decís bien; mas yendo uno
solo, poco aventuráis
a perder, pues que guardáis
el otro.

MANUEL: Si ha de ir alguno,
yo he de ser.

ALONSO: No, sino aquél
que Luis Pérez escogiere.

MANUEL: Yo soy contento. Prefiere,
como amigo cuerdo y fiel,
el que tú fueres servido.

LUIS: Determinarme a ofender
al uno, eso habrá de ser,
ya que yo estoy convencido.
Don Alonso tiene mucho
hoy que perder; y así digo
que Manuel vaya conmigo.

ALONSO: ¿De vos tal palabra escucho?
¿A la vida anteponéis
ningún interés humano?
--¡Discurso inconstante y vano!--
Mas ya que así me ofendéis,

yo me he de vengar así.
Para el camino llevad
estas joyas y tomad
esta poquedad de mí;
que he de buscar a los dos,
quizá en ocasión tan fuerte
que libre a alguno de muerte.

LUIS: Dadme los brazos, y adiós;
que me importa dar castigo
a una hermana y un traidor,
y voy a sacar mi honor
del pecho de mi enemigo.
Las joyas tomo, por ser
de un amigo verdadero,
y de volverlas prefiero.

ALONSO: Es agravio.

LUIS: Esto ha de ser.

Vanse. Salen CASILDA e ISABEL

CASILDA: Oye y sabrás lo que pasa.
A Salvatierra ha venido
doña Leonor de Alvarado.

ISABEL: ¿Con qué intento?

CASILDA: Yo imagino
que la sangre de su hermano,
líquido imán, la ha traído
en venganza de su muerte,
y hoy con ella hablar he visto
a Juan Bautista.

ISABEL: Pues de eso,
Casilda, ¿qué has inferido?

CASILDA: Oye adelante. Confusa
de verle así a un conocido,
que es criado de Leonor,
le pregunté qué había sido
la causa porque Leonor
le admitió? Y éste me dijo
que en la información que hacía
el pesquisidor que vino
de la corte a averiguar
las muertes y los delitos
de don Alonso y tu hermano,
no había más de aquel dicho
que condenase a los dos.
Y agradecida, le hizo
tal honra; que sólo medran
ya en el mundo los testigos
que dicen lo que pretenden
las partes.

ISABEL: Mi muerte ha sido,
Casilda, tu voz. No digas
dichos y hechos tan indignos
de que los admitan --¡cielos!--
las voces y los oídos.
¿Juan Bautista con la lengua
se venga de lo ofendido?
¿Con los otros de un agravio
toma la venganza él mismo

que le compete? ¿Qué es esto?
¿Quién alguna vez ha visto
que se vengue el ofensor
y se ausente el ofendido?

CASILDA: Pues supe más.

ISABEL: ¿Qué?

CASILDA: Que ha dado
querella de aquel amigo
de mi señor que mató
su crïado, y ha querido
que el juez conozca de todo.

ISABEL: Muy bueno anda el honor mío
si por culparle me culpan.

Sale PEDRO

PEDRO: (¡Qué largo ha sido el camino! **Aparte**
Y es porque al que huye parece
que el miedo le pone grillos.
¿Quién vio tomar por sagrado,
por amparo y por asilo
del delincuente la casa,
donde cometió el delito?
Ésta es mi señora.) Dame,
pues que tan dichoso he sido,
el enano de los pies,
ése de los puntos niño,
Benjamín de los juanetes,
y de las hormas resquicio;
y dime, por vida mía,
si mi señor ha venido
por acá.

ISABEL: Pedro, tú vengas
con bien. Seguro imagino
estás aquí de él; porque él,
por cosas que han sucedido
en tu ausencia, vive ausente.

PEDRO: Ya lo sé; mas no me fío
de eso yo, porque, si ahora
no está por acá, yo afirmo
que esté presto.

ISABEL: ¿De qué suerte?

PEDRO: Porque, habiendo yo venido,
no tardará mucho él;
que ha tomado por oficio
el andarse tras mí, hecho
fantasmita de poquito,
visión de capa y espada
y de mi temor vestiglo.

Sale JUAN Bautista

JUAN: (Si le condenan a muerte, **Aparte**
como merece el delito,
seguro estoy que no vuelva
a Salvatierra; que el dicho
basta para destrüirle;
y éste es el intento mío.

Pero aquélla es Isabel.)
Dichoso el que ha merecido
llegar a tocar la esfera
por donde a rayos y visos
alumbran luces de oro
esos orbes cristalinos,
ese sol, planeta humano,
noble envidia del divino.

ISABEL: Basta, Juan Bautista, basta;
y, si hasta aquí le has tenido
por tal, ya no es sol, planeta
de resplandores vestido,
de rayos sí, fulminados
dentro de mi pecho mismo,
donde son iras las luces
que el viento ilumina en giros.
En vano es, necio, grosero,
que loco y desvanecido
al sol que dices llegaste
tan engañado al altivo
vuelo que hoy te da sepulcro,
sin ser tálamo de vidrio,
en las cenizas de un pecho
que ya es cárcel del olvido.
¿Quién de los agravios hechos
alevosamente hizo
lisonja? ¿Torpes venganzas
son méritos y servicios
para conquistar mi amor?
Si te hallabas ofendido
de mi hermano, con la espada,
cuerpo a cuerpo, en desafío
fuera digno desagravio,
y de más favores digno;
pero con la lengua no.
Mas no me espanto ni admiro
que a las espaldas se venguen
cobardes que no han podido
cara a cara. Esta mudanza
ha ocasionado aquel dicho;
porque ¿a quién no desobliga
un ruin trato, un mal estilo?

Vase

JUAN: ¡Escucha, Isabel!

CASILDA: Con causa
se queja.

Vase

JUAN: ¡Infeliz he sido!
Por donde pensé ganar
más a Isabel, la he perdido.
¡A cuántos, cielos, a cuántos
han muerto los beneficios!

PEDRO: Si es que te deja el pesar
libre y en tu entero juicio,

da los brazos al que ausente
por tu causa ha padecido
un destierro y muchos sustos.

JUAN: ¿Pedro? Seas bien venido.

PEDRO: A tu servicio.

JUAN: Si tú
vinieses a mi servicio,
¡qué dichoso fuera yo!

PEDRO: Habla, y verás si te sirvo.

JUAN: ¿No vives con Isabel?

PEDRO: Hoy he vuelto, e imagino
que habré de estarme en su casa;
que en fin es mi centro antiguo.

JUAN: Si tú esta noche me abrieses
la puerta, por que atrevido
llegase a satisfacerla
de estas cosas que la han dicho
de mí, quedaré obligado
a darte un rico vestido.

PEDRO: ¿Qué puedo perder yo en eso?
A abrir la puerta me obligo;
mas ha de ser de esta suerte;
llamando tú, yo advertido
la abriré, sin preguntar
quién es, pues con artificio
tú entrarás, sin parecer
que tengo yo culpa.

JUAN: Has dicho
bien. Y pues ya el sol se esconde,
quiero irme. Prevenido
está, que yo vuelvo luego.

Vase

PEDRO: A los alcahuetes digo
que son de amor gariteros;
vaya un discurso al garito.
Pone un garitero casa,
el alcahuete es lo mismo,
los galanes son tahures
y entran en ella infinitos.
De aqueste juego el tahur
que da palmadas y gritos
es el celoso; que siempre
celos son voces y ruido.
El que pierde y el que calla
es tahur a lo ministro,
que entra y paga su dinero
sin sentirlo, con sentirlo.
El que juega sobre prenda
es el amante novicio,
que saca del mercader
ya la joya, ya el vestido.
El que hace alicantina
es el amante entendido,
que pierde y dice, "Esto es hecho;
necio el que pierde continuo."
Sobre palabra, es aquél
que promete y que, cumplido

el plazo, paga. El galán
que sirve por lo entendido,
con papeles estudiados,
es el fullero del vicio,
pues juega con cartas hechas.
Los mirones, que han venido
a enfadar, sin dar provecho,
son los vecinos prolijos;
que del garito de amor
mirones son los vecinos.
Las barajas de este juego
son las damas; bien se ha visto
ser todas ellas barajas.
Y para el barato, digo
que, cuando hay baraja nueva,
tiene seguro el partido.
Y al fin de cualquiera suerte,
dándole al discurso mío
pago el garito, jamás
escarmienta, aunque le hizo
denunciación la justicia;
pues le ha de costar lo mismo
la causa. Y así yo ahora,
sin temer otro peligro,
conmigo he de desquitarme
de lo que perdí conmigo.

Pero Isabel es aquésta.

Sale ISABEL

ISABEL: Casilda, pues que ya el sol
en el piélago español
lecho de cristal apresta
donde abrasado se acuesta,
cierra esa puerta, y aquí
tú e Inés cantad; que así
en parte podré aliviar
mi tristeza y mi pesar.
Cantad tono triste.

Llaman

Di,
Inés, ¿oíste que a la puerta
llamaron? Quién es no sé
a estas horas.

PEDRO: (Yo pondré **Aparte**
que es el galán que concierta
que yo se la tenga abierta.)
Yo responderé.

ISABEL: Ve, pues;
pero, sin saber quién es,
no abras.

PEDRO: No haré, claro está;
(y es verdad, pues lo sé ya.) **Aparte**

Vase

ISABEL: Desde el cabello a los pies
temblando estoy. ¿Qué desvelo
es éste que me atormenta?
Y ¿qué ilusión me fomenta,
convertida en nieve y hielo,
una desdicha en recelo?

Vuelve PEDRO asustado

PEDRO: ¡Señora!
ISABEL: ¿Qué sucedió?
PEDRO: Abrí la puerta, y se entró
un hombre en casa embozado.
(Bien así me he disculpado.) **Aparte**

Sale LUIS Pérez

ISABEL: ¿Quién aquí ha entrado?
LUIS: Yo.
PEDRO: (¡Qué miro!) **Aparte**
LUIS: Yo soy, que vengo
a verte.
ISABEL: (¡Válgame Dios!) **Aparte**
LUIS: Pues ¿de qué os turbáis las dos?
PEDRO: (¡Oh qué lindo miedo tengo! **Aparte**
Aquí esconderme prevengo.)

Escóndese

ISABEL: Pues ¿cómo te has atrevido
a venir tan presumido
aquí, sin ver el rigor
de un juez pesquisidor
que de la corte han traído
contra ti, y en rebeldía
te tiene...(¡Desdichas fieras!) **Aparte**
LUIS: Di.
ISABEL: ...condenado a que mueras?
LUIS: No es la mayor pena mía
esa, pues que ya venía
dispuesto siempre a morir
hombre que viene a sentir
tus agravios.
ISABEL: No te entiendo.
LUIS: Yo remediarlo pretendo,
no lo pretendo decir.
Y, pues a aquesto he venido,
fía de mí que lo haré.
Y, mientras que yo no sé
este juez a qué ha venido,
no tendré entero sentido.
Di todo lo que ha pasado,
di lo que hay averiguado
contra mí.
ISABEL: Yo no sé más

de que a pregones estás
públicamente llamado;
tu hacienda toda embargada,
y a mí para mi sustento
me dan un pobre alimento;
mas del pleito no sé nada.

LUIS: No hables, hermana, turbada;
que, si yo he venido aquí,
es solamente por ti,
porque pretendo llevarte
conmigo; que en esta parte
no estás bien, pobre y sin mí.

ISABEL: Y dices bien; que no quiero
dar a algún Ícaro alas;
que hay para un traidor escalas
y vuela mucho el dinero.

LUIS: De tus razones infiero
cosas que han asegurado.
[.....-ado]
[.....?]
[.....?]
Más me aflige otro cuidado.

ISABEL: ¿Y es...?

LUIS: El no saber qué tiene
escrito el juez contra mí;
y no he de ausentarme así;
que el saberlo me conviene.

ISABEL: ¿De quién lo sabrás?

LUIS: Previene
averiguarlo el valor
del original mejor;
y, pues ausencia he de hacer,
¡vive Cristo, que ha de ser
por algo! Y así, traidor,
empiece en ti mi crueldad.

Sale PEDRO de su escondite

PEDRO: Mejor es que acabe en mí;
empieza en otro.

LUIS: ¿Tú aquí?

PEDRO: Oye y sabrás la verdad.
Viendo que necesidad
tenías...

LUIS: Pasa adelante.

PEDRO: ...tú de venir, al instante
vine, porque me debieses
que la cara no me vieses...

LUIS: ¿Cómo?

PEDRO: ...viniendo delante.

LUIS: ¡Muere, traidor!

Dale LUIS, y cae PEDRO como que está muerto

PEDRO: ¡Muerto soy!
Jesús, confe-...

A ISABEL

LUIS: Ven conmigo;
que yo a librarte me obligo
de tantas desdichas hoy.
(Y pues a su lado estoy, **Aparte**
de la Troya de este fuego
la he de librar, pues que llego,
cielos, a verla abrasar.
Fama al mundo ha de quedar
de Luis Pérez el gallego.)

Vanse LUIS e ISABEL, y levántase PEDRO, mirando por donde van

PEDRO: ¡Oh bendita mortecina!
Pues ahora me valiste,
sin duda para mí fuiste
invención santa y divina.
¡Qué bien su dicha imagina
el que se encomienda a vos!
Y, pues se fueron los dos,
yo escaparé como un rayo
de un milagro de soslayo,
y aquello de "quiso Dios."

Vase. Salen el JUEZ pesquisidor y CRIADO 1

JUEZ: Poned en aquesta sala,
que corre fresco, un bufete
con recado de escribir
y todos esos papeles;
que quiero mirar ahora
por ellos lo que conviene
hacer, y de los testigos
lo que dicen cerca de este
caso que he de averiguar.
CRIADO 1: Ya aquí prevenido tienes
cuanto mandaste, señor.

Sale CRIADO 2

CRIADO 2: Un forastero pretende
hablarte, y dice que al caso
que has venido es conveniente
que le escuches.
JUEZ: Será aviso
sin duda. Decidle que entre.

Salen LUIS Pérez y MANUEL al paño

LUIS: Quédate tú en esta puerta,
Manuel, y a ninguno dejes,
mientras que yo estoy hablando,

que a ver ni escuchar se llegue.

MANUEL: ¿Qué es entrar? Llega seguro
y no hayas miedo que deje
entrar a persona alguna,
si no fuere yo. Esto advierte.

Vase. Se adelante LUIS Pérez

LUIS: Beso al señor juez las manos,
a quien suplico se siente,
y quede solo; que tengo
que hablar cosas que convienen
a la comisión que trae.

JUEZ: Idos luego.

Vanse CRIADO 1 y CRIADO 2

LUIS: Por si fuere
largo, me daréis licencia
de tomar un taburete.

JUEZ: Siéntese vuesa merced.
(Sin duda, algún caso es éste **Aparte**
de importancia.)

LUIS: ¿Vuesarced
cómo en Galicia se siente
de salud?

JUEZ: Con ella estoy
para serviros. (Si fuese **Aparte**
de importancia.)

LUIS: Pues al fin
vuesa merced me parece,
señor juez, que aquí ha venido
contra ciertos delincuentes.

JUEZ: Sí, señor, un don Alonso
de Tordoya y un Luis Pérez.
Contra el don Alonso es
sobre haber dado la muerte
a un don Diego de Alvarado,
noble y valerosamente
en el campo cuerpo a cuerpo.

LUIS: Sepamos qué caso es éste
para traer de la corte
un hombre docto y prudente,
y sacarle del regalo
que a su cómodo conviene,
a averiguar una cosa
que a cada paso sucede.

JUEZ: No es el alma del negocio
ésta; que la más urgente
del caso es la resistencia
de la justicia, y ponerse
a herir un corregidor
un bellaco, un insolente
de un Luis Pérez, hombre vil,
que aquí vive de hacer muertes
y delitos. Pero yo
¿cómo hablo de aquesta suerte,
dando parte de mi intento,

sin saber quién sois? Conviene
que me digáis qué queréis;
porque no es cosa decente
hablar sin saber con quién.

LUIS: Yo lo diré fácilmente,
si en eso no más estriba.

JUEZ: Pues, decidlo ya.

LUIS: Luis Pérez.

JUEZ: ¡Hola, crïados!

Sale MANUEL

MANUEL: Señor,
¿qué es lo que mandás? ¿Qué quieres?

JUEZ: ¿Quién sois vos?

LUIS: Un camarada
mío.

MANUEL: Y soy tan obediente
crïado vuestro que estoy,
porque otro ninguno entre
a serviros sino yo,
el tiempo que aquí estuviere.

Vase

LUIS: Vuesa merced, señor juez,
no se alborote, y se siente
otra vez; que falta mucho
que hablar.

JUEZ: (Consejo es prudente **Aparte**
no aventurar hoy mi vida
con unos hombres que vienen
tan restados que sin duda
vendrá con ellos más gente.)
Pues ¿qué queréis, en efecto?

LUIS: Yo he estado, señor, ausente
algunos días; hoy vine
y, hallando con diferentes
personas, todas me han dicho
cómo vuesa merced tiene
un proceso contra mí.
Preguntando qué contiene,
unos dicen una cosa
y otros otra. Yo, impaciente,
por no saber la verdad,
tuve por más conveniente
el venir a preguntarla
a quien mejor la supiese.
Y así, señor, os suplico,
si ruegos obligar pueden,
me digáis qué hay contra mí,
porque yo no ande imprudente
vacilando en qué será
lo que me acusa o me absuelve.

JUEZ: ¡No es mala curiosidad!

LUIS: Soy curioso impertinente.
Mas, si no quiere decirlo...
éste el proceso parece.

El lo dirá y no tendré,
señor juez, que agradecerle.

Toma el proceso

JUEZ: ¿Qué hacéis?
LUIS: Ojeo un proceso.
JUEZ: ¡Mirad!
LUIS: Vuesarced se siente
otra vez; que no quisiera
decírselo tantas veces.
La cabeza del proceso
es ésta; no pertenece
a mi intención, pues ya sé,
más o menos, qué contiene.
Vamos a la información.
El primer testigo es éste.
"Y, habiendo tomado en forma
juramento a Andrés Jiménez,
declaró que, al tiempo y cuando
vinieron los dos valientes
caballeros, él cortaba
leña, y que secretamente
riñeron solos los dos,
y que al fin de un rato breve
cayó en el suelo don Diego.
Y que, mirando que viene
a este tiempo la justicia,
el don Alonso pretende
escaparse en un caballo,
a quien en el suelo tienden
de un arcabuzazo. Y luego,
procurando velozmente
escaparse, llegó a pie
a la quinta de Luis Pérez
--aquí entro yo--el cual le dijo
con palabras muy corteses
al corregidor dejase
de seguir tan crüelmente
a un caballero, y no quiso;
y él, puesto en medio, defiende
el paso y resiste osado
al corregidor. No puede
decir, porque él no lo sabe,
dónde ni cuándo le hiriese.
Esto declara, so cargo
del juramento, que tiene
hecho." Y dice la verdad;
que es un hombre Andrés Jiménez
muy de bien y muy honrado.
Segundo testigo es éste.
"Gil Parrado, que al ruido
de la confusión y gente
se salió de Salvatierra,
y llegó cuando pudiese
ver a Luis Pérez riñendo
con todos, y pudo verle
después arrojar al río,
y no sabe más." ¡Qué breve

y compendioso! Tercero,
Juan Bautista. Veamos "este
cristiano viejo" qué dice.
"Que él estaba entre unos verdes
árboles, cuando salieron
a reñir, y que igualmente
reñían, cuando salió
de una emboscada Luis Pérez
y al lado de don Alonso
se puso, y los dos aleves
dieron la muerte a don Diego
cobarde y traidoramente."
¿Quiere usted, oh señor juez,
saber mejor quién es este
hombre? Pues es tan infame
que confiesa claramente
que una traición vio y se estuvo
quieto. ¡Vive Dios, que miente!
"Que se puso don Alonso
en el caballo; y por verse
Luis Pérez a pie, se opuso
a la justicia, a quien hiere
y mata." ¡Este es un judío!

Arranca una hoja del proceso

Dad licencia que me lleve
est[a] hoja; que yo mismo
la volveré, cuando fuere
menester, porque he de hacer
a este perro que confiese
la verdad, aunque no es mucho
y es verdad, que no supiese
confesar este judío,
porque ha poco que lo aprende.
Y si es que atento a lo escrito,
deben sentenciar los jueces,
no han de ser falsos testigos;
que también los jueces deben
escuchar en el descargo.
Vuesa merced considere
qué delito cometí
en estarme quietamente
a la puerta de mi quinta.
Si allí la desdicha viene
a buscarme, ¿cómo puedo
huirme de ella? Y si lo advierte,
desdicha que no se busca
la disculpa el que es prudente.

Dentro

VOZ: Toda la gente está junta.
Él que está dentro es Luis Pérez.
¡Entrad, prendedle!
MANUEL: ¡Está aquí
un monte que le defiende!
LUIS: Manuel, dejadles la puerta;

que ya no importa que entren,
pues sé lo que he pretendido;
y veréis que los que quieren
entrar por la puerta salen
por las ventanas.

VOCES: ¡Prendedle!

JUEZ: ¡Deteneos!--

A LUIS

Yo os prometo,
como hombre de bien, Luis Pérez,
si os dais a prisión, de ser
vuestro amigo eternamente.

LUIS: No quiero amigos letrados;
que no obligan a los jueces
las palabras, que ellos hacen
a propósito las leyes.

JUEZ: Ved que, si no os dais, que puedo
daros en pública muerte
el castigo.

LUIS: Aqueso sí;
dádmela cuando pudiereis;

JUEZ: Pues ¿ahora no puedo?

LUIS: No;
porque en mis brazos valientes
estoy seguro.

JUEZ: Llegad,
matadlos, si se defienden.

Salen ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

MANUEL: ¡A ellos, Luis Pérez!

LUIS: ¡A ellos,
valeroso Manuel Méndez!
Las luces he de matar
a ver si a oscuras se atreven.

Apaga las luces

UNOS: ¡Qué asombro!

JUEZ: ¡Qué confusión!

LUIS: ¡Canalla, viles, aleves!
¡Nombre ha de quedar famoso
hoy del gallego Luis Pérez!

Pónense LUIS y MANUEL a un lado, la justicia y los ALGUACILES a otro, y métenlos a cuchilladas

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

Salen LUIS Pérez, ISABEL, doña JUANA y MANUEL

LUIS: Este monte eminente,
cuyo arrugado ceño, cuya frente
es dórica coluna
en quien descansa el orbe de la luna
con majestad inmensa,
nuestro muro ha de ser, nuestra defensa.
Y, pues que no pudieron
prendernos los cobardes que vinieron
de la ocasión llamados,
contra solos dos hombres tan honrados,
pierdan ya la esperanza
de lograr con mi muerte la venganza;
pues es fuerza que ahora
quien el camino que he elegido ignora
en otra parte sea
donde me busque. ¿Quién habrá que crea
que aseguro mi vida
en un monte cerrado y sin salida?
Pues por aquella parte
es nuestra tierra, y por esotra el arte
de la naturaleza,
con las ondas del río y la aspereza
que sus muros defiende,
foso es de plata que abrazar pretende
este verde Narciso,
que a su cristal desvanecerse quiso,
en cuyo centro fuerte
habemos de vivir de aquesta suerte.
La intrincada maleza
depósito ha de ser de la belleza
de tu esposa y mi hermana.
Aquí estarán en esta selva ufana,
dando al tiempo colores,
nieve al enero como al mayo flores.
De noche a esta pequeña
aldea, que es lunar de aquella peña,
podemos retirarnos,
seguros que no vengan a buscarnos;
los dos nos bajaremos
a los caminos, donde pediremos
sustento a los villanos
de estas aldeas. Pero no tiranos
hemos de ser con ellos;
que solamente lo que dieren ellos
habemos de tomar. De esta manera
hemos de estar hasta que el cielo quiera
que, habiéndonos buscado,
hayan perdido el tiempo y el cuidado,
y seguros podamos
salir de aquí y a otra provincia vamos,

donde, desconocidos,
de la Fortuna estemos defendidos,
si será parte alguna
reservada al poder de la fortuna.

MANUEL: No es novedad, Luis Pérez generoso,
hallar un homicida valeroso
en la casa del muerto
sagrado, amparo y puerto;
que, como no presume ni malicia
que esté allí, la justicia
no le busca; de suerte
que la vida le da a quien él dio muerte.
Así nosotros hoy, parando en esta
montaña, a los contrarios manifiesta,
no han de venir, aunque noticia tengan,
a buscarnos a ella; y, cuando vengan,
solos los dos podremos
hacernos fuertes, pues aquí tenemos
las espaldas seguras,
guardadas bien de aquestas peñas duras
y de estas ondas suaves
que se compiten en enojos graves
cuando, con igual brío,
río se finge el monte, monte el río,
siendo en varias espumas y colores
peñasco de cristal y mar de flores.

ISABEL: A los dos he escuchado,
corrida--¡vive Dios!--de haber mirado
el desprecio villano
con que los dos habéis dado por llano
que estáis solos los dos en la campaña.
Yo, hermano, estoy contigo,
y a imitarte me obligo,
siendo mi brazo fuerte
escándalo del tiempo y de la muerte.

JUANA: Yo vengo a ser aquí la más cobarde;
llegue mi queja, pues, aunque sea tarde,
que yo también me ofrezco
a matar y a morir.

LUIS: Yo os agradezco
el aliento atrevido,
aunque en las dos han sido
errados pareceres;
que las mujeres han de ser mujeres.
Nosotros dos bastamos
a defenderos. Con aquesto vamos,
Manuel, hasta el camino,
donde hallar el sustento determino.
Las dos [nos] esperad en este puesto.

ISABEL: Rogando al cielo que volváis tan presto
que ignore el pensamiento
si estuvisteis ausentes un momento.

Vanse ISABEL y doña JUANA

LUIS: Ya que en aquesta montaña
aseguradas se ven
hoy mi hermana y vuestra esposa,
no sin causa os aparté;

porque, ya que hemos quedado
los dos solos, [yo,] Manuel,
quiero en un negocio grave
tomar vuestro parecer.
Anoche, cuando leí
en la casa de aquel juez
mi proceso, hallé un testigo
tan infame y falso en él
que decía que había visto
cómo don Alonso fue
acompañado conmigo
a la campaña, y también
que traidoramente dimos
muerte alevosa y crüel
a don Diego de Alvarado
los dos. Ved ahora, ved
cómo se pueden sufrir
atrevimientos de quien
con la lengua ha pretendido
deslucir y deshacer
acciones de un desdichado
que en este estado se ve,
sin tener culpa mayor
que ser tan hombre de bien.

MANUEL: Y ¿quién es ese testigo?

LUIS: Cuando lo sepáis, veréis
que es mayor mi sentimiento,
porque Juan Bautista es.

MANUEL: Es un cobarde; y así,
Luis Pérez, no os admiréis,
que el cobarde siempre apela,
como sin valor se ve,
del tribunal de las manos
a la lengua y a los pies.
Vamos, y en medio del día,
sin recelar ni temer
la muerte, públicamente,
delante del mismo juez,
saquémosle de su casa
o dondequiera que esté,
y llevémosle a la plaza,
donde diga cómo es
testigo falso; que yo,
de mirar que le dejé
vivo la noche de marras,
estoy picado también.

LUIS: Esto ha de ser en efecto,
amigo; pero ha de ser
disponiéndolo mejor;
y las pendencias, sabed
que han de ser de dos maneras;
este discurso atended.
Pendencia que a mí me llame,
como quiera que yo esté,
me ha de hallar dispuesto siempre,
salga mal o salga bien;
mas la que yo he de buscar
con mi seguro ha de ser;
que del nadar y el reñir
el guardar la ropa fue

la gala. Gente he sentido;
llegad conmigo, veréis
del modo que he de vivir,
tomando lo que me den,
sin hacer agravio a nadie;
que soy ladrón muy de bien.

Sale LEONARDO

LEONARDO: Saca, Mendo, esos caballos
de esta montaña; porqué
en su amena población
un rato quiero ir a pie.
LUIS: Bésoos las manos, señor.
LEONARDO: Vengáis, hidalgo, con bien.
LUIS: ¿Adónde bueno camina
con tal sol vuesa merced?
LEONARDO: A Lisboa.
LUIS: Y ¿de dó bueno?
LEONARDO: Hoy salí al amanecer
de Salvatierra.
LUIS: Dichoso
soy, que deseo saber
qué hay de nuevo en Salvatierra,
y haréisme mucha merced
en decírmelo.
LEONARDO: No hay
cosa digna de saber,
sino sólo travesuras
de un hombre que dicen que es
escándalo de esta tierra
con su vida, el cual, después
de herir un corregidor
un día, por no sé qué,
y matar un criado suyo,
anoche en casa del juez
pesquisidor diz que entró
por curiosidad a leer
su proceso.
LUIS: Es muy curioso.
LEONARDO: Y, queriéndole prender,
de entre todos se escapó
con un hombre que también
dicen que es facineroso
y homicida como él.
Anda toda la justicia
buscándolos; pienso que
según tienen los deseos,
no se escaparán por pies.
Esto hay de nuevo.
LUIS: Yo ahora
quisiera de vos saber,
señor--que, en lo que habéis dicho
hombre cuerdo parecéis--,
qué es lo que hiciérades vos
si llegárades a ver
un amigo en un aprieto
y que, echando a vuestros pies,
os pidiera que amparaseis

su vida?
LEONARDO: Puesto con él
a su lado, me restara,
hasta morir o vencer.
LUIS: ¿Fuérades facineroso
por eso?
LEONARDO: No.
LUIS: Y si después
os dijeran que tenía
hecha información el juez,
en que le probaba muertes
y delitos por hacer,
¿procurárades mirar
la causa y de ella saber
quién era en ella testigo
falso?
LEONARDO: Sí.
LUIS: Decidme, pues,
otra cosa. Si este hombre
llegase por esto a ver
su persona perseguida,
sin hacienda, y sin tener
con que sustentar su vida,
¿no hiciera, señor, muy bien
en pedirlo?
LEONARDO: ¿Quién lo niega?
LUIS: Y si aqueste tal a quien
lo pidiese no lo diese,
¿no hiciera también muy bien
en tomarlo?
LEONARDO: Claro está.
LUIS: Pues si está claro, sabed
que soy Luis Pérez, que vivo
de la manera que veis,
y que os pido socorráis
mi desdicha. Ahora ved
en qué obligación estoy,
si vos, señor, no lo hacéis.
LEONARDO: Para que os socorra yo,
Luis Pérez, no es menester
convencerme con razones;
porque soy hombre que sé
lo que son necesidades.
Si esta cadena no es
bastante para las vuestras,
palabra os doy de volver
con mi hacienda a socorreros.
LUIS: Noble en todo parecéis.
Mas antes, señor, que tome
la cadena, he de saber
si me la dais por temor,
ahora que solo os veis
en el campo.
LEONARDO: No os la doy,
Luis Pérez, sino por ver
vuestra desdicha; y lo mismo
hiciera ahora, a tener
un escuadrón de mi parte.
LUIS: Con eso la tomaré;
que de mí no ha de decirse

que cosa ruin intenté;
pues, cuando llegue a costarme
la vida el rigor crüel
de mi estrella y mi destino,
consolado moriré
con que la fama dirá,
"Esta la justicia es
que manda hacer la Fortuna
a éste, por hombre de bien."

LEONARDO: ¿Mandáis otra cosa?

LUIS: No.

LEONARDO: Luis Pérez, el cielo os dé
la libertad que deseo.

LUIS: Acompañándoos iré,
hasta salir de este monte.

LEONARDO: Amigo, no hay para qué.

Vase

MANUEL: Bueno es querer reducir
a estilo noble y cortés
el hurtar.

LUIS: Esto es pedir,
no es hurtar.

MANUEL: Quien llega a ver
dos hombres de esta manera
pidiendo limosna, ¿es bien
se la nieguen?

Salen VILLANO 1 y VILLANO 2

VILLANO 1: He comprado,
como os digo, todo aquel
majuelo de somo el valle.

VILLANO 2: ¿El que de Luis Pérez fue?

VILLANO 1: El mismo; que la justicia
lo vende todo, porqué
de aquí ha de pagar las costas
al escribano y al juez,
y así le llevo el dinero.

LUIS: Éste conocido es,
seguro puedo llegar,
porque sus entrañas sé.--
Antón, ¿qué hay de nuevo?

VILLANO 1: ¿Luis?
¿Qué es esto? ¿Aquí os atrevéis
a estar, cuando el mundo os busca?

LUIS: ¿Con mi riesgo no podré?
En fin, esto no es del caso.
Pues sois mi amigo, atended;
yo tengo necesidad,
cosa infame no he de hacer;
vos lleváis ahí dineros
con que ayudarme podéis;
ni me he de dejar morir,
ni yo os tengo de ofender;
y así, os podéis ir seguro;
vos mirad cómo ha de ser,

y de ése en esto algún corte
que a todos nos esté bien.

VILLANO 1: ¿Qué medio se puede dar
sino que vos le toméis?

Dale los dineros

(Con esto guardo mi vida;
que, a negarlo, cierto es
que aquéste me la quitara.)

LUIS: Yo el dinero tomaré,
pero advirtiendo primero
que es porque vos le ofrecéis
de muy buena voluntad.

VILLANO 1: Que la tengo, bien se ve,
de serviros. Pero a mí
me ha de hacer falta también.

LUIS: Eso no entiendo. ¿De suerte
que vos, si pudiera ser
defenderlo, no lo dierais?

VILLANO 1: Está claro.

LUIS: Pues volved
a tomar vuestro dinero
e id con Dios; porque no es bien
que se diga de Luis Pérez
que robó a alguno; porque
decirse de mí que yo
necesitado tomé
de quien me dio, poco importa;
pero decirse que fue
con violencia, importa mucho.
Tomad el dinero, pues,
e idos con Dios.

VILLANO 1: ¿Qué decís?

LUIS: Digo, amigo, lo que veis.
Id con Dios.

VILLANO 1: De tus contrarios
el cielo te libre, amén.
Yo llevo aquí seis doblones;
no lo sabe mi mujer;
de ellos te puedes servir.

LUIS: Ni una blanca tomaré.
Idos con Dios; que ya es tarde,
y ya el sol se va a poner.

Vanse VILLANO 1 y VILLANO 2. Sale don ALONSO

ALONSO: (No en vano, amistad, mandó **Aparte**
la gentilidad hacer
altares a tu deidad,
pues eres la diosa a quien
el humano pensamiento
da su adoración con fe;
pues llego buscando así,
por ser amigo fïel,
uno a quien debo la vida;
que no es de la amistad ley

que, porque él me deje solo,
haya de dejarle a él.
Gente hay aquí; cubrir quiero
el rostro, por si me ven.)

LUIS: Caballero, la Fortuna
fuerza a dos hombres de bien
a pedir de esta manera
que algún socorro les dé,
por no tomarlo de otra.
Si es que ayudarnos podéis
con algo que no haga falta,
nos haréis mucha merced,
y si no, ahí está el camino,
y a Dios, que os lleve con bien.

Se descubre don ALONSO

ALONSO: Luis Pérez, de mi dolor
mi llanto respuesta os dé
y mis brazos. ¿Qué es aquesto?

LUIS: ¿Qué es lo que mis ojos ven?

ALONSO: Dadme mil veces los brazos.

LUIS: Cuando en el mar os juzgué,
cortesano de las ondas
y vecino de un bajel,
a Salvatierra venís?
Decidme, señor, a qué.

ALONSO: Buscándoos; porque yo apenas
desde la playa miré
la armada y para embarcarme
en la lancha puse el pie,
cuando me acordé de vos,
y tan corrido me hallé
de haberos dejado, Luis,
venir, que determiné
seguiros, por no pasar
con tal cuidado. Esto es
ser amigo; que un amigo
no se ha de dejar perder
por un agravio que haga,
pues de la suerte que veis
el agravio que me hicisteis
tengo de satisfacer.
A morir llego con vos;
aquí, amigo, me tenéis.
¿Qué queréis hacer de mí?

LUIS: Dadme mil veces los pies.

ALONSO: Dadme vos cuenta de vos.

LUIS: En este monte Manuel
y yo vivimos, vendiendo
las vidas al interés
de más vidas.

ALONSO: Ya he venido
yo, y esto, Luis, ha de ser
de otra suerte. Aquesa aldea,
que está de ese monte al pie,
es mía. Si yo entro en ella
en el traje que me veis,
en la casa de un vasallo,

de quien fïarme podré,
viviremos más seguros,
hasta que determinéis
el negocio a que venís
y qué es lo que habéis de hacer.
Esperadme en este puesto;
dispondrélo, y volveré
a avisaros; y, en efecto,
para el mal y para el bien
hemos de correr desde hoy
una fortuna los tres.

Vase

LUIS: ¡Qué amigo!
MANUEL: Por esta parte
viene un confuso tropel
de gente.

Ruido dentro

LUIS: Estos muchos son.
Apelemos a los pies
y a la aspereza del monte.
MANUEL: Si pretendemos correr,
las ramas, lenguas del bosque,
dirán que anda gente en él.
¿Qué haremos?
LUIS: Aquestas peñas
sean rústico cancel
que nuestras personas guarden;
pues aquí estaremos bien,
entre estas peñas echados.
MANUEL: Ya será fuerza tener
ése por mejor remedio,
pues no hay otro que escoger,
que llegan cerca.
LUIS: Montañas,
sepulcro de un vivo sed.
Diráse de mí que voy
al sepulcro por mi pie.

Échanse LUIS Pérez y MANUEL en el suelo, quedando encubiertos con algunas ramas. Salen doña LEONOR, JUAN Bautista y criados

JUAN: Aquí, señora, entre las varias flores,
defendida de pálidos doseles
que defienden al sol los resplandores,
coronadas de mirtos y laureles,
puedes, haciendo alfombras sus colores,
de los rayos hüir iras crüeles,
pues la saña del sol en este monte
precipicios avisa de Faetonte.
LEONOR: No puedo, aunque de esferas de diamante
lleva rayos el sol, volver un paso
atrás, pues la salud del almirante

me llama a ser aurora de su ocaso.
Con todo, esperaré este breve instante
por ver si el sol, desvanecido acaso,
se emboza en las cortinas de una nube,
altiva garza que a los cielos sube.

Sale el JUEZ Pesquisidor con ministros de la justicia

JUEZ: Andando ahora en busca, oh Leonor bella,
de estos hombres a quien el cielo esconde,
pues un rastro, una estampa, ni una huella
a mi solo deseo corresponde,
supe la nueva triste que atropella
vuestra inquietud, y vine luego donde
ninguna ocupación, señora, impida
rendir a vuestras plantas esta vida.

Aparte los dos

LUIS: Manuel, ¿oís?
MANUEL: Más quedo hablad.
LUIS: Supuesto
que a castigar ese traidor villano
con pública venganza estoy dispuesto,
¿qué ocasión podrá hallar jamás mi mano
mejor que verle ahora en este puesto,
donde alabanza, honor y gloria gano,
volviendo por mi honor y el de un amigo,
juntando el juez, la parte y el testigo?
Yo salgo.
MANUEL: Mirad bien...
LUIS: Ya estoy restado;
mi honor defiendo a riesgo de mi vida.
MANUEL: Llegad, pues que ya estáis determinado;
que yo no es bien que vuestro honor impida.
Mas esperad un poco; que ha llegado
mucha gente.
LUIS: ¡Ay de mí! Ya veo perdida
la ocasión.
LEONOR: Gente viene.
JUEZ: ¡Hola! ¿Qué es eso?

Salen ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2 con otros que traen a PEDRO agarrado

ALGUACIL 1: Un hombre que del monte traen preso.

ALGUACIL 2: Este villano, señor,
fue de Luis Pérez crïado.
Camino le hemos hallado
de Portugal. Y en rigor
sabe de él, porque aquel día
que Luis Pérez se ausentó
de Salvatierra faltó,
volvió ayer y ahora huía.
JUEZ: Muy grandes indicios son.

PEDRO: Sí, señor, lo son muy grandes;
porque en Alemania, en Flandes,
en la China y el Japón
que esté yo, ya estará él.
JUEZ: Pues di, ¿ahora dónde está?
PEDRO: Presto a buscarme vendrá;
que es un amo tan fïel
que hoy--mirad que esto os digo--
si preso me llega a ver,
él se dejará prender
por sólo encontrar conmigo.
JUEZ: ¿Dónde está, en fin?
PEDRO: No lo sé;
mas me atreveré a jurar
que cerca debe de estar.
JUEZ: ¿De qué lo infieres?
PEDRO: De que,
si sabe que estoy yo aquí,
es fuerza que esté también,
porque me quiere muy bien
y no se aparta de mí
y, hablando de veras, digo
que, si donde está supiera,
luego al punto lo dijera,
por hüir de su castigo;
pues el mayor que yo espero
es Luis Pérez. Si falté
de esta tierra, señor, fue
huyendo rigor tan fiero;
fui a Portugal, y en él vi
a Luis aquel mismo día;
paséme a Andalucía,
y también vi a Luis allí;
volvíme a esta tierra, y luego
Luis a esta tierra volvió,
donde anoche me dejó
por muerto. Libre del fuego
me vi y quíseme escapar,
auséntandome otra vez,
y esta gente, señor juez,
me alcanzó al primer lugar.
Prendiéronme por crïado
suyo, pero no lo soy.
A vuestras plantas estoy,
de ningún modo culpado.
Mas digo que, si a mi amo
queréis cazar, me pongáis
en el campo donde estáis
por señuelo y por reclamo;
que yo pondré la cabeza
si él a picar no viniere,
y en vuestra red no cayere.
JUEZ: Tu locura o tu simpleza
no te han de librar de mí.
dime presto dónde está
o un potro decirlo hará.
PEDRO: Nunca buen jinete fui
y, a saberlo, cosa es clara
que, huyendo dolor tan fiero,
me desbocara primero

que el potro se desbocara;
pero no lo sé.

JUEZ: Ahora bien;
a esa aldea le llevad
preso, y allí le encerrad,
asistiéndole muy bien
hasta que traza se dé
de que a Salvatierra vaya;
y mucho cuidado haya
en guardarlo, pues se ve
en su brío y su desgarro
que es hombre de gran valor,
supuesto que su señor
se valió dél.

PEDRO: ¿Tan bizarro
le he parecido? Por Dios,
[que para guardarme a mí,]
de cuatro hombres que hay aquí
sobran tres, de tres los dos,
de dos uno, y aun de uno
la mitad, de la mitad
el ninguno; y, en verdad,
que del ninguno el ninguno.

Vanse ALGUACIL 1, ALGUACIL 2 y los otros ministros, llevando a PEDRO

JUEZ: Vamos.

LUIS: Pues que ya se fueron
los que las armas tenían,
y que los cielos me envían
la ocasión que pretendieron
mis deseos, pues mejor
nunca la pudiera hallar
que ver en este lugar
juntos al juez, a Leonor
y a Bautista, sin más guarda
que sus personas, no espero
mejor ocasión, y quiero
lograrla.

MANUEL: ¿Qué te acobarda?

JUEZ: ¿Dónde esta gente estará?

Salen MANUEL y LUIS

MANUEL: Aquí, si ignorarlo siente.

LUIS: ¡Guarde Dios la buena gente!
Todos estamos acá.

JUAN: ¡Cielos! ¿Qué es esto que miro!

LEONOR: ¡Ay de mí!

JUEZ: ¡El cielo me valga!

LUIS: Ninguno deje su puesto;
esténse como se estaban,
mientras que al señor Bautista
le digo cuatro palabras.

JUEZ: ¡Hola!

LUIS: No, no os alteréis.

MANUEL: El llamar no es de importancia,
si no queréis que os respondan
crïados que en vuestra casa
os sirvieron otra vez.

JUEZ: ¿Así mi poder se trata?
¿Así el respeto se pierde
a la justicia?

LUIS: ¿Quién guarda
más su respeto que yo,
supuesto, señor, que en nada
os ofendo, antes os sirvo
con puntualidades tantas
que, porque vos no os canséis
buscándome en partes varias,
vengo a buscaros?

JUEZ: ¿Así
os pone vuestra arrogancia
delante de la señora
que es la parte a quien agravia
la traición que ha derramado
la sangre que la venganza
está pidiendo a los cielos,
con lengua que finge el nácar
de estas flores, que han vivido
desde entonces con dos almas?

LUIS: Antes con esto la obligo,
pues que la quito la causa
de un rencor tan indignado
a su sangre ilustre y clara,
por haber crédito dado
a un testigo que la engaña.
O si no, decid, señora,
si cuerpo a cuerpo matara
don Alonso a vuestro hermano,
sin traición y sin ventaja,
¿siguiérades rigurosa
el castigo y la venganza?

LEONOR: No; porque, aunque a las mujeres
las leyes les son negadas
de los duelos de los hombres,
las que mi valor alcanzan
saben las obligaciones
que se debe a una desgracia.
Si en igual campo a don Diego
hubiera muerto, en mi casa
estuviera don Alonso
seguro de mi venganza.
Yo misma--¡viven los cielos!--
la amparara y perdonara,
a ser noble su desdicha.

LUIS: Pues yo tomo esa palabra;
y, pues la ley del derecho
nadie la ignora, asentada
ley es que se ratifique
el testigo o que no valga.--
Éste, Bautista, es tu dicho.
Hele leído, y declara
lo que es verdad y mentira.

Dale a JUAN Bautista el papel

LEONOR: (¡Determinación bizarra!) **Aparte**
LUIS: Primeramente tú aquí
dices que escondido estabas
cuando miraste reñir
a los dos en la campaña.
¿Ésta es verdad?
JUAN: Sí lo es.
LUIS: Dices que de entre unas ramas
me viste salir a mí
y ponerme con mi espada
al lado de don Alonso.
Pues sabes que aquí te engañas,
di la verdad.
JUAN: Ésta lo es.
LUIS: Miente tu lengua tirana.

Dispara una pistola, y cae JUAN Bautista en el suelo

JUAN: ¡Válgame el cielo!
LUIS: Señor
juez, vuesa merced añada
aquesta muerte al proceso;
y adiós.--Tú, Manuel, desata
los caballos que han traído
estos señores y marcha;
que, pues aquí han de quedarse,
no les harán mucha falta.--
Adiós.

Vanse LUIS Pérez y MANUEL

JUEZ: ¡Por vida del rey,
que tan soberbia arrogancia
o me ha de costar la vida
o ha de quedar castigada!
JUAN: Escucha, señora, y sabe
que muero con justa causa;
pues cuanto he dicho fingí
por conseguir a su hermana.
Don Alonso dio la muerte
cuerpo a cuerpo y cara a cara
a tu hermano. Esto es verdad;
que a voces lo diga basta
para que en mi triste muerte
esta deuda satisfaga.

Muere. Vuelven a salir ALGUACIL 1, ALGUACIL 2 y los otros que llevaban preso a PEDRO, y él resistiéndose

ALGUACIL 1: A la voz de la escopeta,
lengua de fuego, que habla
a los vientos, hemos vuelto
a saber si algo nos mandas.

JUEZ: Venid todos; que Luis Pérez
aquí en este monte aguarda.
PEDRO: ¿No lo dije yo, que había
de venir tras mí sin falta?
JUEZ: Hoy han de morir; y aquí,
porque aquéste no se vaya,
que bien se ve estar culpado,
queden dos hombrres de guarda
con él.
PEDRO: Si era mi delito
callar dónde Luis estaba,
¿yo no dije que vendría
y vino? ¿Qué culpa hallan
en mí?
JUEZ: Los dos nos quedemos
con él.-- Ven, traidor, y calla.

Vanse el JUEZ, PEDRO, ALGUACIL 1, ALGUACIL 2, y todos los hombres, llevándose el cadáver de JUAN Bautista

LEONOR: Mucho sentiré que alcancen
este hombre; que, aunque airada
estuve con él, sabiendo
la verdad, con justa causa
podrá trocar el valor
en agravio la venganza.
La vida tengo de darle
si puedo, en desdicha tanta.
¡Que a tanto el valor obligue
que temple al mismo que agravia!

Vase. Salen LUIS Pérez y MANUEL

LUIS: Pues rendidos a su aliento
los caballos se desmayan,
en la espesura del monte
esperemos cara a cara.

Dentro el JUEZ

JUEZ: En esta parte se esconden
entre las espesas ramas;
cercadlos por todas partes.
MANUEL: Perdidos somos; que en tanta
gente no hemos de poder
defendernos, pues la espalda
no está segura jamás.
LUIS: Sí está. Escuchad una traza;
si con toda aquesta gente
riñésemos cara a cara,
no podrán jamás cercarnos,
si estamos espalda a espalda,
pues hallarán siempre así
el rostro, el pecho y la espada.
Reñid vos con quien cayere
hacia esa parte, y sed guarda

de mi vida, y de la vuestra
yo.

MANUEL: Pues si tú me la guardas,
seguro estoy, venga el mundo.

Salen el JUEZ y todos los que pudieren, pónense los dos de espaldas y andan alrededor riñendo, y procuran apartarlos

JUEZ: ¡A ellos!

LUIS: ¡Llegad, canalla!--
Manuel, ¿cómo va?

MANUEL: Muy bien.
¿Qué hay por allá?

LUIS: Linda daga.

JUEZ: Demonios son estos hombres.

LUIS: Pues que ya nos desamparan
el puesto, ¡a la cumbre!

Vase

MANUEL: ¡Al monte!

Vase

JUEZ: Seguidlos, y no se vayan.

Vanse. Salen por lo alto ISABEL y doña JUANA

ISABEL: Aquel arcabuz que oí,
de horror y tristeza lleno,
siendo para todos trueno,
rayo ha sido para mí.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
el tardar Luis y Manuel?
Que un pensamiento crüel
asombro y temor me da.
Amiga, ¿qué te parece?

JUANA: ¿Cómo quieres que te den
respuesta voces de quien
la misma duda padece?

ISABEL: Bajemos de esta montaña;
que menos mal es morir
de una vez que no sentir
muerte prolija y extraña.

Salen LUIS Pérez y MANUEL

LUIS: Procurad, Manuel, salir;
que una vez allá los dos,
a una escuadra--¡voto a Dios!--
no nos hemos de rendir.

ISABEL: ¡Luis!

JUANA: ¡Manuel!

MANUEL: ¡Mi bien!
LUIS: ¡Hermana!
ISABEL: ¿Qué es esto?
LUIS: Que el mundo viene
sobre nosotros.
MANUEL: No tiene
el hado defensa humana.

Recoge ISABEL una piedra

ISABEL: No temáis al mundo entero,
si os asegura, y no en vano,
este peñasco en mi mano,
y en las vuestras ese acero.

Salen el JUEZ y su gente

JUEZ: Trepad la montaña arriba,
que, a pesar de ofensas tantas,
tengo de poner las plantas
sobre su cerviz altiva.
¡Vive el cielo, que ha de ser
plaza todo este horizonte
y cadalso aqueste monte
que mi justicia ha de ver!
Quien me diere vivo o muerto
a Luis Pérez, le daré
dos mil escudos.
LUIS: A fe,
que es muy barato el concierto;
tasáisme en precio muy vil;
yo os taso en más. Quien me diere
vivo o muerto al juez, espere
de mi mano cuatro mil.
JUEZ: ¡Tirad, matadle! ¡Del cielo
castigue un rayo a los dos!

Disparan un arcabuz, y cae LUIS

LUIS: Muerto soy. ¡Válgame Dios!
JUEZ: Date a prisión.
LUIS: ¿Cómo? Apelo
a la espada. Mas ¡ay triste!,
en pie no puedo tenerme.
Llegad, llegad a prenderme.

Viene rodando

JUEZ: Aun muerto se me resiste.
ISABEL: Esperad, no le matéis
o, si esa saña atrevida
a él le quitó la vida,
con ella no me dejéis.
JUEZ: Caminad a Salvatierra;
que en tal presa voy contento.

Vanse LUIS Pérez preso, el JUEZ y su gente. Habla MANUEL en lo alto

MANUEL: ¡Suelta!
JUANA: ¿Qué intentas?
MANUEL: Intento
despeñarme de esta sierra.
JUANA: ¡Detente!
MANUEL: ¡Suelta o, por Dios,
que te arroje de mis brazos
a ese valle, hecha pedazos,
donde muramos los dos!

Baja MANUEL. Sale don ALONSO muy alborotado

ALONSO: ¿Qué es esto?
MANUEL: Que llevan preso
a Luis Pérez este día.
A riesgo de la honra mía,
de mi amistad el exceso
se ha de ver.
ALONSO: Vamos tras él;
que, aunque encubierto he venido,
y estarlo aquí he pretendido,
si ha llegado a tan crüel
estado y a tales puntos
de un amigo los extremos,
las máscaras nos quitemos,
y muramos todos juntos.

Vanse. Salen ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2 con PEDRO

ALGUACIL 1: Bravo ruido es el que suena
en el monte y en el valle.
PEDRO: Espérenme aquí un poquito;
que yo iré y, en un instante,
bien informado de todo,
veloz volveré a contarles
lo que pasa.
ALGUACIL 2: Estése quedo,
y un átomo no se aparte,
o detendránle dos balas.
PEDRO: Serán rémoras notables.
Ahora bien, pues que no quieren
que vaya y vuelva a informarles,
vayan y vuelvan los dos
a informarme a mí, que es fácil.
ALGUACIL 2: No te habemos de dejar
un minuto.
PEDRO: ¿Hay más constantes
guardas? ¿Soy día de fiesta,
para que todos me guarden?
Si bien tengo aquí un consuelo,
y es que no vendrá a buscarme,
mientras preso estoy, Luis Pérez,

si este sagrado me vale.
ALGUACIL 1: Gran gente viene a nosotros.
PEDRO: Es verdad, y aquí adelante
vienen dos arcabuceros,
y detrás otros que tales.
En medio de todos cuatro
un hombre embozado traen,
y luego infinita gente.

Salen el JUEZ y ALGUACIL 3, ALGUACIL 4 que traen a LUIS Pérez embozado

JUEZ: ¿Dónde aquel preso dejasteis?
ALGUACIL 3: Aquí, señor.
JUEZ: Los dos juntos
de aquesta manera marchen.
ALGUACIL 4: No podrá Luis, porque tiene
hecho un brazo dos mil partes,
y ya fallece, señor,
con la falta de la sangre.
JUEZ: Dejadle cobrar aliento,
y por ahora destapadle.
PEDRO: Sólo aquí pudo la suerte
perseguirme y apurarme
la paciencia. ¿Cuánto va
que pára esto en que se hace
un cepo para los dos,
para los dos una cárcel,
para los dos una horca,
un cordel y un enterrarme
con él en un mismo hoyo?
LUIS: ¿Quién aquí se queja?
PEDRO: Nadie.
LUIS: No temas, Pedro; que ya
no tienes que recelarte;
que ayer de matar fue día,
y hoy de morir. ¡Ah inconstantes
presunciones de los hombres,
qué desvanecidas yacen!
JUEZ: ¿Qué gente nos sale al paso
allí, y tantas armas trae?

Salen doña LEONOR, doña JUANA, ISABEL y algunos criados

LEONOR: Yo soy, con estas señoras,
que, corrida de mirarme
vengativa, por engaños
de un traidor, quiero mostrarme
piadosa y agradecida
a desengaño tan grande.
Dadme ese preso; que yo
le perdono como parte.
ISABEL: O si no, le quitaremos.
Dadnos el preso al instante.
PEDRO: ¿En qué ha de parar aquesto?
LUIS: Hermosa Leonor, no trates
de darme vida.

Salen don ALONSO, MANUEL y otros

ALONSO: Señor,
escucha.
JUEZ: Otro nuevo lance
es aquéste.
ALONSO: Don Alonso
de Tordoya soy; que sabe
agradecer de esta suerte
mi amistad acciones tales.
Aquesto es venir restados,
por eso no hay que excusarse
en entregarnos el preso.
MANUEL: Cuantos miras aquí antes
morirán que desistir
de una acción tan admirable.
ISABEL: Venga el preso.
ALONSO: El preso venga.
JUEZ: Probad, si queréis llevarle.
ALONSO: ¡A ellos, y mueran todos!
LEONOR: Aquí estoy de vuestra parte,
don Alonso; pero luego
advierte que has de pagarme
el haber muerto a mi hermano.
ALONSO: De eso ahora no se trate;
que yo os daré la disculpa.
PEDRO: (Y parará en que se casen.) **Aparte**
ALONSO: ¿No hay remedio, señor juez?
JUEZ: No habrá remedio que baste.
ALONSO: Pues, ¡ánimo y pelead!
¡Ea, amigos, dadles, dadles!

Éntranlos a cuchilladas, y sale por otra puerta libre LUIS Pérez con don ALONSO

ALONSO: Ya, Luis Pérez, estáis libre.
LUIS: Don Alonso, amigo, antes
estoy preso; que quisiera
pagar acción semejante
y, mientras me desempeño,
mi vida a esas plantas yace.
ALONSO: Deja[d] ahora cumplimientos.
LUIS: ¿Qué haremos?
PEDRO: Meterte fraile,
que es el camino mejor
para vivir y librarte.
Pero dime, ¿será hora
en que puedas perdonarme?
Harto he pasado por ti,
por caminos y con hambres.--
Señor don Alonso, a vos
os suplico de mi parte
que me alcancéis el perdón.
ALONSO: Luis Pérez,...
LUIS: Amigo, baste;
yo le perdono por vos.
Vamos desde aquí al instante

por mi hermana y doña Juana,
pues quedaron de esperarme,
dando con aquesto fin
a las hazañas notables
de Luis Pérez, y su vida
dirá la segunda parte.

FIN DE LA COMEDIA

Personas que hablan en ella:

Don HIPÓLITO
Don LUIS
Don JUAN
Doña CLARA
Don PEDRO
Doña ANA
PERNÍA, escudero viejo
Doña LUCÍA
ARCEO, gracioso
INÉS, criada

JORNADA PRIMERA

Salen Don JUAN, embozado y ARCEO, gracioso, con una bujía en un candelero

ARCEO: Ya he dicho que no está en casa
mi señor, y es, caballero
o fantasma o lo que sois,
en vano esperarle, puesto
que no sé a qué hora vendrá
a acostarse.
JUAN: Yo no puedo
irme de aquí sin hablarle.
ARCEO: Pues en el portal sospecho
que estaréis mucho mejor.
JUAN: Mejor estaré aquí dentro.
ARCEO: Muerto de capa y espada,
que tan pesado y tan necio
has dado en andar tras mí
rebozado y encubierto,
agradécelo al Señor
que te tengo mucho miedo,
que si no, yo te pusiera
a cuchilladas muy presto
en la calle.
JUAN: No lo dudo;
mas no os turbéis; de paz vengo.
De don Pedro soy amigo;
sosegaos.
ARCEO: ¡Lindo sosiego!
JUAN: Y sentaos aquí.
ARCEO: Yo estoy
en mi casa, y si yo quiero
me sentaré.
JUAN: Pues estad

como quisiéredes.
ARCEO: Cierto
que sois fantasma apacible
y que tenéis mil respetos
del convidado de piedra.
JUAN: Decidme, ¿qué hace don Pedro
fuera de casa a estas horas?
¿Diviértele amor o juego?
ARCEO: Juego o amor le divierte.
JUAN: Todo es uno, a lo que pienso,
pues amor y juego, en fin,
son de la Fortuna imperios.
¿Anda de ganancia ahora?
ARCEO: Yo de pérdida me veo.
JUAN: ¿Está desfavorecido?
ARCEO: No lo sé.
JUAN: ¿Pues sus secretos
no fía de vos?
ARCEO: No fía,
sino presta algunos de ellos.
¿No bastaba entrometido
sino preguntón?

Sale Don PEDRO

PEDRO: ¿Qué es esto?
ARCEO: Esperad en hora mala
en la calle o el infierno,
si no queréis...
PEDRO: Dime, loco,
¿qué ha sido?
ARCEO: Vienes a tiempo,
que si un poco más te tardas,
a ese embozado sospecho
que le echo por la ventana
tan alto, que de este vuelo,
ya que no sietedurmiente,
sino volante, primero
que volviera, se mudaran
los trajes y los dineros,
y se hablaran otras lenguas.
PEDRO: ¿Quién es?
ARCEO: No lo sé, mas pienso
que es algún hombre casado
que viene a verte encubierto,
pues no se ha dejado ver
la cara.
PEDRO: Pues, caballero,
¿a quién buscáis así?
JUAN: A vos.
PEDRO: Decid qué queréis.
JUAN: Dirélo
en quedando solos.
ARCEO: ¿Ves
si digo bien?
PEDRO: Majadero,
salte allá fuera.
ARCEO: En buen hora.
(Mas aunque ir a parlar tengo **Aparte**

con doña Lucía, la dueña
de mi vecina, más quiero
ser hoy crïado que amante,
y he de estarme aquí, por serlo,
escuchando cuanto digan.)

Vase

PEDRO: Ya estoy solo, y sólo espero
que me digáis qué queréis.
JUAN: Cerrad la puerta.
PEDRO: Suspenso
me tenéis. Ya está cerrada.
JUAN: Pues ahora, a esos pies puesto,
me dad, don Pedro, los brazos.
PEDRO: Don Juan, amigo, ¿qué es esto?
¿Cómo os atrevéis a entrar
así en Madrid, sin que el riesgo
de vuestra vida miréis?
JUAN: Como la muerte no temo,
así no guardo la vida,
que ya de tratarlas tengo
con la compañía perdido
a mis desdichas el miedo.
Ya sabéis, como quien fue
por la vecindad, tercero
de mi desdichado amor
aquel venturoso tiempo,
que amé a doña Ana de Lara,
cuyo divino sujeto
se coronó de hermosura,
se laureó de entendimiento.
Ufano con mi esperanza
y con su favor soberbio
viví; en esto no me alabo,
antes me desluzgo en esto,
que en materia de favores
es tan desdichado el premio
que es el que le goza más
el que lo merece menos.
Ya sabéis que viento en popa
este amor, este deseo,
en el mar de la Fortuna
tuvo de su parte el cielo
hasta que, alterado el mar,
el bajel del pensamiento
en piélagos de desdichas
corrió tormenta de celos.
Una noche... --ciegamente
lo que vos sabéis os cuento;
pero dejad que lo diga,
ya que es el pesar tan necio,
que repetirle el dolor
es repetirle el consuelo--,
una noche, pues, salí
de su casa yo, creyendo
que para mí solo estaba
el falso postigo abierto
de un jardín, cuando llegando

a abrirle, ¡ay Dios!, por de dentro,
hacia la parte de fuera
torcer otra llave siento.
Suspendo la acción y a un lado
me retiro, por si puedo
mis celos averiguar,
si es que han menester los celos
para estar averiguados
más diligencia que serlo.
Entreabrieron el postigo
y a la poca luz que dieron
las estrellas en la calle,
entrar solo un hombre veo
que, sin luz y sin razón,
andaba dos veces ciego.
Bien le pudiera matar
a mi salvo entonces, pero
quise apurar la malicia
a mis desdichas, y quedo
me estuve un rato, ¡mal haya
tan curioso sufrimiento!
El, tentando las paredes,
que no estaba, no, tan diestro
como yo en ellas, que había
estudiádolas más tiempo,
llegó a tropezar en mí,
y desalumbrado, viendo
que había gente en el portal,
dijo atrevido y resuelto,
"No puede haber aquí nadie;
que matarlo o conocerlo
no me importe; otro no tenga
las dichas que yo no tengo."
No sé qué le respondí,
y los dos con un esfuerzo
hasta la calle salimos,
donde solos cuerpo a cuerpo
reñimos, hasta que igual
mostró la Fortuna el duelo
entre los dos, ¡ay de mí!,
pues a quien me dio primero
celos, le di yo la muerte,
como quien dice, "Hoy intento
que sea paz de nuestra lid,
o morir o tener celos."
Y dándome lo peor,
quedé celoso y él muerto.
Al ruido de las espadas
llegó la justicia luego,
y yo, apelando a los pies
de la ejecución que hicieron
las manos, me puse en salvo,
mas no tanto que cogiendo
un criado que esperaba
con un rocín en el puesto,
no dijese a la justicia
quién era: sólo por ellos
son señores los señores,
que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaración

me ausenté, mas no pudiendo
vivir ausente y celoso,
de esta manera me he vuelto
a Madrid, y confïado
en vuestra amistad, me atrevo
a venirme a vuestra casa,
y escarmentado, en efecto,
de la lengua de un crïado,
me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos días,
sólo hasta saber si puedo
ver a doña Ana, por quien
tantas desdichas padezco,
que aunque es verdad que ofendido
estoy, la estimo y la quiero
tanto, que solo a quejarme
hoy a la corte me vuelvo
por ver si acaso, ¡ay de mí!,
se disculpa, que si llego,
hablándola alguna noche
siendo vos solo el tercero,
a oír satisfacciones, que antes
que ella las diga las creo,
me iré a Flandes consolado
de que sus disculpas llevo,
que haciendo amistades sean
camaradas de mis celos,
porque así estaré seguro
que ni el pesar ni el contento
me maten, bien como aquel
que está herido de un veneno
y otro veneno le cura;
que este es el último extremo
de un hombre celoso, pues
no puede, ni yo lo creo,
hacer de su parte más
que decir, "Quejoso vengo
a creer cuanto digáis;
y pues que vivir no puedo,
haces que muera del gozo
si he de morir del tormento."

PEDRO: En dos empeños me pone
la merced que me habéis hecho
de valeros de esta casa
y de mí, y es el primero
el ampararos en ella,
y así, cortésmente ofrezco
casa, hacienda, honor y vida,
don Juan, al servicio vuestro.
El segundo es ayudaros
en vuestro amor; para esto
y para todo es forzoso,
supuesto que él ha de veros,
fïaros de ese criado,
que aunque ha poco que le tengo,
tengo de él satisfacción.
No hablo ahora en vuestro pleito,
que ya sabéis que un don Luis
de Medrano, que era deudo
del muerto, es quien se ha mostrado

parte.

JUAN: Ya nos conocemos
los dos.

PEDRO: Pues esto dejado,
porque, en efeto, no quiero
hablaros en penas hoy,
de doña Ana lo que puedo
deciros es que ni el rostro
la he visto desde el suceso
de esa noche, ni en ventana,
ni en iglesia, ni en paseo
de Prado y Calle Mayor,
que es mucho para mí, siendo
como soy, vecino suyo.

JUAN: Fineza es, don Pedro; pero
¿quién puede a mí asegurarme
que es por mí y no por el muerto
ese luto que ha vestido
su hermosura?

PEDRO: Mas ¡qué presto
a lo que le está peor
discurre el entendimiento!

JUAN: ¿Qué queréis? Es más honrado
el mal que el bien.

PEDRO: No lo entiendo.

JUAN: Yo sí, pues dudo del bien
cuanto dice, y del mal creo
cuanto imagina, y mirad
cuál es más honrado, puesto
que uno siempre está tratando
verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
restaba al noturno velo,
se ha desvanecido ya,
de la hermosa luz huyendo
del sol. Recogeos y haced
del día noche.

PEDRO: No puedo,
porque tengo aquestas horas
que hacer, y antes agradezco
haberme hallado vestido.

JUAN: Desvelado galanteo
tenéis, pues os recogéis
tan tarde y volvéis tan presto.

PEDRO: Ando por averiguar,
don Juan amigo, unos celos,
por dejar desengañada
una pretensión que tengo,
y he de ir al Parque, porque
su apacible sitio ameno
de las flores y las damas
es el cortesano imperio
de estas mañanas de abril
y mayo, y he de ir siguiendo
esta dama. Vos podéis
descansar en tanto. Arceo.

Sale ARCEO

ARCEO: Señor.
PEDRO: Haz que luego al punto
se haga en aqueste aposento
una cama, y esto sea
con recato y con silencio,
que importa que nadie sepa
que al señor don Juan tenemos
en casa, y de ti lo fío
solamente. A Dios.

Vase

ARCEO: Tú has hecho
conmigo lo que se suele
con los galeotes, y es cierto,
pues de ellos nada hay seguro
sino lo que se fía de ellos.
JUAN: Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros.

Vanse y salen doña CLARA e INÉS, criada

INÉS: En fin, ¿que has dado en que has de ir
al Parque?
CLARA: ¿Quieres saber
si puede dejar de ser,
Inés? Pues has de advertir
que me ha dicho que no vaya
a él don Hipólito, y creo
que fue alentar mi deseo
para que más presto vaya,
pues si ayer cuando me habló,
que viniera me dijera,
presumo que no viniera,
y solo porque llegó
a persuadirse que había
de obedecerle, me ha dado
tal gana, que he madrugado
dos horas antes del día.
INÉS: No es en nosotras hoy nueva
esa culpa, ese pecado,
que pecar en lo vedado
es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
de este amor, de este deseo
de los dos, porque no creo
lo que a los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre
por loco y por maldiciente
conocido de la gente
más que por su propio nombre.
Tú, perdona que lo diga,
mujer, en justo o injusto,
muy amiga de tu gusto,
de tu libertad amiga.
Él a todas quiso bien,
tú a todos quisiste mal:

dime, ¿amor tan desigual
cómo ha de parar en bien?

CLARA: Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
su capricho y mi capricho,
y antes gran gusto me has dado,
porque no hay para mí cosa
como hombres de extraños modos,
y que al fin me tengan todos
por vana y por caprichosa.
¿Qué quisieras, que estuviera
muy firme yo, y muy constante,
sujeta solo a un amante
que mil desaires me hiciera
porque se viera querido?
Eso no; el que he de querer,
con sobresalto ha de ser
mientras que no es mi marido.
Y así, por dársele hoy
a don Hipólito, quiero
ir al Parque, donde espero,
porque disfrazada voy,
pasear, hablar, reír,
preguntar y responder,
ser vista, en efeto, y ver,
porque no se ha de admitir
al amante más fïel
por el gusto que ha de dar.
INÉS: ¿Pues por qué?
CLARA: Por el pesar
que yo le he de dar a él.
INÉS: Y tienes mucha razón;
con lo cual hemos llegado
a la calle que fue Prado
en virtud del azadón.
CLARA: Pues bajemos por aquí
a la de Álamos, que es
arrendajo del Pajés.
INÉS: Parece que cantan.
CLARA: Sí.

Vanse y suena dentro MþSICA

[MÚSICA]: *"Mañanicas floridas*
de abril y mayo,
despertad a mi niña,
no duerma tanto."

Salen Don LUIS y Don HIPÓLITO

LUIS: Sólo haceros compañía,
don Hipólito, pudiera
vencer de mi pena fiera
la grave melancolía.
HIPÓLITO: Por divertiros yo a vos
de vuestro primo en la muerte,
os traigo de aquesta suerte

al Parque, donde los dos
divirtamos la mañana.

LUIS: Más hermoso el sol parece,
porque embozado amanece
entre nubes de oro y grana.

HIPÓLITO: Desde aquí podemos ver
la gente que va bajando.
¡Qué tierno va enamorando
don Sancho allí a la mujer
de aquel letrado, su amigo!

LUIS: Que es amistad, no se ignore,
porque otro no la enamore.

HIPÓLITO: A un pleito está aquí, y yo digo
que parecer tomará
de los dos, pues le conviene
verla a ella por el que tiene
como a él por el que da.

LUIS: Maldiciente estáis, ¡que no
os reduzga yo!

HIPÓLITO: Advertid
que no hay hombre hoy en Madrid
de mejor lengua que yo.
¿Aquella no es Flora?

LUIS: Sí.

HIPÓLITO: Harto es que a fiesta de a pie
haya venido.

LUIS: ¿Por qué?

HIPÓLITO: Porque en mi vida la vi
sino en coche; por aquesta
fue por quien se ha presumido
que le dijo a su marido,
"Con lo que la casa cuesta
de alquiler, echemos coche."
Y volviéndole a decir,
"¿Pues dónde hemos de vivir
y estar el día y la noche?"
Dijo, "si el coche tuviera,
sin casa vivir podía
en el coche todo el día
y de noche en la cochera."

LUIS: Eso es como lo que pasa
a doña Clara de Ovalle,
pues viviendo hacia la calle
le sobra toda la casa.

HIPÓLITO: Es verdad, y cierto día,
cumpliendo el plazo, el casero
vino a pedille el dinero
de la casa en que vivía,
y ella dijo, "¿Hay tal traición?
¿Esta desvergüenza pasa?
Aunque yo alquilo la casa,
no vivo sino al balcón."

LUIS: ¿Qué diera porque os oyera?

HIPÓLITO: Por eso no lo oirá, no,
que anoche la dije yo
que de casa no saliera.

Salen doña CLARA e INÉS, con mantos y con sombreros

CLARA: Mejor mañana no vi
en mi vida.
INÉS: Ni yo, a fe;
pero tápate.
CLARA: ¿Por qué?
INÉS: Don Hipólito está allí.
LUIS: ¿Habéis visto en vuestra vida
mujer más airosa?
HIPÓLITO: No,
ni al Parque jamás salió
más aseada y bien prendida.
LUIS: Pues la donada, por Dios,
que no es muy mala.
HIPÓLITO: Embistamos
esta empresa, pues estamos
en el campo dos a dos.

INÉS: Don Hipólito y don Luis
llegan a hablarnos.
CLARA: Repara
en que de ninguna suerte
respondas una palabra,
que no quiero que los dos
me conozcan.
INÉS: Si tapadas
estamos, y en este traje,
que es en el que todas andan,
¿cómo te han de conocer?
CLARA: Si le respondo, en el habla;
que persuadirse que puede
estar segura una dama
solamente con taparse,
es bueno para la farsa,
mas no para sucedido.
HIPÓLITO: Señora doña tapada,
que a honrar el festín alegre
que hoy la primavera traza
en este verde salón
donde vivas flores danzan
al son del agua en las piedras
y al son del viento en las ramas
de rebozo habéis venido,
dad licencia cortesana
a un hombre para que os diga
que ha sido acción excusada
madrugar tanto, supuesto
que árbitro del sol y el alba,
esa negra sutil nube
trae consigo la mañana,
y a cualquiera hora que vos
descubriérades la llama,
amaneciera y tuviera
luz el día, aliento el alba.
¿No me respondéis? ¿Por señas
me habláis? No me desagrada.
¿Ni aun para pedir no habláis?
¿No? Pues sois la mejor dama
que he visto en toda mi vida.

Albricias me pide el alma
de que me ha deparado una
mujer que no pide y calla.

LUIS: ¿Y vos también profesáis
la religión cartujana?
¡Linda cosa, vive Dios,
que ha dos mil años que andaba
buscándoos! Mas que seáis
tuerta, zurda, coja o manca,
pedigüeña, melindrosa,
contrahecha, roma o calva,
desde aquí por vos me muero.

HIPÓLITO: Ya que me negáis el habla
como si hubiera reñido
con vos, mostradme la cara.
¿Ni eso tampoco? Mirad
que dais a entender que es mala.
Es verdad; yo no lo dudo;
mas mujer tan extremada
no ha menester perfección
mayor que no hablar palabra.

[Hace gestos ella]

Mas si yo no entiendo mal,
eso es decir que me vaya;
pero veis aquí que yo
no quiero entenderos nada,
que en mi vida he sido mudo
y muy poco se me alcanza
de esto de hablar con la mano.
¿Qué hacéis? ¿Volverme la espalda?
Arte de enseñar a hablar
a los mudos, oye, aguarda.

LUIS: No vi mujer en mi vida
de mejor gusto.

HIPÓLITO: Su casa
sepamos, que, vive el cielo,
que he de verla y he de hablarla
hoy en ella, hasta saber
en qué este embeleco para.

LUIS: Sigámosla pues.

HIPÓLITO: Sigamos,
que ya veis cuánto me arrastra
una mujer tramoyera,
pues el serlo solo es causa
de que a doña Clara ame,
y aquesta, si no me engaña
la pinta, lo es mucho más
que la misma doña Clara.

Vanse y salen ARCEO y Doña LUCÍA

LUCÍA: No me tienes que decir
que no te has de disculpar
de hacerme anoche esperar.

ARCEO: No pude anoche venir,
vive Dios, doña Lucía.

LUCÍA: ¿Pues qué tuviste que hacer?
ARCEO: Si eso pudieras saber,
supieras que la fe mía
te trata verdad.
LUCÍA: ¿Pues qué
es que yo saber no puedo?
ARCEO: No es nada.
LUCÍA: Ofendida quedo
dos veces de ti, porque
no venir anoche a verme,
hoy venir y no fïarme
un secreto, es agraviarme,
Arceo.
ARCEO: No sé qué hacerme...
Ea, no haya secreto entero,
que eres dueña y soy crïado.
Anoche entró rebozado
en mi casa un caballero
por mi señor preguntando...
--mas que has de callar advierte--.
Éste, pues, por una muerte
ausente está, y aguardando
a mi señor, me detuvo...
--nadie, en fin, lo ha de saber--.
Pues hasta el amanecer
hablando con él estuvo;
luego en casa se quedó
donde dice que ha de estar...
--mira que lo has de callar--
...escondido, y solo yo
lo sé, que en fin soy secreto.
Don Juan de Guzmán se llama.
De la casa de una dama,
que esto no oí bien, en efeto,
saliendo una noche, dio
a un caballero la muerte
y, en fin, está de esta suerte
retirado donde no
lo saben más que los dos.
Y pues me fío de ti
esto no salga de aquí.
Dije. ¡Bendito sea Dios,
que salí de este cuidado!
LUCÍA: Y yo por él darte quiero
los brazos.
ARCEO: Más bien espero.

Sale PERNÍA, vejete

PERNÍA: A muy mal tiempo he llegado.
¿Hay tan gran bellaquería?
ARCEO: Pernía a los dos nos vio.
LUCÍA: Poco importa, porque no
es muy celoso Pernía.
Mas vete de aquí.
ARCEO: Sí haré,
y corriendo como un potro.

[Vase]

PERNÍA: Doña Lucía, si otro
entrara como yo entré,
¡estaba bueno el honor
de esta casa! A mi señora
he de contar cuanto ahora
pasa, pues de tu rigor
vengarme, ingrata, no espero.
Hecho estoy un fuego, un rayo:
¿de cuándo acá así un lacayo
se prefiere a un escudero?

LUCÍA: Unas cartas me ha traído
este hombre de un hermano
que está en las Indias, y es llano
que el abrazo el porte ha sido,
pues solo te quiero a ti.

PERNÍA: Pues trueca el modo, crüel,
y desde hoy quiérele a él
y dame el abrazo a mí.

LUCÍA: Sí abrazaré, procurando
hacer que calles, supuesto...
Mas mi señora...

Sale Doña ANA

ANA: ¿Qué es esto?

PERNÍA: Es que aquí andan abrazando.

LUCÍA: Hame traído Pernía
nuevas de un hermano mío,
y gozoso mi albedrío
tales extremos hacía.

PERNÍA. Es, señora, caso llano,
y creella te conviene.
(Para cada abrazo tiene **Aparte**
doña Lucía un hermano).

ANA: Salga y mire si está puesto
el coche, que es hora ya
de ir a misa...

[Vase él despacio]

¿Pues no va
presto?

PERNÍA: ¿Aquesto no es ir presto?

LUCÍA: ¿Tú, señora, tan dejada
del aliño y la belleza,
que, fuera de la tristeza,
vives de ti descuidada?

ANA: No hay consuelo para mí,
ni me has de ver en tu vida
sino triste y afligida.

LUCÍA: ¿Pues qué remedias así?

ANA: ¿Quién te ha dicho que yo quiero
remediar, sino sentir?,
aunque si llego a advertir
que es el remedio primero
del mal el sentir el mal,

por sentille más no sé
si el sentirle dejaré,
pues es mi desdicha tal
   que apeteciendo el morir
sin pretender resistille,
por no dejar de sentille
le dejara de sentir.
   Desde el día que a don Juan
en mi casa sucedió
aquella desdicha, y yo
veo que todos me dan
   la culpa sin merecella,
tan muerta y tan otra estoy
que aun sombra mía no soy.

LUCÍA: Si tan noble como bella
   tu perfección me asegura
de callarlo, yo diré
que a dónde está don Juan sé.

ANA: ¡Qué neciamente procura
   tu lisonja divertir
mi mal!

LUCÍA: Yo sé dónde está,
y aunque tú no lo oigas, ya
lo tengo yo de decir.
   Don Juan a Madrid llegó,
--mas que lo calles te pido--,
y está en la casa escondido
de nuestro vecino; yo
   lo sé porque una crïada
me lo ha dicho ahora a mí,
pero no salga de aquí:
ya ves que es cosa pesada.

ANA: ¿Qué dices?

LUCÍA: Lo que es verdad.

ANA: Siendo dicha mía, no sé
si algún crédito le dé
siendo esa temeridad.

Salen Doña CLARA e INÉS

INÉS: ¿Qué es lo que tu pasión hacer procura?

CLARA: ¿Qué? Llevar adelante una locura,
que aunque nada importara
el verme don Hipólito de Lara,
por lo que se ha picado
no ha de salir hoy, no, de este cuidado.

INÉS: Que hay aquí gente mira.

CLARA: ¿Faltará a una mujer una mentira
que la saque de otra? Dama hermosa,

[Se dirige a Doña ANA]

si quien dice mujer dice piadosa,
un rato --mal mi pena significo--
que me dejéis entrar aquí os suplico
mientras que un hombre pasa
esa calle; sagrado vuestra casa
sea de mi cuidado,

pues casa de deidad siempre es sagrado.

ANA: Holgaréme, por cierto,
que sea, no sagrado, sino puerto,
pues la congoja vuestra
bien que os importa el ocultaros muestra.

LUCÍA: Un hombre aquí se ha entrado.

CLARA: ¡Ay Dios!, que es mi marido, y pues me ha dado
vuestra piedad licencia,
aquí he de retirarme con prudencia.
Haced que una crïada le despida,
porque me va la fama, honor y vida.

ANA: Pues decid...

CLARA: Nada espero.

Vase

ANA: Turbada me dejó con su sombrero.

LUCÍA: Yo voy tras ella, porque no sea ganga
y se eche alguna sábana en la manga.

Sale Don HIPÓLITO

HIPÓLITO: Perdonad que a la esfera,
dosel florido de la primavera,
donde son vuestros bellos resplandores
la primera oficina de las flores,
pisar mi pie presuma
calzado más de plomo que de pluma.

ANA: (Disimular fingiendo enojo intento). **Aparte**
¿Quién os dio para tanto atrevimiento,
caballero, osadía?

HIPÓLITO: Yo la tomé de la ventura mía,
que hasta veros, divina
deidad, vencer la nube que, cortina
de humo, ocultaba el fuego,
descanso no tuviera, y así luego,
con el humo pasado
y agora de esos rayos abrasado,
llorar y arder presumo:
arder del fuego, pues lloré del humo.

ANA: No entiendo, caballero,
estilo tan cortés y lisonjero,
ni sé qué causa he dado
para que de esta suerte hayáis entrado
en mi casa. Si esfera
la llamáis de la hermosa primavera,
no introduzgáis en ella tal desmayo
que expire su esplendor antes del rayo;
si humo seguís que en sombras se resuelve,
no le esperéis, que el humo nunca vuelve,
y si buscáis el fuego,
no os acerquéis a él, y volveos luego,
que no vive enseñado a acciones tales
el antiguo blasón de estos umbrales.

HIPÓLITO: Vos ni veros ni oíros
en el Parque dejasteis, y el seguiros
a riesgo de ofenderos,
también fue por oíros y por veros;

y ahora advierto que fuera acción piadosa
oíros discreta cuando os miro hermosa,
porque si allí sin veros os oyera,
a la dulce armonía suspendiera
el alma y el sentido,
de esa voz que es veneno del oído;
y si hermosa os mirara
sin oíros discreta, aquí postrara
alma y vida en despojos
de esa luz que es veneno de los ojos;
y así, porque no muera al advertiros
tan hermosa, me da la vida oíros;
y así, porque no muera al conoceros
tan discreta, me da la vida el veros,
de suerte que mi vida
está de un daño y otro defendida.
Quedad con Dios, en fin, porque no quiero,
ya que he sido atrevido, ser grosero,
pues ser grosero culpa mía habría sido,
y vuestra lo ha de ser ser atrevido.

Vase

ANA: ¿Hay cosa semejante?
¡Que entre un hombre marido y salga amante,
y de sus mismas penas descuidado,
llegue celoso y vuelva enamorado!

Salen Doña LUCÍA, doña CLARA,
e INÉS

CLARA: ¿Fuese?
ANA: Sí.
CLARA: Tus pies pido.
ANA: Vos tenéis un finísimo marido.
CLARA: Harto a Dios lo que paso en eso ofrezco,
pues sabe Dios lo que con él padezco.
ANA: Creyó, en fin, que era yo, ¡raro suceso!,
la dama que siguió, que aun para eso
sirvió el sombrero y el estar con manto
y el ser los trajes parecidos tanto
que, como en los conceptos, repetidos
se encuentran también dos en los vestidos.

Sale PERNÍA

PERNÍA: Ya está el coche esperándote, señora.
ANA: Lucía, mira ahora
la calle.
LUCÍA: Bien podrás seguramente
salir.
CLARA: Aquesa vida el cielo aumente.
ANA: Ved si serviros puedo
en otra cosa.
CLARA: Yo obligada quedo.

[Doña CLARA habla aparte con INÉS]

(Y no sé si ofendida,
pues lo que no pensé en toda mi vida
que suceder pudiera,
que es tener celos yo --¿quién tal creyera?--
acaso ha sucedido).

INÉS: (¿Qué has sentido?)

CLARA: (Que haya este hombre a otra enamorado
y en mi misma presencia requebrado).

Vanse [doña CLARA e INÉS]

ANA: Nada oigo, nada miro, nada siento,
que para mí no sea otro tormento.

LUCÍA: ¿Pues qué tienes agora?

ANA: Ver que en todos la suerte se mejora,
en todos convalece,
y solo en mí de cualquier mal fallece.
Cuando es culpada, halla esta la salida;
así, inocente, pierdo yo la vida,
porque no está la culpa en que lo culpa,
sino en que fue dichosa la disculpa.

Vanse y salen Don PEDRO por la puerta derecha y Don JUAN por la izquierda, que es por donde está la puerta izquierda de su aposento y encuéntranse en el tablado

PEDRO: Seáis, don Juan, bien llegado.

JUAN: Vos, don Pedro, bien venido.
¿Cómo en el Parque os ha ido?

PEDRO: Mal.

JUAN: ¿Cómo?

PEDRO: Como he hallado
la dama que iba a buscar
y creo que son desvelos
de otro amante, cuyos celos
ando por averiguar,
para que desengañado
cure con dolor al pecho,
que es mi amigo el que sospecho,
y está ya desconfïado.

JUAN: ¿Es doña Clara la dama?

PEDRO: Sí.

JUAN: ¿Y el galán?

PEDRO: Es un hombre
de buena opinión y nombre;
don Hipólito se llama,
y esto para otro lugar.
¿Vos que habéis hecho?

JUAN: Sentir,
desesperarme, morir
sin poderlo remediar.
Decid, ¿qué traza daremos
para que logre mi fe
ver a doña Ana?

PEDRO: No sé,

que no hay verla; mas pensemos
si habrá por dónde.

Sale ARCEO

[ARCEO]: Señor,
don Hipólito, un tu amigo,
te busca ahí fuera; testigo
no puede venir peor,
que él dirá cuanto supiere.
JUAN: Por lo que puede pasar,
presente tengo de estar
a cuanto aquí sucediere,
a vuestro lado.
PEDRO: No es justo
que os vea; a vuestro aposento
os retirad.
JUAN: Mucho siento...
PEDRO: Don Juan, hacedme este gusto.

[Don JUAN y ARCEO se van al paño] Sale don HIPÓLITO

HIPÓLITO: ¿Qué hay, don Pedro, cómo estáis?
PEDRO: A vuestro servicio, ¿y vos?
HIPÓLITO: Al vuestro.
PEDRO: ¿Pues qué miráis?
HIPÓLITO: Si hay aquí más que los dos.
PEDRO: No. ¿Qué queréis?
HIPÓLITO: Que me oigáis.

Esta mañana salí
a ese verde hermoso sitio,
a esa divina maleza,
a ese verde paraíso,
a ese parque, rica alfombra
del más supremo edificio,
dosel del Cuarto Planeta,
con privilegio de Quinto,
esfera, en fin, de los reyes,
de Isabel y de Filipo,
desde cuyo heroico asiento,
siempre bella y siempre invicto,
están, católicas luces,
dando resplandor al indio,
siendo en el jardín del aire
ramilletes fugitivos...
PEDRO: (¿En qué parará el venir **Aparte**
a contar lo que yo he visto?)

Don JUAN al paño

JUAN: Sin duda sabe que allí
hoy a su dama ha seguido
y viene quejoso de él.
De todo estaré advertido.
HIPÓLITO: De cuantas al alba dieron

envidia en varios corrillos,
tejiendo corros sin orden,
dando vueltas sin aviso,
una embozada hermosa
tal ventaja a todas hizo
que obscureció con su sombra
las demás luces: yo he visto
salir al campo a traer rosas
de sus jardines floridos,
pero a dejar rosas no,
sino hoy, que al desperdicio
de un pie debió el campo cuantas
fueron al contacto altivo,
quedando blancos jazmines,
quedando marchitos lirios.
Bajaba por una cuesta
una mujer, ¡qué mal digo!,
un encanto, sí, embozado;
disfrazado, sí, un hechizo.
El sutil manto en celajes
ya obscuros y ya distintos,
o negaba o concedía
el rostro. ¿Cuándo ha salido
más hermosa el alba? ¿Cuándo
se mostró el sol más lucido,
que cuando el alba entre sombras,
que cuando el sol entre visos
da regateada la luz
y anda dudoso el sentido
haciendo apuesta entre sí,
si lo ha visto o no lo ha visto?

PEDRO: (Todo esto vendrá a parar **Aparte**
en que doña Clara ha sido,
por venir a hablar en ella).

JUAN: ¡Oh, qué cansados estilos!

HIPÓLITO: Coronaba sobre el manto
los bien descuidados rizos,
airoso un blanco sombrero
por una parte prendido
de un corchete de diamantes
sobre un penacho que hizo
lisonja al aire, diciendo
a sus halagos rendido:
"Pues inclinada la frente,
sí a cuanto me dicen digo,
mejor que mi dueño yo
sé obligarme de suspiros".
El talle era bien sacado,
y de buen gusto el vestido
más que rico; pero si era
de buen gusto ¿qué más rico?
Dejo aquí, por no cansaros,
lo que en el Parque tuvimos,
y voy a que la seguí
a su casa, que atrevido
entré en ella, que vi al sol
cara a cara, que rendido,
lo que antes diera por verla
diera por no haberla visto
después, porque de sus rayos

mariposa mi albedrío,
entró enamorando el riesgo,
salió halagando el peligro.
Esta, pues, mal lisonjeada
beldad, turbado lo digo...

[Al paño]

ARCEO: Aquí es ello.
JUAN: Escucha.
PEDRO: (Ahora **Aparte**
se va a declarar conmigo.)
HIPÓLITO: ...es una vecina vuestra:
esa pared sola ha sido
la que su esfera divide,
y pues que como vecino
es fuerza...
JUAN: ¡Ay de mí! ¿Qué escucho?
PEDRO: (¿Qué haré si don Juan lo ha oído?) **Aparte**
HIPÓLITO: ...que sepáis quién es, decidme
su nombre, porque atrevido
pienso adorar su belleza,
y para todo es arbitrio
entrar, don Pedro, informado,
y más de tan buen amigo.
JUAN: Estaba por responderle
yo.
ARCEO: Detente.
PEDRO: (¿Quién se ha visto **Aparte**
en igual duda? ¿Qué haré?
Si quién es aquí le digo
será alentar su esperanza;
si lo niego es desvarío,
pues podrá saberlo de otro;
si el amor le significo
de don Juan, su honor ofendo...
Mas queden con buen estilo
un amor desengañado,
un honor seguro y limpio,
y atajados unos celos
con la verdad, sin peligro
de no decir la verdad.
Mucho haré si lo consigo).
Don Hipólito, pues ya
vuestra relación he oído,
oídme a mí, y agradeced
de que tan a los principios
os halle este desengaño.
La dama que habéis seguido,
doña Ana de Lara es,
y más que por su apellido
ilustre por su virtud,
que esa casa que habéis dicho
es el templo de la Fama;
paréceme desvarío
seguir ese galanteo
que os aseguro, os afirmo,
que intentáis un imposible.
HIPÓLITO: Yo noticia os he pedido,

no consejo, y pues la llevo,
quedad con Dios, que si altivo
muriere mi pensamiento
osado y desvanecido,
de atrevimiento tan noble
¿qué más premio que el castigo?

Vase y sale don JUAN

JUAN: Decidme ahora, don Pedro,
que el sol apenas ha visto
en esta ausencia a doña Ana;
más diréis bien, si ha salido
de su casa antes que el sol
a ser del Parque prodigio.
PEDRO: No sé qué os diga.
JUAN: Yo sí.
PEDRO: ¿Qué?
JUAN: Que huyamos el peligro;
ya la he perdido dos veces;
ya verla ni hablarla estimo.
Haced que me busquen postas,
que esta noche, ¡ah, cielo impío!,
he de volver de una vez
la espalda.
PEDRO: Mirad...
JUAN: Ya miro
que en mi presencia hallo a otro
en su casa, ¡estoy sin juicio!,
y que en mi ausencia después
sale, ¡con razón me aflijo!,
a ser vista, ¡qué rigor!,
de donde trae, ¡qué martirio!,
nuevo amor. ¡Oh, quién quitara
del año este mes florido!
Mas no tiene culpa él;
yo sí, que una sombra sigo,
yo sí, que un áspid adoro,
yo sí, que amo un basilisco.
Mañanas de abril y mayo:
noches para mí habéis sido.

JORNADA SEGUNDA

Salen INÉS y Doña CLARA, afligida

INÉS: ¿Tú triste, tú pensativa,
melancólica y suspensa,
tan bien perdida y tan mal
hallada contigo mesma?
¿Dónde, señora, está el brío,
el buen gusto, la belleza,
y el despejo?

CLARA: No lo sé;
y no es mucho, ¡ay Dios!, que necia,
pues que no sé de mi vida,
de mis acciones no sepa.
¿Quién creerá de mí, ¡ay de mí!
que yo llore y que yo sienta
desaires de un hombre? ¿Yo,
que tan altiva y soberbia
me llamé la vengadora
de las mujeres, sujeta
tanto a un desaire me veo?
INÉS: Yo no sé qué razón tengas
para tanto sentimiento,
pues si bien se considera
él te siguió a ti y tú fuiste
la causa de la fineza.
Luego si estás ofendida
y obligada también, sea
tu mal consuelo de otro,
supuesto que representas,
despreciada y pretendida,
la celosa de ti mesma.
Ya fue el cuidado por ti,
pues por ti en la casa entra
de la otra, y si se halla
tan empeñado con ella,
¿cómo se puede excusar
de andar galán? Considera
que si has de olvidar a un hombre
porque a una hable y a otra vea,
no hay que querer a ninguno,
que maldito de Dios sea,
señora, el que hay que no diga
lo mismo a cuantas encuentra.
CLARA: Con todo eso, ya llegué
--confieso que anduve necia--
a darme por entendida
de este agravio con mis penas,
y me tengo de vengar.
INÉS: ¿De qué suerte?
CLARA: Escucha atenta.
Un papel le he de escribir
disfrazándole mi letra
y escribiéndomele tú,
en nombre de la encubierta
dama, diciéndole en él
cuán obligada me deja
su cortesía, y que quiero
hablarle a solas, que tenga
una silla prevenida
y una casa donde pueda
verle esta tarde. Él, muy vano,
creído de su soberbia,
pensará que tiene lance;
y para que no le tenga
iré yo, y será buen paso
lo que hará cuando me vea.
INÉS: ¿Y qué consigues con eso?
CLARA: Dos cosas: es la primera
burlarme de él; la segunda

desengañarle, y que sepa
que fui la tapada yo,
porque no se desvanezca
presumiendo que la otra
le dio ocasión de que fuera
tras ella, y su galanteo
prosiga.

INÉS: ¿Esa diligencia
no pudiera hacerse en casa?

CLARA: Con venganza no pudiera.

INÉS: No sé si aciertas en eso.

CLARA: ¿Cómo?

INÉS: Yo te lo dijera,
si él y aquel don Luis no entrara.

CLARA: Pues disimula, no entiendan
hasta este lance, que fuimos
las tapadas.

Salen Don HIPÓLITO y Don LUIS

HIPÓLITO: Considera,
don Luis, que importa sacarme
presto de aquí.

LUIS: Sí haré.

CLARA: ¿Era,
señor don Hipólito, hora
de veros? ¿Tan larga ausencia?
Desde ayer no me habéis visto.

HIPÓLITO: Sólo pudiera esa queja
hacer mi ausencia feliz,
que es sutil estratagema
de amor, que una pena misma
hacerse lisonja sepa.
Mas no vine esta mañana
presumiendo que estuvieras
en el Parque, como anoche
dijiste.

CLARA: Detén la lengua.
¿Pues si anoche me dijiste
que de casa no saliera,
había de salir de casa?
¡Jesús! ¡De mí no se crea
tal desenvoltura, tal
liviandad de mi obediencia!

LUIS: Harto le encarezco yo
a don Hipólito esa
verdad, y cuán obligado
debe estar de esa fineza,
y aun él la conoce bien,
pues la paga con la mesma.

CLARA: ¿Luego él al Parque no fue?

HIPÓLITO: ¡Jesús! ¿Pues tal de mí piensas,
sabiendo que para mí
no hay, Clara, holgura ni fiesta
donde tú no estás?

CLARA: Y yo
lo creo como si lo viera,
pues si tú hubieras estado
hoy en el Parque, hoy hubiera

estado en el Parque yo,
claro está, y es cosa cierta,
pues si yo en tu pecho vivo
y tú en el pecho me llevas,
contigo hubiera yo estado
disfrazada y encubierta.

HIPÓLITO: (¡Qué fácil es de engañar **Aparte**
a la mujer más discreta!)

CLARA: (¡Que sea bobo el más bellaco **Aparte**
de los hombres!)

INÉS: (Hombres y hembras **Aparte**
así unos a otros se engañan
cuando que se quieren piensan).

Hácele señas LUIS

LUIS: Aunque es el primer precepto
de amor no estorbar, licencia
me daréis para que os diga
que unos amigos me esperan
donde me importa llevar
a don Hipólito. Esta
ausencia os deba el ser yo
tan vuestro crïado.

CLARA: Cesa,
don Luis, que no es esta sala
donde hablar la parte es fuerza
por procurador. Si él quiere
hablar, hable, y no por señas.
Id, don Hipólito, a Dios,
que esta casa siempre es vuestra
para iros y para estaros,
pues siempre de la manera
que abierta para que entréis,
para que os vais está abierta.
Pon esos hombres, Inés,
en la calle, y luego cierra
las puertas.

HIPÓLITO: Escucha.

CLARA: ¿Yo
escucharte?

LUIS: Considera
que si yo tuve la culpa
no ha de tener él la pena.

CLARA: Yo no me enojo con él
ni con vos; doy la licencia
que me pedis. (Mucho hago **Aparte**
en no declarar mis quejas,
porque estoy muy enfadada
en verlos hablar por señas).

Vanse las dos

HIPÓLITO: ¿Qué os parece, don Luis,
de este amor, de esta fineza?

LUIS: Que vos habéis reducido
a precepto y obediencia
la condición más rebelde

de una mujer. ¿Quién creyera
que doña Clara llegara
nunca a verse tan sujeta
que no saliera de casa
por decir que no saliera?
En fin, todo se os rinde.

HIPÓLITO: Yo tengo notable estrella
con mujeres.

LUIS: Bien se ve,
pues habéis triunfado de esta.
Pero decidme ¿a qué efeto
ha sido lo de la priesa
de que salgamos de aquí?

HIPÓLITO: ¿Tan mal mi dolor lo muestra
que ha menester explicarle
más que el afecto la lengua?
¿No os dije que la tapada
vi en su casa descubierta,
donde, porque entrara yo,
os quedasteis a la puerta?
¿No os dije cómo la hablé,
y que es entendida y bella,
sin que subsidios de hermosa
den excusados de necia?
¿No os dije cómo, informado
de don Pedro, dijo que era
rica y noble?

LUIS: Sí.

HIPÓLITO: ¿Pues cómo
dudáis dónde voy? ¿No es fuerza
que vaya a estarme en su calle?
No digo bien; en la esfera
luciente del mejor sol,
a cuya dulce violencia
arde abrasada la pluma
y derretida la cera.

LUIS: ¿No creéis al desengaño
de decir don Pedro que era
la pretensión imposible
por su virtud y sus prendas?

HIPÓLITO: Si es esa otra parte más
para ser amada, esa
es hoy la que más me anima,
es hoy la que más me alienta.

LUIS: Pues ¿y la comodidad?

HIPÓLITO: ¿Pues no es comodidad esta,
si es rica, noble y hermosa,
de buena opinión y honesta,
y puedo dentro de un mes
estar casado con ella?

Sale INÉS con manto

INÉS: Apriesa escribió mi ama
el papel, y más apriesa
yo tras ellos me he venido,
y cogiéndoles las vueltas
hasta la calle he llegado
de la madama, y aun ésta

es su casa. Allí se paran.
Yo no quiero que me vean
tras ellos, porque no echen
de ver que los seguí. Sea
otra vez de mi delito
sagrado su casa mesma.

HIPÓLITO: Ésta es la calle feliz...
¿pero quién dudar pudiera
que había de vivir Flora
en la calle de las Huertas?
Este es el balcón por donde
en tornasoles envuelta
sale el alba a todas horas,
de jazmines y azucenas
coronada, pues el día
en sus umbrales despierta.

INÉS: Ya de que los he seguido
desmentida la sospecha
está. Daréle el papel
como mi ama lo ordena.
Vuelvo a penar en lo mudo.

LUIS: Una mujer encubierta
ha salido de su casa.

HIPÓLITO: Y hacia nosotros se acerca.

LUIS: De las dos debe de ser,
pues que vuelve a hablar por señas.

HIPÓLITO: Estas mujeres, sin duda,
en casa el hablar se dejan
cuando salen de ella, pues
solo hablan dentro de ella.
¿Es a mí? ¿Sí? Pues ya estoy
aquí, ¿qué quieres?. Espera,
mujer.

LUIS: Aquello es decir
que no la sigáis.

HIPÓLITO: Ligera
volvió la espalda, avisando
que calle y el papel lea.

Lee

"El mayor argumento de la nobleza
fue siempre la cortesía. La vuestra
me asegura la verdad de todo, y así,
os he menester para fiar de vos un
secreto. Tened una silla para luego
en San Sebastián y una casa donde
pueda hablaros. Dios os guarde.
La dama muda."

¿Qué decís de este papel?
Decid ahora que crea
a don Pedro, y que desista
de la posesión.

LUIS: Empresa
notable seguís.

HIPÓLITO: ¿No os digo
que yo tengo linda estrella
con mujeres?

LUIS: ¿Qué habéis
de hacer?
HIPÓLITO: Todo cuanto ordena,
y así, entre los dos partamos
ahora las diligencias,
que este es oficio de amigo.
Id, don Luis, por vida vuestra,
pues venimos sin crïado
por la silla, y esté puesta
al punto en San Sebastián
como dice, y cuando venga
le diréis que por no dar
de aquesto a un crïado cuenta
os la di a vos, porque hagamos
la necesidad fineza,
que yo os espero en mi casa.
LUIS: ¿Y si doña Clara acierta
a ir allá?
HIPÓLITO: Habéis reparado
bien, que gran disgusto fuera
que ella llegara a saberlo.
¿Qué haremos?
LUIS: Pues es tan cerca
la casa de este don Pedro,
mejor es llevarla a ella.
HIPÓLITO: Es verdad; prevenid vos
la silla, por vida vuestra,
mientras prevengo la casa.
LUIS: Oíd, de la suya mesma
otras dos salen.
HIPÓLITO. Mirad
si lo han tomado de veras;
no malogremos la dicha.
Vámonos sin que nos vean,
que estando aquí podrá ser
que ir a otra parte no quieran.
LUIS: Voy a prevenir la silla.

Vanse. Salen Doña ANA, Doña LUCÍA y PERNÍA

LUCÍA: ¿Qué es, señora, lo que intentas?
¿En este traje de casa
sales?
ANA: A esto amor me fuerza.
En la casa de don Pedro
he de entrar, ya estoy resuelta,
hasta saber si don Juan
en ella se oculta o cierra.
LUCÍA: ¿Pues dónde vas? Ésta es
la casa.
ANA: ¿No eres más necia?
Pasa de largo, porque
deslumbremos las sospechas
si acaso me ha visto alguno
salir de casa. ¡Ay don Juan;
ay, amor, lo que me cuestas!

Vanse y salen Don JUAN y Don PEDRO

PEDRO: Notable sois, por cierto.
JUAN: ¿No lo he de ser, don Pedro, si estoy muerto
de celos y de agravios,
las manos sin acción, la voz sin labios?
PEDRO: Si yo de vuestros celos
os traigo averiguados los recelos
y deshecho el engaño
¿qué os quejáis?
JUAN: Para mí no hay desengaño
PEDRO: Pues yo puedo deciros
que solo por serviros,
ahora cauteloso
y con vuestro poder, don Juan, celoso,
de uno y otro crïado
en casa de doña Ana me he informado
si salió esta mañana
al Parque, y dicen todos que doña Ana
solo a misa ha salido
en su coche a las once y nadie ha habido
que lo contrario diga.
JUAN: ¿Pues quién a don Hipólito le obliga,
don Pedro, a haber mentido?
PEDRO: Asegurad vos bien vuestro partido,
pero no averigüéis tan neciamente,
puesto que miente el otro, por qué miente.
JUAN: ¿Queréis ver cuán atento
estoy a mi dolor y a mi tormento?
Pues con creer el daño como a daño,
me ha sosegado en parte el desengaño,
y así, aunque no quería
ver a doña Ana, al expirar el día
verla y hablarla quiero,
y decir, ya que muero, por qué muero,
quejándome de todo.
PEDRO: Pues yo os diré, ya que así estáis, el modo
que me parece que hay de prevenilla:
vos habéis de escribilla
un papel que ha de dalle ese crïado...
mas luego lo diré, porque han llamado.

Sale ARCEO

ARCEO: Hasta aquí don Hipólito se entra.
PEDRO: Ya veis lo que perdéis si aquí os encuentra.
Yo saldré a recibille.
JUAN: Eso no, porque yo tengo de oílle.
PEDRO: ¿Pues no os fiáis de mí?
JUAN: Yo sí me fío,
mas es desconfïado el valor mío.
PEDRO: Yo estoy tan satisfecho
del honor de doña Ana, que sospecho
que viene a retratarse,
y así muy poco llega a aventurarse.
Retiraos.
JUAN: Piedad, cielos;
escuche dichas quien escucha celos.

[Se va al paño, tras una puerta]. Sale HIPÓLITO

HIPÓLITO: Don Pedro, siempre vengo
a vos, o con el mal o el bien que tengo:
ya que de vos me fío
amparadme, pues sois amigo mío.
Doña Ana...
PEDRO: (¿Hay semejante **Aparte**
confusión?) No paséis más adelante;
no tenéis que decirme
que a vuestra pretensión constante y firme
está, que yo lo creo como es justo.
HIPÓLITO: Lejos dais de mi dicha y de mi gusto,
que es lo contrario lo que hablaros quiero.
PEDRO: (¡Cielos! ¿Qué es esto?) **Aparte**
JUAN: Hasta escucharlo espero.
PEDRO: (¿Qué he de hacer, porque temo **Aparte**
que pase este negocio a más extremo).
HIPÓLITO: Doña Ana, en fin...
JUAN: ¿Quién mi desdicha ignora?
PEDRO: Esperad un instante. Cierra. Hablad ahora.
HIPÓLITO: ¿Por qué cerráis?
PEDRO: No quiero que esa puerta,
cuando fuera me voy, se quede abierta
(Con eso he asegurado **Aparte**
aquí de dos cuidados un cuidado:
celos y riesgo le han buscado, cielos;
estorbe el riesgo, ya que no los celos).
HIPÓLITO: Doña Ana, pues, este papel me escribe.
Que busque donde hablarla me apercibe,
y pues mi dicha pasa
tan adelante, dadme vuestra casa
adonde pueda vella;
tapada vendrá a ella;
yo he menester a Arceo
que se venga conmigo, que deseo,
mientras llega, advertido,
tener algún regalo prevenido.
Y pues que la respuesta
ha de ser ayudar dicha como esta,
quedad con Dios, que con el bien que toco,
loco debo de estar, si no muy loco.
PEDRO: Oíd, mirad...
HIPÓLITO: No me deja mi deseo,
ni lo esperéis, que yo me llevo a Arceo.

Vase

PEDRO: ¿Qué haré de dos amigos empeñado,
si uno me busca y otro está encerrado,
y ambos de mí se fían? Triste llego
a abrir las puertas, y en las dudas ciego.

[Abre y sale DON JUAN]

Don Juan, viendo que aquí, ¡confusión brava!

una desdicha y otra hoy os buscaba,
en deshecha fortuna,
quise de dos embarazar la una,
y porque no saliérades restado,
ya que celoso...

JUAN: Todo fue excusado,
que oyendo lo que oí, aunque estuviera
abierto no saliera,
pues a tal desengaño, cosa es clara
que esperara hasta verle cara a cara:
necedad en el mundo introducida,
solicitar lo que quitó la vida.

PEDRO: Esa ahora es mi duda:
yo no sé cómo a tanto empeño acuda.
Don Hipólito, ¡ay, cielos!, este día
de mí su gusto y vuestra pena fía;
mi obligación en vuestras manos dejo:
¿qué hiciérades? ¡Ay Dios! Dadme consejo.

JUAN: Yo no sé lo que hiciera
si vos, don Pedro, fuera,
en un caso tan nuevo,
mas siendo yo, bien sé lo que hacer debo,
que es, aunque el alma en celos se me abrasa,
el respeto guardar a vuestra casa;
mas fuera de ella le daré la muerte,
ya que el duelo de amor es ley tan fuerte
que dispone severa
que ofenda la mujer y el hombre muera.

PEDRO: Vos no habéis de salir de aquí.

JUAN: Es en vano,
que he de salir.

PEDRO: Vuestro peligro es llano.

JUAN: ¿Y esotro no lo es? ¿Queréis que vea
hoy mis desdichas yo? Pues así sea.
Que aquí me estaré, digo,
y que de mi dolor seré testigo.
Venga doña Ana de otro enamorada
y... mucho iba a decir; no digo nada

PEDRO: Eso tampoco es justo.

JUAN: ¿Pues ni irme ni quedarme no os da gusto?
Estoy perdido y loco:
¿qué queréis?

PEDRO: No lo sé.

JUAN: Ni yo tampoco.

PEDRO: Solo deciros quiero
que aunque como desdichas las espero,
estoy tan confïado
del honor de doña Ana, que he pensado
que este se desvanece
o que su amor algún error padece.

JUAN: ¿Confïanza tan vana
de qué os nace?

PEDRO: De ser quien es doña Ana,
que es mujer principal.

JUAN: Necio anduviste,
si antes que principal, mujer dijiste,
y ved si engaño habrá, que ya han entrado
dos mujeres.

PEDRO: Yo estoy desesperado,
pues consultando extremos,

tratando mucho nada resolvemos
y ya el lance llegó; no sé qué hacerme.
Escondeos.

JUAN: Yo no tengo de esconderme.

PEDRO: ¿Pues queréis que aquí os vean?

JUAN: ¿Habrá desdichas que mayores sean?

PEDRO: Haced esto por mí hasta que sepamos
la verdad, y después los dos muramos
en la defensa del agravio vuestro.

JUAN: Mi amistad así os muestro,
pero con condición, ¡desdicha grave!,
que a aquesta puerta he de quitar la llave
y ha de estar siempre abierta.

Vase [y queda al paño en lo que sigue].
Salen Doña ANA, Doña LUCÍA y PERNÍA

LUCÍA: Oye, Pernía, quédese a la puerta

ANA: Señor don Pedro Girón,
muy admirado estaréis
de ver hoy en vuestra casa
entrarse así una mujer.
Galán y discreto sois,
y como todos, sabéis
que extremos de amor obligan
a más extremos, y pues
de alguno se han de fïar
¿de quién, don Pedro, de quién
mejor que de vos, que sois
noble, entendido y cortés?

Descúbrese

PEDRO: (Ya no me queda esperanza; **Aparte**
doña Ana, vive Dios, es.)

JUAN: ¡Y querrán que calle yo!
Mas puesto que así ha de ser,
arded, corazón, arded,
que yo no os puedo valer.

ANA: Ya que con vos declarada
estoy, don Pedro, sabed
en lágrimas y suspiros
mis desdichas de una vez.
Y pues sabéis que he venido
a vuestra casa, sabed
--¡cuánta vergüenza me cuesta!--
ay, señor don Pedro, a qué.
Un hombre vengo a buscar,
porque de muy cierto sé
que le puedo hallar en ella.

Saliendo [don JUAN]

JUAN: Adiós, don Pedro, porque
darme tormento de celos
y querer que calle, es
nuevo rigor. Yo confieso

que es mi delito querer,
si eso pretendéis de mí.

ANA: Don Juan, mi señor, mi bien.

JUAN: Doña Ana, mi mal, mi muerte.

ANA: Dadme los brazos.

JUAN: Detén;
no con los brazos añadas
al tormento otro cordel,
pues ya he dicho la verdad.

PEDRO: (No sé, vive Dios, qué hacer; **Aparte**
mas porque ni uno entre, ni otro
salga, el paso cerraré).

[Va a cerrar]

JUAN: No cerréis, porque he de irme.

ANA: No ha de irse; sí cerréis.
¿Pues cómo tan riguroso,
cómo tan tirano, pues,
agradeces de esa suerte
haberte venido a ver?

JUAN: ¿A quién?

ANA: A ti, porque supe
que aquí estabas.

JUAN: ¡Bien, a fe!
¡Buena disculpa has hallado!
¡Ah, fiera! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, crüel!
¡Qué prompto vive a mentir
el ingenio en la mujer!

ANA: Don Juan, si de las pasadas
ofensas, al parecer
justas, te dura el enojo
y huyes de mí, ¡ay Dios!, porque
estás engañado, ya
te vengo a satisfacer.
Aquel hombre a quien le diste
la muerte...

JUAN: Yo no hablo de él.
Mira, mira tus engaños
cuáles han llegado a ser,
pues quejándome de uno
a otro respondes, y pues
son tantos que unos a otros
se embarazan, no me des
satisfación de ninguno,
que mejor será tener
queja de todos, que al fin
está mejor puesto aquel
que antes que mal satisfecho
se queda quejoso bien.

ANA: No te entiendo; y si es la queja
que yo imagino que es
la que tú sientes, señor,
¿de qué te quejas, de qué?
que nunca causa te he dado.
Pero si no puede ser
darla yo, que nunca causa
te ha dado mi estrella, ten
el paso y dime qué es esto.

JUAN: Traiciones tuyas, si bien
no siento que sean traiciones
porque te llego a perder,
pues lo que llego a sentir
solo, he de decirlo, es
que otro merezca en un día
lo que en siglos no alcancé
a merecer yo, y en fin,
me consuela en parte que
él no te ha llegado a amar
pues te llega a merecer.

ANA: Si mi desdicha, don Juan,
se ha sabido disponer
otra evidencia aparente
que yo no alcanzo ni sé,
¿cómo he de desengañarte?,
¿cómo te he de responder?
¡Vive Dios que te han mentido!

JUAN: Es verdad; contigo hablé.

ANA: ¿Quién te lo dijo?

JUAN: El galán
a quien tú vienes a ver.

ANA: Yo a verte a ti, don Juan, vengo.

JUAN: Es verdad, dices muy bien.

ANA: Porque supe que aquí estabas.

JUAN: ¿De quién pudiste, de quién?

ANA: De esa crïada.

JUAN: Por cuanto
llegara el testigo a ser
que no fuera tu crïada,
que criadas y amas tenéis
pacto explícito a mentir.

ANA: Esta es verdad.

JUAN: ¿Quién tal cree?

ANA: Quien quiere bien.

JUAN: Pues yo quiero
muy mal por aquesta vez.

ANA: Pues muera de desdichada.

JUAN: Y yo de infeliz también.

[Dentro ARCEO]

ARCEO: Abran aquí.

PEDRO: (Esto es peor. **Aparte**
No sé, vive Dios, qué hacer,
que don Hipólito viene).

JUAN: ¿Quieres, ingrata, saber,
si me has mentido? Pues este
el galán que buscas es.

ANA: Yo me huelgo de que sea,
puesto que no puede ser
el que busco, el que imaginas.
Abra don Pedro, entre pues,
y sepa don Juan que miente
el que contra mi altivez
bajo concepto ha formado.

JUAN: Plega a Dios, y aquesta vez,
o por vivir o morir,
escuchando te estaré,

supuesto que es ya mi vida
el juego del esconder.

Escóndese. Abre don PEDRO y sale ARCEO con una fuente con dulces de ladrillo

ARCEO: ¿Tanto tardan en abrir
a quien llama con los pies,
que es señal que trae algo
en las manos? ¡Vive diez
que queda saqueada toda
la tienda del portugués!
Ya don Hipólito viene,
señora... ¿Pero qué ven
mis ojos? ¿Doña Lucía
en mi casa?
LUCÍA: Aquesta vez,
por el chisme de una dueña
muertes de hombres ha de haber.

Sale don HIPÓLITO

HIPÓLITO: ¿Si habrá don Luis llegado
con la silla? Sí, pues ver
puedo la dama. ¡Ay, amor;
todo ha sucedido bien!
Seáis, señora, bien venida
a este, aunque humilde, dosel
del mayo y el sol, ya esfera
de verdor y rosicler.
ANA: (¡Cielos, ¿qué pasa por mí? **Aparte**
¿Este el marido no es
de la que hoy se entró en mi casa?)
JUAN: ¿Quién vio lance más crüel?
PEDRO: Mal se va poniendo todo.
HIPÓLITO: Don Pedro, no tan penada
tengáis a esta dama; ved
que por vos no se descubre.
PEDRO: Yo, por no estorbar, me iré.
(Mas será a estar a la mira). **Aparte**
ANA: Don Pedro, no os ausentéis,
porque habéis de ser aquí
de cuanto pasare juez.
Caballero, a quien apenas
vi, pues si os vi a penas fue,
ya que por vos las padezco:
¿conocéisme?
HIPÓLITO: No y sí, pues
en este instante os conozco
y os desconozco también.
Conózcoos, pues que quién sois
muy bien informado sé,
y desconózcoos, señora,
porque de esa suerte habléis.
Si os vi en el Parque primero
y en vuestra casa después,
si para venir a hablaros
llamado fui de un papel,

y si habéis venido donde
yo os traigo, ¿cómo o por qué
así os extrañáis de verme
donde me venís a ver?

JUAN: ¡Querrán doña Ana y don Pedro
que esto llegue a oír y ver
y no salga! ¡Vive Dios,
que infamia del amor es!

ANA: ¿Yo a veros a vos? Mirad
lo que decís, no busquéis
desengaños que a vos solo
mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al Parque fui,
ni en él os vi ni os hablé;
si os entrasteis en mi casa,
no me preguntéis a qué,
que aunque lo puedo decir
vos no lo podéis saber,
que habéis de ser el postrero
que el desengaño toquéis.
Baste decir que engañado
estáis, y que me dejéis,
que puede ser sea causa
de todo vuestra mujer.

HIPÓLITO: ¿Mi mujer? Ahora conozco
de qué ha podido nacer
vuestro enojo. Yo hice mal
en traeros aquí; haced
la deshecha norabuena,
pero no me acumuléis
que soy casado, que es susto
de que jamás sanaré.

PEDRO: (Ya ni aun a mentir no acierta **Aparte**
doña Ana).

JUAN: Ni yo a tener
paciencia, pero si salgo
rompo de amistad la ley,
a doña Ana la destruyo
y a mí me pierdo también;
en efeto, pues en medio
han de estar su criado y él,
y es hacer ruido no más
dejando la duda en pie.
Pues sufrirlo es imposible,
que ¿quién ha podido, quién
oír requebrar a su dama?
Haya un medio entre los tres,
como yo solo me pierda
donde... pero esto después
ha de decir el suceso;
ya he visto cómo ha de ser,

Vase

ANA: Dejadme, señor, por Dios,
y porque mejor miréis
que huyo de vos, y lo más
a que se puede atrever
una mujer como yo,

a voces digo que quien
en este aposento está,
mi dueño y mi amante es,
y es a quien vine a buscar
y es a quien yo quiero bien,
porque a vos no os escribí,
ni os vi en mi vida, ni hablé,
desmintiendo de esa suerte
su peligro y mi desdén.

[Vase por la puerta donde estaba escondido DON JUAN]

HIPÓLITO: Cerró la puerta, ¿quién vio
más tramoyera mujer?
Desde el punto que la vi
enredadora la hallé.
PEDRO: (Bien cuerda resolución **Aparte**
tomó doña Ana, porque
con esto estorba que salga
don Juan, que es lo que a temer
llegué siempre).
HIPÓLITO: Estoy confuso,
y qué he de decir no sé.

Sale DON LUIS

[LUIS]: Yo llego a muy buena hora:
don Hipólito, ahí está
aquella señora ya
en la silla.
HIPÓLITO: ¿Qué señora?
LUIS: La que esperáis.
HIPÓLITO: ¿Qué decís?
DON LUIS Que tomó en San Sebastián
la silla, y que afuera están.
HIPÓLITO: Engañado estáis, don Luis,
porque la dama a quien yo
vengo a ver, ya estaba aquí
cuando vine.
LUIS: ¿Cómo así,
si ahora conmigo llegó
en la silla la mujer
que hoy en el Parque topamos,
a quien seguimos y hablamos?
HIPÓLITO: ¿Eso cómo puede ser
si la misma, destapada,
aquí la he visto y hablado
y en este aposento ha entrado?
LUIS: No quiero deciros nada,
sino que entra ya.
HIPÓLITO: ¡Por Dios,
que es rigurosa mi estrella!

Salen doña CLARA e INÉS

LUIS: Decí ahora si es aquella.

HIPÓLITO: O es ella o ellas son dos.
PEDRO: ¿Veis, don Hipólito, veis
cómo la dama que estaba
hoy aquí a vos no os buscaba?
HIPÓLITO: Quitarme el juicio queréis.
Mujer dos veces tapada,
que a mi deshecha fortuna,
por si se me pierde una
se me envía duplicada,
¿no me hablaste en el Parque hoy?,
¿no eres tú la que seguí
y la que en tu casa vi?
Confuso otra vez estoy.

Hace señas a todas las preguntas que sí [y luego se destapa]

CLARA: Yo soy, el mi caballero,
ya que descubierta os hablo,
aquella habladora muda
por las lecciones de un manto,
que viendo que era muy poca
vitoria, muy poco aplauso
de toda aquesta mujer
un hombre no más, buscando
ocasión de que alcanzara
sola una parte del lauro,
le quise dar de ventaja
la discreción a mi garbo.
Bien pensó vuesa merced,
muy necio y muy confïado,
que tenía muerta al vuelo
la hermosura de los campos.
Pues no, señor para todas,
y conozca escarmentado
que ha dado vuesa merced,
por lo entendido o lo raro,
mala cuenta de su amor,
pues deja este desengaño
vengada la hermosa Filis
de los desdenes de Fabio;
pues cuando fuera verdad
que yo le amara, pues cuando
fuera verdad, y celosa
aquí le hubiera buscado,
el verme vengada solo
me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy con que haya visto
que los celos que me ha dado
han sido conmigo mesma,
pues nadie pudiera darlos
a este talle, que no fuera
su mismo desembarazo.
Envaine vuesa merced
todo ese grande aparato
de dulces de Portugal
que le han salido tan agrios,
que no es la boda por hoy,
pero agradezca el cuidado

que en ella ha puesto el señor
casamentero del diablo,
que cierto que de su parte
nada faltó, porque ha estado
con mucha puntualidad
con la tal silla esperando,
y hizo muy bien el papel
encareciendo el recato,
porque es amigo muy fino
del que es amante muy falso.
Con esto, a Dios, y ninguno
me siga, que si echo el manto,
si vuelvo la calle, si otro
embeleco desenvaino,
les haré creer que soy
otra dama, aunque al estrado
me entre de una mesurada
como esta mañana, cuando
le hizo creer que era otra
solo un sombrerillo blanco.

Vase

HIPÓLITO: Oye, aguarda, espera, escucha.
LUIS: En mi vida he hallado
hombre de tan buena estrella
con mujeres.
HIPÓLITO: Que burlando
estéis cuando estoy muriendo...
Detente, Inés.
INÉS. Será en vano,
que vamos muy enojadas.

Vase

HIPÓLITO: No sé qué hacer en tal caso;
mas sí sé, que es apelar
de todo al desembarazo,
desengañando hoy la una
y la otra después amando.
PEDRO: (Gracias a Dios que con esto **Aparte**
ya los celos acabaron
de doña Ana y de don Juan,
pues todo lo han escuchado,
y mi amor, pues doña Clara
viene a Hipólito buscando.
Cielos, sin querer he visto
mis celos averiguados).
ARCEO: Y si el galán y la dama
están ya desengañados,
aquí acaba la comedia.

[Don PEDRO abre la puerta]

PEDRO: ¿Oístes ya el desengaño,
don Juan?
ANA: No soy tan dichosa

yo.
PEDRO: ¿Cómo así?
ANA: Como cuando
yo entré, solo vi un hombre
que atrevido y temerario
se echaba por la ventana
que hay, señor, a esos tejados.
ARCEO: Pues no acaba la comedia.
PEDRO: ¡Qué riguroso, qué extraño
afecto de amor y celos!
El iba a salirle al paso;
seguir a los dos importa,
no suceda algún fracaso.
ANA: Grande desdicha es la mía,
pues cuando vengo buscando
hoy, don Juan, finezas tuyas,
solas más desdichas hallo.
Cuando te siguen sospechas
tú las estás esperando
firme, y vuelves las espaldas
si te siguen desengaños.
¿Qué mujer es esta, cielos,
que hoy en mi casa se ha entrado?
¿Qué hombre es este que asegura
que yo le vengo buscando?
¡Oh, nunca en el tiempo hubiera,
oh, nunca hubiera en el año,
si es que la culpa han tenido
de enredos y enojos tantos,
las mañanas floridas de abril y mayo!

JORNADA TERCERA

Sale don JUAN como a escuras

JUAN: Nada me sucede bien.
¿Qué roca habrá que contraste
tanta avenida de penas,
tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
por testigo de mis males,
imposibles de sufrirlos,
ya posibles de vengarme,
celoso y desesperado
salir pretendo a la calle
a esperar a aquel galán
tan feliz que coronarse
pudo de tantos favores,
de dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana,
porque allí no me estorbasen
la venganza de mis celos;
presumiendo que era fácil,

ganando desde el tejado
de la puerta los umbrales,
y saltando de él a un patio
donde la ventana sale,
perdí el tino y di a otra casa...
Pero parece que abren
una puerta y entra gente,
y con las luces que traen
percibo mejor las señas.
¿Hay suceso semejante?
¡Vive Dios que esta es la casa
de doña Ana! ¡Si tomase
hoy puerto en el mismo golfo
esta derrotada nave!
Ella es, ¿qué he de hacer, cielos?,
que no es bien que aquí me halle
y presuma que he venido
cobardemente a quejarme
de mis celos, sin vengarlos.
¿Hay confusión más notable?
¿Qué haré?, que no me está bien
ya ni el irme ni el quedarme.

Escóndese y salen doña ANA y doña LUCÍA con luz

ANA: Quítame este manto. Gracias
a mi fortuna inconstante
que me ha dado, ¡ay infelice!,
un solo punto, un instante
de tiempo para llorar,
de lugar para quejarme;
y así, ya que estoy a solas,
sean tormentas, sean mares
mis lágrimas y mis quejas,
entre la tierra y el aire.

LUCÍA: Señora, si de ese modo
tan justos extremos haces,
triunfará de amor la muerte.
Consuelo tus penas hallen,
que para todo hay consuelo,
que si don Juan, por guardarle
a don Pedro aquel decoro
que debió a sus amistades,
se arrojó por la ventana,
ya en su seguimiento parten
don Pedro, Arceo y Pernía,
porque los dos no se maten.

ANA: Y cuando remedie, ¡ay triste!,
mi temor para adelante,
¿puede ya dejar de ser
lo que fue? ¿Pueden borrarse
de la memoria los celos
en que yo no tuve parte?

JUAN: De cuanto yo desde aquí
puedo a las dos escucharles
nada entiendo, y sólo entiendo
que temo que me declaren
mis congojas, mis desdichas,

mis recelos, mis pesares,
porque no es posible, no,
que un celoso sufra y calle.

LUCÍA: Acuéstate, por tu vida,
porque en la cama descanses.

ANA: No hay descanso para mí,
fuera de que he de esperarle
a don Pedro, que le dije
que con lo que le pasase
en alcance de don Juan,
pues todos van a buscarle,
viniese a avisarme, y ya
parece que llaman. Abre.

Salen don PEDRO, ARCEO y PERNÍA

ANA: Señor Don Pedro, ¿qué hay?

PEDRO: Que todo ha salido en balde.

ANA: ¿Cómo?

PEDRO: No habemos hallado
a don Juan, y es bien notable
suceso, porque de aquella
ventana que al patio cae,
para salir al portal
hay una puerta, y la llave
está echada, de manera
que ha sido imposible hallarle,
cuando ni en mi casa está
ni salir pudo a la calle.

ARCEO: No le hemos buscado bien,
si va a decir las verdades,
porque a un celoso, señora,
lo ha de buscar el que hallarle
quisiere, ahogado en los pozos
o ahorcado por los desvanes.

PERNÍA: Ya le he dicho que se meta
en juntar sus consonantes
y no hable palabra donde
yo estoy.

ARCEO: Quínola pasante,
también yo le tengo dicho
que de dar lanzadas trate
y sacar, no para el toro,
para el lacayo el alfanje,
y no más.

LUCÍA: Entre dos ruines
sea mi mano el montante.

PEDRO: No es posible hallarle, en fin.

ANA: Son mis penas, no os espante;
y bien dicen que son mías,
pues ellas disponer saben
tantas falsas apariencias
que me culpen y le agravien.
Plegue a Dios, señor don Pedro,
que Él me destruya y me falte
si aquel hombre vi en mi vida
sino hoy, que pudo entrarse
aquí tras de una mujer
a quien siguió desde el Parque,

y viome a mí. Mas ¿por qué
lo digo, ¡ay Dios!, si escucharme
no puede don Juan, y doy
satisfaciones al aire?

PEDRO: Quedad, señora, con Dios,
que por si vuelve a buscarme
a mi casa, vuelvo a ella.
¿Qué mandáis?

ANA: No es bien que os mande,
que os ruegue sí que volváis
a la mañana a contarme
lo que hubiere sucedido.

PEDRO: Quedad con Dios.

Vase

ANA: Él os guarde.
Lucía, cierra esas puertas
y entra después a acostarme,
que he de madrugar mañana,
porque he de salir al Parque
a hacer una diligencia.
¡Oh, si a este vivo cadáver
hoy ese lecho de pluma
sepulcro fuera de jaspe!

[Vase]

JUAN: ¿Al Parque mañana? ¡Ay cielos!
No estos desengaños basten,
vuelvan atrás mis desdichas
pues pasa el riesgo adelante.

ARCEO: De todos estos enredos,
de todos estos debates,
vos tenéis, doña Lucía,
la culpa, pues vos contastes
a vuestra ama que en mi casa
estaba don Juan.

LUCÍA: De tales
sucesos, quien me lo dijo
a mí tiene mayor parte,
que ya sabe quien me cuenta
a mí el suceso que sabe,
que es decirme que lo diga
el decirme que lo calle.

ARCEO: Eres tan dueña que puedes
servir desde aquí adelante
de molde de vaciar dueñas.

LUCÍA: Tú escudero vergonzante.

ARCEO: Eres dueña.

LUCÍA: Eres un loco.

ARCEO: Eres dueña.

LUCÍA: Tú bergante.

ARCEO: Eres dueña.

LUCÍA: Tú un bufón.

ARCEO: Eres dueña.

LUCÍA: Tú un infame.

ARCEO: Eres düeña.

LUCÍA: Tú un sucio.
ARCEO: Iten más, dueña; y no trates
de desquitarte, porque
no has de poder desquitarte.
LUCÍA: ¿Cómo no? Eres...
ARCEO: Di, di.
LUCÍA: ¡Mal poeta!
ARCEO: Tate, tate.
¿Poeta dijiste? A Dios, dueña,
que ya quedamos iguales.
LUCÍA: ¿De esta manera te vas?
ARCEO: ¿Pues qué quieres?
LUCÍA: Que te aguardes
aquí mientras que mi ama
acaba de desnudarse,
y volveré a hablar contigo
un rato.

Vase

ARCEO: Aquí espero. Madres,
las que a los hijos paristes
para nocturnos amantes
de viejas, mirad en mí
las desdichas a que nacen.
Esperando una estantigua
estoy, confuso y cobarde,
aquí, donde mis suspiros
pueblan estas soledades.

Sale don JUAN

JUAN: Ahora, desconfïanzas,
es tiempo de aconsejarme
si esto que pasa por mí
son mentiras o verdades.
El recatarme me importa
de doña Ana; ella no sabe
que la escucho, y en suspiros
que mal pronunciados salen
desde el corazón al labio,
me ha dado ciertas señales
de que mi desdicha llora,
de que siente mis pesares.
Estos crïados no pueden
engañarse ni engañarme,
puesto que Arceo a Lucía
la contó cómo ocultarme
pude en casa de don Pedro,
y ella a doña Ana, bastante
desengaño de que fue
entonces ella a buscarme.
Mas, ¡ay de mí!, si es esto
como dicen señas tales,
¿don Hipólito a qué efeto
dijo que a él iba a buscarle,
o qué mujer es aquesta,

y en fin, para qué ir al Parque
mañana quiere doña Ana?
¿Para que a mí no me falte
cuidado? Pues vive Dios,
que tengo de averiguarle.
Si aquí estoy, será imposible
que disimule y que calle,
y imposible, si me ven,
de que la ida del Parque
averigüe; luego irme
será lo más importante.
Este crïado a Lucía
espera; mientras no sale
no está cerrada la puerta:
salir pretendo a la calle
por seguirla donde fuere.
Que me prendan o me maten,
todo, todo importa menos
que no que me desengañe.

ARCEO: Ya siento pasos. Lucía,
seas bien venida, dame
los brazos.

[Abraza a don JUAN]

¡Barbada vienes!¿Quién es?

JUAN: Callad, que no es nadie.

ARCEO: ¿Cómo no es nadie? Yo soy
tan cortés y tan galante
que antes creeré que sois muchos.
¡Ay, ay!

JUAN: ¡Vive Dios que os mate
si no calláis!

Dentro doña ANA

ANA: ¿Qué rüido
es aquel?

Sale doña LUCÍA y topa con don JUAN

LUCÍA: Eres notable.
¿Es posible que tu miedo
tan grandes estruendos hace
que des voces? Sal de presto
para que aquí no te hallen.
Vente tras mí.

JUAN: Vamos. (Cielos, **Aparte**
hasta que me desengañe
he de callar, que esta es
propria condición de amantes.)

Al entrarse topa don JUAN con ARCEO

ARCEO: ¡Otro diablo! ¡Vive Dios

que tienen aquestos lances
cosas de la dama duende!

Sale doña ANA medio desnuda, con luz

ANA: ¡Hola! ¿No responde nadie?
Mas ¡ay de mí!
ARCEO: Yo me embozo,
por ver si puedo excusarme
de que me conozcan.

[Vuelve doña LUCÍA]

LUCÍA: Ya
no hay peligro que me espante,
pues ya está en la calle Arceo...
Mas...¿no es el que está delante?
¿Quién era, si él está aquí,
el que yo puse en la calle?
ARCEO: Aquí muero.
ANA: Caballero
que, recatado el semblante,
la noble clausura rompes
de estos sagrados umbrales:
si necesidad acaso
te ha obligado a extremos tales,
de mis joyas y vestidos
francas te daré las llaves.
Ceba tu hidrópica sed
en sus telas y diamantes,
pero si más codicioso
de honor que de hacienda, haces
estos extremos, te ruego,
¡estoy muerta!, que no trates
con tal desprecio, ¡ay de mí!,
el honor, ¡estoy cobarde!,
de una mujer infelice
sujeta a desdichas tales.
Porque si osado, a mi afrenta
a aqueste cuarto llegaste,
vive Dios, que antes que intentes
hablarme palabra, que antes
que ofenda al dueño que adoro,
yo con mis manos me mate,
porque si lágrimas solas
no enternecen un diamante,
rompiéndome el pecho yo
le sabré labrar con sangre.
ARCEO: No labraréis, si yo puedo,
que fuera mucho desaire
ser pelícana una dama
y ser labradora un ángel.
Grandes casos de Fortuna
a vuestra casa me traen,
no hacer mella en vuestras joyas
ni a vuestra opinión ultraje.
Y porque os aseguréis
de mi término galante,

segura quedáis de mí.
A Dios, señora, que os guarde.

Vase

Vase

LUCÍA: ¿Qué miro?
ANA: ¿Fuese ya?
LUCÍA: Sí.
ANA: Echa a esa puerta la llave;
y pues ya la blanca aurora
venciendo las sombras sale,
no me quiero desnudar.
¡Ay, don Juan!, si esto mirases
¿quién de que era culpa mía
pudiera desengañarte?

Vanse y salen INÉS y doña CLARA, de corto como primero

INÉS: ¿Al Parque vuelves?
CLARA: Rendida,
sin ley, razón ni sentido,
donde la vida he perdido
vuelvo, Inés, a hallar la vida.
INÉS: Bastante está lo sentido,
y si yo no me he engañado,
toda la gloria ha parado
en que has, señora, advertido
de ayer el raro suceso.
CLARA: ¿De qué sirviera negar
con la lengua mi pesar,
si con llanto lo confieso?
Vana de que hallarse había
don Hipólito burlado,
le llamé, y su desenfado
burló de la industria mía,
que aunque es verdad que me dio
satisfaciones que allí
por mi respeto creí,
Inés, por mi gusto no,
pues que me pudo negar
que fue donde otra mujer
le llamaba, y mi placer
se convirtió en mi pesar.
Yo misma, ¡ay de mí!, encendí
el fuego en que triste peno,
yo conficioné el veneno
que yo misma me bebí.
Yo misma desperté, yo,
la fiera que me ha deshecho,
yo críé dentro del pecho
el áspid que me mordió.
Arda, gima, pene y muera
quién sopló, conficionó,
alimentó, despertó,
veneno, ardor, áspid, fiera.

INÉS: Bien en tantos pareceres
hoy dirán cuantos te ven
que solo queremos bien
tratadas mal las mujeres.
¿Para qué habemos venido
al Parque con tan crüel
pena?
CLARA: A ver si viene a él
don Hipólito.
INÉS: Él ha sido
por cierto muy lindo ensayo.
CLARA: Si hoy doy tregua a mis temores,
yo os coronaré con flores,
mañanas de abril y mayo.

Vanse y salen don HIPÓLITO y don LUIS

HIPÓLITO: En efeto, hasta su casa
a doña Clara seguí
como visteis, y la di
del engaño que me pasa
satisfaciones, diciendo
¿qué ofensa era ir a ver,
llamado de una mujer,
lo que mandaba? Y haciendo
extremos de enamorado
que supe fingir muy bien,
porque ya no hay, don Luis, quien
no haga el papel estudiado,
la dejé desenojada,
atenta a mi desengaño,
y al fin con su mismo daño
vino ella a ser la engañada,
pues mis extremos creyó,
siendo así, don Luis, verdad,
que vida, alma y voluntad
la doña Ana me robó,
porque una vez persuadido
de que me llamaba a mí,
y hallarla después allí,
me empeñó, y haber creído
que ella fue quien me llamó.
LUIS: Vos tenéis lindo despejo.
HIPÓLITO: ¿Fuera más cuerdo consejo
darme por vencido?
LUIS: No;
mas a haberme sucedido
a mí lo que a vos con ellas,
jamás yo volviera a vellas
de turbado y de corrido.
HIPÓLITO: Fuera linda necedad:
puntualidades tenéis
tan necias, que parecéis
caballero de ciudad.
Mira si aquesta fortuna
a corrella te acomodas:
querer por tu gusto a todas,
por tu pesar a ninguna.

Salen doña ANA, vestida como doña CLARA, y LUCÍA

LUCÍA: Ya estás en el Parque, ya
decirme, señora, puedes,
con qué intento de este modo
a su hermoso sitio vienes.
ANA: Si has de verlo, ¿para qué
que ahora te lo diga quieres?,
que es retórica excusada
decir las cosas dos veces,
y más cuando están tan cerca
de suceder, que presente
está el que vengo buscando.
LUCÍA: El hombre, señora, es éste
de los engaños de ayer,
si mis ojos no me mienten.
ANA: Por él lo digo, pues solo
he salido a hablarle y verle
donde por la obligación
que a ser caballero tiene,
desengañe mi opinión,
pues los que son más corteses
caballeros, siempre amparan
el honor de las mujeres.
LUCÍA: ¿Para aquesto de tu casa
al Parque, señora, vienes,
donde es una culpa más
si aquí acertaran a verte?
ANA: Don Juan está retraído
donde quiera que estuviere,
y solo a este sitio, donde
hay tal concurso de gente,
no se atreverá a venir,
y así más seguramente
es donde le puedo hablar.
LUCÍA: Plega a Dios que no lo yerres.
ANA: Tápate, y llega a llamalle;
di que una mujer pretende
hablarle, que se retire
del amigo con quien viene.
LUCÍA: Caballero, una tapada
a solas hablaros quiere,
que es la que miráis. Seguidnos.
HIPÓLITO: Doña Clara es, claramente
lo dice el traje. Otra vez
al engaño de ayer vuelve,
mas hoy no lo ha de lograr.

[Se acerca a doña ANA]

¡Notable, vive Dios, eres,
pues que tan mal te aseguras
de quien te estima y no ofende!
Si buscas satisfaciones
mayores de las que tienes,
no es menester que me sigas
pues en el alma estás siempre.

ANA: Por otra me habéis tenido;
en vuestras voces se infiere,
y quiero desengañaros
desde luego.

[Descúbrese y vuelve a taparse]

¿Conocéisme?

HIPÓLITO: Otra vez me preguntasteis
en otra ocasión más fuerte
eso mismo y respondí
que sí y que no, y me parece,
pues siempre es una la duda,
dar una respuesta siempre.
Sí os conozco, pues que os miro,
no os conozco, porque suelen
los bienes pasarse a males
y hoy al revés me sucede.

ANA: Seguidme hacia la Florida,
porque hablaros me conviene
donde estéis solo, y decidle
a ese amigo que se quede.

Vanse [las dos mujeres]

HIPÓLITO: Don Luis, de nueva ventura
podéis darme parabienes.
Doña Ana es esta tapada;
agora no puede hacerme
engaño, que yo la he visto
con mis ojos claramente.
¿Veis cómo fue la de ayer
esta misma? ¿Veis si vuelve
a buscarme? Aquí os quedad
y murmurad, si os parece,
el haber dicho que tengo
buena estrella con mujeres.

Salen doña CLARA e INÉS

INÉS: Don Hipólito está aquí.

CLARA: Pues no andemos más; detente.

HIPÓLITO: Ya os sigo: guïad, señora
doña Ana, donde quisiereis,
que yendo con vos, hermosa
deidad destos campos verdes,
cualquiera sitio será
la Florida, que le deben
a vuestros ojos de fuego
y a vuestras plantas de nieve,
púrpura y verdor las flores,
cristal y aljófar las fuentes.

CLARA: (Doña Ana dijo, ¡ay de mí! **Aparte**
Mas ¿qué nuevo engaño es éste?
Mas no tarde en discurrillo
quien averiguallo puede.
La Florida es el lugar

citado y a él me conviene
llevarle). Venid.

HIPÓLITO: (Fortuna, **Aparte**
¡oh, cuánto mi amor te debe!,
pues seguro de los celos
de doña Clara, me ofreces
a doña Ana; triunfo hermoso
de tu gran deidad es éste.)

Vanse todos y sale don JUAN. [Don LUIS se queda]

JUAN: Hacia esta parte bajó
doña Ana, que entre la gente
que venía la perdí
de vista; pero no puede
esconderse, y es verdad,
pues cuando a mí me mintiesen
tantas señas, me dijera
verdad mi infelice suerte.
Con don Hipólito va
hablando; ya no hay qué espere.
¡Muera de cólera y rabia
quien de amor y celos muere!

LUIS: ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
Don Juan de Guzmán es este.
¡Señor don Juan de Guzmán!

JUAN: ¿Quién llama? ¿Quién vio más fuerte
confusión? Éste es don Luis.

LUIS: Donde quiera que yo viere
a quien a mi sangre agravia
y a quien mi opinión ofende,
primero que con la lengua,
sin ceremonias corteses
le saludo con la espada,
voz de honor más elocuente.
Sacad la vuestra, porque
con más opinión me vengue.

JUAN: Yo no he rehusado en mi vida
con la mía responderle
a quien me habla con la suya,
y si matarme os conviene
daos priesa, que si os tardáis
os podrá quitar la suerte
otra herida, y no es capaz
una vida de dos muertes.

LUIS: No os respondo, porque ya
hablar el acero debe.

JUAN: (Con doña Ana entró en la huerta **Aparte**
don Hipólito, ¡oh, aleve
pena! ¿Quién creerá que allí
me agravien y aquí se venguen?)

[Riñen]

LUIS: Desguarnecióse la espada.

JUAN: Daros pudiera la muerte,
pero porque echéis de ver
cómo mi valor procede

y cómo debí de darla
a vuestro primo igualmente,
pues el que fuera una vez
traidor, lo fuera dos veces,
porque ser uno cobarde
no es defeto que se pierde,
id por espada, que aquí
os espero.

LUIS: (¡Trance fuerte!, **Aparte**
pues quien me agravia me obliga,
pues me halaga quien me ofende.
Mas yo sé qué debo hacer).
Esperad, que brevemente
volveré.

JUAN: Ya veis el riesgo
a que estoy, si aquí me viesen,
y por quitarme del paso,
que ya lo veis que ya es éste,
dentro estoy de la Florida.

LUIS: Antes de un instante breve
a ella volveré a buscaros.

Vase

JUAN: ¿Qué haré en penas tan crüeles,
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente?
Cuando sigo un daño, otro
en mi seguimiento viene;
uno busco y otro hallo,
y en todos no sé qué hacerme,
que soy en un caso mismo
persona que hace y padece.
Si a don Hipólito sigo
falto a don Luis neciamente;
y si espero a don Luis falto
a mis celos. Mas ¿qué teme
mi valor? ¿No es morir todo?
Máteme el que antes pudiere,
don Hipólito o don Luis,
pues cosa justa parece,
si me busca el que yo ofendo
que busque yo al que me ofende.

Vase y salen doña CLARA e HIPÓLITO

HIPÓLITO: En aqueste hermoso margen,
en este florido albergue
que la hermosa primavera
a tanto estudio guarnece,
podéis decirme, señora
doña Ana, lo que a esto os mueve,
pues ya sabéis que he de estar
a vuestro servicio siempre,
y no esa grosera nube
tan bellos rayos afrente:
amanezca vuestro sol
pues ya el del cielo amanece.

CLARA: Yo haré lo que me mandáis,
que a conceptos tan corteses,
que a discursos tan galantes,
hace mal quien no obedece.

Descúbrese

HIPÓLITO: (¡Doña Clara es, vive Dios!) **Aparte**
CLARA: ¿Qué os admira? ¿Qué os suspende?
Yo soy; proseguid, que va
el discursillo excelente.
HIPÓLITO: Ni me suspendo ni admiro,
sino solo de que pienses
que no te había conocido
y sabido que tú eres,
pero quíseme vengar
de que salgas desta suerte
de casa, trocando el nombre.
CLARA: ¡Oh, qué anciano chiste es ése!
HIPÓLITO: ¡Vive Dios, que cuando dije
a don Luis que no viniese
tras mí, le dije quién eras!
Venga él, y si no dijere
que es verdad, castiga entonces
mis culpas con tus desdenes.
Yo voy por él y dirá...
CLARA: Todo cuanto tú quisieres.
No le llames.
HIPÓLITO: ¿Pues por qué?
CLARA: Porque es el Muñoz que miente
más que vos, del refrancillo.
HIPÓLITO: No, no; mejor es que entre
a desengañarte. (Y no es **Aparte**
sino que yo busco este
desahogo, con que pueda
admirarme y suspenderme
de que de una mano a otra
así una mujer se trueque).

Vase y sale don JUAN

JUAN: De toda la Florida
la esfera de matices guarnecida
celoso he discurrido,
y hallar en ella, ¡ay cielos!, no he podido
mis celos. ¿Cuándo, cielos,
se hicieron de rogar tanto los celos,
que se esconden buscados?
Mas huyen porque están ya declarados.
¿No es aquella doña Ana?
Vano es mi enojo y mi venganza vana,
pues sola la he topado.
¿Quién creerá que es tan necio mi cuidado
que me pesa de vella
no estando don Hipólito con ella?
Volverme quiero, pero ¿cómo, cielos,
podré, que son mis rémoras mis celos?

Fiera enemiga mía,
falsa sirena y enemiga harpía,
esfinge mentirosa,
áspid de nieve y rosa,
¿dónde está aquel amante
que tan firme te adora, tan constante,
porque me vengue en él de ti mi acero
y no en ti de él mi lengua?

CLARA: Caballero,
vos venís engañado
con tanta pena y tanto desenfado,
pues ocasión no ha habido
para que a mí tan necio y atrevido
me habléis, sin conocerme, con desprecio.

JUAN: Decís bien; atrevido anduve y necio.
Por otra dama os tuve,
que como a luna y sol guarda una nube,
con embozos de sol hallé una luna.
Perdonad, mi señora,
que no hablaba con vos.

Sale doña ANA

ANA: Yo puedo ahora
serviros de testigo,
pues no hablaba con vos, sino conmigo.

CLARA: Pues si con vos hablaba,
hable con vos, que aquí mi enojo acaba.

Vase

ANA: Mucho me huelgo, don Juan,
de que hayáis llegado a tiempo
que os desengañen y engañen
a vos vuestros ojos mesmos,
porque si vos padecéis
a un mismo instante los yerros,
ya es fuerza que lo creáis
como quien pasa por ellos,
pues pensar que lo que vos
creéis no puede otro creello
es hacer más advertido
al otro, y a vos más necio,
y no hay ninguno que quiera
tan mal a su entendimiento.

JUAN: ¡Oh, qué necio desengaño,
doña Ana!, pues cuando veo
que es verdad que me engañaron
mis ojos, también advierto
que el desengaño me ofende
pues tú le traes a este puesto.
Luego engaño y desengaño
todo ha sido engaño; luego
no te puedes excusar
del agravio de mis celos,
pues hoy, como del engaño
del desengaño me ofendo,
pues el engaño era agravio

y el desengaño es desprecio.
ANA: En haber venido aquí
ni te engaño ni te ofendo,
pues por ti solo he venido.
JUAN: ¿Pues pudiste tú saberlo?
ANA: No, mas pude adivinarlo
de esta manera viniendo
por hacer que te buscara
don Hipólito.
JUAN: ¿A qué efeto?
ANA: A efeto de que te diese
la satisfación él mesmo.
JUAN: ¡Oh, qué necia prevención!
Porque cuando da muy necio
el que fue segundo amante
al que fue amante primero,
de celos satisfaciones,
es cuando le da más celos.
ANA: No hagas graduación de amores,
pues no soy mujer que puedo
tener primero y segundo.
JUAN: ¡Calla, calla!, que me acuerdo
de una noche... Mas aquí,
más que yo dice el silencio.
ANA: Pluguiera a Dios las disculpas
que yo de esa noche tengo
pudiera significarte,
pero puedo, si no puedo,
con decir que soy quien soy.
JUAN: Ojalá bastara eso.
ANA: Sí bastara si me amaras.
JUAN: Porque te amo no te creo.
ANA: Pues ves aquí que en mi casa
anoche un hombre encubierto
estaba, que allí se entró...
JUAN: Di.
ANA: De la justicia huyendo,
y en efeto, enternecido
a mi llanto o a su esfuerzo,
se fue y si le vieras tú
salir de mi casa, es cierto
que pagara yo la pena
de la culpa que no tengo.
JUAN: No hiciera, cuando aquel hombre
fuera un hombre como Arceo,
que es el que anoche en tu casa
escondido y encubierto
le tuvo doña Lucía.
LUCÍA: (¡Por Dios, que me ven el juego!) **Aparte**
ANA: ¿Qué dices?
LUCÍA: Lo que es verdad.
ANA: ¿Hay tan grande atrevimiento?
JUAN: Pero siendo un hombre noble
el que entonces quedó muerto,
y abriendo con llave, no
entraba... Pero no quiero
pronunciallo, por no ser
víbora yo de mi aliento.
Quédate a Dios, que te guarde,
doña Ana, para otro dueño,

que son muchos desengaños
para un hombre que va huyendo.
Por esperar a don Luis
solo me voy y me quedo.

Vase

ANA: Tente, espera, escucha, aguarda.
[LUCÍA]: (¿Quién diría mis secretos?) **Aparte**

Sale don HIPÓLITO y atrás doña CLARA

HIPÓLITO: No pude hallar a don Luis
en todo el Parque.
CLARA: Yo vuelvo
tras don Hipólito a ver
en qué paran sus enredos.
LUCÍA: (¡Que hubiese tan mala lengua!) **Aparte**

A doña ANA

HIPÓLITO: ¡Pero, vive Dios, que es cierto,
Clara, que te conocí
desde el instante primero!
ANA: No hicisteis, porque si hubierais
conocídome, sospecho
que no os debiera mi honor,
don Hipólito, estos riesgos.

[Se descubre]

Advertid que habláis conmigo.
HIPÓLITO: ¿Qué tramoya es esta, cielos?
CLARA: No hablaba sino conmigo;
como vos dijisteis puedo
decir yo, que yo también
quien hable conmigo tengo.
HIPÓLITO: ¡Vive Dios que me han cogido
por hambre las dos en medio!
ANA: Pues aunque vos me imitéis
a mí, imitaros no puedo
yo a vos, que no he de dejaros
sin averiguar primero
un engaño con los dos.
LUCÍA: (¡Que haya en el mundo parleros!) **Aparte**
HIPÓLITO: ¿Pues qué esperáis?
ANA: Un testigo
que ha de oírlo y ha de verlo,
y él viene ya, que esta sola
piedad al cielo le debo.

Salen don PEDRO, ARCEO y don JUAN

PEDRO: No habéis de ir de esa suerte,

ya que en el Parque os encuentro,
después que toda la noche
os busqué.

JUAN: Mirad que tengo
que hacer que me va el honor.

PEDRO: Oíd a doña Ana primero.

ARCEO: ¿Qué hay, Lucía?

LUCÍA: Parlerías.
Ya todo se sabe, Arceo.

ANA: Gracias a Dios que llegáis,
don Juan, una vez a tiempo
que mi verdad me ha informado.
Decid, doña Clara, ¿es cierto
que ayer fuistes a mi casa
de don Hipólito huyendo
y que él creyó que yo fui
la tapada?

CLARA: Sí, y queriendo
cortesanamente hacerle
una burla, escribí luego
un papel en vuestro nombre,
y en la casa de don Pedro
le fui a ver, donde pasó
lo que proseguirá él mesmo.

ANA: Con esto, don Juan, he dado
los desengaños que puedo;
el cielo en los otros hable,
pues solo los sabe el cielo.

Sale [don LUIS]

LUIS: Señor don Juan de Guzmán.

PEDRO: Peor se va poniendo esto.

ARCEO: Por Dios, que le ha conocido
don Luis, el primo del muerto.

HIPÓLITO: ¿Éste es don Juan de Guzmán?
El no conocerle siento
para haber en vuestra ausencia
hecho...

LUIS: Esperad, teneos,
que este duelo ha de vencer
la hidalguía y no el acero.

JUAN: Pudiérades esperar
a verme solo en el puesto.

LUIS: Importa que haya testigos
para lo que hacer intento.
A que fuese por espada,
que se me quebró riñendo
con vos, me disteis lugar;
si tardo, disculpa tengo,
pues por haberos escrito
este papel, me detengo:
de la causa en que soy parte
este es el apartamiento,
que si deudor de una vida
erais mío, noble y cuerdo
me la disteis; contra vos
derecho ninguno tengo.
Y si entonces no lo hice

fue porque allí, no teniendo
espada, no presumierais
que os daba el perdón de miedo,
y así os lo entrego, don Juan,
cuando en la cinta la tengo.

JUAN: No solo me dais la vida,
sino el honor, y pues viendo
estáis la dama que fue
la ocasión de este suceso,
ella os pague con los brazos
lo que con alma no puedo.

ANA: Pues con vuestras amistades
todos las nuestras hacemos.

CLARA: No hacemos, porque si ya
no tengo quien me dé celos,
no tengo a quien quiera bien.

HIPÓLITO: ¿Pues hay más de no quereros?

ANA: Arceo y doña Lucía
se casen luego al momento.

ARCEO: ¿Mas que nace el Antecristo
de Lucías y de Arceos?

JUAN: Mañanas de abril y mayo
dan fin: perdonad sus yerros.

FIN DE LA COMEDIA

NADIE FÍE SU SECRETO

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **ALEJANDRO, prícipe de Parma**
- **Don CÉSAR**
- **Don ARIAS**
- **Don FÉLIX de Castelví**
- **LÁZARO, criado**
- **Doña ANA de Castelví**
- **NÍSIDA, dama**
- **ELVIRA, criada**
- **MÚSICO**
- **CRIADOS**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

PRIMER ACTO

Salen ALEJANDRO y don ARIAS

ALEJANDRO: Vila al dejar la carroza
y, haciendo su estribo oriente,
o fueron los soles dos
o el uno alumbró dos veces.
¿Nunca has visto errante al viento
preñada nube encenderse
y, parto de luz, un rayo
hacer giros diferentes,
que amenazando soberbios
la torre más eminente,
la más levantada punta
ambiciosos desvanecen?
Tal es el rayo de Amor;
con llama dulce, aunque ardiente,
por tocar lo más supremo,
deja el cuerpo, el alma enciende.
Yo, que desde el corredor
la miré, confusamente
vi engendrar rayos de fuego
en una esfera de nieve;
y confuso entre dos luces
de dos soles diferentes,
al más superior entonces
le tuve por menos fuerte.
Entró doña Ana en palacio,
que a ver a mi hermana viene,
con más donaires que nunca,
tan hermosa como siempre.
Seguí su luz con la vista,
notando curiosamente
que, si el hombre es breve mundo,
la mujer es cielo breve.
Al fin se puso a mis ojos,
y yo quedé como suele
temeroso caminante
que el camino en el sol pierde.
Mas no quedé tan ajeno
del suyo que no creyese
--tal fue la imaginación--
que la adoraba presente;
porque pintor el deseo
dio a la memoria pinceles,
al pensamiento colores,
con que desmintió lo ausente.
No sé si es amor, don Arias,
este fuego que me ofende;
que tiene mucho de amor
el que tanto lo parece.
ARIAS: ¿Nunca la habíais visto?
ALEJANDRO: Sí.

ARIAS: Pues, ¿de qué, señor, procede
esa novedad?
ALEJANDRO: Preguntas
bien, aunque ignorantemente.
¿Tú no sabes que en el mundo
un átomo no se mueve
sin particular precepto,
que rigen causas celestes?
Lo que ayer se aborrecía
hoy con extremo se quiere;
y hoy una cosa se adora
que mañana se aborrece.
Todo vive en la mudanza;
y así, don Arias, sucede
lo que se trata, conforme
la disposición que tiene.
Otras veces la había visto;
pero que hoy estuve, advierte,
menos ciego o ella estaba
más hermosa que otras veces.
Yo he de servirla, y de ti
he de fïar solamente
este amor y este secreto.
ARIAS: Dos novedades me ofreces
a un tiempo; la una es
el verte hablar tiernamente
en cosas de amor.
ALEJANDRO: No son
iguales los hombres siempre,
ni es de un príncipe defecto
amar tan honestamente;
que quien una vez no amó
nombre de incapaz merece.
Ni tan necio, dijo un sabio
a un hombre, que no quisiese
alguna vez, ni tan loco
que haya querido dos veces.
ARIAS: Es la otra que conmigo
trates tu amor; y aunque excede
esta honra a mi esperanza,
lo que me obliga me ofende.
Don César, tu secretario,
de quien fías dignamente
el gobierno de tu estado,
y a quien con extremo quieres,
es mi amigo, y es razón,
señor, que en tu gracia deje
desocupado lugar,
pues él solo le merece.
Llámale y dile tu amor,
y hoy a tu gracia le vuelve;
que no es razón que se diga
que yo gano lo que él pierde.
Mi amistad paga con esto
lo que a mi nobleza debe;
pero, aunque ofenda a un amigo,
será fuerza obedecerte.
ALEJANDRO: Don Arias, a César quiero
con los extremos que siempre
lo he querido; y si es tu amigo,

honrarte no es ofenderle.
Juntos nos hemos crïado,
fiándonos de una suerte
en las penas los disgustos,
en las glorias los placeres.
Hícele mi secretario,
dile mi pecho, fïéle
el alma misma, por ser
discreto, sabio y prudente.
De unos días a esta parte
no sé qué trata o qué tiene;
que ni a mi servicio acude,
ni despacha mis papeles.
Mil veces en mi presencia,
si le hablo, se divierte,
sin propósito responde
y, hablándome, se suspende.
Y ya que tratamos de esto,
su mayor amigo eres;
de mi parte y de la tuya
procura saber qué tiene.
Dile que de mis estados
disponga, pues solo puede,
como absoluto señor,
dar preceptos, poner leyes;
y dile al fin lo que el alma
verle tan ajeno teme;
porque, sabiendo la causa,
o la sienta o la remedie.

ARIAS: No en vano te llama el mundo
Alejandro dignamente,
pues a quien el nombre igualas
las alabanzas excedes.

Sale LÁZARO

LÁZARO: (A César traigo un papel, **Aparte**
y no le hallo; claras pruebas
de mi desdicha crüel;
que a traerle malas nuevas,
luego encontrara con él.
Hoy que esperé galardón,
no le he de hallar, cosa clara;
mas cuando las nuevas son
albricias de mala cara,
presagios de un mojicón,
luego al instante le hallo.
Pues, ¡por Dios que he de buscallo,
aunque entre...!)

ALEJANDRO: ¿Quién está allí?

LÁZARO: (El príncipe me vio. Aquí **Aparte**
escondo el papel y callo.)

ALEJANDRO: ¿Quién dices que es?

ARIAS: Un crïado
de César que acaso ha entrado
hasta aquí y, como te vio,
luego, señor, se volvió.

ALEJANDRO: Llámale, porque he pensado
que éste me declare aquí

de su señor la tristeza.
ARIAS: Dices bien. ¡Lázaro!
LÁZARO: ¿A mí?
ARIAS: A ti te llama su Alteza.
ALEJANDRO: Llegad.
LÁZARO: Bien estoy así,
aunque, si mi dicha es
tal que merezco llegar
a besar tus reales pies,
no me hartaré de besar
cordobanes en un mes.
Buscando a César--perdona
si te ofendo--hoy he llegado
a tus pies.
ARIAS: Su humor le abona.
ALEJANDRO: ¿Sírvesle?
LÁZARO: Soy su crïado,
y tu tercera persona.
ALEJANDRO: ¿Cómo tercera?
LÁZARO: ¿Pues, no?
César contigo privó,
yo con César, por mi trato;
luego es nuestro triunvirato
César, Alejandro y yo.
ALEJANDRO: Tu humor conozco.
LÁZARO: (Eso ha sido **Aparte**
despejar.)

Quiere irse

ALEJANDRO: ¿Por qué te vas?
LÁZARO: Porque, si me has conocido,
señor, no me comprarás,
y yo estoy como vendido.
Entretenerme no quieras;
porque, si bien consideras
mi condición por su indicio,
ha mucho rato que en juicio
estoy condenado a veras.
ALEJANDRO: Tu gusto alabo, y condeno
el que tan continuo sea;
que el que de donaires lleno
siempre en las burlas se emplea
no es para las veras bueno.
Saber de César querría
la causa y el fundamento
de tanta melancolía,
que como suya la siento
y la lloro como mía;
pero fue contrario efeto
el que he venido a mirar;
que, aunque seas más discreto,
es necio quien piensa hallar
entre burlas un secreto.
LÁZARO: Antes por sacarle de ellas,
hace bien, si allí se ofusca,
y mal por necio atropellas
al que en las burlas le busca,
sino al que le pone en ellas.

Y pues César ha mostrado
discreción, no hay presumir
que a mí me le habrá fïado;
mas con todo, por cumplir
la obligación de crïado,
que de un sirviente hablador
es el precepto mayor,
entre todos los demás,
el cuarto, "no callarás
defecto de tu señor,"
te diré lo que he alcanzado
en lo que yo he discurrido
de su pena y su cuidado,
muchos menos que sabido
y algo más que murmurado.
De España vino con nombre,
opinión, noticia y fama
a Parma--esto no te asombre--
cierto juego que se llama,
señor, el juego del hombre.
César el juego aprendió
y un día que le jugó,
teniendo basto, malilla,
punto cierto y espadilla,
la tal polla remetió.
Acabando de perder,
hubo voces, y el senado
mirón tuvo en que entender,
si fue bien o mal jugado,
si pudo o no pudo ser.
Con esto nos fuimos luego,
y estando durmiendo yo
en mi cama y mi sosiego,
desnudo se levantó,
dando y tomando en el juego;
y, habiéndome despertado,
cuanto encendido, resuelto,
me dijo muy enojado,
"Si aquella baza le suelto,
reparto y quedo baldado;
luego le atravieso yo,
y con cuatro tengo hartas,
y hago tenaza, o si no,
vuélvanme mis nueve cartas,
y venga el que lo inventó."
De aquí, sin duda, ha nacido
su tristeza.

ALEJANDRO: Yo me he holgado
de haberla de ti sabido,
pues con eso has castigado
la culpa de haberte oído.
No quiero creer que fuera
tan necio César que a ti
su secreto te dijera,
pues hoy me pesara a mí,
cuando de ti lo supiera;
que tu condición extraña
claramente desengaña
que es para burlas ociosas
no más.

LÁZARO: Como de esas cosas
vienen cada día de España.
Dios te guarde; y yo prometo,
con la ocasión que me has dado,
de buscarte más discreto.
(Bien las burlas me han librado **Aparte**
de descubrir el secreto.)

Vase

ALEJANDRO: Notable hombre; si estuviera
con más gusto, le tuviera
en oírle.
ARIAS: Pues si a ti
te agrada, siempre está así,
que es hombre de esta manera;
en su vida estuvo triste.
ALEJANDRO: No será muy entendido;
que en saber sentir consiste
parte del alma.
ARIAS: Ha nacido
de esta suerte. ¿Nunca oíste
sus cuentos?
ALEJANDRO: Nunca llegó
a mi noticia.
ARIAS: Pues yo
sé que, si aquí te contara,
alguno, que te agradara.
ALEJANDRO: ¿De qué manera?
ARIAS: Perdió
conmigo el dinero un día
y yo le empecé a jugar
sobre prendas que traía;
y en fin le vine a ganar
la espada que se ceñía.
No quise entonces volvella,
por ver lo que hacía sin ella,
y él buscó sin dilación
una vieja guarnición,
y poniendo un palo en ella,
le metió en la vaina. Así
le trae hoy día.
ALEJANDRO: Yo espero
burlarme dél... ¡Ay de mí!
Mal con burlas vencer quiero
el fuego en que me encendí.
Ve a hablar a César, allana
tristezas de agravios llenas;
que yo estaré con mi hermana,
sintiendo de César penas
y rigores de doña Ana.
Iré a ver los rayos rojos,
testigos de mis enojos.
Y si tengo de morir
ausente, más vale ir
donde me maten sus ojos.

Vanse. Salen don CÉSAR y LÁZARO,
dándole un papel

LÁZARO: Toma, señor, el papel,
que hoy Elvira me llamó
y para ti me le dio.
CÉSAR: ¿Y ahora vienes con él?
LÁZARO: Vive Dios, que te he buscado,
hasta entrar por ver si hablabas
al príncipe.
CÉSAR: ¿Y no me hallabas?
LÁZARO: ¿Qué quieres? Soy desdichado.
CÉSAR: Pues no ha habido hombre que pase
a hablarle que no me pida
licencia.
LÁZARO: En toda mi vida
hallé cosa que buscase.
Toma, señor, el papel;
y si su gusto codicias,
no perdono mis albricias.
CÉSAR: ¡Ay cielos! ¿Qué dirá en él?
LÁZARO: Necedad de aquél que va,
cuando el reloj está dando,
con gran priesa preguntando,
"¿Sabe usted las **cuántas da**?"
Cuenta, y no preguntarás
lo que tú puedes saber;
y puesto que sabes leer,
abre el papel, y verás
lo que dice.
CÉSAR: Estoy cobarde.
Tarde me trajiste el bien.
LÁZARO: Pues véngate tú también;
dame las albricias tarde.
CÉSAR: Ponte, Lázaro, el vestido
que hice para la jornada
de Florencia.
LÁZARO: Eso me agrada.
Mil veces los pies te pido.
CÉSAR: Lázaro, en el bien que toco
con causa el sentido pierdo;
hoy debo de estar muy cuerdo,
pues confieso que estoy loco.
¿Doña Ana me escribe a mí
tierna, alegre y amorosa?
¿Hay suerte más venturosa?
¿Cuándo tal bien merecí?
El pecho romper quisiera,
porque en su oculto lugar,
siendo el corazón altar,
el papel la imagen fuera.
¿Dónde pondré este papel?
LÁZARO: Puesto que eso te alborota,
si está la soleta rota,
cálzate, señor, con él.
Un tiempo, con tener fama
que era de las más discretas,
me sirvieron de soletas
los papeles de mi dama.
Mas, ¿sabes qué considero?
Que, aunque el vestido es cabal,
parecerá un hombre mal,

si no lleva algo en dinero.
CÉSAR: Lázaro, a darte me obligo
cuanto me pidieres hoy.
La espada no te la doy,
porque me la dio un amigo.
LÁZARO: (Él sin duda a saber llega **Aparte**
que es de palo aquesta espada,
pues cuando no niega nada
la espada sola me niega.)

Sale don ARIAS

ARIAS: Como agraviado, quejoso,
don César, buscándoos vengo;
agravios son de amor mío
y quejas de amigo vuestro.
Hoy el príncipe de Parma,
hoy Alejandro Farnesio,
segundo solo en el nombre,
y en las grandezas primero,
me llamó para saber
vuestra tristeza, diciendo
que sólo yo la sabía,
por ser alma en vuestro pecho.
Corrido, entonces, quedé
de ver que en su pensamiento
merezca este nombre, cuando
tan poco con vos merezco.
De su parte y de la mía
vengo a hablaros; y así quiero
deciros como crïado
su recado. Estadme atento.
Dice el príncipe Alejandro
que si a vuestro sentimiento
de sus estados importa
el mando todo, que en ellos
como su señor mandéis,
que dispongáis como dueño,
pues en vuestras manos deja
su poder y su gobierno.
Hasta aquí dice Alejandro,
y yo de mi parte empiezo,
no a ofreceros sus grandezas
sino un ánimo dispuesto
a vuestro servicio siempre.
Merezcan, pues, mis deseos,
para sentirlos en todo,
parte en vuestro sentimiento.
Quejoso el príncipe vive
de vuestro descuido, y vemos
que servicios en señores
son máquinas en el viento;
cuanto aseguran mil años
borra un minuto de tiempo;
que es sola una culpa olvido
a muchos merecimientos.
Divertíos, alegraos,
ensanchad, César, el pecho,
y aunque el corazón se abrase,

finjan los ojos contento.
Como amigo os lo suplico,
como crïado os lo ruego,
como leal os persuado,
como noble os aconsejo.

CÉSAR: Beso a su Alteza los pies,
y a vos las manos os beso,
pues debo a vuestra amistad
lo que a sus grandezas debo.
Y, agradecido a los dos,
iré a los dos respondiendo.
Diréis, pues, al poderoso
Alejandro...

LÁZARO: (¿Qué es aquesto? **Aparte**
¿Por "poderoso Alejandro"
empieza? Ruego a los cielos
que alguna loa no eche,
con su historia y con su cuento.)

CÉSAR: ...que el cielo su vida aumente
por tantos siglos eternos
que al número de los años
pierda la memoria el tiempo;
que mi tristeza no es causa
para que en un pensamiento
falte a su gusto rendido,
a su obediencia sujeto.
Una gran melancolía
opone al alma estos miedos,
si oculta siempre en la causa,
manifiesta en los efectos.
Mis estudios lo habrán sido;
tanto en ellos me divierto
que, para darme a los libros,
a su presencia me niego.
Esto le podéis decir,
disculpando nobles yerros,
que para solas ausencias
amigos se introdujeron.
Y, respondiéndoos a vos,
porque veáis que agradezco
el cuidado, he de fïaros
lo que guardé de mí mesmo.
Mas no lo agradezcáis mucho,
porque habéis llegado a tiempo
que, aunque quisiera encubrirlo,
os lo dijera el contento.
¡Ay, don Arias, no os espante
verme en un instante haciendo
extremos, alegre o triste;
que el amor todo es extremos!
Quiero deciros la causa...
mas, si os he dicho que quiero,
ni vos tenéis que escucharme
ni yo que deciros tengo.
Bien veréis que esto es amor;
y si es mucho, bien lo muestro,
pues presente no lo digo
cuando ausente lo confieso.
Puse en un cielo los ojos
--disculpado atrevimiento--

que quien glorias busca, sólo
pudiera aspirar al cielo.
En fin la dije mis penas,
que, aunque no consiga efecto,
el intentar grandes cosas
arguye merecimientos.
No os enfadéis si me alargo
en contaros mis sucesos;
que vos me dais ocasión
con oírme tan atento.
Respondióme con oírme;
que en tan arrogante empleo
bastó, sin gozar favores,
el no padecer desprecios.
Dos años ha que la sirvo,
sin que en todo aqueste tiempo
perdiese al sol de su honor
un átomo de respeto.
Amor, del llanto ofendido,
si no obligado del ruego,
con no merecidas glorias
coronó mis pensamientos.
Hoy tuve suyo un papel;
que nada encubriros puedo;
que contentos repetidos
son duplicados contentos.
Éste fue el primer favor,
y yo el amante primero
que mereció por humilde
lo que intentó por soberbio.
Diréis que encarezco mucho
lo que tan poco encarezco;
mas vos me disculparéis
cuando sepáis el sujeto.
Al decir quién es, me turbo;
mas poco en esto la ofendo;
y más estando advertido
que aspiro a su casamiento.
Mirad, don Arias, que os fío
mucho, y que no soy de aquéllos
que, por alabarse, venden
a pregones sus secretos;
que a saber en qué consiste
de una mujer la honra, creo
que hicieran sus mismas lenguas
mordazas de su silencio.
Discreto sois, en vos pongo
el alma misma, advirtiendo
que, a querer yo que supiera
Alejandro mis intentos,
pues dos recados trajisteis,
y a entrambos voy respondiendo,
aquesta respuesta os diera
en el recado primero.
Doña Ana de Castelví
--ya he dicho quién es, ya puedo
aun más allá del discurso
pasar encarecimientos--
es quien me tiene en su amor
de mí mismo tan ajeno

que no siento lo que digo,
aunque digo lo que siento.
No fue tanta mi tristeza
como mi divertimiento;
porque en su amor sólo vivo
y sólo en sus gustos pienso.
No diga que quiere bien
quien libre, alegre y contento
piensa o habla en otra cosa;
que amor es del alma dueño,
y yo, que de veras amo,
por pensar en sus extremos,
quisiera pasar a siglos
las breves horas del sueño.
Mucho he dicho y mucho callo,
y ahora sólo pretendo
que leáis este papel,
para obligaros de nuevo
a que sintáis mis pesares,
a que gocéis mis deseos,
a que celebréis mis glorias,
a que alabéis mis intentos,
y a que el secreto paséis
desde los labios al pecho;
que de la boca al oído
está a peligro un secreto.

ARIAS: Con causa contento os veo.
CÉSAR: Pues tomad, leed el papel;
veréis mi ventura en él.
ARIAS: Por vuestro gusto lo leo.
"Ya el confesarme querida
es empezar a querer;
que es favor en la mujer
el estar agradecida.
Mas no es favor lisonjero
lo temeroso que estás,
pues sabe el amor que, más
que tú me estimas, te quiero.
Si acaso, por encubrirlo
Amor, venganza ha buscado,
bástame el haber pasado
la vergüenza de decirlo.
Ven en pasando la tarde
a la calle, y te diré
lo que apenas sentir sé.
A Dios, mi bien, que te guarde."
Vos estáis bien empleado.
CÉSAR: Al príncipe le diréis
la otra respuesta; y si hacéis
que yo quede disculpado,
lo veré.
ARIAS: Que he de serviros
tened por cierto.
CÉSAR: Lucero,
que amante fuiste primero,
muévante tantos suspiros,
corre con curso violento;
que yo sé que adelantaras
el ocaso si llevaras

a Dafne en tu pensamiento.

Vanse CÉSAR y LÁZARO

ARIAS: De dos secretos cargado,
aunque uno mismo en rigor,
obligado de un señor
y de un amigo obligado
me hallo, y en tanto disgustos
no sé cuál a cuál prefiere.
¡Mal haya el necio que muere
por saber ajenos gustos!
Si a César el amor digo
del príncipe, sus desvelos
le han de dar celos, y celos
no se han de dar a un amigo.
Pues si al príncipe el afeto
digo de César, no sé
si lo acierto, pues la fe
rompo a César del secreto.
Si callo la voluntad
del uno al otro, en rigor
soy a la lealtad traidor
o traidor a la amistad.
Hoy del príncipe ha nacido
el amor y, aunque el cuidado
esté tan enamorado,
no está tan favorecido.
Él a César quiere bien,
y si su amor le encarezco,
y sus favores, me ofrezco
a que sus manos le den
la prenda, que un desengaño
con tiempo hace tal efeto,
y yo no falto al secreto,
por remediar mayor daño.
Confusas máquinas son
éstas que dudoso sigo;
porque, ignorando, un amigo
mata con buena intención.

[Vase.] Salen ALEJANDRO, don FÉLIX, doña ANA y acompañamiento

ALEJANDRO: Licencia me habéis de dar.
ANA: Vuestra Alteza no esté así,
o no pasaré de aquí.
ALEJANDRO: Yo os tengo de acompañar
hasta que el cuarto dejéis
de mi hermana.
ANA: No haga eso
Vuestra Alteza, que es exceso
de mercedes.
ALEJANDRO: Pues, ¿no veis
que es justa obligación mía,
debida por ser mujer,
y que en mí no puede ser
exceso de cortesía?

ANA: Muy bien la que habéis tenido
vuestro heroico pecho muestra;
mirad que soy criada vuestra;
y así, como tal os pido
que mitiguéis los enojos
de tan dulce resplandor,
que, como sois sol de honor,
me vais cegando los ojos.
ALEJANDRO: Mal de mis rayos infiero
ese luciente arrebol,
que voy delante del sol
por blasonar de lucero;
mas porque no me acobarde
el fuego que en vos se ve,
por fuerza me quedaré.
Guárdeos Dios.
ANA: El cielo os guarde.

Vase

ALEJANDRO: Don Félix, ¿no acompañáis
a vuestra hermana?
FÉLIX: Señor,
agradecido al favor
con que a los dos nos honráis,
a vuestros pies he quedado,
como crïado, rendido,
como leal, reconocido
y, como noble, obligado.
Esa vida el cielo aumente
tanto que sea en su gloria
testigo a vuestra memoria
el olvido solamente;
la fama con vos ufana,
dilatada por los vientos...
ALEJANDRO: Dejad encarecimientos,
y acompañad vuestra hermana
en mi nombre. (¿Hay más enojos **Aparte**
que escuchar inadvertido
lisonjas para el oído,
negándolas a los ojos?)

Vase don FÉLIX. Llega don ARIAS al PRÍNCIPE

Don Arias, ¿qué hay de nuevo? ¿Viste a César?
ARIAS: A César vi y hablé; pero, primero
que sepas su respuesta, saber quiero
el término de amor a que has llegado.
ALEJANDRO: Tienen mi pensamiento
triste César, doña Ana enamorado
y, con un sentimiento,
no sé cuál de los dos es lo que siento.
Entré galán al cuarto de mi hermana,
y con ella y sus damas vi a doña Ana.
Vi en un jardín de amores
que presidía entre comunes flores
la rosa hermosa y bella.
Mal digo; que, si bien lo considero,
yo vi entre muchas rosas una estrella,

o entre muchas estrellas un lucero;
y, si mejor en su deidad reparo,
prestando a los demás sus arreboles,
entre muchos luceros vi un sol claro,
y al fin vi un cielo para muchos soles.
Y tanto su beldad les excedía
que en muchos cielos hubo sólo un día.
Hablando estuve, en ella divertidos
los ojos, cuanto atentos los oídos;
porque mostraba, en todo milagrosa,
cuerda belleza en discreción hermosa.
Despidióse en efecto. Si fue breve
la tarde, Amor lo diga, que quisiera
que un siglo entero cada instante fuera;
y aun no fuera bastante,
pues, aunque fuera siglo, fuera instante.
La salí acompañando cortésmente;
y aquí basta decirte
que muero amante y que padezco ausente.
ARIAS: Según eso, imposible es persuadirte
que olvides ese amor.
ALEJANDRO: Hoy ha nacido,
y a más correspondencia pone olvido
el alma, si previene mayor daño.
ARIAS: Pues a tiempo llegó mi desengaño.
Señor, si a César quieres, no la quieras;
y básteme decir que, si pretendes
a doña Ana, es a César al que ofendes.
ALEJANDRO: Don Arias, cuando alguna cosa digas
a quien no la pregunta, ya te obligas
a no dejar la plática empezada.
Dímelo todo, o no dijeras nada.
¿Quiere a doña Ana César? Poco importa;
que César es mi amigo, y si me hallara
muy prendado, por César la olvidara.
Prosigue, pues; ¿qué temes?
ARIAS: Que indiscreto
falto a la fe jurada de un secreto.
ALEJANDRO: Pues si callar debías,
¿para qué los principios me decías?
ARIAS: Yo tu quietud pretendo.
(Perdona, César, si el secreto ofendo.) **Aparte**
Señor, ellos se quieren.
ALEJANDRO: ¿Cómo es eso?
Luego, ¿doña Ana sabe--¡pierdo el seso!--
que don César la quiere?
ARIAS: Y amorosa
le corresponde.
ALEJANDRO: ¡Ay suerte rigurosa!
¿Quién se ha visto dudoso,
triste y desesperado,
antes desengañado que celoso,
y celoso--¡ay de mí!--que enamorado?
Si César la quisiera,
la dejara, y sus celos no sintiera;
mas que ella quiera a César, son más daños,
que apadrinan los celos desengaños;
pero si ellos se quieren, no se diga
de mí que amor me obliga,
ofendido y celoso,

a amar ingrato y a querer quejoso.
ARIAS: (Ahora encareciendo **Aparte**
sus favores, pretendo
que del todo la olvide.)
ALEJANDRO: En mí el amor con el valor se mide.
En efecto, ¿se quieren?
ARIAS: Y yo he visto
hoy un papel...
ALEJANDRO: (¡Mal mi dolor resisto!) **Aparte**
ARIAS: ...que amorosa doña Ana le escribía.
ALEJANDRO: (¿No bastaba saber que le quería?
Pero si ya olvidado
estoy, ¿por qué un papel me da cuidado?
Mas, ¿quién tendrá paciencia
en tan mortal dolencia
para no preguntar lo que decía?
¿Por no andar vacilando qué sería?)
¿Qué escribió?
ARIAS: Que esta noche quiere hablalle
por las ventanas bajas de la calle.
ALEJANDRO: (¿Esta noche ha de hablalla, **Aparte**
cuando el alma ofendida sufre y calla?
¿Ellos diciendo amores,
yo padeciendo agravios y rigores?
¿Qué es lo que escucho, cielos?
¡Que en mí, más que el amar, puedan los celos!
¿Yo no estoy declarado?
Pues que pongo silencio a mi cuidado
por César, deje César por mis celos
esta ocasión, si en ella reconoce
mis penas y desvelos;
y pues yo no la gozo, no la goce.)
Don Arias, ¿sabe César que yo he puesto
en doña Ana mi amor? ¡Ay de mí triste!
ARIAS: ¿Cómo, si sólo a mí me lo dijiste?
ALEJANDRO: Como a ti solo dijo inadvertido
también César su amor, y lo he sabido.
ARIAS: Quien con buena intención ofende, yerra
con disculpa.
ALEJANDRO: Don Arias, hoy se encierra
en tu pecho mi gusto.
No es aquesto en amor término injusto;
una curiosidad es solamente,
confieso que parezca impertinente.
Cuanto a César pasare con doña Ana
me has de decir; que si por él allana
mi honor que no la quiera,
y no puedo jugar, aunque picado,
quiero mirar los lances desde afuera.
ARIAS: Si el primero, señor, has condenado,
¿cómo diré el segundo?
ALEJANDRO: Antes disculpa
te ofrezco con haberlo preguntado,
pues en aqueste punto
lo que tú me dijeras te pregunto.
ARIAS: Señor...
ALEJANDRO: Esto ha de ser.
ARIAS: Obedecerte
es fuerza; pero ¡mira... !
ALEJANDRO: De esta suerte

entretendré mis penas, mis desvelos,
divirtiendo sus gustos en mis celos.
ARIAS: ¡A qué de riesgos locos
se pone quien no calla su secreto!
ALEJANDRO: Todos lo dicen y le callan pocos.

Salen don CÉSAR y LAZARO, sin reparar por el momento en el PRÍNCIPE

CÉSAR: Pasa, sol, con tu porfía
el cielo en dorado coche,
que hoy amanece la noche,
pues hoy anochece el día.
Deposita en sombra fría,
Apolo, tus luces bellas;
nacerá otro sol en ellas
de más luciente arrebol;
y verás que de mi sol
van huyendo las estrellas.
LÁZARO: Maldito de Dios el caso
hace el sol de tu tristeza;
tú te quiebras la cabeza,
y él se va paso entre paso
por su cabal al ocaso.
¿De qué sirve en tu porfía
tanto sol y tanto día?
¿Que es el sol, no echas de ver,
cochero y que no ha de ser
llevado por cortesía?
CÉSAR: (Al príncipe vi, y leal **Aparte**
el corazón en el pecho,
no sé qué extremos ha hecho,
pronósticos de mi mal.)
Aunque a mi pena es igual
de mi descuido la culpa,
noblemente me disculpa
ver que a tus pies no llegara,
si en don Arias no enviara
prevenida la disculpa.
Perdóname haber faltado
a tu servicio o tu gusto,
si ya mi tormento injusto
no me tiene disculpado.
ALEJANDRO: Ya don Arias me ha contado,
César, la fiera porfía
de tanta melancolía,
y tan bien la encareció
que, con lo que dijo, yo
vine a sentirla por mía.
Tan bien la supo sentir
que la causa del pesar
no la supiera callar,
como la supo decir.
Yo, que empeñado en oír
de tu mal las penas graves
le escuché, con tan süaves
razones me las pintó,
que de tu mal supe yo
la causa, que tú no sabes.

Yo te quiero divertir;
esto debo a tu amistad.
A andar toda la ciudad
esta noche has de salir
conmigo; podremos ir
encubiertos y embozados
a visitar disfrazados
varios modos de placeres;
músicas, juegos, mujeres
entretendrán tus cuidados;
que yo te quiero de suerte
que, por verte alegre, diera
todo mi estado, y pudiera
quedarme sólo por verte.

CÉSAR: Tú me honras, pero advierte
que está ya mi pensamiento,
con ese encarecimiento
que llega a merecer hoy,
tan gozoso que ya estoy
muy alegre y muy contento.
Desde aqueste instante empieza
en el alma misma a ser
todo su pesar placer,
gusto toda su tristeza.
No, no se canse tu Alteza
en divertirme mis quejas;
que con aqueso me alejas
del gusto, porque yo sé
que aquesta noche estaré
más contento si me dejas.
Claro está, pues mi cuidado
ha de ser mucho mayor,
viendo que tú estás, señor,
por mí desasosegado.

ALEJANDRO: Tanto, César, me ha pesado
de hablarte en tu pena ciego
que, si yo a verte no llego
esta noche, claro está,
de no verte nacerá
mi mayor desasosiego.
¡Lázaro!

LÁZARO: ¿Señor?

ALEJANDRO: También
irás conmigo.

LÁZARO: Eso sí,
fíate, señor, de mí,
que de ninguno más bien.
¡Ah, plegue a Dios que nos den
ocasión en que empleado
este brazo, y a tu lado...!

ALEJANDRO: ¿Valiente eres?

LÁZARO: ¡Pese a tal!
Soy el más largo oficial
que puso herramienta a un lado.

ALEJANDRO: Y, ¿la hoja es buena?

LÁZARO: (¡Aquí **Aparte**
me coge vivo!) Señor,
la tuya será mejor;
mas ésta me sirve a mí
de lo que la mando.

ALEJANDRO: Así,
por ensalzarla, la humillas.
¿Corta?
LÁZARO: Que hace maravillas.
Tanto, que al golpe primero,
aunque un broquel sea de acero,
hará que salten astillas.
(Y es verdad; que saldrán della.) **Aparte**
ALEJANDRO: ¿Buen temple?
LÁZARO: El que tú le das.
ALEJANDRO: Y, ¿qué ley?
LÁZARO: No matarás;
no hay culpa mortal en ella.
ALEJANDRO: Gana me ha dado de vella.
LÁZARO: (De aquí puedo escapar mal.) **Aparte**
Por voto solemne...
CÉSAR: (¡Ay tal!
¿Quién hay que a mi pena iguale?)
LÁZARO: ...nunca de la vaina sale,
si no es a caso fatal.
Empléala, gran señor,
en tu servicio, y verás...
Mas no quiero decir más;
que ella lo dirá mejor.
CÉSAR: (¿Hay más pena, hay más rigor? **Aparte**
¡Hoy desesperado muero!)
Señor, si mi llanto fiero
quieres que alegre contigo,
ya mi gozo es buen testigo.
ALEJANDRO: Mira, César, que te espero;
que bien se ve que no cesa
tu pena, y que la entretienes;
y de la ocasión que tienes
ya como propia me pesa.
Y pues el alma confiesa
que es una melancolía
la que en dos pechos se cría,
para alegrarnos, andemos
juntos y divertiremos
yo tu pena y tú la mía.

Vase

CÉSAR: ¿Quién no perderá la vida
en la ocasión deseada,
en tantos gustos hallada,
en tantas penas perdida?
ARIAS: Cumplí la amistad debida.
(Si el secreto le dijera...) **Aparte**
Pues a vuestra pena fiera
remedios que busca son,
no os quitará la ocasión,
que antes él mismo os la diera.

Vase

CÉSAR: ¡Lazaro!
LÁZARO: ¿Señor?

CÉSAR: ¿Doña Ana
qué dirá de mí?
LÁZARO: Dirá
lo que quisiere.
CÉSAR: ¿Qué hará?
LÁZARO: Estará de mala gana
esperando a la ventana.
CÉSAR: Dirá que ha sido fingido
mi amor, y el pecho ofendido,
con el alma y con los labios
dará a forzosos agravios
satisfacciones de olvido.
¡Ay fiera desdicha mía!
LÁZARO: ¿Tu mal quién podrá creello?
Mas, ¿cómo es, señor, aquello?
"Clara noche, oscuro día..."
CÉSAR: ¿Vuelve tu necia porfía?
LÁZARO: De un loco, si eres discreto,
toma un consejo. El efeto
no sé yo por dónde viene;
mas tales peligros tiene
quien no calla su secreto.

Vanse

SEGUNDO ACTO

Salen don ARIAS, don FÉLIX, don CÉSAR, ALEJANDRO, LAZARO, de noche

ARIAS: Buena noche.
ALEJANDRO: El sol parece
que quedó a la sombra negra
en pedazos dividido,
depositado en estrellas.
FÉLIX: La luna, embozado el rostro
entre pardas nubes, muestra
trémulos rayos de plata,
[haciendo] al sol competencia.
LÁZARO: Cabal, sin faltarla un cuarto,
y sin cercenar la oblea,
por no ser luna vacía,
hoy quiso ser luna llena.
CÉSAR: (¡Ay de mí! ¿Quién creerá, cielos, **Aparte**
que no siento que se pierda
la ocasión, sino pensar
que tendrá tan justa queja
de mí doña Ana?) Señor,
recójase vuestra Alteza;
que el sereno le hará mal,
y ya la noche refresca;
basta lo que hemos andado.
ALEJANDRO: Como yo, por mi grandeza,
no puedo con libertad
andar de día, quisiera
ver, una noche que salgo,
toda la ciudad.
CÉSAR: (¡Paciencia! **Aparte**
Pues, ¡vive Dios!, que he de ver
si puedo con mi tristeza,
divertido a su pesar,
dejar de pensar en ella.)
¿Qué te pareció de Flora?
ALEJANDRO: ¿No es la dama milanesa?
Buen lejos tiene.
LÁZARO: En verdad,
mucho mejor es que el cerca;
pero el lejos ha de ser
tan lejos, que no se vea.
ARIAS: Laura se prende muy bien.
LÁZARO: Bien se prende, y bien se prenda.
FÉLIX: Buenas manos.
LÁZARO: Pues las tiene,
bien hace en dárselas buenas.
ARIAS: Aquí la doncella vive.
LÁZARO: Ni la oigas ni la veas,
señor, hasta que se haga;
que son como las comedias,
sin saber si es buena o mala.
Ochocientos reales cuesta
la primera vez; mas luego
dan por un real ochocientas.
Déjala imprimir primero;
que comedias y doncellas,

como estén dadas al molde,
las hallarás por docenas.
CÉSAR: (Ésta es la hora que estará **Aparte**
doña Ana puesta en las rejas,
diciendo entre sí, "Pues, ¿cómo,
no es hora que venga César?
¿Yo, que pensé que tardaba,
vengo a espararle?" Aquí es fuerza
que se enoje. Mas, ¡ay, cielos!
que no he de pensar en ella;
olvidéme de olvidarme.)
Por extremo cantó Celia.
LÁZARO: Buena voz y mala cara
pocas veces son opuestas.
CÉSAR: Con el dote de la hermosa
casaba Roma a la fea;
y por no darla, la hizo
de sus gracias heredera.
LÁZARO: Laura vive aquí, que dijo,
"Con lo que la casa cuesta,
de alquiler he de hacer coche."
Y, respondiéndole a ella
dónde había de vivir,
dijo, "Cuando coche tenga,
en el coche todo el día,
y la noche en la cochera."
CÉSAR: (¿Qué he de hacer? Vuelvo a olvidarme.) **Aparte**
Señor, la noche se aleja,
y Nísida mi señora,
cuidadosa de tu ausencia,
te esperará desvelada.
Ya sabes de su firmeza
que como hermana te quiere
y como dama te cela.
No la des este cuidado.
ALEJANDRO: Más el tuyo me atormenta.
CÉSAR: ¿Qué dices?
ALEJANDRO: Importa poco;
que no sabe que estoy fuera.
CÉSAR: (Pasóse fuerte ocasión.) **Aparte**
LÁZARO: En esta casa pequeña
viven dos hembras a quien
ningún hombre, aunque más sepa,
mientras con las dos hablare,
hablará cosa a derechas.
ALEJANDRO: Pues, ¿por qué?
LÁZARO: Porque es la una
corcovada y la otra tuerta.
ARIAS: Pues una niña ceceosa
y pobre vive aquí.
LÁZARO: Ésa,
cuando cecea, no llama,
pues despide, aunque cecea.
ARIAS: Tiene tía.
LÁZARO: Arredro vaya,
y más si bien se me acuerda
de la vieja del conjuro.
ALEJANDRO: ¿Cómo fue?
LÁZARO: De esta manera;
yo me enamoré, señor,

un día, que no debiera,
o que no pagara. En fin,
consultando cierta vieja,
pidióme, para el efecto,
de su cabello una trenza.
A fuer de Zaide, busqué
ocasión para cogerla,
y halléla, señor, un día
en que, durmiendo mi prenda,
prematicario barbero,
la quité media guedeja;
mas tal que, aunque avecindada
vivió en su frente, no era
natural de su copete,
feligrés de su mollera.
Guedeja heredada fue;
y, haciendo el conjuro en ella,
a la media noche entró
en mi aposento una muerta.
Troqué en miedos los amores,
en responsos las ternezas;
y aunque allí por fuerza vino,
pienso que se fue por fuerza.

CÉSAR: (¿De qué tanto olvido sirve, **Aparte**
si nunca se olvidan penas,
y ya se acuerda de amor
el que de olvidar se acuerda?
Paréceme a mí que ahora
--mas ¿qué de locuras piensa
un amante!--que doña Ana,
no porque hablarme desea,
sino por desengañarse,
vuelve otra vez a la reja,
y que, no viéndome, dice,
--que la oigo pienso--, "Aunque vengas,
no podrá hacer el amor
que otra vez a verte vuelva."
Mira, señora, mi bien...
¿Hay locura como ésta?
¿Viome alguno? No. Por Dios,
que estaba hablando con ella.)

ALEJANDRO: Don Arias, ¡qué mal encubre
su divertimiento César!

ARIAS: Harto procura por ti
sacar fuerzas de flaqueza.

ALEJANDRO: Pierda él la ocasión, no es mucho,
pues yo callo, que él la pierda;
que él padece ausencia, y yo
padezco celos y ausencia.

ARIAS: Mira que está aquí su hermano;
habla quedo, no te entienda.

ALEJANDRO: No importa; que un noble nunca
de su honor tuvo sospecha.

Canta dentro un MÚSICO

MÚSICO: *"Al despedirse de Anarda,*
dijo Eliso en triste voz,
'¡Ay, que me muero de ausencia!

¡Ay, que me muero de amor!'"

CÉSAR: Buena voz.
FÉLIX: Es extremada.
ALEJANDRO: ¡Qué agradablemente suenan
a un mismo tiempo conformes
voz, tono, instrumento y letra!
Ahora quiero probar,
don Arias, de qué manera
Lázaro en esta ocasión,
pues la da el músico buena,
disculpa su espada.
ARIAS: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Aquí quiero que lo veas.
¡Lázaro!
LÁZARO: ¿Señor?
ALEJANDRO: Pretendo
que cierto disgusto sepas.
Todas las noches que salgo
canta este hombre, y me pesa
de que en esta calle cante.
LÁZARO: Yo llegaré con prudencia
de tu parte, y le diré
que se vaya.
ALEJANDRO: No es aquésa
mi pretensión.
LÁZARO: Pues será
de la mía. (Si me aprieta, **Aparte**
yo soy muerto.)
ALEJANDRO: No es bastante.
LÁZARO: Pues, ¿qué quieres hacer?
ALEJANDRO: Llega,
y dale una cuchillada.
LÁZARO: Será superchería ésa;
que estoy muy acompañado
para un musiquillo. Deja
que venga solo mañana,
y te mando su cabeza.
Fuera de eso, este hombre está
inocente, y en conciencia
debes primero avisarle;
pues si culpado estuviera,
con más cólera llorara,
cantara con menos flema.
ALEJANDRO: Haz lo que mando, o diré
que de gallina lo dejas.
CÉSAR: Lázaro, ¿por qué no haces
lo que te manda su Alteza?
FÉLIX: ¿Quiéres que le dé yo?
ARIAS: O yo
le daré.
LÁZARO: ¡Brava sentencia!
Yo voy (y pienso escaparme, **Aparte**
por favor a la inocencia.)

Sale el MÚSICO

MÚSICO: *"Rompió el silencio amoroso,*
diciendo con triste voz,

'¡Ay, que me muero de ausencia!
¡Ay, que me muero de amor!'"

LÁZARO: Plegue a Dios que, si inocente
estás, que aquí se me vuelva
aquesta espada de palo,
porque ofenderte no pueda.
¡Milagro, milagro!
ALEJANDRO: Bueno
anduvo.
LÁZARO: Dios, que no deja
de su mano al inocente,
volvió por su causa mesma.
Toma esta espada; que tú
eres digno de tal prenda;
y aunque sea milagrosa,
me darás otra por ella.
ALEJANDRO: Yo te la mando.
FÉLIX: ¿Por dónde
iremos?
CÉSAR: Demos la vuelta
hacia palacio, y allí
te quedarás.
ALEJANDRO: Tiempo queda
para recogerme.
CÉSAR: Mira
que el día, señor, se acerca.
ALEJANDRO: Poco importa, que ya el alba
me hallará de esta manera.
¿Cómo te sientes?
CÉSAR: Ya estoy
muy alegre, aunque me cuesta
el alegrarme muy caro.
ALEJANDRO: También yo de mi tristeza
estoy mejor.
CÉSAR: Yo por ti
digo, señor, que me pesa,
y te juro de no estar
triste en mi vida.
ALEJANDRO: (Aunque sea **Aparte**
villanía de amor,
parece que se consuelan
con otros gustos sus gustos,
con otras penas sus penas.)

Vanse. Salen doña ANA y ELVIRA a la reja

ELVIRA: ¿Otra vez vuelves?
ANA: No puedo
de una vez determinarme;
vengo por desengañarme,
y más engañada quedo.
Hasta verme despreciada,
imaginé ser querida,
y hasta verme aborrecida,
no me he visto enamorada.
De su descuido ha nacido
en mí todo mi cuidado;

mas para haberme olvidado,
bastaba verse querido.
¡Ay, Elvira! No te asombres
de verme hablar de esta suerte;
el desprecio es el más fuerte
hechizo para los hombres.
ELVIRA: Quejosa con causa estás.
Mas, ¿que otra vez no vendrías
a la reja no decías?
ANA: No pude sufrirlo más.
¡Ay agravio riguroso!
Si esto llegara a advertir,
bien le pudiera escribir
papel menos amoroso.
Ya mi desdicha crüel
tarde el remedio me acuerda.
Mas, ¿qué mujer fuera cuerda
a solas con un papel?
ELVIRA: Si ahora, señora, viniera,
¿hablárasle rigurosa
o apacible y amorosa?
ANA: No sé, Elvira, lo que hiciera.
¿No puede ser que haya estado
en una ocasión forzosa
de papeles u otra cosa
de su señor ocupado?
ELVIRA: ¿Le disculpas?
ANA: Por buscar
consuelo.
ELVIRA: Quien le previene
la disculpa, gana tiene...
ANA: Di; ¿de qué?
ELVIRA: ...de perdonar.
ANA: Si viniera ahora--mira
lo que es querer--y me diera
disculpa, aunque lo supiera
yo misma que era mentira,
por mi respeto me holgara;
y por verle disculpar
hoy, me dejara engañar.
Ojalá que él me engañara.

Salen don CÉSAR y LAZARO

LÁZARO: ¿Dónde vamos de esta suerte?
¿No ves que ya ha amanecido?
CÉSAR: Voy, Lázaro, donde ha sido
mi vida, a que vea mi muerte.
Dejé al príncipe en palacio,
y con un necio deseo
vengo, por si acaso veo...
LÁZARO: Tú vienes con lindo espacio.
CÉSAR: ...alguien en las rejas.
LÁZARO: Sí,
una mujer hay, por Dios;
y aunque digo una, son dos.
CÉSAR: ¿Cómo llegaré? ¡Ay de mí!
Llega tú, Lázaro, y mira
si por ventura es mi bien.

LÁZARO: ¿Cómo he de ir yo? Que también
estará enojada Elvira.
CÉSAR: ¿Sois vos, señora?
ANA: Yo soy,
César, la que os esperaba,
que ajena entonces estaba
de lo que advertida estoy.
Pero soy la que ofendida
tiene, ya desengañada,
por culpas de declarada,
castigos de arrepentida.
¿Al día venís? ¡A fe mía,
que ha sido invención extraña!
Harto es que quien engaña
venga a engañar con el día.
Quisisteis, hasta alcanzar
un favor, que aun no tenéis;
y ya os mudáis, porque os veis
con algo que despreciar.
Y si el desengaño toco
que vuestro trato me ofrece,
es poco lo que merece
quien se contenta con poco.
No penséis, por un papel,
que fue liviano favor,
César, que ya de mi honor
tomáis posesión en él.
No hagáis por eso desprecio
de la ocasión y de mí;
si como loca os la di,
no la perdáis como necio.
Aprended a ser cortés
con las damas otro día;
y si aprendéis cortesía,
venidme a servir después.

Quítase de la ventana

CÉSAR: Pues que te he escuchado atento
hasta castigar mi culpa,
y no escuchas la disculpa,
habré de decirla al viento.
Sabe el mismo amor si lloro
tu ausencia, y que en ella muero.
Sabe el alma si te quiero.
Sabe el cielo si te adoro.
No ha sido soberbia mía;
que la ocasión me quitó
mi desdicha, porque vio
que yo no la merecía.
Y si esta ocasión perdida
sospechas que me mudó,
viva despreciado yo,
y no estés arrepentida.
Que yo quiero, pues he sido
en venturas desdichado,
ser más cuerdo despreciado
que necio favorecido.
De día vengo, y lo sería
para mí, aunque noche fuera;

pues en viéndote, saliera
claro el sol, alegre el día.
Hasta verle me ha tenido
el príncipe, que ha rondado
la ciudad. Esto ha pasado;
tu hermano testigo ha sido.
Verdad es; si el merecer
piensas que me ha de olvidar,
vuélveme tú a despreciar,
y vuelva yo a padecer.
Seamos extremos los dos;
yo amante y tú ingrata seas;
escúchame, y no me creas.

Vuelve doña ANA a la reja

ANA: Y eso ¿es verdad?
CÉSAR: ¡Sí, por Dios!
Pero. ¿en efecto creíste
que yo pudiera olvidarte?
ANA: ¿Y tú, quizá por vengarte,
a voces no me dijiste
que ya estaba arrepentida
de quererte? Pues ¿por qué
pusiste duda en la fe,
sólo a tu gusto rendida?
Ya el sol con sus luces dora
las cumbres, y le hacen salva
a un tiempo, con risa el alba,
con lágrimas el aurora.
Tarde es; yo daré ocasión
de hablarnos, y no la pierdas.
CÉSAR: Si de mis penas te acuerdas,
glorias mis desdichas son.
ANA: Vete.
CÉSAR: Adiós, mi prenda amada.
ANA: Él te guarde, y deje ver.
CÉSAR: ¿Oyes?
ANA: ¿Qué quieres?
CÉSAR: Saber
si quedas muy enojada.
ANA: Gustos serán mis enojos,
estando juntos los dos.
CÉSAR: Adiós, mi enojada.
ANA: Adiós,
enojado de mis ojos.

Vase don CÉSAR, retírase doña ANA, y quedan ELVIRA y LAZARO

LÁZARO: Y ella, ¿qué me dice a mí?
¿No tiene estudiado nada
de enojito?
ELVIRA: ¿Yo enojada?
¿Por qué causa?
LÁZARO: Porque sí,
por que lo está su señora;
que yo, porque mi señor

amor tiene, tengo amor.
ELVIRA: No le he entendido hasta ahora.
LÁZARO: El día que mi amo tiene
alegría, alegre estoy;
si va triste, triste voy;
vengo amante, si él lo viene;
si tiene celos, celoso
me verás; y si le han dado
enojo, estaré enojado.
Mas si amoroso, amoroso;
con desdén, tendré desdén;
amaré cuando él amare;
y el día que él olvidare
yo te olvidaré también.
Seremos sombra los dos,
sea justo o no sea justo,
a la forma de tu gusto.
ELVIRA: Y eso ¿es verdad?
LÁZARO: ¡Sí, por Dios!
Y pues ellos han reñido,
riñamos los dos.
ELVIRA: ¿Por qué?
LÁZARO: Por si hubiere para qué.
Escóndete, y yo ofendido
llamaré como mi amo.
ELVIRA: Pues si yo una vez me escondo,
¿qué va que no le respondo?
LÁZARO: ¿Y qué va que no la llamo?

Vanse. Salen don FÉLIX y ALEJANDRO

FÉLIX: Parece que está triste,
divertido consigo vuestra Alteza.
ALEJANDRO: La pena que en mí asiste
no es tristeza. ¡Ojalá fuera tristeza
la que ofende mi vida,
y no una confusión mal entendida!
¡Qué de veces sucede
hacerse mil por remediar un daño!
¡Oh, dichoso el que puede
rendirse a la verdad de un desengaño,
dando, más advertido,
a libres gustos cárceles de olvido!

Salen don CÉSAR, don ARIAS y LAZARO

CÉSAR: Quedó al fin satisfecha.
ARIAS: Con el príncipe está don Félix.
CÉSAR: Creo
que quien no se aprovecha
de la ocasión no estima su deseo;
y es más segura ésta
para dar el papel y traer respuesta.
Aquí a doña Ana envío
nuevas satisfacciones con la vida,
porque dé al amor mío
la ocasión que le tiene prometida.

Toma, Lázaro, y mira
si puedes por la calle hablar a Elvira;
que pues estás seguro
de don Félix, bien puedes descuidado.
LÁZARO: Entrar dentro procuro
de su casa, fingiendo algún recado;
que pues él no está en ella,
fácil será, señor, hablarla y vella.

Vase

FÉLIX: Don César y don Arias
han llegado.
ALEJANDRO: Su plática he entendido;
mil confusiones varias
pone una confusión a mi sentido.
¿Qué es lo que se trataba?
ARIAS: César, señor, un cuento me contaba.
ALEJANDRO: Oí algunas razones,
aunque no le entendí, y saber deseo,
por quitar confusiones,
el cuento en qué paró.
CÉSAR: (¿Qué es lo que veo?) **Aparte**
Mal tu Alteza porfía
en saberle; que no es tristeza mía;
alegre estoy ahora.
ALEJANDRO: Y, ¿qué fué?
CÉSAR: De mí mismo desconfío;
don Arias no le ignora;
él le dirá mejor, y yo le fío
que él la verdad te diga.

Hablan don ARIAS y don CÉSAR
aparte

ARIAS: Con estas confïanzas más me obliga;
pero ya llega tarde.
CÉSAR: Mira lo que le dices, y no sea
algo que me acobarde.
ARIAS: Diréle una mentira que no crea
el que la verdad mira
cuál sea la verdad, cuál la mentira.
ALEJANDRO: ¿Qué hay, don Arias?

Se apartan don ARIAS y ALEJANDRO

ARIAS: Airada
la halló con mil razones rigurosas,
pero desengañada
quedó en fin a disculpas amorosas.
Un papel la ha enviado,
viendo que está don Félix ocupado;
de éste respuesta espera,
y otra ocasión.
ALEJANDRO: ¿Ha mucho?
ARIAS: En este instante.
ALEJANDRO: ¿Hay confusión más fiera?

Remediar ese daño es importante;
que si el papel recibe,
¿quién duda los amores que la escribe?
El papel me da celos,
y temor la ocasión que en él aguarda.
¿Qué es lo que miro, cielos?
Esto me anima, aquello me acobarda.

Se acerca nuevamente a CÉSAR

En fin, ¿eso ha pasado?
CÉSAR: Don Arias la verdad te habrá contado.
ALEJANDRO: Dejando aquesto aparte,
don Félix, por no darte aquesta pena,
excusaba contarte
que, de pasión y de congoja llena,
un desmayo a doña Ana
ha dado.
FÉLIX: ¿Con desmayo mi hermana?
ALEJANDRO: Nísida me lo dijo;
yo, por no apasionarte, lo encubría.
FÉLIX: Más con eso me aflijo.
ALEJANDRO: Dígolo ahora, viendo que podía
importar tu presencia.
FÉLIX: Iré a verla, señor, con tu licencia.

Vase

ALEJANDRO: (Eso es lo que deseo, **Aparte**
que vayas a estorbarla que le escriba.)
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es lo que veo?) **Aparte**
ALEJANDRO: (Y cuando presunción de esto reciba, **Aparte**
diré que engaño era
del nombre. ¡Ay, si de amor sólo lo fuera!) **Aparte**

Vase

CÉSAR: Pues, don Arias, ¿qué es esto?
¿Qué pena o qué desdicha rigurosa
es en la que me has puesto?
ARIAS: ¡Cúlpame a mí! Por Dios, que es linda cosa,
tras haberte servido
con lo que agora al príncipe he mentido.
Él me dijo que había
oído "don Félix y doña Ana hermosa."
Y como ya tenía
el camino cogido, fue forzosa
ocasión hablar de ellos,
y el desmayo arrastré por los cabellos.
CÉSAR: Si él a Lázaro halla
con doña Ana, ¿qué haré?
ARIAS: No habrá llegado
Lázaro para hablalla;
que Félix volará con el cuidado;
y gran ventaja arguye
quien corre al que anda, y a quien corre el que huye.
CÉSAR: Ello es desdicha mía,

pues la ocasión perdida desengaña
que ha de ser mi alegría
mi pena, y el remedio quien me daña.
Y pues no hay otro medio,
máteme el mal, pues muero del remedio.

Vanse. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Acabaste de escribir?
ANA: Escribí, mas no acabé;
que antes pienso que empecé
en cada letra a sentir.
Quise en una breve suma
cifrar mi pena crüel;
puse encontrado el papel,
y tomé al revés la pluma.
En tanto que amor penetra
las razones, le doblé;
y al poner la pluma, fue
un borrón la primer letra.
Y yo dije, "Mi pasión
letras hace a su contento,
que mal puedo el mal que siento
decirle, sino en borrón."
Confusa y dudosa estaba
qué principio tomaría
y, aunque muchos prevenía,
ninguno me contentaba.
¿No has visto en una redoma
salir el agua con pena
menos, cuando está más llena,
hasta que algún viento toma?
Así fui; porque al sentir
tantas cosas concurrieron
que unas a otras sirvieron
de estorbo para salir.
Y yo, que confusa miro
su impedimento, porque
pudieran salir, tomé
el viento con un suspiro.
Digo, en efecto, que hoy,
por darle, más declarada,
ocasión menos notada,
a ver a mi quinta voy.
Mas abierto está, y mejor
sabrás lo que dice dél.

Sale don FÉLIX, y ANA se turba, viéndole

ELVIRA: ¡Mi señor! Guarda el papel.
ANA: ¡Ay de mí!
FÉLIX: Bien el color
turbado que, haciendo pausa,
hoy tu belleza condena,
de tu dolor y mi pena
me están diciendo la causa.
Pues cuando presente tengo
esta desdicha infelice,

ella claramente dice
el cuidado con que vengo.
¿Qué es esto?
ANA: Hermano, no ha sido
cosa ninguna.
FÉLIX: No ciegues
mis ojos, ni mi mal niegues;
que ya todo lo he sabido.
Y, aunque tu pena quisiera
disimular mi disgusto,
este sentimiento injusto
por fuerza me lo dijera.
Ya sé todo lo que pasa,
bien me lo puedes decir;
que no fue en vano venir
a tales horas a casa.
ANA: No darte pena pretendo;
que sabe el cielo mejor
que no te agravia mi amor.
FÉLIX: Menos agora te entiendo.
Si por desmentir mi pena,
hermana, fingiendo estás,
¿cómo me disculparás
verte de pasiones llena?
¿Qué tienes?
ANA: No son indignos
mis deseos.
FÉLIX: Bueno va;
con el accidente está
diciendo mil desatinos.

Hablan doña ANA y ELVIRA aparte

ANA: Elvira, ¿qué puedo hacer?
ELVIRA: Negar en toda ocasión;
que es mucha la dilación
del sospechar al saber.
FÉLIX: ¿Qué es esto, Elvira?
ELVIRA: Señor,
un desmayo que la ha dado
de esta suerte la ha dejado,
sin aliento y sin color.
FÉLIX: Luego fue mi pena cierta;
que eso fue lo que temí.
ELVIRA: Yo te aseguro que aquí
la hemos tenido por muerta.
Y, aunque todavía estaba
de pena y congoja llena,
por excusarte tu pena,
la suya disimulaba.
FÉLIX: Hermana, no fue el fingir
tu pasión honrarme en ella;
pues me alegro de sabella
para ayudarla a sentir.
Y, aunque holgarme es maravilla
de lo que es propio disgusto,
me alegro ya por el gusto
que he de tener en sentilla.
Mas, ¿para qué me decías

que los tuyos, por rodeos,
no son indignos deseos,
ni que en tu amor me ofendías?
ANA: Aunque encubrirte pensó
mi amor esta pena fiera,
si Elvira no la dijera,
dijera la verdad yo.
Mas como encubrir deseo
tu pena, dije, señor,
que no te ofendía mi amor,
ni era indigno mi deseo.
FÉLIX: ¿De qué, hermana, procedió
ese tirano accidente?
ANA: (Él aprieta bravamente; **Aparte**
pero enmendarélo yo.)
Un ruido en la calle oí,
estando muy descuidada,
y entonces, algo turbada,
a la ventana salí.
Vi que estaban a la puerta
mil hombres, desenvainadas
para uno las espadas.
(Oh, lo que un temor concierta!) **Aparte**
En todo le pareciste
al otro que allí reñía.
Yo entonces, mortal y fría,
me rendí a un desmayo triste,
que amenazó con mi muerte.
Lo demás te ha dicho Elvira.
ELVIRA: ¿Por qué he de decir mentira,
si es la verdad de esta suerte?
FÉLIX: Y, ¿cómo te sientes ya?
ANA: Más segura y descansada.

Sale LÁZARO

LÁZARO: Por Dios, sin topar en nada,
tengo de entrarme hasta acá,
porque...
FÉLIX: ¿Qué es la turbación?
¿Qué ha sucedido?
LÁZARO: ...porque...
FÉLIX: Di, Lázaro, lo que fue.
LÁZARO: (Él es fantasma o visión. **Aparte**
¿No quedó en palacio ahora?)
ANA: (Todas vienen juntas hoy **Aparte**
mis desdichas.)
LÁZARO: (Muerto soy, **Aparte**
si una invención no mejora
mi peligro, porque en fin
quien a tal amparo viene
segura la vida tiene.)
¡Ah follón! ¡Ah malandrín!

FÉLIX: Sosiégate ya, y declara
qué ha sido.
LÁZARO: Ahí un poco era,
no es nada. Si esto no hiciera,
presumo que reventara.

Sobre el juego me encontré,
porque en efecto yo juego,
y, encontrado sobre el juego,
vida y dinero jugué.
Encontréme al encontrar
con un muy bellaco encuentro;
en efecto yo me encuentro...
(¡Cielos! ¿Dónde iré a parar?) **Aparte**
...con un hombre a quien doy nombre
de hombrecillo, así le nombro;
pues un hombre le da asombro,
aunque vive a sombra de hombre.
Y, viendo que siempre gano
otras veces que he reñido,
pidióme once de partido,
por no reñir mano y mano.
Yo, que los doce miré,
dije, "Armados, y en cuadrilla,
de pícaros en gavilla
libera nos, Domine."
Saqué la que me dio ayer
el príncipe--¡Dios le guarde!--
Al fin no la hice cobarde,
pues que los hice meter
a todos en un portal.
Luego los iba sacando
uno a uno, e iba dando
su recado a cada cual.
Juntos volvieron después
y dividiéronse en breve,
doce a este lado, a éste nueve,
y cara a cara los tres.
Para todos me acomodo.
FÉLIX: Pues los doce, nueve y tres
son veinte y cuatro.
LÁZARO: ¿No ves
que cuento sombras y todo?
A no quebrarse la espada,
cabo de año los hiciera.
FÉLIX: Pues, ¿cómo la traes entera?
LÁZARO: Entera está, y fue extremada
historia. Al uno tiré
la daga, y cuando saltó
la espada, hice daga yo
del pedazo que quebré.
Riñendo atrevido y ciego,
con saña y rabia crüel,
de un acerado broquel
saltaban chispas de fuego.
Yo, cuando la lumbre vi,
con gran presteza llegué,
y los pedazos soldé;
por eso la traigo así.
FÉLIX: ¿Cómo tiraste la daga
si en la pretina la tienes?
LÁZARO: Pues eso es fácil, si vienes
a que a eso te satisfaga.
A quien yo se la tiré
a tirármela volvió
y, viéndola venir yo,

a tan buena hora llegué
que quiso mi buena estrella,
porque todo venga junto,
que, estando la vaina a punto,
volviese a envainarse en ella.
Oí, "¡Justicia!" en los debates
y entréme corriendo acá.

FÉLIX: (Con la turbación está **Aparte**
diciendo mil disparates.)

ANA: Aquí verás que ésta fue
la pendencia que decía.

FÉLIX: ¿Y yo quien me parecía
a Lázaro?

ANA: No lo sé;
pero un hombre más lucido
vi en ella.

FÉLIX: (Su señor era.) **Aparte**

LÁZARO: Al fin, yo de esta manera
a vuestros pies he venido.

FÉLIX: (Sin duda es el que riñó **Aparte**
César y, con brevedad,
por no decir la verdad,
estas mentiras fingió.)
Lázaro, yo voy a ver
si está segura la calle.

Vase

ELVIRA: Ahora puedes hablalle.

ANA: No me puedo detener
en decir lo que quisiera;
pero ves aquí un papel.

LÁZARO: Y ves aquí el trueco de él,
trueco que premio no espera.

ANA: Dile que no deje de ir...

LÁZARO: Sospecho que me detengo.

ANA: ...donde le aviso; que tengo
muchas cosas que decir;
pero sólo te diré
que tu pendencia ha servido
para un desmayo fingido,
y que a propósito fue.
Da a entender que tu señor
estuvo en ella, que importa
a mi propósito.

ELVIRA: Acorta
de razones.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: No hay rumor
alguno en toda la calle;
quieta está.

LÁZARO: Yo no lo estoy;
que a buscar a César voy,
y no lo estaré hasta hallalle.
¡Ay de mí! ¿Si estará herido?

ANA: Pues, ¿estuvo en la pendencia?

LÁZARO: No tengo tanta licencia;
que me perdones te pido.

Vase

FÉLIX: ¿Qué más claro ha de decir
que estuvo en ella?
ANA: Yo estoy
muy triste.
FÉLIX: Pues salte hoy
por el campo a divertir;
dame este contento.
ANA: El mío
es tuyo. (Y con tu licencia **Aparte**
será en fingida pendencia
verdadero el desafío.)

Vanse. Salen LAZARO, don CÉSAR y don ARIAS

LÁZARO: Pasáronme grandes cosas.
CÉSAR: Déjame abrir el papel;
que, en sabiendo lo que dice,
sabré lo demás después.
ARIAS: En fin, ¿cómo sucedió?
LÁZARO: Pues que vivo vuelvo, bien.
CÉSAR: Si el papel he de contaros,
oíd lo que dice en él.

Pónense a leer CÉSAR y ARIAS

LÁZARO: (¡Que se fíe mi señor **Aparte**
de este parlerón, sin ver
que es quien le dijo a Alejandro
la espada de palo fue!
¡Vive Dios, que éste le vende!
Que quien muere por saber
lo que no le importa es sólo
para contarlo después.)
ARIAS: Bien escribe.
CÉSAR: ¡Qué bien junta
casto amor con firme fe!
ARIAS: Yo más del papel alabo
una queja tan cortés.
Hoy, en efecto, os espera
en su quinta.
CÉSAR: Para el bien
fue cada instante una hora,
un día cada hora fue,
cada día una semana
y cada semana un mes,
cada mes un año entero,
cada año un siglo...
LÁZARO: ¡Detén!
Y éste siglo de los siglos,
por siempre jamás. Amén.
ARIAS: ¡El príncipe!
CÉSAR: Ya me pesa

haberle visto.
ARIAS: ¿Por qué?
CÉSAR: Porque temo que me estorbe
esta ocasión.
ARIAS: Temes bien.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: (Aquí está César, y yo, **Aparte**
deseoso de saber
en qué ha parado el estorbo
de mi celoso papel,
¿cómo le enviaré de aquí?)
CÉSAR: Danos a besar tus pies.
ALEJANDRO: ¿Qué se trata ahora?
ARIAS: Nada.

Hablan don CÉSAR y LÁZARO aparte

CÉSAR: Si pregunta lo que es,
mira, por Dios, lo que dices,
no haya desmayo otra vez.
ALEJANDRO: César, papeles quedaron
por despachar desde ayer.
LÁZARO: ¿No lo dije yo? ¿Mas que hay
otra ocupación?
CÉSAR: No fue
vano mi temor.
ALEJANDRO: Ahora
puedes mirarlos, y ven
con ellos luego.
CÉSAR: Eso sí,
luego al instante vendré.
(Que pues tú me dejas ir, **Aparte**
en este día he de ver
cómo me puede quitar
la Fortuna tanto bien.)

Vanse don CÉSAR y LAZARO

ALEJANDRO: Deseando que se fuera
estaba, para saber
qué ha sucedido.
ARIAS: Señor,
lo que sucedió no sé,
aunque Félix le halló en casa.
Sólo sé que dio el papel,
y que le trajo respuesta.
ALEJANDRO: ¿Hasle leído?
ARIAS: También.
ALEJANDRO: ¿Qué le escribe?
ARIAS: Que le espera.
ALEJANDRO: ¿Hay fortuna más crüel?
Lo mismo que ha de matarme
es lo que quiero saber.
¿Dónde?
ARIAS: En su quinta esta tarde.

ALEJANDRO: ¿Ya cómo le estorbaré
esta ocasión, si yo mismo
le di licencia y se fue?
¿Qué haré, don Arias?
ARIAS: Señor,
dando alguna causa, ve
a su quinta; y como en ella
toda aquesta tarde estés,
no tendrá lugar de hablarle.
ALEJANDRO: Bien dices; pero no es
noble acción, que para mí
quite a ninguno su bien.
Con más sutil invención
el estorbarle ha de ser.
ARIAS: Félix viene aquí.
ALEJANDRO: Pues vete;
déjame solo con él.

Vase don ARIAS. Sale don FÉLIX

Don Félix, mucho me huelgo
de que hayas venido.
FÉLIX: ¿En qué
te sirvo, señor?
ALEJANDRO: Por mí
hoy una cosa has de hacer.
Sabrás que ha tenido César
un gran disgusto; ya ves
lo que le estimo.
FÉLIX: Señor,
también el disgusto sé.
ALEJANDRO: (Siempre éste fue lisonjero. **Aparte**
¿Hay cosa como saber
ya lo que no ha sucedido?)
Pues que lo sabes, también
sabrás que no es la persona
muy segura.
FÉLIX: Bien se ve;
pues a un hombre y un crïado
embistieron ocho o diez.
ALEJANDRO: (¿Hay tan notable fingir? **Aparte**
¿Mas que me dice por qué
fue la pendencia y adónde,
de qué manera y con quién?)
Yo he sabido, después de esto,
que ha recibido un papel,
diciéndole que en el campo
--junto a tu quinta ha de ser--
le esperan. Él sale solo,
muy preciado de cortés.
La persona es sospechosa,
y hame dado que temer.
Sabe Dios que yo saliera
a su lado, pero el ver
que verme a su lado a mí
no le está a su opinión bien,
me ha hecho que a ti te elija
para esto.
FÉLIX: ¿Y qué he de hacer?

ALEJANDRO: No más, Félix, que buscarle
y, sin decirle por qué
ni darte por entendido,
andarte todo hoy con él.
Esto te encargo y, en todo,
que no le des a entender
que yo te envío.
FÉLIX: Verás
cómo te sirvo.
ALEJANDRO: (Y veré **Aparte**
si contra fuerzas de amor
tiene la industria poder.)

Vanse. Salen don CÉSAR y LÁZARO

LÁZARO: A mi pendencia acogido,
lindamente me escapé.
Díjome que había servido,
aunque no sé cómo fue,
para un desmayo fingido.
Mas ella lo dirá hoy.
CÉSAR: Con lo medroso que estoy,
no me puedo asegurar,
ni pienso que he de llegar,
aunque en tantas alas voy.

Sale don FÉLIX

LÁZARO: ¿No es don Félix? ¡Cosa brava!
FÉLIX: Don César, bésoos las manos.
CÉSAR: Guárdeos Dios.
LÁZARO: (Esto faltaba.) **Aparte**
CÉSAR: (No fueron mis miedos vanos.) **Aparte**
FÉLIX: ¿Qué os hacéis?
CÉSAR: Por aquí andaba,
sin tener qué hacer. Y vos,
¿dónde vais?
FÉLIX: No sé, por Dios.
Y puesto que os he encontrado
aquí tan desocupado,
vámonos juntos los dos.
LÁZARO: (Pegóse.) **Aparte**
FÉLIX: No hay día que pase
mejor que con un amigo,
si no hay que hacer.
CÉSAR: (¡Que llegase **Aparte**
a tal extremo conmigo
Amor y no me acabase!)
Bien suele pasarse así
una tarde; mas yo voy
a un negocio por aquí.
Adiós.
FÉLIX: Pues tan libre estoy,
yo iré también por ahí.
CÉSAR: Téngome yo de quedar
en una casa.
FÉLIX: Pues, ¿yo
qué os puedo en ella estorbar?

CÉSAR: El ser lejos me obligó.
FÉLIX: Poco me puedo cansar.
Vamos.
CÉSAR: No; quedaos con Dios.
FÉLIX: Mas con eso me ofendéis.
¿No iremos juntos los dos?
Y al fin, porque no os canséis,
no me he de apartar de vos
en todo el día.
LÁZARO: (¿Es cordel?)
CÉSAR: (¿Hay desdicha más crüel?) **Aparte**
Pues, ¿qué os mueve a honrarme?
FÉLIX: Digo,
César, que soy vuestro amigo...
CÉSAR: Es así.
FÉLIX: ...y amigo fiel;
y basta que hayáis sabido
que buscándoos he venido
para esto solo; y también...
CÉSAR: Declaraos más.
FÉLIX: No es bien
darme por más entendido;
basta haberme declarado
en decir que os he buscado
y que, por ser vuestro amigo,
vuelvo a decir, que hoy os sigo,
porque importa, a vuestro lado.
Yo sé que vos me entendéis;
no os hagáis, César, de nuevas,
pues vos dónde vais sabéis.
CÉSAR: (¡Ay cielos, y qué de pruebas **Aparte**
en un desdichado hacéis!)
FÉLIX: Basta, César, que he sabido
que un disgusto habéis tenido.
CÉSAR: ¿Yo disgusto? ¡Os engañáis,
por Dios!
FÉLIX: Que no me negáis,
César, que habéis recibido
de desafío un papel,
y que a mi quinta aplazado
hoy os llamaron en él.
Hartas señas os he dado
para este enojo crüel.
Témome de una traición,
porque de quien os espera
no tengo satisfacción;
y hallarme con vos quisiera
por quitarle la ocasión.
Si al campo habéis de salir,
decid, ¿con quién podréis ir
que os pueda servir mejor?
Pues, importando a mi honor,
sabré dejaros reñir.
Salgamos juntos los dos;
yo miraré y reñid vos,
procediendo como honrado;
mas, no yendo a vuestro lado,
¡no habéis de salir, por Dios!
CÉSAR: (¿Qué más se ha de declarar? **Aparte**
Impórtame asegurar

sus temores y, advertido,
responder también fingido.)
LÁZARO: (Él el papel me vio dar.) **Aparte**
CÉSAR: Don Félix, que yo he tenido
disgusto verdad ha sido,
que he recibido el papel,
que me llamaban en él,
y al fin cuanto habéis sabido.
Las mercedes que me hacéis
estimo, como es razón;
mas del contrario que veis,
tengo la satisfacción,
don Félix, que no tenéis.
Yo sé que solo estaría,
y que me esperaba a mí,
sin tener más compañía;
porque siempre estará así,
si nunca llega la mía.
Y porque os aseguréis
de ese temor que tenéis
y creáis que se acabó
ese desafío, yo
quiero que no me dejéis.
Que, haciendo paces, es llano
que así un noble amigo gano;
pues en quien honra profesa
cualquiera disgusto cesa
el día que da la mano.
Aquesta os ofrezco a vos,
en fe de esto.
FÉLIX: Guárdeos Dios,
que así me satisfacéis.
CÉSAR: Esperad.
FÉLIX: ¿Qué me queréis?
CÉSAR: Que hemos de ir juntos los dos.

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

Lázaro, disimulado,
ve donde doña Ana espera
y dila lo que ha pasado.

Vanse don CÉSAR y don FÉLIX

LÁZARO: Yo iré; pero no quisiera
hallarle luego a mi lado.
Nunca he visto hermano tal;
como mala nueva llega,
está en todo como el mal,
como los vicios se pega,
y no es hermano carnal.

TERCER ACTO

Salen don CÉSAR y LÁZARO de noche

CÉSAR: Ya entre sus brazos me pinto.
LÁZARO: Yo dibujando me voy
en los de mi Elvira.
CÉSAR: Hoy
salgo de este laberinto.
LÁZARO: Mas no entremos dentro de él;
que es salir difícil cosa.
CÉSAR: Siempre una industria ingeniosa
vence la estrella crüel.
No he visto al príncipe hoy,
ni a don Félix he encontrado,
a ningún amigo he hablado,
y a su misma casa voy.
LÁZARO: Así en este mundo pasa
que con osada cautela
quien más su peligro cela
es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraído
ir honrando el cuerpo veo;
que es sagrado para el reo
el lado del ofendido.
Mil damas, por ocasión
de qué en la calle dirán,
meten en casa el galán,
y vuelven por su opinión.
CÉSAR: Yo, de padecer cansado
las injustas sinrazones
de perdidas ocasiones,
este remedio he buscado.
Nadie me ha visto venir;
todo el día le he tenido,
donde sabes, escondido.
Pues, ¿cómo ha de prevenir
la Fortuna siempre airada
hoy industria contra mí?
LÁZARO: ¿Hablaste a don Arias?
CÉSAR: Sí.
LÁZARO: Pues ves ahí la industria hallada.
Señor, si darme el papel
don Félix acaso viera,
que le tenías supiera,
mas no lo que dijo en él.
Si quien se lo fue a decir
hoy estorbarte desea,
¿qué importa que no te vea,
si sabe que has de venir?
Yo a ningún hombre señalo;
pero que dirá, colijo,
cualquiera cosa quien dijo
lo de la espada de palo.
CÉSAR: Don Arias es muy discreto,
muy noble y amigo mío,
que basta; y así le fío
éste y cualquiera secreto.
Sé que le sabrá guardar;
que es el secreto un tesoro.
LÁZARO: Pues tesoro que no es oro

mejor le sabrá gastar.
Y mira que este conceto
has de conocer después;
que el más avariento es
liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
su secreto el que es discreto;
mas, por Dios, que San Secreto
ya no es fiesta de guardar.
Día de trabajo aguarde
a quien tan caro le cuesta,
y pues quebrantas la fiesta,
no quieras que otro la guarde.

CÉSAR: Repartida el alegría,
el gusto suele doblar;
pues ¿a quién se ha de fiar
si a un amigo no se fía?

LÁZARO: Que se dobla es argumento
a mi opinión oportuno;
pues lo que se dice a uno
vienen a saberlo ciento.
Y así que se dobla es cierto;
mas cuando doblarle ves,
doblez del amigo es,
por el secreto que ha muerto.

Pero mira, que a la puerta
siento ruido.

CÉSAR: ¡Advierte agora
con qué industria la Fortuna
hoy esta ocasión me estorba!
Dentro de su casa estoy.

LÁZARO: Es verdad, pero no pongas
la seguridad en eso;
que al fin se canta la gloria.

Sale ELVIRA

ELVIRA: ¿Es don César?

CÉSAR: Sí, yo soy.

ELVIRA: Mientras sale mi señora,
quiero cerrar esta puerta.

CÉSAR: Mejor dirás que el aurora
sale, a mi temor confuso
desvaneciendo las sombras.
Bien haya cuanto esperé,
desdichas, llantos, congojas,
si a costa de aquellas penas
Amor estos gustos compra.

Sale doña ANA

ANA: No dudo que habrás culpado
mi atrevimiento.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Señora,
mi señor está a la puerta.
ANA: ¿Qué dices?
CÉSAR: ¿Qué poco importa
contra la estrella la industria?
LÁZARO: ¿Qué hemos de hacer?
ANA: Que te escondas
será fuerza.
CÉSAR: ¿Dónde puedo?
ANA: Ésta es una cuadra sola
donde él entra pocas veces.
CÉSAR: Esconderéme, aunque ponga
a mayor riesgo mi vida;
que el verme es acción forzosa;
porque amor es fuego, y es
imposible que se esconda.

Vanse don CÉSAR y LÁZARO. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Hermana, ¿en qué te entretienes?
ANA: Aquí me divierto ociosa,
corriendo en libres discursos
imaginaciones locas.
Pero, ¿qué novedad es
venir, señor, a estas horas?
FÉLIX: A estas horas me ha traído
un negocio que me importa,
y basta que esto te diga.
Elvira, haz que al punto pongan
la carroza y dala el manto
a doña Ana.
ANA: ¿Ahora carroza?
¿Dónde pretendes llevarme?
FÉLIX: ¡Qué sin causa te alborotas!
Hay un festín en palacio;
mandóme Nísida hermosa
convidarte de su parte;
tanto su Alteza te honra.
ANA: (¡Ay cielos! Sin duda, él sabe **Aparte**
esta ocasión, y la estorba
cuerdamente, pues cifradas
dice sus sospechas todas.
¡Ay Amor! Todas tus penas
se hicieron para mí sola,
pues yo siento lo que pierdo,
y otras sienten lo que gozan.)

Vanse doña ANA, don FÉLIX y ELVIRA. Salen don CÉSAR y LÁZARO

LÁZARO: Ya se fueron. ¿Qué suspiras?
Pues, ¿no te basta y te sobra
estar dentro de su casa?
"Hoy", señor, si bien lo notas,
"sales de este laberinto".
Mas, ¿qué bien con sospechosas
razones te dio a entender

tu peligro y su deshonra!
Con casamiento te advierte,
y asegurarle te importa.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Ahora puedes salir;
que ya se fueron.
LÁZARO: Acorta
de cuidados, y salgamos
de esta borrasca espantosa.
CÉSAR: ¡Para mí solo se hicieron,
Amor, tus desdichas todas;
que yo siento lo que pierdo,
y otros sienten lo que gozan!

Vase

LÁZARO: Y, ¿cómo estamos de cuenta?
ELVIRA: A mí nadie me la toma.
LÁZARO: (¿Qué va que en ella la alcanzo, **Aparte**
si hago la prueba, aunque corra?
No perdamos la ocasión.)
¡Elvirilla!
ELVIRA: Si soy sombra,
¿no ves que me voy?
LÁZARO: ¿Por qué?
[ELVIRA]: Porque se fue mi señora.

Vase

LÁZARO: Yo quedaré cual tahur
que, viendo su suerte, toma
aliento para contar
pintas--que mil fueran pocas--
y luego por una carta,
que estaba encubierta sola,
sobre su suerte, admirado
la de su contrario topa.
Y el cinco que le estorbaba,
sirviendo de encaje ahora,
espuela de su carrera,
hace que las pintas corran.
Así a mí espadas y bastos
me turban, gústanme copas;
y porque no salgo de oros,
no tengo suerte con sotas.

Vase. Salen ALEJANDRO y don ARIAS

ARIAS: Bien la noche ha estado.
¿No alegró tu tristeza
tanta gala y belleza,
que junta has admirado?
ALEJANDRO: Antes con su alegría
doblé, don Arias, la tristeza mía.

Si a doña Ana miraba
las acciones que hacía,
en su rostro leía
que a César adoraba;
y dije, "¿Quién vio, cielos,
sin culpa agravio y sin agravio celos?"
Disculpaba otras veces
a César, porque, llena
el alma de su pena,
hizo a los ojos jueces,
y aunque él la merecía,
no trocara su pena por la mía.

ARIAS: ¿En qué ha de parar esto?

ALEJANDRO: Don Arias, en mi muerte;
que en peligro tan fuerte
tu secreto me ha puesto.

ARIAS: Yo erré; mas no te espante
que, lo que erré una vez, lleve adelante.
Allí don César viene;

ALEJANDRO: De este cancel cubierto,
hoy de su boca advierto
el ánimo que tiene,
si tú se lo preguntas.

Retírase ALEJANDRO. Sale don CÉSAR

CÉSAR: (¿Quién en el mundo vio más penas juntas?) **Aparte**

ARIAS: ¿Qué hay, don César?

CÉSAR: Desdichas
siempre de agravios llenas;
que sólo para penas
se inventaron mis dichas.
Entré, y en breve espacio,
llegó su hermano y trájola a palacio.
Dio a entender que sabía
todo lo que pasaba,
y que escondido estaba.
Al fin su cortesía
de suerte me ha obligado
que a pedírsela estoy determinado.
Con esta recompensa
le aseguro más sabio,
hago gusto el agravio,
obligación la ofensa
y, a casarme dispuesto,
el príncipe también se holgará de esto.

Vase. Sale ALEJANDRO

ARIAS: Señor, ¿hasle escuchado?

ALEJANDRO: Como a Félix la pida,
no habrá razón que impida
dársela, y obligado,
si a mí me la pidiera,
presumo que, a ser mía, se la diera.

Sale don FÉLIX

ALEJANDRO: Don Félix, obligado
estoy de vos, y quiero,
por galardón primero,
quitaros un cuidado,
y no el menor que puedo.
(Así aseguro a esta ocasión el miedo.) **Aparte**
[U]n deudo mío en doña Ana
su pensamiento ha puesto
y, por hablaros presto,
yo tengo a vuestra hermana
casada de mi mano.
FÉLIX: Dame tus pies por el honor que gano.
ALEJANDRO: Por cartas he sabido
su altivo pensamiento,
y con mayor contento
le tengo respondido,
que yo lo trataría;
basta decir que tiene sangre mía.
Y desde aquí os prometo
tomarla yo a mi cargo;
solamente os encargo,
don Félix, el secreto;
y, pues queda tratado,
no dispongáis de darla nuevo estado.
FÉLIX: Guarde tu vida el cielo,
para que el mundo vea
honrar a quien desea
servirte; hoy en el suelo
pondré humilde la boca.
ALEJANDRO: (¡Ay necio fin de una esperanza loca!) **Aparte**

Vase

FÉLIX: Diréla esta ventura
del nuevo casamiento;
y si mi pensamiento
anima su hermosura
y mi imposible allana,
buenas albricias llevaré a mi hermana.

Vase. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Qué sientes?
ANA: Que ya estoy muerta,
aunque, para consolarme,
la muerte quiere matarme,
y parece que no acierta.
Mal mis desdichas concierta.
Díjome Félix que amaba
a Nísida, y que aspiraba,
Elvira, a casar con ella,
y que yo a Nísida bella
dijese que la adoraba.
Si él de veras la quisiera,
a pesar de sus enojos,
con el alma y con los ojos

su sentimiento dijera;
no esperara que yo fuera;
pero más desentendida,
con respuesta agradecida,
quizá le despertaré
una verdadera fe
de una voluntad fingida.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Si hace Amor que una alegría
dos pechos distintos mueva,
¡plegue a Dios que sea tu nueva,
hermana, como la mía!
En albricias te traía
lo que ya decirte quiero,
porque así obligarte espero;
que no fuera trato justo
que negaras tú mi gusto,
sabiendo el tuyo primero.
Hermana, casada estás;
deseoso de tu bien,
por mujer te pide quien
te estima y te quiere más.
Mira qué albricias me das
de tu estado y de tu aumento.
Vuélveme a dar tu contento.

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: Elvira, sin duda ha sido
César el que me ha pedido.
¡Qué dichoso casamiento!

Vase ELVIRA

Que he de obedecerte es llano;
y así no dudes que aquí
puedes disponer de mí
como padre y como hermano.
Si tanto en servirte gano,
oye lo que me pasó.
A Nísida dije yo
los suspiros que te cuesta,
y fue la mejor respuesta...
FÉLIX: ¿Qué?
ANA: ...que no me respondió.
Si a quien se llega a decir
tu pasión la voz esconde,
es señal, pues no responde,
que le queda más que oír.
Vuelve de nuevo a sentir;
Tarde o nunca se libró
mujer que una vez oyó.
Prosigue, Félix; que bien
responde callando quien
oyendo no respondió.

FÉLIX: ¿Qué dicha a mi dicha iguala?
Mas término injusto fuera
que, con tan buena tercera,
esperara nueva mala.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Don César está en la sala;
dice que te quiere hablar.
FÉLIX: Tú te puedes retirar.
ANA: (Pues viene tan descubierto, **Aparte**
sin duda mi bien es cierto.
Desde aquí quiero escuchar.)

Retíranse doña ANA y ELVIRA

FÉLIX: Don César, mucho agraviáis
esta casa, pues en ella,
sabiendo vos que lo es,
no entráis como en propia vuestra.
ANA: (Ya como hermanos se tratan.) **Aparte**
CÉSAR: Yo me detuve a la puerta
por esperar, como es justo,
que me diérades licencia.
Don Félix, bien conocéis
de mis padres la nobleza,
de mi vida las costumbres
y cantidad de mi hacienda.
El crïado que más quiere
el príncipe soy; bien muestra
en mí su poder, pues hace
mucho de nada su Alteza.
En su casa me ha crïado,
haciendo desde edad tierna
confïanza en mi persona,
como en mi ingenio experiencia.
No volví el rostro a las armas,
por inclinarme a las letras;
que valor y estudio vieron
la campaña y las escuelas.
Al fin, para no cansaros,
soy vuestro amigo, y quisiera
asegurar la amistad.
ANA: (Aquí sin duda conciertan **Aparte**
lo que ya tienen tratado;
quiero escuchar atenta.)
CÉSAR: Mi intención y mi deseo,
bien que atrevimiento sea,
más claro que las razones,
os habrán dicho las muestras;
que, informándoos tan despacio,
haber discurrido es fuerza
el fin, pues en vuestra casa
no tenéis más que una prenda.
Confieso que, a ser del mundo
señor, aun no mereciera
mirarla; soberbia ha sido,
mas disculpada soberbia.

Perdonad; y si os obligan
mi calidad y mis prendas,
servíos con mis deseos,
y honradadme con su belleza.
¿Qué pensáis? ¿Qué os suspendéis?

ANA: (Parece que ahora empiezan **Aparte**
lo que ya tienen tratado.)

FÉLIX: Saben los cielos, don César,
lo que estimo y agradezco
vuestro deseo, y quisiera
que de secretos del alma
dieran las razones muestra.
A ningún hombre del mundo
con más gusto la ofreciera
que a vos, porque sois mi amigo;
mas no hay razón donde hay fuerza.
No os puedo dar a mi hermana
y no ha un hora que pudiera,
que eso habrá que está casada.
Tarde habéis venido, César.

ANA: (¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?) **Aparte**

CÉSAR: Si pensáis de esa manera
castigar no haberos dicho
antes de ahora mis penas,
yo quedo bien castigado;
bastan, don Félix, las pruebas,
pues que nunca llega tarde
conocimiento que llega.
A tiempo estáis de enmendar
esas pasadas ofensas;
y pues no habéis ignorado
que os está bien que esto sea,
no desechéis la ocasión.

FÉLIX: Ni ignoro vuestra nobleza,
ni que a mí me está muy bien
honrar mi casa con ella;
pero solamente ignoro
en qué razón os ofenda
para enmendarlo. ¡Por Dios,
que está casada! Quisiera
poder deciros con quién.
Y aquí ahora, por más señas,
a mi hermana la decía
de su casamiento, y ella,
por ser mi gusto, lo oyó
muy alegre y muy contenta.

ANA: (¿Qué es esto, cielos? Elvira, **Aparte**
esto me importa, aunque sea
atrevimiento terrible.
Hoy tengo de hablar a César.)

CÉSAR: (¿Doña Ana alegre y casada, **Aparte**
y yo con vida? ¡Paciencia,
pues si no pierdo la vida
es porque a doña Ana pierda!)
Don Félix, bien os vengáis
de mis deseos, pues eran
aspirar a tanta gloria,
y al fin me dejáis sin ella.
Pues fue tan corta mi suerte
que no pude merecerla,

y mi señora doña Ana
está casada y contenta,
el nuevo dueño la goce
tantos años que no tenga
memoria de ellos la muerte.
ELVIRA: (Mas, ¿qué presto se consuelan **Aparte**
los hombres en sus desdichas!)

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: ¡Ay, Elvira, quién pudiera
hablar a César!
ELVIRA: Aguarda;
veamos si mi industria llega
a lograrlo de esta suerte.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Un hombre espera a la puerta,
diciendo que quiere hablarte.
FÉLIX: Perdonadme, y dad licencia
de ver quién es; que ya vuelvo
al instante.
CÉSAR: Id norabuena.

Vase don FÉLIX

¿Hasta cuándo, hados impíos,
habéis de afligirme?

Sale doña ANA

ANA: César,
¿qué es esto?
CÉSAR: Desdichas mías,
que con tirana violencia
el alma oprimen.
ANA: Escucha;
que nunca mi fe pudiera
negar lo mucho que estimo.

Al paño habla don FÉLIX saliendo; y doña ANA se retira apriesa

FÉLIX: No vi a nadie.
ELVIRA: Ya dio vuelta.
ANA: (¡Infeliz de quien la falta **Aparte**
tiempo aun de hablar en sus penas!)

Vase

FÉLIX: Hasta la calle salí.
ELVIRA: Yo te aseguro que vuelva,
si te ha menester.

Vase

CÉSAR: Don Félix,
encareceros quisiera
lo agradecido que estoy
a mi desdicha, pues ella
me ha dado aquí un desengaño
tan grade, que no pudiera
con otro satisfacerme.
Casada doña Ana bella
está, que ya no lo dudo;
ruego a los cielos que sea
con el gusto que deseo
para mí.
FÉLIX: Mirad, don César,
que soy muy amigo vuestro,
y que por eso no cesa
mi amistad.
CÉSAR: No, pues la mía
en el mismo estado queda.

Vanse. Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Cuando de mi confuso pensamiento,
necio Amor, locos casos imagino,
menos me atrevo y más me determino,
que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido a mi valor, intento
a un agravio remedio peregrino;
y, animándole, apenas adivino
verdugo de mi infamia el sentimiento.
Olvido ingrato, agradecido adoro,
aborrezco cobarde, amo atrevido,
llamo y me huyo, quiero y no deseo;
canto mis penas, y mis glorias lloro.
¿Qué mucho viva o muera arrepentido,
si he de perder la vida o el deseo?

Sale LÁZARO

LÁZARO: Mandóme don César que
buscase a don Félix; por-
que quiere hablarle, y aunque
me ha costado mucho tor-
mento, a don Félix no hallé,
ni ahora a mi señor tampoco
hallo en toda la ciudad.
Ellos me han de volver loco;
mas si va a decir verdad,
ellos tiene que hacer poco.
Mas aquí el príncipe está.
ALEJANDRO: ¡Lázaro!
LÁZARO: Buen caballero
te faltó.
ALEJANDRO: ¿Cómo va?
LÁZARO: Ya

puedes ver.
ALEJANDRO: ¿Qué hay?
LÁZARO: No hay dinero;
y así, no sé cómo va.
Remendaba con estilo
sus calzones un mancebo.
Yo, que le acechaba, vilo,
y pregunté, "¿Qué hay de nuevo?"
Y él respondió, "Sólo el hilo."
Yo a decirle no me atrevo,
porque aun el hilo no es nuevo;
pero, mirándome así,
un famoso arbitrio di.
ALEJANDRO: Si fue tuyo, ya le apruebo.
LÁZARO: ¿Puesto en uso no se ve
traer calzones de bayeta?
Pues yo fui quien lo inventé,
que soy Adán de esta seta.
ALEJANDRO: ¿Y de qué manera fue?
LÁZARO: Si el saberlo te desvela,
yo unos calzones tenía
muy rotos, y con cautela,
faltóme la tela un día,
y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no lejos
del mío, muchos después
admitieron mis consejos;
así que cuanto hoy ves
todos son calzones viejos.
ALEJANDRO: ¡Quién, para poderte oír,
no tuviera que sentir!

Vase

LÁZARO: Ríe el pobre, el rico llora,
y así en este mundo ahora
todo es llorar y reír.

Sale don CÉSAR

CÉSAR: A que el príncipe se fuera,
Lázaro, esperando estuve,
para hacer entre los dos
glorias y penas comunes.
Don Félix casa a doña Ana,
y no conmigo, ni pude
saber con quién. En efecto
mi bien de mi mal se arguye;
que esta noche, cuando el sol
en pavimentos azules
haga el tálamo de Tetis
sepulcro undoso a sus luces,
la he de sacar de su casa.
LÁZARO: Pues por todas estas cruces,
que no ha de saberlo Arias.
¿Posible es que no rehuses
el descubrir tu secreto?
De esta ocasión se concluyen

tu bien o tu mal.
CÉSAR: Es cierto.
LÁZARO: Pues cuando decirlo excuses,
¿qué pierdes? Cuando lo digas,
¿qué ganas?
CÉSAR: Porque no culpes
que no estimo tu consejo,
y porque del todo apure
amor mi desdicha, hoy quiero
callar mi secreto.
LÁZARO: Hoy suben
al cielo tus esperanzas,
para que de todas triunfes.
Habla a todos, está alegre,
e iremos, cuando las nubes
por la muerte de las flores
se vistan negros capuces.

Sale don ARIAS

ARIAS: ¡Don César!

A don CÉSAR, al oído

LÁZARO: No hay nada nuevo,
porque no nos lo pregunte.
ARIAS: ¿Qué tenéis?
LÁZARO: Aunque está triste,
no es pendencia, no te juntes;
que no ha menester tu lado.
ARIAS: ¿Qué ha sucedido?
CÉSAR: Que tuve
cultivada una esperanza
que, a tiempo de darme dulce
fruto, se secó en su flor,
siendo mi estrella el octubre.
Don Félix casa a doña Ana,
que así su quietud presume;
pedísela por mujer,
respondióme que propuse
tarde mi intento, y que está
casada y contenta. ¿Sufren
los celos mayores penas?
LÁZARO: Ya basta, señor. --Excuse
vuesa merced el hablarle,
porque le dan pesadumbre
unos vaguidos muy grandes
que a la cabeza le suben.
ARIAS: ¿En qué puedo yo serviros?
LÁZARO: (En callar.) **Aparte**
ARIAS: ¡Por Dios, que encubre
mi pecho harto sentimiento!

Vase

LÁZARO: (Porque cesan tus embustes.) **Aparte**
CÉSAR: Amor, si acaso te mueven,

por dios, tantas inquietudes,
ya es tiempo que con un bien
mil sentimientos disculpes.
Ya basta lo que he sufrido.
No es mucho que disimules
mis cortos merecimientos,
por la gloria a que me opuse.
Ya no ha de ser el perderla
lo que más mis dichas turbe,
mas ver que otro esté gozando
lo que yo esperando estuve.

Salen ALEJANDRO y don ARIAS, hablando entre sí

ALEJANDRO: ¿Eso ha pasado?
ARIAS: Aquí estaba.
ALEJANDRO: Pues porque no se asegure
que, cuando tuvo ocasiones
sólo, ocupado le tuve,
y no advierta la malicia,
esta noche es bien le ocupe,
porque no tiene que hacer,
y un día a otro se disculpen.
¡César!
CÉSAR: ¿Señor?
ALEJANDRO: Hasta el día
he de escribir, porque es lunes,
y he de despachar a Roma
y Nápoles.
CÉSAR: Yo voy. (Huyen **Aparte**
de mis manos las venturas.
Lunes fue, para que impugnen
los días como las horas.)

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

¿"Mis dichas", Lázaro, "suben
al cielo mis esperanzas"?
LÁZARO: ¿Yo, señor, qué culpe tuve?
CÉSAR: Tú me dijiste que aquí
estuviese.
LÁZARO: No me culpes.
CÉSAR: ¿Quién te mete en dar consejos?
LÁZARO: Mi desdicha.
CÉSAR: ¡Que me ayude
tan poco el tiempo que sean
martes para mí los lunes!
Aquí está todo aderezo.
¡Plegue al cielo no me turbe,
que tengo el alma en doña Ana
llena de mil pesadumbres!

Sacan un bufete con escribanía, vanse don ARIAS y LÁZARO, y escribe don CÉSAR

ALEJANDRO: Despejad. (Hoy de los celos **Aparte**
hacer experiencia pude,

y en perdidas esperanzas
veré los toques que sufren.)

Decid, "Yo estoy..."
CÉSAR: Estoy... (muerto de celos...) **Aparte**
ALEJANDRO: "...tratando con secreto..."
CÉSAR: "con secreto..."
(¡Aun no pude gozar la ocasión, cielos!)
ALEJANDRO: "...el casamiento..."
CÉSAR: El casamiento...(efeto **Aparte**
no ha de tener.)
ALEJANDRO: "Al fin vuestros desvelos
le tendrán."
CÉSAR: Le tendrán... (mas no los míos; **Aparte**
que vientos pueblo, cuando aumento ríos.)
ALEJANDRO: "Lo que yo os aseguro..."
CÉSAR: Os aseguro...
(...es mi muerte.) **Aparte**
ALEJANDRO: "...que vuestro honor procuro."
CÉSAR: Procuro... (divertirme, mas no puedo.) **Aparte**
ALEJANDRO: "Por ser doña Ana..."
CÉSAR: (Aquí rendido quedo.) **Aparte**
Doña Ana...
ALEJANDRO: "Castelví por su nobleza
y ángel por sus virtudes y belleza."
CÉSAR: ¿Dónde tu alteza aquesta carta envía?
ALEJANDRO: A Flandes.
CÉSAR: Para Flandes no es hoy día,
y así podrá dejarse hasta mañana.
ALEJANDRO: (Perdió el color al nombre de doña Ana.) **Aparte**
No importa que hoy no sea;
escrita se estará.
CÉSAR: (¿Quién hay que crea
tan tirano rigor, pena tan fiera?)
ALEJANDRO: Proseguid, repitiendo la postrera
razón.
CÉSAR: "Rendido quedo."
ALEJANDRO: Pues, ¿yo he dicho
tal razón? Dad acá.
CÉSAR: Lo dicho he dicho.

Toma ALEJANDRO la carta y lee

ALEJANDRO: "Yo estoy muerto de celos, tratando con
secreto, aun no pude gozar la ocasión;
el casamiento efeto no ha de tener;
al fin vuestros desvelos le tendrán, no
los míos; lo que yo os aseguro es mi
muerte; que vuestro honor procuro, por
ser doña Ana... Aquí rendido quedo."

¿Yo os he dicho que escribáis
de esta suerte?
CÉSAR: Si han podido
obligarte en algún tiempo,
Alejandro, mis servicios,
ahora le tienes de honrarme;
que no es de tu pecho digno
blasón que, por el ajeno

honor, me quites el mío.
Casado estoy con doña Ana;
casado no, pero digo
que a este fin habrá dos años
que la quise y que me quiso.
No diré las ocasiones
que por tu causa he perdido,
anteponiendo leal
a mi gusto tu servicio.
Mas sólo diré que hoy,
sabiendo que el cielo impío
su casamiento ordenaba,
trató casarse conmigo.
Pensando que me estorbaba,
negué el secreto a un amigo,
pero viendo que no tiene
en mí el secreto peligro,
sólo a algún planeta doy,
sólo atribuyo a algún signo
el querer con mala estrella,
pues ellas la causa han sido.
Pero si suelen vencerse
con reservados arbitrios,
para que en mi estrella juzgues,
hoy el cielo te previno.

ALEJANDRO: Si en perdidas ocasiones,
don César, has conocido
que fue culpa de tu estrella,
no condenes al amigo;
supuesto que no bastó
hoy para haberla perdido
haber callado el secreto;
que sucediera lo mismo
cuando siempre le guardaras;
pero yo estoy ofendido
de que tratases casarte
sin saber el gusto mío.
Dame la pluma; que yo
quiero escribir, que ya he visto
lo poco de que me sirves.

CÉSAR: De poco, señor, te sirvo,
pero ninguno...

ALEJANDRO: Ya basta.

Escribe

CÉSAR: (Si de la Fortuna ha sido **Aparte**
este juego, en solo un lance
al rey y dama he perdido.
¿Hay más tormento en el mundo?
¿Hay más pena en el abismo?
No, pues no la tengo yo.)

ALEJANDRO: Cerrad el papel que he escrito,
y llevádsele a don Félix,
que haga lo que en él le digo.

CÉSAR: ¿Hoy he de llevarle?

ALEJANDRO: Sí.

CÉSAR: Que no hay correo imagino.

ALEJANDRO: Llevadle vos a su casa;

que con un propio le envío.
CÉSAR: (Perdida he visto una dama, **Aparte**
y un señor airado he visto,
y no sé para otra vez
cuál de los dos he temido.)

Vase. Salen don FÉLIX y don ARIAS

ARIAS: Ya ha acabado de escribir.
ALEJANDRO: Don Félix, nuevas ha habido
de que hoy entra en Parma el novio,
y aun en vuestra casa han dicho.
FÉLIX: Beso mil veces tus pies,
y por doña Ana te pido
las manos. Yo voy a darla,
con tu licencia, el aviso,
para que esté prevenida.

Vase

ALEJANDRO: ¡Don Arias!
ARIAS: ¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Tú has de jurar en la cruz
de aquesta espada que ciño
que jamás ha de saber
doña Ana que la he querido,
ni César que le he estorbado.
ARIAS: Así juro de cumplirlo
en la cruz de aquesta espada.
Y yo ahora te suplico
que no le digas a César
que soy el que te lo dijo.
ALEJANDRO: Yo lo prometo; partamos
a ser de su bien testigos,
que hoy a Alejandro, en grandeza
como en el nombre, le imito.

Vanse. Salen don FÉLIX, doña ANA y ELVIRA

ANA: Esto es verdad.
FÉLIX: ¡Qué bien pagas,
hermana, el cuidado mío!
¿Promesa de religión?
ANA: No lo dije a los principios,
por pensar que no llegara
a efecto; mas ya que he visto
que le tiene, que no puedo
casarme, hermano, te digo.
FÉLIX: ¿Qué diré al príncipe yo?
ANA: (¡Que no haya César venido! **Aparte**
Mas ya viene; bien podré
irme con él.)

Salen don CÉSAR y LÁZARO

CÉSAR: (Mi mal sigo, **Aparte**
pues del rigor que padezco
soy instrumento yo mismo.)
LÁZARO: (¡Mas que para en casamiento!)
CÉSAR: Don Félix, no haber pedido
licencia es haberla dado
este papel que hoy ha escrito
el príncipe para vos.
FÉLIX: Y yo el cuidado os estimo.
CÉSAR: (¡Ay perdida gloria mía!) **Aparte**
ANA: ((Ay querido dueño mío!) **Aparte**

Lee para sí

FÉLIX: "Porque, prevenida la gloria, hace
menor el gusto, no os he dicho antes
de ahora que la persona que os tengo
propuesta es don César. En él
concurren todas las calidades que
podéis imaginar. Dadle a vuestra
hermana, que él solo la merece, si
deja merecerse tanta ventura."

César, el príncipe escribe
que para quien ha pedido
mi hermana sois vos.
ANA: ¡Ay cielos!
CÉSAR: ¿Qué decís?
FÉLIX: Que ya suspiro
con otra causa, pues nunca
hubo contento cumplido.
Que para que no os merezca,
doña Ana ahora me dijo
que no se puede casar
por una promesa que hizo.
ANA: Es verdad que yo lo dije.
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es esto que miro? **Aparte**
¿Doña Ana finge promesas
por no casarse conmigo?)
FÉLIX: Leed, don César, el papel.

Salen ALEJANDRO, NÍSIDA, y don ARIAS

ALEJANDRO: No le leáis; que si escribo
ausente, presente estoy,
y afirmaré lo que firmo.
FÉLIX: En buena ocasión me has puesto.
Danos tus pies.
NÍSIDA: Yo he venido
con mi hermano por tener
parte en vuestros regocijos.
ALEJANDRO: Don César, de esta manera
enseño a premiar servicios.
Dadle a doña Ana la mano;
que yo vengo a ser padrino.

Hablan aparte don FÉLIX y doña ANA

FÉLIX: ¿Qué he de decir?
ANA: No te aflijas;
que en tal fuerza es permitido
conmutarse en otra cosa
la promesa.
CÉSAR: Si rendido
a tus pies...
ANA: Alza del suelo;
que mi promesa he cumplido;
pues prometí no casarme,
no siendo, César, contigo.
LÁZARO: Ya, señor, casado estás.
¡Gracias a Dios que salimos
de esta empresa con victoria!
Mas, ¡por Dios! que no te envidio.
ALEJANDRO: Yo he de partir luego a Flandes
a servir al gran Filipo
segundo, donde Mastrique
venga a ser el blasón mío;
y por dejar en mi estado
gobierno, a Félix elijo,
que a Nísida dé la mano.
FÉLIX: Mil veces los pies te pido
por las honras que me ofreces.
NÍSIDA: Tu gusto fue mi albedrío.
LÁZARO: ¡Elvira!
ELVIRA: ¿Qué?
LÁZARO: Yo me voy;
que, si me tardo un poquito,
según que vienen casando,
te habrás de casar conmigo.
ARIAS: Nadie fíe su secreto
del más cuerdo y más amigo;
que en la más sana intención
está un secreto a peligro,
y no se queje de agravio
quien no calla el suyo mismo.
CÉSAR: Y aquí da fin la comedia,
por quien el perdón os pido.

FIN DE LA COMEDIA

Actualización más reciente:

JORNADA TERCERA

Salen don CÉSAR y LÁZARO de noche

CÉSAR: Ya entre sus brazos me pinto.
LÁZARO: Yo dibujando me voy
en los de mi Elvira.
CÉSAR: Hoy
salgo de este laberinto.
LÁZARO: Mas no entremos dentro de él;
que es salir difícil cosa.
CÉSAR: Siempre una industria ingeniosa
vence la estrella crüel.
No he visto al príncipe hoy,
ni a don Félix he encontrado,
a ningún amigo he hablado,
y a su misma casa voy.
LÁZARO: Así en este mundo pasa
que con osada cautela
quien más su peligro cela
es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraído
ir honrando el cuerpo veo;
que es sagrado para el reo
el lado del ofendido.
Mil damas, por ocasión
de qué en la calle dirán,
meten en casa el galán,
y vuelven por su opinión.
CÉSAR: Yo, de padecer cansado
las injustas sinrazones
de perdidas ocasiones,
este remedio he buscado.
Nadie me ha visto venir;
todo el día le he tenido,
donde sabes, escondido.
Pues, ¿cómo ha de prevenir
la Fortuna siempre airada
hoy industria contra mí?
LÁZARO: ¿Hablaste a don Arias?
CÉSAR: Sí.
LÁZARO: Pues ves ahí la industria hallada.
Señor, si darme el papel
don Félix acaso viera,
que le tenías supiera,
mas no lo que dijo en él.

Si quien se lo fue a decir
hoy estorbarte desea,
¿qué importa que no te vea,
si sabe que has de venir?
Yo a ningún hombre señalo;
pero que dirá, colijo,
cualquiera cosa quien dijo
lo de la espada de palo.

CÉSAR: Don Arias es muy discreto,
muy noble y amigo mío,
que basta; y así le fío
éste y cualquiera secreto.
Sé que le sabrá guardar;
que es el secreto un tesoro.

LÁZARO: Pues tesoro que no es oro
mejor le sabrá gastar.
Y mira que este conceto
has de conocer después;
que el más avariento es
liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
su secreto el que es discreto;
mas, por Dios, que San Secreto
ya no es fiesta de guardar.
Día de trabajo aguarde
a quien tan caro le cuesta,
y pues quebrantas la fiesta,
no quieras que otro la guarde.

CÉSAR: Repartida el alegría,
el gusto suele doblar;
pues ¿a quién se ha de fiar
si a un amigo no se fía?

LÁZARO: Que se dobla es argumento
a mi opinión oportuno;
pues lo que se dice a uno
vienen a saberlo ciento.
Y así que se dobla es cierto;
mas cuando doblarle ves,
doblez del amigo es,
por el secreto que ha muerto.

Pero mira, que a la puerta
siento ruido.

CÉSAR: ¡Advierte agora
con qué industria la Fortuna
hoy esta ocasión me estorba!
Dentro de su casa estoy.

LÁZARO: Es verdad, pero no pongas
la seguridad en eso;
que al fin se canta la gloria.

Sale ELVIRA

ELVIRA: ¿Es don César?

CÉSAR: Sí, yo soy.

ELVIRA: Mientras sale mi señora,
quiero cerrar esta puerta.

CÉSAR: Mejor dirás que el aurora
sale, a mi temor confuso

desvaneciendo las sombras.
Bien haya cuanto esperé,
desdichas, llantos, congojas,
si a costa de aquellas penas
Amor estos gustos compra.

Sale doña ANA

ANA: No dudo que habrás culpado
mi atrevimiento.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Señora,
mi señor está a la puerta.
ANA: ¿Qué dices?
CÉSAR: ¿Qué poco importa
contra la estrella la industria?
LÁZARO: ¿Qué hemos de hacer?
ANA: Que te escondas
será fuerza.
CÉSAR: ¿Dónde puedo?
ANA: Ésta es una cuadra sola
donde él entra pocas veces.
CÉSAR: Esconderéme, aunque ponga
a mayor riesgo mi vida;
que el verme es acción forzosa;
porque amor es fuego, y es
imposible que se esconda.

Vanse don CÉSAR y LÁZARO. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Hermana, ¿en qué te entretienes?
ANA: Aquí me divierto ociosa,
corriendo en libres discursos
imaginaciones locas.
Pero, ¿qué novedad es
venir, señor, a estas horas?
FÉLIX: A estas horas me ha traído
un negocio que me importa,
y basta que esto te diga.
Elvira, haz que al punto pongan
la carroza y dala el manto
a doña Ana.
ANA: ¿Ahora carroza?
¿Dónde pretendes llevarme?
FÉLIX: ¡Qué sin causa te alborotas!
Hay un festín en palacio;
mandóme Nísida hermosa
convidarte de su parte;
tanto su Alteza te honra.
ANA: (¡Ay cielos! Sin duda, él sabe **Aparte**
esta ocasión, y la estorba
cuerdamente, pues cifradas
dice sus sospechas todas.
¡Ay Amor! Todas tus penas

se hicieron para mí sola,
pues yo siento lo que pierdo,
y otras sienten lo que gozan.)

Vanse doña ANA, don FÉLIX y ELVIRA.
Salen don CÉSAR y LÁZARO

LÁZARO: Ya se fueron. ¿Qué suspiras?
Pues, ¿no te basta y te sobra
estar dentro de su casa?
"Hoy", señor, si bien lo notas,
"sales de este laberinto".
Mas, ¿qué bien con sospechosas
razones te dio a entender
tu peligro y su deshonra!
Con casamiento te advierte,
y asegurarle te importa.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Ahora puedes salir;
que ya se fueron.
LÁZARO: Acorta
de cuidados, y salgamos
de esta borrasca espantosa.
CÉSAR: ¡Para mí solo se hicieron,
Amor, tus desdichas todas;
que yo siento lo que pierdo,
y otros sienten lo que gozan!

Vase

LÁZARO: Y, ¿cómo estamos de cuenta?
ELVIRA: A mí nadie me la toma.
LÁZARO: (¿Qué va que en ella la alcanzo, **Aparte**
si hago la prueba, aunque corra?
No perdamos la ocasión.)
¡Elvirilla!
ELVIRA: Si soy sombra,
¿no ves que me voy?
LÁZARO: ¿Por qué?
[ELVIRA]: Porque se fue mi señora.

Vase

LÁZARO: Yo quedaré cual tahur
que, viendo su suerte, toma
aliento para contar
pintas--que mil fueran pocas--
y luego por una carta,
que estaba encubierta sola,
sobre su suerte, admirado
la de su contrario topa.
Y el cinco que le estorbaba,
sirviendo de encaje ahora,
espuela de su carrera,

hace que las pintas corran.
Así a mí espadas y bastos
me turban, gústanme copas;
y porque no salgo de oros,
no tengo suerte con sotas.

Vase. Salen ALEJANDRO y don ARIAS

ARIAS: Bien la noche ha estado.
¿No alegró tu tristeza
tanta gala y belleza,
que junta has admirado?
ALEJANDRO: Antes con su alegría
doblé, don Arias, la tristeza mía.
Si a doña Ana miraba
las acciones que hacía,
en su rostro leía
que a César adoraba;
y dije, "¿Quién vio, cielos,
sin culpa agravio y sin agravio celos?"
Disculpaba otras veces
a César, porque, llena
el alma de su pena,
hizo a los ojos jueces,
y aunque él la merecía,
no trocara su pena por la mía.
ARIAS: ¿En qué ha de parar esto?
ALEJANDRO: Don Arias, en mi muerte;
que en peligro tan fuerte
tu secreto me ha puesto.
ARIAS: Yo erré; mas no te espante
que, lo que erré una vez, lleve adelante.
Allí don César viene;
ALEJANDRO: De este cancel cubierto,
hoy de su boca advierto
el ánimo que tiene,
si tú se lo preguntas.

Retírase ALEJANDRO. Sale don CÉSAR

CÉSAR: (¿Quién en el mundo vio más penas juntas?) **Aparte**
ARIAS: ¿Qué hay, don César?
CÉSAR: Desdichas
siempre de agravios llenas;
que sólo para penas
se inventaron mis dichas.
Entré, y en breve espacio,
llegó su hermano y trájola a palacio.
Dio a entender que sabía
todo lo que pasaba,
y que escondido estaba.
Al fin su cortesía
de suerte me ha obligado
que a pedírsela estoy determinado.
Con esta recompensa
le aseguro más sabio,
hago gusto el agravio,

obligación la ofensa
y, a casarme dispuesto,
el príncipe también se holgará de esto.

Vase. Sale ALEJANDRO

ARIAS: Señor, ¿hasle escuchado?
ALEJANDRO: Como a Félix la pida,
no habrá razón que impida
dársela, y obligado,
si a mí me la pidiera,
presumo que, a ser mía, se la diera.

Sale don FÉLIX

ALEJANDRO: Don Félix, obligado
estoy de vos, y quiero,
por galardón primero,
quitaros un cuidado,
y no el menor que puedo.
(Así aseguro a esta ocasión el miedo.) **Aparte**
[U]n deudo mío en doña Ana
su pensamiento ha puesto
y, por hablaros presto,
yo tengo a vuestra hermana
casada de mi mano.
FÉLIX: Dame tus pies por el honor que gano.
ALEJANDRO: Por cartas he sabido
su altivo pensamiento,
y con mayor contento
le tengo respondido,
que yo lo trataría;
basta decir que tiene sangre mía.
Y desde aquí os prometo
tomarla yo a mi cargo;
solamente os encargo,
don Félix, el secreto;
y, pues queda tratado,
no dispongáis de darla nuevo estado.
FÉLIX: Guarde tu vida el cielo,
para que el mundo vea
honrar a quien desea
servirte; hoy en el suelo
pondré humilde la boca.
ALEJANDRO: (¡Ay necio fin de una esperanza loca!) **Aparte**

Vase

FÉLIX: Diréla esta ventura
del nuevo casamiento;
y si mi pensamiento
anima su hermosura
y mi imposible allana,
buenas albricias llevaré a mi hermana.

Vase. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Qué sientes?
ANA: Que ya estoy muerta,
aunque, para consolarme,
la muerte quiere matarme,
y parece que no acierta.
Mal mis desdichas concierta.
Díjome Félix que amaba
a Nísida, y que aspiraba,
Elvira, a casar con ella,
y que yo a Nísida bella
dijese que la adoraba.
Si él de veras la quisiera,
a pesar de sus enojos,
con el alma y con los ojos
su sentimiento dijera;
no esperara que yo fuera;
pero más desentendida,
con respuesta agradecida,
quizá le despertaré
una verdadera fe
de una voluntad fingida.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Si hace Amor que una alegría
dos pechos distintos mueva,
¡plegue a Dios que sea tu nueva,
hermana, como la mía!
En albricias te traía
lo que ya decirte quiero,
porque así obligarte espero;
que no fuera trato justo
que negaras tú mi gusto,
sabiendo el tuyo primero.
Hermana, casada estás;
deseoso de tu bien,
por mujer te pide quien
te estima y te quiere más.
Mira qué albricias me das
de tu estado y de tu aumento.
Vuélveme a dar tu contento.

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: Elvira, sin duda ha sido
César el que me ha pedido.
¡Qué dichoso casamiento!

Vase ELVIRA

Que he de obedecerte es llano;
y así no dudes que aquí
puedes disponer de mí
como padre y como hermano.
Si tanto en servirte gano,
oye lo que me pasó.

A Nísida dije yo
los suspiros que te cuesta,
y fue la mejor respuesta...
FÉLIX: ¿Qué?
ANA: ...que no me respondió.
Si a quien se llega a decir
tu pasión la voz esconde,
es señal, pues no responde,
que le queda más que oír.
Vuelve de nuevo a sentir;
Tarde o nunca se libró
mujer que una vez oyó.
Prosigue, Félix; que bien
responde callando quien
oyendo no respondió.
FÉLIX: ¿Qué dicha a mi dicha iguala?
Mas término injusto fuera
que, con tan buena tercera,
esperara nueva mala.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Don César está en la sala;
dice que te quiere hablar.
FÉLIX: Tú te puedes retirar.
ANA: (Pues viene tan descubierto, **Aparte**
sin duda mi bien es cierto.
Desde aquí quiero escuchar.)

Retíranse doña ANA y ELVIRA

FÉLIX: Don César, mucho agraviáis
esta casa, pues en ella,
sabiendo vos que lo es,
no entráis como en propia vuestra.
ANA: (Ya como hermanos se tratan.) **Aparte**
CÉSAR: Yo me detuve a la puerta
por esperar, como es justo,
que me diérades licencia.
Don Félix, bien conocéis
de mis padres la nobleza,
de mi vida las costumbres
y cantidad de mi hacienda.
El crïado que más quiere
el príncipe soy; bien muestra
en mí su poder, pues hace
mucho de nada su Alteza.
En su casa me ha crïado,
haciendo desde edad tierna
confïanza en mi persona,
como en mi ingenio experiencia.
No volví el rostro a las armas,
por inclinarme a las letras;
que valor y estudio vieron
la campaña y las escuelas.
Al fin, para no cansaros,
soy vuestro amigo, y quisiera
asegurar la amistad.

ANA: (Aquí sin duda conciertan **Aparte**
lo que ya tienen tratado;
quiero escuchar atenta.)
CÉSAR: Mi intención y mi deseo,
bien que atrevimiento sea,
más claro que las razones,
os habrán dicho las muestras;
que, informándoos tan despacio,
haber discurrido es fuerza
el fin, pues en vuestra casa
no tenéis más que una prenda.
Confieso que, a ser del mundo
señor, aun no mereciera
mirarla; soberbia ha sido,
mas disculpada soberbia.
Perdonad; y si os obligan
mi calidad y mis prendas,
servíos con mis deseos,
y honradadme con su belleza.
¿Qué pensáis? ¿Qué os suspendéis?
ANA: (Parece que ahora empiezan **Aparte**
lo que ya tienen tratado.)
FÉLIX: Saben los cielos, don César,
lo que estimo y agradezco
vuestro deseo, y quisiera
que de secretos del alma
dieran las razones muestra.
A ningún hombre del mundo
con más gusto la ofreciera
que a vos, porque sois mi amigo;
mas no hay razón donde hay fuerza.
No os puedo dar a mi hermana
y no ha un hora que pudiera,
que eso habrá que está casada.
Tarde habéis venido, César.
ANA: (¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?) **Aparte**
CÉSAR: Si pensáis de esa manera
castigar no haberos dicho
antes de ahora mis penas,
yo quedo bien castigado;
bastan, don Félix, las pruebas,
pues que nunca llega tarde
conocimiento que llega.
A tiempo estáis de enmendar
esas pasadas ofensas;
y pues no habéis ignorado
que os está bien que esto sea,
no desechéis la ocasión.
FÉLIX: Ni ignoro vuestra nobleza,
ni que a mí me está muy bien
honrar mi casa con ella;
pero solamente ignoro
en qué razón os ofenda
para enmendarlo. ¡Por Dios,
que está casada! Quisiera
poder deciros con quién.
Y aquí ahora, por más señas,
a mi hermana la decía
de su casamiento, y ella,
por ser mi gusto, lo oyó

muy alegre y muy contenta.
ANA: (¿Qué es esto, cielos? Elvira, **Aparte**
esto me importa, aunque sea
atrevimiento terrible.
Hoy tengo de hablar a César.)
CÉSAR: (¿Doña Ana alegre y casada, **Aparte**
y yo con vida? ¡Paciencia,
pues si no pierdo la vida
es porque a doña Ana pierda!)
Don Félix, bien os vengáis
de mis deseos, pues eran
aspirar a tanta gloria,
y al fin me dejáis sin ella.
Pues fue tan corta mi suerte
que no pude merecerla,
y mi señora doña Ana
está casada y contenta,
el nuevo dueño la goce
tantos años que no tenga
memoria de ellos la muerte.
ELVIRA: (Mas, ¿qué presto se consuelan **Aparte**
los hombres en sus desdichas!)

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: ¡Ay, Elvira, quién pudiera
hablar a César!
ELVIRA: Aguarda;
veamos si mi industria llega
a lograrlo de esta suerte.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Un hombre espera a la puerta,
diciendo que quiere hablarte.
FÉLIX: Perdonadme, y dad licencia
de ver quién es; que ya vuelvo
al instante.
CÉSAR: Id norabuena.

Vase don FÉLIX

¿Hasta cuándo, hados impíos,
habéis de afligirme?

Sale doña ANA

ANA: César,
¿qué es esto?
CÉSAR: Desdichas mías,
que con tirana violencia
el alma oprimen.
ANA: Escucha;
que nunca mi fe pudiera
negar lo mucho que estimo.

Al paño habla don FÉLIX saliendo; y doña ANA se retira apriesa

FÉLIX: No vi a nadie.
ELVIRA: Ya dio vuelta.
ANA: (¡Infeliz de quien la falta **Aparte**
tiempo aun de hablar en sus penas!)

Vase

FÉLIX: Hasta la calle salí.
ELVIRA: Yo te aseguro que vuelva,
si te ha menester.

Vase

CÉSAR: Don Félix,
encareceros quisiera
lo agradecido que estoy
a mi desdicha, pues ella
me ha dado aquí un desengaño
tan grade, que no pudiera
con otro satisfacerme.
Casada doña Ana bella
está, que ya no lo dudo;
ruego a los cielos que sea
con el gusto que deseo
para mí.
FÉLIX: Mirad, don César,
que soy muy amigo vuestro,
y que por eso no cesa
mi amistad.
CÉSAR: No, pues la mía
en el mismo estado queda.

Vanse. Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Cuando de mi confuso pensamiento,
necio Amor, locos casos imagino,
menos me atrevo y más me determino,
que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido a mi valor, intento
a un agravio remedio peregrino;
y, animándole, apenas adivino
verdugo de mi infamia el sentimiento.
Olvido ingrato, agradecido adoro,
aborrezco cobarde, amo atrevido,
llamo y me huyo, quiero y no deseo;
canto mis penas, y mis glorias lloro.
¿Qué mucho viva o muera arrepentido,
si he de perder la vida o el deseo?

Sale LÁZARO

LÁZARO: Mandóme don César que

buscase a don Félix; por-
que quiere hablarle, y aunque
me ha costado mucho tor-
mento, a don Félix no hallé,
ni ahora a mi señor tampoco
hallo en toda la ciudad.
Ellos me han de volver loco;
mas si va a decir verdad,
ellos tiene que hacer poco.
Mas aquí el príncipe está.
ALEJANDRO: ¡Lázaro!
LÁZARO: Buen caballero
te faltó.
ALEJANDRO: ¿Cómo va?
LÁZARO: Ya
puedes ver.
ALEJANDRO: ¿Qué hay?
LÁZARO: No hay dinero;
y así, no sé cómo va.
Remendaba con estilo
sus calzones un mancebo.
Yo, que le acechaba, vilo,
y pregunté, "¿Qué hay de nuevo?"
Y él respondió, "Sólo el hilo."
Yo a decirle no me atrevo,
porque aun el hilo no es nuevo;
pero, mirándome así,
un famoso arbitrio di.
ALEJANDRO: Si fue tuyo, ya le apruebo.
LÁZARO: ¿Puesto en uso no se ve
traer calzones de bayeta?
Pues yo fui quien lo inventé,
que soy Adán de esta seta.
ALEJANDRO: ¿Y de qué manera fue?
LÁZARO: Si el saberlo te desvela,
yo unos calzones tenía
muy rotos, y con cautela,
faltóme la tela un día,
y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no lejos
del mío, muchos después
admitieron mis consejos;
así que cuanto hoy ves
todos son calzones viejos.
ALEJANDRO: ¡Quién, para poderte oír,
no tuviera que sentir!

Vase

LÁZARO: Ríe el pobre, el rico llora,
y así en este mundo ahora
todo es llorar y reír.

Sale don CÉSAR

CÉSAR: A que el príncipe se fuera,
Lázaro, esperando estuve,
para hacer entre los dos

glorias y penas comunes.
Don Félix casa a doña Ana,
y no conmigo, ni pude
saber con quién. En efecto
mi bien de mi mal se arguye;
que esta noche, cuando el sol
en pavimentos azules
haga el tálamo de Tetis
sepulcro undoso a sus luces,
la he de sacar de su casa.

LÁZARO: Pues por todas estas cruces,
que no ha de saberlo Arias.
¿Posible es que no rehuses
el descubrir tu secreto?
De esta ocasión se concluyen
tu bien o tu mal.

CÉSAR: Es cierto.

LÁZARO: Pues cuando decirlo excuses,
¿qué pierdes? Cuando lo digas,
¿qué ganas?

CÉSAR: Porque no culpes
que no estimo tu consejo,
y porque del todo apure
amor mi desdicha, hoy quiero
callar mi secreto.

LÁZARO: Hoy suben
al cielo tus esperanzas,
para que de todas triunfes.
Habla a todos, está alegre,
e iremos, cuando las nubes
por la muerte de las flores
se vistan negros capuces.

Sale don ARIAS

ARIAS: ¡Don César!

A don CÉSAR, al oído

LÁZARO: No hay nada nuevo,
porque no nos lo pregunte.

ARIAS: ¿Qué tenéis?

LÁZARO: Aunque está triste,
no es pendencia, no te juntes;
que no ha menester tu lado.

ARIAS: ¿Qué ha sucedido?

CÉSAR: Que tuve
cultivada una esperanza
que, a tiempo de darme dulce
fruto, se secó en su flor,
siendo mi estrella el octubre.
Don Félix casa a doña Ana,
que así su quietud presume;
pedísela por mujer,
respondióme que propuse
tarde mi intento, y que está
casada y contenta. ¿Sufren
los celos mayores penas?

LÁZARO: Ya basta, señor. --Excuse
vuesa merced el hablarle,
porque le dan pesadumbre
unos vaguidos muy grandes
que a la cabeza le suben.
ARIAS: ¿En qué puedo yo serviros?
LÁZARO: (En callar.) **Aparte**
ARIAS: ¡Por Dios, que encubre
mi pecho harto sentimiento!

Vase

LÁZARO: (Porque cesan tus embustes.) **Aparte**
CÉSAR: Amor, si acaso te mueven,
por dios, tantas inquietudes,
ya es tiempo que con un bien
mil sentimientos disculpes.
Ya basta lo que he sufrido.
No es mucho que disimules
mis cortos merecimientos,
por la gloria a que me opuse.
Ya no ha de ser el perderla
lo que más mis dichas turbe,
mas ver que otro esté gozando
lo que yo esperando estuve.

Salen ALEJANDRO y don ARIAS, hablando entre sí

ALEJANDRO: ¿Eso ha pasado?
ARIAS: Aquí estaba.
ALEJANDRO: Pues porque no se asegure
que, cuando tuvo ocasiones
sólo, ocupado le tuve,
y no advierta la malicia,
esta noche es bien le ocupe,
porque no tiene que hacer,
y un día a otro se disculpen.
¡César!
CÉSAR: ¿Señor?
ALEJANDRO: Hasta el día
he de escribir, porque es lunes,
y he de despachar a Roma
y Nápoles.
CÉSAR: Yo voy. (Huyen **Aparte**
de mis manos las venturas.
Lunes fue, para que impugnen
los días como las horas.)

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

¿"Mis dichas", Lázaro, "suben
al cielo mis esperanzas"?
LÁZARO: ¿Yo, señor, qué culpe tuve?
CÉSAR: Tú me dijiste que aquí
estuviese.
LÁZARO: No me culpes.
CÉSAR: ¿Quién te mete en dar consejos?

LÁZARO: Mi desdicha.
CÉSAR: ¡Que me ayude
tan poco el tiempo que sean
martes para mí los lunes!
Aquí está todo aderezo.
¡Plegue al cielo no me turbe,
que tengo el alma en doña Ana
llena de mil pesadumbres!

Sacan un bufete con escribanía, vanse don ARIAS y LÁZARO, y escribe don CÉSAR

ALEJANDRO: Despejad. (Hoy de los celos **Aparte**
hacer experiencia pude,
y en perdidas esperanzas
veré los toques que sufren.)

Decid, "Yo estoy..."
CÉSAR: Estoy... (muerto de celos...) **Aparte**
ALEJANDRO: "...tratando con secreto..."
CÉSAR: "con secreto..."
(¡Aun no pude gozar la ocasión, cielos!)
ALEJANDRO: "...el casamiento..."
CÉSAR: El casamiento...(efeto **Aparte**
no ha de tener.)
ALEJANDRO: "Al fin vuestros desvelos
le tendrán."
CÉSAR: Le tendrán... (mas no los míos; **Aparte**
que vientos pueblo, cuando aumento ríos.)
ALEJANDRO: "Lo que yo os aseguro..."
CÉSAR: Os aseguro...
(...es mi muerte.) **Aparte**
ALEJANDRO: "...que vuestro honor procuro."
CÉSAR: Procuro... (divertirme, mas no puedo.) **Aparte**
ALEJANDRO: "Por ser doña Ana..."
CÉSAR: (Aquí rendido quedo.) **Aparte**
Doña Ana...
ALEJANDRO: "Castelví por su nobleza
y ángel por sus virtudes y belleza."
CÉSAR: ¿Dónde tu alteza aquesta carta envía?
ALEJANDRO: A Flandes.
CÉSAR: Para Flandes no es hoy día,
y así podrá dejarse hasta mañana.
ALEJANDRO: (Perdió el color al nombre de doña Ana.) **Aparte**
No importa que hoy no sea;
escrita se estará.
CÉSAR: (¿Quién hay que crea
tan tirano rigor, pena tan fiera?)
ALEJANDRO: Proseguid, repitiendo la postrera
razón.
CÉSAR: "Rendido quedo."
ALEJANDRO: Pues, ¿yo he dicho
tal razón? Dad acá.
CÉSAR: Lo dicho he dicho.

Toma ALEJANDRO la carta y lee

ALEJANDRO: "Yo estoy muerto de celos, tratando con

secreto, aun no pude gozar la ocasión;
el casamiento efeto no ha de tener;
al fin vuestros desvelos le tendrán, no
los míos; lo que yo os aseguro es mi
muerte; que vuestro honor procuro, por
ser doña Ana... Aquí rendido quedo."

¿Yo os he dicho que escribáis
de esta suerte?

CÉSAR: Si han podido
obligarte en algún tiempo,
Alejandro, mis servicios,
ahora le tienes de honrarme;
que no es de tu pecho digno
blasón que, por el ajeno
honor, me quites el mío.
Casado estoy con doña Ana;
casado no, pero digo
que a este fin habrá dos años
que la quise y que me quiso.
No diré las ocasiones
que por tu causa he perdido,
anteponiendo leal
a mi gusto tu servicio.
Mas sólo diré que hoy,
sabiendo que el cielo impío
su casamiento ordenaba,
trató casarse conmigo.
Pensando que me estorbaba,
negué el secreto a un amigo,
pero viendo que no tiene
en mí el secreto peligro,
sólo a algún planeta doy,
sólo atribuyo a algún signo
el querer con mala estrella,
pues ellas la causa han sido.
Pero si suelen vencerse
con reservados arbitrios,
para que en mi estrella juzgues,
hoy el cielo te previno.

ALEJANDRO: Si en perdidas ocasiones,
don César, has conocido
que fue culpa de tu estrella,
no condenes al amigo;
supuesto que no bastó
hoy para haberla perdido
haber callado el secreto;
que sucediera lo mismo
cuando siempre le guardaras;
pero yo estoy ofendido
de que tratases casarte
sin saber el gusto mío.
Dame la pluma; que yo
quiero escribir, que ya he visto
lo poco de que me sirves.

CÉSAR: De poco, señor, te sirvo,
pero ninguno...

ALEJANDRO: Ya basta.

Escribe

CÉSAR: (Si de la Fortuna ha sido **Aparte**
este juego, en solo un lance
al rey y dama he perdido.
¿Hay más tormento en el mundo?
¿Hay más pena en el abismo?
No, pues no la tengo yo.)
ALEJANDRO: Cerrad el papel que he escrito,
y llevádsele a don Félix,
que haga lo que en él le digo.
CÉSAR: ¿Hoy he de llevarle?
ALEJANDRO: Sí.
CÉSAR: Que no hay correo imagino.
ALEJANDRO: Llevadle vos a su casa;
que con un propio le envío.
CÉSAR: (Perdida he visto una dama, **Aparte**
y un señor airado he visto,
y no sé para otra vez
cuál de los dos he temido.)

Vase. Salen don FÉLIX y don ARIAS

ARIAS: Ya ha acabado de escribir.
ALEJANDRO: Don Félix, nuevas ha habido
de que hoy entra en Parma el novio,
y aun en vuestra casa han dicho.
FÉLIX: Beso mil veces tus pies,
y por doña Ana te pido
las manos. Yo voy a darla,
con tu licencia, el aviso,
para que esté prevenida.

Vase

ALEJANDRO: ¡Don Arias!
ARIAS: ¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Tú has de jurar en la cruz
de aquesta espada que ciño
que jamás ha de saber
doña Ana que la he querido,
ni César que le he estorbado.
ARIAS: Así juro de cumplirlo
en la cruz de aquesta espada.
Y yo ahora te suplico
que no le digas a César
que soy el que te lo dijo.
ALEJANDRO: Yo lo prometo; partamos
a ser de su bien testigos,
que hoy a Alejandro, en grandeza
como en el nombre, le imito.

Vanse. Salen don FÉLIX, doña ANA y ELVIRA

ANA: Esto es verdad.
FÉLIX: ¡Qué bien pagas,

hermana, el cuidado mío!
¿Promesa de religión?
ANA: No lo dije a los principios,
por pensar que no llegara
a efecto; mas ya que he visto
que le tiene, que no puedo
casarme, hermano, te digo.
FÉLIX: ¿Qué diré al príncipe yo?
ANA: (¡Que no haya César venido! **Aparte**
Mas ya viene; bien podré
irme con él.)

Salen don CÉSAR y LÁZARO

CÉSAR: (Mi mal sigo, **Aparte**
pues del rigor que padezco
soy instrumento yo mismo.)
LÁZARO: (¡Mas que para en casamiento!)
CÉSAR: Don Félix, no haber pedido
licencia es haberla dado
este papel que hoy ha escrito
el príncipe para vos.
FÉLIX: Y yo el cuidado os estimo.
CÉSAR: (¡Ay perdida gloria mía!) **Aparte**
ANA: ((Ay querido dueño mío!) **Aparte**

Lee para sí

FÉLIX: "Porque, prevenida la gloria, hace
menor el gusto, no os he dicho antes
de ahora que la persona que os tengo
propuesta es don César. En él
concurren todas las calidades que
podéis imaginar. Dadle a vuestra
hermana, que él solo la merece, si
deja merecerse tanta ventura."

César, el príncipe escribe
que para quien ha pedido
mi hermana sois vos.
ANA: ¡Ay cielos!
CÉSAR: ¿Qué decís?
FÉLIX: Que ya suspiro
con otra causa, pues nunca
hubo contento cumplido.
Que para que no os merezca,
doña Ana ahora me dijo
que no se puede casar
por una promesa que hizo.
ANA: Es verdad que yo lo dije.
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es esto que miro? **Aparte**
¿Doña Ana finge promesas
por no casarse conmigo?)
FÉLIX: Leed, don César, el papel.

Salen ALEJANDRO, NÍSIDA, y don ARIAS

ALEJANDRO: No le leáis; que si escribo
ausente, presente estoy,
y afirmaré lo que firmo.
FÉLIX: En buena ocasión me has puesto.
Danos tus pies.
NÍSIDA: Yo he venido
con mi hermano por tener
parte en vuestros regocijos.
ALEJANDRO: Don César, de esta manera
enseño a premiar servicios.
Dadle a doña Ana la mano;
que yo vengo a ser padrino.

Hablan aparte don FÉLIX y doña ANA

FÉLIX: ¿Qué he de decir?
ANA: No te aflijas;
que en tal fuerza es permitido
conmutarse en otra cosa
la promesa.
CÉSAR: Si rendido
a tus pies...
ANA: Alza del suelo;
que mi promesa he cumplido;
pues prometí no casarme,
no siendo, César, contigo.
LÁZARO: Ya, señor, casado estás.
¡Gracias a Dios que salimos
de esta empresa con victoria!
Mas, ¡por Dios! que no te envidio.
ALEJANDRO: Yo he de partir luego a Flandes
a servir al gran Filipo
segundo, donde Mastrique
venga a ser el blasón mío;
y por dejar en mi estado
gobierno, a Félix elijo,
que a Nísida dé la mano.
FÉLIX: Mil veces los pies te pido
por las honras que me ofreces.
NÍSIDA: Tu gusto fue mi albedrío.
LÁZARO: ¡Elvira!
ELVIRA: ¿Qué?
LÁZARO: Yo me voy;
que, si me tardo un poquito,
según que vienen casando,
te habrás de casar conmigo.
ARIAS: Nadie fíe su secreto
del más cuerdo y más amigo;
que en la más sana intención
está un secreto a peligro,
y no se queje de agravio
quien no calla el suyo mismo.
CÉSAR: Y aquí da fin la comedia,
por quien el perdón os pido.

NI AMOR SE LIBRA DE AMOR

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

ÍNDICE

Jornada primera 809
Jornada segunda 848
Jornada tercera 878

Personas que hablan en ella

ANTEO
LIDORO
ARSIDAS
FRISO
FABIO
LIBIO
ATAMAS
CUPIDO
SIQUIS
ASTREA
SELENISA
FLORA
SOLDADOS
DOS SALVAJES
MÚSICOS
VOCES

JORNADA PRIMERA

Sale un coro de música, y detrás Selenisa, suelto el cabello y coronada de flores, y con la copla que se canta y representa, dando vuelta al tablado, yéndose a tiempo que por una parte salen Lidoro y Libio, y por otra Arsidas y Fabio.

SELENISA Venid, hermosuras felices, venid…
CORO 1 Venid, hermosuras felices, venid…
SELENISA … a hacer sacrificios hoy…
CORO 1 … a hacer sacrificios hoy…
SELENISA … a la diosa de la hermosura,…
CORO 1 … a la diosa de la hermosura,…
SELENISA … que es hija de nieve, y madre de ardor.
CORO 1 … que es hija de nieve, y madre de ardor.
SELENISA Venid, venid, con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
CORO 1 Venid, venid, con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
ARSIDAS Si ésta es Selenisa, Fabio,
¡dichoso mil veces yo!
LIDORO Yo mil veces infelice,
si la que mirando estoy,
Libio amigo, no es Astrea.
FABIO ¿Tanto el verla te agradó?
ARSIDAS ¿A quién pudiera dejar
de agradar su perfección?
LIBIO ¿Tan bella te ha parecido?
ARSIDAS No vi hermosura mayor.
TODAS Venid, venid, con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.

Vanse; sale el segundo coro, y detrás Astrea, dando vuelta al tablado.

ASTREA Llegad, hermosuras felices, llegad…
CORO 2 Llegad, hermosuras felices, llegad…
ASTREA … a ofrecer adoración…
CORO 2 … a ofrecer adoración…
ASTREA … al hermoso prodigio que flecha…
CORO 2 … al hermoso prodigio que flecha…
ASTREA … arpones a un tiempo de agrado y rigor.
CORO 2 … arpones a un tiempo de agrado y rigor.
ASTREA Llegad, llegad con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
CORO 2 Llegad, llegad con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
LIDORO Ya no importa que no sea
Astrea la que pasó
primero, si ésta lo es.
LIBIO ¡Qué apacible condición!
ARSIDAS ¡Ay, Fabio, si fuera ésta
Selenisa, y la otra no!
FABIO ¿Qué importará, si en viniendo
otra cualquiera, señor,
lo mismo dirás?, que siempre
la postrera es la mejor.
TODAS Llegad, llegad, con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.

Vanse, y sale el tercer coro, y detrás Siquis.

SIQUIS Corred, hermosuras felices, corred…
CORO 3 Corred, hermosuras felices, corred…
SIQUIS … a rendir el corazón…
CORO 3 … a rendir el corazón…
SIQUIS … a la deidad que vibra en sus ojos…
CORO 3 … a la deidad que vibra en sus ojos…
SIQUIS … los arcos de diosa y las flechas de un dios.
CORO 3 … los arcos de diosa y las flechas de un dios.

SIQUIS Corred, corred con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
CORO 3 Corred, corred con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.
LIDORO ¡Oh Júpiter! ¿Qué asombro es el que miro?
ARSIDAS ¿Qué portento, ¡oh Apolo!, es el que admiro?
LIDORO No hizo naturaleza
la rara perfección desta belleza.
ARSIDAS Por ostentar el cielo su luz pura,
la fábrica dictó desta hermosura.
LIDORO ¡Oh, quiera el hado que ésta fuese Astrea!
ARSIDAS ¡Oh, quiera Amor que Selenisa sea!
TODAS Corred, corred, con planta veloz
al templo divino de Venus y Amor.

Vanse.

LIBIO ¿De qué te has suspendido?
LIDORO Al prodigio que vi perdí el sentido.
FABIO ¿De qué te has elevado?
ARSIDAS Al asombro que vi quedé admirado.
LIBIO Pues ¿no era la primera
muy hermosa?
LIDORO Confieso que lo era;
mas fue flor que, aunque hermosa,
se marchitó a la vista de la rosa.
FABIO ¿Muy bella no dijiste
que la primera era que aquí viste?
ARSIDAS Sí; pero rosa fue que, aunque fragrante,
se oscureció a la vista del diamante.
LIBIO La segunda, ¿no fue divina y bella?
LIDORO Fue un diamante a la vista de una estrella.
FABIO La otra después, ¿no te agradó?
ARSIDAS Sí; pero
fue una estrella a la vista de un lucero.
LIBIO ¿No estimaras entonces su fortuna?
LIDORO Ya fue lucero a vista de la luna.
FABIO ¿No murieras entonces en su abismo?

ARSIDAS Ya fue la luna a vista del sol mismo.
LIDORO Porque ésta, más hermosa,…
ARSIDAS Porque ésta, más brillante,…
LIDORO … entre comunes flores fue la rosa,…
ARSIDAS … entre comunes rosas fue el diamante,…
LIDORO … fue estrella,…
ARSIDAS … fue lucero,…
LIDORO … fue la luna,…
ARSIDAS … fue el sol,…
LOS DOS … fue el cielo entero.
ARSIDAS ¡Oh, quiera amor que Selenisa sea!
LIDORO ¡Oh, quiera el hado que ésta fuese Astrea!
LIBIO Desta gente que vemos,
saber los nombres de las tres podemos.
FABIO De aquestos que miramos,
saber podremos lo que deseamos.
LIDORO Dices bien; llegar quiero.
ARSIDAS La licencia que tiene un forastero
disculpe… Mas ¿qué veo?
LIDORO ¿Si es acaso ilusión de mi deseo?
¡Arsidas generoso!

Abrázanse.

ARSIDAS ¡Lidoro invicto! ¿Yo tan venturoso
que en la isla de Egnido
toparos tan acaso he merecido?
LIDORO A gran ventura tengo
que en ella os halléis vos, cuando a ella vengo;
que aunque haya deseado
estar desconocido y disfrazado,
necio con novedad, Arsidas, fuera,
si con vos el recato se entendiera.
ARSIDAS Y yo lo mismo digo,
que sois, Lidoro, mi mayor amigo;
tanto, que al escucharos hoy y al veros,
hasta en aqueso estimo pareceros,
que también he venido
de secreto a la isla.

LIBIO Dicha ha sido,
Fabio amigo, el hallarte
en aquesta ocasión.
FABIO ¿Tú en esta parte?
Dame, Libio, los brazos.
LIBIO Serán de mi amistad eternos lazos.
FABIO Por lo menos seremos hoy testigos
de una gran novedad.
LIBIO ¿Qué es?
FABIO Ser amigos,
siéndolo nuestros amos,
sin revolver familias.
ARSIDAS Pues que estamos
en una misma duda,
hoy a sacar el uno al otro acuda.
LIDORO Decís bien, y yo quiero
ser el que de ella a vos libre primero.
Después que a daros socorro
partí a Chipre, vuestro reino,
en las guerras que tuvisteis
con Pandión, aquel soberbio
monstruo, que de la fortuna
pretendía entonces serlo,
de vuestras sienes quitando,
y manos, laurel y cetro;
después que su armada visteis
de mí derrotada, a tiempo
que su ejército, de vos
desbaratado y deshecho,
tomó la vuelta de Acaya,
por tierra y por mar huyendo;
y después, en fin, que yo,
dejándoos triunfante y quieto,
dejé descansar a Marte,
colgando el arnés sangriento
por último adorno suyo,
en primer servicio vuestro,
traté de tomar estado;

y entrando conmigo mesmo
en consejo —si es que el proprio
ser puede el mejor consejo—,
pedí a Atamas, rey de Egnido,
que me diese en casamiento
la una de sus tres hijas,
por haber oído que el cielo
a todas tres las dotó
de beldad, gracia y ingenio;
tanto, que Paris confuso
no determinara el premio
de aquella manzana de oro,
viendo entre las tres suspenso
cuanto litigan iguales
de su justicia el derecho,
mejor —o miente la fama—
que Juno, Palas y Venus.
Atamas, pues, respondió,
agradecido a mi intento,
que de la beldad de Astrea
me haría dichoso dueño,
ni la mayor ni menor
de sus hijas, porque atento
a que la heredera suya
no hubiese de ir a otro imperio
a vivir, no me ofrecía
la mayor, que a lo que pienso,
es Selenisa; y yo, pues,
ni dudando ni creyendo,
como antes dije, a la fama
altos encarecimientos,
lo que oyeron los oídos,
acrisolar quise cuerdo
al examen de los ojos;
porque no importa, en efeto,
que a todos parezca hermosa
una mujer en extremo,
si al que ha de vivir con ella

no consigue el parecerlo.
No siempre el agrado está
vinculado a lo perfecto;
agrado hay voluntarioso
que se contenta con menos,
porque tiene ciertos casos
reservados el afecto
para sí, que nadie puede
ni alcanzarlos ni entenderlos.
Tal vez vemos desdichada
una hermosura, y tal vemos
dichosa la medianía
de un parecer, porque es cierto
que aunque amor todo es cuestión,
es cuestión sin argumento,
y así nadie le concluye
a razones; que por eso
—aunque la frase es vulgar,
decirlo aquesta vez tengo—
aquello que atray se llama
un no sé qué, concediendo
que el no saberlo disculpa
la culpa del no saberlo.
En fin, amor del oído
pocas veces hizo aprecio,
porque cuando escucho yo
unas señas, voy haciendo
de las voces que percibe
ausente mi entendimiento,
un concepto acá en la idea;
y si no sale el concepto
como le formo, se halla
burlado mi pensamiento,
lo que no pasa a los ojos,
porque no perciben ellos
el objeto imaginado,
sino realmente el objeto.
Y así, por no dejar nunca

escrupuloso el deseo,
si Astrea no fuese como
la imaginase, sabiendo
que hoy en Egnido se hacen
los sacrificios…

ARSIDAS Teneos;
que quiero yo proseguir,
pues a lo que considero,
ya que hasta aquí parecido
ha sido el discurso nuestro,
es preciso que también
haya desde aquí de serlo.
Y así, por partir, Lidoro,
de la relación el tiempo,
pues lo que me habéis contado
había de ser lo mesmo
que yo os contara, asentando
que no es en el mundo nuevo
el que concurran tal vez
dos en un mismo concepto,
proseguiré, porque en uno
se sepan ambos intentos;
si bien será menester
prevenir que los sucesos
solo tienen diferencia
en que la que yo pretendo
es Selenisa, porque
no es para mí impedimento
ser heredera de Egnido
y no haber de ir a mi reino;
que habiendo quedado yo
de los pasados encuentros
tan pobre, me es conveniencia
dejar hoy por el ajeno
estado el propio; y así
—aquí quedasteis—, sabiendo
que hoy en Egnido se hacen
los sacrificios de Venus,

y que todas las doncellas,
desde la que ilustra el pecho
real sangre a la más humilde,
al aire suelto el cabello
y coronadas de flores,
con músicos instrumentos
y sus dones cada una,
concurren a aqueste templo
a pedir para su estado
a la diosa sus proverbios;
con deseo yo de ver
a Selenisa primero
que con ella me despose,
quise venir encubierto
a la isla; y por ser paso
de poder verla este puesto
que entre el templo está y palacio,
en él he estado suspenso
de ver en las tres deidades
tres bellísimos portentos
que parece que a porfía
la naturaleza ha hecho.
Dudoso, pues, de ignorar
entre las tres cuáles fueron,
a preguntaros sus nombres
diciendo llegué…

Dentro ruido de voces.

TODOS *dentro* ¡No hay Venus!
¡Siquis es de la hermosura
la diosa!
LIDORO ¿Qué será aquello?
LIBIO ¿Qué os espanta? Habrán venido
otros a ver de secreto
sus esposas, y querrán
proseguir también el cuento.
UNOS ¡Viva Siquis!

OTROS ¡Siquis viva!
UNOS ¡Sus estatuas derribemos!
OTROS ¡Profanemos sus altares!
TODOS ¡Viva Siquis! ¡Muera Venus!
ARSIDAS ¿Qué novedad será ésta?
LIDORO Todo es confusión y estruendo.
TODOS ¡Venus muera! ¡Siquis viva!
ATAMAS ¡Vasallos, amigos, deudos…!
TODOS Es en vano. ¡Viva Siquis!

Salen Anteo y Friso.

ANTEO ¡Raro caso!
FRISO Y aun espeso.
ANTEO ¿Que siempre, Friso, has de estar
loco? Cuando salgo huyendo
por no ser cómplice, ¡ay triste!,
en tan sacrílego intento,
¿de burlas hablas?
FRISO ¿Qué quieres,
si nací así?
ARSIDAS Caballero,
si el serlo los dos, y el ser
de más a más forasteros,
en cualquiera ilustre sangre
halla noble acogimiento,
decidnos qué novedad
es ésta.
ANTEO Escuchad atentos;
que a precio de desahogar
mis penas y sentimientos,
os buscara agradecido
a que quisierais saberlos.
FRISO (¡Qué miro! ¿Arsidas no es éste,
y aquél Lidoro, encubiertos
en Egnido y disfrazados?
Mas ¿quién me mete a mí en esto?)
ANTEO Los moradores de Egnido,
isla consagrada a Venus,

por heredada costumbre
y ceremonia tenemos
hacerla todos los años
fiestas en aquese templo,
en cuyas aras su imagen
tiene religioso asiento.
Las jóvenes hermosuras
que estado esperan, con celo
devoto, como, al fin, madre
de Amor, la ofrecen inmensos
dones, para que felices
las haga en sus casamientos;
que aun las deidades se obligan
de la dádiva y el ruego.
A este, pues, culto la diosa,
en fe de agradecimiento,
responde tal vez de algunas
los hados malos o buenos.
Entre las varias beldades
que hoy a sus aras vinieron,
fueron las tres hermosuras,
hijas de Atamas, rey nuestro.
Selenisa la primera
fue que al templo entró.

ARSIDAS (Yo muero,
pues no es Selenisa aquella
que robó mi pensamiento.)

LIDORO (Albricias, alma; que aún tienen
esperanza mis deseos.)

ANTEO Astrea fue la segunda.

LIDORO (Ya no la tienen.)

ANTEO Siguiendo
a las dos Siquis llegó…
Aquí es forzoso el haceros
un paréntesis; si fuere
largo, perdonad os ruego,
que en llegando a hablar de Siquis,
no es posible humano acento

ceñirse en las alabanzas
de tan divino sujeto;
y más yo, que declarado
amante suyo y su deudo,
si no la merezco agrados,
rigores no la merezco.

LIDORO (¡Oh, qué anticipado al gusto
anda siempre el sentimiento!)

ARSIDAS (¿A quién llegaron jamás
antes que el amor los celos?)

ANTEO Es Siquis la más hermosa
dama que vio el sol, corriendo,
campeón de sombras y luces,
el azul campo del cielo;
desde un oriente a otro oriente,
desde uno a otro ocaso, es cierto
que no vio igual hermosura.
Sea consecuencia desto
alumbrar con mayor día
la estación deste hemisferio,
como academia en que va
estudiando y aprendiendo
los preceptos de la luz,
y aún ignora los preceptos,
pues donde los cursa más
es donde los sabe menos.
Todo el año es primavera
esta isla, produciendo,
a las órdenes de Siquis,
flores el tiempo sin tiempo.
Cuando sale de palacio,
están los públicos puestos,
con alborozo de verla,
todos de gente cubiertos.
¡Cuántos, o ya penetrando
los montes, o ya rompiendo
los mares, peregrinaron
por solo mirarla, siendo

el primero voto humano
de hermosura sin ejemplo!
Opinión hay que Cupido,
sin verla, se ausentó huyendo
de Egnido, como quien dice:
«No hago falta yo en imperio
donde Siquis queda por
virreina de mis incendios».
Tal es, en fin, su belleza,
que varias personas, viendo
en el altar a la diosa
y a la Siquis en el suelo,
dudaron entre alma y mármol
el culto y el rendimiento.
Quizá ocasionó esta envidia
el lastimoso suceso
que sabréis, si no me falta
para decirle el aliento.
La tercera, pues, entró
al templo Siquis, y luego
la aclamó todo el concurso
segunda deidad del templo.
Llegó al altar de la diosa,
en sacrificio ofreciendo
dos tórtolas, que se iban
enamorando a requiebros,
cuando —aquí la lengua torpe
duda— la estatua —suspenso
teme el labio— sobre el ara
—aún de imaginarlo tiemblo—
se movió, y en alta voz
dijo este infausto proverbio:
«Infelice tu hermosura,
Siquis, será, pues tu dueño
un monstruo ha de ser»; a cuyo
fatal, pavoroso acento,
respuesta común de todos
fue por un rato el silencio.

Siquis le rompió con voces
lastimosas, que los cielos
penetraron a gemidos
y rasgaron a lamentos.
El rey y sus dos hermanas,
en mil lágrimas deshechos,
el vaticinio —si es
que es vaticinio el agüero—
rogaban que derogase
la sacra deidad; y viendo
que era género de envidia,
concitado todo el pueblo
contra la diosa, empezó
con osado atrevimiento
en favor de Siquis bella
a hacer tan grandes extremos
que, en fieras comunidades
el vario concurso envuelto,
las estatuas de la diosa
del altar derribó al suelo.
Empezólo a defender
Atamas prudente; pero
¿quién a un vulgo desbocado,
determinado y resuelto
a raya podrá parar?
U díganlo esos estruendos
que yo no me atrevo a oír,
temeroso que el supremo
Júpiter confirme el hado,
a vista del sacrilegio;
y así, huyendo de ellos voy…
aunque, si mejor lo advierto,
el amenaza de Siquis
ni la dudo ni la temo;
pues si un monstruo ha de gozarla,
monstruo es mi amor; con que a un tiempo
se podrán cumplir iguales
sus hados y mis deseos,

por más que en confusas voces
quede ese vulgo diciendo:…

Vase.

VOCES ¡No hay ya Venus! ¡Siquis viva!
ATAMAS ¡Vasallos, amigos, deudos…!
TODOS Es en vano: ¡viva Siquis!
LIDORO ¡Qué prodigio!
ARSIDAS ¡Qué portento!
FRISO (Ellos son; no hay que dudar,
memoria, de que son ellos.
Con tal secreto en el buche,
mucho haré si no reviento.)
UNOS Pues ya es Siquis nuestra diosa,
su hermosura celebremos.
OTROS A ella sola se dediquen
himnos, canciones y versos.

Salen todos en tropa, cantando.

MÚSICOS Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.
SIQUIS Suspended vanos aplausos,
y advertid que de los cielos
no se vencen los enojos
con la indinación, y que esto
es injuria que podrá
irritarlos, no moverlos.
ATAMAS Si de Siquis el influjo
a tal pena la ha dispuesto,
para que Venus divina
revoque el rigor severo,
aplaquémosla con llantos,
obliguémosla con ruegos,
no con baldones que puedan
doblarla los sentimientos.

UNOS Diosa que ha tenido envidia
no es diosa.
OTROS Diosa que ha puesto
el aplauso en la venganza
no es diosa.
TODOS A Siquis queremos.
MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.
SIQUIS No habéis de pasar de aquí.
ATAMAS ¿Mi respeto a deteneros
no es bastante?
TODOS No se ofende
de lisonjas el respeto.
MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.
ASTREA (Muriendo de envidia voy
de ver el común afecto
que Siquis ha merecido,
Selenisa.)
SELENISA (Si confieso
la verdad, también, Astrea,
llevo el propio sentimiento.)
TODOS Hasta dejarla en palacio,
vamos cantando y tañendo.
SIQUIS Sed testigos, cielos, que
esta vanidad no aceto.
ATAMAS Y sed testigos que yo
de que repitan me ofendo:…
MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.

Vanse.

ARSIDAS Retirémonos, Lidoro,
porque es fácil conocernos
entre tanta gente alguno.
LIDORO Decís bien. (Yo voy muriendo
de batallar, Siquis bella,
con tu hado y con mi afecto.)
ARSIDAS (¡Ay, divina Siquis! ¡Quién
pudiera echarte del pecho!)
LIBIO ¿Qué llevas?
LIDORO ¿Qué he de llevar?
FABIO ¿Qué sientes?
ARSIDAS No sé qué siento.
LOS DOS Pero ¿qué más que haber visto
beldad por quien dice el eco…?
ELLOS Y MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.

Vanse, y sale Cupido con arco y flechas.

CUPIDO «¿Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura?»
Miente el sacrílego acento,
que, discurriendo veloz,
del delito de su voz
cómplice hace a mi tormento.
¿Qué humano merecimiento
puede haber de quien se arguya…?
MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,…
CUPIDO Aunque el mundo discurría
y a esta isla no llegaba,
porque con mi madre estaba
segura mi monarquía,
me tray a ella la armonía
que dar a entender procura…

MÚSICA … Siquis es la diosa
de la hermosura.
CUPIDO Moradores del Egnido,
donde, sin segundo ejemplo,
su deidad os debió templo
que asombro del mundo ha sido,
¿cómo os habéis atrevido
a hacerla ofensa tan suma?
¿Vanidad hay que presuma
competir —¡qué error tan ciego!—
a la que es madre del fuego,
con ser hija de la espuma?
MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.
CUPIDO ¿Su templo —¡desdicha airada!—
sin culto ya —¡qué pesares!—,
sin víctimas sus altares
y su estatua derribada?
¿Su deidad tan profanada,
y yo con vida y sentido?
Hoy, madre, en ruinas de Egnido
mayor aplauso te espera,
pues hoy será su venera
triunfal carro de Cupido.
Mas ¡ay!, que no mi esperanza
así facilito sabio;
quien fue dueño de su agravio
lo será de mi venganza:
Siquis, pues es la que alcanza
tanto aplauso, tanto honor,
examine de mi ardor
la violencia, pues se entiende
que ofende a Amor quien ofende
a la madre del Amor.
En su seguimiento iré,
y de un arpón y otro arpón

aljaba su corazón
a merced del arco haré;
de uno a otro pasaré
con sangrienta furia brava,
por si así mi injuria acaba,
para que dude después,
al recogerlos, cuál es
su corazón o mi aljaba.
Si cuando de paz venía,
tanta guerra hice a la tierra,
¿qué haré viniendo de guerra?
Tema el sol, túrbese el día,
la noche anticipe fría
sus sombras, todo sea horror,
pues ya aún ofensa es mayor,
que, a pesar de mi poder,
no tiemble el mundo de ver
que está de venganza Amor.
Prosiguiendo a vista
de mis injurias…

ÉL Y MÚSICA Pues que Venus envidia
la beldad suya,
Siquis es la diosa
de la hermosura.

Vase. Sale Selenisa, Astrea, Flora y Atamas.

ATAMAS Astrea, no me consueles
en desdicha tan precisa;
no procures, Selenisa,
en fortunas tan crueles,
mi sentimiento aliviar.

ASTREA Advierte…

ATAMAS ¿Qué he de advertir?

SELENISA Oye…

ATAMAS ¿Qué tengo de oír?

LAS DOS Mira…

ATAMAS ¿Qué puedo mirar?

ASTREA Que tal vez, aunque los cielos
amenazan con rigor,
saben templarse, señor,
en la ejecución.
ATAMAS Consuelos
inútiles para mí
intentó vuestra porfía.
¡Ay, hermosa Siquis mía!
SELENISA No se remedian así
de los hados los efetos.
Si Venus amenazó
a Siquis, Júpiter no;
y puesto que los decretos
de otros dioses revocar
él puede, pídele a él
temple el rigor del cruel
amenazado pesar.
ATAMAS Dices bien; y, dando indicios
de mi dolor y mi fe,
hoy a Júpiter haré
en su templo sacrificios,
a ver si de mi infelice
suerte se llega a doler.
ASTREA Bien harás; acude a ver
lo que Júpiter te dice.
ATAMAS ¿Adónde Siquis está?
FLORA Desde que en palacio entró,
en su cuarto se encerró,
diciendo a voces que ya
ni aun el sol no la ha de ver,
porque solicita allí
encerrada ver si así
puede el influjo vencer
que la amenaza.
ATAMAS Si ha sido
envidia de su hermosura
por quien Venus la procura
tanto rigor, ha elegido

buen medio en que no la vea
nadie en el mundo. Quizá,
muerta en vida, cesará
la envidia en Venus. Tú, Astrea,
y tú, Selenisa, ¡ay Dios!,
de nadie la dejéis ver.
Sus guardas habéis de ser;
mirad por ella las dos,
en tanto que mi dolor
va a Júpiter soberano,
aunque temo hallarle en vano
contra la madre de Amor.

Vase.

FLORA ¡Buena comisión ha sido
la que os ha dado!
ASTREA Él desea
que nadie de Siquis vea
la hermosura, persuadido
a que solamente es ella
de su desdicha ocasión.
SELENISA Pues no es tanto perfección
como influjo de su estrella.
ASTREA Claro es.
FLORA Sí, pues en vosotras
la misma envidia no vi.
(¿Qué damas no hablan así
en ausencia de las otras?)
ASTREA Otra la plática sea,
y quédese para hermosa.
¿Estás, dime, muy gustosa
de tomar estado?
SELENISA Astrea,
gustosa ni disgustada
de Arsidas estoy, porque
como no le vi, no sé
si me agrada o no me agrada.

FLORA ¿No es rigor que una mujer,
porque principal nació,
case con quien nunca vio?
ASTREA Yo bien me holgara de ver
a Lidoro antes que el sí
diese.
SELENISA Yo a Arsidas; mas ya
no podrá ser.

Sale Friso.

FRISO (¿Si estará
Flora acaso por aquí?)
ASTREA ¿Cómo, sin mirar primero
el decoro que agraviáis,
hasta aquí, Friso, os entráis?
FRISO Como soy un majadero.
SELENISA ¿Qué es eso?
ASTREA Que ese criado
de Anteo se entró hasta aquí.
FLORA (Disimularé que a mí
busca.) Es un desvergonzado
atrevido, y cada día…
FRISO (Flora me acusa. ¿No fuera
bueno que a voces dijera
que a ella a buscarla venía?)
SELENISA ¿Qué queréis? Decid.
FRISO (¡Qué aprieto!
Pero de un camino haré
dos mandados, y diré
la disculpa y el secreto.)
En entrar aquí, por Dios,
que culpa ninguna ha habido,
sino un caso en que habéis sido
interesadas las dos.
Si os enojé, antes de oílle
me iré.
SELENISA Manda detenelle.

FLORA No os vais.
FRISO (Ya desean sabelle
tanto como yo decille.)
FLORA (Él a buscarme venía,
y como a las dos ha hallado,
algún enredo ha pensado.)
ASTREA Decid.
FRISO Oíd la historia mía.
Antes que a servir a Anteo,
mi señor y vuestro primo,
desde Chipre, que es mi patria,
viniese al reino de Egnido,
soldado fui en Chipre, cuando
a Arsidas, su rey invicto,
Pandión, un bárbaro isleño,
cosario del Ponto, quiso
tiranizarle el laurel,
en cuyo socorro vino
de Arsidas Lidoro ilustre,
rey de Aterón invicto;
habiendo dicho que allí
me hallé, no dudo que he dicho
que allí conocí a los dos,
pues serían conocidos
bastantemente dos reyes
en sus ejércitos mismos,
donde aun los menos amados
son por lo menos bien vistos.
Bien pudiera detenerme
en contar los hechos míos,
pues viene a ocasión decir
que desta espada a los filos
la vitoria se debió;
mas no quiero inadvertido
que ponga en duda el hacerlos
la liviandad del decirlos.
Vamos, pues, al caso: hoy,
entre la gente que ha habido

forastera, disfrazados
a los dos juntos he visto.
Y habiendo sabido yo,
porque todos lo han sabido,
que las dos para los dos
tenéis cierto desafío
aplazado, cuidadoso
vengo a daros el aviso
de que ya están en campaña
los contrarios; pues si sigo
la metáfora, lo propio
es contrarios que maridos.
No puedo yo de los dos
revelaros los motivos;
pero bien a poca luz
se deja entender que ha sido
fineza u desconfianza.
Lo que aseguro y afirmo
es que no pude engañarme
en las señas, que testigo
ratificado, no sólo
entre el confuso bullicio
los vi, pero entrando agora
a este hermoso paraíso
volví a verlos, brujuleando,
recatados y advertidos,
las ventanas del terrero,
y aun a los umbrales mismos
los dejé destos jardines,
con deseo —o yo adivino
mal en esto de deseos—
de entrar en ellos. Si os sirvo
en haberos avisado,
solamente en premio os pido
el perdón de tal arrojo,
que no viviré si miro
dos ángeles enojados,
y más ángeles tan lindos.

FLORA (¿Dónde este embustero halló
la mentira que ha fingido?)
ASTREA No solo de la osadía
que de verte aquí sentimos
te has desempeñado, pero
te estimamos el aviso.
FLORA (El embuste le creyeron,
pero es achaque del siglo.)
SELENISA Parece, hermana, que el cielo
a lo que hablábamos quiso,
trayéndonos a los dos,
responder agradecido.
ASTREA Si ellos han venido a vernos,
no creyendo a sus oídos
la opinión de nuestra fama,
hagamos las dos lo mismo.
SELENISA ¿Cómo, Friso, podría ser
que las dos en este sitio
veamos a los dos, sabiendo
cuál Arsidas haya sido
y cuál Lidoro?
FLORA (Aquí es donde
le cogen.)
FRISO Vaya de arbitrio.
Entre las rosas y flores
deste verde laberinto
las dos os esconded; yo,
haciéndome encontradizo
con ellos, sin darme nunca
de quién son por entendido,
a este jardín los traeré,
diciendo que por mi oficio
puedo enseñársele, puesto
que en el caso no hay peligro,
pues quien pudiera ofenderse
es cómplice del delito.
FLORA (¿Cómo este loco se atreve
a hacer verdad lo que ha dicho?)

ASTREA Bien lo dispones.
FRISO Aún más
he de hacer.
SELENISA ¿Qué es?
FRISO Que advertido,
porque los veáis mejor,
traeré por aquí conmigo
a cada uno de por sí,
misterio haciendo exquisito
que no vengan los dos juntos.
Y porque ellos discursivos
no entren en malicia al ver
que a ellos solos los elijo
entre tantos forasteros,
con otros haré lo mismo
antes u después.
ASTREA Bien dices.
SELENISA Todo a tu ingenio lo fío.
FRISO Pues a esconderos.
SELENISA Yo, Astrea,
a esta parte me retiro.
ASTREA Vete tú, Flora. Yo a estotra.

Escóndense las dos.

FLORA ¿De quién, dime, has aprendido,
Friso, a mentir tan sin miedo?
FRISO De ti; que como en ti vivo,
miento por concomitancia.
Mas vete, que divertidos
en el jardín se han entrado.
FLORA ¿Quién, puesto que todo ha sido
mentira?
FRISO Y verdad en parte.
FLORA ¿En qué?
FRISO En mentir a dos visos,
y luego lo sabrás todo.

Vase Flora, y salen Lidoro y Arsidas.

LIDORO No perdamos por remisos
la ocasión que puede haber,
por algún verde resquicio,
para ver yo a Astrea y vos
a Selenisa. (Aunque finjo
que es Astrea mi deseo,
miento, que a Siquis me rindo.)
ARSIDAS Entremos en el jardín,
que pues abierto le vimos,
no será culpa. (¡Ay, divina
Siquis! Por ti en nada miro.)
FRISO ¿Qué atrevimiento es, señores,
entrar tan inadvertidos
a este jardín, sin mirar
que aquí ninguno ha tenido
tal licencia?
LIDORO Como abierta
la puerta está, presumimos
no ser lugar reservado.
FRISO Perruna disculpa ha sido.
Este jardín no se cierra,
porque él se guarda a sí mismo,
que es donde suelen estar
las princesas; y así, idos.
ARSIDAS Si el ser forastero es
disculpa, admitidla, os pido.
LIDORO Pídoos que nos disculpéis.
FRISO (¡Vive Dios, que me han temido!
Ello en palacio no hay cosa
como ser entremetido,
y tóquele o no le toque,
el hacerse uno ministro
es gran papel; que en efeto,
quien hace ruido, hace ruido.)
LIDORO Ver el jardín solamente
fue, hidalgo, nuestro designio;
mas ya sin verle nos vamos.

FRISO Por cierto que vuestro estilo
merece que os sirva; pero
no tengo orden. Idos, idos.
Mas algo ha de aventurarse
por quien tanto ha merecido.
El jardín quiero enseñaros;
pero importa preveniros
que cada uno de por sí
en él ha de entrar conmigo,
porque, en fin, no se repara
tanto en uno solo.
ARSIDAS Amigo,
que nos haréis gran favor.
FRISO Venid vos; y habiendo visto
de paso fuentes y cuadros,
os saldréis por un postigo,
y volveré por vos luego.
LIDORO Yo espero.
ARSIDAS (¡Cielos divinos,
haced que yo a Siquis vea,
que es la ventura a que aspiro!)
ASTREA (¡Oh, cuánto sintiera, cielos,
que fuese el hombre que miro
Lidoro!)
SELENISA (¡Cuánto estimara
que Arsidas no hubiera sido!)
FRISO ¿Qué os parecen estos cuadros?
ARSIDAS Abreviados paraísos
donde la naturaleza
se valió del artificio.
FRISO Pues hay por aquí adelante
mil primores escondidos,
que sé que estimaréis verlos:
llegad.
ASTREA (¿Si este loco quiso
ponerme en esta ocasión
por descubrirme, movido
de interés?)

FRISO Mas no lleguéis,
porque ir de paso es preciso.
(¡Cuál la tuve!) Mientras voy
por el camarada, idos
por aquí.
ARSIDAS (Infelice soy,
Siquis, pues que no consigo
arder un punto a los rayos
de tus dos soles divinos.)
FRISO (Paseados como rocines,
dan de sanidad indicios
los novios. Voy por el otro,
pues soy albéitar de lindos.)

Vanse. Sale Cupido de galán.

CUPIDO (Viendo que se me ha ocultado
Siquis con tanto retiro,
y que, aunque dios, yo no entro
donde no hallo algún resquicio,
en forma humana, depuesta
la aljaba y el arco mío,
aquí vengo, por no ser
en las señas conocido,
trayendo sola esta flecha
por puñal, áspid bruñido
de acero, en quien de las otras
todas las violencias cifro,
por si puedo ensangrentarla
en su pecho, siempre esquivo,
sin fiársela del aire
por no aventurar el tiro.)

Sale Friso.

FRISO Ya el camarada salió
del jardín; venid conmigo.
CUPIDO Agradeceros sabré
el favor.

FRISO Pues no os lo digo
a vos. (¡Han visto qué hallado
se entraba el señor lampiño!)
CUPIDO Mereceros presumí
lo que otros han merecido.
FRISO No digo que no entraréis,
pero luego. (Él ha venido
bien para hacer la deshecha
de los otros.)
LIDORO (¡Sed benignos,
cielos! Esta vez merezca
ver a Siquis.)
FRISO ¿No es florido
todo este vergel?
LIDORO No vi
jamás tan hermoso sitio.
FRISO Pues aún no veis lo que hay.
ASTREA (De aquéste diré lo mismo
que del otro. ¡Oh, nunca sea
aquéste Lidoro!)
SELENISA (Impíos
serán mis hados, si éste
es Arsidas.)
FRISO Descubriros
quiero una estatua divina
de terso mármol, tan limpio
que parece que está viva.
SELENISA (¿Si aquéste intenta atrevido
descubrirme?)
FRISO Mas no puedo
detenerme; ya os han visto.
Idos, pues.
LIDORO (Soy desdichado.
Nada que intento consigo.)

Vase.

SELENISA (Pero esperanzas me quedan
de que Arsidas no haya sido

ninguno déstos, supuesto
que Friso, que traería dijo
a otros antes y después,
por deslumbrar el indicio.)

ASTREA (De pena muriera, ¡cielos!,
si Friso no hubiera dicho
que entre otros los traería.)

FRISO (¿Estos príncipes invictos
no dirán «Cansado estáis,
arrimaos a ese bolsillo»?
Veamos si éste, que en efeto
parece mancebo rico,
rocín–heredado, da.)
Galán joven, ya a serviros
vuelvo.

CUPIDO Veré, si gustáis,
el jardín. (¿Cuándo ha pedido
en el más guardado muro
licencia de entrar Cupido?)

SELENISA (¡Júpiter, qué es lo que veo!)

ASTREA (¡Apolo, qué es lo que miro!)

SELENISA (¡No vi joven más gallardo
jamás!)

ASTREA (¡En mi vida he visto
tan bello ni airoso joven!)

SELENISA (¡Qué aire!)

ASTREA (¡Qué talle!)

SELENISA (¡Qué brío!)

ASTREA (¡Quiera Amor que Arsidas sea!)

SELENISA (¡Quiera Venus que haya sido
Lidoro!)

FRISO ¿Veis dónde estáis?,
pues hay un grande artificio,
que es burlador; pero no
puedo agora descubrirlo.

SELENISA (No quiero ver más que a éste.)

ASTREA (No ver otro determino.)

Salen las dos.

FRISO Idos presto, porque Astrea
y Selenisa han salido
al jardín; mientras yo llego,
haciéndoos espaldas, idos.
CUPIDO Sí haré. (Esto es haberme dado
ocasión de que escondido
me quede en aquestas ramas,
hasta lograr mis designios.)

[Vase.]

ASTREA Ya basta, Friso, el examen.
SELENISA ¿Quién son estos tres que vimos?
FRISO El primero Arsidas fue.
SELENISA (Espiró de mi albedrío
la esperanza que tenía.)
ASTREA (¡Albricias, alma, que aún vivo!)
FRISO El segundo fue Lidoro.
ASTREA (Poco me dura el alivio.)
LAS DOS ¿Quién fue el otro?
FRISO ¿Qué sé yo?
Otro que a este tiempo vino.
ASTREA ¡Calla, Friso, que me has muerto!
SELENISA ¡Calla, que me has muerto, Friso!
FRISO Más me habéis muerto vosotras.
¿De qué sirve lo zafiro
de una mano, si no sirve
de dar quedo?
SELENISA Astrea, lucido
y galán Lidoro es.
ASTREA No es de menos aire y brío
Arsidas.
SELENISA (¡Qué ansia!)
ASTREA (¡Qué pena!)

[Salen Atamas y Anteo.]

ATAMAS ¡Oh, tonante dios de Olimpo!
Apaga el sañudo fuego,
suspende el incendio activo,
no el rayo vibres; que ya
te obedezco, ya te sirvo.
ANTEO ¿Qué voces, señor, son éstas?
ASTREA ¿Tú, absorto?
SELENISA ¿Tú, suspendido?
TODOS ¿Qué es esto, señor?
ATAMAS No sé.
Pero sí sé, pues que miro
no sólo contra mi pecho,
pero contra todo Egnido
el tridente de tres llamas
en purpúreo fuego tinto,
cuando a Júpiter airado
también con Siquis he visto.
En desagravio de Venus
me manda… (El aliento frío
se me ha embargado en el pecho;
hielo soy, y fuego espiro.)
Me manda… Pero la voz,
del corazón al suspiro,
con andarle cada día,
se le ha olvidado el camino.
(Y pues me es fuerza el callarlo
para doblarme el sentirlo,
achaquemos al asombro
la culpa del vaticinio.)
No hagáis caso (¡ay infelice!)
deste pasmo, este delirio,
que como el pasado asombro
me arrebató los sentidos,
aún no cobrado (¡ay de mí,
y cuán a mi costa finjo!),
con el primer susto hablaba,
sin atender cuán benigno
ya Júpiter le mejora

(¡qué mal el dolor resisto!),
pues me manda (¡qué tormento!)
que hoy a Siquis (¡qué martirio!)
lleve al gran monte de Oeta,
donde el caduco edificio
de un desierto templo suyo
es corona de sus riscos,
que ella en él le sacrifique
(¡y aun sea ella el sacrificio!);
con que de Venus airada
templará el rigor esquivo.

ANTEO Pues si al gran Júpiter miras
con eso, señor, benigno,
¿qué temes?

ATAMAS No sé qué temo.
Ve tú a aprestar un navío
en que ha de ir.

ANTEO (¡Ay, Siquis bella!
No dudo —otra vez lo digo—,
si un monstruo ha de ser tu dueño,
que es monstruo de amor el mío.)

Vase.

ATAMAS ¿Dónde está Siquis?

FLORA *sale* Agora,
a pesar de sus gemidos,
rendida —no sé si al sueño
o a algún mortal parasismo—
se ha quedado entre estas flores,
donde triste había salido
a lamentar sus pesares.

Descúbrese [Siquis durmiendo].

ATAMAS Pues si yacen sus sentidos
en la lisonja ocupados
del blando sueño, sin ruido

nos retiremos. Dejemos
que goce el prestado alivio…
(que harto que llorar la queda.)

SELENISA (¡Ay, joven no otra vez visto!
Mal mi dolor se reprime.
¿Qué veneno fue, qué hechizo,
el que diste al corazón?)

Vase.

ASTREA (¡Ay, joven no conocido!
¿Qué género de prisiones
has echado a mi albedrío?)

[Vase.]

FRISO ¿Flora?

FLORA No es tiempo de hablarnos.
Después nos veremos, Friso.

Vanse.

ATAMAS ¡Ay, infelice hermosura!
Goza este breve, este pío
rato, que con tus desdichas
firman paces tus sentidos;
pues apenas despertado
habrás, cuando… Mas, divinos
dioses, si es fuerza ocultarlo,
¿cómo me atrevo a decirlo?

Vase y sale Cupido.

CUPIDO Que en desagravio de Venus
a Júpiter sacrificio
haga Siquis, ha ordenado
del hado el rigor impío;
que no ha de sanar de Venus

la ofensa aun Júpiter mismo,
sino yo, pues su venganza
me toca, como a su hijo.
Y puesto que allí dormida
la equivocación advierte
de si está viva la muerte,
o si está muerta la vida,
estas flores, que escondida
mi persona en sus primores
vieron, produzgan horrores;
que no será nuevo hoy,
supuesto que áspid soy,
verme salir de las flores.
Quedo pise mi temor;
mas es error, que si advierto
cuánto ignora el más despierto
las sendas que pisa Amor,
será dos veces error
pensar que Siquis lo advierta
dormida. Pero no es cierta
mi razón mal advertida,
pues aunque duerme su vida,
su hermosura está despierta.
¡Qué hermosa es! Mas mi rabiosa
ira, ¿en qué suspensa está?
¿En qué ha de estarlo, si ha ya
reparado en que es hermosa?
Pero ¿qué importa? Furiosa
saña, la flecha prevén.
Mas no, la mano detén,
que es doble, es infame trato
tratar mal a nadie el rato
que está pareciendo bien.
Pero mal digo, mal digo;
que si su beldad causó
mi ira, confesarlo yo
es, dándola otro testigo,
añadir otro enemigo.

Muera, pues, aunque concluya
mi vida a un tiempo y la suya.
Mas ¿qué divino poder
me ha helado el brazo? Mujer,
¿qué dios vela en guarda tuya?
Pero contra mí no hubiera
dios que en tu favor velara;
más nueva causa es, más rara,
la que mi ardor considera;
pues de la misma manera
que de la víbora el seno,
si está de veneno lleno,
le arroja por descansar,
y donde le vuelve a hallar,
muere a su mismo veneno;
así yo, habiendo tenido
por veneno de mi ardor
la hermosura, pues Amor
con ella ha muerto y herido,
hoy, que arrojarla he querido
de mí, por vencer mi dura
pena, a mí aun no me asegura,
pues muero de rabia lleno
al encontrar el veneno
que yo puse en su hermosura.
Y pues de mí mismo aquí
he de morir, ciego dios,
muramos, Siquis, los dos.

Saca la flecha, y cáesele.

SIQUIS ¡Monstruo, detente!

Despierta Siquis.

CUPIDO ¡Ay de mí!
SIQUIS ¿Quién eres?

CUPIDO Quien quiso aquí
matar, y murió en despojos
de la lid de tus enojos;
pues si ciega habías triunfado,
¿qué harás, habiéndote entrado
el socorro de los ojos?
SIQUIS Toda soy prodigios hoy;
pues cuando el monstruo soñé,
a ti en su lugar hallé.
CUPIDO Quizá yo, Siquis, lo soy.
SIQUIS Sí serás, que viendo estoy
un traidor que en acción tal
asustado, este puñal
me ha dejado de temor.
CUPIDO Verdad es que soy traidor;
mas ya ando por ser leal.
SIQUIS Llamaré a quien mi poder,
matándote, satisfaga.
CUPIDO A nadie pidas que haga
lo que tú puedes hacer.
SIQUIS ¿Con qué?
CUPIDO Con dejarte ver.
SIQUIS ¡Hola!
CUPIDO ¡Quién tu voz pudiera
suspender como a ti fuera
fácil suspender la mía!
SIQUIS ¿Cómo suspender podía
yo tu voz?
CUPIDO Desta manera:
puesta aquesta mano, es llano,
en mi boca, que callara,
y aun con temor respirara
por no beberme la mano.
SIQUIS ¡Suelta, atrevido, villano!,
y ella y este acero fuerte,
en quien mi ofensa se advierte,
los instrumentos serán
que venganza me darán.

CUPIDO ¿De qué suerte?
SIQUIS Desta suerte.

Toma el puñal, y hiérele a él.

CUPIDO El golpe, Siquis, detén…
¡Ay de mí! ¡Mi vida acaba!
¿Mi veneno no bastaba,
sino mi flecha también?
Muerte mis ansias me den.
SIQUIS Ya, al verte tan lastimado,
de mi furor me ha pesado;
que el castigo prevenido,
aunque irrita merecido,
enternece ejecutado.
Por no verte, huyendo iré
efetos de mi rigor.
CUPIDO Eso es tenerle mayor.
Tente, aguarda.
SIQUIS No podré.
CUPIDO ¿Por qué, tirana?
SIQUIS Porque
de piedad y ira se mira
en mí un compuesto.
CUPIDO No admira
ver esa contrariedad;
mas usa de la piedad,
ya que usaste de la ira:
no huyas.
SIQUIS ¿No es harta volverte
con aquesa poca vida
que te permite la herida?
CUPIDO Eso aun no he de agradecerte,
que menos siento mi muerte
que de tu ausencia el rigor.
SIQUIS ¡Cielos!, ¿dónde habrá valor
para tantos desconsuelos?
CUPIDO Sed testigos de que hoy, cielos,
ni Amor se libra de amor.

JORNADA SEGUNDA

Dentro voces de tormenta.

Dentro ¡Amaina, amaina, y de mar
en través la nave puesta,
tantos embates resista!
UNO ¡A la mesana!
OTRO ¡A la entena!
OTRO ¡A la escota!
OTRO ¡Al chafaldete!
TODOS ¡Clemencia, cielos, clemencia!
SIQUIS ¡Ay infelice de mí!
ATAMAS Pues nada el peligro enmienda
el desahuciado naufragio,
libre el gobernalle deja
del timón; norte y aguja
el tino del rumbo pierdan,
y, dejándonos correr
sin árbol, jarcia ni vela,
u muramos u vivamos
a merced de la tormenta.
UNOS ¡Piedad, dioses!
OTROS ¡Favor, cielos!
ANTEO Parece que a nuestras quejas
compadecidos, lejanos
verdes celajes descuellan
allí una cumbre.
UNO Isla es.
ATAMAS Procura arribar a ella.

UNO Ya la quilla, de sus bajos
tocada, siente la arena.
ANTEO Pues antes que en ella encalle,
al mar el esquife echa,
y, con la vida de Siquis
y el rey, salgan los que puedan,
hasta que por los demás
otra vez al bajel vuelva.
TODOS ¡A tierra, a tierra el esquife!
FRISO ¡Flora!
FLORA ¡Friso!
LOS DOS ¡A tierra!
TODOS ¡A tierra!
ATAMAS ¡A costa, a costa, a la orilla!

Salen Flora y Friso, y luego Atamas y Anteo, trayendo desmayada a Siquis, y gente, de marineros.

FLORA ¡Que estas gracias el mar tenga,
y digan que es muy salado!
FRISO Baco mío, no consientas
que quien tan cofrade tuyo
vivió en vino, en agua muera.
ATAMAS ¡Gracias al cielo, que ya
Siquis está en salvo puesta!
ANTEO No muy en salvo, pues que
ni bien viva ni bien muerta,
yace postrada a un desmayo.
¡Ay, malograda belleza!
ATAMAS Sobre la perturbación
del mareo, la violencia
del terror de la borrasca
rindió al desmayo las fuerzas.
ANTEO En la enmarañada alfombra
deste risco la recuesta,
en tanto que yo a mirar
voy, desde aquella eminencia,
si algún poblado descubro.

Vase.

ATAMAS Id todos, y por diversas
partes conoced la isla.

[Vase la gente.]

FRISO Flora, como que tú intentas
verla también, ¿no me oirás
dos mil palabras siquiera,
cuatro u cinco más o menos?
FLORA Cobardía fuera necia
llamar para la campaña
una mujer de mis prendas,
y rehusar el desafío.
Guíe uced por esa senda,
aunque parezca este lance
—con la debida decencia—
de *La dama capitán*,
que a todo vengo resuelta.
FRISO ¡Oh, qué honra de mujer! Todas
deste pundonor apuestan.

Vanse.

SIQUIS ¡Ay infelice de mí!
ATAMAS ¡Albricias, alma, que alienta!
Mas ¿qué albricias has de darme,
si nada el vivir remedia
contra hados que imperiosos,
aún más que inclinan, fuerzan?
SIQUIS Divina, enojada Venus,
si fue de un vulgo la ofensa,
y no mía, ¿por qué en mí
tiranamente te vengas?
Mas ¿qué miro? ¿Adónde, cielos,
estoy?
ATAMAS Adonde te veas
asegurada del mar,

en tanto que su soberbia
la saña aplaque.

SIQUIS Es en vano
que yo esa esperanza tenga;
que como es cuna de Venus,
y de Venus la severa
ojeriza, no la aguardo.

ANTEO *sale* Y haces bien, si consideras
que aun más en tierra que en mar
estás corriendo tormenta.
El bajío en que hemos dado
es una isla desierta
y inhabitada, pues solo
se escuchan, señor, en ella
bramidos de horribles brutos,
lamentos de aves funestas,
sin que en su desnudo escollo
ni planta de humana huella
se encuentre, ni se descubran
poblaciones que no sean
cavadas grutas, que, a sombras
de incultos troncos, albergan
el innumerable vulgo
de pájaros y de fieras,
que vistos atemorizan
y escuchados amedrentan.
Y así, pues menos airado
el mar sus furores templa,
haciendo vientos y espumas,
ya que no son paces, treguas,
al mar volvamos, supuesto
que ceñudo el cielo ordena
que, huyendo de un riesgo en otro,
mayor el segundo sea,
que te otorgue por piedad
el que al primero te vuelvas.
¿Qué aguardas, pues?

ATAMAS ¡Ay de mí!
Llegó a su fin mi ansia; que ésta
es la isla en que me manda
Júpiter… (Pero suspenda
la voz; no otra vez a ver
blandida la llama vuelva.)
ANTEO ¿Qué es esto, señor? Pues cuando
en fortuna tan adversa,
¿hay suspiro que te impida,
hay llanto que te suspenda?
¿De cuándo acá…?
SIQUIS No prosigas;
que yo a despecho, yo a fuerza
del susto que me desmaya,
del mal que me desalienta,
de la pasión que me aflige
y el dolor que me atormenta,
he de proseguir: ¿de cuándo
acá, señor, la suprema
majestad de tu constancia,
tu valor y tu prudencia
se da a tan bajo partido
que remitidas apelan
al tribunal de los ojos
las instancias de la lengua?
Para los fracasos es
el alto espíritu; a prueba
de desdichas se acrisola
el ánimo; pues hubiera
apenas esfuerzo, si
no se examinara a penas.
Y puesto que ha muchos días
que a tus pasiones atenta,
galanteando mis miedos
y rondando mis sospechas
vivo, bien como a la luz
la mariposa, que apuestas
anda haciendo con sus alas

si se quema u no se quema;
gozando de la indecisa
ocasión de tu terneza,
a pesar de los peligros
que por tierra y mar nos cercan,
desahogaré el corazón,
si es que el dolor que le estrecha
dentro del pecho, le da
para que aliente licencia.
Aquel infelice día
que vengativa la bella
deidad de Venus a mí
me amenazó tan severa,
a Júpiter ofreciste
obligar, porque tuviera
a cargo suyo mi amparo.
No sé si a decir me atreva
(¡Ay, memoria! ¿Para qué
el galán joven me acuerdas?)
que ya te lo agradeció
alguna vez que sujeta
a una traición me vi, pues
desbaratada y deshecha
volvió, de mí castigada
quizá con sus armas mesmas.
Pero esto ahora no es del caso;
y así, antes que fallezca
este último aliento mío,
doy al discurso la vuelta.
Mandóte Júpiter, pues,
que yo en el monte de Oeta
sus aras sacrificase,
para que con eso fuera
medianero entre mí y Venus,
a cuyo pasaje opuesta
esa nave, por estar
de Egnido por mar más cerca,
Anteo, mi primo y poca

familia, señor, ordenas
que te acompañe, dejando
a Selenisa y Astrea
el gobierno de tu estado,
mientras durase tu ausencia.
Por todo el camino vas
entre calladas tristezas,
tanto sintiendo y llorando,
como si por dicha fuera,
o por desdicha, posible
dar tan mañosa cautela
que finja el dolor; que como
son cristalinas vidrieras
del alma los ojos, cuanto
parece que ocultan, muestran.
Mil veces quieres hablarme,
y las palabras suspensas
ninguna razón acaban,
por más razones que empiezan.
La pronunciación sospecho
que se te ha perdido, y de ella
solo han quedado las ruinas
del suspiro, como en prendas.
¿Qué es esto, señor? Si hay
alguna desdicha nueva
que Venus me solicite
y Júpiter me prevenga,
valor tengo para todo…
Mas no, no tengo, si es fuerza
que voz, vida, alma y aliento
fallecidos me desmientan,
cuando ya el susto del mar,
ya el asombro de la tierra,
ya el terror de la borrasca,
ya el pasmo de la influencia,
hecho todo un ciego abismo
de sentidos y potencias,
balbuciente el labio duda,

torpe la voz titubea,
turbado el aliento pasma,
aterido el pecho tiembla,
mudo fallece el suspiro,
la vista delira ciega,
y el corazón a pedazos
parece que se me quiebra,
según el tropel de tantas
ilusiones y quimeras,
fantasías y pavores,
ansias, desdichas y penas,
en crítico parasismo
ni ve, ni escucha, ni alienta.
¡Ay de mí infeliz!

Cae Siquis desmayada.

ANTEO ¡Divina
Siquis…!
ATAMAS Tente, aguarda, espera;
ni la llames ni procures
que cobrada oiga ni atienda.
ANTEO ¿Por qué?
ATAMAS Porque si es que hay
piedad para mí, es ésa,
de que la digan sin mí
sus hados sus inclemencias;
y así, antes que vuelva… ¡ay triste!
ANTEO ¿Qué?
ATAMAS Apriesa el esquife vuelva,
y a embarcarnos.
ANTEO ¿A embarcarnos?
ATAMAS Sí.
ANTEO ¿Qué dices?
ATAMAS Lo que es fuerza.
ANTEO Dejando así a Siquis, ¿quieres
hacer de Siquis ausencia?
ATAMAS Sí.

ANTEO Pues…
ATAMAS No preguntes más,
que no he de dar más respuesta.
ANTEO ¿Cómo, si…?
ATAMAS No, no me apures,
porque no tengo licencia
para decirlo.
ANTEO Ni yo
para ignorarlo paciencia.
¡Siquis!
ATAMAS No a decir me obligues
que esto los dioses ordenan,
pues delincuentes de Amor
todos, en Siquis se vengan,
cuando su vida restaura,
en este páramo expuesta
al vaticinio de Venus,
no la mía, que ésa fuera
la de menos, la de cuantos
Egnido en su centro alberga.
ANTEO Pues perdónenme los dioses;
que si en ocasión como ésta
obediencia ha de haber, ¿cuándo
ha de haber inobediencia?
¡Siquis, prima!
ATAMAS No la llames.
ANTEO Morir tengo en su defensa.
ATAMAS ¡Ay, Anteo!, que lo propio
hiciera yo, si pudiera.
ANTEO ¿Tengo yo más que perder
que la vida?
ATAMAS Considera
que sí.
ANTEO ¿Qué?
ATAMAS El honor, haciendo
a mis leyes resistencia.
ANTEO Mi rey eres y mi tío;
mas ¿tengo, cuando lo seas,

más que la vida y honor
que perder?
ATAMAS Sí, si a ver llegas
que tienes alma, y los dioses
hasta en el alma se vengan,
que es la última desdicha.
ANTEO Pues todas mi amor desprecia,
y si se ha de perder Siquis,
vida, honor y alma se pierdan.
¡Siquis, prima!
ATAMAS No la nombres.
ANTEO No hay respeto que me venza.
ATAMAS Habrá poder.
ANTEO ¿Cuál?
ATAMAS El mío.
¡Soldados!

Salen [los soldados].

SOLDADOS ¿Qué es lo que ordenas?
ATAMAS Prended a Anteo.

Préndenle.

ANTEO La vida
es vasalla, ella obedezca;
el amor no es vasallo, no,
no, Siquis divina, bella,
¡traición, traición!
ATAMAS Una banda
le echad al rostro que pueda
taparle la boca.
ANTEO ¡Siquis!
ATAMAS Llevalde desa manera
a la nave. Y sed testigos,
montes, riscos, aves, fieras,
de que obediente al sagrado
decreto, dejo en desierta

isla a Siquis, de mi vida
la más adorada prenda.
¿Cómo sin verla me voy?
Mas ¿cómo me iré con verla?
¿No hubiera quien me llevara
a mí a la nave por fuerza?

Vase.

ANTEO ¡Siquis bella! ¡Siquis mía!

[Llevan los soldados a Anteo.]

SIQUIS Ya a mi nombre mal despierta
del delirio, del letargo,
del frenesí, de la idea
que me embargó los sentidos,
es bien que al discurso vuelva.
Valor tengo para todo
—aquí quedé—, y cuando nuevas
desdichas… Mas ¿con quién hablo?
Sola estoy; todos se ausentan.
Sin duda que la piedad,
a mis fatigas atenta,
de mi padre y de mi primo,
discurriendo la aspereza
del monte, van a buscar
donde algún abrigo tenga.
Dentro ¡Vira al mar!
SIQUIS Pero ¿qué escucho?
¿Qué marítimas faenas
de la nave, mal gastadas,
hasta aquí del centro llegan?
UNOS ¡Buen viaje!
OTROS ¡Buen pasaje!
SIQUIS Nueva confusión es ésta.
La nave de las amarras
las áncoras desaferra,

y desplegando el velamen
que entre gúmenas y cuerdas
las ráfagas amainaron
de la pasada tormenta,
al mar se hace. ¡Padre! ¡Anteo!
¡Traición en la nave intenta
amotinada la chusma,
pues en la tierra nos deja,
y sin nosotros, gozando
del blando viento que en ella
tranquilamente por proa
inspira, se hace a la vela!
¡Acudid, acudid! Ved
que sin más pieza de leva
que el náutico idioma, huye,
diciendo cuando se aleja:…

UNOS ¡Buen viaje!

OTROS ¡Buen pasaje!

SIQUIS ¡Padre! ¡Señor!

ATAMAS Siquis bella,
no acuses mi amor; acusa
al influjo de tu estrella.

SIQUIS Ya es otra mi confusión,
que desde la popa señas
y voces da al aire. Padre,
señor, ¿cómo así te ausentas?

ATAMAS Como hay superior deidad
que lo mande y lo consienta.
Adiós, Siquis infelice.

SIQUIS ¡Primo! ¡Anteo!

ANTEO Siquis bella,
yo no puedo socorrerte,
que atado y preso me llevan.

TODOS ¡Buen viaje! ¡Buen pasaje!

SIQUIS ¿Quién, ¡cielos!, se vio en tan nueva,
tan no esperada, no vista
ni imaginada tragedia,
como que desamparada

de un padre, ¡ay de mí!, me vea,
y un amante, en tan remota
isla, bárbara y desierta,
dejándome a ser, ¡ay triste!,
entre no habitadas peñas,
fiero estrago de sus brutos,
vil destrozo de sus fieras,
sin que se muevan a más
que a responder a mis penas?

ATAMAS ¡Adiós, infausta hermosura!

ANTEO ¡Adiós, infeliz belleza,
hasta que pueda volver
a morir donde tú mueras!

TODOS ¡Buen viaje! ¡Buen pasaje!

LOS DOS ¡Adiós, adorada prenda!

SIQUIS Ya de sus gastadas voces
ni aun la compañía me queda,
que el eco, ladrón del aire,
me la está llevando a medias.
Pues ¿qué esperan mis desdichas?
Pues ¿qué mis hados esperan?,
que ya que con voces no
se reparan, no se vengan,
puesto que son las quejas
manjar de que las tristes se alimentan.
¡Plegue a Dios, nave enemiga,
que en aquesas altas peñas,
marino caballo, choques
tan desbocado que en ellas,
vencido el freno al timón
y a la brújula la rienda,
en desatados fragmentos
tan cadáver te resuelvas,
que hecho panteón el mar
con hondas bóvedas, seas
tumba de cuantos te habitan,
al cielo la quilla vuelta,

con tan borradas huellas
que ni aun cenizas tu sepulcro tenga!
Mas ¡ay de mí!, que me quejo
contra mí misma, que llevas
mi vida en la de mi padre.
¡Plegue a Dios que feliz seas,
y tanto, que norte fiel
te conduzga hasta que veas
el puerto con tal fortuna
que la nave de Argos venzas,
no sólo en verte triunfar
del mar, pero en verte puesta
entre uno y otro coluro,
dibujada en sus esferas
con imágenes de signos
y caracteres de estrellas,
en cuyo diáfano espacio,
en cuya mansión etérea,
libre ya de tormentas,
la náutica su fijo cuarto tenga!
Pero ¿qué digo, qué digo?
Miente alevosa mi lengua.
Entre Caribdis y Escila
tan zozobrada padezcas
que desees por bonanzas
las sirtes y las sirenas;
y cuando de ellas escapes,
mal descuidada pavesa
en tu pañol se encienda,
siendo Volcán del mar, del aire Etna.
Pero no; tan vitoriosa,
tan tranquila, tan serena
del puerto el abrigo goces
que en él, cascada y deshecha,
a vista suya, porque
más el sentimiento sea,
des al través; y pues yo,
tal vez de rencores llena,

tal de piedades, no sé
qué afecto es el que en mí reina,
porque no sepa del daño
ni de la mejora sepa,
ya que es fuerza que mis ansias
mejoras y daños crezcan,
triste, turbada y ciega,
muda, absorta, confusa, helada y muerta,
desesperada, tras ti
me arrojaré donde…

FLORA *dentro* ¡Espera!

SIQUIS Pero ¿qué oráculo, ¡cielos!,
me obliga a que me suspenda?

FRISO *dentro* ¡Corre, si quieres llegar
a tiempo, por si se queda
el esquife a recogernos,
ya que la nave se ausenta!

SIQUIS Humanas voces son. Dioses,
haced que se mí se duelan.

Salen los dos.

FLORA ¿Cómo quieres que yo corra
por tan inculta maleza?

FRISO Agora veo que el ser
liviana no es ser ligera.

SIQUIS Moradores destos montes,
si hay hados que os compadezcan,
decidme… Pero ¿qué veo?
¡Friso! ¡Flora!

FRISO En hora buena
te hallemos, que imaginé
que nos dejaban en tierra
olvidados a mí y Flora.

SIQUIS ¡Pluguiera al cielo tuviera
yo el consuelo del olvido,
y no el mal de la evidencia!

FLORA ¿Cómo evidencia, señora?

SIQUIS Como aquella, ¡ay de mí!, aquella
águila del mar que nada,
delfín del aire que vuela,
cuando las alas que bate
y las escamas que encrespa
páramos de espuma entorchan
y golfos de álamos peinan,
marino paladión es
que en sus entrañas engendra
tantas máquinas de engaños,
de traiciones y cautelas,
que no se les da ejemplar;
pues dejar su dama expuesta
a las iras de la suerte
y del hado a las violencias
ingratos amantes, ya
se ha visto en otras bellezas;
mas un padre y un amante,
y que ambos la aborrezcan,
no solo la historia, pero
la fábula aun no lo acuerda.
¡Ay infeliz de aquella
que a estrenar ejemplares nació expuesta!
FLORA ¡Buena hacienda habemos hecho!
FRISO No es sino muy mala hacienda;
pero yo lo enmendaré.
¡Ah, señores que nos dejan
en la isla a mí y a Flora!
¡Vuélvanse por mí siquiera!
En viniendo por mí, entrambas
os iréis.
SIQUIS Locuras deja,
que compañía que es necia,
más que al triste le alivia, le atormenta.
¡Ay, Flora! ¡Ay, Friso!, que cuando
miraba la nave cerca,
con pensar que me escuchaban,
consuelo hallaba mi queja;

pero ya que escasamente
se divisa, pues apenas
breve átomo se termina,
crece el dolor. ¿Quién creyera
que el bulto de las desdichas,
al paso que mengüe, crezca?
¿Qué alhaja será ésta,
que ella es más cuando es menos quien la lleva?
Y más cuando, ¡ay de mí!, cuando
la trémula noche negra
de sus tupidas arrugas
desdobla el manto, cubierta
de asombro, de horror y miedo;
y sólo sirven mis quejas
y lágrimas de aumentar
golfo al buque, aire a la vela,
sin darme más respuesta
que me dieron las luces, las tinieblas.
¿Qué hemos de hacer?

FRISO Pues ¿a quién
se lo preguntas?

FLORA ¿No echas
de ver que los dos tenemos
la misma duda?

SIQUIS No hubiera
consuelo para mí, Flora,
mayor de que tú estuvieras
aquí, corriendo conmigo
mis fortunas.

FLORA Lisonjera
te quisiera responder,
mas ¿qué te va a ti en que mienta?
Que corras fortunas tú,
y tengas hados, no es nueva
cosa; que hados y fortunas
se hicieron para princesas;
mas ¿quién vio que hados y fortunas tengan
sobre fregonas y lacayos fuerza?

SIQUIS Ya que las voces no sirven
de rémora a su violencia,
sirvan de decir que estamos
aquí a las incultas fieras
destos montes, para que
de sus garras y sus presas
seamos de una vez despojos.
FRISO Cuidado se tendrán ellas;
no hay para que tú las llames.
SIQUIS ¡Brutos destas altas peñas,
fieras destos pardos riscos,
monstruos destas verdes selvas…!
CORO 1 *dentro* ¿Quién nos busca?
CORO 2 *dentro* ¿Quién nos llama?
FRISO Éste ¿es responso u respuesta?
FLORA De todo tiene, pues junta
horrores y voces tiernas.
SIQUIS La ojeriza de los hados,
el ceño de las estrellas,
la saña de la fortuna
y el odio de sus violencias.
Siquis infelice es
la que despechada os ruega
que una vez con novedad
sea piadosa la fiereza.
CORO 1 ¡Hola, ahu, ah del monte!
CORO 2 ¡Ah del monte!
CORO 1 ¡Hola, ahu, ah de la selva!
CORO 2 ¡Ah de la selva!
CORO 1 ¡Albricias, albricias!
CORO 2 ¿De qué alegres nuevas?
CORO 1 De que viene Siquis
a ser deidad nuestra.
CORO 2 Sea bien venida.
LOS DOS COROS Bien venida sea.
SIQUIS ¿Qué voces son éstas, Flora?
FLORA No sé; que tan lisonjeras,
desdicen de nuestro asombro.

FRISO ¿Qué lisonja hallas en ellas,
si cantan como que rabian?
SIQUIS Callad, por si otra vez suenan.
CORO 1 ¡Albricias, albricias!
CORO 2 ¿De qué alegres nuevas?
CORO 1 De que viene Siquis
a ser deidad nuestra.
LOS DOS COROS Sea bien venida,
bien venida sea.
SIQUIS ¿Cúyas serán estas voces?

[Por una gruta que habrá en el teatro, sale una ninfa con un velo en el rostro y una hacha encendida en la mano, y canta.]

NINFA De quien en tanta tragedia,
compadecido de ti,
vencer tus hados intenta,
como antes que desemboce
de las pálidas tinieblas
que temerosas se ofrecen
su estrella Venus, te atrevas
—porque le importa el secreto,
y ella dónde estás no sepa—
a seguirme, penetrando
las entrañas desta cueva,
donde, guardada a sus iras,
tan grande dicha te espera,
como esas voces publican,
diciendo, al verte en su esfera,
albricias, albricias.
LOS DOS COROS ¿De qué alegres nuevas?
NINFA De que viene Siquis
a ser deidad nuestra.
LOS DOS COROS Sea bien venida,
bien venida sea.
SIQUIS Sombra, ilusión o fantasma,
que al humo y luz de esa tea
aún más deslumbras que alumbras,
seguirte tengo, o bien seas

favorable o bien contraria,
que nada mi vida arriesga;
pues si favorable alivias
o si contraria atormentas,
en nada va a perder quien
vivir o morir desea
tan a un tiempo que no sabe
en cuál de los dos acierta.
Entra tú conmigo, Flora.
FLORA Yo no he de dejarte.

Vanse.

UNO Entra
tú también, Friso.
FRISO Eso no;
que aunque yo grutesco sea,
no me entiendo bien con grutas.
UNO ¿Adónde vas?
OTRO Tente.
LOS DOS Espera,
que tú también has de entrar.
FRISO Mis señoras doñas bestias,
¿qué les va a ustedes en que
entre yo?
UNO Que nunca puedas
decir adónde está Siquis,
que nadie ha de saber de ella.
FRISO ¿Habrá más de no decirlo?
UNO No has de irte; al centro llega
de esa caverna.
FRISO Como hagan
de la ce, te, norabuena.
OTRO ¿Qué quieres decir?
FRISO Que truequen…
UNO Di.
FRISO …la caverna en taberna;
pues «cum amicis non repa-

ratur in una littera»,
dice el adagio.
LOS DOS Carguemos
con él.
FRISO Protesto la fuerza.

[Llévanle. Múdase el teatro en el de un palacio, salen los músicos, que se dividen en dos coros, y detrás, la ninfa con la hacha, Siquis y Flora.]

LOS DOS COROS Pues que viene ya Siquis
a ser deidad nuestra,
sea bien venida,
bien venida sea.
CORO 1 El sol destos montes,
la alba destas sierras,
deidad destos valles,
ninfa destas selvas…,
LOS DOS COROS … sea bien venida,
bien venida sea.
CORO 2 La más bella rosa
de la primavera,
que amanece a ser
deste alcázar reina…,
LOS DOS COROS … sea bien venida,
bien venida sea.
CORO 1 La estrella de Venus
desluce su estrella,
pues ya está segura
de que no la vea…,
LOS DOS COROS … sea bien venida,
bien venida sea.
CORO 1 Albricias, albricias.
CORO 2 ¿De qué alegres nuevas?
CORO 1 De que viene Siquis
a ser deidad nuestra.
LOS DOS COROS Sea bien venida,
bien venida sea.

SIQUIS De las dudas con que lucho,
¿quién librará mi deseo?
¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
¡Dioses! ¿Qué es esto que escucho?
FLORA De asombro tan singular,
¿quién los efectos no ignora?

[Sacan a Friso.]

FRISO Acá estamos todos, Flora.
LOS DOS A oír, a ver y callar.

Suéltanle y vanse.

SIQUIS Cuando imaginé que el centro
de la tierra me escondía
a nunca más ver el día,
¿hallo tantas luces dentro?
¡Qué alcázar tan eminente!
¡Que suntuoso palacio!
¡Qué verde, florido espacio!
¡Qué hermosa, lucida gente!
¿Cúya será la grandeza,
Flora, que admiras y ves?
LOS DOS COROS Toda, bella Siquis, es
de tu divina belleza.
SIQUIS ¿Para quién se fundó aquí
aquesta fábrica, en quien
tantas riquezas se ven?
LOS DOS COROS Para que te albergue a ti.
SIQUIS Pues decidme, ¿de qué modo
se supo que yo este día
a estas montañas vendría?
LOS DOS COROS Su dueño lo sabe todo.
SIQUIS ¿Quién en el mundo se vio
en igual confusión? Pues
sepa quién el dueño es
deste real alcázar.

Sale Cupido matando la luz.

CUPIDO Yo,
que para hablarte encubierto,
el fuego mato que ves,
por señas de que éste es
el primer fuego que he muerto.
FRISO Buenas noches.
FLORA No tan bueno
el dicho agasajo fue
como yo le imaginé.
SIQUIS Eco tan de asombro lleno,
que habiéndome respondido
a lo que te he preguntado,
en más dudas me has dejado
de las que yo había traído;
pues ves que mi pena es mucha,
saca de tantos enojos
mis oídos y mis ojos.
CUPIDO Sí haré, Siquis bella, escucha:
yo…
SIQUIS Antes que empieces, di
que luz traigan.
CUPIDO No lo intente
tu voz, que eso solamente
no puedo yo hacer por ti.
SIQUIS Luego ¿a escuras me has de hablar?
CUPIDO Sí; que nunca me has de ver.
SIQUIS ¡Qué fiero debes de ser!
CUPIDO ¿No hay más causa que pensar?
SIQUIS Sí; pero entre penas duras,
¿quién no piensa lo peor?
CUPIDO Oye, que contra ese horror…
FRISO (Veamos cómo se ama a escuras.)
FLORA (Más fácil, Friso, será,
que a escuras no lo veamos.)
FRISO A buscar por dónde huir vamos.
FLORA ¿Quién sin luz nos guiará?

Vanse.

CUPIDO Para que entrambos sentidos
quejosos de mí no estén,
lo que los ojos no ven
te han de suplir los oídos.
Y pues vencer el pavor
del no ver con oír pretendo,
lo que yo fuere diciendo
cierren cláusulas de amor.
(Que es bien, ya que tan rendidos
ha de arrastrar mis despojos,
que pues no puedo los ojos,
la enamore los oídos.)
Canta Hermosísima Siquis,
cuya planta produce
a contactos de nieve
flores blancas y azules;
antes que de mis ansias
la novedad escuches,
será bien que las tuyas
consueles y asegures.
Y así, la primer cosa
que es justo que pronuncie,
sea que estás adonde
no hay hado que te injurie,
porque estás en sagrado…
LOS DOS COROS … tan noble y tan ilustre
que en él no será mucho
que de los hados triunfes.
CUPIDO *canta* No ha sido acaso haber
con varias inquietudes
alterado esos mares
a vista destas cumbres;
no acaso, que tu padre
preceptos ejecute,
que le obliguen a que
sin ti las ondas sulque,

y no acaso, en efeto,
ha sido que te busquen
esas voces que a estos
palacios te conducen,
quizá porque ha pedido…

LOS DOS COROS … tu vida quien presume
que Júpiter le tema,
cuando a su esfera sube.

CUPIDO *canta* A puerto llegas donde
tendrás, sin que te asustes,
muchos que te obedezcan,
nada que te disguste;
que este enterrado alcázar,
de cuyos balaústres,
a descollarse, fueran
hoy eminentes cumbres,
a efecto solamente
de ocultarte a ti, sufre
de esos soberbios montes
la inmensa pesadumbre;
en él, pues, serás dueño…

LOS DOS COROS … de cuanto el mar incluye,
de cuanto el sol engendra
y la tierra produce.

CUPIDO *canta* Pues por más que el diamante,
vuelto al centro, no ofusque,
verás para tu adorno
que uno en otro se pule.
Del rubí y la esmeralda
maridajes comunes
entre reflejos rojos
darán verdes vislumbres.
Las lágrimas del alba,
cuando a llorar madrugue,
las haré que se cuajen
primero que se enjuguen,
para que a tus oídos…

LOS DOS COROS … dependientes se escuchen
mis penas, y tu cielo
tenga de quien se burle.
CUPIDO *canta* Cuanto oro y cuanta plata
avaro monte cubre,
sacaré de sus minas
a que en crisol se apuren,
hasta hacerse tratables,
tanto, que cuando gustes
que borden tus adornos
entretejidas luces,
ingenioso gusano
de las sedas que urde
te dará los matices,
ya haciendo que se aúnen
hebras de seda y oro,…
LOS DOS COROS … logrando en ti su lustre
tareas de los tornos,
fatigas de los yunques.
CUPIDO *canta* Tendrás a todas horas
que tu belleza adulen
músicas acordadas,
con tonos de amor dulces.
Registrará tu mesa
cuanto hay que el mar circunde,
cuanto hay que el monte corra,
cuanto hay que el aire cruce.
Servida y festejada
de damas que no cuiden
de más que de tus galas,
tus joyas y perfumes,
sin que desta grandeza…
LOS DOS COROS … otro premio procure
sino tan solo, Siquis,
que quién soy no preguntes.
CUPIDO *canta* Y no por ser tan fiero
como tú me presumes,
sino porque es forzoso

que mi ser disimule;
tanto, que a esos criados
aquí contigo truje,
porque quedando fuera,
dónde estás no divulguen,
puesto que será fuerza
que al paso que te busquen
rendidas mis finezas,
mayor deidad injurien.
Y así, el día que veas…

LOS DOS COROS … mi rostro a cualquier lumbre,
piensa que todo esto
en polvo se reduce.

SIQUIS Ignorado prodigio,
que en voz y acción incluyes
enigmas imposibles
de que a razón se ajusten,
si mi bien solicitas,
¿cómo tu rostro encubres?
Porque hacerle y guardarse,
traición, no halago, arguye.

CUPIDO Como me es fuerza, Siquis.

SIQUIS Pues si a eso te reduces,
no estimo tus promesas,
pues la menor no cumples.
Mándame abrir las puertas
de tu palacio, y busque
mi fortuna los riesgos
vistos a todas luces.

CUPIDO Bien pudiera forzarte
mi gusto, al ver que huyes,
pero mis vanidades
tan baja acción no sufren;
que es baldón de lo noble,
bajeza de lo ilustre,
pensar que con violencias
los méritos se suplen.
Oblíguete mi ruego,

mi llanto te asegure,
muévate mi fineza.
SIQUIS En vano lo presumes,
porque yo…
ANTEO *dentro* ¡Siquis bella!
CUPIDO ¿Qué humana voz discurre
tan no habitado escollo?
ANTEO ¿Dónde tu luz encubres?
Anteo es quien te llama,
que, echado al mar, se huye
de la prisión y, a nado,
a socorrerte acude.
SIQUIS Éste es mi primo Anteo:
la ley de amante cumple.
¡Anteo!
CUPIDO No le nombres.
SIQUIS ¡Primo!
CUPIDO No le pronuncies.
(¡Cielos! ¿Qué fuego es éste
que en mi pecho se infunde,
nacido de que haya
otro que a Siquis busque?
Mas si amor no hay sin celos,
¿qué mucho que me asusten?,
pues nunca fui Amor hasta
agora que los tuve.)
ANTEO ¡Siquis divina!
SIQUIS ¡Anteo!
CUPIDO Su nombre no articules,
que harás que tu respeto
de una vez aventure;
pues no sé si podré
mirar a nuevas luces
celoso los despechos
que enamorado pude.
SIQUIS Primero que atrevido…
CUPIDO Será defensa inútil.
SIQUIS ¡Cielos, dadme socorro!

CUPIDO En vano a ellos acudes.
SIQUIS ¡Dioses!
CUPIDO No habrá ninguno
que contra mí te ayude.
SIQUIS Si por vengarte, Venus,
a este horror me reduces,
infame es tu venganza.
CUPIDO Mira qué mal arguyes,
pues aun Venus tampoco
no quiero que te escuche.
SIQUIS ¿Ni a una deidad ni a un hombre
permites que pronuncie?
CUPIDO No.
SIQUIS Pues llamaré a entrambos,
si es darte pesadumbre.
CUPIDO Para que no te oigan,
verás que se confunden
tus voces entre otras.
Haced que no la escuchen.
SIQUIS Venus bella,…
LOS DOS COROS Venus bella,…
SIQUIS … no procures…
LOS DOS COROS … no procures…
SIQUIS … que este asombro…
LOS DOS COROS … que este asombro…
SIQUIS … de mí triunfe;…
LOS DOS COROS … de mí triunfe;…
SIQUIS … vida tengo…
LOS DOS COROS … vida tengo…
SIQUIS … que asegure…
LOS DOS COROS … que asegure…
SIQUIS … tu venganza…
LOS DOS COROS … tu venganza…
SIQUIS … más ilustre.
LOS DOS COROS … más ilustre.
ANTEO ¿Dónde, Siquis, se esconden
tus eclipsadas luces?
SIQUIS ¡Primo Anteo!

LOS DOS COROS ¡Primo Anteo!
SIQUIS ¿Tal se sufre?
LOS DOS COROS ¿Tal se sufre?
SIQUIS O no hay dioses,…
LOS DOS COROS O no hay dioses,…
SIQUIS … u de mí huyen.
LOS DOS COROS … u de mí huyen.
CUPIDO ¿Ves perdidas tus voces
entre las muchedumbres?
SIQUIS ¿Qué importa, si yo, huyendo
de ti, es bien que procure
hallar en otro abismo
centro que me sepulte?

Vase.

CUPIDO Proseguid con las voces
mientras que yo la busque;
aunque mal podrá, huyendo,…
LOS DOS COROS … aunque mal podrá, huyendo,…
CUPIDO … que su riesgo se excuse;…
LOS DOS COROS … que su riesgo se excuse;…
CUPIDO … que no huye de Amor quien
de Amor a ciegas huye.
LOS DOS COROS … que no huye de Amor quien
de Amor a ciegas huye.

JORNADA TERCERA

Dentro, a lo lejos, la música, y salen Flora, Friso, y dice a lo lejos la música:

MÚSICA Cuatro eses ha de tener
amor para ser perfeto:
sabio, solo, solícito y secreto.

FRISO Pues nuestros noturnos amos,
que en metáfora de farsa,
ella es *la dama duende*
y él es *el galán fantasma*,
divertidos en la siempre
florida, apacible estancia
de aquestos jardines, Flora,
lo más de las noches pasan,
y ésta lo están en oír
esas músicas que cantan,
¿no me dirás, puesto que
tú más cerca de ellos andas,
qué has entendido de aqueste
dueño búho, de quien nada
yo me atrevo a discurrir?
Porque desde la menguada
hora que de esos salvajes,
que a la puerta están de guarda,
entrando por una gruta,
me hallé dentro de una sala,
todo soy asombros, miedos,
ilusiones y fantasmas.

FLORA Pues ¿de qué nacen aquesos
temores, cuando te hallas
tan regalado y servido?
FRISO Deso mismo: ¿por qué causa
con tanta puntualidad
me sirven y me regalan
a mí? ¿Quién soy yo en el mundo
para que cosa no haya
imaginada, que luego
no la tenga?
FLORA Pues ¿no basta
venir con Siquis?
FRISO No dudo
que el refrancillo que habla
con los canes de Beltrán
hable con los de Beltrana;
y así, no es mi duda, Flora,
que las finezas se hagan,
sino el modo.
FLORA Ése es secreto
que mi discurso no alcanza.
FRISO ¿Quién será aqueste menguado
que tan rendido la ama,
y, sin que diga quién es,
viene de secreto a hablarla
todas las noches, y aun de ésas,
las lóbregamente pardas,
solo sale a los jardines?
FLORA No sé lo que piense.
FRISO ¡Vaya!
FLORA Es que es algún gran señor,
según lo mucho que gasta
de ámbares, joyas y telas.
FRISO Mi opinión es muy contraria:
algún blanco viejo es verde,
que son los que dan y callan,
y entran a escuras.

FLORA Yo, Friso,
sólo sé que enamorada
de él está Siquis, y tanto
sus perfecciones ensalza
que está persuadida a que es
algún dios que a verla baja
de sus esferas, bien como
por Indimión Diana,
por Dafne Apolo, por Leda
Júpiter, por…
FRISO Calla, calla;
y no creas que si fuera
deidad de tanta importancia,
no quisiera parecerlo
a los ojos de su dama;
porque ¿para cuándo son
valor, lustre, honor y fama
sino para cuando ellas
lo huellan, pisan y arrastran?
Y yo antes presumiré
que por defectos se guarda;
y para esto hay dos razones,
y bien concluyentes ambas.
FLORA ¿Cuáles son?
FRISO No permitir
que le vean cara a cara,
y dar, que es indicio mero
de que encubre alguna falta.
FLORA Luego ¿no dan los galanes?
FRISO No, que no hace un hombre infamia
mayor…
FLORA ¿Qué?
FRISO … que regalar.
FLORA ¿Por qué?
FRISO La evidencia es clara.
Quien no da a su dama, Flora,
en cuantas partes se halla,
que la afean sus amigas

lo deslucida que anda,
la pone en obligación
de decir que enamorada
pasa por todo, y que a ella
vivir con gusto la basta;
pero quien la da, la pone
en obligación que vana
de sus alhajas se precie,
diciendo a todas muy falsa:
«Yo enamorada no estoy
de ulano; estoy obligada».
Con que el tal ulano trueca
su desprecio a las alhajas.

Suenan dentro instrumentos.

FLORA Yo respondiera con que es
fácil enviar noramala
al uno y no al otro, si esos
instrumentos no avisaran
de que a esta parte se acercan.
FRISO Pues quede la hoja doblada,
con que hay secreto tan nuevo
que criados no le alcanzan.

Sale la música, y Cupido y Siquis.

MÚSICA Cuatro eses ha de tener
amor para ser perfeto:
sabio, solo, solícito y secreto.
CUPIDO En ninguno más que en mí
las cuatro eses concurrieron
que perfeto a amor hicieron;
sabio, pues te eligió a ti;
solo, pues sola tú en mí
vives; solícito, pues
te busqué donde después
tan secreto te he adorado
que aun del sol me he recatado.

Luego si en mi afecto ves
lograrse uno y otro efeto,
por mí se debe entender:…
MÚSICA … cuatro eses ha de tener
amor para ser perfeto:
sabio, solo, solícito y secreto.
SIQUIS De eses y hierros orló
la esclavitud sus paveses,
y es bien, si tú das las eses,
que añada los hierros yo.
Sabio no es mi amor, pues no
persuade; solo no es,
pues desea más; y pues
lo que desea no ruega,
solícito a ser no llega,
ni secreto cuando ves
que a voces se queja, a efeto
de no poder merecer.
MÚSICA Cuatro eses ha de tener
amor para ser perfeto:
sabio, solo, solícito y secreto.
CUPIDO No cantéis más. Siquis mía,
¿tú de mí desconfiada?
¿En qué, para persuadirme,
la fe de tu amor no es sabia;
sola, pues que más deseas;
solícita, pues se cansa;
ni secreta, pues de mí
se queja a voces?
SIQUIS ¿Qué extrañas
este sentimiento mío,
si sabes de qué se causa?
Yo confieso que infelice
hallaron puerto mis ansias
en tus palacios, adonde
nada contigo me falta;
pero entre tantas finezas,
dichas y venturas tantas,

aquesto de no saber
de mi padre y mis hermanas,
ni cómo la ausencia mía
ha recibido mi patria,
de tu amor y tus finezas
me ha puesto en desconfianza,
pues habiéndote pedido
mil veces…

CUPIDO Espera, aguarda,
que ya que aquese deseo
a ser sentimiento pasa,
le he de enmendar en la parte
que pueden mis ciencias altas,
ya que no en el todo. Hoy
te daré noticias claras,
no solo en voces que oigas,
mas si el valor no te falta,
en imágenes que veas,
como…

SIQUIS ¿Qué?

CUPIDO … me des palabra…

SIQUIS Di.

CUPIDO … que a mí no me has de ver
a la trémula, a la escasa
luz que, para que lo veas
tú, las mismas sombras traigan.

SIQUIS ¿Cómo con luz no he de verte?

CUPIDO Poniéndome a tus espaldas,
con ley de que no hayas, Siquis,
de volver a mí la cara.

SIQUIS Yo lo ofrezco. Pero ¡cielos!

CUPIDO ¿Qué oyes?

SIQUIS Mil músicas varias.
Qué me dicen estas voces
no sé, puesto que acordadas
suenan.

CUPIDO Pues agora atiende
cuánto de fiesta y de gala

tu corte está, en regocijo
de que esta noche se casan
con Arsidas y Lidoro
Astrea y Selenisa.

Suenan instrumentos.

SIQUIS ¡Rara
admiración!
CUPIDO A sus bodas
oye los himnos que cantan.

Con hachas, salen máscaras danzando, y Astrea, Selenisa, Arsidas y Lidoro, y detrás Atamas.

MÚSICA A las bodas felices de cuatro
amantes afectos,
con dobladas antorchas de tea,
ven, Himeneo,
ven, Himeneo;
y tejiendo de mirtos y rosas
guirnaldas de Venus,
a coronar sus sienes altivas,
ven, Himeneo,
ven, Himeneo.
ATAMAS Sólo consolar pudiera
de Siquis bella la falta,
ya que murió, como os dije,
a un accidente postrada
en la embarcación de Oeta;
con cuya fatal desgracia
su primo Anteo no quiso
volver sin ella a la patria,
pasándose a militar
en las guerras de Trinacria;
sólo pudiera, otra vez
digo, consolar su falta
la dicha de aquesta unión,
que gocéis edades largas.

LIDORO Aunque hoy la dicha es de todos,
la mía a todos se adelanta.
(Ya, ¿qué puedo hacer, perdidas
en Siquis mis esperanzas?)
ASTREA Mucho en presumir que es tuya
mi felicidad se agravia.
(Ya es, ¡ay, ignorado joven!,
tiempo que del pecho salgas.)
ARSIDAS En las venturas de amor,
dice más el que más calla.
(¡Ay, perdida Siquis bella!)
SELENISA A mí esa razón me valga
para mi disculpa. (¡Ay triste,
que en vano se esfuerza el alma!)
ATAMAS Proseguid con las canciones,
bailes, músicas y danzas;
que hoy todo ha de ser festejos,
hasta partirse mañana
a sus reinos cada una,
y yo acompañando a entrambas,
supuesto que Selenisa,
que es la que hereda mi casa,
mientras yo viva, se ausenta.
ARSIDAS Mi asistencia es de importancia
en Chipre, por los sucesos
de aquellas guerras pasadas;
y así, es fuerza no quedar,
como debiera, a tus plantas.
LIDORO Si yo, que en llevar a Astrea
no ofendo al cariño en nada,
puedo pedir un favor,
señor,…
ATAMAS Di, ¿qué es?
LIDORO Que no salgas
tú de tu corte.
ATAMAS Perdona;
que hasta los puertos de Acaya,
entre Citerón y Chipre,

tengo de ir a acompañarlas,
que son muchas tres ausencias
para que esfuerzos no haya
que las dilaten un poco.
Y porque el llanto no haga
desaires al alborozo,
otra vez la canción vaya.
(¡Ay, perdida Siquis mía!
Todo esto sin ti no es nada.)

MÚSICA A las bodas felices de cuatro
amantes afectos,
con dobladas antorchas de tea,
ven, Himeneo,
ven, Himeneo;
y tejiendo de mirtos y rosas
guirnaldas de Venus,
a coronar sus sienes altivas,
ven, Himeneo,
ven, Himeneo.

SIQUIS La terneza de mi padre
mis afectos arrebata.
¡Padre! ¡Señor!

CUPIDO No te escucha,
que todo eso es sombra vaga.

SIQUIS Pues haz tú…

CUPIDO Apagad las luces.

[Apagan las luces, y desaparecen todos.]

SIQUIS ¿Cómo tanto esplendor falta
en tan breve instante?

CUPIDO Como
ibas a volver la cara,
y porque tú no la pierdas,
quiero yo perder tu gracia.

SIQUIS De ese repetido enigma
no es bien apurar la causa,
que ya me doy por vencida,

que no merezco alcanzarla.
Sólo te diré, ¡ay de mí!,
que diera, porque me hablaran
mis hermanas, y me vieran,
mi bien, tan bien empleada
alma y vida.

CUPIDO ¿Cómo?

SIQUIS Como
dicha no comunicada
no es dicha. Del sol las luces
¿fueran hermosas y claras,
si a sus solas se lucieran?
De las estrellas la varia
república ¿fuera hermosa
si a sus solas se alumbrara?
Si las flores para sí
respirasen su fragrancia,
¿qué estimación merecieran?
Si el cristal, cuya asonancia
tal vez instrumento a quien
trastes de oro y lazos de ámbar
son las guijas, y tal vez
la cenefa de esmeralda,
blando búcaro de yerba,
ufano no lisonjeara
o ya el labio o ya el oído,
¿qué fueran sus consonancias?
El oro que está en la mina,
¿a quién adorna? La plata,
¿a quién aprovecha? ¿A quién
el diamante? Luego es clara
cosa que en tanto es la dicha
dicha, en cuanto se reparta.
Perdona esta vanidad,
y cree, mi bien, que de tantas
finezas como te debo,
verme, fuera la más alta,
mis hermanas tan gustosa,

tan rica, alegre y ufana.
Pero quien no te merece
aun menores confianzas…

CUPIDO No llores, que no es razón
que con acciones contrarias
una alba venga riyendo
de ver llorar otra alba.
Tu padre, hermanas y deudos,
pues todos juntos se embarcan,
derrotaré a aquestos montes,
con licencia de que hagas
alarde de tus grandezas.

SIQUIS Mil veces beso tus plantas.

CUPIDO Alza del suelo, y los brazos
me da, porque ya…

SIQUIS … la blanca
aurora con arreboles
los celajes desmaraña;
yo lo diré, no lo digas.
Vete, pues.

CUPIDO ¿Tú te adelantas
a despedirme?

SIQUIS Sí; que
siendo yo la enamorada,
en ti fuera descariño
lo que en mí desconfianza.

Vase.

CUPIDO ¡Qué felice es el amante
que correspondido ama,
pues el mismo Amor no tiene
para sí dicha más alta!
¡Oh mal hayan cuantas flechas
de plomo gasté! ¡Oh mal haya
cuantas del aborrecer
ejecutaron las sañas!
Albricias podéis pedir,

aves, flores, fuentes, plantas,
montes y selvas, a cuantos
por vuestros umbrales pasan;
que ya al Amor habéis visto
enamorado, y que trata
de que todo sea favores,
todo dichas,…

Sale Anteo

ANTEO ¿Todo ansias
ha de ser para mí, dioses?
CUPIDO ¿Qué escucho?
ANTEO ¡El cielo me valga!
CUPIDO ¿Quién será el que despeñado
desde aquellas cumbres baja?
ANTEO Quien, porque el vivir le sobra,
tierra que pisar le falta.
Dígalo el que discurriendo
la cima de esa montaña,
por si de ella descubría
algún puerto a mi esperanza,
u desvanecida u ciega
la mal afirmada planta,
hasta llegar a las tuyas,
más que me arroja, me arrastra.
Ya, pues, bello joven, que eres
el primero que en humana
forma vi en aqueste monte,
desde el día que en sus pardas
peñas habité, abortado
de ese mar en estas playas;
si eres la deidad que en ellas
tiene un prodigioso alcázar
que tal vez mirar se deja,
y tal se esconde y se guarda,
sordo al golpe y a la voz
del peregrino que llama

a sus umbrales, piadoso
te mueva el verme a tus plantas;
no porque infelice vivo
sustentado de las ramas
más silvestres; no porque
es un peñasco mi cama;
no porque esta bruta piel
visto, de la ropa a falta,
de que me desnudó el tiempo
a embates de vientos y aguas,
tus lástimas solicito;
porque hablo, sí, en confianza
de que te lastimen más
fortunas de amor lloradas
que desdichas padecidas;
que uno es cuerpo y otro es alma.
Buscando una dama vine
a estas rústicas campañas,
echado al mar, cuyo fuego
aun no apagó nieve tanta.
Voces di, que repetidas
de los ecos, me tornaban
mi misma razón, quizá
por no quedarse con nada
de un desdichado; en efeto,
sin ver a nadie la cara
hasta agora, ha muchos días
que habito brutas estancias.
Y no porque te repita
fortunas de amor contrarias,
en obligación ponerte
solicitan mis desgracias
de que me albergues, ni que
repares, vistas ni valgas;
solo con que me des nuevas
de una beldad soberana
que en este escollo quedó
porque nació desdichada,

por pagado me daré
de tu piedad noble y alta.
Dime si la has visto, u dime
si enamorado te hallas,
que con eso sabré yo
que sí; que en su soberana
hermosura es consecuencia
de haberla visto el amarla.

CUPIDO (¡Qué es esto, cielos! ¿Qué escucho?
¿Qué ira, qué fuego, qué rabia
es ésta, que al corazón
a un tiempo hiela y abrasa?
¡Mal hayan cuantos arpones
de oro he gastado! ¡Mal hayan
cuantos a amar obligaron,
pues éste contra mí alcanza
tanto poder!)

ANTEO ¿Ni aun respuesta
no te merezco?

CUPIDO (¿Qué aguarda
mi corazón? Muera Anteo
con el veneno que mata,
y viva en parte el blasón
de mi madre, ya que ingrata
mi vanidad fue a ofenderla,
cuando pensó que a vengarla.)
Derrotado peregrino,
por lo que mi voz dilata
el no responderos, es
por no aumentar vuestras ansias.
Pero ya que es igual daño
el ignorar las desgracias
que el saberlas, y hay quien quiera
saberlas más que ignorarlas,
sabed que esa dama tiene
dueño ya; porque el dejarla
aquí a efecto fue de que
se cumpliese la amenaza

del vaticinio de Venus;
y así, un monstruo es quien la guarda.
Desesperad vuestro amor,
desahuciad vuestra esperanza,
y no esperéis, en efeto,
ni verla jamás ni hablarla;
porque, fuera de que es
imposible, el que la ama
sabrá vengarse de vos
en ser, honor, vida y alma.

Vase.

ANTEO ¿Qué más vengado, si todo,
faltando Siquis, me falta?
El ser, pues que ya no soy;
el honor, pues ya mi fama
aquí espiró a los baldones
del oprobrio y de la infamia;
la vida, pues que no es vida
vida que es tan desdichada;
y el alma, pues que sin Siquis,
no la tengo.
TODOS *dentro* ¡Amaina, amaina!
ANTEO Pero ¿qué lejanos ecos
demás de la vista, llaman
la atención, para que vea
cómo en tormentosa calma
peligra un bajel, meciendo
de una banda en otra banda
ambos costados? ¡Oh mar!,
¿con qué tu cólera aplacas,
si la calma y la tormenta
vienen a ser ruinas ambas?
Balanceando a cada embate
se va a pique, a cuya causa
la gente abandona el buque,
saliendo a tierra en la lancha.

¡Dichoso yo, que veré
tratables gentes humanas
que me admitan, ya que el cielo
piadoso conmigo anda
en que una borrasca lleve
a quien trujo otra borrasca!

Tocan instrumentos.

Mas ¿qué instrumentos son éstos
que del encantado alcázar,
en bellas lucidas tropas,
salen con sonora salva?
MÚSICA En hora dichosa venga
a estas incultas montañas
el gran Atamas de Egnido,
donde sus dichas le aguardan.
ANTEO Aquí hay más misterio. ¡Cielos!
Encúbranme aquestas ramas,
hasta ver si he de valerme
de quien llora u de quien canta.

Salen [Atamas, Lidoro, Arsidas, Selenisa, Astrea y gente].

ATAMAS ¿Siempre infaustos para mí
han de ser, oh soberanas
deidades, estos escollos?
ASTREA En vano déste te espantas,
pues no, como el que decías,
es horrorosa su estancia.
LIDORO Ni despoblada tampoco,
que allí un templo se levanta.
SELENISA Y allí una música suena.
ASTREA Lleguemos adonde cantan.
SIQUIS *dentro* Prosigan vuestras canciones
hasta llegar a la playa,
pues dio mi esposo licencia
de que a recibirlos salga.

FRISO *dentro* Salgamos con todos, Flora,
pues lo permiten las guardas.

[Salen del palacio las damas que puedan, las músicas, Friso y Flora, y Siquis.]

MÚSICA En hora dichosa venga
a estas incultas montañas
el gran Atamas de Egnido,
donde sus dichas le aguardan.
ATAMAS ¿Dichas mías? Oh voces
que misteriosas más que no veloces
embarazáis los vientos,
¿quién a vuestros acentos
mi nombre dijo, ni que yo podía
ser el que a vuestros piélagos venía?
MÚSICA PRIMERA La deidad destos montes,…
2 … el sol de todos estos horizontes,…
1 … destas selvas la aurora,…
2 … destos campos bellísimos la Flora,…
1 … la Venus desta esfera,…
2 … la bella rosa desta primavera;…
LAS DOS … y, en fin, en sus espacios,
la que es reina feliz destos palacios.
ATAMAS ¿Y quién, en fin, dueño es de glorias tantas?
SIQUIS La que por la mayor tiene tus plantas.
ATAMAS ¡Cielos! ¿Qué es lo que veo?
¿Si es acaso ilusión de mi deseo?
ASTREA No; que a ser ilusión o fantasía,
no fuera igual en todos.
ATAMAS Siquis mía,
¿de cuándo acá mi suerte ha merecido
verme a tan grande bien restituido,
como verte en mis brazos?
SELENISA Sin voz la admiración abre sus lazos.
SIQUIS Hermosa Selenisa,
divina Astrea, bien sin ella avisa
de mi gusto mi llanto,
que la voz no supiera decir tanto.

Vengáis felicemente
a esta isla, de quien reina eminente
me aplaude mi decoro,
y donde me conozcan hoy Lidoro
y Arsidas por su esclava, no su hermana.

LIDORO Los dos a tu deidad, oh soberana
Siquis, reconocemos
por dueño singular.

ARSIDAS (¡Locos extremos,
pues ya no hay esperanza,
la voz creced de la desconfianza!)

LIDORO (¡Quién, cielos, dueño fuera
de su albedrío, y olvidar pudiera!)

FRISO A mí me dad agora
los pies.

FLORA Y a mí también.

SELENISA ¡Oh Friso!

ASTREA ¡Oh Flora!

ATAMAS ¿Los dos aquí?

FRISO Dejados por olvido,
de Siquis la fortuna hemos corrido.

ATAMAS Suspensos, hasta oír de tus portentos
la ocasión, nos tendrás.

SIQUIS Estadme atentos.
Sabréis que si en estrella tan avara
una deidad me ofende, otra me ampara.
En este escollo… Pero no prosiga;
mejor que yo mi majestad lo diga,
con acentos veloces
la salva repetida de las voces.
Entrad en el palacio
que docto fabricó en su ameno espacio
el que dio, para ser esposo mío,
medio a todo, si no es al albedrío.
Entrad, pues, y en haberes más que humanos,
no solo la codicia de las manos
llenaréis, mas veréis tantos despojos
que aun hartéis la codicia de los ojos.

ATAMAS ¡Qué admiración tan nueva!
LIDORO (Segunda vez tras sí mi afecto lleva.)
ARSIDAS (¡Nunca a verla volvieran mis desvelos!)
SELENISA (De envidia muero.)
ASTREA (Yo de envidia y celos.)
SELENISA ¿Viste jamás, Astrea,
a Siquis tan hermosa?
ASTREA No. ¡Que sea
tan feliz que haya hallado
dueño a su gusto en este despoblado!
SIQUIS ¿Qué decís?
SELENISA Cuán hermosa
estás.
ASTREA Y cuán lucida.
SIQUIS Soy dichosa,
y son gusto y ventura
el afeite mayor de la hermosura.
MÚSICA En hora dichosa venga
a estas incultas montañas
el gran Atamas de Egnido,
donde sus dichas le aguardan.

[Éntranse todos en el palacio, sale Anteo de donde estaba escondido, y detiene a Friso.]

ANTEO (De absorto, de confuso y suspendido
en tanta novedad, no me he atrevido
a descubrir, ni hiciera
bien sin mejor informe.) Friso, espera.
FRISO Si usted, señor salvaje,
presume que me huyo, mi viaje
a casa es; no llevarme solicite,
que no me he de ir en día de convite.
ANTEO ¿Que no me has conocido?
FRISO No me apriete,
que no me he de ir en día de banquete.
ANTEO ¿Que no ves, ¡ay de mí!, que soy Anteo?

FRISO Ahora, señor, lo veo, y también veo
que en haberte tenido
por salvaje, muy poco te he ofendido,
pues no es mucho, salvaje haberte hallado,
habiéndote dejado enamorado.
ANTEO ¿Qué deidad, dime, es ésta,
que en tanta majestad a Siquis puesta
tiene?
FRISO Yo no lo sé.
ANTEO Pues ¿no le viste?
FRISO Ni ella tampoco.
ANTEO ¿Ni ella? ¿Cómo? (¡Ay triste!)
FRISO Como es lóbrego amante
que aborrece la luz.
ANTEO No, no adelante
pases, porque no quiero que tu informe
con otro se conforme,
de que un monstruo la adora.
FRISO Esa porfía tengo yo con Flora.
ANTEO Y pues ya la amenaza
de Venus se cumplió, ¿qué me embaraza
para librarla, en tanto
riesgo, de aqueste lisonjero encanto?
Conmigo ven, que hoy han de ver los cielos
la más noble hidalguía de los celos;
pues cuando estar pudiera
vengado en que un horror su dueño fuera,
de él tengo de libralla.
FRISO Y eso, ¿cómo ha de ser?
ANTEO Sígueme y calla;
que a Siquis, aunque muera,
he de librar de esclavitud tan fiera.

[Vanse. Vuélvese a descubrir el palacio, cuya mutación se ocultó cuando se despidió de Siquis Cupido, y salen todos en la forma que entraron.]

MÚSICA En hora dichosa goce
en este eminente alcázar

Siquis bella la visita
de su padre y sus hermanas.
SELENISA (Cada grandeza que veo
es en mí una nueva rabia.)
ASTREA (En mí es una antigua envidia.)
LIDORO (En mí una muerta esperanza.)
ARSIDAS (En mí un difunto deseo.)
ATAMAS ¿Quién se vio en delicias tantas?
MÚSICA En hora dichosa vea,
contenta, alegre y ufana…
ANTEO *dentro* ¿Qué ha de ver, si esas venturas
son para todos desgracias?
SIQUIS ¿Cúya es esta voz?
ATAMAS De quien
aún más que con ella espanta,
espanta con el aspecto.

[Sale Anteo.]

SELENISA ¡Qué pena!
LIDORO ¡Qué asombro!
ASTREA ¡Qué ansia!
ARSIDAS ¡Qué prodigio!
FLORA ¡Qué portento!
SIQUIS Bruto horror destas montañas,
¿qué es lo que aquí solicitas?
ANTEO Que sepas quién es quien te ama.
SIQUIS ¿Quién es?
ANTEO Yo…
SIQUIS ¡Válgame el cielo!
ANTEO … y no el que del sol se guarda.
Atamas generoso,
Lidoro invicto y Arsidas famoso,
divina Selenisa,
Astrea celestial; quien os avisa
del daño que padece el devaneo
de la engañada Siquis es Anteo,
que con penas extrañas,

montañés girasol destas montañas
largo tiempo he vivido,
donde atentas mis ansias han sabido
que el que a Siquis adora
un monstruo es que estos palacios mora,
en ellos encantado,
porque de Venus se cumpliese el hado.
Y pues llegáis hoy a ocasión tan buena,
su vida rescatad, librad su pena,
y en aquese eminente
bajel, volved con ella al mar.

SIQUIS Detente,
Anteo, no prosigas,
ni tan indignas presunciones digas,
dándote a esos recelos
licencia, la licencia de los celos.
Dueño tengo y esposo,
que es deidad superior, dios generoso.

ANTEO Pues si algún dios ha sido,
dinos qué dios.

SIQUIS Aún no le he conocido.

ANTEO ¿Hasle visto?

SIQUIS Tampoco, que una rara
deidad no deja verse cara a cara.

ANTEO ¿Qué mayor consecuencia
que tu ignorancia para mi evidencia?
Atamas, rey y tío:
de Siquis violentado el albedrío,
de esposo que aparentes visos hace,
en dorada prisión cautivo yace.
Ya de Venus cumplido
el vaticinio está; volved a Egnido,
que más no puedo hacer en mis desvelos
que amar su bien a costa de mis celos.

Vase.

SIQUIS ¡Detente, aguarda, espera!
¿Cómo todos calláis desta manera?

ATAMAS No sé, Siquis, qué te diga,
mas mucha fuerza me hace,
sobre el presagio de Venus,
no saber quién es tu amante.

Vase.

LIDORO Yo tampoco, Siquis, sé
qué diga; pero ocultarse
cuando uno obliga, ¿qué deja
que hacer para cuando agravie?

Vase.

ARSIDAS Tus dichas y tus desdichas
de una misma causa nacen.
Nada sé; pero deidad
y horror, no es unirse fácil.

Vase.

SIQUIS ¡Ay, Selenisa! ¡Ay, Astrea!
Pues solas en esta parte,
hermanas siendo y amigas,
quedáis, decid… Pero en balde
consejo ni alivio espero
de quien, con extremos tales,
cuando goza mis placeres,
responde con sus pesares.
¿Qué es esto? ¿Las dos lloráis
al verme y al escucharme?
¿Qué sabes tú, Selenisa,
de mí? Astrea, ¿tú qué sabes?
ASTREA Siquis, si tú estás contenta,
¿de qué servirá estorbarte
el gusto?
SIQUIS No es para mí
esa respuesta bastante.

SELENISA Pues no quieras saber otra,
porque no es justo quitarte
de entre las manos la dicha.
Tú lo crees, y eso baste.
SIQUIS No habéis de dejarme así.
ASTREA Pues, Siquis, esto es amarte.
Un fiero encantado monstruo
es o tu esposo o tu amante,
porque contenta no estés
con aquestas vanidades.
SIQUIS ¿Cómo puede ser, si son
todas sus señas amables?
SELENISA Procura verle la cara,
Siquis, y desengañarte;
que es gran pereza de amor
amar sin ver a quien ames.
ASTREA Ten una luz encendida,
y sin temer disgustarle,
en mirándole dormido,
reconoce su semblante.
SELENISA Lleva contigo un puñal,
y en viéndole horrible, dale
muerte, y quedarás señora
de todo, sin el ultraje
de que un monstruo te posea.
ASTREA Y el saberlo no dilates,…
SELENISA … puesto que hoy en tus palacios…
LAS DOS … tienes tantos que te guarden.
SIQUIS Mal me atreveré a ofenderle.
SELENISA No receles.
ASTREA No repares.
SELENISA Nada pienses.
ASTREA Nada dudes.
SELENISA No temas,…
ASTREA … no te acobardes,…
LAS DOS … pues tener otra ocasión
de tener gente no es fácil.

Vanse.

SIQUIS Todos lo dicen. Sin duda
mis desdichas son verdades;
y cuando para saberlas
mayores causas no halle
que dármelo por precepto,
siendo mujer, es bastante.
Pues resuélvase mi aliento
osado, altivo y constante,
o bien del todo a perderse,
o bien del todo a ganarse.
¡Flora! ¡Friso!

Salen Flora y Friso.

FLORA ¿Qué me mandas?
FRISO ¿Qué me quieres?
SIQUIS Hoy fiarme
de los dos he menester
en el más estrecho trance.
Tú tenme, Friso, un puñal
escondido hacia esa parte
de los jardines, adonde
la puerta a mi cuarto cae.
Tú una luz ten escondida
que no pueda divisarse
hasta que yo la descubra;
y esto no lo sepa nadie,
ni aquí hagáis ruido, hasta que
yo con una seña os llame.

Vase.

FLORA Friso, ¿qué es esto?
FRISO No sé;
mas lo que pienso es que sabe
ya Siquis que es un dragón
nuestro amo.
FLORA ¡Qué dislate!

FRISO No mucho; siempre yo dije
que alguna falta notable
tenía quien tanto daba.
FLORA ¡Necedad de necedades!;
que ninguna falta tiene
quien da.
FRISO Apuremos el lance,
pues es desdoblar la hoja
que doblamos endenantes.
¿Él aquí a Siquis no trujo,
y porque no le mirase
mató la luz? Luego es monstruo.
FLORA Él ¿no la llenó al instante
de galas y joyas? Luego
es un Adonis, un ángel.
FRISO Él todas las noches ¿no
aguarda que no haya nadie
que le vea? Luego es fiero.
FLORA Él todos los días ¿no hace
el gasto? Luego es hermoso.
FRISO Él, desde que el alba sale,
¿no se va y no vuelve? Luego
es horrible y formidable.
FLORA Él ¿no se ausenta y no vuelve,
y, sin que aflija ni canse,
se contenta con sus horas?
Luego apacible es y amable.
O mil mujeres lo digan:
¿a cuál escogieran antes?
¿A un Narciso que asistiese,
o a un dragón que regalase?
FRISO Recúsolas; que no puede
ser testigo quien es parte.
Y esto a un lado, ¿has de traer
la luz?
FLORA ¿Puedo yo excusarme?
FRISO Yo tampoco, pero ¡plegue
a Dios…!

FLORA Advierte que es tarde,
que ya oscurece, y es hora
que venga señor.
FRISO Pues dame
los brazos, Flora, por si
el monstruo se declarase
dándote con algo a ti,
y a mí sin algo.
FLORA ¿Qué haces?
FRISO Llorar ternísimamente.
FLORA Déjalo, así Dios te guarde,
porque no hay como sufrir
el ver llorar a un bergante.

Vanse y sale Cupido.

CUPIDO Nunca Apolo ha discurrido
por esferas celestiales,
luciente bajel de oro,
el azul mar de diamante,
más perezoso que hoy,
dándome a entender que sabe
cuánto en dilatar el día
pesar a mis dichas hace,
la noche que estará Siquis
más alegre y agradable
por la fineza que he hecho
en que haya visto a su padre,
sus hermanas y sus gentes.
¡Qué airoso llega un amante
a los ojos de su dama,
día que un servicio le hace!
Éste es su cuarto; a entrar dentro
no me atrevo, sin que antes
la oscuridad reconozca.
Solo está, y ella es quien sale.
SIQUIS *sale* ¿Quién va?
CUPIDO Yo soy.
SIQUIS ¿Es mi amor?

CUPIDO No sé qué respuesta darte,
pues no solo tu amor hoy
que soy diré, mas de modo
te amo que pienso que todo
el Amor de todos soy.
Fuerza al argumento doy
con aqueste silogismo,
pues del amor el abismo
en mi pecho se cifró:
pues ¿qué es lo que me faltó
para ser el Amor mismo?
SIQUIS Con grande extremo sintiera
que verdad fuera, mi bien,
ser tú el mismo Amor; que quien
siempre en su mano tuviera
arco y flecha, no se hiriera.
CUPIDO Bien pudiera ser que sí.
SIQUIS ¿Cómo?
CUPIDO Como tal vez vi,
tirando a un blanco una flecha,
tocar en piedra, y deshecha
volvérseme contra mí.
SIQUIS ¿No entras al cuarto?
CUPIDO Supuesto
que andando hoy en él más gente,
puede ser inconveniente
haber luz, en este puesto,
en quien el abril ha puesto
el primor de sus primores,
nos sentemos.
SIQUIS ¿Qué mejores
lechos tejió ingenio fiel
que el pabellón de un laurel,
el catre de muchas flores?
CUPIDO ¿Has regalado, bien mío,
mucho a tus huéspedes?
SIQUIS Sí;
que teniéndote yo a ti,

bien satisfacer confío
el más avaro albedrío.
CUPIDO ¿Qué te han dicho tus hermanas?
SIQUIS Cuánto de mi dicha ufanas
están (¡al cielo plugiera!),
y aun envidiosas dijera,
si en prendas tan soberanas
cupiera estar envidiosas,
y hoy más, con tan nuevo estado.
CUPIDO Y ¿qué joyas las has dado?
SIQUIS Las más ricas, más hermosas,
más lucidas, más curiosas
que tengo de tus haberes,
para mostrarlas quién eres.
Mas ¿qué tienes? ¿De qué estás
inquieto?
CUPIDO Hoy el sueño más
me aflige que nunca.
SIQUIS ¿Quieres
que mande, señor, cantar,
y divertiráste así?
CUPIDO Como sea lejos, sí;
que no quiero embarazar
el poder contigo hablar.
SIQUIS Siempre acordado rumor
que velas en mi favor,
canta algún tono a este sueño.
MÚSICA *dentro* Quedito, pasito,
que duerme mi dueño;
quedito, pasito,
que duerme mi amor.
Si cantáis dulces querellas,
o matizados primores,
que siendo del cielo flores,
también sois del campo estrellas,
no me despertéis con ellas
al alma que adoro;
quedito el rumor,

la vida que estimo,
pasito el clamor;
y ya que le dais
este alivio pequeño,
quedito, pasito,
que duerme mi dueño;
quedito, pasito,
que duerme mi amor.

SIQUIS (Ya que a la voz conocí
que el sueño le rindió, agora
es ocasión.) ¡Friso, Flora!
¿Traéis la luz y puñal?

LOS DOS *salen* Sí.

SIQUIS Dadme uno y otro, y aquí
asistid los dos atentos
(¡cielos, infundidme alientos!);
y si acaso monstruo fuere,
y al matarle no tuviere
yo valor, vuestros acentos
voces den, pues nos miramos
tan acompañados hoy.

FRISO Temblando de miedo estoy.

FLORA ¿Oyes? De un color estamos.

SIQUIS Cobarde espíritu, vamos;
postrado ánimo, alentemos;
el desengaño toquemos
de una vez; o viva o muera.
Verle y no verle quisiera,
que siempre he de ser extremos;
verle, por llegar a ver
si engañada pude amar;
no verle, por no llegar
a matar y aborrecer
a quien ya llegué a querer;
y, en dos afectos neutral,
dudo el bien, recelo el mal,
y en lo que el examen tarda,
más esta luz me acobarda

que me anima este puñal.
Cada paso que el deseo
da, se retira otro paso
el temor; tiemblo y me abraso…
¿Qué mucho si dudo y creo?
Mas ¡cielos!, ¿qué es lo que veo?
¿Quién vio más bella pintura?
¿Quién más perfecta escultura?
El que dijo que éste es
un monstruo, bien dijo; pues
es un monstruo de hermosura.
¡Qué joven tan generoso,
en quien, desde el pie al cabello,
está brioso lo bello,
está valiente lo hermoso!
¿Otra vez, cielo piadoso,
esta hermosura no vi,
queriendo matarme? Sí.
¿Quién eres, joven, que estás
seguro al matarte más
que cuando matabas?, di.
Cuando quisiste matarme,
turbado te vi primero;
y cuando matarte quiero,
tú te vengas con turbarme.
Dormida fuiste a buscarme,
dormido hallarte pretendo;
¿qué extremos son que no entiendo,
los que hay en los dos, pues cuando
dormí, estabas tú soñando,
y yo, cuando estás durmiendo?
Flora, llega.

FLORA ¿Yo llegar?

SIQUIS Llega, Friso.

FRISO ¿Llegar yo?

SIQUIS No temáis, no dudéis, no,
que lo que os quiero mostrar
el monstruo es más singular
que vio la naturaleza.

FLORA Aun de aqueso es mi tristeza.
FRISO Y aun de esotro mi temor.
SIQUIS Llegad, que es monstruo de amor
con soberana belleza.
¡Mirad, mirad, pues, de quien
defectos oísteis los dos!
FLORA Destos monstruitos Dios
siempre me depare, amén.
FRISO Y aun a mí, Flora, también.
SIQUIS ¿Quién al ver no queda ciego
la perfección que a ver llego?
Suspensa le estoy mirando.
CUPIDO ¡Cielos, que me abraso! ¿Cuándo
con fuego se ha muerto el fuego?
SIQUIS De la cera derretida
que le hirió en la mano, creo,
perdida porción.

[Despierta y levántase Cupido.]

CUPIDO ¿Qué veo?
¿Qué intentas, bella homicida,
armada contra mi vida
con puñal y luz,…
SIQUIS (¡Mortal
estoy!)
CUPIDO … cuando, en acción tal,
ofendido mi alto ser,
me ha dado más que temer
esa luz que ese puñal?
En fin me has visto, aunque yo
te pedí que no me vieras.
SIQUIS Si tan para visto eras,
dueño mío, ¿qué importó?
CUPIDO Más, Siquis, que piensas.
SIQUIS No
me atormentes con enojos,
que si en rendidos despojos

triunfaste de mí dormido,
¿qué será habiendo venido
el socorro de los ojos?

CUPIDO Esas razones a ti,
cuando el valor me faltó,
yo te dije; allí yo
mi acero en tu mano vi.
Lo mismo sucede aquí;
mas no, que aunque tú me heriste
con él, y lo que tú hiciste
hacer yo agora pudiera,
no fuera justo que fuera
tan cruel como tú fuiste.
Algo distinguir conviene
en los dos el proceder;
que en efeto eres mujer,
que otros privilegios tiene.
La venganza que previene
tanto secreto ofendido,
que sepas lo que has perdido
será, Siquis, y otra no:
mira si es harto, que yo
soy el dios de amor, Cupido.
A Venus quise vengar,
mi madre, dándote muerte;
vi tu hermosura, y de suerte
la idolatré singular
que morí, yendo a matar;
con que a Júpiter pedí
que se doliese de mí,
y entre mí y mi madre, él
mandó, en su oráculo fiel,
que te trujesen aquí
para que pudiese yo
—¡tanto me debiste, tanto!—
tenerte en aqueste encanto,
donde Venus lo ignoró.
Ya con esa luz lo vio,

porque el prestado favor
término en su resplandor
quiso Júpiter que hallase;
con que no es posible pase
adelante nuestro amor.
Y puesto que tú has querido
cubrir, por antojo leve,
hoy tanto fuego de nieve,
tanta memoria de olvido,
para siempre me despido
de todo aqueste horizonte;
y así, a olvidarme disponte,
mirando en cuán breve espacio
se desvanece el palacio
y vuelve el monte a ser monte.

Vase. Terremoto dentro.

SIQUIS ¡Mi bien, mi señor, mi esposo,
aguarda, espera, detente,
porque en tu presencia pierda
la vida la que te pierde!

[Vase.] Van saliendo [Flora, Friso, Atamas, Selenisa, Arsidas, Astrea, Lidoro y Anteo].

FLORA ¡Qué confusión tan notable!
FRISO ¡Qué terremoto tan fuerte!
ATAMAS Sin duda que el cielo todo
se desploma de sus ejes.
SELENISA Que sobre nosotros caen
esas montañas parece,…
ARSIDAS … o que quieren abortar
Etnas sus preñados vientres.
ASTREA Las nubes de pardas sombras
visten sus orbes celestes,…
LIDORO … a cuyo pavor los mares
las montañas estremecen.

ANTEO ¿Adónde se han ido tantos
torreones y chapiteles?
TODOS ¿Cómo ha faltado sin ruina
tanta fábrica eminente?
SIQUIS *sale* ¿Qué os admira, qué os espanta,
qué os asombra, qué os suspende
tanto prodigio, si es
desdicha que me sucede
a mí, que soy en quien todas
su mayor crédito tienen?
La culpa tuvistis todos,
pues contra mi esposo aleves
os conjurastis a que era
un monstruo; y aunque no miente
la sospecha en que era monstruo,
en la malicia le ofende,
pues el bello dios de amor,
monstruo de todas las gentes,
fue el que adoré. Verle quise,
y le he perdido por verle.
Todos tuvisteis la culpa,
vuelvo a repetir mil veces,
y supuesto que yo en todos
no es posible que me vengue,
en mí sola podré hacerlo;
y así…
ATAMAS Mira…
ASTREA Y SELENISA Aguarda…
ANTEO Advierte…
SIQUIS Pues me distis muerte todos,
dejadme dar todos muerte;
que habiendo perdido tanto,
no en riquezas ni en deleites,
sino en mi esposo y mi amante,
a quien quise tiernamente,
¿para qué quiero vivir?
El mismo acero…

Sale Cupido.

CUPIDO Detente,
Siquis.
SIQUIS Sí haré; que tú solo
darme a mí la vida puedes.
SELENISA Astrea, ¿no es éste el joven
del jardín?
ASTREA Y el que merece
hasta agora mi memoria.
SELENISA Hasta en esto dicha tiene.
CUPIDO Tus lástimas han podido
obligar no solamente
a mí, que te adoro, pero
a Venus, que las atiende;
y al verte dar muerte, y que
yo había de llorar tu muerte,
convencida de mi llanto,
en mi casamiento viene;
con que, diosa de Amor, Siquis
vivirá adorada siempre.
Tú, Atamas generoso,
ya que a Amor por hijo tienes,
me da los brazos. Astrea
y Selenisa, aunque puede
quejarse de ellas mi pecho,
vivirán felicemente
con Arsidas y Lidoro;
y a Anteo le haré que llegue
a merecer real esposa,
porque de ti no se acuerde.
Friso, Flora…
FRISO No queremos
que a uno con otro nos premies,…
FLORA … sino que, pues el Amor
hoy enamorado eres,
perdones yerros de quien
está a vuestra plantas siempre.

FIN

NO HAY BURLAS CON EL AMOR,

de

Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **Don ALONSO de Luna, galán**
- **Don JUAN de Mendoza, galán**
- **MOSCATEL, gracioso**
- **Don LUIS, galán**
- **Don DIEGO, galán**
- **Don PEDRO Enríquez, viejo y padre de las dos damas**
- **Doña BEATRIZ, dama**
- **Doña LEONOR, dama**
- **INÉS, criada**

ACTO PRIMERO

Salen Don ALONSO de Luna y MOSCATEL muy triste

ALONSO: ¡Válgate el diablo! ¿Qué tienes,
que andas todos estos días
con mil necias fantasías?
Ni a tiempo a servirme vienes,
ni a propósito respondes;
y, por errarlo dos veces,
si no te llamo, pareces,

y si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dilo.
MOSCATEL: ¡Ay de mí!
Suspiros que el alma debe.
ALONSO: Pues ¿un pícaro se atreve
a suspirar hoy así?
MOSCATEL: Los pícaros ¿no tenemos
alma?
ALONSO: Sí, para sentir,
y con rudeza decir
de su pena los extremos;
mas no para suspirar;
que suspirar es acción
digna de noble pasión.
MOSCATEL: Y ¿quién me puede quitar
la noble pasión a mí?
ALONSO: ¡Qué locuras!
MOSCATEL: ¿Hay, señor,
más noble pasión que amor?
ALONSO: Pudiera decir que sí;
mas, para ahorrar la cuestión
que "no" digo.
MOSCATEL: ¿Que no? Luego,
si yo a tener amor llego,
noble será mi pasión.
ALONSO: ¿Tú, amor?
MOSCATEL: Yo amor.
ALONSO: Bien podía,
si aquí tu locura empieza,
reírme hoy de tu tristeza
más que ayer de tu alegría.
MOSCATEL: Como tú nunca has sabido
qué es estar enamorado;
como siempre has estimado
la libertad que has tenido,
tanto, que en los dulces nombres
de amor fueron tus placeres
burlarte de las mujeres
y reírte de los hombres;
como jamás a ninguna
quisiste, y más te acomodas
a engañar, señor, a todas
que hacer elección de una;
como eres (en el abismo
de amor jugando a dos manos,
potente rey de romanos)
mal vencedor de ti mismo,
de mí te ríes, que estoy
de veras enamorado.
ALONSO: Pues yo no quiero crïado
tan afectüoso. Hoy
de casa te has de ir.
MOSCATEL: Advierte...
ALONSO: No hay para qué advertir.
MOSCATEL: Mira...
ALONSO: ¿Qué querrás decir?
MOSCATEL: Que se ha trocado la suerte

al paso, pues siempre dio
el teatro enamorado
el amo, libre el crïado.
No tengo la culpa yo
de esta mudanza, y así
deja que hoy el mundo vea
esta novedad, y sea
yo el galán, tú el libre.

ALONSO: Aquí
hoy no has de quedar.

MOSCATEL: ¿Tan presto,
que aun de buscar no me das
otro amo tiempo?

ALONSO: No hay más
de irte al instante.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Que es esto?

MOSCATEL: Es pagarme mi señor
el tiempo que le he servido
con haberme despedido.

JUAN: ¿Con Moscatel tal rigor?

ALONSO: Es un pícaro, y ha hecho
la mayor bellaquería,
bajeza y alevosía
que cupo en humano pecho,
la más enorme traición
que haber pudo imaginado.

JUAN: ¿Qué ha sido?

ALONSO: ¡Hase enamorado!
Mirad si tengo razón
de darle tan bajo nombre,
pues no hace alevosía,
traición ni bellaquería,
como enamorarse un hombre.

JUAN: Antes pienso que por eso
le debierais estimar,
que diz que es dicha alcanzar,
y yo por tal lo confieso.
¿Crïados enamorados?
Un hombre que se servía
de dos mozos, y los veía
necios y desaliñados,
nada en su enmienda buscaba
como es decirlos a ratos:
"¡Enamoraos, mentecatos!"
que estándolo, imaginaba
que cuerdos fuesen después,
y aliñados; y, en efecto,
¿qué acción, qué pasión, qué
afecto,
decid, si no es amor, es
el que al hombre da valor,
el que le hace liberal,
cuerdo y galán?

ALONSO: ¡Pesia tal!
De los milagros de amor
la comedia me habéis hecho,
que fue un engaño culpable,
pues nadie hizo miserable,
de avaro y cobarde pecho
al hombre, si no es amor.
JUAN: ¿Qué es lo que decís?
ALONSO: Oíd,
y este discurso advertid;
veréis cuál prueba mejor.
El hombre que enamorado
está, todo cuanto adquiere
para su dama lo quiere,
sin que a amigo ni a crïado
acuda, por acudir
a su gusto; luego es
miserable amando, pues
no es, ni se puede decir
virtud, lo que no es igual,
y miserable no ha habido
mayor, que el que sólo ha sido
con su gusto liberal.
Que hace osados es error,
pues nadie contra su fama
entra en casa de su dama
que no entre con temor.
¡Cuántos cobardes han sido
de miedo de no perdellas;
cuántos, mirando por ellas,
mil desaires han sufrido!
Luego, si gusto u honor
hacen sufrir y callar,
nadie me podrá negar
que hace cobardes amor.
Pues si privan los sentidos
los favores o desprecios,
bien claro está que hace necios,
puesto que hace divertidos;
pues que si se llega a ver
o desdeñado o celoso
el hombre más cuidadoso
de lucir y parecer,
desde aquel punto se deja
descaecer, sin acudir
al parecer y al lucir,
y sólo aliña su queja.
Luego amor en sus cuidados
hace, con causas mudables,
cobardes y miserables,
necios y desaliñados.
Y en fin, sea así o no sea así,
no quiero mozo que ama
y que, por servir su dama,
deje de servirme a mí.
JUAN: A vuestra sofistería
nada quiero responder,

don Alonso, por no hacer
agravio a la pena mía
del amor; y si en su historia
discurro, temo quedar
vencido, y no quiero dar
yo contra mí la victoria.
A buscaros he venido
para consultar con vos
un pesar; mas viendo, ¡ay Dios!,
que de mi amor ha nacido,
le callaré, porque quien
da a un crïado tal castigo,
mal escuchará a un amigo.

ALONSO: No escuchará sino bien;
que no es todo uno, don Juan,
ser vos el enamorado,
o el bergante de un crïado;
que vos sois noble, galán,
rico discreto y, en fin,
vuestro es amar y querer;
mas ¿por qué ha de encarecer
el amor la gente ruín,
y a quién no da enojo y risa
que haya en el mundo (¡qué errores!)
quien diga con hambre amores,
y requiebre sin camisa?
Y porque sepáis de mí
que trato de un mismo modo
burlas y veras, a todo
me tenéis, don Juan, aquí.
Salte allá fuera.

JUAN: Dejad
que me escuche Moscatel,
porque a vos os busco y a él.

ALONSO: Pues, proseguid.

JUAN: Escuchad:

Ya, don Alonso, sabéis
cuán rendido prisionero
de la coyunda de amor,
el carro tiré de Venus,
tan fácil victoria suya
que no sé cuál fue primero,
querer vencer o vencerme,
que un tiempo sobró a otro tiempo.
Ya sabéis que la disculpa
de tan noble rendimiento
fue la beldad soberana,
fue el soberano sujeto
de doña Leonor Enríquez,
hija del noble don Pedro
Enríquez, de quien mi padre
amigo fue muy estrecho.
Este, pues, milagro hermoso,
este, pues, prodigio bello
es la dicha que conquisto,
es la gloria que deseo.

No os digo que venturoso
amante, ¡ay de mí!, merezco
favores suyos, que fuera
descortés atrevimiento
que los merezco decir;
que aunque es verdad que los tengo,
tenerlos es una cosa,
y otra cosa merecerlos.
Y así, que los tengo, digo;
que los merezco, no puedo;
que es conseguir lo imposible
dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
en las alas del deseo,
lisonjeado de la noche,
aplaudido del silencio,
festejado de las sombras,
a quien más favores debo
que al sol, que a luz, que al día,
vivo de saber que muero,
hasta que más declarado
pueda a rostro descubierto
pedirla a su noble padre,
de quien no dudo ni temo
que me la dé, porque iguales
haciendas y nacimientos,
no hay que esperar, donde amor
tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
y casarme desde luego
con ella, es (aquí entra agora
la pensión de este contento,
el subsidio de esta dicha,
y el azar de aqueste encuentro)
tener Leonor una hermana
mayor, y como no es cuerdo
discurso querer que case
a la segunda primero,
no me declaro con él,
porque si a pedirle llego
alguna de sus dos hijas
(que claro está que no tengo
de decir a la que adoro),
por ser la mayor, es cierto
que me ha de dar a Beatriz;
y si digo que no quiero
sino a Leonor, es hacer
sospechoso mi deseo,
despertando la malicia
que hoy yace en profundo sueño,
y quizá perder la entrada
que agora en su casa tengo,
si no es ya que está perdida
con el más triste suceso
de amor, que me pasó anoche,
pues la pena con que vengo
buscándoos... Oídme, que aquí

os he menester atento.
Beatriz, de Leonor hermana,
es el más raro sujeto
que vio Madrid, porque en él,
siendo bellísima, y siendo
entendida, están echados
a perder, por los extremos
de una extraña condición,
belleza y entendimiento.
Es doña Beatriz tan vana
de su persona, que creo
que en su vida a ningún hombre
miró a la cara, teniendo
por cierto que allí no hay más
que verle ella y caerse muerto;
de su ingenio es tan amante
que, por galantear su ingenio,
estudió latinidad
e hizo en castellano versos;
tan afectada en vestirse
que en todos los usos nuevos
entra, y de ninguno sale.
Cada día por lo menos
se riza dos o tres veces,
y ninguna a su contento.
Los melindres de Belisa,
que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
son melindres muy pequeños;
y con ser tan enfadosa
en estas cosas, no es esto
lo peor, sino es hablar
con tan estudiado afecto
que critica impertinente
varios poetas leyendo;
no habla palabra jamás
sin frase y sin rodeos;
tanto que ninguno puede
entenderla sin comento.
La lisonja y el aplauso
que la dan algunos necios,
tan soberbia, tan ufana
la tienen que, en un desprecio
de la deidad del amor,
comunera es de su imperio.
Este tema a todas horas,
este enfado a todos tiempos
aborrecible la hacen
tanto, que no hay dos opuestos
tan contrarios como son
las dos hermanas, haciendo
por instantes el estrado
la campaña de su duelo.
Ha dado, pues (yo no sé
si es necia envidia o si celo),
en asistir a Leonor,
de suerte que no hay momento

que no ande al alcance suyo,
sus acciones inquiriendo
tanto que al sol de sus ojos
es la sombra de su cuerpo.
Anoche, pues, en su calle
entré embozado y secreto,
y, haciendo al balcón la seña
donde hablar con Leonor suelo,
la ventana abrió Leonor,
y yo a la ocasión atento
llegué a hablarla; pero apenas
la voz explicó el concepto
que estudiado y no sabido
no me cabía en el pecho,
cuando tras ella Beatriz
salió, y con notable estruendo
la quitó de la ventana,
dos mil locuras diciendo,
que si yo entendí el estilo
con que las dijo, sospecho
que fueron que ella a su padre
diría el atrevimiento.
No sé si me conoció,
y así cuidadoso temo
el saber o no saber
en qué ha parado el suceso,
por cuya causa no voy
a visitarle, temiendo
su enojo; pero tampoco
a dejar de ir me resuelvo,
porque si acaso ha llegado
a su noticia mi intento,
la vida del dueño mío
no dudo que corra riesgo.
Y así, porque en irme o estarme
hay peligro, elijo un medio,
que es enviar este papel
disimulado y secreto,
que aun no va de letra mía,
para cuyo efecto quiero
a Moscatel que le lleve,
valiéndose de su ingenio,
y se la dé a Inés, crïada
de Leonor, porque no siendo
conocido por crïado
mío, no hay que tener miedo.
Y así que le deis licencia,
don Alonso, es lo que os ruego,
y que conmigo en la calle
os halléis, porque si llego
a saber que está Leonor
en peligro, estoy resuelto
a sacarla de su casa
aunque todo el mundo entero
lo estorbe; y para esta acción
he elegido el valor vuestro.
Mi amigo sois, don Alonso,

y bien conocido tengo
que las burlas del buen gusto
son las veras del acero.
No como amante os obligo,
no como amigo os pretendo;
como caballero, sí,
pues basta ser caballero
para que a un hombre valgáis
que está a vuestras plantas puesto.

ALONSO: Moscatel, ese papel
toma; en casa de don Pedro
Enríquez, con la invención
que te ofreciere tu ingenio,
entra, y dale a esa crïada
que ha dicho don Juan.
JUAN: ¿Tan presto
lo dispones?
ALONSO: Si ha de ser,
¿cuánto es mejor que sea luego?
Toma el papel; con nosotros
ven.
MOSCATEL: (Aunque aquí temer puedo **Aparte**
el peligro, pues Inés
--que es de mis sentidos dueño--
es la que voy a buscar,
amor me dé atrevimiento.
ALONSO: Guiad agora hacia la calle.
JUAN: (¡Qué amigo tan verdadero!) **Aparte**
ALONSO: (¡Qué amores tan enfadosos!) **Aparte**
"Sí me oyeron, no me oyeron."
¡Bien haya yo, que en mi vida
he enamorado con riesgo,
sino dama a todo trance,
sino moza a todo ruedo,
que a la primera visita
llamo recio y hablo recio!
Y el haber en mí o no haber
o temor o atrevimiento
no consiste en más razón
que haber o no haber dinero.

Vanse por una puerta y salen por otra

JUAN: Ésta es la calle. Porque
no nos vean, estaremos
en algún portal mejor.

Salen don LUIS y don DIEGO, y pasan quitándose los sombreros

ALONSO: Decís bien; mas ¿quién son éstos
que parece que la casa

de Leonor miran atentos?
JUAN: Éste es un don Luis Osorio,
a quien muy continuo veo
en la calle aquestos días,
y ha dado, ¡viven los cielos!,
en cansarme.
ALONSO: Pues ¿hay más
de que también le cansemos
nosotros a él?
JUAN: Dejadle,
que no es de estas cosas tiempo.
Pasemos de largo, y no
demos qué decir.
ALONSO: Pasemos,
aunque con tantas figuras
pueda ser hombre.

Vanse don LUIS y don DIEGO

JUAN: **[a MOSCATEL]** Tú luego
darás la vuelta, y darás
el papel a Inés.
MOSCATEL: Me temo...
JUAN: No hay qué temer, que aquí estamos
a la vista. Éntrate presto.

Vanse don JUAN, MOSCATEL, y don ALONSO, y salen don LUIS y don DIEGO por la otra puerta, mirando a las ventanas

LUIS: Ésta es la capaz esfera,
éste el abreviado cielo
de la más bella deidad
y del planeta más bello
que vio el sol desde que nace
en joven golfo de fuego
hasta que abrasado muere
en cana hoguera de hielo;
y con ser tal su hermosura,
en ella ha sido lo menos,
porque pudiera ser fea
en fe de su entendimiento.
DIEGO: Y en fin, ¿mujer tan discreta
servís para casamiento?
LUIS: Por conveniencia y amor
la sirvo y la galanteo,
para cuyo efecto ya
han de tratarlo mis deudos.
DIEGO: Pues no sé si lo acertáis.
LUIS: ¿Por qué no, si en ella veo
virtud, hacienda y nobleza,
gran beldad y gran ingenio?
DIEGO: Porque el ingenio la sobra;
que yo no quisiera, es cierto,
que supiera más que yo

mi mujer, sino antes menos.
LUIS: Pues ¿cuándo el saber es malo?
DIEGO: Cuando fue el saber sin tiempo.
Sepa una mujer hilar,
coser y echar un remiendo,
que no ha menester saber
gramática, ni hacer versos.
LUIS: No es ejercicio culpable
donde es tan noble el exceso
que no tiene inconveniente.
DIEGO: Ni yo que le tenga pienso,
pues antes sé lo contrario
del rigor y del desprecio
con que os trata.
LUIS: Ese desdén
adoro. La vuelta demos
a la calle; no otra vez
pasen esos caballeros
que ya miro con cuidado.
DIEGO: Vamos, pues.
LUIS: ¡Hermoso centro
de la ingratitud que adoro!
Presto a tus umbrales vuelvo,
porque el galán que en la calle
de su dama a todos tiempos
no vive, violento vive,
bien como vive violento
el pez fuera de las ondas,
el ave fuera del viento,
fuera de la tierra el bruto,
el rayo fuera del fuego,
la flor fuera de la rama,
la voz, fuera del aliento,
fuera del alma la vida,
y el alma fuera del cielo.

Vanse, y salen LEONOR e INÉS, criada

LEONOR: ¿Está mi hermana vestida?
INÉS: Tocándose ahora quedó,
y por no pudrirme yo
de ver cuán desvanecida
pide uno y otro consejo,
a su espejo la dejé.
LEONOR: ¡Qué necio con ella fue,
a todas horas, su espejo!
INÉS: ¿Cómo necio?
LEONOR: ¿No lo es
quien a gusto en un pesar
no sabe un consejo dar
a quien se le pide, Inés?
Pues si Beatriz le ha pedido
mil consejos cada día,
y a tan continua porfía
nunca a gusto ha respondido,
muy necio es.

INÉS: Ahora reparo
la causa.
LEONOR: ¿Cuál puede ser?
INÉS: No se deben de entender,
porque ella habla culto, él claro;
y así se están todo el día
porfiando los dos.
LEONOR: ¡Quién fuera
tan feliz que no tuviera
más cuidado! ¡Ay, Inés mía,
con cuánto temor estoy
de que aquestas melindrosa,
esta crítica enfadosa,
a mi padre cuente hoy
lo que anoche me escuchó
al balcón hablar!
INÉS: Supuesto
que haber salido hoy tan presto
mi señor de casa, dio
lugar para prevenir
el lance, y que no ha tenido
tiempo de haberlo sabido,
procuremos desmentir
su malicia con alguna
invención.
LEONOR: Ya he imaginado
y digo que no he hallado
a propósito ninguna,
porque ¿cómo la he de hallar,
si ella misma quién vio, fue,
a don Juan?
INÉS: Lo que se ve
es lo que se ha de negar,
con brío y con desenfado,
procurando deshacerlo;
lo que no llegan a verlo,
señor, se está negado.
LEONOR: El medio ¡ay de mí! mejor
que me ofrece el pensamiento
es, Inés, con rendimiento,
dueño hacerla de mi amor,
de mi empleo y mi esperanza,
pues es hacer en efeto
puerta de hierro a un secreto
el hacer de él confïanza.
INÉS: Y eso es lo que sucedió
a un galán que enamoraba
una dama donde estaba
un clérigo que los vio.
El clérigo no tenía
en materia del callar
buena fama en el lugar
y viendo el riesgo que había
de que a todos lo dijese,
haciendo del ladrón fiel,
se fue a confesar con él
porque hablarlo no pudiese.

LEONOR: Eso mismo intento yo.
INÉS: Sí, pero esta santa liga
a los clérigos obliga
pero a las clérigas, no.
LEONOR: Pues, ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!
Inés, si esta industria sola
es la que me queda?

Sale BEATRIZ con un espejo, mirándose en él

BEATRIZ: ¡Hola!
¿No hay una fámula aquí?
INÉS: ¿Qué es lo que mandas?
BEATRIZ: Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal
y las quirotecas traigas.
INÉS: ¿Qué son quirotecas?
BEATRIZ: ¿Qué?
Los guantes. ¡Que haya de hablar
por fuerza en frase vulgar!
INÉS: Para otra vez lo sabré.
Ya están aquí.
BEATRIZ: ¡Cuánto lidio
con la ignorancia que hay!
¡Hola Inés!
INÉS: ¿Señora?
BEATRIZ: Tray
de mi biblioteca a Ovidio,
no el Metamorfosis, no,
ni el Arte amandi, pedí,
el Remedio amoris, sí,
que ése le investigo yo.
INÉS: Pues ¿cómo he de conocer
libro, si es que eso has pedido,
si aun el cartel no he sabido
de una comedia leer?
BEATRIZ: Oscura, idiota y lega,
¿no te medra cada día
la concomitancia mía?
LEONOR: (Agora mi papel llega). Aparte
Hermana...
BEATRIZ: ¿Quién me habla así?
LEONOR: Quien a tus pies obediente
viene a arrojarse.
BEATRIZ: Deténte;
no te apropincues a mí,
que empañarás el candor
de mi castísimo bulto,
y profanarás el culto
de las aras de mi honor;
porque mujer que fió
del caos de la sombra fría
y, en descrédito del día,
nocturno amor aceptó,
no mirar consiga atento

mi semblante a voz profana,
pues víbora será humana
que con su, inficione, aliento.

LEONOR: Beatriz discreta y hermosa,
mi hermana eres.

BEATRIZ: Eso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

LEONOR: ¿Qué es libidinosa, hermana?

BEATRIZ: Una hermana que al farol
trémulo, virrey del sol,
osa abrir una ventana,
y, susurrando por ella
a voz media y labio entero,
da qué decir a un lucero,
da qué callar a una estrella.
Pero yo minoraré
el escándalo que has hecho,
diciendo al paterno pecho
sacrilegios de tu fe.
Un devoto anoche vi...

LEONOR: ¿Y conocístele?

BEATRIZ: No,
ni pudo ser, porque yo,
¿Qué másculo conocí?

LEONOR: Pues yo te quiero decir
quién era, y con el intento
que me habló.

BEATRIZ: ¡Qué atrevimiento!
¿Tal insulto había de oír?

LEONOR: Pues aunque oírlo no quieras,
lo has de oír, porque también
no está a mi decoro bien
que tú con locas quimeras
te persuadas a que ha sido
liviandad lo que honor fue.

BEATRIZ: ¿Honor?

LEONOR: Oye.

BEATRIZ: No daré
direto a tu voz mi oído.

LEONOR: Pues direto o no direto,
todo has de escucharlo ya.

BEATRIZ: Oído por fuera, será
clandestino tu secreto,
y no puedo error tan mucho
cometer.

LEONOR: Si hablando estoy...

BEATRIZ: Aspid al conjuro soy;
no lo escucho, no lo escucho.

Vase BEATRIZ

LEONOR: ¡Oye!... Mas ¿quién ahí ha entrado?

INÉS: A mi señor buscar.

LEONOR: Mira quién es, mientras va
mi desdicha y mi cuidado
siguiendo una fiera.

Vase LEONOR y sale MOSCATEL

MOSCATEL: (Amor, **Aparte**
¡qué cobarde eres conmigo,
pues aun no valen contigo
las leyes de embajador!)
INÉS: ¿Es posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento
de entrar hasta este aposento?
MOSCATEL: Sin saber qué me ha movido
a haber entrado hasta aquí,
rigor es anticipado...
INÉS: Pues ¿no basta haber entrado?
MOSCATEL: Sí y no.
INÉS: Pues ¿cómo no y sí?
MOSCATEL: No, pues no sabes a qué;
sí, pues enojada estás;
no, pues presto lo sabrás;
sí, pues tarde lo diré;
y aunque pude haber venido
de tu hermosura llamado,
traído de mi cuidado
y del tuyo distraído,
a darte aqueste papel
vengo, que don Juan me envía,
ya que a mi cuidado fía
lo que a Leonor dice en él;
que por no ser conocido
por crïado suyo yo,
con el papel me envió
si ya la causa no ha sido
conocer de mi dolor,
saber de mi mal severo,
que de amor no es buen tercero
el que no sabe de amor.
INÉS: Pues di que el papel me diste
y que a Leonor le daré;
y vete presto, porque
temerosa, ¡ay de mí triste!,
de que Beatriz...
MOSCATEL: Yo me iré;
que aunque adoro tu presencia,
las leyes de tu obediencia
tan constante observaré
que a precio de su rigor
compraré el desprecio mío,
y a costa de tu desvío
mereceré tu favor.
INÉS: Bien pudiera responderte
que tan ingrata no he sido
como te habré parecido;
pero tiéneme de suerte
el temor de verte aquí
que dejo para después
la respuesta. Vete pues,

que tiempo... Mas ¡ay de mí!,
mi señor por la escalera
sube. Aquí no me ha de hallar,
viéndote conmigo hablar.

Vase corriendo INÉS, y sale don PEDRO, viejo

MOSCATEL: Oye, aguarda, escucha, espera.
PEDRO: ¿Quién ha de esperar y oír?
¿Quién aguardar y escuchar?
MOSCATEL: Quien me tuviere que hablar
o yo tenga que decir.
PEDRO: ¿Qué hacéis aquí?
MOSCATEL: ¿Qué he de hacer?
¿Ya vos no lo estáis mirando?
PEDRO: ¿Qué no habláis?
MOSCATEL: Estoy pensando
lo que os he de responder.
PEDRO: ¿Qué buscáis?
MOSCATEL: ¡Que aquesto pase!
A quien sea mi homicida.
PEDRO: ¿Por qué?
MOSCATEL: Porque yo en mi vida
hallé cosa que buscase.
PEDRO: ¿Quién sois?
MOSCATEL: Habéis preguntado
en propios términos hoy.
Un crïado honrado soy,
si hay un honrado crïado.
PEDRO: ¿A quién servís?
MOSCATEL: No serví,
aunque crïado me llamo.
PEDRO: ¿Cómo no?
MOSCATEL: Como mi amo
es el que me sirve a mí.
PEDRO: Ya es mucha bellaquería
hablarme de esa manera,
y ya más plazo no espera
la justa cólera mía.
MOSCATEL: (Malo va esto, ¡vive Dios! **Aparte**
Si me da con algo aquí,
¡miren qué se me da a mí
que en la calle estén los dos!)
PEDRO: Quién sois me habéis de decir,
qué queréis y qué buscáis,
y a qué en esta casa entráis,
o en ella habéis de morir
a mis manos.
MOSCATEL: Si firmado
habéis la sentencia ciego
con "ejecútese luego,"
yo soy Moscatel, crïado
de un don Alonso de Luna.

Salen al paño don JUAN y don ALONSO

JUAN: Pues está allí Moscatel,
y vimos entrar tras él
a don Pedro, mi fortuna
no espera más.
ALONSO: Yo dispuesto
a cuanto suceda estoy.
A tomar la puerta voy.
PEDRO: Proseguid.

Llega don JUAN

JUAN: Señor, ¿qué es esto?
MOSCATEL: Eso sí.
PEDRO: (Forzoso es ya **Aparte**
reportarme). Este hombre hallé
aquí. Qué busca, no sé.
JUAN: ¿No? Pues él nos lo dirá,
o a aqueste acero rendido
morirá.
MOSCATEL: ¡Bueno!

[a MOSCATEL]

JUAN: (Algo di,
Moscatel, que importa así.
MOSCATEL: (¡Buen socorro me ha venido!) **Aparte**
Un hombre busco, y no hallando
nadie que me respondiera,
de escalera en escalera
me fui poco a poco entrando,
sin ver a quién preguntar;
hasta esta parte llegué,
donde una doncella hallé
(la verdad en su lugar); **Aparte**
pensando que era ladrón,
huyó de mí, y a ella era
el "escucha, aguarda, espera."
JUAN: Bien puede tener razón.
PEDRO: (Aunque no estoy satisfecho **Aparte**
de que me diga verdad,
fuera necia liviandad
de mi espada y de mi pecho
saber don Juan que he tenido
otra sospecha; y así
fingir me conviene aquí
que su disculpa he creído,
porque menos recatado
le pueda después seguir,
saber quién es, y salir
de una vez de este cuidado).
Pues, si venís a buscar
un hombre, ¿por qué os turbó

el verme a mí?
MOSCATEL: Porque yo
soy muy fácil de turbar.
JUAN: Ea, id con Dios.
MOSCATEL: Que a los dos
guarde.

[a MOSCATEL]

JUAN: A don Alonso di
que se quite luego de ahí.

Vase MOSCATEL

PEDRO: Don Juan, luego vuelvo. Adiós.
JUAN: ¿Dónde vais?
PEDRO: Vuelvo a buscar
unas cartas que perdí.
JUAN: No habéis de salir de aquí,
u os tengo de acompañar.
PEDRO: (Algo, sin duda, ha entendido
de mi enojo; fuerza es
deslumbrarle). Venid pues.
JUAN: (Bien hasta aquí ha sucedido,
pues sin sospechar en mí,
asistirle a todo puedo).

Vanse. Salen INÉS, y luego LEONOR

INÉS: Confusa de mirar quedo
lo que ha sucedido aquí.
Informarse tan severo,
cobrarse tan recatado,
hablar con él tan pesado,
y seguirle tan ligero
muchos efectos han sido.
No sé qué ha de suceder.

[Entrando LEONOR dice a BEATRIZ dentro]

LEONOR: ¡Válgate Dios por mujer!
¡Qué temeraria has nacido!
INÉS: Señora, ¿qué te ha pasado;
que tan colérica vienes?
LEONOR: Que no me escuchó Beatriz
porque ha estado impertinente,
con más soberbia que nunca,
tan cansada como siempre.
Dice que dirá a mi padre
el suceso.
INÉS: Cuando vienen
los pesares, nunca, ¡ay triste!,
vienen solos, pues de suerte

se eslabonan unos de otros
que, enredándose crüeles,
es víspera del segundo
el primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
aquí, para que supiese
yo quién era, te buscaba
a ti, señora, con este
papel; que don Juan no quiso,
por el riesgo, que viniese
crïado suyo. El papel
me dio apenas, cuando quiere
el cielo que entre tu padre
y que con el hombre encuentre.
Llegó al empeño don Juan,
e hizo que el hombre le diese
no sé qué necias disculpas;
pero aunque quiso prudente
disimular mi señor,
no pudo, y tras él se vuelve.

LEONOR: ¡Qué bien dicen que los males
son, si hay uno, como el fénix,
pues es cuna en que uno nace
la tumba donde otro muere
Dame el papel, porque quiero
al instante responderle
a don Juan en el peligro
que estoy.

INéS: No le guardes, léele,
que quizá advertirá algo
que en tu cuidado aproveche.

LEONOR: Dices bien; abrirle quiero,
que nada en esto se pierde.

Lee

"¡Qué mal podré hermoso dueño,
decirte ni encarecerte...!"

INÉS: Tu hermana viene.

LEONOR: ¡Ay de mí!

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Qué misivo idioma es éste
que ajado ocultas?

LEONOR: ¿Yo?

BEATRIZ: Sí.

LEONOR: No entiendo lo que me quieres
decir.

BEATRIZ: Con vulgar disculpa
me has obstinado dos veces.
Ese manchado papel
en quien cifró líneas breves
cálamo ansarino, dando
cornerino vaso débil

el etíope licor,
ver tengo.
LEONOR: En vano pretendes
ver el papel, porque fuera
también ser necia dos veces
no querer saber de mí
cuando de oírme te ofendes
lo que yo quiero decir,
y querer saber aleve
lo que pretendo callarte.
BEATRIZ: Mi fraternidad no atiende
a tu lengua, sí a tu acción,
porque aquélla mentir puede
y ésta ha de decir verdad;
y así, en la ocasión urgente,
si oír lo que quieres no quiero,
saber sí lo que no quieres.
LEONOR: ¿De qué suerte, si no quiero,
lo has de saber?
BEATRIZ: De esta suerte.

Ásela el papel y porfían las dos

Suelta la epístola.
INÉS: (No es **Aparte**
sino evangelio).
LEONOR: Aunque intentes
por fuerza verle, tirana,
poco podré o no has de verle.
BEATRIZ: Deja el papel.

Sale don PEDRO y ellas lo rompen y se quedan cada una con su pedazo

PEDRO: ¿Qué papel
es? ¿Por qué reñís, aleves?
INÉS: (Cayóse la casa, como **Aparte**
dice el fullero que pierde).
PEDRO: Suelta este pedazo tú,
y tú suelta este otro.
LEONOR: (Déme **Aparte**
ingenio, Amor).
BEATRIZ: El que abstraes
fragmento a mi mano débil
te referirá baldones
que tu pundonor padece.
LEONOR: El papel, señor, que miras,
yo no sé lo que contiene;
y pues que Beatriz lo sabe,
¿quién duda que suyo fuese?
Leyéndole estaba cuando
llegué...
BEATRIZ: ¿Yo?
PEDRO: ¡Calla!
LEONOR: Y sin verme,

llegando con tal cuidado
(que me le puso de verle),
quise quitársele, y ella
me le defendió. No pienses
que fue atrevimiento en mí,
que después que sé que tiene
Beatriz quien la escriba, y quien
la hable de noche por ese
balcón, mi virtud me ha dado
disculpas para atreverme,
aunque soy menor hermana,
a tratarla de esta suerte.

INÉS: (De mano gana Leonor **Aparte**
cuando un mismo punto tienen...)

PEDRO: ¡Por cierto, Beatriz!...

BEATRIZ: Ignoro,
atónita, responderte,
que me construyó su acento
estatua de fuego y nieve,
porque cuanto me acumula
delito es suyo **in especie.**

LEONOR: Pues ¿aquí no estaba Inés,
que decir la verdad puede?

BEATRIZ: Pues ¿Inés no estaba aquí
que dirá lo que sucede?

INÉS: Yo soy en fin la presencia
de todo el hecho presente.

PEDRO: (¡Ay de mí!, que combatido **Aparte**
de uno y otro mal tan fuerte,
ambos me están mal, pues ambos
armados contra mí vienen;
que al averiguar (¡ay triste!)
cúya es la culpa evidente,
no es excusarme la pena,
pues cuando a saberla llegue,
tan sitiado mi dolor,
tan acosado mi suerte,
tan cercado mi desdicha
en este lance me tiene,
que habiendo (¡cielo!) que habiendo
de morir precisamente
quién me da muerte sabré,
mas no excusaré la muerte).
Vete tú, Beatriz, de aquí;
y tú, Leonor, de aquí vete.

BEATRIZ: Señor, yo...

PEDRO: Nada digáis.

LEONOR: (Quiera Amor que no confiese **Aparte**
el papel lo que yo niego).

BEATRIZ: Tú, mentil hermana tienes
la culpa de todo.

Vanse LEONOR y BEATRIZ

PEDRO: Inés.

INÉS: (Aquí entro agora). **Aparte**

PEDRO: Deténte.
INÉS: (Honor, con quien vengo, vengo).
PEDRO: Pues sola el testigo eres,
¿quién leía el papel?
INéS: (Yo
ni quito ni pongo leyes,
pero hago lo que debo).
PEDRO: ¿Qué es lo que dudas? ¿Qué temes?
INÉS: (El oficio de críada
es ayudar a quien miente).
Señor, poco antes que tú
llegué yo, sin que pudiese
de la acción, ni de las voces
saber cúyo el papel fuese.
Ésta es la verdad, so cargo
del juramento que tiene
hecho cualquiera crïada
en el pleito que refieres.
PEDRO: (¿Aun este pequeño alivio **Aparte**
del desengaño, no quiere
darme el dolor?) Vete, Inés.
INÉS: (¡Viva a toda ley quien vence!) **Aparte**

Vase INÉS

PEDRO: Que el papel confesará
cuanto tú y ellas me nieguen.
Juntar quiero los pedazos
de esta víbora, esta sierpe,
que dividido el veneno
en dos mitades contiene.

Lee

"¡Qué mal podré, hermoso dueño,
decirte ni encarecerte
el cuidado con que estoy
de que anoche nos oyese
tu hermana! Avisarme al punto
que a tu padre se lo cuente,
para que te ponga en salvo."
A entrambas a dos conviene
el papel, para que sea
hoy mi desdicha más fuerte,
pues si supiera de una
que con liviandad procede,
supiera también de otra
la virtud, y de esta suerte
templado estuviera el daño;
mas para que no se temple,
quiere el cielo que a ninguna
crea, y que en las dos sospeche.
Hallar un crïado aquí,
turbarse (¡ay de mí!) de verme,
llegar don Juan, y dejarle,

salir tras él, y perderle,
volver a casa y hallar
la confusión que me vence,
cosas son que han menester
atenciones más prudentes.
Y así, pues sé que el crïado
es, si su temor no miente,
de don Alonso de Luna,
saber quién es me conviene,
y atender a sus acciones;
y hasta que a mis manos llegue
o desengaño o venganza,
¡valedme, cielos, valedme!

Vase don PEDRO

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: De buena salimos.
MOSCATEL: Yo
soy el que salí de buena
y entré en mala, pues me vi
ya de la muerte tan cerca.
JUAN: Determinarme yo a entrar,
viendo la ocasión tan cierta,
tras don Pedro, fue tu dicha.
MOSCATEL: Y aun la tuya, pues si dejas
de entrar, confieso de plano.
ALONSO: ¿Eso dices?
MOSCATEL: Y aun lo hiciera
mejor que lo digo.
ALONSO: Mira,
don Juan, si amando hay quien tema.
JUAN: Pues ¿un amante es cobarde?
MOSCATEL: Mucho más, por ver que arriesga
una vida que no es suya,
sino de su hermosa prenda;
y si es deuda de un amante
en su servicio perderla,
ya es de amor estelionato
hipotecarla a otra deuda.

ALONSO: Ya que por don Juan te sufro
esta locura, este tema,
y hemos todo el día tratado
de tus disgustos y penas,
este rato que el pesar
firma, si no paces, treguas,
hablemos de tus amores
otro poco; ya que es fuerza
sufrirlos, hagamos de ellos
entretenimiento. Cuenta,
Moscatel, quién es tu dama,
y en qué estado estás con ella.
MOSCATEL: En qué estado diré;
quién es, no.
ALONSO: Pues ¿qué recelas?
MOSCATEL: Tu condición.
JUAN: ¿No soy yo
seguro?
MOSCATEL: No hay cosa cierta.
ALONSO: Verdad es que yo he tenido
por opinión siempre cuerda
que, para una vez, no hay
mujer mala, ni comedia,
como ni para dos veces
comedia ni mujer buena.
Verdad es que, en mi concepto,
todas, hay por qué quererlas,
y todas, por qué dejarlas;
y esto bien claro lo prueba
el refrán: "no vivirás
ni con ella ni sin ellas."
Verdad es que la casada
por fruta vedada, alegra
bien, como también por fruta
agridulce la doncella.
Y pues que de frutas va,
la viuda a mí me contenta,
por fruta sin hueso, como
me refrena la soltera,
porque, a dos favores, es
la soltera fruta injerta;
la fregona, porque es fruta
más barata, aunque más puerca;
y a las demás del rebusco,
¡lavarlas para comerlas!
Pero aunque esta condición
tras su variedad me lleva,
no por eso a los amigos
falta la correspondencia.
MOSCATEL: Aunque más digas ni hagas
de esta fruta culebresca,
el querubín es mi amor,
que de ti me la defienda.
ALONSO: Pues vaya, ¿en qué estado estás?
MOSCATEL: Que venturoso merezca
alguna esperanza, quiso
mi amor.

ALONSO: ¡Agora te diera
más de dos mil bofetadas
de buena gana! ¿Qué quieras,
don Juan? ¿Que yo sufra un loco
decir cosas como éstas?
¿Qué esperanza ni qué amor
entre quien almohaza y friega?
JUAN: Así se conserva el mundo.
ALONSO: Sí, mas con malas conservas.

Sale INÉS, tapada, con un papel

INÉS: ¿Señor don Juan?
JUAN: ¿Quién me llama?
INÉS: Yo soy.
JUAN: Vengas norabuena,
Inés.
INÉS: Para haberte hallado
he dado en Madrid mil vueltas.
JUAN: ¿Qué ha sucedido, que así
vienes?
MOSCATEL: (Inesilla es ésta; **Aparte**
quiera el cielo que mi amo
no la atisbe ni la vea).
INÉS: A darte aqueste papel
he venido. Adiós.
JUAN: Espera;
le leeré.

Lee don JUAN, y entretanto se pone MOSCATEL en medio de don ALONSO e INÉS

ALONSO: (No tiene, a fe, **Aparte**
mala cara la mozuela).
MOSCATEL: ¡Vióla! No daré un ochavo
por mi honra toda entera.
ALONSO: Oye, Moscatel.
MOSCATEL: ¿Señor?
ALONSO: Si como esta moza fuera
la tuya, te disculpara,
si hay disculpa que amor tenga.
MOSCATEL: (Celos, vamos poco a poco; **Aparte**
no matéis con tanta priesa).
¿Ésta te parece bien?
ALONSO: Pues ¿no es bien hermosa ésta
para fregona?
MOSCATEL: No es
sino muy mala y muy fea.
Si vieras, señor, la mía,
pondría el alma que dijeras
que era el pecado nefando,
si entraba en su competencia.
ALONSO: ¡Viven los cielos, que mientes!
JUAN: Ya he leído.
ALONSO: ¿Y qué hay?

JUAN: Mil quejas
de Leonor, y en fin me avisa
que bien puedo ir a verla,
que no hay sospecha de mí
por una industria--cuál sea
no dice--. Después de todo,
yo volveré a daros cuenta.
Vamos, Inés.

Vase don JUAN

ALONSO: Moscatel,
no la dejes ir, deténla.
MOSCATEL: (¿Esto más, celos?) **Aparte**
ALONSO: ¡Ah, hermosa!
INÉS: ¿Qué quieres?
ALONSO: Veros quisiera
yo esa buena cara.
MOSCATEL: (¡Ay, cielos!)
INÉS: Hay mucho que ver en ella,
y no vengo tan despacio.
ALONSO: Yo la sabré ver apriesa.
MOSCATEL: (Y aun dejar de verla y todo). **Aparte**

Salen don LUIS y don DIEGO

DIEGO: La crïada suya es ésta.
LUIS: Desde su casa le he visto
salir, y vengo tras ella
por ver si para Beatriz
darla un recado pudiera.
INÉS: (No sé lo que Moscatel **Aparte**
me quiere decir por señas).
DIEGO: Con don Alonso de Luna
habla.
LUIS: Cierta es mi sospecha;
que venir una crïada
de Beatriz de esta manera
a buscarle, estar él siempre
en su calle y a sus rejas
con el otro amigo suyo,
mirar que cuando se aleja
se quedan los dos hablando,
no es posible que no sean
lances de amor.
DIEGO: ¿Qué queréis
hacer?
LUIS: Que aquí no me vean,
que no tengo yo favores
para que empeñarme pueda,
y reñir un desvalido
es valentía muy necia.
DIEGO: Decís bien, y quizá mienten
los viles celos que os cercan.
LUIS: Nunca son viles los celos,

don Diego.
DIEGO: Opinión es nueva.
LUIS: ¿Hay más nobleza que hablar
verdad? Pues esta nobleza
sólo los celos la tienen,
porque no hay celos que mientan.

Vanse don DIEGO y don LUIS

INÉS: Bien está. Adiós, que es muy tarde.
ALONSO: Dejas que vaya siquiera
con vos aquese crïado.
No vais sola.
INÉS: Norabuena;
venga el crïado conmigo.
MOSCATEL: (¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!)
ALONSO: Moscatel.
MOSCATEL: ¿Señor?
ALONSO: Escucha:
Inés me ha dado licencia
para que en mi nombre vayas
hasta su casa con ella;
ve, y dirásla en el camino
que como tal vez se venga
a casa, no faltará
algún regalo que hacerla.
MOSCATEL: ¿Es posible que tal dices?
ALONSO: Sí, que si en su amor ya es fuerza
acompañar a don Juan,
no es muy mala conveniencia
tener quien aquel instante
también a mí me entretenga.
MOSCATEL: Yo se lo diré.
ALONSO: En los trucos
te aguardo con la respuesta.

Vase don ALONSO

MOSCATEL: (¡Quedamos buenos, honor!) **Aparte**
INÉS: Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?
MOSCATEL: Vamos, Inés.
INÉS: Pues, ¿tan triste
conmigo vas, que aun apenas
alzas a verme la cara?
¿Qué es aquesto?
MOSCATEL: ¡Ay, Inés bella!
¡Ay, dulce hechizo del alma
qué de cuidados me cuestas!
INÉS: ¿Qué tienes?
MOSCATEL: Amor y honor.
Quiero y sirvo, y hoy es fuerza
entre mi dama y mi amo,
que no sirva o que no quiera.
INÉS: No entiendo tus disparates.
MOSCATEL: Pues yo haré que los entiendas.

Don Alonso, mi señor,
te vio, Inés, y a Dios pluguiera
que antes cegase, aunque yo
el mozo de ciego fuera.
Vióte, Inés, ¡ay Dios!, y al verte
fue precisa consecuencia
quererte; no tanto, Inés,
por tu infinita belleza,
como por su amor finito,
que eres, al fin, cara nueva.
Conmigo a decirte envía...
(Aquí se turba mi lengua,
aquí la voz se suspende,
y aquí los sentidos tiemblan).
Con más afectos, que cuando
Prado hizo al rey de Suecia
dice que si vas, Inés,
a verle, tendrás (¡qué pena!),
si es por la mañana, almuerzo,
si es por la tarde, merienda.
Bien veo que es la mayor
infamia y mayor bajeza
de un amante ser tercero
(¡un volcán soy, soy un Etna!)
de su dama; mas también
veo que es mayor afrenta
ser desleal a su dueño.
Y así, entre una y otra deuda,
amigo, amante y leal,
cumplo con que de mí sepas
que él te quiere, y yo lo lloro,
porque al fin, de esta manera,
tu amor digan y mis celos
tu alegría y mi tristeza.

INÉS: ¡Grosero, descortés, loco!
Detén esa aleve lengua,
que no sé, no sé que has visto
en mí para que te atrevas
a hablar con tal libertad
a una mujer de mis prendas.
Dile a tu amo, villano,
que soy quien soy, y no tenga
pretensiones para mí;
que de cualquiera manera
iré a servirle a su casa,
porque yo no soy de aquellas
mujercillas que se pagan
en almuerzos y meriendas,
que soy moza de capricho,
y eso le doy por respuesta.

MOSCATEL: ¿Eso dices?

INÉS: Eso digo;
y presto de aquí te ausenta,
no te vean en mi casa,
mira que ya estamos cerca.

MOSCATEL: En fin, ¿te vas enojada?

INÉS: No me sigas, no me veas.

MOSCATEL: Obedecerte es forzoso.
Pues tan triste, Inés, me dejas,
"Bien podéis, ojos, llorar,
no lo dejéis de vergüenza."

Vase MOSCATEL

INÉS: Aquésta es mi casa; el manto
me he de quitar a la puerta,
que para esto solamente
creo que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes.
Ahora, aunque mi ama la necia
me haya echado un rato menos,
no sabrá que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga,
que los cargo la conciencia.

Vase y salen don JUAN y LEONOR. Luego vuelve a salir INES

LEONOR: Esta mentira ha sido
la que nuestro cuidado ha divertido.
JUAN: Fue del ingenio tuyo,
que con eso que fue sutil arguyo.
LEONOR: Ya del todo perdida
la vida, restauré en parte la vida,
pues lo que era evidencia
puse con el engaño en contingencia;
que no es pequeño aviso
saber hacer dudoso lo preciso.
JUAN: Tu padre, en fin, ¿de entrambas sospechoso
quedó?
LEONOR: Tanto, que anda cuidadoso,
yendo a casa y viniendo,
escuchando a la una, a la otra oyendo.
Hasta aquí no ha sabido
cúyo el papel, ni para quién ha sido,
porque Inés, que tenía
sola noticia de la culpa mía,
sin que a decirlo acuda,
dejó en su fuerza la primera duda.
INÉS: Yo no dije que era
el papel de Beatriz, porque pudiera
el papel desmentirme,
y así en lo que dijiste estuve firme.
JUAN: Dicha fue que viniera
el papel de manera
que a entrambas convenía,
que bien se acuerda le memoria mía
de que no te nombraba
y de que escrito de otra letra estaba.
Pero dime, ¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?
LEONOR: Yo sospecho
que, sujeta al indicio,

si juicio tiene, ha de perder el juicio,
pues sobre su melindre y su locura
tan vana de su ingenio y hermosura,
verse indiciada tanto
de una sospecha, la convierte en llanto.
Y estoy, don Juan, gustosa de manera
de verla así, que diera
porque fuera verdad y no fingido
el amor que en su culpa he introducido
la vida.

INÉS: Piensa tú, señor, qué haremos
por llevar adelante sus extremos.

LEONOR: De nuestro amor industria lisonjera
el divertirla y el culparla fuera,
pues con eso dejara
de perseguirme a mí, y ella callara.

JUAN: Ahora bien: pues yo quiero
de esta venganza tuya ser tercero,
y trayendo conmigo
para que la entretenga un cierto amigo,
haré... pero ella viene
después lo oirás, que aquí callar conviene.

LEONOR: Pues vete, no te vea;
que aunque aquesta sospecha en ti no sea
a toda ley, bien creo
que es mejor desvelar nuestro deseo.

JUAN: Pues adiós, Leonor bella.

INÉS: ¡Santiago y cierra, España! ¡A ella, a ella!

Vanse INÉS y don JUAN y sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí, que Fénix estoy
--porque en fin la fantasía
hace y no hace compañía--
soliloquiar quiero hoy
en qué infelice soy
y en qué horóscopo nací;
pues siendo mi honor en mí
sol que el día iluminó,
el eclipse padeció,
y yo el efecto sentí.
Entre mi nombre y mi ardor,
con epiciclo confuso,
el cuerpo opaco me puso
la mentira de Leonor.

LEONOR: ¿Qué me quieres?

BEATRIZ: Es error,
aunque a solas te he nombrado,
fantasear que te he llamado;
que si el nombrar es llamar,
hoy desvía con nombrar
al contrario mi cuidado.

LEONOR: Pues ¿por qué crüel conmigo
tu voz a solas se emplea?

BEATRIZ: ¿Por qué? ¿Me interrogas? Sea

tu mendacio tu castigo.
¿Tú no fuiste, amor testigo,
la escrita?
LEONOR: Sí.
BEATRIZ: ¿Tú no fuiste
la que al paterno dijiste,
al fin, que era para mí
el lineado papel?
LEONOR: Sí.
BEATRIZ: ¿Tú no fuiste quien hiciste
tan valida la mentira
que embelecó a la verdad,
acuado su puridad?
LEONOR: Sí, Beatriz.
BEATRIZ: Pues, ¿qué te admira
lamentar tu fraude?
LEONOR: Mira
lo que tu enfado causó;
que no lo inventara, no,
si tú ayudaras mi engaño;
mas ya sucedido el daño,
Beatriz, primero era yo.
Negarte a solas no quiero
que mía la culpa fue,
pero tampoco querré
confesársela a un tercero.
Yo amo, yo adoro, yo muero
de amor... (¡Mi padre, ay de mí!) **Aparte**

Sale al paño don PEDRO por las espaldas de BEATRIZ, y cara a cara de LEONOR; ella le ve, y él se encubre

PEDRO: "Yo muero de amor" oí **Aparte**
a Leonor.
LEONOR: (Cure mi error **Aparte**
mi vos). ¡"Yo muero de amor"
dices delante de mí!
¡"Yo quiero"!
PEDRO: (¿Esto llego a ver?) **Aparte**
LEONOR: ¡"Yo amor"!
BEATRIZ: ¿Aquesto llego a oír?
LEONOR: ¿"De amor muero" ha de decir
una principal mujer?
Mi padre lo ha de saber;
que aunque tú me has dicho aquí
que a él no, pero a mí sí
lo confiesas, brevemente
lo sabrá.
BEATRIZ: ¿Qué dices?
LEONOR: Tente;
no te apropincues a mí.
BEATRIZ: El concepto dificulto
de tus extremos, Leonor.
LEONOR: No me empañes el candor
de mi castísimo bulto.

BEATRIZ: ¡Qué mudanza!
LEONOR: ¿Tal insulto
pronunciar tu lengua osa?
PEDRO: (Leonor es la virtüosa). **Aparte**
BEATRIZ: Oye, hermana.
LEONOR: Aqueso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

Vase LEONOR

BEATRIZ: ¿Quién tales extremos vio?
¿Quién vio tales sentimientos?
¿Quién vio tales fingimientos
de un instante a otro?
PEDRO: Yo.
Yo los vi, Beatriz, y no
en vano el cuidado ha sido
que con las dos he tenido.
[.....
.....
..... -ido].
BEATRIZ: Señor, ¿tú estabas aquí?
PEDRO: Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.
BEATRIZ: ¿Oíste a Leonor lo que hablaba?
PEDRO: Lo que hablaba a Leonor oí.
BEATRIZ: Luego, ¿ya estarás de mí
desengañado?
PEDRO: Sí estoy,
pues he llegado a ver hoy
que una hermana menor pueda
reñirte.
BEATRIZ: ¡Que tal suceda!
Infausta y crinita soy.
PEDRO: ¿Qué crinita, ni qué "infasta"?
BEATRIZ: Señor...
PEDRO: Beatriz, bueno está;
basta lo afectado ya,
lo enfadoso, Beatriz, basta;
que es lo que más te contrasta
para que vencida quede
tu opinión. Bien verse puede,
si a hablar así te acomodas,
que quien no habla como todas,
como todas no procede.
Yo sé que el cuidado ha sido
y el papel de un caballero
bachiller y chocarrero,
leve y mal entretenido,
y que le quieres he oído
cuando Leonor te reñía.
Culpa ha sido tuya y mía,
mas remediarélo yo;
aquí el estudio acabó,
aquí dio fin la poesía.
Libro en casa no ha de haber

de latín, que yo no alcance;
unas **Horas** de romance
le bastan a una mujer.
Bordar, labrar y coser
sepa sólo; deje al hombre
el estudio, y no te asombre
esto; que te he de matar
si algo te escucho nombrar
que no sea por su nombre.

BEATRIZ: Subordinada al respeto,
girasol de tu semblante,
en estilo relevante
no frasificar prometo.
Deja, empero, a tu conceto
desvanecer la apariencia
que el engaño hizo evidencia,
que hizo caso la malicia,
queriendo con su injusticia
captar su benevolencia.

PEDRO: ¡Perdiendo, Beatriz, el vicio,
bien enmendada te veo!

BEATRIZ: ¡Por tu anticipata...!

PEDRO: Creo
que hoy me has de quitar el juicio.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: ¿Eso la pícara dijo?

MOSCATEL: De tu amor tan ofendida,
como si fuera hija Inés
del Preste Juan de las Indias,
"Decid" dijo, "a vuestro dueño
que de mi valor no vista,
que soy grande para dama,
y para esposa soy chica."

ALONSO: Eso a reyes de comedia
no hay condesa que no diga
de Amalfi, Mantua o Milán,
mas no las de Picardía.
Si a mí se me diera algo,
fuera la historia muy linda,
porque no hay cosa que tanto
me canse y me dé mohina
como ver una fregona
que a lo dama se resista.
¡Válgate el diablo, picaña!
¿Cómo no tienes a dicha
que te hable un hombre que al fin
trae una camisa limpia?

MOSCATEL: Señor, cada ropa blanca
su semejante codicia.

ALONSO: Y ¿qué te pasó con Celia?

MOSCATEL: Estaba a su celosía
asomada, y aun borracha,
pues dijo por qué no ibas
a verla, y esto, señor,

en juicio no lo diría,
porque ¿cómo has de ir a verla,
si ya la viste ha tres días?

ALONSO: Mi firmeza me destruye,
porque todas imaginan,
siendo galán al quitar,
que lo he de ser de por vida.
Pues mejor es lo que a mí
me ha pasado; como iba
en un coche doña Clara,
llamóme, lleguéme a oírla,
y díjome que a la tarde
(¡ahí es una niñería!)
le enviase veinte varas
de lama, porque quería
hacer en mi nombre una
pollera, y a media risa
pregunté de qué color.
Respondió que de la mía,
y así al propósito hice
de repente esta quintilla:

"De mi color, bien mi amor
dar la pollera quisiera;
mas es tanto mi temor
que no me dejas color
de qué hacerte la pollera."

Con esto me descarté
de la lama.

MOSCATEL: Linda finca
es un desenfado.

ALONSO: ¿Cómo?

MOSCATEL: Como paga a chanza vista.

ALONSO: ¿No sabes lo que en aquesto
más me mata, más me admira?
Que usándose hombre que nieguen,
se usen mujeres que pidan.

MOSCATEL: Piden por su devoción.
(¡Qué presto de Inés se olvida! **Aparte**
Celos, adiós).

ALONSO: Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO: ¿Quieres que te diga
una verdad?

MOSCATEL: Si contigo
lo puedes acabar, dila.

ALONSO: La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL: ¿Tan aguda es la Inesilla?

ALONSO: Y por hacer burla de ella
solamente, he de rendirla.
Allá has de volver.

MOSCATEL: ¿Yo?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: (Celos no adiós tan aprisa). **Aparte**

Sale don JUAN

ALONSO: Y dirás...
JUAN: ¡Gracias al cielo
que os traigo nuevas un día
de contento, porque amor
no siempre ha de ser desdichas!
Ya cesaron sus disgustos,
sus pesares, sus rencillas,
que, como es niño, el semblante
que ayer fue llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
me valí, cuando tenía
empeños de honor, y agora
que han mejorado de dicha,
me he de valer, don Alonso,
de vuestra cortesanía,
buen gusto y sutil ingenio,
porque en dos iguales líneas
los dos extremos toquéis
del pesar y la alegría.
ALONSO: Pues bien, ¿qué os ha sucedido?
JUAN: De cuanta culpa tenía,
Leonor hizo a Beatriz dueño,
cautelosa y prevenida;
dudó el padre entre las dos
cúya fuese la malicia,
y quedó por fe dudosa
la que era culpa precisa.
Para ayudar este engaño
con Beatriz y divertida,
que si hay envidia entre hermanos,
es la más crüel envidia,
me ha pedido que con ella
algún nuevo amante finja,
porque la importa en extremo
o culparla o divertirla.
Y aquéste habéis de ser vos,
ayudándoos ella misma
a la entrada de su casa.
Y así, desde aqueste día
la habéis de asistir, pasear,
adorar su celosía,
solicitar sus crïadas,
donde saliere, seguirla,
escribirla...
ALONSO: Deteneos,
que ni hablarla, ni servirla,
ni pasearla, ni mirarla
sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar a una ventana
embobado todo el día,
haciendo el amor ardiente
a un cántaro de agua fría?
¿Yo sobornar a una moza,
porque mis penas la diga?
¿Yo abrazar un escudero

con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir a una mujer
ni saber dónde va a misa,
ni si la oye?, que al fin, yo,
don Juan, en toda mi vida
la he averiguado a mi dama
si tiene o no tiene crisma;
y ellas se huelgan, pues todas
niegan dónde se bautizan.
¿Yo escribir papel tan cuerdo
que mil locuras no diga,
donde el retozar no ande
entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar a una ventana
después de una noche fría,
para pedir una mano?
¿Yo sufrir que muy esquiva
me responda "es de mi esposo,"
y con aquesta porfía
me ande con su doncellez
dando en cara cada día?
¡Vive Dios, que antes me deje
morir, que a una mujer siga,
ni solicite, ni ronde,
ni mire, ni hable, ni escriba!
Porque en no teniendo yo
libre entrada a mis visitas
donde tome mi despejo
a la primera vez silla,
la segunda taburete
y al tercera tarima,
siendo mi lecho el estrado
y mi almohada una rodilla,
y haciéndola que me rasque
la cabeza si me pida,
no daré por cuanto amor
hay en el mundo dos higas.
Y mirad, pues, qué mujer
tan chistosa y entendida
me traéis; una mujer
que habla siempre algarabía,
y sin Calepino no
puede un hombre entrar a oírla.
Y así, mirad si traéis
algún disgusto en que os sirva,
que voto a Dios que primero
con diez hombre legos riña
que con una mujer culta
que ha de ser la dama mía,
como fïanza, abonada,
sobre lega, llana y lisa.

JUAN: En la corta, don Alonso,
¿cada día no se mira,
por hacer tercio a un amigo,
enamorar a una amiga?

ALONSO: También se mira, don Juan,
en la corte cada día

perder uno su dinero
por hacer tercio a una rifa.
JUAN: Yo no quiero que tu amor
sea, sino que le finjas,
que esto todo ha de ser burla.
ALONSO: Mucho el ser fingido obliga,
y hacer burla de una loca
tan vana y tan presumida...
MOSCATEL: (¡Qué presto hizo la razón **Aparte**
a la ocasión que le brinda!
Tan loco nos venga el año.
ALONSO: Cuanto sea engaño y mentira,
vaya; mas pensar que tengo
de obligarla ni sufrirla,
es pensar un imposible.
JUAN: Ni nadie a aqueso os obliga.
ALONSO: Pues desde aquí empiezo a amarla.
JUAN; Vamos a su casa misma,
y en el camino os diré
de ella cosas conocidas
que importan, y haré que entréis
a hablarla.
ALONSO: Vamos aprisa,
que ya, de pensar, don Juan,
lo que hoy a las burlas mías
han de responder sus veras,
me estoy muriendo de risa.
MOSCATEL: Quiera amor no pare en llanto.
ALONSO: ¿Qué llanto, necio, si miras
que todo es burla?, pues sólo
mi libertad solicita
hacer buen tercio a don Juan,
vengar a Leonor divina,
burlar a Beatriz hermosa
y retozar a Inesilla.
MOSCATEL: (No será, no, sino echarse **Aparte**
con la carga de mis dichas).

Vanse. Salen BEATRIZ e INÉS

INÉS: Grande es, señora tu melancolía.
BEATRIZ: ¿Cómo no ha de ser grande, y más si es mía?
(Y harta razón no tengo,
pues por Leonor con mi ascendiente vengo
a padecer calumnias de que amo,
cuando la misma ingratitud me llamo?
¿Yo, pensar que he escuchado a un hombre amores,
que admití un papel, que di favores,
que entró en mi cuarto abriendo una fenestra,
que fue el tacto la nube de mi diestra?
Cosas son que el escrúpulo más leve
dentro de mí, ni aun a pensar se atreve.
Y así, aqueste retiro,

donde la luz del sol apenas miro,
lúgubre será esfera
en que, engañando lo que vivo, muera.
Estancia será esquiva
en que, burlando lo que muero viva.
El sol, Narciso de carmín y grana,
desde el primer fulgor de la mañana
al paroxismo de la noche fría
adonde espera el parangón del día,
no me ha de ver la cara,
si ya con luz no se penetra avara
a esta mansión adonde
mi profanado pundonor me esconde.
Lloren aquí mis ojos
sinónimos neutrales, digo, enojos
de torpes desvaríos,
que son ajenos, y parecen míos.
Inés, ¿no me he quejado
en bien humilde estilo, en bien templado?
Si mi padre me oyera,
¡Oh, cuánta enmienda en mis discursos viera!

INÉS: Mucha, aunque del tema reformado
algunas palabrillas te han sobrado.

BEATRIZ: Dime cuáles han sido.

INÉS: "Lúgubres" y "crepúsculos" he oído,
"equívocos", "sinónimos neutrales",
"fenestras", "paroxismos" y otros tales
de que yo no me acuerdo.

BEATRIZ: ¡Con la estulticica que hay, el juicio pierdo!
Pues ¿ésas no son voces de cartilla,
que un portero las sabe de la villa?
Mas desde aquí prometo
que calce mi conceto
a pesar de Saturno,
vil zueco, en vez de trágico coturno.

INÉS: (Enmendándose va). **Aparte**

BEATRIZ: Y tú, si me oyeres
frase negada a bárbaras mujeres,
por ver si en esto topa,
tírame de la manga de la ropa.

INÉS: La concesión aceto,
y ser fiscala de tu voz prometo.

Salen LEONOR, don ALONSO y MOSCATEL

LEONOR: Ésta es Beatriz, y puesto que has venido
a divertirla, su galán fingido,
hablar aquí podrás seguramente;
yo, atenta a que no haya inconveniente,
con don Juan allí hablando,
hoy las espaldas te estaré guardando.

Vase LEONOR

ALONSO: (¿Quién creerá que he tenido

mudo el amor, aun siendo amor fingido?
INÉS: Moscatel, ¿qué es aquesto?
MOSCATEL: La droga introducir que se ha dispuesto.
INÉS: ¿Para qué entras tú acá?
MOSCATEL: ¿Para qué? Amo,
y no has de estar a tiro de mi amo
sin escucha.
BEATRIZ: Inés, ¿qué es esto?
INÉS: Un hombre, señora, es
que hasta aquí se ha entrado.
BEATRIZ: ¡Un hombre en mi cubículo! ¿Qué haces?
INÉS: Tirarte de la manga.
BEATRIZ: ¡Necio intento!
Detén, que sólo digo en mi aposento.

ALONSO Hermosa Beatriz, la voz
no des al aire, no des
al cielo quejas, hüidas
de la prisión del clavel.
Oye piadosa mis ansias
sin enojarte, porque
no siempre fue de lo hermoso
patrimonio lo crüel.
BEATRIZ: ¿Andáis por antonomasias?
INÉS: Dos veces tiro.
BEATRIZ: ¡Está bien!
Atrevido caballero,
--que te has osado a romper
la clausura donde el sol,
que fénix y hoguera es,
si tal vez entra atrevido,
sale cobarde tal vez;
y a no traer por disculpa
que me viene el día a traer,
no osara donde estoy yo
a entrar en átomos él--,
¿qué atrevimiento, qué audacia
rige tu alevoso pie?
¿Qué osadía, qué ardimiento
te ha conducido, bajel
derrotado, a investigar
enjutos piélagos, que
surcó tarde, mal o nunca
racional piloto? Pues
en Sirtes de mi recato,
Escilas de mi desdén,
en Caríbdis de mi honor,
sólo has de hallar, has de ver
o para que a fondo vayas,
o para dar al través
cuatro o seis desnudos troncos
de dos escollos o tres.
INÉS: (Aquí empiezan sus engaños). **Aparte**
MOSCATEL: (Él mismo vaya con él) **Aparte**
ALONSO: Peritísima Beatriz,
Beatriz, dulce enigma en quien
vive de más el hablar

o de más el parecer,
pues a una deidad le sobra
que hermosa en extremo es
ser en extremo entendida;
no admires de salto que
golfo navegue, ignorando
--naufragio mi aliento, pues--
tu discreción, tu belleza;
entre el mirar y el saber
hurtar pude sitio al mar,
y mucho agradable en él.

INÉS: (También ha menester éste **Aparte**
que le tire Moscatel).

ALONSO: Yo soy aquel que dos años
viviente girasol fue
de la luz de tu beldad;
fragrante al llegarte a ver
cuanto mustio al ausentarse,
que entre el morir y el nacer
no hubo más distancia que entre
si se ve o si no se ve.

INÉS: (Atención, señoras mías; **Aparte**
entre mentir o querer,
¿cuál será lo verdadero,
si esto lo fingido es?)

ALONSO: La causa hoy de este alboroto
es haber hallado ayer
tu padre el crïado mío
que te traía un papel;
y viendo la obligación
que tengo a quien soy, osé,
temeroso de tu riesgo,
agora que ocasión halle,
entrar hasta aquí.

BEATRIZ: Deténte,
que ya me incumbre saber,
aunque mi riesgo derogue
la más inviolable ley,
qué papel o qué crïado
aquése que dices fue.

ALONSO: El crïado, este crïado;
el papel, aquel papel
que abrió Leonor, siendo tuyo,
porque a ella se le dio Inés.

INÉS: Yo no se le di, que ella
me le quitó sin querer.

BEATRIZ: ¿Tuyo era el crïado?

ALONSO: Sí.

BEATRIZ: ¿Y tuyo el papel?

ALONSO: También.

BEATRIZ: ¿Y para mí?

ALONSO: Pues, ¿qué dudas?

BEATRIZ: Antes no dudo, pues sé
que mi muerte y mi homicida
fuiste de mi paz, crüel
tirano, que introdujiste
enscrúpulos en mi fe.

Vuelve, vuelve las espaldas
de piadoso, o de cortés,
que solicitas mi muerte
si aquí mi hermana te ve,
porque hará verdades hoy
los fingimientos de ayer.

INÉS: (¡Qué fácilmente creyó
lo que él contó y yo afirmé!) **Aparte**

MOSCATEL: (En fin, no hay cosa más fácil **Aparte**
que engañar a una mujer.)

BEATRIZ: Y no quieras más victoria,
de mi vanidad, que ver
que por ti lloran mis ojos,
que puede, en efecto, hacer
costar lágrimas un hombre
sin quererle una mujer,
que no las lágrimas siempre
señas son de querer bien.
Vete.

ALONSO: (Más lo deseo yo, **Aparte**
que estoy ya para perder
el juicio, pensando modos
para responderte).

BEATRIZ: No des
más escándalo en mi casa,
que basta el primero ser
que concupiscible oí.

Tírale de la manga INÉS

No tires más, déjame,
que tienes traza, por Dios,
de dejarme muda.

ALONSO: En fe,
dïámetro al menos serte
no rehusa aquesta vez
mi opuesto planeta; quiero
obedeceros cortés,
pero en sabiendo mi amor.

BEATRIZ: Pues adiós, que ya lo sé.

ALONSO: No se ha empezado muy mal.

MOSCATEL: Ni se ha acabado muy bien;
que viene gente.

INÉS: ¡Ay, señora,
ir no le dejes!

BEATRIZ: ¿Por qué?

INÉS: Porque al paso están hablando
Leonor, don Juan, y también
tu padre.

MOSCATEL: El padre es el diablo
de estos enemigos tres.

BEATRIZ: Mi climatérico día
es hoy, ¡ay de mí!, si os ven,
porque contra mí los cielos
han sabido disponer
evidencias que acreditan

culpas que no imaginé.
Para el cuarto de mi padre
el paso esta cuadra es;
no podéis salir de aquí,
ni allá dentro entrar podéis;
y así, antes que aquí entren,
fuerza el esconderos es.

ALONSO: ¿Es comedia de don Pedro
Calderón, donde ha de haber
por fuerza amante escondido
o rebozada mujer?

BEATRIZ: Esto conviene a mi honor.

ALONSO: ¿Yo me tengo de esconder:

MOSCATEL: Inés, mala burla es ésta.

INÉS: Y muy mala, Moscatel.

BEATRIZ: Esto he de deberos.

ALONSO: (Cielos **Aparte**
considerad que no es bien
darme tan fino el pesar,
siendo tan falso el placer).

BEATRIZ: ¿Qué esperáis?

ALONSO: ¿Qué he de esperar?
Saber adónde ha de ser
donde tengo de esconderme.

INÉS: Donde estar mejor podréis
es en aquella alacena
de vidrios.

BEATRIZ: Has dicho bien.

ALONSO: ¡Lindo búcaro del duque
o de La Maya seré!
¿Yo en alacena de vidrios?
¡Voto a Dios!

BEATRIZ: Preciso es.

INÉS: Entrad.

ALONSO: Sin un calzador
no es posible.

INÉS: Entra también.

MOSCATEL: ¿Es alacena de dos
como mula de alquiler?

Éntranse en una alacena, québranse vidrios y salen don PEDRO, LEONOR y don JUAN

INÉS: Mirad que quebráis los vidrios.

PEDRO: Hola, unas luces traed
a esta sala.

JUAN: (¡Vive Dios, **Aparte**
que no sé lo que he de hacer
si halla a don Alonso aquí
don Pedro! Que yo bien sé
que no tiene el cuarto puerta
por donde salir, y en fe
de haberle empeñado yo,
y ser mi amigo también,
no sé, como llegue a verle,
qué remedio puede haber).

LEONOR: (¡Oh, nunca hubiera inventado **Aparte**
la venganza que busqué,
pues empezando de burlas,
tan de veras viene a ser!)
PEDRO: Aquestas noches, don Juan,
¿a qué hora os recogéis?
JUAN: Temprano. (Aquesto es decirme
que me vaya, y fuerza es.
En grande peligro dejo
a don Alonso, por ser
mi amigo; el estarme aquí
no es posible; lo que haré
será estar siempre a la mira
de lo que ha de suceder).
Quedá a Dios.
PEDRO: Adiós. Alumbra
al señor don Juan, Inés.
JUAN: No habéis de salir de aquí.

Va INÉS alumbrando, y vase don JUAN

PEDRO: Yo sé bien lo que he de hacer.

Vase don JUAN

LEONOR: (¿Adónde Beatriz habrá, **Aparte**
pues yo no lo puedo ver,
a don Alonso escondido?)
BEATRIZ: (¡Que tantos sustos me dé **Aparte**
un hombre que no conozco!)

Vuelven don PEDRO e INÉS con la luz; a tiempo que se quiebra un vidrio, déjase INÉS caer la luz

PEDRO: Entra aquesa luz, Inés,
en mi cuarto.
LEONOR: (Ahora sin duda **Aparte**
da en su aposento con él).
PEDRO: Entrad conmigo las dos,
que os tengo que hablar...mas ¿qué
es aquello?

Déjase caer el candelero INÉS

INÉS: El candelero
se me cayó.
PEDRO: ¡Que no estés
nunca, Inés, en lo que haces!
INÉS: Sí estoy, señor.

Vanse don PEDRO y LEONOR

BEATRIZ: Oye, Inés;
pues mi padre se recoge
tan presto, haz al punto que
salgan de ahí aquestos hombres
sin que lo llegue a entender
Leonor.
INÉS: No lo entenderá.
Mas dime cómo ha de ser,
que mi señor no bajó
con don Juan por ser cortés
tanto como por cerrar
las puertas.
BEATRIZ: Procura hacer
que salgan como pudieren.

Vase BEATRIZ

INÉS: Ya por donde salgan sé.
--Mis aprensados señores,
bien desdoblaros podéis.
ALONSO: ¡Vive Dios, que si no fuera,
pícaro, por no sé qué,
que te matara!
MOSCATEL: No pude
más, si los vidrios quebré,
que eran vidrios, en efecto.
INÉS: Venid conmigo.
ALONSO: ¡Ay, Inés!
Si fuera por ti el secreto,
fuera empleado más bien.
MOSCATEL: No fuera sino es más mal.
ALONSO: ¿Qué ahora de temor estés?
Vamos.

A INÉS

Mas, por no perder
ocasión, toma un abrazo.
MOSCATEL: (Cordero en brazos de Inés, **Aparte**
el hombre le vio mil veces,
pero sola aquesta vez
es el abrazado el hombre
y el cordero el que lo ve.
INÉS: Salgamos presto de aquí.
ALONSO: ¿Quién dice que no?
INÉS: Que aunque
mi señor cerró las puertas,
bien salir los dos podréis;
arrojaos sin que os sientan
por este balcón. Ea, pues.
ALONSO: ¿Eso tenemos agora,
Inés? ¿Balconear, después
de una alacena?
INÉS: Esto es fuerza.
MOSCATEL: Y digas, la tal Inés,

¿es muy alto?
INÉS: Del segundo
cuarto no más; no aguardéis.
ALONSO: ¿Mas que me quiebro una pierna?
Hombres que enamoráis, ved;
si estos lances en quien ama
se dejan aborrecer,
en quien no ama, ¿qué será?
¡Mal haya quien quiere bien!

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen INÉS y BEATRIZ

INÉS: Porque del balcón habiendo
los dos Luzbeles caído...
BEATRIZ: ¡Ay, Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?
INÉS: ...llegaron con mucho estruendo
unos hombres, pretendiendo
conocerlos, y después
repararon (tanta es
de amo y mozo la destreza)
el uno con la cabeza
lo que el otro con los pies.
BEATRIZ: ¿Qué dices?
INÉS: Lo que ha pasado.
BEATRIZ: ¿Quién, Inés, te lo contó?
INÉS: Cuanto he referido yo
relación es de un crïado
del galán de pie quebrado,
como copla, que por ti
saltó del balcón.
BEATRIZ: Y di:
¿quién le vulneró?... le ha herido,
digo.
INÉS: Eso no se ha sabido.
BEATRIZ: ¿Doliente en fin yace?
INÉS: Sí;
pierna y cabeza llevó
quebradas, aunque ya está
mucho mejor.

BEATRIZ: ¿Quedará
claudicante?
INÉS: ¿Qué sé yo
que es claudicante? ¡Que no
has de perder vicio tal!
BEATRIZ: ¿Hay demencia? ¿Hay tosca igual?
Di, ¿el claudicante no es
hombre de alternados pies
que se ambula desigual?
INÉS: No sé lo que es ni que no;
sólo sé, de temor llena,
que ha estado herido.
BEATRIZ: (Su pena, **Aparte**
¡ay de mí!, padezco yo.
¿Qué pócima que bebió
--¡Qué delirio! ¡Qué ardimiento!
¡Qué ultraje! ¡Qué tormento!--
el alma por el oído
que la concibe un sentido,
y la aborta un sentimiento?
¿Qué es lo que pasa por mí?
Pero si yo de mí sé,
yo misma me lo diré.
Conjurado contra mí
al dios de los necios vi,
por ver cuánto baldonaba
su deidad; y cuando estaba
más fiera en la ofensa mía,
ya los efectos sentía
de las causas que ignoraba.
Un hombre en mi cuarto entró
de mis ansias informado,
resuelto y determinado.
Acción fue que me obligó
al compás que me ofendió,
pues si ofensa el amor piensa,
la acción ser en mi defensa
la construye obligación.
Luego compatibles son
la obligación y la ofensa.
Vino mi padre, y aquí
trágica mi historia fuera
si cortés no obedeciera
los preceptos que le di.
Por mí escondido, y por mí
precipitado y caído,
quedó de otra mano herido;
pues si iguales llego a ver
que sentir y agradecer,
¿cuál será lo preferido?
Es decir que su mal siento
ilícito a mi valor
y lícito no a mi amor
faltarme agradecimiento;
sentir por mi parte intento
que a mí se pueda atrever;
por la suya, que a tener

llegue por mí tal pesar;
y temo acabar de amar
donde empiezo a agradecer).

INÉS: ¿Qué pena es ésta, señora?
¿Qué tienes, que triste estás?

BEATRIZ: ¿Qué quieres que tenga más?

INÉS: No le gastes a la aurora
las blancas perlas agora
que has de echar menos después.

BEATRIZ: ¡Ay, Inés mía! ¡Ay, Inés!
Si tú guardarme quisieras
un secreto, tú supieras
mi tormento.

INÉS: Dile pues;
que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido
día de trabajo ha sido,
le quiero canonizar
y hacer fiesta de guardar.

BEATRIZ: Pues si eso ha de ser así,
yo he de fïarme de ti.
A este galán caballero
agradecer, Inés, quiero
lo que ha pasado por mí.
Pero no quisiera que él
sepa que lo siento yo,
porque ser piadosa, no
es dejar de ser crüel.
A mi obligación fïel,
y fiel a mi honor, que intente
saber de él mi fe consiente,
no por él, sino por mí.

INÉS: Claro está que será así.
(¡Ay, señores, que ya siente!) **Aparte**

BEATRIZ: Quisiera que te llegaras,
como que de ti salía
a visitarle, Inés mía,
y de su mal te informaras.

INÉS: ¿Y qué más?

BEATRIZ: Que le llevaras
una banda, y le dijeras
que tú la ladrona eras
del favor.

INÉS: Está muy bien;
y haré este papel tan bien
como tú misma lo hicieras.
Dame la banda, y verás
cuál mi chinelita anda.

BEATRIZ: Yo voy, Inés, por la banda;
pero mira que jamás
nada a Leonor le dirás.

INÉS: Nada le diré a Leonor.

Vase BEATRIZ y sale LEONOR

¡Victoria por el Amor!

LEONOR: ¿De qué es el contento, Inés?
INÉS: Yo te lo diré después,
aunque primero es mejor,
que reviento, te prometo,
porque en Dios y mi conciencia
que hizo vuestra diligencia
en Beatriz un grande efeto.
LEONOR: ¿Qué fue?
INÉS: Encargóme un secreto,
y fue haberme encomendado
que le cuente de contado;
claro es, pues cuando no fuera
por decirlo, lo dijera
por habérmelo encargado.
De Beatriz la fantasía
ya don Alonso rindió;
en tal lenguaje le habló
que, a pesar de su porfía,
conmigo una banda envía;
en fin, en fin, ha de ser
mujer cualquiera mujer.
Por la banda quiero ir,
y, pues te lo he de decir
yo, tú no lo has de saber.

Vase INÉS

LEONOR: Digo que no lo sabré.

Sale don JUAN

JUAN: Pues ya yo lo tengo oído;
..... [--ido]
.....[--é].
.....[--é]
ahora veo que en amor
número hay, pues en rigor,
por no dejarte infeliz
crece un afecto en Beatriz
cuando ha faltado en Leonor.
LEONOR: Pues, ¿en mí ha faltado?
JUAN: Sí,
en ti, Leonor, ha faltado;
que aunque he sufrido y callado
mis desdichas hasta aquí,
fue porque pensé hoy de ti
que averiguarlas pudiera
sin que a ti te lo dijera;
mas siendo fuerza sentirlas,
no muera yo sin decirlas,
ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso por tu gusto
a hablar a Beatriz entró;
ni arguyo ni pruebo yo
si fue justo o no fue justo.

Por excusar su disgusto
a costa de su opinión
se arrojó por un balcón;
y ya que en la calle estaba
a esperar en qué paraba
su empeño, fue en ocasión
el bajar, que habían entrado
dos hombres en ella, y yo
me desvié, porque no
les diese el verme cuidado.
Estando, pues, apartado,
las cuchilladas oí,
y a ellas al punto acudí;
y por presto que llegué,
ya los dos hombres no hallé
y herido a mi amigo vi.
Mira si de mis recelos
puede haber causa mayor,
pues en su fingido amor
vi mis verdaderos celos.
..... [-elos]
Quien acuchilla (¡Ay de mí,
Leonor!) en tu calle así
a quien sale de tu casa,
bien dice que en ella pasa
mi agravio. Por ti y por mí
disimular he querido,
como he dicho, hasta llegar
(¡ay Leonor!) a averiguar
quién ese galán ha sido;
y viendo que no he podido
y que son intentos vanos
porque mis celos villanos
no murmuren en mi mengua,
quiero que diga la lengua
lo que no han hecho las manos.
¡Quédate, ingrata, que no,
pues que ya me he declarado,
me has de ver desengañado
en tu vida!

LEONOR: Pero yo,
¿no tengo una hermana?

JUAN: No;
que si tú hermana tuvieras
de quien amores supieras,
no culparla procuraras
..... [--aras]
ni de burlas ni de veras;
y supuesto que has querido
fingirla un galán, infiero
que a tenerle verdadero
no se le dieras fingido.

LEONOR: ¡Plegue al cielo...!

JUAN: No te pido
satisfacciones, Leonor.

LEONOR: Ni éstas lo son, que es error
cuando nunca te he ofendido.

JUAN: Pues que tú la causa has sido,
deja que muera mi amor.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Señor, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?
¿En qué piensas? ¿En qué tratas?
¿En qué discurres? ¿En qué
imaginas? ¿En qué andas?
¿Tú melancólico? ¿Tú
divertido? ¿Qué mudanza
es aquésta: ¿Tan valida
ha sido una cuchillada?
¿Tanto poder ha tenido
tu herida, tanta privanza
un balcón, que han acabado
contigo no hablar de chanza?
ALONSO: ¡Ay de mí!, que no sé, no,
qué es lo que siento en el alma,
que es bien y parece mal,
que es gusto y parece ansia,
que es gloria y parece pena;
dicha, y parece desgracia,
contento, y parece agravio;
lisonja, y parece rabia;
porque es un loco accidente
que a un tiempo da vida y mata,
como veneno compuesto
de calidades contrarias.
MOSCATEL: ¡Hemos hecho buena hacienda!
ALONSO: ¿De qué te ríes?
MOSCATEL: No es nada.
ALONSO: ¡Ay de mí!
MOSCATEL: ¡Otra vez!
ALONSO: ¿De qué es,
Moscatel, la carcajada?
MOSCATEL: Del suspiro, "ay de mí."
ALONSO: ¿Por qué?
MOSCATEL: Porque, señor mío, engañan
los señores: "ay de mí" es,
amor te cogió en su trampa.
ALONSO: Sin duda que estás borracho.
¿Yo amor?
MOSCATEL: Tú amor.
ALONSO: Pues, ¿qué hallas
en mí, para imaginar
cosa de mí tan contraria?
MOSCATEL: Unas cosas que se dicen,
y otras cosas que se callan.
ALONSO: ¿Yo enamorado? ¿De quién,
si yo no he visto a otra dama
sino a Beatriz?
MOSCATEL: De Beatriz.
ALONSO: ¿Yo, de un Ovidio con sayas?
¿Yo, de un Virgilio con ropa,
y un Cicerón con enaguas?

MOSCATEL: ¡Tú, señor! ¿No me dijiste
que no era tan afectada
como don Juan te había dicho?
ALONSO: Es verdad.
MOSCATEL: ¿Tú no la alabas
de hermosa?
ALONSO: Sí.
MOSCATEL: Tú no sientes
que hombres en su calle haya
que acuchillen?
ALONSO: No lo niego,
pero tal tengo la causa.
MOSCATEL: Luego son celos.
ALONSO: No son;
que no se me diera nada
que hubiera hombres, como dieran
celos y no cuchilladas;
fuera de que, si yo fui
a verla, fue por burlarla,
de don Juan apadrinado,
y fuera historia muy mala
haberme llevado a ser
el burlado yo.
MOSCATEL: En la plaza
un toricantano un día
entró a dar una lanzada,
de un su amigo apadrinado;
y airoso terció la capa,
galán se quitó el sombrero,
y osado tomó la lanza
viento pasos del toril.
Salió un toro, y cara a cara
hacia el caballo se vino,
aunque pareció anca a anca,
porque el caballo y el toro,
murmurando a las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerno y con el asta.
Cayó el caballero encima
del toro, sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
a su ahijado se la dio;
y siendo de buena marca,
levantóse el caballero
preguntado en voces altas:
"¿Saben ustedes a quién
este hidalgo apadrinaba?
¿A mí, o al toro?" Y ninguno
le supo decir palabra.
Aplícate: apadrinado
de don Juan, fuiste a la casa
de Beatriz, la suerte erraste,
y nadie a saber alcanza
si era don Juan tu padrino,
o de Beatriz.
ALONSO: ¡Calla, calla!

¡Qué mal aplicado cuento!
MOSCATEL: Bien o mal, doy a Dios gracias
de que ya no reñirás
mi amor, pues que ya en la danza
entras también.
ALONSO Si es así,
dime ya de aquesa dama
qué es el nombre, enamorado.
¿De qué servicio es guardarla?
MOSCATEL: Eso no, que no se pierde
tan presto una mala maña.

Llama INÉS dentro

ALONSO: Mira quién llama a esa puerta.
MOSCATEL: ¿Quién es?

Sale INÉS

INÉS: ¿Está tu amo en casa,
Moscatel?
MOSCATEL: (¡Cielos! ¿Qué miro? **Aparte**
Inés es ésta). ¡Ay, ingrata!
¡Viven los cielos, que vienes
a verle!
INÉS: Pues, ¿qué pensabas?
(Quiero decir que es verdad, **Aparte**
porque lo que más me agrada
es dar celos de poquito).
Porque le importa a mi fama
que don Alonso conozca
que sé cumplir mi palabra.
MOSCATEL: ¡Bien honrado pundonor!
INÉS: Quita.
MOSCATEL: No has de entrar.
INÉS: Aparta.
ALONSO: ¿Quién habla contigo?
MOSCATEL: Nadie.
INÉS: Miente, que alguien es quien habla.
ALONSO: Y muy alguien. Inés mía,
una y mil veces me abraza.
INÉS: Mil veces te abrazo y una,
por pagarte en otras tantas.

Pellízquela MOSCATEL

¡Ay!
ALONSO: ¿Qué es eso?
INÉS: Diome un golpe
la guarnición de tu daga.
ALONSO: No dudo que tu venida
sea a darme vida y alma,
que aunque tú con Moscatel
me respondiste enojada,

en fin sabes que te quiero,
y no has de ser siempre ingrata.
INéS: Nunca lo fui yo contigo,
que a la primera palabra
dije que a verte vendría.
ALONSO: ¡Pícaro! Pues ¿tú me engañas?
MOSCATEL: ¿Yo, señor?
ALONSO: ¡Viven los cielos
que he de matarte a patadas!
MOSCATEL: (Cumplióse el refrán; mas no, **Aparte**
que hacerme bailar les falta).
INÉS: En sabiendo a lo que vengo,
Moscatel se desengaña.
Duren los celos un poco.
MOSCATEL: ¡Voto a Dios! De una picaña...
INÉS: Pícaro, hablad con respeto;
mirad que soy vuestra ama.

A don ALONSO

A solas quisiera hablarte.
MOSCATEL: ¿A solas?
ALONSO: Salte allá, y guarda
esa puerta.
MOSCATEL: (¿Yo la puerta? **Aparte**
¡Viven los cielos!)
ALONSO: ¿Qué hablas?
MOSCATEL: Que soy leal, y no tengo
de consentir tal infamia,
que por una picarona
exceso ninguno hagas
y se aventure la vida.
ALONSO: ¿De cuándo acá tanto guardas
mi salud? Sale allá fuera.
MOSCATEL: No me saldré, si me matas,
que esto conviene a tu vida.
ALONSO: Nunca te he visto con tanta
lealtad.
MOSCATEL: Guardéla otras veces
para esta ocasión.
ALONSO: Ya basta.

Échale a empellones

Ya estás sola; vuelve, Inés,
a abrazarme.
INÉS: Aunque culpada
me has hecho en venir a verte,
por la opinión de mi ama
ha sido, no porque vengo,
como dije, por tu causa.
ALONSO: No sé qué quieras decirme.
INÉS: Dirélo en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
cómo hubo unas cuchilladas

de donde herido saliste
a las puertas de su casa,
de tu herida condolida,
de tu término obligada
y de tu salud dudosa,
te envía toda esta banda.
Favor es suyo, aunque ella
me mandó que no llegaras
a saber que ella la envía.
Con esto, adiós.

ALONSO: Oye, aguarda.
¿Beatriz se acuerda de mí?
¿Beatriz siente mis desgracias?
¿Beatriz me envía favores?
Novedad se me hace extraña.

INÉS: A mí no, porque en sabiendo
que era tu voluntad falsa,
supe que sería dichosa;
que por no acertar en nada,
más con nosotras merece
quien finge, que no quien ama.

Sale MOSCATEL

MOSCATEL: (¡Qué mal descansa un celoso! **Aparte**
¡Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré, que menos
es verlas que imaginarlas).

ALONSO: Inés bella, pues Beatriz
hoy de extremo a extremo pasa,
paso yo de extremo a extremo;
que aunque fineza no haga
de enamorado, de noble
la he de hacer. Aquí aguarda
a que el escriba un papel.

MOSCATEL: (Él se entra en esotra cuadra; **Aparte**
descanse mi corazón).
Tigre fregatriz de Hircania
vil cocodrilo de Egipto,
sierpe vil, león de Albania,
¿tendrá mi lengua razones,
tendrán mis labios palabras
para quejarse de ti?

INÉS: No.

MOSCATEL: Pues si voces me faltan,
tengan mis manos licencia
de darte de bofetadas
siquiera.

INÉS: No quiera hacer
tu mano tal, que ya bastan
las burlas, que todo ha sido
por sólo tomar venganza
de que dudases de mí
que soy casta.

MOSCATEL: ¿Qué haces casta?
Creeré primero traidora.
INÉS: No vine a ver...
MOSCATEL: Tú me engañas.
INÉS: ...a tu amo.
MOSCATEL: Pues, ¿por qué?
INÉS: A traerle...
MOSCATEL: ¿Qué?
INÉS: ...una banda.
MOSCATEL: ¿Cúya?
INÉS: De Beatriz, que ya
un poco más claro habla.
MOSCATEL: ¿Y el abrazo?
INÉS: Fruta fue
de palacio; eso no agravia,
que si él abrazó el cuerpo,
el alma tú.
MOSCATEL: Inés ingrata,
si le das el cuerpo al otro,
¡dale a Barrabás el alma!
INÉS: Picón fue.
MOSCATEL: Pues los picones,
si juegan, muden baraja
o truequen la suerte. Dame
los brazos.
INÉS: De buena gana.

Sale don ALONSO

ALONSO: ¿Qué es esto?
INÉS: ¿Esto? Abrazar,
en mi tierra.
MOSCATEL: Ha sido tanta
la alegría de haber visto
que ya esa fiera se ablanda
--La curiosidad perdona,
si he escuchado cuanto hablas--,
que le di a Inés este abrazo
en albricias de la banda.
ALONSO: Toma, Inés, este papel
que le has de dar a tu ama,
y para ti este diamante.
INÉS: ¡Vivas edades más largas
que...! Claro está que es el fénix
suegra mentira de Arabia.

Vase INÉS

MOSCATEL: ¿Diamante la diste?
ALONSO: Sí.
MOSCATEL: ¿Y de balde?
ALONSO: ¡Qué ignorancia!
MOSCATEL: Mil me lleven diablos hoy
heréticos, si no amas
a Beatriz.

ALONSO: ¿En qué los ves?
MOSCATEL: En que das sin esperanza.
No está en uso, ni está en rueca.
ALONSO: Quien agradece no ama,
y yo estoy agradecido,
no enamorado.
MOSCATEL: Esto basta,
que en el infierno de amor,
dicen que tiene más almas
la virtud, de agradecidas,
que no los vicios, de ingratas.
Y así, hagamos, señor, cuentas,
que no he de quedar en casa.
ALONSO: ¿Por qué, Moscatel?
MOSCATEL: Porque
amo no quiero que ama,
y que no me acuda a mí
por acudir a su dama.
ALONSO: Bien el haberte sufrido
tantas locuras me pagas.
MOSCATEL: Esto ha de ser.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Qué ha de ser?
ALONSO: Irse quiere de mi casa.
JUAN: ¿Por qué, Moscatel?
MOSCATEL: Porque
ha hecho la mayor infamia,
la mayor ruindad, mayor
bajeza, mayor...
JUAN: ¡Acaba!
¿Qué ha sido?
MOSCATEL: ¡Hase enamorado!
Mira se tengo harta causa.
ALONSO: En esta locura ha dado
por haber visto con cuánta
fineza sirvo a Beatriz
por vuestro amor.
JUAN: A Amor gracias...
ALONSO: ¿Cómo?
JUAN: ...que ya de ese empeño
libre estáis, como se acaba
hoy mi amor.
ALONSO: Pues, ¿y Leonor?
JUAN: Leonor de mi pecho falta,
que como Amor es Fortuna,
sujeto vive a mudanzas.
¿Vuestra amada, don Alonso?
ALONSO: Yo no he ni de hablarla
ni de verla en mi vida.
Pues, ¿volveré yo a su casa
y a su calle a hablarla y verla,
por la tarde y la mañana,
siendo yo el descalabrado,
y vos, la cabeza sana,

no lo haréis?
JUAN: No, porque herida
más penetrante y tirana
son mis celos, porque son
mortal herida del alma.
ALONSO: Pues troquemos las heridas,
que yo primero tomara,
sea mortal o venial,
tener hoy descalabrada
el alma que la cabeza,
y esto bien claro se saca
del efecto, pues si curan
en falso una herida, mata,
y a los celosos da vida
cualquier cura, aunque sea falsa.
JUAN: En fin, don Alonso, sea
con poca o con mucha causa,
no he de volver a poneros
en la confusión pasada.
ALONSO: Ni por mí habéis de dejarlo,
que a mí no se me da nada.
JUAN: Por mí lo dejo, y por vos,
porque vuestra herida basta.
ALONSO: De una herida no escarmientan
caballos de buena casta.
JUAN: ¿Yo me volveré a llegar
allá? ¡Suerte excusada!
ALONSO: Pues cuando por vos no sea,
por ver si a saber se alcanza
quién me ha herido, he de volver.
JUAN: Cuando importe a vuestra fama
desde acá fuera podremos
hacer diligencias varias.
ALONSO: Yo más pretendo, don Juan,
buena opinión con las damas
que con los hombres, y no
es bien que mujer tan vana
como Beatriz, de mí piense...
JUAN: Yo sabré desengañarla
de todo.
ALONSO: Don Juan, don Juan,
hablemos verdades claras;
yo he de ir a ver a Beatriz.
MOSCATEL: ¡Hablara para mañana!
¡Y dirá que miento yo!
JUAN: Si eso os importa, ¿qué os falta?
Id vos muy en hora buena.
ALONSO: ¿Cómo, sin que las espaldas
me guardéis vos y Leonor?
JUAN: Yo no he de volver a hablarla.
ALONSO: Esto habéis de hacer por mí;
que no es cosa tan extraña,
por hacer tercio a un amigo,
volver a hablar a una dama.
JUAN: Por vos, don Alonso, haré
lo que en mi vida pensaba.
MOSCATEL: ¿Qué os andáis haciendo puntas,

nobles de capa y espada,
si ambos deseáis ir a verlas?
Y no hay cosa más usada
que ser amancebamientos
en los estrados y salas,
ad perpetuam rei memoriam
litigados, y se hallan
contra los celos fiscales
dos amigos y dos damas,
porque cuando el uno riñe,
el otro las paces trata.

JUAN: Ahora bien, por vos iré;
mas mirad, antes que vaya,
que hay alacena.

ALONSO: ¿Qué importa?

MOSCATEL: Que hay balconazo.

ALONSO: ¡Que haya!

MOSCATEL: Que hay cuchillada.

ALONSO: Eso no;
fuera de que si amor traza
que por sola una mentira
me sucedan cosas tantas,
vengan ya, por ser verdades,
alacena y cuchilladas.

Vanse. Salen don DIEGO y don LUIS

DIEGO: Ya sabréis la voluntad
con que siempre os he servido.

LUIS: Conozco vuestra amistad,
y sé, don Diego, que ha sido
con fineza y con verdad.

DIEGO: Pues no me tengáis a exceso
una reprensión.

LUIS: No haré.

DIEGO: Aquel pasado suceso...

LUIS: Queréisme decir que fue
locura, ya lo confieso;
porque haber a un hombre herido
que conmigo no ha tenido
lances de competidor
no trae disculpa mejor,
Diego, que no haberla habido.
Fuerza es remediarlo, pues
quien lleva ya en sus recelos
..... [--és]
perdido el miedo a los celos,
no se le tendrá después.

DIEGO: Y ahora, ¿qué habéis de hacer
de lo que ya se trató?
Pues es cierto que a saber
vuestros intento llegó
don Pedro.

LUIS: ¿Qué hay que temer?
Deshácese un casamiento,
siendo santo sacramento,

después que se efectüó,
¿y no lo desharé yo
sin efectüarle?

Sale don PEDRO

PEDRO: (Atento **Aparte**
a este hielo que me abrasa,
a esto, que me hiela, ardor,
a lo que en mi agravio pasa,
y al respeto de mi honor,
salgo tan tarde de mi casa.
A don Luis pretendo hablar,
que mejor es acabar
de una vez con mi recelo,
que no esperar que un mozuelo
que es fábula del lugar
se me atreva. Él viene aquí.
¡Cuánto de verle me alegro
galán y noble! Éste sí.
DIEGO: Vuestro suegro viene allí.
LUIS: Pues huyamos de mi suegro.
PEDRO: ¡Señor don Luis! Informado
de deudos vuestros he estado
de que honrar habéis querido
mi casa, y agradecido
como es justo, os he buscado
para mostrar cuánto estoy
ufano de merecer...
LUIS: Señor don Pedro, yo soy
el que las dichas de ayer
tiene por disculpas hoy.
Confieso que me atreví
a tanto empeño, y que fui
venturoso en tanto empeño,
pues ser de estas honras dueño
por lo menos merecí.
Pero soy tan desdichado,
aun con las dichas, señor,
que para tomar estado,
un nuevo empeño de honor
lo ha deshecho y lo ha estorbado.
PEDRO: ¿De honor empeño (¡ay de mí!)
os retira de esto?
LUIS: Sí.
PEDRO: Pues ¿cómo? ¿En qué (¡estoy mortal!)
puede a Beatriz estar mal?
LUIS: Que no lo entendáis así,
que de vuestro enojo ha sido
el honor mal entendido.
Vos de mis disculpas no...
PEDRO: ¿De qué suerte?
LUIS: Porque yo,
señor, habiendo sabido
que su majestad --que el cielo
guarde por sol de esta esfera,

por planeta de este suelo--,
con su católico celo
sale aquesta primavera,
   y sabiendo cómo hacía
gente un señor de quien fui
deudo, por ventura mía,
que me honrase le pedí
con alguna compañía.
   Hámela dado. Éste ha sido
el empeño que he tenido
para no tomar estado,
que el que es marido y soldado,
no es soldado o no es marido.
   Si yo volviese, señor,
entonces con más valor
me podéis hacer feliz,
porque hoy casar con Beatriz
no le está bien a mi honor.

Vanse don DIEGO y don LUIS

PEDRO: "Porque hoy casar con Beatriz..."
¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido
lo que he visto, lo que he oído?
Poco siento, ¡ay infeliz!
No me deja mi sentido...
   Pero afligirme es error;
si en aquel caso consiste
su honor, miente mi temor,
que en fin, cuanto piensa un triste
siempre ha de ser lo peor.

Vase. Salen BEATRIZ e INÉS

BEATRIZ: Inés, ¿cómo el papel tomaste?
INÉS: Como
todo cuanto me dan, señora, tomo.
BEATRIZ: Sin duda le dirías
que de mi parte ibas.
INÉS: Desconfías
de mí sin causa, porque yo he callado
que era tuya la banda, y el recado
callé por tu respeto,
como suelo callar cualquier secreto.
BEATRIZ: Pues, Inés, ¿a qué efeto,
si es así, me has traído
papel?
INÉS: (¡Vive el Señor, que me ha cogido!
Aparte
Mas yo me soltaré). Que le trajera,
me dijo, y que si acaso hallar pudiera
ocasión, te le diese.
Yo lo tomé porque de mí creyese

cuán de su parte estaba;
que, puesto que una banda le llevaba
hurtada, que era tuya, bien creería
que un papel, que es más fácil, te traería.

BEATRIZ: Esta satisfacción algo me agrada.

INÉS: (Aqueso es dar satisfacción honrada).
Leonor, señora, viene.

Sale LEONOR

BEATRIZ: Pues, que el papel me vea, no conviene.

Vase BEATRIZ

LEONOR: Bien pudiera yo agora
decir con mayor causa --¿quién lo ignora?--
¿qué idioma fue misivo el que en lineado
papel ocultas en tu manga ajado?

BEATRIZ: Y yo también pudiera
decir que en vano preguntarlo fuera,
pues quien saber no quiere
lo que quiero decir, saber no espere
lo que callarle quiero.

LEONOR: ¡Inés, Inés!

INÉS: ¿Pues no por hablar muero?

LEONOR: Inés, oyes, ¿qué ha sido
este papel?

INÉS: ¡Qué poco te he debido!
¿No aguardaras siquiera
a que sin preguntar te lo dijera?
Que se me hace conciencia, te prometo,
la pregunta llevar, pero ¡un secreto!

Al paño BEATRIZ

BEATRIZ: Mal segura, escuchar desde aquí quiero
qué hablan las dos.

INÉS: Fui a verle, y lo primero
le dije que Beatriz me lo mandaba.

LEONOR: Bien hiciste.

BEATRIZ: Yo mal, pues me fïaba
de crïada. ¡Ay, Leonor, que en ellas anda!

INÉS: Lo segundo, en su hombre di la banda.

BEATRIZ: ¡Ay, infeliz! ¿Qué he oído?

LEONOR: En esa cuadra hay ruido.

INÉS: Don Juan es el que ha entrado.

LEONOR: Pues, ¿cómo, si de aquí se fue enojado,
diciendo que en su vida no me había
de ver?

INÉS: ¡Que estés tan nueva todavía
que no sepas que cuando está un amante
diciendo más furioso y arrogante
"No he de volver a verte, ingrata bella"
es cuando muere por volver a ella!

BEATRIZ: Ya que a escuchar mis penas he empezado,
acabe de escucharlas mi cuidado.

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

JUAN: Pensarás que me han traído
a verte, Leonor, y hablarte
mis celos, porque los celos
--perdona el civil lenguaje--
son ordinarios de amor,
que así llevan como traen.
Pues no, Leonor, no he venido
para que me desengañes,
porque el desaire de amor
es hablar en el desaire.
Con otra ocasión he vuelto
a pisar estos umbrales,
porque nunca les faltó
ocasión a los pesares.
Don Alonso, a quien tú hiciste
de Beatriz fingido amante,
desairado de tu casa
salió con el primer lance,
tanto, que porque no piensen
de Beatriz las vanidades
que el no volver aquí es
de escarmentado y cobarde,
me ha pedido que le traiga
a verla. ¿Cómo negarle
puedo yo lo mismo a él,
que él no me negó a mí antes?
BEATRIZ: ¡En notable obligación
estoy, cierto, a estos galanes!
JUAN: Él viene, Leonor, a esto;
y porque en aquesta parte
nunca piensen mis desdichas,
nunca sospechen mis males,
nunca imaginan mis penas
que fue gana de buscarte,
en la calle me estaré
en tanto que a Beatriz hable
y de este escrúpulo leve,
y de esta malicia fácil
desempeñe su opinión,
su crédito desengañe.
Don Alonso, entrad, y pues
ya el sol, helado cadáver,
agonizando entre sombras,
en brazos de noche yace,
hablad a Beatriz, y ved
que aquí don Pedro no os halle.
LEONOR: Aguarda, don Juan, espera.
JUAN: ¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?
LEONOR: Desengaños.
JUAN: Son en vano.
LEONOR: Disculpas.

JUAN: Serán en balde

Vase don JUAN

LEONOR: Tras él iré, don Alonso;
luego vuelvo. Perdonadme,
pues en cualquiera suceso,
todo lo que es me era antes.

Vase LEONOR

ALONSO: ¿Mas que me voy sin hablar
a Beatriz?
MOSCATEL: ¿No dirás mas que
nos vemos en otro aprieto
al pasado semejante?
ALONSO: Inés, dime dónde está,
para que entretanto le hable,
Beatriz.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí está Beatriz,
escuchando los ultrajes
de una vil hermana, de un
falso amigo, de un infame
crïado, una criada aleve,
y de un cauteloso amante,
porque entre Leonor, don Juan,
Inés y Moscatel halle,
si no consuelo a mis penas,
disculpa a mis disparates.
Y aunque pudiera de tantos
agravios, tantos pesares,
tantas ofensas y tantas
bajezas vuestras quejarme,
viendo que contra mí todos
el falso motín firmasteis,
porque en la corte del alma,
donde en pacíficas paces
reina el desdén, nunca tiene
el amor comunidades,
sólo en esta parte intento,
sólo quiero en esta parte,
como quejosa, ofenderme,
como ofendida, quejarme,
del mayor de mis agravios
y no el menor de mis males;
porque en las mujeres es
el más sensible desaire
que las ame la mentira
y no la verdad las ame.
¿Tan pocas las partes son
de mi hacienda y de mi sangre?

¿Tan pocas de mi persona
--decirlo tengo--, las partes
que hay, que si un hombre hubiera
que atrevido me mirase,
fuese con fingido amor?
¡Quiéreme a mí por burlarme,
a mí por...!

ALONSO: Beatriz hermosa,
si de todos tus pesares
sales tan airosa como
de ése, que más sientes, sales,
fácil es el desengaño.

BEATRIZ: ¿Cómo el desengaño es fácil,
cuando el quererme es por burla?

ALONSO: Si atiendes, con escucharme:

Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma,
viéndole jardín de espuma,
viéndole selva de nieve,
que hay peligro en él, y, en breve,
selva y jardín son horror.
Mar es amor en rigor;
luego en placer y en pesar,
si no hay burlas con el mar,
no hay burlas con el amor.
Tal vez, por burla o ensayo,
polvorista artificial
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
cuando con mortal desmayo
muere a su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
contra su artífice; luego,
si no hay burlas con el fuego,
no hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
la espada para esgrimir
con otro, y le viene a herir
como si fuera enemigo;
su destreza es su castigo,
y así, usar de ella es error.
Espada amor en rigor
es, luego; desenvainada,
si no hay burlas con la espada,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Beatriz, jugando;
cuando más la halaga blando,
volver suele a su furor.
Fiera es amor, en rigor,
luego, si ya lisonjera,
no hay burlas con una fiera,
no hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,

por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con brava fiera jugué;
y así, en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor;
luego, si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,
no hay burlas con el amor.

BEATRIZ: A ese argumento...

Sale INÉS de prisa, alborotada, y LEONOR

LEONOR: ¡Ay de mí!
Huyendo salió a la calle
don Juan, y cuando le daba
voces, vi entrar a mi padre.
Esconder me importa agora...
BEATRIZ: No, Leonor, porque ya es tarde;...
LEONOR: ...a don Alonso.
BEATRIZ: ...que hoy
ha de saber cuanto pase
mi padre, pues tus engaños
se han de saber.
LEONOR: Cuando trates
tú decirlo, yo sabré
culparte a ti, y disculparme;
y así, puesto que las dos
corremos el riesgo iguales,
iguales, Beatriz, busquemos
el remedio.
BEATRIZ: Por mostrarte
a proceder bien, lo haré,
que es fuerza estar de tu parte.
MOSCATEL: Alacena, como iglesia,
pido.
ALONSO: Eso no haré, que es antes...
INÉS: Él entra ya.
BEATRIZ: Este aposento
hoy de su vista te guarde.
MOSCATEL: ¡Y a mí me guarde también!
ALONSO: (¡Qué pesados son los lances **Aparte**
de amor hijo de familias!)
MOSCATEL: Inés, avisa en la calle
que ya estamos escondidos;
que haya quien nos descalabre.

Escóndense los dos, y sale don PEDRO

PEDRO: ¿Tan tarde, y no han encendido?
Haz tú que unas luces saquen.
INÉS: Ya las tengo prevenidas.
PEDRO: (¡En mi casa tal desaire! **Aparte**
¡A mis ojos tal afrenta!

Cielos piadosos, o dadme
paciencia, o dadme la muerte.
BEATRIZ: Señor, ¿qué tienes?
LEONOR: ¿Qué traes?
PEDRO: Tengo honor, y traigo agravios...
aunque miento en esta parte,
puesto que yo no los traigo;
ellos vienen a buscarme
dentro de mi misma casa.
LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**
INÉS: (Todo se sabe). **Aparte**
BEATRIZ: Pues, señor, ¿no me dirás
de qué estos extremos nacen?
PEDRO: De tus locuras, Beatriz;
que ya es fuerza declararme,
viendo que por ti se atreve
hoy un mozuelo arrogante
al honor de aquesta casa.
LEONOR: (Ya no hay cosa que no alcance). **Aparte**
BEATRIZ: ¿Yo, señor?

MOSCATEL aparte al paño

MOSCATEL: Malo va esto.
PEDRO: Sí, pues por ti don Luis hace
desprecios de ella, y de mí.
BEATRIZ: (Convaleciendo va el lance). **Aparte**
LEONOR: (Eso bien, cobré mi aliento). **Aparte**

Sale don JUAN

JUAN: (Un caso bien puede errarse **Aparte**
de una vez, pero de dos
la una no le yerra nadie.
No he de esperar a que cierren
las puertas, y después baje
por el balcón don Alonso.
Remediarlo pienso antes).
Señor don Pedro, si en vos
hoy la amistad de mis padres,
heredada obligación
de mi casa y de mi sangre...
LEONOR: (¿Qué es lo que intenta don Juan?)
BEATRIZ: (Muerta estoy hasta escucharle).
JUAN: ...os obliga en un aprieto
a valerme y ampararme,
de vuestra casa a las puertas
me ha sucedido un desaire
con tres hombres, y me importa
no volver solo a buscarles.
Muy bien sé que puedo a vos
atreverme y declararme,
porque sé que es vuestro pecho
el Etna que dentro arde,
aunque cubierto de nieve.

PEDRO: No paséis más adelante;
que ya sé que es ley precisa
de mi honor y de mi sangre
en esta edad no dejar
a hombre que de mí se vale.
Vamos.
JUAN: En fin, sois quien sois.
(En llevando yo a tu padre,
Leonor, echa a don Alonso).

Habla ALONSO aparte al paño

ALONSO: (Éstos son los que matarme
quisieron. No me está bien
ir con ellos ni quedarme).
PEDRO: Esperad, que ya es de noche,
que de aquesa sala saque
un broquel, prenda olvidada
de mi mocedad.
JUAN: Sacadle
presto.
BEATRIZ: (¡Él se ha empeñado más
Aparte
por donde pensó librarse!)
PEDRO: ¿Quién esta aquí dentro?
ALONSO: Un hombre.

Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Dice bien, porque no es nadie
el otro que está con él.
PEDRO: Don Juan, pues que yo a ayudarte
iba contra tu enemigo,
obligación es más grande
el ayudarme tú a mí,
cuando es la causa más grave.
Este hombre ofende mi honor
y a mí me importa matarle.
ALONSO: Don Juan, de tan grande empeño
la obligación tuya sabes.
Mi vida y las de estas damas
es preciso que yo ampare.

Riñen, y don JUAN en medio

LEONOR: ¡Ay de mí!
BEATRIZ: ¡Infelice soy!
JUAN: ¿Quién vio empeño semejante?
PEDRO: ¿Te suspendes?
ALONSO: ¿Ahora dudas?
PEDRO: Mas soy bastante a vengarme
sin ti.
JUAN: Tente, don Alonso.
Tente, señor.

PEDRO: Pues, ¿tú paces
pones?
ALONSO: Pues, ¿tú contra mí
tan viles extremos haces?

Hablan dentro

LUIS: Cuchilladas hay en casa
de don Pedro.
DIEGO: Más no aguardes;
entremos, don Luis.

Salen don LUIS y don DIEGO

LUIS: ¡Teneos!
PEDRO: Gente viene.
ALONSO: ¡Duro trance!
LUIS: ¿Qué es esto?
PEDRO: Esto es, don Luis
satisfacer el ultraje
que te oí, pues si no está
bien a tu honor el casarte
con Beatriz, al mío está bien
satisfacer y vengarme.
LUIS: Ahí verás que no sin causa
traté yo de disculparme,
que ya, por haber tenido
algún empeño en la calle...
ALONSO: Sin duda que tú me heriste.
LUIS: Es verdad.
ALONSO: Yo he de vengarme.
JUAN: Pues quiere el cielo que así
hoy mis celos desengañen,
viva Leonor en mi pecho.

A don PEDRO

Ya es forzoso que la guarde
contra ti.
PEDRO: Don Juan, don Juan,
en aquesta casa nadie
ha de defender mis hijas
si no es con quien ellas casen.
ALONSO: Esa palabra te tomo.
JUAN: Pues el remedio es tan fácil
yo soy de Leonor.
ALONSO: Y yo
de Beatriz.
PEDRO: Fuerza es que calle;
que, ya sucedido el daño,
nada puede remediarse.
MOSCATEL: En fin, el hombre más libre,
de las burlas de amor sale
herido, cojo y casado,

que es el mayor de sus males.

INÉS: En fin, la mujer más loca,
más vana y más arrogante,
de las burlas del amor,
contra gusto suyo, sale
enamorada y casada,
que es lo peor.

MOSCATEL: Inés, dame
esa mano; si ha de ser
no lo pensemos, y acaben
burlas de amor, que son veras.

ALONSO: No se burle con él nadie,
sino escarmentad en mí;
todos del amor se guarden,
y perdonad al poeta
que humilde a esas plantas yace.

FIN DE LA COMEDIA

No hay cosa como callar

Pedro Calderón de la Barca

PERSONAJES

DON JUAN.
ÁLVAREZ, *escudero.*
BARZOQUE, *gracioso.*
DON PEDRO.
DOÑA MARCELA.
DON DIEGO.
INÉS, *criada.*
ENRIQUE, *criado.*
DOÑA LEONOR.
DON LUIS.
JUANA, *criada.*
CELIO, *criado.*
Acompañamiento.

Jornada I

La escena, en Madrid y en un camino.

Jornada I

[Calle]

Salen DON JUAN**, con hábito de Santiago, en la capa y con venera, vestido de negro, y** BARZOQUE **de camino.**

BARZOQUE Señor, ¿qué melancolía
o qué suspensión es esta
con que te hallo? ¿Tú tienes
sentimientos, ni tristezas?
¿Tú suspiras? Ahora digo 5
que hace bien el que se ausenta,
que halla muchas novedades
en pocos días de ausencia.
¿Qué es esto, señor?
DON JUAN No sé,
y la causa de mi pena 10
es no saber quién la causa.
BARZOQUE ¿Pues cómo?
DON JUAN Desta manera.
Después que fuiste, Barzoque,
a hacer unas diligencias,
a que te envió mi padre, 15
de cobranzas de su hacienda,
tan troncado me hallaras,
que de toda la soberbia
con que de Venus y Amor
traté los rayos y flechas, 20
aun las ruinas no han quedado;
porque postrada y deshecha,
de una y otra tiranía
sólo en mí quedó por seña
el padrón, que dice: «Así 25
Amor y Venus se vengan.»
Oyendo en San Jorge misa
el pasado día de fiesta,
vi una mujer... Dije mal,
vi una deidad lisonjera, 30
tan hermosa, que no hizo
cosa la Naturaleza
en tantos estudios docta,
sabia en tantas experiencias,
con más perfección; parece 35
que quiso esmerarse en ella
su inmenso poder, sacando
del ejemplar de su idea
logrado todo el concepto,

como en desengaño o muestra 40
de que ella mesma tal vez
sabe excederse a sí mesma.
Todas cuantas hermosuras,
o nuestra vista celebra,
o nuestro gusto apetece, 45
fueron borradores désta
porque así como un ingenio
cuidadoso se desvela,
cuando a públicas censuras
dar algún estudio piensa, 50
que hecho fiscal de sí mismo,
un pliego rasga, otro quema,
y mal contento de todo,
esto borra, aquello enmienda,
hasta que ya satisfecho 55
del cuidado que le cuesta,
da el borrador al traslado,
y da el traslado a la imprenta;
la Naturaleza así,
viendo las varias bellezas 60
que hasta entonces hizo, todas
las enmendó sabia y diestra,
borrando désta el defecto,
y la imperfeción de aquélla,
hasta que en limpio sacó 65
una hermosura tan bella,
que más que todas divina
y más que todas perfecta,
fue una impresión sin errata
y un traslado sin enmienda. 70

BARZOQUE Bastante hipérbole ha sido;
pero aunque más la encarezcas,
hasta ahora no me has dado
ninguna gana de verla.

DON JUAN ¿Por qué?

BARZOQUE Porque tú conmigo 75
tienes en esta materia
perdido el crédito.

DON JUAN ¿Cómo?

BARZOQUE Como en siendo cara nueva,

siempre es superior; que en ti
la mejor es la postrera. 80

DON JUAN Yo te confieso que he sido
tan señor de mis potencias,
de mi albedrío tan dueño,
que no hay mujer que me deba
cuidado de cuatro días; 85
porque burlándome dellas,
la que a mí me dura más,
es la que menos me cuesta.
Pero no hay regla, Barzoque,
tan general, que no tenga 90
excepción; y esta mujer
que digo, temo que sea
desta regla la excepción.

BARZOQUE Dime ya quién es.

DON JUAN Aquesa
es mi pena, que no pude 95
saberlo.

BARZOQUE ¿No la siguieras?
No estaba yo aquí, que a fe
que al instante te trajera
sabido, no sólo el nombre,
la calidad y la hacienda, 100
pero la fe del bautismo.

DON JUAN No quedó por diligencia.

BARZOQUE Pues ¿por qué?

DON JUAN Por un acaso.

BARZOQUE ¿Y qué fue?

DON JUAN Yendo tras ella,
con deseo de saber 105
su casa, al tomar la vuelta
que hace la calle del Prado,
vi trabada una pendencia.
Eran tres hombres a uno,
que con brío y con destreza 110
de los tres se defendía,
Si para tres hay defensa.
No dudo que le mataran,
aunque tan valiente era
si yo, cumpliendo animoso 115

de mi obligación la deuda,
no me pusiera a su lado.
Viose socorrido apenas,
cuando con mayor esfuerzo
los embistió de manera, 120
que dio con uno en el suelo.
Llegó gente, fuele fuerza
retirarse, y yo con él,
hasta dejarle en la iglesia;
de suerte que, por dar vida 125
a otro, quedé yo sin ella,
pues no seguí a la mujer.

BARZOQUE Y el caballero, ¿quién era?

DON JUAN Tampoco le conocí;
que aunque dello me dio muestras 130
de agradecido, al instante
hice de la calle ausencia,
por no hacerme yo en la herida
cómplice.

BARZOQUE ¡Prevención cuerda! 135
Y volviendo a la mujer,
me he holgado saber que sea
principio de amor tan tibio
la causa de tu tristeza.

DON JUAN ¿Por qué?

BARZOQUE Porque tú sabrás
divertirla, pues apenas 140
habrás visto otra mañana,
cuando no te acuerdes désa.

DON JUAN Podrá ser; pero yo dudo
que haya cosa que divierta
afecto tan poderoso, 145
tan rigurosa violencia,
como ahora siento en el alma.

BARZOQUE ¿Sólo una vez que se deja
ver una hermosura, puede
enamorar con tal fuerza? 150

DON JUAN La muerte da un basilisco
de sola una vez que vea;
la víbora da la muerte
de una sola vez que muerda;

la espada quita la vida 155
de sola una vez que hiera,
y de una vez sola el rayo
mata aun antes que se sienta.
Luego, siendo basilisco
amor, víbora sangrienta, 160
blanca espada y vivo rayo,
bien puede dar muerte fiera
de una sola vez que mire,
de una vez que haga la presa,
de una vez que se desnude 165
y de una vez que se encienda.

BARZOQUE Y Marcela, a todo esto,
¿qué dice, señor?

DON JUAN Marcela
es dama de cada día:
ni entra ni sale en la cuenta. 170
Todo ocioso cortesano,
dice un adagio, que tenga
una dama de respeto,
que sin estorbar, divierta;
y ésta se llama la fija, 175
por que a todas horas sea
quien de las otras errantes
pague las impertinencias.

BARZOQUE ¡Bueno es esto, para estar
ella tan vana, que piensa 180
que no hay hombre hoy en el mundo
más enamorado!

DON JUAN Esa
la maña es, que ella lo piense,
y que a mí no me acontezca.
Y por que mejor lo digas, 185
sabe que, como me es fuerza,
por haber sido soldado
(pues con el Duque de Lerma
a Italia pasé y a Flandes),
ir a esta jornada, ella, 190
muy dama, por hacer todas
las caravanas de ausencia,
esta venera me ha dado

para que memoria tenga
y dentro un retrato suyo. 195

BARZOQUE Dame para reír licencia.

DON JUAN Pues ¿de qué te has de reír?

BARZOQUE De que las Marcelas tengan
vanidad de retratadas.
¿Qué deja, señor, qué deja 200
a una Infanta de Catay,
tratada casar en Persia?
Mas ¿dónde vamos ahora?

DON JUAN A hacer una diligencia
perdida, por ver si puedo 205
saber quién la dama sea.

BARZOQUE ¿Cuál es?

DON JUAN Ir al puesto mismo
donde la vi la primera
vez, por si por dicha hoy,
que también es día de fiesta, 210
vuelve a él; que yo no dudo
que vive por aquí cerca.

BARZOQUE ¿De qué lo infieres?

DON JUAN De que
una mujer como aquélla,
a pie no fuera muy lejos. 215

BARZOQUE Si en este barrio viviera,
donde vivimos nosotros,
¿no era fuerza conocerla?

DON JUAN No, que puede haber muy poca
que a él se haya mudado; fuera 220
de que aquí nada se sabe.

BARZOQUE Dices bien, si consideras
que en Madrid partos y medos
viven una casa mesma,
sin saber unos de otros. 225

(Salen al paño por la puerta de mano izquierda MARCELA **e** INÉS**.**)

MARCELA Tápate, por que no pueda
conocernos.

INÉS No podrá,
aunque nos hable y nos vea.

MARCELA Es tal su divertimiento
estos días, que me fuerza 230
a seguirle, por saber
dónde sale y dónde entra.
INÉS A la puerta de San Jorge
se ha parado.
MARCELA Pues en esta
deste portal nos entremos 235
nosotras.

[Éntranse.]

DON JUAN Barzoque, espera,
no entres en la iglesia.
BARZOQUE ¿Estoy
yo excomulgado?
INÉS Él se acerca.
¿Si nos conoció?
MARCELA No sé.
Ponte detrás desta puerta, 240
por si no nos vio.
DON JUAN A este umbral
nos paremos.
BARZOQUE Pues ¿qué intentas?
DON JUAN He visto, si no me engañan
los delirios de mi idea,
todo el sol cifrado a un rayo, 245
y todo el cielo a una esfera.
Aquella que sale (¡ay cielos!)
del templo ahora, es la mesma
que vi; repetido el daño,
no es posible que me mienta. 250
Y para que no repare
alguien que vamos tras ella,
dejándola antes pasar,
es mejor que no nos vea.

[Éntranse en otro portal DON JUAN **y** BARZOQUE**.]**

MARCELA Inés, ¿oístelo?
INÉS Sí. 255

MARCELA No fue vana mi sospecha.

(Salen LEONOR**, dama;** JUANA**, criada, y** ÁLVAREZ**, escudero.**)

LEONOR Álvarez.
ÁLVAREZ Señora.
LEONOR Haced
traer la silla.
ÁLVAREZ, Voy por ella.
JUANA Para ir a casa, ¿has mandado,
señora, estando tan cerca, 260
traer silla?
LEONOR No voy a casa,
Juana, ahora; que aunque sea
contra el gusto de mi hermano
tomarme aquesta licencia,
a verle a su retraimiento
voy; tú da a casa la vuelta. 265
ÁLVAREZ Ya está aquí la silla.
LEONOR Abridla.
BARZOQUE **[A su amo.]** En una silla se entra.
LEONOR **[Para sí.]** Amor y honor ¿qué queréis?
Dejadme, que ya estoy muerta, 270
pues de mi amante y mi hermano
lloro a un tiempo dos ausencias.

[Vanse LEONOR**,** JUANA **y** ÁLVAREZ**.]**

(Sale DON JUAN **al tablado, y las dos [**MARCELA **e** INÉS**] tras él.**)

DON JUAN ¿No es, Barzoque, más hermosa
que yo supe encarecerla?
BARZOQUE Las cosas que no me tañen,
nunca me detengo en verlas. 275
Déjeme ver la criada.
Vaya. ni es mala, ni buena:
mediocre es.
DON JUAN Dicha he tenido.
BARZOQUE ¿Qué aguardas? Vamos tras ella,
no haya otra pendencia antes 280
de saber su casa.

DON JUAN Es fuerza
que imán de rayos, tras sí
arrebatado me lleva,
girasol de su hermosura. 285

(Al irse a entrar, le detiene MARCELA**.)**

MARCELA Pues vuesarced se detenga;
que el girasol, con la vista
sola sigue la belleza
del sol; pero no se mueve.
DON JUAN **[Aparte.]** ¡Vive el Cielo, que es Marcela! 290
BARZOQUE **[Aparte.]** ¿No lo dije yo? Peor
es esto que la pendencia.
DON JUAN Marcela, pues ¿qué venida
por estos barrios es ésta?
MARCELA Es venir a averiguar 295
la causa de las tristezas
destos días, y hela hallado
a precio de una experiencia.
DON JUAN Huélgome, porque hasta ahora
yo no he sabido cuál sea, 300
y diciéndomela tú,
será más fácil vencerla.
MARCELA Pues si no lo sabes, es,
Don Juan, para que lo sepas,
haber visto el sol cifrado 305
a un rayo, el cielo a una esfera.
BARZOQUE **[Aparte.]** ¡Muertos somos si oyó aquello
del retrato y la venera!
DON JUAN Barzoque, mira si dije
yo bien. ¡Que seas tan necia, 310
que no eches de ver que había
conocídote, y que a esta
puerta me puse a hablar eso,
en venganza de que vengas
siguiendo en aquese traje 315
mis pasos!
BARZOQUE Y por más señas
del haberos conocido,
desde que entrasteis en esta

calle, vinisteis andando
hasta aquí.
MARCELA ¿Hay tal desvergüenza? 320
Pues tú, pícaro, ¿también
te burlas de mí?
DON JUAN No seas
terrible, que por tu vida...
MARCELA Di la tuya.
DON JUAN ¿No es la mesma?
Que te había conocido. 325
MARCELA ¡No está mala la deshecha!
DON JUAN En tanto, Barzoque, que
yo desenojo a Marcela,
ve a ver si hallas a aquel hombre
que ha de aceptar esa letra. 330
BARZOQUE Yo voy.
MARCELA No quiero que vayas.
DON JUAN Importa la diligencia.
MARCELA No le dejes ir, Inés.
INÉS Yo le tendré. Infame, espera.
¿Y aquello de lo mediocre, 335
y no ser mala ni buena
la criada?
BARZOQUE Todo eso
¿en la disculpa no entra?
Por tu vida, que es la mía
(así en mal fuego la vea 340
arder), que te conocí.
MARCELA Don Juan, aunque más pretendas
persuadirme, es imposible:
yo sé bien que las tibiezas
destos días han nacido 345
de nueva pasión, que fuerza
tu voluntad a que faltes
a tantas nobles finezas
como me debes.
DON JUAN No sé
que haya razones que puedan 350
satisfacerte; y es cosa
muy temeraria que quieras
hacer verdad tu mentira

a costa de mi paciencia.

MARCELA ¿Que es mi mentira verdad? 355
Si es la que miente tu lengua.

DON JUAN Mira que estás en la calle,
no des voces. Esas quejas
suenan en casa mejor;
vete por tu vida a ella, 360
que yo voy tras ti.

MARCELA Si es
despedirme con tal priesa
por ir siguiendo el imán
que arrebatado te lleva,
vete, vete; que no quiero 365
que imagines ni que entiendas
que he de sentir el desaire.

BARZOQUE **[Aparte, a** DON JUAN**]** Cuidado con la venera
que éste es paso de pedirla.

DON JUAN Pues como tú no lo sientas, 370
yo me iré; no porque tengo
que seguir, mas porque veas
que no he de sentir el tuyo
tampoco yo.

MARCELA Pues espera,
que por sí o por no, no quiero 375
que por ahí te vayas.

DON JUAN Suelta,
Marcela.

MARCELA Ingrato...

(**Sale** DON PEDRO**.**)

DON PEDRO Don Juan.

DON JUAN Señor.

DON PEDRO Pídele licencia
a esa dama, porque importa
el que conmigo te vengas. 380

MARCELA Ya, sin pedirla, la tiene
[Aparte, a DON JUAN**.]**
En tu vida no me veas,
ni me hables. Vamos, Inés.
[Aparte.] De rabia y celos voy muerta.

(Vanse.)

DON JUAN ¡Qué buena ocasión perdí! 385
BARZOQUE Pues ¿qué importa que se pierda,
como no se haya perdido
el oro de la venera?
DON JUAN ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
DON PEDRO Aunque reñirte pudiera 390
haberte hallado, Don Juan,
sin recato ni prudencia
hablando en la calle a voces,
lo que te quiero es que sepas
que ya el señor Almirante 395
partió a Vizcaya, y es fuerza
que salgas hoy de Madrid,
y aun por la posta, quisiera,
porque en el sitio te halle,
cuando llegue, Su Excelencia. 400
Lo que había detenido
tu partida sólo era
esperar a que Barzoque
viniese; ya está la letra
socorrida, nada falta; 405
y así a toda diligencia
es menester salir hoy;
que no es justo, estando puesta
pena de traidor a quien,
habiendo servido, deja 410
de salir, que comprendido
tú en el bando, te detengas
ni un instante.
DON JUAN Ya tú sabes
cuánto estoy a tu obediencia
sujeto siempre; y aunque 415
te parece que me encuentras
mal divertido, una cosa
son cortesanas licencias
y otra obligaciones justas.
DON PEDRO ¡Cuánto estimo esa respuesta! 420
Vente, pues, conmigo, donde

una cantidad me truecan
de dinero, porque tú
lo recibas. Las maletas
puedes poner tú entretanto, 425
Barzoque.

BARZOQUE Voy a ponerlas.

DON JUAN Pues si vas a casa, toma:
estos papeles te lleva,
que son los de mis servicios
(que por descuido o pereza, 430
desde que fui a registrarme,
andan en la faldriquera),
y ponlos entre la ropa.

BARZOQUE Harélo corno lo ordenas.
[Vase.]

DON PEDRO Ven, Don Juan, porque a vestirte 435
luego de camino vuelvas.

DON JUAN **[Aparte]** Ignorado amor, perdona
si antes de saber quién seas,
me ausento de ti; que no
será tu olvido mi ausencia. 440
[Vanse.]

[Sala en casa de un embajador.]

(Salen DON DIEGO **y** ENRIQUE**, criado.**)

ENRIQUE Si desa manera das
lugar a tu pensamiento,
aunque quieras no podrás
pararle; que el sentimiento
discurriendo crece más. 445

DON DIEGO El más recibido error
que hay en el mundo, en rigor,
ser ese consuelo suele,
que es decir a quien le duele
que no piense en su dolor. 450
No es lo más que yo he sentido,
pues suya la culpa fue,
el haber a un hombre herido,
ni que él de peligro esté,

estando yo retraído; 455
pues con ausentarme, hallado
estaba el medio al cuidado.
Mi pena es más inhumana:
tener, Enrique, una hermana
moza, hermosa y sin estado. 460
Ésta es toda mi pasión,
que no, Enrique, la ocasión
que en este trance me ha puesto.

ENRIQUE Yo espero en Dios que muy presto
mejore tu confusión, 465
que ese hombre sanará,
con que muy fácil será
las amistades hacer.

DON DIEGO Don Luis se ofreció a saber
qué declaró y cómo está; 470
mas como anda de partida,
lugar quizá no ha tenido:
con que mi pena atrevida
hoy me tiene suspendido
entre su muerte y su vida, 475

ENRIQUE Don Luis es tu amigo; espera
en su amistad verdadera
que aunque de partida está,
con la respuesta vendrá.

DON DIEGO En esa sala de afuera 480
ruido siento; sal a ver,
Enrique, quién puede ser.

ENRIQUE Ya serán intentos vanos;
que de una silla de manos
ha salido una mujer 485
tapada, y entra hasta aquí.

DON DIEGO ¡Qué es lo que mis ojos ven!
¿Mujer a buscarme a mí?

(**Sale** LEONOR.)

LEONOR Y mujer que os quiere bien.

DON DIEGO ¡Leonor, hermana! ¿Tú así 490
vienes? Pues no te he rogado,
en papeles que he enviado,

que esta fineza no hicieses,
ni a verme, Leonor, vinieses?

LEONOR ¿Cuándo obedeció el cuidado, 495
y más cuidado de amor?
Y viniendo desta suerte,
¿qué importa?

DON DIEGO Nada, en rigor,
más de poder alguien verte
en casa de un embajador; 500
y no sabiendo que he sido
yo el que a ver hayas venido

LEONOR De todo estoy avisada,
y en una silla y tapada
nadie me habrá conocido. 505
¿Cómo estás?

DON DIEGO ¿Cómo he de estar?
Con mil cuidados, Leonor,
que tras sí trae un pesar.

LEONOR Ya sucedió, ya es error
que en él me quieras hablar, 510
aunque vengo a hablar yo en él,
no fiando mi pasión
a un papel; porque el más fiel
es, en efecto, un papel,
que habla sin alma ni acción; 515
y así, a la voz se remita
lo que mi amor solicita.
Una merced a pedirte
vengo, que no ha de salirte
muy de balde la visita. 520

DON DIEGO Pues ¿qué me quieres?

LEONOR He oído
que ese hombre que has herido
hoy muy de peligro está:
fuerza ausentarte será;
y así, lo que yo te pido 525
es que de toda mi hacienda
te socorras, o se venda,
o se abrase, porque no
te vea en una cárcel yo.
Y porque mejor se entienda 530

el fin de mi pensamiento,
es pedirte que te alejes,
con ser lo que yo más siento,
y solamente me dejes
con que viva en un convento. 535

DONDIEGO. Sabe Dios que no he tenido,
Leonor, cuidado mayor
que tú en lo que ha sucedido;
pero oyéndote, Leonor,
mi mayor consuelo has sido. 540
Mira tú dónde estarás
más a tu gusto y mejor;
porque yo no quiero más
hacienda, vida ni honor
que saber que quedarás 545
en un convento sin mí,
ya que tan infeliz fui
en lo que me sucedió.
Pero, vive Dios, que no
lo pude excusar, pues vi 550
que por muy leve porfía
que jugando había tenido
con un hombre el mismo día,
siguiéndome había venido
con otros en compañía. 555
Pareme, y cuando llegaron,
tres las espadas sacaron:
saqué la mía. No sé
cómo tal mi dicha fue,
Leonor, que no me mataron; 560
y no dudo que logrado
su intento hubieran, primero
que yo me hubiera librado,
si a este tiempo un caballero
no se pusiera a mi lado. 565
Jamás, hermana, sospecho
que vi igual valor. ¡Qué airoso,
qué en sí, de sí satisfecho,
desempeñó generoso
la roja insignia del pecho! 570
Yo, cuando me vi valido,

con aquel que había reñido
cerré sin ningún recelo,
y di con él en el suelo.
Llegando más gente al ruido, 575
me entré en San Jorge, amparado
siempre de aquel caballero,
que nunca dejó mi lado,
hasta que dijo: «No quiero,
pues vos estáis ya en sagrado, 580
hacerme cómplice yo;
adiós quedad.» Y salió
de la iglesia. Agradecido
al socorro recibido,
saber quise el nombre, y no 585
pude, porque llegó en esto
Justicia. Queriendo entrar,
cerraron las puertas presto;
y yo, por no me quedar
a alguna violencia expuesto, 590
no quise parar allí;
y así a la noche salí,
y vine donde ahora estoy
con tantas desdichas hoy,
que...

ENRIQUE — Don Luis entra hasta aquí. 595

DON DIEGO — Tápate, Leonor, la cara,
no te vea.

(Vase ENRIQUE**. Sale** DON LUIS**, de camino.**)

DON LUIS — Si pensara
hallaros entretenido,
tan necio y inadvertido,
antes de llamar, no entrara. 600
A daros cuenta venía
de lo que vos me mandáis;
pero necedad sería
divertiros, cuando estáis
con tan buena compañía. 605
Pésame de que no sé
si dar la vuelta podré;

que puesta a caballo ya
está la gente que va
conmigo; sólo os diré 610
que con el herido he estado,
y que está mucho mejor;
que el escribano, obligado
de mí también, me ha enseñado
la causa...

(**Sale** ENRIQUE**.**)

ENRIQUE El embajador 615
mismo a la puerta llegó
deste cuarto preguntando
por ti.
DON DIEGO Pues justo es que no
vea mujer aquí cuando
tal merced me hace; así, yo 620
a ver qué manda saldré
a esotra pieza. No os vais,
Don Luis, amigo, sin que
todo aqueso me digáis.
DON LUIS Vamos los dos.
DON DIEGO ¿Para qué? 625
Si él quiere hablarme, es error.
Aquí os estad.
ENRIQUE Ya él te espera.
DON DIEGO **[Aparte a ella.]** Agradecedme el favor.
Y de ninguna manera
tú te descubras, Leonor. 630

(Vanse DON DIEGO **y** ENRIQUE**.)**

LEONOR **[Aparte]** A obedecer no me obligo
el precepto que me das
[Alto.] ¿No habláis más que eso conmigo?
DON LUIS Nunca yo suelo hablar más
con la dama de mi amigo. 635
LEONOR Es muy justo proceder,
muy conforme a vuestra fama;
pero hablad, llegando a ver

que no sólo soy su dama,
pero no lo puedo ser. 640

(Descúbrese. Todo esto lo dice con prisa, mirando adentro.)

DON LUIS Señora, mi bien, Leonor,
contigo sí; que mi amor
tan digno es como tú sabes,
y es fuerza que más le alabes
de fino que de traidor. 645
Parecerá error, primero
guardar a tu amor decoro
que a su honor; no así lo infiero
del fin con que yo te quiero,
y la fe con que te adoro. 650
pues no haber hasta ahora dado
parte de nuestro deseo
a Don Diego, lo ha causado
no ser dueño de un honrado
mayorazgo que pleiteo. 655
Con que la disculpa es llana;
pues si se atiene al efecto,
no ha sido intención villana
el hablar con más respeto
a su dama que a su hermana. 660
LEONOR ¿Ya en fin de camino estás?
DON LUIS Sí, pues tú ocasión me das.
LEONOR ¿Acaso te he dicho yo,
Don Luis, que te asustes?
DON LUIS No;
pero eso me obliga más.
LEONOR ¿Cómo así?
DON LUIS Como mi amor, 665
atento sólo a quererte,
se ha valido del honor;
porque para merecerte
no hallo tercero mejor. 670
Él es el que me ha mandado
que acuda a la obligación
de caballero y soldado;
que al fin, servicios de honrado,

méritos de amante son. 675
Mal sin opinión pudiera
servirte yo.

LEONOR Dices bien;
pero yo, Don Luis, quisiera
que esa fineza también
menos a mi costa fuera. 680
Y por no gastar en vano
este pequeño lugar
(pues, aunque te estimo, es llano
que en mi casa no has de entrar
no estando en ella mi hermano), 685
sólo decirte es mi intento
que tal fe mi pecho encierra,
que cuando, al honor atento,
tú, Don Luis, vas a la guerra,
yo me quedo en un convento. 690
Sólo tú la causa ha sido
con que a pedirlo he venido;
y puesto que a mi tristeza
tú debes esta fineza
más que al lance sucedido 695
a mi hermano en la pendencia
de que el mismo amor es juez,
haya igual correspondencia:
vuelva siquiera una vez
por su opinión el ausencia. 700

DON LUIS Yo haré que el mundo repare
que hay ausencia que se ampare
de olvido en mi retraída,
pues Dios me quite la vida
el día que te olvidare. 705

LEONOR La misma palabra dió
mi fe; y si tan grande dicha
no la mereciera yo...

DON LUIS ¿Qué?

LEONOR Será por mi desdicha,
pero por mi culpa no. 710

(**Sale** DON DIEGO**.**)

DON DIEGO Venía el embajador
a decirme que ha tenido
un papel de un gran señor,
que siempre ha favorecido
mis fortunas su valor, 715
en quien le dice quién soy
y cómo en su casa estoy,
que me favorezca; y él,
a su obligación fiel,
vino a ofrecérseme hoy. 720
Esto es lo que me ha querido.
Decid, vos, ¿qué habéis sabido
de mis desdichas?

DON LUIS Hablé
a un amigo, que lo fue
también de ese hidalgo herido; 725
y acompañándole yo,
a su casa me llevó.
Vile en extremo alentado.
Después, habiendo buscado
al escribano, me dió 730
la causa; y en conclusión,
calla en su declaración
quien le hirió, diciendo que
sobre el encontrarse fue
muy acaso la cuestión. 735
Con esto, Don Diego, adiós,
y creed que, aunque me alejo,
el amistad de los dos
es tal, que al dejaros dejo
mi vida y alma con vos. 740
[Vase.]

DON DIEGO ¡Qué amigo tan verdadero!

LEONOR Bien lo muestra su fineza.

DON DIEGO Leonor, pues que considero
mejorada mi tristeza,
que no hagas novedad quiero. 745

LEONOR Yo no tengo voluntad.
[Aparte.] ¡Oh, si esto fuera verdad!

DON DIEGO Yo te lo estimo y ahora
vete, hermana, que ya es hora;

prevenirte es necedad 750
de que con recato estés;
que las ventanas y puertas
a todas horas...

LEONOR No es
menester que tú me adviertas;
que soy quien soy. Dame, pues, 755
los brazos, y cree de mí
que en mi vida he recibido
pesar como el que ahora aquí
despidiéndome he tenido.

DON DIEGO Todo lo creo de ti. 760
[Vanse.]

[Sala en casa de DON PEDRO**]**

(**Salen** DON JUAN**,** BARZOQUE**,** DON PEDRO **y** CELIO**, con luces.**)

DON JUAN ¿Está todo puesto ya?

BARZOQUE Ya, señor, todo está puesto;
sólo falta de ponerte
tú a caballo.

DON PEDRO Mira, necio,
si se olvida algo.

BARZOQUE Ahora iré 765
la memoria recorriendo.
Mi amo aquí está, yo aquí estoy,
las mulas allí están; bueno,
cabales hasta aquí estamos,
tantas mulas como dueños. 770
Las maletas allí están,
la sombrerera y el fieltro.

DON JUAN ¿Fieltro llevas en verano?

BARZOQUE Quizá volveré en invierno.
El quitasol.

DON PEDRO ¿Quitasol, 775
yendo de noche?

BARZOQUE Por eso
que quien de noche camina,
le ha menester, pues es cierto
que hace calor, y no están

las posadas tan a tiempo, 780
que no dé un poco de sol;
y cuando no sirve desto,
¿hay más que hacer del que fue
quitasol, quita-sereno?
Las botas grandes...

DON JUAN ¡En julio 785
botas!

BARZOQUE Éstas que yo llevo.
yo he de calzarlas.

DON PEDRO ¿Ahora?

BARZOQUE Pues ¿para cuándo se hicieron
ellas, sino para cuando
hay mayores sedes?

DON JUAN ¿Luego 790
son de vino?

BARZOQUE Pues.

DON PEDRO ¿Y cuántas?

BARZOQUE Dos, por igualar el peso.

DON PEDRO Si escuchamos a este loco,
no saldrás, a lo que entiendo,
de aquí hasta el amanecer 795

BARZOQUE Nada se olvida, en efecto.
Vamos..., si bien no sé qué
escrúpulo acá me tengo
de que se me olvida algo,
que dudando y discurriendo, 800
me acuerdo de cierta cosa,
y qué cosa no me acuerdo.

DON JUAN Dame tu mano, señor.

DON PEDRO De nada, Don Juan, te advierto;
tus obligaciones sabes. 805
Adiós, pues, y ¡plegue al cielo
te traiga con bien!

DON JUAN No sé
si te lo otorgue, que temo
no volver vivo. **[Aparte.]** ¿Qué mucho,
si antes de partir voy muerto? 810
Ausencia, pues te llamaron
remedio de amor y celos,
pues me ves morir de amor,

dame, ausencia, tu remedio.
[Vase.]

DON PEDRO Alumbrad.

BARZOQUE Dame los pies. 815

DON PEDRO Barzoque, sólo te ruego
cuides mucho de tu amo.

BARZOQUE Una y mil veces lo ofrezco.
[Aparte.] ¿Qué quieres de mí, memoria?
Déjame, todo lo llevo. 820
Nada dejo de importancia.
pues las dos botas no dejo.
[Vase.]

DON PEDRO Obligaciones de honor,
mucho me debéis, pues tengo
valor para ver partir 825
a tan conocido riesgo
un hijo; y siendo yo mesmo
quien más su peligro temo,
fui quien más para el peligro
le animo que le detengo. 830
Pero vaya, mozo es,
sirva al rey; pues es tan cierto
que es la sangre de los nobles,
por justicia y por derecho,
patrimonio de los reyes. 835

CELIO Hola.
Señor.

DON PEDRO Vamos, Celio,
con luz corriendo ahora
de Don Juan al aposento
por esa puerta que cae
a mi cuarto, y a ver luego 840
si la que cae a la calle
cerrada está.

CELIO De eso vengo,
y está cerrada; si bien
que hayas de reñirme temo
un descuido.

DON PEDRO Pues ¿qué ha habido? 845
¿Qué se ha olvidado? Di presto.

CELIO Pedir, señor, a Barzoque

la llave della.

DON PEDRO — Pues ¿eso
qué importa, que él se la lleve,
si yo llave maestra tengo? 850
Y pues hay aquí recado
de escribir, escribir quiero.
Llégame bufete, silla
y luces.

CELIO — ¿Ahora, siendo
más de medianoche ya, 855
quieres escribir?

DON PEDRO — No puedo
excusarlo, porque son
unas cuentas... Mas ¡qué veo!
Los papeles de Don Juan
(¡qué gran descuido!) son éstos; 860
mira si alcanzarle puedes.

CELIO — ¿Cómo he de alcanzarle, habiendo
tanto tiempo que partió?

DON PEDRO — Pues luego al punto, al momento
busca en qué ir hasta alcanzarle, 865
y dáselos, porque es cierto
que sin ellos no podrá
cobrar su ventaja y sueldo.

CELIO — Hasta la mañana, ¿quién
me dará en qué ir?

VOCES DENTRO. — ¡Fuego, fuego! 870

DON PEDRO — Mira que voces son ésas
tan cerca...

LEONOR — **[Dentro.]** ¡Válgame el cielo!

DON PEDRO — ... de casa.

CELIO — Yo voy a ver
dónde son.

JUANA — **[Dentro.]** Huyamos presto,
señora; piérdase todo, 875
pero no las vidas.

VOCES DENTRO. — ¡Fuego!

DON PEDRO — ¿Dónde será?

LEONOR — **[Dentro.]** Pues abierta
esta casa está...

DON PEDRO — ¿Qué es esto?

(**Sale LEONOR, medio vestida.**)

LEONOR — Una mujer infelice,
a quien esta luz (mi pecho — 880
me ahoga) trajo hasta aquí,
de sus desdichas huyendo.
Si sois, señor (¡muerta estoy!),
como mostráis, caballero,
amparadla (¡qué desdicha!), — 885
pues basta saber (no puedo
hablar) que de vos se vale
en ocasión que (el aliento
me falta) su misma casa
le echa de sí.

DON PEDRO — Deteneos, — 890
sosegad, que habéis llegado
donde halléis, yo os lo prometo,
amparo y favor. ¿Qué ha habido?

LEONOR — Que estando ahora...

VOCES DENTRO. — ¡Fuego, fuego!

LEONOR — Esas voces os respondan. — 895
En mi casa, en mi aposento
son.

DON PEDRO — ¿Qué casa es?

LEONOR — La frontera.

DON PEDRO — A ella acudiré, y ofrezco
poner cuanto yo pudiere
en salvo. Vamos corriendo. **(A** CELIO.**)** — 900
Llama todos los criados.
Vos aquí estad, mientras vuelvo.

(**Vanse** DON PEDRO **y** CELIO**, y sale** JUANA**.**)

JUANA — ¡Ay, señora, qué desdicha!
Todo se nos queda ardiendo.
Como me cogió salí. — 905

LEONOR — Mayor pudo sucedernos,
si dormidas nos hallara.
Ya que agradecerle tengo
a mi fortuna que tantas

penas me haya dado a un tiempo; 910
pues la ausencia de Don Luis,
de mi hermano el retraimiento,
desvelada me tenían
para que pudiese (¡ay cielos!)
la vida escapar, quizá 915
para mayores tormentos.

JUANA No sé cómo el fuego pudo
encenderse.

LEONOR No apuremos
cómo pudo suceder,
pues ya sucedió; y no quiero 920
ser ingrata a mi ventura,
acordándome en suceso
tan infelice de nada,
ni cómo pudo ser, puesto
que no perdiendo la vida, 925
todo es poco cuanto pierdo.

JUANA No dudo que nada pierdas,
que a lo que desde aquí veo,
todo a esta casa lo traen;
y si no me engaño, pienso 930
que es menos el fuego, pues
ya el ruido, señora, es menos.

[Sale DON PEDRO**.]**

(DON PEDRO. **[Hablando con sus criados, que están dentro.]**)

Entrad a este cuarto toda
la ropa. ¡Gracias al cielo,
señora, que ha sucedido 935
felizmente! Todo el fuego
queda apagado; que fue
dicha socorrerle presto:
toda la hacienda también
está en salvo.

LEONOR Agradeceros 940
tan grande merced quisiera;
pero a empezar no me atrevo,
por no dejar desairado

tan noble agradecimiento.
Guárdeos el cielo mil años; 945
y supuesto que ya os debo
tal merced, dadme licencia
para recibirla, yendo
acompañada de vos
a mi casa. 950

DON PEDRO Deteneos,
y considerad, señora,
que aunque ya cesó el incendio,
no el humo, y a ahogaros basta
el que hay en vuestro aposento.
Demás, de que fue forzoso 955
para cortarle, en el suelo
el tabique derribar
de la alcoba; y fuera desto,
toda vuestra ropa está
en mi casa; y así, es cierto 960
que en la vuestra no podéis
entrar, señora, tan presto.

LEONOR Pues ¿qué he de hacer, ¡infelice
de mí!, que una amiga, un deudo.
donde pudiera albergarme, 965
ambos viven de aquí lejos?
Y a estas horas y desnuda
ir yo...

DON PEDRO Si el ser caballero
os asegura, señora,
de mi proceder, saliendo, 970
sobre la sangre, las canas
fiadoras de mi respeto;
y para decirlo todo
de una vez, si el ser Don Pedro
de Mendoza os asegura; 975
lo que yo ofreceros puedo,
este cuarto es, donde entrasteis,
tan apartado y tan lejos
del mío, que nadie tiene
que hacer en él. No está puesto 980
como merecéis; mas hay
una carne, por lo menos,

para pasar lo que falta
de la noche, hasta que siendo
de día, a la casa vais 985
desa amiga y dese deudo.
Y por más seguridad,
si no basta todo esto,
tomad la llave vos misma,
y cerraos por de dentro. 990

LEONOR La seguridad mayor,
señor, que yo tener debo,
es ser quien sois; pero no
quisiera yo, porque tengo
mucho que perder, que alguno, 995
por objeción de suceso
tan extraño, me pusiera,
o bien malicioso o necio,
el que me quedé una noche
fuera de mi casa.

DON PEDRO Un riesgo 1000
tan preciso y tan forzoso
disculpa un atrevimiento,
y más tan lícito y justo.
Quedaos aquí y yo os ofrezco
del menor inconveniente 1005
que de esto os resulte, haceros
satisfecha.

LEONOR ¿Esa palabra
me dais?

DON PEDRO Sí.

LEONOR Pues yo la acepto.
Juana, vete a casa tú,
para que cuides de aquello 1010
que allí quedó.

JUANA ¿A casa yo?

LEONOR Sí, pues yo asegurada quedo.

DON PEDRO Ésta es la llave. **[Le da la maestra.]**

LEONOR Señor,
no la tomo por recelo,
sino por poder decir 1015
que me cerré por adentro.

[Vanse DON PEDRO **y** JUANA**;** LEONOR **echa la llave.]**

¿Qué quieres de mí, fortuna,
que en tantos lances me has puesto?
Dame más valor, o no
me des tantos sentimientos. 1020
¿Quién creerá que en cuatro días
caben tan raros sucesos
como me han acontecido?
Y aun con todo, no me quejo
de ti, fortuna, porque 1025
para adelante te quiero
por amiga; que aun te queda
cabal el poder, y temo
lo que puedo padecer,
aun más de lo que padezco. 1030
(**Siéntase en una silla.**)
Rendida, dudo si diga
de mis desdichas al peso,
o a las señas de mortal,
en esta silla me siento,
tan dudosa, que no sé 1035
si podrá el entendimiento
distinguir si el que me rinde
es el desmayo o el sueño.
¡Cielos!, no descanso os pido,
paciencia sí. **[Quédase dormida.]**

(**Salen** DON JUAN **y** BARZOQUE**, abriendo quedito una puerta.**)

DON JUAN Abre más quedo, 1040
no alborotemos la casa,
si está mi padre durmiendo,
ya que habiéndote dejado
todos mis papeles puestos
sobre el bufete, la llave 1045
llevaste de mi aposento;
porque en un descuido, otro
pueda servir de remedio.
BARZOQUE ¡Vive Dios, que no he tenido
tal pesadilla y desvelo, 1050

como el que llevaba, hasta
acordarme que eran ellos
lo que se olvidaba! Bien
que fue dicha ser tan presto.

DON JUAN ¡Oh! Qué feliz fuera yo, 1055
si como a Madrid me vuelvo
a buscar unos papeles,
volviera alegre y contento
a buscar una hermosura
que dentro del alma tengo! 1060

BARZOQUE ¿Qué dieras, señor, por verla?

DON JUAN Diera el alma.

BARZOQUE ¡Caro precio!

DON JUAN Entra en la sala.

BARZOQUE ¡A esta hora
hay luz en ella! ¿A qué efecto?

DON JUAN Algún criado quizá 1065
estará... Mas, ¡santos cielos!

BARZOQUE ¡Qué miro! **(Repara en** LEONOR**.)**
¡Jesús mil veces,

DON JUAN ¿De qué tiemblas?

BARZOQUE De algo tiemblo.
pues es la mujer que está
sobre esa silla durmiendo 1070
la misma que adoras.

DON JUAN Bien
la extrañeza del suceso
Puede dar admiración,
miedo no.

BARZOQUE ¿Cómo no miedo,
si cuando ofreces el alma 1075
te la hallas en tu aposento,
en fe de que aceptó
la palabra el diablo?

DON JUAN Necio,
¿tan bien mandado es el diablo?

BARZOQUE No lo es; pero puede serlo. 1080
¿Quién querías tú que aquí
te la tuviese?

DON JUAN Sucesos
que ahora no se ofrecen.

BARZOQUE Pacto
ha sido explícito, es cierto.
DON JUAN Llega esa luz.
BARZOQUE ¿Yo llegar? 1085
DON JUAN ¿Adónde te vas?
BARZOQUE Huyendo
della y de ti. Con las mulas
y el mozo, señor, te espero,
si bien un diablo y un mozo
de mulas todo es lo mesmo. 1090
[Vase.]
DON JUAN Ignorada deidad mía,
si eres en esta ocasión
el cuerpo de mi ilusión,
la alma de mi fantasía,
si sombra que helada y fría 1095
mi imaginación formó,
¿cómo hizo en quien no te amó
mi imaginación efeto?
Luego no eres mi conceto,
pues te ve otro más que yo. 1100
Pues siendo en mi devaneo
cuerpo con alma y sentido,
¿quién pudo haberte traído
al lugar donde te veo?
Conjuro de amor, no creo 1105
haberle tal, que pudiera
atraerte aquí: de manera,
que aunque aquí te llego a ver,
no hallo razones de ser
fingida ni verdadera. 1110
Pues ¿qué serás?; que rendido
a una duda y otra duda,
no hay desengaño que acuda
sino a quitarme el sentido.
Sueño debe de haber sido 1115
cuanto estoy viendo y tocando;
aunque tampoco, mirando
que fuera impropiedad, siendo
tú la que aquí estás durmiendo,
ser yo el que aquí está soñando. 1120

Aunque bien puede ser, sí;
que si de ser inmortal
el alma, es clara señal
el sueño, y yo te la di.
cierto es que aunque anime en mí, 1125
en ti vive; y así, cuando
duermes tú, estoy delirando
yo: con que ser puede (¡ay Dios!)
con un alma estar los dos,
tú durmiendo y yo soñando. 1130
Y puesto que sueños son
las dichas y los contentos,
soñémoslos de una vez
hermosa deidad...

(Despierta LEONOR**.)**

LEONOR ¿Qué es esto?
DON JUAN Es un efecto de amor 1135
no hallado acaso, aunque serlo
parece, pues es buscado
del mismo amor.
LEONOR ¿Cómo, ¡cielos!,
así se rompe una fe
jurada? Ved...
DON JUAN Nada veo. 1140
LEONOR ...que yo en confianza vuestra...
DON JUAN Ninguna es la que yo os debo.
LEONOR ...aquí me quedé.
DON JUAN Es en vano
disuadirme de mi intento.
LEONOR ¿Vos sois noble?
DON JUAN No lo sé. 1145
LEONOR Mirad que soy...
DON JUAN Nada advierto.
LEONOR ...más que pensáis.
DON JUAN Poco importa.
LEONOR No, sino mucho; y primero
que logréis tan gran traición,
yo sabré romperme el pecho 1150
con mis mismas manos.

DON JUAN Yo
estorbarlo.
LEONOR ¿Cómo, ¡cielos!,
tan grande traición sufrís?
DON JUAN Como es de amor no te oyeron,
porque traiciones de amor 1155
nacen con disculpa.
LEONOR Al viento
daré voces.
DON JUAN Taparéte
yo la boca.
LEONOR ¡Piedad, cielos,
y no permitáis que venga
a dar de un fuego a otro fuego! 1160

Jornada II

[Sala en casa de DON DIEGO**.]**

Salen DON DIEGO **y** JUANA**.**

DON DIEGO ¿Y qué hace tu señora?
JUANA ¿Ya no lo sabes tú? Suspira y llora,
que es lo mesmo que todos estos días
la divierte, señor.
DON DIEGO Tú que debías
saber (como que siempre acompañada 5
de ti está, aún más amiga que criada)
la causa de que nace su tristeza,
¿también la ignoras?
JUANA Sí, que la extrañeza
con que a mí me ha tratado
también en esta parte, su cuidado 10
saber no ha permitido
de qué causa, señor, haya nacido.
DON DIEGO ¿Pues no es fuerza, al mirar sus ansias sumas,
que cuando no la sepas, la presumas?
JUANA Mi pecho sólo sabe 15
que la ocasión, señor, penosa y grave
de su melancolía,

dos meses ha que dura, pues el día
nació que a verte fue a tu retraimiento.

DON DIEGO Aquese sentimiento,
cuando deso naciera,
ya al verme libre a mí cesado hubiera;
pues habiendo sanado
aquel hombre que herí, y efectuado
con él las amistades,
trocara los rigores en piedades;
pues en cualquiera aprieto,
cesando la ocasión, cesa el efecto.

JUANA Lo que en el mismo día también pudo
su sentimiento ocasionar, no dudo
que fue, señor, el fuego
que en casa se encendió.

DON DIEGO También lo niego,
que si deso naciera,
muriendo el fuego, la pasión viviera.
La hacienda ni la vida
no peligró, una y otra defendida
por la piedad y estilo lisonjero
de aquel anciano y noble caballero,
que en su casa hospedada
la tuvo aquella noche: luego en nada
esas dos ocasiones han causado
su mal; y más habiéndose mudado
de la casa a otro día,
por el azar que dice que tenía
con ella.

JUANA Pues en vano
decir más que eso puedo yo.

(**Sale** LEONOR.)

LEONOR **[Aparte.]** Mi hermano
aquí está. ¡Oh!, ¡quién pudiera
de sus ojos faltar!, pues de manera
me acusan mis desdichas, que no puedo
verle la cara sin vergüenza y miedo.
Propio temor de un pecho delincuente
pensar que todos saben lo que él siente.

DON DIEGO Leonor, hermana mía,
pues ¿por qué sin hablarme se volvía
tu divina belleza? 55
LEONOR Por no darte pesar con mi tristeza.
DON DIEGO Eso no es excusarle,
sino antes aumentarle,
añadiendo a tu gran melancolía
el rigor con que tratas la fe mía. 60
Merezca, por tus ojos,
saber la causa yo de tus enojos.
LEONOR Si de causa naciera,
¿a quién con más cariño lo dijera?
Toda melancolía 65
nace sin ocasión, y así es la mía;
que aquesta distinción naturaleza
dio a la melancolía y la tristeza;
y para ella, los medios son más sabios
llorar los ojos y callar los labios. 70
DON DIEGO Otros hay.
LEONOR ¿Qué?
DON DIEGO Aliviarla
y ya que no vencerla, desecharla.
¿Quieres aquesta noche
salir a ver la máscara, en un coche,
que hace Madrid en generosas pruebas 75
de cuánto estima las felices nuevas
de la mayor victoria
que ha de durar eterna a la memoria
del tiempo, en duras láminas grabada?
LEONOR No, que no puede divertirme nada 80
la común alegría;
que antes la pena mía
halló para afligirme nuevos modos,
viéndome triste, estando alegres todos.
DON DIEGO Pues ¿qué podrá alegrarte?, 85
¿qué podrá divertirte, qué aliviarte?
No me trates ahora como hermano,
trátame como amante, pues es llano
que lo soy, ya que no de tu belleza,
de tu virtud. ¿Qué singular fineza 90
no hará por ti?

LEONOR ¿Tú quieres hacer una,
que es la que más te estime mi fortuna?
DON DIEGO Mi amor con imposibles acrisola.
LEONOR Pues la mayor será dejarme sola.
DON DIEGO ¡Qué pasión tan tirana! 95
Mas si en esto te sirvo, adiós, hermana.
[Vase.]
JUANA ¡Gracias, señora, al cielo,
que presto cesará tu desconsuelo,
pues ya vendrá Don Luis!
LEONOR Está advertida
que a Don Luis no me nombres en tu vida; 100
que ya expiró en mi pecho
todo cuando antes fue. Nada sospecho
que en mi pecho ha quedado,
porque hasta las cenizas han volado
de aquese ardor violento; 105
búscalas, y hallaráslas en el viento.
JUANA Siempre creí...
LEONOR No creas
nada, sino la pena que en mí veas;
y si quieres saber cuánto es severa,
haz una cosa.
JUANA ¿Qué es?
LEONOR Irte allá fuera, 110
que estorbas a la grave pena mía
la soledad, y no haces compañía
JUANA Fuerza es obedecerte.
[Vase.]
LEONOR ¡Oh!, ¡cuánto estimo verme desta suerte,
pues pueden sin testigos mis enojos 115
desahogarse! Hablad, labios; llorad, ojos.
Solos estáis, decid vuestros agravios,
quejaos al cielo, pues, ojos y labios;
que aunque juré callar, siendo testigo
el cielo, no es hablar hablar conmigo. 120
¿De un fuego huyendo a otro fuego
fui?... Tente, memoria, tente;
que pues yo no lo olvido,
no es bien que tú me lo acuerdes.
Pensé al principio que fuera 125

el fiero agresor aleve
de mi honor, mi huésped, ya
persuadida inútilmente
a que el ser traidor e injusto
fuese conjunto al ser huésped. 130
Quise dar voces; no pude,
que a un mismo tiempo fallecen
mi aliento y mis fuerzas. Dudo
a cuál de los accidentes
desmayada entre sus brazos... 135
¿Qué frase habrá más decente
que lo refiera? Ninguna,
porque la más elocuente
es la que, sin decir nada,
el más rústico la entiende. 140
Volví del desmayo, cuando
el que (aquí el dolor se aumente)
más osado estuvo, más
cobarde la espalda vuelve.
¡Oh infames lides de amor, 145
donde el cobarde es valiente,
pues el vencido se queda
mirando huir al que vence!
Más animosa yo entonces
(propia acción de los que tienen 150
poco valor, alentarse
en sintiendo que los temen)
por conocer mi enemigo,
quise (¡ay de mí) detenerle,
y echando la mano al cuello 155
diciendo: «Traidor, deténte»,
así una banda, de quien
estaba esta cruz pendiente.
Abrióse el asa, y dejóme
con ella, al tiempo que sienten 160
ruido en el cuarto y a él llaman.
A abrir fui, por que me diesen
favor, cuando a un tiempo mesmo
el que huye y el que viene,
aquél se va y éste entra 165
por dos puertas diferentes.

Desengañéme yo entonces
de que Don Pedro no fuese
cómplice en traición tan grande,
al verle entrar; y de suerte 170
la vergüenza me trocó
la acción, que estimando que entre
por que vengue mis agravios,
no le dije que los vengue;
porque viendo al agresor 175
ya de mis ojos ausente,
y que no era entonces fácil
alcanzarle y conocerle,
quise más callar, porque
si yo una vez lo dijese 180
y ninguna lo vengase,
era afrentarme dos veces.
Volví a mi casa, porque
no vi la hora de verme
sola, para preguntarle 185
a este testigo quién fuese
su dueño; y cuando pensé
que debiera responderme:
«Noble es, conocer sabrá
la obligación que te tiene», 190
no sólo (¡ay de mí!) es aquesto
lo que me dice y me advierte;
mas tan al contrario es,
que me dice claramente:
«Noble es, pero tan traidor, 195
que no a ti sola te ofende.»
Y es verdad, pues un retrato
que la venera contiene
me da a entender que no he sido
yo sola (¡oh traidor, aleve!) 200
la quejosa. ¡Oh muda imagen!,
dime quién es y quién eres;
que yo sola por las dos
tomaré y...

MARCELA **[Dentro.]** ¡Jesús mil veces!

INÉS **[Ídem]** ¡Válgame el cielo!

LEONOR ¡Qué escucho! 205

¿Qué voces, qué ruido es éste?

ENRIQUE **[Aparte.]** ¡Qué desdicha!

DON DIEGO **[Ídem.]** Acude, Enrique;
basta estar dentro mujeres.

[Sale JUANA**.]**

LEONOR ¿Qué es eso, Juana?

JUANA Es un coche,
que sin cochero y con gente, 210
más que de paso ha venido
la calle abajo, y en ese
hoyo que a la puerta está
abierto para una fuente,
se volcó, y no dudo que 215
cuantos van dentro se hiciesen
mucho daño. Mi señor,
que a la puesta estaba, al verle,
acudió a favorecer...
Mas no hay para qué lo cuente, 220
pues con una dama en brazos,
él y Enrique hasta aquí vienen

[Salen ENRIQUE **y** DON DIEGO**, que sacan a** MARCELA **desmayada.]**

DON DIEGO Hermana, den tus pesares,
si es que hay pesares corteses,
treguas al dolor, y acude 225
piadosa, noble y prudente
a favorecer la vida
de una hermosura; pues debes,
por hermosa y desdichada,
favorecerla dos veces. 230

LEONOR En vano, hermano, me pides
que acuda piadosamente,
pues quien sabe de pesares,
más fácil se compadece.

[Sale INÉS**.]**

INÉS Ninguna criada honrada 235

caer donde cae su ama puede,
pues todos se duelen della
y nadie de mí se duele.

LEONOR Juana, entra a prevenir
un catre donde se acueste. 240

[Vase JUANA**.]**

DON DIEGO Enrique, acude tú al coche.

[Vase ENRIQUE**.]**

LEONOR Tú, hermano, pues no hay más gente,
dese camarín alcanza
agua de azahar, por si vuelve
rociándole el rostro.

DON DIEGO ¡Cielos! 245
No malogre un accidente
tanta copia de jazmines,
pues ya huyó la de claveles.

INÉS **[Aparte.]** ¿Que esté yo descalabrada
y nadie de mí se acuerde? 250

[Vase DON DIEGO**.]**

LEONOR Hermosa dama, si acaso
el acaso que sucede
os dejó... **[Aparte.]** Pero, ¡qué miro!,
o mi discurso aparentes
formas a mis ojos finge, 255
o el original es éste
desta copia. Sí, y no sólo
en la beldad se parecen,
pero en el estar sin vida
es su retrato dos veces. 260
Ella es la que...

[Sale DON DIEGO**.]**

DON DIEGO Ya está aquí.
el agua.

MARCELA ¡Cielos, valedme!
LEONOR Ya no es menester, pues ya,
hermano, en su acuerdo vuelve.
INÉS Así volviera en el mío 265
yo.
DON DIEGO Si albricias me pidieses,
la vida diera en albricias.
MARCELA Admirada dignamente
de hallarme aquí, no sé cómo
mi agradecimiento empiece; 270
y así, entre los dos habré
de repartirle igualmente;
mas con una distinción:
que si mi vida se debe
a algún valor, será vuestra 275
la acción; y si acaso fuese
milagro el mirarme viva,
vuestro el milagro; de suerte,
que hallándome entre los dos,
mi vida a los dos se ofrece, 280
como a noble a vos, y a vos
como a deidad excelente.
LEONOR De los agradecimientos
que vuestra voz nos promete,
no es justo que yo, señora, 285
por entendida me muestre,
pues no soy yo la deidad;
y así a mi hermano se deben,
como a quien os socorrió,
esos favores corteses. 290
MARCELA Guárdeos el cielo mil años;
que ya gozosa de verme
merecedora de tales
dichas, mi vida agradece
el peligro en que me he visto. 295
DON DIEGO No agradezcáis desa suerte
acción que, sin conoceros,
hice por vos; pues no tiene
que agradecer quien acaso
obligada llega a verse. 300
Si bien, por no malograr

a quien tan bien encarece
la obligación, os suplico
deis lugar para que en este
breve cielo a tanta luz 305
y esfera a tanto sol breve,
se os sirva.

[Sale JUANA**.]**

JUANA Ya está, señora,
prevenido donde puede
descansar.
MARCELA Dadme licencia
de que tal merced no acepte; 310
que no es posible quedarme
a recibirla; que tiene
en mi estado tanta dicha
algunos inconvenientes.
LEONOR Pues merezcamos saber 315
quién sois, para que no queden
dudas de vuestra salud,
sin más noticias de quiénes
informarnos; que no dudo,
según lo que mi alma siente 320
vuestros sucesos, que ya
me importa precisamente
saber quién sois.
MARCELA Pues yo soy
la obligada, a mí compete
saber de la vuestra; así, 325
porque en ningún tiempo llegue
tanta nobleza a ganarme
de mano en tantos corteses
cumplimientos, perdonadme
callar quién soy.

[Sale ENRIQUE**.]**

ENRIQUE Ya allí tienes 330
el coche puesto, señora.
INÉS El demonio que en él entre.

DON DIEGO No vais en él, esperad.
MARCELA No es posible detenerme.
Quedad con Dios.
LEONOR Él os guarde; 335
y creedme que de suerte
me he holgado veros con más
vida que os vi, que parece
que retratada quedáis
a vivir conmigo siempre. 340
MARCELA Y yo siempre agradecida
a tan piadosas mercedes,
esclava vuestra seré.
Y vos, caballero, hacedme
merced de quedaros.
DON DIEGO Yo 345
he de ir sirviéndoos.
MARCELA De aquese
cuarto no habéis de salir.
DON DIEGO A mi pesar, obediente,
me quedo.
MARCELA Vamos, Inés.

[Vanse MARCELA **e** INÉS**.]**

LEONOR Enrique.
ENRIQUE Señora.
LEONOR Hacedme 350
gusto de saber quién es
y en qué parte vive.
ENRIQUE En breve
lo traeré sabido.
DON DIEGO Enrique.
LEONOR **[Aparte.]** Si mi hermano le detiene,
la ocasión he de perder 355
de saber quién es.
ENRIQUE ¿Qué quieres?
DON DIEGO Sabe quién es esta dama,
su casa y qué nombre tiene.
ENRIQUE Sí haré. **[Aparte.]** El servir a dos amos
fácil fuera desta suerte, 360
mandando una misma cosa

los dos.

LEONOR **[Ídem.]** ¡Cielos, concededme
alguna luz de saber
quién aquel tirano fuese
de mi honor!

DON DIEGO **[Ídem.]** Permitid, cielos, 365
que yo a saber quién es llegue
aquesta hermosa homicida.

LEONOR **[Ídem.]** Y hasta entonces, alma, vuelve
a padecer y callar.

DON DIEGO **[Ídem.]** Y amor, hasta entonces cesen 370
los labios. **[Alto.]** Adiós, Leonor.

LEONOR Él te guarde.

DON DIEGO **[Aparte.]** Amor, concede
alivio a mi pena.

LEONOR **[Ídem]** Honor,
treguas a mi llanto ofrece. [Vanse.]

[Inmediaciones de una venta o posada en el camino de Madrid a las provincias del Norte, a media jornada de dicha capital.]

[Salen DON LUIS**,** DON JUAN **y** BARZOQUE**.]**

DON LUIS Aquí no hemos de parar 375
más que sólo a dar cebada.

DON JUAN Que no se perdió jornada,
dijo un adagio vulgar,
por dar cebada y oír misa.

BARZOQUE Al contrario digo yo; 380
pues cuando más me importó
el caminar más aprisa,
siempre perdí la jornada
por esas dos cosas; pues
lo que más detiene es 385
el oír misa y dar cebada.

DON LUIS Barzoque, al mozo decid
que acabe: que es tarde, veis.

DON JUAN Notable priesa tenéis
por entrar hoy en Madrid 390

DON LUIS ¿Quién (después de haber cumplido,
Don Juan, con su obligación,

hallándose en la ocasión
mayor que España ha tenido;
y habiendo alcanzado ya 395
licencia para volver;
al fin, llegándose a ver
que media jornada está
de Madrid) no deseó
verse entre deudos y amigos, 400
haciendo a todos testigos
de tantas venturas?

DON JUAN Yo,
que amigos y deudos tengo,
y no se me diera nada
que empezara la jornada 405
ahora.

DON LUIS Pues yo, aunque vengo
tan gustoso, por traer,
Don Juan, vuestra compañía,
volar, no correr, querría.

DON JUAN Yo, ni volar ni correr. 410

DON LUIS ¿Estáis, por dicha, olvidado
de lo que es Madrid?

DON JUAN No estoy;
mas no tengo en Madrid hoy
cosa que me dé cuidado.

DON LUIS Pues cuando no le tengáis 415
en lo particular puesto,
por lo general (supuesto
que en él tan bien visto estáis
de damas y caballeros),
¿no os da gana a volver?

DON JUAN No, 420
porque de uno y otro yo
no necesito; y haceros
un argumento podré.
Si por caballeros, ¿dónde
mayor nobleza se esconde 425
que la que en Irún dejé?
Si por damas, cosa es llana
que a mí lo mismo me inclina
angosta una vizcaína,

que ancha una castellana. 430

DON LUIS ¡Oh!, ¡quién se hallara, Don Juan,
tan libre, que hacer pudiera
donaire de la severa
ira de amor! No me dan
mi deseo y mi cuidado 435
licencia a mí para hablar
de burlas.

DON JUAN Eso es mostrar
que estáis muy enamorado.

DON LUIS Tanto lo estoy, que quisiera
poder volar con las alas 440
de amor; y no fueran malas
para llegar a la esfera
adonde apenas llegó
pensamiento que rendido
no volviese, porque ha sido 445
del mejor sol que ilustró
el día de luces bellas,
el mundo de resplandores,
la primavera de flores
y todo el cielo de estrellas. 450

DON JUAN Una pregunta hacer quiero.
Esa dama que adoráis
¿poseéis o deseáis?

DON LUIS Deseo, sirvo y espero.
Deseo un dulce favor, 455
sirvo un hermoso desdén
y espero lograr un bien,
premio de mi firme amor;
porque es el alto sujeto
que idólatramente adoro, 460
beldad de inmenso decoro,
deidad de sumo respeto.
Para casarme he servido
una dama, cuya pura
perfección de la hermosura 465
honesta Venus ha sido.
Imán de tan alta estrella,
a verla vuelvo, y constante
es un siglo cada instante

que tardo en volver a vella. 470

DON JUAN Aunque tan fino os halláis,
¿queréis olvidarla?

DON LUIS No,
ni que haya, presumo yo,
tal remedio.

DON JUAN ¡Oh cuánto estáis
templado a lo antiguo!

DON LUIS Pues, 475
¿qué medio hay para olvidar
una hermosura?

DON JUAN Alcanzar
esa hermosura. Ésta es
la cura, Don Luis, más cuerda;
porque ¿quién tan importuna 480
pasión tuvo, que de una
lograda ocasión se acuerda?
¿Por qué pensáis que Macías
enamorado murió?
Porque nunca consiguió. 485
Yo quise bien ocho días,
y sané luego al momento;
porque aun antes que supiera
casa, nombre ni quién era
la tal dama, en mi aposento 490
la hallé una noche dormida,
sin saber quién la llevase
allí, ni qué la obligase
a ser tan agradecida:
donde entregando al olvido 495
de mi memoria el cuidado,
yendo muy enamorado,
salí muy arrepentido.

DON LUIS Pues ¿cómo sin saber que
vos la amabais, os buscó 500
esa dama?

DON JUAN ¡Qué sé yo!

DON LUIS ¿Quién la trajo?

DON JUAN ¡Yo qué sé!
Ni de saberlo he cuidado.

BARZOQUE ¿Cómo es posible, señor,

que eso cuentes sin temor? 505
Que yo, de haberlo escuchado
ahora, aunque lo temblé
entonces, vuelvo a temblarlo.

DON LUIS ¿Por qué?

BARZOQUE Porque, sin dudarlo,
un diablo súcubo fue. 510

DON JUAN Calla, necio.

BARZOQUE ¿Quién pudiera
ser quien en casa se hallara
al tiempo que él en voz clara
dijo que por verla diera
el alma, y luego la vio, 515
sino el demonio vestido
de mujer?

DON LUIS Tan suspendido
el suceso me dejó,
que os tengo de suplicar
muy despacio me contéis 520
cómo fue esto.

DON JUAN Si tenéis
gusto, volverá a empezar
todo el caso. Estadme atento,
que estimaré divertiros

DON LUIS Mucho me holgaré de oíros, 525
porque es extremado el cuento.

DON JUAN Yo vi cierta dama, cuya
beldad me agradó fiel.

BARZOQUE Que para agradarse él
bastó que no fuese suya. 530

DON JUAN Seguirla quise, y no pude
por un grande impedimento.

BARZOQUE Aqueso no importa al cuento.

DON JUAN Volví a ver si al templo acude,
donde la vi la primera 535
vez.

BARZOQUE Volvió, que aunque sagrado,
era diablo bautizado.

DON JUAN Siguiéndola, a ver quién era,
otro acaso sucedió,
que lo embarazó también. 540

BARZOQUE Por quien se dijo más bien:
«Otro diablo que llegó.»
DON JUAN Llegó en esto mi partida:
ausentarme determino;
cuando, yendo mi camino, 545
éste, que siempre se olvida
de lo que más importó,
se acordó que había dejado
mis papeles. Enfadado,
volví a Madrid, y por no 550
alborotar, quise entrar,
con llave que yo tenía
en mi cuarto; luz había,
y apenas volví a mirar
quién estaba allí, cuando a ella 555
la vi en mi cuarto dormir.
BARZOQUE Acabando de decir
que daría el alma por ella.
DON LUIS ¿Cómo en tan raro suceso
no preguntasteis quién fuese, 560
ni quién allí la trajese?
DON JUAN ¿Quién me metía a mí en eso?
Si ella se quería ocultar,
¿preguntarla no sería
quien era, descortesía? 565
DON LUIS Pues ¿qué hicisteis?
DON JUAN Sin hablar,
maté la luz.
DON LUIS ¿Para qué?
DON JUAN Para que ella no supiera
tampoco allí quién yo era.
DON LUIS Pues ¿por qué, Don Juan?
DON JUAN Porque 570
no se pudiera alabar
jamás de que me gozó;
que también tengo honor yo,
y soy mozo por casar.
Fuera de que el principal 575
intento fue, que esto hiciese,
que mi padre no supiese
que yo había vuelto, pues tal

prevención me aseguraba
de la queja que podía 580
tener la libertad mía,
si allí por su orden estaba;
pues ahora podré negar
en todo tiempo que fui
el hombre que entró hasta allí. 585

DON LUIS Eso no quiero apurar,
sino saber si después
supisteis quién era.

DON JUAN ¿Yo?

DON LUIS ¿Ni quién la llevó allí?

DON JUAN No.

DON LUIS ¿Y ahora no os mueve, pues, 590
la curiosidad siquiera
de saber quién es, y allí
la tuvo?

DON JUAN En mi vida fui
curioso; y antes quisiera
no preguntarlo jamás, 595
ni que nadie me llegara
a decirlo; que estimara
el no saber della más,
porque estoy ya muy cansado
de saber cómo se llama 600
y dónde vive mi dama,
qué porte tiene y qué estado;
y así, sólo me desvela
pensar que lo he de saber,
porque me muero por ser 605
caballero de novela,
y que se cuente de mí
que una infanta me adoró
encantada, de quien yo
no supe más.

BARZOQUE Y yo sí. 610

DON LUIS Y ella, ¿qué porte tenía?

DON JUAN Tal, que si algo en este estado
me hubiera de dar cuidado,
su ofendido honor sería.

DON LUIS Y en fin, ¿en qué paró?

DON JUAN En que 615
antes que me conociera
volví a cerrar por defuera,
y en el cuarto la dejé.
DON LUIS Y ¿no sacasteis, decid,
los papeles vuestros?
DON JUAN No, 620
porque para negar yo
el haber vuelto a Madrid,
fue importante no traellos,
que pudiera ser que ya
los hubiesen visto allá. 625
Y no importó, pues con ellos
un criado me alcanzó,
a quien mi padre enviaba.
DON LUIS Y ese criado ¿contaba
algo de esa dama?
DON JUAN No, 630
ni yo se lo pregunté,
por que en malicia no entrara
de haber vuelto.
DON LUIS ¡Cosa rara!
Y ahora, ¿qué habéis de hacer?
DON JUAN ¿Qué?
Entrar muy disimulado 635
en casa.
DON LUIS ¿Pues ella ya
de ese lance no se habrá
a vuestro padre quejado?
DON JUAN ¿Para cuándo es el negar,
sino para ahora? Si bien 640
hay un testigo con quien
el delito comprobar
pueden.
DON LUIS ¿Cuál?
DON JUAN Una venera,
que del cuello me arrancó,
con un retrato. Mas no 645
importa, pues cuando quiera,
en tales señas fundada,
convencerme, yo diré

que es mentira, porque fue
dejármela allí olvidada. 650

DON LUIS ¡Buen desenfado tenéis!
Y la dama retratada,
viendo que de la jornada
sin el retrato volvéis,
¿no se quejará?

DON JUAN Eso es cosa 655
que ha de darme más placer.
¿Hay cosa como tener
uno a su dama quejosa?
Fuera de que ¿ha de faltar
una compuesta mentira 660
que ablande toda esa ira?

BARZOQUE. ¿Luego tú piensas tornar
a hablar a Marcela?

DON JUAN Sí.

BARZOQUE ¿No te acuerdas que quedó
muy desairada, y que no 665
querrá ella hablarte a ti?

DON JUAN Ríete de eso, que nada
hay que tenga una hermosura
más rendida y más segura
que tenerla desairada. 670
Esta noche me verás
ir a visitarla y vella.

BARZOQUE ¿Cómo?

DON JUAN Como si con ella
reñido hubiese jamás.

DON LUIS En toda mi vida he estado, 675
Don Juan, más entretenido
que este rato que os he oído.

DON JUAN ¿No es raro cuento?

DON LUIS Extremado.

BARZOQUE Ya el mozo allí nos espera.

DON LUIS Vamos, Don Juan; que no veo 680
la hora que mi deseo
llegue a abrasarme en la esfera
del sol que adoro.

DON JUAN Ni yo
la hora de verme en mi cama,

que es la más hermosa dama 685
y más cómoda, pues no
pide pollera ni coche,
y en un rincón encerrada
todo el día está, y no enfada
con gozarla cada noche. 690
[Vanse.]

[Sala en casa de MARCELA**.]**

(**Salen** MARCELA **e** INÉS**.**)

INÉS Aquel criado, señora,
que nuestro coche siguió
desde el sitio en que cayó
hasta casa, vuelve ahora
con un recado.
MARCELA Pues di 695
que entre.

(**Sale** ENRIQUE**.**)

ENRIQUE Mi señor Don Diego
de Silva, con este pliego
me envía.
MARCELA Mostrad. Dice así:
(**Lee.**)
«El deseo de saber de vuestra salud sea disculpa de mi atrevimiento, para lograr la dicha de haberla yo amparado, con la certeza de haberla vos conseguido. Yo fuera a saber de ella, si me juzgara merecedor de oírlo de vuestra boca. Suplícoos me respondáis, o me deis esta licencia. Dios os guarde.»
Diréis al señor Don Diego,
hidalgo, cuánto he estimado 700
de mi salud el cuidado;
y que está de más el ruego
con que me pide licencia
de verme en mi casa, pues
a término tan cortés 705
debo igual correspondencia,
que yo seré la dichosa
en que quiera honrarla y vella,

para que se sirva della.

ENRIQUE Guárdeos Dios. **[Aparte.]** Extraña cosa no 710
fue la afición que cobraron
mi amo y mi ama a esta mujer,
pues los dos, hasta saber
casa y nombre, no pararon.
[Vase.]

INÉS ¡Cuánto, señora, estimara 715
que aqueste Don Diego fuera
el que venganza te diera
de Don Juan, y que te hallara
vengada de su desdén!

MARCELA No esperes ventura igual; 720
que basta tratarme mal
para que le quiera bien.
Y aunque tan justo sería
que hallase en mí novedad,
una cosa es voluntad 725
y otra cosa cortesía.
¿Cómo puedo a un caballero
que la vida, Inés, me dio,
dejar de admitirle yo
a visita?

INÉS Pues primero 730
que ésa nos venga, ya ahora
otra tenemos.

MARCELA ¿Quién es?

INÉS ¿Una tapada no ves
entrarse hasta aquí, señora?

MARCELA ¿Quién será?

INÉS Ella lo dirá. 735

[Sale LEONOR**, tapada.]**

LEONOR **[Aparte.]** Cielos, a mucho me atrevo;
mas buena disculpa llevo
en mi favor, que es que ya
tengo poco que perder,
perdido lo más; y así, 740
sola y disfrazada aquí
vengo a si puedo saber

el nombre de aquel traidor.
Ánimo, agravios, pues puedo
perder a mi honor el miedo 745
que antes me diera mi honor.

MARCELA ¿Qué es, señora, lo que aquí
buscáis, que desa manera
entráis?

LEONOR ¿Sois, saber quisiera,
vos Doña Marcela?

MARCELA Sí, 750
que a nadie jamás negué
mi nombre.

LEONOR ¡Airoso desvelo!
Y pues estáis en el duelo
tan bien vista, sabed que
tengo un negocio con vos 755
a solas.

MARCELA ¡Salte tú, Inés,
allá fuera! **[Vase** INÉS**.]** Decid, pues;
ya estamos solas las dos.

LEONOR A mí me importa...

MARCELA Primero
que la importancia digáis, 760
es justo que os descubráis;
que si es desafío, no quiero
daros ventaja, y es cierto
que en vos será acción indigna
tirar detrás de cortina, 765
estando yo en descubierto.

LEONOR Ventaja en mí no se halla
que os pueda dar temor tanto,
que la cortina de un manto
no es cortina de muralla. 770
Y la que siguió tan bien
la metáfora, no dudo
que sepa también que pudo
entrar de rebozo quien
aventurero es; y así, 775
descubrirme yo no quiero,
pues la ley de aventurero
me comprende.

MARCELA Pues decí.
LEONOR A mí me importa saber
de un galán muy desta casa 780
(que aunque su amor no me abrasa,
me ofende su proceder),
que tanto ha que no entra en ella,
por saber si habla verdad
en algo su voluntad. 785
MARCELA Mi reina, mal respondella
puedo a eso; que hay a ese umbral
muertos de amor cada día
tantos hombres, que sería
imposible saber cuál 790
es el que a usarced ha dado
satisfacción de que ya
no me ve; y puesto que está
aquel discurso pasado
tan fresco, vuélvome a él. 795
Si entra buscando a ese hombre
quier en la fuerza, dé el nombre,
porque no ha de entrar sin él.
LEONOR Aunque nombrarle pudiera,
no le hago tanto favor 800
como nombrarle, y mejor
lo dirá aquesta venera.
¿Conocéisla?
MARCELA Sí, y si tiene
un retrato, será ella.
LEONOR En mi mano habéis de vella, 805
que en la vuestra no conviene.
¿Es éste?
MARCELA ¿Quién os lo dio?
LEONOR El galán que le traía.
Y decid, por vida mía
(¡qué hable desta suerte yo!), 810
¿qué tanto habrá que no os ve,
y cómo os ha dicho a vos
que se llama? Que a las dos
nos engaña (yo lo sé
muy bien sabido), mudando 815
el nombre por disfrazar

sus traiciones.
MARCELA Si apurar
queréis mi paciencia, cuando
me estáis matando de celos,
contadme de aquese ingrato 820
que os entregó ese retrato,
cómo a vos os dijo...
LEONOR **[Aparte.]** ¡Cielos!
Sálgame esta industria bien.
MARCELA ... que se llamaba. ¡Qué ira!
LEONOR Don Alonso de Altamira. 825
MARCELA Pues mintió.
LEONOR Es traidor.
MARCELA Que a quien
le di esa venera yo
por favor con mi retrato,
aunque me mintió su trato,
su nombre no me mintió. 830
LEONOR ¿De qué lo inferís?
MARCELA De que
le conozco bien y así
no pudo engañarme a mí.
O, decidme, ¿cuándo fue
cuando ese retrato os dio? 835
LEONOR Ayer.
MARCELA Pues ¿cómo, si está
fuera de Madrid?
LEONOR Quizá
de donde estaba volvió
a verme a mí de secreto.
[Aparte.] Bien deste aprieto salí, 840
y ya sé que no está aquí.
MARCELA Él os engaña, en efecto.
LEONOR Quizá sois vos la engañada.
¿Quién os dijo a vos que era?
MARCELA Hasta cobrar la venera, 845
no tengo de hablar en nada.
LEONOR ¿Qué es cobrarla?
MARCELA ¿Pues había
de haber yo llegado a vella
en vuestra mano, y sin ella

quedar? Desaire sería 850
notable; y no sólo ya
el retrato, cosa es clara,
me habéis de dar; mas la cara
os he de ver.

LEONOR No será
fácil vuestra pretensión. 855
Y reportaos, porque
a sola una voz que dé,
vendrá quien por un balcón
os eche; que soy quien soy,
y en efeto, tengo que irme 860
con él, y sin descubrirme.
[Aparte.] Temblando de miedo estoy.

MARCELA ¿Veis todo eso? Pues es vano
el miedo en que me habéis puesto,
y he de ver...

LEONOR Mirad...

(**Quiere descubrirla, y estando asidas las dos, sale** DON DIEGO**.**)

DON DIEGO ¿Qué es esto? 865

MARCELA ¡Señor Don Diego!

LEONOR **[Aparte.]** ¡Mi hermano!

DON DIEGO Con la licencia, señora,
que me disteis, he venido
a veros, porque sin ella
no fuera tan atrevido. 870

MARCELA Pésame, señor Don Diego,
que haya a tan mal tiempo sido,
que un enojo no me dé
licencia de recibiros
con el agrado que debo. 875

DON DIEGO También es fuerza sentirlo
yo, no tanto por la falta
de esa merced a que aspiro,
cuanto porque vos estéis
disgustada. Pues ¿qué ha sido? 880

LEONOR **[Aparte.]** ¡Cielos, doleos de mí,
que en tanto empeño me miro!

MARCELA Esta señora tapada

a mi casa se ha venido
a decirme mil pesares, 885
trayendo un retrato mío
para blasón de sus celos.
No me embarazo en decirlo,
porque no os debo hasta ahora
ningún respeto. Hela dicho 890
que me deje mi retrato;
a que ella me ha respondido
que llamará a quien me eche
por un balcón.

DON DIEGO Aunque ha sido
culpado siempre en un hombre 895
el meterse inadvertido
en disgustos de mujeres,
no cuando con este estilo
habla, fiada quizá
en alguien que trae consigo 900
a reñirla sus pendencias;
y así, puesto que he venido
a tan mal tiempo, partamos
en los dos el desafío.
Averiguad vos con ella 905
vuestras cosas; que advertido
yo callaré, hasta que haya
con quien pueda hablar; pues se hizo
para damas el respeto
y para hombres el castigo. 910

MARCELA Pues perdonadme si os pongo
en empeño tan preciso,
que no lo puedo excusar.

LEONOR **[Aparte.]** ¡Quién en tal riesgo se ha visto!

MARCELA Señora, la del balcón, 915
o al instante descubríos,
porque he de saber quién sois,
o aquese retrato mío
me habéis de dar.

LEONOR **[Aparte.]** ¿Cómo, cielos,
saldré de tanto peligro? 920
¿Daréla el retrato? ¿Cómo,
si no tengo otro testigo

de abono? Pues ¿qué he de hacer?
Que también, si lo resisto,
mi hermano ha de conocerme. 925
¡En qué confusión me miro!

MARCELA ¿Qué discurrís? ¿Qué pensáis?
O el retrato, o descubriros.

DON DIEGO Yo no os digo que deis,
ni que os descubráis os digo; 930
mas que si habéis de llamar
esa gente que habéis dicho,
sea presto.

MARCELA ¿Qué esperáis?

LEONOR **[Aparte.]** Aquí hay solos dos caminos:
o decir quién soy o dar 935
el retrato: esto es preciso.
Pues piérdase por ahora
lo que ya se está perdido;
no lo que por perder resta.

LOS DOS. ¿Qué elegís, pues?

LEONOR Esto elijo. 940

(**Da el retrato a** MARCELA **y vase.**)

DON DIEGO ¡Extraña mujer!

MARCELA No puedo
encarecer cuánto estimo
aquesta merced.

DON DIEGO Ni yo
el desengaño que he visto;
que ha sido ventura hallarle, 945
y hallarle tan al principio.
Yo me huelgo haber llegado
en ocasión que serviros
pude; y aunque fue mi intento
algún cuidado deciros 950
que ya me debéis, habrá
de callarle, cuando os miro
tan empeñada en cobrar
un retrato, que ha tenido,
según se deja ver, dueño 955
más venturoso que fino.

Quedad con Dios, y mirad
si es que en otra cosa os sirvo.

MARCELA Esperad.

DON DIEGO Perdonad, que es
el estado en que me miro, 960
presto para pedir celos,
y tarde para sentirlos. **[Vase.]**

MARCELA ¿A quién en el mundo, cielos,
esto hubiera sucedido?

(**Dentro,** DON JUAN **y** BARZOQUE**.**)

DON JUAN No me detengas, Barzoque. 965

BARZOQUE El seguirle es desatino.

DON JUAN Vive el cielo, que te mate.

BARZOQUE Ya es tarde.

[Sale INÉS**.]**

MARCELA Inés, ¿qué ruido
es ése?

INÉS Al tiempo, señora,
que Don Diego se iba, vino 970
Don Juan.

MARCELA ¿Qué Don Juan?

(**Salen** DON JUAN **y** BARZOQUE**.**)

DON JUAN Yo soy,
que sabré mejor decirlo.
Pues ¿somos tantos Don Juanes,
que dudas cuál haya sido?

MARCELA **[Aparte.]** Si él viene pidiendo celos, 975
¡a muy buen tiempo ha venido!

DON JUAN Yo, pues que llegando ahora
a Madrid, sin haber visto
mi casa, vine a la tuya
(¡oh mal haya amor tan fino 980
y tan mal pagado amor!),
cuando salir della miro
un caballero. No pude

verle el rostro, ni él el mío,
porque le cogí de espaldas. 985
Seguirle, pues, determino
para saber a qué fin
entra aquí, cuando conmigo
este borracho se abraza,
y no me deja seguirlo. 990
Volvió la calle: de suerte,
que ya de vista perdido,
lo que no pude con él
he de averiguar contigo.

MARCELA **[Aparte.]** Esto es bueno para estar 995
yo como estoy.

BARZOQUE **[Ídem]** Esto mismo
hacen las mozas gallegas:
entrar riñendo al principio,
por que no las riñan.

DON JUAN ¿Quién,
en ausencia mía, ha tenido 1000
licencia de visitarte?

MARCELA **[Aparte.]** Mucho he de hacer si resisto
la cólera; pero importa.
Ese hombre no ha salido,
Don Juan, de mi cuarto; y bien 1005
pudieras con otro estilo
desengañarte primero,
que entrar tan inadvertido
barajando el alborozo
de verte.

DON JUAN ¿Cuándo han tenido 1010
los celos paciencia?

MARCELA Cuando
son a tan poca luz vistos.

DON JUAN Siempre el que ama teme. Dame
los brazos, que aunque haya sido
la satisfacción tan tibia, 1015
en fin, es tuya y la estimo.
¿Ahora te retiras?

MARCELA Sí.
Porque echo menos...

DON JUAN ¿Qué? Dilo.

MARCELA ...en tu pecho la venera,
que con un retrato mío 1020
te di. ¿Qué es della, Don Juan?
DON JUAN Yo te diré qué se hizo,
que si no fuera por ella
no volviera a Madrid vivo.
MARCELA ¿Cómo?
BARZOQUE **[Aparte.]** Va de enredo
DON JUAN Estando 1025
en la jornada, hacia el sitio
que ocupábamos salió
de emboscada el enemigo.
Avanzámonos a él,
y en el encuentro, preciso 1030
fue quedar yo prisionero,
que es lo mismo que cautivo.
Al Príncipe de Condé
me llevaron, y él previno
que pues era caballero, 1035
tratase el rescate mío,
haciendo trueque con otro
caballero muy su amigo,
que había prendido un navarro.
MARCELA Algo deso acá se dijo. 1040
DON JUAN Ahí verás tú que no miento.
Díjele que los partidos
se tratarían mejor
volviendo hacerlos yo mismo.
Que me diese, pues, licencia, 1045
habiendo antes recibido
homenaje de volver
a la prisión; y él lo hizo,
como en prendas le dejase
banda y venera, testigos 1050
de mi nobleza, y de que
le cumpliría lo dicho.
Húbesela de dejar;
vine al tiempo que se hizo
la rota; con que no fue 1055
posible entonces cumplirlo.
De suerte, que tu retrato

le tiene en rescate mío
el Príncipe de Condé.

MARCELA Yo pensara que había sido 1060
la Princesa, según fue
la soberbia con que vino
a traérmele. ¿Es aqueste,
señor Don Juan?

BARZOQUE ¡Jesucristo!

DON JUAN ¿Qué es esto, Barzoque?

BARZOQUE Es 1065
el demonio que anda listo.

MARCELA ¿Veis que sois un embustero,
y que encubierto y fingido,
disimulando quién sois,
habéis a Madrid venido 1070
a ver a una dama antes
de ahora?

BARZOQUE **[Aparte.]** El diablo se lo dijo.

MARCELA A esto no hay satisfacción;
y así, de mi casa idos,
que en mi vida no he de veros. 1075

DON JUAN Oye, escucha.

MARCELA No he de oíros,
hasta vengarme, Don Juan,
de vos, por los propios filos.
[Vase.]

BARZOQUE Todo se sabe, señor.

DON JUAN ¿Quién puede habérselo dicho? 1080

BARZOQUE Tu demonio, que es, sin duda,
chismoso, sobre lascivo.

DON JUAN ¿Quién será aquella mujer
que contó que yo había sido
el que había vuelto encubierto, 1085
y a Marcela se lo dijo,
callándoselo a mi padre?

BARZOQUE Yo bien sé quién será.

DON JUAN Dilo.

BARZOQUE Es el diablo.

DON JUAN Que te lleve,
por tan grandes desatinos. 1090

Jornada III

[Sala en casa de DON DIEGO**.]**

Salen LEONOR**, con manto, y** JUANA**, sin él.**

LEONOR — Juana, quítame este manto,
quítame aqueste vestido
presto.

JUANA — ¿Qué te ha sucedido,
que a casa con temor tanto
vuelves, y aún con mayor llanto 5
que saliste?

LEONOR — No lo sé.
Sólo te prevengo que
no digas, Juana (¡ay de mí!),
que hoy disfrazada salí
ni un punto de aquí falté, 10
a nadie, y más a mi hermano,
porque me puede costar
la vida.

JUANA — En cuanto a callar,
ya sabes tú que es en vano
prevenirme, pues es llano 15
que soy la primer criada
pitagórica, enseñada,
sólo a callar; mas de modo,
que nada en callarlo todo
hago, porque no sé nada. 20
Y así, si quieres saber
cuánto secreto hay en mí,
dame qué callar, y di:
¿qué es lo que ha querido ser,
disfrazada una mujer 25
como tú, haber hoy salido,
con tan humilde vestido,
en una silla alquilada,
sin criado ni criada?
¿Adónde, señora, has ido 30
desta suerte?

LEONOR ¡Ay Juana mía!
Tanto mi mal se acrisola,
que he ido a perder una sola
esperanza que tenía 35
mi grave melancolía
para poderse aliviar.
JUANA Bien me la puedes fiar.
LEONOR No puedo.
JUANA ¡Extraño rigor
el tuyo es!
LEONOR **[Aparte.]** Ya, en fin, honor,
no tenemos que esperar 40
remedio en nuestro cuidado;
pues no sólo hemos perdido
la ocasión, que había ofrecido
quizá por descuido el hado,
para haberos informado 45
de un traidor; mas (¡qué rigor!)
perdido hemos (¡qué dolor!)
de una vez (¡qué tiranía!)
sólo un testigo que había
de hablar en nuestro favor. 50
Y pues que ya la desdicha
tan deshecha sucedió,
callemos, honor, tú y yo;
que no ser de nadie dicha
una desdicha, ya es dicha; 55
y para obligarte a dar
el sepulcro singular
de mi pecho a mi dolor,
honor, en trances de honor,
no hay cosa como callar. 60
Calle yo, y calle mi pena,
pues ignorada...
JUANA Aunque ahora
te enojes, tengo, señora,
de darte una norabuena.
LEONOR ¿Norabuena a mí? ¡Qué ajena 65
della, Juana, vivo yo!
JUANA Don Luis...
LEONOR Calla, y si pensó

tu voz con eso alegrarme,
el pésame puedes darme,
que la norabuena no, 70
que es otro acreedor a quien
mi llanto ha de gradüar.

(**Sale** DON LUIS**.**)

DON LUIS Si el mayor gusto es llegar
uno donde quiere bien,
el mayor pesar también, 75
aunque el llegar haya sido
donde bien haya querido,
si mal allí le han tratado;
que ninguno es bien llegado
donde no es bien recibido. 80
¿Qué es esto, Leonor? ¿Qué enojos
te da mi nombre al oírle,
que salen a recibirle
las lágrimas de tus ojos?
Otros fueron los despojos 85
que mi amor imaginó
de albricias; pues siempre vio
amor ser deuda debida
el llanto de una partida,
pero de una vuelta no. 90
Desde el punto que llegué,
a verte a otra casa fui
y el breve tiempo (¡ay de mi!)
que en hallar ésta gasté,
el mayor término fue 95
de mi ausencia: yo estimara
no haberla hallado; durara
toda mi vida mi ausencia,
pues me mata hoy tu presencia,
y ella nunca me matara. 100
Que si llanto y brazos vi
cuando de ti me ausenté,
y sin los brazos halló
el llanto cuando volví,
mejor la ausencia es; y así, 105

o iguala en tan breves plazos,
Leonor, lágrimas y brazos;
o porque yo vivir pueda,
con las lágrimas te queda,
pues te quedas con los brazos. 110

LEONOR Señor Don Luis, mis sentidos,
si tienen hoy admirados,
los brazos tan recatados,
los ojos tan atrevidos,
de efectos tan confundidos, 115
no tengo la culpa yo;
que si el llanto se ofreció,
y con los brazos me quedo,
es que a ellos mandarlos puedo,
pero a las lágrimas no. 120
Que si en pena, en dolor tanto,
dominio en el llanto hubiera,
lo mismo, Don Luis, hiciera
que de los brazos, del llanto,
por declarar mejor cuánto 125
oíros he sentido y veros;
no porque en males tan fieros
yo de quereros dejé;
que quizá es esto porque
nunca dejé de quereros. 130
Enigma parecerá
confesar que os quiero, y ver
que el veros siento: esto es ser
confusión mi pecho ya;
y puesto que no se da 135
a entender, sólo quisiera
que una fineza os debiera,
y es a creer obligaros
que hago por vos en no amaros
más que en amaros hiciera. 140
Y así, os suplico me hagáis
merced de que me olvidéis,
que en vuestra vida me habléis,
que jamás no me veáis.
Y porque no presumáis 145
que es mudanza, sabe Dios

que este apartarnos los dos
es constancia y es firmeza,
y es...

DON LUIS ¿Qué?

LEONOR La mayor fineza
que yo puedo hacer por vos. 150
[Vase.]

DON LUIS Si tú, divina Leonor,
enigma a tu pecho llamas,
siendo tú quien de tu pecho
hoy los secretos alcanza,
¿qué haré yo, que los ignoro, 155
viendo acciones tan contrarias,
como hacer favor la pena,
y fineza la mudanza?
Juana, ¿qué es esto?

JUANA ¡Qué diera
por respondértelo Juana, 160
pues lo supiera!

DON LUIS Tu voz
aun más que la suya engaña.

JUANA Engañada me vea yo,
si tal engaña.

DON LUIS ¡Ay tirana!
No has de poder persuadirme 165
que otro amor desto no es causa.

JUANA Mi señor.

DON LUIS Pues disimula.

JUANA Ya digo que no está en casa.

(**Sale** DON DIEGO.)

DON DIEGO ¡Don Luis!

DON LUIS ¡Oh amigo!

DON DIEGO Los brazos
me dad.

DON LUIS Y en ellos el alma; 170
que hasta veros, no creía
que en Madrid, Don Diego, estaba.
Y así, por cumplir mejor
con la ley de amistad tanta,

vine al instante a buscaros, 175
informado en la otra casa
de dónde os habíais mudado;
y preguntándole a Juana
por vos estaba.

DON DIEGO Los cielos
os guarden; que aunque me pagan 180
esas finezas las que
debéis a amistad tan rara,
quedo obligado de nuevo.

JUANA **[Aparte.]** Voy a decir a mi ama
cómo le halló aquí su hermano, 185
para que ella esté avisada
de decir que no le ha visto.
[Vase.]

DON LUIS Como os dejé en la desgracia,
porque estabais retraído,
cuando yo me ausenté, el ansia 190
de saber el fin me trajo
tan puntual.

DON DIEGO Ya, a Dios gracias,
se acabó todo, porque
sana la herida y firmadas
las paces, libre salí; 195
sólo lo que al lance falta,
para que esté cabal, es
conocer a quien con tanta
nobleza me socorrió;
que aunque diligencias varias 200
hice, nunca quién fue supe.
Vos ¿cómo de la jornada
venís?

DON LUIS Como quien se ha hallado
en la mejor, la más alta,
más heroica y más lucida 205
facción que ha tenido España.
Decid vos, ¿qué hay en Madrid
de nuevo?

DON DIEGO Bien poco, o nada.

[Sale LEONOR**, que se queda escuchando.]**

LEONOR **[Aparte.]** Temerosa que mi hermano
a Don Luis en esta sala 210
hallase, por si algo oyó,
vengo a escuchar lo que hablan.
DON DIEGO Todo como lo dejasteis
lo hallaréis.
DON LUIS Propuesta es falsa,
porque nadie que se ausenta, 215
las cosas que deja halla
como las deja.
DON DIEGO Por eso
lo digo, que es cosa clara
que hallar mudanza un ausente,
ha sido no hallar mudanza, 220
porque no hay cosa más firme
en Madrid.

(**Sale** JUANA.)

JUANA Una tapada
por ti pregunta, señor.
DON LUIS No quiero estorbaros nada.
Dadme licencia, Don Diego, 225
y adiós os quedad.
DON DIEGO Mañana
yo os buscaré, y hablaremos
despacio.
DON LUIS **[Aparte.]** ¡Ay Leonor tirana!
¿Qué mudanza ha sido ésta?
Mas ¿qué me admira ni espanta, 230
si quien va a decir mujer
ya empieza a decir mudanza?
[Vase.]
DON DIEGO ¿Adónde mi hermana está?
JUANA En su cuarto retirada.
DON DIEGO Pues di a esa dama que entre. 235

[Vase JUANA.**]**

LEONOR **[Aparte.]** Ver tengo quien es, que el alma

recela, no sea resulta
de aquella historia pasada
del retrato.

DON DIEGO ¿Quién será
quien me busca?

(**Sale** MARCELA)

MARCELA Una criada 240
vuestra.

DON DIEGO Señora Marcela,
¡tanto favor!, ¡merced tanta!
¿Vos en mi casa?

MARCELA A ella vengo
a hablaros una palabra
que os importa.

LEONOR **[Aparte.]** ¡Quiera el cielo 245
no sea de mí (¡estoy turbada!),
si acaso me siguió y supo
quién era!

MARCELA Porque obligada
de vos tantas veces, no
quiero parecer ingrata. 250
[Aparte.] No es sino porque así espero
tomar de Don Juan venganza.

DON DIEGO Pues ¿qué mandáis?

LEONOR **[Aparte.]** Ella viene
de todo (¡ay de mi!) informada.

MARCELA Yo, señor Don Diego, os debo 255
la vida en una desgracia,
y la libertad en otra,
deudas bien precisas ambas
para que al precio de alguna
fineza intente pagarlas: 260
la vida, cuando del coche
me entrasteis en vuestra casa;
la libertad, cuando...

LEONOR **[Aparte.]** ¡Ay cielos!

MARCELA ...de vos en la mía amparada,
cobré aquel retrato mío 265
de aquella encubierta dama,

que ha sido carta de ahorro
de una voluntad esclava.
Habiendo, pues, advertido
en el retrato la causa 270
que para no visitarme
tenéis; y habiendo en el alma
sentido que la tengáis,
he intentado remediarla
con pediros por merced 275
me veáis en ella a cuantas
horas del día quisiereis;
y por que disculpa no haya
en el dueño del retrato
para no hacerlo, en esta banda 280
pendiente le trae, porque
él mejor os satisfaga
de que no tiene más dueño.
Cuerdo sois: cosas pasadas,
aunque disgustan, no ofenden. 285
Quedad con Dios, que esto basta.

DON DIEGO Espera, hermosa Marcela:
no satisfecha te vayas,
persuadida a que me obligas
con lo mesmo que me agravias. 290
Yo confieso que agradezco
la acción, en cuanto a que traigas
el retrato por testigo
que para otro no le guardas;
pero confieso también 295
que darle en tan rica banda
es dádiva, y no favor,
dando a entender que me pagas
el jornal de mis servicios,
acción en un noble baja. 300
Las prendas de estimación
no han de venir engastadas,
y quien ha de pedir celos
no ha de recibir alhajas.
Y así, la banda, señora, 305
vuelve, porque a mí me basta
el retrato sin el oro.

MARCELA Yo no tengo de llevarla.
DON DIEGO Yo no he de quedar con ella.
MARCELA Obligaréisme a dejarla 310
sobre esa silla.
[Déjala y vase.]
DON DIEGO Deténte,
espera, Marcela, aguarda.

(**Vanse los dos; la banda queda sobre una silla, y sale** LEONOR **y tómala.**)

LEONOR ¡Cielos! La venera es ésta,
testigo de mi desgracia;
vuelva a mi poder, pues no 315
hago delito en tornarla;
que su hacienda cada uno,
dondequiera que la halla,
la puede quitar.

(**Vase y sale** DON DIEGO**.**)

DON DIEGO No quiso
aguardar que la bajara; 320
llevarésela esta noche.
Pero ¿cómo de aquí falta?
¿Quién la quitó desta silla?
¡Hola!

(**Sale** JUANA.)

JUANA Señor.
DON DIEGO ¿Fuiste, Juana,
quien una banda de aquí 325
quitó?
JUANA No, ni en esta sala
entré.
DON DIEGO Pues falta de aquí.
JUANA Aquella tapada infanta
se la llevaría, que a eso
sólo vienen las tapadas 330
en cas de los hombres mozos.
DON DIEGO Ésa es disculpa extremada.

¡Si ella a darla vino!
JUANA Pues
arrepentida de darla,
la quitaría ella mesma; 335
que no se da más distancia
entre el dar y arrepentirse
de lo que da, cualquier dama.
DON DIEGO ¡Vive Dios, que la has tomado!
JUANA Yo soy mujer muy honrada, 340
con un primo familiar,
y en tres años que aquí en casa
estoy, no se ha echado menos
un alfiler ni una paja.
Mírenme toda, señores. 345
DON DIEGO Tantos extremos no hagas,
que todos son contra ti,
y ¡vive Dios!...

[Saca la daga.]

(**Sale** LEONOR.)

LEONOR ¡Tú la daga
para una criada!
DON DIEGO Sí,
si es ladrona una criada. 350
JUANA ¡Justicia del Cielo! ¡Yo
ladrona!
LEONOR Pues ¿qué te falta?
DON DIEGO Una banda de oro y una
venera, que ahora estaba
sobre esta silla
LEONOR No creas 355
que la haya tomado Juana.
DON DIEGO Pues ¿quién pudo ser, si ella
sola entró aquí?
LEONOR Antes pensara
que yo la pude tomar,
que ella.
JUANA El diablo lleve mi alma, 360
si yo la he visto, señora.

LEONOR No llores por eso, calla,
y éntrate allá dentro.
JUANA ¡Yo
ladrona! **[Vase.]**
DON DIEGO Con esas alas,
tus criadas son señoras. 365
Si no entró persona en casa
(que estaba a la puerta yo),
¿quién de aquí pudo quitarla
del brazo de aquesta silla?

[Vuelve JUANA**.]**

JUANA Maldita y excomulgada 370
yo muera...
LEONOR Calla, te digo,
y éntrate allá dentro, Juana.
Una destas mujercillas
que a verte vienen... **[Vase** JUANA**.]**
DON DIEGO Repara,
ya que lo has sabido, en que 375
antes la mujer tapada
que aquí estuvo me la dio;
y no queriendo tomarla,
la dejó sobre esta silla.
Fui tras ella, y mientras, falta. 380

[Vuelve JUANA**.]**

JUANA Pues con un sapo en la boca
y un canto a los pechos vaya...
LEONOR A ti digo que te estés
allá adentro.

[Vase JUANA**.]**

DON DIEGO Y no, hermana,
siento la banda perdida, 385
sino un retrato que estaba
en la venera.
LEONOR Pues ¿cómo

a ti en venera te daban
retrato? Nunca él se hizo
para ti.

DON DIEGO Es historia larga, 390
porque yendo a visitar
a aquella que desmayada
yo saqué del coche...

LEONOR Bien
me acuerdo.

DON DIEGO La hallé empeñada
en cobrar cierto retrato 395
suyo, de una oculta dama
que había ido a darle celos.

LEONOR ¿Que hay mujeres en quien pasan
esas cosas?

DON DIEGO Viendo, pues,
que la había hecho amenaza 400
de que gente llamaría,
yo me dispuse a ampararla,
por no ser partido. En fin,
dio el retrato la tapada;
y yo, viendo en los principios 405
de mi amor y mi esperanza
el desengaño, me vine,
si verdad te digo, hermana,
despedido de servirla;
no puedo decir amarla. 410
Ella, obligada a mi trato
o a mi término inclinada
(que si inclinaciones fueran
méritos, no lo contara),
me buscó; y satisfaciendo 415
la queja, en una extremada
bandilla de oro el retrato
me trajo.

LEONOR No ha sido tanta
la pérdida que te obligue 420
a esos extremos; que dama
que ayer a uno se le dio
y hoy te le dio a ti, mañana
para otro te lo pidiera;

y así, que hurtado le hayan
quizá es conveniencia tuya. 425

DON DIEGO ¡Qué buenos consuelos halla
mi pena, cuando por él
diera la vida y el alma!

LEONOR **[Aparte.]** No fuera la vez primera
que tanto precio costara, 430
pues yo las perdí por él,
y por él pienso cobrarlas.
[Vanse.]

[Calle]

(**Salen** DON JUAN **y** BARZOQUE**.**)

BARZOQUE Toda la corte está llena
de que eres muy entendido,
y yo en mi vida te he oído 435
decir una cosa buena.

DON JUAN ¿Por qué lo dices ahora?

BARZOQUE Porque acabas de decir
que a ver a Marcela has de ir.

DON JUAN ¿Y eso es malo?

BARZOQUE ¿Quién lo ignora? 440
Porque ¿hay mayor necedad,
ni es posible, que ir a ver
enojada una mujer?

DON JUAN No hay ley en la voluntad.
¡Qué bien el Fénix de España 445
dijo: En mi pena se infiere
que el que piensa que no quiere,
el ser querido le engaña!
Todo el tiempo que viví,
Barzoque, correspondido 450
de Marcela, el ser querido
me engañó; nunca creí
que la amaba enamorado,
hasta que probé su olvido.

BARZOQUE Nunca ama un favorecido 455
tanto como un despreciado.

DON JUAN No es eso, sino que quien

seguro el favor alcanza,
creyendo a su confianza
no sabe que quiere bien 460
hasta que viene a faltar,
introducido el temor
una vez, se ve el amor.
Y ¿quién me ha metido en dar
sofísticas agudezas? 465
Yo pensé que no quería
a Marcela, cuando vía
en ella tantas finezas;
y hoy que su retiro veo,
la quiero; y basta querella, 470
sin que ande a caza por ella
de razones mi deseo.

BARZOQUE Y ésa es la mayor, si infiero
que otra el amor no ha tenido,
que «yo olvido porque olvido, 475
y yo quiero porque quiero».
Y así, dejada por llana,
pues querer pudiste ayer
y olvidar hoy, y querer
hoy para olvidar mañana, 480
vamos a cómo hablarás
a mujer que te cogió
en tal mentira.

DON JUAN Eso no
es lo que yo siento más,
sino pensar que mujer, 485
que su retrato la ha dado,
Barzoque, y que la ha contado
el que yo la volví a ver,
ya me tiene conocido.

BARZOQUE ¿Eso dudas? ¡Bueno fuera 490
que el diablo no conociera
a quien tanto le ha servido!

DON JUAN ¿Hasta cuándo aquesa vana
necedad has de creer?

BARZOQUE Hasta que la vuelva a ver, 495
en tratable carne humana.

DON JUAN ¿Qué intento sería, en efecto,

dime, el de aquella mujer
que a Marcela hizo saber
de mi venida el efecto, 500
y su retrato la dio,
sin que a mi padre dijera
nada, ni a mí verme quiera,
puesto que me conoció?

BARZOQUE ¿Quieres pagarme, señor, 505
todo cuanto te he servido
mal o bien? Pues sólo pido
que no hables más deste amor.
Vamos a ver a Marcela,
aunque ella enojada esté, 510
y aunque a uno y otro nos dé
cualquiera alhaja que duela,
y no hablemos más en esto;
que tiemblo de discurrir
en ello.

DON JUAN En fin, a morir 515
estoy, Barzoque, dispuesto,
antes que consienta que
Marcela, aunque la ofendí,
para vengarse de mí,
celos con otro me dé. 520
Y aquel hombre que salía
cuando a su casa llegué,
me da pesar. No apuré
el lance, porque creía
la verdad de la disculpa; 525
pero habiendo visto ya
que ella tan resuelta está
a no hablarme, de su culpa
me persuado; y así, juez
he de ser de su cuidado. 530

BARZOQUE Di que estás enamorado,
y acabemos de una vez.

DON JUAN Ya lo he dicho.

BARZOQUE Ella e Inés
¿no son aquellas dos?

DON JUAN Sí.

BARZOQUE A su casa por aquí 535

vendrán.

[Salen MARCELA **e** INÉS **con mantos]**

MARCELA ¿No es don Juan?
INÉS Sí.
DON JUAN Pues.
¡Señora Marcela!...
MARCELA Vamos,
Inés.
DON JUAN ¡Vos fuera a estas horas!
MARCELA Sí, que las grandes señoras
de noche nos visitamos. 540
DON JUAN ¿De dónde venís?
MARCELA No sé
DON JUAN Pues yo saberlo he querido.
MARCELA Una visita a hacer he ido
al Príncipe de Condé,
y pedirle aquel retrato 545
que vos le dejasteis
DON JUAN Bien
se venga vuestro desdén.
MARCELA Más merece vuestro trato.
DON JUAN No es tan malo como vos
queréis que el amor le crea. 550
MARCELA Que lo sea o no lo sea,
importa poco a los dos:
a vos, porque una tapada,
que fue quien me le dio aquí,
os quiere mucho; y a mí, 555
porque no se me da nada.
Ven, Inés.
DON JUAN Barzoque, ven.
MARCELA ¿Dónde vais?
BARZOQUE Ved lo que pasa.
DON JUAN Y ¿dónde vos?
MARCELA Yo, a mi casa.
DON JUAN Pues yo voy allá también 560
MARCELA ¿A qué?
DON JUAN A que gran grosería
fuera el dejaros.

MARCELA Mirad
que unción de la voluntad
llaman a la cortesía
en sus últimos alientos. 565
DON JUAN Por eso es justo que quiera
que ya que se muere, muera
con todos sus sacramentos.
MARCELA No habéis de pasar de aquí.
DON JUAN Tengo de hablaros, que espero 570
desenojaros.
MARCELA No quiero
desenojarme.
DON JUAN Yo sí;
que, hecho un yerro, disculpalle
es justicia y es razón.
Oíd mi satisfacción. 575
MARCELA Mirad que estáis en la calle,
señor Don Juan.
DON JUAN Algún día
os dije yo aqueso a vos.
MARCELA Barajóse entre los dos
la suerte, y llegó la mía. 580
BARZOQUE Desierta la boca y tuerta
tenía un rico mercader,
y un sastre acertó a tener
tuerta la boca y desierta.
Buscando iba bocací 585
el sastre, y cuando llegó
al mercader, preguntó:
«¿Tiene usarced *bocasí*?»
Él, presumiendo que aquello
burla era, con gran rigor 590
dijo: «*Boca-así*, señor,
tengo, ¿qué quiere para ello?»
El sastre, muy indignado,
creyó que las remedaba,
y en tuertas voces le daba 595
quejas de su desenfado.
En tuertas voces también
el mercader se ofendía:
uno y otro presumía

que el defecto era desdén, 600
hasta que gente que allí
a despartirlos llegó,
los dos igualmente vio
que tenían boca-así.
Si entrambos de una manera 605
tuerto el corazón tenéis,
si un defecto padecéis,
no haya vara ni tijera,
sino consolaos los dos
uno a otro, haciendo aquí 610
amistades ante mí,
y entraos a casa con Dios.

MARCELA Yo no he de entrar en la mía,
si la calle no dejáis.

DON JUAN Si en eso resuelta estáis, 615
ya se cansó mi porfía.
Id con Dios, que no entraré
en ella en toda mi vida.

MARCELA Yo voy muy agradecida
a tanto favor.

INÉS No sé 620
para qué le dejas ir,
si lo has de sentir después.

MARCELA Aunque su rigor, Inés,
tanto me has visto sentir,
ya cesó el dolor cruel 625
al punto que él me buscó,
porque a él le buscara yo,
si no me buscara él.

(**Vanse las dos.**)

DON JUAN ¿Has visto, Barzoque, igual
rigor en tu vida?

BARZOQUE Sí. 630
En Diocleciano leí
otro, que debió ser tal
como éste, cuando mató
a un presbítero inocente...

DON JUAN ¡Qué humor tan impertinente 635

cuando estoy muriendo yo!
BARZOQUE Ya ella en su casa se ha entrado.
DON JUAN Si el día, que en sombra va
muriendo, alguna luz da,
dos hombres dentro han entrado. 640
BARZOQUE De que doy fe.
DON JUAN A vistos celos,
callar infamia sería.
BARZOQUE Mira que no es cortesía
estorbar.
DON JUAN ¡Viven los cielos,
te mate!...
BARZOQUE Mira primero 645
que son dos.
DON JUAN ¿No somos dos
nosotros?
BARZOQUE No, vive Dios,
que yo soy humano cero.
DON JUAN Por Dios, que está ya la puerta
cerrada.
BARZOQUE A crer te resuelve 650
que el diablo mesmo se vuelve
si la halla así.
DON JUAN Pues yo abierta
la veré.
BARZOQUE Pues ¿has de hacer
tú lo que el diablo no hiciera?

[Éntrase DON JUAN **y da golpes.]**

DON DIEGO A quien de aquella manera 655
llama, yo he de responder.
MARCELA Salir no habéis.
DON DIEGO ¿Cómo no?,
y más si llaman así
por saber que entré yo aquí.
¿Quién llama a esta puerta?

[Salen DON DIEGO**,** ENRIQUE **y** MARCELA**, que se queda junto a su casa.]**

DON JUAN Yo, 660

que a saber vengo quién es
quien tanta licencia tiene,
que aquí de visita viene.

MARCELA Baja unas luces, Inés.

DON DIEGO No las bajen; que si ha sido 665
su intento saber quién soy,
yo así la respuesta doy.

DON JUAN Y es lo que yo he pretendido.

[Sacan las espadas y riñen los cuatro.]

MARCELA ¡Ay de mí, infeliz!

BARZOQUE **[Aparte.]** ¡Qué diera
yo porque alguno llegara! 670

ENRIQUE ¡Muerto soy!

DON DIEGO ¡Desdicha rara!

ALGUACIL 1. **(Dentro.)** Llegad todos.

DON JUAN ¡Pena fiera!

(**Salen** ALGUACILES **y un** ESCRIBANO**.**)

ALGUACIL 2. ¡La Justicia!

BARZOQUE ¡Huye, señor!

DON JUAN Fuerza es, habiendo un herido
y la justicia venido. 675

BARZOQUE A ver cuál corre mejor.

ESCRIBANO Seguid aquél, que aquél fue,
pues que corre, el delincuente.

[Vase la justicia.]

DON DIEGO Yo he de alcanzarle.

MARCELA ¡Deténte,
Don Diego!

DON DIEGO ¡Suelta!

MARCELA Porque 680
habiendo un muerto o herido,
a estos umbrales dejar
a una mujer, es faltar
a quien eres.

DON DIEGO Atrevido

te pondré en salvo, después 685
que haya, Marcela, vengado
la muerte dese criado.

MARCELA Contigo he de ir, que no es
justo que yo quede aquí
a una violencia dispuesta. 690
[Aparte.] ¡Ay Don Juan, lo que me cuesta
querer vengarme de ti! **[Vanse.]**

.....

[Sala en casa de DOÑA LEONOR**.]**

(**Salen** DON LUIS **y** JUANA**.**)

DON LUIS Juana, esto has de hacer por mí.

JUANA Sí hiciera, mas no me atrevo,
que es cruel su condición. 695

DON LUIS Solamente hablarla intento,
por apurar de una vez
de aquel enigma el secreto.
Ve presto; avísala, Juana.

JUANA No es posible que yo a eso 700
me atreva sin una industria.

DON LUIS ¿Cuál ha de ser?

JUANA Ya la pienso.
Ve a dar por ahí una vuelta;
que estarte en la calle quedo,
podrá ser que se repare. 705
Yo me dejaré ahora abierto
este cuarto, y me estará
con ella en el suyo, haciendo
la deshecha. Tú podrás
entrarte entonces resuelto 710
a hablarla, y yo disculparme
con que no sé nada, siendo
un descuido el que me riña,
y no una traición.

DON LUIS Tu ingenio
lo ha trazado bien. Yo voy. 715

JUANA Y yo lo tendré dispuesto.

DON LUIS **[Aparte.]** Saber tengo cómo vienen

juntos favor y desprecio.
[Vase.]

JUANA — Ve aquí por lo que no puede
hacer una en este tiempo 720
una obra buena. ¿No había
siquiera un diamante viejo
con que decir: «Toma, Juana»?
Mas ya el Dante no hace versos

(**Sale** LEONOR.)

LEONOR — ¿Con quién hablabas?
JUANA — Conmigo, 725
señora, que también tengo
yo mi don de soliloquios.
LEONOR — Trae luces.
JUANA — Allí las dejo.

[Entrándose por ellas y sacándolas.]

y ya están aquí.
LEONOR — ¿Qué hablabas?
JUANA — Estaba un discurso haciendo 730
sobre quién sería el ladrón
de aquella banda. ¡En mal fuego
de San Antón vea la mano
abrasada!
LEONOR — Quedo, quedo,
Juana, que las maldiciones
para nada son remedio. 735
ALGUACIL. — **[Dentro.]** Por aquí fue.
UN ALGUACIL. — **[Ídem.]** En esta vuelta
se perdió.
LEONOR — ¿Qué será aquello?
JUANA — Ruido en la calle, señora.
LEONOR — Abiertas las puertas veo. 740
JUANA — ¿Qué es esto, Juana?
Un descuido
DON JUAN — **[Dentro.]** Pues correr más no podemos,
ni resistirnos de tantos
como nos siguen, y abierto

está aquí, Barzoque, aquí 745
nos entremos.

(**Salen** DON JUAN **y** BARZOQUE.)

LEONOR ¿Qué es esto?
DON JUAN Un desdichado es, señora.
BARZOQUE No son sino dos.
DON JUAN **[Aparte.]** ¡Qué veo!
BARZOQUE ¡Jesucristo!
LEONOR Proseguid
DON JUAN No podré, porque... **[Aparte.]** Estoy muerto. 750
JUANA **[Ídem]** Si ahora se entra Don Luis,
¡buena hacienda habemos hecho!
LEONOR ¿Qué ha sido?
DON JUAN **[Aparte.]** No tengo vida.
LEONOR Hablad.
DON JUAN **[Ídem]** Fáltame el aliento...
BARZOQUE **[Ídem a él.]** Disimula tú, pues ella 755
disimula.
DON JUAN **[Ídem a** BARZOQUE**.]**
Ya lo intento.
Un gran disgusto dos calles
de aquí he tenido... Sospecho
que queda un hombre (no sé
lo que digo) herido o muerto... 760
De la justicia seguido
(mortal estoy), venía huyendo
cuando, al volver desta calle,
vi luz, y...
DON DIEGO **[Dentro.]** Entrad aquí dentro;
que en quedando vos en salvo, 765
le buscaré.
MARCELA **[Ídem.]** ¡Muerta vengo!
DON JUAN Éstos son los que me siguen.
LEONOR Retiraos a este aposento;
que yo les diré que aquí
no entrasteis; que daros debo 770
favor, ya que por sagrado
mi casa tomasteis.
DON JUAN **[Aparte al criado.]** ¡Cielos!

De un peligro he dado en otro.
BARZOQUE Yo y todo.

[Escóndense los dos, quedándose detrás de una puerta.]

[Salen DON DIEGO **y** MARCELA**.]**

DON DIEGO Hermana.
LEONOR ¿Qué es esto?
DON DIEGO Desdichas mías; que apenas
hoy libre de una me veo,
cuando he tropezado en otra.
Malherido a Enrique dejo,
sin haber podido dar
muerte al agresor, que huyendo
se escapó por esta misma
calle...
JUANA **[Aparte a** LEONOR**.]** ¿Si es el que tenemos?
LEONOR Calla, Juana, que no es bien
añadir empeño a empeño.
BARZOQUE **[Aparte al paño.]** Hermano dijo.
DON JUAN Sin duda
nos descubre.
DON DIEGO Y en efecto,
como es siempre obligación
de un noble en cualquier aprieto
la dama, aquí la he traído.
Tenla aquí, mientras yo vuelvo
así por cuidar de Enrique
como por mirar si puedo
vengarle. Marcela, ya
en salvo estás.
MARCELA Deteneos.
LEONOR No salgáis, señor.
DON DIEGO Dejadme.

(**Sale** DON LUIS.)

DON LUIS Deme amor atrevimiento
para llegar. Mas ¿qué miro?
DON DIEGO ¿Quién va? ¿Quién es?

DON LUIS Yo, Don Diego.
DON DIEGO ¿Don Luis?
DON LUIS Sí.
DON DIEGO ¿Pues a estas horas
aquí?
DON LUIS **[Aparte.]** Dadme industria, cielos, 800
que me disculpe.
DON JUAN **[Ídem.]** Don Luis
aquél es.
DON LUIS Buscándoos vengo,
porque en la conversación
se dijo ahora del juego,
que habíais tenido un disgusto. 805
[Aparte.] Decir que allá lo dijeron
es disculpa sin peligro.
DON DIEGO ¿Ya se supo allá tan presto?
DON LUIS Sí. ¿Qué ha sido?
DON DIEGO Pues habéis
venido aquí a tan buen tiempo, 810
venid conmigo, que allá
lo sabréis.
DON LUIS Siempre fui vuestro.

(**Vanse** DON DIEGO **y** DON LUIS.)

DON JUAN Hasta las mentiras tienen
buena o mala estrella.
LEONOR **[Aparte.]** ¡Cielos!
¿Qué es lo que pasa por mí? 815
Escondido un hombre tengo,
en quien concurren las señas
del hábito de su pecho
y el ser de Marcela amante,
pues por ella ha sido el riesgo: 820
apuremos de una vez
al vaso todo el veneno.
DON JUAN **[Al palio.]** ¿Has visto, Barzoque, igual
lance en tu vida?
BARZOQUE No, cierto.
DON JUAN En casa estoy de una dama 825
a quien ofendida tengo,

enemigo de su hermano.
y la causa de todo esto,
que es Marcela, por testigo.

LEONOR Decidme vos, ¿qué suceso 830
ha sido éste?

MARCELA De turbada,
no os he hablado en tanto tiempo.
Estando ahora en mi casa
vuestro hermano, un caballero,
a quien ha días que di 835
la libertad de mi pecho,
llamó con celosos golpes;
que no saben llamar quedo.
Salió Don Diego a la calle,
y sucedió todo esto 840
que él ha contado: la causa
de tan infeliz suceso,
aunque he sido yo, no he sido
yo sola.

LEONOR Pues ¿quién en ello
tuvo más parte?

MARCELA Una dama, 845
que abrase un rayo del cielo.

LEONOR **[Aparte.]** ¡Buena ando yo en maldiciones!

MARCELA Que a mi casa a pedir celos
con un retrato, que yo
le di a aquel ingrato mesmo, 850
fue. Yo, ofendida, intenté
vengarme de su desprecio.

LEONOR Y él ¿quién es?

MARCELA Él es Don Juan
de Mendoza, de Don Pedro
de Mendoza hijo: ¡así fuera 855
leal como es caballero,
constante como es ilustre!

BARZOQUE **[Aparte.**] Ya me holgara, según pienso,
que fuera diablo y no dama.

LEONOR **[Ídem]** Ya, honor, todo lo sabemos, 860
pues sólo quien hijo fuera
de Don Pedro, entrara dentro
de aquel cuarto aquella noche.

¿Qué he de hacer? Si aquí lo tengo,
podrá mi hermano venir, 865
y no es remediar el riesgo.
Si le dejo ir, no tendré
ocasión, como ahora tengo,
para vengarme después.
Mas ¿qué es vengarme? Que en esto 870
mi honor no pide venganza.
En esto al fin me resuelvo.
[Alto.] Marcela, aquí no estáis bien.
Retiraos allá dentro;
que si alguien viene, mejor 875
es que yo esté sola.

MARCELA Eso.
quise suplicaros.

LEONOR Juana,
ve con ella y ni un momento
te apartes della.

JUANA No haré.

MARCELA Fortuna, ¿qué ha de ser esto? 880

[Vanse MARCELA **y** JUANA**.]**

LEONOR **[Aparte.]** Llevemos por bien el daño
en los principios, y luego,
si no basta, honor, muramos.

DON JUAN **[Ídem.]** En gran peligro estoy puesto.

BARZOQUE Pues que sola ella ha quedado, 885
sal ahora.

DON JUAN Eso resuelvo.
Salgamos de aquí una vez.

[Salen los dos.]

BARZOQUE Dices bien.

DON JUAN Yo os agradezco
la vida que me habéis dado.
Quedad con Dios.

LEONOR Deteneos, 890
que aunque deseo que os vais,
también que no os vais deseo.

BARZOQUE **[Aparte.]** Pues a mí no me detienen,
saldré a la calle, y corriendo,
iré a avisar a mi amo 895
del lance en que a Don Juan dejo.
[Vase.]

DON JUAN Cuanto quisiereis decirme
oiré después, que no es tiempo
ahora.

LEONOR Sí es, por si después
no hay ocasión.

DON JUAN Decid presto. 900

LEONOR ¿Sabéis quién soy?

DON JUAN Sé que sois
una deidad, a quien debo
la vida en esta ocasión.

LEONOR ¿Y no me debéis más que eso?

DON JUAN No, porque aunque en mi memoria 905
varios discursos revuelvo,
y algo quiera confesar,
bien a negarlo me atrevo,
pues un testigo que sólo
podéis tener, ya no es vuestro. 910

LEONOR Sí es, Don Juan que esta venera
y retrato, yo le tengo.

DON JUAN **[Aparte.]** ¿Dónde iré yo que no halle
aquesta venera, cielos?

LEONOR Fuera de que el cielo mesmo... 915

DON JUAN Cuanto a decir vais entiendo.

LEONOR Pues, señor Don Juan, que os deis
por entendido agradezco,
ahorrándome la vergüenza
para haceros un acuerdo. 920
La vida vuestra y mi honor
en dos balanzas a un tiempo
puestas están. Pues yo miro
por vuestra vida en tal riesgo,
mirad por el honor mío 925
vos igualmente; advirtiendo
que soy mujer que pudiera
vengarme, y que no me vengo
por que a escándalo no pase

lo que hasta aquí fue silencio. 930
Yo no soy mujer que andar
tengo con mi honor en pleito;
yo no tengo de dar parte
a mi hermano ni a mis deudos;
que soy mujer, finalmente, 935
que moriré de un secreto,
por no vivir de una voz;
que, en fin, hablar no es remedio.
Vida y honor me debéis.
Pues dos deudas son, bien puedo 940
pedir dos satisfacciones...
Una solamente quiero:
y es que si a pagarlo todo
no os disponéis, noble y cuerdo
paguéis la parte en callarlo; 945
que una clausura, un convento
sabrá sepultarme viva,
quedándome por consuelo
solamente que cayó
mi desdicha en vuestro pecho. 950
Con esto, idos; no mi hermano
vuelva, donde sólo temo
un lance que a hablar me obligue,
siendo mi honor mi silencio.

DON JUAN Vuestra cordura, señora, 955
vuestro gran entendimiento,
el mayor consuelo hallaron
en callar; y yo os lo ofrezco,
porque no puedo ofrecer
más; que claro es que no tengo 960
de casarme, porque pude
hallaros en mi aposento
una noche, habiendo sido
quizá causa del suceso
que a dejar os obligó 965
vuestra casa...

LEONOR Deteneos,
no digáis más; que en pensarlo
miente vuestro pensamiento:
que el honor que me debéis,

tan terso y claro...

(**Salen** DON DIEGO **y** DON LUIS.)

DON DIEGO ¿Qué es esto? 970
DON JUAN **[Aparte.]** ¡Ah quién pudiera encubrirse!
[Embózase.]
LEONOR **[Ídem.]** ¿Otra desdicha? ¿Otro aprieto?
DON DIEGO ¡Hombre embozado en mi casa!
DON LUIS ¡Hombre con Leonor riñendo!
DON DIEGO ¿Qué aguardo, que no le doy 975
muerte?
DON JUAN No temáis; primero
[Poniéndose delante de LEONOR**.]**
moriré yo, que os ofendan.
DON LUIS **[A** DON DIEGO**.]** A vuestro lado estoy puesto.
[Aparte.] Cumpliendo con la de amigo
la obligación de los celos. 980
DON JUAN Don Luis, mirad que soy yo
con quien reñís; y si vuestro
valor, por venir con él,
os obliga a que Don Diego
(que a mí me debe la vida, 985
si de otra ocasión me acuerdo)
valgáis, primero acredor
soy yo de vuestros esfuerzos,
pues de algún suceso mío
parte os he dado primero; 990
y quien lo fió de vos
entonces, ya os hizo empeño
de que le valgáis ahora.
[Desembózase.]
DON DIEGO ¡Qué es lo que miro!
DON LUIS ¡Qué veo!
DON JUAN **[Aparte]** ¿Éste es quien me dio la vida? 995
DON LUIS **[Ídem.]** ¡Don Juan es el que me ha muerto!
¿Qué he de hacer en tan extraño
lance de amistad y celos,
de amor y honor?

(**Salen** MARCELA **y** JUANA**.**)

MARCELA Nuevo ruido
hay, ¿qué será?
DON DIEGO Caballero, 1000
yo confieso que me disteis
la vida, y que os la debo;
pero nadie pagar debe
más que recibió; con esto
os digo que si os hallara 1005
hoy en ocasión que hacerlo
pudiera, mi mesma vida
os diera; pero no es precio
para una vida un honor;
y aquéste yo no os le debo. 1010
En mi casa os he topado,
y he de saber a qué efecto
entráis en ella a estas horas.
DON JUAN Aunque no es ley de buen duelo
dar, con la espada en la mano, 1015
satisfacción, darla quiero;
que donde honor es lo más,
todo lo demás es menos.
Con quien en cas de Marcela
reñisteis, soy yo. De aquesto 1020
testigo es Marcela mesma.
En esta casa entré huyendo
de la justicia.
DON DIEGO Aunque sea
eso verdad, que lo creo
porque vos lo decís, yo 1025
no me doy por satisfecho;
que entrarse a ampararse un hombre
no es entrarse a hacer extremos
que obliguen a una mujer
a decir «que es puro y terso 1030
el honor que la debéis».
DON LUIS Decís bien, y con vos vengo.
Sin matarle no cumplís.
(Aparte.) Por matarle yo, le aliento.
DON JUAN ¿Es eso haberos yo dicho 1035
mi secreto?

DON LUIS Sí, y por eso
a Don Diego he de amparar.

(Salen DON PEDRO **y** BARZOQUE**.)**

DON PEDRO **[A la puerta.]** ¿Dónde quedó?
BARZOQUE Aquí.
DON PEDRO Entra dentro.
Don Juan, a tu lado estoy.
DON JUAN Ya contigo nada temo. 1040
MARCELA ¡Qué pena!
LEONOR ¡Qué confusión!
JUANA ¿En qué ha de parar aquesto?
DON PEDRO Caballeros, yo y mi hijo
hemos de salir resueltos,
si se nos pone delante 1045
todo el mundo; aunque primero
quisiera saber qué causa
ha dado para un extremo
tan grande como obligaros,
siendo los dos caballeros, 1050
a que ambos riñáis con él
encerrados; porque pienso
(según ese criado ha dicho)
que ha sido acaso el suceso;
y por sucesos acaso 1055
no riñen ilustres pechos
con uno en su misma casa,
entre mujeres, habiendo
campo. Dos a dos estamos.
Hagamos cabal el duelo. 1060
DON DIEGO Señor Don Pedro, que sea
vuestro hijo ese caballero.
Con ser vos a quien mi hermana
y yo obligación tenemos,
y que vos queráis hacer 1065
desafío cuerpo a cuerpo,
no es bastante a dejar yo
de darle la muerte, habiendo
sido el hallarle embozado
en mi casa...

DON PEDRO Si él huyendo 1070
de la justicia entró aquí,
ya vos no reñís por eso,
sino por la primer causa;
y ésta más debiera, es cierto,
remitirse, cuando en vuestra 1075
casa le halléis, si es que infiero
que haberla tomado él
por sagrado, había de haceros
que al que allá fuera matarais,
le ampararais aquí dentro. 1080
DON DIEGO Hay más causas: que Leonor,
mi hermana, es...
LEONOR Yo diré eso;
que aunque el silencio adoré,
ya no es deidad el silencio;
que hablar en tiempo es virtud, 1085
si es vicio el hablar sin tiempo.
Y no sólo, si me oís,
vos habéis de defenderlo,
pero aun contra vuestro hijo
habéis de ser.
DON PEDRO ¿Cómo puedo? 1090
LEONOR ¿Os acordáis?...
DON PEDRO ¿De qué?
LEONOR De una
palabra...
DON PEDRO Sí, bien me acuerdo,
y daré muerte a Don Juan,
puesto al lado de Don Diego,
como importe a vuestro honor. 1095
LEONOR Pues estad todos atentos.
Aquella infelice noche
que hubo en mi casa un incendio,
y que por estar enfrente...
DON JUAN **[Aparte, a ella.]** Tente, aguarda, que no quiero 1100
saber más. Porque si yo
cobarde estuve, temiendo
la ocasión que allí te tuvo,
ya la sé, y así pretendo
que ninguno sepa más 1105

que yo. Todo ese suceso,
ni mi padre, ni tu hermano,
ni ninguno ha de saberlo,
porque si en trances de honor
dice un discreto proverbio: 1110
No hay cosa como callar,
de lo que hablé me arrepiento,
y no quiero saber más,
pues que no puedo hacer menos.
[Alto.] Ésta es mi mano, Leonor. 1115

DON LUIS **[Aparte.]** Supuesto que a Leonor pierdo,
y ya es mujer de un amigo,
callemos, celos; que en esto
No hay cosa como callar.

DON DIEGO **[Aparte.]** No alcanzo nada al secreto; 1120
mas pues está remediado
mi honor, que es lo que pretendo,
No hay cosa como callar.

DON PEDRO Yo he pagado lo que debo,
Leonor, a mi obligación. 1125

MARCELA **[Aparte.]** Y yo escarmentada, viendo
casado a Don Juan, callar
sólo ha de ser mi consuelo.

BARZOQUE Cada uno a su negocio
está solamente atento, 1130
olvidados de un criado
que está herido, porque desto
se saque cuán malo es
ser criado pendenciero.
Y pues que yo soy criado 1135
de paz, solamente os ruego
que consideréis, señores,
que de los yerros ajenos
No hay cosa como callar;
perdonadnos, pues, los nuestros. 1140

FIN DE «NO HAY COSA COMO CALLAR»

NO SIEMPRE LO PEOR ES CIERTO

Personas que hablan en ella:

Don CARLOS
Don JUAN Roca
Don DIEGO Centellas
Don PEDRO de Lara, viejo
FABIO, criado
GINÉS, criado
Doña LEONOR
Doña BEATRIZ
INÉS, criada

JORNADA PRIMERA

Salen don CARLOS y FABIO, vestidos de camino

CARLOS: ¿Diste el papel?
FABIO: Sí, señor;
y con notable alegría
dijo que al punto vendría
a esta posada.
CARLOS: Y Leonor
¿habráse ya levantado?
FABIO: Aun no ha abierto su aposento.
CARLOS: Pues llama en él, porque intento
darla parte del cuidado
con que a asegurar me atrevo
su vida y su honor aquí,
por lo que me debo a mí,
no por lo que a ella la debo.
Llama, pues; que ya es hora
de que despierte.

Sale doña LEONOR

LEONOR: Eso fuera
si yo, don Carlos, durmiera;
pero quien padece y llora
desdenes de una fortuna
tan crüel, tan inclemente,
tan a todas horas siente
que no descansa en ninguna.
¿Qué me quieres?
CARLOS: Informarte
de cómo en tan triste suerte

trata mi amor defenderte,
ya que no es posible amarte.
Sabrás...

LEONOR: No prosigas, no;
pues sea justo o no sea justo,
basta saber que es tu gusto
para obedecerle yo.
Que, aunque en pena semejante
atento te considero
a la ley de caballero,
primero que a la de amante,
en mí no hay más elección,
más gusto, más albedrío
que el tuyo; siendo éste el mío,
¿para qué es la relación?

CARLOS: ¡Oh, qué bien esa humildad,
hermosa Leonor, viniera,
si de voluntad naciera,
y no de necesidad!

LEONOR: A quien ya le ha persuadido
la apariencia de un engaño
tarde o nunca el desengaño
pondrá su queja en olvido;
y más cuando él de su parte
tan poco hace por creer
que pudo o no pudo ser.

CARLOS: No trates de disculparte;
que no has de poder, Leonor.

LEONOR: Haz una cosa por mí,
por ser la última que aquí
ha de deberte mi amor.

CARLOS: Sí haré; sal de ese cuidado.
Dime, pues, lo que deseas.

LEONOR: Escúchame, y no me creas
después de haberme escuchado.

CARLOS: Con aquesa condición,
sí haré. Prosigue, pues; di.
¿Qué es lo que quieres de mí?

LEONOR: Solamente tu atención.

CARLOS: Aguarda. ¡Fabio!

FABIO: ¿Señor?

CARLOS: Si viniere el caballero
que llamaste, entra primero,
porque se esconda Leonor.

Vase FABIO

Prosigue ahora.

LEONOR: Ya sabes,
Carlos mío... Mal empiezo,
pues yendo a decir verdades,
hube de empezar mintiendo.
Descuido fue; ¡ay Dios! ¡Cuál debe
de andar mi amor acá dentro,
pues, de cuanto arroja fuera,
hasta el descuido es requiebro!
Ya sabes, digo otra vez,
la ilustre sangre que tengo,
por la estimación que has visto

en mis padres y en mis deudos.
También sabes que por mí,
Carlos, no la desmerezco,
aunque quieran mis desdichas
deslucir mis pensamientos.
¡Oh, cuánto en esta materia
cobarde estoy, conociendo
que contra mí hasta la misma
verdad sospechosa tengo!
Pues quien me viere venir
peregrinando a otro reino
en poder de un hombre mozo,
y dé este con tal despego
tratada que las finezas
que a su ilustre sangre debo
aun no las debo yo, pues
él se las debe a sí mesmoþ
¿cómo creerá que sin culpa
tantas desdichas padezco,
cuando al primero que obligo
es el primero que ofendo?
Pero ¿qué importa, qué importa
que en lo aparente y supuesto
se conjuren contra mí
estrella, fortuna y tiempo,
si en la verdad han de hallarse
todos de mi parte, haciendo
lo que el sol con el eclipse,
que, aunque borre sus reflejos,
aunque perturbe sus rayos,
no por eso, no por eso
deja, a pesar de las sombras,
de salir después, venciendo
la vaga interposición
que ya le juzgaba muerto?
Y al fin contra cuantas nieblas
mi esplendor deslucen, pienso
coronarme victoriosa;
y hasta llegar este efecto,
hoy, a pesar de sus iras,
a atar el discurso vuelvo.
En la corte, patria mía,
--¡oh, pluguiera al mismo cielo
hubiera sido al nacer
mi cuna y mi monumento!--
Carlos, me viste una tarde
que, a San Isidro saliendo
con unas amigas mías
por amistad o por deudo,
llegaste a hablarlas y, dando
licencias el campo--atento
a mi hermosura dijera,
si pensara que la tengo--
de galán y de entendido
juntaste los dos extremos,
haciendo la cortesía
capa del atrevimiento.
Continuaste desde entonces
en mi calle los paseos,
en mi reja los suspiros,

de día y de noche siendo
la estatua de mis umbrales
y la sombra de mi cuerpo.
Solicitaste crïadas
y amigas, que son los medios
comunes de amor, a quien
debiste que tus afectos
oyese, para escucharlos,
si no para agradecerlos.
¡Cuántos días te costó
de finezas y desvelos
que leyese un papel tuyo!
Tú lo sabes; y así quiero,
dejando empeños menores,
ir a mayores empeños.
Enterada yo de que
fuesen, Carlos, tus intentos
tan lícitos que aspiraban
sólo a fin de casamiento,
admití, menos crüel
que debiera, tus deseos;
pero con aquel seguro
bastante disculpa tengo
en lo ilustre de tu sangre,
lo honrado de tus respetos,
lo galán de tu persona
y lo sutil de tu ingenio.
Ya nuestra correspondencia
entablada, en el silencio
de la noche, porque a él solo
se fïaba el amor nuestro,
nos hablábamos por una
reja de mi cuarto; y viendo
que no dejaba de ser
escándalo a los que, necios,
de sus cuidados se olvidan
por cuidar de los ajenos,
tratamos que desde entonces
entrases al aposento
de un criado, donde yo
hablarte podía sin miedo.
De esta vil curiosidad
que tantos daños ha hecho,
pues los peligros de afuera
enmienda con los de adentro,
una noche que veniste
más tarde que otras--no quiero
hablar, que no es ocasión,
en si otro divertimiento
más gustoso te detuvo,
pues al fin yo le agradezco
la novedad de venir
al daño y no venir presto--
entraste en mi casa, y cuando,
quejoso mi sentimiento,
desconfïada mi fe,
te esperaba con aquellos
dulces desaires de amor
que entre confianza y miedo
hacen el cariño más

porque le descubren menos,
apenas una palabra
pude hablarte, cuando siento
dentro de mi cuarto ruido
y a saber quién era vuelvo.
Tú, pensando que sería
desdén estudiado, a efecto
de castigar tu tardanza,
me seguiste, cuando--¡ay cielos!--
vi--¡mátame mi memoria!--
que--¡con qué dolor me acuerdo!--
un--¡con qué pena lo digo!--
hombre--¡ahógame mi aliento!--
embozado--¡qué desdicha!--
hacia mí...

Sale FABIO

FABIO: Aquel caballero
que enviaste a llamar aguarda
ahí fuera.
CARLOS: Éntrate allá dentro;
que no quiero que te vea
hasta después.
LEONOR: ¡Que hasta en esto
hube de ser desdichada,
pues, aun para este pequeño
alivio de hablar siquiera,
hubo de faltarme tiempo!
CARLOS: Hoy verás cuánto es en vano
querer disculparte.
FABIO: Presto,
si has de esconderte; que entra.
CARLOS: Tú salte allá fuera luego;

A LEONOR

y tú escucha lo que hablamos.
LEONOR: ¡Qué poco a mi estrella debo!
CARLOS: Menos debo yo a la mía,
pues lo que me dio la he vuelto.

Escóndese doña LEONOR y vase FABIO.
Sale don JUAN

JUAN: ¡Don Carlos, primo!
CARLOS: Los brazos
me dad, don Juan.
JUAN: Aunque tengo
para negarlos razón,
conmigo acabar no puedo
que valga la queja más
que vale el gusto de veros.
¿Vos en Valencia, don Carlos,
y no en mi casa? ¿Qué es esto?
Pues ¿cómo se hace este agravio

a amistad y parentesco?

CARLOS: La queja, don Juan, estimo,
como es justo; pero tengo
la disculpa tan a mano
que habéis de olvidarla presto.
¿Cómo estáis?

JUAN: Para serviros
siempre, a todo trance expuesto.

CARLOS: ¿Vuestra hermana y prima mía?

JUAN: Salud goza; mas dejemos
el cumplimiento, por Dios;
que es un hidalgo muy necio.
¿Qué venida es esta, Carlos?
¿Qué hay en la corte de nuevo?

CARLOS: ¿Qué ha de haber? Desdichas mías,
de que en vano voy huyendo;
pues dondequiera que voy
allí, don Juan, las encuentro.

JUAN: Con eso que me habéis dicho
me habéis crecido el deseo
de saber qué causa os trae
tan despulsado el aliento.

CARLOS: Yo vi una hermosura, y yo
la amé, don Juan, tan a un tiempo
todo, que entre ver y amar
aun no sé cuál fue primero.
Rendido ostenté finezas,
constante sufrí desprecios,
fino merecí favores,
celoso lloré tormentos;
que éstas son las cuatro edades
de cualquier amor; pues vemos
que en brazos del desdén nace,
crece en poder del deseo,
vive en casa del favor
y muere en la de los celos.
Entraba de noche a hablarla
de un criado al aposento
que corresponde a su cuarto;
escuchamos pasos dentro,
volvió ella, y yo tras ella,
o recelando o temiendo
que fuese su padre, cuando
vimos un hombre cubierto
que de su cuarto venía
a hurto sus pasos siguiendo.
"¿Quién es?" dijo. Él respondió:
"Quien sólo quiso ver esto."
Yo nada hablé, porque a vista
de mi dama y de mis celos
remití toda la voz
a la lengua del acero.
Saqué la espada y, cerrando
los dos, a morir resueltos,
quiso, no sé bien si diga
piadoso o crüel, el cielo
que de una herida cayese
en la tierra, para hacernos
iguales las suertes; pues
nos vimos a un punto mesmo,

muerto de la herida él,
y yo del agravio muerto.
Bien pensaréis que ésta es sola
mi desdicha y que el suceso
para en que yo delincuente
me vengo a Valencia, huyendo
del rigor de la justicia.
Pues no, don Juan, pues no es eso;
que ahora empieza el más extraño,
el más notable, el más nuevo
lance de amor que jamás
dio la cadena a su templo.
Al ruido de las espadas,
de la dama los extremos,
dieron las crïadas gritos;
despertó su padre a ellos;
consideradme a mí ahora,
sobre declarados celos,
conjurando contra mí
su familia a un noble viejo,
desmayada aquí mi dama,
y allí mi enemigo muerto.
En este trance me hallaba
cuando ella--¡ay de mí!--volviendo
del desmayo, me pidió
su vida amparase. ¡Ah cielos,
qué bien hace la mujer
que, habiendo de hacer un yerro,
lo fía de buena sangre!
Dígalo yo, pues en medio
de su traición y mi agravio
dispuse acudir primero
al reparo de su vida
que no al de mi sentimiento.
"Sígueme presto," la dije;
y haciendo muro mi pecho,
salí con ella a la calle,
donde las alas del miedo
nos ampararon de suerte
veloces que en un momento
en cas de un embajador
tomamos seguro puerto.
Envié a llamar un criado
que, informado de secreto
de todo, volvió a decirme
que el hombre era un caballero
forastero, que en la corte
estaba a seguir un pleito,
cuyo nombre, aunque le oí,
por ahora no me acuerdo;
que la herida en la cabeza
le privó el sentido, pero,
aunque con poca esperanza
de vida, no estaba muerto,
sino en otra casa, adonde
le llevó un alcalde preso;
que, habiendo sabido que era
yo el agresor del suceso,
mi hacienda estaba embargando.
Ya añadió después a esto

que el padre, como hombre al fin
prudente, advertido y cuerdo,
ni querella ni otra alguna
diligencia había hecho,
porque su venganza sólo
librada tenía en su esfuerzo.
Yo, viéndome, pues, cercado
de penas y en un empeño
tan grande como amparar
la causa de ellas, resuelvo
salir de Madrid, adonde
pueda vivir por lo menos
sin temor de la justicia,
ni de su padre y sus deudos.
Y así, lleno de pesares
y de obligaciones lleno,
acordándome de vos,
de vos a valerme vengo.
Yo, don Juan, traigo conmigo
aquesta dama, a quien tengo
de salvar la vida a costa
de todos mis sentimientos.
En dejándola segura,
pues ésta es en todo riesgo
mi primera obligación,
podrán mis desdichas luego
acudir a la segunda;
pues la segunda que tengo
es huir de esta enemiga
que como noble defiendo,
que como quejoso obligo,
como enamorado quiero
y como ofendido huyo;
y en dos contrarios extremos,
acudiendo a las dos partes,
de amante y de caballero,
enamorado la adoro
y celoso la aborrezco;
cuyas dos obligaciones
tan cabal la acción han hecho
que desde Madrid aquí,
si no es hoy, juraros puedo
que no la hablé dos palabras;
porque no quise que en tiempo
ninguno de mí dijese
la fama que pudo menos
mi valor que mi apetito;
que es hombre bajo, que es necio,
es vil, es ruin, es infame
el que solamente atento
a lo irracional del gusto
y a lo bruto del deseo,
viendo perdido lo más,
se contenta con lo menos.
Mirad vos cómo en Valencia,
con otro nombre supuesto,
podrá vivir esta dama,
en qué casa, en qué convento,
en qué retiro, en qué aldea,
donde vereis que la dejo

lo poco que traer conmigo
pude para su sustento;
que a mí me basta esta espada;
pues al instante, al momento
que ella asegurada quede,
yo tengo de ir de ella huyendo.
A Italia a servir al Rey
me pasaré, donde al cielo
le pido que la primera
bala acierte con mi pecho,
porque con mi vida acaben
de una vez tantos recelos,
tantas penas, tantas ansias,
agravios y sentimientos,
que como noble las huyo
y como amante las siento.

JUAN: Es tan nueva vuestra historia,
tan raro vuestro suceso
que sólo puede admirarse,
dejándoselo al silencio.
Y hablando, no en el pasado,
pues ya no tiene remedio,
sino en lo presente, vamos
lo que ha de ser previniendo.
Donde mejor esta dama
estará es en un convento;
mas tiene el inconveniente
de haber de estarla asistiendo,
cuando tan pobre os halláis,
sin renta y con alimentos;
que, aunque mi alma, mi vida,
mi ser y honor, todo es vuestro,
mi hacienda está de manera,
don Carlos, que no me atrevo,
porque no sé si después
podré cumplirlo, ofrecerlo.
Y así en mi casa presumo
que habrá de estar, donde creo
que...

CARLOS: No paséis adelante;
que, aunque la oferta agradezco,
no me es posible aceptarla,
ni que, estas cosas sabiendo,
dé ese cuidado a mi prima.
Fuera de que no es respeto
llevar mi dama a su casa;
que, aunque por su nacimiento
mereciera bien su lado,
estos extraños sucesos
ajan mucho las noblezas.

JUAN: Oíd, que para todo hay medio.
A una doncella de casa
mi hermana habrá poco tiempo
que puso en estado, y hoy
está sin ella. Yo tengo
una dama, amiga suya,
a quien sirvo y galanteo
para casarme, y a quien

podré fïar el secreto.
Pidiéndole yo a esta dama
que la envíe a casa, dejo
asegurada la parte
de que mi hermana, sabiendo
quién es, lo tenga a disgusto.
Y aunque el desdoro confieso
de que entre con este nombre,
puede tolerarse, siendo
en lo público crïada
y señora en lo secreto;
pues yo he de estar a la mira,
siempre a su servicio atento.

CARLOS: El medio no era muy malo
para asegurarla; pero
no me atreveré, don Juan,
yo a decirlo y proponerlo
a Leonor, porque...

Sale doña LEONOR de donde estaba escondida

LEONOR: Detente;
que yo responderé a eso.--
Señor don Juan, no tan sólo
como crïada sirviendo
en vuestra casa estaré
honrada y gustosa, pero
como esclava que compráis
de aquesta fineza a precio;
porque no habrá para mí,
si es que para mí hay consuelo,
otro alguno, sino sólo
saber que ha de ser mi dueño
cosa tan propia de Carlos;
y así, humilde a esos pies ruego
facilitéis esta dicha.
Y pues os he estado oyendo,
y en la relación que él
de mis fortunas ha hecho
parece que estoy culpada
y que apelación no tengo,
porque a vuestra casa no
llevéis ni aun el más pequeño
escrúpulo de que soy
tan fácil como parezco,
plegue a Dios que él me destruya
con su poder, y los cielos
me falten, si yo a aquel hombre
embozado y encubierto
ocasión le di jamás
para tanto atrevimiento,
si ya no es darle ocasión
a un hombre darle desprecios.

JUAN: Vuestra hermosura, señora,
al paso que vuestro ingenio,
os acredita conmigo;
y no ya por Carlos quiero
hacer la fineza, si es
fineza la que os ofrezco,

sino por vos. Que la escriba
mi dama a mi hermana quiero
un papel que vos llevéis.
Esperad, que al punto vuelvo.

Vase

LEONOR: Ya, don Carlos, que ha llegado
el plazo de tus deseos,
pues ya te verás sin mí,
una cosa sola espero
que añadas a las finezas
que hasta este instante te debo.

CARLOS: Déjame, Leonor, por Dios;
no apures mi sufrimiento,
porque no sé que te adoro
hasta que sé que te pierdo.
Pero dime, ¿qué me quieres
pedir?

LEONOR: Que si en algún tiempo
te llegare el desengaño
de la culpa que no tengo,
me has de cumplir la palabra
que me diste.

CARLOS: No sólo eso
ofrezco a ese desengaño,
Leonor, pero hacerte ofrezco
víctima el alma y la vida.
Pero ¿cómo me enternezco
de esta suerte? ¿Tú no eres
la que aquel hombre encubierto
en tu aposento tenías?
Pues ni aun desengaños quiero
tuyos, sino huir de ti,
ya que segura te dejo.

LEONOR: Vete, vete; que algún día
volverán por mí los cielos.

CARLOS: Si esa esperanza no hubiera,
me hubiera yo, Leonor, muerto
a manos de mi dolor.

LEONOR: Si airado una vez, si tierno
otra vez me hablas, ¿por qué,
más al mal que al bien atento,
no te pones de mi parte
y crees, Carlos, que puedo
estar sin culpa?

CARLOS: Porque
temo que en cualquier suceso
siempre es cierto lo peor.

LEONOR: Pues yo en mi inocencia espero
que ha de haber suceso en que
no siempre lo peor es cierto.

Vanse. Sale doña BEATRIZ leyendo un papel, y tras ella INÉS

INÉS: (Leyendo mi ama un papel, **Aparte**
tan triste y confusa está

que mil deseos me da
de saber lo que hay en él.
Una vez le aja furiosa,
y al cielo elevada mira,
otra llora, otra suspira.)

BEATRIZ: ¿Hay suerte más rigurosa?

INÉS: (A leer vuelve. ¿De qué nace **Aparte**
ya el agrado y ya el furor?
Sin duda que es borrador
de alguna comedia que hace.)

BEATRIZ: Bien dicen que una crüel
pluma áspid es de ira lleno,
de quien la tinta es veneno
en las hojas del papel.
Dígalo yo, pues a mí
muerte su traición me dio.
¿Quién creerá mis penas?

INÉS: Yo.

BEATRIZ: Inés, ¿tú estabas aquí?

INÉS: A esta cuadra salí ahora
y, viendo la confusión
que tiene tu corazón,
te he de suplicar, señora,
digas qué causa te obliga
a tan grande extremo.

BEATRIZ: Es tal
que, por aliviar el mal,
es fuerza que te la diga.
Bien te acuerdas que don Diego
Centellas me galanteó
mucho tiempo.

INÉS: Sí.

BEATRIZ: Y que yo,
agradecida a su ruego,
a su amor y a su fineza,
le correspondí.

INÉS: Muy bien.

BEATRIZ: Bien te acordarás también
que, aunque es tanta su nobleza,
no se declaró jamás
con mi hermano, hasta salir
con pleito que a seguir
fue a la corte.

INÉS: Lo demás.

BEATRIZ: Pues Ginés, un criado suyo,
que de mí obligado vive,
aquesta carta me escribe,
de que claramente arguyo
que, en Madrid enamorado,
el pleito a que fue es de amor.
La carta dirá mejor
su traición y mi cuidado.

"Cumpliendo, señora, con la
obligación de lo que ofrecí, que fue
avisar de todo, hago saber a Vuestra Merced que en
casa de una dama de esta corte dejó por
muerto a mi señor un caballero de una
herida, de que estuvo dos días sin sentido
y preso. Ya, gracias a Dios, está mejor y

libre, y de partida para esa ciudad, adonde..."

No leo más, porque confieso
que me ahogan las ansias mías.

INÉS: ¿Qué más, señora, querías
leer, después de leído eso?

BEATRIZ: ¿Este es el pleito a que fue
don Diego?

INÉS: Era necesario;
que siempre es pleito ordinario
de Madrid amor.

BEATRIZ: No sé
con qué estilos, con qué modos
pueda explicar mi dolor.

INÉS: Quien vio partir al señor
--¡oh, fuego de Dios en todos!--
ofreciendo maravillas,
y como los alfareros
de amor, no sólo pucheros
hacen, sino cantarillas;
y al fin duran sus extremos
hasta que otra cara ven.
Pero, pícaros, también
nosotras lo mismo hacemos.
Y al cabo de la jornada
bien sabe mi santo Dios
que estamos en paz, y no os
quedamos a deber nada.

BEATRIZ: De rabiosos celos muerta
estoy.

INÉS: Tienes mil razones.

BEATRIZ: Y durarán mis pasiones
hasta que... Pero ¿a esa puerta
Inés, no han llamado?

INÉS: Sí.

BEATRIZ: Pues llega; mira quién es.

INÉS: (¡Ay de ti, pobre Ginés, **Aparte**
si otro escribiera de ti
que en Madrid descalabrado
mi casto honor ofendías!)

BEATRIZ: Locas confusiones mías,
ya que a ver habéis llegado
efectos de una mudanza,
haced, pues todo es del viento,
que me lleve el pensamiento
quien me llevó la esperanza.
Diera, por ver a la dama
que pudo empeñarle así,
el alma y la vida.

Salen INÉS y doña LEONOR vestida pobremente con manto

INÉS: Aquí
está; entrad.

BEATRIZ: Inés, ¿quién llama?

LEONOR: Quien, si merece, señora,
besar vuestra blanca mano,
podrá desmentir, no en vano,

sus fortunas desde ahora,
pues de su golfo crüel
puerto toma en vuestro cielo.

Arrodíllase

BEATRIZ: Alcese, amiga, del suelo.
LEONOR: (¡Que mal me ha sonado el "él"!) **Aparte**
BEATRIZ: ¿Qué es lo que quiere?
LEONOR: Este aquí
carta de creencia es.
BEATRIZ: ¿Cúyo es?
LEONOR: De Violante.
BEATRIZ: (¡Inés, **Aparte**
qué buena cara!)
INÉS: (Así, así.) **Aparte**
LEONOR: (Fortuna, ¿a qué más extremo **Aparte**
puedes haberme traído?
Y aun lo que lloro no ha sido
tanto como lo que temo.)
BEATRIZ: Violante me escribe aquí,
sabiendo que una criada
que he tenido está casada,
que en su lugar...
LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**
BEATRIZ: ...la reciba, porque tiene
bastante satisfacción
que su virtud y opinión
a mi servicio conviene;
de que agradecida quedo
a la intercesión.
LEONOR: Los pies
me da otra vez.
BEATRIZ: ¿De dónde es?
LEONOR: Soy de tierra de Toledo.
BEATRIZ: Pues ¿a qué a Valencia vino?
LEONOR: Con una dama, señora,
de la virreina, que ahora
ha muerto. Y así previno
mi suerte buscar a quien
servir pueda en la ciudad.
BEATRIZ: Su buena gracia, en verdad,
y su persona también
me agradan. ¿De qué servía?
LEONOR: De doncella de labor.
INÉS: (Eso sí; que fuera error **Aparte**
esotra doncellería.)
LEONOR: Yo la tocaba, y no dudo
que daros gusto sabré
en esta parte, porque
abril inventar no pudo
flor que yo de tal manera
no imite, que ese cabello
competir hermoso y bello
le haré con la primavera.
Enaguas, valonas, tocas
no habrán menester salir
de casa para lucir;
pues como yo sabrán pocas

aderezallas ni hacellas
del uso que más se tray.
No hay labor blanca, no hay
puntas sutiles y bellas
que no haga con perfección
tanta que dirás, no en vano,
que allí no anduvo la mano
sino la imaginación.
Bordo razonablemente
broca, cañamazo y gasa.

BEATRIZ: Lo que ha menester mi casa
me ha venido cabalmente;
y así puede desde luego
quedarse en casa; que aunqué
dueño mío y de ella fue
mi hermano, a dudar no llego
que, siendo esto gusto mío,
él no lo embarazará.

LEONOR: Que no se disgustará,
señora, en quien es confío;
que hacer a un triste feliz
es de nobles como él.

BEATRIZ: ¿Cómo se llama?

LEONOR: Isabel.

BEATRIZ: Quítese el manto.

Sale don JUAN

JUAN: ¡Beatriz!

BEATRIZ: ¡Hermano don Juan!

JUAN: ¿Qué hacías?

BEATRIZ: Una fineza por ti
haciendo estoy.

JUAN: ¿Cómo así?

BEATRIZ: Porque sabiendo que habías
de agradecer, como amante,
dar gusto a tu dama bella,
recibí aquesa doncella,
por ser cosa de Violante.

JUAN: La buena cortesanía
y la malicia agradezco.

A LEONOR

Y así esta casa os ofrezco,
por vos y quien os envía;
porque si para los dos
tal encomienda traéis,
vos a Beatriz serviréis,
pero yo os serviré a vos.

LEONOR: Guárdeos el cielo, señor,
por la merced que me hacéis.
En mí una esclava tendréis.

JUAN: (¿Qué te parece, Leonor, **Aparte**
de la casa y Beatriz bella?)

LEONOR: (Que solamente con esto **Aparte**
que hoy la he debido, se ha puesto
en paz conmigo mi estrella.)

JUAN: Beatriz, hablarte quisiera
en una cosa que hoy
por mí has de hacer.
BEATRIZ: Tuya soy.
Idos las dos allá fuera.

Hablan don JUAN y doña BEATRIZ en secreto

INÉS: Usted, señora Isabel,
me conozca por crïada,
por amiga y camarada;
que uno y otro seré fiel,
como su mucho valor
solamente haga una cosa.
LEONOR: ¿Qué es?
INÉS: No serme escrupulosa
en un tantico de amor.
LEONOR: Esa caduca costumbre
ya espiró. Y si verdad digo,
también traigo yo conmigo
mi poca de pesadumbre.
INÉS: Como eso tu voz me diga,
desde aquí de mejor gana
seré amiga más que hermana.
LEONOR: Y yo hermana más que amiga.
(¡Que hable yo así! Cielos, ¿quién **Aparte**
aquesto creerá de mí?)

Vanse las dos

BEATRIZ: ¿Carlos en Valencia?
JUAN: Sí;
mas publicarlo no es bien,
porque de secreto pasa
a Nápoles; y esto ha sido
causa de que no ha venido
a servirse de esta casa.
Mas vendrá al anochecer
a verte, y lo que quisiera
que por mí tu amor hiciera
es prevenir y tener
algún regalo que hacelle.
BEATRIZ: Digo que yo trastearé
mis escritorios; veré
qué hay en ellos que ofrecelle;
que, aunque estoy desalhajada,
para cosas semejantes
habrá bolsas, lienzos, guantes;
y de la ropa excusada
que hay por estrenar, verás
un azafate que creo
que le acredite el deseo.
JUAN: Notable gusto me das.
BEATRIZ: Esto y la cena de mí
fía.
JUAN: Pues yo vuelvo luego.
Adiós.

BEATRIZ: (¡Oh traidor don Diego, **Aparte**
quién se vengara de ti!)

Vase

JUAN: A Carlos quiero avisar
el efecto que ha tenido
el papel; y aunque haya sido
su mayor cuidado estar,
lo que ha que está, tan secreto
que ninguno puede velle,
esta noche he de traelle
conmigo a casa.

Vase. Salen don DIEGO y GINÉS, de camino

DIEGO: En efeto

gran gusto es volver un hombre
a ver la patria, Ginés.
GINÉS: Y más cuando ha estado tan
a pique de no volver.
DIEGO: Convaleciente me vi
y libre apenas, porqué
contra mí no hubo querella,
cuando al instante traté
de ausentarme de Madrid,
por el recelo de que
los parientes de Leonor
muerte a su salvo me den.
GINÉS: Si esto de morir es burla
pesada para una vez,
¿qué será para dos veces?
Tú hiciste, señor, muy bien.
DIEGO: ¿No es don Juan aquél que sale
de su casa?
GINÉS: Sí.
DIEGO: Ginés,
todo parece que hoy
me va sucediendo bien.
GINÉS: Pues ¿qué maula te has hallado?
DIEGO: ¿Es poca dicha saber
que, estando ahora don Juan
fuera de casa, podré
ver a Beatriz?
GINÉS: ¿De Beatriz
te acuerdas?
DIEGO: ¿Cuándo olvidé
yo su gran belleza?
GINÉS: Cuando
por otra, que yo miré,
te dieron en la cabeza,
o de tajo o de revés,
un tanto con que por tanto
no vuelves acá otra vez.
DIEGO: Eso de servir un hombre
en ausencia otra mujer
es licencia concedida

al amante más fïel.
GINÉS: Lo mismo hacen ellas.
DIEGO: Llega,
y pregunta por Inés
y dila que estoy yo aquí...
y advierte una cosa...
GINÉS: ¿Qué?
DIEGO: Que del pasado suceso
a nadie noticia des,
y más en cas de Beatriz.
GINÉS: ¿Eso había yo de hacer?
Cree que hoy no sabrá de mí
más de lo que supo ayer,
que no la vi de mis ojos.
DIEGO: Llega, pues; llama.

Llama GINÉS a la puerta. Sale INÉS

INÉS: ¿Quién es?
GINÉS: Señora Inés, un criado
de toda vuesa merced,
que tan amante y rendido
se viene como se fue.
INÉS: ¡Ginés mío! ¿No me das
un abrazo?
GINÉS: Y dos y tres;
que no soy yo miserable.
INÉS: ¿Cómo has venido?
GINÉS: Después
lo sabrás muy por extenso;
que no hay tiempo ahora, porqué
mi señor te quiere hablar.
INÉS: Luego ¿ha venido también?
DIEGO: Sí, Inés, y con mil deseos
de verte a ti y de saber
cómo está Beatriz.
INÉS: Pues buena
la hallarás, sabiendo...

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Inés,
¿quién llamaba, que con tanta
conversación estás?
DIEGO: Quien
peregrino y derrotado
de la tormenta crüel
de una ausencia en que, rendido
el zozobrado bajel
de amor a uno y otro embate,
sufrió uno y otro vaivén,
hasta que, tranquilo el mar,
con el bello rosicler
de los amigos celajes,
toma puerto a vuestros pies,
adonde consagra humilde
la tabla, que tumba fue
en el templo de su amor,

al ídolo de su fe.
BEATRIZ: (¡Que mientan así los hombres! **Aparte**
Mas disimular es bien.)
Aunque más, señor don Diego...
pero luego os lo diré.
(Inés, mira que no salga **Aparte**
a aquesta cuadra Isabel;
que no es bien que el primer día
mis penas sepa.)
INÉS: (Haces bien.) **Aparte**
Ginés, después nos veremos.
GINÉS: Como nos veamos después,
yo haré verdad el refrán
de "un poco te quiero, Inés."

Vase INÉS

BEATRIZ: Aunque más, señor don Diego,
--vuelvo a decir otra vez--
(¡Qué mal se encubre el dolor!) **Aparte**
encarezcáis ni pintéis
de la ausencia las tormentas,
significar no podréis
las que he padecido yo,
siempre amante y siempre fiel.
DIEGO: (¡Albricias, que nada sabe!) **Aparte**
GINÉS: (¿Cómo lo había de saber?) **Aparte**
BEATRIZ: ¿Cómo en la corte os ha ido?
DIEGO: Como ausente de vos, pues
no hay gusto en ausencia amando,
si no es uno.
BEATRIZ: ¿Cuál?
DIEGO: Volver
a vista de lo que se ama.
BEATRIZ: (¡Que falso conmigo esté! **Aparte**
Un áspid tengo en el pecho
y en la garganta un cordel.)
¿En qué estado el pleito queda?
DIEGO: Como estaba le dejé,
porque mi poca salud
me trae a convalecer.
BEATRIZ: ¿De qué achaque?
DIEGO: De no veros.
BEATRIZ: Pues ¿no hay en Madrid que ver?
¿No son bizarras sus damas?
DIEGO: Como a ninguna miré,
no puedo dar voto en ellas.
BEATRIZ: ¿Ninguna?
DIEGO: Di tú, Ginés,
la fineza que en mí viste.
GINÉS: Tanta fineza vi en él
que le vi muerto de amor.
BEATRIZ: Sí; mas no dices de quién.
DIEGO: ¿Quién fuera, que tú no fueras?
BEATRIZ: Luego ¿vos no sois aquél
que, trocando en criminal
el civil pleito a que fue,
a sala de competencias
le llevasteis, donde, al ver

en estrado, no en estrados,
vuestra causa una mujer,
en vista os condenó a muerte,
de que ministro crüel
fue cierto competidor?

GINÉS: (¿Cómo lo había de saber? **Aparte**
¡Hémosla hecho buena!)

DIEGO: (¡Muerto **Aparte**
estoy!)

GINÉS: (¿Qué miras? Aun bien **Aparte**
que yo no he hablado palabra.)

DIEGO: (¿Qué es esto que escucho?) **Aparte**

GINÉS: (Es **Aparte**
tu suceso de "pe" a "pa,"
sin quitar ni sin poner.)

BEATRIZ: Todo se sabe, don Diego;
y pues las razones veis
que tengo para ofenderme
de un traidor, aleve, infiel,
falso, engañoso, inconstante,
atrevido y descortés,
que me pasa por finezas
los agravios, no me habléis
otra vez en vuestra vida,
si no intentáis que otra vez
os dé a entender mi valor,
que hay en Valencia también
dama por quien pueda darse
la muerte a un hombre sin fe.

DIEGO: Mirad...

BEATRIZ: Mirad vos, don Diego,
que es tarde, y no será bien
que me cueste hoy el pesar
más que me costó el placer.
Idos pues.

DIEGO: Hasta dejaros
desengañada de que...

JUAN: ¿Cómo no hay aquí una luz? **Dentro**

BEATRIZ: ¡Ay infeliz! Este es
mi hermano.

GINÉS: Pues ¿el hermano
cómo lo había de saber?

Sale INÉS

INÉS: Señora, mi señor sube.

DIEGO: ¿Qué quieres que haga?

BEATRIZ: No sé.

INÉS: Yo sí. Entrad en esta cuadra,
donde escondidos estéis
hasta que podáis salir.

BEATRIZ: ¡Qué infeliz soy!

INÉS: Entrad pues.

GINÉS: Yo tomo de buen partido
que dos mil palos me den.

Escóndense don DIEGO y GINÉS

BEATRIZ: Cierra la puerta hacia acá,
porque no los puedan ver.
INÉS: Ya está la puerta cerrada.
JUAN: Siendo ya al anochecer, **Dentro**
¿no hay luces en casa?

Salen don JUAN y don CARLOS por una puerta, y doña LEONOR con luces por otra

LEONOR: Aquí
las luces están.
CARLOS: (Al ver **Aparte**
que es quien trae la luz Leonor,
ciego con la luz quedé.)

A BEATRIZ

Dadme, señora, a besar
la mano, si merecer
(¡Ay Leonor! ¿Tú en este estado?) **Aparte**
puedo tanta dicha.
BEATRIZ: Aunqué
con rendimientos, don Carlos,
desenojarme intentéis
del agravio que a esta casa
habéis hecho, no podréis.
CARLOS: Ya de ese agravio, señora,
con don Juan me disculpé.
El me disculpe con vos,
pues ya lo estoy yo con él.
Y aunque a vuestra casa hoy
no vengo a honrarme, creed
que en ella, para serviros,
mi alma y vida tenéis.
JUAN: Ya tengo dicho a mi hermana
las razones que tenéis
para no honrarnos despacio.
BEATRIZ: Pues ya que de paso es
la dicha, dadme licencia
a que de paso también
os sirva como pudiere,
mal prevenida mi fe.
Aquí no estáis bien; entrad
en mi cuarto. ¡Hola, Isabel!
Alumbra a mi primo. (¡Cielos, **Aparte**
lástima de mí tened.)

Vase

LEONOR: Supuesto, señor don Carlos,
que he llegado a merecer
serviros hoy, ¿qué mayor
dicha, qué mayor placer?
CARLOS: ¡Ay, Leonor! Si yo pudiera
dejarte servida, cree
que no quedaras sirviendo.
LEONOR: Yo quedo, Carlos, más bien

que merezco, pues que soy
tan desdichada mujer
que no merezco de ti
que algún crédito me des.

CARLOS: ¿Creyó alguno lo que oye
primero que lo que ve?

LEONOR: Sí.

CARLOS: Pues hizo mal.

JUAN: Mirad
que con extremos no deis
alguna sospecha en casa.

CARLOS: ¿Quién puede dejar de hacer
extremos, viendo a Leonor
en el traje de Isabel?

Vanse todos menos INÉS. Salen al paño GINÉS y don DIEGO

GINÉS: Inés, ¿podremos salir?

INÉS: No, que están al paso.

GINÉS: Pues
¿qué hemos de hacer?

INÉS: Esperar
que el huésped se vaya.

GINÉS: ¿Quién
es este huésped?

INÉS: Un primo
de casa. Yo volveré
a sacaros; y si cierra
mi amo la puerta, saldréis,
cuando ya esté recogido,
por ese balcón.

GINÉS: ¿Bal-qué?

INÉS: Balcón.

GINÉS: Por no saltar yo,
aun no danzo el salterén.
Inés, disponlo de suerte
que yo salga por mi pie,
si es posible.

DIEGO: De cualquiera
suerte lo dispon, Inés.

GINÉS: Como tú ya estás, señor,
enseñado a que te den,
piensas que el salir no es nada.

INÉS: Cerrad la puerta y no habléis.

DIEGO: Quién se vio en igual aprieto?

GINÉS: Yo, sin qué ni para qué.

INÉS: Gran cochiboda hay en casa.
¡Quiera Dios que pare en bien!

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen don CARLOS y FABIO

CARLOS: ¿Está todo prevenido?
FABIO: Ya la ropa y las maletas
tengo aparejadas, sólo
falta que las postas vengan.
CARLOS: Más falta.
FABIO: ¿Qué es?
CARLOS: Que don Juan
que hoy he de partirme sepa,
para que de él me despida.
FABIO: Pues ¿no sabe que hoy te ausentas?
CARLOS: No; ni él ni Leonor lo saben;
que anoche aun no tenía esta
resolución.
FABIO: Pues yo iré
a avisarle.
CARLOS: Aguarda, espera;
que él parece que ha tenido
de mi pensamiento nuevas,
pues a la posada viene
antes casi que amanezca.

Sale don JUAN

¿Tan de mañana, don Juan?
Pues ¿qué madrugada es ésta?
JUAN: Lo mismo puedo deciros.
¿Dónde vais con tanta priesa?
CARLOS: Anoche, cuando volví
de vuestra casa, en aquesta
posada supe que hay
en Vinaroz dos galeras
de Italia, y perder no quiero
la ocasión de irme con ellas,
porque no veo la hora
de hacer de Leonor ausencia;
que, aunque yo por verla muero,
muero también por no verla.
Y ya que queda segura,
tengo por la acción más cuerda
volver a todo la espalda.
Y así, con vuestra licencia,
don Juan, pienso partir hoy.
JUAN: Si yo, don Carlos, pudiera
o concederla o negarla,
fuera muy gran conveniencia
de mi dolor poder antes
negarla que concederla.
CARLOS: ¿Cómo?
JUAN: Como me importara
deteneros en Valencia
unos días alma y vida.
CARLOS: ¡Fabio!
FABIO: ¿Señor?

CARLOS: Cuando vengan
las postas, despediráslas.

Vase FABIO

Ved, don Juan, con cuánta priesa
son vuestros preceptos, antes
que preceptos, obediencias.
¿Qué hay de nuevo?
JUAN: ¿Estamos solos?
CARLOS: Sí.
JUAN: Pues cerrad esa puerta.

Cierra la puerta don CARLOS

CARLOS: Ya lo está. ¿Qué es esto?
JUAN: Es
una desdicha, una pena
tan grande, Carlos, que solo
vos podéis de mi saberla
como mi amigo, porque
soy mitad del alma vuestra,
y como mi sangre, Carlos,
por ser en los dos la mesma.
Mirad cuánto de un día a otro
muda la inconstante rueda
de la fortuna las cosas.
Ayer en vuestras tragedias
venisteis de mí a valeros,
y hoy en las mías es fuerza
que yo me valga de vos.
¡Oh cuán villana, cuán necia
es mi desdicha, pues cobra
con tanta priesa la deuda!
CARLOS: ¿Desde anoche acá hubo causa
que a tan grande extremo os mueva?
JUAN: Después que anoche salisteis
de mi casa, porque en ella
ni vos quisisteis quedaros
ni yo quise haceros fuerza,
y después que con instancias
no dejasteis que viniera
con vos, traté recogerme;
y recorriendo las puertas
de mi casa, que es en mí
costumbre y no diligencia,
en mi cuarto me entré, donde
mil ilusiones diversas
me desvelaron --de suerte
que entre confusas ideas
apenas dormir quería,
cuando dispertaba a penas--
cuando oigo --¡tiemblo al decirlo!--
que en una cuadra de afuera
una ventana se abría.
Presumiendo que por ella
alguna criada hablaba,
quise averiguar quién era,

abriendo, sin hacer ruido,
de mi ventana la media;
pues, oyendo una razón
o tomando alguna seña,
sin escándalo podía
poner en el daño enmienda.
A nadie en la calle vi,
con que casi satisfechas
mis dudas se persuadieron
a que el viento hacer pudiera
el ruido. Pero ¡qué poco
dura el bien que un triste piensa!
Pues por el balcón a este
tiempo vi que se descuelga
un hombre. Acudí volando
a tomar una escopeta,
y por prisa que me di,
ya otro y él daban la vuelta
a la calle, a cuyo tiempo
cerraron, porque aun aquella
o tibia o fácil o vana
imaginación siquiera
de que eran ladrones no
me quedase, viendo que eran
cómplices del hurto iguales
los que huyen y el que cierra.
Quise arrojarme tras ellos,
mas, viendo con cuánta priesa
y ventaja iban, hallé
que era inútil diligencia.
Conocer quién era quise
la que vestida y despierta
a aquellas horas estaba,
y abriendo --¡ay de mí-- la puerta
de mi cuarto, el de mi hermana
cerrado hallé; de manera
que llamar a él no era más,
pues todas en mi presencia
habían de alborotarse,
que, equivocando las señas,
el semblante de la culpa
ponérsele a la inocencia
y advertir para adelante;
siendo la acción menos cuerda
que hace un ofendido, cuando
no está en términos la ofensa,
darla a entender con decirla
para no satisfacerla.
Yo no he de hacer en mi casa
novedad; de la manera
que hasta aquí me vieron todos
me han de ver, tan sin sospecha
que hasta mi mismo semblante
sabré hacer que el color mienta.
Pero para este recato
tener un amigo es fuerza
afuera, si estoy en casa,
o en casa, si estoy afuera.
Pues si he de fiarme de otro,
¿de quién con mayor certeza

que de vos que, como dije,
sois mitad del alma mesma,
y como deudo y amigo
os toca tanto mi afrenta?
Y así, para averiguarlo,
oíd lo que mi pecho intenta.
Dentro de mi cuarto yo
tengo una cuadra pequeña
con libros y con papeles,
donde jamás sale o entra
criado alguno. Aquí escondido,
don Carlos...pero a la puerta
llaman.

Llaman dentro

CARLOS: Esperad. ¿Quién es?
FABIO: Yo soy, señor; abre apriesa. **Dentro**
CARLOS: Si ves que tengo cerrado,
¿por qué llamas?

Sale FABIO

FABIO: Porque sepas
una grande novedad,
de que importa darte cuenta.
CARLOS: ¿Qué es?
FABIO: Estando de esta casa
esperándote a la puerta,
llegó de camino el padre
de Leonor, a ver si en ella
posada había.
CARLOS: ¿Qué dices?
FABIO: Lo que he visto; considera
si es cosa para que oculta
un instante te la tenga,
y más habiéndole dicho
que sí, y apeádose ahí fuera,
donde te ha de ver, si sales.
CARLOS: ¿Hay desdicha como ésta?
Sin duda en mi seguimiento
y de Leonor a Valencia
viene.
JUAN: ¿Conóceos él?
CARLOS: Sí.
JUAN: Pues mira tú cuándo pueda

A FABIO

salir de aqueste aposento
don Carlos, sin que le vea,
y avisa.
FABIO: Ahora podrá;
que él en el cuarto se entra
que le han dado.
JUAN: Pues salgamos
de aquí una vez; que allá fuera

veremos qué hemos de hacer.
CARLOS: Salgamos, don Juan, apriesa.
JUAN: Vamos a mi casa, adonde
ya es de los dos conveniencia
estar en ella escondido.
CARLOS: ¡Qué de temores me cercan!
JUAN: ¡Qué de cuidados me afligen!
CARLOS: ¡Ay, Leonor, lo que me cuestas!

Vanse. Salen doña BEATRIZ e INÉS

BEATRIZ: Inés, nada me digas;
que a más dolor mi sentimiento obligas.
INÉS: Pues, habiendo salido
del empeño de anoche tan sin ruido
que, sin que en casa nadie lo sintiera,
a don Diego y Ginés echamos fuera,
¿qué es lo que ahora te aflige?
BEATRIZ: Tú de mi llanto mi pasión colige.
¿Qué importa que saliesen,
sin que mi hermano ni Isabel los viesen,
si después mis desvelos
quedaron sin temor, mas no sin celos?
¿Viste, Inés, en tu vida
desvergüenza mayor que la fingida
confianza y tristeza
con que a significarme la fineza
que ausente había tenido
llegó don Diego, habiendo yo sabido
cuanto le había pasado
en Madrid, de otra dama enamorado?
INÉS: Él no nos oye ahora,
y así por él he de volver, señora.
¿Qué querías que hiciera
en Madrid, que es el centro y es la esfera
de toda la lindura,
el aseo, la gala y la hermosura,
un caballero mozo
que le apunta el dinero con el bozo
y está, cuando más ama,
cincuenta y tantas leguas de su dama?
Ya pagó su pecado
bastantemente en cas de aquella moza,
puesto que, sin venir de Zaragoza,
vino descalabrado;
y así, aunque Amor en tu opinión le culpa,
en la mía la ausencia le disculpa.
BEATRIZ: No son mis celos, no, tan poco sabios
que no sepan, Inés, que los agravios
que tocan en el gusto y no en la fama
tienen perdón en quien de veras ama;
y si verdad te digo,
diera por verle disculpar conmigo...
No sé lo que me diera.
¡Loca estoy, muerta estoy!
INÉS: Aguarda, espera;
que si ése es tu deseo,
yo te lo cumpliré, pues nada creo
que embarazarnos puede

que, cuando te entre a ver, aquí se quede.
No hay ya que hacer extremos,
pues que la escapatoria [nos] sabemos.

BEATRIZ: Sí, pero no quisiera
que mi amor tan rendido conociera,
Inés, que imaginase
que yo sobre mis quejas procurase
a sus disculpas la ocasión.

INÉS: A todo
remedio hay.

BEATRIZ: ¿De qué modo?

INÉS: De este modo;
yo le diré que estás tan enojada,
tan ofendida y tan desesperada
que una y doscientas veces me has mandado
no admitir papel suyo ni recado;
mas que, no obstante, sólo por hacelle
gusto, me he de atrever...

BEATRIZ: ¿A qué?

INÉS: A ponelle
donde te pueda hablar; con que consigo
tres cosas: la una, que él se vea contigo;
la otra, que tú rogarle no parezca;
y la otra, que él a mí me lo agradezca.

BEATRIZ: Inés, yo estoy celosa; cuerda eres;
harto he dicho; haz tú allá lo que quisieres;
y en esta parte más no discurramos,
porque Isabel no entienda lo que hablamos.

Sale doña LEONOR con unos lazos en una bandeja

LEONOR: Aquestas son, señora,
las flores que mandaste hacer.

BEATRIZ: Ahora
gusto, Isabel, no tengo para nada;
yo las veré después.

LEONOR: ¡Qué poco agrada
quien sirve sin estrella!

BEATRIZ: Menos agrada quien amó sin ella.

Vase

LEONOR: ¿Qué es esto, Inés? ¿Qué tiene nuestra ama?

INÉS: Esto es, amiga, reventar de dama.
Tiene una hipocondría
con que de una hora a otra cada día
muda mil pareceres.
Oye, ve y calla, si agradarla quieres.

Vase

LEONOR: Harto oigo y harto veo
y harto callo también. Loco deseo,
¿para qué neciamente
persuadirme procuras que aquí, ausente
de mi casa, mi patria y padre, puedo
perder ya más a mi desdicha el miedo,

si está tan cerca el daño
que es locura aguardar el desengaño,
y me pone tan lejos la esperanza
que es locura tener la confïanza
en lo instable del tiempo? Pues decía
uno que enfermo de mi mal estaba:
"¡Ay triste del que fía
su cura al tiempo!," porque examinaba
que es remedio, aunque sabio, tan incierto
que ya el mal le había muerto
cuando a curarle el médico llegaba,
matando mil para uno que sanaba.
¿Quién jamás se habrá visto
--¡mal el dolor, mal la pasión resisto!--
en tan mísero estado
como yo, sin haber --¡ay de mí!-- dado
ocasión a fortuna tan tirana,
pues nunca fue...?

Sale don JUAN

JUAN: Isabel, ¿qué hace mi hermana?
LEONOR: En su cuarto, señor, --¡oh pena fuerte!--
está.
JUAN: Pues hablaréte de otra suerte,
si sola estás. ¿Qué hacías, Leonor bella?
LEONOR: Lo que siempre: quejarme de mi estrella.
¿Has visto a Carlos?
JUAN: Sí; porque no fuera
justo...
LEONOR: ¿Qué?
JUAN: Que sin verle se partiera.
LEONOR: Luego ¿ya se ha partido?
JUAN: Sí, Leonor.
LEONOR: ¿Sin haberse despedido
de mí? ¡Qué poco a sus finezas debo!
JUAN: No, Leonor, con afecto ahora nuevo
dejes tu entendimiento
fácilmente llevar del sentimiento.
Yo estoy en guarda tuya,
y no sin causa tu discurso arguya
que, de mí defendida,
por ti he de aventurar honor y vida.
LEONOR: No dudo esa fineza
de tu valor, tu sangre y tu nobleza;
y porque sepas cuánto, don Juan, fío
de tan hidalgo y noble ofrecimiento,
puesto que el pecho mío
no es posible negarse al sentimiento,
dame, señor, licencia
para que en tanta pena, en dolor tanto
me retire a llorar de tu presencia;
que no es razón que descortés mi llanto
pierda a tus confïanzas el decoro.
No llore yo, sabiendo tú que lloro.

Vase

JUAN: (¡Qué cuerdamente decía **Aparte**
aquel sabio que entre el ver
padecer y el padecer
ninguna distancia había!
Díjela que se había ido
Carlos, que encerrado ya
dentro de mi cuarto está,
porque él y yo hemos querido
que nadie sepa este grave
empeño; porque en efeto
ninguno guarda un secreto
mejor que el que no le sabe.
Fuera de que, estando aquí
hoy el padre de Leonor,
para todos es mejor.)
¡Carlos!

Sale don CARLOS

CARLOS: ¿Estáis solo?
JUAN: Sí;
que no entrara acompañado.
CARLOS: ¿Habéis hablado a Leonor?
JUAN: Sí, Carlos; y de su amor
y de su virtud me han dado
bastante satisfacción
sus lágrimas. Ha sentido
pensar que os habéis partido
con tan discreta pasión
que he llegado a persuadirme,
aunque el indicio la culpa,
que ella está, Carlos, sin culpa.
CARLOS: Poco tenéis que decirme
en eso; pero aunque yo
el desengaño deseo,
mientras no le toco y veo,
¿tengo de creerle?
JUAN: No.

CARLOS: Luego hablar de él es error,
supuesto que en mis recelos
han de ir borrando los celos
cuanto pintare el amor.
¿Dijisteis que había venido
su padre?
JUAN: No; que no fuera
justo que más la afligiera
de lo que está.
CARLOS: Bien ha sido.
¿Y qué mandasteis a Fabio?
JUAN: Que en la posada esté, pues
él conocido no es,
para que leal y sabio
siempre a la mira estuviese
del padre, y que procurase
penetrar cuanto intentase.
CARLOS: Medio muy frívolo es ése;
que claro es que él no dirá
a nadie a lo que ha venido.

JUAN: Con todo eso... Mas ¿qué ruido
es éste?

Dentro hay ruido, y don CARLOS mira por la cerradura de la puerta

CARLOS: Ser cierto ya,
don Juan, el lance mayor
que sucedernos pudiera.
Quien sube por la escalera
es el padre de Leonor.
JUAN: ¿Qué decís?
CARLOS: Que yo por esa
llave le vi y conocí.
JUAN: ¿El padre de Leonor?
CARLOS: Sí.
JUAN: Pues retiraos apriesa
vos a esa cuadra, que yo
a recibirle saldré,
y lo que intenta sabré.
CARLOS: Deteneos, eso no;
que no es, adonde Leonor
y yo estamos, venir él
lance tan poco crüel
que permita mi valor
dejaros.
JUAN: Pues siempre os queda
libre el paso a acción igual,
no anticipemos el mal;
dejémosle que suceda.
Escuchémosle primero;
retiraos de aquí.
CARLOS: Sí haré;
pero a la mira estaré.

Escóndese; abra la puerta don JUAN, y sale don PEDRO, vestido de camino

JUAN: ¿A quién buscáis, caballero?
PEDRO: Suplícoos que me digáis,
pues por caballero os toca
honrarme, si don Juan Roca
en casa está.
JUAN: ¿Qué mandáis?
Que yo don Juan Roca soy.
PEDRO: Que vuestros brazos me deis,
pues que vos sólo podéis
ser de mis fortunas hoy
puerto, a cuya confianza
todas mis penas entrego,
cuando a vuestra casa llego
a lograr una esperanza,
seguro de que ha de hallar
mi infeliz tirana estrella
todo cuanto busco en ella.
CARLOS: (¿Qué más se ha de declarar?) **Al paño**
JUAN: (Sin duda que ya ha sabido **Aparte**
que don Carlos y Leonor

están aquí.) Yo, señor,
a mi suerte agradecido
   estoy, cuando así me honráis.
Pero es fuerza padecer
mil dudas hasta saber
quién sois y qué me mandáis.

PEDRO: Sentaos y quién soy, señor,
de aquésta sabréis primero;

Dale una carta

luego sabréis lo que espero
fïar de vuestro valor.

JUAN: Del marqués mi señor es
la carta. (¡Dudando estoy!) **Aparte**

PEDRO: Leed, sabréis de ella quién soy,
y mi pretensión después.

JUAN: "El señor don Pedro de Lara, mi pariente y amigo, va a esa ciudad en seguimiento de un hombre de quien importa a su honor satisfacerse. Mi poca salud no me da lugar a acompañarle, pero fío que, donde vos estáis, no le hará falta mi persona. Y así os pido, que su ofensa es mía y su satisfacción corre por mi cuenta. Dios os guarde. El Marqués de Denia."

Lo que me escribe el marqués
mi señor habéis oído;
lo que yo respondo a esto
es que aquí para serviros
me tenéis a todo trance.

PEDRO: ¡Guárdeos Dios! que así lo fío
de las noticias que traigo
y de las partes que miro
en vos, con cuyo resguardo
solo y secreto he venido,
en confïanza no más
desa carta; porque dijo
el marqués que en vos tendría
mi honor valedor y amigo
por muchas obligaciones
que a su casa habéis tenido.

JUAN: Todas las confieso, y todas
veréis en vuestro servicio
empleadas igualmente.
Pero para esto es preciso
saber, señor, la ocasión
que a Valencia os ha traído.
(Apuremos de una vez **Aparte**
todo el veneno al peligro.)

PEDRO: Yo lo diré, si es que yo
puedo acabarlo conmigo.
Noble soy, don Juan, y sobre
ser noble estoy ofendido.
Mi enemigo está en Valencia;
tras él vengo; harto os he dicho.

JUAN: Y yo lo he entendido todo

tan bien ya como vos mismo.

PEDRO: Discreto sois, y así sólo
quiero que estéis prevenido
para cuando yo os avise
de que de vos necesito.

Levántase

JUAN: Esperad; que falta más.

PEDRO: Decid ¿qué falta?

JUAN: Advertiros
de que yo tengo en Valencia
deudos, parientes y amigos;
y así, sin saber quién es,
don Pedro, vuestro enemigo,
ni el marqués puede mandarme
cosa contra el valor mío,
ni yo ofrecer favor que
resulte contra mí mismo.

PEDRO: De vuestra sangre y cordura
ha sido reparo digno
y, aunque sea contra mí,
os lo agradezco y estimo;
y para que no dejemos
el escrúpulo indeciso,
¿qué tenéis con un don Diego
Centellas?

JUAN: Ser conocido
mío no más.

CARLOS: (Éste es **Aparte**
aquel competidor mío.)

PEDRO: Según eso, ya el reparo
es ninguno.

JUAN: Así lo afirmo.

PEDRO: Pues éste una noche --¡ay triste!
¡con qué dolor lo repito!--
quedó por muerto en mi casa,
con que no pudo mi brío
satisfacerse; que fuera
villano rencor, indigno
de mi valor, emplear
en un cadáver los filos
de mi vengativo acero;
pero no tan vengativo
que vida no diera muerto
a quien diera muerte vivo.
Llegó justicia, y yo alcé
la mano al instante mismo
a venganzas y querellas,
porque no fuera bien visto
que hombre como yo tratara
de vengarse por escrito.
Entre el alboroto huyó
una hija mía... Al decirlo
me embaraza la vergüenza.
¡Mal haya el primero que hizo
ley tan rigurosa, pacto
tan vil, duelo tan impío,
y entre el hombre y la mujer

un tan desigual partido
como que esté el propio honor
sujeto al ajeno arbitrio!
Huyó, digo, de mi casa,
y aunque de aqueste delito
fueron dos los agresores,
a este con dos causas sigo.
La primera, que no sé
del otro; y así es preciso
que aquél, de quien sé primero,
pruebe primero el castigo.
La segunda, que, viniendo
ahora por el camino,
que un caballero venía
recatado y prevenido
con un criado y una dama
en mil posadas me han dicho;
y por las señas es ella;
que, habiendo él convalecido
y ella faltado, es muy fácil
presumir que se ha valido
de él en su fuga; y así,
con este segundo indicio,
más irritado le busco
y más osado le sigo,
para que así se reparen
las ruinas del edificio
de mi honor, que está por tierra,
o para que vengativo
haga que aun éstas no queden,
sin que los incendios vivos
de mi pecho les abrasen.
Y pues mi agravio os he dicho,
y ya no hay inconveniente
en ayudar mis designios,
después volveré a buscaros;
que ahora de vos me retiro
a hacer otra diligencia
de que os vendré a dar aviso,
como a quien ya desde aquí
mi amparo ha de ser y asilo,
no tanto porque a ello os mueva
la carta que os he traído,
cuanto por la obligación
en que os pone haberme visto
dar lágrimas a la tierra
y dar al cielo suspiros.

Vase. Sale don CARLOS

CARLOS: ¿Quién en el mundo se vio
en las dudas que me miro?
JUAN: Vamos recorriendo, Carlos,
lo que nos ha sucedido.
CARLOS: Vos tenéis en vuestra casa
a la dama de un amigo.
JUAN: Hija de un hombre que hoy
a valer de mí se vino.
CARLOS: El amigo está también

en vuestra casa escondido.
JUAN: Y a efecto de que me ayude
a vengar agravios míos.
CARLOS: El enemigo que aquél
busca es también mi enemigo.
JUAN: Y yo, de todos prendado,
no sé a qué me determino;
de Leonor, porque es mujer;
de vos, porque sois mi primo;
por el marqués, de don Pedro;
y de mi honor, por mí mismo.
¿Qué puedo hacer?
CARLOS: Resolveros
a que el tiempo ha de decirlo,
obrando en los lances como
se vinieren sucedidos.
JUAN: Pues si habemos de esperarlos,
Carlos, no hay que prevenirlos;
que ellos vendrán; y hasta entonces
vos, en mi cuarto escondido,
sed de mi honor centinela,
en tanto que yo advertido
haga la deshecha fuera
de que sin cuidado vivo.
CARLOS: Pues adiós. (¡Piadosos cielos...!) **Aparte**
JUAN: Adiós, pues. (¡Cielos divinos...!) **Aparte**
CARLOS: (¡...sacadme de tantas penas!) **Aparte**
JUAN: (¡...negadme a tantos peligros!) **Aparte**

Vanse cada uno por su puerta, y don CARLOS se cierra por dentro. Salen don DIEGO, y GINÉS cojeando

DIEGO: Tú has de ir.
GINÉS: Yo no he de ir.
DIEGO: ¿Por qué?
GINÉS: Porque la más singular
razón que hay para no andar
es tener quebrado un pie.
DIEGO: ¡Válgate Dios, qué notable
estás!
GINÉS: Para entre los dos
me acuerda el "válgate Dios"
cierto cuento razonable.

En un pozo un portugués
cayó. Al verlo dijo un hombre:
"¡Válgate Dios!" Y él de abajo
le respondió: "¡Já nao pode!"

Fácil es la aplicación,
y a propósito ha venido,
si es lo mismo haber caído
de pozo que de un balcón.
DIEGO: ¿Yo también no salté, y no
me hice daño?
GINÉS: Pues ¿qué quieres,
si tú quebradizo no eres
y soy quebradizo yo?
DIEGO: Tu poca maña condeno.

GINÉS: Estreno, señor, de pies,
malo para uno es
lo que para otro es bueno.
Con hambre y cansancio un día
a una posada llegó
cierto fraile, y preguntó
a la huéspeda qué había
que comer? "Si una gallina
no mato," le dijo ella,
"nada hay." "¿Quién podrá comella,"
respondió con gran mohina,
"acabada de matar?"
"Tierna estará," replicó
la huéspeda, "porque yo
sé un secreto singular
con que se ablande." Y cogiendo
la polla, que viva estaba,
vio que los pies la quemaba,
con que a nuestro reverendo
muy blanda le pareció,
y aunque el hambre pudo hacello,
atribuyéndolo a aquello,
en la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
tanto que le tenía inquieto;
y él, cayendo en el secreto,
pegarla a los pies procura

la luz. Dijo, al ver la llama,
la huéspeda: "¿Padre, qué es
eso?" Y el dijo: "Nuestra ama,
porque se ablande la cama,
quemo a la cama los pies."

Así no te dé mohina
que en los dos haga el secreto
su efeto, porque en efeto
tú eres paja y yo gallina.
DIEGO: Por más que tu voz me diga,
no has de escaparte, Ginés,
de ir a ver a Inés.
GINÉS: ¿Inés
no es una fiera enemiga
que anoche, con mil rigores,
tras tenernos a un rincón,
nos vació por un balcón
al fin, como servidores?
¿Yo suyo, y tú de su ama?
Pues ¡vive Dios, de no vella
en mi vida...!
DIEGO: Antes por ella
se aseguró vida y fama
de Beatriz, y agradecido
debo a la fineza ser.
GINÉS: Yo no, que aun agradecer
no puede un hombre caído.
DIEGO: Ya es notable tu extrañeza.
GINÉS: Pues ¿no quieres que me enoje,
señor, si a los dos nos coge
tu amor de pies a cabeza?

DIEGO: Por mí has de ir allá.
GINÉS: Yo iré;
pero por partido tomo
traerte mal despacho.
DIEGO: ¿Cómo?
GINÉS: Como voy con muy mal pie.
DIEGO: En esta esquina te espero.
GINÉS: Poco tendrás que esperar,
si sólo a Inés has de hablar.
DIEGO: ¿Por qué?
GINÉS: Porque, a lo que infiero
del traje, el brío y el talle,
es ella la que salió
de su casa.
DIEGO: Ella es, y no
quisiera hablarla en la calle.
Dila que en este portal
estoy, que se llegue aquí.

Retírase junto al paño. Sale INÉS con manto

INÉS: (Desde la ventana vi **Aparte**
a don Diego, y aunque es tal
mi temor, le hablaré; pues,
fiada en la industria mía,
mi ama echadiza me envía.)
GINÉS: ¿Qué importa, traidora Inés,
lo tapadillo, si el brío
va diciendo a voces que eres
coliflor de las mujeres?
INÉS: ¿Qué es aquesto, Ginés mío?
GINÉS: Esto es cojear.
INÉS: Ya lo veo.
Pero ¿de qué achaque es?
GINÉS: De un achaque tuyo, Inés.
INÉS: Mientes como un cojifeo.
GINÉS: Mi achaque fue tu balcón;
luego claramente arguyo
que es mi achaque achaque tuyo.
INÉS: Negara la conclusión,
a no ir en cas de Violante
a un recado; y no quisiera
que contigo hablar me viera
nadie de casa.
GINÉS: Al instante
que te hable mi señor
en esta parte, no más
que una palabra, te irás.
INÉS: Aqueso fuera peor;
que si mi ama supiera
que le hablaba, me matara.

Llega don DIEGO

DIEGO: ¿Por qué, Inés?
INÉS: Porque es tan rara
su cólera y es tan fiera

la ira que tiene contigo,
que no tomar me ha mandado
papel tuyo ni recado.

DIEGO: Pues, INÉS, ¿tanto castigo
para quien la adora?

INÉS: Darte
quisiera ahora...

DIEGO: ¿Por qué? Di.

INÉS: ...porque no adores aquí
y ofrezcas en otra parte.

GINÉS: Si cesa la indignación
con decir los enojados:
"Mandaré a cuatro criados
que os echen por un balcón"
y ella, con mandarlo a una
sola criada, nos echó
tan a la letra que yo
voy cojeando, ¿mi fortuna
qué más quiere?

DIEGO: ¿Tú también
eres, Inés, contra mí?

INÉS: Esto que te digo aquí
sé allá disfrazar más bien;
que sabe Dios si me cuesta
más de dos pesares ya
disculparte.

DIEGO: Pues si está
tanto en mi favor dispuesta
tu voluntad, haz, Inés,
que sólo un instante vella
pueda yo.

INÉS: En eso está ella.

DIEGO: Y fía de mí, después
de esto, que ahora te da
mi amor la satisfacción.

Dale un bolsillo

INÉS: Para mí excusadas son
estas cosas.

GINÉS: ¡Claro está!

INÉS: Y porque veas que tengo
gana de servirte, haré
una cosa: yo diré
que ya del recado vengo,
y pues ya empieza a cerrar
la noche, y mi amo está fuera,
tú a sólo que yo entre espera;
que, dejándome al entrar
la puerta abierta...

DIEGO: ¡Ay Inés!
¡Hoy nueva vida me das!

INÉS: ...entrarte tras mí podrás,
y obre fortuna después.

DIEGO: Dices bien, y yo te sigo.

GINÉS: ¡Ay Inés, lo que te quiero!

INÉS: ¿Habla vusted, caballero,
con el bolsillo o conmigo?

GINÉS: Con quien quisieres que sea;

mas ponle a mi parte nombre.

INÉS: Quita; que no hablo yo a hombre
que sé de qué pie cojea.

DIEGO: Sígueme, Ginés.

GINÉS: ¿Yo?

DIEGO: Sí.

GINÉS: ¿Adónde?

DIEGO: Conmigo ven.

GINÉS: El diablo me lleve, amén,
si yo pasare de aquí.
¿Qué me quieres encerrado?
Si es por saltar uno más,
en la calle me hallarás,
y haz cuenta que ya he saltado.

DIEGO: Ese temor me ha advertido
que irme solo es lo mejor.

GINÉS: Es muy cuerdo ese temor,
y haz cuenta que ya he partido.

Vanse. Salen doña BEATRIZ y doña LEONOR

BEATRIZ: Haz que pongan unas luces,
Isabel, en esa cuadra,
y espera, en tanto que yo,
de la labor enfadada,
me divierto en esta reja
un rato.

LEONOR: Haré lo que mandas.
(Malo es servir, y peor **Aparte**
servir con desconfïanza.
Recatándose de mí
siempre Beatriz e Inés andan;
una salió fuera y otra
aquí debe de esperarla.
Quiero dar lugar, pues sé
en qué estos secretos paran,
a que hablen; yo me acuerdo
cuando solía en mi casa
tener el mismo recato
y la misma confïanza
de unas y de otras que entonces
me servían. ¡Basta, basta,
memoria! Y pues ahora sirves,
Leonor, oye, mira y calla.)

Vase. Sale INÉS

INÉS: No dirás que me he tardado.

BEATRIZ: Por saber lo que te pasa
con don Diego, estoy, Inés,
esperando en esta sala.
¿Qué ha habido?

INÉS: Que el papel
no ha echado perder la traza.
Tras mí viene, sin que entienda
que tú, señora, le llamas.
No hay sino hacer ahora el tuyo,
mostrándote muy airada,
y conmigo la primera.

En otro tono

BEATRIZ: Inés, mira quién andaba
ahí afuera.
INÉS: ¡Ay, señora! Un hombre...
BEATRIZ: ¿Quién así...?

Sale don DIEGO

DIEGO: Quien a tus plantas,
hermosa Beatriz, ofrece
una y mil veces el alma.
BEATRIZ: ¿Qué es esto, Inés?
INÉS: Yo, señora,
la puerta dejé cerrada.
BEATRIZ: Mientes; que ésta es traición tuya.
No has de estar una hora en casa.
DIEGO: ¿Para qué riñes a Inés,
Beatriz, si yo soy la causa
de tu enojo? En mí tus iras
se rompan y se deshagan;
que yo no quiero más premio
que sólo darte venganzas.
BEATRIZ: Señor don Diego, bien estas
demasías excusadas
pudieran estar, sabiendo
cuánto es hoy vuestra esperanza
para conmigo imposible.
DIEGO: Siempre lo fue; que mis ansias
nunca, Beatriz, presumieron
que mereciesen lograrla.
BEATRIZ: Sí; mas nunca menos que hoy.
DIEGO: ¿Por qué?
BEATRIZ: Porque es muy contraria
política del amor
que merezca quien agravia.
DIEGO: Disculpar esa sospecha
pretendo.
BEATRIZ: Mal disculparla
podréis.
DIEGO: Quizá bien.
BEATRIZ: Don Diego,
la hora es muy aventurada.
Aquesa puerta está abierta,
muy dispuesta mi desgracia.
Idos, no queráis perderme.
DIEGO: De dos suertes, ya que alcanza
esta ocasión mi deseo,
no tengo de despreciarla.
En oyéndome, me iré.
BEATRIZ: Inés, esa puerta guarda,
ya que es fuerza que le oiga,
a precio de que se vaya.

Vase INÉS

DIEGO: Yo salí, Beatriz hermosa,
de Valencia...

Vuelve a salir INÉS muy asustada

INÉS: ¡Ay, desdichada!
BEATRIZ: ¿Qué es eso?
INÉS: Mi señor viene.
BEATRIZ: ¡Triste de mí!
INÉS: Ea, ¿qué aguardas?
Del aposento de anoche
hoy el sagrado nos valga.
DIEGO: ¡Qué desdichado que ha sido
siempre mi amor!

Escóndese

BEATRIZ: ¡Qué tirana
ha sido siempre mi estrella!
INÉS: ¿Qué te turbas y desmayas?
No temas; que mi señor
no trae recelo de nada,
pues entra en su cuarto antes
que en el tuyo.
BEATRIZ: ¡Ay, Inés, cuánta
es mi pena!

Salen don CARLOS y don JUAN a la puerta

JUAN: (Yo venía, **Aparte**
Carlos, como digo, a casa
cuando vi que un hombre en ella
entró. En la calle me aguarda,
y por ventana ni puerta
dejes que ninguno salga.)
CARLOS: (Entra, y fía que seguras **Aparte**
tienes, don Juan, las espaldas.)

Vase

JUAN: ¡Beatriz!
BEATRIZ: ¿Hermano?
JUAN: ¿Qué hacías?
BEATRIZ: Aquí con Inés estaba.
JUAN: Está bien.
BEATRIZ: ¿Adónde vas?
JUAN: ¿Es novedad que en mi casa
entre yo donde quisiere?
BEATRIZ: No lo es, pero extraño...
JUAN: ¡Aparta!
BEATRIZ: ...el modo de hablarme.
JUAN: ¡Quita
de delante!
BEATRIZ: (¡Peña extraña!) **Aparte**
DIEGO: (Hacia este aposento viene. **Al paño**
Salida tiene a otra cuadra;
quiero ver si más seguro

lugar mis recelos hallan.)

Entrase

JUAN: (De esta suerte he de salir
de una vez de dudas tantas.) **Aparte**

Entra tras don DIEGO, sacando la espada

BEATRIZ: Para entrar al aposento
--¡ay de mí!-- la espada saca.
INÉS: Muertes de hombre ha de haber.
BEATRIZ: Inés, la suerte está echada.
INÉS: Y echada a perder, señora.
BEATRIZ: Sin vida estoy y sin alma.
INÉS: Pues cualquiera de ellas es
importantísima alhaja,
¡huyamos!
BEATRIZ: Aun para huir
aliento y valor me falta.
INÉS: Don Diego del aposento
salió, pues que no se halla
en él.
LEONOR: ¡Ay de mí infelice! **Dentro**
BEATRIZ: Pasando de cuadra en cuadra,
dio adonde estaba Isabel.
Ella de verle se espanta,
y huyendo de él, hasta aquí
viene. A este lado te aparta.

Retíranse las dos. Sale doña LEONOR con luz y, tras ella, don DIEGO

LEONOR: Hombre que más me pareces
sombra, ilusión o fantasma,
¿qué me quieres? ¿No bastó
el echarme de mi casa,
sino también de la ajena?
DIEGO: Mujer que más me retratas
fantasma, ilusión o sombra,
¿mis desdichas no me bastan,
sin las que tú ahora me añades,
pues segunda vez me matas?
Pero no; pues hoy...

Sale don JUAN

JUAN: En vano,
aunque el centro en sus entrañas
te esconda, podrás...¿Don Diego?
DIEGO: Detened, don Juan, la espada;
que, aunque vuestra casa está
en esta parte agraviada,
no vuestro honor; y si puedo
satisfacer con palabras
al empeño, mejor es;

pues es cosa averiguada
que es la venganza mejor
no haber menester venganza.

JUAN: (Don Diego Centellas es. **Aparte**
Con Leonor está. Aquí hallan
mis sospechas el mejor
desengaño. ¡Albricias, alma!
Que, aunque ésta es desgracia, es
más tolerable desgracia.)

BEATRIZ: (Suspenso el acero al verle **Aparte**
se quedó; oye lo que hablan.)

DIEGO: Yo, don Juan, amé en la corte
a Leonor, que es esta dama,
en cuya casa una noche
me sucedió una desgracia.
Vine a Valencia y, teniendo
noticia que en vuestra casa
estaba...

LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**

DIEGO: ...esta noche
me atreví a entrar aquí a hablarla.

BEATRIZ: (¡Qué buena disculpa, Inés, **Aparte**
si ahora Isabel conformara
con ella! Haz señas que diga
que sí, que es ella la dama.)

Hace INÉS señas a doña LEONOR

LEONOR: Don Juan, cuanto aquí has oído
es verdad. Don Diego es causa
de mi fortuna, y por quien
desterrada de mi patria,
de mi padre aborrecida,
de mi esposo despreciada,
en este estado, este traje
vivo, sirviendo a tu hermana.

INÉS: (La seña entendió.) **Aparte**

BEATRIZ: (Y lo finge **Aparte**
tan bien que aun a mí me engaña.)

LEONOR: Pero diga él si yo aquí
ni allá le di...

JUAN: ¡Calla, calla!

LEONOR: ...ocasión...

JUAN: ¡No te disculpes!
(¿Hay mujer más desgraciada?) **Aparte**

INÉS: (Mucho la debes, señora, **Aparte**
pues se culpa por tu causa.)

BEATRIZ: (Sólo que lo haya creído **Aparte**
mi hermano es lo que nos falta.)

JUAN: (¿Qué haré? Que, aunque esté seguro **Aparte**
yo, que lo esté Carlos falta.)

Sale don CARLOS, y quédase al paño

CARLOS: Habiendo en la calle oído
ruido acá dentro de espadas,
dejo la puerta y a hallarme
vengo, don Juan... (Mas las armas **Aparte**

tienen suspensas los dos.
Desde aquí oiré lo que tratan;
que quizás será su honor
conveniencia a la desgracia.)

DIEGO: Ésta es vuestra ofensa; y pues
a ser agravio no pasa,
mirad si os estará bien
o remitirla o vengarla.

JUAN: Don Diego, vuestras disculpas
convienen con señas varias
que yo tengo de Leonor.

CARLOS: (¿Qué escucho? ¡Pena tirana! **Aparte**
A Leonor nombró y don Diego.)

JUAN: Pero una pregunta falta.
¿Es ésta la primer noche
que aquí habéis entrado a hablarla?

DIEGO: (Malicia trae la pregunta; **Aparte**
por sí o por no, he de salvarla.)
No; que anoche entré por esa
puerta y por esa ventana
salí. Sabida la culpa,
¿qué importa la circunstancia?

JUAN: Importa más que pensáis.

CARLOS: (¡Contra mí es contra quien paran **Aparte**
los celos de don Juan, cielos!)

BEATRIZ: (Ya que lo ha creído, salga **Aparte**
yo ahora.) Pues ten de mí,
don Juan, la desconfïanza,
y mira lo que me envía,
para servirme, tu dama.

A LEONOR

(Perdona, amiga, y prosigue.) **Aparte**

LEONOR: (No entiendo lo que me mandas.) **Aparte**

JUAN: No es tiempo deso, Beatriz;
pues aunque con señas tantas
me satisfaga don Diego,
estar Leonor en mi casa
por orden de quien a ella
la envió, a mí no me saca
de la obligación en que
me pone mi sangre hidalga;
y así, aunque por ella venga
y no por ti, eso me basta
para que el atrevimiento
castigue yo.

Sale don CARLOS

CARLOS: Aquesa instancia,
pues me toca a mí el sentirla,
también me toca el vengarla.

LEONOR: (¿Qué miro? ¿Carlos aquí? **Aparte**
¡Esto sólo me faltaba!)

DIEGO: Pues ¿quién sois vos, que queréis
tomar ahora la demanda?

CARLOS: Bien pudierais concocerme;

que razones tenéis hartas.
Yo soy aquél que por muerto
os dejó, y ahora trata
acabar lo que empezado
dejó entonces.

LEONOR: (¡Pena extraña!) **Aparte**

DIEGO: Antes pienso que venís
a que yo tome venganza
hoy de todo.

JUAN: A vuestro lado,
Carlos, estoy.

DIEGO: No me espanta
la ventaja de los dos.

GINÉS: Aquí son las cuchilladas. **Dentro**
Entrad todos.

Sale GINÉS y gente

TODOS: ¿Qué es aquesto?

BEATRIZ: (Inés, esas luces mata, **Aparte**
por si podemos así
excusar desdichas tantas.)

Apaga INÉS la luz, y riñen

GINÉS: Nadie tire, estando a oscuras.

JUAN: Ved todos que ésta es mi casa.

GINÉS: Encienda usted una luz,
y lo verán.

LEONOR: ¡Qué desgracia!

DIEGO: (La puerta hallé. Esto no es **Aparte**
volver al riesgo la cara,
sino fïar a mejor
ocasión mis esperanzas.)

Vase

BEATRIZ: (A mi cuarto me retiro **Aparte**
llena de confusas ansias.)

Vase

INÉS: (Tan buena hacienda hemos hecho **Aparte**
que, de puro buena, es mala.)

Vase

GINÉS: Señor, ¿dónde estás? Que ya
el cirujano te aguarda.

CARLOS: ¡Muere, traidor!

GINÉS: ¡Muerto soy!
Que mandarlo vusted basta.
(El diablo que más espere **Aparte**
a que de veras lo hagan.)

Vase

UNO: Muerto está uno; por si viene
justicia, de aquesta casa
salgamos; huyamos todos.

Vase la gente

JUAN: ¡Hola! Aquí unas luces saca.
Mas yo por ellas iré.

Vase

LEONOR: (De confusa y de turbada, **Aparte**
tropezando en mis desdichas,
de aquí no muevo las plantas.)
CARLOS: El puesto he de sustentar;
que, aunque siento que se vayan
todos, no he de faltar yo
de donde saqué la espada.

Sale don JUAN con luz

JUAN: Ya hay luz aquí.
LEONOR: ¡Carlos, tente!
JUAN: ¿Solos los dos?
CARLOS: ¿Qué te espanta?
Porque si yo a mi enemigo
no puedo volver la espalda,
hallándome con Leonor,
con mi enemigo mi hallas;
pero enemigo de quien
la vitoria es huir.

Quiere irse, y detiénele don JUAN

JUAN: Aguarda.
CARLOS: Déjame que, en seguimiento
de esotro, huyendo a éste, salga.
JUAN: Ya no hay tras quién.
LEONOR: ¡Quién pudiera
rasgarse el pecho, y que hablara
el corazón con acciones
y no la voz con palabras!
CARLOS: Fuera el corazón también
traidor; que ser tuyo basta.
LEONOR: Fuera leal, por ser mío.
CARLOS: Bien el lance lo declara
que acabo de ver --¡ay, fiera!--
cuando no consideraras
las finezas que me debes,
consideraras que estabas
en casa de don Juan.
LEONOR: Pues
¿qué culpa contra mí hallas

en las locuras de un hombre?
CARLOS: Ninguna. Ahorremos demandas
y respuestas. --Primo, amigo,
pues tan felizmente acaba
para ti aquella ocasión
que detuvo mi jornada
cuanto infeliz para mí,
adiós; que, aunque con infamia
salga de Valencia, es fuerza
que de ella esta noche salga.
Diga mi enemigo que huyo;
que no quiero honor ni fama.
A esa mujer, porque en fin
la quise bien, te la encarga
mi amistad, no para que
la tengas más en tu casa,
sino para que la dejes
que en cas de don Diego vaya;
logre él felice su amor,
y ella gustosa... Mas nada
digo. Adiós, don Juan.
LEONOR: ¡Ay, cielos!
Espera, Carlos.
CARLOS: ¿Que aun hablas?
LEONOR: Si yo supe...
CARLOS: No prosigas.
LEONOR: ...que aquí...
CARLOS: No me digas nada.
LEONOR: No...pues yo...si... Hablar no puedo.
Vista y aliento me faltan.
¡Jesús mil veces!

Desmáyase

JUAN: Cayó
en mis brazos desmayada.
CARLOS: Tenla, don Juan. ¡Ay Leonor!
Que te adoro, aunque me matas,
y es muy distinto sentir
tu traición que tu desgracia.
JUAN: En lágrimas y gemidos
se le han vuelto las palabras.
Esperad, Carlos, a que
entre al cuarto de mi hermana
con ella.
CARLOS: Sí, don Juan, id;
algún remedio se le haga.
Mas dejadla que se muera,
pues para otro amor se guarda.
JUAN: Después veremos los dos
lo que hemos de hacer.

Entrala

CARLOS: ¡Mal haya
rendimiento tan postrado,
pasión tan avasallada,
afecto tan abatido

y voluntad tan postrada!
A más quejas, más amor;
a más agravios, más ansias;
a más traición, más firmeza.
Mas ¿qué me admira y espanta?
Que quien no ama los defectos
no puede decir que ama.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen don CARLOS y don JUAN

CARLOS: ¿Volvió del desmayo?
JUAN: Sí;
pero volvió de manera
que pienso que mejor fuera
no haber vuelto.
CARLOS: ¿Cómo así?
JUAN: Como al instante que allí
restauró el perdido aliento
fue tan grande el sentimiento
que de tenerle ha tenido,
que a un tiempo cobró el sentido
y perdió el entendimiento,
según los extremos son
que hace confusa y turbada.
CARLOS: ¿Qué dice?
JUAN: Que es desdichada,
sin oírla su razón.
CARLOS: ¡Oh mal haya mi pasión!
JUAN: Vos ¿qué habéis determinado?
CARLOS: Dos cosas he imaginado,
y sólo, don Juan, quisiera
que nadie me las oyera
sin estar enamorado.
¿Queréis que os diga, don Juan,
sobre tantas confusiones,
fantasías e ilusiones
como a mí vienen y van,
cuáles son las que me dan
más gusto, cuando las toco,
cuáles las que me provoco
más a ejecutarlas?
JUAN: Sí.
CARLOS: No os habéis de reír de mí,
pueso confieso que estoy loco.
Si en este estado pudiera
yo conseguir que a Leonor
todo su perdido honor

don Diego satisfaciera,
que honrada y en paz volviera
con su padre a su lugar,
fuera la más singular
venganza, y a esta mujer
la sabré hacer un placer,
cuando ella espera un pesar.
Leonor está enamorada,
don Diego lo está también;
dígalo el lance. Pues bien,
¿qué pierdo yo? Todo y nada.
Y así, en pena tan airada
como tengo y he tenido,
sólo éste me ha parecido
que despicarme sabrá;
ganemos a Leonor , ya
que a Leonor hemos perdido.

JUAN: Es vuestra resolución
tan honrada como vuestra;
y bien en su efecto muestra
ser hija de una pasión
tan noble.

CARLOS: Pues ¿a su acción
qué medio, don Juan, pondremos?

JUAN: No sé, porque si queremos
a don Diego hablar yo y vos,
por lo mismo que los dos
el casamiento tratemos,
él no lo hará; que no fuera
justo que un hombre otorgara,
por más que él lo deseara,
lo que el galán le pidiera
de su dama; de manera
que otra persona ha de haber.

CARLOS: Pues lo que se puede hacer
es que a su padre digáis
cómo a Leonor ocultáis,
y él lo podrá disponer.

JUAN: Tiene eso un inconveniente.

CARLOS: ¿Qué?

JUAN: El empeño de los dos;
fuera de que entonces vos
no hacéis la acción.

CARLOS: Cuerdamente
decís. ¿Quién habrá que intente
esta plática mover?

JUAN: Ya sé yo quién ha de ser.
Veréis que todo lo allana.

CARLOS: ¿Quién?

JUAN: Doña Beatriz mi hermana,
que es en efecto mujer,
con quien, lo uno, no habrá
duelo en la proposición,
y lo otro, es debida acción
suya el honrar a quien ya
dentro de su casa está
declarada por quien es.

CARLOS: Bien pensáis.

JUAN: Escondeos, pues,
mientras yo a tratarlo llego.

CARLOS: ¿Yo? ¿Por qué?
JUAN: Porque don Diego
ni el padre os vea hasta después.
CARLOS: ¿Yo esconderme?
JUAN: Es deshacer
toda nuestra pretensión.
CARLOS: Yo lo haré, con condición
que nadie lo ha de saber
sino vos.
JUAN: Así ha de ser.
CARLOS: Pues id con Dios. (¡Ay, Leonor, **Aparte**
cuánto debes a mi amor,
pues te da, fiera homicida,
sobre un agravio la vida,
sobre otro agravio el honor!)

Escóndese y cierra por dentro

JUAN: Si a conseguir esto llego,
a nadie le está mejor,
pues quedo bien con Leonor,
con su padre y con don Diego;
y vengo a mirarme luego
sin el empeño a que he estado
por don Carlos obligado;
y así tengo de esforzar
esta acción, hasta quedar
gustoso y desengañado.

Sale doña BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Está don Carlos aquí?
JUAN: No, Beatriz.
BEATRIZ: Pues yo a tu cuarto
sólo a buscarle venía.
JUAN: Cuando le dio aquel desmayo
a Leonor, le dejé aquí,
y aquí al volver no le hallo.
(Ni aun mi hermana ha de pensar **Aparte**
que se ha escondido don Carlos.)
BEATRIZ: Sin duda que su valor
tras don Diego le ha llevado.
JUAN: Yo, por no saber adónde
hallarle podré, no salgo
tras él. Mas tú ¿qué le quieres?
BEATRIZ: Decirle, don Juan, que, cuando
por amante y por rendido
no fuese, por cortesano
y caballero tuviese
de su dama, que llorando
está, lástima.
JUAN: ¿Qué dice?
BEATRIZ: Que con sólo hablar a Carlos
consuelo tendrá.
JUAN: Pues si él
no está aquí, y solos estamos,
una cosa a tu cordura
he de fiar, Beatriz.

BEATRIZ: Harto
será que fíes de mí
nada, porque quien te ha dado
ocasión para que de ella
desconfíes, don Juan, tanto
que presumas que ha podido
ocasionar el cuidado
con que anoche entraste en casa,
parece que es muy contrario
que fíes y desconfíes
a un mismo tiempo.

JUAN: Excusado
será, Beatriz, que yo haga
dese sentimiento caso,
sabiendo tú cuánto estimo
tu virtud y tu recato;
y, en fin, tú sola, Beatriz,
podrás hoy de riesgos tantos
como amenazan las vidas
de don Diego y de don Carlos
--y aun la mía, pues es fuerza
hallarme en el duelo de ambos--
librarnos.

BEATRIZ: ¿Yo, de qué suerte?

JUAN: De esta suerte; oye y sabráslo.
Yo intento, por ser quien es
Leonor, cuidar del amparo
de su honor y su opinión;
pero si llego a tratarlo
yo con don Diego, no sé
lo que hará, y es empeñarnos,
para haber de conseguirlo,
haber de llegar a hablarlo.
Y así a ti, Beatriz, te toca;
que a las mujeres es dado
tratarlo con suaves medios,
no a nosotros, y más cuando
la mujer está en tu casa.
Y son tu primo y tu hermano
comprendidos en el riesgo,
razones que me la han dado
para que llames...

BEATRIZ: ¿A quién?

JUAN: A don Diego; y procurando
darle a entender cuánto está
ofendido tu recato
de que a tu casa se atreva,
proponerle que, pues tantos
peligros debe a esta dama,
se disponga a remediarlos;
que, como con ella case,
a todos deja obligados.
Y esto ha de ser sin que entienda
que nosotros le rogamos,
sino que sale de ti.

BEATRIZ: Digo, don Juan, que has pensado
bien y que yo lo haré así.

JUAN: Pues yo voy a ver si a Carlos
hallo. Tú, si al tuyo vuelves,
haz que cierren ese cuarto.

BEATRIZ: Yo le cerraré.

Vase don JUAN

¿A qué más
puedo llegar, pues me hallo
obligada a ser yo misma
tercera de mis agravios
y cómplice de mis celos?
¿Qué puedo hacer? Pero vamos
al examen, celos míos;
y pues le da libre el paso
hoy en su casa a don Diego
quien ayer lo estorbó tanto,
sepamos de él qué responde.
Salgamos o no salgamos
de una vez de este delirio,
desta pena, de este encanto.
¡Inés!

Sale doña LEONOR

LEONOR: ¿Señora?
BEATRIZ: Leonor,
¿tú respondes?
LEONOR: Si has llamado
a una criada, ¿qué mucho
que responda quien lo es tanto?

Sale don CARLOS al paño

CARLOS: (La voz de Leonor oí; **Aparte**
y así la puerta entreabro,
por verla convalecida
de aquel penoso letargo.)
BEATRIZ: Si ayer, Leonor, mi ignorancia
te tuvo en aquese estado,
hoy mi advertencia, Leonor,
te pone en lugar más alto.
Mi amiga eres. (Mi enemiga **Aparte**
diré mejor.)
LEONOR: Si he llegado
a perder, señora, el nombre
de criada tuya, no en vano
de la ventura que pierdo
me libra el honor que gano.
Tu esclava soy, y te pido,
si puede merecer algo
quien vino a tu casa sólo
a causar asombros tantos,
me trates como hasta aquí.
BEATRIZ: ¿Cómo puedo, Leonor, cuando,
por ser quien eres, y estar
en mi casa, darte trato
esposo?
LEONOR: En eternidades
prospere el cielo tus años.

Pero Carlos no querrá,
que es tan celoso...

BEATRIZ: No es Carlos.

LEONOR: Pues ¿quién?

BEATRIZ: Don Diego Centellas.

LEONOR: No te empeñes en tratarlo;
que antes me daré la muerte
que dé a don Diego la mano.

BEATRIZ: Luego ¿tú nunca has querido
a don Diego?

LEONOR: Aspid pisado
entre las flores de abril,
víbora herida en los campos,
rabiosa tigre en las selvas,
crüel sierpe en los peñascos
no es tan fiera para mí
como él lo es.

BEATRIZ: ¡A espacio, a espacio!
Que, aunque le desprecies quiero,
no que le desprecies tanto.

CARLOS: (¡Ah traidora! Ella me vio **Aparte**
esconder, pues así ha hablado.)

BEATRIZ: Yo pensaba que te hacía
lisonja; que quien ha estado
por ti a la muerte en Madrid
y aquí te viene buscando
no entendí que te ofendía.

LEONOR: Pues si supieras bien cuánto
me ofende...

BEATRIZ: Yo lo veré
presto, para que salgamos
de este oscuro laberinto
él, tú, yo, don Juan y Carlos.

Vase

CARLOS: (Fuese Beatriz, y Leonor **Aparte**
--¡ay cielos!-- sola ha quedado.
Llorando está. Mas ¿qué importa,
si es tan equívoco el llanto
que, aunque está llorando veo,
no por quien está llorando?

LEONOR: Ahora sí, piadosos cielos...

CARLOS: (¡Ah, celos!) **Aparte**

LEONOR: ...que sólo podrán mis labios...

CARLOS: (¡Oh, agravios!) **Aparte**

LEONOR: ...quejarse al viento mejor...

CARLOS: (¡Oh, amor!) **Aparte**

LEONOR: ¿quién le dirá a mi dolor
la razón que ha de culparme?

CARLOS: (Yo lo dijera, a dejarme **Aparte**
celos, agravios y amor.)

LEONOR: ¿Cuándo yo ocasión he dado...

CARLOS: (¡Fiero hado!) **Aparte**

LEONOR: ...a mi desdicha importuna...

CARLOS: (¡Cruel fortuna!) **Aparte**

LEONOR: ...que así el honor atropella?

CARLOS: (¡Dura estrella!) **Aparte**

LEONOR: Pues ¿cómo, si nunca de ella
di ocasión, me da castigos?
CARLOS: (No sin causa hay enemigos
hado, fortuna y estrella.)
LEONOR: Quien inocente se mira...
CARLOS: (Es mentira.) **Aparte**
LEONOR: ...en la ciega confusión...
CARLOS: (Es traición.) **Aparte**
LEONOR: ...de tan conocido daño...
CARLOS: (Es engaño.) **Aparte**
LEONOR: ...¿cuándo, amor, el desengaño
verán otros que tú ves?
CARLOS: (Nunca; que todo eso es **Aparte**
mentira, traición y engaño.

Sin duda están contra mí
hoy los cielos conjurados,
pues me tienen persuadido
a que sabe que oigo cuanto
diciendo está. Mas ¿qué importa?
Que aqueste metal humano
el mismo sonido tiene
cuando es fino y cuando es falso;
y así, pues basta el oírlo,
¿para qué es examinarlo?)

LEONOR: ¡Ay, Carlos, si tú me oyeras!
CARLOS: (¡Ay, Leonor, si...!) **Aparte**

Llaman

(Mas llamaron **Aparte**
a la puerta. A cerrar vuelvo
yo la mía.)
LEONOR: ¿Que, aun hablando
sin efecto, no faltó
quien viniese a embarazarlo?
Veré quién es, por si puedo
quedarme sola otro rato.
¿Quién es?

Sale don PEDRO

PEDRO: ¿El señor don Juan
está en casa? ¡Cielo santo!
¿Qué miro?
LEONOR: Ahora salió.
Mas ¿qué veo?
PEDRO: Estoy turbado.

Éntrase Leonor donde está don CARLOS

CARLOS: No temas, Leonor; que yo
te recibiré en mis brazos.
PEDRO: Cerró la puerta tras sí.
Mas qué importa, si yo basto,
en defensa de mi honor,

a dar asombros y espantos
al mundo? Caiga en el suelo;
que después de hecha pedazos,
haré lo mismo de aquella
tirana que...

Sale doña BEATRIZ por otra puerta

BEATRIZ: ¿En este cuarto
golpes y voces? ¿Qué es esto?
PEDRO: Es un furor, es un pasmo,
una desesperación,
un horror, una ira, un rayo,
que ha de abrasar cuanto encuentre
que intente ponerse al paso.
BEATRIZ: Pues ¿cómo este atrevimiento
en mi casa? ¿Quién ha dado
ocasión para que así
haya podido empeñaros
una cólera?
PEDRO: Una fiera
que aquí se oculta.
BEATRIZ: Esperaos.
¿Es Leonor?
PEDRO: Pues ¿quién pudiera,
sino ella, obligarme a tanto?
BEATRIZ: (¡Esto nos faltaba sólo! **Aparte**
¿Otro amante, y de estos años,
tras don Carlos y don Diego,
que pusiese en paz a entrambos?)
Pues bien, aunque vos tuvieseis
razones, que yo no alcanzo,
para buscarla ofendido,
¿os atrevéis temerario
a entrar aquí?
PEDRO: Si; que yo
en mí la disculpa traigo
para mayores extremos;
y así perdonad, si os trato
sin más atención, señora.
BEATRIZ: En esta casa es engaño
pensar que no habrá...

Sale don JUAN

JUAN: ¿Qué es esto?
BEATRIZ: ¿Qué ha de ser? Aqueste anciano
caballero en busca viene
también de Leonor, y ha dado
en que ha de romper las puertas
de esta casa.
JUAN: ¡Paso, paso,
Beatriz! Que el señor don Pedro
ni te ha ofendido, ni ha errado;
porque, como dueño de ella,
a todos puede mandarnos.
PEDRO: Señor don Juan, no gastemos
cumplimientos excusados;

ni soy dueño, ni ser quiero
más que un forastero, que hallo,
cuando fïado de vos,
a veros vengo y hablaros,
en vuestra casa a mi hija.
Cerrada está en ese cuarto.
Abrid vos o abriré yo,
echando la puerta abajo.

BEATRIZ: (¿Su padre es?) **Aparte**

JUAN: (¿Cómo saldré **Aparte**
de lance tan apretado?
Ya él la vio. ¿Qué he de decirle?)

PEDRO: ¿Qué pensáis? Determinaos.

JUAN: Por cierto, señor don Pedro,
--mucho haré si de esta salgo--
muy buen agradecimiento
es ése de mi cuidado;
pues desde ayer, que me hice
de vuestras fortunas cargo,
busqué a Leonor, y la traje
a mi casa, donde al lado
la halláis de mi hermana, adonde
satisfaceros aguardo
de suerte que a vuestra casa
volváis contento y honrado.
Mas si de esto os disgustáis,
de todo alzaré la mano.

PEDRO: Dadme, don Juan, vuestro pies,
y perdonadme que, airado
al verla, razón no tuve
para discurrir a tanto;
que no sabe discurrir
en su dicha un desdichado.
Arrastróme la pasión;
mas ya, a vuestros pies postrado,
os hago dueño de todo.

Arrodíllase

JUAN: ¿Qué hacéis, señor? Levantaos.

PEDRO: Y vos perdonad, señora,
el disgusto que os he dado.
Soy noble; estoy ofendido.

BEATRIZ: A haber, señor, alcanzado
quién sois, de otra suerte hubiera
pretendido reportaros.

JUAN: ¿Llamaste a don Diego?

BEATRIZ: Sí;
Inés fue ahora a llamarlo.

JUAN: Venid conmigo, señor
don Pedro, para que vamos
a hacer una diligencia
importante en este caso.
Leonor con Beatriz segura
queda.

BEATRIZ: Y yo, señor, me encargo
de dar cuenta de ella.

PEDRO: Basta
quedar con vos. (¡Cielo santo, **Aparte**

venga la muerte, si llego
a ver mi honor restaurado!)

A BEATRIZ

JUAN: (Yo no sé dónde le lleve. **Aparte**
Habla tú a don Diego en tanto,
porque en esa diligencia
está mi dicha.)

Vanse don JUAN y don PEDRO

BEATRIZ: (Y mi daño.) **Aparte**
Leonor, abre; yo estoy sola.
LEONOR: Con ese seguro salgo. **Dentro**
CARLOS: Ni a Beatriz, Leonor, le digas **Dentro**
que aquí estoy.
LEONOR: No haré.

Sale doña LEONOR

BEATRIZ: De extraño
lance tu vida escapó.
LEONOR: En esta cuadra sagrado
hallé.
BEATRIZ: No fue poca dicha
dejarla abierta mi hermano,
que nunca suele dejar
de ella la llave.
LEONOR: No en vano
diré mil veces que en ella
mi vida está --que está Carlos--.
BEATRIZ: Leonor, puesto que tu padre
nuestros sustos ha llegado
a aumentar, como si acá
no nos tuviésemos hartos,
lo que antes de ahora te dije
trataré con más cuidado.
LEONOR: También lo que te dijeron
antes de ahora mis labios
dirán con más causa ahora.
BEATRIZ: Eso es tema.
LEONOR: Esotro agravio.
BEATRIZ: Ahora bien; cierra esa puerta
y ven, Leonor, a mi cuarto.
LEONOR: Ya yo te sigo.
BEATRIZ: (¡Ay, don Diego, **Aparte**
con cuánto temor te aguardo!)

Sale don CARLOS de su escondite

LEONOR: Carlos, pues me da ocasión
de hablarte este breve rato,
óyeme.
CARLOS: Leonor, si en mí
aun es fineza el acaso,

puesto que siempre nos vemos,
tú ofendiendo y yo amparando,
¿qué me quieres? Dejamé
hasta que llegue otro acaso
de darte la vida yo
y de hacerme tú otro agravio.

LEONOR: Eso no llegará nunca,
mas esotro ya ha llegado.

CARLOS: ¿Cómo?

LEONOR: Sabe que Beatriz
me da la muerte, intentando
que me case con don Diego.
Si generoso y bizarro
a cada riesgo una vida
me has de dar, aquésta aguardo.
Háblala tú.

CARLOS: ¡Bueno es eso!
Siendo yo mismo el que trato
el casamiento, ¡pedirme
contra mi herida el reparo!

LEONOR: ¿Tú lo quieres?

CARLOS: Yo lo quiero.

LEONOR: ¿Tú lo trazas?

CARLOS: Yo lo trazo;
a cuyo efecto escondido
estoy, por no embarazarlo
ni encontrarme con don Diego
o con tu padre.

LEONOR: No alcanzo
la razón.

CARLOS: Yo sí.

LEONOR: ¿Qué es?

CARLOS: Ser
mis respetos tan honrados,
tan nobles mis pensamientos
y mis celos tan hidalgos,
que ya, Leonor, que te pierdo,
quiero ver si tu honor gano.

LEONOR: ¿Cómo mi honor?

CARLOS: Pretendiendo
que el escándalo que ha dado
--dejo aparte los sucesos
de Madrid, en que no hablo--
el entrar don Diego a verte
a casa que yo te traigo,
el salir por un balcón
una noche, otra encerrado
hallarle, Leonor, contigo,
cese con darte la mano;
fineza última que puede
hacer un enamorado,
por ver con honor su dama,
ver su dama en otros brazos.

LEONOR: ¡Mi bien, mi señor, mi dueño...!

CARLOS: ¡Mi mal, mi muerte, mi agravio...!

LEONOR: Si la noche del balcón
le vi, me confunda un rayo;
y si la que habló conmigo
lo supe...

CARLOS: Todo eso es falso.

LEONOR: Si lo fuera, no dijera
lo que con Beatriz he hablado.
CARLOS: ¡Ah, traidora! Que sabías
que yo lo estaba escuchando.
LEONOR: ¿Yo? ¿De qué?
CARLOS: De haberme visto
esconder. Bien lo ha mostrado
venir, cuando entró tu padre,
de mí a valerte.
LEONOR: ¡Fue acaso!
Mas quiero que no lo sea,
cuando tú me estás rogando
que con él case, ¿a qué efecto
te había de estar engañando?
CARLOS: Pregunta eso a cuantas damas
engañan a dos, sabráslo.
LEONOR: No como yo.
CARLOS: Todas sois...
BEATRIZ: ¡Leonor! **Dentro**
LEONOR: Beatriz ha llamado.
CARLOS: No digas que estoy aquí,
si es que por mí has de hacer algo.
LEONOR: No haré. Al fin ¿no me creerás?
CARLOS: No; porque dice un adagio:
"Siempre es cierto lo peor."
LEONOR: Yo le enmendaré, mudando:
"No siempre lo peor es cierto."
¡Oh, lo que me cuestas, Carlos!

Vanse. Salen doña BEATRIZ y don DIEGO

DIEGO: Beatriz, enviarme a llamar,
y a estas horas no temer
que entre en tu casa, y poner
guarda a tu cuarto, y pasar
en el de tu hermano a hablarme,
muchas prevenciones son.
¿Es fineza o es traición?
¿Es darme vida o matarme?
BEATRIZ: No extrañéis, señor don Diego,
ver aquesta novedad,
ni que con tal brevedad
a veros y hablaros llego
a estas horas y en mi casa,
ni que este cuarto haya sido
el que para esto he elegido;
que avisándome que pasa
Violante esta tarde a verme,
no es bien que os vea; y así
intento hablaros aquí.
No, no tenéis que temerme,
porque ya sois tan seguro
para conmigo, que puedo
perder a mi amor el miedo
tanto, que sólo procuro
ser hoy del vuestro tercera,
ya que no es posible ser
más, habiendo otra mujer
que para marido os quiera.

DIEGO: Cuando, llamado de vos,
aquel papel recibí,
una duda concebí;
entrando aquí, fueron dos;
tres al escucharos son.
Dejad que al remedio acuda,
si he de añadir una duda,
Beatriz, a cada renglón.

Sale don CARLOS al paño

CARLOS: (Temor, no sé lo que arguya **Aparte**
de esto, y es fuerza escuchar
si vienen éstos a hablar
en mi pena o en la suya.)
BEATRIZ: Mucha gana de dudar,
señor don Diego, tenéis,
supuesto que no entendéis
tan fácil modo de hablar.
Y para que a vuestro amor
ningún escrúpulo quede
de que entenderme no puede,
declárome más. Leonor
por vos su casa ha dejado,
padre, honor, vida y reposo;
a don Juan tenéis quejoso;
don Carlos está agraviado;
yo estoy de vos ofendida,
o por mi casa o por mí;
de Leonor el padre aquí
está también. Vuestra vida
corre gran riesgo; y es llano
que otro remedio no espero
que dar venganza a su acero
o dar a Leonor la mano.
Vos la amáis, ella os adora;
todos andan por mataros,
y es el remedio casaros.
¿Habéislo entendido ahora?
DIEGO: Necio fuera en no entenderos
cuando tan claro me habláis;
y si licencia me dais,
trataré de responderos.
BEATRIZ: Decid, pues.
CARLOS: (¿Qué es esto, cielos? **Aparte**
¿Don Diego y Beatriz se amaban?
¿Unos celos no bastaban?
¿Para qué son otros celos?
Más quiero oír; que fingido
esto no será, supuesto
que Beatriz no hablara de esto
donde yo estaba escondido.)

DIEGO: Mucho quisiera, Beatriz,
poder en aqueste instante
de amante y de caballero
dividirme en dos mitades;
porque no sé a cuál acuda

de dos afectos que, iguales,
al intentar responderos,
me sitian y me combaten.
Si como amante pretendo
daros la respuesta, es fácil
presumir que hace mi amor
de las mentiras verdades.
Y así, como quien soy sólo,
solicito hablaros antes,
pues antes, Beatriz hermosa,
fui caballero que amante.
Pensad que no hablo con vos;
que no quiero en esta parte
de vuestros celos, Beatriz,
ni de mi amor acordarme.
De mí mismo, de mi honor,
de mi obligación, mi sangre
me acuerdo sólo; y así
presumid que otro me trae
ese recado, y que a otro
respondo.

CARLOS: (¡Empeño notable!) **Aparte**

DIEGO: Yo vi en Madrid a Leonor.
Su hermosura pudo darme
ocasión de que asistiese
de día y de noche en su calle.
Vi, miré, pasé, escribí,
pero con desdenes tales
me trató que ya no eran
desdenes sino desaires.
Hice tema del amor,
sintiendo que me tratase
sin aquella estimación
con que las mujeres saben
despedir lo que no quieren;
que hay algunas de tal arte
que aun de los mismos desprecios
agradecimientos hacen.
Este le faltó a Leonor,
de suerte que yo, al mirarme
tan desvalido, acudí
al medio siempre más fácil,
que son las crïadas. Una,
poniéndose de mi parte,
gracias a no sé qué alhaja,
me dijo: "De lo que nacen
los desprecios de Leonor
es de que tiene otro amante."
Celos tuve, y aquí vuelvo,
contra lo propuesto, a darte
licencia de que seas tú
la que me oye, por mostrarme
honrado a tus ojos; pues
no lo es el que al infame
consuelo se da de que
otro lo que él pierde alcance.
Añadió que de secreto
con él trataba casarse,
cuyo seguro les daba
lugar para que se hablasen

de noche en su casa. Yo,
por poder, Beatriz, vengarme,
quise verlo; siendo sólo
mi ánimo que ella llegase
a saber que yo sabía
su amor, porque no ostentase
conmigo la vanidad
de no merecerla nadie.
Escondióme la crïada
de su cuarto en una parte
oculta, donde ver pude
que ella de allí a poco sale
hacia otro aposento. Quise
seguirla, por si alcanzase
a oír alguna razón
que repetirla adelante.
No seas tú aquí, que no quiero
que venganza tan cobarde
sepas de mí, como hacer
de las mujeres ultraje.
Sintióme ella; volvió a ver
quién era, y al mismo instante
entró don Carlos, de cuyo
encuentro el suceso sabes,
y así no quiero decirle.
Al fin, pues, de mucho lances
vine a Valencia, y por Dios,
--¡si en esto miento, El me falte!--
que no supe que en Valencia
Leonor estaba. Bastante
satisfacción es, Beatriz,
saber tú que vine a hablarte
la noche que fue forzoso
por ese balcón echarme.
Capaz de todo el suceso,
celosa, Beatriz, me hablaste,
y yo, por satisfacerte,
a verte volví ayer tarde.
Entró don Juan a este tiempo;
que parece que le traen
siempre a ocasión mis desdichas.
Intentando retirarme,
di con Leonor, y aunque pudo
el verla, y verla en tal traje,
suspenderme, me cobré
tanto que, por disculparme,
culpé a Leonor. Sobrevino
a tan no pensado lance
don Carlos. Pues si tú misma,
Beatriz, que es esto así sabes,
¿cómo me pides, Beatriz,
que yo con Leonor me case?
¿Mujer que me aborreció,
mujer que dio a mis pesares
ocasión con sus rigores,
mujer que con otro amante
vino a Valencia, y mujer
que, aunque en tu casa la hallase,
fue buscándote a ti, es justo
que me la proponga nadie?

Si tú en esta audiencia mía
a mejor empleo aspiraste,
y los celos de Madrid
tomas ahora por achaque,
múdate muy en buen hora,
Beatriz, pero no me cases;
que no es mujer para mí
mujer que tú me la traes.

CARLOS: (Cielos ¿qué escucho? ¿Quién vio **Aparte**
tan evidente, tan grande
desengaño? ¡Ay, Leonor mía!
Verdades son tus verdades.)

BEATRIZ: Y ¿qué es lo que hacer intentas
con enemigos tan grandes?

DIEGO: ¿Qué enemigos?

BEATRIZ: Yo, Leonor,
Carlos, don Juan y su padre.

DIEGO: De todos ésos, Beatriz,
sino a ti, no temo a nadie.

BEATRIZ: ¿Por qué a mí?

DIEGO: Porque me advierte
muchas cosas ver que hables
tú en esto.

Salen INÉS y GINÉS, cada uno por su puerta

GINÉS: ¡Señor!

INÉS: ¡Señora!

BEATRIZ: ¿Qué es lo que tienes?

DIEGO: ¿Qué traes?

INÉS: Mi señor viene; que yo
le he visto ahora en la calle.

GINÉS: Y es lo peor que con él
viene de Leonor el padre.

DIEGO: ¡Que destinado nací
a desdichas semejantes!

BEATRIZ: Por mi hermano no importara
que aquí te viese y te hablase;
por don Pedro sí.

GINÉS: Ellos son
de los dos más puntüales
padre y hermano que he visto.
No hay cosa en que no se hallen.

DIEGO: A esta cuadra me retiro,
mientras a su cuarto pase.

GINÉS: ¿Esto ha de ser cada día?

CARLOS: Aquí no puede entrar nadie.

DIEGO: ¡Un hombre está dentro, cielos!

BEATRIZ: ¿Hombre? ¿Quién?

GINÉS: Abindarráez
que por no quedarse hoy
sin posada, llegó antes.

DIEGO: No te hagas ahora de nuevas,
que el traerme aquí a rogarme
que me case con Leonor
bien muestra que quieres darle
satisfacción a quien es
de que tú mis bodas haces;
y ¡vive el cielo...!

BEATRIZ: Don Diego...

Sale doña LEONOR

LEONOR: Señora, ¿quién hay que cause
estas voces? Mas ¿qué miro?
BEATRIZ: No sé quién es.
DIEGO: Pues yo darte
el gusto de que lo sepas
quiero; porque, aunque me maten
todos cuantos contra mí
hoy solicitan vengarse,
he de ver quién es un hombre
tan reportado o cobarde
que a los ojos de su dama,
llamándole otro, no sale.

Sale don CARLOS

CARLOS: Eso no; que yo de atento
puedo desvïar un lance,
de cobarde no.
LEONOR: Desdichas,
¿hasta cuándo habéis de darme
siempre que sentir?

Salen don JUAN y don PEDRO

JUAN: ¿Qué es esto?
PEDRO: ¡Qué confusión tan notable!
Un enemigo buscaba,
y dos tengo ya delante.
Traidor Carlos, vil don Diego,
si no puedo en dos mitades
dividirme, para daros
dos muertes a un tiempo iguales,
poneos de un bando los dos,
para que de un golpe os mate.
JUAN: Teneos todos; que [sí] puede
de la razón el examen
mediarlo sin el acero,
componerlo sin la sangre.
¿Haos dicho Beatriz, don Diego,
el más conveniente y fácil
medio?
DIEGO: El más dificultoso
me ha dicho; que es que me case
con Leonor, y no he de hacerlo.
PEDRO: Ya, don Juan, no hay más que aguarde.
Pues no basta la razón,
baste el acero.
CARLOS: Dejadle.

Pónese don CARLOS al lado de don DIEGO

JUAN: ¿Tú le defiendes, diciendo

que no? Siendo así, ¿cómo haces
tú la fineza?

CARLOS: Don Juan,
si dijera que sí, darle
yo muerte vieras.

JUAN: ¿Por qué?

CARLOS: Porque de uno en otro instante
mejora tanto mi amor
que es fuerza que yo me case
con Leonor.

JUAN: ¿Y sus agravios?

CARLOS: Yo no satisfago a nadie.
Bástame a mí estarlo yo.
Llega, Leonor, a tu padre.

LEONOR: Señor...

PEDRO: No me digas nada;
que como mi honor restaure,
en albricias de esta dicha
perdono tantos pesares.

JUAN: Pues ¿no me diréis, don Carlos,
qué novedad visteis?

CARLOS: ¿Daisme
licencia de que lo diga?

JUAN: Sí.

CARLOS: Pues dejad que me pase
a vuestro lado.

Pónese CARLOS junto a don JUAN

¡Don Diego!

BEATRIZ: (El dice lo que oyó.) **Aparte**

CARLOS: Dadle
la mano a Beatriz.

DIEGO: Y el alma.

JUAN: Pues ¿cómo?

CARLOS: Esto es importante,
don Juan; con que ya sabréis
de qué mi mudanza nace;
pues si, donde está Leonor
y Beatriz, él entra y sale,
y yo caso con Leonor,
fuerza es que él con Beatriz case.

JUAN: Dichoso yo que, aunque tuve
recelos, no supe antes
el agravio que el remedio.

GINÉS: ¿Están hechas ya las paces?
Pues, Inés, boda me fecit,
para que con esto nadie
desconfíe de su dama;
que, aunque la experiencia engañe,
no siempre lo peor es cierto.
Perdonad sus yerros grandes.

FIN DE LA COMEDIA